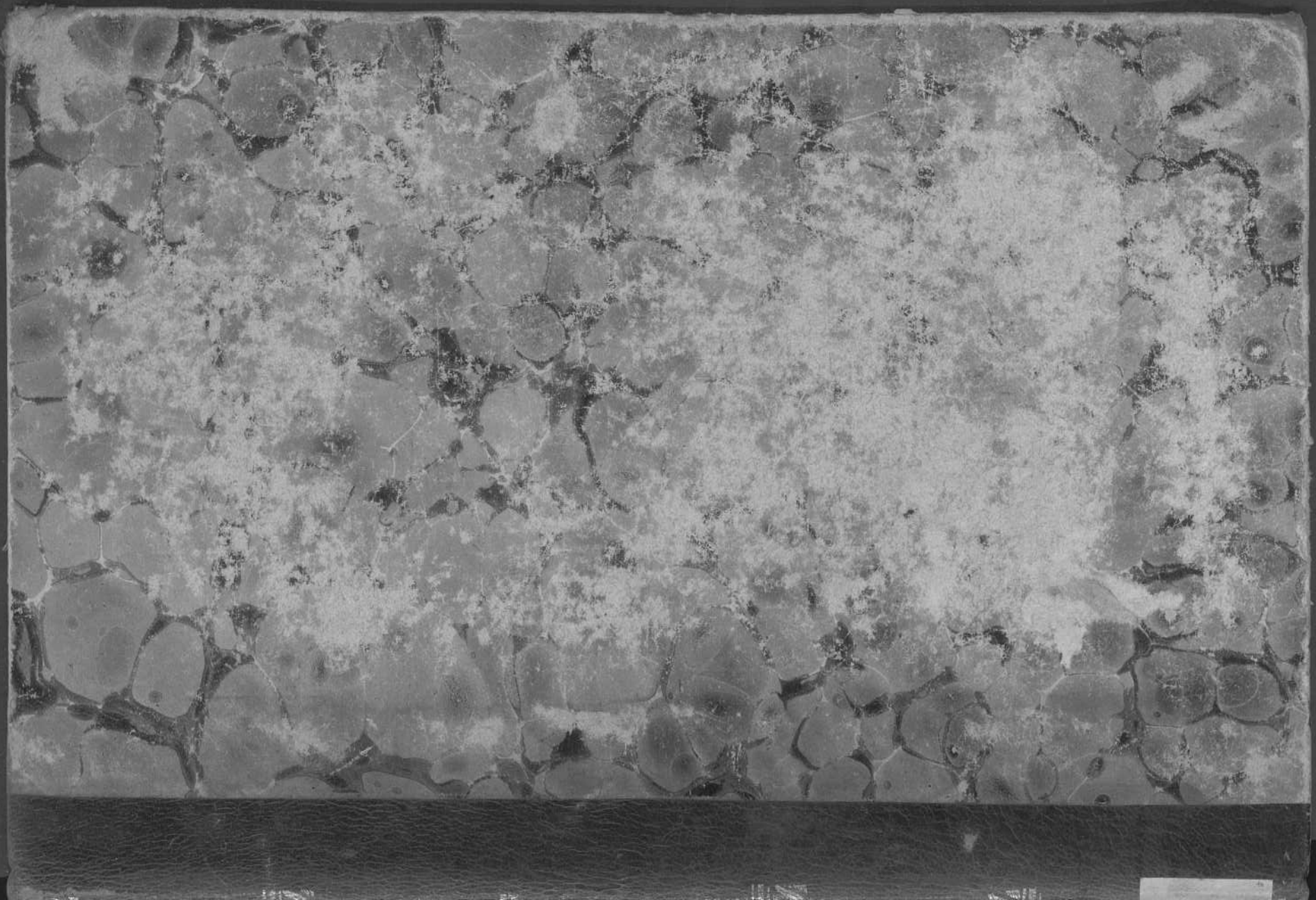


7125

LOS HÉROES
Y LAS
GRANDEZAS DE LA TIERRA.

LOS HÉROES

Y LAS

GRANDEZAS DE LA TIERRA.

ANALES DEL MUNDO, FORMACION, REVOLUCIONES
Y GUERRAS DE TODOS LOS IMPERIOS, DESDE LA CREACION HASTA NUESTROS DIAS.

GRAN MONUMENTO DE LA HISTORIA GENERAL, QUE COMPRENDE ÍNTEGRAS LAS OBRAS SIGUIENTES:

LA FAMOSA É INAPRECIABLE HISTORIA UNIVERSAL,

ESCRITA POR LOS BENEDICTINOS, Y SU TAN ENCARECIDO ARTE DE COMPROBAR LAS FECHAS HISTÓRICAS; LA DEL PUEBLO HEBREO, LA DEL EGIPTO, SIRIA, TIRO Y SIDONIA, LOS SELEUCIDAS, BABILONIA, ASIRIA, MEDIA, PERSIA, INDIA, LA CHINA, Y DEMAS PUEBLOS CUYO ORIGEN SE PIERDE EN LA NOCHE DE LOS TIEMPOS; LA DE ATENAS, LACEDEMONIA Y DEMAS PAISES DE LA GRECIA; LA DE LOS PARTOS, EL PONTO, MACEDONIA, TROYA Y SU RUINA;

LA DE ALEJANDRO EL GRANDE,

ESCRITA POR QUINTO CURCIO; LA DE CARTAGO Y ROMA, ANIBAL Y LOS ESCIPIONES, POMPEYO Y CÉSAR, TRASLADADOS ÍNTEGROS LOS COMENTARIOS ADMIRABLES DE ESTE; LA DE LA GUERRA DE YUGURTA Y DE CATILINA, CONTINUADO COMPLETO EL SALUSTIO;

LA DE LAS GUERRAS DE LOS JUDIOS Y DESTRUCCION DE JERUSALEN

SIN QUITAR UN ÁPICE DE LA ENCOMIADA OBRA DE FLAVIO JOSEFO; LA DE LA TIERRA SANTA Y LAS CRUZADAS, ROMA CRISTIANA, VENECIA; LA DE LOS ESTADOS Y TIEMPOS MODERNOS; RUSIA Y TURQUIA Y SUS SANGRIENTAS LIDES; LA DE TODOS LOS CONQUISTADORES DESDE NEMBROT, LLAMADO POR MUCHOS EL PRIMER CAUDILLO DE GENTES, HASTA NAPOLEON EL BATALLADOR Y NICOLÁS TERROR DEL TURCO; LA HISTORIA DE LAS ARTES, CIENCIAS, LETRAS; DEL COMERCIO, LA INDUSTRIA, ARQUITECTURA, ESCULTURA, PINTURA; LA DE LA MÚSICA; LA DEL ARTE MILITAR:

ilustrada la historia con las célebres

TABLAS CRONOLÓGICAS,

de los mismos BENEDICTINOS, en las cuales están consignadas todas las fechas históricas por olimpiadas, eras, ciclos, indicciones, etc., etc., archivados los eclipses pasados, calculados los futuros y continuados los calendarios solar y lunar perpétuos, etc., etc.;

SEGUIDO TODO DE LAS MAGNÍFICAS PINTURAS DEL HOMBRE Y DE LAS MARAVILLAS QUE LE RODEAN, POR EL CÉLEBRE BUFFON; Y PRECEDIDO DEL DISCURSO SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL, POR EL INCOMPARABLE BOSSUET;

COMPLETADO EL CONJUNTO HASTA EL DIA DE LA TERMINACION DE LA OBRA

POR EL DR. D. MANUEL ORTIZ DE LA VEGA,

con índices copiosos de los héroes y hombres eminentes de todas las edades.

OBRA ADORNADA

CON UNA COLECCION DE LÁMINAS ADMIRABLES QUE REPRESENTAN LOS SUCESOS MEMORABLES, LOS GRANDES HOMBRES, LOS MONUMENTOS MAS PRECIADOS DE LAS BELLAS ARTES, VISTAS PRECIOSAS TRAJES, MONEDAS, MAPAS HISTÓRICOS, PLANOS, DIBUJOS DE CIENCIAS Y ARTES; BANDERAS, Y OBJETOS DE HISTORIA NATURAL, ILUMINADAS ESTAS ÚLTIMAS CON EL MAYOR ESMERO.



TOMO SEGUNDO.

MADRID,
LIBRERÍA DE D. JOSÉ CUESTA,
CALLE MAYOR,
Y EN LA LIBRERÍA DE LA PUBLICIDAD, PASAJE MATEU.

BARCELONA,
ADMINISTRACION DE LA IMPRENTA
DE CERVANTES,
CALLE DE FERNANDO, N. 2, ESQUINA Á LA RAMBLA.

1855.

PROPIEDAD GARANTIDA POR LA LEY.



BARCELONA: Imprenta de CERVANTES á cargo de A. Sierra, calle de la Aurora, núm. 12.—1855.

LOS HÉROES

Y LAS

GRANDEZAS DE LA TIERRA.

TOMO SEGUNDO.

HISTORIA

DE LOS

ANTIGUOS REYES DE SIRIA.

La Siria, llamada en los libros sagrados tierra de Aram, del nombre de uno de los hijos de Sem, no tiene los mismos límites en todos los autores que han hablado de ella, porque la han considerado en diferentes épocas, durante las cuales ha sido mas ó menos famosa y mas ó menos extenso su imperio. Pero fijándonos en la Siria propiamente dicha, la daremos por límites al oriente el Éufrates, el monte Tauro al septentrion, el Mediterráneo al occidente, y al mediodía la Fenicia, la Palestina y la Arabia desierta, lo que le da una anchura de trescientas millas de occidente á oriente por una longitud de trescientas setenta y cinco millas. Es indudable que esta vasta monarquía se vió al principio dividida en pequeños reinos. Pero parece que luego solo contuvo cuatro principales, á saber, Soba, Damasco, Hamat ó Emesa, y Gessur. Estos cuatro reinos se extinguieron en tiempo de David y Salomon, que conquistaron su mayor parte. El último de estos estados se rehizo en tiempo de sus sucesores, y los asirios absorvieron toda la Siria, transmitiéndola luego á los persas, bajo cuyo dominio subsistió hasta su entera destruccion. Después de la muerte de Alejandro el Grande, fué la Siria una de las cuatro grandes monarquías que se formaron de los restos de su imperio; pero no tuvo entónces los mismos límites que antes, y se ensancharon ó redujeron, segun las conquistas ó pérdidas de sus soberanos. Los geógrafos han hecho, después de este tiempo, varias divisiones de este país, de que hablaremos al tratar de los reyes seleucidas de Siria. Solo se trata en este artículo de los que les precedieron. Ningun monumento tenemos que nos señale la sucesion de los reyes de Gessur, ni la de los reyes de Emat. Así, dejando á un lado estos dos reinos, nos limitaremos á los de Soba y Damasco.

Soba ó Sofena, como la llama Estrabon, y cuyo nombre se ha conservado en el de Zof, es un grande estado, situado entre el Éufrates y el monte Tauro. Un rio llamado Arsanios, hoy Arsen, atraviesa el país para perderse en el Éufratres, después de haber pasado por Arsamosata, plaza considerable, cuyo nombre se encuentra en el de Simsat ó Shimshat. Amida, ciudad antigua, que aun subsiste en el dia, y que ha conservado su nombre, pero cuyo orígen se ignora, era su capital en el tiempo en que los romanos se hicieron dueños de la Sofena. No podemos asegurar si la Sofena estuvo al principio reunida bajo un solo y mismo soberano. Parece, sin embargo, que, al igual de las demás comarcas del oriente, estuvo dividida al principio entre varios reyezuelos, los mas fuertes de los cuales absorvieron los estados de los mas débiles, hasta el punto de que todo quedó en poder de uno solo. Ignórase tambien si todos los reyes de Soba, cuyos nombres han llegado hasta nosotros, han poseido por entero este país, ni cuál fué la duracion de su reinado, ni si se han sucedido inmediatamente. Todo cuanto podemos hacer para determinar su cronología, es señalar los reyes de Israel de quienes fueron contemporáneos.

REYES DE SOBA, Ó DE SOFENA.

Rohob, llamado Arach por Josefo, es el primer rey de Soba conocido. Reinó en este país al mismo tiempo que Saúl en Israel.

Haded-Ezer ó Hadad-Ezer, á quien Josefo llama Adrazar, sucesor de Rohob, su padre, reunió bajo sus leyes, si se ha de dar crédito á Nicolás de Damasco, toda la Siria, desde el Éufrates, hasta la frontera de la Fenicia. Sin embargo, vemos á Toü, rey de Emat, que se sostiene contra sus ataques (Rey. II, 8), y al rey de Damasmo, con el que hizo alianza, lejos de pensar en despojarle (ibid). Con todo, es cierto que hizo conquistas sobre los demás reyes de Siria, y tambien que extendió su dominacion mas allá del Éufrates. Pero en tanto que invadia los bienes de los demás, trató David de quitarle sus estados, como dominio que pertenecia de derecho á los israelitas. El Éufrates era, en efecto, uno de los límites de la tierra prometida por Dios á su pueblo. Habiendo David entrado á mano armada en su territorio, le presentó un combate, en el que le hizo prisioneros siete mil caballos y veinte mil infantes, apoderándose de mil carros, de los que no se reservó mas que la décima parte, haciendo desjarretar los caballos restantes. Hadar-Ezer, queriendo reparar este revés, imploró los socorros del rey de Damasco, quien le proporcionó un

nuevo ejército. Esto fué causa de un nuevo triunfo de David, que en una segunda batalla mató veinte y dos mil sirios. El vencedor, después de esta victoria, marchó directamente á Damasco, en donde puso guarnicion á fin de tener la Siria sumisa, y hacerla tributaria. Las demás ciudades de los reyes aliados le abrieron igualmente las puertas, y sacó de ellas ricos despojos, que envió á Jerusalen. Toü, rey de Emat, noticioso de la derrota de Hadar-Ezer, cuyo enemigo era, diputó á su hijo Joram ó Adoram con presentes á David, para felicitarle por su victoria. Hadar-Ezer, entre tanto, retirado al otro lado del Éufrates, esperaba una ocasion propicia para reparar sus pérdidas. Creyendo haberla encontrado en la guerra que Hannon, rey de los amonitas, tenia con David, envió al primero un ejército de veinte mil hombres, pero fué derrotado por Joab, general de David. Hizo partir otro mas considerable bajo las órdenes de Sofac. David marchó contra él, mató al general con cuarenta mil hombres de infantería, y tomó siete mil carros. Los reyezuelos tributarios del rey de Soba, pasaron entónces al servicio de David, y después de este tiempo ya no quisieron ni obedecer á Hadar-Ezer, ni dar socorros á los amonitas. De este modo fué como se extinguió el reino de Soba, y como David quedó dueño de la Siria hasta el Éufrates.

REYES DE DAMASCO.

Rezom, que habia servido á Hadar-Ezer en sus guerras contra David, abandonándole luego para pasarse al vencedor, fué nombrado rey de Damasco por el último, bajo la dependencia de los reyes de Israel, y con la obligacion de pagarle un tributo. Es el mismo á quien Nicolás de Damasco llama Hadad II. Su reinado fué largo, y duró casi hasta el fin del de Salomon. En tanto que este último veló en bien de sus estados, y los gobernó con la extraordinaria sabiduría que Dios le habia dado, Rezom permaneció tranquilo y sumiso. Pero luego que le vió entregado al libertinaje, se aprovechó de su negligencia para engrandecerse, y hacerse temible á los súbditos de aquel monarca.

Hezion ó Hadad III, segun Nicolás de Damasco, fué el sucesor de Rezom en el reino de Damasco. Se ignora qué clase de relaciones tenian entre sí estos dos príncipes. Userius y Newton miran á Hezion y á Rezom como una sola y misma persona, fundados en la gran semejanza de sus nombres. Pero esta razon no nos parece suficiente para identificarlos. Hezion vivió, como su antecesor, en buena inteligencia con los reyes de Israel y de Judá.

Tabremon, hijo de Hezion, llamado Hadad IV por Nicolás de Damasco, subió al trono luego después de la muerte de su padre. Hizo con Abiam, rey de Judá, un tratado de alianza contra sus enemigos comunes, pero no se sabe qué resultados produjo.

926. Ben Hadad I ó Hadad V, hijo de Tabremon, ocupaba el trono de Damasco en tiempo de Asa, rey de Judá, y de Baasa, rey de Israel. Su valor y buen proceder le hicieron apreciar y buscar de todos sus enemigos. Baasa hizo con él un tratado de alianza. Con sus socorros alcanzó una victoria sobre Asa, rey de Judá, con el cual estaba en guerra, y para impedir toda comunicacion entre sus súbditos y los de Judá, emprendió las fortificaciones de Rama, plaza situada en las gargantas de una montaña, á cuyo pié habia un desfiladero, por donde se pasaba de un reino al otro. Para impedir la continuacion de esta empresa, Asa sacó todo el oro y la plata que habia en el tesoro del templo, y lo envió por medio de sus embajadores á Ben-Hadad, rogándole que renovase con él la alianza que habia subsistido entre sus respectivos padres, y que acudiese á su socorro contra el rey de Israel. Ben-Hadad, seducido por tan rico presente, rompió el tratado que habia hecho con Baasa, le declaró la guerra, é hizo partir los generales de su ejército á asolar las tierras de Israel. Hicieron en ellas rápidas conquistas, habiéndose apoderado en poco tiempo de Ban, Ahicon, Abela y todo el país vecino á Cenerot, ó del lago llamado después mar de Tiberíada; Ben-Hadad guardó una parte de sus conquistas y construyó plazas ó calles en Samaria.

900. Ben-Hadad II, ó Hadad VI, sucedió á su padre en el reino de Damasco, y continuó vivamente la guerra que este habia empezado contra el reino de Israel. Pero experimentó dos reveses milagrosos en la ejecucion de su intento. Cuando entró por primera vez en las tierras de Israel, parece que se presentó con una ostentacion prodigiosa de grandeza y poder. En su ejército, que era innumerable, llevaba nada menos que treinta y dos reyes tributarios. Habiéndole llevado delante de Samaria, la puso sitio. Al mismo tiempo mandó embajadores al rey Acab para que se tuviese por su vasallo, reconociendo que todo cuanto poseia, inclusa su mujer y sus hijos, se lo debia á él. Acab dió á esta insolente demanda la respuesta mas humilde y respetuosa. Queriendo Ben-Hadad llevarlo todo á cabo, envia al dia siguiente sus oficiales á Samaria para registrar el palacio, y sacar de él todo cuanto de mas precioso encontrasen. El rey de Israel, poseido de una santa indignacion, se opone á las pesquisas. Ben-Hadad, informado de su resistencia, le hace las mas terribles amenazas, y se pone en estado de efectuarlas. Activa el sitio de la plaza, cerrándola de modo que nadie pueda entrar ni salir de ella. Llega un profeta á tranquilizar á Acab, prometiéndole que Dios va á disipar el formidable ejército de los sirios, con los brazos mas viles que se hallan en Israel. ¿Por quiénes? pregunta Acab. Por los criados á pié de vuestros príncipes, contesta el profeta. Habiéndolos puesto Acab á la cabeza de su ejército que solo constaba de siete mil hombres, los hace adelantar contra los sirios. Ben-Hadad se entregaba entretanto en su tienda á los desórdenes de la mesa con sus oficiales y mujeres. Anúnciale allí la proximidad de una tropa de israelitas. Lleno de una ciega confianza, manda que los cojan vivos, y no se digna abandonar sus placeres para salir á su encuentro. Los peones caen sobre los sirios, en los que hacen una gran carnicería, y el resto de los israelitas, animados por su ejemplo, derrotan el ejército de Ben-Hadad, que no pudiendo reunir sus soldados, se ve obligado á emprender la fuga. Como la batalla se dió en la montaña de Samaria, forzados á atribuir el resultado á la divinidad, se imaginaron que el dios de los israelitas era el dios de las montañas. Tal era, en efecto su teología. Estaban persuadidos de que cada paraje tenia su dios tutelar, que velaba para la defensa de sus adoradores en toda la extension de su dominio. Para derrotar al defensor de Israel, sentaron al año siguiente sus reales en el valle de Celosiria, cerca de la ciudad de Afec, sumergida en el dia bajo las aguas de un lago, en el que se ven aun sus ruinas, no lejos de la llanura de Balbec. Celoso Dios de su gloria, concede una nueva victoria á los israelitas, mostrando de este modo á sus enemigos, que no preside menos en los valles que en las montañas. Ben-Hadad salvado en Afec, cuyas murallas caen aplastando gran parte de sus tropas, envió á pedir gracia al rey de Israel. Acab le invitó á que fuése á encontrarle, después de haber prometido salvarle la vida,

luego que llegó le hizo subir en su carro, como si fuese un amigo, agradeció á Ben-Hadad la promesa de conceder á los israelitas de Damasco los mismos privilegios que gozaban en Samaria, y le despidió en seguida, sin imponerle otras condiciones. Dios, irritado por esta clemencia intempestiva y contraria á sus órdenes, anuncia al rey de Israel, por boca de un profeta, que tendrá ocasion de arrepentirse de ello. Tres años se pasaron sin que Ben-Hadad hiciese ningun movimiento contrario á la paz que habia jurado. Pero olvidando luego sus promesas, se apodera de Ramot, ciudad de Galaad, que le era muy conveniente. Reclamándola en vano Acab, se coliga con Josafat, rey de Judá, para recobrarla á la fuerza. El ejército sirio se presenta ante el de los dos reyes. Trábase el combate. Una flecha, disparada al acaso, hiere mortalmente á Acab. Dáse entónces la señal de retirada, y los dos ejércitos se separan, dejando indecisa la victoria. Ocozías, sucesor de Acab, hace la paz con Ben-Hadad, cediéndole la ciudad, causa de la última guerra. Joram, que ascendió al trono después de Ocozías, mantuvo la misma buena inteligencia con el rey de Siria. Tan grande era, que Ben-Hadad, habiendo oido decir que en Israel se hacian milagros, envió á Naaman, su general, infectado de la lepra, para que Joram le curase. Este, que no reconocia en sí tanto poder, se imaginó que Ben-Hadad buscaba por este lado un pretexto para romper con él. Pero el profeta Eliseo le tranquilizó encargándose de la curacion de Naaman. Obtúvola este general después de bañarse siete veces en el Jordan, segun las órdenes del profeta. Un tan grande beneficio, concedido milagrosamente á un oficial querido del rey de Siria, parece que debia estrechar los lazos de union entre los dos monarcas, y hacerle inviolable. Pero la tranquilidad era para Ben-Hadad un estado violento en el que no podia permanecer mucho tiempo. Muy pronto el rey de Israel sabe que forma siniestros proyectos contra él. Toma sus medidas para desconcertarlos, y lo logra. Atónito Ben-Hadad, sospecha que sus oficiales le hacen traicion; estos para disculparse acusan á Eliseo de revelar al rey de Israel todo cuanto pasa en el concejo. Ben-Hadad los cree con tanta mas fácilidad cuanto reconoce á Eliseo por un profeta. Envia tropas á Israel para que le prendan. Encontrándolas, Eliseo obtiene del Señor que no le reconozcan á él ni á los lugares en donde se hallan. Alucinados de este modo los conduce á Samaria, en donde aclarándoseles la vista, se encuentran con sorpresa á merced de sus enemigos. Impide el profeta que les hagan ningun daño, y los despide después de darles algunos refrescos. El relato que de su aventura hacen al rey, su dueño, suspende por algun tiempo las hostilidades entre las dos naciones. Pero, volviendo Ben-Hadad á sus antiguos designios, entra en Israel y pone sitio á Samaria. Estaba ya para rendirla por hambre, cuando Dios hizo oir en su campo el rumor de un ejército, que iba á caer sobre el suyo. El espanto se apodera de los sirios. Huyen desordenados, abandonando armas y bagajes para escapar con mas libertad. Después de este descalabro, cesó Ben-Hadad de inquietar á los israelitas, viviendo en paz con ellos. Habiendo este príncipe caido gravemente enfermo, sabe que Eliseo se halla en camino para Damasco. Envíale Hazael, uno de sus oficiales, con ricos presentes para saber si recobrará la salud. El profeta responde que la enfermedad del rey no es mortal, y predice al mismo tiempo que no se levantará. Luego contemplando al diputado se pone á llorar. Pregúntale Hazael la causa de sus lágrimas. Las motiva, responde Eliseo, la vista de los males que ocasionareis al reino de Israel, anunciándole luego, que será rey de Damasco, y que hará la guerra con tanto furor como éxito á los israelitas. Hazael, vuelto junto á su dueño, le hace esperar un pronto restablecimiento. Pero al dia siguiente le ahoga en su cama, poniéndole un paño mojado sobre la cara. Así murió Ben-Hadad, después de un largo reinado, que hizo memorable por grandes hazañas y grandes crímenes.

876. Hazael sube al trono, que habia manchado con la sangre de su señor. Joram, rey de Israel, viéndole poco seguro en su usurpacion, aprovecha la coyuntura para hacer una nueva tentativa sobre la ciudad de Ramot. Ocozías, rey de Judá, le acompaña en esta expedicion, que fué desgraciada. Acudiendo Hazael al socorro de la plaza, presenta á los dos reyes una batalla, en la cual quedó vencedor, después de herido mortalmente el rey de Israel. Animado por este suceso, é incitado por su resentimiento, Hazael se arroja sobre el reino de Israel, llevándolo todo á sangre y fuego. Joacaz, sucesor de Joram, levantado un ejército para detener el curso de sus funestos progresos, pierde la batalla que le presenta, y su derrota es tan completa, que apenas le quedan cincuenta caballos, diez mil infantes y diez carros. Jamás tuvieron los israeliias enemigo tan terrible y mas encarnizado en su ruína.

No teniendo ya mas que saquear en un reino desolado, el rey de Siria vuelve sus armas contra el país de Judá, cuyo soberano le habia provocado con la alianza hecha con el rey de Israel, para recobrar la ciudad de Ramot. Rápidas conquistas le abrieron el camino hasta Get, ciudad en otro tiempo capital de los filisteos, pero sujeta después al dominio de los descendientes de David. Hazael le hizo entrar en el suyo, después de un sitio, que al parecer, no fué de larga duracion, Joas, que por entónces ocupaba el trono de Judá, no tuvo el suficiente valor para acudir al socorro de la plaza. Su cobardía incitó al vencedor á presentarse delante de Jerusalen. El pusilánimé Joas, vacia sus cofres y los del templo para inducirle á marcharse. Estos presentes, que fueron aceptados, no hicieron mas que suspender la tempestad que amenazaba la capital de Judá. Antes de terminar el año, entrando de nuevo los sirios en Judá, sitiaron esta ciudad, y habiéndola tomado después de una victoria alcanzada sobre Joas, la saquearon, pasaron á cuchillo á los principales habitantes, y enviaron inmensos despojos á su dueño, que aguardaba tranquilamente en Damasco el resultado del sitio.

Faltaba á los sirios un puerto en el mar Rojo. Hazael tomó tambien á los judíos el puerto de Elat, transportando de este modo á sus estados el comercio de sus enemigos. Este terrible azote del pueblo de Dios no cesó hasta la muerte de Hazael de ejercer sus estragos, y de cumplir las predicciones de los profetas, que le habian anunciado como el ejecutor de las divinas venganzas. Sus súbditos, luego que hubo desaparecido de su vista, le dieron como habian hecho con su padre, los honores de la divinidad, y los soberbios sepulcros, que durante su vida se habian hecho construir uno y otro, pasaron á ser templos en donde fueron adorados.

832. Ben-Hadad III, ó Hadad VII, hijo de Hazael, le sucedió en el trono de Damasco. Si heredó el valor de su padre, no tuvo empero su habilidad. Solo es conocido por sus derrotas, y por las victorias que Joas, rey de Israel, alcanzó sobre él. Jeroboam II, sucesor de Joas, acabó de postrarle, reduciéndole á la humillante condicion de tributario. Las turbulencias que se suscitaron en el reino de Israel, después de la muerte

de Jeroboam, dejaron respirar por algun tiempo á la Siria.

766. Razin, sucesor de Ben-Habad III, permaneció tranquilo durante los primeros años de su reinado, no tanto por inclinacion, como por la impotencia en que se hallaba de rehabilitar la gloria de las armas sirias. Habiendo reunido fuerzas insensiblemente, coligóse con Faceo, rey de Israel, para destronar á Acaz, rey de Judá, y substituirle un extranjero llamado Tabeel, que verosímilmente habia prometido someter su reinado á sus protectores; porque los príncipes no prestan gratuitamente su asistencia á los que la solicitan. Habiendo pues los dos príncipes reunido sus tropas, fuéron á sitiar á Jerusalen. La tentativa fracasó por un milagro de la Providencia, que no quiso permitir que se sentase un extranjero en el trono de David. Razin, para resarcirse, volvió sus armas contra los idumeos, que en el reinado de su predecesor habian tomado á la Siria el puerto de Elot. Habiendo atacado esta plaza, la tomó, uniéndola otra vez á sus estados. Tan brillante resultado le reanimó el deseo que tenia de proseguir la guerra empezada contra Acaz. Su alianza con Faceo subsistia aun. Los dos confederados dividieron su ejército en tres cuerpos, á fin de atacar á su enemigo por tres puntos á la vez. Esta disposicion les dió el resultado apetecido. Acaz fué derrotado. Los sirios cargados de despojos emprendieron otra vez el camino de Damasco, conduciendo con ellos gran número de cautivos. Acaz, queriendo reparar esta desgracia, acudió á Teglatfalasar, rey de Asiria, el cual cayendo sobre el país de Damasco, tomó la capital, cuyos habitantes transporto á Kir, en donde se consumieron en una cautividad humillante. Ignórase lo que fué de Razin. Pero se extinguió su reino, embebido en la monarquía de los asirios.

HISTORIA

DE LOS

REYES SELEUCIDAS DE LA SIRIA.

324. Alejandro el Grande, muerto sin posteridad legítima, dejó sus estados por presa de un gran número de extranjeros, que, bajo el título de gobernadores, se erigieron en soberanos de sus respectivas provincias. Para terminar, sin embargo, los debates que podian suscitarse entre ellos, conviniéronse en colocar á su frente un fantasma de rey en la persona de Filipo Arideo ó Arrhideo, hermano natural de Alejandro. Era una especie de imbécil, que habia caido en este estado, después de dar bellas esperanzas, á causa de un brevaje que le diera Olimpias, esposa del rey Filipo el Grande, del que aquel era muy favorito, á fin de que su elevacion no hiciese sombra á la grandeza futura de su hijo Alejandro. Rojana, hija de un señor de Bactria, y viuda de Alejandro, se hallaba empero en cinta de siete meses á la muerte de su esposo, de un hijo que en su nacimiento fué llamado Alejandro Aigus. Perdicas, á quien Alejandro al morir habia remitido su anillo, permaneciendo en Babilonia, fué nombrado tutor del jóven príncipe, lo mismo que de Arideo, y regente del reino al propio tiempo. Cuéntanse desde el reinado de Filipo Arideo los años del nuevo imperio, y esta era que empezó el año 364 antes de Jesucristo (1), fué llamada en Egipto la era de Filipo, en donde estuvo en uso algun tiempo. Para asegurar mas su autoridad desposóse Perdicas el año siguiente con Cleopatra, hermana de Alejandro. El cuerpo de este príncipe habia permanecido hasta entónces (322) en Babilonia: uno de los primeros cuidados de Perdicas fué el de hacerle transportar á Egipto, en donde sus cenizas fuéron encerradas en una urna de oro en la ciudad de Alejandría.

Siendo en número de treinta y tres los coherederos en la sucesion de Alejandro, no podia durar mucho tiempo la concordia entre ellos. Habiendo, después de dos años de guerra, los mas poderosos exterminado á los mas débiles, redujeron los gobiernos á cuatro principales, el primero de los cuales, compuesto de la Macedonia y de la Grecia, permaneció en poder de Casandro, hijo de Antípatro; el segundo, que comprendia la Tracia, con la parte del Asia que se extiende á lo largo del Bósforo y del Helesponto, fué la parte de Lisímaco; el tercero que abrazaba el resto del Asia con la Babilonia y la Mesopotamia formó los estados de Seleuco; y el cuarto que encerraba el Egipto, la Libia, la Arabia, la Palestina y la Celosiria, fué cedido á Tolomeo, hijo de Lagus. Sin embargo, Perdicas, en calidad de tutor de los dos reyes, y de regente de sus estados, conservó la preeminencia sobre estos gobernadores. Pero la altanería con que ejerció su autoridad los sublevó contra él. Habiendo pasado á Egipto para hacer guerra á Tolomeo, metió temerariamente su ejército en una parte del Nilo, que creia vadeable, y en donde se le ahogaron diez mil hombres. Este revés excitó contra él una revuelta general. Fué acometido en su tienda y asesinado junto con la mayor parte de sus oficiales mas allegados (321).

Piton, comandante de las tropas de Perdicas, fué nombrado sucesor en la tutela de los dos reyes, y en la regencia de sus estados. Pero habiéndole tomado aversion Eurídice, mujer de Filipo Arideo, les obligó dentro de poco á abdicar. Las tropas nombraron en su lugar á Antípatro, á quien concedieron un poder ili-

(1) El primer dia del año 425 de Nabonasar correspondiente á 12 noviembre del 324 antes de J. C.

mitado. En cuanto recibió su investidura, hizo un nuevo reparto de las provincias, en el cual excluyó á los partidarios de Perdicas y de Eumenes, que habia secundado al primero en sus expediciones. Entónces se dió la Babilonia á Seleuco, hijo de Antíoco, que habia servido con la mayor distincion bajo las órdenes de Filipo, padre de Alejandro. Tanto como á su mérito personal y á los servicios de su padre, debió Seleuco esta provincia á la recomendacion de Tolomeo, y tal fué el orígen de la alta prosperidad á que llegó después. Eumenes, jefe de los argiráspides (así llamaban á una tropa de soldados, que habian obtenido escudos de plata bajo el mando de Alejandro, marchando contra Antígono), recibió de Seleuco una negativa, respecto á los socorros que le habia pedido. Para vengarse volvió sus armas contra Seleuco. Pero habiendo entrado en Babilonia en 317, estuvo á punto de perder en ella su ejército, por una maniobra de Seleuco, que, haciendo romper los diques del Eufrates, inundó su campo, dejando apenas tiempo á los soldados para ganar las alturas. Habiéndole Antígono ido á encontrar á Babilonia, quiso, como á superior, hacerle dar cuenta de su conducta, y del empleo que habia dado á las rentas desde que gobernaba la provincia. Negándose á ello, se prepara á hacerle la guerra. No encontrándose Seleuco con fuerzas para resistirle, se retira á Egipto cerca de Tolomeo su antiguo amigo (Diodoro, l. XIX). Juntos mandan una diputacion á Casandro, gobernador de Macedonia, y á Lisímaco, que mandaba en Tracia, para inducirle á unirse á ellos contra las empresas de Antígono. Desde que este tuvo noticia de esta cuádruple alianza, se esforzó en romperla, proponiendo á los jefes renovar su antigua amistad. Pero siendo rechazadas las condiciones que puso á sus ofertas, no quedó mas recurso que acudir á las armas. Habiendo prevalecido las de Seleuco, después de algunos años de guerra (312), volvió triunfante á Babilonia, en donde fué recibido con general aplauso. Los pueblos de los alrededores, encantados de su valor, de su moderacion y de su equidad, acudieron en tropel á colocarse bajo sus leyes, y entónces fué cuando tomó el título de rey de Siria, nombre casi desconocido hasta entónces, y bajo el cual quedaron comprendidas la antigua Asiria, la Mesopotamia, la Media, y la Bactriana con una gran parte del Asia menor. El principio de su reinado dió además nombre á la famosa ERA de los seleucidas de que tratamos en los preliminares. Pero lo que mas contribuyó á inmortalizar á este príncipe, fué la fundacion de una nueva ciudad sobre el Oronte, que fué llamada Antioquía, del nombre de su padre ó del de su hijo, llamados ambos Antíoco. Pronto sucedió esta ciudad á Babilonia como asiento de los reyes de Siria y reino del oriente. Pero Seleuco no le dió bastante extension ni suficiencia para merecer este dictado. Su esplendor estaba encerrada Antioquía en un circúito de cerca diez mil pasos que comprendia cuatro ciudades separadas entre sí por cuatro murallas y que tenian sus fortificaciones particulares. La primera fué edificada por Seleuco, la segunda por los que acudieron cuando pasó á ser capital del imperio, atraidos allí por los privilegios concedidos á sus moradores, la tercera por Seleuco Callinico, la cuarta por Antíoco Epífanes.... Á dos leguas de la ciudad al mediodía del Oronte, se hallaba una pequeña aldea y un bosque regado por un gran número de agradables riachuelos. Seleuco consagró este lugar de delicias á Apolo y Diana. Les hizo construir un templo, y pronto tuvo allí un oráculo de Apolo; y esta aldea tan conocida bajo el nombre de Dafne, convirtióse en uno de los lugares mas célebres del paganismo (El abate Guyon, «Historia de los seleucidas», tomo VII, p. 35-36).

Nicanor, gobernador de la Media, no vió sin inquietud la prosperidad de Seleuco. Determinado á estorbarla, marchó contra él al frente de diez mil infantes y siete mil caballos, que habia sacado de la Media y de la Persia. Seleuco, que solo tenia consigo tres mil infantes y cuatrocientos caballos, pasó el Tigris con su pequeña tropa, y habiéndose escondido en los pantanos, aguardó la ocasion de sorprender al enemigo, que sabia no hallarse lejos. No tardó en acaecer lo que habia previsto. A la siguiente noche, sabiendo que Nicanor no velaba en su campo, hizo en él una súbita irrupcion, que le llenó de espanto y tumulto. Porque en tanto que los persas se defendian con valor, acaeció que Evagre, su sátrapa, y otros de sus jefes mas valerosos sucumbieron en la pelea: y después la mayor parte de su ejército, asustado por los males que le amenazaban, y no menos irritado de la dureza del gobierno de Antípatro, se pasó bajo las banderas de Seleuco. Temiendo entónces Nicanor caer en manos del vencedor, tomó la fuga á través de los desiertos, seguido de un corto número de los suyos (Appian in Sir.). A esta victoria sucedió inmediatamente la conquista de la Media, de la Susiana y de los países vecinos, en donde Seleuco no tuvo mas que presentarse para someterlos; tan prevenidos estaban los pueblos en su favor. Esta prosperidad tan grande como rápida, animó á Seleuco á tomar el título de rey, que no le fué disputado por Tolomeo, ni por sus demás amigos.

A la nueva de este suceso, Antígono hizo partir precipitadamente á su hijo Demetrio con cerca de veinte mil macedonios para tomar posesion de la Babilonia. Nada descuidó este para ejecutar las órdenes de su padre. Patroclo, nombrado por Seleuco gobernador de Babilonia, no encontrándose con fuerzas para resistir á Demetrio, no aguardó su llegada y aconsejó á los babilonios que abandonasen su ciudad en tanto que él con una escasa tropa se retiraba á los lugares de la provincia menos expuestos á las correrías de los enemigos. Llegado Demetrio á Babilonia y hallándola desierta, sitió una de las dos fortalezas; pero encontrando mucha resistencia la abandonó para adelantar por el país que saqueó.

Seleuco, de vuelta de la Media, en donde se hallaba entónces, no tuvo trabajo en arrojar las pocas tropas que el vencedor habia dejado en Babilonia, y la puso en estado de no ceder á nuevos ataques. Desde esta época contaban los babilonios la fundacion de su reino que han colocado seis meses antes que el de todas las naciones del Asia.

En tanto que Antígono, Casandro, Lisímaco y Tolomeo se destruian entre sí con crueles guerras, Seleuco pensaba en extender los límites de su imperio. No solo se afirmó en la posesion de la Media, Asiria y Babilonia, sino que llevando mas lejos sus armas, redujo la Persia, la Bactriana, la Hircania y todas las provincias, mas acá del Indo, que Alejandro habia conquistado. Declarando en seguida la guerra á Androcote ó Sandrocote, sátrapa de la India, condujo contra él un ejército considerable, al cual opuso este setecientos mil hombres y un número prodigioso de elefantes. Viendo Seleuco que no podria triunfar con las armas de un enemigo tan poderoso, tomó el partido de acomodarse con él, y hacer la paz, mediante quinientos elefantes que el sátrapa le dió (Vaillant. Seleucid. p. 15). Habiendo Casandro, Lisímaco y Tolomeo, á imitacion de Seleuco, tomado el título y los atributos reales en sus respectivas provincias (307) sa-

cudieron el yugo de la dependencia en que los tenia Antígono y reunieron tropas considerables para hacerle frente. Llegaron, cerca de Ipsus, ciudad de Frigia, á darse una batalla los cuatro reyes contra Antígono y su hijo Demetrio. Este, habiendo caido al frente de la caballería contra Antíoco, hijo de Seleuco, le puso en fuga, pero al perseguirle con mas ardor que prudencia, dejó escapar la victoria que tenia, por decirlo así, entre las manos. Porque á la vuelta, no pudo reunir su infantería delante de la cual Seleuco, durante su ausencia, habia hecho colocar cuatrocientos elefantes que la impedian penetrar. Fingiendo Seleuco querer acometer aquella infantería abandonada á sí misma, infundió en ella tan grande espanto, que una gran parte de ella se le rindió sin combatir y el resto emprendió la fuga. Antígono entretanto aguardaba el regreso de su hijo, pero abrumado por un granizo de flechas, cayó muerto en el campo de batalla. Demetrio al volver, en lugar de una completa victoria que se prometia alcanzar, solo halló los surcos de una entera derrota (Plutarch in Demetrio). Seleuco, en el mismo lugar en donde le habia dado la victoria la imprudencia de su enemigo, hizo levantar una ciudad de su propio nombre, para conservar la memoria de este suceso, después de lo cual, prosiguiendo sus conquistas en la alta Siria, fundó, sobre el Oronte, la célebre ciudad de Antioquía del nombre de su padre ó del de su hijo.

300. No duró mucho tiempo la concordia entre los reyes confederados. Divididos en dos facciones Seleuco se unió á Demetrio, y Tolomeo á Lisímaco. Queriendo el primero unirse á Demetrio por los lazos de la sangre, le diputó su hijo Antíoco para pedirle en matrimonio su hija Estratonice. Encantado Demetrio por una peticion tan inesperada, se hizo á la vela desde Atenas en una flota con su hija para trasladarse á Siria. En Cilicia, siguiendo su camino, encontró á su esposa Filea que volvia de Chipre. Seleuco, habiendo salido de Babilonia á su encuentro, les alcanzó en Orossus, ciudad marítima en la entrada de la Siria. Pasados muchos dias en diversiones, pensó Seleuco pedir á Demetrio, que por una suma de dinero le cediese la Cilicia, que los reyes, después de tomarla á Antígono, habian cedido á Plistarco, hermano de Casandro. Esta peticion chocó á Demetrio, que le contestó que no desmembraria sus estados para hacer partícipe de ellos á su yerno. Para asegurar esta provincia contra las empresas de Saleuco, tuvo cuidado en proveer todas las plazas de buenas fortificaciones.

294. Antíoco, hijo mayor de Seleuco, concibió tan violenta pasion por su madrastra Estratonice, que cayó gravemente enfermo, por creer imposible casarse con ella, pues habia ya tenido un fruto de su matrimonio. El médico Erasistrato, que descubrió la causa de su mal, la reveló al padre, quien temeroso de perder á su querido hijo, sobreponiéndose á todas las reglas, le hizo desposar con su mujer, después de obtenido el consentimiento del ejército que habia reunido para consultarle sobre este asunto. A esta gracia añadió la donacion de todos sus estados, sin reservarse para sí mas que la parte comprendida entre el Éufrates y el Mediterráneo.

285. Tolomeo Cerauno, ó el Rayo, hijo mayor de Tolomeo Filadelfo, irritado de la preferencia que su padre habia dado á Tolomeo, llamado después Evergetes, su hijo segundo, abandonó el Egipto, retirándose primero cerca de Lisímaco, rey de Tracia, cuyo hijo Agatocles se habia desposado con su hermana Lisandra. Muerto Lisímaco en Cyropedion en una batalla dada contra Seleuco (282), se trasladó á la corte de este último, quien le recibió con las mas grandes demostraciones de amistad. Pero pagó á su bienhechor con la mas negra ingratitud. Habiendo resuelto Seleuco ir á pasar el resto de sus dias á Macedonia, su patria, de donde habia salido para acompañar á Alejandro el Grande en sus expediciones militares, abandonó los estados de Ana á su hijo Antíoco. Llegado cerca de Lisímaquia, en Tracia, apercibió á lo lejos sobre una eminencia, un altar cuyo nombre preguntó, diciéndole ser Argos. Nombre que el oráculo habia predicho que le seria fatal. Cerauno, que le acompañaba, cumplió la prediccion, hundiéndole por detrás un puñal, de cuya herida murió en el acto, siete meses con poca diferencia después de Lisímaco, á los setenta y tres años de edad y treinta y dos de reinado. El asesino, habiéndose salvado en Lisímaquia, ganó á los soldados de Seleuco distribuyéndoles los tesoros de este príncipe, con lo cual y el temor que les inspiró, les indujo á reconocerle por rey de Siria. Seleuco, dice Vaillant, fué el mas grande de todos los sucesores de Alejandro, tanto por la extension de sus estados, como por la sabiduría con que los gobernó. Fué el terror de sus enemigos por su valor, y el padre de sus súbditos por su humanidad. Poseyó hasta setenta y dos satrapías ó grandes provincias, todas las cuales concordaron en celebrar sus virtudes. Cuéntanse hasta treinta y seis ciudades fundadas por él, á las cuales dió nombres griegos, y poblólas con colonias de macedonios. Amante de las letras, mereció el reconocimiento de los atenienses remitiéndoles de Persia la biblioteca que Jerjes les habia quitado, lo que le mereció que le erigiesen una estátua de bronce en uno de sus pórticos (Arrian. de reb. Alejand. l. VII, Pausanias in Atticis.). Tan poco le alucinaba su grandeza que acostumbraba decir: que si se conociesen los trabajos que cuesta el llevar los negocios del gobierno, el escribir cartas y contestar á las que se reciben, nadie se bajaria á recoger una diadema que hubiese caido al suelo. Una prueba de su fuerza prodigiosa es, que en un sacrificio que ofrecia á Alejandro, habiéndose escapado un toro en el momento de irle á inmolar, le cogió él por las astas y le volvió al lugar del sacrificio. Esta fué la causa porque le llamaron Bicórnido. Pasaba tambien como cosa cierta, que Apolo habia tenido parte en su nacimiento, y que habia remitido á Laodicea, su madre, una sortija en la que habia un áncora grabada, cuya marca llevaron en la pierna todos sus descendientes.

La memoria de su fuerza y de su valor se ha perpetuado hasta nosotros en los antiguos monumentos. Vense aun en el dia medallas en las que está representado con la cabeza cubierta con una piel de leon, y el reverso con el emblema de un toro furioso.

Además de la famosa ciudad de Antioquía sobre el oriente, habia hecho edificar Seleuco otras diez y seis ciudades del mismo nombre, nueve Seleucias, una de las cuales se hallaba situada sobre la ribera occidental del Tigris, frente por frente del lugar que hoy dia ocupa Bagdad, tres Apameas, y una Estratonice.

282. Antíoco I llamado Soter, hijo mayor de Seleuco y de Apamea, sucedió á su padre con Estratonice, su esposa y madrastra, en todos sus estados, de los cuales habia ya poseído una gran parte. Era de esperar, que, contando con las fuerzas suficientes para vengar la muerte de su padre, empezaria por emplearlas contra los asesinos de aquel príncipe. Pero, por una debilidad inconcebible, se dejó convencer por las falsas escusas, y las indignas adulaciones de Cerau-

no, hasta el punto, no solo de hacer la paz con él, sino de dar á su hija en matrimonio á Pirro, hermano del asesino. Muchas ciudades del Asia menor, que, después de la muerte de Lisímaco, se habian entregado á Seleuco, indignadas por tanta bajeza, sacudieron el yugo que les habia impuesto, negándose á obedecer á su hijo (Justin. l. 17). Muchos combates le costó á este último el llegar á poseer toda la herencia de su padre. En tanto que se hallaba ocupado en reducir á sus súbditos rebeldes, Antígono Gonatas hizo una expedicion á Macedonia con sus fuerzas de mar y tierra, con intento de prevenir á Cerauno, que se disponia á invadir aquel reino. Pero este con los navíos de Lisímaco, de que se habia apoderado, le presentó un combate naval del que quedó victorioso, haciendo vela desde allí hacia Macedonia, de la que se apoderó, en tanto que Antígono huia á Beocia. Los galos arrojados de su país por el hambre no permitieron que gozase pacíficamente de su conquista.

278. Viéndolos Cerauno llegar á Macedonia, bajo las órdenes de Breno, marchó contra ellos, y les presentó una batalla, que perdió, con su libertad. Los bárbaros, teniéndole en su poder, le cortaron la cabeza como á un bandido, y la presentaron en la punta de una lanza al enemigo. Sostenes, príncipe macedonio, no les dejó gozar por mucho tiempo del fruto de su victoria. Habiendo reunido la juventud de Macedonia, les obligó á abandonar el país que devastaban; en reconocimiento de este gran servicio fué saludado rey por su ejército (Justin. l. 24). La muerte no le permitió gozar del reino, mas que por el espacio de cerca tres años (275). Después de su fallecimiento, fué la Macedonia el objeto de la ambicion de Antíoco y de Antígono Gonatas, que uno y otro la reclamaban como parte de sus bienes paternos. Acomodándose estos dos concurrentes, después de algunos debates, el primero cedió al otro la Macedonia, dándole además en matrimonio á Fila, que Seleuco I, su padre, habia tenido en Estratonice, sobrina del mismo Antígono.

274. Después de la derrota de Breno, pasaron los galos al socorro de Nicomedes, rey de Bitinia, contra Zipete, su hermano menor, que le disputaba sus estados. Restablecido por su valor, Nicomedes los envió á las tierras de Antíoco, donde invadieron todo cuanto se extiende desde el mar hasta el monte Tauro, tomando de su nombre, este país, el de la Galogrecia-Galacia. Animados por tan brillante resultado, trataron de extenderse por el lado del oriente. Vencido en una batalla dada cerca del monte Tauro, fingió Antíoco, para reanimar el valor de sus tropas, una aparicion de Alejandro el Grande, que le mandaba dar en prenda de la victoria una palabra de contraseña á cada soldado para escribirla en sus vestidos. Llenos de confianza en este signo, cayeron sobre los bárbaros, á los que pusieron en fuga. La derrota la empezaron los elefantes del ejército sirio, que introdujeron el desórden en el de los galos. En memoria de este suceso se le dió el nombre de Sotea ó Salvador.

264. No experimentó Antíoco la misma suerte en la guerra que emprendió contra el Egipto. Además era manifiestamente injusta. Magas, príncipe de Cerene, esposo de su hermana Apamea, estaba en guerra con Tolomeo Filadelfo, rey de Egipto, á quien queria destronar, y le indujo á hacer una diversion, entrando por el lado de Pelusa, en tanto que él atacaria aquel país por la Libia. Con esto se obligaba Antíoco á quebrantar, sin razon, el tratado que Seleuco, su padre, habia concluido con Tolomeo I. Pero Seleuco habia provisto tan bien sus fronteras, que el ejército sirio no pudo forzarlas. Obligado á llamarle á causa de las correrías que el de Tolomeo hacia por vía de represalias en Siria, no sacó de su expedicion mas que la vergüenza de haber intentado una empresa injusta (Pausanias in Atticis).

261. Murió este príncipe en una afortunada vejez, después de haber reinado diez y nueve años desde la muerte de su padre. Dos ciudades célebres le reconocen por su fundador; la una situada en la Margiana, provincia de los partos, á la cual dió el nombre de Antioquía, y la otra en Frigia, á la que llamó Apamea.

261. Antíoco II, por sobrenombre Dios, hijo de Antíoco Soter y de Estratonice, subió al trono de Siria después de la muerte de su padre. El sobrenombre de Teos ó Dios, se lo dieron los milesios por haberles libertado de Timasco su tirano. Estuvo en guerra durante la mayor parte de su reinado con Tolomeo Filadelfo, quien, cansado de tener las armas en la mano contra un enemigo que no le dejaba un instante de reposo, le dió por esposa á su hija Berenice, á pesar de que Antíoco estaba casado con Laodicea, en la que habia tenido dos hijos, Seleuco y Antíoco. Las atenciones del rey para con Berenice, su hija, llegaron al extremo de hacerle llevar contínuamente agua del Nilo para su bebida. Pero disgustado en seguida de su segunda esposa, volvió Antíoco á tomar á Laodicea, su primera mujer, después de la muerte de Filadelfo. Desconfiando esta de la inconstancia de su marido, le hizo emponzoñar secretamente, después de quince años de reinado. Para que el público no conociese su crímen, hizo ocupar el lecho de Antíoco por un hombre del pueblo, llamado Artemon, que se le parecia extraordinariamente, presentándole como al príncipe, peligrosamente enfermo (Plin. l. VII, 12). En seguida, habiendo publicado la muerte del rey, le hizo dar por sucesor á su primogénito del primer matrimonio (Valer. Max. l. IX, c. 14). Beroso, sacerdote de Belo, é historiador de Babilonia, vivia al principio del reinado de este príncipe, porque le dedicó su historia de la Caldea y de sus reyes, de lo cual Josefo y Eusebio nos han conservado excelentes fragmentos, sin los cuales seria imposible tener una lista exacta de los reyes de Babilonia. Bajo el reinado de Antíoco, y en el año 256 antes de Jesucristo, fué cuando los partos, excitados por Arsace, sacudieron el yugo de la Siria, á la que habian estado sometidos desde la muerte de Alejandro el Grande, y formaron un estado particular é independiente, cuyo primer rey fué el jefe de la revolucion (V. la Cronol. histor. de los arsácidas).

Casi al mismo tiempo Teodoto se levantó en la Bactriana, y de gobernador que era se hizo rey de aquella provincia. Pronto siguieron su ejemplo las demás naciones inmediatas, todas las cuales sacudieron al mismo tiempo el yugo, de modo que Antíoco perdió todas las provincias orientales de su imperio, mas allá del Tigris (Appian in parthicis apud Photium, cod. 58).

246. Seleuco, por sobrenombre Callinicus, hijo de Antíoco el Dios, le sucedió siendo de muy corta edad, bajo la tutela de su madre Laodicea. Teniendo esta princesa todo el poder en su mano, creyó que debia para su seguridad emplearle en deshacerse de Berenice su rival. Informada Berenice de su designio, se salvó con su hijo en la villa de Dafne, en donde no tardaron en sitiarla las tropas enviadas por Laodicea. Las ciudades de Asia instruidas de su desdicha hicieron partir tropas que fuesen á socorrerla. El rey Tolomeo Evergetes, hermano de Berenice, acudió tambien por su parte á libertarla. Pero la princesa y su hijo habian sido ya inmolados al furor de Laodicea

antes que llegasen uno y otros. Tolomeo, para satisfacer su venganza, recorrió la Siria llevándolo todo á sangre y fuego, sin encontrar resistencia. Habiendo caido Laodicea en sus manos, sació en ella su venganza, después de lo cual, pasando el Éufrates, sometió á sus leyes todo el país hasta el Tigris. Nada le hubiera impedido apoderarse del trono de Siria, sin una sedicion que le llamó á Egipto. Al partir dividió el gobierno de sus conquistas entre dos de sus generales. Antíoco, al que puso al frente de las provincias situadas mas acá del monte Tauro, y Xantippe, que gobernó los que estaban mas allá de esta montaña. Volvióse cargado de un inmenso botin, consistiendo todo en cuarenta mil talentos de plata con una cantidad prodigiosa de vasos de oro y de plata, y estátuas, que ascendian al número de dos mil quinientas, una parte de las cuales eran los ídolos de Egipto, que Cambises, cuando hizo la conquista del Egipto, habia llevado á Persia. Gozosos los egipcios, al recobrar los objetos de su culto, dieron por reconocimiento á Tolomeo el sobrenombre de Evergetes ó de Bienhechor.

244. Viendo á Tolomeo de vuelta á Egipto, apresuróse Seleuco á hacer equipar una flota sobre las costas de Siria para ir á reducir las ciudades de la Alta Asia, que se habian sublevado. Pero habiéndola destruido casi enteramente una violenta tempestad, esta desgracia movió á compasion á los rebeldes, quienes creyéndole bastante castigado, se sometieron voluntariamente á sus leyes. Restábale aun subyugar las ciudades del Asia menor, que persistian en su rebelion. Derrotado por Tolomeo el ejército que hizo marchar contra ellas, recurrió á su hermano Antíoco, jóven príncipe de catorce años á quien su feroz avaricia habia ya hecho dar el sobrenombre de «Hierax» Gavilan. Viendo Tolomeo que tendria que luchar á la vez con dos enemigos poderosos se apresuró á hacer la paz con Seleuco.

Las ciudades de Esmirna y de Magnesia, en el Asia menor, se conservaron, á pesar de todo, afectas á Seleuco. Habiéndose coligado, se obligaron á reunir sus fuerzas para sostenerle, é hicieron grabar este tratado en una gran coluna de mármol blanco, que aun subsiste, y que actualmente se ve en el patio del teatro de Oxford. Los caractéres, que son mayúsculas griegas, son aun bastante inteligibles. Este precioso monumento fué llevado de Asia á Inglaterra, al principio del siglo décimo septimo, por Tomás, conde de Arundel, y regalado junto con otros mármoles antiguos á la universidad de Oxford, por su nieto Enrique de Norfolk; conocidos son los sabios comentarios que sobre ella han hecho Selden y Prideaux. Á pesar de la paz que Seleuco habia concluido con el rey de Egipto, continuó Antíoco-Hierax sus preparativos para seguir la guerra contra el primero pretendiendo no haberla emprendido sino bajo la promesa que de la soberanía de todas las provincias del Asia menor le habia hecho su hermano. Para terminar la contienda vinieron á las manos, en una batalla dada cerca de Ancyra, en el Asia menor. Seleuco, derrotado, logró escapar á duras penas. Pero no tardó mucho Antíoco en experimentar la misma suerte. Los galos que formaban gran parte de su ejército, habiendo oido decir que Seleuco habia muerto en el combate, se imaginaron que, deshaciéndose de Antíoco, fácilmente se apoderarian del Asia menor. Advertido este, vació su caja militar para atraérselos. Eumenes de Pérgamo (241) aprovechando esta coyuntura, cayó con todas sus fuerzas sobre Antíoco y los galos, tan impetuosamente, que alcanzó sobre ellos una completa victoria que le abrió toda el Asia menor. Pero no sobrevivió mucho tiempo á su triunfo, muriendo el año siguiente de un exceso de destemplanza.

Volviendo Antíoco Hierax á tomar las armas contra el rey su hermano, fué tan mal tratado que, no encontrando refugio en Siria, tuvo que retirarse junto á Ariarates, rey de Capadocia, con cuya hija estaba casado. Su carácter inquieto y turbulento no tardó en enemistarle con su suegro que resolvió deshacerse de él. Noticioso de este designio se salvó en Egipto junto á Tolomeo Evergetes, prefiriendo ponerse á discrecion de un príncipe enemigo de su familia antes que fiarse de un hermano cuyo resentimiento habia provocado con tanta obstinacion. Tolomeo no usó con él la generosidad que aguardaba. Haciéndole arrestar, le retuvo en una estrecha prision durante algunos años, al cabo de los cuales, habiendo logrado evadirse por la destreza de una cortesana que le visitaba, cayó en manos de unos bandoleros que le asesinaron. Aunque poco brillantes las ventajas que sobre él alcanzó Seleuco, sin embargo, á ellas debió el sobrenombre de Callinico ó victorioso que se hizo dar (Just. l. XXVII).

Arsaces, rey de los partos, habia aprovechado las turbulencias suscitadas entre los dos hermanos para extender sus dominios en oriente. Libre ya de su hermano, emprendió Seleuco la reduccion de las provincias que Arsaces habia sublevado contra él (236). Habiendo fracasado en su primera expedicion, emprendió otra que fué aun mas desgraciada quedando después de vencido prisionero de Arsaces. Los galos, que hacia cerca treinta años habian pasado el Helesponto, aprovecharon la cautividad de Seleuco para invadir muchas provincias de la Siria. Arsaces, sin embargo, trataba á su prisionero con mucha generosidad. Parecia dispuesto á restituirle la libertad (225), cuando una caída de caballo le arrojó al sepulcro, después de un reinado de veinte años (Just. ibid.). De su mujer Laodicea, dejó Seleuco tres hijos, dos varones, Seleuco y Antíoco, con una hija casada con Mitridates IV, rey del Ponto, al que llevó en dote la Frigia (vide Arsace II, rey de los Partos).

225. Seleuco III, llamado Cerauno, hijo mayor de Seleuco Callinico, le sucedió con el título merecido de Cerauno, ó el Rayo, que se dió él mismo. Ignórase cómo fué que el rey de los partos le permitió ocupar el trono. Llevó á él una salud débil, con un entendimiento limitado. Felizmente para él, Aqueus, su tio materno, hombre de corazon y de talento, habiendo tomado en sus manos la direccion de los negocios, detuvo el estado en la pendiente de su ruina. Habiéndose apoderado Attalo, rey de Pérgamo, de la parte del Asia menor, comprendida hasta el monte Tauro, se vió obligado Seleuco á marchar contra él, acompañado de Aqueus, su tio, después de haber dejado la regencia de la Siria á un cario llamado Hermias. Pero cuando se hallaba en Frigia, dos de sus primeros oficiales, prevaliéndose de la carestía que reinaba en el ejército, conspiraron contra él, y le emponzoñaron, año tercero de su reinado (223).

223. Antíoco III por sobrenombre el Grande, hermano de Cerauno, que no habia dejado hijos, fué elegido por el ejército para sucederle, siendo de edad de cerca de diez y nueve años, después de la negativa de Aqueus, á quien habian ofrecido el trono. Por entónces se hallaba el príncipe en Babilonia, á donde le habia mandado su padre para que recibiese educacion. El nuevo monarca, después de haber tomado posesion de la corona, nombró por su primer ministro á Hermias, el cario, é hizo partir para el oriente á dos hermanos, llamados Molon y Alejandro, después de dar al primero el gobierno de la Media, y al segundo

el de la Persia. Aqueus, encargado de las provincias del Asia menor, continuó la guerra contra el rey de Pérgamo, de quien reconquistó todo lo que del imperio de Siria habia usurpado.

Llegados á sus gobiernos Alejandro y Molon, condujéronse en ellos como soberanos, sin querer reconocer la autoridad de Antíoco. Muchos gobernadores particulares á quienes habian seducido, entraron en su rebelion, cuyo pretexto fué la dureza con que Hermias el cario ejercia el ministerio. Hizo Antíoco partir un ejército para reducir á Molon. Este, preparado á recibirle, se le presentó, y habiéndole puesto en fuga, se adelantó hasta las márgenes del Tigris, en donde se apoderó de Ctesifon, cerca de Seleucia. Nuevas tropas enviadas por consejo de Hermias, al mando de Jenete, se adelantan hasta Seleucia; Molon, fingiendo querer retirarse á Media, abandona su campo al enemigo, después de haberse alejado de allí una jornada. Pero en tanto que el ejército de Jenete se entregaba al placer y á la licencia, Molon se presenta de noche (221) haciendo en él una espantosa carnicería. Habiendo en seguida pasado el Tigris, se apodera de Seleucia, y de allí va á hacerse dueño de la Babilonia y Mesopotamia (Polib. lib. v).

220. Afligido Antíoco por estos reveses, resuelve ir en persona al frente de su ejército á combatir á los rebeldes. Después de sentar cuarteles de invierno cerca del Éufrates, pasó el Tigris, y acampó en la provincia de Apolonia, en donde el ejército de Molon le aguardaba en tan buen órden, que parecia asegurarle una nueva derrota. Pero después de algunas escaramuzas, haciéndose general la accion, vióse de pronto el ala derecha de los rebeldes pasar bajo las insignias del rey, entregando á los que abandonaban á la venganza de los sirios, que los hicieron pedazos. No pudiendo Molon sobrevivir á una desgracia que le quitaba toda esperanza, se atravesó á sí mismo con la espada, y sus principales cómplices imitaron su ejemplo. El ministro Hermias no habia previsto que la guerra podia terminar con tan rápido suceso. El pronto regreso de su dueño, desbarató el plan de las venganzas y crueldades que pretendia ejercer contra sus enemigos. Desengañado por su médico Apolofanes, que le habia acompañado, en lo tocante á aquel dañino favorito, tomó Antíoco la resolucion de deshacerse de él. Habiéndole llamado á parte en un paseo, le hizo asesinar por hombres apostados al intento, con gran contentamiento del público. Las mujeres de Apamea, con el gozo que les causó este acontecimiento, se arrojaron sobre su mujer y sus hijos, á los que mataron á pedradas. Hasta entónces Aqueus, tio del rey, le habia servido con el celo y el desinterés mas notable. Habiendo recobrado para su sobrino las provincias que invadiera Attalo, rey de Pérgamo, fué nombrado gobernador de ellas. Pero Hermias, con su violento proceder respecto á él, le habia obligado, por propia seguridad, á sublevarse, tomando el título de rey de Asia. Ocupado entónces Antíoco en el proyecto de recobrar las provincias que el rey de Egipto, Tolomeo Filopator, habia quitado á la Siria, creyó que debia dejar para mas adelante el reducir á su tio. Conduciendo todas sus fuerzas hácia estas provincias, tomó por asalto á Seleucia, y penetró en la Celosiria, en donde Teodoto, su gobernador, le entregó las ciudades de Tolemaida y Tiro, de que se hizo dueño. Interrumpidas las hostilidades por una tregua de cuatro meses, pasados estos empezaron con nuevo furor. Los dos reyes se dieron una batalla en Rafia, cerca de Gaza, en donde Antíoco fué derrotado, con una pérdida considerable, el año 217 antes de la era vulgar.

216. De vuelta á Siria, después de haber abandonado sus conquistas al vencedor, se dispuso á marchar contra Aqueus. Entrando en el Asia menor se coligó con Attalo, rey de Pérgamo, y le estrechó con tal rigor, que Aqueus se vió obligado á encerrarse en Sardes (215). Después de un año de sitio, habiéndose encerrado en la ciudadela, se defendia en ella con valor, cuando, vendido por dos cretenses, cayó en manos de Antíoco que le hizo cortar la cabeza.

214. Las pérdidas que Antíoco habia experimentado, y las que le amenazaban en oriente, fueron entónces el principal objeto de su atencion. Tiridates, hijo de Arsaces I, rey de los partos, se habia apoderado de la Media, reino el mas poderoso de la alta Asia por su extension y riquezas. Habiendo Antíoco reunido todas sus fuerzas para recobrarle, logró al cabo arrojar de él á los partos á pesar de los esfuerzos que hizo Tiridates para conservarle. Pasó en seguida á la Hircania, que sometió á sus leyes por entero, pero tenia que combatir con un enemigo que en su genio encontraba recursos para recobrarse de sus pérdidas. Antíoco, después de presentarle diferentes combates, viendo que la guerra amenazaba prolongarse sin asegurarle un resultado decisivo, tomó el partido de entrar en negociaciones con él. Por convenio celebrado entre ellos, el país de los partos y la Hircania permanecieron en poder de Tiridates, bajo la promesa que hizo de juntar sus tropas con las de Antíoco, para ayudarle á recobrar las demás provincias de oriente. La que mas le dolia era la Bactriana usurpada por Teodoto, que de gobernador se habia hecho soberano, y á cuyo hijo habia despojado otro rebelde llamado Eutidemo, que se sostenia en ella con valor y habilidad. Habiéndole Antíoco atacado con un ejército formidable, alcanzó sobre él una completa victoria, por la que obtuvo el dictado de Grande. No pudo sin embargo arrojar á Eutidemo de la Bactriana, viéndose obligado, después de otros combates menos afortunados, á firmar con él un tratado, cuya principal condicion fué que Eutidemo permaneceria dueño de la Bactriana, con el título de rey. Habiendo este último presentado su hijo Demetrio al rey de Siria, concibió este tal afecto por él, que le prometió su hija en matrimonio. En reconocimiento, el padre hizo presente á Antíoco de todos sus elefantes, y le abrió el camino para las provincias de oriente que le faltaba sojuzgar. Habiéndole acompañado la victoria por donde quiera que se presentó, después de una ausencia de siete años, volvió por la Aracosia, la Drangiana y la Persia, á su capital, en donde entró triunfante.

204. Tan brillantes resultados ensoberbecieron á Antíoco que hizo una liga con Filipo, rey de Macedonia, para quitar el Egipto á Tolomeo Epífanes, jóven príncipe, que solo contaba cinco años. Segun el tratado celebrado entre ellos, Filipo debia quedarse el Egipto con la Caria; y la Fenicia con la Celosiria debian formar la parte que correspondia á Antíoco. Habiéndose echado este último sobre las dos provincias que debian pertenecerle, las atacó tan vivamente, que las conquistó en dos campañas (203). En tanto que Filipo, por su lado, hacia progresos casi semejantes, Aristómenes, regente de Egipto, recurrió á los romanos, ofreciéndoles la tutela del rey Tolomeo. El senado aceptándola, envió embajadores á los reyes de Siria y Macedonia, para invitarles á dejar en reposo el Egipto (202). Habiendo sido mal recibidos estos embajadores, fué enviado Scopas, general de los egipcios, para que procurase recobrar la Palestina y la Celosiria. Los rápidos progresos que hizo en estas provincias llamaron á ellas al rey de Siria, ocupado en-

tónces en una guerra contra Attalo rey de Pérgamo, con el que se apresuró á hacer la paz á solicitud de los romanos. Puesto en posesion de la Celosiria y de la Palestina, volvióse otra vez al Asia menor, con resolucion de someter á sus leyes todo cuanto habia pertenecido á Seleuco Nicator. Embarcado en su flota, se hizo dueño de muchas ciudades de este país y de las islas vecinas. No perdonó tampoco las ciudades griegas que disfrutaban de su libertad. Le vino embajada de Roma, cuya proteccion habian estas implorado, para intimar á Antíoco que volviese la libertad á estas ciudades, y al rey de Egipto todo cuanto le habia quitado. Consiente en el primero de estos artículos, prometiendo acomodarse con el rey de Egipto. Esparciéndose un falso rumor de la muerte de este príncipe se apresura á irle á suceder. Desengañado en el camino, hace vela hácia Antioquía. En tanto que delibera si entrará en una guerra contra los romanos, llega á su corte el famoso Aníbal, escapado de Cartago, en donde sus compatriotas estaban para entregarle á los romanos (193); decide al rey de Siria á tomar el partido sobre el que vacila, exhortándole á llevar la guerra á Italia. Sin embargo, Antígono prefiere marchar á Grecia, y hace para ello sus preparativos. Terminados estos, vuelve Aníbal á la carga, y propone enviar una parte de la flota siria á las costas de Italia, para ocupar á los romanos en su casa, é impedirles el transportar todas sus fuerzas á Grecia, pero los cortesanos se oponen á este consejo. Antíoco y los romanos se ponen en marcha, cada uno por su lado, para trasladarse á la Tesalia. Los romanos, á los cuales se une Filipo, rey de Macedonia, atacan, bajo las órdenes del cónsul M. Acilio, á los sirios en el estrecho de los Termópilas (191), y habiéndolos puesto en fuga desde el primer choque, cubren al perseguirlos la tierra de cadáveres. Antíoco, salvado en Chalcis en la Eubea, se traslada en seguida á Éfeso (190), de donde manda á sus tropas de Asia que vayan inmediatamente á unírsele en el Chersoneso de Tracia (Tito Livio, lib. xxxvi). Derrotado en el mar por C. Livio, pasa á Asia en donde el año siguiente es otra vez deshecho por el cónsul L. C. Escipion, y Escipion el Africano, su hermano, en Magnesia, al pié del monte Sipyle, el 13 de diciembre (190). Obligado á pedir la paz, sus embajadores son remitidos á Roma, en donde se confirman las condiciones del tratado, que le habian dictado sus vencedores (Tito Liv. xxxvii). Por este tratado, Antíoco renuncia á toda pretension sobre cualquiera ciudad de Europa, evacua todas las del Asia mas acá del monte Tauro, da en rehenes á su hijo Antíoco, y consiente en pagar los gastos de la guerra. El autor del libro de los Macabeos, libro I, cap. VIII, v. 7, y 8, añade que el rey de los sirios cayó en manos de los vencedores, y que solo recobró la libertad cediéndoles el país de los medos, de los indios, y sus mejores provincias. Pero los historiadores profanos nada dicen de esta circunstancia.

Despojado del Asia menor, que fué cedida á Eumenes, rey de Pérgamo, como precio de su alianza con los romanos, vuelve Antíoco cubierto de vergüenza á Siria. Se ocupaba en arreglar su arruinada hacienda cuando le entró la manía de saquear, para encontrar recursos, el templo de Júpiter Belo, en Elimais, en donde habia grandes riquezas. Esta sacrílega empresa le costó la vida (187). Furioso por ello el pueblo, se arrojó sobre él, y le mató, el año treinta y seis de su reinado, y cincuenta de su edad (Estrab. l. xvi).

Murió Antíoco seis años demasiado tarde para su gloria. Antes de comprometerse con los romanos, era mirado como el monarca mas distinguido de su tiempo por sus virtudes políticas y militares. Pero luego que los hubo provocado, se eclipsaron, precipitándose en una cadena de desgracias que le hicieron perder la parte mas floreciente de sus estados. Sin embargo, en medio de sus desdichas conservó el fondo de su carácter humano, generoso y bienhechor.

187. Seleuco IV, por sobrenombre Filopator, á quien el afecto que profesaba á su padre Antíoco el Grande hizo dar este renombre, le sucedió como hijo suyo mayor en el trono de Siria. Tenia un hermano menor, llamado Antíoco, que se hallaba en rehenes en Roma, desde la paz concluida por su padre con los romanos. Seleuco, bajo el reinado de este último, habia dado pruebas de valor en la guerra de Asia, y habia hecho prisionero en el mar al hijo del cónsul Escipion. Apoderado del territorio de Pérgamo sitiando su capital, habia mandado el ala izquierda del ejército de su padre en la batalla dada cerca del monte Sipyle (Diodori siculi excerpta). Poco tiempo después de la muerte de su padre, casó á Laodicea su hija, con Perseo, hijo natural de Filipo, rey de Macedonia. Embarcada con su séquito en navíos rodios la princesa descendió en la isla de Delfos, famosa por un templo de Apolo, en donde se distinguió por los magníficos presentes que hizo así á la divinidad como á los habitantes. En la cronología histórica de los judíos se ha hablado de la órden que dió á Heliodoro, superintendente de sus rentas, de que fuese á saquear el templo de Jerusalen (176), y de la milagrosa venganza que ejerció sobre este potentado la justicia divina. Por el tratado de paz concluido entre Antíoco el Grande y los romanos, se habia dicho que pagaria cada año doce mil talentos áticos, y que daria veinte rehenes que se relevarian cada tres años, escepto su hermano Antíoco que permaneceria en manos de los vencedores tanto tiempo como quisiesen.

Habiendo obtenido el rey de Siria al fin de su reinado que le enviasen á su hermano, puso en su lugar á su hijo Demetrio, de edad de doce años. Pero no tuvo la satisfaccion de volver á ver á este último (176). Durante el viaje que hacian, el primero para ir á Roma, y el segundo para regresar á Siria, aprovechóse Heliodoro de la ausencia de los dos herederos de la corona para usurparla. Hizo perecer con veneno á Seleuco, á principios del otoño de este año, ciento treinta y siete de la era de los seleucidas. Solo habia reinado once años.

Antíoco IV, por sobrenombre Epífanes, hijo segundo de Antíoco el Grande, se hallaba en Atenas cuando supo la muerte del rey Seleuco su hermano, y la usurpacion de la corona de Siria por Heliodoro á quien los grandes no hicieron la menor oposicion. Encontró socorros para desposeer al intruso en dos príncipes extranjeros, Eumenes, rey de Pérgamo, y su hermano Attalo. Con sus socorros echó á Heliodoro, y tomó posesion del trono en perjuicio de su sobrino Antíoco, hijo de Seleuco IV. Pero apenas gozaba pacíficamente de él, cuando volvió á encender la guerra suspendida bajo el reinado de su predecesor contra el Egipto que le pedia la Fenicia y la Celosiria de las que se hallaba en posesion.

Las coyunturas favorables parecian invitarle á esta expedicion. Tolomeo Filometor se hallaba entónces en su minoridad, y los romanos que le habian tomado bajo su proteccion, estaban muy ocupados en la guerra que les hacia Perseo, rey de Macedonia, para hacer una diversion en su favor. Habiendo, pues, levantado un ejército considerable, penetró en Egipto, encontrando al enemigo entre el monte Casio y Pelusa. No tardaron en venir á las manos, decla-

rándose la victoria por el rey de Siria (172). Animado por tan próspero suceso, reunió al año siguiente todas sus fuerzas de mar y tierra, con las cuales volvió segunda vez á Egipto (171). Una nueva victoria, mas completa que la primera, y la moderacion con que afectó usar de ella, indujeron á los egipcios á correr en tropel á acogerse bajo sus leyes. Pero lo que mas brillo dió á su triunfo fué la humanidad que usó con el rey Tolomeo que habia caido entre sus manos (Mac. lib. I, c. I, v. 17 y 18, Tit. Liv. XLII, Diodor. Legat. Josef. lib. XII, cap. VI). Lisonjeábase de no tener mas que recorrer el Egipto de un extremo á otro para hacerse dueño de él. Pero la vigorosa resistencia que le opuso la ciudad de Memfis á la que tenia sitiada, trocó su fingida dulzura en abierta violencia. Arrojándose sobre las ciudades egipcias que se le habian sometido, las saqueó como á rebeldes, y dividió sus despojos con sus tropas. El trato que dió el año siguiente á Jerusalén, después de haberla tomado por asalto, sobrepujó á todos los horrores que habia cometido hasta entónces (170) (vide la Cronología de la Historia Sagrada).

Tolomeo Filometor permanecia cautivo en poder de Antíoco. Creyéndole perdido para siempre, y no esperando volverle á ver en mucho tiempo, los habitantes de Alejandría le declararon desposeido del trono, y nombraron en su lugar á Tolomeo, su segundo hermano, que primero tuvo el sobrenombre de Evergetes, y luego el de Fiscon, á causa del desmesurado tamaño de su vientre. Fingiendo Antíoco interesarse por el primero, entra en Egipto, y vencedor en un combate naval, bloquea á Alejandría, sitiándola en seguida. Entremezclándose los embajadores de algunas ciudades de Grecia para negociar un arreglo, solo recibieron de él respuestas vagas, y prosiguió en su empresa. Pero pronto, desesperando de tomar la plaza, juzgó mas oportuno dejar á los dos hermanos que agotasen contra sí sus fuerzas para él apoderarse en seguida del reino que se disputaban. Con esta mira, habiéndose retirado á Memfis, devolvió la libertad á Filometor, aparentando ponerle en posesion del Egipto, reservándose á Pelusa, que le abria, como una llave, la entrada del Egipto. Apercibiéndose los dos hermanos del lazo que les tendia, tomaron el partido de reconciliarse, sentándose juntos en el mismo trono. Viéndolos Antíoco, con esto, dispuestos á reunir sus fuerzas contra él, entró lleno de furor en Egipto, empezando á repartir la desolacion. Pero fué detenido por los embajadores romanos, que llegados á su campo delante de Alejandría, le intimaron que se retirase. Al pedir un plazo para deliberar, uno de ellos, Popilio Lenas, describió á su alrededor un círculo en la arena, con una varilla que tenia en la mano, exigiéndole que diese una respuesta positiva antes de salir de él. Desconcertado por este rasgo de autoridad, se sometió á las condiciones que le impusieron, y consintió en evacuar enteramente el Egipto. No permaneció en sus lindes, antes le fué necesario muy luego llamar sus tropas de la isla de Chipre, que hacia muchos años que poseian los egipcios.

El furor que estas humillaciones encendieron en el corazon de Antíoco, impotente contra los romanos, se exhaló, á su vuelta, contra los judíos, que no le habian dado ningun motivo de queja. Nada se asemeja á la persecucion que les suscitó para hacerles abandonar la ley de Moisés, y adoptar el culto de los ídolos. Pero en tanto que su crueldad se cebaba en ellos con los mas horribles tormentos; se encenegaba en el mas hediondo libertinaje, con lo que se atrajo igualmente el odio y el desprecio públicos. No se deshonraba menos con su loca prodigalidad que sumergia á sus pueblos en la ruina. Su crueldad sobrepujaba empero á su pasion por los placeres.

En tanto que se afanaba en destruir la religion judía por medio de los mas crueles suplicios, suscitó Dios un vengador de esta nacion en la persona de Matatías, sacerdote de Modin, venerable por su edad, valor y virtud. Habiéndosele juntado todos los que conservaban algun celo por la ley, cayó con ellos sobre los sirios, á los que puso en fuga, y castigó con la muerte á aquellos á quienes habian obligado á apostatar. Al morir dejó cinco hijos, jóvenes esforzados, llamados los macabeos, el tercero de los cuales, Judas, se señaló por un gran número de victorias que alcanzó sobre los generales de Antíoco (V. la Cronol. de la Hist. Sagr.).

En tanto que este príncipe se encarnizaba en querer destruir la nacion judía, á pesar de las pérdidas que esto le hacia experimentar, recibió noticias de oriente, que le pusieron en el mayor embarazo. Artaxías, rey de Armenia, se habia sublevado contra él, y la Persia se negaba á pagarle los tributos ordinarios. Obligado á dividir sus fuerzas, encargó á Lisias, su pariente, el cuidado de reducir la Judea con una parte de sus tropas, marchando él con las restantes contra el rey de Armenia. Vencedor de este último, al que hizo prisionero (166), entró en la Persia, en donde se lisonjeaba de encontrar riquezas capaces de restaurar su hacienda aniquilada por sus prodigalidades. Contaba sobre todo sacar un rico botin de la ciudad de Elimaida, capital, segun Calmet, del país de Elam. Era famosa por su templo de Diana, en donde suponia haber inmensas riquezas. Pero los campesinos y la clase media de la ciudad, advertidos de este designio, se armaron para la defensa de su templo, y rechazaron vergonzosamente á Antíoco (164). Furioso por este desastre, se trasladó á Ecbatana, en donde supo, para colmo de dolor, las grandes victorias que los judíos habian alcanzado sobre sus generales Nicanor y Timoteo. Lleno de furor con esta noticia, marchó rápidamente, para lavar con la sangre de toda la nacion judía la afrenta que habia recibido. La priesa que se dió su cochero fué tal, que volcó el carruaje, y de la caída, quedó el príncipe con todo el cuerpo magullado. Para continuar su camino, tuvieron que ponerle en una litera, cuyo movimiento no pudo soportar por largo tiempo, porque á sus males exteriores se unia un violento dolor de entrañas, que nada bastaba á mitigar. Detúvose en Tabes, en las fronteras de Persia y Babilonia, en donde murió, comido de gusanos, al principio de la primavera, después de haber reconocido, pero por una falsa penitencia, la mano de Dios que le heria (V. la Cron. de la Hist. Sagr.). Los escritores profanos concuerdan con los libros sagrados en hacer de este príncipe el retrato mas espantoso. Su conducta fué tan extravagante, que en lugar del nombre de Epífanes (el ilustre), se le dió el de Epimanes, que quiere decir el insensato. Y en efecto, no hubo ningun género de locura á que no se entregase.

164. Antíoco V, llamado Eupator, hijo de Antíoco Epífanes, le sucedió á la edad de nueve años. Su padre en su última enfermedad le habia recomendado á Filipo, su amigo de la infancia, enviándole las vestiduras reales, para que las llevase á su hijo. Pero en tanto que Filipo se ocupaba en trasladar á Antioquía los restos del rey difunto, Lisias se apodera de la regencia del jóven príncipe, á quien dió el sobrenombre de Eupator, y del gobierno de la monarquía. Filipo, viéndose suplantado, se retira á Egipto, asilo ordinario

de los descontentos de Siria, como esta lo era á su vez de los de Egipto.

Entretanto Judas Macabeo hacia rápidos progresos en Judea contra los sirios y los pueblos vecinos, sus aliados. Tolomeo Macron, gobernador de la Celosiria y de la Palestina, viendo la felicidad de sus armas, tomó el partido de conciliarse con él. Esto fué un crímen imperdonable á los ojos de Lisias. Macron habia tenido el gobierno de la isla de Chipre por el rey de Egipto, y descontento la habia entregado al rey de Siria. Lisias se prevaleció de su convenio con Judas, para acusarle ante el jóven monarca de una traicion semejante á la que habia hecho á su primer dueño. Despojado, en consecuencia, de sus empleos, no pudo sobrevivir á su desgracia, y se dió la muerte con veneno. Libre ya de este objeto de su encono, Lisias, á instigacion de los judíos apóstatas, reunió un formidable ejército para socorrer la fortaleza de Acra, que sitiaba Judas, y recobrar la plaza de Betsura, de que se habia apoderado. No encontrándose Judas con fuerzas suficientes para hacer frente á esta multitud, se contentó con hostigarle continuamente, logrando ventajas considerables sobre muchos destacamentos. Á las pérdidas que hizo experimentar á los sirios, se juntó el hambre, causada por el año sabático, en que la tierra, segun la ley, permanecia inculta sin producir nada. Filipo, retirado en Egipto, observando el embarazo en que se encontraba Lisias, aprovechó la coyuntura para reponerse, despojando á su vez á su rival de la autoridad que le habia usurpado. Pasando por Persia y Media, reunió un cuerpo de voluntarios, con los cuales se apoderó del palacio de Antioquía, tomando el título de primer ministro, y empuñando las riendas del gobierno. Á la noticia de esta resolucion Lisias se apresuró á hacer la paz con los judíos, y habiendo conducido á Eupator á Siria, logró disipar la faccion de Filipo (Macab. lib. I, cap. 6).

162. Pero otra revolucion mas terrible amenazaba á la par á Lisias y á Eupator. Demetrio, hijo de Seleuco Filopator, y primo de Eupator, hacia doce años que se hallaba en clase de rehenes en Roma, en donde en vano solicitaba el permiso para volver á Siria. Impaciente por no poder obtenerle, se escapó furtivamente de Roma, y tomó el camino de su país. Á su llegada á Tiro esparció el rumor de que habia sido enviado por el senado para tomar posesion de la corona de Siria, que le pertenecia como á hijo de Seleuco Filopator, hermano mayor de Antíoco Epífanes. Las tropas se declaran en seguida contra Eupator, á quien sacan del palacio, junto con Lisias el regente, conduciéndoles á ambos á la presencia de Demetrio, quien les hace dar muerte (Josef. Antig., lib. XIII, cap. 16. Justin. lib. XXXIV, cap. 3). Eupator contaba solo unos once años, y apenas habia reinado dos.

162. Demetrio, apellidado Soter, hijo de Seleuco Filopator, se sentó en el trono de Siria á los veinte y tres años de edad. Empezó su reinado con un acto de justicia, que ejerció sobre dos favoritos de Antíoco Epífanes, que vejaban impunemente la provincia de Babilonia. Castigando á uno con la muerte y desterrando al otro, mereció por esta accion el sobrenombre de Soter ó Salvador. La fortuna que tuvo poco tiempo despues de quitar la isla de Chipre á Tolomeo Filometor, pareció justificar esta denominacion, pero el resto de su reinado la desmintió. Henchido de vanidad, entregóse al libertinaje, poniendo los cuidados del gobierno en manos de ministros tan corrompidos como el. El descontento general que suscitó el desórden de los negocios públicos, dió lugar á conspiraciones secretamente formadas por Tolomeo Filometor, al que se juntaron Attalo, rey de Pérgamo, y Ariarates, rey de Capadocia. Los tres reyes encontraron en el carácter vengativo é industrioso de Heráclido, los recursos que buscaban para satisfacer su resentimiento. Era un hombre, que, favorecido por Antíoco Epífanes, habia caido en desgracia en el reinado siguiente, retirándose á la vida privada en la isla de Rodas en donde se habia refugiado. De concierto con ellos, puso los ojos en un jóven rodio de bajo nacimiento, llamado Bala, para hacer de él un personaje capaz de destronar y suplantar al rey Demetrio. Habiéndole convencido, sin mucho trabajo, de que se hiciese pasar por hijo de Antíoco Epífanes, le instruyó con cuidado de todo cuanto debia hacer y decir, para representar hábilmente su papel. Después de adiestrarle de este modo, le condujo á Roma con Laodicea, hija verdadera de Antíoco Epífanes, que habia entrado en el complot. La largueza que usó con los grandes á su llegada, los dispuso á favor de su discípulo, que presentó al senado bajo el nombre de Alejandro. Fué tanto mejor recibido, cuanto halló al senado resentido con Demetrio. Obtuvo un decreto, en el cual se reconocia al impostor por hijo de Antíoco Epífanes, asegurándole los socorros y la proteccion del pueblo romano. Provisto de este documento, se embarcó para la Siria, y en su camino recogió un gran número de partidarios del impostor, y sobre todo en Éfeso, en donde numerosos descontentos acudieron á juntarse á las tropas que habia levantado en Grecia. Llegado á Palestina se apoderó de Tolemaida, en donde tomó abiertamente el título de rey de Siria. Este hecho dispertó á Demetrio de su letargo, reunió su ejército y marchó contra Alejandro, á quien derrotó en la primera batalla. Los tres reyes, los romanos y los judíos, que se habian declarado contra Demetrio, pusieron al usurpador en estado de proseguir su empresa. Viendo Demetrio los preparativos de otra batalla, creyó que debia, para el caso de una derrota, proveer á la seguridad de sus hijos Antíoco y Demetrio, y los confió á un amigo que tenia en Gnido, en la isla de Creta, llamado Lastenes. No tardaron, en efecto, los dos rivales en venir segunda vez á las manos. El encuentro fué ahora decisivo. Demetrio perdió en él la batalla y la vida (150). (Justino, lib. XXXIII, cap. 2).

150. Alejandro Bala. El nombre de Alejandro le tomó Bala cuando quiso hacerse pasar por hijo de Antíoco; se hizo dueño, sin oposicion, del reino de Siria, después de la muerte de Demetrio. Tolomeo Filopator á quien debia principalmente el buen éxito de la usurpacion, continuó afianzándole en ella, dándole por esposa á su hija Cleopatra. Él mismo la condujo á Tolemaida, en donde las bodas se celebraron con una magnificencia correspondiente á la grandeza de los dos reyes.

El exceso de la prosperidad trastornó la cabeza á Alejandro. Creyendo haber fijado para él la rueda de la fortuna, abandonó las riendas del gobierno á su favorito Ammonio, para entregarse sin reserva á la voluptuosidad (146). Sucedió lo que debia preveer. El ministro apartó de su dueño el afecto público, haciendo morir á todos cuantos pertenecian á la familia real. Demetrio, hijo mayor de Demetrio Soter, aprovechándose de la disposicion de los ánimos, intentó subir al trono de sus antepasados. Lastenes de Gnido, interesando en su favor á los cretenses, le formó un cuerpo de tropas, con el cual, habiendo abordado en Siria, adquirió en poco tiempo un gran número de partidarios. Noticioso de esta revolucion el rey Tolomeo Filopator, levantó precipitadamente dos ejércitos uno de tierra y otro de mar, para acudir al socorro de

su yerno. Pero en el tiempo en que estaba en Tolemaida, se apercibió de que Ammonio, temeroso de que quisiese invadir la Siria, tramaba una conspiracion contra él. Habiendo pedido en vano justicia de esta perfidia al rey su yerno, volvió sus armas contra Alejandro y su ministro, empezando por apoderarse de Seleucia sobre el Oronte, y luego de Antioquía, auxiliado de los sirios que casi aborrecian tanto como él á Ammonio y á su dueño. Habiendo arrestado al primero, cuando se salvaba disfrazado de mujer, le sacrificaron á su venganza, después de lo cual pusieron á Demetrio en posesion de la ciudad y del palacio de Antioquía. Ofrecieron tambien á Filometor la corona de Siria; pero este príncipe tuvo la generosidad de rehusar, diciendo que correspondia al jóven Demetrio (Justino, lib. xxxv, cap. 2). Hizo mas, recogió á su hija Cleopatra, á la que habia casado con Alejandro, y se la dió á Demetrio. Alejandro se hallaba en tanto en Cilicia ocupado en reducir algunas ciudades que se habian sublevado. Á la nueva de la defeccion de los sirios, corrió presuroso á su capital, y encontrando cerradas las puertas, pasó sus cercanías á fuego y sangre. No tardó Tolomeo á ponerse en marcha contra él. Púsole en fuga en una batalla que le presentó, y como se refugiase entre los árabes, su rey Zabdies le hizo cortar la cabeza y la envió al rey de Egipto (145). Así murió este impostor el año quinto de su usurpacion.

Demetrio II, por sobrenombre Nicator, hijo del rey Demetrio I, que le habia confiado á Lastenes de Gnido, junto con su hermano, fué reconocido sin oposicion rey de Siria, después de la muerte de Alejandro Bala. Reconocido con Lastenes, que le habia sentado en el trono, le nombró su primer ministro. Pero era Lastenes un hombre sin probidad, desconfiado, temerario y violento. Su primer acto en el ejercicio del ministerio, descubrió la avilantez de su carácter. Tolomeo Filopator habia muerto poco después que Alejandro Bala. Desconfiando Lastenes de las tropas egipcias; que el primero habia distribuido por la Siria, para apoyar al rey su dueño, ordenó á los sirios que se echasen sobre ellas, lo que se ejecutó, de manera, que muy pocos escaparon de la carnicería. Aprobando esta perfidia el rey Demetrio, contra él y su ministro recayó el odio de los sirios que no habian tenido parte en este hecho. Á muchos que dieron á conocer la indignacion que este hecho les causaba, y el temor de la justa venganza del rey de Egipto, los hizo Lastenes matar, bajo diferentes pretextos. El rey Demetrio, dejándole abusar de una autoridad sin límites, vivia en una vergonzosa molicie. Diodoto, por sobrenombre Trifon, que habia sido gobernador de Antioquía en el reinado de Alejandro Bala, aprovechóse del descontento de los sirios, para ver si podia arrojar del trono á su indigno soberano. Bala, al morir, habia dejado un niño de cuatro años, llamado por unos Antíoco, y por otros Alejandro. Trifon se valió de este niño para oponerse á Demetrio, resuelto á deshacerse de él después de haberle hecho triunfar, tomando la corona para sí. Habiendo sacado al príncipe de manos de Zabdiel, príncipe de los árabes, que le retenia prisionero, le condujo á Siria, donde le creó un poderoso partido, sobre todo entre los habitantes de Antioquía. Dispertado Demetrio del sueño letárgico en que se hallaba como sepultado, por el tumulto que excitaban, les mandó que le entregasen las armas (144). Lejos de obedecerle, las volvieron contra él, y proclamaron rey á su jóven rival, bajo el nombre de Antíoco Dios. Encontróse entónces la Siria dividida en dos facciones. Puestos una y otra en campaña, se dieron una batalla en la que Demetrio fué derrotado con pérdida de sus elefantes, después de la cual, los vencedores, habiendo conducido á Antíoco á la capital, le pusieron en posesion del trono de Siria diez y ocho meses después de subir á él Demetrio.

144. Antíoco VI, apellidado el Dios, hijo de Alejandro Bala, reconocido rey de Siria por la faccion opuesta á Demetrio, no tenia mas derecho que su padre á la monarquía, y por consiguiente era como él un usurpador. Trifon, á quien daremos á conocer mas adelante, llegó al mas alto grado de poder, bajo el reinado de este niño. Conociendo el valor de Jonatás, gran sacerdote de los judíos, y de su hermano Simon, trabajó con éxito para interesarles en favor del rey su pupilo. Con los socorros que le proporcionaron debilitó en gran manera la parcialidad de Demetrio, pero como solo obraba por su propio interés, no pensó mas que en deshacerse de los dos hermanos cuando ya no tuvo necesidad de sus socorros para sostenerse. Habiendo atraido á Jonatás á Tolemaida bajo pretexto de una entrevista pacífica, le detuvo prisionero, hizo matar á todos los que le habian acompañado, y algun tiempo después, para complemento de su perfidia, le hizo experimentar á él la misma muerte (V. la Cronología de la Hist. Sagr.). Privando de este modo á su dueño de uno de sus mas firmes sostenes, no tuvo mas que dar un paso para llegar al trono, que tanto codiciaba. Su perversidad le sugirió un medio que horroriza; supuso, de concierto con un cirujano que habia ganado, que el jóven príncipe estaba atacado de la piedra, y en consecuencia empezaron á tratarle como si realmente se viese atacado de ella, y murió al hacerle la operacion para extraérsela (1 Macab., cap. 13. Josefo antig., lib. xiii, cap. 12).

Demetrio Nicator y Trifon. Este, natural de Apamea en Cilicia, después de haber ejercido por mucho tiempo y con fortuna el oficio de pirata, se hizo persona importante en la córte de Siria. Habiendo, como se ha visto, colocado en el trono á Antíoco VI, y destruido en seguida su propia obra, logró al cabo que le proclamase rey la faccion opuesta á Demetrio; su primer cuidado entónces fué el de conciliarse la alianza de los romanos. Envióles, para obtenerla, por medio de sus embajadores, una victoria de oro del peso de diez mil minas. Aceptó el senado el presente, pero en lugar del nombre de Trifon, hizo grabar el de Antíoco al pié de la estátua.

Á vista de este nuevo antagonista, creyó Demetrio que no debia dejarle tiempo para afirmarse en su usurpacion. Encargó á Sarpedon, general de sus tropas en Fenicia, que marchase al punto contra él. Trifon, con los socorros que le dieron los habitantes de Tolemaida, quedó vencedor en la batalla que le presentó Sarpedon, persiguiéndole hasta muy lejos. Pero á su regreso, habiéndose acercado á la orilla del mar, fueron envueltos por una especie de marea tan abundante, que inundó su campamento. Un gran número de ellos murieron ahogados en las olas. El mar al retirarse dejó sobre la playa los cadáveres, junto con una gran porcion de peces, de los que los soldados de Sarpedon hicieron su sacrificio á Neptuno (Atenæus, lib. iii).

141. Los rápidos progresos que Mitridates, rey de los partos, hacia con las armas en la mano en oriente, sacaron por último á Demetrio de la vergonzosa molicie en que se hallaba encenegado. Excitado por los clamores de los bactrianos, medos, hircanios, elimeos y una gran parte de los habitantes de la Mesopotamia que habian recibido las leyes de aquel conquistador, y gemian bajo el yugo, aunque moderado, de su im-

perio, tomó la resolucion de encargarse de su defensa. Los griegos, esparcidos en gran número entre ellos, desde el reinado de Alejandro el Grande, fuéron los que mas se apresuraron á colocarse bajo las banderas de Demetrio, y mucho contribuyeron á las diversas ventajas que alcanzó sobre los partos. Á falta de fuerza Mitridates, apeló á la perfidia, y habiendo llamado á Demetrio á una conferencia, le retuvo prisionero, y cayendo en seguida sobre su ejército le destrozó (Josefo Antig. lib. XIII, cap. 9. Justino, lib. XXXVI, cap. 1). Todo se sujetó entónces á sus armas. Queriendo, sin embargo, dar una prueba de moderacion para con el rey cautivo, le conservó los honores debidos á su dignidad, haciéndole además casarse con su hija Rodoguna. Cleopatra, esposa de Demetrio, irritada por un enlace con el que se la repudiaba, buscó como vengarse de la infidelidad que se habia cometido contra ella. Con este intento dió su mano á Antíoco, llamado Sidetes, hermano de Demetrio; encontrábase por entónces ella en Seleucia, sobre el Oronte, con sus dos hijos Seleuco y Antíoco. Persuadido por ella, Sidetes declara la guerra á Trifon, y habiéndole perseguido hasta Apamea, le estrecha de tal manera, que, perdida toda esperanza de evadirse, se precipita en una hoguera que habia hecho encender (139) (Jorje Syncelle).

Veia Sidetes con dolor en manos de los partos las provincias de oriente, que habian pertenecido á la Siria. Después de afirmarse en la pacífica posesion de lo que le quedaba, trató de recobrar las que habian quitado á sus predecesores. El pretexto de que se sirvió para declarar la guerra á Fraortes, rey de los partos en aquel entónces, fué el cautiverio de su hermano Demetrio (131). Habiendo levantado un ejército de cerca cien mil hombres, sin comprender los vivanderos, que casi ascendian al doble, marchó contra el enemigo, sobre el cual alcanzó tres victorias consecutivas, que le valieron la conquista de la Babilonia, la Media, y de todas las provincias que habian pertenecido al imperio de Siria, excepto la Partia, á la que Fraortes se encontró reducido. Pero los vencedores, abusando de su fortuna, trataron á los vencidos, en los cuarteles de invierno, que tomaron entre ellos (130), con una barbarie que los condujo á la desesperacion. Instruido de ello Fraortes, les mandó decir por enviados secretos, que todos en un mismo dia que les designó, cayesen sobre los egipcios esparcidos entre ellos. La órden fué ejecutada en muchos puntos, y el rey Antíoco tuvo la suerte de sustraerse con gran número de los suyos. Habiéndose armado con ellos para su comun defensa, presentó una batalla á Fraortes, en la cual fué muerto por la cobardía de los suyos, que le abandonaron (Jul. Obseq. de Prodig.). Tenia este príncipe grandes cualidades, cuyo brillo eclipsó por su intemperancia. Aborrecia la lisonja, y le alhagaba que le dijesen verdades duras. Habiéndose extraviado un dia en la caza, fué á parar á la cabaña de unos leñadores, en donde, sin darse á conocer, pidió un albergue para la noche. En la cena les preguntó, qué pensaban del rey, « es un buen príncipe, le dijeron, pero tiene malos ministros, en los que confia ciegamente para entregarse á su pasion por la caza. » Al amanecer del dia siguiente, sus gentes que le andaban buscando, le descubrieron, y corrieron á presentarle la púrpura y la diadema. A estas señales, habiendo los pobres leñadores conocido que era el rey, se creyeron perdidos por su indiscrecion. « No temais, les dijo el rey, vosotros habeis sido los primeros que me habeis dicho una verdad » (Plutarch. in Apophtegm.).

Demetrio Nicator, á la nueva de la muerte de Antíoco, su hermano, escapándose de manos de los partos (era la tercera vez que tentaba su evasion), llegó tan rápidamente á Siria, que burló á los que Fraortes habia enviado en su persecucion. Restablecido en el trono, llevó á él los mismos vicios que habian ocasionado su caída. Siempre cruel y desenfrenado, dió nueva vida á la indignacion pública, que antes le habia destituido. Cleopatra, su suegra, indignada contra su esposo Tolomeo Fiscon, rey de Egipto, fué á encontrarle, y le inspiró el deseo de apoderarse de este reino, obligándose á secundarle en esta empresa. Trasladándose en seguida á Pelusa, la puso sitio; pero apenas se habia empezado, cuando Demetrio tuvo que abandonarle; y se vió precisado á volver á Siria, por una revuelta de sus súbditos, excitados por su tiranía.

Después de su partida, Fiscon, vuelto á Alejandría, de donde se habia visto precisado á huir, suscitó un rival á Demetrio en la persona de Alejandro Zebina, que se titulaba hijo de Alejandro Bala. El ejército que el rey de Egipto proporcionó á este impostor, se vió pronto engrosado por una multitud de sirios descontentos. Llegaron á las manos cerca de Damasco, siendo vencido Demetrio. Obligado á tomar la fuga, quiso retirarse á Tolemaida, en donde se hallaba Cleopatra, su primera esposa. Pero habiéndole esta princesa hecho cerrar las puertas de la ciudad (126), huyó á Tiro, cuyo gobernador le hizo matar, el año cuarto de su restablecimiento (Justino. l. XXXIX, c. 1. Josefo Antig. l. XIII, c. 17).

126. De este año data la independencia de los tirios; formáronse una era propia, que subsistia aun en tiempo del concilio de Calcedonia, quinientos setenta y cuatro años después de aquel acontecimiento.

Alejandro Zebina, hijo de un prendero de Alejandría, llamado Protarco, se hizo reconocer rey de Siria, pretendiendo falsamente ser hijo adoptivo de Alejandro Bala. Pero Cleopatra permaneció dueña de una parte de este imperio. Seleuco, hijo de Demetrio Nicator, que por entónces contaba unos veinte años, logró ganarse á su favor un partido considerable, como sucesor legítimo del rey su padre. Cleopatra su madre, fué la que con mas calor se le opuso, temerosa de que no intentase vengar la muerte de su padre, en la que habia lugar á creer habia ella tenido parte. Viéndole resuelto á defender sus derechos, esta madre bárbara y desnaturalizada, tomó el partido de asesinarle, clavándole un dardo en el pecho (124. (T. Liv. epitom. l. LX). Tenia otro hijo llamado Antíoco, y á quien daban el sobrenombre de Grypus, á causa de su nariz aguileña. Para mantenerse en el trono, le hizo venir de Atenas, en donde se educaba, y le procuró el título de rey, sin dejarle, empero, llenar las funciones de esta dignidad, á pesar de que contaba ya veinte años.

Por su parte Zebina, tampoco estaba tranquilo en la porcion de la Siria en que reinaba. Tolomeo Fiscon, autor de su fortuna, pretendia, que, en reconocimiento, debia rendirle homenaje, y pagar en señal de dependencia un tributo anual al Egipto. En vista de su negativa, concertóse con su sobrina Cleopatra, casó á su hija Trifene con Grypus, y le proporcionó un poderoso ejército para arrojar del trono de Siria al mismo á quien habia colocado en él algunos años antes. Zebina, derrotado y perseguido, fué vagando de provincia en provincia. Pero, abandonado sucesivamente por todas sus tropas, cayó en manos de Grypus, que le hizo dar muerte el año cuarto (122) de su usurpacion (Justino. l. XXXIX, c. 2). Este usurpador fué llorado á causa de sus buenas cualidades. Era generoso,

benéfico, y perdonaba fácilmente las injurias que le hacian.

Antíoco-Grypus. Libre ya Grypus de Zebina, quiso sacudir el yugo de Cleopatra, su madre. Furiosa ella al verse dominada por su hijo, quiso deshacerse de él con el veneno. Pero cuando le presentó la copa fatal, Grypus, adivinando su intento, la obligó á que la apurase en su lugar (120). Así murió la esposa de tres reyes de Siria, y madre de cuatro príncipes que ciñeron tambien la misma corona; á saber, Antíoco, hijo de Alejandro Bala, Seleuco, Antíoco Grypus, y Antíoco Cizico, del que vamos á hablar.

114. Después de haber gobernado pacíficamente la Siria por espacio de seis años, empezó Grypus á recelar de Antíoco Cizico, su hermano uterino, nacido de Cleopatra y Antíoco Sidetes, y llamado Ciziceniense, porque su madre viendo regresar á Demetrio después de su cautividad entre los partos, le habia enviado á Cizica, sobre la Propóntide, para sustraerle al peligro que le amenazaba.

Quiso Grypus hacerle envenenar, pero descubierto su intento, se vió el Ciziceniense precisado á tomar las armas para su defensa, haciendo valer sus derechos á la corona de Siria. Apoyóle en esta guerra Cleopatra, esposa repudiada de Tolomeo Latiro, rey de Egipto, quien le proporcionó un cuerpo de seis mil hombres. Pero, habiendo presentado batalla á Grypus, fué derrotado y obligado á retirarse á Antioquía con su mujer. Habiendo partido de allí casi en seguida para ir á reclutar nuevas tropas, con objeto de reparar la derrota, tomó otra vez el camino de Antioquía, que Grypus habia amenazado. Viene Grypus con un nuevo ejército á sitiarle en esta ciudad, la que en pocos dias sometió á sus leyes. Trifena, su esposa, irritada de que Cleopatra, su hermana de padre y madre, se hubiese casado con el Ciziceniense, la pidió á su esposo para castigarla. No habiendo podido obtenerla, se encargó de hacerla asesinar en un templo en donde se habia refugiado. Pronto experimentó Trifena la misma muerte. Puesto de nuevo en campaña el Ciziceniense, derrotó á su vez á Grypus, y vengó con la de su esposa la muerte de Cleopatra. Grypus abandonó la Siria al vencedor, y algun tiempo después, habiéndose reconciliado los dos hermanos, convinieron en repartir el imperio entre los dos (112). Habiendo obtenido por su parte el Ciziceniense la Fenicia y la Celosiria, estableció su residencia en Damasco. La Siria propiamente dicha con Antioquía, correspondió á Grypus.

Antíoco VIII, por sobrenombre Grypus, y Antíoco IX, llamado el Ciziceniense, después de dividir entre sí la Siria, se abandonaron al lujo y á la molicie. Gimieron los pueblos bajo su tiranía, fatigados y oprimidos con los impuestos con que los abrumaban para satisfacer sus caprichos. La paz establecida entre los dos hermanos no fué de larga duracion. Descontentos ambos de la parte que les habia cabido, volvieron otra vez á hacerse la guerra. Las nuevas discordias dieron ocasion á muchas ciudades para substraerse de su dependencia. De este número fueron Tiro, Sidonia, Tolemaida y Gaza. Levantáronse en otras tiranos que usurparon la soberanía, en tanto que los dos hermanos empleaban sus fuerzas en destruirse mútuamente. Durante estas turbulencias, Grypus fué asesinado por Heracleon de Berea (hoy dia Alepo), vasallo suyo, á los veinte y nueve años de reinado, y cuarenta y cinco de edad (97) (Josefo Antig., l. xiii, c. 21). Dejó cinco hijos, todos los cuales fueron á su vez reyes, ó á lo menos pretendieron la corona.

Después de la muerte de Grypus, su hermano el Ciziceniense hizo los mayores esfuerzos para apoderarse de Antioquía. Tuvo que luchar con Seleuco, su sobrino, hijo de Grypus, que, habiéndose hecho un partido considerable, le presentó una batalla, alcanzando sobre él una completa victoria. Segun Trogo Pompeyo (l. xl in prolegom.), el Ciziceniense perdió en ella la vida, y segun Porfiro (apud Euseb. in Chron.), se dió él mismo la muerte, para no caer en manos del enemigo (94). Hallábase entónces en el décimo octavo año de su reinado, comprendiendo los dos años que habia empleado para sentarse en el trono.

Seleuco, hijo de Antíoco Grypus, tomó el sobrenombre de Nicator, ó vencedor, después de haber triunfado de su tio, quedando en seguida dueño de Antioquía y de toda la Siria. Pero Antíoco, por sobrenombre Eusebio IX de este nombre, hijo mayor del Ciziceniense, declarándose su rival, se hizo proclamar soberano del mismo imperio en la isla de Arad, cerca de las costas de la Fenicia. De allí marchó contra Seleuco, á quien obligó, después de haberle derrotado, á encerrarse en Mopsuesta, en Cilicia. Los habitantes de esta ciudad, después de declararse por él, se le volvieron en contra, á causa de los crecidos tributos que les exigia para atender á sus necesidades. Atacándole en su casa, pegáronla fuego, que le consumió á él y á cuantos le acompañaban, después de un reinado de siete meses (93) (Josefo Antig. l. xiii, c. xxi).

93. Antíoco y Filipo, gemelos, no dejaron impune el atentado cometido por los mopsuetienses contra su hermano Seleuco. Con las fuerzas que pudieron reunir, tomaron á Mopsuesta, y la arrasaron después de pasar á cuchillo á todos sus habitantes. Pero á la vuelta fueron atacados por Eusebio, sobre las riberas del Oronte, en cuyas aguas pereció Antíoco, queriéndole pasar á nado sobre su caballo. Sin embargo, Filipo hizo una brillante retirada con un cuerpo numeroso, que le puso en estado de proseguir contra Eusebio sus pretensiones al imperio.

92. Selena, viuda de Grypus, con quien habia casado Eusebio, sirvió de mucho á su nuevo marido, para sostener su partido. Habia conservado en su viudez una parte del imperio, con buenas tropas que le permanecieron fieles. Tolomeo Latiro, á quien habia sido quitada, deseando vengarse, puso en escena un nuevo pretendiente á la corona de Siria, en la persona de Demetrio Eucher, cuarto hijo de Grypus y le estableció rey de Damasco. Pronto versó la cuestion entre él y Filipo, porque Eusebio, después de una gran batalla perdida contra este último, se habia salvado entre los partos. Filipo se descartó luego de Eucher, pero no tardó mucho en ver aparecer un nuevo concurrente. Era este tambien un hermano suyo, llamado Antíoco Dionisio, quinto hijo de Grypus, que aprovechándose de la ocasion de estar Filipo ocupado á mucha distancia, se apoderó de Damasco y de la Celosiria (87). Cansados los sirios de las guerras que se hacian en su país los príncipes de la familia de Seleuco, los abandonaron, para entregarse á Tigranes rey de Armenia (Justino, l. xl, c. 1).

83. A la llegada de Tigranes á Siria, Eusebio que habia vuelto á entrar en sus estados, los abandonó huyendo á Cilicia en donde pasó en la oscuridad el resto de sus dias. En cuanto á Filipo, ignórase lo que fué de él; pero Selena, mujer de Eusebio, guardó á Tolemaida con una parte de la Fenicia y de la Celosiria, lo que la puso en estado de dar á sus dos hijos, Antíoco el Asiático y Seleuco Cibiosacto, que habia tenido en Eusebio, una educacion correspondiente á su nacimiento. Sin embargo, habiéndose Tigranes hecho reconocer por rey de Siria, formó una liga con Mitridates

rey del Ponto, su suegro, para invadir la Capadocia y la Cilicia. Llegado á Asia el cónsul Lúculo, habiéndose puesto en marcha contra ellos, derrotó á Mitridates, después de libertar á su colega Cotta á quien tenia encerrado en Calcedonia (74). Vencido segunda vez, Mitridates, se refugia junto á su yerno. Este, arrepentido de haber entrado en esta guerra por consejo de su suegro, le hace encerrar, sin haberse dignado verle, en una prision mal sana, en donde le retiene por espacio de diez y ocho meses. Entretanto, Selena, viuda en último lugar del Ciziceniense, reinaba en Tolemaida y en una parte de la Fenicia y de la Celosiria. Tenia junto á ella á dos hijos, Antíoco el Asiático y Seleuco Cibiosacto, á quienes envió á Roma para procurarles, y tambien para ella, la proteccion del senado. No habiendo podido obtenerla, nó por esto perdió el valor tratando de bastarse á sí propia. Muchas ciudades, á las cuales supo ganar, abandonaron á Tigranes; pero este príncipe, entrando en Siria al frente de cincuenta mil hombres, sitió á Selena, en Tolemaida, y habiéndose apoderado de ella la hizo dar muerte (70); después de lo cual hizo un tratado de paz con los judíos para no tener que atender mas que á los romanos. Estaba en guerra con ellos desde el año anterior, por haberse negado á poner á Mitridates en manos de Apio Claudio. El año siguiente, habiendo pasado Lúculo el Éufrates y el Tigris en el corazon del invierno, fué á sitiar á Tigranocerta, ciudad de Armenia fundada por Tigranes, y á la que habia hecho capital de sus estados. Acudiendo Tigranes al socorro de la plaza, preséntasele Lúculo; destroza su ejército al otro lado del monte Tauro, y vuelve en seguida á dar el asalto á la ciudad de la que se apodera junto con los inmensos tesoros que encierra. Este rey tan vacío en sus expresiones que se calificaba de rey de reyes, se ve obligado á tomar la fuga con muy poca gente.

TIGRANES y ANTÍOCO XIII, llamado el ASIÁTICO. Para defenderse en la Armenia, Tigranes desguarneció de tropas la Siria y dió ocasion á Antíoco, hijo de Antíoco Eusebio y de Selena, para que aprovechando la coyuntura se apoderase del reino de Siria, que le correspondia por derecho de nacimiento. Distinguiósele con el nombre de Asiático, porque en Asia habia recibido su educacion. Su coronacion empero, no despojó enteramente á Tigranes, que poseyó siempre una parte de la Siria, hasta que los romanos la dominaron del todo. Lúculo adelantaba este momento con las victorias que seguia alcanzando sobre Mitridates y Tigranes, quien, debilitado por ellas, se ponia mas y mas en la imposibilidad de defender lo que le quedaba, y mucho menos de recobrar lo que habia perdido. Pompeyo acabó de destruir sus esperanzas en este punto. Viéndose ya sin recursos, se tuvo por afortunado al ponerse en manos de este vencedor generoso, que tuvo por conveniente dejar al padre el reino de Armenia bajo la condicion de pagar un tributo anual á la república, y destinar al hijo las provincias de Sofena y de Gordyena (65). Pompeyo, terminada la guerra en el norte, vino á Siria, en donde, desde que Tigranes habia retirado de ella sus tropas, reinaba Antíoco pacíficamente. Este se dirigió inútilmente al general romano para conservar su corona y sus derechos. Habia ya llegado el tiempo en que el interés del estado hacia la soberana ley entre los romanos. Por esta razon determinó Pompeyo reducir la Siria á provincia romana. Antíoco el Asiático, despojado de sus estados, pasó oscuramente el resto de sus dias, porque no debe confundirse, como han hecho algunos escritores, con otro Antíoco á quien Pompeyo dió la Comagena; en cuanto á Cibiosacto, pasó á Egipto, en donde murió del modo que hemos referido en la historia de aquel reino. Tal fué el fin del imperio de Siria y de la ilustre casa de los selencidas, quienes la habian gobernado por espacio de doscientos setenta años (1), ó segun Eusebio, por espacio de doscientos cincuenta y uno.

(1) Esto es lo que Apiano dice formalmente al fin de su libro de las guerras de Siria, pero este número parece exagerado. Serán 247 si, como el P. Petavio, contamos, desde el primer año de Seleuco en 312 hasta el último de Antíoco Asiático en 66 inclusive; serán 258, segun Prideaux, que empieza en cuanto Seleuco fué gobernador de Babilonia, y termina el año 63 tambien inclusive. Sin embargo, entre los antiguos escritores la opinion de Apiano es la que comunmente se sigue.

HISTORIA

DE LOS REYES DE BABILONIA,

ASIRIA, MEDIA Y PERSIA.

El reino de Babilonia, si hemos de dar crédito á Beroso, historiador de esta nacion, es tan antiguo como el género humano. Segun él, como refiere Jorge Syncelle, Alorus (este nombre da al primer hombre) fundó á Babilonia, y nueve reyes, uno después del otro, le sucedieron en un espacio de ciento veinte SARES (tres mil seiscientos años) hasta Xysuthrus, en cuyo reinado coloca el diluvio universal. Tomarse el trabajo de refutar tan quimérica antigüedad, inútil seria, á juicio de las personas sensatas. Moisés nos enseña el verdadero orígen de Babilonia y á él seguiremos en nuestra descripcion.

NEMROD, hijo de Chus, y biznieto, por parte de Mesraïm, su abuelo paterno, de Cam, hijo de Noé, permaneció en las orillas del Éufrates, después de la dispersion del género humano: y con los materiales destinados á terminar la torre de Babel, fundó al rededor ó cerca de aquel edificio una ciudad que llamó Babilonia. La Escritura dice (Génesis x, 8 y 9) «que empezó á hacerse poderoso sobre la tierra, y que fué

cazador valeroso.» La mayor parte de los comentadores le hacen un crímen de este ejercicio. Parece, sin embargo, que esto deberia formar su elogio. Trabajar en destruir los animales monteses, era entónces uno de los mas importantes servicios para el género humano, que sufria sobre manera por su excesiva multiplicacion. Esto fué seguramente lo que indujo á los babilonios á depositar en sus manos la dignidad real, como el mas á propósito para defenderles y asegurar su tranquilidad. Por el mismo tiempo Assur, hijo de Sem, se habia establecido en las orillas del Tigris, edificando allí la ciudad que mucho tiempo después fué llamada Nínive. Este es el verdadero significado de las palabras del Génesis (x, 11). «De terra illa egresus est Assur, et ædificavit Ninivem.» Los modernos pretenden que se trata aquí nó de la persona de Assur, sino de su país, al cual dió su nombre, como si hubiese Moisés querido decir que Nemrod pasó á Siria para allí edificar la ciudad de Nínive. Pero todas las versiones antiguas están en contra de esta opinion. Nemrod y Assur se consideran además como fundadores cada uno de tres ciudades, á saber: Nemrod de las de Arach, Achad y Calamé, en la tierra de Sennaar; y Assur de las de Roboboth, Rhesen y Calé, en Asiria. Ignórase la duracion de los reinados de los dos, y aun quiénes fueron los sucesores de Assur hasta Bel, padre de Nino. De los de Nemrod tenemos una lista, con la duracion de sus reinados, y para referirlos del modo mas probable á los años que precedieron á la era vulgar de la Encarnacion, hé aquí lo que creemos que se debe suponer. Acaeciendo como creen todos los sabios la dispersion del género humano hácia el tiempo del nacimiento de Faleg, esto es, hácia el año 2690 antes de Jesucristo, puede colocarse diez años después el principio del reinado de Nemrod. Ahora, como él formaba la cuarta generacion después de Noé, así como Faleg constituia la quinta, no será apartarse mucho de la verdad, dándole cerca de ciento veinte y cinco años al tiempo del nacimiento de este último, y ciento treinta y cinco cuando empezó á reinar, y suponiendo que viviese doscientos cuarenta años, como Faleg vivió doscientos treinta y nueve, su reinado seria de ciento cinco años, y por consiguiente terminaria en 2575 antes de Jesucristo.

2575. Evechous sucedió á Nemrod, su padre, con el cual Jorge Syncelle le identifica sin razon. Era, á lo que parece, de edad avanzada, cuando ascendió al trono de Babilonia. Él fué quien introdujo en el mundo la idolatría. Las grandes hazañas de Nemrod le habian hecho considerar como un ser colocado en una esfera superior á la humanidad. Aprovechó Evechous esta creencia para hacerle rendir honores divinos. En la torre de Babel le hizo construir una especie de capilla, en donde se le veneraba bajo el nombre de Baal, que quiere decir «Señor», y su culto se extendió por todos los países que con el tiempo conquistaron los babilonios. Los antiguos solo señalan á Evechous seis años y ocho meses de reinado. Pero se sospecha, con bastante fundamento, que hay aquí error de copista, y que al principio diria sesenta y ocho años. Porque no se ve que en los primitivos tiempos se llevase la precision hasta el punto de determinar el número de meses que pasaban de los años completos de los reinados de los soberanos. Evechous pues terminaria el suyo el año 2507 antes de Jesucristo.

2507. Chomas-Bel entró á reinar en Babilonia después de Evechous: y si es como parece el mismo que Bel-Chomas, será el segundo rey que habrá recibido los honores de la apoteósis. Los merecería sin duda, por un gobierno equitativo y por una larga série de brillantes acciones. Porque los hombres no invocan después de su muerte á los príncipes que han despreciado y aborrecido durante su vida. Solo señalan á Chomas-Bel siete años y seis meses. Aquí se encuentra el mismo error que en el reinado precedente y es lo mas probable que reinaria setenta y seis años. La muerte de este príncipe acaeció por consiguiente en 2431 antes de Jesucristo.

2431. Por ó Pong reemplazó á Chomas-Bel en el trono de Babilonia. Algunos sabios le identifican con Bel-Peor ó Bel-Tejor, tercera divinidad de los babilonios. Sea lo que fuere, le dan treinta y cinco años de reinado, que debieron terminar el año 2396 antes de Jesucristo.

2396. Nechubes, rey de Babilonia, después de Por, empuñó el cetro por espacio de cuarenta y cinco años, y murió en 2351 antes de Jesucristo.

2351. Abo ó Abius, sucesor de Nechubes, reinó cuarenta y cinco años que terminaron en 2303 antes de Jesucristo.

2303. Aníbal sigue después de Abo en el catálogo de los reyes de Babilonia. Murió á los cuarenta y cinco años de reinado en 2263 antes de Jesucristo.

2263. Chinzir, cuyo reinado siguió al de Aníbal, fué derribado del trono después de haber gozado de él cuarenta y cinco años, por los árabes que se apoderaron de sus estados. Parece que entónces se desmembró considerablemente la monarquía de Babilonia. El estado de debilidad á que la vemos reducida después de este tiempo, debe tener orígen en esta revolucion; porque no es creible que los jefes de una conquista tan importante hubiesen trabajado á beneficio de uno solo. Digamos mas bien que cada uno quiso tener su parte, y que con este motivo de los restos del imperio de Babilonia se formaron los reinos de Mesopotamia, Sennaar, Elam, Ellazar, y otros mas pequeños, de modo, que el de Babilonia propiamente dicho quedó reducido á límites muy estrechos, á lo menos en comparacion de su primitivo estado. En el reinado de Chinzir fué cuando los caldeos, ocupados hacia mucho tiempo en la contemplacion de los astros, empezaron á poner en órden sus observaciones astronómicas. Remontábanse á 1903 años antes de la conquista de Babilonia (331 antes de J-C.) por Alejandro el Grande, como se lo hicieron ver al filósofo Callistenes, segun el testimonio de Simplicio (Comment. xlvi, in. l. ii, Aristot. de Cœlo). De este modo partian del año 2354 antes de Jesucristo. Es sin embargo extraño que ni Aristóteles, á quien su sobrino Callistenes participó estas observaciones, ni ningun otro astrónomo las haya citado, cuando parece que se sirvieron de ellas.

2218. Mardocentes, que habia conducido la expedicion de los árabes contra los babilonios obtuvo en el reparto de la conquista Babilonia y la Caldea. Este príncipe es, á juicio de críticos inteligentes, el Mardocempad de Tolomeo el astrónomo, y el Merodac Baladan del profeta Isaías. Vése en el profeta Jeremías (l. 2), que recibió los honores divinos después de su muerte. Publicad, dice, que Merodac ha sido vencido, que todos los ídolos de esta ciudad (Babilonia) han quedado sometidos y cubiertos de confusion. Mardocentes murió el año 2163 antes de Jesucristo, después de un reinado de cincuenta y cinco años.

2163. El nombre de su sucesor, cuyo reinado fué de cuarenta años, permanece en el olvido.

2123. Sisymordac, tercer soberano árabe, reinó veinte y ocho años, y murió en 2095 antes de Jesucristo.

2095. Nabius ó Nabo, sucesor de Sisymordac, terminó sus dias después de un reinado de treinta y siete años. Su memoria fué tan grata á los pueblos que le concedieron los honores divinos. De él es de quien el profeta Isaías habla en estos términos (xlvi, 1): Nabo ha sido roto y los ídolos de los caldeos conducidos sobre bestias de carga.

2058. Parannus, sucesor de Nabius, ocupó el trono cuarenta años.

2018. Nabonad, sigue á Parannus en el catálogo de los reyes árabes de Babilonia, de los cuales fué el postrero. En el año veinte y cinco de su reinado, atacóle Bel, rey de Asiria, quien habiéndole vencido, le hizo prisionero, y le dió la muerte ó le llevó cautivo, reuniendo el imperio de Babilonia al de Asiria.

REYES DE BABILONIA Y DE ASIRIA.

1993. Bel, hacia treinta años que reinaba en Asiria cuando se apoderó del reino de Babilonia. Créese que tenia otro nombre propio y primitivo, que ha permanecido en el olvido; porque el de Bel ó Baal, que como hemos hecho observar quiere decir señor, era comun á todos los príncipes que divinizaron los caldeos. Bel reinó veinte y cinco años en los dos reinos, y murió en 1968 antes de Jesucristo.

1968. Nino, hijo y sucesor de Bel subió al trono el año 1968 antes de J-C. Esta cuenta se funda en la autoridad de Emilio Sura, que en una cita que de él hace Velleyo-Patérculo (l. 1, c. 6), pone 1905 años, segun la mejor leccion, entre el principio del reinado de Nino, y el consulado de Ciceron, que corresponde al año 64 antes de Jesucristo. Nino siguió las huellas de su padre, y ensanchó considerablemente las fronteras de su imperio. Parece que sus primeras expediciones fueron por la parte de la Armenia. Volviendo en seguida sus armas hácia el oriente, atacó la Susiana, la Persia, la Hircania, cuyos países sojuzgó en el espacio de diez y siete años. Á su regreso, aplicó Nino sus cuidados á embellecer la ciudad edificada sobre las riberas del Tigris por Azur, por cuya razon se le considera como á su fundador, y que de su nombre se llamó Nínive ó Nineve, del mismo modo que Bizancio tomó el nombre de Constantinopla cuando Constantino hubo hecho de ella una segunda Roma. Nótase en el profeta Jonás (cap. 3, v. 3), que esta ciudad tenia tres jornadas de camino, lo que Freret cree que debe entenderse en su circúito. Pero Jonás no habia sido enviado para dar la vuelta al rededor á Nínive. Parece mas natural decir que se necesitaban tres jornadas para recorrer sus diferentes cuarteles. En efecto, Nínive, segun aseveracion de los antiguos, formaba un cuadrilongo cuyos lados mayores constaban de ciento cincuenta estadios cada uno, y de noventa cada uno de los menores, lo que forma un circúito de cuatrocientos ochenta estadios, que ordinariamente se evaluan comunmente en veinte y cinco ó treinta leguas, dando á cada estadio ciento veinte y cinco pasos geométricos; pero los estadios de la mas remota antigüedad deben considerarse, segun Delisle (Mem. de la Acad. de las cien. año 1721, p. 61), mucho mas cortos. Segun la reduccion que propone, Nínive no deberia tener mas que unas seis leguas cuadradas de extension, y por consiguiente solo seria poco mas de seis veces mayor que París. Diodoro de Silicia dice que sus murallas tenian cien piés de altura, y que su espesor era tal, que podian pasar por ellas tres carros de frente. En cuanto á su poblacion, se ve en el profeta Jonás, que en su tiempo habia en Nínive ciento veinte mil personas, que no sabian distinguir su mano derecha de la izquierda, lo que se explica de los niños que aun no tenian uso de razon. Pero los niños de seis años abajo, forman casi la vigésima parte de la poblacion de una ciudad; luego la de Nínive era de cerca dos millones cuatrocientos mil habitantes, y por consiguiente, inferior á la de Pekin, que hacen subir á mas de tres millones, aunque algunos lo dudan.

Nino en los últimos años de su reinado emprendió la conquista de la Bactriana. Los pueblos de esta comarca eran, segun dicen, numerosos y aguerridos, y sus plazas estaban bien fortificadas. Con todo, solo sostuvo un sitio la ciudad de Bactres. Fué de larga duracion, y Nino hubiera fracasado en su intento sin los medios que le sugirió Semiramis, mujer de Mennones, gobernador de Siria. Ignórase la estratagema de que se valió para hacerle dueño de la plaza. Prendado de su mérito y belleza, Nino la pidió á su esposo, quien, no pudiendo concederla, ni negarla, desesperado, se dió la muerte. Nino, después de haber tenido en esta princesa un hijo llamado Ninias, murió á los cincuenta y dos años de reinado.

1916. Semíramis, madre y tutora de Ninias, se hizo reconocer por reina de Babilonia y de Asiria, después de la muerte de su esposo, y conforme á su última voluntad. Inclinada por carácter á las cosas grandes, y dominada por la pasion de inmortalizar su nombre, emprendió la reedificacion de Babilonia, para hacer de ella una ciudad soberbia por la extension, el circúito y la belleza de sus edificios. Logrólo de tal modo, que Babilonia fué considerada como una de las maravillas del mundo. Con todo, no debe admitirse sin reserva cuanto los antiguos refieren de la magnificencia y grandeza de esta ciudad. Para darnos una idea de su vasta extension, Aristóteles refiere gravemente, que cuando Alejandro la tomó hubo cuarteles en donde al cabo de tres dias no tenian aun noticia de este suceso. Herodoto es menos hiperbólico en este punto, y tanto mas digno de fé cuanto habia visto á Babilonia en una época en que no estaba privada del todo de su antiguo explendor. Segun este historiador, Babilonia tenia lo mismo que Nínive cuatrocientos ochenta estadios de circúito; pero como formaba un cuadrado perfecto, era mucho mas grande que esta última, y el terreno que ocupaba, segun la deduccion que antes se ha indicado, debe evaluarse á siete leguas de superficie, de donde se deduce que era mas de siete veces mayor que París. Pero no se hallaba poblada proporcionalmente á su extension. Todas sus casas estaban aisladas, y la mayor parte rodeadas de patios y jardines. De este modo están edificadas aun muchas poblaciones en los países cálidos, para evitar las sofocaciones y otras enfermedades á que se exponen habitando en casas muy juntas. El mismo Herodoto da á las murallas de Babilonia doscientos codos de altura y cincuenta de espesor; pero tal vez no habla de ellas mas que por el testimonio de sus habitantes; porque él mismo nos dice que las murallas de Babilonia estaban destruidas en su tiempo hasta mas de las tres cuartas partes. En medio de la ciudad se levantaba el templo de Belo, compuesto de ocho torres que iban en disminucion, la primera de las cuales tenia un estadio de elevacion. Era cuadrada, y su circúito de ocho estadios. El Éufrates atravesaba la ciudad de norte á mediodía, y el puente sobre el cual se pasaba tenia cerca de noventa y seis toesas de longitud; pero solo tenia cuatro y medio de ancho, y la distancia de un pilar al otro era solo de once piés, además no estaba abovedado. Aun no se conocia el

modo de formar las bóvedas. Herodoto atribuye el honor de esta obra á Nitocris, mujer de Evilmerodac, y la de un gran lago abierto para el desagüe y conduccion de las aguas del Éufrates. Este historiador guarda silencio sobre los jardines suspendidos de Babilonia, y de todos los escritores antiguos tan solo Beroso, sacerdote caldeo, y gran ponderador de las bellezas de su país, los describe.

La atencion de Semíramis no se limitó al embellecimiento de Babilonia. Recorrió sus estados, dejando en todas partes señales de su magnificencia y de su amor á los pueblos. Muchas villas se convirtieron en ciudades, rodeándolas por órden suya de murallas. Hizo secar las lagunas que inundaban los campos, conducir agua á los lugares en donde faltaban, abrir, para fácilidad del comercio, grandes carreteras, algunas de las cuales pasaban á través de montañas que habia hecho cortar. Pásase aun en el dia de Bagdad á Hamadan por el camino de Semíramis, y se distingue aun el bajo relieve que hizo esculpir en la roca cortada para la alineacion de esta via.

En medio de tan pacíficas ocupaciones formaba Semíramis proyectos de conquista, y levantaba ejércitos para sojuzgar los reinos vecinos. No está bien consignado cuáles fueron sus primeras expediciones militares; lo menos equívoco que se encuentra en los relatos de los antiguos, es que sometió la Arabia y la Antioquía, esto es, la tierra de Chus, cercana al mar Rojo, pero nó la Etiopía que se encuentra al mediodía del Egipto, ni mucho menos este último país, que encontró en un estado muy respetable para atreverse á atacarle. La conquista de la India le pareció mas fácil. Reunió para entrar en ella el mas grande ejército que se hubiese visto hasta entónces. Stabrobates, rey de la India, sabiendo la marcha de Semíramis, le salió al encuentro al frente de sus tropas hasta el rio que da su nombre al país. La reina pasó el Indo á vista del enemigo, al que puso en fuga. Adelantóse hácia el interior del país; pero Stabrobates, reuniendo nuevas fuerzas, da á los asirios una sangrienta batalla y los derrota; la misma reina, después de recibir dos heridas, se ve arrastrada por los fugitivos. Habiendo, nó sin trabajo, repasado con los restos de su ejército el rio, volvió á Asiria bien resuelta á hacer lo posible para reparar la vergüenza de su derrota. Pero una desgracia mas sensible le hizo olvidar lo que acababa de experimentar. Ninias, cansado de vivir bajo el dominio de su madre, conspiró contra ella, y logró arrebatarla el trono. Otros dicen, que ella se lo cedió voluntariamente, temerosa de que este hijo desnaturalizado no atentase á sus dias. Sea de esto lo que fuere, ello es que se retiró á una fortaleza en donde pasó el resto de sus dias en el silencio y la oscuridad, después de haber reinado con gloria por espacio de cuarenta y dos años. Después de su muerte fué venerada como una divinidad, bajo la forma de una paloma.

1874. Ninias, llamado tambien Zames, tomó en sus manos las riendas del gobierno después de la destitucion ó abdicacion de Semíramis su madre. Nada mas dice la historia de los actos de este príncipe, guardando el mismo silencio respecto á los de sus sucesores. Atribúyese la oscuridad de sus reinados á la molicie, á la que suponen se habia entregado. Pero tal vez, dice Freret, proviene no tanto del reposo en que vivieron, como de la tranquilidad que proporcionaron á sus súbditos. La historia no se encarga, muchas veces, mas que de las conquistas y revoluciones ruidosas, sobre todo cuando habla de países extranjeros; y son los griegos los que nos han transmitido cuanto sabemos de los reyes de Asiria. Por lo demás, la cronología ha salvado del olvido los nombres y la duracion de los reinados de estos príncipes, que ha descuidado la historia. Poseemos dos catálogos de los reyes de Asiria, debido á Julio Africano el uno, y copiado por Jorge Syncelle, y el otro publicado por Eusebio. El primero, mas antiguo y mas completo que el segundo, nos parece merecer la preferencia. Este es pues el que seguiremos.

1836. Después de un reinado de treinta y ocho años, tuvo Ninias por sucesor á Arius, que tuvo el cetro treinta años.

1806. Aralius subió al trono después de Arius, y le ocupó por espacio de cuarenta años.

1766. Jerces, sucesor de Aralius, reinó treinta años.

1736. Armamitrhes, reemplazó á Jerces y reinó treinta y ocho años.

1698. Belochus viene en seguida, y desaparece después de un reinado de treinta y cinco años.

1663. Baloeus, que sucedió á Belochus, reinó cincuenta y dos años.

1611. Setos aparece después de Balœcus sobre el trono de Asiria, que ocupó por espacio de treinta y dos años. El padre Goar, en la edicion del Syncelle, ha seguido mala leccion, al dar cincuenta años de reinado á Setos, lo que se prueba por el año del mundo en que Syncelle coloca la exaltacion de este príncipe, y aquel en que señala el principio del reinado de su sucesor, porque la primera de esta época corresponde al año del mundo 3628, y la segunda al 3660. Setos, segun Freret, es el mismo Sesostris, rey de Egipto, á quien los griegos, en efecto, dan los dos nombres, y de quien dice Maneton que habia sometido á los asirios. En lugar de Setos, Eusebio le llama Altadas en su catálogo de los reyes de Asiria, ya sea este el nombre asirio de Sesostris, ó bien el del príncipe que reinaba entónces en Asiria, y que se hizo tributario de los egipcios. Los sucesores de Sesostris descuidaron las conquistas que habia hecho, pero muchas de las provincias del imperio de Asiria, después de sustraerse de la dominacion de los reyes de Egipto, no se sujetaron á sus primitivos dueños, sino que formaron estados particulares.

1579. Mamytus I, entró en posesion del trono de sus mayores después de la muerte de Setos. Señálanle treinta años de reinado.

1549. Aschalius, llamado Manca por Eusebio, fué el sucesor de Mamytus, y reinó veinte y ocho años.

1521. Spuerus, que siguió á Aschalius, ocupó treinta y dos años el trono de Asiria.

1499. Mamytus II, sucesor de Sphærus, reinó treinta años.

1469. Spartacus reemplazó á Mamytus, y ocupó el trono cuarenta y dos años.

1427. Ascatades, que substituyó á Spartacus murió después de cuarenta y ocho años de reinado.

1379. Amyntes, que ocupó el trono después de Ascatades, murió á los cuarenta y cinco años de reinado.

1334. Belochus II, llamado tambien Belimas y Balocus, sucedió á Amyntes, y murió después de un reinado de veinte y cinco años, dejando una hija, que le sucedió.

1309. Atossa, llamada tambien Semiramis, sucedió á su padre Belochus, que viviendo aun la habia asociado al trono. Ignórase el nombre de su esposo; pero Fotius nos dice que habiéndose enamorado de su hijo á quien no conocia, tuvo primero algunos secretos galanteos con él, y después no tuvo dificultad en

admitirle por esposo. Desde este tiempo, se propagaron entre los persas y los medos estos casamientos, que antes miraban con un justo horror. Atossa gobernó doce años la Asiria, después de la muerte de su padre, siendo el último vástago de la familia de Nino y de la grande Semíramis.

1297. Beletores ó Beletares, llamado tambien Bellepares, intendente de los jardines del palacio de Babilonia, subió al trono por violencia ó por intriga, después de la muerte de Atossa; parece, sin embargo, que no fué sin contradiccion. En efecto, se observa que muchos pueblos tributarios hasta entónces del imperio de Asiria, viendo pasar el cetro á otra familia, aprovecharon esta ocasion para sacudir el yugo. De aquí el estado de debilidad en que cayó esta monarquía. Syncelle da á Baletores treinta años de reinado; pero, como no habla de Atossa, parece que en estos treinta años deben comprenderse los doce del reinado de esta princesa.

1279. Lampardes, sucesor de Baletores, reinó treinta años.

1249. Sosares, gozó el trono después de Lampridas por espacio de veinte años.

1229. Lampraes ó Lampares, siguió á Sosares, y reinó treinta años.

1199. Panyas, después de Lampraes, empuñó el cetro cuarenta y cinco años.

1154. Sosarmus, sucesor de de Panyas, reinó veinte y dos años.

1132. Mitraecus, reemplazó á Sosarmus, y reinó veinte y dos años.

1105. Tautanes I, que sucedió á Mitraecus, reinó treinta y dos años.

1073. Teutaecus viene después de Tautanes, y reinó cuarenta y cuatro años.

1029. Arabelus, Chalaus, Anebus y Babius, cuatro reyes omitidos por Eusebio, reinaron, el primero cuarenta y dos años, el segundo cuarenta y cinco, el tercero treinta y ocho, y el cuarto treinta y siete. Lo que forma un total de ciento sesenta y dos años.

867. Teutamus II, llamado Teutanes, por Syncelle, y Tinœus por Eusebio, fué el sucesor de Babius, y reinó treinta años.

837. Debcylus, sucesor de Teutamus, poseyó el trono cuarenta años. Probablemente fué en su tiempo cuando el profeta Jonás vino de la tierra de Israel á predicar á Nínive. Esta inmensa capital, que gozaba de una larga paz, y á donde iban á sepultarse las riquezas todas de la Asiria, se hallaba sumergida en los placeres y en el libertinaje, ordinaria consecuencia de la opulencia y el reposo. Jonás, después de haber recorrido durante tres dias la ciudad para enterarse por sus ojos del estado y las costumbres de sus habitantes, levanta la voz en la plaza pública, anunciando que la ciudad quedará destruida en cuarenta dias, en castigo de sus crímenes. Movido el rey por la predicacion del profeta, deja los ornamentos de su dignidad, se sienta sobre ceniza, y ordena un ayuno general, nó solo á los hombres, sino tambien á los animales. Ablandado Dios por estas muestras de penitencia, perdona á los ninivitas, y revoca el anatema que habia pronunciado contra su ciudad. Jonás entretanto, retirado al oriente de la ciudad, esperaba bajo una enramada el cumplimiento de su profecía; viendo que no llegaba, temió pasar por un falso profeta, y se queja al Señor de que no haya cumplido lo que le habia encargado anunciar. Dios hizo crecer cerca de él una especie de «palma Christi,» para con su sombra ponerle á cubierto de los ardores del sol; pero al dia siguiente envia un gusano que roe las raices del árbol, y queda seco. El profeta expuesto como antes á la violencia del sol, echa á menos tan vivamente la sombra de que se ve privado, que desea la muerte en el exceso de su dolor. Dios, entónces, para instruirle, le dice: «Si la pérdida de un árbol, que nada ha costado, te causa tanto sentimiento, ¿te admirarás de ver apaciguada mi cólera hácia una ciudad en donde hay mas de ciento veinte mil personas, que no saben distinguir entre el bien y el mal?» Jonás abandona á Nínive, y vuelve á su patria (véase Jeroboan II, rey de Israel).

797. Empacmes, ó Eupales, termina la lista de los soberanos del primer reino de Asiria. Es el mismo á quien Diodoro y Justino llaman Sardanápalo, ya sea que realmente hubiese tenido este nombre, ó que le hayan confundido con otro Sardanápalo, porque hay muchos de este nombre el cual en lengua asiria ó caldea significa «príncipe enviado del cielo.» De este modo, nó tanto es un nombre propio, como un epiteto honorífico. Jamás hubo príncipe que menos le mereciese, si es verdad, como refieren Ctesias y Justino, que Empacmes pasase la vida en medio de sus mujeres, vestido y adornado como ellas, y como ellas ocupado en hilar. Sea lo que fuere, ello es lo cierto, que durante su reinado, Arbaces ó Farnaces, sátrapa de Media, y Belesis, gobernador de Babilonia, concertaron entre sí el plan de una revolucion que se mira comunmente y sin razon como la total destruccion del reino de Asiria. Estos dos señores, habiendo interesado en su favor á los árabes y los persas, se levantaron abiertamente contra su soberano, y le declararon la guerra. Fué muy prolongada, y tres batallas consecutivas que perdieron los rebeldes, no pudieron determinarlos á deponer las armas. Aumentando las pérdidas su obstinacion, trabajaron en engrosar su partido, logrando por último que entrasen en él los pueblos de la Bactriana, ó de las provincias orientales. Viéndose ya superiores en fuerzas, atacaron al rey de Asiria en su campo, obligándole á abandonarle. Sardanápalo, después de su derrota, se encerró en Nínive, dejando el mando de sus tropas á Salamenes, hermano de la principal de sus mujeres. Este general fué derrotado, y del campo de batalla pasaron los vencedores á sitiar á Nínive. Hacia tres años que duraba el sitio sin que hubiesen sufrido gran cosa las murallas de la ciudad, cuando una avenida del Tigris derribó veinte estadios de ellas. Esta brecha abrió paso al enemigo, y el rey desesperado, pegó fuego á su palacio, pereciendo en medio de las llamas con sus mujeres y tesoros. Tal es la relacion de Ctesias, que parece haber confundido la empresa de Arbaces y Belesis contra Sardanápalo, con la de Nabopolasar, rey de Babilonia, y Ciájara, rey de los medos, contra Chinaladan, rey de Asiria. Lo cierto es, que la princesa no destruyó enteramente este reino: lo que hizo fué disminuirle con el desmembramiento de muchas provincias, de las que las principales fuéron las de Babilonia y Media, que desde entonces empezaron á formar dos estados independientes, ó poco menos, del reino de Asiria.

SEGUNDO REINO DE ASIRIA.

759. Pul ó Phul, sucedió á Empacmes Sardanápalo en el reino de Asiria. Tuvo el mismo nombre ó epiteto de su predecesor, y este es Sardanápalo II. Aun cuando los babilonios y los medos hubiesen sacudido el yugo de la Asiria, conservaba esta monarquía un poder

bastante formidable. Á Pul, fué á quien recurrió Manahem, rey de Israel, para mantenerse contra las facciones que tendian á destronarle. Pul pasó al reino de Israel, y habiendo su presencia impuesto á los revoltosos, se volvió despues de haber recibido de Manahem mil talentos de plata que le habia prometido para inducirle á acudir á su socorro. El reinado de Pul, fué á lo mas de diez y siete años, porque habia sido reemplazado ó á lo menos tenia un colega el año 742 antes de Jesucristo.

742. Teglat-Falasar ó Tilgat-Pilasar, llamado por algunos Nino II, habia sucedido á Pul, su padre, con el cual habia estado asociado desde el año 742 antes de Jesucristo. Fué un príncipe belicoso que se esforzó en reparar las pérdidas que el reino de Asiria habia sufrido. No pudiendo extenderse por el lado de la Caldea, ni por el de la Media, condujo sus armas á Siria, atraido por las turbulencias que reinaban en Damasco y Samaria. El primer año que le vemos en el trono, penetró al frente de un poderoso ejército en el reino de Israel, tomó diferentes ciudades, haciendose dueño del país de Galaad, de la Galilea y de todo el territorio de Neftalí, cuyos habitantes llevó cautivos á Asiria. Asustado por estas conquistas Rasin, rey de Damasco, se adelantó á Teglat-Falasar, desviando con su sumision la tempestad que le amenazaba.

735. Pero siete años despues, el rey de Asiria, solicitado por Acaz, rey de Judá, para que acuda á defenderle contra Faceo, rey de Israel, y Rasin, rey de Damasco, coligados para destronarle, entra con un poderoso ejército en Siria, y se apodera de Damasco, cuyos habitantes transporta á sus estados, despues de dar muerte á Rasin. No parece que este conquistador se hubiese adelantado hasta entónces por las tierras de Israel. Pero el mismo Acaz va en persona á encontrarle en Damasco. En lugar de sostenerle Teglat-Falasar, no hizo mas que oprimirle. Despues de haber sacado de él una suma tan considerable de plata, que sus tesoros y los del templo bastaron apenas para pagarla, se retiró, dejando el reino de Judá sin defensa, y sujeto al mismo tributo que acababa de cobrar. Teglat-Falasar no existia ya en el año 724 antes de Jesucristo, ó á lo menos tenia por colega á su hijo que le sucedió.

724. Salmanasar, hijo de Teglat-Falasar, le sucedió ó le fué asociado el año 724 antes de Jesucristo, á mas tardar. Efectivamente, en este año fué cuando entró en las tierras de Israel y sujetó este reino á que le pagase un tributo. Despues de haberle pagado tres años, el rey Oseas, para librarse de esta servidumbre, hizo alianza con el etíope Sabacus, llamado Sua en la Escritura, que acababa de conquistar el Egipto (720). Noticioso Salmanasar de esta revuelta, vuelve á las tierras de Israel, sujeta todo el llano, y encierra á Oseas en Samaria, en donde le tiene sitiado por espacio de tres años (718). Por último, habiéndose hecho dueño de la plaza, carga de cadenas á Oseas, y se lo lleva cautivo con el resto de las diez tribus, que esparce por el país de los medos; lo que prueba que una parte de este país dependia aun entónces del reino de Babilonia (717). Hacia muy poco tiempo que se hallaba de vuelta en Nínive, cuando recibió una embajada de los citienses de Chipre, que venian á implorar su socorro contra Eluleo, rey de Tiro, su soberano, cuyo yugo habian sacudido. Salmanasar, accediendo á sus ruegos, pasa otra vez á Palestina, y alcanza algunas ventajas sobre los fenicios. Propuesto por Eluleo un arreglo, se acepta, y Salmanasar conduce su ejército á Nínive. Pero pronto una sublevacion de la mayor parte de las ciudades marítimas que obedecian á Tiro, le llaman á aquel país, que se ofrecen á entregarle. Á su llegada encontró una flota de sesenta naves, con ochocientos remeros fenicios que ellas le proporcionaban. Á esta armada formidable, solo opusieron los tirios doce buques, y sin embargo lograron dispersarle. El rey de Asiria no se atrevió á sitiar á Tiro; pero dejó tropas á sus alrededores para interceptar el agua á sus habitantes, precaucion inútil por el cuidado que tuvieron los tirios en abrir pozos dentro de las murallas. Parece que Salmanasar dejó de existir cinco años despues de esta expedicion (712).

712. Sennaquerib, hijo de Salmanasar, subió al trono despues de él. Es el mismo á quien Isaías llama Sargum. Su padre habia demostrado humanidad para con los israelitas cautivos en sus estados, pero Sennaquerib, teniendo horror á esta nacion, permitió que sus súbditos ejerciesen sobre ellos toda clase de violencias. No tan solo podian matarlos impunemente, sino que aun estaba prohibido darles sepultura. Tobías, ejercitando este deber para con sus hermanos, fué perseguido, viéndose obligado á ocultarse. Las conquistas hechas por Salmanasar no satisfacieron la ambicion de Sennaquerib. Quiso añadir á ellas otras nuevas. Pero ningun detalle se tiene de sus hazañas anteriores á su guerra con Ezequías, rey de Judá (710). Motivóla la negativa de este último á pagar el tributo que le habia impuesto Salmanasar. En el aprieto en que las armas de Sennaquerib ponen á Judá, los grandes de este reino llaman en su auxilio á Taraca, rey de Egipto. Noticioso Sennaquerib de que este va á atacarle, le sale al encuentro, y le obliga á volverse por el mismo camino. Entra en Egipto, talando todo el país por espacio de tres años, al fin de los cuales vuelve á Judea cargado de despojos, y llevando innumerables cautivos (707). Para terminar de una vez la conquista de este país, se dirige inmediatamente á la capital que sitia en seguida. Pero antes que haya podido disparar una sola flecha contra Jerusalen, el ángel del Señor le mata en una sola noche ciento ochenta y cinco mil hombres. Consternado con este descalabro, da inmediatamente la vuelta á Nínive, con los restos de su ejército, pero un nuevo desastre le aguardaba en ella. Dos hijos suyos, Adramelech y Sarasar, irritados contra él, le dieron muerte, mientras adoraba el dios Nesroch en su templo, cuarenta y cinco dias despues de su regreso. La fuga los salvó del castigo que merecia su parricidio. Retiráronse á Armenia, de donde no se sabe que jamás volviesen.

707. Assarhaddon ó Assaraddin, llamado tambien Asenafaa, hijo tercero de Sennaquerib, fué reconocido rey de Asiria, despues de la muerte de su padre. Ignórase todo cuanto hizo hasta el vigésimo séptimo año de su reinado. Pero entónces, viendo á los babilonios debilitados por las disensiones que reinaban entre ellos, y la anarquía, que es su legítima consecuencia, aprovechó la ocasion para invadir esta monarquía y reunirla á la de Asiria. Esta conquista le fué tan fácil, que acaso no tuvo mas que presentarse á los babilonios, al frente de un buen ejército. Jamás una nacion ofrece mas libre entrada al extranjero, que cuando se halla dividida por guerras intestinas que consumen sus fuerzas. Los mejores cronólogos convienen en colocar este acontecimiento en el año 68 de la era de Nabonasar, 680 antes de J. C.

La ambicion no conoce límites. Assarhaddon, dueño de dos grandes imperios, y de una parte de la Palestina, quiere terminar la conquista de este país con la del reino de Judá. El terrible descalabro que su padre habia experimentado, lejos de desalentarle, solo sirvió

para incitarle mas. Quiere con una nueva expedicion lavar la afrenta de las armas asirias, y Dios permite que tenga buen éxito, para castigar los crímenes del rey Manassés y de su pueblo. Assarhaddon, habiendo entrado sin resistencia, á lo que parece, en la Judea (673), cautivó al monarca y le condujo á Babilonia. Pero al cabo de un año, con poca diferencia, Dios, ablandado por la penitencia de Manassés, inclina el corazon del vencedor á volverle libre á sus estados.

672. Por el mismo tiempo, los israelitas que Salmanasar habia dejado en su patria, se atrajeron con su sublevacion el último castigo. Habiendo venido Assarhaddon, hizo transportar á todos los habitantes al otro lado del Éufrates, é hizo venir idólatras del mismo país para reemplazarlos. El catálago de Tolomeo, solo señala á este príncipe trece años de reinado; pero es preciso contarlos desde la reunion de las monarquías de Babilonia y de Nínive. De este modo acaeció su muerte el año 667, antes de la era cristiana.

667. Saosduquin, hijo de Assarhaddon (el Nabucodonosor del libro de Judit), sucedió á su padre en el trono de Asiria. Atrájose el odio de sus vasallos por la dureza de su gobierno, y solo pudo obtener débiles auxilios contra Fraortes, rey de los medos, que le habia declarado la guerra. Sin embargo, con las pocas tropas que pudo reunir, derrotó á sus enemigos, y entró en la Media, pasándolo todo á fuego y sangre (655). Engreido con estos primeros resultados, formó el proyecto, nó solo de vengarse de los pueblos que le habian abandonado, sino de conquistar toda la tierra. Encontró en Holofernes un general, á propósito para secundar su ambicion. Habiendo levantado un ejército de ciento veinte y seis mil infantes, y doce mil caballos, le hizo partir con fuerzas tan formidables contra las naciones vecinas. Todo se inclinó ante el esfuerzo de las armas asirias, y las provincias se inundaron en sangre. Con sus crueldades esparció Holofornes el terror entre todos los reinos vecinos. Devastó los de Tiro y de Sidonia, asoló la Siria, y habiendo entrado en Judea, puso sitio á Betulia. Estrellóse allí su prosperidad. Dios se sirvió de la mano de una mujer para exterminar el formidable azote del Asia (V. libro de Judit). Su ejército, después de su muerte, levantó el sitio, volviéndose precipitadamente á Nínive. Saosduquin, en lo sucesivo no experimentó mas que reveses que le hicieron conocer la vanidad de sus ambiciosos proyectos. Murió este príncipe á los veinte años de reinado, después de perder todas sus conquistas por la revuelta de los pueblos que habia sujetado. Poco faltó para que el año que precedió al de su muerte, no perdiese tambien á Nínive sitiada por Ciájara, rey de los medos, después de derrotar á los asirios en campo raso.

647. Chinaladan, llamado tambien Sarac y Sardanápalo, fué el sucesor de Saosduquin, su padre. Su descuido y molicie le hicieron despreciar de sus súbditos. Sufrió tranquilamente que los escitas esparcidos por la Alta Asia devastasen sus estados. De concierto con ellos Nabopolasar, sátrapa ó gobernador de la Caldea, hizo sublevar contra Chinaladan los pueblos de su gobierno, y tomó el título de rey de Babilonia. En cuanto los escitas hubieron evacuado el Alta Asia, de concierto con Astiages, hijo de Ciájara, rey de los medos, formó el proyecto de destruir enteramente el trono de los asirios. Los dos príncipes, reunidas sus fuerzas, marcharon directamente á sitiar á Nínive. El sitio fué largo, pero poco mortífero, porque la ciudad se defendia menos por el valor de sus habitantes, que por la elevacion y fortaleza de sus murallas. Abierta por los sitiadores una ancha brecha, se apoderaron de la primera línea de murallas, y forzaron luego la segunda y las restantes. Chinaladan, viendo que se acercaban á su palacio, le puso fuego, y se abrasó con sus concubinas y tesoros. Viendo con esto perdido los vencedores el principal premio de sus fatigas, saquearon la ciudad, y la destruyeron hasta los cimientos. Así pereció esta famosa ciudad, como lo habia predicho cerca de sesenta años antes, el santo varon Tobías. «La ruina de Nínive se acerca,» decia, próximo á morir, á sus hijos: « No permanezcais mas aquí, porque veo que las iniquidades de esta ciudad la conducirán á su destruccion.» La conquista de Nínive arrastró trás sí toda la del reino de Asiria.

SEGUNDO REINO DE BABILONIA.

759. Belesis después de sustraer la Babilonia de la independencia del imperio de Asiria, créese que constituyó en este país una especie de república, de la cual fué reconocido jefe con alguna dependencia respecto al rey de Asiria. Este arreglo debió ser consecuencia de un tratado de paz firmado con el sucesor de Empacmes Sardanápalo. Belesis, después de haber gobernado doce años la Babilonia, murió al principiar el año 747 antes de Jesucristo.

747. Nabonasar, hijo á lo que parece de Belesis, le sucedió en el gobierno de Babilonia, en 27 febrero del año 747 antes de Jesucristo. Esta época, como ya hemos dicho, es uno de los fundamentos de la antigua cronología. Es además todo cuanto se sabe de positivo, respecto á Nabonasar. Parece que tomó el título de rey y le hizo hereditario en su familia. El catálogo de Tolomeo le señala catorce años de reinado. Su muerte por consiguiente acaeció en 733 antes de Jesucristo.

733. Nadius en el catálogo de Tolomeo que nos servirá de guia para los reyes de Babilonia, sigue inmediatamente después de Nabonasar, de quien es verosimilmente hijo. Su reinado solo duró dos años.

731. Chinzirus, hijo ó hermano de Nadius, ascendió después de él al trono de Babilonia del que solo gozó tres años.

728. Porus, sucesor de Chinzirus, solo empuñó el cetro por espacio de dos años, suponiendo que su predecesor reinó tres, porque los dos juntos, segun el catálogo de Tolomeo, ocuparon el trono cinco años.

726. Jugeo sucedió á Porus, y no es mucho mas conocido que él. Después de un reinado de cinco años la muerte ó algun otro acontecimiento le hicieron descender del trono.

721. Mardokempad se ciñó la corona de Babilonia, después de Jugeo. Es, sin duda alguna, el mismo Merodac-Baladan, que, noticioso de la curacion milagrosa de Ezequías, rey de Jerusalen, le envia embajadores, el año 710 antes de Jesucristo, para felicitarle é informarse al propio tiempo del prodigio acaecido con la retrogradacion de la sombra del sol. Esta embajada y la acogida afectuosa que Ezequías le hizo, conducen á creer que existia entre los dos reyes una antigua amistad. El lazo que los unia era seguramente el comun interés. Ambos tenian un vecino temible en la persona de Sennaquerib, rey de Asiria. Sin embargo no se ve que Mardokempad, socorriese á Ezequías, cuando se vió acometido por el rey de Asiria. Tal vez le contuvo la necesidad de defender sus propios estados. Sea lo que fuere, murió al cabo de treinta y ocho años de reinado, en el 709 antes de la era cristiana y 39 de la era de Nabonasar.

709. Arkianus, hijo de Mardokempad, ó á lo me-

nos su heredero inmediato, ascendió, después de él al trono de Babilonia. No se puede asegurar como se portó en él, por cuanto su nombre y la duracion de su reinado, que fué de cinco años, es cuanto de él se sabe. Á su muerte sucedió un interegno de diez años ocasionado seguramente por las disputas de varios concurrentes que pretendian sucederle, de donde podemos inferir, que no dejó hijos.

702. Bélibus prevaleció en fin, sea por el sufragio de la nacion ó bien por la fuerza de sus armas, sobre sus rivales del reino de Babilonia, después de la muerte de Arkianus. Solo disfrutó de él tres años, y acaso una revolucion abrevió los dias de su reinado.

699. Apronadius, reinó en Babilonia después de Bélibus y por espacio de seis años. Esto es cuanto de él se sabe.

693. Rigébélus, sucesor de Apronadius, solo gobernó un año.

692. Mesessimordacus aparece luego después de Rigebelus en el catálogo de Tolomeo, quien le señala cuatro años de reinado, después del cual tuvo lugar otro interegno que duró ocho. Fácil es figurarse las turbulencias, confusion y desórden que reinarian durante esta larga anarquía la cual acabó por derribar el trono y por la extincion de la monarquía de Babilonia.

625. Nabopolasar habiendo repartido con los medos las provincias del imperio de Asiria, solo procuró disfrutar tranquilamente del fruto de sus fatigas. Pero la envidia unida siempre á las grandes prosperidades no le permitió gozar las dulzuras de la profunda paz con que se lisonjeaba. Nechao, rey de Egipto, intentó quitarle una parte de sus conquistas (607), y con esta mira avanzó hasta las márgenes del Éufrates con un poderoso ejército. Esta expedicion fué feliz; apoderóse de Carchemis con otras plazas, y volvió triunfante á Egipto. Lo que mas sensible le fué á Nabopolasar fué que la Siria y la Palestina, animadas por este suceso, tomaron ocasion de él para apartarse de su obediencia. Enfermo y achacoso á causa de su mucha edad, Nabopolasar, encargó el cuidado de reducirlas á su hijo Nabucodonosor, después de asociarle en el trono. Desde esta época, como ya se ha hecho observar, empiezan los judíos á contar los años de Nabucodonosor, á diferencia de los babilonios, que no comienzan su época hasta después de la muerte de su padre acaecida dos años después. Llegado á Egipto, el jóven príncipe derrotó el ejército de los egipcios, recobró á Carchemis, y sojuzgó todo el país comprendido entre el Éufrates y el rio de Egipto, esto es, la Siria y la Palestina. Porque así como el Éufrates limita la Palestina al nordeste, el rio de Egipto terminaba la Palestina al sudoeste. Este rio de Egipto de que se habla con frecuencia en la Escritura, como limitando la Palestina por el lado del Egipto, no es el Nilo, sino un pequeño riachuelo, que, corriendo á través del desierto que se halla entre estos dos países, pasaba antiguamente por el lindero comun. Hasta allí era donde se extendia la tierra prometida á la posteridad de Abraham (Génesis, v. xv, c. 18), y que fué en seguida (Josué, v. xv, c. 4) dividida por la suerte (Prideaux). En el curso de esta expedicion supo Nabucodonosor la muerte de su padre, acaecida después de un reinado de veinte y un años.

605. Nabucodonosor, sucesor de Nabopolasar, su padre, después de haber sido su colega, elevó con sus hazañas el imperio de Babilonia al mas alto grado de gloria y de prosperidad. En la cronología de la Historia Sagrada se han referido sus expediciones á Judea. Después de la ruína de Jerusalen, volvió á Siria el año 20 de su reinado, y puso sitio á Tiro cuando reinaba en ella Itobal (585). Esta ciudad, por las riquezas que le proporcionaba su comercio, valia un reino, y muchos de sus ciudadanos parecian otros tantos príncipes por su opulencia y el lujo que ostentaban. Resistió Tiro á todos los esfuerzos de los babilonios por espacio de trece años, durante los cuales Nabucodonosor hizo con éxito la guerra á los sidonios, ammonitas, idumeos y moabitas. Tiro quedó sometida á su vez, pero Nabucodonosor no sacó mas fruto de sus gastos é increibles trabajos, que hacerse dueño de algunas casas vacías de habitantes y bienes. Los tirios, proveyendo que trás de una defensa larga y peligrosa se verian obligados á rendirse, se habian refugiado con sus efectos á una isla de aquella costa (572) en donde se habian edificado una segunda Tiro, que igualó con el tiempo la gloria de la primera (vide los reyes de Tiro). Avergonzado de una conquista tan estéril como penosa, Nabucodonosor condujo su ejército á Egipto con objeto de resarcirse con el rico botin que esperaba sacar de él. Dios le habia, en efecto, prometido los despojos del Egipto para recompensarle del «servicio», que acababa de hacerle en Tiro (es la expresion del profeta Ezequiel), ejecutando sus venganzas contra esta orgullosa ciudad. Las revueltas intestinas que destrozaban aquel reino le abrieron fácilmente sus puertas. Recorrióle vencedor de un extremo á otro, sacando en recompensa inmensas riquezas. Después de terminadas estas guerras, aplicó todo su cuidado al embellecimiento de Babilonia. Doce siglos, á lo menos, transcurridos desde Semíramis, habian deteriorado considerablemente la mayor parte de las obras que hiciera en ella aquella princesa. Por otra parte, la arquitectura se habia perfeccionado en tan largo espacio de tiempo. Nabucodonosor, pues, habiendo reunido á todos los obreros mas hábiles de sus estados, los empleó en reconstruir á Babilonia, desplegando en ella todas las riquezas de su arte. No repetiremos aquí la sucinta relacion que de esta soberbia ciudad hemos hecho en el artículo de su fundadora. Imposible es distinguir lo que era de invencion de Semíramis, y lo que fué añadido por Nabucodonosor: sea lo que fuere, nada igualó á Babilonia, después que este príncipe la hubo dado la última mano, en todo cuanto hasta entónces habia imaginado la industria humana. Él mismo se admiraba de su obra, y creyéndose superior á la humanidad, decia con transporte: ¿No es esta la Babilonia que yo he fundado? Un dia que rodaba por su mente este orgulloso pensamiento, de repente le degradó Dios de su especie, hiriéndole con una enfermedad que le hace creer que es un buey salvaje, y le da todos los instintos de estos animales. En el primer exceso de su monomanía le encadenan. Pero rompe sus ligaduras y se escapa al campo, en donde pace la yerba con los brutos, expuesto como ellos á la intemperie. Este estado que un año antes le habia pronosticado el profeta Daniel, duró otros siete, en cuyo tiempo su hijo mayor tuvo las riendas del gobierno, asistido de un consejo, que moderaba su poder. En fin, vuelto en sí, Nabucodonosor ascendió otra vez al trono que ocupó aun por espacio de un año; esto es, hasta su muerte, acaecida á los cuarenta y tres de su reinado.

562. Evilmerodac, hijo mayor de Nabucodonosor, empezó á reinar después de la muerte de su padre, menos por el voto de la nacion, que por derecho de nacimiento. En efecto, cuando ejercia la regencia durante el largo delirio de su padre, habia cometido, á pesar del freno puesto á su autoridad, actos de vio-

lencia que habian obligado á aquel monarca, después de restablecido, á castigarle con el encierro. Preso en el mismo lugar que Jeconías, rey de Judá, contrajo con él relaciones, que fueron de mucha útilidad para este último. Luego que se vió en el trono sacóle Evilmerodac de la cárcel en donde gemia hacia treinta y siete años y le puso al frente de los príncipes que formaban el ornamento de su corte. Este fué tal vez el único acto generoso que ejerció durante su reinado. Dueño de sus acciones entregóse al libertinaje y gobernó á sus pueblos con un cetro de hierro. Pero su atroz conducta no quedó impune por mucho tiempo. Sus mas próximos parientes formaron una conspiracion contra él, siendo asesinado por su cuñado, después de un reinado de cerca dos años.

560. Neriglissor, llamado Neregasolasar, en el catálogo de Tolomeo, jefe de los conjurados que dieron muerte á Evilmerodac, con cuya hermana habia casado, le sucedió por el voto de la nacion, que le miraba como á su libertador. En efecto, tenia este príncipe talentos para gobernar. No le faltaba ni valor ni capacidad, pero la ambicion le perdió. No contento con el vasto imperio que acababa de usurpar, quiso unir á él la monarquía de los medos. Con este intento envió embajadores á los reyes de las cercanías, para exhortarles á coligarse con él contra Ciájara, rey de los medos, cuya ambicion les pintaron con los colores que á su dueño convenian. Muchos de estos príncipes asustados por el quimérico peligro de ver su poder absorvido por el de los medos, ó seducidos por el oro de los babilonios, entraron en la liga que se les proponia. El que mas prisa se dió como á mas rico, fué Creso, rey de Lidia. Los judíos á quienes Neriglissor habia tambien hecho solicitar, demostraron mas circunspeccion. Enviaron personas sabias y prudentes á informarse de la verdad de las cosas antes de decidirse. Ciájara por su parte, instruido de lo que contra él se tramaba, tomó sus medidas para ponerse en estado de defensa. Avisó á Cambises, rey de los persas, su cuñado y aliado, para que le enviase un ejército para prevenir al enemigo. Ciro, hijo de Cambises, jóven príncipe en quien el valor y la capacidad eran superiores á su edad, acudió con treinta mil hombres escogidos, que juntó á las tropas de los medos. Encargado del mando en jefe del ejercito, pasó cerca de dos años acostumbrándole al ejercicio antes de conducirle al combate. Cuando hubo familiarizado sus tropas en el manejo de las armas, marchó contra el enemigo y Neriglissor le salió al encuentro. Cuando estuvieron á la vista, los babilonios, incitados por la presuncion que les daba la superioridad del número, trabaron el combate, é hicieron su descarga antes de hallarse á suficiente distancia, y las tropas de Ciro, cayendo en seguida sobre ellos sable y hacha en mano, hicieron una espantosa carnicería. Neriglissor, escapando de esta matanza, se apresuró á juntarse con otro cuerpo de ejército que tenia á diez jornadas de allí. Los vencedores, siguiéndole el alcance, le atacaron poco tiempo después de haber llegado él á su nuevo campo, alcanzando sobre él otra victoria y recogiendo un rico botin. Neriglissor pereció en esta accion, dejando su muerte, á sus aliados, cargados con el peso de una guerra destructora.

555. Laborosoarchod, hijo de Neriglissor, le sucedió. Era un jóven violento, conocido ya por sus arrebatos y crueldad. Continuó sobre el trono la odiosa reputacion que se habia creado en la vida privada. Gobrias y Gadatas, generales suyos, cuyos hijos habia hecho matar, al uno porque habia mostrado mas destreza que él en la caza, y al otro porque una de sus concubinas habia elogiado su figura y sus bellos modales, irritados de esta doble barbarie, se pasaron al partido de Ciro, convirtiéndose en los mas terribles enemigos de los babilonios. Laborosoarchod quiso salir con algunas tropas en su seguimiento, pero habiendo acudido Ciro contra él, le persiguió hasta las puertas de Babilonia. No le estorbó este revés en continuar su liviandad y sus crueldades. Los súbditos abreviaron su tiranía, asesinándole á los nueve meses de reinado.

554. Nabonadius, llamado Labinet por Herodoto, Naboandel por Josefo, y Baltasar por Daniel, hijo de Evilmerodac, subió al trono después de la muerte de Laborosoarchod. Era, con poca diferencia de su misma edad, y no tenia mejores inclinaciones, pero las cualidades que le faltaban para gobernar, se encontraron afortunadamente en Nitocris, su madre, que puede ponerse al lado de la ilustre Semiramis. En tanto que él se adormecia en el seno de la voluptuosidad, esta princesa tomó en sus manos las riendas del gobierno. Terminó las obras empezadas para el embellecimiento y defensa de Babilonia, y á ella se atribuye la construccion de los muelles de esta ciudad, que eran, como sus murallas, de ladrillos unidos con betun: y unas puertas de bronce cerraban las avenidas de las calles que desembocaban en los muelles. De este modo servian para preservar á Babilonia de las inundaciones del Éufrates, y de poner esta ciudad á cubierto de un ataque del enemigo por el lado del rio. Para la construccion de estas obras, fué necesario torcer el curso del rio. Nitocris lo logró haciendo abrir al lado del Éufrates un inmenso lago que recibiese sus aguas. Después que hubieron vuelto á su cauce, fué conservado este receptáculo para remediar las inundaciones del rio. Entretanto Ciro pensaba sériamente en la conquista de Babilonia. El rumor de sus preparativos y las representaciones de Nitocris, sacaron por fin á Nabonadius de su letargo. Fué á encontrar al rey Creso en Sardis, le representó el peligro en que ambos se hallaban, amenazados sus estados á la par por las armas triunfantes de Ciro, y le indujo, tanto por sus discursos, como por la inmensa cantidad de oro que hizo brillar á sus ojos, á renovar una alianza con el. Creso en consecuencia, reunidos todos los pueblos que le eran tributarios, levantó un poderoso ejército de cuatrocientos veinte mil hombres con el cual fué á presentarse á Ciro, que no contaba ni con la mitad de estas fuerzas; pero esta superioridad aparente no impidió al rey de Lidia quedar vencido en la famosa batalla de Tymbrea. Su derrota fué seguida de la conquista de las provincias comprendidas entre el Ponto Euxino, el mar Egeo, y el Éufrates. Ciro y Ciájara habiendo sometido en seguida los países situados al norte de Babilonia, se adelantaron á poner sitio á esta capital. No fué una sorpresa: Nitocris lo habia previsto, proveyendo en consecuencia abundantemente de víveres á la plaza.

Confiando los babilonios en la fortaleza y altura de sus murallas, no parecian en ellas mas que para insultar al enemigo cuando le veian acercarse. Burlábanse de sus máquinas, y trataban de locura un foso ancho y profundo que Ciro hacia abrir al rededor de la ciudad. Esta empresa ocupó cerca de dos años á los s tiadores. Cuando estuvo acabada, Ciro, en una noche en que los babilonios con motivo de una fiesta se habian entregado á toda clase de excesos, hizo cortar el Éufrates mas arriba de la ciudad para que desaguase en el canal que le habia preparado. Hizo romper al mismo tiempo el dique que separaba el Éufrates

del lago Nitocris (538). Las aguas del rio, separadas por esta doble abertura, dejaron en poco tiempo su cauce en seco. Ciro habia entretanto dividido su ejército en dos cuerpos, uno de los cuales apostó en el lugar por donde el Éufrates entraba en la ciudad, y el otro en el por donde salia. Dada la señal, ambos á la vez entraron en la madre del rio introduciéndose en la ciudad por los malecones que habian quedado abiertos por descuido de los babilonios: marcharon directamente al palacio real, cuya guardia degollaron. Nabonadius se les presenta con la espada en la mano, seguido de algunos pocos que se hallaban en estado de socorrerle. Muere en el mismo sitio, sufriendo igual suerte los que le acompañaban. Ciro hace publicar un edicto prometiendo la vida á los que depongan las armas. Tranquilizados con esto los babilonios, se sometieron sin sentimiento al gran vencedor. Tal fué el fin del reino de Babilonia. Así se abatió el orgullo de esta soberbia ciudad, cincuenta años después de la ruina de Jerusalen y de su templo. De este modo se cumplieron las predicciones de Isaías, de Hababuc y de Daniel. Claramente habian anunciado que Babilonia seria bloqueada por los medos, los elamitas, los persas y los armenios; que su rio se secaria; y que la tomarian en un dia de fiesta y regocijo; y que sus habitantes dormirian un sueño del que no despertarian. Hemos hablado en la cronología de la historia sagrada, hácia el año 538 antes de Jesucristo, del festin que Baltasar dió en la misma noche á los grandes de su corte, y de su sacrílega impiedad en hacerse llevar, en medio del festin, los vasos del templo de Jerusalen, para brindar con los convidados en honor de sus dioses; de las tres palabras enigmáticas que trazó maravillosamente una mano en la pared de la sala durante esta profanacion, frente por frente de Baltasar, y de la funesta interpretacion que les dió Daniel. La muerte de este príncipe acaeció el año diez y siete de su reinado.

HISTORIA
DEL REINO DE MEDIA.

739. Los medos, descendientes de Madai, hijo de Jafet, habiendo sacudido el yugo de los reyes de Siria, prefirieron el gobierno republicano al monárquico. Pero otros pueblos, que bajo sus banderas habian tomado parte en la revuelta, y á los que Ctesias llama impropiamente medos, reconocieron por su rey á Arbaces. De este modo, segun Bougainville, puede conciliarse á Herodoto con Ctesias, que nos presenta una lista de ocho reyes medos consecutivos, de los cuales no se encuentra ninguno entre los cuatro que encierra la del primero. Dejando aparte la dinastía de Ctesias como extraña á los verdaderos medos, nos conformaremos, en cuanto lo permita la verosimilitud, con lo que refiere Herodoto. Pero antes es del caso determinar los límites de la Media propiamente dicha. Este país, segun Plinio y Estrabon, estaba terminado al norte por la Armenia, al mediodía por la Susiana y la Sitacena (es el país en donde reinaron los reyes medos de Ctesias); al oriente por el reino de los partos y los países situados á lo largo del mar Caspio, y al occidente por la Adiabena y la Gordiena. Los habitantes de esta vasta region divididos en tribus independientes entre sí, cada una de las cuales tenia un juez, permanecieron sin rey, por espacio de cerca veinte y nueve años. Habiendo, durante este tiempo, degenerado la libertad en licencia, sintieron los medos la necesidad de darse apresuradamente un legislador y soberano comun para no caer bajo el dominio de los asirios. Deyoces, uno de sus jueces, gobernaba su tribu con tanta sabiduría, prudencia é integridad como podia desearse. Todas las demás fueron á encontrarle para someterse á su gobierno; aceptada la oferta, le dieron en una asamblea general el título de rey (733). Colocado en el trono, el primer cuidado de Deyoces fué rodear la soberanía de todo aquel aparato que atrae el amor y el respeto á los monarcas. Exigió de los medos que le fabricaran un palacio al que rodeó de fortificaciones. Creó guardias para la seguridad de su persona, nombró oficiales para su ejército, y ministros para que gobernasen el estado bajo sus órdenes. Vivian los medos dispersos en sus aldeas sin conocer mas ley que la fuerza de su capricho. Para contener en su deber á esta nacion feroz y civilizarla, estableció Deyoces una legislacion fija, é hizo edificar una ciudad en torno de su palacio en la cual reunió á los medos de mas consideracion. Rodéala de siete murallas, de las cuales unas eran mas altas que las otras, nó en sí mismas, sino á causa de la pendiente del terreno. Llamáronla Ecbatana, y algunos viajeros modernos creen reconocerla en la ciudad de Tauris. Encerrado con sus cortesanos en el palacio, cuya magnificencia no tardó mucho en igualar á la de los de Babilonia y Nínive, se hizo Deyoces inaccesible al resto de sus súbditos, que en sus asuntos solo podian dirigírsele por conducto de sus ministros; en cuanto á estos y los demás cortesanos, estaban obligados á guardar en su presencia la mayor circunspeccion. No se les permitia reir ni escupir delante del monarca. Mantuvo además su autoridad, castigando con rigor á los infractores de sus leyes. De este modo domó la ferocidad de los medos, doblegando su carácter al yugo de la obediencia y estableciendo entre ellos una buena policía. Para impedirles que se moviesen en el interior, hizo guerra á los de fuera. Ignóranse empero los detalles de sus expediciones militares. Parece que fueron afortunadas y que contribuyeron al engrandecimiento de sus estados. Reinó cuarenta y dos años, llevándose al sepulcro, sino las lágrimas, á lo menos la estimacion de sus súbditos.

690. Fraortes ó Afraorte llamado en la Escritura Arfaxad, hijo de Deyoces, le sucedió en el imperio de los medos, nó por eleccion, sino por derecho de na-

cimiento, segun la constitucion del estado que hacia hereditaria la corona. Menos pacífico que su padre inspiró á los medos el deseo de conquistar. Empezó, segun Herodoto, atacando á los persas, é invadiendo su país del que hizo una nueva provincia de sus estados. Pero vése claramente en la Escritura, dicen los autores de la Historia Universal, que los medos no sujetaron á los persas hasta despues de la toma de Nínive por las fuerzas reunidas del sucesor de Fraortes y de Nabucodonosor. Y en efecto, Dios declara por boca de Jeremías (xxv, 9), que reunirá todas las familias del septentrion, y las hará acudir con Nabucodonosor, contra la Judea y demás naciones comarcas, entre las cuales se nombran los pueblos de Elam, que segun todos los geógrafos es la Persia propiamente dicha. Es cierto, sin embargo, que Fraortes venció á diferentes pueblos, sus vecinos, y que por la fuerza de sus armas, sujetó á sus leyes toda aquella parte del Asia situada entre el monte Tauro y el rio Halis. Engreido con este suceso, resolvió llevar la guerra contra los asirios. Esta nacion, que no habia renunciado á sus pretensiones sobre los medos, podia ofrecer grandes obstáculos á los progresos de Fraortes. Tal vez ya no esperaba someterla y sí solo debilitarla. El éxito no correspondió á sus esperanzas. Saosduquin, rey de Asiria, no solo rechazó sus ataques, sino que convirtiéndose á su vez en agresor le presentó una batalla en la llanura de Ragaü, que se cree ser la ciudad de Rages de que se ha hablado en Tobías, le derrotó y le puso en fuga, y marchando en seguida contra Ecbatana la tomó entregándola al saqueo. Entretanto habia enviado gente en persecucion de Fraortes. Preso este príncipe y presentado á Saosduquin le hizo morir violentamente el año veinte y dos de su reinado. Desde el año en que Fraortes ascendió al trono, debe empezar la cuenta de los ciento diez y ocho años que duró la dominacion de los medos en el alta Asia, hasta los principios de Ciro. La Escritura le atribuye el honor de la fundacion de Ecbatana, porque terminó las obras empezadas por su padre.

655. CIÁJARA, hijo de Fraortes, subió al trono despues de él. Era el príncipe que convenia á los medos para desviar el reino de la pendiente de su ruina. La victoria de Ragaü habia hecho á los asirios dueños de una gran parte de la Media, y al resto de su imperio le amenazaba la misma suerte. Ciájara, levantando un ejército, dedicóse á establecer una nueva disciplina. Fué el primero, segun Herodoto, que ordenó las tropas de Asia en diferentes cuerpos militares, porque antes la caballería iba mezclada con la infantería. Remediando Ciájara tal desórden, se halló en estado de vengar la muerte de su padre, y de restaurar el honor de los ejércitos medos (634). Los asirios habian perdido gran parte de su brillante reputacion, despues del fuerte descalabro sufrido delante de Betulia. Los pueblos que habian conquistado sacudian á porfía su yugo (648). Ciájara á su vez marchó contra aquellos envilecidos conquistadores. Habiéndole salido al encuentro los asirios, fuéron derrotados. Persiguiólos Ciájara hasta Nínive, cuya ciudad sitió. Pero mientras estaban ocupados en el sitio supo que un ejército formidable de escitas, despues de haber arrojado de Europa á los cimbros, se adelantaba hácia la Media, mandado por su rey Madies, hijo de Prototias. Este contratiempo obligó á Ciájara á abandonar el sitio de Nínive para acudir á la defensa de su país. Atacó á los escitas que se hallaban ya en sus fronteras, y á pesar del valor que desplegó en la accion, quedó su ejército enteramente derrotado, y el país á merced del vencedor, que no encontrando obstáculo, atravesó toda el Asia, penetrando hasta el Egipto. Pero ganados por los presentes de Psammético, que reinaba en aquel país, renunciaron á su conquista, y se retiraron. Su dominacion en Media duró por espacio de veinte y ocho años. No pudiendo deshacerse Ciájara, á fuerza abierta, de estos huéspedes importunos, recurrió á una estratagema que concertó con sus principales súbditos. Invitó á los jefes escitas á un festin y los hizo asesinar despues de haberlos embriagado. Los grandes de Media hicieron lo mismo, y en un dia se vió libre este reino de una larga y cruel esclavitud. Los escitas que escapáron de la matanza se refugiaron en Lidia en donde fueron recibidos con humanidad. Despues de reparar los daños que en sus estados habian causado, volvió Ciájara á emprender la conquista de Nínive, é uniósele Nabopolasar, que reinaba en Babilonia hacia diez años, ó por mejor decir, su hijo Astiages, llamado Asuero por el profeta Daniel, para sitiar otra vez esta ciudad (615). Dueños de ella la destruyeron, y por esta conquista el reino de Asiria fué dividido entre los medos y los babilonios.

Desde que los escitas fugitivos se habian retirado á Lidia, Ciájara no habia cesado, aunque inútilmente, de reclamarlos como enemigos á quien tenia derecho de castigar. Ofendido porque se los negaban, á fines de su reinado declaró la guerra al rey de Lidia, llamado Aliates. Duró seis años y terminó por un eclipse, que aunque anunciado por Tales el milesiano, asustó de tal modo á los dos ejércitos, dice Herodoto, que á pesar de estar riñendo, bajaron las armas y solo pensaron en hacer la paz. Este fenómeno que debia haber servido para fijar la época de este suceso memorable, ha sido para los cronólogos la manzana de la discordia, que les ha hecho abrazar diversas opiniones sobre el tiempo en que acaeció (601). Nosotros, bien examinado todo, nos atenemos al eclipse acaecido en 20 setiembre del año 601 antes de Jesucristo, á las ocho y treinta y cinco minutos de la mañana. No solo fué causa de la paz entre los medos y los lidios, sino que, para cimentarla, se convino que Astiages, hijo de Ciájara, se desposaria con Arienis, hija de Aliate. Nabonide, rey de los babilonios (Nabucodonosor) y Syennesis, rey de Cilicia, fuéron, segun Herodoto, los mediadores del tratado que se concluyó, dice, á manera de los griegos, esto es, haciéndose cada una de las partes una incision en el brazo para sacar sangre que chuparon recíprocamente. Murió Ciájara seis años despues de este suceso, á los sesenta y uno de reinado, dejando sus estados aumentados, nó solo con una porcion considerable de la Asiria, sino tambien con la Susiana, la Persia, la Capadocia, el Ponto y la Armenia que Nabucodonosor le habia ayudado á conquistar.

595. ASTISGE, hijo de Ciájara, le sucedió en el trono de Media. Habia tenido en su primera mujer, antes de desposarse con ARIENIS, una hija llamada Mandane, que dió en matrimonio á Cambises, rey de Persia, en vida de su padre Ciájara. Arienis, por su parte le dió un hijo que fué llamado Ciájara como su abuelo. Colmado Astiages de riquezas, fruto del valor de sus antepasados, dedicóse mas á disfrutar de ellas que á seguir los instintos de la codicia, aumentándolas con nuevas conquistas. Brillaron en su corte todo cuanto tiene el fausto de mas imponente, el lujo de mas refinado, y la delicadeza de mas exquisito. No fué á pesar de todo un monarca indolente y despreciable. Supo hacerse respetar de sus súbditos y temer de sus vecinos. Evilmerodac, hijo de Nabucodonosor, rey de Babilonia, conoció por experiencia que no se le in-

sultaba impunemente. Hallándose el jóven príncipe para casarse quiso ir en persona á buscar la caza de que necesitaba para sus bodas. Supo que abundaba en cierto paraje de su reino confinante con el de los medos. Dirigióse á él con un numeroso séquito de cazadores, que se reforzó al dia siguiente con un destacamento de guardias que su padre le envió para su seguridad. Envalentonado con esta especie de ejército, entró en el territorio de los medos, tanto para perseguir la caza, como para provocar á su vecino. Apenas tuvo noticia Astiages de tamaño insulto, cuando exigió que se le diese una satisfaccion. Reunido un ejército, le condujo, acompañado de su hijo Ciájara, al país de los babilonios en donde se le juntó su nieto Ciro. Evilmerodac, que salió á su encuentro, fué derrotado, y el rey de los medos volvió triunfante á sus estados. No se sabe que Astiages sostuviese otras guerras. Exento de ambicion y respetado por sus fuerzas, le dejaron disfrutar la misma tranquilidad que concedia á los demás. Murió después de un reinado de treinta y cinco años dejando el imperio de Media en un estado floreciente.

560. Ciájara II, llamado Darío el Medo por el profeta Daniel, Asuero en el libro de Ester, y Artajerjes (ibid.), fué el sucesor de su padre Astiages, á quien se propuso por modelo en el gobierno de sus estados. Vivir en el reposo y las delicias en medio de una corte faustuosa y brillante, recibir los homenajes, y reinar pacíficamente sobre un pueblo acostumbrado al yugo de su grande autoridad era el objeto constante de su ambicion. Pero la envidia, unida siempre á la prosperidad, no le dejó gozar mucho tiempo de tan dulce bienestar. Neriglissor, este usurpador del trono de Babilonia, miraba á Ciájara como á su rival, porque era tan poderoso como él, y nada descuidó para indisponerle con todas las córtes extranjeras. Sus emisarios le pintaban por do quiera como un príncipe revoltoso y ávido, que meditaba la conquista de cuanto le pareciese, y que toda prisa era poca para prevenir sus ambiciosos intentos. Tomó cuerpo la calumnia y se armaron contra el rey de los medos la mayor parte de sus vecinos. Informado Ciájara de la liga que se formaba contra él, tomó sus medidas para ponerse en estado de defensa. El peligro amagaba tambien al rey de los persas, Cambises, cuñado de Ciájara, contra quien se dirigian al mismo tiempo los aliados. Ciájara le rogó que le mandase su hijo Ciro, cuyas grandes cualidades habia tenido ocasion de apreciar, con las tropas que pudiese proporcionarle. Ciro acudió con treinta mil hombres, y su tio le confirió el mando del ejército. Prevaleciéndose de la crítica situacion en que se encontraba Ciájara, los armenios habian sacudido el yugo de los medos. Ciro, después de sorprender á su rey, los redujo á la obediencia. Marchó en seguida contra los babilonios, y alcanzó sobre ellos una victoria, que, aunque completa, no fué decisiva para los medos y los persas. Los enemigos tenian otro ejército mucho mas considerable á diez leguas del paraje en donde acababan de ser derrotados. Allí se encontraban nó solo las fuerzas del rey de Babilonia, sino las de todos sus aliados. Viendo Ciro á sus tropas tan animadas por su primera victoria que pedian las llevase al combate, juzgó prudente no dejar enfriar su ardor. Propuso á Ciájara conducirlos en persecucion del enemigo. Aunque naturalmente tímido, aprobó el rey de los medos su intento. Extremada fué la alegría de los soldados cuando supieron la resolucion de sus jefes. Después de ofrecer sacrificios para obtener los socorros del cielo, se pusieron en marcha, penetrando en el país. La impaciencia de llegar al enemigo hizo encontrar el camino mas largo de lo que en sí era. Avistaron por fin el ejército de los babilonios, que se habia fortificado en su campo, rodeado de un ancho foso de circunvalacion para estar al abrigo de toda sorpresa. Ciájara era de opinion de que se les atacase. Pero habiéndole hecho observar Ciro lo peligroso que era acometer al enemigo en un campo tan bien fortificado, no insistió mas. Pasáronse algunos dias examinándose mútuamente los dos ejércitos, hasta que los babilonios, juzgando efecto del temor la inaccion de sus contrarios, salieron de sus atrincheramientos. Trabóse entónces el combate. Ambos ejércitos demostraron el mismo ardor. Pero los medos y los persas mejor armados y disciplinados, combatieron con mas órden. Después de sufrir una descarga de sus contrarios, que fué inútil por no estar aun á tiro, cayeron sobre los babilonios, y trás una horrible carnicería, los derrotaron enteramente. Ciájara no tuvo parte en esta victoria. En tanto que peleaban los dos ejércitos se hallaba en su tienda bebiendo y divirtiéndose. Habiendo los medos seguido voluntariamente á Ciro, al dispertar entró Ciájara en furor viéndose sin tropas, y envió órden á Ciro de que se las devolviese, acusándole de habérselas atraido por medio de la seduccion. Notificando Ciro á los medos las intenciones de Ciájara, todos se negaron á conformarse á ellas. Esta desobediencia podia haber producido funestas consecuencias; pero prefirieron arrostrar la cólera de su soberano, á abandonar un jefe victorioso, bajo el mando del cual tanto tenian que esperar. No tardó Ciro en proporcionarles nuevos laureles en Babilonia. Después de haber conquistado muchas provincias de este reino, volvió con su ejército victorioso á Media. Confuso Ciájara con el contraste que formaba su conducta con la de su sobrino, no pudo disimular sus celos al ver á Ciro cubierto de una gloria, cuyas fatigas debia haber repartido con él. Ciro logró apaciguarle con sus demostraciones prudentes y respetuosos. Participóle la expedicion que meditaba contra Creso, rey de Lidia, el mas firme apoyo del rey de Babilonia, pero no pudo alcanzar que fuése á compartir con él la gloria de destruir tan poderoso enemigo (547). Ciájara permaneció ocioso en su palacio, en tanto que su sobrino conquistaba el reino de Lidia. No parece tampoco que tomase parte en las conquistas que ocuparon á Ciro durante los diez años siguientes. De este modo en el seno de la indolencia y de la voluptuosidad, Ciájara se encontró dueño del mas poderoso imperio que hubiese existido hasta entónces. Solo gozó dos años de él, y al morir (536), le dejó á Ciro, á quien habia declarado su heredero haciéndole casar con su hija. El reinado de Ciájara fué de veinte y cuatro años; su vida de sesenta y cuatro, y la monarquía de los medos, que terminó con él, habia durado cerca de doscientos, á contar desde que Deyoces subió al trono.

HISTORIA

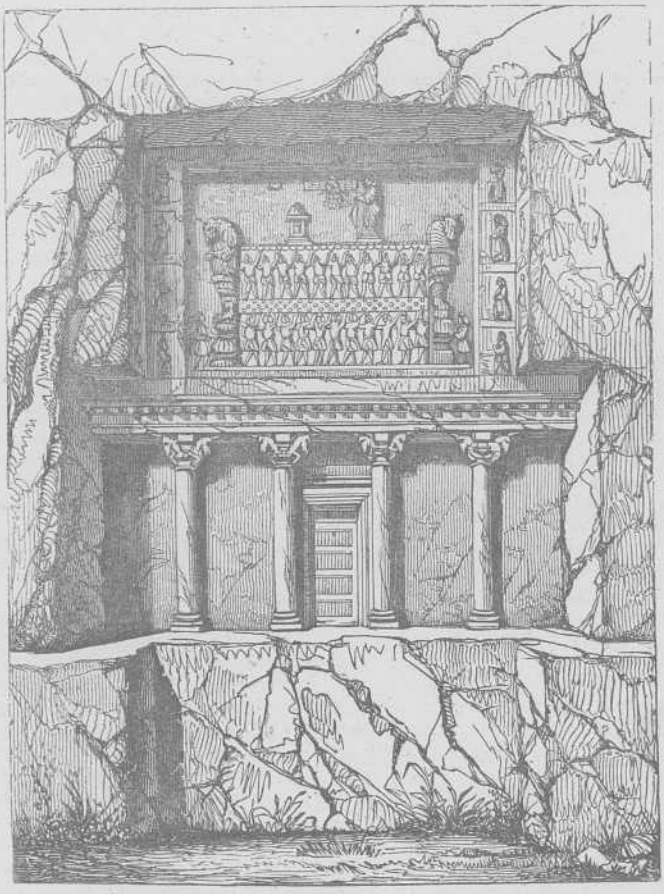
DEL REINO DE PERSIA.

La Persia, llamada en la Escritura Elam, del nombre de uno de los hijos de Sem, se extiende de norte á mediodía, desde las fronteras de Media hasta el golfo Pérsico. Se halla separada de Babilonia por la Susiana, y limitada al oriente por la Caramania. Los persas, como descendientes de Sem, conservaron por mas tiempo que otros muchos pueblos la antigua religion. La idea que tenian de la divinidad no les permitió levantarla ningun templo, persuadidos de que no podia encerrarse en ningun lugar. Nada mas á proposito para representarla, segun ellos, que el fuego; y de aquí el culto que rendian al sol, nó por consideracion á él mismo, sino como á símbolo de la divinidad. Pensaban tambien que este astro era la morada que ocupaba especialmente, y de donde repartia sus influencias sobre todo el universo. Instruidos por la tradicion de que el diablo habia introducido en el mundo el pecado y sus consecuencias, concluian que hay en nosotros dos principios, uno del bien y otro del mal sin que por esto los igualasen como hicieron después los maniqueos. Reconocian un paraíso, un infierno, y un juicio final, donde debian comparecer todos los hombres. Su moral por lo tanto era buena bajo muchos conceptos, y conforme á los principios de la sana razon. Pero el tiempo y el comercio, junto con las demás naciones, alteraron la pureza de la doctrina y del culto que habian recibido de sus mayores. Volviéronse adoradores del fuego y de los astros, é imaginaron el dualismo ó la existencia de dos almas en cada hombre, una buena y otra mala, cayendo en un gran número de supersticiones que se han perpetuado hasta nuestros dias entre aquellos que en la India llaman Guebros y Parsis. Esta doctrina se llamó el MAGUISMO, del nombre de los sacerdotes encargados de enseñarla, que se titulaban magos. Sus costumbres eran aun mas depravadas que su doctrina. Casábanse nó solo con sus hermanas, sino tambien con sus propias madres.

El gobierno de la Persia era, como casi todos los de oriente, monárquico y casi despótico desde su origen. Los monarcas persas exigian de sus súbditos honores que parecieron rendidos á una divinidad. El cetro era hereditario, y pasaba al primogénito. Los gobernadores que mandaban las provincias se llamaban sátrapas.

CHODORLAHOMOR es el primer rey de Persia conocido; queria extender sus conquistas hasta la Palestina, y habiendo llegado con cuatro reyes sus aliados á atacar el de Pentápola, se apoderó de la ciudad de Sodoma, la saqueó, y llevó prisioneros á sus principales habitantes, junto con un rico botin. Hase visto ya en el tratado de la Historia Sagrada cómo los vencedores fueron sorprendidos y derrotados por Abrahan al frente de un puñado de hombres. Después de esta desgracia, los persas no figuran en la historia por espacio de cerca quince siglos. Sábese solamente que eran tributarios del imperio de Asiria, cuando Cambises ocupó el trono de Persia. Este príncipe era contemporáneo de Astiages, rey de los medos, que hizo alianza con él, y la cimentó dándole en matrimonio á su hija Mandane. Esta hizo á Cambises padre de Ciro, cuyo nacimiento se refiere al año 599 antes de la era cristiana. Jamás los jóvenes de ningun reino, si se atiende á la «Ciropedia de Jenofonte,» recibieron mas esmerada ni mas larga educacion que los persas en este tiempo. Colocado de alumno en la escuela pública y en la clase de los demás niños, adelantó Ciro á sus compañeros por sus progresos, tanto como los sobrepujaba en nacimiento. A la edad de doce años fué enviado por su madre Mandane á su abuelo Astiages, que deseaba con impaciencia verle, por lo que le habian contado de sus raras cualidades. Hallábase el príncipe en un nuevo mundo. La corte de Persépolis (este es el nombre de la capital de Persia), solo respiraba sencillez en los muebles, en la comida y en los trajes. La de Ecbatana ofrecia un espectáculo totalmente distinto. Ciro quedó sorprendido á la vista de Astiages, vestido de púrpura, adornado de brazaletes de gran precio, y con las cejas teñidas. No le aturdió sin embargo tanta magnificencia, ni aquel aire de lujo y molicie. Disimuló lo que pensaba, y se encerró en los límites de una sabia reserva. Sus gracias y la viveza de su ingenio cautivaron á Astiages y á toda la corte. Diéronsele maestros para continuar su educacion. No conocian los persas el arte de la equitacion, porque su país, demasiado, estéril no les permitia criar caballos, y solo combatian á pié. Ciro aprendió en Media á montar y regir el caballo. Hacia cuatro años que se dedicaba á estos ejercicios con el mejor éxito posible, cuando una imprudencia del hijo mayor deNabucodonosor agrió á los babilonios con los medos. Declarada la guerra entre las dos naciones, Astiages, acompañado de su hijo Ciájara y de Ciro, su nieto, entra en las tierras de Babilonia, al frente de un poderoso ejército. Entónces fué cuando Ciro empezó á desarrollar el gérmen de heroísmo que tenia en su corazon. En efecto, los medos, habiendo vencido á los babilonios en una gran batalla, reconocieron que debian gran parte de esta ventaja á su valor y capacidad.

De vuelta á Ecbatana, Ciro fué llamado por su padre, temeroso de que no le contagiase su permanencia en una corte afeminada y voluptuosa. Pero regresó á Persia tal como habia salido. Entró de nuevo en la escuela pública de Persépolis, en la que permaneció todavía un año en la clase de niños, entrando en seguida en la de jóvenes en donde se ejercitó durante diez años en todo lo perteneciente al arte militar. Entró luego en la de hombres hechos de la que no salió hasta pasados veinte y cinco años, para ser admitido en la de los ancianos. Habiendo muerto en este intervalo su abuelo Astiages, el nuevo rey de los medos, Ciájara, tio suyo, le pidió á Cambises para que le ayu-



GRANDEZAS DE LA PERSIA.

SEPULCRO DE ROUSTAM, EL HÉRCULES PERSA.

dase á defenderse contra el rey de Babilonia y sus aliados. Ciro se presenta con treinta mil hombres bien aguerridos. Encuentra Ciájara poco numeroso este ejército en comparacion de la gran multitud de sus enemigos; pero su sobrino le enseña que en la guerra el valor y la inteligencia suplen al número, y que hay un modo de armarse y de combatir, que multiplicando las fuerzas da superioridad á los pequeños ejércitos sobre los grandes. Hasta entónces las tropas asiáticas, á excepcion de las persas, no observaban ninguna disciplina y combatian mezcladas confusamente la infantería con la caballería, y los tiradores con las picas. Además, solo los jefes de bandas llevaban corazas, cascos y escudos, con la maza ó el sable en la mano, pues los demás solo usaban flechas, hondas, picas y simples escudos de mimbre. Ciro persuadió á su tio que á cada cuerpo señalase un puesto aparte, y diese al soldado las mismas armas que al oficial. En tanto que se ocupaban en construirlas, enseñaba Ciro con regularidad el ejercicio á sus tropas, adiestrándolas en todas las evoluciones militares. Dispuesto ya á todo, salió con su tio Ciájara en busca del enemigo, que por su parte se adelantaba ya por la Media. Puestos al frente uno de otro, ambos ejércitos, no tardaron en venir á las manos. A pesar de la inferioridad del número, derrota Ciro á los babilonios, entra en su país, y se encamina hácia un cuerpo de ejército que tenian á diez jornadas del lugar en donde habian sido derrotados. Allí era donde se habian reunido todos los aliados de los babilonios. Llegado á vista del enemigo, no juzgó prudente Ciro atacarle en su campo, que habia fortificado con un ancho foso de circunvalacion. Esperó á que él mismo saliese de sus atrincheramientos para atacarle. No se hizo aguardar mucho. Los babilonios empezaron el combate por una descarga de dardos y flechas, que fué quererlos perder, porque se hallaban demasiado distantes del enemigo. Entónces los persas, viéndolos sin defensa, se arrojan impetuosos sobre ellos, hienden sus batallones, derriban y despedazan cuanto se les presenta, persiguen sin descanso á los desdichados fugitivos, llenan los fosos de hombres y caballos, y cubren el campo de batalla de muertos y moribundos, entre los cuales se cuenta el rey Neriglissor. La desolacion que siguió á esta sangrienta derrota fué tan grande que los babilonios, que habian quedado en el campo, aunque iguales en número por lo menos á los vencedores, no juzgándose seguros, emprendieron la fuga, ganando precipitadamente las alturas. Los hircanios, en cuya vecindad se dió esta batalla, se aprovecharon de la ocasion para sacudir el yugo de los babilonios, bajo el cual estaban. Mandaron en seguida una diputacion á Ciro para pedirle su alianza, y con esta condicion le ofrecieron un cuerpo de caballería pronto á combatir bajo sus órdenes. Aceptada la proposicion, pónese el dia siguiente en persecucion del enemigo. Los babilonios, al ver tan inesperadamente el ejército victorioso de Ciro, sienten que entra en su campo el miedo y el desórden. No les dan los persas tiempo de recobrarse, y cayendo sobre ellos destrozan á todo el que no se salva con la fuga. Los reyes de Capadocia y Arabia aliados de los babilonios quedan en el campo de batalla. Pero Laborosoarchod, hijo y sucesor de Neriglissor, tuvo la dicha de salvarse. Verdadera desgracia para sus súbditos que con justicia le detestaban. Gobrias y Gadatas, príncipes babilonios cuyos hijos habia hecho morir por ruines y crueles celos, le abandonaron después de esta derrota para entregarse á Ciro. Quiso marchar contra el segundo; pero habiendo acudido Ciro en su auxilio, alcanzó una nueva victoria sobre los babilonios. Para hacerse dueño de su imperio solo le faltaba conquistar la capital. Acercóse á ella para reconocerla; pero el testimonio de sus ojos le convenció de que aun no era tiempo para intentar empresa tan grande con las fuerzas que tenia. Tomó pues el partido de conducir su ejército victorioso á Media. En tanto que reposaba, Nabonadius, excitado por su madre, fué á encontrar en Sardis á Creso, rey de Lidia, para renovar con él la alianza contra un enemigo cuyos progresos estaba en el interés de los dos el contener. Entra Creso en sus miras, y levanta un poderoso ejército para atacar á Ciro; pero este, enterado del número y calidad de sus tropas, le evita el trabajo de salir de sus estados, entrando él mismo en ellos (548) con su ejército aumentado con los socorros que los indios le habian enviado. Después de dos victorias alcanzadas sobre los lidios, sitia á Creso en su capital, le rinde prisionero, y le despoja de su reino haciéndole gracia de la vida. Dueño del imperio mas poderoso del Asia menor, somete el resto de ella, tanto por el terror que inspira su nombre, como por la fuerza de las armas. La Siria, que ataca en seguida, se ve precisada á sufrir su yugo. De allí, adelantándose sobre las provincias septentrionales del imperio de Babilonia, las recorre victorioso, y reduce á la capital á sus propias fuerzas para defenderse. Entónces fue cuando, presentándose delante de esta inmensa ciudad, la obligó á rendirse después de dos años de bloqueo (538), valiéndose de una estratagema que los autores profanos refieren del mismo modo que habian predicho los profetas, y de lo cual una singular providencia, en castigo de los crímenes de los babilonios, habia preparado el buen éxito. El primer cuidado de Ciro después de esta conquista, fué rendir de ella homenaje á Ciájara, haciéndole proclamar rey de Babilonia. Sin embargo, como el mando de los ejércitos y la administracion de los negocios estaban en manos de Ciro, fué considerado como verdadero soberano de la monarquía que habia conquistado. De aquí proviene que en la lista de los reyes de Babilonia coloca Tolomeo á Ciro inmediatamente después de Nabonadius, sin mencionar á Ciájara.

Ciro, habiendo ido á encontrar á su tio en Ecbatana, para darle cuenta del éxito de su expedicion, le conduce á Babilonia, en donde le habia hecho disponer un palacio. No permanecieron ociosos uno ni otro. La monarquía de los babilonios reunida á la de los persas formaba un vasto imperio, cuyo gobierno era preciso arreglar bajo un nuevo plan. En esto se ocuparon los dos príncipes, y hé aquí lo que de sus operaciones nos transmite la historia. Dividieron sus estados en ciento veinte provincias, colocando al frente de cada una á uno de aquellos que mas fielmente habian servido á Ciro en sus expediciones. Pero, superiores á estos gobernadores, que tenian obligacion de residir en su respectiva provincia, crearon tres superintendentes que debian permanecer constantemente en la corte. Á estos debian los demás dar cuenta de su administracion, para comunicarla al príncipe, recibiendo sus órdenes por el mismo conducto. La correspondencia de Jenofonte, en este punto, con los libros sagrados, hace honor á la exactitud de su historia. Daniel fué uno de estos superintendentes, y aun el primero, como el mas anciano y el mas renombrado en todo el oriente por su sabiduría. Hánse explicado ya las persecuciones que le suscitaron los celos de los cortesanos, y el modo milagroso como triunfó de ellos, la admiracion de Ciro al saber el estado humillante en que se encontraban los judíos, la contestacion del profeta, que le enseñó su nombre escrito

ciento cincuenta años antes de su nacimiento, en Isaías (536), anunciado como el restaurador de aquella nacion, y el edicto que dió este príncipe para romper los hierros de los judíos dándoles libertad para regresar á su patria (vide Hist. Sagr.).

Ciro reunió á poco sobre su frente las tres coronas de Babilonia, Media y Persia. La muerte de su tio Ciájara, que le habia nombrado su heredero, después de casarse con su hija única, le proporcionó las dos primeras, la de su padre Cambises que precedió ó siguió á su hermano en la tumba, le puso en posesion de la tercera. La reunion de estos tres reinos formó el grande imperio de los persas, que se extendió aun durante los reinados de los sucesores de Ciro. Este no gozó de él mas que siete años (529), y al morir le dejó en una profunda paz y en el estado mas floreciente á su hijo y sucesor.

Cuéntanse de diversa manera los años del reinado de este príncipe. Algunos los hacen ascender á treinta, empezando su cuenta desde la época en que puesto al frente del ejército persa fué á auxiliar á su tio Ciájara, 559 años antes de la era cristiana. Otros solo le señalan nueve, contando desde la época en que se hizo dueño de Babilonia, año 538 antes de la misma era. Y finalmente, los restantes no le dan mas que siete, desde la muerte de su tio y de su padre. Habia tenido muchos hijos con Casandana su esposa, hija de Farnaspe, uno de los mas opulentos sátrapas de Persia, y de la real sangre de los Aquemenidas. Solo el primogénito le sucedió, á los demás se les destinaron los gobiernos de varias provincias, libres de todo impuesto.

Muchos escritores modernos, protestantes en su mayor parte, presentan á Ciro como un príncipe sinceramente afecto al culto del verdadero Dios. Nada mas magnífico, en efecto, que este elogio que el Señor hace de él, mucho tiempo antes de su nacimiento, prediciendo á sus pueblos, por medio de su profeta Isaías, el fin de las calamidades que sus crímenes le atrajeron. « Yo soy el que digo á Ciro, tú eres mi pastor, » tú has de cumplir todos mis designios. «Esto dice el Señor á mi ungido Ciro, á quien he tomado por la mano para sujetar á su persona las naciones y hacer volver las espaldas á los reyes, y para abrir delante de él las puertas sin que ninguno pueda resistirle : yo iré delante de tí y humillaré á los grandes de la tierra, despedazaré las puertas de bronce y romperé las barras de hierro, para que sepas que soy yo el Señor Dios de Israel, que ya desde ahora te llamo por tu nombre » (Isaías. cap. XLIV y XLV). Pero lo que añade el profeta: «y tú no me conociste, et non cognovisti me, » destruyen la deduccion que sacan nuestros adversarios de este pomposo elogio en favor de la religion del monarca.

Cambises, hijo mayor de Ciro y su sucesor, no acreditó la preferencia que en él habia hecho su padre para colocarle en el trono de Persia. Apenas sentado en él, cuando fué sorprendido por las calumniosas acusaciones de los samaritanos contra los judíos, é hizo suspender la reedificacion del templo, sin tener en cuenta el edicto de Ciro que lo permitia. El siguiente año cedió tambien á la solicitud de Fanees de Halicarnaso, para ir á hacer la guerra á Egipto, con el objeto de vengarse de Amasis, que en lugar de enviar á Ciro, y segun otros á él mismo, una de sus hijas que le habia pedido, la habia sustituido con una hija de Apriés. Pero cuando se hallada en marcha por las fronteras de Persia para esta expedicion, supo la muerte de Amasis. No le hizo variar de intento esta noticia. Se adelanta y penetra en el Egipto, en donde encuentra el ejército de Psammético, sucesor de Amasis, dispuesto á recibirle. Entónces se valió de una estratagema, que consistió en hacer marchar delante de sus soldados una multitud de perros, gatos y ovejas, objetos venerados en Egipto como á divinidades. No atreviéndose los egipcios á ofender tamaña vanguardia, emprendieron la fuga. Cambises los persiguió hasta Pelusa, en donde continuó la mortandad que habia hecho en el camino. Los que escaparon de su furor se retiraron á Memfis, á donde envió en una nave de Mitilena un heraldo para intimarles la sumision (525). Lejos de obedecerle hacen pedazos al heraldo, á su acompañamiento y á la misma nave. Irritado por esta violacion del derecho de gentes, sitia Cambises á Memfis, y habiéndola tomado, hace prisionero á Psammético, á quien confinó en un arrabal con buena guardia. De allí pasó á Sais, lugar de la sepultura de Amasis, cuyo cadáver hizo quemar, arrojando al viento sus cenizas. Tan felices resultados solo sirvieron para acrecentar su sed de conquistas. Dueño del Egipto, quiere poner tambien bajo su dominio la Etiopía, el país de los amonitas y el de los cartagineses. Pero los fenicios, que componian una parte considerable de su ejército, rehusaron marchar contra los últimos, que en ellos tenian su orígen; los deja, pues, y se limita á las otras naciones empezando por los etíopes. Una embajada que envió á su soberano con el pretexto de hacer la alianza con él, pero verdaderamente para reconocer sus fuerzas y las curiosidades de su país, no le impuso en manera alguna. Recibió á los embajadores con dignidad mezclada de ironía, y les encargó para su dueño una respuesta de la que este quedó muy poco satisfecho: antes irritado por ella y sin tomar tiempo para reflexionarlo, condujo precipitadamente su ejército á Etiopía, destacando por el camino cincuenta mil hombres para que fuésen á incendiar el templo de Júpiter Ammon, y saquear la Lidia. Pero la disentería y el ardor del clima acabaron muy pronto con este destacamento. No experimentó Cambises mejor suerte en Etiopía.

524. Los pueblos de esta vasta region, eran, segun Herodoto (lib. III) los hombres mas bien formados y de mas hermosa talla entre los conocidos; su talento vivo y sólido; pero tenian poco cuidado en cultivarle, poniendo toda su confianza en sus cuerpos robustos y en sus fornidos brazos. Para sorprenderlos, les habia Cambises mandado embajadores con ricos presentes, tales como acostumbraban hacerlos los persas, de púrpura, brazaletes de oro y perfumes. « Burláronse, dice Bossuet, de estos presentes, en los cuales no veian nada útil á la vida, así como tambien de los embajadores á quienes tomaron por lo que realmente eran, por espías. Pero su rey quiso tambien hacer un presente á su modo al de Persia, y tomando en la mano un arco, que un persa á duras penas hubiera podido sostener y mucho menos servirse de él, le armó en presencia de los embajadores diciéndoles : « hé aquí el consejo que el rey de Etiopía da al de Persia. Cuando los persas podrán servirse con la facilidad que yo lo he hecho de un arco de este tamaño y de esta forma, vengan á atacar á los etíopes con mas tropas de las que conduce Cambises; entretanto que den gracias á los dioses porque no han puesto en el corazon de los etíopes el deseo de extenderse fuera de su país. » Dicho esto desarmó el arco, y le entregó á los embajadores. Irritado por tal respuesta, se adelanta Cambises hácia la Etiopía como un insensato, sin órden, sin convoyes, sin disciplina, y ve perecer su ejército falto de víveres, en medio de los arenales, antes de acercarse al enemigo (Discurso sobre la

Hist. Univ. III parte). Confuso con tan terrible revés, vuelve con las miserables reliquias de su ejército á Memfis, en donde ofrece el espectáculo de nuevas locuras y crueldades. Emprendiendo de nuevo el camino de Persia, llégale la noticia, en Siria, año octavo de su reinado, de que sus súbditos habian colocado sobre el trono á un mago, que se hacia pasar por Esmerdis, su hermano, á quien habia mandado que diese muerte á su favorito Prejaspe. Asegurado de la impostura por las pruebas que le da Prejaspe, apresura su marcha para desposeer del trono á su rival. Pero desenvainándosele la espada al montar á caballo, le hiere en la pierna, de cuyas resultas muere al cabo de un mes con corta diferencia, despues de haber reinado siete años y cinco meses, sin dejar descendencia. Entre sus mujeres contaba á su hermana, con la que se habia desposado, y este primer ejemplo de tamaño incesto fué seguido por sus sucesores.

521. El falso Esmerdis, apoyado principalmente por el mago Patyzites, su hermano, fué reconocido por el verdadero, al cual era bastante parecido. Para acreditar su impostura, no omitió nada de cuanto podia conciliarle la voluntad de los persas, permaneciendo sin embargo encerrado en su palacio para no ser reconocido. La ilusion duró siete meses, sin que ninguno de los que tenian motivos para dudar osase manifestarlo; en fin, al octavo mes se disipó, y hé ahí de qué manera: entre las mujeres del usurpador se hallaba Fedima, hija de Otanes, señor de los mas principales, quien la encargó examinase en tanto que dormiria á su lado, si el rey tenia ó nó orejas; porque Ciro las habia hecho cortar á todos los magos. Instruido por ella de que le faltaban, participó su descubrimiento á otros seis señores de su mayor confianza, y habiendo penetrado los siete en el palacio, mataron al impostor y á cuantos se atrevieron á defenderle.

521. Darío, por sobrenombre Histaspes, del nombre de su padre, y uno de los siete conjurados, fué escogido por ellos á la edad de veinte y ocho años para ocupar el trono de Persia, debiéndolo á la destreza de su escudero Ocbares, que en la reunion que la precedió hizo relinchar el primero á su caballo al salir el sol, lo que decidió del trono, segun el convenio que los conjurados habian hecho entre sí. El nuevo rey se mostró reconocido para con sus electores, distribuyéndoles los mejores gobiernos y otorgándoles otros favores. Pero habiendo querido Intafernes, uno de ellos, forzar la entrada de palacio en una ocasion prohibida, Darío se creyó obligado á hacerle morir con toda su familia, cómplice en el delito, exceptuando su mujer y su hijo primogénito.

Para asegurarse en el trono, Darío se desposó con dos hijas de Ciro, Atossa y Aristona.

517. Impacientes los babilonios por sacudir el yugo de los persas, se sublevan el año cuarto del reinado de Darío, después de tomar las precauciones necesarias para tener segura su ciudad. Darío la sitia, y pierde inútilmente veinte meses delante de la plaza. Zofiro, su amigo é hijo de Megabises, imagina una extratagema casi increible para entregársela. Habiéndose hecho cortar las orejas y la nariz, se presenta en este estado en Babilonia, diciendo que Darío le habia mutilado de aquella manera por odio, y se ofrece á ayudarlos, para vengarse de un trato tan cruel. Le creyeron, y dándole entrada en la ciudad, le pusieron al frente de la guarnicion, con la cual hizo algunas salidas afortunadas contra los persas. Habiendo adquirido de este modo toda la confianza de los babilonios, advirtió á Darío, quien se habia retirado con el grueso de su ejército, el momento á propósito para acercarse á las murallas. Llega, y penetra en la ciudad, por una puerta que Zofiro le habia mandado abrir. El vencedor, después de haber hecho empalar á cinco mil de los amotinados, perdonó á los restantes, y como los babilonios para economizar sus víveres habian degollado sus mujeres y sus hijos, hizo ir cincuenta mil mujeres de las provincias vecinas, para que de nuevo poblasen la ciudad. Tenian las murallas de Babilonia doscientos codos de elevacion, y su anchura era tal que podian pasar por ella cuatro carros de frente. Darío las redujo al cuarto de su altura.

514. Tan feliz resultado cegó á Darío y le hizo acariciar la idea de llevar la guerra al país de los escitas que habitaban entónces entre el Ister ó Danubio, y el Tanais (hoy Don), pueblos nómadas que no tenian morada fija. El pretexto que alegó para atacarlos, fué el designio de castigarlos por una invasion que habian hecho ciento veinte años antes al Asia menor, de la cual habian permanecido dueños por espacio de veinte y cinco años (Vide Ciájara, rey de los medos). Habiendo levantado para esta expedicion un ejército de setecientos mil hombres, se puso en marcha el noveno año de su reinado, y pasó el Bósforo de Tracia por un puente de barcas. Los escitas, conociéndose débiles para resistirle, retroceden á medida que adelanta, contentos con presentarle de tiempo en tiempo algun combate parcial; pero sin llegar nunca á una accion decisiva. Darío, después de perdidos ochenta mil hombres, persiguiéndolos hasta el Tanais, sin encontrar pozos ni fuentes por el cuidado que tenian de cegarlos á su paso, ni forraje por hallar por todas partes la yerba destruida y consumida á medida que adelanta, aprovecha las tinieblas de la noche para retirarse, dejando al partir á Megabises, su lugarteniente, encargado de vigilar las conquistas que habia hecho en la Tracia. Después de haber repasado el Bósforo con los restos de su ejército, se dirige á Sardes, en donde, durante su permanencia de un año, sabe que los escitas han entrado de nuevo en la Tracia, de donde han sacado un botin considerable.

509. De regreso á Persia, Darío, incapaz de reposo, vuelve sus armas hácia el oriente. Pero antes de dirigirse allá, hace partir, bajo las órdenes de Scilax de Caria, gran navegante, una parte de su escuadra para descender por el rio Indo. Scilax, con una flota que hizo construir, penetró hasta el océano meridional, de donde tomando su ruta hácia el occidente, regresó á la Persia por el mar Rojo. Darío, instruido de la situacion y de la opulencia del país, se pone en marcha para conquistar sus riquezas. El éxito acreditó sus esperanzas, volviendo triunfante de aquel país, después de imponerle un tributo de trescientos sesenta talentos, á mas de una prodigiosa cantidad de pedrería que sacó de él. Megabises, después de la retirada de los escitas, habia llegado al cabo á restablecer en Tracia los negocios de la Persia. Otones, que se le dió por sucesor verosímilmente á causa de su muerte, las mantuvo bajo el mismo pié.

504. No parecia Darío ocupado mas que en pensamientos pacíficos, cuando al cabo de cinco años las turbulencias que se levantaron en la isla de Naxos, la mas poderosa de las Cícladas, inflamaron de nuevo su ambicion. Los principales habitantes, arrojados de ella por el populacho, imploraron el favor de Aristágoras, gobernador de Mileto, para ser restablecidos. Aristágoras los acogió favorablemente, é interesó en su favor á Artafernes, hermano de Darío, y gobernador de Sardes. Este último les envió sin dilacion una armada de doscientas velas, bajo el mando de Mega-

baze, pero con subordinacion á las órdenes de Aristágoras

504. La rivalidad que se introdujo entre los dos generales, hizo fracasar la expedicion, y Megabaze tuvo la destreza de hacer recaer toda la culpa en Aristágoras, á quien el despecho condujo á la rebelion. Sostenido por Histieo, á quien Dario, por la desconfianza que le inspiraba su crédito habia llamado del gobierno de Mileto para que residiese en la corte, volviéndole á él en seguida para sofocar las turbulencias, Aristágoras recorrió las ciudades de la Jonia, que indujo á sacudir el yugo de los persas, recobrando su libertad. El mismo Histieo los animó con su ejemplo, haciendo dimision de su gobierno de Mileto. Habiéndose confederado toda la Jonia, declara la guerra al rey de Persia. Aristágoras hace entrar á los atenienses en esta liga; pero no puede lograrlo de los lacedemonios, por la negativa de su rey Cleomeno, quien pronto tuvo ocasion de aplaudirse de esta negativa, sabiendo poco tiempo después, que una batalla ganada por los persas habia disuelto la confederacion. Los jonios, aunque abandonados de sus aliados, no por esto dejaron de continuar la guerra. En su flota recorrieron el mar Egeo y el Helesponto, en donde se apoderaron de Bizancio, y otras plazas, obligando á los carios de la isla de Chipre á juntarse con ellos. Poco después, los persas hicieron un desembarco en aquella isla, y les presentaron una batalla, en donde pereció el valeroso Aristágoras con las armas en la mano. Reemplazóle Pitágoras, que habia dado pruebas de valor y capacidad. Pero su prudencia no le sirvió á causa, de la súbita desercion de los de Samos y Lesbos, en la defensa de Mileto, en donde se habia encerrado al acercarse Artafernes y Otanes, que habian reunido sus fuerzas para sitiar esta plaza. La flota de los jonios fué destruida, y Mileto enteramente arruinada, lo mismo que las otras ciudades de la confederacion. Histieo, que habia suscitado la revolucion, muere en una cruz, y la juventud milesiana de uno y otro sexo es conducida á Persia.

494. Habiendo pacificado de este modo el Asia menor, piensa Dario en vengarse de los atenienses, que miraba como los autores de un incendio que habia consumido á Sardes, durante la última guerra. El jefe que escogió para la expedicion que meditaba contra ellos, fué su yerno Mardonio, hijo de Gobrias, hábil general, y al que tal vez solo faltaba la experiencia de su padre para igualarle. Después de haber atravesado Mardonio la Tracia, con sus tropas de tierra, entró en la Macedonia, en tanto que su armada la costeaba á su vista y en la misma direccion. Pero una tempestad que la sobrecogió al doblar el promontorio del monte Atos, la destruyó cien naves, con pérdida de veinte mil hombres. Casi al mismo tiempo, los brigios, pueblos de la Tracia, cayeron de noche sobre el ejército de tierra, destrozando una gran parte de él. Este doble descalabro obligó á Mardonio á volver al Asia. Sucedióle Datis, medo de nacion, con Artafernes, hijo de un célebre general del mismo nombre, y llegó al Helesponto con un ejército de quinientos mil hombres, conducidos por seiscientos buques. Lo primero que hizo al saltar en tierra, fué enviar, en nombre de su dueño, heraldos á toda la Grecia para pedirles la tierra y el agua, fórmula usada por los persas con los pueblos que querian sojuzgar. La mayor parte de las ciudades, asustadas por tan terrible armamento, se sometieron. Pero Esparta y Atenas estuvieron muy distantes de imitarlas. Para desafiar las amenazas de los persas, los espartanos, cogieron á los heraldos y arrojaron al uno en un hoyo y al otro en un pozo, diciéndoles que tomasen á su albedrío la tierra y el agua. Con todo, avergonzados luego de esta violacion del derecho de gentes, trataron de repararla con excusas, que Dario pareció no desatender. La flota persa, reunida en Samos, hiza proa hácia la isla de Naxos, á cuya conquista siguió la de las otras islas del mar Egeo. La conquista de Eretria, que tuvo lugar poco después, le abrió el camino hasta las llanuras de Maraton, no muy lejos de Atenas.

490. Allí fué, en donde, con diez mil infantes, sin caballería, Milciades, general ateniense, secundado por Arístides y Temístocles, alcanzó una brillante victoria sobre los persas, cuyo ejército era por lo menos diez veces mas numeroso que el suyo. Los atenienses no perdieron mas que doscientos hombres en esta jornada, y los persas solo dejaron seis mil en el campo de batalla; pero, perseguidos en su fuga por mucho mayor número al querer entrar en sus naves, siete de estas fueron tomadas por los enemigos, y quemado mucho mayor número.

Dario, mas irritado que desalentado por esta derrota, resolvió para borrar tal afrenta, marchar en persona, al frente de su ejército, contra los griegos. Pero en tanto que hacia nuevos preparativos para llevar á cabo su intento, una revuelta de los egipcios le obligó á pasar á su país con todas sus fuerzas para reducirlos. Era costumbre entre los persas, que, cuando el rey iba á la guerra, nombrase anticipadamente un sucesor. Dario se conformó á ello con tanto mayor placer, cuanto que ya se hallaba en edad muy avanzada. Tenia seis hijos; tres de su primera mujer, hija de Gobrias, y tres de Atossa, hija de Ciro, nacidos después que él se hallaba en el trono. Artabarzano era el mayor del primer matrimonio, y Jerjes lo era del segundo. Ambos pretendian la sucesion; pero la obtuvo Jerjes porque era nieto de Ciro, mirado como el fundador del nuevo reino de Persia. Lejos de ofenderse por esta preferencia Artabarzano, fué el primero en rendirle homenaje, postrándose á sus piés, segun acostumbran los persas (486). La muerte no permitió á Dario emprender su expedicion á Egipto. Terminó su existencia después de un reinado de treinta y seis años, antes de que quedasen terminados sus preparativos.

Bajo el reinado de Dario se coloca, segun la opinion mas verosímil, al famoso Zoroastro ó Zerdusht, filósofo indio. Habiendo pasado á Susa, cerca del príncipe, llegó al cabo á convencerle de su doctrina, y hacer de él uno de sus mas celosos prosélitos. El dogma principal de su religion, era la existencia de dos seres principales, el uno principio del bien y el otro del mal, sobre los cuales estaba un dios supremo, creador de la luz y de las tinieblas, y que por la mezcla de estos dos principios hacia todo cuanto queria. « Pero para no hacer á Dios autor del mal, decia que Dios no habia criado originariamente mas que la luz ó el bien; que el mal le siguió como la sombra sigue al cuerpo, y no era en sí mas que una privacion del bien. Este Ser supremo é independiente por sí mismo existia desde toda la eternidad, y se servia del ministerio de dos ángeles, uno que presidia la luz, otro las tinieblas, y con cuya mezcla se habia formado todo cuanto existe. Cuando el ángel de luz era el mas fuerte, el bien triunfaba del mal; y al contrario cuando el ángel de las tinieblas dominaba al de la luz. Zoroastro añadia, que este combate de los dos ángeles debia durar hasta el fin del mundo, que entónces habrá una resurreccion universal y un dia de juicio en que cada uno recibirá la recompensa de sus acciones; que los dos ángeles serán separados para

siempre; y que la luz y las tinieblas no se confundirán ya mas.»

Esta secta que subsiste aun en el dia en algunos lugares de la Persia y de la India, bajo el nombre de «Gauros» ó «Guebros», ha conservado todos estos dogmas sin ninguna alteracion. Bien se echa de ver que Zoroastro habia sacado gran parte de sus ideas de los libros santos, ajustándolas á la antigua religion de los persas y medos. Aquellos pueblos adoraban al fuego como símbolo de la divinidad, y mantenian braseros encendidos en las montañas y al aire libre; pero como este fuego estaba expuesto á la lluvia, Zoroastro ordenó que se construyesen templos para mejor guardarle. Los sacerdotes velaban dia y noche para conservarle (Hardion, Hist. Univ. t. III, p. 70). Los sectarios de Zoroastro le atribuyen un libro que encierra su doctrina. Esta obra llevada á Francia por Anquetil, fué traducida por él en la coleccion que publicó en 1770, bajo el nombre de Zeud-Avesta, 2 vol. en 4.°

485. Jerjes, después de terminar en el primer año en su reinado los preparativos empezados por Dario, su padre, contra el Egipto, se puso en marcha el siguiente hácia aquel país, que sometió en una sola campaña, y del que nombró gobernador á su hermano Aquemeno. Orgulloso por tan feliz resultado, hizo reunir un ejército que se hace ascender á cinco millones de bocas, para conducirle á Grecia, con el objeto de lavar la afrenta de la jornada de Maraton. Habiendo convocado antes de partir á los grandes y sabios de sus estados para consultarles sobre su empresa, solo encontró contradiccion en su tio Artabano, que desaprobándola altamente se atrajo los mas sangrientos reproches. Todos los demás se habian dejado arrastrar por Mardonio, que habia sido el primero en aplaudir la proposicion del monarca. Resuelta la guerra, hizo Jerjes, con los cartagineses, célebres ya por su poder y riquezas, un tratado de alianza; por la cual estos se obligaban á hacer la guerra á las colonias griegas establecidas en Sicilia é Italia para impedirlas que enviasen socorros al resto de la Grecia (481). Después de esto, parte Jerjes á Susa, el año quinto de su reinado (IV de la 74° olimpíada) y marcha á Sardes para donde habia convocado sus fuerzas de tierra que Herodoto hace subir á setecientos ochenta y tres mil hombres. Pasó el invierno en ella y partió para la Grecia á principios de la primavera (480). Llegado al Helesponto, hoy estrecho de Galípoli, le atravesó sobre un puente de barcas de siete estadios de largo, que hizo construir á costa de cuantiosos dispendios. Para abrir á su flota un paso para la Grecia menos peligroso que doblando el monte Atos, hizo abrir, si se ha de dar crédito á Herodoto, nó á través de la montaña, sino detrás de ella un canal bastante ancho para que pudiesen navegar por él dos navíos de frente. Antes de abandonar el Helesponto, quiso tener la satisfaccion de contemplar todo su ejército y armada reunidos cerca de Abidos. Habiéndose subido para este efecto á un edificio, lejos de alegrarle este espectáculo le hizo derramar lágrimas, al reflexionar que de tantos millares de hombres no quedaria ni uno en menos de un siglo.

Los atenienses y los espartanos ó lacedemonios, los dos pueblos mas poderosos de la Grecia en aquel entónces, viendo aproximarse á Jerjes, se armaron de todo su valor para resistirle. Temístocles mandaba á los primeros; y Leonidas, su rey, á los segundos. Resuelto á sacrificarse por la salud de la Grecia, Leonidas fué á apostarse en el desfiladero de los Termópilas, entre la Tesalia y la Lócrida, con trescientos de los suyos, á los que se unieron cuatro mil hombres de otras tropas. Era una garganta de sesenta pasos en su mayor anchura, única por donde Jerjes podia penetrar en la Ática. Habiéndole hecho intimar el monarca persa que le entregase las armas, «ven á tomarlas», le contestó con laconismo. Los persas después de atacar dos veces sin resultado á aquel cuerpo, no sabian qué partido tomar, cuando un habitante del país les enseñó un sendero que conducia á una eminencia que dominaba á los enemigos. Llegados allí acometieron por la espalda á Leonidas y los suyos, reducidos, después de haber despedido á los cuatro mil que le apoyaban, á trescientas personas, las que perecieron todas vendiendo cara su vida, á excepcion de uno solo. Este, llamado Aristodemo, habiéndose salvado en Esparta, fué mirado como un cobarde y nadie quiso tener relaciones con él; pero después reparó valerosamente su falta en la batalla de Platea.

El mismo dia en que se dió el combate de los Termópilas, la flota de los griegos, que mandaban Temístocles por Atenas y Euribíades por Esparta, alcanzó el 20 del mes Boedromion (23 setiembre, segun Petavio) una brillante victoria sobre la de los persas á vista de Jerjes que lo contemplaba sentado en su trono desde una eminencia. De este modo vengaron el desastre de Atenas que los persas habian entregado á las llamas. Artemisa, reina de Caria, que con cinco navíos habia acompañado á Jerjes, le predijo los desastres que le esperaban en Grecia; pero la voz de los aduladores ahogó la suya: y el príncipe, viendo la intrepidez que ella habia desplegado en el combate de Salamina, no pudo menos de decir que en esta jornada los hombres se habian vuelto mujeres, y las mujeres hombres; en fin cuarenta y cinco dias después de esta doble derrota partió para el Helesponto pensando repasarle por el puente que habia hecho construir; pero le encontró destruido por las tempestades, y se vió precisado á hacer la travesía en una mala barca. Mardonio, á quien habia dejado en Grecia con trescientos mil hombres, lejos de reparar sus pérdidas, no hizo mas que aumentarlas y consumar la ignominia de aquel príncipe. En tanto que descansaba en Tesalia y en Macedonia, los griegos estaban ocupados en reunir sus fuerzas en el istmo de Corinto (479), y el año siguiente, viendo que marchaba hácia la Beocia, le salieron al encuentro con un ejército de ciento veinte mil hombres, conducidos por Pausanias, rey de Lacedemonia, y Arístides, general de los atenienses. Los dos ejércitos se encontraron en las llanuras de Platea, el 3 de Boedromion (25 de setiembre, segun Petavio). Diéronse una batalla decisiva en la que pereció Mardonio, y su ejército fué hecho trizas. El mismo dia la armada naval de los griegos alcanzó otra victoria no menos completa sobre la de los persas cerca de Micala, promontorio en las costas del Asia menor. Jerjes recibió la noticia de estos nuevos desastres, hallándose en Sardes en el seno de las voluptuosidades á que se habia entregado. Entónces, creyéndose perseguido por los griegos, tomó precipitadamente el camino de Susa. Pasó el resto de su reinado en la molicie y el libertinaje, en tanto que los griegos le conquistaban las provincias del Asia menor apoderándose de la isla de Chipre, que sin embargo, recobraron sus tropas. Artabano capitan de sus guardias y su favorito libró á la Persia de tan odioso monarca, asesinándole en su lecho, de concierto con el eunuco Mitridates el año veinte y uno de su reinado.

465. Artajerjes, llamado Longimano, porque tenia la mano derecha mas larga que la izquierda, tercer hijo de Jerjes, le sucedió, siendo aun muy jóven, por la perfidia de Artabano. Este oficial, después de

haberle inducido á deshacerse de Dario, su hermano mayor, acusándole de ser el asesino de su padre, aprovechó la ocasion de hallarse ausente Histaspes, su hermano segundo, sátrapa ó gobernador de la Bactriana, para colocarle sobre el trono. Pero, habiendo descubierto las siniestras intenciones del malvado, contra su propia persona, le previno Artajerjes, asesinándole por su propia mano. Vengó igualmente la muerte de su padre en el eunuco Mitridates, cómplice de Artabano, condenándole á un suplicio muy usado en Persia el cual consistia en lo siguiente: Encerraban al paciente de espaldas entre dos calderos puestos uno sobre el otro dejándole solo el espacio necesario para sacar la cabeza á fin de que pudiese recibir algun alimento, que le obligaban á tomar pinchándole los ojos. En este estado vivia hasta que los gusanos engendrados por sus excrementos le habian roido las entrañas, lo que sucedia á los veinte dias.

459. Artajerjes, después de haber derrotado en dos batallas á su hermano Histaspes, que le disputaba el trono, envió bajo las órdenes de otro hermano suyo llamado Aquemenides, un ejército de trescientos mil hombres contra los egipcios que se habian sublevado, eligiendo por rey á Inaro, príncipe de Libia, hijo del rey Psammético, muerto por Cambises. Habiendo caido los egipcios, secundados por los atenienses, sobre el ejército persa, le derrotaron en una gran batalla con pérdida de cien mil hombres, en cuyo número se contaba su general. Los que escaparon, refugiándose en Memfis, se resistieron en ella por espacio de tres años, durante los cuales Artajerjes levantó un nuevo ejército que puso á las órdenes de Megabises, hijo de Zopiro. Este, después de haber libertado la plaza, dió una sangrienta batalla á los egipcios, en la cual Inaro herido, perdió un gran número de gente. Persiguiendo los persas á este príncipe en su retirada, le sitiaron en Biblos, ciudad situada en una isla formada por dos brazos del Nilo, en donde se mantuvo por espacio de un año y medio, al fin del cual los persas se acercaron á la plaza dejando en seco uno de los brazos del rio, lo que obligó á Inaro á capitular, consintiendo, bajo la promesa que se le hizo de salvarle la vida, en acompañar al general persa hasta Susa.

450. No contentos los atenienses con haber echado de Europa á los persas, pretendieron quitarles la isla de Chipre, y con este intento hicieron partir, bajo las órdenes de Cimon, hijo de Milcíades, una flota de doscientas velas. Este general, después de tomadas muchas plazas y de derrotar á Artabazo, que habia acudido al socorro de la isla con una armada de trescientas velas, hizo un desembarco en Cilicia, en donde derrotó á Megabises, que mandaba un ejército de trescientos mil hombres, después de lo cual volvióse á Chipre para terminar su conquista. Entónces fué cuando Artajerjes, debilitado por tan ruinosa guerra, hizo pedir la paz á los atenienses, la que obtuvo con las condiciones siguientes: 1.° que todas las ciudades griegas del Asia gozarian de una plena independencia; 2.° que ningun buque de guerra persa entraria en los mares que se extienden desde el Ponto Euxino, hasta las costas de Pamfilia; 3.° que ningun general persa se acercaria á estos mares á tres jornadas de distancia; 4.° que los atenienses no atacarian ninguna de las posesiones del rey de Persia (449). Así terminó, el año cuarto de la Olimpíada ochenta y dos, la guerra que duraba hacia cincuenta y un años entre los persas y los griegos, con una paz tan humillante para los primeros como gloriosa para los segundos.

448. El rey de Egipto Inaro, permanecia aun cautivo en Susa. La reina Amestris, que hacia cinco años no cesaba de pedir al rey su hijo que se lo entregase, obtuvo al fin lo que deseaba. Teniéndole en su poder, le hizo crucificar con una insigne perfidia, mandando decapitar al mismo tiempo á todos los prisioneros que le habian acompañado, para vengar la muerte de Aquemenides. Megabises, indignado por esta atrocidad, se retiró á su gobierno de Siria, no tardando en levantar allí el estandarte de la rebelion. Derrotados sucesivamente dos ejércitos que Artajerjes envió contra él, fué á encontrarle su esposa Amytis, hermana del rey, junto con su hermano Artanio, y lograron hacerle entrar de nuevo en la obediencia.

424. Terminó Artajerjes su vida el año cuarenta y uno de su reinado, dejando por sucesor el único hijo que tenia de legítimo matrimonio. Pero además contaba otros diez y siete, habidos en sus concubinas. Jerjes II, hijo legítimo, á quien habia designado para sucederle, solo gozó del trono por espacio de cuarenta y cinco dias. Sogdiano, su hermano natural, de concierto con el eunuco Farnaces, le asesinó un dia festivo hallándole embriagado.

Sogdiano, apoderándose del trono después de la muerte de Jerjes II, quiso afianzarse mas en él con otro fratricidio. Pero Oco, contra quien se dirigian sus funestos designios, poniéndose en guardia, interesó en su favor á los grandes y á los gobernadores de provincia, que colocaron sobre su frente la corona y le proclamaron rey. Siéndole entregado Sogdiano, fué condenado á un nuevo suplicio, que en seguida se hizo comun en Persia. Este fué el de la ceniza. Desde una de las mas elevadas torres le precipitaron de cabeza sobre un gran monton de ceniza, que no cesaron de remover hasta que le hubieron ahogado. De este modo pereció á los seis meses y quince dias de reinado (Ctes. l. 47, Dion, Suid. l. xii).

Oco, á su inauguracion, cambió su nombre en el de Dario, al que después añadió el de Noto (Macab. l. ii, c. 13). Disputóle el trono su hermano Arsites, apoyado por algunas tropas griegas conducidas por Artifius, hijo de Megabises. Después de tres batallas se hizo dueño de su persona. Teniéndole en su poder le hizo morir en la ceniza á instigacion de Parysatis su mujer, y al mismo tiempo su hermana por parte de padre.

414. Nueva conspiracion formada contra él por Pisytenes, gobernador de Lidia, á quien Lycon, capitan ateniense, condujo tropas de su nacion. Tisafernes enviado contra el rebelde, logró sobornar su ejército é inducirle á recurrir á la clemencia del rey, que, lejos de perdonarle, le hizo expiar su crímen en la ceniza. No impidió este suplicio que Artojaro, primer eunuco, y el mas querido, aspirara al cetro; pero vendido por su mujer, fué entregado á la reina Parysatis, que le hizo sufrir una muerte vergonzosa y cruel. Amirteo, que bajo el reinado de Inaro, rey de Egipto, se habia refugiado en la parte baja de aquel pais, después de la derrota de este príncipe, reapareció bajo el reinado de Dario, y haciéndose adjudicar la corona de Egipto, por gran número de compatriotas y de árabes, hizo frente al rey de Persia por espacio de seis años.

En su esposa Parysatis habia tenido Dario dos hijos: Arsace, nacido antes que se sentase en el trono, y Ciro nacido después de ocuparle. Este, á quien habia hecho gobernador de las provincias del Asia menor pretendia la sucesion (487). Ocupado en esta idea, y contándose ya como soberano, hizo dar muerte á dos hijos de una hermana de su padre, porque al comparecer ante él no se habian cubierto las manos con las mangas, segun el ceremonial que se

observaba entónces en presencia del rey. Necesario fué todo el poder que la reina tenia en el ánimo de su esposo para salvar al hijo de la pena del talion, que querian hacerle sufrir. Darío terminó su carrera después de un reinado de diez y nueve años.

405. ARSACES, hijo mayor de Darío y de Parysatis, tomó, al sucederle, el nombre de ARTAJERJES, al que se añadió el epiteto de MNEMON á causa de su excelente memoria. Los sacerdotes de Belona, segun costumbre, le consagraron en el templo de Pasargada. Habiéndole dicho uno de estos sacerdotes que su hermano Ciro habia tenido intencion de asesinarle en aquel mismo templo, quiso hacerle morir, pero apaciguóle su madre que obtuvo tambien que le dejase en el gobierno del Asia menor.

Mnemon, habia casado, viviendo aun su padre, con ESTATIRA, hija de Hidarno, uno de los señores mas principales de Persia. Tenia un hermano llamado Teriteucmo, á quien Darío Noto habia dado en matrimonio á su hija Amestris. Y esta tenia una hermana llamada Rojana, de quien se enamoró Teriteucmo, hasta el punto de quererla tomar por esposa asesinando á Amestris. Darío previno su intento haciendo asesinar á Teriteucmo por Udiaste, uno de sus guardas. Toda la familia de Hidarno fué entregada á Parysatis, para que la hiciese sufrir el mismo trato que destinaban á su hija Amestris. Esta cruel princesa hizo aserrar por medio á Rojana, causa inocente del mal. Todos los demás fuéron decapitados á excepcion de Estatira á quien concedió la vida por las lágrimas de Arsaces, gracia de que en adelante tuvo lugar de arrepentirse. Tal era el estado de las cosas al tiempo de la muerte de Darío.

Luego que Artajerjes Mnemon se halló sobre el trono, hizo Estatira expiar á Udiaste, con los mas exquisitos tormentos, la parte que habia tenido en la ruina de su familia. Parysatis usó el mismo furor contra Mitridates, hijo de Udiaste, emponzoñándole, aun que detestaba el crímen de su padre (Ctesias in Perside).

El perdon que Ciro habia obtenido del rey su hermano, no habia ahogado en él los impulsos de la ambicion. Determinado á suplantar al monarca, indujo á Clearco, general lacedemonio, á levantar para él un ejército de tropas griegas, bajo el pretexto de una guerra que los lacedemonios se proponian hacer en Tracia. El célebre Alcibíades, ateniense, descubrió sin trabajo el objeto de este armamento. Púsose en camino para avisar al rey de Persia; pero se encontró medio de deshacerse de él en el viaje. Tisafernes, general persa, no fué menos perspicaz que Alcibíades. Partió de Mileto para ir á advertir á Artajerjes de los designios de su hermano: pero Ciro, salido de Sardes, se hallaba en marcha para la Persia, al frente de trece mil griegos, y cien mil hombres mas de tropas bárbaras. Después de una larga y penosa marcha llegó á la provincia, y acampó en las llanuras de Cunaxa, en donde encontró á su hermano al frente de nuevecientos mil hombres, dispuesto á darle batalla. Los dos ejércitos llegaron á las manos casi en seguida. Los griegos acometieron con tanta impetuosidad al del rey, que el ala opuesta á ellos fué puesta en derrota, y los que rodeaban á Ciro le proclamaron rey. Pero el príncipe, viendo que en el mismo instante Artajerjes hacia un movimiento para tomarle el flanco, corrió á él con seiscientos caballos, mató por su propia mano al principal, capitan de sus guardias, y descubriendo en seguida á su hermano exclama: «Ya le veo». Lanzándose en seguida hácia él, le arroja el dardo, le hiere en el estómago y le mata el caballo. Entretanto que Artajerjes se halla en tierra, Ciro le hace otra herida, lo que no le impide montar en otro caballo. Los guardias del rey, viendo que su hermano va á descargar sobre él un nuevo golpe, le abruman bajo una lluvia de flechas, hiriéndole con ellas al tiempo que Artajerjes le atraviesa con su javelina. Los señores afectos á Ciro, no queriendo sobrevivirle, se hicieron matar cerca de su cuerpo; prueba segura, dice Jenofonte, que sabia elegir á sus amigos, y de que era sinceramente amado. El rey, su hermano, tuvo la bajeza de hacer cortar la cabeza y la mano derecha á su cadáver, añade Jenofonte á quien copiamos.

401. La muerte de Ciro dejó á los griegos en el mas cruel embarazo. Hasta el dia siguiente de la batalla no tuvieron noticia de tan triste suceso, acabando de rechazar á Tisafernes, que habia marchado en su persecucion. Faltos de víveres y bagajes, teniendo un inmenso espacio que recorrer, rios y desfiladeros que atravesar, para llegar á su patria, reducidos lo mas á diez mil hombres, nada les espanta; aun se atreven con la audacia que inspira la victoria á enviar la corona á Artajerjes, diciendo que á los vencedores corresponde darla. Por única respuesta el rey les hizo pedir las armas. Contestáronle, que no tenia mas que irlas á buscar. Hicieron mas; ofrecieron generosamente su amistad al príncipe. Negocióse sin fruto; los griegos, rodeados de un ejército victorioso, hablan con tanta energía como si se hallasen en el centro de su patria. Adelantáronse audazmente hácia el ejército del rey, que sorprendido de su continente, les ofreció la paz. Convínose en escoltarlos; tenian que recorrer mas de ochocientas leguas de país. Emprendieron y ejecutaron sin otras provisiones que su valor, la brillante retirada conocida bajo el nombre de retirada de los diez mil (Turpin). Empezóla Clearco, pero habiéndole hecho asesinar con baja perfidia Tisafernes, Jenofonte, discípulo de Sócrates, tan buen filósofo como gran capitan, se encargó del mando, y los griegos debieron en gran parte su salvacion á su valor é inteligencia. Él mismo escribió la historia de la expedicion de Ciro, y de la retirada de los griegos, y esta obra que ha sido la admiracion de toda la antigüedad, se ha conservado hasta nuestros dias (Hardion).

La tranquilidad que la partida de los griegos devolvió á la Persia, no se extendió hasta la corte de Artajerjes. Dos princesas, Parysatis, su madre, y su esposa Estatira, sostenian la turbulencia con sus diferencias. La primera, á quien nada costaba el crímen, halló medio de deshacerse de la otra con veneno. El rey, que amaba tiernamente á su esposa, no pudo perdonar á su madre esta atrocidad. Desterrándola á Babilonia estaba resuelto á no volverla á ver, pero, mitigado el dolor con el tiempo, tuvo la debilidad de llamarla, y de dejarle tomar otra vez el ascendiente que sobre él tenia.

400. Tisafernes, después de la muerte de Ciro, fué enviado á su gobierno del Asia menor, revestido de la misma autoridad que habia tenido el príncipe. Pero, lejos de trabajar en procurarse la estimacion y el afecto de las ciudades griegas de su provincia, á ejemplo de Ciro, solo parecia ocupado en oprimirlas. Habiendo implorado los socorros de los lacedemonios, obtuvieron un cuerpo de tropas mandadas por Dercyllidas, hábil general, muy ingenioso en el invento de nuevas máquinas de guerra. Tisafernes tenia por colega en una provincia cercana á la suya á Farnabaces, con el cual estaba desavenido. Apercibido de ello el general lacedemonio, formó treguas con el primero, y entrando en la provincia del segundo, hizo en ella conquistas, que aquel le abandonó por un tratado que juntos concluyeron. Trasladándose en seguida Far-

nabaces á la corte de Persia, acusó á Tisafernes de inteligencia con el enemigo comun. Por su consejo el rey hizo equipar una flota considerable en las costas de Fenicia y de Siria, cuyo mando dió á Conon, célebre ateniense, que, desterrado de su patria, se habia retirado á Chipre. Instruidos los lacedemonios de que este armamento estaba destinado contra ellos, enviaron á Agesilao, uno de sus reyes, á Asia, para que hiciese una diversion por aquel lado. Burlado por Tisafernes, que le habia prometido que su dueño dejaria libres las ciudades griegas del Asia, fingió Agesilao querer invadir la Caria. Pero en cuanto vió que las mejores tropas persas habian entrado en esta provincia, dirigió las suyas á Frigia de donde sacó un inmenso botin que llevó á Éfeso en donde pasó el invierno. En la campaña siguiente hizo publicar Agesilao que marchaba á la Lidia; el general persa creyó que este rumor era una estratagema para poder invadir la Caria, país montuoso, y en consecuencia mandó allí toda su infantería, quedándose con solo la caballería. No tardó mucho en saber que Agesilao se hallaba efectivamente en la Lidia, y que se disponia á sitiar á Sardes, y acudió allí con su caballería. En cuanto Agesilao se apercibió de ello, apresuróse á presentar batalla antes que se le juntase la infantería. Poniéndole en fuga al primer choque, los lacedemonios pudieron saquear á su placer el país antes de retirarse.

El rey de Persia no pudo perdonar á Tisafernes la derrota de su ejército. Excitado por su madre Parysatis, enemiga declarada de aquel general, hizo partir á Titrauste, capitan de sus guardas, con órden secreta de darle muerte. Titrauste, habiéndole atraido á una conferencia, con pretexto de concertar juntos las operaciones de la próxima campaña, le hizo cortar la cabeza y la remitió al rey de Persia. Parysatis, contemplándola, tuvo la cruel satisfacion de ver vengada la muerte de su hijo Ciro en el que ella miraba como á principal autor de la misma.

394. Algun tiempo despues Agesilao fué llamado á Esparta por los eforos, para defender esta república contra sus vecinos, que dejándose ganar por el dinero del rey de Persia, se habian declarado contra ella. Agesilao, al partir, no pudo menos de decir, que el rey de Persia le arrojaba de Asia con treinta mil arqueros, aludiendo á las monedas dáricas que tenian grabada la figura de un arquero. Apenas habia pasado el Bósforo, cuando Conon y Farnabaces atacaron en la rada de Gnido, con una flota de cien naves, la de los lacedemonios, mandada por Pisandro, cuñado de Agesilao. A pesar de la heróica defensa de este almirante, que se hallaba inferior en fuerzas, los primeros alcanzaron una completa victoria, que destruyó sin remedio los negocios de los lacedemonios en Asia. Muchos de sus aliados se les separaron luego, pasándose algunos á sus enemigos. Solo las ciudades de Seste y Abydos les permanecieron fieles. Conon, después de recorrer como vencedor las islas Cícladas, volvió al puerto de Atenas (393), con ochenta navíos cargados de despojos, que se emplearon en reedificar las murallas de Atenas y del puerto, con el muro que las unia. Lo que hay aquí de notable, es que la ciudad de Atenas fué reedificada por los persas que la habian destruido, y sus murallas reconstruidas á expensas de los lacedemonios que las habian desmantelado (Corn. Nep. in Conon). Viéndose estos últimos abandonados de todos sus aliados, buscaron un medio de vengarse de Conon, y enviaron á Teribase, gobernador de Sardes, uno de sus conciudadanos llamado Antalcido, para acusar á Conon de haber formado el designio de arrebatar á los persas la Eólida y la Jonia. Teribase, en vista de esta acusacion, hizo arrestar á Conon, de quien nada mas dice la historia, lo que ha dado lugar á algunos escritores para decir, que, conducido á Susa por Teribase, fué muerto en ella. Pero el silencio que sobre esto guarda Jenofonte, su contemporáneo, deja mucho lugar á la duda. Teribase, en efecto, pasó á Persia para llevar al rey el proyecto de paz que habia formado con el diputado lacedemonio. Aprobado por el rey, Teribase, á su regreso, convocó las ciudades griegas para leérselo (387). Contenia, en substancia, que todas las ciudades griegas del Asia pertenecian al rey, que las demás permanecerian libres é independientes; que el rey entregaba á los griegos las ciudades de Lemnos, de Sciros y de Imbros; y guardaba las de Clazomene y de Chipre. Esta es la paz llamada de Antalcidos, tratado vergonzoso que entregaba á los persas todos los establecimientos que los griegos tenian en Asia, defendidos con tanto valor y éxito por Agelisao.

Tres años después, Evágoras, descendiente de los antiguos reyes de Salamina, capital de Chipre, disputaba con el valor y habilidad de un gran capitan esta isla al rey de Persia. Los atenienses, con quienes estaba aliado, á pesar del tratado que tenian con los persas, no pudieron menos de darle socorros. Recibiólos tambien del Egipto, y por su medio logró poner la flota y el ejército de los persas en el mayor apuro. Pero, habiéndole faltado mas adelante Achoris, rey de Egipto, hizo, después de una guerra que habia costado cincuenta mil talentos á la Persia, un tratado, por el cual retuvo á Salamina, dejando el resto de la isla á sus enemigos (Isócrates in Evag.).

384. Terminada la guerra de Chipre, llevó Artajerjes la destruccion, no se sabe con qué motivo, al país de los cadusienses, pueblo sitiado entre las montañas que separan el Ponto Euxino del mar Caspio. El ejército que envió contra ellos, demasiado numeroso para mantenerse en un país tan estéril, se vió pronto apurado por el hambre. Teribase, que se hallaba en el ejército en clase de prisionero, después de suplantado por Oronte, su acusador, imaginó un medio para salvarle. Los cadusienses tenian dos reyes, que acampaban separadamente con sus tropas. Teribase fué á encontrarlos uno después del otro, persuadiéndoles que su colega tenia tratos con el enemigo. Esta estratagema surtió el efecto deseado. Los dos reyes se apresuraron á porfía á proponer la paz al rey de Persia, y la consiguieron.

377. Solo le faltaba al rey de Persia, para asegurarse una completa tranquilidad, la reduccion del Egipto. Hizo para obtenerla grandes preparativos, en tanto que Achoris, que gobernaba aun aquel país, se disponia á la defensa. Un gran número de griegos y otras tropas auxiliares acudieron á su socorro, bajo el mando del ateniense Cabrias. Farnabaces, sabiendo la llegada de este general, hizo grandes cargos á los atenienses, en nombre de su dueño, por haber así olvidado las atenciones que le debian. En su consecuencia, llamaron á Cabrias, poniendo á Ifícrates al frente de los griegos, enviados al servicio de la Persia. En tanto que este general acostumbraba á los persas á la disciplina militar murió Achoris, y tuvo rápidamente tres sucesores, el último de los cuales se llamaba Nectanebo. La guerra que trás de inmensos preparativos hicieron al Egipto los persas y los griegos, no dió ningun resultado por la mala inteligencia de los jefes.

362. Doce años transcurrieron sin que Artajerjes se ocupase en la guerra de Egipto: pero al fin salió de su especie de letargo. Reinaba Tacos en Egipto. Alián-

dose con los lacedemonios, le enviaron un cuerpo de tropas, mandado por su rey Agesilao. Tacos no vió en él mas que un anciano decrépito (contaba entónces ochenta años) cuya figura, traje y modales contrastaban extrañamente con el lujo y la molicie de la corte de Persia. En vez de darle el mando de sus tropas, Tacos le retuvo para sí. Pero, queriendo trasladar el teatro de la guerra á Fenicia, irritó á sus súbditos, que sublevándose pusieron en su lugar á su hijo Nectanebo, segundo de este nombre. El rey de Egipto destronado, se salvó en Persia, en donde le dieron el mando de los ejércitos.

Llegado á una extrema ancianidad, pensó Artajerjes en escoger su sucesor. En Atossa, su mujer, habia tenido tres hijos, Darío, Ariaspe y Oco, y ciento quince en sus diferentes concubinas. Darío obtuvo la preferencia sobre todos sus hermanos. Pero este hijo desnaturalizado, á causa de haberle negado su padre á Aspasia, una de sus concubinas, formó, aconsejado por Teribase, una conspiracion para quitarle la vida. Descubierta por un esclavo, Darío murió á manos de Artajerjes, al pedirle perdon de su crímen. Teribase murió, defendiéndose con las armas en la mano. Oco tenia dos concurrentes en el ánimo de su padre, Ariaspe, su hermano legítimo, y Arsames, habido en una concubina. Indujo al primero á suicidarse, haciéndole creer por medio de sus emisarios, que su padre le destinaba un suplicio tan cruel como ignominioso: y al segundo le hizo asesinar. Artajerjes no pudo sobrevivir á esta desgracia. Murió á los noventa y cuatro años de edad y cuarenta y seis de reinado. Elogíase su dulzura y humanidad; pero no puede perdonársele su extremada lascivia, que le indujo á desposarse con su propia hija.

359. Oco, por sobrenombre Darío, viéndose detestado generalmente como asesino de sus dos hermanos, tuvo oculta la muerte de su padre Artajerjes, hasta que se vió bien afirmado en el trono. Hasta esta época todo se hizo á nombre del difunto, llevando todo la marca de su sello. En fin, pasados diez meses, creyendo su autoridad bastante asegurada, se hizo proclamar rey por todo el imperio, y tomó el nombre de Artajerjes Oco (en persa Ochosveros ó Achasveros); pero apenas se hubo hecho esta publicacion, cuando la Siria, la Fenicia y toda el Asia menor se levantaron contra él. Los principales jefes de esta sublevacion fueron Ariobárzanes, gobernador de Frigia; Mausoleo, rey de Caria; Oronte, gobernador de Misia; y Antopradato, gobernador de Lidia; á los cuales se unió Datamo, el mas valeroso de todos, gobernador de Capadocia. Pero la mala inteligencia hizo que en breve tiempo pusiesen en buen estado los negocios del nuevo rey, que parecian desesperados. Datamo fué el único que sostuvo el peso de la rebelion. Habiéndose apoderado de la Paflagonia, se mantuvo en ella hasta que fué asesinado por Mitridates, á quien habia colmado de beneficios (Cornel. Nepos in vit. Datamis). Oco dió entónces libre curso á su ferocidad. Para cortar de una vez el hilo de las revueltas, hizo dar muerte á todos los príncipes de su casa, sin exceptuar á su hermana Oca, a quien hizo enterrar viva. Trató con igual barbarie á cuantos le hacian sombra. Artabaso, gobernador de una provincia del Asia, temeroso de la misma suerte, la evitó sacudiendo el yugo de la Persia. Cares, general ateniense, tenia en aquel entónces una flota y cuerpo de tropas griegas bajo sus órdenes. Atrayéndole Artabaso á su partido, deshizo con su auxilio un ejército de setenta mil hombres que el monarca persa habia mandado contra él. Pero á poco, los atenienses, intimidados por las amenazas de este príncipe, resolvieron llamar á Cares. Artabaso, abandonado de sus aliados, recurrió á los tebanos, que le proporcionaron un ejército de cinco mil hombres bajo el mando de Pammeno, con cuyo socorro alcanzó dos brillantes victorias sobre los persas (354). Hubiéranle procurado otras ventajas, si trescientos talentos que les hizo dar Oco, no les hubiesen inducido á volver á su país. Reducido con esto Artabaso á sus propias fuerzas, sucumbió por fin, buscando un refugio junto á Filipo, rey de Macedonia (Diodor. Sicul. lib. xvi).

353. La muerte de Mausoleo, rey de Caria, siguió de cerca á esta desercion. Este príncipe, por un abuso comun en oriente, se habia casado con su hermana Artemisa, que no cesó de llorar despues de haberla perdido. No contento con pagarle un tributo de lágrimas, hizo publicar por toda la Grecia que daria un premio considerable por su oracion fúnebre. Muchos oradores, atraidos por la promesa de una grande recompensa, junto con la ambicion de distinguirse, se trasladaron á Halicarnaso para disputar el premio. De todas las obras compuestas con este objeto, solo nos queda la de Isócrates ó de uno de sus discípulos en su nombre. No paró aquí Artemisa; para dejar á la posteridad un monumento eterno de su ternura, llamó escultores hábiles, y les dió sumas inmensas para que construyesen un cenotafio para Mausoleo, tal, que aun no se hubiese visto cosa igual. Este sepulcro, que era de mármol, formaba un cuadrilongo cuyo perímetro era de cuatrocientos once piés, sobre treinta y siete de altura, rodeado de treinta y seis hermosas columnas. Este monumento contado entre las siete maravillas del mundo ha hecho dar el nombre de Mausoleos á todos los sepulcros de algun mérito.

Oco, servido fielmente por los sátrapas en sus respectivas provincias, continuó irritando con sus vejaciones á los pueblos que le estaban sometidos. Los fenicios estallaron los primeros, y coligados con Nectanebo II, rey de Egipto, echaron á sus gobernadores, dando el grito de independencia. Hacia entónces Oco preparativos para someter el Egipto (351). Nectanebo envió en favor de los fenicios á Mentor el rodio con cuatro mil griegos que los apoyasen. No tardaron en imitar los cipriotas el ejemplo de los fenicios, cansados á la par de la tiranía de los persas. Encargó Oco á Idrieo rey de Caria, hermano y sucesor de Mausoleo, que se armase contra los rebeldes. El príncipe cario puso al frente de su armada al célebre Focion de Atenas, y á Evágoras, nieto del famoso príncipe del mismo nombre, que habia combatido con tanta gloria contra la Persia. Servia entónces á los enemigos de sus abuelos, para recobrar con su proteccion el trono que Protágoras, su tio, le habia usurpado. Estos dos generales, bajando hasta Chipre, sitiaron á Salamina, en cuya empresa fracasaron por la valerosa defensa de sus habitantes. Entretanto Oco se hallaba en marcha con trescientos mil infantes y treinta mil caballos para sujetar otra vez á sus leyes la Fenicia y el Egipto. Mentor, que se hallaba entónces en Sidonia, asustado al ver acercarse ejército tan formidable, trató por medio de sus amigos con el rey de Persia, ofreciéndole nó solo entregarle á Sidonia, sino pasar á su servicio con las tropas griegas que mandaba. Aceptadas estas ofertas, indujo á Tennes, rey de Sidonia, á ponerse á merced de Oco. No hicieron tan buena composicion los sidonios. Vendidos por su propio soberano, se encerraron en sus casas, en donde se abrasaron en número de cuarenta mil hombres, sin contar las mujeres y los niños. Tennes no sacó mas fruto de su traicion que el desprecio y encono de Oco que le hizo degollar

sobre los restos de la ciudad que le habia entregado.

350. Reducida la Fenicia, recibió Oco favorablemente la sumision de los embajadores de nueve reyes que gobernaban en otras tantas ciudades de Chipre. Dejando á estos príncipes el pleno goce de su libertad, no les impuso otra ley que la obligacion de reconocerse dependientes de su corona. Lo que le hizo tan indulgente para con ellos, fué la priesa que tenia en ir á sojuzgar el Egipto. Llegado á las fronteras del reino que le quedaba por conquistar, dividió su ejército en tres cuerpos mandado cada cual por dos jefes, uno persa y otro griego. La primera division fué á acampar delante de Pelusa, ciudad situada en la embocadura del brazo mas oriental del Nilo, y defendida por cinco mil griegos que Nectanebo tenia á sueldo. En tanto que Lachares la sitiaba, un segundo ejército persa remontaba el Nilo, penetrando hasta el interior del Egipto. Llegóse á una accion, en la que perdió la vida Clinio de Cós, general de los egipcios. Creyéndose perdida con esto la guarnicion de Pelusa, hizo un tratado con los persas, del que uno de los principales artículos fué la libertad de regresar libremente á Grecia con todos sus efectos (Diodoro Sicul. libro XVI). Nectanebo, perdida con esto toda esperanza, se salvó con todos sus tesoros en Etiopía, de donde no volvió jamás. Desde este tiempo el Egipto quedó reducido á provincia persa, hasta la total destruccion de esta monarquía. Oco, después de haber hecho desmantelar todas las plazas fuertes de Egipto, y saqueado sus templos, volvió triunfante á Susa, cargado de inmensas riquezas. Mentor el rodio, á quien habia nombrado gobernador de las provincias de Asia, acabó de reducir por la fuerza, ó por la astucia, á todos los que hasta entónces no habian sufrido el yugo. De regreso en su corte, Oco se entregó á la voluptuosidad, dejando el cuidado de los negocios al eunuco Bagoas. Pero este ministro, egipcio de nacion, conservaba, á pesar del alto favor de que gozaba, un vivo resentimiento contra su dueño por los ultrajes que habia hecho á las divinidades de su país. El toro que los egipcios adoraban bajo el nombre de Apis, habia sido muerto por órden de Oco, y servido en la mesa de los suyos, y Bagoas vengó la muerte de aquel animal, haciendo envenenar al autor de aquel pretendido sacrilegio, el año veinte y uno de su reinado (338). Hizo mas; después de haber hecho enterrar otro cadáver en lugar del de Oco, hizo cortar en pedazos el suyo, que dió á comer á los gatos, y empleó sus huesos para mangos de espada.

Arsés, el menor de los hijos de Oco, fué el único á quien Bagoas conservó la vida después de haber exterminado á todos los demás. Pero el ministro al sentarle en el trono, solo le dejó el título de rey, reservándose toda la autoridad del gobierno. Esta especie de servidumbre, cansó en pocos años la paciencia de Arsés. Apercibiéndose Bagoas de que queria hacer valer sus derechos reales, se deshizo de él haciéndole asesinar el año tercero de su reinado, segun la opinion mas comun (336). Lo que hay de cierto en esto es, que todos los antiguos hacen durar sesenta y nueve años los reinados colectivos de Memon, Oco y Arsés.

336. Darío, por sobrenombre Codomano, el único príncipe que quedaba de la familia real de Persia, descendiente de Darío Noto, por su padre Arsames, fué colocado en el trono por Bagoas, que esperaba reinar en su nombre. Era entónces gobernador de la Armenia, cuyo gobierno habia merecido por haber muerto en la guerra de los cadusienses á un bravo de esta nacion que habia desafiado al ejército persa á que le presentase un campeon capaz de combatir con él (Plutar. in Alexandro).

No tardó Bagoas en apercibirse de que se habia dado un dueño activo y vigoroso en la persona de Darío. Resuelto á deshacerse de él, hizo preparar un activo veneno. Pero el monarca, instruido de su intento, le obligó á apurar la copa en cuanto le fué presentada. Produjo su efecto inmediatamente, y de este modo el monarca, librando á la Persia del asesino de sus reyes, creyó haber asegurado la corona en sus sienes. Pero tenia algo distante de él un rival que se disponia á quitarle esta misma corona por la fuerza de las armas. Era este Alejandro, hijo y sucesor de Filipo, rey de Macedonia. Llegado al tercer año de reinado, y en veinte dias de marcha á Seste, con un ejército poco numeroso, pero compuesto en su totalidad de soldados veteranos, pasa á Frigia, y alcanza sobre los persas, que le aguardaban á orillas del Granico, una victoria que le hizo dueño de casi toda el Asia menor. Mnemon el rodio, siempre afecto á Darío, habia aconsejado á los generales que evitasen todo combate, atacando por hambre al enemigo, y asolando los campos. Pero la oposicion interesada de Arsetes, gobernador del país, pudo mas que su consejo. Del Asia menor penetró Alejandro en el alta Asia; Darío hacia entónces los mayores esfuerzos para acudir en persona á su encuentro. Mnemon le dió un muy prudente consejo, que aprobó. Este fué el de trasladar el teatro de la guerra á Macedonia para obligar á Alejandro á retroceder ó á lo menos á enviar una parte de su ejército para defender sus propios estados. Reunida en la isla de Cós la flota que el monarca le proporcionó, partió Mnemon para apoderarse de las islas de Chio y de Lesbos, que opusieron poca resistencia, excepto la ciudad de Mitilena, durante cuyo sitio murió. Su pérdida fué un golpe fatal para Darío, que no teniendo nadie para reemplazarle, se vió obligado á llamar las tropas que le habia confiado para emplearlas en oriente. Alejandro, entretanto, se adelantaba á largas jornadas al encuentro de Darío, el que por su parte marchaba al frente no menos que de quinientos mil hombres, con el tren necesario y de lujo indispensable para tan grande ejército, seguido de Sisigambis, su madre, de Statira, su mujer, y de sus dos hijos y de todo su serrallo (333). Los dos ejércitos se encontraron á eso de media noche cerca de la ciudad de Issus, en Cilicia, en un paraje cerrado á un lado por el mar, y al otro por elevadas montañas. En cuanto asomó el dia, los soldados macedonios, deseosos de vengar á sus camaradas enfermos que Darío habia hecho matar en Issus, piden á gritos el combate, que se traba en seguida. Rota la primera línea de los persas, cae sobre la segunda, y esta sobre la tercera, siendo general la derrota. Darío, retirándose en su carro, con mucho trabajo, del tropel, huye á las montañas, sin arco, sin escudo, ni ningun indicio de la dignidad real. Alejandro, después de perseguirle inútilmente hasta la noche, regresa á su campo, que encuentra lleno de despojos y prisioneros enemigos. Preséntanle la madre, la esposa y los hijos de Darío. Todos eran esclavos, segun las leyes de la guerra. Muy distante el conquistador de usar de sus derechos, prodiga cuidadosas atenciones á esta infortunada familia. Toma en sus brazos al hijo de Darío, niño todavía, que sin asustarse le abraza. (vide mas adelante á Quinto Curcio).

331. La última victoria ganada por Alejandro contra Darío, en la Asiria, es conocida por la batalla de Arbella, si bien se dió cerca de Gaugamella, poblacion distante ochenta estadios de Arbellas, segun Quin-

to Curcio (1). La victoria fué vivamente disputada, pero al fin se declaró por el héroe de Macedonia. Darío, perseguido por su vencedor, se salva en Ecbatana, desde donde manda á sus tropas dispersas que vayan á reunírsele. Entretanto Alejandro le perseguia rápidamente. Sabiendo que se acerca, Darío se retira á la Partia, dudando si pasará á la Bactriana. Nabuzardan, jefe de su caballería, y Bessus, gobernador de los bactrianos, viéndole indeciso le cargan de cadenas en un carro, queriendo obligarle á montar á caballo, para huir con mas ligereza. En vista de su negativa le acribillan á golpes, dejándole por muerto en el camino. Un soldado macedonio le encuentra en un sendero escusado, y recoge su último suspiro, en el mes hecatombeon, que empezaba hácia el solsticio de estío, como lo hace observar Diodoro de Sicilia, l. xvii. «Darío era el hombre mas hermoso de su imperio; la regularidad de sus facciones y la magestad de su talle le conciliaron el amor y el respeto de sus pueblos; sus gracias exteriores se hallaban además realzadas por sus prendas morales. La historia le presenta como á un príncipe bueno y generoso, con talentos á propósito para hacer florecer un imperio. Su desgracia consistió en tener que lidiar con Alejandro que se preparaba á arrojarle del trono cuando acababa de subir á él (Turpin).» Con su muerte terminó el vasto imperio de los persas, que se extendia desde el Mediterráneo hasta el rio Indo, y cuyo soberano se titulaba «el gran rey, y el rey de los reyes.»

CRONOLOGIA

DE LOS

REYES DE LOS PARTOS (2).

La Partia, limitada al norte por la Media y la Hircania, al oriente por el Asia, al mediodía por la Caramania, y al occidente por la Paretacenia, sometida á los persas, y luego á los seleucidas de Siria, no empezó á adquirir alguna consideracion hasta que hubo sacudido el yugo de estos últimos. Hecatompile, ó ciudad de las cien puertas, fué la primera residencia de sus reyes; pero habiéndola abandonado, pasaban el invierno en Ctesifon, sobre el Tigris, y el verano en Ecbatana, en Hircania.

Los límites de la Partia fuéron muy estrechos, en tanto que estuvo subordinada á los soberanos extranjeros. El suelo de este país era seco y árido, aunque sembrado de extensas llanuras, lo que contribuyó en gran manera á hacer de los partos excelentes ginetes. Descuidando la agricultura, la industria y el comercio, solo se dedicaron al arte de la guerra. Una de sus estratagemas militares, era la de huir, después de la primera descarga, y revolver en seguida contra el enemigo cuando se habia desbandado en su persecucion.

El gobierno de sus reyes era absolutamente despótico. Aquellos dueños desapiadados, los trataban como á viles esclavos. Los títulos con que se adornaban, eran: «el rey de reyes, el gran monarca, el hermano del sol y de la luna, etc.»

En cuanto á religion, pensaban cuasi del mismo modo que los persas. Mitras ó el sol era su gran divinidad. Morir en una batalla, era segun ellos, asegurar la eterna felicidad en la otra vida.

Alejandro el Grande fué el que conquistó la Partia de los persas. Después de la muerte de aquel monarca correspondió á Seleuco Nicator, cuyos sucesores permanecieron dueños del país hasta el reinado de Antíoco «el Dios.»

257. Arsaces y Tiridates, su hermano, descendientes de Artajerjes Mnemon, rey de Persia, tenian cierto gobierno en la Bactria, país sumamente pobre, bajo la dependencia del sátrapa Agatocles, á quien el rey Antíoco «el Dios» habia nombrado gobernador de todas las provincias situadas mas allá del Éufrates. Pericles, segun Arriano, Agatocles si se ha de dar crédito á Syncelle, habiendo querido violentar á uno de los hermanos, estos le mataron para vengarse del ultraje. Entónces sacudieron abiertamente el yugo del poder, bajo el que vivian. Habiendo reunido en torno suyo un gran número de descontentos, se apoderaron de la Partia, que los persas, á causa de lo poco que les producia, habian unido á la Hircania, y en ella establecieron su dominacion. La época de esta invasion se refiere al año **256** antes de la era cristiana, **498** de Roma, y **4458** del período juliano. Arsaces estableció su residencia en Hecatompile, y para ganarse el afecto de los griegos tomó el sobrenombre de Filellen; pero la duracion de su reinado fué muy corta. Fué muerto, ignórase por quién, ni por qué causa, el año **254** antes de Jesucristo, en la era de los seleucidas **59**, y **3** de la era de los arsácidas, á la que él habia dado principio.

254. Tiridates, fué el sucesor de su hermano Arsaces, del que tambien tomó el nombre. Los principios de su reinado fueron muy tristes. El año **243** antes de Jesucristo, habiendo Tolomeo Evergetes hecho la paz por diez años con Seleuco Callinico, hijo y sucesor de Antíoco «el Dios,» hizo este una expedicion contra los partos, á los que logró dominar. Arsaces, obligado á huir ante Callinico, se retira entre los escitas. Poco tiempo después nuevas turbulencias llaman á Callinico á la parte del Asia situada mas acá del Éufrates (**242**): el año siguiente, la discordia sobrevenida entre Seleuco Callinico y Antíoco Hierax, su hermano, suscitó nuevas turbulencias en las cercanías del monte Tauro, por lo que Arsaces, escita de orígen, se asoció á los partos nómadas, con los cuales cayó sobre la Partia, de la que se hizo dueño. La profesion de este Arsaces era vivir de la rapiña y del pillaje. Noticioso de que Seleuco habia sido batido por los galos que Hierax habia atraido á su partido, cae con una compañía de bandidos sobre los partos, y habiéndose apoderado de la persona de Andrágoras su jefe, somete á sus leyes todo el país.

Nuevas turbulencias (la guerra civil entre Seleuco y Hierax), habiendo llamado al primero á Asia, estableció en ella el reino de Partia, fortificó castillos, proveyó á la seguridad de las ciudades, fundó la de Dara sobre el monte Zapaortenon, y poco tiempo después añadió á su conquista todo el reino de Hircania. Amenazado por Seleuco y Diodoto, rey de Bactria, prepara un grande ejército para hacerles frente (**234**). Pero la muerte de Diodoto, acaecida poco después, le libró de este temor, é hizo un tratado de paz con Teodoto ó Diodoto II, hijo del primero.

233. Habiéndose puesto Seleuco en persecucion de los rebeldes, sale Arsaces á su encuentro y le derrota.

---

(1) Esta batalla se dió once dias después del eclipse de luna de 20 de setiembre del año 331 antes de Jesucristo, y por consiguiente el 1.º de octubre. Así parece deducirse de lo que dice Plutarco de esta batalla (V. Petavio, de Doctr. temp., l. x. c. 36).

(2) Estracto de los Arsácidas del abate Longuerue.

Las cifras puestas entre paréntesis en el transcurso de este relato indican los años anteriores á Jesucristo.

No es mas afortunado Seleuco en una expedicion que emprende contra la Media. Derrotado otra vez por Arsaces, y hecho su prisionero no encuentra mas recurso que la generosidad de su vencedor que le hace tratar honrosamente en su cautiverio. Los partos han considerado el dia de este suceso como el de su libertad.

217. Muere Arsaces II despues de un reinado de 37 años. Artabano, su hijo, le sucede, y toma el nombre de Arsaces III. Queriendo Antíoco el Grande, rey de Siria, apoderarse de la Partia y de la Media, Arsaces le contiene, sin desalentarse por los cien mil infantes y veinte mil caballos de que se componia el ejército. Intimidado en vista de su continente, Antíoco firma con él un tratado de alianza y se retira. Por el cuidado que pone Arsaces en mantenerse en paz con los príncipes vecinos, logra gobernar tranquilamente sus estados, haciéndose amar de sus súbditos. No se sabe á punto fijo el año de su muerte.

Piriapatius ó Pompatius, fué el sucesor de Arsaces III. Ignórase cuándo empezó y cuándo terminó su reinado. En su tiempo fué cuando los griegos de la Bactria dieron á conocer de tal modo su valor, que, segun dicen, sometieron mas naciones que Alejandro en la alta Asia. Gobernó sus estados con tal moderacion, que mereció su reconocimiento. Despues de su muerte, se disputaron sus cenizas, que repartieron entre sí. Fraates, el mayor de los hijos de Priapatius, fué su sucesor. Tuvo que combatir con los mardos, nacion valerosa de la que triunfó. Pero una muerte prematura abrevió sus dias. Aunque dejó muchos hijos, nombró por su sucesor á su hermano Mitridates, en consideracion á su grande valor; murió en el tiempo en que Antíoco Epífanes reinaba en Siria. Fraates vivia aun en el tiempo en que Demetrio, rey de los bactrianos, terminó su expedicion á la India. Él mismo fué el que lo consignó en los comentarios en que le ayudó Menandro.

164. Mitridates I, después de la muerte de su hermano, tomó en sus manos las riendas del gobierno de los partos. Por su prudencia y su valor, llevó los negocios de su nacion al mas alto grado de prosperidad. En su tiempo, Eucrátide, rey de Bactria, sostuvo grandes guerras con Demetrio, rey de las Indias, á quien derrotó trescientos mil hombres, con solos sesenta mil que tenia. Para perpetuar el recuerdo de esta victoria, fundó ó reparó la ciudad de Eucratidia. Llevó en seguida sus armas victoriosas á las partes mas remotas de la India, que cayeron en su poder. Tenia un hijo de su mismo nombre que llevó la maldad hasta el punto de asesinarle. Mitridates, por su parte, habiendo marchado al frente de los partos contra los medos, experimentó muchos reveses, al fin de los cuales, quedando victorioso en una batalla decisiva, dió el gobierno de la Media á Bacasis. Durante la expedicion de Mitridates á aquel país, la Hircania aprovechó su ausencia para sacudir el yugo que le habia impuesto. Después de hacerla entrar en su deber, volvió sus armas contra los elimeenses, cuyo país unió á sus estados. Tan lejos llevó sus conquistas que llegó hasta el golfo pérsico.

141. Demetrio Nicator, rey de Siria, dejando á Trifon en posesion de la mayor parte de sus estados, tomó el partido de hacer la guerra á los partos. Su llegada á este país regocijó á los pueblos del oriente, que sufrian con impaciencia el yugo de los arsácidas. Los persas y los elimeenses, uniéndose á él, le dieron en varios combates la victoria sobre los partos. Pero al fin, engañado con falsas promesas de paz, perdió su ejército, cayendo él en manos del enemigo, que le hizo pasear por todas las ciudades, para exponerle á la risa del público. Todos los que le habian abandonado, tuvieron que someterse otra vez al yugo. Sin embargo, el monarca asirio trató después á su prisionero con humanidad, y habiéndole desterrado á Hircania, nó solo le puso en estado de gastar como á rey, sino que le dió por esposa á su propia hija, con promesa de restablecerle en el reino de Siria, que habia invadido Trifon durante su ausencia.

139. Llegado á una dichosa ancianidad, el rey Mitridates terminó gloriosamente sus dias, y tuvo por sucesor á Fraates, su hijo. Noticioso de su muerte, trabaja Demetrio en evadirse, con intento de volver á su reino. Callemandro, su amigo, fué quien le sugirió esta idea, y le ayudó á ejecutarla. Pero Fraates, habiéndose puesto en su persecucion, los alcanzó y los llevó consigo. Callemandro, nó solo obtuvo su perdon sino tambien una recompensa de su fidelidad. En cuanto á Demetrio, después de ser castigado duramente, fué remitido á su mujer Hircania, y guardado con mas cuidado que antes. Una medalla, citada por Vaillant, indica que Demetrio tenia aun partidarios en Siria.

Mas adelante, Demetrio, viéndose con hijos nacidos de la hija de Mitridates, prepara una nueva evasion con el amigo que le habia secundado en la primera. Preso en la frontera fué enviado al rey de los partos, quien por irrision le hace dar un chupador, echándole en cara su lijereza pueril, y envíale otra vez á Hircania en donde le guarden con mas cuidado Pero la clemencia que para con él usaba el rey de los partos, no era tanto por compasion, como debida al deseo que tenia de obtener por su medio la corona de Siria, segun se lo permitiesen las conjeturas.

130. Instruido Antíoco Sidetes de los preparativos que contra la Siria hacian los partos, se pone en marcha con un poderoso ejército. Á su llegada muchos reyes del oriente, persas, bactrios y elimeenses, acuden á engrosar sus filas, detestando el orgullo de los partos. Pronto llegan á las manos; Antíoco, vencedor en tres batallas, habiéndose apoderado de Babilonia, empieza á tomar el título de gran rey. Entónces, declarándose todos los pueblos á porfía por su partido, no queda á los partos mas que el pequeño estado en donde tuvo principio su reino.

129. Viendo Fraates que con la fuerza no podia contener á Antíoco, acudió á la astucia y á las asechanzas. El gran número de las tropas sirias habia obligado á Antíoco á repartir su ejército en varios cuarteles de invierno, lo que fué causa de su pérdida, porque las ciudades en donde se hallaban, viéndose gobernadas por esta multitud insolente, cayeron sobre ella de concierto y se unieron á los partos. Vuela Antíoco al socorro de los cuarteles que tiene mas inmediatos. Fraates, instruido de este suceso, empieza á arrepentirse de haber dejado escapar á Demetrio: pero las gentes que habia enviado para que le detuviesen, no habiendo podido alcanzarle, se volvieron con el despecho y vergüenza de haber fracasado en su intento.

128. Fraates, para vengarse de la irrupcion que Antíoco habia hecho en la parte de la Siria que habia ocupado, forma el proyecto de volver á ella. Pero habiendo los escitas, que llamara á fuerza de dinero, llegado muy tarde, los trató con desvío, sin tener en cuenta la larga marcha que habian hecho. Al volverse se echan sobre las fronteras de la Partia y las devastan. Para rechazarlos, lleva Fraates consigo el ejército griego, hecho prisionero en la guerra contra Antíoco, y á quien habia tratado cruelmente. Mas los griegos viendo que declinaban los negocios de los par-



MITRIDATES EL GRANDE.

tos, volvieron contra ellos sus armas, satisfaciendo su venganza largo tiempo diferida, con el degüello del ejército de los partos y de su rey, al cual dieron por sucesor á Artabano, su hermano, tio de Mitridates. Los escitas después de esta expedicion se volvieron cargados de despojos á su país.

Mientras tenian lugar estos acontecimientos, Himero ó Enemero, queriendo afectar la dignidad real, ejerció la tiranía sobre la mayor parte del reino de los partos, y sobrepujando á todos los demás en crueldad no descuidó ningun género de vejacion para incomodar á los sirios.

125. Habiendo Artabano II llevado la guerra al país de los tochares, que habian quitado la Bactriana á los griegos, recibió una herida en el brazo, de cuyas resultas murió poco tiempo después. Fué reemplazado por su hijo Mitridates II, á quien sus hazañas dieron el dictado de Grande.

95. Después de la muerte de Tigranes el Viejo, su hijo Tigranes II, que pretendia sucederle, fué al principio desechado por la razon de que habia estado en rehenes entre los partos; pero una parte de estos tomó su defensa y le restableció á fuerza de armas.

92. El seleucida Antíoco Eusebio, vencido de nuevo y puesto en fuga por sus primos Filipo y Demetrio Euchero, refugíase en la corte de Mitridates y es conducido á su país por el ejército de los partos que le pone en posesion de Antioquía y de parte de la Siria. El mismo año, en tanto que Sila, pretor romano, arreglaba los asuntos de los partos en las márgenes del Éufrates, Orobaso, lugar-teniente de Mitridates el Grande, llega á proponerle una alianza entre los romanos y los partos, lo que se le concede. Pero habiendo Orobaso en la conferencia tenida con este objeto cedido el lugar del medio á Sila, indignó con ello al rey de los partos que le condenó al último suplicio.

90. Muerte de Mitridates el Grande. Las guerras civiles, que se suscitaron luego entre los partos, debilitaron considerablemente su imperio, prevaliéndose los armenios de su decadencia, para darles con éxito diferentes acometidas. Tigranes, creciendo constantemente en fuerzas, recobró setenta valles que habia cedido á Mitridrates.

89. El año siguiente, somete la Media, la Gordiana y la Mesopotamia. Dos años después, pasando el Éufrates, se apodera de la Fenicia y de la Siria. La Mesopotamia, á la que habia dejado casi desierta, llamó principalmente su atencion, trabajando para repoblarla, y trasladando á ella los griegos que habitaban la Capadocia, y los árabes escenitas.

77. Sinatrock empieza á reinar sobre los partos á la edad de ochenta años, siendo de siete su reinado. Después de su muerte Fraates, llamado «el Dios» asciende al trono; en este mismo año, Tigranes abandona la Siria, después de haberla poseido por espacio de diez y ocho años.

69. Tigranes, y Mitridates rey del Ponto, son derrotados por Lúculo. Se presentan al general embajadores del rey de los partos solicitando la amistad y alianza de los romanos, la que admite con la mayor satisfaccion. Mitridates, acomodándose con Tigranes, le inspira tal confianza, que se entrega enteramente á él. El mismo Tigranes, por medio de una embajada enviada á Fraates, le abandona la Mesopotamia con la Adiabena, y los grandes valles, esto es, los setenta de que se ha hablado. Habiendo recibido en persona una diputacion de Lúculo, trata de engañarlos, declarándose amigo de los romanos, al mismo tiempo que hace iguales protestas al rey de Armenia. Lúculo, sin hacer ningun caso de los esfuerzos de Tigranes para seducirle, se pone en marcha contra él en medio del verano, y le derrota junto con tres reyes, sus confederados.

68. Apodérase Lúculo de Nísibe, y al año siguiente es reemplazado por Pompeyo. El nuevo general al prepararse para una nueva expedicion contra Mitridates, es despreciado por este príncipe, que fiaba en un tratado de alianza que habia hecho con Fraates. Pero luego, desengañado de la inútilidad de sus esfuerzos para quitar la Armenia á Tigranes, envia á pedir la paz á Pompeyo, quien se la rehusa.

Tigranes el jóven, entretanto, unido con los principales oficiales de su padre, se habia salvado junto á Fraates, uniéndose con él para sitiar á Artajata.

Observando Fraates que esta operacion tenia traza de prolongarse, deja á Tigranes el jóven una parte de sus tropas y se vuelve á su país. Viendo Tigranes, el padre, debilitado á su hijo con esta retirada, le presenta una batalla en la que queda vencedor, obligándole á buscar un refugio al lado de su abuelo Mitridates, rey del Ponto. Por este mismo tiempo, entrando Pompeyo en Armenia, pone en fuga á Mitridates, lo que obliga á Tigranes el jóven á declararse por los romanos. Asustado con esto el padre, hace partir un heraldo que vaya á ofrecer á Pompeyo la ciudad de Artajata, acudiendo él en seguida á renovar su sumision. Poco tiempo después, asegurándose el general romano de la persona del jóven Tigranes, le carga de cadenas reservándole para el dia de su triunfo.

65. Dejando Pompeyo á Afranio la defensa de la Armenia, se dirige hácia las naciones que habitan junto al monte Cáucaso.

61. Fraates, llamado el Dios por haber vuelto al reino de Partia su antiguo explendor, muere á manos de sus propios hijos. Sucédele el mayor de ellos, llamado Mitridates.

Hácia el mismo tiempo muere Tigranes, el antiguo rey de Armenia, á la edad de ochenta y cinco años. Sucédele Artaxías ó Artavasde.

57. Mitridates, rey de los partos, es depuesto por los suyos, á causa de su crueldad; reemplázale Orodes, señor principal. Después de reducir Pompeyo la Siria á provincia romana, hace el senado partir á Gabinio para gobernarla con título de procónsul. Mitridates, echado por Herodes, va á encontrarle para exhortarle á que vuelva contra los partos el ejército que dirigia contra los árabes.

56. Gabinio, conduciendo sus armas contra los partos, y pronto á atravesar el Éufrates, cambia de repente de intento, y se determina á reponer al rey Tolomeo en Egipto; favor que obtuvo este á fuerza de presentes. Dejando pues á un lado la guerra de los partos, pasa á Egipto y restablece sobre el trono de sus antepasados á Tolomeo, onceno de este nombre en Egipto.

55. De vuelta de Egipto por la primavera, sabe Gabinio que ha sido condenado á destierro por el senado. Entónces da libertad á Mitridates, rey de los partos y á Orsano, que retenia en su poder como prisioneros, haciendo esparcir el rumor de que se habian escapado contra su voluntad. Habiendo pasado Mitridates junto á los árabes establecidos por Tigranes en Mesopotamia, recobra el reino con sus socorros.

54. Surena llama á Orodes á la Partia, de donde habia sido echado el año precedente, reduce á su poder la gran Seleucia, afecta á Mitridates, y rechaza el enemigo á gran distancia.

53. Muerto Mitridates por el mes de enero, su fallecimiento pone fin á las guerras civiles de los par-

tos. Orodes vuelve entónces sus armas contra los romanos, y les presenta una batalla en la cual mueren el general Craso, y su hijo, cuyo ejército queda enteramente destrozado.

52. Invasion de los partos en Siria, de donde son echados por el cuestor Casio. Estos bárbaros, bajo el mando de Orsaces, persona de gran valía entre ellos, sitian á Antioquía, siendo derrotados tres veces por Casio, que los persigue hasta mas allá del Éufrates (51 antes de J. C.).

50. Nueva invasion de los partos en Siria, en donde tienen por largo tiempo sitiado á Bíbulo, que al fin les obliga á retirarse.

Ciceron, pro-cónsul entónces de la Cilicia, pone en fuga á los partos y los rechaza hasta mas allá del Éufrates.

Suscítase la guerra civil entre César y Pompeyo. Los partos se declaran por el segundo, porque se habian unido con él en la guerra de Mitridates, y á causa de la muerte de Craso, cuyo hijo sabian que seguia el partido de César.

47. Después de haber obligado á Farnaces á huir, se dispone César á atacar á los partos, pero nuevas turbulencias suscitadas en Roma le obligan á volver á ella.

42. Socorren los partos á Casio y Bruto, contra César Octavio y M. Antonio, pero los dos primeros perecen en el mismo año.

40. Pacoro, hijo de Orodes, rey de los partos, coligado con Labieno, desterrado de Roma, presenta una batalla á Decidio, gobernador de Siria, sobre el cual alcanza una victoria tan completa, que se da la muerte temeroso de caer entre sus manos. Los partos conquistan la Siria y la Cilicia, hasta las fronteras de Egipto.

39. En la Siria Cyrréstica, cayendo Ventidio sobre el ejército de Pacoro, que habia pasado el Éufrates, le derrota completamente, pereciendo su general con las armas en la mano.

37. Orodes, rey de los partos, abrumado por el peso de los años, y por el sentimiento causado por la muerte de Pacoro, su hijo, cede, viviendo aun, el trono á Fraates, su hijo primogénito. Este, en reconocimiento, hace dar muerte á su padre, y á veinte y nueve de sus hermanos. Expió Orodes con la pena del talion, el parricidio con que se habia manchado.

36. El triunviro M. Antonio fracasa en una expedicion contra los partos, mandada por Moneses, segun Horacio (I, III, od, 6), era la segunda derrota que le habia hecho experimentar este general.

34. Habiéndose apoderado Antonio, con engaño, de la persona de Artavasde, rey de Armenia, le conduce prisionero á Alejandría, y tres años después, crea rey de Armenia y de Media á Alejandro, su hijo, que habia tenido con la reina Cleopatra, haciéndole llamar rey de reyes.

31. En tanto que Antonio y César se hacen la guerra, el hijo de Artavasde recobra, auxiliado de los partos, el reino de su padre. Pero al año siguiente César, dueño del Egipto, por muerte de Antonio y Cleopatra, termina las contiendas entre romanos y partos. Entretanto Tiridates, despues de una gran victoria alcanzada sobre Fraates, se encontraba retirado en Siria. La prosperidad, haciendo insolente á Fraates, indujo á sus súbditos á rebelarse, colocando en su lugar á Tiridates, á quien habian llamado de Siria. Fraates recurre á los escitas que la reponen en el trono. Tiridates, arrojado de él, va á encontrar á César, que se hallaba en España, y le presenta en rehenes al hijo de Fraates, á quien habia sorprendido por el descuido de los encargados de su custodia (23). César conduce al jóven príncipe á Roma y pasado algun tiempo le remite á su padre sin pedir rescate alguno. Pero tambien permite á Tiridates que permanezca en Roma en donde provee suntuosamente á sus necesidades. Fraates habia ofrecido volver las enseñas tomadas á Antonio y Craso, pero faltó á su palabra.

20. Muerto Artaxías, rey de Armenia, por sus mas allegados, Tiberio, que después fué emperador, hace marchar por órden de Augusto á Tigranes, hermano segundo de Artaxías, á tomar posesion de la Armenia con el título de rey. El reinado de Tigranes en este país, fué de muy corta duracion. Habiéndole depuesto Augusto, le dió por sucesor á un hijo de Artaxías.

Llegado Fraates para hablar con Ticio, gobernador de Siria, le da en rehenes á cuatro hijos suyos legítimos, Seraspade, Rodaspe, Fraates y Vonone.

3. La Armenia, incitada por Fraates, no se separa de la obediencia de los romanos, y arroja á su rey Artavasde, sustituyéndole Tigranes, por autoridad de los partos, hijo del rey de este nombre.

2. Cayo, encargado de la guerra de Partia y de Armenia, la empieza con buen éxito. Descúbrele el rey de los partos la perfidia de Lollio, su lugar-teniente, y depone á este oficial, quien poco tiempo después se da la muerte con veneno.

2 (después de J. C.) Cayo, después de apoderarse del castillo de Artajera, muere de resultas de una herida que habia recibido delante de esta plaza.

13. Muere Fraates á manos de Termusa, su concubina, y de su hijo Fraataces, con el cual le habian acusado de tener comercio. Los príncipes partos le dan por sucesor á Orodes, que por su crueldad se atrae luego el odio de sus súbditos, que le asesinan.

14. Llegan embajadores partos al emperador Augusto para pedirle que les dé por rey á uno de los hijos de Fraates, que tenia en rehenes; el príncipe les envia á Vonone, á quien arrojan al año siguiente, haciendo venir á Artabano para reemplazarle. Este, nacido de la sangre de los Arsácidas, es derrotado en un primer combate, pero rehaciéndose de este revés, logra afirmarse en el trono, del que goza luego sin oposicion.

16. Vienen á Roma embajadores de Vonone para solicitar el reino de Armenia, que le es negado. Sin embargo, Vonone trabaja para apoderarse de él; pero asustado por las amenazas de Artabano, abandona el país y se retira á Siria.

Gozoso Tiberio de ver reinar las turbulencias en oriente, aprovecha la ocasion para enviar á estas provincias á Germánico, cuyo mérito le hacia sombra. Durante este tiempo, Artabano hacia colocar en el trono de Armenia á Orodes (18 después de J. C.). Pero, dos años después, este es arrojado por Germánico, que crea rey en la ciudad de Artajata á Zenon, hijo de Polemon, á quien los armenios llamaron Artaxías. Germánico, á solicitud de Artabano que con este objeto le envia una diputacion, consiente en renovar la alianza entre los romanos y los partos; pero al mismo tiempo, á despecho de Pison, destierra á Vonone á Pompeyópolis, siendo preso y muerto dos años después al quererse escapar de ella.

De esta suerte el imperio romano extendia por todo el orbe entónces conocido su civilizadora influencia: y la Partia, la antigua y temible Partia, se veia estrechada entre los brazos del coloso cuyo poder avasallaba la tierra. Una alianza con Roma significaba que otra nacion acababa de embeberse en la romana.

CRONOLOGÍA

DE LA ARMENIA.

REYES DE LA GRANDE ARMENIA. Siendo fabuloso ó lo menos muy incierto todo cuanto se dice de los antiguos reyes de Armenia, solo hablaremos de los que de su propia nacion se dieron los armenios, libres ya del dominio de los persas, medos, macedonios, sirios, y todo otro yugo extraño. Este acontecimiento no tuvo lugar hasta el fin del reinado de Antíoco el Grande, en cuyo tiempo dos gobernadores de la Armenia, reunidas sus fuerzas, se apoderaron del país confiado á su custodia: y después de haberle unido algunas provincias vecinas, formaron de él dos reinos, á saber; el de la grande y el de la pequeña Armenia. Artaxías, uno de estos gobernadores, reservó la primera para sí, quedando la segunda para Zadriade, que era el otro gobernador. No se descuidó el rey de Siria en enviar contra ellos un poderoso ejército; pero no le fué posible apoderarse ni de una sola provincia de las que habian usurpado. Después de muchas é inútiles tentativas, Seleuco hizo la paz con ellos, con intento de atacarlos cuando hubiese arreglado los negocios interiores de sus estados que se hallaban en sumo desórden desde la muerte de su padre Antíoco el Grande.

Los límites de la grande Armenia quedaron por entónces determinados al sur por el monte Tauro, que la separaba de la Mesopotamia; al oriente por las dos Medias, esto es la grande, y la conocida por el nombre de Atropatia; al norte por la Iberia y la Albania, ó mas bien por aquella parte del Cáucaso que rodea una y otra; y por último, al occidente por la pequeña Armenia ó los montes Paryades, y por el Eufrates. Los usurpadores habian quitado á los medos las provincias de Caspiana, de Faunítides y de Basorópide; á los iberos, Chorzena y Gogarena al otro lado del Cirus; á los chalibes y massynesienes Pareneta y Ejercena en las fronteras de la pequeña Armenia. En el reparto que hicieron entre sí los dos conquistadores, lo que habian tomado á los medos y á los iberos correspondió á la grande Armenia, y lo restante á la pequeña.

ARTAXÍAS I Ó ARTAXE, hecho rey de la Armenia, del modo como queda dicho, forma alianza con los romanos (177), asegurándose de este modo él y sus descendientes el país que habia usurpado ó conquistado. Permaneció pacífico posesor del reino que se habia creado y edificó dos ciudades importantes, Artaxiata sobre el Araxes, y Arxata en la frontera de Media.

ARTAXÍAS II, el mismo de quien habla Apiano, puede muy bien ser hijo del precedente, pero no gozó tan tranquilamente como él de la corona de Armenia. Antíoco Epífanes al tiempo de su expedicion á la alta Asia (163) trata de reunir la Armenia á la Siria, de la que habia sido desmembrada. Presenta á Artaxías una batalla en la que los armenios son hechos pedazos, y su rey cae prisionero y es cargado de cadenas. Implora la proteccion y socorros del rey de Capadocia. Este no quiere ó no puede dárselos; pero rehusa con horror el ser cómplice en la muerte de Mithrobusano, uno de los hijos del rey de la pequeña Armenia. Parece que desde esta época la grande Armenia quedó reducida á provincia siria, en cuyo estado permaneció hasta el fin del reinado de Antíoco Sidetes, muerto en un combate con los partos. Apoderáronse entónces los vencedores de la Armenia, y enviaron á ella una colonia, de la que formaron luego un reino aparte, dándole á Valarsaces, hermano del rey de los partos. La época en que empezaron el nuevo reino y el nuevo reinado, debe fijarse en la primavera y á diez de mayo del año (128), segun Moises de Korena, porque empezaba entónces el año variable de los armenios.

TIGRANES I (1) Ó VALARSACES pertenecia, como acabamos de decir, á la familia de los Arsácidas, siendo error de Estrabon hacerle descender de Artaxías. El primer cuidado del nuevo rey fué arreglar la forma de gobierno en un país en que los hombres eran aun casi salvajes. Dividióle en varios departamentos, estableció magistrados en los burgos y en el campo, y formó algunos cuerpos de milicia, cuyas categorías y servicio determinó.

Después de la muerte de su hermano, hizo este príncipe la guerra á los partos. No se sabe en qué ocasion alcanzaron estos grandes ventajas sobre él, y sin embargo le concedieron la paz; pero le exigieron, que les enviase por rehenes á Tigranes, su hijo mayor.

95. TIGRANES II, denominado el GRANDE, hijo de Tigranes I, permaneció en rehenes entre los partos durante toda la vida de su padre. Á la muerte de este los partos le dieron libertad y le colocaron en el trono de Armenia con la condicion que debia entregarles por vía de rescate setenta valles que eran muy de su agrado. Para indemnizarse se echa Tigranes sobre la pequeña Armenia, mata á su rey, y quedando de este modo dueño de toda la Armenia somete con las armas muchos países vecinos, y se forma un reino muy poderoso. Sintiéndose entónces bastante fuerte para no temer á los partos (90), se apodera de los valles de Armenia que por su rescate les habia entregado, saquea todo cuanto poseian en los alrededores de Ninus y de Arbela, somete á los atropatenienses y á los gordianos (89), con cuyos socorros se apodera de la Mesopotamia, y toma tambien á los partos todo cuanto poseian en el Asia.

Deseando Mitridates el Grande, rey del Ponto, la alianza de Tigranes, le da en matrimonio su hija Cleopatra, y le induce á entrar en sus miras contra los romanos. Uno de los artículos de este tratado fué, que quedarian para Mitridates el país y las ciudades que conquistasen, siendo para Tigranes los cautivos y el botin. En virtud de este tratado, ordena Tigranes á dos de sus generales Mitridates y Bagoas, que ataquen la Capadocia. Ariobárzanes (88), destinado á ser víctima de la ambicion de sus vecinos, huye á Roma abandonando sus estados. Dueño Tigranes de aquel reino, recoge un inmenso botin; pero cede el país á Ariarates, hijo de Mitridates, proclamándole rey. Con todo puebla la parte de la Mesopotamia, confinante con la Armenia, de los griegos que sacara de la Cilicia y de la Capadocia, y de árabes escelenitas.

83. Fatigados los sirios de las continuas guerras que se hacian los seleucidas para apoderarse de la soberanía, resolvieron tener un rey extranjero. Recayó su eleccion en Tigranes, que probablemente vivia entónces en paz con los romanos, puesto que la razon por la cual no eligieron á Mitridates, rey del Ponto, fue por estar en guerra con la república. Tigranes ciñó por espacio de diez y ocho años la corona de Siria (V. Cron. hist. de Siria). Aprovechándose de su poder, y á solicitud de su suegro, invade otra vez la Capadocia, llevándose, á mas de un inmenso botin, trescientos

(1) Tigranes es voz genérica de dignidad, y equivale á rey absoluto. Creen algunos que de ella deriva la palabra tirano.

mil prisioneros, de los cuales se sirvió para edificar y poblar un soberbia ciudad, que fundó en el mismo lugar en donde habia recibido la corona de Armenia, y que de su propio nombre llamó, Tigranocerta, hácia el año 78.

71. Algunos años después, envia Tigranes socorros á Mitridates, quien á pesar de tan poderoso refuerzo, se ve obligado á emprender la fuga delante de Lúculo. El rey del Ponto se retira junto á su yerno, quien atiende decentemente á sus necesidades, pero le trata friamente, hasta el punto de negarse á verle por espacio de veinte meses.

Marcha el rey de Armenia contra los partos con un numeroso ejército, para afirmar sus primeras conquistas á las que añade la fértil provincia de Mygdonia, con la grande y fuerte ciudad de Nísibe. De Mesopotamia (70) pasa á Siria para apaciguar la revuelta incitada por Cleopatra Selena, viuda de Antíoco Eusebio. La parte del reino que aun poseia esta princesa, recibió el yugo de Tigranes; la misma reina, hecha prisionera, es encerrada en el castillo de Seleucia, y muerta, poco tiempo después, por órden de Tigranes. Este pasa de Siria á Fenicia, que somete con su sola presencia. Allí recibe los homenajes de casi todos los príncipes del Asia, que no eran aliados de los romanos, y hasta de Alejandra, reina de los judíos, y viuda de Alejandro Janneo.

70. Engreido con tanta prosperidad, lleva Tigranes la vanagloria hasta la fatuidad. Á Clodio, enviado por Lúculo, le niega el poner á su suegro Mitridates en manos de la república. Aun hace mas, ordena la muerte de Zarbiene rey de los gordianos, junto con la de su mujer é hijos, porque se habia aliado con la república. Por último Tigranes entrega toda su confianza á su suegro al que envia al Ponto con diez mil caballos para distraer á los romanos. Lúculo pasa á aquel país, reduce á su obediencia la fuerte plaza de Sínope (69), deja en el Ponto con seis mil hombres á su lugarteniente Sornatio, y se adelanta hácia la Armenia con solas dos legiones y tres mil caballos. Emprende su marcha por la Capadocia, en donde Ariobárzanes, á quien hacia poco que habia restablecido en el trono, proveyóle abundantemente de todo cuanto podia necesitar el ejército. Llegado á las márgenes del Éufrates, le atraviesa en el corazon del invierno, y en seguida el Tigris. Allí reparte su ejército en varias divisiones, una de las cuales marcha á sitiar una gran ciudad en donde Tigranes tenia sus concubinas y una gran parte de sus tesoros; y otra se dirige, bajo las órdenes de Sextilio á bloquear á Tigranocerta. Después de haber hecho morir al primero que le dió la noticia de la llegada de los romanos, se retira Tigranes al monte Tauro, en donde hace reunir todas sus tropas. Persíguele Murena, por órden de Lúculo, y encontrando á los armenios en un desfiladero, los pone en fuga, se apodera de los bagajes del rey, y hace un gran número de prisioneros. Tigranes se habia salvado desde el principio de la accion. No es menos afortunado Sextilio que Murena contra un numeroso cuerpo de árabes que acudia á reunirse al rey de Armenia, pero no puede contener á los gordianos, medos, adiabenienses, albaneses é iberos. Lúculo toma el partido de juntarse con Sextilio y acampar frente de Tigranocerta para estrechar mas su sitio. El ejército enemigo se componia de veinte mil arqueros ú honderos, cincuenta y cinco mil caballos, de las cuales diez y siete mil iban cubiertos de hierro, ciento cincuenta mil infantes y treinta mil gastadores. Lúculo, dejando frente de la plaza á Murena con seis mil hombres, marcha contra Tigranes con solos diez mil infantes y mil caballos. El rey de Armenia se sonrie y desprecia un ejército que no llegaba á la vigésima parte del suyo. Sin embargo, el pequeño ejército pasa el rio, y se avanza hácia el enemigo la víspera de las nonas ó 6 de octubre. El ala derecha de los armenios se repliega la primera, rompen los romanos el centro, y pronto es general la derrota, y solo la noche pone fin á la carnicería. Cien mil infantes del ejército de Tigranes mueren en la accion, salvándose solo algunos pocos caballos; en cuanto á los romanos su pérdida consiste en cinco muertos y cien heridos. El mismo rey, hasta entónces tan vano y tan pomposo en las palabras, se retira de los primeros con ciento cincuenta caballos á una de sus fortalezas, en donde, encontrando á un hijo suyo, se quita la diadema, se la entrega, y con lágrimas en los ojos le exhorta á salvarse por otro camino del modo que le sea posible. Después de esta victoria da Lúculo el asalto, y se apodera de la ciudad con todos los tesoros del rey y tanta cantidad de víveres, que pudo continuar la guerra sin costar nada á los romanos.

68. Tigranes y Mitridates se dedican sin descanso á levantar nuevas tropas. Forman al principio de este año un cuerpo de setenta mil hombres escogidos, bien ejercitados por los cuidados del rey del Ponto en la táctica de los romanos. Á mediados del verano los dos reyes se ponen en campaña en las llanuras del otro lado del monte Tauro. Lúculo coloca su campo delante del del enemigo; pero no puede atraerle á una accion general, pasándose el tiempo en escaramuzas. El general romano conduce su ejército hácia Artájata, antigua capital de la Persia, en donde se encontraban los tesoros que quedaban al rey, sus mujeres y sus hijos. Tigranes se le adelanta, y se coloca detrás del rio de Arsania. Lúculo le pasa á pesar de los esfuerzos del enemigo, y acomete tan bruscamente la caballería mardiense é ibérica, en la que Tigranes fundaba su principal esperanza, que la pone en fuga, y pronto todo el resto del ejército imita su ejemplo. Persiguen los romanos á los fugitivos, hacen prisioneros á los principales oficiales, y vuelven al dia siguiente cargados de despojos delante de Artajata. Temeroso Mitridates de caer en manos de Lúculo, fué de los primeros en emprender la fuga, y su yerno no tardó en imitar su ejemplo. Con todo, continuando el gobernador de Artajata en defenderse á pesar de las promesas y de las amenazas, se ve Lúculo obligado á retirarse, y á ceder al alboroto de los soldados á quienes una gran cantidad de nieve caida ya á principios del equinoccio de otoño, hacia el país insoportable. Los deja en cuarteles de invierno, y toma el camino de Mygdonia, país cálido y muy fértil, con algunas legiones que le siguen voluntariamente. Pone sitio á Nísibe, plaza fuerte, defendida por un cuerpo numeroso de tropas escogidas, mandadas por Guras, hermano de Tigranes y Callimaco, hábil guerrero. Dura el sitio algunos meses, al fin de los cuales Guras capitula, y es muy bien tratado por el general romano; pero carga de cadenas á Callimaco por haber incendiado hacia algun tiempo la ciudad de Amisa, que defendia contra las tropas de la república.

67. Llegada la primavera, dispónese Lúculo á entrar de nuevo en campaña. Pero creyendo sus legiones que hacia la guerra tan solo para su propio provecho, se niegan á obedecerle. Roma envia á Pompeyo á reemplazarle. Entretanto Tigranes y Mitridates habian invadido la Capadocia y recobrado toda la Armenia y gran parte del reino del Ponto. Pero tomando el hijo de Tigranes las armas contra su padre, á instigacion de su suegro Fraates, rey de los partos, obli-

gó al rey de Armenia á dividir sus fuerzas, y á renunciar á todas las ventajas que podia esperar en el Ponto. Padre é hijo se dan por fin una batalla en la que es derrotado el segundo y se refugia en la Partia, en donde se le unen algunos armenios mal contentos. Entra en la Armenia con un poderoso ejército Fraates, rey de los partos, y pone sitio á Artajata. Tigranes el padre se retira. Fraates deja el mando del sitio á su yerno. Sabiendo el padre la marcha de Fraates, sale de su retiro, ataca de improviso á los sitiadores, los dispersa y entra triunfante en su antigua capital. No encontrando otro recurso, toma el jóven príncipe el partido de entregarse á los romanos (66). Pompeyo le recibe honrosamente, y se hace guiar por él á Artajata. Conociendo Tigranes, el padre, que no se halla en estado de resistir á Pompeyo, se decide á recurrir á la clemencia del general romano, á quien remite los embajadores de su suegro y su propia persona, con bajezas indignas de un rey. Pompeyo le condena á pagar seis mil talentos á los romanos, y ordena que Tigranes reinará solo en la grande Armenia, y que Deyotaro tendrá la pequeña, quedando para Tigranes, hijo, la Gordiena y la Sofena, á excepcion de los tesoros que se encuentran en esta última. Descontento de esta division Tigranes, el jóven, trata primero de salvarse y de impedir en seguida el envio de los tesoros de la Sofena á su padre. Noticioso de estos manejos, hace Pompeyo cargar de cadenas al rebelde, quien incita á su suegro Fraates á hacer la guerra á los romanos, y trama una conspiracion contra la vida de su propio padre. El general romano hace conducir á Roma á Tigranes, hijo, en donde permanece custodiado en casa de un senador, hasta que Clodio, nombrado tribuno del pueblo, le pone en libertad á despecho de Pompeyo y del senado. Contento con su suerte Tigranes el padre, cumplió las condiciones que le habian impuesto, haciendo además grandes donativos á Pompeyo, á los oficiales y á los soldados romanos, lo que le valió el título de amigo y confederado de la república.

64. Fraates II, rey de los partos, declara la guerra á Tigranes, que recibe tarde los socorros de los romanos; vencido en una batalla, hubiera sido seguramente arrojado de su reino, si Pompeyo no hubiese terminado las diferencias de los dos reyes. Desde esta época, Tigranes se condujo como amigo de los romanos hasta el punto de negar un refugio á Mitridates, después de haber sido completamente derrotado por Pompeyo, y de ofrecer cien talentos por la cabeza de su suegro.

61. Murió en paz, este año, cuando contaba cerca de ochenta y cinco de edad, dejando de su primera esposa Cleopatra dos hijos, á saber: Tigranes, que verosímilmente es el mismo á quien algunos historiadores llaman Zariastre, y otro Tigranes, muerto poco después de su regreso de Roma, por órden de su propio padre, por haber en una peligrosa caída que este tuvo yendo á caza, recogido su corona, atreviéndose á ceñírsela. El rey de Armenia habia tenido además en su segunda esposa, llamada Zozina, dos hijas, casadas, una con Mitridates el medo, y la otra con Pacoro, hijo de Orodes, rey de los partos, y un hijo llamado Artuasdo, que le sucedió y es conocido con los nombres de Artuasdo ó Artabaces, Artabano, Ortoade, Artoasde, ó Ortoad segun que los griegos ó latinos han corrompido mas ó menos este nombre.

37. Artuasdo, aunque el menor de los hijos de Tigranes, le sucedió. Tigranes, el primogénito, perdió la vida, como se ha dicho, luego de recobrar su libertad. Este Artuasdo fué el que aconsejó á M. Antonio, en marcha contra los partos, que invadiese la Media; pero habiéndose reconciliado con Artuasdo, rey de aquel país, hizo pasar por tan malos caminos el ejército romano, al que se habia encargado de servir de guia, que llegó rendido de fatiga á la provincia de Atropatena. Un destacamento del ejército, mandado por Statien, fué hecho trizas, quedando prisionero Tolomeo rey del Ponto. Después de esta derrota, Artuasdo conduce sus tropas á Armenia, y deja á M. Antonio en el sitio de Fraata, que tiene que levantar muy pronto (36). Sin embargo, el rey de Armenia ofrece á los romanos asilo y cuarteles de invierno en sus estados. Antonio los acepta sin dar á conocer el menor resentimiento. A principios de la primavera, finge el general romano intenciones de pagar con muestras de reconocimiento y confianza los servicios de Artuasdo. Después de excusarse el rey de Armenia de aceptar varias veces las invitaciones, las instancias y las alhagadoras promesas del general romano, cede por fin á los ruegos de sus amigos, y trasladándose á Nicópolis va á encontrar á Antonio en su campo. Antonio le hace en seguida cargar de cadenas, se apodera de sus tesoros y de sus estados, y entra triunfante en Alejandría, llevando á Artuasdo, su esposa é hijos atados á su carro con cadenas de oro (34). Poco tiempo después hizo dar muerte al rey de Armenia y envió su cabeza por presente al rey de los medos, colocando en el trono de Armenia á Alejandro, que él, Antonio, habia tenido en Cleopatra, y á quien habia hecho desposar con Jotape, hija de Artavasdo, rey de los medos.

Artaxías III, hijo de Artuasdo, fué proclamado rey por los armenios, tan luego como tuvieron noticia de la cautividad del padre. Pero, vencido por los romanos, Artaxías abandonó su reino, y huyó á Partia. Mas volviendo en seguida con un numeroso ejército de partos y de armenios, derrotó á los medos que se habian coligado con Alejandro, y entró de nuevo en posesion de sus estados. Su reino, empero, no fué de larga duracion, muriendo extrangulado algunos años después por la traicion de sus propios parientes (20) ó arrojado del trono por Arquelao, rey de Capadocia, y por Claudio Tiberio Neron, que fué después emperador romano.

Tigranes III, hermano segundo de Artaxias, recibió de Tiberio, á quien Augusto habia enviado para restablecer los negocios de oriente, la corona de Armenia, y al mismo tiempo el título de amigo y confederado del pueblo romano. Después de un reinado muy corto, convencido de haber mantenido correspondencia con los enemigos de Roma, fué muerto por órden de Tiberio (5 antes de J-C). Tácito señala por sucesores á sus hijos; pero nada dice de su reinado ni de sus acciones.

Artuasdo II ó Artabaces, era hijo, segun pretenden algunos autores, de Artaxias III. Augusto le colocó en el trono de Armenia. Pero, cansados del yugo romano, los armenios echaron á este príncipe, poniendo en su lugar á Fraates, rey de los partos. Envia Augusto á Cayo. A la aproximacion de las tropas romanas Fraates retira las suyas de la Armenia y pide la paz, que le es concedida, con la condicion de que no socorrerá á Tigranes, hijo de Tigranes III, que se habia hecho proclamar rey después de la retirada de los partos (3 antes de J-C.). No teniendo Cayo que combatir mas que á Tigranes, le obliga á evacuar la Armenia. Artuasdo, restablecido en el trono, muere poco tiempo después.

Tigranes IV envia á Augusto embajadores, junto con ricos presentes, para pedirle la corona vacante. Re-

cibe el emperador los presentes, dándole en cambio solo esperanzas. Levanta Tigranes un numeroso cuerpo de armenios y se apodera de muchas plazas fuertes, con lo que se encuentra en posesion de una gran parte de la Armenia. Cayo vuelve de Siria, pone en fuga las tropas de Tigranes y sitia al castillo de Artajera. El gobernador invita á Cayo á una conferencia particular. Cayo consiente. El primero coge al romano á traicion y le hiere peligrosamente, salvándose en la plaza. Irritados por esta perfidia, dan los romanos el asalto, toman la fortaleza, pasan á cuchillo la guarnicion, y arrasan la plaza hasta los cimientos. Las restantes fortalezas se someten en seguida, y habiendo sido arrojado del reino Tigranes, Cayo, á instancias de los armenios, coloca en el trono á Ariobárzano, medo de nacion (2 después de J-C.).

Ariobárzano no hizo nada que merezca referirse.

Vonone sucedió á Ariobárzano, por eleccion de los armenios, después que sus propios súbditos le arrojaron de la Partia, de donde Augusto le habia hecho rey. Artabano, rey de los partos y de los medos, le arrojó á poco de sus nuevos estados, y puso en su lugar á su hijo llamado Orodes (Desp. de J-C. 5.).

(16 desp. de J-C.). Orodes fué pronto vencido por Germánico, y obligado á ceder la corona de Armenia á Zenon, hijo de Polemon, rey del Ponto.

(18 desp. de J-C.). Artaxías IV, es el nombre que tomó Zenon, cuando su advenimiento al trono de Armenia, tomándole de Artajata, ciudad en donde recibió la corona de manos de Germánico. Reinó pacíficamente por espacio de diez y seis años, dejando la corona á Arsaces, su sucesor.

Arsaces, era hijo de Artabano, rey de los partos, quien le envió á Armenia, noticioso de la muerte de Artaxías. Arsaces, sostenido por los medos y los partos, sin gran trabajo se hizo dueño del reino; pero fué cobardemente asesinado el primer año de su reinado por sus propios servidores, á instigacion de Mitridates Ibero y de su hijo Farasmane, rey de Iberia, á quien Tiberio habia excitado contra él.

(28 desp. de J-C.). Mitridates, por sobrenombre Ibero, porque era natural de la Iberia, no gozó tranquilamente el fruto de su crímen, porque habiendo sabido Artabano el asesinato de su hijo, envió á Armenia otro hijo suyo al frente de un poderoso ejército. Derrótale Farasmane, y después de herir gravemente á Orodes, iba á descargar sobre él el último golpe, cuando sus guardias llegaron á tiempo de salvarle. No encontrando Farasmane mas resistencia, toma muchas plazas por asalto, entre ellas Artajata á la que deja desmantelada. Habiendo los partos evacuado de nuevo la Armenia, restablece Tiberio en ella á Mitridates. Artabano, que se hallaba ocupado en recobrar el trono de Partia, repuesto ya en él (36 desp. de J-C.) invade tercera vez la Armenia, sin dejarse intimidar por las amenazas de Tiberio, pero es otra vez echado de ella por Vitelio, gobernador de Siria (37 desp. de J-C.). Calígula, que sucedió á Tiberio, habiendo concebido algunas sospechas contra Mitridates, le hizo cargar de hierros, haciéndole conducir en este estado á Roma en donde permaneció preso hasta el reinado de Claudio, que le repuso en el trono (40 desp. de J-C.). Mitridates, con los socorros de su hermano el rey de Iberia, y de las legiones romanas, recobró las plazas de que se habian apoderado los partos durante su permanencia en Roma. Demonacto, general de los armenios rebeldes, arriesga una batalla, y su ejército es enteramente derrotado, y los armenios se ven obligados á reconocerle por su rey. Esta víctoria dió á Mitridates posesion del reino de Armenia; pero no le libró de la traicion de sus allegados. Poco tiempo después su mujer, que al mismo tiempo era su sobrina, sus hijos y él mismo, murieron á manos de Radamisto, su sobrino, que tenia por cómplice en el crímen á su mismo padre.

Radamisto, envalentonado por un tal Julio Peligno, hombre cobarde y vicioso, gobernador de la Capadocia, y muy amigo del emperador Claudio, toma el título de rey de Armenia, sin esperar la venia de los romanos. Vologeso, rey de los partos, tenia derechos á aquella corona, que habia pertenecido á sus antepasados: el temor de malquistarse con los romanos le habia impelido á disimular sus pretensiones durante todo el reinado de Mitridates. Pero, habiendo sabido que Radamisto, por la muerte de aquel príncipe y de toda su famila, habia usurpado la corona de Armenia (51 desp. de J. C.), entra Vologeso en aquel país con un buen ejército. Radamisto se retira con sus iberos. Artajata y Tigranocerta se someten voluntariamente al rey de los partos. Todas las plazas fuertes imitan su ejemplo. Pero el invierno, la falta de víveres y las enfermedades, obligan á Vologeso á abandonar su empresa, y volverse á sus estados. Radamisto entra de nuevo en la Armenia mas tirano que nunca. Los armenios, aunque acostumbrados á la esclavitud, no pueden soportar su tiranía. Forman una conspiracion contra él. Radamisto halla medio de escaparse. Su mujer Zenobia, que estaba embarazada, le acompaña en su fuga; pero no pudiendo seguirle, le ruega que con una muerte honrosa la libre de un afrentoso cautiverio. Radamisto la atraviesa con su espada, y la arroja al Araxes. Unos pastores la encuentran flotando cerca de la orilla, le curan las heridas, y la transportan á Artajata.

Tiridates, hermano de Vologeso, no permaneció por mucho tiempo en pacífica posesion de la corona que acababan de procurarle las armas de los partos y la retirada de Radamisto. Sin embargo, el primer acto de su reinado lo fué de humanidad hácia la mujer de su rival enemigo, porque habiendo sabido la trágica aventura de Zenobia, hizo presentar en su corte á esta princesa, y la mantuvo en ella con todo el esplendor debido á su rango. Pero poco tiempo después volvió el usurpador á Armenia con un numeroso cuerpo de iberos (54 años después de Jesucristo); si bien otra vez le arrojaron de ella los partos. Estos se ven obligados á volver á su país á causa de los disturbios domésticos. Radamisto invade por cuarta vez la Armenia. Los partos le obligan aun á salir de ella en el mismo año. Los infortunados armenios, desolados á la par ya por los partos, ya por los iberos, acuden á Roma. Envia el senado á Domicio Corbulon con amplias facultades. Vologeso declara en alta voz que no quiere que su hermano Tiridates quede sin la corona que tenia derecho á darle, ni que la tenga como presente de otro que de él (55 años después de Jesucristo). Corbulon entra en Armenia al principio de la primavera, pero no puede obligar á Tiridates á darle una batalla, á pesar de ser superior en fuerzas su ejército al de los romanos. El general de la república divide sus tropas en muchos cuerpos. Farasmane, rey de Iberia, que habia muerto á su hermano Radamisto, temeroso de que le destronase, y otros aliados, prestan socorros á los romanos. Tiridates se encontró rodeado de enemigos por todos lados. Corbulon ataca las fortalezas que se hallan en poder de Tiridates, y toma en persona, por asalto, el castillo de Voland, sin perder un solo hombre. La fortuna no se muestra menos propicia á sus lugartenientes. En fin, emprende el sitio

de Artajata. Los mismos habitantes le abren las puertas. Corbulon hace arrasar ó incendiar la ciudad, para ahorrarse una numerosa guarnicion indispensable para guardarla, á causa del gran circúito de sus murallas. Después de esta demolicion, el general romano marcha contra Tigranocerta, cuyos habitantes se entregan sin combatir, y le regalan una corona de oro, con la que obtienen la conservacion de su ciudad y de sus privilegios. Sojuzgada ya la Armenia, da Neron su corona á Tigranes (60 años después de Jesucristo).

Tigranes V era hijo de aquel Alejandro muerto por órden de su padre Herodes el Grande; su madre era Glafira, hija de Arquelao, rey de Capadocia. Neron envia al nuevo rey de Armenia una guardia de mil legionarios, tres cohortes y alguna caballería, y concede diversas porciones de la Armenia á Farasmane, á Palemon, á Aristóbulo y á Antíoco, como recompensa de los servicios que le habian prestado contra Tiridates y los partos. Sin embargo, noticioso Vologeso de que su hermano acababa de ser arrojado del trono, levanta dos grandes ejércitos; uno, bajo las órdenes de Monese, oficial experimentado, va á poner sitio á Tigranocerta, que pronto se ve obligado á levantar. Vologeso, al frente de otro ejército, trata de invadir la provincia romana de Siria, pero Corbulon habia situado tan bien sus tropas en las riberas del Éufrates, que el rey de Partia no puede llevar su intento adelante. Intimidados por los romanos, los partos piden la paz y evacuan la Armenia. Vologeso envia sus embajadores á Roma para pedir que su hermano sea repuesto en posesion del reino de Armenia. Las solicitudes son inútiles. Entónces hace la paz con los hircanios, y dirige todas sus fuerzas contra los romanos. Cesenio Petus se ve sitiado en sus cuarteles de invierno por los partos, y no teniendo valor para aguardar á Corbulon que acudia á reunírsele, propone una conferencia. Convienen después de muchos debates en que los romanos evacuarán la Armenia, y pondrán todas sus plazas fuertes en manos de los partos. Los armenios entran en el campo de los romanos, tomando todo cuanto encuentran, despojándolos hasta de sus armas, sin que osen siquiera murmurar. Después de esto Petus se retira con ellos á Capadocia. Vologeso, de acuerdo con Corbulon, destruye todas las fortalezas que habia hecho construir al otro lado del Éufrates, y abandona enteramente la Armenia. Corbulon por su parte retira las guarniciones establecidas en las márgenes del rio que se reconoce como antes por límite de la Armenia y de la Partia. Tigranes habia muerto poco tiempo antes de esta concordia. Los armenios, libres ya de los partos y de los romanos, permanecen dueños de sí mismos.

Tiridates restablecido. Él y Vologeso, su hermano, no habian renunciado sinceramente á la corona de Armenia; pero, conociendo que no podian hacer frente á los romanos, prueban otra vez el camino de las solicitudes. Sus embajadores vuelven de Roma con una negativa; pero al mismo tiempo con ricos presentes, y con esperanzas de que si Tiridates se presentaba en Roma, tal vez alcanzaria lo que solicitaba. Sin embargo, Corbulon habia vuelto á Armenia, y tomaba todas las disposiciones convenientes para impedir que Tiridates se apoderase de la corona sin consentimiento de la república. Tiridates pasa tambien á Armenia, y se avista con Corbulon. Convienen en su conferencia, que el pretendiente depositará su diadema á los piés de la estátua del emperador, y que solo de sus manos la recobrará en Roma. Lo primero se ejecuta con pompa y magnificencia á vista de los dos ejércitos. Lo segundo tiene lugar en Roma con mayor solemnidad y esplendor. Tiridates regresa á su reino cargado de tesoros que le diera Neron, y con un gran número de obreros proporcionados por el emperador para que reedifique la ciudad de Artajata, volviéndola á su esplendor primitivo. Tiridates la llamó Neronia, del nombre de su bienhechor. En lo sucesivo este príncipe permaneció fiel á los romanos que le ayudaron á recobrar la parte de su reino que le habian quitado los albaneses, después de haber echado de la Media á su hermano Pacoro. Tiridates reinó nueve años, después de su regreso de Roma. Tuvo por sucesores á diferentes reyes, simples vasallos del imperio romano. Bajo el reinado de Justiniano II, los sarracenos se apoderaron de la Armenia, que les fué en seguida arrebatada por los turcos. Estos la dieron el nombre de Turcomania. Pero en tanto que ellos invadian la Persia y otros países sujetos á los emperadores de oriente, los armenios sacudieron el yugo y se nombraron reyes que los gobernaron hasta que su país fué sojuzgado de nuevo por Occadan ó Heccata, hijo de Gengis, y primer kan de los turcos. Bajo su gobierno, no dejaron los armenios de tener sus reyes particulares. El año 1472, Uzum Cassan, habiendo adquirido la corona de Persia, hizo de la Armenia una provincia de su imperio. En 1522, Selim II la redujo á provincia del imperio otomano, y ha permanecido hasta nuestros dias bajo el dominio de la Turquía, excepto la parte oriental que pertenece á los persas.

Reyes de la pequeña Armenia. —Ya hemos visto al principio de la cronología histórica de los reyes de la grande Armenia como se formaron los dos reinos de la grande y la pequeña. Nos falta pues establecer la cronología histórica de los reyes de la pequeña Armenia. Esta porcion de toda la Armenia estaba limitada al oriente por el Éufrates, que la separaba de la grande Armenia, al mediodía por el monte Tauro, que la separaba de la Cilicia; al occidente y al septentrion por una larga cordillera de montañas conocidas bajo los nombres de Scordiscus, Amanus y Anti-Taurus, que la separan de la Capadocia.

189. Zadriade era aquel otro gobernador, que, como hemos dicho, habiéndose levantado contra Antíoco el Grande, se apoderó de aquella porcion de la Armenia, que, después de su usurpacion, se designó con el nombre de reino de la pequeña Armenia (177). La alianza con los romanos le mantuvo sobre el trono en que se habia sentado, y su posteridad le poseyó hasta el reinado de Tigranes II. Entre Zadriade y Artano, último rey de la raza de Zadriade, hubo algunos reyes de quienes la historia no hace mencion, verosímilmente porque nada notable harian. En la historia de Capadocia, por ejemplo, aparece por un momento Mitrobusano, hijo de Zadriade (año 161). Es perseguido y destronado por Artaxías, rey de la grande Armenia: el rey de Capadocia le restablece en el trono, después de lo cual no se habla mas de él ni de ningun otro.

95. Artano, el último de los descendientes de Zadriade, reinaba este año en la pequeña Armenia. Tigranes II, que reinaba en la grande, le ataca, le derrota en una batalla, dispersa su ejército, le mata y se apodera del trono de la pequeña Armenia.

65. Deyotaro I, era rey, ó mas bien tetrarca de la Galacia, cuando la primera guerra de los romanos contra Mitridates. Habia demostrado un celo extraordinario por los intereses de la república romana, y la habia prestado grandes servicios. Pompeyo creyó que debia recompensarle, dándole la pequeña Armenia, que acababa de tomar á Tigranes II, y añadiendo tambien una parte considerable del reino del Ponto, y otra

de la Colchida, con algunas provincias de la Galacia.

Deyotaro mantuvo estrechas relaciones de amistad con Sila, Lúculo, Pompeyo, Murena, Caton, Ciceron, Bruto, y fué honrado por el senado con el título de amigo y aliado del pueblo romano (51). Hizo grandes servicios á Ciceron, en la guerra de Cilicia (49), siguió el partido de Pompeyo en la guerra civil, y se distinguió sobre todos los demás en la jornada de Farsalia. Durante su ausencia, Farnaces, rey del Ponto, habiéndose levantado contra los romanos, invadió la Armenia, y despues de alcanzar una completa victoria sobre las fuerzas reunidas de Deyotaro y de Domicio Calvino, lugarteniente de César en Asia, se apoderó de todo el reino (47). Pero César le arrojó pronto de él y le volvió á Deyotaro; perdonándole, el haberse declarado por Pompeyo, con la condicion, sin embargo, de demitir su tetrarquía de Galacia, y de pagar una fuerte suma de dinero.

Castor, sobrino de Deyotaro, acusa á su tio de haber tramado una conspiracion contra César, durante su permanencia en Galacia. Ciceron justifica al rey de esta acusacion en un discurso que ha llegado hasta nosotros. Deyotaro venga la calumnia con que le habian denigrado con la muerte del acusador y de su mujer, haciendo arrasar hasta los cimientos el castillo que habitaban.

44. Después de la muerte de César, recobra Deyotaro, mediante un rico presente á Fulvia, mujer de Antonio, todo lo que habia perdido sirviendo á Pompeyo. M. Antonio hace además fijar un artículo al edicto, en virtud del cual todo se le devuelve, como si se hubiese hecho por el mismo César.

42. Habiendo la muerte de César excitado nuevas turbulencias en Roma, el rey de Armenia envió un cuerpo de tropas á Bruto; pero Amintas, que las mandaba, fué á reunirse con Antonio, y contribuyó con esta infidelidad á la derrota de Bruto. Deyotaro llegó á una edad muy avanzada.

Deyotaro II, habia reinado algunos años antes junto con su padre, y no fué menos afecto que él á los romanos, cuando se vió solo en el trono. Plutarco dice, que habia sido educado por Caton; Ciceron le miraba como su mejor amigo. Después de la muerte de César, Deyotaro, á instigacion de Ciceron, se declaró por Casio; pero murió antes que se apaciguasen las turbulencias de la república. Como murió sin hijos, la parte de la Galacia de que habia estado en posesion, fué dada á Amintas y á Castor, hijos de su hermana. Artuasde, rey de Armenia, obtuvo en el reparto la pequeña Armenia, que por voluntad de Antonio pasó en seguida á Palemon, rey del Ponto. Este último tuvo por sucesor á Arquelao el Capadocio, que hizo lugar á Cotis del Bósforo. Neron dió después este reino á Aristóbulo, nieto de Herodes el Grande, después de cuya muerte fué puesto en posesion de él Tigranes, su pariente. Muerto este sin sucesion, la pequeña Armenia fué reducida á simple provincia del imperio romano, por Vespasiano, y permaneció en este estado hasta la division de aquel imperio. Entónces quedó sometida á los emperadores de oriente. Cuando empezó á declinar el poder de los emperadores, la pequeña Armenia fué sojuzgada por los persas, y luego por los turcos, que la llamaron Genech, y la han conservado bajo su dominio hasta nuestros dias.

REYES DE LA MEDIA ATROPATENA.

Entendemos aquí por Media Atropatena una provincia de la Media, situada entre el Monte-Tauro y el mar Caspio. Todas las de este reino cayeron en poder de los persas, y en seguida en el de Dario Codomano, último rey de Media. Alejandro el Grande la conquistó, y la reunió á su imperio de Macedonia. Pero una sola provincia resistió á este conquistador estando defendida por Atropate. Este esforzado varon, después de salvarla de las manos del vencedor, la guardó para sí, legándola á sus descendientes que gozaron de su soberanía hasta el tiempo de Estrabon. Del nombre de este Atropate recibió el nombre de Media Atropatía ó simplemente Atropatena. Con el tiempo esta provincia formó un reino considerable. Los reyes de Atropatena podian poner en campaña un ejército de cuarenta mil infantes y veinte mil caballos. La capital se denominaba Gaza ó Fraata ó Prauspa.

330. Atropate, gobernaba la Media Atropatena en tiempo de Dario Codomano y defendió sus desfiladeros contra Alejandro; y después de la partida de este príncipe se hizo reconocer por su soberano. Muerto el vencedor del Asia (324) Perdicas, que era yerno de Atropate, no inquietó á su suegro en la posesion de su nuevo reino.

Timarco, es aquel á quien la historia llama rey de Atropatena, pero mucho después de Atropate, por cuanto era contemporáneo de Demetrio Soter, rey de Siria, quien intentó en vano unir á sus estados la Media Atropatena.

Mitridates, reinó en la Atropatena al mismo tiempo que Mitridates el Grande en el Ponto. Este tuvo necesidad de los socorros del primero, quien se los concedió contra Lúculo y los romanos, casándose poco tiempo después con una de las hijas de Tigranes, rey de Armenia, de la cual no tuvo hijos. Tigranes le hizo la guerra (89), y tuvo durante algun tiempo la Media bajo su yugo.

Dario era hermano de Mitridates y le sucedió en el trono de Media. Declaróse igualmente por el rey del Ponto, y fué vencido por Pompeyo.

Artuasdo ó Artavasde I, hijo de Dario, fué tambien su sucesor. Atacóle Marco Antonio (36) á solicitud de Artabaze, rey de Armenia; pero esta empresa salió mal á los romanos. Cuando Marco Antonio se hubo retirado, habiéndose Artuasdo irritado con los partos, sus aliados, con motivo del reparto de los despojos romanos, envió embajadores á Egipto para declarar á Antonio, que estaba pronto á unirse con él si queria atacar la Partia. Acogió Antonio la proposicion y para mejor atraerse á Artuasdo le envió por presente la cabeza de Artabaze (34), su mas cruel enemigo, y convino mas adelante en un casamiento con Alejandro, uno de los hijos que habia tenido en Cleopatra, y una de las hijas del rey de Media, dando á su hijo, con el título de rey de reyes, la Armenia y la misma Partia, cuando la hubiese conquistado. Artuasdo con los socorros que le dió Antonio alcanzó una completa victoria sobre Fraates. El año siguiente, habiendo estallado la guerra entre Antonio y Octavio (33) llamó Antonio las tropas que habia enviado al rey de Media, á las cuales añadió Artuasdo (32) de sus propias tropas un cuerpo auxiliar. Con esto dió Artuasdo lugar á los partos de que invadiesen su reino y le arrojasen de un trono que no se hallaba en estado de defender. Antonio se encontraba demasiado enredado en sus propios asuntos para darle socorros, ni aun para volverle los que le prestara.

Desde este tiempo la Media fué una provincia del imperio de los partos, bajo cuyo dominio permaneció durante una larga série de años. Si se ven en ella reyes después de esta época, serán probablemente príncipes de la raza de los arsácidas; los partos permitian

algunas veces á los hijos segundos de esta familia reinar en la Media.

Prideaux, siguiendo á Polibio, dice que Antíoco el Grande, hácia el año 220, marchó contra los atrapalienses, pueblo que habitaba al oeste de la Media, en el país que en el dia llamamos Georgia, y añade que su rey Artabaze, muy debilitado por la edad, se espantó tanto con la aproximacion del monarca sirio, que envió embajadores para ofrecerle su sumision, y que hizo la paz con las condiciones que le prescribió Antíoco.

REYES DE BACTRIA.

La Bactria ó Bactriana conocida al presente bajo el nombre de Corassan tenia por límites al occidente la Margiana, al septentrion el rio Oxus, al mediodía el monte Paropamisos, y al oriente la Scitia asiática y el país de los Massagetes. Conquistada por Nino, estuvo gobernada por los reyes de Siria sus sucesores y en seguida por los de Persia bajo el gran Ciro, después de lo cual cayó bajo el poder de los reyes de Macedonia. y pasó á manos de los seleucidas, reyes de Siria, permaneciendo en su poder desde Seleuco Nicator hasta Antíoco Teos ó el Dios (1).

Teodoto ó Diodoto gobernaba la Bactria por Antíoco II. Era griego y nó macedonio, como los seleucidas. Es de suponer que descendia de las colonias griegas establecidas en Asia. Sea como fuere, en tanto que el rey de Siria estaba en guerra con el de Egipto, sublevó Teodoto los bactrianos contra su monarca (256), se hizo proclamar rey de la Bactria, y se afianzó tan bien en el trono, que no hubo luego medio de arrojarle de él. Dejó tres hijos Teodoto, Eutidemo y Menandro, muriendo hácia el año 243.

Teodoto II, hijo mayor de Teodoto I, le sucedió en el trono, se alió con Arsaces II, rey de los partos (235) y ensanchó considerablemente los límites de su imperio, en tanto que los dos hermanos Seleuco Callinico y Antíoco Hierax, aniquilaban sus fuerzas disputándose la corona de Siria. Pero fué deshecho en batalla campal, y muerto junto con sus hijos por Eutidemo.

Eutidemo (2), príncipe tan prudente como valeroso, defendió la corona y el país que habia usurpado, contra todas las fuerzas de Antíoco el Grande, y obligó á aquel príncipe, después de muchos años de guerra (211) á renunciar para siempre á la esperanza de ser dueño de la Bactria (208). Con el tiempo consintió tambien el rey de Siria que tomase Eutidemo el título de rey. Dejó un hijo llamado Demetrio.

195. Menandro, hermano de Eutidemo, ó su pariente, habia sido rey de la India, pero viendo á su sobrino demasiado jóven para reinar, tomó en sus manos las riendas del gobierno de la Bactria, pasó con un buen ejército el rio Hypanis, sojuzgó el reino de Sigertis, la provincia Patalena, y otros muchos países desconocidos hasta de Alejandro. Preparábase para otras expediciones, y aun para atacar al mismo rey de Siria, cuando una violenta calentura le hizo bajar al sepulcro. Disputáronse muchas ciudades el honor de dar sepultura á su cadáver; para contentar su afecto, sin ocasionar trastornos, fuéron repartidas sus cenizas entre estas ciudades. cuya mayor parte le levantaron magníficos monumentos (1).

181. Eucrátide (2) fué el sucesor de Menandro y se mantuvo en posesion, nó solo de las conquistas de su predecesor, sino que aun hizo otras nuevas. Los sogdianos y los drangianos sometiéronse á su yugo; después de lo cual tuvo contiendas con el rey de los indios Demetrio, que después de la muerte de Menandro se habia apoderado de toda la India; durante esta guerra (148) hizo alianza con los partos, y Demetrio fué arrojado de todo el país (3). Después de esta victoria edificó la ciudad de Eucratidia é hizo muy buenos reglamentos para sus estados, llegando á una edad muy avanzada. Pero tuvo un fin indigno de sus virtudes y de sus nobles acciones. Durante su ausencia habia confiado á su hijo el gobierno de la Bactria. Este hijo desnaturalizado le asesinó cobardemente poco después de regresar á sus estados y no se avergonzó mas de este parricidio que de haber dado muerte á un enemigo; porque, después de haber hecho rodar su carro por la sangre de su padre, le dejó insepulto y presa de los animales carnívoros (4).

Eucrátide II, no gozó largo tiempo del fruto de su parricidio. Los escitas y los partos atacaron la Bactria, cada uno por un lado (146): Eucrátide fué arrojado del trono (141) y muerto luego haciendo esfuerzos para recobrarle. Por su muerte los partos se apoderaron de las provincias de Aspionia y Turiva, dejando el resto á los escitas, tocarienses, sacaurienses, y asianienses, que mataron á todos los griegos bactrianos, y conservaron la Bactria (127). Los príncipes que reinaron en este país en tiempo de los emperadores Adriano, Antonino Pio y Valeriano, eran todos escitas de orígen; pero estos escitas fueron á su vez arrojados por los hunos.

REYES DE EMESA.

Emesa, Emisa ó Emissa, era una ciudad de Siria, situada sobre los márgenes del Oronte entre Apamea y Laodicea. No pasó á ser reino sino con ocasion de las turbulencias domésticas de los sirios, cuando tocaba á su fin el imperio de los Seleucidas.

69. Sampsiceramus, árabe de nacion, se apoderó de Emesa y de Aretusa (diferente de la otra Aretu-

(1) Hay autores que hacen remontar al año 262 el desmembramiento de la Siria y de la Bactria, y le atribuyen á un Eutidemo, griego de orígen, que era gobernador de la Bactriana por Antíoco I. Pero añaden que este Eutidemo, no se atrevió jamás á apropiarse el título de rey. La opinion, ó mas bien el error de estos autores (Vaillant y Longuerue), proviene de un pasaje oscuro y mal comprendido de Estrabon. Pero el mismo Estrabon, en otro lugar, pone á sus lectores en buen camino, diciendo que al tiempo que los reyes de Siria y de Media se hacian la guerra, los que tenian bajo su custodia la Bactria (Teodoto y Arsaces), empezaron á sustraer este país de la obediencia de sus dueños: que Eutidemo «hizo lo mismo respecto á toda la region vecina», esto es la India, y que en seguida Arsaces invadió la Partia, apoderándose de ella (véase la nota siguiente).

(2) Este Eutidemo, no era de la raza de Teodoto; pero tal vez de la de aquel de que se ha hablado en la nota precedente.

(1) Vaillant hace á Demetrio pariente de Menandro, y se lo da por sucesor; pero ninguno de los antiguos ha reconocido á Demetrio por rey de la Bactria.

(2) Monumentos oscuros, y sin embargo dignos de fé, nos convencen de que Eucrátide sucedió este año á Menandro. No se sabe de qué país fuese. Vaillant le supone hijo de Demetrio; pero con muy poco ó ningun fundamento.

(3) La fecha de esta victoria está comprobada por una medalla del monetario de la czarina. La época 108, que tambien está señalada en esta medalla, prueba que la era del reino de Bactria está bien fijada en el año 255-256, y que no puede remontarse mas.

(4) Los bactrianos tenian la costumbre de arrojar vivos á los perros, adiestrados á este oficio, los ancianos y los enfermos incurables. Pero Alejandro el Grande habia abolido tan bárbaro uso, que ni respetaba á los muertos, y Menandro fué colocado encima de una hoguera, segun acostumbraban los griegos.

sa que Pompeyo sacó del dominio de los judíos) y de algunos otros lugares cercanos á la Siria, bajo el reinado de los hijos de Antíoco Grypus: y habiendo tomado el título de rey, le conservó sin que Antíoco XI, que tenia mayores negocios á que atender, hiciese el menor movimiento para desposeerle. Llegado Pompeyo á Siria, le hizo únicamente tributario de la república (64). Este rey de Emesa dejó dos hijos.

Jamblique, el mayor de los dos hijos de Sampsiceramus, sucedió á su padre. Sumamente afecto á los romanos, fué el que instruyó á Ciceron, procónsul de Cilicia (51) de las intenciones y movimientos de los partos que se disponian á invadir la Siria. Ciceron en una de sus epístolas familiares le llama amigo de los romanos. Durante las guerras civiles de Roma (49) Jamblique se declaró por César contra Pompeyo, y después por Antonio contra Octavio (32). Después de la jornada de Accium, temiendo Antonio que Jamblique se declarase por el vencedor, como habian hecho los príncipes vecinos, le hizo sufrir por esta simple sospecha una muerte cruel (31).

Alejandro, hermano del precedente, recibió el reino de Emesa, después de la muerte de Jamblique, de manos de Antonio. Permaneció fiel á su bienhechor, pero hecho prisionero por Octavio (29) cuyo triunfo adornó, fué luego condenado á muerte por el vencedor.

Jamblique II, supo ganarse la benevolencia de Octavio, quien le restituyó el trono de su padre Alejandro, después de haber vivido algun tiempo desterrado (19).

Sampsiceramus II era, segun algunos autores, nieto de Jamblique II: reinó algunos años en Emesa, y dejó dos hijos Azize y Sohemus, con una hija llamada Jotape.

Azize, enamorado de Drusilla, hermana ó hija de Agrippa el anciano, rey de los judíos, abrazó el judaismo para casarse con ella. Era una mujer en extremo hermosa. Habiéndola visto Félix, gobernador de la Judea, la ofreció un estado tan dichoso, que consintió en ser dama suya, abandonando para esto su esposo y su religion (54 después de J-C.). En el mismo año murió Azize.

Sohemus sucedió en el trono de Emesa á su hermano Azize. Presentóse á Vespasiano á quien acababa de conferir el imperio el ejército romano de Siria. Las fuerzas del rey de Emesa, segun Tácito, no eran despreciables en aquel entónces (69 después de J-C.).

El año cuarto del reinado de Vespasiano, Cesenio Potus, prefecto de la Siria, hacia la guerra por los romanos contra Antíoco, rey de Comagena, y Sohemus le envió socorros.

Es de suponer que el pequeño reino de Emesa fué conquistado por los árabes, habiéndose encontrado algunos años después en manos de los itureenses.

REYES DE EDESA.

Edesa, ciudad famosa en otro tiempo por un templo, dedicado á la divinidad siria, pasaba por una de las poblaciones mas ricas de la tierra, y era llamada, á causa de su templo, Hierápolis ó ciudad Santa: se hallaba situada en la Mesopotamia, en los márgenes del Scirtus, entre el monte Masius y el Éufrates. Hasta las turbulencias interiores que agitaron y debilitaron la Siria, no habia sido esta mas que la principal ciudad de una provincia que pertenecia á los seleucidas; pero, durante aquellos trastornos, un particular se hizo dueño de Edesa y de su fértil territorio, formando un reino que transmitió á su posteridad.

Augáre ó Abgare, es el nombre del particular que se hizo llamar rey de Edesa. No sabemos á punto fijo bajo qué rey de Siria acaeció esta revolucion. Su historia nos dice que el fundador de este nuevo reino derrotó diferentes veces á los sirios, y que al morir dejó muy floreciente su pequeño principado.

Ariamne ó Abgar II, era hijo de Augare, y tomó como su padre el nombre de Abgare, que fué comun á todos los reyes de Edesa. Este príncipe se apoderó de toda la provincia de Osroena, y habiéndose aliado con Pompeyo contra Tigranes el Grande, rey de Armenia, abasteció ó su ejército de los víveres necesarios (64). En la guerra de los romanos con los partos, fingióse afecto á Craso; pero mantuvo con el enemigo una correspondencia que fué la causa principal de la derrota de los romanos en Carres (53).

Nebanias, sucedió á su padre Abgare II, y tuvo por hijo y sucesor á Abgare III.

Abgare III, es célebre en la historia eclesiástica por la pretendida carta que escribió á nuestro Salvador, y la respuesta que recibió. Casaubon, Gretser, Tillemont, Du-Pin y el P. Alejandre han discutido la autenticidad de estas cartas.

(Después de J-C.). Abgare IV, hijo del precedente, vivia en tiempo del emperador Claudio, y dió tropas á C. Casio, que tenia órden de colocar en el trono de Partia á Meherdato (50 después de J-C.). Cuando Meherdato llegó á Edesa, Abgare, ganado por los partos, le entretuvo, hasta que los enemigos hubieron reunido sus fuerzas, y habiendo abandonado á los romanos en lo mas recio de la batalla, fué causa de su derrota.

Abgare V, fué contemporáneo del emperador Trajano, á quien envió, durante la guerra que sostenia con los partos (115 después de J-C.), doscientos cincuenta caballos de gran precio, armas de toda especie, y sesenta mil javelinas. El emperador aceptó tan solo tres corazas, y declaró al rey de Edesa amigo y aliado del pueblo romano.

Arbande, hijo de Abgare V, y su sucesor, fué tenido en mucha consideracion por el emperador Trajano.

Abgare VI, sucesor de Arbande, su padre, es representado por Epífanes como un príncipe virtuoso.

197. (Después de J-C.). Abgare VII reinaba en Edesa en tiempo del emperador Severo á quien socorrió en las guerras de oriente. Acompañóle luego á Roma donde fué tratado con la mayor magnificencia. Algunos años después se hizo sospechoso á Caracalla, por mantener correspondencia con los enemigos de los romanos. El rey de Edesa pasó á Roma para sincerarse (212 después de J-C.). No encontrando el emperador bastante convincentes las razones que alegó, se aseguró de su persona, y redujo su reino á provincia romana.

REYES DE ALBANIA.

La Albania está limitada al occidente por la Iberia, al oriente por el mar Caspio, al septentrion por el Cáucaso, y al mediodía por la Armenia.

No se hace mencion de los reyes de Albania hasta el tiempo de Alejandro el Grande, á quien el rey de aquel país hizo presente de un perro de talla y valor extraordinarios.

Oroeses ú Orodes, es el segundo rey de Albania de quien hablan los historiadores. Hizo alianza con Tigranes, hijo de Tigranes el Grande, y obligó á Pompeyo á marchar contra él (65 años antes de Jesucristo). Cosis, hermano del rey, y príncipe heredero, mandaba, los albaneses. Fué á esperar á Pompeyo sobre

las márgenes del Cirus. Una extratagema del general romano no pudo ser mas funesta al rey de Albania, porque sus soldados arrollados por los romanos, fuéron en su mayor parte despedazados. Cosis mostró un gran valor en esta ocasion. Pegado constantemente durante el combate al general romano, logró atravesarle la coraza; pero Pompeyo le arrojó con tal fuerza su javelina, que le tendió muerto á sus piés. Desalentados los albaneses con la muerte de su general se salvaron en un bosque inmediato, al que los romanos pegaron fuego. Orœses ganó el monte Cáucaso desde donde envió embajadores para hacer la paz con el vencedor, quien accedió á ella. Orœses habia perdido tres batallas contra Pompeyo.

Zoberes, hijo y sucesor de Orœses, habiendo llegado á las manos con Canidio, lugarteniente de M. Antonio, fué derrotado y obligado á pedir la paz hácia el año 36 después de Jesucristo.

Farasmane, habiendo tomado el título de rey de Edesa, hizo en tiempo del emperador Adriano varias excursiones en Armenia, Capadocia y Media, talando el país. Citado á Roma por este motivo ante el emperador, negóse á obedecer; pero para apaciguar á Adriano, le envió grandes presentes, entre los cuales se contaban varios trajes militares, todos de oro tejido. Esto fué lo único que Adriano aceptó, pero con el solo intento de insultar al que los habia enviado, porque con ellos hizo revestir á trescientos criminales que combatieron en el teatro con tan extraño equipo (138 después de Jesucristo). Después de la muerte de Adriano Farasmane pasó á Roma, á la primera intimacion que le hizo Antonino Pio, quien le recibió con notables muestras de aprecio y le volvió á enviar á su reino colmado de presentes.

Los albaneses continuaron regidos por sus propios reyes hasta el tiempo de Justino II, que sojuzgó la Albania.

REYES DE LA COLCHIDA.

La Colchida, hoy Mingrelia, estuvo gobernada por sus reyes en los siglos mas remotos. Estos son poco conocidos; los que menciona la historia son:

Helio, que reinaba en la Colchida antes de la expedicion de los argonautas. Su mujer se llamaba Éfira, Antíope ó Persa. Lo que se refiere de este príncipe es enteramente fabuloso y no debe por consiguiente figurar aquí.

Ætes ó Æeta I, sucedió á su padre Helio, y fijó su residencia en el valle OEa, que obtuvo por ello gran celebridad. Conociendo este príncipe la riqueza del país, que consistia principalmente en minas, lanas y pieles preciosas, reunió grandes tesoros que causaron envidia á los griegos, y su codicia dió lugar á la famosa expedicion de los argonautas. Ætes, que no dudaba de su intento, los recibió del modo mas cortés (1292). Jason era el jefe de la expedicion, y habiendo atraido á su partido á Chalciope, hija de Ætes, viuda de Frixus, tuvo muy pronto favorable á Medea, hermana de Chalciope; ella proporcionó á los griegos el medio de forzar las murallas y los tesoros del rey. Huyeron en seguida con las dos hijas de Ætes. Sin embargo, no escaparon sino después de un combate sangriento con las tropas del príncipe, compuestas en parte de naturales del país, y en parte de tauros, pueblos bárbaros de las inmediaciones. Tal es en resúmen el hecho de esta famosa conquista, despojada de las circunstancias fabulosas con que se la adorna comunmente.

Hijas ó hermanas de Ætes fueron Pasifae y la famosa Circe.

Después de la muerte de este príncipe, la Colchida fué dividida en gran número de pequeños reyes, sin que sepamos por qué motivo, porque no se hace mencion de este país ni de los príncipes que le gobernaron hasta el tiempo de Jenofonte. Es cierto, sí, que la Colchida ha tenido durante mucho tiempo reyes de la raza de Æta. Este nombre es aun en el dia muy comun á las gentes del país, como el que llevaban sus reyes cuando la dominacion de los persas.

Ætes II reinó en la Colchida, y dejó un hijo que se sentó en el trono (401) en el tiempo en que Jenofonte hacia la guerra en Asia.

Salauces y Eusbopes fuéron uno después del otro reyes de Colchida, segun Plinio, quien afirma que estos príncipes descubrieron ricas minas de oro en el país de Savani, pero ignoramos la época y los demás acontecimientos de su reinado.

Mitridates el Grande, rey del Ponto, sojuzgó la Colchida, pero los colchos sacudieron el yugo (88) en tanto que tenia sus fuerzas ocupadas contra los romanos. Apenas hubo el rey del Ponto hecho la paz con Sila, revolvió contra los colchos (84), que ofrecieron sometérsele con tal que les diese á uno de sus hijos con título de rey de Colchida (83). Irritó esta proposicion á Mitridates, hasta el punto de que condenó á muerte al hijo que le pedian, después de hacerle llevar por algun tiempo cadenas de oro. Ofendidos á su vez los colchos por tan insultante proceder, no quisieron atender ningun arreglo, lo que obligó á Mitridates á marchar contra ellos. Habiéndole disputado los arqueenses todos los pasos, vióse obligado á repasar el Ponto, perdida una gran parte de sus tropas, tanto por la espada del enemigo como por el frio excesivo del país.

65. Oltace fué colocado en el trono de Colchida, después de la muerte del hijo de Mitridates y la derrota de su padre. No tardaron los colchos, al parecer, á reconciliarse con el rey del Ponto, porque se declararon por él contra Pompeyo; y habiendo este vencido á su rey Oltace, le hizo prisionero y le condujo triunfante á Roma.

Aristarco reemplazó á Oltace, y recibió la corona de manos de Pompeyo hácia el año 47, dándosela como en recompensa de los servicios que habia prestado á los romanos en la guerra mitridática. Farnaces II, rey del Ponto, se apoderó de la Colchida, en tanto que César olvidaba su deber junto á Cleopatra en Egipto; pero vióse obligado á abandonar su conquista y á retirarse al país de los Bosporani ó Bosforani, en donde fué muerto por Asander. Después de este tiempo, la historia no habla mas de los colchidenses ó colchos, hasta el reinado de Trajano, á quien se sometieron de su propia voluntad. Bajo el imperio, la Colchida estaba gobernada por los pretores de Bitinia y el Ponto.

REYES DE IBERIA.

La Iberia, hoy Georgia, estaba limitada al occidente por la Colchida, y por una parte del Ponto, al septentrion por el monte Cáucaso; al oriente por la Albania, y al mediodía por la Armenia. Fué poblada primero, segun Josefo, por Tubal, hermano de Gomer y de Magog, opinion confirmada por los setenta, que traducen los nombres hebreos de Mesheh y Tubal, por los demosquianos é iberos. Los iberos eran un pueblo valiente, que se mantuvo independiente contra todos los esfuerzos de los persas, medos y macedonios. La historia no menciona á ninguno de sus reyes hasta el tiempo en que Mitridates el Grande reinaba en el Ponto.

71. Artoces, llamado tambien Artocus, Artaces ó Arsaces, reinaba en la Iberia, y se declaró por Mitridates, contra Lúculo, y en seguida contra Pompeyo. Persiguiendo el general romano al rey del Ponto, hizo un gran destrozo de iberos (65). Artoces envia entónces embajadores al vencedor para pedir la paz con honrosas condiciones, y se dispone, sin embargo, para caer sobre los romanos, en caso de negativa, con un ejército de setenta mil hombres. Instruido Pompeyo de estas disposiciones, penetra en Iberia, toma la ciudad de Herópolis, avanza hasta el corazon del reino, y obliga á Artoces á buscar un refugio en el rincon mas apartado de sus dominios. El rey de Iberia envia desde allí nuevos embajadores á Pompeyo, quien le concede una paz honrosa. No obstante este concierto, Artoces se prepara á atacar á Pompeyo cuando pase el rio Pelorus; anticípasele Pompeyo y le ataca antes que haya podido llegar á aquel rio. Los iberos, despues de haber hecho prodigios de valor, son derrotados por los romanos con pérdida de nueve mil muertos y diez mil prisioneros. Muchos de los fugitivos se ahogan, queriendo pasar el Pelorus á nado, otros se refugian en un bosque cercano, y subidos á los árboles mas elevados, se defienden á flechazos. Habiendo los romanos incendiado el bosque, se ven obligados á bajar y á rendirse á discrecion. El rey, después de esta derrota, se compone buenamente con Pompeyo, quien le concede la paz con condiciones bastante ventajosas, pero haciéndose entregar en rehenes los hijos de Artoces.

Farnabaces, hijo de Artoces, le sucedió. Estuvo tambien en guerra con los romanos; pero, derrotado por Canidio, lugarteniente de Antonio, se unió á su vencedor contra Zoberes, rey de Albania, hácia el año 36.

Mitridates I, Farasmane I, Mitridates II, Radamiste y Farasmane II, fueron sucesivamente reyes de la Iberia, y al mismo tiempo de la grande Armenia. Hemos hablado ya de muchos de ellos en la cronología histórica de los reyes de la grande Armenia.

Farasmane II, reinaba en Iberia en tiempo del emperador Adriano, y pasó á Roma con su mujer, para vindicarse de las acusaciones intentadas contra él por el rey de los partos Vologeso II. Fué admitida su apología, y á mas se le permitió ofrecer sacrificios en el capitolio, y su estátua ecuestre fué colocada en el templo de Belona.

Desde este tiempo hasta la division del imperio, guarda la historia el mas profundo silencio sobre los acontecimientos de la Iberia. Los habitantes de este país continuaron probablemente regidos por sus propios reyes, tributarios de Roma. La Iberia perteneció después á los persas, que la denominaron Gurgistan, esto es, país de los georgianos, nombre que habian tomado, sin duda, de san Jorge, famoso mártir de Capadocia ó de Jorge, famoso obispo capadocio, por quien fuéron convertidos al cristianismo, ó de la palabra griega « georgos, » labrador; los iberos habian sido muy hábiles agricultores. Los montes gordianos que se hallan en la Armenia, y muy distantes de la Iberia, no pueden haber dado nombre á la Georgia, por grande que se suponga la corrupcion del idioma.

REYES DE ADIABENA.

Adiabena era la provincia mas rica y mas fértil de la Asiria. Un hombre atrevido y emprendedor, animado por el ejemplo y la fortuna de otros como él, aprovechó las turbulencias de los seleucidas, é hizo de esta provincia un reino poderoso que dejó á su posteridad, la cual la poseyó, á pesar de todos los esfuerzos de los reyes de Siria, hasta el tiempo en que fué totalmente arrojada de allí por los romanos.

El primero de estos príncipes de que se hace mencion en la historia reinaba (88) en tiempo de la guerra mitridática, y se declaró por Tigranes contra Lúculo (69), pero se ignora su nombre.

Monobase ó Bazeo, reinaba en Adiabena algunos años después del príncipe que se ha mencionado antes, y en tiempo del emperador Claudio (41 después de J. C.). Habíase casado con su propia hermana, llamada Elena, en la cual tuvo dos hijos, Monobase é Izate: las otras mujeres que tenia diéronle tambien muchos hijos. Como tenia una particular predileccion por Izate, se indignaron la mayor parte de sus hijos, y principalmente el mayor. Para prevenir los efectos de su descontento, el rey envió á Izate á un cierto Abemerich, señor ó rey de un país vecino. Abemerich tuvo especial cuidado con el príncipe, y le desposó con su hija, la princesa Samacho, dándole una provincia muy productiva.

Siendo ya de edad avanzada, deseó Monobase ver antes de morir á su hijo Izate. Vuelve este hijo querido y recibe de su padre, con los testimonios del mayor afecto, una provincia llamada Ceron, muy fértil en plantas odoríferas. Permaneció Izate allí hasta la muerte de su padre. Entónces reunió Elena á los principales del reino para saber á quién querian obedecer. Protestaron todos que obedecerian á Izate, ofreciéndose tambien á dar muerte á los otros hermanos para asegurarle la corona. Desechó la reina esta oferta, consintiendo solo en retener prisioneros á los demás hijos del rey, hasta el regreso de Izate, confiando entre tanto el gobierno, el anillo y los vestidos reales á Monobase.

Izate, hijo segundo de Monobase, apenas de regreso á Adiabena, recibe de su hermano mayor la suprema autoridad. Estando Izate con Abemerich, se habia instruido en el conocimiento del verdadero Dios, por un mercader judío llamado Ananías que le acompañó á sus nuevos estados. Elena fué convertida casi al mismo tiempo por otro judío. Ananías y la reina madre creyeron prudente, sin embargo, que el rey permaneciese incircunciso. Otro judío, llamado Eleazar, persuadió al rey que era indispensable que se sometiese á este importante punto de la ley de Moisés y al momento recibió el rey la circuncision.

41 (después de Jesucristo). Á los socorros de los adiabenos debió Artabano III, rey de los partos, ocupar otra vez el trono, de donde le habian arrojado sus vasallos. Demostróles su reconocimiento, dándoles la fértil provincia de Nísibis, que habia tomado al rey de Armenia (43 después de Jesucristo). Habiendo encendido la muerte de Artabano la guerra civil en Partia entre Gotarze y Meherdate, Izate aparentó decidirse por el último, cuyas pretensiones apoyaba el emperador Claudio; pero con los socorros reales que envió á Gotarze causó el rey de Adiabena la ruina de Meherdate. Monobase y los demás príncipes de la familia real, reconociendo la fortuna que tenia Izate desde que habia mudado de religion, quieren imitar su ejemplo. Irritados por esto los principales señores del reino, forman una conspiracion contra el rey, en la cual hacen entrar á Abia, rey de Arabia. Atacado Izate y abandonado en seguida de los suyos, se retira á su campo con los fugitivos. Allí reconoce que los soldados habian huido por la traicion de sus jefes. Castiga con la muerte á los últimos, y llegado el siguiente dia carga bruscamente al enemigo y alcanza una completa vic-

toria. Abia se retira á la fortaleza de Arsam. Atácala Izate con tanto valor, que la obliga á rendirse. Encuentra en ella el rey de Adiabena un inmenso botin y gran cantidad de víveres. Abia y muchos señores árabes evitan con una muerte voluntaria el caer prisioneros.

55 (después de Jesucristo). Vologeso, rey de los partos, consiente en ponerse al frente de los conjurados y marcha con ellos contra Izate. No hallándose este príncipe en estado de resistir, implora los socorros de Dios. Apenas ha terminado su plegaria cuando Vologeso se retira desordenadamente para defender su propio reino, invadido por los dacios y los saceenses. Libre ya Izate de aquel peligro, pasa el resto de sus dias en paz, y muere á los cincuenta y cinco años de edad, de los cuales habia reinado veinte y cuatro. Si es cierto lo que de él dice Josefo, Izate fué un gran príncipe. Tuvo cinco hijos en su mujer Samaque, que se educaron á vista de su abuela, en los principios de la religion judaica. Hallábanse en Jerusalen cuando Tito la sitió, y fueron conducidos á Roma por el conquistador para servir de rehenes.

Monobase II, ocupó el trono de Adiabena en virtud del testamento de su hermano, que si bien tenia hijos, le legó la corona en recompensa de su fidelidad y de su obediencia. Monobase envió los cuerpos de su hermano Izate y el de su madre al magnífico monumento que la misma Elena habia hecho construir unos tres estadios distante de Jerusalen.

Nada mas dice la historia de Adiabena ni de sus reyes hasta el tiempo de Trajano.

98 (después de Jesucristo). Mebarsaque ocupaba el trono de Adiabena en tiempo de Trajano, y tomó el partido de Cosroes, rey de Persia, contra los romanos. No correspondiendo el suceso á sus esperanzas, se vió obligado á buscar un refugio en los estados de Manus, rey de Arabia, que trató de restablecerle en el trono. Pero, poco feliz en su empresa, abandonó á su aliado haciendo la paz con los romanos.

Bajo el reinado de Sopor II, rey de Persia, desde 238 hasta 271, abrazaron los adiabenos la religion cristiana, y fueron por esta causa cruelmente perseguidos por aquel rey, bajo cuya dominacion vivian entónces.

REYES DE CAPADOCIA.

La Capadocia, vasto país, sujeto á los persas, estaba dividida en dos satrapías ó dinastías, regidas por dos gobernadores. El primero, bajo la denominacion de dinaste, gozaba de una autoridad absoluta, que transmitió á sus herederos por derecho de sucesion. El segundo tenia el título de sátrapa, pero era amovible á voluntad de la corte. Los macedonios consintieron en que estos gobiernos formasen dos reinos. La Capadocia propiamente dicha, ó la gran Capadocia, que se extiende á lo largo del monte Tauro, y aun mucho mas allá, tomó el nombre de reino de Capadocia. Su capital era Mazaca ó Eusebia, á la cual, andando el tiempo, dió Tiberio el nombre de Cesarea, que aun conserva. La segunda Capadocia, llamada Ponto ó «Regio Pontica,» se extiende á lo largo del Ponto-Euxino, desde el rio Halis hasta la Colchida. Sus ciudades principales eran Nicea y Nicomedia.

La familia de los reyes de Capadocia descendia de los Aquemenides, antiguos soberanos de la Persia, lo que prueba que debia ser de las mas ilustres del país. Poseyó el trono de Capadocia por espacio de cerca ochocientos años, y la época de su reinado sobre esta parte del Asia debe remontarse hasta la gran revolucion de Nínive, bajo el gobierno de Arbaces y Belesis, hácia el año 759. Sábese que el Ponto, la Capadocia y la Cilicia habian obedecido á Semiramis, y que mucho tiempo después de ella se encontraron allí monumentos de sus conquistas. No es menos cierto que una parte de las provincias del alta Asia se separó de la dominacion de Nínive, y que la misma Asia menor dejó de formar parte del imperio de los reyes de Nínive. Entónces fué, probablemente, cuando los antecesores de Farnaces, rey de Capadocia, sacudieron el yugo de los asirios. Pero muy pronto cayeron bajo el de los nuevos soberanos de la Media, y permanecieron en él hasta tanto que Ciro, segundo sobrino de Atossa, mujer de Farnaces, rey de Capadocia, hubo reunido bajo el solo dominio de los persas todos los reinos del Asia. Con esta revolucion, los reyes de Capadocia solo lograron cambiar de dueño, permaneciendo tributarios de los persas hasta el tiempo de Anafas ú Otanes, quien obtuvo de Dario, hijo de Histaspe, entre otras gracias, la independencia de su reino. Bajo los sucesores de Alejandro, fué la Capadocia una provincia macedonia. Ariarate III la reconquistó, siendo Amintas gobernador de Macedonia, y la transmitió á sus descendientes quienes la conservaron libre é independiente hasta Ariarate IX, el postrero de la casa real de Farnaces. Después de este príncipe otras dos familias ocuparon el trono de Capadocia, á saber, la de los Ariobárzanes y la de Arquelao, gran sacerdote de Comano. Pero su reinado fué de corta duracion. No tiene en todas sus partes la misma certeza la cronología de los reyes que han ocupado el trono de Capadocia. El espacio comprendido desde el año 759 hasta el 670 antes de Jesucristo, en que Farnaces ocupó el trono, y que es de ochenta y nueve años, nada se encuentra en la historia que pueda llenarle, con visos de certeza. Como nuestro objeto es dar tan solo lo que tenga á lo menos probabilidades de verdadero, nada diremos relativo á las épocas de los reinados anteriores al de Farnaces.

670. Farnaces, uno de los Aquemenides de que hemos hablado, es el primer rey de Capadocia que la historia menciona. Empezó su reinado hácia el año 670. Fué su mujer Atossa, hermana del abuelo de Ciro el Grande. Jenofonte llama á Farnaces Aribeo, y afirma que fué muerto haciendo la guerra á los hircanos.

Gamus ó Gallus, hijo de Farnaces, sucedió á su padre en la corona de Capadocia. Esmerdis, puede ser muy bien el hermano de Cambises, á quien este hubiese dado el reino ó satrapía de Capadocia, que dependia entónces de los persas, y que luego en un exceso de locura le habria hecho matar este mismo año, en el que se coloca generalmente la muerte de Esmerdis. No debe confundirse este con el Esmerdis (Tanyosare por otro nombre), de que habla Herodoto, y que queria hacerse pasar por hermano de Cambises. Mayor seria el error si se supusiese á Esmerdis, hijo de Farnaces, por cuanto media entre los dos un espacio de ciento cuarenta y ocho años á lo menos.

Atamnas ó Ariaramne I, ó Artamnes, hijo de Esmerdis, vivió en buena inteligencia con los persas y sirvió en el ejército de Dario, hijo de Histaspe, contra los escitas. En esta expedicion hizo prisionero á Marsagete, hijo del rey de los escitas, y le presentó cargado de cadenas á Dario.

Farnaspes, sucedió á Atamnas, esto es todo cuanto se sabe de este príncipe. Tuvo un hijo, llamado Anafas, que le sucedió, y una hija, por nombre Cassandane, que casó con Ciro, y fué madre de Cambises.

Anafas I ú Onafas I, ú Otanes I, hijo y sucesor de Farnaspes, adquirió gran reputacion en la guerra, y

fué elegido uno de los siete príncipes de Persia, probablemente en lugar de Itafernes, á quien acababan de dar muerte por órden de Darío. En efecto, habiéndose puesto al frente de los conjurados contra el falso Esmerdis, condujo tan bien la conspiracion (522), que Darío fué colocado en el trono de Persia (521). Queriendo pagar tan grandes servicios, el monarca persa descargó de todo vasallaje á la Capadocia, y á favor del hijo segundo de Otanes, erigió en el reino la satrapía del Ponto. Tuvo Anafas dos hijos varones: Anafas II, que le sucedió, y Farnaces Otas, y una hija llamada Fedima, que casó con Darío.

Anafas II, ú Onafas II, ú Otanes II, sucedió á su padre Anafas, y nada hizo que merezca recordarse. Dejó un hijo llamado Datames, que le reemplazó en el trono, y una hija, Amestris, que fué esposa de Jerjes, y madre de Artajerjes I.

445. Datames (1) octavo rey de Capadocia, fué príncipe guerrero, que adquirió gran celebridad por sus numerosas hazañas. Fué muerto en una guerra civil, suscitada después de la muerte de Artajerjes I entre sus hijos. Su reinado habia sido de veinte y un años.

424. Ariaramne II, hijo de Datames, ciñó la corona de Capadocia por espacio de cincuenta años. En su tiempo los persas invadieron la Capadocia, y después de haber sujetado la mayor parte, confirieron su gobierno á Datames, hermano de Ariaramne, en recompensa de los grandes servicios que les habia prestado contra los caducienses.

Ariarate, hijo de Ariaramne, fué, segun Estrabon, el primer rey de Capadocia; lo que debe entenderse después de la invasion de los persas, bajo el reinado de Ariaramne (374). Es de suponer que Ariarate empezó á reinar, en los primeros tiempos de Filipo, padre de Alejandro, en Macedonia, ó de Oco en Persia. Reinó junto con su hermano Holofernes, á quien amaba con particular ternura.

Habiéndose unido Ariarate á los persas, cuando su expedicion á Egipto, adquirió en ella mucha gloria, y regresó después de haberle llenado de honores el rey Darío Oco. Murió poco tiempo después, habiendo reinado sobre unos veinte y tres años.

Holofernes, después de la muerte de su hermano, quedó único poseedor de la corona de Capadocia; pero la dejó al morir á Ariarate, hijo de su hermano, en perjuicio de los suyos propios.

331. Ariarate II, sucedió á su tio, permaneció fiel á los persas, pero con todo mantuvo en paz su reino cuando las guerras de Alejandro el Grande quien, no queriéndose detener en la conquista de Capadocia, se contentó con algunas señales de sumision.

Después de la muerte del conquistador de la Persia, en el reparto que hicieron entre sí sus generales de las provincias de su imperio, tocó la Capadocia á Eumenes. Perdicas, tutor de los hijos de Alejandro, y regente de sus estados, condujo un poderoso ejército á Capadocia para establecer en ella á Eumenes. Habíase preparado Ariarate para una vigorosa defensa; tenia treinta mil infantes y una numerosa caballería. Sin embargo, fué vencido y hecho prisionero. Perdicas le hizo crucificar junto con sus principales oficiales, y puso á Eumenes en posesion de sus estados. Diodoro asegura que perdió la vida en la batalla. Su reinado habia sido de veinte y nueve años, y su vida de ochenta y dos.

(1) No se confunda á este príncipe con otro Datames de quien habla Cornelio Nepote, pues este fué un siglo posterior, y fué solamente sátrapa de la Capadocia.

Ariarate III, hijo del precedente, se habia salvado en Armenia después de la muerte de su padre. Luego que tuvo noticia de la muerte de Perdicas (321) que siguió de cerca á la del destronado rey de Capadocia y á la de Eumenes, y la ocupacion que daban otras guerras á Antíoco y Seleuco, entró en la Capadocia con las tropas que le proporcionó Ardoate, rey de Armenia, derrotó á Amyntas, general de los macedonios, le arrojó del país, y se sentó en el trono de sus antepasados (300). Dejó muchos hijos.

284. Ariaramne III ó Arsamenes, hijo mayor de Ariarate III, le sucede. Alíase con el rey de Siria, y casa á su hijo primogénito con Estratonice, hija de aquel príncipe. Tanto queria á este hijo que le asoció en el trono antes de su muerte acaecida el año 248. Todos los príncipes vecinos respetaron á Ariaramne por su amor á la justicia y otras muchas excelentes cualidades.

Ariarate IV reinó solo, después de la muerte de su padre Ariaramne. Fué príncipe muy belicoso, alcanzó muchas victorias sobre el rey de los partos y extendió las fronteras de la Capadocia. Murió después de un reinado de veinte y ocho ó veinte y nueve años dejando la corona á un hijo del mismo nombre.

220. Ariarate V, que ocupó el trono inmediatamente después de su padre, no contrajo matrimonio hasta el año 28 de su reinado (192). Desposóse con Antioquis, hija de Antíoco el Grande, rey de Siria, princesa artificiosa, que viéndose estéril recurrió á la suposicion. Hizo creer á su marido que habia tenido dos hijos llamados el uno Ariarate, y el otro Holofernes ú Orofernes.

El rey de Capadocia proveyó de tropas á su suegro en la desastrosa guerra que emprendió contra los romanos; pero, derrotado ya el rey de Siria, Ariarate envió sus embajadores á Roma á pedir perdon de lo que se habia visto obligado á hacer contra la república. El senado admitió sus escusas con la condicion de que pagaria doscientos talentos, que fuéron luego reducidos á la mitad por la intervencion de Eumeno, rey de Pérgamo, que acababa de desposarse con una hermana del rey de Capadocia.

186. Coligáronse los dos cuñados contra Farnaces, rey del Ponto, quien, después de haber rehusado la mediacion de los romanos, se vió obligado dos años después á convenirse con los dos reyes con duras condiciones (184) (V. la Cron. Hist. de los reyes del Ponto). Tenia Ariarate un hijo de su mismo nombre, que le amaba tiernamente, y al que queria con igual ternura. Quiso durante su vida cederle la corona, pero jamás pudo lograr del jóven príncipe que la aceptase. Murió Ariarate siendo aun rey, después de haber ceñido la corona por espacio de cincuenta y cuatro años.

166. Ariarate VI, por sobre nombre Filopator á causa de su afecto hacia su padre, fué un escelente príncipe. Apenas se ve en el trono, á la edad de quince ó diez y seis años, cuando se apresura á renovar la alianza que su padre habia hecho con los romanos. La filosofía tenia para él grandes atractivos; dedicóse bastante á ella, y la Capadocia, desconocida hasta entónces de los griegos, convirtióse en morada de muchos sabios.

161. Este probo y honrado príncipe, rehusa á Artaxías, rey de la grande Armenia, prestarse al asesinato de Mithrobuzano, hijo del rey de la pequeña Armenia, que se habia refugiado en sus estados, y declara que no proporcionara ningun socorro á quien le juzgara capaz de tan vil accion; lleva aun mas lejos su generosidad, y restablece á Mithrobuzano en el trono de su padre. Demetrio, rey de Siria, que tenia

interés en asegurarse con buenas alianzas, propuso al rey de Capadocia que se desposase con Laodicea, viuda de Perseo (159). Temiendo Ariarate que los romanos no aprobarian este enlace le deshechó. Ofendido el rey de Siria por su negativa, provee de tropas á Holofernes, que se titulaba hijo y legítimo sucesor de Ariarate V. Ariarate VI es arrojado del trono, y Holofernes reina tiránicamente en la Capadocia. Roma ordena que se divida el reino entre los dos contendientes. Descontento de esta decision llama Ariarate en su auxilio á Attalo, rey de Pérgamo, quien le restablece en el trono de sus padres arrojando al usurpador. Este habia hecho depositarios á los habitantes de Priena, ciudad de Jonia, de cuatrocientas talentos que habia tomado en el templo de Júpiter. Ariarate no pudo vencer la fidelidad que creian deber al que les habia confiado el depósito, aun cuando lo pasase todo á sangre y fuego, y los tuviese sitiados, y reducidos al último extremo. Pero, los prienos se ponen bajo el amparo de los romanos, quienes ordenan al rey de Capadocia y á su aliado el de Pérgamo que levanten el sitio, y los dos reyes obedecen.

154. Por derecho de represalias, entra Ariarate en el comptot formado por los reyes de Egipto y Pérgamo, para colocar en lugar de Demetrio en el trono de Siria á Alejandro Bala. El rey de Capadocia da en esta ocasion grandes pruebas de valor y de habilidad; y Demetrio pierde por ello la vida con todo su ejército (vide la Cronología histórica de los reyes de Siria).

131. La última accion conocida de Ariarate, es el socorro que dió en persona á los romanos contra Aristónico que se habia apoderado del trono de Pérgamo. El rey de Capadocia pereció en esta guerra (130) despues de treinta y seis años de reinado, dejando seis hijos varones que habia tenido en Laodicea (tal vez la misma hermana de Demetrio, viuda de Perseo, cuya mano habia antes rehusado). Por reconocimiento al padre, añadieron los romanos á los estados de los hijos la Licaonia y la Cilicia. Temiendo Laodicea perder su autoridad cuando se hallarian en edad de reinar, habia hecho perecer á cinco hijos con veneno el año mismo de la muerte de su esposo. Los parientes arrebataron el sexto al ambicioso furor de la madre tan desnaturalizada, y el pueblo le sentó en el trono, despues de dar muerte á la cruel matadora de sus hijos.

129. Ariarate VII casó con Laodicea, hermana de Mitridates Eupator, rey del Ponto, esperando encontrar en esta alianza un poderoso apoyo contra Nicomedes, rey de Bitinia, que pretendia una parte de la Capadocia, pero encontró en ella la muerte (92). Su cuñado le hizo matar por Gordio, uno de sus súbditos. Habia reinado Ariarate treinta y ocho años y tenia dos hijos varones. Su viuda contrajo segundas nupcias con Nicomedes, quien en seguida se apoderó de la Capadocia. Envia Mitridates un ejército, con pretexto de defender los derechos de los hijos de Ariarate que no estaban en edad de gobernar, y arroja las guarniciones del rey de Bitinia. Pero, cuando los capadocios vieron que Mitridates trataba de quedarse la Capadocia para sí, tomaron las armas y arrojaron las guarniciones del rey del Ponto, que aparentaba haber arrojado las de Nicomedes con el solo objeto de restablecer al legítimo heredero en el trono de sus padres.

91. Ariarate VIII, ceñida apenas la corona, levanta un poderoso ejército para reprimir las violencias que su tio queria ejercer sobre él. Mitridates atrae á su sobrino á una conferencia, y en ella le asesina á vista de los dos ejércitos; coloca en su lugar á su hijo que solo cuenta ocho años, y le confia junto con el gobierno de los negocios al bárbaro Gordio. No pudiendo sufrir los capadocios las vejaciones de los tenientes de Mitridates, se sublevan, hacen venir del Asia á Ariarate, hermano segundo del difunto rey, y le colocan en el trono (vide Crón. Hist. de los reyes del Ponto que sigue).

Ariarate IX, llegado apenas á Capadocia, se ve atacado por su tio, y arrojado del reino: es restablecido otra vez su primo. El sentimiento, postra al jóven príncipe destronado en una penosa enfermedad, que le conduce al sepulcro, poco tiempo después (91), estinguiéndose en él la familia de Farnaces, que habia producido diez y nueve reyes, y sentádose en el trono de Capadocia por espacio de quinientos setenta y nueve años. No es posible dar mas extension al reinado de la familia de Farnaces. Los que á los miembros de la misma quieren añadir los dos Anafas de Diodoro, los dos Onofas de Ctesias y los dos Otanos de Herodoto, no toman consejo de las circunstancias de los tiempos, y de los acontecimientos, los cuales demuestran que estos seis individuos no son mas que dos. Esta identidad de personas bajo diferentes nombres no sorprenderá á los que saben que en las cortes orientales, y hasta en Persia y en la Judea, los príncipes tomaban otro nombre al subir al trono. En la Capadocia Ariarates VI se llamó antes Mitridates; en Persia, Oco se llamó Dario II; y Arsaces, hijo de este, se llamó Artajerges II; etc. Y hasta á un mismo rey, en distintas provincias, le daban distintos nombres. Mas, volviendo á nuestra historia, Nicomedes, rey de Bitinia, conduce un niño de ocho años á quien da el nombre de Ariarate, y hace pedir para él á los romanos la corona de su padre. La reina Laodicea apoya esta suposicion, y asegura que es el tercero de los que ha tenido de Ariarate VII. Por su parte Mitridates hace asegurar á la república, por medio de Gordio, que su hijo, á quien habia instalado en el trono de Capadocia, es el verdadero hijo tercero de Ariarate VII. El senado ordena que Mitridates renuncie á la Capadocia, y que esta provincia gozará para siempre de su independencia. Pero los capadocios quieren absolutamente tener rey, y aceptar á Ariobárzano de manos de la república.

89. Ariobárzano era un hombre distinguido de Capadocia y querido de su nacion. No gozó tranquilamente su nueva dignidad. Mitraas y Bagoas, generales de Tigranes, rey de Armenia, le arrojan de la Capadocia, y de nuevo establecen en ella á Ariarate, hijo de Mitridates. Procuran los romanos, por la fuerza de sus armas, restablecer á Ariobárzano; pero este príncipe es otra vez destronado por un ejército que Mitridates envia á Capadocia para dar la corona á su hijo (88). Habiendo Sila alcanzado grandes ventajas sobre Mitridates, le obliga por fin á volver la Capadocia á Ariobárzano. Poco tiempo después, Tigranes, á instigacion del rey del Ponto, invade la Capadocia, de ella arrebata treinta mil hombres, y les da tierras en Armenia. Ariobárzano, que se habia refugiado en Roma antes de esta invasion, no fué repuesto hasta que Pompeyo hubo terminado la guerra con Mitridates (66). Además, Pompeyo, para recompensar los servicios que el rey de Capadocia habia prestado á los romanos en esta guerra, le cede las provincias de Sofena, Gordiena, y una gran parte de la Cilicia: pero como el príncipe, ya de edad avanzada, solo pensaba en terminar sus últimos dias en reposo, resigna la corona en su hijo, en presencia de Pompeyo.

51. Ariobárzano II, hijo de Ariobárzano I, permaneció como su padre, siempre amigo de los romanos, hizo grandes servicios á Ciceron durante todo el tiem-

po en que estuvo de procónsul en la Cilicia (49). En la guerra civil entre César y Pompeyo se declaró por el último; pero, después de la muerte de este, logró obtener la gracia de César, el que aumentó tambien sus estados dándole una parte de la Armenia (48). En tanto que César hacia la guerra á los egipcios, Farnaces, rey del Ponto, arrebató al de Capadocia su reino, junto con sus nuevas adquisiciones (46). Pero habiendo vencido César al usurpador, fué Ariobárzano restablecido en el trono, y honrado además por los romanos con nuevos títulos. Después de la muerte del dictador romano, el rey de Capadocia, rehusa unirse á Bruto y Casio, estos le declaran enemigo de la república, invaden sus estados, y habiéndole hecho prisionero le condenan á muerte (42).

Ariobárzano III era hijo del precedente. Habiendo recibido Ciceron órden de la república de protejerle, ejecutó fielmente la voluntad del senado, porque salvó á Ariobárzano la corona y la vida, que estaban amenazadas en una conspiracion tramada en favor de su hermano. El daño principal provenia del gran sacerdote de Comano en Capadocia, en donde tenia Belona un templo y un culto, en todo semejante al que le rendian á Comano en el Ponto. El gran sacerdote de este templo, que ordinariamente era de familia real, tenia mucho crédito y tal consideracion, que solo cedia á la del rey, teniendo á sus órdenes seis mil personas dedicadas al servicio de la diosa. Con su prudencia logró Ciceron que el gran sacerdote se retirase del reino de Capadocia, dejando á Ariobárzano en tranquila posesion de él.

Ariarate X, hermano de Ariobárzano, le sucedió en el trono de Capadocia, pero le disputó la posesion Sisinna, hijo mayor de Glafira, mujer de Arquelao, gran sacerdote de Belona en Comano, quien era nieto de Arquelao, capadocio de nacion y general del ejército que guerreaba en Grecia por Mitridates contra Sila. Su hijo Arquelao habia casado con Berenice, reina de Egipto, y obtenido de Pompeyo el pontificado de Comano. De este matrimonio nació Arquelao, que le sucedió en la dignidad de gran sacerdote de Belona. Este casó con Glafira, dama de extraordinaria belleza y tuvo dos hijos, Sisinna y Arquelao, el primero de los cuales fué el que disputó la corona á Ariarate. Marco Antonio, juez en esta diferencia, la decidió en favor de Sisinna á causa de la belleza de su madre. No se sabe lo que se hizo de este; pero, habiendo Ariarate subido otra vez al trono, le arrojó de él Marco Antonio poniendo en su lugar á Arquelao.

35. Arquelao, hijo segundo de Glafira, se hizo muy poderoso; reconocido con M. Antonio le envió muy buenas tropas durante la guerra ática, lo que no impidió que Augusto le dejase en pacífica posesion de la Capadocia (20). Algun tiempo después auxilió á Tiberio en favor de Tigranes, y obtuvo de Augusto la pequeña Armenia y una parte de la Cilicia. Tiberio le prestó grandes servicios cerca de Augusto, y le hizo ganar su causa contra sus propios súbditos.

Arquelao estableció su residencia en la isla de Eleuse, cercana á la costa de Cilicia, y se desposó con Fitodoris, viuda de Polemon, rey del Ponto, de quien habia tenido muchos hijos, aun de pocos años, y aumentó considerablemente su poder. Su reinado fué largo y feliz hasta los últimos años, en que la venganza de Tiberio le fué fatal. Arquelao, habia procurado captarse la voluntad del jóven César Cayo, en su buena fortuna, en tanto que hacia poco caso de agradar á Tiberio. Este, mas feliz que su rival, se hace dueño de su imperio y hace que el rey de Capadocia se arrepienta de su ingratitud. Arquelao es citado á Roma, y acusado de haber intentado mover turbulencias en su provincia. El rey de Capadocia se presenta al senado, y es muy mal recibido por Tiberio, y puesto en manos de los tribunales. No encuentra Arquelao otro medio para salvar la vida que fingirse loco. Nada pronuncia contra él el senado, pero la edad, la gota y mas que todo el indigno trato que experimenta le conducen al sepulcro después de haber reinado cincuenta y dos años.

Trás de la muerte de Arquelao, la Capadocia que habia seguido en su gobierno las leyes de Carondas, célebre legislador de la Grecia, fué reducida á provincia romana. Este reino habia durado á lo menos seiscientos ochenta y siete años empezando la cuenta desde Farnaces, el primer rey cuyo nombre ha llegado hasta nosotros, y mas de nuevecientos si nos remontamos á la época en que esta parte del Asia empezó á formar un reino.

REYES DEL PONTO.

El Ponto, region del Asia menor, situada en parte á las orillas del Ponto Euxino, de donde le viene su nombre, constituia una parte de la Capadocia, y se la designaba con el nombre de Capadocia póntica, ó Capadocia menor. Segun la tradicion mas antigua, reinaba en esos países Æeta, padre de Medea. Sojuzgada que estuvo la Capadocia por Ciro el grande, igualmente que todas las demás tierras del Asia menor, dividiéronla los persas en dos dinastías, comprendiendo una la Capadocia mayor, y la otra la Capadocia póntica ó el Ponto. Dejaron á los antiguos reyes dueños de la Capadocia mayor, pero con la condicion de dar cierto número de tropa equipada y pagada, y de reconocer el señorío del gran rey de Persia. La Capadocia póntica ó sea el Ponto, vino á ser una satrapía pérsica hasta la época en que fué erigida en reino por Dario, hijo de Histaspes.

Farnaces, Farnace ó Æetas, llamado tambien Atheas, hijo segundo de Anafas I, rey de Capadocia, es tenido por tronco de los reyes del Ponto; pareciéndonos efectivamente que todas las particularidades con que los historiadores señalan al primer soberano de ese estado, solo á él pueden aplicarse por completo. Por haber su padre, jefe de la conjuracion que se tramó contra el falso Esmerdis, servido muy eficazmente á Dario, hijo de Histaspes, creyó este príncipe que de ninguna manera podria recompensar mejor los servicios del rey de Capadocia que cediéndole la soberanía reservada por Ciro á los monarcas de Persia (520), y erigiendo la Capadocia póntica en señorío absoluto para Farnaces, hijo del monarca favorecido, segun así puede inferirse de un pasaje de Polibio. Se ignoran los acontecimientos del reinado de este primer rey del Ponto, igualmente que su duracion. Farnaces era, al parecer, aquel de quien habla Diodoro de Sicilia, y el marido de Atossa, hermano de Cambises, bisabuelo de Ciro.

Artabazo (á quien no debe confundirse con Artaban, aquel oficial que mató á Jerjes) era hijo de Farnaces y subió al trono del Ponto un año antes de la muerte de Dario. Siguió con actividad la causa é intereses de Jerjes (480) y se le halla á la cabeza de uno de los cuerpos de ejército de este príncipe. Es cuanto sabemos tocante á Artabazo, sin que nos sea posible fijar el año preciso de su muerte (1).

(1) Freret admite un Ariobárzano I, padre de Mitridates I quien le entregó al rey de Persia á fin de bienquistarse con él.

Mitridates I, llevaba, el año 402 antes de Jesucristo, la corona del Ponto, á la cual, treinta años después reunió la satrapía de Frigia. Exigian asimismo sus intereses que fuese suya la ciudad de Heraclea. A fin de conseguirlo, pactó alianza con Clearco, el cual fué mas tarde tirano de la misma. Convinieron en que Clearco le entregaria la plaza. Pero, no bien hubo entrado en ella, Mitridates fué preso y desarmado con los suyos. El rey tuvo que pagar un crecido rescate. El rey de Persia, Artajerjes Mnemon, consideró oportuna la circunstancia para hacer nuevamente tributario al rey del Ponto. Habiendo querido Mitridates sostener con las armas la franquicia de su corona, fué vencido en batalla campal, y después de este acontecimiento, ambos príncipes ajustaron la paz. Treinta y ocho años reinó Mitridates. Jenofonte no le da mas que el título de gobernador de Capadocia (364).

Ariobárzanes II, sucesor de Mitridates, debe ser considerado como hijo suyo, pues que Polibio y Diodoro aseguran que los reyes ó dinastías del Ponto reinaron hereditariamente en ese país, desde el tiempo en que Dario dió la soberanía á Farnaces. Además del reino del Ponto, Ariobárzanes obtuvo de Artajerjes Mnemon el gobierno de la Lidia, de la Frigia y de la Jonia, del mismo modo que los habia tenido su padre; pero luego empleó su poder contra su bienhechor, invadiendo provincias limítrofes pertenecientes á la corona de Persia. Autofradates, enviado por Artajerjes para despojarle de sus injustas conquistas, pone sitio á Assos; al mismo tiempo que Cotys, rey de Paflagonia sitiaba á Sestos; pero sin que ninguno de los dos pudiera hacer frente á Agesilao II, rey de Esparta, ni á Timoteo el ateniense, á quienes Ariobárzanes habia llamado en su ayuda. El rey del Ponto pagó con dinero el auxilio del espartano, dando á Timoteo las ciudades de Eriton y de Sestos que habia quitado á los persas. No habiendo podido conseguir Ariobárzanes una reconciliacion razonable entre los lacedemonios y tebanos, auxilió á los primeros con una buena suma de dinero; pero nadie tuvo mas consideraciones con este príncipe que los atenienses, pues le otorgaron derecho de ciudadanía, concediéndole además, igualmente que á sus hijos, todo cuanto les pidió. Ariobárzanes fué muerto, á los veinte y seis años de su reinado, por un tal Mitridates, de quien dicen algunos historiadores que fué su mismo hijo.

337. Mitridates II, después de la muerte de Ariobárzanes, ocupó el trono del Ponto en la época en que Alejandro Magno invadia la Persia. Cúpole al reino del Ponto igual suerte que á todos los demás del Asia. Vióse obligado Mitridates á someter su corona y estados al conquistador macedonio, y salvó su libertad huyendo hácia Paflagonia, acompañado de solos seis de á caballo. Reuniéronsele en aquel país muchos partidarios y amigos, y pudo apoderarse de Ciriato, fortaleza situada cerca del monte Olimpo, hallándose muy pronto en el caso de probar empresas mas considerables. En efecto, echó á los macedonios de la parte de la Capadocia que linda con el Ponto; y volvió á entrar triunfante en el reino de su padre, ocupándole por espacio de treinta y cinco años, no obstante los esfuerzos de Antígono, y transmitiéndole á su hijo, libre de toda dependencia. Se acusa á Mitridates de haber asesinado en su juventud á Dátames, gobernador de Capadocia, por conciliarse el favor de Artajerjes Mnemon. Asegura Diodoro de Sicilia que fué condenado á muerte (302) por Antígono, por haber seguido el partido de Casandro.

Mitridates III, hijo de Mitridates II, á los estados que heredó de su padre, añadió toda la Capadocia, y la Paflagonia. Después de haber tratado muchas veces sin éxito de apoderarse de Heraclea, resolvió por fin trabar alianza con sus moradores. Duró su reinado treinta y seis años.

266. Mitridates IV era muy jóven cuando murió su padre Mitridates III. Validos los gálatas de su poca edad, hicieron muchas tentativas contra sus estados, pero viéronse obligados á salir de ellos por la imposibilidad en que se hallaron de tomar á Heraclea, punto que les era necesario para conservar las tierras usurpadas. El reinado de Mitridates IV duró veinte y dos años. Habia casado con una hija de Seleuco Callinico, en la que hubo un hijo que le sucedió.

222. Mitridates V, hijo y sucesor de Mitridates IV, estuvo en guerra con los habitantes de Sínope, ciudad griega situada en la costa de la Paflagonia, apoderándose de las poblaciones mas próximas á ella. Pero por encontrar la península en que está Sínope valerosamente defendida por sus habitantes, y además por sus aliados los rodios, tuvo por fin que abandonar la empresa. Posteriormente vivió en buena armonía con los rodios, concediéndoles importantes sumas de dinero para reparar las pérdidas que experimentaron con motivo de un gran terremoto.

186. Farnaces II, sucesor de Mitridates V, distó mucho de tratar á los de Rodas con las mismas consideraciones que su predecesor. Al principio mismo de su reinado ataca de impoviso á Sínope, y la toma por asalto. Los rodios envian á Roma embajadores á quejarse del rey del Ponto. Lejos de amedrentar á Farnaces las amenazas de los romanos, entró en los estados de Eumenes, rey de Pérgamo, amigo de la república. Eumenes envia diputados á Roma para exponer sus motivos de queja, haciendo al mismo tiempo liga con Ariarate, rey de Capadocia. Con todo, no queriendo Farnaces tener á un tiempo tantos enemigos encima, envia tambien embajadores á Roma para quejarse á su vez. El senado ordena á Marcio que pase á Asia. El enviado romano no puede conciliar las partes por la resistencia de Farnaces, y los reyes entran de nuevo en campaña. Leócrito, uno de los generales del rey del Ponto, recorre con un cuerpo de diez mil hombres las tierras de la Galacia, pertenecientes á la sazon á Eumenes; al paso pone sitio á Teyos, capitula con él la guarnicion, y sin embargo, luego la pasa á cuchillo toda entera, sin exceptuar un solo hombre, y esto por órden terminante de su rey. En esto, Seleuco IV, rey de Siria, con quien Farnaces contaba mucho, no queriendo enemistarse demasiado con los romanos, abandona al rey del Ponto, quien al ver por fin que no le seria posible resistir á las fuerzas combinadas de los reyes de Capadocia y de Pérgamo, pidió la paz (184), obteniéndola mediante la entrega de sumas considerables, y restitucion de todas las plazas que habia tomado, exceptuando sin embargo á Sínope, que después fué capital del reino del Ponto, la cual quedó en poder de Farnaces y de sus sucesores, hasta que fué libertada por Lúculo. Con esta paz quedó el reino de Farnaces mas debilitado que con todas las demás guerras anteriores. Murió este príncipe después de haber reinado veinte y nueve años. Era aficionado á la botánica, y segun Plinio, de él le viene á la centáurea su nombre griego.

157. Mitridates VI es el primer rey del Ponto que fué llamado amigo de los romanos, por haberles enviado socorros contra los cartagineses en su tercera guerra púnica (149). Todavía muchos años después dióles pruebas de su adhesion en la no muy feliz guerra que tuvieron que sostener contra Aristónico,

quien á la muerte de Attalo trató de hacer valer sus derechos al reino de Pérgamo (136). Ni con promesas ni con dádivas fué posible recabar de Mitridates que abandonase la causa de los romanos, quienes por recompensa le dieron una parte de la Frigia mayor. Hay quien pretende que Manlio Aquilio (129), sucesor de Perpenna en Asia, vendió este reino al rey del Ponto por una gran cantidad de dinero. Sea de esto lo que fuere, túvole Mitridates hasta su muerte, después de reinar con prosperidad por espacio de treinta y cuatro años. Sus buenas cualidades, por las cuales mereció el sobrenombre de Evergetes, no le libraron de los golpes de un cobarde asesino, que era cortesano suyo. Murió en Sínope, y dejó dos hijos, llamándose el primogénito, que le sucedió, Mitridates como su padre. Tuvo además muchas hijas; una de ellas llamada Laodicea casó con su hermano, y otra, primero con el rey de Capadocia, y mas tarde con el de Bitinia.

123. Mitridates, llamado Eupator, nació en Sínope, y no descendia de Cambises, ni de Darío, ni de Seleuco, ni de Alejandro Magno, como dice Trogo Pompeyo en Justino, sino de Farnaces I, rey del Ponto, que era oriundo de uno de los señores persas, conjurados contra el mago, descendiendo ese conjurado de Aquemenes, pero por línea femenina, como Ciro, Cambises y Darío, y siendo pariente suyo en sexto grado. Por consiguiente, era Mitridates, por parte de mujeres, de la ilustre familia real de los Aquemenes, y de la real sangre de Persia. Él mismo hacia alarde de tal prosapia, guardando en sus tesoros la estátua de plata de Aquemenes, la que encontró Pompeyo é hizo llevar á Roma. Sea como fuere, á la muerte de su padre no tenia este príncipe mas que nueve años, habiendo nacido ciento treinta y dos años antes de Jesucristo. Segun las disposiciones del difunto rey, su madre debia ser su tutora y reinar juntamente con él. Pero no habia cumplido todavía doce años el jóven príncipe, cuando, ya por evitar la severidad de sus ayos, que procuraban reprimir su carácter fogoso y cruel en demasía, ó por libertarse de intrigas de cortesanos que trataban de atentar contra su vida, se escapó á los montes, donde permaneció por espacio de siete años entregado al ejercicio de la caza, y acostumbrándose á un vida de trabajos. Así pues, tendria de diez y nueve á veinte años al empuñar las riendas del gobierno (103). Durante su menor edad, los romanos, no muy escrupulosos tocante al respeto debido á los tratados, le habian quitado la Frigia mayor, cedida por ellos á su padre, con la declaracion de que permaneceria estado libre. Esta injusticia fué la principal causa del odio que el jóven rey profesó á los romanos, y de las prolongadas guerras que con ellos tuvo. Manchó Mitridates el principio de su reinado con la muerte de su madre, á quien hizo envenenar ó perecer de angustia en una prision en que la tuvo encerrada, por no querer compartir el mando con ella. No tardó en sacrificar igualmente su hermano á su ambicion, á fin de verse libre de todo concurrente. Poco después de esos horrorosos asesinatos (100) casó, segun costumbre de los reyes de oriente, con Laodicea, su propia hermana, en la que tuvo un hijo llamado Farnaces.

Viéndose el rey del Ponto con un heredero, forma el designio de dominar el Asia entera. Al objeto recorre durante tres años los varios reinos de aquel dilatado continente, observa las leyes y costumbres, y se informa con exactitud de sus puntos fortificados, aprendiendo además las lenguas de todos esos pueblos, hasta el número de veinte y dos.

Con motivo de su larga ausencia, corrióse la voz de que habia muerto. Da su mujer crédito á ese rumor, y se entrega á uno de sus cortesanos, de quien tuvo un hijo. Vuelve Mitridates, y Laodicea, para ocultar su falta y evitar el castigo, da un tósigo á su marido, cuya robustez venció sus efectos, castigando este con la muerte á su esposa, junto con todos aquellos que habian tomado alguna parte en su perfidia y en sus desórdenes.

El rey del Ponto, después de haber tomado todas sus medidas, invadió y redujo á su obediencia el reino de Paflagonia, que no hacia mucho habian los romanos declarado estado libre, repartiéndosele con Nicomedes, rey de Bitinia, su amigo y aliado. Desde allí pasa á la Galacia, que pronto señorea, á pesar de que se hallaba enteramente debajo la proteccion del pueblo romano. Dirige en seguida sus miras á la Capadocia, y teniendo por mas seguro valerse de la traicion que de la fuerza, hace matar por un asesino llamado Gordio á Ariarate, rey de aquel país, su cuñado, y además muy querido de los romanos. Entra Nicomedes en la Capadocia, y quiere hacerla suya, casando antes con la viuda del rey asesinado. Mitridates, con el proyecto de restablecer á su sobrino, declara la guerra al rey de Bitinia, y le arranca la Capadocia, entregándola en efecto al heredero legítimo. Pero, este no consiente en tener á su lado á Gordio, el infame asesino de su padre. Resentido Mitridates por la entereza del jóven, entra en Capadocia, á la cabeza de ochenta mil infantes, diez mil caballos, y seiscientos carros falcados. El sobrino se habia preparado para recibir á su tio. Mas este último da á entender que quiere reconciliarse, y propone una conferencia, en la que comparece el jóven príncipe. Mitridates, á la vista misma de ambos ejércitos, hiere repentinamente al rey de Capadocia con un puñal que llevaba oculto debajo su vestido. Aterrados quedaron los capadocios, y consiguió así Mitridates apoderarse de todas las provincias del reino (91), á excepcion de algunas comarcas que á todo trance querian permanecer fieles al rey de Bitinia. Da Mitridates este nuevo reino á su hijo Arcatias, que no tenia mas que ocho años, apellidándole con este motivo Ariarate, nombre que solian llevar los reyes de Capadocia, y pone á su hijo debajo la tutela del malvado Gordio, confiándole igualmente la direccion de los negocios. No pudiendo tolerar los capadocios la gobernacion de un asesino público, llamaron al hermano del rey difunto; pero, acude Mitridates, le arroja del país, y los capadocios caen otra vez debajo de su yugo, muriendo de pesar el desventurado príncipe, que no pudo libertarlos.

Nicomedes y Mitridates, cada cual por su lado, acuden con astucia al senado romano; tratando el uno de hacer reconocer por rey de Capadocia á otro hijo, bien que supuesto, de Ariarate; y el otro, procurando destruir las artificiosas razones del primero. Roma no se decide en favor de ninguno de los dos, permitiendo á los capadocios el que se elijan monarca; y de esta suerte, con intervencion del senado, quedó elegido Ariobárzanes. Lulio Cornelio Sila, enviado á Capadocia con objeto de sentarle en el trono (88), derrota completamente el ejército de Gordio, echa al hijo de Mitridates, y cumple la voluntad del senado. Mas, no bien saliera de nuevo Sila para Roma, logró Mitridates que Tigranes, rey de Armenia, declarase la guerra á Ariobárzanes; y este á su aproximacion se fuga de sus estados, refugiándose en Roma. Tigranes restablece en el trono al hijo de Mitridates, sin perder un hombre.

Caros pagó el rey de Bitinia sus artificios y condes-

cendencias con los romanos en daño de su cuñado (vide Crón. histórica de Bitinia).

Rompimiento abierto entre los romanos y Mitridates, ó sea principio de la guerra mitridática. Preséntase el rey del Ponto con un ejército de doscientos cincuenta mil infantes, cuarenta mil caballos, ciento treinta carros armados, y además una flota de cuatrocientos buques. Tenia la república tres cuerpos de ejército en diferentes puntos del Asia menor, compuesto cada uno de cuarenta mil hombres, inclusa en este número la caballería; contribuyó Nicomedes en favor de Roma con cincuenta mil de á pié y seis mil caballos. Los generales romanos comienzan la guerra sin aguardar las órdenes del senado; pero hiciéronla con tal flojedad y desacierto, que quedaron completamente derrotados. Valióle á Mitridates esta primera victoria la conquista de toda la Bitinia, de la Frigia, de la Siria, de la Paflagonia, y otras muchas provincias hasta la Jonia. Enamoróse entónces este monarca en Estratocinea de Monima, jóven de singular hermosura, y la llevó consigo.

Con rasgos de generosidad gana el rey del Ponto los corazones de todos los pueblos del Asia, teniendo á especial ventura el vivir bajo el cetro del poderoso monarca. Los de Laodicea le entregan encadenado á Quinto Oppio, gobernador de Pamfilia, y pro-cónsul romano. Sacudiendo los lesbianos el yugo de la república, ponen en poder de Mitridates á Aquilio, y otras personas principales. El rey hace morir cruelmente y con mil insultos á Aquilio, quien habia sido el principal instigador de la guerra contra él. Tambien Oppio tuvo que sufrir igual suerte. Órdenes secretas, inhumanas, y hasta entónces nunca oidas, comunicadas por Mitridates á todos los gobernadores de las provincias y ciudades del Asia, producen en un mismo dia la matanza de unos cien mil romanos é italianos esparcidos por aquellos países (88). Las ciudades, libres de Asia, como por ejemplo, Magnesia, Mitelene, Éfeso, etc., dan en contribucion al rey grandes sumas. Se apodera del tesoro que Cleopatra, reina de Egipto, tenia depositado en Cos, y además de 800 talentos que en la misma ciudad de Cos tenian tambien en depósito, por los temores de la guerra, los judíos del Asia menor. Con todo este dinero se halló en estado de mantener por espacio de cinco años numerosos ejércitos, sin gravámen de sus súbditos.

Rodas recibe en su seno á los que pudieron escapar del degüello general que se hizo en Asia, y entre otros á L. Cassio. En vano quiso Mitridates tomar aquella plaza. En poco estuvo que no fuese allí hecho prisionero en un combate naval en el que perdió muchas naves. No habiéndole salido mejor una segunda intentona, renuncia al proyecto de sojuzgar la isla.

Arquelao, uno de sus generales, toma á Atenas á la cabeza de ciento veinte mil hombres (87), somete á Delos, haciendo entrar en las ideas é intereses de su rey á la mayor parte de los estados y ciudades de la Grecia, y condenando á muerte ó enviando á Mitridates á cuantos favorecian ó sospechaba que pudieran favorecer á los romanos. Con todo, Orobio, general de la república romana, sorprende de noche á los que ocupaban los castillos cercanos á la isla de Delos, y á todos los pasa á cuchillo, menos á su jefe Apelicon, que pudo escaparse. Metrófanes, otro general del rey del Ponto, entró en Eubea y devastó el país; pero sus buques cargados de botin se van á pique ó son capturados por sus enemigos, no perdonando la vida Brittio, gobernador de la Macedonia, á ninguno de cuantos los tripulan. Al saber Mitridates tamaña pérdida manda á su hijo Arcacias, con otro poderoso ejército, á Macedonia, que se vió en poco tiempo sojuzgada, igualmente que el reino de Tracia. La misma fortuna tienen sus demás generales, siendo tales sus victorias, que por aquellos tiempos veinte y cinco naciones rendian homenaje á Mitridates. En este número estaban comprendidos los roxanios, llamados ahora moscovitas ó rusos, de los cuales exterminó en una batalla cincuenta mil un general de Mitridates, llamado Diopontes.

86. Roma ordena á Sila que vaya con la posible prontitud á Grecia, en donde Arquelao daba la ley por todas partes. No tarda Sila en llegar á Grecia con cinco legiones, algunas cohortes y caballería, mientras que Mitridates estaba todavía en Pérgamo. Todas las ciudades griegas abrieron sus puertas al general romano, excepto Atenas forzada á la resistencia por Aristion. Los romanos ponen sitio á Atenas. Viéndose Sila falto de madera y de dinero, hace cortar aquellos árboles sagrados, aquellas magníficas alamedas de la Academia y del Liceo, apoderándose igualmente de los tesoros inviolables de los templos de Epidauro y de Olimpia. Sitiadores y sitiados muestran ya en el ataque, ya en la defensa, un valor y una constancia increibles. Mas, todos los planes y consejos de Aristion y de Arquelao son descubiertos por espías, los cuales inutilizan la habilidad y la energía de los generales de Mitridates. Devorados los sitiados de sed y de hambre, se rinden á los romanos el primero de marzo de aquel año, no sin haber aguantado antes seis asaltos. Aristion, sus guardias, y cuantos habian desempeñado algun cargo debajo de su mando, fuéron condenados á muerte. Arquelao se retira con su escuadra á Muniquio ó Mumiquia, que es otro puerto del Ático. Dueño Sila del Pireo, manda incendiar el famoso arsenal construido por Filon. Arcacias, hijo del rey del Ponto, muere por entónces de enfermedad natural.

Durante estas circunstancias ocurrió la batalla de Queronea en la Beocia, en la que Taxiles y su hermano Arquelao, caudillos ambos de los ejércitos de Mitridates, teniendo á sus órdenes mas de cien mil infantes, diez mil caballos y noventa carros de guerra, quedaron enteramente vencidos por Sila y sus lugartenientes Murena, Galba y Hortensio, con solos quince mil infantes y mil quinientos caballos. Del numeroso ejército del rey del Ponto no se salvan mas que diez mil hombres que se refugian en Calcis. Sila habia dejado escrito en sus memorias que por su parte no le habian faltado mas que catorce hombres, de los cuales aun habian comparecido dos aquella noche misma.

Habiendo Dorilao, otro caudillo de Mitridates, llegado á Calcis con una poderosa flota en la que conducia ochenta mil hombres de desembarco, completamente equipados, aguerridos y disciplinados, arrójase sobre la Beocia, y se hace dueño de todo el país. Contra el acertado parecer de Arquelao, presenta la batalla á Sila en la llanura de Otomenio, en donde queda completamente derrotado: enrojecidas quedaron aquellas lagunas con la sangre de los soldados de Dorilao, y lleno el lago de sus cadáveres. El mismo Arquelao tuvo que esconderse en unas lagunas, pudiendo luego escaparse á Calcis.

Temeroso Mitridates de que tan infaustos sucesos diesen lugar á algun motin ó conspiracion, toma el bárbaro partido de hacer matar á todos los que le parecen sospechosos, inclusos sus mejores amigos.

No es mas afortunado el mismo Mitridates en Asia que sus generales en Grecia. Fimbria, que mandaba un ejército romano, derrota allí el resto de sus mejores tropas, persigue á los fugitivos hasta las mismas

puertas de Pérgamo, y fuerza luego á Mitridates á salir de los muros de esta ciudad para ir á retirarse á Pitano, plaza marítima del territorio troyano que Fimbria sitió por la parte de tierra. Entretanto, Lúculo iba cruzando por aquellas aguas con una armada romana. Ese nuevo general, que saliera de Roma con escasos conocimientos sobre cosas de guerra marítima, se habia instruido mucho durante la navegacion por medio de lecturas y de conferencias con buenos oficiales; pero, no queriendo contribuir á la gloria de su rival, deja escapar á Mitridates hácia Mitilene en una barquilla, despues de haber batido dos veces seguidas su armada.

Supo Arquelao que habia muerto Fimbria, y desde luego trató de hacer entrar en el servicio del rey del Ponto las legiones capitaneadas por aquel romano contra Sila. Dirígese al objeto por la noche á su campamento. Pero, mudando aquellas legiones de propósito, ó descontentas con las proposiciones que se les hicieron, prenden á Arquelao, matan á su escolta, y se entregan á Sila.

Arquelao fué por fin puesto en libertad, y entónces Mitridates le envió de nuevo á Sila por si accedia á las condiciones de paz propuestas por el mismo general romano. Pide el rey del Ponto una entrevista que se le concede, teniendo lugar en el castillo de Dárdano, en la Tróyada.

85. Sila y el rey del Ponto ajustan la paz. Pierde el rey, además de ciento sesenta mil hombres muertos, la Grecia, la Macedonia, la Jonia, el Asia, y otras muchas provincias de que se habia apoderado, con gran parte de su armada; viéndose por fin obligado á quedarse dentro de los estrechos límites del reino de sus padres, y á reconciliarse con Ariobárzanes y Nicomedes.

84. Habiendo vuelto Mitridates al Ponto despues del regreso de Sila á Roma, los habitantes de la Colchida y del Bósforo se rebelaron durante su ausencia. Inmediatamente emplea sus fuerzas en sofocar la doble rebelion. Los primeros le piden por rey á su hijo, y accede á la demanda, quedando de esta suerte apaciguados. Pero cabalmente esto le hizo entrar en sospechas contra su hijo, y manda darle muerte poco despues. Luego prepara una fuerte armada contra el Bósforo. El mal éxito de la negociacion de Arquelao con las legiones de Fimbria, la derrota de Queronea, y el último tratado de Dárdano, hacen ya sospechosa á los ojos de Mitridates su acendrada y antigua fidelidad. Arquelao lo echa de ver, y creyéndose perdido, huye con su mujer é hijos á tierra de romanos. Encuentra á Murena á quien aconseja tome las armas contra Mitridates, ocupado á la sazon con los rebeldes de la Colchida. Entra Murena en Capadocia, parte de la cual habia podido conservar Mitridates, y se apodera de Comano, la principal ciudad del reino. Quéjase el rey del Ponto, pero el procónsul no cree muy obligatorio para él un tratado cuyos artículos no se habian puesto por escrito.

83. Segunda guerra entre los romanos y Mitridates. Como siguiera Murena haciendo correrías por las tierras del rey, entra este en campaña, y despues de pasar el rio Halys, presenta batalla á los romanos, obligándoles á retirarse á la Frigia con bastante pérdida. Nombrado Sila dictador perpétuo, manda formalmente á Murena que deje en paz á Mitridates y le reconcilie con Ariobárzanes. El rey del Ponto entrega como en rehenes al rey de Capodocia, un hijo suyo, que solo tenia cuatro años, y con este pretexto, guarda los puntos en que tenia guarniciones; luego da un gran banquete en el que ofrece premios á los que llevarian ventaja á los demás en comer, en beber y en cantar, y aun en satirizar.

78. Finalmente, Mitridates restituye á Ariobárzanes toda la Capadocia; pero persuade á su yerno Tigranes, rey de Armenia, que emprenda su conquista y traslade sus moradores á la nueva ciudad de Tigranocerta y otros puntos de la Armenia.

76. Entabla el rey del Ponto alianza con Sertorio, uno de los senadores desterrados de Roma, quien tanto daba que entender en España á sus compatricios. Se formaliza la alianza, con la condicion de que el rey tendrá la Capadocia y la Bitinia, que al efecto Sertorio le enviará tropas con un caudillo para mandarlas, y que por su parte Mitridates entregará á Sertorio tres mil talentos en metálico, y además cuarenta galeras. Ese caudillo fué Marco Mario, otro senador que habia sufrido la misma suerte que Sertorio, y habia venido con él á España. Por la conducta hábil y moderada de Mario, ábrenle sus puertas las ciudades de Asia, sin necesidad de acudir á las armas; y solo el nombre de Sertorio hacia mas conquistas que todas las fuerzas de Mitridates.

75. El rey del Ponto, con motivo del testamento de Nicomedes que habia instituido por su heredero al pueblo romano, y con motivo, al mismo tiempo, de la muerte de Sila, forma el designio de entrar por la vez tercera en guerra con los romanos. Habíase ya apoderado de la Paflagonia y de la Bitinia; la provincia romana del Asia, arruinada por las correrías de los soldados y la avaricia de los funcionarios usureros, se habia declarado nuevamente á su favor. Los dos cónsules, Lúculo y Cotta, salen cada cual con un ejercito (74): uno se encamina al Asia, la Cilicia, y la Capadocia; el otro se dirige á la Bitinia y la Propóntide. Queriendo Cotta quedarse él solo con los honores de la victoria, se da prisa en presentar la batalla á Mitridates antes que llegara su compañero; pero, queda vencido por tierra y por mar, y hasta precisado á retirarse á Calcedonia. Mas de cuatro mil legionarios perdieron los romanos en esa jornada, entre los cuales el senador Manlio, y además setecientos auxiliares. La pérdida del rey del Ponto fué insignificante.

Trás de esa doble victoria, la Bitinia fué ganada sobre la marcha. Sitiados los romanos en Calcedonia, vénse casi reducidos al último extremo; pero, acude en su socorro Lúculo con treinta mil de á pié y dos mil quinientos caballos. Habiéndose encontrado ambos ejércitos cerca de Otries, en la frontera de Frigia, colócanse desde luego en órden de batalla. Así que iba á darse la señal, tiéndese una densa nube por todo el horizonte, que apenas podia percibirse la luz del dia. La nube se entreabre, y vése caer entre los dos ejércitos un cuerpo inflamado, del tamaño de un modio, con un color semejante al de la plata. Hasta tal punto espantó ese fenómeno á ambos ejércitos, que se separaron sin llegar á las manos. Lúculo prosigue su camino, y llega cerca de Calcedonia. Enterado de que el rey no podia mantener por mucho mas tiempo su numeroso ejército, adopta prudentemente el partido de ir prolongando las cosas. En efecto, se ve Mitridates obligado á levantar el sitio, y á retirarse hácia la Tróyada. Allí le sigue el cónsul, estréchale en un terreno desfavorable, y él toma posiciones ventajosas. El rey del Ponto resuelve emprender el sitio de Cízico, para él la llave de Asia. Bloquea por todas partes la plaza (73), y Lúculo corre á socorrerla. Difícil era el que un hombre atravesase sin ser visto las líneas de los sitiadores. Un soldado de las legiones valerianas, buen nadador, dice que no le arredra el lle-

var á Cízico las cartas de su general para anunciar su marcha á los sitiados. El soldado se desnuda, y se tiñe el cuerpo de extraña manera, ata á una tabla dos odres henchidos de aire, y valiéndose alternativamente de ambas piernas, sumergidas dentro del mar, como de remos y de timon á un mismo tiempo, pasa por en medio de la escuadra enemiga que le toma por algun pescado monstruoso, y consigue llegar al puerto y entrar en la ciudad. Magias, desertor de las banderas romanas, habia llegado á ser el oficial de confianza del rey del Ponto; y por lo mismo, le era fácil hacer traicion á Mitridates, aconsejándole que dejase el ventajoso punto que ocupaba. Inmediatamente Lúculo se posesiona de él, y queda dueño de los caminos, por los cuales pudieran venir víveres á los sitiadores al aproximanse el invierno. Adelantaban con todo los trabajos del sitio dirigidos con actividad, siendo igualmente activa y vigorosa la defensa de los sitiados. Ordena Mitridates un asalto general por mar y tierra; pero, quedan rechazados los sitiadores. Las máquinas habian abierto una brecha en la muralla, mas por la noche queda reparada. Un nuevo asalto, que se da al dia siguiente, parece va á dar mejor resultado; pero, en los momentos en que mas vivo es el ataque, álzase un violento huracan que echa á perder toda la maquinaria del sitio, quedando consternado con esta desgracia el ejército del rey. Los de Cízico, en vista de tamañas pérdidas del enemigo, de algunos supuestos prodigios, y del socorro que á la plaza traia Lúculo, recobran aliento. Obstínase Mitridates en continuar el sitio, no obstante la mala estacion, y además envia á Bitinia parte de su ejército, á fin de que no escaseasen tanto los víveres; pero, al pasar el rio Ríndaco derrotan los romanos esa division. Poco después, el hambre y las enfermedades atacan el campamento del rey, quien da por fin la órden de retirada, y alza el cerco de Cízico. Persíguele Lúculo hasta Lampsaco; pero, allí le fué forzoso abandonarle. Sin embargo, habiendo reunido en breve su flota, va en busca de la del rey, y la destruye en dos combates sucesivos (72); uno en Tenedos, otro en Lemnos. Tres jefes, Mario, Dionisio y Alejandro fueron hechos prisioneros. El último se envenena, y muere instantáneamente. Á Dionisio se le conserva para el triunfo del vencedor; siendo Mario condenado á muerte por órden reservada del general romano, quien no considera muy prudente el llevar encadenado trás de su carro triunfal á un senador de bastante prestigio en la ciudad de Roma.

Esta victoria naval fué para Roma un acontecimiento importantísimo, pues que la armada póntica habia sido constantemente destinada para dar cima al gran proyecto de Mitridates, que consistió en ir á atacar á los romanos en su propio país.

Perseguido el rey del Ponto por dos escuadras mandadas por Triario Vocanio Barba, entra en Nicomedia, en cuyo punto le cercó Cotta. Mas, habiendo logrado escaparse, se embarca de nuevo, y á viva fuerza se dirige otra vez hácia el Euxino. Un nuevo huracan le destruye casi todo cuanto se habia librado del primer desastre. Con mucha dificultad salva el rey su propia vida, entrando en una barca de pescadores. Calmada la tormenta, reune lo mejor que le es posible los restos de su flota en la embocadura del rio Hippio, llamado tambien Anapis, y sorprende la ciudad de Heraclea durante las bacanales; es decir, á fines de diciembre, ó principios de enero; pues los de Heraclea celebraban esas fiestas mas tarde que los atenienses y antes que los romanos. Poco tiempo después se embarca Mitridates en unos buques de corsarios, y se hace á la vela para Sínope, capital de sus estados. En esto, las poblaciones de Bitinia caen en poder de los romanos, quedando luego reducido todo el país á una sola provincia, debajo la administracion del procónsul del Asia.

Como en el Asia no quedaron interrumpidas por el invierno las operaciones de la guerra, avanza el ejército romano hácia el reino del Ponto, llegando allí mucho antes que Mitridates. Imposibilitado el rey para sostenerse en campaña contra los romanos, guarneció sus mejores plazas, y se retiró á tierra de bárbaros, mas allá del Euxino. Allí formó un nuevo ejército. Lúculo queria seguirle á la Colchida; pero mudó de parecer por varias consideraciones, y se fué á sitiar, ó mejor á bloquear á Amises ó Aminso, ciudad grande y rica, la segunda del reino del Ponto, después de Sínope. Manda al mismo tiempo poner sitio á Eupatoria, así llamada del sobrenombre de Mitridates, y tambien á Temiscira, dos otras ciudades importantes (71). Á pesar de todo esto, el rey se habia puesto en campaña á principios de la primavera. Deja Lúculo el mando de los sitios de Amises y de Eupatoria á Murena, hijo de aquel de quien hemos hablado, y á quien tan favorablemente menciona Ciceron; marcha contra Mitridates, y le encuentra acampado en el llano de Cabira. Queda la ventaja para el rey del Ponto en dos acciones diferentes, pero á la tercera fué completamente destrozado, viéndose en la necesidad de escapar sin criado y sin escuderos, y aun sin caballo; hasta que uno de sus eunucos, al verle á pié entre los fugitivos, se apea del suyo y se lo entrega. La codicia de los soldados de Lúculo, que se detienen en recoger por el camino el oro, plata y piedras preciosas que el rey esparciera á propósito, priva al general del mejor fruto de sus victorias, impidiendo la captura de Mitridates.

Después de esta derrota de Mitridates, toma Lúculo á Cabira, y otras muchas plazas y castillos en que se hallaban riquezas considerables. Encontró las cárceles llenas de griegos, y además de príncipes deudos del rey del Ponto, á los cuales pone en libertad. Nisa, hermana de Mitridates, fué capturada; y afortunadamente para ella, porque su hermano, en medio de su fuga, habia enviado á sus demás hermanas, retiradas á alguna mayor distancia del peligro, la órden de que se preparasen para morir. Monima, la bella jóven de la Jonia, que nunca quiso avenirse con las apasionadas exigencias del rey hasta que la dió título de esposa, recibió la órden de morir por medio del eunuco Baquidas. Berenice, otra mujer del rey del Ponto, cediendo á las súplicas de su propia madre, parte con la misma una copa de veneno. La mitad fué suficiente para la angustiada madre, debilitada ya por los años. En cuanto á la hija, Baquidas suple la poca actividad del tósigo ahogándola. Roxana, otra hermana de Mitridates, tenia en la mano la mortal bebida, prorumpiendo segun dicen en mil imprecaciones contra su hermano; pero Estatira toma la copa con serenidad, mostrándose por el contrario agradecida, por no haber olvidado el facilitarles un medio para que muriesen libres y nó deshonradas por sus enemigos.

Al saber Mitridates que todo su ejército se habia dispersado completamente, y que Cabira se hallaba en poder del enemigo, salió secretamente del castillo en que se habia ocultado, anduvo por algun tiempo errante en tierra de Comano, en donde tenia muchas fortalezas, y llegó á reunir algunos restos de sus tropas. Recibiendo por fin aviso de que Lúculo le andaba buscando, abandona sus estados, refugiándose en Armenia, al lado de su yerno Tigranes. Lúculo, que le habia ido siguiendo muy de cerca, no tardó en llegar

á Comano. Dorilao, gobernador del castillo de Talaura, que ya habia tratado secretamente con el procónsul, le hizo entrega de Comano, y del rico ajuar del rey. El cuestor del ejército tardó un mes entero solamente en formar el inventario del tesoro de Talaura. Samósato ó Samósata es la única ciudad de Capadocia que resiste á las vencedoras armas de los romanos. Atácala Lúculo en regla. El uso del fuego griego que Callinico habia inventado, pero cuyo secreto le habian enseñado los orientales, hace muy peligroso ese sitio. La constancia romana se muestra superior á todo; y la plaza, por otra parte mal defendida, cae en poder de los sitiadores. Inmediatamente el procónsul se va á someter la Armenia menor, que formaba parte del reino del Ponto, prodigando distinciones y favores á los oficiales que se le presentaron voluntariamente. En Bitinia, Cotta emprende el sitio de Heraclea, bloqueando la ciudad por mar. La epidemia y el hambre obligan á los jefes á entregar la ciudad á Triario, á la cual, despues del saqueo pegan fuego los romanos, tratando á sus habitantes con la mayor inhumanidad. Mitridates no tenia ya en Asia ninguna fuerza naval.

Duraba todavía el sitio de Amises. Lúculo volvió allá para terminarle mas prontamente. Todos los inventos de Callinico, el ingeniero mas hábil de su siglo, no sirven mas que para prolongar la rendicion de la plaza. Entretanto, Eupatoria, otra plaza vecina, se toma por asalto. Temiscira sucumbe á los efectos de la mina. La rendicion de estas dos ciudades contribuye á la de Amises, la que por fin toma Lúculo por asalto. Viéndose Callinico sin ninguna esperanza, la prende fuego, y se escapa en una embarcacion que tenia preparada. Trata el vencedor de apagar el incendio, pero le sale frustrado su intento por la codicia de los soldados que no piensan mas que en el botin, aunque con motivo de la lluvia las llamas no lo devoraron todo. Todavía Sínope no estaba sometida. La guarnicion ciliciana la contenia en la obediencia del rey. Lúculo la pone sitio. Hallábase dividida en diferentes bandos. Conciértanse por fin los jefes para saquearla, y retirarse luego con el botin. Los sitiadores la salvan, conservando sus monumentos, y volviendo á sus moradores los bienes que poseian. Les restituyen además las libertades de que gozaban antes de Farnaces. Con la rendicion de la capital del Ponto se someten todas las demás poblaciones del reino. Lúculo, antes de dar por terminada su campaña, arregla la administracion de la provincia de Asia, reducida al último extremo de miseria por la opresion de los publicanos. Sínope y Amises consagran la memoria de los beneficios que les dispensa, dejando su era ordinaria, y fechando sus nuevas medallas desde la época en que el procónsul les devuelve su libertad.

70. Tigranes no habia recibido muy bien á su suegro Mitridates. Lúculo envia una embajada al rey de Armenia. El embajador principal, llamado Clodio, propone sin embargo al príncipe armenio que le entregue á Mitridates. Tigranes rechaza abiertamente la proposicion, y aun desde aquel momento mostró mas afecto á Mitridates. Después de permanecer veinte meses en Armenia, en donde mas bien se le custodiaba como á prisionero, que como á huésped á quien se quieren dispensar honores, es admitido en la corte de su yerno, y hacen un tratado de alianza.

69. Lúculo forma inmediatamente el proyecto de hacer la guerra en Armenia, y resuelve ir personalmente con solas dos legiones. Pasa el Éufrates, salva el monte Tauro, y atraviesa la region de Sofena, recibiendo allí un socorro considerable de los gordianos. Alarmado Tigranes con la proximidad de los romanos, no hace caso de los consejos de su suegro, pierde su capital, y de nada puede servir á Mitridates. Ambos reyes se retiraron al monte Tauro. Desde allí tratan de aliarse con el rey de los partos, solicitado por otra parte por los romanos. Arsaces determina permanecer neutral, y el procónsul se dispone á hacerle la guerra. Pero vése precisado por la indisciplina de sus soldados á marchar todavía contra los reyes del Ponto y de Armenia, los cuales habian utilizado el tiempo de las negociaciones en reparar sus pérdidas, y reunir un ejército de setenta mil infantes, y treinta y cinco mil de á caballo, con muchos carros de exterminadoras ruedas, como dice un autor. Entró este ejército en campaña á mediados de verano; sin embargo, no se dió mucha prisa en marchar al combate. Atrae el procónsul á los dos reyes hácia las márgenes del Arsanias, rio de Armenia, y los vence. Llegado el invierno, ambos ejércitos se separan. Al volver Mitridates hácia el Ponto, cae de improviso sobró una division romana, mandada por Fabio, y le mata quinientos hombres. Quiere el pretor desquitarse de ese golpe, pero un cuerpo de tracios auxiliares le hace traicion y hasta le insubordina los libertos, de que se componia en gran parte su gente. Iban todos los romanos á ser víctimas de la traicion, sin el peligro en que se halló el rey del Ponto, herido de una flecha debajo del ojo, y además de dos pedradas en la pierna y la rodilla. Alarmado el ejército entero con el accidente sobrevenido á su caudillo, abandona la accion, dejando á Fabio el tiempo de retirarse á Cabira, á donde va Tigranes á cercarle. Restablecido Mitridates de sus heridas, levanta nuevas fuerzas, sirviéndole tan bien el odio de sus súbditos hácia una potencia extranjera, sobrado dura con ellos, que recobra todos sus estados.

No era Tigranes tan afortunado en Cabira, en donde Triarco acudia en socorro de Fabio. Pero ataca Mitridates á Triarco, quien caminaba victorioso cerca del rio Iris; da una carga á los romanos al pasar el rio, y trata de pasarle tambien. Un puente viene abajo no pudiendo resistir el peso de los soldados, y el rey pierde las ventajas que podia prometerse de aquella jornada que dió fin á la campaña, porque el rigor de la estacion no permitió mas operaciones.

68. Al año siguiente, Mitridates encuentra á Triario cerca de Gazira, hácia el rio Halis, en Capadocia. Una tempestad horrorosa separa ambos ejércitos, dirigiéndose el rey al campamento de Tyde, hácia la frontera del Ponto y de la Capadocia. Triario le sigue, le da la batalla junto á Dusa, y el rey del Ponto sale vencedor, solo que retrasa las consecuencias de su victoria una nueva herida que recibe en el muslo. Con todo, los romanos son expulsados de todo el reino del Ponto, bien que con la impresion causada en el ejército por la herida de su rey, pudo escaparse la gente de Triario. Siete mil hombres perdieron los romanos inclusos 24 tribunos y ciento cincuenta centuriones. Lúculo quiere marchar otra vez contra Mitridates y Tigranes, pero la tropa se le insubordina, y por algun tiempo los romanos dejaron en paz á los del Ponto.

Pompeyo, sucesor de Lúculo, luego de haber distribuido su flota en varias divisiones con el objeto de guardar la parte de mar que está entre la Fenicia y el Bósforo, marchó por tierra contra Mitridates que aun tenia treinta mil peones y dos ó tres mil caballos; sítiale en su campamento por espacio de cuarenta y cinco ó cincuenta dias, y le reduce á la mayor estrechez. El rey del Ponto hace dar la muerte á todas las personas inútiles ó enfermas, y escapa de noche con lo mejor de su gente. Síguele Pompeyo; le alcanza cerca del Éufrates, y fija su campamento junto á él

cerca del monte Estella, procurando envolverle, pero sus oficiales viejos le inducen á que comience la lucha sin esperar el dia. Pompeyo los conduce al frente del enemigo que no se atreve á resistir, haciendo los romanos gran mortantad, pues mas de diez mil enemigos mordieron el polvo, y quedó en su poder el campamento. Mitridates se abrió paso por entre la tropa romana espada en mano con ochocientos hombres que muy pronto quedaron dispersos. Hállase solo con algunos servidores y con Hipsicracia, una de sus mujeres, á la que llamaron mas tarde Hipsicrates para dar á su nombre una terminacion masculina. Esa mujer, singularmente animosa y guerrera, jamás se separó de su marido, sirviéndole en su fuga, y cuidando ella misma su caballo, hasta llegar á Sinoria, punto fortificado en que tenia Mitridates su dinero y sus alhajas de mas precio. El rey del Ponto ya no vió mas recurso que el dirigirse otra vez á su yerno Tigranes, el cual se hallaba á la sazon en guerra con su propio hijo; y por abrigar sospechas de que se entendia con Mitridates, dió la órden de prender á los embajadores del rey del Ponto: así es que, lejos de conceder los socorros que pedian para su señor, promete cien talentos al que le presente á su suegro prisionero ó muerto.

65. Entretanto, Pompeyo iba marchando en seguimiento de Mitridates, el cual, desde la primavera de aquel año se habia dirigido hácia el Bósforo Cimmeriano, de cuyo país habia hecho donacion á uno de sus hijos llamado Macares. Este jóven príncipe habia asentado cabalmente la paz con los romanos, obligado por la necesidad, y presintiendo que no estaria su padre muy satisfecho por su comportamiento, bien que no hiciera mas que ceder á circunstancias apremiantes, se habia fugado por no verle.

Pompeyo deja á Mitridates en el Bósforo; vuelve al Ponto y á la Capadocia, y somete todo cuanto obedecia al rey. Estratonice, otra de las mancebas del rey, entrega al procónsul Sinforiano un castillo del Bósforo, con los tesoros que contenia, pidiéndole en recompensa que si caia en sus manos su hijo Jifares, tuviese á bien entregárselo. Sabedor Mitridates de este convenio, mató luego á Jifares delante de su misma madre. Caines, ó sea Villanueva, era la plaza mas fuerte del Ponto; tambien la tomó Pompeyo con todas las preciosidades que el rey tenia en ella. Allí se encontraron, entre otras cosas, memorias secretas compuestas por el mismo Mitridates, y aquellos escritos bien daban á conocer el carácter del rey del Ponto. En uno de esos escritos estaba notado el número de personas que habia envenenado, entre otras, su hijo Ariarates y Alceo de Sardes, á este último porque le habia aventajado en una carrera á caballo. Tambien se encontraron sus memorias sobre medicina; pues Mitridates era médico hábil, principalmente en la parte toxicológica ó sea en la parte de los venenos y antídotos

64. El rey del Ponto conoce que tiene necesidad de paz, mas Pompeyo rehusa todas las proposiciones que al objeto le dirige el rey. Mitridates no por esto se amedrenta, y resuelve con mas osadía que cordura el ir como Aníbal, á atacar á los romanos en la misma Italia. Habíasele reunido gran número de escitas; confiando además que irian galos á juntarse con él, y que su presencia encenderia de nuevo el fuego de la rebelion entre los esclavos de Italia y de Silicia; que los piratas señorearian otra vez el mar, que los pueblos aprovecharian con gusto la coyuntura que él les facilitaria para libertarse de la opresion de los magistrados y generales romanos, etc. Mas, para llevar á cabo su proyecto, tenia que caminar quinientas leguas. Solo el pensar en una marcha tan larga y tan peligrosa, espantó de tal suerte á su ejército, que fraguó una conspiracion contra él, y eligió por rey del Ponto á su hijo Farnaces, el principal promovedor de la sedicion entre los soldados. Abandonado Mitridates de todos, y hasta de su hijo, quien ni siquiera le permite el fugarse, se retira á sus aposentos en Panticapea; envenena á sus mujeres, á sus concubinas, y á las hijas que con él estaban; se envenena él tambien, y acude á su espada para mayor prontitud. No bastando todavía aquel golpe, pide á un soldado galo que mate.

63. Esto aconteció á fines del año 63 antes de Jesucristo. Dice Dion que murió á manos de su mismo hijo. Habia reinado sesenta años, y á la sazon contaba unos setenta y nueve. Ciceron dice de este monarca que, después de Alejandro, era el mas grande de los reyes. No puede negarse que Roma jamás tuvo que habérselas con príncipes de su temple, porque Mitridates poseyó ricos dotes, vasta inteligencia, superioridad de miras para las mas altas empresas, imperturbable firmeza de ánimo, y además, inagotable fecundidad en recursos. Mientras tuvo que luchar con jefes poco experimentados, obtuvo señaladas victorias; pero, no brilló como gran general en sus guerras con Sila, Lúculo y Pompeyo. De todos modos, su memoria es execrable por los innumerables asesinatos y parricidios que cometió. Su hijo Farnaces se entregó con persona y estados á los romanos. Pompeyo ordenó que se celebrasen á Mitridates exequias dignas de un alto monarca, y fué enterrado con los reyes del Ponto, sus antecesores, en Sínope. El general romano toma posesion, en nombre de la república, de todas las plazas de Mitridates y de todas las riquezas que contenian. Á Farnaces le otorgó el reino del Bósforo, que á la sazon se extendió por todo el Quersoneso Táurico y por la Sarmacia Asiática; confiriéndole además el título de amigo y aliado del pueblo romano. Las poblaciones que habian manifestado simpatía por los romanos, quedan libres é independientes; todo lo demás queda repartido en provincias.

Los demás hijos de Mitridates, Artafernes, Dario, Jerjes y Oxatres; y sus dos hijas, Mitridata y Nisa, desposadas poco antes la una con el rey de Egipto, la otra con el de Chipre, y su hermana Cleopatra, son conducidos á Roma para mayor pompa del triunfo del cónsul.

61. Farnaces III, luego que supo que los romanos habian salido de Asia, forma el designio de recobrar á lo menos parte de las provincias que habian pertenecido á su padre. Principia por atacar á Fanagoria, capital del Bósforo de Tracia, la que Pompeyo declaró libre, por haber sacudido la primera el yugo de Mitridates. Los de Fanagoria se ven forzados á rendirse á discrecion.

49. Encendida la guerra entre César y Pompeyo, aprovecha Farnaces la coyuntura; atraviesa la Colchida, entra en el Ponto, recorre parte del Asia, vence á los generales romanos, y se apodera de todo el reino que tuvo su padre.

César envia al Asia á Neyo Domicio Calvinio para hacer la guerra á Farnaces. Este príncipe deja la Capadocia y se retira á Armenia. Allí le sigue Domicio, alcanzándole cerca de Nicopólis. El rey derrota á los romanos en batalla campal, forzándoles á retirarse á Capadocia. Farnaces confia el gobierno del Bósforo á Asandro, y va en persecucion de Domicio. Desde luego se le someten la Bitinia y la Capadocia; pero la Armenia menor le presenta tal resistencia, que tiene que renunciar á conquistarla. Asandro se le rebela con

la esperanza de obtener de los romanos el reino del Bósforo por precio de su infidelidad. César, tomada Alejandría, avanza personalmente hácia la Armenia. Aparenta Farnaces que desea someterse, aceptando las condiciones propuestas por el vencedor de Farsalia; pero, en realidad, solo trata de ganar tiempo. Penetra César sus ardides y ataca á Farnaces cerca de Zela, destroza la mayor parte de su ejército, y el rey no consigue escaparse sino porque se detienen los soldados romanos en recoger el botin de su campamento. Con esta victoria queda César dueño de todo el Ponto, y como no le cuesta mucho, y basta, por decirlo así, su sola presencia, dice en esta ocasion: veni, vidi, vici; llegué, ví y vencí; después de nombrar rey del Bósforo á Mitridates, el de Pérgamo, en lugar de Farnaces, dase César á la vela para Italia, dejando á Domicio el cuidado de continuar la guerra contra Farnaces, en caso de que se atreviera á salir de nuevo á campaña.

Domicio encierra á Farnaces en Sínope, y este entrega la plaza á los romanos, con la condicion de que le habia de ser permitido el retirarse al Bósforo con su séquito. El romano hace matar todos los caballos del rey, con el pretexto de que no iban comprendidos en el salvo conducto otorgado. Acúdele á Farnaces un refuerzo de escitas y de sármatas, y trata de recobrar el reino del Bósforo; se encuentra con Asandro entre Teodosia y Panticapea (47). Queda destrozada la gente de Farnaces, el cual perece en la lucha después de un reinado de diez y siete años, si se cuenta desde la muerte de su padre, ó quince, contando desde que se apoderó del reino del Ponto. Marco Antonio, dueño del oriente que le cupo en suerte á consecuencia de la muerte de Julio César (44), dispone de la parte del Ponto cercana á la Bitinia en favor de Darío, hijo de Farnaces, dando la otra parte lindante con la Capadocia á Polemon.

43. Polemon I (1), que fué sucesor de Farnaces, era hijo de Zenon, uno de los oradores mas célebres de Laodicea. Creyóle Marco Antonio digno del trono del Ponto por sus hazañas y por los servicios prestados durante la guerra civil; pero, no le confirió la dignidad real sino con la condicion de pagar tributo. Desde Polemon, la parte del Ponto que linda con la Capadocia fué llamada Pontus Polemoniacus. Agradecido Polemon á los beneficios de Antonio, le acompaña á su expedicion contra los partos (36), y hecho prisionero en la desastrosa batalla en que fué vencido y muerto Estaciano, tuvo que pagar su rescate. Mas tarde, Artavasdes, rey de los medos, aliado de los partos, le encarga la negociacion de un tratado de paz con los romanos (33), y desempeña Polemon su cometido tan dignamente, que Antonio agrega la Armenia menor á sus estados.

En la guerra entre Antonio y Augusto, Polemon sigue el partido del primero, su amigo y bienhechor, y esto no obstante, Augusto le perdonó después de la batalla de Accio (31), y aun pasados algunos años, durante el consulado de Augusto, Polemon fué confirmado en su trono como legítimo rey, y reconocido además por amigo y aliado del pueblo romano.

17. Agripa envia á Polemon contra Escribonio, el cual, muerto Asandro, habia usurpado el reino del Ponto y los derechos de su viuda llamada Dinamis. Polemon domina la Colchida y vence á Escribonio. Agripa le da en recompensa, con el beneplácito de Augusto, el reino del Bósforo, con la viuda de Asandro (14), el cual habia muerto sin hijos y legado sus estados á su mujer Dinamis. Tendria entónces esta princesa unos cincuenta años, pues que casó con Asandro el año 48, muerto ya su padre Farnaces.

11. Polemon, rey del Ponto, de la Armenia menor y del Bósforo, casa en segundas nupcias con Pitodora, hija de Pítoris, del país de Tralles, hombre muy rico y amigo de Pompeyo. Polemon extiende todavía los límites de sus estados, y somete la Colchida, pero le fué fatal su ambicion. Un cuerpo de aspungitanos, ó sea apurgianos, nacion bárbara con la que se hallaba en guerra, le envuelve y pierde la vida cerca de Sindios. Su mujer Pitodora que reinó con él por espacio de unos tres años, le habia dado dos hijos; Polemon, que fué rey del Ponto, muerta su madre, Zenon que con el tiempo reinó en la Armenia mayor, y además una hija que casó con Cotys, rey de Tracia (vide Bósforo).

La viuda Pitodora dió alguna participacion á su hijo en los negocios del gobierno; mas, siempre retuvo la autoridad soberana. Algun tiempo después de la muerte de su marido, casó otra vez con Arquelao, rey de Capadocia, de quien parece que no tuvo hijos. Entónces salió del Ponto, y vivió en Capadocia hasta la muerte de su segundo esposo, ocurrida hácia el año 17 después de Jesucristo, sin dejar de gobernar desde lejos su reino del Ponto.

La muerte de esa reina debió tener lugar sobre el año 38 después de Jesucristo, á la edad de sesenta y tres á sesenta y ocho años, pues Calígula sentó á Polemon II en el trono de su padre durante el consulado de M. Aquilio Juliano, y de P. Nonio Asprena, y no es probable que la sabia reina Pitodora pensase en abdicar el reino en manos de un hombre tan poco á propósito para reinar como Polemon II.

Polemon II vivió unos veinte años como particular hasta la muerte de su madre, sin ambicion y hasta sin impaciencia. Entónces obtuvo de Calígula y del senado la corona del Ponto, junto con la del Bósforo. Poco después, á principios del reinado de Claudio, durante su segundo consulado, cuarenta y dos años después de Jesucristo, quitan á Polemon el reino del Bósforo, dándole en cambio una parte de la Cilicia; y este es el motivo por el cual le da el historiador Josefo el título de rey de Cilicia.

Enamoróse este príncipe de Berenice, hija de Agripa II, rey de los judíos, adoptando su religion para casarse con ella, y usufructuar los pingües bienes que la princesa habia heredado (sesenta años después de Jesucristo). Por su parte Berenice, al enlazarse con Polemon, que ya no era jóven, tenia tambien sus miras particulares. Tomaba un marido para acallar los horribles rumores á que habia dado lugar en sus desarreglos con su hermano. Pero, no pudiendo refrenar su pasion, poco tiempo vivió con el marido, y volvió á la corte de su padre. Entónces Polemon renuncia á la religion judaica, y continúa reinando solo. Duró su reinado en el Ponto unos veinte y cuatro ó veinte y seis años (63 después de Jesucristo). Por antipatía á los negocios y por incapacidad dejó el trono antes de su muerte, cediéndole á Neron, y contentándose con la parte de la Cilicia que le dieran en cambio del Bósforo. Desde entónces el Ponto fué dividido en varias partes anexas á las provincias de Bitinia, de Galacia y de Capadocia.

(1) Los autores ingleses de la Historia universal, y otros historiadores modernos, colocan un rey á quien llaman Darío, ó que dejan sin nombre, entre Farnaces y Polemon, sin hablar de Pitodoris. Nos ha parecido que debíamos seguir á Estrabon, que merece tanta mayor confianza tocante á la historia del Ponto, cuanto que era de una familia considerable de aquel país, viviendo en tiempo de Augusto, y escribiendo el año 19 de Jesucristo, en cuya época reinaba Pitodoris. Por otra parte, lo que dice Estrabon se halla confirmado por Diodoro de Sicilia, autor contemporáneo.

La parte denominada «Pontus Polemoniacus» fué la única que conservó el honor de ser una provincia romana particular. Un tal Aniceto, esclavo y después liberto de Polemon, tomó las armas para sacudir el yugo romano, y alzarse con la soberanía del Ponto; pero, vióse precisado á huir ante Verdio Gémino, enviado contra él por Vespasiano. Retiróse el usurpador bajo el amparo de Sedoques, rey de los lacianos, el cual por medio de ofertas y amenazas le entregó á los romanos con todos los de su séquito. Desde entónces el Ponto quedó provincia romana hasta Alejo y David Comeno (1). El segundo, hasta constituyó allí un nuevo imperio, que luego se llamó Trebisonda, poseido por su familia por espacio de mas de doscientos cincuenta años, es decir, hasta la época de Mahomed II, quien hizo prisionero al último de los Commenos, con todos sus deudos. Trebisonda y todo el Ponto quedaron por fin en poder de los turcos.

REYES DEL BÓSFORO CIMMERIANO.

El Bósforo cimmeriano ó cimérico, comprendia el Quersoneso Táurico, que hoy llamamos la Crimea, y todo cuanto rodea las lagunas meótidas á oriente y occidente. Era poco considerable, y por lo mismo no excitaba mucho la ambicion de los conquistadores. No se halla mencionado en la reparticion hecha por los sucesores de Alejandro. Sin embargo, desde el siglo tercero de Roma, tenia ya sus reyes; y desde entónces hasta Constantino el Grande encontramos príncipes del Bósforo, de suerte que esta monarquía ha durado por lo menos ochocientos años.

Fué llamado Cimmeriano de «Cimmeris,» antigua ciudad en la costa de Asia, la que ya no existia en tiempo de Estrabon, y que, segun probabilidades, ha sido reemplazada por Fanagora. El Bósforo Cimmeriano estaba dividido en dos partes por un estrecho canal que une las lagunas meótidas con el Ponto Euxino, llamado en nuestros dias el estrecho de Caffa: una de esas partes se hallaba en el Asia, otra en Europa. Sabido es que habia además el Bósforo de Tracia, que es el estrecho de Constantinopla. Ese país habia pasado de la dominacion de los persas á la de Atenas y de Lacedemonia, obedeciendo por fin á Filipo y á sus sucesores. Panticapea era la capital del Quersoneso Táurico, y Fanagora ó Fanagoria, la del Bósforo Cimmeriano.

Bósforo (ó mas exactamente Bósporo), significa trecho de buey, y generalmente se daba este nombre á todo estrecho ó brazo de mar tan corto, que pudiera un buey atravesarle á nado. Io, transformada en baca, segun la fábula, pasó nadando el estrecho del Bósforo Cimmeriano, huyendo de la cólera de Juno. Estrabon es el único historiador de la antigüedad que nos haya dado á conocer estas provincias. La autoridad de este geógrafo es tanto mas respetable, cuanto que habia nacido en el Ponto, país próximo al Bósforo. Los historiadores griegos y latinos han hablado muy poco de este país, y aun con bastante inexactitud. Hasta las medallas, que no tienen nombre ni leyenda, son á menudo mas embarazosas que útiles. Así es que únicamente por conjeturas y relatos puede escribirse la cronología de los reyes del Bósforo. Todo consiste en escoger lo mas verosímil, y así tratamos de hacerlo.

Al principio los bosforianos vivian como tantos otros pueblos dispersos, sin leyes y sin señores, sin constituir un estado. Hácia el año 640 antes de Jesucristo los escitas echaron á los cimmerianos de su país, al que volvieron algunos años después. Es probable que desde ese regreso empezaron á tener una forma de gobierno monárquico hasta cierto punto. Los reyes conocidos que de mas antiguo los gobernaron, ciento cincuenta años después de la vuelta á su tierra, fuéron los arqueanáctidas llamados así por haber sido los primeros soberanos, ó los descendientes de Arqueanax, primer rey del Bósforo Cimmeriano. Pero aquellos á quienes la historia designa con este nombre, solo reinaron, contado todo, cuarenta y dos años.

480. Perisades (1) fué, segun Estrabon, el primero de estos arqueanáctidas, y reinaba por los años 480 antes de Jesucristo en el Bósforo Cimmeriano. No faltarian datos para suponer que descendia de un Arqueanax de Histilene, aliado de Pisistrato, de quien habla Estrabon, y de quien se trata así mismo en el Escoliastro de Nicandro, el cual fué echado de la Tróyada con todos sus hijos. Tal vez se retiró al Bósforo, asentando en él su dominacion. Sabemos que los griegos solian tener esa fortuna, y los ejemplos no escasean. Sea como fuere, los cimmerianos consideran como un dios á Perisades, ya porque fuese el fundador de su monarquía, ya porque civilizara esos pueblos, sacándolos de la barbarie y dándoles leyes.

Leucon, fué el sucesor de Perisades. Nada mas se sabe de ese príncipe y de su reinado.

Sagauro (2), es el postrero de los arqueanáctidas que reinaron en el Bósforo. Dice Diodoro que el reinado de estos príncipes acabó teniendo Atenas por arconte ó primer magistrado á Teodoro, el año tercero de la 85.ª olimpíada (438), antes del consulado de M. Genucio, y de Agripa Curcio Chilon ó Filon, y que habian ocupado el trono cuarenta y dos años. En este fundamento nos apoyamos para determinar el principio y el fin de los reyes de esa dinastía.

439. Espartaco sucede este año á los arqueanáctidas, y duró su reinado unos siete años (3). Tuvo un hijo llamado Satiro.

432. Seleuco no era hijo ni hermano de Espartaco, pues Diodoro, que menciona exactamente las sucesiones de padre á hijo, ó de hermano á hermano, no dice que Seleuco subiese al trono por derecho hereditario; de lo cual se infiere que lo mismo que otros tiranos dominó á sus compatricios, triunfando de sus rivales, y tal vez del hijo mismo de su predecesor. No reinó mas que cuatro años (429).

Espartaco (4), sucedió á su padre Seleuco, y reinó cerca de veinte y dos años. Tuvo un hijo que le sucedió, y es el que sigue.

407. Satiro comienza su reinado en el Bósforo des-

(1) Véase en el «Arte de comprobar las fechas,» desde Jesucristo, la cronología de los emperadores de oriente, año 1204, artículo de Teodoro Lascaris.

(1) En el gabinete de medallas de Paris hay una en que se lee «Basileos» PAIRISADOY de modo que en Estrabon, Diodoro, Parisades y Parysades, es una errata.

(2) Satyro, segun escribe Casaubon, es correccion que ha hecho en el texto de Estrabon sin dar de ello razon alguna.

(3) Es fácil probar segun el mismo texto de Diodoro, atendiendo á los consulados que él cita, que es una equivocacion el escribir que duró su reinado diez y siete años.

(4) Casaubon, y otros autores mas modernos, suponen un interegno de veinte y dos años después de la muerte de Seleuco hasta la elevacion de Satiro I, y llenan el vacío con reyes anónimos. De Bose, y con él los autores ingleses de la Historia universal, ponen en este vacío un Espartaco II; pero no se infiere de Diodoro que el reinado de Satiro fuese precedido de un interegno ó de reyes sin nombre. Dos razones poderosas nos mueven á llenar ese espacio de veinte y dos años, segun acabamos de hacerlo. La primera consiste en que ningun autor trae la causa de esa larga vacante del trono; y la segunda la tomamos del mismo Diodoro, quien da por padre de Satiro á un Espartaco. Ahora bien, no siendo designado Espartaco ni como primero ni como segundo, échase de ver fácilmente que puede ser muy bien el nuestro, pero no se concibe que pueda ser el primero.

pués de Espartaco. Tenia estrechas relaciones con los atenienses, á quienes tenia tantas consideraciones, que fuéron los únicos á quienes permitió exportar trigo de sus estados. Parece que durante su administracion el reino del Bósforo llegó á ser muy poderoso, y compuesto de muchas provincias. Sopeo, personaje muy distinguido, gobernaba en nombre del rey una parte considerable. Sus enemigos se ingeniaron para hacerle sospechoso para con él en el ánimo del rey. Satiro mandó prenderle; mas no duró mucho su encierro; recobrando el favor del monarca cuyo ejército condujo victoriosamente al Asia. Entónces Fanagoria fué erigida en capital de aquella parte del Bósforo. Estrabon cuenta á Satiro en el número de los reyes que mas gloriosamente han reinado en ese país, y en la época en que él escribió veíase todavía el magnífico sepulcro que le construyeran sus súbditos. Murió (393) en el sitio de Teodosia, ahora Caffa, después de catorce años de reinado, dejando dos hijos, Leucon y Perisades.

Leucon, primogénito y sucesor de Satiro, fué igualmente ilustre que su padre. Continuó con buen éxito el sitio de Teodosia (392) y ganó la plaza al año siguiente. Ofreció muchos presentes á los atenienses, amigos y aliados suyos, quienes por agradecimiento le otorgaron carta de ciudadanía. Muchos griegos distinguidos fuéron á su corte al objeto de participar de sus liberalidades. Tuvo que sostener grandes guerras contra los de Heraclea, sobre los cuales hubo ventajas; pero no sin haberse libertado antes por su ingenio y su prudencia de la traicion de algunos capitanes de su flota que se entendian con el enemigo. Sabedor de ello Leucon, los manda comparecer en su presencia, como para protegerlos, poniéndolos así á cubierto de la injuria que se les hacia por tamaña acusacion, en el caso de que el éxito de la batalla no correspondiese á sus esperanzas. Con esto, aquellos jefes consideraron como una señal de amistad y de pura benevolencia el que durante el combate confiase á otros el mando de los buques. Pero, terminada la lucha, presentó el rey la prueba de la traicion de sus capitanes, y á todos los condenó á muerte. Atribuyen á este príncipe el haber ideado por vez primera el colocar detrás de sus propios soldados un cuerpo de tropa extranjera con órden de cargarlos en el caso de que retrocediesen, forzándolos por este medio á vencer ó á morir. Poliano cita de él además otro rasgo de consumada habilidad y astucia. Leucon supo que habian maquinado una conspiracion contra él algunos ciudadanos, y aun algunos amigos suyos. Reune á cuantos banqueros y comerciantes pudo encontrar; les manifiesta, como confidencialmente, que por una cantidad dada de dinero le ofrecian la entrega de una ciudad rica, en la que se hallaban todos los tesoros del enemigo, y á cada uno promete una buena parte, proporcionada á la suma que le prestasen por adelantado. Y cuando el rey tuvo el dinero en sus arcas, muy pronto llenas con la esperanza de beneficios seguros, llama de nuevo á sus acreedores, y les expone claramente su situacion, indicándoles que para recobrar sus fondos debian ayudarle á disipar á los conjurados. Estimulados por sus intereses, empuñan las armas, y con tal celo procedieron, que exterminaron á los conspiradores. Ignoramos si Leucon devolvió fielmente á sus defensores el dinero que les pidiera con el pretexto que se ha mencionado. Ateneo nos le pinta como un príncipe codicioso, que para hacerse con el caudal de sus súbditos daba gustoso oido á los delatores. Un dia, en que uno de esos hombres despreciables le denunciaba á un amigo suyo, casi el único que le quedaba, se contentó con responderle: De buena gana te mandaria matar, si los jefes de gobierno tuviesen necesidad de malvados como tú. Sin embargo, segun Estrabon y otros autores, no puede ponerse en duda que Leucon fuese gran príncipe, al ver principalmente en la historia á sus sucesores honrados con el nombre de Leuconios (1).

353. Leucon murió este año después de reinar cuarenta. Tuvo muchos hijos; Espartaco, Perisades, Satiro y Gorgipo (2).

349. Espartaco, el mayor de los hijos de Leucon, sucedió á su padre, y solo reinó cinco años.

Perisades ocupó el trono trás de su hermano Espartaco. Es muy verosímil que cedió á sus hermanos parte del reino; mas no tardó en reclamar otra vez el señorío de las tierras que les cediera. Duró su reinado treinta y ocho años, concluyendo por los años 311. Solo sabemos sobre la vida de este príncipe una particularidad conservada por Poliano, y es, que para un dia de combate tenia Perisades tres trajes diferentes. Llevaba el primero á la vista del enemigo al poner su ejército en órden de batalla, el segundo solo le conocian los jefes, y tal vez algunos soldados viejos, quienes así podian distinguirle en medio de la refriega, y el tercero le tenia destinado para un dia de derrota general, en cuyo caso de tal suerte era el disfraz, que ni sus mas allegados hubieran llegado á conocerle. Estrabon asegura que fuéron tan memorables sus hechos, que, después de muerto, fué colocado en el número de los dioses. Dejó tres hijos, mayores todos, Satiro, Pritanis y Eumeles, y dió todos sus estados al primogénito.

Satiro II no tuvo con sosiego ni por mucho tiempo la herencia de su padre. Eumeles, que, segun parece, era el tercero de los hijos de Perisades, se habia creado un partido poderoso entre las naciones vecinas, á fin de sentarse en el trono del Bósforo. Queriendo Satiro adelantarse á los designios de su hermano, quien ya marchaba sin embargo hácia su país junto con Ariofarnes, rey de Tracia, fué á su encuentro. Ambos ejércitos, sin aguardar la señal del combate, arremeten á la vez: empeñada es la lucha, pero se declara finalmente la victoria á favor de Satiro. Eumeles y Ariofarnes se refugian en una plaza fuerte. Desde luego Satiro la pone sitio, y ya habia llegado al pié del muro, cuando un dardo le atraviesa el brazo. Murió el año siguiente, no habiendo sobrevivido á su padre mas que nueve meses.

310. Pritanis, considerándose con derecho para suceder á su hermano, se retira al principio á Gargazo, en donde Ménico, jefe de las fuerzas del difunto rey, iba reuniendo sus tropas. Pritanis se pone á su cabeza. Sin embargo, antes de dar mas pasos para posesionarse del reino, hace celebrar magníficas exequias á su hermano en Panticapea. En esto, Eumeles le manda embajadores; pero Pritanis no conviene en repartirse el reino. Sale Eumeles repentinamente contra su hermano, toma á Gargazo, ciudad fronteriza, y las poblaciones que encuentra al paso; combate con

(1) Debe leerse en Eliano «Leuconion» y nó «Leucanion», como así está impreso. El nombre de leucanios nada tiene que ver con los reyes del Bósforo.

(2) Diodoro, rara vez exacto en el cálculo de las magistraturas romanas, se equivoca al hablar de la muerte de Leucon, quitando tres magistraturas anuales, y saltando desde los tribunos militares del año 352 de Roma, á los del año 357. En el año 363 pone otros que nadie mas que él ha conocido; lo cual siempre deja un vacío de tres años en su computacion, pero nada importa para la duracion del reinado de Leucon. Este error, que influye sobre toda la série de los reyes del Bósforo, es digno de atencion.

Pritanis y le vence, encerrándole en el istmo del Quersoneso, hoy la Crimea. Bloqueado el rey por todas partes, se ve forzado á capitular; entrega ejército y corona á su hermano, y se retira á Panticapea. Pero no tardando en arrepentirse del tratado, entra en campaña, y Eumeles le vence por segunda vez. Retírase Pritanis á un sitio llamado de los Jardines, y allí encuentra la muerte, dando Eumeles igual fin á todos sus amigos y deudos excepto el jóven Perisades, hijo de Pritanis, quien puede evitar la venganza del vencedor, refugiándose al lado de Agar, rey de los escitas; pero ya no se habló mas de él.

309. Eumeles, bien que sentado en el trono por medio del crímen y de la violencia, gobernó sabiamente y con gloria. Acrecentó sus estados, y cuando se preparaba para entrar en guerra con las naciones vecinas y dominarlas, una caída de carro acabó con su vida y sus conquistas. Dejó un hijo llamado Espartaco. Reinó unos cinco años.

Espartaco IV es rey del Bósforo, muriendo después de un reinado que acaba por los años de 289. Desde esa época hasta el año 115, nada sabemos ya casi del Bósforo, diciéndonos únicamente Estrabon, que durante ese espacio de ciento setenta años, subsistió esta monarquía con sus reyes particulares. Los libros que de Diodoro nos quedan tampoco siguen mas adelante.

Leucanor (1) ocupaba el trono del Bósforo, segun dice Luciano, muchos años después de Espartaco; pero no es posible el señalar fecha del principio y fin de su reinado. Pagaba un tributo anual á los escitas, y fue vilmente asesinado por un rey de esa nacion, llamado Arsacomas, por haberle negado la mano de su hija.

Eubóites, nacido de una concubina, ocupó el solio con el apoyo de los sármatas, muerto Leucanor su padre. Los alanos y griegos del Asia, quienes no miraban con mucho gusto el poder de los escitas, se declararon en favor suyo. Con todo, no pudo vivir tranquilo sino pagando á los escitas doble tributo.

Perisades III, el postrero de los antiguos reyes del Bósforo Cimmeriano de la dinastía de los Leuconios, llevó la corona después de Eubóites, bien que no fué tal vez su sucesor inmediato. No pudiendo pagar á Escíliro, rey de Escitia, el tributo que le pedia, ni tampoco hacerle frente con las armas, llamó en su auxilio á Mitridates el Grande, rey del Ponto, y le cedió la corona.

108. Mitridates, por la donacion de Perisades agregó su reino al del Bósforo, y con esta union no vino este á ser mas que una provincia del Ponto, siendo así su reino uno de los mayores que lindaban con los países de la dominacion romana. En este año (108) creemos debe fijarse la donacion de Perisades, pues es seguro que Mitridates era rey del Bósforo desde el principio de sus hostilidades contra los romanos y sus aliados; siendo natural el pensar que de la adquisicion de ese reino y de la Capadocia dimanaron las ambiciosas ideas que Sila le echó en cara en su entrevista: así es que puede verse como desde sus primeros movimientos los embajadores de Nicomedes le decian que ya habia sojuzgado, sin guardar consideraciones á la república, á los escitas, los tauros, los bosforanos, los tracios, los sármatas, y todas las naciones que se hallaban cerca del Tanais, del Ister y de las lagunas meótidas (2). Á esto puede añadirse, como prueba decisiva, que durante la primera guerra de Mitridates contra los romanos, el Bósforo se le rebeló (86) y sacudió su yugo. Terminada esta guerra que duró tres años, sometió Mitridates á los del Bósforo, gobernándolos por medio de lugartenientes ó vireyes, hasta su segunda guerra con los romanos (82). Entónces, rebelándose otra vez los cimmerianos, volvió Mitridates á dominarlos, y les dió á un hijo suyo por rey.

79. Macares era el hijo que Mitridates sentó en el trono del Bósforo. Ocupábale todavía ese jóven príncipe en el consulado de Craso y de Pompeyo, cuando Lúculo le declaró amigo del pueblo romano. No perdonó Mitridates á su hijo esa alianza. Macares le envió embajadores para justificarse; mas el padre, que acababa de verse derrotado por Pompeyo, permaneció inexorable. Para evitar sus furores, el hijo pasa al Quersoneso, incendiando todos los buques que no pudo llevar consigo, para quitar á Mitridates medios de perseguirle. Sus precauciones fueron inútiles. Mitridates sabe hacerse con otra flota y le alcanza. El desventurado mancebo, para sustraerse á la venganza de su padre, se suicida (65). Dion y Orosio dicen que su padre le hizo quitar la vida. Habia reinado catorce años.

Farnaces era otro hijo de Mitridates. Vencido este mismo año (65 antes de J. C.) el rey del Ponto por Pompeyo, fué reducido su reino á provincia romana. Pompeyo, como hábil político, pensó en dar un rey al Bósforo para servir de barrera á las provincias de la república contra los escitas, no teniendo así los romanos necesidad de mantener un ejército en aquellas fronteras para impedir las correrías de los bárbaros. Confirióle á Farnaces, quien siempre se habia mostrado favorable á los romanos, hasta el extremo de enviar á Pompeyo el cadáver de su padre (63), y rehenes en prueba de su adhesion. Con todo, el general romano exceptúa del reino del Bósforo la ciudad de Fanagoria, declarándola libre por haberse sublevado la primera contra Mitridates.

49. Al ver Farnaces la lucha formalizada entre César y Pompeyo, juzgó oportuna la ocasion para engrandecer sus estados y reinar en los antiguos dominios de su padre. Sale del Bósforo, deja de gobernador en su ausencia á Asandro, entra en el Ponto, se hace dueño de él, y comete mil crueldades. Desde allí se dirige á Asia; pero Asandro se le rebela en el Bósforo. Revuelve Farnaces contra él, mas le sale César al encuentro y le derrota (47). El rey se retira entónces al Bósforo; recházale Asandro, y le hace dar la muerte. Habia reinado quince años.

Asandro creyó halagar á los romanos declarándose contra Farnaces, y obtener de este modo su reino. Pero César da este á Mitridates de Pérgamo, encargándole que sometiese á Asandro: este casa con la hija de Farnaces, llamada Dinamis, rechaza á Mitridates y le mata. Sin embargo, no toma título de rey, contentándose con el de arconte ó ethnarca del Bósforo. Dueño Augusto del Asia por la batalla de Accio (31), dió á Asandro el título de rey. Pero, como los romanos fiaban poco en él, dan á Escribonio el mando de las tropas romanas en el Bósforo (14). Tal pesadumbre dió esta medida á Asandro, que se dejó morir de

(1) Lo que aquí se dice relativamente á Leucanor y á Eubóites no se apoya en mas autoridad que la de Luciano, mas novelista que historiador.

(2) Los que ponen la cesion de Perisades en el año 115 antes de J. C., la anticipan probablemente un poco. Mitridates nació en el año 135. El año 123, á la muerte de su padre, tenia doce años, pasó siete en los montes; por consiguiente no tenia mas que unos diez y nueve años cuando empuñó las riendas del gobierno, que sin duda le tendria asaz ocupado. No es muy regular que en el año 115, es decir, el año siguiente al de su subida al trono, pudiese aceptar otra corona que era preciso defender contra los escitas, los sármatas y otros interesados en cohartar su poder.

hambre. Contaba noventa y tres años; era fuerte guerrero, lleno de vigor, combatiendo con igual firmeza á pié y á caballo. Su administracion como arconte ó ethnarca habia durado treinta y tres ó treinta y cuatro años.

Escribonio, que se decia nieto de Mitridates el Grande, se apodera del Bósforo luego de muerto Asandro, y para autorizar la usurpacion, toma por esposa á Dinamis, viuda de Asandro, encargada de la administracion del reino. Pero, Agripa se hallaba en Siria, y envia contra él á Polemon, rey de una parte del Ponto. Antes de su llegada, los bosforanos habian muerto ya á Escribonio (13).

Polemon, hijo del literato Zenon, era hacia ya tiempo rey de esa parte del Ponto que da á la Capadocia, y tambien de la Armenia menor, cuando fué á señorear el Bósforo. Desde el principio sus habitantes oponen resistencia; pero Agripa los avasalla enteramente, forzándolos á reconocerle por rey (12).

Polemon casa en segundas nupcias con Pitodora, reina del Ponto, en la que hubo hijos. Se ignora la fecha exacta de su muerte. Era de Laodicea, ciudad asaz distante de Cumes, y de provincia distinta; pero sus virtudes le habian hecho célebre en Asia, y segun Estrabon, le habian abierto el camino del trono. Una inscripcion, descubierta en Cumes, en Eolia, hace mencion de Polemon como de un sacerdote del templo consagrado á Roma y á Augusto (1).

Saurómates, sucesor de Polemon, reinaba en tiempo de Augusto y aun de Tiberio. Sus medallas traen los nombres de estos dos emperadores como sucedia con las de los griegos, para adular á esos príncipes, quienes le habian nombrado probablemente rey del Bósforo, ó confirmado su título.

Desde jesucristo. Rescúporis I fué el sucesor de Saurómates, y lo mismo que él llevó el nombre de Tiberio (30 después de Jesucristo), en cuyo tiempo reinaba en el Bósforo.

Polemon II era sin duda harto jóven para reinar á la muerte de su padre Polemon I, y por sus fines no permitieron los romanos que Pitodora, reina de Capadocia por su segundo enlace con Arquelao, fuese á la vez reina del Ponto, de Capadocia y del Bósforo. Sea como fuere, después de la muerte de Saurómates y de Rescúporis, ó trás de alguna revolucion que los destronaria, recibió Polemon de Calígula la corona del Bósforo (38 después de Jesucristo). No la tuvo mas que cuatro años, pues se la quitó Claudio para darla á Mitridates el Aquemenida (42 después de Jesucristo). Polemon tuvo en compensacion una parte de la Cilicia.

Mitridates descendia, segun Dion, del Gran Mitridates, y en Tácito vemos que él mismo dice tener en sus venas sangre del Grande Aquemenes, viniendo de ahí el nombre de Aquemenida. Después de reinar seis ó siete años en el Bósforo, se rebeló contra los romanos que le quitaron sus estados (49 después de Jesucristo) dándolos á su hermano Cotys. Hasta fué conducido á Roma, donde mostró mucha firmeza, hablando con una altivez que contrastaba con su situacion.

Cotys I reinó pacíficamente por espacio de cuatro años, pasados los cuales volvió Mitridates á subir á su trono, del cual fué echado segunda vez y para siempre, ocupándole Cotys hasta que murió.

83 (después de Jesucristo). Rescúporis II sucedió aquel año á Cotys (segun Cary que escribió después del padre Somiet, y vió medallas que este no conoció).

108 (después de Jesucristo). Saurómates II, que reemplazó á Rescúporis, es aquel rey del Bósforo que envió á Trajano una embajada que Plinio menciona en sus cartas.

115 (después de Jesucristo). Cotys II, hijo, ó mejor nieto de Cotys I, reinaba este año en el Bósforo Cimmeriano, sin que conste cómo obtuvo la corona que guardó diez y siete años y hasta su muerte (132 después de Jesucristo).

132. Remetalces sucede á Cotys en los últimos meses del año 132 después de Jesucristo. Si hemos de juzgar de ese príncipe por sus medallas, en las cuales se le ve con grandes barbas, no parece que estuviera en edad en que se necesita curador: por esto, nos inclinaríamos á leer en la «vida de Antonino el Pio», por Capitolino, este pasaje: «Rœmetalcem in regnum Bosphoranum, audito inter ipsum et curatorem negotio, remisit,» (Antoninus) con la siguiente correccion: «Eupatorem» en vez de «curatorem.» Así enmendada esta falta de amanuense, no seria muy irregular el inferir que muerto Cotys, Eupator pretendió la corona del Bósforo, pero sin fruto hasta la muerte de Adriano, y que muerto este emperador, renovó Eupator sus pretensiones, apoderándose tal vez del trono, y que presentado el negocio ante Antonino, este decidió en favor de Remetalces.

155. Eupator, muerto Remetalces, no encontró ya mas obstáculos, y el mismo Antonino le dió la investidura del reino, del que le privara algunos años antes. Conocemos su reinado por las medallas, y algo de su duracion (171).

180 á 205. Saurómates III reinaba en el Bósforo durante los años que acabamos de citar, segun muchas medallas que se han conservado hasta nuestros dias.

215. Rescúporis III ocupaba el trono del Bósforo por los años de 215 á 225.

232 á 234. Cotys reinó poco tiempo, si no existen mas medallas de su reinado que las que se han publicado hasta ahora.

235. Inintimevo solo es conocido por una medalla de Seguin en el gabinete de medallas de Paris, la cual comparada con la última del reinado anterior y la del siguiente, demuestra que Inintimevo reinó apenas un año.

235. Rescúporis IV reinaba este año segun las medallas: y la postrera que de su reinado existe, prueba que este fué de treinta y dos años (267).

277. Teiranes era rey del Bósforo en este año, segun la única medalla de su reinado.

297. Totorses no es acaso el inmediato sucesor de Teiranes; porque entre la medalla de este y la primera del otro hay un espacio de veinte años que queda vacío, el cual tal vez se llenará con algun nuevo descubrimiento. Por ahora, hemos probado que Totorses reinó á lo menos seis años (303).

Saurómates IV sucedió á Totorses; mas para probarlo, es preciso restablecer, como acertadamente lo hizo Cary, un pasaje del libro de Constantino Porfirogénito (cap. 53). Este Saurómates se armó contra los romanos; devastó los pueblos que estaban debajo su imperio, y avanzó hasta las márgenes del Halys. Diocleciano mandó contra él á Constancio, padre de Constantino el Grande, quien movió á los habitantes del

(1) Algunos autores hacen reinar á Pitodora después de su marido, pretension que no se funda en ninguna autoridad de los antiguos. Por el contrario, segun se desprende de la enumeracion de las tierras de su mando hecha por Estrabon, esta reina viuda quedó reducida al solo reino del Ponto.

Quersoneso del Bósforo Cimmeriano, sometido entónces á la república, á entrar en la tierra de Saurómates, hacerse dueños de ella, y cautivar todas las familias bosforanas. Salióle á Constantino la empresa completamente. Los bosforanos cautivos, y sobre todo las mujeres, enviaron una diputacion á Saurómates, suplicándole que ajustase la paz con los romanos. Después de negociar por algun tiempo, Saurómates se vió precisado á acceder, y á retirarse á sus estados.

Saurómates V, hijo de Saurómates IV y nieto de Rescúporis, comenzó la guerra contra los quersonitas, para vengar la vergonzosa prision de su abuelo (1). Saurómates quedó vencido. Entónces los quersonitas fijaron límites que Saurómates y los bosforanos se obligaron con juramento á no traspasar.

321. Rescúporis V comenzó á reinar en el Bósforo por los años de 321 á 327, y tuvo la corona diez y seis años (337).

Saurómates VI, mal avenido con el tratado que hiciera Saurómates V, declaró la guerra á los quersonitas. Farnaces, su jefe, propuso decidir la querella por medio de un desafío entre los dos. Aceptaron los bosforanos el reto tanto mas gustosos, cuanto que Saurómates era de muy aventajada estatura. Entraron ambos campeones en el palenque á la vista de ambos ejércitos. Saurómates estaba colocado de modo que daba la espalda á sus enemigos. En el mismo momento en que Farnaces y Saurómates llegaban á las manos, los quersonitas, segun lo habian concertado anticipadamente, dieron un gran alarido que movió á Saurómates á volver la cabeza, y Farnaces aprovechando la ocasion le hirió mortalmente. De este modo quedaron los quersonitas dueños del Bósforo. Con todo, contentándose con haber extendido los límites de su dominacion, dejaron tierras á los bosforanos para su sustento.

Desde entónces no hubo mas reyes del Bósforo. Asandro, jefe de aquellos á quienes Farnaces permitió el cultivo de tierras de su antiguo reino, hizo una tentativa para entrar de nuevo en la libre posesion de su suelo, pero fué descubierta la conspiracion, y á su hijo le costó la vida, quedando para siempre los bosforanos sometidos á los quersonitas (2).

REYES DE BITINIA.

Ninguna luz se desprende de las páginas de la Historia sagrada acerca de los primeros habitantes de la Bitinia, y hay tanta variedad en los autores, que es imposible tomar un partido que no esté sujeto á dificultades insolubles. El único punto en que convienen los mas, parece ser que los brebicios, y después los bitinios han habitado este país. Arriano, natural de Bitinia, habia escrito una historia de su patria que se ha perdido. Eustates, que escribió teniendo á la vista la obra de Arriano, dice que el nombre de brebicios ó hebrices les venia de Bebrice, hija de Danao. Esta princesa conservó la vida, no obstante las órdenes de su padre, á uno de los hijos de Egipto que se le habia designado por esposo. Temerosa de que Danao no la sacrificara á su cólera, Bebrice fué á refugiarse en Asia, entre gentes bárbaras, que á pesar de su rudeza, admiraron la cultura de los bebricios, siendo conocidos desde entónces con este nombre. Con el tiempo se llamaron bitinios por un rio de Tracia conocido con el nombre de Betias. Apolodoro nos dice que la Bitinia fué ocupada por cuarenta y nueve reyes hasta la época en que fué dominada por los romanos; con todo, es muy corto el número cuya memoria se ha conservado.

Amico es el rey bitinio mas antiguo que conocemos. Cuéntase que era hijo de Neptuno y de la ninfa Melia. Príncipe emprendedor y guerrero, devastó durante su reinado las provincias limítrofes de la Bebricia. Priolas, hermano de Lico, rey de los margandinios, trató de defender los estados del segundo contra las invasiones de Amico; pero quedó derrotado, pereciendo en el combate. Hércules, que volvia á la sazon de la conquista del vellocino de oro, movido del infortunio de Lico, su antiguo amigo y huésped, salvó á los margandinios con una señalada victoria que alcanzó de los bebricios. Clemente de Alejandría supone que Amico inventó la lucha del cesto. Amico era muy dado á ese ejercicio, obligando á los navegantes que iban á buscar un abrigo á sus puertos á luchar con él. Muchos habian perecido ya á sus manos, cuando los argonautas llegaron al puerto de Calpé. Á Pólux cúpo la honra de luchar al cesto con un príncipe vecino suyo, temido de todos por su fiereza, y de matarle. Esto es lo que generalmente se dice de Amico.

Bútes (que no debe confundirse con otro del mismo nombre que era hijo de Teleon y padre de Eryx, rey de una parte de Sicilia) sucedió á Amico por proximidad de parentesco, consagrando á su memoria, como á la de un héroe, de acuerdo con los bebricios, una capilla en el « Nympheum » de Calcedonia.

Mucáporis, segun Dionisio de Bizancio, fué tambien rey de Bitinia. Tuvo por sucesor á

Mandron, amigo de Fobo y descendiente de Codro, quien fué afortunado en las guerras con sus vecinos. Blepso, hermano de Fobo, á instancias de Mandron, le trajo una colonia de focenses, por lo cual se irritaron los bebricios; pero avisados por Lampsace, hija de Mandron, se libraron de los lazos que ellos les tendian: así es que al morir la princesa poco después, Fobo y sus compañeros le erigieron un rico mausoleo, dando el nombre de Lampsace (Lampsaco) á la ciudad en que vivian.

Dedalso ó Dedalces, rey de Bitinia, reinaba en los tiempos de Ciro el jóven. Enflaquecida la Persia por la pérdida de las batallas de Salamina y de Platea, los griegos pusieron otra vez en libertad á las ciudades griegas asiáticas que dominaron los persas, y, entre otras, á Bizancio y á Calcedonia. Molestadas hasta entónces estas dos repúblicas por los bitinios, con motivo de los límites de sus respectivos territorios, se coaligaron, y después de reclutar en la Tracia considerable número de tropas, entraron en la Bitinia, saqueando muchos lugares y haciendo gran número de prisioneros, que fuéron pasados á cuchillo antes de salir otra vez de la tierra. Con todo, parece que esos pueblos se reconciliaron, y que por los años 410 antes de Jesucristo vivian en buena inteligencia.

Próximos los calcedonios á verse sitiados por Alcibíades (409), enviaron á Bitinia lo mas precioso que tenian. Pero, espantados los bitinios con la fama del célebre guerrero ateniense, entregáronle el depósito que se les habia confiado. Ocho años después (401),

(1) Ese Rescúporis habia caido prisionero. Si este fué á la cabeza de los bosforanos, no se acierta á fijar su reinado, ó reinó muy poco tiempo, pues que este acontecimiento corresponde á la época de Diocleciano, y Totorses reinó hasta los últimos años de este emperador. Por esta razon no colocamos á Rescúporis entre los reyes del Bósforo.

(2) El lector habrá observado, sin duda, alguna diferencia entre lo que se ha dicho de Pitodoris y de Polemon II en la cronología histórica del Ponto, y lo que se refiere en la del Bósforo Cimmeriano; pero no hemos querido hacer variaciones en el texto de los manuscritos; y además la diferencia es de poca importancia.

borraron los bitinios la mancha de esta bajeza, combatiendo animosamente contra los valerosos soldados que al mando de Jenofonte hicieron la retirada mas memorable de toda la antigüedad. Hechos mas cautos los griegos por sus desgracias, tomaron luego mejores medidas; derrotaron á los bitinios en dos encuentros, y llegaron á Crisópolis llenos de gloria y cargados de botin. Aunque no traen los autores el nombre del príncipe que reinaba á la sazon en Bitinia, si bien se atiende á lo que refieren de aquel país, no pueden menos de atribuirse las primeras ventajas que llevaron los bitinios á Dedalso, el cual no estuvo libre de cuidados por mucho tiempo. Después de haberse entendido Dercílidas con el sátrapa Farnabazo (398), asentó sus cuarteles de invierno en Bitinia, y devastó parte del país. Dedalso tuvo que mantenerse á la expectativa delante de aquellas tropas aguerridas y disciplinadas. Pero, parécele un dia favorable la ocasion, y cae sobre los tracios estipendiados por Dercílidas, derrota su infantería, y les quita todo el botin que hicieran en todas sus correrías. El general griego, á quien negocios mas importantes llamaban á otra parte, salió de Bitinia á principios de la primavera. Entónces Dedalso pudo ocuparse en la restauracion de la ciudad de Ástaca. La colonia de atenienses y megarenses, que en ella se mantenia á pesar de las contínuas guerras que les hacian los bárbaros, hacia mas de trescientos años, hubo por fin de sufrir el yugo del rey de Bitinia. Satisfecho con su nueva conquista, edifica otra vez la ciudad arruinada, hermoseándola con nuevos edificios, y erigiéndola en capital de sus estados. Segun Memnon, este rey murió de setenta y cinco años.

Botiras, hijo de Dedalso, le sucedió; siendo tambien largo su reinado, pero se ignoran los acontecimientos. Vivió, segun el mismo Memnon, setenta y cinco años como su padre.

Bias ó Bas, sucedió en el trono á su padre Botiras. En su reinado, Dionisio, tirano de Heraclea, emprendió el sitio de Ástaca. Mas, se sospecha que tenia menos deseos de ganar la plaza que de deshacerse de los heracleotas que le inspiraban desconfianza. Efectivamente, los dos príncipes tenian interés en unirse contra el poder de Alejandro Magno, quien amenazaba á un mismo tiempo sus estados (333). Calas, general de caballería del héroe macedonio, penetró en el reino de Bitinia, y saliéndole al encuentro el rey Bas, vence á las famosas falanges, cuya sola vista amedrentaba á los persas. Ocupado á la sazon exclusivamente Alejandro en la persecucion de Dario, deja para mejor ocasion el vengar la afrenta que recibieron sus armas en Bitinia. Desde entónces Bas gobernó en paz la Bitinia hasta su muerte (320) que acaeció á los setenta y un años, habiendo reinado cincuenta y cuatro años después de la muerte de Alejandro.

Zipetes ó Zipoetes, hijo de Bas, es tenido por Rollin como el fundador del reino de Bitinia. El fué en efecto quien, mientras que los caudillos del ejército de Alejandro se repartian y se disputaban la sucesion de su señor, acabó de libertar la Bitinia de la dominacion de la Persia extendiendo mas que ninguno de sus predecesores los límites de su reino. Poco amigo de las repúblicas de Calcedonia y de Ástaca, dividió su ejército en dos cuerpos, y las atacó á un tiempo mismo. Tolomeo, general de Antígono, acude á su socorro. No atreviéndose Zipetes á combatir con un enemigo tan poderoso, trata de negociar. Pero este le exige, nó tan solo que se retire con sus tropas, sino que se comprometa además á dejar en adelante tranquilas á las dos repúblicas. Acepta el rey las condiciones (315), pero Antígono no se halló después en disposicion de vigilar por la conservacion de las colonias asiáticas. Entónces trató Zipetes de vengarse del humillante tratado que le fué impuesto. Entran sus tropas en tierra de calcedonios, y destruyen cuanto hallan al paso. Desesperados los calcedonios, levantan en Tracia y en su propio país toda la gente que pueden; pero, en esto intercceden los bizantinos por los de Calcedonia, y Zipetes, que tenia interés en no indisponerse con ellos, cede á sus ruegos renunciando á una conquista casi cierta. Dueño Lisímaco de la Tracia, trata de apoderarse de la Bitinia (281), pero sus tropas fueron vencidas y muertos sus jefes por las de Zipetes, á quien dió tanta alegría la victoria, que le ocasionó la muerte á los setenta y seis años, después de un reinado de cuarenta y ocho.

Nicomedes I, hijo mayor de Zipetes y sucesor suyo, comenzó á reinar degollando á dos hermanos suyos. Habiéndose declarado en favor de Antígono Gonatas, competidor de Antíoco Soter al trono de Siria, llamó en su ayuda á los galos que fuéron entónces al Asia por la vez primera (278), en el año tercero de la 125ª olimpíada (Pausan. in Phoc). Con su auxilio conquistó todo lo que habia pertenecido á su padre. Repartió con ellos por gratitud su conquista, y la parte que les señaló fué llamada Galacia ó Galo-Grecia. Después edificó una nueva ciudad cerca de Ástaca, y de su nombre la llamó Nicomedia. Al morir, por los años de 250, nombró por sucesor á uno de sus hijos, el cual fué destronado con ayuda de los galos por su hermano Zela ó Zielas. Poco agradecido este Zela á los galos, trató de asesinar á sus jefes en un banquete; pero advertidos con tiempo, le hicieron caer en el mismo lazo que les tenia preparado hácia el año 237.

Prusias, por sobrenombre apellidado Cunegos, ó el cazador, sucedió á su padre Zela. Aliado de los rodios contra los bizantinos redujo á los últimos á la mayor estrechez. Después hizo la guerra á Eumenes, rey de Pérgamo, á quien venció valido de la habilidad y del valor de Aníbal retirado en su corte. Eumenes era amigo de los romanos, y estos tomaron su defensa, proponiendo luego á Prusias que les entregase al héroe cartaginés, su enemigo capital. Al principio se resistió Prusias, pero al fin accedió á la demanda, asustado con las amenazas del pretor Flaminio (183). Aníbal evitó los efectos de su villana condescendencia envenenándose. Ganada así por Prusias, á precio de su honra, la amistad de los romanos, fué á Roma diez y seis años después, en donde fué recibido con una pompa, á la que correspondió con bajezas de esclavo (167). Se hizo rasurar la cabeza, y compareció delante del senado con el gorro, el calzado, y el traje entero de liberto. El discurso que dirigió á la asamblea correspondió al vestido que llevaba. De regreso á sus estados se puso á guerrear con Attalo, rey de Pérgamo, y le quitó su capital con otras plazas (154). Pero, le obligaron los romanos á devolverlo todo y á dar satisfaccion al vencido. Á su vuelta á Bitinia no pensó mas que en oprimir á sus súbditos con vejaciones de toda clase, haciéndose por fin tan odioso á sus pueblos y á su misma familia, que acabó su infame vida á manos de su propio hijo Nicomedes (148).

Nicomedes II es elevado al trono de Bitinia, después de mancharle con el asesinato de su padre. Largo es su reinado, pero sin acontecimientos de importancia. Tuvo varias querellas con Mitridates, rey del Ponto, con cuya hermana, llamada Apamea, viuda de Ariarates, habia casado, y en honor de la cual habia edificado la ciudad de Apamea. Nicomedes reinó cincuenta y ocho años (90), amado de sus súbditos, quienes sintieron su muerte.

Nicomedes III, hijo de Nicomedes II, concertada alianza con Mitridates, invadió la Paflagonia, y luego dirigió sus miras á la Capadocia. Mas, echado de ella por el mismo Mitridates, se retiró á la Paflagonia, en la que vivió como particular hasta que fué restablecido por Sila. No le duró la prosperidad, pues murió á poco (75), instituyendo por heredero al pueblo romano (1).

REYES DE PÉRGAMO.

Pérgamo era una de las ciudades mas considerables de la Misia, en el Asia menor. Lisímaco, otro de los generales de Alejandro Magno, la ganó después de la famosa batalla de Ipso (301), cuidando desde luego de hacerla mas fuerte y mas hermosa. Estaba situada á las riberas del rio Caico, atravesándola de este á oeste.

Fileteres, considerado con razon como el fundador del reino de Pérgamo, nació por los años de 343 antes de Jesucristo. Su madre se llamaba Boa, bailarina de oficio y cortesana, la que solia vivir en Tios, ciudad de Paflagonia. Así que llegó á la adolescencia, entró Fileteres á servir al macedonio Docimo, el cual habia acompañado en todas sus expediciones á Alejandro el Magno, después de cuya muerte siguió el partido de Antígono, pasando mas tarde al servicio de Lisímaco, y siguiéndole Fileteres. Reconociendo Lisímaco la capacidad de este, nombróle tesorero, y le confió la ciudad de Pérgamo, en cuyo castillo guardaba su tesoro. Fileteres sirvió fielmente durante muchos años. El sentimiento que manifestó por la trágica muerte de Agatocles, hijo de Lisímaco (vide Crón. hist. de Tracia), le hizo sospechoso á la jóven reina Arsinoe, cuyas intrigas causaron aquella muerte; y barruntando Fileteres su designio de perderle, trató de rebelarse. Favorecido en su plan por Seleuco, rey de Siria, le salió bien la empresa (283), conservando la posesion de la ciudad de Pérgamo, junto con el tesoro de Lisímaco que se elevaba á noventa mil talentos. Durante los trastornos que sucedieron después de la muerte del rey de Tracia y de la de Seleuco, portóse Fileteres con tal arte, que supo conservar la plaza y el país circunvecino, y formó poco á poco un estado que llegó á ser de los mas florecientes del Asia, y duró ciento cincuenta y cuatro años, quedando en su familia hasta la séptima generacion. Túvole él mismo por espacio de veinte años, muriendo el año 263 antes de Jesucristo, á la edad de ochenta años, sin hijos, por haber quedado imposibilitado para tenerlos, con motivo de una imprudencia de su nodriza. Pero, dejó dos hermanos, Eumenes y Attalo, de los cuales el mayor tenia el hijo que sigue (2).

263. Eumenes I se halló, por la muerte de su padre, el heredero de la corona de Pérgamo, y sucedió á su tio Fileteres. Antíoco I, rey de Siria, que era monarca victorioso, creyó podria alzarse con aquella sucesion. Se aproxima á Pérgamo; pero, Eumenes le sale al encuentro con todas sus fuerzas, y le ataca tan brusca é impetuosamente junto á Sardes, que no le da tiempo para ordenar su gente. Esta victoria obtenida á poca costa, le abrió el Asia menor, ensanchando mucho su reino.

241. Trás de ese triunfo, Eumenes se entregó á la destemplanza y á la embriaguez, muriendo después de reinar veinte y dos años, precipitado por sus vicios.

Attalo I, primo hermano de Eumenes, é hijo de Attalo, hermano menor de Fileteres, tuvo por madre á Antíoca, hija de Aqueo, que sacudió el yugo de los reyes de Siria. Attalo, príncipe sabio y valeroso, comenzó á hacer preparativos para mantenerse en posesion de las conquistas de su predecesor (241).

Pero, era tributario de los galos, como otros pueblos del Asia. Attalo fué el primero que, sin acudir á sus vecinos, se atrevió á sacudir el yugo. Provoca á los galos con la negativa del tributo, les sale al encuentro y quedaron destrozados, forzándoles á evacuar sus tierras.

224. Mientras que Seleuco-Cerauno guerreaba lejos de su país, valido Attalo de su ausencia, sojuzgó todas las provincias del Asia que están mas acá del monte Tauro. Pero, poco tardó en verse desposeido de sus conquistas por Seleuco y por Aqueo, pariente suyo, quienes se coaligaron contra él, invadieron su país, y le sitiaron en su capital. Parte de los galos, de aquellos que se habian establecido en la Tracia, ayudaron al rey de Pérgamo á recobrar lo perdido, y aun á posesionarse de la Jonia y de algunas provincias vecinas. Sometiéronsele voluntariamente Cumes, Esmirna y Focea, igualmente que los habitantes de Teos, de Colofon, de Elea y de Lemnos. Los carsenios, establecidos allende el Lico, le abrieron las puertas, echando antes á Temístocles, á quien Aqueo habia hecho gobernador de esas provincias. Desde allí se dirige á Apia, y pone sus reales á las orillas del Megisto, recibiendo el homenaje de los pueblos comarcanos. Un eclipse de luna, que aconteció en la noche del 19 al 20 de marzo (219), espantó á los galos, y quedaron de repente interrumpidos sus progresos. Acompaña á aquellos bárbaros hasta cerca del Helesponto, y allí les dejó que se fijasen.

218. Muerto Aqueo y viéndose Attalo molestado por Filipo, rey de Macedonia, que asolaba la Tracia, se une con los romanos en el tratado que hacen los etolios, y regala á aquellos la isla que habia comprado á los últimos. Desde ese momento decláranse muchas ciudades griegas por el rey de Pérgamo, nombrándole su pretor en una junta general de la nacion. Attalo, junto con Pirrias, general de los etolios, y mil soldados romanos, marcha á principios de la primavera al encuentro de Filipo y de los aqueos hasta Lamia en Tesalia, en cuya ciudad se encierran los etolios batidos dos veces seguidas (207). Pero, situada la ciudad de Oreo, una de las principales de la Eubea, por Attalo y la tropa romana, cae en poder del rey de Pérgamo, cabiendo poco después igual suerte á Opunto en la Acaya.

204. Los etolios firman la paz con Filipo, y este consiente en comprender tambien en ella á sus aliados. Poco después (202), se complican mas que nunca los negocios. La ciudad de Cio, en Bitinia, era aliada antigua de los etolios. No obstante los tratados, Filipo la ataca, la toma, y trata á sus moradores con el último rigor (vide Macedonia). Irritados los rodios por tan bárbara conducta, se ligan con Attalo y declaran la guerra al rey de Macedonia. Encuéntranse por mar las dos armadas cerca de Ladé, isla cercana á Mileto. Trábase el combate, y Attalo tiene que escaparse, pues Filipo

(1) Nuestros autores aprovecharon, é hicieron bien, las sabias investigaciones del abate Servini. (Véase las «Memorias de la Academia de Inscripciones de Paris, tomo XII, pág. 316; tomo XV, pág. 21; y tomo XVI, pág. 141). Omitieron, sin embargo, un Prusias, que estaba reinando cuando ocupaba Ciro el trono de Persia.

(2) Algunos escritores, cuyo testimonio es muy respetable, rehusan á Fileteres el título de rey. Pero los hechos sobre esto son decisivos. Goltzio y Escalígero aseguran haber visto una moneda de este príncipe, en la que se lee muy claramente en lengua griega la palabra rey. En el gabinete de Pellerin se veia tambien una moneda en la que la cabeza de Fileteres estaba adornada con una corona.

le va persiguiendo, y le encierra en Pérgamo, cuyo sitio formaliza desde luego. Pero, sus esfuerzos se estrellan ante la constancia de Attalo, siendo impotente en esta ocasion la crueldad y la ira del sitiador (vide Macedonia). Poco tardó el rey de Pérgamo en vengarse del daño que le causó Filipo, pues uniendo su flota con la de los rodios (201), da la batalla al rey de Macedonia, y en ninguna campaña habia perdido Filipo tanta gente como la que Attalo le mató en un solo dia.

En esto, Roma manda embajadores á los atenienses con objeto de persuadirles que entren en liga con los demás confederados. Attalo va á Atenas para lo mismo, y es recibido con grandes honores que acepta con singular modestia. Los atenienses acuden á la confederacion en una junta general. Pronto se venga Filipo (vide ibid.). Testigos los embajadores romanos de los tristes efectos de su venganza, le piden una entrevista que no da ningun resultado (200). El rey de Macedonia prosigue en sus victorias y en sus crueldades (199). El de Pérgamo une su flota con la de los romanos á principios de la primavera, y junto con Lucio Apustio, toma la isla de Andros abandonada de la mayor parte de sus habitantes; pero con su liberalidad y sus promesas consigue Attalo que vuelvan casi todos. En seguida, la flota confederada se da á la vela para Oreo. Mientras se hacian los preparativos del sitio, Attalo se apodera de Ægella, y después de tomar á Oreo sin mucha resistencia, se separan los ejércitos despues de la victoria. El rey de Pérgamo vuelve á Atenas por el mes de setiembre, asiste á la celebracion de los misterios de Ceres, y se dirige después á sus estados, en donde hace falta su presencia.

Solicitado probablemente Antíoco el Grande por Filipo, trataba de resucitar los antiguos derechos de sus abuelos al reino de Pérgamo. En tan apurado trance, Attalo manda embajadores á Roma. Interponen los romanos su mediacion, y consiguen restablecer la buena armonía entre ambos príncipes.

198. La flota romana se junta en Andros con la del rey de Pérgamo; zarpan para la isla Eubea, y emprenden el sitio de Eritrea que no se defiende mucho tiempo. Poco mas costó el sitio de Caristos á los confederados, quienes, trás de la victoria, van á anclar en el puerto de Cencrea. Desde allí mandan emisarios al consejo reunido de toda la nacion de los aqueos. Los individuos de ese consejo resuelven entrar en la liga. Á la vuelta de estas expediciones, Attalo hace presentar al senado romano una corona de oro, de doscientas cuarenta y seis libras de peso, agradecido al favor que la república le dispensara por su mediacion con Antíoco. En esto, Filipo, que empieza á vacilar al verse con tantos enemigos, pide una conferencia al cónsul Flaminio, y tratan de la paz, que no se lleva á cabo por las exhorbitantes pretensiones de los aliados. Attalo parte para la ciudad de Sicion, desempeña con su propio dinero un campo consagrado á Apolo, que en momentos de necesidad habian tenido que enagenar los habitantes, y agradecidos los sicionios le erigieron luego una estátua al lado de la de Apolo. El rey añade á su primer rasgo de generosidad una nueva dádiva de diez talentos, y de diez mil medidas de trigo (197). Para la primavera del año siguiente, Flaminio y este príncipe se fuéron á Tebas, y allí trató el segundo de separar á los beocios del partido de Filipo. En medio de su discurso, pronunciado con mas vehemencia de la que permitia su edad, se siente herido de un ataque apoplético. Le llevan á su casa, y así que estuvo algo restablecido, le conducen á Pérgamo, á donde llega trás de una navegacion larga y angustiosa. Todavía vivió algunas semanas, muriendo á la edad de cerca setenta y dos años, después de reinar cuarenta y cuatro con justicia, cumpliendo perfectamente con todos los deberes de un buen padre, de marido cariñoso, y de amigo leal y desinteresado. Dejó cuatro hijos: Eumenes, Attalo, Fileteres y Ateneo. Su mujer, llamada Apolonia ó Apolonis, no era menos digna del trono que él, bien que nada tuviese su cuna de ilustre. Nació en Cízico, de padres humildes, y solo fué dendora de su elevacion á sus virtudes que la conquistaron el corazon de su marido, y le valieron el mas tierno afecto por parte de todos sus hijos hasta su postrer suspiro, que exhaló muchos años después de muerto su esposo, dando gracias al cielo, nó por haberla sentado en uno de los tronos mas poderosos de Asia, sino por ver con qué celo guardaban sus hijos menores la persona del mayor, pues Eumenes iba con seguridad sin armas en medio de sus demás hermanos armados de picas y espadas. Tal era el fruto de la educacion que les habia dado, pensando únicamente en hacer de ellos hombres útiles á su patria. Á sus dotes militares reunia la virtud y el saber. Hasta habia compuesto obras literarias, principalmente sobre historia natural. Honraba á los literatos con su benevolencia y sus liberalidades, siendo el mayor beneficio que les hizo la fundacion de la célebre biblioteca de Pérgamo. Parece no puede contestársele la gloria de haberla principiado. Attalo era igualmente apasionado á las bellas artes. Refiere Plinio, que este príncipe construyó un magnífico palacio en la ciudad de Tralles. Conviénese igualmente en que es invencion suya el modo de emplear el oro en los tapices.

Eumenes, el mayor de los cuatro hijos de Attalo, sucede á su padre, y renueva la alianza que este tenia con los romanos, consintiendo sin embargo, en que las dos ciudades griegas, Calcis y Oreo, quedasen en libertad.

193. El afecto que á los romanos profesaba el rey de Pérgamo le movió á rehusar por mujer la hija tercera de Antíoco, rey de Siria, prefiriendo á Estratonice, hermana de Ariarates, rey de Capadocia. Los romanos recibieron á su hermano Attalo con las mas grandes demostraciones de honor y de estimacion (192). El procónsul M. Acilio Glabrio saca gran ventaja de las instrucciones que le da el rey de Pérgamo. Vence en los Termópilas la flota de Antíoco (191), la que fué luego encontrada por la de los romanos capitaneada por Eumenes y por C. Livio Salinator. Los dos aliados acometen al rey de Siria, y echando á pique diez buques suyos, toman treinta, y dispersan los demás. En toda la accion dió Eumenes constantemente pruebas de serenidad y de valentía. Algun tiempo después, el rey de Pérgamo, con un cuerpo de cinco mil hombres, entra en tierra del rey de Siria, tala todas las cercanías de Tiatira, y se vuelve con un botin cuantiosísimo á Canas, en donde se hallaba invernando la flota romana.

190. Sitiado Eumenes en su capital por Seleuco, es socorrido por las dos flotas de los romanos y de los aqueos, las cuales, dirigiéndose juntas á Elea, puerto de Pérgamo, obligan al rey de Siria á levantar el sitio y á salir del país con gran descalabro, sin perder los sitiados un solo hombre. Libre Eumenes del peligro, pide á los romanos que se nieguen á las proposiciones de paz presentadas por Antíoco. Frustrado este en la esperanza que tuvo de una paz honrosa, da una batalla al pié del monte Sipilo, á corta distancia de Magnesia: queda vencido, y principalmente por Eumenes, quien halla el medio de hacer destrozar á

los enemigos por sus mismos elefantes; entrando así el desórden en las filas de los sirios, lo que ocasiona una derrota general. Acepta por fin Antíoco la paz, con la promesa de evacuar las plazas que en Europa le quedaban, de ceder las provincias situadas mas acá del monte Tauro, y de pagar por gastos de guerra quince mil talentos á los romanos, cuatrocientos á Eumenes, y la cantidad de trigo que aun se debia á este por los tratados hechos en otro tiempo con Attalo. Y aun el rey de Siria se da prisa en enviar embajadores á Roma para obtener del senado la confirmacion de las condiciones propuestas por Escipion el Africano (189). Eumenes va en esta misma época á Roma, donde se le recibe con extraordinaria magnificencia. Los rodios, cuyas intrigas temia el rey de Pérgamo, solo obtienen la Caria y la Licia, no inclusa Telmiso y algunas otras plazas de la Licia que se dieron á Eumenes, á quien fué cedido todo el país mas acá del Tauro que habia pertenecido al rey de Siria, igualmente que las provincias situadas entre el monte y el rio Meandro. Las demás ciudades del Asia que habian pagado tributo á Attalo, por esta concesion de los romanos, habian de pagarle á él y á sus sucesores; y las que habian sido tributarias de Antíoco, igualmente que las que no habian entrado en ningun pacto con los sirios, debian declararse libres. Poco después de la conclusion de esa paz, Eumenes casó con Estratonice, hija del rey de Capadocia. Manlio asiste á la boda, y sale de Asia honoríficamente acompañado, en su navegacion, por Ateneo, hermano del rey de Pérgamo. Mas, no bien salieron de Asia los romanos, cuando los reyes de Siria y de Pérgamo entran en nuevas disputas, que terminaron sin embargo en breve por intervenir Cornelio Escipion. No fué de tan fácil solucion la querella que tambien por entónces (1) se movió entre Eumenes y Prusias, rey de Bitinia. Creemos con Polibio, autor contemporáneo, que el famoso Aníbal, enemigo mortal de los romanos, enemistó á los dos reyes, excitando al de Bitinia á entrar en tierra del de Pérgamo, por la amistad que con los romanos le unia. Bien que Eumenes tuviese en su servicio á la mas valerosa gente de Asia y de Grecia, no siempre llevó la ventaja en esa guerra. Mandaba Aníbal las tropas de Prusias, supliendo el número y el valor de los soldados con su pericia y su genio militar (véase Bitinia). Concluida aquella guerra por intervencion de los romanos, los de Pérgamo no estuvieron sin embargo mucho tiempo en paz. Habiéndose Farnaces, rey del Ponto, apoderado de Sínope, Eumenes y los rodios tomaron la defensa de sus habitantes, cuya proteccion les estaba confiada. Sobre esto se mandaron embajadores á Roma á nombre de las tres partes interesadas, y entretanto, Leócrito, general de Farnaces, penetra en la Galacia (181). Los comisarios de Roma hicieron cesar las hostilidades entre los dos reyes; mas apenas se hubieron marchado otra vez, Farnaces entra en Capadocia, en la que gana algunas plazas, mientras que Leócrito forma el sitio de Tio en Paflagonia. Trás de una larga resistencia la plaza capitula. Farnaces y su general prescinden del juramento, y pasan á cuchillo á la guarnicion y á los habitantes (180). Eumenes entró en el Ponto con un ejército formidable, que probablemente alcanzó alguna victoria importante, pues que se ajustó un tratado de paz mencionado por Polibio, apareciendo vencedores el rey de Pérgamo y Ariarate. Prusias obtuvo la ciudad de Tio, lo que hace suponer que mereció el donativo por algun servicio secreto prestado al rey de Pérgamo.

175. Libre Eumenes de temores de guerra por parte de sus vecinos, pacta alianza con Antíoco, hijo de Antíoco el Grande, desposeido de la corona de Siria por Heliodoro, después del asesinato de su hermano Seleuco. El rey de Pérgamo, con la ayuda de su hermano Attalo, echa fuera al usurpador, y sienta á Antíoco en el trono de sus mayores.

172. Eumenes se dirige á Roma para informar á la república de los manejos de Perseo. Los rodios, á quienes Eumenes diera algunos motivos de queja, no son atendidos, y á Eumenes le recibe el senado con muchos honores, despidiéndole cargado de presentes. Á la vuelta, el rey quiere hacer un viaje á Delfos para hacer allí un sacrificio. Dos asesinos puestos en acecho por Perseo, dejan caer desde una altura dos pesadas piedras contra Eumenes, hiriéndole una en la cabeza y otra en el hombro, y tíranle en seguida piedras de menor tamaño. Los oficiales de Eumenes hallan á su rey sin sentido, y casi sin vida. Cunde la noticia de su muerte, y su hermano Attalo, teniéndola por cierta, sube al trono y se casa con la mujer de Eumenes, la cual creia ser viuda. Á poco vino el desengaño, y Eumenes no hizo mas que decir á su hermano al oído, abrazándole tiernamente: «Mi querido Attalo, otra vez aguarda á que yo haya muerto de veras, antes de casarte con mi mujer.» En Roma, la noticia de su restablecimiento causó una alegría general, y el rey de Pérgamo agradecido se une con los romanos contra Perseo.

171. El año siguiente, Eumenes va á Calcis, en la isla Eubea, con sus hermanos Attalo y Ateneo, á reunirse con las tropas romanas. Desde Calcis se dirige á la Tesalia, donde halla al cónsul Licinio con cuatro mil infantes y mil caballos. Ateneo se queda en Calcis con dos mil hombres de infantería, para ayudar á Mario Lucrecio que mandaba un cuerpo de diez mil hombres, mientras que Fileteres, otro hermano del rey, cuidaba en Pérgamo de la defensa del reino. Lucrecio y Ateneo toman la villa de Haliarte y la mayor parte de la Beocia; pero Eumenes, Attalo y Licinio son vencidos en la Tesalia, y Carsiñato, jefe de los galos, pierde la vida en un combate.

170. Estando las tropas en sus cuarteles de invierno, Attalo invita á los aqueos á que traten á su hermano con los honores que le tributaron diez y siete años antes, haciéndolos declarar en favor de Eumenes y de los romanos contra Perseo. Después de esto, sale Eumenes de Elea con una escuadra de veinte buques, y encontrado que hubo al almirante romano Marcio Fígulo, va á bloquear por mar y por tierra á Cassandrea. No puede tomarla, y no tuvieron mejor éxito sus tentativas contra Corán y contra Demetríada, perdiendo en esta ocasion mucha gente.

169. Enfríase Eumenes con los romanos, sus antiguos amigos, y tiene una entrevista con los embajadores de Perseo. Harto enemigos los dos reyes para avenirse entre sí, la conferencia no da ningun resultado; pero los romanos empiezan á recelar de Eumenes. Con todo, Attalo continúa sirviéndolos contra Perseo, y triunfa. Después de la victoria (168), envia el rey de Pérgamo su hermano á Roma para dar el parabien al senado, y pedirle socorro contra los galos. Descontentos de Eumenes los senadores, aconsejan á Attalo que pida la corona para sí (todavía se ignoraba en Roma que Eumenes tuviese un hijo). Á Attalo le vienen tentaciones de seguir el consejo; pero,

(1) El sabio abate Servin, en sus investigaciones sobre los reyes de Pérgamo, se inclina á creer que el rompimiento entre Eumenes y Prusias, no pudo estallar mas tarde que el primer año de la 149 olimpíada, en el año 184 ó 183 antes de Jesucristo. Memorias de la Acad. de Inscrip. tomo XII, pag. 260.

las nobles razones de Estacio, médico de Eumenes, elevan el alma de Attalo, disipando la tentacion. Los romanos mandan á los galos unos embajadores, mas dispuestos á fomentar la division que á concertar la paz. El rey de Pérgamo va á Roma (167), con objeto de justificar su ambigua conducta, relativamente á la guerra contra Perseo, y á las inteligencias secretas que se le suponian con el rey de Siria. Antes de su llegada recibe aviso del senado que no siga mas adelante. Entónces conoce Eumenes que necesita acudir á sus propias fuerzas; y levantando un numeroso ejército, echado que hubo á los galos de sus estados, entra en la Galacia, y luego en la Bitinia, apoderándose de muchas plazas de guerra. Prusias II se queja contra él en Roma. La república envia enbajadores al Asia, y estos dan oidos á acusaciones contra Eumenes, el cual, enfermo en el invierno de ese mismo año (166), confia á Attalo el cuidar de los preparativos de la próxima campaña. Licinio enciende mas y mas el fuego de la division entre los galos, los de Pérgamo y Bitinia. Attalo da en vano nuevos pasos, á fin de conseguir la buena armonía entre el senado de Roma y su hermano; así es que Eumenes tiene que sostenerse, con sus propias fuerzas y su pericia, contra los galos y contra Prusias, protegidos por los romanos.

159. El rey de Pérgamo presta todo su auxilio á Ariarate, apellidado Filopator, y no puede impedir el que Demetrio, rey de Siria, siente á Holofernes en el trono de Capadocia.

157. Eumenes muere después de reinar cuarenta años: equivócase Estrabon al escribir que reinó cuarenta y nueve. No hallándose su hijo Attalo en estado de sucederle, Eumenes en su testamento nombró tutor suyo á Attalo Filadelfo, y hasta le legó la corona. Polibio habla de Eumenes, y hace de él los mas grandes elogios. Á este se debió el aumento de la biblioteca de Pérgamo que contenia, segun se dice, doscientos mil volúmenes escogidos, regalados mas adelante por M. Antonio á Cleopatra, y trasladados á Alejandría.

157. Attalo II, llamado Filadelfo por su amor fraternal, se sentó en el trono de Pérgamo muerto su hermano Eumenes, porque el hijo de este, que tambien se llamaba Attalo, era demasiado niño para manejar las riendas del gobierno. Habiendo proyectado restablecer en el trono de Capadocia á Ariarate V, á quien habia quitado Holofernes la corona, fué completamente vencido por Prusias, rey de Bitinia. Interviniendo el senado romano por medio de comisarios para poner en paz á los dos reyes, Prusias, harto ensoberbecido con su victoria, no quiso avenirse á la transaccion propuesta por los enviados de Roma, y puso sitio á Pérgamo, en donde estos se habian encerrado. Mas tuvo que abandonar el sitio, sin tener mejor éxito el de Elea, que le hizo levantar Sofandro, general de Attalo. Restablecida por fin la paz entre estos príncipes por nuevos diputados romanos, Attalo, hijo de Eumenes y sobrino de Attalo II, fué á Roma para darse á conocer, y dar gracias al senado por la proteccion que dispensaba al reino de Pérgamo del que él era heredero. Entre los varios hechos que ilustraron á su tio Attalo II (146), cuéntase por uno de los principales el haber ayudado personalmente al cónsul Memmio á la toma de Corinto, considerada como el mas firme baluarte de la libertad de la Grecia. Celebrado por su valor en varias ocasiones, se entregó luego á la holganza y los placeres. Su ministro Filopemen encadenó de tal suerte su voluntad, que en Roma preguntaban á los que venian de Asia, si el rey de Pérgamo gozaba todavía de alguna privanza con Filopemen. Con todo, no dejó en sus ocios de fundar algunas ciudades, siendo las principales Attalia y Filadelfia. Valiéronle sus talentos y liberalidades el amor de sus súbditos, junto con el aprecio y respeto de los extranjeros. La regularidad que estableció en los negocios de hacienda le habia hecho tan rico, que habia llegado á ser cosa proverbial, tratándose de objetos de gran precio, el decir que solo podian adquirirse con la riqueza de Attalo: «Attalicis conditionibus.» Cuéntase en efecto que en la almoneda del botin de Corinto, llegó este príncipe á dar trescientos mil reales por un cuadro de Baco hecho por Arístides, ofreciendo además un millon y doscientos mil por otro cuadro del mismo pintor.

137. Prolongábase la vida de este príncipe mas de lo que deseaba su sobrino Attalo; así es que puso fin á ella dando un veneno á su tio á la edad de ochenta y dos años (137).

Attalo III, llamado Filometor por el amor que á su madre Estratonice tenia, subió al trono por el envenenamiento de su tio, é hizo memorable su reinado con el asesinato de sus deudos y de sus amigos. Saciado por fin de sangre, se alejó de sus súbditos, vistióse con ropa vieja, y dejó crecer su barba, haciendo lo que los mayores criminales de aquel tiempo cuando trataban de expiar sus maldades. Abandonando además los negocios, retiróse á su jardin, en donde con azada en mano sembraba y cultivaba plantas venenosas, regalándolas de vez en cuando á sus amigos. Fastidiado de sus tareas agrícolas, se consagró á la metalurgia, y se propuso erigir un monumento de bronce á la memoria de su madre. Pero, mientras trabajaba en él un dia de verano, el ardor del sol le ocasionó tan fuerte calentura, que á los siete dias le causó la muerte después de cinco años de reinado (132). Varron y Columela le ponen en el número de los autores que han escrito sobre agricultura, añadiendo que era muy instruido en botánica y en medicina, atribuyéndole Celso y Galeno la invencion de un emplasto y de un antídoto. Al morir, instituye al pueblo romano por heredero de sus bienes: «bonorum meorum populus romanus hæres esto;» lo que solo se entendia por los bienes muebles, pues por lo que hace al trono, no podia frustrar á sus herederos de derecho. El testamento fué llevado á Roma por Eudemo de Pérgamo.

Aristónico, sucesor de Attalo, era hijo de Eumenes, pero habido en una mujer de Éfeso dada á la música, lo cual, segun costumbre del oriente, no le inhabilitaba para la corona en defecto de otros hijos legítimos, por mas que digan Catrou y Bouillé en su «Historia romana (132).» Como príncipe de la sangre real, procuró apoderarse de los estados de su padre. La mayor parte de las ciudades del reino, como Mynda, Samos y Colofon, acostumbradas á la gobernacion de reyes, entraron fácilmente en su partido; otras, por temor de los romanos, al principio se negaron á reconocerle, pero á la fuerza las obligó á ello.

Envian los romanos contra él al cónsul P. Lecinio Craso Muciamo, á quien dan tropas auxiliares cuatro reyes vecinos, el del Ponto, el de Capadocia, el de Bitinia y el de Paflagonia (131). Á pesar de tanta ayuda, como el cónsul se dejó atraer á un lugar desfavorable para sus armas, fué derrotado y hecho prisionero. Queriendo Craso evitar aquella deshonra, trata de darse la muerte, pero le quitan sus armas, dejándole únicamente un látigo para el caballo. Con él dió tan recio golpe á un soldado tracio que le quitó un ojo; este tira furioso de la espada y pasa al cónsul, quien muere allí mismo, segun era su deseo. Mandan su cabeza á Aristónico; y este hizo dar honrosa sepultura á su cuerpo en Esmirna ó Mirina (130). En breve

vengó su muerte Perpenna, sucesor de Craso, yendo á Asia y combatiendo contra Aristónico, á quien derrotó, sitiándole luego en Estratonicea de Caria, y haciéndole prisionero. El filósofo Blosio, consejero de Aristónico, no pudo sugerirle en esta ocasion, sino el que le imitase á él, prefiriendo la muerte voluntaria á una prision vergonzosa. Pero Aristónico se niega á seguir las inspiraciones de ese singular filósofo, que solo por medio del suicidio sabe librar de las adversidades. Llevárone delante del cónsul que le hizo cargar de cadenas, conduciéndole luego á Roma, en donde el 3 de los idus de noviembre, sirvió para la celebracion del triunfo, nó de Perpenna que acababa de morir (129), sino de Manio Aquilio, nombrado cónsul en Asia para reemplazarle. Después de este triunfo, y nó antes como asientan Catrou y Rouillé. Aristónico fué otra vez trasladado á la cárcel, en la que fué muerto por órden del senado, para aplacar los manes del procónsul Craso.

Luego que Aquilio hubo sojuzgado todo el reino, le dió otra forma, y junto con nueve comisarios de la república, dividió la nueva provincia romana en diferentes distritos. El senado dió la Licaonia y la Cilicia al hijo de Ariarate de Capadocia, el cual habia muerto durante esta guerra, y vendió además por una cantidad considerable á Mitridates VI, rey del Ponto, la Frigia mayor, de que luego este fué despojado.

Todos los escritores que hablan de la depravacion general de los romanos convienen en que principió luego de haber dominado al Asia, la que se vengó de sus vencedores, comunicándoles su lujo, sus vicios, y todos sus refinamientos estragadores.

REYES DE LA LIDIA.

La Lidia tenia mayor extension, sobre todo durante el gobierno de sus últimos reyes, que la que la dan Plinio, Tolomeo y algunos otros geógrafos antiguos. Al norte lindaba con la Misia mayor; al mediodía con la Caria, con la grande Frigia al oriente, y al occidente con la Jonia; y se hallaba situada entre los 37 y 39 grados de latitud septentrional. Su capital era Sardes, que los turcos llaman ahora Aldasqueyer, á las riberas del Pactolo, al pié del monte Etmolo.

No obstante lo que escribe Josefo, es muy dudoso que Lud, uno de los hijos de Sem, fundara el primero el reino de Lidia. Poco verosímil es que un corto número de hombres, á campos ricos y fértiles, prefiriesen vastos desiertos. Es mucho mas probable que los descendientes de Lud no salieron de la Mesopotamia hasta muchos años después del diluvio. No puede fijarse la época positiva de esa emigracion; tal vez entraron en la Lidia conducidos por Meon, pues este es el mas antiguo rey de aquel país, segun los mejores historiadores, exceptuando á Dionisio de Halicarnaso, quien en este lugar se contradice abiertamente.

Parece que el gobierno de la Lidia era despótico, y la corona hereditaria. Hace mencion la historia de tres dinastías de reyes, descendientes los primeros de Atis, de Hércules los segundos, y los terceros de Mermnas. Estos últimos, lo mismo que los segundos, pudieran llamarse tambien Heráclidas, pues que su jefe Mermnas era descendiente de Agelao, hijo de Hércules y de Omfale.

Al meditar sobre el esplendor que tuvo esta monarquía, y sobre su ventajosa situacion, no puede caber duda en que fué muy floreciente su comercio.

Segun dicen todos los antiguos, los lidios se llamaban al principio meonios, debiendo después su nombre, á Lido, hijo de Atis.

RAMA DE LOS ATIADES

Meon es el primer rey conocido de la Lidia. Reinaba al mismo tiempo en Frigia. Algunos le dan por padre á Júpiter, prueba de que era el rey mas remoto que se conocia; pues, segun costumbre de los escritores antiguos, los principios de los tiempos históricos de cada nacion se toman por el principio del género humano. De esto depende que en los pueblos menos antiguos los dioses reinan por mas tiempo que en los demás. No faltan historiadores que dicen de este príncipe que fué hijo de la Tierra; lo cual, para los que conocen su estilo, equivale á decir que era de oscuro nacimiento. Se ignora cómo obtuvo el trono, y es probable que le ocupaba por los años de 1579 antes de Jesucristo, y que seria por declaracion de algun oráculo, segun era costumbre en aquellos tiempos. Meon estableció en la Lidia el culto de Cibeles, tomando por modelo las fiestas de Isis. Su mujer se llamó Dindima, y fué la madre de Cibeles.

Manés ó Masdés, es, después de Meon, el rey mas antiguo de la Lidia ó de Frigia. Manesio, ciudad de Frigia, fué probablemente fundada por este príncipe. Guerreó honrosamente con diferentes naciones, y fué tenido por uno de los conquistadores mas famosos. Los frigios, en su tiempo, para expresar una accion memorable, se valian ordinariamente de la voz «mánica». Tocante á genealogía, la autoridad de Alejandro Polihistor no raya tan alto como la de Ferecides, quien no ve en los dos nombres de Manés y Masdés mas que un solo monarca. Ese rey de Lidia contrajo enlace con Caliroe, hija del Océano, con la que tuvo á Cotis que le sucedió en el trono.

Cotis ni siquiera se halla nombrado en el libro primero de la historia de Herodoto, el cual pasa inmediatamente de Manés á Atis, pero es una mera omision del célebre historiador. Tuvo Cotis por mujer á Alié, hija de Tulo, en la que tuvo dos hijos, Atis y Asies. Este tuvo al parecer las provincias próximas al monte Etmolo, cerca del cual edificó una ciudad llamada por los antiguos Asia. Fué venerada en toda la Lidia la memoria de este príncipe, hasta tal punto, que los lidios le erigieron un templo. Es bastante natural el pensar que él fué quien reinó en la Lidia con tanta gloria, pues que la provincia llevó su nombre durante muchos años. Tambien es verosímil que los esioneos del poeta Calino eran meonios. Hasta hay autores que pretenden que el Asia entera debió su nombre al segundo hijo de Cotis.

Atis, primogénito de Cotis, fué su sucesor en el trono de Lidia. Sus amores con Cibeles dieron lugar á las ceremonias del culto de los dioses ó de la diosa de Frigia, llamada tambien Cibeles, Adgdistis, etc. Muerto su hermano Asies, reunió Atis sus estados á los que él poseia; de suerte que, segun nos lo dice Herodoto, Atis reinó en toda la Lidia. Su mujer se llamó Calitea, que le dió dos hijos, Lido y Tirrenes ó Torebes. Herodoto, que nació cerca de la Lidia, refiere que en el reinado de Atis hubo en su país una carestía que duró diez y ocho años, que por olvidar sus penas inventaron los lidios toda clase de juegos y diversiones, y que así pasaban el tiempo; pero, que, siendo por fin la miseria harto dura, el rey dividió la nacion en dos partes, mandando que se echasen suertes para que la mitad de los habitantes saliese de la Lidia en busca de nueva tierra, ya que la natal no daba pan para todos. El rey dió á los emigrados su hijo Tirrenes para conducirles. Tirrenes se dirigió con sus compañeros á Esmirna, organizando allí una escuadra, con la cual, trás de muchas aventuras, llegaron á la parte de

Italia llamada Umbría, actualmente la Toscana. Allí mudaron aquellos lidios su nombre y se llamaron tirenios. En tiempo de Tácito, creian todos los moradores de la Lidia en esta narracion de Herodoto, junto con el mayor número de historiadores. Pero Dionisio de Halicarnaso la desecha, fundado en varias razones, siendo la principal el silencio de Xanto, quien no habla ni de Tirrenes ni de su colonia. Hácia el fin de su reinado Atis fundó la ciudad de Attalida, acabando Lido de edificarla.

Lido, hijo mayor de Atis, y sucesor suyo, obtuvo por la partida de su hermano todo el reino de su padre. Durante su gobierno principió este país á llamarse Lidia, habiendo tenido hasta entónces el nombre de Meonia, por el rey de Meon.

Akiamo pudo muy bien ser el sucesor de Lido, pero no es bastante cierto. Con todo, no cabe duda en que pertenece á los primeros atíadas. Ateneo da de ello la prueba en su libro VIII (1).

Hermon ó Adramis es el primero, segun Ateneo, que se sirvió de mujeres para ciertas cosas en que, hasta él, solo se empleaban varones.

Alcimo es representado en la historia como gran monarca, exclusivamente ocupado en el bienestar de sus súbditos, los cuales con la paz que él les granjeara fuéron ricos y felices, de suerte que, á los siete años de reinado, el pueblo en peso se reunió para ofrecer plegarias y sacrificios por la conservacion de su soberano. Oidas fueron sus preces, pues Alcimo falleció muy anciano, bien que pareció todavía prematuro su fin.

Camblites ó Cambusis, llamado igualmente Cambletes en Eliano por error de pluma, hijo y sucesor de Alcimo, fué príncipe depravado, mató á su propia mujer, y acabó por suicidarse.

Etmolo no siguió las huellas de Alcimo. Clitofonte creia que era hijo de Marte y de la ninfa Teógenes. Pero Eustates le da por madre con mas verosimilitud á Ectonia, descendiente de los reyes de Lidia, y por padre á Sipylo. Violó á Arrifé, una de las compañeras de Diana, al pié mismo de los altares consagrados á esta diosa, no queriendo luego la ninfa sobrevivir á tan cruel afrenta. Pero no dejaron los dioses impune su muerte. Arrebatado Etmolo por un toro, fué á caer sobre unas estacas cuyas puntas se le clavaron en el cuerpo, muriendo trás de agudísimos dolores. Fué enterrado en el monte que lleva su nombre. Habia tenido por esposa á Omfale, hija de Jardano, de la que le nacieron Tantalo y Teoclímeno.

Teoclímeno sucedió á su padre Etmolo en el trono de Lidia, y cuidó de enterrarle pomposamente.

Marcias, sucedió á Teoclímeno, é hizo un viaje á Italia, ignorándose con qué objeto, y edificó la villa de Arquípeno.

Jardano subió al trono de Lidia, después de Marcias, y con él se elevó la depravacion mas descarada; de suerte que la misma Omfale, hija del rey, no se hallaba segura en el palacio de su padre. Hasta se sospechaba que habia precipitado con sus maleficios la muerte del rey Cambises.

Omfale, viuda de Etmolo ó hija de Jardano, sucedió en el trono de Lidia con consentimiento de todos los grandes del reino. Castigó á todos los cortesanos que en tiempo de su padre se habian mostrado mas impúdicos con ella y extendió su venganza á toda la nacion.

1350. En este año va Hércules, por mandado del oráculo, á la corte de la reina, y Omfale le compra como esclavo. Las proezas de Hércules contra los cércopos, bandidos que devastaban la Lidia, le hacen considerar luego por todo el reino como un héroe. Su reputacion inspira curiosidad á la reina. No tardando en estar enterada del alto orígen y del valor de su esclavo, se enamora de él; y como era viuda, se entrega sin recelo á su pasion (1349). Al segundo año de su esclavitud, Hércules hubo en ella á Agelao ó Cleolao ó Akelis, de quien Creso descendia, segun Apolodoro.

Pilemenes sucedió á Omfale, ya por ser hijo de Etmolo y de Omfale, ya por descender de otra rama de los atíadas. Este príncipe tuvo dos hijos, Mestles y Antifo, de la ninfa Gigaya, que mandaba á los meonios en la guerra de Troya (1).

RAMA DE LOS HERÁCLIDAS.

Alceo era hijo de Hércules y de Malis, esclavo de Omfale. Aquí debe observarse, con motivo de las medallas de los reyes de Lidia, que hasta Candaulo, todos los que descendian de Hércules llevaban siempre en sus armas una segur de dos filos. La habian tomado de Hércules quien la trajo de su expedicion contra las amazonas, conservando la segur como una reliquia. Habiéndola quitado Arseles á Candaulo, llevóla á Milasa, colocándola en las manos de Júpiter Labrandeo. Todavía se vé en las medallas de Milasa.

Belo reinó en la Lidia después de Alceo.

Nino, hijo de Belo, fué su sucesor.

1219. Argon ó Agron fué elevado al trono de Lidia muerto su padre Nino. Él fué el que hizo de Sardes la capital del reino de Lidia.

Leon descendia de Argon ó Argonte.

797. Adriso, hijo de Leon, gobernó treinta y seis años en Lidia, comenzando á reinar en 797.

761. Aliatto ó Haliatto reinó catorce años.

747. Meles ó Mirso ocupó el trono de Lidia por espacio de doce años.

735. Candaulo, hijo de Meles ó Mirso, le sucedió. Herodoto y Platon refieren de una manera enteramente fabulosa la muerte de Candaulo; y bien que la fábula fuese creida generalmente en la Grecia, tan inclinada á lo maravilloso, creemos preferible la narracion de Plutarco, quien nos pinta á Gyges como hombre que, abusando de la privanza de su rey, persuadió á Arselio, natural de Milasa en Caria, á que le ayudase con un cuerpo de ejército, derrotando de esta suerte y matando (708) al que ocupaba el trono de Lidia, para sentarse luego en el solio de su señor. De este medio solian valerse casi todos los usurpadores. Cuando Gyges dió su golpe, llevaba ya Candaulo veinte y siete años de reinado. Trataron los lidios de vengar la muerte de su rey; mas, el oráculo de Delfos los tranquilizó con declarar que aceptasen á Gyges por su legítimo señor. Así se extinguio en la Lidia, por la muerte de Candaulo, la rama de los heráclidas. Herodoto cuenta hasta el número de veinte y dos reyes descendientes de Hércules, y son muy necesarios para llenar un período de quinientos años que se halla entre Argon y Candaulo. Con todo, la historia solo ha conservado el nombre de cinco ó seis.

RAMA DE LOS MERMNADAS.

Gyges y toda la familia de los mermnadas, al decir de Apolodoro, descendia de Agelao, hijo de Om-

(1) Reinaba por los años de 1840, segun Freret.

(1) Freret, á quien aquí seguimos, pone el principio de la guerra de Troya en el año de 1292, y la destruccion total de este reino en el 1282 antes de Jesucristo.

fale. Pero, contradicen esta opinion los escritores lidios consultados por Herodoto. No tenia mas orígen que la adulacion de los griegos sometidos á los reyes de Lidia. El mismo Creso, en las páginas de Jenofonte, reconoce que aquel de sus mayores que se apoderó de la corona de Lidia habia pasado de esclavo á rey. En efecto, Gyges era el mayoral de los pastores de Candaulo, empleo de esclavos y de siervos. Pero, alcanzada la benevolencia de su príncipe, se portó como hemos dicho mas arriba, y se hizo rey de Lidia. Segun Herodoto, el principio de su reinado deberia fijarse en el año de 714; pero, Euforion y los autores citados por Plinio (lib. 35, cap. 8.) le ponen en el año 708. Procede esta diferencia de cálculo de que estos no cuentan el reinado de Gyges sino después de la muerte de Candaulo, ó de la respuesta del oráculo, mientras que el primero cuenta desde la rebelion declarada. Unos y otros hacian sin embargo ocupar el trono de Lidia por descendientes de Hércules por espacio de quinientos años, y la fecha del principio del reinado de estos príncipes queda fijada para el año 1219; por lo cual parece necesario corregir al mismo Herodoto, para adoptar la fecha de Euforion tocante al reinado de Gyges. Sea como fuere, luego que Gyges estuvo en el trono, envió ricas dádivas al oráculo de Apolo, declarando en seguida la guerra á los de Mileto y de Esmirna, y tomando la ciudad de Colofon. Llegó á dominar la Tróyada toda entera, y los milesios edificaron durante su reinado y con su permiso á Abido. Puede verse en Platon lib. x y xi de la Repúb.; y en Ciceron lib. iii de Offic. lo que hace referencia á la célebre sortija mágica de Gyges, el cual se mantuvo en el trono treinta y ocho años.

670. Ardys, hijo de Gyges, continuó la guerra emprendida por su padre contra los milesios, y tomó á Priena, que por aquellos tiempos era una ciudad muy fuerte. Durante su reinado invadieron los cimbros toda el Asia menor, sin que se librara la Lidia, pues que tomaron á Sardes, su capital, bien que no pudieron apoderarse del castillo. Reinó Ardys cuarenta y nueve años.

621. Sadiatto, hijo de Ardys, reinó doce años y estuvo casi siempre en guerra con los milesios.

610. Aliatto II, sucesor de su padre Sadiatto, tuvo una guerra encarnizada de seis años con Ciájares, rey de Media, dimanada de la proteccion que el rey de Lidia dispensaba á los escitas. Un eclipse de sol central, y total en apariencia por las nubes que cubrian la atmósfera (601), acaecido el 20 de setiembre de este año, segun Petavio, Labbe y Marsham (1), anunciado algunos años antes por Tales, mudó el dia en lóbrega noche en medio de la refriega. Aterrados en igual grado ambos ejércitos, cesan en las hostilidades, quedando poco después ajustada la paz por la mediacion de Sienesis, rey de Cilicia y de Nabónida, ó Nabucodonosor, rey de Babilonia. La paz fué ratificada con el enlace de Arienis, hija de Aliatto, y Astiages, hijo de Ciájares. Inútil ya desde entónces para los lidios la alianza de los escitas, empleó el rey todas sus fuerzas en echar de su país á huéspedes tan incómodos y temibles, y salió por fin con la suya después de muchos años de guerra. No menos afortunado fué Aliatto contra los de Esmirna, á quienes venció en varios encuentros, conquistando además su tierra. Doce años hacia ya que estaba en guerra con los milesios, cuando, queriendo reducirles por hambre, incendió todas las mieses. Las llamas del incendio fuéron llevadas por la violencia del viento hasta un templo de Minerva, que fue reducido á cenizas: enfermó poco después el rey, quien manda consultar al oráculo de Delfos, y denegóse este á responder hasta la reconstruccion del templo. Como la obra exigia bastante tiempo, y los milesios, dueños del mar, no podian ser rendidos por hambre, Aliatto propuso á su rey Trasíbulo una tregua que se trocó en paz duradera.

592. Tuvo este príncipe un hijo llamado Creso, en una mujer cariana. Otra mujer de Jonia le dió un segundo hijo llamado Pantaleon. Aliatto reinó en la Lidia, cincuenta y un años, muriendo por los de 559 (Herodoto, ubi sup.).

Creso ocupó el trono á la edad treinta y dos años, engrandeciendo de tal suerte su imperio, que casi era tenido por igual al de Media, de Babilonia y de Egipto; es decir, á las mas poderosas monarquías de la tierra. La fama atrajo á Sardes á muchos sabios, entre otros á Solon. Mas, poco tiempo podia gustar al príncipe tan grave filósofo y tan enemigo de lisonja. A poco de marcharse Solon, pierde Creso á Atis, su hijo mas querido, lo que le tuvo tan afligido por espacio de dos años que nada podia distraerle. Sacóle por fin de su inercia la fama de las hazañas de Ciro, temeroso de experimentar á su vez los efectos del poder de la Persia. Pero antes de decidirse á detener los progresos del conquistador (550), el rey Creso envia á consultar á los mas celebrados oráculos de la Grecia. El de Lidia le inspiró mas confianza; enviándole Creso (549) ricos presentes con sus embajadores, el oráculo responde que si el rey Creso vá á medir sus armas con las de los persas, echará por tierra un grande imperio. El príncipe, sin pensar en la ambigüedad de la respuesta, concierta varias alianzas, reune tropas, penetra en la Capadocia sin esperar á sus aliados, toma la ciudad de Peria y tala sus cercanías. Noticioso Ciro de tales movimientos, se dirige á la Capadocia, y sienta sus reales á la vista de los lidios. Trás de algunas escaramuzas se llegó á una accion general, en que por una y otra parte hubo gran mortandad. La noche separó á los ejércitos contendientes, quedando indecisa la victoria; y temeroso Creso por el resultado de un nuevo combate, teniendo que habérselas con un enemigo superior en número, retrocede á toda prisa hácia su capital. Persíguele Ciro con tanta actividad, que le alcanza en los llanos de Sardes, sin que supiera Creso que le tenia tan cercano. No pudiendo el rey de Lidia evitar la pelea, queda completamente derrotado y obligado á refugiarse en la ciudad de su residencia, la que pronto se vió sitiada y tomada por asalto (1). El hijo segundo de Creso le salva la vida, gritando á un persa que iba á herirle: «No mates á Creso»; pero Creso cae en poder de un vencedor quien, segun Herodoto, la primera órden que da es que le sujeten con cadenas, y luego que le pongan en una hoguera para ser quemado vivo en compañía de catorce jóvenes lidios. En aquel trance terrible, Creso trae á la memoria aquella máxima de Solon: «Nadie debe tenerse por dichoso antes que haya sonado su hora postrera»; y pronuncia tres veces seguidas el nombre del gran filósofo. Al comprender Ciro los motivos de su exclamacion, manda que saquen á Creso de la hoguera, y le toma por amigo y consejero. El rey de Lidia envió sus cadenas

(1) Vignoles, Kepler, Newton, etc. ponen este eclipse en el año 585; pero Ciájares ya no existia, pues su hijo Astiages le sucedió en el año 596.

(1) La toma de Sardes que puso fin al reino de Lidia, está puesta en el año 548 antes de J. C. por Pridcaux y por Picot de Ginebra; en el 547 por Calvisio y nuestros autores; en el 545 por Eduardo Simson, Freret y Larcher; en el 544 por el padre Petavio, etc.

al oráculo de Apolo, como para echar al Dios en cara las falsas promesas de sus ministros; pero estos justifican al oráculo, oponiendo principalmente á Creso, el decreto inexorable del destino que exigia el castigo del malvado Gyges en su quinta generacion. Jenofonte (Ciroped, lib. 11) dice que Ciro, lejos de condenar á muerte á Creso cuando le hubo vencido, le acogió con amabilidad, dándole junto á él el puesto mas honorífico en su corte.

REYES DE LA CARIA.

La capital de Halicarnaso, formaba con las islas de Nisiros y de Calidna, la reducida monarquía de la Caria. En defecto de monumentos antiguos, puede fijarse con bastante exactitud la época de la fundacion y de la ruina de este reino del modo siguiente:

Artemisa I, hija de Ligdamis I, rey de Caria, asistió personalmente á la famosa batalla de Salamina, segun Herodoto. Distinguióse esta reina, segun Rollin, por inauditos rasgos de valor; de suerte que al ver Jerjes que tan intrépidamente peleaba, dijo que en aquella batalla los hombres habian parecido mujeres, y que las mujeres se habian portado como hombres. Esta batalla coincide con el año 480 antes de Jesucristo. Por lo tanto, esta reina ilustre se hallaba en el trono de Caria en este mismo año, el que corresponde al sexto del reinado de Jerjes I, rey de Persia, hijo de Darío, hijo de Histaspes. A la sazon hacia ya tiempo que ocupaba el sólio, pues que habia sucedido á su padre, y era ya viuda y tutora de su hijo. Así es que el reinado de Ligdamis es coetáneo al de Darío. Es probable que por algun importante servicio prestado al rey de Persia, este le recompensaria generosamente erigiendo la Caria en reino tributario y dependiente de su corona. De este modo la fundacion del reino de Caria se remonta al año 520 antes de la era vulgar.

Pisindelis, hijo de Artemisa I, tuvo después de la muerte de esta el reino de Halicarnaso (vide «Recherches sur l' Histoire de la Carie» por el abate Sevin. Acad. de las Inscrip., tomo IX).

Ligdamis II, hijo de Pisindelis, ocupaba el trono cuando Herodoto, el año 3.° de la 83ª olimpíada (cuatrocientos cuarenta y seis años antes de Jesucristo) fué á vivir á Italia. Deshonró su reinado con la muerte de Paniasis, muy considerado entre sus conciudadanos por sus poesías y por su habilidad en explicar los prodigios.

La historia no dice si los hijos de Ligdamis II fueron sus sucesores. Hecatomno le presenta inmediatamente después de este príncipe en la série de los reyes de Caria. Político hábil, fué igualmente respetado por persas y griegos.

Hecatomno tuvo tres hijos, Mausoleo, Idrieo y Pixidoro, con dos hijas, Artemisa que casó con Mausoleo, su hermano mayor, y Ada que tambien fué mujer del otro hermano Idrieo.

Mausoleo sucedió á su padre. Segun Luciano era el príncipe mas hermoso de su tiempo. Lo mismo que su padre, tuvo siempre muchas consideraciones á los persas. Parece que no era muy escrupuloso en faltar á su palabra, cuando le convenia; así lo experimentaron los habitantes de Bizancio, de Chio, de Cos y de Rodas. So color de defenderlas contra los atenienses, llegó á señorear por completo á las ciudades aliadas.

Fué el príncipe mas opulento de su siglo, y se habla de sus riquezas como de las de Creso, consagrando parte de las mismas á la construccion de esos magníficos edificios descritos en las obras de Vitruvio.

Diodoro Sículo, que le da doce años de reinado, pone su muerte en el año 4.° de la 106ª olimpíada, el cual corresponde al 353 antes de Jesucristo.

Artemisa, su mujer y hermana, le sucedió. Nadie ignora que le hizo construir un sepulcro magnífico, viniendo de ahí el nombre de mausoleo dado á los monumentos de este género. Dos años duró el reinado de esta princesa. Teopompo, autor contemporáneo, y luego Ciceron, dicen que murió de tísis. Segun la novelesca relacion de Valerio Máximo y de Aulo Gelio, Artemisa bebió las cenizas de su marido.

Idrieo tomó las riendas del gobierno muerta Artemisa II. En vida de su hermano habia sido general en jefe de sus ejércitos, tratando como él de evitar contestaciones desagradables con los persas y lacedemonios. Idrieo murió el año 1.° de la olimpíada 109ª; es decir el 344 antes de la era vulgar.

Segun la postrera voluntad de Idrieo, los carios dieron la corona á la princesa Ada, su hermana y su mujer. Pixodoro, último hermano de Ada, se propuso destronarla con ayuda de los persas. Defendióse Ada animosamente, pero, despojada finalmente de sus estados, después de un gobierno de cuatro años, se retiró á la fortaleza de Alinda, en donde pudo sostenerse hasta que Alejandro pasó el Asia. Pixodoro murió después de reinar cinco años. Su yerno Orontobates, favorito del rey de Persia, le sucedió, pero le duró poco tiempo la herencia, pues cuando Alejandro, victorioso de los persas en la batalla del Granico, penetró en la Caria, se le presentó Ada invocando su generosidad y hablándole de sus derechos á la corona. Apiadado Alejandro de sus desgracias, la colocó en el trono que perdiera. Es muy sabida la siguiente anécdota: Así que iba Alejandro á salir de Caria, Ada le ofreció cocineros y pasteleros muy versados en los secretos de su oficio. Alejandro se negó cortesmente á admitirlos, diciendo que su maestro Leonidas se los habia dado mucho mejores; que las marchas de noche le preparaban para la comida, y que una comida ligera le disponia para cenar mejor.

Es positivo que la derrota de los persas en Granico sucedió en el año 334 antes de Jesucristo. Por lo mismo, la cronología del reino de Caria desde la batalla de Salamina hasta la del Granico, tiene una duracion incontestable de ciento cuarenta y seis años. Los reinados de Ligdamis y de su hija, calculados sobre unos veinte años cada uno, nos darán cuarenta años, los cuales si se añaden á los ciento cuarenta y seis que preceden, juntos con unos catorce que Ada reinaria después de restablecida en el trono por Alejandro, nos darán un total de doscientos años, cuyo primer término se hallará en el año 520 antes de Jesucristo, y el último en el 320.

En todo este período de doscientos años, solo hace mencion la historia, de nueve reyes ó reinas; y suponiendo á cada uno sobre veinte años de duracion, el período queda ya probablemente sin vacío. Aquí no apuntamos mas que las épocas conocidas, limitándonos á exponer nuestras conjeturas acerca de las que no conocemos suficientemente.

520. Ligdamis I.
480. Artemisa I.
Pisindelis.
Ligdamis II.
Hecatomno.
377. Mausoleo, reinó veinte y cuatro años.
353. Artemisa II, dos años.
351. Idrieo, siete años.
344. Ada.

REYES Y REPÚBLICA DE RODAS.

Rodas ha tenido varios nombres en los tiempos mas remotos, quedándole el de Rodas en la mayor parte de los autores conocidos. Mucho han hablado los etimilogistas sobre el orígen de este nombre. Para la inteligencia de las medallas, cuyo estudio es indispensable para la historia, basta saber que la rosa que se encuentra en el reverso de muchas monedas de los rodios, alude á las muchas rosas que habia en el país, ó á Roda, hija de Apolo y de Vénus, ó á un boton de rosa de bronce, que, segun cuentan, se encontró al echar los cimientos de la ciudad de Lindes. Sea como fuere, Rodas es una isla del mediterráneo, situada en frente de las costas de Licia y de Caria. Su clima es uno de los mas apacibles y fértiles en toda clase de sabrosos frutos. De ahí viene la fábula de que en otro tiempo este país fué inundado por una lluvia de oro. La isla de Rodas tendrá unas ciento veinte millas de circunferencia, y en tiempo de Homero solo tenia tres grandes poblaciones, llamadas Lindos, Camiro y Jalisos, como los nietos de Febo, quienes, segun dice Estrabon, fuéron sus fundadores. La ciudad de Rodas, que eclipsó á las demás, llegando á ser capital de la isla, no fué edificada á buen seguro sino muchos siglos después de las que se han mencionado, siéndolo durante la guerra del Peloponeso, es decir, entre el año 431 y 404 antes de Jesucristo. Hippodamo (1), natural de Mileto, uno de los mejores arquitectos que haya tenido la Grecia, fué el director de las obras. En tiempo de los romanos era Rodas tan celebrada en cuanto á ciencias, que algunos antiguos la han comparado con Atenas. Su coloso no ha sido menos célebre. Era una estátua de bronce erigida en honor de Apolo ó del sol, considerada por sus dimensiones como una de las siete maravillas del mundo. Apoyábanse ambos piés en dos peñascos que se hallaban á la entrada del puerto, dejando bastante espacio en altura y anchura para la libre entrada y salida de los buques con toda arboladura y velámen. Por esta estátua algunos autores llamaron á la isla Colosa, y colosios á sus habitantes. Pero no son estos los colosenses á quienes dirigió san Pablo una de sus epístolas. Estos habitaban en Coloso, poblacion de la Frigia mayor. Segun Diodoro, la ciudad de Rodas fué poblada al principio por los telchinos, venidos de Creta, y después por los heliades, ó nietos de Febo. Poco antes de la guerra de Troya, Rodas fué dominada por un Heráclida, pero después de esa guerra, los dorios, que eran propiamente peloponesos, señorearon lo mejor de la isla. Esos dorios descendian, segun Eusebio, de Tarsis, ó segun san Gerónimo, de Dodanimo, hijos ambos de Javan, nieto de Jafet. Los rodios se dedicaron al comercio desde muy antiguo, pretendiéndose que desde el año 719 antes de Jesucristo, eran ya señores en la mar, y que las primeras leyes de navegacion, aun aquellas que se incorporaron en los Pandectas, vienen de ellos. Su gobierno fué á los principios monárquico; pero nada podemos asegurar relativamente á sus primitivos reyes, porque no nos han sido trasmitidas sus historias. Los que reinaron antes y después de la guerra de Troya son algo mas conocidos, y por ellos comenzaremos la cronología histórica de los reyes de Rodas.

Tlepolemo, hijo de Hércules, poco antes de la guerra de Troya, mató involuntariamente á Licimnio; pero se marchó de Argos para ir á fundar una colonia en Rodas. Poco tardó en ser rey de toda la isla, que gobernó con justicia. Tlepolemo acompañó á Agamenon á la guerra de Troya (1292), dejando la administracion del reino á Butas, un amigo que le siguió cuando se marchó de Argos. Dicen algunos autores que este príncipe murió delante de Troya á manos de Sarpedon, suponiendo otros que volvió á Rodas cargado de despojos, y que continuó rigiendo á sus súbditos dignamente.

Dorieo solo es mencionado por Pausanias, creyéndole rey de Rodas porque su hijo lo fué.

Damagetes, era este hijo de Dorieo. Ordenóle un oráculo que tomase por mujer á la hija del mejor de los griegos, y casó con la tercera de Aristómenes, jefe de los mesenios (que vivia en el año 685 antes de Jesucristo), persuadiendo á sus compatricios que abandonasen el partido de los lacedemonios. En este enlace Damagetes tuvo á:

Diágoras, que sucedió á su padre en el trono de Rodas, haciéndose tan célebre por su amor á la justicia, que todos los príncipes que reinaron después de él se llamaron Diagóridas, como si él fuera el primero de la real familia.

Evágoras no es conocido por ninguna cosa particular en su reinado. Laercio no ha hecho mas que transmitirnos su nombre y el de su hijo que sigue:

571. Cleóbulo, nació en Lindos, y sucedió á Evágoras. Viajó por Egipto, en donde estudió filosofía. Al regresar á su patria, supo merecer el afecto de sus conciudadanos, y hasta de todos los griegos, que le pusieron en el número de los siete sabios. Era contemporáneo de Solon, teniendo las mismas inspiraciones y miras políticas que él. Bien que poco conocida la vida de este rey filósofo, se sabe sin embargo de él una particularidad que muy rara vez sucede; á saber, que fué feliz por parte de su mujer, de sus hijos, de sus amigos, súbditos y servidores. Bien que siempre procuraba dominarse, tenia á veces arrebatos de cólera que sabia calmar su hija Cleobulina, tan amable como discreta y virtuosa. Esta hija suya era celebrada en la Grecia por su saber y por su habilidad en componer enigmas. Cleóbulo falleció á los setenta años sin dejar hijos varones.

Erástidas descendia de Diágoras. Cleobulina le cedió la autoridad soberana en Rodas. La historia habla poco de él, y Píndaro le tiene por príncipe pacífico, diciendo que reinó sin incomodar á sus vecinos, y sin ser por ellos molestado. Algunos príncipes de la misma familia ocuparon el trono después de él; pero, los autores solo hacen mencion del que sigue:

Diágoras II era contemporáneo de Píndaro. Salio vencedor en los juegos olímpicos, ístmicos, nemeos y argios. Este rey tuvo dos hijas, Calipátera y Ferenice, con tres hijos, Acusilao, Damagetes y Dorieo. Los tres obtuvieron la palma en los juegos olímpicos. Después de proclamados vencedores del modo que se acostumbraba, corrieron á dar un abrazo á su padre que estaba presente, y poniéndole sus coronas en la cabeza, le llevaron así en triunfo por entre la muchedumbre. Tanto fué el gozo del padre que no pudo sobrellevarle, muriendo en brazos de sus hijos, mas digno de envidia por aquella muerte, que por las muchas victorias que habia alcanzado en su vida. Dorieo, el último hijo de Diágoras, fué expulsado de Rodas, sin que se sepa el motivo; pero su destierro duró poco. Á su vuelta se declaró abiertamente en favor de los lacedemonios, y aun sirvió en sus flotas con galeras tripuladas á su costa. Hecho prisionero por los atenienses, estos le dejaron libre sin pagar rescate, por

(1) Segun la Hist. Univer. tomo lxii y Calícrates, si hemos de dar crédito á Melot. Acad. de las Inscrip. tomo xxiii, p. 137.

consideracion á la gloria que en varias ocasiones se habia granjeado á la vista de toda la Grecia.

Entre los dos Diágoras, los cronólogos ponen un espacio de ciento cincuenta años; pero la historia no consigna para llenarle sino los que acabamos de exponer. Muerto Diágoras II, encontramos en el trono de Rodas á la familia de los Asclepiadas, bien que no se hubiese extinguido la de los Diagóridas. Esto supone alguna revolucion, pero cuyos efectos dinásticos no debieron ser muy duraderos, puesto que en tiempo de la expedicion de Jerjes á Grecia, Rodas, segun Diodoro, ya no tenia reyes; así es que creemos poder fijar en esa época el principio de la república de Rodas.

RODAS EN REPÚBLICA.

480. Luego que Rodas se halló en libertad, se dedicó mas que nunca al comercio y á la navegacion, llegando á ser por mar tan poderosa, que estableció colonias en países lejanos: Rodas, ó Rosas en España, Parténope y otras. Las islas Gimnesias, llamadas mas tarde Baleares, estaban bajo su dominacion. Durante la guerra del Peloponeso (431), Rodas se declaró en favor de los atenienses; mas, vencidos estos en Sicilia (413), siguió el partido de los lacedemonios. Conon, que mandaba la flota persa (394), derrotó á los lacedemonios, y restauró el Pireo que estos habian destruido. Entónces los rodios tornaron á la alianza de Atenas, de la que podian obtener mas ventajas (391). La república de Rodas se hallaba dividida en dos partidos; el pueblo estaba por los atenienses, los grandes por los lacedemonios; pero estos triunfaron finalmente, y á la democracia sucedió la aristocracia (358). Los de Rodas, de Onis, de Cos y de Bizancio se confederan contra los atenienses, y hubo la guerra llamada de los aliados (355). Después de cuatro años de lucha, concertóse la paz por la mediacion del rey de Persia. Los rodios y demás aliados conservaron su libertad y su independencia. Mausoleo, rey de Caria, que auxiliara á los aliados para sacudir la dominacion de Atenas, se declaró por la aristocracia, llegando gradualmente á erigirse en soberano de Cos y de Rodas, porque la nobleza odiada del pueblo no se atrevió á resistir. Dos años después (353) murió este príncipe, y reuniéndose nobleza y pueblo de Rodas, echan fuera á la tropa de Mausoleo, y recobran su libertad antigua, equipando en seguida una escuadra para ir á apoderarse de la Caria. Artemisa, viuda de Mausoleo, manda á los de Halicarnaso, á cuya ciudad debia aportar la escuadra, que muestren deseos de entregarse. Los rodios desembarcan sin resistencia, y se dirigen á la ciudad dejando los buques sin gente. Entónces la reina hace entrar sus galeras por un canal que se habia abierto al objeto, penetra en el puerto grande, se apodera de la escuadra, y después de entrar sus soldados en los buques del enemigo, se hace á la vela para Rodas. Los rodios, entrado que hubieron en la capital de la Caria, sucumben todos. Llega Artemisa á vista de Rodas con los buques engalanados con laureles, y creen los rodios que su escuadra arriba victoriosa (352); así es que la reina de Caria no encuentra resistencia, y manda matar á los principales ciudadanos de Rodas, como instigadores de la expedicion contra Caria. En la misma capital de los rodios hace levantar por trofeo de su victoria dos estátuas de bronce, representando la una la ciudad de Rodas, y la otra á Artemisa marcando á la misma con un hierro candente. Vencidos y humillados los rodios de esta terrible manera, imploran secretamente la proteccion de los atenienses. Entónces fué cuando Demóstenes pronunció su famosa arenga, cuyo título dice: « Por la libertad de los rodios. » Por la impresion que en los ánimos de los atenienses causó el discurso, ó por la muerte de Artemisa (351), ocurrida poco después de señorear á Rodas, alcanzaron de nuevo los rodios su libertad. Nueve años después de este suceso (340), emprendió Filipo el sitio de Bizancio; pero los rodios y sus aliados envian socorros á los bizantinos, obligando al rey de Macedonia á hacer las paces. Los rodios, como los atenienses y demás griegos, tuvieron confianza en Alejandro Magno (335), y abrieron al conquistador sus ciudades y sus puertas; así es que Alejandro les profesó mas afecto que á los demás griegos (324). Á su muerte tomaron las armas, y echando fuera las guarniciones macedonias, volvieron á entrar en el pleno ejercicio de su libertad. Transcurridos algunos años (315), la ciudad de Rodas estuvo á punto de perecer á consecuencia de una invasion formidable. Antígono, uno de los generales de Alejandro, enfurecido por haberse negado los rodios á socorrerle en la guerra de Chipre, manda contra ellos á su hijo Demetrio (305), quien arriba delante de Rodas con una flota de mas de doscientos buques de guerra y mas de setenta de trasporte, que llevaban cuarenta mil hombres. Habia además mil barcas cargadas de víveres y pertrechos de guerra de toda clase; y aun seguian á Demetrio muchos extranjeros y piratas atraidos por la esperanza del botin. Los rodios hicieron salir de la ciudad todas las bocas inútiles, quedando dentro de ella seis mil ciudadanos aptos para las armas, y mil extranjeros. Á todas las clases comunica un entusiasmo increible cierto decreto del senado que prometia la libertad á los esclavos que se distinguieran por algun acto meritorio, aseguraba á los amos el precio de los esclavos que pereciesen; sepultura honrosa á cuantos sucumbiesen en la lucha; una subsistencia regular á padres, madres, esposas é hijos, dote para las hijas de los que se habrian sacrificado por la salvacion de la patria, y honores y recompensas para los mas dignos. Esos isleños ni siquiera aguardan al enemigo; le salen al encuentro, echan á pique algunos buques de los que traian víveres, prenden fuego á muchos, y se retiran con bastantes prisioneros.

Sin embargo, montado que hubo Demetrio sus máquinas, empieza á batir las murallas del puerto, continuando el ataque por espacio de ocho dias. Es rechazado constantemente por los de dentro, los cuales pegan fuego á sus ingenios de guerra; obligándole así á que les deje algun respiro, que ellos aprovechan para reparar las brechas, y Demetrio para recomponer su maquinaria. Queda sin éxito un asalto general, perdiendo la vida en él nó pocos jefes y soldados macedonios. Máquinas que arrojaban piedras de ciento cincuenta libras de peso conmueven los torreones y abren boquerones en las murallas; pero cubren las brechas unos rodios mas firmes que sus muros. Demetrio da la órden de escalar por mar y por tierra á un tiempo, siendo por todas partes vigorosísimo el ataque; y en todos los puntos le resisten con intrepidez. Demetrio hacia arrojar al puerto, para incendiar los buques de la ciudad, haces de paja ardiendo y otros cuerpos inflamados, mientras que las máquinas seguian desmoronando la muralla. Á todo hacen frente los sitiados con su bizarría: apagan los fuegos, y además atacan impetuosamente las embarcaciones enemigas que llevaban la maquinaria, y consiguen echar muchas á pique. Pero Excestes, almirante rodio muy distinguido, cae prisionero. En esto, llegan en socorro de los de Rodas ciento cincuenta gnosios,

y quinientos hombres mas venidos de Egipto. Demetrio resuelve dirijir todos los ataques por tierra. Lo primero, hace practicar secretamente varias minas; mas, así que estaban ya próximas á producir su efecto, los de dentro lo supieron por medio de un desertor; se ponen á contraminar, y obligan al enemigo á abandonar la obra. Uno de Mileto, llamado Atanágoras, y servidor de Tolomeo, promete á Demetrio que le facilitará la entrada en la ciudad, introduciendo de noche las tropas por las minas. Manda Demetrio una partida de soldados escogidos á las órdenes de un capitan llamado Alejandro, el cual no bien llega al punto convenido, se ve rodeado por todas partes, y hecho prisionero con su gente. Por fin, viéndose Demetrio apurado ya, hace aproximar á las murallas una máquina formidable conocida con el nombre de Helépolis. En cada costado se hallaba sostenida por testudos y arietes, de dimensiones extraordinarias. Mucho espera el jefe sitiador de su nueva tentativa, y dada la señal de ataque, ordena un nuevo asalto general. Los muros bambolean y van á caer, cuando por una embajada de los de Grido que se presenta delante de Demetrio, se acuerda una suspension de hostilidades. Pero, los rodios no quieren capitular con las condiciones que impone Demetrio, y este empieza de nuevo el ataque con mas vivo encarnizamiento, disparando á la vez contra la ciudad todas las máquinas. Viene al suelo una fuerte torre cuadrada de piedra, junto con una parte de muro inmediato; pero los sitiados se mantienen tan impávidos en la brecha, que el enemigo retrocede. Entretanto, los rodios, á pesar de la vigilancia de los sitiadores, reciben víveres de Tolomeo, Casandro y Lisímaco, con lo cual crece su brio y su esperanza. Los de dentro intentaron prender fuego á las máquinas, y temiendo Demetrio que iban en efecto á reducirlas á cenizas, las manda retirar, pero no fué sin que perdiese en la retirada mucha gente. Mientras que Demetrio está ocupado en la reparacion de sus máquinas, los rodios reparan tambien sus muros, preparándose para nuevos ataques, que en efecto no tardan en verificarse, abriendo los enemigos grandes brechas, bien que siempre rechazados por el prodigioso valor de los rodios, quienes pierden no obstante á muchos jefes distinguidos, entre otros, al animoso Anintas, su principal caudillo. Otros embajadores de Atenas y de algunas ciudades griegas, obtienen de Demetrio una nueva suspension de armas; pero, fracasa tambien la negociacion, porque los rodios se niegan á aceptar las condiciones de Demetrio, el cual ordena otro nuevo ataque por mar y por tierra. Los sitiados acuden á defenderse á todas partes; pero, mil quinientos hombres de los mejores soldados macedonios, acaudillados por dos capitanes expertos, Alcimo y Mancio, salvan la brecha, fuerzan los parapetos que estaban detrás, y consiguen llegar hasta cerca del teatro, matando ó ahuyentando cuanto se les pone delante. Vuela por la ciudad la voz de alarma; pero los jefes rodios prohiben, bajo las penas mas severas, el que nadie abandone sus puestos; y poniéndose luego á la cabeza de su mejor gente, se echan encima de la division enemiga, llegan hasta el centro, matan á sus caudillos, y siembran el espanto y la muerte entre los restantes. Demetrio no pierde todavía la esperanza en la terrible máquina, preparándose para acercar nuevamente su Helépolis contra la ciudad; mas un ingeniero rodio abre desde la ciudad una galería subterránea en direccion al camino por el cual habia de acercarse la Helépolis. Avanza efectivamente el espantable aparato; pero, al llegar al sitio minado, el suelo se hunde con motivo de peso tan enorme, y no fué ya posible sacar á la Helépolis del hoyo.

Después de un año de prueba y de esfuerzos, reconoce por fin Demetrio que los rodios son invencibles (304). Consiente en firmar la paz con la condicion de que prestaran socorro á Antígono en todas sus guerras, á excepcion de las que pudiera tener contra Tolomeo, rey de Egipto. Reconciliado Demetrio con los rodios, les regaló antes de su partida todos los ingenios de guerra que empleara en el sitio, que después vendieron, sirviendo el producto de la venta para cubrir gran parte de los gastos que ocasionó la ereccion del coloso de que hemos hablado mas arriba.

Restablecida la paz en Rodas, vuelven de nuevo á la navegacion y al comercio, llegando en breve á señorear el Mediterráneo y á ser el pueblo mas rico de la Grecia. Disfrutaban los rodios el fruto de esa prolongada paz, cuando un terremoto echó por tierra su afamado coloso, sin respetar los edificios mas sólidos de su ciudad (224). Los rodios mandan embajadores á las naciones vecinas implorando socorro, y á tanto llegó la liberalidad de todas ellas, que en poco tiempo Rodas fué aun mas opulenta que antes.

Seis ó siete años habian corrido desde ese acontecimiento, cuando los bizantinos, obligados á pagar un tributo anual de ochenta talentos á los galos, tuvieron la idea de imponer una contribucion sobre todas las mercancías que pasasen por el estrecho de Bizancio (Dardanelos) (217). No pareciendo bien á los rodios esa traba á su comercio, declaran la guerra á los bizantinos. Prusias II, rey de Bitinia, se une con ellos, mientras que Attalo y Aqueo favorecen á los bizantinos. Por mediacion de Cávaro, rey de los galos de Tracia, los dos partidos ajustan la paz, procurando conseguirla tambien Rodas para su aliado Attalo I, rey de Pérgamo, cuyo suelo habia invadido Filipo de Macedonia, quien incendió la flota de los rodios para impedirles el que auxiliasen á su amigo. En un combate naval, dado cerca de la isla de Lade (203), en frente de Mileto, favorece la fortuna al rey de Macedonia; pero, al año siguiente, queda completamente derrotado en frente de la isla de Chio por las escuadras reunidas de Attalo y de los rodios, y después de esa victoria, los de Rodas y los de Pérgamo renuevan su alianza con Atenas. En esto, como Filipo molestaba sin cesar á las ciudades griegas que se negaban á unirse con él contra la república, los rodios envian embajadores á Roma (200), y elevaron sus quejas contra el rey de Macedonia, junto con otros enviados de las ciudades de la Grecia. El senado romano recibe honoríficamente á los enviados rodios, y declara la guerra á Filipo. Los rodios, junto con sus aliados, se apoderan de Oreo, plaza fuerte situada en la costa oriental del Eubeo, perteneciente á Filipo, talando además los países comarcanos declarados á favor del rey. El año siguiente, Eritrea, situada cerca de las riberas del Euripo, es tomada al asalto por los aliados (199), igualmente que Caristo. Ponen además sitio á Cencrea, otro de los puertos de Corinto; pero, un cuerpo de macedonios y un número considerable de desertores romanos que la defendian, les obligan á levantarle. Con todo, los rodios quitan á Filipo, con sus solas fuerzas, la Perea, pequeña provincia de la Caria, separada de Rodas por el mar de Cárpatos (190). Dan tambien una prueba señalada de amistad á la república y de su celo por los intereses de la Grecia en la guerra contra el rey de Siria. Por su parte, los romanos no se avienen á concertar la paz con Filipo, sino con la condicion de que ceda Estratonicea á los rodios, y la mayor parte de la Caria. Victoriosas las armas romanas en Siria, principal-

mente por medio de los servicios de los rodios, el senado resuelve recompensarles aun con mayor liberalidad, cediéndoles, con preferencia á Eumenes, la Licia y la Caria (189). Los rodios, aunque amigos de la libertad, oprimen á los licios (177); y estos se quejan al senado de Roma que manda comisarios para tranquilizar á los descontentos, y tratan de allí en adelante los rodios á los licios, súbditos suyos y amigos de Roma, con mayor justicia. Sin embargo, Eumenes hizo entrar en recelos á los romanos contra los rodios, y sospecharon que se entendian con Perseo (170). Este no habia omitido efectivamente ningun medio para disponer á Rodas á lo menos á la neutralidad, bien que todo fuera en vano; pero, algunas ventajas obtenidas por la flota macedónica sobre la romana, deciden á los de Rodas á permanecer neutrales entre Roma y Perseo (169). Roma lo lleva muy á mal, y los rodios tratan de calmar la cólera del senado. El mismo Caton habla en su favor, contentándose con dejarlos desposeidos de la Licia y la Caria de que se apoderan los romanos. Con todo, mas adelante Roma los admite otra vez por aliados y amigos de la república, y acaban de recobrar su antiguo favor con obligar á los caunios á abandonar el sitio de Calindo, ciudad muy nombrada de la Caria. Los romanos hasta otorgan á los rodios el que queden reintegrados en los bienes particulares que muchos de ellos poseyeron en la Caria y la Licia, y erigen en señal de agradecimiento una estátua á Minerva (162) en su templo de Roma. Restablecida la buena inteligencia entre las dos repúblicas, duró por mucho tiempo. Declarada la guerra á los romanos por Mitridates, rey del Ponto, los rodios fuéron los únicos griegos que permanecieron fieles á la república romana, admitiendo dentro de sus muros, nó solo á los asiáticos arrojados de su país, y al mismo Casio, ex-gobernador de la provincia de Pérgamo, sino á todos los romanos que necesitaban asilo. Su conducta decide á Mitridates á dirigir sus fuerzas contra esta isla; pero, los rodios le fuerzan á levantar el sitio, después de perder en él mucha gente, y la mejor parte de su flota. Los rodios fuéron tambien muy útiles á Pompeyo en la guerra contra los corsarios de Cilicia (67), contribuyendo felizmente las fuerzas navales de Rodas al triunfo del general romano. En la guerra civil de este y de César (49), les debió Pompeyo tambien muchos favores. Muerto Pompeyo (48), los rodios se declararon por César, provocando con esto la cólera de Casio, el cual se presentó delante de Rodas con una armada poderosa. Bien quisieran aplacarle los de Rodas; mas, no pudieron decidirse á poner en sus manos como él queria, su marina, su puerto y su ciudad. Arquelao, que habia enseñado el griego á Casio, no puede obtener de su discípulo que ceda un punto en sus exigencias, y Rodas resuelve resistirse (42). Después de combatir su armada con un valor heróico, queda sin embargo vencida por la de Casio. Los romanos toman en seguida por asalto el fuerte de Lorima situado en el continente, pasando desde allí á la isla con sus fuerzas de tierra. Un nuevo combate por mar, todavía mas sangriento que el primero, promete por algun tiempo la victoria á los rodios; mas, por fin, el triunfo es para las armas romanas, quedando Rodas inmediatamente después bloqueada por tierra y por mar. Temerosos algunos habitantes de que la ciudad tuviera que rendirse por hambre ó por fuerza, abren secretamente las puertas á Casio, el cual trata á la ciudad como tomada por asalto, condenando á muerte á los principales ciudadanos de quienes tenia algun recelo, desterrando á otros, exigiendo dinero de particulares, é imponiendo además quinientos talentos á la ciudad. Muerto Casio, M. Antonio restituye á los rodios sus antiguos privilegios, dándoles las islas de Andros, de Ténedos (1), y de Naxos con la ciudad de Mindo. No pudiendo sobrellevar los habitantes de estos países los impuestos que les exigian los rodios, M. Antonio se los quita. Desde aquella época los rodios perdieron ó recobraron la libertad segun parecia bien á Roma. Finalmente, Vespasiano redujo Rodas á provincia romana, obligándola á pagar tributo. Esta provincia (74 desp. de J-C.), fué denominada, Provincia de las Islas.

REYES DEL EPIRO.

El Epiro era en lo antiguo un reino considerable de Grecia, limitado al norte por los montes Ceraunios, al mediodía por el golfo de Ambracia, al este por la Tesalia, y al oeste por el mar de Jonia. Al principio se llamó Epirus Dodónea, el continente de los dodóneos, y mas adelante, solo se llamó Epiro, ó el continente sin mas añadidura, segun la significacion de la voz griega Epeiros. Componíase de varios pueblos, entre los cuales los mas poderosos y de mas nombradía fuéron los molosos cuya capital era Dódona, célebre por el oráculo y el templo de Júpiter; los caonios, que tenian por capital á Orica; los tesprocios ó tesprotas siendo su capital Butrotes, como Ambracia era la de los acarnanios. En la entrada del golfo estaba el puerto de Accio, célebre por la victoria de Augusto contra M. Antonio.

Los reyes de Epiro pretendian ser descendientes de Pirro, hijo de Aquiles, que habia ido á establecerse en el país. Apellidábanse Eácidas, de Eaco, abuelo de Aquiles. Siendo muy oscuros los tiempos anteriores á Pirro, y mas poéticos que históricos los primitivos reyes de los molosos, daremos principio á nuestra cronología histórica por el reinado de Pirro.

Pirro I, ó Neoptolemo, es el primero de los Eácidas que reinó en Epiro. Era hijo de Aquiles y de Deidamia, hija de Licamedes, rey de la isla de Sciros. Muerto delante de Troya el padre de Pirro, movié-ronle Diomedes y Ulises á tomar á su cargo las tropas que Aquiles habia conducido á Troya. Pirro se distinguió mucho en aquel sitio. Luego de tomada Troya, á sus manos murió Príamo, arrojó de una torre abajo á Astianax, hijo de Hector y de Andrómaca, degolló á Palixene, hija de Príamo, sobre el cuerpo de su padre, y se llevó consigo al Epiro á Andrómaca, á donde se fué á vivir por consejo del famoso adivino Heleno, hijo de Príamo, con los mirmidones, que habian servido á sus órdenes y á las de su padre en el sitio de Troya. Sostúvose Pirro en su nuevo país con el auxilio de los pelopidas, de quienes era pariente, contra los naturales de la tierra, bien que finalmente estos le reconocieron por rey. Corto fué su reinado, pues á poco de haber vencido los obstáculos que se le

(1) Creemos que no disgustará el encontrar aquí una anécdota que honra bastante á Demetrio.

Habia en Rodas un pintor célebre, llamado Protógenes, natural de Cauna, villa de Caria, quien tenia su taller fuera de la ciudad cuando Demetrio fué á cercarla. Ni salió de su casa ni cesó de trabajar. Extrañando Demetrio aquella impasibilidad, ocurrióle un dia el preguntarle la causa; príncipe, le contestó Protógenes, yo estoy persuadido de que sí habeis declarado la guerra á los rodios, pero nó á las bellas artes. Demetrio ordenó que pudiese permanecer en su habitacion con toda seguridad, y aun en su mismo campamento.

La obra maestra de este pintor es un Jaliso; Jaliso pasaba por ser el fundador de una villa de este nombre en la isla de Rodas.

opusieron, fué muerto por Orestes en el mismo templo de Delfos, por haber casado con Hermione, hija de Menelao y de Elena, que habia contraido esponsales con Orestes. El cuerpo de Pirro fué sepultado en el templo mismo en que habia sido asesinado. Cuando los galos invadieron el Epiro, se ofrecieron sacrificios anuales sobre su sepulcro, instituyéndose además juegos solemnes en honor suyo. La pírrica, especie de danza guerrera, se llamó así por haberla bailado él el primero en derredor del sepulcro de su padre. El sobrenombre de Neoptolemo, ó de jóven guerrero, le fué dado cuando se presentó por la vez primera en el sitio de Troya, porque tenia á la sazon pocos años todavía.

Lanasa, primera mujer de Pirro, era hija de Cleodeo, uno de los descendientes de Hércules; fué madre de Pirro, de Alevas, de Etnesto, y de cinco hijos. Hermione, su segunda mujer, no tuvo hijos, teniendo en Andrómaca, su tercera mujer ó concubina, á Moloso, Pielo y Amfialo. Pirro murió niño todavía. Alevas fué educado por su bisabuelo Peleo, rey de Ftia y en Tesalia, y nombrado por este príncipe heredero de su corona. Etnesto vivió con su hermano en Tesalia, dando su nombre á la tribu de los etnestas de que hace mencion Estéfano. Amfialo pasó con su madre á Asia, mató en duelo á Ario, rey de Teutania, y reinó en su lugar, estableciendo su capital en Pérgamo, fundada ya por los misios, y viniéndole de ahí el sobrenombre de Pérgamus. Encuéntrase entre los descendientes de Amfialo á un tal Praces, fundador de un templo en Laconia en honor de Aquiles. Los descendientes de Alevas reinaron en Tesalia hasta Jerjes, á quien los macedonios arrebataron aquella provincia, dándole la libertad. Las cinco hijas de Pirro casaron todas con príncipes vecinos.

Moloso, muerto su padre Pirro, quedó bajo la tutela de Heleno, á quien Pirro cedió por mujer á Andrómaca con una parte de su reino. Heleno cuidó de su pupilo con la mayor solicitud, y al morir le dejó la parte del reino de Epiro que Pirro le habia cedido. Moloso, por morir sin hijos, dió todo el Epiro, segun Pausanias, á su hermano Pielo.

Pielo ó Pílades reinó en Epiro; nada mas sabemos de él, ignorándose igualmente los acontecimientos, y los nombres de los reyes que debieron llenar el largo intervalo que media entre Pielo y Admetes.

480. Admetes ocupaba el trono de Epiro en la época en que Jerjes invadió la Grecia. No se ve declarado en favor de los persas ni en favor de los griegos; pero, trás de la derrota de los primeros, trató de aliarse con los atenienses. Temístocles hizo rechazar desdeñosamente su peticion por no haber contribuido Admetes en nada contra el enemigo comun. Sin embargo, el rey de Epiro supo olvidar ese desprecio, recibiendo en el destierro á Temístocles (471), con demostraciones de amistad, y denegándose luego á entregarle á los atenienses y lacedemonios que le amenazaban con la guerra, si se empeñaba en su negativa, antes suministrándole dinero y todo lo necesario cuando se marchó de Epiro para ir á Persia. Admetes tuvo en su mujer Ftia un solo hijo que le sucedió.

429. Tarimbas ó Arimbas I, llamado igualmente Tarritas ó Tarrips, era muy jóven cuando murió su padre. Por un decreto del pueblo fué puesto bajo la tutela de Sabilinto, varon preclaro por su saber y probidad. Sabilinto le acompañó á Atenas, en donde se nstruyó en todo lo necesario para formar el alma y el corazon de un buen rey. Así es que aventajó á sus mayores en el arte de reinar. Al volver de Atenas, hizo un código, estableció un senado y una buena magistratura, y fijó las bases fundamentales del gobierno. Unicamente los molosos y los antitanios le reconocian por rey; los demás pueblos de Epiro tenian sus jefes particulares, ó vivian independientes.

385. Alcetes es el rey de Epiro que, segun los historiadores, viene trás de Tarimbas ó Arimbas, sin que nos digan quién era su padre. Sus súbditos le echaron del trono, refugiándose en Siracusa. Dionisio, tirano de esta ciudad, se coaligó con los ilirios, y le dió un numeroso ejército para recobrar su trono: parece que la expedicion fué favorable á Alcetes, cuyos estados invadió posteriormente Jason (376), tirano de Feres. Aliándose los atenienses con Alcetes, por medio de Timoteo. Jason retiró sus tropas del Epiro, dejando en paz á Alcetes el resto de su vida.

Neoptolemo II y Arimbas II eran ambos hijos de Alcetes. Muerto su padre, el mayor partió con su hermano la autoridad soberana, para evitar una guerra civil que este queria promover. La historia no nos ha transmitido los hechos del reinado de Neoptolemo. Dejó un hijo llamado Alejandro, y dos hijas, Troa y Olimpia, muriendo trás de un reinado muy corto (360).

Arimbas II, habia quedado, con la muerte de su hermano, dueño único del Epiro, y gobernóle, contra las esperanzas de sus súbditos, con prudencia, equidad y moderacion. Respetaba á los sabios y amaba las ciencias. Á él dedicó Jenócrates, filósofo calcedonio, cuatro libros que compuso sobre el arte de reinar. Tambien educó cuidadosamente á los hijos de su hermano. Casó con Troa su sobrina, enlazando á Olimpia, la otra sobrina, con Filipo, rey de Macedonia, que tuvo en ella á Alejandro Magno. Las miras ambiciosas que tenia Arimbas al casar á su sobrina con el rey de Macedonia, le salieron fallidas, pues Filipo, lejos de secundar su ambicion, le declaró la guerra, y tal vez seria en favor de su cuñado Alejandro. Colocado en el solio este jóven príncipe, hubiera cedido mas fácilmente que su tio algunos puertos del Epiro, muy convenientes al rey de Macedonia para sus altos designios. Sea como fuere, distraido Filipo por negocios mas importantes, abandonó esta guerra; pero, retiró al jóven príncipe de manos de su tio, ya fuese para poner su vida á cubierto de asechanzas, ya para tener un instrumento á mano contra Arimbas. Despues de esta especie de reconciliacion, Arimbas reinó todavía diez años, dejando dos hijos, Eácido y Alcetes, con una hija llamada Beroa, la que, segun algunos autores, casó con Glaucias, rey de Iliria.

342. Alejandro, hermano de Olimpia, subió solo al trono de su tio, con exclusion de Eácido, por medio de su cuñado Filipo, quien mas adelante le dió por mujer á Cleopatra, la que hubo en Olimpia. Alejandro, al sentarse en el trono de Epiro, no tenia mas que veinte años.

Los samnitas y los lucanios guerrearon contra Alejandro, que habia ido á Italia á socorrer á los tarentinos, enemigos á la sazon del rey de Lacedemonia. El rey de Epiro fué á desembarcar en Pesto, sometiendo algunas ciudades de los lucanios y de los brucios. Despues de vencer á esos pueblos, se alió con los romanos.

Alejandro fué por segunda vez á Italia, combatiendo de nuevo con los lucanios y los brucios; les tomó muchos lugares, y envió á Epiro mas de trescientas personas en rehenes, que pertenecian á las mejores familias de las plazas que habia conquistado. Todavía les derrotó en otra nueva batalla; pero al perseguir á un cuerpo de lucanios, un soldado de su guardia, compuesta cabalmente de lucanios, le disparó por detrás una saeta, mientras pasaba á caballo el rio Aque-

ronte. El rey cayó muerto en el agua, yendo su cuerpo á parar al campamento enemigo, en donde fué tratado con la mayor ignominia. Una mujer, cuyo marido é hijos habian caido prisioneros en manos de los epírotas, obtuvo por fin, trás de muchos suplicios, que los restos del cadáver destrozado por los lucanios, le fuesen entregados; y llevólos luego con el objeto de alcanzar la libertad de su familia cautiva á Cleopatra y á Olimpia, mujer una, y hermana la otra del rey muerto. Los antiguos hablan de este príncipe como digno en un todo de la sangre de su sobrino Alejandro Magno. Orosio dice que fué muerto por los samnitas, cuando estaba haciendo sus preparativos de guerra contra los romanos (331). Puede fijarse su muerte en el otoño de ese mismo año, segun Nicolai (Acad. de las Inscrip. tomo XII. pág. 353).

Eácido ó Eácides, hijo de Arimbas II, y nieto de Alcetes I, favoreció, después de sentarse en el trono de Epiro, al partido de Olimpia contra Casandro, levantando un ejército para distraerle del sitio de Pidna donde se habia encerrado la reina. Muchos súbditos se le rebelaron entónces por obligarles á aquella expedicion; mas, dió á los descontentos licencia para volverse, marchando con los que quisiéron seguirle voluntarios hácia Pidna (316). No bien salió de Epiro, los rebeldes tuvieron poder bastante para declarar nacionalmente á Eácido desterrado del reino, y concertaron alianza con Casandro, el cual mandó luego á Licisco al Epiro para que gobernase en su nombre. Los epírotas no tardaron en arrepentirse de haber proscrito á su rey, y le llamaron de nuevo, mas, poco le duró á Eácido esa sonrisa de la fortuna, pues fué muerto ese mismo año (313), en una batalla que tuvo con Filipo, hermano de Casandro. Reinó diez y ocho años, y tuvo en su mujer Eftia, hija de Menon de Tesalia, uno de los heráclidas, á Pirro, aquel á quien tanto celebra la historia, con dos hijas llamadas Deidamia y Tróyada, de las cuales la primera casó con Demetrio Poliorcetes.

312. Alcetes, hermano de Eácido, elegido después de él rey de Epiro, era de carácter tan violento, que su padre Arimbas le habia desterrado de la corte. Enemigo acérrimo de Casandro, trató de formar un ejército bastante poderoso para arrojarle del Epiro. Licisco, que tenia mayor número de gente que los epírotas, obligó al rey á encerrarse en la ciudad de Eurimeno, y allí le puso sitio; pero Alejandro, uno de sus hijos, fué á socorrerle, trabándose un reñido combate entre epírotas y macedonios, en que Casandro salió vencido. Pocos dias después de esta victoria, Dinias trajo refuerzos á Licisco, y este pudo aventurar un nuevo choque, en el que Alcetes, con dos hijos suyos, Alejandro y Teucer, fué completamente derrotado; viéndose en el caso de tener que escaparse, y abandonar á Eurimeno al enemigo, quien, después de saquearla, la arrasó hasta en sus cimientos. Sin embargo, Casandro acudió á negociar un tratado con los epírotas, y ajustó con su rey una paz honrosa (311).

Libre Alcetes de aquella guerra principió á encruelecerse con sus súbditos. Estos se rebelan, y le matan junto con dos hijos suyos, Hesioneo y Niso (295), pudiendo fugarse los otros dos Alejandro y Teucer, que no volvieron á parecer en Epiro, en donde habia reinado Alcetes diez y ocho años.

Pirro II, único hijo de Eácido, y nieto de Menon por parte de su madre, descendia de Aquiles y de Hércules. Amamantábale todavía la nodriza cuando su padre fué declarado proscrito. Dos caballeros epírotas le habian arrebatado de entre los rebeldes, acompañándole á la corte de Glaucias, rey de Iliria, que, segun algunos autores, habia casado con Beroa, hija de Arimbas, nieta de Alcetes I, y por consiguiente tia de Pirro. Glaucias dió una educacion esmerada al jóven príncipe, rechazando con horror la proposicion que le hizo Casandro de cederle el niño por doscientos talentos. Pero no consta que el rey de Iliria gestionase para colocarle en el trono, mientras estuvo ocupado este por Pleetes. Por mas que digan Plutarco y Justino, tenemos por lo mas verosímil que Pirro no entró en posesion de sus estados hasta la muerte de Casandro y de Pleetes. Así es que los historiadores ponen el principio de su reinado en este año (295), contando él á la sazon unos diez y ocho años; pero en la edad de catorce ó quince habia dado ya pruebas de su valor congénito en la famosa jornada de Ipso, donde se distinguió entre los mas valientes, manteniéndose en su posicion, y conservando las ciudades griegas que le confiara su cuñado Demetio, con el cual se portó tan generosamente, que por él quiso ir en rehenes á Egipto, concluida la paz entre los generales de Alejandro Magno. Todavía en 297 se hallaba Pirro en la corte del rey de Egipto. Se granjeó principalmente la benevolencia de Berenice, casando con la hija que hubo de Filipo su primer marido. Luego de haber casado con Antígona, que este era el nombre de aquella hija, la reina empleó su influjo con su marido para que viniése en dar á su yerno una armada y dinero. Socorrido de este modo, Pirro se dirige al Epiro, y recobra su reino después de vencer á un Neoptolemo, puesto en el trono por los molosos ú omolosios. Este invoca el auxilio de los príncipes vecinos, y temeroso Pirro de una guerra civil, cede al rival parte de sus estados. Al principio, Neoptolemo parece satisfecho; y algun tiempo después, movido de malos consejeros enemigos de Pirro, trata de envenenarle. Descúbrese el atentado, y le costó la vida.

292. Pirro no fué por mucho tiempo señor exclusivo del Epiro. Demetrio, su cuñado, le quita la Tesalia y devasta el reino, mientras que el rey vence á Pentauco, general de Demetrio. Después, ambos príncipes se reconcilian y quedan aliados.

287. Cinco años habian corrido desde los hechos que se acaban de referir, cuando el rey de Epiro, coaligado con Tolomeo, Lisímaco y Seleuco contra Demetrio, ataca por un lado la Macedonia, mientras que Lisímaco la ataca por otro. Antes que Demetrio se haya puesto en estado de defender su tierra, Pirro le ha tomado ya Berea, una de las plazas mas fuertes de la Macedonia, en donde encontró mujeres, hijos y haberes de muchos soldados de Demetrio, cuyo ejército abandona á este para entrar á servir á Pirro, proclamándole rey de Macedonia. Pirro consiente en repartirse con Lisímaco todo lo conquistado, mas no por esto pueden vivir amigos. Cansados los macedonios con las contínuas expediciones militares de su nuevo señor, é instigados además por Lisímaco, abandonan á Pirro, quien se marcha de Macedonia trás de un reinado de siete meses, volviéndose al Epiro con todas sus tropas.

280. Pirro, que no se hallaba bien con el ocio, acepta la proposicion que le hacen los tarentinos y todos los griegos de Italia, de tomar el mando de las tropas que tenian, y reunirlas á las suyas contra los romanos. Los sabios discursos de Cíneas, de Tesalia, discípulo de Demóstenes, y el orador mas grande de su época, no alcanzan á curarle de su pasion por la gloria. Antes de llegar la primavera se embarca en el mar Jónico para Italia. Así que estuvo en alta mar, le sobrecoge una tormenta, y arriba á la costa de Italia trás de mil peligros y trabajos. Casi toda la ar-

mada tiene que quedarse por las averías de los buques; mas él quiere seguir adelante, y después de luchar casi toda la noche con el viento y las olas, fué arrojado á la orilla con el cuerpo fatigado, mas nó quebrantado el ánimo. Suministráronle los mesapios todos los auxilios que estuvieron en su mano, y reuniendo Pirro á todos los que se habian librado del naufragio, se dirige hácia Tarento, y obliga á sus habitantes á salir de la molicie en que se hallaban, sujetándolos á la disciplina militar. Sabedor Pirro de que el cónsul Levino iba hácia él con un ejército numeroso, sale á campaña antes del mes de julio con la poca fuerza que tenia; pues sus aliados no habian llegado todavía. Los romanos habian pasado ya el rio Siris, y los dos ejércitos se encuentran cerca de Heraclea. Pirro presenta la batalla, combatiendo con la intrepidez de un héroe, pero olvidando que no debe exponerse demasiado aquel de quien depende la suerte de un ejército. Caro le costara el olvido, á no ser por un macedonio llamado Leonato, que dió en tierra con un soldado de caballería romano, cuando iba á matar al rey. Entónces Pirro carga al enemigo hasta siete veces seguidas, y siempre es recibido con valor. Advirtiendo el rey que su persona era el blanco especial á quien se dirigian los romanos, da su manto y armadura á su amigo Megacles. Mucho le valió el ardid, aunque por otra parte, en poco estuvo que no le fuera funesto. Megacles queda herido y derribado del caballo: un soldado le quita manto y armadura, y lleva corriendo su presa á Levino: el ejército romano alborozado da un grito general de triunfo, y cae el de los griegos en el mayor abatimiento, creyendo que habia perdido á su jefe. Pirro recorre volando y con la cabeza descubierta las filas de sus soldados para que le reconozcan, y se restablece el combate, sembrando los elefantes el espanto entre los romanos no acostumbrados á ver á aquellos animales. Los griegos hicieron entónces gran matanza en el ejército del cónsul. Pirro, sin perder tiempo, se hace dueño del campamento romano, aparta de su alianza á muchas ciudades, va devastando el país, y llega hasta diez leguas de Roma. El encuentro del cónsul Tiberio Coruncanio, en Prenesto, obliga al rey, que se vió entre dos ejércitos consulares, á detenerse y retirarse á la Campania. Poco después envian los romanos embajadores á Pirro para tratar del rescate ó del cange de prisioneros. Fabricio se hallaba al frente de la embajada. El rey de Epiro entrega doscientos prisioneros á los romanos sin rescate, y permite á todos los demás el ir libres á Roma bajo la palabra empeñada por Fabricio de que volverán á Tarento pasado el 7 de diciembre ó la fiesta de los Saturnales, en caso que el senado no acepte la paz.

279. Considerable era la pérdida que sufrió la república en la batalla de Heraclea, pero, no por esto habia desfallecido el ánimo de los romanos. Un discurso de Apio persuade al senado que no acepte las proposiciones presentadas por Cineas, discípulo de Demóstenes, y el principal de los embajadores enviados por Pirro, á no ser que este evacuase enteramente la Italia. Continúa la guerra, trabándose nueva batalla cerca de Asculo, en la Pulla ó Apulia, entre griegos y romanos. Quince mil hombres por una y otra parte sucumben en ella, muriendo el cónsul Decio, y saliendo herido Pirro, bien que dueño del campo. A los que le daban el parabien respondia: «estoy perdido si gano todavía otra batalla como esta.» Efectivamente, conocia que no le era tan fácil como á los romanos el poder reparar sus pérdidas.

El año siguiente (278), Fabricio, que á la sazon mandaba á los romanos, no quiere triunfar de Pirro con medios innobles. El médico de ese príncipe ofrece envenenarle, si se le promete una recompensa digna del servicio que prestaria. El consul escribió inmediatamente á Pirro que tomase sus precauciones, para no ser víctima de tamaña perfidia. Enterado el rey de la verdad del hecho, manda castigar á su médico y muestra su agradecimiento á Fabricio enviándole sin rescate todos los romanos que tenia prisioneros. Fabricio, que de un enemigo no queria gracia, ni tampoco merced por haber dejado de consentir en un crímen abominable, envía al rey de Epiro igual número de prisioneros samnitas y tarentinos.

En esto, unos diputados de Sicilia van á ofrecer al rey de Epiro las ciudades de Siracusa, Agrigento y Looncio, suplicándole que les ayude para expulsar á los cartagineses. Llégale al mismo tiempo correos de Grecia con la noticia de la muerte de Ceraunó, diciéndole que la Macedonia parecia dispuesta á proclamarle rey. Parécele á Pirro mas glorioso para él el aceptar la proposicion de los sicilianos, y dejando una fuerta guarnicion en Tarento, pasa á Sicilia á mediados del verano. A su llegada se apodera de Siracusa. Sóstrates ó Sosístrates, que estaba en ella de gobernador, y Tinion, comandante de la ciudadela, le entregan el tesoro público, y unas doscientas embarcaciones que le facilitan la conquista de la Sicilia entera. Con treinta mil hombres de á pié, doscientos y cincuenta caballos, y una flota de doscientas naves, Pirro iba arrollando por do quiera á los cartagineses, y echando por tierra su dominacion (277). Les toma á Erix la plaza mas fuerte que en la isla tenian, derrota en un combate á los habitantes de Mesina, llamados mamertinos, y les arrasa sus fuertes. Solo quedaba á los cartagineses Lilibio (Marsala), en toda la isla, y Pirro no viene en otorgarles la paz y concederles su amistad, sino con la condicion de que abandonen enteramente la Sicilia (276) y dejen libre el mar de la Libia.

Lleno de esperanza, el rey de Epiro se propone conquistar el África. Tenia bastantes buques para dar cima á ese gran designio; pero, faltábanle marinos, y obliga bajo las penas mas severas á las poblaciones sicilianas á que se los apronten. Entónces empieza á gobernar de una manera insolente y tiránica, enagenándose las voluntades de todos por la conducta que sigue enteramente opuesta á la que manifestó al principio. Tinion, que tambien le habia servido, fué víctima de la cruel política de Pirro, junto con los ciudadanos mas ilustres de la isla. Sóstrates solo con la fuga pudo librarse de la muerte. El rey de Epiro es odiado en toda la Sicilia. Muchas ciudades y villas se coaligan contra él con los cartagineses, y otras lo hacen con los mamertinos. Hácia fines del año, sale Pirro de Siracusa con pretexto de ir á socorrer á los tarentinos, quienes efectivamente le habian pedido que volviese. Atácanle los cartagineses así que se está embarcando, y en el puerto mismo pierde noventa y ocho buques, quedándole tan solo doce. Los mamertinos llegan antes que él á Italia en número de diez mil, le salen al encuentro, y le matan mucha gente, y además dos elefantes. Con todo, pudo llegar á Locres, en donde habia un templo célebre consagrado á Proserpina. Falto Pirro de dinero, quita á la diosa sus tesoros, y se embarca otra vez. Al dia siguiente, su escuadrilla sufre un violento temporal, y las naves que traian la rica y sagrada presa, son arrojadas á las costas mismas de los locrenses. El rey manda devolver el tesoro al templo, y llega á Tarento con veinte mil infantes y tres mil caballos (275). Reforzado con las mejores tropas de la plaza, dirígese á

marchas dobles hácia los romanos acampados en el país de los samnitas.

El cónsul Manio Curio se habia parapetado cerca de Benavento para esperar los socorros que le venian de la Lucania. Pirro le ataca á toda prisa, y por dos veces seguidas queda vencido de tal suerte, que no puede permanecer mas en Italia, en la que habia perdido veinte y cinco mil hombres.

274. Abandonada la Italia, Pirro se vuelve al Epiro con ocho mil infantes y quinientos caballos. Sin medios para mantener su tropa, procura hacerla subsistir con la guerra. Con un refuerzo de algunos galos entra en la Macedonia, se apodera sin dificultad de muchos puntos, sonsaca mas de dos mil soldados á Antígono, le ataca y le obliga á escaparse á poco para ir á contener algunas plazas marítimas. Después de estos sucesos, poca resistencia halla ya Pirro en Macedonia; pero, se desacredita entre los macedonios por abandonar Egea á los galos, quienes la saquean, abriendo hasta la sepultura de los reyes, y dando al viento sus cenizas.

273. El espartano Cleomino se presenta al rey de Epiro, instándole á que vaya con su ejército á atacar á Lacedemonia. El espartano queria vengarse de la injusticia de sus conciudadanos, y de la infidelidad de su mujer. Acepta Pirro la proposicion, y Cleomino le guia hácia Esparta con veinte y cinco mil hombres de infantería, doscientos caballos y veinte y cuatro elefantes. No bien hubo entrado en tierra de Lacedemonia, cuando empieza á talar y á saquear. Llega al anochecer delante de Esparta, difiriendo para el dia siguiente el ataque de la ciudad. Al despuntar el dia, se coloca Pirro á la cabeza de su infantería para dirigir el asalto, y por una y otra parte se pelea durante todo el dia con igual ardimiento. Al dia siguiente, trábase de nuevo el combate. La situacion de los espartanos empezaba á parecer desesperada, cuando un general de Antígono llega de Corinto con una division bastante considerable, y Aceo, rey de Esparta, hermano de Cleomino, trae otro refuerzo de dos mil hombres de á pié. Conociendo Pirro que no puede entrar en la ciudad, renuncia á la empresa, con la idea, sin embargo, de pasar el invierno en el país.

272. Aristeo, uno de los primeros ciudadanos de Argos, invita al rey de Epiro á ir á sostener dicha ciudad contra Aristipo, y Pirro acude y emprende la marcha. Areo le arma algunas celadas en el tránsito, y destroza á los galos y á los molosos que formaban la retaguardia. Pirro destaca á su hijo Tolomeo para prestarla auxilio, y perece en la refriega, dispersándose la tropa. Persigue á los fugitivos Evalco, jefe de gran nombradía, que se hallaba á la cabeza de la caballería lacedemonia, y sepárase demasiado de su infantería en el calor de la persecucion. Entónces Pirro arremete hácia él con su impetuosidad ordinaria en las lides; se arroja el primero en medio de los enemigos, mata cuanto se le pone delante, y cubierto ya de sangre de lacedemonios, busca bramando de corage á Evalco; alcánzale por fin y le pasa de parte á parte. Apeándose luego de un salto, sacrifica sobre el mismo cuerpo de Evalco, á cuantos lacedemonios le vienen á mano. Satisfecha así en algun modo su venganza por la muerte de su hijo Tolomeo, prosigue su camino hácia Argos, haciéndole abrir Aristeo una puerta de la ciudad. Pirro introduce de noche sus galos para posesionarse de la plaza antes de ser visto. Pero la ciudad se hallaba ya guarnecida de argios, de cretenses y espartanos, enviados á toda prisa por Antígono y Areo; de suerte que, acometidos los galos enérgicamente, no tardan en quedar desordenados. Bien conoce Pirro que el golpe nocturno se ha frustrado. Heleno, otro hijo suyo, entendió mal una órden, y en vez de entrar por un boqueron de la muralla, abriendo paso á la tropa y elefantes, entra en la ciudad por el portillo que solo debia servir para la retirada, y queda empeñado en un calle estrecha, inmediata á ese portillo. Uno de los mayores elefantes cae en ella y obstruye el paso; y como el enemigo aprieta, los soldados de Pirro forzados á retirarse, caen unos encima de otros. El mismo Pirro recibe una herida y encara el caballo contra el agresor, que era soldado raso. Este tenia una madre que desde el techo de una casa no le perdia de vista; y al ver el peligro en que estaba su hijo, coge con ambas manos una pesada teja y la arroja á la cabeza de Pirro, quien al momento suelta las riendas y cae del caballo, acabando de matarle un soldado que le conoce, el cual además le corta la cabeza. Dueño ya Antígono del ejército de Pirro y del campamento, trata generosamente á su hijo Heleno y á sus amigos, dejando que se vayan á Epiro.

Pirro enseñó á los romanos el arte de acampar; pero, otros reyes y generales griegos le habian sabido antes que él, por mas que diga lo contrario Aníbal en Tito Livio. Muchas faltas cometió Pirro; pero, su defecto principal consistia en no seguir reglas fijas con motivo de su fogosa índole que no le permitia la quietud ni la prudencia. De esto dependia el que todo lo principiase sin concluir cosa alguna. Si para merecer el título de gran capitan solo se requiere valor y osadía, no hay duda que tuvo estas calidades en muy alto grado; pero, careció de las que debe tener ante todo un buen rey que debe amar á sus pueblos, y hacer consistir su gloria en defenderlos, y en procurarles una paz digna y duradera.

Muerta la reina Antígona, Pirro habia casado con otras tres mujeres. La primera era hija de Antoleon, rey de los peonios; la segunda, llamada Bircena, era hija de Bardulis, rey de los ilirios; y la tercera, Lanasa, hija de Agatocles rey de Siracusa. La última le trajo en dote la isla de Corcira, y tuvo en ella un hijo llamado Alejandro. Bircena fué madre de Heleno. Tambien tuvo una hija que se llamó Nereida, casada con Gelon, hijo de Hieron II, rey de Siracusa; y otra hija llamada Olimpia que fué mujer de su propio hermano Alejandro.

Luego de saber los epírotas la muerte de su rey, se rindieron á discrecion, siendo tratados con la mayor humanidad por Antígono, quien hizo encerrar el cuerpo de Pirro en una urna de oro (1). Este monarca habia reinado veinte y tres años.

272. ALEJANDRO sucedió á su padre Pirro, y después de ocupar por algun tiempo el trono de Epiro, invadió la Macedonia, en una ocasion en que Antígono Gonatas se hallaba con su ejército delante de Atenas. Así que el rey de Macedonia supo la invasion, resuelve socorrer á toda prisa sus estados; pero, le abandonan los soldados, y se ve obligado á salvarse con la fuga. En esto, su hijo Demetrio reune un cuerpo de ejército, y después de derrotar á Alejandro en batalla campal, no solo le echa de la Macedonia, sino hasta del Epiro: retiróse Alejandro al país de los acarnanios, donde levantó un nuevo ejército y volvióse al Epiro. De-

(1) Asegura Plutarco que Pirro, rey de los epírotas, tenia de tal suerte conformada la dentadura, que una muela sola, continuada por toda la mandíbula, ocupaba el lugar de todas las demás, bien que en ella se veian pequeñas líneas que indicaban una separacion aparente. Valerio cita la misma particularidad de otro rey. Agelio dice lo mismo del famoso Sicinio, llamado con este motivo DENTATO.

cláranse en favor suyo tantos epírotas, que Demetrio juzga prudente marcharse hácia Macedonia.

Mas tarde el rey de Epiro declaró la guerra á los ilirios, y después de vencerlos, permaneció en paz hasta el fin de su reinado. Eliano nos le muestra como un hábil general, añadiendo que compuso un tratado sobre el modo de formar un ejército en batalla. Tuvo en su hermana Olimpia un hijo llamado Tolomeo, y una hija, Eftia, que casó con Demetrio II, rey de Macedonia.

242. Tolomeo era aun muy jóven cuando murió su padre, y quedó debajo la tutela de su madre. Era de bellas disposiciones; pero, murió á poco de salir de su minoría, al marchar contra los etolios que se habian apoderado de una parte de la Acarnania, perteneciente al Epiro. Dejó un hijo y una hija.

Pirro III, hijo de Tolomeo, tuvo un reinado mas breve aun que el de su padre, pasándole todo debajo la tutela de su abuela Olimpia, y muriendo asesinado por los ambracios.

Deidamia ó Laodamia hija de Tolomeo y hermana de Pirro, sucedió á su hermano. Poco amigos los epírotas de vivir debajo el cetro de una mujer, indujeron á Nestor, uno de sus guardias, á que la asesinase. Pero, faltándole el ánimo en el momento de la ejecucion, pudo refugiarse la pobre reina en el templo de Diana, dentro del cual fué bárbaramente degollada por un tal Milon, el cual habia sido condenado á muerte por haber asesinado á su propia madre y se libró del suplicio con asesinar á su soberana. A los doce dias de su crímen le entró un delirio furioso, y se dió él mismo la muerte. Pero, si se ha de dar crédito á Pausanias, Deidamia, después de un corto y pacífico reinado, murió tranquilamente en su lecho, dejando á los epírotas, por no tener sucesor, la facultad de darse la forma de gobierno que bien les pareciera; sea como fuere, la dinastía de los pírridas acabó con esta reina, mudando en efecto los epírotas la forma de su gobierno, que consistia principalmente en el nombramiento de magistrados ó pretores elegidos anualmente en el congreso general de la nacion, en Pasaron, ciudad de la provincia molósida. Aristóteles compuso un libro especial sobre la república de los epírotas; lo que indica que tenian buenas leyes. Pero, por la vecindad de los macedonios é ilirios, se veian á menudo perturbados en el sosiego que les procuraba un buen gobierno. Aquellos vecinos solian entrar en tierra de Epiro, y saquear cuantos pueblos podian, obligándoles á contribuir á los gastos de la guerra que siempre estaban haciendo á los demás estados griegos. El Epiro habia adoptado imprudentemente la parte de Perseo en la guerra que contra los romanos sostenia, y cuando este último rey de Macedonia fué por fin vencido y hecho prisionero (168), el senado de Roma dió órden á Paulo Emilio de destruir á ese pueblo enemigo. Á consecuencia de esta órden, mas de setenta poblaciones quedaron arrasadas, y conducidos á Roma los principales del país, en donde fueron condenados á muerte mediante proceso formal (167). El Epiro no pudo restablecerse ya mas de ese golpe fatal. Cuando la disolucion de la liga aquea (146), este país quedó agregado á la provincia de Macedonia, dándole el nombre de Epiro viejo, para distinguirle del nuevo Epiro situado al oriente.

(Despues de Jesu-Cristo.) En la época de la division del imperio, cupo en suerte el Epiro á los emperadores de oriente, quedando en su poder hasta la toma de Constantinopla por los latinos (1204), cuando Miguel Commeno se apoderó de la Etolia y del Epiro. Por la muerte de Miguel (1216), pasaron estos países á su hermano Teodoro. Carlos, sobrino de Teodoro y el último príncipe de la familia, murió sin descendientes legítimos, y dejó el Epiro y la Acarnania á sus hijos naturales (1430), despojándoles de ellos Amurates (1443). Jorje Castrioto (Scanderberg) rey de Albania), se apodera de una buena parte del Epiro (1467), y después de su muerte cae en poder de los venecianos, y luego de los turcos, que todavía poseen el país con el nombre de Albania (1).

REYES DE TRACIA Y DE LOS ODRISOS.

La Tracia se extendia de occidente á oriente desde el rio Estrimon, en los confines de la Macedonia, hasta el Ponto Euxino, y de norte á sur desde el monte Hemo hasta el mar Egeo. El pueblo odriso, ó de los odrisos, era el mas considerable de los varios que habitaban en el país. Unidos debajo el cetro de un mismo monarca, y unánimes en sus tendencias, hubieran sido los odrisos, en sentir de Herodoto, la nacion mas temible de la tierra. Pero vivieron por mucho tiempo divididos, y por la anarquía en que se hallaban, los principios de su historia están cubiertos con densas tinieblas.

431. Teres ó Tyres, que estaba reinando todavía en el año 431 antes de Jesucristo, debe considerarse como el verdadero fundador de los tracios odrisos (2), entendiéndose solo con esto que hizo poderoso á ese estado, dándole mas extension de la que antes tenia; pues es sabido por testimonio de muchos autores que los odrisos eran mucho mas antiguos que Teres, y pues les venia el nombre de un Odriso á quien adoraban como un Dios. Créese que ese Odriso era el mismo que Teiras ó Tiras, descendiente de Jafeto, de donde viene igualmente el nombre de Tracia. Consta además que antes de Teres tuvieron reyes los tracios, solo que Teres fué mas poderoso que ninguno de sus predecesores. No se halla la fecha positiva de su elevacion ni de sus conquistas; pero es cierto que estas precedieron á la guerra del Peloponeso. Sin duda debió á la fuerza de sus armas el título de rey. Era tan apasionado por la guerra, que solia decir que un rey pacífico no era para él mas que un palafrenero. Por cierto que no era ninguna madre quien le inspiró estas palabras. Guerreó Teres en varios puntos de la Tracia; pero en cierta ocasion se dejó sorprender por los tinios, pueblo que tenia por costumbre el atacar de noche al enemigo. Para librarse de esa clase de sorpresas, los descendientes de Teres tenian siempre

(1) Sin duda no desagradarán á nuestros lectores algunas mas particularidades acerca del célebre Pirro. Se ha visto que tenia gran confianza en Cineas; reconociendo él mismo que le habian conquistado mas ciudades que sus tropas los discursos de aquel orador. Cuando Pirro pasó á Italia, le comunicó los vastos proyectos que concibiera. Los Tarentinos, le dijo, me llaman en su ayuda; si triunfo de los romanos el occidente será mio. ¿Qué os parece mi empresa, mi querido Cineas? Y vencidos los romanos ¿á donde iréis luego con vuestras tropas? dijo Cineas. Roma vencida, respondió Pirro, pasaré á Sicilia, cuya conquista me será fácil. ¿Y hecha esta expedicion? replicó Cineas. Iré al África, y la dominaré. La Macedonia y la Grecia acatarán igualmente mi voz. Y conquistado todo ¿qué haremos? dijo de nuevo Cineas. Nos estaremos quietos, respondió Pirro. Vaya, Señor, respondió Cineas, ¿y porqué no podeis estaros quieto desde ahora mismo? (Véase. Boileau. Epist. 1.ª)

(2) No era, segun afirman los sabios autores ingleses de la Historia Universal, hijo, sino padre de Sitalces, el cual no reinó hasta el primer año de la 88.ª olimpiada, ó hasta el año 428 antes de Jesucristo. A consecuencia de este error, cuentan dos Sitalces en la historia de Tracia, siendo así que no hubo en realidad mas que uno.

de noche caballería preparada para la lid. Luciano da á este fundador del reino de los odrisos hasta noventa y dos años de vida. Sucedióle su hijo Sitalces, y tuvo además otro hijo llamado Esparadoco, y una hija que casó con un rey escita.

428. Sitalces sucedió á Teres, y su reino no fué muy dilatado. Pero por sus virtudes, sus hazañas, y por los tributos que le pagaron algunos pueblos limítrofes, llegó á ser muy poderoso, acabando la obra de su padre (1).

Los atenienses trataron de aliarse con él contra los lacedemonios, y agradecidos los primeros, confirieron á Sadoco, hijo del rey, el título de ciudadano de Atenas.

Sitalces estuvo á punto de sostener una guerra con los escitas. Estos habian destronado á un rey suyo llamado Esciles, y Sitalces le admitió en su corte. Figurándose los escitas que queria auxiliarle para reconquistar el trono, invadieron la Tracia; pero como Sitalces no habia abrigado la idea que se le supuso al mostrarse hospitalario con su rey, se lo entregó con la condicion de que le habian de devolver tambien ellos á su hermano Esparadoco, que expulsado de Tracia se habia refugiado en su país.

El rey de Tracia hizo tambien grandes preparativos de guerra para secundar á los atenienses que querian ir á combatir á los calcidenses, de los cuales estaban descontentos, y además para vengarse de Perdicas, rey de Macedonia, que le habia faltado á la palabra. Se puso á la cabeza de un numeroso ejército, con el objeto de sentar á Amintas en el trono de Macedonia. Pero todo se compuso luego con el enlace de Seutes, sobrino de Sitalces, con Estratonice, hija del rey de Macedonia.

424. Poco después, Sitalces fué muerto en un combate con los tribalios, en el año octavo de la guerra del Peloponeso. Filipo de Macedonia, en una carta á los atenienses, dice positivamente que Seutes tuvo la culpa de la muerte de su tio; bien que por otros datos parece cierto que en aquella ocasion presentó una mera sospecha por una realidad. Sadoco, hijo de Sitalces, moriria probablemente antes que su padre, pues que no le sucedió en la corona. Solo es conocido en la historia por la traicion á que le indujo su parcialidad por Atenas contra unos mensageros lacedemonios, que yendo á pedir socorro al rey de Persia, se detuvieron en la corte de Sitalces. Sadoco, con el consentimiento de su padre, los entregó á los atenienses que los mataron en Atenas.

Seutes I, hijo de Esparadoco, y sobrino de Sitalces, se sentó en el trono después de morir su tio. Fué amigo de Atenas, mereciendo el título de ciudadano; y por medio de los tributos que le pagaban varios pueblos, la Tracia fué floreciente en su reinado; pero, Tucídides, que era contemporáneo, nada casi nos ha dicho acerca de la vida de este príncipe.

Mesades era tal vez hijo de Seutes, sin que pueda tenerse por cierto: se conjetura con bastante verosimilitud, por un pasaje de Jenofonte, que fué sucesor y heredero del trono de Seutes. Habiéndose rebelado durante su dominacion los tracios odrisos, eligieron por rey al príncipe Medoco, y quitaron la corona á su hermano Mesades, que no sobrevivió á su desgracia, y dejó un hijo en la niñez llamado Seutes.

Medoco no gobernó mas que á los tracios odrisos. No habiendo querido reconocerle las poblaciones marítimas de la Tracia, permanecieron libres, y parece que no hizo gran cosa Medoco para reducirlas (400). Al llegar Seutes II á la edad en que se creyó apto para tomar el mando, pidió tropas á su tio con el objeto de someter las ciudades marítimas que obedecieran á su padre, y se dirigió hácia ellas. Al volver Jenofonte de la desgraciada expedicion á Persia, fué á parar el célebre capitan y escritor á tierra de Seutes, y juntó con las del jóven príncipe las fuerzas que conducia. Para robustecer la alianza, Jenofonte recibe por mujer á una hermana de Seutes, al que da tambien por esposa á una hija suya mediante cierta cantidad, segun costumbre de los tracios que con dinero compraban á sus mujeres como esclavas. Valido Seutes de aquellos griegos, somete en un mes á todos los rebeldes, quienes piden la paz y dan rehenes. Descontentos los griegos de Jenofonte por la escasa recompensa que tuvieron sus servicios, se retiraron á poco á su patria, quedando Seutes sin embargo dueño de lo que le ayudaran á ganar. Parece que Medoco siguió gobernando á los tracios odrisos, y que satisfecho Seutes con su nueva conquista, se formó en ella un reino especial, quedando en adelante los dos reinos, ya en poder de un solo monarca, ya de dos, bien que al parecer los autores han dado á los súbditos de las dos coronas el nombre comun de odrisos, ya por ser limítrofes, ó tal vez porque en el reino de las poblaciones marítimas habia muchos odrisos verdaderos establecidos allí desde la dominacion de Seutes.

390. Amadoco, sucesor de Medoco, tuvo sus diferencias con Seutes, el jefe de la parte marítima de la Tracia; pero Zeleucias, general lacedemonio, los reconcilió é hizo á los dos aliados de Atenas. Después de este suceso, la historia no habla ya ni de Amadoco ni de Seutes. Ignoramos en qué época el primero cesó de reinar; pero Seutes debió de reinar hasta el año 380 antes de Jesucristo, pues que Cotys I, que le sucedió y que murió en el año 356, habia reinado veinte y cuatro años.

Teres, sucedió probablemente á Amadoco en el reino de los odrisos. Ignoramos si era su hijo; pero, es cierto que no lo era de Sitalces (1). En una carta de Filipo á los atenienses, conservada por Demóstenes, se ve que Filipo se negó á restablecer en sus estados á Teres y á su hijo Quersoblepto, á pesar de las vivas instancias de Atenas, que no tenia muchos motivos para considerar á esos príncipes como amigos y aliados, pero que tenia por objeto principal debilitar el poder de Filipo.

380. Cotys I, reinó en la Tracia marítima después de Seutes II. Lo primero que hizo fué captarse la amistad de Atenas, y dió su hija por mujer á Ifícrates, famoso general ateniense. El banquete de boda que dió en aquella ocasion Cotys fué bastante ridículo. El mismo Cotys sirvió los platos, entregándose luego á la bebida con exceso. Tampoco fué muy regular su comportamiento con sus súbditos, dando lugar á la rebelion de un tracio llamado Miltocites. Socorrido por los atenienses, Cotys restableció el órden y quedó señor absoluto. Atenas le dió una corona, declarándole ciu-

(1) Lo que se lee en Tucídides sobre los lindes del reino de Sitalces: á saber que se extendia desde el rio Estrimen hasta el Danubio, debe entenderse desde el punto en que nacia el Estrimen y no en su embocadura; pues es facil probar, por el mismo Tucídides, que no fué su ánimo comprender en el reino de Sitalces las tierras situadas entre el Estrimon y el Neso, que en realidad se hallaban ocupadas por los pierios y por algunos tracios independientes. Esta distincion pasada en silencio por muchos geógrafos es necesaria para no suponer que los antiguos se contradicen.

(1) Hay un escritor francés, Olivier, que en una nota de la vida de Filipo, le llama hijo de Sitalces, pero se equivocó, pues Sitalces era anterior de mas de un siglo.

dadano. Queriendo Cotys dar á entender á sus aliados que no tenia en mucho sus distinciones, declaró á los atenienses ciudadanos de Tracia. Por fin, embriagado con su poder, pagó con la ingratitud á aquellos á quienes le debia, rompiendo las hostilidades con la toma de algunos puntos que pertenecian á los atenienses. Sordo Ifícrates á la voz de la patria, la que le habia colmado de honores, y hasta erigídole una estátua, secunda las miras de su suegro, se pone á la cabeza de sus tropas contra las de Atenas, y las derrota, quedándose así el rey de Tracia con sus usurpaciones. Después Cotys forma nuevos proyectos, y quita á los atenienses una parte del Quersoneso. Por no haber querido consentir Ifícrates en su nueva empresa, es indignamente tratado por su suegro, y se retira á una ciudad de Tracia.

Un tal Adamas, tracio de distincion, resentido por los actos despóticos de Cotys, se rebeló, pero se ignora el éxito de su alzamiento (1).

360. Cotys ayudó á Filipo por dinero á sentarse en el trono de Macedonia, mas luego se coaligó contra él con los reyes de la Peonia y la Iliria. Filipo le acometió y le venció tanto mas fácilmente, cuanto que los tracios estaban cansados del gobierno de Cotys, que los trataba con sobrado rigor. Piton y Heráclides terminaron su fiereza y despotismo asesinándole porque habia muerto á su padre (356). Los atenienses los declararon ciudadanos, dándoles coronas de oro por haber libertado la tierra de un tirano. Cotys habia reinado veinte y cuatro años, y tuvo un hijo que le sucedió.

Quersoblepto era todavía muy jóven cuando murió su padre, y Caridemo gobernó en su lugar. Pero no acceptan los tracios su mando, y nombran por sus jefes á Berísades y á Amadoco, los cuales fuéron protegidos por los atenienses, malquistos con Caridemo por haber este entregado á Miltócito, amigo de Atenas, á los cardios sus enemigos. Quersoblepto tiene que firmar un tratado, por el cual consentia que sus estados se repartiesen entre Berísades, Amadoco y él, dejando al mismo tiempo el Quersoneso á los atenienses. Así que estuvieron distantes las tropas de Atenas después del tratado, Quersoblepto, aconsejado por Caridemo, se niega á cumplirle, y empieza de nuevo la guerra. La fortuna favoreció á Quersoblepto, y quedó dueño exclusivo de la Tracia marítima, pero no le fuéron tan bien las cosas con Filipo. Sin embargo, fué muy secundado por los atenienses, á quienes habia devuelto el Quersoneso (2), excepto la ciudad de Cardia; pero á pesar de este auxilio, Quersoblepto fué vencido por el rey de Macedonia que tomó en rehenes al hijo del rey de Tracia, imponiéndole condiciones muy duras. Hizo construir en varios puntos fuertes para contener á los tracios (343), y los sometió al pago anual de un tributo que consistia en la décima parte de las rentas de la corona. Quersoblepto murió poco después, habiendo reinado once años (3).

Seutes III, hijo de Quersoblepto, que estaba en rehenes en Macedonia, fué enviado por Filipo para que ocupase el trono de su padre. Así que se ve algo seguro en él, cae de improviso sobre los macedonios establecidos en el país arrebatado á su predecesor, y recobra las provincias que pertenecieron á los odrisos. Ocupado Filipo en otros negocios, le dejó en su nueva posesion. Alejandro Magno, hijo de Filipo y sucesor suyo (336), se arregló sin duda con Seutes; pues se halla á este sirviendo á Alejandro contra los persas. Sea como fuere, el reinado de Seutes no fué mas largo que la vida del conquistador de la Grecia; y desde entónces la Tracia fué tenida por provincia de Macedonia, de la que Seutes no era mas que virey, y aun en el reparto de la sucesion de Alejandro entre sus generales, fué quitada á Seutes y dada á Lisímaco.

Lisímaco, natural de Pella, famosa ciudad de Macedonia, reunia á la robustez del cuerpo una grandeza de alma y un ingenio superior nutrido con máximas de filosofía. Habia oido las lecciones de Calístenes, tan cruelmente tratado por Alejandro. Lisímaco, segun se ha dicho en otra parte, sugirió á su señor un medio para terminar sus males. Encolerízase Alejandro, y le condena á ser devorado por un leon. Lisímaco presenta al leon su mano armada, y le quita la lengua y la vida. Pasmado Alejandro con ese rasgo, le ofrece su amistad, y Lisímaco olvida la bárbara injuria. Este hecho histórico citado por Justino, Séneca y Plinio, y mencionado de otro modo por Quinto Curcio, sirve para entender unas medallas de Lisímaco que en el reverso tienen figurado un leon.

Poco tardó el nuevo gobernador de la Tracia en ir á tomar posesion del país que le cupo en suerte, y que miraba ya como su patrimonio. Pero Seutes III, que no habia consentido en el reparto hecho por los generales de Alejandro, sale á su encuentro con veinte mil infantes y ocho mil caballos (323). Él y Lisímaco vienen á las manos, y bien que este fuese inferior en número, el primer combate quedó dudoso, pero en el segundo queda Seutes tan completamente desbaratado, que tiene que ir á refugiarse al lado de Antígono.

322. Entónces los reyes de Siria, de Egipto y de Macedonia brindan á Lisímaco con su alianza. El mismo Antígono trata, aunque en vano, de atraerle á su partido. Lisímaco permanece fiel á Seleuco, quedando por lo mismo comprometido á estar en guerra contínua con Antígono.

315. Lisímaco, igual en esto á los demás capitanes de Alejandro, procuraba con todas sus fuerzas el hacerse señor soberano de sus estados; pero, lo mismo que á ellos le costó mucho sostenerse aun con el título de mero gobernador. Antígono, que aspiraba nada menos que á apoderarse de todas las conquistas de Alejandro, que destituia á todos los gobernadores que le infundian sospechas, que hasta tenia bastante influjo para quitar de en medio á los que podian estorbarle con su poder, no dejaba de desasosegar á Lisímaco.

314. Liga entre Lisímaco, Casandro, Seleuco y Tolomeo, contra Antígono y su hijo Demetrio.

313. Bien que Lisímaco mandase solo en Tracia, nó todo el país le obedecia: se le insurreccionaron varias ciudades, pero batió á los rebeldes. Los calancios, ó

(1) Harto odiosa era para los tracios la memoria de aquel príncipe, para creer, como algunos historiadores han pretendido, que quisieran aquellos pueblos perpetuarla por medio de fiestas instituidas en su nombre. Mas verosímil es que la fiesta de la diosa Calisto, celebrada hasta en Atenas con orgías, debe su institucion á otro Cotys, rey de Tracia, de quien habla Constantino Porfirogeneto, y que vivia mas de 600 años antes de J. C.

(2) El Quersoneso de Tracia mudaba á menudo de señores, segun la voluntad del mas fuerte, ó la de los que le libertaban de sus opresores.

(3) Rollin, sin meditar bastante sobre un pasaje de Tito Livio, creyó que Pleurato era un rey de Tracia que debia colocarse en la época del reinado de Filipo; pero prescindia de que de muchos pasajes de Polibio pudiera deducirse que ese Pleurato era gefe de los ilirios; y, además de que Pleurato es efectivamente el rey de los ilirios llamado Pleurías por Diodoro de Sicilia, pudiera inferirse lo que sentamos hasta del mismo Tito Livio en el lib. 27, cap. 30, lib. 31, cap. 28, 34, 38 y 40.

mejor los calacios, segun las medallas, habitantes del Ponto y vecinos de la Tracia, tienen que sometérsele tambien. Al pasar el monte Hemo, el nuevo soberano encuentra á Seutes á quien habia echado del reino, y el cual se habia reunido con sus partidarios á las tropas de los generales de Antígono, guardando juntos los pasos del monte. Lisímaco los acomete, fuerza sus parapetos y mata en la pelea á Pausanias, uno de sus generales, haciendo además gran número de prisioneros, de los cuales parte se rescata y parte se alista en sus banderas. Seutes murió poco después de esta derrota (1).

310. Se negocia un tratado de paz entre los confederados y Antígono, por el cual queda el gobierno de la Tracia en manos de Lisímaco, el cual utiliza la paz edificando en el Quersoneso una nueva ciudad, la cual de su nombre se llamó Lisimaquia, en el sitio en que estuvo Cardia, destruida por él. Derribóla veinte y dos años después un terremoto, reedificándola con el tiempo Antíoco el Grande.

306. Lisímaco toma el título de rey, imitando á sus compañeros, quienes habian hecho lo mismo en sus gobiernos respectivos, usurpando así que murió Alejandro toda la autoridad anexa á la corona.

302. Nueva coalicion de todos estos nuevos príncipes contra Antígono. Lisímaco pasa á Asia, en donde consigue separar á algunas ciudades del partido de Antígono: gana á Docimo que mandaba en Frigia, y así se apodera de Sínade y de algunas otras plazas en las que habia tesoros considerables. Pero, la presencia de Antígono ahuyenta á los tracios que se refugian en Dorilea de Frigia, en donde el vencedor los asedia. Viendo Lisímaco que la defensa era harto difícil, aprovecha una noche oscura para salvarse, dirigiéndose á puntos en los cuales lo crudo de la estacion le pone á cubierto del enemigo.

301. El año siguiente la fortuna se declara contra Antígono, quien perece en la batalla que cerca de Ipso le dieron las tropas reunidas de todos los confederados: estos se reparten la herencia, aumentando Lisímaco su reino con algunas provincias mas. Aquel mismo año el rey de Tracia casó con Amastris, hija de Oxiatres, hermano de Darío, y viuda de Crateres, y luego de Dionisio, tirano de Heraclea.

293. Dromichetes (2), era uno de esos reyes particulares de algunos distritos de la Tracia, de quienes nos habla algunas veces la historia. Gobernaba á los getas, embebidos por algunos autores en la denominacion general de tracios. Receloso por los progresos de Lisímaco, trata de contrarrestarlos; le acomete, le vence y hácele prisionero, pero usa de la victoria con una moderacion singular. Agatocles, hijo de Lisímaco, entra en pactos con el rey de los getas, y se contenta con la promesa que le hace su futuro suegro de que dejaria á los getas dueños pacíficos de las tierras de allende el Danubio.

Á su vuelta á Tracia, procura Lisímaco consolidar su corona por medio de buenas alianzas. Su hijo se enlaza con Lisandra, princesa de Egipto, da su hija Arsinoe á Tolomeo Filadelfo, y se desposa él, bien que ya bastante entrado en años, con una hermana del mismo Filadelfo, llamada tambien Arsinoe.

Resentida Amastris, su primera mujer, por esta infidelidad, se retira á sus pequeños estados del Ponto. Pocos años después, sus propios hijos la arrojan al mar. Corre Lisímaco al Ponto para vengar el crímen, condena á muerte á sus desnaturalizados hijos, y da la libertad á los habitantes de Heraclea. Pero, su mujer Arsinoe fué luego muy cruel con esos pueblos.

288. Tolomeo, Seleuco, Lisímaco y Pirro, rey de Epiro, se coaligan contra Demetrio. Lisímaco ataca la Macedonia por un lado y Pirro por otro, viéndose obligado Demetrio á escaparse disfrazado de soldado. El rey de Tracia quiere, como Pirro, su parte de la Macedonia, y hecha la reparticion, los dos príncipes viven en contínua discordia. Lisímaco subleva contra Pirro las tropas macedónicas que ya le eran poco afectas por las guerras contínuas en que les tenia un rey extranjero. El mayor número se adhiere á Lisímaco, que era macedonio, y Pirro sale del país.

286. Reunida la Macedonia á la Tracia, el rey, para mayor seguridad de su conquista, ofrece una cantidad á Seleuco para que dé muerte á Demetrio, á quien tenia prisionero. El rey de Siria rechaza con horror proposicion tan inhumana.

283. Lisandra y Arsinoe, hijas las dos del rey de Egipto, mujer de Agatocles una, y la otra de su padre Lisímaco, arman mil intrigas á fin de tener cada una de ellas un partido fuerte, para dominar la situacion el dia en que muriese el rey de Tracia y de Macedonia, quien rayaba ya en los ochenta. Agatocles es la primera víctima de la ambicion de las dos hermanas. Tanto mal dice Arsinoe, contra Agatocles, á su marido, que este le encierra en una prision y le hace matar. Su viuda con los hijos, su hermano Cerauno, y Alejandro, otro hijo de Lisímaco, se fugan á la corte de Seleuco. Gran número de jefes, horrorizados por la muerte de Agatocles, y otras crueldades de Lisímaco, le abandonan y se van con Lisandra. El rey de Siria, por vengar la muerte de Agatocles, y por otras miras de interés, se pone á la cabeza de un ejército y entra en el Asia menor. Todo cede delante de él; llega á Sardes, la pone sitio, y se apodera de ella junto con los tesoros de Lisímaco.

282. El rey de Tracia y de Macedonia pasa el Helesponto á fin de oponerse á los progresos de Seleuco, atacándole en Frigia, en un punto llamado por Eusebio Coropedion, debiendo probablemente escribir « Ciropedion, » Ciropedia, ó campo de Ciro. Lisímaco queda vencido y muerto con sus hijos, excepto dos y aquel que se habia refugiado el año anterior en la corte de Siria. Lisímaco habia reinado cuarenta años en Tracia. Un perro, cuyo nombre nos han conservado los antiguos, Hircano, salvó el cadáver de Lisímaco de la voracidad de las aves carnívoras. Alejandro hijo de Lisímaco, obtuvo de Seleuco el permiso para darle sepultura, erigiéndole un monumento cerca de Lisimaquia (Véase en la Cronología histórica de Macedonia el fin de sus demás hijos y de Arsinoe).

Muerto Lisímaco, la sucesion de los reyes de Tracia fué por algun tiempo interrumpida por los movimientos y guerras de los reyes de Siria y de Egipto, y por las invasiones de los galos. Hasta el año 277 antes de de Jesucristo, la Tracia obedeció sucesivamente á Seleuco, á Tolomeo Cerauno, á Belgio, jefe de los galos, que invadieron la Macedonia, y á Lumnorio y Luario, capitanes de Breno, otro jefe de los galos; pero, ninguno de ellos tomó al parecer título de rey de Tracia. Comontorio es el primer galo que encontramos coronado.

277. Comontorio, galo que escapó de la batalla de Delfos, en la que murió Breno II, general de los galos, pasa el Helesponto á la cabeza de un ejército de

(1) En el gabinete de medallas de París hay una de Seutes, y es la mas antigua que se conoce de los reyes de Tracia. No puede asegurarse con certeza que sea de Seutes III, pero todas las apariencias favorecen esta conjetura.

(2) Ese Dromichetes, y nó Doricetes como escribe Justino, nunca fué rey de los odrisos. Suidas se equivoca al darle este título, y esa falta ha sido copiada por Casaubon en sus fragmentos de Polibio.

compatricios suyos, se detiene cerca de Bizancio, á la que sus compañeros Lomnorio y Luario habian hecho pagar una crecida cantidad pocos meses antes; exige de Bizancio una nueva contribucion, establece el centro de su imperio en Tules, situada al pié del monte Hemo, y toma el título de rey de Tracia. Pero poco duró su reinado, pues en breve fuéron echados del país él y los suyos por Antígono Gonatas, rey de Macedonia.

Ariofarnes (1), hermano de Seutes III, fué elevado al trono de Tracia, ignorándose de qué modo y en qué año. Á principios de su reinado, favoreció la parte de Eumeles contra Satiro, rey del Bósforo Cimmeriano; este le venció, y murió luego de pesar.

219. Cavaro (el que Tourreil llama Clyeo), era un jefe de galos que por aquel tiempo dominaba á los tracios odrisos. Valiéronle sus proezas el respeto de sus vecinos. Por su mediacion cesó la guerra que ardia entre Prusias, rey de Bitinia, los bizantinos y los rodios (217). Tuviéronle esos pueblos por su árbitro, y á él fué á quien se debió la paz cuyo tratado nos ha transmitido Polibio. Cavaro favoreció mucho á los bizantinos, y facilitó la libre navegacion del Ponto. Este príncipe, dotado de las cualidades propias de un gran monarca, se dejó arrastrar por un miserable adulador que pervirtió las costumbres de su amo. Cansados los tracios de obedecerle, se rebelaron y le echaron del trono. Fué el último galo que mandó en Tracia.

Seutes IV era de la sangre de los reyes nacionales de Tracia. Destronado Cavaro por los odrisos, estos dieron la corona á Seutes (200). Los autores hablan muy poco de este príncipe, y nada nos dicen de sus actos. Es probable que á él se debió la resistencia hecha por los odrisos á Filipo, cuya tropa fué por ellos arrojada de Filopópolis y de otras plazas importantes. Tito Livio es el único que nos haya dicho que ese Seutes era rey de los odrisos.

171. Cotys, hijo de Seutes, le sucedió; siguió el partido de Perseo, rey de Macedonia, contra los romanos, socorriéndole con mil caballos y mil infantes. Perseo le colocó en el ala derecha de sus macedonios: el cónsul Licinio fué vencido, y Cotys contribuyó mucho á la victoria. Mataron los tracios gran número de romanos, y llevaban insolentemente en las puntas de sus picas las cabezas de los muertos.

170. El rey de Tracia estaba invernando en Tesalónica con el de Macedonia, cuando supieron que Atlesbis, jefe de algunos tracios, secundado por un lugarteniente de Eumenes, rey de Pérgamo, hacia correrías en sus tierras. Viendo Cotys amenazado su trono, se vuelve á Tracia; Perseo le acompaña personalmente, dispersa á los pergameses y tracios que infestaban la tierra de su aliado, y toma de nuevo las plazas que le habian quitado. Perseo, antes de marcharse para Macedonia, distribuye doscientos talentos á los soldados de Cotys que le habian servido en la campaña contra los romanos; mas como esta cantidad equivalia tan solo á la paga de un semestre, y Perseo habia ofrecido la paga por un año entero, Cotys quedó resentido y no quiso al año siguiente auxiliar á Perseo.

El rey de Tracia habia dejado en Macedonia á un hijo suyo llamado Betis, que se halló en la derrota de Perseo; conducido á Roma, tuvo que servir para el triunfo de Paulo Emilio (169), y luego fué puesto en una cárcel.

(1) No puede ser otro rey de Tracia que aquel de quien dice Diodoro que por los años 310 antes de J. C. socorrió con fuerzas considerables á un rey del Bósforo Cimmeriano. Probablemente reinaba sobre los tracios-getas, tal vez antes de Dromichetes. Véase Mem. de la Acad. de Inscrip. tomo 6, pág. 561.

Manda Cotys embajadores á Roma á fin de alegar que se habia visto obligado la vez primera á ayudar á Perseo, ofreciendo la mismo tiempo rescatar á su hijo ó dar rehenes en su lugar. No admite el senado ni las excusas ni el dinero del rescate, entregando no obstante á su hijo para dar á ese rey un ejemplo de su generosidad, y una prueba al mismo tiempo del aprecio que les merecia su persona. En efecto, Cotys era digno de estima por las prendas militares que reunia con su belleza física, distinguiéndose principalmente por la suavidad de carácter, mucha sobriedad, y además por su ingenio. No consta que su hijo Betis le sucediera.

Diegulis ó Diégilis (1) es el que se halla en el trono de Tracia después de Cotys. Este subió en el año 150, ó por sucesion ó de otro modo. Probablemente para defenderse mejor contra sus enemigos habia establecido su morada en el país de los cenios, donde habia una ciudad llamada Bysia, considerada como la plaza mas fuerte de los reyes de Tracia; y acaso con motivo de esa residencia algunos autores han llamado rey de los cenios á Diégulis; pero debe observarse que aquella provincia no era mas que una parte del reino de los odrisos. Sea como fuere, Diégulis tuvo sus altercados con Attalo II, rey de Pérgamo. Primeramente (149) le tomó Lisimáquia, capital del país cedido por los romanos á Eumenes trás de la derrota de Antíoco. Dueño Diégulis de esa ciudad, manda cortar la cabeza, piés y manos de los milicianos que la defendieron, ordenando luego que fuesen atados aquellos miembros á la cabeza de sus respectivos padres y madres. Los Falaris y Apolodoros fueron menos bárbaros que ese tirano. Cansados los principales de la nacion de obedecer á un rey que hacia consistir la soberana autoridad en derramar torrentes de sangre impunemente, se entregaron á Attalo. Abandonado Diégulis de sus súbditos, cae en manos del rey de Pérgamo, el cual se apodera de sus estados. Ignoramos qué fué del rey de Tracia después de esta revolucion. Habia casado con la hija de Prusias, rey de Bitinia, casi tan cruel como su yerno, y Prusias contaba tambien en el número de sus mujeres á una hija de Diégulis, llamada Apamea, en la que tuvo hijos (2).

Zibelmio, uno de los hijos de Diégulis que no quedó envuelto en la caida de su padre, fué llamado al trono por los tracios, y le aventaja en crueldad. Los cenios, que habian manifestado cierta repugnancia en admitirle, fueron aserrados por medio, y forzados los padres á comer las carnes de sus propios hijos. Exasperados por fin los tracios por tanta ferocidad, formaron una conspiracion, y le dieron muerte con tormentos proporcionados á sus crímenes (3).

(1) Diodoro habla de un Abrúpolis de Tracia, ó rey de Tracia, destronado por Perseo y restaurado y repuesto por los romanos. Tambien se halla el nombre de este príncipe en Pausanias, y aunque algo desfigurado, se vé que Abrúpolis reinaba en alguna parte de la Tracia marítima. Tambien le menciona Tito Livio sin nombrar la Tracia, y únicamente como de un rey vecino de la Macedonia, á quien por haber invadido sus tierras habia perseguido y destronado Perseo. La nota de Saint-Ursin acerca de este pasaje de Diodoro no es exacta. Ni Polibio ni Appiano hablan de Abrúpolis; por consiguiente T. Livio no ha podido seguir á Polibio.

(2) El rey de Tracia que hizo traicion á Andrisco, usurpador del trono de Macedonia, no era Diégulis, sino un contemporáneo suyo llamado Byzes ó Byzas, segun el dialecto de los tracios, el cual reinaba sobre una parte de la Tracia por los años de 146.

(3) Los autores ingleses de la Historia Universal no hacen mencion de este Zibelmio; sin embargo Diodoro de Sicilia habla mucho de él, pág. 374 y siguientes.

Su muerte violenta da orígen á trastornos que aumentan las divisiones de los tracios. Los besios, que formaban parte del reino de los odrisos, sacuden el yugo de esta nacion, y se nombran jefes á cuya cabeza salen á hacer correrías por las tierras lindantes con las suyas; y esto debilita á los tracios de tal suerte, que ya los historiadores parece olvidan desde entónces á sus reyes.

Sotimo, otro hijo de Diégulis, sucede á su hermano, y con tropas tracias devasta la tierra de Macedonia (93). Mas, el pretor Sencio, con ayuda de los tracios denseletas (1), pueblo del antiguo reino de los odrisos, le vence, forzándole á volverse á su reino. Mas adelante, Lúculo Varron triunfa completamente de él en una gran batalla.

Sadolamo, ó conforme al dialecto tracio Sadalao y Sadales, tal vez el hijo mayor de Sotimo, le sucedió. Fué amigo de los romanos, y Verres pidió que le dejasen ir á la corte de este príncipe. Nada mas se sabe de su reinado (2).

57. Cotys III, su hijo y acaso hermano, sucedió á Sadales, y reinaba sobre los odrisos cuando Rabocentes mandaba á los tracios besios. El pretor Pison, que se hallaba en Macedonia, abrazó la parte de Cotys, y segun dice Ciceron, mediante trescientos talentos mató con su propia mano á Rabocentes, entregando además sus embajadores á Cotys. Muerto Rabocentes, Cotys quedó el príncipe mas poderoso de Tracia, y el único que mereciese nombre de rey.

49. En la guerra civil de Roma, Cotys siguió el partido de Pompeyo; le mandó dinero, y además quinientos caballos capitaneados por su hijo; y, á secundarle todos sus soldados como aquellos tracios, no quedara á buen seguro para César la victoria.

Sadales II justificó los elogios que daba la república á la fidelidad y al celo de su padre Cotys, bien que el valor de los quinientos soldados que mandaba no pudo salvar á Pompeyo de la derrota de Farsalia (48). El mismo César ensalzó el celo de los tracios en favor de Pompeyo.

Transcurridos algunos años, y poco antes de la batalla de Filipo ó Filopópolis, Sadales murió sin hijos, legando sus estados al pueblo romano. Bruto, que á la sazon se hallaba en Macedonia, tomó posesion del reino de Sadales, inmediatamente después de la muerte de César (43).

Adallas ó Sadales III, de quien hace mencion Plutarco (3), ó mejor Sadalas, que tambien puede decirse Sasales III, fué nombrado rey de Tracia por M. Antonio, cuyo partido habia adoptado después de muerto Bruto (42). Pero, poco gozó de su reino, porque, después de la batalla de Accio, Augusto quitó sus estados á todos los reyes aliados de M. Antonio (31).

Las innovaciones de Augusto en la Tracia ocasionaron trastornos en el país, y envió allá á Craso que sometió la mayor parte de aquellos pueblos. Los odrisos se presentaron desarmados; recibiólos Craso amigablemente, y quitando á los besios algunas tierras consagradas á Baco, las cedió á los odrisos, adoradores especiales de ese Dios de la Tracia.

Cotys IV, hijo de Sadales, fué instituido rey de los odrisos por Augusto, segun así se desprende claramente de un pasaje de Dion, en el que se ve que Lolio fué á Tracia para socorrer á Remetalces, tio materno y tutor de los hijos de Cotys, y que los besios, que se habian insurreccionado, fuéron sometidos. Ese socorro enviado á los niños es una prueba de que su padre habia muerto rey de Tracia. Poco tiempo ocupó Cotys el trono, y dejó dos hijos de corta edad, Rescúporis, y otro cuyo nombre no consta.

16. Remetalces (1), tio y tutor de los hijos de Cotys, y después rey, muertos sus pupilos, es sin duda alguna el mismo que abandonó el partido de M. Antonio por el de Augusto. Los besios se rebelaron durante su regencia, pero Lolio, á quien enviaron los romanos en su ayuda, como acabamos de ver, sojuzgó á los rebeldes.

Algunos años después, Vologesio de la Tracia-Besia, sacerdote de Baco, insurreccionó, con motivo de algunas ceremonias religiosas, á un gran número de sus compatricios. Nombrado su caudillo, Velogesio derrotó y mató en la refriega á Rescúporis, uno de los príncipes, y abandonado Remetalces de su gente, se fugó hácia el Quersoneso, á donde le siguió Velogesio, causando bastante daño al país. Pison, gobernador romano en la Pamfilia, hizo retirar á los besios á su tierra; los persiguió, y no salió vencedor en el primer combate, pero al segundo quedaron completamente rotos, valiéndole la victoria los honores del triunfo.

Sojuzgados los besios, Remetalces fué restablecido, tomando el título de rey, segun se ve en muchas medallas de este príncipe, muerto ya probablemente el otro sobrino suyo cuyo nombre se ignora.

(Año 6 de J-C.). El rey de Tracia y su hermano Rescúporis sirvieron á los romanos en sus guerras de Panonia y de Dalmacia.

Por una inscripcion que Spon trae (tom. III. pág. 196), sabemos que los atenienses habian hecho el honor á Remetalces de nombrarle primer arconte; distincion que no habian dispensado hacia muchos siglos á ningun extranjero, y que solo otorgaron en adelante á varones ilustres y á algunos emperadores.

Muerto Remetalces, Augusto repartió la Tracia entre Rescúporis y Cotys, hermano el primero, y el segundo hijo de Remetalces.

7. (Desp. de J-C.) Cotys V y Rescúporis reinaron simultáneamente en Tracia. Era el primero de carácter y hábitos suaves. Cúpole gobernar la parte fértil de Tracia que linda con la Grecia. Á él va dirigido el epígrama de Antípatro que se lee en el libro IV de la Antología, si hemos de dar crédito á Ovidio, que fué desterrado á Tracia el año 9 antes de Jesucristo, y que dirigió una epístola á este príncipe. Á su amenidad y templanza reunia Cotys la cultura de las bellas letras. Rescúporis tenia un carácter enteramente opuesto. Príncipe ambicioso y feroz en extremo, reinó

(1) Esos denseletas ó denteletas tenian sus príncipes especiales. Dion habla de un Sitas, rey de los denteletas, que estaba ciego, y á quien socorrió Craso contra los tribalos. Tambien habla de la alianza de los denteletas con los romanos. Entónces Craso venció y mató á Deldon, rey de los bastarnos. En el mismo pasaje se vé que Rolo y Dapix eran reyes de los getas. Mas adelante encontramos á Cotison, rey de los getas, con cuya hija pretenden algunos quiso casar Augusto.

(2) Tambien omiten los autores ingleses á este Sadales, ó segun su modo de escribir, Sasales; sin embargo es positivo que el que ellos dan por sucesor á Cotys III no es el mismo que ponemos aquí nosotros como su antecesor.

(3) Los historiadores ingleses dicen que Plutarco hace vivir á Sasales en la época en que se dió la batalla de Accio, presentándole partidario de M. Antonio. Este es otro error ó ligereza por parte de aquellos sabios autores. El Adallas de Plutarco es sin duda alguna nuestro Sadales III, y la muerte de Sadales II en la fecha en que la fijamos es positiva.

(1) Aquí debemos indicar una omision de los historiadores ingleses. Nada dicen de lo que aquí escribimos respecto á Remetalces, ó segun escriben ellos, Rhymetalces; sin embargo, estos hechos constan por autores que ellos tenian bien conocidos.

en los campos áridos y desiertos de la Tracia, y en los lugares cercanos á los pueblos mas propensos á las rebeliones. Mas, poco tiempo se contuvo en los límites de sus dominios. Al saber la muerte de Augusto (14 desp. de J.-C.) á quien debió el reino, y sobre todo á quien temia, no guardó ya ninguna consideracion; hizo talar la tierra de su sobrino, y le declaró la guerra.

Tiberio hizo saber á ambos reyes que les prohibia acudir á las armas para la decision de su querella. Cotys obedece y licencia las tropas que tenia preparadas. Rescúporis aparenta hacer lo mismo, y propone una entrevista á Cotys. En ella firmaron un tratado, y despues fraternizaron en un banquete; pero, antes de acabarse el festin, Rescúporis hace atar á Cotys y se apodera de su reino. Tiberio no admite sus disculpas, y Rescúporis completa el crímen asesinando á Cotys, y publicando luego que se habia suicidado. El emperador envia á Tracia á Pomponio Flaco, el cual induce con halagos á Rescúporis á que vaya á verle en su campamento, en el que se le pone una buena guardia con el pretexto de honrar su persona. Luego le condujeron á Roma, á donde habia llegado ya la viuda de Cotys, hija de Pitodora y de Polemon, rey del Ponto, madre de tres hijos. Acusa delante del senado á Rescúporis; quedó convicto de su crímen, y fué condenado á prision perpétua. Trasladado á Alejandría, quiso fugarse y le mataron.

19 (des. J. C.). Remetalces hijo de Rescúporis, como era inocente del crímen de su padre, le sucedió en la parte de Tracia que tenia en tiempo de Augusto, y el hijo (1) de Cotys tuvo el reino de su padre. Pero como era todavía de poca edad, gobernó sus estados como tutor Trebio Rufo. Igualmente descontentos los tracios con Remetalces y con Rufo, trataron de hacer movimiento, pero fué luego reprimido. Mas adelante hubo aun desórdenes, y Remetalces sirvió bien á los romanos.

38 (des. J. C.). En aquel año, Calígula reunió en uno los dos reinos. Dió la Armenia menor á Cotys, y Remetalces quedó dueño exclusivo de la Tracia, permaneciendo este reino en la misma situacion hasta la muerte de Remetalces que pereció á manos de su propia mujer (2).

47 (des. J. C.). Rebeláronse entonces los tracios, pero fueron sujetados por el emperador Claudio (3), y reducido su país á provincia romana.

Quersoneso de Tracia ó tracios dolonces. La region conocida en la historia con el nombre de Qersoneso de Tracia tuvo desde muy antiguo sus reyes particulares, entre los cuales Polimnestor, Eusoro y Acamas. Polimnestor casó con Ilione, hija de Príamo (1282), y después de la destruccion de Troya, hizo dar muerte á Polidoro cuñado suyo, quien habia ido á refugiarse á la corte. Asegura Higinio que no fué Polidoro sino su hijo Deífilo la víctima de Polimnestor. Homero hace mencion de Eusoro y de Acamas, diciendo del segundo que condujo un cuerpo de tracios en socorro de Troya donde murió á manos de Ayax. Su hija Aceta casó con uno de Tesalia llamado Eneas, en quien tuvo á Cízico, fundador de la ciudad de este nombre.

La historia no dice mas de los reyes del Quersoneso de Tracia hasta un tal Doloneo que gobernó á los moradores de esa parte de Tracia, á quienes dejó su nombre. Muerto este príncipe, los doloncios quedaron muy mal parados en una guerra contra los absintios, y pidiéron á Atenas que los socorriese. Así que sus diputados entraban en la ciudad, Milcíades, hijo de Cipceles, tirano de Corinto, les ofreció hospitalidad en su casa, conociendo por su traje y sus armas que eran extranjeros. Aceptaron la invitacion, y tan prendados quedaron de su buen trato y sus sabios razonamientos, que le propusieron si queria ser su rey. Cansado Milcíades del gobierno de Pisístrato, aceptó la proposicion, siguiéndolos á su país con algunos atenienses. Al llegar al Quersoneso, los doloncios dieron sin vacilar la regia autoridad á Milcíades, sucediendo esto por los años de 550, segun Eduardo Simon.

Tracios denseletas ó denteletas. Los denseletas tuvieron primeramente un rey de su propia tierra, y mas adelante fueron dominados por los macedonios. Luego ayudaron á los romanos contra Filipo y Perseo, reyes de Macedonia, permaneciendo desde entónces fieles á la república, hasta que las crueldades de Pison les obligaron á tomar las armas. En tiempo de Augusto vivian todavía debajo el gobierno de un jefe suyo llamado Sitas, el cual derrotó á los bastarnos con la tropa que le envió en auxilio Craso, á la sazon pretor de Macedonia.

Tracios besios. Moraban estos en el monte Hemo; vivian en chozas, manteniéndose con lo que podian quitar á sus vecinos. Eran mas feroces que los demás tracios. Su ciudad principal se llamaba Uscudama, y ahora es conocida con el nombre de Adrianópolis. Fueron regidos por reyes nacionales hasta el consu-

(1) Los hijos es una equivocacion de Tácito: liberos por liberum. Consta por Estrabon que Cotys IV tuvo tres hijos; y para designar el primogénito se sirve del superlativo: natu maximus ipsorum: mas, en ningun lugar se halla que el mayor diera á algun hermano parte del reino del padre.

(2) La crónica de Eusebio nos ha conservado este acontecimiento con su fecha. Los historiadores ingleses le han desfigurado atribuyéndole á Cotys, de quien dicen que murió asesinado por sus súbditos. Sin duda no echaron de ver en Diodoro que Cotys llegó á ser rey de Armenia y que Remetalces se quedó único rey de Tracia por disposicion de Calígula; ó mejor no tuvieron presente lo que anteriormente habian dicho, á saber, que los hijos de Cotys (en plural como Tácito) fueron echados de Tracia, y que Remetalces reinó solo en todo el país de los odrisos.

(3) Los mismos autores ingleses han leido en Suetonio, como otros historiadores, Vespasiano; mas nosotros hemos leido Claudio en Eusebio, ó en los compiladores de su crónica, que es el único testimonio que nos queda tocante al fin del reino de Tracia. Además Jorje Sincelle, que por lo comun no hace mas que copiar á Eusebio, pone tambien este acontecimiento durante la dominacion del mismo emperador. Finalmente, por lo que hace al pasaje de Suetonio que dice Thracæam Ciliciam, es muy posible que algunos copiantes, mas conocedores de la Tracia que de la Cilicia, hayan leido en Suetonio: Thraciane, Ciliciam, con una coma entre las dos palabras, en vez de Thracæam Ciliciam, adjetivo con el cual designaban los autores una parte de la Cilicia para distinguirla de la otra; correccion ó error tanto mas fácil de suponer en escribientes, pues se lee en historiadores antiguos que Vespasiano hizo ciertos cambios y divisiones en la Tracia, bien que eso sucedió siendo ya provincia romana.

A los tracios debieron principalmente los griegos las bellas artes que luego cultivaron estos con tanta gloria. Orfeo, Lino, Museo, Tamiris y Eumolpo, los cuales dejaron absortos á los habitantes de la Grecia con su elocuencia y sus melodiosos acentos, siendo los primeros en suavizar la fiereza de sus costumbres, eran tracios todos, y hasta gran parte de la Grecia estuvo en lo antiguo poblada de tracios.

Por no haber distinguido bien las medallas de los reinos de la Tracia y del Bósforo, se ha confundido todo en la historia de los mismos. A fin de evitar la confusion, estableceremos un principio cierto, y es que los tracios en sus medallas no indicaban época; siguiéndose de ahí que todas aquellas en que esta se marca, son del Bósforo, sin embargo de los nombres iguales en monarcas de los dos reinos. Si de todos modos quieren tenerse por numerales las letras que alguna vez se encuentran en medallas de Tracia, poco importa; pues considerándolo todo atentamente, llega uno á convencerse de que esas letras solo pueden indicar el año del reinado, sin que de ninguna manera puedan concordar con las épocas que se ven en varias medallas que verdaderamente pertenecen al Bósforo, y se han atribuido equivocadamente á los reyes de Tracia.

lado de M. Licinio Lúculo y de Casio Varo (73); mas, el primero invadió su país, los venció en una gran batalla, y tomada su capital, quedaron sujetos á los romanos, bien que les permitieron tener á la cabeza jefes de su propia nacion. Pison, procónsul de Macedonia, cogió á uno de ellos á traicion, y le hizo cortar la cabeza: se llamaba Rabocento. Tanto irritó á los besios aquella muerte, que sacudieron el yugo romano, sujetándolos de nuevo Octavio, padre de Augusto. Durante las guerras civiles de Roma, trataron los besios de recobrar su independencia, pero Bruto los sujuzgó otra vez. Durante el imperio de Augusto hubo la insurreccion de Vologesio, vencido por Pison, de que se ha hablado mas arriba. Desde entónces, los becios obedecieron definitivamente á los romanos.

Tracios bistonios. Así fueron llamados los bistones que habitaban la parte de Tracia que tiene al norte el monte Rodopo, el Ebro al oriente, el Neso al occidente y al mediodía el mar Egeo. Mucho han celebrado los poetas á Tinda, su capital, con motivo de los caballos fabulosos de Diomedes, rey del país. Fué la suerte de los bistonios igual á la de los demás pueblos de Tracia, sojuzgados primero por los macedonios y después por los romanos.

Tracios odomantos. El país en que moraban solo estaba separado de la Macedonia por el rio Estrimon No cabe duda en que eran diferentes de los tracios odrisos, y usaban la circuncision. Durante la guerra del Peloponeso eran regidos por Polles, único rey suyo de que nos habla la historia. En aquella guerra este príncipe se declaró en favor de los atenienses.

Tracios ciconos. Moraban estos en el país situado entre el Ebro y el Melao. Tenian por capital á Enos, celebrada con motivo del sepulcro de Polidoro. Homero habla de tres reyes suyos; Piroo, Imbraso y Rigmo. El primero, si hemos de creer al gran poeta, siguió la parte de los troyanos, y murió á manos de Toas el etolio. Rigmo, su hijo y sucesor, fué muerto en la misma guerra por Aquiles.

Tracios edoneos. Créese comunmente que los edoneos vivian en el país situado entre el Estrimon y la afamada ciudad de Filipia. Eran gobernados por reyes como los demás pueblos de Tracia. Consignemos los nombres de algunos príncipes suyos: Drias I Licurgo, Drias II y Pitaco. Este vivia durante la guerra del Peloponeso, y fué muerto á manos de un reyezuelo de Tracia, llamado Goaxes, por los años de 424.

Tracios brigios. Los brigios fueron sojuzgados por Mardonio, y sirvieron á Jerjes cuando este invadió la Grecia.

Tracios tinios ó tianios. Los tinios casi no son conocidos en la historia sino por sus disputas con los bitinios. Véase lo que sobre ellos se ha dicho en la cronologia historica de los reyes de Bitinia.

Tracios pierios. Los pierios habitaban primitivamente una parte de la Macedonia, consagrada á las musas (llamadas, por su país, pierides); las tierras de Pieria, de Libeto y de Pimplia, é hicieron suyo el Helicon en la Beocia, en donde fundaron colonias. Arrojados de la Macedonia por los temenidas, establecieron al pié del monte Pangeo, junto á las riberas del Estrimon. Los que habian ido á Beocia fuéron tambien expulsados, y se retiraron á la Fócida. Entónces consagraron á las musas el monte Parnaso. Atlas, Tarops y Eagro fueron reyes de los pierios. Lino y Orfeo eran hijos de este último (1).

Tracios autonomos. Los autonomos, así llamados porque entre ellos cada uno era su propio rey, habitaban los puntos mas estériles de Tracia, y estaban separados de la Mesia por el monte Hemo. Segun Herodoto, que tambien los llama Satres, eran los hombres mas valerosos de toda la Tracia, llegando su osadía hasta el extremo de habérselas con Alejandro; pero, su ejército quedó destrozado, cayendo en poder de sus enemigos hasta sus mujeres é hijos. Trás de esa derrota se sometieron al vencedor, que llevó consigo al Asia á los principales de la tierra á fin de que no se alzasen de nuevo durante su ausencia. Sirvieron á Perseo contra los romanos, quienes respetaron sin embargo su independencia hasta Vespasiano que anexó su país á la provincia de Tracia.

Tracios crobisios. Poseian los crobisios aquella parte de Tracia que se halla entre el monte Hemo y el Ponto Euxino. Tenian sus reyes propios, uno de los cuales se llamó Isanto, y fué de los príncipes mas ricos de su tiempo.

Tracios medos. Los medos, gente valerosa, habitaban parte de la Tracia lindante con Macedonia. Su carácter guerrero dió márgen á los poetas para imaginar que entre ellos nació el Dios de la guerra. Sin embargo, fueron avasallados por Filipo, hijo de Amintas; pero, como sacudieran el yugo mientras Filipo estaba ocupado en otras guerras, fueron domeñados de nuevo por su hijo Alejandro, el cual tomó su capital, mudándole el nombre de Jamfarina por el de Alejandrópolis. Mas, á pesar de las pérdidas que entónces sufrieron, no bien hubo salido Alejandro de Macedonia (334), le invadieron el reino, y penetraron hasta la Grecia, dejando por todas partes terribles huellas de su tránsito. Siguieron en sus devastaciones hasta que la Macedonia fué reducida á provincia romana, quedando avasallados por las tropas de la república, después de una lucha prolongada durante el consulado de Neyo Octavio y Cayo Escribonio, en el año de Roma 678 (76). Habian puesto á saco el rico templo de Delfos, destinado parte del botin á L. Escipion, enviado contra ellos, para que les permitiese retirarse á su tierra, y brindádole además con su alianza.

Tracios sapeos. Los sapeos vivian entre el Melao y el Arlo, teniendo por límites el rio Melao, el Querso y la Propóntida. Tenian reyes naturales de la tierra. Los nombres que de algunos han quedado en la historia son: Oloro, Timoteo, Rascípolis, Rasco y Cotys. Oloro dió su hija Hegesípole por mujer á Milciades II, rey de los tracios doloncios; del rey Oloro descendió otro del mismo nombre (471), y este último Oloro fué padre del historiador Tucídides. Rascípolis y Rasco fuéron hermanos, reinando siglos después de Oloro, en tiempo de las guerras civiles (48), entre César y Pompeyo. Pero, nada absolutamente sabemos de los hechos ni de los nombres de los que reinaron entre estos y Oloro. Rascípolis y Rasco siguieron la parte de Pompeyo, y luego la de Bruto. Amnistiados por Octavio, dieron á M. Antonio un socorro de 3 mil caballos, siéndole fieles hasta que (32) se enemistó con Octavio, en favor del cual se declararon los dos hermanos. Cotys, hijo de uno de ellos, sucedió en la corona, que retuvo hasta el fin del reinado de Tiberio; y por aquel tiempo murió á manos de sus súbditos, quedando en adelante reducido su reino á provincia romana.

Tracios celetas. Los tracios mas salvajes eran los celetas y habitaban parte del monte Hemo, y parte del monte Rodopo. Acometieron á M. Manlio al volverse de Asia á Europa, y quitáronle buena parte del botin que habia recogido en el saqueo de varias poblaciones ricas de la Galo-Grecia.

(1) Segun la mitología Lino era hijo de Apolo.

HISTORIA
DE LA GRECIA.

PRELIMINARES.

RESÚMEN DE LA FORMA DEL AÑO ATICO.

El año ático era luni-solar; es decir, que tenia doce meses en los años comunes, y trece en los años embolísmicos. Los nombres de esos meses eran: 1.° Hecatombeon; 2.° Metagitnion; 3.° Boedromion; 4.° Maemacterion; 5.° Pyanepsion; 6.° Posideon « prior ». 7.° Posideon « posterior »; 8.° Gamelion; 9.° Antesterion; 10.° Elafebolion; 11.° Munischion; 12.° Targelion; 13.° Scirrofion. Así pues, segun esta disposicion de los meses, principiando el año ático hácia el solsticio de verano, el mes embolísmico ó intercalar se encuentra colocado hácia el solsticio de invierno (1).

Segun el oráculo y las leyes, dice Gémino, debian los griegos regular su año por el curso del sol, y los meses y los dias por el de la luna; en su consecuencia establecieron el octaetérido, ó ciclo de diez y seis años (véase el año olímpico para lo concerniente á la forma del octaetérido). Pero, reconocido erróneo este período, Meton, célebre astrónomo de Atenas, creyó haber encontrado con la invencion de su ciclo, que doscientas treinta y cinco revoluciones lunares formaban exactamente diez y nueve revoluciones solares. Calippo, otro astrónomo, creyó en el siglo siguiente notar, segun sus cálculos, que al ciclo de Menon le sobraba un dia, y corrigió el error estableciendo un período de setenta y seis años que se llama calíppico.

Á fines del 4.° año de la 86.ª olimpíada, 316 de la era de Nabonasar, y 432 antes de Jesucristo, Meton observó el solsticio de verano verdadero (tal es el parecer de Pingré á quien hemos consultado), y tomó este punto del zodíaco celeste para arreglar su enneadecaetérido, ó ciclo de 19 años, que publicó como debiendo empezar en la nueva luna media que siguió inmediatamente á este solsticio; de modo que su ciclo, que reemplazó al octaetérido, principió en la olimpíada 86.ª y en el primer año de la olimpíada 87.ª principia el undécimo dia de esa misma luna.

Componíase este ciclo de seis mil novecientos cuarenta dias, ó de doscientas treinta y cinco lunaciones, las cuales estaban divididas en ciento veinte y cinco meses plenos ó cabales, de treinta dias cada uno, y en ciento diez meses cavos, de veinte y nueve cada uno. Entre los diez y nueve años de este ciclo habia doce comunes, y siete embolísmicos: cada año comun debia tener doce lunaciones, y los embolísmicos trece. Los años embolísmicos eran, segun Petavio, el tercero, sexto, octavo, undécimo, décimo cuarto, décimo séptimo y décimo nono. Dodvell y Corsini ponen estos mismos años en el tercero, quinto, octavo, undécimo, décimo tercero, décimo sexto y décimo nono. Pero hemos notado que con este procedimiento el año griego se adelanta de seis dias al año juliano al fin del quinto año, de siete dias al fin del décimo tercio, y de cuatro al fin del décimo sexto. Por el contrario, con el procedimiento de Petavio, encontramos al fin del sexto año cinco dias de menos que en seis años julianos; al fin del cuatuordécimo tres dias menos; y al fin del décimo séptimo siete dias tambien de menos. Pero, parécenos este método mas fundado que el otro en la naturaleza de las cosas, porque siendo el año lunar menos largo que el año solar, no es natural que el primero principie despues del segundo; por lo demás el fin del año tercero, octavo, onceno y décimo nono, es igual en ambos sistemas.

Para fijar la colocacion de los meses cavos, Meton partió los 6940 dias de su ciclo por 110, y el cociente 63 1|11 le indicó que despues de 63 dias debia quitarse uno, lo que hemos hecho nosotros diez veces seguidas en la tabla de nuevas lunas metonianas que hemos compuesto. Pero, restan 10|11, y en su consecuencia no hacemos la oncena supresion sino de 64 dias; y así alternativamente hasta el fin del ciclo que termina con un mes cavo. Debe observarse que todos los meses griegos se suponia que constaban de 30 dias, bien que efectivamente los habia cavos, que solo tenian 29 dias, llamando « exentil » al dia que quedaba suprimido, y si ese dia correspondia al 4.° del mes, por ejemplo, pasábase del 3 al 5 como si el 4 hubiese existido realmente, repitiéndose lo mismo cada vez que se presentaba un dia exentil.

El solsticio de verano verdadero, observado por Meton, segun las nuevas tablas de Mayer, se verificó el 28 de junio á las siete y cuarenta minutos de la tarde, en el meridiano de Atenas, del año 432 antes de Jesucristo, y la nueva luna media que vino inmediatamente despues de ese solsticio, tuvo lugar el 15 de julio á la una, veinte y un minutos de la tarde. Por tanto, no principiamos nuestra tabla hasta el viernes 16 del mismo mes, siguiendo en esto el uso de los griegos para quienes el dia natural no principiaba hasta ponerse el sol (1); y suponemos que el dia 15 concluyó á la hora en que este astro deja nuestro horizonte.

El año 330 antes de Jesucristo, Calippo observó nuevamente el solsticio de verano, y vió que el año metoniano se habia anticipado algunas horas al sol: cal-

(1) Geminus in Elem. astron. cap. 6. Petavio, de doctrina temp. lib. 2.

(1) Los judíos conservan todavía el uso de principiar el dia natural al ponerse el sol, terminándole á la puesta siguiente, probablemente porque les estaba prescrito por la ley el celebrar sus fiestas durante este período: A VESPERA USQUE AD VESPERAM CELEBRABITIS SABBATA VESTRA (Levit. 23. v. 32.).

culó que esas horas de adelanto formarian un dia entero después de pasados setenta y seis años, y compuso un ciclo cuádruplo del de Meton, menos un dia; es decir de 27,759 dias, ó de 940 lunaciones, que dividió en 499 meses plenos ó de 30 dias y 441 meses cavos. Como el período de Calippo no era en realidad mas que una continuacion del ciclo reformado de Meton, no aguardó su fin para corregirle, sino que conservó su período el dia de la nueva luna media, que coincidió en aquel año con el solsticio que acababa de observar; de esta suerte el primer año del período calíppico ocupó el lugar del año octavo del sexto ciclo de Meton, y por este medio debian ser embolísmicos los 1.°, 4.°, 7.°, 10.°, 12.°, 15.°, 18.°, 20.°, 23.°, 26.°, 29.°, 31.°, 34.°, 37.°, 39.°, 42.°, 45.°, 48.°, 50.°, 53.°, 56.°, 58.°, 61.°, 64.°, 67.°, 69.°, 72.° y 75.° años de este período: por consiguiente su período contenia 28 años intercalares, y 48 años comunes.

El período de Calippo, constaba, segun acabamos de verlo, de 27,759 dias; dividió esta suma por 441 número de las lunas incompletas que contenia, y el cociente 62 con 417|441 le indicó el lugar que correspondia á las lunas incompletas; de suerte que las colocó después de 63 dias completos, y cada dia sexagésimo cuarto era exentil.

Segun las nuevas tablas de Mayer, el solsticio de verano verdadero del año 330 antes de Jesucristo tuvo lugar, en el meridiano de Atenas, el 28 de junio á las dos y dos minutos de la tarde, y la nueva luna media el mismo dia á las tres y trece minutos tambien de la tarde; por lo mismo, comenzamos nuestra tabla de las nueve lunas calíppicas el dia siguiente, el miércoles 29 de junio, en virtud de las razones anteriormente alegadas. Véanse las tablas al fin de la obra.

La primera coluna de nuestra tabla contiene los años antes de Jesucristo, la segunda las letras dominicales, la tercera los años del ciclo de Meton, ó del período de Calippo, y los otros trece meses julianos correspondientes á los meses griegos.

El asterisco ó estrellita en la columna del ciclo metoniano y en la del período calíppico, indica el año embolísmico. La letra C en las casillas de los meses julianos designa las lunas cavas; el primero de los dos guarismos que se encuentra debajo de esta letra indica el dia que los griegos suprimian en sus meses, que, segun se ha dicho, siempre le suponian de treinta dias y el segundo guarismo señala la substitucion del dia suprimido.

Meses atenienses	Meses romanos.
Gamelion.	Enero.
Elaphebolion.	Febrero.
Memychion.	Marzo.
Targelion.	Abril.
Scirrophorion.	Mayo.
Hacatombeon.	Junio.
Metageitnion.	Julio.
Baedromion.	Agosto.
Maimacterion.	Setiembre.
Pyanepsion.	Octubre.
Anthesterion.	Noviembre.
Posideon.	Diciembre.

Cuando en los años embolísmicos se añadia otro mes, que era el décimo tercero, los griegos, como hemos visto, le llamaban «Posideon posterior» ó segundo.

CRÓNICA DE LOS MÁRMOLES DE PAROS.

Observaciones.—Esta crónica conocida con el nombre de mármoles de «Paros» de «Arondel» ó de «Oxford», es en realidad la crónica de Atenas, la ciudad mas científica de Grecia y todo indica que ella la hizo componer. Está entallada en mármol en letras mayúsculas griegas, y se encontró á principios del siglo XVII en la isla de Paros, una de las islas Cícladas. Grabada como está en el mármol, no puede decirse que tenga equivocaciones debidas á copiantes. Si hay alguna, debe ser tan antigua como el texto. Una pudiera notarse en la época 45, en la que el reinado de Darío parece fijado en el año 516 antes de Jesucristo, bien que perteneciese al año 521. Aunque fuera una equivocacion del original primitivo pudiera disimularse, pues el hecho era concerniente al Asia, y nada tiene de extraño que el autor no estuviese tan bien informado de sus cosas como de las de la misma Grecia. Mas la leccion de esa época en que muchos encuentran 520, no es definitiva, pudiendo consultarse sobre esto una disertacion de Gibert en el tomo XXIII de las Memorias de la Academia francesa de bellas letras, página 53 y siguientes, igualmente que el tomo XXVI en que se halla otra disertacion de Freret.

Los mármoles en que está la crónica fuéron trasladados á Inglaterra por el conde Tomás de Arondel, cuyo nieto los depositó en la biblioteca de la Academia de Oxford, una de las mas célebres de la Gran Bretaña. Esto explica los varios nombres que tiene la crónica, que fué grabada en el año 264 antes de la era cristiana. Sirve para rectificar no pocos hechos de la antigua historia griega y de los tiempos fabulosos ó heróicos, desde la fundacion de Atenas en que principia. No he tenido la vanidad de darla en griego, dice Barbeau, á quien copiamos aquí, en las tablas cronológicas del abate Lenglet de Fresnoi, edicion de 1778; me he limitado á corregir la edicion latina con el texto griego á la vista, y la he traducido en nuestra lengua vulgar.

El célebre Selden la hizo imprimir en 4.° en Lóndres en el año 1628, y al principio no se hizo mucho caso; pero, habiendo dado Prideaux en Oxford una nueva edicion en folio, en 1676, desde entónces principió á servir para la cronología. Por fin, se hizo otra impresion en Inglaterra, y como estos mármoles estaran deteriorados en algunas partes, se han restablecido por sabios que los han examinado de cerca. Se ha puesto entre paréntesis lo sustituido para formar sentido histórico (1).

CRÓNICA DE LOS MARMOLES DE LA ISLA DE PAROS, Ó DE ARONDEL.

I. 1581. Desde que Cecrops reinó (el primero) en Atenas, dando el nombre de Cecropia á la tierra llamado antes Ática ó Actica, de Acteo que vivia en ella, han tanscurrido 1318 años (hasta Diognetes, arconte de Atenas, 264 años antes de la era vulgar de J. C.).

II. 1573 Desde que Deucalion principió á reinar en Licorio, junto al Parnaso, en el reinado de Cecrops en Atenas, han transcurrido 1310 años.

III. 1531. Desde la disputa en Atenas de Marte y Neptuno acerca de la muerte de Halirothio, hijo de Neptuno, (muerto por Marte) y desde que el sitio en que se ventiló este negocio fué llamado Areopago, (en griego Arcius Pagos de la voz Ares nombre de Marte) han trascurrido 1268 años, reinando Cranao en Atenas (conviene á saber, el primer año de su reinado).

(1) Véase además la edicion de Maittaire en 1732; la de Chandler en 1763, y la de Roberts en 1791, hecha segun la precedente.



Mitología griega. — Los lapitas y los centauros.

IV. 1528. Desde que aconteció el diluvio en tiempo de Deucalion, y desde que Deucalion huyendo de las aguas se refugió en Atenas en el palacio de Cranao, edificando el templo de Júpiter Trixio y Olímpico, y ofreciéndole sacrificios por haberle conservado la vida, han transcurrido 1265 años, reinando Cranao en Atenas.

V. 1521. Desde que Amfiction, hijo de Deucalion, reinó en los Termópilas, y congregados los pueblos comarcanos los llamó amfictiones, y Pilea ó Pilos el lugar de la congregacion en el que sacrifican todavía los amfictiones, han transcurrido 1258 años, y esto sucedió reinando Amfiction en Atenas (año segundo de su reinado).

VI. 1520. Desde que Hellen, hijo de Deucalion, reinó en la Eftiólide, y dió el nombre de Helenos á los que antes se decian griegos, y desde que fuéron instituidos (en Atenas), los juegos panatenáicos, han transcurrido 1257 años, en el reinado de Amfiction en Atenas.

VII. 1518. Desde que Cadmo, hijo de Agenor, fué á Tebas segun el oráculo, y fundó á Cadmea, reinando Amfiction en Atenas, 1255 años.

VIII. 1515. Desde que Eurotas y Lacedemon empiezan á reinar (juntamente) en Laconia, durante el reinado de Amfiction en Atenas, 1252 años.

IX. 1510. Desde que el primer bajel llamado PENTECONTORO (de cincuenta remos) partiendo de Egipto arribó á Grecia, y desde que las hijas de Dánao, Amimone, B..... Aélice y Archedce, designadas por suertes entre las demás, fundaron un templo y sacrificaron cerca de Lindes, ciudad de Rodas, reinando Ericnio en Atenas, 1247 años

X. 1505. Desde que Erictonio (rey de Atenas) celebrados los juegos panatenáicos, instituyó corridas de caballos con carro, dando su nombre á los atenienses; y desde que la estátua de la madre de los dioses apareció en el monte Cibeles y el frigio Hiagnis inventó la flauta en Calena, villa de Frigia, siendo el primero que en ese instrumento tocó cantares frigios y otros varios en honor de la madre de los dioses, de Baco, de Pan, de los dioses y héroes, patrios reinando aun Erictonio en Atenas 1242 años.

XI. 1431. Desde que Minos primero comenzó á reinar (en Creta) y fundó á Cidonia; y que (en la msima isla) los dactilos Celmis y Damneo encontraron el hierro en el monte Ida, reinando Pandion en Atenas, 1168 años.

XII. 1408. Desde que Ceres viniendo á Atenas enseñó á sembrar, y envió á las demás naciones para que propagase el mismo arte á Triptolemo, hijo de Celeo y de Neera, durante el reinado de Ericteo en Atenas, 1145 años.

XIII. 1405. Desde que Triptolemo sembró trigo en Raria, llamada mas adelante Eleussis, en el reinado de Ericteo en Atenas, 1142 años.

XIV. 1398. Desde que..... (1) publicó sus poesías, cantando el rapto de Proserpina, las investigaciones de su madre Ceres, y las narraciones acerca de las gentes que recibian los trigos, en el reinado de Ericteo, 1135 años.

XV. .... Desde que Eumolpo, hijo de Museo, estableció los misterios de Eleusis, y publicó los versos de su padre Museo, reinando en Atenas Ericteo, hijo de Pandion, han trascurrido .....

XVI. 1325. Desde que se hizo en Atenas la primera lustracion (purificacion) con motivo del asesinato de.... reinando Pandion, hijo de Cecrops, 1062 años.

XVII. ..... desde que se estableció por vez primera el combate gímnico en Eleusis, reinando Pandion, hijo de Cecrops, han trascurrido.....

XVIII. .... Desde que se establecieron sacrificios humanos, y que se celebraron en Arcadia los liceos (ó lupercales)..... reinando en Atenas Pandion, hijo de Cecrops.....

XIX. ..... Desde que se hizo una lustracion en Atenas, y que Hércules fué iniciado en los (misterios de Eleusis) y fué erigida una capilla, reinando en Atenas Egeo.....

XX. 1294. Desde la gran carestía que hubo en Atenas, y que consultado sobre ella el oráculo de Apolo respondió que sufriesen todas las penas que pidiese Minos, han transcurrido 1031 años, en el reinado de Egeo.

XXI. 1258. Desde que, Teseo juntó en una confederacion las doce ciudades del Ático, y que introdujo en Atenas, donde él mismo reinaba, formas republicanas y un gobierno popular, y que por haber sido muerto Siniz instituyó los juegos ó combates istmicos, han trascurrido 995 años.

XXII. 1255. Desde que reinando Teseo en Atenas..... han trascurrido 992 años.

XXIII. 1250. Desde que, Eteoclo, Adrasto y Amfiarao reinaron en Argos; y que celebraron por la vez primera los juegos Nemios, en el reinado de Teseo, 987 años.

XXIV. 1217. Desde que los griegos emprendieron la guerra de Troya, en el año 13.° del reinado de Menesteo, 954 años.

XXV. 1208. Desde la toma de Troya, que fué siete dias antes del fin del mes Targelion (ó el 24) en el año 22 del reinado de Menesteo en Atenas, han transcurrido 945 años.

XXVI. 1205. Desde que Orestes (después de matar á su madre Clitemnestra y á Egisto), fué curado en la Escitia de su demencia, y que acusado por Erigone, hija de Egisto, fué absuelto por el areopago por empate, reinando Demofonte en Atenas, 942 años.

XXVII. 1201. Desde que Teucer fundó á Salamina en la isla de Chipre, en el reinado de Demofonte, 938 años.

XXVIII. 1076. Desde que Neleo (saliendo de Grecia) se fué á vivir á Caria, y congregó á los jonios, (que le habian seguido) los cuales fundaron á Éfeso, Eritrea, Claromena, Teos, Lebedos, Colofon, Miunta, Focea, Priena, Samos, Chio, y desde que se instituyeron las Panionias, han transcurrido 813 años; en el décimotercero del reinado en Atenas de Neleo (ó de Medon) (1).

XXIX. 943. Desde que floreció el poeta Hesiodo, durante el gobierno de Megacles (arconte perpétuo), 680 años.

XXX. 906. Desde que floreció el poeta Homero, durante el gobierno del arconte Diognetes, 643 años.

XXXI. 894. Desde que Fidon de Argos regia la república argiva, desde que inventó los pesos y medidas, y acuñó moneda de plata en la isla de Égina, siendo el onceno desde Hércules, durante el gobierno del arconte Diognetes (2), 631 años.

XXXII. 737. Desde que Arquías, hijo de Evageto, el décimo desde Temeno, condujo una colonia de Corinto á Siracusa, en el año 21 de la administracion del arconte de Atenas Esquilo, 494 años.

(1) Orfeo, segun Chandler.

(1) Neleo, segun Prideaux, Medon, segun Chandler.
(2) Fereclo, segun Chandler.

XXXIII. 683. Desde que Creon fué elegido primer arconte anual de Atenas, 420 años.

XXXIV. 681. Desde que Tirteo (el poeta) militaba en el ejército lacedemonio, siendo Lisias arconte de Atenas, 418 años.

XXXV. 644. Desde que Terpandro, el de Lesbos, hijo de Derdeneo, tocó en la flauta los cantares de Liria, y que rechazó una acusacion delante del pueblo (lacedemonio) durante el arcontado de Drópilo, 381 años.

XXXVI. 604. Desde que Alíates gobernaba á los lidos, siendo Arístocles arconte, 341 años.

XXXVII. 593. Desde que Safo huyó de Mitilene á Sicilia.... siendo arconte de Atenas Critias I, y avasallada Siracusa por vecinos (1) poderosos, 330 años.

XXXVIII. 590. Desde que los anfictiones salieron victoriosos tomando á Cirra, y que se instituyeron los juegos llamados crematitas con motivo de los despojos (que obtienen los vencedores), siendo Simon arconte de Atenas, 329 años.

XXXIX. 581. Desde que se celebraron los juegos pitios (en los que en lugar de despojos se daban coronas de laurel á los vencedores), en el segundo arcontado de Damasias, 318 años.

XL. Desde que se representó por la vez primera en Atenas una comedia en un recinto con escenario inventado por los icarianos, Susarion y Dolon, los cuales obtuvieron en premio un cesto de higos y una cuba de vino que llevaron en una cuádriga, han transcurrido 25 años, siendo arconte en Atenas....

XLI. 560. Desde que Pisistrato fué tirano de Atenas, siendo Comias arconte, 297 años.

XLII. 555. Desde que Creso gobernó en Asia, y que consultó el oráculo de Delfos por medio de legados, siendo Eutidemo arconte de Atenas, 292 años.

XLIII. 541. Desde que Ciro, rey de los persas, tomó á Sardes, y que cogió prisionero á Creso, engañado por el oráculo, 278 años: siendo arconte de Atenas..... (2) y en aquel tiempo floreció Hipponax, poeta jámbico.

XLIV. 535. Desde que el poeta Tespis (de Icaria) representó el primero el Alcestes montado en un carro, y que el vencedor obtenia en premio un macho cabrío, siendo arconte de Atenas Alceo I, 272 años.

XLV. 519. Desde que Dario reinó en Persia, muerto el Mago, siendo arconte de Atenas.... 256 años. Véanse las observaciones que preceden esta crónica.

XLVI. 515. Desde que Harmodio y Haristógiton mataron á Hiparco, hijo de Pisistrato, y tirano de Atenas (3) (252 años).

511. Desde que los pisistrátidas salieron de los muros pelásgicos (ó de Atenas), siendo Clistenes arconte, 248 años.

XLVII. 507. Desde que hubo por primera vez certámen de coros de hombres, dirigidos por Hipdóico, calcidense, el cual salió vencedor, siendo Iságoras arconte de Atenas, 244 años.

XLVIII. 494. Desde que Hippias (de la familia pisistrátida), expulsado de Atenas movió (contra los atenienses) á los persas, siendo Pitócrito (4) arconte, 231 años.

XLIX. 490. Desde la batalla de atenienses y persas cerca de Maraton, en la que fué vencido el sátrapa Artafernes, sobrino de Dario, 227 años. Fenipo era á la sazon arconte de Atenas por segunda vez. En esa jornada peleó el poeta Esquilo, á treinta y cinco años de edad.

L. Desde que el poeta Simónides, abuelo del poeta del mismo apellido, floreció en Atenas, y desde la muerte de Dario, por la cual entró á reinar su hijo Jerjes, siendo Arístides arconte de Atenas, 225 años (1).

LI. 485. Desde que el poeta Esquilo alcanzó por vez primera el premio de la tragedia, y desde el nacimiento del poeta Eurípides, y de la venida á Grecia (desde Sicilia) del poeta Estesícoro, siendo Filócrates arconte de Atenas, 222 años.

LII. 480. Desde que Jerjes pasó el Helesponto en un puente de barcas, y combatió con los griegos en los Termópilas, y desde la batalla naval junto á la isla de Salamina entre persas y griegos, en la que salieron estos vencedores, siendo Calliades arconte de Atenas, 217 años.

LIII. 479. Desde la batalla de Platea, en la que los atenienses lidiaron con Mardonio, general de Jerjes, quedando este vencido y muerto en la pelea, y desde una gran erupcion del Etna en Sicilia, siendo Xantipo arconte de Atenas, 216 años.

LIV. 478. Desde que Gelon, hijo de Dinomenes, ocupó tiránicamente el gobierno de Siracusa, siendo Timóstenes arconte de Atenas, 215 años (2).

LV. 477. Desde que Simónides, hijo de Leoprepis, de la isla de Ceos, inventó el arte de la Memoria (Mnemonia), y fué premiado por enseñarla á los atenienses, y desde que le erigieron estátuas á Harmodio y á Aristógiton, durante la administracion del arconte Adimante, 214 años.

LVI. 472. Desde la tiranía de Hieron en Siracusa, siendo arconte de Atenas Caretes, cuando florecia el poeta Epicarmo (el Cómico), 209 años.

LVII. 469. Desde que Sófocles, hijo de Sofilo, de Colona, obtuvo á veinte y ocho años el premio de la Tragedia, siendo arconte Apsefion, 206 años.

LVIII. 468. Desde que se desgajó un peñasco que fué á caer al rio Egos, y desde la muerte en la edad de noventa años del poeta Simónides, siendo Teogénidas arconte de Atenas, 205 años.

LIX. 461. Desde la muerte de Alejandro á quien sucedió en el reino de Macedonia su hijo Perdicas, siendo Eutipo arconte de Atenas, 198 años (3).

LX. 456. Desde la muerte en Gela de Sicilia del poeta Esquilo á los sesenta y nueve años, siendo Callías arconte de Atenas por la vez primera, 193 años.

LXI. 442. Desde que el poeta Eurípides alcanzó por la vez primera el premio de la tragedia á los cuarenta y tres años, siendo arconte Difico 179 años: Sócrates y Anaxágoras eran contemporáneos de Eurípides.

LXII. 419. Desde el reinado en Macedonia de Arquelao, por muerte de Perdicas, siendo arconte Astífilo, 156 años.

LXIII. 407. Desde que Dionisio (el viejo) fué tirano de Siracusa, siendo Eutemon arconte, 144 años (4).

LXIV. 406. Desde la muerte de Eurípides en la edad de setenta y siete años, siendo Antígenes arconte de Atenas, 143 años.

LXV. 405. Desde la muerte del poeta Sócocles en

(1) En Chandler se lee GEOMERIS en lugar de FINITIMIS.
(2) En Chandler se lee ERXICLIDES.
(3) En las ediciones de Prideaux y de Chandler la época 46 solo trae la fecha de 248 no formando mas que un artículo.
(4) Leemos en Prideaux: A quo... Hippias... Athenis, anni 231. Archonte Atheni Pythocrite; y en Chandler; A quo, TEMPLUM MINERVÆ HIPPIÆ STRUCTUM FUIT Athenis anni 231, archonte Athenis Pythocrito.

(1): 226 en Chandler. Véase á Freret, Acad. de las Inscrip. tomo 26.
(2) Véanse las observaciones de Freret. Acad. de las Inscrip. tomo 26 pág. 193.
(3) Hemos seguido á Chandler. Prideaux dice 199.
(4) Hemos seguido á Chandler, en lugar de este número y de los tres que siguen, trae Prideaux 147, 145, 143 y 139.

la edad de noventa y uno años, y de la elevacion al al trono de Ciro (el menor), siendo Callías arconte de Atenas, 142 años.

LXVI. 401. Desde que Telestes (poeta ditirámbico) de Selinunto, obtuvo en Atenas el premio de la poesía, siendo arconte Micon, 138 años.

LXVII. 400. Desde el regreso de los griegos que habian acompañado al jóven Ciro, y desde la muerte del filósofo Sócrates á los setenta años, siendo Laquetes arconte, 137 años.

LXVIII. 398. Desde que Astidamo principió su enseñanza en Atenas, siendo Aristócrates arconte, 135 años (1).

LXIX. Desde que Xanto de Sardes alcanzó el premio de la poesía ditirámbica en Atenas, siendo arconte.... han transcurrido ciento y.... años.

LXX. 379. Desde la muerte del poeta Filoxeno en la edad de cincuenta y cinco años, siendo Piteas arconte, 116 años.

LXXI. 376. Desde que Anaxándrides, poeta cómico, fué premiado en Atenas, siendo Calleas arconte, 113 años.

LXXII. 372. Desde que fué premiado en Atenas el poeta Astidamas, siendo arconte Areo (ó Asteyo), cuando la aparicion de un gran cometa, 109 años.

LXXIII. 370. Desde la batalla de Leuctres, entre tebanos y lacedemonios, en la que vencieron los primeros, 107 años. Era arconte Frasíclides, y por aquel tiempo murió Cleombroto, rey de los lacedemonios.

LXXIV. 369. Desde que el segundo Estesícoro, himereo, fué premiado en Atenas, y desde la fundacion de Megalópolis en Arcadia, siendo Discineto arconte de Atenas, 106 años.

LXXV. 367. Desde la muerte de Dionisio (el viejo), y desde que le sucedió su hijo Dionisio, y desde el principio del reinado de Alejandro (2) en Feres, siendo Nausígenes arconte, 104 años.

LXXVI. 357. Desde el saco por los focences del templo del Delfos, siendo arconte Cefisodoto (ó Cefisodoro), 94 años.

LXXVII. 356. Desde la muerte en Atenas del poeta Timoteo, á los noventa años; desde la fundacion de la ciudad de Filipa por Filipo, rey de los macedonios, y muerte de Alejandro de Feres, y de la victoria de Dion alcanzada contra los generales de Dionisio, siendo Agatocles arconte, 93 años.

LXXVIII. 354. Desde el nacimiento de Alejandro, que fué rey de los macedonios, siendo Calistrato arconte, 91 años. Por entónces floreció el filósofo Aristóteles.

LXXIX. 353. Desde que Calippo (ó Calícrates), despues de matar á Dion, fué tirano de Siracusa, siendo Diotimo arconte de Atenas, han transcurrido 90 años (3).

(1) Aquí como en el LXIX hemos seguido á Chandler.

(2) Chandler dice así: Muerto Alejandro, le sucedió Tolomeo en el trono de Macedonia. ALEXANDRO DEFUNCTO, PTOLOMEUS IN MACEDONIA REGNAVIT.

(3) Los mármoles indican el año 207 antes del arcontado de Diógnetes, en la época de la batalla de Salamina; y como generalmente se fija este acontecimiento en el otoño del año 480 ant. s de J. C. síguese de ahí que la diferencia entre la fecha de la época de los mármoles, y la anterior á la era vulgar, siempre debe ser de 263. Por consiguiente, siempre hemos añadido 263 á la fecha indicada por los mármoles, para deducir el año antes de J. C. Véase á Freret, Mem. de la Acad. tomo 26.

TABLA DE LOS ARCONTES DE ATENAS, mencionados por los historiadores, segun Lidiat, en la edicion de los mármoles hecha por Prideaux, página 82.

ADVERTENCIAS: Los señalados con una estrellita están nombrados en la crónica de los mármoles de Paros.

La primera cifra indica las OLIMPÍADAS, la segunda los AÑOS de la olimpíada; y luego vienen nombrados los ARCONTES (1).

24	1	Creon.* Epoca 33.
«	3	Lisias.* Ep. 34.
»	4	Tlesias.
27	2	Leostrato.
»	4	Pisistrato.
28	1	Antóstenes.
29	1	Milciades.
30	2	Milciades II.
33	4	Dropides.* Ep. 35.
35	1	Damasias.
36	»	Epeneto.
39	»	Dracon.
41	2	Henioquides.
43	4	Aristocles. * Ep. 36.
44	1	Critias I. * Ep. 37.
45	»	Megacles.
46	2	Filombroto.
»	3	Solon.
»	4	Dropides II.
47	1	Eucrates.
»	2	Simon. * Ep. 38.
48	1	Fenipo. * Ep. 39.
49	3	Damasias II.
50	4	Arquestrátides.
52	3	Aristómenes
54	3	Hippóclides.
»	4	Comias. * Ep. 41.
55	1	Hegegistrato.
56	1	Eutidemo. * Ep. 42.
58	1	Erxíclides.
60	4	Arceo I. * Ep. 44.
61	4	Tericles.
»	4	Heráclides.
64	1	Milciades.
67	1	Pisistrato.
68	1	Iságoras. * Ep. 47.
69	1	Acestóri es.
70	1	Myro.
71	1	Hiparco.
»	2	Pitócrito. * Ep. 48.
»	3	Lacrátides.
»	4	Temistocles.
72	1	Diognetes.
»	2	Fenipo II. * Ep. 49.
»	3	Aristides. * Ep. 50.
»	4	Hibrílides.
73	1	Anquises.
»	2	Filipo.
»	3	Filócrates. * Ep. 51.
»	4	Fedon.
74	1	Leostrato.
»	2	Nicodemo.
»	3	Afepsion.
»	4	Caliades. * Ep. 52.
75	1	Xantipo. * Ep. 53.
»	2	Timóstenes. * Ep. 54.
»	3	Adimanto. * Ep. 55.
»	4	Temístocles.
76	1	Fedon.
»	2	Dromoclides.
»	3	Acestórides.
»	4	Menon.
77	1	Caretes. * Ep. 56.
»	2	Praxiergo.
»	3	Democion.
»	3	Apsefion. * Ep. 57.
»	4	Teagénidas. * Ep. 58.
78	1	Fedon, Aristides II.
»	2	Lisistrato.
»	3	Lisanias.
»	4	Lisiteo.
79	1	Arquidémides.
»	2	Tlepolemo.
»	3	Conon.
»	4	Eutipo. * Ep. 59.
80	1	Frasicles.
»	2	Filocles.
»	3	Bion.
»	4	Mnesitides.
81	1	Callias I. * Ep. 60.
»	2	Sosistrato.
»	3	Ariston.
»	4	Lisicrates.
82	1	Queréfanes.
»	2	Antídoto.
»	3	Eutidemo.
»	4	Pedieo.
83	1	Filisco.
»	2	Timárquides.
»	3	Calímaco.
»	4	Lisimáquides.
84	1	Praxiteles.
»	2	Lisanias.
»	3	Difilo. * Ep. 61.
»	4	Timocles.
85	1	Miriquides.
»	2	Gláucides.
»	3	Teodoro.
»	4	Eutimenes.
86	1	Nausimaco.
»	2	Antilóquides.
»	3	Caretes II.
»	4	Apseudes.
87	1	Pitodoro.
»	2	Eutidemo.
»	3	Apolodoro.
»	4	Epaminondas.
88	1	Diotimo.
»	2	Euclides.
»	3	Eutidemo.
»	4	Estratocles.
89	1	Isarco ó Hiparco.
»	2	Aminias.
»	3	Alceo.
»	4	Aristion.
90	1	Aristófilo. * Ep. 62.
»	2	Arquias.
»	3	Antifon.
»	4	Eufemo.
91	1	Aristomnesto.
»	2	Cabrias.
»	3	Pisandro.
»	4	Cleocrito, ó Clearco.
92	1	Callias.
»	2	Teopompo.
»	3	Glaucipo.
»	4	Diocles.
93	1	Eustemon. * Ep. 63.
»	2	Antígenes. * Ep. 64
»	3	Callias. * Ep. 65.
»	4	Alexias.
94	1	Anarcodoro.
»	2	Euclides.
»	3	Micon. * Ep. 66.
»	4	Exeneto ó Xeneto.
95	1	Laques. * Ep. 67.
»	2	Aristócrates. Ep. 68.
»	3	Iticles.
»	4	Lisiades.
96	1	Formion.
»	2	Diofanto.
»	3	Eubulides.
»	4	Demostrato.
97	1	Filocles.
»	2	Nicoteles.
»	3	Demóstenes.
»	4	Antipater.
98	1	Frigion.
»	2	Teodoto.
»	3	Mistiquides.
»	4	Dexiteo.
99	1	Diotrefes.
»	2	Fanostrato.
»	3	Evandro ó Menandro.

(1) Hemos copiado textualmente esta tabla. Se cree que la fecha de las olimpiadas deberia aumentarse de un año.

99	4	Demófilo.	111	1	Pitodemo.
100	1	Piteas. * Ep. 70.	»	2	Eveneto.
»	2	Micon.	»	3	Ectésicles.
»	3	Nausímico.	»	4	Nicocrates.
»	4	Callias. * Ep. 71.	112	1	Nicetes.
101	1	Cariandro.	»	2	Aristófanes.
»	2	Hipodamo.	»	3	Aristofonte.
»	3	Socrátides.	»	4	Cefisofonte.
»	4	Asteyo. * Ep. 72.	113	1	Euticrito.
102	1	Alquistenes.	»	2	Hergemon.
»	2	Frasiclides. * Ep. 73.	»	3	Cremes ó Anticles.
»	3	Discineto. * Ep. 74.	»	4	Sosicles.
«	4	Lisistrato.	114	1	Hegesias.
103	1	Nausigenes. * Ep. 75.	»	2	Cefisodoro.
»	2	Policelo.	»	3	Filocles.
»	3	Cefisodoro. * Ep. 76.	»	4	Apolodoro.
»	4	Chion.	115	1	Arquipo.
104	1	Timócrates.	»	2	Apolodoro.
»	2	Carícides.	»	3	Focion.
»	3	Molon.	»	4	Demógenes.
»	4	Nicofemo.	116	1	Demóclides.
105	1	Calimides.	»	2	Praxibulo.
»	2	Eucaristo.	»	3	Nicodoro.
»	3	Cefisodoto.	»	4	Teofrasto.
»	4	Agatocles. * Ep. 77.	117	1	Polemon.
106	1	Epines.	»	2	Simónides.
»	2	Calistrato. * Ep. 78.	»	3	Hieromnemon.
»	3	Diotimo. * Ep 79.	»	4	Demetrio Falerco.
»	4	Eudemo.	118	1	Carino.
107	1	Aristodemo.	»	2	Anaxicrates.
»	2	Tesalo.	»	3	Corebo ó Xenias.
»	3	Apollodoro.	»	4	Xenipo.
»	4	Calímaco.	119	1	Ferecles.
108	1	Teofilo.	»	2	Leostrato.
»	2	Temistocles.	»	3	Nicocles.
»	3	Arquias.	»	4	Caliarco.
»	4	Eubulo.	120	1	Egemaco.
109	1	Licisco.	»	2	Euctemon.
»	2	Pitodoro.	»	3	Emnesidemo.
»	3	Sosigenes.	»	4	Antifates.
»	4	Nicomaco.	121	1	Nicias.
110	1	Teofrastro.	»	2	Nicostrato.
»	2	Lisimáquides.	»	3	Olimpiodoro.
»	3	Carondas.	»	4	Filipo, ó Difilo.
»	4	Frinico.			

ÉPOCA DEL ESTABLECIMIENTO DE LOS JUEGOS, Y DE LA FORMA DEL AÑO OLIMPICO, con la continuacion de las olimpíadas vulgares, en las cuales se halla el dia juliano en que empieza el año olímpico, junto con los fastos de la historia griega.

INSTITUCION DE LOS JUEGOS OLÍMPICOS. — Los juegos olímpicos se celebraban cada cuatro años, entre la luna nueva y el plenilunio que venia inmediatamente después del solsticio de verano, en las márgenes del rio Alfeo, cerca de Pisa (1) y del templo de Júpiter olímpico, en la Élida, provincia del Peloponeso (2). Fueron instituidos por Hércules en los funerales de Pelope, bisabuelo materno de ese héroe en el año 3360, período juliano, el 1354 antes de la era cristiana, lo que puede avenirse con las particularidades de su vida y de sus actos, bien que puedan presentarse algunas dificultades. Pero, estos juegos, que duraban cinco dias, fuéron con el tiempo interrumpidos, y hasta cayeron en desuso durante muchos años.

IFITO, soberano de un distrito de la Élida, convino con Licurgo de Esparta y Cleostenes de Pisa en restablecerlos 470 años después de su institucion; es decir, el año 3830, período juliano, antes de Jesucristo 884. Mas, solo 108 años después de ese restablecimiento por Ifilo se empezó á inscribir en el gimnasio de Olimpia al que habia obtenido el premio de la carrera en el estadio. El primer inscrito fué Corebo, y por él principió la continuacion de los olimpiónicos, ó vencedores de Olimpia. Los nombres de esos vencedores sirvieron en adelante para designar los olimpíadas, cuando se empezó á usarlas para la cronología como indicacion de tiempos comunes á toda la Grecia, y por consiguiente, mas propias en una historia general que las magistraturas anuales de una ciudad particular, ó los años de reinado de un príncipe.

De todas las luchas usadas en los antiguos juegos las carreras fuéron las que primero se restablecieron. Durante mucho tiempo este fué el único ejercicio que daba coronas á los que sobresalian en él. Mas adelante vino la lucha corporal, instituyéndola en el año 708 antes de J-C. En el 688 fué introducido el pugilato, ó los combates del cesto. En 680 fuéron admitidas la carrera en cuádrigas, ó carros tirados por cuatro caballos. La carrera á caballo empezó en el 656, y la corrida de carros de dos caballos en el 476. Freret, def. de la Cronol. ant. Parte 1.ª, pág. 156 y sig.

Todos convienen en que la olimpíada de Corebo ó la primera olimpíada vulgar fué celebrada en el solsticio de verano del año 3938, período juliano, antes de la era cristiana 776, y segun dice Varron, unos veinte y tres años antes de la fundacion de Roma. Los historiadores griegos principiaron un nuevo cómputo en el primer año de esta olimpíada: sobre esto no hay diferencia de opiniones, y la conformidad su funda en pruebas que no pueden ser mejores. Eratóstenes, Apolodoro, Aristodemo de Elis, Polibio, y casi todos los antiguos cronólogos, han reconocido que hubo veinte y siete olimpíadas celebradas entre Ifilo y Corebo.

FORMA DEL AÑO OLÍMPICO. — Gémino nos dice (in Element. Astron. cap. 6) que todos los griegos, segun el oráculo, debian regular su año por el curso del sol, y los meses y dias por el curso de la luna. Como el año lunar tiene 354 dias, imaginaron que el mes lunar era de 29 dias y 1|2, y que los dos meses formaban 59 dias. De modo que establecieron alternativamente un mes pleno y otro cavo, para corresponder á los 59 dias que tienen dos meses lunares, de donde se sigue que el año consta de seis meses plenos y seis cavos, siendo el primero pleno y el segundo nó, y así sucesivamente. Por tanto, siendo el año solar, dice Gémino, de 365 dias y cuarto, ocho años de estos hacen 2922 dias; y durando una lunacion media, segun el mismo autor, 29 dias, 12 horas, y cerca de 1|33 de dia, ó mejor, 29 dias y 35|66 de dia, nos da por los 99 meses lunares de que se componia el octaetérido 2923 dias y medio.

Sin embargo, el octaetérido no constaba mas de 2922 dias, ó de 99 lunaciones, las que se dividian en 51 meses plenos ó completos, y en 48 meses incompletos. Entre los 8 años de este período, habia 5 comunes, y 3 embolísmicos, los años comunes constaban de 12 meses lunares que suman 354 dias; los embolísmicos de 13 meses lunares que forman 384 dias, siendo embolísmicos el 3.°, 5.° y 8.° años del período, como así lo dice Gémino de un modo positivo en el lugar citado.

Así pues, arregladas las olimpíadas segun el octaetérido, se componian alternativamente de 49 y 50 meses lunares; y en esta hipótesis, 8 años olímpicos eran perfectamente iguales á 8 años julianos. La intercalacion de un mes en cada uno de los 3 años que acabamos de indicar nos da la explicacion de un verso de Píndaro, quien en su oda tercera nos dice que las olimpíadas llegaban ya después de los 49 años, ya después de los 50. «Fit vero certamen num post quadraginta novem menses, num vero quinquaginta.»

Y esto proviene naturalmente de que en los cuatro

(1) Durante el imperio de Claudio, la ciudad de Antioquía compró á la de Pisa el derecho de celebrar los juegos olímpicos, bien que no fuéron trasladados á Antioquía hasta el reinado de Cómodo, continuando la celebracion de estos juegos hasta el de Justino, por el cual fueron enteramente abolidos en el siglo sexto de nuestra era. Lebrun, « de los juegos de teatro, » págs. 57 y 67.

(2) Freret. Defensa de la crón. ant. pág. 156 y sig.



Los juegos olímpicos.

años primeros no habia mas que uno, á saber el tercero, que fuese intercalar, y por lo mismo los cuatro no tenian mas que cuarenta y nueve meses; en vez de que en los cuatro siguientes, como el 5.° y el 8.° eran intercalares y debian tener necesariamente cincuenta lunaciones. Desprendese de ahí que no solo los olimpíadas constaban alternativamente de cuarenta y nueve y de cincuenta lunas, sino que tambien los juegos olímpicos recaian alternativamente en un año comun y en un año embolísmico, porque los que se celebraban en el cuarto año del octaetérido recaian necesariamente en año comun, siendo el anterior uno de los tres en que se hacia la intercalacion. Hemos dicho que una lunacion media duraba veinte y nueve dias, doce horas y cerca de 1|33; asi es que Gémino nos dice como no tardaron en advertir los antiguos que el octaetérido era defectuoso relativamente al curso de la luna; y tambien reconocieron que para corregir el defecto y para conformarse con el curso de este astro, segun así lo exigia el oráculo, debian añadirse tres dias cada seis años, es decir, en el último año de cada segundo octaetérido. Así pues, el heccedecaetérido ó ciclo de diez y seis años, se adelantaba tres dias al curso del sol, bien que estaba conforme con el curso de la luna.

Para poner remedio á este último inconveniente, al cabo de 160 años quitaban los griegos un mes pleno ó sea 30 dias, y de este modo, esos 160 años constaban de 58,440 dias perfectamente iguales á 160 años julianos; pues 1979 meses lunares multiplicados por 29 dias doce horas y cerca de 1|33, ó mejor por 29 dias y 35|66 partes de dia, dan igualmente 58,440 dias. Resulta de lo que acabamos de decir, que los años comunes tenian 354 dias, y los embolísmicos 384, exceptuando no obstante el postrero del octaetérido que tenia alternativamente 384 y 387 dias; con todo el año que terminaba el período de 160 años solo tenia 357 dias.

Tales son los principios expuestos por Gémino, aunque ignoremos á punto fijo cuándo se principió á usar el octaetérido, es no obstante cierto que es anterior al descubrimiento de Meton, pues sustituyó su ciclo á este período, y por esto nos sirve hasta el primer año de la primera olimpíada vulgar; pero, cuando hubiéremos llegado al tiempo en que Meton publicó su enneadecaetérida, y que en Calipo reformó el ciclo de Meton, emplearemos la forma de año que introdujeron, por la certeza que tenemos, lo mismo que Gémino, de que esas reformas fueron adoptadas en toda la Grecia.

El primer mes del año olímpico principiaba ya en el plenilunio que viene inmediatamente después del solsticio de verano, ya en el que precede al mismo, porque el año griego tenia á veces 384 dias, y mas comunmente 354; pero, después del descubrimiento de Meton, el año olímpico ha principiado siempre entre el novilunio y el plenilunio que venia inmediatamente después del solsticio, segun puede echarse de ver por nuestra tabla.

La fiesta de Júpiter se celebraba allá por la luna llena de este mes, y la distribucion de premios en los juegos cuadrienales estaba fijada constantemente en esta luna llena (Memor. de la Acad. de Inscrip. y de Bellas Letras, tom. XVIII, pág. 143 y siguientes). Ignoramos, dice Freret, los nombres de estos meses, si se exceptuan los tres que siguen: «Partenio» «Apolonio» y «Elafio» y piensa que después del último de estos tres, que caia sobre el equinoccio de la primavera, se colocaba el mes intercalar. Por lo demás, esto nos es indiferente, no siendo nuestro intento el dar un calendario por meses, sino una tabla por años y olimpíadas, que indicará el onceno dia de la luna que viene después del solsticio, dia, segun Censorino (de die natali, c. 21) por el que principia el año olímpico; sin embargo, en el gimnasio de Olimpia no se inscribia el nombre del que habia llevado la palma en la carrera del estudio hasta la distribucion de premios, la que tan solo se efectuaba en el dia del plenilunio.

Segun Delalande, el solsticio de verano verdadero, del año 776 antes de Jesucristo, en el meridiano de Pisa en Élida, tuvo lugar el 1.° de julio, á las once horas, quince minutos, y treinta y tres segundos de la mañana. Así es que nuestra tabla empieza el 18 de ese mes, que es el dia onceno de esta luna.

La letra B, en la coluna de los años antes de Jesucristo, sirve para designar los años bisiestos.

OLIMPÍADAS.	AÑOS ANTES DE J. C.	DIAS JUL. EN QUE EMPIEZ. EL A. O.	FASTOS DE LA HISTORIA GRIEGA.
			Vencedor: COREBO de Élida.
		18 jul.	La primera olimpiada vulgar empieza
		7 jul.	en el año 806 de la era de Atenas, se-
1		26 jun.	gun los mármoles de Paros, siendo
	B. 773	14 jul.	Esquilo 12.° arconte perpétuo.
		3 jul.	Vencedor: ANTIMACO de Élida.
		22 jul.	Nacimiento de Rómulo y de Remo.
2		11 jul.	Teopompo sucede á su abuelo Carilas
	B. 769	29 jun.	en el reino de Lacedemonia.
			Vencedor: ANDROCLES de Mesenia.
		18 jul.	Abares, viniendo de la Escitia septen-
		7 jul.	trional llegó por entónces á Grecia en
3		26 jun.	ocasion en que la peste afligia casi á
	B. 765	14 jul.	todos los habitantes del globo; otros
			fijan mas adelante su llegada.
		3 jul.	Vencedor: POLICARPO de Mesenia.
		22 jul.	Se construyen en Atenas galeras tri-
		11 jul.	remes, ó buques con tres bancos de
	B. 761	29 jun.	remeros.
			Vencedor: ESQUÍNES de Mesenia.
		21 jul.	Institucion de cinco éforas en Lacede-
		10 jul.	monia, para atajar los excesos de la
5		29 jun.	autoridad del rey, etc.
	B. 757	17 jul.	Arquías de Corinto edifica la ciudad de
			Siracusa en Sicilia.
			Vencedor: EBOTAS, de Dima.
		6 jul.	Alcmeon, 13.° arconte perpétuo de Ate-
		25 jul.	nas gobierna dos años.
6		14 jul.	Carops I, arconte decenal de Atenas.
	B. 753	2 jul.	Fundacion de Roma, segun Varron.
			Vencedor: DAICLES de Mesenia (1).
		21 jul.	Daicles es el primer laureado en los
		10 jul.	juegos olímpicos.
7		29 jun.	Los habitantes de Mileto, en el Asia
	B. 749	17 jul.	menor, se hacen poderosos por mar.
			Vencedor: ANTICLES (2) de Mesenia.
		6 jul.	Esimedes, 2.° arconte decenal de Ate-
		25 jul.	nas, ó por diez años.
8		14 jul.	El mismo año 717 dió principio le era
	B. 745	2 jul.	de Nabonasar, célebre entre los as-
			trónomos.
			Vencedor: XENOCLES de Mesenia ó
		24 jul.	XENODOCO.
		13 jul.	Guerra de 20 años entre lacedemonios
9		2 jul.	y mesenios, con motivo de las jóvenes
	B. 741	20 jul.	lacedemonias ultrajadas por los me-
			senios.
		9 jul.	Vencedor: DOTADES de Mesenia.
		28 jul.	Batalla de lacedemonios y mesenios.
10		17 jul.	Clidico, 3.° arconte decenal de Atenas.
	B. 737	5 jul.	

(1) Algunos críticos dudan de este vencedor, y le ponen en la séptima olimpiada después de Ifito.

(2) Los eleos tenian por nula esta olimpíada, por no haberla presidido ellos.

OLIMPÍADAS.	AÑOS ANTES DE J. C.	DIAS JUL. EN QUE EMPIEZ. EL A. O.	FASTOS DE LA HISTORIA GRIEGA.
			Vencedor: Leocares de Mesenia.
		24 jul.	Guerra entre los lacedemonios y los de
11		13 jul.	Argos: trabóse la pelea entre 300 hom-
		2 jul.	bres de cada pueblo; murieron todos,
	B. 733	20 jul.	excepto dos de Argos.
		9 jul.	Vencedor: Oxitemis de Coronea.
		28 jul.	Batalla sangrienta entre lacedemonios
12		17 jul.	y mesenios y cerca de Itome.
	B. 729	5 jul.	
			Vencedor: Diodles de Corinto.
		27 jul.	Hipomenes, 4.° arconte decenal.
		16 jul.	Los lacedemonios emprenden la guer-
13		5 jul.	ra y quedan vencidos por los mese-
	B. 725	23 jul.	nios.
		12 jul.	Vencedores: Dasmon é Hipeno,
		31 jul.	de Corinto.
14		20 jul.	Fin de la guerra de los mesenios, des-
	B. 721	8 jul.	pués de durar veinte años.
			Vencedor: Oripso de Megara.
		27 jul	Fué la vez primera en que los compe-
		16 jul.	tidores corrieron desnudos en los jue-
15		5 jul.	gos olímpicos.
	B. 717	23 jul.	Leócrates, 5.° arconte decenal de Ate-
			nas.
			Vencedor: Pitagoras de Laconia.
		12 jul.	Algunos han creido que el Pitágoras
		31 jul.	vencedor en los juegos olímpicos era
16		20 jul.	el filósofo; pero, el célebre Dodwell
	B. 713	8 jul.	refutó y echó enteramente por tierra
			esta opinion.
			Vencedor: Polo de Epidauro.
			Créese que la ciudad de Astaco en la
		30 jul.	Bitinia fué fundada este año por los
		19 jul.	megarenses. Dicen algunos que es la
17		8 jul.	misma que se llamó mas adelante Ni-
	B. 709	26 jul.	comedia; mas, hay motivos para su-
			poner que eran dos poblaciones cer-
			canas.
		15 jul.	Vencedor: Tellis de Siciona.
		3 ag.	Apsandro, 6.° arconte decenal de Ate-
18		23 jul.	nas.
	B. 705	11 jul.	
		30 jul.	Vencedor: Menon de Megara.
		19 jul.	Los corintios envian una colonia á la
19		8 jul.	isla de Corcira ó de Corfú, de la cual se
	B. 701	26 jul.	apoderan fundando en ella una ciudad.
			Vencedor: Aterades ó Ateradas de
			Laconia.
		15 jul.	Algunos autores han creido que el poe-
		3 ag.	ta lírico Arquiloco comenzó á flore-
20		23 jul.	cer en ese tiempo; otros dicen que
	B. 697	11 jul.	mas tarde.
			Erixias, 7.° y último arconce decenal
			de Atenas.
			Vencedor: Pantacles de Atenas.
		2 ag.	Los cimmerianos, que son una especie
		22 jul.	de escitas, devastan la Paflagonia y
21		11 jul.	la Frigia por los tiempos en que acon-
	B. 693	29 jul.	teció la muerte del rey Midas (Véase
			á Estrabon, lib. 1.).
		18 jul.	Vencedor: Pantacles, por segunda vez.
		6 ag.	Algunos autores fijan en ese año la
22		26 jul.	fundacion de Gela, en Sicilia.
	B. 689	14 jul.	
			Vencedor: Icario de Iperea.
		2 ag.	Después de los arcontes de diez años,
		22 jul.	hubo en Atenas una anarquía que
23		11 jul.	duró tres años.
	B. 685	29 jul.	Segunda guerra de Mesenia y de Lace-
			demonia.
			Vencedor: Cleoptolemo de Laconia.
			Creon, es nombrado primer arconte
		18 jul.	anual de Atenas. Estos arcontes sir-
		6 ag.	ven para el orden regular de la histo-
24		26 jul.	ria griega.
	B. 681	14 jul.	Arconte Lisias, segun los mármoles
			de Paros.
			—Tlesias.
			Vencedor: Talpio de Laconia.
		5 ag.	En esta olimpiada fuéron instruidas
		25 jul.	las corridas de caballos con carro, en
25		14 jul.	las que el primer vencedor fué Pan-
	B. 677	1 ag.	gondias de Tebas.

OLIMPÍADAS.	AÑOS ANTES DE J. C.	DIAS JUL. EN QUE EMPIEZ. EL A. O.	FASTOS DE LA HISTORIA GRIEGA.
		21 jul.	Vencedor: Calístenes de Laconia.
		9 ag.	Se establecen los juegos carnios de
26		29 jul.	Lacedemonia en honor de Apolo Car-
	B. 673	17 jul.	nio: consistian en representaciones de
			ejercicios militares, y duraban 9 dias.
			Vencedor: Euríbates, de Lacede-
		5 jul.	monia.
		25 ag.	Aparece Alcman, poeta lírico.
27		14 jul.	Arconte Leóstrato, segun Dionisio Ha-
	B. 669	1 ag.	licarnasense.
			—Pisístrato, segun Pausanias.
			Vencedor: Carmis de Laconia.
		21 jul.	Arconte: Autóstenes, segun Pausa-
		9 ag.	nias, quien dice concluyó este año la
28		29 jul.	segunda guerra de los lacedemonios
	B. 665	17 jul.	y de los mesenios.
			Vencedor: Quionis de Lacedemonia.
		8 ag.	Arconte, Milciades, segun Pausanias,
		28 jul.	ó Arquímedes. Batalla naval entre los
29		17 jul.	corintios y los de la isla de Corciria,
	B. 661	4 ag.	ó Corfú.
			Vencedor: Quionis, por segunda vez.
		24 jul.	Arconte, Milciades II, Cipseles se alza
		12 ag.	en tirano de Corinto.
30		1 ag.	En este año se fija la fundacion de Bi-
	B. 657	20 jul.	zancio, ahora Constantinopla, por los
			de Argos.
			Vencedor: Quionis, por tercera vez.
		8 ag.	Algunos ponen aquí la tiranía de Cip-
		28 jul.	seles en Corinto; otros, á quienes se-
31		17 jul.	guimos, tres años antes.
	B. 653	4 ag.	Demarato, ciudadano de Corinto, se
			retira á Roma, y allí fué padre de Tar-
			quino el viejo, que llegó á ser rey.
			Vencedor: Cratino, de Megara.
		24 jul.	Se fundó, segun dicen, Selinunto en Si-
32		12 ag.	cilia.
		1 ag.	Se pretende que en este tiempo fué fun-
	B. 649	20 jul.	dada la ciudad de Himera.
			Vencedor: Giges, de Laconia.
		11 ag.	En esta olimpiada vióse un gigante de
		31 jul.	mas de seis pisé, llamado Ligdamis
33		20 jul.	de Siracusa en Sicilia, aventajar á los
	B. 645	7 ag.	demas en uno de los ejercicios de es-
			tos juegos.
			Arconte Dropilo, segun los mármoles.
			Vencedor: Estomas, de Atenas.
		27 jul.	Pantaleon, rey de Pisa, quiso hacerse
		15 ag.	dueño de los juegos olímpicos, exclu-
34		4 ag.	yendo á los eleos, únicos que tenian
	B. 641	23 jul.	derecho á presidirlos.
		11 ag.	Vencedor: Espero de Laconia.
		31 jul.	Arconte, Damasias, segun Dionisio Ha-
35		20 jul.	licarnasense.
	B. 637	7 ag.	Nacimiento del filósofo Talés.
			Vencedor: Frinon, de Atenas.
		27 jul.	Arconte, Epeneto. El ateniense Frinon
		15 ag.	que este año salió vencedor, fué con
36		4 ag.	el tiempo muy célebre, muriendo en
	B. 633	23 jul.	un duelo con Pitaco, tirano de Miti-
			leno, en la isla de Lesbos.
			Vencedor: Euriclides, de Laconia.
			Imaginaron los eleos en esta olimpía-
		14 ag.	da el hacer salir algunos niños, adies-
37		3 ag.	trados en la carrera, proponiendo un
		23 jul.	premio para ellos. Hubole Hipostenes
	B. 629	10 ag.	de Lacedemonia.
			Muere Cipseles, y Periandro se hace ti-
			rano de Corinto.
		30 jul.	Vencedor: Orinteo, de Laconia.
		18 ag.	Se pretende que este año principió á
38		7 ag.	edificarse Sinope, en la provincia del
	B. 625	26 jul.	Ponto.
			Vencedor: Ripsolco, de Laconia.
		14 ag.	Arconte, Dracon, el que da sus sangui-
		3 ag.	narias leyes á los atenienses (Clemen-
39		23 jul.	te Alejandrino, lib. 1. Euseb. en la
	B. 621	10 ag.	Cron.). Trasibulo se hizo este año ti-
			rano de Mileto, en la Jonia.
			Fúndase Dirraquio, ó Epidauro.

OLIMPÍADAS.	AÑOS ANTES DE J. C.	DIAS JUL. EN QUE EMPIEZ. EL A. O.	FASTOS DE LA HISTORIA GRIEGA.
			Vencedor: OLINTEO, nuevamente.
		30 jul.	Nacimiento de Jenófanes, poeta filósofo.
40		18 ag.	Aliates II, rey de Lidia, padre de Creso,
		7 ag.	reina este año, durando su gobierno
	B. 617	26 jul.	cincuenta y siete años.
			Vencedor: CLEÓNIDAS, de Tebas.
		18 jul.	Arconte Henoquidas. Se cree que este
41		7 jul.	año, ó el siguiente, fué edificada por
		26 jun.	Batо la ciudad de Cirena, en la Libia.
	B. 613	14 jul.	Panecio se alza en tirano de Sicilia,
			siendo el primero que ocupa la auto-
			ridad en esa isla.
			Vencedor: LICOTAS, de Laconia.
		3 jul.	Pitaco, considerado como uno de los
		22 jul.	siete sabios, con la ayuda del poeta
42		11 jul.	Alceo, y de sus hermanos, echa fuera
	B. 609	29 jun.	á Melancro, tirano de Mitileno, usur-
			pando luego la autoridad soberana.
			Vencedor: CLEON, de Epidauro.
		18 jul.	Conviénese generalmente en que en es-
		7 jul.	te año usurpó Pitaco la autoridad en
43		26 jun.	Mitilena.
	B. 605	14 jul.	Arconte, Aristocles.
			Vencedor: GELON, de Laconia.
		3 jul.	Arconte Critias, segun los marmoles
		22 jul.	de Paros. A este tiempo pertenecen el
44		11 jul.	poeta Alceo y la célebre Safo, inven-
	B. 601	29 jun.	tora de los versos sáficos.
			Vencedor: ANTICRATES, de Epidauro.
		21 jul.	Arconte, Megacles. Matanza de Cilon y
		10 jul.	de los cilonitas, ejecutada contra la
45		29 jun.	palabra que se les habia dado, crímen
	B. 597	17 jul.	que fué preciso expiar mas adelante
			por medio de Epimenides. En el mis-
			mo año, fundacion de Marsella por
			los fócios de Asia.
		6 jul.	Vencedor: CLISOMAXO, de Laconia.
		25 jul.	Arcontes: Filombroto, ó Cleombroto,
46		14 jul.	segun Plutarco.—Solon, el que da le-
	B. 593	2 jul	yes á los atenienses.—Drópido II.
			Vencedor: EURICLES, de Laconia.
		21 jul.	Arcontes: Eucrates.—El filósofo Ana-
		10 jul.	carsis en Grecia.—Simon. Establécen-
47		29 jun.	se los juegos pitios, celebrándose por
	B. 589	17 jul.	la vez primera en Delfos.
			Vencedor: GLAUCIAS, ó Glycon, de
			Crotona.
		6 jul.	Arconte. Fenipo, segun Prideaux y
48		25 jul.	Simson.
		14 jul.	El consejo de los anfictiones restable-
	B. 585	2 jul.	ce en este año la libertad del oráculo
			de Delfos.
			Muerte de Piriandro, tirano de Corinto.
			Vencedor: LICINO de Crotona.
		24 jul.	Arconte. Damasias II. Celébranse por
		13 jul.	segunda vez los juegos pitios, tenien-
49		2 jul.	do luego lugar esta fiesta cada cuatro
	B. 581	20 jul.	años.
		9 jul.	Vencedor: EPITÉLIDES, de Laconia.
		28 jul.	Pentalo de Cnido, conduce á Sicilia
50		17 jul.	una colonia de sus conciudadanos.
	B. 577	5 jul.	Arconte, Arquestrátites.
			Vencedor: ERATÓSTENES, de Crotona.
		24 jul.	Orfeo, poeta épico de Crotonia en la
		13 jul.	Grecia mayor, es de aquel tiempo;
51		2 jul.	compuso un poema sobre los argo-
	B. 573	20 jul.	nautas.
			Vencedor: AGIS, de Élida.
		9 jul.	Créese que Faiaris se hace tirano de
		28 jul.	Agrigento. gobernando por espacio
52		17 jul.	de 16 años; otros le ponen en el año
	B. 569	5 jul.	de 532.
			Arconte, Aristómenes.
			Anacreonte, poeta lírico, aparece por
			este tiempo.
			Vencedor: AGNON, de Peparetes.
		27 jul.	Se cree que en este año nació el céle-
		16 jul.	bre filósofo Pitágoras (véase á Dod-
53		5 jul.	well).—Principian los juegos nemeos,
	B. 565	23 jul.	que se celebraban en el 2.° y 4.° año
			de las olimpiadas.

OLIMPÍADAS.	AÑOS ANTES DE J. C.	DIAS JUL. EN QUE EMPIEZ. EL A. O.	FASTOS DE LA HISTORIA GRIEGA.
			Vencedor: HIPOSTRATO, de Crotona.
		12 jul.	Muerte de Esopo en Delfos.
54		31 jul.	Arconte, Hipóclides (Prideaux) en 556
		20 jul.	(Larcher).
	B. 561	8 jul.	Hegesistrato-Pisistrato se hace tirano
			de Atenas.
		27 jul.	Vencedor: HIPOSTRATO, por segunda vez.
55		16 jul.	Muerte de Solon á los 79 años.
		5 jul.	Nacimiento del poeta Simonides.
	B. 557	23 jul.	
			Vencedor: FEDRO, de Farsalia.
		12 jul.	Arconte, Eutidemo.—Creso reina en
56		31 jul.	Lidia.—Pisistrato usurpa por segun-
		20 jul.	da vez el poder de Atenas; es derri-
	B. 553	8 jul.	bado en el mismo año, y vive 11 años
			desterrado.
		30 jul.	Vencedor: LADROMO, de Laconia.
57		19 jul.	Aristeo, poeta y filósofo, comienza á
		8 jul.	florecer.
	B. 549	26 jul.	
			Vencedor: DIOGNETES, de Crotona.
		15 jul.	Arconte, Erxiclides. El templo de Delfos
58		3 ag.	queda reducido á cenizas, y el mis-
		23 jul.	mo año Creso es vencido y hecho
	B. 545	11 jul.	prisionero por Ciro, que toma á Sar-
			des: otros ponen este hecho en 542.
			Vencedor: ARQUILOCO, de Corcira.
		30 jul.	Pisistrato se apodera de Atenas por
59		19 jul.	tercera vez, después de un destierro
		8 jul.	de 11 años.
	B. 541	26 jul.	Ferécides, maestro de Pitágoras, vi-
			via por estos tiempos.
			Vencedor: APELEO, de Élida.
		15 jul.	Xenofanes, filósofo, principia á ha-
60		3 ag.	cerse célebre.
		23 jul.	Ciro, rey de los persas, toma á Babi-
	B. 537	11 jul.	lonia.
			Los fócios fundan á Marsella (Petavio).
			Vencedor: AGATARCO, de Corcira.
		2 ag.	Arconte, Alpeo. La primera tragedia
61		22 jul.	representada en Atenas por Tespis.—
		11 jul.	Ciro señorea toda el Asia.
	B. 533	29 jul.	Arconte, Heráclides.
			Vencedor: ERIXIDAS, de Calcis.
		18 jul.	Policrates. se hace tirano en Samos,
62		6 ag.	con sus hermanos Solison y Pan-
		26 jul.	tagnoto.
	B. 529	14 jul.	Muerte de Pisistrato, tirano de Atenas.
			Vencedor: PARMÉNEDOS, de Camarino.
		2 ag.	Hiparco, hijo de Pisistrato, tirano
63		22 jul.	de Atenas; gobierna moderadamente
		11 jul.	y con justicia.
	B. 525	29 jul.	Nacimiento del poeta Esquilo, en 549
			(Petavio).
			Vencedor: EVANDRO, de Tesalia.
		18 jul.	Arconte, Milciades. Muerte de Polícra-
64		6 ag.	tes, tirano de Samos, crucificado por
		26 jul.	órden de Oretes, gobernador de Sa-
	B. 521	14 jul.	mos.
			Vencedor: APOCAS, ó ACOCAS,
			de Tarento.
		5 ag.	
		25 jul.	Nacimiento del poeta Píndaro.
65		14 jul.	Dario, rey de Persia en 521 (Petavio
	B. 517	1 ag.	y otros).
			Vencedor: ISQUINO, de Himera.
		21 jul.	Hiparco, hijo de Pisistrato, tirano de
		9 ag.	Atenas, muere á manos de Harmo-
66		29 jul.	dio y de Aristógiton, después de un
	B. 513	17 jul.	gobierno de 13 años; sucediéndole su
			hermano Hipias.
			Vencedor: FANAS, de Pelena.
		5 ag.	Hipias y los otros pisistrátidas echa-
		25 jul.	dos de Atenas al año cuarto de la
67		14 jul.	muerte de Hiparco.
	B. 509	1 ag.	Arconte, Clístenes.
			Vencedor: ISCOMACO, de Crotona.
		21 jul.	Arconte, Iságoras. Cien mil croto-
		9 ag.	nenses capitaneados por Milon de Croto-
68		29 jul.	na, derrotan á trescientos mil siba-
	B. 505	17 jul.	ritas, y destruyen á Sibaris.

OLIMPÍADAS.	AÑOS ANTES DE J.C.	DIAS JUL. EN QUE EMPIEZ. EL A. O.	FASTOS DE LA HISTORIA GRIEGA.
			Vencedor: Iscomaco, otra vez.
		8 ag.	Arconte, Acestórides. — Heráclito y
69		28 jul.	Parmenides, filósofos, comienzan á
		17 jul.	hacerse célebres.
	B. 501	4 ag.	Los habitantes de la isla de Chipre se insurreccionan contra los persas, y recobran su libertad.
			Vencedor: Nicias ó Nicestas, de Opunto.
		24 jul.	Arconte, Myro.]— Los persas sitian y
70		12 ag.	toman la ciudad de Mileto, avasa-
		1 ag.	llando de nuevo la Jonia y la Caria.
	B. 497	20 jul.	Nacimiento del poeta Sófocles.—Muerte de Pitágoras.
		8 ag.	Vencedor: Tisícrates, de Crotona.
		28 jul.	Arcontes: Hiparco....—Filipo, ó Pitó-
71		17 jul.	crito, segun los mármoles.—Filipo,
	B. 493	4 ag.	ó Lacratides.—Temistocles.
			Vencedor: Tisicrates, otra vez.
		24 jul.	Arcontes: Diogneto.—Hibrilides.—Fe-
72		12 ag.	nipo. Batalla de Maraton, y derrota de
		1 ag.	los persas.—Aristides, desgracia de
	B. 489	20 jul.	Milciades en Paros.
			Vencedor: Astilo, de Crotona.
		11 ag.	Arcontes: Anquises. — Filipo. — Filó-
73		31 jul.	crates (Prideaux), Milciades (segun
		20 jul.	Corsini). — Fedon, Jerjes sucede á
	B. 485	7 ag.	Darío.
			Vencedor: Astilo, de Siracusa.
		27 jul.	Arcontes: Leostrato.—Nicodemo, pros-
74		15 ag.	cripcion de Aristides. —Afepsion.—
		4 ag.	Principio de la guerra de Jerjes con-
	B. 481	23 jul.	tra los griegos.
			Vencedor, Suco, de Siracusa.
		11 ag.	Arcontes: Calliades; batalla de Sala-
75		31 jul.	mina contra los persas.— Xantipo;
		20 jul.	batalla de Platea contra los mismos.
	B. 477	7 ag.	—Timóstenes: los atenienses vuel- ven vencedores á su capital.— Adi- manto.
		27 jul.	Vencedor: Escamandro, de Mitileno.
		15 ag.	Arcontes: Fedon; Pausanias, general
76		4 ag.	de los griegos, toma á Bizancio.—
	B. 473	23 jul.	Dromóclides.—Acestórides.—Menon.
			Vencedor: Dates, ó Dandes, de Argos.
		14 ag.	Arcontes: Caretes; Hieron se apodera
77		3 ag.	tiránicamente del mando en Sira-
		23 jul.	cusa.— Praxiergo; destierro de Te-
	B. 469	10 ag.	mistocles.—Apsefion, ó Demócion.— Fedon; Simon derrota á los persas.
			Vencedor: Parménides, de Poseidon.
		30 jul.	Arcontes: Teagénidas, segun los már-
78		18 ag.	moles, ó Aristides. Lisistrato, Lisa-
		7 ag.	nias, Lisiteo.
	B. 465	26 jul.	Pausanias es condenado á muerte en Lacedemonia por reo de traicion.
		14 ag.	Vencedor: Jenofonte, de Corinto.
		3 ag.	Arcontes: Arquidémides.—Tlepolemo.
79		23 jul.	—Conon.—Evipo, ó Eutipo, segun
	B. 461	10 ag.	los mármoles.
			Vencedor: Torimbas, de Tesalia.
		30 jul.	Arcontes: Frasiclides, Fitocles, Bion,
80		18 ag.	Mnesiteides. Muerte del poeta Esquilo.
		7 ag.	Disputa entre lecedemonios y atenien-
	B. 457	26 jul.	ses, y estos son vencidos por los co- rintios.
			Vencedor: Polimnasto, de Cirena.
		18 jul.	Arcontes: Callias, Sosistrato, Aris-
81		7 jul.	ton, Lisicrates.
		26 jun.	Correrías de atenienses por tierra de
	B. 453	14 jul.	lacedemonios, que se repiten el año siguiente, causandoles mucho daño.
		3 jul.	Vencedor: Lico, de Tesalia.
82		22 jul.	Arcontes: Querófanes. — Antidoto.—
		11 jul.	Eutidemo.—Pedieo.
	B. 449	29 jun.	
			Vencedor: Crison, de Himera.
		18 jul.	Arcontes: Filisco; los de Megara de-
83		7 jul.	jan la alianza de los atenienses.—
		26 jun.	Timarquides.—Calímaco; nacimiento
	B. 445	14 jul.	de Timoteo el milesio.—Lisimáquides.

OLIMPÍADAS.	AÑOS ANTES DE J.C.	DIAS JUL. EN QUE EMPIEZ. EL A. O.	FASTOS DE LA HISTORIA GRIEGA.
			Vencedor: Crison, otra vez.
		3 jul.	Arcontes: Praxiteles; los atenienses
84		22 jul.	envian una colonia para poblar á Si-
		11 jul.	baris. — Lisanias.— Difilo. — Timo-
	B. 441	29 jun.	cles.
			Vencedor: Crison, por tercera vez.
		21 jul.	Arcontes: Miriquides, Glaucides, Teo-
85		10 jul.	daro, Eutimenes.
		29 jun.	Los atenienses sitian á los de Samos,
	B. 437	17 jul.	y se dice que entónces se emplearon las máquinas de guerra.
			Vencedor: Teopompo, de Tesalia.
		6 jul.	Arcontes: Nausímaco ó Lisímaco, An-
86		25 jul.	tilóquides, Caretes, Apseudes.
		14 jul.	A instancias de los corintios, la ciu-
	B. 433	2 jul.	dad de Potidea se rebela contra los atenienses.
			Vencedor: Sofronte, de Ambracia.
		26 jul.	Arcontes: Pitodoro, Eutidemo, Apo-
87 (1)		16 jul.	lodoro, Epameinon.
		5 jul.	Los tebanos sorprenden la ciudad de
	B. 429	23 jul.	Platea.— Principio de la guerra del Peloponeso (Tucidides).
			Vencedor: Simaco, de Mesenia.
		13 jul.	Arcontes: Diotimo, Euclés, Eutide-
88		2 jul.	mo, Estratocles.
		21 jul.	En este año muere Pericles, á los dos
	B. 425	9 jul.	y medio de haber principiado la guer- ra del Peloponeso (Tucidides).
			Vencedor: Simaco, otra vez.
		28 jul.	Arcontes: Isarco, ó Hiparco, Aminias,
89		18 jul.	Alceo, Aristion.
		7 jul.	Los atenienses vencen este año en el
	B. 421	25 jul.	Peloponeso á los de Tebas y á los de Megara.
			Vencedor: Hiperbio, de Siracusa.
		14 jul.	Arcontes: Astifilo, ó Aristofilo; año
90		4 jul.	duodécimo de la guerra del Pelopo-
		23 jul.	neso.— Arquias. — Antifon; año dé-
	B. 417	11 jul.	cimocuarto de la guerra del Pelopo- neso.— Eufemo.
			Vencedor: Exagneto, de Acragantina.
		30 jun.	Arcontes: Aristomnesto; los bizanti-
91		19 jul.	nos van á talar la tierra de Bitinia.—
		9 jul.	Cabrias. — Pisandro, ó Pariandro.—
	B. 413	26 jul.	Cleócrito, ó Clearco; derrota de los atenienses en Siracusa.
			Vencedor: Exagneto, otra vez.
		16 jul.	Arcontes: Callias. — Teopompo; tira-
92		5 jul.	nía de los 400 en Atenas.— Glaucipo;
		24 jul.	Dionisio (el Viejo) se apodera del
	B. 409	13 jul.	mando en Siracusa.— Diocles.
		2 jul.	Vencedor: Eubatos, de Cirena.
93		21 jul.	Arcontes: Euctemon. — Antígenes.—
		10 jul.	Callias; muerte del poeta Sófocles.—
	B. 405	28 jul.	Alexias.
			Vencedor: Crocinas, de Lariso.
		18 jul.	Arcontes: Pitodoro, ó Anacodoro.—
94		7 jul.	Euclides; los treinta tiranos gobier-
		26 jul.	nan en Atenas.— Micion.— Epeneto:
	B. 401	14 jul.	expedicion de Ciro el menor.
		4 jul.	Vencedor: Minos, de Atenas.
		23 jul.	Arcontes: Laques; fíjase en el año 400
95		12 jul.	la muerte de Sócrates el filósofo.—
	B. 397	30 jun.	Aristócrates.— Iticles.— Lisiades.
		19 jul.	Vencedor: Eupolemo, de Elida.
		9 jul.	Arcontes: Formion.— Diofanto; coali-
96		27 jul.	cion de la Grecia contra Lacedemo-
	B. 393	16 jul.	nia.—Eubúlides.—Demóstrato.
			Vencedor: Terineo, de Elida.
		5 jul.	Arcontes: Filocles; los lacedemonios
97		24 jul.	vencidos por los atenienses.—Nicote-
		14 jul.	les.— Demóstrato, ó Demóstenes.—
	B. 389	2 jul.	Antipater.

(1) El ciclo de Menon empieza después del solsticio de verano del año 432; es decir, el 16 de julio juliano, á fines del año 4.º de la olimpiada 86.ª, que, segun la octaetérida, debia concluir el 20 de julio, pero que duró hasta el 25 de dicho mes.

OLIMPÍADAS.	AÑOS ANTES DE J. C.	DIAS JUL. EN QUE EMPIEZ. EL A. O.	FASTOS DE LA HISTORIA GRIEGA.
			Vencedor: Sosipo, de Atenas.
		21 jul.	Arcontes: Afrigion, ó Pirrion, Teodoto, Mistíquides, Dexiteo.
98		10 jul.	
		29 jul.	Paz de los lacedemonios con el rey de
	B. 385	18 jul.	los persas, que ocasiona la conclusion de la guerra entre los primeros y los atenienses.
			Vencedor: Dicon, de Siracusa.
		7 jul.	Arcontes: Diotrefes: se cree que en
		26 jul.	el año 384 nació Aristóteles.—Fanóstrato.—Menandro ó Evandro.—Demófilo.
99		15 jul.	
	B. 381	4 jul.	
			Vencedor: Dionisiodoro, de Tarento.
		23 jul.	Arcontes: Piteas.—Nicon; reinado de
		12 jul.	Mausoleo, rey de Caria.—Nausínico;
100		1 jul.	guerra de beocios y lacedemonios.—
	B. 377	19 jul.	Callias.
			Vencedor: Damon, de Turium.
		9 jul.	Arcontes: Charsander, Hipodamo, So-
		27 jul.	crátides, Astevo, ó Aristevo, ó Ario.
101		17 jul.	Paz general en toda la Grecia por me-
	B. 373	5 jul.	dio del rey de Persia.
			Vencedor: Damon, por segunda vez.
		24 jul.	Arcontes: Alcístenes, Frasiclides, Dis-
		14 jul.	cineto, Lisistrato.
102		3 jul.	Batalla de Leuctres, en que los lacede-
	B. 369	21 jul.	monios son derrotados por los tebanos.
			Vencedor: Pitóstrato, de Atenas.
		10 jul.	Arcontes: Nausigones, Polizelo, Cefi-
		29 jul.	sodoro, Chion.
103		19 jul.	Muerte de Dionisio, el viejo, tirano de
	B. 365	7 jul.	Siracusa: sucédele su hijo Dionisio.
			Vencedor (1): Eubotas, ó Fócides.
		26 jul.	Arcontes: Timócrates, Caricl ides, Mo-
		15 jul.	lon, Nicofemo.
104		5 jul.	Los tebanos, por consejo de Epaminon-
	B. 361	23 jul.	das, aspiran á la preponderancia por mar.
		12 jul.	Vencedor: Poro, de Cirena.
		1 jul.	Arcontes: Calidémides, ó Calímedes.—
105		20 jul.	Eucaristo.—Cefisodoto; los focenses sa-
	B. 357	9 jul.	quean el templo de Delfos. Agatocles.
			Vencedor: Poro, de Malea.
		27 jul.	Arcontes: Elpines ó Elpinices (naci-
		17 jul.	miento de Alejandro Magno); Diotimo,
106		6 jul.	Calipo (ó Calicrates) se apodera de Si-
	B. 353	24 jul.	racusa después de matar á Dion; Eudemo.
			Vencedor: Esmicrinas, de Tarento.
		14 jul.	Arcontes: Aristodemo, Tesalo, Apolo-
		3 jul.	doro, Calímaco.
107		22 jul.	Grandes trastornos en toda la Grecia
	B. 349	10 jul.	durante esta olimpiada.
		29 jul.	Vencedor: Policles, de Cirena.
		19 jul.	Arcontes: Teofilo; muerte de Platon.
108		8 jul.	—Temístocles.—Arquías—Eubulo.
	B. 345	26 jul.	
			Vencedor: Aristóloco, de Atenas.
		15 jul.	Arcontes. Licisco, Fitodoro, Sosígenes,
		5 jul.	Nicomaco.
109		24 jul.	Ocupada Siracusa por dos tiranos á la
	B. 341	12 jul.	vez, Icetas y Dionisio, es libertada por Timoleon, siendo arconte Lisisco.
			Vencedor: Anticles, de Atenas.
		1 jul.	Arcontes: Teofrasto, Lisimáquides, Ca-
		20 jul.	rónidas, Frinico.
110		10 jul.	Filipo gana la batalla de Queronea con-
	B. 337	27 jul.	tra los griegos confederados.
			Vencedor: Cleomantis, de Cleitor.
		17 jul.	Arcontes: Pitodoro; Pausanias mata á
		6 jul.	Filipo, rey de Macedonia.—Eveneto.
111		25 jul.	—Ecfésicles; Alejandro va al Asia con
	B. 333	14 jul.	su ejército.—Nicócrates.
			Vencedor: Grillo, de Calcis.
		3 jul.	Arcontes: Nicerato ó Anicelo; Alejan-
		22 jul.	dro toma á Tyro.—Aristófanes.—Aris-
112 (2)		9 jul.	tofonte; Beso mata á Dario Codomano.
	B. 329	27 jul.	—Cefisofonte.

OLIMPÍADAS.	AÑOS ANTES DE J. C.	DIAS JUL. EN QUE EMPIEZ. EL A. O.	FASTOS DE LA HISTORIA GRIEGA.
			Vencedor: Clitón, de Macedonia.
		17 jul.	Arcontes: Eutícrito, ó Euticrates, Egc-
		6 jul.	mon, Cremes, Anticles.
113		25 jul.	Alejandro persigue á Breso, le prende,
	B. 325	13 jul.	y le da muerte siendo arc. Eutícrito.
		3 jul.	Vencedor: Micinas, de Rodas.
		22 jul.	Arcontes: Agesias; muere Alejandro
114		11 jul.	en Babilonia.—Cefisodoro.—Filocles ó
	B. 321	29 jun.	Diocles.—Apolodoro ó Archipo.
			Vencedor: Damasias, de Amfípolis.
		18 jul.	Arcontes: Neecmo, Apolodoro, Archi-
		8 jul.	po, Demógenes.—Siendo arc. Neemo,
115		27 jul.	Tolomeo, rey de Egipto, sojuzga la
	B. 317	15 jul.	Fenicia y la Siria baja.
			Vencedor: Demóstenes, de Laconia.
		4 jul.	Arcontes: Demóclides, Praxibulo, Ni-
		23 jul.	codoro, Teofrasto
116		13 jul.	Antígono en 310 declara la guerra á
	B. 313	1 jul.	Eumenes, y el año siguiente á Seleuco.
			Vencedor: Parmenon, de Mitileno.
		20 jul.	Arcontes: Polemon, Simónides, Hi-
		9 jul.	cromnemonte, Demetrio Falereo.
117		28 jul.	Antígono en 312 quiere restablecer á
	B. 309	17 jul.	los griegos en su libertad.
			Vencedor: Andrómenes, de Corinto.
		6 jul.	Arcontes: Corinto, Anaxícrates, Core-
		25 jul.	bo ó Jenias, Euxenipo, ó Jenipo.
118		14 jul.	Agatocles, tirano de Siracusa quiere
	B. 305	3 jul.	atacar á los cartagineses año 308.
		22 jul.	Vencedor: Andrómenes, otra vez.
		11 jul.	Arcontes: Fercles.—Leostrato; Deme-
119		30 jun.	trio devuelve la libertad á los ate-
	B. 301	18 jul.	nienses.—Nicocles.—Caliarco.
			Vencedor: Pitágoras, de Magnesia.
		8 jul.	Arcontes: Hegemaco, Euctemon, Em-
		26 jul.	nesidemo, Antífates.
120		16 jul.	Tolomeo se apodera de Siria, y de la
	B. 297	4 jul.	isla de Chipre, año 300.
		23 jul.	Vencedor: Pitágoras, otra vez.
		13 jul.	Arcontes: Nicias.—Nicostrato; Deme-
121		2 jul.	trio ataca á los lacedemonios.—Olim-
	B. 293	20 jul.	plodoro.—Filipo.
			Vencedor: Antigono, de Macedonia.
		9 jul.	Los arcontes de este período se igno-
		28 jul.	ran. Demetrio hace levantar el sitio
122		17 jul.	de Tebas.
	B. 289	6 jul.	Arconte: Filipo; guerra de Demetrio contra los etolios, y contra Pirro, rey de Epiro.
			Vencedor: Antígono, otra vez.
		25 jul.	Arcontes: Difilo; muerte del filósofo
		14 jul.	Teofrastes.—Diocles.
123		3 jul.	Tolomeo nombra sucesor suyo á Tolo-
	B. 285	21 jul.	meo Filadelfo.
			Vencedor: Filomelo, de Farsalia.
		11 jul.	Establecimiento de la república de los
		30 jun.	aqueos.
124		19 jul.	Principio del reino de Pérgamo, en
	B. 281	7 jul.	Asia.
			Vencedor: Ladao, de Acge.
		26 jul.	Arcontes: Gorgias, Anaxícrates, De-
		16 jul.	mocles.
125		5 jul.	Los tarentinos innovan el auxilio de
	B. 277	23 jul.	Pirro contra los romanos, año 280.
			Vencedor: Ideo, ó Nicator, de Cirena.
		12 jul.	Pirro declara la guerra á los cartagi-
		2 jul.	neses.
126		21 jul.	Hieron se apodera del mando absoluto
	B. 273	9 jul.	en Siracusa.
			Pirro envia tropas á Italia.
			Vencedor: Penígenes, de Alejandría.
		28 jul.	Piro ataca á Argos, y muere en una
		17 jul.	calle de un tejazo.
127		7 jul.	Arconte: Pitarato.
	B. 269	25 jul.	Hicron es declarado rey de Siracusa.
		14 jul.	Vencedor: Seleuco, de Macedonia.
		3 jul.	Alejandro, hijo de Pirro, declara la
128		22 jul.	guerra á los macedonios.
	B. 265	11 jul.	

(1) Los eleos no contaban esta olimpiada.
(2) El año calípico principió al fin del año segundo de la olimpiada 112.ª, á 29 de julio juliano del año 330 antes de Jesucristo.

OLIMPIADAS.	AÑOS ANTES DE J.C.	DIAS JUL. EN QUE EMPIEZ. EL A. O.	FASTOS DE LA HISTORIA GRIEGA.
			Vencedor: FILINO, de Cos.
		30 jun.	Arconte: Diógenes; á este hacen referencia las fechas de los mármoles de
129		19 jul.	
		8 jul.	Paros.—Muerte de Lenon de Citia, jefe
	B. 261	26 jul.	de la escuela estóica.
			Beroso publica su historia de los caldeos.
			Vencedor: FILINO, otra vez.
		16 jul.	Arconte: Arrénides; Aníbal (el viejo),
130		5 jul.	es vencido en un combate naval por
		24 jul.	Duilio.
	B. 257	12 jul.	La Córcega y la Cerdeña invadidas por los romanos.
			Vencedor: AMMONIO, de Alejandría.
		2 jul.	Antígono, rey de Macedonia, restablece
131		20 jul.	en su libertad á los atenienses.
		9 jul.	Régulo cae prisionero en poder de los
	B. 253	27 jul.	cartagineses.
			Vencedor: JENÓFANES, de Etolia.
		17 jul.	Asdrúbal, general de los cartagineses
132		6 jul.	es vencido por Metelo, que triunfa el
		25 jul.	primero en esta guerra púnica empe-
	B. 249	13 jul.	zada hace catorce años.
		3 jul.	Vencedor: SIMILO, de Neápolis.
		22 jul.	Tolomeo Filadelfo ajusta la paz con
133		11 jul.	Antíoco Deo, rey de Siria. Muere To-
	B. 245	29 jun.	lomeo el año siguiente.
			Vencedor: ALCIDAS, de Laconia.
		18 jul.	Arato, jefe de los aqueos, se apodera de
134		8 jul.	la ciudadela de Corinto.
		27 jul.	Paz en que termina la primera guerra
	B. 241	15 jul.	púnica, el año 241
		4 jul.	Vencedor: ERATON, de Etolia.
135		23 jul.	Amílcar deja el mando de las tropas
		13 jul.	cartaginesas.
	B. 237	1 jul.	Hieron, rey de Sicilia, va á Roma.
			Vencedor: PITOCLES, de Siciona.
		20 jul.	Amílcar somete una parte de la España. Habia venido el año anterior con
136		9 jul.	
		28 jul.	su hijo Aníbal (241), que no tenia mas
	B. 233	17 jul.	que nueve años.
			Vencedor: MENESTEO, de Bárculo.
		6 jul.	Los atenienses se levantan, y por me-
137		25 jul.	dio de Arato recobran la libertad.
		14 jul.	Los romanos atacan los pueblos de la
	B. 229	3 jul.	Iliria.
		22 jul.	Vencedor: DEMETRIO, de Alejandría.
138		11 jul.	Asdrúbal, yerno de Amílcar, acaudilla
		30 jun.	por espacio de ocho años las tropas
	B. 225	18 jul.	cartaginesas en España.
			Vencedor: JÓLAIDAS, de Argos.
		8 jul.	La república de los aqueos se defiende
139		26 jul.	con sus propias fuerzas contra los lace-
		16 jul.	demonios. Muerte de Tolomeo Ever-
	B. 221	4 jul.	getes, rey de Egipto; sucédele en el trono su hijo Tolomeo Filopator, en el año 221.
			Vencedor: ZOPIRO, de Siracusa.
		23 jul.	Muere Asdrúbal á manos de un galo,
140		13 jul.	ocho años después de mandar en Es-
		2 jul.	paña las tropas de Cartago. El célebre
	B. 217	20 jul.	Aníbal le sucede. Segunda guerra púnica, año 218.
			Vencedor: DOROTEO, de Rodas.
		9 jul.	Antíoco socorre á Atalo rey de Pérga-
141		28 jul.	mo.—Batalla de Canas, en el año 216.
		17 jul.	El rey Hieron muere á los noventa años,
	B. 213	6 jul.	en Sicilia. Su nieto Hierónimo reina en su lugar.
		25 jul.	Vencedor: Crates, de Alejandría.
142		14 jul	Antíoco derrota á Tolomeo Filopator,
		3 jul.	y se apodera de Judea.
	B. 209	21 jul.	
			Vencedor, HERACLITO, de Samos.
		11 jul.	Atalo, rey de Pérgamo, y Sulpicio,
143		30 jun.	pretor de los romanos, prestan auxi-
		19 jul.	lio á los etolios contra Filipo, rey de
	B. 205	7 jul.	Macedonia.
		26 jul.	Vencedor: HERACLIDES, de Salamina.
		16 jul.	Muere Tolomeo Filopator, rey de Egipto,
144		5 jul.	y declara rey á su hijo Epífanes, que
	B. 201	23 jul.	solo contaba cuatro meses de edad.

OLIMPIADAS.	AÑOS ANTES DE J.C.	DIAS JUL. EN QUE EMPIEZ. EL A. O.	FASTOS DE LA HISTORIA GRIEGA.
		12 jul.	Vencedor: PIRRIAS, de Etolia.
145		2 jul.	Ajustada la paz con los cartagineses,
		21 jul.	emprenden los romanos la guerra
	B. 197	9 jul.	contra Filipo rey de Macedonia.
			Vencedor: MICION, de Beocia.
		28 jul.	Tito Quincio da, de parte de los roma-
146		17 jul.	nos, la libertad á los griegos.
		7 jul.	Nabis, tirano de Lacedemonia, envia
	B. 193	25 jul.	embajadores á Roma para obtener la paz.
		14 jul.	Vencedor: AGEMACO, de Cízico.
147		3 jul.	Los etolios, pueblos marítimos de la
		22 jul.	Acaya, empiezan á agitarse contra los
	B. 189	11 jul.	romanos.
			Vencedor: AGESILAO, de Megalópolis.
		30 jul.	Filopemen, general de los aqueos,
148		19 jul.	obliga á los lacedemonios al derribo
		8 jul.	de sus murallas; deroga las leyes de
	B. 185	26 jul.	Licurgo, y somete Lacedemonia á los aqueos.
			Vencedor: HIPOSTRATO, de Seleucia.
		16 jul.	Los romanos mandan diputados á Fi-
149		5 jul.	lipo, rey de Macedonia, para quejarse
		24 jul.	de su conducta cruel y tiránica. Aní-
	B. 181	12 jul.	bal se envenena en Bitinia.
			Vencedor: ONESICRITO, de Salamina.
		2 jul.	Demetrio, hijo segundo de Filipo, rey
150		20 jul.	de Macedonia, muere envenenado.—
		9 jul.	La república de los aqueos empieza á
	B. 177	27 jul.	decaer.
		17 jul.	Vencedor: TIMELO, de Aspende.
151		6 jul.	Seleuco Filopator, rey de Siria, muere
		25 jul.	dejando por sucesor á Antíoco Epífa-
	B. 173	13 jul.	nes.
			Vencedor: DEMÓCRITO, de Megara.
		3 jul.	Perseo, rey de Macedonia se prepara
152		22 jul.	para hacer la guerra á los romanos.
		11 jul.	Los desterrados de Lacedemonia vuel-
	B. 169	29 jun.	ven á su patria.
			Vencedor: ARISTANDER, de Lesbos.
		18 jul.	Perseo, rey de Macedonia, y Gencio,
153		8 jul.	rey de Iliria, son vencidos por los ro-
		27 jul.	manos en Pydna.
	B. 165	15 jul.	Polibio, el historiador, es conducido á Roma prisionero: era natural de Megalópolis, en la Arcadia.
			Vencedor: LEÓNIDAS, de Rodas.
		4 jul.	Antíoco Epífanes deja por su heredero
154		23 jul.	á su hijo Antíoco Eupator que era
		13 jul.	muy jóven todavía, y los romanos
	B. 161	1 jul.	aseguran su derecho á la corona.
		20 jul.	Vencedor: LEÓNIDAS, otra vez.
155		9 jul.	Eumenes, rey de Pérgamo manda a
		28 jul.	Roma á su hermano Atalo por com-
	B. 157	17 jul.	placer á la república.
		6 jul.	Vencedor: LEÓNIDAS, por tercera vez.
156		25 jul.	Los romanos declaran la guerra á los
		14 jul.	pueblos de la Dalmacia, y los vencen.
	B. 153	3 jul.	
			Vencedor: LEÓNIDAS, por cuarta vez.
		22 jul.	Los romanos envian embajadores á
157		11 jul.	Africa para concertar la paz entre los
		30 jun.	cartagineses y Masinisa. — Tercera
	B 149	18 jul.	guerra púnica, año 149.
			Vencedor: ORTON, de Siracusa.
		8 jul.	Andrisco, usurpador de Macedonia,
158		26 jul.	queda vencido.
		16 jul.	Los romanos obligan á los aqueos á
	B. 145	4 jul.	romper la confederacion.
			Vencedor: ALCIMO, de Cízico.
		23 jul.	Demetrio, rey de Siria, quiere, fal-
159		13 jul.	tando á su promesa, obligar á los
		2 jul.	judíos, quienes le habian prestado
	B. 141	20 jul.	grandes servicios, á pagarle tributo.
			Vencedor: DIODORO, o ANODOCO, de Siciona.
		9 jul.	Antíoco Sidetes va á Siria á fines de
160		28 jul.	este año, y reina en ella después de
		17 jul.	casar con Cleopatra, mujer de su
	B. 137	6 jul.	hermano Demetrio Nicator.

OLIMPÍADAS.	AÑOS ANTES DE J. C.	DIAS JUL. EN QUE EMPIEZ. EL A. O.	FASTOS DD LA HISTORIA GRIEGA.
			Vencedor: ANTIPATER, de Epiro.
		27 jul.	Simon, gran sacerdote de los judíos,
		14 jul.	muere á manos de Tolomeo su yerno.
161		3 jul.	Atalo al morir da sus estados á los
	B. 133	21 jul.	romanos, año 133.
			Vencedor: DAMON, de Delfos.
		11 jul.	La guerra de los esclavos concluye en
		30 jun.	Sicilia.
162		19 jul.	Aristónico, hijo natural de Atalo,
	B. 129	7 jul.	rey de Pérgamo, vence al cónsul Licinio Craso.
			Vencedor: TIMOTEO, de Tralles.
		26 jul.	El filósofo Carniades muere á la edad
		16 jul.	de mas de 85 años.
163		5 jul.	Aristónico es muerto en su prision, en
	B. 125	23 jul.	Roma, por órden del senado.
			Vencedor: BEOTO, de Siciona.
		12 jul.	Muerte de Mitridates Evergetes, rey
		2 jul.	del Ponto y de la Armenia menor, en
164		21 jul.	el año 121: era el padre del gran Mi-
	B. 121	9 jul.	tridates, que sostuvo guerra con los romanos por espacio de 40 años.
			Vencedor: ACUSILAO, de Cirena.
		28 jul.	Antíoco Gripo, rey de Siria, obliga á
		17 jul.	su madre Cleopatra á tomarse el ve-
165		7 jul.	neno que la misma habia preparado
	B. 117	25 jul.	para él en el año 117.
			Vencedor: CRISÓGONO, de Nicea.
		14 jul.	Batalla de Antíoco de Cízico contra An-
		3 jul.	tíoco Gripo, queriendo ambos el tro-
166		22 jul.	no de Siria.
	B. 113	11 jul.	El cónsul Carbon derrota á los cimbrios.
			Vencedor: CRISÓGONO, otra vez.
		30 jun.	El ejército romano es enteramente der-
		19 jul.	rotado por los tracios.
167		8 jul.	Metelo vence por dos veces á Yugurta
	B. 109	26 jul.	en Africa.
		16 jul.	Vencedor: NICOMACO, de Filadelfia.
		5 jul.	Yugurta cae prisionero en manos de
168		24 jul.	Sila (106), y dos años después en Ro-
	B. 105	12 jul.	ma le dan la muerte.
		2 jul.	Vencedor: NICODEMO, de Lacedemonia.
		20 jul.	Los ascalonitas alcanzan el poderse
169		9 jul.	gobernar por sus propias leyes.
	B. 101	27 jul.	
			Vencedor: SIMMIAS, de Seleucia.
		17 jul.	Los lusitanos son sojuzgados por Do-
		6 jul.	labella.
170		25 jul.	Guerra de los romanos en España con
	B. 97	13 jul.	buen éxito.
			Vencedor: PARMENISCO, de Corcira.
		3 jul.	Muerte de Tolemeo Appion, rey de Ci-
		22 jul.	rena: lega sus estados al pueblo ro-
171		11 jul.	mano.
	B. 93	29 jun.	Ariobárzanes, rey de Capadocia, es restablecido por Sila en sus estados.
			Vencedor: EUDAMO, de Cós.
		18 jul.	Mitridates se apodera de la Capadocia.
		8 jul.	Ariobárzanes es nombrado rey de Ca-
172		27 jul.	padocia.
	B. 89	15 jul.	Es expulsado del reino por Tigranes. Mitridates forma alianza con Tigranes.
			Vencedor: PARMENISCO, otra vez.
		4 jul.	Mitridates hace matar á los romanos
		23 jul.	de toda el Asia.
173		13 jul.	Cinna y Mario son dueños de Roma.
	B. 85	1 jul.	Emnaskires comienza á reinar sobre los partos.
			Vencedor: (desconocido).
		20 jul.	Guerra de Carbon y Cinna contra Sila.
		9 jul.	La Siria, asolada por las guerras ci-
174		28 jul.	viles, abandona á Seleuco, y aclama
	B. 81	17 jul.	por rey á Tigranes. Guerra entre Sila y Sertorio.
			Vencedor: EPENETO, de Argos, entre
		6 jul.	los niños, pues los niños combatie-
		25 jul.	ron en esta olimpiada.
175		14 jul.	Sila muere tranquilo en su lecho á
	B. 77	3 jul.	los 70 años, en el 77.

OLIMPÍADAS.	AÑOS ANTES DE J. C.	DIAS JUL. EN QUE EMPIEZ. EL A. O.	FASTOS DE LA HISTORIA GRIEGA.
			Vencedor: DION, de Ciparisa.
		22 jul.	Muerte de Nicomedes, rey de Bitinia,
		11 jul.	que hace donacion de sus estados al
176		30 jun.	pueblo romano.
	B. 73	18 jul.	La isla de Creta y la Cilicia reducidas á provincias romanas.
		8 jul.	Vencedor: HEGATOMNO, de Mileto.
		26 jul.	La guerra de los esclavos concluye con
177		16 jul.	la muerte de Espartaco su jefe.
	B. 69	4 jul.	Muerte de Sinatrokes, rey de los partos.
			Vencedor: DIOCLES, de Hipepene.
		23 jul.	Los piratas quedan enteramente des-
		13 jul.	baratados por Pompeyo.
178		2 jul.	Pompeyo devuelve el reino de Capado-
	B. 65	20 jul.	cia á Ariobárzanes, y el de Armenia á Tigranes.
		9 jul.	Vencedor: ANDREAS, de Lacedemonia.
		28 jul.	La era de Filadelfia empieza este año.
179		17 jul.	Principio de la era de Gaza.
	B. 61	6 jul.	
			Vencedor: ANDRÓMACO, de Ambracia.
		25 jul.	Arconte: Herodes. — Triunvirato de
		14 jul.	Pompeyo, Craso y César.
180		3 jul.	Los helvecios vencidos por César.
	B. 57	21 jul.	Los belgas y nervianos vencidos por César.
			Vencedor: LAMACO, de Tauromenium.
		11 jul.	Los venetas domeñados por César.
		30 jun.	Los germanos vencidos por César.
181		19 jul.	Los bretones sometidos por el mismo.
	B. 53	7 jul.	Craso vencido por los partos.
			Vencedor: ANTESTION, de Argos.
		26 jul.	Los galos sojuzgados por César.
		16 jul.	Casio defiende la Siria contra los par-
182		5 jul.	tos.
	B. 49	23 jul.	Época de los ciromacedonios, el 24 de setiembre.
			Vencedor: TEODORO, de Mesenia.
		12 jul.	Batalla de Farsalia.—La biblioteca de
		2 jul.	Alejandría es incendiada.
183		21 jul.	Alejandría tomada de nuevo por César.
	B. 45	9 jul.	Guerra en África contra Juba. César erigido en dictador perpétuo. Primer año juliano.
			Vencedor: TEODORO, otra vez.
		28 jul.	César es asesinado el 15 de marzo en
		17 jul.	el senado.
184		7 jul.	Principio del triunvirato de Octavio,
	B. 41	25 jul.	Antonio y Lépido; y batalla de Filipa contra Casio y Bruto, matadores de César.
			Vencedor: ARISTON, de Thurium.
		14 jul.	Octavio y Antonio se reparten el im-
		3 jul.	perio de Roma.
185		22 jul.	La era de España comienza este año 38
	B. 37	11 jul.	antes de Jesucristo.
		30 jun.	Vencedor: ESCAMANDER, de Alejandría.
		19 jul.	Arquelao es creado rey de Capadocia.
186		8 jul.	Antonio sojuzga toda la Armenia.
	B. 33	26 jul.	
			Vencedor: SOPATER, de Argos.
		16 jul.	Guerra de Octavio contra Antonio y
		5 jul.	Cleopatra.
187		24 jul.	Batalla naval de Accium en la que An-
	B. 29	12 jul.	tonio queda vencido. Muerte de Antonio y Cleopatra. Juba, el jóven, es coronado rey de Mauritania.
		2 jul.	Vencedor: (desconocido).
		20 jul.	El senado dá á Octavio el nombre de
188		9 jul.	Augusto.
	B. 25	27 jul.	Los cántabros y asturianos sometidos.
		17 jul.	Vencedor: ASCLEPÍADES, de Sidonia.
		6 jul.	Augusto es proclamado por el senado
189		25 jul.	tribuno perpétuo del pueblo romano.
	B. 21	13 jul.	Augusto pasa á Grecia.
			Vencedor: AUFIDIO, de Patras.
		3 jul.	Los partos devuelven á Augusto las
		22 jul.	águilas romanas, y los Indos for-
190		11 jul.	man alianza con este monarca.
	B. 17	29 jun.	Augusto instituye en Roma los juegos seculares, año 17.

Olimpíadas.	Años antes de J. C.	Dias jul. en que empiez. el A. O.	FASTOS DE LA HISTORIA GRIEGA.
			Vencedor: Diodoto, de Tianes.
		18 jul.	Augusto envia á Agripa á Siria.
191		8 jul.	Augusto restablece la paz en las Galias.
		27 jul.	Agripa va al Ponto y al Bósforo.
	B. 13	15 jul.	Augusto es revestido de la dignidad de gran sacerdote.—Agripa vuelve á Roma.
			Vencedor Diófanes de Eolia.
		4 jul.	Muerte de Agripa.
192		23 jul.	Los dalmacios y panonios son vencidos por Tiberio.
		13 jul.	
	B. 9	1 jul.	Herodes funda á Sebasta en honor de Augusto.
			Druso acomete á los catos y á los querusco.
			Vencedor: Artemídoro, de Tiatira.
		20 jul.	Muerte de Mecenas. Augusto va á las
193		9 jul.	Galias.
		28 jul.	Tiberio triunfa de los germanos.
	B. 5	17 jul.	Augusto da á Tiberio la potestad de tribuno por cinco años.
		6 jul.	Vencedor: Damarato, de Efeso.
194		25 jul.	Muerte de Herodes (1).
		14 jul.	Cayo César va al oriente.
	B. 1	3 jul.	Guerra de Armenia.

Nota.—Para reducir los años de olimpíadas á octaetéridas, basta saber que hasta la 86 cada dos olimpíadas forman una octaetérida. Cuando hay mas de un arconte, el primero pertenece al primer año de la olimpíada, el que sigue al segundo, y asi sucesivamente. Lo mismo decimos de los hechos que se refieren por órden de arcontados.

REPÚBLICA DE ATENAS, Y REINO DE MACEDONIA.

Atenas, al principio llamada Cecropia con motivo de Cecrops, su primer rey, fué en su orígen una pobre aldea, y no tuvo el nombre de Atenas hasta que el tercero de sus reyes la hubo consagrado á Minerva, que en griego se llama «Atena». Doce distritos, compuestos de setenta y cuatro familias cada uno, tenian su correspondiente magistrado, y reuniéndose para sus negocios comunes, resolvian en junta general sus diferencias. Hé aquí los nombres de los reyes que los gobernaron:

1582. Cecrops, que condujo de Saís, su patria, en el bajo Egipto, una colonia al Ático, en donde se estableció por los años 1582 antes de Jesu-Cristo. Con dulzura, y fuerza á un mismo tiempo, fué dominando el país cuya poblacion aumentó. Con el objeto de asegurar la obediencia de sus súbditos, construyó una ciudadela llamada Cecropia, y les dió las leyes que trajo de Egipto. Á él se atribuye la institucion de ese tribunal tan conocido con el nombre de Areopago, famoso por la imparcialidad de sus fallos. Débese tambien á Cecrops la cultura del olivo en la Ática, y el arte de extraer el aceite. Trás de un reinado de cincuenta años le sucedió:

1532. Cranao, en cuyo reinado se fija el diluvio de Deucalion, que por ficciones de los poetas se nos presenta asaz análogo al de Noé. Entre las muchas hijas que tuvo Cranao, brillaba Atis, la que dió su nombre á la Ática, y casó con Amfiction que quitó el trono á su suegro (1523), y á quien se ha confundido no pocas veces con otro Amfiction que reinaba al mismo tiempo en los Termópilas, y el cual con ánimo de reunir los diferentes estados de Grecia con un vínculo comun, estableció en el año 1521 una confederacion entre doce ciudades griegas, cuyos diputados iban dos veces al año á los Termópilas para deliberar sobre los intereses generales. De este modo cimentaba la union entre las ciudades griegas, haciendo que tuviesen sus moradores una misma religion, primer elemento de toda civilizacion. Esa junta, llamada por el nombre del que la estableció «consejo de los amfictiones», llegó á ser célebre por la integridad de los individuos que la componian. Cada ciudad de la confederacion mandaba al consejo dos diputados, que debian ser ante todo hombres sin tacha.

1511. Amfiction (el de Atenas) recibió la pena del talion por parte de «Erictonio,» el que le derribó del trono, como habia derribado él á su suegro. Se supone que Erictonio acuñó el primero moneda en Atenas.

Pandion, sucesor de Erictonio, tuvo dos hijas; Progne que casó con Tereo, rey de Tracia, y Filomela, á las cuales han transformado los poetas en ruiseñor la una y otra en golondrina, aludiendo á sus aventuras.

Erecteo, hijo mayor de Pandion, le sucedió en el trono, cuentan que cuando él reinaba, Ceres, que iba recorriendo la tierra á fin de hallar á su hija que le arrebató un príncipe llamado Pluton, llegó á Egipto, enseñando allí el arte de sembrar el trigo y de amasar el pan.

Lico (1), hijo segundo de Pandion, fué el sucesor de Erecteo. Mas, no bien se hubo sentado en el trono, fué echado de él por Egeo, su tercer hermano que se puso en su lugar. (Herodoto, lib I.). Minos, rey de Creta, para vengar la muerte de su hijo Andrógeo, obligó á Egeo (1295) á darle todos los años en forma de tributo, catorce jóvenes, siete de cada sexo, para sacrificarlas á su crueldad. Egeo tenia en su mujer Etra, hija de Piteo, rey de Trezeno, un hijo llamado Teseo, el cual la vez tercera que debia pagarse tan horrible tributo, pidió y obtuvo formar parte de él. Al llegar á Creta fué encerrado en un laberinto, dentro del cual tuvo que luchar con uno de de los hijos de Minos, fuerte como un toro, y por lo mismo convertido por los poetas en un mónstruo mitad hombre y mitad toro, y al que llamaron Minotauro. Vencido y muerto por Teseo, este se escapó del laberinto por medio de un hilo que le dió Ariadna, hija de Minos. Llevó consigo á su bienhechora, la cual fué luego su amante; pero, al llegar á la isla de Naxos, la abandonó; distinguióse mas adelante Teseo con otras proezas que le valieron mucha fama. Piritoo, hijo de Ixion, sabedor de sus valerosos hechos, le quitó un rebaño con el ánimo de obligarle á pelear con él. Persiguióle Teseo en efecto, vinieron á las manos, y el resultado del combate fué que, apreciando cada uno el mérito y pujanza del otro, se hicieron amigos, prometiendo no separarse mas. Al saber Teseo que los centauros, gentes que vivian al pié del monte Pelio, trataban de quitar á su nuevo amigo su mujer Hipodamia, vuela á su socorro. Tan diestros eran aquellos hombres en el manejo de los caballos, que fueron representados por los poetas como medio hombres y medio caballos. Atribúyense á Teseo varias instituciones; entre otras la de los juegos ístmicos, celebrados en el istmo de Corinto en honor de Neptuno. Habiendo hecho Teseo un viaje al Epiro, fué preso por Aidoneo, rey de los molosos. Durante su ausencia, Emnesteo se apoderó del trono de Atenas, con ayuda de Castor y Pólux. Recobró Teseo su libertad, pero, se retiró á la isla de Esciros, en la que se dice que perdió la vida despeñado por el rey Licomedes.

(1) En el tomo 21 de las Memorias de la Academia de Inscripciones página 278 y siguientes, se hallará un extenso trabajo en que el sabio Freret prueba que la muerte de Herodes aconteció durante el año 4 antes de la era vulgar, y antes del 25 de noviembre de aquel año.

(1) La crónica de Paros, Eusebio y Sincelle, á quienes siguieron Simson, Petavio, Larcher, etc. ponen á Cecrops II y á Pandion II en lugar de Lico, entre Erecteo y Egeo.

1230. Menesteo se hizo acatar por rey de Atenas á la fuerza; solo que supo borrar la mancha de la usurpacion con la sabiduría de su mando. Á los doce ó trece años de reinado (1218), marchó con los príncipes griegos coaligados al sitio de Troya, en donde se distinguió por su valor. Terminada la expedicion, regresó á su reino y murió dos años después.

1206. Demofoonte, hijo de Teseo y de Fedra, subió al trono de Atenas, después de muerto Menesteo. Fué amado por Filis, hija de Licurgo, rey de los daulios, ó de Siton, rey de Tracia. Él era el jefe de la fuerza enviada por los atenienses al sitio de Troya. Á la vuelta de Troya, tuvo parte en el establecimiento del famoso tribunal de los Efetes, compuesto de cincuenta jueces de Atenas y cincuenta de Argos, reducido mas adelante á solos cincuenta y uno, atenienses todos. Ese tribunal conocia de las muertes hechas involuntariamente, y de las premeditadas. Se dice que el reino de Domofoonte duró treinta y tres años (1173), sucediéndole en el trono su hijo Oxintes. Muerto este, después de reinar doce años (1161), apoderóse del trono un tal Afidas, y no le poseyó mas que un año.

1160. Timaetes, hijo de Oxintes, tuvo el trono por derecho hereditario, muerto ó expulsado Afidas. Á propósito de ciertas diferencias que mediaron entre él y Xanto, rey de Beocia, convinieron ambos pueblos en que terminasen las disputas con un duelo entre sus reyes. No atreviéndose Timaetes á medir sus armas con Xanto, hizo publicar que cederia la corona al que combatiese por él. Presentóse Melanto, nieto de Nestor, venció al rey de Beocia, y obtuvo la corona de Atenas en premio de su valor. Perseguidos los jonios por los heráclidas, encontraron asilo en los estados de Melanto. Murió este príncipe á los treinta y siete años de reinado (1123), sucediéndole Codro, que tuvo una larga y sangrienta guerra con los lacedemonios. Como la victoria andaba siempre incierta entre ambas partes, Codro hizo consultar el oráculo para saber el éxito final de la guerra, y se le respondió que alcanzarian plena victoria aquellos cuyo rey muriese en la refriega. Entonces Codro, sacrificándose por sus súbditos, se fué disfrazado de leñador al campamento de los lacedemonios, y provocando á un soldado é hiriéndole, consigue hacerse matar peleando contra muchos (1095).

No esperando los atenienses que pudiesen hallar un sucesor digno de Codro, decidieron, trás de pensarlo por espacio de un año entero, el abolir el trono, sustituyéndole arcontes ó primeros magistrados que al principio fuéron perpétuos ó vitalicios, con autoridad subordinada á la del pueblo en lo político, en lo criminal á la del arcopago, y en lo civil á la del pritaneo, tribunal compuesto de cincuenta jueces, que tenia sus sesiones junto al palacio que fué de sus reyes en un sitio llamado Tolus. Este tribunal es el mismo que el de los Efetes.

Arcontes perpétuos. — 1094. Medon, hijo mayor de Codro, fué elegido arconte, á pesar de la oposicion de su hermano Neleo, que pretendia debia serle preferido porque Medon era cojo. Duró su gobierno veinte años. Tenia á su lado ocho funcionarios que le servian, ó mejor, que servian á la república, y eran los siguientes; el polemarca ó comandante general del ejército, seis tesmotetes ó conservadores de las leyes, y el patriarcca ó gran sacerdote, nombrado el rey Basileo.

No viniendo Neleo y sus demás hermanos en someterse al gobierno de Medon, salieron de Atenas, y asociándose con tebanos y jonios, pasaron al Asia menor, en donde fundaron doce ciudades; á saber, Éfeso, Mileto, Priena, Colofon, Myo, Teos, Lebedos, Clazomena, Eritrea, Focea, Chio y Samos, estas dos últimas en las islas del mismo nombre.

Los sucesores de Medon en el cargo de arcontes perpétuos fueron: Acasto, Archipo, Tersipo, Forbas, Megalles, Diognetes, Ferecles, Arifronte, Tespieo, Agamestor, Esquilo, Alcmeon, cuyo gobierno colectivo, junto con el de Medon, forma una série de 340 años.

Arcontes decenales. — 754. Los atenienses, por ambicion unos, y otros por ligereza, redujeron el arcontado vitalicio á la duracion de diez años, dejándole sin embargo con todas sus prerogativas. Esta magistratura no duró así mas que setenta años, y los nombres de los arcontes decenales son Carops, Esímedes, Clídico, Hipomenes, Leocrates, Apsandro, Erixias.

El arcontado de diez años pareció todavía sobrado largo á los atenienses, y á fin de satisfacer á todos los que se juzgaban con méritos para aspirar á esta dignidad, se limitó á la duracion de solo un año. Lo mismo sucedió con los ocho oficiales ó ministros del arcontado de quienes hemos hablado mas arriba. Entraban y salian con el arconte. Hé aquí los nombres que no han caido en el olvido: (1)

Advertencia. La primera coluna de las cifras que se ven á continuacion, denota las «Olimpíadas,» la segunda los «Años de las mismas,» la tercera los «Años antes de J. C.» y la cuarta los «Arcontes.»

24	1	684	Cleon.
»	2	683	Tlesias.
»	3	682	Lisias.
27	1	672	Leostrato.
»	3	670	Pisistrato.
»	4	669	Antostenes.
29	2	663	Arquimedes.
30	3	658	Milciades.
33	4	645	Dropilo.
35	2	639	Damasias I.
36	3	634	Epenetes.
39	1	624	Dracon.
41	2	615	Henioquido.
42	1	612	Magacles.
45	1	600	Aristocles.
»	2	599	Critias.
»	3	598	Filombroto.
46	3	594	Solon.
»	4	593	Drópides.
47	2	591	Eúcrates.
»	3	590	Simon.
48	1	588	Filipo.
49	3	582	Damasias II.
51	1	576	Arquestratides
52	4	569	Aristómenes.
53	3	566	Hipóclides.
55	1	560	Comias.
»	2	559	Hegestrato.
56	1	556	Eutidemo.
58	1	548	Erxíclides.
61	1	536	Alceo.
62	1	532	Heráclides.
64	2	523	Milciades.
68	1	508	Iságoras.
69	1	504	Acestórides.
70	1	500	Myro.
71	1	496	Hiparco.
»	2	495	Filipo.
»	3	494	Pitócrito.
»	4	493	Temistocles.
72	1	492	Diognetes.
»	2	491	Atlibrilides.
»	3	490	Fenipo.
»	4	489	Aristides.
73	1	488	Anquises.
»	3	486	Milciades.
»	4	485	Policrato.
74	1	484	Leostrato.
»	2	483	Nicodemo.
»	4	481	Afepsion.
75	1	480	Callias.
75	2	479	Xantipo.
»	3	478	Timóstenes.
»	4	477	Adimanto.
76	1	476	Fedon.
»	2	475	Dromoclides.
»	3	474	Acestórides.
»	4	473	Menon.
77	1	472	Cares.
»	2	471	Praxiergo.
»	3	470	Demosion.
»	4	469	Apsefion.
78	1	468	Teagénides.
»	2	467	Lisistrato.
»	3	466	Lisanias.
»	4	465	Lisiteo.
79	1	464	Arquidémides.
»	2	463	Trepoleno.
»	3	462	Conon.
»	4	461	Eutipo ó Esipo.
80	1	460	Frasiclides.
»	2	459	Filocles.
»	3	458	Bion.
»	4	457	Emnesiteides.
81	1	456	Callias.
»	2	455	Sosistrato.
»	3	454	Ariston.
»	4	453	Lisícrato.
82	1	452	Cherefanes.
»	2	451	Antidoto.
»	3	450	Eutidemo.
»	4	449	Pedieo.
83	1	448	Filico.
»	2	447	Timarquides.
»	3	446	Calimaco.
»	4	445	Lisimaquides.
84	1	444	Praxiteles.
»	2	443	Lisanias.
»	3	442	Difilo.
»	4	441	Timocles.
85	1	440	Mirichides.
»	2	439	Glaucis.
»	3	438	Teodoro.
»	4	437	Eutimeno.
86	1	436	Nausimaco.
»	2	435	Antiloquides.
»	3	434	Cares.
»	4	433	Apseudes.
87	1	432	Pitodoro.
»	2	431	Eutidemo.
»	3	430	Apolodoro.
»	4	429	Epaminon.

(1) Véase la tabla cronológica, é Historia de Herodoto, t. 7.°

88	1	428	Diotimo.	106	3	354	Diotimo.
»	2	427	Euclides.	»	4	353	Eudemo.
»	3	426	Escitodoro	107	1	352	Aristodemo.
»	4	425	Estratocles.	»	2	351	Tesalo.
89	1	424	Isarco.	»	3	350	Apolodoro.
»	2	423	Aminias.	»	4	349	Calimaco.
»	3	422	Alceo.	108	1	348	Teófilo.
»	4	421	Ariston.	»	2	347	Temistocles.
90	1	420	Aristófilo.	»	3	346	Arquias.
»	2	419	Arquias.	»	4	345	Eubulo.
»	3	418	Antifon.	109	1	344	Licisco.
»	4	417	Eufemo.	»	2	343	Pitodoto.
91	1	416	Aristomnestes	»	3	342	Sosigenes.
»	2	415	Cabrias.	»	4	341	Nicomaco.
»	3	414	Pisandro.	110	1	340	Teofrasto.
»	4	413	Cleócrito.	»	2	339	Lisimaquides.
92	1	412	Callias.	»	3	338	Carondas.
»	2	411	Teopompo.	»	4	337	Frinico.
»	3	410	Glaucipo.	111	1	336	Pitodoro.
»	4	409	Diocles.	»	2	335	Evaneto.
93	1	408	Euctemon.	»	3	334	Ectesicles.
»	2	407	Antigenes.	»	4	333	Nicocrates.
»	3	406	Callias.	112	1	332	Nicerato.
»	4	405	Alexias.	»	2	331	Aristófanes.
94	1	404	Pitodoro.	»	3	330	Aristofon.
»	2	403	Euclides.	»	4	329	Cefisofon.
»	3	402	Micion.	113	1	328	Euticrito.
»	4	401	Exenetes.	»	2	327	Egemon.
95	1	400	Laches.	»	3	326	Cremes.
»	2	399	Aristócrates.	»	4	325	Anticles.
»	3	398	Iticles.	114	1	324	Hegesias.
»	4	397	Lisiades.	»	2	323	Cefisodoro.
96	1	396	Formion.	»	3	322	Filocles.
»	2	395	Diofanto.	»	4	321	Arquipo
»	3	394	Eubulides.	115	1	320	Neecmo.
»	4	393	Demostrato.	»	2	319	Apolodoro.
97	1	392	Filocles.	»	3	318	Archipo.
»	2	391	Nicoteles.	»	4	317	Demógenes.
»	3	390	Demostrato.	116	1	316	Demóclides.
»	4	389	Antipater.	»	2	315	Praxíbulo.
98	1	388	Pirrio.	»	3	314	Nicodoro.
»	2	387	Teodoto.	»	4	313	Teofrasto.
»	3	386	Mistiquides.	117	1	312	Tolemon.
»	4	385	Dexiteo.	»	2	311	Simónides.
99	1	384	Diotrefo.	»	3	310	Hieromnemon.
»	2	383	Facóstrates.	»	4	309	Demetrio Faler
»	3	382	Evandro.	118	1	308	Carino.
»	4	381	Demófilo.	»	2	307	Anaxícrates.
100	1	380	Piteas.	»	3	306	Corebo.
»	2	379	Nicon.	»	4	305	Euxenipo.
»	3	378	Nausinico.	119	1	304	Ferecles.
»	4	377	Callias.	»	2	303	Leostrato.
101	1	376	Carisandro.	»	3	302	Nicocles.
»	2	375	Hipodamo.	»	4	301	Caliarco
»	3	374	Socratides.	120	1	300	Hegemaco.
»	4	373	Asteyo.	»	2	299	Euctemon.
102	1	372	Alcistenes.	»	3	298	Emnesidemo.
»	2	371	Frasiclides.	»	4	297	Antifates.
»	3	370	Disniceto.	121	1	296	Nicias.
»	4	369	Lisistrato.	»	2	295	Nicostrato.
103	1	368	Nausigenes.	»	3	294	Olimpiadoro.
»	2	367	Polizelo.	»	4	293	Filipo.
»	3	366	Cefisodoro.	122	3	290	Filipo.
»	4	365	Chion.	123	1	288	Difilo.
104	1	364	Timócrates.	»	2	287	Diocles.
»	2	363	Cariclides.	125	1	280	Gorgias.
»	3	362	Molon.	»	2	279	Anaxícrato.
»	4	361	Nicofemo.	»	3	278	Demoeles.
105	1	360	Calimedes.	127	2	271	Pitarato.
»	2	359	Eucaristo.	129	1	264	Diognetes.
»	3	358	Cefisodoto.	130	1	260	Arrénido.
»	4	357	Agatocles.	160	1	140	Antiteo.
106	1	356	Elpines.	180	1	60	Herodes.
»	2	355	Calistrato.				

Cuando establecieron la anualidad de los arcontes, aun carecian los atenienses de un cuerpo de leyes que asegurara su reposo y fuese guía de sus actos. En el año segundo de la olimpíada 39.ª pidieron una legislacion escrita para sustituirla á la consuetud, siempre asaz incierta, con que hasta entónces se rigieron. Á Dracon, que se hallaba en dicho año á la cabeza del gobierno, se encargó la formacion de un código, siendo al parecer el mas digno de semejante trabajo por su integridad y su instruccion. Pero, muy mal correspondió á las esperanzas que en él se habian fundado. Sus leyes, que formulaban la pena de muerte contra las faltas mas leves, igualmente que contra los mayores crímenes, asustaron á los atenienses, diciendo que en vez de tinta se habian escrito con sangre. Tal fué el odio que entre sus conciudadanos le grangeó su obra, que tuvo que expatriarse, retirándose á la isla de Egina, y no volviendo mas á Atenas.

Desechado el código de Dracon, volvieron los atenienses á sus leyes consuetudinarias; pero, habia entre ellos uno de esos ingenios privilegiados que nacen para ilustrar su siglo y reformarle. Era Solon, á quien se tuvo luego por el segundo de los siete sabios de Grecia. Sediento de los conocimientos que necesita un filósofo y un hombre de estado, recorrió toda la Grecia para adquirirlos. A la vuelta encontró á su patria sumergida en la discordia. Pedian unos un gobierno asistocrático, otros le querian democrático. Amagaba la guerra civil con motivo de esa division de ánimos, cuando se levantó un clamor unánime para nombrar arconte á Solon, y erigirle en legislador soberano de la república. Bien hubiera podido aceptar el título de rey que le ofrecieron, pero se negó á ello, temiendo los extravíos á que suele dar lugar el poder de un hombre poco coartado en sus acciones. Comenzó el ejercicio de su cargo aboliendo solemnemente las leyes de Dracon, exceptuando la concerniente al asesinato. Las exigencias de los acreedores habian sido la causa principal de la efervescencia popular; Solon disminuyó la carga que pesaba sobre el pobre y aun dicen que le dió por enteramente libre de sus deudas. Luego procedió á una nueva division del pueblo, repartiéndole en cuatro tribus, compuestas las tres primeras de ciudadanos acomodados á quienes reservó el derecho de aspirar á los cargos públicos. Los pobres que formaban el mayor número, quedaron en la cuarta tribu, y tuvieron el derecho de discutir con los ricos en las juntas nacionales. A fin de desterrar de la república á los ociosos, encargó al areopago, cuyas prerogativas aumentó, la presentacion de informes en que constara el modo de vivir de cada ciudadano. Tambien se ocupó en el tribunal del pritaneo, fijando en cuatrocientos el número de jueces. Trás de esto vinieron sus leyes consideradas por la posteridad como el mas bello monumento de Atenas. Para que su ejecucion correspondiese al espíritu de rectitud que las inspiró, pidió permiso para viajar diez años, con pretexto de comercio; pero en realidad, para ponerse á cubierto de importunos que fueron á pedirle interpretaciones favorables á sus miras. Recorrido el Egipto, se fué, segun dicen, á la corte de Creso, rey de Lidia, celebrado entónces por sus victorias y sus riquezas. Hecha por aquel monarca ostentacion de su opulencia, creyó haberle dejado muy sorprendido y deslumbrado, pero Solon trató de darle á entender que nada era mas fatal y perecedero que esa felicidad de que se jactaba Creso. Renovándose durante la ausencia de Solon, las divisiones que perturbaran antes la república, un ambicioso, que tenia todas las calidades de jefe de partido, aspiró á la autoridad suprema; era Pisistrato, descendiente de Codro. Reunia con lo ilustre de la cuna una elocuencia seductora, y maneras que le conquistaban las voluntades. Habia dado relevantes pruebas de habilidad y de valor cuando los atenienses recobraron la isla de Salamina que les habian arrebatado los megarienses. Pero, lo que realzaba su mérito á la vista de sus conciudadanos, era el mucho celo que afectaba para mantener la igualdad entre sus conciudadanos. No obstante, debajo de todas estas apariencias Solon echó de ver impetuosas tendencias hácia la tiranía, y dió á los atenienses la voz de alerta. Al verse descubierto, Pisistrato se valió de un ardid que le salió bien. Habiéndose abierto algu-

nas leves heridas en todo el cuerpo, se hizo trasladar así ensangrentado á la plaza mayor, diciendo á voces que su celo por el bien de la patria le habia costado aquellas heridas, esperándole traidoramente sus enemigos en una emboscada. Conmovido el pueblo con aquella escena, y con las palabras del herido y de sus paniaguados, dió cincuenta guardias al impostor, cuyo número aumentó él en breve, hasta que se halló en estado de apoderarse de la ciudadela (560), como así lo efectuó. Visto por Licurgo, Megacles, y todos los de la familia de Alcmeon, que no les era posible resistir al usurpador, salieron de Atenas abandonando á Solon, único que tuvo bastante firmeza para dirigir su voz al pueblo engañado; pero en vano. Pisistrato no empleó con él la violencia, y trató de hacerle su partidario. Á fin de paliar la usurpacion, procuraba que se observasen las leyes establecidas por el mismo Solon; mas este, sintiendo que no le era posible restablecer en su patria el uso de sus libertades, se ausentó de ella. Varios fuéron los príncipes que le brindaron con su hospitalidad; Solon dió la preferencia á Creso (559). Disgustado con el lujo de la corte de Creso, se despidió de él, y se fué á la del rey de Chipre, muriendo allí á la edad de ochenta años.

Licurgo y Megacles no cesaban desde su retiro de trabajar para derribar al opresor de la libertad pública, y consiguieron finalmente que fuese expulsado de Atenas; mas fué por poco tiempo. Divididos ambos por la ambicion que les devoraba, Pisistrato supo ganar á Megacles pidiéndole por esposa á su hija que le fué concedida. Poco después, para seducir al pueblo, hizo subir en un magnífico carro á una mujer desconocida, llamada Fia, de sorprendente hermosura. Iba vestida de diosa y precedíanla heraldos que gritaban por las calles al pueblo: «Atenienses, recibid á Pisistrato, tan honrado por Minerva que ella misma va á conducirle á la ciudadela.» (Herodoto lib. I, Diógenes Laercio en su «Vita Solonis» Plutarco). El pueblo ateniense cayó en el lazo, llamó á Pisistrato y le confió de nuevo las riendas del gobierno. Pero enemistóse con su suegro Megacles, y se formó contra él una nueva tempestad que le forzó á salir otra vez de Atenas, retirándose á Exetria, en la isla de Eubea (544). Once años duró su destierro, trás de los cuales volvió á entrar en la Ática, triunfante con su familia (533). Libre entonces de enemigos, consagróse del todo á la prosperidad de la república. Viendo la ciudad de Atenas llena de habitantes inútiles, hizo salir al campo una buena parte, pues muchas tierras estaban baldías por falta de brazos. Por sus disposiciones, los que en la guerra quedaban imposibilitados para el trabajo, fuéron mantenidos á espensas del Estado, y decentemente educados los hijos de los que morian en defensa de la patria. Pisistrato fué protector de las letras, é hizo construir un edificio para una biblioteca pública. Antes de él los poemas de Homero andaban sueltos y sin órden; Pisistrato los reunió, haciéndolos corregir y regularizar del modo que han llegado hasta nosotros. Finalmente, sin la ambicion, fuera asaz digno de elogio. Murió tranquilamente después de gobernar treinta y tres años (528) dejando tres hijos, de quienes vamos á hablar.

Hiparco é Hippias sucedieron á su padre Pisistrato en el gobierno de Atenas, sin que dieran intervencion en él á su hermano Tesalo. Hiparco fomentó las ciencias y las artes, siendo los poetas Anacreonte y Simónides, junto con otros literatos, el ornamento de su corte. Una pasion infame por un jóven ateniense muy hermoso, ocasionó su pérdida. Irritado por los justos desprecios que recibiera de Harmodio, quiso vengarse en su hermana, insultándola, á propósito de una ceremonia en que debió ofrecer flores á Minerva. Tenia Harmodio un amigo de mas edad que él, llamado Aristógiton. Juntos conspiraron para derribar al tirano. El dia destinado para la ejecucion, rodearon con sus demás amigos á Hiparco, como para hacerle la corte, y en un momento se echaron todos encima de él, matándole en medio de sus guardias (513), los cuales al ver que no habian podido defenderle, se precipitaron sobre Harmodio, sacrificándole en el acto. Hippias, quedó revestido de la autoridad soberana; mandó prender á Aristógiton, y puesto á la cuestion de tormento, descubrió sus cómplices, y fuéron castigados con un rigor que hasta se extendió á muchos inocentes. Desde entónces desmintió el concepto de humano de que gozaba, transformándose pronto en odio con motivo de sus crueldades el afecto que le profesaban los atenienses. Muchos tuvieron que fugarse, refugiándose en Peonia, al lado de los alcmeónidas, quienes echaban de menos á Atenas, de la que les desterró Pisistrato. Entónces todos se concertaron para volver á su patria. Los alemeónidas eran muy ricos, y habian reedificado el templo de Delfos, señalando buenas dotaciones para sus sacerdotes. De este modo tuvieron en su favor á la Pitonisa, y esta, á cuantos lacedemonios iban á consultarla, les exhortaba á libertar á Atenas. La voz oracular produjo al fin su efecto. Persuadidos los lacedemonios enviaron contra los pisistrátidas un ejército mandado por Arquínodes, reforzado con un cuerpo de caballería tesaliana. Hippias mandó á sus tropas que saliesen al encuentro á los lacedemonios, cuyo general fué muerto en la batalla. Enojado con este contratiempo Cleomenes, uno de los dos reyes de Esparta, sale personalmente á la cabeza de un ejército hácia Atenas, y se apoderó de muchos niños de las principales familias á quienes habian hecho salir de la ciudad para que estuviesen mas seguros. Formalizado el sitio de Atenas, temiendo los habitantes por las vidas de los niños que tenia en su poder el rey Eumenes, se levantaron contra los pisistrátidas, y estos tuvieron que salir de la Ática (509) (Pausanias. lib. IX).

No bien comenzaban los atenienses á gozar de las ventajas de la libertad, viéronse amenazados por nuevos síntomas de esclavitud, con motivo de la ambicion de dos ciudadanos poderosos, que querian hacerse con la direccion de los negocios como Pisistrato y los suyos. El uno era Clistenes, de la familia de los alcmeónidas, é Iságoras el otro, tambien de una casa distinguida. Prevaleció el primero, y principió el ejercicio de su poder por un cambio en las tribus de Atenas, formando diez en vez de cuatro. Entónces Iságoras invocó el auxilio de Cleomenes, el cual hizo intimar á Clistenes la órden de salir inmediatamente de Atenas, amenazándole con sus armas si se denegaba á obedecer. Clistenes no contaba con fuerzas para resistir, y se retiró. Tenia muchos amigos; é Iságoras, secundado por el rey de Esparta, obligó á la expatriacion á setecientas familias. Poco le duró el triunfo. Creyendo el pueblo que iban á esclavizarle, se levantó. Iságoras, y su protector el rey de Esparta, tuvieron que salir de Atenas á las veinte y cuatro horas. Animados los atenienses llamaron á las setecientas familias expulsadas por Iságoras. Hippias se habia retirado á Sigeo, en la Tróyada; y, trabajando con actividad para un levantamiento de las ciudades griegas contra Atenas, logró que Lacedemonia entrase en sus ideas. Las otras no le siguieron, y entónces se dirigió á Artafernes, sobrino del rey Darío y gobernador de Sardes. Sabidos por los atenienses estos planes, mandaron diputados á Sardes por si lograban destruir las ma-

quinaciones de Hippias. Pero el gobernador les dijo, que no debian contar los atenienses con la paz, sino restablecian á Hippias en el mando, condicion que fué unánimente rechazada. El rey de Persia fué del mismo parecer que Artafernes, no mirando con muy buenos ojos á los atenienses por haberle, no hacia mucho, reducido casi á cenizas la ciudad de Sardes.

Sin embargo, el incendio habia sido puramente casual. Sardes estaba construida en gran parte con cañas. Prendióse fuego á una casa en que estaba alojado un soldado ateniense, y propagándose las llamas devoraron la ciudad. Atribuyéndolo Dario á premeditacion, juró vengarse, y para que no olvidara el juramento, mandó á uno de sus servidores que cada dia al sentarse á la mesa le dijese: «Señor, acordaos de los atenienses». Sin embargo, estos se habian retirado después del incendio de Sardes, sin pensar en la guerra que les estaba amenazando. Hechos los preparativos para la guerra de Grecia, Dario dió el mando del ejército á Dates, que era medo, agregándole Artafernes é Hippias. Sometidas por este ejército las islas del Helesponto que se habian rebelado, entró en la Ática, y trescientos mil hombres acamparon en el llano de Maraton, á tres leguas de Atenas. No pasaba de diez mil el número de hombres opuesto á este ejército por los atenienses, á cuya cabeza se hallaban diez jefes, entre los cuales el mas distinguido era Milcíades, de suerte, que, reconociendo los demás su superioridad, le tomaron por caudillo. Puesta en órden la gente de Milcíades al pié de una montaña, hizo este cubrir sus costados con grandes troncos de árboles, al objeto de inutilizar la caballería de los persas, en la que consistia principalmente su fuerza. Recio y empeñado fué el combate. Los persas desbarataron el centro del enemigo; pero, replegándose hácia él las dos alas se hicieron tales esfuerzos por parte de los atenienses, que alcanzaron una victoria mas verdadera que verosímil (Corn. Nepos. en la vida de Milcíades). Hippias murió en esta batalla que fué el 6 de boedromion (29 de setiembre), libertando á los atenienses de un enemigo implacable.

Alcanzada por Milcíades de sus conciudadanos una confianza ilimitada por tan señalada victoria, obtuvo sin dificultad una armada de setenta buques que pidió para otra expedicion que no decia á dónde se habia de dirigir, bien que de ella dejaba entrever grandes resultados. Iba destinada á Paros, á la que queria castigar por los socorros que habia dado á los persas. No logró la conquista de Paros, bien que sometió varias poblaciones, y fué acusado á la vuelta, en una asamblea del pueblo, por Xantipo, padre de Pericles, de haberse dejado corromper por el dinero de los persas. En poco estuvo que no fuera condenado al BARATRO, sima espantosa del Ática en la que se arrojaba á las mayores criminales. Solo á fuerza de súplicas consiguieron sus amigos la conmutacion de la pena de muerte en una multa de cincuenta talentos, equivalentes á los gastos de la guerra. Como Milcíades se hallaba insolvente, le pusieron preso, no obstante una herida de gravedad recibida delante de Paros, la que le ocasionó por fin la muerte en su misma prision. Á fin de alcanzar el permiso necesario para darle sepultura, su hijo Cimon se obligó al pago de los cincuenta talentos, bien que no hubiera de verse jamás en estado de cumplir con su palabra.

Mucho sintió Dario la derrota de su ejército, pero no perdió la esperanza de vengarla. Tres años enteros estuvo preparándose para ir personalmente al Ática con todas sus fuerzas. Así que iba á partir supo que los egipcios se le habian rebelado. Esto le obligó á dividir el ejército en dos partes, una para ir á Egipto y otra á Atenas con él. En esto murió (486).

Jerjes, hijo y sucesor de Dario, siguió sus proyectos contra la Grecia y el Egipto, el cual, reducido ya á la obediencia al segundo año de reinar, le dejó luego libre para pensar exclusivamente en la Grecia, resuelto á vengar las pérdidas que causara á su padre. En un consejo que reunió para tratar de su empresa, su tio Artaban le manifestó cuán ar.iesgada era. Pero, sus observaciones, bien que de varon competente, fueron inútiles. Queda decidida la guerra contra la Grecia. Para impedir el auxilio que pudieran dar á la madre patria las colonias griegas de Italia y de Sicilia, Jerjes entra en alianza con los cartagineses, ricos ya y poderosos, y en el tratado, estos se obligan á hacer la guerra á las colonias. Por fin, emprende la marcha en el año quinto de su reinado (481) y llega á Sardes, punto de reunion general para su ejército de tierra. Luego envia á los griegos sus reyes de armas intimándoles que le cedan la tierra y el agua; conviene á saber, segun el estilo persa, que le reconozcan por señor. Divididos los griegos entre sí, solo Atenas y Lacedemonia desprecian los dichos de sus reyes de armas, preparándose para resistirle. Las dos ciudades convienen en que Temístocles sea generalísimo de su ejército. Era el mas ilustre ciudadano de Atenas cuyo arconte habia sido hacia diez años. Entre tanto, pasado ya el Helesponto, el rey de Persia cubria con sus bajeles las aguas que bañan las costas de Grecia. Mientras que el ejército terrestre del monarca, prodigiosamente numeroso, se esparce por la Grecia, saquea la Fócida, é incendia á Atenas abandonada de sus habitantes: la armada ateniense, mandada por Temístocles, va á colocarse cerca de Artemisio, en el estrecho de Euripo, en donde se le reunen otros buques de los estados confederados. Suscítanse entónces disputas entre lacedemonios y atenienses acerca del mando en jefe de las fuerzas de mar. Parecia que Temístocles podia creerse con mas derecho que otro alguno al ejercicio de esta dignidad, pero, en obsequio á la buena union la cede al lacedemonio Euribíades. Jerjes, va en la primavera á visitar su armada (480), y da la órden de atacar la griega, no obstante las observaciones de Artemisa, reina de Caria (1) que tenia su flota con la de Jerjes y preveia un mal resultado. Jerjes, que habia colocado su trono en una altura para ser espectador de la batalla, presenció la completa victoria que alcanzaron en Salamina los griegos el 20 de boedromion (23 de setiembre) 480 antes de Jesucristo. Vió á Artemisa seguir en la fuga á los persas después de portarse como verdadera heroina en la batalla, y en aquella ocasion dijo que los hombres se habian convertido en mujeres, y aquellas en hombres (véase los reyes de Persia). Jerjes volvió á atravesar el Helesponto en una barca, dejando á su cuñado Mardonio con un ejército de trescientos mil hombres para que continuase la guerra. Pero, después de dirigirse Mardonio á varios puntos al objeto de buscar súbditos griegos para su rey, y siempre en vano, pasa con su ejército á Beocia (479) en la primavera siguiente. Allí encuentra el ejército de los griegos mandado por Pausanias, rey de Esparta, y Arístides, general ateniense. A ciento veinte mil se elevaba el número de los soldados griegos, de suerte que era muy inferior al del enemigo. En Platea llegaron á las manos, y Mardonio

(1) No era la mujer de Mausoleo. Antes de la batalla Euribiades se enojó con Temistocles, discutiendo, y le amenazó. Dá, pero escucha, le dijo el ateniense. Fué escuchado y triunfó la Grecia.



GRANDEZAS DE LA ANTIGUA GRECIA:

TEMPLO DE JÚPITER EN LA ISLA DE EGINA.

pereció en la lid con doscientos sesenta mil de los suyos, huyendo Artabazo con cuarenta mil; pero fué la persecucion tan activa, que apenas se libraron cuatro mil del hierro de los vencedores. En el mismo dia, 3 de boedromion, correspondiente al 25 de setiembre, la armada griega mandada por Leotíquides, jefe espartano, y por Xantipo, ateniense, gana á los persas, cerca de Micala, promontorio del Asia menor, otra batalla no menos importante, pues que les apresaron ó quemaron todos los buques (Herodoto lib. IX).

Vencidos los persas, viejos, mujeres y niños de Atenas que se habian refugiado en Trezena y Salamina, acudieron á las ruínas de su querida ciudad, y comenzaron á edificar nuevamente. Los lacedemonios les enviaron una diputacion con el objeto de disuadirles de la reconstruccion de la ciudad; pero los atenienses trabajaron entónces con mas brio, y Temístocles fué á Lacedemonia encargando antes á los suyos la mayor actividad en la continuacion de su obra. Allí estuvo negociando con los eforos, y no salió de Lacedemonia que no estuviese levantada otra vez parte de la ciudad, bien que decia sin cesar que la edificacion se habia interrumpido. Á la vuelta, ocupóse en otra empresa, principiada ya cuando fué arconte (478). Era la construccion del puerto, llamado el Pireo, á treinta y cinco ó cuarenta estadios de Atenas (sobre una legua). Tres vastos fondeaderos y un buen muelle le hicieron uno de los puertos mas hermosos y seguros. Atenas tenia ya el puerto de Falero, cercano al Pireo, mas tarde tuvo todavía el de Muniquia.

El gran mérito de Temístocles y el influjo que este le daba, habian de suscitarle no pocos enemigos. Tantas fuéron las intrigas y las declamaciones, que lograron su proscripcion por medio del ostracismo (471). Retiróse á Argos, y persiguiéndole tambien allí la envidia, pasó á la corte de su enemigo Admetes, rey de los molosos, en el Epiro. Admetes estaba ausente, y á la vuelta encuentra á su hijo, niño todavía, en brazos de Temístocles sentado al hogar entre sus dioses lares. Conmovido por aquella escena, le da un abrazo, y le promete su proteccion. Pero, sabedor de que los atenienses, excitados por los lacedemonios, trataban de arrancarle á la fuerza de su asilo, resolvió el proscrito refugiarse en la corte del rey de Persia. Contento con tener á su lado al mas grande hombre de Grecia, el rey Artajerjes le recibe con benevolencia, haciéndole un donativo de doscientos talentos, cantidad que habia ofrecido el rey al que le trajera su cabeza. Entónces Temístocles llegó á ser el favorito del rey de Persia, que le regaló tres poblaciones importantes del Asia menor, á saber, Magnesia, Lampsaco, y Mios ó Mione. Escogió la primera para su residencia. Diez años hacia que estaba en Magnesia, cuando murió en la cama de enfermedad, dice Tucídides, autor contemporáneo, bien que de veneno, segun dicen algunos, añade el mismo historiador, por no querer cumplir con la promesa que hiciera al rey de guerrear contra su patria.

La ambicion de Temístocles le habia hecho rival de Arístides, el mas virtuoso de los atenienses, y no inferior á él en pericia militar, segun lo acreditara en Maraton, Platea y Salamina, siendo igualmente apto para estar á la cabeza del gobierno civil. Á fuerza de intrigas habia logrado Temístocles la proscripcion de Arístides por sufragio público. Cuentan que en la junta popular en que se hacia la votacion, un hombre del pueblo se dirigió al mismo Arístides para que le escribiese un voto contrario á él. «¿Le conoceis? preguntó Arístides; nó, se le respondió, pero estoy fastidiado con tanto oirle llamar EL JUSTO.» Arístides escribió sin inmutarse el voto cual se le pedia, y se lo entregó. La pena del ostracismo se aplicaba por diez años; pero era tan sentida su ausencia, que fué llamado antes del tiempo prescrito. Segun Plutarco, en la vida de Arístides, murió este en el segundo año de la olimpíada 78 (cuatrocientos sesenta años antes de J.-C.), cuatro años después del destierro de Temístocles, dejando tan pobre á su familia que tuvieron que enterrarle á expensas de la república.

Entre los atenienses jóvenes que trató Arístides de formar con sus lecciones, ya para la guerra, ya para la administracion civil, el que mas se distinguió fué Cimon, hijo de Milcíades, heredero de sus altas cualidades y de su pobreza, presentándose espontáneamente en la prision por no serle posible pagar los cincuenta talentos de que salió garante para que le dieran el cuerpo de su padre. Un ciudadano rico, llamado Callias, pagó por Cimon, desposándose con su hermana Elpinice. Puesto Cimon en libertad, dió brillantes pruebas de valor en las batallas de Salamina y de Micala. Creciéndole el ánimo con los triunfos, formó el designio de echar del todo á los persas de las ciudades de orígen griego. Durante dos años estuvo organizando una flota de doscientos buques; y equipada que la tuvo, se dió á la vela para las costas de Jonia, en las cuales se le reunió otra armada aliada. Logró apoderarse de casi todas las poblaciones marítimas del Asia menor. Sabe Cimon, en medio de sus conquistas, que la armada persa, una tercera parte mas numerosa que la suya, se hallaba en la embocadura del rio Eurimedon, y se dirige hácia ella; la ataca (470), y toma mas de cien embarcaciones, refugiándose los restos de la armada persa en los puertos de la isla de Chipre. Luego de acabada la batalla, Cimon desembarca su gente, y cubierto todavía de sudor y de sangre, ataca al ejército persa acampado á orillas del mar, y alcanza en un mismo dia dos victorias comparables con las de Salamina y de Platea. Las riquezas que le valieron sus expediciones las empleó Cimon en hermosear á Atenas con monumentos públicos, y en socorrer á los pobres.

Iba formándose entretanto en Atenas para Cimon un rival que trataba de quitarle el prestigio de que gozaba, poseyendo todas las cualidades necesarias para lograrlo. Era Pericles, ciudadano de ilustre alcurnia, formado por dos maestros muy aventajados, Zenon de Elea y Anaxágoras. Con sus lecciones, igualmente que con las de los mejores capitanes de su tiempo, llegó á ser gran orador, político profundo, y esclarecido guerrero. Al presentarse en escena, trató de captarse el lauro popular, declarándose su partidario en sus diferencias con la grandeza. Conociendo la pasion del pueblo por juegos y espectáculos, cuidó de halagarle por este lado, cosa para él fácil, pues se lo permitian sus caudales. Tan elocuente era, que se decia tenia en los labios á la diosa de la persuacion con todas sus gracias.

No agradándole el gran prestigio de que gozaba el areópago, trató de amenazarle, é hizo decretar por el pueblo que no conociese de las causas graves. Cimon debia inspirarle celos, y consiguió su ostracismo (460). Comenzaba entónces á agitarse entre atenienses y lacedemonios el espíritu de discordia, que no tardó en propagarse por la Grecia entera. Vióse luchar á Corinto con Megara, á Micena con Argos. Renovando la isla de Egina sus antiguas querellas con Atenas, empeñóse en una larga guerra con esta república, teniendo por fin que sucumbir y aguantar su dominacion. En medio de esos disturbios, Cimon sale del lugar de su destierro para ir á ayudar á los ate-

nienses formados en batalla (457) cerca de Tanagra, con objeto de defender á sus aliados los focenses contra los dorios, á quienes sostenian los lacedemonios. Pero, por no fiar en él sus conciudadanos, tiene que retirarse, después de amonestar á su tribu que procure sostener en la accion la gloria de la patria. Á las pocas horas, sabe que los atenienses, cobardemente abandonados por la caballería tesaliana, han sido derrotados, pereciendo todos hasta el último. Pero dos meses después, los atenienses repararon la derrota en una batalla memorable contra los lacedemonios que permanecieran en Tanagra, saliendo así victoriosos sin auxilio de aliados. Mirónides, general de los vencedores, sacia su venganza destruyendo la ciudad de Tanagra, en castigo de su afecto al enemigo. Tolmides (456), jefe de la armada ateniense, obtuvo un resultado igualmente brillante contra la de Lacemonia, la que fué incendiada en el puerto de sitio, y dirigiéndose después hácia Corinto, derrotó á los Sicionios. Dándose desde allí á la vela para el mar jónico, se apoderó de las islas de Zacinto y de Cefalonia, y luego, volviendo á pasar por la Beocia, hizo todavía otras conquistas. Además entró Pericles en el golfo de Corinto con quinientos buques, y nada mas que mil hombres, sometiendo la Lócrida y la Acarnania (Diodoro, lib. xi).

Cimon seguia en el destierro. Á Pericles, agente principal de su desgracia, se le antojó ponerla término al cabo de cinco años con un decreto redactado por él mismo. El primer fruto de su vuelta á la patria fué la reconciliacion de Atenas con Lacedemonia, negociando un tratado de paz por cinco años (450). Conocedor del carácter de los atenienses, enemigos de estar quietos, les persuade que declaren la guerra á la Persia; y embarcándose con una flota de doscientos buques, se dirige á la isla de Chipre. Pero Amirteo, sucesor de Inaro, rey de Egipto, al saber su designio, le pidió y obtuvo una escuadra de setenta buques para defender su tierra contra los persas. Atacando luego la isla con el resto de sus naves, tuvo que habérselas con Artabazo y Megabises, generales persas, de los cuales el primero mandaba una armada de trescientas embarcaciones en las costas de Fenicia, hallándose el otro en Cilicia á la cabeza de trescientos mil hombres. Cimon desembarca en la isla, y toma á Citio y á Malon, dos plazas fuertes. Artabazo y Megabises iban á toda prisa en socorro de la isla de Chripre. Cimon les sale al encuentro á toda vela, echa á pique gran número de barcos, y dispersa los demás, persiguiéndolos hasta las aguas de la Fenicia. Á la vuelta toma tierra en Cilicia, en donde derrota el ejército de Megabises (Tucídides, lib. i: Diodoro, lib. xii). Al estar otra vez en Chipre, ocupa sus tropas victoriosas en el sitio de Salamina, la plaza mas fuerte de la isla, y la rinde.

449. Debilitado Artajerjes por una guerra de cincuenta años, trató de alcanzar por fin la paz á toda costa, encargando la negociacion con los atenienses á sus dos generales Artabazo y Megabises. Las condiciones fueron: 1.ª, que todas las ciudades griegas, sitas en el Asia, serian libres de gobernarse segun mejor entendiesen; 2.ª, que ningun buque de guerra persa entraria en las aguas que se extienden desde el Ponto Euxino hasta las costas de la Pamfilia; 3.ª, que los persas no podrian aproximarse á esas costas á menor distancia que la de tres jornadas; 4.ª y por fin, que los atenienses, por su parte, no atacarian ningun punto de los dominios persas. Tales fueron las condiciones, dice Bartelemy, que impuso una ciudad de Grecia al imperio mas poderoso de la tierra.

Así que se concluia este tratado, Cimon acabó sus dias, encargando á sus oficiales que ocultasen su muerte y se fuésen á Atenas con la flota (449). Fué generalmente sentida su pérdida por sus altas cualidades morales, civiles y militares, sin que le ensoberbeciera su gloria. Siempre modesto en medio de sus mayores triunfos, á ningun compatricio suyo trataba de humillar. Lo que adquiria en la guerra gastábalo en liberalidades. La muerte de este gran ciudadano dejó libre en su vuelo la ambicion de Pericles, el cual no cesaba de divertir al pueblo con fiestas, arrostrando el odio de los enemigos del gobierno popular, á quienes no consideraba capaces de detener en su carrera. Mas le dejó burlado su confianza excesiva; pues sus enemigos le opusieron á Tucídides, cuñado de Cimon, y diferente del historiador tan conocido con este nombre. No tenia á la verdad Tucídides las altas dotes de Pericles para la guerra; pero aventajábale en el arte de manejar las voluntades de las juntas populares. Á fin de eclipsar á su rival, trató Pericles de ostentar aun mas magnificencia en los espectáculos que daba al pueblo. Con todo, conociendo que todo aquello era harto pasagero, trató de ilustrarse con monumentos duraderos. Hizo construir teatros, templos y otros edificios públicos; llegando entónces la escultura, la arquitectura y la pintura al mayor grado de perfeccion. El tiempo ha conservado los restos preciosos de un templo de Minerva, llamado Partenon, que se considera como el monumento antiguo mas bello del mundo. Pericles se ocupó igualmente en el progreso de las letras.

Sin embargo, á tal punto llegó la rivalidad entre él y Tucídides, que era preciso que uno de los dos sucumbiese. Fué Pericles mas poderoso, y Tucídides tuvo que resignarse al ostracismo. Entónces no hubo ya quien se atreviera á atacar de frente á Pericles. Pero, la envidia no respetó á los sabios con los cuales solia platicar en las horas en que no le tenian ocupado los negocios del estado. El mas distinguido y el mas querido de Pericles era su maestro Anaxágoras. Acusaron de ateismo á ese filósofo, porque tenia acerca del Ser supremo ideas diferentes de las del vulgo. Á pesar del celo con que le defendia Pericles, tuvo que salir de Atenas para libertarse del furor de sus enemigos. La célebre Aspasia, de Mileto, que supo enamorar á Pericles con su talento y sus gracias, tambien fué tachada de impía por los detractores del grande hombre. Atacáronla en sus sátiras los poetas cómicos; y su amante, que con el tiempo fué su esposo, hubo de emplear toda su habilidad para librarla del último suplicio que la envidia la estaba preparando.

El templo de Delfos, tan celebrado por los oráculos de Apolo, y por los dones que este le valia, estaba de tiempo inmemorial bajo la direccion de los pueblos de la Fócida, en cuyo territorio se hallaba situado. Antojóse á los lacedemonios, sin que se sepa por qué motivo, el quitar su administracion á los focenses, y confiarla exclusivamente á los habitantes de Delfos. Pericles juzgó conveniente el oponerse á la exigencia, y poniéndose á la cabeza de un ejército (448), se dirigió á la Fócida, y restableció á aquellos pueblos en el uso de su prerogativa. Supo á su vuelta que los isleños de Eubea se habian rebelado á instancia de los lacedemonios. Emprende al momento la marcha para reducirlos á su deber. Apenas habia llegado á la isla, tiene que salir otra vez con motivo de una irrupcion de los lacedemonios en la Ática. Pericles pudo ganar á Plistonax, uno de los dos reyes de Esparta, comprando con dinero á su consejero Cleándrides, y terminó sin combates esta guerra.

446. Volviendo Pericles dos años después á Eubea,



LOS HEROES GRIEGOS—PERICLES.

sometió la isla, y expulsó de Histieo á sus moradores, por haber degollado la tripulacion de un buque ateniense; y luego pobló de nuevo la ciudad con una colonia de atenienses. Conociendo las ciudades confederadas con Atenas que esta guerra podria ocasionar trastornos generales en Grecia, procuraron la negociacion de una paz de treinta años entre Atenas y Lacedemonia, comprendiendo el tratado á los aliados de ambas repúblicas. Pero, no duró esta paz tanto como se esperaba. Habian fundado los de Corcira á orillas del Adriático la ciudad de Epidamno, en Iliria, y hallábase tranquila bajo su dominio, cuando dieron los corintios en perturbarles en su posesion. Hubo guerra por espacio de tres años, trás de los cuales reclamaron las dos partes la ayuda de la ciudad de Atenas (437). Después de deliberar largamente, Atenas se declaró en favor de los de Corcira (436), y Pericles les envió diez buques de guerra, que unidos con los ciento que ya tenian, formaron un número suficiente para defenderse contra los corintios, que contaban con ciento cincuenta. Pero, los corintios se dirigieron á los lacedemonios, é invitaron juntos á los de Potidea, en Tracia, á rebelarse contra Atenas, su metrópoli. Perdicas, rey de Macedonia, entró igualmente en la coalicion contra los atenienses, porque habian apoyado contra él á su hermano Filipo y á su primo Derdas. Megara, Egina y otras ciudades, resentidas por la altivez de Atenas, fuéron entónces á quejarse á los lacedemonios, interponiendo en vano su mediacion, para terminar sus diferencias, el rey de Esparta Archidamo.

Pericles habia hecho expedir un decreto que formulaba pena de la vida contra cualquiera megarense que entrase en Atenas; y lejos de hacerle revocar, todavía se resolvió que los atenienses irian dos veces al año á talar la tierra de Megara. Tales fuéron las primeras chispas de la famosa guerra del Peloponeso, que duró veinte y siete años. Á quien se atacó primeramente fué á Perdicas. Mientras los atenienses enviaban contra él una escuadra al mando de Callias (432), los corintios despacharon otra á las órdenes de Aristeo, para defender á Polideo que se habia puesto bajo la proteccion de su gobierno. Aristeo quedó vencido; y habiendo muerto Callias en el combate, fué reemplazado por Formion. En esta ocasion se vió al filósofo Sócrates pelear intrépidamente al lado de su discípulo Alcibíades, quien combatia por la vez primera, dando tan brillantes pruebas de su esforzado ánimo, que mereció el premio del valor; conviene á saber, una corona y una armadura completa (Alcibíades, hijo de Climies, ateniense, descendia de Ayax por parte de su padre).

Archidamo continuaba haciendo esfuerzos para reconciliar las dos repúblicas de Atenas y Lacedemonia, pero la arrogancia de la primera le iba enagenando cada vez mas á sus aliados. Tres embajadas sucesivas mandadas á Atenas para exponer los agravios cuya reparacion pedian, quedaron sin resultado, porque Pericles queria la guerra para frustrar las reclamaciones de sus enemigos, empeñados en que presentase las cuentas de su administracion. Entónces ardió toda la Grecia por cosas que, manejadas desapasionadamente, hubieran podido conciliarse con la mayor fácilidad. El Peloponeso entero, exceptuada Argos que permaneció neutral, se declaró por los lacedemonios, con los cuales se juntaron los tebanos, los megarenses, los locrios, los focenses, los de Ambracia, de Leucade y de Anactoria. Quedaban por aliados de Atenas los de Corcira, los de Zacinto, los cefalenios, las islas Cicladas, con las ciudades del Helesponto, excepto Calcis y Potidea, sin contar otras varias ciudades del Asia. Empezaron las hostilidades por una irrupcion nocturna de trescientos tebanos en Platea, cuyos habitantes se asustaron de tal suerte, que, juzgando mucho mayor el número, huyeron unos, y otros se rindieron sin pelear (431). Así que amaneció, los tebanos fueron arrojados con la misma fácilidad que entraran. Archidamo se presentó en esto en la Ática á la cabeza de sesenta mil hombres. Los atenienses pedian á voces el salir á la lid; pero, tuvo Pericles por mas prudente detenerlos dentro de los muros, esperando que el enemigo acabase sus provisiones, y todo salió segun sus cálculos (431). Otra prueba dió entónces de su habilidad. Mientras estaba preparando una flota de cien buques para enviarla al Peloponeso, sucedió un eclipse de sol en el acto mismo en que iba á darse á la vela, consternando á toda la armada. Entónces Pericles, instruido en astronomía por su maestro Anaxágoras, cubre con su manto la cabeza del piloto, y le pregunta si ve todavía. Nó, responde el piloto. «Pues bien,» repuso Pericles, «¿qué tiene de extraño que la luna tape al sol como un manto tapa tus ojos?» Ese fenómeno aconteció, segun se echa de ver por la tabla de los eclipses, el 3 de agosto, sobre las cinco de la tarde, del año 431 antes de Jesucristo.

Atacada inútilmente por los atenienses Metona, defendida por el lacedemonio Brasidas, fuéron estos á entrar á saco una ciudad importante de la Élida. Archidamo abrió la campaña siguiente con otra expedicion en la Ática. Pero, lo que mas asoló ese país fué una epidemia muy mortífera. Vivia á la sazon en la isla de Cos Hipócrates, tenido por el padre de la medicina, y después de rehusar las magníficas ofertas del rey de Persia, á cuyos súbditos devoraba el mismo azote, fué á Atenas, siendo infinitos los beneficios que le debieron sus moradores. Duraba todavía la epidemia cuando Pericles se dió á la vela con cien buques hácia el Peloponeso. Pero, declarada la epidemia en la gente de mar, infestó la tropa que estaba sitiando á Potidea. Entónces comenzaron los atenienses á quejarse de Pericles, considerándole como principal autor de los malesque los estaban diezmando. Tuvieron una junta, y resolvieron quitarle el mando; condenándole además á una multa. Pero, pronto conocieron que, en el triste estado en que se hallaban, nadie mejor que él podia salvarlos, y en otra junta, á la que él asistió por consejo de sus amigos, le suplicaron que se encargase de nuevo de la direccion de los negocios. Accede Pericles, y vuelve á Potidea, cuyo sitio hacia tres años que duraba. Reducidos ya los sitados á vivir de carne humana, ofrecieron rendirse si se les salvaban las vidas (429). Así les fué concedido, y una colonia de Atenas fué á reemplazar á los desgraciados potideenses, obligados á salir de sus hogares. Esta fué la postrera expedicion de Pericles. Atacóle la epidemia por segunda vez, y sucumbió. En sus últimos momentos, rodeaban sus amigos su lecho de muerte, y hablaban con admiracion de sus hechos militares consagrados por nueve monumentos que se le habian erigido. Toma de repente Pericles la palabra, y dice de esta manera: «Extraño que así ensalceis los acontecimientos en que la fortuna ha contribuido tanto como yo; no pocos generales han hecho lo mismo, siendo así que olvidais lo mas alhagüeño para mí y mas glorioso, y es, que ningun ciudadano ha tenido que vestir de luto por causa mia» (Plutarco, vida de Pericles). Murió á los dos años y medio de principiada la guerra del Peloponeso, y después de gobernar en Atenas casi por espacio de cuarenta años.

428. Mucho alentó á los lacedemonios la muerte de

este grande hombre, Entraron á principios de verano en tierra del Ática, y talaron las mieses, volviéndose sin embargo al Peloponeso sin atreverse á atacar la capital. En esto, se rebelaron los de la isla de Lesbos que hacia tiempo se hallaba bajo el dominio de los atenienses. Estaban los rebeldes aguardando socorros que se les ofrecieran, cuando una armada de Atenas fué á sitiar á Mitilena, capital de la isla, y trás de una larga resistencia tuvo que rendirse (427), y sometidos de nuevo esos isleños, siguió la guerra con éxito vario entre Atenas y el Peloponeso. Por fin, cansadas ambas repúblicas de una guerra que ningun resultado decisivo diera, sin embargo de durar ya diez años, convinieron en una tregua de un año, y negocióse por medio de Nicias, general ateniense, un tratado de paz que habia de valer por cincuenta años, estipulándose la recíproca devolucion de prisioneros y plazas (422). Pero, Alcibíades se opuso á la ejecucion del tratado, y arrastró con su voto á toda la juventud ateniense. Tenia Nicias el apoyo de los ancianos, y alegaba que bien podian hacerse algunos sacrificios para obtener la paz. En esto, un tal Hipérbolo, sujeto de mala índole y generalmente despreciado, se levantó contra los dos partidos, y tal fué su descaro, que los de Nicias y de Alcibíades se reunieron para condenarle al ostracismo (422). Pena era esta, segun se ha visto, que, lejos de infamar á un ciudadano, solo se aplicara hasta aquel dia á los expuestos á la envidia por su mérito; y avergonzados luego todos por haberla empleado en una persona tan ruín, decretaron su abolicion.

No tardó en retoñar la rivalidad entre Nicias y Alcibíades, subsistiendo igualmente como siempre la misma pasion entre Atenas y Lacedemonia; y por lo mismo, creyendo entrambos en un nuevo rompimiento, cada uno trataba de adquirir mayor fuerza por medio de alianzas. Lacedemonia estrechó sus vínculos con la Beocia. Por su parte, Atenas se alió con Argos, Elis y Mantinea. Pero, como el temor era recíproco, todo se reducia á desconfianzas, y á hostilidades mas ó menos ocultas. Sabiendo Alcibíades que no gustaban sus paisanos de permanecer quietos, les aconsejó prestasen el auxilio implorado el año anterior por los egestanos, pueblo de Sicilia, contra unos vecinos que los molestaban demasiado. Nada mas seductor para sus imaginaciones que las palabras de Alcibíades. Les hacia entrever la conquista de Silicia, que traeria luego la de Cartago, decia, extendiéndose con esto la dominacion de Atenas por varias partes de Italia. El pueblo quedó seducido por la elocuencia con que Alcibíades expuso su plan; pero Nicias, menos impetuoso que Alcibíades, y menos hombre de aventuras, le declaró altamente quimérico, procurando convencer á los atenienses sobre los peligros á que se expondrian adoptándole. Inútiles fuéron sus esfuerzos, y el mismo Nicias fué encargado de llevarle á cabo, nombrándole general de la expedicion, y agregándole á Alcibíades y á Lamaco. Iba á darse á la vela la armada (415), cuando las estátuas de Hermes, que eran muchas, aparecieron una mañana derribadas y mutiladas. El sacrilegio alarmó á Atenas, recayendo la sospecha en Alcibíades con tanto mayor fundamento, cuanto que no se ignoraba que en una noche de orgía se habia mofado de los misterios de Eleusis, haciendo él de gran sacerdote. Citado á comparecer ante el pueblo con motivo de estos rumores, preparábase para defenderse él mismo; pero, sus enemigos pudieron lograr que se sobreseyera el negocio, alegando que urgia la partida de la armada. Alcibíades se embarca, y dirigiéndose la flota á Catana ó Catania, tomó esta plaza, desde la cual se hicieron luego por las cercanías varias excursiones no muy ventajosas. Á poco de haber salido Alcibíades, renovaron sus enemigos las acusaciones de impiedad contra él, y se expidió órden para que volviese á dar sus descargos. Con tal habilidad se portaron los comisionados para conducirle, que ni él ni la tropa llegaron á sospechar la gravedad de su situacion. En el camino pudo saber que le habian condenado á muerte: «yo haré conocer, dijo escapándose, á los que han decretado mi muerte, que todavía estoy vivo.» Refugióse en Esparta, prometió á los lacedemonios que les haria tanto bien como daño les causara hasta entónces, y no omitió medio para cumplir su palabra. Luego que hubo salido Alcibíades, Nicias y Lamaco condujeron su gente cerca de Siracusa. Los siracusanos envian diputados á Esparta y á Corinto para que les den socorro. Corinto respondió favorablemente, pero Esparta no se decidió tan pronto. Alcibíades se valió de todo su ingenio para lograr que los espartanos rompiesen así abiertamente con los atenienses. Animólos además á enviar al Ática un cuerpo de ejército, capitaneado por Gilipo, general experimentado (414). Lo primero que les aconsejó fué que fortificaran el pueblo de Decelia, distante de Atenas ciento veinte estadios. Con esto quitaron á los atenienses sus minas de plata de Laurio y abrieron además un camino á los descontentos de Atenas. Otro de los medios de que se valió Alcibíades para grangearse la confianza de los lacedemonios, fué el conformarse enteramente con su método de vida, que era diametralmente opuesto al de los atenienses; pues con ser estos tan amigos de los placeres y del lujo, eran los espartanos rígidos en sus costumbres, sencillos en el vestir y sobrios en la mesa.

Reforzado Nicias con otra escuadra que le llegó de Atenas, entró en el puerto de Siracusa; y en un combate muy reñido que dentro del mismo se trabó, perdió Lamaco la vida. Pero Nicias quedó con la victoria, y estaba ya la ciudad á punto de capitular, cuando Gilipo llegó en su auxilio, desconcertando el general lacedemonio á fuerza de habilidad los planes de Nicias. Afortunadamente para el último, sabedores los atenienses del apuro en que se hallaba, le enviaron un nuevo refuerzo, al mando de Demóstenes y de Eurímedon, á quienes reconoció Nicias por compañeros en la direccion de la guerra (Tucidides, lib. VI; Diodoro, lib. XIII).

413. Deseoso Demóstenes de batirse, fué, contra el dictámen de Nicias, á ocupar el punto de Epípolo, que era un monte cercano á Siracusa, en que Nicias habia hecho construir un fuerte llamado Labdalo, habiéndole luego obligado las circunstancias á abandonarle. Ganó Demóstenes las avanzadas del fuerte, y estaba próximo á salir con la suya cuando le detuvo un cuerpo de beocios que no solo sostuvo el choque de sus tropas, sino que le derrotó completamente. Duraba todavía la consternacion causada por la desgracia de Demóstenes, cuando llegó la noticia de la aproximacion de Gilipo con mas gente de refuerzo. Viendo los generales atenienses abortada la expedicion, trataron de retirarse de Sicilia con el mayor secreto posible. Iban á embarcarse cuando un eclipse de luna en la noche del 27 al 28 de agosto sembró el terror entre los soldados. Consultados los agoreros, respondieron que debia diferirse la partida para la próxima luna.

En esto, los soldados habian ido otra vez á tierra, y no se pudo recabar de ellos el que volviesen á los barcos. Así es que se resolvió el hacer de noche por tierra la retirada de delante de Siracusa. Penetrando

Hermócrates, que mandaba en Siracusa, el designio de los atenienses, les hizo advertir por espías, que se fingieron amigos, que los pasos estaban muy guardados. La estratagema le salió bien, pues Nicias retardó tres dias la partida, y Gilipo pudo de esta suerte anticiparse á tomar efectivamente el paso, esperó á los atenienses cerca del rio Anapas, y peleó con ellos tres dias consecutivos, siempre con ventaja. Al cuarto dia, Nicias pudo continuar adelante; pero, cansados los soldados de la retaguardia mandada por móstenes, no pudieron seguirle, y acometido Demóstenes por los siracusanos, tuvo que rendirse con la condicion de que su gente tendria salvas las vidas, y no se les condenaria á prision perpétua. Al dia siguiente, los vencedores alcanzaron otra vez á Nicias junto al rio Erineo. Defendióse lo mejor que pudo, y llegó siempre en retirada hasta el rio Asinaro. Allí, extenuada su gente, no pudo resistir por mas tiempo á los embates del enemigo, y hubo de rendirse con las mismas condiciones que Demóstenes. Los siracusanos no respetaron estas condiciones, y después de degollar en medio de la plaza mayor á Nicias y á Demóstenes, contra el parecer de los mas ancianos, encerraron á los soldados en unas minas, y por espacio de ocho meses sufrieron tan duras penas que muchísimos murieron. Á los dos meses sacaron á los mas robustos para venderlos como esclavos, debiendo algunos de ellos su salvacion á las tragedias de Euripides, de las cuales recitaban trozos á los sicilianos. Este fin tuvo la injusta y ruinosa tentativa de los atenienses contra Sicilia.

Así que la desastrosa noticia llegó á Atenas, no querian al principio creerla sus habitantes, mas luego de certificada, irritóse el pueblo contra los que inspiraron la empresa, contra los oradores que la apoyaron con sus discursos, y contra los augures que anunciaron feliz éxito. Por fin calmáronse los ánimos; y bien que la república se hallase sin soldados, sin marina y sin dinero, renació la esperanza; se trató de que todos los ciudadanos hiciesen economías, se buscó dinero, se construyeron buques, y se estableció una junta de los ancianos mas sabios, para que antes de proponer los negocios trascendentales al pueblo, los examinasen ellos primero. Entónces se apartaron de la alianza de Atenas muchas ciudades importantes, y se confederaron con Lacedemonia. Alcibíades, que habia sabido grangearse en ellas mas prestigio que su mismo rey Agis, era el alma de esa defeccion general. Á fin de aumentar el número de los enemigos de Atenas, negoció un tratado de alianza entre Tisafernes, uno de los sátrapas del Asia menor, con Lacedemonia. Pero, sus émulos en aquella república, le acusaban de traidor por no haber cuidado bastante en aquel tratado de los intereses lacedemonios. El mismo Agis fué de los primeros en quejarse, resentido por la escandalosa intimidad de Alcibíades con su mujer Timea. Prevenidos contra él los eforos, expidieron órdenes reservadas para darle muerte. Supo el peligro que corria, y fué á refugiarse al lado de Tisafernes, quien le recibió gustoso, pues conocia sus talentos. El sátrapa disminuyó el número de tropas auxiliares que habia prometido á los lacedemonios, inspirándole Alcibíades este comportamiento (412) para equilibrar las fuerzas de Lacedemonia y Atenas, con la esperanza de que así se irian destruyendo las dos, y que caerian por fin anonadadas bajo el yugo del rey de Persia. Al mismo tiempo Alcibíades intrigaba para volver á su patria, pero ponia por condicion que al gobierno democrático debia sustituirse el oligárquico. En algunas ciudades del Ática los magistrados habian sido asesinados por haber manifestado su adhesion á la forma de gobierno existente. La misma Atenas conocia los inconvenientes del sistema democrático puro; así es que vino en hacer modificaciones, nombrando al efecto diez comisarios para entender en la nueva forma que se habia de dar á la república. Sus conferencias dieron por resultado la institucion de un consejo de cuatrocientos ciudadanos, los mas ricos y mas nombrados del país.

Las primeras medidas de esos varones indicaron un despotismo que no esperaban á buen seguro los que consintieron en su institucion. Ciento veinte jóvenes, precedidos de algunos jefes populares, entraron puñal en mano en el salon de los cuatrocientos, y establecieron un nuevo senado elegido entre sus amigos. Hubo trás de esto muertes, proscripciones y confiscaciones de bienes contra el partido oligárquico. Aplacados ya los ánimos, trataron de halagar al pueblo, y enviaron en seguida una embajada al campamento de Agis, rey de Lacedemonia, que se hallaba en Decelia, proponiéndole un arreglo. Ninguna respuesta obtuvieron de Agis, el cual ordenó su hueste para ir camino de Atenas, reforzado con un nuevo cuerpo que le vino de Esparta; pero, al llegar ante la ciudad, que juzgó de fácil entrada con motivo de sus divisiones intestinas, vió las murallas perfectamente guarnecidas de soldados, y hubo de retroceder.

No se hallaba la isla de Samos mas sosegada que Atenas en lo concerniente al gobierno interior. Temiendo los generales Trasilles y Trasíbulo las consecuencias de aquel estado de cosas en el Ático, pensaron en llamar á Alcibíades, y fué aprobada su idea al saber que una escuadra lacedemonia se habia apoderado de la Eubea, punto importantísimo para Atenas, pues de esta fértil isla le venian muchas provisiones. Quedó decidido que no solo llamarian á Alcibíades, sino que hasta le nombrarian generalísimo de todas las fuerzas de mar y tierra. Este no se dió sin embargo mucha prisa en volver á su patria. Primero se concertó con Tisafernes, haciéndole entender que la importancia que se le acababa de dar en Atenas le ponia en el caso de causarle mucho daño ó de servirle grandemente. Alcibíades procuró contener á los persas con el poder que le confiriera su patria, y á los atenienses con la amistad que con los persas le unia.

Entretanto, el nuevo senado veia menguar su prestigio; y decretó por fin el pueblo que se nombrarian otros cuatrocientos senadores de entre cinco mil ciudadanos, y que los senadores á la sazon existentes no serian reelegibles.

410. Iba siguiendo la guerra entre Atenas y Lacedemonia. Trasilles y Trasíbulo, alcanzada alguna ventaja en un combate naval contra Míndaro, jefe de la armada lacedemonia, á orillas del Helesponto, le acometieron de nuevo pocos dias despues cerca de Abidos. Esta accion fué mas reñida, y estando indecisa la victoria entre lacedemonios y atenienses, la tuvieron estos completa por presentarse de improviso Alcibiades con diez y ocho naves. Mucho animó este suceso á los de Atenas, pero los de Lacedemonia se quejaron amargamente de Tisafernes, por no haberles enviado una escuadra fenicia á que se comprometiera, acusándole, no sin motivo, de estar en inteligencia con Alcibíades. Temeroso el sátrapa del efecto que en la corte de su rey pudieran causar tamañas quejas, partió para el Helesponto á justificarse. No sabia Alcibíades lo que meditaba Tisafernes, y fué á verle con su traje de guerra, para anunciarle personalmente su victoria. Pero el sátrapa le puso preso (409) y le envió á Sardes á fin de desvanecer las sospechas de su

rey y de los lacedemonios. Apenas transcurrido un mes de encierro, logró fugarse, y para vengarse de Tisafernes hizo correr la voz de que habia concertado con él su evasion. Desde Clazomena se dirigió hácia la flota ateniense, y fué á atacar con ella la de Míndaro y de Farnabazo, sátrapa del Helesponto, anclada en el puerto de Cízico. El general lacedemonio Míndaro murió en el combate, y Farnabazo escapó con la fuga. Trás de esa victoria, Alcibíades recorrió el Helesponto, arrojando á los lacedemonios de las poblaciones que ocupaban. Cubierto entónces de gloria, parte para Atenas (408), y entra en ella triunfante entre los vítores del pueblo que le ofrece una corona de oro y manda á los eumolpidas (sacerdotes de Ceres) que revoquen las imprecaciones con que le anatematizaran. Tres meses después le fué confiado el mando de una flota para el Asia menor, á fin de contener á las plazas de aquel país, dispuestas á favor de Lisandro, general lacedemonio. Hallábase Alcibíades en Éfeso, cuando supo la llegada á Sardes de Ciro, hermano del rey de Persia, y fué á ver al príncipe para quejarse de la infidelidad de Tisafernes para con los atenienses. Dejó en Samos por lugarteniente á Antíoco, su piloto, prohibiendo el que se hiciese la menor tentativa durante su ausencia (407). Sabedor el general lacedemonio Lisandro de la partida de Alcibíades, acomete la flota ateniense, causándola la pérdida del jefe interino y de quince buques. Al llegar á Atenas la noticia, fué acusado Alcibíades de negligente, y el pueblo irritado pronunció su destitucion. Nombráronse en su lugar diez generales, y teniendo Alcibíades por inoportuno el ir á justificarse, atendida la fermentacion de los ánimos, retiróse á uno de los fuertes que habia hecho construir en la Tracia.

No se durmió Lisandro después de su victoria. Noticioso de que á los soldados de la flota ateniense se les permitia saltar en tierra para divertirse, fué á atacarlos en un momento favorable, y derrotólos por mar y por tierra de un modo hasta entónces nunca visto. Esta fué la batalla llamada de Egos-Pótamos, ó del rio de la Cabra (405). Conon fué el único de los diez generales atenienses que pudo escapar, refugiándose en Chipre, al lado de su amigo el rey Evágoras. Los vencedores dieron muerte al general Filocles, y á tres mil prisioneros mas. Después de esta batalla, Lisandro se apoderó de todas las plazas que los atenienses conquistaran. Siguiendo en su próspera carrera, se presentó con su armada delante de Atenas, mientras que Agis, rey de Esparta, atacaba por tierra. No tardó en verse obligada Atenas á implorar la paz que solo obtuvo con muy tristes condiciones para ella. Las dos mas humillantes sin duda fueron el abandono de sus buques de guerra, y el derribo de las fortificaciones del Pireo, junto con el de la larga y fuerte muralla que unia ese puerto con la ciudad. Este fin tuvo la guerra del Peloponeso, en 404, comenzada hacia veinte y ocho años. Los estados de Atenas cedieron todos ante Lisandro, menos Samos que le resistió, y luego de sometida, estableció en ella el gobierno oligárquico, como lo hiciera en todos los puntos que habia tomado. La misma Atenas estaba muy dividida acerca del modo con que debia plantearse el gobierno. Querian unos el predominio del elemento democrático, y otros el del oligárquico. Lisandro debió intervenir, y reunido el pueblo, emitió el dictámen de que eligiesen á treinta ciudadanos principales con facultades para hacer nuevas leyes, cuando fuese necesario. Al principio su administracion fué moderada; pero luego de verse seguros en sus puestos, se erigieron en tiranos, y bien justificaron el dictado de tales que se les dió por sus atrocidades. Debe exceptuarse sin embargo Teramenes, varon celoso y de probidad, que Lisandro les dió por socio. El mas violento era Critias, y como mandara un dia, junto con otros compañeros suyos, matar á un rico ciudadano de Atenas con objeto de confiscarle los bienes, Teramenes salió en su defensa, no pudiendo tolerar iniquidad tamaña. Caro le costó su noble proceder, pues hizo Critias que le condenase el senado á beber la cicuta por sedicioso. En vano le defendió Sócrates, que habia sido su maestro; no tuvo mas remedio que morir, y sufrieron por entónces igual suerte unos mil quinientos ciudadanos. Muchos emigraron, y lejos de compadecerse de ellos los eforos de Esparta, expidieron órdenes severas para que fuesen conducidos otra vez á Atenas. Al ver Alcibíades el estado de su patria, no volvió á ella; pero, fastidiándose en la Tracia, concedióle Farnabazo un retiro en la Frigia. Temeroso Lisandro de alguna maquinacion suya contra Esparta, mandó al sátrapa un comisionado encargado de decirle tales cosas contra el célebre tránsfuga, que accedió á darle muerte segun lo solicitaba Lisandro. Como los matadores no osaron herirle de frente, rodearon la casa en que vivia y la prendieron fuego. Alcibíades salió por entre las llamas, pero murió de las saetas que le tiraron. Hallábase á la sazon en los cincuenta años.

No quedó impune su muerte ni la de Teramenes. Trasíbulo, apellidado el Tírico, se propuso derribar á los tiranos y libertar á Atenas del yugo lacedemonio, y se apoderó con cincuenta hombres del castillo de Filé, en la Ática; pronto se le reunieron otros setecientos. Con esta gente derrotó á los tres mil hombres de que constaba la guardia de los treinta tiranos, y estos tuvieron que salir de Atenas y refugiarse en Eleusis. Trató en seguida de tomar el Pireo, pero no siendo suficientes sus fuerzas, fué á tomar el otro puerto de Muniquio. Presentáronse los treinta para desalojarle de aquel punto; fueron rechazados, y Critias, el mas perverso de todos, pereció en el combate. Pasada la refriega, concertáronse varios de ambos partidos para tratar de un arreglo, y tomando la palabra Cleócrito, heraldo de los misterios, hizo tan viva pintura de los desastrosos efectos del gobierno de los treinta, que hubo unanimidad en procurar su abolicion definitiva (403). Decretóse su destitucion, nombrando en su lugar á diez individuos para la direccion de los negocios. Tan poco correspondieron estos al voto de sus conciudadanos, que el período de su administracion fué llamado de la «anarquía» (402). Pero fué corto.

Al saber Lisandro que Trasíbulo continuaba animando á los atenienses á recobrar toda su libertad, fué á sitiar el Pireo por mar y tierra. Pausanias, rey de Esparta, quedó encargado de secundarle en la expedicion. Dióse una batalla en que los espartanos llevaron la mejor parte; pero Pausanias, ó por humanidad, ó por envidia de la gloria de Lisandro, se entendió con los de Atenas, y negoció un arreglo entre las dos repúblicas. Estipulóse en el tratado que todos los proscritos podrian volver á Atenas, excepto los treinta y los diez. Pausanias se marchó con su ejército, y Trasíbulo se ocupó en organizar la democracia en Atenas.

Continuaban en Eleusis los restos de la faccion de los treinta. Los ciudadanos de Atenas salieron empero contra ellos, y, presos en una entrevista, fueron todos despedazados. Volvieron á la patria los proscritos, y publicóse un decreto que obligaba á todos los ciudadanos á jurar el olvido de lo pasado. Esto es lo que se llamó la «amnistía,» voz empleada por la vez primera, y

que desde entónces se ha usado en el lenguaje político.

Ciro, hermano menor del rey Artajerjes Mnemon, y gobernador del Asia menor, habia ayudado á los lacedemonios contra los atenienses, y al rebelarse contra el rey su hermano, tuvo fácilmente á estos de su parte (401). Trece mil, mandados por Clearco, partieron para reunirse con él, y pelearon á su lado en la batalla de Cunaxa, en la provincia de Babilonia, muriendo el jóven Ciro en la accion. Viéronse los atenienses, después de la refriega, reducidos á diez mil, con no pocas dificultades para volver á su patria distante mas de trescientas leguas. Tuvieron consejo al dia siguiente, y resolvieron emprender inmediatamente la marcha por la Paflagonia. El ejército persa, bien que muy superior en número, no se atrevia á atacarlos en batalla campal, y se contentaba con molestarlos picando su retaguardia. Por este tiempo Tisafernes aparentaba querer negociar con ellos para obtener la amistad del rey de Persia, é invitando para conferenciar á Clearco y á otros oficiales, los hizo asesinar en su tienda de campaña: acto de perfidia digno de un bárbaro. Muerto Clearco, tuvo mas prestigio entre aquellos hombres, bien que de los mas jóvenes, Jenofonte, natural de Atenas, discípulo de Sócrates, tan esclarecido por su ingenio como por su prudencia y valor. Á su pluma se debe la historia de la retirada de los diez mil, obra que en la antigüedad solo han igualado en mérito los Comentarios de César. Á seis mil habia quedado reducido el número de la gente que acaudillaba cuando llegó á Pérgamo. Hallábanse á la sazon los lacedemonios en guerra con Farnabazo y Tisafernes, á bien que estaban poco avenidos estos dos sátrapas entre sí.

No habia olvidado su patria Conon, quien, perdida la batalla de Egos-Pótamos, se retiró, segun se ha visto, á la corte del rey de Chipre, Evágoras, y deseaba vivamente hallar una ocasion para servirle y esclarecer su nombre. Concertóse con Farnabazo, y le inclinó á quejarse de Tisafernes al rey de Persia, dándole á entender que su parcialidad, harto apasionada en favor de los lacedemonios, era tan perjudicial á los persas como á los atenienses. Á instancias de Farnabazo envió el rey de Persia quinientos talentos á Conon con una armada para que guerrease contra los lacedemonios. Obligados Tisafernes y Farnabazo, á pesar de su secreta enemistad, á conformarse con las órdenes del rey, reunieron sus fuerzas contra Dercílidas, general lacedemonio, y le pusieron en tal apuro en Caria, que ya no podia escapársele. Pero, temiendo Tisafernes el valor de los griegos por lo que habia visto en la retirada de los diez mil, entabló proposiciones de paz, siguiéndose de ahí una tregua hasta que vinieron nuevas órdenes del rey de Persia.

Formábase en esto en Atenas un terrible huracan contra Sócrates. Tenian á la sazon invadida aquella capital muchos literatos llamados sofistas, supuestos sabios que afectaban poseer todas las ciencias, dando lecciones públicas con tanta suficiencia como incapacidad. Sócrates, cuya verdadera sabiduría les ofuscaba, confundió su jactancia con sus discursos. Escusado es decir si los sofistas le tendrian odio. Diferia la doctrina de Sócrates en algo de la del vulgo, y esto les dió márgen para calumniarle. Como él se burlaba de la pluralidad de dioses, acusáronle de ateo, añadiendo que con su doctrina corrompia á la juventud. Pero quien mas contribuyó á extraviar con respecto á él la opinion pública, fué Aristófanes con sus sarcasmos de poeta cómico. Por fin, sus tres enemigos mas encarnizados, Mileto, Anito y Licon, le hicieron condenar por el areópago á beber la cicuta. No le abandonó en aquellos momentos su filosofía, dice Platon, su mas ilustre discípulo. Pero antes de beber la copa fatal (400) (1), recomendó á Clitон, uno de los amigos que estaban con él en sus últimos instantes, que cumpliese con un voto que tenia hecho, y era el sacrificio de un gallo al dios Esculapio (Platon en su Fedon). Sin embargo de este voto, Erasmo quiso canonizarle.

399. Muerto Agis, otro de los reyes de Esparta, le dieron por sucesor á su hermano Agesilao, olvidando á su hijo Leotiquides. Agesilao era de baja estatura y cojo. Pero, su alma tenia de bello lo que su cuerpo de defectuoso. Sabedores los lacedemonios de que Conon iba á mandar una armada equipada por el rey de Persia, con objeto de hacerles perder el predominio marítimo que tenian, trataron de adelantarse al ataque. Confiaron á Agesilao y al general Lisandro la defensa de las costas griegas, y al mismo tiempo se les dió órden de llevar la guerra hasta el corazon mismo de la Persia. Al llegar Agesilao á Éfeso, tuvo una entrevista con Tisafernes, y concedió al sátrapa un armisticio (397), hasta que recibiese nuevas instrucciones del rey de Persia. Pero, intimándole este á poco que saliera de Asia, Agesilao corrió todas las provincias limítrofes, tomó varias ciudades, y terminó la campaña con una señalada victoria habida contra los lugartenientes de Tisafernes. Fatal fué la campaña para este sátrapa, pues á instancia de su mujer Parisatis, el rey de Persia, quien ya no estaba anteriormente muy satisfecho de él, le hizo cortar la cabeza, en Coloses de Siria (396), reemplazándole en la satrapía Titraustes, que procuró obtener de Agesilao la paz á todo trance. Consultó Agesilao á los lacedemonios acerca de este punto, y le fueron enviados poderes ilimitados para continuar la guerra. Agesilao nombró á Pisandro por su lugarteniente en el mar. Viendo Titraustes que los lacedemonios principiaban á hacerse ya harto odiosos por su orgullo y dureza, trató de insurreccionarles algunas ciudades, comprando al objeto á varios magistrados de las mismas (395). Tebas, Argos y Corinto, impulsadas por el rodio Timócrates, se confederaron á fin de sacudir el yugo de la altanera república. Por consejo de Trasíbulo los atenienses se reunian con los tebanos. Lisandro, á su vuelta á Esparta, va á sitiar á Haliarte en la Beocia, que tambien se habia confederado, y queda vencido y muerto delante de esa plaza. Habia implorado el socorro de Pausanias por medio de una carta que fué interceptada; y como Pausanias no acudiese, fué sin ninguna consideracion condenado á muerte por los eforos: logró con todo evitar la ejecucion de la injusta sentencia huyendo á Tegea, en Arcadia, donde acabó sus dias. Agesilao, victorioso siempre, iba haciendo progresos en Asia, y se disponia para marchar á Persia cuando los eforos le dieron órden de volver á Lacedemonia. Juzgábase necesaria su presencia por los temores que inspiraba la armada persa que iba avanzando por el Peloponeso al mando de Conon y de Farnabazo. En la costa de Gnido, en Caria, se encontró con la flota de Pisandro, y vencedor este en el primer encuentro, fué luego vencido y muerto en otro combate con pérdida de cincuenta buques (394), salvándose los demás en el puerto de Gnido. Así quedó vengada Atenas de la pérdida que tuviera en Egos Potamos diez y seis años antes. Entónces se separó de Lacedemonia la mayor parte de sus aliados. Sin embargo, no tardó Agesilao en realzar el ánimo de los lacedemonios (393) con una completa victoria que hubo de tebanos y atenienses en el llano de Coronea,

(1) Ó mejor 399 (Acad. de las Inscrip. tomo 26, pág. 211.)

en la Beocia, saliendo de la lid cubierto de heridas. Siguió la guerra en Grecia, siendo Corinto su principal teatro. Llevaban los lacedemonios la mejor parte, cuando Atenas, aliada de Corinto, envió allá á Ifícrates, jóven de unos veinte años, que ya entónces igualaba á los mejores generales en valor y pericia (391). Cayendo de improviso sobre un cuerpo de lacedemonios cerca de Corinto, en ausencia de Agelisao, Ifícrates le derrotó completamente, valiéndole la victoria la entrega de varias plazas que tenian en su poder los lacedemonios. Estos, por otra parte, excitados por los proscritos de Rodas, fuéron con dos escuadras á poner sitio á aquella isla; pero, Trasíbulo salió de Atenas y salvó á Rodas (390). El año siguiente, la armada persa mandada por Farnabazo y Conon, devastó las costas de Laconia. Viéndose los lacedemonios harto expuestos por el lado de la Grecia, trataron de salvarse ajustando la paz con los persas. Su almirante Antálcides fué con poderes suficientes á encontrar á Tiribaso, gobernador de Sardes, y concluyó el famoso tratado que ha conservado su nombre (387). Comprendia toda la Grecia, y se estipuló en sustancia que todas las plazas que tenian en Asia los lacedemonios quedarian para los persas, pero que las islas y el resto de la Grecia quedarian en el pleno uso de su independencia. En vano se opuso Conon á este tratado. Lograron los espartanos que el rey de Persia concibiese sospechas contra él y le mandase desterrado á Sardes: desde entónces no se supo mas de él.

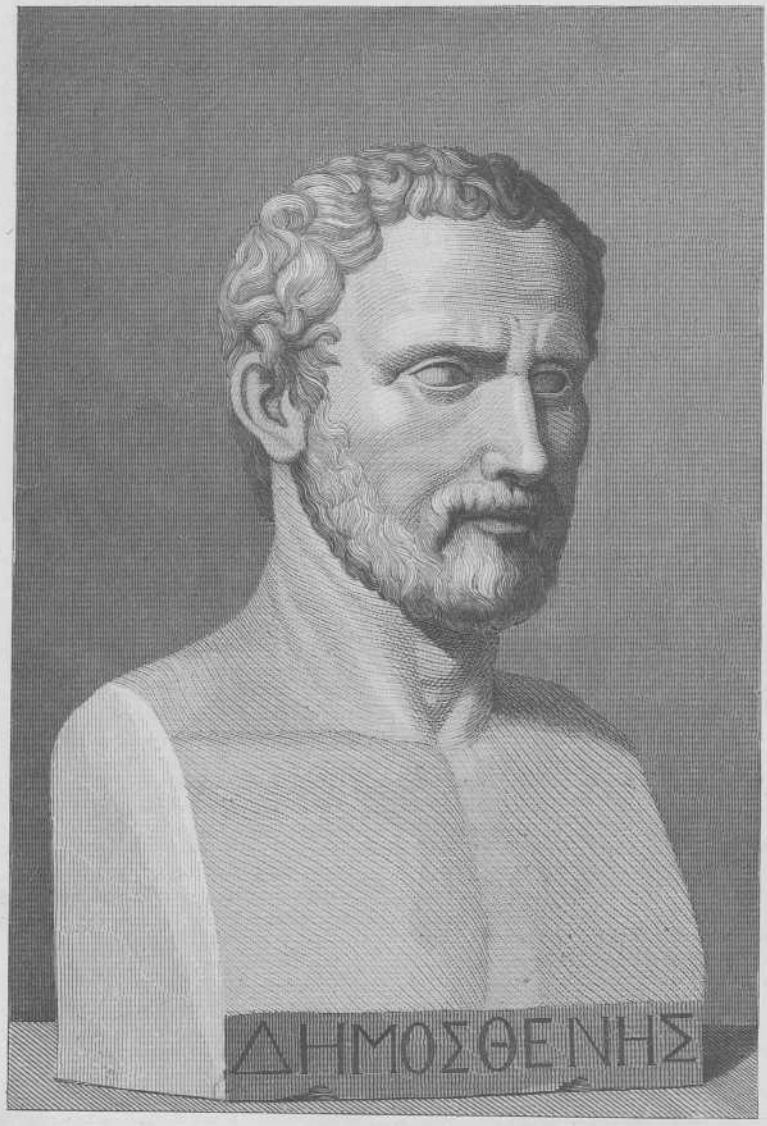
Mucho murmuraron los tebanos por la paz de Antálcides, pues les obligaba á dejar libres los pueblos de la Beocia que vivian bajo de su dominacion. Con todo, tuvieron que aceptarla. Los lacedemonios, que solo para dominar en toda la Grecia concertaron la paz, no tardaron en dar principio á la realizacion de su proyecto. En dos bandos estaba dividida Tebas; uno, cuyo jefe era Ismenias, estaba por el gobierno democrático, queriendo el oligárquico el otro, capitaneado por Leontidas. Secundado este secretamente por los lacedemonios, entregó la ciudadela de Tebas á Fébidas, uno de sus generales (382). Tamaña traicion, hecha en plena paz, y acompañada de la proscripcion de las principales familias de Tebas, repugnó altamente á los hombres honrados, no obstante los esfuerzos que para juztificarla hizo Agesilao. Pero, no quedó impune. En Tebas habian nacido dos varones igualmente preclaros por su ingenio y su cuna. Eran Pelópidas y Epaminondas. El primero, que se contaba en el número de los proscritos, se dió á conocer por un ardid que le valió el apoderarse de la ciudadela de Tebas (378), ayudándole Epaminondas mucho en esta ocasion. Esfodrias, general lacedemonio, quiso apoderarse poco después del Pireo sin declaracion de guerra; pero, la sorpresa tuvo mal éxito, y solo sirvió para enconar mas á Atenas contra Esparta (Plutar. in Pelopid.). Tebas y Atenas se alian de nuevo, y Cabrias, que mandaba la armada ateniense, gana una gran batalla á los lacedemonios (377) acaudillados por Pollis. Pelópidas habia partido con el fin de sorprender á Orcomeno, en la Beocia, en cuya ciudad habia guarnicion lacedemonia; y queriendo cortarle el enemigo en el camino, fuerza el paso y le dispersa. Necesitaba el rey de Persia el auxilio de los griegos para hacer la guerra en Egipto, y procura restablecer la paz entre ellos. Los tebanos fuéron los únicos que se opusieron á sus designios, y Agesilao les declara la guerra. Los tebanos nombran general á Epaminondas, y aunque inferior en número, no vacila en ir á acometer á Cleombroto, rey de Lacedemonia; le alcanza cerca de Leuctres (371), ciudad de la Beocia, empeña la accion, y en ella pierde Cleombroto la vida con cuatro mil hombres (Corn. Nep. in Epamin.): esta derrota hizo perder á Esparta la mayor parte de sus aliados.

369. Entra Epaminondas en la Mesenia, y quita este país á los de Esparta, llamando para que fueran á poblarle á los descendientes de sus antiguos moradores, expulsados tres siglos antes por los lacedemonios. Volvieron en efecto de Sicilia, en donde conservaran su lengua, usos y costumbres, y reedificaron la ciudad de Mesena ó Mesana, dándole nuevo lustre. En seguida Epaminondas pasa á la Laconia, y dispersa á atenienses y espartanos unidos para rechazarle, pues los progresos de los tebanos empezaban á asustar á los demás estados de la Grecia, cuyos diputados, en un congreso reunido en Atenas, se confederaron para restablecer las cosas al punto en que estaban con la paz de Antálcides. Como este convenia á las miras del rey de Persia, procuró obligar á los tebanos á conformarse con ese acuerdo general. Pelópidas parte para la corte del rey de Persia, y consigue hacerle variar de opinion con respecto á los tebanos. Durante la negociacion, Epaminondas, á la cabeza de los tebanos y arcadios, se adelanta en tierra de Corinto, y es detenido en su marcha por Cabrias, general ateniense. Forzado á retroceder, los magistrados le destituyen, y se ve reducido á la vida privada.

368. Alejandro, tirano de Feres, en Tesalia, abusando de la buena fé de Pelópidas y de su compañero Ismenias, los detiene prisioneros, y luego triunfa vilmente del ejército confiado á Pelópidas á su vuelta de Persia. Entónces Epaminondas, que habia ido á servir como voluntario en el mismo ejército, toma de nuevo el mando, y en un mes fuerza al tirano á que le entregue sus dos prisioneros. Los de Tesalia anhelaban sacudir el yugo del tirano, y habian implorado el socorro de los tebanos (364). Pelópidas marcha contra él. Pero, así que le andaba buscando en medio de la refriega á fin de matarle con su propia mano, recibe una saeta en el estómago, muriendo en el seno de la victoria. Los tebanos vengan su muerte acabando de destronar al enemigo. Epaminondas sometió á los tebanos gran parte del Peloponeso, y viendo que se acercaba el fin de su mando, quiso acabar la conquista, ó perecer en la demanda. Marcha hácia Mantinea (363), y á poca distancia de esta ciudad le salen al encuentro las fuerzas reunidas de los atenienses y espartanos. Trábase la lid, y, disputada la victoria por ambas partes, de una manera reñidísima, iba á decidirse finalmente en favor de los tebanos, cuando una saeta que arrojó Grillo, hijo del célebre Jenofonte, atraviesa el pecho de Epaminondas, hiriéndole mortalmente.

El rey de Persia, Artagerjes Mnemon, seguia en sus deseos de reconciliar á los pueblos de Grecia, pero los lacedemonios, por inspiracion de Agesilao, no accedieron al tratado de paz negociado por intervencion de aquel monarca, por salir la Mesenia de su dependencia con este arreglo. Tachos habia insurreccionado el Egipto contra la Persia. Agesilao fué á ofrecerle sus servicios, mas no fué recibido segun esperaba, porque su apostura, dice Ateneo, no correspondia á su mérito. Entónces entró en el partido de Nectanebo, sobrino y rival de Tachos, y le asentó en el trono (362), marchándose despues cargado de riquezas hácia Esparta, pero sobrecogióle la muerte en Cirenaica.

La Macedonia, país corto, y poco favorecido de la naturaleza, habia sido cuna de un príncipe destinado á sacarla de la oscuridad. Era Filipo, cuarto hijo de Amintas, rey del país. Fué educado en Tebas, y tuvo



BUSTO ANTIGUO DE DEMÓSTENES, PUBLICADO POR AZARA.

por modelos en pericia y valor á Pelópidas y Epaminondas. Perdicas, su hermano mayor, murió dejando un hijo en la infancia. Filipo de tutor suyo pasó á ser rey en su lugar. Con este primer rasgo dió á conocer esa aptitud intrigante que le caracterizó toda la vida. Fuéron anublados los principios de su reinado con las incursiones de ilirios, persas y tracios, los cuales trataban de repartirse esos estados. Á unos ganó Filipo con presentes, venciendo á otros con las armas. Entónces formó ese famoso cuerpo de infantería, denominado «falanje macedónica», compuesta de diez y seis mil hombres, divididos en diez brigadas, teniendo cada una de frente cien hombres y diez y seis de fondo, armados todos con escudos de seis piés de altura y picas de veinte y cinco. De tal suerte disciplinó á ese cuerpo, que él fué el gran instrumento de sus victorias en las guerras que sostuvo. Pero, á menudo triunfó tambien de sus enemigos por doblez. Á esto debe añadirse el dinero que sacaba de las minas de Crenida, que habia descubierto, sitas en la frontera de sus estados.

359. Pausanias y Argeo, sostenido por los tracios el uno, y el otro por los atenienses, disputaban el trono á Filipo. Este no deja entrar al primero en Macedonia, y derrota al segundo cerca de Metona. Seis años mas adelante, en el sitio de esta misma plaza, la cual tomó, perdió un ojo de un flechazo, y sintió tanto el accidente, que luego no podia oir llamar á nadie tuerto ó cíclope sin incomodarse mucho. Dirigió luego sus miras hácia las colonias atenienses que habia en la Tracia. El orador Demóstenes penetró sus intentos, á través del disimulo con que los cubria, desplegando toda la fuerza de su elocuencia para desilusionar á los atenienses con respecto á los planes verdaderos de Filipo; pero, este tenia comprados á otros oradores de Atenas para destruir el efecto de los discursos de Demóstenes. Entre ellos, sobresalia Esquino, menos vehemente, menos nervioso que él, pero mas florido y dulce, y por lo mismo propio para oyentes que gustaran antes de la melifluidad que de la solidez en el decir.

358. Una guerra, que por su objeto se llamó sagrada, se promovió muy á propósito para la ambicion de Filipo. Tratábase de algunas tierras pertenecientes al templo de Delfos que los focenses dieron en cultivar para sí. Acusados de sacrilegio ante el tribunal de los anfictiones, fuéron condenados á una multa considerable que se negaron á satisfacer. Atenas y Lacedemonia, con otros estados del Peloponeso, se pusieron de parte de los focenses, mientras que los lecrios, tesalianos y tebanos se prepararon para hacer ejecutiva la sentencia de los anfictiones. Harto astuto era Filipo para tomar parte en esta guerra que duró diez años. Limitóse al papel de mero espectador, aprovechando sin embargo la ocasion para extender sus fronteras. Por este tiempo casó con Olimpia, hija de Neoptolemo, rey de los molosos en el Epiro, en la que tuvo á los diez y ocho meses á Alejandro, á quien valieron sus hazañas mas adelante el sobrenombre de Magno ó Grande (356). Sabiendo por experiencia cuanto vale una buena educacion, hizo venir de Atenas, para maestro de su hijo, á Aristóteles, natural de Estagira en Macedonia, el filósofo mas sabio de su siglo, y el mas grande de la Grecia, después de Sócrates.

Olinto, ciudad de Tracia, habia tenido muchas diferencias con Amintas, padre de Filipo, habiendo llegado á ser una república poderosa, cuya amistad se habia granjeado Filipo cuando se hallaba todavía mal seguro en su trono, cediendo la plaza de Antemonto que le disputaron hasta entónces los reyes de Macedonia, y conquistando además para ella á Potidea, que dependia de Atenas. Pero, alarmados los de Olinto por el rápido acrecentamiento de los estados de Filipo, se coaligaron con los atenienses á fin de oponer una valla á sus conquistas. Sabedor este príncipe del tratado marcha á Olinto y la pone sitio; invoca, esta el socorro de sus nuevos aliados. Salió Demóstenes en su defensa, pronunciando tres dicursos llamados olintios para convencer á los atenienses de lo político que era ayudar á los de Olinto. Pero, el auxilio que le obtuvo Demóstenes no alcanzó á salvarla. Dos traidores, Euricrates y Lastenes, de Olinto los dos, entregaron su patria á Filipo que destruyó la ciudad hasta en sus cimientos (348), después de encrueleccerse con sus habitantes de la manera mas bárbara (Liban. argum. in Olyntia).

347. Querian los tebanos avasallar á los focenses, que se tenian por independientes de su república, e invitaron al rey de Macedonia á una coalicion con ellos. Filipo aprovechó gustosísimo la ocasion que le facilitaba su entrada en Grecia. Alarmaron sus progresos á los atenienses, y le mandaron una numerosa embajada á fin de disponerle á la paz; pero, Filipo sedujo á todos los embajadores menos á Demóstenes; el cual, al regreso, se valió de toda su elocuencia para dar á conocer á los atenienses la funesta habilidad del rey de Macedonia. Esquino, que fué otro de los embajadores, habló en favor de Filipo, y obtuvo el asentimiento y los sufragios de los atenienses, cansados ya de una guerra en la que no veian provecho inmediato.

346. Vuelto á Macedonia, después de hacerse recibir individuo del consejo de los anfictiones, se fué á guerrear contra los ilirios (344). De allí pasó al Quersoneso de Tracia, cuyo rey Quersoblepto, sucesor de su padre Cotis, imposibilitado para resistirle, cedió sus estados á los atenienses, excepto Cardea, que era su capital. Diopito, capitan ateniense, sostuvo la cesion con las armas. Quejóse Filipo de esta resistencia como de una declaracion de guerra, y compró todavía mas oradores que procuraron tranquilizar á los atenienses acerca de las ambiciosas miras de este rey. Pero, Demóstenes, lejos de vender su elocuencia la empleaba siempre en combatir á aquellos declamadores mercenarios. Tenaz Filipo en sus proyectos de engrandecimiento, hizo una tentativa sobre Eubea, con objeto de tener abierta la entrada en la Ática. Tenia Atenas á la sazon un ciudadano distinguido como orador y como militar, era Focion, discípulo de Platon y de Xenócrates, el cual fué enviado á Eubea para contrarestar las operaciones de Filipo.

341 y 340. El rey de Macedonia pasó á la Tracia, sitió á Perinto en la Propóntida, y amenazó al mismo tiempo á Bizancio. Penetraron entónces distintamente los atenienses las intenciones de Filipo, y encargaron á Focion la defensa de los bizantinos que eran sus aliados. Obligó este general á Filipo á que abandonara su empresa, y recobró además varias plazas en que el rey de Macedonia tenia ya guarnicion. Alióse poco después Megara con Atenas, y Focion fué el encargado de vigilar por la seguridad de la misma. Aparentaba sin embargo vivos deseos de reconciliarse con los atenienses, y entabló al efecto conferencias que duraron dos años, sin que dieran resultado. En este intermedio, trató Filipo de concertarse con los tebanos, enemigos constantes de los atenienses. Pero, fué Demóstenes á Tebas, desbarató la negociacion, y decidió á los tebanos, enemigos de Atenas, á aliarse con ella. Entónces estalló la guerra abiertamente (338). Encontráronse ambos ejércitos en Queronea, en la Beocia; trabóse una batalla en la que el ala izquierda de los ma-

cedonios, mandada por Alejandro, que solo contaba á la sazon diez y siete años, hizo trizas el batallon sagrado de los tebanos compuesto de trescientos hombres, y dispersó el resto de su ejército. Filipo no tuvo al principio la misma suerte en el ala derecha. Contaba ya Lisicles, general ateniense, por suya la victoria, y exclamó alborozado, «compañeros, marchemos hasta Macedonia», persiguiendo imprudentemente y sin órden al enemigo ya roto. Cuentan que Filipo dijo entónces: «Los atenienses no saben vencer»; y la derrota que sufrieron luego justificó su dicho. Filipo trató muy diferentemente á los prisioneros atenienses y tebanos. De estos exigió crecidos rescates, pero á los atenienses los dejó ir libres, concluyendo además con ellos un tratado de alianza y amistad. Poco después negoció tratados iguales con las demás repúblicas griegas, todo con el objeto de asociarlas al designio que abrigaba de ir á atacar al rey de Persia. Favorablemente acogida la manifestacion de su plan, logró fácilmente que le nombraran jefe de la confederacion (337). Se estaba preparando para ir al Asia con doscientos mil infantes y quince mil caballos, con los generales Parmenion, Atalo y Amintas, cuando le asesinó Pausanias (336) oficial de su guardia, á los cuarenta y siete años de edad, y veinte y cuatro de reinado. Tenia este príncipe casi todas las calidades que constituyen á un héroe, elocuencia propia de su dignidad, paciencia á toda prueba en los trabajos, mucha moderacion en la prosperidad, y clemencia con sus enemigos. Pero, aun con esto, su mala fé y sus artificios, de que hacia gala, afearon para siempre su gloria. Solia decir que á los niños se les entretenia con juguetes y á los hombres con juramentos. Su mujer Olimpia, á la que repudiara después de tener en ella á Alejandro, volvió á Macedonia al saber su muerte, y echó á Cleopatra, hermana de Atalo, que era su segunda esposa.

336. Alejandro, sucesor de su padre Filipo, nació en Pella, en el año 356 antes de Jesucristo, el dia seis del mes de hecatombeon, el mismo dia en que fué incendiado por Erostrato el templo de Diana. Se vió rodeado al subir al trono de Macedonia, de enemigos á quienes tuvo tranquilos el valor y la habilidad de su padre. Tenia dadas ya pruebas de la primera calidad; mas, no se le atribuia la segunda, por ser comunmente fruto de la edad y la experiencia. Pronto se mostró á todos como un héroe completo en varios combates contra algunos pueblos bárbaros que osaron atacarle. Vencidos estos, se dirigió contra Tebas, á la que destruyó completamente, respetando tan solo la casa de Píndaro, por respeto á la memoria del gran poeta (335). Consternadas todas las ciudades griegas con ese ejemplo de severidad, reconocieron á Alejandro por jefe con las mismas condiciones que les impusiera su padre. Juntando luego en Corinto á los diputados de los varios estados griegos, les participa que va á llevar á cabo el gran proyecto de su padre, conviene á saber, la expedicion á Persia contra su rey Dario Codomano, y le conceden el mando en jefe del ejército. Sale en la primavera (334) á la cabeza de treinta mil infantes y cuatro mil caballos, dejando en Macedonia á Antípatro en su lugar, con fuerzas poco mas ó menos iguales. Pasa el Helesponto sin encontrar un solo buque que se le oponga; penetra con la misma fácilidad hasta la Frigia alta, y llega por fin á las orillas del rio Granico, en donde le aguardaba el ejército persa acaudillado por Memnon de Rodas, el mejor general que por aquel tiempo habia en Persia. Habia dado el dictámen, nó de pelear en batalla campal con el rey de Macedonia, sino de despoblar la tierra por la que habia de pasar, con objeto de obligarle así á retroceder por falta de víveres y recursos. Opúsose á este consejo el sátrapa ó gobernador de la Frigia con la altanería de un hombre de cortos alcances, que se halla al frente de cien mil hombres de pié y de diez mil caballos, y quedó decidido que se daria ó aceptaria la batalla. Alejandro pasa entónces el rio sin vacilar á la cabeza de su ejército, avanza hácia el enemigo acampado en la otra orilla, rompe su caballería, destroza la infantería, y dispersa á los que se libran del acero. En poco estuvo que el héroe macedonio no fuera en este combate la víctima de su valor. Iba á partirle un soldado persa la cabeza de un hachazo, cuando Clito, hermano de la nodriza de Alejandro, cortó al persa el brazo, servicio muy mal pagado por cierto, segun se verá mas adelante. Esta victoria valió la posesion de todas las poblaciones marítimas del Asia menor. Para obligar á sus soldados á vencer ó morir, Alejandro hizo volver buena parte de su flota. Sigue su marcha victoriosa, y en pocas jornadas llegó sin obstáculo á Cilicia, apoderándose de Tarsis. Desde allí sigue hasta las orillas del Cidno cuyas aguas estaban muy frias, y antójasele, cubierto de sudor, el bañarse en aquel rio. A poco tuvo que salir de él tiritando de tal suerte, que se creyó iba á morir allí mismo. Mientras que su médico Filipo estaba preparándole una pocion, le llega una carta de Parmenion, avisándole que Filipo se ha dejado corromper por el rey de Persia, y que ha de envenenarle. Preséntase el médico con el remedio, y así que Alejandro toma la copa para beber, le entrega la carta de Parmenion. Léela Filipo con indignacion mientras le está mirando el enfermo fijamente, y queda justificada la noble confianza de este con el buen resultado de la medicina. En esto el rey de Persia llegaba á Cilicia con un ejército de quinientos mil hombres (333); pero, en vez de derramar sus tropas por los llanos, se mete en los desfiladeros de esa provincia. Restablecido ya Alejandro, le encuentra cerca de Isson ó Issa á las orillas del mar. Vió la posicion ventajosa, y dió al enemigo una batalla en la que le mató mas de cien mil hombres, dispersándose los demás. Dario llevaba consigo á su madre Sisigambis, á Estatira su mujer, á sus dos hijas, y un hijo que solo tenia seis años. Al dia siguiente entró Alejandro en la tienda en que se hallaba encerrada aquella familia, y las cuatro princesas se postraron á los piés de Efestion que le acompañaba, tomándole por el héroe. Al conocer Sisigambis su equivocacion, pidió á Alejandro que le dispensase: «No os habeis equivocado, madre, este es otro yo, dice Alejandro.» Coge de la mano al niño de Dario, quien sin asustarse le da un abrazo. Dadas sus disposiciones para la seguridad de la familia de Dario, Alejandro se dirige á Siria, oponiéndole muy poca resistencia Damasco, su capital, pues por cobardía de su gobernador se rindió luego á Parmenion, enriqueciéndose los soldados con el inmenso botin que de ella sacaron.

332. De Siria, Alejandro pasa á Fenicia, y pone sitio á Tiro. Por su situacion en una isla distante mas de un cuarto de legua del continente, parecia que esta ciudad habia de ser el escollo de su fortuna. Hizo construir un dique desde tierra á la ciudad, el cual, derruido tres veces por la violencia de las olas, fué restaurado con una constancia y prontitud verdaderamente asombrosas. Por fin, después de siete meses de trabajos, Tiro fué entrada á viva fuerza, siendo Alejandro el primero que penetró por la brecha espada en mano.

En la Cronología santa se ha tratado de la expedicion de Alejandro á Jerusalen, luego de tomada Tiro,

á fin de castigarla por su simpatía hácia Dario, y se ha visto con qué victoriosa elocuencia le aplacó el soberano pontífice de los judíos. Partiendo de Jerusalen para Egipto, por todas partes le rinden homenaje. Deseando que le tengan por hijo de Júpiter Amnom, camina por entre ardientes arenales hasta la Marmárica, en donde se hallaba el templo de esta deidad. Sabian de antemano los sacerdotes del templo el deseo de Alejandro y el objeto de su viaje, y le atribuyen sin vacilar el orígen celeste que pretende su madre Olimpia, á la cual participa esta particularidad, y ella le dice con agudeza, apreciando debidamente aquel acto de vanidad, si se ha empeñado en indisponerla con Juno. Al llegar al bajo Egipto, extraña, al contemplar aquel suelo, que, regado por el Nilo y situado entre el Mediterráneo y el mar Rojo, carezca de puerto para su comercio con las naciones extranjeras. Resuelto á fijar allí el centro comercial del mundo, funda á la orilla del Mediterráneo, frente á la isla de Faro, una ciudad, que de su nombre se llamó Alejandría. En ella estableció una colonia de macedonios, y fué en breve una de las mas opulentas del orbe.

Estando Alejandro en Egipto, muere Estatira, la mujer de Dario. Alejandro, que desde el dia en que entró en la tienda en que estaban sus hijos, no quiso verla mas por temor de que le cautivara su peregrina hermosura, ordena que se le celebren funerales magníficos; y él mismo fué á consolar á la madre de Dario afligida por aquella desgracia. Conmovido Dario con aquel rasgo de generosidad, ruega al cielo que si el imperio ha de salir de su familia, le traspase á su enemigo. Al mismo tiempo manda embajadores á Alejandro, para renovarle la proposicion que le tenia ya hecha; á saber, la cesion de todas las provincias situadas entre el Helesponto y el Éufrates, ofreciéndole además una suma considerable de dinero. Pero resuelto Alejandro á despojar del todo á Dario, rechaza sus proposiciones, y emprende la marcha á fin de llevar á cabo su conquista. Pasado el Tigris, alcanza al enemigo junto á un pueblo llamado Gaugameles, poco distante de la ciudad de Arbela. Allí fué donde con cincuenta mil hombres triunfó (1) en campo raso de un ejército de mas de seiscientos mil, quedando de estos la mitad en el teatro de la lucha, y casi la otra mitad prisionera, y no perdiendo el vencedor mas que mil doscientos hombres. Despues de esta victoria, Alejandro se dirige hácia Babilonia, en la que entra triunfalmente, montado en un carro magnífico, y aclamado por una inmensa muchedumbre. En ella permanece un mes, y luego toma el camino de Susa, cuyas puertas se abren á su llegada, y de donde partió muy en breve, dejando en ella la familia de Dario. Encaminóse hácia Persépolis, capital de la Persia, y fué recibido en ella como en Babilonia y en Susa; pero entónces desmintió el carácter de moderacion que mostrara en aquellas dos ciudades, entregando Persépolis á la brutalidad de los soldados, que, no contentos con saquearla, cometieron además todos los horrores que puede sugerir el espíritu de barbarie. Entretanto, Dario iba errante de una á otra provincia, reducido á treinta y ocho mil hombres, entre los que habia cuatro mil griegos, que desde el principio quisieron seguir su suerte. Sabedores en la Bactriana dos jefes de su ejército, llamados Besso y Nabárzanes, que Alejandro le andaba siguiendo de cerca, no pueden decidir á Dario á que vaya con ellos, y vista su obstinacion, le asesinan en su mismo carro. Respiraba todavía, cuando pasó un soldado macedonio, y le trajo un poco de agua que pedia, teniendo aun tiempo para encargarle diese de su parte las gracias al vencedor por el buen trato que habia dado á su familia. Á poco llegó Alejandro, y no pudo menos de enternecerle la suerte de su enemigo. Cubrió el cuerpo con su manto, y le envió á Sisigambis para que pudiese enterrarle en el panteon de los reyes de Persia. Así murió, á los cincuenta años de edad, y seis de reinado, el poderoso monarca, acabando con él el imperio de los persas, en el año 330 antes de Jesucristo.

Mientras Alejandro triunfaba en Asia, los lacedemonios, capitaneados por su rey Agis, trataban de quitarle la Macedonia. Pero Antípatro, á quien dejara por gobernador de la Macedonia, pudo frustrar su empresa. Con todo, en la carta que escribió á Alejandro participándole la fortuna de sus armas, tuvo la hábil modestia de atribuir toda la gloria al valor de los macedonios, pasando muy ligeramente sobre lo que le concernia personalmente. Alejandro dió una prueba de moderacion recibiendo benévolamente á los diputados de Macedonia, cuyos habitantes pudieran haberse portado con él mas fielmente en aquellas ocurrencias. Pero, no estaba dispuesto á tratar tan paternalmente á los matadores de Dario, Besso y Nabárzanes (329). Al primero, que se habia retirado á la Bactriana y tomado título de rey, le persiguió sin poderle dar alcance, y el segundo, despues de escribirle varias cartas, se le presentó fiado en su palabra, y fué perdonado. Pareció exceso de clemencia, como pareció exceso de severidad lo que hizo con Parmenion. Con tal celo y talento habia servido á su rey este ilustre capitan, que ya habia alcanzado muchas victorias sin Alejandro, siendo así que este no alcanzó ninguna sin Parmenion. Sin embargo, por mera sospecha de una conjuracion contra él, Alejandro mandó prender á Parmenion y á su hijo Filotas, y condenó á los dos á muerte, al primero por el crímen que le suponia, y al segundo por no haberle rebelado. En los primeros momentos los soldados aplaudieron el acto. Pero, al reflexionar luego acerca de las virtudes del padre, de su generosidad y su templanza, y recordando á un mismo tiempo su intrepidez en las batallas, manifestaron un sentimiento que no alcanzó á sofocar enteramente su temor al monarca.

328. Por fin, Bresso cayó en poder de Alejandro, entregado por sus mismos soldados que le condujeron atado con una soga á la garganta, á Maracanda ó Samarkanda, en la Sogdiana. Allí fué puesto, por órden de Alejandro, en manos de Oxiartes, hermano de Dario, quien le dió una muerte cruel, contada por los autores antiguos con alguna diversidad. Tenia Alejandro entre sus pajes á uno llamado Hermolao, cuya trágica suerte movió á todos á compasion. Estando un dia los dos de caza, iba á echárseles encima un leon. Siguiendo el jóven los impulsos de su valor, arroja un dardo á la fiera y la mata. Herido el monarca en su amor propio por habérsele anticipado su paje, le mandó dar de azotes, afrenta que no pudo olvidar Hermolao, y conspiró desde entónces con sus compañeros para asesinar á Alejandro. Llega la conjuracion á oídos de Alejandro, y manda comparecer ante él á Hermolao, quien confiesa el criminal intento, y lejos de manifestar arrepentimiento, habla al monarca con singular altivez. Su temeridad le costó la vida. Mucho hizo murmurar aquel castigo, causando igual ó mayor sentimiento el cruel tratamiento que dió al filósofo Calístenes, puesto por Aristóteles, maestro del mismo Calístenes, al lado del príncipe, á fin de templar la impetuosidad de su carácter. El filósofo reprobaba sin

(1) El 1.° de octubre del año 331 antes de J. C. segun Petavio, Calvisio, etc.

consideracion ninguna todo lo que juzgaba reprensible en Alejandro, y aun cuentan si se atrevia á decir que valian mas sus escritos que todas las conquistas del héroe. Ello es que Alejandro llegó á odiarle tanto, que trató de perderle, pretextando que conspiraba contra él. No le hizo dar muerte, pero empleó un suplicio mas cruel mil veces que la muerte; pues le mandó cortar las orejas, la nariz, los labios, y le encerró con un perro en una jaula de hierro, llevándole de este modo en su equipaje. Conmovido Lisímaco, discípulo de Calístenes, por su deplorable situacion, creyó hacerle gran merced enviándole muy secretamente un veneno para que acabase con su tormento (327). El monarca tuvo por un crímen esta prueba de compasion, y dice Justino (en el libro 15), que condenó á Lisímaco á ser pasto de un leon furioso. Pero, Lisímaco, segun el mismo Justino, tuvo bastante serenidad y fortuna para matar al leon, y en vista de aquel prodigio Alejandro no pudo menos de admirar al jóven y de ofrecerle su amistad.

Los escitas habitaban en las orillas del mar Caspio, y jamás sufrieron el yugo de ninguna nacion extranjera. Esto fué bastante para que Alejandro quisiera tener la gloria de haberlos sojuzgado el primero. Pasó el Jajartes, y les dió una batalla en la que fué muy disputada la victoria. Alejandro recibió un flechazo en la pierna, quedándose en el hueso de la misma la punta del hierro. Así le llevaron á su tienda á donde fueron al dia siguiente los embajadores de los bárbaros á rendirle homenaje. Para hacerse con toda la sucesion de Darío, faltaba todavía á su vencedor apoderarse de la India oriental, y le salió la empresa con el mismo éxito á que estaba acostumbrado. Entre los reyes ó vireyes con quienes combatió en aquellos países, el mas terrible era Poro, que mandaba en la tierra situada entre los rios Hidaspis y Acesina. Vencido Poro en dos batallas, el héroe macedonio le decidió á reconocerle por señor. Es cuanto podemos decir con certeza acerca de aquel rey bárbaro.

326. Obcecado Alejandro por su fortuna, llegó á tomar las costumbres y hasta el traje de los persas. Pasar noches y dias en festines, y apostárselas con los bebedores de mas aguante, esa fué por algun tiempo su ocupacion principal. Esto excitó los murmullos de su ejército. En una de sus frecuentes orgías dió en ensalzar sus proezas y en amenguar las de su padre Filipo. Contestóle con alguña libertad un capitan veterano, llamado Clito, exaltado tambien probablemente por el calor del vino. Furioso por las reconvenciones del soldado viejo, que le echó en cara su ingratitud, para con los que mejor le habian servido, citando entre otros á Parmenion y á Filotas, arrojóle Alejandro un dardo, y le tendió muerto en el suelo. Arrepintióse de su crímen al momento, sintiendo amargamente la muerte del hombre que le salvó la vida en el paso del Granico, y con el mismo dardo iba á darse en el corazon, si no le hubiesen detenido. Cuatro dias pasó llorando sin querer tomar alimento, consintiendo por fin en vivir á ruegos de sus servidores mas íntimos.

Alejandro llama á las armas á un gran número de soldados persas para reforzar su ejército, y va á la Media, cuya capital, llamada Ecbatana, tenia de circunferencia doscientos cincuenta estadios, ó sea treinta y un mil doscientos cincuenta pasos. Allí perdió á Efestion, su mas tierno y constante amigo (325), y encargó á Perdicas la traslacion de su cuerpo á Babilonia. Una orgía le arrebató á ese su amigo: y otra orgía debia arrebatarle á él mismo en Babilonia. Cuéntase que los adivinos caldeos, al saber que queria volver á Babilonia, procuraron disuadirle del viaje, pronosticándole que le sucederia allí alguna desgracia; pero Alejandro no hizo caso de sus agüeros, y fué á dicha ciudad, en la que permaneció poco tiempo sin sucederle nada infausto, y partió luego para dominar á los árabes. Poco duró la campaña, y regresó á Babilonia, en la que se entregó otra vez á la crápula sin miramiento ninguno. Esto le ocasionó una tan fuerte calentura, que conoció pronto él mismo que su fin estaba cercano. Llamó á Perdicas, le dió su anillo, y no quiso acceder en nombrar sucesor. « Lego, dijo al morir, mi imperio al mas digno; pero conozco que mis amigos celebrarán mi funeral con las armas en la mano. » Acaeció su muerte en el 28 del mes macedonio « desio, » correspondiente al 19 de julio del año (324) (1) antes de la era cristiana, en la edad de treinta y tres años. Tanto sintió su muerte Sisigambis, la madre de Darío, que, no queriendo sobrevivirle, se dejó morir de hambre.

Sucedió, muerto Alejandro, lo que habia previsto, y no era difícil preveer. Aun antes de pensar en sus exequias, se reunieron sus generales para entenderse acerca del gobierno que proclamarian. Trás de siete dias de deliberacion, convinieron en crear una sombra de rey, nombrando á Arideo, hijo natural de Filipo, á quien mudaron el nombre dándole el de su padre. Era un pobre imbécil, que diera bastantes esperanzas en sus primeros años; pero, su madrastra Olímpia le administró una pócima que le incapacitó para siempre. Para darle autoridad le pusieron al lado á Perdicas, el cual tuvo gran parte en las conquistas de Alejandro, y como este dejó á su esposa Roxana en cinta de seis meses, quedó convenido que si le naciera hijo varon se repartiria el imperio entre él y Arideo, siempre bajo la tutela de Perdicas. Casaron á Arideo con Ada, la que luego fué llamada Eurídice. Era hija de Amintas, que lo era de un hermano de Filipo, el padre de Alejandro. Roxana parió efectivamente un niño, á quien dieron el nombre de su padre. En un consejo general que reunió Perdicas se resolvió que á Arideo y al recien nacido se daria juntamente el título de rey. Un niño y un imbécil convenian perfectamente á las miras de la ambiciosa junta.

En seguida se procedió á la distribucion de los diferentes mandos como sigue: Tolemeo, hijo de Lago, tuvo el Egipto; Laomedonte de Mitilena, la Siria; Filotas, la Cilicia; Piton, la Media; Eumenes la Capadocia y la Paflagonia; Antígono, la Pamfilia, la Licia y la Frigia mayor; Casandro, la Caria; Meleagro, la Lidia; Leonato, la Frigia menor hasta el Helesponto. Por lo tocante á las provincias de la Asia alta, acordó la junta que quedasen en manos de los mismos á quienes las confiriera Alejandro. En Europa, la Tracia con el Quersoneso se adjudicó á Lisímaco; la Macedonia con el Epiro y la Grecia, á Antípatro y á Crateres, dos rivales en la privanza de Alejandro.

Al saber los griegos la muerte de Alejandro, movióles Demóstenes á pensar en la restauracion de la independencia que les quitara. Los que mas prisa se dieron fueron los atenienses, que, mandados por Leóstenes, vencieron á Antípatro, y le sitiaron en Lamia, ciudad de la Tesalia, quedándole de allí á esa guerra el nombre de Lamíaca. Mas, al año siguiente, Leóstenes fué herido mortalmente delante de aquella plaza (323). Llamado Leonato en socorro de Antípatro, fué allá desde la Cilicia y tambien quedó vencido; pero, se levantó el cerco de Lamia con motivo de una batalla que la armada macedonia ganó á la ateniense.

(1) Segun Petavio. Véase la nota al final de los reyes de Macedonia.

Entónces los atenienses hubieron de sufrir la ley de los macedonios, y consentir en que estos pusiesen guarnicion en el puerto de Muniquio, viniendo además en entregar á Antipatro los dos célebres oradores Demóstenes é Hipérides. Odiábalos por el celo y la gloria con que ambos sostuvieron la libertad ateniense. Hipérides pagó con la cabeza, luego que estuvo en poder de Antípatro, los discursos que contra él pronunciara. Demóstenes se fugó; mas, viendo que era muy difícil escapársele, se envenenó en el año 322, en el cual murió tambien Aristóteles.

Poco duraron los arreglos hechos por los generales de Alejandro para la reparticion de su imperio. La ambicion de los mas fuertes acabó con los mas débiles. En pocos años estuvo todo en manos de solos cuatro, los cuales procedieron á una nueva division hecha del modo siguiente:

Casandro, hijo de Antípatro, que murió en el año 321 antes de Jesucristo, quedó dueño de la Macedonia heredada de su padre: Lisímaco conservó la Tracia con la parte del Asia que se extendia á lo largo del Bósforo y del Helesponto, de que se apoderó muerto Alejandro. El Egipto, la Libia, Arabia y Palestina cupó á Tolomeo, hijo de Lago. Seleuco tuvo la Siria. Sin embargo de que eran soberanos absolutos en estos estados, todos se llamaban gobernadores, absteniéndose de tomar el título de reyes, y dejándole para Filipo Arideo, cuyo reinado sirvió de época para el nuevo imperio.

VIDA Y ACCIONES

DE ALEJANDRO MAGNO,

POR QUINTO CURCIO.

ADVERTENCIA.—Cumplimos aquí la promesa de dar por completo el QUINTO CURCIO. De esta obra célebre se perdieron, por la incuria de los tiempos; los dos libros primeros, parte del sexto, y algunos trozos del último. El aleman Freinshemio y Cristóbal Bruno han restaurado en lo posible aquel escrito, y merced á sus esfuerzos podemos presentarle como sigue:

LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO DE ESTE LIBRO.

I. Nacimiento de Alejandro, y prodigios que le precedieron y sucedieron.—II. Su educacion: los ejercicios de su juventud y la disposicion de su cuerpo.—III. Su inclinacion á las ciencias: crédito de Aristóteles su maestro.—IV. La estimacion que Alejandro hizo de Homero: su desprecio á los deleites, y la destreza con que domó el caballo Bucéfalo.—V. Déjale su padre en su ausencia el gobierno de Macedonia: lo que hace en este tiempo: guerras de Filipo: derrota de los ilirios por Alejandro: Filipo declarado general de los griegos.—VI. Oracion de Piton, enviado por Filipo á la junta de los beocios.—VII. Oracion de Demóstenes enviado por los atenienses, recitada en la misma junta.—VIII. Los tebanos se declaran contra Filipo, y se unen con los atenienses: sujeta Filipo toda la Grecia, y muéstrase benigno con los atenienses: toma la ciudad de Tebas, y trátala rigurosamente: su designio de llevar la guerra á Persia.—IX. Discordias en la casa de Filipo: resuelve este dar muerte á Alejandro, el cual se halla precisado á retirarse con su madre Olimpias; muerte de Filipo; sospechas; crueldades de Olimpias.—X. Alteraciones en el ingreso de Alejandro á la corona: su valor y resolucion: habla al pueblo y manda castigar á los cómplices en la muerte de su padre.—XI. Entra en Tesalia: redúcela á su obediencia: nómbranle los griegos por su general, cuya junta hace se tenga en Corinto: visita al filósofo Diógenes: su expedicion á la Tesalia, y anuncios de su grandeza.—XII. Su viaje á los Getas: recibe embajadores de Alemania: excusa hacerles guerra: los príncipes de Italia se sublevan contra él: vese en peligro, de que se libra por medio de una estratagema.—XIII. Alteranse los griegos con la falsa noticia de su muerte: diligencias de Demóstenes contra Alejandro: toma y destruccion de la ciudad de Tebas.—XIV. Presagios de la ruina de Tebas: concede Alejandro la paz á los atenienses, para hacer la guerra á los persas.

I. (1) Muchos historiadores griegos escribieron la vida y acciones de Alejandro, que después de haber conquistado el imperio de los persas, le transfirió á la Grecia. La mayor parte de ellos fueron testigos de tantas gloriosas acciones como obró, compañeros unos de sus victorias, é instrumentos otros de sus designios, á quienes se añadieron los que llevó el deseo de su gloria, y el de que triunfase su nombre después de su muerte; dejando por este medio á los siglos futuros el retrato de su valor, y la memoria de sus acciones. Pero, en medio de que fueron grandes, la natural inclinacion que tuvieron los griegos á las fábulas, ocasionó, que muchos de ellos escribiesen aventuras, que tienen mas proporcion con los prodigios, que similitud con la verdad: y así, no hallo que merezcan mayor crédito otros, que Aristóbulo y Tolomeo, que reinó después de Alejandro; porque, muerto este príncipe, y faltando la ocasion para el temor, sin el cual, y la lisonja, que son los que de ordinario pervierten la verdad de la historia, no tenian impedimento para la libertad de decirla; no siendo creible que Tolomeo quisiese deslucir la dignidad real con fábulas y fingi-

(1) Se apoyan los asertos de este capítulo en los autores y obras siguientes: Justinus 16. 6. 16. Arrian. en su Pref. Diodoro 17. 1. Velejus 5. 66. Oros. 3. 12. Arrian. 25. 34. Pausan. lib. 1. Jul. Cés. Curt. 7. 1. 3. Curt. 10. 3. 33. Curt. 4. 6. 30. Lucian. en el Diálogo de los muertos. Sil. lib. 13. Vict. en Galerio. Dionisio Crisóst. disc. 4. Sidón. en el 2. y 9. de sus versos. Plut. cap. 7. Just. 11. y 16. Solin. cap. 14. Euseb. dis. 1. Ant. Ottotrising. 2. 23. Cedren. Glicas. Just. 11. 4. Texcita, en la Historia de los persas, 1. 32. Liv. 26. 19. 6. Soli. 1. 9. Agel. 7. 1. Val. Max. 1. 2. 2. Quint. 2. 4. Sueton en la vida de Augusto, c. 94. Liv. en el pref. Plut. c. 3. Agel. 13. 4. Plut. cap. 3. Solm. cap. 14. Plut. c. 3. Plut. c. 2. Ephor. en Tert. del alma, c. 46. Steph. 5. Alex. Cust. en Perieget. 254 Cic. de Divinat. 1. 23. y de la nat. de los Dioses, 2. 27. Soli. c. 43. Val. Max. 8. 14. Zonaras Hierro contra Helvid. Plut c. 4. Just. 12 16. 6. Plut. en la consolac. á Apol. c. 9. y en las Apopht. Mela 2. 3. Serv. sobre Virg. Georg. 4. 278. Ant. Bunting. en su cronol. Capel en su historia Sagrada. Plut c. 4. Demonst en la Orac. de la corte. Agel. 17. 21. Histor. mes. 2. 4. Agel. 9. 3.

mientos. Halláronse ambos presentes, no solo á muchos de los sucesos que refieren, sino que concurrieron tambien á ellos; con lo que pudieron escribir con mas verdad que otros; por cuya causa, siempre que los hallamos conformes, los preferiremos á los demás autores, eligiendo, cuando no lo están, entre la abundancia de tan diversas noticias, las que mas se acercan á lo verosímil, despues de haber cotejado exactamente las unas con las otras. Hemos observado tambien, que, despues del siglo de Alejandro, todos los griegos que tuvieron algun amor á la verdad, y de mas reciente memoria Diodoro Sículo, siguieron el mismo camino; porque los romanos que se aplicaron á la historia, contentos con escribir las admirables acciones de un pueblo victorioso, cual era el suyo, despreciaron siempre las de las naciones extrañas, teniendo aquel por trabajo mas útil y provechoso á sus ciudadanos. Pero así como juzgo loable su intento, espero sea acepto el que he puesto en representar á mi patria una imágen de este rey, que por sí solo conquistó en el corto tiempo de su vida mayores dominios que otros príncipes que la gozaron mas dilatada. De que se podrá reconocer no es el acaso quien gobierna los sucesos del mundo, sino la fortaleza, que de ordinario se proporciona con el talento de los hombres, y que no tiene larga duracion la felicidad, cuando no la acompaña la virtud. Juzgo, pues, que en Alejandro concurrieron todas las prendas de talento y fortuna que se pueden desear en un príncipe, que ha de llegar á tan alto grado de autoridad y poder. Los de Macedonia creen descender de Hércules; y Olimpias, madre de Alejandro, deduce del grande Aquiles el orígen de su sangre y casa. No le faltaron desde su infancia, ni estímulos ni ejemplos para aspirar á la gloria, maestros que le enseñasen la virtud, ni ejercicios que le adquiriesen experiencias; porque el rey Filipo, su padre, puso por medio de las contínuas guerras en reputacion el nombre de los macedonios, despreciable antes, y los hizo formidables á los demás pueblos de la Grecia, á quienes redujo debajo de su obediencia; con lo que no solo echó los fundamentos para la obra, que se perfeccionó despues de su muerte, sino que, muriendo con el designio de pasar la guerra á Persia, dejó crecido número de levas que habia hecho, considerable porcion de dinero, tropas dispuestas, y todo género de municiones, habiendo ya penetrado por medio de Parmenion en el Asia. Murió pues en esta sazon, como si lo hubiese hecho con el fin de dejar á su hijo estas grandes fuerzas para la guerra y la gloria de los triunfos que su espíritu se habia ideado; por lo cual se dijo, murió por artificio de la fortuna, la cual quiso (por decirlo así) dar solo á Alejandro obediencia perpétua: y así la admiracion que causó este príncipe, obligó á dudar muy desde los principios de sus acciones, si seria mas justo tener por divino el nacimiento de tan grande varon, y creerle hijo de Júpiter, antes que descendiente de este Dios por los cácidas y por Hércules. Lo cierto es, que, cuando pasó á Libia á visitar el templo de Hammon, quiso le llamasen hijo suyo, como diremos despues; y que muchos creyeron que Júpiter tomó la forma de aquella serpiente que se vió entrar en la cámara y lecho de su madre, y que le procreó: que los sueños divinos y las respuestas de los oráculos testificaron este orígen; y que cuando Filipo envió á Delfos á consultar á aquel Dios, le advirtió el oráculo venerase con especialidad á Júpiter Hammon. No faltan autores que desprecian por fabulosa esta noticia, asegurando, que nó sin motivo se habló de la madre de Alejandro como de una adúltera: que Nectanebo, rey de Egipto, arrojado de su reino, no pasó, como se creyó, á Etiopia, sino á Macedonia, esperanzado en el socorro de Filipo contra el poder de los persas: que rindió á Olimpias á sus engañosas caricias por la fuerza de sus encantamientos, y que manchó el lecho de su huésped; de cuya afrenta no quedó sin las sospechas Filipo, las cuales acreditó su divorcio, habiendo sido ellas principal causa para él que el dia que Filipo llevó á su palacio á Cleopatra, Atalo, tio de la novia, tuvo la osadía de dar en rostro á Alejandro con la afrenta é infamia de su nacimiento; y que el mismo rey le declaró no habia nacido de él; que la voz del adulterio de Olimpias no solo se dilató á nosotros, sino tambien á todas las provincias que este príncipe redujo debajo de su dominio; que la serpiente trae su orígen de las antiguas fábulas para encubrir la infamia de esta princesa; y que los mesenios publicaron lo mismo de Aristómenes, y los sicionenses de Aristódemo. La misma voz se divulgó de Escipion el primero, que destruyó á Cartago; y el nacimiento de Augusto no dejó de tenerse tambien por milagroso y divino. ¿Y qué dirémos por lo que mira á Rómulo, padre y fundador de Roma, cuando no ha habido nacion, por baja y despreciable que sea, que no haya atribuido á algun Dios, ó algun hombre procreado de él su orígen y nacimiento? En cuanto á la fuga de Nectanebo, no se conforma con el tiempo; pues cuando fué vencido por Oco, y echado de su reino, se hallaba ya Alejandro en edad de seis años: no siendo menos falso ni menos ridículo lo que se dice de Júpiter, cuya fábula confirmó por tal la misma Olimpias; porque, asegurada despues de la muerte de su marido, y burlándose de la vanidad de su hijo, que la procuraba persuadir habia nacido de Júpiter, le pidió por medio de una carta no la pusiese mal con Juno, ni la expusiese á la indignacion de esta diosa, pues no habia cometido contra ella culpa por la que mereciese su castigo. Y que en ocasion de pasar al Asia amonestó á Alejandro se acordase de su orígen, para no ejecutar accion que fuese indigna de su padre. Mas en lo que uniformemente convienen los autores es, en que, entre la concepcion y nacimiento de este príncipe, fué seguro anuncio de que habia de nacer de esta princesa tan admirable héroe, la diversidad y crecido número de prodigios y presagios que acaecieron. Ofrecióscle en un sueño á Filipo, el vientre de Olimpias cubierto de un anillo, en que estaba grabado un leon, cuya memoria conservó la ciudad de Alejandría, edificada en Egipto, guardando largo tiempo el nombre de Leontopolis. Aristrando, uno de los mas célebres adivinos de su tiempo, que acompañó despues á Alejandro, y fué de quien se valió para sus sacrificios, declaró: que este sueño denotaba el valor, y virtud del infante, que habia de nacer. La misma noche que Olimpias parió, fué abrasado, y reducido á cenizas el templo consagrado á Diana en Efeso, uno de los mas célebres de toda el Asia, é introducido el fuego por el furor de un malvado hombre, que, puesto á cuestion de tormento, confesó no haber tenido otro motivo para aquella malvada accion, que el hacer perpétuo y memorable su nombre. Pero los magos y adivinos, que se hallaban entónces en Efeso, sintieron este incendio, no solo por la pérdida del templo, sino por creerle cierto presagio de alguna considerable ruina; de cuyos desconsolados temores llenaron toda la ciudad, diciendo, se encendia en alguna parte una antorcha cuyo incendio abrasaria todo el oriente. Al tiempo que nació Alejandro sujetó Filipo á Potidea, colonia de los atenienses: tambien quedó vencedor en los juegos olímpicos, donde habia enviado cuatro

carros; y por un correo, despachado por Parmenion, á quien habia enviado á Iliria, de victoria mas importante, pues le avisaba haber roto y deshecho los macedonios á los bárbaros en una gran batalla. En la celebridad de tan felices sucesos le halló el del parto de Olimpias, del cual predijeron los magos y adivinos: «sería invencible príncipe infante que había nacido entre tantas palmas y victorias.» Y es fama, que Filipo, medroso de las grandes prosperidades que á un tiempo experimentaba, rogó á la diosa Nemesis «permitiese, que con alguna mediana calamidad pudiese satisfacer los obsequios y sumisiones, que al parecer le hacia la fortuna.» Tambien se refiere, que en la ciudad de Pelle se mantuvieron por espacio de un dia sobre la casa en que la reina Olimpias dió á luz á Alejandro, dos águilas, y que fué presagio de que poseeria los dos imperios de Europa y Asia: interpretacion fácil de hacer despues de visto el suceso. Algunos autores añaden que «tembló la tierra el dia del nacimiento de este príncipe, en el cual se oyeron grandes truenos, y vieron caer muchos rayos.» Nació, segun el sentir de sus mas exactos escritores, al principio de la olimpíada ciento y seis, siendo pretor en Atenas Elipenes, el sexto dia de junio, á quien los macedonios llamaron Loo, tiempo en que el pueblo romano (de cuya fundacion corrian cerca de cuatrocientos años) se ejercitaba en las guerras de sus vecinos, haciéndose, por medio de las victorias que cada dia obtenia, mas considerable y glorioso para avasallar todo el orbe á su obediencia.

II (1). Viéndose Filipo con un hijo, de cuyas prendas le obligaban á concebir grandes esperanzas presagios tan felices, empleó todo su cuidado en su mejor educacion, para que le hallase la corona digno de ella, y el cetro capaz de regirle; conociendo, como tan prudente y atento al bien de sus dominios, no habia adelantado nada con todo lo obrado y emprendido, si para despues de su muerte dejaba á Macedonia un príncipe negligente é incapaz de reinar y vencer; y que aun su reputacion peligraria en la duracion, si la flaqueza de su sucesor malograba la disposicion de los grandes progresos á que habia dado principio. Consérvanse cartas suyas, llenas de útilidad y prudencia, escritas á Aristóteles, el cual se hallaba entónces con Platon en Atenas; y una de ellas contiene estas ó semejantes expresiones: «Filipo á Aristóteles, salud. Hágoos saber, me ha nacido un hijo, de cuyo beneficio no he dado tantas gracias á los dioses porque me le hayan concedido, cuanto porque haya sido en vuestro tiempo. Espero, que por medio de vuestros preceptos y cuidado en su educacion, saldrá de vuestra escuela digno discípulo vuestro, no digno hijo mio, y capaz de sucederme en tan grande reino; porque juzgo por mejor de no tener hijos, que dejarlos pura deslustre y ultraje de la sangre y de los predecesores.» No se engañó Filipo; porque Alejandro logró con tan fructuoso aprovechamiento la doctrina de este gran varon, que pudo con ella poner en ejecucion las esclarecidas acciones que despues obró. Nombráronsele en sus mas tiernos años por ayos á Leonidas, pariente de Olimpias, y á Lisímaco de Arcania. Eligiósele una ama de buen temperamento y costumbres, llamada Helanica, hija de Dropis, y de las mejores familias de Macedonia. Correspondió tan felizmente al cuidado del suceso, que aun en la infancia empezó Alejandro á dar muestras de cuanto se experimentó despues en su persona; porque desde entónces se le advirtieron tan ventajosas fuerzas en el cuerpo, como generosidades en el ánimo, superiores á la edad en que se hallaba, é iguales á las que se deben desear en un natural heróico. Era hermoso y agradable: despreciaba todos los adornos que pueden añadir gracia y hermosura al cuerpo, diciendo: «que el cuidado del aliño y de la compostura, solo era permitido á las mujeres, las cuales no tenian otros medios para hacerse recomendables; y que él lo habria conseguido, si llegase á poseer la virtud.» Tenia los miembros bien proporcionados, y el cuerpo robusto y fornido, y mas vigoroso en la realidad que en la apariencia, por ser de mediana estatura: las carnes blancas, aunque las mejillas y el pecho gratamente rojos: los cabellos rubios y ensortijados, y la nariz aguileña: los ojos de diversos colores, negro el diestro, y azul el siniestro; pero con tan oculta virtud, que ninguno los miraba sin reverencia y temor. Era admirable la ligereza del cuerpo, la cual hacia mas ágil, como tan necesaria, la frecuencia con que le excitaba, disputando algunas veces el premio de la carrera con los mas ligeros de los suyos. La paciencia con que sufria los trabajos fué tan grande, que excedió á la credulidad, y por esta virtud pudo conservarse con sus armas en las mayores calamidades y peligros. Purgóse de tal suerte con la continuacion de sus ejercicios y temperamento cálido de los malos humores, que de ordinario se engendran entre cuero y carne, que esparcia de sí un grato olor, de que participaban sus vestidos: causa á que atribuyen algunos su propension al vino, y á la cólera. Consérvanse retratos y estátuas suyas de los mayores artífices, por haber prohibido con gran cuidado, debajo de graves penas, que ninguno le retratase sin órden suya, para que no perdiese su rostro nada de la gracia y vigor que mantenia, por mano de pintores y escultores comunes. Y así, en medio de haber florecido grandes artífices en este tiempo, solo Apeles le retrató de consentimiento y voluntad suya; y solo Pirgoteles le grabó sobre piedras; y solo Lisippo y Policletes le estamparon en medallas. Refiérese, que tomó de tal suerte el defecto de atravesar la vista de su ayo Leonidas, que le fué imposible perderle despues. Confieso, que puede mucho la educacion, pero que atribuyo esto mas al natural de aquel príncipe, que á la costumbre que tomó; porque en alguna manera tienen los movimientos del cuerpo cierta propension que les obliga á seguir el ardor é impetuosidad del espíritu. Tan lejos estuvieron sus sucesores de reputarla por imperfeccion, que no pudiendo en el valor ni en la virtud, pusieron gran cuidado en imitar esta, la de inclinar, como él lo hacia, el cuello hácia el lado siniestro de la espalda, y la de tener la vista firme, y la voz hueca. Lo cierto es, que hubo entre ellos muchos, cuya larga vida no mereció se comparase con la infancia de este príncipe; porque á la verdad, en toda ella, ni dijo ni obró bajeza alguna; antes por el contrario, sus palabras y accio-

(1) Autores en que nos apoyamos: Cur. 3. 6. 2. Just. 12. 6. 10. Arrian. 4. 2. 12. Curc. 8. 2. 8. Cumen en el Panegir. de Constantin. c. 17. Eliano en la Historia ult. 12. 14. Arrian. 7. 5. 18. Solin. 14. Curc. 3. Solin. c. 14. Plut. c. 3. Tzetzes Glycus. Elian. Hist. ult. 11. 14. Plut. de la difer. de la amistad, y la lisonja y de la tranquilidad del Alma, c. 20. Arrian. 7. c. 18. Plut. en el Banquete. Apuley. 1. de Hold. Horat. ep. 2. 1. Himer en Focio. Plin. 7. 37. 6. 35. 10. 23. 37. 37. Cic. en las Epístolas familiares 3. 12. Hieron. á Letar. Hincma. ep. 3. 1. Plut. en Pyrr. c. 14. y en Alejandro, c. 5. en el tratado de la fortuna 2. 3. y en Pompeyo, c. 6. Tzetzes Chil. 8. 200. y 11. 36. 8. Vict. en Caracalla, Historia mes. 10. 25. Plut. c. 6. de la fortuna de Alejandro. 1. 13. y en las Apoth. c. 36. Herodot. 3. 22. Marcelin 16. 6. Plut. c. 44. en las Apoth. c. 37. Diod. 16 53. Curc. 6. 4. 25. Plut. cap. 7. Diod. 16. 53. Plut. de la fort. de Alejandro. 2. 24. Diod. 16. 96. Quint. 1. 1. 20. Hiero. á Lætan. Erasm. lib. 2. de Ratione concion. Dexipp. en Cedreno. Plut. cap. 70. Aten. 1. 15. 19. Diod. orat. 2. Suidas V.

nes fuéron iguales, y muchas veces superiores á su fortuna; pues aunque gustaba de la alabanza, no indiferentemente de todas, y sí solo de las loables; creyendo que la que se daba á acciones bajas, ni era de honor ni de gloria, y que la de la victoria se debia proporcionar siempre con los enemigos que se vencian. Y así, cuando algunos le dijeron, pues que era tan ágil y diestro en la carrera, concurriese con los que disputaban el premio de los juegos olímpicos, siguiendo el ejemplo de aquel rey que tuvo su nombre, para que se dilatase por medio de esta accion por toda la Grecia la estimacion y gloria del suyo, respondió: « Yo lo hiciera, si tuviese reyes por competidores y contrarios. » Siempre que su padre Filipo obtenia alguna señalada victoria, ó ganaba alguna plaza de reputacion, mostraba entre los regocijos públicos conocido sentimiento, el cual le obligó cierto dia á que prorumpiese entre los niños de su edad, diciéndoles: « que su padre no les dejaba que hacer, ni á él, ni á ellos, cuando pudiesen tomar las armas.» Tanto sentia le disminuyese su gloria lo que aumentaba las guerras y riquezas del imperio, siendo en él mas poderosa la pasion al honor que á los tesoros. Dormia naturalmente poco, y valíase de artificio para dormir menos. Si tenia algun cuidado de consecuencia que necesitase de larga consideracion, sacaba el brazo fuera del lecho, y se impedia el sueño con el ruído de una bola de plata que dejaba caer sobre una bacía. Tuvo desde su infancia gran respeto á los dioses. Cierto dia, en que se les hacia un sacrificio, echó tan gran cantidad de incienso, que Leonidas, su ayo, varon severo y enemigo de la profusion, disgustándose de la de Alejandro, le dijo: « cuando conquistes los lugares de donde se trae el incienso podrás quemar tan gran porcion; » pero habiendo pacificado después Alejandro la Arabia, la cual le produce, y acordándose de las palabras de Leonidas, le envió de aquella provincia gran cantidad de perfumes, con órden de que le dijesen de su parte: « no fuese otra vez tan escaso en honrar á los dioses, pues veía por experiencia con cuán dobladas creces remuneraban las ofrendas que se les hacian. » Dió bien aprisa muestras de su gran valor, y de las considerables proezas que emprenderia. Hallábase en este tiempo por rey de la Persia Artajerjes Oco, contra quien se habian conspirado, y hecho guerra Artabases y Menapo, ambos sátrapas, acompañados de Memnon rodio, famoso y esclarecido capitan; pero quedando vencidos por las fuerzas de aquel príncipe, abandonaron el Asia y se ampararon de Filipo. Aunque no tenia entónces Alejandro siete años, recibia singular gusto de conversar con ellos, y de hacerles preguntas, en nada pueriles, sobre el estado de los negocios de Persia. Informábase con especialidad « de los fundamentos en que se afirmaba la grandeza y poder real de los persas: ¿qué armas usaban? ¿Si los pueblos eran valerosos? ¿Si generosos los caballos? ¿Cuántas jornadas habia de Susa á Macedonia? ¿Cuál era el genio del rey? ¿Cuáles sus ejercicios y sus divertimientos? ¿Y en qué estimacion tenia la virtud? Habiendo perdonado después Oco, (por intercesion de Mentor, hermano de Memnon, y con quien Artabases habia casado su hermana) á los desterrados, y enviádoselos á pedir á Filipo, causó tan grande admiracion Alejandro á los embajadores del rey de Persia, por las muestras excelentes que les dió de su natural heróico en edad tan tierna, que no pudiendo contenerse uno de ellos, dijo: « este niño es un grande rey, y el nuestro un príncipe rico. » Pero aunque parece debió todas estas prodigiosas calidades á la excelencia de su natural, no fué menos deudor de ellas á su admirable educacion; porque su padre, experimentando en sí cuán útil le habia sido la compañía de Epaminondas, y que habia obrado mas con la elocuencia que con las armas, puso gran cuidado en que su hijo se ilustrase desde su infancia con el estudio de las buenas letras: y así obligó con regias recompensas á Aristóteles, filósofo de grande reputacion, á que enseñase á Alejandro los primeros rudimentos, á cuyo empleo se dedicó gustoso aquel gran varon, como quien sabia cuánto importa que un príncipe, cuyas sienes ha de ceñir la corona, esté bien educado, y que no puede haber sabiduría donde falta el desprecio de las cosas pequeñas, sin el cual es imposible ascender á las grandes. Aplicáronsele después muchos maestros, y los de mayor crédito, en lo que se le pretendia enseñar; con que no solo enriqueció é ilustró el ánimo con las mejores ciencias, sino que adornó y agilitó el cuerpo con su destreza en todos los ejercicios que pueden servir á la guerra y acostumbrarle á sufrir las fatigas de ella. Aun cuando parecia que estaba sin hacer nada, no dejaba de obrar algo; porque, divirtiéndose, ó en jugar á la pelota ó en danzar, no abstraia tanto el espíritu, cuanto disponia el cuerpo á empleos mas importantes.

III (1). Hallándose Alejandro en edad algo mas crecida y con capacidad proporcionada y dispuesta para estudios mas serios, le llevaron desde Mitilene, donde estaba Aristóteles, el cual no se apartó de su lado hasta que, habiendo sucedido en el reino por muerte del rey su padre, hizo la jornada de Asia. Aprendió en este tiempo cuanto podia enseñarle tan docto maestro y famoso filósofo. Mostró tanto mayor deseo de alcanzar el conocimiento de los secretos de la naturaleza, cuanto eran grandes las esperanzas que habia concebido de hacerse algun dia señor del mundo; y así contribuyó á la especulacion de las cosas naturales, con expensas de liberal y real ánimo. Dispuso que así en el Asia, como en la Grecia y en las demás partes donde con mayor aplicacion se dedicaban á este estudio, obedeciesen á Aristóteles todos los que buscaban su vida en la caza y en la pesca, á fin de que pudiese reconocer con mas certidumbre y facilidad la naturaleza de los animales; para cuya grande empresa es constante que recibió Aristóteles ochocientos talentos, y que fué tan grande la inclinacion de este príncipe á tan admirable ciencia, que hizo por sí los gastos, y aplicó todo su cuidado, en medio de tener como por cierto que no llegaria á ver el fruto de ella. Halláronse cien años después ciervos, á quienes habia hecho poner collares de oro, para que conociese la posteridad cuánto crédito se debia dar á los que escribieron de la larga vida de los animales. Fué eru-

(1) Autores en que nos apoyamos: Laert. in Arist. Dionis. de Domest. Plin. 9. 16. 5. Aten. 9. 13. Plin. 8. 25. 13. Plut. cap. 12. Agell. 20. 4. Zonaras. Arist. cap. 1. Ret. de Alex. Plut. cap. cap. 13. Laert. in Arist. Plut. cap. 13. Et. 4. 7. Zamos. Analct. antiqu. Daciæ. cap. 11. Elian. Hist. div. 12. 54. Tzetzes. Chil. 7. 140. Dion., Chisat. orat. 2. f. Laert. in Arist. Plin. 7. 29. 3. Val. Max. 6. 5. 5. Plut. cap. 50. adver. Colotem. Plut. advers. Colot. c. 50. Laertius. Plutarco, Apoc cap. 33. Casaub. in Athen. 14. 22. Melanch. in Chron. Elian. Histor. divers. 12. 54. Rutgersius, variar lect. 1. 6. Plut. cap. 13 y 94. Plut. del adelantamiento de la virtud, cap. 10, y de la alabanza de sí mismo, c. 19. Plut. 126. Curt. 10. 10. 16. Plut. en Pericles cap. 2. Grego. lib. 9. Elian. Hist. var. 3. 52. Dion. Chrys. orat. 2. Suidas en la vida de Timoteo Dio, orat. 1. Eras. Adag. á Dorio ad Phyrgium. Plut. de la fortuna de Alejandro, 2. 4. Pausan. 6. Val. Max. 7. 3. 4. Suidas V. Ath. pr. 1. 3. Dion. Chrys. orat. 2. Plut. cap. 6 Plut. de la fortuna de Alejandro, orat. 2. Schoner. c. 1. Algebræ. Quint. 2. 20. 5. Vitruv. Pref. Lib. 2. Lucian. pro imagin. Laert. in Xenocrate. Plut. adversus Colot. c. 50. et. in Phocione, c. 120. et de fort. Alex. 1. 14. et 2. 1. et 4.

dito en las sublimes disciplinas, á las que llaman Acromáticas, como lo acredita una de sus cartas, en la cual se queja de Aristóteles, « por haberlas disminuido mucha estimacion, haciéndolas públicas; » y no menos la respuesta de Aristóteles, pues le satisface diciendo, que aunque las habia dado al público, era lo mismo que si no lo hubiese hecho, no habiendo quien pudiese entenderlas hallándose sin la noticia de lo que contenian. En cuya consecuencia, cuando Alejandro le pidió sus libros de retórica, le prohibió los franquease á otro alguno, que no fuese él, por desear exceder á los demás, no menos que en el poder y grandeza en las buenas artes, y no llevar bien que participasen de la gloria los inferiores. Tambien manifiestan sus cartas que supo medicina, y que la aprendió de Aristóteles, hijo de un médico descendiente de Esculapio. Pero aplicóse con tan grande útilidad á esta parte de la filosofía, que enseña á gobernarse á sí, y á los demás, que se tuvo por cierto debió la ruina del imperio de los persas, mas que á sus armas y riquezas, á su generosidad, prudencia, templanza y justicia. Solia decir muchas veces: « que se hallaba con no menor obligacion á Aristóteles que á Filipo; porque si al uno debia el beneficio de vivir, reconocia al otro el de vivir bien. » Sin embargo se creyó, aunque sin razon, que en medio de la grande ambicion, de que tenia apoderado el corazon, le inflamó mas en ella la estimacion que reconoció en Aristóteles al honor y á la gloria, á quienes colocaba en el número de los mas apreciables bienes; y que persuadido Alejandro de esta opinion, que le lisonjeaba el genio, hizo naciese la guerra de la guerra para dilatar sus dominios é imperio, queriendo que todo el mundo le estimase por dios. Tuvo Aristóteles la recompensa y premio que merecia por la educacion de Alejandro, no solo mientras reinó, en las grandes mercedes y honras que recibió, sino en tiempo de Filipo, logrando que por su atencion se reparasen las ruínas de su patria. Habíanse declarado por enemigos de Filipo los olintios, vecinos de Macedonia, y nó inferiores á ella en poder, por llevar á mal el acrecentamiento de un reino debajo de rey tan prudente, y que solo miraba á la ruína y servidumbre de sus vecinos: consideracion que hizo mas odiosa la guerra, y por consecuencia mas cruel la victoria. Y así Filipo, habiendo tomado la ciudad de Olito, la mandó arrasar, vender los habitadores y que se ejecutase el mismo rigor en todas las ciudades que dependian de ella. Estagira, patria de Aristóteles, tuvo parte en este infortunio, participando de la desolacion de las otras; pero reparóla este con permiso y á expensas de Filipo, y la dió leyes que observó después. De esta suerte restableció el talento de un hombre solo, una ciudad abrasada y destruida, y á quien no pudo librar antes de su ruína el esfuerzo de tan grandes capitanes, ni el poder de un estado floreciente. Déjase conocer bastantemente la estimacion grande de Filipo á Aristóteles, en las repetidas persuasiones con que pedia á Alejandro se aplicase cuidadosamente á los sabios preceptos de tan docto maestro, para no incurrir en vicio, cuya afrenta y arrepentimiento le sirviese de castigo. Y así le tuvo siempre Alejandro particular veneracion, y pidió su parecer en los negocios de mayor consideracion é importancia. Escribíale con gran frecuencia, solicitando saber de él, nó solo lo mas oculto de las ciencias, sino tambien las mas seguras reglas para la mejor direccion de su vida y costumbres. Á cuyo fin le dice Aristóteles en una carta, que lo que juzga por mas proporcionado al logro de su felicidad y de la de sus vasallos, es: « que tenga siempre presente no se le habia concedido tan considerable poder para que fuese inútil á los hombres, sino para que le emplease en mayor beneficio suyo: que procurase reprimir los ímpetus de la ira, á que naturalmente estaba sujeto; pues no habiendo quien pudiese serle igual, era tan escusado como indigno de su grandeza irritarse con los inferiores. » Pero luego que empezó á apoderarse de su ánimo el orgullo, comenzó él á despreciarle; mayormente al estar persuadido de que por muerte de Callistenes se habia hecho enemigo suyo: y luego, contra los preceptos de su sabiduría, y como por especie de venganza, se complacia en contradecirle y en convencerle en sus disputas, con pretexto de despreciar las grandezas y la ambicion. Á lo menos se refiere, que poco antes de su muerte, justificando Casandro á su padre de los delitos que se le imputaban, exclamó diciendo: « que venia armado de las invenciones y de los artificios de Aristóteles, para desvanecer con falsos y sofísticos argumentos, unos justos y legítimos cargos; y que á uno y á otro amenazó con graves castigos si averiguaba ser cierto lo que habia referido; » hablándole en lo demás con semblante tan indignado y colérico, que mucho después de su muerte, Casandro, que fué el que le sucedió, hallándose en Delfos y viendo un retrato de Alejandro, y acordándose del peligro en que habia estado, se conturbó y estremeció. Esto fué causa de que se creyese fué Aristóteles autor del veneno á cuya violencia se atribuyó la muerte de Alejandro, y que por disposicion suya se trajo de Babilonia en la uña de un caballo. Fué tambien este príncipe primoroso en la música, á la que se aplicó con particular aficion; pero, habiéndole dicho su padre un dia, « ¿que si no se corria de cantar tambien? » la dejó como ejercicio menos decente á la majestad real. Por este tiempo, advirtiéndole su maestro de música que tocase cierta cuerda: « ¿qué importa, (le respondió) que la toque poniendo un dedo sobre otro? » Á que el músico le satisfizo, diciendo: « que para quien habia de ser rey importaba poco; pero mucho para quien solicitaba ser perfecto tañedor de instrumentos. » Gustaba de que los tonos tuviesen vigor y espíritu, y por el contrario oía con tan gran disgusto los delicados y femeniles, como miraba cuánto pervierten y corrompen las costumbres, por cuya causa hizo particular estimacion de Timoteo, cuyo crédito en ese género de música, al que llaman Frigia, era grande; porque, acomodándola á su genio, le arrebataba de suerte, que, como inflamado el ánimo de espíritu divino, ó como si estuviese cercano ya el enemigo, corria á tomar las armas. Tuvo tambien por maestro de la elocuencia á Anaximenes, natural de Lampsico, cuya ciudad le debió su conservacion cuando Alejandro determinó arruinarla porque seguia el partido de los persas; pues, viendo que Anaximenes salia, y teniendo por cierto era á interceder por su perdon, antes de oirle palabra alguna, « le juró por los dioses de los griegos no le concederia nada de lo que pidiese. » Pero Anaximenes, usando de su destreza, le rogó arruinase y destruyese á Lampsico; con que el rey se halló, precisado del juramento, ó bien del discreto primor de su maestro, á conceder el perdon de sus yerros á los de Lampsico. Despreció á los comediantes, como á gente opuesta á su generoso genio, y nacida solo para la corrupcion de las costumbres. Lo mismo hizo de los que contendian á golpes de puño, en medio de ser muy estimados entónces en la Grecia, y sin duda por su ociosidad, y porque se conservaban mas para los divertimientos y espectáculos del pueblo que para las necesidades de la patria. Favoreció todas las demás artes, y aun aquellas á quienes no se aplicó. De esta suerte, todos los que eran primorosos

en alguna, iban á presentarle de las partes mas remotas las obras de su ingenio y de su mano, y á recibir del mas liberal rey del orbe, cuyo magnánimo corazon correspondia á su fortuna, considerables beneficios. Enviaba de ordinario crecidas dádivas á los que estaban ausentes, y se señalaban en la virtud, ó en alguna ciencia. Por lo cual florecieron en su tiempo tantos y tan grandes varones y excelentes artífices, que apenas se hallará siglo de igual abundancia en todo género de ciencias y facultades; siendo cierto, que las costumbres y los ingenios de los súbditos se hacen y forman de ordinario al ejemplo de sus reyes, y que casi todos los accidentes y mudanzas que sobrevienen á los reinos, resultan de la gloria ó infamia de los príncipes que los rigen.

IV (1). Estimó á Homero sobre todas las cosas de la antigüedad, creyendo que solo él habia acertado á describir con perfeccion aquella sábia política, á cuyos preceptos deben los imperios su subsistencia. Fué tan grande su inclinacion á este poeta que se llamaba el enamorado de Homero: traíale siempre consigo, sin dejarle aun en la cama; hacíale poner debajo de su almohada con la espada, y le llamaba: «Su arte militar y la mejor provision que podia hacer para la guerra;» juzgando á Aquiles por feliz en haber tenido tan gran varon que celebrase sus virtudes. Habiendo mandado guardar un cofrecillo, que se halló entre los despojos de Damasco, cuya obra y materia era de inestimable precio, preguntándole sus validos: «¿A qué le destinaba?» les respondió: «Téngole dedicado para guardar las obras de Homero, que son las mas preciosas que ingenio humano puede hacer.» Y así consiguió que la correctísima edicion del poeta, que con tan gran cuidado habia hecho perfeccionar, se llamase: «La de Nartesio, del cofrecillo de olores y perfumes,» por haberla guardado en él los persas. Trayéndole cierto dia uno de sus vasallos una noticia de gusto, al llegar á él, manifestando en la fatiga el ansia de dársela, y en el semblante su alegría y satisfaccion: «¿Qué noticia (le dijo) me puedes traer, que sea digna de tanto regocijo, si no es la de haber resucitado Homero?» Porque habiendo llegado al último grado de felicidad, creia que no le faltaba para el colmo de su gloria, sino un varon capaz de que la celebrase. Llegó á tener tan presentes las obras de Homero, con la continuada leccion, que ninguno las usó con mas fácilidad, ni las penetró con mas acierto. Pero entre todos los versos de este poeta, de ninguno hizo mayor aprecio, que de aquel en que alaba á Agamenon de diestro soldado y esclarecido capitan. Finalmente, las tuvo por el mas poderoso atractivo de la virtud, y por el mejor maestro de sus costumbres. Con tan admirables calidades, y con tan prodigiosa disciplina mantuvo gloriosamente la grandeza y elevacion de su fortuna, sin dejarse llevar del orgullo, ni de la libertad, á que los mas de los príncipes se rinden, siendo de ordinario por quienes se gobiernan, y con quienes se aconsejan. No se diferenciaba de los demás hombres en los adornos exteriores, por ser de opinion, que los príncipes debian exceder mas á súbditos en la virtud, que nó en la gala y pompa de los vestidos. Era airoso y gallardo, humano, cortés y familiar; pero tan sin menoscabo de su respeto, que nunca pisó el riesgo del desprecio. Fué inclinado al vino, aunque nó sin moderacion; porque si tenia lugar, empleaba el tiempo en la mesa mas en discurrir que en beber con exceso. Aborreció de tal suerte el vicio de la sensualidad, que llegó á temer su madre fuese incapaz de dejar sucesion; pero con especialidad el del adulterio, que prohibió con leyes severas. Permaneció por algun tiempo en la observancia de tan admirables costumbres, por medio de las cuales se grangeó el crédito de gran rey, hasta que, dejándose vencer de la excesiva prosperidad de su fortuna, fué perdiendo poco á poco esta moderacion. Manifestó su valor y destreza en domar el caballo Bucéfalo (llamado así por tener la marca de una cabeza de buey) nó sin grande admiracion de su padre y de los demás que se hallaron presentes. Eran entónces los mas celebrados caballos los de Tesalia; y si bien los habia muy generosos en otras partes, ninguno entre todos fué tan estimable, por la fuerza y hermosura, como el Bucéfalo; por lo cual Filonico, natural de Farsalia, juzgándole digno de tan gran príncipe como Filipo, se le envió, pidiéndole diez y seis talentos por el. Pero, habiendo salido al campo para experimentarle, y no pudiendo conseguirlo ninguno de los caballerizos, ni de los picadores del rey, por enarbolarse con unos y arrojar á otros, llegaban ya á desecharle como inútil é indomable. Entónces Alejandro, suspirando, dijo: «¡Qué malogren estos un tan generoso caballo por su poca destreza y valor!» Y lo repitió tantas veces, que, oyéndolo su padre, y reprendiéndole por lo que desacreditaba á los mas diestros picadores de su reino, como si por ventura le pudiese domar él, le respondió: «Que lo haria, si se lo permitiese. ¿Y qué perdereis, le pregunto el rey, si no lo conseguis? Perderé, respondió, el precio del caballo.» Quedando, pues, capitulado, no sin gran risa de los presentes, que si ganaba le daria su padre el caballo, y si perdia pagaria Alejandro la cantidad que pedian por él: habiéndole tomado por la rienda le puso contra los rayos del sol, para que no pudiese ver su sombra, por haber advertido que esta le espantaba y hacia mas furioso. Pero no logrando, ni aun con aquella diligencia, que se aquietase, le alhagó, y levantando poco á poco la vestidura, le montó de un brinco, permaneciendo aun corajudo. Mas enfurecido entónces, empezó á abalanzarse: sacudió la cervíz, sin querer sujetarse al freno; é hizo cuanto pudo para arrojar al ginete y partir con impetuosa carrera. Sacóle Alejandro á un espacioso y cómodo llano para correrle libremente, y soltándole en él las riendas, y arrimándole los azicates, le dejó lo hiciese, hasta que cansado, queriendo pararse, le apretó mas, sin permitírselo, hasta que reconoció habia ya perdido la fogosidad con la fatiga y trabajo; por cuyo medio le domó, amansó y redujo á estado de que fuese de servicio. No pudo Filipo contener las lágrimas de gusto al ver aquel triunfo de Alejandro, á quien, besándole le dijo, al apearse del caballo: «Era la Macedonia muy pequeña para valor tan generoso». Conservó despues el Bucéfalo la misma fiereza con todos, sin dejarse montar de otro que de Alejandro, y, después de haberle servido para obtener innumerables victorias, y sacádole de muchos peligros, fué muerto en la batalla contra Poro. Juzgaron los mas célebres artífices este por suceso digno de que ilustrase sus obras, describiéndole: y así permanecen aun dos estátuas de Ale-

(1) Autores en que nos apoyamos: Dion. Chrys. tota or. 2. Plut. cap. 13. y de la fortuna de Alejandro, 1.. 4. Vopiscpro probi. Cic. pro Archia cap. 10. Plut. cap. 44 Strab. lib. 1. 3. Plut. cap. 1. 3. Plin. 7. 29. Luc. Dialog. mort. Plut. de fort. Alex. 1. 13. Hom. Iliad. 3. 179. Curt. 3. 6. 19. Athen. 10. 10. Plut. Apopthet. c. 36. Schol. Aristoph. in nubibus. Plin. 8. 42. Just. 7. 6. 8. Plin. 8. 42. Plut. cap. 9. Curt. 3. 6. 19. Athen. 10. 10. Plut. Appthet. c. 36. Schol. Aristoph. in nubibus. Plin. 8. 42. Just 7. 6. 8. Plin. 8. 43. Plut. cap. 9. Curt. 6. 5. 18. 8. 14. 34. Blondus, lib. 1. Romæ instauratæ Merulæ Cosmogr. in Regionis urbis sexta. Ant. Lafrerus sequanus formis æneis excudit. Bern. Gamucci, lib. 3. de la Antichit. di Rom. Rosin. antiq. 1. 6.

jandro domando el caballo; las cuales hicieron, en competencia, Praxiteles y Fidias, y aunque hay autores que ponen en duda sean de este príncipe, no faltan otros que las crean suyas.

V (1). Estas prodigiosas experiencias hicieron concebir á Filipo tan gran concepto del talento y prendas de Alejandro, que en medio de no pasar su edad de diez y seis años, fió á su cuidado el reino de Macedonia, en el cual le dejó con absoluto poder cuando pasó al sitio de Bizancio. Noticiosos de ello algunos de los medarores, pueblos de la Tracia, sujetos á Macedonia, y juzgando no podia ofrecérseles ocasion mas oportuna para la sublevacion, que mucho antes meditaban, la pusieron en ejecucion; pero Alejandro, gozoso de la que se le ofrecia, para hacer ostentacion de su valor, marchó prontamente con los capitanes que le habia dejado su padre contra ellos; y después de haber vencido y arrojado de la ciudad á los rebeldes, hizo donacion de ella, para que la habitasen, á los extranjeros; los cuales, en reconocimiento de aquel beneficio, y en obsequio de su nombre, la llamaron Andrinópolis. Fué de gran regocijo para Filipo este suceso; mas, temiendo del ardimiento del jóven, no emprendiese, con daño suyo, acciones de mayor consideracion que lo que permitian sus fuerzas, le llamó cerca de sí, para que en su escuela aprendiese á moderar con la prudencia ardor tan violento, empleándole en sujetar las provincias del Quersoneso: y reconociendo la dilacion del sitio de Bizancio, respecto de su gran fortaleza, y del valor con que defendian los habitantes su libertad, al tiempo mismo que entendió que los griegos y los bárbaros, á quienes era sospechosa su grandeza, enviaban socorro á esta ciudad, desconfiado de la victoria, procuró retirarse con menor descrédito de su gloria, y menos pérdida de sus tropas. Era en aquel tiempo rey de los getas, pueblos de la Escitia, Ateas, el cual, oprimido con la guerra que le hacian los istrios, habia pedido socorro á Filipo, esperanzándole en que le adoptaria é instituiria por su heredero, si remediaba el contratiempo que padecian sus intereses; pero, habiendo muerto el capitan general de sus enemigos, y hallándose libre del temor de la guerra, despachó á los embajadores de Macedonia, sin cumplir lo que habia ofrecido, negando la necesidad de sus socorros, por suponer bastantes sus fuerzas para defenderse de sus enemigos, y declarando la adopcion de Filipo por nula, respecto de hallarse con hijo que le sucediese en el reino: por lo que, deseoso este príncipe de tomar satisfaccion del desacato de aquel bárbaro, habiendo abandonado el sitio de Bizancio, convirtió sus armas contra la Escitia, donde trabada la batalla, aunque fué mayor el número de los enemigos, obtuvieron los macedonios la victoria por la destreza de Filipo. Redújose la presa á gran cantidad de ganado y caballos, y á muchas mujeres mozas, á quienes hicieron cautivas; porque los getas, despreciando las riquezas, solo procuraban el sustento ordinario, estimando la pobreza como uno de los mayores bienes de la vida humana. Volviendo, pues, Filipo de la Escitia con su ejército, cargado de estos despojos, al pasar por las tierras de los triballos, halló ocupados por ellos todos los caminos, y á estos resueltos á no darle paso, si no los hacia partícipes del botin. Hallábanse tambien en su mismo ejército algunos soldados mercenarios griegos, los cuales llevaban muy á mal no tener parte en los frutos de la victoria, habiéndola tenido en los peligros de la batalla; de lo que se ocasionó una sedicion que les obligó á llegar á las manos. Fué cruel y sangriento el combate, y grande el número de los muertos de una y otra parte: el mismo rey quedó herido en el muslo, y muerto debajo de él su caballo del propio golpe; tanta fué la violencia de la flecha. Acudió Alejandro, primero que otro alguno, al socorro de su padre, á quien halló postrado en el suelo, y cubriéndole con el escudo, dió muerte á algunos de los que venian á cargarle y puso en fuga á los demás. Así aseguró la piedad del hijo la vida del padre, habiéndose ausentado con tanta mayor presteza los que la oprimian, cuanto creyeron la habia perdido; con que puede decirse, debió la vida al peligro de la misma herida, y el no morir, á la fama de su muerte. Este inopinado accidente fué causa de que se malograse el botin. Dejó cojo á Filipo la herida que en él recibió, y airándose algunas veces de ello, una, entre otras, le representó el jóven con palabras dignas de que se conserven en la memoria de los siglos: « que no debia sentir el defecto que le ocasionaba la herida, pues cada paso que diese seria testimonio de su valor y virtud. » Pudiera ya Filipo conceder algun reposo al ánimo, satisfecho con la crecida gloria y poder, que habia adquirido á costa de tantas heridas y peligros, si su inmoderada ambicion se lo permitiese; porque los macedonios, tributarios antes de los ilirios, no solo quedaban señores de los pueblos vecinos sino de los mas distantes. Habia sujetado á los triballos, y reducido á su obediencia á la Tracia; tenia prontos á sus órdenes muchos pueblos de la Grecia, y los demás, ó sujetos por el temor, ú obligados por sus beneficios y liberalidades. Daoco, Gineas, Trasydeo, Eudico y Simon, le habian conquistado á los tesalos: Cercidas, Hieronymo y Eucalpidas, á los arcades: Myrtis, Teledamo y Mnaseas, á los argivos: Euxisteo, Cleotimo, Aristecmo, á los eleenos: Neon y Trasiloco habian llevado á su partido á los mesenios: Aristrato y Demarato, á los sicionios: Preodoro, Helixo y Perilao, á los megarenses: Hipparco, Clitarco y Sosistrato, á los eubeenses: Euticrates y Lastenes le habian entregado á Olinto, sin que entre todos estos capitanes hubiese alguno que no fuese de los mas ilustres de su patria, ni entre tantas ciudades otra, sino Esparta, que conservase gloriosamente su antigua disciplina y se hubiese librado de tan comun traicion. Pero, aspirando Filipo al imperio universal de la Grecia, no dejaba de reconocer que las fuerzas de los atenienses atrasaban sus empresas; y que, aunque no le faltaba contra ellos quien favoreciese sus designios, el pueblo, cuya autoridad y poder era muy considerable en aquella república, se oponia vigorosamente al aumento de los macedonios por las persuasiones de Demóstenes, el cual les representaba en muchas y varias conferencias que tenian, tratando de esto, como de ordinario sucede, entre potencias vecinas, que Filipo era artificioso y atrevido, y que no bien habria logrado su dominio, cuando se olvidaria de la fidelidad y estimacion que les ofrecia. Aumentaba el encono de este príncipe el socorro que dieron á Bizancio en una armada, compuesta de ciento y veinte velas, y el que, á su imitacion, le grangearon de los de Cio y Rodas, los cua-

(1) Autores en que nos apoyamos: Plut. cap. 14. Paul. Diac. de Gestis. Longob. 5. 40. Xenoph. V. Just. 9. 1. 8. Just. 9. 2. Oros. 3. 13. Ott. Fris ing. 2. 24. Johann. Magnus, Hist. Goth. 3. 10. Æchines contra Ctesiphontem. Curt. 8. 1. 24. Plut. de la fort. de Alejandro, 13. Demost. de Corona. Curt. 10. 2. 23. Demost. d Cor. Plut. Demost. c. 24. Demost. de falsa legation. Diodor. lib. 16. 54. Pausan. lib. 7. Demost. de Corona Diodor. 16. 78. Curc. 8. 1. 25. Eschin. contra Ctesifon. Demost. de Coron. Plut. Demost. cap. 24. Diodor. 16. 86. Probus Epaminond. Plut. Demost. cap, 24. Diodor. 16. 86.

les le impidieron que tomase aquella ciudad. Deseoso, pues, de satisfacerse de estos agravios, mientras se discurria de la herida, que recibió en el reencuentro con los triballos, disponia secretamente todo lo necesario para acometer de improviso á los atenienses; con cuyo intento conservaba su ejército debajo del pretexto de que los pueblos de Iliria, naturalmente feroces y poco acostumbrados á la servidumbre, intentaban sacudir el yugo. Sin embargo, envió á Alejandro contra aquellos bárbaros, á quienes habiendo roto y puesto en fuga, dió al mundo con aquella victoria tan grande esperanza de su valor y fortuna, como la concibió él de sí para juzgarse ya igual á su padre y capaz de ejecutar sin él las mayores empresas. Pasáronse en estas operaciones dos años; al fin de los cuales, hallándose Filipo con todas las prevenciones dispuestas, y juzgando el tiempo por oportuno para ejecutar lo que tenia premeditado, introdujo algo antes de la primavera su ejército en la Grecia, con intento de aprovecharse de la mas favorable ocasion que se le ofreciese, habiendo unido á él todas las tropas de los aliados del Peloponeso, por haberle elegido los anfictiones por general de toda la Grecia, para reprimir el atrevimiento de los locrenses, que habitaban la ciudad de Amfisa; los cuales, en menosprecio de la autoridad de los anfictiones, ocupaban las tierras de Cyrre, consagradas á Apolo, después de haber estos herido al cabo, que se envió contra ellos, y muerto algunos de sus tropas. Tenia entónces Filipo alianza con los atenienses; pero, mal seguros en su fé, y temiendo, que, á precio del menor interés que se le ofreciese, romperia fácilmente esta, y su palabra, le despacharon embajadores, pidiéndole por medio de ellos que les conservase el tratado, ó que á lo menos suspendiese el hacerles actos de hostilidad, antes de haber pasado la primavera, en cuyo tiempo procuraria el pueblo de Atenas discurrir en algun medio que ajustase sus diferencias. Enviaron tambien á persuadir á los tebanos se uniesen con ellos para la defensa de la Grecia, contra el comun enemigo; pero mantúvolos Filipo en su devocion, por medio de los que seguian allí su partido y estaban declaradamente finos por él; entre quienes se señalaban Tiniolao, Teogiton y Anetas, cuya autoridad era grande con los ciudadanos. Finalmente, persuadiéndose á que vencidos los locrenses, y sus aliados, y no quedándole sino solos los atenienses, con fácilidad los sujetaria, encaminó con la mayor presteza su ejército á Fócida: apoderóse de Elatea, que dominaba igualmente las fronteras de los tebanos que las de los atenienses, y puso en ella guarnicion, fortificándola con intento de hacerla sitio de la guerra; cuya noticia, habiendo llegado de noche á Atenas, causó en la ciudad tan universal asombro, que, juntándose el pueblo, luego que amaneció, ninguno tuvo aliento para responder al pregon público, el cual contenia: «que si habia quien discurriese algun consejo saludable á la patria le propusiese allí.» Solo Demóstenes, habiendo representado lo que juzgó por mas conveniente al estado presente, persuadió á la junta á que, sin mas dilacion, saliese la armada y el ejército: que se despachasen embajadores á todos los pueblos de la Grecia, y especialmente á los tebanos. Siguióse su parecer, y dióse el mando de las tropas á Chares y á Lisicles; y envióse al mismo Demóstenes con embajada á los tebanos. Bien prevenido tenia esto Filipo, y que si se uniesen ambos pueblos, le seria peligrosa la guerra; porque la ciudad de Atenas florecia entónces tan igualmente en autoridad, como en riquezas; y el poder y crédito de los tebanos se hallaba en gran reputacion, conservándose reciente la memoria de la batalla de Leuctres; con cuya victoria se apoderaron del dominio de la Grecia, que mantenian los lacedemonios; por lo cual despachó Filipo á asegurar de su afecto á sus aliados, y á desvanecer las pretensiones de sus enemigos á Amintas y Clearco, macedonios ambos, y con ellos cierto bizantino, llamado Piton, de cuya elocuencia hacia gran confianza. Este, pues, es fama, que en la junta de los boecianos habló en estos, ó semejantes términos:

VI (1). «Si se mantuviese quieto Filipo en Macedonia, y ocupase el ejército de los atenienses á Elatea, aunque no tuvieseis alianza con él, no dudo que entónces desearias con anhelo esta y su amistad; porque á la verdad, ¿quién no preferirá un rey tan poderoso, y que por sus esclarecidas acciones se ha granjeado el considerable crédito y estimacion que obtiene, á una república orgullosa y que el dia de hoy subsiste, mas en virtud de su reputacion, que de sus fuerzas? Pero como este príncipe, que ocupa, por decirlo así, el zaguan de vuestra casa con su ejército victorioso, es vuestro amigo y vuestro aliado, y los atenienses nunca han dejado de ocasionaros disgustos, seria haceros grande agravio persuadiros á su alianza, en desprecio de tan esclarecido príncipe. Aquel pueblo, el mas soberbio de todos los del orbe, presume, que solo en él se hallan la sabiduría y la prudencia; creyendo que todos los demás, y con especialidad los de Beocia (contra quienes mas se enderezan sus insultos entre todos) son pueblos groseros, rudos é incapaces de diferenciar lo útil de lo honesto: de que nace, que, teniéndoos por sumamente ineptos, os persuadan á la eleccion de los amigos y de los enemigos; proporcionándola mas con su antojo que con vuestros intereses, fiados en la ostentosa pompa de sus palabras, en que consiste toda su fuerza. ¿Pero quién habrá de mediana razon que no prefiera las obras á las palabras, especialmente en la guerra, donde es tan necesaria la ejecucion del brazo, como inútil la fácilidad de la lengua? Pues aunque se juzguen tan poderosos y fuertes por su elocuencia, como se lisonjean, podrán siempre mas la fortuna y el valor de Filipo, asegurado en sus fuerzas y en las de sus aliados. Siendo cierto, que no me resolveré á decir, si la solicitud de los atenienses se funda mas en imprudencia que en flaqueza; ¿porque, mirada esta á verdadera luz, no se reduce á deciros: Recibid, tebanos, sobre vosotros el rayo que amenaza á África y haced la guerra, para que gocemos nosotros de la paz, contra un príncipe formidable, vuestro amigo y vuestro aliado? Exponed vuestras personas y vuestros bienes para impedir tome Filipo satisfaccion de los agravios que le hemos hecho. ¿Son, por ventura, pretensiones estas de hombres que conservan sano el juicio, ó de quien juzga que los demás tienen algun uso de él? Los que no perdieron la menor ocasion de oprimiros; los que en cuanto les fué posible, os persiguieron con injurias, con ultrajes, con sus fuerzas y sus armas; y finalmente, los que creyeron, que en vuestra ruina consistia su felicidad, se atreven á pediros ahora que elijais antes perecer con ellos que triunfar con Filipo. Pero este esclarecido príncipe, que fué vuestro huésped y vuestro alumno, criado con la doctrina de Epaminondas, aquel capitan ilustre, aquel varon venerable y santo, aprendió, á ejemplo de sus

(1) Autores en que nos apoyamos: Just. lib. 5. 3. 5. Liv 21. 20. 1. Just. 7. 5. 3. Plut. Demost. cap. 24. Just. 8. 1. 11. Demost. de Coron. Demost. de Haloneso. Literæ Philip. ad Athe. apud Demost. Demost. de Cor.

costumbres, el amor y afecto á vuestra ciudad, en cuyo crédito tomó, en la guerra de los focenses, satisfaccion de las injurias que os hicieron, y de los sacrílegos insultos que cometieron contra Apolo, cuando en odio vuestro enviaron los atenienses sus impíos socorros, vengando despues de los locrenses, á instancia y solicitud de los anfictiones, las ofensas que hicieron al mismo dios. Este, pues, viene aquí el dia de hoy á mirar por vuestros intereses, y á no apartarse de este cuidado, mientras no quedeis asegurados de aquella orgullosa ciudad, celosa siempre de vuestra gloria, y siempre enemiga vuestra. Si para el logro de este designio quereis contribuir con vuestro consejo y fuerzas, su voluntad es, que tengais parte, antes en el seguro botin, que en una peligrosa guerra; ó que cuando la vuestra fuere de preferir el reposo, le concedais solo el paso, pues él se basta á sí para vengar las comunes injurias, sin que por esto dejeis de participar igualmente de los frutos y bienes de la victoria, de quien la mayor parte de los ganados, de las municiones y de los esclavos, será vuestra, atendiéndoos, como á mas vecinos, y á que con ella podais reparar las pérdidas de las guerras de los focenses. En fin, considerad si es mas de vuestro interés admitir tan ventajoso partido, ó el ver abrasadas vuestras casas, enagenadas por fuerza vuestras ciudades, y perdidos, como lo han deseado en Atenas, todos vuestros bienes, teniendo presente, que el candor de vuestra sinceridad se convierte en peligrosa ira, cuando sin el menor motivo se mira como sospechosa, y que cuanto tuvo antes de grande su benevolencia, es tanto mas violento el deseo de la venganza, cuando se ve despreciada. No juzgueis que pretendo, por medio de estas razones, ofenderos con la ingratitud que no temo, ni tampoco que solicito infundiros el temor, que tengo por escusado; pues solo se dirigen á acordaros los beneficios á que os hallais obligados con Filipo, y á los que os es él deudor, para que unos y otros os amonesten lo que debeis ejecutar; y adviertan que las alianzas en tanto son firmes y permanentes, en cuanto es recíproco el interés de mantenerlas; y juntamente á persuadiros, que si reconoceis haber sido mayores los que él ha obrado á favor vuestro, que los que vosotros habeis ejecutado en obsequio suyo, procureis remunerar con igual afecto su cariño. Tiene él por el mayor premio de sus fatigas haber socorrido la Grecia, y haber hecho guerra á los bárbaros en gloria y seguridad de ella; y ojalá hubiese permitido el furor de los atenienses, que continuase contra ellos su industria y valor, que á buen seguro, que las armas, que precisamente se emplean hoy en reprimir facciones sediciosas y malvadas, se hallarian triunfantes en el Asia. Pudiera, sin la menor duda, haber conseguido la amistad de los atenienses, á no juzgarla por indigna de sí, y de ignominioso y perjudicialísimo ejemplo el hacerse tributario, y como esclavo de un Demóstenes, y de otros muchos, á cuyo arbitrio, no de otra suerte que el mar al impulso de los vientos, se mueven los espíritus de la muchedumbre. Y á la verdad, si proporcionasen con el honor y gloria la recompensa y el premio, no hay duda que se harian gratuitamente plausibles; pero los que están acostumbrados á vender el honor, difícilmente se habitúan á hacer distincion entre lo útil y lo dañoso, entre la justicia y la injusticia; pues se mueven por el interés, y nó por el amor de la virtud y de la patria, ni por el respeto de los dioses y de los hombres, en cuya consecuencia no debeis esperar de ánimos tan viles nada honesto, útil, ni decoroso; pues mal atenderán á vuestros intereses, debiéndoles tan poco reparo los de su patria. Desean precipitaros en iguales calamidades á aquellas de quienes há poco que os preservó el valor y proteccion de los macedonios, ó sumergiros en otras tanto mayores, cuanto os será mas formidable enemigo Filipo que lo fuéron Filomeles y Onomarcho; porque en las repúblicas, donde el gobierno está prescrito á cierto tiempo, y como de prestado, las empresas, por grande que sea el capitan y el conato con que las intente, no padecen menores atrasos de la emulacion de los ciudadanos que del esfuerzo de los enemigos: donde por el contrario, no los sufren las órdenes de los reyes en las monarquías, en quienes depende únicamente todo su gobierno de su voluntad y providencia, y de cuánta importancia sea esto en las disposiciones de la guerra, no lo ignorais vosotros. Tampoco podeis dudar que no se reduce solo á un héroe el poder y fuerza de los macedonios; pues vemos que renace Filipo en la persona de Alejandro, el cual ha dado tan admirables muestras de su valor y talento, que seguramente se puede esperar sea con el tiempo igual á los mas ilustres capitanes. No sucede así á los atenienses, entre cuya crecida muchedumbre, hallándose dividido el arbitrio de hacer la guerra ó la paz, cualquiera, segun es su osadía, persuade lo que mejor le está, obrándose todo, mas con una ciega pasion, que con el consejo y la prudencia. Persuaden allí los malos, ordenan los ignorantes; hácese la guerra con menos ardor del con que se emprende; y rómpense las alianzas con la misma fácilidad que se ajustan; tiénenla con Filipo, y sus acciones acreditan la observancia con que la mantienen; pues, no contentos con haber roto su fé, procuran que se dilate á otros este pernicioso contagio. Pero por lo que mira á vosotros, ¡oh valerosos tebanos! vuestra generosa constancia, la cual os ilustra, no menos que lo que con tan gran esfuerzo como fortuna habeis obrado, me persuade fácilmente á que preferireis la amistad de un rey, cuyos beneficios á favor vuestro os son notorios, á una ciudad enemiga y émula de vuestra gloria. Finalmente, el grande Hércules, exterminador de los malos y de los delincuentes, y á quien vosotros adorais con la veneracion debida á un Dios, nacido en vuestra ciudad, nunca podrá tener á bien derrameis su sangre en impía é injusta guerra. Por lo que mira á las demás alianzas, podreis informaros de los que la tienen con Filipo, si se hallan con motivo alguno para arrepentirse de ella.»

VII (1). Pero Demóstenes, habiendo solicitado permiso para hablar, «no ignoraba (dijo) que estos mercenarios de Filipo nunca quedarian satisfechos de sus alabanzas, ni de nuestras injurias; porque los que se hallan destituidos de todo género de honestidad, no acostumbran atender á lo que dicen y hacen, sino á ver cumplido lo que con ansia desean. Pero asegurado yo (¡oh generosos tebanos!) en vuestra comprension, me prometo queden sus esperanzas burladas, y que lleven al rey Filipo una respuesta digna de vuestra virtud y de la disciplina de los griegos. Atended con madura consideracion á lo que debeis ejecutar en beneficio de los intereses de vuestra patria, cuyo cuidado me ha traido á esta junta, en la cual espero mostraros con sólidas razones, y nó con la halagüeña persuasion de las palabras, á quienes temen se rinda vuestra voluntad, que se trata el dia de hoy enteramente

(1) Autores en que nos apoyamos: Plut. cap. 24. Demost. de Coron. Demost. de Corona. Plut. Alcib. cap. 4. Curc. 5. 5. 8. Demost. Phil. 4. Dinarc. contr. Demost. Demost. de Corona. Plut. Demost. cap. 24. Demost. en la carta de Philip. Just. 1. 6. 8. Demost. contr. Arist. Demost. Olyath. 2. Plut. cap. 19.

del estado de vuestra fortuna; á cuyo fin en nada pondré mayor estudio que en evitar el parecer elocuente, y de cuyo recelo pueden asegurarse los macedonios. Porque cuanto las causas á quienes falta la razon y la justicia, se hallan necesitadas de valerse del socorro de la elocuencia para que las supla; tanto agenas de usar de la hermosura de las palabras aquellas, cuyo interés consiste en que descubra desnuda su verdad quien por ellas aboga. No me detendré á averiguar si las cualidades naturales de Filipo se conforman con el retrato que aquí se acaba de hacer de ellas. Convengo con él, y con que sea elocuente y grato en sus festines: prendas que cuanto algunos le ponderan, tanto confiesan la corta solidez de su gloria. Lo que sí me deberá siempre toda admiracion, será el haberse atrevido sus ministros á prorumpir ante vuestra presencia en los baldones con que han ofendido nuestra ciudad, cuando de ellos toca tan igual parte á los tebanos como á los atenienses. Ponderan los desórdenes del estado popular; pero aunque los conocemos, y nos lastimamos de ordinario de ellos, los preferimos al dominio real. Han discurrido, como si en los círculos y en los festines solicitasen, por medio de la adulacion, la gracia de los macedonios, y no pasasen oficios de embajadores con un pueblo libre. Siempre han sido notorios los pertinaces odios, que así los reyes como todos sus esclavos han tenido á las naciones libres; pero estos los han mostrado con mayor imprudencia que juicio. Por cuya causa nos hallamos (¡oh generosos tebanos!) obligados á aplicar los mayores esfuerzos para mantener nuestras leyes y nuestros privilegios. Nadie duda cuánto se debe desear que los que se hallan constituidos en la administracion del gobierno de la república atiendan con gloriosa emulacion á sus intereses y aumentos, á premeditar con cuidadosa vigilancia las mas convenientes resoluciones, ó á lo menos á que ninguno prefiera á la útilidad pública sus intereses particulares, dejándose sobornar de las dádivas y llevar del ejemplo de estos embajadores para vender traidoramente, como ellos, su patria á Filipo. Pero, ¿cuál será en el mundo el pueblo, ni cuál la persona que haya gozado nunca en él de felicidad cumplida, cuando el que mas satisfecho vive de su fortuna, solo la reconoce el bien de haberle sido menos adversa? No negamos que hay entre nosotros infieles y traidores ciudadanos; ni tampoco vosotros (¡oh tebanos!) negareis que los habeis tenido y teneis; porque á no ser esto así, ¿como era posible que Filipo conspirase en Elatea contra nuestra libertad y nuestro reposo, y que no hiciese harto en asegurar de nosotros su reino de Macedonia? Mas sin embargo nos hallamos con mucho mas crecido número de fieles, prudentes y celosos ciudadanos, y de incomparable poder y autoridad á la de aquellas pestes de la república. ¿Quereis una prueba? ¿Quereis un testimonio de esto? ¿Qué mejor que el de conservar nuestra libertad, y no ser esclavos de Filipo, como tú, oh Piton, quisiste que lo fuesen los bizantinos; y como tú, Daoco, y tambien tú, Trasideo, has hecho que los tesalienses lo sean habiéndolos vendido al rey? No ignorais vosotros (¡oh tebanos!) que Tesalia vive hoy oprimida de la servidumbre de Filipo, cuya miseria é infortunio tenemos por cierto que nos la acompañais á sentir igualmente. Tambien Bizancio hubiera experimentado semejante infelicidad á la que padece Olinto, si hubiesen tenido logro los designios de Piton, y no la hubiésemos librado del golpe que le amenazaba; porque aquel santo y venerable protector de la Grecia tenia resuelto oprimir esta ciudad, especial confederada nuestra; para cuya ruina son notorios los aprestos que se disponian. Veis aquí sobre lo que se funda la sabiduría de tan gran príncipe, el cual cree ser todo uno el talento y la astucia y el artificio, y que el perjurio es arte y ciencia; y así usa de la perfidia como de una virtud heróica: ó sino, díganos, ¿por qué otros medios ha adquirido tan grande y tan formidable poder? ¿Si por ventura serán los engaños, las asechanzas y traiciones con los que domó á los griegos? ¿Si no venció á los bárbaros mas con el oro, que con el hierro? Y finalmente, ¿si con la misma fácilidad que concede á cualquiera su fé, no la rompe? Mas sin embargo le atribuyen estos embajadores el nombre glorioso de protector de la Grecia, llamándonos perturbadores de ella; ¡y que no se avergüencen estos ministros de imputarnos tan falsamente las infames acciones que han cometido, y de no mostraros los verdaderos delitos de que están visiblemente convencidos! Si alguno de vosotros ¡oh partidarios de Filipo! fuese acusado, ó de haberse sobornado, ó de haber cometido alguna traicion, interés vuestro fuera encubrirle, negarle y procurar libraros de los castigos que por él mereciais; pero, acusando vosotros el dia de hoy á los demás, vosotros mismos os condenais: cuya accion, si la habeis hecho sin prevenir el fin, os desearia mas considerados y prudentes; si con designio premeditado y sabiendo lo que haciais, que tuvieseis á lo menos mas honra. En nada se acredita mas mi inocencia, y la de los que conmigo acusan, que en su misma deposicion, por la cual confiesan que no hemos admitido dádiva alguna de Filipo; porque si nosotros se la hubiésemos pedido, ¿es creible de un rey tan liberal que nos enviase con las manos vacías, como pretendeis persuadir? ¿Y que habiendo juzgado por útil el ganaros y corromperos, que no tendria tambien por conveniente llevarnos á sí, y que para conseguirlo no escusaria concedernos cuanto le hubiésemos pedido? Pero vosotros mismos habeis advertido á los tebanos que no sigan el consejo de los que abandonan el bien de la patria. Verdaderamente, ¡oh generosos tebanos! que desde luego dependria la aversion con que los miro, si cual lo dicen lo sintiesen. Confórmome con su advertencia, y desde ahora os exhorto, os amonesto, y os ruego, que abraceis inmediatamente en beneficio de vuestra salud, y de la de toda la Grecia lo que os proponen. Si así lo hicieis, no padecereis que se os vendan vuestros ganados, que vuestras heredades se conviertan en prisiones vuestras, ni la ignominia de obedecer á los peonienses y á los triballos entre los demás esclavos de Filipo. Pero lo que ellos pretenden es, que apreciéis los premios de la servidumbre, y abandoneis vuestras mujeres, vuestros hijos y vuestros padres, la libertad, la reputacion, la fé; y finalmente, cuanto tienen los griegos por santo y venerable. Todo lo cual es sin duda, tebanos, que lo perdereis, si no os unís con nosotros, para que juntos resistamos los engaños y violencias de Filipo; porque si os persuadís á que estais seguros por el cuidado y trabajo de otros, temo que os engañais. Y sino decidme, ¿quién se persuadirá á que si Filipo queda vencedor, ni los tebanos, ni pueblo alguno de la Grecia podrá conservar su libertad; no habiendo quien se asegure en la fé y palabra de este príncipe, sino los que de conocido gustan de perecer: donde, por el contrario, si nos es favorable la fortuna, y obtenemos la victoria, considerad, os ruego, lo que podreis esperar de un pueblo á quien abandonasteis, viéndole en el peligro de perder, no menos que su decoro. Sea cual fuere el partido que vosotros elijais, los atenienses estamos resueltos á exponernos á todo, y á no perder la libertad antes que las vidas. Y aun-

que para conservarla juzgamos por suficientes nuestras fuerzas, si gustareis de unir á ellas las vuestras, obtendremos ambos la gloria de triunfar de un enemigo, á quien cualquiera de los dos pudiera vencer separadamente. No ignoramos nuestras fuerzas y poder los atenienses, cuyos progresos empezamos á experimentar muy en los principios de nuestro nacimiento; y si entónces hubiese animado una misma causa y un impulso á los griegos, á buen seguro que daríamos hoy la ley, y que hubiéramos evitado que se hubiese extendido daño tan pernicioso. Con este conocimiento, pues, hemos hecho por largo tiempo la guerra contra él, nó por Amfípolis, ó por Haloneso, como han juzgado algunos, sino por la salud y libertad de la Grecia, hasta que abandonados de todos, y acometidos de algunos, nos vimos obligados á hacer una paz mas necesaria que gloriosa. Pero ya ahora, (como lo creo), así Minerva, protectora de nuestra ciudad, como Apolo Pitio, dios de nuestra patria, y todos los demás dioses de la Grecia, han abierto los ojos á favor nuestro, y excitan el valor de todos los que les tributan sus adoraciones á la venganza de la libertad que nuestros padres nos dejaron. Á lo menos tengo por cierto que Hércules no puede haber oido sin indignacion los discursos de estos embajadores, y el que le hagan progenitor suyo. Porque ¿cómo ha de ser posible que este Dios quiera declarar por uno de sus descendientes á un príncipe impío y sacrílego? ¿que siendo griego reconozca á un macedonio? y que habiendo sido enemigo y exterminador de la tiranía, pase, porque se haga creible, que un tirano deduzca de él su orígen, cuando las acciones mas ilustres de Hércules, y que le inmortalizaron, son totalmente opuestas á las que ha obrado Filipo? El cual tiene á la Grecia sujeta á un dominio injusto, habiendo establecido generalmente en todas las ciudades tiranos particulares, á Filistides en Oreo, á Hiparco en Heretria y á Taurostenes en la Calcida. Finalmente, los eubenses, los aqueos, los corintios, los megarenses, los leucadios y los corcirios, se han declarado por nosotros, favoreciendo nuestros designios. Los demás solo esperan el suceso que hasta aquí ha sido el único y mas poderoso apoyo del poder de Macedonia. Pero luego que empiece á deshacerse, por sí mismo caerá; porque los tesalos, de quienes se compone hoy la mayor y mejor parte de la caballería de Filipo, no acostumbran subsistir por largo tiempo en un partido; y los ilirios y todos los demás bárbaros, vecinos de la Macedonia, pueblos naturalmente soberbios é irritados el dia de hoy con la nueva servidumbre á que están reducidos, acabarán la guerra por nosotros, si los principios de ella son poco favorables á Filipo. Trabajemos, pues, igualmente con la industria y con el valor en una empresa tan gloriosa; y deponed, mientras dure, todas las enemistades que nacen ordinariamente de ligeras causas entre estados vecinos, las cuales convertirá en benevolencia y amistad el gusto público que producen los buenos sucesos: ó reservad, á lo menos, quizá en daño y deslustre de unos y otros, vuestras pasiones para cuando sin otro recelo y perjuicio de los intereses públicos podais libremente satisfacerlas. Si quereis aseguraros de los artificiosos engaños de Filipo, cerrad vuestros oidos á sus promesas, y vuestras manos á sus dádivas: preferid á los mayores bienes el de vuestra libertad, haciendo mayor aprecio de ella, como el mas estimable, y quedarán vanos é inútiles sus fraudes, sus dobleces y sus larguezas; y cuanto hasta aquí ha sido engrandecido su poder por las discordias de griegos, tanto mas abatido será por su union. En cuyo caso podrá ser que su osadía y temeridad os facilite su prision, con lo cual no hay que recelar de los demás; porque si aquel ambicioso espíritu aspira á la gloria y al imperio, los que hoy se hallan debajo de su dominio solo desean el reposo: si no es ya que temais á Alejandro, cuyos partidarios os tienen en tan bajo concepto, que os juzgan capaces de que os amedrente aun el nombre solo de un niño.»

VIII (1). ¿Quién creyera que los tebanos que acababan de oir con tan grande atencion y afecto á los embajadores de Filipo mudasen de dictámen con tal brevedad? Tan grande fué su transformacion, que declararon á Filipo por enemigo si no salia de sus fronteras y de las de sus aliados, que echaron de su ciudad á todos los que favorecian su partido, y recibieron al mismo tiempo tropas de los atenienses. Pero Filipo, mas irritado que medroso de verse abandonado contra lo que esperaba de ellos, no desistió de su empresa. En fin, después de dos combates de pequeña consideracion, y cuyo suceso no ocasionó á los atenienses arrepentimiento en la resolucion que habian tomado, camparon unos y otros con todas sus fuerzas cerca de Queronea, en la Beocia. Animaba á los griegos la gloria de sus antepasados, y el amor de la libertad. Fiábase Filipo en sus tropas, á cuyo esfuerzo habia debido tantas victorias, y en su persona, en quien reconocia no menor socorro, por las grandes ventajas que hacia á los demás capitanes en el arte y disciplina militar, habiendo faltado entónces los mas ilustres de la Grecia. Mandaba en Tebas Teagenes, en quien ni concurria la experiencia que convenia á aquella constitucion, ni el desinterés que era necesario para resistir los sobornos é inteligencias de Filipo; con cuya experiencia y valor no eran comparables las de todos los capitanes atenienses. Sin embargo, las fuerzas que veia convertidas contra sí este príncipe de dos pueblos tan poderosos, y cuyo designio y autoridad seguian los corintios y otros muchos, le obligaban á temer el lance de una batalla, cuyo riesgo exponia toda la gloria y fortuna que en tantas habia adquirido. Ni los tebanos se hallaban muy lejos de oir con agrado proposiciones de paz. Pero el ardor de los atenienses los apartó de esta disposicion, reduciéndolos á que librasen al lance de una batalla sola la libertad de toda la Grecia. Por otra parte Alejandro, no pudiendo moderar el ardor de su espíritu, estimulaba á su padre á que no perdiese tan prodigiosa ocasion como la que se le ofrecia para el mayor acrecentamiento de su gloria. Con que habiendo, por último, conseguido que se pelease, fué él quien primero cargó á los enemigos. Combatióse por largo tiempo con grande ardor, en cuyo espacio permaneció dudosa la victoria, hasta que ese jóven, á quien su padre habia dado el mando de una de las alas del ejército, compuesta de tropas escogidas, habiendo acometido vivamente la corte sagrada de los tebanos, en donde estaban los soldados mas ventajosos de sus milicias, la obligó á desamparar su puesto, y abrió el camino á la victoria. De otra parte los atenienses, debilitados de fuerzas con el calor y las heridas, y perdidos de ánimo con la derrota de sus aliados, no pudieron resistir largo tiempo el esfuerzo de los macedonios. Con que

(1) Autores en que nos apoyamos: Plut. Demost. cap. 23. Just. 9. 4. 8. Demost. de Coron. Diod. 16. 86. Dinarch. contr. Demost. Strab. l. 9. Æsch. contra Oresiph. Plut. en Demost. c. 23. Dion. pr. orat. 2. Plut. cap. 14. Curt. 8. 1. 23. Arrian. 7. 2. 13. Diodor. 16. 87. Paus. lib. 7. Just. 9. 4. 5. Plut. Apoph. c. 30. Paus. lib. 1. Paus. lib. 9. Diodor. 16. 38. Just. 9. 4. 6. Elian. 6. 1. 8. Just. 9. 5. 3. Arrian. 1. 1. 3. Diodor. 17. 3. 16. 90. Just. 9. 5. Curt. 3. 10. 5. Just. 9. 5. 6.

de esta suerte decidió sola una batalla la libertad de toda la Grecia. Quedaron sobre el campo de los atenienses mas de mil hombres muertos, y prisioneros dos mil: y en el de los aliados muertos y prisioneros muchos. Después de cuyo suceso envió Filipo á decir á los atenienses con su hijo Alejandro: « que los admitia á su gracia, y se la hacia de la paz: que daba graciosamente libertad á los prisioneros, y permitia que enterrasen sus difuntos.» Porque, deseando pasar á la expedicion de la Persia, procuraba ganar el afecto y fidelidad de los griegos, por medio de la blandura y clemencia, si bien les quitó el dominio en las islas y en el mar. Mostróse mas severo y riguroso con los tebanos, no pudiendo olvidar el riesgo á que habia expuesto sus intereses su repentina mudanza, ni la ingratitud con que habian correspondido á sus considerables beneficios, abandonándole por seguir el partido de los atenienses. Y así, luego que tomó su ciudad y puso guarnicion de macedonios, hizo cortar la cabeza á los que le fuéron contrarios, y que saliesen de ella todos los demás: y restituyó á los que por haber seguido su partido se hallaban desterrados, haciéndoles merced de los cargos y magistrados. Con la fama y grandeza de esta victoria rindió todos los demás pueblos que habian tomado las armas contra él, á unos por medio de ellas, y á otros por el de muy ventajosas alianzas á favor suyo; sin que entre todos los griegos quedasen exentos de su dominio mas que los lacedemonios y los árcades. Habiendo, pues, congregado una junta en Corinto de toda la Grecia, manifestó en ella: « cuán preciso era pasar la guerra á Persia, y reprimir el insoportable orgullo con que los bárbaros se suponian ya señores de todo el mundo; porque de no hacerlo, y no resistirle prontamente, quedarian para siempre esclavos suyos: que ya no se trataba de que los griegos hiciesen la paz ó la guerra, sino de saber si querian mas pasarla á los dominios del enemigo, que esperarla en los suyos: que no solo convenia vengar las antiguas ofensas, sino librar las ciudades de la Grecia, situadas en el Asia, de la servidumbre de los bárbaros, y borrar la ignominia que resultaba á los griegos de ella: que esta empresa se haria con tanta mayor facilidad, cuanto, hallándose en paz toda la Grecia, se podian emplear todas sus fuerzas en una guerra de la otra parte del mar; con la que se lograria tambien el beneficio de asegurar su tranquilidad doméstica, empleándose en ella los que la alteraban, por la ociosidad y el reposo á que se entregaban. Y últimamente, que nombrasen el capitan de quien habian de fiar el cuidado de ella, y dispusiesen los medios con que se habia de hacer. » Nadie ignoraba que debia pedirse esto á favor de la república; pero, reconociendo todos no era ocasion oportuna de solicitar con palabras la libertad que habian perdido con las armas, fué nombrado Filipo con aclamaciones de regocijo de comun consentimiento por general de toda la Grecia, para que pasase al Asia á librar el mundo de la servidumbre de los persas. Confiriéronse los medios con que cada pueblo podria contribuir, y se pusieron por escrito los soldados, el dinero y el trigo que habian de dar. Hecho el cómputo, se halló que se le ofrecieron á Filipo para esta expedicion doscientos mil infantes y quince mil caballos, sin que se comprendiesen en este número los macedonios y los bárbaros que estaban sujetos á ellos.

IX (1). Siendo general propension de las felicidades humanas que ninguna deje de padecer el contratiempo de algun infortunio, mal pudieron librarse de él las prosperidades de Filipo; cuyas exteriores dichas turbaron los disgustos domésticos que le sobrevinieron. Concitaba (como dejamos dicho) cada dia mas contra sí la altivez y soberbia de Olimpias el desagrado de su esposo: á cuya causa atribuyen algunos su repudio. Pero, por lo que reconozco en los historiadores, hallo, que, permaneciendo su matrimonio, y sin que precediese novedad alguna, se casó Filipo con Cleopatra. Lo cierto es, que no parece creible que Alejandro quisiese asistir á las bodas de la madrastra (á haber precedido) en desdoro y desprecio de su propia madre, á quien amaba tiernísimamente, y de cuya ignominia le tocaba tanta parte; y mucho menos cuando añaden, que Filipo la repudió por sospechas de algun desliz poco decente á su honestidad y decoro. Lo cierto es, que Alejandro asistió á sus bodas, y que por cierto disgusto que sobrevino en uno de los festejos, se ausentó de la corte con su madre. Atalo, tio de Cleopatra, no pudiendo disimular sus esperanzas, se dejó decir entre los desmanes de un banquete: «que debian pedir los macedonios á los dioses concediese muy en breve á Filipo sucesor legítimo del nuevo matrimonio.» Irritado Alejandro, naturalmente colérico, de este agravio, prorumpió así: « mal hombre, ¿por ventura me imaginas bastardo?» Y acompañando á estas palabras la demostracion de darle en la cabeza con la copa que tenia en la mano, correspondió tambien Atalo con otra igual, de lo que se originaron aun mayores disgustos; porque, irritado Filipo, que estaba en otra mesa, de que se turbase la celebridad y regocijo de aquel dia, corrió con la espada desnuda contra Alejandro á quien sin duda hubiera muerto, si el impedimento que le causaba la herida que hemos referido recibió, la cólera y el vino, no le hubiesen estorbado llegar á él con mas presteza. Cayó al tiempo de seguirle, con lo que dió lugar á sus amigos, absortos de caso tan inopinado, para que se pusiesen por medio y aplacasen la colérica indignacion del padre; si bien no fué menos difícil templar á Alejandro el cual se tenia por muy ofendido; y aunque se le representó el respeto que como á rey y padre le debia, no pudo abstenerse de decir á los macedonios, burlándose de Filipo: « que llevaban muy buena guia que los condujese al Asia, no habiendo aun podido pasar de una mesa á otra sin caer. Pero, no teniéndose por seguro él, ni su madre, se acogieron al rey de Iliria, y en Epiro, donde reinaba el hermano de Olimpias, la dejó. Habiendo vuelto después ambos á Macedonia por interposicion de Demarato y Corintio, Olimpias, mujer de genio caprichoso y difícil de reducir á lo razonable, no cesaba de persuadir á Alejandro, bastantemente ambicioso por sí, « á que ganase cuantos amigos pudiese por medio de los beneficios, por el de la blandura y agrado, y á que se asegurase del odio de su padre con la alianza de los mas poderosos.» El mismo Filipo le habia aconsejado en otras ocasiones, que se grangease el afecto del pueblo con la afabilidad, prohibiéndole lo hiciese con las dádivas. Y en una de sus cartas, afeándole estas, le

(1) Autores en que nos apoyamos: 1. 1. 16. Plut. cap. 14. Just. 9. 5. 9. Versio Arriani. 3. 1. 14. Curt. 5. 1. 22. Plut. cap. 15. Just. 9. 7. 3. Ath. pr. 1. 13. Plut. cap. 15. y en las Apoph. c. 33. Plut. Apoph. cap. 31. Cicer. en los Ofic. 2. 25. Val. Max. 7. 2. 8. Diod. 16. 55. Plut. Apoph. cap. 21. Demost. de Coron. Plut. cap. 16. Athen. pr. 1. 13. Steph. 3. Elian. Histor. divers. 13. 26. Jornand de rebus gestis, cap. 16. Johann. Magnus. 3. 11. Plut. Apopht. cap. 34. Just. 9. 7. 7. Diod. 16. 93. Plin. 4. 10. 3. Athen. 4. 14. Tacit. 1. 5. 4. 5 Pausan. lib. 8. Arrian. 1. 3. 25. Diod. 16. 92. Just. 9. 5 8. Plut. 17. Just. 9 7. 10. Diod. 16. 93. Just. 9. 7. 12. Diod. 17 2. Paus. lib. 8.

advierte: «no se fie del que adquiriese por ellas, pues se hallaria engañado, si pensaba que semejantes medios, los cuales eran propios de sus ministros y criados, podian ser decentes á la grandeza y soberanía de un rey.» Pero, como por otra parte solia decir muchas veces que no habia nada inaccesible al dinero, y para confirmarlo se valia de él igualmente que de las armas, es de creer, que el fin del consejo no miraba tanto á la enseñanza de Alejandro, en lo mas conveniente, cuanto á abstraerle de que se valiese contra él de sus propios artificios como lo temia. Reprendióle tambien por haber solicitado la hija de Pexodoro, destinada para Arideo, diciéndole: «que era degenerar de su sangre, y manifestarse indigno de su fortuna, desear por suegro á un cario, bárbaro, y vasallo de otro bárbaro.» Pero sin embargo, nunca Filipo observó lo que persuadia; pues á precio de asegurar sus intereses, ni reparó en la bajeza de los nacimientos, ni dificultó casarse con mujeres de lo mas interior de la barbarie en el país de los ilirios y de los getas; aunque es verdad que tenia ya hijos de muchas de sus mujeres y concubinas cuando lo hizo. Y porque Alejandro llevaba con sumo disgusto el tener tantos hermanos, su padre le solia decir con agrado y blandura: «que pues tenia tantos competidores al imperio, obrase de suerte que los excediese en valor y virtud, para que creyese el mundo debia la corona mas á sus méritos, que á su padre y á su nacimiento.» Pero, como la misma materia ocasionaba de ordinario nuevos disgustos, y la quiebra pasada no quedó bien soldada, llegaron estos al último rompimiento, y con especialidad por parte de Olimpias, cuyo violento espíritu estimulaba á la venganza el soberbio y temeroso capricho de su sexo. Habia solicitado con Alejandro su hermano, hiciese guerra á Filipo; pero este astuto príncipe, temiendo verse precisado á tomar las armas en tiempo tan poco oportuno, aunque se hallaba mas poderoso, se previno de este riesgo asegurándose del rey de Epiro, por medio del casamiento que ajustó entre él y Cleopatra, hermana de Alejandro. Juntáronse todos los príncipes de los pueblos vecinos y los embajadores de las ciudades griegas, á la celebridad de estas bodas en Egas, cuya ciudad eligió Filipo para los regocijos, como en presagio de lo que despues habia de suceder, siendo este lugar en donde se acostumbraban enterrar los reyes de Macedonia. Refiérese tambien, que, cuando consultó al oráculo de Apolo sobre la guerra de Persia, le fué respondido: «estaba próximo su fin;» pero que, interpretando la inteligencia de tan dudosa respuesta (como lo son todas las de los oráculos) á favor suyo, y en ruina de los bárbaros, se lisonjeaba con ella. Precedieron á la muerte de este príncipe otros muchos prodigios, cuya declaracion fué impenetrable á todos hasta que la hizo notoria el suceso. Habia entre los soldados de su guardia uno llamado Pausanias, á cuya graduacion le habia ascendido Filipo por desagraviarle de las injurias que recibió de Atalo, el cual, viéndole embriagado en un festin, le habia expuesto al nefando antojo de los convidados. Solicitando, pues, Pausanias, con el castigo de Atalo, la satisfaccion de esta ignominia, y no atreviéndose Filipo á dársela á un capitan cuyo valor y experiencia en la guerra habia acreditado tan en beneficio suyo, y á quien, habiéndole hecho su valido, habia enviado delante al Asia con Parmenion y Amintas, para valerse de él en la expedicion contra la Persia, le pareció darle este empleo creyendo que con él quedaria gustoso; á cuyo fin le aumentó el sueldo, y procuró suavizar con honrosas caricias, pidiéndole cediese en beneficio de los intereses y necesidades del estado sus particulares agravios. Pero, haciendo mayor impresion en ese jóven la injuria pasada que los favores presentes, convirtió todo el rencor que conservaba al autor del ultraje, contra un rey tan remiso en el castigo de él. Creyóse, no sin alguna verosimilitud, que comunicó su designio con los enemigos de Atalo, y con los malcontentos de Filipo; pero lo cierto es, y fué notorio, el que Olimpias puso al parricida una corona de oro cuando le halló clavado en una cruz, á cuya demostracion se añadieron otras que confirmaron las causas de este atentado, y del órden que se guardó en su ejecucion. No bien habia desplegado su luz el dia destinado para los últimos juegos, cuya magnificencia se esperaba fuese, segun se habia prometido, superior á los espectáculos de los dias precedentes, cuando concurrió gran muchedumbre de pueblo al teatro para verlos. Entre las preciosas alhajas que servian á su adorno, y por cuyo medio suelen los príncipes de crecida opulencia y poder, mal satisfechos de la grandeza de su fortuna (por decirlo así), burlarse de sus riquezas, se ofrecian doce estátuas de los dioses en quienes la excelencia del arte competia con lo precioso de la materia, y después de ellas otra en nada inferior que representaba á Filipo; pero bien apriesa pagó con su merecido castigo el desprecio que hacia de su condicion mortal; pues, cuando ensoberbecido con la prosperidad de tan favorables sucesos, pretendia igualarse con los dioses, le cortó la muerte el hilo de la vida antes que pudiese gozar del honor que pretendia usurparles. Advirtiendo cuidadoso Pausanias el modo de su entrada en el teatro, y reconociendo iba solo por haber hecho pasar delante á todos los que le acompañaban, y mandado á sus guardias se quedasen detrás de él, por acreditar la seguridad con que le tenia la amistad en que se hallaba con todos, le atravesó por el corazon un puñal, á cuyo violento golpe cayó en tierra muerto. Tal fué el fin del mayor rey de los de aquel tiempo; á cuyo gran talento y valor debió el reino de Macedonia le elevase desde el mas abatido y despreciable estado, al mas poderoso y formidable: sujetó todos los bárbaros que circundaban sus fronteras, redujo la Grecia debajo de su obediencia, y puso en terror su nombre al imperio de los persas. Para cuya conquista se juntaban ya debajo de sus banderas los griegos auxiliares, habiendo pasado al Asia sus capitanes; pero faltó muy á los principios de sus generosos intentos, y cuando su valor se prometia considerables frutos de sus victorias. Tan expuestas están siempre las mayores empresas á un momentáneo fatal accidente, y á que se burle de esta suerte la fortuna (como suele de ordinario) de las esperanzas de los mayores héroes. Luego que Olimpias supo la muerte del rey, obligó á Cleopatra, sobrina de Atalo, á que se ahogase ella misma, habiendo hecho pocos dias antes de la muerte de Filipo quemar al hijo que tuvo de él. Ejercitó tambien sus iras en los afectos y parientes de esta princesa, y extendió su venganza á cuanto la puede dilatar el impetuoso furor de una mujer celosa.

X (1). Pero Alejandro, en cuya ausencia habia co-

(1) Autores en que nos apoyamos: Plut. cap. 17. Diod. 17. 2. Curt. 6. 9. 1. 7. 1. 12. 15. Plut. de la fortuna de Alexan. 1, 3. Arrian. 1. 3. 6. Just. 11. 1. 1. Just. 11. 1. 19. Arrian. 1. 1. 7. 7. 5. 17. Suidas V. Alex. Plut. de la fortuna de Alexan. 1. 3. Just. 11. 2. 7. Arrian. 2. 3. 18. Diod. 17. 4. Strab. lib. 3. plut. c. 18. Just. 11. 1. 5. Diod. 17. 2. Just. 11. 1. 10. Just. 11. 18. Diod. 17. 2. 5. Curt 7. 1. 5. Arrian. 1. 8. 2. Curt. 7. 1. 6. Just. 11. 2. 2. Plut. c. 17. Arrian. 2. 3. 18. Curt. 4. 1. 12. Diod. 18. 4.

metido su madre crueldades tan indignas, se mostró entre las tempestuosas borrascas que se le ofrecian á los principios del gobierno, como iris que las serenó; porque los griegos, á quienes habia sujetado Filipo, concebian ya esperanzas de su libertad; los bárbaros tumultuaban; las vecindades de Macedonia, y la misma Macedonia empezaba á turbarse; Atalo, que mandaba un ejército considerable, tenia ganado el afecto de los soldados, y la alianza de los primeros señores de Macedonia, los cuales le habian prometido la hermana de Filotas, siendo natural viviese ofendido de los considerables agravios que habia experimentado de Alejandro y de Olimpias, los cuales le constituian enemigo de ambos. Por otra parte Amintas, hijo de Perdicas, hermano de Filipo, y á quien Filipo habia casado con Cina, aspiraba á la sucesion de su padre, por muerte de Alejandro. La mayor parte del pueblo aborrecia la tiranía de Olimpias, y los que solo pretendian mudanzas y novedades, se inclinaban á una ú otra parte, segun los empeñaba su afecto ó interés. Ni faltaban algunos que dijesen: «Era preciso dar á Alejandro, hijo de Europa, la corona, que, primero Amintas, y después Filipo habian usurpado tiránicamente al legítimo sucesor del reino». Pero el ejército, componiéndose de varias naciones, tambien tenia diversas inclinaciones, segun era el valor y la esperanza de los capitanes. Por el contrario, la muerte inopinada de Filipo no habia dado tiempo á Alejandro para que se previniese contra tantos movimientos como se suscitaban por todas partes. Y si bien se atendia á su generosidad natural, no dejaba de perjudicarle su corta edad, por no persuadirse á que un príncipe de veinte y cinco años se atreviese á echar sobre sí el peso de tan grande imperio, ni á que en caso de hacerlo tuviese fuerzas bastantes para mantenerle. A lo que se añadia la falta en que se hallaba de dinero, eficacísimo medio para allanar las mayores dificultades, y mas poderoso y fuerte que las mismas armas; y que como tal se habian valido de él y de sus crecidas riquezas los persas para granjear á favor suyo los pueblos de la Grecia. Hasta los piratas toscanos se ocupaban en robar los lugares marítimos de Macedonia, para que no faltase circunstancia alguna al colmo de tan considerables contratiempos. Finalmente, Alejandro, habiendo juntado á sus mas confidentes para conferir el pronto remedio que pedian, fuéron algunos de dictámen de que se abandonase por entónces la Grecia, y se procurase aquietar por medios suaves á los bárbaros que empezaban á alterarse; pues, sosegadas las revoluciones de adentro, se lograria con mayor facilidad el que lo quedasen tambien todas las de fuera. Pero, no admitiendo su gran valor remedios tan tibios, los cuales juzgaba que argüian flaqueza de ánimo, declaró su dictámen, diciendo: «Que si al principio de su gobierno le empezaban á despreciar, lo harian siempre, porque el crédito que se granjea un príncipe con las primeras acciones de su reinado, le conserva en todo el progreso de su vida. Que la repentina muerte de su padre habia sido tan inesperada de él, como de los rebeldes, con quienes se conseguiria fácilmente cuanto se pretendiese, hallándose aun temerosos, y sin saber á qué resolverse. Que la lentitud y retardacion de los macedonios podria dar ocasion á que se declarasen por autores y cabezas de varias rebeliones muchos, á quienes sin duda se juntarian los que se mantenian dudosos sobre el partido que habian de elegir. Y que así tenia por mas seguro ponerse en manos de la fortuna, en ocasion donde era mas necesaria la diligencia que la fuerza. Porque si no mostramos (decia) contra algunos firmeza y valor, ¿qué suceso podremos esperar cuando, habiendo reconocido nuestra flaqueza, unidos todos, de comun consentimiento nos acometan? Oró después al pueblo á quien habiendo ponderado con iguales razones la importancia de su resolucion, y proporcionádolas al estado presente, le ofreció: «Obrar de suerte, que esperaba confesasen bien á prisa, así los ciudadanos, como los enemigos, que con la muerte de su padre solo habia mudado el reino la persona y el nombre del rey que perdió, y nó la acertada administracion de su gobierno, ni la gloria con que florecia, por la prudencia y valor con que la habia adquirido y conservado. Que aunque algunos habian tomado con la mudanza presente ocasion para turbar la seguridad y el sosiego público, esperaba recuperar bien á prisa uno y otro con su castigo. Para cuyo fin solicitaba de los macedonios que le concediesen solo los mismos corazones y brazos que habian ofrecido en servicio de su padre por tan dilatado espacio de años, con tan gran gloria suya, como fruto de sus victorias. Y que tenia por seguro, de la prontitud que mostraban en la ejecucion de sus órdenes, que podria remunerarla, aliviándoles de todas las cargas que padecian, y dejándoles solo la de servir en la guerra.» Favoreció la fortuna la resolucion del nuevo rey, disponiendo correspondiese el suceso á la facilidad con que le habia esperado, y al esfuerzo que habia prometido y aplicado para conseguirle; porque, prevenido contra las astucias con que Amintas intentaba perderle, las descubrió, se desembarazó de las de Atalo y de su persona por medio de Acateo y Parmenion; y finalmente, de todos aquellos á quienes acusaba la voz comun de haber contribuido á la muerte de Filipo, sin que entre todos exceptuase de ella á otro, que á Alejandro Lincestes, por haberle asistido al tomar posesion de la corona, y haber sido el que primero le saludó rey, persuadido á que por medio de la severidad con que procedia en venganza de la muerte de Filipo, aseguraba el trono y la vida, y conseguia el desvanecer la voz que corria de haber sido cómplice en la muerte de su padre. A cuya sospecha dieron ocasion los contínuos disgustos y quejas que tuvieron Filipo y Alejandro, y tambien á que se dijese habia acriminado los agravios de Pausanias para obligarle á cometer aquella maldad, animándole á su ejecucion con un verso de cierta tragedia en donde Medea amenaza á sus competidoras, al mismo Jason, y á los que la habian casado con él, de comprenderlos en una misma ruína. Por lo cual hizo cuanto pudo para eximirse de la nota de este delito, atribuyéndole á los persas en una respuesta que dió á cierta carta de Darío, donde le acusa «de haber comprado á precio de oro asesinos, que ejecutasen la muerte de su padre». Finalmente, para librarse mejor de ella resolvió poco antes de su muerte fabricar un magnífico templo en honor de Filipo; á cuya ejecucion atendieron poco sus sucesores, por mas que lo dejó encargado en su testamento, y prevenida entre otras muchas cosas la disposicion y el órden que se habia de guardar en ella.

XI (1). Conociendo Alejandro cuánto le importaba para pasar á ejecucion los designios á que le estimu-

(1) Autores en que nos apoyamos: Maxim. Tyr. orat. 38. Plin. 4. 8. Liv. 44. 6. 3. Polyæn 4. 3. 23. Just. 11. 3. 2. Philost. in Heroicis. Plin. 55. 9. 3. Liv. 31. 32. 3. 33. 21. 4. Diod. 17. 4. Diod. 17. 3. Diod. 17. 4. Just. 11 2. 4. Arrian. 1. 1. 2. Pausan. l. 2. Plut. cap. 22. et ad pr. in doct. cap. 7. Diod. or. 4. Senec. de Benef. 3. 4. 6. Laert. in Diog. Juven. 14. 309. Arrian. 7. 1. 6. Val. Max. 4. 3. f. Plut. c. 22. Diod. 17. 93. Arrian. 1. 1. 3. Polyæn. 4. 3. 11. Arrian. 1. 1. 13. Suet. Aug. 49. 7. Tzetzes Chil. 7. 91. Plut. c. 22. Arrian. 1. 1. 17. Strab. lib. 7. Arrian. 1. 1. 28. Plut. c. 19. Arrian. 1. 1. 25.

laba su espíritu conservar el dominio de la Grecia que su padre habia adquirido, movió, con la mayor presteza que pudo, su ejército hácia Tesalia, por donde rompió improvisamente. Algunos tesalos, habiendo levantado el ánimo y las esperanzas á novedades, se habian apoderado de los pasos del Tempe, y cerrado el camino por donde se viene de Macedonia; cuyas dos regiones dividen la una de la otra los dos famosos montes Olimpo y Osa. Pasa el rio Peneo por sus vegas; cuya prodigiosa amenidad hace tan hermosa y grata esta region, que ha merecido solemnes sacrificios. Corre á la sombra de deliciosas florestas, que guarnecen de una y otra parte sus riberas; y aunque bastantemente ruidosa su corriente, el armonioso canto de los pájaros, que en crecido número pueblan continuamente aquellos árboles, impide que se perciba. Ofrécese una senda estrecha, cuya longitud es de cinco mil pasos, por la cual apenas puede pasar un caballo cargado, y cuya entrada son bastantes á resistir á cualquiera que la intente, diez hombres armados. Pero Alejandro, habiendo tomado el camino por donde se creia que eran las rocas mas inaccesibles, y hécholas cortar por el lado del monte Osa en forma de escalones, entró por él. Quedaron tan amedrentados todos los habitantes de su presteza y diligencia, que sin haber persona alguna que se le opusiese, le entregaron á un tiempo los dominios de toda aquella region, los lugares y rentas, segun las condiciones con que los gozaba Filipo; si bien concedió á la ciudad de Pitia quedase libre de todas cargas, por ser patria de Aquiles, de quien se creia descendiente cuyo sepulcro honró y á quien decia haber elegido por guia para la expedicion de la Persia. De Tesalia pasó á los Termópilas, á la junta que entónces se tenia en ellos de toda la Grecia, á quien llamaban Pilaica; y despues de haberle declarado por decreto de los anfictiones por general de los griegos, en lugar de su padre, confirmó á los de Ambracia la libertad que habian recuperado poco antes, echando de su ciudad una guarnicion de macedonios, y les aseguró se la hubiera concedido voluntariamente, aunque no la hubiesen adquirido. Habiendo despues dado órden para que se acercase su ejército á Tebas, y vencido el orgullo y pertinacia de los beocianos y atenienses, los cuales se exponian con mas especialidad á sus empresas, dió órden á los diputados de los griegos para que pasasen á verle á Corinto, donde, habiéndose confirmado de comun consentimiento el decreto de los anfictiones, quedó reconocido por general de todos los griegos, en lugar de Filipo, y resueltas las tropas que habian de pasar á hacer la guerra á Persia. Hallábase en Craneo, arrabal de Corinto, donde habia un bosque de cipreses, Diógenes, filósofo cínico, el cual, prefiriendo á las riquezas el reposo y la libertad del ánimo, habia elegido una pobreza voluntaria. Deseando Alejandro tratarle, salió á pasearse cierto dia al bosque, donde, habiendo visto á este filósofo, y permitídole pidiese cuanto gustase, con la seguridad de que se lo concederia, « le suplicó solo se apartase un poco, y no le quitase el sol. » Cuya inesperada respuesta, así como le fué de gusto, tambien de admiracion, al experimentar en el desengaño de aquel filósofo el desprecio que hacia de su elevada fortuna, en la cual no tuvo que apetecer. Y así, es fama, que dijo á los que se hallaban con él « que á no ser Alejándro, quisiera ser Diógenes. » La grandeza de ánimo de este príncipe, y su superior talento no dejaban de manifestarle los peligros á que por sus desordenadas pasiones se precipitan y pierden los hombres; pero teníanle tan preocupado la ambicion y el deseo de reinar, que no le daban lugar á que reconociese con la útilidad propia cuánto mas cómodo es no carecer de lo supérfluo y gozar de lo necesario. Pasó del Peloponeso á Delfos, á consultar á Apolo sobre el suceso de la guerra que emprendia; pero, habiéndole enviado á decir la sacerdotisa que no era permitido hacerlo hasta que pasasen algunos dias, se fué á ella y la sacó por fuerza para el templo, en cuyo camino, viendo que la obstinacion del rey habia derogado la costumbre, exclamó con estas voces: « invencible eres, hijo mio. » Alejandro la detuvo, diciéndola: « que él admitia por anuncio sus palabras, y que no pretendia inquirir mas del oráculo. » Reducidas con esta felicidad á sosiego aquellas inquietudes, volvió á su reino, donde se aplicó con suma actividad á vengar el desprecio que se hacia de la Macedonia. Finalmente, teniendo prontos todos sus aprestos, partió de Amfípolis al principio de la primavera, para hacer la guerra á los pueblos libres de la Tracia, y llegó en diez dias cerca del monte Emo. Habíase apoderado crecido número de tracios de la cumbre de la montaña para impedir el paso, y cerrado su campo con carros, en forma de trincheras y terraplenes, para resistir á los enemigos, si llegasen á acometerlos. Alejandro, reconociendo el designio y destreza del enemigo, ordenó á su gente se abriese para hacer paso á los carros, luego que intentasen avanzarlos, y que se postrasen en tierra y se cubriesen con sus escudos, uniéndose los unos con los otros á manera de galápagos, en caso de que los disparasen repentinamente. Con cuya diligencia quedó frustrada la astucia de los enemigos; porque la mayor parte de aquellos carros pasó por el lugar que les hicieron, abriéndose, sin ocasionar tampoco daño alguno el peso de los que pasaban por encima de los soldados que estaban en tierra, respecto de evitarle sus escudos, ayudados de la velocidad con que corrian. Á cuyo próvido reparo se debió quedase solo en amago el aparato de tan peligrosa tempestad. Entónces los macedonios, libres del temor en que se habian visto, testificando á gritos su regocijo, marcharon contra los bárbaros; y los flecheros, partiendo del ala derecha, cargaron con las saetas sobre los que estaban mas avanzados. No se puso en duda la victoria luego que la gente de Alejandro pudo combatir á pié firme: y rechazaron fácilmente un enemigo, que á su modo de decir, se hallaba desnudo ó ligeramente armado. Pero lo mismo que ocasionó la pérdida de los bárbaros, les facilitó mucho su fuga, porque, libres del peso de las armas, pudieron salvarse mas cómodamente por ciertos lugares desconocidos á los enemigos. Murieron mil y quinientos, librando á los demás la fuga. Tomóse infinito número de niños y mujeres; y la presa, respecto de la calidad de los lugares, fué de bastante consideracion. Abierto de esta suerte el paso del monte Emo, penetró el ejército por lo mas interior de la Tracia. Ofrecióse en aquel territorio un bosque consagrado á Baco, de gran veneracion en todos tiempos. Sacrificando en él Alejandro, segun el estilo de los bárbaros, y habiendo derramado alguna porcion de vino sobre el altar, salió una gran llama de él, que, discurriendo por la altura del templo, se levantó desde ella hasta el cielo; prodigio que se tuvo por anuncio de que la gloria de este príncipe no tendria otros límites que la extension del universo, y en cuya confirmacion se refirió otro. Tiene la Tracia, llamada Odrisa, un monte con el nombre de Libetre, y una ciudad del mismo, á quien hizo famosa el nacimiento de Orfeo. Vino, pues, á ella el rey á asegurarse de lo que le decian los que afirmaban haber visto sudar la

estátua de este héroe, sumamente venerada allí. Este prodigio puso á todos en alguna inquietud: pero Aristandro les aseguró del recelo, declarando que miraba al bien del rey, y que era testimonio de que costaria á los poetas, hijos de las musas, sudor y desvelo representar sus gloriosas acciones. Cuando Alejandro bajó á las tierras de los triballos, pueblos fuertes y valerosos que habitan á la otra parte del monte Emo, Sirmo, su rey, se habia retirado á Pauce, isla de la Istria, noticioso mucho tiempo antes de la expedicion de Alejandro. Defendióse allí por medio de aquel rio cuanto no le permitieron lo hiciese por el de las armas la edad y el sexo. Hallábase Alejandro con muy pocos bajeles, demás de que le era muy difícil llegarse á esta isla, por estar impenetrable la orilla, y fortificada de las rocas. El enemigo, que estaba fuerte, resistia con pequeño trabajo la entrada: por tanto se retiraron los macedonios sin haber hecho fruto alguno, contentos con la victoria que habian obtenido algunos dias antes de los triballos, en cuya batalla dejaron muertos mas de tres mil enemigos, sin otra pérdida que la de cincuenta hombres de sus tropas.

XII (1). Después de haber acometido Alejandro al rey Sirmo, volvió sus armas contra los getas, que habian puesto en batalla á la otra parte del rio cuatro mil caballos y diez mil infantes. Á cuya empresa le movió, nó tanto el interés de la guerra, cuanto el deseo de la gloria, y el de poder blasonar de haber pasado el mas caudaloso rio de la Europa, á pesar de las naciones de mayor valor que embarazaban su tránsito. Hizo, pues, poner en los bajeles que tenia cuánta caballería pudo caber en ellos; en barcas su infantería, de que tenia gran número; y que el resto pasase en odres. Habiéndolo hecho los macedonios de noche, y embarazando los crecidos trigos que habia en la ribera, á donde llegaron, el que pudiesen descubrirlos, absortos los getas de su inopinada acometida apenas pudieron reparar la primera carga de la caballería; y así luego que llegó Nicanor con el batallon de los macedonios, á quien llamaban Falanje, compuesto de ocho mil infantes, se pusieron en fuga, tomando el camino de la ciudad, distante del rio cuatro millas. Poco después de haber llegado Alejandro, condujeron precipitadamente sus mujeres y sus hijos; y habiendo cargado sus caballos de lo que pudieron llevar, dejaron todo lo demás para el vencedor. El rey mandó que los convoyasen Meleagro y Filipo, y después de haber hecho arrasar la ciudad y consagrar altares sobre la ribera á Júpiter, á Hércules y al mismo Istro, por haberle sido propicio en el tránsito, hizo el mismo dia volver á pasar su ejército á la otra parte, habiendo obtenido esta victoria sin la costa de alguna sangre. Llegáronle después los embajadores de los pueblos vecinos, y del rey Sirmo con grandes presentes, compuestos de lo mas estimable que gozaban; así como tambien los de los alemanes, que habitan desde las fuentes del Istro, hasta las tierras que miran al golfo Adriático, porque el Istro tiene su nacimiento en Alemania, cuyos moradores le llaman Danubio. Alejandro, habiendo admirado el extraordinario vigor de sus cuerpos, les preguntó: «¿Qué era lo que mas temian del mundo?» creyendo que ponderarian su formidable poder y confesarian su temor: pero ellos, bien lejos de hacerlo, le respondieron: «que solo temian cayese el cielo sobre ellos, aunque nó por esto dejaban de hacer considerable estimacion de los grandes héroes.» Admirado el rey de su respuesta, que no esperaba, quedó algun rato enmudecido; y habiendo dicho que los alemanes eran pueblos soberbios, hizo á ruego suyo alianza con ellos: concedió la paz al rey Sirmo y á los demás pueblos; y contento con la gloria que habia adquirido en esta expedicion, volvió todos sus pensamientos á la guerra de Persia, donde esperaba con mejor trabajo y riesgo conseguir mayor fruto de sus fatigas. Para cuya empresa le avivaron mas los celos de Alejandro, su tio, el cual, habiéndose retirado de la guerra de Italia, «quejándose de la desigualdad que habia entre su fortuna y la de su sobrino, se permitió decir, que él habia combatido en Italia con hombres, pero que el rey de Macedonia solo habia peleado con mujeres.» Para asegurar Alejandro mas la Tracia, sacó de ella á todos los príncipes y señores que le parecieron capaces de alterarla por su crédito y valor, y los llevó consigo bajo el pretexto de honrarlos y de tenerlos por sus camaradas en la expedicion de la Persia, quitando por este medio todas las cabezas á los sediciosos, é imposibilitándoles sin ellos de que intentasen novedades. Volviéndose á Macedonia por las tierras de los agrianos y de los peonienses, le llegó noticia de los movimientos de la Iliria. Habiéndo usurpado cierto carbonero llamado Bardilis desde las humildades de esta bajeza el título de rey, y constituídose dueño de muchas naciones en esta comarca, causó grandes hostilidades á los macedonios, hasta que, vencido en una batalla por Filipo, y derrotado enteramente en otra que repitió con mayores esfuerzos, quedó reducido por último debajo de la obediencia del vencedor. Muerto algunos años después este príncipe en edad de noventa, su hijo llamado Clito, juzgando haber llegado el tiempo de recuperar su libertad, mientras Alejandro se ocupaba en una guerra de la otra parte de Istria contra naciones tan poderosas, obligó á sus pueblos á que tomasen las armas, é hizo alianza con Glaucias, rey de los illirios, llamados saulancios. Los autarianos, que es otra nacion, habian resuelto acometer en el camino á los macedonios, pero Langaro, rey de los agrianos, el cual era amigo de Alejandro, le pidió permiso para reprimir á aquellos pueblos, ofreciendo suscitarles en sus mismas tierras tan peligrosas inquietudes, que esperaba obligarles á que dejasen bien aprisa las que causaban á los macedonios. Estimó el rey el afecto de este juvenil príncipe, y se lo remuneró con muchas mercedes, ofreciendo casarle con Cina, su hermana, á quien habia tenido su padre en una mujer de Iliria, y dado en matrimonio á Amintas. Cumplió Langaro su palabra á Alejandro, ejecutando lo que le habia prometido; pero, sobreviniéndole al mismo tiempo una enfermedad, de que murió poco después, le privó del premio ofrecido. Reducidos de esta suerte los autarianos al cumplimiento de su obligacion, sin la costa del combate, que no fué necesario, se pasó á Pelion, ciudad de Desarecia sobre el rio Eordaico. Mostraron los enemigos alguna apariencia de querer combatir, porque salieron de sus guarniciones con ímpetu capaz de llegar prontamente á las manos; pero, antes que lo pudiesen hacer, se retiraron, apoderándose de los bosques, de los caminos y de los lugares que tuvieron por mas seguros. Ofrecióseles á los macedonios en esto el horroroso espectáculo de tres jóvenes y tres doncellas postradas en tierra y muertas con tres carneros negros, cuya sangre y cuerpos estaban mezclados confusamente. Habianlos sacrificado los bárbaros

(1) Autores en que nos apoyamos: Joan. Mag. Hist. Gothis. 5. 12. Arrian. 1. 1. 19. Strab. lib. 7. Arrian. 1. 1. 33. Tacit. Germ. 1. 4. Arrian. 1. 1. 37. Liv. 9. 19. 11. Agel. 17. 21. Frónt. strar. 2. 11. 3. Just. 11. 5. 3. Arrian. 1. 2. 1. Helad. apud Photium. Diod. 16. 4. 22. Just. 7. 6. 7. Lucian. in Macrob. Arrian. 1. 2. 2. 1. 1. 10. 4. Arrian. 1. 2. 3. Liv. 31. 10. 1. Arrian. 1. 2. 6.

á los dioses con sacrílega devocion, para que inspirasen valor á su gente cuando combatiese; pero el dios, vengador de esta maldad, les infundió cobardía en vez del esfuerzo que solicitaban. El rey, habiéndolos retirado hasta su ciudad, resolvió embarazarles la salida, para cuyo fin dispuso se hiciese un muro por de fuera; mas, habiendo sobrevenido la mañana siguiente Glaucias con grandes tropas de taulancios, le quitó la esperanza de tomar esta ciudad, obligándole á procurar los medios de retirarse seguramente. En el ínterin, reconociendo Alejandro el peligro que corria Filotas, enviado al forraje con las bestias del campo, y una escolta de caballería, por haber sabido que Glaucias se habia apoderado de algunas colinas que circundaban la campaña, y que atendia á no malograr ocasion alguna que se le ofreciese: habiendo dejado en el campo una parte del ejército contra las salidas de los sitiados, partió prontamente con el resto de sus tropas; y después de haber amedrentado á los ilirios, libró á los suyos del riesgo; pero no pudo evitar los grandes embarazos que en su marcha encontró, porque de una parte el rio y de la otra las rocas estrechaban el camino, de suerte que apenas podian marchar en muchos lugares de frente cuatro hombres armados, á que se añadia el haber prevenido Clito y Glaucias en las montañas compañías de ballesteros y de honderos, con un grueso de gente bien armada. Sin embargo el rey, que habia puesto delante de las alas de su falanje doscientos caballeros, les ordenó que levantasen sus lanzas, que poco después las bajasen hácia los enemigos, como si pretendiesen cargarlos, y que luego volviesen tan aprisa al uno como al otro lado. Mientras mantenia con esta estratagema suspensos los enemigos, atendia á su falanje, á quien unas veces hacia avanzar aceleradamente, otras la volvia á juntar en un cuerpo; y últimamente, habiéndola ordenado en forma triangular, hizo que acometiese contra los ilirios que estaban á mano siniestra. Quedaron tan absortos de la prontitud y destreza de los macedonios que abandonaron las montañas de que estaban apoderados, y huyeron hácia la ciudad. Habian quedado pocos en la cumbre de la montaña, por donde el ejército de los macedonios subió; desalojólos de ella Alejandro, y tomó el lugar de los agrianos y de los ballesteros para dar desde él algun socorro á la falanje, á quien habia mandado pasase al rio. Advertidos de esto los enemigos, tomaron luego el camino hácia las montañas para acometer la retaguardia, con la cual habia de pasar Alejandro cuando lo hubiesen hecho de la otra parte del rio los que estaban bien armados; pero el rey, sin alterarse al verlos venir, sostuvo valerosamente sus acometidas; y habiendo dado al mismo tiempo la falanje un gran grito, como en señal de volver á pasar el rio para socorrer á su príncipe, infundió miedo y pavor en el enemigo. Por otra parte el rey, anteviendo lo que podria suceder, habia dado órden á los primeros que pasaron para que se pusiesen en batalla luego que se viesen á la otra parte y extendiesen cuanto les fuese posible el ala izquierda, que estaba cerca del rio y de los enemigos, á fin de que pareciese mas numerosa de lo que era. A cuya providencia debieron, que los taulantos, creyendo que todo el ejército cargaba sobre ellos, se retirasen por algun espacio, y que, aprovechándose de él Alejandro, encaminase prontamente los suyos hácia el rio, donde no hubo bien llegado cuando le pasó de los primeros; pero, porque los enemigos que volvieron á su puesto oprimian á los últimos que le pasaban, los esparció por medio de algunas máquinas que hizo enderezar á la otra parte del rio, con las cuales se podian arrojar piedras de lejos, disparándoles tambien los que habian entrado en el rio dardos desde en medio de las aguas. Tres dias después de haberse retirado Alejandro, le vinieron á dar noticia de que cual si él se hubiese puesto en fuga, los enemigos, libres de la inquietud y del temor, discurrian por una y otra parte sin órden y sin recelo alguno, que su campo estaba sin trincheras, sin terraplenes, sin cuerpo de guardia y sin centinelas: con cuyo aviso, habiendo llevado consigo los ballesteros, los agrianos y las tropas de Macedonia, mandadas por Perdicas y Ceno, pasó de noche el rio, y marchó con diligencia hácia los enemigos, después de haber dado órden á lo restante de su ejército para que le siguiese: pero sin esperar á tenerle junto, envió delante su gente armada á la lijera, y él mismo con los demás la siguió inmediatamente para acometer á los enemigos desarmados y medio dormidos. Hizo grande estrago en ellos, tomó muchos prisioneros, y siguiólos hasta los montes taulancios. Salvóse Clito de esta derrota, y acogióse á la ciudad de Pelion, á quien poco después, ó porque desconfiase de su fortaleza ó del valor de su gente, la hizo poner fuego, y se encaminó como en destierro á las tierras de los taulancios.

XIII (1). En tanto, la noticia que se esparció por toda la Grecia de la muerte de Alejandro y de su derrota, en las tierras de los triballos, volvió á suscitar el ánimo y las esperanzas de los enemigos de la Macedonia; siendo cierto que las mayores infelicidades que sobrevienen en los humanos sucesos proceden de la firmeza con que nos persuadimos, en lo que deseamos, á la mas lijera noticia que se nos ofrece, como si la imprudente y pertinaz credulidad añadiese fuerza á la verdad, ó pudiese convertir en ella lo falso. Ni faltó quien asegurase se habia hallado á la muerte del rey, mostrando para grangear mas crédito á lo que decia, las heridas que habia sacado del combate. Esta voz recibida y divulgada en Tebas con gusto, dió principio á la fatalidad última de aquella ciudad; porque algunos de los que Filipo desterró, como hemos referido, alentados con ella, y teniendo por cabezas á Fénix y á Protites, dieron muerte á los capitanes macedonios, que mandaban en Cadmea, ciudadela de esta ciudad, los cuales salieron sin el menor recelo de lo que les esperaba; y concurriendo en impetuoso tumulto los ciudadanos, debajo del especioso pretexto de poner en libertad la patria, sitiaron la guarnicion, y la cerraron con un doble terraplen y foso, para que no les pudiesen entrar víveres ni socorro. Despacharon después embajadores á las ciudades griegas, pidiéndoles: «No abandonasen un pueblo, que se esforzaba á recobrar la libertad, que tan indignamente se le habia usurpado». Y Demóstenes, movido del antiguo odio que tenia contra los macedonios, aconsejó al pueblo de Atenas á que enviase socorro á los tebanos; pero no lo consiguió, porque los atenienses, amedrentados con la presurosa vuelta de

(1) Autores en que nos apoyamos: Just. 11. 2. 8. Arrian. 1. 3. 1. Plut. cap. 19. Diod. 17. 8. Arrian. 1. 3. 10. Dinarch. contra Demost. Diod. 17. 8. Plut. Demost. c. 32. et in X. orat. 8. 9. Dinarch. contra Demost. Diod. 17. 8. Plut. in X. orat. 11. 2. Dinarch. contra Demost. Just. 11. 2. 7. Arrian. 1. 3. 5. Pausan. l. 9. Arrian. 1. 3. 5. Pausan. l. 9. Arrian. 1. 3. 5. Plut. cap. 19. Diod. 17. 9. Arrian. 1. 3. 12. Polyæn. 4. 3. 12. Sabell. ex Plut. cap. 19 Diod. 17. 11. Arrian. 1. 3. 13. Diod. 17. 13. Arrian. 1. 3. 17. Plut. de la virtud de las mujeres. 48. Diod. 7. 141. Athen. lib. 4. Diod. 17. 14. Greotius de Jure bel. 31. 8. 5. ex Quintil. Plut. cap. 20. Elian. Hist. divers. 13. 7. Arrian. 3. 1. 26. Polyæn. Stratag. 8. 39. Plut. cap. 20 y de la virtud de las mujeres, c. 46. Arrian. 1. 3. 26. Ælian. Hist. var. 13. 7. Dion. Chrys. orat. 4. Tzetzes Chil. 7. 139. Plut. cap. 63. Herodot. 8. 47. Plut. in Aristid c. 25.

Alejandro, tuvieron por mas conveniente reservar su resolucion hasta después del suceso y disposicion de la fortuna. Sin embargo, Demóstenes no dejó por su parte de socorrer á los tebanos, á quienes envió cantidad de armas; las cuales sirvieron á los que Filipo habia despojado de sus bienes contra la guarnicion de la ciudadela de Cadmea. Por otra parte los peloponeses, se habian juntado en crecido número en el istmo; y aunque Antípatro, á quien habia dejado Alejandro por gobernador de Macedonia en su ausencia, les envió á pedir no contraviniesen á la comun resolucion de toda la Grecia, con los que eran declarados enemigos de Alejandro, no dejaron de tener algunas conferencias con los embajadores de los tebanos; pero, aunque los soldados estaban compadecidos de su calamidad, Astilo, su general, árcade de nacion, interpuso dilaciones, nó tanto por lo difícil de la empresa, cuanto porque esperaba satisfacer su codicia, vendiendo sus socorros á precio proporcionado á la necesidad en que se hallaban de ellos los tebanos. Pedíales diez talentos, y no pudiendo dárselos, compraron por medio de ellos, los que seguian la faccion de los macedonios, el que no les asistiese en perjuicio suyo, dejando así burladas las esperanzas que los tebanos habian puesto en los árcades. Sin embargo, la diligencia de Demóstenes, ayudada del dinero, consiguió que las demás tropas del Peloponeso no pasasen á declararse contra ellos; para cuyo fin, y el de suscitar por todas partes nuevos estorbos á Alejandro, se decia le habian enviado los persas trescientos talentos. Advertido de todo este príncipe, hizo marchar su ejército con la mayor diligencia; le hizo pasar cerca de Eordea, de Elimiotis, y de las rocas Stimfeas y Parieas; y siete dias después de haber partido de Pelion, llegó á Pellene, en la Tesalia, de donde en seis se puso en la Beocia, y luego en Onchesto, seis millas distante de Tebas. En tanto, los tebanos, enteramente ignorantes de esto, hacian sus prevenciones con mas valor que prudencia, y tanto mas lejos de persuadirse á que viniese Alejandro, cuanto á lo sumo le hacian entónces á él, y á sus tropas en Piles, creyendo seria él otro Alejandro, hijo de Europa, que mandaba un ejército. Campó el rey cerca del templo de Yolas, delante de la puerta Pretide, con resolucion de darles tiempo para su arrepentimiento; pero, en vez de manifestarle, y solicitar su clemencia, hicieron luego una salida contra los cuerpos de guardia de los macedonios; mataron algunos, echaron á otros de su puesto, y se alargaron hasta el campo; pero fuéron rechazados por algunas tropas armadas á la ligera que envió el rey contra ellos. La mañana siguiente, queriendo Alejandro socorrer á los suyos, que estaban encerrados en la ciudadela, hizo acercar su ejército á las puertas por donde se va á Alica, en cuyo paraje esperó la reduccion de los tebanos, á quienes ofreció el perdon, si arrepentidos le solicitaban; pero, faltando la autoridad y poder en la ciudad á los que deseaban la paz, por habérsela usurpado los que se restituyeron á ella de sus destierros, y fuéron llamados, los cuales desesperaban de la clemencia del rey, si los macedonios se apoderaban de Tebas: quisieron quedar antes sepultados entre las ruinas de su patria que comprar al precio de sus vidas su conservacion y permanencia; á cuya resolucion indujeron á algunos grandes de Beocia que llevaron á su partido. Pero, en lo que mas acabaron de manifestar su ceguedad é imprudencia, fué en la respuesta que dieron á Alejandro, cuando habiéndoles pedido «los autores de aquella revolucion, para que con el castigo de dos personas, quedase purgado el delito de la ciudad», tuvieron atrevimiento de pedirle á Pilotas y á Antípatro, sus mayores favorecidos, y á publicar: «Que todos los que quisiesen defender la libertad de la Grecia contra el gran rey, y á los tebanos contra el tirano de los griegos, acudiesen á Tebas.» Sin embargo, no fué acometida por órden de Alejandro, sino que (como dice Tolomeo, porque algunos lo refieren de otra suerte) Perdicas, que defendia aquel lugar del campo que miraba á la trinchera con que los enemigos habian cerrado la ciudadela, los atacó sin esperar la señal; de suerte, que, habiendo forzado su defensas, llegó á las manos con ellos, y su ejemplo obligó á Amintas, que no estaba lejos de él, á que hiciese lo mismo con la gente que mandaba; y al mismo tiempo Alejandro, que temia por los suyos, hizo marchar todas sus tropas: «y habiendo ordenado á los soldados, los armados á la lijera, que diesen y acudiesen al socorro de sus compañeros,» quedó en lo largo de la trinchera. El combate fué porfiado y sangriento. Perdicas, queriendo entrar dentro de la trinchera, fué herido, y se hallaron precisados á sacarle de la refriega, donde murió gran número de ballesteros cretenses, con Euribotas su capitan, lo cual fué causa de que los tebanos apretasen de mas cerca á los macedonios, que amedrentados huian hácia Alejandro. Pero al punto que este príncipe vió venir en desórden, y desbandados á los enemigos, empezó á acometerlos en batalla con su falanje; y mudándose la fortuna del combate, les obligó inmediatamente á huir con tan gran precipitacion, que aun no se acordaron de cerrar las puertas por donde habian entrado en la ciudad; con lo que dieron lugar para que en el ínterin hiciesen una salida á los barrios qûe estaban sujetos á ella, los que se hallaban en la ciudadela. De esta suerte fué tomada la mas noble de las ciudades de la Grecia en el mismo dia que se puso el sitio. Ejecutó en ella el furor de los vencedores todo género de crueldades, dando indiferentemente muerte así á hombres como á mujeres, sin perdonar aun á los niños; pero esta inhumanidad procedió mas del odio que habia concitado entre los focenses, los platenses, orchomenios y tespienses, la vecindad y el poder de los tebanos, que la indignacion de los macedonios; pues no pasaron estos de los límites que prescribe el derecho de la guerra. Finalmente, habiendo cesado la mortandad después de haberla padecido mas de seis mil, se tomaron los prisioneros y se vendieron hasta en número de treinta y seis mil personas libres. Clitarco refiere, que importó cuatrocientos y cuarenta talentos todo el botin; aunque otros afirman, que esta cantidad se sacó solo de la venta de los prisioneros. Alejandro dió por recibidos los cien talentos que los tesalos debian á los tebanos. Fuéron pocos los que dejaron de cooperar á esta guerra, y solo ellos, los sacerdotes y los que habian manifestado su afecto al rey y á Filipo, los que se libraron de la servidumbre, entre cuyo número se hizo lugar Timoclea, por medio de la varonil accion que obró en honor de su crédito, y con que vinculó á la posteridad plausible y gloriosa su memoria. Cierto capitan de caballos de las tropas de Tracia, que militaban en el ejército de Alejandro, después de haber violado la honestidad de esta mujer, quiso obligarla con amenazas á que le declarase dónde habia ocultado sus riquezas. Ella, mas afligida por la pérdida de su honor, que por la de estas, tomando ocasion de la codicia del bárbaro para la satisfaccion de su agravio, le mostró un pozo, é hizo creer que dentro de él tenia todas sus joyas y alhajas. Acercándose el bárbaro á él, y mirando su profundidad con la aplicacion á que le estimulaba su codicia, cuando mas descuidado le reconoció, le arrojó dentró de un em-

pellon, donde viendo que hacia esfuerzos para volver á salir, le cargó de tan gran número de piedras, que le dejó muerto. Los soldados de la compañía del capitan difunto prendieron á Timoclea, y la llevaron ante la presencia del rey, para que la mandase dar el castigo que juzgaban merecia. Habiéndola preguntado el rey, ¿quién era, y la culpa que habia cometido? «Soy hermana, respondió ella con voz entera y semblante resuelto y seguro, soy hermana de aquel general de los tebanos, llamado Teagenes, que murió defendiendo la libertad de la Grecia. He muerto á un ladron por vengar la injuria que hizo á mi honestidad. Si gustas de que satisfaga con mi castigo esta accion, advierte que quien hace aprecio del pundonor, estima en muy poco la vida, habiéndole perdido; y que por mas que se me acelere la muerte, me parecerá que llega tarde, si logro la fortuna de padecerla en obsequio de mi honor y de mi patria». Habiendo oido Alejandro á Timoclea, la concedió la razon que habia tenido para ejecutar la muerte, declarando, que no permitia se violase la pureza de las mujeres libres; y después de haber alabado su accion, la dió libertad, concediéndola tambien en atencion suya, á todos sus parientes, y permiso para que se retirasen donde quisiesen. Perdonó tambien á todos los descendientes del Pindaro, en memoria de aquel poeta que alabó en sus versos á Alejandro su abuelo, prohibiendo que se quemase su casa; porque no solo apreció la virtud presente, sino respetó tambien la memoria de los grandes varones honrando con beneficios á su descendencia, en cuya prueba, después de haber vencido á Dario, hizo merced de una parte de su botin á los crotoniates, en gratificacion del socorro que dieron á Salamina, enviando una galera, bajo el mando de Faillo, cuando la guerra de Jerjes, en cuya ocasion tuvieron por inevitable su ruína todas las demás colonias de la Grecia; y honró tambien con grandes dádivas á los platenses, por haber dado sus antepasados sus tierras á los griegos que se hallaron en la batalla contra Mardonio.

XIV (1). Fuéron muchos los presagios que declararon la desolacion y ruína de los tebanos; porque tres meses antes que Alejandro llegase á ella, se vió en el templo de Ceres, llamado Tesmóforos, una tela de araña negra la cual se habia manifestado blanca, en ocasion de la batalla de Leuctres, á cuya victoria debió la ciudad de Tebas la grandeza y felicidad á que se elevó. Pocos dias antes de la llegada de los macedonios cayeron las estátuas que estaban en la gran plaza de esta ciudad, oyéndose un horrible bramido que arrojó de sí el lago que está cercano á Onceste; y la fuente de Dirce manó sangre en vez de agua: prodigios todos sin duda bastantes á amedrentar aquellos obstinados ánimos, si su presuncion y soberbia no los empeñase nuevamente á ser instrumentos de la entera destruccion de un pueblo destinado á este sangriento infortunio; porque, confiados los tebanos en la gloria y reputacion de sus predecesores, cuyas costumbres y disciplina habian perdido ellos, y prometiéndose la misma fortuna, aunque sin iguales virtudes, apresuraron su ruína exponiéndose sin recelo con poco mas de diez mil hombres contra un ejército compuesto de treinta mil infantes, y tres mil caballos, toda gente veterana, y que habia obtenido tan grandes victorias. Luego que Alejandro se apoderó de Tebas, confirió en la junta de los aliados el castigo que se debia dar á aquella ciudad. Componíase esta de gran número de focenses y beocianos, á quienes las antiguas discordias que habian tenido con Tebas, no podian dejar de persuadir á su entera ruína, sin la cual no les parecia quedaba satisfecho su odio, ni seguros ellos, si Tebas subsistia. Determinóse, pues, que se demoliesen los muros y los edificios, y que se repartiesen sus tierras entre los vencedores á voluntad del rey. De esta suerte, aquella ilustre ciudad que en un solo dia (por decirlo así) llegó, en medio de la Grecia, al último colmo de felicidad y grandeza, y que podia vanagloriarse de haber producido, nó solamente esclarecidos varones, sino tambien dioses, pereció en otro después de haber florecido por espacio de casi ochocientos años, habiendo corrido tantos desde el oráculo de los cuervos; porque, expelidos antiguamente los de Beocia por los tracios y por los pelagianos, tuvieron por respuesta del oráculo: «que pasados cuatro siglos volverian á su patria, y que durante estos permaneciesen en el lugar donde viesen unos cuervos blancos.» Habiendo arribado á Tesalia, cerca de la ciudad de Arne, tomaron asiento donde vieron unos cuervos blancos que los muchachos habian hecho con yeso. Fué, pues, arruinada la ciudad de Tebas á son de flauta, como lo habia sido Atenas por Lisandro, sesenta años antes. Sin embargo, mandó Alejandro que se preservasen los templos y los demás lugares sagrados, poniendo gran cuidado en que ni del descuido, ni de la codicia les resultase daño alguno. Á cuya reverencia le obligaba, ademas del gran respeto que tenia á los dioses, el haber participado poco antes de la tempestad que sobrevino á algunos soldados, intentando robar el templo de los Cabiros á la entrada de la ciudad; los cuales quedaron consumidos por los rayos que arrojó el cielo. Tampoco permitió se llegase á las estátuas erigidas á los dioses y á los hombres ilustres en los lugares públicos, debajo de cuyas vestiduras se refiere que muchos habitantes ocultaron, mientras duró el despojo, sus riquezas, y que estas se hallaron veinte años después cuando Casandro, hijo de Antípatro, reedificó á Tebas, mas que por la compasion á que movian los fugitivos de esta ciudad (como creen algunos) por obscurecer en alguna manera con esta accion la gloria de Alejandro á quien aborreció siempre; pero aunque reparó las murallas de esta ciudad, no restableció, ni las costumbres, ni la antigua fortuna. Con lo que no solo no quedó en estado de florecer como antes; pero ni aun asegurada de la variedad de infortunios que padeció, y sin que pudiese nunca hasta nuestros tiempos pasar, ni en la forma, ni en la apariencia de una mediana ciudad. Tambien se refiere que Alejandro se arrepintió después de haberla arruinado; porque reconoció que con su desolacion habia arrancado un ojo á la Grecia. Á lo menos está fuera de duda, que atribuyó la muerte de Clito, y la pertinacia y desaliento con que rehusaron los macedonios continuar la conquista de la

(1) Autores en que nos apoyamos: Diod. 17. 10. Paus. lib. 9. Diod. 17. Jul. in Ces. Arrian. 1. 3. 26. 1. 13. 24. Just. 11. 3. 8. Diod. 17. 14. Plut. cap. 20. Just. 11. 4. 4. Æschin. contra Ctesip. Dinarch. contra Demost. Agatarch. apud Photium. Diod. 19. 51. Strab. lib. 9. Cœlius lect. ant. 17. 11. Tzetzes. Chil. 7. 139. Plut. Lys. c. 28. Suid. ex Polyb. 5. 10. 10. Paus. lib. 9. Plin. 34. 8. 15. Athen. 1. 15. Emmii Græc. Diod. 9. 53. Paus. lib. 9. Plut. en la vida de Demetrio. c. 53. Strab. lib. 9. Emmii. Græc. Agathar ap. Phot. Plut. c. 21. Arrian. 4. 2. 13. Athen. 10. 9. Diod. 17. 15. Arrian. 1. 4. 29. Plut. en la vida de Phocion, c. 21. Plut. en la vida de Demost., c 38. Æschin. contra Ctesiph. Just. 11. 3. 4. Suidas. Plut. en la vida de Demost. c. 32. Erasm. adag in Margites Curt. 6. 9. 17. Diod. orat. 38. Æschin. contra Ctesiph. Paus. lib. 9. Plut. c. 19. y en la vida de Camilo, c. 31. Diod. 17. 35. Plut. Demost. c. 37. Plut. in X orat. 7. 28. 9, Demost. epist. 3. Arrian. 1. 13. 31. Just. 11. 4. 12. Dinarch. contra Demost. Curt. 3. 2. 10. Diod. 17. 25. Curt. 3. 13. 15. Diod. orat. 64. Frontin. 3. 4. 5. Arrian. 1. 3. 27. Plut. de la Monarh. c. 2. Senec. de Benef. 1. 13. Demost. Alexander. Fœdere. Paus. 1. 7. Capell. in Histor. sacra, et exotica. Homeri Scholia.

India á un castigo de Baco, por haberle destruido su patria; así como tambien á él otros la muerte de este príncipe procedida de un exceso en el vino. Ejecutado esto, envió á decir á los atenienses: « que le entregasen los oradores que continuamente les persuadian y alentaban á conspirar contra los macedonios; porque de nó hacerlo, experimentaria su atrevimiento igual castigo al que se habia ejecutado en los tebanos. » Habiendo Focion, de quien hacia gran veneracion el pueblo por la integridad de su vida, manifestado: « que no era justo irritar á un príncipe mozo y vencedor, y exhortado á los que reparaban en el peligro á que en generosa imitacion de las hijas de Lee y de Hayacinta, debian sacrificar sus vidas por la conservacion de su patria, » Demóstenes, á quien con especialidad pedia Alejandro, se levantó, y dijo: « que se engañaban si creian preservarse del peligro que amenazaba á todos con la rendicion de algunos; y que tuviesen por cierto, que los macedonios pedian astutos con especialidad á aquellos, cuyo valor y virtud les eran contrarios y odiosos, para poder, ausentes los protectores de la libertad pública, entrar en la ciudad desamparada de todo socorro, nó de otra suerte que los lobos en un rebaño de ganado cuando está sin perros que le guarden. » Mal podia esperar Demóstenes de su proceder con los macedonios gracia alguna de ellos. Persuadió después de la muerte de Filipo que se edificase una capilla en honor de Pausanias, que se diesen gracias á los dioses, y que se ejecutase todo cuanto se acostumbra en un regocijo público. Llamó á Alejandro, unas veces niño, y otras Margites, para denotar que era un príncipe sin juicio, ni gobierno: y ganado por el oro de los persas fué hacha encendida, ó trompeta de todas las guerras que los griegos emprendieron contra Alejandro y contra Filipo, solicitando descubiertamente á Atalo, el mayor enemigo de Alejandro para que le declarase la guerra; á cuyo fin le prometió la alianza y el socorro de los atenienses. Por otra parte no habia ofendido á Alejandro con menores ultrajes la ciudad de Atenas; pues hizo derribar todas las estátuas de Filipo, y que la materia de ellas sirviese á empleos viles y bajos; así como el pueblo, el cual mudable y poco atento á lo venidero, cometió, con el desafuero que suele, á persuasion de algunos sediciosos, todas las indignidades de que es capaz. Pero entre cuanto obraron los atenienses con desprecio y soberbia, nada llegó á sentir tanto Alejandro, como el afecto que mostraron á los tebanos, habiendo admitido en su ciudad á todos los que pudieron salvarse de las ruínas de su patria, contra órden expresa suya, y testificado con gran dolor de su pérdida, pues en mayor crédito de la tristeza pública transfirieron la solemnidad de las fiestas que todos los años celebraban con particular devocion en honor de Baco. Sin embargo, ocupando todo su ánimo el deseo de la guerra de Persia, tuvo por mejor perdonar á los griegos los agravios que le habian hecho, que continuar en la venganza; por lo cual, habiendole pedido Demades, de quien hizo gran estimacion Filipo, en nombre de la ciudad perdon, se le concedió con tal de que Demóstenes, Licurgo, y todos los demás que habia pedido fuesen retenidos, y solo saliese desterrado Caridemo, el cual, habiéndose pasado á los persas, les fué por algunos años de considerable provecho, hasta que por último dió ocasion su demasiada libertad á Dario, para que le mandase quitar la vida. Abandonaron tambien otros atenienses de consideracion la ciudad, por el odio que tenian al rey, y se retiraron á los estados enemigos, donde no dieron poco que hacer á los macedonios. Concluidas estas cosas, no quedó en la Grecia quien se atreviese á fiar en sus fuerzas, viendo la ruina de los tebanos, cuyos soldados, armados de pesadas armas, estaban en tan gran reputacion hasta entónces, ni quien asegurase las fortificaciones de ciudad alguna, habiendo experimentado la pérdida de Leucadia, cuyos habitantes, soberbios por la situacion de su ciudad, y por la cantidad de víveres de que habian hecho provision para tolerar un largo sitio, rindió el rey por hambre: porque, después de haberse apoderado de todas las plazas cercanas, dejó que se retirasen los habitantes á Leucadia, cuya multitud aumentándose mas cada dia, consumió tan grandes provisiones. En esta sazon le llegaron embajadores del Peloponeso á dar la enhorabuena por las victorias que habia obtenido de los bárbaros, y haber castigado la insolencia y temeridad de algunos griegos. Los árcades, que habian empezado á hacer algunos movimientos para dar socorro á los tebanos, le aseguraron « haber condenado á muerte á los que habian sido autores de aquel desvarío. » Los eleos le representaron, « que, habiendo entendido eran gratos á Alejandro los que estaban desterrados, los habian de nuevo admitido en obsequio suyo. » Los etolios se disculparon con que no era mucho, que, entre tan grandes alteraciones como habia padecido la Grecia, hubiesen incurrido ellos en alguna. Pero los megarenses provocaron á risa al rey, y á los que le asistian con un nuevo género de honor como el que manifestaron, diciéndole: « que en premio y remuneracion del afecto que tenia á los griegos, y de los crecidos beneficios que reportaban de su grandeza, le habian concedido por órden del pueblo el derecho de ciudadano en Megara; » demostracion que admitió gustoso Alejandro cuando supo « que solo se habia hecho con Hércules. » Manifestó á todos los demás el anhelo con que deseaba el reposo y conservacion de la Grecia, y que, esperando que en adelante se abstendrian de fomentar novedades y perturbaciones, les perdonaba los delitos pasados; pero, hallándose poco seguro de los espartanos, restituyó á Messena los hijos de Filias, que estaban desterrados. Dió á Caron, la ciudad de Pellene, de los aqueos, y puso personas de su confianza en Sicyone y en las demás ciudades del Peloponeso, que observasen mas inmediatamente el proceder y los intentos de los lacedemonios. Empleó en la perfeccion de tan considerables disposiciones pocos meses, en los cuales puso fin á una guerra tan formidable, con menos trabajo que el que pudiera haber costado otra de muy inferior consecuencia, confesando haber debido esta victoria á su diligencia; pues preguntándole, ¿cómo pudo sujetar la Grecia? respondió: « que no dejando nada para el dia siguiente ».

LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO DE ESTE LIBRO.

I. Noticia del dominio de los persas hasta el tiempo de Alejandro: despreciarle estos y después le temen: singularidades del monte Ida y diversas hazañas de Alejandro.—II. Manifiesta Alejandro que es preciso hacer guerra á los persas.—III. Pasa á Persia con su ejército: deja á Antipatro por gobernador de Macedonia: da todo su patrimonio: llega en veinte dias á las riberas del Helesponto: descripcion de las tierras cercanas.—IV. Honra el sepulcro de Aquiles: su marcha al Asia: toma muchas ciudades: consejo de los sátrapas: orgullo de Dario.—V. Ardid de Alejandro para ganar á Memnon: falso prodigio con que anima á sus soldados: pasa el Granico: derrota á los persas y premia á los soldados, así muertos como vivos.—VI. Da gracias Alejandro á la diosa Minerva: recibe

muchos pueblos debajo de su obediencia sin imponerles tributo: entregásele la ciudad de Sardis: descubre las solicitudes de Demóstenes contra su persona: procura ganar á Focion: toma á Éfeso: forma en ella republica: hace lo mismo en las demás ciudades: su grande estimacion á Apeles.—VII. Ordenásele en sueños que edifique una ciudad á los esmirnos: intenta cortar el istmo que está entre Clasomene y Teos: junta á Clasomene con la Tierra-firme: sitia y toma á Mileto, y concede libertad á los habitantes: prodigio acaecido en el templo intentando robarle unos soldados: inclinacion de un delfin á un niño.—VIII. Obliga Alejandro á los bajeles enemigos á que se retiren: licencia su armada, y las razones que tiene para ello: entra en Caria donde toma muchas ciudades: restablece á la princesa Ada en su reino, con cuya accion adquiere el afecto de los pueblos.—IX. Pone sitio á Halicarnaso: intenta en vano apoderarse de la ciudad de Minda: salida de los de Halicarnaso para estorbar los trabajos: temeridad de los soldados, de la que se origina un gran combate: talento y moderacion de Memnon, capitan de los persas.—X. Otra salida de los de Halicarnaso: son rechazados: ponen fuego á su ciudad, abandonándola y retirándose á dos ciudades, á quienes toma poco después Alejandro.—XI. Honra Alejandro una estátua de Teodoto: manda castigar á Lincestes que conspira contra él: presagio con que descubre esta traicion: trata bien á los judíos: adora el nombre del verdadero Dios: ve en Jerusalen los libros de los profetas: hace ofrendas en el templo.—XII. Destruye á los bárbaros: resuelve Memnon pasar la guerra á Macedonia, para cuyo intento halla favorable disposicion en los aliados de los macedonios; pero en tan felices principios muere Memnon de peste.

I (1). Hallábase por este tiempo rey de los persas Dario, elevado al trono poco antes de la muerte de Filipo, por la destreza y disposicion de cierto eunuco, llamado Bagoas; el cual, muerto Oco y Arses, su hijo, y extinguida toda la extirpe real, no pudiendo asegurar en sí la corona, procuró ponerla en quien, obligado de tan considerable beneficio, se lo remunerase, dándole estimacion y manejo en el gobierno. Ni el concepto que tenian de Dario los pueblos repugnaba la coalicion de esta fortuna, ni su parentesco en la casa real atrasaba al logro de ella; porque Ostanes, tio de Oco, era padre de Arsanes, y Arsanes de Codmano, cuyo nombre tuvo Dario, mientras fué persona privada, hasta que colocado en el trono de Ciro, lo mudó en el de Dario, siguiendo el estilo de los persas. Su presteza militar, su valor y virtud habian dado largas experiencias para que se tuviese de él el apreciable concepto en que estaba, habiendo vencido en desafio al mas esforzado de los enemigos, pues retó al que lo fuese del partido contrario, mientras Oco hacia la guerra á los caducios. Fué, segun el órden de los reyes desde Ciro, fundador de este imperio, el décimo; porque Oco sucedió á Artajerjes su padre; Artajerjes á Dario, á quien Artajerjes, hijo de Jerjes, dejó el reino, y Jerjes le recibió de Dario su padre. Dario fué hijo de Histaspes, el cual, extinguida en Cambises la casa de Ciro, empuñó el cetro, quitándoselo á los magos, por medio de una conspiracion de siete grandes señores de la Persia. Permaneció glorioso el imperio de los persas en el reinado de estos príncipes casi por el espacio de doscientos treinta años, en cuanto aquella nacion, que en sus valerosos principios ignoraba las delicias, combatia por la libertad, por la gloria y por el poder. Pero, después que empezó á despreciarla, creyendo haber alcanzado la recompensa de su virtud, comenzó á perder el vigor y las fuerzas, conservándose mas que por ellas, por el crédito de su poder, que le habian adquirido sus antecesores, y poniendo toda su esperanza en la grandeza de sus riquezas con las que no experimentó mas felices sucesos contra los griegos que con sus armas. Por último, viendo cuán inútiles eran los medios del oro solos contra la fuerza de Alejandro, y que hallándose destituidos de todos los socorros extraños, debian oponerse por sí á poder tan formidable, les precisó la necesidad á hacer algunos esfuerzos; los cuales fuéron tambien inútiles, pues teniéndolos tan abatidos sus delicias y flaqueza, no pudieron oponerse al ímpetu de su propia decadencia; pero como de la manera que es poderosa la necesidad á despertar el espíritu y valor, lo es tambien la abundancia y riquezas á originar la viciosa superfluidad y la afeminada flaqueza, luego que supieron la muerte de Filipo, cuya felicidad y disposiciones los habia tenido amedrentados, empezaron á perder el temor, y á despreciar el nombre y la juventud de Alejandro, juzgando se tendria este por feliz, si le dejaban pasar libremente por las murallas de Pelle. Mas cuando se dilató á ellos la fama de su valor y de sus victorias, no dejó de causarles cuidado este juvenil príncipe, á quien habian despreciado antes; pues pasaron á hacer con la mayor aplicacion todas las prevenciones que pedia tan dilatada y cruel guerra. Habian reconocido en las batallas antecedentes, cuán inútiles eran para resistir á los europeos los soldados asiáticos; y así despacharon á la Grecia personas que alistasen cincuenta mil hombres, de la mas vigorosa juventud, con órden de que los mandase Memnon Rodio, cuya fidelidad y valor habian experimentado en muchas ocasiones, dándosela tambien para que se apoderase de Cízico, y que desde allí pasase á largas jornadas por la parte de Frigia, que confina con Troas, y llegase al monte Ida, el cual acredita bien en lo natural de su sitio el nombre que tiene, que es el que imponian los antiguos á todos los lugares á quienes hace umbrosos la espesura de los árboles. Descuéllase este monte con elevacion mayor que todos los demás que miran hácia el Helesponto, en el cual se ofrece una caverna, á quien han granjeado gran veneracion y crédito las fábulas; las cuales refieren fué en ella donde Páris reconoció la hermosura de las tres diosas, y pronunció el juicio que hizo de ella cuando, expuesto por órden de su padre, subió al monte Ida. Á lo que añaden, que este monte fué patria de los ideos dactilos, los cuales debieron á la instruccion de Cibeles ser los primeros que descubrieron el uso del hierro, y manifestaron al mundo este metal, por quien no sin razon se puede dudar si fué mayor el beneficio que para alivio de su preciso trabajo hallaron en él los hombres, que el perjuicio que padecen sus vidas de los vehementes instrumentos que de él forma su mismo furor. Refiérese tambien otra maravilla de este monte, cual es: «Que los vientos que corren en la parte inferior de él, cuando se acerca la canícula, son tan impetuosos, como tranquilo el aire en su cumbre, que aun siendo muy de noche se ve allí el sol, nó en forma de globo, sino esparcido en amplísima latitud, que, después de haber abrasado una y otra parte del monte, como dividido en muchas porciones de fuego, se va uniendo poco á poco, que cuando el dia se acerca no queda de mas tamaño, que el que pueden contener dos yugadas de tierra; y que poco después vuelve á tomar su forma ordinaria, y á seguir su regular curso». Tengo por cierto que se manifiesta este falso milagro cuando la imágen, aunque imperfecta

(1) Autores en que nos apoyamos: Diod. 17. 17. Diod. 17. 5. Arrian. 2. 3. 18. Curt. 6. 3. 12. Strab. fin. lib. Scalig. de Emmendat. tempor. l. 6. Curt. 4. 1. 10. Just. 10. 3. 3. Diod. 7. 6. Sleidan. lib. 1. de 4. Monarch. Schaliger. l. 6 de Emmendat. tempor. Schubert. lib. 2. de Scrupulis Chronol. Herodot. 3. 70. Just. 1. 9. 19. Xenoph. l. 1. Arrian. 5. 1. 19. Plut. en la vida de Agesil. cap. 24. y en la vida de Artagerjes, c. 30. Diod. 17. 7. Æschin. contra Ctesiph. Curt. 5. 11. 5. Curt. 3. 2. 9. Diod. 17. 7. pausan. l. 10. Diod. 17. 7. Apollod. lib. 2 Diod. 17. 7. Plin. 34. 14. Diod. 17. 7. Lucret. 5. 662. Mela 1. 18. Plin. 2. 11. 3. Strab. lib. 13. Diod. 17. 16.

del sol, levantándose se extiende por el aire, que está estrechado con el hielo de la noche, y nó agitado de los vientos, hasta que, disipándose por la fuerza del calor, deja ver libremente aquel astro en su estado ordinario; porque, luego que se serena el aire, penetran fácilmente los rayos, embarazando el hacerlo con tanta actividad mientras está constreñido, y que como recibido en un espejo los extiende y dilata con aumento de luz. Corre el territorio de Cízico sobre las faldas del monte Ida hácia la Propóntide; cuya ciudad está fundada en medio de una mediana isla, que confina con la tierra firme por medio de dos puentes. No pasó á esta empresa Alejandro hasta algo después, hallándose en la mar mientras esta jornada de Memnon; el cual, aunque acometió inopinadamente á Cízico, se defendieron y le rechazaron con tan gran valor los habitantes, que, no habiendo podido tomar la ciudad, se contentó con robar solo el territorio, en el que hizo considerable presa. No se descuidaban tampoco por su parte los capitanes macedonios, porque Parmenion tomó la ciudad de Grinio en la Eolia, y redujo á servidumbre á todos los habitantes; y habiendo pasado el Gaico, puso sitio á Pinate, ciudad rica é importante por los dos puertos que tiene para recibir tropas de Europa; pero la llegada de Memnon le obligó á que le levantase. Calas, que hacia la guerra en Troas con corto número de macedonios y tropas mercenarias, presentó la batalla á los persas, si bien, reconociendo su inferioridad ante el crecido número de los enemigos, se retiró á Reteo.

II (1). En tanto Alejandro, habiendo vuelto á Macedonia después de haber proveido lo que convenia en las cosas de la Grecia, tuvo consejo con sus mas familiares para conferir lo que se debia ejecutar y huir antes de dar principio á una guerra de esta consecuencia. Antípatro y Parmenion, que por sus años y autoridad eran mas atendidos, le representaron: «que no debia exponer con su persona el bien universal de todos á la incertidumbre de la fortuna, sino esperar á que tuviese sucesion; con la cual, asegurada la paz y la esperanza del estado, podria loablemente solicitar su acrecentamiento.» Y á la verdad no habia quedado persona alguna de la sangre de Filipo que fuese digna de la corona, porque los hijos de Cleopatra eran muertos por órden de Olimpias, y Arideo desautorizaria el trono por su poco talento y juicio, y por el mal crédito de su madre. Pero el rey, que llevaba con impaciencia el reposo, y solo apetecia la guerra y el honor que esperaba adquirir de la victoria, «verdaderamente, les dice, que vosotros, como varones buenos y amantes de la patria, os desvelais justamente por el bien de ella. Que la empresa sea árdua, ¿quién podrá negarlo? Ni tampoco, que si después de haber dado principio á ella la condena el suceso, no habrá arrepentimiento que sea suficiente á reparar el yerro. Por tanto, antes de desplegar las velas debemos premeditar si nos estará mejor empeñarnos en esta jornada ó quedarnos en el puerto, porque, entregados una vez á los vientos y á las olas, ya nuestro curso depende de su arbitrio é inconstancia; por lo cual no llevo á mal que vuestro dictámen se oponga al mio; antes, por el contrario, estimo vuestra libertad, y os ruego la conserveis y voteis con ella en cuanto os propusiere, siendo cierto que ningunos ministros son mas merecedores del título de amigos de su rey, como los que anteponen en lo que le representan á su benevolencia y gracia su interés y gloria; y que no aconsejan, sino engañan, los que persuaden lo que por sí no obrarian. Por lo que mira á mis intereses, haciéndoos partícipes de mis designios, debo aseguraros, que nada me parece puede ser de mayor perjuicio á su prosperidad que la lentitud y retardacion. ¿Será justo que después de haber reprimido á los bárbaros, vecinos de Macedonia, y sosegado todas las inquietudes de los griegos, dejemos perder en la ociosidad y el reposo un ejército tan formidable, ó será mas razon que pase á las opulentas tierras del Asia, blanco en otro tiempo de nuestra esperanza, y objeto el dia de hoy de nuestro anhelo de gozar en el despojo de los persas el premio de los trabajos que por tan dilatado tiempo hemos tolerado en el reinado de mi padre, y tres años después en el mio? El dominio de Dario está aun en sus principios, y la muerte de Bagoas, á quien debe la corona, da bastante ocasion á los suyos para que le tengan por ingrato y cruel; vicios ambos suficientes á entibiar el amor y la obediencia de los vasallos mas leales á sus príncipes, y á concitar contra ellos su odio. ¿Mantendrémonos por ventura en sosiego, dando tiempo á que Dario establezca enteramente sus fuerzas y su poder, y á que después de haber compuesto las cosas internas de su reino dirija sus armas contra la Macedonia? Son grandes las recompensas que logra la diligencia y la prontitud, de quienes gozarán nuestros enemigos si permanecemos quietos, y nó menores las consecuencias que resultan de las primeras impresiones que en semejantes ocasiones se hacen en los ánimos, y estas las logra á favor suyo quien se anticipa. Porque á la verdad, no se adquiere en la inquietud la honra ni el crédito de esforzados y valerosos; antes, por el contrario, se tiene por mas fuerte al que hace la guerra, que al que se halla obligado á sufrirla. Pero ¿con cuánto riesgo de mi reputacion y de mi gloria burlaré yo la esperanza de los que en la juventud que me hallo, me han juzgado por digno del honor que no alcanzó mi padre, en medio de sus grandes virtudes, y del merecido crédito que logró por ellas, sino poco tiempo antes de su muerte? Y no es menos cierto, que la junta de los griegos no nos ha concedido el mando para que, entregados en Macedonia al reposo y á los deleites, nos olvidemos de las antiguas y nuevas injurias que ha padecido la Grecia, sino para que castigando el atrevimiento y desprecio de haberlas causado, quede con la mas cumplida satisfaccion. ¿Qué diré de las naciones griegas, que, derramadas por el Asia, padecen la servidumbre insoportable de los bárbaros que los oprimen? No os repetiré la ternura de los ruegos, ni la eficacia de las razones con que Delio Efesio ha abogado en su causa, pues no podeis dejar de tenerlas presentes. Luego que vieron nuestras banderas, atropellando valerosamente por todos los peligros, las siguieron y se expusieron por ellas á favor de sus protectores contra sus inicuos é inhumanos señores; pero, ¿cómo, olvidando nuestro valor y la flaqueza de nuestros enemigos, detenemos la consideracion á estos socorros contra pueblos tan afeminados, que de vencerlos será mayor la afrenta, que la gloria que nos resulte, si con lentitud lo hacemos? Habiendo pasado al Asia en tiempo de nuestros padres un corto número de lacedemonios, fué vana la resistencia que le hizo un considerable número de enemigos. No pudieron evitar estos que entrasen á sangre y fuego por la Frigia, la Libia y la Paflagonia; pues siempre que intentaron oponerse á su esfuerzo quedaron deshechos, y to-

(1) Autores en que nos apoyamos: Diod. 17. 16. 1. 9. 20. Comment. in Curt. 10. 7. 2. Zosimus, l. 1. Curt. 6. 4. 10. Diod. 17. 5. Diod. 17. 16. Plut. contra Coloten. cap. 30. Plut. en la vida de Agesilao, cap. 8. y en las siguientes. Xenoph. en la retirada de los diez mil griegos, lib. 2. y en los siguientes. Plut. en la vida de Alejandro, cap. 88. Diod. 7. 16. Arrian. 1. 4. 1. Just. 11. 5. 6. Diod. 17. 16.

maron aquellos á su salvo en su sangre y en sus vidas la satisfaccion que deseaban, hasta que por último, llamado Agesilao por los tumultos que se levantaron en la Grecia, les dió tiempo para que se recobrasen del terror en que habian quedado. Algunos años antes, retirándose de lo mas interior de la Persia cerca de diez mil griegos, sin provisiones y sin capitanes, abrieron por medio de los filos de su acero camino para volverse á su patria entre naciones tan enemigas; y aunque en diferentes reencuentros procuró estorbárselo aquel numeroso ejército, con que el rey de Persia acababa de disputar el reino contra Ciro su hermano, y de quedar vencedor, en todos le desordenaron y pusieron en fuga. Pues, ¿cómo nosotros, á quienes obedece toda la Grecia, sujeta por tantas victorias como las que habemos obtenido, habiendo triunfado en varias batallas de sus mas célebres pueblos, de quienes se compone gran parte de nuestras tropas, tememos al Asia, cuando no ha podido evitar las considerables pérdidas que la ha ocasionado la menor parte de los que hemos vencido? Hicieron tan grande impresion estas razones, y otras que añadió á los de su consejo, que se conformaron todos con su dictámen, y con especialidad Parmenion; el cual, en medio de haber insistido mas en que se difiriese la guerra, fué quien con mayor eficacia persuadió á Alejandro á que diese brevemente principio á ella. Con que, atendiéndose solo á esta expedicion, hizo un sacrificio á Júpiter Olimpo, cerca de la ciudad de Dio, en Macedonia, dispuesto por Arquelao, que reinó después de Perdicas, hijo de Alejandro: mandó que se hiciesen por nueve dias los juegos escénicos en honor de las nueve musas; y celebrados estos, dió un espléndido banquete en una tienda dispuesta magníficamente para este fin, con mesa de cien cubiertos, en que comió con sus camaradas, con sus capitanes y con los embajadores de las ciudades. Ordenó tambien que se distribuyesen por todo el ejército víctimas, y que se hiciesen cuántos regocijos pudiesen convenir á la celebridad de aquel dia, destinado al regocijo público, y fuesen felices auspicios de la guerra que se emprendia.

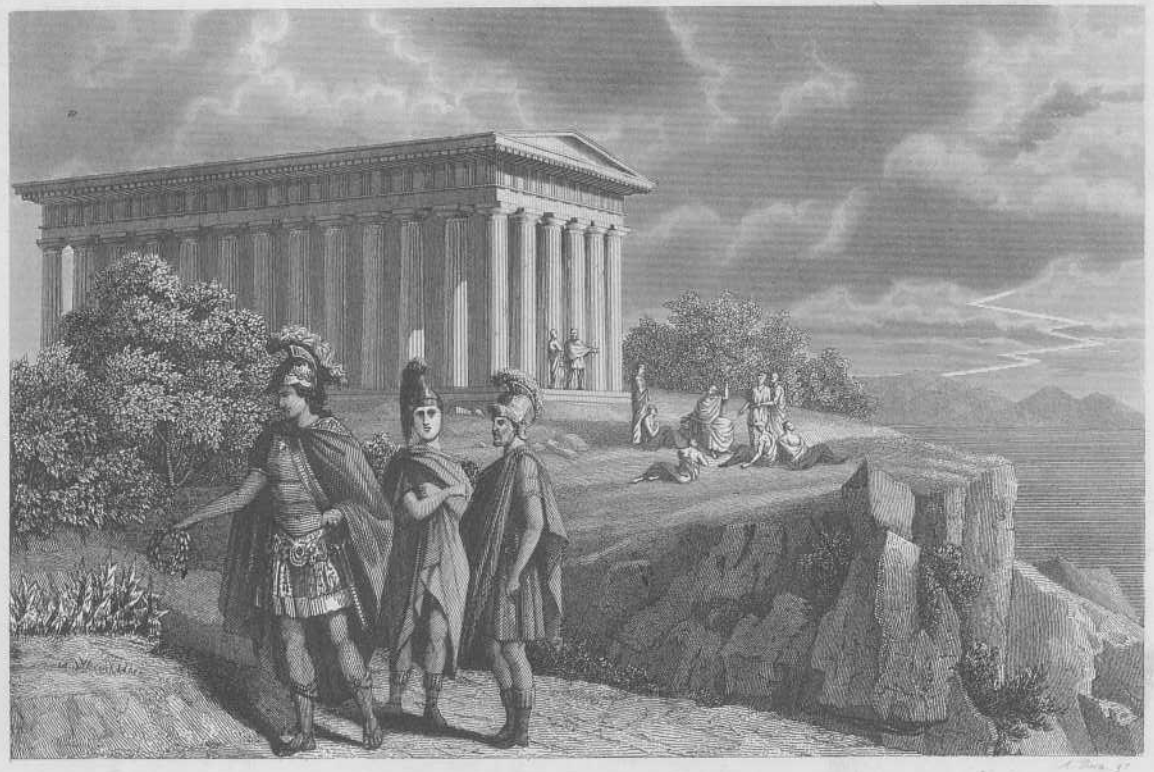
III (1). Dispuestas enteramente sus tropas, pasó Alejandro al Asia al principio de la primavera con un ejército mas considerable por el valor que por el número. Conducia Parmenion treinta mil infantes, entre quienes habia trece mil macedonios, y cinco mil soldados mercenarios, componiéndose el resto de los que habian enviado los aliados para esta guerra. Los ilirios, los tracios y los triballos seguian estas tropas hasta en número de cinco mil hombres, y sin ellos mil flecheros agrianos. Filotas gobernaba la caballería, compuesta de mil y ochocientos caballos, y Calas la de Tesalia; de la Grecia solo habian venido seiscientos caballos, cuyo mando dió Alejandro á Erigio, á cuyo frente estaba Casandro con nuevecientos corredores tracios y peonienses. No dificultó Alejandro acometer con este ejército, sin mas víveres que los precisos para veinte dias, contra multitud infinita de bárbaros, fiándose en el valor de su gente, acostumbrada á obtener victorias, con los cuales se mostraba por su esfuerzo y experiencias invencible á todo género de enemigos, por grandes y numerosos que fuesen; pero ordenó antes á Antípatro, á quien dejó gobernando la Macedonia con doce mil infantes, y mil quinientos caballos, que hiciese levas en Europa para renovar sus tropas, y tener siempre gente pronta que reparase las pérdidas que podian causar en su ejército los combates ó las enfermedades. Antes de desembarcar distribuyó entre sus camaradas cuanto podia darles, sin perjuicio de su gloria, y de la majestad del imperio, y solo reservó para sí la esperanza, como lo dió á entender al excusarse Perdicas de admitir las mercedes que le hizo; pues, preguntándole este: « ¿qué dejaba para sí, si lo daba todo? » le respondió; que la « esperanza; » á que Perdicas le replicó inmediatamente: « que tambien tendria parte en ella, pues peleaba debajo de sus banderas; » pero fuéron pocos los que le imitaron; y de ellos alguno, preguntándole, « ¿ dónde tenia sus tesoros? » respondió con razon: « que en sus amigos. » Y á la verdad no era desacordada la distribucion que hacia de sus riquezas, pues librando al riesgo sus mas considerables intereses, las adquiria con ventajosas creces, si quedaba vencedor, y si vencido conservado tampoco habria aquellas. Con estas magnánimas liberalidades aumentó el valor de los suyos, tuvo mas pronta y dispuesta su obediencia, y se concilió su amor, á cuyo impulso solicitaban con el mayor anhelo la grandeza de su fortuna; pero, desapropiado de las tierras, de las heredades y de las rentas, cuyos productos no eran cobrables en algun tiempo, se halló muy cercano á quedar reducido á la última necesidad, no habiendo separado mas que alguna porcion de dinero para los gastos de la guerra, la cual por corta se administró mejor. Porque muerto Filipo, solo se hallaron en su erario quinientos talentos de plata en moneda, que era el valor de sus deudas, y alguna corta porcion de vasos de oro y de plata; pues aunque es cierto que debió el reino de Macedonia á este príncipe la grandeza y el poder en que estaba, y que se descubrieron en su tiempo ciertas minas de oro cerca de la ciudad de Crenides, á quienes hizo llamar de su nombre Filípicas, las cuales le valian todos los años mil talentos, tambien lo es que consumió su erario, así por su liberalidad, como por las contínuas guerras que mantuvo, y por los considerables gastos que hizo para restablecer y reparar la Macedonia, la cual se hallaba en suma pobreza al principio de su reinado, y él nada rico por sí; pues se refiere, que, aun ocupando el trono, siempre que iba á acostarse hacia poner debajo de la almohada una copa de oro, que solo pesaba unas cincuenta dracmas. Su hijo, pues, en medio de haber aumentado los empeños de su padre, con el que nuevamente hizo de ochocientos talentos, de los cuales apenas le habia quedado la décima parte, mantuvo la guerra contra el rey de Persia, debajo de cuya cabecera le ponian mientras dormia cinco mil talentos de oro, y debajo de cuyos piés tres mil de plata. Refiérese que Alejandro partió á son de la flauta de Timoteo, con sumo gusto de todos sus soldados, los cuales se prometian, como en seguro botin, las riquezas de los bárbaros contra quienes marchaban; y así, habiendo entrado en Estrimon por un lago donde estaban sus bajeles, á quien los naturales llaman Cer-

(1) Autores en que nos apoyamos: Arrian. l. 1. 3. Plut. c. 23 y de la fort. de Alexand. l. 3. Just. 11. 6. 2. Polib. 12. 10. Liv. 9. 19. 4. y 42. 51. 11. Frontin. 4. 2. 4. Paneg. de Const. Diot. 17. 17. Curt. 6. 9. 21. Plut. c. 23. y de la fort. de Alejandro. l. 3. 2. 24. Curt. 3. 2. 13. 3. 3. 27. Arrian. 14. 3. Diod. 17. 17. Curt. lib. 5. l. 39. Just. 11. 5. 5. Plut. c. 23. y de la fortuna de Alejand. 2. 24. Marc. 25. 14. Arrian. 7. 2. 15. Curt. 10. 2. 24. Plut. c. 2. 3. y de la fort. de Alejand. l. 3. y 2. 24. Diod. 16. 8. Athen. 4. 14. y 6. 4. Athen 12. 2. Arrian. 7. 2. 15. Plut. c. 23. y de la fortuna de Alej. l. 3. y 2. 24. Himer. ap. Phet. Just. 11. 5. 8. Arrian. l. 4. 3. Arrian. 2. 15. Just. 11. 6. 2. Oros. 3. 16. Otto Frising. 2. 25. Diod. 17. 23. Plut in X. orat. 8. 9. y 9. 1. Arrian. l. 4. 4. Arrian. l. 4. 4. Curt. 7. l. 2. 2. 4. 13. Arrian. l. 4. 6. Herodot. 9. 115. Pausan. l. 1. y 3. Philostrat. Heroica. Arrian. l. 4. 6. Diodor. 17. 17. Arrian. l. 4. 7. Plin. 5. 30. 7. Mela. l. 18. Herod. 7. 54. Diodor. 17. 17. Arrian. l. 4. 8. Just. 11. 5. 10.

cinite, del nombre de una montaña vecina, pasó primero á Amfípoli, y de allí á la entrada del Estrimon, cuyo rio una vez atravesado, tomó á vista del monte el camino que va á Abdera y á Maronea, con ánimo de seguir siempre la ribera para socorrer sus bajeles, que se andaban tierra á tierra, por si los persas, hallándose señores del mar, intentasen acometerlos. Á la verdad, la armada de Alejandro era inferior á la de los enemigos, los cuales la tenian muy numerosa de bajeles de Chipre y de Fenicia, y con la ventaja que les daba su grande experiencia en las cosas marítimas; porque, aunque la Macedonia habia poco antes procurado apoderarse del dominio del mar, nunca pudo aumentar sus velas, respecto de la escasez y reserva con que se las administraban los aliados, no habiéndola contribuido los atenienses mas que con veinte, á persuasion de sus oradores, los cuales les representaron, « se aseguraban así del riesgo de que se convirtiesen contra ellos mismos. » De estos lugares se encaminó al rio Hebro, y habiéndole pasado sin dificultad, entró en Petica, region de la Tracia, de donde después de haber pasado otro rio, á quien llaman Delane, llegó á los veinte dias de haber partido de Macedónia á la ciudad de Seston, que mira al Helesponto, y cuya fundacion es en los últimos términos de la Tierra-firme, donde separa un estrecho de mar al Asia de Europa; porque la Macedonia, unida á la Tracia, tocára con Asia por medio de dos puentes que se extienden hácia el oriente, si el mar no la dividiese. Está el Helesponto al lado derecho, y mas adelante el Bósforo de Tracia, el cual separa á Bizancio de Calcedonia. La Propóntide, comprendida en estos estrechos, empieza á dilatarse hasta Bitinia, y después la Frigia y la Lidia, á mayor distancia del mar. Descúbrense, corriendo mas adelante, regiones de admirable fertilidad, en donde habitan pueblos ricos. Ocupan las que miran á la Tracia y á la Grecia los helespontos, y las mas distantes los troyanos, bien conocidos por sus infortunios. Debajo de ellos se extienden á lo largo de las fronteras de la Lidia, la Eolia y la Jonia; luego la Caria, que, unida á la Dorida, y cercada la mayor parte del mar, tiene por dentro no menor circúito. Ofrécense, nó lejos de estas tierras, unas islas famosas; Lesbos, Chio, Samos, Rodas y otras muchas, á quienes hicieron célebres los monumentos de los griegos, cuyas colonias, enviadas antiguamente de la Grecia, y de quienes se conservaban algunas aun entónces, se habian apoderado y mantenido dueños de aquellas tierras: hasta que, habiéndolas sujetado los reyes de Persia y sus sátrapas, quedó convertida en servidumbre su antigua libertad. Luego que Alejandro llegó á Sesto, envió la mayor parte de sus tropas á Abydos, de la otra parte de la ribera, debajo del mando de Parmenion; y habiéndolas reforzado con sesenta bajeles de guerra, y otros muchos de carga, pasó con el resto á Eleunta, consagrada á Protesilao, cuyo sepulcro está debajo de un pequeño collado de hermosos olmos, y de tan extraña particularidad, como la que se observa en las hojas que brotan de sus ramos; pues conservando su verdor todas, solo le pierden y caen marchitas luego que nacen las que miran á la parte de Troya, como en memoria de la funesta aventura de aquel héroe, que pasó al Asia con los griegos en lo mas florido de su edad, y fué la primera víctima de los troyanos. Hízole Alejandro sacrificios funerales, y pidióle: « permitiese su entrada con mas felices auspicios, que los que él habia tenido en la suya. » Pasó de allí con cincuenta naves largas á Sigeo, y vió aquel puerto, á quien hizo célebre la flota que arribó de los griegos, en ocasion de la guerra de Troya. Surcando ya por medio de las olas del Helesponto, siendo él mismo piloto de la nave que le conducia, sacrificó el toro á Neptuno y á las Nereidas, y arrojó al mar, como por ofrenda á los dioses marinos, el vaso de oro con que habia sacrificado. Luego que arribó al puerto, disparó un dardo á la ribera, y saltó á tierra el primero, « poniendo á los dioses por testigos de que no pretendia apoderarse del Asia sino por medio de una justa guerra. » Erigió después altares en honor de Júpiter, defensor de Minerva y de Hércules; ordenando tambien que se levantasen en el lugar donde habia descendido á tierra, y en el estrecho donde se habia apartado de la Europa.

IV (1). De esta suerte tomó su marcha por los campos, donde aun se conservaban vestigios de la antigua ciudad de Troya. Observando atentamente en ellos las memorias de tan heróicas obras, le ofreció uno de sus habitantes la lira de Páris; á cuya promesa respondió con desprecio, « manifestando el poco caso que hacia de un flaco, vil instrumento de delicias, y la estimacion con que admitia la lira de Aquiles, con cuya armoniosa cadencia hacia resonar las alabanzas de los grandes héroes con la misma mano que obraba las ilustres acciones con que los excedia. » Fué tan grande el aprecio que mostró de Aquiles, de quien se gloriaba descender, que corrió desnudo con todos sus favorecidos al rededor de su sepulcro, le ungió y puso una corona. Á cuya imitacion coronó tambien Efestion el sepulcro de Patroclo, por acreditar que lograba en la gracia de Alejandro el mismo lugar que aquel en el de Aquiles, de quien decia Alejandro que «fué una doble felicidad haber logrado en vida un verdadero amigo, y después de su muerte tener un Homero que celebrase sus acciones. » Hizo tambien sacrificios á los demás héroes, cuyo sepulcro vió en esta comarca. Sacrificó á Príamo en el altar de Júpiter Hercio, ya fuese por aplacar sus manes, habiéndole muerto Pirro, hijo de Aquiles, ó ya por el parentesco que creía tener con los troyanos, por el casamiento de Neoptolomeo con Andrómaca, viuda de Hector. Finalmente, hizo con particular devocion sacrificio á Minerva, en cuyo templo colgó sus armas y tomó otras; las cuales fué fama, que se conservaban desde el tiempo de la guerra de Troya. Hacíalas llevar á sus armeros delante de su persona como dádiva divina para sujetar el Asia, y se refiere, que se las puso cuando combatió cerca del Granico contra los sátrapas. Porque, además de preciarse de tener siempre las mejores, y de poner gran cuidado en su aseo, fué mayor el que le debió la conservacion de estas. Usaba de un pequeño escudo resplandeciente, de un morrion ejecutado por Teófilo, y, aunque de hierro, de tan gran primor, que se equivocaba con la mas fina plata. Adornábanle crecidas plumas de hermosa blancucura, dispuestas en forma de penacho: la cota era de una tela reducida á muchas dobleces: el collar de hierro, pero cubierto de riquísima variedad de pie-

(1) Autores en que nos apoyamos: Strab. l. 13. Plut. c. 24. y de la fortuna de Alejandro. l. 14. Ælian. Hist. Varia. 9. 38. Plut. c. 24. Arrian. l. 4. 10. Cic. por el poeta Archias, c. 14. y en la epistol. lib. 5. 12. Vopiscus pro Prohi. Ælian Hist. Varia 12. 7. Just. 11. 5. 12. Arrian. l. 4. 9. Just. 17. 3. 6. Strab. lib. 13. Comment. in Curt. 3. 7. 3. Plut. c. 25. Arrian. l. 4. 6. 2. 8. y 13. Diod. 17. 18. y 21. Plut. c. 25 Plut. c. 60. Appian. de Bellis mithridaticis. Diod. l. 50. Zonaras tom. 2. Arrian. l. 5. 16. 2. 3. 23. Arrian. l. 5. 16. Strab. l. 13. Arrian. l. 5. 17. Curt. 3. 4. 5. Diod. 17. 18. Arrian. l. 5. 19. 2. 3. 3. Comm. in Curt. 5. 9. 3. Strab. l. 13. Arrian. l. 5. 19. Comm. in Curt. 3. 6. 3. Arrian. l. 5. 19. 2. 5. 19. Arrian. l. 5. 20. Diodor. 17. 18. Comm. in Curt. 3. 5. 12 Herod. 7. 150. Plut. in Alcibiade. Æschines contra Ctesiph.



ALEJANDRO MAGNO SOBRE EL SEPULCRO DE AQUILES.

dras, y la espada de un temple sin igual, cuyo precio aumentaba su ligereza y facilidad para el manejo, sobre cuyas armas solia ponerse cierto género de hábito militar, á quien en aquel tiempo llamaban sayo siciliano. Pero de muchas de ellas no usó hasta algunos años después, porque la cota de que se ha hecho memoria, se halló entre los despojos de la batalla que presentó á Darío cerca de la ciudad de Isso, y la espada fué dádiva del rey de los citreos, así como de los rodios la cota de armas que Halicon, famoso y celebrado artífice entre los antiguos, hizo con incomparable artificio. Hame parecido referir aquí tales pequeñeces á imitacion de los antiguos historiadores, los cuales no desdeñaron hacerlas lugar en sus historias, pareciéndoles no dejan de producir algun fruto, ni de servir en cierta manera de satisfaccion, reducir á la memoria las palabras y acciones de los príncipes, las cuales no deben omitirse por lijeras que sean. Lo cierto es, que en los siguientes se conservaron por muchos años con gran veneracion las armas de Alejandro, y que las respetó de tal suerte el tiempo, que un general de los romanos, después de haber sujetado los reinos, y las regiones del Ponto, tuvo por el mayor ornamento de su triunfo la cota de armas de este príncipe; y que otro, habiendo hecho fabricar un puente sobre el mar, á imitacion de Darío y de Jerjes, hizo gran vanidad de adornarse de la cota de Alejandro. Del templo de Minerva tomó el camino á Arisbas, donde estaban acampados los macedonios que habia enviado delante, bajo el mando de Parmenion. El dia siguiente, habiendo pasado á vista de Percote y de Lampsico, siguió la ribera del rio Praccio, cuyo nacimiento está en el monte Ida, desde donde corre entre las tierras de Lampsico y de Abydos, y desde allí, torciendo algo hácia el septentrion, desciende á la Propóntide. De esta suerte, habiendo dejado atrás á Hermoto, pasó á Colonas, ciudad de los lampsacenos, situada á bastante distancia del mar; y después de haber recibido todas estas ciudades debajo de su obediencia, y perdonado á los lampsacenos, despachó á Panegoro para que recibiese la ciudad de los priapenos, cuyos habitantes estaban prontos á entregarla. En tanto, Amintas, hijo de Arabeo, pasó á reconocer el campo con cuatro compañías de caballos, entre las cuales iba una de los apoloniares, que mandaba Sócrates, por haberse entendido, que los enemigos se hallaban cerca, y con intento de llegar á las manos. Persuadíales Memnon, capitan entre ellos del primer crédito en el arte militar, « á que se retirasen después de haber talado y destruido los campos, y dejádolos en estado de que no pudiesen aprovecharse de sus frutos los enemigos; á que pusiesen fuego en las ciudades y villas, y á que por todas partes quedase árida y desierta la tierra, con cuyo fin les representaba la falta de víveres con que se hallaba el ejército de Macedonia, su imposibilidad de mantenerse un mes sino de robos y pillajes; y que si les quitaban las ocasiones de hacerlos, se retirarian á muy breve tiempo, logrando ellos por medio de tan corta pérdida la libertad de toda el Asia. Que aunque no podia negar que este remedio era riguroso, tampoco que, siendo tan inminente y considerable el peligro de que estaban amenazados, pedia la prudencia se tolerasen los menores daños á precio de evitar los mayores; nó de otra suerte que lo hace el diestro médico, cuando reconociendo en un cuerpo humano el riesgo de que se dilate á todo él, desde la parte infecta, el daño, le procura atajar por medio del hierro. Que esta resolucion no era nueva en los persas, pues la habia practicado el rey Darío en su tiempo, talando los mismos campos y ciudades con el fin de imposibilitar la retirada á los escitas, al intentar la misma empresa. Que considerasen el evidente peligro á que exponia el todo de sus cosas, presentando la batalla; porque, arrojados los persas de aquella region, quedaria inmediatamente Alejandro dueño de todo, y si vencedores ellos, sin aumento ni ganancia alguna. Que temiesen la falanje macedónica contra cuyo formidable esfuerzo seria inútil la resistencia de su infantería, aunque tan superior á ella en el número. Que á esto se les allegaban crecidas ventajas, que para la victoria les daba la presencia de su rey, á cuya vista son doblados los alientos con que, animados de la esperanza, é inflamados del honor y de la gloria combaten los soldados, de cuyos poderosos impulsos se hallaban destituidos los persas sin la asistencia de Darío; y finalmente, que, no pudiendo ponerse en duda ser mas conveniente hacer la guerra en dominios extraños que en los propios, lograrian esta ventaja, si admitiendo su consejo la pasaban á Macedonia. » No fué grato este dictámen á los demás capitanes, los cuales decian: « Que cuanto era conveniente á los intereses de Memnon Rodio, el cual aseguraba con la duracion de la guerra los grandes cargos, honores y rentas de que le habia colmado el rey, de tanta mas ignominia y riesgo á los persas, abandonar los pueblos que se habian fiado de ellos, y contravenir á las órdenes que tenian del rey. » El cual, sabida la partida de Alejandro de Macedonia, escribió á todos sus gobernadores y capitanes, ordenándoles que á azotes acordasen á aquel hijo de Filipo su edad y estado, le pusiesen en mayor desprecio de su temeridad una vestidura de color de púrpura, y en castigo de ella en prisiones con una cadena al cuello; que echasen á pique todos sus bajeles y marineros, y que retirasen á los mas interiores lugares del mar Rojo sus soldados. Tan ciego y seguro del futuro suceso le tenia su soberbia, y tan olvidado de su naturaleza, y de la instabilidad de las cosas humanas, pues blasonaba arrogante que descendia de Júpiter, no tanto por el orígen y nombre de los persas, que se deduce de la antigua fábula de Perseo, como por la grandeza y poder en que se hallaba, con el cual presumia igualarle. Habia escrito poco antes á los atenienses con no menor orgullo y jactancia, manifestándoles el disgusto con que estaba de que hubiesen preferido la amistad de los macedonios á la suya, y destituyéndolos de la esperanza de sus socorros y asistencias, por mas que los solicitasen.

V (1). Continuando en el interin Alejandro su marcha, llegó á unas tierras de que el rey de Persia habia hecho merced á Memnon. Luego que lo supo dió órden para que no se hiciese daño alguno en las casas, en los habitantes, ni en los frutos, que aun se conservaban en los campos; procurando por medio de

(1) Autores en que nos apoyamos: Polyæn. 4. 3. 13. Curt. 3. 11. 12. Themisth. orat. 9. Strab. l. 13. Plut. c. 25. Arrian. 1. 5. 2. Plut. c 24. Curt. 4. 9. 22. Plut. c. 24. Escaliger. de Emmendat. tempor. l. 1. Front. Stratag. 1. 11. 14. Plut. 6. 25. Arrian. 1. 5. 3. Diod. 13 19. 2. 4. 24. Arrian. 1. 4. 20. Diod. 17. 19. Just. 11. 6. 10. Plut. c. 24. Diod. 17. 19. Arrian. 1. 5. 15. Diod. 17. 20. y 21. Arrian. 1. 4. 18. Diod. 17. 19. Arrian. 1. 4. 18. 1. 5. 15. 2. 2. 3. 37. Diodor. 17. 21. Arrian. 1. 5. 10. Plut. c. 25. Diod. 17. 20. Arrian. 1. 5. 20. Plut. c. 25. Curt. 8. 1. 41. Arrian. 4. 2. 8. Diod. 17. 21. Plut. c. 26. Arrian. 1. 5. 25. Plut. 6. 26. Arrian. 1. 5. 24. Diod. 16. 21. Plut. c. 26. Arrian. 2. 2. 37. Arrian. 1. 5. 25. Just. 11. 6. 13. Diod. 17. 21. Arrian. 1. 5. 27. Val. Max. 8. 11. 1. 2. 13. Plut. c. 26. Arrian. 1. 5. 26. Liv. 44. 7. 2. Vell. 1. 11. 4. Plin. 34. 8. 20. Arrian. 1. 5. 13. Polyæn. 4. 3. 16. 4. 3. 8. Diod. 17. 21. Diod. 17. 21. Liv. 9. 19. 4. Diod. 16. 4. 17. 21. Arrian. 1. 5. 29. Plut. en las Apopth. cap. 40. Arrian. 1. 5. 30. Plut. cap. 26. Curt. 10. 5. Plut. cap. 26.

esta artificiosa blandura poner en sospecha á aquel capitan con los enemigos, entre quienes era el único que merecia este nombre y á quien como tal deseaba llevarle á sí. Admirados algunos de los suyos de que usase de esta benignidad con el mayor enemigo de los macedonios, le dijeron: «Que ofrecian no causarle hostilidad alguna de las que lleva consigo la guerra, mientras no le tuviesen en su poder; pero que haciéndole prisionero le habian de dar muerte». Bien lejos de conformarse Alejandro con ellos, les respondió: «Que mas conveniente seria obligarle con beneficios, y hacer de un enemigo un amigo, que sabria serlo con la misma virtud y valor que mostraba entónces á favor de los persas». Llegando á los campos de Adrastea, por quienes pasa con suma rapidez el Granico, le trajeron algunos soldados, de los que habia enviado con Hegeloco á reconocer el campo, noticia de que estaban los persas en forma de batalla á la otra parte del rio. Detúvose algun tiempo para conferir con sus capitanes el modo de pasarle; y habiéndolos juntado, fué la mayor parte de sentir: «Que era muy temeraria empresa la de intentar pasar un rio tan rápido y profundo, cuya ribera hacian igualmente impenetrable sus caudalosas ondas, y el formidable ejército que se ofrecia á su opósito, compuesto de numerosa caballería, é infantería.» Ni faltaron algunos que advirtieron: «Estaban en el mes decio, que corresponde al de junio; el cual entre los atenienses habia sido siempre infeliz á cuantos emprendieron en él algun designio.» Aunque despreciaba Alejandro el peligro, no le dejó de dar algun cuidado esta supersticion, sabiendo la poderosa impresion que hace un vano escrúpulo de religion en genios rudos é ignorantes; y así, deseoso de asegurar aquellos amedrentados ánimos, dió órden para que de allí adelante se llamase este infausto mes como el precedente artemisio, y á Aristandro, el cual sacrificaba entónces, para que «formase con cierto licor, en la mano con que habia de tomar las entrañas de la víctima, letras al revés que declarasen concedian los dioses á Alejandro la victoria, para que impresas estas en el hígado caliente de la víctima se pudiesen leer al derecho.» Ejecutado así, y divulgado por el ejército este prodigio, fueron tan grandes los alientos y esperanzas que cobraron todos, que decian á gritos, no tenian que temer habiendo reconocido tan visibles testimonios de la proteccion de los dioses. Persuadida así la gente de Alejandro con este ardid á la felicidad del futuro suceso, se apresuraban á obtener la victoria que creian ya suya. Y si bien procuró Parmenion que difiriese el rey el tránsito al dia siguiente, por haberse pasado la mayor parte de aquel, tuvo por mejor no malograr el ardor que reconocia en sus tropas, á quienes hizo pasar inmediatamente, «respondiendo á Parmenion que se sonrojarian las ondas del Helesponto, si después de haberlas surcado los detenian las aguas de tan corto arroyo.» Pasaron, pues, con el rey á pesar de su rapidez, trece compañías de caballería; si bien antes de tomar tierra firme y de ponerse en órden la gente, que mientras el tránsito le habia perdido, y la apretó vivamente por todas partes la caballería de los persas. Los cuales, despreciado el consejo de Memnon, por haber declarado Arsitas, sátrapa de la Frigia, no consentiria que se quemase la menor cabaña de la jurisdiccion de su gobierno; y seguido este de todos, resolvieron pelear, con cuyo fin se habian acampado en la ribera del Granico con cien mil infantes y veinte mil caballos, teniendo por cierto les serviria de trinchera este rio, y que por su medio cerrarian con facilidad el paso á Alejandro, dejando burlados los intentos de su entrada en el Asia; y así luego que tuvieron noticia de su venida, dispusieron su caballería en que consistian sus mayores fuerzas en este órden: Memnon con sus hijos, y Ársanes, persa, se oponian al ala derecha de los macedonios, en la cual estaba el rey, porque la siniestra la habia encomendado á Parmenion. Arsites se hallaba por la misma parte que Memnon con la caballería auxiliar de los paflagones; Espitridates, yerno del rey, en la retaguardia; el sátrapa de la Frigia y Jonia, acompañado de Resaces, su hermano, mandaba la caballería de los hircanos. Dos mil medos y bactrianos seguian á Reomitres en el batallon de la parte diestra; Fárnaces, hermano de la reina, Arbupales, Artajerjes, nieto de Darío, y Bitrobárzanes, gobernador de Capadocia, tenian el mando de la batalla; así como Nifates, Pennates, con Arsaces y Aticias el de la caballería de varias naciones. Estas tropas, pues, que por el número, y por la calidad del lugar eran las mas fuertes, apretaban reciamente al enemigo; el combate y el peligro eran grandes, y especialmente por la parte en que estaba el rey, contra quien cargaban todos, respecto de señalarse mas en las armas, en las acciones, y en las órdenes que daba. Tocóle, por la falta del arnés, un dardo en el mayor ardor del combate, aunque no le penetró; pero, acometido al mismo tiempo por Resaces y por Espitridates, ambos de los mas valerosos capitanes enemigos, se halló en peligro de perder la vida. Porque, después de haber roto la lanza en las corazas de Espitridates, metiendo mano á la espada, un hermano de este capitan descargó tan gran golpe de cimitarra, que le derribó la cimera del morrion, y una parte del penacho, penetrando el corte hasta los cabellos; y sin duda hubiera asegundado otro, á que se disponia por la rotura del morrion, que descubria parte de la cabeza de Alejandro, á no haberlo embarazado Clito; el cual, viendo el peligro en que se hallaba el rey, partió colérico, y de un golpe de hacha derribó el brazo y la cimitarra de aquel bárbaro, á cuyo tiempo cayó muerto á manos de Alejandro Espitridates. Sin embargo, no decayeron en el esfuerzo los persas, hasta que huyó la caballería, atemorizada con la pérdida de sus capitanes, y con la cercanía de la falanje de los macedonios, la cual habia pasado ya el rio. No fué mas feliz la resistencia que hizo su infantería, porque, asegurada en la caballería, á quien juzgaba por suficiente para que triunfase de los enemigos, atendia, mas que al peligro, al robo y á la presa; con lo que, embargados de la turbacion y del susto á que los redujo tan inesperado suceso, sirvieron al ejército de Alejandro, mas que de opósito, de mortandad y estrago. Con todo, las tropas extranjeras que mandaba Omares, paradas en una eminencia, se defendieron esforzadamente, no habiendo podido rendirlas, ni reducirlas á admitir condiciones algunas. Por lo cual costó mas sangre y pérdida á los macedonios este combate, que el de la caballería. En él, el mismo rey, que estaba al frente de los suyos, se vió en muy gran peligro, como fué el de caer muerto debajo de él su caballo de una estocada que le atravesó de parte á parte. Finalmente, irritado Alejandro de que se le disputase por tan dilatado espacio la victoria, los cercó con la caballería y con la falanje, é hizo en ellos tan gran destrozo, que solo se libraron de él dos mil que se rindieron. Murieron de los enemigos entre todos veinte mil infantes y dos mil caballos, reduciéndose al mismo número el de los prisioneros, de quienes se salvaron pocos; y de los capitanes, por medio de la fuga, solo Memnon, Arsaces, Reomitres, y Aticias;

todos los demás rindieron la vida al rigor de las heridas; y Arsitas, luego que llegó á Frigia, avergonzado y arrepentido de haber sido causa de este estrago, se dió con sus propias manos muerte. De la parte de Alejandro fueron pocos los que quedaron en este combate, porque de la infantería no pasaron de treinta y de la caballería de setenta y cinco, aunque los mas esforzados de sus tropas. Para que conociese, pues, el mundo, que en una y otra fortuna premiaba la virtud y el valor con los honores y mercedes, que le son debidos, enriqueció á los suyos con el despojo de los persas; ordenó que se hiciesen magníficos funerales á los muertos, y se enterrasen con sus armas, y con los demás ornamentos militares; y dió por libres á sus padres, y á sus hijos de todo género de tributos. Hizo curar los heridos con particular cuidado: visitábalos de tienda en tienda sin defraudar de esta honra ni al mas desvalido; consolaba á unos con mercedes y honraba á otros con alabanzas y ofertas; cuya humanidad y clemencia le granjeó la obediencia y el amor de todos, y que con generoso reconocimiento expusiesen en lo venidero, á porfía, sus vidas en obsequio y servicio de un rey, cuya atencion y desvelo no permitia que viviesen los suyos necesitados, ni que muertos quedasen sin honra. Hízola muy particular á la memoria de veinte y cinco soldados de á caballo, los cuales combatiendo valerosamente en un puesto desigual fuéron oprimidos de la muchedumbre de los persas, mandando se perpetuase en estátuas de bronce, sin permitir fuesen de otra mano que de la de Lisipo, el mas primoroso artífice que entónces se conocia, las cuales se fijaron en Dio, ciudad de Macedonia, de donde muchos años después las trasladó á Roma Quinto Metello, habiendo arruinado aquel reino. Debióse la mayor gloria de esta victoria al rey, el cual ordenó con gran destreza sus tropas, á quienes, observado el terreno, las condujo torcidas por el rio, para que no pudiesen cargar en ellas los persas luego que tomasen tierra; y reconociéndolas turbadas y pérdidas de ánimo, las infundió nuevos espíritus al aliento de las persuasiones con que les exhortó «á que acometiesen á los enemigos con el mismo valor de que habian dado tantas experiencias hasta entónces». Ni obró menos que en los suyos el eficaz esfuerzo de su espíritu y de su voz, en los enemigos la diestra valentía de su brazo, á cuya vibrada lanza rindieron muchos la vida, y muchos á los acerados cortes de su espada; siendo los primeros que abrieron el camino á la fuga, los que fuéron á acometerle. Su resolucion, cuanto antes pareció arrojada y temeraria, tanto la acreditó después el suceso de advertida y conveniente; porque, habiendo de combatir los suyos contra un enemigo nuevo, y tan ventajoso en el número, quiso contrapesar esta desigualdad, fortaleciéndolos con la poderosa arma de la desesperacion, para que cerrándoles el rio el camino de la fuga, fuese la victoria el único recurso á la esperanza de su remedio. Señaláronse tambien este dia, con gran gloria suya, los tesalos, en quienes consistia toda la fuerza de la caballería, sin que de los demás faltase alguno al cumplimiento de su obligacion, si bien con grandes ventajas la caballería á quien se debió enteramente la victoria, habiendo retrocedido la infantería. Por lo que miraba á los enemigos, mandó tambien Alejandro dar sepultura á los señores mas principales entre los persas, y á todos los griegos que servian á sueldo suyo; pero que los prisioneros pasasen á Macedonia, por haber contravenido á la comun resolucion de los griegos empleando sus armas en servicio de los bárbaros contra su patria, cuya órden exceptuó á los tebanos, á quienes llevó, mas que el propio gusto, la necesidad de verse sin tierras en que hacer asiento y retirada, por la pérdida y destruccion de su ciudad. Ejecutado esto, envió al templo de Minerva, en Atenas, trescientos escudos que hizo escoger de los despojos de la batalla, con esta inscripcion: «Alejandro, hijo de Filipo, y todos los griegos, excepto los lacedemonios, han obtenido este triunfo de los bárbaros del Asia.» En cuya accion miró á asegurar para otras ocasiones el afecto de los griegos, haciéndolos partícipes de esta gloria, y á castigar á los lacedemonios, escluyéndolos del honor de ella, por el atrevimiento y desacato de separarse del cuerpo de la Grecia. Ni le permitió el amor y atencion que tuvo á su madre siempre, dejase de darla parte de la presa, de la cual le envió casi todos los vasos de oro y plata, todos los paños de púrpura, y cuanto le pareció digno de su persona.

VI (1). Habiendo vuelto Alejandro después de esta batalla á Troya, dió gracias á la diosa por haberle favorecido en guerra tan peligrosa con la felicidad de sus presagios, y fortalecido con el resguardo y defensa de sus armas. Lo cierto es, que, cuando pasó el Helesponto y llegó á Troya, como hemos referido, halló una estátua á caballo de Ariobárzanes, sátrapa antiguo de Persia, derribada, y que, atribuyendo Aristrando á misterioso prodigio lo que pudo ser casual accidente, predijo de él á Alejandro muy ilustre victoria de un combate de caballería; «mayormente si peleaba no lejos de la Frigia, y que moriria á sus manos un gran cabo de los enemigos.» Y no fué contrario al anuncio del adivino el suceso; antes bien confirmacion de él la muerte de Espitridates. En cuyo reconocimiento dispuso con gran cuidado las ofrendas y presentes para aquel templo, é hizo á Troya ciudad, aunque entónces solo conservaba la apariencia de una corta villa; pero para que correspondiese á este autorizado título la suntuosidad y magnificencia de sus edificios, fió este cuidado á personas de su confianza, á cuyo fin la dió por libre de todo género de tributos. Y advirtiendo la cortedad del templo de la diosa y de su culto, resolvió, en reverencia de la santidad del lugar, que se labrase uno de la magnitud y ostentacion que pedia. Cuyos intentos atrasaron por entónces los de sus grandes empresas, é imposibilitó después su muerte, y el descuido de sus sucesores. Abrió, pues, esta victoria tan enteramente el paso á Alejandro para el mayor progreso de sus conquistas en toda el Asia, por la parte del Éufrates, y del monte Tauro, que, absortos los pueblos con tan inopinado suceso, habiendo perdido todas sus tropas, y enteramente sus capitanes, no discurrian ya otro recurso para la esperanza de su remedio, que la benignidad del vencedor, procurando merecérsela con la prontitud de su rendimiento y obediencia. Hizo merced á Calas, que conducia á los tesalos, del gobierno de la Frigia, el cual dejó Arsites sin defensa con su voluntaria muerte. Descendieron la mayor parte de los

(1) Autores en que nos apoyamos: Strab. lib. 13. 2. 4. 5. Diod. 17. 17. 2. 5. 16. Strab. lib. 13. Diod. 18. 4. 1. 10. 22. Strab. l. 13. Arrian. l. 6. 1. 1. 5. 8. Curt. 6. 3. 10. Hyppol. à Collibus princeps, c. 33. ex Maxim. Tyrio. Arrian. l. 6. 2. Plut. cap. 27. Pausan. l. 3. Arrian. l. 6. 3. Diod. 17. 21. Arrian. l. 6. 4. Strab. l. 13. Tacit. 3. 63. 4. Curt. 5. 8. 9. Curt. l. 5. 1. 44. Arrian. 3. 3. 17. Diod. 17. 64. Plut. en la vida de Demosth. c. 28. Plut. en la vida de Phocion, c. 22. Ælian. Hist. var. l. 25. Plut. en la vida de Phocion, c. 24. Ælian. l. 25. Arrian. l. 6. 6. Curt. 3. 11. 18. Arrian. l. 6. 7. 2. 7. 9. Plin. 35. 10. 25. l. 2. 13. Ælian. Hist. v. 12. 34. Plin. 35. 10. 23. Ælian. Hist. var. 2. 3. Plu. de Anim. tranq. c. 21. Ælian. H. var. 2. 2. Strab. lib. 14. Quintil. 5. 12. Plin. 35. 10. 34. y 35. 11. 14. Laërt. in Xenoph. l. 1. 24. Arrian. l. 6. 7. Tacit. 3. 6. l. 3. Paus. l. 7. Strab. lib. 14. Plin. 35. 10. 33.

que habitaban las montañas, y se entregaron con cuanto poseian al rey; el cual los admitió á su proteccion, y volvió á enviar á sus casas; perdonó á los zelitas, por estar asegurado de que, á pesar suyo, les obligaron los persas á tomar las armas contra él, sin pretender de todos estos pueblos mas tributo, que el que solian pagar á Dario, cuyo estilo observó tan inviolablemente con las demás naciones del Asia, á quienes redujo, como quien sabia cuánto mas expuesto está siempre al odio el dominio extraño, por suave que sea, que el natural, y que es intolerable cuando se aumentan con nuevas imposiciones las antiguas cargas. Cuyo conocimiento le obligó á responder á los que le persuadian podia imponer mayores tributos en tan vasto imperio: « que no tenia por buen jardinero al que arrancaba de raíz las plantas, cuyas hojas solo se debian cortar. » Luego que supo que los persas tenian guarnicion en Dascileo, envió á Parmenion, al cual, retirada aquella con la noticia de la llegada de los macedonios, le recibieron en ella sin la menor dificultad sus habitantes. Tomó Alejandro la vuelta de Sardis, capital de todas las demás ciudades, á quienes los reyes de Persia habian puesto debajo de la jurisdicion de los gobernadores de las provincias vecinas al mar. Hallándose distante de ella setenta estadios, Mitrenes, de quien Dario habia fiado la ciudadela, le salió á recibir con los principales de la ciudad, y le entregó todo el dinero que en aquella se guardaba, y tambien la libertad de una y otra. Habiéndolos admitido benignamente, pasó hácia el rio Hermo, que dista de Sardis casi veinte estadios, donde acampado envió luego á Amintas, hijo de Andrómene, á que se apoderase de una fortaleza situada sobre una montaña, cuya entrada era por todas partes difícil, y capaz de que resistiesen fácilmente los que la ocupaban á las mayores fuerzas, aun cuando no se hallase tan bien asegurada, como lo estaba, con una prodigiosa muralla, y con tres fortificaciones. Regocijándose, pues, el rey de la felicidad de su fortuna, y de habérsele reducido sin la costa del dilatado sitio, que temia, resolvió, entre las grandezas que ideaba su magnanimidad, hacer labrar en este lugar un templo á Júpiter Olimpo; y discurriendo en su mas conveniente situacion, sobrevino tan recia tempestad, que, llenando de agua gran parte de la fortaleza en la que tuvieron antiguamente su palacio los reyes de la Lidia, quedó persuadido á que habian manifestado con lo misterioso de este suceso los dioses, era voluntad suya que la situacion del templo fuese en aquel lugar. Hizo despues merced del gobierno de la fortaleza, con algunas tropas de argivos, á Pausanias, uno de sus mas favorecidos; y envió el resto de las de los aliados con Calas y Alejandro, hijo de Europa, al gobierno de Memnon. Puso á Asandro, hijo de Filotas, en la Lidia, con jurisdicion que se extendia hasta las fronteras del gobierno de Espitridates; y le dió toda la caballería que creyó necesaria, con algunas compañías armadas ligeramente. Conservó á los lidios sus leyes y privilegios; y reconociendo la veneracion de los de Sardis á Diana, á quien llamaban Coloenes, concedió al templo el derecho de asilo. Hizo considerables honras á Mitrenes, á quien por entónces dejó cerca de su persona con grande estimacion y esperanza de que le llevase á los demás su ejemplo, á cuyo fin le dió despues el gobierno de la Armenia. Habiendo hallado en la fortaleza de Sardis ciertos papeles, en los que constaban las excesivas sumas que habian empleado los sátrapas para obligar á los griegos á que tomasen las armas contra los macedonios, vió tambien en ellos las porciones de plata y oro que habian enviado á Demóstenes, cuyas cartas estaban entre ellos. Pero tuvo por mas conveniente disimular esta queja, que pudiera hacer contra los atenienses, hallándose en paz con ellos, y procurar con la mayor presteza y diligencia asegurar á Atenas en su obediencia, contra la elocuencia de Demóstenes, por recelar turbase con sus alteraciones la quietud de toda la Grecia. Ninguno le pareció mas á propósito, para el logro de este intento, que Focion, cuya inculpable vida era sin igual, y cuya virtud hacia honrosa su pobreza. Estimábale de suerte, no solo por lo necesario que le juzgaba en su servicio, sino por lo que se granjeaba la integridad y rectitud de sus costumbres, que, en medio de haber quedado tan soberbio, despues de la derrota de Dario, que no se dignaba poner en las cartas que escribia la palabra salud, concedió algunas veces esta honra á Antípatro y á Focion. Hízole Alejandro merced de cien talentos, y la de que eligiese una de estas cuatro ciudades del Asia, Cio, Elea, Alilasa y Gergeto, entre las que ponen algunos á Patara, en lugar de la última. Pero no admitió ninguna de estas honras su moderacion, contentándose solo, porque no pareciese que soberbio hacia menos aprecio del que debia á la generosidad de tan gran príncipe, « con pedirle la libertad de Ececratides, solista, de Antenedoro, imbrio, y de Demarato y Esparton, rodios; los cuales quedaron prisioneros en la ciudadela de Sardis. Pero esto no acaeció sino despues. Tomó entónces la vuelta de Efeso, á quien habia desamparado la guarnicion por la fama de la derrota de los persas, retirándose á dos galeras de efesios, y con ellos Amintas, hijo de Antioco; el cual se ausentó de Macedonia sin mas causa que la de temer al rey, y creer le tuviese igual aborrecimiento al que le profesaba él, midiendo por su genio el del príncipe. Al cuarto dia de haber partido Alejandro de Sardis hizo su entrada en Efeso; restituyó á ella á los que se hallaban desterrados por la autoridad de pocos; hizo donacion de la ciudad al pueblo, y redujo su gobierno al de república. Gozoso el pueblo de la libertad que por tan dilatado tiempo habia deseado, pidió se castigase á los que llevaron allí á Memnon; á los que robaron el templo de Diana; y á los que quitaron la estátua de Filipo; y que se derribase el monumento que se erigió en la plaza á Heropito, como á libertador de la ciudad. En cuya ejecucion sacaron violentamente del templo, donde se habian acogido, á Pelagon, á Sirfax, su hermano, y á sus primos; los cuales murieron apedreados, y sin duda se hubiera extendido á mas el furor de la multitud, á no haberlo prohibido Alejandro, y mandádoles remitiesen al olvido sus quejas y venganzas; escusando por este medio á los mas poderosos y ricos de la ciudad los desacatos y peligros, que hubieran padecido sus personas y bienes, estando expuestos, con el pretexto de un delito cierto ó supuesto, al desenfrenado odio y avaricia del pueblo. Habiendo despachado en tanto los magnetes y frallianos sus embajadores al rey, ofreciéndole su obediencia, dió órden á Parmenion para que pasase con cinco mil infantes y doscientos caballos á admitirlos, y á Alcimale para que partiese con iguales tropas á los contornos de las ciudades de Eolia y Ionia, que estaban en la obediencia de los persas; mandó á uno y á otro, que, depuestos de aquellos gobiernos los pocos que los tenian, estableciese el estado popular en todas; por haber reconocido, que, sin mas causa que la de asegurarse del recelo en que los puso la inclinacion que le mostraban aquellos, habian puesto en ellas tiranos que los mantuviesen en opresion y servidumbre. Detúvose algunos dias Alejandro en Efeso para desahogar el ánimo de las contínuas fatigas á que le aplica-

ba: era en él su mayor diversion el asistir de ordinario al obrador de Apeles, á quien solo permitió le retratase, por el gran primor con que lo hacia. Llegó á merecerle tan singular afecto este insigne pintor, que, viéndole el rey rendido á la hermosura de Pancasta, natural de Larisa (ciudad de las mejores de Tesalia) una de sus primeras concubinas, y entre todas á quien con mayor fineza amaba Alejandro, no menos que por su extremada belleza, por haber sido el primer empleo de su cariño, desistió de su amor, entregándosela. Aunque es fama, que, habiendo tratado Alejandro, mientras estuvo en la oficina de Apeles, de aquel arte con muy corto conocimiento, se vió precisado este á interrumpirle con cierto donaire picante: sin embargo no puede creerse que faltase al decoro que debia á la grandeza de tal rey, un pintor tan poco inadvertido como Apeles; fuera de que, habiendo aprendido Alejandro en su juventud las artes liberales, y no pudiendo dejar de tener bastante noticia de aquella, no es creible que lo que dijese acerca de él fuese tan desacertado, que obligase á Apeles á aquel desacato. Siendo, sin duda, mas verosímil lo que refieren otros; y es, haberle sucedido esto con cierto sacerdote de los que asistian al templo consagrado á Diana en aquella ciudad, y llamaban Megabizos, á quien afirman, dijo: «que así como hasta entónces su silencio y el oro y la púrpura le habian granjeado crédito con los ignorantes, luego que le oyesen sus desaciertos, le acarrearian el desprecio aun de los mismos aprendices.» Reedificaban entónces los efesios con grande aplicacion y dispendio el famoso templo de Diana, en quien hizo considerable estrago la voracidad del fuego, que (como dejamos dicho) introdujo en él el frenético furor de Herostrato. Favoreció Alejandro su zelo, contribuyendo con cuanto pudo á su prosecucion y brevedad; para la cual le aplicó los tributos que antes pagaban á los persas, y confirmó el derecho de asilo; el cual supo habian conservado antiguamente Baco y Hércules: y concedió á este lugar un estadio mas de circúito para su extension. Habiendo algunos años despues reducido enteramente á su obediencia el Asia, solicitó de los efesios pusiesen, acabado el templo, en la inscripcion de él su nombre, ofreciendo pagaria en remuneracion de este honor todos los gastos que habian hecho en su reedificacion, y que se obligaria á contribuir al artífice con cuanto fuese necesario para este efecto. Hallábanse bien lejos los efesios de complacerle en tal intento: si bien, considerando el peligro á que se exponian de negárselo sin ninguna escusa decente, recurrió la destreza del embajador que eligieron para responderle, al medio de la lisonja, sabiendo cuán poderosa era en este príncipe, y la facilidad con que se dejaba llevar de ella. Y así le representó: «cuán impropio seria de la soberanía y divinidad en que se hallaba, que ofreciese á los dioses, con quienes se igualaba, lo que reverentes les consagraban solo los hombres por la suma distancia que reconocian de su naturaleza mortal á la divina de aquellos.» Tal fué la contienda que excitó entre tan gran rey y esta ciudad el deseo de gloria: si bien la obtuvieron los efesios, desestimando la reintegracion de tan considerables sumas, á precio de lograrla enagenando la propiedad de este templo, cuyos crecidos gastos en su reedificacion se pueden colegir de la suma á que les llegó solo una pintura que le dedicaron, pues pagaron por ella veinte talentos de oro. Representaba á Alejandro con un rayo en la mano, en cuya ejecucion usó Apeles de tan inimitable artificio, que solo empleó en ella cuatro colores, para que con esta singularidad saliese mas digna de la admiracion de los primeros artífices en aquella profesion.

VII (1). Advertido Alejandro en un sueño de que restituyese á los esmirnos su antiguo esplendor, lo hizo por este mismo tiempo, despues de haber habitado estos de villa en villa por espacio de cuatrocientos años, desde la destruccion de la antigua Esmirna por las armas de los lidios, hasta entónces, que dispuso su nueva fundacion, casi á veinte estadios del lugar donde estaba situada la antigua ciudad. Solia divertirse con el ejercicio de la caza, cuando la gravedad de los negocios le permitia algunas treguas. Rendido, pues, cierto dia de la fatiga de ella, y embargado del sueño en las faldas del monte Pago, le pareció que la diosa Némesis, cuyo templo estaba á corta distancia de allí, «le ordenaba edificase una ciudad en el mismo lugar, y la diese por habitantes á los esmirnos.» Confirmó esta declaracion la respuesta, que consultándole dió el oráculo de Apolo Clario á los esmirnos, á quienes ofreció: «Tendria feliz suceso la mudanza de su habitacion.» Con que se levantaron por órden del rey los cimientos para la nueva ciudad, de cuya última perfeccion se llevó Antígono la gloria, habiendo pasado, por merced de Alejandro, algunos años despues al gobierno de Lidia, Frigia y de otras regiones vecinas. Habitan los claromenios el golfo de Esmirna, hácia la parte en que estrechándose mas la tierra queda á manera de península, uniendo al continente las tierras que corren casi sesenta estadios al mar. Ofrécese en la opuesta ribera del istmo Teos, que mira de frente á los clasimenios, y á lo último de la península de la ciudad de Eritra, bien célebre aun en este tiempo por la singular virtud de aquellas ilustres mujeres que predijeron los futuros sucesos. Descubre por todas partes el mar la elevada eminencia del monte de Minas, cercano á esta ciudad, el cual, mirando á la isla de Chio, y declinando poco á poco, termina en un llano á corta distancia de la situacion de los claromenios. Habiendo observado Alejandro la naturaleza y disposicion de este paraje, resolvió cortarle y separarle de la Tierra-firme, para cerrar á Eritrea y Minas con el mar, y unir uno y otro golfo. Refiérese fué esta la única ocasion en que no correspondió el suceso á los intentos de este príncipe, y que quiso manifestar en ella la fortuna, que, habiéndole favorecido en todos los demás designios, no era gloria suya que Alejandro emprendiese lo que por inútil é infructuoso no se le pudiese dar dignamente; fuera de que estaba recibido como punto de religion no ser concedido á algun mortal mudar la forma y disposicion que dió la naturaleza á la tierra, confirmándolos en este concepto el continuado malogro con que quedaron siempre burlados semejantes intentos. Sin embargo, juntó á Claremonia con la Tierra-firme, por medio de un dique de dos estadios que antiguamente habian pasado á una isla, temerosos de los persas; pero, llevándole la atencion mayores empresas, dejó al cuidado de los gobernado-

(1) Autores en que nos apoyamos: Strab. l. 14. Plut. c. 39. Paus. l. 7. Strab. lib. 14. Curt. 4. 4. 35. Arriau. 1. 8. 27. Plin. 5. 29. 21. Strab. l. 14. Paus. l. 7. Ælian. Hist. v. 5. 27. Plin. 5. 29. 21. Pausan. l. 2. Herod. l. 174. Plin. 4. 4. 4. Plin. 5. 2. 22. Arrian. 1. 6. 11. 2. 6. 25. Arrian. 1. 6. 2. Diod. 17. 22. Ar. 1. 6. 12. Herod. 6. 7. Strab. l. 14. Arrian. 1. 6. 22. Sen. epist. 53. 10. Arrian. 1. 6. 10. Curt. 8. 2. 8. Arrian. 4. 2. 12. 2. 3. 4. Arrian. 1. 6. 23. Diod. 17. 22. Strab. lib. 14. Plin. 5. 29. 13. Senec. consol. ad Helviam. 6. 14. Lucian. de Gymnasiis. Plut. Apeph. c. 37. 1. 3. 29. Strab. lib. 14. Val. Max. 1. 1. 5. ext. Lactantius. 2. 8. Athen. 2. 6. Phart. in Erot. Comentar. in Curt. 5. 7. 23. Appian. Syriac. sub fin. Strab. l. 14. Plin. 9. 8. 10.

res que puso en aquellos lugares la perfeccion de este trabajo; y después de haber hecho grandes y suntuosos sacrificios en honor de la diosa, y ejercitado sus tropas, tomó al dia siguiente la vuelta de Mileto, llevando consigo la caballería de los tracios, y cuatro compañías de caballos de sus mas favorecidos, entre las que iba la real con su infantería, movido de la esperanza que Hegesistrato, capitan de la guarnicion, le habia dado de que se le entregaria la ciudad, aunque por entónces le salió vana, respecto de que, habiendo entendido no estaba lejos la armada de los persas, mudaron de resolucion sus habitantes, animándose á conservarla en la devocion de Dario. Hallábase bien abastecida de víveres y de todo lo necesario para resistir un sitio por medio del considerable número de gente de guerra que tenia, por haber dejado Memnon, cuando se retiró á ella, después de la batalla, muchos de los suyos, y fortificado la guarnicion. Habiendo llegado allí Alejandro con su ejército en órden y sin algun estruendo, tomó la ciudad que ellos llamaban de fuera, y habian desamparado los habitantes y los soldados, retirándose á la de dentro por no dividir sus fuerzas, esperanzados en la brevedad del socorro; pero, habiendo arribado la armada de los macedonios, mandada por Nicanor, el cual se apoderó inmediatamente de la isla de Lades, que está sobre Mileto, quedó burlada su esperanza, mayormente cuando pasando la flota bajo del promontorio de Micale entró en el puerto de los milesios. No la hizo resistencia alguna la de los bárbaros, en medio de hallarse superior á la de Nicanor en el número de la gente y de los bajeles, pues se componia de cuatrocientos, y aquella solo de ciento sesenta. Destituidos, pues, los milesios de la esperanza del socorro á vista de aquel desengaño, despacharon á Glaucipo, persona de la primera suposicion en la ciudad, para que en nombre suyo pidiese á Alejandro permitiese que la ciudad y puerto de Mileto fuesen comunes á macedonios y persas; pero solo pudo conseguir del rey la áspera respuesta «de que no habia pasado al Asia para esperar los dominios que le quisiesen dar, sino para hacer distribucion de ellos á su arbitrio, y que así se resolviesen á fiar de él el mejor logro de su fortuna, ó á disponerse á disputar con las armas el dia siguiente. Habiendo elegido lo último, resistieron valerosamente los primeros asaltos de los macedonios, de quienes quedaron muertos algunos, y entre ellos dos hijos de Helanica, ama que habia sido de Alejandro, y hermana de Clito, el cual libró (como dejamos dicho) al rey, con gran gloria suya, del peligro que corria su vida; pero, encendidos los griegos de la cólera y despique, habiendo apretado con sus máquinas, y derribado gran parte de las murallas de la ciudad, se disponian á entrarla, á tiempo que reconociendo los enemigos en el puerto los bajeles de los macedonios, y teniéndose por perdidos, se arrojó al mar una parte de ellos sobre sus escudos, para pasar á nado á una pequeña isla cercana á la ciudad; cuyo intento les salió vano, así á ellos como á los demás, que, apoderados de las barcas, procuraban librarse en ellas, por haberlos cogido los enemigos á la entrada del puerto. Tomada esta ciudad, envió Alejandro contra los que se habian amparado de la isla, para que no gozasen largo tiempo de la seguridad que en ella habian buscado, ciertos bajeles, en los que hizo llevar escalas con que pudiesen subir los soldados por entre las rotas orillas de aquella isla, como por las murallas de cualquiera ciudad enemiga; si bien, habiendo reconocido la resolucion en que estaban los mercenarios griegos, que se habian retirado á ella, de defenderse hasta el último trance, en medio de no pasar de trescientos, compadecido y obligado del generoso valor con que se exponian á perder sus vidas en defensa de los que se habian valido de ellos, los perdonó, y mandó sirviesen bajo sus banderas. Redujo á estado de servidumbre á todos los bárbaros que se hallaron en Mileto, en cuyo honor concedió libertad á los milesios que habian quedado en la ciudad, atento á la gloria que mereció en lo antiguo, no menos que por la opulencia y grandeza con que floreció, por haber enviado á los mares vecinos mas de setenta colonias, y haberla ilustrado sus ciudadanos con los crecidos premios que obtuvieron en los combates sagrados que estilaban los griegos, reputando este género de victorias por las mas honrosas que podia alcanzar la virtud. Pero, burlándose Alejandro al ver tantas estátuas, preguntó: «¿que dónde tuvieron las manos y los brazos aquellos grandes varones que representaban, cuando toleraron impusiesen los persas sobre sus cervices el yugo de la servidumbre?» Porque, como este esclarecido príncipe, llevado de su natural inclinacion al manejo de las armas, aplicaba todo su esfuerzo al uso de la guerra, le parecia cosa indigna, que, debiendo emplearse el valor, la ágilidad y fuerzas en ella, le malograsen ejercitándole en la diversion y regocijo del ocioso vulgo. Entrando en el ínterin á saqueo la ciudad la gente de guerra, respecto de haberla tomado por sorpresa, llegaron al templo de Ceres ciertos soldados, á quienes, intentando robarle, dejó repentinamente ciegos el activo resplandor de una llama que salió de lo mas interior del templo. Halló tambien Alejandro en esta ciudad algunos monumentos de sus predecesores, y entre ellos una fuente, á quien llaman los milesios de Aquiles, cuyas aguas se mantienen saladas en su nacimiento, y, dilatadas en arroyos, se vuelven dulces. Refiérese que Aquiles se lavó en ella después de haber derrotado á Strambelo, hijo de Telamon, que pasaba en socorro de los lesbios. Tenian los milesios un oráculo de Apolo Didimeo, no menos célebre que por la opulencia de sus riquezas, por el crédito que le habian granjeado sus respuestas. En él, pues, es fama, que, consultando Seleuco, cuyo poder y riquezas fuéron grandes después de Alejandro, sobre su vuelta á Macedonia, le fué respondido: «que, habiendo pedido licencia á Europa, abrazase el Asia.» Coronó todos estos prodigios la singularidad de uno, que justamente llevó la admiracion del rey, á cuyo curioso ingenio era grato el hallazgo y conocimiento de cualquier maravilla. Este fué, haber descubierto en la ciudad de Yuso, situada en una isla cerca de Mileto, cierto niño, á cuya inclinacion estaba tan sujeto un delfin, que, distinguiendo con particular instinto su voz, iba á él siempre que le llamaba, y recibiéndole en sus espaldas le llevaba á donde le ordenaba; de que infiriendo Alejandro era grato este niño al Dios Neptuno, le hizo gran sacerdote suyo.

VIII (1). De esta suerte se hizo señor de Mileto, en medio de ocupar todavía el mar la considerable armada de los persas; los cuales confiados en la mul-

(1) Autores en que nos apoyamos: Arrian. l. 6. 25. 2. 7. 17. Diod. 17. 23. Arrian. l. 6. 31. 2. 9. 1. Arrian. l. 6. 16. 2. 11. 1. Arrian. l. 6. 31. Plut. 27. Appian. de Bell. Mithri. Just. 38. 7. 2. Curt. 6. 3. 3. y 10. 10. 3. Vitruv. 2. 8. Strab. l. 14. Diod. 17. 23. Arrian. l. 7. 2. 1. 2. 22. Comment. in Curt. 3. 13. 4. Arrian. l. 7. 1. Diod. 17. 23. Strab lib. 14. Tacit. 2. 3. 5. Strab. l. 14. Arrian. l. 7. 26. Plut. c. 38. Arrian. l. 7. 26. Str. l. 14. Diod. 17. 24. Plut. c. 28. en las Apoph. c. 37. y en el tratado: Que no se puede vivir dulcemente, siguiendo á Epicuro. c. 40.

titud de sus bajeles, y en su marítima experiencia, en la que aventajaban mucho á sus enemigos, provocaban al combate á los macedonios, presentándose con gran arrogancia delante del puerto de la ciudad, donde hizo entrar aquellos bajeles el rey; el cual envió á Filotas con la caballería y tres cohortes de infantería al promontorio de Micale, para que se opusiese á los de los enemigos, que estaban ancorados allí, y estorbase el desembarco, y el que se proveyesen de agua, leña y lo demás de que necesitasen; cuya providencia puso en tan gran conflicto á los bárbaros, dejándolos en el mismo lugar, como sitiados é imposibilitados de saltar en tierra, y de hacer las provisiones necesarias, que se hallaron precisados, habiendo tenido consejo sobre ello, á tomar la vuelta de Samos, de donde, bien abastecidos de víveres, volvieron á presentarse en batalla delante del puerto de Mileto. En tanto, habiendo reconocido cinco bajeles persas en un puerto, situado entre aquella corta isla, (de quien hicimos poco ha memoria) y el lugar donde la armada de los macedonios se hallaba ancorada, á muchos bajeles enemigos, y discurriendo estaria ausente y divertida en otro empleo la mayor parte de la gente de mar, por cuyo descuido les seria fácil apoderarse de estos, hallándolos vacíos, partieron á toda vela hácia ellos, como si tuviesen segura la presa. Pero habiendo el rey introducido con la mayor presteza en diez galeras toda la gente que se halló mas pronta, la mandó que se presentase con ellas delante de los enemigos; y si bien los persas atemorizados del número de estos vasos, y de cosa tan inesperada, como la de verse acometidos de los mismos á quienes creyeron descuidados, y como á tales rendidos, se pusieron en fuga, no dejaron de apresarles los macedonios uno de los bajeles en que iban los jacios, librándose por mas veleros, entre el resto de la armada, los demás; los cuales se retiraron á Mileto, sin haber ejecutado nada de cuanto habian intentado. Advertido, pues, Alejandro del peligro en que se vió su armada, y del poco fruto que podia sacar de ella, siendo tan inferior á la de los enemigos, y los considerables gastos que era preciso hiciese para mantenerla, resolvió volverla á enviar, y quedarse solo con algunos bajeles para conducir las máquinas de que usaba en los sitios de las ciudades. No fué de este dictámen Parmenion, el cual, teniendo por mas conveniente llegar á medir las fuerzas con el enemigo en un combate naval, representó al rey: «serian considerables las consecuencias que se seguirian á sus armas, si quedaban vencedores en él los macedonios; y por el contrario, de cortísima importancia las que lograrian los persas, si los vencian; pues se quedaban tan señores del mar, como antes lo estaban, y sin poder adelantar por esto nada en tierra, respecto de la resistencia que hallarian en las tropas macedonias que defendian las riberas, mucho mas esforzadas que las suyas.» Á cuyo fin, y al de inclinar al rey á aquella resolucion, le ofreció ser el primero que, exponiendo al peligro su persona, lo ejecutase con los bajeles que le diese. Ni la autoridad de Parmenion, ni las razones en que se fundaba su parecer, confirmado por el feliz presagio que pocos dias antes se habia advertido en la detencion de una águila á espaldas del ejército sobre la orilla del mar, fuéron bastantes para que se redujese á él Alejandro; el cual, bien lejos de hacerlo, manifestó: «cuánto se engañaba Parmenion en persuadirse pudiese nunca ser conveniente oponerse con tan corto número de bajeles, compuesto de gente inexperta, á la considerable armada de los enemigos, asistida de prácticos soldados; que, aunque se hallaba bien asegurado del valor de los suyos, no era bastante por sí solo este á dar la victoria en las batallas marítimas, en las que tenia mas parte para evitar los riesgos, ó convertirlos en beneficio propio, la variedad de los vientos y de las olas, que la destreza de los pilotos, y la diligencia de los marineros: que la forma y disposicion de los enemigos ofrecia considerables ventajas á los persas, contra quienes quedarian vanos é inútiles los esfuerzos de los macedonios, respecto de ser tan fácil á los bárbaros librarse de ellos sin riesgo, como alcanzar sin gran fatiga la victoria. En cuyo caso se les seguirian muy infelices consecuencias; porque, siendo natural á los hombres, prometerse en todas las cosas igual suceso á la esperanza, ó el temor que concibieron al intentarlas, lo era tambien, que toda el Asia, viendo en los principios de la guerra perdidos á sus enemigos, recuperase sus desmayados alientos. Y para que no se dude, que este es comun sentir de toda el Asia, ¿quién me podrá asegurar, decia, que los griegos me guardarán su fé, si llegan á persuadirse de que hemos perdido aquella felicidad, que, si confesamos verdad, solo respetan en nosotros? No dudo de cuán favorable consideracion sea á mi fortuna el haberse manifestado detrás de mi armada esa águila, que admito por presagio de feliz suceso; pero este mismo dichoso anuncio nos manifiesta, que la victoria que obtuviéremos de la armada enemiga, será desde tierra; porque ese pájaro que nos predijo la victoria, no se detuvo sobre los bajeles, sino sobre la ribera, mostrándonos tan igualmente el suceso de la batalla, como el lugar en que habíamos de darla: fuera de que, si reducimos á nuestra obediencia, como hemos empezado, las ciudades marítimas, se disminuirá por sí misma bien aprisa la armada de los persas; no teniendo nuevos socorros, víveres, ni puertos á donde surgir; cuyas conveniencias, si faltan á los enemigos por nuestra disposicion y valor, quedarán, aunque hoy se hallen mas poderosos en el mar, deshechos, y próxima á cumplirse la prediccion de aquella lámina de bronce, que poco ha arrojó de sí, inundándose, una fuente de la Lidia, y en la que hallamos grabados ciertos carácteres que declaran cuán cercano está el fin del imperio de los persas.» Licenció, pues, su armada, y dejó á sus capitanes el cargo de sujetar el Ponto y sus comarcas; y siguiendo su intento, pasó en persona á la Caria, donde supo se habia retirado considerable número de enemigos. Esperanzólos la ciudad de Halicarnaso por la fortaleza de su situacion, y dos buenas ciudadelas, en las que podrian sus murallas detener, cual poderosa trinchera, el impetuoso torrente con que venia Alejandro. Pero aun mas se fundaba su confianza en el crédito de Memnon, cuya vigilancia y cuidado disponia con próvido acuerdo cuanto juzgó necesario para la vigorosa resistencia de un largo sitio, por haberle dado Dario algunos dias el gobierno de toda la costa del mar y de la armada. Fué causa de esto, el que habiendo reconocido Memnon no bastaban, ni las considerables ventajas que hacia en la disciplina militar á todos los capitanes de la Persia, ni las experiencias que habia dado de su felicidad, para que, purgadas las sospechas en que ponia á los persas, el mirarle como á griego, y como á quien se hizo un tiempo tan gran lugar en la corte de Macedonia, perdiesen el recelo con que vivian, de que pudiese algun dia tener inteligencia en ella, y correspondiesen á sus grandes merecimientos las mercedes del rey, envió á este sus hijos y mujer, mas que por solicitarlos á su abrigo el resguardo con que protestó esta accion, por asegurar confianza por medio de estas prendas. Habiendo, pues, entrado Ale-

jandro en la Caria, redujo en breve espacio todas las ciudades que estaban entre Mileto y Halicarnaso, por habitar la mayor parte de ellas los griegos, á quienes acostumbraba conceder sus leyes y privilegios, protestándoles habia pasado al Asia, solo por ponerla en libertad; pero bien aprisa granjeó en los bárbaros no menor afecto la urbanidad con que trató á Ada, princesa de la real sangre: la cual, pasando por aquella comarca el rey, le visitó, y pidió la admitiese bajo su proteccion, y la restableciese en su reino. Tuvo Hecatomno, rey de Caria, tres hijos y dos hijas: el mayor llamado Mausoleo, casó con Artemisa; y la menor con su hermano Hidrieo. Artemisa, pues, hermana y mujer de Mausoleo, le habia sucedido en el reino, siguiendo la costumbre de él, donde es permitido á los hermanos casarse con las hermanas, para que igualmente gocen del dominio. Pero, muerta esta del excesivo dolor de haber perdido á su marido Hidrieo, que la sucedió, y murió sin hijos, dejó el imperio á Ada, á quien se lo usurpó Pexodoro, que era el único que habia quedado de los hijos de Hecatomno; y aunque con la muerte de este debiera haber recuperado la corona, no se lo permitió Orontabates, gran señor de la Persia, á quien habia elegido por yerno suyo Pexodoro, con el fin de asegurarse mejor por medio de sus fuerzas en la posesion de un reino, que violentamente habia usurpado, por haberse apoderado de él luego que murió el suegro, presuponiendo que le pertenecia como dote de su mujer. Habiendo, pues, quejádose Ada á Alejandro de aquel agravio, y dádole la fortaleza de Alindes, consiguió de él permiso para que le llamase hijo suyo, y que la ofreciese concurrir á su restablecimiento al trono, como se lo cumplió después de haber tomado á Halicarnaso, haciendo que la obedeciese y reconociese la Caria por su reina. Con cuya generosa accion, la cual divulgó la fama por toda aquella comarca, granjeó la inclinacion y obediencia de muchas ciudades, facilitando esto el poseer la mayor parte de ellas parientes ó confederados de Ada; los cuales enviaron luego al punto al rey, por medio de sus embajadores, coronas de oro, protestándole que quedarian gustosos bajo su proteccion y poder, para ejecutar con la mayor fidelidad sus órdenes. Mientras pasaba esto, disponia cuidadosamente Ada deliciosas viandas, primorosos dulces, y cuantos géneros de ricos comestibles pudo discurrir; los cuales envió á Alejandro con los cocineros y reposteros mas excelentes que allí se conocian, creyendo le seria grato obsequio divertirle á su vuelta de las fatigas de la guerra, con las delicias del Asia: pero aquel prudente príncipe, no ignorando cuán poco oportunos son, á quien se ocupa en tan generosos empleos, el desordenado apetito á los manjares, y el vicioso trato de las mujeres, agradeciendo su afecto, la mandó decir: que Leonidas, su ayo, le dió en uno de sus consejos, que le debió en su juventud, mejores cocineros, que los que ella le enviaba; advirtiendole, que el mejor medio para comer con gusto, era madrugar y andar; y el de cenar con apetito, el haber hecho una moderada comida.

IX (1). Reducida de esta suerte casi toda la Caria á la obediencia de Alejandro, aun resistia Halicarnaso, capital del reino, confiada en la fuerte guarnicion con que se hallaba: por lo cual, persuadido el rey de que aquel sitio duraria algun tiempo, hizo traer sus bajeles, vituallas, y las máquinas que eran necesarias para atacarla; con cuyo fin dispuso su infantería á cinco estadios de la ciudad. Batiendo poco después las murallas cerca de la puerta que va á Milasa, hicieron los sitiados una repentina salida, que resistieron vigorosamente los macedonios; los cuales, habiendo muerto á algunos, hicieron volver sin gran dificultad á los demás. Pocos dias después, esperando Alejandro tomar por inteligencia á Minda, pasó á ella de noche con una parte de sus tropas: mas viendo que ninguno de la ciudad se declaraba á favorecer su intento, y que no correspondia el suceso á lo que le habian ofrecido, hizo acercar sus soldados de pesadas armas, á quienes dió órden para que minasen el muro por no haber traido escalas ni máquinas, respecto de no llevar intento de ponerla sitio; pero, aunque derribaron una torre, no abrieron brecha para poder entrar en la ciudad, respecto de haber caido de tal suerte, que sus ruinas resguardaban aquella parte de la muralla que cubria estando en pié: á que se allegaba la valerosa resistencia con que se defendian los sitiados; mayormente habiéndoles llegado al mismo tiempo el socorro que de Halicarnaso les envió Memnon, noticioso del peligro en que se hallaba aquella ciudad, lo que acabó de imposibilitar los intentos de los macedonios. Vuelto Alejandro al campo delante de Halicarnaso, determinó inmediatamente hacer llenar un foso de treinta codos de largo, y de quince de profundidad; el cual habian ahondado los enemigos delante de la ciudad: para cuyo fin, y el de que pudiesen conducir los soldados sin ningun peligro la tierra, y lo que era necesario á llenarle, mandó disponer tres tortugas. Finalmente, dispuesto todo, hizo el rey acercar las torres y máquinas para batir las murallas; y habiendo abierto con ellas una brecha razonable, hicieron los macedonios grandes esfuerzos por entrar en la ciudad, aunque con poco fruto, respecto de la valerosa oposicion con que, animados de la presencia de sus cabos, y del crecido número de gente con que se hallaban los sitiados, á quienes era fácil el relevarse, á proporcion de ellos, les resistieron. Por lo cual se empleó todo aquel dia en diversos combates; á cuya fatiga, juzgando Memnon rendidos á los enemigos, por haber advertido en sus guardas mas negligencia de la que acostumbraban, salió de la ciudad de noche con buen número de sus tropas, y puso fuego á los trabajos y á las máquinas. Acudiendo prestamente los macedonios á apagarle, y procurando impedírselo animosamente los enemigos, se trabó un combate bastantemente sangriento; porque, aunque los macedonios eran superiores á los enemigos, en el valor y en la tolerancia de los peligros, eran inferiores en el número y en el aparato á los persas, á cuyas flechas y todo género de tiros arrojados desde las murallas por las máquinas, estaban expuestos sin poder vengarse de las heridas que recibian, en cuanto solo les era permitido pelear lejos de la ciudad. Era en tanto horrible el clamor de una y otra parte: animaban unos á su gente, é injuriaban otros á sus enemigos, allegándose á esto los gemidos de los heridos y de los que morian: los cuales, entre las tinieblas de la noche, lo llenaban todo de espanto y horror, que aumentaba la vocería confusa de la muchedumbre, la cual, mientras los demás combatian, se ocupaba en reparar los muros que habian roto las máquinas. Finalmente, prevaleciendo el valor de los macedonios, obligó á los enemigos á que se retirasen dentro de sus murallas, después de haber muerto cerca de setenta, entre quienes fué uno Neoptolomeo (el cual se habia amparado de Dario con

(1) Autores en que nos apoyamos: Diod. 17. 24. 2. 8. 6. Arrian. 1. 7. 1. Diod. 17. 24. Vitruv. 10. 20 y 21. Arrian. 1. 7. 3. Diod. 17. 2. 5. Arrian. 1. 7. 9. Arrian. 1. 7. 13. Diod. 17. 25. Cesar, de Bell. Gall. 5. 44. Arrian. 1. 7. 10. Diod. 17. 25. Ar. 1. 7. 25. Just. 6. 6. 9. Diod. 17. 25. Plut. en las Apoph. c. 12.

Amintas su hermano), sin mas pérdida que la de seis hombres, aunque los heridos fueron cerca de trescientos, respecto de que, habiendo sido el combate de noche, no podian preservarse de los tiros que no veían y que recibian acaso. Algunos dias después dió un ligero accidente ocasion para un reencuentro considerable; el cual se dice que empezó por dos soldados de las tropas que Perdicas tenia á su cargo. Alojaban ambos juntos; y cierto dia, después de haber bebido, introducida conversacion, para la cual tomaron sus valerosas acciones por asunto, como de ordinario sucede entre soldados de aliento, pasaron á disputar cuál de ellos excedia al otro en fuerzas y valor, y á concluir, diciendo uno á su compañero: «¿Para qué reducimos á palabras tan gloriosa disputa? hoy no se trata aquí de averiguar cuál es la mejor lengua, sino cuál es el mejor brazo. La ocasion no puede ser mas oportuna: ella decidirá mejor nuestra diferencia, y si es mayor tu valor que el mio.» Encendidos, nó menos que de la emulacion, del vino, tomaron sus armas, y partieron juntos á las murallas de la parte de la ciudadela de Milasa. Conmovidos de su temeridad salieron de la ciudad algunos, á quienes, bien lejos de huir aquellos arrojados mozos, esperaron con espada en mano, disparando dardos contra los que se retiraban. Mal pudiera su osadía mantenerse por sí sola, sin el castigo á que se habia expuesto, ni resistir largo espacio un combate, en quien era tan ventajoso el número de los enemigos, como el lugar desde donde peleaban, si reconociendo primero algunos de sus compañeros el peligro, y después otros, no los hubiesen socorrido; á cuyo ejemplo hacian lo mismo los de la ciudad, saliendo de ella á proporcion de los que veían acudir de parte de los macedonios. Eran tan varios los sucesos como las fuerzas; las cuales, superiores unas veces é inferiores otras, dejaban ya vencedores á los macedonios, y ya á los enemigos, hasta que acercándose Alejandro con los que le asistian, atemorizados los enemigos de su presencia, se retiraron luego al punto á la ciudad, adonde estuvieron muy próximos á entrar los macedonios, siguiéndolos, respecto del descuido y corta defensa que habian dejado por aquella parte, habiendo llevado á todos á las murallas la curiosidad de aquel suceso. Habian derribado dos torres con sus muros las violentas baterías de los arietes macedonios; y la tercera, movida ya y abierta, quedaba incapaz de resistir á los minadores; pero no pudieron aprovecharse de la oportunidad que por este medio se les ofrecia para entrar en la ciudad por pelearse tumultuariamente, y no estar junto ni en órden de batalla el ejército. Y si bien los griegos daban por rotos, y afirmaban que como tales habian cedido la victoria todos cuantos enviaban por los muertos para enterrarlos: tuvo Alejandro por mejor pedir los suyos, y hacer treguas con el enemigo, que dejarlos abandonados y sin sepultura; pero, hallándose allí Efialtes y Trasíbulo, atenienses, en servicio de los persas, con mas odio á los macedonios, que atencion á la piedad comun, le contradijeron, alegando, que por ser los mayores enemigos que tenia la Persia, no se los debian conceder; si bien fué de contrario sentir Memnon, el cual les representó: «Cuán indigno era de su estilo y de las costumbres de los griegos negar la sepultura á los enemigos muertos; pues las fuerzas y las armas solo se debian esgrimir contra los que tenian á la vista vivos y les resistian, sin que extendiesen sus iras á ejercitar su rigor con baldones y ultrajes en los que por muertos se hallaban tan incapaces de ofenderlos como de merecerselas.» Tal fué el sentir de Memnon, cuya moderacion resplandeció entre las demás virtudes que ilustraban su persona, acreditada en todas las acciones de su vida, en cuyo curso nunca tuvo por lícito para ningun hombre el vencer á su enemigo con las injustas armas del agravio y la injuria que ofrece la ceguedad de la pasion, sino con las generosas que suministran la razon, el valor, la fuerza y la prudencia. «Y así se refiere, que, advirtiendo que hablaba con desprecio de Alejandro uno de sus soldados, le dió con el cuento de la lanza, diciéndole, que no le daba sueldo para que dijese mal de Alejandro, sino para que pelease bien contra él.»

X (1). Atentos, cuanto les era posible, los sitiados á su seguridad, trabajaban en el ínterin en levantar por dentro otra muralla de ladrillo que pudiese suplir la falta de la que les habian derribado; si bien no era en línea recta como aquella, sino en la misma forma que tiene la luna cuando está en creciente, la cual concluida en breve, respecto del crecido número de gente que trabajaba en ella, empezó al dia siguiente á ser batida por las baterías enemigas, por haberle parecido á Alejandro tendria, cuanto mas reciente, tanto mayor fácilidad de arruinarla. Mientras se ocupaban en esto los macedonios, hicieron los sitiados otra salida de la ciudad; sin lograr con ella mas fruto, que el de quemarles algunos reparos, que los cubrian, y parte de una torre de madera, por haber estorbado Filotas y Helanico, á cuyo cuidado estaba el de las máquinas, pasase adelante la llama; y mucho mas Alejandro, que, habiendo acudido al peligro, atemorizó de suerte á los enemigos con su presencia, que, dejando el fuego, y aun algunos sus mismas armas, volvieron con precipitada fuga á la ciudad; desde donde, mejorados de lugar, y favorecidos de él, se defendieron mas fácilmente; fuera de que, estando el muro hecho en la forma y disposicion que dejamos dicho, podian desde él cargar de flechas á los enemigos, no solo de frente, sino tambien de flanco, y por cualquier parte donde acometiesen. Sin embargo, viéndose cada dia mas apretados y discurriendo que Alejandro no se retiraria, sin haberse apoderado de la ciudad, tuvieron consejo los capitanes persas sobre lo que debian resolver. Hallábase allí Efialtes, á quien se le igualaban pocos en lo vigoroso del cuerpo, y en lo esforzado del ánimo. Este, pues, habiendo ponderado las penalidades y trabajos de un dilatado sitio, les manifestó: «No debian esperar á que consumidas lentamente sus fuerzas, les precisase la necesidad á rendir la ciudad á discrecion del vencedor, sino hacer mientras las tenian una salida con los mas escogidos soldados, que estaban entónces á sueldo suyo, y llegar á las manos con el enemigo: Que esta resolucion, aunque á los primeros visos parecia temeraria, esperaba los desengañase con su ejecucion el suceso; pues hallándose bien agenos de ella los enemigos, y consecuentemente desprevenidos, podrian deshacerlos sin gran dificultad». No se opuso Memnom al sentir de Efialtes; porque, si bien no acostumbraba preferir las resoluciones arriesgadas á los consejos prudentes y seguros, hallándose destituido de socorro, y con el riesgo tan inevitable como próximo, le pareció era aquel uno de los casos en quienes se debia librar al suceso el desengaño de lo que en tan gran peligro podia obrar un

(1) Autores en que nos apoyamos: Arrian. l. 7. 14. 2. 10. 4. Arrian. l. 7. 14. 2. 10. 1. Diod. 17. 26. Arrian. l. 7. 16. D. 17. 26. Arrian. l. 7. 16. Diod. 17. 26. Arrian. l. 3. 12. l. 7. 18. Diod. 17. 27. Curt. 3. 2. 8. l. 36. Diod. 17. 27. Arrian. l. 7. 20. 2. 8. 21. Arrian. l. 7. 21. Vitruv. 2. 8. Diod. 17. 27. Arrian. l. 7. 23. Diod. 17. 27. Arrian. l. 7. 25. Arrian. l. 6. 3. Curt. 3. 7. 4. Arrian. 2. l. 32. Strab. l. 14. Arrian. l. 7. 29. 2. 11. 10. 2. 11. 13. Diod. 7. 27. Arrian. l. 7. 29. Plin. 5. 31. 11.

capitan, á quien parece movia superior inspiracion á hacer experiencia de los últimos recursos. Por tanto, habiendo escogido Efialtes dos mil hombres de las tropas mercenarias, hizo disponer mil hachas encendidas, y les ordenó que estuviesen prontos y armados al amanecer para tomar sus órdenes. Ocupábase en el ínterin Alejandro, desde que empezó á rayar el dia, en hacer acercar sus máquinas al nuevo muro de ladrillo; á cuyo tiempo, abierta inopinadamente una puerta de la ciudad por órden de Efialtes, y dividida en dos porciones su gente, mandó á una de ellas saliese con hachas encendidas en la mano, á quien, habiéndolo hecho, siguió inmediatamente con el resto, en forma de batalla, para embarazar á los enemigos apagasen el fuego de las máquinas. Entendido Alejandro de todo, ordenó prontamente á los suyos en batalla; dispuso el socorro que era necesario enviar á una y otra parte, compuesto de soldados escogidos y algunas tropas, que fuesen á extinguir el fuego; y partió él mismo contra Efialtes, el cual, dejando por su fortaleza y valor muertos, á los acerados filos de su espada, cuantos le hacian rostro, animaba á los suyos con la voz, con las acciones, y aun mas con su ejemplo. No molestaban poco en el ínterin á los enemigos los sitiados, desde una torre de cien codos de altura, que habian hecho sobre sus murallas, de donde los cargaban fácilmente por medio de sus máquinas, con saetas y piedras, á cuyo tiempo saliendo imprevisamente por otra parte de la ciudad, llamada Trifilon, un trozo de gente bajo el mando de Memnon, ocasionó tan gran tumulto en el campo de los macedonios, que el mismo rey se halló en duda de lo que debia hacer. Pero su grandeza de ánimo, la destreza con que proporcionaba á los peligros sus órdenes, y la prontitud con que la fortuna le favorecia con sus socorros, cuando mas necesitado estaba de ellos, vencia los mayores riesgos. Por lo cual, fuéron rechazados, nó sin gran mortandad, los que pusieron fuego á las máquinas, por la gente que las guardaba y por la que envió el rey en su socorro; y rechazados por la parte que habia cargado Memnon los esfuerzos con que los acometia por Tolomeo, hijo de Filipo, capitan de las guardias reales, asistido de las cohortes de Timandro, de Addeo, y de su propia compañía, quedaron por último gloriosamente vencedores los macedonios, aunque con pérdida de Tolomeo, Addeo y Clenarco, capitanes de los ballesteros, y de cerca de cuarenta hombres de su gente; habiendo puesto en tan precipitada fuga á los enemigos, preocupados del miedo y del pavor, que, llegando en desordenado y confuso tropel al puente que habian hecho para pasar el foso, muchos, solicitando salvarse, rendido aquel al grave peso, se derrumbaron todos. Á vista de cuyo suceso se arrojaron los demás, que habian quedado detrás, al foso, donde fueron ahogados, unos por su misma gente, y muertos otros á los tiros de los dardos, que disparaban sobre ellos los macedonios desde arriba, sin muchos, que, habiéndose librado de este tumulto, hallaron la muerte en las mismas puertas de su ciudad, respecto de que, nó menos atemorizados los de dentro, las cerraron aceleradamente, abandonando gran parte de los suyos, recelosos de que á vuelta de ellos entrasen confusamente dentro los enemigos. En tanto, Efialtes, no menos formidable con la desesperacion, que con la esperanza, combatia tan valerosamente contra las tropas del rey, que hubiera puesto en duda la victoria, si los soldados viejos de la Macedonia, reconociendo el peligro de los suyos, no hubiesen acudido á ellos. Mantenianse estos en el campo, exentos de las cargas y ejercicios de la guerra, y sin pelear, hasta que lo pedia la última necesidad, aunque nó por esto dejaban de ganar sueldo como los demás, y de participar de los premios y provechos de la milicia, habiendo merecido esta honra por medio de las ilustres acciones que habian obrado en servicio de Alejandro y de los reyes sus antecesores. Partieron, pues, estos, con presteza, al mismo tiempo, hácia el primer escuadron, á quien, mandaba Atarias, luego que vieron que atemorizada su gente del peligro, retrocedia, y que buscaba algun lugar donde retirarse: restablecieron el combate, é hicieron que los demás recobrasen sus perdidos alientos, dándoles en rostro con su flaqueza y desmayo; cuya emulacion entre unos y otros, esforzó á todos, mudándose bien aprisa el semblante y la fortuna del suceso. Quedaron muertos en esta refriega Efialtes, y sus mas valerosos soldados: los demás volvieron rechazados á la ciudad, donde entraron en su seguimiento muchos macedonios, en cuya ocasion la pudieran haber tomado por fuerza, si no hubiese mandado el rey inmediatamente tocar á retirarse, ya fuese porque quiso conservarla, ó ya porque estando en su última declinacion el dia, temiese la noche y las emboscadas, que, aprovechándose de su obscuridad, podian disponerle en lugares ocultos y desconocidos. Consumidas en este combate las mejores fuerzas de los sitiados, confirió Memnon, en consejo, que tuvo con Orontobates y los demás capitanes, lo que debia ejecutar. La resolucion de él fué quemar aquella noche la torre de madera, el arsenal en que estaban las armas, é introducir fuego á las casas mas cercanas á la muralla. Ejecutóse así, y prendiendo luego las llamas al arsenal y á la torre, impelidas del viento, se aumentó y dilató por todas partes el incendio; á cuyo tiempo hicieron pasar los capitanes la mejor parte de los habitantes y de la gente de guerra á una fortaleza, situada en cierta isla, y el resto á otra ciudadela, llamada Salmacide, cuyo nombre tomó de una célebre fuente cercana á ella; y la muchedumbre, con lo mas precioso de la ciudad, se fué á la isla de Cos. En tanto, Alejandro, habiendo sabido por los tránsfugas, y reconocido por sí mismo lo que se habia ejecutado en Halicarnaso, mandó á los suyos, en medio de ser de noche, que entrasen dentro, y pasasen á cuchillo á todos los que hallasen empleados en ponerla fuego, y perdonasen á los que se les rindiesen. Observando el dia siguiente las dos fortalezas de las cuales los persas y los soldados mercenarios se habian amparado, y juzgando costaria algunos dias su rendicion, y que ni esta ni la capital de aquel pueblo merecian su detencion, ni que consumiese el tiempo, que podia emplear con mayor fruto en otras empresas, hizo arrasar la ciudad, y dejó al cuidado de Tolomeo la toma de aquellas fortalezas; cercadas todas de fosos y de murallas, y el de la seguridad de la Caria, con tres mil hombres extranjeros y doscientos caballos. Correspondió Tolomeo á la confianza del rey con fácilidad; porque, juntas después sus tropas con las de Asandro, gobernador de la Lidia, deshizo á Orontobates en batalla, y tomaron los macedonios las dos fortalezas, en cuyo sitio les obstinó la cólera y el despique de la misma dilacion. En tanto, el rey, volviendo el ánimo á Frigia y á las provincias cercanas, envió á Parmenion á Sardis con las compañías de caballos de sus favorecidos, las tropas de caballería auxiliares y los tesalos (cuyo mando tenia Alejandro Lincestes) con intento de entrar en la Frigia y de tener prestos los víveres en el país enemigo para el ejército que habia de seguirles; á cuyo fin hizo llevar consigo carros, y todo lo necesario, para conducir las provisiones. Habiendo entendido poco después que muchos macedonios, los cuales se habian

casado poco antes de esta expedicion, llevaban con impaciencia el carecer de la vista y compañía de sus mujeres, dió órden para que los condujesen Cenon y Meleagro, á quienes por la misma razon seria no menos apacible, que á los demás, la jornada; con cuya benigna accion aumentó el amor de la gente de guerra, obligándola á que experimentando que la atendia, y no negaba el consuelo de que pudiese tal vez dar vuelta á su patria, se expusiese con mayor prontitud á los peligros de mas distantes empresas. Mandó tambien á los cabos, que en el ínterin que estaban en Macedonia, hiciesen las mas numerosas levas de infantería y de caballería que les fuese posible, y que la trajesen al principio de la primavera con los que habian de volver. Y reconociendo que su ejército se empezaba á corromper con las viciosas delicias del Asia, cuyas torpezas tenian contaminados á muchos de su campo, hizo que se descubriesen cuidadosamente todos los que se hallaban manchados de tan abominable vicio; y que, separados de los demás estos impúdicos, fuesen llevados á una corta isla del golfo de Cerámico; la cual participó tambien de su infamia, quedando, en memoria de su destierro, con el nombre de Cinedópolis.

XI (1). Ejecutado esto, y perseverando en el intento de reducir debajo de su obediencia toda la parte del mar, para que la armada de los enemigos quedase inútil, se apoderó de Hiparnes; la cual le entregaron los soldados mercenarios que estaban en la ciudadela. Después de lo cual se encaminó á la Licia, donde, habiendo hecho alianza con los telmiscenses y pasado el Xanto, recibió bajo su proteccion la ciudad que tiene el nombre del dicho rio; como tambien Pinara Patara, que son los mejores pueblos de esta comarca, sin otras plazas; y reconociendo que las cosas estaban con bastante tranquilidad, pasó á Milias, porcion de la gran Frigia, que los reyes de Persia habian aplicado á la Licia. Mientras las recibió en su obediencia, vinieron á solicitar su amistad los embajadores faselitas, y le presentaron una corona de oro; á cuyo tiempo llegaron con el mismo intento otros de la baja Licia: por lo cual envió delante algunos de sus capitanes para que se entregasen de las plazas de los faselitas y de los licios; y pocos dias después pasó en persona á Faselis. Tenian sitiada entónces una plaza fuerte en las tierras de su dominio, que habian fundado y fortificado, los pisidas; los cuales incomodaban por otra parte á los pueblos vecinos. Tomóse fácilmente con la llegada de Alejandro; el cual, por no permitirle el rigor del invierno y la impenetrable aspereza de los caminos, continuar su marcha, se detuvo algunos dias con los faselitas, dando en ellos á su espíritu y á su ejército parte del reposo que necesitaban sus continuadas fatigas. Habiendo tenido uno de ellos festin con sus favorecidos, salió después de cenar á la plaza de aquella ciudad, en la cual habian erigido sus habitantes una estátua á Teodecto, danzó al rededor de ella, y la adornó de muchas coronas de flores, en memoria de la afectuosa amistad que contrajo con él cuando oia la doctrina de Aristóteles; pero le interrumpió estos regocijos la noticia que, estando en ellos, le llegó de Parmenion, el cual le participaba: «Que habiendo hecho prisionero á un persa llamado Asisines, habia averiguado que pasaba, aunque con pretexto de buscar á Aticies, con órden secreta de Dario para que solicitase verse con Alejandro Lincestes, y le ofreciese, en nombre suyo, el reino de Macedonia y mil talentos, porque cumpliese lo que tenian tratado y resuelto.» Habíase conferido entre él y el tránsfuga Amintas, el cruel atentado de dar muerte al rey, tomando á su cuidado la ejecucion de ella: y si bien se le perdonó este delito, procurando obligarle á la enmienda con crecidas honras, por las cuales debiera hallarse con sumo reconocimiento al rey; preocupado su ánimo del ardiente deseo de reinar, juzgaba le era todo permitido, á precio de abrir camino para el trono. Habiéndose, pues, propuesto esto en el consejo, los mas celosos criados del rey «le culparon, no solo la facilidad de haber perdonado tan grave delito, sino la de haber colmado á Lincestes de mercedes, y la de haberle dado el gobierno de su mas escogida caballería. ¿Quién será, decian, en lo venidero leal, si demás del perdon se confieren, en vez del severo castigo que merece el parricidio, como premios de él, el favor, los mas autorizados cargos, y los mejores gobiernos? Y era preciso enmendar con prontitud lo que con excesiva clemencia se habia errado, para que no pudiendo entender el delincuente que estaba descubierto su delito, se evitase el riesgo de que introdujese novedades en los ligeros ánimos de la Tesalia. Y que así, no se debia despreciar aquel peligro, por ser el mas grave que podia ofrecerse, ni malograr los presagios de los dioses, los cuales advertian visiblemente al rey se guardase de traiciones.» Aludiendo al prodigio que le acaeció mientras se halló en el sitio de Halicarnaso, de cuya dilatada y penosa fatiga, rendido cierto dia, á la mitad de él, al sueño, sobrevino allí una garza, ave bastantemente conocida en los presagios, la cual permaneció por largo espacio volando con grande estrépito al rededor de su cabecera, inclinándose ya á una ya á otra parte de su lecho, y cantando con mas vigor y confusion de la que acostumbra. No despertó enteramente al ruído Alejandro; si bien, insistiendo en él y en sus tornos la garza la apartó con la mano; pero, en vez de irritarse con aquella accion, tomó asiento en su misma cabeza, repitiendo, aun con mayor sonido, su canto, sin cesar en él, ni querer separarse de allí, por mas que la despedia de sí el rey, hasta que despertó del todo; cuyo prodigio atribuyó Aristrando: «Á que corria riesgo la vida del rey, por traicion de alguno de sus validos; pero que esta se descubriria: manifestando lo inferia así de la propiedad de aquella ave, la cual es naturalmente inclinada á los hombres, y entre todas la mas parlera.» En esta consideracion, pues, y en la de conformar con la declaracion del adivino, lo que se le avisaba de Asisines, á lo que coadyuvaba tambien la prevencion que en sus cartas le hacia su madre para que no se fiase de él, teniendo por cierto el delito, envió verbalmente, con persona de toda fidelidad, á Parmenion, órden de lo que habia de ejecutar, no habiendo querido fuese por escrito, respecto del riesgo que pudiera tener de ser descubierta, hallándose Lincestes en Frigia con Parmenion. Fué Amfotero, hermano de Cratero, de quien se valió: el cual, vestido á la moda frigia, pasó secretamente á verse con Parmenion, llevando en su compañía por guía algunos pergenses, prácticos del camino. Parmenion puso luego en prision á Lincestes,

(1) Autores en que nos apoyamos: 2. 8. 14. Arrian. 1. 7. 30. Diodor. 17. 27. Arrian. 1. 7. 31 Plut. c. 28. Arrian. 1. 7. 31. Plut. c. 28. Suidas. Arrian. 1. 8. 4. Arrian. 1. 8. 1. 1. 9. 18. Arrian. 1. 8. 4. 2. 9. 25. 1. 7. 31 Ælian. Hist. anim. 10. 34. Arrian. 1. 8. 5. Diod. 17. 32. 2. 9. 25. Comm. in Curt. 7. 1. 8. Arrian. 1. 8. 8. Strab. l. 14. Curt. 5. 3. 22. 6. 3. 16. Artem. in Senec. Suas. 1. Arrian. 1. 8. 8. Eust. in Dionys. v. 853. et 865. Appian. l. 2. de Bell. civil. Joseph. antiq. l. 2. extremo. Plut. c. 27. et 28. Strab. l. 14. Jos. 11. 8. Schikar. in præm. Tarich. Regum. Persiæ. Zonaras, tom. 1. Tacit. H. 5. 2. 1. Jos. 11. 8. Cædren. Clycus. Sulpic. Sev. lib. 2. Jesaiæ 11. Daniel. 8. 21. Cædrenus. Plin. 11. 25. Curt. 4. 8. 9. Jos. 11. 3.

cuya muerte, si bien se difirió, atendiendo á la decencia y decoro de su casa, se le dió tres años después, así como á Filotas, y á los demás delincuentes del propio delito. No fué sola esta experiencia la que tuvo para poder conocer estaba al cuidado de los dioses la seguridad de su vida, pues sin ella se le ofreció otra, habiendo partido de Faselis, en crédito de su proteccion. Habia enviado por las montañas á la ciudad de los pergesios una parte de su ejército á quien siguió, conduciendo lo restante de él, por una estrecha senda entre el monte Climax y el mar de Pamfilia, cuando estaba en tranquilidad, que es pocas veces en el invierno. Temiendo, pues, mas que otro algun peligro el de la tardanza, hacia pasar su ejército por aquel trabajoso paraje con la misma prontitud y ardor que por el camino mas cómodo y seguro; pero embravecido el mar por el viento de mediodía que corria entónces, inundó con sus aguas la ribera y el camino, acumulando las nubes y las crecidas lluvias que, como suele cuando corre, ocasionó. Con todo, habiendo llegado allí Alejandro, se levantó inmediatamente el viento de septentrion; el cual, serenando el cielo, hizo que volviesen las aguas al mar, y que quedase desembarazado de ellas el camino para los macedonios; si bien necesitaron todo un dia para pasar por aquellos desconocidos pantanos, cuyas aguas llegaban á cubrir el medio cuerpo de los soldados. Tal era la confianza con que, despreciando Alejandro los peligros, se arrojaba á ellos; la cual, aunque se debe atribuir á efecto de su generoso valor, no se puede dejar de confesar le fortalecian en ella los repetidos prodigios y presagios, por los que pudo conocer le tenia destinado el cielo para tan gloriosas y considerables empresas; pues sin otros se refiere, que, antes de salir de Macedonia, se le ofreció en sueños un hombre, cuyo respetuoso y venerable aspecto era superior al de los demás mortales, el cual le intimó: «Le siguiese al Asia á arruinar y destruir á los persas;» y que esgrimiendo sus armas contra Fenicia cierto sacerdote de los judíos, que llevaba delante de sí, á quien le fué revelada la vision, le hizo memoria de ella. Habia intimado, mientras tenia puesto sitio á Tiro, á los reyes y pueblos vecinos, se le rindiesen, y mandó hiciesen levas; negáronse á esto, y á aceptar su amistad los judíos que habitaban en Jerusalen, célebre y famosa ciudad, con pretexto de la alianza que tenian con Dario. Irritado el rey de su orgulloso desprecio, hizo marchar sus tropas á la Judea, á cuyo camino, temerosos de su indignacion, le salieron á encontrar los moradores de Jerusalen para solicitar su clemencia, llevando consigo á sus mujeres y á sus hijos, para obligarle mas á que los perdonase. Iban primero los sacerdotes revestidos de ropas de lino, á quienes seguia el pueblo vestido de blanco, cuya confusa muchedumbre conducia Jaddo, sumo sacerdote, entónces, revestido de los ornamentos pontificales. Admirado el rey de tan magestuosa pompa, se arrojó del caballo al tiempo de acercársele, adelantándose solo á recibirla: y después de haber adorado con profunda reverencia el nombre de Dios, grabado en una lámina de oro de la mitra del sumo sacerdote, saludó y trató á este respetuosamente. Dejó esta inesperada accion tan absortos á los que le acompañaban, como regocijados á los judíos; los cuales, convertido en esperanza su temor, y prometiéndose, no solo el perdon que solicitaban, sino hacerse tambien en breve dueños de su gracia, le rodearon mezclando entre loores y regocijos sus votos. No sucedió así á los señores sirios, que, émulos y declarados enemigos suyos, los seguian, esperando satisfacer con su castigo sus antiguos odios, pues quedaron igualmente admirados que confusos, sin acertar á distinguir si era verdad, ilusion, ó sueño lo que veian. Aun á los mismos macedonios causó tan gran extrañeza esta novedad, que, acercándose Parmenion á Alejandro, se tomó la licencia de preguntarle: ¿Por qué hacia aquella honra á religion tan extraña, admitiendo á su gracia nacion tan vil, con agravio considerable de su grandeza? Pero, dejándole satisfecho con la participacion del sueño que habia tenido, entró en la ciudad, y en el prodigioso templo de Jerusalen, donde sacrificó á Dios, en la misma forma que lo hacian los judíos, y le consagró ofrendas. Vió los libros sagrados de aquel pueblo, entre cuyas profecías declaraba distintamente una que se rendiria á los macedonios la ciudad de Tiro, y que serian sojuzgados los persas por un griego. Y creyendo era él por quien se debia entender esta, concedió á los judíos permiso para que pudiesen vivir en sus leyes y costumbres, dentro y fuera de la ciudad; y para que, pues no labraban las tierras sino de siete en siete años, solo contribuyesen con los tributos cuando las cultivasen. Admirado, con razon, de la natural fertilidad de aquellas tierras (las cuales, entre la grande abundancia de frutos con que exceden á las mas pingües, son las únicas que producen el aceite de bálsamo) dejó por gobernador de aquellas regiones á Andrómaco, á quien despues de haber rendido á Tiro y Gaza, dieron cruel muerte los samaritanos, perpétuos enemigos de los judíos; cuyo suceso, aunque sobrevino fuera del tiempo de que se trata, se toca, por ofrecerlo la ocasion.

XII (1). Habiendo pasado Alejandro el estrecho inmediato al mar de Pamfilia, y partido de Perges, le salieron al camino con embajada de los aspendios, los primeros señores de la ciudad, en cuyo nombre le ofrecieron cincuenta talentos para la paga de los soldados y los caballos con que servian al rey de los persas, porque no les pusiese guarnicion. Tomó desde allí la marcha hácia los sidetas, que habitan cerca del rio Melas, y deducen su orígen de los cumeos de Eolia, si bien que bárbaros en el idioma, habiendo perdido el griego, nó ya por el transcurso del tiempo, como acontece, sino por haber olvidado sus antecesores, como decian, inmediatamente á su llegada á aquellas tierras su lengua natural, y usado de otra tan extraña como inaudita. Luego que se apoderó de Side, capital de Pamfilia, tomó el camino de Hilio, cuya natural fortaleza, aumentada con la guarnicion de soldados extranjeros, le obligó á que diese la vuelta á la ciudad de los aspendios, conmovido de la noticia que tuvo de haberse sublevado; los cuales, atemorizados del acelerado arribo de los macedonios, abandonadas sus casas, se retiraron á la ciudadela. Con lo cual, apoderado Alejandro de la ciudad, que halló desierta, se alojó al pié de la ciudadela, desde donde obligó á los sitiados, por medio de las fuertes baterías de sus diestros ingenieros, á que se le rindiesen, con las mismas condiciones con que se le habian entregado antes. Nada podia ser de mayor perjuicio á la prosecucion dichosa de las empresas de este príncipe que el que se la interrumpiese el dilatado sitio de alguna plaza fuerte; si bien, para asegurarse de su inquietud, hizo que se le entregasen los mas principales ciudadanos: y que exhibiesen doblada porcion de dine-

(1) Autores en que nos apoyamos: Arrian. 1. 8. 9. Pausan. 1. 8. Arrian. 1. 8. 10. Suidas. Arrian. 1. 8. 11. Vitruv. 10. 19. Arrian. 1. 8. 13. Strab. lib. 1. 4. Arrian. 1. 8. 15. Strab. lib. 14. Arrian. 1. 8. 19. Strab. lib. 14. Arrian. 1. 8. 24. Strab. lib. 14. Plin. 5. 29. 6. Arrian. 1. 8. 25. Arrian. 2. 1. 1. 2. 6. Diod. 17. 29. Arist. lib. 2. 2. 6. 26. Curt. 4. 5. 15. Arrian. 3. 1. 7. Arrian. 2. 1. 1. Diod. 17. 19. Curt. 4. 5. 19. Arrian. 2. 1. 3. contra Diodor. 17 29. 1. 2. 24. Arrian. 2. 1. 4.

ro que la que habian dado antes: que estuviesen á órden del gobernador que les nombró: que contribuyesen á los macedonios con el tributo anual; y que compareciesen en juicio á litigar el derecho que tenian á las tierras, de quienes habian despojado á los vecinos, y á satisfacer el cargo que se les hacia de esta usurpacion. Lo cual concluido, volvió á tomar su marcha hácia la ciudad de los pergensios, de donde se encaminó á Frigia. Hallábase obligado á pasar, para llegar á ella, por ciertos estrechos que hay entre dos montes cerca de Telmiso, ciudad de los pisidas, tan inmediatos el uno al otro, que casi es indistinta la separacion que los forma, ofreciendo en disposicion de puertas sus extremidades; las cuales, sobre su natural aspereza, las hacia mas impenetrables el haberse apoderado de ellas crecido número de bárbaros armados para resistir su entrada. Reconociéndolo así el rey, y previniendo lo que sucedió después, dió órden de que se alojasen sus tropas inmediato á ella. Á vista de cuya detencion, teniéndose por seguros los telmisienses, por atribuirla á medroso efecto del peligro, y pareciéndoles que quedaban tranquilos con medianas fuerzas, se retiró la mayor parte de ellos á la ciudad: de cuya oportuna ocasion, aprovechándose el rey, hizo luego marchar sus flecheros y honderos, y los mas ligeros que se hallaron entre su gente de pesadas armas, contra los bárbaros, á quienes habiendo echado de allí, pasó á formar su campo delante de la ciudad. Dió en él audiencia á los embajadores de los selgencios; los cuales le ofrecieron, en odio antiguo de los telmisienses, sus vecinos, aunque unos y otros deducen de un mismo pueblo su orígen, su alianza y socorros. Admitiólos con benigna gratitud; y pareciéndole no malograr el sitio de una plaza, encaminó su ejército á la ciudad de Salago, fuerte por la naturaleza de su situacion, y no menos por el vigoroso presidio de jóvenes que la defendia; pues aunque todos los pisidas son belicosos y valientes, están tenidos en mayor crédito de tales los salagasenses. Por lo cual, en medio de haberles llegado tropas de Telmiso, con quien tenian confederacion, haciendo mas confianza de su gente que de sus murallas, la pusieron en batalla sobre un monte cercano, desde donde, favorecidos de la ventaja del sitio, se opusieron con felicidad á las tropas ligeras que habia enviado delante Alejandro; si bien, los agrianos, animados de la asistencia de la falanje de Macedonia, ya cercana, y de la presencia del rey, á quien vieron delante de sus banderas, los apretaron vigorosamente. Trabajaron sin duda considerablemente en llegarle á penetrar, á pesar de la oposicion del monte; pero, hallándose una vez en la cumbre de él, les fué fácil, por la llanura é igualdad del terreno, desalojar la muchedumbre que la ocupaba. En cuya refriega quedaron de la parte de los macedonios muertos Cleandro, y mas de veinte soldados, y de la de los bárbaros pasaron de quinientos, habiéndose salvado los demás por medio de la fuga; pero el rey siguiéndolos, asistido de las tropas de pesadas armas, con la mayor presteza que le fué posible, se apoderó con igual esfuerzo de su ciudad, desde donde, después de haber intimado la guerra á todas las plazas fuertes de Pisidia, rindió unas con la fuerza de sus armas, y otras con algunas condiciones que las concedió. Luego que ocupó á Telmiso la hizo arrasar, en castigo de la tenacidad de sus moradores: quitó la libertad al pueblo; y algunos años después la dió á Celene, con otras ciudades de Pisidia. Después de lo cual, y de haber reducido y pacificado aquellas rudas y bárbaras naciones, tomó la vuelta de Frigia por la parte donde se ofrece el lago Ascanio, cuyas aguas tienen la virtud de congelarse en sal por sí mismas, escusando á los naturales la diligencia de buscarla. Mientras pasaba esto, discurriendo Memnon en transferir la guerra á Macedonia y Grecia, para estorbar con alguna diversion el presuroso curso de las empresas de Alejandro, cuyas triunfantes armas se acercaban ya al Asia, habia juntado todas sus fuerzas de quienes, habiendo librado en él todas sus esperanzas, Dario, obligado del valor y destreza con que mantuvo el prolijo sitio de Halicarnaso, oponiéndose á los vigorosos esfuerzos del vencedor, le habia dado el mando absoluto, con muy considerables sumas de oro para los gastos de la guerra. Teniendo, pues, dispuesta su gente en el mayor número que le fué posible, y embarcada en trescientos bajeles, se hizo al mar con esta armada, después de haber premeditado y prevenido cuanto pudiera ser favorable y contrario á tan considerable empresa. Apoderóse de todos los lugares que se hallaban con corta guarnicion, entre los que era uno Lampsico, y cargó, en las islas, á quienes no podian socorrer los macedonios, por estar, aunque de una y otra parte dueños de la tierra firme, faltos de bajeles con que hacerlo. Favoreció mucho los intentos de este ilustre general la desunion que habia en todas; porque, si bien sostenian la mayor parte el partido de Alejandro, á quien debian su libertad, habia muchos, que habiendo debido su grandeza al dominio de los persas, posponiendo á sus privados intereses la conservacion y libertad de la república, y el que fuesen comun el poder y mando, deseaban, á precio de recuperarle, ser restituidos al dominio de sus antiguos dueños. Con este fin admitieron Atenagoras y Apolonides en la isla de Cio, donde tenian la primera suposicion, á Memnon, después de haber hecho partícipes de su intento á Fisino y Megario que seguian su partido. Teniéndola, pues, Memnon al de Dario, la puso guarnicion; y habiendo dejado el gobierno de la ciudad á Polonides, y á los de su faccion, pasó á Lesbos, á Antisa, á Pirra y á Eresa, de quienes se apoderó fácilmente. Restituyó al tirano Aristónico á Metimnea, y redujo toda la isla, excepto Mitilene, á la cual por mas que la apretó con largo y vigoroso sitio no pudo rendir; porque, habiendo cercado la ciudad por todas partes, y el puerto con bajeles, por cuantos lugares le parecieron oportunos á embarazarla el socorro, le sobrevino la muerte, ocasionada de la peste, con tan considerable daño de los persas, como malogro de las grandes esperanzas que habia concebido Dario de su elevado talento, de su valerosa resolucion y de sus largas experiencias. Hallándose próximo á rendir su espíritu, nombró para su cargo á Farnabaces, hijo de su hermana, y de Artabazo, para que le ejerciese en el ínterin que le proveia Dario, con noticia de su fallecimiento. Farnabaces, habiendo dividido entre él y Autofrates, general de la armada, los distintos cargos de aquel sitio, redujo á tan grande aprieto á los sitiados, que se hallaron obligados á rendirse, con las condiciones de que saliese libre la guarnicion: de que derribasen las colunas en que estaban grabados los artículos de la alianza que habian ajustado con Alejandro; y de que, hecho el juramento de fidelidad á Dario, restituyese á su ciudad la mitad de los desterrados. Á cuyos tratados no correspondieron los persas con la observancia que debian, por haber introducido guarnicion en la ciudad (cuyo gobierno dieron á Licomenes, rodio, así como el dominio á Diógenes, uno de los desterrados, en premio de haber mantenido su partido), por haberse apoderado de toda la plata, oro y riquezas de los particulares, y por haber impuesto en la ciudad un tributo general.

LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO DE ESTE LIBRO.

I. Apodérase Alejandro de la ciudad de Celene: entra en la capital de Frigia, donde habiendo cortado el nudo Gordiano, resuelve pasar en busca de Dario.—II. Pasa revista al ejército de los persas; y Caridemo, ateniense, es condenado á muerte, por haber dicho, aunque con órden de Dario, libremente su sentir.—III. Pompa de los reyes de Persia cuando salen á campaña: descripcion de las tropas de Alejandro.—IV. Apodérase Alejandro del paso de Cilicia, que habia abandonado Arsanes, capitan de Dario.—V. Sobrevino á Alejandro una enfermedad de cuidado, por haberse bañado fuera de tiempo en el rio Cidno.—VI. Recupera su salud por medio de Filipo su médico, á quien todo el ejército da gracias.—VII. Viéndose Alejandro sano, resuelve acometer á Dario: manda dar muerte á Sisene, por sospechas de alguna conspiracion, á que dió motivo su negligencia.—VIII. Consejo y resolucion de Dario antes de la batalla: consternacion del ejército de los persas, y presagios de su rota.—IX. Fuerzas, y comparacion de uno y otro ejército.—X. Oracion de Alejandro á sus soldados.—XI. Batalla sangrienta en que mueren de parte de los persas cien mil infantes, y diez mil caballos, entregándose á la fuga el resto del ejército: queda Alejandro señor del campo, en el que hace una considerable presa.—XII. Consuela con regia generosidad á la madre y mujer de Dario, y á las demás princesas, de la pérdida del rey, á quien creian muerto.—XIII. —Entrega el gobernador de Damasco á Parmenion los tesoros de Dario, é infinita nobleza.

I. Habiendo en tanto despachado Alejandro al Peloponeso á Cleandro con porcion de dinero para que hiciese levas de gente; y dado las órdenes convenientes para los gobiernos de la Licia y la Pamfilia, partió á acampar delante de los muros de Celene; por medio de cuya ciudad pasaba en aquel tiempo el rio Marcias, á quien hicieron célebre las fabulosas ficciones de los griegos. Deduce su orígen de la elevada cumbre de un monte, desde donde, descendiendo con ruidoso ímpetu á una roca, dilata por lo llano sus purísimas aguas, regando con ellas los campos cercanos, y conservándolas siempre sin mezcla de otras. Su color, semejante al del mar, cuando se ofrece en serenidad, dió ocasion á los poetas para fingir: «que las ninfas, enamoradas del rio, hacian su morada en aquella roca.» Conserva su nombre mientras corre dentro de los muros; pero luego que sale de las fortificaciones, aumentadas sus ondas y su impetuoso raudal, le muda en el de Lico. Habiendo abandonado sus habitantes la ciudad, entró en ella el rey, de donde pasó á acometer la fortaleza á que se habian retirado, enviando delante un heraldo para que les notificase se rindiesen; y que de nó hacerlo no esperasen gracia alguna. Pusieron los sitiados al heraldo sobre una torre de crecida magnitud: y habiendo hecho que reconociese su altura, le encargaron dijese á Alejandro: «no habia llegado á conocer lo que era aquella fortaleza como ellos, que, sabiendo cuán impenetrable era, estaban resueltos á exponerse á todo lance, y á perecer antes que faltar á la constante fidelidad que debian á su dueño.» Pero, viéndose acometidos y que la necesidad los estrechaba cada dia mas, pidieron tregua de sesenta dias, ofreciendo rendirse, si cumplidos estos no les habia llegado socorro, como lo ejecutaron el dia señalado por haberles faltado. Llegaron después embajadores á Atenas, pidiéndole les concediese los ciudadanos que les hicieron prisioneros en la jornada del Granico. Á qué respondió: «que despacharia nó solo á estos, sino tambien á los demás griegos á sus ciudades, luego que pusiese fin á la guerra de Persia.» Deseaba con impaciencia acercarse á Dario; y, teniendo noticia de que aun no habia pasado el Eufrates, juntó sus tropas con resolucion de hacer la guerra con todas sus fuerzas, sin exceptuar algunas de empresa tan peligrosa, y dispuso su marcha por la Frigia, cuyas poblaciones se componen mas de villas que de ciudades, y cuya capital es Gordio, antigua y famosa corte del rey Midas, situada sobre la ribera del rio Sangario, á igual distancia del mar Póntico que del de Cilicia. Créese es este el mas angosto paraje de toda el Asia, en el cual, estrechando ambos mares por una y otra parte la tierra, queda á manera de un puente, que une con la Tierra-firme esta provincia; á quien circundándola casi enteramente las aguas la dejan en forma de isla, sin que se ofrezca entre los dos mares mas que esta corta porcion de tierra que los divida. Habiéndose apoderado el rey de la ciudad, entró en el templo de Júpiter, donde vió el carro de Gordio, padre de Midas, el cual solo se diferenciaba de los demás en la singularidad del yugo, cuyas ligaduras se componian de repetidos nudos, tan mezclados y unidos entre sí los unos con los otros, que no se les podian descubrir los cabos. Supo de los habitantes que «estaba prometido por anuncio del oráculo el imperio del Asia á quien acertase á desatar aquella inexplicable union.» Con cuya noticia, inflamado Alejandro del deseo de que se cumpliese en él la prediccion se aplicó á procurarlo. Hallábanse presentes muchos frigios y macedonios, tan temerosos los unos de que le desatase, como cuidadosos los otros del peligro á que se exponia si no lo consiguiese, cuyo recelo aumentaba en estos la impenetrable dificultad que ofrecia el industrioso artificio de los nudos, en quienes no se podia descubrir ni el principio ni el fin de ellos. Con todo, hallándose ya empeñado el rey en aquel intento, y teniendo por infausto presagio no lograrle, habiendo hecho algunos esfuerzos inútiles: «Poco importa, dijo, el modo de desatarle.» Y cortando de una cuchillada todas las correas, ó burló la prediccion del oráculo ó la cumplió. Resuelto, pues, á dar la batalla á Dario en cualquiera parte donde le hallase, y deseando asegurar las plazas que dejaba atrás, dió á Amfotero el gobierno de la armada que estaba á la parte del Helesponto, y á Hegeloco el mando de las demás tropas, con órden de echar las guarniciones enemigas de Lesbos, de Chio y de Coo, para cuyos gastos les libró quinientos talentos, é igual cantidad á Antípatro, y á los que habia dejado en defensa de las ciudades de la Grecia, ordenando á los aliados, que en cumplimiento de los tratados, contribuyesen con cierto número de bajeles para la seguridad del Helesponto. No tenia aun noticia de la muerte de Memnon, cuyo capitan era entre todos los de Dario quien únicamente le daba cuidado, por conocer no podian hacerle oposicion los demás faltando él. Habia llegado ya hasta la ciudad de Ancira, donde, habiendo hecho la reseña de su ejército, entró en la Paflagonia, frontera de los enetos, y de quienes, segun el sentir de algunos, traen los venecianos su orígen: cuya region, habiéndole dado la obediencia, y en seguridad de ella rehenes, logró quedar exenta de tributos, como lo estuvo en tiempo de los persas. Puso en ella á Cales por gobernador; y llevando consigo las reclutas que acababan de llegar de Macedonia, se encaminó á Capadocia.

II. En el ínterin Dario, habiendo tenido noticia de la muerte de Memnon, y recibido con ella el sentimiento que merecia pérdida tan considerable, sin fiar de otro alguno sus esperanzas, resolvió mandar por sí su ejército, por hallarse poco satisfecho de sus cabos, habiendo experimentado el descuido de muchos y la infelicidad de todos. Formó su campo en lo llano de Babilonia, y para animar mas á su gente, quiso ver

juntas todas sus fuerzas, á cuyo fin, siguiendo el ejemplo de Jerjes, dispuso una circunvalacion que pudiese contener diez mil hombres en línea de batalla, donde pasó revista á sus tropas. Tardaron en entrar en este distrito, segun estaban alistadas, desde que salió el sol, hasta que puesto le sucedió la noche; y de él se fueron dilatando por las campañas de Mesopotamia, donde se vió una innumerable multitud de infantería y de caballería, la cual parecia aun mayor de lo que era. Componíase la infantería de doscientos y cincuenta mil hombres, entre quienes habia setenta mil persas, cincuenta mil medos, diez mil barcanos, armados de achas de dos cortes, y de abreviados escudos casi á manera de rodelas; cuarenta mil armenios, é igual número de berbices, armados de picas ó palos endurecidos al fuego: ocho mil hombres del mar Caspio y dos mil de las regiones menos belicosas del Asia, con treinta mil griegos jóvenes, valerosos todos, á quienes tenia á sueldo suyo Dario; no habiendo permitido el tiempo que se juntasen los bactrianos, los sogdianos, los indios y los demás pueblos que habitan hácia el mar Rojo, cuyos nombres aun le eran desconocidos. La caballería consistia en treinta mil caballos persas, diez mil medos y dos mil barcanos, armados nó de otra suerte que la infantería, siete mil armenios, casi el mismo número de hircanos, tan buenos soldados como los puede haber en aquellos pueblos, dos mil berbices, doscientos del mar Caspio, y cuatro mil que se recogieron de diversas partes, con quien hacian en todos mas de sesenta mil caballos: finalmente, de nada estaba menos falto que de muchedumbre de soldados; y si bien, gozoso de verla, le lisonjeaban con ella á porfía sus sátrapas la esperanza, conforme á su natural adulacion, volviéndose hácia Caridemo, atenienses, varon de gran práctica é inteligencia en la milicia, y declarado enemigo de Alejandro por haberle este hecho desterrar de Atenas, le preguntó: «¿Si le parecian bastantes fuerzas aquellas para triunfar de su enemigo?» Caridemo, no midiendo su respuesta con el estado presente de su fortuna, ni con el peligro que corre quien aja en algo la vanidad y soberbia de los poderosos, le dió esta: «Posible es, señor, que te disguste mi verdad; pero si la omito ahora, de nada servirá decírtela después. Ese soberbio aparato de guerra, ese portentoso número de hombres, con cuyas levas dejas agotado el oriente, compuesto todo de pompa y magnificencia tal, que aun la imaginacion no pudo prevenir lo que la vista admira, podrá ser formidable á tus vecinos; pues todo consiste en oro y púrpura. No empero al espantoso ejército de los macedonios, el cual, despreciando tan vana como inútil ostentacion, solo aplica su cuidadosa vigilancia á formar con destreza sus batallones, y á resguardarse lo mejor que le es posible, cubriéndose con sus escudos y picas. Su falanje es un cuerpo de infantería que combate á pié firme, y se mantiene tan cerrado en sus puestos, que los hombres y las armas son como una haz impenetrable. Hallándose tan diestros y prontos á las órdenes de sus cabos, que á la menor señal los verás seguir sus banderas, guardar sus puestos, y cumplir con todos los ejercicios y empleos militares. Atienden cuidadosos á lo que se les ordena; y cuando conviene volver á una y otra parte, doblar los puestos y hacer frente á todas, lo saben ejecutar los soldados con no menor destreza que los mismos capitanes: y para que te desengañes del corto aprecio que les debe el oro y la plata, sabe que esta disciplina no la han aprendido en otra escuela que la de la pobreza, y que se mantienen aun hoy en ella. Si les molesta el hambre cualquier mantenimiento los satisface: si la fatiga del trabajo los rinde, en la tierra hallan su lecho, sin que jamás los coja el dia sino en pié. ¿Crées por ventura, tú, que la caballería de Tesalia, la de los acarnanios y la de los etolios, pueblos invencibles y fortalecidos de todo género de armas, pueden resistirse á tiros de honda y á palos endurecidas al fuego sus puntas? Son precisas para su opósito iguales fuerzas á las suyas; las cuales se han de solicitar en sus mismas tierras. Envia allá todo ese oro y esa inútil plata, y las hallarás.» Era Dario de natural blando y moderado; pero, como de ordinario pervierte al mejor la prosperidad, disgustado de la verdad, mandó llevar al suplicio á Caridemo, sin atender al celo con que aquel ingenuo varon le aconsejó lo mejor que supo y entendió, ni á la indemnidad que debia guardarle, habiéndole admitido bajo su proteccion. Pero Caridemo, no cediendo aun entónces de su natural libertad, con voz mas entera: «Espero, le dice, que muy en breve satisfaga mi muerte el mismo contra quien te he dado tan saludable consejo, disponiéndote las penas que mereces por haberle despreciado; y que tú, en quien la soberanía y el poder ha ocasionado tan repentina mudanza, sirvas de ejemplo que acredite á la posteridad cuán inútiles son en los hombres las mas excelentes prendas con que los adornó la naturaleza, cuando ciegos á los resplandores de su fortuna, dejándose llevar de su prosperidad, se precipitan á los mayores riesgos. Expresando esto en altas voces, le cortaron la cabeza los que tenian la órden. De lo cual, aunque tarde, se arrepintió el rey; y reconociendo ser verdad lo que le habia dicho, le mandó dar sepultura.

III. Ordenó después á Timondas, hijo de Mentor, jóven activo é intrépido, que se entregase de todos los soldados extranjeros que servian bajo el mando de Farnabazo, con intento de valerse de ellos en esta guerra, por ser en quienes mas esperaba; y proveyó en Farnabazo el puesto que Memnon tenia. Pero, además de la fatiga en que le ponia el peligroso estado de su imperio, le afligian no menos las imágenes que se le ofrecian en sueños, de la infelicidad que le amenazaba; ó ya fuesen efecto de la misma congoja, ó ya infausto presagio del futuro suceso. Parecíale que veía los reales de los macedonios llenos de grandes resplandores de fuego; que poco después se le acercaba Alejandro, con el mismo traje en que le saludaron al rey los persas cuando llegó al trono; y que habiéndose paseado á caballo por la ciudad de Babilonia, improvisamente desaparecieron él y el caballo. Fueron varios los juicios de los adivinos sobre su verdadera interpretacion. «Tenian unos por feliz agüero que el rey hubiese visto abrasarse el real de los macedonios, y á Alejandro, depuestas sus reales vestiduras á la moda persiana, y en traje de persona privada. Y otros, por infausto presagio aquella gran llama del campo de los macedonios; la cual atribuian á anuncio del esplendor de la futura gloria de Alejandro: y su aparicion en el mismo traje con que se halló Dario cuando le reconocieron por su rey, á seguro testimonio de que poseeria el imperio del Asia.» En cuya comprobacion hicieron (como de ordinario sucede á los que temen) memoria de todos los antiguos presagios que lo habian prevenido, y entre otros el de los caldeos; los cuales, «luego que mudó Dario en el principio de su reinado la vaina de su cimitarra, y la puso al uso griego, pronosticaron de aquella novedad en las armas que el imperio de los persas pasaria á aquellos, cuyo estilo habia infelizmente imitado.» Sin embargo, asegurado el rey de su sueño, para dar mayor crédito á la favorable interpretacion de los primeros, ordenó que se esparciese por el pueblo, y que se

adelantasen sus tropas hácia el Éufrates. Era costumbre antigua de los persas no poner en marcha su ejército hasta haber descubierto sus rayos el sol, con cuyas resplandecientes luces ilustrado el dia, se daba la señal por medio de una trompeta en la tienda real, donde, expuesta sobre ella la imágen del sol, colocada entre cristales, marchaba en este órden. Llevaban primero sobre unas andas de plata el fuego que llamaban sagrado, á quien seguian los magos, cantando himnos al estilo de su patria, acompañados de trescientos sesenta y cinco jóvenes, en correspondencia de los dias del año, vestidos de ropas de púrpura. Después un carro consagrado á Júpiter, conducido por dos caballos blancos, y trás él uno de extraordinaria grandeza, á quien llamaban del Sol; y los que los seguian, con vestiduras blancas, y una varilla de oro en la mano. No lejos diez carros, esculpidos de gran cantidad de figuras de oro y plata, seguidos de un cuerpo de caballería, compuesta de doce naciones, diferentes en armas y en costumbres: en pos venian diez mil de los que llaman los persas inmortales; los cuales, adornados de collares de oro, ropas de tela de oro, y ciertos sayos de crecidas mangas, cubiertos de pedrería, excedian en suntuosidad á todos los demás bárbaros. Á treinta pasos iban quince mil soldados llamados primos del rey, cuya turba, compuesta de adornos poco menos que mujeriles, sobresalia mas en la profanidad de estos, que en la hermosura de sus armas. Llevaban poco después de ellos, los que llamaban doríforos, la real vestidura, delante del carro del rey, en quien se ofrecia él con la majestuosa pompa que pudiera en un trono. Hermoseaban y enriquecian este carro imágenes de dioses de oro y plata, en medio de cuyo yugo, cubierto todo de pedrería, sobresalian dos estátuas de un codo de altura, que representaban á Nino y á Belo, entre las que se interponia una águila de oro en el ademan y accion de desplegar las alas para tomar su vuelo. Nada empero igualaba á la magnificencia del rey. Adornaba su persona un sayo de púrpura, cuajado de plata, sobre la que llevaba una dilatada ropa resplandeciente con el oro y la pedrería de que estaba cuajada, y sobrepuestos en ella dos alcones de oro, reclinados el uno sobre el otro, dándose entre sí con los picos. Ceñíale femenilmente una banda, de la que pendia su cimitarra, cuya vaina cubria preciosa pedrería; y la tiara azul, insignia real, á quien llaman cidaris los persas, la llevaba en la cabeza con una faja de púrpura mezclada de blanco. Ocupaban sus lados doscientos parientes suyos, de los mas cercanos, seguidos de diez mil hombres, con picas guarnecidas de plata y de oro las puntas; y á retaguardia iban treinta mil infantes. Después de los cuales llevaban á la mano cuatrocientos caballos del rey. Á distancia de un estadio iba Sisigambis, madre de Dario, en un ostentoso carro, así como en otro su mujer, y detrás todas las damas de ambas reinas á caballo. Seguíanlas quince grandes carros, á quienes llamaban armanakes, y en quienes iban los hijos del rey y las personas á cuyo cuidado estaba su educacion, con gran número de eunucos, los cuales lograban estimacion entre aquellos pueblos. Procedian luego con real aparato trescientas sesenta concubinas, seguidas de seiscientos mulos y trescientos camellos que llevaban la plata del rey, con escolta de ballesteros. Después las princesas y las mujeres de los que ejercian los puestos de la corona, y de los mayores señores de la corte: luego gran muchedumbre de aguadores, leñadores y mozos del ejército: y á lo último algunas compañías armadas ligeramente con sus capitanes; los cuales cuidaban de reunir las tropas, y de hacer que anduviesen. Tal era el ejército de Dario, bien diverso del de los macedonios, en el cual se veían hombres y caballos resplandecientes, nó con el oro, ni con los suntuosos adornos y variedad de colores, que aliñaban el traje, sino con el bruñido acero y pulido bronce: tropas siempre prontas á marchar, á acampar y á combatir; ni cargadas del bagaje, ni embarazadas de gente inútil: obedientes, nó solo á la señal, sino al menor ademan de sus cabos: abastecidas siempre de víveres, y siempre dispuestas á alojar en cualesquier parajes: por lo cual no le faltaron el dia del combate soldados á Alejandro, y sí á Dario, el cual, habiéndose empeñado inconsideradamente en ciertos lugares estrechos, no pudo pelear, en medio de la innumerable muchedumbre con que dió principio á la batalla, sino con igual número al corto, que en su enemigo habia despreciado.

IV. En tanto, Alejandro, después de haber dado el gobierno de la Capadocia á Abistamenes, se encaminó hácia Cilicia, á cuya region (llamada el campo de Ciro, por haber acampado en él aquel príncipe, cuando marchó á Lidia contra Creso) llegó. Dista de allí solo cincuenta estadios el paso de Cilicia; el cual es un estrecho, á quien sus habitantes llaman Piles, y cuya natural situacion parece imita las fortificaciones que labra el artificio de los hombres. Teniendo presente Arsanes, gobernador de la provincia, el consejo que dió Memnon al principio de la guerra, aunque sin proporcionarle con la constitucion presente, resolvió, como lo hizo, arruinar la Cilicia, abrasando y destruyendo cuanto pudiera servir al uso de los hombres, para que no se aprovechasen los enemigos de aquellas tierras, cuya conservacion tenia por difícil; como si no le hubiera sido mas conveniente ocupar con poderosas tropas el estrecho y la cumbre de la montaña, que predomina el camino por donde los macedonios entraron, desde la cual podia, sin la menor pérdida, embarazar el paso, ó deshacerlos: y nó retirarse, dejando tan corta porcion de gente en las entradas, después de haber ejecutado por sí la destruccion que debiera haber impedido al enemigo, y dado con ella ocasion á las pocas tropas que le quedaban, para que, creyéndose vencidas, se retirasen tambien, como lo hicieron, sin esperar al enemigo, de quien menores fuerzas que las de Arsanes habrian bastado á defender aquel puesto, respecto de la constitucion de la Cilicia; la cual, cerrada con una dilatada cordillera de inaccesibles montes, que, descollándose por aquella parte del mar, á manera de arco ó de media luna, se extienden en punta hasta la otra ribera, tiene detrás de ellos en los mas retirados lugares tres pasos sumamente estrechos, y cuya entrada es tan difícil, como imposible llegar á Cilicia, sino por alguno de ellos. Saliendo hácia el mar se ofrecen á la falda de ellos prodigiosas vegas, á las que riegan infinitos arroyos, y dos rios, Piramo el uno, y Cidno el otro, célebres ambos; si bien este nó tanto por lo caudaloso de sus aguas, cuanto por la hermosura de ellas; las cuales, descendiendo con suavidad apacible de su orígen á llano y limpio suelo, se difunden por él sumamente frias, respecto de la frescura que las participa la sombra de sus riberas, sin que interrumpa ni altere nunca otro torrente ni otro rio su tranquilo curso y pureza. Habia consumido el tiempo en aquella region muchos monumentos que fuéron célebre asunto de los poetas: si bien no dejaban de ofrecer en ella los lugares, en que estuvieron situadas las ciudades de Lirneso y Tebe, la caverna de Tifon, el famoso bosque de Coricio, donse se coje el azafran, y otros, de quienes solo ha quedado la fama que tuvieron en lo antiguo. Entró, pues, Alejandro por este

paso, que ellos llaman Pile; y después de haber reconocido la situacion de los lugares, se refiere, dijo: «que jamás habia admirado tanto como entónces su buena fortuna, confesando, pudieran haberle deshecho fácilmente á tiros de piedras.» Porque, además de ser, este un desfiladero, por donde apenas podian marchar de frente cuatro hombres armados, correspondia la eminencia de la montaña al camino, el cual, nó solo era estrecho, sino tambien roto en muchos lugares por los golpes del impetuoso torrente que se precipita de los montes. Sin embargo, hizo que se adelantase la caballería ligera de los tracios á reconocer aquellos estrechos, por si en ellos se ocultaba alguna emboscada, y envió una tropa de ballesteros, para que se apoderase de la cumbre del monte, con órden de que llevasen la flecha sobre el arco, nó ya en forma de marcha, sino de combate. Con esta órden hizo pasar todo su ejército hasta la ciudad de Tarso, donde llegó al mismo tiempo que los persas empezaban á encender el fuego, para que no pudiese aprovecharse el enemigo de la presa de tan opulenta ciudad. Pero sobreviniendo Parmenion, á quien el rey habia enviado á toda diligencia con algunas tropas de infantería á embarazar el incendio, y viendo que los bárbaros se habian puesto en fuga á la fama de su venida, se entró en ella.

V. Corre el rio Cidno, de quien acabamos de hacer memoria, por en medio de la ciudad de Tarso, cuyos calores se igualan á los crecidos que pueden padecerse en las mas ardientes regiones. Habiendo llegado Alejandro á ella en lo mas rigoroso del verano y del dia, cubierto de sudor y polvo, y deseando refrigerar en la hermosa claridad y frescura de aquellas aguas la ardiente fatiga del camino, resolvió bañarse en ellas, sin reparar en el peligro á que se exponia, hallándose en tan opuesta disposicion á semejante intento; con cuyo fin y el de acreditar con los suyos, en la moderacion de sus adornos, su modestia, no rehusó desnudarse á vista de todo su ejército; pero no bien hubo entrado en el rio, cuando, embargándole recio frio, le arrebató casi todo el natural calor, dejándole tan privado de sentidos, que, retirándole á su tienda, tuvieron por cercano el fin de su vida los suyos. La confusion y el clamor que ocasionó este accidente en todo el campo, fué cual pudiera si hubiese muerto; deshechos en lágrimas, se lamentaban de que se les malograse en lo mejor de sus prosperidades y de sus conquistas, el mayor rey que vió el mundo, nó en el riguroso furor de una batalla ó de un asalto, sino en la apacible serenidad de un rio. Ponderaban que Dario se hallaba cerca, y victorioso, aun antes de ver al enemigo, y precisados ellos á volverse fugitivos por donde habian ido triunfantes. Que, estando tan igualmente destruido todo el pais, así para ellos, como para los enemigos, y habiendo de penetrar por tantos y tan dilatados desiertos, bastaba el hambre por sí sola á deshacerlos, aun cuando faltase quien los oprimiese. ¿Quién será, decian, el que nos conduzca en la fuga, en que pudiera librarse toda la esperanza de nuestro remedio? ¿Quién el que se atreva á suceder á Alejandro? Y cuando seamos tan felices que lleguemos al Helesponto, ¿quién nos facilitará embarcaciones en que le pasemos? Y convertida su tristeza á lo que miraba á la persona del rey, y olvidados ya de su infelicidad, prorumpian en lamentables gemidos, quejándose de que se les quitase y arrebatase de entre las manos, en la flor de su juventud, y en el mayor vigor de espíritu, su rey y su camarada. Sin embargo, cobrando Alejandro espíritu, y volviendo poco á poco en sí, conoció á los que le rodeaban, y dió muestras de que se habia disminuido la fuerza de la enfermedad, solo en que empezaba á sentirla. Era empero mayor la dolencia que le afligia el ánimo que la que le oprimia el cuerpo; porque, sabiendo llegaria Dario dentro de cinco dias, no cesaba de lamentarse de su destino, por haberle entregado atado de piés y manos á su enemigo, usurpándole tan ilustre victoria, y reduciéndole á poner fin á su vida en una tienda, con muerte tan indigna de su persona, como agena de la gloria que se habia prometido. Sobre lo cual, habiendo hecho entrar allí á sus confidentes y á sus médicos, les dijo: «Bien reconoceis, oh amigos, el estado á que me veo reducido; en el cual parece que oigo el estruendo de las armas enemigas, y que me veo ya provocado del mismo contra quien he traido la guerra. Sin duda alguna Dario se aconsejó con mi fortuna, cuando me escribió cartas tan soberbias como las que recibí; pero en vano si es permitido curarme por mi dictámen, segun el cual no pide el estado de mis intereses remedios lentos, ni médicos tímidos y tardos, pues importándome mas una muerte pronta que una larga convalecencia, no busco tanto remedio para vivir, cuanto disposicion para poder pelear». Esta impaciente temeridad del rey puso en cuidado á todos, y obligó á algunos á suplicarle, que no aumentase con la precipitacion el peligro; que se pusiese en manos de los médicos; los cuales, nó sin razon, procedian remisos en la aplicacion de remedios extraordinarios, habiendo solicitado Dario corromper la fidelidad de sus domésticos, y publicado, que daria mil talentos á quien quitase la vida á Alejandro; á vista de lo cual no se persuadian hubiese quien temerariamente se atreviese á intentar alguno que pudiese hacerle sospechoso.

VI. Hallábase entre los grandes médicos que siguieron al rey desde Macedonia, uno llamado Filipo, natural de Acarnania, el cual le habia servido desde sus tiernos años y le amaba como á su rey, y como á quien habia criado. Este, pues, emprendió curarle con remedio, que no siendo violento, esperaba de él pronto y favorable efecto. Y si bien, ninguno asistió á él, le abrazó quien mas debia temerle que era el rey; el cual, no teniendo otro anhelo que el de hallarse en el combate, cuya victoria le parecia aseguraba como pudiese asistir él al frente de los suyos, posponia los mayores riesgos á precio de lograrlo, llevando nó sin grande impaciencia la dilacion de tres dias que eran necesarios para preparar el medicamento. Halló-le entre estos desabrimientos una carta de Parmenion (cuya fidelidad á su persona tenia bien acreditada) en la cual le pedia: «No fiase su salud de Filipo, por haberle corrompido Dario, ofreciéndole mil talentos y á su hermana por mujer suya». Fácilmente se deja entender la conturbacion y perplejidad en que le dejaria este contenido; revolvia en su ánimo cuanto le representaba el temor y la esperanza. ¿Tomaré yo, decia entre sí, medicina, cuyo veneno quitándome la vida, dé ocasion á que se atribuya á arrojo mio mi muerte? ¿Infamaré á mi médico, ó me dejaré oprimir en una tienda? Pero nó; quiero antes morir á manos de agena maldad, que á las de mi propia desconfianza.» Combatido de tan varios pensamientos, no quiso fiar á nadie el contenido de la carta, que ocultó debajo de la almohada, y subsistiendo dos dias en sus desabridas inquietudes, entrando al tercero en su cámara el médico con la medicina, tomó el rey con una mano la carta y con la otra la bebida; y habiendo pasado esta, sin mostrar el menor recelo, dió aquella á Filipo para que la leyese, sin quitar mientras lo hacia los ojos de él, por si podia descubrir en su rostro algunas

señas de lo que ocultaba el ánimo; pero habiéndola leido Filipo, manifestó mas indignacion que miedo; y arrojándola, dijo al rey: «Aunque siempre, Señor, ha dependido mi vida de la tuya, nunca tanto como hoy, que en tu salud consiste la justificacion del parricidio de que se me acusa, y en su averiguacion la seguridad de la mia. La única merced que te pido, es, que, deponiendo el cuidado que pueden haberte ocasionado los vanos avisos que te han dado tus criados, sin duda con mas celo que discrecion y oportunidad, dés reposo al ánimo, y lugar á la medicina para que pueda obrar». Asegurado, gustoso, y esperanzado el rey con tan firme aseveracion: «Bien creo, Filipo, le dijo, que aunque os fuese permitido hacer eleccion entre todas las pruebas de mi confianza de la que con mayor testimonio os certificase de ella, escusariais la presente: ninguna empero podiais hallar que mas os asegurase de ella, pues habeis visto que, despreciando la noticia que tuve, en descrédito de vuestra fidelidad, no he rehusado tomar la bebida que me habeis dado, dé cuyo efecto me tiene tan igualmente cuidadoso lo que en él interesais, como lo que á mi me importa». Y dicho esto, le dió, en testimonio de su confianza, su mano derecha. Sin embargo, empezando la fuerza del medicamento á obrar, causó en él tan rigurosos accidentes, que confirmaban como cierta la noticia de Parmenion; porque, perdida la voz, le sobrevino tan terrible síncope, que casi le faltaron los pulsos, y á todos la esperanza de su vida; pero Filipo, sin omitir nada de cuanto era consecuente á su oficio y podia contribuir á su alivio, reconociendo que volvia algo en sí, le procuró divertir con cuanto pudiera serle grato, hablándole unas veces de su madre y hermanas, y otras de la gloriosa victoria que para coronar sus triunfos se le ofrecia tan inmediata. Finalmente, habiendose dilatado y esparcido el medicamento por todas las venas y partes del cuerpo, empezó primero el espíritu y despues el cuerpo á recuperar su vigor, con tanta mayor presteza de la que se esperaba, cuanto al tercer dia se dejó ver de su ejército; el cual no miraba con mas gusto al mismo Alejandro que á Filipo, á quien todos llegaban, cual pudieran á algun dios, á darle gracias por haberles asegurado la vida de su príncipe; porque si bien era natural en aquellos pueblos el amoroso respeto con que atendian á sus reyes, tanto mas excesivo fué el que se concilió Alejandro en ellos, cuanto experimentando que aun sus mas temerarias resoluciones las convertia en mayor felicidad y gloria suya la fortuna, no acababan de persuadirse á que dejase de ser sin especial asistencia de los dioses nada de cuanto intentaba; pero lo que aumentaba mas glorioso esplendor á sus acciones, y mayor admiracion con ellas, eran las considerables empresas que habia obtenido en tan tiernos años: su grande aplicacion á todos los ejercicios que podian facilitarle la agilidad del cuerpo: su modestia en el vestirse, sin diferencia de los demás, y su pronta y proporcionada disposicion á todo género de empleos militares: prendas que, aunque parecen de cortísima consideracion en las cosas de la guerra, son de suma importancia entre los soldados, en quienes por ellas (ó ya las debiese á la naturaleza, ó ya al arte) se granjeó tan grande amor, como respeto.

VII. Habiendo tenido noticia Darío de la enfermedad de Alejandro, se adelantó con la mayor presteza que le fué posible, y permitia tan considerable ejército, como el suyo, hácia el Éufrates; si bien no le pudieron pasar sus tropas en menos de cinco dias, aunque para este fin, habia hecho levantar puentes y se daba prisa para ganar la Cilicia. En tanto, Alejandro, recuperadas sus fuerzas, se encaminó á la ciudad del Sol; y habiéndola tomado, puso guarnicion en la fortaleza, y condenó la ciudad en doscientos talentos, por haber seguido la faccion de Darío. Y cumplidos los votos que habia hecho por su salud, permitió por algunos dias juegos en honor de Esculapio y de Minerva, queriendo demostrar con estos regocijos el desprecio que hacia de los bárbaros. Asistiendo á ellos, le llegaron noticias de Halicarnaso, de haber deshecho los suyos á los persas, y de quedar reducidos á su obediencia los mindios y caunios, con otros muchos pueblos de aquella parte. Concluidos los juegos, levantó su campo, y habiendo pasado el rio Piramo, por un puente que mandó hacer, llegó á la ciudad de Malon, en la que se alojó una parte del ejército, y la restante en Castabalo, donde le salió al encuentro Parmenion, á quien habia enviado para que reconociese la tierra y el camino que va á Ison. Habíalo ejecutado así Parmenion, apoderándose de algunos lugares estrechos, en los que, puestas algunas tropas para su defensa, tomó aquella ciudad, abandonada de sus habitantes; y, penetrando por lo mas inferior del país, echó de las montañas á los que se habian fortificado en ellas: después de lo cual, y de haber asegurado los pasos, volvia á participárselo; con que, estándolo el rey de que los tenia libres, se entró con su ejército en Ison, donde se confirió, sobre si se habian de esperar allí los reclutas que venian á grandes jornadas de Macedonia, ó pasar adelante. Parmenion fué de dictámen, «de que no podia haber elegido lugar mas cómodo para dar la batalla que aquel, respecto de que, no permitiendo por su estrechez gran número de gente, quedaban iguales las fuerzas de ambos reyes; por cuya suma inferioridad en las suyas, debia evitar cuanto le fuese posible las campañas y llanuras, en las cuales se hallaria cercado por todas partes, y oprimido de la crecida muchedumbre de los bárbaros, de quienes debia temer quedar vencido, nó ya por valor, sino por el propio cansancio, no hallándose como ellos con sobrada gente para remudar la que estuviese fatigada.» Cuyas razones, persuadieron fácilmente á todos, y quedó resuelto que se esperase á Darío en aquellas montañas. Hallábase en el ejército del rey un persa, llamado Sisene, el cual, enviado en tiempo de Filipo por el gobernador de Egipto á Macedonia, quedó tan obligado de las honras y beneficios que se le hicieron, que dejó su propia patria por quedar en aquel reino, desde donde siguió á Alejandro al Asia, y logró ser uno de los primeros en su confianza. Este, pues, habiendo recibido por medio de cierto soldado cretense una carta cerrada, con sello que no conocia, la cual era de Nabarzanes, sátrapa de Darío, en que le persuadia: «obrase alguna accion, digna de su ilustre nacimiento, y de la grandeza de su valor para hacerse por ella el lugar que merecia en la gracia del rey:» solicitó muchas veces, en cumplimiento de su fidelidad é inocencia, ocasion de mostrársela á Alejandro; pero, hallándole en todas ocupado en las disposiciones de la guerra, lo difirió, esperando alguna mas oportuna: cuya retardacion fué causa de que se le tuviese por cómplice en la pretendida traicion; porque, habiendo dado con ella lugar á que llegase la carta á manos de Alejandro, leida por él, y cerrada nuevamente con sello desconocido, ordenó, para examinar la fidelidad de Sisenes, que se le volviese cautelosamente, y, dejando este pasar muchos dias, acabó con su descuido de confirmar la sospecha; por la cual fué muerto á manos de los soldados cretenses en el mismo ejército, y sin duda por órden de Alejandro.

VIII. Habia llegado ya al campo Timondas con los soldados griegos que le entregó Farnabazo, en los que tenia puesta Dario toda su esperanza. Procuraba en cuanto podia esta gente persuadirle á que retrocediese y volviese á tomar las espaciosas campañas de Mesopotamia, ó que á lo menos, en caso de no abrazar tan importante consejo, dividiese aquellas innumerables tropas, y no expusiese á un revés de la fortuna todas sus fuerzas. No asentia tan mal á Dario este dictámen, como á los principales de su corte, los cuales, suponiendo, como decian, « que aquella infiel y venal nacion le proponia dividiese sus tropas, no con otro fin, que el de poder mas fácilmente, hallándose estas separadas, entregar al enemigo las que estaban á su cargo: le proponian, por mas seguro, que embistiese á aquellos con todo el ejército, y dejase con su mortandad un ejemplo memorable del castigo de su traicion.» Pero Dario, con cuyo blando natural y piadosa intencion no se conformaba esta violencia, bien lejos de convenir con su dictámen, les manifestó: « No incurria nunca en accion tan indigna de sí, como la de tratar de aquella suerte á los que estaban á sueldo suyo, y le habian seguido bajo su fé; porque, haciéndolo, ¿quiénes serán, decia, los extranjeros que quieran fiarse de ella, acordándose de que hemos teñido nuestras manos con la sangre de tantos y tan valerosos soldados? Que jamás habia visto fuese la vida precio de un consejo poco conveniente; pues si el darle trajese semejante peligro, nadie se atreveria á expresar su dictámen: y últimamente, que aun ellos mismos, estando en consejo, se hallaban entre sí discordes en los votos, no teniéndose siempre por mas celosos los que eran del mejor. » En cuya confirmacion envió á decir á los griegos: «que quedaba agradecido á su afectuosa demostracion; pero que no se conformaba con retroceder, así porque era entregar de conocido su reino al enemigo, como porque consistiendo en la reputacion el todo de la guerra, no era fácil persuadir al mundo dejaba de ser fuga el hacerlo: que aun menos razon habia para pensar en dilatar la guerra, hallándose con el invierno tan próximo, y sin los víveres que necesitaba tan numeroso ejército en un país, á quien tenian igualmente asolado los suyos, que los enemigos; ni en dividir sus tropas, violando la costumbre de sus predecesores; los cuales expusieron siempre á una batalla sola todas sus fuerzas: que aquel rey, terror poco antes del mundo, cuya orgullosa soberbia fué insufrible, apenas tuvo aviso de su venida, cuando convirtiendo en cordura su temeridad, se abrigó en las concavidades de las montañas, nó de otra suerte que de las breñas los animales medrosos al menor ruído de los pasajeros; entreteniendo y engañando la esperanza de sus soldados con su fingida dolencia; pero que nó por esto dilataria el combate, pues le acometeria en las mismas grutas donde vilmente se habia refugiado. » Palabras á la verdad magníficas, si hubiesen correspondido á verificarlas los efectos. Habiendo, pues, enviado á Damasco su plata y sus mas preciosas alhajas, debajo de una ligera escolta, marchó hácia la Cilicia con el grueso de su ejército, en cuyo seguimiento, segun el estilo de aquella nacion, iban su madre y su mujer con las princesas y su tierno hijo. Refiérese, que en una misma noche llegaron Alejandro á aquel estrecho paso de Siria, y Dario al otro, que llaman Pilas Amanicas. No pusieron duda los persas en la fuga de los macedonios, hallando abandonada la ciudad de Iso, en cuya creencia los confirmó el haber encontrado algunos soldados, á quienes no permitieron seguir el ejército sus heridas y enfermedades. Mandó Dario, á persuasion de los grandes de su corte, naturalmente crueles é inhumanos, que les cortasen las orejas y las manos, y que los pasasen por todo su campo, para que reconociendo bien sus fuerzas, pudiesen dar entera noticia de ellas á Alejandro. Levantados, pues, sus reales, pasó el rio Pinaro para cargar por la espalda en los que él creia fugitivos; pero, habiendo llegado al campo de los macedonios aquellos míseros soldados, y dádole noticia de que se encaminaba Dario á toda diligencia hácia ellos, no acababan de darles crédito: por lo cual, envió el rey espías para que desde las regiones marítimas reconociesen si venia él en persona, ó solo alguno de sus generales con alguna parte de sus tropas, con quienes era posible que se hubiesen equivocado aquellos soldados, teniéndolas por todo el ejército: pero, volviendo estas, se empezó á descubrir una multitud espantosa de hombres, y tan crecidos fuegos por la campaña, que no parecia sino un incendio toda ella, respecto de la dilatadísima extension que ocupaba, así el ejército, por su innumerable gente inútil y su mal órden, como el bagaje, cuando acampaba. Habiendo ordenado Alejandro su campo en el mismo lugar donde se hallaba, y prohibido que saliese alguno fuera de él, le fortificó de fosos y palizadas con increible gusto, al ver se le cumplia el deseo que habia tenido de combatir en aquellos lugares estrechos, si bien, como de ordinario sucede en todas las cosas donde es tanto lo que se aventura, no dejó de convertirse en cuidado su seguridad. Temia por una parte, nó sin razon, á la misma fortuna, á quien siempre habia reconocido favorable, y de cuya inconstancia tenia tantas experiencias, cuantos eran los mismos beneficios que de ella habia recibido; considerándose en víspera de quedar ó el mas triunfante, ó el mas infeliz príncipe del mundo. Alentábale empero, por otra parte, el creer mayores los premios que los peligros, y que si la victoria era incierta, ganaria una honrada y gloriosa muerte. Y así, después de haber dado órden á sus soldados para que se previniesen y estuviesen prontos á la tercera vigilia de la noche, subió á la cumbre de un monte, donde, haciendo encender grandes fuegos, sacrificó, segun el estilo de su patria, á los dioses defensores de aquellos lugares. Habia dado por tres veces la señal la trompeta, y sus tropas, dispuestas ya á marchar, teniendo órden de apresurar el paso, llegaron al romper el dia á los puestos que habian de ocupar. En tanto, sabiendo por los corredores que Dario no estaba mas distante de allí que treinta estadios, hizo el rey alto: y habiéndose armado, puso sus tropas en órden de batalla. Casi al mismo tiempo tuvo Dario por los amedrentados paisanos noticia de la marcha de Alejandro, la cual, cuanto le fué á él increible, por no esperar tuviesen atrevimiento de buscarle, cuando los seguia como á fugitivos, tanto mas terror infundia á su ejército, cuya disposicion era mas de marcha que de combate. Toman, pues, arrebatada y desordenadamente las armas, aumentando el pavor la misma precipitacion de los que se aceleraban á ellas. Suben unos á la eminencia del monte para reconocer las tropas del enemigo, y enfrenan sus caballos, siendo tal el desórden en que los habia puesto la confusion, que apenas se hallaba quien mandase. Habia resuelto Dario desde el principio ocupar la cumbre de un monte con alguna porcion de su ejército, y poner hácia aquella parte del mar que cubria el ala derecha de su ejército algunas tropas para coger en medio al enemigo, y que de todas partes fuese oprimido; y enviado veinte mil hombres y algunas compañías de flecheros con órden de que pasasen el rio Pindaro, que

estaba en medio de ambos ejércitos, y se opusiesen á los macedonios, ó cuando no pudiesen conseguirlo, se retirasen á los montes, y disponiendo alguna emboscada cargasen al enemigo por la espalda; pero, mas poderosa la fortuna que toda la providencia de este príncipe, se burló de sus órdenes, imposibilitando en unos con el miedo su ejecucion, y haciéndola inútil en otros; porque en llegando á debilitarse los miembros que sustentan el cuerpo, es preciso que este se rinda y caiga oprimido de su mismo peso.

IX. El órden y disposicion del ejército de Dario era en esta forma. Mandaba el ala derecha Nabarzanes con la caballería y veinte mil hombres entre flecheros y honderos, en la cual estaba Timondas con treinta mil infantes mercenarios de Grecia, la flor sin duda del ejército, y en nada inferiores á la falanje macedónica. Gobernaba la siniestra Aristómenes, natural de Tesalia, con veinte mil bárbaros, en cuyo socorro los seguian las naciones mas belicosas. Iba el rey en la misma ala, en la cual habia de pelear, rodeado de su guardia ordinaria, compuesta de tres mil hombres escogidos, y de un cuerpo de cuarenta mil infantes, á quien seguia la caballería de los hircanos y de los medos, y á esta la de los demás pueblos, mezclados indiferentemente en el ala derecha y siniestra del ejército, cuya vanguardia ocupaban seis mil hombres entre honderos y flecheros. Finalmente, no habia espacio en la estrechez de aquellos lugares, donde se pudiese alojar, que no le ocupasen las tropas de su ejército, cuyas dos alas se extendian, una hasta la montaña y otra hasta el mar, en medio de las que estaban la madre y mujer de Dario, con crecido número de mujeres. Tal era la disposicion del ejército de los persas, á cuyo opósito puso Alejandro al frente del suyo la falanje, en que consistia la mayor fuerza de los macedonios: en el ala derecha á Nicanor, hijo de Parmenion, reforzado por Cenon, Perdicas, Meleagro, Tolomeo y Amintas, todos al frente de las tropas que mandaban: y en la siniestra, que miraba hácia el mar, á Parmenion y á Cratero, con órden de que este obedeciese á aquel. Distribuyó en las dos alas la caballería: puso en la derecha la de los macedonios y tesalos; y en la siniestra la del Peloponeso, y delante algunas compañías de honderos y flecheros fortificados de la caballería lijera de los tracios y cretenses. Opuso á las tropas que Dario habia enviado sobre el monte á los agrianos recien llegados de la Grecia, encargando á Parmenion se extendiese hácia el mar lo mas que pudiese para que quedasen apartados de las rocas de que se habian apoderado los bárbaros, si bien estos, no teniendo ánimo para acometer á los que iban á ellos, ni para cargar por la espalda á los que pasaban delante, amedrentados solo de ver á los honderos, se pusieron en fuga, lo cual aseguró á Alejandro el flanco de su ejército por donde temió siempre recibir algun daño de lo alto. Marchaban solo treinta y dos soldados por fila, respecto de no permitir la estrechez del lugar el que se dilatasen mas; aunque poco despues se fuéron extendiendo sus batallones, y tuvieron espacio bastante para aumentar las filas de la infantería, y para que la caballería ocupase las alas del ejército.

X. Hallábanse ya los dos ejércitos á vista el uno del otro, aunque á mayor distancia que de un tiro de saeta, cuando empezaron primero á sentirse, por su desordenada marcha y descompasados gritos, los persas, á quienes correspondieron inmediatamente los macedonios con los suyos, excesivos en el estruendo, aunque ellos inferiores en el número, respecto de que rebatiendo en aquellos montes y resonando en aquellas espaciosas selvas, multiplicaban estas, como de ordinario sucede con todas las que le reciben, su sonido, volviéndole con mayor ruído y estruendo. Marchaba Alejando al frente de su ejército; á cuyos soldados hacia señas con la mano para que caminasen á moderado paso, y no se fatigasen de suerte que les faltase el aliento en la primera marcha; y puesto á caballo y recorriendo sus escuadrones, esforzaba con diverso estilo á todos, proporcionando al genio y espíritu de cada nacion las palabras que mas pudieran persuadirlos. Recordaba á los macedonios las innumerables batallas que habian ganado en tantas guerras de la Europa para sojuzgar el Asia y las últimas partes del oriente, á donde los habian llevado, mas que su persuasion, su propio gusto y antiguo valor. Que, siendo los libertadores del mundo, y habiendo dilatado sus victorias mas allá de los límites que prescribieron Hércules y Baco, no solo debian imponer el yugo á los persas, sino á todos los demás pueblos del mundo. Que los bactrianos y los indios obedecerian á los macedonios; y que lo que entónces veían era de cortísima consideracion, respecto del todo de que los haria señores sola una victoria: que no siempre habian de permanecer entre las rocas de Iliria y de Tracia, haciendo una guerra estéril é ingrata; pues esperaba fuesen los despojos de todo el oriente premio de su valor y de sus fatigas: y que apenas necesitarian sacar la espada contra aquella muchedumbre, fluctuante ya en su miedo, á quien podrian derribar solo con los golpes de sus escudos. Sobre cuyas persuasiones invocaba á su padre Filipo, vencedor de los atenienses, representando á los suyos la Beocia, poco antes sujeta, y la mas célebre de sus ciudades destruida y arruinada por los fundamentos, mostrándoles unas veces la jornada del Granico, y otras el considerable número de ciudades que habian ganado ó por fuerza ó por convenio; y finalmente, la gran cantidad de provincias que dejaban sujetas á su obediencia. Pasando después hácia los griegos, les hacia memoria: de cómo aquellos pueblos eran sus antiguos enemigos, y de quienes habia recibido la Grecia tan considerables daños, cómo, primero Dario y después Jerjes, con insoportable orgullo, les habian impuesto, en mayor prueba de una infame servidumbre, tributos hasta en la tierra y en el agua: que este último inundó su patria tanto de hombres como de animales, agotando los rios y consumiendo cuanto la naturaleza produce para el alimento de los hombres; y últimamente, que habian saqueado sus ciudades, quemado los templos de los dioses, y violado todo género de lugares, así divinos como humanos. Enderezándose después hácia los ilirios y tracios, gente acostumbrada á vivir de la rapiña, les decia que contemplasen el ejército de los enemigos resplandeciente todo con el oro y la púrpura, y menos cargado de armas para el combate que de materia para la presa y el despojo: persuadiéndolos á que, pues eran hombres, fuésen á ellos, y arrebatasen de aquellas mujeres cuantos adornos se ofrecian en ellas, y permutasen sus montañas, cubiertas siempre de nieves y hielos, por aquellas hermosas llanuras y ricas campañas de la Persia.

XI. Habiendo llegado á tiro de saeta, cargó furiosamente la caballería de los persas al ala izquierda del enemigo, con la cual deseaba Dario combatir, por saber que la mayor fuerza del ejército de los macedonios consistia en su falanje. Empezábase tambien á embestir el ala derecha de Alejandro; el cual, al punto que lo reconoció, dejados sobre la montaña solo dos escuadrones, pasó los demás con la mayor diligencia á lo mas peligroso del combate: y destacan-

do de sus escuadras la caballería de los tesalos, dió órden á quien los mandaba, que, conduciéndolos secretamente por detrás de sus batallones, se juntase con Parmenion, y ejecutase sus órdenes. Aunque se hallaban por todas partes rodeados de los persas, se defendian valerosamente: pero, estando tan juntos los unos con los otros, ó no podian disparar sus armas, ó si arrojaban algunas, al punto se encontraban en el aire unas con otras, é impidiendo su violencia, caian en tierra sin hacer efecto alguno, ó era tan débil el golpe, como corto, ó ninguno el daño que causaban. Con que, hallándose precisados á combatir tan de cerca, echaron todos mano á las espadas, con las que hicieron mucho estrago; porque estaban tan inmediatos ambos ejércitos, que se tiraban cuerpo á cuerpo, hiriéndose unos á otros en los rostros. No era permitido entónces, ni al cobarde, ni al perezoso, que dejase de obrar, pues peleando á pié firme, y cuerpo á cuerpo, como en un combate singular, no podian dejar su puesto si no hacian otro con la muerte de su enemigo; y entónces, adelantando solo un paso, fatigados y cansados, encontraban otro contrario de refresco, sin ser concedido á los heridos, como de ordinario sucede, que se les pudiese retirar de la batalla, respecto de tener por el frente al enemigo, y á los suyos por la espalda; y ambos se lo impedian igualmente. Cumplió por su parte Alejandro á un tiempo con las obligaciones de soldado y de capitan, procurando con ardiente anhelo lograr la gloria de dar por su mano muerte á Dario; el cual, descubriéndose de todas partes sobre un carro, era objeto de tan poderoso incentivo en los suyos para su defensa, como en los enemigos para su muerte. Entónces Oxatres, su hermano, viendo cuán vivamente le apretaba Alejandro, se puso delante de su carro con la caballería que mandaba, señalándose entre todos tan igualmente su valor, como su gallarda disposicion y resplandecientes armas, y nó menos su ferocidad contra todos, y su piedad con poquísimos, pues, combatiendo contra los que obstinadamente le resistian, dió muerte á muchos, y obligó á otros á que se pusiesen en fuga. Animados empero los macedonios con la presencia de su rey, y encorajados unos y otros, rompieron aquel escuadron, haciendo en él tan cruel estrago, que en brevísimo espacio se llenó todo de horror y de sangre. Veíanse al rededor del carro de Dario muchos grandes señores y capitanes, postrados en aquel suelo sobre sus propios rostros, en la misma postura que combatiendo á vista de su rey habian caido, traspasados todos sus cuerpos de las heridas; entre los que se reconocian Aticies, Reomitres, y Sabaces, gobernador este del Egipto, los cuales habian mandado en otras ocasiones grandes ejércitos, rodeados de innumerable infantería y caballería de menor grado, amontonados los unos sobre los otros. Por parte de los macedonios fuéron pocos los muertos, y estos, de los que cargaron con mayor furia en el primer combate, entre los que salió herido ligeramente Menandro de una cuchillada en el muslo derecho. En tanto, los caballos que conducian el carro de Dario, oprimidos por los crecidos golpes que recibian, y enfurecidos del dolor de sus heridas, empezaron á enarbolarse, y á sacudir el yugo con tal violencia, que corrió gran riesgo de ser volcado el príncipe; el cual, temiendo caer en manos del enemigo, se arrojó á tierra, y puso en uno de los caballos que le seguian, despojándose ignominiosamente de todas las insignias reales, para evitar pudiesen descubrirle por ellas en la fuga. Encomendáronse á ella inmediatamente todos, y arrojando las armas, que habian tomado antes para su defensa, se salvaron como pudieron. Tan amedrentados los tenia el miedo, que desconfiaban hasta de sus mismos reparos y socorros. La caballería que Parmenion habia destacado, seguia á toda prisa á los fugitivos, que desde el frente habian ido á dar á aquel lugar. Y si bien apretaban vigorosamente los bárbaros en el ala derecha á la caballería de los tesalos, habiendo desbaratado uno de sus escuadrones, haciendo estos un caracol, volvieron valerosamente á la carga, y hallando á los persas en el desórden que los tenia la confianza de la victoria, los rompieron, é hicieron en ellos considerable mortandad, respecto de que, siendo tan difícil á los caballos, como á los ginetes persas, revolver á una y otra parte, por la gran pesadez con que iban armados, y fácil á los tesalos el manejar por su destreza y ligereza los suyos á todas manos, les ganaban la grupa, les daban muerte, ó los hacian prisioneros. Alejandro, noticioso de tan feliz suceso, no habiéndose atrevido antes á seguir á los bárbaros, viéndose ya por todas partes victorioso, fué inmediatamente con la mayor presteza en su seguimiento. No llevaba consigo mas de mil caballos, y sin embargo, era grande el estrago que hacia en los enemigos. ¿Pero, quién en el calor de una victoria, ni en el desmayo de una derrota puede enumerar las víctimas? Ahuyentaba de sí, cual pudiera á un rebaño de ganado, á aquella desordenada turba, á quien el mismo pavor, que le precipitaba á la fuga, le era de estorbo á la misma fuga. Sin embargo, los griegos, que iban á sueldo de Dario debajo del mando de Amintas, uno de los capitanes de Alejandro antes, y entónces del partido contrario, separados de los demás, se habian retirado, nó como fugitivos, sino haciendo honrosa resistencia. No así los bárbaros, los cuales, tomando bien diversas derrotas, siguieron, unos el camino derecho de Persia, y ganaron otros los bosques, las montañas y las grutas, habiendo sido pocos los que volvieron al campo. De esta suerte quedó dueño de él el vencedor; y habiéndole saqueado los soldados, le hallaron lleno de riquezas, de cantidad de oro y de plata, mas para la ostentacion de una vana magnificencia, que para los gastos de una guerra: y cargando mayor porcion de la que podian llevar, dejaban cubiertos los caminos de lo menos estimable que su avaricia habia despreciado. Llegaron tambien hácia donde se hallaban las mujeres, á quienes arrebataron con tanta mayor violencia sus joyas y sus adornos, cuanto es esto lo que ellas mas apetecen, sin que perdonasen á su honestidad y decoro, violado por su desenfrenada liviandad y apetito. No se oian en todo el campo sino clamores, llantos y gemidos, segun era la infelicidad á que cada uno se hallaba reducido, no habiendo quedado ningun género de daño, ni de vituperio, que no practicase indistintamente en todo sexo y edad, la desenfrenada crueldad y violencia. Nada empero acreditó tanto el vano y débil poder de la fortuna, como ver que, los mismos que habian dispuesto la tienda de Dario con el mayor aparato y superfluidad que pudo prevenirse, guardasen pocas horas después todas aquellas riquezas, como para su antiguo dueño, para Alejandro; siendo lo que únicamente perdonaron los soldados, por ser costumbre recibir al vencedor en la tienda del vencido. En el ínterin, la madre, y la mujer de Dario, hechas prisioneras, se llevaban los ojos y los corazones de todos, venerable aquella por su edad, y por la magestad de su persona, y esta por su hermosura; la cual, en medio de todas sus aflicciones, no habia padecido mudanza, ni perdido nada de su belleza. Traia en los brazos á su hijo, cuya tierna edad no pasaba de seis años, naci-

do en la esperanza de aquella gran fortuna que su padre acababa de perder. Veíanse tambien dos adultas princesas, recostadas sobre el regazo de su anciana abuela, deshechas en lágrimas, y consumidas de la congoja, lamentando, nó tanto su propio infortunio y miseria, cuanto el de aquella. Rodeábalas crecido número de señoras, las cuales, olvidadas de su antiguo decoro, de su compostura y belleza, rasgadas sus vestiduras, y mesándose los cabellos, llamaban á aquellas princesas, cuanto antes con propio título, entónces con impropio nombre, « sus reinas, y sus señoras. » Olvidando, en fin, su propia miseria, solo procuraban saber de Dario, hácia qué parte habia combatido; y cuál habia sido en tan gran peligro el suceso de su fortuna, sin tenerse por prisioneras, como él viviese; pero aquel infeliz príncipe, mudando de rato en rato de caballos, se habia alejado á crecida distancia con la fuga. Murieron en esta batalla de parte de los persas cien mil infantes y diez mil caballos; de la de Alejandro solo quedaron quinientos y cuatro heridos, y muertos treinta y dos infantes, y ciento y cincuenta caballos. Con tan corta pérdida adquirió tan gran victoria.

XII. Cansado el rey de seguir á Dario, viendo que la noche se acercaba, y que no le podia alcanzar, se volvió al campo de los enemigos, á quien su gente acababa de robar, y mandó disponer un convite para los grandes de su corte, no embarazándole asistir á él su herida, respecto de ser muy superficial; pero no bien se hubieron sentado á la mesa, cuando oyeron en la tienda inmediata tan espantoso ruído, mezclado de tales gemidos, que, llenando de pavor toda la campaña, obligaron á los que hacian guarda delante del alojamiento del rey á que corriesen á las armas, temiendo que aquel rumor no fuese principio de mayor tumulto. Causaban este alboroto la madre y mujer de Dario, y las demás señoras prisioneras; las cuales, teniendo á su príncipe por muerto, le lloraban á su bárbara usanza con grandes sollozos y lamentables suspiros. Hallándose cierto eunuco delante de la tienda de Dario vió su manto en manos de un soldado, que acaso lo encontró poco después de habérselo quitado el rey para no ser conocido, como dejamos dicho; y creyendo le habia recogido por muerte suya, las aseguró, por noticia cierta lo que fué errado juicio suyo. Refiérese, que, noticioso Alejandro de la causa de su amargura, compadecido igualmente de ella, que de la desgracia de Dario, prorumpió en lágrimas, y que mandó á Mitrenes, el cual entregó la ciudad de Sardes, y sabia la lengua pérsica, que pasase á consolarlas; pero, considerando que podria renovar su indignacion y dolor la vista de aquel traidor, envió á Leonato, uno de los primeros señores de su corte, con órden de que las asegurase vivia el príncipe, á quien lloraban por muerto. Leonato, habiendo llevado consigo algunos soldados, se encaminó á la tienda de aquellas princesas, á cuyos criados mandó las avisasen estaba allí de parte de su rey; pero estos, discurriendo al ver hombres armados, que era llegado el fin de sus reinas, corren dentro, diciendo en altas y tristes voces: « Que aquella gente venia á darlas muerte. » En cuyo funesto trance, no sabiendo aquellas infelices princesas á qué resolverse, ni atreviéndose á responderle, dejaban á la discrecion del vencedor lo que quisiese obrar. Finalmente, Leonato, después de haber esperado largo tiempo, viendo que nadie parecia, dejó sus soldados á la puerta, y entró en la tienda, atemorizando mas el verle entrar sin que nadie le condujese. Postradas, pues, á sus piés, le piden: « Que antes que les quite la vida, las permita sepultar el cuerpo de Dario á usanza de su patria, ofreciéndose á morir gustosas, habiendo cumplido con aquella última obligacion que debian á su rey. » Aseguróles Leonato de su recelo, haciéndoles saber: « Que vivia Dario, y que su rey estaba tan lejos de ocasionarlas el menor disgusto, como pronto á atenderlas y tratarlas con la decencia y decoro que correspondia á su grandeza y soberanía. » Con lo cual Sisigambis, volviendo á recobrar el perdido aliento, permitió que Leonato le ayudase á levantar. El dia siguiente, haciendo Alejandro enterrar á sus difuntos soldados, concedió el mismo honor á los cadáveres de los mas ilustres persas, y á la madre de Dario permiso para que pudiese mandarlo hacer conforme á su estilo con todos los que gustase; pero aquella prudente princesa, admitiendo el favor del rey, solo se valió de él para dar sepultura á alguno de sus mas inmediatos parientes, con la moderacion que pedia el estado presente de su fortuna, y sin el ostentoso aparato que estilan los persas en semejantes casos, por prevenir no seria bien visto de los enemigos que excediese de la templanza con que ellos habian hecho aquella funcion. Habiendo, pues, cumplido Alejandro con todas aquellas obligaciones de piedad, envió á avisar á las dos reinas que pasaba á visitarlas; y haciendo retirar á todos los que le acompañaban, entró en la tienda con solo Efestion. Era valido suyo, y habiéndose criado juntos, tan dueño de su confianza y de su afecto, que no habia persona que se atreviese á hablarle con la libertad que él; si bien lo hacia con tal cordura, que mas parecia permiso del rey que licencia suya. Eran de una misma edad; pero de tanto mejor disposicion y gentileza Efestion, que teniéndole por el rey aquellas princesas, le saludaron y reverenciaron como á tal. Advertidas empero de su equivocacion por algunos eunucos cautivos, se arrojó Sisigambis á los piés de Alejandro, dando por disculpa de su yerro, « el ser la vez primera que le veia. » Á cuyo tiempo, levantándola el rey, y tratándola con el título de madre suya, la dijo: « Que no le habia padecido por ser Efestion otro Alejandro. » Verdaderamente que si hubiese conservado este príncipe, hasta el fin de su vida, igual moderacion de ánimo á la que usó entónces, avasallando el orgullo y la cólera, de cuyos vicios predominado tiñó indignamente después en los festines sus manos con la sangre de sus mas fieles amigos, y dió precipitada muerte á aquellos grandes varones, á quienes debia parte de sus victorias: cierto le reputaria aun por mas feliz y glorioso de lo que se mostró cuando, después de haber sojuzgado con tan esclarecidas victorias todas las naciones, que se dilatan desde el Helesponto hasta el océano, imitó el triunfo de Baco. No habiendo empero preocupado aun entónces su espíritu la fortuna, respecto de estar en sus principios, usó de ella con moderacion y prudencia, hasta que, creciendo después, y faltándole fuerzas para soportar su grandeza, quedó oprimido de ella. Lo cierto es, que en aquellos primeros años, excedió en benignidad y continencia á todos sus predecesores. Vivió con las hijas de Dario, princesas de admirable hermosura, como si hubiesen sido hermanas, estando tan lejos de hacer experiencia de la honestidad de la reina, cuya belleza era la mayor que entónces se conocia, que puso sumo cuidado en evitar cuanto fuese de su desagrado. Finalmente la atencion, benignidad y decoro con que las trató fué tal, que de cuantas conveniencias tenian antes, ninguna pudieron echar menos entónces, sino la confianza; la cual nunca se tiene en el enemigo, por humano y cortés que sea su tratamiento. Hizo tambien que se en-

tregasen á las señoras todas sus joyas, su recámara y bagaje; á cuyas urbanas demostraciones reconocida Sisigambis: «Mereces, señor, le dijo, que nosotras hagamos por tí los mismos votos que hacíamos por nuestro Dario, pues experimento que no solo le excedes en la felicidad, sino en la justicia, y en las demás virtudes. Tú me llamas madre, y me honras con el título de reina, cuando me confieso sierva tuya, reconociendo tan dulce el yugo de tu imperio, que aun la memoria de mi pasada felicidad no basta á hacerme desabrido el estado de mi presente fortuna; porque es tan gloriosa tu generosidad, que estando á tu arbitrio el disponer de nosotras, has querido antes darnos repetidos testimonios de tu clemencia, que del rigor que fuera tan indigno de tí.» Animólas el rey en su afliccion, y tomando en sus manos al hijo de Dario, sin extrañarle aquel tierno infante, le echó los suyos, dejando al rey tan suspenso de su amabilidad, que, vuelto después á Efestion: «Cuánto me holgara, le dijo, de que Dario tuviera alguna parte de esta docilidad.» Después de lo cual, y de haber salido de la tienda, y consagrado tres altares en la ribera del rio Pinaro, uno á Júpiter, otro á Hércules y otro á Minerva, pasó á Siria, enviando delante á Parmenion á Damasco, donde estaba el tesoro de Dario.

XIII. Continuando Parmenion su marcha á Damasco, supo en el camino que iba delante de él uno de los sátrapas del rey, y temiendo, respecto de la poca gente que llevaba, que le acometiese, resolvió esperar mayor refuerzo. En cuyo ínterin le llevaron los corredores cierto hombre llamado Mardo, á quien encontraron, el cual dió á Parmenion unas cartas, que el gobernador de Damasco escribia á Alejandro, añadiendo de palabra: «Que su señor pondria en manos del rey toda la plata, y los muebles de Dario». Abriólas Parmenion para asegurarse mas de él, y viendo pedia en ellas á Alejandro, «le enviase prontamente uno de sus capitanes con alguna gente», volvió á despachará Mardo, el cual, escapándose de las guardas que llevaba, llegó á Damasco antes del dia. Puso este accidente en cuidado á Parmenion, el cual, temiendo alguna emboscada, no se atrevia á aventurarse sin guia por aquel desconocido país. Con todo, fiándose en la buena fortuna de su dueño, hizo buscar algunos paisanos que mostrasen el camino, y le pusieron al cuarto dia en la ciudad: cuyo gobernador, recelando no se hubiese dado crédito á sus cartas, habiendo mostrado á los suyos no se tenia por seguro en aquella plaza, hizo, al romper el dia, poner en la puerta falsa todo el dinero del rey, a quien los persas llaman Gaza, y lo mas precioso que tenia á su cuidado; y afectando en lo exterior que huia para poner en salvo aquel tesoro, se disponia á entregarle al enemigo. Saliendo, pues, de la ciudad, le seguian millares de hombres y de mujeres, las cuales movian compasion á todos, si nó á aquel, en quien se habian fiado; pues por lograr mayor recompensa llevaba á los enemigos una presa, que no ignoraba era mas preciosa que todo el oro del mundo, pues se componia de las mujeres y los hijos de los sátrapas de Dario, y de los mayores señores de la Persia, entre quienes se hallaban los embajadores de las ciudades griegas, cuya guarda habia dejado Dario, como en fortaleza segura, al cuidado de este traidor. Llaman los persas gambas á los ganapanes, que llevan á cuestas todo género de carga; estos, pues, no pudiendo tolerar el frio que ocasionaban las grandes nieves, que repentinamente sobrevinieron, echando mano de aquellas preciosas ropas de oro y púrpura, que llevaban con la plata del rey, se las pusieron, sin que se atreviese alguno á embarazárselo, para que no faltase en el lamentable estado de la fortuna de Dario la ignominiosa circunstancia de que tuviese osadía la parte mas vil del vulgo para profanar los adornos de su real persona. Pareció aquella turba á Parmenion número capaz de no despreciarle; y así, habiendo puesto en órden de batalla á su gente, y animándola con breves palabras, como pudiera, si hubiese de combatir, la mandó que se avanzase á galope, y que con acelerado ímpetu cargase en ella; pero no les dieron lugar á que lo hiciesen los que conducian aquellas cargas; pues atemorizados á vista suya, las arrojaron y se entregaron á la fuga, haciendo lo mismo los soldados que iban de escolta, á quienes afectó imitar el mismo gobernador, mostrándose igualmente atemorizado para encubrir mejor su traicion. Vefanse riquezas inmensas en aquel campo esparcidas por una y otra parte; todo el oro destinado para la paga de tan numeroso ejército; las soberbias recámaras de aquellos grandes señores y señoras; vasos de oro; frenos de lo mismo, tiendas magníficas y carros, abandonados por quienes los conducian; espectáculo á la verdad lastimoso y suficiente á compadecer á los mismos que se cebaban en la presa, si bastase el mas lastimoso á detener el ímpetu de una desenfrenada avaricia; porque cuanto por espacio de muchos siglos habian atesorado en contínua prosperidad tantos reyes, cuyo precio era inestimable, tanto se veia expuesto allí al peligro, cuyos ricos despojos arrebataban unos de entre las breñas, y otros de en medio del lodo y de los cenagales, no habiendo manos para robar tan copioso botin. Habíase ya dado alcance por los que partieron en su seguimiento á los que se anticiparon á la fuga, entre los que hicieron prisioneras infinitas mujeres, las cuales llevaban en sus brazos á sus tiernos hijos, y con ellas tres adultas princesas, hijas del rey Oco, antecesor de Dario, reducidas por la instabilidad de la fortuna, desde la elevada grandeza del padre, al abatido estado de una gran pobreza que acabó de hacer mas infeliz este último revés de la fortuna. Hallábanse en aquella tropa la misma viuda de Oco, la hija de Oxatres, hermano de Dario; la mujer de Artabazo, una de las mayores señoras del reino, y su hijo Ilioneo; la mujer é hijas de Farnabazo, general de todas las demás costas; tres hijas de Mentor; la mujer y el hijo del esclarecido capitan Memnon, sin que apenas hubiese casa ilustre en toda la Persia que no tuviese parte en esta calamidad, de la que no se libraron algunos de los mas ilustres lacedemonios y atenienses, pues fuéron tambien prisioneros de estos, Aristogiton, Dropides é Ifícrates; y de los lacedemonios, Pausippo, Onomastotides, Monimo y Calicratides. La plata que se halló en moneda importó dos mil y sesenta talentos, y la labrada quinientos, sin la cual y los prisioneros que dejamos referidos, lo quedaron tambien treinta mil personas, habiéndose tomado siete mil bestias cargadas de bagaje. No permitiendo empero los dioses quedase sin castigo el autor de tan considerable desolacion, dispusieron fuese el precio de ella su vida, la cual rindió sus últimos alientos ó los acerados filos de la espada de uno de los cómplices, que, conservando aun, á lo que juzgo, algun respeto á la majestad del príncipe, aunque reducido á tan lastimoso estado, habiendo cortado la cabeza á aquel traidor, la llevó á Dario, á quien en medio de su infortunio no dejó de serle de algun consuelo ver castigada aquella maldad, y experimentar que nó todos sus vasallos habian olvidado la fidelidad y veneracion que le debian.

LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO DE ESTE LIBRO.

I. Responde Alejandro con real magnanimidad á las orgullosas cartas de Darío: da el reino de los sidonios á Abdolomino, descendiente de reyes y, aunque sumamente pobre, de magnánimo corazon: muerte de Amintas (que habia dejado el partido de Alejandro) á manos de los persas, y de muchos capitanes de Darío á las de los macedonios. — II. Pone Alejandro sitio á los tirios, porno haberle querido admitir.— III. Hacen célebre y famoso el sitio de Tiro los dudosos acontecimientos de la guerra.—IV. Apodérase por último Alejandro de Tiro, donde hace considerable estrago su ejército.—V. Escribe Darío á Alejandro con mas urbanos términos sobre la paz, cuyas condiciones desprecia: presentan los griegos á Alejandro una corona de oro: reduce debajo de su obediencia muchas provincias por medio de sus capitanes.—VI. Mientras Darío se dispone para la guerra, toma Alejandro la ciudad de Gaza y castiga gravemente á Batis, su gobernador.—VII. Pasa Alejandro á visitar el templo de Júpiter Hamnon, á cuyo oráculo hace varias preguntas.—VIII. Fundacion de Alejandría en Egipto, y diversas expediciones de Alejandro.—IX. Llega Darío á Arbela, y bien á pesar suyo pasa Alejandro el Éufrates y el Tigris.—X. Amedrenta á los soldados de Alejandro un eclipse de luna; pero él los asegura y esfuerza por medio de adivinos de Egipto: pone en fuga á los persas que asolaban y destruian todo el país: muere la mujer de Darío, prisionera, de la tristeza, y llora Alejandro su desgracia: sospechas, sentimiento de Darío.—XI. Pide Darío tercera vez la paz sin fruto, y niegásela tambien Alejandro, persuadiéndole á que se rinda ó haga la guerra.—XII. Atemorízanse los macedonios viendo en batalla el ejército de los persas: pero por último, llegando á ellos, toman alegremente las armas.—XIII. Opónese Alejandro al voto de Parmenion y de Pelipercon, que era de que se combatiese de noche, y, despues de haberse entregado por algun rato al reposo, anima á los suyos al combate.—XIV. Oracion de Alejandro á los griegos, y de Darío á los persas.—XV. Descripcion de la sangrienta batalla que se dieron los dos ejércitos cerca de Arbela: vencedor Alejandro, sigue á Darío vencido y derrotado.—XVI. Vese Alejandro en peligro y líbrale de él su gran valor: obtienen finalmente los macedonios una completa victoria, y obligan al resto de los persas á que se salve por medio de la fuga, con considerable pérdida de gente.

I. Darío, que poco antes se habia visto con un ejército tan numeroso y florido, habiendo salido á la batalla elevado en un carro, mas en apariencia de triunfo, que en disposicion de combate, huia por aquellas campañas, cuanto antes cubiertas de infinito número de sus tropas, tanto entónces desiertas y solas. Caminó, á bien acelerado paso, aquel infeliz príncipe toda la noche, con cortísimo acompañamiento, respecto de no haber tomado todos la misma derrota, y de no poderlo hacer los que le seguian, por la frecuencia con que remudaba caballos. Llegó, en fin, á Unca, donde fué recibido de cuatro mil griegos, con quienes se encaminó hácia el Éufrates, creyendo que solo tendria por suyo lo que con la presteza ocupase primero. En el ínterin, habiendo hecho Parmenion entrar todo el botin en Damasco, tuvo órden del rey para que se entregase de él y pusiese en custodia á los prisioneros, y noticia de haberle hecho merced del gobierno de Siria, á quien llaman Cele. No bien reducidos los sirios, en medio de tantas derrotas, llevaban con sumo desabrimiento el yugo de aquella nueva servidumbre; pero, escarmentados del castigo que se hizo en ellos, se contuvieron en su deber. Rindióse tambien la isla de Arado; y si bien Estraton, rey entónces, conservaba aun las ciudades marítimas, y otros muchos lugares distantes del mar, los entregó despues á Alejandro; el cual, habiéndole admitido debajo de su fé, marchó hácia la ciudad de Marato. Recibió en ella una carta de Darío, escrita con tan soberbios términos, que quedó muy ofendido de ellos; pero aun mas de que, usando en ella el título de rey, no se le pusiese. Decíale, mas con imperios de quien manda, que con sumisiones de quien pide: «Que le restituyese su madre, su mujer y sus hijos, por cuyo rescate le entregaria cuanto dinero bastase á satisfacer á toda Macedonia, y que por lo que miraba al reino le disputarian, si gustase, cuerpo á cuerpo en igual combate. Pero que, si se hallaba aun capaz de admitir consejo, le persuadia se contentase con el de sus antecesores, sin invadir agenos dominios, en cuyo caso admitiria para lo venidero su amistad y alianza, la cual conservaria con inviolable fé.» Respondióle Alejandro en estos términos.—El rey Alejandro á Darío: «Darío, rey antiguo de Persia, y cuyo nombre tomasteis, derrotó en su tiempo á los griegos que habitaban las riberas del Helesponto, y arruinó con todo género de hostilidades á los jonios, antiguas colonias nuestras; y habiendo pasado el mar con un poderoso ejército, introdujo la guerra en lo mas interior de Macedonia y de la Grecia. Á cuyo ejemplo pasó despues de él Jerjes con espantosa multitud de bárbaros á presentarnos la guerra; y habiendo quedado vencido en una batalla naval, y precisado á retirarse, como lo hizo, dejó á Mardonio en la Grecia, para que saquease nuestras ciudades y desolase nuestras campiñas. ¿Y quién ignora que Filipo, mi padre, fué asesinado por los que sobornaron con largas promesas los vuestros? Porque los persas emprenden guerras impías, y hallándose con las armas en la mano, en vez de esgrimirlas con generoso espíritu contra los enemigos, venciéndolos con ellas, procuran comprar sus vidas al precio que por ellas se imponen, como se ha visto en vos mismo, que, sin embargo de hallaros con tan poderoso ejército, habeis ofrecido á un asesino mil talentos por mi muerte. Con que no siendo yo quien hace la guerra, sino quien solo se defiende, y la justificacion de los dioses quien mira por la causa á quien asiste esta, han favorecido mis armas, concediéndome el que haya reducido gran parte del Asia á mi obediencia, y que os haya roto y vencido enteramente en tan cumplida batalla. Y si bien no debia concederos nada de cuanto me pedís, por haber faltado á todas las razones de una buena guerra, os doy palabra de que si venís de la manera á que está obligado quien pide, os entregaré, sin rescate alguno, vuestra madre, vuestra mujer y vuestros hijos, para que conozcais que así como sé vencer, tambien obligar á los vencidos. Y si acaso recelais poneros en mis manos, os concederé salvo conducto, para que lo podais hacer seguramente. Pero no puedo dejar de advertiros, que cuando me escribais otra vez, os acordeis de que escribís á un rey, y rey vuestro. Despachó con esta carta á Tersippo, y tomó él la vuelta de Fenicia, donde, habiendo admitido á su obediencia la ciudad de Biblos, pasó despues á la de Sidonia, célebre por su antigüedad y por la fama de sus fundadores. Habiéndose rendido el rey Estraton, mas que de voluntad suya, precisado de las amenazas de sus habitantes, respecto de seguir el partido de Darío, quedó privado del reino, el cual, confiriéndole Efestion, por el permiso que tenia del rey, para hacerle el mas digno de los sidonios, á dos esclarecidos jóvenes hermanos, en cuya casa posaba, se escusaron de admitirle, dando por razon, no podian condescender á ello, sin contravenir á las leyes de aquel reino, las cuales ordenaban que ninguno pudiese ocupar el trono, que no fuese de la real sangre. Admirado Efestion de aquella heróica moderacion con que despreciaban lo que con tan crecido anhelo procuran los demás hombres por medio del hierro y del fuego, exclamó en altas voces: «¡Oh generosas almas! ¡Oh magnánimos corazones! Vos-

otros sois los primeros que con loable desengaño habeis conocido cuánto mas glorioso es rehusar un reino que poseerle. Nombradme, empero, alguno de la estirpe real, en quien viva siempre presente, cuando se halle colocado en el trono, la memoria de que os deba la corona que le ceñireis». Reconociendo entónces ellos la desmesurada ambicion con que muchos grandes señores de aquel reino aspiraban al trono, y las serviles indignidades, con que á precio de conseguirle obsequiaban á los favorecidos de Alejandro, le declararon: «Era, entre cuantos conocian, el mas merecedor de la corona Abdolomino, descendiente, aunque remoto, de la real estirpe, y á quien la suma pobreza le precisaba á mantener la vida del jornal que adquiria con su trabajo en un jardin fuera de la ciudad». Habíale reducido, como á otros muchos, su gran bondad, á aquella miseria, en la cual, atento á su trabajo, no habia oido el estruendo de las armas que tenian alterada toda el Asia. Y así, tomando aquellos dos jóvenes hermanos las insignias y ornamentos reales, partieron en busca de Abdolomino, á quien hallaron arrancando las viciosas yerbas de su jardin. Habiéndole saludado ambos, le dijo uno de ellos: «Depon esos inmundos andrajos para adornarte de estas reales vestiduras, y la trabajosa asquerosidad en que has envejecido; tén real ánimo, y acredita tu constancia y virtud en igual grado á la elevada fortuna de que te ha hecho merecedor. No empero olvides, cuando ocupando el real trono te veas árbitro soberano de la vida y muerte de todos tus ciudadanos, el estado en que te hemos hallado; ni que tu honrada y virtuosa pobreza es la que hoy se corona». Pareció á Abdolomino sueño lo que le pasaba; y así les preguntó: «¿Si no se avergonzaban de burlarse de él?» Cuya incredulidad y tardanza en ejecutar lo que le ordenaban les obligó, bien á pesar suyo, á lavarle, asearle y ponerle una vestidura de púrpura, recamada de oro. Después de lo cual, y de haberle asegurado, bajo de grandes juramentos, que no se burlaban de él, le condujeron á palacio. Dilatóse al punto por toda la ciudad, como de ordinario sucede, la noticia de esta novedad; la cual, cuanto á unos fué grata, tanto á otros de considerable disgusto, y con especialidad á los grandes y poderosos, cuya indignacion prorumpió ante los validos de Alejandro en grandes baldones y ultrajes de su bajeza y miseria. Ordenó el rey le llevasen á su presencia; y habiéndole observado por algun rato con bastante cuidado, le dijo: «aunque el aspecto de tu persona no desmiente tu noble é ilustre orígen, deseo saber ¿cuál ha sido la paciencia con que has tolerado tu calamidad y miseria? Permitan los dioses, señor, le respondió, que pueda llevar con tan grande ánimo y constancia la fortuna presente. Estas manos han satisfecho mis deseos, no deseando nada de cuanto me ha faltado.» Habiendo hecho el rey por esta respuesta el alto concepto que merecia la virtud de aquel varon, nó solo le concedió los bienes muebles de Estraton, sino gran parte de la presa de los persas, acrecentando su estado con una de las regiones vecinas. Mientras pasaba esto, llegó á Tripoli, Amintas (que, como hemos referido, habia dejado el partido de Alejandro) con cuatro mil griegos que le sirvieron después de la derrota. Habiéndose embarcado en aquel puerto pasó á Chipre, donde juzgando, por el estado presente de las cosas, que seria tan dueño de cuanto se apoderase, como pudiera, si con justo título lo poseyese, determinó dirigirse al Egipto, declarado enemigo de ambos reyes, que estaba pronto á ejecutar lo que con la mudanza y variedad de los accidentes reconociese ser mas conforme á sus intereses. Con cuyo fin, y el de animar á los soldados, esperanzándolos en el interés de tan rica conquista, les hizo saber: «habia muerto Sabaces, gobernador de Egipto, en la batalla: lo atenuadas que se hallaban las guarniciones de los persas, los cuales estaban sin cabo, y que, habiendo aborrecido siempre los egipcios á los gobernadores, los recibirian á ellos, antes como autores de su libertad, que como á enemigos: que la necesidad les precisaba á intentarlo todo; y que, habiendo malogrado la fortuna sus primeras esperanzas, debian fiar mas de las futuras, que de las presentes.» Á cuyas persuasiones movidos, declararon á una voz: «todos estaban prontos á ejecutar lo que dispusiese.» Y así, teniendo Amintas por mas conveniente valerse de aquel ardor, que dar tiempo á que se resfriase, entró en el puerto de Pelusa, como si le hubiese enviado delante Dario; y habiendo tomado la ciudad, hizo pasar sus tropas hasta Memfis. Los egipcios, pueblo ligero, y mas fácil de alterarse que de obrar accion alguna de consideracion, movido por la fama de su venida, saliendo de sus ciudades y villas, conspiraron generalmente todos, para echar de los presidios las guarniciones de los persas; los cuales, aunque en alguna manera quedaron amedrentados de aquella novedad, no perdieron del todo la esperanza de poder defender el Egipto. Pero, habiéndolos roto Amintas en batalla, y obligándoles á que se retirasen dentro de la misma ciudad de Memfis, puso sitio á esta, y envió sus tropas á forragear por aquellas campañas, como si se hallasen abandonadas, y no tuviesen enemigo de quien temer. Mazares, aunque reconoció á su gente perdida de ánimo después de aquella infeliz derrota, manifestándoles que los enemigos, ciegos con el feliz suceso de la victoria, se habian entregado enteramente al descuido, y esparcido por todas partes, los esforzó cuanto le fué posible á que hiciesen una salida, y á que en ella procurasen resarcir la reciente pérdida. Correspondió á la prudencia del consejo la felicidad del suceso, pues sin excepcion de alguno, fueron muertos todos con su capitan; quedando por este medio vengados ambos reyes, de quien habia sido tan infiel al que le habia amparado, como traidor al que como á su dueño debia guardar lealtad; y él, con el castigo que merecia de uno y otro. Los sátrapas de Dario, que quedaron de la jornada de Iso, habiendo juntado toda la gente que se libró con ellos, y alistado alguna juventud en la Paflagonia y en la Capadocia, intentaban recuperar la Lidia, de quien era gobernador Antígono, capitan de Alejandro; á quien, en medio de haber enviado al rey algunas tropas de sus mismas guarniciones, le dieron tan poco cuidado los bárbaros, que no escusó presentarles la batalla; en la cual no se le mostró menos favorable que en las demás, la fortuna; pues en tres combates que tuvieron en diversos lugares, quedaron rotos enteramente los persas; á cuyo tiempo derrotó la armada de los macedonios, que venia de Grecia, á Aristodemo, enviado de Ario, para que recuperase la costa del Helesponto, y echó á pique sus bajeles. Con todo, por otra parte Farnabazo, general de los persas, habiendo recogido el dinero que pudo de los milesios, y puesto guarnicion en la ciudad de Chio, pasó con cien naves hácia la isla de Andro, y de allí á Sifno; y habiéndolas asegurado, las condenó á una cantidad de dinero. Esta cruel guerra, encendida por dos reyes, los mayores de la Europa, y del Asia, para apurar cuál de ellos quedaria señor del universo, dilató sus llamas hasta Grecia y Creta; porque Agis, rey de los lacedemonios, habiendo vuelto á juntar ocho mil griegos, que, fugitivos de la Cilicia, se habian retirado á su

patria, hacia guerra á Antípatro, gobernador de Macedonia; y los cretenses, siguiendo indiferentemente unos un partido, y otros otro, se hallaban cargados de guarniciones, ó macedonias ó espartanas; si bien, habiendo inclinado los ojos la fortuna á sola una querella, de cuyo suceso pendia la decision de todas las diferencias del resto del mundo, los demás movimientos fueron de cortísima consideracion.

II. Sujetas enteramente Siria y Fenicia al poder de los macedonios, sin que de toda esta les quedase otra ciudad, que no lo estuviese, que Tiro, plantó el rey su campo en cierto lugar, á quien separa de aquella solo un corto brazo de mar. Parecióles á sus habitantes, que, hallándose aquella ciudad tan poderosa, y celebrada por la primera de ambas provincias, seria mas conforme á su reputacion solicitar la alianza de Alejandro, que sujetarse á su imperio. Con cuyo fin despacharon embajadores que le presentasen una corona de oro, y llevasen en gran abundancia víveres, y todo género de refresco. Admitió con gratitud el rey aquella demostracion; y, habiendo tratado con gran benignidad á los embajadores, les dió á entender: «deseaba, en cumplimiento del precepto del oráculo, hacer un sacrificio á Hércules, á quien con mas especialidad que á los demás dioses veneraban los tirios, y de quien los reyes de Macedonia creian descender.» Respondiéronle: «que en cierto lugar, llamado la Antigua Tiro, fuera de la ciudad, habia otro templo consagrado á Hércules, donde le podria hacer.» No pudiendo Alejandro reprimir su indignacion, en medio de su natural blandura, les dijo colérico: «que si por hallarse en una isla despreciaban su ejército, esperaba mostrarles bien aprisa, que estaban en tierra firme, y entrar á pesar suyo á fuego y sangre en su ciudad.» Despachados con esta respuesta los embajadores, no bastó, ni ella, ni las persuasiones con que procuraron sus aliados reducirlos á que abriesen las puertas á aquel conquistador, á quien se le habian sujetado Siria y Fenicia, para que dejasen sus ciudadanos de resolverse á tolerar el sitio, fiados en la fortaleza de su situacion, entre cuya ciudad y la tierra firme, se interpone un estrecho de mar de cuatro estadios de latitud; el cual, expuesto al viento africano, que de ordinario levanta allí terribles tormentas, era el mayor obstáculo al intento que los macedonios tenian de juntar la isla con la tierra firme, respecto de que, no pudiendo llevar á ella sin gran dificultad, aun estando el mar en tranquilidad y bonanza, material alguno, parecia tanto mas imposible estando en borrasca, cuanto entónces, aun los reunidos, quedan reducidos á estrago por los repetidos embates del reflujo, sin que pueda haber máquina, por firme que sea, á quien no destruyan las aguas que se introducen por las junturas de lo labrado, é inunden y abran las crecidísimas olas que levanta la impetuosa violencia del viento. Á cuya gran dificultad se añadia la de estar rodeados los muros y las torres por todas partes del mar, sumamente profundo allí; por cuya causa seria imposible arrimar las escalas, ni batirlas, si estas, y los instrumentos para hacerlo, no se asestaban á alguna distancia sobre las mismas naves; impidiendo tambien el muro que salia hácia el mar, que á pié firme se pudiese atacar de cerca; no sirviendo de menor atraso la falta de bajeles con que estaba el rey, y la fácilidad con que podrian, desde la ciudad, rechazarle (aun cuando los tuviese) si se llegasen á ella á tiros de flechas, no pudiendo hacer efecto alguno las máquinas que se armasen sobre ellas, respecto de la agitacion de las ondas. Á cuyas impenetrables dificultades se allegó cierto accidente, que aumentó la confianza de los tirios, é inflamó mas sus ánimos para la defensa. Este fué, haber enviado los cartagineses unos embajadores á Tiro para hacer, á la manera de su patria, el sacrificio, que repetian todos los años, en reconocimiento de haber fundado á Cartago los tirios, á quienes honraban como á padres suyos. Estos, pues, esforzándolos á la vigorosa resistencia de aquel sitio, les ofrecieron pronto socorro, siéndoles fácil dárselo, hallándose entónces Cartago señora del mar. Con que, resueltos á defenderse hasta el último trance, se distribuyeron por las torres y los muros las máquinas é instrumentos de guerra, se armó la juventud, y se les señalaron sus tiendas á los ingenieros, de que habia grande abundancia en la ciudad, donde no se oia sino el estruendo y las disposiciones para la guerra. Hallábanse algunos garfios de hierro, á quienes llamaban arpagones, así como cuervos ó ciertos instrumentos, hechos para asir las máquinas de los enemigos; con infinita diversidad de armas defensivas y ofensivas. Introducido empero el hierro en muchas fraguas para forjar las armas, se refiere, que, al encenderlas el fuego, se veian correr por debajo de las llamas arroyos de sangre, cuyo prodigio interpretaron los tirios á favor suyo; así como Aristandro, el mas docto de los adivinos, atribuyó con seguridad á presagio de la ruína de la ciudad, y á desolacion para ella lo que habia acaecido entre los macedonios, cuando, partiendo un pan, brotaron de él algunas gotas de sangre, y aseguró del cuidado, declarando: «que si la sangre corriese por defuera, seria infausto agüero para los macedonios; pero que saliendo de él, lo era para la ciudad, contra la cual intentaban poner sitio.» Sin embargo, considerando Alejandro que su armada se hallaba distante de allí, y lo que podria atrasar las demás empresas la dilacion de aquel sitio, ofreció á los tirios la paz por medio de enviados, á quienes, contra el derecho de gentes, dieron muerte, y arrojaron desde los muros al mar. Á vista de cuya sangrienta ignominia, no teniendo lugar la duda en la determinacion del sitio, se dedicó Alejandro con el mayor ardor á él. Siendo empero preciso hacer antes el muelle que debia de unir la ciudad con la tierra firme, desalentaba tanto á los soldados el ver la profundidad del mar, que, pareciéndoles imposible llenarle, sino milagrosamente: ¿qué desmesuradas piedras, decian, ni qué crecidos árboles bastarán á conseguir lo que apenas podrá acabar infinitas legiones de gente? Y que estando allí el mar en contínua alternacion, cuanto mas se estrechase el paso entre la tierra firme y la isla, tanto mas furiosas serian las borrascas. Con todo, Alejandro, conociendo el genio de sus soldados, y no ignorando los medios de inclinar sus ánimos á aquella empresa, les hizo creer: «se le habia aparecido en sueños Hércules, y que extendiéndole la mano, y abriéndole las puertas, le introducia en la ciudad. Después de lo cual, y de haber ponderado la cruel atrocidad que habian cometido en sus enviados los enemigos, el desacato con que habian violado el derecho de gentes, y como era aquella ciudad la que únicamente se habia atrevido á interrumpir el curso de sus victorias, ordenó á los capitanes esforzasen á sus soldados, y evitasen los corrillos y murmullos. Con cuya providencia, reconociendo en favorable disposicion las cosas, dió principio á la obra, para la cual se aprovecharon de las piedras que aun se conservan entre las ruínas de la antigua ciudad de Tiro, y de las maderas que suministró el monte Líbano, del que cortaron cuantas fueron necesarias para la fábrica de navíos y torres. Llegaba ya la obra á una considerable altura, si bien no igualaba con el

agua, y cuanto mas iba desviándose el muelle de la ribera hácia el mar, tanto mas se hundia por la inmensa profundidad; de cuya oportunidad se aprovechaban los tirios para arrimarse en sus chalupas, y escarnecer y burlar á los macedonios, á quienes decian: «veian, nó sin gran gusto, á aquellos conquistadores, tan celebrados en el mundo, llevar en sus hombros, nó de otra suerte que las bestias, los materiales para la fábrica, preguntándoles en mayor ignominia suya, ¿si por ventura era Alejandro mas poderoso que Neptuno?» Si bien estos ultrajes solo servian de mas estímulo para la presteza de los soldados, los cuales consiguieron por último, á fuerza de su continuada fatiga, que el muelle saliese ya fuera del agua, y que poco á poco se fuese extendiendo y aumentando por todas partes hasta tocar con la ciudad. Descubriendo los sitiados la magnitud de la obra, que hasta entónces se la habia ocultado el mar, iban con esquifes á reconocer el muelle, no enteramente perfeccionado, y cercándole molestaban á los que se ocupaban en hacerle. Herian, sin daño suyo, á muchos de los macedonios, los cuales no pudiendo estorbar que se acercasen y retirasen á sus esquifes libremente, se hallaron precisados á suspender la obra para acudir á su defensa. Reconociendo esto Alejandro, dió órden para que con diversos reparos se evitase el daño de los obreros, y se levantasen dos torres de madera sobre el muelle, con el fin de que se pudiese desde ellas embarazar á los enemigos el que se acercasen. Los cuales, armando por otra parte sus esquifes, y arrimándolos á la ribera, en parte donde no podian ser vistos de los enemigos, desembarcaron su gente, y dieron muerte á algunos soldados que conducian la piedra; así como tambien en el monte Líbano, algunos árabes mataron á cerca de treinta de los macedonios que hallaron por allí desordenados, sin otros á quienes hicieron prisioneros.

III. Estas pérdidas, si bien ligeras, y el deseo de que no se juzgase podia ser solo el sitio de una ciudad, asunto capaz á ocupar todo su cuidado, sin darle lugar á otras empresas, obligaron á Alejandro á que dejándole al de Cratero y de Perdicas, se encaminase con tropas ligeras á Arabia. Habiendo elegido los tirios, mientras estaba ausente, la mayor nave que tenian, y llenando su popa de arena y piedras para que levantase la proa; bien carenada de betun y azufre, la echaron al mar, desde donde, surcando á velas llenas, llegó con acelerado curso cerca del muelle, á cuyo tiempo pegaron fuego á la proa, y se pasaron á las chalupas que habian llevado para este efecto. Encendióse inmediatamente el bajel, cuyas llamas, antes que pudiesen acudir á evitar el estrago los macedonios, prendieron en las torres, y en las demás obras que estaban sobre el muelle. En cuyo ínterin, para aumentar aquel incendio, arrojaban desde las chalupas, los que habian pasado á ellas, dardos encendidos, trapos ardiendo, y cuanto les pareció capaz de alimentar el fuego, el cual corriendo hasta lo alto de las torres con suma voracidad, hizo considerable estrago en los que halló en ellas, de los cuales perecieron unos miserablemente á su rigor, y se precipitaron, depuestas y abandonadas sus armas, otros al mar, donde viéndolos nadar los tirios, y queriéndolos antes cautivos que muertos, los herian y maltrataban con saetas y palos, hasta que imposibilitados de defenderse los metian en sus esquifes. No fué solo el fuego causa de tan considerable estrago: tambien tuvo gran parte en él la deshecha borrasca que sobrevino, á cuya recia impetuosidad, impelidas las olas, azotaban aquella reciente obra con tan cruel violencia, que, desunidas las junturas, y entrando por ellas las olas, empezaron á caer las piedras, y la mitad de la obra. Con lo que, roto aquel cúmulo de ellas, sobre el que se reunia la tierra, se precipitó á lo profundo del mar todo el reciente edificio, sin que hallase Alejandro, cuando volvió de Arabia, algun vestigio de él; á cuyo tiempo se atribuian (como de ordinario sucede en semejantes contratiempos) unos á otros la culpa de aquel infortunio, pudiendo con mas razon quejarse todos de la furiosa crueldad del mar. Habiendo dado principio el rey á otro nuevo muelle, quiso, que así como el antecedente estaba de lado contra el viento le mirase de frente este, á quien defendian las demás obras, las cuales quedaban como ocultas debajo de él, y que tuviese mayór extension, y que se preservasen las torres fabricadas en medio contra los tiros de las flechas. Arrojaban, pues, con este fin al mar árboles enteros, cargados de sus ramas, á quienes cubrian de piedras, sobre las cuales plantaban otros, y sobre estos un suelo de tierra y piedras que los cubria, y á él nuevos árboles, continuando de esta suerte aquella extraña fábrica, hasta que aumentada quedó trabada, y tan firmemente unida, como pudiera si se hubiese fundado sobre sólidos cimientos. No se descuidaban por su parte los sitiados, los cuales hacian cuanto les era posible para embarazar la continuacion del trabajo, á que les ayudaban no poco algunos, que, nadando entre dos aguas, llegaban al muelle, sin ser sentidos de los enemigos; y tirando hácia sí á gran fuerza con garfios de las ramas que salian por fuera de la obra, llevaban estas trás sí cuanto tenian encima, y dejaban arruinada gran parte de ella. Con lo que, no siendo difícil desviar los troncos sobre quienes cargaba el peso, aligerados ya, llegando á faltar aquel fundamento, y sucediendo lo mismo á lo demás, quedaba enteramente arruinado todo. Por lo cual, hallándose Alejandro disgustado, y dudoso en la resolucion de continuar ó levantar el sitio, le llegó de Chipre una armada, y Cleandro con las tropas griegas le llevó otra flota que habia poco antes pasado al Asia, que unos y otros bajeles componian una de ciento ochenta velas. Dividióla en dos alas, y embarcándose en la galera real tomó la derecha, y dió la siniestra á Penitágoras, rey de Chipre, y á Cratero. No se atrevieron los tirios, aunque tan poderosos en el mar, á presentar la batalla: opusiéronse sí, solo al enemigo, con sus galeras abrigadas de sus muros. Pero nó por esto dejó el rey de acometerlas, y echarlas á pique todas, y de arrimarse el dia siguiente con su armada á los muros, á quienes batió por todas partes con las máquinas y con los arietes. Repararon inmediatamente los sitiados sus brechas, y empezaron al mismo tiempo otro muro detrás del primero, para poderse defender desde él, si se arruinase aquel. Sin embargo, cercados por todas partes, respecto de llegar ya, en medio de los embarazos que pusieron, el muelle á tiro de saeta, y de rodearle los muros la armada enemiga, eran á un mismo tiempo trabajados, así por mar como por tierra. Á que se llegaba la disposicion en que habian ordenado sus galeras de cuatro órdenes los macedonios, los cuales, uniendo unas con otras sus proas, habian cubierto todo el espacio que se interponia entre las popas de maderos trabados y unidos con tal firmeza, que servian de puentes, sobre los que se subian los soldados. Dispuestas en esta forma las galeras, bogaron á fuerza de remos hácia la ciudad, cargando desde cubierta á los que defendian la muralla, respecto de servir las proas de parapeto. Mediada la noche ordenó se extendiesen en esta forma al rededor de las murallas, con ánimo de dar un asalto general; á vista de lo cual, desespe-

rados ya los tirios, y sin saber qué hacerse, se empezó á cubrir repentinamente el cielo de nubes que usurpaban aun aquella corta luz que suelen permitir en medio de su obscuridad las tinieblas. Alterado el mar se empezó poco á poco á embravecer, formando al fin las ondas, impelidas de la impetuosa violencia del viento, una horrible tormenta. Chocaban tan furiosamente las galeras unas con otras, que, rotos los cables y maderos que los unian, y precipitados al fondo, arrastraban trás sí con espantoso fracaso á los hombres; no siendo posible gobernar las galeras, unidas unas con otras en tan furiosa tormenta; en la cual, el soldado embarazaba al marinero y el marinero al soldado: y como de ordinario sucede en semejantes accidentes, el mas experimentado y diestro obedecia al menos experto, porque los patrones, acostumbrados á mandar siempre, despavoridos entónces con el miedo de la muerte, solo atendian á obedecer. Sin embargo, cedió por último el mar á los constantes esfuerzos de los remeros, los cuales parecia le arrebataban á viva fuerza las galeras, que por último, aunque muy maltratadas, tomaron la ribera. Llegaron en el mismo dia á Tiro treinta embajadores de Cartago, mas para dar esfuerzo que socorro á los tirios, con quienes se excusaron de no traerle, respecto de estar los cartagineses en guerras dentro de su misma patria, en la que se hallaban precisados á pelear, nó menos que por la conservacion de su reino, por la defensa de sus vidas. Siendo cierto que los siracusanos, los cuales saqueaban y robaban entónces con poderoso ejército toda el África, se habian acampado muy cerca de los muros de Cartago: no perdiendo empero los tirios el ánimo en medio de ver frustradas sus mayores esperanzas, enviaron sus mujeres y sus tiernos hijos á Cartago, esperando, aseguradas sus mas queridas prendras, poder con mayor firmeza y constancia resistir los infortunios que les sobreviniesen. Con todo, refiriendo en junta general cierto ciudadano: « Como se le habia aparecido en sueños Apolo, á quien adoraban con especial culto, y mostrado que abandonaba la ciudad, y que el muelle de los macedonios, quedando en seco, se habia convertido en bosque; » preocupados del miedo (en medio de no ser el autor de gran fé) inclinados á creer lo peor, aprisionaron la estátua de Apolo con una cadena de oro, la cual clavaron en el altar de Hércules, á quien estaba dedicada la ciudad, juzgando detenerle por este medio. Habian llevado allí desde Siracusa los cartagineses (tan cuidadosos siempre de exornar é ilustrar á Tiro con las presas y despojos de las ciudades que habian adquirido, como á la misma ciudad de Cartago) aquel simulacro, á quien colocaron en el mismo lugar donde reconocian su orígen. Proponian algunos que se restableciese un sacrificio, desusado ya, después de muchos siglos, y que no sé en qué pudiese ser acepto á los dioses. Reducíase este á consagrar á Saturno un niño de la primera nobleza, cuya sacrílega costumbre, recibida de sus fundadores, y observada en Cartago hasta su destruccion, sin duda se habria renovado entónces allí, y cometido supersticion tan bestial, como opuesta á la naturaleza, á no haberlo embarazado la madurez y prudencia de los que por mas ancianos conservaban en Tiro la primera autoridad. Hallándose, pues, los tirios en aquel conflicto, en el cual suele mostrarse la necesidad mas industriosa que el arte, dispusieron á mas de los instrumentos ordinarios, cierto género de invenciones, con que poder defenderse, y ofender á los enemigos. Contra quienes, para incomodar las galeras que se acercaban á los muros, unian ancoradas de cuatro brazos, hoces y manos de hierro con grandes vigas, las cuales (dispuestas sus máquinas en forma de arcos) ponian en lugar de flechas, y las disparaban á los enemigos: cuyos maderos quebrantaban á unos, y cuyas áncoras y hoces, las cuales, clavadas en ellos, quedaban pendientes, despedazaban á otros, causando considerable daño en las galeras. No contenta con esto su industria, pasó á hacer ciertos escudos de alambre, los cuales, introducidos en la fragua, los sacaban de ella hechos ascua; y llenándolos de arena ó de lodo hirviendo, los arrojaban prontamente desde la muralla á los enemigos, á quienes era tanto mas sensible este género de tormento, cuando pasándoles la arena ardiendo la cota, y penetrándoles hasta la carne los abrasaba, sin que pudiesen echarla de sí; hallándose precisados para conseguirlo, á arrojar las armas, y á rasgar sus vestidos: en cuyo caso quedaban mas expuestos á los golpes de los enemigos, los cuales con las áncoras, con las hoces y con las manos de hierro clavadas á las vigas, arrebataban así á muchos de ellos.

IV. Disgustado Alejandro de que la vigorosa resistencia de un sitio le dilatase su tránsito á Egipto, interrumpiéndole infelizmente el acelerado curso con que habia corrido toda el Asia, y malográndole la prosecucion dichosa de mayores empresas, resolvió abandonar el sitio. Contrapesando empero con el descrédito de partirse, sin haber conseguido el designio en que se habia empeñado, la corta probabilidad que veía de adelantarle, y haciendo mayor impresion que otras consideraciones en su ánimo el reparo de su reputacion, la cual habia contribuido aun mas que sus armas al acrecentamiento de su gloria, y de no dejar en Tiro un testimonio de su mengua y de que podia ser vencido, resolvió hacer el último esfuerzo con mayor número de navíos, en los que puso lo mas escogido de sus tropas. Mientras se disponia á su ejecucion, se dejó ver acaso sobre las aguas una ballena de extraordinaria magnitud, la cual acercándose al muelle de los macedonios y batiendo en él las aguas, y levantando aquella formidable corpulencia se dejó ver mejor de ambos ejércitos. Después de lo cual, sumergiéndose desde lo alto del muelle al mar, y ocultándose unas veces en él, y saliendo otras casi todo fuera del agua, se volvió á dejar ver por último no lejos de las murallas de la ciudad, cuyo espectáculo fué de tan igual regocijo á los tirios como á los macedonios. Decian estos: « Les habia descubierto la ballena el camino por donde habian de dirigir su obra; y aquellos, que, indignado Neptuno de la temeridad de Alejandro, habia enviado á aquel mónstruo por mensajero de su venganza, la cual esperaban lograr bien aprisa con la ruína de todo aquel trabajo. » Lo cierto es, que los dejó tan gustosos aquel presagio que le celebraron toda la noche con festines y banquetes, de donde salieron tan embriagados, que al descubrirse el sol, embarcándose en sus bajeles, á quienes habian coronado de guirnaldas de flores, anticipaban los regocijos de esta victoria; en tan gran confianza los dejó aquel agüero. En el ínterin, el rey habia ordenado su armada delante de la obra que miraba á Egipto, y dejado solo treinta bajeles al opósito del puerto de Sidonia, de los cuales tomaron dos los tirios, cuya presa ocasionó gran terror en los demás, hasta que oyendo Alejandro los gritos de los suyos hizo volver su armada hácia la parte del ruído, donde, como la mas ligera, llegó primero que las otras la real, compuesta de cinco órdenes de remos. Luego que la vieron los tirios enviaron dos galeras suyas á que la embistiesen: bogaba la real contra una de ellas, á quien tomó, sin embargo de haber recibido un gran golpe del choque de su espo-

lon; y si bien la que habia quedado libre se apresuraba furiosa para acometerla por el otro costado, abordóla una de las galeras del rey de tres órdenes de remos, y fué tan terrible el choque que descargó en ella, que arrojó al patron de lo alto de la popa al mar: á cuyo tiempo, sobreviniendo muchas galeras macedónicas, y el mismo rey, recuperada, nó sin gran trabajo, la galera que se les habia tomado, se retiraron los tirios hácia la ciudad con toda su armada. Siguiólos el rey, y aunque no pudo entrar en el puerto, respecto de impedírselo las innumerables flechas que le arrojaban desde los muros, apresó ó echó á pique casi todos los bajeles. Pasado esto, concedió Alejandro á sus tropas dos dias de descanso; después de los cuales, y de haber hecho que su armada y las máquinas se acercasen al muro, subió á una torre de suma altura, con tan grande y generoso ánimo, como peligro de su persona, respecto de que reconociéndole inmediatamente por sus reales insignias, y por la riqueza de sus armas, fué el blanco de todas las flechas de los enemigos. Desde ella obró acciones dignas de sí y de que las advirtiesen todos: dió muerte á lanzadas á muchos que defendian la muralla; y acercándose mas á esta, derribó dentro de la ciudad á cuchilladas á unos, y precipitó al mar á golpes de su escudo á otros, respecto de llegar casi al mismo muro la torre desde donde combatia. Ya sus principales defensas desmoronadas á los repetidos é impetuosos golpes de los arietes, caian en tierra: ya la armada habia ganado el fuerte; y ya los macedonios estaban apoderados de las torres que desampararon los enemigos; los cuales, acometidos por todas partes de tantos peligros, huian unos á los templos, implorando el socorro de los dioses, y se encerraban otros en sus casas, donde (por no esperarla de los vencedores) se daban ellos mismos la muerte, arrojándose otros sobre los mismos enemigos, resueltos á vender á buen precio sus vidas: la mayor parte empero, subiéndose á los techos, arrojaba á los enemigos piedras y cuanto hallaban para ofenderlos. Mandó el rey: «que, preservados los que se habian refugiado á los templos, fuesen todos los demás muertos y sus casas abrasadas.» Cuya órden, en medio de haberse publicado, no bastó á obligar á ninguno de cuantos traian armas á que se rindiese á recurrir á los templos; los cuales llenaban crecido número de mujeres y de niños únicamente, así como ocupaban los umbrales de sus casas los mas ancianos, esperando la hora de sacificar sus vidas al furor de los soldados. Si bien los sidonios, que se hallaban en el ejército de Alejandro, y habian entrado en la ciudad casi al mismo tiempo que los vencedores, en reconocimiento de la afinidad que suponian tener con los tirios, por creer igualmente que su ciudad de Sidonia, la de Tiro, fundacion de Agenor, libraron á muchos, á quienes embarcaron ocultamente en sus bajeles y los pasaron á Sidonia, por cuyo oficioso engaño se preservaron de la saña del vencedor hasta quince mil: puédese inferir cuál seria la mortandad y el estrago con haberse hallado en solas las murallas de la ciudad seis mil hombres despedazados. En medio de lo cual, no habiéndose templado aun la indignacion del rey, ofreció á los vencedores un espectáculo horrible y cruel aun á sus mismos ojos. Componíase este de dos mil hombres, á quienes, habiendo sido ya satisfecha y apurada la rabia con la mortandad hecha en los enemigos, hizo ahorcar y fijar á orillas del mar. Perdonó empero á los embajadores de los cartagineses, aunque declarándoles la guerra que por entónces diferia, respecto de la ocurrencia presente de las cosas. De esta suerte se hizo Alejandro dueño de la ciudad de Tiro después de siete meses de sitio. Su antiguo orígen, y las frecuentes variedades de su fortuna, la han hecho célebre para la posteridad. Fundóla Agenor, y fué por largo tiempo, nó solo señora del mar vecino, sino de todos los demás que surcaron sus proas. Y si hemos de dar crédito á la fama, los tirios fueron los primeros que inventaron las letras, ó que enseñaron el uso de ellas. Lo que no tiene duda es que sus colonias se dilataron casi por todo el universo, á Cartago en África, á Tebas en la Beocia, y á Cádiz en las riberas del océano; y que, ó por haber tenido, como creo, tan grande jurisdiccion en el mar, y navegado con tanta frecuencia por tierras tan desconocidas á las demás naciones, eligieron lugares cómodos para que pudiese poblar una parte de su lozana juventud, muy aumentada entónces; ó como algunos quieren, porque, trabajados los habitantes de los recios temblores de tierra, á que esta isla se halla sujeta, se vieron precisados á buscar, por medio de las armas, nuevas tierras y diversas costumbres. Consumida, pues, con varios infortunios, y renaciendo siempre de sus mismas ruínas, costóle mucho trabajo el poder gozar de una dilatada paz, con cuyo beneficio vuelven á florecer los estados, y del mas seguro reposo, bajo la proteccion afortunada del imperio romano.

V. Casi al mismo tiempo recibió Alejandro otra carta de Darío, en la que ya le trataba como á rey: «ofrecíale en casamiento á su hija Estatira, y en dote cuanto se contiene entre el Helesponto y el rio Halis, sin reservar mas que las tierras que miran al oriente. Pedíale, que, en caso de no querer admitir estos ofrecimientos, se acordase de la instabilidad de la fortuna, y de que cuanto mas colmados se hallan de felicidad los hombres, tanto mas expuestos están á la envidia que concita esta contra ellos. Representábale cuanto temia, que, nó de otra suerte que los pájaros, á quienes los elevaba su natural ligereza á las nubes, se dejase llevar del viento de una desmesurada y loca ambicion, á que de ordinario se hallan sujetos los ardores juveniles, no habiendo accion mas difícil que la de saberse gobernar en la edad que tenia, con la gran fortuna que gozaba. Que advirtiese, que, en medio de las pérdidas recibidas, le quedaban aun fragmentos de su naufragio; que no siempre habia de hallarse encerrado y oprimido entre las rocas; pues era preciso que alguna vez saliese á espacioso campo, donde no podia dejar de avergonzar á Alejandro el corto número de sus soldados. Que aun tenia que pasar el Éufrates, el Tigris, el Araxes y el Hidaspes, cuyos rios eran como antemurales de su imperio. Y que aun cuando los pasase felizmente, debia considerar el tiempo que consumiria en penetrar la Media, la Hircania, la Bactria y los indos del océano: el que le costaria sujetar á los sogdianos y á los aracosios, pueblos, cuyos nombres apenas eran conocidos, y á tantas naciones, confinantes con el Cáucaso y con el Tanais. En cuyas vastas provincias necesitando aun para pasar seguramente por ellas de largos años, se envejeceria en solo hacerlo. Y últimamente, que dejase de llamarle, porque si iba á él, seria para ruína suya.» Respondióle Alejandro: «que no podia dejar de extrañar ofreciese lo que no tenia, y que dividiese, como pudiera si lo poseyese, lo que enteramente habia perdido; pues le prometia la Lidia, la Jonia, la Eolia y toda la costa del Helesponto, habiendo sido premios de sus victorias; cuando por vencedor debia él darle la ley, y recibirla Darío como vencido: que si solo él ignoraba cuál de los dos era el dueño, se lo enseñaria en una batalla: que cuando pasó el mar no limitó

sus empresas á la Licia ó á la Lidia, cuyas conquistas serian á la verdad muy corta recompensa de tan gran aparato; pues se dilataban á Persépolis, y á reducir debajo de su obediencia la Bactria, la Ecbatana, y los últimos términos del oriente: que tuviese por cierto, que, á cualquiera parte donde huyese, le habia de seguir; y que así no pensase acobardar con sus rios á quien habia surcado tan dilatados mares.» Esta fué la sustancia de lo que ambos reyes se escribieron. En tanto los rodios, franqueando las puertas de su ciudad á los vencedores, se la entregaron á Alejandro; el cual habia dado antes el gobierno de la Silicia á Sócrates, y á Filotas el de todas aquellas tierras que se ofrecen en los contornos de Tiro. Dejó Parmenion á Andrómaco el de Siria, llamada Cele, por seguir al rey; el cual, habiendo ordenado á Efestion, general de la armada, que costease por la Fenicia, tomó con todas sus tropas la vuelta de la ciudad de Gaza. Hallándose próximo el dia que los griegos tienen destinado para la solemnidad de los juegos ístmicos, á los que concurre indecible muchedumbre del pueblo, determinaron á él los griegos, naturalmente lisonjeros é inclinados á acomodarse al tiempo: «enviar doce embajadores al rey, con una corona de oro, en testimonio y reconocimiento de las gloriosas victorias que habia obtenido en beneficio de la salud y libertad de la Grecia:» siendo así, que, habiendo dado poco antes oídos á cierto vago rumor, estuvieron pendientes del suceso de la guerra, para no separarse de la parte, á que viesen se inclinaba la fortuna. No solo rendia el rey á su obediencia las ciudades que la rehusaban, sino tambien sus gobernadores, esclarecidos capitanes, hacian por su parte admirables progresos. Apoderóse Calas de la Paflagonia; y Balacro, después de haber roto á Idarmo, sátrapa de Dario, de la ciudad de Mileto: redujeron Amfótero y Hegeloco, con una armada de ciento y sesenta velas, bajo la obediencia de Alejandro, todas las islas que están entre la Acaya y el Asia; y se apoderaron de Tenedos, donde fueron llamados de sus habitantes. Resolvieron hacer lo mismo de Cio; pero habiendo preso Farnabazo, pretor de Dario, á los principales de la faccion de los macedonios, dejó la ciudad, aunque sin la guarnicion que necesitaba, al cuidado de Apolonides y de Atanágoras que seguia su partido. No por esto desistieron del sitio los capitanes de Alejandro, fiados, mas en el afecto de los habitantes, que en sus propias fuerzas; cuya confianza no les salió vana, pues, habiéndose movido cierto disgusto entre Apolonides y los capitanes de la guarnicion, les facilitó el desórden que causó, el que se apoderasen de la ciudad. En la cual, habiendo derribado las puertas los que tenian inteligencia con los macedonios, hicieron entrar á Amfótero y á Hegeloco con sus tropas; y juntándose á ellos, después de haber muerto la guarnicion, se apoderaron de Farnabazo, de Apolonides y de Atanágoras, y los entregaron á los vencedores: así como tambien doce galeras de tres órdenes, con sus remos y soldados, y treinta navíos, con algunos vasos de corsarios, y tres mil griegos, que estaban á sueldo de los persas. Aumentáronse con los soldados las compañías; y habiendo castigado á los piratas, pusieron en las galeras del rey á todos los forzados. Sobreviniendo acaso allí, á la primer vigilia de la noche, Aristónico, tirano de Melimneos, se presentó ignorante de lo que pasaba en Cio, con algunas fragatas, á la boca del puerto, é hizo saber á las guardas: «iba á ver á Farnabazo.» Respondiéronle estas: «estaba recogido, y que por entónces no lo podia hacer; pero que pues era amigo suyo entrase en el puerto, y que al dia siguiente le veria. Ejecutólo así Aristónico, á quien siguieron diez bergantines de piratas; pero, apenas lo hubieron hecho, cuando cerraron las guardias el puerto, y los hicieron á todos prisioneros, sin que pudiese alguno ponerse en defensa. Pasaron desde allí los macedonios á Mitilene, á quien Cares, ateniense, habia tomado poco antes, hallándose en ella con dos mil persas; pero, no siendo bastantes fuerzas estas para mantener un sitio, rindió la ciudad, capitulando que habia de salir libre con su gente, y se retiró á Imbros: los vencedores perdonaron á los ciudadanos.

VI. Habiendo perdido Dario las esperanzas de la paz, que habia creido alcanzar por medio de sus cartas, y de sus embajadores, volvió á juntar todas sus fuerzas, y se dispuso para la guerra; con cuyo fin ordenó á sus capitanes que dirigiesen el grueso del ejército á Babilonia; y á Beso, sátrapa de la Bactria, que, alistado el mayor número de gente que le fuese posible, la condujese allí. Tienen los bactrianos entre todas aquellas naciones el primer crédito de soldados, y de más bárbaros: así, por no haber participado de la delicadeza de los persas, como porque, á imitacion de los escitas, vecinos suyos, pueblos sumamente belicosos, y que solo viven de las rapiñas, se hallaban siempre armados. Llevando empero mal Beso la superioridad de otro, dió sobrada ocasion para que el rey quedase poco seguro de su fidelidad, pues levantaba el ánimo á las esperanzas del reino, á que no podia dejar de aspirar, sino por medio de alguna traicion. En tanto, Alejandro hacia todas las diligencias posibles para saber el paraje á que se habia encaminado Dario, aunque sin ningun fruto, respecto de la inviolable observancia con que los persas conservan ocultas las resoluciones de sus príncipes, cuyo secreto no son poderosas á romperle, ni las mayores promesas, ni las mas rigurosas amenazas, y cuya infraccion se castiga por antigua ley del reino con graves penas. Por lo cual, entre ellos se tiene por incapaz de que se le fie cosa de importancia al que no sabe callar; por contravenir á lo que parece quiso la naturaleza fuese lo mas fácil de observar en el hombre. Alejandro, pues, no pudiendo penetrar alguna de las operaciones del enemigo, puso sitio á Gaza, en donde se hallaba por gobernador Batis, cabo de tan gran valor, como fidelidad á su rey; el cual, con cortísimas fuerzas, defendia una plaza, que necesitaba de considerable presidio. El rey, después de haber reconocido su situacion, ordenó que se hiciesen secretamente unos conductos debajo de tierra, á que ayudaba el territorio, respecto de arrojar por allí el mar vecino gran cantidad de arena, mezclada con tierra, sin piedras ni peñascos, que dificultasen el ahondar; y que esto fuese por parte donde no pudiesen ser advertidos del enemigo; con cuyo fin hizo acercar las máquinas hácia la ciudad, como para asaltarla. Dificultando empero mucho lo penoso del camino, el transporte de las torres, cuyas ruedas, encallándose en aquellos crecidos arenales, donde ni podian dar vuelta, ni caminar sin grandes vaivenes, ocasionaban que se rompiesen los entablados, y que quedasen heridos en este ataque muchos soldados, sin poderse defender: no les costó menos trabajo el retirar sus máquinas, que el que tuvieron al conducirlas. Por lo cual, habiendo mandado el rey tocar á retirar, ordenó el dia siguiente á sus soldados, que cercasen la ciudad; antes de lo cual, sacrificando al amanecer á los dioses, segun el estilo de su patria, é implorando su socorro, un cuervo, que acaso volaba sobre el altar, dejó caer en la cabeza de Alejandro un terron, que inmediatamente se deshizo todo, y pasándose luego á la torre mas

próxima, como estaba dada toda de betun y de azufre, se embadurnó de suerte las alas de uno y otro, que fué fácil el cogerle. Pareció el caso á todos digno de consultarle con los adivinos, y nó menos á Alejandro, cuyo genio no repugnaba semejantes supersticiones. Aristandro, pues, que era quien tenia el primer crédito entre los adivinos, respondió: « que tomaria Alejandro la plaza, pero que corria riesgo de ser herido; y que así, le aconsejaba dejase pasar aquel dia, sin intentar nada. » Por lo cual el rey, aunque llevaba con impaciencia que atrasase una ciudad sola su tránsito á Egipto, tuvo por bien conformarse con el adivino, y ordenar, que se retirasen sus tropas: á vista de lo cual, cobrando mayor ánimo los sitiados, hicieron una salida para cargar al enemigo por la espalda, juzgando aprovecharse de la ocasion, si bien no mantuvieron la escaramuza tan vigorosamente como la habian empezado, porque al punto que vieron les hacian rostro los macedonios, empezaron á aflojar. Habian llegado ya los gritos de los combatientes á oídos de Alejandro, el cual, despreciando el peligro de que estaba amenazado, habiéndose armado de su coraza, á instancia de sus validos, contra lo que acostumbraba, partió aceleradamente á ponerse al frente de sus banderas. Apenas fué descubierto, cuando cierto árabe, soldado de Dario, emprendió una accion de mayor osadía, que la que correspondia á su nacimiento, pues, habiendo ocultado un puñal debajo de su escudo, y arrojándose á los piés del rey, como si se le rindiese, después de haberle este hecho levantar, y dado órden para que fuese recibido en sus tropas, pasando el bárbaro diestramente el puñal á la mano derecha, le tiró á la cabeza del rey, de cuyo golpe pudo librarse torciéndola algo; pero nó el bárbaro de la prontitud con que castigó su desacato, cortándole de una cuchillada la mano, que le habia errado; creyendo haberse preservado por este medio del peligro de que estaba amenazado. Siendo empero, á lo que juzgo, inevitable nuestro destino, se verificó poco después la prediccion del sueño; pues, combatiendo entre los primeros, fué herido de una flecha, que, pasándole el arnés, le penetró la espalda, de donde sacándosela Filipo, su médico, arrojó gran cantidad de sangre, nó sin admiracion de todos, respecto de no poder reconocer, por impedirlo la coraza, la parte por donde habia entrado la saeta. El rey sin alterarse, ni mudar de semblante, mandó que se le restañase la sangre y vendase la llaga; y de esta suerte, ó disimulando el dolor, ó venciéndole, se mantuvo por largo espacio delante de sus escuadrones; pero, volviendo á correr con mayor abundancia la sangre, que en virtud de la curacion se le habia detenido, y empezándosele á inflamar la llaga, que hasta entónces no le habia ocasionado grandes dolores, por no haber llegado á enfriarse la sangre, no pudiendo ya mantenerse en pié, le retiraron los suyos á su real. Con cuya accion, teniéndole Batis por muerto, se retiró como victorioso y triunfante á la ciudad. Mas el rey, sin esperar á asegurarse enteramente de la herida, hizo levantar una plataforma que igualase con las murallas, y que con repetidas minas procurasen arruinarlas. Aumentaron tambien los sitiados por su parte nuevas fortificaciones en el muro antiguo, si bien, no llegando á igualar con las torres que se levantaron sobre la plataforma, cuya altura predominaba la ciudad, eran desde ella bastantemente molestados de las saetas y flechas enemigas. Con todo, nada igualaba al que recibian con las minas, las cuales derribando el muro, facilitaron con sus ruínas la entrada á los soldados. Hallóse de los primeros en el asalto el rey, á quien, adelantándose inadvertidamente, le alcanzó una pedrada en la pierna, que se la dejó bastantemente lastimada, si bien afirmándose en su lanza, en medio de no tener aun cerrada la otra herida, no dejó de combatir de los primeros, colérico de haber recibido en este sitio dos. Cargado Batis de heridas, después de haber hecho una gloriosa resistencia, quedó abandonado de los suyos; mas nó por esto dejó de mantenerse con el mismo valor que mostró desde el principio, y de conservar sus armas, teñidas todas en su sangre y en la de sus enemigos, hasta que, oprimidos de todas partes, y sin querer rendirse, le tomaron en brazos y se lo llevaron al rey. El cual, olvidado de la generosa magnimidad con que habia aplaudido hasta allí, aun en sus enemigos, el valor é ilustres acciones, y preocupado de la ira y del deseo de la venganza, con semblante de alegría indigno de sí: « Morirás, oh Batis, le dice, nó como lo has deseado, porque antes has de padecer cuantos tormentos puede inventar contra un prisionero la mas cruel venganza ». Pero él, mirando al rey con tan constante, como airado semblante, no dió respuesta alguna á sus amenazas, de que mas indignado el rey, á grandes voces: « Mirad, les dice á los suyos, la arrogancia y obstinacion con que calla. ¿Habeis por ventura visto, que haya inclinado la rodilla, ni hecho alguna demostracion de rendido? Pero yo venceré tan tenaz silencio, ó cuando no pueda, le interrumpiré con su llanto y con sus gemidos. » Finalmente, pasando á rabia la ira, y empezando á convertir con la nueva fortuna en bárbaras y extrañas sus loables y antiguas costumbres, le mandó, conservando aun algunos vitales alientos, agujerear los talones, por donde, introducidas unas correas, fué amarrado á un carro, y arrastrado por unos caballos al rededor de la ciudad, con tan gran gusto como vanagloria del rey, por imitar en aquel cruel castigo á Aquiles, de quien se suponia descendiente. Quedaron en aquel combate, entre árabes y persas cerca de diez mil, cuya victoria compraron á precio de nó poca sangre los macedonios; y cuyo sitio fué célebre, nó tanto por la defensa de la plaza, cuanto por las heridas del rey, el cual, deseando sumamente pasar á Egipto, despachó á Amintas á Macedonia con diez galeras, para que hiciese levas de soldados; porque si bien habia obtenido tan considerables victorias, y logrado felizmente cuanto habia intentado, no dejándosele de consumir sus fuerzas, fiaba mas de los soldados de su nacion, que de los que levantaba en los dominios que acababa de conquistar.

VII. Los egipcios, á quienes hacia muchos años que les era molesta la grandeza de los persas, por su avaricia y orgullo, á la fama de la venida de Alejandro, empezaron á sacudir el yugo que les tenian impuesto, no siendo extraño que entónces lo hiciesen, cuando habian recibido poco antes con los brazos abiertos á los tránsfugas y al traidor Amintas. Y creyendo pasaria el rey por Pelusio, concurrió en él gran muchedumbre de pueblo; pero, tomando otro camino, llegó, á los siete dias de haber partido de Gaza, á aquella comarca de Egipto, llamada el dia de hoy el campo de Alejandro, de donde, habiendo enviado casi toda la infantería hácia Pelusio, se embarcó en el Nilo con lo mejor de sus tropas. Quedaron los persas tan atemorizados con el levantamiento de los de Egipto, que no le esperaron. Aun no habia llegado á Memfis, cuando Mazaces, gobernador de aquella ciudad, habiendo pasado el rio Orio, le entregó ochocientos talentos y todos los muebles de Dario. Pasó de Memfis por el mismo rio á las últimas partes de Egipto, y después

de haber dispuesto todas las cosas, sin ignorar en nada las antiguas costumbres de aquellos pueblos, resolvió visitar el oráculo de Hamnon. Era esta una jornada sumamente trabajosa, aun á quien la hiciese con menos tropas, y sin el mucho aparato que llevaba Alejandro, por la gran sequedad que padece aquella region, tan poco favorecida del cielo, como de la tierra. Compónese toda de esterilísimos arenales, los cuales, heridos de los rayos del sol, de suma actividad y eficacia allí, quedan tan abrasados que queman las plantas de los que los huellan. No son solos la sequedad y el ardor con quienes se lucha en este camino; tambien causa considerable fatiga la misma arena, cuya crecida profundidad es tan grande, que, hundiéndose á cada paso en ella los piés, no se sacan sin gran trabajo. Representaban los egipcios todas estas dificultades á Alejandro, aumentándoselas aun mas de lo que eran; pero él, inflamado del ardiente deseo de visitar el templo de Júpiter, á quien creia, ó queria que se creyese por padre suyo, no satisfecho de la colmada grandeza á que en lo humano se habia elevado, atropellando por ellas, se embarcó con los que gustó que le acompañasen, y descendió por el rio á la laguna Mareotides, donde le llevaron los embajadores de los cirenenses algunos presentes, pidiéndole la paz, y que se sirviese entrar en sus ciudades; admitiólos, y habiendo hecho alianza con ellos, prosiguió su camino. Pareciéronles tolerables la primera y segunda jornada, por no haber entrado aun en medio de aquellos dilatados y espantosos desiertos, aunque caminaban por una tierra estéril y seca; pero, cuando se hallaron en sus vastas campiñas, cubiertas de montes excesivos de arena, dilataban por ellas, como pudieran por un inmenso piélago, la vista hácia todas partes por si divisaban alguna tierra. Ninguna empero se les ofrecia, en la que se descubriese árbol, ni señal alguna del menor cultivo; hasta la misma agua que llevaban los camellos en odres, se habia consumido, sin haber una gota en aquel arenoso territorio. Añadíase á esto el intensísimo ardor del sol que lo abrasaba todo, y de quien, partícipe el aire, no permitia aun la respiracion, sin la fatiga de alguna congoja. En medio, pues, de este conflicto, ó acaso por especial favor de los dioses, improvisamente se cubrió el cielo de nubes que, dilatándose por todo él, ocultaron el sol, con gran beneficio y alivio del ejército, aunque falto de agua; si bien, habiendo descargado crecida lluvia, hicieron todos provision, hallándose algunos tan sedientos que, sin esperar otras vasijas en que recoger las aguas, abiertas las bocas, las recibian como caian en ellas. Cuatro dias gastaron en pasar aquellos desiertos, y llegar al sitio del oráculo, en cuyas cercanías vieron gran cantidad de cuervos, que volaban delante de las primeras banderas del ejército, abatiéndose unas veces, cuando este caminaba á paso lento, y adelantándose otras, como para servirle de guia, hasta que llegó al templo del dios. Allí es digno de admiracion el que, constituido en medio de una vasta soledad, le cerquen tan umbrosos bosques que apenas puedan penetrar por su espesura los rayos del sol; riéganlos y fecúndanlos muchas fuentes de agua dulce, haciendo tan apacible aquel sitio la benigna templanza del aire, que en él es todo el año continuada primavera. Los que le habitan, por la parte que mira al oriente, confinan con la Etiopía; y los que le pueblan por la que está al mediodía, con los árabes, llamados «trogloditas», cuyas tierras se extienden al mar Rojo. A la parte del occidente moran otros etíopes, llamados «escenitos» y á la del septentrion de él los «nasamones», gente acostumbrada á insultar con correrías las costas de la gran Siria, y á enriquecerse con las presas que en ellas hacen, respecto de que, teniéndolas sitiadas, y gran conocimiento de todas las plazas, se apoderan fácilmente, cuando el mar se retira, de las embarcaciones que quedan en seco. Los moradores de este impenetrable territorio, llamados hammonios, habitan en cabañas, separadas unas de otras, y tienen en la mitad del bosque la fortaleza cercada de tres órdenes de murallas. Dentro de la primera está el palacio que fué de los antiguos reyes; en la segunda, los cuartos de sus mujeres, de sus hijos y de sus concubinas, y tambien el oráculo del Dios; y en la última, los arqueros y las demás guardas del rey. Ofrécese otra floresta de Hamnon, en medio de la cual corre una fuente, «á cuya agua llaman del sol». Está al amanecer tibia, y fria á medio dia, desde cuyo extremo, pasa á calentarse á proporcion del curso de la tarde, hasta que llega á media noche á hervir, y desde esta empieza á disminuir su calor, conforme se va acercando el dia, en cuya alternacion continúa siempre. No observa el simulacro del dios que adoran en este templo la misma forma con que suelen los pintores y escultores representar á los demás dioses; compónese de esmeraldas y de otras piedras preciosas, y desde la cabeza hasta el ombligo guarda la de un carnero. Llevan á él los sacerdotes, cuando le consultan, un navichuelo dorado, guarnecido de muchos vasos de plata, pendiente de ambos lados. Síguelos grande acompañamiento de mujeres y de doncellas, cantando ciertas canciones groseras á su usanza, por medio de las cuales creen tener propicio á Júpiter y obtener de él con claridad y certeza las respuestas que solicitan. Habiéndose adelantado el rey al templo, le llamó «su hijo» el mas antiguo de los sacerdotes, asegurándole, le concedia este honor Júpiter su padre. Respondióle Alejandro, olvidado de su naturaleza: «Que le admitia y reconocia por tal; y pasó á preguntarle si le tenia destinado para dueño del universo». Tan preocupado el sacerdote de la lisonja, como el rey de la vanidad, le aseguró, «que sí». Solicitando después saber de él: «¿Si habian quedado castigados todos los que fuéron cómplices de la muerte de su padre?». Mostrando escandalizarse el sacerdote, le dijo: «Que su padre era inmortal, y que todos los asesinos de Filipo habian satisfecho las penas de su delito; añadiendo, que permaneceria invisible hasta que pasase á ocupar el lugar que tenia destinado entre los dioses». Habiendo concluido con su sacrificio, hecho magníficas ofrendas al Dios, y considerables mercedes á los sacerdotes, permitió que consultasen tambien al oráculo los primeros señores de su corte, los cuales solo se contentaron con preguntarle: «¿Si les aconsejaba que hiciesen honores divinos á su rey?» Á que respondió el sacerdote: «Seria muy acepto á Júpiter venerasen como á dios á príncipe tan invencible». Verdaderamente que, aun quien hubiere juzgado mas favorablemente del oráculo, no puede dejar de tener por falsas imposturas estas respuestas; ni de reconocer, cuánto mas indignos quedan los hombres de la gloria á que aspiran, cuando, enagenados de sí con la prosperidad de que gozan, la procuran con semejante anhelo y locura, como le sucedió á Alejandro: el cual, pensando hacer mas glorioso su nombre, con la divinidad del título de hijo de Júpiter, nó solo permitió que le llamasen tal, sino que lo mandó con órden expresa, obscureciendo la fama que le habian granjeado sus esclarecidas empresas por los mismos medios con los cuales creyó acrecentarla. Los macedonios, que, aunque sujetos por largo curso de años á monárquico imperio,

mantenian alguna apariencia mas de libertad que los otros pueblos, en vez de oponerse á aquel delirio, asistieron á él con mayor indiscrecion de la que convenia á la reputacion de su príncipe y suya. De esto empero trataremos en su lugar, para concluir aquí lo que nos resta.

VIII. Habiendo llegado Alejandro, de vuelta del templo de Júpiter Hamnon, á las lagunas Mareotides, cercanas á la isla de Faro, y observado la situacion del lugar, resolvió dar principio en aquella isla á la fundacion de una ciudad; pero, pareciéndole muy corta para la grandeza que deseaba tuviese, eligió el sitio donde yace hoy Alejandría, la cual tomó el nombre de su fundador. Abrazó todo el espacio que hay entre las lagunas y el mar, y dejando delineada una muralla de ochenta estadios, y al cuidado de los suyos su fábrica, partió para Memfis. El deseo en que se hallaba (aunque loable, poco oportuno y menos razonable) de ver á Egipto y á Etiopía, y de reconocer las maravillas de la antigüedad, y el famoso palacio de Memnon y de Titon, le llevaron casi á la otra parte de los términos del sol; pero, no permitiéndole tan inútiles jornadas las disposiciones de la próxima guerra, la cual era preciso fuese mas cruel y sangrienta que lo habia sido hasta allí, dió el gobierno de Egipto á Esquilo, rodio, y á Peucestes, macedonio, con cuatro mil hombres de guerra para que los pusiesen de guarnicion en las plazas, y dejó treinta galeras á Polemon para defender las entradas del Nilo. Nombró poco después á Apolonio por gobernador de la parte de África, que está contigua al Egipto, y á Cleomenes para que cobrase los tributos de aquellas dos provincias: y habiendo ordenado á las ciudades cercanas que pasasen á habitar á Alejandría, la llenó en breve tiempo de infinita muchedumbre de pueblo. Refiérese que, al tiempo que se disponia el diseño de las murallas que se habian de hacer, sobrevino gran cantidad de pájaros, los cuales se comieron todo el engrudo que se habia prevenido para él, cuyo accidente, aunque atribuyeron muchos á infeliz presagio para la ciudad, le declararon por muy favorable los adivinos, asegurando: «Denotaba que vendrian á socorrerse á ella de todas partes, y que alimentaria muchas provincias y naciones.» Mientras el rey hacia su jornada por el rio, deseoso de seguirle Hector, hijo de Parmenion, el cual se hallaba en lo mejor de su juventud, y muy en la gracia de Alejandro, se entró en un bajel, que, llevando mas carga de la que debiera, se fué á pique con todos los que iban en él. Disputó aquel jóven por largo espacio su vida con las ondas, por el gran estorbo que le hacian los vestidos, habiéndosele enredado, para que pudiese nadar; con todo, ganó á esfuerzos de su industria y pujanza la ribera; pero, llegando á ella muy desfallecido, y queriendo recuperar el aliento que el temor y el peligro le habian, no sin violencia, embargado, no habiendo allí persona alguna que pudiese socorrerle, por haberse salvado los demás en la ribera contraria, rindió por último el espíritu. Sintió el rey su pérdida con el extremo que acreditaron sus demostraciones, y las magníficas exequias que mandó hacerle, luego que fué descubierto su cuerpo: cuyo disgusto aumentó la noticia de la muerte de Andrómaco, gobernador de Siria, á quien los samaritanos quemaron vivo; de cuya maldad, irritado Alejandro, partió contra ellos á toda diligencia; pero habiéndole entregado los cómplices luego que llegó, y hecho que se ejecutase en ellos el castigo que merecian, proveyó en Memnon aquel gobierno. Expuso tambien los tiranos, y entre otros los de Metines, Aristónico y Crisolao, al furor de los pueblos, á quienes habian oprimido y muerto, despues de haber ejecutado en ellos todo género de tormentos, en venganza de los ultrajes que les hicieron. Dió despues audiencia á los embajadores de Atenas, de Rodas y de Chio. Manifestáronle los atenienses su regocijo por la victoria que habia obtenido, pidiéndole diese permiso para que los prisioneros griegos volviesen á sus ciudades; y quejáronse los rodios de sus guarniciones: condescendió á los ruegos de todos, y atendiendo á la fidelidad con se habian señalado en servicio suyo los de Mitilene, les volvió los rehenes, aumentó sus límites, y les hizo merced de grandes tierras. Aseguró con las mayores demostraciones de honra y gratitud á los reyes de Chipre, lo que le mereció la fineza de haber preferido su amistad á la de Dario, y la de haberle socorrido con su armada en el sitio de Tiro. Despues de lo cual, envió á Amfótero con una escuadra, al socorro de la isla de Creta y de las muchas plazas que tenian sitiadas los persas y algunos piratas, ordenándole se aplicase primero á limpiar el mar de los corsarios, que, aprovechándose de la oportunidad que les ofrecia el empeño y guerra de ambos reyes, infestaban aquellas costas. Ejecutado esto, ofreció un vaso de treinta piezas de oro á Hércules Tirio, y partiendo en persecucion de Dario, tomó su marcha hácia el Éufrates.

IX. Noticioso Dario de la partida de su enemigo de Egipto á África, se hallaba dudoso en la resolucion de mantenerse en la comarca de Mesopotamia, ó de pasar en persona á las provincias mas retiradas de su reino, para animar á la guerra á aquellos distantes pueblos, á quienes con corto fruto solicitaban sus capitanes. Asegurado empero por personas dignas de crédito, de que la determinacion de Alejandro era de seguirle con todas sus fuerzas á cualquier lugar donde se encaminase, y conociendo lo importante de la empresa, y el valor de su enemigo, dió órden para que se juntasen en Babilonia todas las tropas que esperaba. Estaban ya en ella los bactrianos, los escitas y los judíos, con otras naciones que no se habian hallado en la última batalla; si bien, componiéndose su ejército de tanto mayor número, que el que tuvo en Cilicia, faltaban á muchos armas, por las que se hacian las mas vivas diligencias. La gente de á caballo iba toda cubierta de planchas de hierro unas sobre otras, y enjaezados de lo mismo sus caballos, así como prevenidos de espada y rodela los que hasta entónces no habian llevado mas armas que los dardos. Distribuyéronse muchas cuerdas de caballos entre la infantería, para que los domasen, y se aumentase con ellos la caballería, mucho mas crecida que antes. Llevaba doscientos carros armados de hoces, en quienes tenian puesta toda su confianza aquellas naciones, y asegurado el mayor terror del enemigo. Salian de lo alto del timon cierto género de lanzas de hierro con punta, y por ambas partes de él tres cortantes espadas, fijadas en el yugo; así como entre los rayos de las ruedas muchos dardos, cuyas puntas salian fuera, y en el cerco muchas hoces, hácia arriba unas y hácia abajo otras, para que, cuando oprimidos partiesen los caballos, ocasionasen considerable estrago en cuanto encontrasen. Con tal ejército, ordenado en esta forma, partió de Babilonia. Tenia el Tigris á la mano derecha, á la siniestra el Éufrates, y todas las campañas de Mesopotamia, cubiertas de sus tropas. Habiendo, pues, pasado el Tigris, noticioso de que el enemigo se hallaba cercano, hizo adelantar á Satropates, coronel de la caballería, con mil caballos escogidos, y dió seis mil á Maceo, gobernador de la provincia, para que embarazase el paso del rio, y asolase y quemase todo el territorio

por donde habia de pasar Alejandro, á quien creyendo sin mas prevenciones para la subsistencia de su ejército que las que robaba, esperaba vencerle por medio del hambre, en que se engañaba, por lo bien abastecido que se hallaba de todo género de víveres, que así por tierra, como por el Tigris, le llevaban. Llegó, pues, á la villa de Arbela, á quien hizo célebre después su ruina, y habiendo dejado en ella la mayor parte de las municiones y del bagaje, mandó hacer un puente sobre el rio Lyco, por donde pasó su ejército en cinco dias, como lo habia hecho antes por el Éufrates. Después de lo cual, y de haberse alejado casi ochenta estadios, acampó á la orilla del rio Bumado, cuyo terreno no podia ser mas cómodo, así para ordenar en batalla su ejército, como para las escaramuzas de la caballería, y para poder descubrir por todas partes los movimientos del enemigo, por no ofrecerse en todo él breña, ni matorral alguno que lo embarazase; habiendo hecho allanar é igualar lo que no lo estaba. No acababa Alejandro de dar crédito á los que le aseguraban lo numeroso de aquellas tropas, hasta que empezó de lejos á divisarlas, por parecerle imposible que le hubiesen quedado tantas, cuantas bastasen á formar aquel numerosísimo ejército, después de una derrota tan considerable como la que habia tenido; pero, despreciando con su invencible valor, al cual cedian los mayores peligros, aquella chusma, mal convalecida de su miedo, llegó en once dias de marcha á alojar sobre el Éufrates, donde, habiendo mandado levantar puentes, hizo que pasase primero su caballería, á quien siguió su falanje, sin que se atreviese á estorbárselo Maceo, en medio de haberle enviado Darío antes con seis mil caballos para que lo hiciese. Habiendo, pues, permitido algunos dias á sus soldados, nó tanto para que en ellos se entregasen al reposo, cuanto para que recuperasen sus alientos, partió en seguimiento de Darío, recelando no se retirase á lo mas remoto de su reino, y le obligase á seguirle por la esterilidad de aquellos desiertos, en donde era preciso le faltase cuanto necesitaba para mantener su ejército. Llegó, pues, en cuatro dias al Tigris, el cual pasó junto á Arbela, en cuyo territorio permanecia aun por la otra parte del rio el humo del incendio que habia introducido Maceo, con tan universal ruina, como la pudiera causar el mismo enemigo. Era tan sumamente espeso, que, impidiendo el que se viese el camino, puso á Alejandro en recelo de que fuese prevencion para alguna emboscada, cuya sospecha le obligó á hacer alto; pero, habiéndole asegurado sus corredores que no tenia qué temer, envió á reconocer el vado del rio, cuyas aguas llegaban en la entrada á los hijares de los caballos, y hasta los cuellos en medio de él. Es el mas rápido é impetuoso de todos los rios del oriente, así por hacer mas caudalosa y violenta su corriente los raudales de otros, como por las muchas piedras que arrastra; causa por la cual le pusieron los persas el nombre de Tigris, en cuya lengua significa la flecha. Habiendo, pues, dispuesto la infantería en medio de dos alas de caballería, llegaron hasta la orilla del agua, sin gran dificultad, llevando las armas en la cabeza. Pasó Alejandro á pié entre la infantería, y fué el que primero ganó la orilla contraria, desde donde, no pudiendo valerse de la voz, por el riesgo de no ser oido, les mostraba con la mano el vado á los soldados; los cuales, así por las piedras en que resbalaban, como por la impetuosidad de la corriente, que los arrebataba, apenas podian sostenerse sin gran trabajo. Mayor empero era el de los que conducian sus bagajes, pues, no bastando á valerse á sí, libres de todo embarazo, y pudiendo hacerlo menos con aquel estorbo, los impelia lo rápido de la corriente, cuyo riesgo procuraban evitar arrojando las cargas; las cuales, fluctuando por una y otra parte del rio, era causa de que muchos cayesen, y de que solicitando cada uno recobrar lo que reconocia suyo, fuese aun mayor la fatiga y el peligro que entre sí se ocasionaban unos y otros, que el que les causaba el rio. Mandábales el rey en altas voces, que salvasen solo las armas, y abandonasen lo demás; pero ni su consejo, ni sus órdenes podian percibir: tan grande era el ruído, tanto el alboroto. Pasaron, finalmente, por donde el rio, con menos rápido curso, descubre el vado, sin otra pérdida, que la de un poco de bagaje, siendo cierto, que si entónces hubiesen cargado en aquel ejército los enemigos, le habrian derrotado enteramente; pero la continuada felicidad del rey, separó de allí á los enemigos, defraudándoles los triunfos de tan considerable victoria, para que pudiese pasar aquel rio con la misma dicha con que habia pasado el Granico, á vista de innumerable muchedumbre de infantería y de caballería que le esperaba en la ribera, y con que habia vencido á sus enemigos en las rocas de Cilicia, lo cual pudo disculpar la osadía con que se arrojaba á los peligros, y hacer que, asegurado de la continuada prosperidad que experimentaba, se atribuyese mas que á temeridad, á la confianza de su excesivo ardor. Maceo empero, que, como queda dicho, pudiera haberlos roto con facilidad, si al tiempo que pasaban desordenadamente el rio, hubiese cargado en ellos, contento con enviar delante mil caballos, contra cuyo corto número, reconocido y despreciado por el rey, despachó á toda diligencia á Ariston, coronel de la caballería peoniana, para que los acometiese, no llegó hasta que se habian puesto en marcha. Fué sin duda famoso aquel combate, en que se señaló con ilustres acciones el valor de Ariston, el cual enderezándose al sátrapa que mandaba la caballería de los persas, le pasó la lanza por el gaznate, y siguiéndole como á fugitivo por en medio de los enemigos, le derribó del caballo; y habiéndole cortado, á pesar de la resistencia, la cabeza, y vuelto á unirse con las demás tropas, la ofreció con grán gloria suya á los piés del rey.

X. Habiendo acampado el rey allí dos dias, ordenó al siguiente que estuviesen prontos todos para la marcha; pero, empezando la luna, á la primer vigilia de la noche, hallándose el cielo claro y sereno, á perder el esplendor de su natural belleza, y á manifestarse poco después manchada, y como teñida en sangre, quedando por último cubierta, y obscurecida del todo su luz, causó en el ejército tan religiosa conmocion aquel improviso accidente (sobreviniendo en ocasion de estar para darse tan sangrienta batalla, y cuyo suceso tenia á todos en bastante cuidado), que, pasando á desmesurado pavor, prorumpian los soldados, preocupados de él, en altas y desconsoladas voces, diciendo: que el cielo les manifestaba con señales visibles su ira, y que contra la voluntad de los dioses, y á pesar de la suya, los llevaban á los últimos términos de la tierra: que los rios se oponian á su tránsito: que los astros les negaban su acostumbrada luz, y que no veían sino desiertos y soledades; y últimamente, que por complacer la ambicion de un hombre solo derramaban tantos su sangre; y hombre tal, que, desdeñando su patria, negaba á su padre, y pretendia se le venerase como á dios. Pasaron estas murmuraciones á una declarada sedicion; de la cual, noticioso Alejandro, cuya grandeza de ánimo no era capaz de alterarla ningun accidente, hizo llamar á su presencia á los cabos de su ejército, y á los adivinos egipcios;

los cuales tenian el primer crédito en la facultad astrológica, y habiendo acudido, les mandó que declarasen el juicio que hacian de aquel eclipse. No ignorando estos que los cuerpos celestes tienen sus revoluciones y sus períodos, y que el eclipse de la luna le ocasiona la sombra de la tierra, que interpuesta entre ella, y el sol, la obscurece, reservando en sí este conocimiento, se contentaron con declarar al vulgo: «que el sol denotaba á los griegos, y la luna á los persas; y que ningun eclipse de esta dejó nunca de serles infausto presagio de alguna calamidad.» En cuya confirmacion alegaron muchos ejemplos antiguos de los reyes de Persia, á quienes con semejantes señales anunciaron los dioses el infeliz suceso de sus combates. Con lo cual, hallaron un medio muy eficaz para refrenar la barbarie popular, la cual, por desenfrenada é inconstante que se halle, si llega á estar tocada de alguna débil sombra de religion, obedece mejor á los adivinos que á sus generales. Luego que se divulgó la respuesta de los egipcios entre las tropas, recuperaron su esperanza y su valor. De cuya favorable disposicion, valiéndose el rey, movió á la segunda vigilia los reales. Tenia á mano derecha el Tigris, y á la izquierda las montañas, á quienes llaman Gordiannas; y habiéndole llevado sus corredores al romper del dia la noticia de que se acercaba el ejército de Dario, ordenado el suyo, se puso al frente de él. Si bien se averiguó despues, eran solo mil caballos que iban de descubierta, á quienes tuvieron por cuerpo de ejército, como de ordinario sucede á los que van á reconocer el campo; los cuales, no pudiendo descubrir nada cierto, aseguran como tal lo que les representa su miedo. Asegurado empero el rey del número de aquella caballería, cargó en ella y la obligó á retirar: dió muerte á algunos que iban mal montados: hizo prisioneros á otros, y poco despues, hizo que se adelantasen algunos caballos, así para que adquiriesen noticias del enemigo, como para que extinguiesen el fuego que habian introducido en las villas los bárbaros; los cuales huyendo, le dejaron puesto en los techos de las casas, y en el trigo que tenian recogido en las campañas: si bien, no habiéndole dado tiempo para que prendiese, y causado solo el daño en la parte á que le aplicaron, pudieron aprovecharse, luego que le extinguieron, del trigo y de casi todo lo demás que hallaron, en gran abundancia. Esta desolacion del enemigo sirvió á los soldados de mayor incentivo, para que le siguiesen, y se apresurasen á evitar la destruccion y estrago que á vista suya hacia el fuego que introducia en cuanto se le ofrecia. Si bien en aquella ocasion hizo la necesidad cuanto podia haber obrado la razon; porque Maceo, que, antes de verse seguido de los enemigos, quemaba y destruia á su beneplácito las villas, contento entónces con asegurar su vida, dejó enteras muchas á los vencedores. En tanto, el rey, noticioso de que Dario èstaba á la otra parte, á tan corta distancia como la de cincuenta estadios, y cogiéndole este aviso en paraje bien abastecido, se detuvo allí cuatro dias. Despues de los cuales, llegando á sus manos ciertas cartas de Dario, por medio de las que solicitaba de los soldados griegos que diesen muerte á su rey; y estando tan seguro de la lealtad de estos, como de la de los macedonios, se halló dudoso en si resolveria leerlas en junta plena ó nó. Consultándolo empero con Parmenion, le disuadió de ello, representándole: «Cuán peligroso era hacer partícipes á los soldados de semejantes intentos, pues para cometer una maldad, bastaba cualquiera, no habiendo alguna de la cual no fuese capaz la avaricia.» Conforme con tan prudente dictámen, hizo marchar su ejército; en cuyo camino se le ofreció uno de los eunucos que se hallaban en servicio de la mujer de Dario; el cual le llevaba la noticia de dejarla tan en el último peligro de su vida, que aseguraba seria muy posible la hubiese ya perdido. Habian postrado á aquella infeliz princesa la fatiga del prolijo y penoso camino, y los contínuos y considerables disgustos del ánimo, de suerte que, desfallecida á su rigor, cayó en los brazos de su suegra, y de sus hijas, rindiendo poco despues el espíritu, de que casi al mismo tiempo tuvo aviso Alejandro. El cual, nó menos sentido que si se le hubiese muerto su madre, deshecho en lágrimas, como pudiera hacerlo Dario, pasó á la tienda de Sisigambis, á la que halló junto al cuerpo de la nuera difunta. Allí fué donde se renovó su dolor, al ver aquella venerable princesa postrada por tierra, lamentando en aquella última infelicidad todas las demás que le renovaba; y á las hijas de Dario, en la flor de su juvenil edad, recostadas sobre su regazo, acompañándola á sentir con igual ternura tan sensible pérdida; en la cual le eran de considerable alivio, aunque no esperasen de ella en su dolor todo el que necesitaban. Tenia delante de sus ojos á su nieto, cuya tierna edad movia á tanta mayor compasion, cuanto siendo el mas lastimado en el considerable golpe de aquella calamidad, era quien menos la sentia. Derramaba Alejandro en medio de los suyos copiosísimas lágrimas, y se hallaba mas necesitado de recibirle, que de ministrar algun consuelo. Pasó todo el dia sin probar alimento alguno, y dispuso que se le hiciesen á aquella princesa las reales y suntuosas exequias que acostumbran los persas en semejantes casos. Por cuya heróica accion merece, aun hoy, los loores que son debidos á su gloriosa memoria, y que, vinculada á los venideros siglos la de benignidad y moderacion tan generosa, se celebre en ellos con repetidas aclamaciones. Vióla solo en ocasion de visitar á su suegra, cuando quedaron ambas prisioneras; y entónces su peregrina hermosura, mas que de incentivo á sus menos decorosos deseos, sirvió de crédito á su loable continencia, y de explendor á su gloria. Aprovechándose uno de los eunucos de la reina, llamado Tiriotes, de la ocasion que le facilitó el desórden y confusion en que habia puesto á todos aquella lástima, tuvo forma de salir por cierta salida, con la que no se guardaba el cuidado que con las demás, respecto de no estar de la parte que miraba al enemigo, y de llegar al campo de Dario. Fué allí recibido de las guardas, desde donde, rasgadas sus vestiduras, y anegado en su llanto, pasó á la tienda del rey; el cual no le hubo visto, cuando combatido de tan crecidos, como varios temores, aun no acabando de resolverse á lo que mas debia recelar, le dijo: «Bien infiero, amigo, de la tristeza de tu semblante, y de lo desmedido de tus acciones, que vienes á darme noticia de algun considerable infortunio. Ruégote, empero, que, sin que te detenga la afliccion en que me ves, me la refieras sin disfraz ni embarazo; porque, habiendo aprendido ya en la escuela de mis desdichas á ser infeliz, podrá ser que (como suele á los que lo son) me sirva de algun consuelo saber hasta donde llega la adversidad de mi suerte. ¿Viénes acaso á darme (como sospecho y no acabo de acertar á pronunciar temeroso) algun desacato, cometido en las prendas que mas adoro, el cual habrá sido para ellas, y será para mí mas sensible que los mayores tormentos del mundo? Tan contrario á eso es, señor, (le respondió Tiriotes) que entre todos los obsequios que tributan á sus soberanos los vasallos, no ha habido alguno de que no haya usado con ellas el vencedor; pero la reina, tu esposa, acaba de rendir á la parca

los últimos alientos de su vida. » No bien lo hubo articulado, cuando no se oia por todo el campo sino lastimosos gemidos, y espantosos y extraños gritos; y cuando persuadido Dario á que sin duda habria muerto resistiendo alguna violencia contra su honestidad y decoro, traspasado del dolor, y fuera de sí, prorumpió con desmedidos gritos en estas voces: « ¿en qué te he ofendido, Alejandro, ó qué agravio he ocasionado á los tuyos, para que tomes de mí tan cruel venganza? Tú me aborreces, tú me persigues, sin haberte dado la menor causa para ello. Pero aun cuando te la hubiese ofrecido, ¿es bastante alguna, para que, profanando el sagrado de las mujeres, hayas faltado al respeto que se les debe? » Aseguróle Tiriotes con repetidos juramentos, poniendo á los dioses de su patria por testigos, « de que la habia atendido Alejandro con la veneracion que debia á su decoro y su soberanía, y llorado su muerte con gran ternura, y con tan vivas demostraciones de dolor, como pudiera él, siendo su esposo. » Pero aumentando aquel enamorado é infeliz príncipe con esta noticia las sospechas de la ofensa de Alejandro y los celos del agravio de su esposa: y no pudiendo persuadirse á que tan tiernos y excesivos sentimientos por una cautiva, dejasen de proceder de recíprocos cariños, habiendo despedido á todos los que se hallaban con él, y quedado sólo con el eunuco, le dijo, no vertiendo ya lágrimas, exhalando sí, suspiros: « advierte, ó Tiriotes, que ya no es tiempo de mentirme, y que si no me confiesas la verdad, te la harán declarar los tormentos; pero sin que quieras exponerte á tanto rigor, te ruego, que si acaso te ha quedado algun amor, algun respeto á tu reina, mi digas si Alejandro, como mozo, y como vencedor, ha intentado lo que deseo saber, y mi honra y mi vergüenza no me permiten decir. » Ofreciéndose Tiriotes voluntariamente á los tormentos, en crédito de su verdad, le volvió á asegurar con mayores juramentos, invocando nuevamente á los dioses por testigos, « de que no habia procedido accion menos loable y decorosa. » Con lo cual, dando por último crédito á las aseveraciones del eunuco, se cubrió el rostro, y restituido al llanto permaneció en él por largo espacio; despues del cual, no cesando las lágrimas, y levantando la ropa sobre la cabeza, y al cielo las manos, hizo esta deprecacion: « dioses protectores de la corona de los persas, ruégoos que os digneis restablecerme en mi trono: y que en caso de que por vuestros altos juicios no lo permitan vuestros soberanos decretos, ni mi infeliz destino, os sirvais de que el imperio del Asia no recaiga en otro dueño, que en el que sabe ser tan justo enemigo, como benigno y moderado vencedor. »

XI. Aunque Dario habia procurado, sin ningun fruto, por dos ocasiones, la paz, y, desengañado de ella, vuelto sus pensamientos á la guerra: obligado ahora de la benignidad del enemigo, le envió diez de sus mas inmediatos y autorizados parientes para que por tercera vez la solicitasen, y le propusiesen nuevas condiciones que la facilitasen. Convocó Alejandro su consejo, y habiendo hecho entrar en él al mas anciano de los embajadores, dijo este así: « no le precisan á Dario, señor, ni la fuerza, ni la necesidad á que solicite la paz, y sin embargo, te la pide hoy tercera vez, obligado de tu justificacion y clemencia. Has tratado hasta aquí á su madre, á su mujer y á sus hijos con tan grande urbanidad, que no han sentido su cautiverio, solo sí su ausencia. Has mirado por el honor de sus hijas con no menor atencion y decoro, que si fueses su padre, y has honrado á su madre con el título de reina, conservándola en la misma ostentacion y grandeza que mantenia antes de su desgracia: reconozco en tu rostro igual tristeza, á la que dejamos en el de Dario, cuando nos partimos de su presencia; si bien con la diferencia de que aquel llora á su esposa muerta, y tú á tu enemiga difunta, cuyas exequias han interrumpido el curso de tus progresos. ¿Qué hay, pues, que admirar, que quien se halla obligado de generosidad tanta, solicite la paz de un príncipe, á quien se le deben tan colmados beneficios? ¿Y sobre qué es la guerra, cuando, faltando los odios y la enemistad, cesa el motivo para ella? Dejábate antes todas las provincias que se dilatan hasta el rio Halis, y terminan en la Lidia; hoy empero te ofrece en matrimonio á su hija con cuantos dominios contienen el Helesponto y el Éufrates, hallándose pronto á entregarte en mayor testimonio y seguridad de su fé y amistad la amada prenda de su hijo Oco, como le vuelvas á su madre y á sus dos hijas, por cuyo rescate te pide admitas treinta mil talentos de oro. Si no tuvieses tan acreditada tu prudencia y moderacion, no me atreviera á decirte, debes en la coyuntura presente, nó solo conceder la paz, sino desearla. Advierte lo que dejas atrás, lo que falta por conquistar; y que es tan grave, como peligroso peso, el de un gran imperio, é inconsiderado arrojo emprender mas de lo que se puede conservar. Reconócelo en la crecida grandeza de esos navíos, cuya desproporcion impide el que se rijan y gobiernen. Y que sé yo, si la misma excesiva grandeza de Dario ha sido principal causa de sus considerables pérdidas, por lo difícil que es el acertar á mantenerla; pues hay cosas tanto mas fáciles de adquirir que de conservar, cuanto tienen mayor prontitud nuestras manos en adquirir, que disposicion nuestra cordura á retener. Aun la misma muerte de la mujer de Dario puede servir de advertencia y persuasion á tu templanza, pues te ha defraudado su pérdida las ocasiones de que se ejercite la generosa virtud de tu clemencia. » Oido el embajador, le hizo Alejandro salir de su tienda, y, deseando saber el dictámen de los de su consejo, les ordenó se lo propusiesen. Permaneciendo empero todos por largo espacio sin atreverse á manifestarle, por no haber podido descubrir la voluntad del rey; interrumpiendo Parmenion aquel silencio, representó: « que ya en Damasco habia votado que se admitiese el rescate de aquellos prisioneros, así porque seria considerable la porcion que se sacaria de ellos, como porque, faltando la ocasion para el cuidado de su guarda, se ocuparian en mas digno empleo de su valor los soldados que se malograban en aquel. Y que entónces se volvia á confirmar en el mismo sentir, con tanta mayor firmeza, cuanto reconocia no deber ponerse el rey en marcha, sin haberse desembarazado primero del penoso estorbo que causaban al ejército una anciana reina, y dos juveniles princesas, y admitido los treinta mil talentos de oro que se le ofrecian. Que considerase, que sin sacar la espada quedaba por medio de un tratado dueño de los mas prodigiosos reinos del mundo, y tanto mas glorioso, cuanto ningun príncipe antes de él llegó á poseer toda aquella vasta extension que contienen el Istro y el Éufrates; despues de cuya posesion juzgaba le seria mas conveniente restituirse á Macedonia, que alargarse á la Bactria y á la India. » Quedó tan disgustado Alejandro del voto de Parmenion, que, no bien le hubo acabado, cuando prorumpió diciendo: « Tambien yo preferiria el oro á la gloria, si fuese Parmenion; pero hallándome Alejandro, no puede tener lugar el recelo de que llegue á estado de pobre; pues si no me engaño soy rey, y nó mercader, ni tengo nada que vender, ni mucho menos mi fortuna. Si se

juzga por conveniente que los prisioneros se restituyan, mucho mas loable y honroso será hacerlo sin rescate alguno, que entregarlos por el vil precio del dinero.» Y volviendo inmediatamente á hacer entrar al embajador, le dió esta respuesta: «direis á vuestro dueño, que los agradecimientos son supérfluos entre los que se hacen guerra, y que si yo he usado de alguna clemencia y urbanidad con los suyos, lo he hecho por lo que me debo á mí, y nó por afecto alguno que le tenga á él. Mi genio no es de oprimir á los afligidos, ni pueden ser empleo de mi valor prisioneros y mujeres; peleo solo con los que se hallan con las armas en las manos, y están en estado de defenderse. Si Dario hubiese solicitado de mí la paz por los medios que corresponden á una sincera intencion y segura fé, podria ser que me detuviese á pensar lo que en tal caso debia obrar; pero no habiendo cesado de solicitar por medio de sus cartas, y de sus ofertas y dádivas con mis soldados, que me fuesen traidores, y con mis validos que me diesen muerte, estoy resuelto á buscarle á todo trance, nó ya como á enemigo, sino como á atosigador y asesino. Por lo que mira á las condiciones que me proponeis, son tales, que si las admitiese, quedaria él mas vencedor que yo. Decis que me ofrece cuanto está á la otra parte del Éufrates; pero deseo me digais, ¿quién es hoy dueño de esto? Parece que aun me juzgais muy distante, y, respecto de este error, creeis que no he pasado los límites del gran dote que me ofrece, y que tanto ponderais: cuando con sus armas me desapropie de la posesion de estos dominios, entónces confesaré dádiva suya, lo que hoy reconozco trofeo de mi valor. Con la misma liberalidad me promete una de sus hijas en dote, como si ignorase yo, la tenia destinada para empleo de alguno de sus vasallos, á cuya excesiva honra, y á la que me hace en preferirme para yerno suyo, parangonándome con Maceo, no puedo dejar de vivir reconocido. Volved, y decid á Dario, que cuanto ha perdido, y conserva, ha de ser el premio de una batalla, con cuyo suceso decidirá la fortuna nuestras contiendas, declarándole á él ó á mí por dueño de ambos reinos. Que no me ha traido al Asia la codicia de los presentes, sino la magnánima generosidad con que acostumbro hacerlos; y que si, depuesta la vana soberbia con que pretende igualárseme, se contiene en los límites de la inferioridad, podrá ser que le permita lo que me pide; pero que advierta, en caso de repugnarla ufano y altivo, que así como no pueden ilustrar el mundo sin considerable ruína suya dos soles, tampoco regir sin igual riesgo dos dueños tan vastos reinos, como son los de ambos. Y que en esta atencion elija, ó rendirse hoy, ó combatir mañana, sin prometerse mejor suceso que los que ha experimentado hasta aquí.» Oida por el embajador su resolucion, le dió las gracias, porque, hallándose en ánimo de continuar la guerra, no le entretuviese con la esperanza de la paz, y le pidió por favor, le permitiese volver cuanto antes á participar á su rey su determinacion, para que se dispusiese al combate. Habiéndoselo concedido, y llegado á la presencia de Dario, le hizo sabedor de la prontitud con que le presentaria la batalla Alejandro.

XII. Informado Dario por sus embajadores de la resolucion de su enemigo, envió á Maceo con tres mil caballos para que se apoderase de los pasos, donde habian de llegar los enemigos. Alejandro, habiendo hecho las últimas honras á la mujer de Dario, y dejado en su campo aquel gravoso acompañamiento con algunas cortas tropas, partió en busca del enemigo, llevando dispuesta su infantería en dos cuerpos, y cubierta por ambas partes de la caballería, á quien seguia el bagaje. Deseoso de saber de Dario, hizo adelantar á Menidas con la caballería de los escitas, para que solicitase inquirir noticias del paraje en que se hallaba; pero, habiendo sabido en el camino que Maceo estaba á corta distancia, y no atreviéndose á pasar mas adelante, se volvió sin mas aviso que el de que habia oido crecido estruendo de hombres, y ruidoso relincho de caballos; habiéndole sucedido lo mismo á Maceo, pues, luego que descubrió de lejos á los corredores de Menidas, retrocedió, para hacer partícipe de la marcha del enemigo á Dario, el cual, deseando dar la batalla en campo raso, mandó á su gente tomase las armas, y la ordenó en forma de batalla. Ocupaba la punta del ala izquierda la caballería de Susa, con los dacios, los aracosios, y algunos bactrianos, que hacian en todos casi seis mil caballos. Marchaban después cien carros armados de hoces, y trás ellos Bezo al frente de tres mil caballos bactrianos, y de dos mil masagetas, que cerraban estas tropas: seguíalas la infantería, compuesta de muchas naciones, alistada cada una debajo de sus banderas. Conducian Ariobárzanes y Orobates á los persas con los mardos y sogdianos, en dos cuerpos separados, que mandaba el príncipe Orsines, descendiente de los siete persas y de Ciro, el mas esclarecido de sus reyes. Seguíanlos muchos pueblos, apenas conocidos de lo restante del ejército, y Fradates después con las bandas caspianas y cincuenta carros de guerra; después los indos y todas las demás naciones vecinas del mar Rojo, que servian mas para aparente terror, que para seguro socorro. Iban después otros cincuenta carros armados de hoces con las tropas extranjeras, y los armenios de la baja Armenia, seguidos de los babilonios, de los belites, de los habitantes de los montes Coseeres y de los Gortuas, pueblos de la Eubea, los cuales, aunque militaron antiguamente debajo de las banderas de los medos, habian degenerado ya enteramente de la virtud de sus antecesores. Juntáronseles los frigios y los cataones: y finalmente, cerraban todas aquellas tropas los que habitaban las tierras que poseen el dia de hoy los partos que vinieron de la Escitia. Esta era la ordenanza del ala izquierda. En la derecha estaban por una parte los armenios de la mayor Armenia con los caducios, luego los capadocios, los sirios y los medos, que llevaban tambien cincuenta carros armados de hoces, llegando á componerse todo el ejército de cuarenta y cinco mil caballos, y doscientos mil infantes, los cuales, dispuestos en este órden, se adelantaron diez estadios, y habiéndoles mandado hacer alto, pasaron toda la noche con las armas en la mano: en cuyo ínterin, fué tan extraño el pavor que improvisamente se difundió por todo el campo de Alejandro, sin haberse podido saber la ocasion, que preocupados todos de un oculto horror, empezaron á temblar. Veíanse en el aire resplandores, semejantes á las exhalaciones ardientes que en las noches del estío levanta el calor, las cuales, dilatándose á bastante distancia del ejército de Dario, los tuvieron por fuegos de su campo; creyendo, que por negligencia habian caido en sus cuerpos de guarda. Siendo cierto, que si Maceo, que guardaba el paso, los hubiese cargado á este tiempo, los habria derrotado; pero, manteniéndose sin hacer el menor movimiento sobre una eminencia que habia ocupado, se contentó con que no le acometiesen. Reconociendo Alejando el desmayo de sus tropas, mandó hacer alto y que dejasen las armas; y habiéndolas asegurado de que, hallándose el enemigo á bastante distancia, faltaba el motivo para su desasosiego, hizo que se entregasen al reposo; con lo cual

restituidos por último á sus primeros alientos, volvieron á tomar animosos las armas; si bien Alejandro tuvo por mas conveniente, que llegar á esgrimirlas con el enemigo, acampar por entónces en aquel lugar, y atrincherarse bien en él. El dia siguiente, Maceo, que estaba alojado con alguna caballería escogida sobre una altura, desde donde se veia el campo de los macedonios, ó ya fuese miedo, ó ya haber ido solo á descubrirle, se volvió hácia Dario. Ocuparon inmediatamente los macedonios aquel puesto, que les era de gran comodidad, por descubrir desde él, muy á gusto suyo, el campo de batalla, y observar la ordenanza del enemigo; pero la niebla que levantaba por todas partes la humedad de los montes, aunque no impedia la vista del ejército, sí el que se pudiesen reconocer distintamente los escuadrones, los batallones y su órden. Habia inundado toda la llanura aquella espantosa y considerable muchedumbre, cuyo estruendoso rumor aturdia aun á los que cogia mas distantes. Entónces el rey, empezando á perder algo de su acostumbrada seguridad, tan natural á su gran corazon, pesaba con el de Parmenion su dictámen, si bien tarde; porque, hallándose tan adelantadas las cosas, no era ya tiempo de premeditar, sino de vencer ó de morir; conturbábale el crecido número de enemigos tan excesivamente superior al de sus tropas; si bien, haciendo mayor impresion en su ánimo la experiencia de las continuadas y prodigiosas acciones que habia obrado, y de las innumerables naciones que habia vencido con aquel corto ejército, prevalecia en él al desaliento la esperanza. Y así, receloso de que no se aumentase con la tardanza la desesperacion de los suyos, resolvió presentar luego la batalla. Con cuyo fin, encubriendo su desasosiego, hizo que se pusiese la caballería mercenaria de los peonienses delante de su falanje, ordenada (como he dicho) en dos cuerpos cubiertos de la caballería. Ya habia disipado la hermosa luz del sol aquella niebla, y descubierto distintamente toda la ordenanza del campo enemigo, cuando los macedonios, ó impelidos de su animosidad, ó disgustados de la dilacion, á guisa de combatientes, levantaron el grito, á que correspondieron los persas con tan espantosos alaridos, que llenaron de ellos los selvas y los valles circunvecinos. No era posible contener á los macedonios, los cuales, impacientes de llegar á las manos con los enemigos, se arrojaban al combate; pero, teniendo el rey por mas conveniente fortificarse aun en aquella eminencia, mandó hacer en ella algunas trincheras, las cuales acabadas se retiró á su tienda, desde donde descubria, sin ningun estorbo, todo el ejército del enemigo.

XIII. Representábanle entónces á Alejandro sus mismos ojos con bien distintas señas la gravedad del peligro en que se habia empeñado: los cabos, que por una y otra parte rodeaban los escuadrones, animando las tropas, y dando órden á todo: el ruído de los soldados y de los capitanes: el sonido de las trompetas, y el resplandor, que, cual naturales y activas luces, despedian las armas: eran cosas, que, aunque de ninguna importancia en sí todas, le tenian en contínuo desasosiego el espíritu, ya conturbado, vacilante y cuidadoso del suceso de tan importante jornada. Por lo cual, ó no sabiendo á qué resolverse, ó deseando saber el ánimo y dictámen de los suyos, juntó su consejo, para que en él se confiriese lo que mas convenia determinar. El voto de Parmenion, cuyas largas experiencias y consumado talento le habian granjeado el primer crédito entre todos los demás generales, fué de que aquella empresa se llevase mas por los términos de un oportuno improviso acometimiento, que por los regulares de un combate descubierto. «Representaba, que, cuanto seria fácil romper á aquella numerosísima muchedumbre, compuesta de tantas naciones, cuyas costumbres, genios y lenguajes eran sumamente distintos, acometiéndola desprevenida entre la obscuridad de la noche y la quietud del profundo sueño, en la que les impediria el mismo pavor, aumentado en sus tinieblas, la reunion y ordenanza; tanto mas aventurado y peligroso el suceso, si el combate fuese de dia, á cuya claridad podrian atemorizar á los macedonios los feroces aspectos de los escitas y bactrianos, sus erizadas barbas y dilatados cabellos, y la grosera y disforme estatura de sus cuerpos: accidentes todos, que, si bien no aumentan las fuerzas, ni menos la ocasion para el temor, suelen hacer aun mayor impresión en los ánimos de los soldados, que las que con mas razon pueden causarle. Que debia considerarse el conocido riesgo á que se exponia su corto ejército por la fácilidad con que le oprimiria por todas partes tan inmensa muchedumbre; y que no era lo mismo haber peleado entre las inaccesibles rocas é impenetrables lugares de la Cilicia, que haber de hacerlo en campaña rasa y descubierta.» Conformes los votos de los demás generales con este, fué tanto lo que se inclinó á él Pelipercon, que protestó en el suyo «pendia de su ejecucion la victoria.» Pero el rey, vuelto á él, y mirándole con sañudo semblante, porque pudiendo haber escarmentado de la aspereza con que habia tratado á Parmenion, le repetia nuevo motivo para su desagrado: «vosotros me persuadis, les dice, á que use de las mismas cautelas y ardides de que se valen los ladroncillos rateros, cuya destreza consiste en la superchería y el engaño. Hállome empero tanto mas lejos de permitir que la ausencia de Dario, la ventaja del sitio, ni el logro de una victoria debida al favor de la noche, desdoren y desminuyan mi gloria, cuanto mi voluntad y última resolucion es, de combatir en medio del dia, para poder en el menos dichoso suceso quejarme antes de mi desgracia, que avergonzarme en el mas feliz con la misma victoria. Fuera de que estoy cierto, de que los bárbaros se mantienen á todas horas con las armas en la mano, y con tan gran vigilancia, que no es fácil acometerlos desprevenidos; por lo cual os mando, que os dispongais para la batalla.» Después de cuyos generosos estímulos les permitió algun tiempo para el reposo. Dario empero, juzgando que el enemigo ejecutaria lo que Parmenion habia persuadido, ordenó estuviesen prontos los cabos, que gran parte del ejército se mantuviese con las armas, y que se doblasen las guardias. Y recorriendo en persona, asistido de los principales cabos, su campo, del cual despedian los crecidos fuegos que en él habia grandes resplandores, visitaba sus tropas, puestas ya en arma, invocando al sol, á quien llaman Mitres, y al fuego eterno y sagrado, para que inspirasen en sus soldados los valerosos alientos que correspondian á su antigua gloria, y á la generosa virtud de sus predecesores. Decia: «que en cuanto era permitido á la cortedad humana penetrar los presagios del cielo, las reservadas y selectas disposiciones de los dioses, se dejaba conocer los tenian propicios, habiendo experimentado poco antes el repentino pavor de los macedonios, los cuales, vagando por diversas partes de su campo, habian arrojado las armas. Que esperaba tomasen los dioses tutelares del imperio de los persas venganza de aquellos desatinados, cuyo cabo lo era aun mas que ellos: pues no de otra suerte que las fieras, dejándose llevar de la codicia de la presa, se arrojaba incauto al peligro que

le tenian dispuesto. » No era menor la vigilancia y desvelo con que se hallaban los macedonios, los cuales permanecieron tambien en arma toda la noche; el mismo Alejandro, no habiendo llegado nunca á verse tan sobresaltado, hizo llamar á Aristandro; por cuyo medio recurrió á los dioses con votos y ruegos. Revestido, pues, aquel sacerdote de una ropa blanca, con la verbena en la mano, y cubierta la cabeza, marchaba delante del rey, pidiendo ambos amparo á Júpiter, á Minerva, y á la Victoria. Cuyo sacrificio, concluido con las precisas ceremonias, se retiró el rey á su tienda á procurar algun reposo en lo que le quedaba de la noche; pero, asaltándole unas veces el cuidado de si cargaria con todas sus fuerzas desde lo alto de la colina en el ala derecha del enemigo, ó si le acometeria por el frente; y otras, el de si lo haria por el ala izquierda, no pudo conseguirlo hasta que quedó por último rendido de las fatigas del ánimo á un profundo sueño. Habia ya desplegado el dia enteramente su luz, y con ella aumentándose el desasosiego de los cabos que se hallaban á la entrada de la tienda de Alejandro, los cuales, no acabando de ponderar el gran silencio en que estaba, aumentaban la extrañeza con la memoria de lo que habian experimentado en otras ocasiones de igual peligro, en las que el mismo rey era el primero que los llamaba, y que reprendia á los negligentes y perezosos; y no podian en aquella hacer juicio seguro para la causa de él, y la de entregarse con tal sosiego al sueño, al tiempo que estaba para darse batalla, de cuyo suceso pendia el todo de sus intereses. Sin embargo, no atreviéndose ninguna de sus guardias á entrar dentro, y acercándose la hora del combate, para el cual, ni los soldados se podian armar, ni poner en ordenanza, sin que se lo mandase, habiendo esperado Parmenion largo espacio, dió órden á los soldados para que comiesen; y reconociendo no admitia mayor dilacion la urgencia, entró en su cámara, donde le llamó muchas veces; pero, no bastando todas para qué despertase, se vió precisado á mecerle, y á decirle á grandes voces: « advierte, señor, que ya está muy adelantado el dia: y el enemigo en batalla que marcha hácia nosotros; y que tu gente espera aun tus órdenes. ¿Dónde está tu invencible valor? ¿Y dónde aquella cuidadosa vigilancia, con que solias despertar á tus guardias?» Á cuyos desmedidos gritos, habiendo vuelto Alejandro con sereno semblante, y asegurado á Parmenion, « no se habria entregado con tanta quietud al reposo, á no haberse asegurado de la inquietud que le alteraba, » mandó tocar al arma. No cesando empero Parmenion de admirar la tranquila serenidad del rey, y su descuido: « no lo extrañes, le dijo, pues cuanto te confieso me tenia cuidadoso la desolacion que antes hacia Dario en todo, tanto mas sosegado estoy hoy, por haber resuelto presentarme la batalla: á vista de lo cual, ¿qué puedo temer, logrando cumplidos mis deseos? Y... pero yo me declararé mas á su tiempo. Pónganse en tanto todos bajo de sus banderas, que yo os seguiré y pasaré á daros mis órdenes». No acostumbraba armarse, sino raras veces, y estas mas á ruego de los suyos, que á persuasiones del temor, y á intimaciones del peligro. Hízolo empero entónces y, habiendo salido fuera de la tienda, causó tan gran regocijo en los soldados su presencia, y el gusto y resolucion que mostró, que, teniéndolo por feliz agüero de la victoria, la suponian como segura. Hizo derribar las trincheras; sacó fuera sus tropas y las puso en batalla. Tomó la gente de caballo de la compañía del rey, cuyo capitan era Clito, la punta del ala derecha con los escuadrones de Filotas hácia cuya parte estaban todos los cuerpos de caballería, cerrando con el último Meleagro. Iba después la falanje, y trás ella Argiraspiles, debajo del mando de Nicanor, hijo de Parmenion, seguido de las tropas de Ceno: después los orestes y los lincestes, pueblos belicosos; y á lo último Pelipercon, que conducia, en ausencia de Amintas, su coronel, las banderas extranjeras. Entre cuyas tropas estaban los balacros, nuevos aliados, á quienes mandaba Filago. Este era el órden que guardaba el ala derecha de Alejandro. Á la izquierda estaba la caballería del Peloponeso, conducida por Cratero, con los arqueos, locrenses y maleonenses; y por última banda la gente de armas de Tesalia, mandada por Filipo. La infantería iba cubierta de la caballería; pero, para impedir que fuese oprimida de la muchedumbre, tenia otra segunda línea, donde estaba un cuerpo de reserva, y en las alas alguna caballería, nó de frente, sino de flanco, para hacer rostro de aquella parte, si los acometian por detrás. En esta segunda línea estaban los agrianos, que mandaba Atalo, con los arqueros de Creta. Y para que de todas partes quedase bien resguardada la ordenanza, hizo que los últimos escuadrones volviesen la espalda á los primeros. Allí estaban los ilirios, los extranjeros mercenarios y los tracios, armados á la ligera; y por último, en tal órden aquel ejército, que los últimos podian, para evitar la carga, torcer los rostros, y hacer frente hácia todos lados, no estando la vanguardia menos fortificada que los flancos, ni los flancos que la retaguardia. Dispuestas así las cosas, ordenó: « Que si los bárbaros disparaban estrepitosamente sus carros armados de hoces, manteniéndose en ordenanza, se abriesen para dejarlos pasar, con cuya prevencion no podrian, dándoles lugar para que lo hiciesen, causar daño alguno: pero que, si por el contrario, fuésen á ellos sin ruido, que entónces diesen grandes gritos para espantar los caballos, y los hiriesen tambien por una y otra parte ». Mandó tambien á los que tenian las alas, que las extendiesen cuanto les fuese posible, aunque sin enflaquecer mucho el cuerpo de batalla, para evitar que los cogiese en medio la muchedumbre. Dejó el bagaje y los prisioneros, entre quienes estaban la madre y las hijas de Dario, en una eminencia poco distante del campo de batalla, con cortas guardas. Mandaba el ala izquierda, segun lo hacia siempre, Parmenion, y el rey la derecha. Aun no estaban á tiro de saeta, cuando cierto fugitivo del campo de Dario, llamado Bion, llegó á toda diligencia á participar á Alejandro: « Como Dario habia hecho ocultar en el territorio por donde esperaba pasase su caballería gran cantidad de abrojos de hierro, y poner al mismo tiempo ciertas señales para que evitase llegar á él la suya. Asegurado el rey de la noticia, hizo partícipes de ella á sus capitanes, á quienes mandó que, pasando de uno en uno sus soldados, respecto de no permitir hacerlo de otra suerte, así el crecido número de gente, como el gran ruído que causaban ambos ejércitos, los advirtiesen se apartasen del lugar donde reconociesen aquellas señales.

XIV. Entretanto Álejandro, puesto á caballo, y recorriendo por una y por otra parte de su ejército sus escuadrones, animaba con su esforzada presencia, y con la eficacia de sus razones á sus capitanes y á los que tenia mas inmediatos á su persona, representándoles: « Que, después de haber corrido tantas y tan dilatadas regiones, y vencido tan considerables peligros con la esperanza de la victoria, la cual les obligaba nuevamente á esgrimir sus aceros en aquella batalla, no les quedaba otra que vencer, colmados con ella sus triunfos. Que el Granico y los montes de Ci-

licia, por quienes su invencible valor les habia abierto el paso de Siria y Egipto, de quienes se habia apoderado con inesperada presteza, eran eficaces estímulos para el acrecentamiento de su gloria, como seguras prendas para el logro de la victoria. Que no pensasen que habian de pelear con enemigos nuevos, sino con los que, habiendo salvado en la última derrota, por medio de ignominiosa fuga, sus vidas, volvian forzados á exponerlas al mismo peligro. Que hacia tres dias que rendidos, no menos que al peso de sus armas, á la opresion del miedo, permanecian en aquel puesto, sin que en ellos los hubiesen remudado. Que no era necesaria mayor prueba de la desesperacion en que se hallaban, que el ver abrasaban ellos mismos sus ciudades y asolaban sus campos, confesando que cuanto dejaban atrás era de sus enemigos. Que los vanos y rumbosos nombres de aquellas desconocidas naciones, de las que se componia gran parte de su ejército, pudieran causar terror á otros que ignorasen de cuán poca importancia es para los que pelean, saber quiénes son los que se llaman escitas, y quiénes caducios. No empero para los macedonios, los cuales se hallaban con tanto mayor motivo para despreciarlas, siendo tan desconocidas, cuanto sabian que la fama de las naciones belicosas se extendia siempre á las demás, y que aquellas miserables, arrebatadas con violento impulso de sus cavernas, no llevaban al combate nada formidable, sino lo espantoso de los nombres. Que la reputacion y crédito de los macedonios, la cual les habia grangeado su generoso valor y gloriosas conquistas, era tan notoria al mundo, que apenas habria en él lugar, por retirado que fuese, á donde no hubiese llegado su noticia. Que considerasen las desordenadas escuadras de aquella confusa turba, entre las que se hallaban unos sin mas armas que la de algun dardo, y que la de alguna honda otros, siendo pocos los que las tenian juntas y cumplidas; por lo cual, aunque era mas numeroso el ejército enemigo, muy superior en soldados era el suyo. Que no les pedia que peleasen valerosamente sino los estimulaba primero á hacerlo su ejemplo. Que les ofrecia combatir al frente de sus banderas, esperando ilustrar su persona de tantos ornamentos, cuantas fuesen las heridas que recibiese. Que no ignoraban era el único que dejaba de participar del comun botin del ejército, y que todos los frutos de la victoria los empleaba en beneficio suyo, y conservacion de su amor. Y últimamente, que, á no estar asegurado de que se hallaba entre tan valerosos soldados, les habria representado, cuán imposibilitados se hallaban de recurrir á la fuga; porque después de haber penetrado tan dilatadas provincias, y dejado atrás tantos y tan caudalosos rios, y tan inaccesibles montes, estaban incapacitados de retroceder y volver á su patria, sino abrian el camino para ella con las puntas de sus espadas. » De esta suerte animó á los cabos y soldados que tenia cerca de sí. En-tanto Dario llegaba al ala izquierda de su ejército, rodeado de su nobleza y de la flor de su caballería é infantería, burlándose del corto número de los enemigos, y creyendo que, estando extendidas las alas de su ejército, se hallaria desguarnecido el cuerpo de batalla; si bien desde el carro en que estaba, volviendo los ojos y las manos hácia todos los que le rodeaban, les habló en esta substancia: «Nosotros que poco há éramos señores de todas aquellas tierras que baña el Helesponto de una parte, y que contiene el océano de otra, nos hallamos reducidos y necesitados á pelear hoy, nó ya por la gloria, sino por la vida, y lo que mas es que la vida, por la libertad. Este es el dia fatal que ha de establecer ó arruinar el mayor imperio que vió jamás el mundo. En el Granico solo combatimos con la menor parte de nuestras fuerzas; después de la pérdida que tuvimos en la Cilicia nos podia servir la Siria de retirada; teníamos aun el Tigris y el Éufrates, poderosos baluartes ambos de este reino; pero ya hemos llegado á estado tal, que si perdemos el terreno que pisamos, no nos queda donde huir. La dilacion de la guerra ha consumido cuanto dejamos atrás. No tienen ya las ciudades habitantes, ni labradores los campos; hasta vuestras mujeres y vuestros hijos nos vienen siguiendo, que será otra tanta presa para el enemigo, si no salvamos prendas tan amadas por medio de una honrosa victoria. Por lo que á mí toca, he procurado cumplir con cuanto he juzgado de mi obligacion; he juntado tan numeroso ejército, que apenas estas vastas y dilatadas campiñas son capaces de contenerle en sí; hele provisto de armas y de caballos; he dispuesto que no falten municiones y bastimento á tan considerable muchedumbre; y he elegido finalmente lugar capaz de ponerla en órden de batalla. Lo demás pende de vosotros; tened ánimo; hacedle de quedar vencedores, burlándoos del crédito y reputacion de los enemigos; arma bien débil para soldados de generosos espíritus; y estad ciertos que lo que habeis tenido por virtud y valentía en ellos, solo es una precipitada temeridad, que no bien ha exhalado el ardor de su bizarría, cuando se apaga y consume, nó de otra suerte que se debilitan y descaecen los animales luego que han vertido su veneno. Estas llanuras nos muestran el corto número que nos ocultaron los montes de Cilicia. Mirad cuán distintamente se reconocen sus ordenanzas; reparad en la extension de sus alas, y advertid en lo desamparado de su cuerpo de batalla; partid, pues, contra aquellos á quienes han puesto en retaguardia de espalda á nosotros, como en anuncio de que nos la vuelvan, disponiéndose á la fuga. Por los dioses, que aun sin que usemos de los carros armados de hoces, bastan solo las uñas de los caballos para desbaratarlos y romperlos. Con cuya victoria, si la obtenemos, quedará todo por nosotros, y concluida la batalla, sin recurso alguno los enemigos en la fuga, por hallarse encerrados entre el Tigris y el Éufrates. Á que se añade, que, aun lo que antes contribuyó á hacerlos vencedores, convertido en mayor gravámen y perjuicio suyo, será medio de que hoy queden vencidos; porque, hallándonos con un ejército ligero y fácil de mover, y teniendo ellos el suyo tan cargado de la presa, embarazado de nuestros despojos, le podremos deshacer fácilmente, logrando á un tiempo la causa y el fruto de la victoria; pero, si acaso pudiere en alguno de vosotros hacer mayor impresion que la eficacia de estas razones, el crédito de aquella gente, advierta que hoy existen las armas de los macedonios, nó sus personas; porque, habiéndose derramado tanta sangre de ambas partes, por corta que haya sido la que se ha vertido de la suya, es mas considerable siempre la menor pérdida en un corto ejército, que la mas crecida en uno poderoso. Y Alejandro, por invencible que parezca á los cobardes, no es mas que un hombre solo; y si quereis creerme, un desatinado, y á quien hasta aquí ha hecho mas dichoso nuestro pavor que su virtud; pero, no pudiendo tener larga subsistencia la próspera fortuna, donde no interviene á conservarla la razon y la prudencia, por mas que se haya declarado esta á favor suyo, no dudeis que, desabrida y cansada de su continuada temeridad, le desampare y abandone. Fuera de que sus favores son tan poco seguros y tan instables, y expuestos á repetidas variedades y mudanzas las felicidades humanas, que podemos esperar las padezcan las suyas.

¿Y qué sabemos si los dioses han permitido que el imperio de los persas, á quien han elevado al mayor cúmulo de gloria por espacio de doscientos y treinta años, padezca ahora este golpe, no para destruirle, sino para conmoverle, y recordarnos por este medio la instabilidad de las cosas humanas, de que tan olvidados vivimos en las grandes prosperidades? No ha muchos años que por nuestro gusto, hicimos guerra á los griegos en sus dominios; hoy que nos la han traido á los nuestros, es preciso que los arrojemos de ellos. De lo cual podeis reconocer cuán recíprocamente estamos expuestos todos á las mudanzas y reveses de la fortuna; y que es imposible que ni los persas, ni los griegos lleguen á conseguir la monarquía, á que aspiran dos tan poderosos concurrentes; pero aun cuando no nos alentase la esperanza, nos debe obligar la necesidad, á que no pudiendo estar peores de lo que nos hallamos, hagamos el último esfuerzo para nuestra defensa. Mi madre, mis dos hijas y mi hijo Oco, esperanza de este imperio, lloran su infeliz cautiverio; aquellos renuevos de mi casa, aquellos grandes señores, en cuyas venas circula real sangre que los ilustra, aquellos esclarecidos capitanes, algo menos que reyes, unos y otros se ven esclavos, y la mayor parte de mí mismo no está en mí, y si la que me ha quedado no se asegurase en vosotros, quedaria enteramente cautivo. Ea, pues, valerosos soldados, librad á mi madre y á mis hijos de las prisiones, ya que mi esposa, ¡ay de mí!, la he perdido en ellas. Recobradme aquellas caras prendas, por quienes no rehuso perder la vida. Suponed que, juntas todas, despues de haber implorado el socorro de los dioses patrios, recurren á vuestra fidelidad pidiéndoos vuestra compasion y socorro, y que os intiman las libreis de tan infeliz miseria. ¿Creeis por ventura, que su dolor le ocasiona la sujecion con que viven al arbitrio y gracia del enemigo, y el verse esclavas de quienes no se dignarian ser reinas? Pero ya veo á los enemigos que se adelantan, y cuanto mas se acercan, tanto mayor es lo que se me ofrece que deciros, para infundir mas coraje en vuestros ánimos. Ruégoos, pues, por nuestros dioses tutelares, por el fuego eterno, que va delante de nosotros en esos altares; por el explendor del sol que nace en los confines de mi reino; y por la inmortal memoria de Ciro, el cual habiendo conquistado este imperio de los medos y de los lidios fué el primero que le transfirió á nuestros padres: que libreis del último ultraje, el nombre, y la nacion de los persas. Marchad, pues, alegres y confiados en la victoria, para que aumentada con los triunfos de ella la gloria que os dejaron vuestros predecesores, pase á vuestros descendientes. De vuestro valor pende el dia de hoy vuestra libertad, vuestra salud y toda la esperanza, y el remedio de la patria. El medio de evitar la muerte, es despreciarla; el que la teme, la encuentra. Por lo que mira á mi persona, aunque me veis en este carro, no estoy en él tanto por observar la costumbre de este reino, cuanto por dejarme ver mejor de todos; haced lo que en mí viereis, y seguid el ejemplo que os diere, que es cuanto os pido.

XV. Deseoso Alejandro de evitar los lugares de las emboscadas que Bion le habia mostrado, y de encontrar á Dario, que llevaba el ala izquierda de su batalla, salia siempre hácia la mano derecha, cuya diligencia hacia tambien Dario por llegar á él, habiendo ordenado á Beso que cargase en el ala derecha de Alejandro con la caballería de los masagetas. Tenia delante de sí sus carros armados de hoces, á quienes hizo partir contra los enemigos, luego que se les dió la señal: soltáronlos á toda rienda los que los gobernaban, para que con la celeridad fuese mayor el daño que hiciesen en los griegos, no dándoles lugar á que pudiesen evitarle. Quedaban muertos unos al violento impulso de las lanzas que salian del timon, y despedazados otros al de las hoces, que pendian de una y otra parte de los carros, cuyo estrago obligó á los macedonios á que cediendo á él se retirasen, no ya con ordenanza, sino cual pudieran en declarada derrota, con precipitada fuga. Advirtiéndola Maceo, aumentó su terror, cargando tambien en ellos, y enviando mil caballos á saquear los alojamientos de los enemigos, á cuya diligencia esperaba que reconociendo sus prisioneros, á quienes tenian en el mismo cuartel, cercana su gente, rotas las prisiones se librasen. Si bien previniéndolo todo Parmenion, que mandaba el ala izquierda, participó con la mayor presteza que pudo al rey por medio de Polidamas el peligro en que estaba, y lo que gustaba hiciese. Pero, habiéndole oido Alejandro: «id, le respondió, y decid á Parmenion, que si ganamos la victoria, no solo recuperaremos lo que es nuestro, sino quedaremos tambien dueños de cuanto posee el enemigo, que no enflaquezca el cuerpo de la batalla, ni cuide del bagaje, sino de pelear con el ardor que debe hacerlo por la gloria de Alejandro y de Filipo. En el ínterin los bárbaros saquearon el campo, dieron muerte á muchos de los guardias, y los prisioneros, rotas sus prisiones, y armados de cuanto encontraban, cogiendo á los macedonios en medio, cargaban en ellos, y persuadidos á que habria sido igualmente feliz el suceso en lo demás del campo, y que victoriosos los persas se entregaban ya á la presa, participaron á Sisigambis que habia ganado Dario la batalla, hecho considerable mortandad en los enemigos, y apoderádose del bagaje; pero, conservándose aquella prudente princesa, por mas que procuraron alegrarla los prisioneros con tan favorables noticias, en el mismo estado en que la hallaron, y no pudiendo sacarla alguna palabra, ni hacerla mudar de semblante, recelosa quizá de disgustar á la fortuna con su anticipado regocijo, apenas acertaban á distinguir que era lo que mas deseaba. En tanto Amintas, general de la caballería de los macedonios, habiendo procurado con algunas tropas, aunque cortas, recuperar el bagaje, ó ya fuese por arbitrio propio, ó ya por órden de Alejandro, no pudiendo tolerar el furor de los caducios, y de los escitas, apenas intentó el combate, cuando se vió precisado á retirarse hácia el rey, sin otro fruto que el de haber sido antes testigo de la pérdida del bagaje, que recuperador de él. Con cuyo suceso, disgustado Alejandro, ya se arrepentia de su primera órden, aunque temiendo justamente no divirtiese á los soldados del combate, el deseo de cobrar su bagaje, envió á toda diligencia á Arietes, capitan de los piqueros, á quienes llamaban SARISOFORES, contra los escitas. En cuyo ínterin los carros, que habian roto las primeras filas, llegaron hasta la falanje; pero los macedonios, abriendo con grande animosidad su batallon, y dividiéndole en dos, como se les habia ordenado, los cogieron en medio, donde, cruzadas las picas, herian por una y otra parte los caballos; y cercando despues los carros, derribaban á los que iban en ellos. Fué tan grande el estrago que no se veian sino cuerpos muertos; los caballos amedrentados, y doloridos de las heridas, no se dejaban regir, y precipitados de la violencia del castigo con que se les procuraba obligar á ello, volcaban carreteros y carros, y los heridos, sin poderse detener por su pavor, ni adelantarse por su debilidad, arrastraban trás sí á los muertos. Con todo, algunos carros que pudieron llegar hasta la re-

taguardia, hicieron gran destrozo en los miserables que encontraron, cuyos despedazados miembros, esparcidos por una y otra parte, no bastaron á obligarles á que depusiesen las armas mientras permaneciendo calientes las heridas no llegaban á sentir la actividad de los dolores, hasta que, desangrados del todo, espiraban en sus mismos puestos. Á cuyo tiempo, habiendo muerto Aretes al capitan de los escitas que robaban el bagaje, fué grande el terror que infundió en ellos esta pérdida. Si bien el esfuerzo de los bactrianos, á quienes Dario envió para abrigarlos, mejoró bien aprisa el combate, porque, derribando del primer choque á algunos macedonios, y haciendo huir á otros, que se retiraron hácia donde estaba el rey, fué tan grande el regocijo con que celebraron los persas este suceso, que, levantando el grito, nó de otra suerte que si se hallasen vencedores, cargaron con gran furia en el enemigo, á quien creian enteramente deshecho. Pero, advirtiendo Alejandro aquel desórden, habiendo reprendido y confortado á los medrosos, rehizo por sí solo el combate, y obligó á los suyos á que, recuperados sus alientos á los esfuerzos de su persuasion, volviesen á la carga. Y reconociendo disminuida el ala izquierda de los persas, por faltar de ella los bactrianos, á quienes habia llevado á los alojamientos la codicia de la presa, asaltó aquellas filas, las rompió é hizo en ellas considerable estrago. Á cuyo tiempo, creyendo cogerle enmedio, mientras combatia, le acometieron por la espalda; y sin duda que le hubieran puesto en gran peligro, si la caballería de los agrianos, sobreviniendo allí con toda diligencia, no hubiese cargado en los bárbaros que le habian embestido, y los hubiesen obligado á volver contra ellos: en cuya ocasion fué mucho mayor el número de los muertos de parte de los persas; aunque de una y otra igual el de los heridos. Tenia Alejandro al enemigo por el frente y por la espalda; si bien á los que le acometian por esta daban bien que hacer los agrianos y los bactrianos, aunque vueltos ya del robo no podian recobrar sus filas. Habia muchas tropas, que, separadas de su grueso, peleaban donde se les ofrecia hacerlo. Ambos reyes, á cortísima distancia ya el uno del otro, inflamaban á los suyos al combate: Dario en un carro, y á caballo Alejandro, rodeados ambos de sus mas escogidas tropas, las cuales, atentas solo á salvar á sus reyes, despreciaban generosamente sus vidas, no pudiendo lograrlo sin las suyas, á cuyo precio, y el de morir á su vista, se tenian por felices. Si bien era mayor el riesgo en los que estaban mas inmediatos á sus personas, por ser allí donde de una y otra parte anhelaban todos obtener la gloria de dar por su mano muerte al rey enemigo. Pero, fuese ilusion ó hecho cierto, es sin duda que los que se hallaban al lado de Alejandro aseguraron haber visto volar apacible un águila sobre su cabeza, sin que la alterase ni espantase el ruído de las armas, ni los gemidos de los que morian, y que permaneció por largo espacio alrededor de su caballo, como suspendida en el aire; y que, mostrando Aristrando, revestido de una ropa blanca, con un ramo de laurel que tenia en la mano, como seguro anuncio de la victoria, á los soldados que combatian, aquel pájaro, les infundió tan grande ánimo y confianza, que los que se hallaban poco antes amedrentados, volvieron entónces á la carga con increible ardor y gusto. Fué empero mayor, cuando, traspasado de una lanzada el que conducia el carro de Dario, é iba sentado delante de su persona, le tuvieron, así ellos, como los persas, por el rey. Con cuya persuasion fuéron tan espantosos sus gritos y lamentos, que pusieron en desórden todo su ejército, aunque hasta entónces combatia con igual esfuerzo que el del enemigo. Los parientes de Dario, que estaban á mano izquierda, abandonando el carro, se pusieron en fuga, si bien los que se hallaban á la derecha le recibieron enmedio. Refiérese que, habiendo sacado aquel príncipe su cimitarra, estuvo en duda si evitaria la ignominia de la fuga con una honrosa muerte; y que, reconociendo desde su carro que aun mantenian los suyos el combate, tuvo por indigna accion la de abandonarlos; aunque mientras fluctuaba entre la esperanza y la desesperacion, empezaron los persas á retroceder poco á poco, y á desamparar sus filas. Alejandro, habiendo mudado caballo, después de haber fatigado muchos, no cesaba de dar muerte á los que le resistian, y á los que huian. Finalmente, no siendo ya combate aquel, sino destrozo y mortandad, se vió necesitado Dario á volver su carro, y á entregarse como los demás á la fuga. Cargaban los vencedores por la espalda á los fugitivos, pero impidiéndoselo la espesísima nube de polvo que levantaba el crecido tropel de los caballos, procedian con errantes pasos, como pudieran en la mas obscura noche, sin poder unirse por otro medio, que por el del sonido de alguna voz conocida, que se oía; así como de rato en rato el estallido de los azotes, con que castigaban los caballos que conducian los carros, seña única que habia quedado de los fugitivos.

XVI. Manteníase empero con variedad de sucesos, así de una, como de otra parte, el ala izquierda que mandada Parmenion; porque, habiendo cargado hácia allí Maceo con toda su caballería, y cogido á los macedonios por el flanco, los empezó á estrechar tan reciamente por todas partes con la multitud de sus tropas, que se vió necesitado Parmenion á enviar á decir á Alejandro á toda diligencia «el estado en que se hallaba, y que si prontamente no le socorria, le seria imposible evitar la fuga de su gente.» Aunque se habia alejado á alguna considerable distancia el rey, en seguimiento de los fugitivos, le obligó aquella desabrida noticia, á que atendiendo antes al peligro de los suyos, que á la persecucion de los vencidos, volviese en su socorro, nó sin gran irritacion de que le malograse aquel accidente la victoria, y de que hubiese tenido mas fortuna Dario en huir, que él en seguirle. Si bien habiendo sabido en el ínterin Maceo el rompimiento de Dario, quedó tan aturdido de su infelicidad, que, en medio de la ventaja con que combatia, empezó á decaer del ardor con que apretaba al enemigo, ya desordenado. No podia Parmenion penetrar la ocasion de aquel repentino desaliento, aunque aprovechándose, como diestro capitan de él, hizo cargar allí la caballería de los tesalios, á quienes les dijo: «¿No veis como aquellos, que poco ha nos resistian con tan grande ferocidad, se retiran preocupados de un repentino pavor? No es otra la ocasion que haber ganado nuestro rey la victoria para sí, y para nosotros. Los persas se hallan rotos, y toda la campaña cubierta de sus cadáveres, ¿qué esperais pues? ¿Deténeos acaso el no juzgaros con bastante espíritu para cargar en los que huyen?» Con cuya exhortacion, persuadidos á lo que les decia, y convirtiendo en esperanzas y ardimiento su desmayo, dieron de espuelas a los caballos, y acometieron con increible furia al enemigo, que, si hasta entonces se habia retirado con moderado paso, ya lo hacia con bien acelerado movimiento, y sin que faltase á confirmar su fuga, sino el volver la espalda. Sin embargo Parmenion, ignorando el suceso que habia tenido el rey en el ala derecha, y no resolviéndose á seguirlos, dió tiempo á que se pu-

diese salvar Maceo: el cual, habiendo pasado el Tigris por extraviado y seguro camino, entró en Babilonia con las tristes reliquias de aquel infeliz ejército. Dario, acompañado de pocos, llegó al rio Lico, y habiéndole pasado, se halló dudoso en si romperia el puente, respecto de seguirle el enemigo; pero, considerando que haciéndolo dejaba expuestos á merced suya infinitos millares de los suyos, que aun no habian llegado, lo escusó, protestando al partirse: «Queria antes dar paso á los que iban en su alcance, que negársele á los que se salvaban;» y después de haber corrido dilatadísima porcion de tierra, llegó á Arbela. ¿Qué entendimiento empero, ni qué palabras serán suficientes á comprender y expresar la inmensa variedad de accidentes con que se burlaba de unos y otros la fortuna? Tan diversos géneros de muertes, la derrota y fuga de los vencidos, el estrago y horror de tan sangrienta batalla, en la cual, ó ya se mire á lo general, ó ya á lo particular de ella, no parece sino que quiso reducir al suceso de un dia cuantos accidentes puede producir un siglo. Huian unos por los caminos mas cortos y mas fáciles que hallaban, y ganaban otros los bosques y los senderos mas desconocidos á los vencedores. Y eran de ver la caballería é infantería, armados unos, desarmados otros, sanos, enfermos y heridos, mezclados confusamente todos, sin cabeza, sin gobierno, en desórden y confusion espantosa. Los que no podian seguir, por el impedimento de sus heridas, á los demás, quedaban abandonados de sus compañeros con lágrimas y lamentos recíprocos; pero cediendo en estos la piedad al miedo, convertian en seguridad propia el cuidado ageno. Con todo, nada los atormentaba mas que la sed que les ocasionaban las heridas y la fatiga. Veíase infinidad de gente abalanzada á aquellos arroyos beber con ansia sin igual de sus turbias aguas, las cuales, mezcladas en muchos de grán porcion de tierra que pasaba entre ellas, los dejaban tan hinchados, impedidos, y embargados de miembros, que, sobreviniendo el enemigo, no podian moverlos sin nuevas heridas. Algunos, á quienes no permitia el aprieto y multitud que cargaba en ellos, llegar á los arroyos mas inmediatos, pasaban á buscar los mas distantes, donde cogian el agua que descubrian, por corta que fuese, sin perdonar los mas retirados, ni charco, por seco, enjuto ó turbio, á quien su sed no le acometiese. No era menos digno de compasion el oir por los caminos cercanos á los lugares los clamores de las mujeres y de los viejos, los cuales, con acentos lúgubres llamaban aun á Dario su señor y su rey. Habia llegado ya Alejandro, después de haber detenido el precipitado curso con que corrian los suyos en seguimiento de los fugitivos (como hemos referido) al rio Lico, cuyo puente se llenó de tan gran multitud, que, acometidos unos del enemigo, se precipitaban al agua, y cargados otros de sus armas, y fatigados del combate, y de la fuga, perecieron miserablemente. No solo el puente rebosaba tropas, sino tambien el rio, sobre cuyas ondas corrian impetuosamente amontonadas unas sobre otras; porque, apoderado una vez el pavor de los ánimos, no rehusa nadie, para evitar la causa de su espanto, arrojarse á los mayores peligros, teniéndolos todos por menores. Instado Alejandro de los suyos: «Que no dejase ir al enemigo tan libremente, y sin castigo, se escusó de complacerlos, manifestándoles, que sus armas habian ya perdido el corte; que sus brazos se hallaban cansados, debilitatados sus cuerpos, y cercana la noche.» Pero no era esta la causa, sino el cuidado que le tenia el ala izquierda de su batalla, á la que juzgaba aun combatiendo, y la resolucion en que estaba de volver á socorrerla: si bien le sacaron de él las noticias, que, antes de partir de allí, le trajeron de la victoria obtenida por Parmenion, ciertos caballeros, á quienes despachó este con ellas; pero no acabando de tener fin los peligros de la batalla, le sobrevino al tiempo de recoger sus tropas uno, aun de mayor consideracion que cuantos se le ofrecieron en aquel dia; porque, seguido de pocos, que, regocijándose de la victoria, se retiraban en desórden, creyendo quedaban los enemigos rotos ó muertos, dió sin pensar en un grueso de caballería, el cual, aunque suspendió al principio su curso, reconociendo el corto número de los macedonios, cargó en ellos. Púsose el rey al frente de su bandera, disimulando mas que despreciando el peligro; pero la fortuna, que nunca le faltó necesitado, tampoco entónces, porque acometido del capitan enemigo, con mas deseo de gloria que de consideracion, castigó su atrevido denuedo, derribándole de un bote de lanza, con la cual dejó muerto al que combatia mas inmediato á él, y á otros muchos que le seguian, á cuyo tiempo cargaron los suyos en los persas, que, aunque amedrentados de tan infeliz principio, no dejaron de defenderse con igual resolucion y valor al que mostraron ambos ejércitos en lo mas recio de la batalla. Finalmente, reconociendo los bárbaros que la noche les era mas oportuna á la fuga que al combate, se entregaron desbandados por diversas partes á ella. Con lo que, libre el rey de tan inesperado peligro, recogió sus tropas sin pérdida alguna. Murieron en esta batalla, segun el cómputo que pudo hacer el vencedor, cuarenta mil persas, y trescientos macedonios, cuya victoria sin duda que la debió Alejandro, antes que á su fortuna, á su valor y destreza, porque, además de que no se pudo atribuir á la ventaja del lugar, como la antecedente, dispuso su ejército con admirable órden, peleó con suma prontitud, y despreció con gran acuerdo y madurez la pérdida de los alojamientos y del bagaje, reconociendo, que toda la importancia y el peligro pendia del suceso de la batalla, en la cual, aun dudoso de él, ostentándose vencedor, puso en desórden al enemigo, le derrotó, y lo que parece increible en un espíritu tan vehemente, siguió á los fugitivos con mas cordura que ardor. Siendo cierto que, si dejándose llevar de él no se hubiese abstenido con aquella madurez, ó habria quedado por culpa suya vencido del resto del ejército enemigo, que hacia aun rostro, ó no habria debido á su propio valor la victoria. Y últimamente, que si le hubiese atemorizado aquel grueso de caballería, que inesperadamente encontró y cargó en él, se hallaria necesitado, ó á entregarse vergonzosamente á la fuga, ó á perder infelizmente la vida; pero no por esto se deben defraudar á los cabos los merecidos loores que les granjeó su generoso valor, y las gloriosas heridas que como seguro testimonio de él, recibieron en el combate, del cual salió herido Efestion en un brazo de un bote de lanza, así como casi muertos Perdicas, Ceno y Menidas, de los tiros de las saetas: y á la verdad, si se ha de hacer el juicio que se debe de aquel rey, y de aquellos capitanes, es preciso confesar, que tan gran rey fué digno de tan ilustres capitanes, y tan ilustres capitanes merecedores de rey tan esclarecido.

LIBRO QUINTO.

ARGUMENTO DE ESTE LIBRO.

I. Habiendo entrado Dario en la Media, se apodera Alejandro de Arbela y de Babilonia, cuya grandeza, situacion

vicios y costumbres de sus habitantes se describen. — II. Propone premios á los soldados para obligarlos á huir la ociosidad: recibe la ciudad de Susa, con los tesoros del rey de Persia; y consuela á Sisigambis. — III. Después de haber vencido Alejandro la region de los Uxiores, concede libertad á Madates, su gobernador, y á todos los rendidos y prisioneros, eximiéndolos de todo género de tributos: intenta entrar en la Persia; pero obligale Ariobarzanes á que se retire. — IV. Muéstrale un prisionero un camino desconocido, por medio del cual llegó á combate con los persas: en el que deja derrotado su ejército y muerto á Ariobarzanes. — V. Pasando Alejandro á Persépolis, pone en libertad cuatro mil prisioneros griegos. — VI. Después de haber saqueado á Persépolis, ciudad rica, llega á la Persia, y sujeta á los mardos. — VII. Hace Alejandro quemar el palacio de los reyes de Persia á persuasion de Tais, y de los cortesanos que seguian el ejército, y resuelve seguir á Dario. — VIII. Oracion de Dario á los suyos exhortandoles á la batalla. — IX. Varios pareceres de los grandes: alteracion ocasionada de la traicion que Nabarzanes y Beso habian tramado. — X. Cruel determinacion de Beso y Nabarzanes, sobre entregar á Dario ó darle muerte: tiénenla oculta por extraños medios. — XI. Descubre Dario los intentos de los traidores: rehusa el socorro de los griegos que tenia presentes, y declara quiere morir antes, si gustan de ello los suyos, que desacreditarlos. — XII. Apodérase Beso de Dario, después de haberle engañado con fingidas lagrimas, y habiendole aprisionado con cadenas de oro, le hace poner en un carro, tan indigno de la magestad de su persona, como si hubiese olvidado iba en él tan gran príncipe. — XIII. Sabiendo Alejandro la infelicidad á que se hallaba reducido Dario, marcha contra el ejército de los persas; pero Beso, y los demás parricidas, temiendo sus armas, dejan á Dario cargado de muchas heridas, y se entregan á la fuga.

I. Si hubiese de referir, segun el órden del tiempo, todos los sucesos que acaecieron en este intermedio, así en Grecia, como en Iliria y en Tracia, debajo de los auspicios, y por las órdenes de Alejandro, seria preciso interrumpir el hilo de los del Asia; y así para evitarlo, he tenido por mejor continuarlos hasta el fin y muerte de Dario, sin omitir alguno, para que se reconozcan en la historia con la misma série que se ejecutaron; á cuyo fin empezaré por las consecuencias y resultas de la batalla. Llegó Dario mediada la noche á Arbela, donde la fortuna habia llevado gran parte de sus tropas y de sus capitanes; y habiéndolos juntado, les dijo: «que no dudaba pasaria Alejandro á apoderarse de las mejores ciudades, y de aquellas hermosas y fértiles campañas; ni tampoco, que él y sus soldados, mas atentos al robo y á la presa que se les ofrecia por todas partes (único recurso en que libraban ellos en su infelicidad su remedio) que á otro designio, les darian tiempo de asegurar su retirada, y de ocupar los desiertos con la tropa ligera: que las últimas provincias de su reino se hallaban enteras, y podria fácilmente volver á alistar en ellas un nuevo ejército: que aquella codiciosísima nacion iba á apoderarse de sus tesoros, y á saciar su continuada sed en el oro, que esperaba recobrar después: que la experiencia le habia enseñado, de cuán molesto gravámen y carga era aquel ostentoso aparato, y copioso número de eunucos y concubinas; y que, hallándose precisado Alejandro á llevarle, no podia dejar de pelear con inferiores ventajas á las que hasta entónces habia tenido para quedar vencedor.» Pareció á todos este razonamiento de gran desesperacion, y que dejando expuesta al poder del enemigo la riquísima ciudad de Babilonia, apoderado de ella, le seria fácil hacerse dueño de la de Susa, y de las mas principales del imperio, como premio de sus fatigas, y principal asunto de sus empresas; pero continuando Dario les manifestó: «Que en las grandes calamidades no debia detenerse la consideracion á la aparente ostentacion de las cosas, sino á la solidez y urgencia de ellas: que las batallas se adquirian por medio del hierro, y nó por el del oro, á fuerza de hombres, y nó de edificios: que todo se rendia á los que se hallaban con las armas en la mano; y que con ellas recuperaron sus predecesores, después de bien infelices principios, sus pérdidas, restableciéndose á su antigua grandeza.» Con cuyas razones, ó forlalecidos sus ánimos, ó precisados de su obediencia antes que de ellas, entraron en su compañia por los confines de la Media. Rindió pocos dias después Alejandro á Arbela, en cuya ciudad halló gran cantidad de muebles de la corona, ricas y preciosas alhajas, con cuatro mil talentos, y todas las riquezas del ejército, que (como queda dicho) se habian juntado allí: si bien, precisándole á desalojar á toda diligencia de ella el suyo la peste, que empezaba á picar, ocasionada de la infeccion de los cuerpos muertos, de que estaba cubierto todo el campo, tomó su marcha por aquellas llanuras, dejando á mano derecha la Arabia, region feliz por los perfumes y gomas odoríferas que produce. Refiérese, que es tan grande la fertilidad de aquellas tierras, que se contienen entre el Tigris y el Éufrates, que no permite apacienten en ellas los ganados, sin riesgo de que los ahogue la demasiada gordura que les causa su abundancia; la cual procede de la humedad que participan á aquel territorio las avenidas de ambos rios. Tiene su nacimiento en los montes de Armenia, desde donde tomando su curso dividen sus aguas el uno del otro, aumentando á proporcion de ellos su separacion; la cual, en donde mas, es de dos mil y quinientos estadios, segun aseguran los que la han medido: si bien, entrando en las tierras de los medos y gordianos, se vuelven poco á poco á unir mas en proporcion siempre de lo que se alejan. Donde mas llegan á estrecharse es en Mesopotania, llamada así, porque la cierran de ambas partes; desde la cual, corriendo por las tierras de Babilonia, se dilatan hasta descargar en el mar Rojo. Llegó el rey en cuatro dias á la ciudad de Memfis, donde se ofrece en una caverna aquella fuente, á quien ha hecho tan célebre el betun que de ella mana, en tan grande abundancia, que se tiene por cierto se labraron con él los muros de Babilonia, una de las maravillas del mundo. Luego que el rey tomó el camino de aquella ciudad, salió con sus hijos á entregársela y ofrecérsele Maceo; el cual se habia retirado á ella después de la batalla de Arbela. Cuya rendicion celebró Alejandro con gran gusto, así por el graveso y dilatado sitio de que se escusaba, y era preciso para apoderarse de plaza de tan gran consecuencia, y tan abastecida de todo lo necesario á una larga resistencia, como porque se la entregase persona de tan gran suposicion y valor, bien acreditada en las ilustres acciones que obró en aquella última batalla, y cuyo ejemplo esperaba siguiesen otros muchos. Admitiólo con singulares demostraciones de gratitud; si bien no quiso dejar de entrar en la ciudad, como pudiera trás declarado combate, en forma de batalla, y marchando al frente de su ejército. Coronaba infinita multitud de gente los muros de aquella ciudad, en medio de haber salido la mayor parte de sus habitantes á recibirle, impacientes ya de que se les dilatase el ver á su nuevo príncipe, entre cuya muchedumbre, Bagofanes, gobernador de la fortaleza, y guarda del tesoro, deseoso de mostrarse no menos afecto que Maceo, hizo sembrar los caminos de flores, y levantar por ambas partes altares de plata, que respiraban, demás del incienso, todo género de olores. Llevaba los presentes que habia de dar al rey, que se componian de pieles de animales, de gran cantidad de caballos, de leones y leopardos, en sus jaulas. Seguíanle después los magos, entonando himnos á su usanza; y á estos los caldeos, y con ellos los adivinos y los músicos de Babilonia, tocando todos diversos

instrumentos. Acostumbran estos cantar las alabanzas del rey, así como los caldeos observar el movimiento de los astros, y las regulares mudanzas del tiempo. Iba á lo último la caballería babilónica, con tan ostentoso aparato, que excedia á la mayor magnificencia. Hizo el rey que siguiese el pueblo á su infantería, y rodeado de sus guardas entró sobre un carro en la ciudad, y después en palacio, en forma de triunfo, donde al dia siguiente mandó manifestar los muebles y la plata de Darío. Pero la hermosura y ornamento de aquella ciudad se llevaba justamente, nó solo los ojos del rey, sino los de todos, á repararla y advertirla. Fundóla Semíramis, ó como creen muchos, Belo, cuyo palacio existe aun: contienen sus muros de ladrillo, unido con betun, treinta y dos piés de largo, sobre los cuales pueden pasar dos carros con cuatro caballos, sin embarazarse el uno al otro. Su altura es de cincuenta codos, la de sus torres de diez piés mas, y toda su circunvalacion de trescientos y sesenta y ocho estadios, de los que se refiere salia á uno por dia á los obreros. Distan de los muros las casas (en bastante separacion unas de otras, por el riesgo del fuego, á lo que discurro) dos yugadas de tierra, y no ocupan en la ciudad mas espacio y extension, que el de ochenta estadios. Todo lo restante de ella lo labran y siembran para aprovecharse de los frutos, que recogen en ocasion de algun sitio. Pasa por medio el Eufrates, cuyas riberas son de desmesurada magnitud, rodeadas de profundas cavernas, labradas de ladrillo, y en lugar de mezcla de aquel betun; las cuales sirven de receptáculo al rio, que, saliendo de sus márgenes con rápida violencia, sin duda llevaria trás sí los edificios á no hallar en aquellos lugares subterráneos donde descansar parte de su gran avenida. Une las dos partes de la ciudad un puente de piedra que, dilatándose de una á otra ribera, ha merecido tambien, por la suntuosidad de su fábrica, que se le coloque en el número de las maravillas del oriente, respecto de que llevando trás sí el Eufrates tan gran cantidad de cieno, no se puede, sin gran dificultad y trabajo, esguazar y descubrir tierra firme y sólida, sobre que echar los cimientos: á que se añade, que los bancos de arena, que con el curso del tiempo se forman junto á los arcos de él, embarazando la corriente, la hacen tanto mas rápida y caudalosa, cuanto ha estado detenida y oprimida. Circundan tambien sus aguas el castillo, cuyo circúito es de veinte estadios, así como de treinta piés los cimientos de sus torres, y de ochenta su altura. Ocupan su eminencia vistosos y floridos jardines, cuya hermosura y singularidad dió ocasion á que los tuviesen por milagrosos en sus fábulas los griegos. Iguálanse en la altura con los muros, y hácelos sumamente apacibles y deliciosos la gran sombra y frescura que les ocasiona la crecida corpulencia y rectitud de sus árboles. Las columnas que sustentan aquella garbosa máquina, son de piedra, sobre las que cargan grandes azoteas, labradas de piedra en cuadro, las cuales reciben en sí la tierra, á la que riegan bombas y acueductos secretos, fertilizándola de suerte, que produce árboles de tan desmesurada grandeza, que llegan á comprender sus raíces ocho codos en ancho, y á dilatarse hasta cincuenta su altura, hallándose tan cargados de frutos, como pudieran estarlo en el mas natural y abundante territorio. Y si bien no se preservan del estrago del tiempo, ni las fábricas en que interviene la industria de los hombres, ni las obras que produce la naturaleza, se ha conservado esta sin detrimento alguno, en medio de hallarse oprimida de las dilatadas raíces de tantos árboles, y del grave peso de tan inmensa máquina. Fúndase sobre veinte dilatadas y fuertes murallas, á distancia de once piés la una de la otra, cuya fábrica advertida de lejos, ofrece la representacion de dilatados y montuosos bosques. Es fama que, reinando antiguamente en Babilonia cierto rey de Siria, hizo labrar aquellos jardines, movido de las instancias con que le persuadió su esposa, á cuyos cariñosos alhagos vivia rendido, que imitase en ellos, por medio de tan raro artificio, los primores de la naturaleza, para que así pudiese gozar, sin salir de la ciudad, de los recreos y diversiones del campo, á que tenia singular inclinacion. Detúvose el rey en aquella ciudad mas tiempo del que solia en otras, donde padeció mayor perjuicio que en alguna la disciplina militar, por lo que excede á todas en la suma corrupcion de las costumbres, y en los grandes incentivos y disposisiones que tiene para desordenados y torpes deleites. Toleran en ella los padres que sus hijas hagan con los huéspedes mercancía de su honestidad, no siendo menos liberales de la de sus mujeres los maridos. El mayor divertimiento de los reyes y sátrapas de Persia, es el de los festines, en los que introducen licenciosos y deshonestos juegos, no teniendo otros los babilonios, que el de la embriaguez, á que son muy dados, y á los demás desórdenes consecuentes á ella. Muéstranse en sus banquetes las mujeres al principio con modestia; pero luego que empiezan á deponer, primero sus exteriores vestiduras, y después las mas internas, deponiendo tambien con ellas su honestidad (sea dicho sin ofensa de castas orejas) quedan en carnes. En cuyo torpe y deshonesto espectáculo no se ofrecen solo las mujeres públicas, sino tambien las que están reputadas por de mayor recato y honestidad, con sus hijas, que unas y otras, así como sus padres, tienen tan horrible prostitucion por una de las acciones mas urbanas. Entre estos vituperables y licenciosos recreos se ocupó por espacio de treinta y cuatro dias aquel victorioso ejército del Asia; el cual sin duda se hubiera hallado bien debilitado al fin de ellos para la continuacion de sus conquistas, á haber tenido enemigo en su opósito. Si bien los reclutas, que de tiempo en tiempo llegaban, hacian menos sensibles aquellos desórdenes: porque Amintas, hijo de Andrómene, habia llevado seis mil infantes y quinientos caballos macedonios, enviados por Antípatro, con seiscientos caballos tracios, y tres mil quinientos infantes de su misma nacion, sin que entrasen en este número cuatro mil hombres pagados, que iban del Peloponeso, con trescientos sesenta caballos. Enviaba tambien el mismo Amintas para la guardia personal del rey cincuenta jóvenes, hijos de los primeros señores de Macedonia, los cuales sirven á la mesa de los reyes, les llevan los caballos cuando salen á alguna faccion, los acompañan cuando van á caza, y hacen todos los dias guarda á la puerta de su cámara, por cuyos primeros grados llegan á los mayores empleos del reino, cuales son los generalatos de los ejércitos, y los gobiernos de las provincias. El rey, habiendo dejado á Agaton en el castillo de Babilonia con setecientos macedonios y trescientos soldados extranjeros, dió el gobierno de la ciudad y de toda la region á Menete y á Apolodoro, á quienes dejó dos mil infantes y mil talentos, con órden de que hiciesen reclutas. Hizo á Maceo sátrapa de Babilonia, y mandó á Bagofanes, el cual le entregó la fortaleza, que le siguiese. Dió la Armenia al traidor Mitrene, que le hizo dueño de la ciudad de Sardis, y de la plata de Babilonia: y á cada caballero macedonio seiscientos dineros, quinientos á los extranjeros, y doscientos á cada infante, además de la paga ordinaria.

II. Dispuestas así aquellas cosas entró en la provincia de Satrapene, cuya fertilidad y abundancia en todo género de frutos fué causa de que se detuviese en ella algo mas; si bien, receloso de que no enflaqueciesen la ociosidad y los deleites los generosos alientos de sus tropas, propuso premios para los que mas se señalasen en los ejercicios de valor y ágilidad, y nombró personas, que con desinterés y justificacion declarasen los que los mereciesen. Fueron estos ocho, á quienes hizo merced de otros tantos regimientos, que formó, compuesto cada uno de ellos de mil hombres, á los cuales llamaron « chiliarchios, » no habiendo pasado hasta entónces ninguno de quinientos, ni llegado tampoco á ser premio del valor. Fué grande el concurso de soldados que llevó á sí aquel ilustre espectáculo, al cual no solo iban á ser testigos de lo que obrasen unos y otros, sino tambien jueces de los mismos jueces, y á reconocer si se distribuian los premios en atencion al mérito, ó al favor. Dióse el primero al anciano Adarquias, á cuyo esfuerzo y diligencia se debió en el sitio de Halicarnaso volviese á él la juventud que le habia abandonado, y que repitiese con mayor esfuerzo que hasta entónces los ataques. Tuvo Antígenes el segundo, Filotas Angeo el tercero, Amintas el cuarto, el quinto Antígono, Lincestes Amintas el sexto, Teodoro el séptimo, y el último Hellanico. Mejoró la milicia, quitando nó sin grande útilidad de ella, muchas cosas introducidas por sus predecesores, en quienes habia reconocido inconvenientes. Ordenó que la caballería, separada hasta entónces por naciones, y debajo de la trompeta, y de las órdenes del cabo de la suya cada una, quedase reducida toda á un cuerpo, y á la obediencia de los oficiales que puso en ella. Que así como hasta entónces se daba la señal de la marcha por medio de la trompeta (cuyo sonido impedia muchas veces el ruidoso estruendo del ejército al de campar) se diese allí con un estandarte levantado en su tienda, de suerte que pudiese ser visto de todo el ejército. Y finalmente, que se tuviese de noche por señal el fuego, y de dia el humo. Hallándose cerca de Susa Abulites, gobernador de la provincia, ó ya fuese por dictámen propio, ó ya por órden de Dario, y con el fin de entretener á Alejandro por medio de la presa, envió á su hijo á recibirle, y á ofrecerle la ciudad. Halló en el rey grata acogida aquel mancebo; el cual le condujo hasta el rio Choaspes, cuyas aguas son muy celebradas por su delgadeza. Salió á encontrarle allí Abulites con presentes dignos de tan gran rey, entre los que llevaba dromedarios de suma velocidad, y doce elefantes; que, habiéndolos hecho traer Dario de la India, para amedrentar con ellos á los macedonios, solo sirvieron para hacer mas celebrados sus triunfos y trofeos. Así se burla la fortuna de los intentos y disposiciones de los hombres. Habiendo entrado en la ciudad, halló en el erario inmensas sumas en moneda, y cincuenta mil talentos de plata en barras. Estaban recogidas en él cuantas riquezas habian adquido por espacio de muchos siglos tantos reyes para sus descendientes (juzgando se dilatase á largas duraciones su posteridad): todas las cuales pasaron en la brevedad de una hora á extraño dueño. Ocupó despues el trono de los reyes de Persia, cuya silla, siendo mas alta de lo que requeria su estatura, y no llegando con los piés á la tarima, fué preciso que un paje suyo le pusiese una mesa, que acaso se le ofreció allí, en que estribasen. Á cuyo tiempo advirtiendo Alejandro en las lágrimas de cierto eunuco, que habia sido de Dario, y preguntándole la causa de ellas, le respondió: « que, habiendo comido en aquella mesa, sobre la que tenia los piés, su rey, no podia sin gran ternura verla profanada. » Con cuya noticia, corrido Alejandro de haber violado los dioses del hospedaje, iba á mandarla quitar, como lo hubiera hecho, á no habérselo estorbado Filotas: « representándole debia tener por feliz agüero hollar mesa, en que su enemigo habia comido. » Deseando pasar de allí á Persia, dejó á Arquelao por gobernador de la ciudad de Susa con guarnicion de tres mil hombres, y á Xenófilo por capitan de la fortaleza, en cuyo presidio mandó quedasen los soldados mas viejos que hubiese entre los macedonios. Puso al cuidado de Calicatres la guarda de los tesoros, y en el gobierno de Susa á Abutiles, en cuya ciudad dejó á la madre y á las hijas de Dario; y habiéndole llegado de Macedonia gran cantidad de ropas de púrpura, y riquísimos vestidos, á la usanza de su patria, no le permitió el cariño con que estimaba, cual pudiera á su madre, á Sisigambis, dejase de enviárselos con los que los habian hecho, para que si gustaba (como mandó se lo dijesen) de que sus nietas aprendiesen á hacerlos, tuviesen quien las enseñase. Cuya demostracion y recado le fué de tan gran disgusto, como lo mostraron las copiosas lágrimas que derramó al oirle, por no haber entre las señoras de Persia ejercicio mas sensible, ni mas ignominioso, que el de trabajar en lana. Si bien advertido Alejandro del yerro en que habia incurrido, tuvo por preciso pasar á su tienda á disculparse de él, y á consolarla, como lo hizo, diciéndola: « esta ropa que traigo puesta, madre mia, nó solo es dádiva de mis hermanas, sino obra de sus manos, porque en mi patria, aun las princesas no desdeñan divertirse en estos ejercicios. Si el estilo de ella pudo hacer que incurriese, poco noticioso del de la tuya, en demostracion alguna de tu desagrado, no debes atribuir á ofensa tuya, lo que solo ha sido ignorancia mia. Mi respeto á tu real persona no ha escusado ninguna que haya entendido pueda, sin oponerse al estilo de tu reino, contribuir á tu obsequio. Advertido de que en ella se tiene por especie de desacato se siente delante de su madre el hijo, sin permision suya, he procurado cuidadoso no contravenir á atencion tan debida, escusando el hacerlo mientras tus preceptos no me han obligado obediente á ello. No ignoras la reverente repugnancia con que me he opuesto á tus corteses excesos, y á que hayan tenido lugar las instancias de postrarte á mis piés; ni tampoco que por última, y mayor prueba de mi amor y veneracion, te he dado el dulce nombre de madre, que solo le es debido á Olimpias, á quien reconozco el ser.

III. Habiendo dejado el rey con tan urbanos y corteses términos satisfecha á Sisigambis, pasó á la ribera del Tigris, á quien los naturales llaman Pasitigris. Tiene su orígen en los montes de los uxiores, desde donde descendiendo con impetuoso curso por espacio de mil estadios, entre rocas y precipicios, á la campaña, se dilata con mas apacible curso por ella, hasta que aumentando queda capaz de que por él se navegue; y después de haber corrido seiscientos estadios de un territorio fértil, entra suavemente en el golfo Pérsico. Pasó, pues, Alejandro el rio con nueve mil infantes, y tres mil caballos, así de agrianos, como de griegos mercenarios, y llegó á la region de los uxiores. Está cercana á la de los susos, y se dilata hasta la frontera de la Persia, sin que entre esta y aquellos haya mas que un corto estrecho de por medio. Era gobernador de aquella provincia Madates, el cual, bien lejos de acomodarse al tiempo y fortuna del vencedor, estaba resuelto á conservar la fidelidad que debia á su rey, y á resistir á los enemigos hasta el último peligro. Ofreciendo al rey algunas personas prác-

ticas de la tierra conducir por cierta vereda breve y secreta hasta la misma frente de los enemigos alguna porcion de gente que se les diese armada á la ligera: tuvo por bien hacerlo, y ordenar que los siguiesen, luego que se pusiese el sol, mil y quinientos soldados pagados, y casi mil agrianos mandados por Tauron. Y habiendo levantado él su ejército á la tercera vigilia, con el menor ruído que pudo, ocupó al amanecer los pasos de las montañas, y dispuestas mantas de guerra y terraplenes, con que se cubriesen los que conducian las máquinas y las torres, puso sitio á la ciudad. No ofreciéndose empero en todos aquellos parajes, sino peñascos y precipicios, en los cuales se herian y maltrataban los soldados, mas tenian que vencer en la situacion del lugar, que en los enemigos; pero sin embargo, no cedieron á la dificultad hallándose allí el rey, el cual les preguntaba: « ¿si no se corrian de detenerse delante de una mala bicoca, después de haber rendido tan ilustres ciudades? » Mientras les decia esto cargaban en él tantos tiros, disparados de lejos, que les fué preciso á los suyos, no pudiendo vencerle sus ruegos á que se retirase, juntar sus escudos, y cubrirle con ellos. Finalmente, descubriéndose Tauron con su gente sobre la fortaleza, empezaron los bárbaros á perder el ánimo, y los macedonios á reiterar sus esfuerzos, hasta que, cogiendo al enemigo por ambas partes, se hicieron señores de la plaza. Quedaron pocos que fuesen testigos de la rendicion, porque muchos se encomendaron á la fuga; y los que no lo hicieron, se retiraron á la fortaleza, de donde habiendo enviado treinta diputados al rey, pidiéndole perdon, tuvieron la desabrida respuesta: « de que no le esperasen. » Con cuya amenaza atemorizados, libraron su remedio en la intercesion de Sisigambis, á quien (asegurados de lo que podian con el rey sus ruegos, por lo que la amaba, y de que esta no se negaria tampoco á los suyos, por el cercano parentesco de Madates y Dario, con cuya sobrina estaba casado) despacharon un expreso por vereda desconocida del enemigo, suplicándola se sirviese templar con su autoridad la indignacion del rey. No atreviéndose empero por entónces Sisigambis á hacerlo, les respondió: « que considerasen cuán ageno era de su fortuna pedir por otros, y cuán propio de su atencion no abusar de la clemencia del vencedor, y acordarse antes, que de que habia sido reina, de que era cautiva. » Si bien, dejándose por último vencer de sus instancias, escribió á Alejandro, suplicándole: « se sirviese dispensarla, le pidiese usase de su acostumbrada clemencia con aquellos infelices, ó á lo menos con un pariente suyo, nó ya su enemigo, sino quien postrado á sus piés la solicitaba rendido. » Bien acreditó entónces el rey su moderacion y benignidad: pues, nó solo perdonó á Madates, y á todos los prisioneros y rendidos, sino hizo tambien que se les guardasen sus privilegios, que no se entrase á saco la ciudad, y que se les permitiese labrar sus campos, sin el gravámen de alguna imposicion, ni tributos. ¿Qué mas pudiera haber conseguido de su hijo, si fuese el vencedor? Sujetos, pues, los uxiores, los redujo debajo del gobierno de Susa, y habiendo dado una parte de su ejército á Parmenion, con órden de que le llevase por las llanuras, pasó con las tropas restantes, armadas á la ligera, los montes que se extienden hasta la Persia; de donde después de haber asolado toda aquella region, llegó al quinto dia al paso de Susa, á quien los naturales llaman PILAS SUSIDAS. Habia ocupado Ariobarzanes con veinte y cinco mil infantes aquellos peñascos, desgajados y rotos por todas partes, y alojado á los bárbaros en sus eminencias, á poca mas distancia que la de un tiro de dardo, desde la cual, fingiéndose medrosos, esperaban empeñar á Alejandro en aquellos estrechos; pero, viendo que se adelantaba despreciándolos, empezaron á desgajar desde la cumbre del monte piedras de desmesurado tamaño, las cuales, aumentada la violencia del primer impulso, al de los repetidos golpes que daban en aquellos peñascos, que precipitándose encontraban, hacian considerable estrago, nó ya en uno ú otro soldado, sino en compañías enteras, acrecentándole los tiros de las hondas y las flechas con que de todas partes los cargaban. En cuyo inminente riesgo no desesperaba tanto á aquellos valientes soldados el perder la vida, cuanto el que oprimidos, y cercados á manera de bestias, en aquella hoyada, se hallasen tan imposibilitados de vengar su muerte. Por lo cual, pasando á rabia la ira, cogian los peñascos que les arrojaban, y levantándolos unos sobre otros, no habia esfuerzo que no hiciesen por trepar, y llegar á los enemigos. Pero, hallándose sin alguna firmeza, con el mismo movimiento y diligencia que ponian para subir por ellos, los derribaban sobre sí. Con que no sabian ya que hacerse, ni que recurso buscar, no siéndolo el cubrirse con sus escudos, respecto de las grandes peñas que desgajaban sobre ellos los bárbaros. Era en el rey aun mayor el dolor y la ignominia, por haber expuesto tan inconsideradamente su ejército á aquel peligro, llevándole entre aquellas rocas. Habia hasta entónces quedado siempre invencible, no habia experimentado empresa alguna que hubiese dejado de corresponder menos feliz á ella el suceso. Habia entrado por los estrechísimos pasos de la Cilicia, sin el menor contratiempo, y descubierto en el mar nuevo rumbo para pasar á Pamfilia; pero, otra ya allí su fortuna, no le permitia mas recurso que el de volverse por donde habia ido. Por lo cual, habiendo dado órden para tocar á retirar, y á su gente para marchar, cerrada y cubierta con los escudos, salieron de aquellos peligrosísimos lugares, retrocediendo treinta estadios.

IV. Habiendo plantado en lugar abierto por todas partes los alojamientos, no solo quiso saber el dictámen de los suyos, sobre lo que debia deliberar, sino tambien lo que segun sus pronósticos le advertian los adivinos; tan dado era á la supersticion. ¿Qué podria empero predecirles entónces Aristandro, aunque estuviese reputado por oráculo entre los demás profesores de aquella facultad? Considerándolo así, y que no era tiempo de recurrir á los sacrificios, hizo llamar á algunos naturales del país, los cuales ofrecieron conducirle á la Media por camino fácil y seguro, aunque de gran rodeo. Pero llevando mal el dejar sin sepultura á sus soldados, por ser entre los macedonios una de las primeras obligaciones militares la de enterrar los difuntos, hizo llevar á su presencia á todos los prisioneros que habia hecho poco antes. Hallábase entre ellos uno bien experto en la lengua griega y pérsica, el cual le representó el yerro que cometia en querer introducir en la Persia su ejército por los montes; que solo ofrecia un camino por los bosques para llegar á ella; pero tan estrecho, que apenas permitia lugar para que pudiese pasar por él una persona sola, respecto de la demasiada espesura de sus árboles y de la frondosidad de sus ramas, las cuales enlazadas y entretejidas unas con otras, negaban mas extension. Que la Persia quedaba de la otra parte cerrada y ceñida de montes, cuya longitud era de seiscientos estadios, y cuya latitud de ciento y setenta; que estos se extendian después del Cáucaso hasta el mar Rojo; el cual hacia allí donde terminaban una especie de fortaleza que tambien la cerraba. Que á la falda de aquellos montes

se descubria una dilatada y espaciosa campiña sumamente fértil y poblada de ciudades y villas, por las que corria el rio Araxes, á quien hacian caudalosísimo los raudales de otro, hasta que se juntaba con el Medo, el cual, aunque inferior á él, volviendo á la parte del mediodía entraba en el mar. Que no habia alguno que fertilizase tanto como este las tierras por donde corria, las cuales vestia de flores y yerbas sumamente crecidas y espesas. Que sus riberas se hallaban tan pobladas por ambas partes de plátanos y de álamos, que al que las miraba de lejos, no parecian sino que ellas y los montes vecinos hacian un continuado bosque, por correr por allí aquel rio, cubierto de los árboles, estrechísimo y profundo, y por conservar siempre las márgenes que le guarnecen, adornadas de verdes y frondosas hojas, la humedad de que participan. Que aquel era el lugar mas saludable de toda el Asia, y donde con mayor benignidad y templanza corria el aire, respecto de la larga extension con que se dilataban los montes, por una parte cubiertos todos de árboles, cuya umbrosa frescura templaba los ardores del sol, y de los templados vapores de que hacia partícipe á la tierra el mar por otra. Habiendo referido el prisionero todas estas particularidades al rey; le preguntó: ¿Si las sabia por haberlas observado ó por habérselas referido otro?» Respondióle: «Que habiendo sido pastor de aquellos montes, no habia senda ni vereda que se ocultase á su noticia; y que por dos veces le habian hecho prisionero, una en Licia los persas y otra los suyos». Cuyas palabras acordándole las de la prediccion que tuvo del oráculo, cuando, consultándole sobre su jornada, le respondió, «que un licio le conduciria á la Persia»; le hizo mayores promesas que las que permitia su humilde nacimiento, le mandó armar á la usanza macedónica y le dijo después, «que le mostrase en buen hora el camino, con el seguro de que se esforzaria á pasarle con algunas ligeras tropas, por áspero é impenetrable que fuese, si ya no era, que presumiese no podia Alejandro, por aumentar su gloria y perpetuar su fama, ir por donde habia apacentado un pastor». Insistiendo empero este en ponderar la dificultad del camino, mayormente para gente armada: «Yo respondo por todos los que me siguen, le dijo el rey, que ninguno rehusará ir por donde tú nos llevares». Y, encomendando á Cratero la guardia del campo, con la infantería que mandaba, las tropas de Meleagro, y mil arqueros á caballo, «le ordenó dejase el campo en la misma forma que estaba, é hiciese grandes fuegos en él, para que á vista de ellos se asegurasen los bárbaros de que subsistia allí su persona; y que en caso de que Ariobarzanes, noticioso de su marcha, pasase con alguna parte de sus tropas á impedirle el paso que cargase entónces en él para divertirle y obligarle á que se retirase por la parte mas peligrosa. Pero que si por el contrario superaba á los bárbaros, y se apoderaba de los estrechos, que no recelase entrar á la primera arma en el camino donde habian sido rechazados el dia antes, pues atrayendo él á sí todas las fuerzas del enemigo, quedaria desamparado y seguro.» Mandó después á los soldados que le habian de seguir, y estaban armados á la ligera, que llevasen víveres para tres dias, y á la tercera vigilia partió con el mayor silencio que pudo, tomando los rodeos por donde le llevaba el guia. Pero, además de estar estos impenetrables, y tan resbaladizas las rocas que apenas se podia poner con alguna firmeza la planta en ellas, eran tan crecidas las nieves que el viento habia acumulado allí, que cayendo, y hundiéndose los soldados como en profundos fosos, llevaban trás sí á los compañeros que procuraban sacarlos. Allegábase á esto el horror de la noche, lo desconocido del país, y la incierta fidelidad del guia, cuyas cosas todas aumentaban el pavor, y nó menos la consideracion de que si engañase á sus guardas, perecian cual brutos todos en aquel estrecho, y la de que la vida del rey y las suyas pendian de la fé de un cautivo. Sin embargo, fuéron tantos los esfuerzos que hicieron, que ganaron la cumbre del monte, á cuya mano derecha se ofrecia un camino que iba hácia donde se hallaba Ariobarzanes. Viéndose allí el rey, envió delante á Filotas, á Ceno, á Amintas, y á Polipercon, que mandaba las tropas, armados ligeramente, con órden, respecto de ir mezclada la infantería con la caballería, de que marchasen por lugares abundantes de pastos y á paso lento. Dieronseles por guias algunos prisioneros; y él con su compañía y sus guardas, subió, nó sin increible trabajo, por una bien áspera senda, aunque muy distante del campo de los enemigos. Hallábase ya el dia á la mitad de su curso, y la gente tan fatigada del cansancio y tan necesitada de algun reposo que, faltándole igual porcion de camino á la que habia pasado, aunque de menor molestia y aspereza, ordenó el rey un descanso hasta la segunda vigilia de la noche; á cuya hora, volviendo á tomar su marcha, pasó lo restante del camino sin alguna dificultad. Si bien habia profundizado el curso de las aguas por aquella parte, donde, dilatándose las faldas del monte, descienden á las llanuras, y dejó hechos crecidos fosos, á quienes unidas las ramas de los árboles, enlazadas unas en otras, formaban como una impenetrable y dilatada haya, la cual cerraba enteramente el paso, y á vista de su impotencia, no pudieron reprimir los soldados las lágrimas: fuéles aun mas sensible y horroroso que todo la obscuridad de la noche, en la cual, si acaso brillaba á hurto de sus tinieblas alguna estrella, les usurpaba su luz la interposicion de la espesura de los árboles, haciéndola mas pavorosa la impetuosa violencia del viento que corria, cuyo estruendo, aumentado por la agitacion de las ramas que incesante y reciamente daban unas con otras, apenas permitia á los soldados que uno á otro se pudiesen entender. Finalmente, amaneciendo el dia deseado, al derramarse su luz, empezó á disipar el horror, en que lo habia envuelto todo la medrosa confusion de la noche, y á mostrar que sin gran rodeo se podian evitar aquellos fosos, y caminar ya cualquiera sin necesitar de guia. Subieron, pues, á la cumbre, de donde habiendo descubierto el cuerpo de guardia de los enemigos, cargaron armados improvisamente en ellos por la espalda, haciendo tal mortandad en los pocos que intentaron resistirlos, que obligaron aun á los que no se habian ofrecido al peligro, embargados del gran pavor en que los ponian los gritos que por una parte oian de los que morian, y los medrosos semblantes, que por otra veian de los que se retiraban fugitivos al grueso de su ejército, á que tambien lo hiciesen ellos antes de intentar el combate. Acudió Cratero á aquel ruído, y se apoderó del estrecho que no pudo ser ganado el dia antes; y cargando por otra parte Filotas, con Amintas, Ceno y Polipercon, acabó de romper á los bárbaros que por todas partes veian resplandecer las armas de los macedonios. Si bien, aunque oprimidos por tantas, acreditaron en su valerosa defensa, cuán poderosa suele ser, aun en los cobardes, la necesidad, y que muchas veces abre la misma desesperacion, con los alientos que infunde, camino á la esperanza; porque, desarmados hicieron rostro á los que no lo estaban, y, aprovechándose de su fortaleza y pujanza,

dieron con ellos en tierra, y á muchos muerte con sus propias armas. En tanto Ariobarzanes, acompañado de cerca de cuarenta caballos y de cinco mil infantes, atravesó por en medio de los batallones enemigos, nó sin gran estrago de estos y de los suyos. Iba con intento de entrar en Persépolis, cabeza de la provincia; pero, cerrándole las puertas la guarnicion, y siguiéndole vivamente el enemigo, se halló precisado á volver al combate, donde él y toda su gente rindieron valerosamente sus vidas. Cratero, dando prisa á sus tropas, pasó á juntarse con el rey.

V. Acampaba aun Alejandro en el mismo lugar donde habia deshecho á los bárbaros, porque, aunque su entera derrota le aseguraba de la victoria, lo quebrado del territorio, y el peligro de los continuados y profundos fosos, le obligaban á marchar cautelosamente, y á desconfiar aun mas de los caminos que de los enemigos. Recibió antes de su partida carta de Tiridates, en que le avisaba, «como intentaban los de Persépolis, con la fama de su venida, robar los tesoros de Dario, cuya guarda estaba á su cuidado; y que pues pasado el rio Araxes, era todo lo demás del camino llano y fácil, acelerase su llegada, para que le hiciese dueño de ellos.» Entre las grandes virtudes de aquel príncipe, tengo por la mas loable la de su diligencia y prontitud; la cual mostró bien en aquella ocasion, en la cual, habiendo dejado su infantería, caminó toda la noche con su caballería, fatigada de tan dilatado viaje, y llegó al rayar del alba á la orilla del rio, donde mandó demoler ciertas villas cercanas á él, y levantar con sus materiales un puente de madera, sobre pilares de piedra, el cual se acabó en brevísimo tiempo. Llegaban ya á no larga distancia de la ciudad, cuando salió al encuentro al rey una bien lastimosa tropa: memorable ejemplo de la humana miseria, y de los ultrajes de la fortuna. Componíase esta de cerca de cuatro mil griegos prisioneros de guerra, á quienes habian afligido los persas con diversos géneros de tormentos, cortando á unos las manos, los piés á otros, y á otros las narices, y las orejas, é, impresos en los rostros de todos con fuego ciertos caractéres bárbaros, los guardaban como objeto de risa, para que sirviesen en la solemnidad de sus juegos, y aumentasen el crédito de su crueldad. Estos infelices, habiendo resuelto ponerse á vista del rey, pudieron hacerlo, sin que se atreviesen á estorbárselo los persas, respecto de no darles alientos para ello el decadente estado de su fortuna. Parecian mas fantasmas, que hombres, por no haberles quedado otra seña, que denotase lo eran, sino la voz. Fuéron mas copiosas las lágrimas que atraian á los ojos de los que los miraban, que las que ellos mismos vertian. Porque á la verdad, ¿qué mas lastimoso, ni mas extraño espectáculo, que el de ver tanta gente atormentada de aquella suerte, aunque por diversos medios, en un mismo infortunio, sin que apenas se pudiese diferenciar entre ellos el mas miserable? Habiendo prorumpido y expresado con grandes voces todos: «que en fin ya Júpiter, vengador de la Grecia, habia abierto los ojos,» no hubo quien no se interesase en su infelicidad, mirando como suya la injuria; y Alejandro, después de enjugadas las lágrimas, que no pudo reprimir al verlos, los exhortó á que se animasen; y asegurándoles que volverian á ver su patria y á sus mujeres, pasó desde allí á acampar á dos estadios de la ciudad. En tanto, aquellos miserables se retiraron á conferir lo que pedirian al rey, hallándose empero divididos los dictámenes, porque unos querian la retirada al Asia, y otros la restitucion á sus casas. Es fama, que uno de ellos, llamado Eutimon Cimeo, les habló de este modo: «Nosotros, que poco ha, avergonzándonos de salir de las tinieblas y prisiones, que nos sepultaban, no nos atreviamos á pedir socorro, que nos librase de las calamidades que padecíamos, ahora que le tenemos seguro, deseamos pasar á manifestar á la Grecia, como hermoso espectáculo, el horrible estado en que nos hallamos, de quien no sé si será mayor el disgusto, que la afrenta que recibamos. El medio mejor de tolerar la miseria, es ocultarla, por no haber patria tan dulce para las adversidades, como la soledad y el olvido de la felicidad pasada. ¡O qué mal conoce el corazon humano quien fia de su compasion el alivio de su miseria, ignorando la facilidad con que enjugan los hombres las lágrimas que su ternura les ocasiona! Difícilmente se ama lo que es de gravámen, por lo mal que se aviene siempre el contínuo clamor del infeliz con la ordinaria insolencia y orgullo del dichoso, por lo cual, atentos los que lo son á su fortuna, olvidan la agena miseria. ¿Qué mayor prueba de esta verdad, que la que experimentamos en nosotros mismos, pues habiendo sido hasta aquí conformes compañeros todos de una miseria, ya empezamos á desunirnos y á disgustarnos unos de otros; ¿pero, qué hay que admirar de que los dichosos busquen siempre á los que lo son? Ruégoos, pues, que, como muertos ya para el mundo, busquemos solo algun rincon donde ocultar estas feas y disformes cicatrices que nos han quedado. Considerad con el gusto que nos recibirán nuestras mujeres, cuando habiéndonos desposado con ellas en nuestros juveniles años, nos vuelvan á ver de esta suerte, y con el que nos reconocerán por padres suyos nuestros hijos, y por hermanos nuestros hermanos, habiendo perdido lo mejor de nosotros en las prisiones, y en las calamidades de la servidumbre. ¿Cuál de nosotros empero podrá hacer tan dilatado viaje? Lejos de la Europa, cerca de los últimos términos del oriente, viejos, débiles, quebrantados y estropeada la mayor parte de nuestros miembros: ¿podrémos por ventura sufrir los trabajos, que no sin gran dificultad toleró un ejército triunfante? Finalmente, ó hemos de dejar, ó hemos de llevar con nosotros á nuestros tiernos hijos y á nuestras amadas mujeres, á quienes buscó nuestra necesidad, y nos ofreció la fortuna, para alivio de nuestra miseria. Si las llevamos, tened por cierto, que no habrá quien, al vernos llegar con ellas, no nos desconozca y desampare. Dejar, pues, prendas tan seguras, por ir á buscar otras, que quizá no hallaremos, ni es justo, ni puede ser nunca conveniente. Por lo cual no hallo otro recurso en nuestras miserias é infelicidades, que el de que nos ocultemos, y acabemos nuestra vida entre los que están acostumbrados á verlas.» Tal fué el sentir de Eutimon, al cual se opuso Teeteto, ateniense, diciendo: «Que ninguna persona, en quien tuviese algun lugar la piedad, desestimaria á los suyos por aquellos lastimosos defectos con que se hallaban, y mas, cuando no eran naturales, sino procedidos de la crueldad de los enemigos: que bien los merecia todos, quien no los miraba como inevitables accidentes de la fortuna, sino como precisos motivos para la ignominia: que el juzgar tan mal del natural y propiedades de los hombres, y desconfiar de su compasion, era indicio de ánimo poco seguro, y menos dispuesto á practicarla: que los dioses les ofrecian mas de lo que pudieran desear, sus mujeres, sus hijos, y cuanto hace en los hombres despreciable la muerte, y estimable la vida: que bastante tiempo la habian tenido oprimida en infeliz miseria, para no procurar salir de aquel infame cautiverio á respirar en su patria otro aire, á ver con otro resplandor el sol, y con diferente serenidad, que en

aquellas funestas regiones, la claridad y luz de los dias: que considerasen cuán dulce y gustoso les seria volver á usar de sus antiguos trajes, de sus leyes, de sus sacrificios y de su lengua, cuyas cosas todas eran apetecidas aun de los mismos bárbaros: Que mucho mas infelices quedarian, si habiéndolos privado de ellas por tan largo tiempo la tirana opresion en que habian estado, las malograban voluntariamente, cuando se les ofrecian: que por lo que miraba á él su resolucion era, no perder la ocasion que le facilitaba la clemencia del príncipe: que si entre ellos habia algunos, á quienes detenia el amor de sus mujeres y de sus hijos, tristes frutos de su servidumbre, que se quedasen en buen hora; pero que no impidiesen su jornada á los que libres de aquellas ligaduras solo apetecian y anhelaban la restitucion á su patria.» Hubo pocos á quienes fuese grato este dictámen; porque, dejándose llevar la mayor parte de la costumbre, mas poderosa que la misma naturaleza, determinaron pedir al rey, les señalase una region en que habitar, y que pasasen á suplicárselo en nombre de todos cien personas que eligieron entre ellos. El rey, juzgando solicitaban les cumpliese lo que les habia ofrecido, les dijo: «Ya he mandado que se os dé el carruaje que necesitareis para vuestro viaje, y mil dineros á cada uno; y estad ciertos de que atenderé á que habiendo llegado á Grecia, os recupereis de vuestro infortunio, y no tengais que envidiar agenas dichas.» Apenas hubo acabado las últimas palabras, cuando bien lejos de acreditar en lo festivo de sus semblantes el regocijo con que esperaba el rey admitiesen aquellas honras, vertiendo copiosas lágrimas, y manteniéndose con los ojos clavados en tierra, y sin atreverse á articular palabra alguna, no dejaron dudar su disgusto. No pudiendo empero alcanzar Alejandro la causa para él, se la representó Eutimon, repitiéndole la substancia de las razones con que los habia disuadido de la jornada; y habiendo quedado no menos compadecido de ellas el rey, que de su miseria, mandó dar á cada uno mil dineros, y diez vestidos, y gran cantidad de ganado mayor y menor, y de trigo, para que sembrasen y labrasen las tierras de que les habia hecho merced.

VI. Habiendo juntado al dia siguiente el rey sus cabos, les manifestó: «Cuánto mas infausta que otra alguna ciudad habia sido para los griegos la de Persépolis, antigua silla de los reyes de Persia, y cabeza del imperio: que de ella salió el espantoso diluvio de ejércitos con que inundaron la Grecia los persas; y que de ella llevaron, primero Darío y despues Jerjes, antorcha de la detestable guerra que asoló la Europa: por lo cual se hallaban obligados á tomar con su destruccion venganza de tantas ofensas, consagrando su ruina á los manes de sus antecesores. Pero, habiéndola dejado abandonada sus habitantes, los cuales se retiraron por diversas partes, á donde condujo á cada uno su miedo, pudo el rey sin embarazo ni dilacion alguna entrar en ella con su falanje. Aunque habia tomado por fuerza ó por convenio muchas ciudades de increible opulencia, ninguna empero que pudiese compararse en tesoros á esta; en la cual habian recogido los bárbaros las mayores riquezas de la Persia. Ofrecíase el oro y la plata á rimeros, y en abundancia imponderable los preciosos muebles, las inestimables preseas y los ricos vestidos; los cuales, mas que al uso, servian á ostentosa y soberbia profanidad: y entónces á ocasionar disgustos en los mismos vencedores; los cuales, no entregando distintamente como antes su codicia al robo, respecto de la abundancia, solo se cebaba esta en lo mas precioso y esquisito, mirando, nó ya como á compañero, sino como á enemigo, al que quedaba dueño de la mejor presea, por la cual solian llegar á las manos; rasgaban las vestiduras de púrpura y los ornamentos reales, tirando unos y otros de ellas para llevárselas, y hacian pedazos á golpes de acha vasos de inestimable precio, sin reservar de tan universal destrozo aun las estátuas de los dioses de oro y plata; las cuales quedaban, con cuanto se les ofrecia, reducidas á menudos pedazos. Y no satisfecha su avaricia en el saco de tan miserable ciudad, se extendia tambien su crueldad á ofrecer horribles espectáculos; porque el soldado, hallándose tan cargado de bienes, y no sabiendo qué hacerse, quitaba la vida á sus mas humildes prisioneros, sin perdonar aun á los que con su anticipado rescate eran dignos de mayor compasion. Cuya inhumanidad obligaba á muchos á que se anticipasen ellos mismos á dársela por sí, precipitándose unos, adornados de sus mas ricas vestiduras, con sus mujeres y sus hijos, desde las murallas; y abrasándose otros con todas sus familias en el fuego, que con gran prisa habian introducido en sus casas, para no dejar qué hacer á los enemigos. Cansado el rey de tan horrible mortandad, mandó que cesasen en ella, prohibiéndoles profanasen el decoro y honestidad de las mujeres, y que tocasen á los adornos que llevaban consigo. Hácese increible la suma que se refiere importó la presa; pero, ó hemos de dudar de todo lo demás, ó persuadirnos á que llegó el botin de aquella ciudad á ciento y veinte mil talentos; los cuales mandó reservar el rey para los gastos de la guerra, y que se trajesen allí de Susa y Babilonia camellos, y otros animales de acarreo, para que los condujesen, aumentándolos despues con seis mil talentos que importó la presa de Persagede, cuya ciudad fundó Ciro, y rindió Gobares, su gobernador, á Alejandro; el cual dió á Nicartides el mando de la fortaleza de Persépolis, y de la guarnicion de tres mil macedonios que dejó en ella: conservó á Tiridates, atento á haberle entregado los tesoros, en el mismo empleo que tenia; y, habiendo dejado allí gran parte de su ejército con el bagaje, bajo el mando de Parmenion y de Cratero, tomando mil caballos y algunas compañías de infantería, entró en lo interior de la Persia al principio del invierno, sin que hubiesen bastado sus contínuas lluvias, y rigurosa destemplanza á interrumpir la continuacion de su marcha. Llegó mediante ella á cierta region, donde son tan inmensas como perpétuas las nieves y hielos de que se halla cubierta, cuyo horror amedrentaba tanto á los soldados, rendidos de la opresion de tan repetidas fatigas, al ver aquellas espantosas soledades, en los que no se descubria rastro alguno del menor cultivo, que, temerosos de que les faltase aun la luz del cielo, deseaban con indecible ansia volverse. Advirtiendo el rey su desmayo, y teniendo por mejor animarlos con su ejemplo que darse por entendido de su desaliento, se arrojó á tierra del caballo en que iba, y marchó por enmedio de las nieves; á vista de cuya demostracion hicieron lo mismo, primero los mayores señores de su corte, despues los capitanes, y últimamente los soldados; y habiendo vencido la impenetrable aspereza de unos bosques, de los que no pensaron salir, llegaron á descubrir algunas cortas señas de trabajo humano, y tal, ó cual errante rebaño que pacia por allí. Cuyos pastores, teniéndose por seguros en aquellas esparcidas cabañas en que habitaban al resguardo de tan inaccesible territorio, no bien hubieron descubierto al enemigo, cuando mataron las reses que no podian seguirlos y se acogieron á los montes mas reti-

rados y de mayores nieves. Si bien, domesticada después poco á poco su fiereza con la comunicacion y trato de los prisioneros que llevaban consigo los macedonios, se rindieron al rey, el cual los trató con benignidad y blandura; y habiendo asolado la campaña de la Persia, y reducido á su dominio muchas aldeas, pasó hácia los mardos, nacion belicosísima, y bien diversa en el modo de vida y de costumbres de los demás persas. Recógense en compañía de sus mujeres y de sus hijos en las cavernas que labran en las mismas montañas, y alimentanse solo de sus ganados, ó de animales silvestres. Vense en las mujeres, contra la natural debilidad de su sexo, no menos feroces aspectos que en los hombres, erizados sus cabellos, y sin que se dilaten á mas que la rodilla sus vestiduras: ciñe sus frentes una honda, que sirviendo de desaliñado adorno á sus cabezas, sirve tambien de arma á su brazo. Habiendo empleado el rey treinta dias en rendir á su obediencia á aquellos pueblos, con la misma fortuna que á los demás, se volvió á Persépolis, donde repartió considerables preseas entre los grandes de su corte, y los demás oficiales y soldados de su ejército, en proporcion al merecimiento de cada uno, sin que hubiese reservado casi nada de la presa que se hizo en aquella ciudad, que sin duda fué la mas rica que se vió jamás.

VII. Pero todas las grandes prendas de aquel príncipe; su excelente natural en que absolutamente excedió á los demás reyes del mundo; su invencible valor acreditado en tantos y tan varios peligros; su destreza en la disposicion de las empresas; y su prontitud en la ejecucion de ellas; su fé con los rendidos; su clemencia con los prisioneros, y finalmente, su gran moderacion en los permitidos divertimientos: las obscureció con el torpe vicio del vino en el mayor ardor de sus conquistas. Cuando su enemigo y concurrente al imperio, armaba con la mayor aplicacion poderosísimo ejército, y cuando los pueblos nuevamente conquistados solo atendian á sacudir de sus cervices el yugo que en ellas habia impuesto, pasaba él los dias en desordenados banquetes y licenciosos festines, á los que hacia concurrir algunas mujeres, nó ya las que por su modestia y honestidad se conciliaban atencion y respeto, sino las que por su disolucion se habian tomado en el ejército mas licencia de la que convenia. Era entre todas la que mas sobresalia una llamada Tais; esta, con el auxilio de su buena cara, no rehusó decir al rey en ocasion que le pareció mas eficaz á la consecucion de su intento: « que no se le podia ofrecer ninguna mejor para obligar á los griegos, y granjearse su amor que la presente, si mandaba quemar el palacio de los reyes de Persia: satisfaccion que esperaban de su rectitud todos los que tenian reciente la memoria de las ofensas que habian recibido sus ciudades de los bárbaros, cuya crueldad habia pasado hasta abrasarlas. » Tal era el consejo de una embriagada ramera, el cual, no bien le hubo pronunciado, cuando, sin advertir en la importancia del caso, le aplaudieron los convidados, y el rey, á quien fué tanto mas grato, cuanto con precipitado ardor, dijo: « ¿y porqué no quemaremos tambien la ciudad para vengar la Grecia? » Embargados todos del vino, se levantaron de la mesa, y con desatinado furor pusieron fuego á aquella ciudad, por cuya conservacion habian mirado, aun hallándose con las armas en la mano. Fué el rey el que primero le introdujo en el palacio, siguiéronle luego los convidados, despues los oficiales, y últimamente las concubinas. Eran casi todas las maderas de su fábrica de cedro, y habiendo prendido en ellas, en brevísimo espacio, se dilataron tanto por todo él sus llamas, que, advirtiéndolas el ejército que estaba acampado á bastante distancia de allí, y juzgando las hubiese causado algun descuido, partieron aceleradamente los soldados á extinguirlas; pero, habiendo llegado á la entrada del palacio, y reconocido era el mismo rey quien encendia el fuego, arrojaron el agua que llevaban, y ayudaron á introducir la leña y los demás materiales que juzgaron proporcionados á alimentarle. Tal fué el destino de aquella ciudad, ojo del oriente, silla de su imperio, y á donde antiguamente acudieron infinitas naciones á proveerse de leyes para regirse y gobernarse, patria de tantos reyes, único terror de la Grecia, y la que, habiendo dispuesto una armada de mil velas, y juntado á ella los formidables ejércitos, de que fué inundada el Asia, cubrió el mar de bajeles, allanó los montes, y los hizo navegables, sin que en tantos siglos como los que corrieron despues de su ruina, pudiese nunca repararse de ella; porque, aunque conservan hoy los partos algunas ciudades que poseyeron los reyes de Macedonia, no hubieran quedado vestigios algunos de esta, si el rio Araxes, que dista veinte estadios de los muros, segun creen los naturales, mas por conjeturas, que con fundamento seguro, no los ofreciese. Corridos los macedonios de que hubiese destruido tan esclarecida ciudad su rey, teniéndole fuera de sí la violencia del vino, divulgaron para cohonestar tan ignominiosa accion que lo habia ejecutado con premeditada deliberacion, por haber tenido por conveniente arruinarla de aquella suerte. Lo que no tiene duda, es, que el rey, libre de la embriaguez, se arrepintió, y que dijo en altas voces: « que habian logrado mejor satisfaccion los griegos, si le hubiesen visto los persas sobre el trono de Jerjes. Hizo al siguiente dar á Licio treinta talentos por haberle conducido á Persia, de donde pasó á la region de Media, y habiendo encontrado en ella los reclutas que le enviaban de la Cilicia, compuestos de cinco mil infantes, y mil caballos, mandados por Platon, ateniense, resolvió con aquel refuerzo seguir á Dario.

VIII. Habia llegado ya Dario á Ecbatana, corte de la Media, que poseen hoy los partos, donde pasaban sus reyes el verano, y determinó trasladarse desde ella á Bactria; pero, recelando le alcanzase su enemigo, mudó de dictámen y de derrota, porque, si bien se hallaba de él á distancia de mil y quinientos estadios, no asegurándole este trecho contra la celeridad de aquel príncipe, tuvo por mejor disponerse para la batalla que para la fuga. Habíanle quedado treinta mil infantes, y entre estos cuatro mil griegos, cuya fidelidad tenia bien experimentada, y además de ellos cuatro mil honderos, ó gente de arco, y tres mil y trescientos caballos, casi todos bactrianos, á los que mandaba Beso, sátrapa de Bactria. Apartado, pues, á corta distancia del camino real, mandó pasar delante el bagaje; y habiendo juntado sus cabos, y los primeros oficiales, les hizo este razonamiento: « si me hubiese empeñado la fortuna con gente sin espíritu, y que, atenta á la conservacion de su vida, por ignominiosa que fuese, la preferia á una gloriosa muerte, tendria por mejor callar que malograr el tiempo en palabras inútiles. Hallándome empero con mas pruebas de vuestro valor, y de vuestra fidelidad de las que quisiera, debo antes procurar ser merecedor de tan estimables amigos, que dudar si sois los mismos que hasta aquí habeis sido. Desamparado de tantos millares de hombres como componian mi ejército, solo vosotros me habeis acompañado en mi infortunio, cuya fidelidad y constancia me persuade únicamente á que aun soy rey. Señorean ahora mis ciudades los traidores tráns-

fugas, nó porque el enemigo los juzgue dignos de este honor, sino por granjear con semejantes premios vuestra obediencia; pero, vosotros, mas atentos á vuestro pundonor y lealtad que á vuestras conveniencias, habeis preferido á la próspera fortuna del vencedor mi infeliz suerte, haciéndoos con tan loable accion dignos de que os la premien los dioses, y no dudeis que os la remuneren cuando yo no pueda, ni que deje de dilatarse á la mas remota posteridad la fama de vuestras alabanzas, no pudiendo haber ninguna, por ingrata que sea, que no las ensalce y sublime, hasta donde pide vuestro merecimiento. Cuya confianza me esforzará, aun cuando se librase todo mi remedio en la fuga, de quien aun el nombre me es horroroso, á hacer rostro al enemigo, teniéndoos á mi lado. Porque, ¿hasta cuándo he de vivir desterrado en medio de mis estados? ¿Hasta cuándo fugitivo, por los rincones de mi imperio, de un rey extraño y advenedizo, cuando aun me hallo en estado de hacer nueva experiencia de mi fortuna y de recobrar lo perdido, ó de acabar de perder gloriosamente con la vida cuanto me ha quedado? Si no es ya que me sea mas honroso ofrecerme al arbitrio y discrecion del vencedor, y quedar, á ejemplo de Maceo y de Mitrenes, satisfecho con obtener de él alguna provincia, condescendiendo con el deseo que ha tenido de hacerme ántes objeto de su vanidad que de sus iras. Pero no permitan los dioses que ninguno pueda llegar á desposeerme, ó á darme la diadema que ciño, ni que conservando algun aliento pierda este imperio, sino que sea uno mismo su fin y el de mi vida. Si vosotros os hallais con el mismo ánimo, y en la misma resolucion, me prometo vuestra libertad, y que no os veais precisados á sufrir el fastidioso gesto de los macedonios, ni su soberbio aspecto. De vuestros brios depende la gloriosa venganza de vuestros ultrajes, y el fin dichoso de todos vuestros infortunios. En mi teneis un vivo ejemplo de la instabilidad de la fortuna, para poder esperar de ella mudanza en la que nos aflige. Pero aun cuando se halle desamparada la justificacion de nuestras armas del socorro de los dioses, no podrá faltar nunca á tan generosos corazones como los vuestros el recurso de una honrosa muerte. Ruégoos, pues, amados amigos mios, y exhórtoos por la gloria de vuestros antecesores, y por el crédito con que poseyeron el imperio de todo el oriente; por las cenizas de tantos esclarecidos varones, de quienes fué tributaria Macedonia; por tantas armadas como surcaron á la Grecia; por tantos erigidos trofeos; por tantos obtenidos despojos: ruégoos que con ánimo digno de vosotros, y de la gloria de la nacion, os dispongais al combate, y á sufrir con igual constancia, que las adversidades pasadas, cuantas os ofreciere nuevamente la fortuna: que por lo que á mí toca, estoy resuelto á perpetuar mi fama, ó con una esclarecida victoria, ó con una gloriosa batalla. »

IX. Habia llenado, mientras Dario hacia este razonamiento, de tan grande horror los corazones y ánimos de todos, la imágen del próximo peligro, que apenas dejó á alguno arbitrio para discurrir, ni aliento para articular. Si bien Artabazo, antiguo confidente suyo, y que como dejamos dicho, estuvo en la corte de Filipo, interrumpió aquella suspension, diciendo: « aquí nos hallamos adornados de nuestras mas ricas vestiduras, y de nuestras mejores armas para asistir al rey en el combate, resueltos á vencer, como lo esperamos, ó á morir, como no escusaremos. » Repitieron casi lo mismo todos los demás. Pero Nabarzanes, que asistia á aquel consejo, tenia tramada entre él y Beso una de las mayores maldades que pueden ejecutarse, y de la que hasta entónces no habia entre los persas ejemplar de haberse cometido; era esta aprisionar al rey (lo cual podrian conseguir fácilmente por medio de las tropas que mandaban uno y otro) con intento, ó de entregarle vivo á Alejandro si los siguiese, y granjearse su benevolencia por medio tan grato, ó de apoderarse del reino, si pudiesen escapársele, y renovar la guerra después de haber muerto á Dario. Para consumar, pues, tan horrible maldad, la cual hacia algun tiempo que maquinaban, y abrir camino á su ejecucion y logro, dijo Nabarzanes así al rey: « no dudo, señor, que mi dictámen, á los primeros visos, será poco grato á tus oídos; pero en las enfermedades destituidas de remedio, es donde el médico aplica los mas extraordinarios y violentos: y en la deshecha tormenta, cuando el diestro piloto desea salvar lo que mas importa, arroja al mar alguna parte de lo que conduce. No se dirige mi consejo á persuadirte aventures nada de cuanto hoy posees, sino que asegures la conservacion de tu persona y de tu imperio. Habiéndote mostrado la experiencia con tan continuadas infelicidades cuán á favor de nuestros enemigos se han declarado los dioses, y con cuánta pertinacia persigue á los persas la fortuna, no hallo otro recurso á nuestras desdichas, que el de renovar la guerra debajo de nuevos y mas felices auspicios. Pon las riendas del gobierno en manos de otro, que solo en la apariencia conserve el título de rey lo que tardare en dejar al Asia libre de los enemigos que la afligen, para que, quedándolo, y volviéndote vencedor este sagrado depósito, puedas seguro restituirte al trono, nó con la brevedad que debemos esperar de las presentes disposiciones. Aun la Bactria se halla entera, y los indos y los sagues solo esperan tus órdenes, sin tantos pueblos y tantos millares de hombres aptos, así para la caballería, como para la infantería, que podemos decir seguramente son aun mayores las fuerzas con que te hallas, que las que has perdido. ¿Pues qué es lo que nos obliga á que tan sin necesidad aceleremos nuestra ruina? De grandes corazones es sin duda despreciar la muerte, nó empero aborrecer la vida: antes sí, suele ser de espíritus cobardes, y á quienes es fastidioso el trabajo, abandonarla por huirle, malogrando cuantos medios procura solícito y diligente el valor para su conservacion y seguridad. Porque, siendo la muerte el fin de todas las cosas, basta exponerse con generosa resolucion á ella, sin anticiparse presurosamente á buscarla. En cuya consideracion, si nos retiramos á Bactria, que es hoy el mas seguro refugio que se nos ofrece, debemos ceder al tiempo, y declarar por rey á Beso, gobernador de aquella provincia, el cual, reducido todo á estado tranquilo y pacífico, te restituirá como á legítimo príncipe el imperio que depositares en él. » No es de admirar que, irritado Dario, de tan atrevido razonamiento, prorumpiese, aun sin penetrar toda la maldad que disfrazaba, en algunas demostraciones de su justa indignacion, de la que dejándose llevar: « ¿Parece, le dijo, ó desleal vasallo, y malvado hombre, que es ya tiempo de que declares tu traicion, sin el recelo de algun riesgo? » Y echando mano á su cimitarra iba á darle muerte, como lo hubiera hecho, á no haberse puesto de por medio Beso y los bactrianos, con semblantes doloridos en lo aparente, aunque con ánimo de aprisionarle, si intentaba pasar á mas, y suplicándole se templase. Con lo cual pudo escaparse Nabarzanes, á quien siguió inmediatamente Beso, y habiendo separado el grueso de las tropas que mandaban, tuvieron entre sí consejo secreto. En cuyo interin, discurriendo Artabazo con Dario del estado de

sus cosas, procuró templarle, y después de haberle persuadido repetidas veces á que se acomodase al tiempo, le suplicó: «se sirviese de perdonar, ó la ignorancia ó la locura de los que por último debia mirar como á suyos: que considerase tenia á la vista á Alejandro, que, aun cuando le hallase con sus fuerzas enteras, era un poderoso enemigo; y lo que seria de su persona, si llegaban á desampararle los pocos que le seguian.» Persuadido, nó sin alguna dificultad, Dario, de tan útil consejo, desistió de la resolucion en que estaba de partir, por lo alterados que reconoció los ánimos de todos, y se retiró á su tienda con igual tristeza que desesperacion. Era imponderable el desórden y desunion de aquel ejército, en todo el cual no habia alguno que mandase, ni atendiese al bien comun, como hasta entónces. Patron, coronel de los griegos, les mandó: «que tomasen las armas, y estuviesen prontos para ejecutar lo que se les ordenase. Los persas se hallaban retirados á una parte, y Beso á otra con sus bactrianos, procurando ganar á aquellos, y llevarlos á Bactria, «cuya opulenta provincia les exageraba, representándoles estaba entera, y los peligros á que estaban expuestos si permanecian allí.» Pero atentos los persas á la fidelidad que debian á su príncipe, le respondieron uniformes, «que seria gran maldad desamparar al rey.» En tanto Artabazo hacia el oficio de general, visitaba las tiendas de los persas, y los exhortaba, unas veces como general, y otras como soldado particular, manifestándoles la seguridad en que estaba de su obediencia; después de lo cual, pasó á la tienda de Dario, á quien, nó sin grandes instancias, hizo comer, y persuadió á que mostrase igual valor al que correspondia á su grandeza.

X. Pero Beso y Nabarzanes, en cuyos pérfidos pechos ardia la ambicion de dominar, resolvieron poner en ejecucion su intento. Y si bien no dejaban de prevenir cuán difícil les seria llegar al trono, mientras viviese Dario, por la grande veneracion con que atendian aquellos pueblos á sus príncipes, respetando aun en su mas decadente fortuna el nombre y la sombra de la majestad, y los vestigios de su antigua gloria; la oportunidad y opulencia de la provincia que mandaban, poderosa en hombres y armas, nó inferior en su extension á las mayores del oriente, respecto de contener la tercera parte del Asia, y tan abundante entónces de juventud, que solo de ella podian sacar igual ejército al que habian perdido, los tenia tan confiados, que no solo despreciaban á su príncipe, sino tambien á Alejandro, esperando, que si llegaban á hacerse señores de ella, hallarian medios para restablecer el imperio y poder de los persas. Finalmente, después de haber conferido largo tiempo sobre lo que debian ejecutar, resolvieron «apoderarse del rey por medio de los bactrianos, que tenian entónces á su devocion, y habiéndolo conseguido, participar á Alejandro, que le conservaban vivo. Y en caso de que le disgustase su traicion, que era lo que mas temian, darle muerte, y retirarse con sus tropas á Bactria.» No podian empero apoderarse fácilmente de la persona del rey por medio de alguna violencia, respecto del crecido número de persas, entre quienes se hallaba, los cuales no era creible le abandonasen, ni tampoco los griegos, cuya fidelidad temian aun mas. Con que les fué preciso fiar del artificio lo que no podian esperar de la fuerza. Mostráronse arrepentidos de su retirada, dando por disculpa de ella al rey el haber temido su indignacion, y solicitaron al mismo tiempo secretamente llevar á su devocion á los persas, y ganar la voluntad de los soldados, unas veces con la esperanza, y otras con el temor, representándoles «el riesgo á que los exponian, y cuán en breve perecerian debajo de los escombros de un imperio decadente, y próximo á su ruína; cuando, teniendo abierta la Bactria, podian asegurarse en ella, y satisfacerse á manos llenas con sus riquezas, mucho mas excesivas de lo que imaginaban.» Mientras pasaba esto, buseó Artabazo, ó por órden del rey, ó por impulso propio, á Beso y á Nabarzanes, á quienes aseguró habia depuesto Dario su enojo, y restituídoles á su gracia. Ellos, afectando, entre fingidas lágrimas, algunas disculpas que sirvieron de crédito á la inocencia que procuraban persuadir, pidieron á Artabazo que patrocinase su causa, é intercediese por ellos. Habiéndose pasado en esto la noche, se presentó Nabarzanes, al romper el dia, inmediato á la tienda del rey con los bactrianos, ocultando la maldad que le llevaba, con el aparente pretexto de asistir al cumplimiento de su empleo; y Dario, dada la señal para la marcha, tomó, como acostumbraba, su carro. Entónces Nabarzanes y los demás cómplices, postrados en tierra, tuvieron corazon para venerar obsequiosos al que en breves horas habian de reducir á prisiones, y derramar, en testimonio de su arrepentimiento, algunas lágrimas: tan fácil y dispuesto está el corazon humano á la doblez y disimulacion. Añadieron á ellas tan humildes é incesantes ruegos, que no solo persuadieron á aquel príncipe, por su natural blandura, fácil de ser engañado, á que diese entero crédito á sus fingimientos, sino que le obligaron tambien á que enternecido vertiese algunas lágrimas; pero ni estas ni la consideracion del hombre y rey, contra quien conspiraban traidores, fuéron bastantes á templar su inhumana crueldad. Dario, pues, juzgándose fuera del peligro que le esperaba, solo atendia á librarse de Alejandro como del único enemigo á quien temia.

XI. Mejor informado Patron, mandó á su gente, que de ordinario iba con el bagaje, que tomase sus armas, y estuviese pronta á ejecutar sus órdenes. Seguia el carro del rey, esperando ocasion de hablarle, por hallarse noticioso de la conjuracion de Beso, el cual sospechándolo, no se apartaba de él, mas que para acompañarle, para asegurar su persona; pero, no pudiendo por algun tiempo conseguirlo Patron, y habiéndole interrumpido en las que intentó declararse, vacilante entre la fidelidad y el temor, fió de sus ojos lo que no se atrevia á articular su voz, hasta que advirtiendo el rey en el cuidado con que le solicitaba atento, le preguntó por medio de uno de sus eunucos, llamado Bubace, «¿si tenia algo que decirle?» Respondióle: «Que sí; pero que deseaba que fuese á solas.» Con lo cual, habiéndole llamado el rey, sin intérprete, respecto de entender la lengua griega, le dijo Patron así: «De cincuenta mil griegos que éramos, señor, hemos quedado el corto número que ves; pero dispuestos todos á seguir la fortuna que corrieres con la misma fidelidad que te hemos servido en tu mayor prosperidad y gloria. Cualquiera retirada que elijas será nuestra patria, sin que pueda separarnos de tu servicio accidente alguno. En esta suposicion, señor, me veo precisado á suplicarte por la misma lealtad que has experimentado tantas veces en nosotros, pases á nuestra tienda tu cuartel, y fies la seguridad de tu real persona de nuestro cuidado. Adviertе, que ya para nosotros se acabó la Grecia: que la Bactria no nos es recurso; y que toda nuestra esperanza se libra en tí, y ojalá permitiesen los dioses consistiese tambien la de todos los tuyos, para que te atendiesen con mayor amor. Baste empero, señor, sin que me explique mas, decirte, que, siendo extranjero

y de donde soy, no me atreviera á pedirte la guarda de tu real persona, á no verla tan arriesgada en otra que la nuestra. » Aunque ignoraba Beso la lengua griega, el remordimiento de su conciencia no dejaba de ponerle en algun recelo de que le hubiese descubierto Patron, cuya sospecha confirmó con la evidencia cierto intérprete, que, habiéndose hallado nó lejos, pudo escuchar cuanto dijo al rey, y participárselo; pero Dario, habiéndole oido con sereno semblante, le preguntó « ¿ lo qué le obligaba á aquel recelo ? » Patron, reconociendo que ya no era tiempo de malograrle, le dijo: « Beso y Nabarzanes, señor, conspiran á tu ruina; tu imperio y tu vida se hallan tan próximos al último peligro, que hoy verá el mundo, ó el fin de ella, ó el de los parricidas. » Verdaderamente que Patron quedó merecedor de inmortal gloria, por haber atendido con tan loable vigilancia á preservar al rey de aquel riesgo, y que á vista de este suceso son dignos de risa los que se persuaden á que las cosas humanas, se obran acaso, y solo por arbitrio de la fortuna, cuando es cierto, á lo que juzgo, que gobierna soberana y altísima providencia el universo, y que por oculta union, y trabazon de causas secretas y determinadas mucho tiempo antes, se rigen todas las cosas con su regular órden, hasta que se cumple el fin y destino de cada una. Respondióle Dario: « Que, aunque se hallaba con bastante satisfaccion de la fidelidad de los griegos, no se resolveria nunca á desacreditar la de los suyos, separándose de ellos, porque le seria mucho mas sensible que su desacato, el darles ocasion para él. Y que así tenia por mejor quedar expuesto entre los suyos á los ultrajes que quisiese hacer en él la fortuna, que librar en los extraños su seguridad, pues llegando á juzgarle los suyos por indigno de que viviese, moriria siempre tarde por presto que lo hiciese. » Patron, desesperando de la vida del rey, se volvió para sus tropas, resuelto antes á morir que á desamparalre.

XII. Aunque habia resuelto Beso con impetuoso ardor dar luego muerte á Dario, difirió hasta la noche siguiente la ejecucion de sus alevosos intentos, temeroso de no hallar en Alejandro perdon á su delito, si no se le entregaba vivo. Pasó en el ínterin á dar las gracias á Dario, « de que se hubiese desembarazado con tan gran destreza de los artificiosos engaños de aquel traidor, á quien eran de tan poderoso incentivo las riquezas de Alejandro, para que pretendiese hacerle presente de la cabeza de su rey: que no se admiraba de que un mercenario, que exponia su vida al vil precio del dinero, hiciese mercancía de la agena, ni de que, hallándose sin prenda alguna de hijos, ni de hacienda, desterrado del mundo, y por último enemigo de ambos partidos, se vendiese á quien mas caro le comprase. » Á cuyas expresiones añadió otras en prueba de su justificacion, poniendo por testigos á los dioses de su inocencia. Admitióselas Dario con demostraciones de que se las creia; porque, aunque no dudaba de la noticia de los griegos, el estado de las cosas, en el cual le era no menos peligrosa la traicion que la desconfianza de los suyos, le precisaba á conformarse con todo. Componíanse de treinta mil los que por la ligereza de sus ánimos se hallaban dispuestos á cualquiera maldad; y á Patron seguian solo cuatro mil, á quienes si cometia la guarda de su persona, agraviando la fidelidad de los persas, daba en alguna manera ocasion para que pareciese menos culpable el parricidio; por lo cual quiso antes exponerse á él, habiendo de morir, que dejar el menor motivo para que pretextasen tan enorme maldad. Sin embargo, respondió á Beso: « Que la justificacion de Alejandro no era menos notoria que su valor, y que se hallarian engañados los que esperaban de él un premio á su infidelidad, pues ninguno tomaria mas severa satisfaccion de ella, que él. » Acercábase ya la noche, y si bien los persas desarmados, segun su costumbre, iban á forrajear á las aldeas vecinas, los bactrianos se mantuvieron por órden de Beso con las armas en la mano. En tanto Dario hizo llamar á Artabazo; y habiéndole referido lo que le habia participado Patron, fué del mismo sentir en cuanto á que librase su seguridad del cuidado de los griegos, asegurándole, que los persas le seguirian luego que entendiesen su peligro; pero, no pudiendo huir de su destino, incapaz ya de admitir consejo, ni de tener mas arbitrio que el que necesitaba para poder dar el último vale á Artabazo, único consuelo suyo en aquel infortunio, le abrazó, y bañado en sus lágrimas, y en las de aquel fino amigo, se asió tan estrechamente de él, que necesitó hacer este algun esfuerzo para separarse; á cuyo tiempo, cubriéndose Dario el rostro, por no aumentar su dolor, viéndole partir anegado en su llanto, se arrojó en tierra, impelido de su desesperacion. Á vista de lo cual, las guardas de su persona, mas atentas á evitar su propio peligro que á exponerse como debieran á los mayores, en obsequio y seguridad de su rey, y juzgándose incapaces de resistir á los conjurados, como si ya los acometiesen, le desampararon, sin que quedasen en su tienda mas que algunos eunucos, á quienes detuvo el no saber donde huir. Hízolos tambien salir de ella; y habiendo quedado solo, se mantuvo por algun tiempo combatido de varias imaginaciones, hasta que por último, disgustado tambien de la misma soledad, que habia solicitado como alivio, mandó llamar á Bubace, á quien dijo: « Bastantemente has acreditado hasta este lance tú, y tus compañeros, la fidelidad que me debeis; id, y salvaos, que yo esperaré aquí el fin de mi vida. » Y volviéndose á él, le añadió: « Y no extrañes no me la quite yo mismo, pues solo dejo de hacerlo porque quede otro, y nó yo, reo de esta maldad. » A cuyas lastimosas expresiones prorumpió el eunuco en tiernos y crecidos gemidos, primero en la tienda, y después en el campo, donde, rasgadas sus vestiduras, y deshechos en funestas lágrimas, concurrieron todos á lamentar la miseria de su dueño: cuyos tristes y ruidosos clamores llegando al cuartel de los persas, los pusieron en gran confusion, no atreviéndose á tomar las armas, temerosos de que los cargasen los bactrianos, ni á pemanecer allí sin hacer algo en obsequio de su rey, para evitar la ignominia de haberle desamparado tan vergonzosamente. Todo era en aquel ejército, ya sin cabeza y sin dueño, desórden y confusion. Los soldados de Beso y Nabarzanes, persuadidos á que no podia ser otra la causa de tan universal llanto que la muerte de Dario, pasaron á decirles: « que se la habia dado él á sí mismo. » Con cuya noticia partieron aceleradamente, asistidos de los demás cómplices, y llegaron á su tienda, donde habiéndose asegurado de que era vivo, dieron órden de que le prendiesen, y le asegurasen con cadenas. Tal fué el fatal destino de aquel gran rey, de aquel poderoso monarca, que, habiéndose visto poco antes en un ostentoso y soberbio carro, árbitro soberano de tantos pueblos, como los que reverentes tributaban á la majestad de su persona nó inferiores adoraciones que las que ofrecian á Dios, se halló repentinamente oprimido, nó ya por extraño poder enemigo, sino por la cruel alevosía de sus propios vasallos, esclavo de sus esclavos, y arrojado en un vil carro, cubierto de groseras pieles. Su plata y sus muebles quedaron como por derecho de guerra expuestos al pillaje, en

cuyo execrable botin, habiéndose satisfecho la codicia de los traidores, empezaron á retirarse. Artabazo emprendió la marcha con los que habian quedado en la obediencia, y las tropas de los griegos, hácia las tierras de los partos, creyéndose allí mas seguro que en compañía de los parricidas; pero los persas, movidos de las promesas de Beso, y no sabiendo á qué resolverse, se juntaron á los bactrianos, con quienes se reunieron tres dias despues. Sin embargo, los traidores, porque no se dijese dejaban de hacer á su rey los honores que debian, ó lo mas cierto, porque no quedase escarnio de que no se valiese la fortuna en desprecio y ultraje de aquel príncipe, le aprisionaron con cadenas de oro; y temiendo fuese conocido por sus reales insignias, hicieron cubrir todo el carro en que iba de groseras pieles, y que le llevasen personas, á quienes fuese desconocido, para evitar le mostrasen á los que preguntasen por él, y que á lo largo le siguiesen algunos guardas.

XIII. Habiendo sabido Alejandro que Dario se hallaba hácia Ecbatana, dejó el camino de la Media que habia llevado hasta entónces, y le siguió con acelerado paso. Luego que llegó á la ciudad de Tabas, que está en los últimos términos de Paxetacene, le participaron algunos tránsfugas que huia aceleradamente á la Bactria; pero, mejor informado despues por Bagistenes, babilonio, supo que no se hallaba preso, aunque muy próximo á estarlo ó á perder la vida. Con cuya noticia llamó á toda prisa á sus cabos, á quienes dijo: «La última y mayor empresa que nos falta por ejecutar, si bien la mas fácil de cuantas hemos obtenido, se nos ofrece. Dario se halla á corta distancia de aquí abandonado ó muerto por los suyos. No ignorais que en su persona consiste el complemento de nuestras victorias. Por lo cual es preciso que procuremos no se nos escape; partamos, pues, con prontitud, para que tan estimable presa sea premio de nuestra diligencia.» Conformes todos en poner en ejecucion su gusto, respondieron á una voz: «Que estaban prontos á seguirle, sin que los detuviese ni el trabajo, ni el peligro.» Llevólos, pues, nó á paso de marcha de guerra, sino á carrera abierta, sin permitirles por la noche el descanso que pedia la fatiga del dia, hasta que, despues de haber andado quinientos estadios, llegaron por último al pueblo donde Beso hizo prisionero á Dario. Habíase quedado allí Melon, intérprete de aquel infeliz príncipe, por haber caido malo; el cual admirado de la presteza de Alejandro, y fingiendo se habia detenido allí para rendirle su obediencia, le participó todo lo sucedido. Siendo empero preciso permitir algun rato de descanso á aquellas tropas, despues de tan largas jornadas, se ocupó el rey, mientras le lograban, en reforzar los seis mil caballos escogidos que tenia, con trescientos hombres, á quienes llamaban «dimarcas;» los cuales, armados pesadamente, aunque marchaban á caballo, combatian á pié, cuando el lugar y la ocasion lo requeria. En esta disposicion le hallaron Orsillo y Mitracenes; los cuales habiendo abandonado el partido de Beso, y detestado su traicion, iban á ofrecérsele. «Refiriéronle que los persas se hallaban á cincuenta estadios de allí por el camino ordinario, pero que ellos le conducirian por otro mas corto.» Recibiólos el rey con gran gusto, y admitiéndolos por guias, partió al anochecer con una parte de la caballería ligera, ordenando á su falanje que le siguiese con la mayor presteza que le fuese posible. Marchaba en forma de batalla y con tal órden, que, aunque llevaba á galope su gente, podian juntarse siempre que la ocasion lo pidiese los primeros con los últimos. Habiendo andado, pues, en esta disposicion, trescientos estadios, encontró á Brocubelo, hijo de Maceo, gobernador que habia sido de Siria; el cual, yendo tambien á rendírsele, le aseguró: «Que Beso solo estaba á doscientos estadios de él, y que desordenado su ejército marchaba sin el menor recelo; que le parecia era su intento tomar la derrota de Hircania; pero que si se apresuraba le cogeria sin duda desprevenido; y que Dario aun vivia.» Fué esta noticia de mucho mayor estímulo para la continuacion de su marcha, y dando de espuelas á los caballos partieron á toda rienda. Percibian ya el ruído de los de los enemigos, pero no podian verse respecto de impedírselo la demasiada polvoreda que levantaban; por lo cual fué preciso hacer alto mientras se apagaba. Llegaron á verse los dos campos, á cuyo punto se retiraron los bárbaros, aunque con tan grandes ventajas, que pudieran haber esperado muy á favor suyo el suceso, si como tuvo Beso atrevimiento para cometer el parricidio, hubiese tenido valor para dar la batalla; porque, además de la superioridad de sus fuerzas á las del enemigo, no podia dejar de serles de considerable ventaja el pelear frescos y descansados, con los que llegaban rendidos y fatigados del camino. Pero el nombre y la reputacion de Alejandro, que en la guerra es de suma importancia, los atemorizó de suerte, que se entregaron á la fuga. Beso y los demás cómplices, habiendo esperado á Dario, le persuadieron á que se pusiese á caballo, para librarse de caer en manos de su enemigo; pero él, bien lejos de hacerlo, les respondió, que los dioses estaban prontos á vengarle, é implorando la fé de Alejandro, se opuso á seguir á los parricidas, los cuales irritados de su repugnancia enderazaron contra él sus dardos, y habiéndole cargado de heridas, y hecho lo mismo con los caballos que le conducian, para impedir que pasase mas adelante, y dado muerte á dos esclavos que acompañaban al rey, se separaron despues de tan detestable maldad para dejar en diversas partes vestigios de su fuga, y engañar por este medio al enemigo, si quisiese seguirlos, ú obligarle á dividir por muchas partes sus fuerzas. Nabarzanes la encaminó hácia Hircania y Beso hácia Bactria, seguido de poca gente de á caballo. Los bárbaros, abandonados de sus cabos, se dividieron por una y otra parte, segun los guiaba su miedo ó su esperanza, sin que hubiese mas que quinientos caballos que se uniesen, aunque dudosos en si les estaria mejor hacer resistencia, ó ponerse en fuga. El rey, habiendo advertido el pavor de los enemigos, hizo adelantar á Nicanor con una parte de la caballería para cortarlos, y él, con el resto, los cargó. Quedaron sobre el campo mas de tres mil que se pusieron en defensa, y los demás, sin llegar á ellos, por haber mandado el rey que cesase la mortandad, fuéron ahuyentados á manera de bestias. No hubo entre todos los prisioneros alguno que diese noticia del carro de Dario, de cuya fuga no se pudo descubrir el menor rastro por mas diligencias que se hicieron. Apresurábase Alejandro de suerte, que apenas pudieron seguirle tres mil caballos; las tropas enteras de fugitivos caian en manos de los que le seguian á paso mas lento. Siendo á la verdad, cosa bien extraña, que hubiese mas prisioneros que gente para hacerlos, y que los tuviese tan enagenados de sí su pavor é infelicidad que no conociesen la muchedumbre de los suyos, y el corto número de enemigos para oponerse á ellos. En tanto, los caballos que conducian el carro de Dario, no habiendo quien los condujese, dejaron el camino real, y despues de haber andado cuatro estadios á la contingencia, rendidos del calor y de sus heridas, hicieron alto. Habia cerca de allí una fuente,

donde llevado Polistrato, macedonio, por los del país, á templar en ella su sed, advirtió, estando bebiendo del agua que habia recogido en su celada, en los caballos que morian de las heridas de que estaban traspasados, y admirándose de que fuesen antes heridos que robados, acercándose mas, reconoció en un grosero carro, cubierto de pieles, á Dario, cargado de muchas heridas, y ya en los últimos trances de la vida; si bien conservando aun algun corto aliento. Llegóse á él con uno de sus prisioneros, para que le sirviese de intérprete, á quien habiendo conocido Dario por el lenguaje que era persa, le dijo: « Que en aquel deplorable estado á que le habia reducido su fortuna, le quedaba á lo menos el consuelo de hablar con quien le entendiese y de no malograr sus últimas expresiones. Pidióle, dijese á Alejandro, que moria deudor de sus beneficios, y tanto mas reconocido á ellos, cuanto no se los habia merecido con servicio alguno. Que le daba infinitas gracias por la suma benignidad con que, bien lejos de parecer enemigo, habia tratado á su madre, á su mujer, y á sus hijos, habiéndoles conservado nó solo la vida, sino tambien el mismo decoro y grandeza que mantuvieron en su primera fortuna, cuando sus mas cercanos parientes y amigos, siéndole deudores de la vida y de los muchos reinos de que les hizo merced, desconocidos á tan crecidas honras, le habian privado con torpe ingratitud de una y otro. Que pedia á los dioses prosperasen sus armas, haciéndole monarca del universo. Y por lo que miraba al execrable parricidio de Beso, cometido en su real persona, esperaba de su justificacion que no interesándose menos que su gloria su propia seguridad en el ejemplar castigo de ella, á que se hallaba tanto mas obligado cuanto era causa comun de todos los reyes, dejase en la severidad y rigor de él bastante motivo al mundo para el escarmiento. Finalmente, faltándole ya el aliento para proseguir, pidió de beber, y habiendo tomado un poco de agua fresca que le llevó Polistrato: Oh tú, cualquiera que seas, bienhechor mio, le dice, la última de mis desdichas es hallarme imposibilitado de gratificarte este beneficio que de tí he recibido; pero espero que te lo remunere Alejandro, y á Alejandro los dioses por la benignidad y clemencia que ha usado con los mios. La única prenda que me ha quedado de mi real fé y afecto, es esta mano derecha, ruégote que se la dés por mí.» Y diciendo esto tomó la de Polistrato y rindió el espíritu. Cuyas cosas referidas á Alejandro, le obligaron á que pasase inmediatamente allá, donde al ver el cuerpo de Dario, prorumpió en tiernas y copiosas lágrimas, lamentándose del infortunio de aquel príncipe y del infeliz é indigno fin de su gloria. Desdobló su manto, púsole sobre el cuerpo, y habiéndole hecho embalsamar y adornar con regia pompa, se lo envió á Sisigambis para que lo hiciese enterrar á usanza de los persas, y poner en el real sepulcro de sus antecesores.

LIBRO SEXTO.

ARGUMENTO DE ESTE LIBRO.

I. Descripcion de la batalla entre lacedemonios y atenienses: vencedor Alejandro concede la paz á los griegos que se habian sublevado en su ausencia.—II. Invencible Alejandro en la guerra, se deja vencer en la ociosidad de las delicias: corre voz en el ejército de que habia dispertado de aquel adormecimiento.—III. Oracion de Alejandro á sus soldados, exhortándoles á concluir la guerra comenzada en Asia.—IV. Descripcion de Zioberis, admirable rio: ofrece Alejandro á Nabarzanes el perdon que solicita por medio de su carta de seguridad, y hallándose cercano al mar Caspio, admite á su gracia á los capitanes de Dario.—V. Habiendo recibido Alejandro á Artabazo con grandes muestras de afecto, perdona á los griegos que habian socorrido á Dario, y despues de haber vencido á los mardos, condesciende con el ruego de la reina y de las amazonas.—VI. Oféndense los macedonios del modo de vivir de Alejandro; el cual, por evitar algun motin, se dispone á hacer la guerra contra Beso: empiézala por una estratagema, y sigue primero á Satibarzanes, por haber dejado su partido: echa de las montañas á los bárbaros, y toma la ciudad de Artacacna.—VII. Dimno descubre á Nicomaco la conspiracion que se disponia contra Alejandro, por medio de Cebelino su hermano, lo cual es causa de que Dimno se dé muerte por sus mismas manos.—VIII. Filotas, hijo de Parmenion, á quien se tenia por autor de esta conspiracion, ó por gran parte de ella, es preso á instancias de los favorecidos de Alejandro, y llevado al palacio cubierta la cabeza.—IX. Oracion de Alejandro á sus soldados, en que se queja de la conspiracion de Filotas, á quien habiéndole llevado delante de todos se dispone á su defensa.—X. Defensa de Filotas, en la cual niega enteramente la acusacion contra él.—XI. La junta, animada por cierto Beleno, se irrita contra Filotas; el cual poco despues, para librarse de los tormentos, declara las circunstancias de una fingida conspiracion, y muere apedreado con todos los demas que acusa.

I (1). No gozaban de mayor tranquilidad Grecia y Macedonia, mientras pasaba esto en Asia. Reinaba en Lacedemonia, Agis, hijo de Archidamo, que, dando socorro á los tarentinos, fué muerto el mismo dia que Filipo venció á los atenienses cerca de Queronea. Este príncipe, pues, movido de la emulacion en que le ponian la virtud y gloria de Alejandro, exhortaba á sus pueblos, «á que no tolerasen que la Grecia padeciese mas tiempo en ignominiosa servidumbre la tiranía opresion de los macedonios, porque, si no se prevenian con tiempo, caeria sobre sus cervices el mismo yugo. Y que así debian, pues se hallaban con fuerzas suficientes para resistirlos, hacer los mayores esfuerzos para preservarse de igual peligro, sin esperar á que, enteramente deshechos, se hallasen imposibilitados de conservar la libertad contra potencia tan formidable.» Inducidos por este medio los ánimos, solo esperaban ocasion oportuna para tomar las armas, y habiéndosela ofrecido la felicidad de las de Memnon, se juntaron con él. Y si bien sobrevino la muerte de este capitan, muy en los principios de sus empresas, nó por ella descaecieron del valor con que se habian declarado: antes bien, Agis pasó á verse con Farnabazo y Autófrate, de los que obtuvo treinta talentos de plata, y diez bajeles, que envió á Agesilao su hermano para que pasase á Creta, cuyos habitantes se hallaban divididos por seguir unos el partido de los lacedemonios, y otros el de los macedonios, y despachó embajadores á Dario, pidiéndole mayor porcion de dinero, y mas bajeles para la guerra, cuyo socorro, en vez de atrasarle la derrota que padecieron los persas cerca de la ciudad de Iso, se lo facilitó; porque, siguiendo Alejandro á Dario, y obligándole á retirarse á sus mas remotas y distantes regiones, pasó á la Grecia todo el crecido número de soldados que se habia salvado de aquella batalla, de cuya gente tomó Agis ocho mil, que pagó del dinero de los persas, con los cuales, unidos á sus tropas, pudo volver á recuperar, como lo hizo, la mayor parte de las ciudades de Creta. Y habiendo Memnon, á quien envió Alejandro á Tracia, obligado á que se sublevasen aquellos bárbaros, para cuyo reparo llegó allí Antípatro, con ejército que

---

(1) Autores en que nos apoyamos: Suplemento de Freinsemio. Diodor. 16. 89. Just. 12. 1. 5. Diod. 17. 62. Diod. 17. 19. Arrian. 2. 3 10. etc. Curt. 4. 1. 39. Arrian. 2. 3. 21. 3. 5. 10. Curt. 4. 1. 39. Diodor. 17. 48. Diodor. 17. 62. Just. 22. 1. 8. Diodor. 37 63. Frontia. 2. 11. 4. Curt. 7. 4. 52. Arrian. 5. 1. 12. Arrian. 35. 3 20. Plut. Agesilao. c. 25. Æschines contra Ctesifontem. Polibio 2. 28. Æschines. Pausan. 1. 1. Curt. 6. 1. 10.

llevó de Macedonia, aprovechándose los lacedemonios de aquella ocasion, ganaron á su partido todo el Peloponeso, menos algunas ciudades de corta importancia, juntaron un ejército de veinte mil infantes y de dos mil caballos, é hicieron general de él á Agis. De lo cual, noticioso Antípatro, volvió con gran presteza á la Grecia, despues de haber acomodado lo mejor que pudo las cosas de la Tracia. Asistiéronle con su socorro los amigos y aliados de Alejandro, con el cual, y las tropas auxiliares que habia juntado, llegaba su ejército, hecha la reseña, á cuarenta mil combatientes. Porque, aunque del Poleponeso le habian ido muchos, no le pareció seguro fiarse de ellos: «Si bien les estimó su afecto y la demostracion de haber pasado á ofrecerse contra los lacedemonios en obsequio de Alejandro, á quien les ofreció representar su fineza, para que se la remunerase á su tiempo.» Pero respecto de no necesitar por entónces de mas tropas que las que tenia, «les pidió se volviesen á su patria, con el seguro de que habian cumplido con la obligacion de su alianza.» Despues de lo cual, despachó al rey repetidos correos, avisándole de los movimientos de la Grecia, los cuales le hallaron cerca de la Bactria. Pero, nó por esto dejó Antípatro de dar la batalla, en la cual decidió la victoria la desgracia de Agis, que fué muerto en la Arcadia. En cuyo ínterin, hallándose Alejandro, antes que llegasen los avisos de Antípatro, con algunos recelos de las inquietudes de los lacedemonios, habia dado desde allí, en medio de hallarse tan distante de Macedonia y de Grecia, cuanta providencia le fué posible. Porque ordenó á Amfótero que pasase al Peloponeso con bajeles de Chipre y de Fenicia; y á Menete, que hiciese llevar hácia el mar tres mil talentos para poder proveer de mas cerca á Antípatro de cuanto dinero necesitase, por temer las perjudiciales consecuencias que podian resultar de esta guerra. Si bien, noticioso despues de la victoria, y comparando esta expedicion con las que habia obrado por sí, dijo: «Que aquella batalla habia sido solo de ratoncillos.» Fuéron felices para los lacedemonios los principios de esta guerra, en los cuales obtuvieron victoria de los de Antípatro, cerca de Corrago, cuya fama llevó á su alianza á cuantos tenian pendientes del suceso su determinacion, sin que entre todas las ciudades de los eleos y de los aqueos, hubiese otra que Pellene, que desdeñase su alianza, y Megalópolis, en la Arcadia, la cual se mantuvo firme en el partido de Macedonia, por la memoria que conservaba de Filipo, de quien recibió considerables beneficios. Aunque, habiéndose hallado bien apretada de un vigoroso sitio, sin duda se hubiera rendido á no haber acudido Antípatro á su socorro. Acampó á no larga distancia de los enemigos, y habiendo reconocido estaba mas fuerte que ellos, así en el número de las tropas, como en lo demás, resolvió presentar luego la batalla. No la rehusaron los lacedemonios, si bien trabado el combate, se les declaró muy contrario el suceso. Porque, aunque confiados en la disposicion del lugar en que se habia de pelear, despreciaban la ventaja que tenia en el número de la gente el enemigo, esperando no la podria derramar allí con ningun fruto, respecto de su estrechez; habiendo llegado á las manos, hallaron en su resistencia á los macedonios, con no menor esfuerzo al con que los acometieron; lo cual fué causa de que se derramase mucha sangre de ambas partes. Pero socorrió Antípatro frecuentemente á los suyos con gente de refresco que substituyó en lugar de los heridos; y no siendo fácil á los lacedemonios el hacerlo, se hallaron obligados á retroceder. Agis, viendo en derrota á su gente, se entró en medio de la refriega, y haciendo grande estrago en cuantos se le oponian, obligó á retirarse á muchos enemigos (1). Pusiéronse en fuga los macedonios, que poco antes se mostraron victoriosos, dejándose cargar sin resistencia, hasta que, habiendo sacado al llano á los enemigos, que con ardor le seguian, y ganado un lugar donde pudieron hacerse firmes, restablecieron el combate. Señalábase entre todos los lacedemonios su rey, así por sus armas, como por la gentil disposicion de su persona, y aun mas por la grandeza de su espíritu, en la que no tiene duda que ninguno le excedió. Tirábanle de lejos, de cerca, y de todas partes recibia en su escudo muchas cuchilladas, y evitaba nó pocas con su destreza, hasta que herido de un bote de lanza en un muslo, del que arrojó gran porcion de sangre, y faltándole las fuerzas para continuar el combate, en que aun insistia, le sacaron de él los suyos sobre los escudos, nó sin los crecidísimos dolores que le causaba en las heridas el movimiento. Mas los lacedemonios, bien lejos de desmayar á vista de aquel golpe, apoderados de un puesto ventajoso, y cerrados en sus escuadrones, resistieron la carga que dieron en ellos. No hay memoria de combate mas sangriento y cruel. Habian llegado á las manos dos de los mas belicosos pueblos del mundo con iguales fuerzas, alentados unos de su antigua gloria, y esforzados otros de la grandeza que gozaban; peleaban aquellos por la libertad, y estos por el imperio; faltaba á unos la cabeza, y á otros el terreno, y aumentaba en todos la esperanza y el temor la diversidad de sucesos con que parece gustó la fortuna de ver disputar en solo un dia la victoria á tan valerosos hombres. El campo de batalla era tan estrecho, que no pudiendo pelear sino una parte de sus tropas, las demás solo servian de testigos, y de esforzar desde el paraje donde se hallaban, con las voces y con las acciones á sus compañeros. Finalmente, fatigados los lacedemonios del gran calor, y pudiendo apenas sostener las armas, las cuales se les deslizaban con el copioso sudor, empezaron á desmayar, y á retirarse por último para tener campo mas abierto á la fuga, si el enemigo los oprimiese. Cargábalos furiosamente el ejército vencedor, y habiendo pasado todo el espacio que habian ocupado mientras duró el combate, seguia vivamente á Agis. El cual, viendo su ejército deshecho, y sobre él á los enemigos, mandó á los suyos que le pusiesen en tierra; y habiendo hecho prueba consigo, de si sus miembros correspondian aun á la generosidad de su ánimo, sintiéndose sumamente desfallecido, se puso por sí mismo de rodillas, y cubriéndose prestamente con la celada y el escudo, manejando una pica, desafiaba en aquel estado á las mas valientes á que llegasen á despojarle de sus armas. Ninguno empero se atrevió á acercársele, aunque dèsde lejos le disparaban gran cantidad de dardos, que rebatia contra el enemigo, hasta que por último, penetrado el desnudo pecho del bote de una lanza, aunque por sí mismo se la sacó de él, no pudiendo subsistir ya mas tiempo, afirmado en su escudo, rindió sobre sus mismas armas el espíritu. Murieron en aquella batalla, de la parte de los lacedemonios, cinco mil trescientos sesenta, y de la de los macedonios no pasaron de trescientos; pero apenas hubo quien saliese de ella sin herida. Cuya victoria, nó solo fué causa de la ruina del poder de Esparta y de sus aliados, sino tambien de que cuantos, librada su esperanza en el suceso de ella, solo aguardaban su fin, para declararse, la perdiesen. No lo ignoraba Antípatro, ni tampoco muchos que iban con él, y procurando

(1) Desde aquí continúa Quinto Curcio.

acreditar su regocijo, le fingian; pero, deseando poner fin á la guerra, le pareció preciso dejarse engañar. Y si bien la felicidad de aquel gran suceso le tenia con el gusto que era consecuente á él, el temor de la envidia que le ocasionaria, y los riesgos de que serian causa las ilustres acciones que para obtenerle habia obrado, las cuales excedian de la esfera de lo general, no dejaban de tenerle en bastante inquietud: como quien tambien sabia, que, aunque Alejandro gustaba de ver vencidos á sus enemigos, era tanto lo que sentia lo quedasen por medio de Antípatro, cuya gloria le parecia disminuia mucho la suya, que no podia disimularlo. Atento, pues, aquel diestro político á este riesgo, no se atrevió á disponer por sí de nada de la victoria: y convocó los estados generales de la Grecia para deliberar con su acuerdo lo que pareciese mas conveniente. No pidieron en aquella junta otra cosa los lacedemonios, sino que se les permitiese enviar una embajada al rey, el cual no puso dificultad en perdonarlos, con excepcion de los autores de la revuelta, á quienes hizo castigar. Determinóse tambien en ella, que los megalopolitanos, cuya ciudad estuvo sitiada, pagasen á los aqueos y á los etolios ciento veinte talentos. Este fin tuvo aquella guerra, la cual se extinguió con la misma presteza que se encendió, y antes que Dario quedase deshecho en la batalla de Árbela.

II. Pero Alejandro, á quien hasta entónces habia sido mas molesto el descanso que las mayores fatigas de la guerra; no hubo bien empezado á gustar de él, cuando se entregó á los deleites; de suerte que, no habiendo podido ser vencido de las armas de los persas, lo quedó de sus vicios. No pasaba ya los dias y las noches sino en desordenados banquetes, en licenciosos juegos, en mujeriles festines, y en torpes embriagueces. Con cuyos vituperables excesos, y el de haber imitado en todo los estilos y costumbres de los persas, teniéndolos por mejores que los de su patria, dejó tan disgustados á los suyos, que ya no le miraban como á dueño, sino como á enemigo, no pudiendo tolerar los que se hallaban acostumbrados á una rigurosa disciplina y á un moderado y vulgar alimento, para satisfacer las necesidades de la vida, que los corrompiese con aquellas disoluciones, y los habituase á las costumbres de los vencidos. De esto se originaron las frecuentes conspiraciones contra su persona, los peligrosos motines en sus tropas, y la desenfrenada libertad con que hablaban de él, siguiéndose tambien las precipitadas violencias, las mal fundadas sospechas, los temores, y lo demás que diremos. Pasando, pues, los dias y las noches en los banquetes, y no pudiendo ser siempre los manjares su único divertimiento, los alternaba con diversos géneros de juegos y de pasatiempos; y no contento con los farsantes y músicos que habia hecho venir de Grecia, hacia cantar á las mujeres cautivas canciones á su usanza, que eran tan extrañas, como desapacibles á los oídos de los que no estaban habituados á oirlas. Habia entre las demás una, cuya tristeza era mas excesiva que la de todas, é igual á la gran repugnancia y vergüenza que mostraba de ser vista entre las otras, y cuya singular belleza hacian parecer mayor los efectos de su honestidad y recato; á cuya instancia, manteniéndose con los ojos bajos, hacia cuanto le era posible por ocultar su rostro. Parecióle al rey que no era aquella mujer de esfera vulgar, ni capaz de hallarse en tan licenciosos festines; y habiéndola preguntado «¿quién era?» Respondióle ella: «que era nieta de Oco, rey de Persia, nacida de una hija suya, que casó con Histapes, pariente de Dario, y general de un poderoso ejército.» Conservando aun aquel príncipe algunas reliquias de sus primeras virtudes, atendió compasivo á su desgracia, y á la real estirpe de quien descendia, y la puso en libertad, la restituyó todos sus bienes, é hizo se buscase á su marido para volvérsela. Cuyo suceso fué causa de que mandase el dia siguiente á Efestion pusiese á todos los prisioneros en palacio, donde, habiendo reconocido la calidad de cada uno, se separaron de las comunes á las personas de la primera esfera, de la cual se hallaron diez, y entre ellos á Oxatres, hermano de Dario, nó menos ilustre por sus merecimientos que por la grandeza y representacion de su hermano; y á cierto gran señor persa, llamado Oridates, el cual, estando condenado á muerte por Dario, permanecia aun en las prisiones: libróle de ellas el rey, y dióle el gobierno de la Media, y admitió al hermano de Dario en el número de sus confidentes, haciéndole los honores de que era digno por su real nacimiento. Importó la última presa veinte y seis mil talentos, de los que se repartieron doce entre los soldados, habiéndose descubierto igual porcion de los prisioneros, por los mismos que la guardaban. Pasó desde allí Alejandro á la region de los partos, pueblos desconocidos entónces, pero hoy cabeza de todas las naciones que están de aquella parte del Tigris y del Eufrates, y se extienden hasta el mar Rojo. Ocupan aquellas hermosas y fértiles llanuras los escitas, formidables aun hoy á sus vecinos. Tienen tierras en Asia y en Europa. Los que habitan sobre el Bósforo pertenecen al Asia; pero los demás, llamados europeos, tocando á la parte izquierda de la Tracia, confinan con el Boristenes, y corriendo en derechura, se dilatan hasta el Tanais. Pasa aquel rio entre Europa y Asia, y es cierto que los partos, que reconocen por antecesores á los escitas, no salieron del Bósforo, sino de la Europa. Ofrecíase en aquel tiempo allí una ciudad muy célebre, fundacion de los griegos, y cuyo nombre era «Hecatompilos:» detúvose en ella Alejandro algunos dias, y dió órden para que se recogiese en ella de todas partes la mas considerable porcion de víveres que se hallase. Dando en esto ocasion la ociosidad, como suele, á algun soldado deseoso de novedades, para que esparciese la falsa voz de que el rey, contento con lo que habia obrado, tenia resuelto volverse á Macedonia; fué tan grande la conmocion que causó en el ejército, divulgada por todo él, sin que se pudiese averiguar su autor, y tal la impresion que hizo en los soldados, los cuales corrian como insensatos á recoger cada uno su bagaje, que no parecia sino que se habia dado la señal para desalojar. Buscaban unos aceleradamente á sus camaradas, y cargaban otros sus carros, cuyo tumulto, dilatándose por todo el campo, llegó á oídos del rey. Dió ocasion á aquella falsa voz el haber licenciado las tropas griegas, y concedido seis mil dineros á cada caballero: con lo cual tuvieron los macedonios por concluida enteramente la guerra. El rey, cuyo designio era dilatar sus conquistas á la India, y á los últimos términos del oriente, habiendo llamado á su tienda á los principales cabos de su ejército, se quejó con ellos, nó sin lágrimas, «de que le precisasen á interrumpir á la mitad de él, el curso de sus gloriosas conquistas, y á volverse á su patria, vencido mas que victorioso. Decíales, que aquella ignominia no le procedia de la flaqueza de sus soldados, sino de la envidia de los dioses, los cuales habian conspirado para infundir en sus valerosos corazones el deseo de la patria, á fin de quitarle los medios de que volviese prestamente con mayor honra y reputacion á ella.» A cuyas expresiones, movidos to-

dos, le ofrecieron su sangre y sus vidas, asegurándole de la prontitud con que los hallaria dispuestos á cuanto les ordenase, por difícil y árduo que fuese, é igualmente de la de los soldados á quienes le manifestaron seria bien procurase inducirlos á sus intentos con la blandura de sus palabras proporcionadas á su genio, pues tenia experiencia de cuán poderosas y eficaces eran en sus ánimos, los cuales jamás se vieron tristes ni caidos: alentándoles él, con la misma alegría y marcial ardor con que se presentaba siempre al combate. Prometióles que lo haria, si bien les pidió que dispusiesen por su parte los ánimos; y después de haber proveido en lo que juzgó por necesario para aquella accion, juntó su ejército, y le habló de esta manera.

III. «No me admiro, ó soldados, que si considerais las grandes empresas que hemos ejecutado, os halleis satisfechos de gloria, y que no busqueis ya sino el descanso. No entrando en número los ilirios, los tribalos, la Beocia, la Tracia, los espartanos, los aqueos y el Peloponeso; todos los cuales he sujetado, á unos por mi persona, y á otros por medio de mis generales, y debajo de mis auspicios; ni tampoco el Helesponto, donde ha tenido principio la guerra, hemos preservado á los jonios y colos de una cruel servidumbre. Hallámonos señores de Caria, de Lidia, de Capadocia, de Frigia, de Paflagonia, de Pamfilia, de Pisida, de Cilicia, de Tiro, de Fenicia, de Armenia, de la Persia, de los medos y de los partos, cuyo crecido número de provincias, entre las que no sé, si respecto de él he olvidado alguna, excediendo, á lo que juzgo, aun al de las ciudades que poseen otros, me obligaria á poner fin á mis conquistas, si me hallase asegurado de que lo quedaban. entre pueblos vencidos con tanta prontitud, y á restituirme, ó soldados, aunque fuese á pesar vuestro, bajo la proteccion de mis domésticos dioses, el amor de mi madre y de mis hermanas, y la compañía de mis ciudadanos, para gozar en el centro de mi patria de la gloria que con vosotros he adquirido; porque allí es donde nos esperan los mas dulces frutos de nuestras victorias, el cariño de vuestros hijos, de vuestras mujeres, de las que os dieron al mundo: y la paz, el reposo y la posesion segura de cuanto hemos comprado al precio de nuestra sangre. Pero en un imperio totalmente nuevo, y en el que no podemos decir con certeza que estamos seguramente establecidos, y antes tanto mas lejos de haberlo conseguido, cuanto permanecen aun muchas cabezas rebeldes que repugnan el yugo, es preciso, ó soldados, tiempo para reprimirlos, y una suave y dulce comunicacion, que poco á poco temple y ablande la fiereza natural de sus ánimos. Aun las cosas insensibles necesitan de él, para que las suavice, y disponga á que reciban la ley que la naturaleza les impuso, como ordinariamente lo experimentais en los frutos de la tierra; los cuales no llegan á su perfecta sazon, sino por medio suyo. ¿Juzgais por ventura, que tantos pueblos, acostumbrados á otro dominio, y con los que no tienen conformidad alguna nuestra religion, nuestras costumbres, ni nuestra lengua, han quedado sujetos al tiempo mismo que vencidos? Pues creeis mal, porque el contener en nuestra obediencia, lo debemos á nuestras armas, nó á su voluntad. Mientras estais presentes os temen, pero ausentes serán vuestros enemigos. Siendo cierto, que nos es preciso hacer con ellos lo que con las fieras, en las que obrando el tiempo lo que no se pudo esperar de su natural, las deja domésticas y mansas. Hasta aquí he discurrido, como si ya fuésemos enteramente dueños de cuanto poseia Dario. Pero aun se halla Nabarzanes apoderado de la Hircania, y el parricida Beso, no contento con ocupar la Bactria, nos amenaza. Los sogdianos, los daos, los masagetas, los saces y los indos, no acatan vuestro dominio. No bien habremos vuelto la espalda, cuando estos pueblos se declararán contra nosotros: siendo todos de una nacion y nosotros extraños, natural es que apetezcan mas el señorío en los propios, aunque sea menos suave que en los agenos. Por lo cual, es preciso que, ó perdamos lo adquirido, ó que adquiramos lo que nos falta que ganar; apartando, á imitacion del médico, que para conseguir la salud de un cuerpo humano, procura evacuarle de todos los malos humores, cuanto puede ser nocivo á nuestro imperio. Muchas veces una pequeña centella, nó advertida, ha originado considerable incendio. Nunca es seguro despreciar lo mas leve en el enemigo, porque del descuido nace la disminucion propia, con que crece su diligencia, aumentando sus brios y poder. Aun el mismo Dario no llegó por derecho sucesivo al real trono de Ciro, sino porque en él le colocó el crédito de Bagoas, de que podeis inferir el corto trabajo que habrá costado á Beso apoderarse de un reino abandonado. Verdaderamente, ó soldados, que seria grande ignominia nuestra que le hubiésemos vencido para dar sus estados á uno de sus vasallos, el cual, después de haber cometido el mayor de los delitos en la persona de su rey, al tiempo que le ofrecian su socorro los extraños, y que nosotros, aunque le hacíamos guerra, le hubiéramos perdonado sin duda, vencedores, le redujo cual cautivo á prisiones, y por último le dió muerte, para defraudarnos la gloria de haberle librado de ella. ¿Y este mónstruo quereis que reine? ¿y qué esto se sufra? Por lo que á mí toca, es cierto que no sosegaré hasta ver que pendiente de una horca, satisface á todos los reyes y pueblos del mundo las penas de su perfidia. Si inmediatamente á nuestra partida nos llegasen á decir, que saqueaba las ciudades de la Grecia y del Helesponto, ¿con qué gusto escucharíais que aquel malvado se hiciese dueño de los premios de vuestras victorias y conquistas? En cuyo caso, no dudo, que coléricos tomariais las armas, y que no las depondriais, hasta dejar castigada su orgullosa osadía. ¿Pues cuánto mejor es oprimirle ahora que se halla preocupado del horror de su delito y fuera de sí? No necesitamos de mas tiempo que el de cuatro dias para el camino. Pues qué, ¿detendrá tan corto espacio en lo mejor de sus conquistas á los que han pasado por tantas y tan crecidas nieves, á los que han vadeado tan caudalosos rios, y á los que han penetrado las elevadas cumbres de tan inmensos montes? Mayormente no teniendo ya mares, cuyas crecidas olas nos impidan el paso, ni estrechos que nos le cierren, pues se nos ofrece todo tan llano y fácil para la victoria, que parece podemos tenerla por segura. Solo cinco ó seis parricidas, y otros tantos vagabundos, son los que nos han quedado por extinguir. ¿Con qué esclarecida accion ilustrareis vuestra gloria, y coronareis todas las demás, eternizándolas al mundo, si vengais la muerte de vuestro enemigo, y manifestais que, extinguido con su vida vuestro odio, no permite semejantes maldades vuestra generosidad? Á cuyo intento debeis calcular cuán obedientes y obsequiosos experimentareis á los persas, reconociendo la justificacion con que emprendeis las guerras, y que vuestras iras no miran á su nacion, sí solo á castigar el delito de Beso.»

IV. Fué oida esta oracion con tan grande aplauso de los soldados, que todos á porfía dijeron en altas voces que los llevase á donde fuese servido. Aprovechándose el rey de aquel ardor, pasó á las tierras de

los partos, y llegó en tres dias á la frontera de Hircania. Dejó á Cratero con las tropas que mandaba y con las de Amintas, reforzadas con seiscientos caballos é igual número de arqueros, para asegurar á los partos de las correrías de los bárbaros. Dió órden á Erigio para que condujese el bagaje por la llanura con corta escolta; y viéndose adelantado el quinientos y cincuenta estadios, acampó en un valle que está á la entrada de la Hircania. Ofrécese allí un bosque de crecidas y espesísimas arboledas, bañado de infinitos arroyos, que, descendiendo de las rocas vecinas, fertilizan todo aquel valle. Nace de las faldas de aquellos montes el rio Zioberis, el cual corre por espacio de tres estadios, sin disminucion alguna, hasta que, rompiéndose su raudal en una roca, se divide en dos brazos iguales. Desde allí, haciéndose mas rápido y siempre mas impetuoso por el encuentro de las peñas que halla en el camino, se precipita debajo de tierra, donde corre, manteniéndose oculto, toda la extension de trescientos estadios. Vuelve después como á renacer de otro orígen, y á hacer nueva y mas espaciosa canal que la primera, respecto de tener trece estadios de ancho, hasta que, habiéndose reducido á mas estrechas márgenes, entra por último en otro rio llamado Ridage. Aseguran los naturales que, cuanto se introduce en la caverna donde el Zioberis se oculta, que es la mas cercana á su orígen, vuelve á salir por la que desemboca en el rio, como lo comprobaron algunas personas, á quienes habiendo hecho Alejandro entrar allí á dos toros que envió para la averiguacion, aseguraron haberlos visto salir por el desembocadero. Habiéndose detenido allí cuatro dias para que refrescase su ejército, recibió una carta de Nabarzanes, cómplice en el delito de Beso, en la que le decia: «Que nunca miró con odio á Dario, á quien siempre habia representado lo que juzgó de su servicio, exponiendo su vida al riesgo de perderla por haberlo hecho con celo y lealtad. Pero que, habiendo resuelto aquel príncipe, contra toda razon, fiar de extrañas tropas la guarda de su persona, en desdoro y descrédito de la fidelidad que los de su nacion habian conservado inviolablemente á sus reyes por espacio de doscientos y treinta años, y reconociendo próxima su ruina, tomó el consejo que le ofreció la necesidad presente, siguiendo en esto al mismo Dario, el cual, habiendo muerto á Bagoas, se justificó con el pueblo, dando por disculpa la de haberlo ejecutado porque conspiraba contra su vida. Que siendo esta la cosa mas apreciada de los mortales, el deseo de conservarla le habia reducido á aquellos términos. Porque protestaba haber ejecutado en esto, nó lo que quisiera, sino lo que no pudo escusar necesitado. Que en las calamidades públicas á cualquiera le era permitido mirar por sí y procurar asegurarse. Y que en esta atencion, si le mandaba que fuése á ponerse á sus piés, lo haria sin el menor recelo de que faltase tan gran rey á su palabra; y tanto mas asegurado, cuanto sabia no era capaz de engañar á los dioses quien lo era. Pero que si no le juzgaba digno de concederle esta honra, no le faltarian en su destierro lugares donde retirarse, pues, para los hombres de valor, era patria suya cualquiera que eligiesen. No hallando Alejandro dificultad para concederle su palabra, á usanza de los persas, le envió á decir que podria ir seguramente. Sin embargo, hizo que marchase su ejército en buen órden á cuatro frentes, y de rato en rato se pasasen corredores á reconocer los pasos. La caballería ligera iba en la vanguardia, seguia la falanje, luego el resto de la infantería, y después el bagaje. Conteníase el rey entre sus guardas, por el recelo en que le ponia la condicion belicosa de aquellos pueblos, y la calidad de la tierra, cuyas entradas son sumamente ásperas. Porque todo es un contínuo valle abierto y espacioso hasta el mar Caspio, desde donde se dilatan por ambas partes montes en forma de dos grandes brazos, los cuales cierran aquel espacio, y torciéndose, hacen un seno á manera de media luna. Los cercetas, mosinios y chalibes quedan á la izquierda, y de la otra parte los leucosirios y los campos de las amazonas; miran estos al septentrion y aquellos al occidente. El mar Caspio, cuyas aguas son mas dulces que las de los otros mares, cria serpientes de prodigiosa magnitud, y pescados de bien diverso color que los ordinarios. Algunos le llaman mar de Hircania, y otros Caspio; y no falta quien crea que las lagunas Meotidas entran en él, á cuya mezcla de aguas atribuyen el que sean menos saladas aquellas que las de los demás mares. El viento de septentrion le embravece horriblemente, dilatando tanto sus ondas, que anegan una extensísima porcion de tierra; pero, luego que cesa este, se retraen á sus límites con la misma impetuosidad que salieron, dejando la tierra en su primera faz. Otros han juzgado que no es el mar Caspio, sino el de la India, el que cae en la Hircania, desde cuya mas elevada parte va descendiendo poco á poco, y dilatándose, como hemos dicho, en un perpétuo valle. Adelantóse de allí el rey veinte estadios por lugares casi inaccesibles, sobre los que habia una selva, cuyos caminos eran tan quebrados, por los muchos arroyos y avenidas que los inundan, que fué preciso detenerse en algunas partes. Pero no ofreciéndose enemigo alguno, pasó sin peligro; y por último llegó á mejor comarca, la cual, además de abundar en aquel tiempo de todo género de granos, goza siempre de excelentes viñas y manzanas. Pueblanla muy espesos árboles; entre los que son los mas comunes unos á manera de encinas, cuyas hojas amanecen cargadas de miel, si bien es preciso recogerla antes que salga el sol, porque sino, se derrite inmediatamente aquel delicado rocío al menor calor que participa. Habiendo pasado el rey treinta estadios mas adelante, le salió al camino Fratafernes, y se le rindió, con los que le habian acompañado en la fuga después de la muerte de Dario. Recibiólos á todos benignamente; y después de haber entrado en la ciudad de Aruas, llegaron tambien á ella Cratero y Erigio, llevándole á Fradates, gobernador de los tapuroros, el cual experimentó en el rey tan grandes honras, que su ejemplo movió á muchos á procurar merecérselas iguales con la misma demostracion. Dió después el gobierno de Hircania á Menapis que, desterrado en tiempo de Oco, pasó á ampararse de Filipo; y conservó en el de los tapuroros á Fradates.

V. Después de haber atravesado toda la Hircania, llegó á su presencia Artabazo, de cuya gran fidelidad á Dario hemos tratado, con algunos parientes de aquel infeliz príncipe, con sus hijos y buena tropa de soldados griegos. Al acercarse á él, le tomó el rey la mano é hizo muchas caricias en memoria de la amistad que tuvo con el rey Filipo su padre, debajo de cuya proteccion se mantuvo mientras duró la persecucion de Oco; pero aun mas por la fidelidad que guardó á su príncipe en medio de los considerables favores que recibió de Filipo. Reconocido aquel venerable anciano á las honrosas demostraciones de Alejandro, le dijo: «Que rogaba al cielo por la larga duracion y felicidad de su imperio, y porque colmase de las mayores dichas su persona, á quien no podia dejar de manifestar que, cuanto era grande el gusto con que celebraba la dicha de ponerse á sus piés, tanto el sinsabor que re-

cibia de hallarse por su crecida edad imposibilitado de gozar por mucho tiempo de su benignidad.» Era esta de noventa y cinco años; llevaba consigo nueve jóvenes, hijos suyos, de gentil disposicion, y habidos todos en una misma madre; ofrecíólos al rey, pidiendo á los dioses «les concediesen vida en cuanto fuesen de provecho á su servicio.» Aunque caminaba Alejandro de ordinario á pié por aquellos campos, atendiendo á que su ejemplo no obligase á aquel anciano á hacerlo con tan grande incomodidad, mandó prevenir caballos para él y Artabazo. Y despues de haber acampado, hizo llamar á los griegos que habia llevado este consigo, los cuales respondieron: «Que sino se les concedia tambien salvo conducto á los lacedemonios, pensarian en lo que habian de ejecutar.» Eran estos los embajadores de Lacedemonia, enviados á Dario, que, despues de su derrota, se habian juntado con los griegos que tenia á sueldo suyo. No quiso concedérsele el rey, ni darles prenda alguna; mandóles sí, «que compareciesen ante él, y que entónces resolveria lo que tuviese por bien.» Con cuya respuesta confusos é inclinados unas veces á un dictámen y otras á otro, determinaron por último obedecerle; si bien Demócrates, ateniense, opuesto siempre á la grandeza de los macedonios, desesperando de su vida, se dió por sí mismo muerte. Los demás se rindieron á discrecion, como lo habian resuelto. Eran mil y quinientos soldados y noventa embajadores. Reclutó con aquellos el rey sus compañías, é hizo volver á sus tierras á los demás, excepto los lacedemonios, á quienes mandó poner debajo de buenas guardas. Los mardos, pueblo vecino á Hircania, gente brutal, y acostumbrada á la rapiña, fuéron los únicos que, mostrando disgusto de obedecerle, ni le enviaron embajadores, ni presentes. De cuyo desacato indignado el rey, y no pudiendo tolerar que hubiese nacion que le pusiese en duda el renombre de invencible, dejó el bagaje con gente que le guardase, y volvió contra ellos, acompañado de sus mejores tropas. Marchó toda la noche, y al romper el dia se dejó ver de sus enemigos. Redújose esta faccion mas á tumulto que á combate; porque, arrojados los bárbaros de las colinas que habian ocupado, y puestos en fuga, se les tomaron los pueblos vecinos, abandonados de sus habitantes. Con todo, no pudo entrarse en lo interior del país, sin gran fatiga del ejército, respecto de componerse todo de montañas y florestas inaccesibles, y de tener no menos impenetrables las llanuras el extraño modo con que las fortificaban; porque plantaban árboles muy cerca unos de otros, cuyas ramas, doblándolas con la mano cuando estaban tiernas, y torciéndolas despues por la punta, las volvian á plantar y fijar en tierra, de donde brotando como de otra raíz nuevos y mas vigorosos troncos, no dejaban crecer á aquellos á quienes la naturaleza producia con mayor fertilidad, sino que los entretegian unos en otros, de suerte que, cuando se hallaban cargados de ramos y de hojas, cubrian toda la campaña y quedaban en forma de redes ocultas que embarazaban el paso. No habia otra forma de abrirle que la de cortar los árboles; pero era obra de gran trabajo, porque sus troncos, llenos de nudos, resistian al hierro, y sus ramos, desnudos y encorvados, en forma de arco, obedeciendo al golpe, le dejaban inútil, fuera de que los naturales, acostumbrados á correr por entre aquellas breñas, nó de otra suerte que las mismas fieras, resguardados entre los mismos bosques, herian desde ellos á su salvo en los enemigos. El rey, cercándolos á manera de cazador, los echó de sus fuertes, dando muerte á muchos, y envió despues soldados para que cercasen el bosque, con órden de que entrasen dentro á la menor abertura que se les ofreciese. Pero, como inespertos en la tierra, desbandados la mayor parte, cayeron prisioneros, y con ellos el caballo Bucéfalo, á quien estimaba Alejandro en mas que todos los del mundo. No consentia este que le montase otro, que no fuese Alejandro á quien se ponia de rodillas siempre que reconocia se llegaba á él, para que lo hiciese, con tan grande instinto que no parecia sino que sabia á quién llevaba sobre sí. El rey, mas irritado de lo que era justo, hizo que con la mayor diligencia se buscase el caballo y que se notificase á los mardos que los pasaria á cuchillo, sino se lo volvian; con cuyas amenazas quedaron tan amedrentados los bárbaros que le enviaron el caballo, y algunos presentes, á pesar suyo. Pero no habiendo bastado á templarle aquella demostracion, hizo cortar el bosque, y conducir allí gran cantidad de tierra de los montes, para que, cubiertas de ella las llanuras, impedidas de los ramos, y juntamente los ramos, quedase unido é igual todo el camino. Viendo, pues, los bárbaros adelantada la obra, y desesperando de poder resistir mas largo tiempo, se rindieron con todo el pueblo, y dieron rehenes, los cuales mandó el rey se entregasen á Fradates, y habiendo gastado cinco dias en esta expedicion, se volvió á su campo, desde donde, despues de haber hecho mas excesivas mercedes á Artabazo de las que habia recibido de Dario, le envió á su casa. No bien habia llegado á la ciudad de Hircania, corte en otro tiempo de Dario, cuando pasó á ponerse á sus piés Nabarzanes con el seguro de su real palabra; llevóle magníficos presentes, y, entre otros, rendido á Bagoas el eunuco, cuya singular belleza le hizo tan querido de Dario, como lo fué poco despues de Alejandro, el cual, mas por su intercesion que por otro motivo, perdonó á Nabarzanes. Habitan, como queda dicho, hácia la frontera de Hircania, en las riberas del rio Temedoon, y en las campañas de Temicira, las amazonas, cuya reina Talestres mandaba cuanto se contiene entre el rio Fasis y el monte Cáucaso. Esta princesa, pues, movida del ardiente deseo de ver á Alejandro, salió de sus estados para conseguirlo; y habiendo llegado cerca de su campo, le envió á decir: «Que una reina iba á visitarle, llevada del deseo de conocerle, y que se hallaba á corta distancia de allí.» Respondióla el rey, que seria bien recibida; dejó el acompañamiento y pasó á su presencia con solas trescientas mujeres; y luego que le vió, se arrojó del caballo, llevando dos lanzas en la mano derecha. No las cubren sus vestiduras todo el cuerpo, porque del lado siniestro traen descubierto el seno, y oculto lo demás, si bien la falda de la ropa, recogida en un nudo, no pasa de la rodilla. Cauterizan el pecho del lado diestro, porque no las embarace á afirmar el arco, y á disparar las flechas, reservando en el otro el alimento de las hijas. Miraba Talestres al rey sin alguna extrañeza, y observándole cuidadosa, no hallaba que correspondiese su disposicion á la fama de sus hazañas, porque los bárbaros solo confieren su veneracion á la magestuosa gentileza del cuerpo, juzgando que no puede ser capaz de grandes empresas, quien no se halla dotado de esta, y de una singular belleza. Habiéndola preguntado el rey, «qué tenia que pedirle?» Confesó sin rodeos, «no habia sido otro el fin de su jornada, que el de lograr hijos suyos, no juzgándose indigna de dar herederos á su imperio. Que si paría hija, la llevaria consigo; y si infante, se le dejaria.» Preguntóla, «si gustaria de ir á la guerra con él.» Y ella, dando por disculpa para no seguirle, la de no haber dejado persona para el gobierno de

su reino, se excusó de hacerlo, insistiendo con tan gran pertinacia y ardor en que la cumpliese su liviano antojo, mucho mas encendida en él que el rey, hasta que le obligó á que se detuviese allí algunos dias, y que de ellos concediese trece á su ilícita comunicacion; cumplidos los cuales, se volvió ella á su reino, y Alejandro á la provincia de los partos.

VI. Allí fué donde el rey, depuesto el embozo, dejó correr á riendas sueltas sus apetitos, convirtiendo en soberbia y lascivia la moderacion y continencia, que tan admirable habian hecho, hasta entónces, su persona, por la suma dificultad con que se ven unidas ambas virtudes en una gran fortuna. Empezó á despreciar las costumbres de su patria, deponiendo su loable disciplina, su moderacion en el vestir, y el regular órden de vida de los reyes de Macedonia, cuya observancia juzgaba ya indigna de su grandeza; y siguió el fausto de los reyes de Persia, cuya orgullosa pompa se atrevia á querer competir con la gloria de los mismos dioses. Gustó de que los vencedores de tantas naciones se postrasen á sus piés, á quienes acostumbró á ejercicios viles y bajos, tratándolos como á esclavos. Ciñó su frente de una diadema de púrpura, mezclada de blanco, como la habia traido Dario, y púsose la ropa pérsica, sin advertir de cuán infausto presagio suele ser para el vencedor tomar el traje del vencido. Y si bien, para dar algun honesto color á sus pervertidas acciones, solia decir, que se adornaba con los despojos de sus enemigos, lo peor era que se habituaba tambien á sus costumbres, y que la soberbia del traje y la del ánimo corrian uniformes. Los despachos que hacia para la Europa, los signaba con su sello; pero, con el de Dario, los que eran para el Asia: manifestando en esto cuán difícil es que una cabeza sola pueda mantener dos coronas. Obligó tambien á sus capitanes, á sus favorecidos y á los grandes de su corte á que entrasen en la moda pérsica, y aunque la miraban todos con grande aversion, ninguno se atrevió á oponerse á su gusto. Habia hecho un serrallo de su palacio, y llenádole de trescientas y sesenta concubinas, número igual al que tuvo Dario, con gran aparato de eunucos, prostituidos á todo género de deshonestidades y disoluciones. Los antiguos soldados de Filipo, nuevos en la práctica de tan torpes deleites, detestando de ellos, se lamentaban de la corrupcion con que habia inficionado la costumbre de los suyos el contagio de los bárbaros, diciendo á una voz todo el ejército: « que con la victoria habian perdido mas que ganado; que con mucha mayor razon se podian llamar vencidos, habiendo tomado de aquella suerte los usos y costumbres de sus esclavos; y finalmente, que todo el fruto de su dilatada ausencia se reduciria á volver á sus casas, en el traje de los bárbaros, con la ignominia de ver, que, posponiéndolos Alejandro, hacia mayor aprecio de la compañía de los vencidos, que de la de los vencedores, y mas vanidad, que de ser rey de Macedonia, de ostentarse sátrapa de Dario. » No ignoraba aquel príncipe el disgusto de los de su corte, y de su ejército, á los que procuró contentar á costa de mercedes y de dispendios. Pero, como por excesivo que sea con el que se compre la servidumbre, nunca puede ser grato á los hombres de generosos espíritus, temeroso de que pasase á mayores demostraciones, le pareció conveniente evitarlo, empleándolos en alguna faccion. Para lo cual, le ofreció oportuna ocasion el atrevimiento de Beso, el cual, adornado de las reales insignias, se habia hecho llamar Artajerjes, y juntar los escitas, y los demás pueblos del Tanais. Trujo esta noticia Satibarzanes, el cual recibido gratamente, fué confirmado en el gobierno de la provincia que tenia antes. Pero, respecto de hallarse el ejército tan cargado de despojos, y de inútiles tropas, que apenas se podia mover, hizo Alejandro poner en la plaza pública, primero su bagaje, y después el de sus soldados; y habiendo mandado reservar lo mas necesario, dió órden para que llevasen uno y otro en carros á un gran campo. Hallándose pendientes todos de su determinacion, mandó por último, que se retirasen de allí los caballos, y habiendo puesto fuego á su bagaje, dió órden para que se ejecutase lo mismo en todo lo demás. Veíanse quemar aquellos ricos despojos en el fuego, que los mismos dueños encendian, los cuales le habian apagado tantas veces para robarlos enteros á los enemigos, sin que entre todos hubiese alguno que se atreviese á mostrar el menor sentimiento, porque se malograse el precio de su sangre, viendo consumidas por las mismas llamas las riquezas del rey. El cual, habiendo templado su dolor con un breve razonamiento, y dejádolos mas desembarazados y prontos para todos sus ejercicios, y mas gustosos de hallarse en estado de conservar su disciplina, que sentidos de haber perdido sus bienes, tomó su marcha hácia la Bactria; pero, la inopinada muerte, que sobrevino de Nicanor, hijo de Parmenion, ocasionó tal tristeza en todo el ejército, y especialmente en el rey, que sin duda se hubiera detenido á asistir á sus exequias, á no estorbárselo la falta de los víveres; si bien dejó á Filotas con dos mil y seiscientos hombres para que las hiciese á su hermano, y prosiguió su marcha contra Beso. Tuvo en el camino noticias de Bactria, de que iba para él con ejército, resuelto á presentarle la batalla, y de como Satibarzanes, á quien habia confirmado en el gobierno de los arioros, se habia sublevado inmediatamente. Sobre lo cual, aunque quisiera llegar primero á las manos con aquel, pareciéndole mas conveniente deshacer antes á este, marchó con gran diligencia, y habiendo caminado toda aquella noche, llevando consigo infantería ligera y caballería, le cogió desprevenido. Lo mas que pudo hacer Satibarzanes fué juntar dos mil caballos, y huir hácia la Bactria, á vista de lo cual se retiró el resto de sus tropas á los montes vecinos. Habia allí una peña rota, y cortada por la parte del occidente, aunque por la de oriente era menos áspera y cubierta toda de arboledas y de fuentes, cuyas aguas corrian en gran abundancia. Contenia su circúito treinta y dos estadios, y su cumbre una llanura llena de praderas, en donde alojaron los bárbaros la gente inhábil para el combate, atrincherando la demás, que se componia de trece mil hombres, con los troncos de los árboles y los peñascos en los pasos mas impenetrables. Dejó el rey á Cratero para que los bloquease, y partió en seguimiento de Satibarzanes, hasta que, entendiendo que se hallaba bien distante, se volvió al sitio de la montaña, donde mandó limpiar y derribar cuanto le estorbaba la entrada. Pero no encontrando sino precipicios y rotos peñascos, parecia delirio querer oponerse á la naturaleza. Sin embargo, el rey, cuyo invencible ánimo se encendia mas en el deseo de allanar las mayores dificultades, reconociendo cuán imposible era pasar adelante, y cuán peligroso volver atrás, revolvia en su imaginacion todo género de arbitrios, despreciando, como de ordinario sucede á quien se halla irresoluble, unas veces unos y otras otros, hasta que, favoreciéndole la fortuna en su mayor perplejidad, dispuso lo que no pudo prevenir el discurso. Levantóse por la parte de occidente un recio viento, á tiempo que los soldados, con el fin de abrir algun camino por entre las rocas, habian

cortado gran cantidad de leña, la cual habia secado el sol. Aprovechándose el rey de ella, mandó hacer grandes haces, y que puestos unos sobre otros, llegasen á igualar con la altura de la montaña. Ejecutado así, hizo introducir en ellos gran cantidad de fuego, el cual, prendiendo al punto, y comunicándose á los bosques inmediatos, arrojaba sus llamas el viento hasta los mismos rostros de los bárbaros, con tan denso humo, que les quitaba á un tiempo la vista y la respiracion: probaban estos á huir, para evitar el último peligro, por donde estuviese menos encendido el fuego; pero, librándose de las llamas, daban en los enemigos y perecian todos con diferentes géneros de tormentos. Precipitábanse unos por las rocas, caian otros en aquellos espantosos incendios, y fallecian otros de las armas enemigas, siendo pocos los que llegaban vivos á sus manos, y aun estos, medio quemados. Volvió desde allí el rey adonde habia dejado á Cratero, el cual tenia sitiada á Artacacna, y solo esperaba su venida para que tuviese, como era justo, la gloria de su rendicion. Hizo, pues, Alejandro adelantar sus baterías, de las que atemorizados los bárbaros, puestas las manos sobre los muros, le pidieron, « que emplease sus iras contra Satibarzanes, autor de aquella revuelta, y nó en ellos, que imploraban su clemencia, y se rendian á su discrecion. » No solo los perdonó el rey sino que los dejó tambien en posesion de sus bienes. Encontró, al salir de allí, sus reclutas. Llevábale Zoilo quinientos caballos griegos, y enviábale Antípatro tres mil de Iliria. Fuéron con Filipo ciento y treinta hombres de armas de Tesalia, y de la Lidia dos mil y seiscientos soldados extranjeros, y trescientos caballos de la misma nacion que mandaba Andrómaco. Con este refuerzo entró en las tierras de los drangas, pueblo guerrero, y de los que era sátrapa Barzaentes, el cual, temeroso del castigo que merecia por cómplice en la maldad de Beso, se habia pasado fugitivo á la India.

VII. Hacia nueve dias que el ejército acampaba, cuando el rey, aunque invencible siempre á todas las fuerzas extrañas, empezaba á ser asaltado de domésticas asechanzas. Dimno, mal satisfecho del gobierno, y muy amigo de un mancebo, cuyo nombre era Nicomaco, se fué á él demudado, y le hizo saber, que tenia un negocio de la mayor gravedad y consecuencia que comunicarle: y sacándole á un templo, le pidió « por su recíproca amistad, y por las prendas que habia en ambos corazones, que jurase de guardarle secreto en lo que le fiase. » Nicomaco, no previniendo que pudiese ser cosa que le precisase á revelarla, contraviniendo al juramento, condescendió con su instancia, jurando por los dioses que estaban presentes, de guardárselo. Entónces Dimno le declaró, « que estaba dispuesta una conspiracion contra la persona del rey, en la cual entraba él con las personas de mayor valor y representacion del ejército, y que se pondria en ejecucion dentro de tres dias. » No bien le hubo escuchado Nicomaco cuando le protestó, « que no le habia prometido su fé para concurrir á un parricidio, ni podia creer que hubiese juramento que le obligase á encubrir maldad tan detestable. » Sobre lo cual Dimno, perdido de miedo, le abrazó pidiéndole con lágrimas, que entrase en la conjuracion, ó que á lo menos, cuando lo rehusase, no fuese traidor á un amigo, que no pudo haberle dado mayor testimonio de su afecto, que el de fiar de él su vida. » Pero insistiendo en detestar su designio, procuró atemorizarle, asegurándole, « seria él por quien empezarian los conjurados la ejecucion. » Á cuyas amenazas, añadiendo injurias, le llamaba algunas veces cobarde y otras perfido, desde las que pasaba á hacerle excesivas promesas, sin reservar de ellas un reino: efectos todos del crecido horror en que tenia su ánimo el de tan gran maldad. Finalmente, sacando la espada y enderezándola á la garganta de aquel mancebo, y volviéndola después á la suya, rogándole y amenazándole á un tiempo, fué tanto lo que hizo, que le obligó á que le prometiese « que no solo le guardaria secreto, sino que entraria tambien en la conjuracion. » Pero manteniendo siempre Nicomaco su ánimo en el primer intento, después de haberle ponderado, á fin de asegurarle mejor, lo que podia con él su amistad, para quien no habia imposible, le preguntó: « quiénes eran los que entraban en empresa de tan gran consecuencia, manifestándole importaba mucho quedar noticioso de ellos. » Dimno, fuera de sí del gusto, no sabia con qué estimarle, ni cómo alabarle la generosa resolucion de unirse á las mas ilustres personas de la corte, á un Demetrio, capitan de las guardas de la persona del rey, á un Peucolao, á un Nicanor, á los que añadió á Afebeto, á Loceo, á Diógeno, á Aschípolis y á Amintas. Con lo cual, habiéndose separado Nicomaco, pasó inmediatamente á participar á su hermano, cuyo nombre era Cebalino, cuanto habia entendido. Tuvieron por conveniente que Nicomaco quedase en la tienda, donde se hallaban, para evitar que viéndole en palacio, donde no acostumbraba ir, entrasen los conjurados en alguna sospecha, y que Cebalino fuése, como lo hizo. Pero, no pudiendo pasar de cierta pieza, por no tener mas entrada, esperó á que saliese alguno que le introdujese á la en que se hallaba el rey. Habíanse acaso ido todos, y quedado, no se supo por qué causa, solo con él Filotas, hijo de Parmenion: llegándose á él Cebalino con demudado semblante, le refirió lo que habia sabido de su hermano, y pidió lo pusiese luego en noticia del rey. Filotas, habiendo loado su fidelidad, volvió á ver á Alejandro, con quien, aunque estuvo dilatado espacio tratando de materias bien diversas, no le dijo nada de lo que Cebalino le habia revelado. Cogiéndole por la noche Cebalino á la salida, y preguntándole: « si habia hecho lo que le pidió; » le respondió con aspereza: « que nó, por no haber podido hablar al rey, » y pasó de largo. Al dia siguiente él esperó al entrar en palacio, donde « le pidió con el mayor encarecimiento se acordase de lo que le habia comunicado el dia antes: » aseguróle « lo tenia bien en cuidado, » y sin embargo no le habló tampoco entónces de ello al rey. Con lo cual, entrando Cebalino en desconfianza, y reconociendo cuán peligrosa era la detencion, partió en busca de cierto caballero, llamado Metron, á cuyo cuidado estaba el de la provision de las armas del ejército, y le descubrió toda la maldad. Metron, habiendole hecho ocultar en la pieza de las armas, fué inmediatamente á dar cuenta al rey, que estaba bañándose. El cual, después de haber enviado arqueros de su guarda, para que al punto prendiesen á Dimno, y se lo llevasen allí, entró donde se habia ocultado Cebalino. No bien le hubo visto aquel mancebo, cuando con demostraciones de gran regocijo: « ahora sí, señor (le dice) que te veo fuera de peligro: reconociendo á los dioses el beneficio de haberte librado de tus enemigos. » Habiéndole informado muy por menor de lo que habia pasado, le preguntó Alejandro: « cuánto tiempo hacia que sabia lo que le participaba; » y confesándole, « que tres dias, » persuadido el rey á que no pudiera haberlo dilatado tanto, sino se hallase cómplice en el delito, le mandó poner en prisiones. Pero descargándose Cebalino á gritos, diciendo: « que desde el mismo punto que tuvo la noticia se la participó á Filotas,

para que le diese cuenta, como podria saberlo de él: » procurando asegurarse mas en lo que le referia, « volvió á hacerle ratificar en ello, á que protestando siempre Cebalino ser cierto lo que habia afirmado, » exclamó al cielo, quejándose con lágrimas de la ingratitud de una persona á quien habia querido tanto. En el ínterin Dimno, previniendo lo que podia quererle el rey, se atravesó la espada por el cuerpo, y embarazándole los guardas el que acabase de quitarse la vida, le llevaron á palacio. Preguntóle en él el rey: « ¿qué causa le habia dado para que tuviese á Filotas por mas digno que á Alejandro del reino de Macedonia? » pero estaba ya tal, que habiendo perdido el habla, volviendo la cabeza á otra parte, después de un profundo suspiro, rindió el espíritu. Hizo el rey llamar á Filotas, á quien dijo: « Cebalino se halla merecedor de la muerte, si por espacio de dos dias ha tenido oculta una conspiracion hecha contra mí; pero él se descarga en vos de este delito, é insiste, en que no bien lo hubo sabido, cuando os dió parte. Verdaderamente, que cuanto mayor es el lugar que ocupais en mi gracia, tanto mas culpable y sospechoso os hace vuestro silencio; pero es mas justo que se crea este antes de Cebalino, que de Filotas. El juicio está á vuestro favor, si á lo menos podeis negar lo que no debeis cometer. » Respondió Filotas con voz pronta y ánimo sosegado: si es que las interioridades de este pueden colegirse seguramente por las exteriores demostraciones del semblante: « que era cierto haberle referido Cebalino algunas palabras dichas á Nicomaco por un mozo distraido; pero que, juzgándolas por su autor indignas del menor crédito, las habia despreciado, por no exponerse á la risa del mundo: si como presumió llegase á parar todo en haberlas originado alguna diferencia poco honesta entre dos sugetos tan viles. Pero que sin embargo, habiéndose suicidado Dimno, no estaba la materia en estado de dejar de apurarla; sobre que, echándose á los piés del rey, le suplicó emplease antes su benignidad en perdonarle los desaciertos de la vida pasada, que aquel yerro de que se le arguia, pues solo le habia cometido en callar, hallándose muy lejos de haber pensado en cosa que pudiese ser de desacierto. » No es fácil afirmar si le dió crédito el rey, ó si disimuló su indignacion; lo cierto es, que en muestra de su enojo le dió la mano, y que le dijo: « le era mas creible que hubiese despreciado el aviso, que no que se lo hubiese ocultado. »

VIII. Sin embargo, habiendo tenido Alejandro consejo con sus mas confidentes, entre los que no fué llamado Filotas á él, mandó que llevasen allí á Nicomaco; el cual repitió por su órden cuanto habia referido á su hermano. Era Cratero uno de los favorecidos de Alejandro, y por esto mayor émulo de la grandeza de Filotas; y no ignorando que, por la repetida jactancia con que se vanagloriaba de sus empresas y servicios, habia desabrido algo al rey, el cual, aunque no le tuviese entónces por culpado, le juzgó siempre por de genio peligroso; y que no podia ofrecérsele ocasion mas oportuna para destruir á su enemigo, haciendo del celoso, á fin de encubrir mejor su odio, habló al rey en estos términos: «Pluguiese á los dioses, señor, que desde el principio de este negocio le hubieras consultado con nosotros, para que cuando quisieras perdonar á Filotas, te persuadiésemos á que no tolerases que fuese desconocido é ingrato á las obligaciones á que te es deudor, y que, amenazándole con el peligro de la vida, le hubieses dado ocasion para que pensase mas en el riesgo de que se habia salvado, que en el beneficio que habia recibido de tí, concediéndosela. De otra suerte quedará siempre con libertad para maquinar contra tí; y no sé si tú te hallarás siempre en estado de perdonarle: porque no es creible, que la benignidad mude un corazon en quien hubo capacidad para concebir parricidio tan execrable. No ignora que los que para librarse de los rigores de la justicia han necesitado de toda tu clemencia, no tienen ya que esperar: pero doy que, movido de su arrepentimiento, ó vencido de tu piedad, quiera aquietarse: ¿té persuades á que Parmenion, general de tan considerable ejército, como el que manda, de tan envejecida autoridad entre los soldados, y cuya grandeza no es inferior á la tuya, querrá reducirse á reconocerte la deuda de la vida de su hijo? Hay cierta especie de beneficios, que mas que gratos nos son odiosos, y uno de ellos es el que impone la costosa obligacion de confesar que hemos sido merecedores de la muerte, del cual siempre nos avergonzamos; á cuya causa procurará se entienda que, antes que gracia, le has hecho agravio. Por tanto, señor, no puedo dejar de decirte, que corre gran peligro tu vida, ni de pedirte que te dispongas á preservarla de él: pues, aunque nos hallamos aun con muchos enemigos á quienes sojuzgar, como tú te asegures de los domésticos, no tienes que recelar de los extraños.» Este fué el sentir de Cratero, con quien todos se conformaron, teniendo por indudable que, si Filotas no fuese autor, ó á lo menos cómplice, no procederia con el silencio que usó: «Porque ¿qué hombre hubiera, decian ellos, de algun pundonor, aunque de cortísimo discurso, nó ya de la esfera de Filotas, sino del estado popular, que, habiendo recibido una noticia de tan grande importancia, no hubiese, á ejemplo del mismo Cebalino, partido luego á hacer partícipe de ella al rey? ¿Y el hijo de Parmenion, el general de la caballería, y de quien el rey fiaba sus mayores secretos, se excusaba con que no habia dado el rey oídos á su plática, para entretener á Cebalino, y embarazarle que se valiese de otro medio? Nicomaco, en medio de su juramento, no vió la hora de descargar su conciencia; y Filotas, habiendo estado todo un dia con el rey, no se dignó, en tan largo espacio, y entre tantas palabras, quizá inútiles las mas, de expresar las pocas que pedia un negocio, en que no le iba menos que la vida? Pero si eran mozos poco dignos de crédito los que le refirieron eso, ¿para qué fué entretenerlos dos dias, como si los hubiera creido? ¿Porqué, si no daba asenso á ello, no despedia á Cebalino? Que los particulares desprecien el peligro que mira á ellos, mostrando corazon, y no dejándose llevar ligeramente del sobresalto, está bien; pero cuando se interesa la vida del príncipe, es preciso temerlo todo, y creerlo, sin desestimar aun lo mas inverosímil.» Finalmente todos concluyeron: «Con que le pusiesen á cuestion de tormento, para obligarle á confesar los cómplices.» El rey, encomendándoles el secreto, los despidió; y porque no se pudiese sospechar aquella deliberacion, hizo publicar la marcha para el dia siguiente. Convidó tambien á Filotas á que comiese con él, siendo la última que lo hizo aquel infeliz favorecido; con el cual tuvo el rey valor para comer, y mantenerle familiar conversacion acabándole de condenar. Á la segunda vigilia, Efestion, Cratero, Ceno y Erigio, habiendo hecho encender hachas, entraron con poco acompañamiento secretamente en palacio, adonde iban tambien Perdicas y Leonato; los cuales dieron órden á los que estaban de guarda delante del alojamiento del rey, para que se mantuviesen toda la noche con las armas. Habíase distribuido tambien la caballería por todos los caminos, á fin de evi-

tar el que ninguno llevase la noticia á Parmenion, que mandaba en la Media con un poderoso ejército. Llevó en el interin Attarras á palacio trescientos hombres armados, y diez esbirros; á cada uno de los cuales seguian diez arqueros, que fueron distribuidos en diversos cuarteles, para prender á los demás conjurados. Attarras, enviado con los trescientos soldados contra Filotas, escogió de ellos cincuenta de los mas briosos, para derribar la puerta, después de haber mandado á los demás que cercasen la casa, porque no pudiese escapárseles por parte alguna; pero, ya fuese seguridad de conciencia, ó ya haberle rendido la fatiga, se hallaba entregado á un profundo sueño cuando Attarras le aprisionó, y habiendo despertado de él, al ponerle las esposas en las manos, exclamó á gritos: «¡Ah, señor, el odio rabioso de mis enemigos ha prevalecido á tu benignidad!» Después de lo cual le cubrieron el rostro, y le llevaron á palacio, sin que le oyesen otra palabra. El dia siguiente, habiendo tenido órden los macedonios de acudir armados al alojamiento del rey, llegaron á hallarse seis mil, y entre ellos gran cantidad de faquines y vivanderos, de los que se llenó al punto el palacio. Cubrian los guardas á Filotas, temiendo no fuese visto de los soldados antes que les hablase el rey, por ser antigua costumbre de los macedonios, que, en tiempo de guerra, conozca el ejército de los delitos capitales, y en tiempo de paz el pueblo; en cuyos casos se hallaba sin arbitrio el rey, si no tenia el consentimiento de uno ú otro. Expúsose, pues, primero el cadáver de Dimno, estando la mayor parte del pueblo ignorante de la causa de su muerte.

IX. Dejóse después el rey ver de todos, acreditando bien en la trizteza del rostro el dolor del ánimo, acompañado de los de su corte, no menos melancólicos. Esperando todos el fin de tan funesto aparato, se mantuvo el rey por algun rato con los ojos bajos, y como fuera de sí, hasta que, recobrado por último, empezó con estas palabras: «En bien poco ha consistido, ó soldados, el no hallarme arrebatado de vuestra vista, por la traicion de algunos malvados; pero la providencia y misericordia de los dioses me tiene sano, con vida, y en vuestra honrada presencia; la cual, cuanto me es mas amable, que la propia seguridad, tanto me incita con mayor ira al castigo de los parricidas; porque al fin no deseo vivir sino para vosotros, ni nada con mayor anhelo que asegurar el mas dulce y único fruto de mi vida, en el gusto que recibiré de poder recompensar los servicios de tan valerosos soldados, á quienes lo debo todo.» Á cuyas palabras le interrumpieron la continuacion los gritos y gemidos de los soldados, que al oirlas se deshacian en lágrimas. «¡Oh, y cuánto mayor será, prosiguió, la conmocion que haré en vuestros ánimos, cuando diga los autores de tan execrable atentado! No puedo articularlos sin estremecerme; y como si aun se hallasen en estado de perdon, me embarazo de nombrarlos; pero bien lejos ya de toda cariñosa ternura, conozco que es preciso vencer el sentimiento, alejar la memoria, y hacer notorio á todos quiénes son los mónstruos que conspiran contra su príncipe, y el medio de encubrir tan horrible delito. Parmenion, en la edad que se halla, tan deudor de las honras que recibió de mi padre, como de las que le he colmado, y el mas antiguo de mis favorecidos, se ha hecho cabeza de tan detestable traicion; y por órden suya, Filotas, su hijo, ha sobornado á Paucolao, á Demetrio, á ese miserable que habeis ahí arrojado, y á otros preocupados del mismo furor, para que me quiten la vida.» Levantándose entónces gran murmullo por todas partes, mezclado de indignacion y quejas, como sucede de ordinario en la muchedumbre, mayor siempre entre gente de guerra, cuando se deja llevar del afecto ó de la cólera, hicieron llevar entónces á Nicomaco, á Cebalino y á Metron; los cuales depusieron todo lo que habian referido; pero, no descubriéndose de su confesion indicio alguno de que tuviese parte Filotas en el delito, templando todos su furor, quedaron en fria suspension, considerando las palabras de los acusadores. Mas, volviendo el rey prestamente á enlazar el hilo de su razonamiento: «¿De qué ánimo juzgais, les dice, á quien noticioso de materia tan importante la ha tenido oculta, nó con otro fin, que con el que manifiestamente ha declarado el infeliz Dimno? Cebalino, haciendo una relacion llena de certidumbre, no temió los tormentos; y Macron, no atreviéndose á dilatar un momento el dar cuenta, pasó á buscarme hasta en el baño, y solo Filotas, ni temió, ni creyó. ¡Oh valeroso varon, en cuyo semblante inmutable no hizo impresion alguna la noticia del peligro en que se hallaba tu rey, ni causó la menor alteracion novedad de tan grande importancia! ¡Ah, soldados, silencio tan culpable, no era sin fin determinado! El deseo de reinar, precipitó aquel ánimo al mas feo de los delitos. El padre es señor de la Media, y la autoridad que yo he dado al hijo en mis ejércitos, le ha adquirido la mayor parte de los cabos; con que, hallándose tan poderoso con mis fuerzas, se juzgaba ya capaz de aspirar á todo. Puede ser tambien que me despreciase al verme sin sucesion; pero engañábase en esto, porque, teniéndoos yo á vosotros por hijos, por padres y por parientes mios, nunca podia estar sin sucesores, mientras vosotros vivieseis.» Y dicho esto, hizo que se leyese una carta de Parmenion, escrita á sus hijos Nicanor y Filotas, en la cual, á la verdad, no se ofrecia expresion que pudiese convencerlos de algun mal intento, porque en sustancia solo se reducia á decirles: «Que mirasen por sí, y por los suyos, porque de esta suerte conseguirian el fin propuesto.» Á que añadió el rey: «Que estaba escrita en aquel tenor, para que llegando á manos de los hijos, pudiesen entenderla los cómplices; y cayendo en otras, no tuviese el riesgo de que penetrasen algo de ella. Sí; pero diráse (decia él mismo) que Dimno nó nombró á Filotas entre los conjurados. No es eso prueba de su inocencia, crédito sí de su autoridad, tan formidable aun á los que le pudieran destruir, que, confesando el delito propio, no se atrevieron á declarar el suyo. Y por último, nada muestra mejor lo que él es que su misma vida, y lo que conmigo ha obrado. Este fué cómplice con Amintas, cuando, en medio de ser primo hermano mio, conspiró contra mi vida en Macedonia. Este fué quien casó á su hermana con Atalo, mi mortal enemigo. Este, quien, participándole yo, por cumplir con el cariño que le tuve, la favorable respuesta del oráculo de Júpiter Hammon, no pudo abstenerse del imprudente atrevimiento con que me respondió, que me acompañaba en el regocijo de hallarme colocado en el número de los dioses; pero que se compadecia de los que habian de vivir debajo de quien se creia mas que humano. ¿Nó son estos testimonios seguros de un corazon envejecido en venenoso encono y envidia de mi gloria? Pero con todo, ó soldados, he reprimido cuanto me ha sido posible mis justos sentimientos, pareciéndome que rasgaba yo mismo parte de mis entrañas, si disminuia alguna de la grandeza de aquellos á quienes habia elevado. Mas no trato ya de castigar las palabras que articula la facilidad de la lengua, sí las obras y disposiciones á que han pasado estas. Las obras digo, pues si me teneis por persona digna de

crédito, Filotas ha sido quien contra mí ha afilado las armas para penetrarme con ellas el pecho. Si á vista de esto le dejo libre, ¿en qué parte estaré seguro? ¿De quién fiaré mi vida? ¿Acogeréme por ventura á la caballería? ¡Mas ay! ¿cómo, si por ser la parte mejor de mi ejército, la he puesto debajo de su gobierno? ¿No le he hecho general de ella, y de la juventud mas noble, fiando de él la vida, la esperanza y la victoria? ¿No he elevado á su padre al mismo colmo de honor, de grandeza y de autoridad en que me habeis puesto? Y finalmente, ¿no le he preferido á todos para el gobierno de la Media, provincia excesivamente superior á las demás en riquezas? ¿No he puesto debajo de su obediencia nuestros mejores ciudadanos y compañeros, para que, de donde mas esperaba mi seguridad, sea de donde mas tema mi peligro? ¿Cuánto mayor hubiera sido mi felicidad, si hubiese muerto en alguna refriega, ó quedado en ella antes presa del enemigo, que víctima aquí de un ciudadano? Libréme de los peligros que temia, y he caido en los que no debia recelar. Vosotros, ó soldados, acostumbrais encargarme muy de ordinario, que cuide de mi persona; pero ahora en vosotros está el concederme lo que hasta aquí me habeis persuadido que haga. Á vosotros, pues, me acojo, asegurándome en vuestros brazos, y en vuestras armas: contra vuestro gusto no quiero la vida; pero si este es de que la goce, no podré conseguirla mientras no quedaré vengado por vosotros. » Mandó después que llevasen allí á Filotas, el cual iba con las manos ligadas sobre las espaldas, y cubierta la cabeza con un vil lienzo. Reconocíase en los semblantes, que los que poco antes le habian mirado con irritacion, ya entónces, viéndole en aquel estado, se compadecian de su infortunio. Tuviéronle el dia antes general de la caballería, no ignorando que se habia hallado en el real convite, y logrado los mas especiales favores de su gracia, y repentinamente le advertian delincuente, condenado, y en manos del verdugo. Ofrecíaseles tambien la deplorable fortuna de su padre, aquel gran capitan, aquel personaje ilustre, conciudadano suyo, que, aun no habiendo enjugado las lágrimas por la pérdida reciente de dos hijos, Hector y Nicanor, se continuaba su infelicidad hasta hacérsele en ausencia suya al único que le habia quedado el proceso, destinándole al último castigo. Pero Amintas, uno de los generales del rey, viendo que la junta se inclinaba á piedad, procuró irritarla nuevamente contra Filotas, diciendo, « que habia querido entregarlos á los bárbaros, para que quedasen enteramente imposibilitados de volver á su patria, y á la vista de sus mujeres y de sus parientes, derramados, como cuerpo sin cabeza, y sin nombre, por aquellas extrañas tierras, al escarnio del enemigo. » No fueron estas palabras tan gratas á Alejandro, como juzgó Amintas, porque renovando á los soldados la memoria de su patria, y de sus mujeres, temia perdiesen el vigor y disposicion con que los deseaba para otras empresas. Tambien Ceno, en medio de hallarse casado con su hermana, prorumpió, aun con mayor violencia que los demás contra Filotas, llamándole á grandes voces « parricida del rey, del ejército y de su patria; » y tomando una piedra que tenia á los piés para tirarle, deseoso, como algunos creen, de salvarse por este medio del tormento, le detuvo el rey, manifestando, « no consentiria se pasase á mas, hasta que hubiese dado sus descargos. » Teniendo, pues, Filotas permiso para hacerlo, ó afligido del remordimiento de su conciencia, ó absorto de la grandeza del peligro, se manifestó tan conturbado, que no se atrevia á levantar los ojos, ni abrir los labios: derramó copiosas lágrimas; y faltándole las fuerzas, cayó en los brazos del que le sostenia, el cual, enjugándoselas, procuró esforzarle. Finalmente, recobrando poco á poco el espíritu y la voz, y dando muestras de querer hablar, se anticipó el rey á decirle: « Que allí tenia á los macedonios que habian de ser sus jueces; pero que deseaba saber antes ¿si habia de hablarles en su lengua nativa? » Á que les respondió: « Que, respecto de hallarse, además de los macedonios, otros muchos que entendian mejor la lengua griega, se valdria de ella, como lo habia hecho él al mismo fin. » Vuelto entónces el rey á los suyos: « ¿No advertís, les dice, cómo aborrece aun su lengua natural desdeñándose de hacer en ella su defensa? pero use de la que gustare, como tengais presente, que no le son menos odiosas nuestras costumbres, que nuestra lengua. » Y dicho esto se retiró, para que Filotas diese principio á sus descargos, como lo hizo de esta suerte.

X. « Tan fácil es á un inocente hallar voces con que hacer su defensa, como difícil á un infeliz contenerse en los límites de la moderacion. Esta es la causa de que hallándome por una parte asistido de la seguridad de mi buena conciencia, y combatido por otra de mi adversa fortuna, no acierto á conformar la una con la otra, ni á acomodarme al tiempo sin ofensa de mi reputacion. Falta de aquí el mejor de mis jueces, y no sé á qué atribuir el no haber querido asistir á mi descargo, pues tan igualmente podia absolverme oyéndole, como condenarme, sin dejarme con su retiro destituido de la esperanza de que revoque la sentencia que contra mí ha fulminado, no estando enteramente informado de mi causa. Pero, aunque conozco que la defensa de quien se halla en el estado á que me veo reducido, no solo será inútil sino tambien odiosa, en cuanto pareciere que esta se dirige, mas que al informe, al gravámen del juez que me ha cargado de estas prisiones, no puedo, sea como fuere, faltarme á mí, ni dar ocasion al mundo para que en él se diga, que Filotas contribuyó á su ruina. No discurro en qué se funde mi culpa, cuando ninguno de los acusadores me incluye entre los conjurados; porque ni Nicomaco ha hecho mencion alguna de mí, ni Cebalino puede haber sabido mas de lo que le participó su hermano, y sin embargo me juzga el rey por cabeza de la conjuracion. ¿Es creible que si lo fuese hubiera dejado de declarárselo Dimno á Nicomaco, cuando le preguntó este quiénes eran los cómplices, no habiendo omitido medio de que no se valiese para inclinarle á su intento? Ni es prueba tampoco de que quiso perdonarme el haberme pasado en silencio; porque si la confianza de Nicomaco le facilitó que, no eximiéndose aun á sí, se le confesase culpado, y que declarase á los demás que lo eran; ¿porqué omitiria á Filotas si lo fuese? Pídoos por gracia, ó compañeros mios, que me digais, si Cebalino no hubiese gustado de irse á mí, y de descubrirme los conjurados, si me hallaria necesitado á comparecer aquí el dia de hoy á dar mis descargos, sin ser acusado: pero demos caso que Dimno viviese y que quisiese perdonarme, ¿pareceos que todos los demás que confiesan lo que les reveló, callarian, por favorecerme, lo que miraba á mí? La desgracia trae en sí misma bastante malicia; y al delincuente, en lo mas riguroso del tormento, le suele ser de alivio ver que otros le padezcan. ¿Es posible que tantos cómplices puestos en él no han de haber dicho la verdad? Ninguno perdona al que merece la muerte; ni á lo que yo juzgo, el que ha de morir gusta de que quede con vida quien se halla igualmente culpado en el delito, porque él la

pierde. Mas volviendo al único que se me imputa, dícéseme que ¿porqué tuve oculta noticia de semejante importancia? Y ¿por qué la oí con tan poca alteracion? Señor, en cualquiera parte que estuvieres, si erré en esto, ya te confesé mi culpa, y tú me la perdonaste, en cuyo testimonio me diste tu real mano, concediéndome la honra de sentarme á tu mesa. Pues si me juzgaste inocente, y como tal me diste por absuelto, yo libre estoy. Manten, señor, tu primera sentencia, ó suspende á lo menos el nuevo juicio que has formado, hasta que te halles bien informado de mi proceso. ¿Qué culpa puedo yo haber cometido de tanta gravedad desde anoche acá, que me aparté de tu lado, que haya sido capaz de muerte de esta suerte? Hallábame entregado á un profundo sueño, sin tener el menor recelo de la desgracia que me amenazaba, cuando me despertaron de él mis enemigos cargándome de cadenas. ¿Cómo es creible que un parricida, y descubierto, pueda dormir con tan gran sosiego? Los delincuentes, hallándose oprimidos del interior remordimiento de la conciencia, y combatidos de crueles y furiosas imaginaciones, no solo viven en un contínuo desasosiego, después de haber ejecutado la traicion, sino desde que la empiezan á maquinar; pero yo dormia tan asegurado de mi inocencia, como de tu real palabra, sin prevenir nunca que fuesen mas poderosas en tí las violentas influencias de agena crueldad, que las naturales blanduras de tu clemencia. Mas, para que no te sirva de disgusto el haberme creido, suplícote, señor, que consideres, que quien me dió la noticia fué un mozo, el cual, sin probar ni testificar lo que decia, solo esperaba que yo diese asenso á ello, para llenar todo el campo de pavor. Fuera de que no viniendo el mismo Nicomaco á darme el aviso, sino valiéndose de su hermano, se me hacia mas inverosímil, persuadiéndome siempre ¡ay infelice de mí! á que esto procederia de algun disgusto entre aquellos dos viles amigos, y que para despique de él, se habria valido el uno de su hermano, no atreviéndose él á decirme lo que no era verdad. Á que se añadió tambien el temer no se desdijese Cebalino, después de haber expuesto injustamente á tan considerable peligro á muchos grandes de la corte. Con que, atendiendo á preservar de semejante daño á otros, no acerté á evitarme á mí la ruína en que me veo. Dejo, señor, á tu consideracion el que prevenga el odio que concitaria contra mí en todos aquellos á quienes imputase la culpa que no tenian. Sí; pero dirásme que Dimno se dió muerte. ¿Pues pude yo prevenirla? Nó por cierto, ni perjudicarme pudo ella; porque, siendo este el único testimonio que aseguraba creible la deposicion de Cebalino, no la puso aquel en ejecucion hasta después de haberme informado este. ¿Mas, es posible, que si hubiese tenido parte con Dimno en tan gran traicion, que, viéndonos descubiertos, permaneciese dos dias sin tomar alguna resolucion, no pudiendo haberme sido difícil quitar la vida á Cebalino? Y últimamente, estando descubierto el intento, ¿porqué diferia su ejecucion? ¿No entré solo al cuarto del rey con la espada en la cinta? ¿Qué esperé que no lo puse por obra? ¿Seria sin duda no atreverme sin Dimno, siendo él cabeza de la conjuracion, y yo Filotas, quien la seguia debajo de su sombra? Yo que en algun tiempo pensé coronarme rey de Macedonia. Pero para tan grande empresa, ¿cuál es de vosotros á quien corrompí con dádivas? ¿Qué cabos, qué oficiales son los que he granjeado con mis cuidadosos alhagos y con mis afectadas caricias? Hácesme cargo de que me desdeño de hablar la lengua de la patria, y de que tengo horror á las costumbres de los macedonios. Siendo esto así, ¿cómo se comprende aspirar al trono, con menospreciar la lengua y costumbres suyas? No ignorais, que la frecuente y dilatada comunicacion que hemos tenido con naciones tan extrañas, nos ha hecho perder de mucho tiempo á esta parte el uso de nuestra lengua natural, y que así vencedores, como vencidos, nos hemos visto precisados á aprender una enteramente nueva. Con que en esto tengo la misma parte de culpa, que en la que se imputa de haber sido amigo de Amintas, hijo de Perdicas, que conspiró contra Alejandro: porque á la verdad, si lo fué amar al hermano de nuestro rey, no hay duda que me confieso delincuente, y como tal digno de castigo; pero, obligándonos á todos su grandeza y representacion á venerarle y respetarle, ¿es culpa no haber sido adivino? ¿Será que mezclen á los inocentes con los culpados por haber sido sus amigos? Si lo es, ¿por qué me han permitido tanto tiempo la vida? Y si nó lo es, ¿qué razon hay para darme hoy la muerte? Pero escribí, que me compadecia de los que habian de vivir debajo del mando de quien se creia hijo de Júpiter. ¡Oh santo y sincero afecto! ¡Oh peligrosa libertad! Tú me engañaste, tú me impediste, que por una pusilánime, indigna contemplacion, disfrazase la verdad. Si yo lo escribí, confiésolo, mas escribílo al rey, nó del rey; porque mi intento no era suscitarle odio, sino preservarle de él. Tuve por mas digno de Alejandro el que se contentase con saber era hijo de Júpiter, que el que se vanagloriase tanto de serlo; pero, pues es tan infalible la respuesta del oráculo, á Júpiter pongo por testigo de mi inocencia. Mantenedme en las prisiones, hasta que se le haya consultado en causa tan dudosa, y para la que no se halla prueba alguna: porque es preciso que habiendo reconocido á nuestro monarca por hijo suyo, no permita quede sin el justo castigo que merece, quien conspiró contra su vida; ó si os pareciere mas seguro medio el del tormento, que el del oráculo, tambien estoy pronto á padecerle á precio de que se descubra la verdad. Está en costumbre, que los que se hallan convencidos de majestad ofendida, traigan á juicio á sus parientes; pero, mis desdichas ¡hay de mí! me escusan de su observancia; porque dos hermanos que tuve, los perdí poco ha, y mi padre, estando ausente, mal puedo hacer que comparezca, ni me atreveria á pedírselo, aun cuando pudiese, juzgándole vosotros por tan delincuente como á mí. Pues no basta, que quien se vió poco ha con tan florida descendencia, habiendo quedado solo con un hijo, único apoyo de su vejez, le pierda, sino que tambien padezca el mismo infeliz fin que él. Es, pues, preciso, carísimo padre mio, que mueras por mi amor, y conmigo: yo soy quien te quita la vida, yo quien anticipa el fin de tus dias. ¿Para qué me engendraste en tan maligna constelacion? ¿Fué acaso para coger de mí estos amargos frutos que te esperan? No sé cuál es mas infeliz, mi juventud, ó tu vejez: yo muero en el vigor de mi edad, y tú, padre mio, pagarás con tu vida á la naturaleza el débil fruto que te pediria al fin de su regular curso, si soplase la fortuna con menos adversa influencia. Su memoria me acuerda el ejemplo que en él tuve para proceder tan remiso y temeroso en lo que me comunicó Cebalino. Sabia que en cierta ocasion, hallándose noticioso Parmenion de que Filipo tenia intento de dar veneno al rey, le advirtió se guardase de él, porque le tenia ganado Dario para este fin. ¿Mereció mi padre crédito alguno por este aviso? ¿Hízose el menor aprecio de aquella carta? Y á mí mismo, ¿cuántas veces me ha sucedido haberse burlado de mí, por haber partici-

pado lo que entendia, teniéndome por demasiadamente crédulo? Pues si cuando dimos estos avisos fuimos tenidos por ligeros y fáciles, y cuando callamos otros nos juzgan por sospechosos, desearia á la verdad que se nos advirtiese cómo habíamos de proceder. Á cuyo tiempo dijo en alta voz uno de los concurrentes: no conspirando contra sus bienhechores. Eso mejor será que tú, seas quien fueres, replicó Filotas, te lo advirtas á tí, que yo dispuesto estoy á padecer todo género de castigos, si se averiguare que he conspirado; y pues reconozco con semejante desengaño cuán infructuosas han sido mis razones, pongo fin á ellas.» Con lo cual le volvieron á llevar las guardas á la prision.

XI. Hallábase allí entre los cabos uno llamado Belon, persona de gran valor y que, habiendo envejecido en las armas, y corrido de soldado raso todos los grados de la milicia, llegó al puesto que entónces ejercia, capaz solo de la guerra, y negado por lo grosero y rústico de sus costumbres y trato, á todo género de urbanidad y cortesanía. Este, llevado de su furibundo natural, viendo que todos callaban con brutal intrepidez y osadía, les representó: «Las repetidas veces que Filotas los habia echado de su alojamiento, para introducir en él la canalla de esclavos que llevaba consigo; que por los caminos solo se veian sus carros cargados de oro y plata; que no consentia que ninguno de sus compañeros alojase en su cuartel, antes hacia poner guardas mientras dormia, para que no permitiesen acercarse á su tienda á nadie que con el ruído de las voces le quitase é interrumpiese el sueño; que habian sido siempre objeto de sus desprecios y escarnios, llamándolos unas veces groseros y rústicos, y otras frigios, paflagones; y que, habiendo nacido en Macedonia, no se corria de tratar á los de su patria por medio de intérprete. ¿Y cómo pretende, decia, que se consulte á Hamnon su causa, quien le trató de embustero cuando declaró á Alejandro por su hijo? Porqué á la verdad habia gran causa para temer que el rey moviese contra sí algun odio admitiendo el honor que le concedian los dioses: Que cuando conspiró contra la vida de su rey y de su bienhechor, no se acordó de Júpiter, y que entónces queria tener recurso al oráculo, nó con otro fin que el de dar tiempo á que su padre, debajo de cuyo mando estaba la Media y sus grandes tesoros, pudiese disponer sus intereses, y ganar por medio de ellos otros malvados que cometiesen el mismo delito; y en fin que ellos estaban prontos á enviar al oráculo personas, nó que le consultasen lo que sabian del mismo rey, sino para que le diesen las gracias y cumpliesen los votos para que le habian hecho por la salud del mejor príncipe del mundo.» Inflamaron de suerte estas invectivas á todos los concurrentes, y con especialidad á las guardas de la persona del rey, que empezaron á decir á gritos: «que se les dejase despedazar á aquel parricida.» Cuyas voces no eran para Filotas, que temia mayores tormentos, de gran disgusto. El rey, habiendo vuelto á la junta, difirió el juicio al dia siguiente, ó porque se la diese en la prision el tormento, ó por quedar mas bien informado de todo; y en medio de ser bien tarde, hizo convocar á los grandes de su corte, para conferir con ellos la resolucion de aquella causa. El sentir de los mas fué, «de que se le diese muerte á pedradas, segun la costumbre de los macedonios.» Pero el de Efestion, Cratero y Ceno fué, de que le diesen tormento; por cuyo dictámen se mandó que llevasen allí á todos los demás. Con lo cual se puso fin á la junta, y estos tres pasaron á poner á cuestion á Filotas. Llamó el rey inmediatamente á Cratero, y después de haberle dicho en secreto lo que no se puede saber, se retiró á su cuarto donde se estuvo toda la noche solo, esperando noticia de lo que resultaba. Los que estaban señalados para el tormento, pusieron á la vista de Filotas cuantos instrumentos habia inventado hasta entónces la crueldad, para estremecer y atemorizar á los hombres; á cuyo espectáculo, dijo Filotas voluntariamente: «¿Cómo no acabais de quitar la vida á quién confiesa ser enemigo del rey y haber intentado darle muerte? ¿Qué necesidad hay de tormento? Yo lo dispuse, yo lo quise.» Insistiendo Cratero en que ratificase en el tormento lo que sin él habia confesado, le vendaron los ojos, y le desnudaron, á cuyo tiempo empezó con grandes voces á clamar «por el derecho de las gentes y á atestiguar por los dioses de la patria, y á implorar su socorro.» Por último, inexorables sus enemigos, no hubo tormento que con pretexto de celo y de piedad á su príncipe, no le hiciesen padecer como á condenado, vengando en él sus odios particulares. Pero aunque por una parte le martirizaban con el fuego, y por otra con azotes, mas á manera de castigo que de tormento, sufrió con gran constancia los dolores, que no se le oyó una voz, un grito, ni el menor gemido; pero, habiéndosele llegado á hinchar el cuerpo, por la inflamacion de las llagas, y no pudiendo ya tolerar el rigor de los golpes, que, despedazadas las carnes, le habian dejado solo los huesos, prometió decirles lo que deseaban saber, como le permitiesen alguna respiracion y alivio, para cuyo logro les hizo jurasen antes por la vida de Alejandro, «que daria órden de que cesasen los tormentos y retirasen los verdugos.» Conseguido lo uno y lo otro, dijo á Cratero: «Insinúame lo que quisieres que diga.» Cratero, indignado de verse burlado, volvió á llamar los verdugos; pero Filotas pidió, que se le dejase respirar y que él declararia. En el ínterin los primeros de la nobleza, los principales oficiales de su caballería y especialmente los mas cercanos parientes y allegados de Parmenion, noticiosos de que se le ponia á Filotas á cuestion de tormento, y temiendo no se cumpliese en ellos la ley de los macedonios, la cual ordenaba, «que en delitos de majestad ofendida, muriesen con los condenados tambien sus parientes,» se quitaron unos por sus mismas manos la vida, y huyeron otros desbandados á los montes y á los desiertos, llenando todo el campo de pavor, hasta que Alejandro, noticioso de aquel desórden, hizo publicar, «que perdonaba á los parientes de los culpados.» No es fácil averiguar si Filotas confesó la verdad, ó si por librarse de los tormentos, la supuso en lo que dijo; porque al fin se experimenta que en tales casos el mismo dolor padece el que confiesa lo cierto que el que dice lo falso. Lo que él declaró fué así: «No ignorais, dijo, la estrecha amistad que mi padre tuvo con Hegeloco, hablo del que murió en la última batalla. Este, pues, fué causa de todas mis desgracias; porque desde que el rey mandó que le llamasen hijo de Júpiter, no le fué posible tolerarlo. ¿Reconoceremos, decia, por nuestro rey, á quien desestima á Filipo por padre suyo? La culpa será nuestra si lo sufrimos. No solo desprecia á los hombres, sino tambien á los dioses, el que gusta que le tengamos por Dios. Hemos perdido á Alejandro y juntamente al rey, sujetándonos á los dioses, con quienes se igualaba, como á los hombres, sobre quienes se eleva. ¿Hemos hecho por ventura, al precio de nuestra sangre, rey que nos ultraje y que se desdeñe de comunicar con los mortales? Tambien nosotros podemos, si me creeis y si tenemos espíritu, ser adoptados por los dioses. ¿No fué este

quién, habiendo vengado la muerte de Alejandro, su bisabuelo, la de Arquelao y Perdicas, perdonó á los homicidas de su padre? Esto nos decia Hegeloco, cierta noche despues de cenar. Con lo cual, el dia siguiente muy de mañana me llamó mi padre. Reconocíle triste, y advirtióme nó mas alegre, porque á la verdad lo que habíamos escuchado, no era materia para corto desasosiego. Deseando, pues, averiguar si fué el vino quien le obligó á prorumpir en lo que dijo, ó efecto de premeditado acuerdo, resolvimos enviar á inquirirlo; y, habiéndonos repetido lo mismo, añadió, que si nos hallábamos con ánimo de hacernos cabezas de empresa tan prodigiosa, nos seguiria, pero que sino le teníamos, no hablaria mas en ella. Parecióle á Parmenion que, viviendo Dario, no era ocasion oportuna para dar muerte á Alejandro, respecto de que en esto mas haríamos el negocio del enemigo que el nuestro, y que así mejor era diferirlo hasta despues de la de Dario, con cuya pérdida toda el Asia y el oriente serian premio de tal accion. Convenidos en esto, se dieron palabra recíproca de cumplirlo. Pero, por lo que mira á Dimno, protesto que no sé nada, y que puede acreditarme de inocente en su atentado lo que acabo de confesar». Habiéndole vuelto á poner á cuestion, el mismo Cratero y los demás le hirieron en el rostro, y en los ojos con los dardos, hasta que á pura fuerza le obligaron á confesar la culpa que le imputaban. Preguntándole despues la forma en que habian dispuesto practicar la conjuracion, respondió: «Que, juzgando no volveria el rey tan en breve de la Bactria, temeroso de que su padre, hallándose en tan crecida edad, como la de setenta años, con tan florido ejército, y tan cuantiosos millones, llegase á faltar, sin cuyo gran poder le seria inútil la muerte del rey, se aceleraba á su ejecucion porque no se le malograse tan favorable oportunidad. Que en cuanto á lo demás todo lo habia declarado, sin reservar la menor circunstancia; y que sino obstante no se persuadian á que su padre estaba ageno de estas últimas disposiciones, se hallaba pronto á que le renovasen los tormentos, aunque ya le faltaban fuerzas para tolerarlos». Habiendo conferídolo, y conocido que habia declarado lo bastante, fuéron á participarlo al rey, el cual mandó, «que hiciesen leer la deposicion de Filotas en junta plena el dia siguiente, y llevarle á ella, respecto de no haber quedado capaz de moverse por sí.» Ratificándose aquel infeliz en todo lo que habia depuesto, se hizo llevar á Demetrio, acusado de haber sido cómplice en la conspiracion; pero negábalo con gran valor y firmeza, asegurando con horribles juramentos, no le habia pasado tal por el pensamiento, é insistiendo en que, para mayor prueba de su justificacion, se le pusiese á cuestion de tormento. Entónces Filotas, dilatando la la vista por todas partes, y mirando cerca de sí á cierto Calis, le pidió, que se llegase á él. Este, turbado todo, y rehusando hacerlo: «¿Pues qué toleras tú, le dice Filotas, que mienta Demetrio de esta suerte y que yo vuelva á padecer el tormento? Quedando Calis mortal, desestimaron los macedonios su acusacion, creyendo que Filotas la hacia indiferentemente á inocentes y á culpados, respecto de no haberse acordado de él en sus declaraciones, ni Nicomaco, ni el mismo Filotas; si bien cuando llegó á verse rodeado de los ministros de justicia, volvió á afirmar, «que él y Demetrio entraban en la conjuracion.» Por lo cual, dada la señal, Filotas, estos, y todos los demás que nombró Nicomaco, fueron muertos á pedradas, segun la costumbre. Verdaderamente que no puede negarse el gran peligro en que se vió, nó solo Alejandro, sino todo su ejército; porque, hallándose tan poderosos Parmenion y su hijo, y en tan grande reputacion, es cierto que no se le hubiera podido condenar, sin que se suscitasen grandes rumores, á no haberlos convencido tan manifiestamente. Fuera de que, la resolucion del tormento fué dudosa, y el suceso aventurado; pues en cuanto Filotas negó el delito, pareció su rey injusto y cruel: pero, luego que le confesó, empezó á faltarle la compasion, aun en sus mismos amigos.

LIBRO SÉPTIMO.

ARGUMENTO DE ESTE LIBRO.

I. Manda Alejandro dar muerte á Lincestes, convencido del delito de majestad ofendida: y poco despues, que se proceda contra Amintas y Simmias, amigos de Filotas: defienden su inocencia con gran valor y constancia. — II. Vuelven á la gracia del rey, Amintas y sus hermanos: envia Alejandro á la Media á Polidamas para que dé muerte á Parmenion, de que se originó algun motin, que se sosegó por último. — III. Sujeta Alejandro muchos pueblos, y pasa en diez y seis dias el Cáucaso con su ejército. — IV. Procura Beso disponer un festin, en el cual se resuelve la guerra contra Alejandro, y no puede ganar el prudente dictámen de Cobaris: llega en el interin Alejandro á Bactria, donde tiene noticia de la rebelion de los griegos, y de haber muerto Satibarzanes en un encuentro. — V. Pasa el ejército de Alejandro con extraña industria el rio Oxo: cogido Beso por medio de cierto ardid, y llevado á la presencia del rey, le manda entregar á Oxatres, hermano de Dario, para que le haga poner en cruz. — VI. Recibe Alejandro debajo de su obediencia muchas ciudades, por medio del afecto de los bárbaros y de los macedonios: funda á Alejandría cerca del rio Tanais, cuya ciudad se mejora en breve tiempo. — VII. No bien convalecido Alejandro de cierta herida, tiene consejo sobre pasar la guerra á los escitas: declara Aristandro conforme al gusto del rey los presagios que descubre en las entrañas de las víctimas: queda Menedemo deshecho y muerto con dos mil infantes y trescientos caballos macedonios, cuya derrota disimula Alejandro astutamente. — VIII. Mientras se dispone el ejército para la guerra, llegan embajadores de los escitas, los cuales hacen una admirable oracion á Alejandro sobre la paz. — IX. Habiendo despedido el rey á los embajadores para el Tanais, hace guerra á los escitas, y trata benignamente á los vencidos. — X. Valor invencible de los nobles sogdianos: castigo de Beso: el ejército de Alejandro reforzado con nuevas tropas. — XI. Obliga Alejandro á la ciudad de Petra á que se rinda, en medio de ser por su situacion sumamente fuerte y casi inexpugnable.

I. Mientras permanecieron vestigios recientes del delito de Filotas, tuvieron por justificado su castigo; pero despues que con su muerte les faltó el objeto de su aborrecimiento, y de la envidia que les ocasionó su fortuna, se convirtió todo en conmiseracion. Causábasela tiernísima el considerar los méritos y la calidad de la persona, á quien se habia quitado la vida en la flor de su edad, y la crecida de su padre, el cual veia extinguida con tan trágico fin su estirpe en servicio de su príncipe. Lamentando la infelicidad de aquel prudente y diestro capitan, que fué el primero que abrió el paso del Asia, á quien cupo tan gran parte de todos sus peligros, y quien mandó siempre una de las alas de su ejército, favorecido de Filipo, y tan fiel á Alejandro, que no se valió de otro para verse libre de Atalo: cuyos largos y señalados servicios considerados, no dejaban de suscitar los ánimos á intentos sediciosos; pero, noticioso el rey de aquellos rumores, le alteraron poco, sabiendo que los vicios que produce la ociosidad, los purga fácilmente la ocupacion y el trabajo: por lo cual dió órden para que se juntasen en la plaza de palacio, donde luego que vió que habia concurrido considerable número de soldados, salió á la junta. Pidió en ella Afarias (no se duda

que fuese á persuasion del rey) que se llevase allí á Lincestes Alejandro, á quien acusaban dos testigos de haber intentado, mucho tiempo antes que Filotas, dar muerte á Alejandro, por cuyo delito hacia cerca de tres años que estaba preso: y si bien se hallaba tambien convencido de haber intervenido con Pausanias en la muerte de Filipo, habia quedado por entónces su castigo, mas diferido que perdonado, por haber sido el primero que dió la obediencia al rey, y por la interposicion de Antípatro su suegro, poderosa en aquella ocasion para templar la indignacion del príncipe, la cual, aunque adormecida hasta allí, despertó cuando el riesgo presente acordaba el peligro pasado. Llevóse, pues, á Lincestes de la prision; y habiéndole ordenado que se defendiese, en medio de haber tenido el largo espacio de tres años para pensar en sus descargos, conturbado y temeroso, solo dijo algo de lo que habia premeditado antes, quedando á lo último tan fuera de sí, que no solo perdió cuanto tenia pensado alegar, sino tambien el juicio. Atribuyeron todos aquella alteracion mas á efecto de su mal segura conciencia, que á falta de memoria; y si bien se esforzaba por reducir á ella los miserables trozos de su oracion, faltando el sufrimiento en los que tenia cerca de sí, le dieron muerte á lanzadas. Después de lo cual, mandó el rey retirar el cuerpo, y que llevasen allí á Amintas y á Simmias, porque Polemon, su hermano menor, se habia puesto en fuga, luego que supo se daba tormento á Filotas. Fuéron estos los mas estrechos amigos de aquel infeliz, y á quienes con mayor exceso favoreció, llenándolos de honores y dignidades, en virtud de la gracia que lograba de Alejandro; el cual, acordándose del cuidado que tuvo en conservarlos cerca de sí, no ponia en duda que fuesen partícipes de aquella última conjuracion, en cuyo crédito decia: que nó solo entónces los juzgaba por sospechosos, pues mucho antes le habia advertido repetidamente su madre, que se guardase de ellos; pero que remiso en dar crédito á lo peor, habia rehusado mandarlos prender, hasta que le precisaron á hacerlo los evidentes indicios con que se halló. Que era notorio, como el dia antes que se descubriese la traicion de Filotas, tuvieron conferencia secreta con él: sin que dejase duda la fuga de su hermano, mientras se le daba el tormento á Filotas, de la ocasion para ella. Que últimamente, habiendo apartado á sus compañeros, que se hallaban en el cuartel, y ocupado sus lugares, le rodearon por todas partes, debajo del celo y obsequio de asistirle y asegurarle, sin que le hubiese precedido motivo alguno para el menor recelo. Á vista de lo cual, extrañando el rey, que, faltando este, se mostrasen tan oficiosos, que tomasen á su cuidado el de los otros, advirtió en sus semblantes tan manifiestas señales de su mal seguro ánimo, que le obligaron temeroso á ponerse entre sus guardas. Que, además de esto, el dia antes de la prision de Filotas, Antífanes, á cuyo cuidado estaban las provisiones del ejército, habiendo persuadido á Amintas á que, segun el estilo, socorriese con caballos á los que habian perdido los suyos, le respondió sumamente colérico, que si no desistia de importunarle, se acordaria de él. Que las insolentes conversaciones que tenian contra él á todas horas, eran prueba manifiesta de sus dañados intentos. Que, siendo cierto todo esto, no merecian menor castigo que Filotas; y que si no lo era, que se justificasen. Después de lo cual, compareciendo Antífanes, y careándose con Amintas, confirmó haberle negado los caballos, y las terribles amenazas que le hizo. Entónces Amintas, habiéndosele dado permiso para que se defendiese, dijo: «Que si no se oponia al gusto del rey, le suplicaba mandase quitarle las cadenas, mientras hablaba en su defensa.» Concedióselo á él, y á su hermano, y habiendo pedido, que se le volviesen sus armas, mandó el rey, que le diesen una lanza, la cual tomó con la mano izquierda; y después de haberse apartado del lugar donde habia estado el cuerpo de Alejandro Lincestes, empezó á decir de esta suerte: «Cualquiera que sea, señor, el fin de este suceso, y el de nuestro destino, no podremos dejar de confesarnos deudores tuyos, si es feliz; ni tampoco de atribuirle á desgracia nuestra, si es adverso. Podemos, sin el menor perjuicio ni estorbo, hacer nuestra defensa, habiéndonos concedido tu benignidad, nó solo permiso para ella, sino tambien estas honrosas insignias, con las que te acompañábamos. Á vista de lo cual, debemos confiar igualmente en el suceso, que en la justificacion de nuestra causa; pero, permíteme, señor, que satisfaga primero al último cargo que nos has hecho. No nos acordamos de haber tenido jamás conversacion alguna, opuesta al respeto que te es debido; antes bien diria, que ha mucho que vives superior á la envidia, sino temiese juzgases pretendia ocultar entre afectadas lisonjas los notorios delitos que se nos imputan; porque si acaso se han dejado decir tus soldados enfermos ó heridos, rendidos de las crecidas fatigas de la guerra, ó expuestos á tan contínuos peligros, una ú otra palabra algo mas licenciosa, bien merecen sus servicios algun perdon, ó que se atribuya antes al natural desabrimiento que traen consigo las calamidades del tiempo, que á falta ó defecto de su voluntad. Cuando padecemos, todos somos reos, y cualquiera se adelanta á hablar, sin que todo nuestro amor propio baste á preservarnos á nosotros de nosotros mismos, pues crueles convertimos las manos contra nuestros propios cuerpos, sin que por esto se pueda decir, que nos aborrecemos; en cuya irritacion, si los hijos reconocen á los padres, apenas podrán estos atenderlos, ni tolerarlos. Donde por el contrario, cuando nos vemos honrados con beneficios, y volvemos favorecidos con crecidos premios, y cargados de la presa, ¿quién puede contenerse? ¿quién disimular el interno regocijo de nuestros ánimos? No admiten jamás moderacion, ni la cólera, ni el gusto de los soldados: todas nuestras pasiones nos arrastran con suma violencia: vituperamos, loamos, movémonos á compasion ó á ira, segun es la diversidad de objetos que nos arrebatan. Unas veces deseamos pasar á conquistar la India, y llegar al océano; y otra nos llama el amor de la patria, de nuestras mujeres y de nuestros hijos. Pero todos estos pensamientos, todos estos murmullos, quedan desvanecidos á la primera seña de la trompeta, á cuyo sonido partimos todos acelerados á nuestros escuadrones, vertiendo en los enemigos cuanto concibió nuestra ira en nuestras tiendas, y discurrió nuestro despique. Ojalá hubieran permitido los dioses que los delitos de Filotas se hubiesen limitado solo á las palabras. Pero volvamos á los principales cargos de la acusacion. Estoy tan lejos de negar la amistad de Filotas, que confieso haberla buscado, y haberme sido muy útil. ¿Mas qué extrañeza te hace, que hayamos cortejado á quien poseía casi enteramente tu gracia, y era hijo de Parmenion, tu brazo derecho, sino antes tu segunda persona? Pues si he de decir libremente la verdad, tú, señor, tú has sido la causa de nuestro peligro; ¿porqué, quién sino tú mismo la dió, para que todos los que solicitaban darte gusto, acudiesen á él? Por medio suyo llegamos á merecer tu benevolencia. Tú le elevaste á tan eminente grado de poder, que teníamos muy justa causa para desear su amistad, y temer su indignacion.

¿No hemos jurado todos en tus manos en la forma que nos lo ordenaste, de que seríamos amigos de tus amigos, y enemigos de tus enemigos? Pues hallándonos precisados á la observancia de tan solemne juramento, ¿cómo podíamos dejar de venerar á un hombre, á quien habias hecho árbitro de nuestra fortuna? Verdaderamente, que si este fuese el delito, pocos se libraron de él; ¿pero qué digo? ninguno se hallará inocente, porque todos pretendieron ser amigos de Filotas; pero nó todos los que lo desearon lo pudieron conseguir: con que si no distingues sus amigos de los culpados, tampoco podrás hacer diferencias entre sus amigos, y los que han deseado serlo. ¿Qué prueba, pues, ó qué indicio hay contra nosotros? ¿Es acaso, que el dia antes habló familiarmente y en secreto con nosotros? Lo cual seria buena prueba, y contra la cual no tuviéramos con que descargarnos, si no hubiésemos vivido siempre de esta suerte con él; ¿pero, habiendo ejecutado aquel dia lo mismo que los demás, parece que nuestra misma costumbre es crédito de nuestra justificacion? Sí; mas la repugnancia en dar los caballos á Antífanes no se puede negar que fué la víspera del dia que se prendió á Filotas. Si piensa hacernos sospechosos, por no haberle querido dar los caballos; ¿cómo podrá excusarse él de haberlos pedido? Porque á la verdad, la sospecha es tan igual contra quien los pidió, como contra quien los rehusó, sino tiene mejor causa el que niega lo que justamente le toca, que el que pretende quitarle al otro lo que no le pertenece. No me hallaba, señor, mas que con diez caballos, de los cuales habia distribuido ya Antífanes ocho entre los que habian perdido los suyos. Solo me habian quedado dos, que este soberbio, y verdaderamente injusto hombre, queria quitarme por fuerza: ¿era justo, ni posible, que yo conviniese en ello, sino reduciéndome á pelear á pié en la caballería? No niego, que como hombre de espíritu resuelto, hablé con libertad al mas cobarde del mundo, y cuyo mejor empleo en el ejército, no pasa de proveer de ajenos caballos á los que han de pelear. ¿Pero, no es gran infelicidad mia, hallarme obligado á dar mi descargo á un tiempo á Alejandro y Antífanes? Por lo que mira á haberte escrito la reina tu madre que éramos tus enemigos, pluguiese á los dioses que te atendiese con mas cuidadosa circunspeccion y prudencia, y que no hubiese preocupado tu ánimo de imaginaciones vanas, y tan sin ningun fundamento. ¿Cómo no te nombró el autor, ni especificó lo que habíamos hecho, ó dicho, cuando te escribió cartas llenas de tan grandes recelos? ¡Oh infeliz estado el en que me veo reducido, en el cual es tan peligroso enmudecer como hablar! Pero sea cual fuere el fin de mi suceso, si te he de disgustar, quiero antes hacerlo justificando mi causa, que dejando ofendida mi inocencia. No ignoras, señor, que lo que voy á decir es cierto, si gustas de acordarte, que, cuando me enviaste á Macedonia á levantar tropas, me preveniste que en ella habia prodigiosos mozos para el uso de las armas, los cuales se ocultaban en el palacio de la reina, por librarse del riesgo de la guerra; y que para que no lograsen su intento, me ordenaste prefiriese á todo respeto tu real servicio, trayéndote aquella perezosa juventud. Ejecutélo con mayor puntualidad y celo de lo que me convenia. Trájete á Gorgias, á Hecateo y á Gorgata, que te han hecho señalados servicios. ¿Puede haber mayor injusticia que la de hacerme castigar porque te obedecí, cuando por el contrario mereciera dignamente la muerte? Porque es cierto, que la reina tu madre no tiene otra causa para haberse indignado contra nosotros, que la de haber preferido tu servicio á su gusto. Trájete seis mil infantes macedonios, y seiscientos caballos de los que no habiendo trozo alguno que no procurase eximirse de la guerra, es cierto que no me hubiera seguido alguno, si me hubiese ablandado algo. No pudiendo, pues, ser otra la causa de su indignacion contra nosotros, te hallas, señor, obligado á mitigarla, pues fuiste quien la dió para desabrirla. »

II. Continuaba Amintas de esta suerte en su defensa, y llegaron á la sazon las personas que se enviaron en seguimiento de su hermano Polemon que iba fugitivo, y le traian aprisionado. No fué imposible impedir que la muchedumbre descargase inmediatamente sobre él, segun su costumbre, gran cantidad de piedras. Pero sin dar muestra de la menor alteracion, dijo: « que no pedia para él gracia alguna, sino que no perjudicase su fuga la inocencia de sus hermanos; y que sino podia justificarla, y en ella habia errado, que fuese solo suya la culpa, y nó de sus hermanos, pues se hallaban bien lejos de ella. » Fueron tan favorables estas palabras, que no bien las hubo pronunciado, cuando empezaron todos á llorar, y á mudarse de tal suerte, que lo que mas los habia irritado antes, fué entónces lo que mas les obligó á compadecerse. Era este un jóven, que, hallándose en la flor de sus años, y entre sus compañeros, amedrentados todos de ver á Filotas en el tormento, se dejó llevar del pavor de ellos, los cuales, esparcidos por varias partes, le dejaron solo; en cuyo desamparo, dudoso en si volveria, ó seguiria la fuga comenzada, le cogieron los que iban en su busca. Deshacíase en lágrimas, y maltratábase el rostro, acreditando bien en estas y otras exteriores demostraciones el interno dolor á que le obligaba, nó tanto el de su propio infortunio, cuanto el peligro en que habia puesto á sus hermanos, el cual movió á piedad á la junta, y al mismo rey. Solo uno de sus hermanos, cruel é inexorable contra él, mirándole con enfurecido y airado rostro: « ¿ahora lloras, loco, le dijo, cuando antes te diste tanta prisa á la fuga, abandonando á tus hermanos, por seguir á los que abandonaban á tu rey? ¿Pero á dónde, y por qué, ó infeliz, huias? Mira el estado á que me has reducido, en el cual condenado á muerte, me es preciso que use de palabras de acusador para justificarme. » Confesó entónces el « cuán gran daño se habia hecho á sí; pero que era mayor el perjuicio que habia ocasionado á sus hermanos. » Á vista de lo cual, no pudo la muchedumbre reprimirse, ni abstenerse de manifestar en lágrimas, y á gritos (ordinario estilo de que se vale cuando favorece á alguno) su compasion. Y así prorumpieron todos á una voz, diciendo, « que perdonase á aquellos valerosos varones que se hallaban inocentes. » De cuya favorable ocasion, aprovechándose los principales de la corte, se levantaron, é intercedieron con lágrimas por ellos. El rey, habiendo mandado que callasen todos: « Yo tambien, dijo, los perdono á todos tres. » Y enderezándose después á ellos, « solo deseo, les dijo, que os olvideis antes del beneficio que de mí habeis recibido, que el que os acordeis del peligro en que os habeis visto. Volved á mi gracia con la misma confianza que yo os restituyo á ella, asegurados de que si no quedase desengañado de las sospechas en que me hallaba de vosotros, tendriais muy justa causa para desconfiar de mi disimulacion, y de que mejor quedais purgados que sospechosos, no pudiendo ser ninguno absuelto en los delitos capitales, sin haber dado primero sus descargos. Y tú, Amintas, perdona á tu hermano, para que yo quede con esta accion persuadido de la seguridad de tu ánimo, y de tu fidelidad en mi servicio. » Licenciada la

junta, hizo llamar el rey á Polidamas. Era este íntimo amigo de Parmenion, y el que se hallaba siempre á su lado en todas las batallas; y si bien la seguridad de su conciencia le llevó á palacio libre de todo recelo, luego que vió que el rey dió órden para que trajesen á su presencia á sus hermanos, á quienes por su corta edad no conocia, empezó desde entónces á temer, y á pensar mas en lo que le podia perjudicar, que en lo que podia justificarle. Habiéndolos conducido los arqueros, conforme al órden que tenian, hizo el rey acercar á Polidamas, cuyo ánimo tenia enteramente perdido, y después de haber hecho salir fuera á todos, le dijo: « la traicion de Parmenion nos ha comprendido generalmente á todos; pero con especialidad á vos y á mí, á quienes debajo de la sombra de la amistad nos ha engañado. Hállome obligado á castigarle, para cuyo fin os he elegido; mirad cuanto fio de vos. En mi poder quedarán vuestros hermanos por prendas, que me aseguren en vos el cumplimiento de mis órdenes. Habeis de partir para la Media, y dar á mis gobernadores estas cartas escritas de mi propia mano; pero es menester que pongais tal diligencia en vuestra jornada, que llegueis allá antes que las voces de lo que ha pasado acá. Mi voluntad es que sea de noche, y que el dia siguiente ejecuteis lo que contienen vuestras instrucciones. Llevareis tambien cartas para Parmenion, una mia y otra de Filotas, cuyo sello tengo, con las cuales creyendo que su hijo le escribe, no le causará sospecha alguna el veros. » Libre Polidamas del considerable susto en que habia estado, prometió mas de lo que se le pedia, y cargado de dádivas y de honras, dejó su propio traje, y tomó el de Arabia. Dióle el rey dos árabes que le acompañasen, cuyas mujeres é hijos estuvieron en rehenes. Sin embargo, los desiertos por donde le era preciso pasar, no le permitieron que tardase en el camino menos de once dias, al fin de los cuales llegó al lugar destinado; donde, antes que se supiese de su arribo, tomó su traje macedónico, y á la cuarta vigilia de la noche pasó á la tienda de Cleandro, gobernador de aquella provincia, por merced del rey. Habiendo repartido todas las cartas que llevaba, acordaron él y Cleandro de ir juntos al amanecer á casa de Parmenion, donde habian de concurrir los demás cabos, á quienes tambien escribió el rey. Habíasele ya hecho sabedor á Parmenion de la llegada de Polidamas, con la cual, regocijado igualmente por su grande amistad, que impaciente de saber del rey, respecto de faltarle mucho tiempo hacia noticias suyas, le hacia buscar por todas partes. Las casas de placer de aquella provincia tienen grandes parques, poblados de crecidos y frondosos árboles, á quienes riegan hermosas fuentes, que son la mayor recreacion de los reyes, y de los sátrapas bárbaros. Paseábase Parmenion por uno, en medio de los capitanes que tenian órden de darle muerte, los cuales habian dispuesto ponerlo por ejecucion al tiempo que les leyese las cartas. Luego que le divisó Polidamas, aunque á distancia, corrió á abrazarle con demostraciones de gran gusto, y habiéndose hecho recíprocos y cariñosos cumplimientos, le dió la carta que Alejandro le escribia. Abriéndola, le preguntó, « ¿qué hacia el rey? » Y él le respondió: « que por la carta lo sabria; » después de haberla leido Parmenion le dijo: « el rey se dispone para marchar contra los aracosios, excelente príncipe por cierto, el cual jamás se entrega al descanso, pero debiera mirar por sí, y atender á su quietud, después de haber adquirido tan gran gloria. » Tomó inmediatamente la carta supuesta de Filotas, leiala al parecer con gusto, cuando Cleandro le metió la espada por un costado, y por la garganta, cargándole todos los demás de heridas, aun después de muerto. Sus guardas, que se hallaban á la entrada del bosque, viendo el suceso, é ignorando la causa, parten aceleradamente al campo, y publicando tan inesperada, como sangrienta novedad, mueven las tropas, las cuales tomando al punto las armas, pasan al parque, donde amenazan « de arruinar los muros, y de sacrificar á los manes de su general cuanto encontrasen, sino les entregaban á Polidamas, y á los demás cómplices. » Hizo Cleandro entrar dentro á los principales oficiales, á quienes leyó las cartas que el rey escribia á los soldados, en las cuales les participaba la conspiracion de Parmenion contra su persona, y pedia tomasen venganza de él. Luego que se publicó la voluntad del rey, se sosegó aquel motin, si bien no se templó la indignacion de los soldados, cuya mayor parte habiéndose retirado, los que quedaron pidieron á Cleandro que permitiese á lo menos se les concediese el cuerpo para darle sepultura; rehusólo por algun tiempo, temeroso de disgustar al rey; pero, insistiendo en su demanda, les concedió, para evitar todo género de sedicion, que sepultasen el cuerpo, después de haber hecho separar la cabeza, que envió á Alejandro. Tal fué el fin de aquel gran capitan, tan ilustre en la guerra, como en la paz, y que sin la asistencia del rey, ejecutó por sí muchas gloriosas empresas, no habiendo adquirido Alejandro sin él alguna considerable. Supo dar gusto á un príncipe, con quien era tanto mas difícil el lograrlo, cuanto, habiendo sido sumamente feliz, quería que todas las cosas correspondiesen á su buena fortuna. Hallábase en edad de setenta años, habiéndose ocupado desde su juventud, nó solo en los ejercicios de capitan, sino tambien en los de mero soldado. Fué prudente y advertido en sus consejos, y admirable en la ejecucion de ellos, querido de los grandes, y amado mas aun de la gente de guerra. Si todas estas partes le empeñaron á que aspirase á la corona, ó solo le hicieron sospechoso, mal se podrá afirmar, cuando aun estando reciente el suceso, y siendo mas fácil su averiguacion, no se pudo saber con certidumbre si Filotas, rendido á la violencia de los tormentos, confesó la verdad, de que no hubo prueba: ó si supuso cuanto dijo porque se los suspendiesen. Alejandro, teniendo por conveniente separar del resto del ejército á los que habian sentido mal de esta muerte, formó de ellos un cuerpo aparte, y les dió por cabo á Leonidas, grande amigo en un tiempo de Parmenion. Miraba á todos estos con aversion, porque, deseando penetrar el ánimo de los soldados, y habiendo hecho publicar cierto dia que despachaba correo á Macedonia, y que podrian escribir los que quisiesen, pues irian con seguridad sus cartas, y hécholo todos con libertad, y sin prevenir el riesgo á que iban expuestas sus expresiones, en las cuales unos se quejaban con sus amigos de la permanencia de la guerra, y los mas asentian bien á ella, pudo ver todas las cartas, así las de los que le alababan, como las de los que se quejaban de él, por cuya causa castigó á estos con la ignominia de separarlos de aquellos para poderse valer de ellos, como de gente de valor, sin que el riesgo de sus licenciosas pláticas hiciese impresion en los ánimos de los demás, reduciéndolos á sus mismos dictámenes. Esta resolucion, por medio de la cual ponia en desesperacion á aquella valerosa juventud, le pudiera ocasionar muy perjudiciales consecuencias, si, convirtiendo siempre la fortuna en mayor beneficio suyo los accidentes mas expuestos á grandes peligros, no hubiese continuado en hacerlo tambien con este. Porque ningunos le sir-

vieron mejor que ellos en las guerras siguientes, deseosos de reparar por medio de sus ilustres acciones la ignominia con que se hallaban, y reconociendo que estas serian tanto mas señaladas, cuanto era corto el número de que ellos se componian.

III. Ejecutadas estas cosas, y habiendo dejado Alejandro un sátrapa á los arianos, hizo publicar su marcha contra los agriaspas, los cuales ya entónces se llamaban «evergetas»; esto es, «bienhechores», por haber alojado y socorrido de víveres al ejército de Ciro, á quien las incomodidades del frio y de la hambre habian casi deshecho. A los cinco dias de haber llegado á esta comarca, tuvo aviso de que Satibarzanes, que habia vuelto al partido de Beso, hacia nuevas correrías, para cuyo remedio envió á Carano, á Erigio, á Andronico y Artabazo con seis mil infantes griegos y seiscientos caballos; y habiendo proveido en el mejor gobierno del estado de los evergetas, en que gastó sesenta dias y concedídoles una gruesa suma de plata en remuneracion del señalado servicio que hicieron á Ciro, dejándoles por gobernador á Amenides, secretario que fué de Dario, pasó después á sojuzgar á los aracosios, que confinan con el mar Póntico. Recibió allí el ejército que mandaba Parmenion, compuesto de seis mil macedonios, doscientos nobles y seiscientos caballos griegos, que sin duda eran las mejores tropas que tenia el rey, el cual dejó á Memnon por gobernador de los aracosios con cuatro mil infantes, y seiscientos caballos para las guarniciones. Entró después en las tierras de cierto pueblo, apenas conocido de sus mismos vecinos, por no tener comercio alguno con los demás hombres. Llámanse sus habitantes «parapamisades», gente bruta, y tenida por bárbara, aun entre los mismos bárbaros; á cuya ferocidad contribuye mucho la aspereza del clima de aquella region, la cual es muy septentrional, y casi toda vuelta á la parte mas fria; toca hácia al occidente con la Bactria, y mira al mediodía al occéano Indico. Habitan en cabañas hechas de ladrillo, del cual son tambien los techos, respecto de faltarles enteramente la madera. Su estructura es ancha por abajo, y á proporcion del tamaño de los edificios, en los cuales se va estrechando á medida que se levantan, hasta que quedan en forma de navíos, sin que tengan mas que una claraboya ó ventana en medio, por donde les entra la luz y sale el humo. Si les quedan algunas cepas de viñas, ó algunos árboles que hayan podido resistir á la inclemencia del aire, los cubren de tierra todo lo que dura el mal temporal, hasta que en la primavera los vuelven á poner al sol; pero en el invierno son allí tan crecidas las nieves, y tan rigurosos los hielos que no consienten especie alguna de pájaros, ni de animales. Cubre una sombra obscura la faz de la tierra, sin que se diferencie lo que llaman dia de lo que es noche, mas que en una mal distinta luz, á la que apenas puede distinguirse lo que está mas inmediato. Toleró en esta horrible soledad el ejército, destituido de socorro, cuantas calamidades pueden padecerse, el frio, el hambre, el cansancio y la desesperacion, porque el rigor de la nieve era tan excesivo, que morian en los caminos algunos, perdiendo otros los piés, y siendo á muchos de considerable perjuicio á la vista la suma blancura de la nieve. La mayor parte, no pudiendo ya mas, se echaban sobre el mismo hielo, donde, faltándoles el movimiento, les comprimia y embargaba la fuerza del frio de tal suerte los miembros que no podian volverse á levantar; pero sus compañeros no los dejaban en aquel entumecimiento, para el cual no habia otro remedio que el de obligarlos á marchar, porque entónces el calor natural, excitado con el movimiento, los hacia volver algo en sí. Los que pudieron apoderarse de las cabañas de los bárbaros, se recobraron algo, pero la obscuridad era tan grande que no se conocian las casas sino por el humo. Aquella bárbara gente, no acostumbrada á ver otra en sus tierras, hallándose repentinamente con hombres armados, quedaron tan atemorizados que les llevaban cuanto tenian en sus cabañas, porque les perdonasen las vidas. El rey, que iba á pié, rodeado de sus tropas, levantaba á los que veia caidos, mantenia á los demás que no podian marchar, acudiendo tan á prisa al frente, como en medio y á la retaguardia de su ejército, yendo y volviendo continuamente con increible desvelo y trabajo. Finalmente, llegando á tierras mas fértiles y abundantes de todo género de mantenimientos, repararon en ellas los trabajos que habian padecido y esperaron á los que no habian podido seguirlos. Pasaron desde allí hácia el monte Cáucaso, que divide el Asia en dos partes, dejando el mar de Cilicia á una, y á otra el Caspio, el rio Araxes y los desiertos de la Escitia. El monte Tauro, que en altura tiene el segundo lugar, se junta al Cáucaso y empezando en Capadocia, atraviesa la Cilicia, y pasa hasta Armenia. Esta es como una continuada cadena de montes, de donde salen casi todos los rios de Asia, de los cuales unos descargan en el mar Rojo, otros en el Caspio, y otros en el del Hircania ó en el del Ponto. Pasó el ejército el Cáucaso en diez y siete dias y vió la roca que tiene diez estadios de circúito y mas de cuatro de altura, donde fué aprisionado Prometeo, si damos crédito á los poetas. Eligió el rey una llanura al pié del monte, donde edificó una ciudad y dejó para que la poblasen siete mil esclavos, y todos los soldados inútiles, los cuales la dieron tambien el nombre de Alejandría.

IV. Pero Beso, atemorizado de la presteza de Alejandro, después de haber hecho un sacrificio solemne á los dioses de la patria, juntó á sus amigos, y á sus cabos, para deliberar sobre las disposiciones de la guerra en pleno convite, á la usanza de aquellos pueblos. Calientes con el vino, empezaron á ponderar sus fuerzas, y á despreciar el corto número y la temeridad de los enemigos, especialmente Beso, el cual altivo, y arrogante en las palabras, y confiado en un reino adquirido por medio de la maldad y del parricidio, decia, nó en sano acuerdo: «que lo que mas crédito dió á Alejandro fué la negligencia é impericia de Dario, el cual, le hizo rostro en los estrechos de Cilicia, en vez de retirarse á lo interior, para empeñarle insensiblemente en aquellos peligrosos pasos, entre innumerables rios y montañas, en donde se hubiera hallado tan imposibilitado para la fuga, como para el combate: que él estaba resuelto á pasarse á los sogdianos, y á oponer, como fuerte barrera al enemigo, el rio Oxo, en el ínterin que le llegaba poderoso socorro de las naciones vecinas: que bien apriesa se verian en su ejército los chorasmios, los dahos, los saces y los indos con los escitas, que habitan de la otra parte del rio Tanais, de los cuales el menor sobrepujaba en la estatura toda la cabeza al mas alto de los macedonios.» Aplaudieron todos embriagados la resolucion; y Beso mandó que le pusiesen al rededor mas cantidad de vino, como si fuese su mesa campo de batalla, en donde hubiese de romper á Alejandro. Hallábase en este festin un medo, cuyo nombre era Cobaris, famoso, mas porque profesaba el arte mágico, si puede llamarse arte lo que es pura ilusion y engaño para mover á los ignorantes y pusilánimes, que porque supiese algo de él; pero, realmente hombre de capacidad y bondad.

Este, habiendo hecho su exordio, manifestando, « que no ignoraba era mas seguro á un criado obedecer lo resuelto, que aconsejar por sí, pues en lo primero corria el mismo riesgo que los demás, y en lo segundo peligraba solo, » le dió Beso la copa, que tenia en la mano, como en demostracion de que le permitia dijese su sentir. Tomóla Cobaris, y continuó así: « por muchas causas se puede llamar la condicion de los mortales infeliz y contraria á su mismo bien; pero, por ninguna tanto, como por el descuido con que tratamos lo que nos toca, y por el desvelo que nos cuesta lo que no nos pertenece. Son las mas veces poco seguros los juicios que hacemos solo por nuestros propios dictámenes, porque unas los tuerce el temor, otras los vicia el deseo, y las mas los forma totalmente contrarios la ceguedad de nuestro amor propio, al cual llamaria presuncion en otro menos cuerdo que tú. La experiencia te habrá mostrado, que la mayor parte de los hombres solo tienen por bueno, cuando nó por lo mejor, lo que ellos ejecutan. Es grave y pesada carga la de una corona, y conveniente, para que no dé contigo en tierra la que adorna tus sienes, llevarla con prudencia, cuya virtud la conserva, al paso que la destruye la furiosa precipitacion. En cuya prueba añadió el vulgar proverbio de los bactrianos; que el perro que ladra no muerde, y que los rios mas profundos son los que menos ruído hacen. » Hame parecido no omitir de la historia este testimonio de la prudencia de los bárbaros, tal cual fuese, para que por él se venga en conocimiento de ella. Tenia suspenso á todo el concurso este discurso, esperando el fin de él, cuando, declarándose mas, dió á Beso un consejo de mayor útilidad que gusto suyo: « debes suponer, continuó, cercano á la puerta de la real corte en que nos hallamos, á un enemigo tan poco descuidado, el cual tengo por cierto que se dejará ver con su ejército, antes que tú hagas levantar esta mesa. Tratas de que vengan tropas del Tanais, y de cubrirte con los rios, como si Alejandro no le fuese dado seguirte do quiera que huyas. Los caminos son comunes á ambos, pero mas seguros al vencedor. Si el miedo te diere alas para salvarte, la esperanza se las dará á él mas ligeras para alcanzarte. ¿Cuánto mejor te estará anticiparte á granjear la gracia del mas poderoso, por medio de tu rendimiento? Siendo cierto, que de cualquiera suerte que sea el suceso, te será mas conveniente ser su rendido, que su enemigo. Considera que el reino que hoy tienes no es tuyo, y que te hallas mas expuesto á quedar despojado de él. Nunca serás tan verdadero y seguro rey, como cuando te pusiere en la mano el cetro quien puede dártele y quitártele. Este consejo te será provechoso, si prontamente le observas; pero inútil, si dilatas su ejecucion. Á un generoso caballo le basta solo la sombra de la vara, para hacerle partir; pero á uno pesado, apenas son suficientes los acicates. » Era Beso naturalmente colérico; y siéndolo aun mas entónces por el vino, se arrojó tan precipitadamente contra Cobaris, habiendo desenvainado su cimitarra, que nó sin gran dificultad pudieron estorbarle sus amigos que le diese muerte; pero, escapándose entre el gran concurso, pasó á rendir la obediencia á Alejandro. Componíase el ejército de Beso de ocho mil bactrianos, los cuales le obedecieron mientras les duró la esperanza de que los macedonios, respecto del rigor de aquel clima, pasarian á la India; pero, al punto que supieron iba Alejandro contra ellos, le abandonaron, retirándose todos á sus casas. Á vista de lo cual, después de haber pasado el rio Oxo con sus amigos, y quemado las barcas en que lo habia hecho, para evitar que el enemigo se aprovechase de ellas, se encaminó á la Sogdiana para hacer nuevas levas. No hubo bien pasado Alejandro el Cáucaso, como hemos referido, cuando su ejército se vió muy expuesto á perecer, por la falta de víveres. Exprimian el zumo del sésamo, y se untaban con él, como con el aceite, los miembros. Valia cada cántaro doscientos y cuarenta dineros: el de miel trescientos y noventa: y el de vino trescientos. El trigo era poco ó ninguno, porque le guardaban los bárbaros en profundos fosos, que tienen para este fin, á quienes llaman SIRROS, hechos con tan grande artificio y cautela, que solo saben de ellos los que los labran, de suerte que los soldados solo se alimentaban de yerbas y pescados. Pero, llegando á faltarles aun estos, se vieron precisados á dar muerte á los caballos del bagaje, para mantenerse de ellos, hasta que llegasen á la Bactria. Es bien diferente el territorio de esta provincia. Hay unos parajes poblados todos de árboles y viñas, que producen gran cantidad de frutas y de vinos muy regalados, y otros en los que la tierra es mas fecunda, por la abundancia de fuentes de que goza, las cuales contribuyen á aquellos hermosos y dilatados prados, que en ella se ofrecen. En las tierras menos pingües siembran el trigo y la cebada, y las demás sirven para pasto de ganado. Compónese una gran porcion de la provincia de arenosas campañas, cuya sequedad las hace inhabitables é infructíferas. Cuando los vientos del mar Póntico corren allí, acumulan toda la arena, que estaba esparcida por el campo, en tan elevados montes, que á cualquiera que los mira de lejos, le parecen unas grandes colinas, sin que dejen rastro de algun camino; por cuya causa los que pasan por aquellos desiertos se gobiernan de noche, como los navegantes por los astros, para asegurar el acierto de su derrota. No caminan de dia, así porque no se les ofrece rastro ni huella alguna por donde se puedan dirigir, como porque, siendo su único norte la luz de las estrellas, apagada esta con los resplandores del sol, quedan tan incapaces de hacerlo, como expuestos los pasageros, si los coge alguna de estas tempestades, á que los sepulten las arenas. Los lugares fértiles abundan de hombres y caballos. Bactria, ciudad principal de la provincia, está situada á las faldas del monte Parapamiso, por cuyos muros pasa el rio Bactrio, de quien tomó el nombre la ciudad y provincia. Mientras se detuvo en ella el rey, le llegó noticia de las rebeliones de los peloponesos y lacedemonios, y nó la de haberse sosegado, quedando estos vencidos y deshechos, respecto de empezarse la guerra cuando partieron de la Grecia los que se la llevaron. Cuya desazon le aumentó otra, tanto mas sensible, cuanto le cogia de mas cerca. Esta fué avisarle iban los escitas, que habitan de la otra parte del Tanais, á toda diligencia en socorro de Beso. Á cuyo tiempo le avisaron tambien del suceso que habian obtenido contra Carano y Erigio, que mandaban sus tropas, en la provincia de los arianos. El cual fué haberse dado una batalla entre los macedonios y los arianos, cuyo general era Satibarzanes; el cual, reconociendo que el combate no se encendia como él quisiera, y que no se declaraba por alguna de las dos partes el suceso, se ofreció á caballo entre los primeros escuadrones: y después de haberse quitado la celada, y mandado cesar los tiros, desafió á todos los que quisiesen combatir cuerpo á cuerpo con él, añadiendo que lo haria con la cabeza descubierta. No pudo tolerar la arrogancia de aquel bárbaro, Erigio, general de los macedonios; el cual, aunque cargado de años, no cedia á los mas esforzados jóvenes en el vigor del espíritu, ni en la robus-

tez del cuerpo. Y así, habiéndose quitado la celada, y hecho alarde de sus canas: «este es el dia, le dice, en que manifestaré, por medio de una victoria, ó de una gloriosa muerte, de quién fia sus armas Alejandro; y sin decir mas, se enderezó para el bárbaro. No parecia sino que se habia hecho la señal para que de uno y otro ejército cesasen en el combate, porque á un tiempo se retiraron de ambas partes todos á sus cuarteles, desde los cuales, habiendo dejado libre el campo, atendian al fin de aquel duelo, del que no solo dependia la decision particular de aquellos dos generales, sino tambien la fortuna de ambos ejércitos. Enristró primero el bárbaro su lanza, de cuyo golpe se preservó el macedonio, inclinando algo la cabeza. Pero dando este de espuelas al caballo, le pasó á aquel la garganta con la suya, tan diestramente, que se la sacó por la nuca, derribándole en tierra, donde, aun defendiéndose, le hirió segunda vez con ella en el rostro: á cuyo tiempo Satibarzanes, para anticipar el fin, la tomó y ayudó para el golpe á su enemigo. Sus tropas, las cuales le habian seguido mas forzadas que voluntarias, viéndole muerto, y acordándose de la clemencia de Alejandro, se rindieron á Erigio. El rey, aunque regocijado con este suceso, no le tenia sin alguna inquietud la rebelion de los lacedemonios, por lo cual, disimuló con gran constancia, diciendo: «que buen cuidado habian puesto en no declararse hasta haberle juzgado en lo mas interior de la India.» Pasó de allí en seguimiento de Beso, en cuyo camino le encontró Erigio, llevando delante de sí los despojos del bárbaro, como hermoso y rico ornamento de su victoria.

V. Después de haber proveido en Ariobarzanes el gobierno de la Bactria, y dejado el bagaje y todo el acompañamiento con buena guardia, entró con un cuerpo ligero en los desiertos de los sogdianos, donde el ejército marchaba solo de noche. Era grande la falta que habia (como queda dicho) de agua en aquella region, y la imposibilidad de hallarla causaba la sed aun antes que la necesidad. No se descubria una gota en cuatrocientos estadios de territorio, porque, es tan excesivo allí en el estío el ardor del sol, que abrasa las arenas y quema los campos, como pudiera el fuego. Demás de que, elevándose ciertos vapores, causados del gran incendio de la tierra, cubren de tal suerte toda su faz, que no parecen aquellas espaciosísimas campañas sino un dilatado mar. Podíase sin embargo caminar de noche, respecto de refrigerar los cuerpos la humedad y frescura de la mañana; pero, como volvia el calor con el sol, consumia la poca humedad, quemando, nó solo las exterioridades del cuerpo, sino lo mas interior de él. Llególes á faltar, en medio de su gran sufrimiento, primero el valor, y después la tolerancia, no pudiendo ya ni marchar, ni detenerse. Habian hecho algunos, advertidos de los naturales, prevencion de agua, la cual templó por algun tiempo su sed. Pero, aumentándose el calor, volvió á encendérsela de suerte que se hallaron necesitados á tomar todo el vino y aceite que habia. Bebieron con tan gran gusto, que no prevenian que podrian volver á tener sed, y con tan grande exceso, que quedaron privados é imposibilitados de mantener las armas y de tenerse en pié; con cuyo daño se consolaron los que no tuvieron qué beber. Cercaban al rey, combatido de tantos males, sus amigos, y rogábanle que se acordase de ellos, pues, sola su grandeza de ánimo podia en aquellas calamidades ser único remedio de todo el ejército. Á cuyo tiempo, volviendo dos hombres, que se habian adelantado á reconocer el campo, con dos odres llenos de agua para sus hijos, que se hallaban entre las tropas, previniendo su gran sed, se encontraron con el rey: abrió al punto uno de ellos un odre, y llenando un vaso del agua que iba en él, se la ofreció. Preguntóle el rey. «Que para quién llevaba el agua.» Y habiendo sabido que para sus hijos, se la volvió, como se la habia dado, diciéndole: «que no podia beberla, no siendo bastante para que participasen de ella todos los soldados; que se la diesen á sus hijos, pues la habian llevado para ellos.» Finalmente, llegó poco antes de ponerse el sol al rio Oxo, y respecto de no haberle podido seguir la mayor parte del ejército, mandó hacer grandes fuegos sobre la cumbre de un monte, para que los que caminaban con dificultad y trabajo, supiesen que no estaban lejos del campo; y los que habian llegado primero hizo que recogiesen y llenasen de agua cuantos odres y vasijas se hallasen, y que las llevasen á sus compañeros. Perdió en este paraje mucho mayor número de gente que en batalla alguna, por el exceso y desórden con que bebieron. Pero él, manteniéndose con su coraza puesta, permaneció sin comer ni beber en el camino por donde habia de venir el ejército, ni querer tomar refresco alguno hasta que llegaron todos los que habian quedado atrás, pasando la noche bien desasosegado y con hartas inquietudes. No tuvo mejor dia en el siguiente, faltando barcas y todo género de material de que poder formar un puente, respecto de estar desmantelado y desierto de árbol alguno todo aquel territorio cercano al rio. Por lo cual le fué preciso distribuir, como lo ejecutó, entre los soldados gran cantidad de pellejos llenos de paja y de otros géneros secos y ligeros, sobre los que pasaron el rio, poniéndose en batalla los primeros, que lo hicieron, mientras los seguian los demás. De esta suerte pasó todo el ejército en seis dias; y continuado su viaje, recibió nuevas de la Sogdiana, que se lo interrumpieron. Hallábase Espitamenes, gran confidente de Beso, colmado de honores y beneficios suyos; pero, como ningunos son bastantes á domesticar la perfidia, bien que fuese menos odiosa en aquella ocasion, donde parece que todo era permitido contra el homicida de su rey, conspiraba contra él debajo del especioso color de la venganza de Dario, aunque no fuese la maldad de Beso lo que aborrecia, sino su fortuna. En cuya consecuencia, no hubo bien sabido que Alejandro habia pasado el rio Oxo, cuando comunicó su intento con Datafernes y Catenes, para quienes no fuéron necesarios grandes ruegos; y llevando consigo ocho mozos de los mas robustos, dispusieron así su traicion. Fuése Espitamenes á Beso, y llamándole á parte, le dijo: «Que habia descubierto, què Datafernes y Catenes conspiraban contra él para entregarle vivo á Alejandro; pero que él los habia cogido, y los tenia presos.» Quedando Beso sumamente obligado á Espitamenes, y como creia lo debia estar, le dió muchas gracias, y colérico y deseoso de la venganza, mandó que los llevasen á su presencia. Ellos, fingiendo tener las manos atadas, se dejaron llevar por sus cómplices. Donde luego que llegaron, mirándolos Beso con enfurecido y airado semblante, se acercaba á ellos como para despedazarlos; pero, deponiéndose entónces el disimulo, le rodearon, y á pesar de su resistencia le aprisionaron, le arrebataron de la cabeza su tiara, y le hicieron pedazos la real ropa de Dario que vestia. Viéndose de esta suerte Beso, confesó, «era castigo del cielo, añadiendo que se conocia no habian aborrecido los dioses á Dario, cuando le vengaban así, y cuando amaban á Alejandro, pues disponian que sus mismos enemigos contribuyesen siempre á sus victorias.» No es fácil prevenir lo que hubieran ejecutado los bactrianos, si no les hubiesen

persuadido los que le aprisionaron que lo hacian por órden de Alejandro; con lo cual acabaron de amedrentarlos, dejándolos dudosos é inciertos en lo que habian de hacer. Pusiéronle en un caballo, y lleváronsele al rey, el cual, mientras pasaba esto, escogió cerca de nuevecientos soldados, que, habiendo empleado lo mejor de su vida en la milicia, se hallaban por su crecida edad imposibilitados de continuarla; mandó dar á cada uno de la caballería dos talentos, y trece mil dineros á cada infante, y después de haberles pedido que se casasen para que pudiesen sus hijos suplir su falta, les concedió licencia para volverse á sus casas. A los demás, que le prometieron servir hasta el fin de la guerra, admitió sus ofrecimimntos, y les dió las gracias por ellos. Antes que llegase Beso á su presencia, pasó á una pequeña ciudad, donde habitaban los branquides: esta era una familia de Mileto, á quien Jerjes, volviendo de la Grecia, hizo pasar á Asia, por haber robado el templo de Didimeo en lisonja suya, y allí permanecieron. Conservan aun muchas costumbres de su patria; pero, degenerando poco á poco con el curso de los años, hablaban ya un lenguaje corrupto, y compuesto del griego y del extraño. Recibieron con grandes demostraciones de gusto á Alejandro, rindiéndosele ellos y su ciudad. Hizo el rey traer allí á los milesios, que estaban en su ejército, los cuales tenian odio hereditario á los branquides por su perfidia, y dejó á su discrecion el vengar la injuria que antiguamente habian recibido, ó el perdonarlos en consideracion de ser uno mismo su orígen; pero, estando discordes entre sí, y no pudiendo conformarse, les dijo, «que él resolveria por sí lo que tuviese por mejor.» El dia siguiente, volviendo á su presencia los branquides á saber lo que les ordenaba, les mandó le siguiesen, y habiendo llegado á las puertas de la ciudad, entró dentro con la falanje y algunas tropas de caballería, á quienes se les ordenó, que luego que fuese dada la señal, saqueasen aquel abrigo de traidores, y los pasasen á todos á cuchillo, sin excepcion de alguno. Con lo que aquellos infelices indefensos, fuéron despedazados en las calles, y en sus casas, sin que bastase la semejanza de la lengua, los gritos, ni los ruegos á embarazar tan sangrienta crueldad. Arrasáronse enteramente los muros, porque no se ofreciese vestigio alguno de ciudad, y nó solo se arrancaron los bosques sagrados, sino tambien las raíces, para que aquel territorio quedase hecho una soledad estéril é infeliz: cuyas crecidas inhumanidades, si se hubiesen ejecutado contra los autores de la traicion, pudieran haber pasado por justificada venganza, y nó por barbarie intempestiva: pero, los descendientes padecieron el castigo que merecieron sus antecesores, aunque nunca vieron á Mileto, ni pudieron haberla entregado á Jerjes. Pasó Alejandro de allí hácia el rio Tanais, donde le fué presentado Beso, nó solo aprisionado, sino desnudo. Tentalé Espitamenes asido de una cadena que traia al cuello, cuyo objeto no pudo determinarse si fué mas grato á los bárbaros, que á los macedonios. Luego que le puso en la presencia del rey, le dijo Espitamenes: «para vengarte á tí, y á Dario (reyes mios) te traigo aquí á este malvado, que quitó la vida á su dueño, habiéndole aprisionado de la misma suerte que lo hizo con él. Resucite Dario; y pues fué indigno de aquel castigo, y merecedor de este consuelo, salga del infierno para aliviarse con semejante espectáculo.» Habiendo aplaudido Alejandro la accion de Espitamenes, se volvió á Beso, á quien dijo: «¿qué rabia tan de tigre se apoderó de tu corazon, pérfido y cruel mónstruo, para darte el atrevimiento de aprisionar á tu rey, y quitar inhumanamente la vida á tu bienhechor? Pero compraste al precio de un parricidio cierto el falso título de rey.» Entónces Beso, no atreviéndose á disculpar su delito, respondió: «que solo le habia tomado para entregarle el reino, y que si no lo hubiera hecho él, se habria apoderado otro de la corona.» Mandó el rey llamar á Oxatres, hermano de Dario, y le entregó á Beso, para que, después de haberle cortado las narices y las orejas, y puesto en cruz, le diesen muerte los bárbaros á tiros de saetas, preservando el cuerpo de los pájaros, para que ni aun ellos pudiesen aprovecharse de sus carnes. Encargóse gustoso Oxatres de lo demás, asegurando: «que por lo que miraba á preservarle de los pájaros, ninguno lo podia hacer mejor que Catenes;» de cuya maravillosa destreza en el manejo del arco quiso hacerle sabedor por este medio, siendo tan grande, que, no discrepando el tiro del blanco donde ponia la puntería, mataba los pájaros al vuelo. Y si bien esta habilidad pudo ser menos estimable por la frecuencia con que se ejercitaba, en él se tuvo por tan rara, que le granjeó grande aplauso. Premió el rey á todos los que le habian llevado á Beso, y difirió el castigo de su delito, para que le satisfaciese con su vida en el mismo lugar donde se la quitó á Dario.

VI. En el interin, habiéndose derramado en los forrajes algunos macedonios, fuéron cargados por los bandoleros que descendieron de los montes, y los mas cayeron prisioneros, y los bárbaros se los llevaron consigo, volviéndose á su retiro, en donde habia mas de veinte mil hombres, los cuales peleaban con arcos y hondas. Pasó el rey á sitiarlos, y hallándose de los primeros en el ataque, fué herido de una flecha en el hueso de una pierna, donde le quedó la punta del hierro. Afligidos del suceso, le sacaron los macedonios del combate, pero no pudieron hacerlo tan ocultamente, que dejasen de advertirlo los bárbaros, á quienes, hallándose en la eminencia del monte, no se les encubria nada de cuanto pasaba. Enviaron al dia siguiente embajadores al rey, el cual los hizo entrar en el campo, y quitándose las vendas, y cura de su herida, les enseñó la pierna, sin manifestarles la gravedad del daño, y habiéndoles permitido que se sentasen, le aseguraron: «que no les habia sido menos sensible á ellos la noticia de su herida, que á los mismos macedonios, y que si hubiesen podido descubrir al que tuvo el atrevimiento de cusársela, se le habrian enviado; pues era solo de impíos hacer guerra á los dioses: que vencidos de su incomparable valor ellos, y todos los pueblos que le seguian, se le rendian.» Habiéndolos asegurado el rey debajo de su palabra, y recobrado los prisioneros, los admitió á su obediencia. Levantado después el campo, se hizo llevar en andas: hubo gran competencia entre los de la caballería y los de la infantería sobre cuáles lo habian de hacer. Alegaban los primeros, que les tocaba, respecto de que de ordinario combatia con ellos; y los segundos, que nó sino á ellos, por estar en posesion de retirar á sus compañeros cuando se hallaban heridos, quejándose de que en ocasion que se les ofrecia conducir al rey, se les usurpase aquella honra. Hallóse Alejandro embarazado en la resolucion de contienda tan reñida de ambas partes, y no pudiendo complacer á los unos, sin disgustar á los otros, tomó el medio de mandar, «que lo hiciesen alternativamente.» Pasó desde allí en cuatro dias á la ciudad de Maracanda, la cual tiene setenta estadios de circunvalacion, aunque el castillo no se contiene dentro de murallas algunas, respecto de ser bastantemente fuerte por naturaleza. Dejó guarnicion en la ciudad, é hizo abrasar y arruinar todos los campos. Llególe allí un

embajador de los escitas abios, los cuales, en medio de haber conservado siempre su libertad desde la muerte de Ciro, venian entónces á rendirse al imperio de Alejandro. Estaban tenidos por los mas justos entre los bárbaros. Jamás hacian guerra, si no les obligaba á ella su natural defensa; y la libertad, que usaban con moderacion, no admitia diferencia entre grandes é inferiores. Habiéndolos recibido el rey benignamente, envió á uno de los principales de su corte, llamado Menidas, á los escitas de Europa, para que les intimase no pasasen el Tanais sin su permiso, para que reconociese tambien sus tierras, y juntamente los demás escitas que habitan sobre el Bósforo. Tenia elegido un lugar muy á propósito para fabricar una ciudad sobre el Tanais, á fin de mantener sujetos, así á los que habia reducido á su obediencia, como á los demás de quienes queria hacerse señor; cuyo intento atrasó la revolucion de los sogdianos, seguida de los bactrianos. Componíanse sus fuerzas de siete mil caballos, á quienes se habian agregado los demás; y pareciéndole á Alejandro que Espitamenes y Catenes, que fuéron los que le llevaron á Beso, serian suficientes á restituir á aquel pueblo á su obediencia, los despachó á este fin. Pero mal pudieran hacerlo, siendo los autores de aquella novedad, y quienes debajo de la falsa voz, que habian divulgado, «de que el rey llamaba la caballería bactriana,» á quien habian gobernado, «para hacer en ella un grande estrago;» les suponian, que, habiéndoseles cometido la ejecucion, la habian procurado evitar, por no incurrir en tan execrable delito contra su nacion, y porque no les era menos horrorosa la crueldad de Alejandro, que el parricidio de Beso. Con cuya noticia, amedrentados aquellos ánimos, bastantemente conmovidos ya, se acabaron de resolver á la guerra. Luego que el rey supo la infidelidad de aquellos dos traidores, dió órden á Cratero para que pusiese sitio á Cirópolis, y pasó él en persona á tomar en la misma region otra ciudad, donde luego que se dió la señal, fuéron pasados á cuchillo todos los que se hallaban en edad de poder tomar armas, quedando cuanto en ella habia por presa del vencedor, y arrasada la ciudad, para que contuviese el ejemplo de aquel castigo á los demás en su obligacion. Sin embargo, los memacenos, pueblo poderoso, se resolvieron á sufrir el sitio, teniéndole, nó solo por mas honroso, sino por mas seguro. Pero el rey, que deseaba reducirlos por medios blandos, les envió cincuenta caballeros para que les manifestasen la clemencia que le merecian los rendidos, y el rigor con que procedia contra los pertinaces. Respondiéronles, «que no dudaban de la benignidad, ni del poder de Alejandro; pero que tratasen de retirarse y de levantar sus tiendas lejos de las murallas.» Aunque pareciéndoles mejor medio el de la cautela para su alevosía, los recibieron después cortesmente, y habiéndoles dado un banquete de grande abundancia de manjares, quedando oprimidos de ellos, y rendidos al sueño, las pasaron á media noche á cuchillo. Noticioso el rey de tan cruel desacato, irritado puso sitio á la ciudad; pero, hallándose tan bien fortificada, que no era fácil rendirla á los primeros asaltos, dejó á Meleagro y á Perdicas en él, y con las tropas restantes pasó á juntarse con Cratero, que como dejamos referido, sitiaba á Cirópolis. Habia resuelto perdonar á esta ciudad en memoria de Ciro, su fundador, cuyas heróicas acciones, y las de Semíramis, ponderaba como excesivamente superiores á las de todos aquellos reyes. Pero la obstinacion de sus habitantes le irritó de suerte, que, habiendo tomado la ciudad, permitió su saqueo, haciéndola arrasar por los fundamentos: después de lo cual, renovándose su justa indignacion contra los memacenos, volvió á juntarse con Meleagro y Perdicas. Jamás se defendió plaza alguna mejor, pues además de haber perdido Alejandro en ella sus mejores soldados, se vió en gran peligro su persona; porque, habiéndole alcanzado en la cabeza una piedra, despedida con gran violencia, cayó tan privado de sentido, que todo el ejército le lloró por muerto; pero su corazon, que no se rendia con cuanto es capaz de abatir á los mas esforzados espíritus, desestimando la herida, apretó con tanto mayor calor en el sitio, cuanto aumentaba su natural ardor la ira que le ocasionó aquel accidente. Habiendo, pues, hecho minar el muro, se abrió una gran brecha, por donde entró en la ciudad, la cual fué puesta á saco, y arruinada por los fundamentos. Envió después á Menedemo con tres mil infantes, y ochocientos caballos á Maracanda, de donde Espitames habia echado la guarnicion macedónica, para quedar asegurado dentro, aunque contra el dictámen de los habitantes, los cuales en medio de no aprobar su rebelion, se hallaron precisados en lo exterior á mostrar que asentian á ella por no poder estorbarle. En el ínterin, el rey volvió á acampar sobre el Tanais, donde cercó de muros todo el espacio que habia ocupado su ejército, fundando allí una ciudad de setenta estadios de circunvalacion, á la que tambien puso por nombre Alejandría. Fué tan grande la diligencia que se puso en su fábrica, que en diez y siete dias quedó acabada, conociendo en su brevedad el trabajo y cuidado con que se emplearon todos á porfía á lo que estaba á su cuidado, y para su poblacion rescató de sus dueños á todos los prisioneros que habia, cuya posteridad floreció después entre aquellas naciones, por la memoria de Alejandro.

VII. Pero el rey de los escitas, que reinaba de la otra parte del Tanais, reconociendo que aquella ciudad edificada en aquel rio era un yugo que se imponia sobre su cerviz, envió á su hermano Cartasis con gran número de caballería para demolerla, y echar de allí las tropas macedónicas. Divide el Tanais á los bactrianos de los escitas de la Europa, así como á esta de Asia. Por lo que mira á los escitas vecinos de la Tracia, corren del oriente al septentrion, y no confinan con los sármatas, como algunos han creido, son, sí, parte de ellos. Dilatándose después en derechura, se juntan con los que habitan á la otra parte del Istro, y ponen fin á los términos del Asia de la parte de los bactrianos, que de todos los asiáticos son los mas septentrionales. No se ofrecen empero en todos aquellos parajes sino profundas selvas y desmesurados desiertos, si bien las tierras que miran al Tanais y á la Bactria están cultivadas como las mas pobladas. Aunque no se hallaba Alejandro con intento de acometer á los escitas, experimentando el atrevimiento con que á vista suya hacian correrías, no lo pudo tolerar, en medio de tenerle bien fatigado su herida, y sumamente debilitado el corto alimento que tomaba, y los crecidos dolores que padecia en la cabeza. Dábanle aun mayor cuidado que el enemigo, la gran concurrencia de contratiempos que se le ofrecian. La revolucion de los sogdianos y la de los bactrianos, el desacato de los escitas, y el estado en que se hallaba, el cual no le permitia mantenerse en pié, ni ponerse á caballo, hablar á sus tropas, ni dar las órdenes necesarias. Por cuyo interno y externo impedimento, «se quejaba de los dioses, lamentándose de verse en un lecho imposibilitado de poder obrar con el ardor y diligencia con que se habia defendido heróicamente hasta entónces, y expuesto á peligrar en el concepto de sus

mismos soldados, y á que atribuyesen estos á ficcion suya su dolencia. » Por lo cual, aunque habia dejado de consultar á los adivinos después de haber derrotado á Darío, volvió nuevamente á aquellas supersticiones llenas todas de imposturas. Ordenó, pues, á Aristandro, de cuya ciencia hacia grande aprecio, que inquiriese por medio de los sacrificios el suceso y fin de sus empresas. Era costumbre de los adivinos examinar las entrañas de los animales en parte donde no se hallase el rey, á quien participaban después, segun lo que habian observado, el presagio que denotaban. En cuyo ínterin llamó á su tienda á Efestion, á Cratero y á Erigio, con las guardas de su persona, y habiéndolos hecho sentar muy cerca de sí, para no necesitar de levantar la voz, y exponerse con la fuerza á que se le volviese á abrir la llaga, les habló en estos términos: « La coyuntura presente no puede ser mas contraria á mis intereses, ni mas favorable á los de mis enemigos; pero todo cede á la necesidad, mayormente en la guerra, donde no siempre corresponden las ocasiones á la solicitud y deseo con que se apetecen. Los bactrianos han sacudido el yugo que volvíamos á imponerles, pretendiendo á agenas expensas y peligro, y sin riesgo propio, hacer prueba de nuestro valor. Es indudable, que, si dejamos los escitas, que voluntariamente nos acometen para volver contra los rebeldes, nos despreciarán unos y otros. Pero tampoco lo es, si pasamos el Tanais, y con la ruína de aquellos nos mostramos invencibles, que hallemos vencedores franco el paso á la Europa. Siendo cierto que, cualquiera que mide los términos de nuestra gloria con el espacio que hemos de correr, se engaña, pues solo un rio se nos ofrece por impedimento, vencido el cual, se dilatarán nuestras armas por toda la Europa. ¿Tan corta gloria os parece que nos resultará de levantar nuestros trofeos, como en otro mundo, mientras sujetamos el Asia, y unir en brevísimo espacio por medio de una sola victoria lo que la naturaleza separó con tan dilatada distancia? Pero, por corto que sea el tiempo que nos detuviéramos, nos hallaremos con los escitas sobre nosotros. ¿Somos por ventura solos los que podemos pasar los rios? Nuestros mismos artificios, y las industriosas invenciones de que tan dichosamente nos hemos valido hasta aquí, se convertirán contra nosotros; porque la misma guerra enseña aun á los vencidos el arte de la guerra. No ha mucho que pudieron observar el medio de los odres de que nos valemos para pasar el rio; y cuando los escitas no acierten á usar de él, los bactrianos se lo enseñarán: fuera de que si hasta aquí se hallan solo con un ejército, esperan en breve otros. Con que, juzgando evitar la guerra, la atraeremos á nosotros, y en vez de hacerla ahora, como podemos, á satisfaccion y gusto nuestro, nos la harán entónces á pesar, y nó sin perjuicio nuestro. Esto es tan cierto, que no admite réplica. Lo que sí solo dudo, es, que los macedonios me permitan que obre como acostumbro, por mí, porque después de mi herida no he podido caminar á pié, ni á caballo; pero si quereis seguirme, veisme aquí sano, y con el vigor que basta para tolerar las fatigas de esta empresa, en la cual, si muriere, ¿dónde, ni en qué ocasion lo podré hacer con mayor gloria? » Habiendo expresado este razonamiento con voz tan débil y decadente, que aun los que se hallaron cerca, nó sin dificultad pudieron entenderle, procuraron todos disuadirle de su intento, y con especialidad Erigio, el cual no pudiendo reducirle por medio de su autoridad, procuró hacerlo por el de la supersticion, que era la que únicamente le contenia en algun recelo, diciéndole, que aun á los mismos dioses desagradaba su empresa, y que corria gran peligro si pasaba el rio; pues le habia asegurado Aristandro (á quien encontró en la tienda del rey), que las señales de las víctimas eran poco favorables ». Turbado y colérico Alejandro al oirle, no menos que del mal anuncio de que se hubiese descubierto la supersticion que habia tenido con tan gran secreto, le hizo callar al punto y llamar á Aristandro, á quien dijo: « Suponed, que no soy vuestro rey, sino solo una persona particular: ¿por qué habeis revelado á otro que á mí, lo que anunciaba el sacrificio que os pedí hicieseis? Vos habeis participado á Erigio lo que con mayor secreto tenia. Si bien no me persuado á que sea lo que él me ha dicho lo que vos le habeis revelado, sino lo que segun su miedo ha interpretado de las víctimas. Por tanto, os intimo con todo el poder y autoridad que tengo en vos que me declareis cuanto al presente habeis reconocido en las entrañas de los animales, para que no podais negar nada de lo que habeis dicho ». Quedó Aristandro tan confuso, y embargado del temor, que le faltó la voz, la cual se la recobró el que nuevamente le hizo concebir el riesgo que le pudiera causar la dilacion de su respuesta. Y así le dijo: «Es cierto, señor, que declaré, segun mi juicio que te empeñabas en una empresa peligrosa, pero nó sin fruto. Asegúrote que no me dan tanto cuidado las señales que por mi ciencia he reconocido, como los temores en que mi amor me pone. Veo mal asegurada tu salud, y considero cuántas vidas están pendientes de la tuya, y para decirlo de una vez, recelo que es mas tu valor que son tus fuerzas. » Entónces el rey le mandó que volviese á sacrificar, diciéndole: « Que confiase en su buena fortuna y se asegurase de que los dioses no habian limitado su gloria á la conquista del Asia. » Tratando poco después del modo de pasar el Tanais, volvió Aristandro, y le aseguró: « que nunca habia visto señales tan favorables: que eran bien diversas de las antecedentes, las cuales á la verdad le habian dado que temer, pero que en estas no tenia mas que desear. » Sin embargo, las noticias que recibió poco después interrumpieron el curso de sus continuadas prosperidades. Dejamos referido, que habia enviado á Menedemo, para que sitiase á Espitamenes, autor de la revolucion de los bactrianos; este, pues, noticioso de su jornada, creyó mas conveniente que esperarle dentro de sus murallas, disponerle una emboscada en el mismo camino por donde habia de pasar; con cuyo fin eligió un territorio cubierto todo de bosques, y como tal muy á propósito para el intento. Hizo ocultar en él á los dahos, los cuales acostumbran montar bien armados, dos en un caballo, y arrojarse á tierra en medio de la refriega con tan admirable disposicion, unas veces unos, y otras otros, que rompen los mas vigorosos escuadrones, respecto de ser su ligereza igual á la de los caballos. Habiéndoles mandado Espitamenes que cercasen el bosque, se ofrecieron improvisamente al enemigo, por los costados, por el flanco y por la espalda. Menedemo, aunque se vió rodeado por todas partes y con inferior número de tropas, resistió largo tiempo, diciendo á grandes voces: « Que pues se hallaban asaltados y empeñados en aquellos lugares, no les quedaba otro recurso que el de morir como hombres de valor y el de vender caras sus vidas. » Iba en un generoso caballo, en el cual entraba y salia muchas veces á toda rienda por en medio de los enemigos, en quienes hizo considerable mortandad; pero, cargados todos en él y faltándole la sangre, por la mucha que habia vertido de las innumerables heridas que reci-

bió, pidió á uno de sus amigos, cuyo nombre era Ilipsides, que se pusiese en su caballo y se salvase; diciendo esto, cayó en tierra muerto. Podia Ilipsides retirarse fácilmente; pero, habiendo perdido á su amigo, quiso antes morir con él vengándole que librarse con la nota de no haberlo hecho; y así cayó oprimido de las continuadas heridas que recibió después de pelear valerosamente. Á vista de lo cual, ganaron los que habian quedado de la derrota, una pequeña eminencia, donde fuéron acometidos del enemigo y oprimidos del hambre, la cual les obligó á que se rindiesen. Perdió Alejandro en este reencuentro dos mil infantes y trescientos caballos, si bien dispuso con su prudencia que estuviese oculta la noticia de este contratiempo, á cuyo fin prohibió bajo pena de la vida, á los que volvieron de padecerle, que le revelasen.

VIII. Sin embargo, no pudiendo Alejandro subsistir mas tiempo en la disimulacion de su cuidadoso sentimiento, se retiró á la tienda, que habia mandado disponer á orilla del rio, donde se mantuvo solo, pensativo y desvelado en lo que debia resolver. Levantaba á todas horas las cubiertas de su pabellon para divisar los fuegos de los enemigos, por si podia reconocer por ellos el número de que se componia su ejército. Luego que rompió el dia echó mano de sus corazas, y se presentó á la vista de sus soldados, que hasta entónces habian estado privados de ella desde su última herida. Era tan grande la veneracion que le tenian, y tal la confianza que hacian de su invencible valor, que con su presencia perdieron todos sus temores, acreditando su gozo en las lágrimas que arrojaba á sus ojos el mismo gusto. Llegaban todos á besarle la mano, y á mostrarle con animosidad y brio el enemigo, contra quien poco antes habian medrosamente rehusado ir. Díjoles Alejandro, « que haria pasar su caballería y falanje en barcas, y en odres á los que iban armados á la ligera. » Ni el estado presente de las cosas, ni el de su indisposicion permitia mas dilatado razonamiento. Trabajaron los soldados con tan gran vigilancia y presteza en las barcas, que en tres dias tuvieron hechas doce mil. Hallábase todo dispuesto para pasar el rio, cuando llegaron al campo á caballo veinte embajadores de los escitas, segun su estilo, pidiendo se les permitiese hablar al rey. Habiéndolos hecho entrar Alejandro en su tienda, los mandó sentar: hiciéronlo así, manteniéndose algun tiempo sin quitarle los ojos, ni articular palabra; suspension que sin duda se la causaria, á la que juzgo, el que regulando ellos, segun acostumbran, por la disposicion del rostro y gentileza del cuerpo la grandeza del ánimo, hallarian, que no correspondia la mediana estatura de Alejandro á lo que de su invencible valor publicaba la fama. Sin embargo, es preciso conceder, que los escitas son menos rudos y groseros que los demás bárbaros: pues se refiere que entre ellos hubo algunos que profesaban las letras, en aquella manera que es permitido á la capacidad de los que siguen siempre el manejo y uso de las armas. Consérvannos hasta hoy las historias la oracion que hicieron á Alejandro, la cual, aunque no dudo que parezca extraña, y poco conforme á la elegancia de la locucion, que se practica en siglo tan culto, donde está delicadísimo el gusto de los ingenios, no creo con todo que se desprecie, antes juzgo que sea grata la puntualidad que observamos en la historia, la cual nos obliga á referir los sucesos, sin alterar algunos, conforme los hallamos. Lo que sabemos, pues, es, que el mas anciano de ellos habló á Alejandro en esta substancia: « Si la voluntad de los Dioses te hubiese concedido la estatura del cuerpo correspondiente á tu desmesurada ambicion, toda la redondez del universo seria estrecho ámbito para la magnanimidad de tu corazon; tocarias con una mano el oriente, dilatarias la otra al occidente, y pretenderias tambien seguir el curso del sol hasta averiguar adonde se oculta ó se apaga su hermoso esplendor, sin que se saciase nunca tu inmoderacion de aspirar á cuanto no te es posible conseguir. Pasaste de la Europa al Asia, y del Asia á la Europa, desde donde, después de haber reducido á tu obediencia á todo el mundo, harás guerra á los rios, á los bosques, y á las fieras; ¿pero qué, ignoras que los mas corpulentos árboles, los cuales han necesitado de largo tiempo para su aumento, están expuestos al riesgo de verse instantáneamente derribados, y arrancados de raíz? No es prudencia atender solo al fruto que producen, sin considerar su elevacion, y el peligro de su caída. Advierte, que si pretendes penetrar hasta lo mas encumbrado, será muy posible que te enredes entre las últimas ramas, y caigas con ellas. El leon, aunque fuerte y generoso, sirve tal vez de alimento á los menores pájaros; y el hierro, en medio de su dureza, de ordinario se ve consumido por el orin: finalmente, nada hay en la naturaleza, que no pueda menoscabarse por lo mas débil, y al parecer menos vigoroso. ¿Por ventura, nosotros, qué tenemos contigo? Nunca hemos puesto los piés en tus dominios. ¿Es acaso culpa de los que viven en los bosques, ignorar quién seas, y de dónde vengas? Nosotros, ni pretendemos obedecer, ni mandar á nadie: y para que entiendes cuáles son los escitas, sabe, que hemos recibido del cielo, como rico presente, una yunta de bueyes, una flecha, una lanza y una taza: esto es de lo que usamos, con lo que servimos á nuestros amigos, y de lo que nos valemos contra nuestros enemigos. Del trigo, que adquirimos por medio de la fatiga de los bueyes, hacemos partícipes á nuestros amigos; de la taza nos servimos para sacrificar en ella el vino á los dioses; de la flecha, para dispararla de lejos contra nuestros enemigos; y de la lanza, para herirlos de cerca. Con estos instrumentos vencimos primero al rey de Siria, después al de Persia y á los medos, y nos abrimos el camino para Egipto. ¿Mas tú, que blasonas de venir á exterminar los salteadores, no conoces que eres el mayor ladron del mundo? Robaste y saqueaste todas las naciones que venciste: apoderástete de la Lidia; invadiste la Siria, la Persia y la Bactria: penetraste hasta la India, y vienes ahora aquí á hurtarnos nuestros ganados; porque, no pareciéndote hermosas tus manos, sino cuando están llenas, buscas siempre nuevas presas. ¿Qué has de hacer de tan inmensas riquezas, las cuales solo sirven para aumentar tu sed? Tú eres el primero que ha hecho carestía de la abundancia; como si cuanto posees no fuese poderoso incentivo para obligarte á desear con mayor vehemencia lo que no tienes. ¿No adviertes el tiempo que ha que te detienen los bactrianos? Mientras tú los sujetas, se rebelarán los sogdianos, y no sacarás otro fruto de la victoria, que el de una semilla para nueva guerra; porque supongo, que seas el mayor, y mas poderoso príncipe del mundo: ¿tan fácil te parece que es el querer admitir por señor á un extraño? Pasarás el Tanais, y reconocerás solamente toda la extension de nuestras campañas; desearás entónces seguir á los escitas; pero desengáñate desde ahora, de que lo consigas: porque nuestra pobreza será siempre mas ágil que tu ejército, cargado de los despojos de tantas naciones; y cuando mas distantes nos juzgues, nos hallarás dentro de tus mismos alojamientos, pues con la misma velocidad que huimos de los enemigos, carga-

mos en ellos. Tengo entendido que entre los griegos pasan por proverbio los desiertos de los escitas. Es cierto, que estimamos mas estos, y nuestros incultos lugares, que vuestras grandes ciudades y fértiles campañas. ¿Quieres admitir un saludable consejo, que en la coyuntura presente es el mejor que puedo darte? Pues advierte, que es la fortuna deleznable: ténla bien asida, porque no te se huya; que aun así no podrás detenerla si gusta de dejarte; ó á lo menos pónla freno para que puedas regirla mejor. Es comun sentir de los nuestros, que la fortuna no tiene piés, sino manos y alas, y que cuando franquea aquellas, no permite que se la llegue á tocar en estas. Finalmente, si eres Dios, debes con generosa liberalidad dilatar en los mortales los beneficios, y no usurparles los que gozan; y si eres hombre, tener siempre presente tu humana naturaleza; porque es gran delirio pensar solo en lo que nos abstrae de la memoria de nuestro sér. Los que dejares en paz, te serán fieles amigos: porque las mas firmes amistades las concilia la igualdad de las personas; y esta juzgan la tienen entre sí los que no han llegado á medir sus fuerzas: pero no te persuadas á que te sean afectos los que quedaron vencidos, pues nunca hay amistad entre el señor y el esclavo; el cual, en el mayor sosiego de la paz, conserva siempre reciente la memoria de la guerra, á quien mira como medio único de sacudir el áspero yugo de su servidumbre. En cuanto á la seguridad de nuestra alianza contigo, no es estilo, que practicamos los escitas, el de ofrecerla por medio del juramento, porque no conocemos otro, que el de guardarla con firmeza, sin necesitar para ello de jurarla. Quédense para los griegos estos resguardos, las solemnidades de firmar sus contratos, y de llamar á los dioses por testigos de sus promesas; que nosotros solo fundamos nuestra religion en la observancia de nuestra buena fé, persuadidos á que no hará escrúpulo de burlar á los dioses, quien no se avergonzare de faltar á su palabra á los hombres, y á que tú no necesitas de amigos, cuya fidelidad te sea sospechosa. Quedaremos, pues, por guardas tuyas de la Europa y del Asia; cuyo cuidado, ¿de quién mejor le puedes fiar, que de los que te somos vecinos, así por lo que mira á Macedonia, con quien se dice que confina la Tracia, hasta donde nos dilatamos, como á la Bactria, de quien solo nos separa la extension del Tanais? Resuelve, pues, que tuvieres por mejor, ó elegirnos por amigos, ó declararnos por enemigos.»

IX. Tal fué la oracion del bárbaro, á quien Alejandro respondió en breves palabras: «que él se valdria de su fortuna, y de su consejo; de aquella, para continuar en la misma confianza que lo habia hecho siempre; y de este, para no emprender nunca temeridad alguna.» Y habiéndolos despedido, hizo entrar á su ejército en las barcas dispuestas, y poner en las proas de rodillas á los soldados que iban armados con escudos, para que se preservasen mejor de los tiros de las flechas, y detrás de ellos en pié á los que tenian el cuidado de las máquinas, cubiertos por delante y por los lados de soldados, prevenidos de todas armas. Los demás que seguian las máquinas llevaban escudos sobre las cabezas, unidos unos con otros, con los que defendian á los remeros, armados de coseletes. Observaron el mismo órden las demás barcas que conducian la gente de á caballo, cuya mayor parte llevaban por la popa de las riendas los caballos, que pasaban nadando, y las barcas daban abrigo á los que iban sobre los odres llenos de paja. Fué el rey el primero que partió con el suyo, asistido de una tropa escogida, á tomar la ribera contraria; la cual defendian los escitas con su caballería, dispuesta en tan buena forma, que no pudo tomarla. Causó á los macedonios mayor terror que el formidable aspecto de tan poderoso ejército como el que se les ofreció en órden de batalla sobre la ribera, el riesgo en que se hallaron en medio del rio; porque cargando los impetuosos embates de la corriente en los costados de las barcas, impedian á los que las gobernaban el que lo pudiesen hacer, y derribaban á los soldados; los cuales, asiéndose de todo por no caer al agua, estorbaban el uso de los remos, en cuyo desórden y confusion mal podian disparar los dardos los que atendian mas que á combatir á no zozobrar. Todo su remedio le debieron á las máquinas; las cuales arrojaron de sí tan gran cantidad de piedras, que hicieron retroceder á buen paso á los que tanto se habian adelantado. Sin embargo, fué tal la inundacion de flechas que dispararon los bárbaros en las barcas, que apenas hubo escudo que no le dejasen reducido á menudos pedazos; pero, luego que los macedonios empezaron á tomar tierra, puestos á un tiempo en pié los que iban resguardados de los escudos, y disparando con mas firmeza y libertad sus dardos, ninguno dejó de hacer efecto en los enemigos, contra quienes luego que los vieron en desórden, y que retiraban sus caballos, saltando en tierra con imponderable gusto, cargaron con sumo ímpetu y ardor, unos y otros; en cuya retirada, hallándose pronta la caballería, los siguió hasta acabar de romperlos, mientras que los demás, cubiertos de los escuadrones, y de los que combatian, se dispusieron á hacerlo de refresco. Suplia el rey con su vigoroso espíritu la falta de sus fuerzas: no se le podian percibir las voces con que animaba á los soldados, por la debilidad á que le tenia reducido la molestia de la herida, que aun conservaba abierta; pero, veian todos el valor con que combatia, cuyo ejemplo estimulaba de suerte á los soldados, que, haciendo ellos mismos el oficio de los cabos, se animaban unos á otros, y se arrojaban en medio de los enemigos. No pudiendo ya resistir mas tiempo los bárbaros los valerosos esfuerzos de los macedonios, su presencia, ni sus gritos, habiendo enfrenado sus caballos (por ser toda su gente de caballería), se entregaron á rienda suelta á la fuga. Y si bien el rey no se hallaba en estado de fatigarse mucho, no dejó de seguirlos por espacio de ochenta estadios, hasta que, faltándole las fuerzas, ordenó á los suyos que continuasen el alcance, en cuanto durase el dia, y se retiró á su alojamiento, para lograr algun descanso, y esperar sus tropas; las cuales habian pasado mas allá de los límites de Baco, á quienes representan ciertas piedras crecidas, á distancia unas de otras, y algunos árboles de gran magnitud, cuyos troncos estaban cubiertos de yedra; habiéndolos alejado tanto el ardor y ansia de alcanzarlos, que no volvieron hasta mediada la noche al campo, después de haber muerto infinitos enemigos y hecho muchos mas prisioneros, y una presa de mil y ochocientos caballos, sin haber tenido mas pérdida en aquel combate, que la de sesenta caballos, y cien infantes, ni haber pasado de mil los heridos. La fama de esta expedicion y de victoria tan oportuna acabó de asegurar en la obediencia de Alejandro el Asia, y de sosegar las inquietudes y alteraciones que en la mayor parte de ella se habian suscitado; porque, si hasta antes de su derrota estaban en concepto de invencibles los escitas, ya confesaban después de ella todos, que no habia nacion que no debiese ceder á los macedonios, como lo dieron á entender los saces en la demostracion de despachar embajadores al rey, ofre-

ciéndole su obediencia, movidos, mas que de su valor, de la clemencia que usó con los escitas, cuyos prisioneros restituyó sin rescate alguno: mostrando con esta accion, que solo habia combatido con nacion tan belicosa por emulacion de gloria, y nó por odio que la tuviese. Recibió, pues, con gran benignidad á los embajadores de los saces, y nombró á Excipino para que los acompañase; el cual, por su florida edad y hermosura se habia granjeado la gracia del rey, con no menor valimiento que Efestion, á quien aunque era igual en la disposicion y belleza del cuerpo, no en la gracia y viveza del espíritu. Y habiendo ordenado á Cratero, que le siguiese á cortas jornadas con la mayor parte de sus tropas, llegó á la ciudad de Maracanda, de donde, advertido de su venida, Espitamenes, habia salido fugitivo para Bactria. Desde ella llegó en cuatro dias de camino al paraje en que Menedemo habia perdido los dos mil infantes y trescientos caballos, como dejamos referido, á quienes mandó dar sepultura, y que se les hiciesen sus exequias. Habíase juntado ya Cratero, en cumplimiento del órden que tenia, con Alejandro; el cual, deseoso de que tuviesen todos parte en el castigo, pues le habian tenido en la rebelion, separó sus tropas, y mandó talar la provincia, y pasar á cuchillo á todos los que se hallasen en edad de poder tomar las armas.

X. Hállase la mayor parte de la region sogdiana desierta, cuya extension, compuesta toda de vastas soledades, es de ochocientos estadios; dilátase en derechura por un gran territorio, al cual baña un rio, llamado por los naturales Politimeto. La estrechez de su canal es causa de la rapidez con que corre, hasta que á alguna distancia se oculta debajo de tierra, sin que dé mas señas de su curso que las que ofrece el ruído de sus aguas; porque en la tierra, debajo de la que pasa, no se reconoce, en medio de ser tan caudaloso, gota alguna de agua, ni de la menor humedad. Fueron llevados al rey treinta mancebos, de los mayores señores de aquella region, que se hallaron entre los prisioneros, de gentil estatura y admirable disposicion; los cuales, sabiendo que los conducian al suplicio por órden de Alejandro, manifestaron en alegres canciones y en danzas y en otras demostraciones festivas su gran regocijo. Del cual admirado el rey al ver que celebrasen con aquel valor y gusto su próximo fin, mandó que los volviesen á su presencia, donde les preguntó por la causa de él, cuando tan cercana tenian la muerte. Respondiéronle: «Qué así como les seria esta muy sensible por órden de otro que no fuese él, solemnizaban con gran gusto suyo, volverse á sus antecesores, por la de un rey, vencedor de todas las naciones, con una muerte tan gloriosa y digna de que la apeteciesen los hombres de mayor valor.» Admirado el rey de aquella grandeza de ánimo, les preguntó: «¿Si querian la vida, con calidad, de que no habian de ser mas sus enemigos.» A que le respondieron: «Qué nunca lo habian sido, pues si le habian acometido, solo fué por defenderse. Y que si así como usó de la violencia para ganarlos, se hubiese valido de la blandura, no habrian permitido que les fuese superior en la cortesanía.» Preguntóles por último: «¿Qué prenda le daban de su fidelidad?» Y ellos le dijeron: «Qué ninguna mas que la misma vida, que recibian de su benignidad, la cual tendrian siempre pronta y dispuesta para cuando se la volviese á pedir;» cuya palabra cumplieron tan exactamente, que los que se volvieron á sus casas, mantuvieron en inmutable obediencia sus pueblos; y cuatro que puso en la guarda de su persona, le conservaron tan gran fidelidad y amor como cualquiera de los macedonios. Habiendo, pues, dejado en aquella region á Peucolao con tres mil infantes, por no ser necesarias allí mayores fuerzas, pasó á Bactria, de donde hizo llevar á Beso á la Ecbatania, para que se le diese el último castigo que merecia su delito. Casi al mismo tiempo le llevaron Tolomeo y Menidas tres mil infantes y mil caballos que habian levantado á sueldo suyo, á los que se juntaron otros tres mil infantes y quinientos caballos, que tambien llevó de Licia cierto Alejandro, é igual número de Siria, bajo el mando de Asclepiodoro, sin ocho mil griegos que habia enviado Antípatro, entre los que iban quinientos caballos. Con tan considerable refuerzo marchó á sosegar las inquietudes y desórdenes de las provincias sublevadas, en las que, habiendo hecho dar muerte á los autores de las rebeliones, llegó en cuatro dias al rio Oxo; cuyas aguas corren siempre tan turbias y dañosas que son incapaces de beberse, respecto de la gran porcion de cieno que llevan. Por lo cual se dedicaron los soldados á abrir pozos, aunque sin haber podido hallar, por mas que habian ahondado, agua alguna, cuando se descubrió en la tienda del rey una fuente; la cual, por no haberse reconocido al principio, se divulgó se habia aparecido repentinamente; cuya voz no disgustó á Alejandro, ni tampoco que se creyese habia sido favor de los dioses. Pasó después los rios Oco y Oxo, y llegó á la ciudad de Marginia, en cuyas cercanías eligió cómodo sitio para fundar seis ciudades, dos hácia el mediodía y cuatro hácia el oriente, á corta distancia unas de otras para que pudiesen mas fácilmente ser entre sí socorridas. Levantábanse sobre altas colinas, y servian entónces de freno á aquellos pueblos nuevamente conquistados, si bien en el dia de hoy, olvidadas de su orígen, obedecen á sus antiguos esclavos.

XI. Habiendo pacificado Alejandro la mayor parte de aquella region, no le quedaba por reducir mas que una gran peña, que defendia Arimaces, sogdiano con treinta mil hombres de guerra y municiones para dos años. Contenia aquel lugar treinta estadios de altura y ciento y cincuenta de circúito. Ofrecíase por todas partes desgajada y rota, sin que pudiese penetrarse su altura sino por una senda muy estrecha y quebrada. En medio de la cual habia una gruta, cuya entrada era muy estrecha y obscura, aunque cuanto mas dentro se llegaba, tanto mas se iba ensanchando hasta lo último de ella, donde se ofrecian muy grandes conductos, de los que salian infinitas fuentes, cuyas aguas todas acumuladas formaban un rio que corria por entre las rocas. El rey, habiendo reconocido la dificultad del lugar, estuvo en resolucion de dejarle; pero, deseoso después de superar aun á la misma naturaleza, la cual parece le habia fortificado contra las fuerzas y poder de los hombres, mudó de dictámen, si bien antes de empeñarse en aquel sitio, envió á Cofas, hijo de Artabazo, á los bárbaros para persuadirles á que se rindiesen; á cuya instancia respondió Arimaces, confiado en su fortaleza, con gran arrogancia, preguntando por último, «¿si Alejandro, que lo podia todo, podia tambien volar?». Con lo cual quedó tan irritado el rey que sin dilacion alguna juntó sus cabos, para ponderarles la insolencia con que el bárbaro se burlaba de ellos, dándoles á entender, que no tenian alas; pero que bien apriesa le haria conocer que los macedonios cuando querian se transformaban en pájaros: para cuyo fin dió órden de que se escogiesen trescientos hombres de los mas robustos y ágiles de sus tropas, y que fuesen, si pudiese ser, montañeses, que en otras ocasiones hu-

biesen conducido ganado por lugares ásperos. Luego que los trajeron á su presencia con todas las calidades que los habia pedido, les dijo, después de haberlos reconocido uno á uno: «Con vosotros, ó valerosos jóvenes, compañeros mios, rendí las plazas, que hasta entónces habian tenido por impenetrables todos: penetré los montes, á quienes cubren contínuamente las nieves, pasé los rios, corté los estrechos de Cilicia, resistí el insoportable frio de la India. Conoceisme, y conózcoos. Esa peña que veis no tiene mas que una entrada, la cual guardan los bárbaros, descuidando lo demás. No tienen centinela alguna, sino por la parte que mira á nuestro campo. No dudo, que si os aplicais cuidadosamente á buscar alguna senda, por la cual se pueda penetrar á la altura de la peña, que la halleis, pues no ha producido la naturaleza nada tan inaccesible, que no pueda vencerlo el valor y virtud de los hombres. Intentando una empresa, de la que los demás desesperaron, quedaremos señores del Asia. Penetrad animosamente hasta la cima, y hacedme desde ella, luego que la hubiereis ganado, señal con un lienzo blanco, que yo os prometo no dejar de atraer á mí al enemigo con mis tropas, desembarazándoos de él. Al primero que llegare á lo alto de la peña, ofrezco por premio de esta accion diez talentos, uno menos al segundo, y á esta proporcion á los demás, hasta el décimo. Espero que, mas que el interés, os animará la honra y el deseo de darme gusto.» Oyeron al rey con tan grande ánimo, que ya se suponian sobre la peña, y, despedidos de él, se previnieron de muchas cuñas de hierro para fijarlas en las piedras, de muchas hebillas y de muy gruesos cordeles. Y habiendo cercado el rey el monte con ellos, les dió órden de entrar á la segunda vigilia de la noche, por la parte que parecia menos áspera, pidiendo á los dioses los condujesen felizmente. Proveyéronse de víveres para dos dias, y, no llevando mas armas que su espada y lanza, empezaron á subir. Hacíanlo al principio por sus piés; pero, cuando era necesario trepar, se asian unos de las piedras, que alcanzaban, y subian por sí mismos, otros por las cuñas de hierro, que fijaban en forma de escalones, y otros sostenidos de las cuerdas, que les echaban los primeros, ó de las que arrojadas por ellos solian asirse en algun risco; en cuyo penoso trabajo gastaron el dia entre el susto y la fatiga. Quedábales empero que vencer lo mas áspero y no parecia sino que cuanto mas penetraban para llegar á su altura, tanto mas crecia esta; á cuyo desconsuelo se les allegaba el horrible espectáculo de los compañeros, que se precipitaban, y la consideracion de lo expuestos que estaban á padecer el mismo riesgo. Sin embargo, cediendo todas las dificultades á su generosidad, ganaron la cumbre de la peña; pero tan rendidos de la fatiga, que, embargados del sueño á que ayudaba la noche, se echaron por aquel áspero suelo, depuesto el cuidado del peligro en que estaban, sin que despertasen de aquel profundo sueño hasta el dia siguiente, que, dilatando la vista por todas partes, sin poder descubrir el lugar á donde se ocultaba tan numerosa gente, vieron por último el humo que salia de la gruta donde estaban los enemigos: con lo cual, habiendo hecho la señal, conforme se lo habia ordenado el rey, y reuniéndose, hallaron ser treinta y dos menos, que habian muerto al subir. El rey, en quien no era menor que el deseo de obtener aquella empresa, el cuidado en que estaba del suceso de aquellos mancebos, á quienes habia expuesto á tan conocido riesgo, se mantuvo todo el dia en pié, sin quitar la vista de la peña, y sin haber querido retirarse á descansar, hasta que fué muy de noche. Fué el primero que, á la mañana del dia siguiente, alcanzó á ver la señal; y si bien no acababa de asegurarse de ella, receloso de que no se equivocasen sus ojos, y fuese aquella blancura que veia efecto de la claridad, que causaba el alba en el nacimiento del dia, y no la que deseaba, aumentada la luz de este, acabó de confirmarse en ella: con lo cual, habiendo mandado llamar á Cofas, que era de quien se habia valido para averiguar la voluntad de los bárbaros, le envió nuevamente para que los exhortase á que mirasen mejor lo que resolvian; y para que en caso de que los hallase obstinados, les mostrase á los que tenian á sus espaldas sobre la cumbre. Hizo Cofas lo que pudo por reducir á Arimaces á que se rindiese, representándole, «que se lo agradeceria el rey si desistia de detenerle en la expugnacion de una peña, atrasando la prosecucion de las grandes empresas que le llamaban; pero el bárbaro se hallaba tanto mas lejos de persuadirse á sus instancias, cuanto le respondió con palabras de mayor aspereza y soberbia, intimándole, que se volviese. Entónces Cofas, tomándole de la mano, le pidió, que saliese con él fuera de la gruta, y habiéndolo hecho el bárbaro, y mostrándole á los macedonios alojados en la cumbre, le dijo, burlándose con razon de su orgullo, «que los soldados de Alejandro tenian alas;» á cuyo tiempo, resonando por todas partes las tropas del campo de los macedonios, y los gritos que en testimonio de su alegría y de la seguridad de la victoria, esparcian por todo el ejército, accidentes que, aunque tan vanos por sí todos, como muchos que suceden en la guerra, amedrentaron de suerte á los bárbaros, que los enagenaron de la razon, para que sin considerar en el corto número de los que ocupaban la eminencia, llamasen inmediatamente á Cofas, que los habia puesto en aquel terror, y despachasen en su compañía treinta personas de las mas principales de entre ellas, para que ofreciesen la peña con calidad de que les asegurasen las vidas. Y si bien el rey no dejaba de hallarse receloso de que los bárbaros, reconociendo el corto número de los suyos, los precipitasen de la cumbre, confiado por una parte en su fortuna é irritado por otra del atrevimiento de Arimaces, rehusó concederles condicion alguna. Á vista de cuya resolucion, desesperando Arimaces de sus cosas mas de lo que pedia el estado de ellas, descendió con sus parientes y la principal nobleza de su gente al campo de Alejandro, el cual los hizo azotar con varas, y después poner en cruz al pié de la peña. La muchedumbre de los rendidos se dió á los habitantes de las nuevas ciudades, con todo su dinero, y el gobierno de la peña y de toda la provincia confinante á Artabazo.

LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO DE ESTE LIBRO.

I. Habiendo sujetado Alejandro á los dahos y á los sogdianos, le ofrecen los escitas en matrimonio á la hija de su rey: mata por sí solo un leon en una caza: poco despues dá muerte á Clito en un festin, por la gran libertad con que habló de él.—II. Arrepiéntese Alejandro de haber muerto á Clito: sus expediciones contra Sysimethres, y los tránsfugas bactrianos: muerte de Filipo, mancebo ilustre y de crédito.—III. Manda Alejandro á la mujer de Espitamenes, que le llevó la cabeza de su marido, á quien habia muerto, que salga fuera del campo: venga algunas provincias de los ultrajes de algunos gobernadores.—IV. Vese en riesgo de perderse todo el ejército de Alejandro con el rigor del frio, caminando á Gabaza: constancia del rey, y su gran humanidad con los soldados: su casamiento con Rojana.—V. Mientras ocupa sus pensamien-

tos solo en la expedicion de la India, se ensoberbece por la malicia de los lisongeros, y quiere se le reconozca por hijo de Júpiter: lo cual condena Calístenes en un discurso grave y juicioso.—VI. Conspiracion contra Alejandro, ocasionada de un agravio hecho á Hermolao: descúbrese, y aunque Calístenes está inocente, le incluyen entre los autores de ella.—VII. Hermolao hace una invectiva contra Alejandro, y prueba que Calístenes está inocente.—VIII. Respuesta de Alejandro á la invectiva de Hermolao: castigo de los conjurados, y del inocente Calístenes.—IX. Hermosa descripcion del rio Indo, del Ganges, del Diardene, de la India, de sus habitantes, de sus reyes, y de sus sabios.—X. Sujeta Alejandro con admirable felicidad diversos pueblos de la India, aunque nó sin efusion de sangre.—XI. Pone sitio Alejandro á Aorno, peña y fortaleza inaccesible, y tómala habiéndola abandonado los de dentro.—XII. Omfis, príncipe poderoso, se rinde á Alejandro con su reino: pero conservale en él: presentes que se hacen ambos.—XIII. Hace Alejandro la guerra al rey Poro, á persuasion de Omfis: principios dudosos de esta lucha.—XIV. Combate sangriento entre los indios, y los macedonios: gran valor de Poro, á quien Alejandro trata con real clemencia.

I. Apoderado Alejandro de aquella peña con mayor crédito que gloria, y pareciéndole conveniente aprovecharse de la ocasion de hallarse esparcidos los enemigos, dividió en tres partes su ejército, de las cuales dió una á Efestion, otra á Ceno, y reservó para sí la restante; pero, nó todos los bárbaros siguieron un mismo partido, porque algunos fuéron sojuzgados por medio de las armas, y la mayor parte se rindió voluntariamente, logrando que se distribuyesen en ellos las ciudades y tierras de los que se mostraron pertinaces. En tanto los bactrianos, que se habian dado al merodeo, forrajeaban en los villajes vecinos con ochocientos caballos masagetas; noticioso de ello Attinas, gobernador de la provincia, quiso reprimir su atrevimiento, y despreciando, mas de lo que deberia, el número de los que se habian levantado, marchó contra ellos con trescientos caballos; pero, los enemigos, ocultándose en un bosque, que estaba inmediato á una dilatada campaña, dejaron descubierto algun número de gente, que separaron de las tropas, para que la codicia de la presa los llevase á la emboscada. Marchando, pues, aquel inconsiderado capitan desordenadamente, y sin mas cuidado que el de cumplir su deseo, no hubo bien entrado en el bosque, cuando improvisamente fué cargado y derrotado con toda la gente que llevaba. Pasó inmediatamente aquella noticia á la de Cratero, el cual, acudió allí con toda su caballería; pero, habiéndose retirado ya los masagetas, descargó su cólera en los dahos, con muerte de mil hombres, lo cual acabó de poner fin á todos los movimientos de la provincia. El rey por su parte, habiendo sojuzgado nuevamente á los sogdianos, volvió á Maracanda, donde Berdes, á quien habia despachado á los escitas, que habitan sobre las riberas del Bósforo, le vino á encontrar con sus embajadores. Fratafernes, sátrapa de los corasmios, viendo sojuzgados á los masagetas, y después á los dahos sus vecinos, le envió tambien á dar la obediencia. Pedíanle los escitas, « que se casase con la hija de su rey, y que si no la juzgaba digna de aquel honor, permitiese á lo menos, que los principales de su corte hiciesen alianza con los primeros señores de su nacion, ofreciéndole, que su mismo rey vendria en persona á verle. » Recibió Alejandro una, y otra embajada con demostraciones de gran benignidad, y después de haberse detenido allí algunos dias, para esperar á Efestion y á Artabazo, pasó luego que llegaron á Bazaria. En cuya region, su mayor magnificencia consistia en bosques poblados de fieras, para cuyo efecto elegian grandes selvas, bañadas de gran cantidad de agua, las cuales cerraban con murallas guarnecidas de torres, donde pudiesen retirarse los cazadores. Mostraron al rey una selva donde habia mas de trescientos años que no se cazaba. Entró en ella el rey con todo su ejército, y habiendo hecho que conmoviesen las fieras por todas partes, separándose de las demás un leon de rara y desmesurada grandeza, se fué á él; á cuyo tiempo, anticipándose Lisímaco, que reinó después, y entónces se hallaba al lado del rey, á dispararle un dardo, le ordenó este que se retirase, diciéndole, « que tambien podia él matar á un leon, como lo habia hecho Lisímaco: porque cazando cierto dia este príncipe en Siria, mató Lisímaco un leon de prodigiosa grandeza, aunque con la costa de haber sacado una herida en la espalda izquierda, que le penetraba hasta el hueso, la cual, le redujo al último peligro: así Alejandro, zahiriéndole con ella, lo ejecutó aun mejor que lo dijo, pues, no solo hizo rostro á la fiera, sino la dió muerte á la violencia de un golpe. Cuyo suceso, si no me engaño, tengo por cierto que dió ocasion para que se dijese bien contra toda verdad, « que Alejandro expuso á Lisímaco al leon. » Aunque este suceso fué tan feliz al rey, con todo, ordenaron los macedonios, segun su estilo, « que no fuese en adelante á caza á pié, y sin llevar consigo algunos de sus grandes y de sus oficiales. » Concluida aquella, después de haber muerto hasta cuatro mil fieras, dió una comida á todo su ejército en el mismo bosque, desde donde se volvió á Maracanda. Allí, atendiendo á las instancias con que Artabazo solicitaba, por su crecida edad, que proveyese su gobierno en otro, nombró para él á Clito. Era este el que cubrió al rey con su escudo, cuando combatió en el Granico, sin ningun reparo en la cabeza: el que cortó la mano á Rosazes, cuando la habia levantado para matarle uno de los soldados antiguos de Filipo, y de los que mas se habian señalado en muchas ocasiones; y últimamente hermano de Helanica, que habia criado á Alejandro, á la cual amaba no menos este príncipe, que á su propia madre. Por cuyas razones todas, fiaba de él una de las mas importantes provincias de su imperio. Habiéndole, pues, ordenado que partiese al dia siguiente, le convidó aquella noche á un festin, en el cual, después de haber bebido muy bien el rey, se introdujo á celebrar sus ilustres acciones, sin limitarse en sus propias alabanzas; las cuales disgustaron aun á los mismos que no ignoraban ser ciertas. Contuviéronse sin embargo los mas ancianos, hasta que empezó á deslucir los hechos de Filipo, y á vanagloriarse, « de que aquella famosa victoria de Queronea se le habia debido á él, y que le habian usurpado la gloria de tan esclarecida accion la malignidad y celos de su padre: que en la sedicion que sobrevino entre macedonios y griegos, levantados á sueldo suyo, debilitado Filipo de la herida que recibió en aquel tumulto, se habia postrado por tierra, no habiendo discurrido otro recurso mas seguro para salvarse que el de fingirse moribundo, y que entónces le cubrió con su escudo dando muerte á los que intentaban cargarle; pero, que su padre nunca quiso confesarle este beneficio, como disgustándose de deber la vida á su hijo: que en la jornada que hizo contra los ilirios obtuvo solo la victoria, sin que Filipo se hallase en ella, ni tuviese mas noticia de la derrota de los enemigos, que la que le dió en sus cartas: que aquellas acciones eran dignas de alabanza, y nó las que habian tenido principio en los samotraces, cuando convenia entrar á fuego y sangre por el Asia; y finalmente, que la grandeza de las suyas excedia de la credulidad de los hombres. » Oia gustosa la juventud estas y otras jactancias, pero nó los ancianos, á los cuales eran intolerables, especial-

mente las que miraban á deslucir las acciones de Filipo, debajo de cuya mano habian servido tantos años. Por lo cual, entre otros, Clito, que tambien habia bebido bien, volviéndose hácia los que estaban sentados después de él, les repitió cierto verso de Eurípides, de suerte que, aunque pudo oir el rey los ecos, no percibió sus palabras, cuya substancia era: «que fué gran desacuerdo de los griegos haber ordenado, que en las inscripciones de los trofeos no se pusiese mas que los nombres de los reyes, porque se les defraudaba la gloria de lo que habian obtenido al precio de su sangre.» No dudando el rey, que en lo que hubiese dicho, se mezclase algun donaire picante, preguntó á los que tenia cerca, ¿qué habia sido? Y no respondiendo nadie, levantó Clito la voz, y pasó á referir las acciones y guerras que habia tenido Filipo en la Grecia, prefiriéndolas á cuanto se hacia entónces, lo que fué causa de que se formase una disputa entre mozos y viejos. Y si bien el rey afectó oir con tolerancia cuanto habia dicho Clito en disminucion de su gloria, sintiólo vivamente su corazon. Con todo, hubiera continuado en reprimirse, si Clito hubiese puesto fin á sus desacordadas expresiones; pero, continuando, mas encendido del vino, con mayor insolencia en ellas, le irritaba mas, teniendo osadía de defender á Parmenion, y de dejarse decir, que la ruina de Tebas habia sido empresa de cortísima consideracion, comparada con la victoria que Filipo habia obtenido de los atenienses. Finalmente, preocupado nó solo del vino, sino de una obstinada terquedad, dijo, haciendo rostro al rey: «en caso de ser necesario exponer la vida por tu servicio, ninguno la sacrificará primero que Clito; pero, sin embargo, en el de tratarse de la distribucion de los premios, de quienes eres árbitro, á cualquiera que hablare con mayor ultraje de la memoria de tu padre, le juzgarás por mas digno de ellos para preferirle en los frutos de la victoria. Hasme dado el gobierno de la region sogdiana, que tantas veces se ha sublevado, y que no solo es incapaz de contenerse en el sosiego, sino tambien de ser sojuzgada, enviándome entre fieras negadas á domesticarse; pero omitiendo lo que á mí toca, paso á tratar de lo que mira á los demás. Has desatendido enteramente á los soldados de Filipo, poniendo en olvido el señalado servicio que te hizo Atarias, este ilustre varon que ves aquí, cuando fué por sí solo poderoso para que volviese al combate la juventud que amedrentada se habia entregado á la fuga, sin cuya diligencia hubiéramos consumido el tiempo en Halicarnaso, subsistiendo aun hoy allí. ¿Cómo habrias podido solo sin ella sojuzgar el Asia? ¡Qué bien dijo tu tio, cuando dijo, que él habia contendido con hombres, y tú con mujeres!» Entre cuantas grandes libertades oyó á Clito, ninguna le irritó tanto, como la que hubiese alabado á Parmenion. Sin embargo, disimulando su indignacion, se contuvo contento «con mandarle salir de donde estaba,» y con decir, «que si hubiese continuado en hablar le habria sin duda dado en rostro con que le era dendor de la vida, como de ordinario se vanagloriaba de ello.» Pero, no acabando Clito de levantarse, se lo pidieron los que estaban cerca de él, y no bastando, pasaron á usar de los medios de la fuerza para sacarle de allí. Por cuya demostracion, colérico, además de embriagado, prorumpió, diciendo á grandes voces: «que habia expuesto su vida al golpe que se descargaba sobre la de Alejandro para asegurarla, y que habiéndose pasado la ocasion de tan señalado servicio, le era odiosa la memoria de él.» Y no contento con este atrevimiento, pasó á condenar la muerte de Atalo, y á burlarse del oráculo de Júpiter, de quien decia Alejandro que era hijo, vanagloriándose, «de haberle dicho mas verdad que su padre.» Con lo cual, el rey, no pudiendo ya mas con la ira, á que le provocaban tan repetidos insolentes desacatos, y que aun sin los encendidos vapores del vino, no pudiera haber reprimido mas tiempo, partió colérico, y arrebatando de las manos del primer soldado una lanza, iba á descargar el golpe de ella en Clito, que aun se mantenia en la expresion de su atrevimiento, y lo hubiera ejecutado, á no haberse puesto de por medio Tolomeo y Perdicas, deteniéndole á pesar de sus esfuerzos, y á no haberle quitado la lanza Leonato y Lisímaco. Sobre que se quejó, diciendo á grandes voces: «que, así como á Dario, le habian aprisionado á él las personas de quienes hacia mayor confianza, é implorando la fidelidad de sus soldados, hizo tocar la trompeta para que tomasen las armas, y fuésen en su socorro.» Entónces Tolomeo y Perdicas, echándose á sus piés, le suplicaron: «que no se dejase llevar de los ímpetus de la ira, y que diese lugar al desahogo de ellos, difiriendo al dia siguiente su resolucion para que fuese mas justa y templada.» Pero, preocupado de ella, y sordo á las persuasiones, partió desatinado á palacio, en cuya entrada, habiendo quitado al centinela la lanza, se puso en el camino por donde era preciso que pasasen los que habian cenado con él. Habíanse retirado todos, menos Clito, que salia sin luz, preguntóle el rey, quién era, con voz que anunciaba lo que iba á ejecutar; y él, habiéndosele pasado ya la cólera, aunque nó á su señor, le respondió llanamente, «que era Clito que se retiraba.» Apenas lo hubo acabado de pronunciar, cuando le atravesó la lanza, y bañado en su sangre, le dijo: «ve ahora en busca de Filipo, de Parmenion y de Atalo.»

II. Es preciso confesar, que cuanto la naturaleza se esmeró liberal en colmar de beneficios al hombre, tanto se acreditó de cruel con él en haberle dejado tan expuesto por su flaqueza á considerar menos sus acciones antes de obrarlas que después de ejecutadas. Esto sucedió á Alejandro, el cual no bien se halló libre de los vehementes impulsos de la cólera, y de los ardientes vapores del vino, cuando conoció el desacierto que habia cometido en haber muerto á un hombre, que, aunque habia abusado de su tolerancia, era digno por sus largos servicios, por su destreza en la disciplina militar, y por el señalado de haberle dado la vida, á pesar de la afrenta que recibia en confesarlo, de que se lo hubiese disimulado; y la ignominia que le resultaba de haber sido él mismo ministro de su venganza, y de haber castigado con tan cruel muerte las licenciosas palabras que debieran atribuirse, mas que á efectos de desacato, á la preocupacion del vino. Veia anegado en su sangre, en las puertas de palacio, á quien no habia muchas horas que honró con su mesa, y á sus guardas separadas de su persona, y tan medrosas, que no se atrevian á acercársele: cuyas cosas todas le redujeron á tan desesperados términos, que tuvo impulsos de darse muerte, á que contribuia mucho la soledad. Dejándose, pues, llevar de ellos, sacó la lanza del cuerpo de Clito, que la tenia aun atravesada, y volviendo la punta contra el suyo, iba á metérsela por el pecho, como lo hubiera ejecutado, si advirtiéndolo sus guardas, no se lo hubiesen estorbado, aunque con alguna dificultad, y le hubiesen llevado á su tienda, en donde, arrojándose á tierra, prorumpió en desmedidos gritos, con los que llenó todo el palacio, hiriéndose el rostro, y pidiendo á los que le rodeaban: «que no le dejasen vivir, después de haber ejecutado accion tan ignominiosa;» en cuyo ruego insistió cuanto duró la noche. Y el dia siguien-

te, discurriendo en sí podria haber sido castigo de los dioses el haberle dejado de su mano para que cometiese aquella culpa, se acordó que no habia sacrificado á Baco, como lo tenia de costumbre; y que habiendo hecho aquella muerte entre el vino y los manjares, era señal evidente de la indignacion de aquel dios. Pero lo que mas aumentaba su dolor, era ver á todos los suyos aturdidos, considerando, que ya ninguno se atreveria á tratar con él, y que todos le huirian, hallándose precisado á vivir solitario, cual fiera temida de todos, y de todos temerosa. No bien hubo derramado su luz el dia inmediato, cuando ordenó que se llevase á su tienda el cuerpo de Clito, anegado como estaba en su sangre; á vista de cuyo espectáculo, deshecho en lágrimas, decia: « ¿Es esta la recompensa que he dado á quien me alimentó con sus pechos, cuyos dos hijos murieron en el sitio de Mileto, en mi servicio, y por mi gloria? ¿Es posible que en mi mesa diese muerte al postrer hijo suyo, que era el único consuelo que le habia quedado despues de la pérdida de los otros? ¿Qué será ahora de aquella pobre infeliz? No le ha quedado otro recurso, sino el mio; ¿pero cómo podrá ya verme sin horror? ¿Cómo, pues, me atreveré á volver, homicida de mis amigos, y de los que me dieron la vida, á donde no podré dar la mano á quien me alimentó con sus pechos, sin renovar la memoria de su infortunio?» En cuyas desconsoladas expresiones, viendo los suyos que no cesaban sus lágrimas, hicieron llevar de allí el cuerpo, faltando el cual se mantuvo por tres dias solo, oculto, y sin permitirse á la comunicacion de nadie, hasta que viéndole sus oficiales y guardas tan obstinado en la desesperacion, entraron juntos en su tienda, donde, á fuerza de sus persuasiones y ruegos, le vencieron á que comiese; y para que le fuese menos ignominioso su yerro, declararon por un decreto solemne: « que Clito habia muerto justamente; » y que no le hubieran dado sepultura á no haberlo mandado el rey. El cual, despues de haberse detenido dos dias en Maracanda, para acabar de perder el empacho con que estaba, envió á Efestion á la Bactria con parte de sus tropas, á que dispusiese las provisiones para el invierno: dió el gobierno, para que estaba nombrado Clito, á Amintas, y él pasó á Xenippa, cuya region confina con la Escitia, y estaba muy poblada de villas, respecto de la crecida fertilidad de la tierra, la cual, nó solo mantiene á los naturales, sino á muchos extranjeros. Era esta la retirada de los bactrianos, bandidos que se habian separado de la obediencia de Alejandro, los cuales, arrojados de allí por los naturales, noticiosos de la ida del rey, habian juntado dos mil doscientos hombres, cuya gente era toda de á caballo, alimentada de solo los robos, y cuyos brutales espíritus se habian hecho mas furiosos en la guerra, desesperados de obtener perdon. Descargaron tan repentina y furiosamente en Amintas, gobernador de Alejandro, que estuvo por largo tiempo dudosa la victoria, hasta que, habiendo perdido setecientos de los suyos, de los que se hicieron prisioneros trescientos, se encomendaron á la fuga, nó sin haberse vengado, por haber muerto ochenta macedonios, y herido á trescientos cincuenta. Con todo, el rey no dejó de perdonarlos, en medio de habérsele rebelado dos veces; y habiéndoles hecho prestar juramento, pasó con todo su ejército á una provincia llamada Naura, cuyo sátrapa era Sisimetres; el cual tenia dos hijos, habidos en su propia madre, conforme á la costumbre de aquella bárbara tierra, en quien se permiten semejantes casamientos. Este, pues, habia levantado dos mil hombres de guerra, y fortificado el paso de las montañas, como la única entrada que se ofrecia. Cerca de la cual corria un caudaloso rio, que servia de foso á una quebrada peña que estaba detrás, la cual habian cortado por en medio para abrir camino: su entrada era bastantemente clara, respecto de participar de la luz del dia, pero lo demás tan obscuro, que no se podia dar paso por él sin algun artificio: y cuya estrecha senda, la cual se dilataba á la campaña, solo era conocida de los naturales. Y si bien los bárbaros defendian valerosamente aquel estrecho, bastantemente fuerte por sí, habiendo mandado Alejandro acercar los arietes, empezó á derribar todos los reparos que habian hecho, y á romperlos á tiros de hondas y de flechas; y pasando después á ponerse sobre las ruinas, se adelantó hácia la peña. Pensaba alojarse al pié de ella; pero, estando de por medio aquel caudaloso rio, en donde se juntaban todas las aguas que descendian de lo alto, tuvo por empresa muy difícil agotar abismo tan profundo. Con todo, hizo cortar árboles, y juntar gran cantidad de piedras; cuyo trabajo, viéndole los bárbaros para quienes eran nuevas aquellas obras, tan adelantado en tan corto tiempo, quedaron aturdidos, manifestando que capitularian. Envióles el rey á Oxatres, que, aunque era de su nacion, seguia el partido de Alejandro, para que los persuadiese á que se rindiesen; y en el ínterin, para aumentar su pavor, hizo adelantar las torres con las máquinas, que arrojaban gran cantidad de tiros, con cuya diligencia, abandonada la defensa enteramente, ganaron la cumbre de la peña. Oxatres, viendo al sátrapa amedrentado, y desesperado de sus cosas, le exhortó « á que procurase antes merecer la fé de los macedonios, que experimentar sus armas, y á que no dilatase con su rendimiento la prosecucion de un victorioso ejército, que pasaba á la India, y á quien no podia oponerse, sin llevar á sí la tempestad que iba á descargar sobre otros. » Oíale Sisimetres sin repugnar por sí rendirse; pero su mujer y madre á un tiempo, protestando que queria antes morir, volvió el ánimo del bárbaro, y le obligó á dejar el mas seguro partido, por seguir el mas honroso: si bien, midiendo después sus fuerzas con las del enemigo, se arrepintió mucho de haberse dejado llevar del temerario consejo de una mujer; y habiendo hecho volver á llamar inmediatamente á Oxatres, le ofreció rendirse, pidiéndole solo, « que no dijese al rey la resistencia de su madre, para que pudiese mas fácilmente obtener tambien perdon. » No bien hubo partido Oxatres, cuando le siguió él con su mujer y sus hijos, y todos los suyos, sin esperar prenda alguna de lo que se le habia ofrecido. Mandóle el rey, « que se volviese á su plaza, y que le esperase en ella. » Y despues de haber sacrificado á Minerva, y á la Victoria, le conservó en el gobierno, prometiéndole aumentar sus límites, si se lo merecia su fidelidad, para cuya mayor seguridad admitió dos hijos suyos que le dió, y gustó de que le siguiesen á la guerra. Dejó allí su falanje, para adelantarse con su caballería contra los rebeldes: resistieron al principio, cuanto les fué posible, la aspereza y dificultad del camino; pero gastándose las unas de los caballos, los cuales se hallaban tan rendidos como las personas, respecto de las largas marchas, hubo muchos que no pudieron seguirle, de que resultó que se fuesen disminuyendo poco á poco las tropas, y de que la excesiva fatiga no diese lugar á que tuviesen en consideracion la ignominia de quedarse atrás. El rey mandaba de ordinario la caballería, y seguia incesantemente á los fugitivos, sin que entre todos los mancebos nobles, que de ordinario le acompañaban, hubiese alguno que lo hiciese entónces, sino

fué Filipo, hermano de Lisímaco, cuya edad no pasaba de veinte años, y cuyo ánimo se dió bien á conocer en aquella ocasion; porque, hallándose á pié siguió el espacio de doscientos estadios (cosa increible) al rey, que iba en tan buenos caballos, sin haber querido tomar el de su hermano, que se le ofreció muchas veces, ni haberse separado de Alejandro, aunque caminaba armado con la coraza y las demás armas. Habiendo poco después llegado á un bosque, donde se le tenia dispuesta cierta emboscada, ejecutó prodigiosas acciones, y cubrió al rey, que combatia bien cerca con los enemigos; y después de haberles obligado á huir, faltándole enteramente aquel gran valor que mantuvo en el calor del combate, y sobreviniéndole un sudor frio, que le precisó á arrimarse á un árbol, espiró en los brazos del rey, á quien no fué menos sensible que aquella pérdida, la noticia que tuvo de la muerte de Erigio, uno de sus primeros cabos, sucedida poco antes que él se volviese á su campo, donde á ambos mandó hacer soberbios funerales.

III. Aunque tenia resuelto el rey acometer á los dahos, por hallarse noticioso de que Espitamenes se habia retirado allí, le excusó, como en otras muchas ocasiones, de este viaje la fortuna, que nunca dejó de favorecerle, disponiendo lo que deseaba, sin que necesitase de concurrir á ello. Idólatra Espitamenes de su esposa, aunque errante y prófugo, la llevaba siempre consigo, exponiéndola á todo género de peligros; de cuya infeliz vida disgustada ella, procuró reducirle por medio de sus alhagüeñas persuasiones á que pusiese fin á sus penosas peregrinaciones, restituyéndose al servicio y obediencia de Alejandro, pues tenia experiencia de su clemencia, y ninguna esperanza de librarse de su celeridad y diligencia. Para cuyo logro indujo á dos hijos de ambos, ya crecidos, á que tiernos se lo pidiesen, por si el cariño de ellos era mas poderoso á ablandarle: añadiendo ella, para dar mayor eficacia á sus ruegos, que Alejandro se hallaba muy próximo: pero el bárbaro, sospechando que su intento era de ofender su amor, esperanzada en que podria con el hechizo de su hermosura inclinar la voluntad de aquel príncipe á solicitar sus caricias, celoso é irritado, echó mano á su cimitarra para herirla, como lo hubiera hecho á no habérselo estorbado sus hermanos; pero la amenazó de que le daria muerte, si se volvia á poner en su presencia. Y en tanto, para desahogar sus desordenados apetitos, se entregó algunas noches á la comunicacion de sus concubinas; si bien fastidiado de ellas, y mas encendido en el amor de su esposa, volvió arrepentido y tierno á suavizar con cariñosas satisfacciones el disgusto en que la habian puesto sus destempladas demostraciones, entregándose todo á ella y pidiéndola: «No le volviese á hablar en lo que habia dado ocasion á su desabrimiento, sino que se dispusiese á acompañarle en la fortuna que corriese, pues estaba resuelto á morir, antes que rendirse.» Excusóse ella, diciéndole: «Que solo le habia aconsejado lo que habia tenido por conveniente: que habria sido muy posible que no hubiese tenido la prudencia de que no siempre son capaces las mujeres; pero que su intencion habia sido buena, y que nunca tendria mas voluntad que la de su amado esposo.» Persuadido Espitamenes con la dulzura de aquellas expresiones, quiso celebrar el regocijo de su reconciliacion; para lo cual mandó disponer un banquete, donde bebió con tan grande exceso, que fué necesario llevarle á su cámara medio dormido. La mujer, viéndole sepultado en un profundo sueño, sacó un cuchillo de bajo de sus vestidos, y le cortó la cabeza, que dió para que la llevase á un esclavo, cómplice en su furor; y, bañada como estaba en sangre, pasó con ella á la tienda de Alejandro, donde le envió á decir: «Estaba allí para hacerle saber lo que no podia fiar de otro que de él.» Hízola luego entrar el rey á su presencia: en la cual, viéndola teñida en sangre, creyó que iba á quejarse de algun ultraje, que hubiese recibido; pidióla le dijese lo que queria; y ella á él, que diese antes órden para que entrase el esclavo, que habia dejado á la puerta. Las guardas, reconociendo que ocultaba algo debajo de sus vestidos, entraron en alguna sospecha; y queriendo averiguar lo que era, les mostró aquella cabeza, cuyo rostro estaba tan desfigurado, que apenas se podia por él conocer de quién era. Noticioso el rey de que llevaba la cabeza de un hombre, salió fuera de su tienda, y supo de él todo lo que habia pasado. Produjo instantáneamente en el ánimo de Alejandro diversos pensamientos este caso. Consideraba por una parte, «el gran servicio que le habia hecho en librarle de un traidor y desertor, que si viviese le daria bastante cuidado;» y miraba por otra con horror, «la crueldad de aquella mujer, que habia degollado á su marido, padre de sus hijos, y á quien debia tan grandes obligaciones.» Finalmente, prevaleciendo al servicio la enormidad del delito, dió órden para que saliese del ejército, temeroso de que con su ejemplo se introdujesen parricidios entre los griegos, cuyos genios eran blandos y agenos de aquellas maldades. Habiendo sabido los dahos la muerte de Espitamenes, aprisionaron á Datafernes, compañero suyo en la rebelion; y llevándole atado á Alejandro, se le rindieron. Con que libre por aquel medio de los cuidados mas urgentes, se aplicó á castigar á los gobernadores, que oprimian los pueblos con sus cohechos y violencias. Hizo, pues, á Fratafernes sátrapa de la Hircania, de los mardos y de los tapuros, con órden de que se apoderase de Fradates, á quien sucedia, y de que se le enviase con buena guarda. Puso á Estasanor en el gobierno de Caricia, que tenia Arsanes: dejó á Ataces la Media, de donde llamó á Oxidates, y dió á Deditamenes el gobierno de Babilonia, que vacó por muerte de Maceo.

IV. Después de haber puesto en órden todas las cosas, sacó su ejército de las guarniciones, donde habian invernado tres meses, y tomó la derrota para una region llamada Gabaza. Fué sumamente benigno el primer dia de marcha: empezó en el segundo á alterarse el tiempo, y á pasarse la noche nó sin algunas amenazas de tempestad; pero al tercero, fuéron tan espantosos los relámpagos, que cegaban los ojos, y abatian el ánimo de los soldados, los cuales, aturdidos de los incesantes truenos que oian, y de los contínuos rayos que veian caer delante de sí, ni se atrevian á marchar, ni á detenerse, cuando repentinamente sobrevino una crecida lluvia, mezclada de granizo, que corria á manera de un caudaloso rio. Pudieron al principio, cubiertos de las armas, resistirla algo; pero, después de haberse mojado estas, y de hallarse con las manos entumecidas del hielo, quedaron incapaces de mantenerlas, y no sabian á dónde acogerse, respecto de ir en mayor aumento siempre la tempestad. En cuya incertidumbre, todos los escuadrones se entraban errantes por en medio de los bosques, en donde rendidos, mas que de la fatiga, de la congoja, se arrojaban unos á tierra, sin reparar en los hielos en que habia convertido el frio la lluvia, y se arrimaban otros á los árboles, como para morir con menor disgusto; y no se engañaban, porque á la falta del movimiento sucedia la del calor natural. Cuya pereza era á la verdad grata á aquellos de cuyos cuerpos se habia apoderado la flojedad; los cuales no re-

paraban en morir, á precio de que fuese con algun reposo: porque nó solo continuaba vehemente, sino tenaz, la fuerza del mal, fuera de que la obscuridad de los bosques, aumentada con la de la tempestad, les usurpaba enteramente la luz, el natural consuelo de los afligidos en semejantes calamidades. Solo el rey, invencible á tantos contratiempos, recorria sin cesar su ejército de una á otra parte, para infundir espíritu á sus soldados; reunia á los que estaban desordenados, levantaba á los caídos, y mostrábales el humo que salia de las cabañas, esforzándolos á que ganasen las mas cercanas: si bien nada era de tan poderoso incentivo para que mirasen por sí, como el considerar la ignominia que les resultaba de abandonar á su rey, á quien veian infatigable resistir á los trabajos, á quienes ellos se rendian; pero la necesidad, que en las adversidades suele ser mas poderosa que la razon, les ministró eficacísimo remedio para el frio; porque, habiendo cortado gran cantidad de árboles, y pegádoles fuego, se dilató este por el bosque, de suerte, que no parecia sino que todo él se abrasaba, y que apenas dejaba lugar para las tropas; con cuyo calor, desentorpecidos los miembros, se fuéron poco á poco recobrando los espíritus que habia comprimido el frio por todo el cuerpo. Entraron unos á los alojamientos de los bárbaros, sin que les reservase la necesidad los mas ocultos, y levantaron otros sus tiendas en aquel húmedo suelo, viendo que la tempestad se sosegaba, á cuyo rigor perecieron mil hombres entre soldados y vivanderos. Refiérese que se hallaron algunos arrimados á los troncos de los árboles, que no solo parecia que estaban aun vivos, sino que hablaban en la misma postura que los cogió la muerte. Tambien se refiere de un soldado sencillo macedonio, que, habiendo vuelto al campo con sus armas, traspasado y casi para fallecer del frio, viéndole Alejandro, dejó el lugar en que estaba sentado calentándose, aunque bien necesitado á no enagenarle, y que, despues de haberle mandado quitar las armas, le hizo poner en él: que se mantuvo por algun tiempo aquel hombre embargado del frio y privado de sentido, sin poder reconocer dónde estaba, ni de quién habia recibido aquel beneficio, hasta que, recobrados sus espíritus, y viéndose en la silla del rey y junto á su persona, se levantó turbado y confuso; pero que, sosegándole Alejandro, le dijo: « No temas, amigo, considera sí solo cuánto mas feliz es la condicion de los macedonios, siendo yo vuestro rey, que la de los persas; pues si entre aquellos es delito digno de muerte el ocupar el asiento de su rey, entre nosotros está tan lejos de observarse este rigor, que antes el haberte sentado tú en él ha sido medio para asegurarte la vida. » El dia siguiente, habiendo hecho juntar sus cabos, mandó publicar, que recompensaria á todos las pérdidas que hubiesen tenido, como lo cumplió, porque Sisimetres le habia llevado gran cantidad de bestias de carga, con dos mil camellos y otras muchas recuas de mulos que, repartidos por el ejército, resarcieron sus pérdidas y satisfacieron el hambre. El rey, despues de haber agradecido la atencion del sátrapa, dió órden para que hiciesen los soldados provision de víveres cocidos para seis dias, y pasó á las tierras de los saces, en las que, habiendo corrido y forrajeado, dió á Sisimetres treinta mil cabezas de ganado del botin. Encaminóse desde allí á una provincia, en la que mandaba Cohortano, sátrapa ilustre, el cual dió la obediencia al rey, y le ofreció sus estados; no los admitió Alejandro, pidióle sí solo, de tres hijos que tenia, los dos, para que le acompañasen en la guerra; pero él los puso todos á su servicio. Habiendo poco despues recibido Oxartes al rey, le dió un prodigioso festin donde hizo ostentacion de toda la magnificencia de los bárbaros; para cuya mayor solemnidad mandó llevar á él treinta doncellas de calidad, entre las que iba su hija, cuyo nombre era Rojana, y cuya singular belleza, compuesta de admirables adornos, poco estilados entre los bárbaros, se llevaba los ojos de todos (en medio de ser las demás de bastante hermosura) y con especialidad los del rey; el cual, perdido ya el dominio que tuvo en sus pasiones con los contínuos favores de la fortuna, en cuya posesion suele peligrar el mas cuerdo, si no vive atento á reprimirlas, cuanto se mostró con loable continencia y plausible moderacion cuando tuvo en su poder á la mujer é hijas de Darío, con cuyas hermosuras solo era comparable la de Rojana, tratándolas con la mesura y circunspeccion de padre, tanto entónces se dejó rendir del alhagüeño hechizo de aquella bárbara belleza, tan inferior á su grandeza y soberanía, pues ciego en su pasion, decia: « Que para establecer su imperio era necesario unir á los persas y á los macedonios por medio de aquel casamiento, pues solo él pudiera quitar la afrenta á los vencidos, y el orgullo á los vencedores: que Aquiles, de quien procedia, se desposó con una de sus cautivas; y que á vista de aquel ejemplar, no le parecia que deslustraba su nacimiento, ni violaba las leyes de su patria, imitando á aquel semi-dios. » El padre, fuera de sí con tan inesperada honra, no sabia qué obsequios hacer al rey; el cual, perdido de enamorado, mandó llevar un pan, conforme á la costumbre de los macedonios, entre quienes es la mas sagrada prenda de los que se casan: y habiéndole cortado en dos partes iguales, tomó cada uno de los contrayentes la suya, y comieron de ella. Con cuya ceremonia tengo por sin duda, que, siendo el pan el mas simple alimento del hombre, quisieron enseñar los legisladores á los nuevos maridos, con cuán poco debian contentarse. De esta suerte se casó el rey de Asia y de Europa con una mujer introducida en los regocijos de un festin, para tener de ella un hijo que mandase á los vencedores. Los príncipes de su corte, aunque corridos al ver que, entre los desórdenes del banquete, hubiese hecho suegro suyo á uno de sus prisioneros, destituidos ya de poder decir desnudamente lo que sentian con el escarmiento en que les tenia el suceso de Clito, no hacian mas que aplaudirle, templando los semblantes á aquellos regocijos, y acomodándose á una servil lisonja y contemplacion.

V. Resuelto, pues, á pasar á la India, y desde ella al océano, para no dejar atrás nada que pudiese oponerse á sus empresas, mandó: «Que de todas las provincias se sacasen treinta mil hombres, que á un tiempo le sirviesen de rehenes, y de soldados. Envió en el interin á Cratero en seguimiento de Haustanes y de Catenes, que se habian rebelado, y de quienes el primero fué hecho prisionero, y el segundo muerto en el combate. Redujo tambien á su obediencia Polipercon una region llamada Bubacene; con lo que, hallándose todo en sosiego, solo atendia á la guerra de la India. Cuya region se reputaba por la mas rica del universo, nó solo por la abundancia del oro, sino por la de las perlas y piedras preciosas, de que se adornaban los habitantes con mas profusion que gentileza. Refería se, que los escudos de los soldados eran allí de oro y de marfil. Con cuya noticia Alejandro, deseoso de no parecer inferior á ninguno en nada, cuando queria ser en todo superior á todos, mandó guarnecer los suyos de láminas de plata, hacer los frenos de los caballos de oro, y enriquecer las corazas unas de un metal,

y otras de otro; y de esta suerte marchó con ciento y veinte mil hombres á aquella guerra: para la cual, estando todo dispuesto, le pareció no diferir mas la ejecucion del intento, que hasta entónces habia tenido reservado, de usurpar los divinos honores, á cuyo logro solo atendia; y nó contento con que se le llamase hijo de Júpiter, quiso tambien que se creyese lo era, como si tuviese el mismo poder que para reprimir las expresiones de la voz, para hacer que concibiesen á su antojo los entendimientos de los hombres, y que postrados en tierra le adorasen los macedonios á usanza de los persas. No faltaron algunos lisonjeros (perniciosa, y fatal peste de los príncipes, y con la que han peligrado mas estados que con las armas de los enemigos) que aplaudiesen aquel desvarío. Bien es verdad, que en esto estaban escusados los macedonios, entre quienes no hubo alguno que hubiese querido relajar en nada las costumbres de su patria; y que todo el daño procedia de los griegos, cuyas pervertidas costumbres deslucian la profesion que hacian de las buenas letras y honestas disciplinas. Habia entre otros un natural de Argos, cuyo nombre era Agis, poeta de profesion, y uno de los peores que se conocian; otro llamado Cherilo, y otro Cleon, natural de Sicilia, insigne lisonjero, tanto por genio suyo, como por vicio natural de su nacion, sin gran cantidad de ellos, de quienes habian purgado sus ciudades los griegos; los cuales lograban mayor crédito y estimacion en el aprecio del rey, que los mismos príncipes de sangre, y que los generales de su ejército. Este género de gente, pues, era la que le sublimaba hasta los mismos cielos, y la que publicaba, que Hércules y Baco, Castor y Pólux, cederian sus lugares á aquel nuevo Dios. Ordenó una fiesta, é hizo disponer con increible pompa un festin, para el cual convidó á los primeros señores macedonios, griegos y persas; y despues de haber dado principio á la comida, se levantó de la mesa, y salió fuera de la pieza. Entónces Cleon se introdujo, conforme estaba dispuesto, á tratar de las alabanzas del rey, ponderando primero sus divinas perfecciones, y, pasando despues á hacer larga memoria de las obligaciones en que los habia puesto, decia: «Que para desempeño de ellas, no hallaba otro medio, que el de reconocerle por Dios, pues no pudiéndose dudar que lo era, le pagaban con tan corto precio, como el de dos granos de incienso, todos los beneficios que habian recibido: que en la accion de adorar los persas á sus reyes como á dioses, nó solo procedian piadosos, sino prudentes, porque de la magestad del príncipe dependia la seguridad de sus personas, y la del imperio: que ni Hércules, ni Baco fuéron reconocidos por dioses, sino despues de haber vencido la envidia de los que vivieron en su tiempo; y que nunca la posteridad creia de los hombres mas que lo que su siglo creyó de ellos viviendo: que si ellos mostraban repugnancia, él estaba resuelto á postrarse delante del rey, cuando volviese á entrar; pero que era preciso que los demás hiciesen lo mismo, especialmente los sabios, cuyo ejemplo seria tanto mas imitado, cuanto era mayor la veneracion con que se atendian sus acciones.» Bien se dejaba entender que estas últimas expresiones se enderezaban á Calistenes, cuya mesura y áspera libertad en el hablar disgustaba al rey, como si solo él hubiese embarazado á los macedonios que le hiciesen aquellos honores, y no tuviesen por sí mismos bastante repugnancia á concedérselos. Aquel filósofo, pues, viendo que todos callaban, y que todos le miraban, dijo así: «Si se hubiese hallado presente el rey á tu discurso, ninguno de nosotros necesitaria tomarse el trabajo de responderte, porque él te mandaria que escusases inducirle á que imitase las costumbres de los bárbaros, y fundase su gloria en lisonjas que concitan el odio de los hombres, y la indignacion de los dioses; pero, pues, está ausente, yo te responderé por él que los frutos muy tempranos no son durables, y que con lo mismo que juzgas granjearle divinos honores, es con lo que mas se los usurpas; porque, para que le crean dios, es necesario tiempo, no habiendo habido ninguno de tantos ilustres héroes que obtuviese sino de la posteridad este reconocimiento. Por lo que á mí toca, no le deseo colocado entre los dioses, sino que goce de muy larga vida, y después de eterna gloria. Alguna vez se ve la divinidad en los muertos, jamás empero en los vivos; porque aunque nos alegas el ejemplo de Hércules y de Baco, consagrados á la inmortalidad, ¿debes sin duda creer, que, para reconocerlos por dioses, no es necesario que preceda mas ceremonia que la de un festin? Pues sabe, que la fama no les ha hecho lugar en el cielo, sino después de haber purgado lo que tenian de mortales. Verdaderamente, ó Cleon, que ni á tí, ni á mí nos es dado el hacer dioses; pero convengo en que la divinidad del rey penda de nuestros sufragios: muestra tú tu poder, y pues es mas fácil hacer un rey, que un dios, veamos como le haces. Lo que yo pido á los dioses, Cleon, es, que no se ofendan de tu impiedad, y que continúen con la prosperidad que hasta aquí nuestras empresas. Ellos tendrán por bien, que nos conservemos con nuestras costumbres; y por lo que á mí toca, jamás me correré de ser macedonio, ni de rehusar aprender de los persas el modo con que he de honrar á mi rey: confesaré sí siempre, que ellos son los vencedores, si es preciso que nos sujetemos á sus leyes, y á la observancia de sus estilos.» Oian gustosos á Calistenes, mirándole como á protector de la libertad pública, y todos se confirmaron con su parecer, y tambien declararon con firme resolucion, especialmente los mas ancianos, que no podian sufrir la mudanza de sus costumbres por las extrañas. No ignorando el rey nada de cuanto por una y otra parte se habia dicho, por haberlo escuchado todo detrás de una cortina, que hizo poner delante de la mesa, envió á decir á Agis, y á Cleon: «Que no insistiesen mas, y que cuando volviese á entrar se le postrasen los persas á su usanza. Hízolo inmediatamente, fingiendo haberle ocupado negocio de consecuencia; y habiéndole visto los persas, se pusieron de rodillas á adorarle. Iba á su lado Polipercon, y sintiendo que uno de ellos le tiraba del manto, como para inclinarle á que hiciese lo mismo que ellos, le dijo burlándose, «que tirase con mas fuerza.» Oyólo Alejandro, y no pudiendo sufrirlo, le dijo: «¿Qué, no me adoras? ¿Piensas ser solo tú quien me juzgue digno de risa?» A lo cual, habiéndole respondido Polipercon: «Que ni el rey era digno de risa, ni él de desprecio;» le echó Alejandro en tierra con tan gran violencia, que cayendo sobre su rostro, le dijo: «Mira como has hecho lo mismo de que te burlabas en los demás,» y mandándole prender después, despidió la junta: si bien, pasados algunos dias, perdonó á Polipercon, habiéndole tenido en muy estrechas prisiones.

VI. Manteniendo el rey tanto mas viva su indignacion contra Calistenes, cuanto era mayor la desconfianza con que siempre habia vivido de él, logró próxima y oportuna ocasion para desahogarla. Era costumbre, como dejamos dicho, entre los grandes señores de Macedonia, dar sus hijos á los reyes, luego que entraban en edad de quince años, para que los empleasen en ocupaciones poco menos que serviles. Hacian guarda de noche por sus turnos á la puerta de

su cámara, introducian en ella por otra diferente las concubinas, y, cuando pedia el caballo, tomaban las riendas de mano de los palafrenes, y se le llevaban, acompañándolos en la caza y en la guerra. Hallábanse instruidos en las letras, y en todo género de ciencias. El mayor honor que lograban era el de sentarse á la mesa del rey, y el de que ninguno, sino él, pudiese castigarlos. Era entre los macedonios este como un seminario de capitanes y generales, y del cual salieron tantos reyes, á quienes los romanos despojaron de sus estados, después de muchos siglos. Sucedió, pues, á uno de estos, llamado Hermolao, matar, estando en caza, á un javalí, á quien queria tirar el rey, el cual quedó tan irritado de que le hubiese malogrado el intento, que le mandó azotar. Indignado Hermolao de aquella afrenta, pasó á quejarse de ella con Sostrates, uno de sus compañeros, y sumamente apasionado suyo. Este, viéndole herido, y no hallándose muy satisfecho del rey, le alentó con tal eficacia á la venganza, que, habiéndose dado recíproca fé, resolvieron matarle: para cuya ejecucion no se valieron de gente moza, sino de personas que pudiesen con seguridad y satisfaccion acompañarlos en ella; fuéron estas Nicostrato, Antípatro, Asclepiodoro y Filotas, los cuales ganaron tambien á Anticles, á Elaptonio y á Epimenes; pero la empresa era bien difícil de ejecutar, respecto de ser necesario que fuesen todos de guarda, la noche que se habia de poner por obra, para evitar el riesgo que pudiera seguirse de hallarse en ella otro que no fuese de los que entraban en la conjuracion, y de que sirviendo una noche uno, y otra otro, no era muy fácil mudar el órden de las guardas. Por lo cual les fué preciso gastar en esto, y en las demás prevenciones necesárias para la ejecucion, treinta dias; al fin de los cuales, llegada la noche en que todos los de la empresa habian de estar de guarda, los cuales se hallaban muy satisfechos de la mútua fidelidad que se habian guardado, y de que era infalible prueba el largo espacio que habia corrido, sin que en él, ni el temor ni la esperanza hubiesen sido poderosos á mudar á alguno (tanta era su grande animosidad contra el rey, ó la lealtad que se guardaban unos á otros) se pusieron en la puerta de la sala donde estaba Alejandro, para que luego que se levantase de la mesa, le pudiesen conducir á su cámara; pero su buena fortuna, y la grata compañía, fuéron causa de que se mantuviese gran parte de la noche bebiendo, y dieron márgen los juegos que se gastase en ellos otro espacio de ella. De lo cual se hallaban por una parte gustosos los conjurados considerando la facilidad que tendrian en dar muerte á un hombre enteramente embriagado, y temerosos por otra de que se mantuviese en la mesa hasta que fuese de dia, á cuya hora era preciso que los remudasen, sin que les volviese á tocar el turno, hasta pasados siete dias, espacio capaz de que peligrase entre tantos el secreto; pero, acercándose el dia, se concluia el festin con gran gusto de los conjurados al ver se les llegaba la ejecucion de su intento, cuando cierta mujer, fuera de juicio, que solia asistir á palacio, y predecir algunos futuros sucesos, se puso delante del rey, ocupando la puerta para impedirle que saliese, y diciéndole á grandes voces, y como fuera de sí, que volviese á ponerse en la mesa. Él, burlándose, le respondió: «que era justo seguir el precepto de los dioses;» y habiendo vuelto á llamar á sus amigos, renovó el banquete, que duró hasta dos horas de dia. Mantuviánse aun allí los conjurados, sin embargo de haberse ya mudado la guardia, y de hallarse destituidos de lograr su intento: que tan expuestas están á desvanecerse las esperanzas de las cosas que conciben como seguras los hombres. Acarició les el rey mas de lo que acostumbraba, y mandóles que se fuésen á recoger, pues habian velado toda la noche, y que se diese á cada uno cincuenta sestercios, alabando el celo que habian mostrado por su servicio en haberse mantenido allí, en medio de haber salido de guarda. Con lo cual, malograda tan oportuna ocasion, se fuéron todos á sus posadas, esperando la noche en que habian de volver á tomarla. Pero antes de ella, Epimene, ú obligado de las caricias del rey, ó pareciéndole que los dioses se oponian á aquel intento, descubrió la conjuracion á su hermano Euriloco, á quien antes no habia querido que se le comunicase. Este, escarmentado en el reciente castigo de Filotas, se asió de su hermano, y le llevó inmediatamente á palacio, donde, habiendo despertado á las guardas, las dijo: «que tenia que hablar al rey en cosa que le importaba no menos que la vida.» La deshora á que iban, las demostraciones de los semblantes, de mal seguro ánimo en uno, y de interno dolor en otro, pusieron en tan gran cuidado á Tolomeo y á Leonato, que estaban de guarda á la puerta de la cámara, que entraron inmediatamente dentro, y despertaron al rey, aun soñoliento de la embriaguez; pero habiendo recobrado poco á poco sus espíritus, les preguntó lo que le querian. Con lo cual Euriloco empezó á decir: «que los dioses no habian abandonado enteramente su familia, pues habiendo concurrido su hermano al mayor de los delitos, le habian concedido el beneficio de que se arrepintiese: que él iba á descubrir al rey la conspiracion hecha contra su persona, y que se habia dejado de ejecutar la noche antes; y que tenia por cierto, que jámás discurriria en los autores de tan detestable designio.» Entónces Epimene fué refiriéndola por su órden, y declarándole los cómplices, entre los cuales es sin duda que nó nombró á Calistenes como partícipe en aquella deliberacion, sino solo como quien solia dar oídos á las pláticas en que sus discípulos hablaban licenciosamente del rey, reprobando sus acciones. Á lo que añadian otros, que, quejándose con él Hermolao de haberle hecho el rey azotar, le dijo Calistenes: «Que debian acordarse de que ya no eran niños, y que no sabian si en esto miraba á consolarlos en sus disgustos, ó á incitarlos á la venganza.» Habiendo, pues, considerado el rey el gran peligro que habia corrido, dió inmediatamente á Euriloco cincuenta talentos, y los cuantiosos bienes de cierto Tiridates, volviéndole tambien á su hermano, movido de los ruegos con que habia solicitado su perdon. Mandó empero poner presos á los demás de la conspiracion, y con ellos á Calistenes; y después de haberlos hecho llevar á palacio, se dió todo el dia, y la noche siguiente al reposo, para reparar el desvelo de la antecedente. Tuvo el dia inmediato junta general, en que se hallaron los padres y los parientes de los culpados, bien desconfiados de sus vidas, por comprenderles el castigo segun las leyes de los macedonios, que no perdonan á ninguno de la familia de los que lo están en semejantes delitos. Hizo entrar el rey á los conjurados, escepto á Calistenes, y confesaron estos cuanto habian tratado; y, maldiciéndolos todos, les preguntó el rey por la causa que los habia movido á intentar tan gran maldad? Pero no atreviéndose ninguno á responderle, lo hizo Hermolao, diciéndole: «Pues lo preguntas, como si no lo supieses, sabe que resolvimos darte muerte, porque nos tratabas como á esclavos.» Á cuyas voces se levantó Sópolis, su padre, llamándole primero: «Parricida de su rey y de su padre;» y poniéndole después la mano en la boca, dijo: «que no se debia permitir que

prosiguiese aquel desatinado, á quien tenia fuera de sí el horror de su delito. » Con todo, el rey, haciendo retirar al padre, ordenó á Hermolao, que dijese libremente lo que habia entendido de su maestro Calistenes.

VII. «Valdréme, pues, dijo Hermolao, del permiso que me das para decir cuanto he sabido tan á costa nuestra y por experiencia propia: Cuantos macedonios han rendido la vida á manos de tu crueldad, ¿cuál es el que ha dejado de sentir sus efectos, nó ya de la hez del vulgo, sino de los mas principales entre nosotros? Atalo, Filotas, Parmenion, Lincestes y Clito vivirian sin duda hoy, si solo hubiesen contendido con los enemigos; veríaslos, aun en la refriega, cubrirte con sus escudos, combatir por tu gloria, y dejarse cargar de heridas, para adquirirte victorias. ¿Con qué apreciables premios empero remunerastes estos grandes servicios? Haciendo que regase el uno con su sangre tu mesa, y que perdiese el otro con muchas muertes una sola vida. Los generales de tu ejército fuéron puestos á cuestion de tormento y sirvieron de espectáculo á los persas, á quienes habian vencido, Parmenion, sin que se supiese la causa, y por él Atalo; porque tienes la loable costumbre de servirte mútuamente de las manos de los miserables para que ejecuten los castigos, haciendo que estos, que poco antes fuéron ejecutores de la muerte de aquellos, sean después los que la padezcan de otros.» Sobrevino en esto gran conmocion en la junta contra Hermolao, cuyo padre iba á pasarle la espada por el cuerpo, y lo hubiera hecho á no estorbárselo el rey; el cual pidió á todos tuviesen paciencia, y escuchasen á aquel infeliz, que aumentaba con nuevos delitos las penas á que estaba destinado por los pasados; y habiéndolo conseguido, nó sin gran dificultad, continuó Hermolao, diciendo: «¡Oh, cuánto acreditas tu excesiva liberalidad, permitiendo que hablemos los tartamudos muchachos, al tiempo mismo que encarcelas la fluente voz de Calistenes, para que quien sabe decir no pueda hablar! ¿Por qué rehusas que se presente aquí cuando aun á los que han confesado su delito no niegas que digan lo que se les ofrece en su descargo? Pero ya se deja conocer, que es porque temes oir el libre razonamiento de un varon de tan gran entereza como bondad, y cuyo semblante apenas podrás ver sin gran empacho tuyo. Yo, yo soy quien defiendo que está inocente. Aquí se hallan los que conmigo intentaron tan gloriosa empresa; pero ninguno podrá decir que Calistenes interviniese en ella; y sin embargo, ha mucho que está destinado á la muerte por el mas justo y moderado de todos los reyes. Estos son los premios que consiguen los macedonios, cuya sangre derramas con larga prodigalidad, como supérflua y de ningun valor. Tú llevas trás tí treinta mil mulos cargados de oro de la presa de tus enemigos; y tus soldados no vuelven á su patria con otra recompensa de sus fatigas que la de sus heridas. Toleráramos empero todas estas sinrazones mientras no nos pusiste en manos de los bárbaros, y por extraños medios no nos hiciste pasar á los vencedores debajo del yugo de los vencidos. Nada te es tan grato como el traje y la disciplina de los persas; y nada de mayor aversion que las costumbres de tu patria. Y así nosotros no hemos pretendido dar muerte al rey de Persia, á quien por desertor y rebelde debemos perseguir por derecho de guerra. Tú has querido que los macedonios hayan inclinado la rodilla delante de tí y que te hayan adorado como á Dios. Tú negaste que Filipo era padre tuyo y sin duda hubieras hecho lo mismo de Júpiter, si hubiese otro dios mayor que él, de quien suponerte hijo. ¿Y á vista de esto extrañas, que tantos varones libres y cuerdos, no puedan tolerar tu orgullo? ¿Qué podemos, pues, esperar de tí, habiéndonos reducido á estado de morir inocentes, ó lo que es peor que la misma muerte, de vivir en servidumbre? Si hay aun alguna esperanza de enmienda en tí, confiesa la obligacion en que estás, pues soy el primero que te ha enseñado cómo debes tratar á la gente de bien. Por lo que mira á lo demás, perdona á los que nos tocan, y no aumentes con nuevos castigos los tormentos de su vejez, bastantemente martirizada con la pérdida de sus hijos. Cébese en nosotros tu crueldad y haz que nos despedacen, para que logremos con nuestra muerte lo que esperábamos conseguir con la tuya.» Tal fué lo que Hermolao dijo, á que respondió Alejandro.

VIII. «Nada convence mas de falso que mi paciencia cuanto este impostor ha dicho instruido de su maestro. Y si bien pudiera haber escusado, habiendo confesado su delito, que lo repitiese, he querido que lo vuelva á hacer delante de vosotros, previniendo usaria en su deposicion del mismo furor de que se halló preocupado para intentar darme muerte, cuando, debiera venerarme como á padre suyo No ignorais que, hallándome últimamente en la caza, cometió el desacato que me obligó á mandarle castigar, conforme al estilo de nuestra patria, y á lo que en todos tiempos han practicado los reyes de Macedonia, á quienes nos es concedido que, así como son castigados los pupilos de sus tutores y de sus maridos las mujeres, lo sean tambien estos muchachos de órden nuestra por nuestros siervos. Esta, pues, es la gran crueldad que ha experimentado de mí y que le ha obligado á intentar vengarla con un parricidio. No necesito el decirlo yo para que sepais la benignidad que uso con los demás, que me dejan obrar segun la blandura natural de mi genio; ni tampoco he de advertiros cuán poco se debe extrañar que Hermolao sienta mal de los castigos de los parricidas, hallándose él merecedor de ellos, y que alabe á Filotas y á Parmenion, cuando en la causa de estos defiende la suya. Por lo que mira á Lincestes, hallándose acusado por dos testigos de haber maquinado contra mi vida, le perdoné, y aun estando convencido tercera vez de lo mismo, diferí por dos años su castigo, hasta que me ví precisado de vuestras instancias á no faltar á la justicia. Por lo que mira á Atalo, bien os acordais que, aun antes que me coronase, maquinó mi muerte. Y en cuanto á Clito, pluguiese á los dioses que no me hubiesen provocado tanto á ira sus atrevidas mordacidades; pero bien sabeis vosotros cómo me trató, y que le sufrí, lo que no fuera fácil que tolerase de mí tan largo espacio, si lo hubiese yo dicho de él. No siempre pende la clemencia de los reyes de su arbitrio; que muchas veces tiene parte en ella el genio é inclinacion de los pueblos, porque en fin, la obediencia de los vasallos es la que hace felices á los príncipes; pero, si una vez se les pierde el respeto, queriendo mandar los que deben obedecer, ¿qué puede resultar de semejante desórden, sino que á una sucedan muchas violencias? ¿Mas qué me admira que me trate de cruel, quien no se ha avergonzado de acusarme de avaro? No quiero recurrir, para desvanecimiento de este cargo, á la autoridad de ninguno de vosotros, por no hacer odiosa mi libertad y ofender vuestra modestia. Pídoos, sí, solo, que dilateis vuestra vista y vuestra consideracion por todo el ejército, en quien reconocereis cómo los que antes no tenian mas que sus armas, duermen ya sobre lechos de plata, se sirven en sus mesas de vasos de oro, llevan trás sí tropas de esclavos, y se hallan tan cargados de

la presa, que no saben qué hacer de ella. Sí, pero dice que á los persas, á quienes hemos vencido, los trato con grandes honras. Es así, no lo niego; pues fuera defraudarme yo mismo la gloria que me resulta de una accion, en la cual se acredita mas mi moderacion. Mi ánimo ha sido y es, manifestar al mundo, que no he venido al Asia á exterminar las naciones, ni á dejar desierta la mitad de la tierra, sino á reinar, de suerte que los vencidos no miren con disgusto mis victorias. Esto es lo que les obliga á que combatan gustosos con vosotros y á que derramen su sangre por vuestra gloria; y lo contrario les precisaria á que impacientes procurasen sacudir el yugo de nuestro dominio, pues ninguno es durable habiéndole de mantener á fuerza de armas. La memoria de los beneficios, es quien los conserva eternos; por lo cual, es preciso hacerles partícipes de nuestra clemencia, si queremos mantener el Asia, y no nos contentamos solo con haberla adquirido, pues con su afecto lograremos el mas firme y seguro establecimiento de nuestro imperio. Mas tenemos, á la verdad, que lo que pudimos haber deseado; y es insaciable avaricia querer tambien recoger lo que por todas partes se derrama. Censúrame de que introduzco en los macedonios las costumbres de los bárbaros. Veo en otras naciones algunas cosas que me parece podemos imitarlas sin avergonzarnos, y que no es posible regir tan gran imperio, sin comunicarle algo nuestro, y tomar algo suyo; pero es bien digno de risa que Hermolao quiera que yo me oponga á Júpiter, cuando me llama hijo suyo, como si las respuestas de los dioses pendiesen de mi arbitrio. Háme honrado con este título, y el haberle admitido no sé que haya perjudicado en nada á mis intereses. Ojalá me creyesen tambien dios los indios, pues dependiendo en la guerra toda la importancia de ella de la reputacion, suele las mas veces tener la mentira autorizada la misma fuerza que la verdad desnuda. ¿Pensareis vosotros tambien que el haber hecho enriquecer vuestras armas de oro y plata, fué orgullo y soberbia mia? Pues bien, lejos de ella, no ha sido otra mi intencion que la de envilecer esos preciosos metales, á fuerza de hacerlos comunes, para que los macedonios, los cuales se han mostrado en todo invencibles, no queden vencidos de ellos. Quiero deslumbrar primero los ojos de aquellos pueblos, en cuyos groseros ánimos solo hacen impresion los accidentes mas viles y despreciables; y desengañarlos despues de que nó es la plata, ni el oro lo que nos mueve, sino la conquista de todo el mundo. Esta gloria la quisiste usurpar tú ¡oh homicida traidor! y reducir á los macedonios con la muerte de su rey á la obediencia de los vencidos; y ahora me adviertes que perdone á vuestros padres, cuando fuera mas justo que ignoraseis lo que he de ejecutar con ellos, para que murieseis con mayor disgusto, si cabe en tal desalmados hombres sentimiento alguno para con los suyos; pero há algunos años que yo he derogado la ley de que padezcan indiferentemente inocentes y culpados; y así pueden quedar vuestros parientes asegurados de que los conservaré en los mismos honores que tenian. Y por lo que toca á tu Calistenes, en cuyo concepto solo tienes alguna estimacion, porque no eres peor que él, no ignoro que el desear le dé yo audiencia, es con el fin de que me diga en mi presencia, y la de toda esta junta, las injurias que tú me has dicho: y es cierto que, como á maestro digno de tal discípulo, le hubiera hecho entrar contigo, si fuese macedonio; pero siendo natural de Olinto, no fuera justo que gozase del mismo privilegio.» Concluido este razonamiento despidió la junta, é hizo entregar los culpados á las guardas que eran de la misma compañía, las cuales, procurando acreditar por aquel medio su fidelidad para con el rey, les hicieron padecer crueles tormentos antes de darles muerte. Espiró Calistenes en ellos, aunque sin mas culpa que la de no haber querido acomodar su genio áspero y libre al estilo de la corte, condescendiendo con las lisonjas de los aduladores: por lo cual ninguno de cuantos fuéron muertos por órden de Alejandro le suscitó tanto odio en los griegos como este, pues, nó contento con quitar la vida á un varon de tan gran bondad y sabiduría, y á quien habia estorbado su muerte, cuando despechado se la quiso dar después de la de Clito, le hizo despedazar en los tormentos, sin haberle permitido diese sus descargos. De cuya crueldad se arrepintió cuando no tenia remedio.

IX. Mas ilustre siempre Alejandro antes de la guerra, que después de la victoria, tomó su derrota á la India, poco después de estas muertes, para excusar los murmullos que de ordinario produce la ociosidad. Mira la India por la mayor parte al oriente, y es mas larga que ancha. Por la del mediodía se descubren crecidos collados, y por las demás es todo el territorio llano, y bañado de famosos rios, que, descendiendo del monte Cáucaso, llegan á aumentar sus ondas, de suerte, que quedan navegables. Es el Indo mas frio que los demás, y el color de sus aguas con corta diferencia el del mar. El Ganges caudaloso, aun desde su orígen, corre hácia el mediodía, y se dilata en derechura por la extension de los montes, hasta que, impedido de las rocas, vuelve hácia el oriente, y, descargando en el mar Rojo, inunda parte del territorio, llevando trás sí cantidad de árboles; si bien en donde halla unido é igual el terreno, se estanca, formando muchas islas. Hácele mas caudaloso el Acesines, cerca del mar donde descarga, en cuyo encuentro chocan con gran furia las aguas de uno y otro, respecto de recibirle el Ganges cuando va mas rápido, y de repelerle aquel con nó menor violencia. No es tan célebre el Diardene por correr solo por las últimas partes de la India, si bien cria, nó solo cocodrilos como el Nilo, sino tambien delfines, y otros animales desconocidos á las demás naciones. El Erimanto corre siempre con torcido curso, y queda al fin de él muy disminuido, respecto de dividirle los naturales del territorio, por donde pasa, en muchos arroyos para regarle. Sin estos hay otros muchos rios, á quienes hace desconocidos su corta extension. Las regiones marítimas son molestadas de los vientos de septentrion, que las hacen estériles; pero, las que están cubiertas de los montes, producen hermosos trigos y deliciosos frutos. Por lo que mira á lo demás, la naturaleza ha dispuesto los tiempos del año, de suerte, que en el que ellos tienen el del invierno, tenemos nosotros el del verano; y por el contrario, cuando ellos este, nosotros aquel, sin que se haya podido (en tiempo de Curcio) averiguar la causa. El color del mar que los circunda, es el mismo que los demás, porque el creer rojas sus aguas los ignorantes, no tuvo otro principio, que el de haber tomado el nombre del rey Eritreo. Críase allí gran cantidad de lino, de que se visten sus naturales. Las cortezas de los árboles son tan tiernas que, como en cera, se imprime en ellas lo que se escribe. Aprenden allí los pájaros con facilidad á imitar el sonido de las voces humanas, y no se ofrecen animales semejantes á los nuestros sino se llevan. Críanse en aquella region los rinocerontes, aunque no nacen en ella. Los elefantes son mas corpulentos y gallardos que los de África, y corresponde á su estatura su fortaleza. Los rios, que por el corto caudal de sus aguas corren con

apacible curso, quizá para no malograr con la violencia de él lo precioso de sus gijas, resarcen aquel con oro que llevan sus arenas. Arroja el mar á sus orillas gran cantidad de perlas, y de piedras preciosas, en que se funda su mayor riqueza, especialmente después que se transfirieron á las naciones extrañas sus vicios, porque es cierto que en sí no tienen mas estimacion los excrementos del mar, que la que les ha dado la liviandad de los hombres: cuyos genios participan allí, como en las demás partes del mundo, de la influencia del clima, y de la situacion de la tierra. Visten dilatadas ropas de lino, que les llegan á los piés, usan para estos de sandalias, y de cierta especie de turbante para la cabeza. Aquellos, á quienes distinguen de la plebe, ó el nacimiento, ú los bienes de la fortuna, traen arillos de piedras preciosas en las orejas, y adornos de oro en las manos y en los brazos. Atienden al aliño de sus cabellos, y es mas comun entre ellos dejárselos crecer, que el cortárselos. La barba jamás se la quitan, pero no les pasa nunca de la extremidad del rostro, lo restante del cual procuran que esté desembarazado, y sin pelo alguno. La relajacion y soberbia de sus reyes, á quien dan el título de esplendidez y magnificencia, comprende la de todas las demás naciones del mundo. Cuando se dejan ver en público, llevan los criados de su casa delante de sus personas incensarios de plata, y perfuman todas las calles por donde han de pasar. Van en una litera de oro, guarnecida de perlas, cuya colgadura es de lino recamado de oro y de púrpura. Acompáñanla sus guardas, muchos de los cuales llevan ramos de árboles cargados de pájaros, á quienes han enseñado diversos géneros de cantos para que les sirvan de diversion, y den algunas treguas en sus mas graves cuidados. Las columnas de su palacio son doradas, y enmarañadas de una parra de oro, que se dilata por lo largo de ellas, sobre la que se ofrecen á trechos diversas figuras de pájaros de plata, matizados de varios colores, que es lo que mas grata hace la vista. Sus puertas están siempre abiertas para todos los que quieren entrar en él; da el rey audiencia á los embajadores, y administra justicia á sus vasallos mientras se peina. Cuando le quitan las sandalias, le ungen los piés con preciosos olores. El mayor ejercicio que hace, es el de salir á tirar con flechas á las fieras que le tienen prevenidas en un bosque, donde lo hace rodeado de sus concubinas, las cuales mientras se emplea en este ejercicio, se ocupan en cantar, y en hacer votos porque la caza sea feliz. Tienen dos codos de largo las flechas, y se despiden con mas violencia que efecto, respecto de que consistiendo en su ligereza toda la fuerza, las deja inútiles el peso que las echan. Sale á caballo cuando no va lejos, pero si la jornada es dilatada, la hace en un carro, el cual conducen elefantes, cubiertos de caparazones de oro; y para que no falte á tanto desórden y relajacion circunstancia alguna, lleva detrás de sí una gran tropa de concubinas en literas de oro. Este acompañamiento es distinto del de la reina, que ni en la pompa, ni en la magnificencia le cede. Dispónenle esas mujeres la comida y sírvenle el vino, que beben con gran exceso los indios, y cuando se halla cargado de él, y rendido al sueño, le conducen á su cámara, invocando con himnos, á su usanza, á los dioses nocturnos; ¿pero quién creerá, que, entre tantos vicios, pueda tener algun lugar de estimacion la filosofía? Hay cierto género de hombres groseros y salvajes, á quienes llaman sabios, los cuales fundan su mayor gloria en anticiparse la muerte y se hacen quemar vivos. Tienen por afrenta esperarla en edad caduca, ó entre las penosas fatigas de las enfermedades: por lo cual no hacen estimacion alguna de las personas que mueren de vejez, y juzgan, que amancillan el fuego de su pira, si no se introducen en ella conservando sus vitales espíritus. Los que habitan en las ciudades, y gozan de la sociedad pública, observan los movimientos de los astros, predicen lo futuro, y creen que ninguno que tiene valor para esperar la muerte se anticipa á dársela. Por lo que mira á los demás, forman divinidades á su antojo, y adoran con especialidad á los árboles, á los cuales se les prohibe violar con pena de la vida. Componen sus meses de quince dias; pero el año le tienen tan cumplido como el nuestro. Miden el tiempo por el curso de la luna, aunque nó como las demás naciones, sino por su entera revolucion, respecto de que cuentan un mes después de la luna nueva hasta que está llena, y otro después que está llena hasta su menguante: de manera, que así como las demás naciones hacemos de la creciente y menguante de este planeta solo un mes, forman ellos dos. Refiérense sin estas otras muchas particularidades de aquella region con las cuales no me ha parecido interrumpir el hilo de esta historia.

X. Habiendo llegado Alejandro á los términos de la India, se anticiparon á darle la obediencia muchos señores de ella, diciéndole: « Que era el tercer hijo de Júpiter, que habia pasado á aquella region, donde no habian conocido á Baco, ni á Hércules, sino por la fama; pero que á él le veian, logrando la dicha de gozar de su presencia ». Recibiólos con gran benignidad, y mandóles, que le acompañasen y guiasen, y reconociendo, que no venian otros á hacer la misma demostracion, envió á Efestion y á Perdicas con una parte de sus tropas para reducir á los que resistiesen su obediencia, para que se alargasen al rio Indo, y para que mandasen pasar el ejército; pero, reconociendo que era preciso hacer lo mismo en otros rios, ordenó que los puentes fuesen en tal disposicion que pudiesen desarmarlos, y conducirlos en carros, para que sirviesen en todos. Después de lo cual, y de haber mandado á Cratero que le siguiese con la falanje, se puso al frente de la caballería, y de los que estaban armados mas ligeramente, y escaramuceando con los que tuvieron osadía de acometerle, los fué rechazando hasta meterlos en la ciudad. Habíale alcanzado ya Cratero, y para causar en aquel pueblo, que aun no habia experimentado las armas de los macedonios, algun terror, mandó poner fuego á las fortificaciones y que los pasasen todos á cuchillo; pero, paseándose á caballo al rededor de los muros, fué herido de una flecha; si bien no le embarazó esto que tomase la ciudad, en cuyos moradores y edificios se hizo considerable estrago. Domada aquella gente de ningun crédito, marchó hácia la ciudad de Nisa, y acampó á corta distancia de sus muros, en un bosque que impedia la vista á sus tropas. Sobrevino en él, llegada la noche, tan gran frio, cual no le habian padecido hasta entónces; pero, teniendo la felicidad de hallarse con el remedio muy próximo, cortaron gran cantidad de leña, é hicieron con ella muchas hogueras, cuyas centellas se dilataron hasta los sepulcros de los habitantes, á los cuales, compuestos de envejecidos cedros, dejó consumido enteramente el fuego á breve rato de haber prendido, extendiéndose por ellos sus llamas. Á cuyo tiempo se oyeron los ladridos de los perros de la ciudad, y después considerables ruídos por los caminos; con lo cual pudieron conocer sus habitantes, que el enemigo no se hallaba lejos, y el enemigo que la ciudad estaba cerca. Reconociendo los sitiados que el rey se adelantaba probaron de hacer una salida, pero con tan mal suceso, que, sobreviniendo gran division

entre ellos, unos querian rendirse y otros sostenerse. Noticioso de esto el rey, se contentó con bloquearlos, sin hacerles otro daño, hasta que el cansancio y fatiga del dilatado sitio los obligase á que se rindiesen á discrecion. Decian, que habia fundado Baco su ciudad, y á la verdad era cierto este orígen. Está situada en la falda de un monte, á quien los naturales llaman Merós, y de quien los griegos dedujeron la fábula, « de que Baco habia salido del muslo de Júpiter. » Habiéndose informado Alejandro de los naturales acerca la situacion de aquel monte, hizo llevar á él víveres, y subió á su cumbre con todo el ejército. Visten sus collados hermosas viñas y yedras, á quienes guarnecen fecundos arroyos, produciendo en ellos la tierra gran variedad de árboles frutales, y, sin que preceda mas sementera que la de haber llevado allí la contingencia algun grano, porcion de trigo, sin muchos floridos laureles, cuyas hojas, y las de otros árboles, cubren las peñas. Tengo por sin duda, que el haberse empleado las tropas en cortar pámpanos y yedras, y en haber hecho guirnaldas de ellas, corriendo de una á otra parte del bosque, fué, mas que divina inspiracion, efecto de báquico furor. Resonaban en aquellos montes y valles las voces de tantos millares de hombres, como los que adoraban al dios tutelar de aquel bosque; cuyo desórden se empezó solo por algunos pocos, y fué seguido después, como de ordinario sucede, de todos; los cuales, como pudieran en medio de la paz, se extendian sobre la yerba, y sobre las enramadas que habian dispuesto. No disgustado el rey de aquel inopinado exceso, mandó disponer suntuosos banquetes por espacio de diez dias, en los que tuvo empleado su ejército en servicio de Baco. A vista de lo cual, ¿quién podrá negar, que, aun la mas sublime gloria pende, antes que del merecimiento de la virtud, del capricho de la fortuna? Pues en vez de acometer el enemigo á aquel embriagado ejército, quedó tan amedrentado de su vocería y de sus alaridos, como pudiera si los hubiese oido entre el estruendo y manejo de las armas. Con igual felicidad se preservó tambien de semejante riesgo, cuando, volviendo del océano, se entregó á los mismos desórdenes á vista del enemigo. Pasó desde allí á una region llamada Dedala, á la que habian abandonado sus habitadores, huyendo á aquellas inaccesibles montañas, como lo habian hecho tambien los de Acadeja, donde entró después. Por lo cual le fué preciso mudar el órden de la guerra, y dividir sus tropas en diversas partes; con cuya diligencia quedaron á un mismo tiempo desechados, así los que no juzgaban tan inmediato el riesgo, como los que estaban amenazados de él. Tomó Tolomeo muchas ciudades, pero las de mayor consideracion Alejandro, el cual, después de haber reducido todas sus fuerzas, pasó el rio Coaspes, dejó á Ceno en el sitio de una rica y populosa ciudad, á la que los naturales llaman Becira, y se encaminó él hacia los mazagas, por la muerte de cuyo rey, llamado Asacano, sucedida poco antes, mandaba aquella provincia y la ciudad capital, su madre Cleofes. Tenia dentro treinta mil infantes, y no parecia sino que la habian fortificado á porfía la naturaleza y el arte; porque por la parte que miraba al oriente la ceñia un rio muy rápido, cuyas riberas eran altas y quebradas, y por la que miraba al occidente, y al mediodía crecidos peñascos desgajados, al pié de los cuales habia cavernas, las cuales, aumentadas con el curso del tiempo en abismos, se continuaban con un foso de inmenso trabajo y espantosa profundidad. Tenian los muros treinta y cinco estadios de circunvalacion, cuyos cimientos eran de piedra, y cuya altura de ladrillo crudo, mezclado con piedras, para que el material mas fuerte sustentase el mas débil, y para que la tierra no fuese invadida de las aguas, y, deshecha, no quedase todo reducido á ruina, tenian en medio gruesas vigas, y en lo alto galerías que cubrian el muro, por las cuales se andaba al rededor. Habiendo reconocido Alejandro aquellas fortificaciones, y no sabiendo á qué resolverse, por ser imposible llenar las cavernas sino á fuerza de porcion inmensa de madera y de piedras, ni tampoco acertar sus máquinas, sino por este medio, fué herido en una pantorrilla de una flecha; pero, sin hacer mas que sacársela, aun no quiso detenerse á atarse un lienzo en la herida, y, puesto á caballo, continuó en lo que habia emprendido. Con todo, llevando la pierna extendida y descubierta, y corrompida la sangre, se le aumentaron los dolores, en medio de los cuales se refiere que dijo: « Que aunque le hacian hijo de Júpiter, conocia era de la misma naturaleza que los demás hombres. » Sin embargo, no por esto se retiró á su campo, sin haberlo reconocido todo, y dado las órdenes que juzgó por convenientes, en cumplimiento de las cuales, unos demolian las casas, que estaban fuera de la ciudad, valiéndose de los materiales para llenar aquellas inmensas profundidades, y otros introducian en ellas troncos de árboles y peñascos enteros, trabajando todos con tan grande ardor, que en nueve dias quedó concluida la obra, y plantadas sobre ella las torres. El rey, sin esperar á asegurarse de la herida, fué á ver el trabajo, y después de haber alabado la diligencia que habian puesto en él sus soldados, hizo adelantar las máquinas, con las que se disparó gran cantidad de tiros contra los que defendian las murallas. Pero lo que mas terror causó á los bárbaros, no acostumbrados á aquellas invenciones, fué la desmesurada altura de las torres, las cuales, viendo que se movian por sí, creian que las gobernaban los dioses, y que los arietes que derribaban los muros, y las lanzas arrojadas por los instrumentos de guerra, no podian ser efecto de industria humana. Por lo cual, desesperando de poder defender la ciudad, se retiraron al castillo, desde donde, no hallándose mas asegurados en él, enviaron embajadores al rey para que le pidiesen perdon. Obtenido este, salió la reina, y se fué para el rey con grande acompañamiento de damas, que le llevaron en copas de oro vino en sacrificio. Iba consigo un hijo, que tenia en edad tierna, el cual le ofreció al servicio del rey. Fué, nó solo perdonada, sino tambien restituida á sus estados con el mismo esplendor que habia tenido, y con todas las prerogativas de reina. Cuyo beneficio se creyó debió, mas que á la compasion de su desgracia, al atractivo de su hermosura. Lo cierto es, que parió después un hijo, y que (fuese, ó nó suyo) se le puso por nombre Alejandro.

XI. Envió desde allí á Polipercon contra la ciudad de Era, á cuyos habitantes, que habian hecho una desordenada salida, rompió, y cargándolos hasta las mismas puertas de su ciudad, entró mezclado con ellos, y se hizo dueño de la plaza. Tomó otras muchas ciudades cortas y desiertas, por haberse retirado armados sus habitantes, á las rocas de Ahorno. Era fama, que Hércules la habia sitiado, y que precisado de un temblor de tierra, habia levantado el sitio. Hallándose el rey dudoso en el modo de atacarla, por estar fundada sobre una roca quebrada por todas partes, se le ofreció un hombre anciano de la tierra con dos hijos suyos, y le prometió mostrarle camino por donde lo pudiese hacer, como se lo remunerase. Asegurôle le daria ochenta talentos, y habiéndose quedado con un hijo suyo en rehenes, le envió á que cumpliese lo que habia ofrecido con algunos soldados

armados á la ligera, que le dió, debajo del mando de Mullino, secretario suyo; los cuales queria que ganasen la cumbre por rodeos, sin ser vistos de los enemigos. No tiene aquella peña, como las demás, las laderas cortas y fáciles para subir á ella, elévase en forma de pirámide, es por abajo anchísima, y cuanto mas se levanta, tanto mas se va estrechando, hasta que queda á manera de una aguda punta. Pasa altísimo el rio Indo por sus faldas, cuyas riberas son por ambas partes asperísimas, y por una, llenas de tan crecidos pantanos y cenagales, que era preciso, para haber de tomar la plaza, terraplenarlos. Si bien ofreciéndose allí un bosque muy á propósito para conseguirlo, le hizo el rey talar, ordenando que se cortasen las ramas de los árboles para que los pudiesen conducir mas fácilmente, y que solo echasen los troncos. Cortó el primero él, con cuyo ejemplo, levantando todos el grito, se emplearon en continuar el trabajo que habia empezado el rey con tan grande calor, que en siete dias quedó acabado todo. Habiendo al mismo tiempo resuelto dar un ataque, mandó á los arqueros y á los arianos, que procurasen subir por aquella impenetrable aspereza, y escogió de su compañía treinta mozos de los mas valerosos, á quienes dió por cabos á Caro y á Alejandro, exhortando á este á que se acordase de su nombre. No era creible que, siendo tan evidente el peligro, se pusiese el rey á él: pero no bien hubo dado la señal la trompeta, cuando aquel príncipe, que no era dueño de su valor, ordenó á sus guardas que le siguiesen, y fué el primero que empezó á trepar por la peña. No hubo entre todos los macedonios alguno que, dejando sus alojamientos, no le siguiese á aquel evidente riesgo, en que perecieron muchos, cayendo desde la peña al rio, cuyos crecidos remolinos los sorbian, espectáculo á la verdad lastimoso, aun á los que no habian corrido igual fortuna; pero, como se hallaban amenazados del mismo riesgo, convertida en miedo la compasion, solo cuidaban de sí. Hallábanse ya tan empeñados que les era preciso, ó vencer, ó morir, porque los bárbaros descargaban crecidas piedras sobre los que subian, los cuales, asiéndose nó sin gran dificultad y trabajo en aquellos resbaladizos lugares, caian precipitados. Sin embargo, Alejandro y Caro, á quienes envió el rey delante con aquellos treinta mancebos escogidos, habian ganado ya lo alto de la peña, y llegado á las manos; pero, ocupando aun el enemigo la cumbre, para un tiro que lograban, recibian muchos. Bien acreditó Alejandro en aquel peligro cuán presente tenia su nombre, y el ofrecimiento que habia hecho al rey; pero, no bastando el valor á donde faltaba el resguardo, cayó oprimido de inmensos golpes. Viéndole Caro en tierra, y no atendiendo sino á tomar venganza de su muerte, se entró por en medio de los enemigos, en quienes á lanzadas y estocadas hizo considerable mortandad, hasta que, no pudiendo resistir solo á tan numerosa muchedumbre, cayó muerto sobre el cuerpo de su amigo. Sentido el rey, como era justo, de la pérdida de aquellos dos valerosos soldados y de los demás, hizo que tocasen á retirar. Todo su remedio le debieron á la buena ordenanza con que se retiraron, porque los bárbaros, contentos con haberlos rechazado, no los siguieron. Aunque Alejandro, perdida la esperanza de poder ganar la plaza, tenia resuelto levantar el sitio, mostrando quererle continuar, hizo tomar todos los pasos del camino, acercar las torres, y relevar á los que se hallaban fatigados. Los indios, viendo su obstinacion, dieron á entender tambien su seguridad, y como en manifestacion de haber triunfado del enemigo, tuvieron dos grandes banquetes, celebrando su vencimiento con tambores y timbales á su usanza. Si bien á la tercera noche, habiendo cesado su algazara, causó grande extrañeza el ver toda la peña llena de fuegos que habian encendido para asegurar su fuga por aquellos despeñaderos. Habiendo enviado el rey á Balacro á reconocerlos, supo que los bárbaros habian abandonado la peña; á cuyo tiempo, haciendo señal á su gente para que levantasen el grito, causó tal pavor en los fugitivos, que, creyendo sobre sí al enemigo, se precipitaron muchos de lo alto de las peñas, y la mayor parte de ellos estropeados, fué abandonada de los que pudieron salvarse. Aunque Alejandro quedó antes vencedor de la plaza que del enemigo, hizo en accion de gracias sacrificio á los dioses, como si hubiese ganado una batalla, y levantó altares sobre la peña á la diosa Minerva y Victoria; á los guias que habian conducido á los soldados armados á la ligera, no dejó de cumplirles puntualmente lo que les ofreció, en medio de no haber ejecutado todo lo que habian prometido, y á Sicocosto dió el gobierno de la peña y el de la region.

XII. Tomó desde allí la vuelta de Ecbolima, si bien noticioso de que cierto Erice estaba apoderado, con veinte mil hombres de guerra, de un estrecho que habia en el camino, dejó el grueso de su ejército á Ceno para que le condujese á cortas jornadas, y, habiéndose adelantado con su gente de arco y de honda, puso en desórden á los enemigos, y abrió el paso á sus tropas que le seguian. Los indios, ó ya fuese por granjearse la gracia del vencedor, ó ya por odio que tuviesen á su cabo, le dieron muerte al tiempo que huia, y llevaron su cabeza y sus armas á Alejandro, el cual dió por libre de castigo la accion, si bien no quiso autorizar el ejemplo con la recompensa de ella. Encaminándose desde allí al rio Indo, llegó á él en seis dias de marcha, donde halló dispuesto por Efestion cuanto era necesario para pasarle, segun se lo habia ordenado. Reinaba en aquella region Omfis, el cual, en cumplimiento del consejo que le dió su padre, poco antes de su muerte, para que pusiese bajo la obediencia de Alejandro su estado, le habia enviado después de ella embajadores para saber de él, si era de su agrado que tomase posesion del reino, ó que, como persona particular, esperase su venida. Y si bien el rey le permitió que reinase, tuvo la atencion de no usar del dominio que le habia concedido. Trató á Efestion con grande urbanidad, é hizo distribuir gratuitamente entre sus tropas todos los granos que necesitaron, aunque no se dejó ver de él, por no quererse fiar sino del rey, á quien salió á recibir, luego que supo estaba cercano, con un hermoso ejército, entre cuyos escuadrones llevaba gran cantidad de elefantes, á corta distancia unos de otros, que de lejos no parecian sino castillos. Túvole al principio Alejandro por enemigo suyo, y nó por su aliado; y así mandó á su falanje, que estuviese presta, y á su caballería, que se pusiese en filas para combatir; cuando el indio, conociendo su yerro, mandó hacer alto á sus tropas, y detuvo su caballo. Hizo lo mismo Alejandro, dudoso en si venia como amigo, ó como enemigo; pues tan igualmente podia librar su seguridad en su valor como en la fé de aquel príncipe. Llegaron á hablarse con ánimos amigables, segun se pudo inferir por las exteriores demostraciones de los semblantes; pero, no pudiendo entenderse uno ni otro, hicieron llevar allí un intérprete indio, por cuyo medio dijo á Alejandro, Omfis: «que él iba á su presencia con su ejército, para ofrecer á su disposicion todas sus fuerzas, sin haber querido esperar otra seguridad,

que la que daba á su persona y á su reino un príncipe, cuya magnánima generosidad sabia, que solo guerreaba por la gloria, y que nada aborrecia mas que el obscureceria con el lunar de la perfidia.» Obligado Alejandro de la bizarría del bárbaro, le tomó la mano, y le restituyó á sus estados. Presentó á Alejandro cincuenta y seis elefantes, y otras muchas fieras de prodigiosa magnitud, con tres mil toros, que en aquellas tierras son de grande estimacion, y muy del gusto de los reyes. Preguntándole Alejandro: «¿de qué necesitaria mas, de labradores, ó de soldados?» Le respondió: «que, teniendo guerra con dos reyes, necesitaba mas de estos que de aquellos.» Eran los dos reyes Abisares y Poro; pero mas poderoso Poro. Reinaban ambos á la otra parte del Hidaspes, resueltos á experimentar la fortuna de la guerra contra cualquiera que los acometiese. Tomó Omfis, con el permiso de Alejandro, la diadema, y segun el estilo de aquella tierra, el nombre de Taxites que habia tenido su padre, y que era afecto á todos los que sucedian en el reino; y, después de haber tratado magníficamente al rey por espacio de tres dias, le mostró al cuarto las vituallas que habian consumido las tropas que llevó Efestion, y le regaló á él, y á los principales de su corte con coronas de oro, y con ochenta talentos de plata, en moneda. Sumamente agradecido Alejandro de la generosidad de aquel príncipe, le volvió á enviar cuanto le habia presentado, y además de ello mil talentos del botin que hacia siempre llevar detrás de sí, con una rica vajilla de plata y oro, para el servicio de su mesa; gran cantidad de ropas, á la moda pérsica; y treinta y seis caballos enjaezados, de la misma manera que los que él montaba; pero así como aquella liberalidad obligó al bárbaro, ofendió sumamente á los cortesanos de Alejandro, entre los cuales uno, llamado Meleagro, le dijo, comiendo con él, después de haber bebido bien: «que se regocijaba de que por lo menos hubiese hallado entre los indios uno, digno de mil talentos.» Reprimió el rey su indignacion, acordándose del disgusto que habia tenido por la muerte que dió á Clito, causada por su gran libertad; pero no dejó de decirle: «que los envidiosos no eran otra cosa que verdugos de sí mismos.»

XIII. Llegáronle el dia siguiente embajadores de Abisares; en conformidad del órden que llevaban, ofrecieron á Alejandro, en nombre suyo, sus estados: y habiendo tomado, y dádose recíproca fé, fuéron despedidos. No dudando el rey que se le rendiria fácilmente Poro, movido de la fama de sus gloriosas empresas, despachó á Cleocares, para que le notificase: «Que le pagase tributo, y compareciese á hacerle el debido obsequio, saliendo á los confines de su reino.» Pero bien lejos de ejecutarlo, le respondió el bárbaro: «Que no dejaria de obedecerle en una de las dos cosas que le mandaba, saliéndole á recibir á la frontera; pero que seria con las armas en la mano.» Resuelto Alejandro á pasar el Hidaspes, le llevaron á Barcentes, autor de la revolucion de los aracosios, y treinta elefantes, que se tomaron con él, cuyo refuerzo no pudo irle á mejor tiempo contra los indios; los cuales fian mas en aquellos brutos, que en sus armas. Llevároule tambien á Gamajo, rey de gran parte de la India, que se habia juntado con Barcentes; y habiendo dejado á uno y á otro con buenas guardas, y dado el gobierno de los elefantes á Tajiles, pasó á alojar junto al Hidaspes. Acampaba Poro en la ribera contraria, para impedirle el paso, y tenia puestos de frente ochenta y cinco elefantes, de prodigiosa magnitud, y delante de ellos trescientos carros, y cerca de treinta mil infantes, entre los que estaban los arqueros, que usaban de aquellas largas flechas, de las que dejamos dicho el poco efecto que causaban por su demasiado peso. Estaba Poro sobre un elefante, mayor que los demás, ostentándose, así por la superioridad de su estatura sobre la regular de los otros, como por sus armas, resplandecientes con el oro y la plata que las adornaba, tan horrible como magestuoso. Correspondia á la grandeza del cuerpo, la del ánimo; y á uno y otro, y en cuanto permitia la grosería y rudeza de aquellos pueblos, la capacidad. Quedaron los macedonios no menos atemorizados que del enemigo, del rio que habian de pasar; el cual, en medio de tener cuatro estadios de ancho, corria tan sumamente profundo, é incapaz de que por parte alguna se le pudiese vadear, y con tan violenta rapidez, como si lo hiciese por alguna canal estrecha, causándoles mas pavor sus ruidosas y espantosas olas, las cuales, rotas en muchos lugares, eran testimonio de cuán lleno de peñas estaba aquel álveo; pero nada les era tan pavoroso como la vista de la ribera, cubierta de hombres, de caballos y de elefantes. Estaban plantados en ella en forma de torres aquellos horribles animales, á quienes irritaban de propósito, para que con sus espantosos gritos causasen mayor asombro en los ánimos enemigos. Todas estas cosas juntas tenian reducidos á los macedonios á tan desconsolados términos que, en medio de haberse mostrado no menos invencibles, que esperanzados en los mayores peligros, desconfiaban de poder vencer con sus débiles barcos la impetuosidad del agua, ni de llegar seguramente á la ribera, aun cuando lo consiguiesen. Habia en medio del rio muchas islas, á donde pasaban á nado los indios y los macedonios, llevando las armas sobre la cabeza. En ellas tenian algunas escaramuzas, á vista de ambos reyes; los cuales, á costa de aquel corto peligro, podian prevenir el fin del mas importante. Hallábanse en el ejército de Alejandro dos caballeros mozos, llamados Egesímaco el uno, y Nicanor el otro, que, habiéndose señalado por su temeridad, y fiándose en la continuada felicidad de su partido, despreciaban todo género de peligros. Estos, pues, eligiendo los mas resueltos mancebos, y no llevando consigo mas armas que la de una lanza, pasaron á nado á una isla, llena de enemigos. En ella, con mas osadía que resguardo, hicieron gran mortandad en los contrarios, después de la cual, es sin duda, que pudieran haberse retirado gloriosamente, si supiese la temeridad, cuando es feliz, contenerse; pero, esperando con desprecio é insolencia á los demás, que iban á tomar venganza de la muerte de sus compañeros, cogidos en medio por una tropa de ellos, que nuevamente habia pasado nadando, fuéron oprimidos de los innumerables dardos que les tiraban de lejos; y los que pensaron salvarse, ó fuéron arrebatados de la corriente, ó sorbidos de los remolinos. Dió crecidos alientos este suceso á Poro, atento desde la ribera á cuanto pasaba, y puso en tan gran perplejidad á Alejandro, que se halló necesitado de usar de algunas estratagemas para engañar al enemigo. Habia en aquella ribera una isla de mayor extension que las otras, muy poblada de árboles, y propia para armar en ella una emboscada: tenia tambien un foso muy profundo cerca de la ribera, que ocupaba el rey, donde, nó solo se podia ocultar infantería, sino tambien caballería: y temeroso Alejandro de que los enemigos se valiesen de la comodidad de aquel terreno, mandó á Tolomeo, que con toda su caballería marchase lejos de la isla, y que dando frecuentemente al arma, para atemorizar á los enemigos, hiciese demostracion de querer

pasar el rio. Ejecutólo Tolomeo algunos dias con tan gran destreza, que obligó á Poro, por medio de aquel ardid, á que pasase á la otra parte, donde habia dado á entender intentaba ocuparla. Con lo que, logrado el que los enemigos hubiesen perdido de vista la isla, hizo levantar Alejandro su tienda en frente de su campo, y plantar las guardas de su persona al rededor de ella, con toda la ostentacion que solia usar, y se debia á la magestad de tan gran rey. Hizo tambien que Atalo, que era de la misma edad, y no dejaba de parecérsele en el rostro y en la estatura, mayormente viéndole de lejos, que se pusiese su real vestidura, para dar á entender estaba allí él en persona, y que no intentaba pasar; y procurar, teniendo al enemigo en este engaño, entrar en la isla, de la que hemos tratado, con el resto de sus fuerzas, mientras le divertia Tolomeo con las tropas que habia llevado. Y si bien, sobreviniendo una tempestad, retardó la ejecucion de este intento, convirtiendo la fortuna en todos los de este príncipe en mayor beneficio suyo los mayores obstáculos para sus progresos, le facilitó aun en ella misma el medio de llevar al fin su designio; porque, sucediendo á aquel turbion una tan impetuosa lluvia, que aun los que estaban debajo de cubierta, nó sin dificultad se preservaban de ella, hallándose precisados los soldados á desamparar sus barcos, para asegurarse en tierra, y estando el cielo tan cubierto, que negaba casi enteramente su luz, para que pudiesen conocerse aun los soldados que se hallaban á corta distancia unos de otros: bien lejos Alejandro de que le amedrentasen aquellas espantosas tinieblas, ni el riesgo á que se exponia de pasar un rio desconocido, y de ir á dar ciegamente, y sin mas fin que el de adquirir gloria á tan costoso precio, á algun lugar, quizá ocupado por los enemigos; juzgando que aquella obscuridad, que atemorizaba á los demás, le era favorable, dió la señal para que todos entrasen en sus barquillos, sin hacer ruído; y fué el primero que mandó botar al agua aquel en que habia de embarcarse. No descubrieron persona alguna en la ribera, donde habian de llegar; porque Poro tenia puesto todo su cuidado en Tolomeo. Llegaron á la orilla sin mas pérdida que la de un barquillo, que, agitado de las olas, dió en una peña; y habiendo hecho Alejandro marchar por filas algunas compañías de escogidas tropas, para que tomasen el terreno de la derecha, ordenó su ejército en forma de batalla.

XIV. Empezaba ya á marchar al frente de su ejército, dividido en dos filas, cuando avisaron á Poro: «que los macedonios habian pasado el rio, y se encaminaban hácia él.» Creyó al principio, fiado en la suerte, de la que se suelen lisonjear los hombres en sus esperanzas, que se habrian equivocado con Abisares, su aliado, que iba á asistirle en aquella guerra, en cumplimiento de lo que tenian ajustado entre ambos; pero, aclarando el tiempo, y desengañándole de que no eran sino los enemigos, envió á su hermano Hages con cien carros, y cuatro mil caballos, para que se opusiese á ellos. Consistia en aquellos carros su mayor fuerza: llevaba cada uno de ellos seis hombres, dos con escudos, y otros dos arqueros, por ambos lados de él; y los restantes conducian el carro, sin que dejasen de pelear cuando se llegaba á las manos, llevando gran cantidad de dardos, que disparaban contra los enemigos, luego que quitaban los frenos á los caballos. Si bien aquel dia les sirvió de poquísimo toda esta prevencion, porque la gran lluvia que habia caido dejó la tierra tan resbaladiza, que los caballos no se podian tener, ni los carros, bien pesados por sí, y hundidos en aquellos pantanos y cenagales, moverse. Por el contrario Alejandro, hallándose con su ejército listo, y desembarazado, los cargaba vigorosamente. Fuéron los escitas y los dahos los primeros que lo hicieron, y después Perdicas, á quien envió para que con la caballería acometiese el ala derecha. Encendido el combate de una y otra parte, soltaron á toda rienda los carros los que los conducian por en medio de la batalla, como el mayor socorro que podian dar á su gente; pero, fué igual el daño que causaron en unos y otros: porque, si la infantería de los macedonios, expuesta á aquella primera furia, fué rota y maltratada de las ruedas y de los caballos; los carros, que se desviaban á lugares resbaladizos y fragosos, volcaban á los que conducian, mientras los caballos de los otros, espantados, corrian de una á otra parte, arrojando á unos á los fosos, y á otros al rio. Hubo sin embargo algunos macedonios que, abriéndose lugar por en medio de los enemigos, llegaron muy cerca de Poro; el cual, cumplia á un tiempo con la obligacion de soldado y de capitan. Y habiendo reconocido errantes sus carros por aquel campo de batalla, y sin quien los condujese, distribuyó los elefantes con los que estaban mas cerca de su persona, y puso detrás de ellos la infantería, y los arqueros, que solian tocar los tambores de que se servian los indios en lugar de trompetas. Si bien acostumbrados ya á aquel sonido, los alteró poco su estruendo. Llevaban al frente de la infantería la estátua de Hércules, la cual era muy poderoso estímulo para encenderlos en el combate, respecto de tenerse por tan gran infamia entre sus tropas abandonar á los que le llevaban, como si desamparasen la misma persona de Hércules, estando vivo, y no volverla de la batalla; por lo cual, convirtieron en religion y veneracion el miedo que habian concebido del enemigo. Detuvo algo á los macedonios el aspecto de los elefantes, y tambien el del rey; porque, puestos aquellos brutos, entre los escuadrones parecian torres vistos de lejos; y Poro, cuya estatura era superior á la de todos los suyos, aun mayor, respecto de ir en un elefante de excesiva magnitud sobre los demás. Alejandro, pues, habiendo observado atentamente á aquel rey, y á su ejército, dijo: «que en fin habia hallado un peligro digno de su valor, habiendo de contender con furiosos brutos, y con valerosos hombres.» Y volviéndose á Ceno, le dijo: «cuando hubiere acometido al ala izquierda de los enemigos con Tolomeo, Perdicas y Efestion, y me vieres empeñado en el combate, carga en el ala derecha; y tú, Antígenes, Leonato y Tauron dareis al mismo tiempo en el frente de la batalla, y los cargareis vivamente. Nuestras largas y fuertes picas en ninguna ocasion nos servirán mejor que empleándolas en esos brutos, y en los que los montan. Echad por tierra á estos, y herid en aquellos, cuyo socorro es bien peligroso, pues igualmente pueden servir que dañar, y mas si se vuelven furiosos contra sus tropas; porque, si una obediencia forzada los obliga á ir contra los enemigos, puede precisarlos á que se conviertan contra los suyos un impetuoso miedo.» No bien hubo dicho esto, cuando, dando de espuelas al caballo, se puso delante de todos. Tenia abierto ya un batallon de los enemigos, como lo habia ideado, cuando empezó Ceno á cargar con gran furia en el ala derecha, y la falanje con no menor ímpetu en el centro de los indios, y quedando enteramente derrotado, hizo Poro adelantar los elefantes por la parte que habia entrado la caballería. Pero, no pudiendo aquellos pesados é inhábiles brutos igualarse en la velocidad con los caballos, ni tampoco los bárbaros valerse en ninguna manera de las flechas, respecto de que siendo

tan largas y pesadas, les era preciso, para cargar cómodamente el arco, afirmarle contra la tierra, y estando muy resbaladiza estorbaba que hiciesen efecto alguno; fuera de que aun antes que las disparasen tenian al enemigo sobre sí. No escuchaban ya en aquella confusion las órdenes del rey, habiéndose usurpado la jurisdiccion el miedo, mas poderoso entónces que los cabos; los cuales eran tantos, cuantas las desordenadas tropas. Querian unos, que se reuniesen en cuerpo de batalla; otros, que se separasen algunos, y que se mantuviesen firmes; y nó pocos, que se cogiese á los enemigos por la espalda, sin que nada llegase á ejecucion. Si bien Poro, con algunos de los suyos, en quienes pudo mas la honra que el miedo, hizo rostro á Alejandro, poniendo de frente en la marcha á sus elefantes. Causaron gran terror aquellos brutos, por sus horribles gritos, á los que no estaban acostumbrados, ni los caballos, naturalmente recelosos, ni los soldados, cuyos escuadrones pusieron en tal confusion, que los que poco antes se habian visto victoriosos, ya no atendian sino á huir. Entónces Alejandro hizo adelantar contra aquellos animales la caballería ligera de los agrianos y de los tracios, mas propios para las correrías, que para combatir á pié firme; los cuales descargaron en los elefantes, y en los que iban sobre ellos: á cuyo tiempo la falanje, viéndolos vacilantes, empezó á cerrarlos de cerca; pero algunos, que los perseguian con demasiado ardor, los irritaron de suerte, que quedaron despedazados de su furor, dejando en su estrago ejemplo á los demás, para que se abstuviesen de oprimirlos; y causó mayor terror el ver levantar con sus trompas á los hombres armados, y entregárselos á los que iban sobre ellos. Lo cual fué causa de que los macedonios procediesen mas remisos, y de que huyendo las unas veces, y acometiendo otras, permaneciese gran parte del dia dudoso el combate, el cual no hubiera tenido fin si no hubiesen cortado las piernas á los elefantes con hachas, dispuestas para aquel efecto, y con ciertas espadas cortas, á las que llaman COPIDAS, algo corvas, y en forma de hoces, con las que cortaban sus trompas, sin omitir medio alguno de que no se valiesen para librarse del furor de aquellos animales, á quienes temian mas que á la misma muerte. Finalmente, rendidos los elefantes al rigor de sus heridas, no se dejaban ya gobernar, antes furiosos del dolor de ellas, derribaban amigos y enemigos, y sacudiendo á los que llevaban sobre sí, los despedazaban. Después de lo cual, mas mitigado su furor, y siendo mayor el recelo con que quedaban, que el daño que causaban, los echaron del campo de batalla á bandadas, como rebaños de ganado. Viéndose Poro abandonado de la mayor parte de su gente, se mantuvo disparando gran cantidad de dardos, con los que hirió á muchos que le cercaban, siendo el blanco de los tiros de los enemigos. Hallábase ya con nueve heridas, que habia recibido, así por delante como por detrás, por las cuales, habiendo derramado gran porcion de sangre, quedó tan debilitado, que se le caian los dardos de las manos cuando iba á dispararlos; pero, su elefante, que se conservaba aun sin alguna herida, con vengativo instinto hizo grande estrago en los enemigos, en que hubiera continuado, si, reconociendo el que le gobernaba el desfallecimiento del rey, y que se le caian sus armas por su demasiada debilidad, no le hubiese encaminado á la fuga, en la cual le seguia Alejandro bien de cerca; pero, habiéndole faltado á lo mejor su caballo, que, oprimido de innumerables heridas, cayó suavemente debajo de él, como temeroso de ofenderle, dió tiempo á Poro, mientras tomaba otro, para que se le adelantase: en cuyo intervalo envió al hermano de Tajiles, rey de los indios, para que « le exhortase se rindiese al vencedor, y no aguardase el último lance; » pero Poro, aunque se sentia tan desfallecido, y habia derramado la mayor parte de su sangre, vuelto hácia donde oia aquella voz, que no desconocia, le dijo: « no escucho al hermano de Tajiles, aquel traidor á su patria y á su reino. » Y tomando un dardo que le habia quedado, le disparó contra él con tan gran violencia, que le pasó de parte á parte: después de cuyo último testimonio de su valor, se entregó á la fuga con mayor diligencia que antes; pero, habiendo recibido tambien el elefante muchas heridas, y no pudiendo ya marchar, se vió obligado Poro á detenerse, dejando alguna infantería para que hiciese frente á los enemigos que le seguian. Habíale alcanzado Alejandro, y viendo su obstinacion, dió órden para que hiciesen pedazos á los que no se rindiesen; con lo cual cargaron los suyos á la infantería, y al mismo Poro, el cual lleno de tantas heridas, y haciendo el amago de ir á caer del elefante, creyendo el que le conducia que queria desmontarse de él, le hizo poner de rodillas, como acostumbraba, á cuyo ejemplo ejecutaron lo mismo todos los que estaban cercanos, lo cual fué causa de que así Poro, como los demás, cayesen en manos de los vencedores. El rey, creyendo que hubiese muerto, mandó que le despojasen, con cuya órden, acudiendo todos á quitarle la coraza y los vestidos, se lo estorbó el elefante, defendiendo á su dueño, á quien, arrojando de sí á los que se acercaban, levantó con su trompa, y le puso en sus espaldas; pero, habiendo perdido los últimos alientos, al rigor de las innumerables heridas que descargaron sobre él, pudieron aprisionar á Poro, á quien pusieron en un caballo, y á quien reconociendo el rey que aun abria los ojos, le dijo movido de compasion: « ó tú, infelice, ¿qué delirio te indujo, á que intentases medir tus fuerzas con las mias, sabiendo el crédito de mis armas? ¿Y no pudiendo dudar, por lo que obré con Tajiles, tu vecino, de la clemencia que usó con los rendidos? » Á que él respondió: « pues deseas saberlo, yo te lo diré con la misma libertad con que me lo preguntas. No creia yo que hubiese en el mundo hombre mas valiente que yo, porque conocia mis fuerzas, y no habia experimentado las tuyas hasta hoy, que me ha enseñado el suceso, que debo cederte; pero, sin tenerme por poco feliz, logrando el segundo lugar después de tí. » Y habiéndole preguntado Alejandro, « ¿qué tratamiento esperaba le hiciese el vencedor? » Le respondió: « el mismo que este dia te aconseja me des, el cual te enseña con bastante desengaño, cuán caduca es la felicidad de los hombres. » Cuya advertencia aprovechó á Poro mas que el ruego, pues con aquella generosa resolucion, en que mostró la corta impresion que hizo en su ánimo el infortunio, movió de suerte á piedad el del rey, que nó solo le perdonó, sino le colmó de honras. Mandóle curar las heridas con el cuidado que pudiera, si hubiese peleado en servicio suyo; y habiendo quedado sano de ellas, contra la esperanza de todos, le admitió en el número de sus amigos, y le dió poco después mayor reino que el que habia tenido; porque nada se observó en él mas natural, ni en que mayor cuidado pusiese, que en estimar el valor y la verdadera gloria, donde la hallaba: bien es verdad, que esta virtud la practicó con menos liberalidad entre sus ciudadanos, que entre sus enemigos, por creer, que, cuanto peligraba su grandeza, observándola con aquellos, quedaria mas grande y mas ilus-

tre, haciendo mayores y mas famosos á los que habia vencido.

LIBRO NOVENO.

ARGUMENTO DE ESTE LIBRO.

I. Pasa Alejandro á la India, después de haber vencido á Poro, y reducido á su obediencia muchos pueblos, cuyas costumbres y estilos se describen.—II. Hallándose Alejandro pronto á acometer á los gangaridas y farrosios, exhorta con largo razonamiento á sus soldados á la perseverancia, reconociéndolos fatigados, y que rehusaban continuar la guerra.—III. Responde Ceno por todos á Alejandro, y muere poco después de enfermedad.—IV. Habiendo reducido Alejandro á su obediencia á los sobios, y á otros pueblos, entra en la region de los oxidracas y de los mallos; pone en fuga á los bárbaros, y sitia la ciudad, sin acordarse de la prediccion de Demofoonte, adivino. —V. Queda herido en la ciudad de Oxidracas, donde se arrojó de un brinco, y después de haber perdido algunos de sus mejores capitanes, y tomado la ciudad, le hallaron los suyos casi muerto, y desamparado de todo socorro. —VI. Pídenle sus amigos que mire por su salud, y por la pública; pero respóndeles con gran generosidad, perseverando en el intento de conquistar todo el mundo.—VII. Sosiégase la rebelion de los griegos en las tierras de los bactrianos: dá Alejandro un banquete á los embajadores indios: sobreviene un disgusto entre Horrata y Diojipo, y para en duelo, en que riñeron con desiguales armas: dase algunos dias despues Diojipo muerte, irritado de las calumnias de sus enemigos.—VIII. Habiendo recibido Alejandro presentes de los embajadores indios, doma á los sabrazas, musicanos, prestos, y otros pueblos: queda Tolomeo sano de una venenosa herida, con el beneficio de una yerba que vió en un sueño Alejandro.—IX. Desea Alejandro sumamente ver el océano, y lógralo, nó sin gran peligro, por la corta experiencia de los marineros y pilotos.—X. Vuelve del océano á los términos de los arabitas, gedrosioros, y de los indios, donde pelea su ejército con el hambre y peste; pero da providencia para su remedió: dispone después, á imitacion de Baco, cierto género de triunfo, aunque le ensangrienta con el castigo de Astaspes, satrapa.

I. Gustoso Alejandro de tan memorable victoria, la cual le abria paso al oriente, hechos sacrificios al sol, colmó de elogios y de esperanzas á sus soldados, para animarlos á la continuacion de la guerra. Decíales: «Que todas las fuerzas de los indios habian quedado postradas con solo un golpe: que lo que les restaba no era mas que un continuado botin y un almacen de riquezas: que iban á aquellas famosas regiones á donde reinaba la opulencia y crecian los tesoros, respecto á quienes no estimarian los despojos de los persas: que acumularian tanto oro, marfil y piedras preciosas, que no solo llenarian de ellas su casas, sino tambien la Macedonia y Grecia.» Estimulados los soldados de la codicia y de la gloria, y asegurados de las promesas del rey, las cuales habian visto cumplidas siempre, se ofrecieron animosos á seguirle: y habiéndolos despedido, hizo aprestar una armada para pasar al océano, y dilatarse por los términos del mundo, después de haber corrido toda el Asia. Habia en las montañas vecinas gran cantidad de madera para la fábrica de los bajeles; pero, habiéndola empezado á cortar, se encontraban con serpientes de prodigiosa grandeza, y con rinocerontes, muy raros en el mundo, y á quienes los naturales de la tierra llaman con otro nombre que este, el cual les pusieron los griegos. El rey, después de haber edificado dos ciudades en ambas riberas del rio, que habia pasado, dió á cada uno de los cabos de su ejército una corona de oro y mil escudos, honrando tambien á los demás, segun sus grados y méritos. Abisares, que poco antes habia enviado embajada á Alejandro, volvió á hacerlo nuevamente, para asegurarle que «estaba pronto á ejecutar cuanto le ordenase, como no fuese el que le entregase su persona; porque, no pudiendo vivir sin reinar, tampoco reinar siendo cautivo.» Respondióle Alejandro: «Que si le parecia tan áspero ir á él, que él le buscaria». Y habiendo pasado desde allí el rio con Poro, entró en lo mas interior de la India, donde halló bosques de casi infinita extension, poblados de espesísimos árboles de desmesurado tamaño, cuyas ramas, por la mayor parte, eran como troncos, que, redoblándose hasta la tierra, volvian á levantarse tan derechas, que no parecian ramas, sino nuevos árboles, que nacian con propias raíces. Es allí el aire muy sano, así por la frescura de los bosques, la cual templa el ardor del sol, como por la abundancia de agua que baña el territorio; aunque muy inficionado este de serpientes, cuyas escamas resplandecen como el oro, y cuya mordedura era tan sumamente venenosa, que los que la padecian morian al punto, hasta que los naturales hallaron remedio para ella. Marchó después por desiertos hácia el rio Hidraotes, contiguo á un umbroso bosque, lleno de pavos salvajes y de árboles no conocidos. Desde allí pasó á apoderarse de una ciudad, que estaba en frente; y habiéndola impuesto tributo, se encaminó á otra muy grande, como lo son casi todas las de aquellas regiones, cercada de buenos muros y de una laguna. Salióronle al opósito los bárbaros sobre carros unidos unos con otros: llevaban achas unos, saetas otros, y otros lanzas: y saltando de unos carros á otros, se socorrian entre sí. Atemorizó al principio aquel género de combate á los macedonios, sintiéndose heridos, y sin poderse juntar; pero, despreciando después tan mal ordenada tropa, embistieron con tan grande ímpetu los carros (mandando el rey cortar las sogas con que iban atados, para que pudiesen hacerlo mas cómodamente) que, habiendo perdido ocho mil de los suyos los enemigos, se retiraron á la ciudad. Plantáronse el dia siguiente las escalas al rededor de las murallas; y, habiéndola dado el asalto, se apoderaron de ella. Fueron pocos los que debieron á su demasiada presteza el salvar la vida pasando á nado la laguna; los cuales ponian en gran terror á las ciudades inmediatas, publicando: «que iba á sus tierras un ejército de dioses, imposible de que le venciesen los hombres». Habiendo mandado Alejandro á Perdicas, que devastase aquella region con una parte de sus tropas, y dado algunas á Eumenes, para que redujese á los bárbaros, pasó con las restantes contra una ciudad, á donde se habian retirado los moradores de otras. Enviaron los sitiados al rey diputados, para que tratase de ajuste, no dejando por esto de disponerse á su defensa, respecto de la division que habia entre el pueblo, donde decian unos, que no podian hacer nada peor que rendirse; y otros, que de ninguna suerte quedaban seguros, sino haciéndolo: en cuya contestacion, los mas advertidos, le abrieron las puertas. Y si bien pudiera Alejandro irritarse contra los que resolvieron oponérsele, los perdonó á todos; y, recibidos rehenes, marchó á la ciudad mas inmediata. Iban estos delante del ejército; y conociéndolos los sitiados desde los muros, pidieron que se abocasen con ellos: y habiéndolo hecho estos, é informádolos de la clemencia y fuerzas de Alejandro, se rindieron á su obediencia, con otras muchas ciudades. Entró después en el reino de Sopites, cuyo pueblo, si creemos á los bárbaros, es muy sabio: gobiérnase con buenas leyes, y vive con loables costumbres. No se crian, ni se educan allí los hijos conforme la voluntad de los padres, ni de las madres, sino conforme la de ciertas personas destinadas para ello; las cuales toman á su cuidado la formacion y constitucion de sus cuerpos: en los que, si reconocen algun notable de-

fecto, les dan muerte. No atienden cuando se casan á la calidad de las familias, ni al caudal, sino solo á la hermosura de las mujeres; la cual hace estimables tambien á los hijos. Habíase encerrado aquel rey en la capital de su reino, á la que tenia bloqueada Alejandro; se hallaban dudosos los macedonios en si la habrian abandonado los habitantes, ó si se ocultaban para usar de alguna estratagema, respecto de no parecer, ni en los muros, ni en las torres persona alguna á su defensa; pero, abriendo repentinamente las puertas, salió el rey indio con dos hijos suyos, ya crecidos, y se encaminó en busca de Alejandro. Excedia en la estatura y buena disposicion á todos los demás bárbaros, y llevaba una ropa de púrpura y oro que le llegaba á los piés, con sandalias de oro, cubiertas todas de pedrería; brazaletes de perlas en los brazos, en los hombros collares, y pendientes de las orejas dos perlas de inestimable precio. El cetro era de oro, guarnecido de piedras preciosas, el cual dió á Alejandro, ofreciendo su persona, las de sus hijos y su pueblo á su obediencia, y haciendo infinitos votos por su salud, y por el acrecentamiento de su imperio. Hay en aquella region una casta de perros admirables para la caza. Refiérese de ellos, que tienen gran antipatía á los leones, y que luego que ven las fieras dejan de ladrar. Deseando, pues, que el rey viese la fuerza y coraje de aquellos animales, hizo Sopites soltar un leon de extraordinaria grandeza, y dejar con él solo cuatro perros, que inmediatamente se arrojaron sobre él. Tirando el montero á uno, que habia hecho presa como los otros, del muslo, y haciendo fuerza por separarle, y no pudiendo conseguir que la soltase, le cortó una pierna; pero, no habiendo bastado esto á vencer su obstinacion, le cortó otra; y viéndole tan encarnizado, que no podia rendirle á que se desasiese, pasó á hacerle lentamente menudos pedazos; y sin embargo se dejó matar, manteniendo firmes siempre los dientes en la fiera: tan grande ardor concedió la naturaleza á aquellos animales para la caza. Confieso, que refiero mas de lo que creo; pero, como no me obligo á asegurar lo que dudo, tampoco escuso repetir lo que he sabido. Habiendo, pues, dejado á Sopites en su reino, pasó hacia el rio Hypasis, donde vino á juntársele Efestion, que habia conquistado otra region. Fegelas, rey de aquella, noticioso de la jornada de Alejandro á ella, ordenó á sus vasallos que atendiesen, segun su costumbre, á labrar sus tierras, mientras salia á recibir á Alejandro con presentes, y asegurarle de su obediencia.

II. Detúvose el rey allí dos dias, y al tercero resolvió pasar el rio, aunque era bien difícil de hacerlo así por su anchura, como por estar lleno de peñas. Y habiéndose informado de Fagelas de cuanto le pareció conveniente entender, supo que de la otra parte del rio tenia que caminar once jornadas por desiertos; después de las cuales estaba el Ganjes, el mayor rio de todos los de la India: Que mas adelante habitaban los gangaridas y los farrosios, cuyo rey era Agrammes; el cual estaba á la entrada de sus dominios con veinte mil caballos y doscientos mil infantes, fortificado con dos mil carros, y tres mil elefantes, que era lo que mas terror causaba, contra cualquiera que intentase invadirlos. No acabando el rey de dar crédito á esto, preguntó á Poro que le iba asistiendo: «Si era cierto.» Y él le aseguró: Que por lo que miraba á las fuerzas del reino, eran las que le habia dicho; pero en lo demás, el que reinaba nó solo no era noble, sino de muy bajo nacimiento; porque su padre habia sido barbero, y tan pobre, que solo vivia del jornal que ganaba; pero que sin embargo, aficionada la reina de su buena disposicion, le habia elevado á la primera dignidad del reino, después de la del rey, á quien aquel malvado dió alevosamente muerte, y se apoderó de sus estados, con el pretexto de la tutela de los hijos; que algunos dias después, habiendo quitado tambien la vida á estos, tuvo con la reina un hijo, que era el que reinaba entónces, hombre aborrecido y despreciado de sus pueblos, y en quien se reconocia, mas que el esplendor de la grandeza en que se veia, la bajeza del nacimiento de su padre. No le causó pequeña inquietud á Alejandro, que le confirmase Poro aquellas noticias, nó tanto por los enemigos, ni por los elefantes, cuanto por la situacion de los lugares, y por la impetuosidad de los rios. Pareciale grande temeridad pasar al fin del mundo en busca de aquellos á quienes retiró y ocultó la naturaleza. Si bien el deseo de gloria y el de dejar inmortal su nombre, allanaba las mayores dificultades; pero con todo no dejaba de recelar, «que los macedonios, que habian pasado por tan dilatadas tierras y envejecido en el manejo de las armas, quisiesen seguirle, atropellando por tantos inconvenientes y dificultades, como los que se les ofrecian, porque discurria que, hallándose colmados de bienes, apetecerian mas gozar los que poseian que procurar otros, exponiendo sus vidas al riesgo de perderlo todo; que era muy otro el fin suyo que el de sus soldados; pues si habiendo él ideado hacerse dueño del universo, conocia no haber hecho mas que dar principio á tan gran empresa; no así aquellos, los cuales, disgustados ya de tan continuadas guerras, tenian por concluidos sus trabajos, y no pensaban sino en recoger el fruto de ellos, tal cual, como fuese pronto.» Sin embargo, no pudiendo contenerle su ambicion, juntas sus tropas, las habló en estos ó semejantes términos: «No ignoro ¡oh soldados! las astucias de que estos dias se han valido los indios para amedrentaros, ponderándoos cuantas dificultades les han parecido capaces de lograrlo; pero tampoco la corta novedad que os harán semejantes artificios. No de otra suerte nos encarecian los persas las rocas de Cilicia, las campañas de Mesopotamia, y lo mas terrible del Tigris y del Éufrates; los cuales pasamos, á nado el uno, y por un puente el otro. Nunca la fama refiere las cosas como son; auméntalas siempre, como lo hace con nuestra gloria que, aunque adquirida al precio de nuestros merecimientos, es mas lo que de ello publica, que lo que se proporciona con estos. ¿Quién de vosotros hubiera creido poco antes resistir el furioso ímpetu de esos brutos, los cuales parecian fortísimas torres, ni quién pasar el Hidaspes y superar las extrañas é inmensas dificultades de que nos desengañó la experiencia? Mucho tiempo ha que nos hubiéramos retirado del Asia, si hubiésemos dado crédito á los encarecimientos que han supuesto para rendirnos á ellos y substraernos de nuestros intentos. ¿Creeis vosotros que hay allí mas tropas de elefantes que rebaños de carneros en otras partes? ¿No sabeis que este es un animal muy raro, difícil de coger, y nó menos de domesticar? ¿Y que con igual falsedad ponderan esa muchedumbre de caballería é infantería? Por lo que mira al rio, no es dudable que cuanto mas se ensancha, será tanto menos difícil de vadear; y que por el contrario, si su corriente fuese estrecha; seria rápido é impenetrable; fuera de que todo el peligro está en la ribera, donde el enemigo nos espera; en la cual, sea estrecha ó ancha, será igual siempre el peligro; pero cuando todo esto sea cierto, ¿qué es lo que os atemoriza? ¿Es por ventura la deformidad de los animales, ó la muchedumbre de los enemigos? Si los elefantes, ya hemos visto no ha mucho, con

cuánta mas furia se convirtieron contra los mismos que los condujeron para nuestro daño, que la con que nos acometieron, y la fácilidad con que redujimos á menudos pedazos su gran corpulencia con nuestras segures y nuestras hoces. ¿Y de qué importancia es que su número sea igual al que tuvo Poro, ó que sea superior, cuando con herir á uno, ó á dos, se conseguirá que huyan todos? Fuera de que, si apenas pueden gobernarlos siendo pocos, ¿cómo lo podrán hacer siendo tantos? Que solo servirán de embarazarse unos á otros, sin poderse detener, ni huir aquellos pesados y disformes cuerpos, de quienes he hecho tan poco aprecio siempre que no he querido nunca valerme de ellos, aunque los he tenido, por conocer los debe temer mas quien se sirve de ellos, que los mismos enemigos. Si es que ya os amedrente aquel gran número de hombres y de caballos, como no acostumbrados á pelear sino con débiles y cortas tropas, ni á tener hasta ahora en vuestro opósito tanta muchedumbre. La mayor se rinde al invencible valor de los macedonios, de que son testigos el Granico, la Cilicia, inundada de la sangre de los persas, y Arbela, cuyas campañas se hallan cubiertas de los huesos de los cuerpos que vencimos. ¿Cuándo podreis numerar las legiones de vuestros enemigos, habiendo dejado con vuestras victorias desierta el Asia? Muy justo hubiera sido que reparásemos en el corto número de nuestras fuerzas, cuando pasamos el Helesponto; no empero hoy que componen nuestro ejército los escitas, los bactrianos, los sogdianos y los dahos. Nó porque haga yo grande aprecio de esa turba de bárbaros, pues mi mayor confianza se funda en vosotros, y en vuestro valor que es la mas segura prenda de la felicidad de todas mis empresas. Y así, mientras os tuviere conmigo, ni pensaré en mí, ni me dará cuidado alguno el ejército de los enemigos; por lo cual solo os pido que me asistais con vuestros ánimos, colmados de ardimiento y de confianza. Advertid que no nos hallamos hoy al principio de nuestras empresas y de nuestras fatigas, sino al fin de ellas, y que sino lo estorba nuestra pereza hemos llegado ya al océano y donde tiene su nacimiento el sol, desde donde volveremos triunfantes á nuestra patria, habiendo puesto por términos de nuestro imperio los últimos límites del mundo. No hagais lo que los malos ecónomos que por negligencia suya malogran la cosecha cuando está en estado de que la recojan. Mayor es aquí la recompensa, que el peligro, pues hemos de combatir con una nacion rica y flaca, contra quien os conduzco, mas que para que aumenteis vuestra gloria, para que hagais una considerable presa. Bien mereceis llevar á vuestras casas las riquezas con que este gran mar inunda sus riberas. Sois capaces por vuestro valor de intentarlo todo, y de no dejar nada por imposible. Con cuyo conocimiento os pido, por vosotros mismos, por vuestra propia gloria, que excede á todas humanas fuerzas, y por el afecto recíproco que os tengo, y me teneis, que peleemos á porfía, sin que podamos vencernos, y que no desampareis, hallándoos en vísperas de quedar señores del universo, á vuestro alumno y á vuestro camarada, por no decir á vuestro rey. Cuanto he ejecutado hasta aquí os lo he mandado: esto, empero, os lo pido, como beneficio, advirtiéndoos, que es quien os lo ruega, quien jamás os ha empeñado en empresa alguna, donde no haya sido el primero que se ha expuesto á los peligros, y que os ha cubierto con su escudo, y defendido con su espada. No me quiteis de las manos la palma que me habeis puesto en ellas; y con la que, sino me lo estorba la envidia, podré igualarme con Hércules y Baco. Conceded, pues, esto á mis ruegos, y romped ese obstinado silencio; ¿qué es lo que noto? ¿dónde están aquellos gritos, ordinario testimonio de vuestra animosidad? ¿dónde los alegres semblantes de mis macedonios? Confiésoos ¡oh soldados! que no os conozco ya, y que ya me parece que tampoco vosotros me conoceis. Ha mucho que hablo aquí con sordos, y ya me canso de esforzar alientos perdidos, y ánimos que me son contrarios.» Pero, no bastando esto á moverlos á que prorumpiesen en la menor palabra, y manteniéndose con los ojos bajos. «¿No sé, cierto (continuó diciendo), qué causa os puedo haber dado inadvertido, para que no os digneis aun de mirarme? ¿Qué es esto, estoy en algun desierto? ¿Nadie de cuantos me escuchan me responde? Decidme, á lo menos, que no quereis hacer lo que os pido. ¿Qué es empero lo que os ruego? No es otra cosa que vuestra propia gloria y vuestra propia grandeza, la que solicito. ¿Dónde están los que pretendian á porfía llevar á su rey herido? ¡Mas ay, que ya me hallo abandonado, me hallo vencido, y entregado á mis enemigos! Pero yo, yo pasaré adelante, á pesar vuestro, sin vosotros. Dejadme á merced de los rios, y de las fieras, ó dadme en presa á las naciones, cuyos nombres, aun solos, os atemorizan: que yo hallaré quien me siga después que me hayais abandonado. No me desampararán los escitas y los bactrianos; los cuales, si poco antes fueron enemigos mios, ahora serán mis soldados; porque en fin, quiero mas morir con reputacion, que reinar con afrenta, y depender de vosotros. Y después, idos á vuestra patria, y vanagloriaos en ella de haber abandonado á vuestro rey; que yo no desistiré de mi intento hasta haber obtenido en estas regiones, ó la victoria, de que desesperais, ó una honrosa muerte.»

III. No pudo, por mas que se esforzó, obligarlos á que se diesen por entendidos de sus exhortaciones, porque esperaban que sus cabos, y los principales oficiales le representasen: «Que no dejaban de tenerle el amor que le debian; pero que, hallándose traspasados de las heridas, y quebrantados de las fatigas, estaban imposibilitados de servirle.» En cuya suspension se mantenian con los ojos en tierra, cuando repentinamente se levantó un murmullo, que, creciendo poco á poco, prorumpió en gemidos y lamentos tan desconsolados, que el mismo rey, convirtiendo á pesar suyo en compasion su ira, no pudo abstenerse de llorar: finalmente, deshecha toda la junta en lágrimas, y no atreviéndose ninguno á hablar palabra, se acercó Ceno al tribunal, mostrando que queria hacerlo. Y habiendo visto los soldados que se quitaba la celada, prevencion precisa para hablar al rey, y pedídole que abogase por la causa de todos, empezó á decir de esta suerte: «¿Es posible, señor, que te persuadas á que pueden caber en nosotros pensamientos tan culpables y tan impíos? Apártenlos de nuestros entendimientos, como lo hacen, los dioses, y no permitan incurramos nunca en ellos. Hallámonos con la misma voluntad y disposicion que nos has tenido siempre para ir á donde nos ordenares, para pelear, para exponer nuestras vidas á los peligros en tu servicio, y para adquirirte, al precio de nuestra sangre, inmortal renombre. Y así, puedes estar seguro de que si persistes en tus gloriosos intentos, tales cuales sean, desnudos, sin armas, y ya consumidas las fuerzas, te seguiremos, ó marcharemos delante de tí, como nos lo ordenares; pero si es permitido á tus soldados que te hablen con el profundo respeto que te suplican oigas sus quejas, las cuales salen de lo íntimo de sus corazones, desde donde las arrojan á los labios sus

últimas calamidades, escúchalas, señor: la grandeza de tus hazañas ¡oh generoso monarca! nó solo ha vencido á tus enemigos, sino rendido tambien á tus mismos soldados. Hemos obrado en tu servicio cuanto es posible en las humanas fuerzas. Hemos surcado mares, y penetrado tierras inmensas, de quienes tenemos aun mayor conocimiento que los mismos que las habitan; y habiendo llegado ya á los últimos términos del mundo, te dispones á entrar en otro, y á buscar nuevas Indias, desconocidas aun á los mismos indios. Quieres sacar de sus cabañas á los que viven entre las serpientes, y entre las fieras, para que tus victorias se dilaten mas allá de las tierras á quienes ilumina el sol. Intento, que si bien es digno de tu valor, excede á nuestras fuerzas; porque cuanto este se aumenta, siempre con nuevos espíritus, tanto se extingue nuestro vigor. Vuelve los ojos á estos desfigurados y consumidos rostros, y á estos cuerpos, horribles con las llagas y cicatrices, que los cubren todos. Advierte en nuestras armas, y hallarás consumidos sus cortes. Mira nuestros vestidos reducidos á pedazos, y á nosotros, por no tener de qué hacerlos al uso de nuestra patria, obligados á andar á la moda pérsica. Y para decirlo de una vez, vesnos aquí del todo extraños; ¿pero, quién hay entre nosotros que conserve alguna coraza? ¿quién algun caballo? Averígüese cuál es el que mantiene algun esclavo, y lo que nos ha quedado de su presa. Somos los vencedores, y los que lo hemos conquistado; pero sin embargo nos vemos mas pobres que los mismos vencidos; y nó porque lo hayan malogrado nuestras profusiones y desórdenes, sino porque la misma guerra ha consumido los frutos y los instrumentos de la guerra. Y en este estado, señor, quieres exponer tan prodigioso ejército al furor de las fieras, cuyo número convengo en que no sea cual le suponen los bárbaros, si ya no inferimos de su misma falsedad, que no es pequeño; pero si has resuelto pasar á las Indias, ¿por qué no tomas antes la derrota hácia el mediodía, cuyo camino es mas corto, y de menos desiertos, cuando sojuzgando esta parte, ganas el mar que termina la tierra? ¿Para qué necesitas el ir á buscar por rodeos la gloria que tienes á la vista? Aquí se nos ofrece tambien el mar océano; y sino es que gustes de andar errante por el mundo, ya hemos llegado á donde te conduce la fortuna. No juzgues, señor, que el representarte esto mira á ganar el afecto del ejército, que está presente; pues bien lejos de este fin, solo me ha movido á hacerlo, haber tenido por mejor manifestarte á tí la causa de nuestros disgustos, que quejarme fuera de tu presencia con mis compañeros de nuestras miserias, creyendo te será menos molesto oir las humildes representaciones de mi respetuoso celo, que el inconsiderable llanto, y los inadvertidos murmullos de tus tropas. » No hubo bien acabado de decir, cuando por todas partes se oyó, que con descompasados gritos y confusas voces, mezcladas de desconsolados gemidos, llamaban al rey su señor y padre: cuyo murmullo sosegado, le hicieron la misma súplica todos los cabos, y con especialidad aquellos, cuya edad la autorizaba, y daba mas excelente escusa. Dudoso el rey en la resolucion que tomaria, no hallándose en estado de castigar á los suyos, ni en disposicion de complacerlos, descendió de su tribunal, y se encerró en su tienda, á donde dió órden para que ninguno entrase, que no fuese criado de su casa. Mantúvose indignado dos dias; y habiéndose dejado ver al tercero, hizo levantar doce altares de piedra cuadrada, en memoria de su expedicion; ordenando tambien, que se dilatasen los alojamientos de su ejército, y que dejasen allí las camas mayores que las ordinarias, para que, aumentadas todas las cosas con aquellas falsas apariencias, causasen mayor admiracion á la posteridad. Torció desde allí el camino, fué á acampar á orillas del Acesine, donde murió Ceno de enfermedad. Cuya pérdida, si bien la lloró el rey, no pudiendo contenerse, dijo: « Que para los cortos dias que habia de vivir, habia sido demasiado dilatada la oracion que habia hecho, como pudiera, si hubiese de ser solo él quien volviese á Macedonia. » Estando ya á la vela los bajeles que habia mandado fabricar, le llegaron de Tracia seis mil caballos de reclutas, conducidos por Memnon, con siete mil infantes, que le enviaba Harpalo, y veinte y cinco mil pares de armas, guarnecidas de oro y plata; las cuales repartió entre los soldados, habiendo hecho quemar las viejas. Hallándose, pues, cercano á embarcarse en el océano con mil velas, compuso á Tajiles y á Poro, reyes de la India, evitando que se renovasen sus antiguas enemistades, con la paz que asentó entre ellos por medio de nueva alianza, dejándolos quietos en sus reinos, después de haber proveido de ellos cuanto fué necesario para su armada. Fundó tambien dos ciudades; púsolas por nombres, á la una Nicea, y Bucefalea á la otra, en honor del caballo que se le habia muerto, llamado así. Y habiendo dado órden de que le siguiesen los elefantes y el bagaje por tierra, para que pudiese alojar mas cómodamente el ejército, se embarcó por último en el rio, por el cual le salia el viaje á cuatrocientos estadios por dia.

IV. Pasó de aquella suerte hasta donde el Hidaspes se junta con el Acesine, y desde donde toman su curso, hácia la provincia de los sobios, los cuales se vanagloriaban, de que sus antecesores eran del ejército de Hércules, y que habiendo caido enfermos en aquel paraje, continuaron en él su habitacion. Vístense de pieles de animales: no llevan mas armas, que clavas; y aunque muy bastardeados en ellos los estilos de los griegos, no dejaban de conservar muchos vestigios de su orígen. Continuando su navegacion, se adelantó ciento cincuenta estadios; y después de haber forrajeado el país, tomó la ciudad capital de él. Habiendo ordenado los bárbaros en batalla cuarenta mil infantes en la ribera, para estorbarle el tránsito, y pasado sin embargo á vista suya, los puso en fuga, los rechazó en sus muros, y tomó por asalto su ciudad, donde fuéron pasados á cuchillo los que podian llevar armas, y vendidos los demás. Marchó después contra otra ciudad, donde rechazado vigorosamente, perdió muchos macedonios; si bien reconociendo los habitantes su persistencia, y desesperando de su remedio, pusieron fuego á sus casas, y se entraron en ellas con sus hijos y sus mujeres. Extinguíanle los enemigos á igual proporcion de como le aumentaban ellos. Extraño modo de guerra á la verdad, en el cual se veia destruir los habitantes su ciudad, y defenderla los enemigos. Tan abominable cosa es la guerra, que trastorna y pervierte aun el órden y las leyes de la naturaleza. Preservóse del fuego el castillo, en el cual puso guarnicion, y entrando en un barquillo, le rodeó todo para reconocerle. Sírvenle de foso los tres mayores rios de la India, después del Ganges. Báñale el Indo hácia el septentrion, y por la parte del mediodía el Acesine y el Hidaspes. Júntanse con tan gran violencia que causan allí iguales tormentas á las que se experimentan en ancho mar; y respecto de la gran cantidad de cieno y tierra que llevan, solo dejan un corto estrecho, por donde pasan los bajeles; en el cual, batiéndolos las olas por las proas y los costados, quisieron los macedonios recoger

las velas; pero no pudieron, así por su pavor, como por la gran furia de los rios. Perecieron á su vista dos bajeles de los mayores que llevaban, y fueron arrojados á tierra sin daño alguno los menores, aunque no mas fáciles de gobernarse. El del mismo rey volvió el costado en la corriente, donde estuvo muy á pique de que le sorbiesen los remolinos del agua, los cuales rompieron el timon. Habíase quitado sus vestiduras para arrojarse al rio, donde estaban los suyos dispuestos á recibirle; pero, siendo tan igual el riesgo de intentar pasarle á nado, como el permanecer varado allí, quedó irresoluto. Hiciéronse cuantos esfuerzos fueron posibles por romper las olas, que por último cedieron al de los remos, y á la industria de los marineros; los cuales sacaron al rey de aquellos remolinos, aunque no pudieron salvar el navío, ni evitar que encallase en el primer bajo. Libre Alejandro de aquel peligro, hizo levantar igual número de altares al de los rios, en donde, habiendo hecho sacrificios en accion de gracias, se adelantó treinta estadios mas, y entró en la region de los oxidracas y de los mallos. Hallábanse aquellos pueblos en contínuas guerras entre sí; pero, habiéndolos unido entónces el interés comun, habian juntado hasta ochenta mil infantes mancebos, todos vigorosos, y diez mil caballos, con nuevecientos carros. Viendo los macedonios que, cuando creian hallarse fuera de todos los peligros de la guerra, se les ofrecia nuevamente el de contender con la nacion mas belicosa de las Indias, perdidos de ánimo, empezaron á maquinar inquietudes y sediciones. Decian: « que verdaderamente no les habian obligado á que pasasen el Ganges, y á ir á la otra parte á hacer frente á tantos millares de hombres y de elefantes, sino para transferir la guerra contra enemigos mas feroces, y nó para vencerla: que los precisaban á pasar á parajes que hicieron los dioses inaccesibles á los hombres, llevándolos á pesar suyo á aquellos en donde carecian de la vista del sol y de las estrellas, para que abriesen, al precio de su sangre, camino hasta el océano, y que, para que estrenasen las armas que les habian dado, les ofrecian nuevos enemigos en que emplearlas; pero aun cuando los derrotasen y pusiesen en fuga, ¿qué habrian logrado? solo espesísimas nieblas, profundísimas tinieblas, y eterna noche, que cubria la faz de aquel inmenso mar, lleno de espantosos mónstruos, y de detenidas aguas, donde declinando aun la misma naturaleza parecia que iba como á espirar. » Quedó el rey en gran conflicto, nó tanto por él, cuanto por lo que miraba á los suyos; y habiéndolos juntado, les manifestó: « que aquellos pueblos, á quienes temian tanto, no eran guerreros, y que vencidos ellos, no habia quien les impidiese, el que, habiendo atravesado por tan dilatados reinos, llegasen al fin del mundo, y de sus trabajos: que, hallándose atemorizados del Ganges, y de las numerosas naciones que habitaban á la otra parte, por corresponder al amor que les tenia, y complacerlos, los libró de ellas, tomando otra derrota por donde era igual la gloria, y menor el peligro: que ya veian el océano, y empezaban á sentir el aire del mar: que no le usurpasen el lauro á que aspiraba, pasando los límites de Hércules y de Baco: que podian á pequeña costa adquirir inmortal renombre para su rey: y por último, que á lo menos tuviesen sufrimiento, para que se retirasen de las Indias con honra, y nó con fuga. » Es ordinario en la muchedumbre, y en especialidad entre la gente de guerra, que se aquiete con tan ligeras causas, cuales son las que suele tener para alterarse, como se experimentó en esta ocasion, en la cual nunca prorumpieron con mas gusto que entónces los soldados, diciendo en altas voces: « que los llevasen en buen hora, y que se igualase á los que pretendia imitar. » Con cuyas aclamaciones, gustoso el rey, marchó contra los enemigos, que eran los mas valientes de las Indias; los cuales se disponian á recibirle con todo género de prevenciones de guerra. Habian elegido un cabo de nacion de los oxidracas, persona de gran valor, y de largas experiencias; el cual, acampado al pié de la montaña, mandó hacer grandes fuegos por todas partes para que pareciese mayor su muchedumbre, y dar grandes gritos y alaridos á su bárbara usanza, con los que pensaba amedrentar á los macedonios. El rey, alegre y esperanzado, reconociendo la buena disposicion de su gente, la mandó, al romper el dia, tomar las armas y ponerse en batalla; pero los bárbaros, ó preocupados del miedo, ó lo que es mas cierto, poco conformes entre sí, se acogieron prófugos á las montañas, donde los siguió el rey sin ningun fruto, y sin haber podido ganar mas que el bagaje. Encaminóse desde allí á la ciudad de los oxidracas, donde se habia retirado la mayor parte de ellos; aunque fiando mas en sus armas y en su valor que en la plaza. Acercábase á ella el rey, cuando se llegó á él cierto adivino á advertirle: « que desistiese de aquella empresa, ó que la difiriese á lo menos, porque corria gran riesgo su vida. » El rey, mirando á Demofoonte, que así se llamaba el adivino, le dijo: ¿si al tiempo que te ejercitas en reconocer las entrañas de las víctimas, llegase alguno á interrumpirte, no recibirias disgusto de ello, y tendrias por molesto é importuno á quien lo hiciese? » Y respondiéndole Demofoonte, que sí, le replicó el rey: « pues siendo así, ¿cómo no prevenias, que, hallándome empleado, nó ya en examinar las entrañas de los animales, sino en una de las mayores empresas del mundo, nada podia servirme de mayor importunidad que un adivino, lleno de supersticion? » Y diciendo esto hizo plantar las escalas; y tardando con gran disgusto suyo, en ejecutarlo, fué el primero que subió al muro, el cual era estrecho, y no tenia como otros almenas, sino un simple reparo que le rodeaba, para impedir la entrada. Por lo cual, el rey, mas inmóvil que adelantado, quedó expuesto á los innumerables tiros, que descargaban en él desde las torres; los cuales reparaba con su escudo. Su gente, aunque no podia subir sin ofrecerse al mismo riesgo, considerando, que si no se apresuraba, quedaba perdido el rey, atropellando por todo, se esforzaron á porfía todos á procurar librarle; á cuyo fin fueron tantos los que cargaron en las escalas, que, rotas estas con el demasiado peso, dejaron al rey sin esperanza de socorro.

V. Habiendo quedado allí abandonado á vista de todo su ejército, como pudiera si se hallase solo, y teniendo el brazo izquierdo tan rendido de reparar los golpes, que ya no podia resistirlos, le dijeron á grandes voces los suyos desde abajo: « Que no le quedaba otro recurso sino el de dejarse caer, que ellos le recibirian. » Con lo cual se resolvió á ejecutar una increible accion, mas digna de atribuirse á efecto de temeridad que de valor. Saltó en medio de la plaza, llena toda de enemigos, donde no podia esperar sino ser muerto, antes que pudiese levantarse, y quedar incapaz de defenderse, y de tomar venganza de sus enemigos; pero se abalanzó, por dicha suya, de tal suerte, que cayó de piés, y con la espada en la mano; con la cual retiró á los que tenia mas inmediatos, habiendo andado tan próvida la fortuna en su defensa, que para que no fuese cogido en medio le ofreció un viejo árbol, cuyas dilatadas y espesas ramas

se extendian como para cubrirle; y cuyo tronco, sumamente grueso, le sirvió para que se afirmase en él, como lo hizo, reparando por delante con su escudo los tiros que le disparaban. Es verdad que lo hacian á distancia, por no atreverse ninguno á acercársele, y que caian mas saetas en el árbol que en el escudo. Combatia á favor suyo la fama de su esclarecido nombre, de considerable terror á todos aquellos pueblos, y la desesperacion, de eficacísimo estímulo para incitar á los hombres á morir gloriosamente. Con todo, oprimido de tan larga fatiga, se puso de rodillas, á cuyo tiempo, cargándole los bárbaros desatinadamente, los recibió con tal brío como si entónces empezase á resistirlos, descargando tan recias cuchilladas en ellos, que derribó á dos por tierra, á vista de lo cual no hubo quien se atreviese á acercársele. Pero, siendo el blanco de todos los dardos, y no pudiendo en aquella postura defenderse sin gran incomodidad, descargó cierto indio en él una flecha de dos codos, de cuyo tamaño son todas las suyas, como dejamos dicho, que le pasó la coraza, y llegó á penetrarle bastante en el lado derecho, del cual le salia la sangre en tanta abundancia, que se le cayeron las armas de las manos, quedando como muerto, y sin fuerzas aun para sacarse la flecha. Viéndole en aquel estado el que le habia herido, partió presuroso, y con gran gusto á él para despojarle; pero no bien le hubo sentido, cuando, á lo que juzgo, irritado del oprobio, y recobrando sus perdidos alientos, le entró el puñal en el seno. Causaron aquellos tres cuerpos tendidos delante de él, tal pavor en los enemigos, que no se atrevian sino á mirarle de lejos sin hacer otra cosa. En tanto el rey, deseoso de morir combatiendo, procuraba levantarse con su escudo; y sintiendo que le faltaban las fuerzas, se asia de las ramas del árbol, para hacer el último esfuerzo; pero, no bastando, volvió á caer de rodillas, desafiando al mas animoso de los enemigos, á que combatiese de cerca con él. Finalmente Peucestes, habiendo entrado por otra parte, á pesar de los que defendian el muro, se puso al lado del rey, que viéndole, no esperaba pudiese ya servir de librarle la vida, sino de consolarle en su muerte; y hallándose casi para rendir el espíritu, se reclinó sobre su escudo. Sobrevino algo despues Timeo, luego Leonato, y despues Aristono. Los indios, luego que entendieron que el rey estaba en la ciudad, acudieron de todas partes allí, y cargaron vivamente á los que le defendian; entre los cuales Timeo, después de haber recibido muchas heridas, y hecho vigorosa resistencia, cayó muerto. Peucestes, aunque herido de tres tiros de flechas, solo atendia á cubrir al rey con su escudo: y no pudiendo resistir por mas tiempo sus heridas, le abandonó por último; y Leonato, rechazando esforzadamente á los bárbaros que le cargaban, alcanzó tan gran golpe en el cuello, que cayó muerto de él á los piés del rey. Toda la esperanza se libraba en Aristono; ¿pero qué podia hacer un hombre solo, y herido, contra tanta muchedumbre? En tanto, habiéndose esparcido entre los macedonios la voz, de que habia muerto el rey, esta noticia, siendo muy natural que les atemorizase, les infundió tan grandes espíritus, que, despreciando el peligro, derribaron el muro á golpes de picas y de maderos y entrando en tropel por la brecha, dieron muerte á mas indios en la fuga que en la defensa. No perdonaron edad ni sexo: á cualquiera que encontraban creian que era el que habia herido al rey; y así lo sacrificaban todo á su cólera: la cual mitigaban con la sangre y la venganza que tomaban en sus enemigos. Refieren Clitarco y Timagenes, que se halló en esta ocasion Tolomeo, que reinó después; pero él mismo, de quien no es creible que quisiese deslucir su gloria, escribe que no estuvo en ella, y que le habia enviado el rey á otra parte: tal fué la osadía que hubo para referir semejante falsedad, ó tal la credulidad, que no es menor vicio, de los que se emplearon en escribir la historia. Habiendo llevado á Alejandro á su tienda, los médicos, por no mover la punta de la flecha que tenia clavada dentro del cuerpo, cortaron diestramente el asta; pero, reconociendo después de haberle desnudado que la flecha era dentellada y que no se le podia sacar sin gran riesgo sino se prolongaba la herida, y tambien que podria resultar de hacerlo el que perdiese considerable porcion de sangre, respecto de ser grande el hierro de la flecha, y de haber profundizado tanto, que no parecia posible hubiese dejado de lastimar las partes nobles. Por lo cual, perdido de ánimo Cristóbulo, uno de los primeros en aquella profesion, á vista de tan gran riesgo, no resolviéndose á ejecutarlo, temeroso de que se convirtiese contra él el daño, sino correspondia favorable el suceso, se deshacia en lágrimas, hallándose mortal del susto. Viéndole el rey de aquella suerte, le preguntó: «¿Que por qué le tenia padeciendo y no le libraba prontamente de aquellos dolores, aunque fuese con la muerte, estando en su mano el hacerlo? Y que si su herida era mortal ¿porqué temia?» Finalmente, Cristóbulo, depuesto el miedo, ó disimulando haberle perdido, le pidió: «Que se dejase tener de alguno mientras le sacaba el hierro, por el gran daño que podria causarle el menor movimiento del cuerpo:» pero aseguróle el rey, que no era menester, como lo mostró: pues se mantuvo firme, y sin hacer movimiento alguno. Prolongada, pues, la herida, y sacada la flecha, fué tanta la cantidad de sangre que salió, que no pudiéndola restañar, por mas que se procuró, dióle al rey un síncope que le redujo tan á los últimos términos de la vida, que, teniéndole ya todos por muerto, le lloraban como á tal, con tristes gemidos y desconsolados lamentos. Si bien conseguido por último que se restañase la sangre, fué volviendo en sí poco á poco, y empezó á conocer á los que tenia mas inmediatos á su persona. Todo aquel dia y la noche siguiente se mantuvo el ejército al rededor de su tienda con las armas en la mano, confesando todos que ninguno vivia sino por él, y sin haberse querido apartar de allí, hasta que se aseguraron de que se hallaba mejor, y de que empezaba á reposar algo, cuyas felices nuevas llevaron á sus compañeros.

VI. Habiendo gastado siete dias en la curacion de su herida, que aun no tenia bien cerrada, noticioso de cuanto se aumentaba la falsa voz de su muerte entre los bárbaros, hizo poner juntos dos bajeles, y levantar en medio de ellos su tienda, á vista de todos, para desengañar por aquel medio á los que la habian creido, y desvanecer las esperanzas que habian concebido sus enemigos con tan falsa noticia. Y, descendiendo por el agua, y apartándose, alguna distancia de su armada, para evitar le impidiese el ruido de los remos el sosiego, de que tanto necesitaba, llegó en cuatro dias á una region abandonada de sus habitantes; pero tan abundante de granos y de ganados, que le pareció muy á propósito para que refrescasen en él sus tropas, y para que procurase él recuperar su salud. Era costumbre entre los principales de la corte hacer guarda por la noche delante de la tienda del rey, cuando estaba enfermo; y, observándose entónces el mismo estilo, entraron dentro de ella todos. Viéndolos el rey ir juntos, y poniéndole en algun cuidado, les preguntó: «Si se descubrian aun los enemigos?» A lo que Cra-

tero, que iba á hablarle por todos, le respondió así: «¿Persuádeste, señor, á que cuando tuviésemos á nuestras puertas los enemigos, nos darian tanto cuidado ellos, como el que nos cuesta el deseo de tu conservacion, por la que tan poco miras? Conspírense contra nosotros todas las potencias del mundo, cuantos ejércitos ocupan las tierras, y cuantas armadas cubren los mares, y aun las mas feroces y desconocidas fieras; que de todos quedaremos invencibles como vivas tú; pero, precipitándote, como lo haces, á tan evidentes riesgos, sin atender á que es consecuente á tu ruina la de todos nosotros; ¿qué dioses nos aseguran, que ese grande astro de Macedonia, único apoyo suyo, dejará de faltarnos? ¿Quién, muerto tú, querrá, ó podrá vivir? Todos hemos llegado hasta aquí, conduciéndonos tú; y ninguno espera volver á su patria, si no le restituyes tú á ella. Si disputases aun con Dario el imperio de los persas, aunque te veríamos, nó sin considerable disgusto, expuesto á los peligros, no lo extrañaríamos; porque cuando son iguales el peligro y el premio, es mayor el fruto de la victoria, y mayor tambien en la adversidad del suceso el consuelo: ¿pero quién podrá tolerar, nó ya de tus soldados, sino aun de las mas bárbaras naciones, á quienes ha llegado alguna noticia de la fama de Alejandro, que sea una vida, como la tuya, precio de una mala bicoca? Estremécese del horror el espíritu, cuando vuelvo la consideracion á lo que acabamos de ver. Hubiera llegado ya la hora, de que se alzasen las mas viles manos del mundo con los despojos del mayor príncipe de la tierra, si piadosa la fortuna no nos hubiese librado de tan considerable desdicha. Somos tantos traidores y desertores, cuantos aquí estamos, no habiendo podido seguirte. Mucha razon tendrás de vituperarnos, y de notarnos de infames á todos tus soldados, entre los cuales no habrá ninguno que rehuse padecer la pena del delito, que no pudimos dejar de cometer; pero pedímoste, señor, por gracia, que no sean estos los medios de que te valgas para manifestar el desprecio que hicieres de nosotros, sino los de ofrecernos á todo género de peligros, dejándonos estas guerras de tan corta importancia y reputacion, y reservando para tu real persona las que se proporcionaren con tu magnánima generosidad y grandeza; porque desluce mucho el esplendor de su gloria, quien se emplea en tan abatidos y viles enemigos, y malogra sus ilustres acciones, obrándolas donde no pueden resplandecer.» Dijéronle casi lo mismo Tolomeo y los demás, suplicándole todos con lágrimas: «Que procediese con mas moderacion en el insaciable deseo de gloria, de que se hallaba tan colmado, y mirase mas por su salud, y por la de todos.» Quedó el rey tan gustoso, y agradecido de experimentar aquellas demostraciones de su afecto, que, habiéndolos abrazado á todos uno por uno, los hizo sentar, y levantando algo la voz, les dijo: «Estímoos á cuantos os hallais aquí, que sois los mejores de nuestros ciudadanos y de mis amigos, nó solo la fineza con que preferís hoy mi salud á la vuestra, sino tambien la que he reconocido en vosotros desde el principio de esta guerra, en la cual no ha habido testimonio que no me hayais dado de vuestro zelo y de vuestro amor; cuya debida gratitud me obliga á confesaros, que nunca he apreciado tanto la vida como hoy, que la deseo para gozar mas tiempo de vosotros y del fruto de vuestra amistad; pero, por lo mismo que conozco cuán grande es el deseo que mostrais de morir por mí, y que solo he merecido por el excesivo valor de que me culpais, me habeis de permitir, que os diga, que son muy diferentes vuestros dictámenes de los mios; porque vosotros deseais gozarme largo tiempo, y siempre, si fuera posible; y yo, no medir mi duracion con los años, sino con la eternidad. Pudiera haber terminado mi ambicion en los límites de Macedonia, y, contento con el reino de mis padres, esperar, entre ociosidad y delicias, una vergonzosa vejez, si es dado á holgazanes y perezosos disponer y dilatar á su arbitrio los términos fatales: pues vemos que cuando con mayor ansia libran toda su falsedad en vivir mas, suele sobrevenirles anticipadamente la muerte; pero, como no numéro por mis años mis victorias, hallo, sin olvidar los favores que debo á la fortuna, que he vivido mucho. Habiendo empezado á reinar en Macedonia, me he hecho dueño de la Grecia, he domado la Tracia y la Iliria; mando á los tribalios y á los mesenios; véome señor de toda el Asia, desde el Helesponto, hasta el mar Rojo; y hállome muy próximo á los últimos términos del mundo, desde donde pretendo entrar en otro, y hacer de dos imperios uno solo. En menos espacio, que el de una hora, he pasado del Asia á Europa. ¿Paréceos, pues, justo, que, hallándome vencedor de las dos mejores partes del universo, el noveno año de mi reinado, y en el vigésimo octavo de mi edad, debo suspender el curso de tan esclarecida carrera, obscureciendo mi gloria, á cuyo aumento se dirigen todos mis deseos? Nó, no puedo hacerla tal ofensa. Cualquiera parte donde yo combata, me parecerá que es teatro del mundo, y que en él me ven todos. Yo haré ilustres los mas desconocidos lugares, y franquearé al mundo aquellas regiones, que tanto alejó la naturaleza, aun del conocimiento de los hombres. En cuya empresa, si muriere, ¿dónde podré eternizar mejor mi gloria? No soy de linaje capaz de apetecer, antes que un inmortal renombre, una larga vida. Acordaos de que nos hallamos en una region, á la cual hicieron célebre las ilustres acciones de una varonil mujer. ¿Qué ciudades no fundó Semíramis? ¿Qué pueblos no redujo debajo de su obediencia, y qué magníficas obras no hizo? Aun no hemos igualado á la gloria de una mujer ¿y ya nos contentamos con lo que hemos obrado? Favorézcannos los dioses, que lo mas nos falta que ejecutar; si bien el medio de llegar al fin, es no desestimar nada por corto, ni pequeño, donde se ofrece tanta gloria que adquirir. Aseguradme solo de los peligros y traiciones domésticas, que los riesgos de la guerra no los temo. No ignorais que Filipo estuvo mas seguro en los combates, que en los espectáculos públicos del teatro; y que, habiéndose librado de las manos de los enemigos, no pudo de las de sus vasallos. Lo mismo sucedió á los demás reyes. Haced memoria de todos, y hallareis, que mas fueron los que murieron por los suyos, que por los contrarios. Esto es lo que os ruego; y pues la ocasion se me ofrece oportuna, de declararos lo que ha mucho que premedito, sabed, que el mayor fruto que podré lograr de mis fatigas y de mis victorias, será el que coloqueis en el número de los dioses á mi madre Olimpias, cuando estos la saquen del mundo, á cuyo fin haré todo lo posible; pero, si muriere antes, acordaos de que os lo he pedido.» Dicho esto, los despidió, y se detuvo allí algunos dias.

VII. Mientras pasaban estas cosas en las Indias, naciendo algunas discordias entre los soldados griegos, que habia dejado Alejandro dispuestos por colonias, por los contornos de la Bactria, pasaron después á rebelion, nó porque viviesen disgustados de Alejandro, sino porque temian el castigo. Habiendo muerto á alguno de sus compañeros, los que se hallaron mas fuertes, buscaron en las armas su auxilio; y, apoderados de la fortaleza de Bactria, la cual estaba con

bien débil guarda, llevaron á su partido á los bárbaros. Era cabeza de él, y el que habia usurpado el título de rey, Atenedoro, nó tanto por la ambicion de reinar, cuanto por volver á su patria, con los que por la autoridad de él le seguian. Si bien antes de que pudiese ejecutarlo, entrando en celos de su nueva fortuna cierto griego, como él, llamado Bioon, le dispuso algunas emboscadas; y, habiéndole convidado á comer, le hizo dar muerte por mano de cierto Bojo, mauritano. Juntó el dia siguiente todas sus tropas, procurando persuadir á muchos, que sabiendo que Atenedoro habia querido hacer lo mismo con él, se habia anticipado; pero, hallándose los mas en conocimiento de la impostura, y quedándolo poco después todos, tomaron las armas con resolucion de darle muerte en la primera ocasion que se les ofreciese. Sin embargo, temerosos los cabos de que pasase adelante el mal, sosegaron á los soldados; pero no bien se vió libre de aquel riesgo Bioon, cuando maquinó la muerte de los que le habian preservado de él; aunque con tan infeliz efecto, que, descubierta la trama, fuéron él y Bojo presos, y sentenciados á muerte: resolviendo dársela á este pronta, y á aquel en el tormento. Disponiéndose, pues, para él, tomaron repentinamente las armas como desatinados los griegos, sin que pudiese saberse la causa para aquella demostracion. Á vista de la cual, temerosos los que le llevaban al suplicio, y creyendo que su intento era librarle, le dejaron allí. Donde, poniéndose el reo desnudo, como estaba, en manos de los griegos, movidos á piedad, al verle en aquel miserable estado, le mandaron ir libre. Con lo que, habiéndolo quedado por dos veces de la muerte, se volvió á su patria con los que abandonaron las colonias que les señaló Alejandro. Esto es cuanto sucedió en Bactria y en las fronteras de la Escitia. En el ínterin los dos pueblos, de quien hemos tratado, enviaron embajadores al rey; los cuales eran de prodigiosa gentileza: iban vestidos de ropas de lino, y bordadas de oro, púrpura, y en carros. El fin de su jornada miraba, « á representarle, que ellos, con sus ciudades y tierras se ponian á su disposicion, y que era el primero á quien rendian su libertad; la cual habian conservado inviolablemente por espacio de muchos siglos: que nó el temor, sino la disposicion de los dioses, les obligaba á darle la obediencia, cuando, teniendo aun enteras sus fuerzas, se ponian debajo de su yugo. » Habiendo el rey tenido consejo sobre esto, los admitió á su obediencia, imponiéndoles el mismo tributo que pagaban á los aracosios, y ordenándoles que le previniesen dos mil y quinientos caballos, como lo ejecutaron con puntualidad. Después de lo cual mandó disponer un magnífico banquete, para el cual convidó á estos embajadores y á los señores indios, que se hallaban allí. Hizo poner cien asientos de oro, bien cerca unos de otros: colgar ricas tapicerías de oro y púrpura, y que se ostentasen en aquella ocasion los mas exquisitos muebles, y cuanto la antigua soberbia de los persas, y la moderna delicadeza de los macedonios empleaba en la superfluidad, para que se viesen mezclados los usos de ambas naciones. Hallábase en aquel festin cierto ateniense, cuyo nombre era Diojipo, célebre entre los atletas, y muy querido del rey, así por su fuerza, como por su destreza; y como en las cortes nunca faltan envidiosos y malignos, no dejaban estos de provocarle, unas veces con las veras, y otras con las burlas, diciendo: « que, ¿ qué era lo que el rey queria de aquel grueso animal, el cual no era bueno para nada, pues mientras los demás se exponian á los tiros, él solo atendia á untarse con aceite y á dilatar el pellejo, para llenar mejor su vientre? » Cuyos oprobios, repetidos por cierto macedonio, llamado Horrata, los aumentó embriagado, diciéndole: « que si tenia valor, le buscase el dia siguiente con la espada en la mano; y que si el rey gustaba, seria juez de la temeridad del uno, y de la cobardía del otro. » Rióse Diojipo de la bravata del soldado, y aceptó el desafío; y al dia siguiente el rey, viendo que, mas irritados, solicitaban el reñir, y que no podia hacerlos amigos, se lo permitió. Concurrió á aquel espectáculo gran multitud de soldados, entre los cuales estaban los griegos, que favorecian á Diojipo. Presentóse el macedonio armado de piés á cabeza: el escudo de cobre, y la media pica, á la que llaman « sarisa » en la mano izquierda: la lanza en la derecha, y al lado la espada, como si hubiese de combatir con muchas personas. Llegó al mismo tiempo Diojipo, resplandeciente todo su cuerpo del aceite, con una corona en la cabeza, una capa de escarlata arrollada en el brazo izquierdo, y una crecida y nueva clava en la derecha. Admiró á todos esta entrada, y nó solo la temeridad, sino la declarada locura de intentar reñir un hombre desnudo con otro tan bien armado. Y así el macedonio, teniendo como por seguro el que le daria muerte desde lejos, le enristró la lanza, de cuyo golpe se libró Diojipo, inclinando un poco el cuerpo; á cuyo tiempo, partiendo veloz á él, sin darle lugar á que pasase la « sarisa » de una á otra mano, se la partió por medio con su clava. Entónces Horrata, perdidas aquellas dos armas, iba á valerse de la espada; pero, mas pronto el griego, habiendo llegado á asirse de él, le arrojó á tierra de un puntapié, y después de haberle quitado su espada, le puso el pié sobre el pescuezo, y alzando la clava iba á descargársela sobre la cabeza, como lo hubiera hecho á no haberlo estorbado el rey. Disgustó, nó solo á los macedonios el fin de aquel espectáculo, sino tambien al mismo Alejandro, por haber sido en presencia de los bárbaros, entre los cuales, estando en tan gran reputacion el valor de los macedonios, sentian hubiese quedado aquel expuesto al desprecio y á la risa comun. De que nació, que diese el rey mas crédito del que debiera á las calumnias de los enemigos de Diojipo, y que pocos dias después estos, habiendo faltado en cierto festin, donde él concurrió, una copa de oro, que maliciosamente habian ocultado los oficiales, se quejasen al rey, como si con efecto no pareciese. Suele muchas veces la vergüenza perjudicar al inocente, y causarla mayor en el que lo está la calumnia, que en el culpado. Así sucedió á Diojipo: el cual, reconociendo que todos le miraban como á autor del hurto, y no pudiendo tolerar aquella afrenta, se levantó de la mesa, y después de haber escrito al rey, se dió por sí mismo muerte. Mostró gran disgusto de ella Alejandro, mirándola mas como testimonio de generoso despique, que como arrepentimiento del delito, de que le juzgaba inocente, en cuyo dictámen le confirmó el excesivo gusto que manifestaron sus enemigos del suceso.

VIII. Volvieron pocos dias después con presentes á Alejandro los embajadores, á los cuales habia despedido. Componíanse estos de trescientos caballos, y mil y trescientos carros, con cuatro caballos cada uno, algunas ropas de lino, mil escudos á la indiana, cien talentos de hierro blanco, leones y tigres, de espantosa grandeza unos, y otros domesticados, dilatadísimas pieles de caimanes, y todo género de conchas y escamas de tortugas. Ordenó después el rey á Cratero, que llevase el ejército por tierra, costeando el rio; en que embarcado con el ordinario acompañamiento, tocó en la frontera de los mallos, desde donde pasó á los sabrazas, nacion poderosa entre los in-

dios, y que se gobiernan sin rey, y á manera de república. Habian levantado hasta sesenta mil infantes, y seis mil caballos, con quinientos carros, y elegido tres valientes generales, para que los mandasen; pero, hallándose aquel pais muy lleno de poblaciones pequeñas, y con especialidad las riberas del rio, luego que le vieron desde lejos, cubierto todo de bajeles, y con tan gran número de hombres y de armas resplandecientes, creyeron, no habiendo visto cosa semejante, que era la armada de los dioses la que iba, ú otro Baco tan célebre en aquellas regiones. Llegábanse á esto los gritos de los soldados, el ruido de los remos, y las confusas voces con que los marineros se animaban unos á otros, cuyas cosas todas aumentaron su terror, de suerte que, vueltos con acelerado paso á su ejército, dijeron á grandes voces: « ¿Que si estaban locos, pretendiendo combatir con los dioses? Que era imposible numerar los bajeles que conducian innumerables hombres invencibles; » infundiendo en todos tan gran miedo, que despacharon embajadores, ofreciendo rendirse. Habiendo recibido el rey el homenaje, marchó cuatro dias contra otros pueblos, que no se defendieron mejor que sus vecinos, y después de haber fundado una ciudad, á quien puso tambien por nombre Alejandría, entró en las tierras de los musicanos. Quiso allí oir las quejas de los parapomasides contra Terioltes, á quien les habia dejado por gobernador, y juzgar de aquella causa, y hallándole convencido de hurtos y violencias, le condenó á muerte. No así á Oxacres, sátrapa de la Bactria, al cual nó solo le absolvió, sino le aumentó los límites de su gobierno: y habiendo reducido después á los musicanos á su obediencia, puso guarnicion en su ciudad, y pasó á las tierras de los prestos, otros indios, de quienes era rey Oxicano, el cual se habia encerrado en la mejor de sus plazas con gran número de gente. Sitióla Alejandro, y habiéndola tomado al tercer dia, se retiró aquel príncipe al castillo, desde donde envió embajadores al rey para capitular; pero, derribadas dos grandes torres antes que llegasen, entraron los macedonios, y dieron muerte á aquel príncipe que combatia en la brecha con pocos de los suyos. Arrasada la fortaleza, y vendidos los prisioneros, entró en los estados del rey Sabo, donde se le rindieron muchas ciudades, habiendo tomado la mayor parte de los conductos subterráneos. Parecia á los bárbaros, imperitos en el arte militar, cosa de prodigio ver salir de bajo de tierra, en medio de su ciudad, hombres armados, sin haber reconocido antes rastro alguno de camino que hubiesen hecho. Refiere Clitarco, que fuéron muertos en aquella region ochenta mil indios, y vendidos muchos prisioneros en almoneda. Sublevároнse nuevamente los musicanos; y Fiton, enviado á domarlos, se apoderó de la persona de su príncipe, autor de la rebelion, y se la llevó al rey, el cual le hizo poner en cruz. Desde allí, volviendo á tomar el rio, donde le esperaba su armada, llegó al cuarto dia á una ciudad del rey Sabo; el cual, aunque se habia rendido, oponiéndose los habitantes al nuevo dominio, cerraron las puertas á Alejandro, quien, despreciando su corto número, envió allí quinientos agrianos, con órden de que se acercasen á las murallas, y que se retirasen después poco á poco de ellas, para llevar á sí al enemigo, que no dejaria de seguirlos, si mostraban huir. Habiendo tenido, pues, una ligera escaramuza, y fingido que huian, como se les habia ordenado, cargaron desatinadamente en su seguimiento los bárbaros, y dieron en la emboscada, donde estaba el mismo rey. En ella no dejaron de defenderse, hasta que habiendo quedado, de tres mil que eran, muertos seiscientos, y mil prisioneros, se retiraron á los muros: sin embargo, no fué la victoria tan feliz como pareció; por haber envenenado los indios sus espadas, de suerte que ninguno de los heridos escapaba, no pudiendo los médicos alcanzar la causa de aquella malignidad, que hacia incurables aun las menores heridas. Habian creido los bárbaros, que el rey, por su denuedo y bizarría, no dejaria de participar de ella; pero fué tan feliz, que en medio de haberse hallado en la refriega, no salió herido. Entre los que quedaron, el que mas cuidado le daba, era Tolomeo; porque, aunque la herida que habia sacado en la espalda izquierda no debia dar recelo, no estaba el riesgo en ella, sino en la ponzoña. Reconocia á Alejandro por pariente suyo, y teníanle algunos por hijo de Filipo, ó por lo menos de alguna de sus damas. Por lo cual, lograba el primer lugar después del rey: era valerosísimo: muy estimado en la guerra, y aun mas en la paz: enemigo de toda profusion y superfluidad: sumamente liberal y apacible, y ageno del fausto y vanidad, que pudiera causarle el esplendor de su nacimiento; cuyas buenas prendas le hicieron tan amado del rey, y de todos, que se dudaba de quién lo era mas. Fué esta ocasion en la que con mayor fineza le mostraron los macedonios su afecto; el cual pareció presagio de su futura grandeza, pues no estuvieron con menor cuidado que el rey, que, sentado en su cama, hizo, fatigado del combate y de la inquietud en que le tenia el peligro de Tolomeo, traer allí la suya para estar cerca de él. No bien se hubo echado en ella, cuando le embargó un profundo sueño, del que habiendo despertado, dijo: « que habia visto un dragon, que llevaba en el gaznate una yerba, que le ofreció como triaca, y eficaz remedio para el veneno, y las heridas. » Refirió el color de ella, y aseguró que si la veia, la conoceria. Con lo cual, buscándose por todas partes, y hallándola uno, se la puso en la herida, cuyos dolores se le empezaron á mitigar inmediatamente á Tolomeo; el cual, en breves dias quedó bueno. Los bárbaros, destituidos de toda esperanza, se rindieron. Con lo cual, pasó Alejandro á Patalia, provincia inmediata, cuyo rey, llamado Meris, se habia apoderado de las montañas y abandonado la ciudad; en la cual entró Alejandro después de habér corrido, y talado la campaña, donde fué grande la presa que se hizo de ganado y de trigo.

IX. Ejecutado esto, tomó por guias algunas personas prácticas en el rio, y llegó á una isla situada casi en medio de la canal, donde se vió precisado á detenerse mas tiempo del que queria; porque, habiéndosele escapado los guias, le fué preciso buscar otros; y no hallándolos, ni permitiéndole el ansia que tenia de ver el océano, y de dilatar sus conquistas hasta el fin del mundo, mayores dilaciones, continuó su viaje, exponiéndose con tan valerosos soldados á merced de un desconocido rio. Bogaban, pues, á la contingencia, sin saber qué derrota tomar, cuánto distaba de allí el mar; qué pueblos habitaban en aquellas costas, si la entrada del rio era navegable, ni de qué bajeles era capaz. Todo se reducia á conjeturas bien débiles, sin que tuviesen otro consuelo en empresa tan temeraria, que el que les ofrecia la continuada felicidad del rey; á quien, después de haber caminado cuatrocientos estadios, dijeron los pilotos: « que empezaban á sentir el aire del mar, y que les parecia que no estaba lejos el océano. » Con cuya noticia, sumamente regocijado, animaba á los marineros á que remasen á toda fuerza, representando á los soldados: « que habian llegado ya al deseado fin de sus traba-

jos: que nada podia resistir á su valor, ni aumentar su gloria: que sin mas combate, ni derramamiento de sangre, se hallaban señores del universo: que aun la misma naturaleza no podia pasar mas adelante; y que bien apriesa verian cosas, que solo eran permitidas á los dioses inmortales. » Desembarcó sin embargo alguna gente, esperando que tomasen lengua de aquellos rústicos; como con efecto, habiendo hallado á algunos recogidos en cabañas, y preguntádoles: « ¿si estaba lejos de allí el mar? » Respondieron: « que nunca habian oido hablar del mar, que solo sabian, que á tres jornadas de allí habia una agua amarga, que corrompia el agua dulce. » Con cuya expresion, entendiendo que denotaban el mar, sin alcanzar la naturaleza de él, bogaban los marineros con grande alegría, creciendo sus alientos, cuanto mas se adelantaban, á proporcion de su esperanza. Reconocieron al tercer dia, que el agua del mar empezaba á mezclarse con la del rio, y que volvia á subir la marea, que era causa de que descendiesen con mayor dificultad. Por lo cual, arribaron á otra isla, situada en medio del agua, donde se emplearon en hacer provisiones, sin prevenir lo que les sucederia; pero, á tres horas de haber estado en ella, volviendo el océano á su estado ordinario, no hizo al principio sino detener el curso del rio; pero despues, repeliéndole, le arrojó con mayor impetuosidad de la con que se precipita un torrente crecidísimo desde una eminencia á un valle. Ignorando los soldados que este era el flujo y reflujo del océano, creyeron, al verle crecer repentinamente, é inundar los campos, que era manifiesta señal de la indignacion de los dioses, y del castigo, que querian dar á su temeridad. En tanto el mar, habiendo levantado los navíos, y dividido la armada, aturdidos de tan inopinado accidente los que habian desembarcado, corrieron presurosos para entrar en los bajeles; pero, cuanto mas se aceleraban en aquel tumulto, tanto menos se adelantaban. Hacian esfuerzos, unos por allegar con garfios las barcas, y estábanse quedos otros, viendo que no se podian valer de los remos. Los que presurosos no habian esperado á sus compañeros, se hallaban imposibilitados de gobernar sus bajeles por sí solos, é incapaces de mover otros las galeras, en las que habia entrado de tropel la gente, por estar tan cargadas; con lo que, en unas por poca, y en otras por mucha, era igual el desórden. Decian á grandes voces unos, que se detuviesen; otros, que anduviesen; con cuyo tropel y confusion, aturdidos los remeros, no sabian á quién obedecer. Aun los mismos pilotos eran inútiles en aquella ocasion, en la cual, embarazaba el ruído que se oyesen sus órdenes, y el pavor que se ejecutasen. Empezaron, pues, los bajeles á chocar reciamente entre sí, y los remos á romperse, ó enredarse unos con otros, de suerte, que no parecia una armada sola, sino dos que combatian. Daban las popas de los unos contra las proas de los otros, recibiendo de los que tenian detrás el mismo daño que causaban por delante; finalmente, eran tantos los gritos, y tantos los baldones de unos y otros, que de las palabras pasaron á las manos. Ya crecido el mar, habia inundado la campaña que estaba al rededor del rio, sin que de toda ella se viesen mas que algunas eminencias, en forma de pequeñas islas, á las que llegaron muchos á nado, abandonando sus navíos, cuya mayor parte se mantenia en alta mar, quedando encallados, ó al través las demás, segun era la desigualdad de las aguas. Sobrevínoles aun mayor susto que el primero, cuando vieron que poco despues el mar se retiraba con la misma impetuosidad que habia crecido, descubriendo las tierras que habia sumergido poco antes. Con lo cual, quedando los bajeles en seco, caian unos sobre las proas, y otros de costado; veíanse los campos sembrados del bagaje, de remos rotos, y de pedazos de tablas: vestigios todos del naufragio. Los soldados, ni se resolvian á saltar en tierra, ni se tenian por seguros á bordo, temerosos de algun accidente peor que los pasados, y sin acabar de persuadirse de los naufragios que veian en tierra, ni de que pudiese el mar desembocar en un rio. Tampoco discurrian en que hubiese llegado el fin de sus males; porque, ignorando que poco despues volveria á crecer el mar, y que levantaria sus bajeles, esperaban morir de hambre, experimentando las últimas calamidades, llegándose á este desconsuelo, para acabar de aumentar su horror, el haberse descubierto cien mónstruos marinos, que habia dejado el mar, los cuales saltaban al rededor de los bajeles. Acercábase en tanto la noche, y el rey, nó de otra suerte que los demás, sin saber qué hacerse, se hallaba en considerables inquietudes; pero, como nada era capaz de rendir su espíritu, se mantuvo toda ella en la gavia, ó en combes, para dar sus órdenes, y disponer que partiese alguna gente á caballo á la entrada del rio, y advirtiese cuando volvia la marea. Hizo tambien reparar los bajeles maltratados, y levantar los caídos, ordenando, que estuviesen prontos todos para cuando volviese á crecer el mar. Pasóse toda la noche en vela, y en animar al ejército, hasta que volvieron á toda rienda á avisar los que habian ido á aquel fin, y despues de ellos la marea; la cual, dilatándose suavemente, no hizo mas que levantar los navíos, é inundando poco despues la campaña, dejar en disposicion á toda la armada, de que pudiese navegar. Á vista de cuyo inesperado bien, arrebatados del gusto, así los soldados, como la chusma, le celebraban con crecidos gritos y espantosa algazara. Preguntando, nó sin grande admiracion: « ¿cómo volvia tan aprisa el mar allí; á qué parte se habia retirado el dia antes; y cuál era la naturaleza de un elemento tan discorde, como sujeto á la revolucion de los tiempos? » Habiendo congeturado el rey de lo que habia sucedido, que la marea volvia despues de salido el sol, se quiso anticipar; y haciéndose á media noche á la vela con pocos bajeles, y habiendo ganado la boca del rio, se entró cuatrocientos estadios dentro del océano, logrando por último el fin de sus votos y el colmo de sus deseos.

X. Habiendo después sacrificado á los dioses tutelares del mar y de aquellas regiones, volvió á juntar su armada; la cual, montando por el rio, llegó al dia siguiente cerca de un lago salado, donde, ignorantes muchos de la calidad del agua, se bañaron, pagando la pena de su inadvertencia, por haberles sobrevenido cierta especie de sarna contagiosa de que inficionaron á sus compañeros; si bien se les quitó untándose con aceite. Envió desde allí delante á Leonato, para que dispusiese algunos pozos en los parajes por donde habia de pasar el ejército, respecto de ser sumamente árida la tierra; y pasó allí el invierno con sus tropas, hasta que dió principio la primavera. En cuyo interin se ocupó en fundar ciudades y en hacer puertos y arsenales para los navíos. Mandó después á Nearco y á Onisicrito, bien expertos en las cosas marítimas, que se embarcasen en los mejores bajeles y que, surcando el océano, con la mayor seguridad y cuidado que pudiesen, reconociesen la calidad de él, y se volviesen, ó por el Éufrates ó por el mismo rio. Pasados los grandes frios, y dados al fuego los bajeles inútiles, conduciendo su ejército por

tierra, llegó en nueve dias de marcha á las de los gedriosoros, pueblo libre; y que, después de haber tenido su consejo, se rindió al rey; el cual solo le pidió víveres. Desde allí pasó en cinco jornadas al rio Arabon; y, atravesando grandes desiertos, donde no halló gota de agua, llegó á la region de los horitas. Dió en ella la mayor parte de sus tropas á Efestion, dividiendo las demás, armadas á la ligera, entre Tolomeo y Leonato. Con cuyas tres partes de ejército saquearon á un tiempo á los indios, é hicieron considerables presas. Talaba Tolomeo las regiones marítimas, y desolaba la campaña el rey por una parte, y Leonato por otra. Fundó, sin embargo, el rey una ciudad, á la que pobló con los aracosios, y encaminóse después hácia aquellos pueblos marítimos, los cuales tienen considerable porcion de país inhabitado, sin conservar comunicacion alguna con sus vecinos. Aquella soledad acabó de hacer sus ingenios, naturalmente feroces, mas groseros. Déjanse crecer las uñas y el cabello, sin cortárselo jamás; edifican sus cabañas de concha y de otros excrementos del mar; vístense de pieles de bestias salvajes, y alimentanse de pescados que secan al sol, y de las ballenas que las tormentas arrojan á aquellas costas. Los macedonios, después de haber consumido allí todas sus provisiones, empezaron á padecer falta de bastimentos, y á pocos dias tan grande hambre, que se hallaron, precisados de ella, á cortar los raíces de los palmares, único árbol que ofrece aquel territorio; y faltándoles aun aquel tenue socorro, á comer los animales de mayor estimacion, y después los caballos de servicio, quemando aquellos ricos despojos, por los que se habian dilatado hasta los términos del mundo, respecto de no tener con qué conducirlos. Sucedió al hambre la peste, ocasionada de los malos alimentos, á que no estaban acostumbrados, del trabajo del camino, y del disgusto en que se hallaban, viéndose imposibilitados de marchar y de detenerse, sin perecer, por ser preciso, si se detenian, morir de hambre, y si intentaban adelantarse que se inflamase mas la peste. Por lo cual se hallaba toda la campaña cubierta de muertos y aun mas de moribundos, sin que pudiesen huir, ni los menos enfermos, respecto de la celeridad con que marchaba el ejército, creyendo que cuanto mas se adelantase, tanto mas se apartaria del peligro y aseguraria su remedio. Pedian á grandes voces los que se habian quedado en los caminos, á conocidos y á nó conocidos, socorro; pero faltaba enteramente carruaje en qué conducirlos, pudiendo apenas los soldados llevar sus armas; fuera de que, estando próximos á verse en el mismo infeliz estado, cualquiera atendia solo á librarse del riesgo. Con que por mas que aumentaron los gritos, no pudieron conseguir el socorro que buscaban; porque negando el miedo lugar á la compasion, volvian los mas á otra parte los ojos, por no mirarlos. Á vista de cuya impiedad pedian con mayor aliento á sus compañeros, por los dioses, por el rey y por las cosas mas sagradas que no los desamparasen, hasta que, reconociéndolos sordos á sus ruegos, convertidos estos en desesperacion y rabia, los maldecian, deseándoles igual fin al suyo, y semejantes amigos á los que en ellos experimentaban. Corrido y afligido el rey de ser causa de aquella gran miseria, envió á decir á Fratafernes, sátrapa de los partos, que le enviase víveres cocidos en camellos y dromedarios, é hizo partícipes tambien de su necesidad á los gobernadores de las demás provincias; los cuales concurrieron á socorrerla, de suerte que, habiendo quedado el ejército libre, á lo menos del hambre, fué últimamente conducido á los confines de la Gedrosia, region apacible y abundante, donde se detuvo algunos dias para repararse. Recibió el rey cartas de Leonato, en que le avisaba, «que habia vencido y roto ocho mil infantes y cuatrocientos caballos de los horitas.» Y tambien de Cratero, el cual le participaba, «que tenia presos á Ocines y Zariaspes, ambos señores persas, por haberles descubierto cierta rebelion que tramaban». Después de lo cual puso en el gobierno de aquella region, en lugar de Memnon que habia muerto pocos dias antes de enfermedad, á Sibircio y se encaminó hácia la Carmania, de la que era sátrapa Astaspes, el cual estaba indiciado de haberse querido levantar mientras el rey se halló en las Indias. Si bien, habiéndose puesto en su presencia, le hizo buena acogida, y, disimulando su desconfianza, le mantuvo en el gobierno hasta averiguar lo cierto. En el ínterin, los gobernadores indios le habian enviado, en cumplimiento de la órden que tenian, de todas las provincias que estaban sujetas á su obediencia, gran cantidad de caballos y de animales de estimacion, con los que socorrió á los que se hallaban necesitados de ellos, repartiendo entre todos armas tan buenas, como las primeras, no habiéndole sido muy difícil, respecto de estar cerca de Persia, entónces nó solo pacífica, si no tambien abundante de todo. Y deseando cumplir enteramente el intento que siempre habia tenido de igualar en todo á la gloria de Baco, afectó imitarle, nó solo en las victorias que habia obtenido de aquellos pueblos, sino tambien en la forma de su triunfo, bien fuese instituido por Baco, ó introducido solo en alguna orgía, aspirando á ostentarse dios como él. Para cuyo fin hizo llenar de flores y de guirnaldas todos los caminos por donde habia de pasar, ordenando pusiesen delante de las puertas de las casas tazas llenas de vino, y vasos de desmesurado tamaño. Mandó después disponer carros capaces de que pudiese estar mucha gente en ellos, á los que hizo cubrir, en forma de tiendas, con lienzos blancos unos, y con ricos paños otros. Iban primero los mas familiares del rey con sombreros de flores y guirnaldas. Oíanse por una parte flautas y chirimías, y por otra gran variedad de instrumentos. Seguia después de todo el ejército, comiendo y bebiendo con gran exceso en carros, mas ó menos compuestos, segun era la posibilidad de cada uno, llevando pendientes al rededor de ellos sus riquísimas armas. Iba el rey en medio de sus camaradas sobre un carro magnífico, cargado de crecidos frascos y vasos de oro, tan macizos y pesados, que rendian al tomarlos. De esta suerte marchó por espacio de siete dias aquel victorioso ejército, empleado en glotonerías y borracheras. ¡Oh qué considerable hubiera sido el botin que habrian hecho allí los vencidos si les hubiesen quedado algunos alientos para acometer á aquella gente anegada en el vino! Es indudable que mil hombres en su sano acuerdo hubieran bastado á rendir y á aprisionar, en medio de su triunfo, á aquel ejército que después de siete dias continuaba en su embriaguez: pero, la fortuna, que es la que pone y da precio y estimacion á las cosas, convirtió en gloria suya, aun la infamia de sus armas; y así, nó solo su siglo, sino tambien la posteridad, admiró justamente que se hubiese ejecutado esto entre pueblos acabados de sujetar, y que los bárbaros tuviesen por confianza tal temeridad. Siguió á aquel grande aparato el verdugo que habia de dar muerte á Aspastes, sátrapa, de quien hemos tratado, y en quien se experimentó que ni la lujuria se oponia á la crueldad, ni tampoco la crueldad á la lujuria.

LIBRO DÉCIMO.

ARGUMENTO DE ESTE LIBRO.

1. Quedan perdonados los delitos de Cleandro, y de algunos capitanes, y castigados los de otros, aunque mas ligeros: intenta Alejandro pasar á la parte occidental de la Europa: su liberalidad con los hijos de Abisares, y su crueldad con los de Orsines, sátrapa ilustre.—II. Mientras discurre en sosegar las revoluciones de la Grecia, y en licenciar algunos soldados, á quienes habia pagado, y en quedarse con otros, se levanta una sedicion en el campo, la cual sosiega con un severo razonamiento.—III. Desbarata los malos intentos de su ejército con el castigo de algunos sediciosos, y da la guardia de su persona á los persas.—IV. Palabras de cierto soldado macedonio aprisionado: conspiracion contra Alejandro, el cual muere de veneno.—V. Lo que hizo, y lo que dijo antes de su muerte: sentimiento de los suyos, y especialmente de la madre de Darío, que, rendida de dolor, murió poco después: elogio de Alejandro.—VI. Consejo y parecer de los grandes para declarar sucesor de Alejandro.—VII. Saludan por rey algunos á Arideo, hijo de Filipo, á solicitud de Meleagro, de que se orgina una guerra civil.—VIII. Opónense los principales capitanes á los artificios de Meleagro: procura Arideo, deseoso de la paz, sosegar el tumulto, solicitando algun medio de la satisfaccion de unos y otros.—IX. Pierde Perdicas á Meleagro por cierta astucia que usó, y casi trescientos hombres que le habian seguido.—X. Divídese en muchas partes el imperio de Alejandro: dase la mayor á Arideo, y las provincias á los grandes del estado: llevan el cuerpo de Alejandro á Alejandría de Egipto.

I. Llegaron casi en el mismo tiempo Cleandro, Sitalces, Agaton y Heracon, los cuales habian muerto á Parmenion por órden del rey, y llevaban consigo cinco mil infantes y mil caballos; pero seguíanlos los diputados de las provincias que habian gobernado, para acusarlos de tan graves delitos, que no parecia creible, que en medio de haber sido tan grato servicio al rey el de la muerte que ejecutaron, bastase á librarlos del castigo que por ellos merecian; porque, nó contentos con haber desolado las familias con sus imposiciones, habian robado hasta los templos y sepulcros, sin perdonar la honestidad de las señoras mas ilustres, las cuales lloraban con lágrimas de sangre el desacato de habérselas violado. Con cuya desenfrenada avaricia y libertad habian hecho aquellos brutos odioso y detestable el nombre de los macedonios. Sin embargo, entre todos ninguno igualaba á Cleandro; el cual, después de haber forzado á cierta doncella de calidad, la dió por concubina á uno de sus esclavos. Por lo cual, temian muchos de los amigos de Alejandro, que pudiese con él mas que la enormidad de los delitos, que era notoria, su clemencia á favor de los reos. Si bien no dejaban de discurrir por otra parte alegres en que seria posible, que, pasada la ocasion del servicio, y prevaleciendo el horror de sus recientes atrocidades, convirtiese su indignacion contra los que habian sido ministros de su ira, y que se viese cuán poca duracion tenia el poder adquirido por malos medios. El rey, habiendo conocido de la causa, pronunció: «que habian omitido los acusadores el mas grave delito, cual era el de haber desesperado de su vida; pues no podia ser creible que se hubiesen atrevido á ejecutar los reos tales maldades, si juzgasen que habia de volver de las Indias.» En cuya consecuencia hizo cargar de cadenas, y dar muerte á seiscientos soldados, que habian sido instrumentos de la ira; y que en el mismo dia se ejecutase la de los autores de la rebelion de los persas, que Cratero habia conducido. Vueltos Nearco y Onisicrito, que por órden del rey habian surcado por el océano lo mas adentro que les fué posible, refirieron diversas cosas, unas que oyeron, y otras que vieron: «que en la isla, que está en la boca del rio, habia gran cantidad de oro, y tanta carestía de caballos, que los que se atrevian á pasarlos allí los vendian á un talento cada uno: que estaba aquel mar lleno de ballenas, las cuales surcando por él, segun el aumento de la marea, se descubrian sobre el agua tan grandes como las mayores naves: que, cuando seguian la armada, las espantaban á fuerza de grandes gritos, y de crecido rumor; y que se zabullian en el mar con tan horrible ruído, como pudiera causarle este si se hubiese sorbido otros tantos bajeles: que en cuanto á lo que habian oido de los moradores de aquellas costas, era, entre otras cosas, que el mar Rojo no se llamaba así porque fuesen de este color sus aguas, como creen muchos, sino en memoria del rey Eritreo, cuyo nombre en griego es lo mismo que rojo: que poco después de la tierra firme habia allí una isla llena toda de palmares; y que en medio del bosque se ofrecia una coluna muy alta, que era el sepulcro del rey Eritreo, grabado con caractéres de aquel país: añadiendo, que de cuantos navíos mercantes habian pasado á aquella isla, movidos de la fama del oro, no habia vuelto ninguno.» Deseoso el rey de saber mas, les mandó que fuésen costeando la tierra hasta la boca del Éufrates, y que, embarcados allí, pasasen á Babilonia. Y acumulando intentos á intentos aquel infatigable espíritu, tenia resuelto, después de haber sujetado toda la region marítima del oriente, pasar de Siria á África, para abatir el orgullo de Cartago, á quien miraba como á enemiga; y desde ella, atravesando los desiertos de Numidia, tomar la derrota á Cádiz, donde era fama que estaban las columnas de Hércules: pasar luego á España, á quien los griegos llaman Iberia, del nombre del rio Ibero: encaminarse después á los Alpes, y á las costas de Italia, desde donde hay un corto distrito á Epiro. Con cuyo fin ordenó á los gobernadores de Mesopotamia, que hiciesen cortar cantidad de madera en el monte Líbano, y que la mandasen pasar á Tapsaco, ciudad de Siria, para la fábrica de las galeras que habian de ser de siete órdenes de remos, y conducirlas á Babilonia. Tuvieron órden los reyes de Chipre para que las proveyesen de espolones, de velas y de cuerdas. Hallándose en estas disposiciones, llegaron cartas de Poro y de Taxiles, en que le avisaban: «que Abisares habia muerto de enfermedad; así como tambien Filipo, su gobernador, violentamente, y quedaban castigados los homicidas.» Con cuyas noticias proveyó el gobierno de Filipo en Eudemon, capitan de Tracia; y nombró por sucesor de Abisares en el reino á su hijo. Llegó desde allí á Persagada, ciudad de Persia, de la que era sátrapa Orsines, descendiente de Ciro, y quien lograba, además de las riquezas que le dejaron sus antecesores, los considerables tesoros que habia acumulado en los muchos años que habia gozado sus estados. Púsose en la presencia del rey con gran variedad de presentes, así para él, como para sus validos. Componíanse de rebaños de fieras, de carros adornados de plata y oro, de muebles preciosos, de riquísima pedrería, de vasos cincelados de desmesurado tamaño, de ropas de púrpura, y de cuatro mil talentos de plata en moneda; pero costóle bien cara esta generosa magnificencia; porque, habiendo usado de ella con los principales de esta corte, con mas exceso del que pudieron desear, y no hecho demostracion alguna con el eunuco Bagoas, á quien amaba Alejandro con poco honesto afecto, advertido por algunos de este, respondió: «que él obsequiaba á los amigos del rey, pero nó á sus concubinas; y que los persas no estilaban usar de los hombres para lo que Alejandro se servia del eunuco.» De cuyas palabras

noticioso Bagoas, aplicó toda la gracia que lograba en la del rey para disponer la ruína de aquel príncipe, cuya sangre era la mas esclarecida del oriente, y cuya vida inculpable. Sobornó algunos testigos de entre los suyos, instruyéndoles en lo que habian de deponer contra él, cuando fuese tiempo; y dedicóse en el ínterin á influir en el ánimo del rey, siempre que se quedaba á solas con él, cuantas imposturas pudo discurrir, sin manifestarle la causa de su aborrecimiento, para que lograse mayor crédito su acusacion. Y si bien el rey no acababa de persuadirse á que fuese culpado, no hacia ya la estimacion de él que solia. Disponíase la trama con tan gran secreto, que se hallaba Orsines bien ageno del peligro que le amenazaba, sin que cesase aquel malvado de llamarle avaro y traidor. Finalmente, llegó el tiempo de que se viese la inocencia oprimida de la calumnia, y necesitada la virtud á rendirse al inevitable destino; porque, habiendo mandado Alejandro abrir acaso el sepulcro donde descansaba el cuerpo de Ciro, para hacerle fúnebres honras, creyendo que estuviese lleno de plata y oro, como divulgaban los persas, solo halló en él un escudo podrido, dos arcos al uso de Escitia, y su cimitarra. Puso sobre la urna una corona de oro, y cubrióla con su manto, admirando mucho, que tan grande y esclarecido rey, se hubiese enterrado tan pobremente. Á lo cual, Bagoas, valiéndose de la ocasion para sus malévolos fines, le dijo: « que no debia extrañar estuviesen los sepulcros de los reyes tan vacíos, cuando rebosaban las casas de los sátrapas tanto oro del que habian sacado de ellos: que nunca habia visto aquel, pero que oyó decir á Dario, que estaban dentro de él tres mil talentos. Y que sin duda habrian salido de ellos las profusiones de Orsines, dirigidas á granjearse su gracia con lo que tan injustamente habia usurpado. Teniendo ya inclinado el ánimo del rey con semejantes artificios al logro de sus intentos, hizo entrar á su presencia á los testigos que habia prevenido; los cuales por una parte, y Bagoas por otra, le supusieron tan horrendas atrocidades de Orsines, que por último le mandó Alejandro poner preso, antes que él tuviese la menor sospecha de acusacion alguna; pero, nó contento el infame eunuco con ser causa de que padeciese aquel inocente la muerte, que no merecia, pasó su insolencia á tanto, que, llevándole al suplicio le tomó la mano; á cuya demostracion, habiéndose vuelto para mirarle Orsines, le dijo: « habia oido decir, que en otro tiempo reinaron en Asia las mujeres; pero ahora veo la novedad de que mande un eunuco. » Este fin tuvo el mayor príncipe de Persia, hallándose inocente, y habiendo acreditado en repetidas demostraciones su grande afecto á Alejandro. Ejecutóse tambien por entónces la muerte de Fradates, indiciado de haberse querido alzar con el reino. Habia empezado Alejandro á tener tanta fácilidad en condenar á muerte á los hombres, como en creer los falsos informes que le hacian. Tan poderosa es la prosperidad en pervertir, aun los mejores naturales, y tan raro el hombre que acierta á usar bien de su fortuna. No se habia atrevido antes á condenar á Lincestes, aunque resultaba culpado por la deposicion de los testigos: habia tolerado, que los que lo estaban en delitos de menor consecuencia, quedasen á pesar suyo absueltos, por haberlos juzgado inocentes los demás; y habia hecho merced de los reinos á los enemigos que habia vencido; pero, degenerando ya de sí, daba contra su propio dictámen los reinos á unos, y quitaba la vida á otros, por condescender con el gusto de un infame. Llegáronle casi por aquel mismo tiempo cartas de Ceno, en que le participaba de cuanto habia pasado en Europa y Asia, mientras se juzgó las Indias. Decíale, que, habiendo pasado Zopirio, gobernador de Tracia, á la guerra contra los getas, con una poderosa armada, le sobrevino tan furiosa borrasca, que perecieron en ella todos; y que, noticioso de esta pérdida Seutes Odrises, habia sublevado el pueblo, de suerte que quedaba perdida la Tracia, y bien trabajada la Grecia.

(1) Asistia por este tiempo á Alejandro, á quien habia seguido á persuasion de Tajiles un indio llamado Calano célebre entre los sabios de su reino, el cual, profesando una severa filosofía, habia vivido por espacio de ochenta y tres años, sin haber padecido en todos ellos la menor dolencia. Habiendo llegado á Persia, y sobreviniéndole un dolor en las entrañas, quiso mas morir con bien extraño medio, que tolerar los grandes dolores que padecia, y á que no estaba acostumbrado, por la feliz salud que habia gozado, que caer en el sensible martirio de las manos de los médicos, exponiéndose al tormento de la multitud de sus remedios. Para cuyo fin pidió al rey que le mandase disponer una hoguera, encargando que no se encendiese, hasta que estuviese dentro de ella. Creyó al principio Alejandro que podria fácilmente disuadirle de tan bárbaro intento; pero, no habiendo bastado cuanto le dijo para que dejase de mantenerse firme en su resolucion, se vió precisado á concederle lo que le pedia; pero, teniendo en gran veneracion á aquel filósofo, quiso antes honrar su muerte con fúnebre pompa, digna de su real magnificencia. Mandó poner en órden de batalla todo el ejército, con los elefantes, en un gran llano, cerca de la ciudad, y nombró á ciertas personas, para que esparciesen por la hoguera, y sobre el indio, los mas preciosos perfumes que pudiesen hallarse. Enviéle tambien una ropa de púrpura bordada de pedrería, gran cantidad de vajillas de plata y oro, y muy ricas tapicerías, para que sirviesen de aparato al sacrificio, y de honor á la víctima. Vestido, pues, Calano, con aquellos ricos adornos, se puso en un caballo, que tambien le habia enviado el rey; pero, no pudiendo tolerar el cansancio, continuó el camino en una litera, donde, coronado con una guirnalda de flores, cantó en su lengua diversas canciones, hasta que, habiendo atravesado toda la ciudad, llegó al paraje donde estaba la hoguera. Hechas allí sus deprecaciones á los dioses, y pedido á los hombres que ejecutasen con él cuantas ceremonias se acostumbran en los funerales de los difuntos, se cortó una guedeja, antes de entrar en la hoguera, y despedido de los macedonios, y de sus amigos, dándoles la mano, les dijo: « Que habiendo perdido su salud, y visto al gran Alejandro, no apetecia vivir ya, pues le habia llegado á suceder lo que mas habia temido y deseado en este mundo: que, siendo los verdaderos males el dolor, y la mala conciencia, habia pedido siempre á los dioses le preservasen de uno y otro; pero que pues empezaban despues de tantos años á afligir su cuerpo, que hasta entónces habia sido morada de su alma, era evidente señal de que no era voluntad suya que habitase mas en él: que, aunque siempre la procuró conservar pura y libre de todo género de vicios, no habia podido evitar que, por el contagio del cuerpo, hubiese contraido muchas manchas; pero que las iba á purgar en el fuego, cuyas llamas le serian suaves, habiéndose de quemar en ellas las ligaduras de su cautividad, que por tan

(1) Suplemento formado de lo que refieren en este lugar los autores, que escribieron las acciones de Alejandro. Estrabon 15. Arriano lib. 15. y Diodoro.

dilatado tiempo le habian embarazado que subiese al cielo y volviese á ver su patria: que les pedia se recogiesen y asistiesen gustosos á aquella funcion con el rey, de quien no se despedia, porque esperaba volverle á ver dentro de breves dias en Babilonia.» Después de haber pronunciado estas últimas palabras, que fuéron como de oráculo y profecía de la cercana muerte de Alejandro, y repartido entre sus amigos el regalo que le acababa de hacer el rey, subió gustoso á la hoguera, desde donde, habiendo puesto por algun breve rato la vista en el ejército, se tendió á lo largo, en la mas honesta postura que pudo, y se cubrió por último el rostro; pero lo mas admirable, y que mayor horror causó á todos los que concurrian á aquel espectáculo, fué, que al prender en él la llama, se mantuvo constantemente en la misma postura en que le halló, sin hacer el menor movimiento, ni dar indicio alguno de dolor. Tocaron las trompetas al tiempo de introducir el fuego en la hoguera, y diéronse en el ejército los grandes gritos, que acostumbraban levantar los soldados al principio de las batallas, á los que acompañaron los espantosos bramidos de los elefantes. Pareciéndole á Alejandro que no era decente asistir á aquel espectáculo, se retiró á su palacio, triste y pensativo. Hiciéronse varios juicios de aquella accion: condenáronla unos como de hombre furioso ó insensato; y atribuyéronla otros á vanagloria, persuadidos á que no habia tenido otro fin, que el de adquirir crédito de una prodigiosa constancia; pero sin embargo, mucho alabaron el gran valor con que habia triunfado de los dolores y de la muerte. Admiróla entre otros el rey, y honró sus cenizas con magnífica sepultura. Fué este mismo Calano, de quien se refiere, que, habiendo llegado á la corte, y deseado dar algunas muestras de su suficiencia, puso á la vista de Alejandro una como imágen ó figura de su imperio. Arrojó á tierra un gran pellejo de buey lleno de aire, y puso el pié en uno de sus estremos: bajado el cual, hizo al mismo tiempo levantar en alto lo restante de él: después, pisándole todo al rededor, y andando siempre por sus estremos, hizo demostracion al rey, de que cuanto mas se le apretaba en un lugar, tanto mas se levantaba en los demás; pero que, poniéndose en medio de él, quedaba igualmente bajo por todas partes. Con cuyo ejemplo quiso darle á entender, que debia desistir de emplearse en viajes y conquistas tan distantes, y residir en el centro y corazon de sus dominios, por cuyo medio evitaria que las provincias mas apartadas no se sublevasen, y que todos sus pueblos se mantuviesen en su obediencia, sin la menor alteracion. Habiendo llegado después de esto el rey á Susa, se desposó con la princesa Estatira, hija mayor de Dario, y dió la menor á su amado amigo Efestion; y para que, haciéndose estas alianzas comunes, pareciese menos extraño su casamiento, persuadió tambien á los primeros señores de su corte, y á sus mas principales validos, á que ejecutasen lo mismo; y eligió de las nobles familias de Persia ochenta doncellas, las cuales les dió por mujeres. Celebráronse las bodas al uso de Persia, y entónces dió un banquete á los demás macedonios que se habian casado mucho antes; en el cual, hallándose mas de nueve mil convidados, dió á cada uno de ellos una copa de oro, para que ofreciesen sus sacrificios á los dioses. Llegaron por el mismo tiempo á la ciudad de Susa treinta mil mancebos persas, casi todos de una misma edad, á quienes llamaron «epigonos» que corresponde á sucesores. Estos iban para relevar á los ancianos soldados de sus penosas y largas fatigas. Habíanse elegido los mas robustos, y de la mejor disposicion que se hallaron en toda la Persia; y puéstolos debajo del mando de los gobernadores de las ciudades, que nuevamente habian fundado, ó de las que se habian conquistado. Habíanlos ocupado en todos los ejercicios militares, y enseñádoles cuanto es necesario saber en la guerra, teniéndolos vestidos y armados al uso de Macedonia. Plantaron su campo delante de la ciudad, donde pasaron muestra; é hicieron sus ejercicios, para que viese el rey su destreza, y lo adelantados que se hallaban en el manejo de las armas, de que quedó muy satisfecho, haciéndoles en adelante muchas mercedes; pero causó esto considerables celos á los macedonios, contra quienes se disponia principalmente aquella providencia; porque, reconociendo Alejandro que llevaban con sumo disgusto la dilatada continuacion de la guerra, ocasionando murmullos y alborotos, quiso tener estas nuevas tropas con que poderse oponer á las antiguas, y reprimir sus desacatos. En tanto Arpalo, de quien el rey habia fiado la guarda de sus tesoros y de las rentas de Babilonia, haciendo concepto de que domada la mayor parte de los reyes indios por el valor de Alejandro, no podria haber, después de tan felices sucesos, nada que no cediese á sus armas, ni que un príncipe tan deseoso de dilatar mas sus conquistas, podia dejar de continuarlas, y de volver con dificultad de tan largo y penoso viaje, se dió, lisonjeándose con esta esperanza, á la mas licenciosa vida. Hizo imponderables gastos: manchó con sus deshonestidades las mas ilustres familias de la ciudad; y nó contento con haberse anegado en todo género de disoluciones y torpezas, buscó fuera de Babilonia ocasion para otras nuevas, haciendo traer á ella de Atenas una célebre ramera, llamada Potimia, de quien estuvo tan apasionado y perdido, que no solo, mientras ella vivió, la hizo tan considerables dádivas, como pudiera el rey, sino que, aun después de su muerte, la dispuso suntuosos funerales, y tan soberbio sepulcro, que gastó en él treinta talentos. Consumida en tan torpes profusiones una considerable parte de las riquezas que quedaron á su cuidado, y sabiendo que Alejandro volvia de la India, y que iba castigando severamente á todos los gobernadores que habian abusado de sus cargos, hallándose con su conciencia tan mal segura, y temiendo que ejecutase con él lo que con los demás, recogió cinco mil talentos, y juntó seis mil hombres de guerra, con los que se encaminó á toda diligencia á Ática; pero, no hallando persona que le quisiese admitir, se vió precisado á dejar aquellas tropas en el cabo de la Morea, llamado Tenara.

II. (1) Igualmente irritado el rey contra Harpalo, que contra los atenienses, hizo disponer una armada, con resolucion de ir en persona á Atenas; pero llegáronle, mientras daba secretas providencias para esta jornada, cartas en que le avisaban: «que, aunque Harpalo habia entrado en Atenas, y ganado á fuerza de dinero á los principales de ella, habiéndose juntado el pueblo, le habia mandado salir de aquella ciudad, desde donde, acogiéndose á las tropas griegas, que le retuvieron, fué poco después muerto á traicion por un pasajero.» Gustoso con estas noticias, desistió del intento de pasar á Europa; si bien mandó á todas las ciudades de la Grecia «que admitiesen en ellas á los desterrados, exceptuando á los que habian teñido sus manos en la sangre de sus conciudadanos.» No se atrevieron los griegos á oponerse á esta órden, aunque contravenia á sus leyes; y así restituyeron á los desterrados los bienes que se hallaron ser suyos. Solos

(1) Continúa desde aquí Quinto Curcio.

los atenienses, mas celosos de la libertad pública que de la particular, y nó acostumbrados á tolerar el yugo de la monarquía, se resistieron echándolos á todos de sus confines, y queriendo antes exponerse á cualquier riesgo, que admitir la gente mas viciosa, de que se habia purgado la ciudad, y que aun entónces lo era en el destierro. Después de haber licenciado Alejandro á los ancianos soldados, mandó que se escogiesen trece mil infantes, y dos mil caballos, para que quedasen en Asia, creyendo que este corto ejército seria suficiente á conservarla, y respecto de haber puesto guarnicion en toda ella, y de que las nuevas ciudades, pobladas de sus colonias, serian muy poderoso freno contra cualquiera que tentase alterarla; pero, habiendo mandado, antes que se nombrasen los que habian de quedar, que declarasen todos sus deudas; » pues aunque no ignoraba que la mayor parte de ellos se hallaba con grandes empeños, y que estos procedian de sus desórdenes, queria pagarlas: sospechando ellos que esto miraba á descubrir lo mal que se habian aprovechado de lo que habian adquirido, interpusieron dilaciones. Conoció el rey no era falta de obediencia, sino sobra de empacho lo que los tenia remisos en el cumplimiento de aquella órden. Y así mandó poner en dilatadas mesas, repartidas por el campo, diez mil talentos. Con cuya demostracion, conociendo que era muy otro el fin de Alejandro, manifestaron todos sus deudas. Pagadas las cuales, no quedaron de tan considerable suma, mas que ciento y treinta talentos; de suerte, que aquel ejército, que habia triunfado de las mas ricas naciones del mundo, llevó mayor gloria que botin; pero, cuando entendieron que se volvian unos, y que quedaban otros, creyendo que se iba á establecer en el Asia la silla del imperio, se precipitaron furiosos, y atropellando por su buena disciplina, llenaron el campo de sediciosos intentos, pasando todos juntos á decir al rey á gritos en su misma presencia, con mayor libertad y desacato que habian tenido jamás, que los licenciase á todos, y á mostrarle sus rostros, desfigurados todos con la continuacion de las heridas, y sus canas contraidas con la de los trabajos. Ni las amenazas de los cabos, ni el respeto del rey, bastaron á reprimir su furor, pues cuanto mas los procuraban templar aquellos, tanto mas enfurecidos interrumpian las razones con que solicitaban persuadirlos, continuando incesantemente en sus desmesurados gritos, y protestando que no se apartarian de allí, sino para volverse á sus casas. Finalmente, habiendo callado, nó por que se diesen por vencidos en su furor, sino por que les pareció que el rey cedia, quedaron atentos á lo que les decia, que fué en estos ó semejantes términos: «¿Qué es lo que llego á experimentar hoy en vosotros, ó de qué se origina tan repentino motin y tan desenfrenado atrevimiento? ¿Hallaréme con aliento para mover los labios al ver tan ultrajada mi autóridad por vuestro desacato, y sin que me haya quedado de rey mas que el nombre, pues me habeis impedido que hable, que solicite saber vuestros intentos, que os haga partícipes de los mios, y á lo que me parece, tambien que os mire? Habia resuelto enviar á unos, y llevar bien aprisa conmigo otros; y tan disgustados os mostrais los que habiais de iros luego, como los que lo habiais de hacer después. ¿Qué es esto? ¿Cómo puede proceder de causas tan distintas un mismo sentimiento? Preciso es que sepa, si los que se quejan, son los que han de partir ó los que han de quedarse. « Á lo cual respondieron tan á un tiempo á grandes gritos, todos: « que todos juntos eran los que se quejaban, » que no parecia sino que salian de una misma voz tantas. No podré creer yo nunca (replicó el rey) que tan general disgusto proceda solo de la causa que vosotros suponeis, cuando la mayor parte del ejército no está comprendido en ella, pues, son mas los que envio que los que dejo. Mas alto orígen trae el mal; y otra muy distinta es la ocasion, que os aparta de mi servicio; porque ¿quién ha visto, hasta ahora, que todo un ejército haya abandonado á su rey? Aun los mismos esclavos, cuando intentan la fuga, no la ejecutan juntos, avergonzándose de dejar á su dueño, al verle desamparado de los otros. ¿Que haré, pues, cuando hablo con hombres tan frenéticos, esforzándome en vano á curar ánimos tan incapaces de remedio? Depongo ya el buen concepto que hasta aquí tenia hecho de vosotros, y ofrezco trataros desde hoy, nó como á mis soldados, pues no lo sois, sino como á los mas ingratos hombres del mundo. Mi gran benignidad os tiene tan perdidos y tan olvidados del estado de donde os saqué, al cual mereciais volver, y consumir lo restante de vuestros dias en él, pues os hallais mejor en la adversa que en la próspera fortuna. Los que no ha mucho que eran tributarios de los ilirios y de los persas, se muestran hoy disgustados de las riquezas del Asia, y de los despojos del oriente. Los que en tiempo de Filipo andaban poco menos que desnudos, visten ropa de púrpura, y deslumbrándoles el resplandor del oro, apetecen mas vajillas de madera, y escudos de zarzos entretegidos, y despreciables espadas cubiertas de orin, que fué el rico aparato con que los hallé. No ignorais que, cuando tomé posesion de la corona, la hallé empeñada en quinientos talentos, y que solo habia en el erario sesenta. Este fué el caudal que tuve para dar principio inmediatamente á la guerra, y con el que puedo decir, sin vanidad, que me he hecho señor de casi todo el universo. ¿Qué, tanto os disgusta el Asia, teatro de vuestras hazañas, cuya gloria os iguala con los mismos dioses? Deseais con gran prisa volver á la Europa, y abandonar á vuestro rey, sin considerar que, entre vosotros, hay muchos que, á no haberles pagado yo sus deudas, las cuales he satisfecho de la presa del Asia, se hallarian imposibilitados de hacer el viaje. ¿Y no os avergonzais de volver con las manos vacías á ver á vuestras mujeres y á vuestros hijos, después de haber adquirido de las naciones conquistadas tantos despojos? ¿Qué les respondereis cuando os pregunten por los frutos de vuestras victorias? No sé, cuál es de vosotros el que podrá mostrárselos, sí solo, que muchos han empeñado hasta sus mismas armas, con la esperanza de su vuelta. ¿Pensareis que pierdo muy ventajosos soldados en vosotros, en quienes no ha quedado, de tantas riquezas, sino la costumbre de la relajacion y de los desórdenes en que las habeis consumido? ¿No quereis dejarme? Pues idos, que el camino teneis libre: idos, y sea á donde no vuelva á veros mas. Los persas y yo os preservaremos de los riesgos que os pueden sobrevenir. Quitaos de mi presencia, ingratos ciudadanos, pues á ninguno estorbo que se vaya, porque ya me falta el sufrimiento para toleraros. Allá reconocereis el gusto con que os recibirán vuestras mujeres y vuestros hijos, al veros volver sin vuestro rey. ¿Con qué alegria se pondrán en vuestra presencia, y darán los brazos á unos traidores y desertores? Idos, idos; pero tened por cierto, que he de triunfar de vuestra fuga, y que me he de vengar de vosotros en cualquier paraje donde os hallareis, prefiriendo en todo á los extranjeros, con los cuales me dejais. Idos, por último, que algun dia conocereis lo que es un ejército sin cabeza, y lo que en mí habeis perdido. » Dicho esto, se arrojó colérico de un brinco desde su tribunal, y entrándose por en

medio de los soldados armados, y conociendo á los mas amotinados, se asió uno á uno de todos, sin que se atreviese ninguno á estorbárselo, y entregó trece de ellos á sus guardas.

III. ¿Quién creyera que aquella desatinada muchedumbre se sosegase repentinamente, y que, fuese tan grande el pavor que ocupase sus ánimos, al ver que arrastraban al suplicio á sus compañero, que, habiendo quedado inmóviles, y sin atreverse á articular palabra alguna, se mirasen unos á otros, temiendo cada uno no se ejecutase con él el mismo rigor? Lo cierto es que, ó porque naciese de la gran veneracion que en las monarquías tienen los pueblos á sus reyes, á los cuales adoran como á dioses, ó del particular respeto con que miraban su persona, ó de la confianza y resolucion con que usaba de su poder y autoridad, ellos quedaron aturdidos en aquella ocasion, en la cual acreditaron bien su paciencia y su sujecion; hallándose tanto mas lejos de mostrar sentimiento alguno por la muerte de sus compañeros, cuando supieron se habia ejecutado por la noche, cuanto solo atendia cada uno á purgar su delito, y á solicitar perdon de él. Al dia siguiente, llegando delante del alojamiento del rey, y hallando que se les impedia la entrada, franqueándosela á los soldados asiáticos, llenaron el campo de desconsolados clamores, diciendo á grandes gritos, como desesperados: « Que querian morir, si el rey no mitigaba su enojo: » pero aquel príncipe, que no revocaba fácilmente la resolucion que una vez tomaba, habiendo ordenado que se retirasen los macedonios á su campo, y que se hallasen los extranjeros en su presencia; concurriendo considerable número de ellos, les habló por medio de un intérprete así: « Cuando pasé de la Europa al Asia, esperé juntar á mi imperio muchas célebres naciones, é infinitos millares de hombres. No solo correspondió puntual la fama á sus promesas, sino que excedió liberal á mis esperanzas, pues hallé pueblos belicosos, y cuyo amor á sus reyes es increible. Habíame persuadido á que entre vosotros todo era una vana pompa, y desmesurada profanidad, y que vuestra grande felicidad y abundancia os tendria envejecidos en torpes deleites; pero ya me he desengañado, viendo el vigor de vuestros cuerpos y de vuestros ánimos, que os hace capaces de tolerar las fatigas de la guerra, y lo que yo mas estimo, vuestra fidelidad, que en medio de ser grande vuestro valor, no le es inferior. Hace dias que vivo con este conocimiento, aunque no os le he manifestado hasta hoy. El me ha movido á escoger lo mejor de vuestra juventud, para incorporarla en mis tropas, como lo he hecho. Vuestro traje y vuestras armas no se diferencian de las suyas, aunque vuestra obediencia las excede mucho. Todas estas consideraciones me han resuelto á casarme con la hija de Oxatres, que es de vuestra misma nacion, y á que no desdeñándome de tener hijos de una de mis cautivas, y deseando que mi casa se dilate con copiosa sucesion, haya elegido tambien por esposa mia á la hija de Dario, habiendo movido con mi ejemplo á los principales de mi corte á que ejecutasen lo mismo con sus prisioneras, para que, por medio de tan santa alianza, quede borrada la diferencia que puede haber entre vencedores y vencidos. Por lo cual, debeis estar ciertos de que os tengo por naturales soldados mios, y nó por extraños, y de que os estimo como á mis antiguos ciudadanos. Ya Asia y Europa no son mas que un reino, ni las armas que os he dado, ni el traje de que os he vestido otro que el de los macedonios. Y ya ni á los persas es indigno imitar á los macedonios, ni á los macedonios seguir las costumbres de los persas; porque es preciso que sean comunes las leyes y las útilidades á los que han de vivir debajo del dominio de un mismo príncipe. » (1) Concluido así este razonamiento, fió la guarda de su persona á los persas, cuyos nuevos oficiales llevaban al suplicio á los macedonios, que habian quedado por castigar. Refiérese que entónces, uno de los condenados, persona autorizada, y á quien hacia mas venerable su edad, dijo al rey:

IV. «¿Cuándo se saciará tu crueldad de martirizar con tan extraños castigos á los de tu nacion? ¿Tus soldados y tus ciudadanos permites que vayan conducidos al suplicio por sus mismos prisioneros, sin que haya precedido conocimiento de causa? Si los has juzgado dignos de muerte, ¿no pudieras haber nombrado otros ministros de su misma nacion que se la diesen? » El consejo, aunque libre, era útil, si hubiese sabido aprovecharse de él; pero teníale tan preocupado su fortuna y su indignacion, que, no pudiendo ver sin impaciencia lo que dilataban los ejecutores la muerte de aquellos infelices, ordenó que los arrojasen al rio; pero ni aun esta impía demostracion fué bastante á causar la menor alteracion en los soldados; los cuales, bien agenos de procurarla, acudian en cuadrillas á sus capitanes y á los validos del rey, para que le pidiesen, « condenase á muerte á todos los demás que entre ellos se averiguase hallarse culpados, pues todo el ejército estaba pronto á comprar al precio de sus vidas su desenojo. » Pero, no bien supieron con certidumbre que se habian dado sus cargos á los persas, que los habian distribuido por los regimientos, que les habian puesto los nombres de los macedonios, y que á ellos los habian desechado ignominiosamente, cuando, no pudiendo contener mas el dolor que los oprimia, corrieron con solo la túnica juntos todos á palacio, á cuyas puertas arrojaron sus armas, en demostracion de su arrepentimiento, llorando, y pidiendo á gritos: « Que los dejasen entrar; y que si no habia aplacado el rey su indignacion, tomase satisfaccion de su desacato en su sangre, y nó en sus honras, pues no habian de apartarse de allí, hasta que los hubiese perdonado. » Noticioso Alejandro de estas demostraciones, hizo abrir las puertas de su palacio, y se fué para ellos, donde enternecido al ver tantas demostraciones de su arrepentimiento, al oir sus desconsolados gemidos y sollozos, y al considerar el miserable estado á que estaban reducidos, los acompañó por algun espacio en el llanto, al fin del cual los perdonó; y habiéndoles dado una suave reprension alhagándolos unas veces, y mortificándolos otras, concedió licencia á muchos, que estaban incapaces de tomar las armas, y los envió con muy ricas dádivas y despachos, para que Antípatro, gobernador de Macedonia, les señalase en los juegos los primeros lugares del teatro, y los hiciese entrar coronados, concediendo á los hijos de todos los que habian muerto en servicio suyo, que gozasen de sus sueldos, mientras llegaban á edad de poderlos ganar por sí. Nombró para que los condujese á Cratero, en quien proveyó el gobierno de Macedonia, de Tesalia y de Tracia, que tenia Antípatro, á quien ordenó fuése á ejercer el cargo que dejaba Cratero. Hacia dias que se hallaba Alejandro bien molestado de las contínuas quejas de su madre contra Antípatro, y de las de Antípatro contra Olimpias. Acusaba esta á aquel de que aspiraba á la tiranía, y quejábase aquel de la áspera condicion de esta, y de su insoportable altivez, alargándose con alguna frecuencia á ponderar el poco decoro con que trataba su autoridad. Por lo cual se vió precisado el rey á tomar la resolucion de llamarle cer-

(1) Lo que sigue se halla en un suplemento antiguo.

ca de su persona, con tan gran disgusto de Antípatro, que se dispuso, irritado, á quitarle la vida por medio de algun veneno. Pasó desde allí el rey á Ecbatana, donde dió diversas órdenes para la mejor administracion del gobierno del reino, é hizo solemnes sacrificios y juegos. Durante cuya celebridad murió su gran valido Efestion, al rigor de una maligna fiebre. Sintió su pérdida con el extremo que acreditaron las demostraciones que permitió á su dolor, indignas mucho de tan gran rey; porque se refiere, que hizo ahorcar al médico que le asistió, como si hubiese muerto por culpa suya: que se abrazó del cuerpo, dando espantosos gritos, del que le separaron, nó sin dificultad; y que permaneció, sin permitir treguas á su llanto, por espacio de un dia y de una noche, añadiendo á estas demostraciones otras que nó son creibles. Lo cierto es que hizo que se sacrificase á Efestion, como á un semi-dios, y que los gastos de su sepulcro, y de su fúnebre pompa pasaron de doce mil talentos. Volviéndose, pues, á Babilonia, le salieron al encuentro los adivinos caldeos, los cuales le advirtieron no entrase en aquella ciudad, porque corria gran riesgo su vida; pero, desestimando la prevencion, continuó su jornada: en cuyo camino supo le esperaban en Babilonia embajadores de los parajes mas retirados del mundo; porque, habiéndose esparcido por él el terror de su nombre, concurrian á porfía á obsequiarle infinitos pueblos, como á quien suponian ya dueño suyo. Cuya noticia aumentó en él el deseo de llegar á aquella ciudad, para celebrar en ella, como cabeza, las cortes generales del universo. Hizo muy solemne su entrada; y después de haber recibido benignamente á los embajadores, los despidió. Dispúsose casi por el mismo tiempo un suntuoso banquete en casa de Medio, tesaliense, donde fué convidado el rey con los grandes de su corte; y habiéndose puesto á la mesa, no bien hubo acabado de beber en honor de Hércules, cuando prorumpió en tan grandes gritos, como pudiera si le hubiesen atravesado por el cuerpo alguna flecha. Retiráronle á su palacio casi muerto de aquel accidente, cuyos dolores eran tan vehementes que le obligaron á pedir, desesperado, una espada para darse muerte. Divulgóse, que la causa de su dolencia procedia del exceso con que habia bebido; pero, lo mas cierto era, que la habia dado la maldad de los suyos, cuya infamia ocultó el poder de los que le sucedieron; porque Antípatro habia entregado preparado el veneno á su hijo Casandro, que era copero mayor del rey, y advertídole, que no le fiase de otro que de Medio, y de sus hermanos Filipo y Jolas, que eran los que de ordinario le servian en la mesa; los cuales introdujeron el veneno en el agua, esparciéndole después en el vino. Al cuarto dia, recelosos los soldados de que se les ocultaba su muerte, y no pudiendo pasar mas tiempo sin verle, se fuéron á palacio, donde, anegados en su llanto, pidieron les dejasen verle. De cuya instancia, noticioso el rey, mandó á los guardas que los hiciésen entrar.

V. (1) Fué tanto lo que aumentaron sus gemidos y sollozos al verle, que mas parecia que le lloraban muerto que doliente. Era empero aun mayor la afliccion en los que estaban mas inmediatos á su persona, á quienes volviéndolos á mirar Alejandro, les preguntó: ¿« Qué en dónde hallarian, muerto él, rey digno de tales vasallos? » Verdaderamente que fué cosa digna de admiracion, que, hallándose aquel príncipe tan postrado y casi moribundo, se mantuviese en la misma postura con que recibió á su ejército, todo el tiempo que tardaron en saludarle uno á uno sus soldados. Después de lo cual, y de haberles dado el último vale, se volvió á echar, como si ya no le quedase otro cuidado que el de morir, y haciendo acercar al lecho á los suyos, por empezar ya á faltarle la voz, se quitó el anillo que llevaba y se lo dió á Perdicas, pidiéndole: « que hiciese llevar su cuerpo al templo de Hammon. » Y preguntándole todos, « ¿que á quién dejaba por sucesor suyo en el imperio? » Respondió, « que al que mas dignamente lo mereciese; pero que prevenia se disponian sobre la declaracion de él extraños espectáculos fúnebres á su muerte. » Pregunt6le tambien Perdicas, « ¿que cuándo gustaba de que se le hiciesen divinos honores? » Á que le respondió: « cuando seais felices. » Después de cuyas últimas palabras rindió el espíritu. No se oian en aquel palacio al principio sino copiosos llantos, espantosos sollozos y tiernos gemidos; los cuales, haciendo el dolor lugar á cuidadosas imaginaciones, y á infelices discursos sobre lo venidero, se convirtieron repentinamente en tan gran silencio, que no parecia sino que se hallaban en una vasta soledad. Corrian de una á otra parte, como desatinados, sus pajes y los guardas de su persona, llenando la ciudad de tristeza y de los sentimientos en que suele prorumpir en semejantes ocasiones el dolor. Á vista de lo cual, los que estaban fuera del palacio, así bárbaros como macedonios, corrieron en tropel á él, sin que en tan comun desesperacion se pudiesen diferenciar los vencedores de los vencidos; porque unos y otros mostraban á porfía su dolor: llamábanle los persas, « el mas justo y benigno dueño que tuvieron; » y los macedonios, « el mejor y mas valeroso príncipe del mundo, » quejándose todos de los dioses, de que se le hubiesen quitado á los hombres en la flor de su edad y de su fortuna. Acordábanse entónces de su invencible valor y de la animosidad y alegría con que los conducia al combate, sitiaba las ciudades, subia á los muros, y premiaba sus servicios; arrepentíanse entónces los macedonios de haberle rehusado los divinos honores, confesándose ingratos é impíos por haberle defraudado título que le era tan debido. Finalmente, después de haberlos tenido embargados por algun rato, ó la veneracion á su persona, ó el desconsuelo de su pérdida, convirtieron hácia ellos mismos su compasion, considerando que, habiendo partido de Macedonia, se hallaban á la otra parte del Eufrates, sin cabo, y en medio de sus enemigos, disgustados estos del nuevo dominio, y que, habiendo muerto el rey sin hijos, y sin dejar nombrado sucesor, cualquiera procuraria ganar á favor suyo las fuerzas públicas. Sobre lo cual preveian las guerras civiles que resultarian, y que les seria preciso derramar aun su sangre, y exponerse á que abriesen nuevas heridas sus antiguas cicatrices, nó ya para conquistar el imperio del Asia, sino para darla rey. Y finalmente, que aquellos ancianos soldados, que habian obtenido licencia de su legítimo príncipe para volver á su patria, se hallarian obligados á emplear la corta vida que les quedaba en establecer el poder, quizá de algun miserable soldado. Cogiólos en estos desconsolados discursos la noche, que los hizo aun mas funestos. Pasáronla toda armados los soldados; y los babilonios, ó sobre los muros, ó en los miradores de sus casas, para advertir mejor desde ellos lo que pasaba; si bien ninguno se atrevia á encender luz. Con lo que, no pudiendo valerse del uso de los ojos, fiaban el informe de los oidos, aplicándolos al menor ruído que se les ofrecia. Muchos, desmayados de las vanas sombras que les figuraba su medrosa imaginacion, corrian por aque-

(1) Continúa desde aquí el texto de Curcio.

llas obscuras calles, dando unos con otros, sin conocerse ni asegurarse. Los persas, que, segun su estilo, se habian cortado el pelo en demostracion de su sentimiento, y puesto luto, así como tambien sus mujeres y sus hijos, lloraban con verdadera ternura y dolor la muerte de aquel príncipe, á quien no miraban ni como á vencedor suyo, ni como á quien poco antes habia sido su enemigo, sino como á su mas justo y legítimo rey; confesando, que desde que se estableció su monarquía, no habian tenido otro que mas dignamente que él mereciese su obediencia. No se limitó solo á los muros de aquella ciudad tan considerable tristeza: pasó inmediatamente á las regiones cercanas, y dilatóse desde ellas á toda aquella gran porcion del Asia, que está á la otra parte del Éufrates. Llegó sin mucha dilacion la nueva á la madre de Dario; la cual, arrebatada de dolor, rasgó sus vestiduras, se puso luto, se mesó los cabellos, y se arrojó á tierra. Tenia consigo á una de sus nietas, á quien hallándose aun recientes las lágrimas por la muerte de su marido Efestion, recordaba el dolor público su particular afliccion. Sisigambis empero acumulaba en sí todos los infortunios de su casa; lamentaba el de aquellas desgraciadas princesas, nietas suyas, renovando con la infelicidad presente la memoria de las pasadas. No parecia, segun las demostraciones del dolor, que en ella se veian, sino que Dario era el muerto. Lloraba á muertos y á vivos igualmente. «¿Quién mirará (decia) desde hoy por mis nietas? ¿Dónde hallaremos otro Alejandro?» Añadiendo: «Que nuevamente quedaban cautivas: que nuevamente habian perdido su reino; y que, aunque les faltó Dario, hallaron quien las amparase; pero que, muerto Alejandro, ninguno las atenderia.» Hacia memoria, «de que, habiendo tenido ochenta hermanos, fuéron degollados todos en un dia, por órden de Oco, el mas cruel tirano que vió el mundo, y con ellos su padre: que de siete hijos que habia dado á luz, no le habia quedado mas que uno; y que, aunque Dario habia florecido por algun tiempo, que solo le elevó la fortuna para hacer mayor su precipicio.» Finalmente, rendida al dolor, se cubrió la cabeza; y, habiendo hecho separar de sí á sus nietas, y á su nieto, á quien tenia en las faldas, no quiso ver mas el dia, ni que entrase ya alimento alguno en su cuerpo: y de esta suerte subsistió hasta el quinto dia, en el cual perdió los últimos alientos de la vida. Verdaderamente que esta muerte es gran testimonio de la benignidad que el rey usó, así con ella, como con todos los prisioneros; pues, no habiendo tenido valor para quitarse la vida, muerto Dario, tuvo por ignominia vivir muerto Alejandro. Lo cierto es, que, si hemos de hacer el juicio que se debe de aquel príncipe, habremos de confesar, que sus virtudes las debió á la naturaleza y que sus vicios le procedieron, ó de la fortuna, ó de la edad. La constancia de su ánimo fué increible; su paciencia en la tolerancia de las fatigas, tan excesiva, como capaz de rendir á los mas robustos y acostumbrados á ellas; su valor incomparable, nó solo respecto de los reyes, sino de los que mas se señalaron en él. Mostróse tan liberal, que concedió aun mas de lo que pudiera pedirse á los dioses. Su clemencia con los vencidos fué tan grande, que nó solo volvió los reinos á los mismos de quienes los habia conquistado, sino que hizo merced de otros á muchos. La muerte, que tan pavorosa es á los demás hombres, la miraba él tan sin ningun temor, que parecia la buscaba á cada paso. No se puede negar que su ambicion era sin límites; pero tampoco que fué disculpable en un príncipe del verdor de sus años, y en quien, correspondiendo á sus empresas tan felices los sucesos de ellas, aumentaban el deseo de la gloria en que ardia su corazon. Y si volvemos la consideracion á la piedad que usó con los que le dieron el ser, ¿no la acreditó bien con Olimpias, habiendo resuelto colocarla en el número de los dioses? ¿Y con Filipo, habiendo tomado venganza de su muerte? ¿Pero, qué diremos de su benignidad con la mayor parte de sus confidentes? ¿Qué de su afecto con sus soldados? ¿Qué de su continencia con las mujeres? Su talento era igual á su gloria, y su destreza y juicio superior á su edad. Estas fuéron las grandes prendas de que le dotó la naturaleza. Los vicios, de que fué causa la fortuna, se redujeron á haber pretendido igualarse con los dioses, á haber mandado que se le hiciesen divinos honores, á haber dado mas crédito del que debiera á los oráculos que le lisonjeaban con semejantes vanidades, á haberse irritado con los que rehusaron adorarle, á haberse vestido al uso extranjero, á haber imitado las costumbres de los pueblos que habia vencido y despreciado antes de la victoria: porque, aunque no debe omitirse su propension á la cólera y al vino, tampoco negar, que la misma edad contribuyó mucho á ocasionarla, aunque pudiera tambien haber sido gran parte para moderársela; pero, si bien es preciso conceder, que fué muy deudor á su virtud, tambien, que lo fué aun mas á su fortuna, pues entre los mortales solo él la tuvo como á su arbitrio y disposicion. ¿Cuántas veces le arrebató como de entre las manos á la muerte? ¿Cuántas le sacó felizmente de los mayores riesgos á que se arrojó, sin desampararle nunca, disponiendo, para colmo de sus beneficios, que el curso de su vida terminase en el apogeo de su gloria? Porque, hasta que hubo sujetado el oriente, llegado á surcar las ondas del óceano, y ejecutado cuanto es posible á un mortal, le preservó su destino de los rigores de la parca. Atendíase, pues, á dar sucesor á tan gran rey, y á tan esclarecido conquistador; pero el peso de tan considerable máquina excedia á las mas robustas fuerzas; y con efecto, aun solo el nombre y la fama de Alejandro constituyó reyes y reinos casi por todo el mundo, habiéndose hecho célebres en él aun los que en la ruina de tan gran fortuna pudieron lograr los menores vestigios de ella.

VI. Pero, volviendo á Babilonia, de donde nos hemos apartado, convocaron en ella dentro el alojamiento del rey los guardas de su persona, á los grandes, y á los oficiales del ejército, á los que siguió considerable muchedumbre de soldados, deseosos de saber quién sucederia en tan gran poder. No podian llegar muchos, respecto del demasiado tropel; por lo cual, dijo un heraldo en alta voz: «Que no entrasen mas de los que eran llamados.» Pero, faltando quién los contuviese en obediencia, todos se burlaron de la prohibicion. Llegóse en esto el renovarse allí los llantos y los gemidos de todos, sin que se hubiesen podido templar hasta que el cuidado de los intereses públicos dió treguas á ellos, y lugar al silencio. Entónces Perdicas expuso á vista del público la silla real, en que estaba la diadema, el manto y las armas de Alejandro, entre las cuales puso el anillo que le habia dado el dia antes. A vista de cuyos objetos volvieron á renovar su llanto y sus gemidos, nó de otra suerte, que cuando lloraron su muerte, hasta que Perdicas empezó á hablarles así: «Pongo en vuestro poder el anillo que el rey me dió al tiempo de su muerte, con el cual sellaba sus órdenes, y mantenia su autoridad. No sé que el cielo en su mayor indignacion contra nosotros pudiera habernos enviado igual calamidad á la pérdida de tan gran príncipe; pero si consideramos

la grandeza de lo que ha ejecutado, es preciso que creamos que los dioses le habian dado como de prestado al mundo, y que, habiendo obrado las maravillas que hemos visto, le restituyeron al cielo, de donde le enviaron; por lo cual debemos, no quedándonos otra cosa que lo que se substrae de la inmortalidad, atender primeramente á satisfacer, en cuanto nos sea posible, las obligaciones que tocan á su cuerpo y á su memoria; y despues considerar en qué ciudad nos hallamos, en medio de qué pueblos, qué rey y qué apoyo hemos perdido. Lo que debemos hacer, oh compañeros mios, es, asegurar nuestras victorias entre los que hemos vencido. Para esto necesitamos de una cabeza, pues sin ella no ignorais que cualquiera ejército es un cuerpo sin alma. De vuestro arbitrio pende elegir esta ó muchas. Rojana se halla en cinta de seis meses; permitan los dioses que nos gobierne el que naciere, cuando tenga edad para poderlo hacer; en cuyo ínterin es preciso que determineis de quién hemos de fiar la regencia.» Esto fué lo que Perdicas les representó; á que Nearco se opuso, diciendo: «Que ninguno pondria en duda que heredase el trono quien fuese de la sangre de Alejandro; pero que era impracticable así en el genio de los macedonios, como en el estado presente de los intereses, esperar para él á quien no habia nacido, excluyendo al que lo estaba; y que pues el rey habia dejado un hijo, habido en Barcines, seria mas conveniente coronarle.» Disgustó tanto á todos esta proposicion, que, dando en sus escudos con los cabos de los dardos, no cesaban de murmurar de ella, destemplándolos tanto la tenacidad con que Nearco insistia en su dictámen, que fué preciso que tomase la palabra Tolomeo, quien dijo: «¡Por cierto que es muy digna estirpe la de los hijos de Rojana ó de Barcines para que saquen de ella los que han de mandar á los macedonios, unos semi-esclavos, cuyos nombres apenas habrá quien se atreva aun á pronunciarlos en Europa! ¿Vencimos por ventura á los persas para sujetarnos á sus hijos, cuando aun Dario y Jerjes, poderosísimos y legítimos reyes, no pudieron conseguirlo con tan formidables ejércitos, así terrestres como marítimos? Mi dictámen es que se transfiera á palacio el tribunal del rey, y que cuando se hubiere de deliberar sobre la gravedad de este negocio, se convoque el consejo: que á él no concurran mas que los que le componian en vida de Alejandro, y que obedezcan los cabos y los capitanes las resoluciones que se acordaren en él con la mayor parte de los votos.» Eran algunos del dictámen de Tolomeo, y pocos del de Perdicas; pero, levantándose Aristono, dijo: «Que cuando se le preguntó á Alejandro, ¿qué á quién dejaba por sucesor en la corona? respondió que al mas digno; y que, habiendo dilatado la vista por todos los que se hallaron presentes á su muerte, y elegido entre todos á Perdicas, para entregarle su anillo, habia declarado bastantemente en aquella demostracion que en su aprecio ninguno lo era mas, y consecuentemente que le destinaba por sucesor suyo.» Asegurados los mas de que era cierto lo que decia, le intimaron que se pusiese en medio de ellos, y que volviese á tomar el real anillo. Batallaba Perdicas entre el deseo y la venganza; y discurriendo en que cuanto mas rehusase admitir lo que con tanta ansia apetecia, tanto mas se le instaria porque lo aceptase, después de haber estado por algun rato irresoluto, se retiró por último detrás de los que habia tenido á su espalda. Entónces Meleagro, uno de los capitanes, valiéndose de la ocasion que le dió la irresolucion de Perdicas, dijo en altas voces: «No permitan los dioses que caiga sobre tan débiles hombros la fortuna de Alejandro y el peso de tan gran imperio; el cual le juzgo por incapaz de que ningunas fuerzas humanas le sustenten. No hablo de los que se hallan aquí con mas derecho que él, sino de todos los hombres valerosos que están presentes, contra cuya voluntad no se ejecutará nada. Importa poco que tengais por rey al hijo de Rojana, cuando le dé á luz, ó á Perdicas, pues de cualquiera suerte usurpará este el reino con el pretexto de la tutela. Por cuya razon no ha gustado de ninguno de los que se le han propuesto, sino del que aun no está en el mundo, librando todo nuestro remedio en el parto de una mujer, en ocasion donde precisa á nuestra justa impaciencia la mas urgente necesidad á que elijamos rey, como si tuviese por cierto que de él ha de nacer varon; ¿pero, quién os asegurará que no le suponga é introduzca el que se le antoje? Verdaderamente que si Alejandro le dejó por sucesor, esta única órden es la que os persuadiré á que no obedezcais. Mas justo será ¡oh soldados! que presurosos os apodereis de esos tesoros, pues es el ejército legítimo heredero de las reales riquezas que están en el campo.»

VII. Dicho esto, pasó por en medio de las tropas, que estaban allí en órden de batalla: siguiéronle los mismos que le habian abierto lugar para que lo hiciese, como encaminándose al pillaje, á que los habia incitado. Con que, hallándose rodeado de un grueso de soldados armados, corria gran riesgo que la discordia pasase á sedicion. Suspendióla empero cierto hombre de lo mas ínfimo de la plebe, y apenas conocido de alguno, el cual dijo: «¿qué causa os obliga á valeros de las armas, y á empeñaros en una guerra civil, cuando teneis entre vosotros el rey que buscais? ¿No está aquí Arideo, hijo de Filipo, hermano de Alejandro, compañero suyo en los sacrificios y en los sagrados misterios, y el dia de hoy único heredero suyo? ¿Qué ha cometido en ofensa vuestra, que quereis usurparle tan injustamente el derecho que le da el comun de las gentes? Porque si buscais un rey como Alejandro, nunca le hallareis; y si el mas cercano á él, ninguno lo es mas que este.» Miráronse al principio unos á otros, oida la proposicion, que los dejó suspensos por algun rato, hasta que después prorumpieron todos, diciendo á gritos: «que era preciso llamar á Arideo, y que eran dignos de muerte los que habian ordenado la junta sin él.» Pero Fiton, bañado en lágrimas, empezó á decir: «que con muy justa razon podia quejarse Alejandro de que le hubiese usurpado la muerte el fruto del afecto de tan buenos ciudadanos, y de tan generosos soldados; los cuales atentos solo al nombre, y á la memoria de Alejandro, olvidaban lo que era mas importante aun á su misma gloria.» No estaba tan oculta la malicia de estas palabras que no conociesen todos que se dirigian contra aquel juvenil príncipe, á quien se le destinaba el imperio; pero, granjearon antes el odio contra su autor que el desprecio de Arideo, á cuyo favor movieron la compasion y el afecto de la junta de suerte, que, no cesando de decir á gritos «que no consentirian reinase otro que él, el cual habia nacido con aquella esperanza,» le llevó inmediatamente Meleagro, declarado enemigo de Perdicas, á palacio, donde hizo á los soldados le proclamasen rey, debajo del nombre de Filipo. Esta era la voz del pueblo, no empero el parecer de los grandes, entre los cuales Fiton, en cumplimiento de lo que habian resuelto con Perdicas, nombró por tutores del infante, que habia de nacer de Rojana, á Perdicas y á Leonato, ambos de la sangre real: declaró á Cratero y á Anti-

patro por directores de los negocios de la Europa, é hizo que jurasen reconocer por rey á aquel renuevo de Alejandro. Meleagro, temeroso de que le sobreviniese lo que merecia, se retiró con los de su partido: si bien, cobrando alientos despues, y llevando consigo á Filipo, forzó las puertas del palacio, donde entró diciendo á gritos: « que la vigorosa edad de aquel príncipe autorizaba la eleccion del pueblo: que se acordasen, que era de la sangre de Filipo, é hijo, y hermano de dos reyes, cuyas razones debian obligarlos á que, á lo menos, hiciesen experiencia de él, y juicio por sí mismos, sin dejarse llevar de agenos dictámenes. » No hay piélago que mayores olas, ni mas tempestuosas borrascas levante, que las que suscita la muchedumbre oprimida, y recelosa de que no subsista su nueva libertad. Fueron pocos los que siguieron el partido de Perdicas, á quien acababan de nombrar para la regencia, y mas de los que se esperaba los que se allegaron al de Filipo. Si bien todo era irresoluciones, y mudanzas, arrepintiéndose tan á prisa de lo que habian ejecutado, como del mismo arrepentimiento que habian tenido; aunque por último fueron á dar en la real estirpe. Receloso Arideo de la autoridad de los príncipes, dejó la junta, y se retiró; con cuya accion, en vez de entibiar el afecto de los soldados, se le avigoró tanto, que, habiéndole vuelto á llamar, le pusieron las reales vestiduras de Alejandro, que estaban sobre la silla; á cuyo tiempo, habiéndose puesto Meleagro la coraza, y tomado sus armas, le siguió, como capitan de sus guardas; y la falanje, dando con las picas en los escudos, amenazaba « de destruir á cualesquiera que intentase usurpar la corona, á que no tenia derecho; pues era preciso que esta quedase en la real casa, y en el legítimo heredero: que aun el mismo nombre de Filipo le hacia venerable, hallándose ellos acostumbrados á obedecer á los príncipes que le tenian; y que ninguno, que no hubiese nacido para reinar, se atrevió á tomarle. » Habíase encerrado Perdicas en la sala donde estaba el cuerpo de Alejandro, bien receloso, y asistido de seiscientos hombres escogidos, y llegósele Tolomeo con toda la juventud de la corte; pero, no habiendo resistencia que bastase contra el gran número de soldados que seguia á Filipo, derribadas las puertas, entró dentro, rodeado de una compañía de soldados, bien armados y resueltos, de quienes era capitan Meleagro. Irritado Perdicas de aquella violencia, salió de allí, haciendo que le siguiesen los que guardaban el cuerpo; pero, cargáronle á él, y á los que le acompañaban de tal suerte, los que habian entrado nuevamente, que, habiendo herido á muchos, se hallaron precisados los mas ancianos á levantar las celadas para darse á conocer mejor, y pidieron á los que estaban con Perdicas, que excusasen llegar á las manos, y que cediesen al rey, y al partido mas fuerte. Fué Perdicas el primero que lo ejecutó, á quien siguieron los demás; los cuales, poniéndolos en sospechas de que se les disponia alguna traicion las instancias con que los persuadia Meleagro, á que no dejasen el cuerpo de Alejandro, salieron por una puerta falsa, y ganaron la otra parte del Éufrates. Siguió la caballería, compuesta de toda la nobleza, á Perdicas y á Leonato, cuyo dictámen era de dejar á Babilonia, y de hacerse dueños de la campaña; pero, no asintió á él Perdicas; el cual, esperando en que le asistiese tambien la infantería, se quedó en aquella ciudad, porque no se creyese, que, llevando consigo la caballería, se separaba de las demás tropas.

VIII. No cesaba de incitar en el interin Meleagro al rey á que dispusiese la muerte de Perdicas, poniéndole: « que era el único medio de asegurar la corona, y preciso que se librase de aquel ambicioso genio: que se acordase de lo que ejecutó con el rey, y tuviese por cierto, que nunca podian estar seguros los que vivian recelosos. » Aunque el rey no aprobaba este consejo, dió con oirle bastante ocasion á Meleagro, para que, teniendo por órden su silencio, enviase algunos soldados de su compañía, á que llamasen á Perdicas de parte del rey, mandándoles que le diesen muerte si mostraba alguna repugnancia en ejecutarlo. Advertido Perdicas de la llegada de aquellos soldados, no teniendo consigo mas que seis caballos de la compañía real, los esperó á pié firme en la puerta de su alojamiento; y despues de haberlos tratado muy mal de palabra, y llamádolos verdugos y esclavos de Meleagro, los amedrentó de suerte con la firmeza de su valor, y con la ferocidad de su semblante, que, perdidos de ánimo, se encomendaron á la fuga. Hizo poner inmediatamente á caballo á aquellos mancebos, y acompañado tambien de algunos de sus amigos, paso á buscar á Leonato, donde se puso en estado de defenderse por si le acometian. Divulgóse al dia siguiente el peligro en que se habia visto Perdicas; y extrañándole los macedonios, resolvieron irritados tomar satisfaccion de Meleagro, pasando tumultuados á la presencia del rey, á quien preguntaron: « ¿si habia mandado que se le llevase preso á Perdicas? » Respondióles: « que sí; pero, que habia sido á persuasion de Meleagro, y que debian sosegarse, respecto de hallarse libre Perdicas, y de no haberle resultado daño alguno. » Despedidos de esta suerte, quedó Meleagro bien temeroso, mayormente viéndose abandonado de la caballería; y no sabiendo qué partido tomar, y habiendo caido en la red que habia armado á su enemigo, se mantuvo por espacio de tres dias consultando consigo mismo lo que debia ejecutar. Conservábase aun alguna parte de aquella grande autoridad de Alejandro, porque los embajadores acudian al rey, el cual les daba audiencia; los capitanes asistian cerca de su persona, y los soldados hacian guardia á las puertas del palacio; pero, veíase en los semblantes tan general inquietud y disgusto, como el que pudieran mostrar en la última desesperacion. Desconfiaban unos de otros, de suerte, que ninguno se atrevia á hablar, ni á juntarse aun con sus mas conocidos, viéndose precisados á conservar en sí sus pensamientos, sin permitir el menor desahogo á alguno de sus cuidados. Comparaban á aquel rey con el que habian perdido, y aumentaba su afliccion la gran diferencia que habia de uno á otro, buscando en vano aquel príncipe, debajo de cuyas órdenes habian triunfado del mundo: « considerábanse como abandonados, y á merced de aquellas indómitas naciones, que tenian por enemigos, de quienes esperaban que vengasen en la primera ocasion que se les ofreciese, los ultrajes que habian hecho de ellos. » Hallándose, pues, con la afliccion de semejantes discursos, llegaron á decirles: « que la caballería que seguia á Perdicas, embargaba todos los mantenimientos que llevaban á la ciudad; » de que se siguió en breves dias la carestía, y despues el hambre, la cual les precisaba, ó á que se acomodasen con Perdicas, ó á que tomasen las armas contra él. Allegóse á esto el haberse retirado la gente del campo á la ciudad, temerosa de los robos y daños que causaban y hacian los soldados, y el haber salido muchos de ella por falta de víveres, y por creer, que lo pasarian mejor en las vecinas que en la propia. Los macedonios, recelosos de que se alborotasen los habitantes, se juntaron en el alojamiento del rey, á quien propusieron: « enviase

diputados á tratar con la caballería, y á disponer que depusiese las armas.» Conforme el rey con este acuerdo, despachó inmediatamente á Pasas, tesalo, á Amisas, megalopolitano, y á Perilao, quienes después de haber propuesto su comision, llevaron por respuesta: «que no dejarian las armas, si primero no se les entregaban los autores de la division.» Con la cual, movidos de propio ímpulso los soldados, tomaron presurosos las armas; á cuyo ruído salió Filipo de palacio, y poniéndose á vista de todos, les dijo: «ninguna cosa nos conviene mas que mantenernos en sosiego, pues el que lo hiciere logrará el premio de los que combatieren entre sí. Sobre lo cual debeis considerar, que habeis de contender con vuestros ciudadanos, y que si mostrais desesperar de algun ajuste, os precipitais á una guerra civil. Solicitémosle antes segunda vez, que podrá ser, que, no habiendo aun dado sepultura al cuerpo del rey, pueda volvernos á unir este comun oficio de piedad. Por lo que mira á mis intereses, desde luego los depongo todos; porque quiero antes renunciar el imperio que ser causa de que se derrame gota alguna de sangre de mis ciudadanos. Y así os ruego, que si consiste en esto el sosiego público, que pongais los ojos en otro que acierte á regirle mejor.» Y dicho esto, se quitó, vertiendo algunas lágrimas, la diadema, y extendiendo la mano en que la tenia, la ofreció al que se juzgase mas digno que él de ella. La modestia y madurez de este razonamiento hizo concebir tan grandes esperanzas de aquel príncipe, cuyo merecimiento habia tenido desconocido hasta entónces el explendor de la gloria de su hermano, que se conformaron todos en que se ejecutase lo que habia propuesto. Despacháronse, pues, los mismos diputados á Perdicas y á Leonato, pidiéndoles por medio de ellos: «que admitiesen por tercer capitan á Meleagro.» Obtuviéronlo fácilmente, porque Perdicas no deseaba otra cosa que apartarle del lado del rey, previendo que sola una cabeza no podia hacer resistencia á dos. Con lo cual, salió Meleagro con la falanje á encontrarle: encaminóse á él Perdicas con la caballería; y habiéndose saludado recíprocamente de ambas partes, se juntaron, creyendo tuviese perpétua duracion la concordia que ajustaron.

IX. Pero el destino del imperio macedónico habia resuelto ya su ruína, y derramado las semillas de las guerras civiles, que le habian de destruir; porque, no admitiendo las monarquías mas que una cabeza que las rija, en esta, todos querian ser dueños de mandarla: y así unieron primero sus fuerzas, y las dividieron después; y como en un cuerpo á quien se le carga de mas peso que el que puede sufrir desfallecen los miembros oprimidos de él, así aquel imperio, que pudiera mantenerse regido por solo uno, quedó arruinado por tantos. Á vista de lo cual, debe con muy justa razon reconocer el pueblo romano su prosperidad á un príncipe, que, enmedio de aquella tenebrosa noche, que creimos fué la última, se nos apareció como nuevo astro de feliz influencia. Cuyo nacimiento iluminó al mundo mas que el del sol, y dió á miembros tan divididos con horribles discordias una cabeza que los uniese. ¿Cuántos incendios no extinguió? ¿de cuántas espadas no embotó los acerados cortes? ¿y cuántas tempestades no calmó con tranquila serenidad? Á cuyo gran beneficio debe su imperio, nó solo la gloria con que volvió á florecer, sino con la que hoy florece; y si los dioses no envidian la felicidad que reconocemos á tan augusta casa, espero que, cuando no la prosperen con tan eterna sucesion como la solicitan nuestros votos, que sea á lo menos con larga y feliz duracion.

Pero, volviendo á tomar el hilo de la narracion, que me obliga á cortar la consideracion de la felicidad pública, Perdicas libraba su mayor bien en la muerte de Meleagro, por haber experimentado en él, que su vanidad é infidelidad no le permitian dejase de maquinar siempre novedades, y reconocido que, siendo su mortal enemigo, nada le convenia mas que desembarazarse de él. Si bien gobernaba este intento con la profunda disimulacion que era precisa para su logro. A cuyo fin sobornó secretamente á algunos de la caballería que mandaba para que se le lamentasen públicamente de que se le hubiese dado la misma autoridad á Meleagro que á él. Noticioso de esto Meleagro, pasó colérico á quejarse con Perdicas; el cual, mostrando suma admiracion de lo que le referia, dió voces, se quejó, é hizo cuanto le pareció conveniente á persuadirle de su disgusto, resolviendo por último ambos que se prendiese á los autores de aquellos sediciosos intentos. Á vista de cuyas demostraciones, abrazándole agradecido Meleagro, alabó sumamente su bizarría, y estimó su afecto, quedando conformes en castigar á los culpados. Decretóse, pues, con el motivo de la discordia pasada, que convenia purificar el ejército conforme al estilo de su patria. Ejecutábanlo los reyes de Macedonia de esta suerte. Despedazaban una perra, cuyas entrañas esparcian por los dos extremos del campo adonde se habia conducido el ejército, dentro de cuyo espacio estaban todas las tropas en órden de batalla, á una parte la caballería, y á otra la infantería. Llegado el dia destinado para esta ceremonia, se puso el rey delante de la caballería, y los elefantes en frente de la falanje que mandaba Meleagro. No bien se hubo movido la caballería, cuando embargada de repentino pavor la infantería, al ver delante de sí á sus enemigos, nuevamente reconciliados, desesperaban tanto de todo buen suceso, que estuvieron casi resueltos á volverse á la ciudad, respecto de la ventaja que daba la llanura á la caballería; pero, considerando que era temeridad condenar, por una ligera presuncion, la fé de sus compañeros, se mantuvieron firmes, aunque con resolucion de vender caras sus vidas, en caso de que los acometiesen. Acercábanse ya unos á otros los batallones, cuando, alargándose el rey con una de las alas de la caballería hácia la infantería, preguntó, instigado de Perdicas, «por los autores de la sedicion para castigarlos (cuando debiera él protegerlos) amenazándolos de que si no se los entregaban, haria pasar sobre ellos los caballos y elefantes.» Quedaron atónitos aquellos infelices de tan improviso mal, y Meleagro sin aliento y sin consejo; si bien, teniendo por mejor en aquel estado esperar antes á ver lo que disponia de ellos la fortuna, que moverse á nada, se mantuvieron quietos. Entónces Perdicas, reconociéndolos perdidos, y en disposicion de hacer de ellos lo que gustase, mandó sacar de los escuadrones hasta trescientos soldados que habian seguido á Meleagro cuando se retiró de la primera junta que se tuvo después de la muerte de Alejandro, y exponerlos á vista de todo el ejército á los elefantes, que los despedazaron á todos, sin que se opusiese á ello Filipo, ó lo mandase embarazar, pues antes parecia por el suceso que autorizaba el hecho. Cuya accion fué de infeliz agüero y principio de las guerras civiles, para arruinar el imperio de los macedonios. Habiendo reconocido Meleagro, aunque muy tarde, los artificios de Perdicas, se mantuvo con la falanje, en cuyo tiempo no se atrevieron á hacerle daño alguno; pero poco después, viendo que sus enemigos labraban su ruina, debajo del nombre del que habia hecho rey, se acogió, desesperado de todo remedio, al templo,

donde, profanado su sagrado, le dieron muerte.

X. Habiendo vuelto Perdicas el ejército á la ciudad hizo juntar en ella á los principales de él, por cuyo acuerdo fué dividido el imperio de esta suerte: que se conservase en la persona del rey la soberana autoridad, y que Tolomeo quedase sátrapa de Egipto, y de todas las provincias de África, que estaban debajo de su jurisdiccion. Dióse la Siria y la Fenicia á Laomedon: la Cilicia á Filotas; la Licia, Pamfilia y la gran Frigia á Antígono. Fué Casandro enviado á Caria, y Menandro á Lidia. Obtuvo Leonato la Frigia menor, con toda la costa del Helesponto. Consignaron la Capadocia y la Paflagonia á Eumenes, con órden de que guardase toda aquella region que se dilata hasta Trapesunta, y de que hiciese guerra á Ariarates, que era el único que no habia querido sujetarse al imperio de los macedonios. Nombróse á Fiton para el gobierno de Media, y á Lisímaco para el de Tracia y los pueblos del Ponto, contiguos á aquella provincia: ordenándose, que los que mandaban á los indios, bactrianos, sogdianos, y á otras naciones que habitaban hácia el mar océano y rojo, quedasen en sus cargos; y Perdicas al lado del rey, para general de sus armas. Creyeron algunos que Alejandro dejó en su testamento distribuidas así las provincias; pero, tenémoslo por falso, aunque hay autores que lo refieren. Hecha, pues, esta division, gozaban todos de la porcion que se les habia señalado, habiendo quedado en estado de poderse conservar muy bien entre aquellos pueblos, si fuese factible que se prescribiese á términos la desenfrenada ambicion de los hombres: pues, debajo del pretexto de servir á su señor, se hallaban en posesion de grandes reinos, que gobernaban por sí, habiendo llegado desde la inferioridad de ministros á la superioridad de reyes, sin otro cuidado que el de reinar en paz, pues eran todos de una nacion, y tenian los estados tan apartados unos de otros, que les faltaban enteramente las ocasiones para las menores discordias y disgustos; pero, siendo infeliz propension de nuestra humana naturaleza despreciar lo que se goza, cuando se espera mejorar con el logro de lo que se apetece, mal podian vivir contentos con lo que la fortuna les habia concedido; fuera de que creian les seria menos difícil aumentar los reinos de lo que les fué el adquirirlos. Habia siete dias que estaba expuesto en el real solio el cuerpo del rey, sin que le hubiesen hecho las honras funerales, por no haberlo permitido el cuidado de los intereses públicos, y el de dar providencia para el gobierno del imperio; pero, aunque no hay tierras donde sean mas excesivos los calores que en la Mesopotamia, á cuyo rigor mueren muchos animales, si los cogen en campo raso, y en donde sea tan ardiente el sol, el cual abrasa como el mismo fuego; allegándose á esto la suma esterilidad que padece de agua, y el reservar para sí los naturales la corta porcion que hay de ella, ocultándola de los extranjeros: con todo, reconocido el cuerpo, le hallaron, nó solo entero, y sin indicio de corrupcion, sino conservando en el rostro el mismo vigor que mantiene cualquier viviente. Por lo cual, los egipcios y caldeos, á cuyo cuidado estaba embalsamarlo á su estilo, se hallaron remisos en ejecutarlo, creyendo que aun alentaba; hasta que por último, despues de haberle hecho oracion, y pedídole, « permitiese que llegasen á él mortales manos, » lavado el cuerpo, le embalsamaron, y le pusieron en un trono de oro, lleno de perfumes, con la diadema en la cabeza, y todas las demás insignias del imperio. Creyeron muchos que fué muerto con veneno, que Jolas, hijo de Antípatro, su copero mayor, le dió por órden de su padre. Lo cierto es, que en muchas ocasiones no dejó de decir Alejandro: «que Antípatro aspiraba á la corona: que era mas poderoso de lo que era lícito á un gobernador; y que, orgulloso con la victoria de Esparta, pretendia haber alcanzado por sí, lo que no lograba sino por la benignidad de su señor. » Tambien se persuadieron algunos que llevaba Cratero, cuando le despachó Alejandro con los soldados viejos, órden para matarle. Afirman todos, que el veneno que se engendra en Macedonia es tan eficaz y violento, que consume al mismo hierro, y que no se puede llevar sino en la uña de algun mulo. Llaman « Estix » á la fuente donde corre tan mortal licor; el cual aseguran que le llevó Casandro, y dió á su hermano Jolas; y que este le introdujo en la copa en que bebió Alejandro la última vez; pero, diesen ó nó el veneno, lo cierto es, que la autoridad y el poder de los acusados suprimió bien aprisa esta voz; porque habiéndose apoderado Antípatro de Macedonia y de la Grecia, y sucedídole sus hijos, exterminaron toda la estirpe de Alejandro, sin perdonar á los mas remotos parientes. Tolomeo, á quien en el repartimiento le consignaron el Egipto, mandó llevar el cuerpo á Memfis, y desde allí, despues de algunos años, á Alejandría, donde se le hicieron cuantos honores eran debidos á su nombre y á su memoria.

GOBERNADORES Ó VIREYES,

Y DESPUÉS REYES DE MACEDONIA.

324. Casandro, hijo de Antípatro y sucesor suyo en el vireinato de Macedonia, tuvo por rival á Polipercon, que se habia hecho nombrar regente del imperio por Filipo Arideo. Los dos trataron de prevalecer en Atenas, y despues de algunos años de guerra, venció Casandro, y restableció el gobierno oligárquico en la Ática. Se habia hecho ya necesaria aquella reforma política por el abuso que hicieran los atenienses del poder democrático, del que Focion fué la víctima postrera. Este grande hombre, tan preclaro por su valor y elocuencia, como por su probidad y sencillez, se vió condenado á beber la cicuta por un populacho obcecado (318). Demetrio Falereo, nombrado arconte por Casandro, sucedió á Focion en el mando. Tan satisfechos quedaron los atenienses por el celo y la sabiduría con que, por espacio de diez años desempeñó aquel cargo, que le erigieron tantas estátuas de bronce, cuantos son los dias del año. Pero, ese pueblo veleidoso, cuyo gobierno democrático habia restablecido Demetrio, destruyó su misma obra, y nó solo derribó sus estátuas, sino que, por falsas acusaciones, le condenó á muerte. Demetrio pudo escaparse de noche, yendo á refugiarse en Egipto al lado del rey Tolomeo Soter, que le dió honrosa hospitalidad. No pudo sin embargo sostener Demetrio su privanza en la corte de su protector. Este príncipe tenia dos hijos, de dos mujeres diferentes, uno de Euridice, que era la primera, llamado Cerauno, y el otro de Berenice, la segunda, llamado Tolomeo. Consultado Demetrio por su padre sobre cuál de los dos debia preferir para sucesor á la corona, optó por el primero, como mas conforme con el órden regular. No le perdonó Berenice el dictámen, y tanto intrigó con su marido, que consiguió alejarle, enviándole al alto Egipto, donde despues de algun tiempo, fastidiado ya de todo, se aplicó un aspid al pecho para morir de la mordedura. Á lo menos así lo dice Diógenes Laercio, de quien difieren acerca de esto otros autores, que refieren, como Dé-

metrio siguió muy considerado en la corte de Tolomeo Filadelfo, enriqueciendo su biblioteca con doscientos mil volúmenes y haciendo este príncipe traducir, á instancia suya, los cinco libros de Moisés del hebreo al griego.

Casandro tuvo muchas diferencias con Olimpias, madre de Alejandro Magno. La orgullosa y cruel reina habia hecho dar muerte á Filipo Arideo, obligado á su mujer Euridice á suicidarse, y habia hecho morir bárbaramente á cien macedonios principales, y entre estos á Nicanor, hermano de Casandro (317). No quedó impune tanta maldad. Al volver Casandro de Asia, Olimpias temió su venganza, y se retiró á Pidna, con Rojana, viuda de Alejandro Magno, con el hijo del mismo nombre que el héroe habia dejado, y con Tesalónice, hermana tambien del conquistador. Fué Casandro á sitiarla por mar y por tierra, obligándola, después de la mas enérgica resistencia, á ponerse en sus manos. Bien dispuesto á quitarla la vida, no quiso sin embargo que recayera sobre él lo odioso de la ejecucion, pero por debajo mano hizo pedir venganza de los atentados que Olimpia cometió por los parientes de las víctimas. Así se hizo en una junta pública, en la que fué condenada á muerte sin ser oida, pidiéndolo ella en vano. Denegándose á ejecutar la sentencia los doscientos soldados mandados al efecto, sus mismos acusadores la cortaron la cabeza, mostrando ella mucho valor en aquel trance (Diodoro, lib. 18). Así acabó la famosa Olimpias, hija, hermana, esposa y madre de reyes, en el año 316 antes de Jesucristo. Todavía desasosegaban á Casandro la viuda y el hijo de Alejandro, y los tenia encerrados hacia ya algunos años en el castillo de Amfípolis. El gobernador de la plaza le libró de zozobras matando á la madre y al hijo con el mayor secreto.

309. Aun quedaba de Alejandro otro hijo, llamado Hércules, que tuvo en Barcines, hija de Artabazo. Polipercon hizo venir desde el Asia á Grecia á la madre y al hijo, y dándoles un ejército de veinte mil etolios para sostener sus derechos, hizo proclamar rey al jóven Hércules. Pero, haciéndole luego Casandro ofertas ventajosas, él mismo le hizo asesinar (Diodoro, lib. 19). Muerta ya toda la familia de Alejandro, Casandro pensó que solo le quedaba que dar un solo paso para sentarse en el trono de Macedonia. Antígono era el único á quien pudiera temer, y coaligándose con Seleuco y Lisímaco, Antígono fué vencido y muerto en la batalla de Ipso (301), tomando entónces sin oposicion el dictado de rey de Macedonia. Solo vivió ya tres años, dejando el trono á su hijo que sigue.

298. Filipo, primogénito de Casandro y sucesor suyo, le siguió pronto al sepulcro. Tenia dos hermanos, Antípatro y Alejandro Aigo; ambos pretendieron la sucesion. Quiso su madre Tesalónice preferir al segundo, irritándose por ello el primero hasta tal extremo, que con su propia mano quitó la vida á la que se la habia dado. Amotinados los pueblos con motivo del parricidio, Antípatro tuvo que fugarse, retirándose á la Tracia, en donde murió á los dos años, después de varios esfuerzos que hizo inútilmente á fin de poseer el trono (296).

296. Alejandro Aigo se valió del auxilio de Pirro y de Demetrio para sostenerse contra los ataques de Antípatro. Luego echó de ver que trataban de quedarse ellos mismos con la Macedonia, y le pesó de haberlos llamado. Teniendo noticia de que Demetrio iba á socorrerle con un ejército, salió á visitarle; dióle las gracias y le dijo que podia volverse, pues no necesitaba ya su cooperacion. Resentido Demetrio, disimuló, y convidando algunos dias después á Alejandro, le mandó asesinar así que salió del banquete (294). Es fama que Demetrio no hizo mas con Alejandro que lo que este queria hacer con él.

Demetrio, hijo de Antígono, se apoderó de la Macedonia luego de muerto Alejandro Aigo. Celebrábanle por sus hazañas, que le valieron el renombre de «Poliorcetes,» ó tomador de ciudades. Habia acompañado á su padre á la batalla de Ipso, en la Frigia, en la que este luchó con Seleuco, Casandro y Tolomeo, muriendo Antígono en ella á la edad de ochenta y cuatro años, y perdiendo unos ochenta mil hombres. Trabajo le costó á Demetrio, después de este revés, el hallar un albergue seguro. Rechazado por los atenienses, sobre cuya gratitud tenia derecho á contar, navegó hácia el Quersoneso de Tracia, de donde sacó mucho botin. Levantándosele entónces el ánimo, se juzgó capaz de empresas mayores, y trató de recobrar lo que su padre poseyera en el imperio de Asia. Los grandes preparativos que hizo alarmaron á Seleuco, Tolomeo y Lisímaco. Pirro se reunió con el último, y entrando ambos en Macedonia, cada uno por su lado, hicieron tales progresos, que Demetrio se vió reducido á huir á Grecia disfrazado de soldado. El ejército macedonio se declaró por Pirro, que tenia en su poder muchas familias de los que le componian. Como Lisímaco contribuyera á la expulsion de Demetrio, pretendió que le era debida mucha parte de aquel reino, y obtenida la demanda, á los cinco ó seis meses despojó á Pirro de su parte. Demetrio, no obstante sus desgracias, nunca abandonaba la esperanza de hacer una expedicion al Asia. Por fin, pudo pasar allá con una flota, llegando, á pesar de la persecucion de Agatocles, hijo de Lisímaco, hasta los confines de la Armenia y de la Media. Allí se vió desamparado de gran parte de la gente falta de víveres y sobrada de enfermedades, y tuvo que volverse atrás. Llegado que hubo á Tarses, á Cilicia, escribió á su suegro Seleuco, pidiéndole socorros. Hicieron entrar en sospechas sus consejeros al rey de Siria, y le señaló la Cataonia por punto de su retiro, pero tomando sus medidas para impedirle la entrada en la Siria. La desconfianza era fundada. Demetrio estuvo una noche á punto de sorprender á Seleuco en su real. Confinado en vista de eso al Quersoneso de Siria, se entregó á una vida disoluta, muriendo al año tercero de su destierro, sobre el 287.

292. Lisímaco, expulsado Demetrio y luego Pirro, vivió por espacio de diez años tranquilo poseedor del reino de Macedonia. Mas, habiendo condenado á muerte, por falsas acusaciones, á su hijo Agatocles, príncipe de buenas partes, y cometido otras varias atrocidades, se vió abandonado de muchos súbditos que se pasaron á Siria. Esto ocasionó la guerra entre Lisímaco y Seleuco, muriendo el primero en batalla á los setenta y cuatro años (282). Por un perrito que permanecia junto á su cadáver, fué reconocido este entre los demás.

Seleuco, tomó entónces el título de rey de Macedonia, que conservó solos siete meses. Hácia sus nuevos estados caminaba, cuando en Lisimaquia, en la Tracia, fué asesinado por su cuñado Tolomeo Cerauno.

Tres príncipes compitieron entónces por el trono de Macedonia: Antígono, hijo de Demetrio, Pirro, rey de Epiro, y Cerauno. El último batió á Antígono por mar y tierra, ajustó la paz con Antíoco, y se alió con Pirro, que le abandonó la Macedonia. Luego Cerauno casó con su misma hermana Arsinoe, viuda de Lisímaco, en Casandria, ciudad en que ella moraba. El mismo dia de la boda hizo dar muerte á los dos hijos de la

princesa, desterrándola á ella misma á Samotracia. Hacia un año que ocupaba en sosiego el trono de Macedonia, cuando un ejército galo, capitaneado por Belgio, invadió su tierra. Salióles Cerauno al encuentro, y perdió la batalla con la vida (280). Los bárbaros le cortaron la cabeza, elevárónla en la punta de una lanza, y espantados los de Cerauno, pronto quedaron enteramente rotos y dispersos.

Meleagro, hermano de Cerauno, fué nombrado sucesor de su hermano por los macedonios consternados. Conociendo en breve que carecia de las calidades necesarias para reinar, le apearon del mando á los dos meses, nombrando en su lugar á Antípatro, hermano de Filipo, hijo de Casandro. El mando del nuevo rey tampoco duró mas que cuarenta y cinco dias, lo que dió motivo á que se le apellidara después el « etesiense, » porque esta suele ser la duracion de los vientos llamados allí etesienses. Trás de su destronamiento vino un interegno, durante el cual los galos asolaron la Macedonia. Por fin, Sóstenes, que era de los principales del país, formó un cuerpo de jóvenes patriotas, y, saliendo á pelear con los bárbaros, quedaron estos derrotados y forzados á evacuar la Macedonia. Dos años después, hubo una nueva invasion de galos, mandada por Breno, que ascendian al número de ciento cincuenta mil (278). No alcanzaban las fuerzas de Sóstenes á detenerla, y pereció con los suyos. Saqueado el país, los bárbaros se encaminaron á Grecia, y llegaron hasta el pié del Parnaso, con el intento de saquear el templo de Delfos, situado en este monte. Pero, acudieron los griegos en defensa del templo, y los galos sufrieron una derrota completa. Se dijo que el dios Pan defendió en aquella ocasion á los griegos, haciendo que se apoderase de los bárbaros, á pesar de la superioridad del número, uno de esos extraños terrores que desde entónces se han llamado « pánicos. » Breno no pudo sobrevivir al desastre. Trasportado á su campamento, cubierto de heridas, tomó un veneno y murió.

278. Antígono, por sobrenombre Gonatas, por haberse educado en la ciudad de Gones, en Tesalia, hijo de Demetrio Poliércetes, se sentó en el trono de Macedonia, libre del furor de los galos. Antes habia reinado en Grecia doce años. Después de reconciliarse con Antíoco Soter, hijo de Seleuco Nicator, que quiso disputarle el trono macedónico á la cabeza de un ejército, solo trató de reparar los males que habian causado los galos. Poco habia hecho todavía, cuando otro enemigo mas temible que los galos le entró la tierra; era Pirro, rey del Epiro, que, vuelto de Italia con el resto de su ejército, cayó sobre la Macedonia sin otra esperanza que el botin. Alcanzado que hubo al enemigo, atacó su retaguardia (274), compuesta de galos tomados á sueldo por Antígono, y estos fueron exterminados. Dirigiéndose entónces á la falanje macedónica, Pirro la arengó, y se le pasó toda entera, abandonando á Antígono, que escapó con mucha dificultad y se refugió en su flota, con la que mantenia sumisas algunos puntos marítimos del reino. Mas, pronto quedó todo dominado.

274. Pirro, dueño por segunda vez de Macedonia, la trató sin consideracion ninguna. Después de saquear á Ege, dejó en ella una guarnicion de galos, que, segun se ha visto en otra parte, hasta robaron los sepulcros de los reyes de Macedonia, dando por fin al viento sus cenizas. Teniendo Pirro que ausentarse, confió el gobierno á su hijo Tolomeo. Aprovechando Antígono la ocasion, trató de recobrar el reino, pero no fué afortunado en la tentativa, pues le salió al encuentro Tolomeo (271), y no le quedaron después de la refriega á Antígono mas que siete hombres, con los que pudo escapar (Justino. lib. 25. cap. 3).

272. Se ha visto en su lugar como Pirro fué á Esparta y después á Argos, en defensa de cuya ciudad voló Antígono, llamado por gran parte de sus moradores, muriendo Pirro en una calle (véase los reyes del Epiro). Alcioneo fué á presentar á su padre Antígono la cabeza de Pirro. Antígono, lejos de mostrar alegría, rechaza á su hijo, y aun le da con un palo que tenia en la mano: « Miserable, le dijo, ¿cómo has llegado á figurarte que aquel, cuyo abuelo pereció del mismo modo, y cuyo padre ha muerto cautivo, pudiera complacerse en semejante espectáculo? » En esto se cubre con su manto y prorumpe en sollozos y lágrimas, mandando en seguida recoger el cuerpo del difunto monarca para tributarle los honores debidos á tan alto capitan. Alcioneo se retiró confuso. Viendo poco después á Heleno, hijo natural de Pirro, cubierto con un traje poco decente, le presenta á su padre, quien consuela á Heleno y le envia en libertad á Epiro. El sino de Antígono era tener siempre enemigos por delante. Á su vuelta á Macedonia, le atacaron los galos, á quienes derrotó por fin enteramente, después de varios combates, excitando sus triunfos los celos de los estados libres de la Grecia. Sabedor de que Atenas, Lacedemonia, Megara, Trecena, Epidauro, etc., estaban en confederarse contra él, por temor de ser avasalladas, se anticipó, yendo en derechura á Atenas, la que rindió después de algunas escaramuzas por mar y por tierra con sus aliados, obligándola á capitular y á recibir guarnicion macedónica en el Museo (268). Fué la sola venganza suya que tuvo que experimentar Atenas, con la que se portó muy noblemente.

Hacia tiempo que Antígono pensaba en la ciudadela de Corinto, situada en el istmo que une con el Peloponeso el territorio de esa ciudad. Á fin de hacerla suya enlaza á su hijo Demetrio con Nicea, viuda del tirano de Corinto Alejandro, al que ella sucedió. Verdad es que Nicea, al pasar á segundas nupcias, se reservó para ella en particular la ciudadela (243). Pero, durante las fiestas dadas después de la boda, Antígono se introdujo en la plaza tan codiciada, y se hizo dueño de ella, alarmando este acto á la república de los aqueos, en cuyo territorio se hallaban Corinto, Sicion, con la Élida y la Arcadia. Pero Arato, ciudadano de Sicion, volvió á tomar la plaza por asalto, entregándola de nuevo á los corintios. Á instancia de Arato se levantaron contra Antígono muchas ciudades de la Ática y de la Grecia. Esto le afligió en sus últimos dias, muriendo cerca de los ochenta y tres años (242). Fué príncipe benévolo, generoso y valiente, pero sobre todo morigerado.

Demetrio II, hijo de Antígono y sucesor suyo en el reino de Macedonia, habia dado ya muestras, en varias ocasiones, de su inclinacion á las armas, pero durante su reinado prefirió las vías de la prudencia á los hechos ruidosos y brillantes. Amenazando sus estados los etolios, movió contra ellos al rey de Iliria, Agron (241), el cual desbarató completamente á tan peligrosos vecinos. Invadida la Ática por la confederacion de los aqueos dirigida por Arato, Demetrio tuvo que prepararse para rechazarle. Bitis estaba de jefe de la fuerza que Demetrio tenia en la Ática; dirigióse á Filares, en la Eftiótida, venciendo en una batalla á Arato, y esparciéndose hasta la noticia de que este habia sido muerto ó hecho prisionero. Tan persuadido estuvo Demetrio de su captura, que mandó á Atenas un buque para que se lo trajera vivo ó muerto. Poco tardó Arato en aparecer de nuevo, haciendo

nuevas excursiones á Macedonia, que no impidieron, sin embargo, el que Demetrio agregase á sus estados la Cirena y toda la Libia, sin que sepamos cómo ni en qué tiempo hizo esas conquistas, pues la historia está aquí muy embrollada (232). Después de un reinado de diez años, dejó, de su mujer Eptia un hijo llamado Filipo, de diez años de edad (Justino lib. 28, Polibio lib. 2).

232. Antígono, llamado Doson (que promete y nó cumple), nombrado por su hermano Antígono Gonatas tutor de su hijo Filipo, casó con su cuñada Eptia, eligiéndole los macedonios por rey, en lugar de su sobrino, al que educó esmeradamente, y designó por heredero. El rey difunto habia confiado la guardia de las fortalezas de Atenas á un comandante llamado Diógenes. Este hizo traicion y las vendió á los atenienses. Arato dirigió este negocio, con el objeto de disminuir el poder macedónico que desasosegaba á los griegos. Con el tiempo Antígono se reconcilió sin embargo con Arato, y fué su mas íntimo amigo. Mas adelante, Antígono defendió á los aqueos contra Cleomenes, rey de Esparta, y después de vencerle en Selasia, hasta se apoderó de Esparta. No fué menos afortunado contra los ilirios á quienes derrotó completamen (221). Después de esta última campaña, una enfermedad de pecho le llevó al sepulcro.

220. Filipo V no tenia mas que catorce años al subir al trono de Macedonia. Educado por Arato, tenia sin embargo bien inculcados los principios y máximas convenientes para gobernar un reino tan grande como el suyo. Poco tardó en presentarse una ocasion para practicar esos principios. Los etolios, nacion turbulenta, y que vivia de rapiñas, válidos de la inaccion en que estaban los aqueos después de la batalla de Selasia, y de los pocos años del rey de Macedonia, invadieron el Peloponeso y corrieron las tierras de los mesenios. Arato les salió al encuentro á la cabeza de los aqueos, y perdió una batalla campal cerca de Cafies. Invocan los aqueos el auxilio de Filipo, y este parte con quince mil infantes y ocho mil caballos. Llega á Epiro, y pone sitio á Ambracia, teniéndola cuarenta dias bloqueada. En esto, los enemigos, conducidos por Escopas, penetraron en Macedonia, haciendo mucho daño con sus correrías. Trata Filipo de desquitarse, y entra en la Etolia, apoderándose de muchas plazas. En seguida se vuelve á Macedonia, desconcertando á los dardanios, cuyas operaciones paraliza. Al invierno siguiente sorprende, unido con Arato, y hace trizas un cuerpo de dos mil eleos que corrian la tierra de Sicion, y avanzando hácia Sofis, ciudad de la Arcadia que pasaba por inaccesible, la pone cerco, no obstante lo riguroso de la estacion, y toma la ciudad y el fuerte que cede luego generosamente á los aqueos á quienes convenia sumamente. Tomadas algunas otras plazas, que dió igualmente á sus aliados, va á la tierra de los eleos, en donde se carga su gente de botin; y cae en seguida sobre los etolios á quienes quita Alifera, su plaza mas fuerte, valiéndole esta sola casi la conquista de todo el país (219). De esta suerte, en poco tiempo se hizo dueño Filipo de toda la Trifilia (Justino, lib. 28, cap. 3 y 4).

218. Así que la estacion se lo permitió, Filipo se embarcó para ir á asediar á Palea, en la isla de Cefalonia. No pudo tomar la plaza por la perfidia de su ministro Leoncio que se entendia con muchos enemigos suyos. Desde Cefalonia sale en derechura para Termes, capital de los etolios, la que inspiraba tanto respeto, que nadie hasta entónces se atrevia á cercarla. Tomóla por sorpresa, y, después de saqueada, la incendia, sin respetar el templo cuyo tesoro se lleva, vengando de esta suerte lo que en Dordona hicieron los etolios. Poco religioso se mostró en esa ocasion Filipo, pero excelente capitan por la rapidez de su marcha y su destreza. Valiéronle estas victorias los consejos de Arato. Envidiosos tres ministros de Filipo, Apeles, Megaleas y Leoncio, por la privanza de trato, se conciertan para perderle. No pudiéndolo conseguir con varios actos sediciosos que entre la tropa promovieron, achacándolos luego á Arato, abrió por fin el rey los ojos, pero trató de disimular hasta que estuviesen calmados los ánimos, y entónces hizo dar muerte á Leoncio. Megaleas huyó á Tebas, Filipo le persiguió hasta allí y le obligó á suicidarse (217). Tambien Apeles y su hijo sufrieron la muerte por su órden en las cárceles de Corinto. Así quedó destruida la negra intriga de tres ministros que estaban abusando hacia tiempo de la confianza de un príncipe jóven cuya direccion se les habia confiado.

215. Concluye por fin la guerra de los aliados con el tratado de Naupacte, cuyos capítulos dictó Filipo, siendo el principal de todos que cada uno guardase lo que tenia. Después de dos años de reposo, Filipo se empeñó en una nueva guerra, que no le atañia directamente, pero cuyos resultados temia para su reino. Aludimos á la guerra que hacian los cartagineses á los romanos. Separada tan solo la Macedonia de la Italia por el golfo adriático, Filipo creyó le interesaba el aliarse con los primeros con los que se unieran ya varios otros pueblos después de la batalla de Canas. Habiendo tratado secretamente por medio de embajadores con Aníbal, se obligó á secundarle en su expedicion. No tardaron mucho los romanos en tener noticia del convenio (véase Cartago). Hechos por Filipo los preparativos para transportar sus tropas á Italia, se embarca y toma á Orico, que quedó perdida al dia siguiente por haber dejado en ella poca guarnicion. Parecia que el cerco de Apolonia era para él de mayor interés. Estaba ya dentro de la ciudad sin advertirlo el enemigo, porque macedonios y romanos tenian la mar por medio. Pero, mientras los primeros se figuraban que podian estar muy seguros, Nevio, general romano, sorprende el campamento del rey. Todos trataron de escaparse; pero, entre prisioneros y muertos, se perdieron tres mil hombres medio desnudos y soñolientos todavía, pudiendo apenas Filipo escapar hasta sus naves, que luego incendió él mismo porque no cayesen en poder del enemigo, volviéndose por tierra á Macedonia.

Este príncipe, que al principio habia mostrado calidades de rey grande, habia variado mucho hacia ya algun tiempo. Altanero, falso, disoluto, insensible á la voz del honor, no tenia por reglas de conducta mas que su interés y sus pasiones. Amonestado por Arato, á propósito de tan triste mudanza, cometió la infamia de envenenar al grande hombre (214), que era entónces pretor de los aqueos por la décima séptima vez (Plutarco, «Vida de Arato»).

211. A pesar de su depravacion Filipo conservó el valor. Marco Valerio Levino, pretor de los romanos en sus posesiones de Grecia, se habia aliado con los etolios, en nombre de la república, y al saberlo Filipo, parte para hacerle la guerra. Hallábase á la sazon Levino delante de Anticira, ciudad de la Fócida, que tomó á principios de la primavera. Avanzando los etolios acaudillados por Fisias y el rey Atalo, para salir al encuentro de Filipo, este los venció por dos veces obligándoles á encerrarse en los muros de Lamia, desde donde se fué á Argos para asistir á los juegos nemeos. Durante las fiestas, sabe que el tribuno Sulpicio

ha desembarcado con un cuerpo de tropas entre Sicion y Corinto, y el rey de Macedonia deja los juegos para ir á su encuentro. Hubo un choque en el que hicieron los romanos esfuerzos extraordinarios para coger á Filipo que se quedó á pié, sin que pudieran alcanzarle, pues, libertado por los suyos y montado en otro caballo, fué á acamparse á cinco millas de aquel punto, atacando al dia siguiente un fuerte en que hizo cuatro mil prisioneros. Y en esto, una nueva irrupcion de bárbaros le obligó á marcharse á Macedonia.

205. Cansado Filipo de guerrear con los romanos, les propone la paz, que fué acceptada el año siguiente. Entónces renunció á la alianza de los cartagineses, que ninguna ventaja le habia reportado.

203. En este año tuvo lugar la liga criminal de Filipo y de Antíoco, rey de Siria, con el fin de quitar al jóven Tolemeo Epífanes el reino de Egipto que le dejó su padre.

201. Concluida la guerra de Cartago, Roma da oidos á las quejas que contra Filipo le dan el Egipto, Atalo, rey de Pérgamo, los rodios, los atenienses y otros aliados á quienes estaba molestando, en violacion del convenio celebrado tres años antes. El senado resuelve declararle la guerra (véase Rodas).

200. El procónsul Claudio Centra abre la campaña con el saqueo de Calcis. Corre Filipo en socorro de la plaza desde Demetríada en donde se hallaba. Pero, como llégara sobrado tarde, quiere echarse sobre Atenas, la que le cerró las puertas, y entónces desfoga su rabia destruyendo los alrededores de la ciudad, casas de recreo, templos y sepulcros (200). Para hacer diversion, el cónsul Sulpicio Galba entra en Macedonia, y Filipo pelea ventajosamente con él, pero luego su impetuosidad le expone al mayor peligro, haciendo sin embargo una buena retirada (Livio, lib. 31).

198. Roma envia al cónsul T. Q. Flaminio contra el rey de Macedonia, y después de estarse por espacio de cuarenta dias delante de él sin hacer ningun movimiento, le ataca en los desfiladeros del Epiro y le derrota completamente, obligándole á volverse á su país (Liv. lib. 32. Plutarco, vida de Quincio).

197. Filipo propone tratar de paz al cónsul, y este hace que mande embajadores á Roma, conviniendo, junto con los aliados de los romanos que intervinieron en las conferencias con Quinto Flaminio, en una tregua de dos meses.

196. Se ajusta la paz con el rey de Macedonia, con la condicion de que se han de dejar libres las poblaciones griegas tanto de Asia como de Europa, nó sometidas á Filipo; que este evacuará las plazas en que tiene guarnicion; que dará todos sus buques de guerra, excepto cinco faluchos y la galera que tenia con cinco bancos de remeros; y que pagará mil talentos por gastos de guerra, dando en rehenes á su hijo Demetrio, que le devolverán los romanos al cabo de cinco años.

180. Perseo, hermano de Demetrio, lleno de envidia por las bellas prendas de este, las que le valieron el aprecio de los romanos, trata de enemistarle con su padre, acusándole de estar en inteligencia con Roma. Cree Filipo en las sugestiones de Perseo y envenena á su hijo inocente. Y como no produjera el tósigo su efecto inmediato, le hizo ahogar con colchones (Liv. lib. 49). Mas de un año transcurrió sin que se trasluciese la perfidia de Perseo, y abriendo, por fin, el padre los ojos sobre su crímen, le entró gran pesar, alejándose Perseo de la corte temeroso de sufrir la misma suerte que Demetrio. No pudo haberle Filipo, y estaba en desheredarle y dar la corona á su primo Antígono, hijo de Antígono Doson, cuando murió en Amfípolis, á los cuarenta y tres años de reinado y sesenta de edad, en el 178 antes de Jesucristo.

178. Perseo, hijo natural del rey Filipo, al saber la muerte de su padre fué á toda prisa á posesionarse del trono que le valió su crímen. Su competidor Antígono, hijo de Doson, estaba entónces ocupado, de órden de Filipo, en reunir á los bastarnos, pueblo que vivian cerca de la embocadura del Boristenes, con objeto de reforzar el ejército para hacer guerra á los romanos. Al volver á Macedonia, es asesinado por órden de Perseo. Con otros crímenes igualmente nefandos inaugura su reinado. Heredero del odio de su padre para con los romanos, envia embajadores á Grecia y á Cartago para suscitarles enemigos. Noticioso el senado de sus crímenes é intrigas, no vacila en declararle la guerra. El cónsul Licinio, encargado de la expedicion, se embarca con sus trôpas en Brundusio (Brindisi), y arriba á Tesalia, en donde le aguardaba Perseo á la cabeza de treinta y nueve mil infantes y cuatro mil caballos. Era el mayor ejército que juntaron los macedonios desde la expedicion al Asia de Alejandro Magno (171). Á orillas del Peneo se trabó un combate de caballería, en el que Perseo llevó ventaja, pues que de los romanos quedaron en el campo dos mil doscientos hombres, además de los prisioneros; perdiendo él solo sesenta. Pero dió al enemigo tiempo de rehacerse, y aun envió embajadores á Roma para tratar de paz. Los romanos no la aceptaron, y Perseo continuó la guerra á pesar suyo. El resto de la campaña pasó en escaramuzas insignificantes, contentándose los macedonios con incomodar en guerrilla al enemigo. Con todo, el pretor tomó por asalto la ciudad de Haliarte, en la Beocia, y obtuvo la rendicion de Tebas.

169. Persuadido el cónsul Q. Marcio Filipo de que debia atacarse á Perseo en el corazon de sus estados, penetra en Macedonia despues de mucho trabajo. Así que el rey sabe su llegada, sientese sobrecogido de terror. Falto de prudencia y de ánimo, deja libre el paso á los romanos y se refugia en Pidna. Repuesto de su cobardía, se avergonzó, y mandó dar muerte á Andrónico, al que diera la órden de pegar fuego á todas sus galeras en Tesalónica, bien que tuvo este la prudencia de no cumplirla. Nicias, que por obedecerle habia echado al mar todas las preciosidades que Perseo tenia en Pella, tuvo el mismo fin que Andrónico, y hasta hizo matar á los buzos, que por reparar el efecto de sus órdenes, habian sacado del fondo del agua sus riquezas. En esto, los rodios, atraidos por las promesas de Perseo á su partido, amenazan con la guerra á los romanos, si no les otorgan la paz (T. Liv. lib. 44). Los romanos desprecian la amenaza.

168. Nombrado cónsul Paulo Emilio, parte para la Macedonia con el pretor Neyo Octavio que mandaba la armada. Un ejército de treinta mil hombres, y entre estos mas de doce mil de infantería romana, llega á Macedonia aun antes que el cónsul. Perseo se dirige á todas partes pidiendo auxilio; pero enagenábale las voluntades su ruin carácter. Con todo, constaba su ejército de diez mil hombres mas que el romano, y fiado en esta ventaja, se decidió á aventurar la batalla. Preparado el cónsul por su parte, comenzó la lid á los 22 de junio (1) debajo de los muros de Pidna. Al ver Perseo sus batallones entrados por los del enemigo, lejos de rechazarlo con esfuerzo, segun podia hacerlo, echa á correr cobardemente. Veinte mil soldados suyos quedan en el campo de batalla, huyendo los demás hasta Pella. Trastornado ya hasta la de-

(1) El dia siguiente al eclipse de luna del 21 de junio de que habla Tito Livio en el lib. 44.

mencia, da él mismo de puñaladas á dos oficiales de su consejo que van á decirle lo que debe hacer para salir del apuro en que se encuentra. No se cree seguro en Pella, bien que era la plaza mas fuerte de su reino, y marcha precipitadamente á Amfípolis, haciendo embarcar su dinero que llevaba siempre consigo, partiendo desde allí con algunas naves para Galipso (T. Livio) ó Alepso (Plutar. Vida de Paulo Emilio), y arribando al dia siguiente á la isla de Samotracia.

Entretanto, el cónsul se apoderó del campo, repartiendo el botin á sus soldados de á pié, y abandonando las cercanías á la caballería, excepto las ciudades que no permitió fuesen entradas al saqueo, y reservando tambien las riquezas que pudo haber del rey, que fueron transportadas á Roma (167). Todas las plazas fortificadas se rindieron en dos dias al general romano, excepto Pidna que capituló. Estando Paulo Emilio en Amfípolis, recibe una carta de Perseo, en la que pide el entrar con él en tratos. El cónsul le mandó emisarios á Samotracia, quienes se lo niegan todo si no se entrega primero á la discrecion del pueblo romano. Perseo se refugió en el templo de Castor y de Pólux, como en sagrado, con Evandro de Creta, el infame asesino del rey Eumenes de Pérgamo. Si Evandro cayera en poder de los romanos, pudiera decir que él fué el instigador del asesinato. Perseo le hace matar secretamente, y un indigno magistrado que compró el rey, declaró que Evandro se habia suicidado. Ese rasgo de rematada perfidia acaba de enagenar al rey los pocos servidores que le quedaban. Perseo, abandonado de todos, siente entónces todo el peso de su desgracia, y se presenta al almirante Octavio, sabiendo que Jon de Tesalónica le habia entregado ya todos los demás individuos de la familia real. Octavio participa al cónsul que tiene en su poder á Perseo, y Paulo Emilio le contesta que se lo envie, tratándole con atencion (Plutar. Vida de Paulo Emilio).

Arreglado lo de Macedonia, Paulo Emilio fué á visitar las ciudades principales de la Grecia, y á la vuelta encuentra en Polonia diez comisarios enviados por el senado para disponer lo mas conveniente acerca de su conquista. La Macedonia salió del yugo de los reyes para entrar en el de los romanos, bien que estos la declararan libre; lo cierto es, que no dejaron escapar ninguna ocasion para emanciparse de su dominacion. Perseo fué conducido á Roma, y allí le encerraron en una cárcel pública (167), hasta que llegara el triunfo, fijado para los dias 27, 28 y 29 de setiembre. En esos dias Perseo fué presentado en espectáculo al pueblo, junto con sus dos hijos, Filipo y Alejandro, y una hija, muy niña todavía, con sus ayos y demás servidumbre. Pasadas las fiestas del triunfo, fué encerrado otra vez en la cárcel, metido entre malhechores, en donde estuvo siete dias sin que se pensase siquiera en su comida, apiadándose de él hasta sus compañeros de encierro. Á instancias de un romano de distincion, llamado Marco Emilio, le trasladaron por fin á un lugar mas cómodo. Despues de dos años de prision, los guardas le hicieron morir de insomnio, habiendo reinado once años siempre con avaricia y crueldad (Excerpt. Diodor. lib. 26.). Su padre habia sabido reparar con su habilidad los negocios mas desesperados, pero Perseo, en la desgracia, solo cometia desaciertos.

152. Diez y seis años hacia ya que los macedonios obedecian sumisos á los romanos, cuando apareció un aventurero de Adamista en la Tróyada, que se decia hijo natural de Perseo y se llamaba Andrisco. Compuso acerca de su nacimiento un cuento que referia por todas partes. Viendo que no le creian como él queria, se fué á Siria á la corte del rey Demetrio Soter, cuya hermana habia casado con Perseo. Demetrio conoció desde luego la farsa, y como además temia el comprometerse con los romanos, le prendió y le envió á Roma, de donde pudo escaparse burlando la vigilancia de sus guardias. Se refugió en la Tracia, y como los tracios estaban muy apasionados por la independencia, fácilmente encontró quien le creyera. En poco tiempo pudo formar un ejército con la gente que se le reunió. Así que se vió con fuerzas, se dirigió á Macedonia, declarándose abiertamente pretendiente á la corona. Rindió algunas plazas, sublevándose otras espontáneamente, porque deseaban sacudir el yugo romano. Entónces Andrisco vistió las insignias de rey. Después de hacerse con la Macedonia á tan poca costa, entra en la Tesalia, entregándosele desde luego gran parte de aquel país. Entónces los romanos comenzaron á tener por serio el negocio. El pretor P. Juvencio Talna, y Q. Cecilio, pasan á Macedonia con un ejército (149). Al llegar el general romano á una jornada del campamento del Seudo-Filipo (este era el nombre que daba Roma á Andrisco), se prepara para pelear con el. Andrisco le hace frente, y derrota al ejército romano. Juvencio y Cecilio pierden la vida en la batalla, y los pocos que se salvaron de los suyos lo debieron á la venida de la noche.

Poco después de este suceso recibe Andrisco una embajada de Cartago, proponiéndole alianza contra Roma, pues iba á estallar la tercera guerra púnica. Accepta Andrisco la alianza. Pero las prosperidades eclipsaron sus virtudes, si las tuvo, y pusieron de manifiesto todos sus defectos. Avaro, jactancioso y cruel, se convirtió para los macedonios en un tirano, á quien permanecieron fieles sin embargo, con la esperanza de un sucesor mas benigno, pues deseaban ante todo formar una nacion independiente.

Quinto Cecilio Metelo, nuevo pretor, enviado por la república con un ejército á Macedonia, obliga al falso Filipo á pelear de nuevo por la corona y la vida. El impostor da pruebas de mucho denuedo, única calidad buena que poseia, y alcanza una ventaja bastante importante en un combate de caballería, cerca de Pidna. Pero, mientras que enviaba una division á Tesalia á fin de mantener sus conquistas, Metelo acometió al ejército que quedó en Macedonia, y obtuvo tan completa victoria, que á Andrisco no le quedó mas remedio que ir á refugiarse en la Tracia. Los tracios le dieron un nuevo ejercito; pero, arrastrado por el deseo harto vivo de verse otra vez dueño de la Macedonia, empeña una nueva batalla con el pretor, igualmente desgraciada para él que la anterior. Unos veinte y cinco mil hombres perdió en las dos acciones. Viéndose en la imposibilidad de levantar otro ejército, fué á guarecerse al lado de un reyezuelo de la Tracia, llamado Bizas, que al principio le acogió gustoso, pero que luego le entregó á Metelo, temeroso de la venganza romana (148). Metelo le condujo á Roma, y cargado de cadenas siguió su carro de triunfo.

Otro aventurero, que tambien se decia hijo de Perseo, y se hacia llamar Alejandro, tuvo el mismo paradero que Andrisco, solo que Metelo no le pudo sacar de la Dardania, en donde se quedó escondido.

Otro se presentó en escena, que se llamaba Filipo, y, vencido y muerto por el cuestor Trebelio, la Macedonia quedó desde entónces sujeta del todo á los romanos.

OBSERVACION SOBRE LA MUERTE DE ALEJANDRO.—He aquí la fecha de aquel acontecimiento, segun diversos autores: el 19 de julio del 324, segun Petavio (Doct.

Temp. tomo 2.° pág. 598). En el verano del año 324 (Freret). El 12 de mayo del 323 (Userio). Sobre el 18 de abril del 323 (Calvisio). En el 323 (Ideler, tomo 3.° del Tolomeo de Halma). Pero, entre los autores que han tratado de aclarar este punto de cronología, ninguno lo ha hecho al parecer con tan buen resultado como el sabio autor de los «Anales de los lagidas.» Así concluye sus investigaciones: «La época de la muerte de Alejandro quedará fijada, combinados exactamente los datos mas auténticos, en el 28 del desio macedónico, del 6 targelion ateniense, en el año 4.° de la olimpiada 113.ª, en el 19 de famenoth, 424 de Nabonasar, 30 de mayo del año 323 antes de la era cristiana.» Anales de los lagidas, tomo 1. pág. 179.

En lugar de 323, debe leerse 324, porque, habiendo principiado el año 424 de Nabonasar en el 12 de noviembre del 325, el 30 de mayo referido cae en el 324.

LACEDEMONIA.

Lacedemonia y Esparta son los dos nombres que se han dado á la capital de la parte del Peloponeso llamada Laconia. Como viera Eurotas, que reinaba en aquel país, cuán insalubre era con motivo de los muchos pantanos que tenia, se propuso secarlos reuniendo todas sus aguas en un gran canal que las condujo al mar. Este es el orígen del rio que lleva su nombre. No teniendo ese rey mas que una hija, llamada Esparta, la casó con Lacedemon, y le nombró heredero suyo. La ciudad, fundada á orillas del canal por Esparta y Lacedemon, conservó el nombre de entrambos, y pronto llegó á ser celebrada. Amicles, su hijo y sucesor, edificó la ciudad de su nombre, y fué padre de muchos hijos, siendo Jacinto el último y el mas querido, que murió jugando con otros niños. Para calmar la afliccion del padre se imaginó que Jacinto habia sido transformado en la flor de su nombre.

El octavo sucesor de Lacedemon fué Tíndaro, que tuvo en su mujer Leda cuatro hijos, dos gemelos, Castor y Pólux, proviniendo de ellos los nombres colectivos de Dioscuros, ó hijos de Júpiter, dados á dos estrellas, de las cuales se alza la una al horizonte así que desaparece la otra; y dos hijas, Clitemnestra, mujer de Agamenon, rey de Micena, y la célebre Elena, mujer de Menelao, que le fué quitada por Teseo, y despues por Alejandro Páris, hijo de Príamo, ocasionando aquel rapto la ruína de Troya; porque todos los príncipes griegos tomaron las armas para vengar la afrénta de Menelao.

Menelao, heredero de Castor y de Pólux, que murieron sin hijos, transmitió el cetro á los hijos que tuvo en una primera mujer, y á estos sucedieron los descendientes de Clitemnestra, subiendo al trono Orestes, hijo de Agamenon. Destronado Tisamenes, hijo de Orestes, por los heráclidas, fué ocupado el reino de Lacedemonia por dos gemelos, Eurístenes y Procles, hijos de Aristodemo, que reinaron juntos sin cortapisas. Asimismo reinaron sus sucesores hasta Cleomenes III, que fué el 30.° de la línea de los euristénidas ó agidas, y cuyo colega fué el 27.° de la línea llamada primeramente de los proclidas, y mas tarde de los euristénidas. Como los reyes de las dos ramas tenian que ser condescendientes con el pueblo, este llegó poco á poco hasta á desconocer su autoridad. Hallábase Lacedemonia en la anarquía, cuando apareció el célebre Licurgo, hermano del rey Polidecto, á quien sucedió, porque este no dejó ningun hijo: quedaba sí su mujer en cinta, la que ofreció su mano á Licurgo, prometiéndole que destruiria el fruto que traia en el seno, por si fuese varon. Licurgo rechazó con horror la proposicion, y nombró guardias que vigilasen á la reina, con órden de que le trajeran el fruto que saliese á luz. Cumplióronse sus mandatos, y habiendo la reina parido un niño, le presentaron á Licurgo, mientras estaba cenando con sus amigos. Cogió al niño en sus brazos, y presentándole á los convidados, les dijo: «Aquí teneis á vuestro rey.» Llamáronle Carilao, ó sea «gozo del pueblo.» Á pesar de tan generoso comportamiento, la reina y sus partidarios propalaron que Licurgo abrigaba miras siniestras con respecto á aquel niño, y que no tardaria en quitarle de en medio. Para acallar la calumnia, resolvió expatriarse y viajar. Primeramente fué á Creta, y encontró la isla dividida en varios estados, independientes unos de otros, pero regidos con leyes sabias, cuyo orígen atribuian á Minos y á Radamanto. Después de conferenciar sobre su legislacion con los mas distinguidos varones del país, pasó á la Jonia, en donde encontró los libros de Homero, desconocidos entónces en la Grecia. Dicen algunos autores que el mismo poeta se los presentó en la isla de Chio. Desde allí se embarcó para Egipto, emporio en aquella época de las ciencias y las artes.

Fué en aumento la anarquía en Esparta durante su ausencia, y los mas sesudos aconsejaron que se llamase á Licurgo. Luego de llegar, se le presentó una diputacion, y juntó desde luego al pueblo para dar principio á la reforma del estado. Habian mandado los reyes con un despotismo, contra el cual no habia cesado el pueblo de luchar, pidiendo intervencion en el gobierno. Á fin de contentar á las dos partes, Licurgo estableció en Esparta una democracia temperada con la aristocracia, y de este modo hizo á los grandes y al pueblo partícipes de la soberanía que solo el rey queria para sí (Isócrates in Panathen.). Debiendo el heredero de la corona ser educado con esmero, se le habian de buscar los ayos y maestros mas instruidos é íntegros de la nacion, los cuales tendrian á su cargo enseñarle la moral, la legislacion y el arte de la guerra con lecciones prácticas. Bien que perteneciera la corona por derecho al primogénito, quedaba nulo ese derecho si algun defecto natural le hacia poco imponente á la vista del pueblo. Con todo, no se abusó de esta restriccion, pues tuvieron los lacedemonios por rey á un Agesilao. Lo que principalmente se inculcaba al jóven príncipe era que fuese grave y mesurado en el decir. En gran manera habia limitado Licurgo la autoridad real en tiempo de paz, reduciéndola casi á la de los primeros ciudadanos. Sosteníase el equilibrio en el gobierno por medio de un senado compuesto de veinte y ocho ancianos «gerontes,» nó elegibles hasta los sesenta años. Estos se inclinaban hácia el rey, cuando queria el pueblo sobrada preponderancia, y hácia el pueblo, cuando sucedia lo contrario. Mas, en tiempo de guerra, el poder del rey era casi ilimitado, y hasta llegaba á despótico. El culto religioso de los lacedemonios correspondia á la sencillez de sus costumbres y á la fortaleza de su carácter. Sus templos estaban limpios y decentes, pero sin ornamentos supérfluos. Sus deidades, hasta la misma Venus, estaban representadas con casco en la cabeza. Las plegarias que se les dirigian eran para el castigo del vicio y la recompensa de la virtud. La rudeza con que se educaba á la juventud, fortificaba sus cuerpos de tal suerte, que luego, hasta en la edad mas avanzada, conservaban su aptitud para toda clase de trabajos. Se exigia de los jóvenes igual discrecion en las palabras y en las obras. No se permitian frases supérfluas para la emision de las ideas, lo que introdujo en el lenguaje de Esparta

esa precision que le caracterizaba y que se llamó « laconismo. »

Á fin de destruir en su república la miseria y la sed de riquezas, Licurgo pudo alcanzar que se conviniese en una reparticion igual de bienes entre todos. Prohibió la moneda de oro y de plata en el comercio, no permitiendo mas que la de hierro, de suerte que para llevar un talento de Lacedemonia se necesitaban un par de bueyes. Licurgo pensó que tambien debia establecer la comunidad en el comer. Se comia en salas distribuidas de modo, que cada mesa contenia quince personas. Traía cada uno cierta cantidad de harina, de vino, higos, y alguna moneda para comprar un poco de carne. En las mesas espartanas reinaba la frugalidad, y se hablaba de política, de moral, ó de actos de valor. El plato principal y casi único que se servia en esas mesas, estaba guisado con una salsa negra muy preciada de los lacedemonios, pero nó tanto de los extranjeros. Tal es, en resúmen, el lado poético de las leyes de Licurgo. Pero, ¿qué pensar de esos ejercicios en que se permitia á jóvenes de ambos sexos luchar enteramente desnudos? ¿Qué podia ganar el pudor de las doncellas con los vestidos que llevaban tan cortos y abiertos por los lados? Así es que las lacedemonias tampoco se gloriaban de muy castas. La libertad que otorgaba este legislador á los hombres para prestarse mútuamente sus mujeres, demuestra cuán poco conocia la santidad y los deberes matrimoniales. No repugna menos á la razon y á la naturaleza el permiso que daba á padres y madres de arrojar al rio Eurotas á los hijos que les nacieran con defectos físicos que les incapacitaran para la guerra. El robo entraba tambien en las instituciones de Licurgo. Quitar algo con destreza, y sin ser visto, era en su opinion, cosa asaz meritoria, pues que suponia habilidad, es decir, que muchos que ahora son dignos del patíbulo hubieran sido muy considerados en Lacedemonia. Pero, ¡ay del ladron sorprendido infraganti! su torpeza se castigaba sin piedad. Cuentan, á propósito de esto, que, habiendo un jóven lacedemonio robado un zorro y ocultádole debajo el vestido, se dejó devorar las entrañas sin exhalar un quejido, por no ser descubierto.

Entre los defectos de la legislacion de Licurgo, Pluton y Aristóteles cuentan la extrema sujecion á que los ilotas estaban reducidos. Este nombre viene de Elos, ciudad de Laconia, que, tomada por los espartanos (no consta en qué año ni en qué reinado) condenaron á sus moradores á la esclavitud, con prohibicion de venderles á extranjeros, ni de darles libertad. Eran colonos perpétuos de los espartanos, encargados del cultivo de sus tierras mediante una contribucion anual y fija. Ellos solos ejercian además los oficios mecánicos; pues que un espartano se hubiera tenido por deshonrado empleándose en otra ocupacion que no fuese la de las armas; de suerte que, cuando no estaba en la guerra, su vida era toda de ócio. Con el tiempo, los espartanos dieron el nombre de ilotas á todos los esclavos que hicieron en la guerra. Como llegase á aumentar considerablemente el número de esos esclavos, trataron de rebelarse. Reducidos que estuvieron otra vez al yugo, todavía subieron de punto sus fatigas, y, segun dicen algunos autores, fué el mismo Licurgo quien les impuso leyes tan terribles, que habian de recibir todos los dias, por no olvidar su condicion, un número dado de latigazos, á mas de que, para distinguirlos de los hombres libres, tenian que llevar gorros de piel de perro, y vestido de pieles de oveja. Para mayor barbarie, se habia ideado en Esparta lo que llamaban « Cripcia. » Digamos en qué consistia. Cuando se temia que el sobrado número de esclavos podia ocasionar una revolucion, se daban puñales á los jóvenes mas robustos y desalmados, y se les mandaba que fuesen á exterminar infelices ilotas, ya fuese de noche durmiendo, ya de dia ocupados en su trabajo. Con todo, Plutarco, que es grande admirador de Licurgo, dice que todo esto fué posterior á la época de este legislador. Sea como fuere, viendo Licurgo, después de experimentadas ya por mucho tiempo, que sus leyes surtian buenos efectos, imaginó un medio bastante singular para asegurar su duracion. Convocó al pueblo en junta general, y declaró en ella, que, no viendo en su obra nada susceptible de reforma, debia manifestar, sin embargo, que faltaba una cosa, pero que era punto de tanta importancia, que no podia resolverse sin consultar antes al oráculo de Delfos; y que, próximo á partir para saber la respuesta del mismo, queria que todos los espartanos jurasen guardar fielmente las leyes que él les habia dado. Jurado por todos lo que deseaba, salió para Delfos, en donde la Pitonisa, en nombre de Apolo, puso el sello con su aprobacion y sus elogios á las leyes establecidas por Licurgo. Satisfecho entónces el legislador, lejos de pensar en volver á su patria, no quiso salir ya de Delfos, temeroso de que los lacedemonios no se creyesen libres del juramento que le prestaron, y hasta se dice, que se dejó morir de hambre. Muy llena de dudas está la época de este acontecimiento. Puede consultarse sobre ese punto el tomo 9.° de la « Historia de los imperios del abate Guyon, » pág. 307 y 309. Lo que parece cierto es, que Licurgo publicó sucesivamente sus leyes en los reinados de Carilao, por los años de 884 antes de J. C., y de Arquelao, que fué su colega.

Arquelao tuvo por sucesor á Teleclo, durante cuyo reinado tomaron los lacedemonios tres ciudades cercanas á la Laconia; Amicles, Faris y Gerantres. Á Teleclo, que murió á manos de los mesenios en un templo de Diana, ignorándose en qué año y por qué motivo, sucedió su hijo Nicandro, que solo se hizo célebre por lo mucho que asoló la Argólida.

Alcamenes, hijo de Teleclo, le sucedió en el trono. Se habian hecho ya tan famosos los lacedemonios por su sabiduría, que los cretenses los nombraron por árbitros sobre unas diferencias que tenian á propósito de ciertas plazas que les disputaban unos vecinos suyos. Carmidas, uno de los lacedemonios mas distinguidos, fué á Creta, y lo concilió todo, haciendo que los de Creta cediesen algunas poblaciones que les eran menos necesarias, para conservar otras que tenian buenos puertos, prometiéndoles además el auxilio de su república.

REYES COLATERALES DE ESPARTA.

PRINC. DE LOS REINAD	FAMILIA DE LOS AGIDAS.	DURA. DE LOS REINA.
1104	Euristenes, hijo de Aristodemo.	24
1080	Agis, hijo de Euristenes.	50
1030	Equestrato, hijo de Agis.	35
995	Labotas.	37
958	Doriso, hijo de Labotas.	29
929	Agesilao I, hijo de Doriso.	44
885	Arquelao, hijo de Agesilao.	60
825	Teleclo.	44
781	Alcamenes, hijo de Teleclo.	38
743	Polidoro, hijo de Alcamenes.	17
726	Eurícrates, hijo de Polidoro.	
	Anaxandro, hijo de Eurícrates.	
684	Eurícrates II, hijo de Anaxandro.	
668	Leon, hijo de Eurícrates II.	
664	Anaxándridas, hijo de Leon.	
557	Cleomenes I, hijo de Anaxándridas.	
489	Leonidas, hermano de Cleomenes.	
480	Plistarco, hijo de Leonidas.	1
479	Plistoanax, biznieto de Anaxándridas.	38

PRINC. DE LOS REINAD	FAMILIA DE LOS AGIDAS.	DURA. DE LOS REINA.
441	Pausanias, hijo de Plistoanax.	39
402	Agesipolis, hijo de Pausanias.	15
387	Cleombroto, hermano de Agesipolis.	9
378	Agesipolis II, hijo de Cleombroto.	1
777	Cleomenes II, hijo de Cleombroto.	34
343	Areo, nieto de Cleomenes.	44
	Acrotato, hijo de Areo.	
	Areo, hijo de Acrotato.	
	Leonidas, hijo de Cleónimo y nieto de Cleomenes.	
	Cleombroto, yerno de Leonidas quita el trono á su suegro.	
	Leónidas, restablecido.	
	Cleomenes III, hijo de Leonidas.	

	FAMILIA DE LOS EURICIONIDAS.	
1104	Procles, hijo de Aristodemo.	
	Socis, hijo adoptivo de Procles.	
	Euripon, hijo de Sous.	
	Pritanis, hijo de Euripon.	
	Eunomo, hijo de Pritanis.	
	Polidecto, hijo de Eunomo, muerto en un motin.	
	Licurgo, hijo de Polidecto; estuvo reinando él solo, por espacio de ocho meses.	
888	Carilao, hijo póstumo de Polidecto	
	Nicandro, hijo de Carilao.	
	Teopompo, hijo de Nicandro.	
719	Zeuxidamo, nieto de Teopompo.	
689	Anaxidamo, hijo de Zeuxidamo.	
	Arquidamo, hijo de Anaxidamo	
	Agasicles, hijo de Arquidamo	
	Ariston, hijo de Agasicles.	
	Demarato, hijo de Ariston	
	Leotiquides, hijo de Menares	
470	Arquidamo, nieto de Leotiquides.	42
428	Agis I, hijo de Arquidamo.	29
399	Agesilao, hermano de Agis.	38
661	Arquidamo, hijo de Agesilao.	23
338	Agis II, hijo de Arquidamo.	9
	Eudamidas, hermano de Agis.	
	Arquidamo, hijo de Eudamidas	
321	Eudamidas II, hijo de Arquidamo	9
	Agis III, muerto en la prision por decreto de los éforos.	
	Euridamidos, ó Eudamidas III, hijo de Agis, envenenado por Cleomenes, que le sustituye su propio hermano.	
	Epiclidas, hermano de Cleomenes.	

TEOPOMPO, que sigue después de Alcamenes, colega de su padre, ilustró su reinado con la sustitucion de los éforos, que eran cinco magistrados elegidos por el pueblo para vigilar al rey y demás órdenes del estado. Tenian el cargo por un año, principiando á ejercerle en el mes de octubre, y concluyendo en el mismo mes del año siguiente. Era su autoridad tan absoluta, que podian destituir á los senadores, y aun aplicarles la pena de muerte, si así lo exigia el bien de la patria. Los mismos reyes debian obedecerles á la tercera insinuacion, y al entrar ellos en el senado, los éforos estaban dispensados de levantarse. Les estaba confiada la custodia del tesoro público; y habia de dar las cuentas de su administracion, á fines de año, el que quedaba designado con el nombre del éforo mas anciano.

En el reinado de Teopompo tuvo lugar el famoso duelo de los trescientos hombres de Esparta, con los trescientos de Argos, cuyos habitantes reclamaban como suyo un corto distrito que tenian los lacedemonios. Un solo lacedemonio quedó vivo, y dos de Argos, pretendiendo estos que quedaba suya la victoria. Como los de Lacedemonia no fuéron de igual parecer, llegaron á las manos en batalla general, llevando ellos la mejor parte, y quedándose por tanto con el territorio que era objeto del litigio.

743. Los lacedemonios tuvieron otra guerra con los mesenios con motivo de la pequeña plaza de Amfea, de la que se apoderaron los primeros, pasando los habitantes á cuchillo. Al saberlo, se congregan los de Mesenia en el «Esteniclo,» que así llamaban al lugar en que se juntaban, y trataron de vengar el insulto. Su rey Eufaes estuvo enseñándoles cuatro años el manejo de las armas, y preparando al mismo tiempo las máquinas de guerra que les hacian falta. Entretanto los lacedemonios tenian ya la Mesenia por conquistada, haciendo vivir en ella sus tropas, sin tocar no obstante á las casas ni á los árboles: y viendo por fin el rey de Mesenia á sus súbditos suficientemente disciplinados y pertrechados, los hizo marchar en número de quinientos, y á las órdenes de su lugar teniente, general Cleonis, contra los lacedemonios (739). La noche terminó el combate con pérdida poco mas ó menos igual por ambas partes.

738. Al año siguiente, entrando en campaña las tropas de las dos naciones con número á corta diferencia igual, iban decididas á concluir sus querellas con el exterminio de una de las dos. Los reyes de Esparta Teopompo y Polidoro, hijo de Alcamenes, mandaban las dos alas de su ejército. En medio del calor de la refriega, que fué memorable por su encarnizamiento, murió Pitarate, segundo de Eufaes. Rompióse entónces el ala derecha de los mesenios que mandaba Pitarate, sin que Polidoro, que causó aquel desórden, se atreviese no obstante á perseguir á los mesenios, por no internarse de noche en terreno desconocido para él. Al dia siguiente concertaron una tregua que debió de ser corta. Pero, tales desgracias cayeron encima de los mesenios, que hubieron de estarse quietos, quebrantado por fin su natural valor. Se les acabó el dinero, consumido por las guarniciones que pusieron en sus pueblos; sus esclavos se habian pasado con los lacedemonios, y reinaba la epidemia en su tierra. En aquel trance, se decidieron á abandonar la mayor parte de sus puntos fortificados, retirándose al monte Home, y allí se hicieron fuertes, en la poblacion de este nombre. Los lacedemonios fuéron á atacarlos, y encontraron que, á pesar de su mala fortuna, les quedaba ardimiento todavía.

735. Hacia ya ocho años que duraba la guerra mesenia, cuando notaron los lacedemonios que con su larga ausencia iba á disminuir mucho la poblacion. Para remediar el mal, despacharon cierto número de soldados encargados de entenderse con todas las mujeres que tenian sus maridos en la guerra. De esas uniones nacieron niños, que por mofa fueron llamados «partenienses.» Al llegar á cierta edad, ruborizados esos frutos de adulterio por su orígen, y por el desprecio que les traia, salieron del país y fuéron á Tarento. Se establecieron en ella y echaron á los que la habitaban. Por fin, después de veinte años de guerra, ambos pueblos vinieron á las manos en una batalla definitiva. Los mesenios, perdidos sus jefes, con la mayor parte de la demás gente, tuvieron que salir de Itome (723), ceder sus poblaciones á los lacedemonios, y ser esclavos suyos, como los ilotas.

684. Transcurrieron apenas treinta y nueve años, desde la ruina de Itome, y los mesenios se levantaron en peso para recobrar la libertad. Fuéron movidos por Aristomenes, el mas principal entre ellos por sus talentos y su orígen, contando con el auxilio de los de Argos y de la Arcadia, que estaban tambien muy descontentos de los lacedemonios por el orgullo y la dureza que mostraban. Pero, antes de que les llegase ningun socorro, comenzó la campaña con sus compatricios, y encontrándose con los lacedemonios cerca de un pueblo llamado Derea, Aristomenes salió victorioso, portándose valerosísimamente en la refriega. Consternados los de Lacedemonia por este suceso, fuéron á consultar el oráculo de Delfos, y les respondió: que pidiesen un general á los atenienses. Estos les man-

daron como por burla al poeta Tirteo, hombre de mal talento y asaz extraño carácter. Entretanto, Aristomenes, en un segundo choque, venció á los lacedemonios, que se acabaron de exasperar con aquel revés. Llega el general Tirteo, y les promete que se cumplirá la esperanza que les hizo concebir el oráculo, esperanza que en efecto no quedó frustrada (682). Sale á la cabeza de los lacedemonios en busca de los mesenios, envolviéndolos de tal suerte, que la mayor parte fué acuchillada, retirándose sus restos al monte Ira, donde se fortificaron, resueltos á defenderse á todo trance. Su general Aristomenes guarneció al mismo tiempo á Pila y á Metona, abandonando al enemigo los demás puntos de la Mesenia. Los lacedemonios creyeron terminada la guerra, y se repartieron las tierras mientras estaban sitiando á Ira. Pero, Aristomenes les hizo ver que tenian sobrada confianza, pues poniéndose al frente de trescientos hombres, salió á correr las cercanías, y cargó con mucho botin. Los dos reyes de Lacedemonia, Anaxandro y Anaxidamo, alcanzaron á los mesenios antes que llegasen al monte, y fueron estos destrozados, quedando prisionero, con cincuenta de los suyos, Aristomenes, mal herido. Alborozados con la captura, cometieron los lacedemonios la barbarie de arrojarle á una cueva tenebrosa y profunda, de la cual tuvo Aristomenes la fortuna de salir á los tres dias, como por milagro. Se le creia muerto, y volvió á aparecer en el monte Ira, reanimándose con este suceso los mesenios; pero, estrecharon los lacedemonios el sitio de tal modo, que, después de tres dias de la mas obstinada resistencia, Aristomenes no pudo aguantar por mas tiempo dentro de la plaza, y salió, abriéndose paso, por entre los enemigos que le dejaron escapar, quedándose en Grecia, mientras que los mesenios se alejaron de su tierra y fueron á Sicilia, estableciéndose en Zancla, que después llamaron Mesina (671) (Pausanias in Messen.). Así fué como, tras de once meses de sitio, pasó el monte Ira, con toda la Mesenia, al poder de los lacedemonios.

Nada muy interesante ofrece la cronología de Lacedemonia hasta el reinado de Cleomenes, sucesor de su padre Anaxándrides (515). Llevado de su carácter violento y codicioso, invadió la Argólida luego de estar en el trono. La resistencia que le hicieron los naturales excitó sus instintos de crueldad. Vencedor de los argivos en varios encuentros, estos se vieron obligados á encerrarse en un bosque, y prendiéndole fuego, hizo morir á cinco mil. En seguida se dirigió al Ática para atacar á los pisistrátidas que tiranizaban á Atenas. Pero Hipias, el último de ellos, sorprendió á la gente que envió contra él, é hizo en ella una matanza horrorosa. Irritado Cleomenes con aquella derrota, fué personalmente á sitiar á Atenas, y faltándole á poco los víveres, se retiró, talándolo todo en su tránsito. Hallábase en medio de sus devastaciones, cuando cayeron en su poder los hijos de Hipias, que este mandara fuera de Atenas para que estuvieran mas seguros. Cleomenes hizo saber al tirano que, si dentro de cinco dias no estaba fuera de Atenas, sus hijos quedarian reducidos á la condicion de ilotas. Espantóle á Hipias la intimacion, y se retiró al Helesponto (510).

509. Clístenes, de la familia de los Alcmeónidas, habia tomado parte en la expulsion de Hipias; pero, como un mero ambicioso que solo trataba de ponerse en su lugar. Pronto rivalizó con él Iságoras, de sí poco temible, pero fuerte con la proteccion de Cleomenes, amante de su mujer. Á intimacion del rey de Esparta, Clístenes cedió el puesto á Iságoras. Cleomenes echó luego de Atenas á setecientas familias del partido de los alcmeónides. Poco tardó Iságoras en sentir los efectos de la ira popular. Refugióse en la ciudadela, y sus partidarios perecieron en gran número, salvándose él furtivamente. No bastándole á Cleomenes sus fuerzas para resistir á los atenienses, tomó á toda prisa el camino de Esparta (508). Fué á buscar gente de refuerzo al Peloponeso, y juntándosele los beocios, volvió al Ática; mas, abandonado de sus aliados durante la marcha, y hasta de su colega Demarato, se puso tan furioso, que llegó á perder la razon y con ella el combate que trabó con los atenienses.

504. Descontento Aristágoras, gobernador en Mileto, de Dario, rey de Persia, trató de suscitarle enemigos. Fué á encontrar á Cleomenes que se hallaba ya en Esparta, y no quiso al principio secundar sus designios. Pero, renovando sus instancias, fué ofreciendo gradualmente á Cleomenes desde diez hasta cincuenta talentos. En esto, una hija del rey de Esparta, que no tenia mas que nueve años, llamada Gorgo, exclamó: «padre, despedid á ese extranjero que os va á seducir.» Mejor le salió á Aristágoras la tentativa con los atenienses; pero, poco socorro obtuvo sin embargo (véase Atenas). Los jonios mostraron mas firmeza en su rebelion, promovida por Histico, tirano de Mileto. Solo que al cabo de algunos años, hecho prisionero ese rebelde y conducido á Sardes, fué puesto en cruz por órden de Artafernes, hermano de Dario, que tenia el mando de aquella tierra (499). Entónces Aristágoras se retiró á la Tracia, y murió á manos de los mismos á quienes pidiera proteccion.

Disipada por Dario la rebelion jónica, asestó sus armas contra la Grecia. El terror de su nombre le sometió desde luego varias ciudades. Envió á los demás, como se ha dicho en otro lugar, á sus heraldos, reclamando el fuego y el agua; es decir, el señorío de la tierra. Recibiéronlos atenienses y lacedemonios con desprecio (494), y Dario se preparó para forzarlos á la sumision.

Entretanto, Cleomenes y Demarato andaban entre sí muy discordes, consiguiendo por fin el primero que Demarato fuese desposeido de su cargo, y puesto en su lugar Leotiquides. Reducido Demarato á la vida privada se retiró á Persia. Recibióle muy bien el rey, y le dió algunas poblaciones para vivir con decencia. Todavía gozó Cleomenes por algun tiempo del fruto de sus intrigas; pero, no alcanzando á acallar sus remordimientos, en uno de sus frenéticos arrebatos se pasó él mismo con su espada. Al hablar de los atenienses se ha referido la gran batalla que ganaron á Dario, hijo de Hitaspes, rey de Persia, en el llano de Maraton. Decidido su sucesor Jerjes á vengar la derrota, nada omitió para salir airoso, y con mas de un millon de hombres pasa el Helesponto, atreviéndose únicamente los atenienses y lacedemonios, con los de Tespia y de Platea, á hacer frente á tanta muchedumbre armada. Dispuesto Leonidas á sacrificarse por la salvacion de la Grecia, fué á colocarse con trescientos lacedemonios y cuatro mil hombres de otras tropas en el paso de los Termópilas. Era un desfiladero de unos cincuenta pasos de ancho, situado entre la Lócrida y la Tesalia, al pié del monte Eta (480). Por espacio de cuatro dias sostuvieron allí los espartanos con un valor heróico el empuje de los persas, y acaso se retiraran estos avergonzados, si un traidor, llamado Efialto, no guiara á los persas por un sendero desconocido hasta la cumbre del monte, desde donde cayeron por detrás encima de los espartanos. Quedándose estos solos, después de despedirse de los aliados, siguieron luchando contra aquel número infinito

de soldados, pereciendo todos allí con su rey, menos uno que, huyendo luego á Lacedemonia, fué despreciado por cobarde.

Á los 20 del mes de boedromion (23 de setiembre) del mismo año, presenció Jerjes la derrota de su armada cerca de Salamina, y viendo que solo deshonra le traia estar en Grecia, se volvió al Asia, dejando á su cuñado Mardonio el cuidado de la guerra (véase Atenas). Entónces Cleombroto, hermano de Leonidas, quiso fortificar con un muro el istmo de Corinto, para resguardar al Peloponeso de invasiones extranjeros; pero, hubo un eclipse de sol en el dia 2 de octubre, así que empezaban los trabajos, y la obra quedó abandonada, por figurarse que no merecia la aprobacion de los dioses.

479. Queriendo Mardonio reparar la honra de los persas, tan menoscabada ya, avanzó al frente de trescientos mil hombres hasta cerca de Platea, en donde se encontró con veinte mil griegos mandados por Pausanias, tutor de uno de los reyes de Lacedemonia, y por el ateniense Arístides, trabándose la batalla el 3 de boedromion (25 de setiembre). Aquello fué una derrota general, en que Mardonio perdió la vida. En el mismo dia las flotas reunidas de Atenas y Lacedemonia al mando del rey Leutiquides y de Jantipo, general ateniense, atacan la de los persas cerca del promontorio de Micala, en el Asia, y destruyen ó queman todas sus naves.

Al saber Jerjes tan desastrosas nuevas, sale de Sardes, en donde estaba esperando los acontecimientos, y se dirige á Susa. Mas, antes de marcharse, mandó derribar en el Asia todos los ídolos con sus templos, respetando únicamente el templo de Diana en Éfeso. Esto fué debido á su celo por la doctrina de Zoroastro, de la cual era acérrimo partidario.

Los atenienses procuraron reedificar las murallas de su ciudad casi destruida enteramente por Jerjes. Trataron de oponerse los lacedemonios y les enviaron una diputacion para hacerles presente que, si volvian á fortificar á Atenas, podrian venir otra vez los persas, y apoderándose de dicha ciudad, incomodar desde ella á toda la Grecia. Aquello era sobrado artificioso para dejar de ver los atenienses que Lacedemonia solo queria asegurar la prepotencia de sus armas. Temístocles, que á la sazon los gobernaba, fué á Lacedemonia para tratar de este negocio, excitando á los atenienses á que entretanto siguiesen levantando á toda prisa las fortificaciones. Temístocles difirió cuanto pudo el pedir audiencia, y obligado ya por fin á ello, negó que Atenas levantase fuertes, y hasta dijo que podian mandar allá embajadores, por si querian saber la verdad sobre este punto. Haciendo los atenienses que estos aguardasen, valiéndose para ello de varios pretextos, la obra fué concluida estando ellos allí. Entónces Temístocles dijo á los éforos que Atenas habia atendido á su defensa segun el derecho de gentes, y que no temia ya á cualquiera que osase insultarla; que en cuanto á su seguridad personal, tuviesen entendido, que no volverian los embajadores antes que volviese él á su patria. Los éforos le dejaron partir, y los enviados lacedemonios pudieron salir de Atenas.

Sin embargo, no le perdonaron los de Esparta á Temístocles su ardid, y á fuerza de calumnias lograron su proscripcion. Pausanias, general de Lacedemonia, hijo de Acombroto, y tutor de Plistarco, hijo del rey Leonidas, fué todavía mas desgraciado, pero mas merecidamente, despues de prestar á su patria importantes servicios que borró luego con un acto de perfidia. Mucho habia contribuido, segun se habia dicho, á la victoria de Platea. Á su valor debia la Jonia su libertad. Tambien habia sacado á la isla de Chipre y á Bizancio del yugo persa. Pero, no creyendo sus servicios bastante recompensados, se dejó seducir por las ofertas de Jerjes. Artabazo, que mandaba en las costas del Asia menor, llevó la negociacion en nombre de su amo, y accedió sin dificultad á las proposiciones del general lacedemonio. Ambicionaba el señorío de la Grecia, y le fué otorgado. Entónces tomó un tono proporcionado á su ambicion, y trató con altivez á sus conciudadanos. Por varios indicios penetraron los éforos sus miras y le quitaron el mando. Pero, como no habia contra él ninguna prueba directa, nada se resolvió hasta que una carta que despues escribió á Artabazo convirtió en evidencia los indicios. El esclavo que debia llevarla la entregó á los éforos, y fué descubierto todo. Así que iban á prenderle, Pausanias se refugió en un templo de Minerva. No osaron sacarle de su asilo, por la inviolabilidad de que gozaba el templo, pero, tapiaron la puerta, y tuvo que morir de hambre, siendo su madre, segun dicen, la primera que trajo piedras para tan horrorosa incomunicacion (477).

476. Poco sobrevivió á su tio y tutor Pausanias, el jóven rey Clitarco. Diéronle por sucesor á su primo Plistoanax (469). En el año 7.° de su reinado hubo un espantoso terremoto que destruyó la ciudad de Esparta, pereciendo en sus ruinas veinte mil almas, y, segun Plutarco, solo quedaron en pié cinco casas. Quisieron los ilotas esparcidos por el campo aprovechar el desastre para salir de esclavitud, y secundados por los mesenios, acometieron á los habitantes que quedaron, creyendo que con facilidad los vencerian. Pero, no solo encontraron una resistencia vigorosa, sino que se vieron obligados á irse á Itome, en la Mesenia y allí se hicieron fuertes. Entónces Arquidamo, el segundo rey de Lacedemonia, pidió socorro á los atenienses, quienes le mandaron cuatro mil hombres, mandados por Cimon, hijo de Milcíades. Mas, apenas llegó esa gente, por temor ó por orgullo, dijeron los lacedemonios que podian volverse ya, pretextando que no les hacian falta (467). Tuvieron los atenienses este recibimiento por una afrenta, y se acabaron de agriar las relaciones de ambos pueblos (Tucídides lib. I, Diodoro lib. XI).

460. Los mesenios, bien que abandonados de muchos ilotas, seguian defendiéndose en Itome. Pero, teniendo por fin que rendirse trás de un largo sitio, se les concedió la vida con tal que saliesen para siempre del Peloponeso. Los atenienses los recibieron con sus familias, y los establecieron en Neupacta. Como era de suponer, este acto generoso de los atenienses no los reconcilió con Lacedemonia, y se comunicó á los estados vecinos la discordia que empezaba á agitar á las dos repúblicas. La ciudad de Micena, antigua cuna de héroes, quiso salir de la dependencia en que Argos la tenia. Contaba con el apoyo de los de Esparta; pero, atacándolos los de Argos de improviso, entraron en la ciudad y la arrasaron. Al mismo tiempo, Megara, aliada de Lacedemonia, se indispuso con los de Corinto, y se puso bajo la proteccion de Atenas. Vencidos los megarenses en dos encuentros consecutivos, tuvieron que aceptar la paz, en la que mediaron por árbitros los atenienses (458).

Poco tiempo estuvieron en paz Atenas y Lacedemonia. Los dorios, que provenian de los lacedemonios, entraron en querella con los habitantes de la Fócida, aliados de Atenas, y las dos repúblicas fuéron arrastradas á una guerra encarnizada. Vencedores los de Esparta en un combate que se dió junto á Tanagra, en el cual perecieron todos sus enemigos, devastaron

luego el territorio de Megara; mas, dos meses despues, fuéron derrotados á su vez por Mirónides, general ateniense que tomó á Tanagra y la redujo á cenizas. Por el mismo tiempo atacó Tolmides, que mandaba la armada ateniense, la de Esparta; y en el puerto de Gitmio, en la Laconia, incendió muchos buques é hizo gran daño en la costa (452). Al volver Cimon de su destierro, se puso de mediador entre ambas partes, y se concertó una tregua de cinco años. No habia concluido aun la tregua, y los lacedemonios, á instancia de los megarenses, fuéron, junto con los de Corinto, Sicion y Epidauro, á invadir la Ática (448). Ocupado Pericles en someter á Eubea que se habia rebelado, compró á Cleándrides, tutor de Plistoanax, para que dispusiera á los lacedemonios á la paz. En Esparta se traslució la intriga. Cleándrides fué condenado á muerte, la que evitó con la fuga, y hasta Plistoanax fué multado en una cantidad que no pudo pagar, y hubo de expatriarse (445).

445. Ajústase de nuevo la paz por treinta años entre Esparta y Atenas, y sus respectivos aliados, pero, no duró mas que diez años. Molestados los de Corcira por los de Corinto, pidieron auxilio á los atenienses, y desde luego los lacedemonios tomaron parte en favor de los corintios, sin que valiera la mediacion de Arquidamo, que procuraba apagar el incendio en sus principios. Luego prendió el fuego en todo el Peloponeso, excepto Argos, que permaneció neutral, propagándose hasta la Fócida, la Beocia y el país de los locrios. Todos estos países estuvieron por los lacedemonios. Aliáronse con Atenas las islas del mar Egeo, las de Platea, de Micena, de Corcira, de Zacinto y muchas ciudades marítimas del Asia menor.

431. Principio de la guerra del Peloponeso.—Arquidamo salió el primero á campaña al frente de los espartanos, llegando sin obstáculos hasta dos leguas de Atenas. Pero, hechas sus correrías en la Ática, tuvo que volverse por falta de víveres, entrando otra vez en el Peloponeso cuyas costas estaba devastando una escuadra ateniense de cien buques, mandada por Pericles (431) (véase Atenas).

430. Arquidamo volvió al Ática, causando todo el daño que podia, mientras Pericles seguia asolando las costas del Peloponeso. Desembarcaron los atenienses, y emprendieron el sitio de Metona, pero frustró sus embates el valor de Brasidas. Á poco murió Arquidamo de enfermedad, acaso epidémica, trás un largo reinado que ilustró con sus proezas (427). Dejó dos hijos, Agis y Agesilao, sucediéndole en el trono el primogénito.

413. Agis siguió las huellas de su padre, y trató de continuar la guerra del Peloponeso. Abrió la campaña con el sitio de Decelia, en la Ática, plaza importante, á cinco leguas de Atenas, y después de tomarla le sirvió para tener á Atenas en zozobra contínua. La guarnicion que en ella puso interceptaba los víveres á los de Atenas de tal suerte, que pasaron al campo lacedemonio veinte y cinco mil operarios obligados á ello por la miseria. Sin embargo, los atenienses se apoderaron de Pile, y de allí enviaron á Atenas ciento cincuenta prisioneros de los espartanos mas granados que tenian. Poco después tomaron la isla de Citera, y la poblaron con mesenios, que tanto odiaban á los lacedemonios.

412. Alcibíades, el famoso ateniense, sobrino de Pericles, estaba en Esparta hacia tres años. Por sus intrigas se aliaron los lacedemonios con el sátrapa Tisafernes. Pero, como pareciera á los éforos que Alcibíades no habia atendido debidamente á los intereses de la Grecia en su tratado con Tisafernes, trataron de prenderle, y al saberlo Alcibíades, fué á refugiarse al lado del mismo sátrapa (véase Atenas).

411. Los lacedemonios codiciaban vivamente las islas que los atenienses poseian en el mar Egeo. Mindaro, uno de sus generales, fué con la armada á presentar batalla á la ateniense, mandada por Trasíbulo y Trasilo, y entre Seste y Abidos, fué vencido por los dos almirantes, quienes se apoderaron de Cízico. Queriendo reparar su derrota, fué vencido y tambien pereció en el combate. Desalentados los lacedemonios con ese doble revés, fuéron acuchillados luego de una manera horrorosa, quedando los de Esparta consternados al llegarles la noticia. Se mandaron diputados á Atenas pidiendo la paz, pero tanto clamaron algunos vocingleros, que no quisieron aceptar ninguna proposicion. Viéronse pues los lacedemonios en la necesidad de continuar la guerra. En aquella situacion, les pareció que Lisandro, de quien no hicieran el aprecio debido, era el único que podia sacarlos de apuros, y no frustró sus esperanzas. Tomó el mando de una flota de setenta buques, equipada en el Peloponeso, y se dió á la vela para las costas del Asia (407). Al llegar á Éfeso, fué nombrado gobernador de la ciudad. Mientras estaba ocupado en asegurar las fortificaciones de la plaza, el jóven Ciro fué á reemplazar á Tisafernes en su satrapía. Alcibíades, reconciliado con los atenienses, fué contra Lisandro, pero este rehusó la batalla. Por una y otra parte fué desaprobada la conducta de los dos generales; pero en Atenas, nó solo hubo rumores contra Alcibíades por no haber obligado á Lisandro á combatir, sino que le acusaron de estar en inteligencia con el enemigo, pidiendo que se le encausase. Alcibíades se escapó, no osando presentarse después de una sorpresa de la cual no pudo ó no supo poner á salvo su flota. Agis, ocupado delante de Decelia, aprovechó el incidente de Alcibíades para hacer una tentativa contra Atenas, pero le recibieron con un denuedo que le obligó á retroceder. Al concluir Lisandro el año de su mando, le reemplazó Calicrátidas, indisponiendo esto á las tropas que querian mucho á Lisandro (406). Pero calmó sus ánimos el nuevo general, y se dirigió á la isla de Metimno, sitiando su capital con tal brio, que en pocos dias la ganó. Desde allí salió con su armada hácia Mitilene, que Conon, general ateniense, defendia, teniendo á sus órdenes una flota y una escuadra de setenta buques. Conon quiso salirle al encuentro con su armada. Calicrátidas sostuvo el choque valerosamente. Después de pelear dos dias, tuvo Conon que retirarse al puerto de Mitilene con pérdida de nó pocas naves, persiguiéndole Calicrátidas que se dispuso para sitiar la ciudad. Al saber el rey de Persia la prosperidad de las armas espartanas, manda dinero para el pago de las tropas, á lo cual hasta entónces se habia denegado. Llega á Calicrátidas la noticia de que venia una gran escuadra en auxilio de Conon, y quiere ir á su encuentro con ciento veinte galeras. Avístala cerca de las Arginusas, á poca distancia de Mitilene, y da la batalla en que pierde la vida con gran número de los suyos. Entretanto, Eteónices proseguia en el asedio de Mitilene, comenzado por Calicrátidas. Al saber la muerte de su jefe, le levantó, y fué á encerrarse en Chio. Los lacedemonios apelaron otra vez á Lisandro. Como las leyes de Esparta no permitian dar dos años seguidos el mando en jefe de las tropas á un mismo hombre, se le dió por la forma el título de lugarteniente, pero en realidad tuvo todo el poder de que era digno, y Araco, el jefe nominal, le obedeció en un todo. Lo primero que hizo fué ir á Sardes á avistarse con Ciro, el jóven ó el menor, para que le suministrase dinero, y luego que le

tuvo, reunió una nueva escuadra con la que rindió algunas plazas cercanas al Ática, yendo luego á apoderarse de Lampsaco, en el Helesponto. Hallábase todavía en aquellas aguas, cuando los atenienses, con una escuadra de ochenta buques, se pusieron en frente de la suya, cerca de Egos-Pótamos, ó rio de las Cabras (405). Después de rehusar la batalla que por espacio de cuatro dias le presentaron con insultos, los sorprendió después, y les hizo perder tres mil hombres, con varias ciudades; se dirigió en seguida á Atenas, que sitió por mar y tierra, rindiéndola al año siguiente (404) después de un sitio de seis meses. Terribles fuéron las condiciones que impuso á la ciudad famosa, que fué condenada á ver la demolicion de los fuertes del Píreo, á son de clarines, á entregar todas sus galeras, menos doce, á dejar en libertad todas las ciudades que le eran tributarias, y para mayor humillacion, á ver mudado en oligárquico su gobierno democrático. El vencedor nombró treinta arcontes para gobernar la Ática, con facultades poco menos que omnímodas, y á esto llamaron la dominacion de los treinta tiranos. Luego hizo dar muerte á tres mil prisioneros que habia hecho. Así concluyó la guerra del Peloponeso, que duró veinte y ocho años.

103. Ya se ha visto en otro lugar cómo gobernaron los tiranos, y de qué modo fueron echados de Atenas por el pueblo, movido por Trasíbulo (401), y qué fué del consejo de los diez que vino trás de los treinta (véase Atenas).

Seis años hacia que Agesilao se hallaba en el trono de Lacedemonia por muerte del rey su hermano. Segun las leyes de Licurgo, parecia que no hubiera debido reinar; pues, además de tener un rostro feo é innoble, era cojo; pero las mas altas dotes adornaban su alma. Íntimo amigo de Lisandro desde sus primeros años, nunca dejó de consultarle en todos los negocios importantes. Las mismas atenciones guardó con los éforos, á quienes jamás trató de amenguar su autoridad; y por fin, supo hacerse amar de todos por su prudencia y su moderacion. No le faltó ocasion para que diese á conocer su valor. Conon debia ir al Asia menor con una flota pagada por el rey de Persia. Los lacedemonios encargaron á Agesilao, por consejo de Lisandro, que fuése á su encuentro. Llegado que hubo á Éfeso, fué hasta Cumes, en la Eolia, tomando víveres é imponiendo contribuciones. Como Tisafernes le mandara á decir qué pretendia con aquellas hostilidades, le contestó que iba á poner en libertad á las ciudades griegas del Asia. El sátrapa pidió treguas por tres meses, á fin de consultar á su rey y recibir instrucciones. Le fué concedida, pero antes de espirar el plazo, creyéndose ya con fuerzas suficientes, intimó á Agesilao que saliese del Asia. Irritó al rey de Lacedemonia su mala fé, y comenzó de nuevo sus correrías en el Asia, y entrando en la Frigia (396), ganó una gran batalla á los lugartenientes del sátrapa, acelerando la ruína de este, á quien fué cortada la cabeza en Coloses, de órden del rey de Persia. El sucesor de Tisafernes, llamado Titraustes, procuró de todos modos ajustar la paz con Agesilao, y mientras este lo consultaba con Lacedemonia, Titraustes le envió cincuenta talentos para la manutencion de su ejército, dejándole tranquilo en la Frigia. Como la respuesta no fué favorable á los deseos de Titraustes, Agesilao rompió de nuevo las hostilidades, portándose con tal actividad, que su nombre llegó á ser el terror de la Persia, cuyo rey no halló otro recurso que derramar el oro por las ciudades griegas al objeto de corromperlas. Tebas, Argos y Corinto se dejaron ganar fácilmente, pues les daba envidia la gran prosperidad de Lacedemonia.

Lisandro habia acompañado al rey de Esparta á su expedicion. Enfrióse su amistad, y aquel se fué con treinta espartanos mas á Lacedemonia. Luego de llegar, le hicieron salir contra los tebanos que habian entrado en la Beocia. Sin aguardar á Pausanias dió la batalla, aunque inferior en número, y en ella perdió la vida, con mas de mil de los suyos, junto á Haliarte (396). Poco se sintió su muerte, pues era sabido que habia ambicionado señorear la Grecia. Su buena fé no corria parejas con su valor. Solia decir que cuando no bastara para cubrirse una piel del leon, debia añadirse á ella una piel de zorro. Bien que con sus expediciones trajera muchas riquezas á su patria, y aunque fué el primero en introducir el uso de la moneda de oro y de plata, murió tan pobre, que la república tuvo que dar dote á sus hijas para casarlas. El rey Pausanias llegó con nuevas tropas al dia siguiente de la batalla de Haliarte, y se retiró sin combatir, temiendo la superioridad del enemigo. En Esparta la retirada se achacó á cobardía, y Pausanias fué condenado á muerte por los éforos. Antes de la sentencia se habia fugado á Tegea, en la Arcadia, refugiándose en un templo de Minerva. Allí murió al cabo de algunos años, aburrido hasta de sí mismo.

La superioridad de los lacedemonios tenia enconados á los demás pueblos de la Grecia. Viendo los éforos amenazado el país, mandaron llamar á Agesilao, que seguia progresando en Asia (395), y amenazando al rey de Persia hasta en el centro de sus estados. Cumplió sin vacilar con la voluntad de los éforos. Mientras se hallaba en camino, la flota lacedemonia mandada por Pisandro, fué acometida por la de Conon y la del sátrapa Farnabazo en las costas de Cnido, en la Caria. Pisandro venció en el primer encuentro, y fué muerto en el segundo. Conon apresó cincuenta buques, y los demás se salvaron en el puerto de Cnido (394). Malos fuéron para los lacedemonios los resultados de esa pérdida. Muchos aliados los abandonaron, pasándose á los atenienses. Luego que Agesilao llegó, organizó prontamente un ejército, y fué á sentar su real en el llano de Coronea, junto al monte Helicon, en donde estaba el enemigo. Terrible fué el combate que allí se trabó, y horrorosa la carnicería. Agesilao salió vencedor y cubierto de heridas. El historiador Jenofonte, que le acompañaba, nos ha conservado la descripcion de esta batalla, en la que tambien él se distinguió por su valor y pericia. En esto, la discordia dividia á los corintios en dos bandos. Uno queria unirse con Lacedemonia, y el otro se oponia á ello. Hubo motines, en los cuales muchos ciudadanos perdieron la vida. Entónces Sicion estaba en poder de los lacedemonios, que habian puesto en ella de gobernador á Praxitas. Los del bando lacedemónico fuéron á encontrarle, y le ofrecieron la ciudad y su fuerte, si les ayudaba á vencer á sus enemigos. Praxitas no despreció la oferta, y llegó de noche á las puertas de Corinto. Pero, creyendo que no tenia bastante fuerza para apoderarse de la plaza, se parapetó con foso y estacada, y se quedó esperando refuerzo.

393. Los de Argos, enemigos de Lacedemonia, acudieron en auxilio de Corinto, pero, vencidos en varias refriegas, tuvieron que retirarse. Puestas por Praxitas buenas guarniciones en Corinto y en Sicion, fué á Lacedemonia á dar parte de su expedicion. Pero, los de Argos cuidaron de levantar un nuevo cuerpo de tropa para salir al campo. Los de Esparta les opusieron un ejército al mando de Agesilao, y una division naval al mando de Teleucias, su hermano ute-

rino. El éxito mas completo coronó la expedicion de Agesilao, y volvió á Esparta cubierto de gloria. Los de Argos se rehicieron luego que se hubo marchado, y tuvo que ir allá otra vez.

El jóven Agesípolis, colega de Agesilao en el trono, salia entónces de la tutela de su pariente Aristómenes, que le habia educado con esmero. Los éforos le enviaron contra los de Argos, y tanto los amedrentó su valor, que le mandaron reyes de armas á ofrecerle la paz, la que no fué aceptada. Sin embargo, todo se redujo á correrías por una y otra parte, igualmente desastrosas para entrambos.

En el Asia, las cosas de los lacedemonios iban en decadencia desde la batalla de Cnido, y no parecia fácil que volvieran á mejor estado. Farnabazo y Conon iban recorriendo las ciudades griegas, y sacándolas del dominio ó de la alianza de Esparta. A las que se separasen de Lacedemonia prometian, en nombre del rey de Persia, la libertad de vivir independientes. Todas quisieron ser libres, y lo mismo sucedió con las islas del mar Egeo, á donde fuéron luego ambos generales. Sin embargo, el general lacedemonio Dercílidas mantenia su partido en el Quersoneso. Farnabazo y Conon atacaron en vano á Seste y Abidos, dos plazas del Helesponto, distantes una de otra poco mas de un cuarto de legua, pues se estrellaron sus embates ante el valor de Dercílidas.

Temiendo sin embargo los lacedemonios que los progresos del rey de Persia podrian acarrear la ruina de la Grecia, comisionaron al general Antálcidas para que fuése á tratar de paz con el sátrapa Tiribaso, que residia en Sardes. Las ofertas que hicieron no eran de despreciar: consintieron en abandonar á los persas las islas y ciudades griegas que no formaban estados considerables, con la condicion de que habian de regirse segun sus leyes particulares. Pero los atenienses y sus aliados, por medio de Conon, se opusieron altamente á ese plan de pacificacion. Incomodóse Tiribaso, y hasta hizo prender á Conon, yendo luego á ver á Artajerjes con objeto de enterarle del estado de los negocios. Fué mal recibido por el rey, y reemplazado por Estrutas, el cual, siguiendo una marcha opuesta á la de Tiribaso, se declaró contra los lacedemonios.

390. Timbron fué enviado contra Tiribaso, y despues de algunas correrías contra atenienses y persas vino con ellos á las manos, perdiendo la batalla con la vida.

Á todos cansaba ya una guerra que nada decisivo producia, y se pensó otra vez en el proyecto de Antálcidas. Sus condiciones, nuevamente discutidas, se reducian en substancia: á que todas las ciudades griegas de Asia, igualmente que las islas de Clazomenes y de Chipre, quedarian para el rey de Persia; que todos los demás estados conservarian su libertad, excepto Lemnos, Imbros y Esciros, que habian de quedar para los atenienses, sus antiguos señores; y por fin, que á los que se negasen á aceptar esta paz, se les obligaria á ello con la fuerza de las armas. El rey de Persia firmó el tratado sin dificultad, pero no sucedió así con muchos estados griegos, que solo accedieron á él por necesidad (387). Este tratado, que se llamó, como se ha dicho en otro lugar, « paz de Antálcides, » fué tenido como un oprobio para la Grecia, y Jenofonte es el único historiador que le haya defendido.

Esa paz humillante para la Grecia, solo sirvió para inspirar á los lacedemonios mas orgullo. Concentrada su ambicion en su propio país, no trataron sino de incomodar á sus vecinos. La primera de sus víctimas fué Mantinea, ciudad de la Arcadia. Su vecindario se componia de familias, cuyos abuelos habian habitado en cinco pueblos pequeños. Temerosos los lacedemonios de que Mantinea no llegase á ser demasiado importante, propusieron buenamente á aquellos pobladores que se la cediesen, volviéndose ellos á los lugares de donde habian salido. Recibida la proposicion con el desprecio que merecia, los espartanos apelaron á la fuerza (386). Agesilao, amigo antiguo de los de Mantinea, se negó á hacerles la guerra, y su colega Agesípolis fué el encargado de ir á sitiarles la ciudad. Era á principios del verano. No saliéndole bien sus esfuerzos, ocurrióle el construir un dique para desviar el curso del rio que atravesaba la ciudad. Inundáronse los campos y la ciudad misma, y por fuerza tuvieron los de Mantinea que volverse á los lugares que habian abandonado.

Tambien Olinto, ciudad poderosa de la Tracia, pretendia tratar despóticamente á Acanto y Apolonia, situadas cerca de ella. Invocaron los oprimidos la ayuda de Esparta, y esta les envió á Eudamidas con dos mil hombres. Al pasar por Tebas (382), Eudamidas se posesionó del fuerte llamado de la Cadmea, que le fué entregado por traicion de Arquias y de Leontidas, encargados de guardarle. Poco duró la conquista. Entre tanto Eudamidas caminaba hácia Olinto, cuyos habitantes le salieron al encuentro, y perdió la batalla con la vida. Nombraron al rey Agesípolis en su reemplazo, y en el camino, este atacó á Terana, plaza fuerte que se le rindió (380). Es probable que Olinto se le hubiera rendido tambien á no ser por una enfermedad que precipitó á Agesípolis al sepulcro. Su muerte fué sentida de los lacedemonios que le amaban por su valor y generosidad. Como este príncipe no tenia hijos, su hermano Cleombroto le sucedió. Continuaba el sitio de Olinto cuya ciudad por falta de víveres tuvo al fin que rendirse con la condicion de ser admitidos sus moradores en el número de los aliados de Lacedemonia.

Esta república creia que le seria posible imponer la ley á toda la Grecia: ignoraba que Tebas tenia dos ciudadanos capaces de rebajar su orgullo. Eran Pelópidas y Epaminondas, ambos de las principales familias de Tebas. Amigos desde su niñez, nunca menoscabó su intimidad la diferencia de carácter, ni la ambicion, ni la rivalidad del mando. Pelópidas se consagró enteramente al servicio de su patria, luego que se lo permitió su edad. Era uno de los expulsados de Tebas por los lacedemonios, y vivia retirado en Atenas, desde donde estaba en correspondencia secreta con los mejores patriotas que habian quedado en Tebas. Preparada una conjuracion para libertarla (378), llegó de noche á Tebas, á la cabeza de sus confederados disfrazados de mujeres, y dividiendo en dos mitades la fuerza, fué á atacar la casa de Leontidas, jefe del bando lacedemonio, y le dió muerte, mientras que la otra mitad hacia lo mismo con Arquias, asociado á Leontidas.

Para asegurar su triunfo, habian los conjurados de tomar la ciudadela de Lacedemonia, y consiguiéronlo con el auxilio de cinco mil infantes y quinientos caballos de los aliados. Este suceso reanimó el valor de todas las poblaciones de la Beocia, que á toda prisa enviaron gente á los libertadores de Tebas (378). El rey Cleombroto, que acudia al socorro de la plaza, tuvo que volverse en retirada, dejando á Esfodrias parte de sus tropas, y derrotó un cuerpo de tebanos que encontró cuando ya volvia á Esparta. Esfodrias trató de adquirir gloria con algun hecho memorable. Emprendió su marcha de noche con diez mil hombres, y sin consultar á los éforos, se dirigió, nó contra Tebas, sino

hácia el Pireo; pero al salir el sol, mudó de paracer, y taló la campiña de la Ática. Cabalmente habia entónces en Atenas embajadores de Esparta que estaban negociando la paz. Irritados los atenienses por las hostilidades de Esfodrias, tuvieron á los embajadores por espías, y los pusieron presos. Pero lograron patentizar su inocencia, y fuéron puestos en libertad, asegurando que harian condenar á muerte á Esfodrias por su acto de perfidia. Tenia Esfodrias en Lacedemonia amigos poderosos, y entre ellos Agesilao, quien á fuerza de súplicas consiguió la anulacion de la sentencia pronunciada ya contra él, y cuyo efecto Esfodrias se habia anticipado á evitar con la fuga (377). Entónces estuvieron otra vez Atenas y Lacedemonia en guerra declarada. Los atenienses pactaron alianza con los tebanos, que se les reunieron contra los lacedemonios. En esa ocasion salió Epaminondas de su retiro, en el cual estaba dedicado á las letras, á la filosofía y las ciencias, con el objeto de poder algun dia socorrer mejor á su patria. Reunido con Pelópidas, no tardó en amenguar el prestigio y la prosperidad de Lacedemonia. Los dos generales, secundados por el almirante ateniense Cabrias, lograron en pocos años que casi todas las poblaciones de la Beocia entrasen otra vez debajo la dependencia de Tebas. Pero la superioridad de los tebanos no quedó patente hasta la batalla de Leuctra (371). Epaminondas mandaba el ejército de Tebas que solo constaba de seis mil hombres; pero así que iban á entrar en la lid, el tebano recibió un refuerzo de mil cuatrocientos hombres de Tesalia y quinientos caballos al mando de Jason. Como todavía no alcanzaba con aquel socorro á igualar el número de los enemigos, Jason ofreció ir á ver al jefe enemigo á fin de proponer una tregua momentánea por si era posible arreglarse sin llegar á las manos. El rey Cleombroto, que mandaba á los lacedemonios, consintió en la demanda de Jason, y se disponia ya á retirarse, cuando ve llegar una division de refuerzo acaudillada por Arquidamo, hijo de Agesilao, enviada por los éforos. Entónces hace un cambio de frente, y presenta la batalla, que fué de las mas sangrientas para los lacedemonios, y en la que pereció su rey después de pelear valerosísimamente. Sus aliados fuéron los únicos que prefirieron la fuga á la muerte, bien que fueron perseguidos y muertos cuantos llegaron á ser alcanzados. Todos los historiadores convienen en que la pérdida de los tebanos solo fué de trescientos hombres, y que la de los de Esparta fué de cuatro mil. Tal fué el éxito de la jornada de Leuctra, tan fatal para Lacedemonia, que la hizo perder su predominio en la Grecia de que gozaba hacia cerca de quinientos años.

Pruebas dieron los éforos de firmeza al llegarles tan cruel noticia. Se estaban celebrando á la sazon en Esparta los juegos gímnicos, y lejos de interrumpirlos para entregarse á la tristeza del duelo, ordenaron que continuasen las fiestas, contentándose con enviar á sus parientes los nombres de los muertos en el campo de batalla: y tales eran los instintos de ese pueblo, que se felicitaban mútuamente por su fin.

Á los espartanos no les quedaba mas recurso que contar con Agesilao. Llenos de confianza en su valor y patriotismo, le hicieron superior á sus leyes, confiriéndole una autoridad sin límites, igual á la de los dictadores de Roma. Á pesar de su edad avanzada, Agesilao aceptó el cargo, y se dispuso para satisfacer las esperanzas de sus compatricios. Juntó un ejército, y le condujo á la Arcadia, en la que sin empeñarse en combates decisivos, taló los campos, y se apoderó de varias plazas de guerra, contento con demostrar á los espartanos, que aun no los habia abandonado la fortuna.

Los tebanos, á ruegos de los de la Arcadia, concibieron el plan de echar enteramente por tierra el poder de Esparta, tratando de apoderarse de esa capital del Peloponeso (369). Epaminondas y Pelópidas, encargados de la expedicion, entraron en la Laconia, y el primero avanzó hasta Esparta, resuelto á sitiarla. Pero, tales medidas tomó Agesilao para la seguridad de la plaza, que hizo abandonar al general tebano el designio de entrarla (368). El año siguiente Epaminondas salió del mando, por exigirlo así la ley del país; pero, sirvió como voluntario á las órdenes de Pelópidas, el cual, hecho prisionero alevosamente con Ismenias por Alejandro, tirano de Fera, en la Tesalia, entró Epaminondas á mandar el ejército otra vez, salvándole su valor y su pericia.

Los lacedemonios siempre estaban en sujetar á los arcadios. Invadieron su tierra (368), y les dieron una batalla en que mataron diez mil hombres al enemigo, sin perder ellos ni tan solo uno. Á pesar de esta desgracia, los arcadios comenzaron entónces á edificar la ciudad de Megalópolis, á orillas del rio Helison. Ese nombre, que vale tanto como «gran ciudad» fué justificado con el tiempo, pues gran número de gentes de varios pueblos fuéron á habitar á ella (365). Los negocios de los arcadios volvieron á tomar tan buen aspecto, que, coaligados con los atenienses, alcanzaron una muy señalada victoria contra los eleos (Diodoro, lib. 15).

Pelópidas habia vuelto por aquel tiempo de un viaje que hizo á la corte de Artajerjes Mnemon de donde trajo un escrito del rey de Persia quien deseaba que viviesen en paz los griegos, pues tenia proyectado hacer la guerra al Egipto. Durante la negociacion, Epaminondas salió contra Corinto á la cabeza de los tebanos y arcadios. Á poca distancia encontró á los atenienses mandadas por Cabrias, con los cuales se habian unido los espartanos y sus aliados. Estaban parapetados en el istmo, y no pudo Epaminondas obligarles á pelear. Al volver á Tebas, le acusaron de connivencia con los espartanos, y quedó depuesto del mando. Pelópidas le reemplazó, y no olvidaba que á Epaminondas debia el haber salido de las manos del tirano Alejandro; y, tan agradecido al amigo como deseoso de vengarse del tirano, entra con su ejército en las tierras de este, y después de tomarle varias plazas, le obliga á ponerse á sus piés. Bien merecia la muerte por sus muchos crímenes; Pelópidas solo le retuvo prisionero; pero, logró escaparse, y volvió á su mala vida. Entónces Pelópidas quiso acabar con el malvado, y resuelto á matarle con su propia mano, pereció Pelópidas en una batalla que le dió, y en el seno de la victoria (364).

Por estos tiempos sucedió lo de la ciudad de Orcomena, en la que un bando estaba por Tebas, y otro, el democrático, contra; Orcomena excitaba la envidia de Tebas; Epaminondas fué á tomarla y la arrasó, dando á entender con esto que Tebas no queria rivales en el Peloponeso. Pero, no pudo mirar Lacedemonia con buenos ojos la prepotencia de Tebas, y procuró buscarla enemigos, sin atacarla sin embargo de frente. Sabedor Epaminondas de sus intrigas, quiso aprovechar la ausencia del rey Agis para probar un golpe de mano contra Esparta Pero, le contraresta Agesilao, secundado por su hijo Arquidamo, y tiene que desistir de la empresa. El general tebano va á Mantinea con su ejército compuesto de treinta mil hombres. No era inferior en número el de los lacedemonios, unidos ahora con los arcadios. Con igual ardimiento llegaron á las manos, y la batalla fué de las mas empeñadas

y sangrientas. Como la victoria estaba incierta, Epaminondas, seguido de la flor de sus valientes, se precipitó en lo mas vivo de la refriega, hiriendo con un dardo al jefe de los lacedemonios. Pero, á poco le arroja un espartano, llamado Anticíates, otro dardo al pecho, quedándole el hierro dentro. Le sacan los suyos del teatro de la lucha, y muere en su tienda de campaña á los cuarenta y ocho años (363). Con él feneció la gloria de Tebas. Adornábanle todas las virtudes y todos los talentos que constituyen al verdadero héroe. Filósofo, orador, general consumado, modesto, benéfico, enemigo del fausto; y enteramente consagrado al servicio y bien de su patria, es considerado por Ciceron muy justamente como el mas grande hombre de todos los de la Grecia.

362. Hallábase á la sazon el Egipto en guerra con Artajerjes Mnemon, y necesitando un buen general, su rey Tachos, se dirigió á Lacedemonia, prometiendo que daria una autoridad ilimitada y plena confianza al que le enviaran. Todavía pensaron en Agesilao para una mision tan honorífica. Al llegar á Egipto, dice Plutarco (vida de Agesilao): «que los principales capitanes del rey fuéron al buque á recibirle. El pueblo manifestó los mas vivos deseos de conocer á un héroe tan esclarecido. Pero, cuando, en vez del apuesto príncipe que imaginaran, se vieron con un viejo pequeño y de mal talante, y además vestido toscamente, le aplicaron la fábula del « mons parturiens. » No menos extrañados se quedaron al ver lo que escogió para comer en la lista de los varios manjares que le fué presentada. El monarca egipcio le dió audiencia, y se guardó muy bien de nombrarle generalísimo de sus tropas, reservándose Tachos para sí el mando en jefe, y nombrando almirante á Cabrias que tambien le habian enviado los de Atenas. Todo lo que hizo fué poner á Agesilao á la cabeza de las tropas extranjeras. No paró en esto el mal recibimiento que experimentó. Después de tener que sufrir diariamente la insolencia del egipcio, tuvo por fin que seguirle á su expedicion á la Fenicia, lo cual debió de serle sumamente desagradable, atendida la poca autoridad que se le daba. Sin embargo, fué disimulando su justo resentimiento hasta que se presentase ocasion, que en efecto no tardó en llegar. Nectanebo, ó Nectanebis, sobrino de Tachos y esforzado capitan, se hizo proclamar rey por los egipcios, é hizo cuanto pudo para atraer á su partido á Agesilao y á Cabrias. Este se puso en efecto luego debajo de sus banderas, pero el primero respondió que lo consultaria con su república, la que le respondió que hiciese lo que mejor le pareciera para su patria. Entónces se fué con Nectanebo. Por aquel mismo tiempo se alzó otro príncipe pretendiente, haciendo valer sus derechos á la corona á la cabeza de cien mil hombres, y dió algunos pasos para tener de su parte á Agesilao. Sápolo Nectanebo, y sospechó de Agesilao, aumentándose todavía sus recelos al decirle este que atacase todo lo antes posible al enemigo. Así es, que tomó una resolucion enteramente opuesta, pues se encerró en una plaza bien fortificada. El pretendiente, que era de Mendes, fué á sitiarle. Entónces Nectanebo queria atacar al enemigo antes que se concluyeran los trabajos hechos por los sitiadores para tener encerrada la ciudad, pero Agesilao no quiso atacar en aquella ocasion, y subió de punto la desconfianza de Nectanebo. Por fin, cuando vió la obra del sitio bastante adelantada, y que entre los dos extremos de la línea enemiga no quedaba mas espacio que el suficiente para contener á las tropas de la plaza formadas en batalla, dijo á Nectanebo: «jóven, esta es la buena ocasion; hasta ahora el enemigo para vos ha trabajado: saliendo con vuestras fuerzas, le arrollareis con mucha facilidad, pues solo por la parte que todavía queda abierta puede haceros frente; por lo que hace á los otros puntos las mismas obras que ha levantado, harán que no nos pueda envolver. » Conoció Nectanebo lo acertado del consejo y le siguió. Los sitiadores quedaron vencidos, y desde aquel momento Agesilao triunfó de todos los enemigos de Nectanebo, á quien sentó y afianzó en el trono. El deseo de ser todavía útil á su patria le impelió á volverse á Grecia, llevando consigo, entre otros presentes, doscientos treinta talentos que el nuevo rey de Egipto regalaba á Esparta. Murió durante el viaje (361) á los ochenta años. Y por falta de miel, de que se servian los espartanos para embalsamar los cadáveres, sus criados cubrieron el suyo con cera, y así le llevaron á su patria. »

Arquidamo, hijo de Agesilao, y sucesor suyo en el reino de Lacedemonia, se habia distinguido ya en vida de su padre en varios lances, siendo el principal el triunfo que hubo de los arcadios, á quienes mató diez mil hombres sin perder él ninguno, lo que valió en Lacedemonia á la jornada el nombre de «batalla sin lágrimas.» Gustaba este príncipe de vivir regaladamente, y se avenia muy mal con la frugalidad de los de su tierra. Así es que salió de buena gana de Esparta para ir por algun tiempo á país extranjero. Los tarentinos pidieron socorro á Lacedemonia contra los lucanios, y Arquidamo se ofreció á mandar la fuerza auxiliar. Pasó con un cuerpo de ejército á Italia, pero fué muerto junto á Mundonio, cuya situacion no se sabe á punto fijo (338). Erigiéronle una estátua en el templo de Júpiter olímpico, honor que á ningun otro rey de Esparta cupo (Diodoro, lib. 16).

356. En el reinado de Arquidamo se encendió la guerra dimanada de la supersticion griega, que se llamó sagrada, y duró diez años. Los focenses dieron en querer cultivar unas tierras cercanas al templo de Delfos, y los tebanos los trataron por ello de sacrílegos, citando á los culpables ante el tribunal de los anfictiones, protectores del templo de Apolo. La sentencia declaró profanadores y sacrílegos á los focenses, condenándolos á una multa asaz crecida. Pero, á instigacion de uno de sus primeros compatricios, llamado Filomeles, se opusieron al decreto pretendiendo que á ellos perteneeia la administracion del templo. Empuñaron las armas para sostener su pretension, apoyándola en la autoridad de Homero, y nombraron por su general á Filomeles, que pudo alcanzar la adhesion de los lacedemonios. Confirmaron los anfictiones la sentencia, declarando la guerra á los focenses. Alármanse á favor suyo Lacedemonia, Atenas y algunas ciudades del Peloponeso; y por poco se enciende la guerra entre ellas y los locrios y tesalos. Poco á poco el fuego de esa guerra contaminó la Grecia entera. Filomeles comenzó la campaña entrando en el templo de Delfos, apoderándose del tesoro, y pagando luego con él á sus tropas. Pero, después de ventajas considerables obtenidas por espacio de algunos años, fué completamente derrotado por los tebanos que le fueron al alcance hasta el borde de un precipicio, al cual se arrojó por no caer en sus manos (354). No acabó la guerra con su muerte, reemplazándole en el mando su hermano Onomarco, á quien se vé al año siguiente á la cabeza de los focenses. Filipo, rey de Macedonia, no tomó parte en esa guerra. Entretanto iba ensanchando sus fronteras, y la Grecia, con sus necias divisiones intestinas, le facilitaba ocasion para conquistarla mejor.

Agis II, hijo de Arquidamo, reinaba en Lacedemo-

nia desde la muerte de su padre, acaecida en el mismo dia y á la misma hora en que se dió la batalla de Queronea. Los rápidos y brillantes progresos de Alejandro Magno en Asia contra Dario, no quebrantaron sus bríos. El rey de Persia le envió una flota desde Fenicia, y la condujo á Creta (332) apoderándose allí de varios puntos en nombre de Dario. Ocho mil griegos, que escaparon después de la batalla del Iso, fuéron mas adelante á reforzar sus tropas de tierra, y las empleó contra Antípatro, á quien dejó Alejandro por lugar teniente suyo en Macedonia. Agis ganó varias batallas á Antípatro, lo que estimuló á las repúblicas griegas, excepto á los aqueos, atenienses y etolios, á confederarse con él para hacer frente al poderoso macedonio. Sabiendo Antípatro que iban á invadir la Macedonia, les salió al encuentro en Megápolis, matóles cinco mil hombres en una sola batalla, y persiguiólos hasta los confines de la Laconia. Agis habia quedado en el campo de batalla cubierto de heridas, y no pudiendo tenerse en pié, probó un postrer esfuerzo; apoyó una rodilla en el suelo y se fué defendiendo con su lanza hasta morir (329).

Con él acabaron las glorias de Esparta. Viéndose esa república, muerto su rey, inundada de tropas macedónicas orgullosas con la victoria, no se resistió ya mas, y aun suplicó á Antípatro vivamente que apoyase con sus recomendaciones á los embajadores que mandaba á Alejandro para que acceptase el señorío de su tierra, dejando vivir con sus leyes á sus moradores. Luego permaneció tranquila en el período restante del reinado de Alejandro. Pero, muerto el conquistador, en medio de los trastornos que agitaron á la Grecia, trató de recobrar su independencia. Hasta aquel tiempo Esparta no estaba amurallada, teniendo por único baluarte, segun las leyes de Licurgo, el valor de sus ciudadanos. Pero, al ver que faltaba ya el valor antiguo, convinieron los lacedemonios en construir murallas. Así permaneció cierto número de años, que no es fácil calcular exactamente. En ese período bonancible aparece Macánidas en el trono sin que sepamos cómo subió á él. Lo que sí es cierto, que era de elevado linaje, y acaso de sangre real. Su valor era digno de su cuna. No era menos notado por la altivez de carácter, pues, por no querer superiores, ni siquiera iguales, echó por tierra el poder de los éforos, llegando su ambicion hasta querer dominar en todo el Peloponeso. Pero, encontró un enemigo terrible en Filopemen, jefe de los aqueos, quien le mató en un combate cerca de Mantinea, por los años de 206.

Poco después de su muerte Lacedemonia cayó en poder de Nabis, á quién el rey Filipo de Macedonia habia confiado ya en depósito la ciudad de Argos. Era uno de los mas perversos tiranos que se habian visto en la tierra. Dicen de sus crueldades cosas que espantan la imaginacion. Para atormentar á sus enemigos, habia inventado una máquina en forma de estátua parecida á su mujer Apega. La hizo cubrir con un magnífico vestido que ocultaba unas puas de hierro de que estaban llenos brazos, manos y pecho. Cuando alguien no le daba el dinero que él pedia, solia decir: « Tal vez no logre yo persuadiros; mas espero que lo conseguirá mi mujer.» Entónces hacia avanzar la fatal máquina, que, dando por medio de resortes un abrazo al desgraciado, le obligaba á acceder á cuanto quisiera (Polib. lib. 13, fragmentos).

Espantados los aqueos con el poder de Nabis que iba cada vez en aumento, invocaron el auxilio de Roma. El senado envió contra él al cónsul Flaminio, que le cercó en Esparta, y le obligó á pedir la paz. No bien hubo desaparecido de Esparta el general romano, Nabis volvió á sus crueldades. El famoso Filopemen, á la sazon pretor de los aqueos, fué á sitiarle al puerto de Githio, cerca de Lacedemonia; pero, el tirano se defendió y tuvo que retirarse. No habiendo hecho este contratiempo mas que reanimar el valor de Filopemen, venció á Nabis en muchos encuentros por tierra, y apesar de esto, el tirano no llegó á sucumbir enteramente. Pero, uno de sus mismos capitanes, llamado Alexamenes, cansado de tantas tropelias y violencias, le hizo dar muerte en el año 192 antes de Jesucristo. Después de esto, Alexamenes entró en Esparta á la cabeza de sus tropas é iba á permitirles que pusiesen la ciudad á saco; pero, viendo sus habitantes que no habian hecho mas que mudar de tirano, corrieron al palacio y le degollaron, matando á veinte y cinco soldados de á caballo que le servian de guardia. Entrando entónces Filopemen en la Lacedemonia, á donde fué con un cuerpo de aqueos que habia dejado de observacion cerca de la ciudad, se presentó á los éforos y vinieron en unirse en un solo estado con los aqueos y las otras ciudades del Peloponeso, ratificando el convenio el senado y el pueblo: y desde entónces Lacedemonia solo fué contada como una parte de la Acaya.

Ensoberbecidos los aqueos ó acayos por el aumento de su poder, quisieron atropellar á los lacedemonios, pero, los hallaron reácios con respecto á las nuevas leyes que pretendian imponerles. Filopemen, que á la sazon se hallaba en Lacedemonia, mandó tener cerradas las puertas hasta que se arreglasen aquellas diferencias entre unos y otros. Luego los lacedemonios, agradecidos al mediador, comisionaron á Tirolao, ciudadano de los principales, para que fuése á Megápolis, en donde residia Filopemen, á regalarle ciento veinte talentos, procedentes de los bienes de Nabis. Acceptados por Filopemen, nó sin haberlos rehusado mas de una vez, los empleó en obras públicas. Mas luego se agriaron sus relaciones, y los lacedemonios llegaron á odiarle. Para vengarse de su ingratitud fué á Esparta, hizo arrasar las murallas y derogó las leyes de Licurgo (188). Sublevándose mas adelante los mesenios contra los aqueos á quienes se habian sometido, Filopemen fué á atacarlos, portándose muy valerosamente en varios encuentros. Pero, un dia, cayó del caballo durante la refriega, y hecho prisionero por los enemigos, fué conducido á Mesenia y encerrado en la cárcel. Dinócrates, pretor de los mesenios y enemigo mortal de Filopemen, temió que seria puesto en libertad, y le hizo envenenar (183). Á este claro varon se le ha llamado el último griego. En su conducta se habia propuesto por modelo á Epaminondas. Le imitó en su desinterés completo, en su modestia y sencillez, en su prudencia en el deliberar y resolver, en la actividad y brío para la ejecucion. Siempre mantuvo una severa disciplina en el ejército.

Plutarco refiere como sigue la muerte de Filopemen: Cuando le trajeron la copa envenenada, Filopemen preguntó qué habia sido de sus compañeros de armas. Al saber que la mayor parte se habian salvado, exclamó alborozado: gracias, ó dioses, de que no seamos todos desgraciados.

Todos los aqueos volaron á las armas por vengar la indigna muerte y malos tratos que tuvo que sufrir su ilustre conciudadano, y su venganza fué completa, pues cayeron en sus manos y murieron los que se habian cebado en él. Quemaron el cuerpo de su jefe, y encerraron las cenizas en una urna coronada de flores, de suerte que pudo decirse de Filopemen, que aun después de muerto triunfaba.

LA FRIGIA ALTA Y BAJA,

Y SU MITOLOGÍA.

Los frigios, cuyas luchas con los griegos son tan célebres entre los poetas, habitaban casi en el centro del Asia menor; mas no podemos fijar exactamente sus límites, porque se extendian ó estrechaban segun el tiempo y las circunstancias. Su país abundaba en toda suerte de granos; la cultura purificaba el aire, el que al presente es muy denso por efecto triste de las guerras que echaron fuera á los labradores, destruyeron los ganados, y convirtieron los pastos en pestilenciales lagunas. El mismo azote hizo desaparecer las muchas ciudades que hermoseaban este país, que ahora casi por todas partes está cubierto de ruínas. Mas la guerra no fué la única causa de estos desastres, porque los temblores de tierra tuvieron en ellos mucha parte. Se advierte con admiracion que en una ciudad por cuatro veces edificada con diferentes nombres en un mismo sitio, y arruinada por otras tantas, ya no han quedado mas que escombros. Los rios de la Frigia no son muy grandes, y sus montañas son de poca elevacion; pero la imaginacion de los poetas dió aguas á sus rios, y altura á sus montes, aplicando á sus nombres algunos sucesos que los hicieron recomendables para los que gustan de la mitología.

Confesaban los egipcios que los habitantes de la Frigía eran mas antiguos que ellos. Los hacian descendientes de uno de los hijos de Gomer, y pasaban por afeminados, y de complexion flemática, por lo que solo á fuerza de golpes cumplian su obligacion. Eran muy supersticiosos, y se les atribuye que inventaron la adivinacion por el vuelo y canto de las aves. Su música, conocida con el nombre de « estilo frigio, » y su danza poco animada, y lenta, participaban de la blandura de su carácter.

Teniendo al rededor buenos mares y puertos, no es regular que careciesen de comercio; pero se ignora en qué tiempo floreció, y hasta dónde le extendieron. Tampoco se sabe cuáles fuéron sus ciencias, ni si practicaron otras artes que las que son absolutamente necesarias para las necesidades de la vida. Tenian su propia lengua, de la que se conservan algunas palabras que en nada se parecen á las de la griega; y tambien ignoramos cuáles fuesen los caractéres de su escritura.

La religion de los frigios es famosa por un rito tan ridículo como cruel. Atis, nacido de la hija de un rey de Frigia, que quedó en cinta por haber puesto en su seno una flor de granado, fué criado por Nedestris, especie de hechicero, y por Cibeles llamada « la buena diosa, » que se aficionaron singularmente á él. El destino de Atis parece que era el ser amado. Midas, otro rey de Frigia, le quiso tanto, que le destinó para su hija, y sin duda tomó esta resolucion sin consultar á Nedestris ni á Cibeles, pues estos lo sintieron mucho. Midas, temiendo su mala voluntad, quiso cerrar las puertas de su palacio el dia de las bodas; pero Cibeles quitó las paredes del palacio y las torres de la ciudad poniéndolas sobre su cabeza, y se presentó en medio de la asamblea con este peinado, que la ha quedado para siempre. Nedestris lo hizo peor, porque, inspirando la confusion entre los convidados, se apoderó de ellos el furor. Atis se mutila y muere, la esposa se quita la vida, y Cibeles va corriendo por el mundo llorando la muerte de su querido Atis. Esta catástrofe fué el motivo de un culto religioso, cuya accion principal era mutilarse sus sacerdotes por sí mismos. Llevaban por las ciudades y lugares las estátuas de la buena diosa, como ellos la llamaban, cantando himnos en honra suya. Hay motivos para creer que acompañaban estos cánticos con ritos lascivos, que despues hicieron despreciables igualmente la liturgia y sus ministros.

Los reyes de Frigia fuéron muchos. Hubo en ella muchos reinos pequeños, que tal vez tenian una sola ciudad con su territorio: pero todos conservan en la historia el nombre de reyes de Frigia, sin que se pueda fijar el lugar preciso de su dominio. El primero que se vé en la escena se llamaba Inaco. Le dijo el oráculo, que todo pereceria con él en su muerte: empezó Innaco á llorar, y siempre que pensaba en esta triste desgracia que habia de suceder, lloraba, de donde nació el proverbio « llorar como Inaco; » pero de poco le sirvieron sus llantos, porque despues de su muerte vino un diluvio que todo lo destruyó.

Los reyes de Frigia se llamaban alternativamente Midas y Gordiano; lo que hace muy confusa su sucesion. Un Midas precedió á un Gordiano primero, que del arado se vió elevado al trono. Mientras estaba labrando la tierra se puso un águila sobre el yugo de sus bueyes, y estuvo allí todo el dia. Consultó Gordiano el oráculo, y al entrar en la ciudad le sucedió otra aventura, porque una hermosa dama le habló del asunto á que iba, y le dijo: « yo te explicaré este prodigio, y aun otro mas, porque lo entiendo. » La escuchó, y ella le aseguró que el primer prodigio le anunciaba una corona. Apenas podia darla crédito, y ella añadió: lo sé por tan cierto, que me ofrezco á ser tu esposa y compañera del trono contigo: y aceptó Gordiano esta promesa.

Algun tiempo despues hubo una guerra civil sobre la eleccion de rey, y no sabiendo los frigios cómo componerse, resolvieron elevar al trono al primero que viesen llegar en un carro al templo de Júpiter: éste fué Gordiano. Le saludaron rey, y consagró en el mismo templo su carro. El nudo con que ató el yugo estaba hecho con tal arte, que dijo el oráculo, que aquel que le desatase conseguiria el imperio del universo. Este es el famoso nudo gordiano que Alejandro cortó, no pudiendo desatarle.

Tambien habló el oráculo á favor de Midas su hijo, con el motivo de que un hormiguero depositó en su boca mientras él dormia toda su provision de trigo. Este, dijo el oráculo, tendrá inmensas riquezas; y en efecto se cumplió la profecía.

En tiempo de Gordiano, su hijo, se abrió un grande agujero en medio de la ciudad de Celene. Hicieron grandes sacrificios para que aquel tragadero se cerrase: pero él se abria cada vez mas: razon, si la hubo alguna vez, para consultar al oráculo. Este respondió: « echad en esa sima lo mas precioso que teneis. » Las mujeres llevaron oro, plata, joyas; pero el hundimiento se abria mas y mas. ¿Qué es lo mas precioso sobre todo esto? Dijeron; y pensándolo en sí mismo Oncaro, escelente ciudadano, « sin duda, dijo, es la vida. » Encantado con este descubrimiento abrazó á su padre, se despidió de su mujer, montó á caballo y se precipitó en el sumidero, el que al punto se cerró.

Lintersis, usurpador, se nos representa con poca diferencia, como se cuentan las historias de las brujas. Acometido de una hambre devoradora, en la que comia en un solo dia tres cestos de pan, y de una sed igual, con la que bebia en el mismo espacio de tiempo veinte y cuatro azumbres de vino, mataba tambien por solo su gusto á los hombres; mas no se dice que los comiese. Así se encuentra en la historia algunas veces el fundamento de los cuentos y las fábulas. Despues de este bárbaro ocuparon el trono dos Midas y dos

Gordianos, y respecto de nosotros no hicieron mas que pasar, pues de su existencia apenas nos ha quedado el nombre y la época en que parece se acabó esta monarquía.

Bajando de la alta Frigia hácia el Helesponto nos hallamos en los lugares que hizo célebres el ingenio de Homero. El monte Olimpo, habitacion de los dioses: el monte Ida, en el que el pastor Páris dió á Venus la preferencia en la hermosura: el estrecho de Sestos y Abidos, famosos por los amores de Leandro y Hero: el Escamandro y el Simois, que son grandes rios en la guerra de Troya, y apenas merecen ahora este nombre, y por último la misma Troya, ó por mejor decir sus ruinas.

Hablando de la baja Frigia es preciso repetir lo que dijimos de la alta: que es un país delicioso y de agradable temple, con la diferencia de que el aire, refrescado con los vientos de mar que se levantan á sus tiempos regulares, es mas saludable. El monte Ida, que mas bien es una cordillera de montañas, que una altura aislada, está sembrado de valles en los cuales, con la sombra que hacen las alturas, se respira un aire embalsamado.

En punto á religion, costumbres y carácter, los habitantes de la Tróyada debieron diferenciarse de los otros frigios en ser mas belicosos, y puede ser la causa la vecindad del mar, que introdujo entre ellos colonias griegas, con las que se mezclaron. Esta misma situacion pudo comunicarles el gusto del comercio y su ejercicio.

Teucro, hijo de Escamandro y de Ida, esto es, nacido en la Tróyada en donde reinó, apenas es conocido sino por Dárdano su sucesor, que era su yerno, y nó su hijo, á quien Teucro hizo venir de la Samotracia, en donde reinaba, con la noticia de su virtud. No engañó este príncipe sus esperanzas. Fué hombre justo é inclinado al culto religioso: porque trajo consigo el paladion, que era una estátua de Minerva, en cuya conservacion vinculaba el oráculo la salud de la ciudad en donde la colocasen. Edificó Dárdano un templo, y la puso en él.

Eriston su hijo le sucedió, heredando sus virtudes y su felicidad. Tros, hijo de Ericton, fué el padre de Ganimedes, jóven de singular hermosura, á quien envió con presentes á Júpiter, que era un rey poco distante. Para llegar á sus estados era preciso pasar por los de Tántalo; y este, enamorado de la hermosura de Ganimedes, le conservó en su corte; pero Júpiter le reclamó. Por la negativa de Tántalo se siguió una guerra entre los dos reyes, en la que Tántalo fué vencido y condenado á ver siempre los objetos que mas deseaba, sin poder jamás gozarlos. Tros fué fundador de Troya: de este descendió Anquises, amante favorecido de Venus, de cuyos amores nació Eneas. Á Tros le sucedió Ilo, que tuvo dos hijos famosos, Memnon, cuya estátua herida de los rayos del sol daba un son armonioso; y Titon, el amante de la Aurora. De él dicen que se visitaba con esta diosa, porque siendo gran cazador se levantaba muy de mañana. La Aurora le consiguió el privilegio de ser inmortal; mas nó privilegio para no envejecer, lo cual hacia por lo menos inútil el presente de la inmortalidad.

La ciudad de Troya debe su fundacion á Laomedonte, hijo de Ilo. La edificó con el auxilio de Apolo y de Neptuno: esto es, con las riquezas que halló en sus templos. En su tiempo abordaron los argonautas á la Tróyada, y fuéron en ella bien recibidos. Á Laomedonte le mató Hércules por la imprudencia de haberle él provocado. Estos diferentes príncipes y sus aventuras nos llevan como por la mano á la guerra de Troya.

Esta guerra (1750), segun el poeta Homero, tuvo por causa el robo de Helena, á la que Páris, hijo de Príamo, rey de Troya, quitó á su esposo Menelao, en cuya casa habia recibido buen hospedaje. La reclamó su marido; pero el rey de Troya no se la quiso restituir. Menelao armó toda la Grecia á favor de su causa; y los príncipes coligados juraron la ruina de Troya, y no separarse hasta haberla enteramente destruido. Mucho asombra la obstinacion de Príamo en no restituir á Helena, aunque consagrada por el modo de contarla Homero. Pero los historiadores añaden una circunstancia que el poeta omitió, y justifica la defensa porfiada de Príamo.

Tenia este príncipe una hermana llamada Hesione, casada con Telamon, rey de una isla pequeña del mar de Grecia, á la que mas trataba este como concubina, que como á legítima esposa. Príamo cansado de verla tan injuriada la pidió. Resolvió el esposo remitirla: preguntó á los reyes de las islas vecinas, y decidieron estos que no debia Telamon restituir la hermana de Príamo; y decidieron tambien, sin duda porque los amenazaban con represalias, que si Helena, mujer de Menelao, llegaba á serle quitada, se reunirian todos contra el robador. Por último, Hesione no fué restituida al hermano, y Helena fué robada. Esta recíproca injuria nos explica de qué principio nació un odio que, como de ordinario sucede, se agrió á proporcion que hubiera sido fácil extinguirle si se hubieran hecho mútuamente justicia.

Bien se necesitó el pincel de Homero, y su imaginacion brillante y fecunda para pintar de modo que merezca la atencion una guerra entre príncipes, cuyos estados no se extendian cada uno de ellos mas que á una isla, y aun á sola una ciuddad, para ennoblecer sus piraterías y robos y dar á sus estragos el aire de heroísmo. Las conferencias, marchas, extratagemas, treguas, combates, accion y descanso, todo es en su pluma maravilloso. Sus dos poemas, sobre lo que tienen de agradables, han llegado á ser útiles como fundamento de la historia; porque cuentan el orígen de muchos pueblos, sus costumbres, sus emigraciones, sus mezclas, y hasta su situacion geográfica.

Llevaron las naves griegas cien mil hombres delante de Troya, y se presume que los nueve años primeros de sitio se pasaron en escaramuzas ó pequeños combates. Se vieron los griegos acometidos del hambre, y les fué preciso recorrer las islas vecinas, y de estas volvieron con víveres y esclavos. Se restituyeron delante de Troya, y experimentaron peste, ocasionada con la infeccion del aire, que es la consecuencia de las inundaciones. Ellos se iban reclutando en sus mismas correrías; y á los troyanos los ayudaban los reyes de tierra firme con grandes socorros. De una y otra parte perecieron muchos jefes, «Patroclo, Aquiles, Héctor, y el mismo Páris.» Ya en el último y décimo año hicieron los griegos un esfuerzo general; conquistaron á Troya, y la arruinaron enteramente.

Hoy permanecen en pié dos ruínas, una á distancia de media legua de la otra: la primera, mas distante de la ribera del mar, se cree que sea la de la antigua Troya, la segunda, mas cerca del mar, se supone ser la de otra nueva Troya edificada por los romanos, que, persuadidos á que descendian de aquella, miraron como punto de honra construirla. De los troyanos que escaparon de los griegos, unos se refugiaron en los países vecinos y se confundieron con sus habitantes, y otros llevaron lejos de allí los restos de su fortuna, y los efectos mas preciosos que pudieron salvar del saqueo

y el incendio, grabando en los corazones de sus descendientes la memoria de su patria, y dando á los lugares en donde se establecieron los nombres amables de los que vieron en su infancia.

Muchos de los vencedores no fuéron mas felices que los vencidos; porque, restituidos á sus reinos, después de diez años de ausencia, no encontraron mas que confusion, anarquía y conspiraciones. Las mujeres se habian olvidado de sus maridos: los hijos ya no conocian á sus padres; y aquellos príncipes, unos rechazados de sus pueblos, y otros mal recibidos, se alejaron de aquellas ingratas tierras, y fuéron á fundar colonias, á las que con la lengua griega comunicaron su religion, leyes y costumbres. Tal es la parte épica de la historia de la Frigia que se roza con los antiguos tiempos de la de la Grecia, entremezclada de fábulas y de verdades disfrazadas.

LA SICILIA.

Conviene tratar aquí, por lo que se roza su historia con la de la Grecia, de los llamados tiranos, reyes, generales ó magistrados de la Sicilia.

Llamabáse en los tiempos heróicos la Sicilia, que es la isla mas considerable del Mediterráneo, «isla del sol, tierra de los cíclopes, etc.» Tres promontorios ó cabos célebres, llamados en lo antiguo «Pelor, Pachynum, Lilibeo,» y ahora «Capo del Faro, Capo Passaro, Capo di Baco,» dan á la isla una figura triangular. De ahí le viene el nombre de «Trinacria, Trinacia, y Triquetra» que le dieron los romanos. Las medallas antiguas de Sicilia designan los tres promontorios por medio de tres piernas dominadas por una cabeza, y entre las tres piernas hay tres espigas para significar la fertilidad de la isla, que, durante muchos siglos no tuvo rival en cuanto á fecundidad, comparada con otras partes de la tierra entónces conocida.

Es muy antigua la opinion que supone estaba unida la Sicilia con la Italia en los tiempos primitivos, y que fuéron separadas por algun terremoto, y esta opinion no deja de ser muy verosímil, atendidas las observaciones que se han hecho acerca de las revoluciones de nuestro globo, y por ser considerables los ejemplos de separaciones parecidas que han acontecido en varios puntos del mismo. Muy obscuro es el orígen de los primeros moradores de esta isla. Como la de todos los pueblos antiguos, está envuelto en fábulas. Dice el Génesis (cap. x.) que Elisa, Tarsis, Cetim y Dodanim, hijos de Javan, se repartieron las islas de las naciones. Eusebio cree que la Sicilia cupo al mayor. Este sistema, que no deja de tener sus fundamentos, se ha adoptado por muchos cronólogos como el mas verosímil. Colonias de varios pueblos, mas ó menos cercanos, fuéron á establecerse en ella y fundar ciudades, atraidos por la benignidad de su clima. No cabe duda en que los «sicanios,» indígenas de Sicilia ú oriundos de España, en que habia un rio llamado «Sicano,» ó gobernados por un rey que se llamaba Sicano, dieron el nombre de «Sicania» á la Sicilia, apellidándose sicanios sus moradores. Todavía se llama Sicania la region situada entre el Capo Passaro y el de Baco. Como dos colonias de ligurios, ó de otros pueblos, pasaran en balsas desde Italia á Sicilia por los años 1294 y 1289 antes de Jesucristo, dirigidos por un jefe llamado Sículo, este impuso su nombre á la Sicilia, y el de sicilianos á sus habitantes. Sobre trescientos años mas adelante fuéron los griegos á la isla, aumentando de tal suerte su número, que la Sicilia se llamó entónces «tierra de los griegos, ó la Grecia grande.» Con ellos se introdujo su lengua, que se hablaba juntamente en Sicilia con la fenicia y la siciliana, de donde les vino todavía á los sicilianos el ser llamados «trilingües,» ó pueblo de las tres lenguas.

Cocalo ha sido uno de los reyes mas célebres de los sicanios. Cree Justino que reinó en toda la Sicilia. Los poetas han celebrado las aventuras de este príncipe, haciéndole contemporáneo de Minos, rey de Creta. Lo que hemos hallado mas conforme con las probabilidades históricas, es, que en tiempo de Minos (1295), unos cretenses acaudillados por su rey, arribaron á Sicilia, al paraje que fué después llamado Minoa, y que allí se establecieron y prosperaron, introduciendo en la isla el culto de las madres; conviene á saber, de las mujeres que, segun la mitología, habian criado ocultamente á Júpiter. Aquel culto llegó á ser muy célebre con el tiempo en toda la Sicilia. Cocalo vivia entónces en Camico, que era su capital, situada cerca del sitio en que después fué fundada Agrigento (Girgenti).

Sículo reinaba en alguna parte de Italia. No están de acuerdo los autores acerca del nombre de la gente ó pueblo que le obedecia, ni tampoco acerca del tiempo en que entró en Sicilia (1289). Pero de sus diferentes opiniones se desprende, que, por los años de 1289, ó poco después, un príncipe de Italia llamado Sículo pasó á Sicilia con una nacion, y se apoderó á mano armada de lo mejor de la isla, ocupada á la sazon por los sicanios; y que, trás de muchas guerras, cuyos pormenores no se han conservado, se retiraron los sicanios de buen ó mal grado á la region situada entre Pachinum y Lilibeo (1).

---

(1) Tiranos de los leontinos.—Panecio es el primer tirano de Sicilia, si hemos de dar crédito á Eusebio. Durante una guerra que hubo entre megarios y leontinos, estos eligieron por jefe á Panecio. Así que se vió en el mando, trató de fomentar divisiones entre ricos y pobres. Un dia en que palafreneros y criados habian salido por forraje, prometióles el general que les permitiria que se quedasen con los caballos, si mataban á sus amos. Bastante hubo dicho para que así lo hiciesen (614). Entónces Panecio entra en la ciudad con aquellos asesinos, y se hace señor absoluto. Es el único de los tiranos leontinos de quien la historia haya conservado el nombre.

Tiranos de Agrigento.—Falaris, el tirano mas famoso de Sicilia, cuyo nombre horroriza todavía, nació, segun comunmente se cree, en Astifalea, isla del mar Carpacio. Su padre se llamaba Leodamas. Quedó huérfano desde muy jóven, y casó con Eritia en la que hubo á Pauvolas. Extremadamente ambicioso, arriesgado y astuto, no tardó en hacer sospechar á sus compatricios que aspiraba á la tiranía. Le echaron de Astifalea, dejando en ella á su mujer con su hijo, y retirándose á Agrigento con grandes riquezas, de las que se sirvió para bienquistarse con los agrigentinos. Á poco llegó á ser su amo (564), exterminando á los que tenia por enemigos. Con todo, á veces tenia ratos de clemencia. Guerreó mucho con sus vecinos. Se ignoran los detalles, solo si se sabe que cuando no le bastaba la fuerza, acudia á toda clase de recursos. Se le atribuye la invencion de una máquina con la cual se arrojaban á lo lejos materias combustibles, y se llamó Falaria. Un fundidor de fama, llamado Perilo, creyó halagar al tirano presentándole una máquina que inventó. Era un toro de bronce de mayor tamaño que el natural, y construido de tal suerte, que se podia meter á un hombre en la concavidad del vientre. Si se le ponia fuego por debajo, los gritos del paciente figuraban el bramido del animal. Pensó Falaris que el mejor modo de recompensar á su autor, era hacérselo ensayar primero que á nadie; y con el tiempo el tirano se sirvió del toro para satisfacer sus perversos instintos. Aunque ocupado en sostener su tiranía, Falaris gustaba de platicar con filósofos. No habiéndole podido Zenon persuadir que abdicase la tiranía, formó contra él una conspiracion, y fué descubierta. Se le estaba dando tormento en la plaza Mayor, pero lejos de amilanarse el filósofo, habló en medio del tormento con tanta animacion á los de Agrigento contra la tiranía, y su degradacion por sobrellevarla, que se echaron sobre Falaris y le apedrearon (548). Pretenden otros que los agrigentinos le encerraron en su infernal máquina; de un modo ó de otro escaparon de las garras de un malvado. Existen cartas que traen el nombre de este príncipe; pero, el silencio de los antiguos sobre esas cartas, su estilo ampuloso, la poca verosimilitud que encierran, y

Eolo reinaba sabiamente en Lipari, isla casi contigua á la de Sicilia, mientras sicanios y sicilianos estaban en cruel guerra. Tenia seis hijos, Astioco, Juto, Androcles, Feremon, Jocasto, y Agatirno, quienes imitaban las virtudes de su padre. Su buena reputacion movió á ambos pueblos á suspender sus hostilidades, y á darse por reyes á los hijos de Éolo. Muertos ellos, les sucedieron sus hijos; pero faltan los detalles de su gobernacion. Esta dinastía reinó en Sicilia durante muchas generaciones, y al extinguirse, dieron los sicilianos el trono á sus compatricios mas esclarecidos.

1173. Es probable que durante el reinado de alguno de estos príncipes, los fenicios de Tiro, cuyo comercio estaba tan floreciente antes de la fundacion de Cartago, fuéron á establecerse en las costas de Sicilia. En ella encontraron á los troyanos, á quienes sirvió de asilo la isla, y en la que habian fundado ya varias poblaciones. Pero, los griegos fuéron los mas numerosos y de mas poder entre todos los pueblos que se establecieron en Sicilia. Sin embargo, nada dice la historia acerca de las cosas de este país por espacio de mas de seis siglos, si se exceptúa la edificacion de algunas ciudades, sobre la cual no están siempre conformes los autores. Cuando vuelven los sicilianos á presentarse en escena, los hallamos con una forma de gobierno igual á la de Atenas; mas luego, los mas poderosos trataron de alzarse á toda costa con la soberanía. Á muchos les salió bien, de modo que cada ciudad tuvo,

---

el dialecto ático substituido al dórico que era el usado en Sicilia, patentizan hasta tal punto la suposicion de los mismos que casi todos los sabios convienen en ella.

Alcamenes, muerto Falaris, gobernó á Agrigento con suerte.

Alcandro, sucesor de Alcamenes, se distinguió por lo suave de su administracion. Fué afortunado como su predecesor, y como él vistió la púrpura, que era distintivo de reyes.

Teron descendia, segun dicen, de Agenor, de Cadmo, etcétera. Su padre se llamaba Enesidemo, y habia servido con alguna gloria en la hueste de Hipócrates, tirano de Gela. Se ignoró cómo ascendió á la autoridad soberana que ejercia en este año (476); pero, si hemos de creer á Píndaro, fué príncipe generoso, bien que le costó bastante sostenerse en el mando. Capis é Hipócrates, parientes suyos, y á quien ambos debian beneficios, se rebelaron contra él, formando un gran partido, cuyo jefe era Tirilo, tirano de Himera. El príncipe agrigentino salió victorioso. Fugóse Tirilo, y Teron puso en Himera de gobernador á su hijo Trasideo. Para mas afianzar su autoridad, Teron habia casado su hija Demarata con Gelon, príncipe de Siracusa, desposándose él con la hija de Polizelo, sobrina de Gelon. No le fueron inútiles estos enlaces. Fuera Tirilo de Himera, se refugió en Cartago, cuya proteccion invocaba. Anatilas, yerno de Tirilo, ofreció á los cartagineses que podian contar con él si ayudaban á su suegro. Como Cartago no queria mas que un pretexto para invadir la Sicilia, declaró la guerra á Teron. Amilcar, hijo de Hanon, fué de jefe de la expedicion (480); trescientos mil hombres dicen que tenia en su ejército. Muchos sicilianos se declararon por Cartago, entre otros, los selinuntinos. Amilcar tenia dos mil buques mayores, y mas de tres mil de menor porte para las municiones y víveres. Amilcar se aproxima á Himera, y sus habitantes le salen al encuentro con poco órden. Los cartagineses mataron á muchos, dispersándose pronto los demás. Con este primer golpe los de Himera estaban perdidos sin remedio. Pero Gelon, á instancia de Teron, llegó oportunamente, y los sacó de apuros. Poco tiempo guardaron los himereos la memoria del beneficio que acababa de dispensarles el rey de Agrigento. Verdad es que estaban tiranizados por Trasideo. Cansados de sufrir el yugo, enviaron mensajeros secretos al príncipe de Siracusa, ofreciéndole la soberanía de su ciudad. Hieron revela á Teron lo que se estaba haciendo contra él en Himera. Estos príncipes quedaron amigos, pero la revelacion costó la vida á todos los himereos que estaban en la conspiracion. La ciudad quedó desierta y Teron volvió á poblarla con griegos y dorios.

472. Teron salió vencedor en los juegos olímpicos muriendo á fines de este mismo año que era el de su victoria. Píndaro y Diodoro hablan de él asaz ventajosamente. Los agrigentinos le tributaron despues de muerto honores propios de un héroe.

Trasideo, sucedió á su padre Teron, y estuvo en guerra con Hieron, rey de Siracusa, el que le venció. Algun tiempo después murió á manos de los suyos, y Agrigento recobró su libertad.

503. Tiranos de Gela.—Cleandro, natural de Patana, fué soberano de Gela del modo que lo habia sido Panecio en Leoncio, siendo su fin poco mas ó menos parecido, pues le mató un habitante de Gela, llamado Sabilo (496). Habia gobernado siete años.

Hipócrates era hermano de Cleandro, y le sucedió. Al principio de su reinado tuvo fuertes guerras con los calipolitanos, los naxios, los zancleanos y los leontinos. Les venció añadiendo la perfidia á la fuerza. Tambien peleó Hipócrates con los bárbaros; es decir, con los antiguos pueblos de Sicilia, sojuzgando á varios de los mismos. Enemistóse después con los siracusanos, á los cuales derrotó en batalla campal junto al rio Eloro. Los corintios y corcireos ofrecieron su mediacion, y se concertó la paz. Hipócrates devolvió sus prisioneros á los siracusanos, quienes le cedieron la marina, á donde envió una colonia. Después de un gobierno muy afortunado, que duró cinco años (492), pereció en una batalla contra los sicilianos delante de Hibla.

Gelon, uno de los varones mas célebres de Sicilia, descendia de una familia de la isla de Telos, en el mar Égeo, que habia ido á establecerse en Sicilia cuando se fundó Gela. Su abuelo Telines era sacerdote de los dioses infernales en Gela, cuyos habitantes agradecidos á un servicio importante que les prestó, confirmaron el sacerdocio en su familia. Telines tuvo á Dinomenes, padre de cuatro hijos que fuéron: Quelon, Hieron, Trasibulo y Policelo. Gelon abrazó la carrera militar, y adelantó tanto en ella que llegó á general de la caballería de Hipócrates. Muerto el tirano de Gela, los geleos trataron de sacudir el yugo de sus hijos. Gelon, so color de gratitud para con su bienhechor, toma el partido de sus hijos, Euclides y Cleandro, y vence á los geleos, solo que guardó para sí el mando supremo. Solidada en Gela su autoridad dá oidos á algunos proscritos principales de Siracusa y les promete que tratará de favorecer su partido. Presentóse al efecto con un ejército delante de Siracusa, y luego le abrieron las puertas, consintiendo en tomar las riendas del gobierno soberano de aquella ciudad. Luego que se vió en aquel puerto, cedió á su hermano Hieron la soberanía de Gela.

491. Hieron fué soberano de Gela por esta cesion de su hermano, sin que conste cómo gobernó en ella, constando tan solo que por la muerte de su hermano le fué abierto el camino del trono de Siracusa (478).

494. Tiranos de Regio y de Zanclo ó Mesina.—Anaxilas ó Anaxilao reinaba en Regio á principios de este año. Los zancleos que tenian por rey á Escetes, miraban á Anaxilas como á su mortal enemigo. Por su parte, Anaxilas solo pensaba en vengarse de ellos. No tardó en presentársele ocasion para hacerlo. El rey de Zanclo habia salido de su capital con todos los hombres aptos para las armas, á fin de ir á cercar una poblacion de los sicilianos. Anaxilas va al campo de los samios, aliados de Escetes, y les induce á apoderarse de Zanclo mientras estaban fuera sus defensores. Los samios tuvieron tan poca delicadeza que vinieron en ello. Al ver los zancleos tamaña perfidia, invocan el auxilio de Hipócrates, tirano de Gela; Acude Hipócrates, con su ejército, comienza por prender á Escetes y á su hermano Pitógenes, y negociando después secretamente con los samios, convienen juntos en repartirse las riquezas de Zanclo. El tirano de Gela prende á los pobres zancleos y envió trescientos al país de los sicanios. Después de esto, Anaxilas fué proclamado señor de Zanclo. Escetes pudo evadirse de su prision, y se refugió en la corte de Darío, muriendo en ella con la reputacion de ser el griego mas honrado de su tiempo. Anaxilas fué en breve tan mal quisto de los samios que estaban con él en Zanclo, como lo habia sido de los antiguos zancleos, y llamó á los mesenios del Peloponeso expulsados de su tierra por los lacedemonios. Con aquellos mesenios destruyó á Zanclo, fundando á muy poca distancia de la misma una nueva ciudad, á la que dió el nombre de Mesina, reconociendo por su rey á Anaxilas. Este habia casado con Cidipa, hija de Tirilo, tirano de Himera, y murió después de reinar diez y ocho años ya en Regio, ya en Mesina, sin que lograra asentar otra vez á su suegro en el trono de Himera.

Micito sucedió á Anaxilas como tutor de sus hijos. Entregó después el poder á sus pupilos, y se retiró á Grecia (467).

Tiranos de Himera.—Crinipo, uno de ellos, solo es nombrado en la historia como padre de Tirilo, que reinó en Himera después de él.

Tirilo sucedió a su padre y tuvo una hija que enlazó con Anaxilas, el tirano de Regio. Ni la mediacion de su yerno, ni el poderoso patrocinio de los cartagineses, pudieron restablecerle en su principado de Himera del que le arrojó el señor de Agrigento. Se ignora qué fué de él después de su caida.

por decirlo así, su tirano ó su rey particular. La historia solo ha conservado los nombres y los hechos de algunos de ellos.

491. Siracusa gobernadá por reyes.—Gelon, elevado al poder supremo por voluntad de los mismos siracusanos, segun se ve en la cronología de los tiranos de Gela, procura ir poblando su nuevo reino haciendo venir habitantes de Gela, de Camarina, etc., ocupándose al mismo tiempo en hermosear y hacer mas fuerte la ciudad de Siracusa. Valióle la amistad de Roma un regalo que la hizo de trigo en ocasion en que vino muy bien á aquella república. Los de Megaria le declararon la guerra; Gelon fué á atacarlos y les obligó á encerrarse en su ciudad, y luego á rendirse á discrecion. El vencedor destruyó á Megaria, tratando bondadosamente á los ricos, y expulsando de Sicilia el exceso de pueblo ínfimo que habia en aquella ciudad, por ser harto dado á motines.

488. Gelon lleva este año, que era el primero de la olimpíada 73.ª, el premio de la carrera en carro en los juegos olímpicos.

El poder de los cartagineses era ya admirable. Bien conoce Gelon, que, para preservar de su yugo á la Sicilia, convenia debilitar ese poder. Se niegan los griegos á unirse con él para ese objeto, no obstante lo interesados que se hallaban en ello por su comercio (484). El rey de Siracusa carga solo con el peso de la guerra; ataca á los cartagineses unidos con los egestanos, y vence á unos y á otros.

480. Á su vez Gelon se deniega á auxiliar á los griegos contra Jerjes, á no ser que se le elija general en jefe de todo el ejército. Como no se le aceptó la condicion, envió á Cadmo con tres buques de cincuenta remos cada uno para que observarse los sucesos de aquella guerra, y sobre todo, papa pedir la amistad de Jerjes en el caso de que saliera vencedor. Sucede lo contrario, y necesitó Gelon todo su poder contra los cartagineses, que solo buscaban una ocasion para invadir la Sicilia. El haber Teron echado de Himera á Terilo, se la facilitó. Acude Gelon en socorro de Teron, su aliado, á quien tenian cercado en Himera. El ejército del rey de Siracusa se componia de cincuenta mil infantes y cinco mil caballos. Sorprendió su caballería á los cartagineses é hizo en ellos gran matanza, y además diez mil prisioneros que fueron conducidos á Himera. Los selinuntinos avanzaban entretanto en ayuda de los cartagineses. Gelon se les anticipa, y hace entrar mañosamente en el campo enemigo un cuerpo de caballería siciliana que incendia las naves cartaginesas, echándose en seguida Gelon encima de la tropa que se hallaba en tierra. Trábase el combate con bizarría; pero cunde en esto la noticia de la muerte del general cartaginés Amilcar, y los suyos se desalientan y desbandan. Quince mil cartagineses pierden la vida, pues Gelon habia dado órden de no hacer ningun prisionero. Los que habian podido refugiarse en una altura poco distante se ven á poco cercados, y la falta de agua les obliga á rendirse á discrecion. Esta derrota fué de las mas completas que se encuentran en la historia. Gelon no aprovecha su victoria, como parece que pudiera efectuarlo, pasando á África. Recompensa á los que le habian dado principalmente la victoria segun sus méritos, mandando á los templos de Siracusa y de Himera los mas ricos despojos del enemigo; despide á sus aliados y se vuelve á Siracusa, en donde levanta un magnífico templo en honor de Ceres y de Proserpina, protectoras de la Sicilia (Diod. lib. 5). Con la prosperidad no perdió la moderacion. Anaxilas, tirano de Regio, y otros sicilianos que habian favorecido á los cartagineses, quedan fácilmente perdonados. La misma Cartago no tuvo que pagar mas que dos mil talentos, cantidad á que podian elevarse los gastos de una guerra provocada por ella sola, y aun ese dinero fué destinado á la construccion de dos capillas, en las cuales habia de depositarse el tratado de paz, con la promesa de no sacrificar mas niños á Saturno. Contentos los cartagineses con salir tan bien librados, regalaron una corona de oro que valia doscientos talentos á Demarata, mujer de Gelon. La reina hizo acuñar con ese oro una moneda nueva, que por su nombre se llamó «demarcia» ó «demarecion.»

Pacificada la Grecia después de la victoria de Salamina, Gelon no pensó ya en mover guerra, y prefiriendo los dotes filantrópicos á otros mas brillantes en apariencia, le tuvo enteramente ocupado la felicidad de sus súbditos. Solo ambicionaba su afecto. Con este motivo manda que el pueblo se reuna armado en junta general. En esa junta se presenta él, solo, desarmado, y da cuenta de su administracion, y de su conducta. Los siracusanos le responden con aclamaciones de entusiasmo, apellidándole salvador y bienhechor, y bien que idólatras de la libertad, consienten en que uno de los hermanos de Gelon obtenga la corona después de su muerte.

Este príncipe siguió reinando sabiamente, y promulgando buenas leyes. Adolecia hacia tiempo de hidropesía, y, conociendo que se acercaba su hora, nombró por sucesor á Hieron, que era el mayor de sus hermanos (478), encargando que se siguiesen para su entierro las leyes que habia dado contra las suntuosidades funerarias. No obstante, se le erigió un monumento grandioso que con el tiempo los cartagineses destruyeron. Pero, aun subsistia en el corazon de los siracusanos el que se habia erigido él mismo con su valor, su prudencia, su moderacion y benignidad, cuando en tiempo de Dionisio el jóven, al recobrar su libertad, derribaron las estátuas de todos sus reyes ó tiranos, excepto la de Gelon, cuyo reinado duró trece años.

Hieron, fué al principio de su reinado, injusto, cruel, enemigo de las ciencias; pero, cayó gravemente enfermo, y la conversacion de los varones célebres que habia á la sazon en Sicilia, como Píndaro, Baquílides, Simónides, Esquilo, y otros, le transformó en príncipe justo, clemente, generoso y protector de las ciencias. Con todo, tuvo celos de su hermano Policelo, porque Gelon, en su lecho de muerte, le encomendó que casase con su mujer Demarata. Á fin de alejar á ese hermano, y aun quizá á fin de hacerle morir, Hieron le da el mando de las fuerzas auxiliares que enviaba á los sibaritas; pero, Policelo se niega á pasar á Italia, refugiándose al lado de su yerno Teron, rey de Agrigento, para ponerse á cubierto de la cólera del hermano. No se mostró resentido Hieron por la cordial hospitalidad con que recibiera Teron á Policelo, y entónces Teron trató de reconciliar á los dos hermanos, que luego vivieron en buena inteligencia.

471. La ciudad de Cumes, socorrida por el rey de Siracusa, conserva su libertad contra los tirrenios que trataban de sojuzgarla.

472. Trasideo, tirano de Agrigento, muerto su padre Teron, declara la guerra al antiguo amigo de su padre. Hieron le vence en una gran batalla, en que pierden dos mil hombres los siracusanos y cuatro mil los agrigentinos, quienes recobran la libertad.

Hieron tomó mucha parte en los negocios de Italia, teniendo con los italianos guerras cuyos pormenores no han llegado hasta nosotros.

Muerto Anaxilas, tirano de Regio, Hieron acogió en Siracusa á sus dos hijos, y les aconsejó que volviesen á Mesina á gobernar como soberanos.

Á fines de su reinado, el rey siracusano cometió varias tropelías que hicieron dar al olvido sus acciones buenas. Murió en Catania (467), después de reinar once años y ocho meses, dejando un hijo llamado Dinomenes, que carecia probablemente de las dotes necesarias para gobernar una ciudad asaz impaciente por sacudir el yugo, pues Hieron nombró por sucesor á su hermano Trasíbulo. Los nuevos habitantes establecidos por Hieron en Catania tributaron grandes honores á su memoria, celebrada tambien por Píndaro, Baquílides, Simónides, Esquilo, y otros escritores antiguos.

Trasíbulo comenzó el reinado cometiendo toda clase de atentados, figurándose que así robustecia su poder. Los siracusanos se deciden á echar á todo trance al tirano. Envian diputados á Agrigento, á Selinunto, á Himera, y á los antiguos moradores del país para pedir auxilio, y le obtienen. En un combate naval pierde el tirano casi todos sus buques, y casi todo el ejército en una batalla campal. Entónces ofrece una transacion á los siracusanos, quienes exigen su abdicacion, y tiene que pasar por ello (466). Su reinado no alcanzó á durar un año. El rey destronado se retira á Locres. Instituyen los siracusanos una fiesta en conmemoracion de su feliz alzamiento, y ayudan á las demás ciudades de Sicilia á aniquilar á sus tiranos (Diod. lib. 5.).

461. Siracusa en democracia. — La ciudad de Siracusa, y con ella toda la Sicilia, á poco de haber arrojado á sus tiranos, llegó á ser el país mas poblado, mas rico y mejor cultivado de la tierra. Mas, no fué muy duradera su prosperidad. Gelon habia otorgado derecho de ciudadanía en Siracusa á mas de diez mil extranjeros, pero quedaban mas de siete mil que no podian aspirar á la magistratura. Los poseedores del derecho, y los pretendientes al mismo, toman las armas, unos para atacar y otros para defenderse (461). Un combate naval nada decide, pero en una batalla por tierra los sediciosos fueron enteramente arrollados. Los siracusanos premian con una corona de oro á seiscientos hombres que se habian distinguido en esa guerra.

Deucecio, natural de Necto, atrevido y emprendedor, se pone por aquel tiempo á la cabeza de los que fueron expulsados de Catania por Hieron; y, secundado por los descontentos de Siracusa, trata de devolverles su antigua patria. Los extranjeros se resisten con las armas en la mano, pero quedan vencidos, y se retiran á Innesa, á la que denominan Etna, y Catania recobra su nombre primitivo. Imitado el ejemplo de los de Catania por otros de varias ciudades igualmente expulsados por Hieron, todos los extranjeros son echados fuera, y tienen que retirarse á Mesina.

454. Procédese en este año á la reparticion de tierras, lo que no dejó de traer sus contestaciones. Segestanos y lilibeos derramaron no poca sangre con motivo de unos campos situados cerca del rio de Mazara.

Tindárides, ciudadano de Siracusa, rico y ambicioso, concibe la idea de sojuzgar á su patria. Procuró ante todo captarse el amor del pueblo bajo, y como fueron descubiertos sus intentos, le prendieron. Desde luego el populacho se amotina á favor suyo. Los magistrados y la gente principal vencen á los sediciosos, y su jefe es condenado á muerte con sus auxiliares mas temibles. Otros ciudadanos de Siracusa trataron de imitar á Tindárides. Entónces los siracusanos establecen el « petalismo » (454), equivalente al ostracismo de los atenienses. En la asamblea del pueblo, cada ciudadano escribia en una hoja (en griego Pétalon) el nombre del siracusano cuyo influjo podia ser temible para la libertad. Aquel que tenia su nombre en mayor número de hojas, era desterrado por cinco años. Temerosos entónces los mas ricos ó los mas meritorios de la aplicacion del petalismo, no osaban inmiscuirse en los negocios públicos, quedando los primeros empleos para los mas audaces y los menos escandalosos. El pueblo mismo abolió á poco esa ley que todavía daba márgen á sediciones mas frecuentes.

453. Los siracusanos declaran la guerra á los tirrenios, que seguian infestando el mar de Sicilia con sus piraterías. Failes, y luego Apeles, capitaneando una armada de sesenta buques, devastan las costas de los tirrenios, desembarcan en Córcega, se apoderan de Etalia (ahora Elba), y vuelven á Siracusa, cargados de botin y de prisioneros.

450. Entretanto Deucecio seguia reinando sobre antiguos sicilianos que vivian tierra adentro, imperando en todas sus ciudades, menos en la de Hibla. Contando con sus fuerzas y su nombradía, acomete abiertamente á los griegos, toma á Enna, matando por sorpresa á su príncipe, declara la guerra á los agrigentinos, cerca su fortaleza de Mocio, y se apodera de ella. Los siracusanos hacen salir contra él á Bolcon con un ejército considerable, que es batido por Deucecio. Á Bolcon, que probablemente no era mas que desafortunado, le condenan á muerte por traidor. Sale otra hueste contra el supuesto rey siciliano, y en un combate trabado cerca de Nomes, queda derrotado, y le abandonan sus soldados, quienes hasta quieren asesinarle para concluir la guerra de una vez. Deucecio tomó la atrevida resolucion de irse de noche ocultamente á Siracusa. Entra en el senado como suplicante, declarando humildemente que se presenta para someterse con los suyos á la autoridad de los siracusanos. Se entra en deliberacion, y el pueblo pide que el príncipe sea tratado con rigor; pero, opinando los ciudadanos principales que es bueno tratar con humanidad al que se rinde, prevalece este dictámen. Deucecio es desterrado á Corinto, suministrándole todo lo necesario para vivir allí decentemente. Pero, su ambicion era incurable. Se hace aconsejar por un oráculo que vaya á fundar una ciudad á la costa de Sicilia, lindante con el mar tirreno. El pueblo cree en su dicho, y le permite volver á Sicilia, á donde arriba bien acompañado (446). Muchos sicilianos van á reunírsele considerándole como su rey, y Arcónides, príncipe de los herbiteos, aprueba su empresa. Levántase en poco tiempo en su ciudad, llamada Calacta, por estar situada en buen paraje. Pero, una enfermedad acaba con Deucecio, cuando los mas vastos proyectos le tenian ocupado (440).

446. Descontentos los agrigentinos por haber perdonado los siracusanos á Deucecio, que era su enemigo comun, sin haberlo consultado con ellos, les declaran la guerra. Varias ciudades de Sicilia toman parte en la lucha, cada cual segun sus simpatías, y vienen á las manos á las orillas del rio de Himera, saliendo vencedores los siracusanos, que matan á mil agrigentinos. Piden los vencidos la paz y se les concede. Entónces los siracusanos, unidos con los otros griegos de la isla, se proponen sujetar á los primitivos trinacrios, que se defienden hasta la muerte, suicidándose casi todos los ancianos para libertarse de la esclavitud. La Trinacria es destruida, y esclavizados por los años de 439 los pocos habitantes que quedaban.

428. Privados los leontinos por Siracusa de su co-

mercio marítimo y terrestre, acuden á los atenienses, de quienes descendian. La elocuencia del embajador Gorgias obtiene de ellos el socorro de una escuadra. Laques y Caréades arriban á Regio, y desde ella hacen excursiones á las islas de Lípari; pero se retiran sin haber podido avasallar á sus habitantes. Los atenienses van á invernar á Regio. Al año siguiente hay un combate naval, en el que perece Caréades (427). Dirigiéndose luego Laques, junto con sus aliados, á Miles, cuya plaza rindió. Los de Mesina se entregan y dan rehenes; el fuerte de Persipolio, en las riberas del Haleso, cae en poder de los atenienses. Mas adelante atacaron á Neses, y tuvieron que abandonar el sitio con pérdida de muchos de ellos y de sus aliados. Laques va á desembarcar á la Lócrida, en donde es mas afortunado; tala el país de los himereos; desde allí navega hácia las islas de Éolo, y vuelve á Regio. Pitodoro, sucesor de Laques, es vendido por los locrios.

426. Diez buques de Locres, con otros tantos de Siracusa, se apoderaron de Mesina sin resistencia. Aventuraron los siracusanos una batalla en el estrecho de Regio, antes que les llegara el socorro de Sófocles y de Eurímedon. La escuadra de Siracusa se componia de mas de treinta buques, la de los atenienses de solos diez y seis, con ocho mas de Regio que se les habian agregado. Los siracusanos, bien que, superiores en número, se escapan al anochecer, aunque no perdieron antes mas que una galera. Los atenienses les persiguen hasta el cabo Peloro; pero, desde la costa les echan á pique un buque, pierden luego otro, y navegan hácia Camarina. La guarnicion de Mesina va á atacar á Naxos por mar y por tierra. Sus habitantes permanecen encerrados trás los muros, y los enemigos les ponen sitio después de asolar las cercanías. Los moradores de algunos pueblos salen de sus montes y asoman á lo lejos, y figurándose los sitiados que son atenienses y leontinos que vienen en su auxilio, se animan y hacen una salida, en la que matan á mas de mil sitiadores, retirándose los demás en desórden. Al saber esta derrota, la escuadra de Siracusa, que se hallaba en Mesina, se retira, y á poco se presentaron delante de esta plaza los atenienses y los leontinos. Demóteles habia quedado en ella con algunos locrios, y en una salida mata á muchos leontinos. Los atenienses desembarcan entónces y rechazan á los locrios hácia la ciudad: pero se contentaron con levantar un trofeo, y luego se volvieron á Regio. Prosigue la guerra entre los griegos de Sicilia, sin que los jefes de la escuadra ateniense quieran tomar parte en ella. Los locrios son echados de Mesina.

425. Los de Camarina y de Gela, cansados de la guerra, ajustan treguas. Hermócrates, hijo de Hermon de Siracusa, hace comprender á las demás ciudades el interés que tienen en reconciliarse, y por fin se concierta la paz, conservando cada parte lo que tiene en su poder, devolviendo sin embargo Morgantina á los camarineos, mediante el pago de cierta cantidad á los siracusanos. Otorgan estos á los de Camarina derecho de ciudadanía, y queda considerada su ciudad como colonia de Siracusa. Los generales atenienses se retiran muy á disgusto del pueblo ateniense que los condena á una multa, como si se hubiesen dejado corromper para ratificar la paz. No pudiendo los leontinos poblar de nuevo su ciudad, la destruyen y se van á Siracusa, en donde se les recibe como á ciudadanos. Á algunos de ellos no gusta esa mansion; se vuelven á su antigua tierra, y toman dos fuertes que allí habia, denominados Foceo y Briscinia. Á poco fueron atacados por los siracusanos, y se defendieron, con algunos descontentos que se les reunieron.

423. Los atenienses enviaron á Teax á Sicilia, á fin de promover un alzamiento de los pueblos contra Siracusa, y restablecer la ciudad de los leontinos. Los de Camarina y los de Agrigento entraron en el plan, pero los de Gela se negaron decididamente. Teax entabla negociaciones con los descontentos de Briscinia, y les promete el socorro de los atenienses. La historia no dice el resultado de esos movimientos.

416. Los egestanos y selinuntinos se querellan con motivo de límites territoriales: vinieron á las manos, y los primeros fueron vencidos con pérdida de muchos. Toma Siracusa el partido de Selinunto, y causa mucho daño á su comercio. Los cartagineses no quieren meterse en esas desavenencias, pero los atenienses, persuadidos por Alcibíades, dan oidos á los egestanos, y se entusiasman por la guerra de Sicilia. Todos quieren ir allá, no obstante los mas siniestros presagios.

415. Á mediados del verano los atenienses embarcan en treinta y seis buques cinco mil y cien hombres de armadura, y trece mil ballesteros. Jamás habia hecho Atenas una expedicion mas popular. La flota pasa el golfo Adriático y arriba á Regio. Fué mal recibida por los tarentinos y los locrios. Los siracusanos, que hasta entónces dudaran del proyecto de Atenas, empiezan á ponerse seriamente en estado de defensa. Los de Agrigento y Naxos se niegan á lidiar contra los atenienses, pues son aliados suyos. Los de Camarina y de Mesina se declaran neutrales. Los himereos, selinuntinos, geleos y catanios prometen auxiliar á Siracusa. Los primitivos moradores del país no quieren decidirse por ningun partido. Mesina no puede recibir á los atenienses, y estos colocan en batalla cincuenta buques delante de Siracusa, destacando otros diez para el reconocimiento del puerto, y volviendo después de esto á Catania, que no admite sus tropas. Los soldados atenienses fuerzan un portillo de la ciudad, y penetran en ella mientras el pueblo estaba deliberando en una junta. Los catanios, poco amigos de los atenienses, se retiran á sus casas, y los demás pactan con ellos alianza. Los atenienses pasan por delante de Camarina, y vuelven á Catania, talando á su paso las costas de Siracusa. Mal acogidos por los himereos, siguen navegando, y entran á saco la villa de Hicara, en la que encuentran ciento veinte talentos, y á la famosa cortesana Lais, á la que se llevan cautiva, vendiéndola luego en el Peloponeso. El general ateniense Nicias va á Egesto y trae treinta talentos para su gente. Nicias pone cerco á Hibla, y no pudiendo tomarla, vuelve á Catania, uno de cuyos habitantes da á los siracusanos el falso aviso de que los atenienses dejaban todas las noches el campamento para ir á Catania, y que si fueran allá los siracusanos con todas sus fuerzas, les seria fácil sorprender el campamento, mientras que los catanios cerrarian las puertas de la ciudad, y detenidos de este modo los atenienses, pegarian fuego á sus galeras. Dando fé los de Siracusa á los dichos del de Catania, se dirigen con sus aliados hácia esta ciudad, y van á acampar en tierra de los leontinos. Pero, los atenienses se dan á la vela aquel mismo dia para situarse delante de Siracusa en el punto ventajoso que se les habia indicado, y efectúan el desembarco sin la menor resistencia. Al dia siguiente se presentaron los siracusanos en batalla, y Nicias la aceptó, quedando por mucho tiempo indecisa, hasta que por fin cejaron los siracusanos, y empezaron la retirada hácia Siracusa, que no fué desordenada por protegerla su caballería. Los atenienses fuéron en seguida á Mesina, y estuvieron inútilmente

delante de ella por espacio de trece dias. Faltándoles víveres, se retiran á Naxos, desde donde mandan emisarios á Atenas, á Cartago y á otras partes para procurarse dinero, caballería y lo demás necesario para circunvalar á Siracusa. Por su parte los siracusanos renuevan sus alianzas con los corintios y lacedemonios, ocupándose sobre todo en fortificar á Siracusa. Los corintios les prometen socorro. Lacedemonia, por consejo de Alcibíades fugitivo y condenado á muerte por sus compatricios, ordena á Gilipo que vaya á Sicilia.

414. Á principios de la primavera los atenienses salen de Catania, navegan hácia Megaria, y toman á Centorippo por convenio. Nicias se anticipa á los siracusanos, y toma á Epípolis, construyendo en su altura un fuerte que llamó Labdales, y bloquea luego á Siracusa por mar y por tierra. Calícrates, general siracusano, desafía á combate singular al general ateniense Lamaco, y este va corriendo hácia su contrario que le hiere mortalmente: con todo, Lamaco llega á alcanzarle y le pasa con la espada, cayendo los dos muertos en el mismo instante á los piés de sus caballos. Mal se presentaban los negocios de los siracusanos, quienes habian comenzado ya á deliberar sobre los artículos de la capitulacion que debia ser propuesta á Nicias. En esto llega Gilipo; va derecho á Epípolis, y forma en batalla sus tropas, parte de los cuales ataca el fuerte de Labdales, le toma, y pasa la guarnicion á cuchillo.

413. Hubo un gran combate á la entrada del puerto de Siracusa entre ochenta galeras siracusanas y sesenta atenienses. Los que guardaban los fuertes de Plemmira salen hácia la orilla del mar, para ver el resultado de la lucha. Gilipo aprovecha su ausencia; ataca de improviso esos fuertes, y al amanecer gana el mayor al asalto, abandonando los demás sus respectivas guarniciones por temor. Sin embargo, después de tomar á Plemmira sufren los siracusanos una pérdida considerable, pues pierden catorce galeras por entrar en el puerto sin las debidas precauciones. Cada partido canta victoria; pero, casi toda la Sicilia, menos Agrigento, que permanece neutral, se declara contra los atenienses.

Poco después trábase nueva lucha por mar y por tierra, que aventuran Menandro y Eutidemo, contra el parecer de Nicias. La victoria fué para Siracusa. Demóstenes empeña otra accion de noche con el resplandor de la luna, y en ella los atenienses pierden dos mil hombres, y muchas armas abandonadas por los fugitivos. Con esta victoria cobran nuevos brios los siracusanos, á quienes turbara un poco el arribo de Demóstenes con una flota de setenta y tres buques con ocho mil hombres de refresco. Después de esto, Eurímedon quiso sorprender la escuadra de Siracusa, y quedó envuelto y cortado en el fondo del golfo de Dascon, y enteramente destrozado, muriendo él en la batalla con varios jefes principales. Los atenienses quedaron encerrados dentro del puerto, haciendo vigorosos é inútiles esfuerzos para salir. Ya ni siquiera reclaman sus muertos, y los marinos de los buques de reserva se niegan á probar por segunda vez si se podia forzar el paso, de suerte que, vista la imposibilidad de la retirada por mar, resuelven los atenienses efectuarla por tierra. Mientras están haciendo los preparativos, Hermócrates toma los pasos, fortifica los puntos vadeables de los rios, rompe los puentes, y reparte la caballería en escuadrones por el llano. Por todas partes encuentran los atenienses obstáculos que no pueden salvar y enemigos invencibles. Desesperado el general Demóstenes, se pasa con su espada y no acierta á matarse. Nicias ofrece una capitulacion, pero los siracusanos se niegan á ello, y hacen la mas cruel matanza de atenienses que jamás se haya visto. Póstrase Nicias á los piés de Gilipo, conjurándole que mande cesar esa carnicería, y conmovido por fin el lacedemonio, da órden de que se hagan prisioneros. De doscientos buques enviados á Sicilia ni uno vuelve á Atenas, y cuarenta mil hombres que salieron para la expedicion pierden la vida ó la libertad. Esta victoria, una de las mas completas que menciona la historia, fué el dia cuarto (1) antes del fin del mes « carneano, » llamado por los atenienses « metagitnion, » que en aquel año principiaba por el 15 de agosto. Los siracusanos instituyeron en conmemoracion una fiesta que llamaron « Asinaria » por el rio Asinaro en cuyas márgenes Nicias fué hecho prisionero. En el mismo decreto que establecia la fiesta, se sentenciaba á la lapidacion á Nicias y á Demóstenes. Filisto, Diodoro y Plutarco aseguran que sufrieron la pena, y que en efecto fueron apedreados, pero Timeo pretende que, avisados por Hermócrates de lo que estaba deliberándose, se suicidaron en la cárcel. Los prisioneros fueron tratados muy inhumanamente, y á los que fueron vendidos como esclavos, se les estampó en la frente una herradura incandescente.

412. Diocles juzgó oportuno el momento, restablecida la paz, para proponer á su conciudadanos, entre los cuales era de los mas considerados, un cambio en la forma del gobierno. Persuade al pueblo que sortee á los magistrados, y que elija legisladores para reformar la constitucion. Él salió elegido entre los reformadores, y como tuvo mas parte que sus colegas en la confeccion de las nuevas leyes, se denominaron « diocleas. » Muchas ciudades de la Sicilia las aceptaron hasta la dominacion de los romanos. Sin embargo, á mas de ser muy severas, tenian poca claridad, resintiéndose del carácter sanguinario y del escaso ingenio de su autor.

411. Agradecidos los siracusanos y selinuntinos al auxilio prestado por los lacedemonios, les envian treinta y cinco buques para su guerra contra Atenas. Se encarga el mando de esa escuadra á Hermócrates, que fué vencido entre Seste y Abidos. Él y los jefes principales son condenados al destierro por los siracusanos por haber perdido sus naves; pero el delito mayor de Hermócrates consistia en la sombra que hacia á Diocles, quien solo pensaba en la conservacion de su democracia, siendo víctima él mismo de la aplicacion de una ley suya que condenaba á muerte al que fuése armado al sitio en que el congreso celebraba sus sesiones. Por haber promovido un tumulto en el mismo, algunos partidarios de Hermócrates, Diocles fué al congreso sin reparar que llevaba su espada. Le recuerdan su ley; tira de la espada y se pasa, imponiéndose inmediatamente el castigo. Sin embargo, Hermócrates no es amnistiado, y toma la resolucion de entrar en Siracusa á la fuerza, pereciendo en la empresa con muchos de los que le acompañaban. Dionisio, que luego dió que hablar tanto de sí en su patria, iba con Hermócrates y fué gravemente herido en esa ocasion, de suerte que fué dejado por muerto, salvándole sus parientes. Los demás cómplices de Hermócrates fueron condenados á muerte ó desterrados. Estos sucesos pertenecian al año 408.

410. Los egestanos, á cuyas instigaciones fueran á Sicilia los atenienses, ceden á los selinuntinos el ter-

(1) Plutarco, vida de Nicias. Dodwel (Annales Thucididæi) fija el acontecimiento catorce dias después del eclipse de luna que tuvo lugar en la noche del 27 al 28 de agosto.

ritorio que habia dado lugar á la pasada guerra; pero no quedan por eso contentos los selinuntinos. Los cartagineses, que solo trataban de ensanchar su dominio, mandan á Aníbal en auxilio de los egestanos.

409. Arriba Aníbal al promontorio de Lilibeo con sesenta bajeles y cerca de mil quinientos buques de carga. Emprende el sitio de Selinunto, que sostienen sus habitantes con un valor verdaderamente prodigioso; pero al fin tienen que ceder al número, siendo entrada la ciudad á los diez dias de sitio. Los selinuntinos se retiran á la plaza mayor en donde perecen á manos de los cartagineses hasta unos diez y seis mil. Saqueada la ciudad, la prenden fuego, y queda destruida después de doscientos cuarenta y dos años de su fundacion. Cinco mil prisioneros fueron tratados con extrema inhumanidad, acreditándose entónces de impíos y feroces entre las demás naciones. Ensañábanse en los cadáveres; mujeres é hijas de los vencidos fueron víctimas de su torpe lujuria sin que respetaran los templos. Con todo, dos mil seiscientos selinuntinos tienen la suerte de escaparse y se refugian en Agrigento, en donde fueron hospitalariamente recibidos. Mas adelante, Aníbal les permitió volver á reedificar su ciudad, mediante el pago de un tributo á los vencedores.

408. Los cartagineses atacan á Himera, pero son rechazados con pérdida de unos diez y seis mil hombres. Al ver Aníbal tamaña matanza, manda avanzar á su reserva, y entónces los de Himera tienen que retirar, pereciendo unos tres mil que habian querido mantenerse firmes. Los buques enviados algunos años antes á los lacedemonios por Siracusa, y que nó todos fueron apresados por los atenienses, volvian á Sicilia para defender á Himera. Figurándose Aníbal que aquella escuadra habia salido de Siracusa, hace embarcar un cuerpo de tropa escogida con rumbo á Siracusa, contando que estaria mal guarnecida. La escuadra que venia de Lacedemonia tuerce vira al saberlo para Siracusa; la siguen muchos himereos, y queda Himera casi desguarnecida. Entónces los cartagineses acometen la plaza con nuevo ardor. Los españoles entran los primeros la ciudad á la fuerza, y cesó el degüello cuando lo mandó el general. Himera fué reducida á cenizas, contando desde su fundacion 240 años. Aníbal ordena que le presenten tres mil prisioneros reservados con intencion, los hace degollar en el mismo sitio en que murió su abuelo Amilcar, y se vuelve á Cartago, cargado con los despojos de Sicilia. Los cartagineses edifican una ciudad cerca de Himera, junto á unos baños calientes, por lo cual los griegos la llamaron Termas.

Estas victorias animaron á los cartagineses á apoderarse de toda la Sicilia. Encargan el mando de la expedicion al mismo Aníbal, á quien, atendida su edad avanzada, agregan como segundo á Imilcon, hijo de Hanon, pariente suyo. Mientras se estaban haciendo los preparativos para una empresa tan considerable, mandan una escuadra solo para reconocer las costas, y fué derrotada por los siracusanos, en la altura de Erix (407). Sale Aníbal de Cartago con cincuenta galeras y desembarca en Sicilia, cuya ciudad envia á todas partes demandas de socorro. Agrigento no quiere consentir en la neutralidad propuesta por Aníbal, y los cartagineses la atacan por el punto mas débil, pero los sitiados hacen por la noche una salida y destruyen los trabajos de los sitiadores, á los cuales invade una epidemia causándoles grande estrago. Aníbal muere de ella, sucediéndole Imilcon en el mando, y saliendo al encuentro de cuarenta mil hombres enviados por Siracusa en socorro de Agrigento. Ambos ejércitos se avistan cerca de Himera. Trás de un prolongado combate la victoria se declara por los siracusanos que hacen morder el polvo á seis mil enemigos. El pueblo agrijentino queria hacer una salida general contra los cartagineses y aprovechar aquel momento que parecia favorable; pero, no consienten en ello sus jefes, acusados inmediatamente de traidores, apedreando á cuatro de los mismos, sin darles siquiera tiempo para justificarse. Dafneo, acampado cerca de Agrigento, consigue interceptar los víveres á los cartagineses, reducidos ya á tal extremo que no pocos perecen de hambre. En esto, Imilcon logra sorprender un convoy de trigo que Siracusa enviaba por mar á Agrigento, en cuya ciudad escasean ya de tal modo las privisiones, que permiten á los de la Campania salir de la ciudad mediante el pago de quince talentos, y los jefes dan á poco la órden de que todo el mundo se prepare para la evacuacion de la plaza. Muchos prefieren el suicidio á tamaño infortunio, al ver sobre todo que tienen que abandonar á los enfermos y ancianos. Al saber Imilcon la evasion entra en la ciudad y comete todas las crueldades imaginables (406). Los templos son entrados á saco sin consideracion ninguna, y los cartagineses recojen un inmenso botin, pues era Agrigento á la sazon una ciudad de las mas ricas y florecientes de la tierra. Allí fué encontrado el famoso toro de Falaris y enviado á Cartago. Cuando Diodoro escribia su historia, aun se veia en Agrigento por habérselo devuelto Escipion.

405. La Sicilia otra vez debajo la dominacion de tiranos. — Dionisio de Siracusa, hijo de un tal Hermócrates, ciudadano de los mas ínfimos, nació probablemente en el último año de la guerra del Peloponeso, pero nó, como dice Plutarco, á fines de la olimpiada 92.ª, ó durante la 93.ª, pues que este era cabalmente el tiempo en que campeaba toda su ambicion y recogia sus frutos.

405. En la junta pública que hubo en Siracusa después de la toma de Agrigento, tuvo Dionisio la osadía de acusar de traicion á los magistrados y generales siracusanos, proponiendo su destitucion. Se desata en invectivas contra los ricos, captándose así el favor del pueblo bajo, instrumento de revoluciones. Su arenga fué aplaudida y destituidos los magistrados, eligiéndose otros en cuyo número se halló Dionisio. A poco trató de desacreditar á sus colegas, y logró en efecto despopularizarlos. Se permite á los proscritos que vuelvan á Siracusa. Dionisio va á Gela con dos mil infantes y cuatrocientos caballos, haciendo lo mismo que en Siracusa. Prende á los pudientes, los encausa y hace condenar á muerte, confiscando sus bienes á favor del tesoro. Con el dinero que procura la confiscacion, paga Dionisio lo que se debia á los lacedemonios, prometiendo doble paga á la tropa siracusana. Así se granjea el afecto del mayor número, y es mirado como el salvador de la patria. Entra en Siracusa así que el pueblo salia del teatro, echa en cara á los magistrados el que entretuviesen al pueblo con vanos espectáculos, mientras que en Cartago se estaban haciendo preparativos extraordinarios contra Siracusa, y que así se malgastasen los fondos públicos, cuando la tropa carecia de lo mas necesario, concluyendo con decir que, por no ser cómplice en todo esto, hacia dimision de su cargo.

Al dia siguiente el pueblo le nombró generalísimo con facultades absolutas. La primera medida de Dionisio fué mandar que cuantos estuvieran en edad de llevar las armas marchasen á Leoncio, provistos de víveres por treinta dias. Los turbulentos y los que nada tenian que perder, corren á guarecerse debajo de sus banderas. Dionisio habia llegado de noche cerca

de Leoncio, y en el campamento, unos agentes suyos, movieron aquella misma noche mucho ruído. Así que fué de dia, dijo que habian querido asesinarle y pide que se le permita tener una guardia de seiscientos hombres, lo que le fué inmediatamente concedido. Escogió entre la tropa á mil individuos de probado valor, cuya fortuna dependia de la de su nuevo amo. Parte de la guarnicion que habia enviado á Gela va á reunirse con él. Dionisio se dirige con ese séquito á Siracusa; casa con la hija del difunto general Hermócrates, enlaza á su hermana Testa con Polígenes, hermano de la mujer de Hermócrates, y en seguida congrega el pueblo, y en la junta hace condenar á muerte á Dafneo y á Damarco, jefes del partido que se oponia á sus miras. Pronto conocen los mas sensatos que el pueblo se ha equivocado, que Dionisio no es un ciudadano bien intencionado, sino un tirano que quiere obediencia, no viendo ya mas remedio para su yerro que el llamar á los cartagineses. Imilcon, que habia destruido á Agrigento, y corrido las tierras de Gela y de Camarina, estaba sitiando á la sazon la misma ciudad de Gela. Va Dionisio en su socorro con cuarenta ó cincuenta mil hombres, y una flota de cincuenta buques; entra en Gela y manda salir á sus habitantes, saliendo luego él mismo durante la noche sin dejar en ella de guarnicion mas que dos mil hombres, y disponiendo que incendiasen muchos almenaras é hiciesen todo el ruído posible. Conocieron los cartagineses el ardid y entraron en Gela, pasando á cuchillo á cuantos encontraron dentro. Igual suerte sufrió Camarina. Dionisio, que se habia retirado á esta poblacion, obliga á sus habitantes á salir para Siracusa. Indignado ya el ejército contra el tirano, empieza á murmurar, y sospecha que se entiende con el enemigo. Unos siracusanos de á caballo, resueltos á matarle, se encaminan á su palacio, le saquean, y se portan de tal manera con su mujer, que esta se suicida. En esto llega Dionisio á Siracusa, pasa á cuchillo parte de sus habitantes, entra sus casas á saco, y cuantos le podian ser sospechosos tienen que expatriarse. Sin embargo de que Imilcon triunfaba, se ajusta la paz (404), con la condicion de quedar los cartagineses, no solo con sus antiguas posesiones, sino con el país de los sicanios, de los selinuntinos, de los agrigentinos, de los himereos, y otros, y de someterse los siracusanos al yugo de Dionisio.

Ocupado este exclusivamente en tener sujetos á sus compatricios, levanta nuevos fuertes en Siracusa, ya muy fortificada, y hace un nuevo reparto de tierras, adjudicando las mejores, igualmente que las casas, á sus amigos y paniaguados. Sin embargo, subsistia en los corazones el amor á la libertad. Dórico, uno de los jefes principales del ejército del tirano, emplea primero la amenaza, y luego la violencia para sofocar la primera fermentacion. Los insurgentes le matan y se apoderan de Epípolis, el mejor punto de los alrededores de Siracusa, enviando desde allí á pedir socorro á los de Mesina y de Regio que secundan en efecto el movimiento. Queda Dionisio encerrado en la isla sin poder salir y pregonada su cabeza. Manda el tirano comisionados pidiendo que le dejen salir de Siracusa y llevarse lo que en ella tenia. Se admite la proposicion con el mayor júbilo. Durante la negociacion, acuden, á peticion del tirano, mil doscientos campanios que los cartagineses dejaran de guarnicion en la isla, con otros trescientos soldados extranjeros; sorprenden á los insurgentes, matan á muchos de los mismos, y logran llegar hasta Dionisio. Hace el tirano con ellos una salida, y los ahuyenta. Los lacedemonios, bien que enemigos de la tiranía en su tierra, no se avergüenzan de apoyar á Dionisio á fin de hacerle su instrumento. El tirano queda otra vez seguro, y sigue fortificando su ciudadela, desarmando además á los siracusanos, y rodeándose de soldados y guardias extranjeras.

403. Para dar movimiento á sus tropas, Dionisio se propone mover guerra á sus vecinos. Quita y devuelve luego la libertad á los enneos; entra en tratos con los herbibanos á quienes no puede someter, toma á Catania que Arcesilao le entrega; se hace dueño de Naxos por medio de Procles que se la vende; hace un convenio con los leontinos que le ceden su patria por el derecho de ciudadanía en Siracusa, y aun se arregla con alguna otra ciudad (402).

399. Prepárase Dionisio para echar los cartagineses de la isla, y al objeto aumenta su ejército. Paga bien á los soldados y procura bienquistarse con sus súbditos. Para conciliar los ánimos de sus vecinos, pide á los habitantes de Regio que le den por mujer á una jóven de su ciudad, y estos le ofrecieron una hija del verdugo. Los locrios le conceden la mano de Doris, hija de Exenestes, ciudadano de mucha nombradía, después de haberle negado su hija Arístides, íntimo amigo de Platon, diciendo que preferia verla muerta que esposa de un tirano. Celebráronse en un mismo dia en Siracusa las bodas de Dionisio con Doris y con Aristómaca, hija de Hiparino, el siracusano mas acaudalado (398). Doris dió la primera un hijo á su marido. Sospechóse que con maleficios su madre impedia la concepcion de Aristómaca, y fué condenada á muerte por Dionisio. Aristómaca era hermana de Dion, el mas noble discípulo de Platon. El favor de su hermana, al llegar á ser madre, y su reconocido mérito le valieron la confianza del tirano para sus negocios mas importantes, bien que no ocultase Dion su odio á la tiranía. «Vos reinais, decia una vez á este príncipe y se os aguanta porque se tiene confianza en Gelon, pero vos hareis de manera que luego no se confie en nadie.» Los discursos del filósofo no produjeron en el ánimo del tirano la impresion que él esperara.

397. Concluidos los preparativos de guerra, Dionisio mandó á decir á la república de Cartago, que los siracusanos le declararian la guerra, sino daba libertad á todas las ciudades griegas de Sicilia. Bien que Cartago se hallara reducida á muy triste estado con motivo de la peste, resuelve emplear todas sus fuerzas para la conservacion de lo que tenia en Sicilia. Creyendo Dionisio que podia contar con la cooperacion de muchas ciudades, emprende el cerco de Mocia, confiándole á su hermano Leptino, y marcha él en seguida á atacar las plazas aliadas de Cartago, que se le rinden casi todas. Hecho esto, vuelve delante de Mocia que toma á la fuerza, haciendo morir en cruz á los griegos que habia dentro, dejando luego en ella una buena guarnicion. Su escuadra no tiene tanta fortuna, pues, sorprendida por los cartagineses, estos destrozan parte de los buques, queman muchos, y siguiendo adelante, toman por traicion á Erix. Se apoderan por fin de Mesina, que destruyen hasta en sus cimientos, saliendo Imilcon desde allí en derechura para Siracusa (396). Dionisio manda acometer la flota cartaginesa cerca de Catania, pero Leptino no se conforma en el ataque con la órden que se le diera de no dividir sus fuerzas. Los siracusanos quedan vencidos perdiendo en esa sola accion cien buques y dos mil hombres. Imilcon hace entrar su flota, que se componia de ochocientos buques de guerra, seguidos de una infinidad de barcos de transporte, en el puerto de Siracusa, mientras que sus tropas de tierra se colocan en órden de batalla. El capitan cartaginés Magon se apodera del puerto

pequeño y del de Trogilo. Imilcon permanece devastando por espacio de treinta dias los alrededores de Siracusa; toma el arrabal de la Acradina, saquea los templos de Ceres y de Proserpina, coloca su tienda de campaña en el de Júpiter y desde ese momento le abandona la fortuna. Cinco galeras siracusanas apresan un buque cargado de trigo para los cartagineses, los cuales envian cuarenta buques contra sus galeras; pero, avanzando en esto toda la flota que habia quedado á los siracusanos, se empeña la accion. La galera capitana de Cartago queda apresada con otros veinte y tres buques, siendo perseguidos los demás hasta el grueso de la flota que no se atreve á aceptar la lucha general. Enardecidos los siracusanos con esta victoria, se preguntan unos á otros porqué hombres como ellos aguantan por mas tiempo la tiranía. Farnácides, enviado por los lacedemonios, les dice que ha ido á socorrer á Siracusa y á Dionisio, mas nó á destruir la autoridad de este príncipe. Conociendo Dionisio que no tenia mas remedio que captarse el favor del pueblo, procura halagarle á todo trance.

Entretanto, permanecian los cartagineses junto á Siracusa; pero, una epidemia horrorosa invade su campamento. Sabedor Dionisio de su lamentable estado, los manda acometer por mar y por tierra. Su flota fué atacada tan bruscamente que ni siquiera opuso resistencia. La mayor parte de sus buques van á pique, y son pasto de las llamas cuarenta que estaban anclados, comunicándose el fuego á los buques de carga. Dionisio manda á mil soldados extranjeros, á quienes tenia ojeriza, que ataquen el ejército de tierra; y, principiado ya el ataque, los abandona, y perecen todos. Cuatro dias después, consigue Imilcon de Dionisio, mediante la cantidad de trescientos talentos, el retirarse con cuarenta buques, llenos exclusivamente de cartagineses, de suerte que los sicilianos aliados de Cartago empiezan á pedir cuartel. Solo los iberos conservan bastante energía para pedir capitulacion, y Dionisio los agrega á su ejército. Los demás quedan todos prisioneros. Imilcon, á la vuelta de una expedicion que costaba á su patria ciento cincuenta mil hombres, se encierra en su casa y se deja morir de hambre.

394. Siempre desasosegado Dionisio con motivo de su seguridad personal, despide la tropa extranjera que tenia, y se rodea de otra nueva. Después de reedificar á Mesina, puso sitio á Tauromenio. Todo el invierno duró el sitio que por poco cuesta la vida á Dionisio, quien por fin tiene que levantarle. Desafiándole entónces los de Mesina y de Agrigento, se declaran independientes y echan de su territorio á los que tenian por afectos al tirano. Dionisio manda ocultamente dinero á los considerados como partidarios suyos, se promueve un motin y entretanto se hace dueño de Mesina.

393. Pasada la consternacion que les causara el desastre de Imilcon, los cartagineses envian á Sicilia á Magon á correr las costas de Mesina. Dionisio sale en busca de ellos y los vence, causándoles la pérdida de ochocientos hombres, retirándose los demás á Abacena. Vuelve el tirano á Siracusa, de donde sale á poco con una flota de cien buques para Regio, á cuyas puertas prende fuego de noche, procurando al mismo tiempo escalar sus muros. Mientras que los habitantes apagan el fuego, su jefe Eloris impide la entrada del enemigo. Dionisio, después de talar sus tierras, conviene en la tregua de un año, y vuelve á su ciudad. En esto, los griegos de Italia se coaligan para resistirle.

392. Magon reune un ejército de ochenta mil hombres á los cuales Dionisio solo puede oponer veinte mil. Agiris, rey de los agirineos, el príncipe mas poderoso de Sicilia, después de Dionisio, le suministra tropas y provisiones y empieza la guerra. No hallándose los cartagineses en estado de continuarla, concluyen un tratado con Dionisio, por el cual le ceden el país de Tauromenio, de donde expulsa á los naturales, que substituye con los mejores soldados que tenia.

390. Concluida la tregua con Regio, Dionisio va á asolar su territorio con una flota de ciento veinte buques y un ejército de veinte mil hombres de á pié. Los pueblos de Italia mandan otra de sesenta buques en favor de los regienses. Atácala Dionisio con cincuenta galeras; el viento le es contrario, y estuvo en poco que su galera no fuése á pique, salvándose únicamente por la obscuridad de la noche. Quejoso de Leptino porque habia reconciliado á los lucanios con sus vecinos, le quita el cargo de almirante y le da á otro hermano suyo llamado Teárides. La primera empresa del nuevo almirante fué apresar diez buques de Regio, cerca las islas de Lípari.

389. Dionisio pasa á Italia, y va á cercar á Caulonia, cerca de Locres. Acude Eloris con veinte y cinco mil hombres de á pié y dos mil caballos. Dionisio tenia mucha mas gente y Eloris sucumbe con su escolta y los demás se dispersan, persiguiéndolos los siracusanos que hacen en ellos gran matanza. Muchos locrios se retiran á una altura, y, cercados por el enemigo y faltos de agua, tienen que rendirse á discrecion en número de diez mil, dándoles Dionisio libertad sin rescate, lo que no los dejó poco maravillados. En seguida se apodera de todo el país de los locrios, y ataca á los crotoniatos que se defienden con muchísima energía. Ajusta un tratado de alianza con los galos que incendiaron á Roma, y le auxiliaron para proseguir la guerra en Italia. Poco después concede la paz á todas las poblaciones italianas, que se habian declarado contra él y recibe en cambio coronas de oro. Otórgala tambien á Regio, pero exige de ella trescientos talentos, cien personas en rehenes y setenta buques (388). Los habitantes de Hipponio y de Caulonia son trasladados á Siracusa.

387. Pasada la epidemia, Cartago envia á Sicilia una armada al mando de Hanon. La historia no ha conservado los pormenores de la expedicion.

Los de Regio se niegan á suministrar víveres á Dionisio, y este toma la negativa por una declaracion de guerra. Entrega los rehenes que tenia, y emprende el sitio de Regio. Empeñados con el ataque y la defensa, Dionisio corrió otra vez peligro de muerte. Once meses dura el sitio, y por fin la ciudad se rinde á discrecion por hambre. Fiton, gobernador de la plaza, es tratado con la mayor barbarie, y los mas crueles insultos. Él y su hijo, con la demás familia, son arrojados al mar.

385. Dionisio funda colonias en la parte de Italia situada en las costas del mar Adriático. Queriendo extender desde allí sus conquistas hasta el Epiro, contrae alianza con los ilirios y con Alcetas, rey de los molosos, destronado por sus súbditos. Por aquel tiempo (384) invade súbitamente la Etruria con pretexto de perseguir á unos corsarios, y roba en el arrabal de Aquiles un templo muy rico, con cuyos despojos se anima á quitar á los cartagineses sus posesiones de Sicilia.

383. Magon, uno de los sufetas de Cartago, pasa á Sicilia al objeto de contrarestar los designios de Dionisio. Trábase un combate muy vivo entre ambos ejércitos cerca de Cabala. Diez mil cartagineses sucumben

con su general, cinco mil quedan prisioneros, escapándose los demás hácia un monte cercano, en donde pronto los cerca Dionisio, y tratando de capitular, este les impone condiciones, respecto de las cuales quieren consultar primero con su república. Entretanto los cartagineses envian otro ejército al mando del hijo de Magon. Cerca de Cronio se encontraron cartagineses y sicilianos, quedando Dionisio enteramente derrotado. Su hermano Leptino pereció en la refriega con catorce mil sicilianos. Para obtener la paz tuvo que dar el vencido mil talentos, cediendo además todo el país allende el Halice, y Agrigento.

368. Muchos años después de este tratado, todavía quiere Dionisio aprovechar contra los cartagineses una nueva epidemia que reinó en su país. Con un ejército de treinta mil hombres de á pié, tres mil caballos y trescientos buques, toma á Selinunto, Entela y Erix, pero tiene que levantar el cerco de Lilibeo. La flota de Dionisio se deja sorprender por el enemigo, y este le apresa treinta buques. Cansadas ambas partes de la guerra, ajustan de nuevo la paz.

Además de la ambicion de mando, Dionisio se dejaba dominar de una manía especial, la de ostentar ingenio y hacer alarde de literato. No le valió esto pocos sinsabores, y hasta le ocasionó la muerte. Por dos veces fueron despreciados sus versos en Olimpia, en el congreso que juzgaba acerca del premio de la poesía (1). Sus carros, conducidos por su hermano Teárides, entraron en la liza, y unos fuéron mas allá de los límites, y algunos se estrellaron unos contra otros. Por fin, una tragedia suya, ó supuesta tal, lleva el premio en Atenas. El triunfo se celebró en Siracusa con regocijos. En los festines que dió el tirano, tanto comió y bebió, que de resultas cayó enfermo. Para que no pudiera mudar las disposiciones que ya tenia hechas en favor de Dionisio, hijo de Doris, los médicos, só color de facilitarle el sueño, le dieron una opiata, de la que murió, á los sesenta y tres años, después de reinar treinta y ocho. Habia tenido en su mujer Doris, además de Dionisio el Jóven, una hija llamada Teórida, y otra llamada en griego Dicaiosina, que significa justicia. Su otra mujer Aristómaca, fué madre de dos hijos, Narseo é Hiparino, y de dos hijas, Sofrosina y Aretes (nombres griegos que valen tanto como sabiduría y virtud). Con Sofrosina casó Dionisio el Jóven.

Dionisio era capaz de concebir vastos designios, y tenia todas las facultades y todos los vicios que eran menester para llevarlos á cabo. Solia tener rasgos de bondad por capricho, y la injusticia y la crueldad le costaban muy poco cuando las creia conducentes á sus fines. Difícil fuera contar el número de sus víctimas. Su misma madre sufrió por su órden de muerte violenta. Si su hermano Leptino fué completamente derrotado y muerto, solo fué porque le abandonó en el combate por envidia que le tenia. Bien que afortunado en muchas de sus empresas, Dionisio vivió casi siempre en zozobra por estar siempre, como todos los tiranos, temblando por su vida. Sin fé ni religion ninguna, robaba los templos sin el menor escrúpulo. En pocas palabras, Dionisio fué hombre muy ruin y muy perverso, pero astuto tirano.

Dionisio II ó el Jóven, hijo de Dionisio I, fué reconocido por sucesor suyo sin oposicion, y halló en buen estado los negocios de su reino. Comenzó su reinado halagando al pueblo. Dió libertad á tres mil prisioneros, descargó á Siracusa de contribuciones por espacio de tres años, y tomó otras disposiciones para hacerse popular. Licenciosos cortesanos pervierten á este príncipe, nó muy bien educado, y bastante inclinado por su índole á vivir regaladamente. Su ayo Dion era demasiado grave, sabio, generoso, franco, amigo de la verdad y buen consejero; en una palabra, era sobradamente virtuoso para no desagradar á unos aduladores palaciegos. Sin embargo, persuade al príncipe que llame á Platon á su corte. Ya estaba en ella el historiador Filisto. Platon fué recibido muy honoríficamente. Al principio manifestóse bastante dócil Dionisio á las lecciones del gran filósofo. En poco tiempo hubo mucha reforma en la corte, ó á lo menos así parecia. Pero, por lo mismo los hombres de la lisonja redoblan sus esfuerzos y sus mañas para desconceptuar á Dion en el ánimo del príncipe, bien persuadidos de que su caída arrastraria con él á Platon. Consiguen su objeto, y de tal modo, que Dion se ve condenado al destierro sin darle tiempo para explicarse. Platon sale de la corte previendo que se le trataria como á Dion, y se vuelve á Grecia. Con todo, mas adelante, á fuerza de instancias fué otra vez á Sicilia (360) en donde estuvo un año sin que consiguiera moralizar al príncipe. El filósofo Aristipo, si merece el nombre de filósofo un hombre que consideraba el placer como el sumo bien, gustaba mucho mas á Dionisio, que deseaba tener sabios en su corte, nó porque les tuviera aprecio, sino para ser ensalzado por mera ostentacion.

358. Perdido Dion enteramente en el ánimo de Dioniso, este no le guardó ya la menor consideracion, y casó á Areta, que era la mujer de Dion, con Timócrates. Al saberlo Dion, se decide á hacerle la guerra. Espeusipo, sobrino de Platon, le alienta en la empresa con decirle que los siracusanos están en buena disposicion. Muchas personas importantes y hasta filósofos se reunen con él. Trás de quince dias de navegacion, en que por poco perecen todos, arriban al puerto de Minoa, pequeña poblacion del señorío de Cartago, cuyo gobernador, llamado Sinalo ó Paralo, era amigo particular de Dion. Hallábase Dionisio á la sazon en Italia. Dion se presenta en Sicilia con pocos soldados, pero briosos. Se encamina á Siracusa, y los principales de la ciudad salen á recibirle vestidos de blanco. Sigue el pueblo el ejemplo, y apalea á los esbirros del tirano. Timócrates, gobernador de Siracusa, y encargado del gobierno durante la ausencia de Dionisio, se amedrenta, coge un caballo y se escapa. Los siracusanos, ébrios de gozo al ver y oir á Dion, nombran á él y á su hermano generalísimos suyos con autoridad plena. Dion toma á Epípolis y se fortifica bien. Dionisio llega siete dias después (357) y manda atacar la muralla con que Dion habia cercado el fuerte. Vivo es el combate. Dion, que peleaba con singular intrepidez, sobre todo si se atiende á que se hallaba ya entrado en años, estuvo á punto de perecer en la lucha; pero supo al fin alcanzar la victoria. Ochocientos hombres perdió Dionisio en la accion, y Dion tan solo setenta y cuatro. El tirano se retira á la ciudadela y en

(1) Entre los poetas que admitia en su intimidad, habia uno llamado Filógenes que se habia granjeado mucha nombradía con sus ditirambos; género de poesía lírica en que dominaba el entusiasmo. Al oir Filógenes la lectura en la mesa de Dionisio de una composicion suya, no supo disimular el desprecio que le inspiró. Fuera de sí el tirano por aquel acto de franqueza, que él calificó de envidia, mandó que le llevasen á trabajar en las canteras. Alcanzaron después su perdon los cortesanos amigos de Filógenes, y figurándose Dionisio que estaria mejor dispuesto, hizo leer delante de él otra composicion que consideraba admirable. Consultado sobre su opinion Filógenes no respondia, y apurado ya por las instancias que se le hacian, dijo: «Que me lleven otra vez á las canteras.» En otra ocasion salió del lance con un equívoco. Leyóle Dionisio unos versos que versaban sobre un asunto trágico, y le pidió su parecer: «Están, dijo, que hacen llorar.»

ella queda cercado. El jefe de sus tropas Filisto estaba ocupado en la guerra contra los leontinos, á quienes no alcanzaba á sujetar, y Heráclides acababa de vencer por mar á la armada de Dionisio (356). Se ignora si Filisto pudo ir en socorro de su príncipe, pero Simónides, que se hallaba á la sazon en Siracusa, escribe que ese general fué capturado por los siracusanos, y que, después de cortarle la cabeza, fué hecho pedazos el cuerpo, lo que indica en todo caso que su ayuda para nada sirvió á Dionisio. Este quiere entrar en pactos con Dion que á nada accede. Dionisio se escapa por mar de la ciudadela, dejando en ella á Apolócrates, su hijo mayor, y se retira á Locres, en donde durante seis años estuvo tiranizando á los locrios de un modo abominable; pero estos aprovechan su ausencia, y precipitándose sobre sus soldados, los destrozan y prenden á su mujer, que era tambien su hermana, y á sus hijas, dando muerte á todas de una manera horrorosa.

Descontentos de Heráclides los siracusanos por haber dejado escapar de la ciudadela á Dionisio, aquel cree oportuno calmarlos, proponiéndoles una nueva repartícion de tierras. No se aviene Dion con la medida, ó con el modo con que se queria llevar á cabo, y esto le hizo perder el prestigio entre los siracusanos, retirándose entónces á tierra de los leontinos, quienes le reciben con la mayor distincion. Entretanto, la ciudadela estaba á punto de rendirse por hambre; pero Nipcio, general de Dionisio, llega de Nápoles con una flota cargada de trigo, soldados y dinero. Atácanla los siracusanos y llevan la ventaja; solo que, mientras se estaban divirtiendo, alborozados con su victoria, Nipcio penetra en la ciudadela, é introduce en Siracusa diez mil soldados, que se encarnizan en los habitantes medio dormidos, roban las casas y todo es sangre y gritería.

Otra vez llaman á Dion que no se niega á volver en socorro de su patria. Sus soldados destrozan ó ahuyentan á los de Dionisio que se encierran en la ciudadela. Heráclides y Teodoro, los principales autores de los movimientos sediciosos, los extraviadores del pueblo, se ponen enteramente á las órdenes de Dion. El filósofo guerrero los trata con imprudente generosidad.

La cuestion del reparto de tierras, contrariada tambien por Dion, le expone nuevamente al odio del pueblo. Heráclides, mas popular porque halagaba las pasiones demagógicas, vuelve á sus intrigas. Con todo, Gesiles de Lacedemonia le reconcilia otra vez con Dion, y prosiguen de consuno el sitio de la ciudadela. Por fin, viéndose Apolócrates sin recurso y sin esperanza, capitula con Dion, que le permite el irse con su madre, hermanas y efectos, á reunirse con Dionisio. Dion mira enternecido y sin reconvenirla á su mujer, que por voluntad del tirano pasara en brazos de Timócrates.

Después de adquirir tanta gloria, vivió Dion en Siracusa como simple ciudadano, permitiendo sin embargo la muerte de Heráclides, cuya ambicion era verdaderamente incorregible. Dion le hace un funeral magnífico, calmando así al pueblo que le queria mucho.

Calipo, muy nombrado por su valor, y amigo hasta entónces de Dion, proyecta el señorear á Siracusa. Dion, que hubiera preferido mil muertes á una vida de contínua desconfianza con respecto á sus amigos, no abrigaba la menor sospecha contra Calipo. Sabiendo este que la mujer y la hermana de Dion tenian en él muy poca confianza, por las investigaciones que acerca de su conducta habian hecho, trata de tranquilizarlas con juramentos terribles, protestando de la inocencia de sus miras, y de la fidelidad á su amigo y su jefe. El dia de la fiesta de Proserpina (354), los cómplices de la conjuracion tramada por Calipo rodean la casa de Dion, y unos soldados zacintios que habian de asesinarle, entran en su cuarto. Le hallan sin armas, y se le echan encima, queriendo ahogarle, mas no consiguiéndolo tan fácilmente como pensaron, Licon, de Siracusa, les da por la ventana un puñal y matan á Dion.

Calipo se apodera del gobierno de Siracusa después de tan horrible asesinato, y durante trece meses manda en ella como rey absoluto. No se sabe á punto fijo el uso que hizo del mando; léese únicamente que al saber Leptino é Icetas que habia puesto guarnicion en Regio, la echaron, devolviendo así la libertad á sus habitantes; que, queriendo someter á Catania perdió Siracusa, apoderándose de ella Hiparnio, hermano de Dionisio; que en seguida Calipo fué contra Mesina, en donde perdió mucha gente; y por fin, que no queriendo abrirle las puertas ninguna ciudad de Sicilia, con motivo de su crímen (353), se retiró á Regio, donde vivió pobremente, hasta que murió asesinado por Leptino y Polipercon.

Hiparino guarda el mando durante dos años en Siracusa, después de echado Calipo, no sabiendo los siracusanos vivir juiciosamente en república, segun se lo aconsejara Platon.

350. Nipcio, uno de los generales de Dionisio, toma el mando, sin que se sepa de qué modo, y le retiene por mas de dos años.

Dionisio reune algunos soldados extranjeros, y aprovechando los desórdenes de Siracusa entra en ella (347), y echa fuera á Nipcio, recobrando el trono á los diez años de haberle perdido. Lejos de aprender con la desgracia, se habia vuelto aun mas sanguinario y perverso. Desesperados por sus tropelías, los ciudadanos mas nobles invocan el auxilio de Icetas, que entónces gobernaba en Leoncio, y nombrándole general de sus fuerzas, le confian el éxito de su causa (346), nó porque le consideraran mucho mas virtuoso que Dionisio, pero, contaban con que, halagado con aquella prueba de confianza, no omitiria medio para protegerles. Entónces los cartagineses creyeron favorable la coyuntura para apoderarse de Sicilia. Una gran escuadra que enviaron á este país, amedrentó á Siracusa, bien que se ignoraba en dónde desembarcarian los cartagineses. Los habitantes piden socorro á Corinto, y entretanto Icetas aparenta que su une con ellos con la esperanza de avasallarlos. Cabalmente los corintios, contra lo que pensaba Icetas, envian á Timoleon con un cuerpo de ejército para ayudar á los siracusanos. Era el corintio mas ilustre por su cuna y su patriotismo, que le habia llevado hasta el punto de tomar parte en una conspiracion para matar á su hermano Timófanes, castigándole así por traidor y tirano de Corinto: pero, que hacia veinte años, á fin de expiar un sacrificio tan doloroso para su corazon, vivia en la soledad (Diod. Sícul. lib. 16).

345. El general corintio salió de su tierra con los mas favorables auspicios, y arribó á Regio sin accidente. Allí le dicen que Icetas habia llegado á Siracusa, y que tenia á Dionisio sitiado en el cuartel de la ciudadela, llamado la isla Ortiga; pero, que los cartagineses habian tomado á su cargo el impedir el desembarco de los corintios. Timoleon pide una entrevista con los jefes de la escuadra cartaginesa que se hallaba en Regio, cuya ciudad estaba en buena inteligencia con Corinto. Los jefes cartagineses convienen en conferenciar. El coloquio tuvo lugar dentro de la

ciudad, cerrándose las puertas só color de poder enterarse sus habitantes, reunidos en junta general, de las razones de una y otra parte. Los de la parte de Timoleon que estaban en el secreto, hablaban largamente, solo con objeto de ganar tiempo, y darle así á los buques corintios para salir del puerto. Como los cartagineses veian delante de sí á Timoleon, no tenian la menor sospecha. Entretanto nueve buques corintios salen del puerto por entre los cartagineses que están creidos de que se van de aquel modo por anuencia de unos y otros, pues sus jefes están todos reunidos en la ciudad. Luego que Timoleon tuvo aviso de que todas sus naves habian salido ya al mar menos su galera capitana, se desliza por entre la muchedumbre, vuela hácia el puerto, sale sin oposicion á reunirse con su escuadra y aporta á Tauromenio, en donde le recibe muy bien el gobernador Andrómaco. Los cartagineses, acostumbrados á engañar con sus extratagemas á los demás, conocen harto tarde que han caído en un lazo. Las fuerzas de Timoleon y de Icetas llegan casi á un mismo tiempo delante de Adrano. Muy superior en número el primero, se deja sorprender por los corintios que solo le matan trescientos hombres, pero que le hacen doble número de prisioneros, tomándole el campamento y equipajes. Los adranitas abren sus puertas y se entregan á Timoleon, siguiendo su ejemplo muchas ciudades. El mismo Dionisio, viéndose á punto de sucumbir, se entrega á los corintios, y pone en su poder la ciudadela (343). Timoleon envía el tirano á Corinto, donde pasa una vida osbcura y disoluta, llegando á tal estrechez, que para subsistir tuvo que dedicarse á maestro de escuela. Mas adelante perdió la vista por beber demasiado, y falleció dejando una prueba muy instructiva nó solo de la inconstancia de las humanas grandezas, sino principalmente de los males que los aduladores ocasionaron á ese príncipe, quien si siguiera las lecciones de Dion y de Platon, habria podido ser un buen gobernador. Dionisio habia gobernado veinte y cinco años.

Timoleon estuvo á punto de perecer en el templo, víctima de dos asesinos comprados por Icetas. Fueron presos, y el generoso corintio no quiere que mueran.

342. Habiendo entrado Magon en el puerto de Siracusa con ciento cincuenta buques, desembarca sesenta mil hombres y se apoderan de la ciudad; pero Timoleon se ingenia para abastecer la ciudadela sin que lo notasen los cartagineses que esperaban la rendicion por hambre. Viendo el corintio Leon, gobernador de la ciudadela, que el enemigo se habia embarcado para Catania con sus mejores tropas, y que las que quedaron no estaban muy sobre aviso, arremete de improviso contra ellas en una impetuosa salida, mata una parte, dispersa la otra, toma la Acradina, el barrio mas fuerte igualmente que el mejor provisto, y se prepara para conservarle. En esto llegan nuevos socorros de Corinto, y Timoleon se apodera de Mesina. Hipon, que la estaba tiranizando, muere oponiéndose á su entrada. Los corintios se presentan delante de Siracusa en número de cuatro mil. Magon cree ó afecta creer que se le hace traicion, y se vuelve á África con su gente. Los cartagineses le condenan á él por traidor, y le hacen morir en cruz. Al dia siguiente de la salida de Magon, Timoleon ataca á Siracusa por tres puntos á la vez. Las tropas de Icetas son por todas partes arrolladas, sin que un solo corintio pierda la vida en el ataque.

Dueño Timoleon de Siracusa, libertó desde luego las demás ciudades griegas de Sicilia, destruyendo todas las fortalezas levantadas por los tiranos, procurando borrar hasta los vestigios de la tiranía. Corinto, que no llevara mas mira que la de favorecer á Siracusa que á ella debia su fundacion, procura restablecer su pasado poderío, y volver á poblar esa hermosa Sicilia lamentablemente asolada por tiranos y guerras. Ayudado Timoleon por dos legisladores que le mandaron los corintios, llamados Cefalo y Dionisio, se esmera en enriquecer á Siracusa. Plantea una magistratura cuyo jefe se llamaba « Amfípolis, » ó ministro de Júpiter Olímpico. Mas adelante, los años se contaron por la administracion de estos magistrados, el primero de los cuales se llamó Calimenes. Todavía se conservaba esta forma de gobierno en tiempo de Diodoro; es decir, trescientos años después de su establecimiento.

340. Los cartagineses llegan á Lilibeo con un ejército de setenta mil hombres de á pié, siete mil caballos, doscientos buques de guerra y cien de carga. Timoleon corre hasta las orillas del Crimeso, con un cuerpo de ejército que apenas llega á seis mil hombres. Como parte de los enemigos habia pasado ya el rio, Timoleon manda atacarla. Empezaban á jugar las espadas cuando de repente estalla un huracan acompañado de un diluvio de agua y de pedrisco, dando en la cara á los cartagineses. Estos, que iban muy cubiertos con pesadas armaduras de hierro, se hundian en el barro sin poderse menear. Los cuatrocientos que formaban su primera línea son acuchillados, los demás se dispersan. En esta jornada perecieron unos diez mil, quedando prisioneros hasta quince mil. En la vida de Timoleon, Plutarco fija esta accion al fin del mes de targelion cerca del solsticio de verano, y en la vida de Camilo sobre el 21 de targelion, lo que parece corresponder al mes de junio.

Mamerco, tirano de Catania, y tambien Icetas, llenos de envidia y de enojo contra Timoleon, se coaligan secretamente con los cartagineses. Giscon va á Sicilia con setenta buques y algunas tropas auxiliares de la Grecia. Plutarco supone que aquella fué la vez primera que militaron griegos en las filas de Cartago, pero en realidad no es así (véase mas arriba en el sitio de Mocia en tiempo del primer Dionisio). Timoleon marcha primeramente contra Icetas, que habia talado durante su ausencia las tierras de Siracusa. Alcanza al tirano á orillas del rio Damirias, le mata unos mil hombres y le dispersa los demás. Pocos dias después llega á la ciudad de los leontinos, y prende á Icetas, á su hijo Eupomelo, y á Eutimo, general de su caballería: los tres mueren por traidores y fautores de tiranía. La asamblea del pueblo en Siracusa, condena á la misma pena á la mûjer é hijas de Icetas. Mamerco fué tambien vencido cerca de Catania (339) trás de un recio combate, huyendo después de perder dos mil cartagineses aliados suyos. Entónces Cartago pide la paz (338) que se ajusta de un modo favorable á la libertad de todas las ciudades griegas de la isla. Como Catania se entregó á Timoleon, Mamerco se refugió en Mesina al lado de Hipon. Timoleon le sigue allá, y pone sitio á Mesina por mar y por tierra. Al querer Hipon escaparse, los mismos de Mesina le dan la muerte, después de apalearle. Mamerco se rinde al vencedor, y obtiene que será juzgado por los sicilianos y que Timoleon no será su acusador. El pueblo de Siracusa le condena al suplicio de los bandidos. Los demás tiranos abdican espontáneamente ó á la fuerza. Todas las ciudades de Sicilia consideran á Timoleon como un libertador, dándole todas á porfía pruebas de su gratitud. En medio de todas sus prosperidades y de toda su gloria, el ilustre corintio se mantiene siempre modesto, dimitiendo por fin su cargo, después de hacer todo el bien posible en el mando. Hácia el fin

de sus dias, tuvo la desgracia de perder la vista, muriendo en edad avanzada (337) en la misma Siracusa, idolatrado y venerado de todos, como el padre comun y el héroe de la Sicilia. Nada faltó para la magnificencia de sus funerales. Timoleon habia gobernado Siracusa y la Sicilia ocho años, durante los cuales, gozó la isla una prosperidad inaudita, debida á su buen gobierno, y á la observacion de las leyes (Plutarco. Vida de Timoleon).

330. Los sicilianos envian embajadores á Babilonia para felicitar á Alejandro por sus victorias. Tal vez esa embajada dió lugar á Godofredo de Viterbio para escribir que Alejandro habia conquistado la Sicilia.

La Sicilia cae otra vez debajo el dominio de tiranos. — Agatocles sujetó de nuevo la Sicilia al yugo de tiranos. Era hijo de un tal Carcino de Regio, el cual, desterrado de su patria, fué á establecerse en Termas (Sciacca) fundada por los cartagineses. Casó con una mujer que luego consultó al oráculo de Apolo acerca de su embarazo, quien respondió que su hijo causaria á la Sicilia y á los cartagineses graves daños. A consecuencia de esto, Carcino abandona como expósito al niño que le nació de su mujer; pero, esta le hizo recoger de noche y llevarle á casa de su hermano Heráclides. Dióle el nombre de Agatocles, que era el de su abuelo materno. Siete años tenia ya, cuando esa mujer, creyendo oportuna la ocasion, descubrió el secreto á su marido. Gozoso Carcino de verse con un hijo hermoso y robusto, pero temeroso al mismo tiempo de que los cartagineses se acordarian del oráculo, fué á Siracusa con su mujer é hijo, obteniendo á poco derecho de ciudadanía en virtud de la ley timoleónica. Allí Carcino enseñó á su hijo su oficio de alfarero, y murió poco después.

La mocedad de Agatocles fué asaz licenciosa. Hasta ganó por mucho tiempo la vida, pues estaba dotado de belleza física, prestándose á la mas infame de todas las torpezas. Un hombre muy rico de Siracusa que se llamaba Damasco, obtuvo del hermoso mancebo cuanto pudiera desear su abominable pasion. Como Damasco muriera sin hijos, legó sus bienes á su mujer, la que luego casó con Agatocles; desde la primera guerra en que este jóven entró en el servicio de los siracusanos contra Enna, se mostró muy valeroso. Envidioso Sosistrato de su gloria, impide el que sea recompensado, y hasta le quita el grado que en el ejército tenia. Agatocles creyó que debia dejar la Sicilia, yéndose á Italia á servir en el ejército de los brucios contra los crotoniatos auxiliados por los siracusanos, y marchándose despues á Tarento, en donde le dieron el mando de la milicia extranjera. Pero, sospechando los tarentinos que pretendia hacer innovaciones en su gobierno, le expulsan de su tierra. Por aquel tiempo Heráclides y Sosistrato estaban sitiando á Regio con un ejército numeroso. Juntando Agatocles á los proscritos de Siracusa, corre en socorro de Regio y obliga á los siracusanos á levantar el cerco. Aprovechando en seguida la ausencia de las fuerzas, se anticipa á los generales, y entra en Siracusa con mil hombres (319). Pero, fué mas fuerte el partido de Sosistrato, y Agatocles hubo de retirarse con la gente que le quedaba, habiendo recibido él siete heridas. Sin embargo, poco satisfechos los siracusanos con el gobierno de Sosistrato, le echan fuera con seiscientos hombres que eran partidarios suyos decididos. Acestórides de Corinto es nombrado general de Siracusa, y se da licencia á Agatocles para volver á la misma. El bullicioso jóven tuvo que salir otra vez con motivo de su carácter. Se fué con los morgantinos, y estos le hicieron su general, saliendo con su gente contra Leoncio, y marchándose en seguida á sitiar á Siracusa. Conociendo no obstante que podria dejar de ser el mas fuerte, pues entónces los cartagineses sostenian á los siracusanos, entabla una negociacion cuyo mediador fué Amilcar. Otorga Agatocles cuanto se le pide, y promete cumplir su palabra mediante los juramentos mas solemnes. Queda otra vez ciudadano de Siracusa, portándose luego con tal maña, que supo captarse la voluntad del pueblo que le nombró general (317). Mas, no bien tuvo ese mando, que luego trató de quitar de en medio á cuantos pudieran estorbarle para realizar el designio que tenia de alzarse con la autoridad soberana. En pocos momentos estuvo Siracusa llena de sangre y de horrores. Mas de cuatro mil personas son asesinadas en un solo dia, y unas seis mil solo pudieron escapar de la matanza arrojándose por las murallas, pues el malvado habia mandado cerrar las puertas.

315. Agatocles ataca luego por mar y por tierra á las ciudades mas cercanas que no esperaban tamaña hostilidad, causando esta conducta guerras con muchas ciudades, cuyas circunstancias se ignoran. Únicamente se sabe que mas adelante, siempre por intervencion de Amilcar, se negoció un tratado de paz bastante favorable al tirano (314). Como los de Mesina no aprobaban esa paz, todavía hubo de negociar á parte con ellos, y se restableció el sosiego en esta ciudad (312). Pero, llamando Agatocles á Siracusa con un pretexto á los de Mesina y á los de Tauromenio, que eran los que mas sombra le hacian, mandó dar muerte á seiscientos para que todo el mundo se acostumbrase á temblar.

312. No se hallaban muy bien los cartagineses con el nuevo tirano de Sicilia, quien por su parte no les queria mucho mas. Dinócrates, el proscrito principal de Siracusa, se aviene con Cartago, y envia á Nimfodoro á echar de Centoripa la guarnicion puesta allí por Agatocles. Pero Nimfodoro perece con todos sus compañeros. En seguida se presenta Agatocles y manda matar á todos los de la poblacion que llegó á considerar como enemigos suyos.

311. Cartago se decide á hacer formalmente la guerra á Agatocles. Otro Amilcar, hijo de Giscon, sale para Sicilia con una flota considerable, y un ejército de cuarenta mil hombres. Agatocles, que desconfiaba de los habitantes de Gela, manda matar á unos cuatro mil, confiscando luego sus bienes. Después sale contra el ejército enemigo, y le vence; pero á poco queda él vencido, se retira á Gela y después á Siracusa, incendiando antes su real. Visto el buen comportamiento del vencedor, se alian con él los de Camarina, los de Leoncio, de Catania, de Tauromenio, de Mesina y de Abacena. Amilcar emprende el sitio de Siracusa (310). Agatocles deja en ella á su hermano Antandro, y se embarca para el África con sus dos hijos Arcagates y Heráclides, en una escuadra de sesenta buques, tomando tierra sin obstáculo en un sitio llamado Las Canteras. Allí, por no dividir el ejército, ó por no dejar á sus soldados mas recurso que el de la victoria, prende fuego á todos los buques, pretextando un voto hecho á Proserpina y á Ceres. En seguida, sin dar tiempo á sus soldados para reflexionar, los conduce á una plaza llamada Villa-mayor, la ataca con mucho brio, la gana al asalto, y cede el botin á los soldados. De allí parte para Túnez que no hace resistencia, y saquea esta ciudad, como hizo con la primera. Los cartagineses envian contra él cuarenta mil infantes, mil caballos y dos mil carros de guerra, al mando de Hannon y de Bomilcar. El ejército de Agatocles solo constaba de trece ó catorce mil hombres.

Hannon, con la cohorte sagrada, flor de los guerreros de Cartago, da el combate, y sostiene por mucho rato el ímpetu de los siracusanos, y por fin queda muerto en el campo. Bomilcar, enemigo secreto del gobierno de Cartago, se encarga de la retirada, que no tarda en convertirse en derrota. Hay diferencia sobre el número de los muertos en esa jornada; pero es constante que Agatocles llevó la ventaja. En efecto, desde aquel momento, mas de doscientas poblaciones se le entregaron sin resistencia ó con ella, alistándose en sus banderas muchos africanos. Cartago manda á Amilcar que vuelva de Sicilia. Antes de partir prueba el último esfuerzo contra Siracusa, pero queda rechazado. Amilcar manda á África cinco mil hombres de socorro, y no quiere salir de Siracusa (309). Vuelve á acercarse á la ciudad con ciento veinte mil infantes y cinco mil caballos. Antandro hace salir de noche tres mil de á pié y cuatrocientos caballos que cayendo de improviso sobre los cartagineses los dispersan. Amilcar es casi el único que trata de defenderse, y es hecho prisionero y conducido á Siracusa, en donde después de grandes ultrajes tiene que morir, mandando luego Antandro su cabeza á Agatocles. Sin embargo, el ejército cartaginés sigue bloqueando á Siracusa. Agrigento, Gela y otras ciudades dirigidas por Jenódico, trataban de sacudir el yugo del tirano. Un incidente ocasiona por poco en África la pérdida de Agatocles. Su hijo Arcagates habia muerto en una orgía á Licisco, por haberle hablado con sobrada libertad; y como era un jefe muy querido en el ejército, los soldados piden la cabeza del matador. No accede á ello Agatocles, y los soldados se le insubordinan, se nombran un jefe y quieren apoderarse de Túnez. Agatocles se despoja de sus vestidos de púrpura, cúbrese con tosco ropaje y se presenta así delante de sus soldados, diciéndoles: que, puesto que no le quieren ya, va á darse la muerte. En esto, tira de la espada, y hace ademan de pasarse. Los soldados se precipitan hácia él y le detienen el brazo. Prométenle que olvidarán la muerte de Licisco, y le suplican que tome otra vez las regias vestiduras y los guie al enemigo. Agatocles deja en Túnez á Arcagates, sale al encuentro á los cartagineses, y los vence (308). Al mismo tiempo contrae alianza con Ofelas, rey de Cirena, apasionado de una manera infame por Heráclides, hijo segundo de Agatocles. Pero, poco después le dió muerte, y se quedó con sus tropas, tomando entónces abiertamente el título de rey, imitando á los generales de Alejandro Magno. Solo que se abstuvo de llevar diadema, por ser demasiado odiosa para los griegos.

307. Habiéndose insurreccionado la ciudad de Utica, Agatocles marcha contra ella, la toma junto con el fuerte, lo pasa todo á fuego y á sangre, y se vuelve á Sicilia. Sus generales Leptino y Demófilo acababan de alcanzar una victoria contra Jenódico. Luego fué á saquear varias ciudades él mismo, y al saber que sus cosas en África estaban en mal estado, vuelve allá, dejando á Leptino el mando de Siracusa, cuyo puerto se hallaba bloqueado con una escuadra cartaginesa de treinta y nueve galeras, y amenazada además por Dinócrates, cuyas fuerzas iban en aumento cada dia. Agatocles, sin espantarle la situacion, se embarca para el África con diez y siete buques. Luego de llegar, aventura una batalla que perdió, matándole tres mil hombres, y desertándole al mismo tiempo cinco mil africanos que militaban en sus filas. No pudiendo entónces hacer ya frente al enemigo, sin buques suficientes para embarcar toda su gente, entra con unos cuantos soldados en un barco, y huye hácia Siracusa. Los soldados al verse abandonados, matan á sus dos hijos en venganza de la desercion del padre, y el ejército siracusano se arregla con los cartagineses. Este fin tuvo la guerra del África que habia durado cuatro años.

Al entrar Agatocles en Sicilia, se hallaba falto de dinero, y exigió cantidades considerables de los egestanos. Como no se las entregaban, el tirano los atormenta de la manera mas espantosa, suicidándose muchos por librarse de su fiereza. Su hermano Antandro hace quitar la vida en Siracusa á todos los parientes de los jefes y oficiales que habian servido en África. Entretanto, Dinócrates se habia ido granjeando voluntades en esta ciudad, y se hallaba al frente de veinte y cinco mil hombres. Agatocles se arregla con los cartagineses, y ataca luego á Dinócrates con solo cinco mil de á pié, y ochocientos caballos (306). Habia procurado de antemano desacreditar á Dinócrates como traidor á la patria. Avistados ambos ejércitos en un sitio llamado Gorgonio, dos mil hombres se pasan al campo de Agatocles, perdiendo con esto el brio los demás que ya solo piensan en huir. Muchos fueron alcanzados y muertos. No sabiendo ya Dinócrates qué hacerse, se reconcilió con Agatocles (305), y duró su amistad toda la vida.

304. Libre ya el tirano de enemigos en Sicilia, construye un bello palacio en Siracusa. Apremiado por falta de dinero, hace una irrupcion á la isla de Lípari que ningun motivo de queja le habia dado, y roba el tesoro de los templos. Habiendo Casandro sitiado á Corcira (300), Agatocles va allá y vence á los macedonios. Al regreso de estas expediciones, encuentra á los soldados que habian muerto á sus hijos, y á todos quita la vida. Casa á su hija Lanasa con Pirro, que luego fué rey de Epiro, y le da en dote la isla de Corcira. Fingiendo que va á acompañar á su hija para la boda, entra en Crotona, mete la ciudad á saco y extermina á sus habitantes. Contrae luego alianza con los japigios y peucecios, á quienes da buques para piratear, y se vuelve á Siracusa. Después de esto, pasa á Italia (293) con treinta y tres mil hombres y una flota considerable, y toma á Hiponiata, de que se apoderan otra vez los brucios así que él se hubo marchado. Mientras que así lo estaba trastornando todo, movían le disturbios en su propia casa (290). Arcagates, hijo del que fué muerto en África, manda asesinar á su tio, llamado tambien Agatocles, á quien queria por sucesor el tirano, que empezaba á ser viejo y achacoso. Con todo, su nieto Arcagates, cansado de esperar el efecto natural de los años y dolencias, compró á Menon, en el que tenia el rey mucha confianza, y este le envenenó con el mondadientes. Murió entre dolores crueles, y hasta se dice que le metieron en la pira respirando todavía (289). Veinte y ocho años habia gobernado, entre general y rey. Hay historiadores que le dan noventa y cinco años de vida, otros setenta y dos. No todos los escritores contemporáneos hablaron de él del mismo modo; pero, sin negar su valor y hasta su elocuencia, no puede menos de reconocerse que fué pérfido y espantosamente sanguinario, y que la Silicia fué muy desgraciada durante su administracion (Justino, lib. 20).

El gobierno democrático restablecido en Siracusa. —Menon quiso utilizar para sí el envenenamiento del tirano, así es que fué al campamento de Arcagates, y le mató á traicion, haciéndose luego declarar general, por el ejército.

Icetas ó Icetes, se opone á los planes de Menon, y se restablece la democracia en Siracusa. Como en la reparticion de empleos quedasen olvidados los soldados extranjeros, se insubordinan, concluyendo la rebelion con su salida de los estados siracusanos, mar-

chándose á Mesina, á cuyos habitantes matan ó echan fuera despues de robarles lo que tenian. Esos soldados extranjeros eran de la Campania, pero tomaron desde entónces el nombre de mamertinos; es decir, guerreros. Icetas se habia hecho nombrar general de Siracusa, y guardó el cargo nueve años, siendo despues derribado por Tinion.

280. Tinion se apodera de la isla mientras que Sosistrato ocupa el resto de la ciudad. Arde la guerra civil dentro los muros de Siracusa. Los cartagineses van á cercarle por mar y por tierra. Tinion y Sosistrato se reconcilian, y piden auxilio á Pirro, rey de Epiro, yerno de Agatocles (278).

277. Pirro, aceptado el cargo de general de los ejércitos sicilianos, llega á la isla con una buena armada. Al principio es victorioso en todas sus empresas, y echa á los cartagines de todos los puntos. Todos los sicilianos idolatran á Pirro, pero á poco se manifiesta cruel é ingrato, y tiene que abandonar la Sicilia insurreccionada contra él (276) (véase el Epiro).

275. Hieron, después de salir Pirro, fué elegido jefe de los siracusanos, junto con Artemidoro, confirmando el pueblo su eleccion. Casa con la hija de Leptino, muy considerado en Siracusa, y podia por lo mismo contener á los sediciosos durante la ausencia del ejército.

269. Sale Hieron contra los mamertinos, y con un golpe atrevido, bien que poco legítimo, asegura para siempre su tranquilidad y la del pueblo, pues los extranjeros la perturbaban á menudo. Hieron divide en dos mitades su ejército, colocando en la una á los soldados siracusanos, y á los extranjeros en la otra. Poniéndose luego á la cabeza de los primeros, como para dar un ataque, de improviso cambia de frente, y deja á la mitad extranjera expuesta á los golpes de los mamertinos que los hacen trizas. Libre de este modo del principal elemento de sedicion entre sus tropas, presenta batalla á los mamertinos en el llano de Miles. Su ejército triunfa, quedando en el campo muchos enemigos, y prisioneros sus jefes principales. Su rey, Cios, se da él mismo la muerte. Hieron fué declarado rey después de este hecho, y reconocido como tal por sus aliados (Diodoro de Sicilia, lib. 22. Polib. lib. 1.°).

Siracusa otra vez bajo el gobierno de los reyes. — Hieron II descendia de la familia de Gelon que habia ocupado el trono de Siracusa. Por ser su madre de servil condicion, su padre Hierocles, segun la bárbara costumbre de aquel tiempo, le abandonó á poco de nacido, creyendo que el niño deshonraba su nobleza. Cuenta Justino que el pobre niño fué alimentado por abejas durante algunos dias. Declarando el oráculo que este prodigio presagiaba su grandeza futura, Hierocles le recogió en su casa, y desde entónces pensó en darle una educacion esmerada, que bien produjo su fruto.

Al llegar al trono de Siracusa, nó como usurpador, sino como un hombre que está resuelto á servir de padre á un pueblo desgraciado, Hieron hubo de defenderse contra los romanos, que, á instancia de los mamertinos, habian enviado en su socorro á Claudio, tribuno legionario (265). Claudio con los suyos y los mamertinos sorprende á Mesina, y echa de la ciudadela al jefe cartaginés (264). Los mismos de Mesina abren las puertas á los romanos. Hieron se une con los cartagineses para echar de la Sicilia á los romanos. Hieron y Hannon son derrotados por el cónsul Appio. En poco tiempo los romanos rinden sesenta y siete plazas, y se disponen para el sitio de Siracusa. Pide su rey la paz y la obtiene fácilmente (1), pues Roma tenia interés en separarle de los cartagineses. La paz duró mientras vivió Hieron, quien durante cincuenta años de reinado en Siracusa solo ambicionó el amor y la felicidad de la nacion. En esto los dos pueblos mas poderosos del orbe se disputaban el resto de la Sicilia (véase Cartago). El rey de Siracusa toma poca parte en sus querellas de un modo directo, pero deseaba que ni unos ni otros fuesen sobrado poderosos, favoreciendo alguna vez á la parte flaca. Con todo, casi siempre se portó como buen amigo de los romanos. Después de su derrota junto al lago de Trasimeno (217), les dió pruebas de su amistad, sin que la derrota de Canas alterase tampoco su fidelidad (216). Bien echaba de ver que si salian triunfantes los cartagineses, Siracusa estaba perdida, y que era preciso salvar á Roma á todo trance; pero los romanos, no pudieron ayudarle contra los cartagineses, cuando orgullosos estos con sus victorias asolaron las costas de Siracusa. Su hijo Gelon, que habia casado con Nereida, hija de Pirro, llegó á creer en la caída de Roma á los piés de Aníbal, á quien llegó á hacer proposiciones para destronar á su propio padre. Este hijo desnaturalizado murió durante sus intrigas, y tan á tiempo, que se sospecha si Hieron tuvo parte en ello (215). La avanzada edad del buen rey, le iba advirtiendo que tambien se acercaba su fin. Su nieto Hierónimo, de quince años de edad, daba claros indicios, por sus malas calidades, de que no era para gobernar bien. El abuelo estaba en dejar en libertad á Siracusa, pero, las lágrimas de su hija Demarata, mujer de Andronodoro, decidieron al anciano á nombrar por su sucesor á Hierónimo, bajo la direccion de quince tutores. Hecho el testamento falleció mas que octagenario, después de reinar cincuenta y cuatro años con justicia y con bondad. El poeta Teócrito le ha acusado de avaricia. Seria probablemente por no haber participado de sus liberalidades, pues en diferentes ocasiones, y señaladamente en el terremoto de Rodas, dió pruebas de una generosidad espléndida. Nada habia omitido para procurarse, por medio de su pariente Arquímedes, gran número de máquinas para la defensa de una plaza, ni para fomentar los progresos de la agricultura. Los antiguos han citado con elogio los libros que él mismo compuso sobre esta materia, y sus buenas ordenanzas le merecieron la reputacion de sabio, rigiendo todavía en el país mucho después de su muerte.

Hierónimo fué reconocido rey, segun el testamento de su abuelo; pero Andronodoro le aconseja que se desentienda de tutores y gobierne por sí mismo. Así lo verifica, y se queda con Andronodoro solo. Mucha ostentacion, desprecio de todo el mundo, afectacion de descortesía, aislamiento para con los súbditos, increible refinamiento en su vida de disolucion, crueldad de tigre, tal era el carácter del sucesor de Hieron. Se alió con los cartagineses y dejó á los romanos. Pronto empezaron de nuevo las hostilidades. Entretanto estalla una conspiracion contra este príncipe. Uno de sus guardias llamado por Pausanias Dinomenes, é Indigemines por Tito Livio, sale de la emboscada con sus conjurados, detiene á la guardia del príncipe, y le mata, después de reinar trece años. Publícase la relacion de sus crímenes y de su vida abominable, halagando al pueblo con la restauracion de un gobier-

(1) Las condiciones del tratado fuéron, que Hieron pondria en libertad á los prisioneros que tenia, romanos y mamertinos; que por gastos de guerra pagaria 100 talentos de plata, quedando libre poseedor de Siracusa y de las ciudades dependientes de su gobierno. Este tratado hecho por 15 años, llegó á ser perpétuo por la cuenta que los romanos y el rey Hieron tenian en permanecer unidos.

no libre, y tal fué el horror que inspiraba su cadáver que hasta fué dejado sin sepultura.

214. Los siracusanos recobran la libertad. — Andronodoro se hace dueño de la isla que formaba parte de la ciudad de Siracusa, apoderándose igualmente de la ciudadela y otros puntos en que podia defenderse. Todos los habitantes de la ciudad se reunen en la Acradina. Polieno, uno de los mas principales, arenga al pueblo para animarle á recobrar la libertad. Se manda una comision á Andronodoro para ordenarle, en nombre del senado, que acate su autoridad, que abra las puertas de la isla y retire de ella la guarnicion. Andronodoro obedeció, y al dia siguiente fué elegido magistrado, dándole por colegas á Sosípatro, Dinomenes y á los principales que intervinieron en la muerte del rey. Arrastrado Andronodoro por la ambicion de su mujer Demarata, trata de sentarse en el trono. Su cuñado Temistio, yerno como él de Gelon, favorece sus designios. El poeta Ariston, confidente de Temistio, sacrifica su amigo á la patria y descubre la trama á los magistrados, los cuales apostan soldados á la puerta del senado con órden de que maten á Andronodoro y á Temistio así que entren. Los soldados ejecutan lo que se les ha mandado. El senado y el pueblo, debidamente enterados, declaran justas ambas muertes, aprobando además una ley de muerte contra toda la familia real. Á consecuencia de la misma, Demarata y Armonia, hija de Gelon y mujer de Temistio, sufren la muerte. Luego pasan á casa de Heráclea, otra hija de Hieron, mujer de Zoipo, y la degüellan con dos niñas que tenia (Valerio Máximo, lib. III, cap. 2).

Epicides, é Hipócrates fuéron nombrados generales, y al momento trataron de indisponer á los siracusanos con los romanos. Instruido el cónsul Marcelo de las ideas de ambos jefes, manda diputados á Siracusa para contrarestarles. Epicides é Hipócrates impiden el buen resultado de su mision. Entónces Marcelo ataca á Siracusa por tierra y por mar. El propretor Appio Claudio, manda el ataque de tierra, Marcelo el de la tropa de mar. Esto sucedia á fines de julio. El célebre Arquímedes se hallaba entónces en Siracusa. Sus máquinas arrojaban á la infantería romana toda clase de proyectiles de un peso enorme, aplastando cuanto encontraban á su paso. Otras máquinas, colocadas sobre las murallas, lanzaban sobre las galeras gruesas vigas con grandes garfios de hierro, que, cogiendo á los buques por la proa, los levantaban en el aire para sumergirlos luego en el mar, y aun estrellarlos contra las rocas. Por su parte el cónsul habia ideado una máquina llamada « sambuca, » por parecerse en la forma á un instrumento músico, pertrecho que consistia, en realidad, en una escalera ancha de cuatro piés, con una meseta ó plataforma en que cuatro hombres podian combatir de frente, y ser reemplazados cuando convenia. Servíanle de base ocho barcos pegados entre sí; sirviendo la sambuca para aproximar los soldados á las murallas. Pero, la habilidad de Arquímedes, cuyos ingenios servian para todas las distancias, hizo completamente inútil el invento de Marcelo, de suerte que los romanos, después de perder mucha gente, tomaron la resolucion de convertir en bloqueo un sitio que duraba hacia ocho meses.

213. Entretanto que Appio permanecia en Siracusa con las dos terceras partes del ejército romano, Marcelo estaba ocupado en conquistar las ciudades que habian abandonado el partido de Roma. Imilcon, que mandaba la flota cartaginesa, hacia por su parte cuanto podia para conservar ó ganar de nuevo lo que habia estado debajo la dominacion de Cartago. Ambos partidos seguian así entre sucesos prósperos y adversos, y seguia tambien el asedio de Siracusa. Empezando el cónsul á desesperar de tomarla por hambre, trató de valerse de otro medio (212). Noticioso por medio de un desertor de que al dia siguiente, y durante tres dias consecutivos, se celebraria en Siracusa la fiesta de Diana, hizo escalar la torre Galeagro, mientras que soldados y paisanos se hallaban en el primer sueño de la embriaguez. Diez mil hombres estaban ya sobre los muros, abriendo brecha otros por la parte del Hexapilo. Despiertan los siracusanos al sonido de los trompetas enemigas que resuenan todas á la vez, y echan todos á huir, figurándose que todos los barrios de la ciudad estaban en poder de los romanos. Los habitantes de los dos barrios de Villa Nueva y de Tiché se postran á los piés del cónsul, implorando su clemencia. Filodemo entrega el arrabal Eurialo; Epicides abandona la Acradina; todos se entregan al cónsul, y las puertas de Siracusa se le abren de par en par. Esto pasaba en otoño. El cuestor del ejército se apodera del tesoro, y la ciudad sufre el saqueo. Apenas se salvan algunas estátuas y cuadros que se llevaron á Roma. El gozo de Marcelo por tamaña victoria fué burlado por la muerte de Arquímedes, quien, á pesar de las órdenes del cónsul, murió á manos de un soldado que no conocia al grande hombre. Casi todas las ciudades que habian pasado al partido cartaginés se someten á los romanos. Marcelo recibe en Roma los honores de la ovacion, á fines de verano (210). Los mismos sicilianos elogian su rectitud y su clemencia.

La Sicilia provincia romana. — Bajo la proteccion del estado mas poderoso del mundo, la Sicilia disfrutó una prosperidad hasta entónces desconocida. Los sicilianos dejan las tareas militares, y se dan al cultivo de su privilegiado suelo, que viene á ser el granero de Roma. Muy duradera parecia aquella situacion; pero, unos esclavos harto mal tratados y reducidos á la última miseria por amos desentrañados, caballeros romanos casi todos, se reunen y toman la resolucion de sacudir el yugo. Euno ó Jano, que se hallaba entre ellos, nacido en la Siria, y que habia sido preso en la guerra, era el mas descollante por su natural ingenio, y por sus supuestos conocimientos de mágia: decia que la diosa de Siria se le habia aparecido, y anunciado que habia de ser rey. Sus compañeros se juntan con él armados con hoces y otros instrumentos rústicos. Euno entra con su gente en Enna, y pasa á cuchillo á la mayor parte de sus habitantes. Damófilo, que era un amo cruel, cae en su poder con su mujer y su hija; el marido es condenado á muerte, y ejecutada la sentencia inmediatamente después de toda clase de insultos; su mujer, tan dura de corazon como Damófilo, sufre pocos dias después la misma suerte, pero á su hija, que siempre se manifestara mas compasiva, la envian á unos parientes que tenia en Catania. Hecho esto, declaran rey á Euno que toma la diadema con los demás insignias reales, dejando su nombre de Euno por el de « Antíoco. » Sus compañeros que parecian de mas prudencia forman su consejo. En tres dias se halla el nuevo rey á la cabeza de seis mil hombres, y poco después de setenta mil (138). Entónces pensó que ya podia atacar á Manilio, que mandaba una legion en Sicilia. Vence al general romano cuyo campamento es saqueado. El año siguiente (137), el pretor Pub. Cornelio Léntulo sufre igual suerte que Manilio. Su sucesor C. Calpurnio Pison, tambien pretor, quiere atacar á los revoltosos, y tiene que retirarse con desventaja (136). Al pretor L. Plaucio Hipseo, con un ejér-

cito de ocho mil hombres, le sucede lo mismo. Los rebeldes toman Tauromenio, estableciendo allí el centro de sus operaciones. Su número aumenta hasta cien mil. Los esclavos de Italia, del Ática y de Macedonia imitaron á los de Sicilia, á quienes tampoco pudo someter con su ejército el cónsul Fulvio (135). Dos años después el cónsul L. Calp. Pison, obliga á los rebeldes á levantar el cerco de Mesina (133), que no habia querido reconocer su insurreccion, y les mata seis mil hombres, crucificando á los muchos prisioneros que les hizo (132). El cónsul Rupilio va á Tauromenio, y la bloquea por mar y por tierra. El hambre llegó hasta el último extremo. Los sitiados, después de comerse á sus mujeres é hijos, se devoran luego entre sí. Un sirio llamado Serapion entrega la ciudadela á los romanos, y tiene que rendirse la ciudad. Toda la guarnicion muere despeñada. Tambien fué tomada Enna, y tratados los defensores con el mayor rigor. Cleon, compañero de Euno, cae en poder del enemigo, muriendo á poco de sus heridas. Euno se escapa con seiscientos hombres que, perseguidos por el cónsul, se suicidan casi todos. Euno se esconde con cuatro criados en una cueva en la que fueron habidos, cargados de cadenas y aprisionados en Morgancio. Euno tiene la suerte de morir pronto en su encierro. Rupilio, tomadas ya todas las plazas que habian caido en poder de los insurgentes, pacifica la provincia y vuelve á Roma, recibiendo en ella los honores de la ovacion (131).

La injusticia de los romanos, y la inejecucion de las órdenes del senado causan en Sicilia una nueva guerra de esclavos, nó menos cruel que la primera. No pudiendo muchos desgraciados obtener del pretor algun alivio á la dureza con que los trataban sus amos, se retiraron á un bosque consagrado á los dioses palices (105). Después de deliberar allí sobre su mísera situacion, opinaron que debian asesinar á sus amos, y así lo cumplieron, declarándose en rebelion. No podia Licinio Nerva someterlos á la fuerza, y recurre á la traicion. Un Tal Cayo Titinio, jefe de bandidos, que pudo librarse de la pena de muerte pronunciada en Roma contra él, y que estaba muy relacionado con los esclavos, introduce en el fuerte al general romano, y todos perecen á manos de los soldados de Roma ó á las suyas propias. Mas adelante un tal Salvio reune hasta veinte mil, se hace nombrar su rey, y va á sitiar á Morgancio. En un primer combate seiscientos romanos pierden la vida, quedando prisioneros seis mil, pero en otro, en el cual muchos esclavos fieles secundaron á sus amos, llevaron los rebeldes la peor parte, y tuvieron que levantar el cerco. Por aquel mismo tiempo, otra partida de esclavos egestanos y lilibeos, que tenian por jefe á uno llamado Atenion, tuvo osadía bastante para emprender el sitio de Lilibeo, una de las plazas mas fuertes que á la sazon hubiera, pero no les salió bien el golpe. Atenion va á reunirse con Salvio, que tenia el nombre de Trifon, célebre en la Siria, y este se halla al frente de mas de cuarenta mil hombres. Corre el país de los leontinos, y se apodera de Triócalo, en donde se construye un magnífico palacio. Licinio Lúculo, sucesor de Nerva, sale contra los rebeldes con un ejército de ciento sesenta mil hombres (104). Avistáronse cerca de Escirtea, poco distante de Triócalo. Mediaron algunas escaramuzas, empeñándose por fin una accion general. Atenion hace prodigios de valor, pero le hieren y cae en tierra. No viéndole ya los suyos se desbandan y matan los romanos hasta veinte mil esclavos. El año siguiente, como ya habia muerto Trifon, ó sea Salvio, todos los rebeldes reconocieron á Atenion por su general y su rey (103). El ejército romano fué derrotado, cayendo su campamento en poder de los vencedores, que tomaron á Macella por punto central de sus operaciones. El cónsul Aquilio fué á Sicilia (101) por órden del senado, á fin de sofocar todos esos movimientos. Desde luego procuró cortar los víveres á los rebeldes. Una batalla, en que perece Atenion (100), concluye la guerra que habia durado cuatro años. Muerto su jefe, todos los esclavos quedaron dispersos, pereciendo de hambre ó suicidados los que no caian en manos del enemigo. Desde entónces se prohibió á los esclavos de Sicilia el llevar armas bajo pena de la vida. Se supone que estas guerras serviles costaron la vida á cien mil esclavos. Aquilio tuvo el honor de la ovacion, cuya memoria ha perpetuado una medalla. Nombrado Aselio pretor de esta provincia, se afana en reparar las desgracias que habia ocasionado la guerra, y lo consigue (98). Pompeyo restablece la prosperidad y el órden (82) que turbara Perpena, del partido de Mario, y enemigo de Sila. Ciceron fué tambien cuestor en Lilibeo (75), adquiriendo mucha reputacion, mientras que Sixto Peduceo era pretor en la misma. A este cuestor romano se debe el descubrimiento del sepulcro de Arquímedes en Siracusa. Luego tuvo Verres la pretura de Sicilia, y por espacio de tres años que duró su cargo no cesó de vejarla y oprimirla en todos conceptos (71). En virtud de las quejas de sus moradores y de la elocuencia de Ciceron, el senado le condena por fin, no obstante sus riquezas y valimiento, á la restitucion de un millon y cuatrocientos cincuenta y seis mil reales de nuestra moneda. Bien que el orador romano defendió admirablemente á los sicilianos, es preciso reconocer que debia fijarse una restitucion mas crecida. La guerra civil entre César y Pompeyo (51), amenazaba al parecer á la Sicilia con un nuevo azote. Sin embargo, Caton, que entónces era pretor de la isla, supo acomodarse á las circunstancias, entendiéndose con Curion, partidario de César, mientras que él estaba con Pompeyo en buenas relaciones. Pero, asesinado César, las cosas mudaron mucho de aspecto en la isla. Sexto Pompeyo se apodera de ella (44), oprimiendo á los sicilianos por espacio de cinco años (39), pasado cuyo término Octavio César (Augusto) emprende el quitársela de las manos (36), durando la guerra hasta la completa derrota de Pompeyo, de Lépido y de Antonio (31). Dueño entónces Octavio de la Sicilia, y del mundo, se esmera en favorecer una provincia que él bien sabia cuán útil era para Roma. En la reparticion de las provincias del imperio romano la Sicilia cupo en suerte al senado.

Después de Jesucristo. — Acostumbrada la Sicilia al yugo romano, no se ven ya en ella escenas interesantes. Tal vez fué debida esa paciencia á la predicacion del evangelio; pues aun cuando nada se sepa de fijo tocante al orígen del cristianismo en esta isla, no cabe duda en que desde los primeros tiempos hubo fieles de mucho fervor. Se ve por los hechos apostólicos que san Pablo estuvo tres dias en Siracusa, y bien puede presumirse por su celo que convertiria á algunos siracusanos; y sin admitir las historias, apócrifas casi todas, de los mártires mas antiguos de la Sicilia, podemos inferir de las persecuciones que hubo en ese país, que habia cundido mucho en él la religion cristiana antes de ser esta la del imperio.

(69-79 desde Jesucristo). Parece que durante el reinado de Vespasiano hubo algunos movimientos sediciosos en Palermo, pues el emperador repartió á los soldados veteranos todo ese territorio, castigo ordinario de las ciudades rebeldes. Segun las medallas, Adriano viajó en Sicilia favoreciendo á sus morado-

res (126 desde Jesucristo). Una hay en la que se le califica de «Restitutor Siciliæ.» En el débil reinado de Galieno, se organizaron partidas de ladrones, exigiendo cantidades de los pueblos á guisa de contribucion (261 desde Jesucristo), y costó mucho el destruirlos. Siendo Probo emperador, unos franceses, ó galos, que estaban en el Ponto, se hicieron con algunos buques (280), con los cuales efectuaron algunas correrías por las costas de Sicilia, saqueando á Siracusa y volviéronse luego á su país. Por entónces la Sicilia, sometida á Máximo, le suministró gran número de soldados en su guerra con Constantino (311). Durante el gobierno del mismo emperador, los gobernadores de Sicilia, llamados á la sazon procónsules, pretores, ó presidentes, tomaron el nombre de «correctores.» Llamábanse en griego «sratigos,» viniendo de ahí el título de «estrádigo» (ó general de los gobernadores de Mesina). Las ciencias seguian prosperando en Sicilia, floreciendo igualmente en ella la religion cristiana. Cresto, obispo de Siracusa, enviado á Arles por el emperador (314), firma con su diácono Floro las actas de aquel concilio reunido contra los donatistas. Once años después, Capiton, obispo siciliano, asiste al concilio general de Nicea (325). Muerto Constantino en el año 337, la Sicilia cabe en suerte á Constante, su hijo décimo tercero. Magencio le destrona el 18 de enero de 350, haciéndole dar muerte el 27 de febrero por Gaison, y apoderándose de la Sicilia. Al año siguiente (351), en el 28 de setiembre, Constancio vence á Magencio en Murza. Apurado el emperador, se suicida dos años después, en el mes de agosto (353). En el reinado de Valentiniano, un concilio célebre, reunido en Sicilia, sin que conste el punto, admite la consustancialidad del hijo, y la fé de Nicea (366). La guerra entre el emperador Teodosio y el tirano Máximo causa graves trastornos en la isla (387), propagándose por entónces en ella la heregía de Pelagio, principalmente en Siracusa (408) en donde los herejes se hallan sostenidos por Celestio, discípulo de Pelagio, y luego por el famoso Juliano. Saqueada Roma por Alarico, rey de los godos, trata él mismo de conquistar la Sicilia; pero al deliberar cerca de Regio sobre el modo de llevar á cabo su empresa (410) murió súbitamente, y la Sicilia quedó en sosiego. Hasta este tiempo hacen remontar los mesineses el orígen de su escudo con cruz de oro en campo de gules, debido, segun ellos, al emperador Arcadio que se lo concedió en recompensa de los auxilios que le prestaron. Gensérico, rey de los vándalos pasa á Sicilia (440) talándolo todo en su tránsito, y pone sitio á Palermo que se defiende por mucho tiempo. Teodosio II envia una armada poderosa contra él (441). Gensérico entretiene á Teodosio, y este tiene que llamar otra vez la flota el año siguiente (442). Se ajusta la paz, y se devuelve la Sicilia á Valentiniano III (445 desde Jesucristo). Habiendo sido asesinado este príncipe (455), su viuda la emperatriz, acude á Gensérico para vengar su muerte. Este se dirige á Roma, casa á su hijo Hunérico con Eudoxia, hija de Valentiniano, luego se va á hacer correrías por la Italia y la Sicilia, de la cual se apodera só color de proteger los derechos de su nuera. Mucho tuvieron que sufrir los católicos de Sicilia durante el gobierno de Gensérico, pues protegia á los arrianos. Sin embargo, este sufrió una gran derrota en Sicilia, pues sus vándalos fueron destrozados por el conde Marcelino (465 desde Jesucristo), cuya victoria puso otra vez la Sicilia debajo la dominacion del emperador de oriente. Muerto el conde á traicion por órden de la corte misma, Basilisco, que después se apoderó del imperio, es nombrado gobernador de Sicilia. Sabiendo el nuevo gobernador que Teodosio, hijo de Triario, rey de los godos, se habia rebelado contra el emperador Leon (471 desde Jesucristo), sale de la provincia de su mando, y dispersa á los rebeldes. Aprovechando Gensérico la confusion de los negocios, hace nuevas correrías en Sicilia. En seguida negocia un tratado con Odoacro que se habia hecho dueño de Italia (476), en el cual abandona en favor del segundo todas sus pretensiones á la posesion directa de la Sicilia, reservándose, no obstante, la soberanía, un tributo anual, y la propiedad de algunas plazas. Muerto Odoacro por Teodorico, rey de los godos, este es reconocido rey de Sicilia (493), confiando el gobierno de la isla al célebre Casiodoro, que con su elocuencia y prestigio tiene quietos á los sicilianos. Estos estuvieron en sosiego durante el mando de los godos hasta Justiniano, que quiso reunir al imperio el Africa, del cual la habian separado los vándalos. Belisario, general del ejército romano llega á Sicilia (533 desde Jesucristo). Amalasunta, madre y tutora de Atalarico, nieto de Teodorico, rey de los godos, muerto hacia siete años, celebra un tratado con Justiniano, en virtud del cual se obliga á proveer de víveres al ejército del mismo emperador. Los godos y Justiniano se disputan la propiedad del fuerte de Lilibeo. Amalasunta estaba por Justiniano, pero como muriese Atalarico antes que viese la regente realizados sus designios, se ve obligada á declarar rey de los godos á Teodoto (534 después de Jesucristo). Este era hijo de Amalfreda ó Amalafrida, hermana de Teodorico, y casada en segundas nupcias con Trasamundo. Lo primero que hizo el nuevo rey fué prender, y luego matar á la regente. Justiniano manda á Belisario contra Teodoto, y los romanos toman á Catania sin resistencia; Siracusa les abre las puertas, imitando su ejemplo otras varias ciudades. Justiniano mandó después allá á Artabano (550), quien expulsó enteramente de la isla á los godos.

(565-641 DESDE JESUCRISTO). Desde la muerte de Justiniano hasta el reinado de Constante fué mas de una vez invadida la Sicilia por los bárbaros, pero se han perdido los pormenores de esas invasiones. En el año 22.° de su reinado (663), este príncipe, que solo habia residido en Roma desde el 5 hasta el 17 de julio, se habia retirado á Nápoles, en donde se hizo odioso por ser partidario del monotelismo. Desde allí fué á Sicilia, y por el mes de setiembre de este mismo año se estableció en Siracusa. Su presencia fué grandemente nociva para los sicilianos, que se vieron tiránicamente vejados, llegando hasta el extremo, emperador y ministros, de robar las iglesias. Esto irritó á un sugeto que concibió la idea de vengar á sus compatricios. Constante fué asesinado en el baño en Siracusa, á fines de setiembre (668) (1). El armenio Mizizi ó Mizetti es proclamado emperador á pesar de su resistencia. Constantino Pogonato, hijo y sucesor de Constante, llega á Sicilia con una armada, prende á Mezetti, y le da la muerte, junto con los que habian tenido parte en la de Constante. Poco después, validos los sarracenos de los trastornos que ocasionó la muerte del emperador (669), desembarcan en Sicilia, á donde fuéron en una flota de Moavio, califa de Damasco. Siracusa se halla sin guarnicion; se posesionan de ella, y los bárbaros roban todo lo que les fué posible llevar, matando además á muchos habitantes, destruyendo las iglesias, sin que perdonasen

(1) 15 de julio del 668, segun Anastasio: 15 de julio del 669, segun Mensi.

la vida á ningun eclesiástico, y volviéndose después á Alejandría con un inmenso botin. Justiniano el Jóven, hijo y sucesor de Constantino Pogonato, devuelve á la iglesia romana sus bienes de Sicilia (685), que habian sido empeñados. Sergio, gobernador de Sicilia, sabedor de que Constantinopla se hallaba asediada (718) por el ejército de Omar II, da la corona de emperador á uno de su casa, llamado Basilio, á quien muda el nombre por el de Tiberio. Levantado el sitio de Constantinopla, el emperador Leon, el Isaurio, envia á Sicilia á Paulo el Cartulario, con el título de patricio y de gobernador. Llega Paulo á Sicilia sin obstáculo, y entra en Siracusa, huyendo al mismo tiempo Sergio á Calabria. Los siracusanos proclaman emperador á Leon, y entregan á Basilio y sus cortesanos á Paulo, quien les hace cortar la cabeza. Obstinado Leon en seguir las ideas de los iconoclastas, quiere vengarse de los papas que le resistian, confiscando los bienes que la iglesia romana tenia en Sicilia y la Calabria, quitando varias provincias al patriarcado de Roma, y entre otras la Sicilia, que empieza desde entónces á reconocer la autoridad patriarcal del arzobispo de Constantinopla. La emperatriz Irene da órden de prender á Helpidio (780), gobernador de Sicilia. Los sicilianos se oponen á ello; y el patricio Teodoro va á Sicilia con una armada considerable para hacer la guerra á Helpidio (781). Después de varios combates, el patricio queda vencedor. Helpidio se va á tierra de sarracenos, que le reciben bien, decidiéndose entónces á una nueva expedicion á Sicilia (820 desde Jesucristo). Sorprende á Palermo, y desde esta ciudad los sarracenos hacen varias correrías en la isla. Los sicilianos imploran el socorro de todos los príncipes cristianos. Bonifacio, conde de Córcega, desembarca en Africa, y vence cuatro veces á los sarracenos, quienes llaman al ejército que habia en Sicilia; pero, no tardan en volver á ella con una armada capitaneada por Sabar (821). Trábase un recio combate naval entre los cristianos, mandados por Teodosio, almirante del emperador Miguel, y los infieles, y los primeros quedan completamente derrotados; pero los vencedores se dirigen á la Dalmacia, y luego se vuelven al Africa. Nueva irrupcion de esos bárbaros (825), cuatro años después, cuyos detalles no se saben exactamente.

Un señor principal de Sicilia, llamado Eufemo, que mandaba un cuerpo de ejército, se enamora perdidamente de una monja, y la arrebata del convento contra su voluntad. El emperador Miguel da órden de cortar la naríz al culpable, y de matarle luego. Eufemo, protegido por el ejército, contesta á la órden con hacerse aclamar emperador; pero, sintiéndose débil, pide auxilio á los africanos. El rey sarraceno le acoge bajo de su proteccion, apronta una armada de cuarenta mil hombres, y la hace salir para Sicilia al mando de Alcam ó Adelcama. Á mediados de julio (827) desembarca cerca de Mazara sin encontrar resistencia. Los infieles toman primeramente á Selinunto, tratando á sus habitantes con la mayor crueldad. Temerosas muchas otras ciudades de iguales rigores, se entregan á los bárbaros. Alcam hace construir un fuerte en el monte Bonifato, dándole su nombre, que todavía conserva. Rehechos ya los sicilianos, osan poner sitio á Alcam; pero, llega á los sarracenos un nuevo refuerzo, hacen levantar el sitio, y obligan á la mayor parte de las ciudades á reconocer la autoridad de Eufemo, á quien proclamaban rey en todos los puntos conquistados. Como los siracusanos se opusiesen á la proclamacion, pide Eufemo que le manden comisionados para entenderse con ellos. Enviáronle á dos hermanos, con los cuales habia tenido en otro tiempo buenas relaciones. Al verlos les dió un abrazo, y en esto, los diputados de Siracusa le dieron de puñaladas, y le cortaron la cabeza. En este año se fija (1) la fabulosa donacion de las islas de Córcega, de Cerdeña y de Sicilia, hecha al papa Pascual por Luis el Pio, que nunca habia tenido en esos países el menor derecho á una pulgada de tierra. Lo que hay mas cierto es que, excepto Siracusa y Tauromenio, la Sicilia quedó debajo el yugo de los sarracenos, cuya residencia principal fué Palermo, dependiendo sus gobernadores del rey de Túnez, y cuando el reino de Túnez quedó agregado al califato de Egipto, dependió la Sicilia del califa egipcio, nombrando entónces este al emir virey de Sicilia. Mahoma, hijo de Abdala, el primero de esos emires, tenia el cargo este año (843), y extendió dos años después los límites de su mando con la toma de Mótica y de Lentino (845 desde Jesucristo). Una accion muy reñida entre infieles y cristianos costó la vida á nueve mil de los segundos. Al año siguiente Ragusa, de Sicilia, se somete á los sarracenos. Gregorio Asbesta, obispo de Siracusa, despide la primera centella del cisma que divide luego por mucho tiempo á griegos y latinos, declarándose contra Ignacio, patriarca de Constantinopla, que le habia prohibido el asistir á su consagracion, hasta que se justificara de muy graves acusaciones que sobre él estaban pesando. No pudiendo Ignacio disuadir de sus opiniones á Gregorio, le separa del episcopado en un concilio celebrado en Constantinopla por el año 847, nombrando en su lugar á Teodoro. El papa Benedicto III aprueba la disposicion de Gregorio, el cual protesta contra la sentencia del concilio y del papa. En 4 de julio (852) muere Mahoma después de una administracion de nueve años. Le sucede Alaba y se apodera de la fortaleza de Buteria (854). Enemistado Ignacio con la corte de Constantinopla, Gregorio confiere á Focio la dignidad de patriarca de esta iglesia el dia de Navidad del 857. Después de una señalada victoria contra los cristianos, debilitados por sus divisiones, Alaba toma el 15 de abril la importante plaza de Enna (859), y erige en ella una mezquita (860 después de Jesucristo). Desaprueba el papa Nicolás la deposicion de Ignacio, y la elevacion de Focio, apremiando al emperador Miguel para que mandase restituir á la iglesia de Roma los patrimonios de Calabria y Sicilia que se la habian arrebatado, y diese órden que en adelánte el obispo de Siracusa reconociese por su metropolitano al de Roma. Zacarías, obispo de Tauromenio, tambien se declara en favor de Focio. El papa no quiere admitirle en la comunion. Focio da á Zacarías el título de arzobispo, dependiente sin embargo de la jurisdiccion metropolitana de Siracusa, destina á Gregorio al obispado de Nicea, y erige la sede de Mesina en arzobispado (862). Muerto Alaba, eligen los sarracenos por emir á su hijo Abdala, pero gobierna poco tiempo la Sicilia, tal vez porque no fué aprobada su eleccion por el rey de Túnez. Fué reemplazado por Ciafagias. Vencidos los legados del papa por las amenazas y las promesas del emperador, tienen la debilidad de aprobar la deposicion de Ignacio, y la elevacion de Focio. La conducta de los legados es reprobada en Roma. Gregorio y Focio son condenados en un concilio (863). Los sarracenos van ganando terreno en Sicilia. La plaza de Neeto se les rinde (864). Habiendo sido restablecido Ignacio y depuesto Focio (867), el concilio general de Constantinopla confirma la condenacion de Focio (869). Eutimo, obispo de Catania,

(1) El de 817 (véase á Pagi y á Muratori).

con otros nueve prelados que habian reconocido á Focio, piden perdon al concilio, y le alcanzan. El 29 de noviembre (870) Mahomed, hijo y sucesor de Ciafagias, es asesinado por sus propios eunucos; que luego fueron castigados. Ahamed le sucede de órden del rey de Africa, Mahomed, que muere en noviembre de este año (875); reemplazándole Ibrahim que sale de Cairnan para ir á Sicilia. Toma varias plazas á los cristianos, pero hay pocos pormenores sobre esos acontecimientos. Con todo, los sarracenos, que todavía no eran dueños de Siracusa ni de Tauromenio, emprenden el sitio de la primera (878). El emperador Basilio ordena al patricio Adriano, almirante del imperio, que vaya á socorrer la plaza; pero, pretextando Basilio que tenia que aguardar en el Peloponeso viento favorable, da á los infieles todo el tiempo necesario para apoderarse de ella. Los sitiados se ven reducidos á comer pan amasado con harina de huesos molidos, y hasta sus propios hijos. Una epidemia acaba de aumentar sus males. Defendíanse no obstante valerosísimamente, á pesar de que los sitiadores eran ciento contra uno. Trás de mucho pelear, es fuerza ceder al número, y Siracusa fué tomada al asalto el 21 de mayo (878), siendo tratados sus habitantes del modo mas inhumano. Los bárbaros destruyeron esta ciudad, una de las mas hermosas de la tierra, y Palermo fué en adelante la capital de Sicilia. El papa Juan VIII consiente en este mismo año el restablecimiento de Focio en su sede, alzando las excomuniones fulminadas contra él.

(885 DESPUÉS DE JESUCRISTO.) Alhasan, sucesor de Ahamed, da libertad á los prisioneros siracusanos que pueden pagar rescate (889). Hubo este año una gran batalla cerca de Melazzo, entre la armada imperial y la sarracena, pereciendo en ella cinco mil cristianos. El emperador Leon el Sabio, concierta treguas con los sarracenos de Sicilia (896). Abul Abdas va desde Africa á esta provincia y desembarcando el 24 de julio (900) junto á Maza, entra á la fuerza en Palermo el 8 de setiembre, y pasa muchos habitantes á cuchillo, teniendo lugar este suceso en el año 901, segun las crónicas árabes, y en el 909 segun los autores latinos. Rebélanse los sarracenos de Palermo contra el rey de Africa (909), aliándose con los griegos de Italia. Ibrahim, ó Abraham, manda á su hijo á Sicilia con un ejército considerable. El príncipe se apodera de Palermo, pasa el estrecho y destruye á Regió. El mismo rey llega á Sicilia, y sorprende á Tauromenio mientras estaban comiendo los habitantes, á los cuales trata muy cruelmente. Arrancaron el corazon al obispo Procopio, cortáronle luego la cabeza con los clérigos que le acompañaban, y fueron arrojados al fuego sus cadáveres. Muere Ibrahim repentinamente poco después de esta expedicion. Su hijo Almahdi toma el título de califa, y así no reconoce ya superior (910). Después de permanecer cincuenta dias en Sicilia, se vuelve á Africa. Sucedióle Amram en el emirato de Sicilia, y fué muerto en un motin en Palermo el 27 de enero (913). Á 28 del siguiente mes de mayo fué reemplazado por Korhab, depuesto tres años después á 14 de julio (916 después de J. C.). Á 15 del siguiente agosto Abusaid va á Sicilia con un ejército. Los sicilianos se niegan á reconocerle por emir, y le tienen sitiado por espacio de seis meses (918 después de J. C.). Nombrado Salem en su lugar, hace el año siguiente (919) una transaccion con los habitantes de Tauromenio y de algunas otras plazas. El califa de Africa envia un general que toma el fuerte de santa Ágata (924). Salem, con dos comisarios mas del califa, condena á una crecida contribucion (927) á los sicilianos que se habian rebelado. Cinco años después (932), sufrieron igual castigo por haber querido sacudir tambien el yugo. Almahdi, ó Almoade, y aun Abdalla Mahadés, después de reinar veinte y cuatro años y algunos meses, muere este año (934). El 10 de marzo del mismo año, matan junto al palacio de Salem á Reudash, gobernador de Tauromenio.

937. Descontentos los agrigentinos con el gobierno de Salem, echan la guarnicion que habia en la ciudad. Esto sucedia el 28 de abril. Marcha Salem contra ellos, y pone cerco á la fortaleza de Asrah. Preséntanse los agrigentinos y destrozan á los sarracenos el 24 de junio persiguiéndolos hasta Palermo, cuya ciudad procuran sorprender. Saliendo al dia siguiente Salem de la ciudad á la cabeza de los suyos, dispersa á los insurgentes. El 17 de setiembre del año siguiente hubo otro combate entre Salem y los rebeldes (938). Estos fueron vencidos, cayendo sus jefes en poder del emir que los mandó empalar. Nuevos ejércitos de pueblos descontentos salen á campaña, y atacados por Salem el 7 de octubre, quedan derrotados. El 23 del mismo mes, Chatil, general del califa, entra en Palermo con un ejército numeroso, y derriba las murallas y las puertas de la ciudad, á fin de quitar á sus moradores la ocasion de rebelarse. El 9 de marzo siguiente (939) trábase una accion entre los agrigentinos y Chatil, en la que los rebeldes llevan la ventaja. Salem tiene sitiada fuertemente á Agrigento sin poderla rendir. Chatil envia á buscar mas tropas á Africa, y toma las fortalezas de Butera, de Assaro y de Selafano. En seguida emprende el sitio de Calatabellota, que dura mucho tiempo. Los rebeldes le hacen levantar el sitio; en el mes de noviembre (940) sorprenden á los sitiadores, dispersándoles y apoderándose de sus bagajes. Muere Salem, y los africanos sitian de nuevo á Calatabellota, tomándola por el mes de marzo (941). El 20 del siguiente noviembre, Chatil toma á Agrigento, y envia gran número de prisioneros á Africa, á donde regresa el mismo general el 10 de setiembre (942), después de nombrar dos gobernadores en Palermo. Seis años después Hasan tuvo el gobierno de Sicilia (948). Sometió casi todo el país, restableciendo en él la justicia y el órden, que habian desaparecido con las guerras civiles. Se fraguó sin embargo contra él una conspiracion (949) cuyos jefes fuéron presos; y después de cortarles piés y manos, fuéron ahorcados. Hasan vuelve á Africa, después de gobernar la Sicilia por espacio de cinco años y dos meses (954). Su hijo Ahamed, llamado tambien Abulasan Binilassa, le sucede, con el beneplácito del nuevo califa Muazzi Lidinilla. Basilio, almirante del emperador Constantino Porfirogeneto, arriba con una escuadra á Sicilia y se apodera de Termas (956). Muchos infieles sucumben cerca de Mazaro. Ahamed, con su hermano Ammar, que mandaba la escuadra del califa, ahuyentan al almirante griego, Mariano, derrotándole después completamente en una batalla en que le mataron veinte mil hombres. Ahamed se lleva consigo á treinta señores de los principales de Sicilia (960) que aun conservaban la fé de Jesucristo. El califa los fuerza á abjurar y á abrazar la religion de Mahoma, mandando además que todos los niños sicilianos, que subian á quince mil, fuesen circuncidados en el mismo dia que el hijo de Ahamed. Tauromenio se rebela. Ahamed la pone cerco, tomándola en el mes de diciembre del año siguiente (962 después de J. C.). El emir de Sicilia muere en Palermo á la edad de cincuenta y tres años (965). Jacson, de esclavo que habia sido, asciende á la dignidad de emir de Sicilia (969), que al principio da buenos resultados. Siracusa, Himera, Tauromenio y Lentini se dan á los griegos. Manuel, primo del emperador, persigue á los

sarracenos hasta en sus guaridas; pero cae en una emboscada en la que perecieron muchos griegos. El mismo Manuel queda prisionero, y luego muere ahorcado. La flota imperial mandada por el eunuco Nicetas no hace la menor resistencia. Hasta Nicetas fué hecho prisionero. Los sarracenos toman otra vez muy fácilmente las plazas que les habian quitado los griegos. El califa nombra emir de Sicilia á Abucassem, hermano de Ahamed (970). El nuevo gobernador somete algunas poblaciones que habian sacudido el yugo mahometano (975). Abucassem vence tres veces á los cristianos, siempre prontos á la insurreccion; pero la tercera victoria le cuesta la vida. Habia gobernado la isla durante doce años y cinco meses. Su hijo Gaber ó Geber, toma el mando sin esperar el consentimiento del califa, que nombra emir de Sicilia á Giafar (984), y este muere poco después, reemplazándole su hermano Abdallah, que fallece á los cinco años de tener el cargo (989). Abul Totuf Isuf, ó Jusuf, fué su sucesor por poco tiempo, viniendo en pós de él su hijo Giafar. Ahakem, otro hijo de Isuf, gobernó la Sicilia mas acertadamente que su hermano (1016 después de J. C.). Orestes, escudero mayor de Constantino, emperador de Constantinopla, llega á Sicilia con un ejército considerable (1020); pero, diezmado por la epidemia, es vencido por los sarracenos. Maimon, general de los moros españoles, llamado probablemente por los de Sicilia, toma á Pactes el 17 de julio (1027), corre la tierra de Siracusa, y mata á hierro y á fuego á todos los cristianos que encuentra. Con todo, poco á poco va siendo mas humano, y les permite el ejercicio de su religion. Mal avenidos los sicilianos con el gobierno de Alhakem, piden auxilio á Ahamed Bimbadis, gobernador de Africa, y casi su verdadero rey. Abdalho, hijo de Almoed, parte contra Alhakem (1035), y le obliga á encerrarse en un castillo cerca de Palermo, en el cual queda sitiado, muriendo Alhakem en este sitio. Los sicilianos no quieren someterse al gobernador de Africa, y desbaratan á los africanos que se vuelven á su país. La Sicilia ya no reconoce la autoridad del califa. Assasam, llamado tambien Apolofar, se pone al frente de una parte del pueblo, capitaneando otra parte Abdale, Alí y Dinitamo, los cuales se apoderan de Trápani, de Agrigento y de Enna. Miguel Paflagonio, emperador de Constantinopla, creyó la ocasion oportuna, y envió á Sicilia á Jorge Probata, al objeto de tratar con Assasam. Pero, Apocafs se declara contra su hermano Apolofar; llegan á las manos y ninguno sale definitivamente vencedor. Sin embargo, con el auxilio de las tropas imperiales Apolofar alcanza por fin la victoria (1038). No tardaron en conocer los dos hermanos que con sus disputas solo trabajaban en beneficio del emperador; así es que se reconcilian, pidiendo á los africanos que los ayuden para impedir el que los griegos se apoderen de Sicilia. El patricio Jorge Maniaces desembarca en Sicilia, y emprende el sitio de Mesina. Gaimar ó Waimairo, príncipe de Salerno, le promete de buena gana la ayuda de los normandos que militaban con él, y á quienes tenia mas temor que afecto, aunque le sirvieron muy bien contra el príncipe de Capua. La llegada de aquella gente da mayor animacion al sitio, que iba siendo ya muy largo, y se rinde la ciudad. Maniaces toma en seguida todas las plazas situadas entre Mesina y Siracusa, apoderándose hasta de esta última. Guillermo, caballero normando, hijo del conde de Pulla, se hallaba en esta expedicion, señalándose con sus proezas. Entretanto, Apolofar y Apocafs entran otra vez en Sicilia. Guillermo, atacá á la cabeza de sus normandos á los infieles en Rameta, y les destroza por completo. Los sarracenos de Sicilia reciben de Africa un refuerzo considerable. El general griego les sale al encuentro cerca de Troina, y la victoria de los cristianos es tambien de las mas señaladas. Se supone que perecieron en la batalla cincuenta y dos mil moros. El gobierno de Sicilia es conferido al patricio Estéban, hermano de la emperatriz (1040). Los sarracenos invaden nuevamente la Sicilia, y vuelven á tomar por cobardía del gobernador todas sus plazas de guerra excepto Mesina, cuyo sitio emprenden los moros. Hallábase en ella de comandante Catacalmo, con trescientos armenios de á caballo, y quinientos hombres de buena infantería, y sostuvo por mucho tiempo el sitio. Un dia, que era de fiesta para los mahometanos, á la hora en que estos solian comer, hace una salida general, consigue penetrar hasta la tienda de Apolofar, y le mata. Se dice que perecieron aquel dia sarracenos á millares. Sin embargo, los que pudieron salvarse de esta derrota, se reunieron otra vez para sitiar de nuevo á Mesina, atacándola tan esforzadamente, que se apoderaron de ella. Con esta conquista quedaron dueños en poco tiempo de toda la Sicilia. Estéban huyó vergonzosamente á Italia. Parece que los sarracenos tuvieron luego en paz la Sicilia por espacio de veinte años. Con todo, los normandos, que habian adelantado mucho en la Pulla, la Calabria y otras partes de Italia, trataban igualmente de establecerse en Sicilia. Al llegar el momento favorable (1051), Roberto y Rogerio emprenden la conquista de la isla, consiguiendo arrojar á los sarracenos en diez ú once años, segun puede verse en la cronología histórica de los condes y duques de Pulla y de Calabria. Por convenio de los dos hermanos conquistadores, quedó la Sicilia con el nombre de condado á Rogerio (1072 después de J. C.).

CARTAGO.

La historia de los sufetas, generales ó magistrados de la REPÚBLICA DE CARTAGO, no cede en importancia á ninguna de las mas interesantes de la antigüedad.

CARTAGO, capital por espacio de muchos siglos del país llamado propiamente Africa, se hallaba situada al fondo de un golfo, en una península. No están conformes los historiadores tocante al orígen de su nombre, como tampoco lo están los cronólogos con respecto al año de su fundacion. Convienen no obstante, unos y otros, en que los fenicios, es decir, gentes de Tiro, fuéron los primeros fundadores de esta ciudad. Esos fenicios, descendian, segun Procopio y Eusebio, de aquellos cananeos dispersados por Josué, por los años de 1590 antes de Jesucristo. Habian edificado ya á Utica, á poca distancia de Cartago, en el 1520 antes de Jesucristo y 261 años mas adelante echaron los cimientos de Cartago (1259). Zoro y Carquedon, tirios ambos, hicieron en ella nuevas construcciones unos veinte y ocho años después (1231), sin que fuese aun con esto una ciudad importante. Mas de tres siglos y medio adelante, Elisa, mas conocida con el nombre de Dido, abandona á Tiro (véase Tiro), cuando gobernaba Pigmalion, rey de la misma ciudad. Pigmalion habia hecho matar á su tio Siqueo, marido de Elisa á fin de apoderarse de sus cuantiosas riquezas. Pero, salió frustrado su intento, pues Dido supo llevarse sus tesoros al Africa, á donde llegó con Ana, hermana suya. Compró en ella terrenos para establecerse con la reducida colonia de hombres industriosos que le acompañaban. Exigieron los naturales del país que los recien llegados les pagasen por mucho tiempo cierto tributo anual, mediante cuya condicion, les suministrarian, si daban dinero, todo lo mas necesario para

edificar una ciudad (1). Pero después los nuevos cartagineses se reunen con los antiguos, y Cartago fué pronto aumentada con una nueva ciudad, y una ciudadela que los griegos llamaron Birsa (2). Un príncipe comarcano, llamado Zarbas, con objeto de señorear una ciudad que iba siendo ya floreciente, pide la mano de Dido; pero, no queria esta princesa violar la fé que diera á Siqueo. Así es que, para evitar la guerra á los suyos, manda preparar una hoguera; sube á ella, y sacando un puñal que llevaba oculto debajo de su vestido, se dió la muerte. Se ignora cuánto tiempo reinó en Cartago.

Después del trágico fin de Dido, hay en la historia un vacío de mas de tres siglos. Se sabe únicamente que el gobierno de los cartagineses era en parte monárquico, parte aristocrático y parte democrático, hallándose dividido el poder entre los sufetas, el senado y el pueblo. Mientras estuvo equilibrada entre los tres elementos, la república estuvo próspera; pero, así que el pueblo hubo adquirido sobrado ascendiente, las intrigas y facciones precipitaron á los cartagineses en un abismo de desgracias.

Los sufetas ó sufetes, eran los primeros magistrados de Cartago. Todos los años se elegian. Eran dos, y habian de sobresalir entre sus compatricios por la nobleza, la virtud, el talento y la riqueza. Correspondia su cargo al de los cónsules de Roma, ó al de los reyes de Esparta. Por lo mismo, varios autores dan á los sufetas el título de cónsules y reyes. La mayor parte de las ciudades cartaginesas tenian tambien sus sufetas particulares. El senado se componia de varones respetables bajo todos conceptos. La dignidad era electiva, y considerable su número. No se sabe á punto fijo cuál era el poder del pueblo en Cartago, pero, en tiempo de Aníbal, parece que tenia la preponderancia en los negocios. Probablemente de entre los senadores se elegian los jueces de un tribunal compuesto de ciento y cuatro individuos, cuyas facultades eran muy extensas, principalmente en cosas de justicia. Tenia cinco presidentes de su mismo cuerpo. Era su autoridad, como la de los éforos de Esparta, bastante despótica.

En los tiempos de Ciro y de Cambises la república de Cartago era poderosísima por mar y por tierra. Por una gran batalla que las escuadras combinadas de los cartagineses y etruscos ganaron (543) á los focios, se echa de ver que los cartagineses eran ya desde entónces buenos marinos, pues que los focios en el reinado de Ciro, eran muy temidos por mar. Los vencedores quedaron dueños de la isla de Cirna, ahora Córcega. A fines del reinado de Ciro, ó del de su tio Ciájares II (537), alcanzaron los cartagineses varias victorias contra los príncipes africanos con cuyas tierras lindaba la suya.

Maleo ó Maqueo, es el primero de quien dice la historia que tuvo el cargo de sufeta en Cartago. Durante su administracion obtuvieron los cartagineses esas ventajas de que hablamos contra los príncipes de Africa. Á poco conquistaron casi toda la Sicilia (536). Pero, una terrible epidemia invadió su país en medio de sus prosperidades. Procuraron calmar á los dioses con sacrificarles sus hijos. Luego de concluida la guerra de Sicilia, dirigieron sus fuerzas contra la Cerdeña; pero, fuéron derrotados por los sardos. Irritada Cartago por aquel vencimiento, echó la culpa al general, y le desterró junto con todo su ejército. Entónces Maleo fué á atacar á Cartago con sus soldados, viéndose reducida en breve por aquel sitio á la última necesidad. Los cartagineses (530) confian á Cartalon, hijo del general sitiador, la mision de entablar proposiciones de reconciliacion. Al oirle Maleo, le trata de pérfido y le manda atar á una cruz. Pocos dias después Cartago se rindió. En los primeros momentos el vencedor en nada alteró la forma de gobierno; limitándose á condenar á muerte á diez senadores de los que con mas pasion habian trabajado para su proscripcion, y la de su ejército. Pero, poco duró su moderacion, y Maleo trató de establecer un gobierno arbitrario. Contrarestados sus planes, recibió el castigo debido á su crueldad con su hijo y con su patria (Justino lib. 19).

524. Cambises quiso llevar á cabo una expedicion contra los cartagineses; mas, hubo de renunciar á ella por negarle los fenicios su cooperacion.

509. Cartago manda embajadores á Roma, y concierta un tratado de comercio y navegacion con los nuevos republicanos, quienes echaron fuera á sus reyes á 9 del mes de junio (509).

Magon I, elegido por los cartagineses para reemplazar á Maleo, se mostró digno por su sabiduría y demás dotes de la confianza de sus conciudadanos. Él introdujo la disciplina en el ejército cartaginés, aumentó el territorio de la república, y dió mayor extension al comercio, dejando al morir á su patria floreciente (489).

Asdrúbal y Amilcar I, hijos ambos de Magon, le sucedieron en el mando y heredaron sus virtudes, poniéndose luego al frente de una armada destinada contra Cerdeña. Allí recibió Asdrúbal una herida que le ocasionó la muerte deplorada por los cartagineses. Once veces habia sido sufeta, habiendo obtenido cuatro los honores del triunfo como general. Por este tiempo resolvieron los cartagineses el cesar en el pago á los africanos del tributo anual en que consintieron sus mayores al fundar á Cartago; pero no les fué favorable en esto la fortuna. Poco después, Dario I, rey de Persia envió una embajada á Cartago (488) á fin de que le prestasen auxilio contra los griegos; pero, este le fué negado, pretextando que todas las tropas estaban ocupadas probablemente contra los sardos ó los africanos (485). Á pesar de no querer Leonidas, rey de los lacedemonios, socorrer á los sicilianos contra los cartagineses, que tanto los molestaban (480), Gelon, sin mas apoyo que el de los suyos, ataca á los cartagineses, reunidos á los egestanos, ganándoles una batalla cerca de Himera, en la que perece Amilcar (véase Sicilia). Atribuyendo los cartagineses á culpa del general la derrota que sufrieron sus armas, desterran á su hijo Giscon, que fué á morir de miseria en Selinunto. Pasados algunos siglos tributaron al grande hombre honores casi divinos.

Desde entónces los cartagineses, por espacio de sesenta años se limitaron á guerrear en Africa, dilatando sus dominios y eximiéndose del tributo y de toda dependencia de los africanos (460). Tuvieron igualmente vivas y sangrientas querellas con los de Cirena. Después de una guerra ruinosa, convínose en que dos individuos de cada nacion saldrian en dia é instante dados de sus tierras respectivas, y que el punto que

(1) Hay medallas que se encontraron en Argel, en Túnez y en la Sicilia, acuñadas por los cartagineses muchos siglos después de la muerte de Dido, que en los reversos representan una cabeza de caballo, ó un caballo con una palmera, aludiendo á una cabeza de caballo y una palma que se encontraron al abrir los cimientos de la nueva ciudad, lo que fué tenido por agüero favorable.

(2) Bougainville (Mem. de la Acad. de bell. let. t. 28, p. 263) pone la fundacion de Birsa antes de la de Cartago, fijando la de la primera en el año 904 antes de J. C., y la de la segunda en el 883, veinte y un años mas adelante. El mismo autor da á Utica y á Gades ó Cádiz tres siglos mas de antigüedad que á Cartago.

se encontrarian serviria de límite comun á ambas potencias. Por parte de Cartago salen dos hermanos llamados Filenos y caminan muy á prisa, mientras que los que salieron de Sirena lo hacen mas pausadamente. Estos, al encontrarse con los de Cartago protestan contra el convenio, suponiendo que salieron antes del tiempo fijado. Los dos hermanos ofrecen á los de Cirena que se avendrán con algun otro medio que indiquen ellos mismos; y estos proponen á los cartagineses ó que se retiren mucho mas atrás del punto en que se hallaban para fijar los límites, ó de nó, permitan que allí se les entierre vivos si aquel punto ha de servir de frontera. Los dos Filenos convienen en lo segundo, y se sacrifican por el engrandecimiento de su patria. Con el tiempo, los cartagineses erigieron allí un templo á la memoria de los dos hermanos, señalando la frontera de Cartago por la parte de Cirena, mientras subsistió la república.

Poco mas ó menos á ese tiempo corresponde la institucion del centumvirato cartaginés, que tenia por objeto contener la sobrada preponderancia en el Estado de la familia de Magon y de los generales.

410. Aníbal I, hijo de Giscon, y nieto de Amilcar I, era sufeta por los años de 410 antes de Jesucristo. Los cartagineses enviaron á Aníbal á socorrer á los egestanos contra los selinuntinos. El ejército del general cartaginés se componia de soldados de varias naciones; sorprende á los de Selinunto, y les mata mil hombres en la primera accion (409). Al año siguiente cerca á Selinunto, la toma y la destruye, bien que despues permitió á sus habitantes la reedificacion mediante un tributo. Después de Selinunto, el mismo general conquistó á Himera (véase Sicilia). Por tan gloriosa campaña fué Aníbal muy victoreado al volver á Cartago y sus compatricios pensaron mas que nunca en conquistar la Sicilia.

Imilcon I y Aníbal I quedan encargados de consuno de invadir la Sicilia. El mismo Aníbal pidió con motivo de su ancianidad la asociacion de Imilcon, el cual era hija de Hannon y pariente suyo. Salen ambos generales, bien provistos de todo lo necesario (407), y tienen que arrostrar grandes obstáculos, muriendo Aníbal antes de tomar á Agrigento, la que sojuzgó sin embargo Imilcon (406) (Diodoro lib. 13.). Dionisio de Siracusa quiere detener al vencedor, mas no le impide tomar á Gela y á Camarina (véase Sicilia). Pide la paz y la obtiene, dictando sus bases los cartagineses (404) (véase ibid.). Mas á poco tuvieron los cartagineses que levantar nuevas tropas para hacer frente á Dionisio que trataba de arrojarlos de toda la isla, tratándolos como enemigos (397) sin esperar la contestacion de la república africana á sus mismas proposiciones. Después de varios encuentros, Imilcon tiene que abandonar la Sicilia, comprando hasta el permiso de volver á Africa (395), sin que quisiese luego sobrevivir á sus desgracias y á las de su patria. No fué este el solo infortunio de Cartago, pues, rebelándose los africanos, se apoderaron de Túnez (395), y luego se dirigieron contra Cartago; solo que aquel ejército, bien que constara de doscientos mil hombres, no tenia disciplina, ni provisiones, ni ingenios de guerra, y hubo de dispersarse muy pronto.

393. Magon I, á quien habia dejado Imilcon en Sicilia, procuraba restablecer el crédito de Cartago; mas, no pudo resistir á la fortuna de Dionisio (392). Convinieron por fin uno y otro en vivir en paz (391), siendo ventajoso el convenio para Dionisio (véase ibid.). El nuevo tratado duró nueve años. Violóle Dionisio que se alió con las ciudades sicilianas sujetas á Cartago, las cuales prefirieron tener dentro de sus muros guarnicion de gente del país (383). Vuelve Magon á Sicilia, y pierde la vida en una batalla (véase ibid.).

Magon II, hijo de Magon I, aunque jóven, habia dado ya pruebas de valor y de prudencia. La república le da el mando del ejército, y gana á Dionisio una gran batalla (382), seguida de un tratado de paz. Tres años después de ese tratado envió Cartago un ejército á Italia, devolviendo á los habitantes de Hippo sus hogares, de que habian sido arrojados. La insurreccion de africanos y sardos obliga á los cartagineses, azotados además por la peste (379), á concentrar sus fuerzas; dominando por fin á los rebeldes, pero después de mucha sangre. Dionisio, que no acertaba á vivir en paz, rompe de nuevo con los cartagineses; pero, le costó muy cara la empresa (368), pues tuvo que comprar la paz. Muerto Dionisio, Parálo, que era un gobernador cartaginés de Minoa, permite á Dion que desembarque muchas armas (358), suministrándole los carros necesarios para transportarlos á Siracusa: y pudo así Dion seguir en su designio de destronar á Dionisio el jóven. Las prosperidades de Dion se acabaron pronto, y además traian pocas ventajas á los cartagineses, esperándolas mayores de las divisiones de los siracusanos (345). Pero, Timoleon desvaneció las esperanzas de Cartago (344) (véase ibid.). Esta hubo de contentarse con un tratado de alianza consentido por los romanos (343), que comprendia á los habitantes de Tiro y de Utica. Los embajadores cartagineses ponen en el Capitolio una corona de oro, en el templo de Júpiter. Sus compatricios condenan á Magon, á su regreso á Cartago, al suplicio de los traidores á la patria (342).

340. Amilcar II y Aníbal II, salen para Sicilia con setenta mil hombres. Todavía encontraron á Timoleon á orillas del rio Crimeno, que fué teñido en sangre cartaginesa, costando la batalla á Cartago gran número de personas de renombre (véase la Sicilia). Cubrióse sin embargo de gloria la cohorte sagrada, que se componia de dos mil quinientos ciudadanos de las mejores familias de la república, peleando mientras hubo uno vivo en el campo. La pérdida consternó á Cartago, mas, no por esto abandonó la idea de ir á Sicilia.

339. Giscon, hermano de Hannon, conduce á Sicilia un nuevo ejército que se reune con el de Icetas. Timoleon obtiene nuevas victorias (338), cuyo resultado es una paz que liberta á todas las ciudades griegas (véase la Sicilia). Tuvo Cartago algunas divisiones intestinas, y Hannon se propone alterar la forma de gobierno, y hacerse monarca absoluto. Leve fué la pena que al principio le fué impuesta (336); pero, como se alió luego con los príncipes africanos para salirse con la suya, fué ejemplarmente castigado.

332. Al saber los cartagineses la destruccion de Tiro, y los progresos de las armas de Alejandro, empezaron á temer por su seguridad nacional. Diputaron á Amilcar, apellidado el «Rodanés,» á la corte de Alejandro para sondear al conquistador. Con su habilidad y su elocuencia supo granjearse el favor de Alejandro, y prestó á su patria buenos servicios (331). Sin embargo, los cartagineses le condenaron á muerte, portándose con él tan ingrata como inhumanamente.

317. Cartago, que jamás perdia de vista la Sicilia, favorece el partido de Sosistrato, y de los seiscientos proscritos de Siracusa.

311. Amilcar III, hijo de Giscon, va á Sicilia para resistir á Agatocles, que no queria en la isla mas soberano que él. Sorprende al general cartaginés una violenta tempestad que le arrebata sesenta buques de

guerra y doscientos de transporte, con sus tripulaciones. No obstante, los restos se unieron con los sicilianos que se alzaron contra Agatocles, y formaron un ejército de cuarenta mil infantes con cinco mil caballos, dirigiéndose con esta fuerza hácia el monte Ecnomo, en el cual estaba en otro tiempo el castillo del toro de bronce de Falaris. Agatocles ocupaba un castillo opuesto, llamado Falerios, hallándose entre ambos ejércitos el llano de Himera y el rio. Empeñóse la accion general, perdiendo Agatocles en ella (310), unos siete mil hombres, y los cartagineses tan solo quinientos. Después de esta victoria fué varia en Sicilia la fortuna de los cartagineses (309). Amilcar fué hecho prisionero en el sitio de Siracusa, muriendo después entre crueles tormentos (véase la Sicilia).

Bomilcar y Hannon, no tenian mejor suerte en Africa, en donde el mismo Agatocles guerreaba. Sin embargo, todo concluyó con un arreglo que dejo (307), al tirano de Siracusa dueño de lo que tenia en Sicilia, y á los cartagineses de sus dominios africanos (véase la Sicilia). Tantos guerreros habian perdido la vida con Hannon, que creyó la república haber incurrido en la ira de alguna deidad. Á consecuencia de este temor, se inmolan á Saturno doscientos niños de las mejores familias de la ciudad, sacrificándose además espontáneamente á este deber de sangre mas de trescientas personas por arrepentimiento de haber consentido en una negligencia que podia haber provocado la cólera del dios. Juzgando Bomilcar favorable la ocasion para alzarse con la soberanía, entra en Cartago con quinientos cómplices y mil mercenarios, manda dar muerte á los ciudadanos que tiene por enemigos, y ataca la ciudad por cinco puntos á la vez. Saliéndole bien el atentado, se proclama rey. Los jóvenes comienzan á parapetarse en las casas, y arrojan á sus satélites toda clase de proyectiles. Bomilcar se vé obligado á retirarse á una altura mas allá de Neápolis, en donde capitulan los suyos mediante promesa de amnistía. Solo Bomilcar queda preso. Fué puesto en cruz en medio de la plaza mayor de Cartago, vomitando todavía insultos y blasfemias antes de espirar.

289. Atenta siempre Cartago á fomentar divisiones en Sicilia, socorre de buena gana á Menon, contra los siracusanos, para que siguiera tiranizándoles. El rival de Menon, Icetas, presenta batalla á los cartagineses á orillas del Feria, y queda derrotado. Con igual cuidado trataba Cartago de mantener paz con los romanos, que consienten en robustecerla con un tercer tratado (280), pero se niegan á acceptar un socorro de ciento veinte buques que les ofrece Cartago contra Pirro. En esto, seguian en Sicilia las discordias civiles, y la mayor parte de sus ciudades sufren el yugo cartaginés (279). Siracusa es casi la única que les resiste, é invoca el auxilio del rey de Epiro. Pirro no puede ser al principio mas afortunado; pero, abusa luego de sus victorias, y tiene que huir de la isla (278) (véase Epiro, y Sicilia). Poco tardaron los cartagineses, expulsado Pirro, en recobrar sus antiguas posesiones (276). Hannon se reune con Hieron, que entónces gobernaba á Siracusa, para oprimir á los mamertinos, los cuales acuden al senado de Roma, y este les promete auxilio á instancia del pueblo.

Primera guerra púnica. — Esta resolucion fué la causa primordial de la primera guerra púnica. Quedan victoriosos los romanos, otorgando sin embargo la paz (264) sin humillar demasiado al nuevo rey de Siracusa. Dueña ya Roma á la sazon de esa parte de Italia que se extiende desde el extremo de Etruria hasta el mar Jónico, y desde el mar Tirreno hasta el Adriático, solo tenia que dar un paso para llegar á Sicilia, pues tenia vencidos á los samnitas, á los brucios, á los lucanios y tarentinos. Amigo ya Hieron de los romanos, solo los cartagineses podian oponerse á la ambicion de los primeros. El senado envia una legion de campanios, mandados por Decio Juvelio, en socorro de los regios contra los cartagineses. Decio se apodera de Regio, avasallando traidoramente á los mismos á quienes debia socorrer; pero, su sucesor C. Claudio repara la infidelidad, y pasa luego á Mesina, sitiada por siracusanos y cartagineses. Fué vencido por Hannon, que trata de transigir sin embargo con el romano. Claudio se niega á negociar de paz, y se dirige al puerto de Mesina. Los mamertinos le entregan su ciudad en el mes de julio.

Hannon II, retirado á la ciudadela de Mesina, consiente en una conferencia amistosa con el tribuno y los jefes mamertinos. Claudio prende deslealmente á Hannon, y le guarda prisionero por algun tiempo. La guarnicion cartaginesa entrega la ciudadela á los romanos, volviéndose el general cartaginés á su patria, en la que fué condenado á morir en cruz, no siendo tenidos sus descargos en consideracion.

Hannon III, hijo de un Aníbal, es enviado á Mesina por los cartagineses, resueltos á aventurarlo todo para echar á los romanos. Luego de llegar, el nuevo general cerca la plaza en cuyo socorro va Claudio: y bien que inferior en número, derrota á los sitiadores, quitándoles la esperanza de volver á entrar en Mesina. Esta conquista valió á los cónsules posteriores la abertura de casi todas las puertas de Sicilia. Los romanos van triunfantes hasta los muros de Siracusa. Hasta Hieron abandona á los cartagineses (262), que no pueden defender á Agrigento mas que siete meses. Treinta mil infantes con quinientos cuarenta caballos, costó á los romanos el tomar esta ciudad. Hannon sufre en Cartago la suerte que solian tener los generales desgraciados en la guerra: fué condenado á una suma de dinero cuantiosísima. Durante estas circunstancias, los cónsules L. Valerio Flacco y T. Otacilio Craso, iban señoreando toda la tierra llana de Sicilia. Los romanos, que hasta entónces no habian tenido escuadras, aprontan una de ciento veinte vélas (261).

Amilcar IV y Aníbal III, llamado el Viejo, reciben mision de Cartago de capitanear el ejército de mar y tierra contra los romanos. Neyo Cornelio Escipion, denominado Asina, mandaba la flota romana, y movido de una noticia falsa, se dirige á Lípari, en donde se hallaba Boodes con una escuadra cartaginesa. Este invita al cónsul á ir á bordo de su galera para tratar de paz sólida y definitivamente, y Neyo Cornelio accepta la propuesta (260), pero, fué hecho prisionero, apoderándose los cartagineses de sus diez y siete galeras que no opusieron gran resistencia. El cónsul C. Duilio Nepote, sale de Sicilia, y toma el mando de la escuadra que se hallaba en el estrecho de Regio; y cerca de Mileto, llegó á las manos con la armada cartaginesa, derrotándola completamente por medio de una máquina que inventó, y á la que dieron el nombre de «Cuervo,» muy útil para el abordaje. En esa accion perdieron los cartagineses siete mil hombres; quedando además otros siete mil prisioneros en poder de los vencedores, con ochenta buques, inclusa la nave capitana de Aníbal. Entretanto, aprovechando Amilcar, que tenia su cuartel general en Panorma, las disensiones promovidas entre las legiones de Roma y sus tropas auxiliares, ataca á estas últimas, las mata mucha gente, dispersando la demás, y toma muchas ciudades. Después se deja sorprender por los romanos, quienes

le quitan muchos buques. Furiosos los suyos por ese descalabro, le mataron crucificado. Desde entónces van en aumento siempre los progresos militares de Roma (259). C. Aquilio Floro toma á Hipana por asalto, mientras que Escipion arrebataba la Cerdeña y la Córcega (258) á los cartagineses. A. Atilio Calatino asedia en Sicilia á Sisistrato que habia resistido á Floro, y con tanta actividad prosigue en su empeño, que la guarnicion cartaginesa abandona por la noche la plaza. Los romanos pasan á cuchillo á cuantos encuentran, y arrasan la ciudad. Poco tiempo se les resistió Camarina, pasando al dominio de Roma muchas plazas de los cartagineses. Algo mas se defiende Lípari, pero finalmente queda sojuzgada, y hasta Aníbal fué vencido con su flota al volverse á Africa (257). El procónsul C. Aquilio Floro obtiene en Roma los honores del triunfo á 26 de setiembre, concediéndose el dia siguiente al cónsul C. Sulpicio Partérculo, con motivo de las victorias por entrambos alcanzadas contra sardos y cartagineses. Los soldados de Aníbal le dan la misma muerte que la que dieron los suyos á Amilcar IV.

Amilcar V y Hannon IV, hijo de Asdrúbal Bostar, toman la direccion de los negocios. El año siguiente, así que lo permitió la estacion, las dos repúblicas se preparaban para ventilar cuál habia de ser la señora de los mares. Los romanos, con una flota de trescientas treinta galeras que llevaban ciento cuarenta mil hombres, se dan á la vela para Ecnomo. Los cartagineses dirigen su curso hácia Heráclea-Minoa con veinte buques y diez mil hombres. Trábase el combate, y quedaron vencedores los romanos. Hannon trata de impedir el que vayan á Cartago, y brinda al enemigo con una paz de que este no hace caso. Los cónsules se dirigen á Africa, desembarcando sin oposicion en Clipea, en la que dejan una buena guarnicion, encaminándose luego hácia Cartago, y tomando en el camino por asalto ó por capitulacion cuantas poblaciones encuentran. Así fuéron llegando hasta las puertas de la capital, regresando á Clipea cargados de botin, con mas de veinte mil prisioneros (256). Juntanse los caudillos cartagineses para combinar medios de oponerse á las correrías de los romanos, ya que no les era dado expulsarlos del suelo africano. En esto, Régulo avanza hácia Cartago, sentando su real en Bagrada, cercana á la capital, y mata allí, con una máquina de batir, una serpiente monstruosa. Acampan los cartagineses en el bosque de un monte que estaba cercano, inutilizando así ellos mismos sus elefantes y su caballería, en lo cual consistia su fuerza principal. Aprovechando la falta, los romanos acometen súbitamente y de noche al enemigo, matándole diez y siete ó diez y ocho mil hombres. Hicieron además cinco mil prisioneros y se apoderaron de diez y ocho elefantes. En seguida Régulo tomó muchas ciudades, entre otras á Utica y Túnez. En esto, los numidas declaran la guerra á los cartagineses. Los campesinos se refugian en Cartago, que de tal suerte se llenó de gente, que el hambre parecia inevitable. No quisiera Régulo que otro cónsul sucesor suyo coronase la obra tan gloriosamente comenzada por él; pero los cartagineses no aceptan la dura paz que les propone. Los romanos se preparan para sitiar la capital de los cartagineses.

255. Jantippo, natural de Lacedemonia, y criado en su excelente disciplina militar, llega a Cartago con un cuerpo de mercenarios, y accepta el mando de la fuerza cartaginesa. Da la batalla á los romanos á quienes destroza, haciéndolos prisioneros á todos, excepto á dos mil que se escapan hácia Clipea, que al momento fué sitiada por los cartagineses, sin que cayese sin embargo en su poder. Régulo se halló en el número de los prisioneros, los cuales fueron tratados todos con mucha humanidad. Únicamente el cónsul, que se habia mostrado implacable contra Cartago, experimenta el resentimiento de una nacion vengativa. Métenlo en un calabozo, y no le dan mas que lo estrictamente necesario para no morirse de hambre. Así que llegó á Roma la noticia del desastre, los dos cónsules parten para el Africa. Esto sucedia á fines de mayo. Un temporal arroja su flota á las costas de Corsura, que pertenecia á los cartagineses. Los romanos se posesionaron de la isla, y dejándola guarnecida, prosiguieron navegando hácia el Africa. A la altura del cabo de Hermeo se encontraron con la armada cartaginesa, entre el solsticio de verano, y principios de agosto. Empéñase la lucha, y los cartagineses quedan vencidos. Pero, á su vuelta los vencedores naufragan en las costas de Sicilia, cerca de Camarina, perdiendo doscientos veinte buques cargados de botin, y salvándose solo ochenta.

Cartalon y Asdrúbal III, generales del ejército cartaginés en Sicilia, alcanzan algunas ventajas. El primero toma á Agrigento, la reduce á cenizas, y transporta sus habitantes á Olímpico. El otro quita otra vez Corsura á los romanos. Amilcar castiga con el suplicio de la cruz á los numidas y moros que habian abrazado la parte de los romanos; otros son acuchillados, y algunos salvan la vida con dinero.

254. Luego de restaurada su flota, los cónsules vuelven á Sicilia á fines del mes de mayo, y se apoderan de Cefaledio, y Cartalon les obliga á levantar el sitio de Trápani. Pero, se van á cercar á Palermo, capital de la Sicilia cartaginesa, tomándola después de un sitio bastante largo.

253. Los nuevos cónsules, Neyo Servilio Cepio, y C. Sempronio Bleso parten para el África á fines de mayo. Tomaron de paso algunas poblaciones de la costa. Una tempestad arroja su flota á la isla de los lotofagitas, estrellándose ciento cincuenta barcos en sus costas, y acaba á poco un nuevo naufragio de destruir los que quedaban. El senado y el pueblo romano renuncian á la guerra por mar. Dueños exclusivos ya los cartagineses de este elemento, solo conservan los romanos sesenta buques para la proteccion de las costas de Italia, y el transporte de tropas á Sicilia (252). Poco tarda Roma en comprender la necesidad que de la flota tenia, y apronta otra nueva. El procónsul Cecilio Metelo, acampado delante de los muros de Palermo, en tiempo de la siega, es decir á fines de junio, derrota á Asdrúbal, le mata veinte mil hombres, y además veinte y seis elefantes, tomándole ciento cuatro. Principian ya los romanos á no temer tanto á esos cuadrúpedos. Asdrúbal huyó (251) condenándole á muerte sus compatricios. Antes del mes de julio una flota de doscientos buques, nuevamente equipados, parte para sitiar á Lilibeo, única ciudad importante, después de Trápani ó Déprano, que quedaba en Sicilia á los cartagineses (250). Mandaba Amilcar la guarnicion, que constaba de diez mil mercenarios, entre galos y griegos, y de una division cartaginesa. Rechaza á los dos cónsules Manlio y Atilio, mata á diez mil romanos, incendia mucha maquinaria de guerra, y entra triunfante en la ciudad. Otros diez mil romanos perecen de una epidemia; pero compran á los mercenarios del ejército cartaginés, y estos conspiran para entregar la plaza á los cónsules. La conspiracion es descubierta, y por las prudentes medidas de Amilcar no tuvo ya consecuencias.

Por este tiempo los cartagineses envian una emba-

jada á Roma, con objeto de pedir la paz y el cange de prisioneros. Con los embajadores mandaron á Régulo, con la esperanza de que la amargura de su prision le moveria á apoyar á los embajadores. El generoso é impertérrito romano se opone á la paz y al cange de prisioneros, y vuelve á su cautiverio de Cartago. Por venganza, se ensañó esta contra él, hasta matarle á tormentos. Á lo menos, esta es la opinion generalmente recibida despues de la victoria de Jantipo. Polibio no habla ya de Régulo, pero conviene con los demás autores en que los romanos continuaron la guerra.

249. Aníbal III, llamado el Rodio, llega de Africa con un refuerzo de diez mil hombres; reduce á cenizas los ingenios de guerra de los sitiadores, y les mata mucha gente. Por el mismo tiempo el cónsul Claudio Pulcro se presentó delante de Trápani con una escuadra poderosa. Adherbal, que mandaba en la plaza, fué á disputarle inmediatamente la entrada del puerto. Los cartagineses alcanzaron la victoria, perdiendo Claudio noventa y tres buques, y sufriendo la mayor pérdida que hubiesen tenido los romanos desde el principio de esta guerra. Por su parte, Cartalon vence en varios encuentros á los romanos, los cuales continúan sin embargo el sitio de Lilibeo. Los cartagineses incendian la flota romana, siendo, segun otros, destrozada por una tormenta.

Adherbal, con una escuadra de solos diez buques vence la armada romana que contaba ciento veinte y tres. No les quedaron mas que treinta que condujeron al sitio de Lilibeo el resto de su gente. L. Gencio Pulo salió pocos dias despues de su elevacion al consulado, á mediados de mayo (248), con víveres y municiones para los sitiadores, y destacó parte de su flota mandada por sus cuestores. Todas las embarcaciones tuvieron que sufrir una violenta tempestad. Previéndola los cartagineses, se alejan del cabo de Passaro. Los romanos solo salvaron del naufragio dos buques, con los cuales el cónsul condujo algunos soldados á Lilibeo. Sin embargo, Gencio entra á la fuerza la ciudad de Erix, situada en el monte Trápani. Trata en seguida de desalojar á Cartalon acantonado en Egitalo, al pié del monte; pero este le vence, y aun le obliga á darse prisionero con todos los suyos. Temeroso el cónsul del castigo que pudieran imponerle en Roma, se suicida. De nuevo renuncia el senado á las guerras marítimas. Cartalon tiene que volverse á Cartago porque su ejército comenzaba á odiarle.

247. Amilcar VI, llamado Barcas, jefe del bando barcino, sustituye en el mando á Cartalon, tala las costas de los locrios y de los brucios que se habian rebelado, castiga á los mas sediciosos, acampa entre Palermo, ó sea Panormo, y Erix, y corre las tierras de los aliados de Roma, llegando en sus excursiones hasta Cumes, y aun hasta las costas de Italia, situadas enfrente de Sicilia. Por su parte los romanos hacen correrías por las costas de Africa, toman el puerto de Hipona, incendian gran parte de la ciudad con los buques del puerto, echan de la isla Columbaria á los cartagineses, y vuelven á Palermo cargados de despojos.

El cónsul Cecilio Metelo partió de Roma por el mes de julio para activar el sitio de Lilibeo; y su colega N. Fabio Buteo el de Trápani (247). Se efectúa el cange de prisioneros.

246. Los nuevos cónsules de este año no pueden desalojar á Amilcar de la posicion que ocupaba en el monte. Los dos sitios continúan todavía. Nace Aníbal á fines del año. Cerca de Egimuro los romanos ganan una batalla á los cartagineses (245); pero, pierden su fruto por causa de un naufragio. El pro-cónsul Fabio Licino iba estrechando cada vez mas el cerco de Trápani (244). Pero Amilcar sorprende á Erix, y asedia á los romanos que se habian quedado en la cumbre del monte, en el templo de Venus Ericina. En esto, otro cuerpo de romanos se coloca al pié del monte y le tiene cercado á él. En esta situacion están unos y otros hasta que se concierta la paz. Entretanto, los galos que se hallaban bajo las banderas de Cartago, y estaban guarneciendo á Erix, tratan de entregar la plaza á los romanos (243). Descubierto su proyecto, se libran del castigo pasándose al campo de los cónsules. Tanto estimulaba á los romanos su odio á los cartagineses, que en poco tiempo tuvieron otra flota de cien buques (242), que confiaron á C. Lutacio. Parte el cónsul á primeros de julio y se apodera del puerto de Trápani y de los demás que estaban cercanos á Lilibeo, en cuyo punto estaba Giscon de gobernador. Los cartagineses reunen luego sus fuerzas, consistiendo casi todas en tropas mercenarias, sin experiencia, ni celo. Las de los romanos constaban por el contrario de la flor de su gente.

Lutacio manda dar el asalto á Trápani, y queda herido, abandonando los suyos el ataque y llevándole á su tienda de campaña. Hannon trata de llegar á tiempo con su armada para socorrer á los sitiados. Se le percibe á la altura de Hieroneso. El pretor romano le acomete; al primer choque ya cede el cartaginés. No bien restablecido todavía el cónsul de la debilidad que le causara la herida, se hace acompañar hasta su galera, navega hácia las islas Egatas, y da la batalla á los cartagineses el 18 de mayo (241). Aunque superior en número, Hannon queda otra vez vencido. Le echan á pique cincuenta naves, y le apresan setenta con víveres y municiones, escapándose á Africa con lo poco que le queda. Desde luego Lutacio se dirige hácia Erix. Amilcar se pone á trance de batalla y pierde dos mil hombres.

Imposibilitada Cartago para enviarle nuevas fuerzas manda plenos poderes á su general para negociar la paz. Otórgala el cónsul con la condicion de que los cartagineses no atacarán jamás al rey Hieron ni á otro aliado cualquiera del pueblo romano; que pagarán en veinte años dos mil doscientos talentos, y entregarán todos los prisioneros con los desertores. El pueblo romano añade á estas condiciones la cesion á Roma de todas las islas situadas entre la Sicilia y la Italia. Como Cartago tenia que aceptar por necesidad, se ratificó el tratado, concluyendo la primera guerra púnica despues de durar veinte y cuatro años.

Guerra de la Libia.—Siendo Hannon uno de los sufetas, da lugar con su imprudencia á una guerra mas peligrosa todavía que la que acababa de tener lugar. Exhausta Cartago no podia pagar á los mercenarios, ni darles recompensa. Estos se reunen, y formando una fuerza de veinte mil hombres se dirigen á Túnez, acampando delante de la ciudad. Giscon era el general mas bien quisto de los revoltosos, y le mandan para apaciguarlos. Pero, no quieren dar oidos á ninguna proposicion, y roban el dinero que trajo consigo el general, aprisionándole con todo su séquito. Á poco, todas las ciudades africanas, menos Utica é Hipacra, se unen con los rebeldes en venganza de la dureza con que las habia tratado Cartago durante la guerra anterior. Los cartagineses hacen grandes preparativos para sujetar á los mercenarios. Matos y Espendio, jefes de los rebeldes, cercan con siete mil hombres á Utica é Hipacra á un tiempo, teniendo medio bloqueada á Cartago. Hannon sale para atacarles, y despues de un reñido combate se apodera de su campamento por medio de sus elefantes. Mucha gente pierden los mer-

cenarios; pero el general cartaginés no acierta á sacar de la victoria todo el fruto que era de esperar, y fué reemplazado por Amilcar. Este derrota á los mercenarios; les mata seis mil hombres y hace prisioneros dos mil. Muchas ciudades se someten á Cartago espontáneamente ó á la fuerza. Un jóven caballero numida, llamado Naravaso, que mandaba cien caballos en el ejército enemigo, se presenta á Amilcar, que le recibe muy bien, y hasta le da á su hija por esposa. Otros dos mil numidas imitan el ejemplo del jóven, y se pasan á Amilcar. Con este refuerzo el general cartaginés se halla ya en estado de acometer á Espendio y Autarito. Sangriento fué el combate; pero al fin hubieron de cejar los mercenarios, cayendo diez mil en el campo, y quedando prisioneros cuatro mil. Los jefes rebeldes hacen apedrear á todos los cartagineses que cayeron en sus manos. En este número se hallaba Giscon, que, después de mil ultrajes, y tormentos tiene que morir por mandado de Espendio, con otros setecientos prisioneros cartagineses. Utica é Hipacra se declaran por los mercenarios. Habia de guarnicion quinientos cartagineses que fueron acuchillados. Hieron, rey de Siracusa, ayuda entónces á Cartago que mucho lo necesitaba. Á pesar de sus derrotas, los mercenarios seguian aun en campaña con cincuenta mil hombres efectivos, habiendo avanzado hasta los muros de la capital. Aníbal, que fué asociado á Amilcar, tenia su cuartel en el camino de Cartago, teniendo Amilcar el suyo al lado opuesto, y alcanzando este casi todos los dias alguna ventaja sobre el enemigo. Sorpréndele finalmente y le encierra en Prion de tal suerte, que ya no le es posible el salir. Empieza el hambre á aquejarlos, y tienen que devorarse entre sí. Tres jefes suyos, Espendio, Autarito y Zarjas obtienen salvo conducto para presentarse á Amilcar con objeto de tratar de paz. Pero, el general cartaginés los prende. Fuera de sí los rebeldes por tamaña perfidia, se deciden á empuñar las armas. Amilcar les tenia rodeados por todas partes, y hace avanzar á sus elefantes. Mas de cuatro mil mercenarios quedan acuchillados ó aplastados. Después de esta victoria, los generales cartagineses someten varias ciudades rebeldes. Amilcar pone cerco á Túnez, á donde se habia retirado Matos. A la vista de los sitiados manda clavar en cruces á Espendio y otros prisioneros de Prion. Observando Matos que Aníbal no andaba tan sobre sí como su colega, sale de la ciudad, sorprende á Aníbal, mata á muchos cartagineses, y hace gran número de prisioneros, entre otros al mismo Aníbal. Al momento sacan á Espendio de la cruz, ponen en su lugar á Aníbal, y en derredor á treinta prisioneros cartagineses de los mas principales. La república envió otra vez á Hanon con todos los jóvenes cartagineses aptos para las armas. Treinta senadores se presentan á los dos generales, conjurándoles en nombre de la patria á sacrificar al bien comun su envidia y sus rivalidades. Hanon y Amilcar se reconcilian cordialmente. Hallándose el segundo en estado de tomar la ofensiva, acomete al enemigo donde quiera que le encuentra y le vence siempre. Se llega por fin á una accion general. Al primer choque se dispersan los mercenarios, y son acuchillados casi todos. Las ciudades rebeladas, excepto Utica é Hipacra, abren las puertas á los cartagineses. Sitiadas las dos plazas por Amilcar, no tarda en rendirlas. Matos cae prisionero, sirviendo para el triunfo del vencedor, y conducido luego al lugar del suplicio acabó con una muerte ignominiosa su vida de crueldades y de villanía (238); de este modo concluyó esa guerra llamada por los griegos «inexpiable,» por la fiereza que mostraron ambas partes. Duró poco mas de tres años, y todavía continuaba cuando los mercenarios, que los cartagineses tenian en Cerdeña, se les rebelaron tambien. Faltando los romanos á las máximas de la justicia y del honor, habian protegido á esos rebeldes. Extenuada Cartago con tantas pérdidas y sacrificios, se ve obligada á convenir en otro tratado, por el cual cedia la Cerdeña á los romanos, y cargaba con un aumento de tributo de mil doscientos talentos, por gastos de un armamento que Roma solo habia aprontado para sus intereses. Esta conducta, prescindiendo de otras consideraciones, inspiró á Amilcar el proyecto de señorear la España, contando con que la expedicion le procuraria hombres que oponer á la codicia romana. Aprobado su designio, Cartago le confia el mando de una armada. El general cartaginés, acompañado de su hijo Aníbal, que á la sazon no tenia mas que nueve años, principió por hacer algunas correrías en el país y estableció su cuartel general en Cádiz. La historia no ha conservado los pormenores de sus gloriosas acciones durante los nueve años que guerreó en España (1), haciendo únicamente mencion detallada de la batalla que le costó la vida (229), y tuvo lugar en tierra de Lusitania, en la parte que habitaban los vectones. Con todo, los historiadores están conformes en presentar á Amilcar como uno de los mas grandes capitanes de Cartago.

228. Asdrúbal IV, muerto su suegro Amilcar, es elegido en su reemplazo por todo el ejército. Fué aprobada por el senado la eleccion con tanto mayor motivo, cuanto que Asdrúbal era ya almirante. Pronto desagradan á Roma los progresos de los cartagineses en España. Asdrúbal, que abrigaba los mismos designos que su antecesor, pero que todavía no era oportuno descubrir, consiente en un tratado que por una parte limitaba sus conquistas, y las extendia por otra (227). Mas con su prudencia que con las armas, tuvo toda la parte de España que se halla entre el Océano y el Ebro. Así que iba á desplegar todos sus recursos para mas altas empresas, fué asesinado por un galo á cuyo amo el general cartaginés habia ajusticiado (221).

Aníbal IV, ó el Grande, hijo de Amilcar VI, cuñado de Asdrubal IV, y hermano de Asdrúbal V, fué encargado, merced al valimiento del bando barcino, de continuar la guerra de España. Aun no tenia veinte y cinco años, bien que llevaba ya hechas tres campañas á las órdenes de Asdrúbal. Por parecerse á su padre, y además por sus cualidades personales, el ejército recibió favorablemente su nombramiento. El jóven caudillo sale primeramente contra los oleadios, que vivian nó muy lejos del Ebro. Toma su capital, llamada Altea (220), y se va á fijar su cuartel de invierno en Cartago Nueva ó Cartagena. Podia contar con el amor de sus soldados por su generosidad en darles la parte que les correspondia del botin, y por la exactitud con que les pagaba el sueldo. La siguiente campaña se abrió con el sitio de Salamanca que no costó mucho el tomar (219). Vence en seguida á los carpetanos, pueblo de los mas poderosos de España, y que habia reunido contra Aníbal un ejército de cien mil hombres. Trás de esas victorias que sometian á los cartagineses la España hasta el Ebro, Aníbal emprende el sitio de Sagunto, aliada de los romanos. Siete meses duró el sitio. El esfuerzo de los saguntinos es digno

(1) Lo que sobre esto refieren los autores está sacado de los fragmentos de Diodoro de Sicilia, que en su mayor parte no merecen la misma confianza que el cuerpo mismo de su historia, principalmente si se atiende á que, como sucede en este lugar, estos fragmentos no concuerdan con lo dicho en el cuerpo de la obra de Diodoro.

de Aníbal, quien, á pesar de una de las mas heróicas resistencias mencionadas por la historia, entra la ciudad á la fuerza: dánse sus habitantes la muerte por no caer en manos del cartaginés. Consumida por las llamas la mayor parte de las riquezas de Sagunto, Aníbal distribuye el resto á sus soldados, dando de lo suyo para granjearse el favor de los principales de Cartago. Los romanos mandan embajadores á Cartagena para quejarse á Aníbal de la violacion del último tratado, en el cual se estipulaba que los cartagineses nada emprenderian aquende el Ebro. Poco satisfechos los embajadores con la respuesta del general cartaginés, van á Cartago para pedir la desaprobacion de su conducta, y la república no accede á ello. Fabio declara la guerra á los cartagineses en nombre del pueblo romano.

218. Segunda guerra púnica.—Aquí da principio la segunda guerra púnica. Escipion pasa á España, procurando en vano separar á los españoles del partido cartaginés. Aníbal habia tomado sus medidas para la seguridad de la península, enviando además buenas tropas á Africa. Tomadas sus disposiciones, sale de Cartagena á 15 de junio, y pasa el Ebro con un ejército de noventa mil de á pié, de doce mil caballos, y gran número de elefantes. Todos los pueblos situados entre el Ebro y los Pirineos, se le someten de buen ó mal grado. Llega el 14 de octubre á la orilla del Ródano, algo mas arriba de Aviñon. Cinco dias enteros se necesitaron para que pasase el rio todo el ejército con los elefantes. El dia 18 estaba ya acampado á la otra orilla; y el 20 Aníbal destaca quinientos numidas para reconocer el país, encontrando una division romana que le presenta batalla. No llevaron los de Aníbal la ventaja en este encuentro, bien que no dejó por esto de proseguir su marcha el 21, llegando el 31 al pié de los Alpes. No obstante todos los obstáculos de la naturaleza y los que le oponian los habitantes de aquellos montes, llegó el 9 de noviembre á su alta cumbre, y descansó dos dias en ella. Después de una trabajosa marcha de mas de cinco meses, entra por fin el ejército cartaginés en los fértiles llanos de Insubria (Lombardía). Turin no accepta su alianza. Aníbal toma la plaza en tres dias, y pasa á cuchillo á cuantos le oponen la menor resistencia. Aterrados los galos que habia en las cercanías por el ejército de Aníbal, se rinden á discrecion. El general cartaginés va luego en busca de los romanos que habian pasado el Pó, los derrota junto al Tesino, los persigue hasta el pequeño rio de Trebia, que desagua en el Pó, y acuchilla ó aprisiona á cuantos puede alcanzar. El mismo Escipion queda herido. Su colega Sempronio, ambicioso y temerario en demasía, quiere exponerse á trance de batalla contra el parecer de Escipion, á fines de diciembre, en un dia de nieve, dando imprudentemente en la red que le tendió el cartaginés; condújole esta indiscrecion á una lucha general, tan ventajosa para los cartagineses, que todo el ejército romano quedó en el campo muerto ó prisionero, excepto diez mil hombres que pudieron retirarse á Plasencia. Mientras que tan próspera se le mostraba á Cartago por tierra la fortuna, sus escuadras estaban asolando las costas de Italia, apoderándose de las islas de Lípari y de la de Vulcania, bien que no pudo tomar á Lilibeo, donde perdió cantidad de hombres y galeras.

Aníbal trató en su cuartel de invierno de captarse la amistad de los galos y de los aliados de Roma, dejando libres, sin exigir rescate, á los que tenia prisioneros. Á fines de febrero (217), atraviesa el Apenino con el fin de insurreccionar, ó de someter los pueblos de la Etruria. El mal tiempo le obligó á retroceder. Sempronio le acomete debajo los muros de Plasencia. La victoria queda indecisa. Con todo, Aníbal vuelve hácia los Alpes, retirándose en tierra de los galos de Liguria coaligados con él. No agradando á esos bárbaros el trato de los cartagineses, tratan de armarles celadas, limitándose Aníbal á evitarlas con salir de aquel país á fines de marzo.

Hannon V, que mandaba en España, pierde una batalla cerca de Cissa, contra Neyo Cornelio Escipion, hermano del cónsul. La accion costó la vida ó la libertad á diez mil cartagineses, contándose el general entre los prisioneros. Gran parte de los bagajes que habia dejado Aníbal al partir para Italia, cae en poder del vencedor, que somete las ciudades de la costa de Empurias hasta el Ebro.

Asdrúbal V, hermano de Aníbal, compensa en algo las pérdidas de Cartago, matando gran número de romanos, principalmente marinos, que, despues de la victoria, iban sin órden y sin disciplina.

Fuera Aníbal de la Liguria, atraviesa lagunas á lo largo del Arno, cosa que se tenia por imposible, quema y saquea las poblaciones romanas, y llega por el mes de abril cerca de Arrecio, en donde se hallaba el ejército consular. Habia estado su ejército cuatro dias con sus noches dentro del agua, y habia padecido mucho, perdiendo el mismo Aníbal un ojo de una fluxion. Servilio acudia en socorro de Flaminio. No obstante, Aníbal sigue adelante, toma el camino de Roma, teniendo Cortona á la izquierda y á la derecha el lago de Trasimeno, y colocándose en un espacioso valle rodeado de dos cordilleras de montes. Flaminio, muy buen orador, pero pobre capitan, va en pos de Aníbal, y entra en la garganta del valle sin haberlo reconocido de antemano. Pero, no bien estuvo su ejército en el valle al dia siguiente, á 15 de julio, cuando se vió acometido por todas partes, sin poder siquiera ponerse en órden para la pelea. El cónsul muere de los primeros á manos de un soldado, y los romanos comienzan á cejar. Quedan muertos en el campo quince mil romanos, rindiéndose á discrecion seis mil al dia siguiente. Esta batalla solo costó á los cartagineses mil quinientos hombres.

Maherbal parte pocos dias después, por órden de Aníbal, con toda la caballería y un cuerpo de infantería para ir al encuentro del patricio Centenio, á quien el cónsul Servilio habia enviado á Etruria en socorro de su colega. Los enemigos se avistan y llegan á las manos, quedando tambien vencedores los cartagineses. Pierden la vida dos mil romanos, y quedan prisioneros seis mil.

Aníbal habia tomado muchísimas armas en sus batallas, y quiso armar á sus soldados á la usanza romana. Luego entra en la Campania, sembrando la devastacion á su paso. Se vale inútilmente de toda clase de ardides para comprometer en un combate al prudente Fabio. Los cartagineses tratan de salir ya de Campania que no tenia mas víveres para el ejército; pero Fabio habia tomado todas las gargantas que conducen á las llanuras de Capua. Aníbal ideó el tomar dos mil bueyes de los mas corpulentos que habia. Hace atar en sus cuernos haces de sarmientos y otra leña menuda. En medio de la noche, mientras las tropas ligeras iban ganando las alturas, y haciendo mucho ruído por todas partes, los bueyes son conducidos hasta la cima de un monte situado entre el campo cartaginés y el desfiladero, pegando entónces fuego á los haces que traian en los cuernos aquellos animales. Los bueyes, asustados primero con las llamas, se ponen luego furiosos por el contacto del fuego con sus car-

nes, y esparramándose por el bosque, este prende fuego á su paso. No aciertan los romanos á comprender cuáles puedan ser aquellos fuegos que se les van acercando, y amenazan envolverlos. Todos salen de sus puestos para huir ó para hacer frente al peligro. Los pasos quedan libres para los cartagineses. Salen de la Campania á fines de setiembre, llegan con fatigas á las fronteras del Samnio, plantando sus reales en Gerion en la Pulla. Minacio, que ocupaba el lugar de Fabio, que fué llamado á Roma, arremete contra los merodeadores cartagineses, y consigue algunas ventajas. Pero Aníbal derrota luego á Minacio, y todo el ejército iba á sucumbir sin la vuelta de Fabio.

No tenian los cartagineses la misma suerte en España y en África. Neyo Escipion triunfaba de los aliados de Cartago. Los ilergetas perdian á Atenagia, su capital. Los ausitanos defendian la suya, situada á las márgenes del Ebro, sin que hubiera podido rendirla un sitio de treinta dias. Pero, de doce mil españoles que fuéron en su socorro, perdieron muchos la vida en una emboscada que les armaron los romanos.

Amilcar VII, que iba costeando cerca del Ebro, con una flota de cincuenta y cinco buques, bien que, sostenido por Asdrúbal, no podia resistir á los romanos, que, después de un combate sangriento, le habian vencido, apresándole treinta y cinco buques. Servilio, con ciento veinte barcas iba siguiendo á la escuadra cartaginesa de Cerdeña, impidiendo su reunion con Aníbal, y consiguió llegar con viento favorable al puerto de Lilibeo, después de imponer de paso una contribucion á la pequeña isla de Cercina en la costa de África, y á la de Cosiro, poco distante de Cartago. Escipion supo sacar partido de su última victoria, tomando y arrasando á Honosca, y corriendo las cercanías de Cartagena. En seguida fué á la isla de Ibiza, sin que pudiese entrar á saco la capital, negociando sin embargo con los habitantes, y los de las demás islas Baleares.

Se someten á los romanos ciento veinte distritos españoles. Asdrúbal se retira á Lusitania, parte de la península limitada por el Océano; pero, así que iba después á socorrer á Mardonio, que era un jefe de los ilergetas, los príncipes celtíberos, fieles aliados de Roma, le matan quince mil hombres, haciendo cuatro mil prisioneros.

Comenzaba Aníbal á sentir falta de víveres. Afortunadamente habia cumplido la dictadura de Fabio, á quien habian llamado á Roma, sucediendo C. Terencio Varron y L. Emilio Paulo á los dos cónsules, Neyo Servilio Gémino, y M. Atilio Régulo, que habian seguido de todo punto los consejos del prudente dictador, evitando constantemente batallas campales. Con todo, los nuevos cónsules no se avenian muy bien entre sí. Varron tenia mas autoridad que su colega, y una temeridad mucho mayor todavía. Luego de llegar al campamento, una division suya batió á otra cartaginesa, matando cerca de dos mil hombres. Con esta ventaja ya no vaciló el cónsul en atacar al enemigo. Aníbal le sale al encuentro con su caballería. Los dos ejércitos se hallan á cinco de setiembre en frente uno de otro junto á Canas (216), lugar de la Pulla ó Pulia con un castillo, y situado sobre el Aufido. Comenzado el ataque por Aníbal, es rechazado al principio vigorosamente; y, por la obscuridad, no conduce otra vez sus soldados á la carga. El dia siguiente, se disponen los dos ejércitos para una accion general. El ejército romano, compuesto de ochenta mil infantes y seis mil caballos, avanza por los llanos del Aufido, contra el dictámen de Paulo Emilio, que deseaba un sitio mas favorable para la infantería. Aníbal pasa el rio, y coloca en órden sus fuerzas, constando de diez mil caballos y cuarenta mil infantes. Aníbal procuró que el viento sudeste diese á la cara de los romanos, é hizo que quinientos númidas se pasasen á los romanos sin escudos ni armas, excepto las espadas que llevaban ocultas debajo de las cotas de malla. Recíbenles los romanos como desertores, y los colocan á su retaguardia. Á estas precauciones, Aníbal añadió el hacer pasar el arado por el suelo arenoso que rodeaba su campamento. Dase por fin la señal del combate. Iba arreciando el viento, y arrojando arena á los ojos de los romanos, que apenas podian percibir al enemigo. La caballería española y gala los cargaba con terrible ímpetu, y de repente la infantería romana se encuentra envuelta por la infantería y caballería enemiga. Penetra el desórden en las filas romanas, después de luchar valerosísimamente. En esto los númidas, que aparentaron desertar, y que hasta entónces se habian estado quietos, toman escudos en el mismo campo de batalla, y sacan las espadas. Quedan en el campo cuarenta mil romanos, y tres mil prisioneros. Servilio, cónsul en el año anterior, Minucio, jefe de la caballería durante el mando de Fabio, el cónsul Paulo Emilio, con dos mil setecientas personas distinguidas, se hallan entre los muertos. La pérdida de Aníbal no fué mas que de cuatro mil galos, mil quinientos africanos y españoles, y doscientos de á caballo. Varron, causante del terrible desastre, huye á Venusa con setenta de á caballo. Todo el país comarcano se somete á Aníbal. No hallándose el gran caudillo, por falta de gente, de municiones y material de sitio, suficientemente pertrechado para atacar la ciudad de Roma, marcha hasta Capua, que le abre las puertas, por quererlo así el bando popular, dueño de la ciudad. Por este tiempo, una escuadra cartaginesa estaba asolando las costas del rey de Siracusa; Hieron y Cartalon estaban negociando en Roma para el rescate de los prisioneros que se habian hecho en Canas. Los padres conscritos se niegan á pagar la moderada cantidad que Aníbal pedia. No querian que los soldados romanos pudiesen contar con volver á ser ciudadanos, después de haber sido prisioneros de guerra, juzgando que esta esperanza podia amenguar sus bríos.

Así que Aníbal hubo entrado en Capua, manda á Magon á Cartago para anunciar sus victorias, y pedir nuevos auxilios para la continuacion de la guerra. Durante su ausencia, hace tentativas inútiles contra Nápoles y Nola. Nuceria tiene que rendirse por hambre, y después de saqueada, es reducida á cenizas. Acerres, abandonada por sus habitantes, sufre la misma suerte. Casilinia rechaza en el primer ímpetu á los sitiadores, causándoles bastante pérdida. Aníbal deja delante de la plaza un cuerpo de tropa, y se va á atacar á Petilia, ciudad de los brucios. El general, á quien el bando barcino habia hecho conceder por Cartago un socorro de veinte mil hombres y cuatro mil caballos, no recibe, por envidia de Hanon, mas que doce mil infantes y dos mil quinientos caballos. Estas rivalidades fueron aun mas fatales para los negocios de Italia que las delicias de Capua, que enervaron sin duda á los cartagineses. Con todo, á principios de la primavera, Aníbal emprende de nuevo el sitio de Casilinia (215), y la rinde por hambre.

En España Asdrúbal avasalla á los carpetanos que se habian levantado. Se le ordena el pasar á Italia para sostener á Aníbal. Imilcon va á juntarse con él con un buen ejército y el refuerzo de una escuadra. Antes de salir de España Asdrúbal es vencido por los romanos que le matan veinte y cinco mil hombres;

haciéndole diez mil prisioneros. Entónces los españoles, que vacilaron por mucho tiempo entre unos y otros, se declaran por los vencedores en su tierra.

Imilcon II va á Petilia, en Italia, y activa el sitio. Durante algunos meses se defiende con gran energía; pero tienen que rendirse por hambre los sitiados, siendo acuchillados todos, menos ochocientos, que pasan espada en mano por entre las filas enemigas, y llegan al campamento romano. Consencia, Locres, Crotona y muchas otras ciudades del país de Italia, llamado la Grande Grecia, abren las puertas á los cartagineses. El dictador Junio, que trata de oponerse á los progresos de Aníbal, es derrotado. Los cartagineses se preparan para invadir la Cerdeña. Filipo, rey de Macedonia, y vecino de Italia, cree preferible la alianza cartaginesa á la romana, y hace una liga ofensiva y defensiva con los primeros. Polibio ha conservado una copia del tratado, y es un precioso monumento de la antigüedad. Los embajadores-macedonios y cartagineses, comisionados para presentar el tratado á Filipo, caen en manos enemigas, y son enviados prisioneros á Roma. Por entónces Graco derrota á los de Campania, aliados de Cartago, cerca de Cumes. Aníbal llega en su socorro harto tarde; tala el país comarcano y pone cerco á esta ciudad (214). El cónsul le obliga á abandonarle, matándole mil cuatrocientos hombres, y haciendo cuarenta prisioneros. Hanon acababa de ser vencido en Lucania por Tito y Sempronio Longo, con pérdida de cuatro mil hombres, además los brucios habian abierto su país á los romanos. Asdrúbal, el Calvo, habia partido para Cerdeña, y un fuerte temporal le habia arrojado á las islas Baleares, refugiándose en uno de sus puertos. Tres caballeros principales de Macedonia habian negociado otro tratado con los cartagineses; pero la estacion no habia permitido al rey Filipo hacer para ellos cosa de provecho. En vista de estas circunstancias, Fabio pasó fácilmente el Vulturno con su colega, apoderándose de Combulteria, de Trébula y de Austícula (213). Marcelo, nó tan solo hace levantar el sitio de Nola, si que sale además al encuentro de los cartagineses á una milla de distancia de la misma ciudad, les mata cien hombres y cuatro elefantes, tomando dos vivos, y les coge mil seiscientos prisioneros y diez y nueve enseñas. Al dia siguiente de la accion, mil trescientos de á caballo, numidas y españoles, veteranos todos, se pasan á los romanos. Fabio sigue marchando hácia Capua, sin que nada resista á su paso.

Al mismo tiempo Manlio, con un cuerpo de veinte mil infantes y mil doscientos caballos, derrota á Hiosto, hijo de Harcícora, general sardo, matándole treinta mil hombres en una batalla que el jóven tuvo la temeridad de empeñar, haciéndole mil trescientos prisioneros. Despues de esta gran derrota, ya no pudo sostenerse Asdrúbal en Cerdeña. El general romano le atrae á él mismo á la pelea, en la cual se portaron los cartagineses heróicamente durante cuatro horas, teniendo por fin que dispersarse, de modo que no pudieron volver á luchar. Esta accion costó la vida á doce mil sardos y á tres mil cartagineses: setecientos prisioneros y diez y nueve enseñas caen en poder del vencedor. Magon, deudo cercano de Aníbal, Hannon, otro noble cartaginés, y el mismo Asdrúbal quedan cautivos. Hiosto murió en el campo, y su padre Harcícora se mató de desesperacion. Las poblaciones sardas se rinden á la primera intimacion del victorioso romano, en cuyo poder cayeron todas las ciudades cartaginesas de la isla. No son los cartagineses mas afortunados por mar. El pretor T. Otacilio derrota una escuadra suya en Africa, y los locrios abren las puertas á los romanos. Aníbal hace después de estos acontecimientos inútiles esfuerzos para defender á Capua, proteger á Nola, y apoderarse de Puzzoles. Los romanos le rechazan por todas partes. El procónsul T. Graco derrota, á la cabeza de una buena division, á Hannon cerca de Benevento; pero Hannon se desquita en la Lucania en la que dispersa ó acuchilla las tropas enviadas por Graco para correr el país. Entretanto, Fábio y Marcelo continuaban en el sitio de Casilinia que por fin pide capitulacion. Marcelo se encarniza contra muchos habitantes, y envia casi todos los demás á Roma, bien que en la capitulacion se hubiese estipulado que se les dejase retirar á Capua. Hecho esto, los romanos devastan todas las tierras comarcanas haciéndose con mucho botin. Marcelo se embarca para Sicilia. Aníbal marcha hácia Tarento, en donde el propretor Valerio habia situado una division. Algunos tarentinos jóvenes conciben el plan de pasar á cuchillo á los romanos que hay en la ciudad, y entregarla á los cartagineses. Esos jóvenes eran de buenas familias, y los dos principales eran Nicon y Filomenes (212). Aníbal sabia la conspiracion, y fué tan bien secundada, que á fines de julio se hizo dueño de la plaza. Los romanos quedan víctimas del furor cartaginés. Livio, sorprendido en medio de una orgía, apenas acierta á refugiarse en la ciudadela, la cual bloquean los tarentinos por mar y por tierra. Aníbal deja allí algunas fuerzas, y se retira al campamento que habia escogido sobre el Galeso. Á esta sazon los romanos vencen á Hannon que de órden de Aníbal trataba de aprovisionar á Capua. Costó el combate la vida á seis mil cartagineses, y á siete mil la libertad. Gran cantidad de víveres y otros efectos pasan á manos del vencedor. Sin embargo, Aníbal toma á Metaponto y á Heráclea, poco distantes de Tarento. Hannon y Magon son recibidos en Tugurio, merced á la traicion de algunos habitantes. Los cónsules se preparan para formalizar el sitio de Capua. El procónsul T. Semp. Graco muere por la traicion de Flavio Lucano antes de salir de Lucania. Las tropas romanas están ya bastante cercanas á la plaza á fines de verano ó principios de otoño. Una partida de caballería, mandada por Magon, mató mil trescientos soldados romanos, haciendo gran número de prisioneros, y recobrando buena parte de botin. Aníbal va á Capua en derechura y ataca á los romanos. M. C. Pénula, naturalmente atrevido, se pone á la cabeza de diez y seis mil hombres, y aventura la lucha con los cartagineses: á las dos horas de pelear cae muerto, y apenas se salvaron de la carnicería unos mil hombres. No obstante esta derrota, los cónsules Fulvio y Claudio Pulcro no desisten de bloquear á Capua.

Aníbal marcha hasta Herdonia en donde se hallaban los romanos. Cae Fulvio en un lazo que le armó el general cartaginés. El cónsul se vió envuelto por todas partes, y de los diez y ocho mil hombres que mandaba, solo doscientos que huyeron con él se libraron de la muerte. En esto Otacilio estaba asolando las costas de Africa sin podérselo impedir los cartagineses. Magon y Asdrúbal, hijos de Amilcar, con el auxilio de Yndibiles y de Masinisa, no dejan sosegar en España á los romanos, ganándoles una gran batalla en que pierde el cónsul la vida con muchos legionarios; pero, L. Marcio, caballero jóven, despues de replegar los restos del ejército consular, hace paga cara la victoria á los cartagineses. En el espacio de veinte y cuatro horas, les entró á la fuerza dos campamentos, causándoles la pérdida de treinta y siete mil hombres y mil ochocientos prisioneros, si se ha de dar crédito á sus historiadores, que exageran casi siempre las ventajas de los suyos.

Sea como fuere, los cónsules y el pretor Claudio continuaban el sitio de Capua (211) con la mayor actividad. Aníbal deja el bloqueo de Tarento para ir á socorrer á Capua, pero los romanos inutilizan sus esfuerzos. Entónces le ocurre ir á sorprender á Roma, pero se le frusta el golpe, ora fuese por la prontitud con que llegó á Roma un correo despachado por Fulvio, ora fuese, segun dicen otros, por causa de un huracan que le atrasó en la marcha, y dió tiempo á Roma para tomar sus medidas. Entónces Aníbal se dirigió presuroso á Regio, y peleó con los lucanios. Considerándose los de Capua abandonados ya de los cartagineses, se rinden á los romanos, quienes los tratan con la mayor crueldad. El procónsul P. Cornelio Escipion, de unos veinte y cuatro años, continuaba victorioso en España, cuyos pueblos, sabedores de los reveses de Cartago, se inclinaban mas que nunca á los romanos. El partido intrigante y poderoso de Hannon en Cartago impide que se envien á Aníbal los socorros que se le habian prometido, y que mucho necesitaba. Los negocios de los cartagineses tienen que ir en decadencia en Italia y Sicilia. Los romanos toman á Salapia, bien que por mar son derrotados por los tarentinos. Escipion indemniza en un solo dia en España de esa pérdida á los romanos con la toma de Cartagena (210), almacen general de los cartagineses en la península. Cartagena fué tomada á fines del verano de este año.

Marcelo, en el Samnio, toma por asalto á Meronea y Melea, y acuchilla ó aprisiona á tres mil cartagineses, haciéndose con un rico botin. No es tan afortunado cerca de Herdonea el pretor Neyo Fulvio Centúmalo. Aníbal le presenta la batalla, y le mata trece mil hombres, entre ellos á Centúmalo. Herdonea es reducida á cenizas, siendo condenados á muerte muchos nobles por las inteligencias que con Fulvio habian tenido. El resto de la campaña se pasó en combates entre Aníbal y Marcelo, equilibrándose poco mas ó menos las pérdidas y ventajas de ambas partes. El mas importante fué el segundo que dió Aníbal al cónsul. Los romanos perdieron tres mil hombres, pero ocho mil los cartagineses. Esta ventaja valió á los romanos la sumision de los hirpinios, de los lucanios, de los volcentes, y de los brucios, que entónces abandonaron á Aníbal (209). Una ocurrencia imprevista hace á Fabio dueño de Tarento, casi sin efusion de sangre, á mediados del verano. El jefe de la guarnicion estaba perdidamente enamorado de una jóven, hermana de un soldado que servia en el ejército romano. Sabedor el soldado del ascendiente de su hermana sobre el corazon del comandante, se pasa á la ciudad, de acuerdo con Fabio, como desertor, y luego induce al jefe de la plaza, por medio de la querida, á que la entregue á los romanos, que tomaron un rico botin. Solo el número de esclavos prisioneros subió á tres mil. Cuantos brucios y cartagineses se hallaron fueron pasados á cuchillo; dándose muchos la muerte, ó sucumbiendo con las armas en la mano. En España, cerca de Bétula, P. Escipion, hácia mediados de otoño, peleó con Asdrúbal, que en una accion sola tiene ocho mil muertos y diez mil prisioneros, y además dos mil de á caballo. El generoso comportamiento del jóven procónsul le granjea el afecto de los principales de España.

208. Noticioso Aníbal el año siguiente de que los romanos trataban de sitiar por tierra á Locres, sale á su encuentro, los atrae á una emboscada, y les mata dos mil hombres, haciendo prisioneros á los demás, ó dispersándoles. El valeroso Marcelo se halló entre los muertos. Despues de esta victoria, Aníbal deja libre á Magon que se hallaba bastante apurado en Locres, obligando á los romanos á abandonar su material de sitio. Por el mismo tiempo, el almirante romano Valerio ataca á una escuadra cartaginesa de ochenta y tres buques á la altura de Capua, y la apresa diez y ocho. Los cartagineses no podian sacar ningun socorro de Filipo, á pesar del tratado que con él habian hecho, bien que ellos mismos no siguiesen estrictamente lo convenido. El rey de Macedonia los abandona por fin, disponiéndose á tratar de paz sin ellos con Roma. Obligado Asdrúbal, hermano de Aníbal, á salir de Bétula, atraviesa con bastante facilidad los Pirineos, obteniendo de los galos el paso libre por su tierra, y hasta el permiso para reclutar en ella. Llegó sin contratiempo hasta Plasencia y la puso cerco. Los romanos reunen sus fuerzas y le rechazan; luego los galos le abandonan, y en nada mejora la causa cartaginesa en Italia. C. Hostilio Túbulo vence á los cartagineses en tierra de los valentinos, matando hasta cuatro mil. Por no quedar envuelto en el desastre Aníbal se retira al país de los brucios, y reuniendo las guarniciones que en él tenia, se dirige hácia la Lucania. Claudio llega antes que los cartagineses á Grumento con cuarenta mil infantes y dos mil quinientos caballos, sentando su real á quinientos pasos del enemigo. Aníbal pierde allí ocho mil hombres y quinientos prisioneros, sin que los romanos perdiesen doscientos hombres. Sabedor Claudio, por medio de una carta interceptada, que, levantando el sitio de Plasencia, Asdrúbal habia tomado la direccion de Umbria, pasa por encima de la legislacion romana, que vedaba á los generales el salir de la provincia de su mando, y con una division de siete mil soldados, de los mejores que tenia, pasa con una marcha de seis dias á la de su colega Livio, y se reune con él. Los dos cónsules obligan á pelear á Asdrúbal, en las orillas del Metauro. Mucho disputó la victoria el cartaginés, mostrándose digno hijo de Amilcar y digno hermano de Aníbal, pero al fin se declara por los romanos. No queriendo Asdrúbal sobrevivir á tantos miles de valientes que habian dejado sus hogares para seguirle, se precipita en medio de una cohorte romana, y recibe la muerte que buscaba. Satisfecho Livio por haber visto caer á cincuenta mil cartagineses, no consiente que sea perseguido un cuerpo enemigo que estaba huyendo: «no es malo, dijo, que queden algunos para llevar á los cartagineses la noticia de su descalabro.» Aníbal, vencido tambien en Lucania, se habia retirado á Canisio. Allí supo la muerte de su hermano. Bien pudieron acordarse aquellos á quienes correspondiera, que Aníbal habia tratado con decencia y aun con respetuosa consideracion los restos mortales de Graco y de Marcelo. Pero, no sabe valerse Claudio de esas lecciones de generosidad. Manda arrojar la cabeza cortada de Asdrúbal al campo cartaginés, empañando con hecho tan feo su honor de aquella jornada. Sumergido Aníbal en la mas negra melancolía por la pérdida de aquel á quien tanto queria, y en quien fundaba sus esperanzas, se retira á los últimos confines del país de los brucios, en donde subsiste con dificultad, bien que mostrándose temible siempre para sus enemigos. Los cartagineses iban perdiendo cada dia terreno en España. Cierto es que Hagon y Magon se hallaban al frente de un ejército considerable en la Celtiberia, sostenido á poca distancia por un cuerpo de nueve mil celtíberos; pero, Silano sorprendió este cuerpo, compuesto principalmente de gente bisoña, y le acuchilló, ó dispersó completamente. Hácia el fin del combate Hannon y Magon llegan en su socorro, y tambien son vencidos, quedando Hanon prisionero. Trás de esta derrota de los car-

tagineses, Escipion se prepara para conquistar la España entera. Su hermano L. Escipion toma á Oringis, en la Bética, al frente de diez mil infantes y mil caballos. El procónsul M. Valerio Levino, que mandaba en Sicilia, devasta las costas del Africa, y al volverse á Lilibeo, derrota una escuadra cartaginesa de setenta buques (207), apresando diez y siete, echando á pique cuatro, y dispersando los demás. Al año siguiente la Lucania se somete á los romanos.

206. Magon III y Asdrúbal VI, hijo de Amilcar uno, y el otro de Giscon, salen de Cádiz por la primavera con cincuenta, y segun otros, con setenta mil infantes y cuatro mil quinientos de á caballo. Llegan á Silpia, hallándose á poca distancia de ella el ejército romano. Auxiliado Escipion por varios caudillos españoles, puede presentarse delante los cartagineses con cuarenta y cinco mil hombres. Magon y Masinisa dan la carga á los romanos, pero quedan rechazados y perseguidos hasta su real, despartiendo á los combatientes un violento huracan. Asdrúbal abandona el campamento, y se retira precipitadamente hácia el Océano. Síguenle al alcance los legionarios, y le matan toda su gente, excepto siete mil hombres que se le desertan, escapándose él hácia Cádiz. Tambien abandonaron los suyos á Magon, y fué á refugiarse á Cádiz como Asdrúbal. Masinisa, rey de Numidia, entra en tratos secretos con los romanos. A pesar de cuanto hizo Asdrúbal para oponerse á ello, logró Escipion adquirir por aliado de Roma á Sifax, rey de los masilinios. Los romanos avasallan varias ciudades españolas. Escipion confia á Lelio la conquista de Cádiz, pero este tiene que renunciar á su proyecto, por contrarestarle Magon. Mas adelante, Masinisa engaña á Asdrúbal, y Cádiz es ocupada por los romanos á fines de otoño. Magon, antes de salir de la plaza, obliga á los habitantes á entregarle todo el oro y plata que tenian en su poder, saquea los templos, manda dar de palos y poner en cruz á los magistrados, y zarpa para Italia. Desembarcado que hubo su gente en la costa de los ligurios, entra por sorpresa en Génova, se apodera del puerto y ciudad de Savona, y junta una hueste numerosa con un cuerpo de galos y otro de ligurios. Por este tiempo, Neyo Octavio, que tenia el mando de Cerdeña, toma, á la altura de esa isla, ochenta barcos de transporte. Este año, cartagineses y romanos tuvieron que sufrir una epidemia en el país de los brucios. Aníbal estaba luchando con la carestía. Durante esa inaccion, el caudillo cartaginés hace grabar sus hazañas en caractéres griegos y púnicos en una coluna que todavía estaba en pié cerca de Lacinio en tiempo de Polibio.

205. Edecon, Indibilis, y Mardonio, reyezuelos españoles, promueven con sus aliados un levantamiento para constituirse independientes de Roma y de Cartago. Los generales romanos apagaron esas primeras chispas de guerra. Lelio fué á desembarcar cerca de Hipona, y corrió sus alrededores. Entónces Cartago hizo cuanto le fué posible para bienquistarse con Sifax y otros príncipes africanos, dando además doscientos talentos á Filipo de Macedonia para operar una diversion en Italia ó en Sicilia. Se envió á Magon un refuerzo de hombres, caballos, elefantes, buques y dinero, al objeto de acercarse á Roma y reunirse con Aníbal. Lelio se da á la vela para Sicilia: y Magon recibe en Savona el socorro de Cartago, robusteciéndose con la alianza secreta de los galos y siendo ya pública su amistad con los ligurios. Con todo, cúpole la misma suerte que á Asdrúbal en España. Escipion se apodera de Locres por traicion de algunos operarios que trabajaban en la construccion de un fuerte cartaginés. Luego que le hubo guarnecido suficientemente, traslada su teatro de guerra á Africa. Enamorado Sifax de Sofonisba, hija de Asdrúbal, casa con ella, déja la amistad de los romanos, y se coaliga con Cartago. Esta ciudad queda consternada al ver en su suelo africano á Escipion, haciendo cincuenta años que no habia visto un ejército romano.

204. Hannon VI, jóven cartaginés, hijo de Amilcar, recibe el encargo de oponerse, con quinientos caballos, al desembarco en Utica de Escipion. Después de una breve pelea, ese jóven perece casi con todos los suyos en el campo de batalla. Tala Escipion toda la tierra hasta las puertas de Cartago, apoderándose de una poblacion próxima á la capital, y haciendo prisioneros á ocho mil habitantes. Hannon sentó con cuatro mil caballos su real en una ciudad llamada Salera, á quince millas del campo romano. Escipion en compañía de Masinisa, le arroja de esa posicion, causándole entre muertos y prisioneros la pérdida de tres mil hombres. Á principios del otoño emprende el sitio de Utica. La llegada de Asdrúbal, hijo de Giscon, obliga al general romano á suspender el sitio, después de cuarenta dias de duracion, y va á acuartelarse durante el invierno á un lugar seguro. Aníbal, después de obtener algunas ventajas en Italia, es vencido por Sempronio, y se retira á Crotona. Cétego impide á Magon el reunirse con el capitan cartaginés. La mayor parte de los brucios se declara contra los cartagineses, asesinando á algunas guarniciones. A primeros de marzo sale Escipion contra Asdrúbal y Sifax (203), los cuales iban por el camino de Utica con una hueste de ochenta mil de á pié y trece mil de á caballo. A mediados de abril sorprende al enemigo así que este se preparaba para bloquear en su campamento á los romanos; trabóse la batalla en el punto llamado los Campos grandes, y en un mismo dia se apodera Escipion del real del jefe cartaginés y del de Sifax. Solo dos mil infantes con quinientos caballos y los dos generales, pudieron escapar del teatro de la lucha, quedando los demás ó muertos ó prisioneros. Asdrúbal y Sifax reunen los restos de su gente, y con un refuerzo que les llega de celtíberos organizan un nuevo ejército de treinta mil hombres, marchando otra vez á su cabeza contra los romanos. De nuevo quedan vencidos los cartagineses el dia 24 de abril, y Lelio hace prisionero á Sifax. Después de esta victoria, Escipion se apodera de varias ciudades. La guarnicion de Túnez sale de la plaza, así que avista á los romanos. Fastidiado Escipion por lo mucho que duraba el sitio de Utica, se va á cercar á Hipona sin que fuese mejor el éxito. Entónces prende fuego á su maquinaria, tala algunas provincias limítrofes, y contrae alianza con otras. Los cartagineses mandan á Aníbal que vuelva á su patria. Cartago pide la paz al general romano, y este concede una tregua, durante la cual van á Roma diputados cartagineses. En esto, Magon, que habia penetrado en la Insubria, es derrotado por M. Cornelio y P. Quintilio Varo, perdiendo en la accion cinco mil hombres y veinte banderas, á bien que él mató á dos mil trescientos romanos, y á la flor de la duodécima legion, haciendo una buena retirada al país de los ingaunos. Allí recibe la órden de volver á Cartago, pero muere en el camino. Los embajadores cartagineses no fuéron muy bien recibidos en Roma; mas, sus generales habian violado ya la tregua, cometiendo actos contrarios al derecho de gentes. Aníbal sale de Italia, vuelve á Leptis, en Africa, trata de fortalecerse con la alianza de algunos reyezuelos del país, y rinde varias plazas, entre otras la importante de Nazé. Desde allí toma el camino de Zama, que se hallaba á cinco

dias de marcha de Cartago. Los mas grandes generales de la tierra, Aníbal y Escipion, se avistan en una conferencia (202), y no se avienen. Cada cual se dispone para la batalla que se da al dia siguiente, á mediados de octubre, en los llanos de Zama. El mismo Escipion admira la pericia y el valor de Aníbal. Sin embargo, la victoria queda por los romanos, que hasta se apoderaron del real de los cartagineses, perdiendo de estos la vida mas de veinte mil, y ocho mil la libertad. Los romanos no perdieron mas que cuatro ó cinco mil hombres. Después de su derrota, Aníbal se retira á Adrumeta, donde recibe la noticia de que Vermina, hijo de Sifax, que acudia en su socorro, ha sido vencido el 2 de noviembre y ha perdido quince mil muertos y tres mil prisioneros. Aníbal va á Cartago, y ajusta la paz con los romanos en enero (201) con las humillantes condiciones que dictó el vencedor. Escipion tuvo detrás de su carro triunfal á Sifax, que murió poco después de su prision.

200. Masinisa, á instigacion de los romanos, se apodera de una parte de los estados de Cartago, con el pretexto de que en otro tiempo habian pertenecido á sus mayores. Los cartagineses se ven en la necesidad, por la inicua mediacion de Roma, de ceder á las exigencias de ese príncipe, y aun de ajustar con él una paz vergonzosa. Cartago, bien que tan desangrada, se dedica exclusivamente al comercio, procurando extenderle por todas partes, con los solos recursos de su industria. Aníbal, que conservaba en su patria el prestigio de que era digno, reforma algunos abusos en la administracion. Esto le creó enemigos, y unidos con el bando de Hannon, trataron de perderle. Como los romanos le temian, favorecieron la intriga. Lo sabe Aníbal y se retira á Siria, á la corte de Antíoco (195). Desde allí trató inútilmente de enemistar otra vez á sus compatricios con los romanos. Antíoco, que iba á declarar la guerra á la república, aprueba el consejo de Aníbal de atacar en su casa á los romanos; pero, no se atreve sin embargo á realizarle. Por una entrevista que tuvo con Vilio y Escipion, el general cartaginés se hizo sospechoso al rey de Siria. Aníbal se justifica, pero la envidia de sus ministros se interpone entre el gran caudillo y el rey, y son inútiles los buenos consejos del primero. Con todo, después de los reveses que en Europa tuvieron los sirios, el glorioso cartaginés recobra su valimiento. Se encarga de conducir una flota destinada á impedir el que los romanos penetraran en Asia. Apolonio, almirante de Antíoco, huye al principio del combate, y Aníbal se vió forzado á la retirada. El rey, trás de una larga serie de desgracias (véase Siria) envia mensajeros á los romanos pidiendo á todo trance la paz (189). El vengativo vencedor impone por primera condicion la entrega de Aníbal, y Antíoco cede. El cartaginés tiene tiempo para escaparse á la isla de Creta, yéndose desde allí á la corte de Prusias, rey de Bitinia, á quien presta buenos servicios contra Eumenes, rey de Pérgamo (véase Bitinia). Resentidos los romanos por la proteccion que á su implacable enemigo dispensaba Prusias, T. Q. Flaminio se queja al rey en nombre de la república. Prusias va á entregarle, y viéndose Aníbal sin medios para escaparse, se envenena (183). Así murió este grande hombre, á los sesenta y cuatro años, después de haber sido por espacio de diez y seis el terror de Roma. Sin duda la hubiera vencido, á haber sido su patria mas justa con él, y menos deferente con sus émulos.

Nó contento Masinisa con la tierra quitada á los cartagineses, habia invadido aun otra provincia que les habia arrebatado su padre Gala. Al principio los romanos no tuvieron á bien el declararse contra el rey de Numidia. En seguida negocian un convenio por el cual (182), Masinisa se queda con lo usurpado, devolviendo á Cartago algunos rehenes que Roma habia guardado hasta aquel dia. El rey, cuya ambicion no estaba satisfecha todavía, trata de indisponer nuevamente á Roma con Cartago. Las inteligencias de la segunda con Perseo, rey de Macedonia, le dieron motivo para ello. Elegido Caton por árbitro de las diferencias que mediaban entre los cartagineses y el rey de Numidia (175), jamás desiste del dictámen que cree mas útil para su patria: la destruccion de Cartago.

Los cartagineses se hallaban divididos en tres parcialidades diferentes; Masinisa se vale de la circunstancia, é invade la provincia de Tisca, en la que toma muchas plazas y castillos. A pesar de sus humillaciones nada obtienen de Roma (153). Tratan entónces de rechazar la fuerza con la fuerza. Vencidos por Masinisa se ven forzados á pedirle una paz que les niega. Roma manda diputados al Africa (152), so color de transigir las diferencias del rey de Numidia y los cartagineses; pero, en realidad, á fin de examinar el verdadero estado de las fuerzas de Cartago. A la vuelta de los diputados (151), se delibera sobre si la república declarará la guerra á Cartago. Prevalece el parecer de Caton, cuyos efectos habia hecho suspender con su crédito Escipion Nasica.

Tercera guerra púnica. — Declárase la guerra á los cartagineses. Utica, ciudad de las mas importantes por su riqueza, poblacion y comodidad del puerto, se somete espontáneamente á los romanos. El cónsul M. Manlio Nepote es nombrado general del ejército de tierra (149), entregando el mando de la flota á su colega M. Censorino. Los cartagineses envian á Roma embajadores con plenos poderes para declarar que Cartago se entregaba, con todo lo que le pertenecia, á la disposicion de Roma. El senado promete á los cartagineses la libertad, la conservacion de sus leyes y de sus bienes, con la condicion de que habian de enviar á Lilibeo en rehenes á trescientos jóvenes de las familias mas principales, y hacer además todo lo que mandarian los cónsules. Cartago tiene que acceder, y da los rehenes. Los cónsules piden en seguida una cantidad de trigo suficiente para la subsistencia de sus tropas, todas las galeras cartaginesas con tres bancos de remos, todos los pertrechos de guerra, y además todas las armas que hubiera en la ciudad. Como Cartago nada podia negar, tuvo que acceder á todo. Entónces Censorino manda á los habitantes que salgan de la ciudad. Los cartagineses prefieren la muerte al cumplimiento por su parte de esa postrera disposicion del senado romano. Los cónsules comenzaron á someter todo lo mas llano del país, y sitiaron luego á Cartago por mar y por tierra.

148. Asdrúbal VII é Imilcon III, apellidado Fábeas ó Fámeas, desbaratan todas las operaciones de los romanos contra los cartagineses. Pero, á poco Fábeas se pasa á los romanos. Sin embargo, los cartagineses alcanzan algunas ventajas sobre el cónsul Calpurnio Pison, obligando á los romanos, hácia el fin de la campaña, á levantar el sitio de Hipozarito; y á trabajar con menor ahinco en el sitio de Cartago. No tiene resultado una negociacion entablada entre los cartagineses y el rey de Macedonia Andrisco. Un tal Bitias les habia traido un socorro de ochocientos caballos, mas no por esto dejó Máximo, lugar-teniente de Pison, de tomar á Megara, que formaba parte de la ciudad de Cartago, obligando á los que la ocupaban á retirarse á otra parte que llamaban Birsa. Furioso Asdrúbal por este contratiempo, coje á todos los prisio-

neros romanos que tenia, los manda conducir á la muralla, y á vista de todos los trató con la mayor inhumanidad por quitar á los sitiados toda esperanza de transaccion. Escipion Emiliano activa de dia y de noche los trabajos del sitio. En catorce dias tuvo terminadas sus obras. Por su parte los cartagineses no se descuidaban en la defensa. Por fin, á los veinte y seis dias hubo un ataque general que nada decidió, bien que fué muy empeñado. Á los veinte y siete se da otro que dura hasta muy entrada la noche, y se termina con la pérdida de algunos puntos que los cartagineses hubieron de abandonar á los romanos. Escipion pasa el resto de la campaña en apoderarse de todas las plazas de guerra que todavía estaban por los cartagineses, y suministraban víveres á Cartago. Durante los dias mas crudos del invierno (147), toda la hueste cartaginesa, que llegaba á ochenta y cuatro mil hombres, fué batida en la defensa de Néferis, cuyo sitio habia durado veinte y dos dias. Solo cuatro mil hombres pudieron salvarse. Las fortificaciones del puerto llamado Cothon fueron demolidas. Birsa, ó la ciudadela, tuvo que rendirse con motivo de los ataques que sufria y la falta de víveres. Algunos de sus defensores se adelantan vestidos de penitentes, pidiendo nada mas que las vidas salvas para los que quisieran salir. Otorgada por Escipion la merced que pedian, el mismo Asdrúbal se entrega. Lejos su mujer de imitarle degüella ella misma á sus hijos, y se arroja á las llamas en el templo; nuevecientos desertores que Escipion habia exceptuado del perdon, se precipitan desesperados en medio del incendio que destruye la ciudadela y el famoso templo de Esculapis (146). El senado manda al procónsul la órden de destruir á Cartago. Á consecuencia de la misma, la malaventurada ciudad es arrasada hasta los cimientos. Pero, durante el consulado de Domicio (122), C. Graco emprende su reedificacion por órden del senado, poblándola con seis mil ciudadanos romanos, siendo esta la primera colonia romana que salió de Italia por disposicion del gobierno. Tanto prosperó, que en los consulados de M. Tulio Decubo y de Neyo Cornelio Dolabela (81), era ya una de las mas importantes que tenian los romanos. Guerreando Julio César en Africa contra Pompeyo, dejó allí una colonia de tres mil hombres, con los cuales se reunieron muchos habitantes de las ciudades mas cercanas. En los primeros siglos de la era cristiana se la consideraba como la capital del Africa. En el reinado de Constantino, Maxencio la redujo casi á cenizas (312 despues de J. C.). Genserico, rey de los vándalos, la tomó el 19 de octubre (439 despues de J. C.). Las conquistas de Belisario, noventa y cinco años despues, volvieron á unirla al imperio romano (533 despues de J. C.). Por fin, los sucesores de Mahoma (698 despues de J. C.), señorearon el Africa, y los sarracenos destruyeron otra vez á Cartago de tal modo, que no nos han quedado de ella mas vestigios que algunas cloacas y cisternas.

Advertencia. — Los que desearen mas pormenores acerca del pasaje del Ródano, por Aníbal, en el año 218 antes de nuestra era, pueden consultar una obra, á la cual el conde Forcia de Urban añadió un mapa, que nos parece suficiente para aclarar este punto. En ella se prueba con dos citas, en las que Estrabon no ha hecho sino copiar á Polibio, que Tito Livio conviene perfectamente con este historiador, y que ambos historiadores dicen que Aníbal pasó el Ródano en Roquemora, siguiendo luego el curso del Eygues, desde el cual va á Brianzon, y atraviesa el monte de Ginebra.

LA MAURITANIA.

La Mauritania ó la Maurusia estaba limitada al oriente por el rio Malva, ó Mulucha; á poniente por el Océano Atlántico; al sud por la Getulia ó Libia interior, y al norte por el Mediterráneo. Su nombre le viene de los mauros ó moros, sus primeros moradores, y hay motivos para creer que esos moros provenian de Phut, hijo de Cham, ó de Lud, su nieto é hijo de Misraim, de cuyos descendientes se habla en efecto en el capítulo décimo del Génesis con el nombre de Mauros ó mauritanos. Los fenicios enviaron colonias á esa tierra, y luego que se hubieron multiplicado, dividiéronse en varias tribus, tomando nombres diversos.

Tingis ó Tingi era la capital de la Mauritania, llamándola por este motivo muy á menudo los autores Tingitania. Ahora se llama Tánger, y forma parte del reino de Fez. No puede decirse de un modo absoluto que toda la Mauritania estuviese gobernada por reyes. Parece que muchas tribus conservaron su libertad é independencia como los árabes argelinos y tunecinos. Pero tampoco puede negarse que la mayor parte, á lo menos, de las provincias mauritanas, obedecian á príncipes ó á jefes con gobierno monárquico, y de quienes dimanan los nombres de algunos distritos. Mucho tiene de fabuloso la historia antigua de esos reyes, variando los autores en su dilucidacion. El célebre Newton es el que sobre esto ha presentado el sistema mas satisfactorio.

Amon, padre de Sesac, rey de Egipto, fué, segun el ilustre cronólogo que acabamos de citar, el primer rey de Libia, ó de ese dilatado país que separa las fronteras de Egipto de las orillas del Océano Atlántico, es decir, de la Mauritania. Unos mil años antes de Jesucristo la conquistó Sesac, viviendo todavía su padre.

Sesac tuvo que defender la Mauritania contra los libios, que, acaudillados por Neptuno, se rebelaron dándole muerte (973).

Neptuno, hermano y almirante de Sesac, después de invadir la Mauritania, señoreó además la Nubia y gran parte de la Libia.

Atlas ó Anteo, hijo de Neptuno, tendia sus miradas aun mas allá que el padre. Queria invadir nada menos que el Egipto. No le faltaba para la empresa valor y firmeza. Con los numerosos refuerzos que sacaba de la Libia podia sostenerse por mucho tiempo. Hércules, general de la Tebaida y de Etiopía, por consideraciones de un órden sobrenatural, ó á instigacion de los grandes de Egipto, contrarestó sus planes. Mucha gente le costó; pero, interceptando por fin Hércules un cuerpo de moros ó de libios que iban en auxilio de Anteo, los derrotó completamente, y sometió todo el continente de la Libia, matando al mismo Anteo junto á una ciudad de Tebaida, la que en esta ocasion tomó el nombre de Antea ó Anteópolis.

Desde aquel tiempo hasta la guerra de Yugurta contra los romanos, la historia nada dice de los moros.

Boco I ocupaba el trono de Mauritania, cuando Yugurta tanto se afanaba por defender la Numidia contra los romanos. El rey de los numidas habia casado con la hija de Boco, y creia que la alianza con su suegro le seria de algun provecho (107). En efecto, vino este en aliarse con su yerno, al objeto de sostenerle contra Roma. Pero, como el mal aspecto que fueron tomando las cosas, le indujera á temer por su propia conservacion, no se limitó á tratar secretamente de paz con Roma, sino que hasta entregó su yerno Yugurta á Sila (106). Roma pagó explendidamente esa infamia (véase Numidia).

Dion Casio habla de dos reyes de la Mauritania, contemporáneos de Julio César, y de Octavio su hijo adoptivo; al uno llama Bogudo y al otro Boco. No parece posible que el segundo, que era rey de la Mauritania cesárea, fuese el mismo que vendió Yugurta á Sila. Seria sin duda su hijo. Segun Dion Casio, Sitio, con la ayuda de Boco, peleó en Africa por la causa de César (46): segun otros, fueron Bogudo y Sitio, y esto parece en efecto lo mas verosímil. Al año siguiente (45) Bogudo ó Bogud contribuyó en gran parte á la victoria de César en Munda, estando en las filas de Pompeyo los hijos de Boco. Muerto César, Bogudo fué del partido de Antonio; pero, mientras trabajaba para sí en España (38), se le rebelaron los tingitanos, y Boco se apoderó de sus estados. Augusto le confirmó la conquista, concediendo á los habitantes de Tánger el derecho de ciudadanos romanos. Cinco años después (33) Boco murió, y ese reino pasó á ser una provincia romana. Bogud, que se habia ido con Antonio, fué muerto en Metona ó Modon, cuando la toma de esta ciudad por Agripa.

Juba, era hijo de Juba, rey de Numidia. Habia recibido en Roma muy buena educacion, y tanto habia aprovechado, que se le consideraba en saber igual á los griegos mas doctos. Compuso varias obras que se han perdido. Sevin presentó el catálogo en una disertacion sobre la vida de ese príncipe. César Octavio, á quien eran gratas las personas instruidas, quiso mucho á Juba, y le dió (25) ambas Mauritanias, y parte de la Getulia, en cambio del reino de su padre. Hasta tal punto habian las letras humanizado el carácter de este rey, que sus súbditos le tuvieron por dios, y le erigieron una estátua (Pausanias). Habia tenido por esposas á Cleopatra Selena, fruto de los amoríos de M. Antonio, y la famosa Cleopatra, y á Glafira, viuda de Alejandro, hija de Herodes, rey de Judea.

Tolomeo, hijo de Juba y de Cleopatra Selena, sucedió á su padre. Su reinado fué (17 desde Jesucristo), algo agitado con motivo de los trastornos promovidos en Africa por Tacfarinas. Pero, después de durar siete años fueron aplacados por los romanos. Trás de muchas peleas que nada decidian, pereció Tacfarinas con muchos de los suyos (24 desde Jesucristo). Este acontecimiento, en el cual tuvo buena parte Tolomeo, le dejó en paz por algun tiempo; siendo víctima por fin de la envidia ó avaricia de Calígula, que le hizo matar en el año 38 de Jesucristo.

Edemon era un liberto de Tolomeo. A fin de vengar la muerte de su señor, reunió un cuerpo de tropa, Claudio, sucesor de Calígula, envió un ejército á Mauritania (41 después de Jesucristo), y con solo ver á los romanos se dispersó la hueste de Edemon. Al año siguiente, completamente dueño del país sin muchas refriegas el general romano, otorga paz á los moros (42 después de Jesucristo). Es de suponer que por aquel tratado la Mauritania quedó enteramente de los romanos. Efectivamente, poco después hallamos á la Mauritania dividida en dos provincias, llamada una Mauritania tingitana, y Mauritania cesárea la otra, por el sobrenombre de César, que, como todos los emperadores romanos llevaba Claudio.

LA NUMIDIA.

La Numidia era un país dilatado, lindante al norte con el Mediterráneo, al sud con la Getulia, al occidente con el rio Mulucha, y al oriente con el rio Tusca. En tiempo de los cartagineses poblaban la Numidia dos naciones considerables, la de los masilios, y la de los masesilos ó masesilios. El país ocupado por los segundos fué llamado por los romanos Mauritania cesárea, bien que no forma parte de la verdadera Mauritania. La region de los masilios, que era propiamente la Numidia, estaba separada de Cartago por el Tusca, y la Mauritania cesárea por otro rio que se llamaba Ampsaga. La capital de Numidia era Cirta, hoy Constantina, que, si se ha de juzgar por sus ruínas que todavía subsisten, debió ser una gran ciudad, y bien situada. Después de consultar los autores antiguos, se trasluce que los descendientes de Misraim y de su hermano Phut fueron los primeros pobladores de la Numidia. Los fenicios, que tambien provenian de Cham, enviaron colonias á esa tierra. Después fueron allá otros de varias naciones, formando tribus ó distritos con nombres diferentes. En todas las tierras dependientes de Cartago regia la misma legislacion que en aquella metrópoli. En los demás puntos el gobierno era despótico como el antiguo régimen oriental, del cual dimanaba el de Numidia. Á los numidas solo se les llama africanos en algunos autores antiguos, con motivo de la agregacion de todos aquellos pueblos.

Durante los primeros siglos nada sabemos tocante á la Numidia. Es probable que Jarbas reinaba en Numidia, igualmente que en el país llamado propiamente Africa, y tal vez en la Mauritania, en la época en que Dido edificó á Birsa de Cartago (véase Tiro y Cartago). Muchos siglos después, hallamos á los africanos en guerra con los cartagineses (189), con motivo del censo ó tributo que estos habian de pagar á los primeros por su establecimiento en la tierra. Con el tiempo, la justicia hubo de ceder á la fuerza, y los cartagineses dejaron de pagar, pasando á ser señores de los mismos de quienes habian sido vasallos. Cansados los numidas de aquella dominacion, se rebelaron y tomaron á Túnez (395), marchando contra Cartago. Las divisiones y el hambre dispersaron aquel ejército. Todavía volvieron á insurreccionarse diez y seis años después, pero fueron domeñados (379). Los numidas tomaron parte en las guerras de los cartagineses con Dionisio, Agatocles, etc. (véase Cartago, Sicilia), sirviendo brillantemente en la primera guerra púnica. Concluida esta, los numidas estuvieron tres años en guerra con los cartagineses (241), llevando estos la ventaja. Amilcar VI trató cruelmente á los numidas. Taló su tierra, y puso en cruz á cuantos cayeron en sus manos (238). Solo después de esta pacificacion se halla alguna regularidad en la serie cronológica de los reyes de Numidia.

Narva ó Naravaso, se nos presenta como el mas antiguo rey de los numidas orientales ó masilios. Pasada la guerra de que acabamos de hablar, casó con una hija de Amilcar VI, hermana de Aníbal, teniendo en ella un hijo llamado Gala, que le sucedió.

REYES DE LOS NUMIDAS MASESILIOS: tres se cuentan, á saber, Sifax, Vermina, y Arc-bar-zan; después les suceden los masilios.

Sifax, pretendia que era descendiente de Sofax, hijo de Hronkel (Hércules, es decir, el comerciante), jefe de una colonia oriental en la Libia: reinaba en la Numidia masesilia al mismo tiempo que Gala era rey de los numidas masilios. Los romanos trataban de aliarse con Sifax, á fin de oponerle á los cartagineses. No fué para él mucho mas ventajosa esa alianza, que la que contrajo después con los cartagineses, segun puede verse en la historia de los numidas orientales.

Vermina, hijo de Sifax, no tuvo mas suerte que su padre (véase la historia de los numidas orientales). Parece que si fué rey, nunca pasó de serlo de nombre.

Arc-bar-zan, era hijo de Vermina, y no gobernó á los masesilios, quienes, después de la derrota de Sifax, no reconocieron mas rey que el de los masilios.

213. Gala era rey de los numidas masilios en el consulado de Fabio y de Sempronio Graco, y todavía durante la segunda guerra púnica. Poco satisfecho de la alianza de Sifax con los romanos, pactó otra (206), á instigacion de su hijo Masinisa, con los cartagineses. Estos, á fin de tener mas seguro á Masinisa, jóven de diez y siete años, pero dotado ya de un ánimo varonil, y singularmente esforzado, le prometieron darle por esposa á Sofronisba, hija de Asdrúbal Giscon, la mujer mas hermosa del Africa. Después de esta alianza, Gala envió á su hijo con una poderosa hueste contra Sifax, agregándosele en el camino una division cartaginesa. Luego de avistarse los dos ejércitos, se trabó la pelea, que fué larga y sangrienta. La victoria se declaró al fin por Masinisa, acuchillando los suyos á treinta mil masesilios, y obligando á Sifax á retirarse á la Mauritania; Masinisa le fué al alcance solo con sus numidas, y acabó de destrozarle enteramente. Después de esta victoria se fué con su gente á España, á servir en el ejército de Asdrúbal. Durante su ausencia, Sifax volvió á sus estados, y se mostró á su vez amenazador con los cartagineses. Estos, á fin de separarle de los romanos, y hacerle suyo, le casan, sin saberlo Asdrúbal, con la bella Sofronisba, la que habian prometido á Masinisa. Irritado el jóven príncipe por esa perfidia, se hace del partido de Roma, y después de aliarse con Escipion, pasa otra vez á Africa. Durante estos sucesos falleció su padre Gala.

Desalces, Isalac, ó Asalces, hermano de Gala, le sucedió en el trono, segun el órden de sucesion establecido en el país; pero le ocupó poco tiempo.

Capusa, primogénito de Desalces, sucede á su padre, por no haber dejado este ningun hermano. Poco después de su elevacion al trono, Mezetulo, que era de la sangre real, se le rebela, y, á la cabeza de sus sublevados, mata en una batalla á Capusa, sometiendo toda aquella parte de la Numidia, que gobernaba con el título de tutor, Lacumaco ó Lacumaces, hermano menor de Capusa.

Mezetulo, bien que, dueño del trono de Numidia, no tomó título de rey, contentándose con el de tutor ó pretor de Lacumaco. Á fin de mantener su autoridad usurpada, casó con la viuda de Desalces, sobrina de Aníbal, que, por lo mismo, estaba emparentada con la mas poderosa familia de Cartago, y envió embajadores á Sifax para aliarse con él. Al saber Masinisa la muerte de su tio, y la usurpacion de Mezetulo, vuelve á Africa, y va á la corte de Boco, rey de Mauritania. Este le da cuatro mil moros para acompañarle á sus estados. Entrado que hubo Masinisa en la Numidia, encuentra á Lacumaco que iba en socorro de Sifax; le acomete, le vence, y le obliga á ir en retirada á la ciudad de Tapsa. Muchos numidas van á reunirse con Masinisa. Lacumaco, que habia podido juntarse con Mezetulo, que traia un refuerzo, se adelanta al frente de una hueste numerosa, y presenta batalla á Masinisa. Este, á quien sobraba en bizarría y en pericia lo que le faltaba de gente, alcanzó una victoria completa.

Masinisa recobra el trono de sus mayores, pero deja á Lacumaco la misma posicion que habia ocupado Isalac durante el reinado de Gala; concediendo además á Mezetulo amistía completa, y la conservacion de sus bienes. Sifax, por consejo de Asdrúbal, que á la sazon se hallaba en su campo, se niega á acceptar el tratado, é invade un distrito que en otro tiempo se habian disputado mucho con Gala, pero que entónces Masinisa poseia. Mal éxito tiene la guerra para el rey de los masilios, que se ve reducido á poseer un solo monte hácia la parte de oriente, mientras que su enemigo estaba reinando solo en toda la Numidia, de la cual trata de desalojarle Sifax. Boccar, su lugarteniente, alentado con la esperanza de la gran recompensa que se le prometió si mataba á Masinisa, y aun mejor si le cogia vivo, parte con cuatro mil de á pié y dos mil de á caballo contra los masilios; sorprende á Masinisa, y le quita muchos soldados, va persiguiendo á los demás con su jefe hasta la cima de un monte, y luego, por entre desfiladeros hasta los llanos de Clupea, en donde le envuelve tan completamente, que allí quedaron muertos todos los masilios, excepto cuatro. Masinisa, gravemente herido, se refugia en una cueva, en la que tiene que vivir del merodeo de dos soldados de á caballo que habian quedado con él. Restablecida su salud, se dirige animosamente hácia su reino. En poco tiempo se halla con un cuerpo de seis mil de á pié y cuatro mil de á caballo, con cuya gente y su valor, tiene bastante para recobrar sus estados. Aun va talando las fronteras de los masilios, sentando luego sus reales entre Cirta ó Hipona. Sifax, acompañado de su hijo Vermino, ataca al enemigo, que se defiende como un leon; pero al fin tiene que huir, después de una gran matanza de sus tropas. Apenas pudo salvarse Masinisa con unos sesenta caballos, llegando con ellos á Cirta la menor, en la que permaneció hasta que Lelio, con la flota romana, fué á la costa de Africa (203). Entónces mudaron de aspecto sus negocios. Sucesivamente fué echando á todos los príncipes de Numidia: Asdrúbal y Sifax fuéron vencidos en una batalla decisiva, quedando preso el segundo, y enviado á Escipion, quien le llevó para su triunfo á Roma, muriendo después en Alba, después de dos años de duro cautiverio. Masinisa se apodera de Cirta, en cuya ciudad halla en palacio á su querida Sofronisba, dándose prisa en casar con ella, antes que lleguen los romanos. Escipion y Lelio le hacen presente que es preciso optar entre la amistad de Roma y la posesion de la hija de Asdrúbal, enemigo constante de la república. Masinisa sacrifica su amor á la gratitud y al reposo de su reino. Manda un veneno á Sofronisba, encargando al mensajero le dijese que la dejaba libre de tomar el veneno, ó de preferir el caer en manos de Escipion, quien ya la habia echado en cara su infidelidad con Masinisa. La princesa bebe la copa fatal, dando gracias al rey de los masilios por libertarla de las cadenas de Roma. Escipion procura consolar á Masinisa por todos los medios posibles, y se lo lleva á su campo, en donde se le agasaja y se le honra en gran manera (202). No tardó en presentársele en Zama la ocasion de reconocer los favores que debia á los romanos, y la de recompensarle estos luego á expensas de los cartagineses (175) (véase Cartago). Murió Masinisa (148) ya octagenario, dejando á Escipion Emiliano, á la sazon tribuno del pueblo, la facultad de disponer de sus bienes y de repartir el reino entre sus hijos. Tenia tres legítimos; Micipsa, Gulusa, y Mastanabal, ó Manastabal, sin contar otros cuarenta y uno de sus concubinas. Estenebal, ó Stemba, ó Estembano, el mas jóven de esos bastardos, no tenia mas que cuatro años cuando falleció su padre, uno de los príncipes mas poderosos de Africa, á cuya civilizacion habia contribuido mucho. Sin duda debió Masinisa su robustez y longevidad á lo sóbrio que era, y á su vida activa y trabajosa desde jóven.

Micipsa ó Misipsa obtiene el trono de su padre por disposicion de Escipion Emiliano. Gulusa, que tenia aptitud para la guerra, quedó encargado del mando del ejército, y Manastabal de la administracion de la justicia. El tribuno romano dió á los tres título de reyes, y habia puesto á cada uno en el lugar correspondiente á sus medios. Gulusa habia probado de lo que era capaz en la tercera guerra púnica sirviendo bien á los romanos, y por lo estudioso que habia sido siempre Manastabal, debia de haber adquirido los conocimientos necesarios para el desempeño de su cargo; pero ambos sobrevivieron poco á su padre. Por su muerte quedó Micipsa único dueño del vasto reino de Numidia. Tenia dos hijos, Aderbal y Hiempsal, educándolos en su palacio con su sobrino Yugurta, á quien apreciaba por sus dotes, solo que al fin empezó á hacerle sombra. Al objeto de echar de sí los recelos que le daba el jóven príncipe por el cariño que todos le tenian, Micipso le encargó el mando de las tropas que enviaba á los romanos para el sitio de Numancia (133), esperando que su propio valor ó el de sus enemigos le habia de ser fatal.

125. En este año cubrió la langosta toda la Numidea, devorando los frutos de la tierra, y hasta los árboles secos. Arrojada la langosta por un huracan hácia las aguas de Africa, el movimiento de las olas la echa á las orillas muerta, causando su putrefaccion una epidemia de que perecieron infinitos animales de todas especies. Por lo que hace á los hombres solo en la Numidia murieron ochocientos mil, y doscientos mil en el Africa propiamente dicha.

Como su sobrino no pereció delante de Numancia, Micipsa acudió á medios de toda clase para quitarle de en medio. Supo Yugurta preservarse con su prudencia, granjeándose finalmente el afecto de su tio hasta tal punto, que Micipsa le adoptó, instituyéndole en su testamento heredero de su corona, juntamente con sus dos hijos (122): tres años despues fallece en Cirta el rey de Numidia, despues de reinar treinta años.

Aderbal, Hiempsal y Yugurta, tributan al difunto rey los últimos deberes con la mayor suntuosidad. En seguida se reunieron para tratar de los negocios. Ya no estuvieron conformes. Se decidieron á repartirse el imperio y los tesoros de Micipsa. No gustaba á Yugurta la reparticion, y compra al patron de la casa en que Hiempsal estaba alojado en Tirmida. Yugurta introdujo por medio de aquel hombre á sus satélites; matan estos á los que estaban durmiendo y á los que querian resistirse; hallan por fin á Hiempsal en el chiribitil de una criada; córtanle la cabeza, y la entregan á su amo. Cundió por toda el Africa la noticia del asesinato, que dejó aterrado á Aderbal, é igualmente á todos los buenos súbditos de Micipsa. El mayor número estaba por Aderbal, pero Yugurta tuvo la mejor tropa. Reunió cuantos soldados pudo, y se apoderó de muchas plazas. Fiado Aderbal en el número quiere probar fortuna con las armas; pero al primer choque fué vencido, huyendo luego á tierra de romanos, y despues á la ciudad misma de Roma, acabando sin mucho trabajo su rival de conquistar la Numidia (116).

Yugurta era hijo de Mastanabal, y de una concubina suya. Pasadas las primeras llamaradas de la ambicion satisfecha, bien comprendió el nuevo conquistador que su abominable crímen y su usurpasion concitarian contra él la ira del pueblo romano, y resolvió enviar embajadores á Roma. Con dinero repartido á propósito entre algunos magnates, obtuvo al principio el favor de las personas importantes de la república. Escauro, príncipe del senado, el hombre que á la sazon tenia mas influjo y nombradía en Roma, toma la defensa de Aderbal, y sin embargo no alcanza á impedir que prevalezca la parcialidad sobre la justicia en el decreto del senado. Se resuelve que saldrán de Roma diez diputados, siendo el principal de ellos Opimio, para dividir el reino de Micipsa entre Aderbal y Yugurta. Á fuerza de regalos y promesas se maneja Yugurta de tal suerte (115), que Opimio le sacrifica su deber y su honra. Casi todos los demás comisionados se dejaron corromper del mismo modo. Yugurta obtiene para sí la parte occidental de la Numidia, que es la mas fértil y poblada; la otra, mas considerable al parecer, de lo que era en realidad, se adjudica al hijo de Micipsa. Fuera que estuvieron (114) los comisionados, alentado Yugurta por aquellos mismos que se hallaban tan bien con sus dádivas, trata otra vez de destronar á Aderbal. Comienza las hostilidades asolándolo todo á su paso. Despierta por fin Aderbal de su indolencia, y sale al encuentro de Yugurta. Ambos ejércitos se avistan (113) á poca distancia de Cirta. Las tropas de Yugurta arremeten contra el enemigo y le arrollan á los pocos momentos. Aderbal se refugia en Cirta con algunos de á caballo. Yugurta cerca la plaza. Noticioso el senado de aquel nuevo rompimiento por medio de embajadores que le habia enviado Aderbal, despacha tres jóvenes á Africa con una órden á ambos reyes para que suspendiesen las hostilidades. Yugurta no quiere obedecer, y sigue asediando á Cirta. Pronto sintió Aderbal que se hallaba en los últimos apuros. Dos soldados suyos de los mas atrevidos atraviesan la línea enemiga, dirigiéndose á Roma con nuevas cartas (112). El senado manda á Africa nuevos comisionados, siendo Escauro el principal. Aportaron á Utica, y escribieron á Yugurta que fuese á la provincia romana. Antes de marcharse, da un asalto general que es rechazado. Luego va á presentarse delante de la comision. La entrevista no trajo resultado, retirándose los comisionados sin haber concluido cosa alguna. Los latinos, que con su valor iban prolongando la defensa de la plaza, persuaden á Aderbal que se rinda mediante la promesa de que se salvarán las vidas. Consiente Aderbal en capitular con esta condicion; mas, luego de hallarse á la disposicion de Yugurta, este le hace morir en medio de tormentos, mandando acuchillar á todos los latinos, y á los numidas que pasaron de catorce años. No tardó en saberse en Roma el bárbaro comportamiento de Yugurta. El senado se reune. Excitado el pueblo por Memmio, su tribuno, el senado nombra, para darle pronta satisfaccion, dos nuevos cónsules, Escipion y Calpurnio, teniendo este á cargo la Numidia en la parte de territorio que le correspondia. Se forma un ejército para ir á Africa. Yugurta envia su hijo á Roma con dos hombres de confianza, repitiéndoles por única instruccion lo que ya les habia dicho despues del asesinato de Hiempsal: « Ahí va este oro, atacad á todo el mundo. » Entre tanto, el cónsul, por órden del senado, hace intimar á sus enviados que salgan de Italia dentro el término, de diez dias, á no ser que traigan poderes para poner á Yugurta y á su reino á la disposicion de la república. Calpurnio entra en la Numidia, y al principio hace progresos cada dia. Yugurta le opone una gran cantidad de dinero. Escauro, tan íntegro en otro tiempo, llega á ceder tambien al precioso metal. El cónsul y su lugarteniente conducen tan bien este negocio, que el rey de Numidia no teme ya entregarse á discrecion. Memmio excita al pueblo de Roma á pedir venganza, por la prevaricacion de los mandatarios de la república. Casio, en vista del requerimiento del tribuno, parte para la Numidia. Yugurta accede en ir á Roma, bajo seguro, para dar personalmente sus descargos. Bebio, otro tribuno compra-

do con dinero, se ríe de las amenazas y vociferaciones del pueblo enfurecido. Yugurta sale mas triunfante que nunca. Sin embargo, los remordimientos de sus mismos partidarios, la confusion de unos, la mala reputacion de otros, y la indignacion de los hombres de bien, hacian que su crédito amenguase cada dia. Masiva, príncipe numida, hijo de Gulusa y nieto de Masinisa, vivió retirado en Roma desde la toma de Cirta y la muerte de Aderbal.

Albino, nuevo cónsul, aconseja á ese príncipe que pida la corona de Yugurta, próximo á sucumbir debajo el peso de la indignacion pública. Al saberlo el rey, encarga á Bomilcar, su confidente particular, que haga asesinar á Masiva: se ejecuta el atentado; pero, preso el asesino, descubre toda la trama. Prenden luego á Bomilcar, mas á poco, su amo halló medio de hacerle escapar de la cárcel. En esto, Yugurta, que todavía estaba en Roma, recibe una órden del senado para salir de Italia.

Se marcha de Roma profiriendo estas palabras: «Se vende esta ciudad, si hay quien la compre.» Albino parte inmediatamente para el Africa. El rey de Numidia le entretiene con artificios diversos. Obligado después el cónsul á ir á Roma para los comicios, deja el ejército al mando de Aulo, su hermano propretor. Movido del deseo de concluir él solo aquella guerra, ó cegado por la codicia de riquezas, Aulo sale de sus cuarteles en medio de un riguroso invierno (109), preparándose para cercar á Sutul, en cuya ciudad tenia el rey encerrados sus tesoros, y estaba situada en una altura rodeada de un llano cenagoso, principalmente en aquella estacion. Yugurta da todavía nuevas alas á la confianza del propretor con mensajes de paz y de sumision, trabajando entretanto por medio de sus emisarios en corromper el ejército romano. Tomadas por fin sus medidas, el rey numida ataca súbitamente de noche el campamento romano. Ganados de antemano los jefes, abandonan á sus soldados; cohortes y escuadrones enteros se pasan á las filas del rey. Los demás que no se salvan con la fuga, mueren ó quedan prisioneros. Yugurta salva las vidas á los restos del ejército, con la condicion de pasar debajo el yugo, y evacuar dentro de diez y seis dias la Numidia. Roma, apesadumbrada en los primeros momentos, se rehace prontamente, decidiendo que el tratado en que consintió Aulo, bien que tuviese poderes de la república, se ha de tener por nulo, y envia otra vez á Africa á Albino. Pero, hallando el cónsul á sus soldados miserablemente afeminados y sin disciplina, se abstiene de emprender cosa de importancia. Se nombra por sucesor suyo á Q. Cecilio Metelo. Partió el nuevo general para Numidia (108), y lo primero que hizo fué restablecer la disciplina. Luego que Yugurta supo su llegada, y sobre todo que tenia que habérselas con un varon que no se vendia, pensó de veras en capitular. Sin hacer caso Metelo de las propuestas de sus mensajeros, avanza en buen órden hácia Vacca, la ciudad comercial mas rica de Numidia, y se apodera de ella. Yugurta se decide entónces á pelear. Avistados los ejércitos junto al rio Mutul, presenta la batalla cuyo éxito se ofrece dudoso por largo rato. Hácia el anochecer, los numidas pierden terreno y van en derrota, y solo se salvan por la rapidez de la fuga y el conocimiento topográfico del país. Por otro lado, Butilio destroza una division africana mandada por Bomilcar, toma cuatro elefantes y mata cuarenta, salvando tambien sus restos la noche y lo enmarañado de un bosque. Después de estas acciones el general romano sigue haciendo progresos, talando el país, y reduciendo á cenizas las plazas mal fortificadas, ó que no se defendian bien, acuchillando á unos, y á otros haciéndoles esclavos. Yugurta no se defendia ya mas que con estratagemas y golpes de sorpresa, que sin embargo, fatigaban al enemigo. Metelo deseaba una accion decisiva, y para ello emprende el sitio de Zama, el baluarte mas firme de la Numidia. Los sitiados inutilizaron el valor de los sitiadores. Obligado el cónsul á levantar el sitio y á retirarse á sus cuarteles de invierno, trata de añadir otras armas á las de acero, y se valió de la perfidia de los amigos del rey. Logró hacer suyo á Bomilcar, su confidente y su deudo, el que habia hecho asesinar en Roma á Masiva. Engañado el rey por Bomilcar, consiente en entregar al cónsul su ejército; pero, así que se trató de que tambien se entregue él en Tisideo, se arrepiente de haber accedido al tratado, y se prepara para seguir luchando. Los habitantes de Vacca, que le tenian aficion, conspiran contra la guarnicion romana. Un dia de fiesta, que se solemnizaba en toda el Africa, los conjurados convidan á comer en varias casas á los oficiales, igualmente que á Turpilio Silano que mandaba en la plaza, y á todos los degüellan en festines, menos al comandante. En seguida hacen lo mismo con los soldados, valiéndose de la gente del pueblo, sin que quedara uno vivo. Apesadumbrado Metelo por las noticias, llega en dos dias de marcha forzada delante de Vacca, sin talar la tierra, precedido de numidas á caballo, y con demostraciones de ir de paz. Figurándose los vaccenses que era la gente de Yugurta, salen presurosos á recibirle con mil demostraciones de júbilo. Manda entónces el cónsul entrar á la carga, y arrojándose sobre la muchedumbre la atraviesa á cuchilladas, y se apodera de puertas y torreones. La rica ciudad es saqueada y luego destruida, sin haber saboreado sus habitantes mas que tres ó cuatro dias el fruto de su perfidia. Turpilio, desgraciado, pero nó criminal, es condenado á muerte por el cónsul. Bomilcar era ya sospechoso para el rey desde el tratado con Metelo, pero el antiguo confidente no renunciaba á su proyecto de traicion. Se asoció con Nabdalsa ó Nabdalsar, hombre rico y de popularidad. El secretario de Babdalsa descubrió la trama á Yugurta. Nabdalsa se presenta al rey, le confiesa la traicion, y se entrega en sus manos. Calmados los primeros ímpetus de Yugurta con el suplicio de Bomilcar, y de otros muchos conjurados, accede á las lágrimas de aquel cómplice, tal vez por no exasperar al pueblo. Sin embargo, el peligro que corrió Yugurta causó en su ánimo una impresion tan profunda, que luego todos sus actos demostraban su perturbacion.

Así que supo Metelo el mal éxito de la conspiracion, trató de combatir á todo trance con Yugurta en la próxima campaña. Presentándose un dia de improviso, ofrece la batalla á los numidas. Privado el rey de casi todos sus consejeros y generales, por haberlos mandado matar en sus momentos de recelosa crueldad, cede al primer encuentro, y se retira al desierto, pasando después á Tala, rica ciudad en que tenia la familia. Allí le sigue Metelo, cerca la ciudad, y la toma en cuarenta dias trás de una buena defensa. Viendo los desertores romanos que su situacion era desesperada, sin que pudieran contar con el perdon, cogen todo lo mas precioso que les viene á mano, lo llevan á palacio y le prenden fuego, precipitándose luego beodos en las llamas para evitar otra mas cruel muerte. El cónsul no halló mas que montones de cenizas en lugar de una ciudad. El rey de Numidia, que después de perdida Tala no contaba ya con la seguridad de ninguna plaza, atraviesa desiertos, va al país de los gétulos, forma un ejército con esos salvajes, les

enseña el ejercicio militar, y se alia con su suegro Boco, rey de la Mauritania. Reforzado Yugurta con un cuerpo de moros, se dirige al campo de Metelo, y le obliga á parapetarse en los muros de Cirta, en donde el hijo del cónsul tenia guardados los prisioneros, el botin y equipajes. Mario, que habia sido nombrado cónsul durante estas circunstancias, fué á Utica y le hizo entrega del ejército Butilio, segundo de Metelo, que se habia ido á Roma.

107. El nuevo cónsul abre la campaña con la toma de algunas plazas y castillos mal defendidos. Vence en diferentes encuentros á Yugurta, á quien hasta llegó á desarmar con su propia mano cerca de Cirta, y va luego á fines de verano á sorprender á Capsa, fuerte por el arte y por la naturaleza. Todo le sale perfectamente. Reduce á cenizas la ciudad, acuchilla á los varones de diez y seis años para arriba, aprisiona á los demás y distribuye el botin á los soldados. Con un golpe tan atrevido y brillante se le abrieron casi todas las demás plazas que poco mas ó menos sufrieron igual suerte. Mario trataba de apoderarse principalmente de los tesoros del rey; así es que se empeñó en cercar el castillo en que estaban, cerca del rio Mulucha. Favorecido por la fortuna, una empresa imprudente le cubre de gloria. Los romanos eran ya dueños de Capsa y de los mejores puntos. Viendo Yugurta y Boco que no quedaba ya mas recurso que probar una batalla decisiva, caen juntos y de súbito sobre el cónsul así que se retiraba á sus cuarteles de invierno. Después de una accion que dura todo el dia, sin que ninguno lleve la ventaja, Mario va á apostarse en un monte. Al amanecer, ataca á su vez de improviso al enemigo soñoliento, y le destroza por completo, matándole mas gente que la que habia perdido en todos sus combates; y se apodera de armas, estandartes y bagajes. Siguiendo luego Mario por la costa, llega en cuatro jornadas junto á la ciudad de Cirta. Otra batalla en ese punto acaba de aniquilar á los dos reyes. Cinco dias después Boco pide una conferencia al cónsul. Mario envia al rey de Mauritania sus dos lugartenientes Manlio y Sila. Se acuerda en la entrevista que Boco enviará embajadores á Roma para tratar de la paz con el senado. Sila fué después á Mauritania como plenipotenciario de la república, á tratar con Boco. El romano quiere por primera condicion que se le entregue á Yugurta. Boco afecta repugnancia al principio, mas al fin da su palabra. Por su parte el rey de Numidia propone á Boco que le entregue á Sila. Boco conviene en ello, pero muda luego de parecer. Manda llamar á Sila, y conciertan juntos el lazo en que habia de caer el yerno del rey de Mauritania. Llega el dia señalado, y Yugurta va á casa de su suegro desarmado, con algunos amigos. Luego de anunciarle, Boco se adelanta hácia él, como para honrarle mejor, con Sila y algunos cortesanos. Dase al instante la señal, y Yugurta se halla envuelto, muertos los suyos, y él aprisionado. Le entregan á Sila (106), que le presenta á Mario y este le manda conducir á Roma Mario (104), sin embargo de estar ausente, es elegido cónsul por segunda vez, hallándose de general en la Galia, y obtiene el triunfo en las calendas de enero, primer dia de su segundo consulado. Detrás del carro del vencedor iban encadenados los dos hijos de Yugurta con el padre. Después del triunfo, el rey de Numidia fué conducido á la cárcel, en la cual la guardia, codiciosa de sus despojos, desgarra sus vestidos y hasta sus orejas, arrojándole en seguida á un hoyo profundo, donde exclama él con la sonrisa en los labios: «¡Oh dioses, qué frias son vuestras estufas!» Todavía vivió allí seis dias, luchando contra el hambre, falleciendo á los cincuenta y cuatro años, después de reinar quince. Oxinta, uno de los hijos de Yugurta, es encarcelado en Venusa. Algunos años después, durante la guerra de los latinos (91), uno de sus jefes, Papio, le saca de su prision, le viste de rey, y le hace servir de instrumento para insurreccionar á la caballería numida del ejército romano (Salustio, Plutarco). Con todo, no toda la Numidia fué unida al territorio de la república. Boco obtuvo, en recompensa de la entrega de Yugurta, el país de los masilios, contiguo á la Mauritania. La Numidia, propiamente tal, ó la tierra de los masilios, se dividió en tres partes. Hiempsal y Mandrestal tuvieron dos partes, quedando unida la tercera al país llamado especialmente Africa.

Hiempsal y Mandrestal, sobrinos de Yugurta, ó mejor, hijos de Gulusa y nietos de Masinisa, reinan en las respectivas partes de la Numidia cedida por los romanos, y no se habla ya mas de ellos en la historia para nada de importancia.

Juba I (Job ó Hiub), hijo primogénito de Hiempsal, sucede á su padre. Este habia tenido unas diferencias con Masinta, magnate numida, que fué á quejarse al senado. César se encargó de defender á Masinta, y hasta insultó á Juba cogiéndole por la barba, porque queria justificar á su padre. De aquí provino el ser el rey de Numidia, partidario de Pompeyo (49). Esto valió al principio algunas ventajas á los enemigos de César, pues pronto, secundados por Juba, vencieron á Curion, lugar-teniente de César, pereciendo Curion en batalla con gran número de los suyos. César y sus partidarios declaran á Juba enemigo de la república, dando sus estados á Boco y á Bogud. Juba se juntó con Escipion, y redujo á César á trance asaz apurado. Pero, recibiendo un refuerzo considerable, al fin vence á Juba, á Escipion y á Labieno junto á la ciudad de Tapso. Juba huye á Numidia con Petreyo, y solo por conseguir muerte de guerreros, se baten en desafío. Petreyo sucumbe, y entónces Juba manda á uno de los suyos que le dé muerte (César). Esta victoria dejó dueño á César de toda la Numidia, reducida entónces toda entera á provincia romana, siendo su primer gobernador el historiador Salustio.

Juba II, hijo de Juba I, era todavía muy niño cuando murió su padre. Cogido por los romanos, figuró en el triunfo de César. Augusto le hizo educar en Roma, y en ella se hizo célebre por su talento literario. Augusto le casó con Cleopatra, la jóven, hija de M. Antonio y de Cleopatra, reina de Egipto, dándole las dos Mauritanias con la Getulia. Juba gobernó sabiamente, muriendo amado de sus súbditos, sin que conste el año. Dejó el reino á su hijo Tolomeo (véase Mauritania).

Tacfarinas, era un númida que habia servido con los romanos, y en el reinado de Tiberio se alzó como jefe de partido. Sofocada una sedicion que promovió (17 después de J. C.) por Turio Camilo, procónsul de Africa, estuvo por algun tiempo en una inaccion forzosa que se avenia mal con su carácter. Habiéndose reunido en la Numidia una partida de ladrones y otra de gente de mal vivir, se puso á su cabeza, y emprendió algunas expediciones que le salieron bien. Habiendo sitiado un fuerte cuyo alcaide era Decio, derrotó á la guarnicion romana que habia querido salir al campo á batirse. Sin desalentarle esa desgracia, Decio volvió á luchar varias veces, perdiendo un ojo en un ataque. Muerto por fin en otra arremetida, sus soldados huyeron cobardemente, diezmándolos después Apronio, sucesor de Decio (20 después de J. C.) por aquella villanía. Tanto impresionó el castigo á las tropas del procónsul, que luego, solos quinientos sol-

dados dispersaron á Tacfarinas, mientras estaba sitiando á Thala. Desde entónces ese numida cambió de método de guerra, contentándose con correrías de guerrillero. Bastante dió en qué entender á Junio Bleso, enviado contra él por Tiberio, llevando su osadía hasta el punto de pedir al emperador una comarca en propiedad para vivir independiente. Recibida la proposicion con desprecio, Dolabela fué á reemplazar á Bleso. Obligado Tacfarinas por el nuevo general á aceptar una batalla (24) se defendió con la energía de un soldado que no puede esperar cuartel, perdiendo la vida con las armas en la mano, y haciéndola pagar cara (Tácito, Anales, lib. I, IV).

LA ARABIA.

Los mejores etimologistas deducen el nombre Arabia de la voz hebrea ARAB ó HEREB, que significa occidente, mezcla, comercio; reconociendo los árabes que descienden de Heber y de Abrahan. Tomado este país en su mas dilatada extension, está situada entre los 12 y 35 grados de latitud septentrional, y entre los 53 y 78 de longitud. Todavía se sigue generalmente la division que hizo Tolomeo en Arabia pétrea, Arabia desierta, y Arabia feliz. La Arabia fué primeramente habitada por los calushimos, descendientes de Misraim, los caftorimos, los horitas, y parte tambien, muy al principio, por los chusitas. Entre sus pobladores se encuentra luego á los descendientes de Jectan, hijo de Heber, á los ismaelitas, á los nabateenses, á los kedareonios, que provenian de Nebajoth y de Kedar, hijos de Ismael, y á los madianitas, hijos de Abrahan por parte de Cetura. Todos estos nombres se confundieron luego con el de sarracenos, famoso durante muchos siglos. Jectan tuvo muchos hijos varones; y de estos, solo dos quedaron en Arabia, yéndose los demás á la India donde fueron jefes de las ramas que reinaron en Arabia con mas nombradía. Por lo que hace á los demás príncipes que señorearon algunos distritos de esa vasta region, fueron mas bien jefes de tribus, y aun vasallos de los grandes reinos en que estaba la Arabia dividida. Nuestra cronología solo tiene por objeto el ocuparse de los príncipes que gobernaron los grandes estados; está sacada de los mejores escritores orientales, dejando á parte discusiones de los sabios que nos hubieran llevado sobrado lejos.

JECTAN, hijo de Heber (Gen. x.) es el primer rey conocido de Arabia. Tuvo, segun se acaba de ver, muchos hijos varones, bien que solo dos se quedaron en la Arabia. Jarab, el mayor de los dos, sucedió á su padre; pero solo le cupo la parte de la Arabia llamada en aquel tiempo Jaman, ó Hamiar, con lo cual formó el reino que tuvo este nombre, reinando su hermano Jorham en la otra provincia de la Arabia feliz llamada Hejaz, famosa por sus dos ciudades principales la Meca y Medina, la una por el nacimiento de Mahoma y por su templo, la otra por el sepulcro del supuesto profeta.

REYES DE JAMAN Ó HAMIAR: diez y seis son los que la historia nos menciona, si hemos de dar crédito á los mas popularizados autores árabes; á saber:

JARAB, á quien tenemos por el Jaré de la Sagrada Escritura (Gen. cap. x. v. 26.) es celebrado como gran príncipe por los historiadores árabes.

JASHAB, hijo de Jarab, solo es conocido por su nombre.

ARD-SEMS (es decir, servidor del sol) ó Saba I, ocupó el trono de Jaman después de su padre Jashab. Tuvo enemigos, á quienes venció, enriqueciéndose con sus despojos, y haciéndoles muchos prisioneros. Por este príncipe fué fundada la ciudad de Saba ó Mareb. Un gran depósito que habia hecho construir sobre aquella, recibió todas las aguas de los montes vecinos. Así tenian agua los habitantes, teniendo sujetos á los pueblos conquistados con la amenaza de romper los acueductos para hacerles perecer de sed con sus ganados. Ard-sems tuvo muchos hijos, siendo los mas nombrados, Hamiar, Amru, Cahlan, y Ashuaar.

HAMIAR, ó sea SABA II, es el sobrenombre que se dió al hijo de Saba I, por el color rojizo de su vestido. Á él se debe el nombre de Hamiar que tomó el reino de Jaman. Los griegos y latinos modernos llaman homeritas á los hamiaritas.

WAYEL, hijo de Hamiar, llevó, segun Abúlfeda, la corona de Jaman después de muerto su padre. Dicen otros que á Hamiar sucedió su hermano Cahlan. Los sucesores de Wayel en línea recta fueron: Alsaesac, Jaafar, Dhu-Riasch y Al-Noóman. Asmach. Y después de estos vino:

SHADDAD, hijo de Al-Matata, que lo era de un Saba, y fué príncipe poderoso.

LOKNAN, hermano de Shaddad, reinó después de él, segun se cree generalmente, y fué reemplazado por el otro hermano:

DHU-SADAD, que dejó el trono de Jaman á:

AL-HARETH, el cual enriqueció mucho su reino, siendo el primero que recibió de sus súbditos el título de «Tobba,» es decir, sucesor. Este sobrenombre fué luego comun á todos los reyes de Jaman, como el de Faraon lo fué á los reyes de Egipto, el de César á los emperadores romanos, etc.

DHU'-EL-KARMAIN-ASAAB, era hijo de Rayesch, y fué sucesor de Al-Hareth. Segun Ebn-Abbas, este es el príncipe bicornudo de quien habla el Alcoran, y nó Alejandro Magno.

DHA-EL-MANAR-ABRAHA, hijo del anterior, le sucedió en el trono.

ÁFRICO dió su nombre á la parte del globo llamado Africa, segun algunos autores, empuñando después las riendas del reino de su padre Dha-el-Manar-Abraha.

DHUL-ADHAAR-AMRU, hijo de Africo, fué llamado el monarca de los espantos por el terror que causó á sus súbditos al ver á algunos hombres monstruosos que hizo prisioneros en la guerra, y que llevó consigo á tierra de Jaman.

SHADHABIL descendió de Alsaesac, y ocupó el trono de Jaman por los hamiaritos que echaron de él á Amru por algun crímen que la historia no explica.

AL-HODHAD sucedió á su padre Sharhabil.

BALKIS, hijo de Al-Hadhad, reinó veinte años.

NASHEROL-NEAM era descendiente de Sharhabil. Fué apellidado así por su singular liberalidad. Tambien le llamaban antonomásicamente «Melec,» el rey. Como su ejército pereció casi entero durante una expedicion en los arenales de la Arabia, mandó erigir una estátua de bronce con una leyenda que decia en substancia: «Detrás de mí no hay camino, ni es posible tampoco seguir adelante.»

REYES DE HEJAZ: tres nos mencionan las historias árabes hasta llegar á SAMER-JARAASH en quien vuelven á dominar los reyes de Jaram.

JORHAM, hermano menor de Jarab, y el mismo que se llama Adoram ó Aduram (Gen. c. x. v. 27.), tuvo el trono de Hejaz, ocupándole sus descendientes hasta Ismael que fué el jefe de la familia ó tribu de Koreish, cuyo reino se extendió con el tiempo á la mayor parte de Arabia con las armas de Mahoma. Los hijos y sucesores de Jorham fueron: Abd-Yalil, Jorsham, Abdol-Madan, Nogailah, Abdol-Masih, Modad I,

Amru, Alhareth, Amru II, Rasher, Modad II, que dejó una hija, y un príncipe sin nombre.

2280. Nacimiento de Ismael, hijo de Abraham y de Agar. Obligado, como su madre, á salir de la casa de su padre, se retiró con ella al desierto de Paran. Allí casó Ismael con una egipcia, ó sea con la hija de Modad II, teniendo en ella doce hijos, que llegaron á ser jefes de doce tribus poderosas. Murió (2143) á los ciento treinta y siete de edad, cerca de las fronteras de Egipto.

Téngase presente que, antes de nacer Ismael, Agar sabia que su hijo seria padre de una nacion grande y poderosa, enemiga de las demás, pero jamás dominada enteramente por ninguna potencia extranjera. Los árabes escenitas, ó del desierto, han vivido siempre, y siguen viviendo todavía de botin, casi sin haber sido nunca esclavos. Todavía son independientes de los turcos, igualmente que de los sarracenos, que tambien descienden de Ismael (véase lo demás de la historia de Ismael en la cronología histórica de la Historia del Pueblo Hebreo).

Kidar, hijo de Ismael, le sucedió en el trono de Hejaz. Parece que los descendientes de Ismael reinaron en este país, por medio de Kidar, hasta la inundacion de Alarem. La historia ha conservado sus nombres, mas nó sus hechos. Hé aquí sus nombres por órden de sucesion: Hamal, Nabet, Salaman, Al-Komeisa, Al-Jasa, Odad, Odd, Adnan, Moad, Nazar, Modar, Al-Jas, Modrecah, Khozaimah, Kenanah, Al-Nadr, Malec, Tehr, por sobrenombre Koreish, Galeb, Lorva, Caab, Morrah, Kelab.

Kelab tuvo por hijos á Koza que viene después de él y á Zahrah, tatarabuelo de Amenah, madre de Mahoma.

Koza, hijo de Kelab, quiso poseer la Meca que habia pertenecido á sus mayores. La tribu de Kozaah, dependiente de la tribu de Al-Ard, que descendia de los reyes de Jaman por parte de Cahlan, hijo de Saba, se habia retirado al reino de Hejaz después de la inundacion de Al-Arem; á poco se habia establecido en el valle de Marri, cerca de la Meca, apoderándose del templo de la Meca y de todo su territorio, y fundando una aristocracia. Koza tuvo que pelear para salir con la suya; pero por fin, compró por una botella de vino á Abu-Cabshan que le entregó con esta recompensa las llaves de la Caba, apoderándose así del gobierno de la Meca, y transmitiéndole á sus herederos. Dejó subsistente la forma de gobierno que halló establecida; de suerte, que sus sucesores fuéron mas bien primeros magistrados que monarcas. Tuvo tres hijos: Abd-Menaf, Abdol-Dar, y Abdal-Uzza, uno de los antepasados de Cadigha, primera mujer de Mahoma.

Los demás príncipes ó primeros magistrados de Hejaz fuéron: Abd-Menaf, primogénito de Koza, y Hashem.

Abd-Motaller casó con Aminah, biznieta de Kelab, en la cual hubo trece hijos, entre los cuales á su sucesor Abdallah, y á Abutaleb que crió en su casa, teniendo hasta los veinte años á su sobrino Mahoma que habia quedado huérfano, y que fué padre de Alí, esposo de Fátima, hija única de su primo Mahomed.

Abdallah, uno de los hijos de Abd-Motalleb, sucedió á su padre en el gobierno de Hejaz y de la Meca. Casó con Amenah. Eran ambos de la tribu de los koreischitas, la familia árabe mas distinguida de todas. De este matrimonio nació Mahomet ó Mohamed.

Shamer-Jaraash, hijo y sucesor de Nasherol Neam, rey de Jaman dió nombre á la ciudad de Samarkanda.

Abu-Melec, hijo de Shamer ocupó el trono de Jaman, luego de muerto su padre.

Amram, hijo de Amer, descendiente de Cahlan, hermano de Hamiar, obtuvo la suprema potestad por muerte de Abu-Melec. Los orientales nos presentan á este príncipe como varon sabio y previsor.

Amru, otro hijo de Amer, por sobrenombre Mazikia, es decir el «desgarrador,» porque todas las noches hacia pedazos el vestido que habia llevado de dia, ocupó el trono después de Amram.

140. Después de Jesucristo. — Al-Alkran, hijo de Abu-Melec, llevó la corona de Jaman después de Amru.

160. Dhu-Habsam subió al trono de Jaman después de Al-Alkran, é hizo morir á Tasm y á Jadis, porque tal vez le disputaban la corona.

175. Tobba, hijo de Al-Alkran, sucedió á Dhu-Habsham.

Colaicarb era hijo de Tobba, y sucedió á su padre.

220. Abu-Carb-Asab es mencionado en el Alcoran, y en ese año reinaba en Jaman. Alfombró ricamente la Caba, é introdujo el primero la religion judaica en la tierra de los hamiaritas. Dicen los orientales que murió á manos de sus propios súbditos, acaso con motivo de sus creencias religiosas.

238. Hassan-Torbai sucedió á su padre Aba, condenando á muerte á los matadores del rey. Luego el murió tambien asesinado por su hermano.

250. Ammu-Torbai era el nombre del fratricida. Llamáronle «el señor de palo,» porque estuvo tan doliente, mientras continuó reinando, que siempre tenian que llevarle en una silla de madera.

273. Abd-Celal, hijo de Dhu el Awad sigue á Ammu.

297. Tobba II, hijo de Hassan Tobbai, sucedió á Abd-Celal.

Al-Hareth II, sucesor de Tobba, abrazó el judaísmo.

301. Morthed, hijo de Celal, fué el trigésimo octavo rey de Jaman.

345. Waccia, hijo de Morthed, fué rey después de muerto su padre.

370. Abrahah II, hijo de Alsabah, reinó después de Waccia.

399. Sabban sube al trono de Jaman muerto Abrahan (1).

478. Dhu-Shanater, sucesor de Sabba, tenia segun dicen seis dedos en cada mano. Fué destronado por los hamiaritas, por haber violentado torpemente á muchos hijos de los principales del país.

480. Después de Jesucristo. — Jusef ó Dhu Nowas, ó Dunaan vivia aun setenta años antes de Mahoma. Persiguió á los que no quisieron hacerse judíos. La pena ordinaria que les aplicaba consistia en arrojarlos á un pozo lleno de fuego, por lo que le dieron el nombre de «señor del pozo.»

Dhu-Jadan (es decir, el de la dulce voz) fué el postrer monarca hamiarita, si ya no era este el mismo Dhu-Nowas. Animábale un celo exagerado por el judaismo, tratando á sus súbditos cristianos con tanta barbarie, que Elesbaas, rey de Etiopía, les envió socorro. El rey del Jaman no pudo hacer frente á los etiopes, y desesperado se arrojó al mar (529 después de J. C.). Elesbaas ó Elesbaan estableció entónces el cristianismo en el Jaman, colocando en el trono á un etiope.

Ariat se llamaba el que fué puesto en el trono de Jaman, por Elesbaas.

549. Abraha ó Al-Ashram, por sobrenombre «el

(1) Sabba, hijo de Abrahah (440), y Hasan-ben-Amru (455), segun de Sacy.

señor del elefante» fué el segundo rey etíope que reinó en el Jaman. Hizo construir una hermosa iglesia en Sanaa, capital del Jaman, con el fin de que fuéran los árabes á visitarla, y perdiesen la costumbre de ir en peregrinacion á la Meca. El tiempo justificó su esperanza. Al ver los Koreis-Chitas, los cuales veneraban con superstición la Caba (templo de la Meca), que iba en disminucion el número de peregrinos, se entendieron con un tal Nofail para que profanase la iglesia cristiana de Sanaa. Pudo aquel hombre entrar de noche en ella, y contaminó en efecto con sus excrementos el altar y paredes de la iglesia, y habiéndose luego escapado, publicó por todas partes lo que acababa de hacer. Irritado Abrahá por aquella profanacion, hizo voto de destruir la Caba, y al efecto organizó un ejército, procurándose además muchos elefantes. Todavía no habian visto en la Meca á esos animales (570 después de J. C.). Sin embargo, su empresa quedó frustrada por un supuesto milagro que refiere el Alcoran. Abraha murió poco después.

570. Yacsum, hijo de Abraha, le sucedió. Nacimiento de Mahoma.

589. Masruk, otro hijo de Abraha, sucedió á su hermano. Estos dos príncipes fueron los últimos reyes de raza etíope, segun vamos á verlo.

601. Después de Jesucristo. — Seif-Ebn-Dhu-Yasan, de la antigua familia real de Hamiar, obtuvo algunas tropas auxiliares de Cosroes el Grande, rey de Persia, y con ellas recobró el trono de sus mayores desterrando á los etíopes; pero, después murió á manos de algunos de la misma nacion que habian quedado en el país. Es de creer que los reyes siguientes del Jaman fueron vasallos ó dependientes de los persas. La sujecion pudo llevarse á cabo en ese mismo año (608 después de J. C.), durante el cual prosperaron mucho las armas de Cosroes II.

Wahzar, Marzaban, Zihan, Georgio, Bazan ó Badhan, recibieron sucesivamente los cinco la corona de manos de los reyes de Persia (629 después de J. C.). Durante el reinado de Bazan cayó el reino de Jaman en poder de Mahoma.

Shar, hijo de Bazan, abrazó como su padre la ley de Mahoma pero, solo obtuvo del profeta conquistador una pequeña parte de sus estados. Con su muerte acabó el reino de Jaman, después de durar mas de dos mil trescientos años (1).

LA CHINA.

La China, que es el imperio mas antiguo y uno de los mas vastos, situada en el Asia oriental, tiene unas seiscientas leguas de ancho, con cuatrocientas de largo. Está dividida en quince provincias. Seis hay situadas hácia el norte, que llevan el nombre de Catai. La primera provincia y la de Pekin, ó Petcheli, limitada al norte por la famosa muralla de unas trescientas leguas, que la separa de la grande Tartaria, al oriente por el mar oriental, y la provincia de Chan-Tong, al sur por la de Honan, y á poniente por la de Chang-si, y tiene de sur á norte unas ciento veinte leguas, y sobre ochenta de levante á poniente. «Chantong,» segunda provincia de China, se halla limitada al norte y al este por el mar oriental, al sud por la provincia de Kiang-nan, Kankin, al ocaso por la de Petcheli y de Honan. Nankin ó Kiang-nan, tercera provincia de China, linda al norte con la de Chantong, al este con el mar oriental, á mediodía con la provincia de Tchekian, y á poniente con la de Hug-nank, y la de Honan. De sur á norte tiene unas cien leguas, y sobre noventa de levante á ocaso. Et-chekiang, cuarta provincia de la China, linda al norte y al oeste con la de Kian-nan, al este con el mar oriental y al sud con la provincia de Fokien, con unas setenta y cinco leguas de extension de sud á norte, y sesenta de oriente á poniente. Fokien, quinta provincia de China, en la que está comprendida la isla Formosa del mar oriental, es de las menos vastas por su extension, teniendo apenas cien leguas de norte á sur, y sesenta de oriente á poniente; pero, es una de las mas ricas del imperio, por su buena situacion para la navegacion y el comercio. Cang-tong, sexta provincia, lindante al norte con las de Hug-nang, de Kiansi, y de Fokien, á levante y sur con el mar oriental y el meridional, y á poniente con la provincia de Cang-si y el Tonquin, se extiende á lo largo del levante á poniente á unas ciento noventa leguas, y á sesenta de sur á norte, sin contar la isla de Honan, que depende de ella. La séptima es la provincia de Cang-si, lindante al norte con las de Kuei-tcheu y de Hug-nang, á oriente con la de Cang-tong, á poniente con la Yunan y el reino de Tonquin, y al sud con las mismas provincias, tiene unas noventa y cinco leguas en su mayor longitud de oriente á poniente, y sobre ochenta y cinco de sur á norte. La octava es Junan, que linda al norte con la Tartaria independiente, y la provincia de Setchuen, á oriente con las de Kueitcheu y de Quang-si, al sud con los reinos de Tonquin y de Laos, y á poniente con el de Ava y la Tartaria independiente. Tiene de oriente á poniente unas ciento treinta y cinco leguas y ciento diez de sud á norte. Setchuen es la novena, y linda á oriente con la de Hug-nang, al sud con las de Kuet-cheu y de Jeman, y al ocaso con el Tibet y la Tartaria independiente. Tiene de larga y de ancho sobre ciento treinta y cinco leguas. Su principal comercio consiste en mineral, ambar, azúcar, ruibarbo y caballos. Chensi es la décima, separada de la Tartaria al norte por la muralla grande, lindando á poniente con una cordillera de montes, á oriente con la provincia de Guang-si, y al sud con la de Setchuen. Tiene de norte á sud ciento cincuenta leguas, y ciento diez de oriente á poniente. Su rio principal es el Hoang, llamado el rio Amarillo, que divide esta provincia en oriental y occidental. Chang-si es la oncena provincia, confina al norte con la gran muralla, á oriente con la provincia de Petcheli, al sud con la de Honan, y á poniente con la de Chensi. De sud á norte tiene ciento veinte leguas, y de oriente á poniente sobre cincuenta y cinco. El rio Hoang la separa de Chensi. La duodécima es Honan, que confina al norte con la de Chang-si ó Cang-si y Petcheli, á oriente con la de Kiang-nan y de Cang-tong, á mediodía con Hong-nang, y al ocaso con Chensi. Tiene sobre ciento veinte leguas de sud á norte, y lo mismo de oriente á ocaso. Es la décimatercera Hong-nang, la mayor de todas, contigua por la parte de norte á Chensi, por la de levante á Kiang-si, por el sud á Cang-tong y Cang-si. Tiene de sud á norte sobre ciento cincuenta leguas, y de oriente á poniente ciento veinte y cinco. Atraviesa el Kiang, ó rio azul, formando dos ciudades, su capital Vuc-tang. Kiang-si, es la provincia décimacuarta, y linda al norte con Hug-nang y Kiang-nan. Su extension de sud

(1) En el tomo 43 de las Memorias de la Academia de Inscripciones y Bellas letras de Paris hay una sabia memoria de Silvestre de Sacy, sobre varios acontecimientos de la historia de los árabes antes de Mahoma. En él se dice Yemen lo que aquí se escribe Jaman. Los nombres propios están escritos tambien á veces con alguna diferencia. Pero, sobre esto tampoco hay uniformidad entre los autores. Hemos sacado de la memoria de M. de Sacy algunas fechas. A buen seguro no podíamos seguir mejor guia.

á norte ciento quince leguas, y setenta y cinco de oriente á poniente. El rio Kian-kangia la cruza de sud á norte. En esta provincia se fabrica la mejor porcelana. La décimaquinta es la de «Kueicheu,» y tiene poco mas de setenta leguas de largo y de ancho; continando al norte con Setchuen, con Hong-nang á levante, con Chan-si, al sud, y á poniente con Yunan y Setchuen. Estas son las quince provincias de la China. Algunos añaden el país de Leong-tong, ó Chin-yang, que está mas allá de la gran muralla, separado de la Tartaria china por una estacada, bien que se supone parte de la misma.

Después de la confusion de lenguas, partieron para las llanuras de Sanaar los hijos de Sem, y fuéron á establecerse á lo último del oriente. Se fijaron en la parte septentrional del país que mas adelante se llamó la China, viviendo de los frutos que la tierra espontáneamente producia. Convencidos de la necesidad de nombrarse un jefe para que los rigiese, pensaron en Fu-hi ó Fo-hi, que tenia dadas pruebas de valor é inteligencia. Lo primero que hizo Fu-hi fué procurar por la seguridad de los matrimonios. Dividió el pueblo en cien familias, dando á cada una un nombre particular, subsistiendo todavía esta ley en China, pues que no hay aun hoy dia mas que cien nombres para designar todas las familias de ese vasto imperio. Fu-hi estableció como ley esencial del matrimonio, que ninguno podria contraer enlace sino con personas de nombre ó familia diferente. Fu-hi mandó incendiar los bosques para ahuyentar los animales dañinos, y cultivar luego las tierras. El incendio derritió buena parte minera de hierro, y entónces empezó á servirse de él para armar á los suyos con palos que tenian una punta de ese metal. El arma fué empleada para la caza y la pesca. Por fin, trás de mucho afanarse para civilizar á su pueblo, Fu-hi murió á los ciento quince años de reinado, en su capital llamada Tchin-tu, enterrándole á poca distancia de la ciudad que todavía subsiste con el nombre de Tchin-tchu (1).

2838 antes de Jesucristo. Chin-Nong, que estaba desde muy jóven en el consejo de Fu-hi, habia dado pruebas de su ingenio, y fué elegido para sucederle en el imperio. Él enseñó á los chinos el arte de arar, de sembrar trigo, cogerle y convertirle en pan. Dicen que el arado que inventó es el mismo que tienen ahora. Sucha, nombrado gobernador por el mismo Chin-Nong de una de las mejores provincias, se levantó contra él, llamándose independiente. Ki-uen, sabio varon á quien puso el emperador á su lado para consejero, no pudo disuadirle de su injusta tentativa: Sucha le condenó á muerte. Al ver el pueblo tan pérfida conducta, entró su casa á la fuerza y le hizo pedazos, dirigiéndose luego á Chin-Nong para renovarle el juramento de fidelidad. Sin embargo, no andaba este príncipe tan solícito como antes por el bien de sus súbditos, ora por exceso de confianza en su afecto, ora por otros motivos. Etchi-yeu, hombre turbulento y dotado de mucha fuerza, se le insurreccionó y le declaró la guerra. Por fortuna, Chin-Nong habia dado el gobierno de Yu-hiong á Suan-yuen, que desde su niñez habia hecho concebir grandes esperanzas. Después de instarle en vano á que abandonase sus proyectos de rebeldía, envió gente contra él con órden de prenderle y de cogerle vivo. Pero fué vencida la tropa del emperador. Irritado Suan-yuen por la derrota, fué otra vez á su encuentro, y atacó bruscamente á Etchi-yen, obligándole, trás de un sangriento choque, á escaparse por no caer en sus temibles manos. Con la fuga del caudillo rebelde sus soldados se vieron perdidos y se entregaron sin mas resistencia. Los gobernadores de las demás provincias, al ver la victoria de Suan-yuen, trataron de captarse su amistad. En esto seguia la indiferencia ó flojedad del emperador tocante á los negocios de gobierno. Ya los pueblos no acataban sus decretos, y como vieran los grandes que por la muy avanzada edad de Chin-Nong era difícil el remedio, trataron de persuadir á Suan-yuen que procurase inducir al emperador á que abdicase, ya que era harto pesado para su débil cabeza el peso de la corona. Lejos de acceder Chin-Nong á aquellas indicaciones, levantó un ejército para la defensa de su poder amenazado. Los gobernadores, con Suan-yuen al frente, sostuvieron durante dos dias sin el mejor éxito los ataques de la tropa del emperador. Pero al tercer dia fué vencido el ejército imperial, muriendo Chin-Nong de pesadumbre á los pocos dias, después de un reinado de ciento cuarenta años.

2698 antes de Jesucristo. Hoang-ti fué el nombre con que los gobernadores proclamaron emperador á Suan-yuen, muerto Chin-Nong. Como Etchi-yen y los suyos se negaron á reconocerle, salió contra él, le hizo prisionero, cortóle la cabeza á vista de todos, y así quedó la paz restablecida. Al objeto de transmitir á la posteridad los sucesos y leyes ó reglamentos concernientes á su nacion, instituyó un tribunal de historiadores divididos en dos clases; unos destinados á recopilar los hechos, y otros á escribir los discursos y dichos mas dignos de memoria. Habia entónces quinientas cuarenta letras ó caractéres para escribir, llegando con el tiempo en la China hasta ochenta mil.

Hasta entónces los sacrificios á Chang-ti, ó al Ser Supremo, se habian hecho al aire libre sobre algun punto elevado: Hoang-ti inventó el arte de hacer ladrillo y el de emplear la madera en edificios, construyendo un templo en que se sacrificó con un aparato hasta entónces desconocido. Edificó en seguida un palacio para sí, estimulando á sus súbditos á salir de las cuevas en que vivian para que se construyesen habitaciones menos salvajes. Hoang-ti trató tambien de regularizar el calendario que era muy defectuoso, y después de muchas observaciones en las que le secundaron algunos varones distinguidos por su saber, llegó á descubrir que el año lunar tenia once dias menos que el solar, y que para hacerlos concordar, era preciso intercalar siete lunaciones en el primero en el período de diez y nueve años. Tambien inventó carros tirados por bueyes, búfalos y caballos.

Mientras se estaba ocupando Hoang-ti en tan nobles trabajos, su mujer Si-ling-chi reunió muchos gusanos de seda de que estaban llenas las moreras, é hilaba el capullo con las mujeres de su servidumbre, enseñándolas luego el arte de tejer, á fin de poder dejar los vestidos de pieles con que iban cubiertos ambos sexos. Pronto se propagó la invencion por el imperio, que iba en aumento en poblacion y en territorio.

Hoang-ti era muy apreciado por sus invenciones, pero al mismo tiempo se hacia temer por la severidad en el gobierno. Algunos restos de los rebeldes de Etchi-yen se unieron de nuevo para negarle la obe-

(1) Esto es lo que cuentan los mas famosos sabios de la China acerca del fundador de su imperio. Convendremos no obstante en que lo concerniente á su existencia y á la serie cronológica de sus sucesores, hasta el año de 841 antes de la era cristiana, se halla muy invalidado por críticos distinguidos de nuestros dias. Sin querer nosotros entrar en esta controversia que nos llevaria harto lejos, nos contentaremos con entresacar de los monumentos históricos de la China, lo que nos ha parecido mas conforme á la verdad.

diencia, y vencidos prontamente, les cortó la cabeza á la vista de todo el pueblo.

En sus viajes por el imperio, Hoang-ti descubrió minas de cobre, é hizo fundir vasos de este metal, bien que no llegó á ver todo el resultado de sus fundiciones. Cayó enfermo en un viaje y falleció el último dia de la octava luna después de reinar cien años. La China le tiene por su primer legislador, como tiene por fundador del imperio á Fu-hi.

2598 antes de Jesucristo. Chao-Hao, á quien llamaban Siuen-hiao en vida de su padre, fué preferido por la nacion á los demás hermanos para suceder en el imperio. Estableció distinciones en el traje de los principales empleados, dividiéndolos en varias clases de mandarines, llevando en el vestido figuras de animales que indicaban sus grados respectivos. Nada mas nos dice la historia tocante al reinado de Chao-Hao que duró ochenta y cuatro años. Por su indolencia y extremado apego á la paz, dejó que se arraigasen ciertas supersticiones que alteraron la religion nacional.

2514 antes de Jesucristo. Etchuen-hio, hijo de Etchang-y, y nieto de Hoang-ti, fué unánimamente elegido por mandarines y pueblo para suceder á Chao-hao, en cuya corte habia ejercido los primeros cargos. Sentado que estuvo en el trono, trató desde luego de atajar los progresos de la perniciosa doctrina que habia cundido en el imperio. Todo eran hechiceros que asustaban á las gentes con espectros, hasta durante los sacrificios. Á fin de cortar el mal en su raiz, mandó que nadie mas que el emperador tuviese derecho de sacrificar á Chang-ti, y que aun solo podria hacerlo conformándose con cierto ceremonial. Apasionado por la astronomía, instituyó una especie de academia, compuesta de los mas doctos en esta ciencia. Después de muchos años de estudio, Etchuen-hio ordenó que en adelante el año principiaria por la luna mas próxima al primer dia de primavera. Su reinado, que duró setenta y ocho años, fué pacífico y glorioso por el cuidado que tuvo en gobernar con justicia y buen celo. Falleció de noventa y ocho años de edad, y fué sepultado en Po-hiang.

2436 antes de Jesucristo. Ti-ko, nieto de Chao-hao, conservó en el trono la reputacion que adquirió al lado de su abuelo, quien desde la edad de quince años, le hizo entrar ya en su consejo. Murió después de reinar sabiamente por espacio de setenta años.

2366 antes de Jesucristo. Ti-Etchi, primogénito de Ti-ko, fué elegido por sucesor suyo con motivo de la buena memoria de su padre. Mas, no fué acertada la la eleccion. Fué príncipe atento tan solo á sus placeres, perezoso, violento, y enemigo de consejos. Se esperó por muchos años si habria mejora en su conducta; pero, apurado por fin el sufrimiento de grandes y pueblo, llevaron á palacio al príncipe Yao, hermano de Ti-Etchi, proclamándole emperador á pesar de las protestas de este.

2357 (cuarenta y un años kia-chin del primer ciclo). Yao, procuró hacerse digno de la corona que habia rehusado con empeño. Restauró los estudios astronómicos que empezaban á descuidarse. Mandó á las personas á quienes competia que examinasen el movimiento de los astros, para dar á los pueblos indicaciones sobre la agricultura. Envió astrónomos á cuatro puntos diferentes, para que examinasen la estrella que aparecia en la entrada de cada estacion, y llevasen un registro exacto de los dias, horas y minutos de que se compone cada una. La fama de Yao cundió por los paises circunvecinos, y sus príncipes iban á prestarle homenaje atraidos por su sabiduria.

El año sesenta y uno del reinado de Yao, hubo en China una inundacion tan grande, que las aguas del Yoang-ho se mezclaron con las del Ho-ai-ho y del Kiang, convirtiendo en mar todos los campos. Convocó este príncipe á los grandes al objeto de buscar un remedio para males tan crueles, y el gobernador principal, ó Se-yo, le propuso á Pe-koen como el único capaz de reparar los efectos del azote. Bien que con cierta repugnancia, porque conocia algunos de sus defectos, el emperador le aceptó, y Pe-koen estuvo trabajando nueve años sin gran fruto, por tener sobrada confianza en sus propias luces y despreciar el consejo de los demás.

Á los setenta años de reinado, Yao pensó en tomar un compañero para que le ayudase á llevar el peso del gobierno, y este fué Chun, descendiente de Hoang-ti, por la fama de sabio y prudente que tenia. Luego de estar con él en la corte le casó con dos hijas suyas. Como la inundacion seguia haciendo estragos, encargó á su yerno que fuése á ver cómo estaban los montes, y quiso que le acompañase Yu, hijo de Pe-koen. Dotado Yu de mucho ingenio, pudo lograr, taladrando montes y abriendo canales, que las aguas corriesen hácia el mar. Yu recorria las provincias para la ejecucion de sus trabajos, y Chun cuidaba de que fuesen cultivadas otra vez las tierras, libres ya de la inundacion. En tres años volvieron á tener su antigua fertilidad. Satisfecho Yao con el resultado de aquellas medidas que devolvian la felicidad al país y la abundancia al erario, juntó á los grandes del imperio, y delante de ellos elogió la conducta de Chun, y luego le dejó que subiese al trono á su lado.

Chun comenzó á gobernar en el año 2284 antes de Jesucristo, ofreciendo el primer dia de la primera luna un sacrificio á Chang-ti, sacrificando en seguida á los espíritus celestes que presiden al curso del sol, de la luna, planetas y estrellas, á las cuatro estaciones y á la tierra, para que todo le fuese propicio, y haciendo por fin sacrificios á montes y rios, y á los espíritus todos. Cumplido este deber recibió el juramento á los principales del imperio, á los cuales dividió en cinco clases diferentes, dando á cada uno un pedacito de marfil llamado chui, con ciertas señales que tenia que concordaban exactamente con otros pedacitos iguales que guardaba el emperador. Cuando iban á la corte, tenian buen cuidado de llevar consigo esas señales de su grandeza, y de la posicion que ocupaban en el imperio.

Dividíase á la sazon la China en nueve provincias, y Chun quiso recorrerlas para condenar los abusos. Condenó al destierro á cuatro gobernadores que no habian cumplido con sus órdenes. Satisfecho con la conducta de Chun, desde entónces Yao confió á su colega todo el peso de la administracion. Falleció el año 2258, á los ciento quince años de edad, y á los noventa y nueve de reinado, veinte y ocho años después de haber tomado por colega á Chun. Durante tres años llevó luto su pueblo entero con motivo de su muerte.

2255 antes de J. C. (año ping-su, 23 del tercer ciclo). Chun, colega de Yao, fué su sucesor en el imperio, absteniéndose durante las tres años de duelo de llevar las insignias imperiales. En nueve provincias se habia repartido la China, segun se ha visto, en vida de Yao. Por el aumento de poblacion la dividió en doce, y eligió con intervencion de la grandeza, gobernadores para cada una. Mas, á poco de haber hecho esta innovacion, se volvió á la anterior division de provincias. En seguida Chun se ocupó en la creacion de tribunales para los diversos negocios del

imperio. De acuerdo con su consejo nombró primer ministro á Yu, el cual se postró á los piés del emperador para que le dispensara del cargo. Pero Chun no solo no accedió á sus súplicas, sino que le elevó á la dignidad de colega suyo en el sólio, haciéndole reconocer por tal á los treinta y cinco años de su reinado en una junta de grandes. Yeu-miao fué el único que no se avino con la elevacion de Yu. Por espacio de dos años suspendió el emperador su venganza contra el turbulento Yeu-Miao; pero, al ver la obstinacion del rebelde, envió á Yu con un ejército para reducirle á la impotencia. Como Yu queria evitar la efusion de sangre, se limitó á bloquearle en la provincia de su mando. Transcurrió un mes sin que los rebeldes diesen la menor señal de querer reducirse á la obediencia. Yu estaba ya decidido á ir á atacarlos, pero, como Pe-y no viniese en ello, se retiró inmediatamente con sus tropas, acampando en un punto asaz distante de Yeu-miao. Parece que el rebelde cedió por fin, pues no consta que hiciese nuevas tentativas para sostener su rebelion.

Iba recorriendo Chun las provincias del imperio, cuando le sorprendió la muerte en Ming-tiao, el año 2208, á los cuarenta y ocho años de reinado, y á los ciento diez de edad. Por la sabiduría con que supo gobernar, mereció que hasta nuestros tiempos recuerden aquellos pueblos sus virtudes, citándole los chinos como modelo de soberanos.

2205 antes de Jesucristo (año ping-etse 13.° del ciclo 4.°). Yu, pasó de colega de Chun á posesor exclusivo de la corona, y desde luego quiso cederla á Chan-Kiun, hijo de Chun, á quien le habia preferido este por no haberle creido con los suficientes dotes para sucederle. Los grandes se resistieron á la abdicacion de Yu, y hubo de permanecer en el trono. Tenia á la sazon noventa y tres años. Al año 3.° de su reinado, segun así lo habia dispuesto Chun, hizo un exámen general de la conducta de todos los mandarines, y tuvo la satisfaccion de ver que ninguno se habia hecho indigno de su cargo. Mas, el año siguiente echó de ver que la supersticion habia maleado los ánimos de algunos pueblos de las fronteras á quienes habia hecho creer que los espíritus malignos se habian apoderado de los montes y bosques, rios y estanques. Procuró disipar aquellas ilusiones, y luego fué á visitar las provincias del imperio, ocupándole tres años la visita. Las fatigas del viaje le ocasionaron la muerte en Hoei-ki, á los ocho años de reinado y cien de edad.

Primera dinastía: Los Hia.—2197 antes de Jesucristo (21.° año kia-chin del ciclo 4.°). Ti-ki, hijo del gran Yu, y príncipe de Hia, cuyo poder habia heredado de su padre, obtuvo el trono por ser preferido á Pe-hi colega de Yu. Desde entónces fué hereditario el imperio en vez de electivo que habia sido siempre. Al segundo año de su imperio se le presentaron, segun era costumbre, todos los grandes para acatarle y felicitarle; fuéron recibidos bondadosamente, exhortándoles á tratar con humanidad á los pueblos que les estaban confiados. Yeu-hu-chi, gobernador de una provincia, no estuvo presente en la junta, y poco despues se supo que se habia rebelado, y estaba asolando las tierras limítrofes á la de su mando. Reunió el emperador sus tropas, le salió al encuentro, y le dió una batalla en la que fué completamente derrotado Yeu-hu-chi, huyendo el jefe rebelde, sin que se supiese mas de él.

2188 antes de Jesucristo (30.° año quei-se del ciclo 4.°). Tai-Kang, hijo mayor de Ti-ki, sucedió á su padre, mas no tuvo sus virtudes, siendo su comportamiento enteramente opuesto al de su padre y abuelo. Dado al vino y á mujeres dejó que gobernaran sus ministros. Era tambien muy aficionado á las cacerías, y á veces estaba mas de tres meses sin volver á la corte. Trás de una prolongada opresion, manifestó por fin el pueblo su descontento, haciéndose eco de sus quejas Yé, gobernador de Kiong. Muchas veces suplicó en vano Yé al emperador que mudase de hábitos, y para que se conservase la corona en la familia del gran Yú, creyó que lo mejor seria sentar en el trono á Etchong-Kang, hijo del emperador Ti-ki, impidiendo el regreso á la corte á Tai-Kang cuando estaba en una de sus largas partidas de caza. Concertóse con otros grandes y juntó un buen ejército, á la cabeza del cual pasó el Hoang-ho, para aguardar á Tai-Kang en la otra orilla de aquel rio. Cinco hermanos tenia el emperador que le dieron aviso de aquella sublevacion, y luego se dirigió hácia la corte, pero, fué á preso á orillas del Hoang-ho por Yé, y este colocó en el trono á su hermano Etchong-Kang.

2159 antes de Jesucristo (59.° año gin-su del ciclo 4.°). Etchong-Kang realizó las esperanzas de los que le elevaron á la dignidad imperial. Con su prudencia y sabiduría aseguró la tranquilidad de la nacion. Su ministro Yé guardaba prisionero á Tai-Kang, depuesto ya. Muerto Tai-Kang á los diez años de cautividad, olvidó Yé su antigua virtud y aspiró al trono. Penetró Etchong-Kang sus miras, y quiso disimular. Yé tenia dos amigos matemáticos, Hi y Ho, encargados de la redaccion del calendario, y anuncio de los eclipses, empleo muy importante en la China, como hemos visto. Olvidando esos hombres su cometido para entregarse á orgías, no señalaron un eclipse de sol acaecido en el otoño del 2149 (1), quedando consternado el pueblo por aquella omision. El emperador los condenó á muerte. Poco sobrevivió Etchong-Kang á la ejecucion de la sentencia, y falleció en el año 2146 antes de Jesucristo.

2146 antes de Jesucristo (12.° año y-hai del ciclo 5.°). Ti-Siang, hijo de Etchong-Kang, le sucedió en el trono. Como era de cortos alcances, no le fué difícil á Yé el obtener su confianza. El favorito siguió en la idea de apoderarse del trono. Echó de ver por fin Ti-Siang los manejos de Yé, y tuvo por lo mas prudente el retirarse de la corte. Como Yé no se hallaba todavía en el caso de ejecutar sus designios, pudo lograr que volviera. Tenia el privado por confidente á un tal Han-Etsu, no menos intrigante que él. No tardaron los dos en enemistarse, y Han-Etsu hizo asesinar á Yé en una partida de montería. Entónces Han-Etsu se coaligó con Kiao, hijo de Yé, haciéndole creer que su padre habia perecido por mandato del emperador. Juntaron ambos sus tropas y fuéron á atacar á Ti-Siang perdiendo este la vida en la batalla. Extinguida hubiera quedado la dinastía de los Hia, si la emperatriz Min que se hallaba en cinta, no escapara del combate. En su retiro dió á luz un hijo llamado Chao-Kang.

2118 antes de Jesucristo (40.° año quei-mao del ciclo 5.°). Chao-Kang, hijo de Ti-Siang, fué ya al nacer sucesor legal de su padre; pero, Han-Etsu ignoró su nacimiento por espacio de ocho años; y por treinta y nueve años usurpó la dignidad imperial. Chao-Kang fué confiado por su madre á unos pastores con objeto de que pudiera crecer mas ocultamente. Pero, á los ocho años fué reconocido por personas que habian servido á su padre. Entró despues á servir á Mi, gobernador de Yu, y este, por sus facciones le conoció tambien, obligándole á confesar que era efecti-

(1) 2159, segun el padre de Mailla.

vamente hijo de Ti-Siang. Entónces le envió secretamente á Lofen, y allí le dió un terreno con quinientos hombres para su cultivo. En esto, Mi comunicó el secreto á las personas mas afectas á la familia de los Hia, y trataron de consuno de los medios convenientes para colocar en el trono á Chao-Kang. Sabedores los pueblos de que existia un hijo de Ti-Siang, le ofrecieron sus servicios. En poco tiempo tuvo Chao-Kang un ejército superior al de Han-Etsu. Mediaron dos combates, y declarándose la victoria en favor de Chao-Kang, cayó prisionero Han-Etsu. Chao-Kang quedó posesor de la corona, muriendo á los sesenta y un años de edad, y veinte y dos de reinado.

2057 antes de Jesucristo (41.° año kia-chin del ciclo 6.°). Ti-Chu, hijo de Chao-Kang y sucesor suyo, habia presenciado el suplicio á que habia condenado su padre á los rebeldes vencidos á la vista de todo el ejército. Procuró imitar al grande Yu, restableciendo en el imperio el órden completamente perturbado por el interegno del usurpador. Murió bendecido de sus súbditos, después de ocupar el trono diez y siete años

2040 antes de Jesucristo (58.° año sin-yeu del ciclo 6.°). Ti-Hoai, hijo de Ti-Chu y sucesor del mismo, no ha dejado en la historia huella alguna de su reinado. Solo se sabe que duró veinte y seis años.

2014 antes de Jesucristo (24.° año Ting-hai del ciclo 7.°). Ti-Mang, hijo de Ti-Hoai dejó el imperio á su hijo Ti-Sié, después de ocuparle diez y ocho años.

1996 antes de Jesucristo (42.° año y-se, del ciclo 7.°). Ti-Sié, sucedió á su padre, y algunos pueblos que se habian rebelado se le sometieron, y aun algunos jefes de los rebeldes fuéron de allí en adelante modelos de obediencia. Falleció á los diez y seis años de reinado.

1980 antes de Jesucristo (58.° año sin-yeu, del ciclo 7.°). Pu-Kiang, hijo de Ti-Sié, heredó el trono, y le tuvo cincuenta y nueve años.

1921 antes de Jesucristo (57.° año keng-chin, del ciclo 8.°). Ti-Kiung, muerto su hermano Pu-Kiang, subió al trono que heredó por su muerte al cabo de veinte y un años su hijo Ti-Kin.

1900 antes de Jesucristo (18.° año sin-se, del ciclo 9.°). Ti-Kin reinó veinte años, y no tuvo hijos.

1880 antes de Jesucristo (38.° año sin-etcheu, de ciclo 9.°). Kong-Kia, hijo de Pu-Kiang, y sucesor de Ti-Kin, fué justamente despreciado por sus súbditos con motivo de sus desórdenes, de suerte que ni siquiera quisieron prestarle homenaje los gobernadores de las provincias. Dejáronle sin embargo en el trono por espacio de treinta y un años, al cabo de los cuales murió.

1848 antes de Jesucristo (10.° año quei-que, del ciclo 10.°). Ti-Kao, hijo de Kong-Kia reinó once años.

1837 antes de Jesucristo (21.° año kia-chin, del ciclo 10.°). Ti-Fa sucedió á su padre Ti-Kao, y murió después de tener el trono imperial durante diez y nueve años.

1818 antes de Jesucristo (40.° año quei-mao, del ciclo 10.°). Li-Kué, á quien merecieron sus crueldades el nombre de «Kié,» nació con perversos instintos, que su protector Etchao-Leang trató de desarrollar en vez de reprimirlos. Acabó de pervertirle el enlace que le hizo contraer Yeu, gobernador de Mong-Chan, con su hija Mey-hi, la que reunia todos los vicios de su sexo. Excitado por esa mujer, Li-Kué se dió á la disolucion mas infame. Su ministro Koan-long-pong tuvo valor para afearle sus defectos, y pagó con la cabeza su patriótica generosidad. Igual suerte cupo á otros grandes que imitaron al ministro. Durante cincuenta y dos años estuvo así tiranizada la China. Por fin, Etchin-Tang, príncipe de Chang, cansado de tantas calamidades, se coligó con otros magnates al objeto de destronar al monarca tirano, y el resultado fué feliz. Li-Kué, arrojado del trono, se retiró al monte Ting-Chan, y allí vivió despreciado de todos. Al morir, dejó un hijo llamado Chan-Oei, que se refugió en los desiertos, pasando la vida entre fieras, sin atreverse á presentar delante de los hombres. Así acabó la dinastía de los Hia.

Segunda dinastía: los Chang. — 1766 antes de Jesucristo. (Trigésimo segundo año y-onei, del 11.° ciclo). Etching-Tang, príncipe de Chang, tenia noventa y siete años cuando fué alzado emperador por el voto unánime de la nacion. Después de un solemne sacrificio que hizo en honor de los Chang-Ti, ó de los genios que presiden á los elementos, declaró que queria fijar su corte en To-Etching, ahora Kuei-Te-fu, en el Honan. Tambien ordenó que el color imperial fuese el blanco, en banderas y otras insignias. Luego se ocupó en examinar la conducta de los empleados, destituyendo á los ineptos ó malos, y recompensando á los mas dignos. No siempre fué afortunado en las mejoras que proyectó para el bien público. Por espacio de siete años sufrió la China una terrible carestía, que trató de remediar por todos los medios posibles. Durante este azote, Etching-Tang se abstuvo de llevar las insignias imperiales, no tomándolas otra vez hasta que volvió la fertilidad. Falleció á los trece años de ocupar el trono, y fué muy sentida su muerte.

1753 antes de Jesucristo (cuadragésimo quinto año vu-chin, del onceno ciclo). Tai-Kia, nieto de Etching-Tang por parte de su padre Tai-Ting, fué proclamado emperador por los grandes, por insinuacion de Y-Yu, primer ministro de Etching-Tang, antes de la celebracion de sus exequias. Y-Yu le habia dado muy buenas lecciones antes que subiese al trono, mas, en poco tiempo quedó destruido su fruto por jóvenes disolutos que á su lado tenia. Y-Yu estuvo exhortándole dos años seguidos para que mejorase de vida, y finalmente logró su objeto. Para fortalecerle en el camino del bien, Y-Yu le indujo á que le siguiese á un nuevo palacio que habia hecho construir junto al sepulcro de Etching-Tang. Allí tuvo retirado á Tai-Kia durante tres años, pasando el tiempo del luto prescrito por el ceremonial. Después le trasladó otra vez á To-Etching, en donde Y-Yu quiso dimitir su cargo, bien que nunca vino en ello Tai-Kia. Obligado á permanecer en el ministerio, siguió desvelándose por el bien público, y por él, el reinado de Tai-Kia, que duró treinta y tres años, fué uno de los mas prósperos y gloriosos de la dinastía de los Chang.

1720 antes de Jesucristo (18.° año sin-se, del ciclo 12.°). Vo-Ting, hijo de Tai-Kia y sucesor suyo, fué digno heredero de su padre por el fruto de los consejos de Y-Yu. Extenuado este de vejez, pidió otra vez el retiro, y solo le consiguió, presentando un hombre de su confianza para reemplazarle. Optó por Kieu-tan, y á poco murió á los cien años de edad. Y-Yu tenia un hijo, llamado Y-Etché, digno de sustituir á su padre, y Vo-ting le dió por colega á Kieu-tan. Ambos ministros no tuvieron mas objeto que ilustrar sin rivalidad mezquina el reinado de Vo-Ting, que fué de veinte y nueve años.

1691 antes de Jesucristo (47.° año keng-su, del ciclo 12.°). Tai-Keng sucedió á su hermano Vo-Ting. Reinó veinte y cinco años. Nada mas se sabe de él.

1666 antes de Jesucristo (12.° año y-hai, del ci-

clo 13.°). Siao-Kia, hijo de Tai-Keng, murió después de un reinado de diez y siete años.

1649 antes de Jesucristo (29.° año gin-etchin, del ciclo 13.°). Yong-Ki, hermano de Siao-Kio fué elevado al trono después de él, y pasó en el ocio los doce años de su reinado. Los príncipes vasallos del imperio aprovecharon su indolencia para hacerse independientes.

1637 antes de Jesucristo (41 año kia-etchin del ciclo 13.°). Tai-Vé, hermano y sucesor de Yong-ki, después de pasar indolentemente los primeros años de reinado, cediendo por fin á los consejos de sus ministros, reformó su conducta y trató de seguir las huellas de sus ilustres mayores, captándose así el aprecio de los pueblos vecinos. Al tercer año de reinado, setenta y seis grandes del imperio fuéron á rendirle vasallaje, saludándole además de parte de sus amos los embajadores de diez y seis reinos extranjeros. Duró su reinado setenta y cinco años.

1562 antes de Jesucristo (56.° año ki-uei del ciclo 14.°). Etchang-Ting, primogénito de Tai-Yu y sucesor suyo, reinó trece años con poca gloria, y sin dejar hijos.

1549 antes de Jesucristo (9.° año gin-chin del ciclo 15.°). Ouai-Gin, hermano de Etchang-Ting, le sucedió á los quince años de edad, muriendo al décimo quinto de reinado, cuando empezaba á mostrarse capaz de gobernar por sí mismo.

1534 antes de Jesucristo (24.° año ting-hai del ciclo 15.°). Ho-Tan-Kia, hermano de Ouai-gin, le sucedió, y no vivió mas que nueve años.

1525 antes de Jesucristo (33.° año ping-chin, del ciclo 15.°). Etsu-y, hijo de Ho-Tan-kia, correspondió á la educacion que le dió su padre. Supo mantener el buen órden establecido en el imperio. Á los nueve años de su reinado, con motivo de las inundaciones del Hoang-ho, tuvo que trasladar la corte á Keng, hoy dia llamada Long-men-hien, en la provincia de Chensi, pasando después á Hing, á donde fuéron á prestarle homenaje los gobernadores del imperio. Á los diez y nueve años de reinado murió muy querido de sus súbditos.

1506 antes de Jesucristo (52.° año y-mao del ciclo 15.°). Etsu-sin, hijo de Etsu-y, tuvo por competidor al trono á un tio suyo, hermano de su padre, apoyado por un partido poderoso. Pero, por intervencion del ministro U-hien, Etsu-sin quedó finalmente reconocido por legítimo emperador. Duró su reinado diez y seis años sin que diga de él nada notable la historia.

1490 antes de Jesucristo (8.° año sin-uy del ciclo 16.) Vo-kia, hermano de Etsu-sin, fué preferido para la sucesion á su sobrino, y gobernó veinte y cinco años.

1465 antes de Jesucristo(33.° año ping-ohin del ciclo 16.°). Etsu-tingu, hijo de Etsu-sin, muerto su tio Vo-kia, subió al trono segun su derecho. Reinó treinta y dos años.

1433 antes de Jesucristo (5.° año vu-etchin del ciclo 17.°). Nan-keng, hijo de Vo-kia, se valió de la innovacion introducida por el emperador Etsu-sin, y se hizo adjudicar el trono, que retuvo durante veinte y cinco años.

1408 antes de Jesucristo (30.° año quei-se del ciclo 17.°). Yang-kia, hijo de Etsu-ting, fué sucesor de Nan-kong, en menoscabo del hijo de este último; lo que dió ocasion á una anarquía de siete años que duró el reinado de Yang-kia.

1401 antes de Jesucristo (37.° año keng-etse, del ciclo 17.°) Poang-keng, hermano de Yang-kia, le sucedió, y por salirse de madre el rio Hoang-ho, hubo de trasladar la corte á tierra de Yu. Antes de partir, juntó á los grandes, y los exhortó á que se ocupasen exclusivamente en el bien público bastante descuidado hacia tiempo. Sus razones causaron el efecto que apetecia, y los gobernadores de las provincias cumplieron mejor sus deberes. Todo indicaba que el reinado de Poang-keng hubiera sido glorioso; pero, murió á los veinte y ocho años de ocupar el trono.

1373 antes de Jesucristo (5.° año vu-etchin del ciclo 18.°). Siao-sin, hermano de Poang-keng, le sucedió en el imperio, y tuvo un carácter enteramente opuesto al de su anterior. Enemigo del trabajo, y ocupado únicamente en sus placeres, abandonó el timon del estado en manos de ministros, sin hacer caso de los murmullos del pueblo. Murió después de mandar veinte y un años, alegrando á todos su fin.

1352 antes de Jesucristo (26.° año ki-etcheu del ciclo 18.°). Siao-y, hijo del emperador Etsu-ting, hermano sucesor de Siao-sin, y sucesor suyo, fué, como él, perezoso, y dado á los placeres. En su reinado, que fué de diez y ocho años, Cu-Kong, cuyo nieto Uen-Uang fué jefe de la dinastía de los Etcheu, salió del país de Pin para ir á establecerse en el de Chensi. Al pié del monte Ki-chan fundó una ciudad, que, en tres años, llegó á ser capital de un territorio, y una de las principales del imperio por los muchos pobladores que acudieron, merced á las sabias ordenanzas de Cu-Kong.

1324 antes de Jesucristo (54.° año ting-se del ciclo 18.°). U-ting, ó Cao-Etsong, hijo de Siao-y, así que le sucedió, entregó las riendas del gobierno á su ayo Can-pan, tomando luego el luto rigoroso de tres años, durante los cuales, tan retirado vivió, que no quiso hablar con ninguno. Todo ese tiempo Can-pan gobernó el imperio, y gobernó bien. Terminado el período del luto, Cao-Etsong, queria seguir en su mismo método de vida, mas no lo consintieron los grandes. Estaba buscando un ministro para reemplazar á Can-pan que habia muerto, y se halló en Fu-yue. El imperio recobró su esplendor pasado, y fué tan floreciente como en tiempos de Etching-tang.

1319. Seis naciones extranjeras, cuya lengua ignoraban los chinos, al ver el órden que reinaba en su imperio, enviaron embajadores con intérpretes, para hacer homenaje á Cao-Etsong, y someterse á su autoridad y á sus leyes.

1293. Kuei-fang, príncipe de un país situado al oeste de la China, fiado en las montañas y desfiladeros que le rodeaban, se rebeló contra el emperador. Trás de algunas contrariedades, el ejército de Cao-Etsong logró someterle, y ya no fué perturbada la paz durante todo el reinado de este emperador que duró cincuenta y nueve años.

1265 antes de Jesucristo (53.° año ping-etchin del ciclo 19.°). Etsu-Keng sucedió en el trono á Cao-Etsong. Durante su reinado, que fué de siete años, empezó la decadencia del imperio.

1258 antes de Jesucristo (sexagésimo año quei-hai del ciclo 19.°). Etsu-Kia, hijo segundo de Kao-etsong, fué aclamado sucesor, y reinó treinta y tres años.

1225. (33.° año ping-chin, del siclo 20.°). Lin-Sin, hijo de Etsu-kia, vivió afeminada é indolentemente en el trono que retuvo seis años.

1219. (39.° año gin-yu del ciclo 28.°). Keng-Ting sucedió á su hermano Lin-sin, siendo tan negligente como él. Reinó veinte y ocho años.

1198. (60.° año quei-hai del ciclo 20.°). U-y, hijo de Keng-ting sucedió en el trono y en los vicios á su padre, llevándole todavía ventaja. Hasta la extravagancia llevó la impiedad: y pereció de un rayo á los cuatro años de reinado.

1194. (4.° año ting-mao del ciclo 21.°). Tai-Ting dejaba esperar un buen gobierno por sus buenos dotes, pero, arrebatóle la muerte á los cuatro años de estar en el solio.

1191. (7.° año keng-ú, del ciclo 21.°). Ti-y, hijo de Tai-ting, le sucedió, dejando el mando de generalísimo á Ki-lié, cuyo grado le habia conferido su padre, y á poco le vió volver vencedor de una rebelion contra él. Pero, le perdió á los siete años de estar en el trono. Dejó Ki-lié un hijo llamado Uen-Uang, que le sucedió en el gobierno de la provincia de Etcheue, y aun aventajó á su padre por sus altas calidades. El mandarin Kuen-y se rebeló contra el emperador, y Uen-Uang amedrentó de tal modo á los rebeldes, que sin pelear los redujo á la obediencia. Ti-y tenia buen corazon, pero poco talento. Reinó treinta y siete años.

1154. (44.° año ting-uy del ciclo 21.°). Cheu-Sin, hijo de Ti-y, sucedió á su padre. Era de carácter feroz, y tenia una fuerza atletica. Á los ocho años de reinado, un magnate, llamado Yeon-suchi quiso rebelarse, y al ver el ejército enviado contra él por el emperador, pidió desde luego la paz. Á fin de obtenerla, ofreció por esposa al emperador á su hija Tan-ki, perfectamente hermosa, instruida, pero de carácter inclinado al mal. No tardó en dominar á Cheu-sin: y este acabó de pervertirse. La sed de riquezas era la principal pasion de Tan-ki: para ser culpable á sus ojos bastaba ser rico.

Por arrancar á Cheu-sin de la vergonzosa esclavitud en que Tan-ki le tenia, hicieron que tomase por segunda mujer á la hija de Kien-heu. Mas, esta no pudo avenirse con la brutalidad de su esposo, el cual se concertó con la Tan-ki para matarla, enviando luego á su padre su cadáver descuartizado. Uen-Uang no supo disimular el horror que le inspiró tamaña ferocidad, pero Cheu-sin no se atrevió á condenarle á muerte por temor de promover un motin, contentándose con encerrarle en una cárcel en la que permaneció tres años. Cuando le puso en libertad, trató de reparar la injuria que le habia hecho, declarándole primer príncipe de su corte, nueva dignidad que le daba derecho á ir acompañado de guardias. Mas, Uen-Uang no pudo vivir en una corte tan corrompida y tan escandalosa, y se retiró á su principado de Etcheu, teniendo allí una corte que contrastaba con la de Cheu-sin. Muchos hombres de bien fuéron á ella, y aquel país estuvo en breve floreciente. Uen-Uang murió el año 1135 antes de Jesucristo, habiendo poseido su principado durante cincuenta años, dejando un hijo, llamado U-uang, que se glorió de seguir sus huellas.

Cheu-sin proseguia en su depravada vida, concitándose cada dia mas el odio de sus súbditos. Cansados por fin grandes y pueblo de sus vejaciones, declararon la guerra al tirano. U-uang era el jefe de la liga; y pasando el Hoang-ho con un buen ejército, marchó contra el del emperador, que luego cedió, y quedó completamente derrotado. Cheu-sin, viéndolo perdido todo, echó á correr á rienda suelta, y fué á guarecerse en su palacio de Lin-tai, al que prendió fuego, y comunicóse este dentro á lo que tenia de mas precioso. Su mujer Tan-ki, causa principal de los males del imperio, partió para avistarse con U-uang; pero fué presa y condenada á muerte por su órden. De este modo acabó la dinastía de los Chang.

Tercera dinastía.—los Etcheu. (1122 antes de Jesucristo) (16.° año ki-mao del ciclo 22.°). U-uang fué despues de su victoria á Tong-Etching, capital de los Chang, y allí fué alzado emperador por todos los grandes y mandarines del imperio. Desde luego trató de reformar abusos; y como nó á todos convenian sus reformas, hubo sediciones muy prontamente disipadas. U-uang tomó por color de su dinastía el rojo, y rojas fueron desde entónces sus banderas. Su reinado fué corto, pues solo duró seis años, muriendo á los noventa y tres de su edad.

1116. (22.° año y-yeu del ciclo 22.°). Etching-uang, hijo de U-uang, le sucedió á los trece años de edad, debajo la tutela de su tio Etcheu-kong, á quien su padre le habia recomendado. Etcheu-kong hizo poner en verso los mejores rasgos de la vida de los emperadores pasados, para que el jóven los aprendiese de memoria, y se nutriese con la contemplacion de sus virtudes. Etcheu-kong se afanaba por el bien del imperio; pero, unos envidiosos, y entre estos sus propios hermanos, le acusaron de aspirar al solio en detrimento de su sobrino. Al ver que tomaba cuerpo la acusacion, se ausentó voluntariamente de la corte por espacio de dos años. Convencido entretanto el jóven emperador de la inocencia de su tio, le llamó de nuevo, y le confió el ministerio. Se encontró en la corte con los mismos enemigos, con los cuales se unió U-keng, de la familia de los Chang, para cuya restauracion trabajaba. Este logró formar un partido poderoso, y se rebeló contra el emperador.

Etcheu-kong fué á su encuentro, le hizo prisionero en una batalla, y le mandó dar muerte. Mas los príncipes de Yen y de Hoai, no se dieron por vencidos con el castigo de U-keng, y quisieron continuar la guerra. Etching-uang envió su ejército contra ellos, les desbarató completamente, y acabó con ellos. Pacificado así el imperio, Etching-uang emprendió un viaje para recorrer todas sus provincias, creando nuevos funcionarios para mayor prontitud en el despacho de los negocios. Hallábase á la sazon en el sexto año de su reinado. Valióle su fama el envio de una embajada de un rey extranjero, cuya tierra confinaba con la Cochinchina, regalándole aquel soberano cosas de gran precio. Entre aquellas preciosidades, era la mas notable una caja, en la que habia sobre un pedazo de corcho que nadaba en agua una mano siempre dirigida al sud. Era la brújula, que mucho despues Marco Polo trajo de sus viajes á la China á fines del siglo décimo tercero.

Despachados los embajadores, Etching-uang, á los siete años de su reinado, quiso trasladar su corte á Lo-yang, encargando á Etcheu-kong que le hiciese construir un palacio en aquella ciudad. En el año 1106 antes de Jesucristo perdió á ese ministro, y le substituyó con Kiun-etchin, que tambien le sirvió satisfactoriamente. Así siguió pacíficamente en su reinado que duró treinta y ocho años. El pueblo sintió su muerte.

1078. (60.° año quei-hay del ciclo 22.°). Kang-uang, hijo de Etching-uang y sucesor suyo, recibió con el mayor respeto el cuerpo de su padre que le trajeron en un féretro, prosternándose delante de él, y dando en el suelo tres veces con la cabeza. Igual ceremonia hicieron los grandes al saludar al nuevo emperador. Chao-kong, á quien nombró primer ministro, recorrió las tierras del imperio para medirlas, dando á cada uno las que pudiese cultivar. Tambien trató de saber cuáles eran los países mas propios para la cria de los gusanos de seda, y aumentó el plantío de moreras, ocupándose además en los medios de fomentar el comercio y las manufacturas.

El año 16.° de su reinado, Kang-uang perdió á su ministro Pe-kin, príncipe de Lu, que le habia servido bien. Diez años despues, la muerte le arrebató igualmente al príncipe Chao-kong, que le habia sido nó menos útil que Pe-kin. Él falleció á los veinte y seis

años de reinado, digno de vivir mas tiempo por el amor que tenia al pueblo.

1052 (26.° año ki-etcheu del ciclo 23.°). Etchao-uang, encontró el imperio en una paz profunda, al suceder á Kang-uang. Pero, no aprovechó esta coyuntura para gobernar acertadamente. Ocupado tan solo en cacerías, dejó que gobernasen sus ministros. En vano se quejaban los pueblos del daño que hacia en sus tierras con sus partidas de caza. Tanto devastaba las mieses, que al fin resolvieron los súbditos matarle. Á los cincuenta y un años de reinado, la provincia de Hu-kuang se sublevó la primera, y Etchao-uang fué para aplacarla á la cabeza de sus tropas; pero, hizo la expedicion cazando, lo que causó daños irreparables á las tierras por donde pasó. Desesperados los pueblos, fueron obligados á construir un puente sobre un rio para el paso del emperador: pero, de tal suerte se manejaron, que al estar en medio del puente, este se hundió, y cayó Etchao-uang en el rio, con todo su séquito. Les costó trabajo el salir del agua, bien que el emperador murió poco después, de resultas del accidente, con satisfaccion del pueblo.

1001. (17.° año keng-etchin del ciclo 24.°). Mu-uang, hijo de Etchao-uang, mostró la misma antipatía por los negocios que su padre, y una pasion igual por la caza. Mas, como tuvo la buena idea de escoger buenos ministros, reformó su conducta por sus consejos, y trató de enmendar lo pasado. Hallábase entónces en los cincuenta años de reinado, y todavía vivió cinco años mas dejando sabias instrucciones á su sucesor.

946. (12.° año y-hay del ciclo 25.°). Kong-uang, hijo de Mu-uang, después de entregarse á los placeres, mudó de conducta, como su padre, y procuró el bienestar de los pueblos. Doce años duró su reinado, muriendo á los ochenta y cuatro de su edad.

934. (24.° año ting-hay del ciclo 25.°). Y-uang, hijo de Kong-uang, deshonró el trono con su indolencia. Por mas que le satirizaron los poetas, se mostró insensible á sus tiros. Murió de cincuenta años.

909. (49.° año gin-etse del ciclo 25.°). Hiao-uang, hermano consanguíneo de Y-uang, le substituyó en el trono en menoscabo de sus sobrinos, todavía menores de edad. Quiso mas á sus caballos que á sus súbditos. Murió con satisfaccion general á los quince años de reinado.

894. (4.° año ting-mao del ciclo 26.°). Ye-uang, hijo de Y-uang, fué aclamado emperador después de muerto Hiao-uang. Al año tercero de su reinado, como se negara Hoang-fu, príncipe del imperio, á hacerle homenaje, mandó contra él al general Kué-kong, el cual, después de exhortarle en vano, á que se sometiese, le dió una sangrienta batalla, obligándole á huir para salvar la vida. Á pesar de aquella derrota, otros príncipes siguieron el ejemplo de Hoang-fu. Ye-uang recibió con torpe impasibilidad los insultos que le dirigieron. Ni se conmovió por quitarle uno de sus súbditos el derecho de crear príncipes, que solo pertenecia á la corona. Murió despreciado, después de un reinado de diez y seis años.

878. (20.° año quei-uy del ciclo 26.°). Li-uang, hijo de Ye-uang, comenzó el reinado con un rasgo de crueldad, pues por una ligera sospecha hizo dar muerte á Pu-etcheu, príncipe de Etsi. Así pensaba amedrentar á los que se habian ensoberbecido por la indolencia de su padre. No le salió bien el cálculo. Hiong-kiu, príncipe de Etchu, irritado con aquel acto de injusticia, se declaró independiente del imperio, erigiéndose en señor soberano. Otros príncipes tributarios hicieron lo mismo. Nombró el emperador tesoreso á Yong-y-kong, sugeto capaz de seguir los instintos codiciosos del jefe del estado. Tanto vejó Yong-y-kong al pueblo, que se le acabó la paciencia. Un dia fué en tumulto á palacio, y Ki-uang, tuvo que escaparse. Duró su reinado cincuenta y un años. Durante el destierro de Li-uang gobernaron en paz el imperio, después de haber querido en vano reconciliar al emperador con los súbditos, sus ministros Chao y Tchu.

827. (11.° año kia-su del ciclo 27.°). Siuen-uang, hijo de Li-uang, que murió á los catorce años de su expulsion del trono, sucedió á su padre sin oposicion del pueblo, cuyo enojo habia calmado el tiempo. En el segundo año de reinado, los pueblos del mediodía invadieron el imperio, pero fueron rechazados, y aun les conquistó el emperador algunas tierras, que agregó á sus estados. Doce años habia que reinaba, cuando instituyó la célebre ceremonia que subsiste todavía, la cual consiste, en que cada emperador, en su advenimiento al trono, empuña un arado, y con instrumentos de oro abre algunos surcos en un campo, para enseñar á los pueblos que del cultivo de la tierra depende su subsistencia.

Á los treinta y nueve años del reinado de Siuen-uang invadieron la China los tártaros occidentales. El emperador les salió al encuentro, y fué vencido, causando este revés grandes discordias en el imperio. En vano quiso el emperador conciliar á los príncipes, y tanta fué su pesadumbre por el mal éxito de sus tentativas para unirlos, que enfermó, y murió á los cuarenta y seis años de reinado.

781. (37.° año keng-chin del ciclo 27.°). Yeu-uang, hijo de Siuen-uang, solo tenia para sucederle el derecho de la sangre, pues carecia de las calidades que para gobernar se requieren. Enamorado de una jóven que le presentaron, la tomó por concubina, y se dejó gobernar enteramente por ella. Se llamaba Pao-ese. Á poco de tener un hijo en ella, repudió á la emperatriz, desheredando á Y-kieu, su hijo legítimo. Y-kieu se refugió al lado del príncipe de Chin, y este tomó las armas en defensa de sus derechos. Yeu-uang se puso en campaña, y le dió una batalla, en la que fué preso con Pao-ese, condenándolos á ambos el vencedor á muerte.

770. (8.° año sin-uy del ciclo 28.°). Ping-uang, este fué el nombre que tomó Y-kieu al suceder á su padre, ilustró el principio de su reinado con una gran victoria que hubo de los tártaros, que, ensorbebecidos con las ventajas obtenidas en tiempo de su padre, pretendian nada menos que la mitad del imperio. Pero no alcanzó á someter á los príncipes tributarios que se habian hecho independientes casi todos. Entónces el imperio se halló dividido en veinte y un principados ó reinos. Cincuenta y un año años reinó Ping-uang.

719. (Quincuagésimo nono año gin-su del ciclo 28.°) Huan-uang, nieto de Ping-uang, fué proclamado sucesor de su abuelo. Como muchos príncipes le negaron después la obediencia que le habian prometido, el príncipe de Etching tuvo el encargo de someterlos. El mas poderoso era el de Song, y el ejército imperial no pudo avasallarle. El príncipe de Song salió casi siempre vencedor en once batallas que sostuvo con las tropas imperiales; pero como trataba con sobrada dureza á sus súbditos, su mismo ministro le hizo matar. Los demás príncipes estaban casi todos en guerra entre sí, y Huan-uang, no pudiendo conciliarlos, adoptó el partido de limitarse al gobierno de sus provincias mas inmediatas, muriendo á los veinte y tres años de reinado.

696. (22.° año y-yeu del ciclo 29.°). Etchuang-

UANG quiso suceder á Huan-uang como su primogénito que era, y heredero legítimo. Pero tuvo por competidor á su hermano Uang-etse-ke apoyado por un bando poderoso. Sin embargo, este no prevaleció, y el mayor quedó en el trono. Un magnate llamado He-Kien, se habia declarado por el hermano menor, y sentia la derrota de su partido. Concertóse con Uang-etse-ke al objeto de acabar con el emperador. Penetró la trama, el ministro de Etchuang-uang, llamado Sin-pe, y consiguió órden del emperador para prender á entrambos. Uang-etse-ke pudo fugarse, pero He-kien pagó con la cabeza sus intrigas. En tal estado se hallaban las cosas, que no pudo el emperador castigar á los cómplices de He-kien, y tuvo que perdonarlos. La guerra civil ardia en el imperio, y el monarca murió á los quince años de reinado.

681. (37.° año keng-etse, del ciclo 29.°). HI-UANG, hijo de Etchuan-uang y heredero suyo, hubo de sufrir al principio de su reinado que todos los príncipes tomasen el título de PÁ, arrogándose un derecho que solo al emperador pertenecia; gobernó cinco años, presenciando, sin poderlo remediar, las divisiones de los príncipes, independientes ya casi del todo.

676. (42.° año y-se del ciclo 29.°). HOEI-UANG, hijo de Hi-uang, le sucedió en el trono, recibiendo el homenaje del príncipe de Etcin, y del señor de Kue, únicos grandes que cumplieron con ese deber. Tenia un hermano natural que fué muy querido del difunto emperador, de suerte que hasta hubiera querido nombrarle su heredero. Llamábase Etse-tui. Formóse un bando pora adoptarle por jefe, pretendiendo que á él pertenecia la corona. Hoei-uang era harto débil á la sazon para hacer frente á la fuerza de los sublevados, y se retiró al principado de Etching. El príncipe de Etching fué á sitiar á Loyang, y sorprendió á Etse-tui con cinco cómplices que trataron de defenderse; mas el príncipe y el emperador los atacaron tan vivamente, que entraron el palacio á la fuerza, y en la refriega fueron muertos Etse-tui y sus cinco cómplices.

Conocia Hoei-uang que iba envejeciendo, y trató de nombrar sucesor, solo que prefirió su hijo segundo al mayor. Sabedor Huan-kong, príncipe de Etsi, de su designio, juntó á cuantos príncipes pudo en Cheu-Etchi, y les exhortó á proclamar sucesor á Siang-uang, primogénito del emperador. Hoei-uang no se atrevió á desaprobar el voto. Hallábase entónces en el vigésimo quinto año de reinado, y fué tambien el último de su vida.

651. (7.° año keng-u del ciclo 30.°). SIANG-UANG, al subir al trono muerto su padre, tuvo por enemigo secreto á su hermano Uang-etse-tai. Este cometió la infamia de aliarse con los tártaros de Yang-kin, y de introducirlos en la ciudad imperial que incendiaron retirándose en seguida.

Acudieron en socorro del emperador los príncipes de Etzin y de Etsin, y persiguieron á los bárbaros, obligándoles á dar á Siang-uang satisfaccion por el insulto. Uang-etse-tai se retiró entónces en tierra del príncipe de Etsi, quien le acogió benévolo. Pero no pudo obtener el perdon completo del emperador, no obstante las gestiones del príncipe de Etsi, hasta dos años después. Á los diez y seis años del reinado de Siang-uang volvieron á enemistarse los dos hermanos, yéndose el hermano rebelde con los tártaros, y acaudillándolos contra el emperador. Los generales de Siang-uang fueron completamente derrotados. Después de la victoria, Uang-etse-tai se hizo proclamar emperador de la China á la cabeza del ejército, y fijó su corte en Uen. No duró mucho tiempo su fortuna, pues Siang-uang, con el auxilio de los de Etzin y de Etsin fué á cercar de improviso á Uen, tomóla por asalto, y Uang-etse-tai quedó prisionero.

Siang-uang presenció las querellas de varios príncipes, sin tomar en ellas mucha parte, muriendo tranquilamente á los treinta y tres años de reinado.

618. (40.° año quei-mao, del ciclo 30.°) KING-UANG, hijo y heredero de Siang-uang, «antes de subir al trono, dice el padre de Mailla, era querido de los grandes por su carácter afable, y sin duda hubiera restablecido la paz en todas las provincias del imperio; mas la desmedida ambicion de los príncipes de Etcheu, y la enemistad y rivalidades de los Etzin de Chansi, con los Etsin de Chensi, impidieron que la China recobrara la paz y esplendor de otros dias.» Solo unos cinco años tuvo el cetro, muriendo en la primavera del sexto año de reinado. Los pueblos sintieron su muerte, por ser príncipe bondadoso.

612. (46.° año ki-yeu del ciclo 30.°). KUANG-UANG, hijo de Siang-uang, heredó sus virtudes igualmente que su trono; pero, no pudo mantener la tranquilidad del imperio. Hubo de ver la cruel guerra que se hacian entre sí los príncipes, pugnando todos con los medios mas odiosos. Sucedieron entónces las cosas mas tristes. Y-kong, príncipe de Etsi, encolerizado por haberperdido un litigio sobre algunas tierras, contra el padre de Ping-etchu, hizo desenterrar su cadáver, y después de cortarle los piés, le mandó arrojar á un lugar inmundo. Kuang-uang hubo de ser testigo de estas y otras escenas, parecidas sin poderlo remediar. Seis años duró su reinado, heredando su hermano el trono.

606. (52.° año y-mao, del ciclo 30.°). TING-UANG, sucedió á su hermano Kuang-uang. Era de carácter pacífico, mas, no pudo librarse de las irrupciones de los tártaros, los cuales asolaron el imperio, sedientos siempre de botin. Kang-kong, general de Ting-uang, tuvo á deshonra el transigir con ellos, y les presentó la batalla. Su ejército quedó enteramente destruido, y fenecia el imperio, si el príncipe de Etzin no hubiese acudido en su socorro. Después de estos sucesos, Ting-uang vivió bastante tranquilo, y reinó veinte y un años,

585. (13.° año ping-etse, del ciclo 31.°). KIEN-UANG, príncipe de Etzin, é hijo de Ting-uang, reinó catorce años. Sucedióle su hijo que sigue.

571. (27.° año keng-yn, del ciclo 31.°). LING-UANG, hijo de Kien-uang, halló el imperio agitado con las disensiones de los grandes, y falto de poder para mantenerle en paz, estuvo mirando sus tristísimas guerras. Durante su reinado vino al mundo, en el año 552 antes de Jesucristo, el famoso Kong-etse, llamado Confucio por los latinos, y tenido por el príncipe de los filósofos chinos. Siendo ministro del reino de Lu, ahora Can-tong, supo mostrar cuán útil es al frente de los negocios un verdadero filósofo. Muchos chinos fuéron á vivir al país de su administracion para oir sus doctrinas. Confucio dividió á sus discípulos en cuatro clases. La enseñanza de la primera preparaba el ingenio y el corazon. La de la segunda trataba de las virtudes que forman á un hombre honrado y elocuente: la tercera clase estaba consagrada á la política; y la enseñanza de la cuarta consistia en expresar en estilo patético las reflexiones mas sólidas sobre la moral. Si hemos de dar crédito á los misioneros jesuitas, no puede darse doctrina mas bella y mas perfecta que la de Confucio; pero, otros han demostrado que este elogio, fundado en los escritos de discípulos del filósofo, podria ser mas exacto. No cabe duda, sin embargo, en que los chinos han venerado constantemente la memoria de Confucio. Murió cerca de la ciudad de Rio-fu, en donde subsiste todavía su

sepulcro. Sus descendientes son mandarines natos, y no pagan tributo al emperador.

Durante el reinado de Ling-uang hubo alguna mayor tranquilidad que en los anteriores, á lo menos por algun tiempo. La mayor parte de sus príncipes vasallos, le amaban por su prudencia; pero en el vigésimo sexto año de su reinado fué turbada la buena armonía por la ambicion de los príncipes de Etsin, de Etzin y de Etcha, que quisieron dominar á los demás. Impotente el emperador para contenerlos, hizo como sus predecesores, se limitó al gobierno de sus provincias mas inmediatas. Por sus virtudes merecia tiempos mejores. Murió á los veinte y siete años de reinado.

544. (54.° año ting-se, del ciclo 31.°). King-uang, primogénito de Ling-uang, al suceder á su padre, tuvo que luchar con un bando secreto formado por Ku, que queria destronarle, y coronar á su hermano Ning-fu. Ku juntó algunos soldados, y fué á cercar á Onei, en donde estaba Kien-ki, considerado como su mayor enemigo; pero Kien-ki pudo retirarse á Ping-etsi. El levantamiento de Ku perdió á Ning-fu, á quien hizo dar muerte el emperador para su seguridad, en el segundo año de estar en el trono. Mientras que los grandes del imperio solo trataban de destruirse unos á otros con asesinatos, King-uang procuraba tener en paz los estados que le eran fieles, pero, queriendo á los veinte y un años de su reinado reformar la moneda, estuvo á punto de poner en combustion el imperio. Con todo, su firmeza acalló los murmullos, y la nueva moneda circuló sin inconveniente.

En el año 526 antes de Jesucristo, King-uang habia perdido á su hijo primogénito. De los otros dos hijos que le quedaban Mong y Etchao, este era el predilecto; pero Chen-etse y Lieu-etse favorecian á Mong. Decidido King-uang á quitar de en medio á esos dos hombres, que contrariaban sus miras, imaginó asesinarlos en una partida de montería. Mas enfermó al llegar al monte Pekan, y tuvieron que llevarle á Yong-ki-chi, en donde murió. Chen-etse y Lieu-etse proclamaron inmediatamente emperador al príncipe Mong, y apenas acababa este de entrar en la ciudad imperial, enfermó repentinamente y murió.

519. (19.° año gin-u del ciclo 32.°). King-uang II, hermano uterino de Mong, fué reconocido por el mayor número de príncipes como legítimo emperador. Su hermano consanguíneo Etchao tenia no obstante un partido, y le disputó el imperio durante muchos años.

Entretanto, dos malvados procuraban trastornar el estado, calumniando á los que no los secundaban en sus planes. Eran Fey-u-chi y Yen-etsiang-chi. En el quinto año del reinado de King-uang se captaron la amistad de Etchao-kong, príncipe de Lu, y lograron que encausase por traidor á Kiou-an, varon muy recomendable por sus virtudes. Etchao-kong creyó en la calumnia, y condenó á muerte á Kiou-an con toda su familia. Etchao-kong abrió por fin los ojos sobre la perversidad de los dos malvados, los mandó procesar, y fueron sentenciados á muerte con satisfaccion de todo el pueblo. King-uang ocupó el trono cuarenta y cuatro años.

475. (3.° año ping-yn, del ciclo 33.°). Yuen-uang, hijo de King-uang, le sucedió en el trono. En sus estados particulares fué bastante pacífico su reinado, que nada tuvo de notable, y duró solo siete años.

468. (10.° año quey-yeu, del ciclo 33.°). Etchin-ting-uang, sucedió á su padre Yuen-uang, reinando veinte y ocho años con poca gloria para él y poco provecho para sus súbditos.

440. (38.° año sin-etcheu, del ciclo 34.°). Kao-uang era el tercero de los cuatro hijos del monarca precedente. Á los tres meses de muerto su padre vió proclamado emperador al primero, llamado Engai-uang, pero Chu, su segundo hermano, le hizo asesinar y ocupó su puesto. Kao-uang era el tercero, y no quiso reconocer por emperador al asesino. Juntó un ejército, llegaron á las manos, y en la batalla le mató con su propia mano. Acabada la competencia en la victoria, fué proclamado emperador delante del ejército; pero, solo mandó en las tierras del patrimonio de su familia, pues ningun príncipe quiso prestarle homenaje, acabando así su reinado, que fué de quince años.

425. (53.° año vu-u, del ciclo 33.°). Uei-Lie-uang, sucedió á su padre Kao-uang, y encontró á los vasallos del imperio poco dispuestos á acatar su autoridad. Tres eran principalmente los que mas independencia mostraban. Con objeto de satisfacerlos, los creó príncipes de las tierras que habian usurpado, y les envió luego sus títulos. Murió á los veinte y cuatro años de reinado, despojado de buena parte de sus estados, y reducido á llevar un nombre vano, no respetado ya por vasallos mas poderosos que él.

401. (17.° año keng-etchin, del ciclo 34.°). Enganuang, hijo y heredero del que precede, vió el imperio reducido á siete principados considerables, á consecuencia de las encarnizadas guerras de los príncipes, y no parece que se manejase para recobrar su autoridad casi enteramente perdida. Reinó veinte y seis años.

375. (43.° año ping-u, del ciclo 34.°). Lie-Uang sucedió á su padre Engan-Uang, y en el primer año de su reinado se extinguió la poderosa y antigua familia de los príncipes de Etching. Mas no por esto mejoró el imperio, que cada dia amenazaba mas ruina. Reinó siete años.

368. (50.° año de quei-etcheu, del ciclo 34.°). Hien-Uang sucedió á su padre Lie-Uang, dejando que siguiesen los príncipes en sus discordias. Pero, tan indiferente se mostró, que los príncipes del Etsin aspiraron al imperio. Como sus tropas estaban hechas á batirse con los tártaros, eran las mejores de la China. Hien-Uang reinó cuarenta y ocho años.

320. (38.° año sin-etcheu del ciclo 35.°). Chin-Etsing-Uang sucedió á su padre, y reinó seis años, sin que haya en su vida cosa de notar.

314. (44.° año ting-uy, del ciclo 35.°). Nang-Uang, hijo del que antecede, tuvo por competidor mas ó menos declarado á Etchao-siang-uang, príncipe de Etsin. Si no le quitó el título de emperador, le obligó á vivir enteramente aislado en las tierras de su patrimonio. Mucho tiempo estuvo Nang-uang en esta situacion, sin atreverse á dar el menor paso. Finalmente, trató de que las demás provincias se uniesen contra el príncipe de Etsin. Esto acabó de perderle. Así que el príncipe supo sus manejos, dió órden al general Kieu de entrar con sus tropas en tierra del emperador. Como este no podia resistirle, fué personalmente en actitud suplicante á pedir perdon al príncipe, ofreciéndole las ciudades que le quedaban, y reconociéndose vasallo suyo. El príncipe de Etsin aceptó el homenaje, y dejó al desventurado Nang-uang de tributario suyo, muriendo cubierto de ignominia despues de reinar cincuenta y nueve años como vana fantasma, sin dejar hijos.

255. (43.° ano ping-u, del ciclo 36.°). Etcheu-Kiun fué reconocido soberano por los pueblos de Etcheu á quienes daba horror la dominacion de los príncipes de Etsin; pero, no quiso tomar el título de emperador. Et-chao-siang-uang se apoderó del patrimonio de los Etcheu, y pretendió que los príncipes del imperio de-

bian reconocerle como emperador. Ninguno parecia dispuesto á ello; pero, las ventajas que obtuvo sobre el príncipe de Uéi, movieron al de Han á ir á su corte, creyendo que los demás imitarian su ejemplo. Al principio obró como emperador, sin tomar sin embargo las insignias, pero hizo el sacrficio solemne, atributo especial de los emperadores. Murió en el año 251 antes de Jesucristo, sin dar enteramente cima al gran proyecto para el cual habia trabajado durante cincuenta y seis años; pero tuvo la satisfaccion de reducir á la nada á Etcheu-kiun, último vástago de los Etcheu, confinándole á un pueblo después de despojarle enteramente, en donde murió en la obscuridad y la miseria. Así acabó la famosa dinastía de los Etcheu, que tuvo el imperio por espacio de ochocientos catorce años.

Cuarta dinastía: Los Etsin.—249 antes de Jesucristo. (49.° año gin-etse, del ciclo 36.°). Etchuang-Siang-uang, príncipe de Etsin, logró sentarse por fin en el trono imperial que solo tuvo tres años, sin dejar memoria de sus actos.

246. (52.° año y-mao, del ciclo 36.°) Etsing-Chi-Hoang-Ti, supuesto hijo de Etchuang-Siang-uang, le sucedió tan solo con el título de Etching-uang, en la edad de trece años, ilustrando hasta el último grado el nombre de su familia, pues conquistó todo el imperio, arrebatándole á los varios príncipes que se lo habian repartido. Desde los primeros años de reinado, no obstante su mocedad, se aplicó á los negocios y al conocimiento de las fuerzas de sus vecinos. Las disensiones de los príncipes del imperio favorecieron un poco sus designios. En lugar de los muchos vasallos que se habian constituido en una independencia casi absoluta, tuvo la satisfaccion de ver el imperio reducido á siete principados que reconocian todos su autoridad soberana. Arrolló á los tártaros y les echó mucho mas allá de las fronteras del imperio, comenzando en seguida la construccion de una muralla que habia de prolongarse desde el mar hasta los últimos confines de la provincia de Chensi.

En el año vigésimo segundo del ciclo trigésimo séptimo y nó del trigésimo sexto, dice el abreviador del padre del Halde; es decir, en el año 216 antes de Jesucristo, hizo sumergir en el mar muchos barcos cargados de hierro para asegurar los cimientos. Una tercera parte de los moradores del imperio aptos para el trabajo fuéron ocupados en la obra. Debian estar tan unidas las piedras entre sí, que el arquitecto habia de responder con la cabeza de que no podria entrar ningun clavo por las junturas. Se dejaron grandes bóvedas para el agua de los rios. Á lo largo de la muralla se construyeron fuertes de trecho en trecho para guarnecerla con fuerzas suficientes, dejando puertas en los puntos mas ventajosos para abrir paso á las tropas chinas que hubieran de entrar en la Tartaria, y tambien para facilitar el comercio. Finalmente siete y aun ocho hombres á caballo podian ir de frente sobre la muralla, lo que indica lo ancha que era. Tan sólidamente se construyó esa muralla, que todavía subsiste entera despues de transcurridos tantos siglos, y lo mas sorprendente es, que fué concluida en cinco años.

El abate Grosier dice que, segun se desprende de la historia, no debe atribuirse toda esa grande obra al emperador Etsin-chi-hoang-ti.

Este monarca no pudo estar en completo sosiego á pesar de su autoridad. El de Etchen formó con otros una liga que le dió bastante en qué entender. Sin embargo, triunfó, valiéndole aquel alzamiento la conquista de Han y de Etchao.

El emperador detestaba al general Fan-yu-ki, y habia puesto á precio su cabeza. Este se dió la muerte, desesperado, en presencia de Kiang-Ku, y este trajo entónces la cabeza al soberano á quien era tan odioso como el mismo Fan-yu-qui; solo que, al presentársela con una mano, sacó con la otra un puñal para herir al príncipe. Este tiró prontamente del sable y le dió una cuchillada en la pierna que le hizo caer al suelo. Airado Kiang-Kou por haber errado el golpe, todavía tuvo valor para arrojarle el puñal que el otro tuvo la suerte de evitar.

Viendo Etsin-chi-hoang-ti que todo le salia á medida de sus deseos, quiso someter á Hien-uang, príncipe de Etchu. Nombró por caudillos de la expedicion á Li-Sin y á Mong-Tien que al principio obtuvieron algunas ventajas, pero en una accion fueron completamente derrotados. Sintió amargamente el emperador la derrota, acudiendo para su reparacion al general Huang-Etsien. Á este, el príncipe de Etchu opuso el general Hiang-yen que no omitió medio para sostener el brillo de sus armas, dando en una batalla pruebas de heroísmo; pero, fué muerto en lo mas recio de la lucha, causando su pérdida la del ejército. En seguida Huang-Etsien sometió á los príncipes vecinos de Etchu, y Kien-uang fué á rendir vasallaje al emperador, que le confinó á un desierto en que pereció de miseria. Después de tantas victorias Etsin-chi-hoang-ti tomó todas las insignias de emperador á los veinte y seis años de reinado. Hacia ya tiempo que los estudios astronómicos estaban bastante descuidados y el emperador creó una junta para su fomento. En ella se decidió que el año empezara en la luna precedente al solsticio de invierno. El nuevo emperador adoptó el color negro. Después fué á visitar la parte septentrional de sus estados, felicitándole las gentes en el camino por haber convertido otra vez en provincias los principados que habia conquistado. Al regreso de su viaje (213), se dejó inducir á quemar todos los libros antiguos, exceptuando únicamente los que tratasen de medicina y agricultura. Tan estrictamente se ejecutó la órden, que mas de cuatrocientos sesenta literatos, que mostraron oposicion, fuéron arrojados vivos á unas cuevas en las que perecieron de hambre. Solo tenia cincuenta años este monarca cuando murió, despues de reinar veinte y cinco en los estados de Etsin con el nombre de Etching-uang, y doce con el título reconocido de emperador. Se ocultó su muerte hasta que estuvo designado el sucesor. Dejaba los hijos Fu-fu y Hu-hay, siendo su predilecto el segundo. El eunuco Etchao-kao, partidario del último, de acuerdo con el ministro Li-se, supuso una órden del emperador difunto, prescribiendo á Fu-fu que se diese la muerte. El hijo, tanto veneraba á su padre, que se hundió un puñal en el pecho, sin atender á las razones de Mong-tien que procuraba persuadirle que la órden era falsa.

210. (28.° año sin-mao, del ciclo 37.°) Eulh-Chi-Hoang-Ti, hijo de Etsin-chi-hoang-ti, le sucedió por las intrigas del eunuco Etchao-kao á quien nombró su primer ministro. Por sus insinuaciones principió á matar á los grandes; destituyó á los empleados antiguos, nombrando hechuras exclusivamente suyas, enriqueció á los unos con los despojos de los otros, y exterminó casi á todos los varones de la familia imperial, para estar libre de zozobras.

Tan atroces medidas fuéron causa de sublevaciones, y Etchao-kao envió á Etching-ching para sofocarlas. Las victorias de este general, junto con la moderacion de su carácter, decidieron á los jefes del ejército á ofrecerle el título de rey de Etchu, que era su patria. Entónces declaró la guerra al emperador, y hubo

una conflagracion general. El emperador, cada vez mas sañudo y sanguinario á medida que acrecia la confusion, multiplicaba sus venganzas, acabando de exasperar á los pueblos. Encargó al general Etchan-hang la direccion de la guerra contra Etchin-ching. Aquel caudillo, tan sagaz como atrevido, indujo á Etchang-kia á quitar la vida á Etchin-ching y así lo hizo á traicion.

El eunuco Etchao-kao seguia siempre en su privanza, abusando de ella del modo mas repugnante. Tanto le cegó la fortuna, que hasta aspiró al trono imperial. Supo el monarca que Lieu-pang, jefe de rebeldes, progresaba rápidamente, y reconvino al ministro por no habérselo advertido. En esto, Lieu-pang entró á la fuerza en la ciudad de Hu-koan, pasando su guarnicion á cuchillo. Colérico el emperador, acusó abiertamente al ministro de negligencia. Viendo Etchao-kao perdido su valimiento se avino con Yen-yu, otra hechura suya, para perderle. De repente hicieron circular la noticia que el enemigo se hallaba dentro de la ciudad, y entónces los dos traidores declaran al emperador que no tiene otro mejor camino que el darse él mismo la muerte. Con el corazon henchido de rabia el emperador saca el puñal, y se lo sepulta en el pecho.

Consumada la traicion, Etchao-kao juntó á los grandes, con los què resolvió volver al régimen pasado sin dar á Etse-yng, que debia suceder á Eul-chi-hoang-ti, mas que el dictado de príncipe. El eunuco fué á verle para darle parte de la resolucion, y el príncipe le hizo matar en castigo de sus crímenes. Con todo, Etse-yng no gozó de la sucesion acordada por los grandes. Movidos de ambicion, cada cual trabajó para sí, procurando repartirse los estados del imperio. Pero, Lieu-pang, dueño ya del reino de Han, los aventajó á todos por su valor y su talento. Después de una guerra civil de cuatro años, se vieron obligados á inclinarse ante el poder de Lieu-pang.

202. QUINTA DINASTÍA: LOS HAN.—(36.° año ki-hay, del ciclo 37.°). Kao-Hoang-ti fué el nombre que tomó Lieu-Pang, después de convenir los grandes en su elevacion al trono imperial. Generoso y agradecido para con aquellos que le habian servido bien, á todos recompensó segun sus méritos. Los tártaros de Yong-Nu osaron hacer correrías en tierra del imperio, acaudillados por su rey Meté, y dieron que hacer á las tropas imperiales. Acostumbrados á huir cuando conocian que eran impotentes, volvian á lo mejor cuando les parecia favorable la ocasion.

Temiendo King-Pu, príncipe de Hoainan, que el emperador queria atentar á su vida, juntaba secretamente tropas al objeto de defenderse. Kao-Hoang-ti lo supo, y salió personalmente á la cabeza de su ejército para hacerle la guerra. Antes de llegar á las manos le hizo preguntar qué queria. El imperio, contestó King-Pu. Airado el emperador por tamaña arrogancia, arremetió contra él, y le derrotó completamente. Cuando se ocupaba en los medios de reparar aquel revés, Huang-Etchin, príncipe de Etchang-Cha, aparentó ir en su socorro, enviándole un cuerpo de tropa suya que le sorprendió en Yuei, y le dió muerte.

Las fatigas de la expedicion, junto con una herida que en la batalla recibió, alteraron la salud del emperador, muriendo á poco, después de reinar doce años como rey de Han, y ocho como jefe del imperio. Por la impetuosidad de su carácter cometió muchas faltas, que luego reparaba consultando á amigos leales é instruidos.

194. (44.° año ting-uy, del ciclo 37.°). Hiao-Hoei-Ti, hijo mayor de Kao-Hoang-ti, le sucedió, no obstante las intrigas de la princesa Etsi, una de las mujeres del emperador difunto, la cual pretendia substituirle su propio hijo. La madre de Hiao-Hoei-ti, hizo arrojar la princesa á un albañal, después de mandarle cortar pies, manos y orejas. Horrorizado el emperador con la vista del cadáver mutilado que la emperatriz le presentó, se abstuvo por un año de tomar parte en los negocios del estado. Solo que en vez de pasar ese tiempo en instruirse, se entregó á una vida disoluta. Empuñando por fin las riendas del gobierno á instancia de los grandes, nombró por ministro á Etsao-Etsan. Corto fué el reinado de este emperador, pues no duró mas que seis años.

188. (50.° año quei-etcheu, del ciclo 37.°). La emperatriz, madre de Hiao-Hoei-ti, le dió por sucesor á Liu-Heou, hijo supuesto del difunto, y se hizo nombrar regente. Al ver su madre que Hiao-Hoei-ti no tenia hijos, habia dado á su nuera el hijo de una extraña para que le criase como suyo, y, para encubrir mejor la supercheria, habia hecho envenenar á la madre de ese niño: luego que tuvo el mando, no pensó mas que en separar de todos los empleos á los príncipes de la familia de Kao-Hoang-ti, poniendo en su lugar á sus parientes. Disgustada después con aquel simulacro de emperador, le hizo deponer, substituyéndole á Y-Ti, otro hijo supuesto. La muerte de esa mujer, que aconteció á poco, echó por tierra las esperanzas de sus parientes y protegidos. Inmediatamente se reunieron los grandes del imperio para elegir un jefe (pues Liu-Heu habia muerto ya), optando unánimes por el príncipe de Tai, hijo de una manceba del postrer emperador.

179. (59.° año gin-su, del ciclo 37.°). Hiao-Uen-Ti, fué llamado el príncipe de Tai así que subió al trono imperial. Ese monarca, naturalmente compasivo é inclinado á la virtud, para ningun súbdito era inaccesible, haciendo parar su carro para recibir memoriales de todos. Era enemigo de adulaciones y de palabras inútiles. Era apasionado á cacerías, y le costó bastante el corregirse. Durante las discordias y guerras civiles del imperio, se habia descuidado mucho la ceremonia en la que el emperador empuñaba el arado en honra de la agricultura. Hiao-Uen-ti quiso restablecerla con toda solemnidad. En estos términos estaba concebida la órden que hizo publicar: « la tierra es la nodriza de los hombres, siendo sus productos la principal riqueza de un estado. La profesion mas honrosa es la que contribuye á la conservacion de los demás, y para dar á los labradores una prueba de mi aprecio, quiero, segun hicieron nuestros primeros sabios, practicar la augusta ceremonia de arar la tierra, y dar en holocausto á Dios (Chang-Ti) el producto de lo que hubiere cultivado yo mismo. Eximo al pueblo de la mitad del impuesto, para que pueda procurarse los útiles necesarios para la labranza. »

Los tártaros de Hiong-Nu no cesaban de hacer correrías, no obstante los pactos de alianza que habian hecho con el emperador. Su método de guerrear consistia en subir y bajar los montes mas escarpados con una rapidez maravillosa, atravesar á nado rios y torrentes, sufrir la intemperie, la sed y el hambre, hacer marchas dobles y triples, no detenerse ante los precipicios, acostumbrar á los caballos á pasar por los mas ásperos senderos, adiestrarse en el manejo del arco, y tener certeza al disparar la flecha. Tales eran los tártaros Avanzaban y retiraban con extraña prontitud. En las gargantas de los montes siempre llevaban ventaja á los chinos, pero en los llanos sucedia la revés por los descalabros que les hacian sufrir la caba-

lleria china y los carros de guerra. Como habia muchos millares de tártaros de Hiong-Nu sujetos al emperador, este los armó al uso de la China, y les dió carros de guerra. Entónces los chinos reunieron en sus ejércitos el sistema de ambas naciones, y se hicieron mas temibles para sus enemigos.

Hechos los Hiong-Nu al pillaje, volvieron á entrar en tierra de los chinos á fines del reinado de Hiao-Uen-ti. Espantosas fueron sus devastaciones, acuchillando á muchos, incendiando pueblos, y hasta ciudades, despues de saquearlas, sin que se les pudiese obligar á ninguna batalla formal. Volvieron todavía al año siguiente, é hicieron el mismo daño. Aquellas correrías afligieron de tal suerte al emperador, que enfermó y murió á los veinte y tres años de reinado, y cuarenta y seis de edad. Jamás consintió ese monarca que se hiciesen nuevos trabajos para el hermoseo de sus palacios y jardines, y conservaba los carros y caballos como al subir en el trono, vistiendo hasta del mismo modo que antes de ser emperador. Amaba al pueblo y nó al lujo.

156. (22.° año y-yeu, del ciclo 38.°). Hiao-King-Ti, llamado Lieu-Ki en vida de su padre Hiao-Uen-ti, le sucedió, como primogénito que era. Los príncipes del imperio volvieron á sus antiguas querellas, sin que tomasen mucha parte en ellas, bien que fuesen vasallos suyos. Tuvo el cetro con mano poco firme, y falleció á los cuarenta y ocho años de edad.

140. (38.° año sin-etcheu, del ciclo 38.°). Han-U-Ti, hijo segundo del emperador que antecede, le sucedió por preferirle su padre á Y-Uang, su primogénito. Este tenia buenas calidades, pero era extrañamente orgulloso. Al objeto de moderarle, el emperador le dió por maestro á un sabio llamado Tong-Etchong, que logró humanizarle bastante. Tong-Etchong amansó igualmente á Si-Uang, otro hermano del emperador.

Han-U-Ti temia mucho el morir. Sabiendo los Tao-Etse esa debilidad, la aprovecharon para inspirarle sus supersticiones. Los Tao-Etse eran unos sectarios dados á la magia, jactándose de alcanzar la inmortalidad por medio de cierto brebaje. No hubo medio de disuadir al emperador, y siguió víctima del charlatanismo. Entónces aquellos impostores dominaron en la corte. Los mas sensatos los despreciaban, solo que no se atrevian á contradecirles abiertamente. ¡Y sin embargo, el emperador no carecia de sensatez.

Los tártaros Yong-Nu pidieron en vano una hija del emperador para su Etchen-Yu, ó su rey, y á poco volvieron á las pasadas irrupciones. Trescientos mil hombres entre infantería y caballería les obligaron á salir de tierra del imperio, mas no por esto perdieron as ganas de entrar otra vez.

Iba declinando en China, ya hacia tiempo, la aficion á las letras. Trataron algunos sabios de remediar el daño, y persuadieron al emperador que publicase un edicto en que invitase á todos los literatos á ir á su corte para conferenciar sobre las causas de la decadencia, y ocuparse en su restauracion.

Muchas precauciones se tomaron para librarse de las incursiones de los Yong-nu, pero, siempre volvian y causaban muchos males. En el año décimo sexto del reinado de Han-u-ti, talaron buena parte del país de Tai. En otra correría llegaron hasta la ciudad de Sufang. El emperador mandó á Uei-etsing que saliese con cien mil hombres, y que de todos modos viese de alcanzarlos. Los chinos se dividieron en varios cuerpos, y por caminos diferentes se hallaron en un mismo dia en presencia de los tártaros, atacando inmediatamente su campamento. Sorprendido su rey en medio del sueño, monta á caballo, y al verse por todas partes envuelto, con los mas valerosos de los suyos forma un escuadron, y su caballo se abre paso por entre una partida de caballería enemiga y así pudo salvarse. El año siguiente el emperador mandó á Ho-kui-ping que entrase en tierra de tártaros, y ese general trajo un rico botin. Desquitáronse después aquellos pueblos, pero, ya sintieron mas que antes la superioridad de los chinos.

El emperador habia tenido á los veinte y nueve años un hijo llamado Lieu-uei, designándole por sucesor. Con la diferencia de carácter de padre é hijo, habia como dos partidos en la corte. El jóven príncipe era dulce, ameno en el trato y benéfico; y los grandes que simpatizaban con estas calidades estaban por él. Los Tao-ese, siempre dueños del emperador, lograron con sus calumnias hacer el hijo sospechoso al padre, y lograron que el jóven hubiese de pensar en ponerse en salvo. Supo luego el emperador que habia reunido tropas, y mandó á sus generales que fuésen á reducirle. Abandonaron sus partidarios al príncipe, y fué á refugiarse en casa de un zapatero, y ya desesperado, temiendo que hasta en aquel albergue le habian de perseguir sus enemigos, se ahorcó él mismo (91).

Abrió al fin los ojos el emperador con respecto á las imposturas de los Tao-ese. Públicamente reconoció la ilusion en que habia vivido, y bien que era su secta muy numerosa, ordenó que saliesen de sus estados todos los que pertenecian á la misma, bajo pena de la vida. Han-u-ti conocia que se acercaba su fin. Murió á los cincuenta y cuatro años de reinado y á los setenta y uno de edad. «Era un príncipe, dice de Mailla, que tenia talento, y conoció bien el arte de gobernar. Pronto á tomar un partido en los negocios mas árduos, sabia además escoger á los hombres para los empleos. Fué justiciero, y pocas veces perdonó.»

86. (32.° año y-uey, del ciclo 39.°). Han-etchao-ti, hijo de Han-u-ti, fué reconocido sucesor á los nueve años, no obstante la oposicion de Lieu-tan, otro hijo suyo, pretendiendo que era hijo supuesto Han-Etchao-ti. El ayo de este, llamado Ho-uang, le afianzó en el trono. El jóven príncipe, desde sus primeros años, mostró mucha sensatez. No veia con gusto Lieu-tan que Ho-uang administrase sabiamente. Aunque Han-et-chao-ti tenia ya diez y ocho años, todavía no habia tomado el gorro de mayor, segun era costumbre al llegar á esa edad. Satisfecho con el celo y aptitud de su ayo-ministro, siempre iba difiriendo la ceremonia. Con todo, á instancia del mismo Ho-uang, se celebró por fin con desusada pompa. Este emperador murió á los doce años de reinado y veinte y uno de edad sin dejar hijos.

74. (44.° año ting-uy, del ciclo 39.°). Lieu-ho, príncipe de Etchang-y, é hijo de Lieu-pu príncipe de Engai, fué preferido para la corona imperial á Lieu-siu, su deudo cercano, hijo de Han-u-ti, príncipe de Kuang-ling, al que su padre creyó incapaz de regir el imperio. Pero, la eleccion de Lieu-ho fué tan desacertada, como poco juiciosa la exclusion de Lieu-siu. Lieu-ho se entregó á una vida muy desórdenada, y los grandes le quitaron la corona después de un año de reinado, sin que hiciese la menor demostracion para vengar el ultraje de su deposicion.

73. (45.° año vu-chin, del ciclo 39.°). Han-siuen-ti, nieto del príncipe Lieu-uei, fué elevado al trono después de la deposicion de Lieu-ho, como el mas allegado. Antes de ser nombrado emperador se llamaba Hoang-etseng-sun. Estaba casado ya con la princesa Hiu-chi, á la que tambien hizo declarar emperatriz. Esta enfermó, estando en cinta, y abortó, por una póci-

ma que le dió su médico, seducido por Ho-hien, mujer de Ho-kuang. La emperatriz murió, y Ho-hieu pudo lograr que su hijo ocupase su lugar en el año 4.° del reinado de Han-siuen-ti. Cuando Ho-kouang supo el crímen de su mujer, murió de pesar en pocos dias.

Hasta entónces el emperador no habia podido ocuparse en el proyecto que tenia desde su advenimiento al trono de compilar con mejor órden las leyes del imperio, y lo llevó á cabo así que vió asegurada la paz.

Á los diez y nueve años de su reinado, Han-siuenti recibió una embajada de Etchen-yu, ó rey de los tártaros de Yong-nu, para prestarle homenaje y ponerse debajo su proteccion. Muy satisfecho con la adquisicion de un tal vasallo, el emperador fué á recibir al rey tártaro fuera de las puertas de su capital Etchanengan, con un séquito brillantísimo. El dia siguiente, á la hora fijada para la ceremonia, dos príncipes de la familia imperial con muchos grandes, precedidos de la guardia del emperador, fuéron á buscarle, acompañandole luego á un espacioso salon, en el cual se hallaba sentado en su trono el emperador. El rey tártaro se arrodilló é hizo homenaje, invitándole en seguida el emperador á un banquete en el que le trató magníficamente. El paso del rey tártaro fué imitado por varios jefes de otros pueblos de la misma raza, y la mayor parte de la Tartaria se fué sometiendo á los chinos.

El emperador no se hallaba todavía mas que en los cuarenta y dos años de edad, con veinte y cinco de reinado, cuando le arrebató la muerte con dolor de sus pueblos. Como era de natural bueno y pacífico, pocos reinados habia habido tan felices como el suyo. Fomentó las artes útiles, dando personalmente el ejemplo de su cultivo. Como era querido y respetado, sus órdenes se cumplian con exactitud. Es uno de los príncipes mas grandes y bienhechores que tuvo la China.

48. (10.° año quey-yeu, del ciclo 40.°). Han-yuen-ti, hijo de Han-siuen-ti, no tuvo las altas dotes de su padre, bien que fué bondadoso y amigo de la justicia. Se le acusa no obstante de haber tenido sobrada confianza en el eunuco Che-hien al que habia elevado al cargo de primer ministro. El favorito abusó de la privanza para dar los mejores empleos á sus hechuras, destituyendo á los que podian hacerle sombra. Han-yuen-ti murió á los diez y seis años de reinado, dejando el imperio tan tranquilo como le habia recibido de su padre.

32. (26.° año ki-etcheu, del ciclo 40.°). Han-Etching-ti, hijo y sucesor de Han-yuen-ti, habia mostrado desde su infancia mucha aficion al estudio de los kings, ó libros canónicos de los chinos. Pero, los aduladores le distrajeron de ese estudio para tenerle ocupado en vicios. Viendo su padre el cambio de costumbres, vaciló durante mucho tiempo en declararle heredero. Conociólo el hijo, y fué á postrarse á los piés del padre, prometiéndole que volveria al buen sendero. Pero, luego que se vió coronado, se entregó otra vez á la vida disoluta, dejando el cuidado de los negocios á sus tios maternos que abusaron de su autoridad. Inútiles fuéron las advertencias para que se morigerase, pues hasta llegó á no respetar el buen parecer. Con todo en su reinado, que duró veinte y cinco años, no se alteró la paz. El exterior del monarca era noble y majestuoso, y sin embargo le faltaban las calidades que su continente hacia presumir. Murió sin dejar hijos.

7 (antes de Jesucristo) (51.° año kia-yn, del ciclo 40.°) Han-Eugai-ti, príncipe de Ting-tao, sobrino de Han-etching-ti, le sucedió siendo todavía niño, debajo la tutela y regencia de su madre. Envidiosa esta por el favor del ministro Uang-mang durante el precedente reinado, trató de hacerle caer. Sabedor el ministro de sus intrigas, dimitió su cargo. El extraordinario cariño del emperador á un jóven llamado Tong-hien, y su munificencia con el mismo, ocasionaron murmullos y desórdenes. Etching-song, uno de los primeros dignatarios de la corte, se atrevió á hacerse eco del clamor general acerca del favorito; pero, el emperador irritado le hizo formar causa, acusándole de traidor en primer grado. El pueblo respetaba mucho á Etching-song, y no contuvo su cólera al saber que le habian dado tormento en el tribunal, sobreviviendo poco Etching-song á tan cruel tratamiento. El emperador murió á poco tambien en el 6.° año de su reinado, y treinta y cinco de su edad, sin descendencia.

HISTORIA DE ROMA.

PRELIMINARES.

ARGUMENTO DE ESTOS PRELIMINARES.—I. Epoca de la fundacion de Roma.—II. Epoca del establecimiento de la monarquía.—III. Epoca de la expulsion de los reyes.—IV. Año de Rómulo.—V. Año de Numa.—VI. Ciclos de Numa.—VII. Poder dado á los pontífices para añadir un dia intercalar: primer embate dado á los ciclos de Numa.—VIII. Poder de los pontífices de quitar ó añadir intercalaciones: los ciclos de Numa abandonados.—IX. Las intercalaciones regulares tocan á los años civiles impares, y las dobles á los pares correlativos con los años julianos comunes y nó bisextiles.—X. Reforma de Julio César, y correccion de Augusto.—XI. Año consular.—XII. Varios modos de llevar la cuenta de los diferentes años, ya entre ellos, ya con las épocas adecuadas para los cálculos.—XIII. Opiniones sobre la fecha de la fundacion de Roma.—XIV. Calendarios usados entre los romanos antes del establecimiento del de Julio Cesar.—XV. Lista de los nombres poco conocidos de ciertos dias del mes para la inteligencia de los historiadores romanos.—XVI. Observaciones sobre la tabla de los años romanos.—XVII. Tabla de la correlacion del año romano.

Las diferentes épocas que tomaron los romanos para calcular los tiempos, las varias formas dadas sucesivamente á sus años, las maneras diversas que imaginaron para hacerlos concordar con las eras que sirven de fundamento á la cronología universal, son otros tantos elementos de la cronología romana (1).

(1) De tantas controversias ha sido objeto la cronología ó ciencia de los tiempos, que el escepticismo moderno ha llegado á preguntar si habia en realidad una cronología.

No cabe duda de que en la infancia de las sociedades, no pudo conocerse la astronomía, ni fijarse rigurosamente las épocas, y por esto es tan difícil el señalar la fecha positiva en que comienzan los primeros gobiernos de la historia. Nada tiene por cierto de extraño que sea cosa tan árdua, el ordenar una cronología antigua verdadera. T. Livio no nos dice en qué año comenzó á reinar Rómulo, cuya existencia hasta ha sido puesta en duda por los modernos. Pero los romanos no pudieron atreverse á tanto; tenian á la vista sobrados monumentos de sus antiguos reyes para llevar hasta ese extremo el pirronismo, bien que no ignorarán cuan incierta era aquella época, sin que acabase de disipar enteramente todas sus dudas el laborioso y docto Varron. Dionisio de Halicarnaso habia estudiado mejor que T. Livio la

Sus épocas principales son ; la fundacion de Roma, el advenimiento de los reyes, y la expulsion de los mismos. Los romanos se sirvieron del año civil y del año consular; del primero para los negocios públicos, y del segundo para los hechos históricos. El año civil varió de forma tres veces: en tiempo de Rómulo, en el de Numa, y en el de Julio César. De ahí tres calendarios diferentes conocidos con el nombre de cada uno de estos príncipes. El calendario de Rómulo duró hasta Numa, su sucesor, que, hallándole defectuoso, le substituyó el suyo, cediendo este con el tiempo el puesto al de Julio César, que, con pocas variaciones, subsiste todavía en nuestros dias. Bien que, sea este el mas importante, y que deba considerarse como fundamento y vínculo de toda la cronología, el calendario de Numa ofrece muchas dificultades por lo que toca á la cronología romana, y exige una profunda discusion.

El año consular depende del dia en que cada cónsul principiaba en su cargo, asi como el año de los rei-

---

cronología romana, y la comparaba con la griega, que precisamente habia de ser mas exacta, pues los griegos habian tenido buenos astrónomos; y sin embargo, hemos podido echarle en cara el haber confundido la época de la fundacion de Roma con la del reinado de Rómulo.

Hemos puesto el advenimiento de Rómulo á la corona en el 1.º de octubre del 753 antes de nuestra era, y el establecimiento de los cónsules en 9 de junio de 509, formando esto para los siete reinados que llenan este período, un espacio de doscientos cuarenta y tres años con ocho meses y ocho dias. Los que han admitido las reglas de Newton sobre la duracion de los reinados, que en verdad no están tan bien probadas como su admirable sistema del mundo, no admiten estos doscientos cuarenta y tres años, que los sabios, siguiendo á los antiguos autores, han dado á los siete reyes de Roma, quitados los interegnos, siendo de advertir que el interegno entre Rómulo y Numa Pompilio, fué de un año entero. La objecion contra esos reinados, á pesar de que ninguno tiene duracion extraordinaria, no basta para destruir los asertos de los historiadores. Siete reyes de Francia, desde Enrique IV á Luis XVIII, llegaron casi á formar el período de doscientos cuarenta y tres años, y basta recordar acerca de esto, que se encuentran monarcas en la historia con reinados incontestables de mas de cincuenta años. Dicen los escépticos que la regla de Newton es segura en cuanto á los reinos electivos, y que no da á cada rey mas que veinte y un años de reinado; pero los reinos electivos son bastante raros en estos tiempos, y no es fácil fundarse en ellos para emitir sobre esto un fallo definitivo. Los papas son electivos, y Benedicto XIII, Clemente XII, Benedicto XIV, Clemente XIII, Clemente XIV, Pio VI y Pio VII, reinaron casi cien años, sin embargo de haber subido al sólio en edad ya avanzada. Sin duda en Polonia, en donde eran electivos los reyes, siendo los siete últimos Juan Casimiro, Miguel I, Juan Sobieski, Federico Augusto I, Estanislao Leczinski, Federico Augusto II, y Estanislao Augusto, no hay mas que ciento cincuenta años desde 1648, época del advenimiento al trono de Juan Casimiro, hasta 1798, en que falleció Estanislao Augusto; pero, Federico Augusto I y Estanislao Leczinski, reinaron juntos, lo que no sucedió en Roma. Sea como fuere, la duracion de los siete reinados, nada tiene de muy extraordinaria, para que pueda autorizar á negar el testimonio de escritores mas cercanos que nosotros á los acontecimientos. En general, los que se muestran harto escrupulosos acerca de la historia antigua, tan diferente de la nuestra, se exponen á desconocer lo pasado y lo presente.

Debe reconocerse sin embargo, que faltan escritores contemporaneos para los cuatro primeros siglos de Roma, de suerte que, en rigor, carecen de verdadera cronología. Pero, ¿se ha de negar por esto la historia de nuestros primeros reyes, porque al profundizarlos nos hallamos poco mas o menos en el mismo caso?

Generalmente hablando, cuanto mas lejanos están los hechos, mas se alteran los pormenores, y las costumbres difieren de las nuestras, quedando como un esqueleto, lo que sin embargo fué cuerpo viviente. En vez de negar ese cuerpo, conviene reunir las partes disgregadas, y devolverle la consistencia perdida. La buena cronología es para ello el mejor medio.

Condillac prestó un grave servicio al demostrar el lado erróneo de los sistemas en filosofía; ¿diremos por esto que no ha de haber sistema para la cronología antigua, y que todo ha de parecer incierto? La historia antigua ofrece cosas bastante importantes para la instruccion de la posteridad; sus lecciones tienen la ventaja de no agriar á ninguna familia de nuestros tiempos.

Si el órden de tiempos es necesario para fijar convenientemente el de las ideas, es preciso confesar igualmente que es tarea espinosa. En el primer volúmen hemos presentado un cuadro de mas de cien sistemas, pero este parece apoyado en bases mas sólidas. Pero, aquí hemos llegado ya á una época verdaderamente histórica; solo hemos observado que faltaba organizar los 126 últimos años antes de la era cristiana. Tomaremos por base las tablas mas celebradas. Tal vez pudieran hacerse, en cuanto á los tiempos anteriores, algunas observaciones contra las bases que adoptamos, pero la discusion nos conduciria harto lejos. Bastará indicar la obra en que se hallarán ideas algo diferentes, y que merecen mas profundo exámen (véase la tercera edicion del Tácito, traducido por Mr. Dureau de la Malle, tomo VI).

La historia que damos á luz tiene mucho interés y tendremos que rectificar hechos mencionados por distinguidos escritores. Hemos pensado no seguir en un todo el método de Albert. Nos hemos ocupado seriamente en las fechas, objeto principal de la obra, pero hemos procurado interesar al lector con la narracion de los hechos. A lo que debe atenderse principalmente en historia, es á instruir enlazando los acontecimientos, para hacer imitar los altos hechos y evitar los escollos de los que nos precedieron. Faltándonos espacio para completar los dichos ciento veinte y seis años que faltan en los manuscritos compulsados, nos atendremos, en cuanto á los últimos años, á la historia romana que en nuestros tiempos crevier concluyó. Tan propagada está dicha obra, que nos ha parecido supérfluo el tratar del mismo asunto. Ni siquiera hubiéramos emprendido el trabajo de los años que vamos á dar, á no ser porque corresponden á la parte que su autor no hizo mas que bosquejar poco antes de morir, y ordenada por Crevier, que principiaba entónces á entrar prácticamente en trabajos de esa clase; de suerte que exigia una revision mas esmerada. Y lo que mas nos ha movido á ello, ha sido el interés que hay en los dos acontecimientos principales de esa época; la conjuracion de C. Graco, y el establecimiento de los romanos en las Galias. A menudo hemos sentido la necesidad de las tablas que mencionamos en el discurso preliminar: sin duda no es la metrología directamente necesaria para el arte de comprobar las fechas; pero, como los benedictinos fuéron algo mas allá de los límites en sus últimas ediciones, en las cuales nos dieron una verdadera historia, sin duda han reconocido que convenia fijarse acerca de toda clase de medidas que se hallan en la historia; y en verdad que para la antigua es hasta indispensable. Para complemento de nuestras tablas hablaremos de los pesos, acerca de los cuales nos ha parecido debíamos extendernos algo todavía.

De los pesos romanos.—La libra romana, «libra,» era subdividida, como todas las unidades, en doce partes, segun se ha visto ya. Los nombres y correspondencias de los pesos menores eran generalmente las partes del «as;» solo que para la octava parte de la «uncia,» ó mitad del «sicílico,» se servian de la voz griega «dracma,» como para la tercera parte de la «uncia,» ó para dos «séxtulas,» habia la voz «duella.» Los siguientes versos lo expresan claramente:

> Drachmam si gemines, aderit, quem dicier audis
> Sicilicus: drachmæ scriptum si adjecero, fiet
> Séxtula quæ fertur: nam sex his uncia constat.
> Séxtula quum dupla est, véteres dixere duellam.
> PRISCIANUS, v. 20.

De suerte que la libra tenia 12 onzas, la onza 8 dracmas, y esta 3 escrúpulos, cuya division subsiste todavía para la libra medicinal.

Tomando por unidad el escrúpulo, resulta de los versos de Prisciano que tiene

La dracma 3 escrúpulos.
La séxtula, 4 escrúpulos, ó una dracma con un escrúpulo;
El sicílico, 6 escrúpulos, ó 2 dracmas.
La duella, 8 escrúpulos, ó dos séxtulas.
La semuncia, 12 escrúpulos, 2 sicílicos, ó 3 séxtulas, ó 4 dracmas.
La onza, 24 escrúpulos, ó 2 semuncias, ó 3 duellas, ó 4 sicílicos, ó 6 séxtulas, ú 8 dracmas.
La libra, 288 escrúpulos, ó 12 onzas, ó 36 duellas, ó 48 sicílicos, ó 72 séxtulas, ó 96 dracmas.

Comparacion de los pesos romanos con los nuestros.—Subdividida la libra romana en doce partes, estas, segun Paucton (Metrología, pág. 761), deben calcularse por dozavos, dando á la onza 526 granos. El citado autor ha dado tablas basadas sobre ese tipo, pero, vamos á dar otras mas claras.

Se ha dicho que la séxtula era la sexta parte de la onza, y equivalia al «tetragrama» de los griegos. El sabio anticuario Bouteroue, muerto en 1680, hace corresponder este peso á 83 granos nuestros, y opina que el escrúpulo ó grama, equivale á 20 granos 3/4 de nuestro marco. Adoptando su opinion, tendremos que la libra romana pesa 5976 granos,

nados, depende del de la proclamacion de cada rey. Pero, como el dia primero ó inicial del consulado nunca estuvo bien fijo antes del siglo séptimo de Roma, conviene establecer reglas para descubrirle en cada consulado, y determinarle. Se necesitan igualmente reglas para hacer concordar exactamente con el año juliano, ya el año civil, ya el consular, y hacerlos corresponder entrambos, tanto con el año de la fundacion de Roma, como con el de las olimpíadas. Esto vamos á hacer en este discurso, trás del cual pondremos una tabla cronológica, que será como su resultado.

I. Los romanos no estaban muy acordes tocante á la época de la fundacion de Roma, la mas célebre de que en sus cómputos se sirvieron. Tres opiniones hay, las mas comunmente adoptadas: fija la una este acontecimiento en el año tercero de la sexta olimpíada; otra en el año cuarto, y la tercera le fija en el primer año de la séptima olimpíada. Se pretende que los defensores de la primera y segunda opinion creyeron seguir la época de Varron. Los que adoptan la tercera la atribuyen sin fundamento á Caton, el censor, llamándola por lo mismo época catoniana. Nosotros tratamos de demostrar que las tres opiniones se reducen á dos, y que aun cuando pareciere que hay una diferencia de tres años, considerándolo bien, no es mas que de un año: luego veremos de descubrir el falso principio que ha extraviado á los defensores de la época de Caton, haciendo prevalecer de este modo la época varroniana.

La division de las dos épocas en tres opiniones, proviene del diferente método seguido por los autores antiguos para ajustar las olimpíadas al año juliano. Está demostrado por los cálculos de Censorino, que la época de Varron se remonta al año juliano 753 antes de Jesucristo, y por la cronología que sigue Verrio Flaco, y por las pruebas que aduce Dionisio Halicarnasense, se echa de ver, que la época catoniana difiere de la de Varron nada mas que de un año, y que corresponde al año juliano de 752 antes de Jesucristo. Está demostrado además por los eclipses que se hallan en Tucídides, y por los cálculos del mismo Censorino, que la era de las olimpíadas principia en el año juliano de 776 antes de Jesucristo; de lo cual se desprende, al parecer, que la época de Varron, fijada en el año 753 antes de Jesucristo, cae en el año cuarto de la sexta olimpíada; la época de Caton en el primer año de la séptima, y que los que ponen la fundacion de Roma en el año tercero de la sexta olimpíada la hacen corresponder al año 754 antes de Jesucristo, transformando así el órden de toda la cronología; pero, este cálculo no es enteramente exacto.

Como la era de las olimpíadas principió por el solsticio de verano, y como en el mismo solsticio se renovaba cada olimpíada, los seis primeros meses de un año juliano caen en un año de las olimpíadas, y los seis últimos en otro año; de suerte que, los seis meses primeros del año juliano 753 antes de Jesucristo, pertenecen al año tercero de la sexta olimpíada, y solo los últimos seis al año cuarto; como igualmente el año 752 antes de Jesucristo corresponde para los seis meses primeros al año cuarto de la sexta olimpíada, y para los otros seis al año primero de la séptima.

Pero se conviene en que Roma fué fundada el 21 de abril, en las fiestas palilias; luego es evidente que por prevision cronológica su fundacion precede de dos meses al solsticio de verano, que en la época varroniana cae en el año tercero de la sexta olimpíada, y en la época catoniana cae en el año cuarto, y que en ninguna de estas épocas puede corresponder este suceso al año primero de la séptima olimpíada.

Sin embargo, como la fundacion de Roma, fijada en el 21 de abril, solo de dos meses antecede al solsticio de verano, término del año olímpico, han creido algunos autores que podian confundir ambas fechas, y ajustar la fundacion al año de las olimpíadas, el cual volvia á principiar en el solsticio siguiente de verano, como si partieran juntos de un mismo término.

Tal es el modo con que procedió Dionisio de Halicarnaso. Hemos dicho que las pruebas que aduce este autor para establecer la época de Caton, fijan esta época en el mes de abril del año 752 antes de Jesucristo, en el año cuarto de la sexta olimpíada, y con todo, el mismo Dionisio dice que Roma fué fundada en el año primero de la séptima olimpíada (1), y es porque con motivo de la proximidad de esa olimpíada, pone en ella la fundacion, bien que en realidad fuese anterior de dos meses.

---

la onza 498, y el escrúpulo 20 3/4 (Hist. de las monedas por Garnier). Nosotros adoptamos el cuadro siguiente:

Uncia, ó una onza..	498 granos.
Sextans, ó 2 onzas.	996 »
Quadrans, Triunx, ó 3 onzas.	1,494 »
Triens, ó 4 onzas.	1,992 »
Quincunx, ó 5 onzas.	2,490 »
Sexunx, Semis, ó 6 onzas (Semitsis).	2,988 »
Septunx, ó 7 onzas.	3,486 »
Bes, Bessis, Dez, ó 8 onzas.	3,984 »
Dodrans, Nomuncium, ó 9 onzas.	4,482 »
Dextans, ó 10 onzas.	4,980 »
Deunx, ú 11 onzas.	5,478 »
Libra, As, Pondo, ó libra romana.	5,976 »
2 libras romanas (despondius).	11,952 »
3.	17,928 »
4 (Quadrussis).	23,904 »
5.	29,880 »
6.	35,856 »
7.	41,832 »
8.	47,808 »
9.	53,784 »
10.	59,760 »
11.	65,736 »
12.	71,712 »

Basta esta tabla para calcular pesos mayores. Si por ejemplo, se quiere saber la equivalencia de 17 libras 8 onzas romanas, no hay mas que proceder como sigue:

10 libras romanas pesan.	59,760 granos.
7.	41,832 »
8 onzas.	3,984 »
Total 17 libras 8 onzas romanas.	105,576 »

Por otra parte, es sabido que la libra de marco valia, en Francia, 2 marcos, 16 onzas, 128 dracmas, 320 esterlines, 384 dineros ó escrúpulos, 640 óbolos, y 9,216 granos (Metrología de Paucton). Siendo así,

1 onza, peso de marco, vale..	576 granos.
2.	1,152 »
3.	1,728 »
4.	2,304 »
5.	2,880 »
6.	3,456 »
7.	4,032 »
8 onzas, ó un marco.	4,608 »
16 onzas, ó una libra, peso de marco.	9,216 »
2 libras de marco..	18,432 »
3.	27,648 »
4.	36,864 »
5.	46,080 »
6.	55,296 »
7.	64,512 »
8.	73,728 »
9.	82,944 »
10.	92,160 »
11.	101,376 »
12.	110,592 »
13.	119,808 »
14.	129,024 »
15.	138,240 »
20.	184,320 »

(1) Lib. I, pág. 60.

Por consiguiente, en la época de Varron, la fundacion de Roma corresponde, en fecha verdadera, al fin del año tercero de la sexta olimpíada, y en fecha aproximativa, si es dado expresarse así, cae hácia el principio del año cuarto, como en la época de Caton corresponde la fundacion á fines del año cuarto de la sexta olimpíada, y en fecha aproximativa hácia el principio del año primero de la séptima. Así tenemos que las tres opiniones adoptadas al parecer por los antiguos, se reducen solo á dos, y que no difieren mas que en un año. Para decidirse entre las dos opiniones, no creemos necesario engolfarnos en discusiones cronológicas sobrado prolijas; basta descubrir el principio falso que ha dado márgen al error. Consiste en que los defensores de la opinion catoniana han confundido la época en que principió la monarquía en Roma con la fundacion de la ciudad. Dionisio halicarnasense, el mas celoso é ilustrado defensor de esta opinion, emplea, para hacerla prevalecer, un cálculo fundado en parte en la duracion del reinado de los reyes. Su argumentacion se reduce á las bases siguientes: se halla, calculando el reinado de cada rey, que estuvieron gobernando en Roma por espacio de doscientos cuarenta y cuatro años, y está probado por los registros de los censores que Roma fué tomada por los galos ciento veinte y un años después de la expulsion de los reyes, de modo que desde la época del primer reinado, hasta la toma de la ciudad, transcurrieron trescientos sesenta y cinco años, dando el último año por principiado, mas nó completo. Pero casi todos los autores reconocen que Roma fué tomada en el año primero de la olimpíada 98, que corresponde al año 389 de las olimpíadas, contando tambien el último año por principiado y nó fenecido; síguese de ahí que Roma se fundó en el año 24 de las olimpíadas, que corresponde al año cuarto de la sexta olimpíada, constando, como saben todos, de cuatro años cada olimpíada. Así raciocina nuestro autor, y véase como una de las bases principales de su cómputo está fundada en la época del gobierno de los reyes.

Pero, si el establecimiento de la monarquía, aunque perteneciente al mismo año que la fundacion de la ciudad, no corresponde al mismo mes, si este establecimiento es posterior, será posible que caiga entónces en otro año griego diferente del de la fundacion, y por exacto que fuese por otra parte el cálculo de Dionisio, habria equivocacion en su punto de partida. Supongamos en efecto que, segun lo probaremos en el próximo capítulo, la época de la monarquía correspondia al 1.° de octubre, es claro que perteneciendo la fundacion de la ciudad al 21 de abril, el principio de la monarquía y la época de la fundacion no pueden coincidir en un mismo año olímpico, y es claro que, coincidiendo el establecimiento de la monarquía, segun el mismo Dionisio, en el año cuarto de la sexta olimpíada, la fundacion debe pertenecer al año tercero de la misma.

Este error, que á primera vista parece reducirse á algunos meses, poniendo la fundacion en el 1.° de octubre en vez del 21 de abril, no pudo quedar circunscrito á este intervalo, llegando á ser de un año entero. Los autores que, fundándose en los reinados, han fijado la fundacion en el año cuarto de la sexta olimpíada, sabian que la fundacion fué en el 21 de abril, pues todos los años se celebraba en Roma una fiesta solemne que fijaba aquella de un modo seguro; pero habia ya pasado el mes de abril, cuando principió, hácia el solsticio de verano, el año de las olimpíadas correspondiente á la institucion de la monarquía, y solo el mes de abril del año siguiente correspondió á este año griego; de modo que, para hacer caer la fundacion de Roma en el año olímpico correspondiente al establecimiento de la monarquía romana, y hacer coincidir ambos sucesos, se han visto obligados á retrasar á uno y otro hasta el 21 de abril siguiente, alterando así de un año entero la época de la fundacion.

Tal fué el orígen de la equivocacion en que incurrieron los defensores de la época catoniana. Les pareció que la fundacion de Roma y el establecimiento de la monarquía coincidian y habian de llevar una misma fecha. La distincion de los dos acontecimientos restablece las cosas en su órden, y da á la época de Caton la preferencia que le es debida. Ahora nos ocuparemos en esta distincion.

II. Roma no tuvo rey el mismo dia en que fué fundada, y entre la fundacion de la ciudad y la eleccion de Rómulo hubo un intervalo. La fundacion se cuenta desde el dia en que habiendo Rómulo, consultado los auspicios y ofrecido sacrificios á sus dioses, señaló con el arado el recinto que debia tener la nueva ciudad, é hizo dar principio á los cimientos por el pueblo. Esta ceremonia tuvo lugar, segun hemos dicho, en el dia de las palilias (1); pero, Rómulo no fué elegido rey, ni siquiera consultó con sus compañeros la forma de gobierno que habia de establecerse, hasta que estuvieron hechos los fosos, murallas y habitaciones mas necesarias para albergar á la gente que habia reunido (2). Ahora bien, todo esto no pudo llevarse á efecto en el mismo dia en que se abrió el surco que indicaba la extension que habia de tener la ciudad. Rómulo ni aun aceptó el trono luego que le fué ofrecido; todavía quiso consultar de nuevo á los auspicios y á los dioses; y solo después de esta segunda ceremonia fué declarado rey (3). Todo esto demuestra que la institucion de la monarquía es posterior á la fundacion.

Tampoco es posible además auxiliar con la historia la época de Varron, si no se admite un intervalo entre la fundacion de Roma y el establecimiento de la monarquía.

Es un hecho cierto que Rómulo reinó treinta y siete años, muriendo entrado ya el treinta y ocho de su reinado (4). Tambien lo es que su muerte acaeció en el dia de las nonas, 7 de julio romano (5). Y por fin, es tambien cierto que el dia de la muerte de Rómulo hubo un eclipse de sol (6), y las tablas astronómicas ponen este eclipse en el 26 de mayo juliano del año 715 antes de Jesucristo. Pues bien, si hubiese principiado á reinar en el 21 de abril del 753 de la misma era, dia de la fundacion de Roma, Rómulo hubiera muerto á los treinta y ocho años completos de reinado, y entrado ya al treinta y nueve, tanto si se cuenta por el cómputo romano, como si se hace por el juliano; y sin embargo la historia toda atestigua que Rómulo no reino mas que treinta y siete años cabales: luego su reinado empezó, después del 7 de julio romano, el 26 del mayo juliano del año 753 antes de Jesucristo, y por consiguiente hubo un pe-

(1) Dionisio Halicar. lib. I, pág. 75.
(2) Dionisio lib. II, pág. 78.
(3) Ibidem. pág. 80.
(4) Ibid. lib. II, pág. 119. Livio lib. I, cap. 21. Plutarco en Rómulo, pág. 37. Eutrop. edicion de Paris del año 1560. La edicion de este historiador hecha en Oxford, dice lo mismo, y solo las ediciones alteradas de Eutropio dan á Rómulo 58 ó 59 años de vida. Solino, cap. I.
(5) Plutarco en Rómulo, pág. 34. El mismo en Numa, página 60; y Solino en el capit. I.
(6) Dionis. lib. II, pág. 119. Plutarco en el lugar citado. Floro lib. I, cap. 1. Ovidio, lib. II, de los Fastos, verso 491.

ríodo intermedio entre la fundacion de Roma y el establecimiento de la monarquía.

Rómulo fué declarado rey hácia el 1.° de octubre romano del mismo año de la fundacion de la ciudad, y poco mas ó menos en la misma fecha debe fijarse la época del reinado de los monarcas. En el mismo Dionisio hallamos la prueba de esto, pues, dice así el historiador (1): «después de subsistir la monarquía en Roma por espacio de doscientos cuarenta y cuatro años, degeneró en tiranía con el último rey, y por lo mismo la destruyeron los romanos en el principio de la olimpíada sexagésimaoctava, en la que fué proclamado vencedor en los juegos Ysómaco de Crotona, siendo Iságoras magistrado anual de Atenas. Proclamado el gobierno de los mejores (el republicano), y faltando todavía cerca de cuatro meses, para que concluyese aquel mismo año, fueron nombrados cónsules para gobernar en lugar del rey L. Junio Bruto y L. Tarquino Colatino.» Todo consiste en saber ahora cuál era el año al que faltaban estos cuatro meses.

Aquí Dionisio toma por punto de partida tres clases de años: el año griego de las olimpíadas, el año de la fundacion de Roma, y el año contadero desde el dia en que se instituyó en la misma la monarquía. En este pasaje nuestro historiador hace referencia á estas tres clases de años, hasta de la última; pues, sentando que la monarquía habia durado doscientos cuarenta y cuatro años, necesariamente debia referirse á la época de su establecimiento. Finalmente, tambien seria posible que Dionisio hubiese tomado por tipo ó por término el año civil de los romanos, y como para historiadores de Roma no hay mas normas que seguir que las que tenemos enunciadas, veamos á qué clase de años se refiere Dionisio cuando dice que faltaban cuatro meses al año cuando fué abolida la monarquía. Estos meses no podian faltar al año griego, pues el autor dice expresamente que esto acaecia en el principio ó á principios de la olimpíada, «initio sexagesimæ octavæ olympiadis,» y en otro lugar (2) dice que estaba próximo el año primero de la olimpíada, «circa primum annum octavæ et sexagesimæ olympiadis.» Ahora bien, no puede darse un hecho que suceda en el principio de la olimpíada, y que diste del mismo principio cuatro meses; luego los cuatro meses no faltaban al año griego, segun el texto del mismo Dionisio. Tampoco podian faltar estos meses al año de la fundacion de Roma, ni al año civil, pues en estas dos suposiciones, la expulsion de los reyes se hubiera verificado hácia el 21 de diciembre, separado de cuatro meses del 21 de abril, dia de la fundacion de Roma, ó en los meses de setiembre ú octubre, muy distantes tambien del 1.° de enero, época en que da principio el año civil. Así pues, adóptese el mes que se quiera, lejos de corresponder este suceso al principio del año de las olimpíadas, hubiera estado muy lejano del mismo. Por otra parte, dice Dionisio, que casi corresponde al principio del año primero de una olimpíada; luego no pudo entender el autor que los cuatro meses faltasen al año de la fundacion, ó al año civil.

Queda tan solo el año del establecimiento de la monarquía; y puesto que es el único al que puedan faltar los cuatro meses cuando la expulsion de los reyes, por fuerza Dionisio se referiria al mismo. Hasta se echa de ver porqué este autor quiso explicarse exactamente tocante al número de meses. Como acababa de decir que la monarquía habia durado doscientos cuarenta y cuatro años, temió sin duda que no se contase luego por años cabales, y se diese de este modo á la monarquía una duracion mayor que la que resulta del tiempo de cada reinado conservado por la historia. Por lo mismo, y á fin de evitar confusion, creyó debia decir que eran años corrientes, añadiendo que al último le faltaban cuatro meses. Síguese de aquí que el año del primer reinado tuvo principio el 1.° de octubre: en efecto, expulsados los reyes, segun Dionisio, casi á principios de la olimpíada, y empezando cada una hácia el solsticio de verano, tenemos que, si al año de la monarquía le faltaban cuatro meses para dar fin, segun se ha probado, debia terminarse poco mas ó menos en el 1.° de octubre, que se halla cuatro meses después del mismo solsticio. Además, vamos á probar con otros datos en el próximo capítulo, que la expulsion de los reyes sucedió en el 1.° de junio; y así tendremos con mas evidencia todavía que el año al que faltaban cuatro meses concluia hácia el 1.° de octubre, fecha que no puede cuadrar, es preciso repetirlo, con el año civil, ni con el año de la fundacion, ni con el año griego, y que solo con el año del establecimiento de la monarquía puede venir bien. Fijándose en esta época, se concilia fácilmente la fecha de la muerte de Rómulo indicada por el eclipse con los límites prescritos por la historia á la duracion de su reinado. Elevado Rómulo al trono hácia el 1.° de octubre romano del año 753 antes de Jesucristo, y muerto en el 7 de julio del año 715 de la misma era cristiana, ese monarca no reinó mas que treinta y siete años cabales, falleciendo antes de concluir el treinta y ocho, y sin embargo, corresponde su muerte al año 39 de la fundacion de Roma, habiendo concluido el 38 en el 21 de abril anterior, época de la fundacion.

III. La misma divergencia se encuentra entre los autores latinos sobre la época de la expulsion de los reyes que sobre la de la fundacion de Roma. Viendo unos que los Fastos señalaban el 24 de febrero con la nota de «regifuga,» han creido que esta era la verdadera fecha de la expulsion de los reyes; pensando otros que el mismo acontecimiento estaba designado con otra nota de los Fastos en el 24 de mayo. Verrio Flaco habia adoptado la primera opinion, y tal vez él fué el primero en emitirla. Ovidio hace memoria de las dos y parece indeciso sobre su preferencia. Después de haber tomado el dia «regifuga» del mes de febrero por el en que fueron expulsados los reyes (1), dice al explicar las fiestas del mes de mayo, que la que cae en el 24 del mismo recuerda, ó una costumbre sagrada, ó la expulsion (2). Una ceremonia, religiosa y política á un tiempo, que se celebraba en Roma varias veces al año, y que aun cuando en algo pudiera inducir á creer que se referia á la expulsion de los reyes, no era sin embargo así, dió lugar á estas opiniones. Aboliendo los romanos la monarquía, no pretendieron á buen seguro atacar en lo mas mínimo la religion, y como habia ciertos sacrificios que los reyes habian hecho siempre propios, por decirlo así, de su prerogativa, instituyeron un rey para desempeñar este cargo en bien del culto público (3); pero celosos de la libertad, nó solo sometieron ese rey al gran pontífice; nó solo no le permitieron desempeñar ninguna magistratura, ni arengar en ninguna ocasion al pueblo, ni aun parecer en el foro, excepto en los dias señalados para ejercer su ministerio religioso.

(1) Lib. v, pág. 277.
(2) Lib. i, pág. 61.

(1) Ovidio, lib. ii, Fastos, verso 685.
(2) Id. lib. v, Fast. verso 727.
(3) Dionis. lib. iv, pág. 269 y lib. v, pág. 278. Livio. lib. ii, cap. 2.

sino que hasta le obligaron, cada vez que iria á funcionar, á huir precipitadamente á vista de todos luego de terminado el sacrificio, quitando de delante del pueblo aun la sombra de rey (1).

Esta era la huida á la que los romanos daban el nombre de «regifuga,» y esta era la que designaban los Fastos en el 24 de febrero. Puede verse en Festo ó Festus (2) que la equivocacion de Verrio Flaco, quien, segun hemos dicho, creyó que la nota de «regifuga» del 24 de febrero significaba la expulsion de Tarquino, está demostrada por Cincio en el libro de los Fastos, y por Julio en el segundo libro de las Fiestas, diciendo ambos que en aquel dia los sacerdotes y sacerdotisas salianes acompañan solemnemente al rey sacrificador á la plaza, y que el rey se escapa luego de haber sacrificado. Tenemos, pues, que solo en virtud de una antigua costumbre religiosa iba el rey sacrificador al foro; huia porque así lo tenia prescrito, y esa «regifuga ó regifugio» nada tenia que ver con la época de la expulsion de los reyes. Cuando echaron de Roma á Tarquino, ¿fué acaso con aparato religioso? ¿Habria celebrado algun sacrificio público el mismo dia de su expulsion? Por lo demás, la autoridad de L. Cincio citada por Festo es de gran peso. Jurisconsulto, historiador y pretor romano durante la guerra de Aníbal, es casi de dos siglos mas antiguo que Verrio Flaco, gramático del tiempo de Augusto y de Tiberio. Las demás notas que Ovidio vió en los fastos, y que fueron causa de su incertidumbre acerca de la verdadera fecha de ese suceso, tampoco se refieren á él. Las ceremonias religiosas de que estaba encargado el rey sacrificador no estaban limitadas al 24 de febrero; tambien sacrificaba en público el 24 de marzo y el 24 de mayo, y aunque la nota en los fastos de estos dias no trae la voz «regifuga,» la indica claramente, dejando suponer que en esos dias el rey huia tambien precipitadamente.

Explicando Varron (3) las cuatro letras iniciales de que se compone esa nota, dice que significan: «Quando rex comitiavit, fas.» Cuando el rey ha concluido en el foro, el dia deja ya de ser nefasto. Los romanos tenian la costumbre de suspender todo trabajo, hasta el de los tribunales, durante cualquier acto religioso, y luego de concluido se permitia trabajar otra vez, y el dia, de nefasto, pasaba á ser fasto. Así sucedia con el 24 de marzo y el 24 de mayo, con motivo de los sacrificios que el rey hacia, y como cada vez que el rey parecia en la plaza tenia que huir, claro está que eran tambien dias de regifugio. Por lo mismo, habiendo Ovidio tomado la fuga del rey sacrificador por símbolo de la expulsion de los reyes, y viendo la fuga señalada é indicada en varios dias del año, no acertó á fijar el dia en que fué echado Tarquino, poniendo indistintamente el suceso en cada uno de los dias en que el rey iba á la plaza. Pero, en todos esos dias no se representa mas que una ceremonia religiosa, acompañada de las mismas circunstancias que las del regifugio del 24 de febrero; y ni Ovidio ni Verrio Flaco dieron con la fecha verdadera de la expulsion de los reyes.

Sin embargo, solo combatimos la segunda opinion de Ovidio para mayor exactitud, pues el 24 de mayo es una fecha que dista tan poco de la verdadera, en lo tocante á la expulsion de los reyes, que solo el interés de la verdad absoluta nos mueve á sujetarla á discucion. Nuestro objeto solo es el de rechazar la flecha del 24 de febrero, demostrando que trastornaria el órden de los tiempos y de los sucesos.

Dice Macrobio (1) que, segun algunos autores romanos, el mes de junio habia recibido el nombre de Junio Bruto, el cual, habiendo expulsado á Tarquino en aquel mes, es decir, por las calendas de junio, ofreció á la diosa Carna, en el monte Celio, el holocausto que la tenia votado. ¿Es el 1.° de junio el dia de la expulsion de los reyes, ó dia de sacrificar á los dioses? Esta es la duda que encuentran en el pasaje de Macrobio, y Ovidio robustece la duda (2), poniendo en 1.° de junio la fiesta de la diosa Carna, infiriéndose al parecer de esto, que Macrobio no quiso señalar el 1.° de junio como fecha de la expulsion, sino como dia de sacrificio. Pero, el antiguo calendario nos saca de dudas para la interpretacion de Macrobio. Segun aquel antiguo calendario (3), cuya autoridad es á buen seguro mayor que la del poeta, el sacrificio á la diosa Carna se hizo el 2 de junio. Luego el dia de las calendas de junio no es el mismo del sacrificio; solo puede indicar que de la fecha de la expulsion y del pasaje de Macrobio, combinado con el calendario, se desprende lo siguiente: Bruto echó fuera á Tarquino el 1.° de junio, y al dia siguiente fué á dar gracias á los dioses, quedando así aclarado que las calendas de junio son la verdadera fecha de la expulsion de los reyes.

Dice Dionisio (4) que los reyes fueron expulsados hácia el principio del año griego. Las calendas de junio coinciden casi con esta época, y sígase el sistema que se quiera tocante á la correspondencia del año de los romanos con el juliano, siempre tendremos que se hallará harto distante el mes de febrero, que era á la sazon el último mes del año romano. En efecto, la hipótesis mas favorable para los defensores de la opinion que pone la expulsion de los reyes en el 24 de febrero, hace caer este dia (el 24 de febrero romano) en el 14 de marzo juliano, distante mas de tres meses del solsticio de verano, y segun las bases que hemos tomado para la formacion de nuestra tabla cronológica, el 1.° de junio romano corresponde al 30 de mayo juliano y está muy próximo al solsticio.

Si hubiesen echado á Tarquino y hecho cónsul á Bruto el 24 de febrero, Bruto, que, segun refiere Plutarco, fué muerto la víspera de las calendas de marzo (5), no hubiera podido ver la cosecha del trigo, y sin embargo no puede caber duda en que durante el consulado de Bruto la hubo en Roma. Bruto mandó arrojar al Tíber, trillados unos y en espiga otros, trigos de un campo de Tarquino (6). ¿Cómo hubiera encontrado Bruto trigo en las eras, si, nombrado cónsul á 24 de febrero romano (14 de marzo juliano), murió el dia antes de las calendas de marzo, es decir, á 16 de abril juliano? Pero si Bruto fué nombrado cónsul el 1.° de junio romano (30 de mayo juliano), su muerte acaecida el año siguiente no impidió que pudiese ver la cosecha durante el consulado.

Cuando Tarquino fué expulsado, estaba sitiando á Ardea, cuyo sitio tanto hacia ya que duraba, que el ejército estaba dispuesto á rebelarse (7). Si esto hubiese acontecido á 24 de febrero romano, ó sea 14 de marzo juliano, ¿de qué fatigas hubiera podido quejarse el ejército? Los romanos entraban en campaña lo mas

(1) Plutarco. Quæst. Rom. pág. 279.
(2) En la voz «regifugium.» pág. 187.
(3) De L. L. l. v, p. 35. Q. R. C. F. Festo en el lugar citado.

(1) Lib. I, Saturnal. cap. 12.
(2) Lib. VI, Fast. verso 101.
(3) Calendarium. vetus inter accel. L. L. pág. 1387.
(4) Véanse los pasajes citados en las notas suyas del capítulo precedente.
(5) Plutarc in Poplicola pág. 131.
(6) Dionisio. lib. v, pag. 288. Livio dice lo mismo en el libro II, capítulo 5.° y Plutarco en Poplicola pág. 100.
(7) Dionisio, lib. IV, pág. 261 y Livio lib. I, cap. 57.

pronto á fines de febrero juliano; ¿y quince dias de guerra los habian de cansar hasta tal extremo? Pero, estando, segun nuestros cálculos, á 1.° de junio romano, ó 30 de mayo juliano, entónces tendremos que el estío podia tener ya tres meses de duracion y se conciben los murmullos del soldado.

Tambien en Dionisio se encuentra una respuesta que Junio Bruto dió á una diputacion del Senado cuando la primera retirada del pueblo al monte Sacro. Enumerando aquel plebeyo ante los patricios cuanto habia hecho el pueblo desde la expulsion de Tarquino, en defensa de la libertad comun, les dijo que el pueblo contaba ya diez y siete años (1) de luchas y de fatigas. Esto supone que hacia ya diez y seis años cabales que los reyes habian sido echados, y que habia principiado ya el año 17.° Es cierto que en la época de Varron la expulsion de los reyes cae en el año de Roma 245, y que la primera retirada del pueblo y la respuesta de Bruto son del año 261. Por lo que hace al mes en que Bruto respondió á los enviados del senado, el mismo Dionisio nos dice que el pueblo estaba todavía en el monte Sacro cuando esa respuesta (2), no volviendo á Roma hasta el 10 de diciembre romano (3), dia en que procedió á la eleccion de los primeros tribunos; de suerte que la respuesta se dió antes del 10 de diciembre romano. Si los reyes hubieran sido echados el 24 de febrero del año 245, no hubiera corrido el año 17.° cuando dió Bruto su respuesta, antes del mes de diciembre del año 261. Siendo en aquellos primeros siglos el mes de febrero el último del año, el mes de diciembre hubiera sido el onceno mes del año 16.°, y el 17.° no habria empezado hasta el 24 del mes siguiente, que era el 10 de febrero; pero, poniendo, como lo hacemos, la expulsion de los reyes en el 1.° de junio del año 245, el año 17.° despues de la expulsion empezó el 1.° de junio del año 261, y el el mes de diciembre es el 7.° de ese año 17.° Por tanto, no puede ajustarse la fecha de Dionisio con la época de Varron sino fijando la expulsion en un mes anterior á los meses de diciembre y de febrero. Lo mismo sucede con el modo de contar de Dionisio, aunque siga la época de Caton. Retrasando de un año la fundacion de Roma, retrasa igualmente todos los sucesos posteriores, y hace corresponder la expulsion de los reyes al año de Roma 246 de Varron, y la retirada del pueblo al año 262, de donde resulta la misma imposibilidad de hallar el año 17.° entre esos dos acontecimientos, si se quiere sostener que los reyes fuéron echados el 24 de febrero. Así pues, es evidente que la expulsion no fué en el 24 de febrero, que es fecha inconciliable con la historia y los autores antiguos, y que en las calendas de junio ha de ponerse la verdadera fecha de que se trata.

Plutarco no dice que los primeros cónsules entrasen á ejercer su cargo el 1.° de enero, solo habla de esta opinion sin admitirla, como es fácil convencerse de ello por su texto (4).

Por lo que hace al año en que fuéron echados los reyes, bastan ya para fijarle las bases que hemos sentado. Expulsados los reyes el 1.° de junio del año 244 de su dominacion, y no habiendo comenzado á reinar hasta el 1.° de octubre del primer año de la fundacion de Roma, tenemos que su expulsion recae en el 1.° de junio del año 245 después de esa fundacion; y para fijar aun con mas precision esta fecha, decimos que los reyes fuéron expulsados doscientos cuarenta y tres años y ocho meses romanos después de la época de su reinado, y doscientos cuarenta y cuatro años, un mes y nueve dias romanos después de la fundacion de Roma.

IV. Rómulo adoptó en su nueva ciudad el año que seguian los pueblos, de quienes se hallaba rodeado, y entre los cuales habia nacido. Estaba compuesto de 304 dias, repartidos en diez meses (1). Los seis tenian 30 dias cada uno, que se llamaban cavos ó incompletos, y los otros cuatro tenian 31 dias y se llamaban meses plenos (2). Como se echa de ver los unos eran pares y los otros impares, favoreciendo esta diversidad las ideas supersticiosas, pues los antiguos atribuian al número impar grande eficacia, teniéndole por de buen agüero.

El primer mes era el de marzo (3). Aquellas naciones belicosas quisieron consagrarle al dios de la guerra. Se cree (4) que el mes de abril tuvo este nombre por caer en la estacion en que la tierra se abre para prodigar sus dones, que mayo fué dedicado á la ancianidad, á los mayores, junio á la juventud. Los demás meses recibieron el nombre segun el órden de su colocacion que era el siguiente (5):

Marzo.	31 dias.
Abril.	30
Mayo.	31
Junio.	30
Quintilis.	31
Sextilis.	30
Setiembre.	30
Octubre.	31
Noviembre.	30
Diciembre.	30
	304 dias.

Año tan irregular, y que no estaba proporcionado con las revoluciones de la luna ni con el curso del sol, no hubiera podido dirigir á los pueblos que le habian adoptado, si no hubiesen imaginado medios para corregir su defectuosidad; añadiéronse dias y meses, y como esas añadiduras, de que tendremos que hablar mucho, se hacian por pregon á fin de que lo supiera el pueblo, llamábanlas intercalaciones, del verbo caleo, que significaba «llamar, juntar». Dice Censorino (6) que todas las naciones reducian con esas mismas añadiduras su año civil al natural. Licinio Macer supone que Rómulo fué el primer autor de las intercalaciones romanas (7). Refiere Macrobio que (8) cuando el año estaba harto desconcertado, Rómulo dejaba pasar los dias necesarios para restablecerle, segun el órden de las estaciones, sin agregarlos á ningun mes, y ahora vamos á demostrar que en efecto ya Rómulo hizo intercalaciones.

Fúndase nuestra prueba en el eclipse que coincidió con la muerte de aquel rey, y de la que hemos hablado (9). Si Rómulo no hubiese intercalado, dejando

(1) Idem lib. VI, pág. 400.
(2) Dionisio, Ibid. pág. 394 y siguientes.
(3) Ibid pág. 410.
(4) Quæst Rom. pág. 268.

(1) Ovid. lib. I, Fast. v. 27. Solino, cap. 1.° pág. 4. Censorino de die natali, cap. 20. Macrob. lib. I. Satur. cap. 12.
(2) Censorino, en el lugar citado.
(3) Ovid. lib. III, Fast. 75. Pompeyo Festo, lib. XIII, página 224.
(4) Varron lib. V, pág. 35. Censorino cap. 21. Macrob. capítulo 12. Los dos últimos añaden otras etimologías que atribuyen sus nombres á Venus, á Maya, á Juno y aun á Junio Bruto.
(5) Macrob. Censorin. Solin. Ibid.
(6) Cap. 20.
(7) Macrob. cap. 13.
(8) Id. cap. 12.
(9) Cap. 2.°; y principalmente las notas 4 y 5 del mismo

los años en su brevedad, los treinta y siete de su reinado que le da la historia, reducidos á trescientos cuatro dias cada uno, no hubieran sumado mas que treinta y un años con doscientos ochenta y tres dias julianos; y Rómulo elevado al trono en el año 753 antes de la era cristiana, lejos de llegar al año juliano de 715 antes de la misma era, habria muerto ya seis años antes. Sin embargo, no cabe duda en que Rómulo vivió hasta el año 715 de Jesucristo, época del eclipse que coincidió con la muerte del mismo, luego se hace indispensable dar á Rómulo cuarenta y cuatro años romanos de reinado, ó reconocer que alargó los años, añadiendo dias y meses. La historia no nos permite prolongar así el reinado de Rómulo: y el eclipse nos obliga á convenir en que los años romanos de su reinado tuvieron intercalaciones que los igualaron con los años julianos. El eclipse nos enseña al mismo tiempo la correspondencia del año romano con el juliano cuando murió Rómulo. Hemos probado en otro lugar (1) que Rómulo murió el 7 de julio romano, y el eclipse hace corresponder esta fecha al 26 de mayo juliano; luego el año romano adelantaba al juliano cuarenta y dos dias cuando murió Rómulo; es decir, en el año 715 antes de Jesucristo.

Esto es lo que se sabe de positivo acerca de la cronología de su reinado. No puede saberse cuál era la correspondencia del año romano con el juliano cuando la fundacion de Roma, ni cuál era su concordancia ó discordancia durante todo el reinado. Rómulo no se habia prescrito ninguna regla fija para sus intercalaciones; eran arbitrarias, y seguian las circunstancias. Lo único que hacia, segun Macrobio, era añadir dias para que los meses correspondiesen á las estaciones, y no hay mas principio que este para guiarnos cronológicamente durante el mismo reinado.

V. Queriendo Numa que el año romano concordase mejor con el curso de los astros, tomó por modelo el año de que se valian la mayor parte de los pueblos griegos, bien que no siguió exactamente todas sus proporciones y medidas.

Los griegos, para equiparar su año al curso de la luna y á sus doce revoluciones, le habian compuesto de trescientos cincuenta y cuatro dias, dividiéndole en doce meses. Numa adoptó estas dos reglas; mas, pareciéndole funesto el número par que formaba el año griego, añadió un dia, é hizo el año romano de trescientos cincuenta y cinco dias (2).

Para dividirle en doce meses como el griego, quitó un dia de cada uno de los seis meses pares del año de Rómulo, y juntándolos con los cincuenta y un dias mas que tenia que añadir, los dividió en dos nuevos meses: enero, compuesto de 29 dias, y febrero de 28. De este modo, el número de dias del año y de cada mes fué impar y de feliz aguero, excepto el mes de febrero que, destinado como estaba para ceremonias lúgubres, tenia un dia menos, y contenia el número funesto (3).

El mes de enero, dedicado á Jano, dios del tiempo, fué el primer mes del año, y nunca ha salido del lugar que le dió Numa. El mes de febrero, destinado para las purificaciones, y consagrado á los dioses Manes, habia sido puesto por Numa á lo último del año; pero los decemviros, en el año 303 de Roma, le colocaron despues del primero, habiendo quedado desde entónces el segundo en vez del postrero (1). La distribucion de meses y dias en las dos épocas se hizo del modo siguiente:

En tiempo de Numa.		En el de los decemviros.	
Enero.	29	Enero.	29
Marzo.	31	Febrero.	28
Abril.	29	Marzo.	31
Mayo.	31	Abril.	29
Junio.	29	Mayo.	31
Quintilis.	31	Junio.	29
Sextilis.	29	Quintilis.	31
Setiembre.	29	Sextilis.	29
Octubre.	31	Setiembre.	29
Noviembre.	29	Octubre.	31
Diciembre.	29	Noviembre.	29
Febrero.	28	Diciembre.	29

Mas, por proporcionado que estuviese este año á las revoluciones de la luna, no podia seguir el curso del sol ni el órden de las estaciones. Los griegos habian aplicado un correctivo exacto á ese inconveniente; porque, como su año, reducido á trescientos cincuenta y cuatro dias, era once dias y seis horas mas corto que la revolucion trópica, y como, por el quebrado de las seis horas no era posible hacer cada año una intercalacion exacta, habian establecido que cada ocho años se añadirian noventa dias que resultaban de los once dias y seis horas que faltaban á cada año (2), y siendo lunar su año por los meses, se hacia solar por medio del embolismo, que así llamaban los griegos á la intercalacion.

Tambien Numa echó de ver la necesidad de intercalar con precision y con órden; pero, olvidando que, preocupado con el número impar, el año que habia formado tenia un dia mas que el griego, dió á sus intercalaciones el mismo número de dias que los griegos, diferenciándose del embolísmico nada mas que en el órden. Cada dos años Numa hizo intercalar 22 y 23 dias, de suerte que el año intercalar solo constaba de 377 dias, ó de 378, y que el año romano medio tenia un dia mas que el año solar (3). Seguíase de esta primera institucion de Numa, que como cada año romano medio era un dia mas largo que el año astronómico, y debia irse alejando poco á poco del órden de las estaciones, y hacer que pasasen sucesivamente á la primavera y verano los meses arreglados al principio para el otoño é invierno.

La institucion tenia igualmente por consecuencia el hacer que los años romanos fuesen alternativamente comunes é intercalares: el año comun no comprendia mas que los 355 dias y los 12 meses que formaban en algun modo su constitucion fija; y el año intercalar constaba de 22 ó 23 dias mas, segun cuál era la intercalacion, teniendo un mes mas llamado intercalar por los latinos, aunque Plutarco le llama merkedonio. La intercalacion de 22 dias la llamaremos sencilla, y doble la de 23.

Finalmente, Numa prescribió que las intercalaciones se hiciesen siempre entre el 23 ó 24 de febrero (4), pasada la fiesta de los TERMINALES. Luego se quitaban cinco dias que quedaban de febrero, para que marzo siguiese inmediatamente. Se cree tambien que los añadian al mes intercalar (5). En este sentido se ha dicho que el mes intercalar se componia de 28 dias, y en efecto era así cuando la intercalacion era doble.

Conviene saber cuándo tuvo principio ese calen-

(1) Cap. 2.º y nota 3.
(2) Censorino, De die natal, cap. 20. Macrob. lib. 1. Saturn. cap. 13. Solin. cap. 3.º
(3) Censor. ibid. Macrob. ibid. Plutar. en Numa, pág. 72. Ovid. lib. 1, Fast. verso 43.

(1) Ovid. lib. II, Fast. v. 49.
(2) Macrob. cap. 13.
(3) Macrob. ibid. Véase tambien á Plutarco en la vida de Numa.
(4) Censorino, cap. 20. Macrob. ibid.
(5) Varron, lib. V, pág. 32. Macrob. ibid.

dario que dió á la cronología romana otros principios y un órden nuevo. Hallamos en Tito Livio (1) que desde los primeros dias de su reinado, Numa se propuso el acostumbrar á la observacion de las leyes á un pueblo maleado y encrudelecido por guerras continuas. Después de erigir á Jano un templo destinado á señalar las épocas de guerra ó de paz, segun que estuviese abierto ó cerrado, instituyó sus leyes políticas y religiosas reformando ante todo el calendario trás de lo cual, añade Tito Livio (2) creó los sacerdocios. De suerte, que el calendario de Numa es casi tan antiguo como su reinado, precediendo á la institucion de los sacerdotes y de sus colegas.

Elevado Numa al trono el año 40 de la fundacion de Roma, pudo construir el templo en aquel año y en el siguiente, y negociar además la paz con los enemigos de los romanos, pudiendo estar ya en vigor su calendario en el 42. No puede señalarse fecha mas reciente. Los sacerdotes salianos fueron creados, segun Plutarco (3), en el octavo año del reinado de Numa; y se halla en Dionisio halicarnasense (4), que esa creacion fué de las últimas que hizo, ocupando el sexto lugar en los comentarios y establecimientos religiosos del mismo rey. Finalmente, dice Plutarco (5) que Numa instituyó sacerdotes de Júpiter, de Marte y de Rómulo, desde el principio de su reinado; y puesto que el calendario era anterior á todas las creaciones sacerdotales, debe remontarse á los primeros años de su reinado.

Al reformar Numa el calendario, puso el principio del año en el solsticio de invierno (6) y como los antiguos ponian los puntos de los solsticios y de los equinoccios en el octavo grado de los signos; y como el sol en tiempo de Numa entraba en capricornio del 29 al 30 de diciembre, se sigue que el primer año del calendario de Numa (año 42 de Roma) principia por el 6 de enero juliano; pero, el dia sobrante que á cada intercalacion recibia, le iba alejando del solsticio, hasta que lo remedió Numa con las nuevas medidas de que vamos á ocuparnos.

VI. Numa echó de ver por fin el defecto de su año que se iba adelantando sucesivamente al curso del sol. Para corregirle, dividió los tiempos en períodos, y fijándoles en 24 cada uno, ordenó que en vez de intercalar 90 dias en los últimos ocho años de cada período solo se intercalasen 66, y quitó los 24 dias de que entretanto se habia adelantado el año romano al juliano (7). De este modo, haciéndose la misma correccion cada 24 años, volvia el año á la regularidad del principio, sin destruir fundamentalmente el primer órden que Numa habia establecido. Á esto llaman los autores «ciclos romanos.» Para reducir á 66 dias las intercalaciones de los ocho años últimos, es preciso que no hubiese mas que tres intercalaciones de 22 dias cada una. Las llamaremos intercalaciones abreviadas y es conveniente el descubrir su época y sus efectos.

Esta forma de intercalacion, que constituia la esencia de los ciclos, no fué establecida al mismo tiempo en que lo fué el calendario de Numa. Solo la experiencia puso de manifiesto el yerro (8), y segun Censorino (1), transcurrió mucho tiempo antes que se echase de ver que el año romano tenia un dia mas que el año natural. Sin embargo, no puede dudarse que el mismo Numa ordenó sus ciclos; Tito Livio lo dice expresamente (2). Luego el calendario de Numa pertenece al principio de su reinado; y como Numa reinó 43 años, se le ha podido atribuir muy bien la correccion de su mismo año, y decir al mismo tiempo que el defecto subsistió mucho tiempo sin que se advirtiese. Así pues, habiendo principiado el año de Numa, cual fué por él establecido, en el año 41 de Roma, correspondiente al año segundo del reinado de este rey, segun se ha sentado en el precedente capítulo, creemos que debe fijarse la época en que hizo abreviar las intercalaciones al año 42 de su reinado, y 81 de Roma, mediando así 40 años entre el calendario y su reformacion.

De ahí se sigue que los ciclos no corrigieron enteramente el año romano. Durante los 40 años que mediaron entre su planteamiento y la abreviacion de las intercalaciones, el año romano se habia adelantado 40 dias al año juliano; y en vez de quedar fijado en el 8 de enero juliano, segun así lo habia ordenado Numa, habia llegado ya al 15 de febrero. Pero, el remedio de Numa, que consistia en intercalaciones mas cortas, solo fué de 16 dias; pues de los 24 dias que estas quitaban, los 8 caian sobre los ocho años que habian de recibir la intercalacion; quedando solos 16 dias para los años anteriores. De suerte que el año romano que antes de los ciclos habia llegado al 15 de febrero juliano, volvió á 30 de enero y en él se mantuvo fijo. Todos estos pormenores se percibirán con mas facilidad en nuestra tabla cronológica, en la cual se hallan los cálculos hechos, con notas explicativas, para mayor claridad.

Despréndese de esto, que, aun cuando Numa no abreviase las intercalaciones hasta el año 81 de Roma, el primer ciclo se remonta sin embargo á 16 años antes, principiando en el año 66, porque, segun se ha dicho, al abreviar Numa las intercalaciones, enmendó el defecto contraido por el año romano durante los 16 años precedentes. Por lo cual, como el método de Numa restablecia el año al fin de cada ciclo en el punto en que se hallaba al principio del mismo, tendremos que el 30 de enero juliano, dia en que comenzó el año 66 de Roma, quedó el término fijo de que partió cada nuevo ciclo, y al cual volvia terminado este.

La reforma de Numa ocasionó tambien otro cambio. Este rey, cuando estableció su calendario, prescribió que se hiciese la intercalacion alternativamente cada dos años, pero al instituir los ciclos, redujo á 66 dias las intercalaciones de los ocho años últimos, limitándolos á tres intercalaciones, y como tres intercalaciones no pueden llenar el espacio de ocho años, es evidente que Numa, con la institucion de los ciclos, abandonó el órden alternativo por lo que toca á los ocho años últimos, sin que pudiera hacerse con regularidad la intercalacion cada dos años. Por supérflua que pudiese parecer la observacion, es necesaria sin embargo para poner de manifiesto un principio falso que ha extraviado á algunos autores. Escalígero, con el pretexto de que las intercalaciones habian de ser alternativas, se figuró que los ciclos de Numa solo constaban de veinte y dos años, otros han creido que de veinte y tres, é imaginando ciclos defectuosos, hallan que el adelanto del año romano, con respecto al

(1) Lib. 1, cap. 19.
(2) Id. cap. 20. Entonces, dice, dedicó su mente á la institucion del sacerdocio.
(3) Plutarco in Numa, pág. 68.
(4) Lib. II, pág. 129.
(5) Plut. Numa, pág. 64.
(6) Id. Quæst. rom. pág. 268. Ovid. lib. 1, Fast. v. 160.
(7) Macrob. lib. 1, saturnal, cap. 13.
(8) Macrob. lug. citad.

(1) Cap. 20.
(2) Liv. lib. 1, cap. 19.

juliano no quedaba enteramente borrado con las intercalaciones abreviadas, y que lejos de volver á un punto fijo, en cada ciclo iba en aumento la diferencia. Todos estos sistemas son contrarios á Tito Livio y á Macrobio, segun hemos visto ya. Por lo mismo, todo ciclo que no tenga los 24 años, y que no quite al año romano los dias sobrantes del mismo ciclo, debe rechazarse, y del método prescrito por Numa para reducir á 66 dias las interlacaciones de los ocho últimos años, solo se infiere que no se guardaba el orden alternativo.

VII. Destinado el calendario á señalar los dias de fiesta y de sacrificio, fué considerado como perteneciente al culto, y su conservacion se encomendó á los pontífices. Se les confió tambien la redaccion del mismo, haciéndole servir para el aumento de su poder. Lejos de enseñarle al pueblo, le ocultaban con el mayor cuidado. Como ningun ciudadano sabia en qué dia estaba permitido por la religion el ventilar su derecho en los tribunales, y hasta el juntarse en los comicios, para todos sus negocios habia de acudir á sus ministros, y esperar que tuviesen á bien enterarle.

Flavio, secretario de Apio Claudio, tuvo la habilidad, platicando á menudo con los pontífices, de penetrar ese misterio (1), y en el año 449 de Roma, le manifestó al pueblo, quien le dió en recompensa la edilidad curul (2). Hasta aquella sazon solos los pontífices estaban enterados del calendario, y ese secreto les valió mucho para hacer innovaciones en él, á las cuales por ignorancia no podia oponerse el pueblo.

Todos los pontífices eran entónces patricios; solo en el año 453 de Roma (3) por medio de la ley ogulnia, pudieron obtener los plebeyos alguna entrada en el sacerdocio. Antes de esa ley, los pontífices estaban por el senado, al que pertenecian por la sangre, teniendo con el pueblo las mismas querellas que el primer cuerpo del estado; de suerte que las innovaciones que se hicieron en el calendario, obtuvieron el beneplácito del senado, por estar conformes con sus principios.

La primera innovacion, en sí poco importante, dió sin embargo orígen á los derechos que luego se atribuyeron los pontífices.

Habiendo establecido en Roma Servio Tulio un mercado cada nueve dias, y teniendo los romanos las calendas de enero, primer dia del año civil, por dia venturoso para la agricultura y de buen agüero para todo el año, se creyó que no convenia el que en ese dia se congregasen en la ciudad sobrados forasteros; y fué permitido á los que cuidaban de los Fastos el añadir un dia mas á la intercalacion, cuando lo tuviesen por conveniente para impedir la coincidencia de las calendas de enero con un dia de mercado.

Muerto Servio Tulio, los romanos quisieron mostrar á su memoria el agradecimiento que merecia por sus buenas leyes y amor al pueblo, celebrando su natalicio. Pero como solo se sabia que habia nacido en un dia de nonas, sin que constase en qué mes, se adoptó el celebrarle en las nonas de todos los meses, subsistiendo todavía esa costumbre en Roma cuando la expulsion de los reyes.

Entónces se temió que el celebrar el aniversario de un rey bienhechor podria ocasionar algun trastorno contra el gobierno republicano, y se convino con los pontífices en arreglar el mencionado dia de intercalacion, de tal suerte, que ningun mercado cayese en el dia de nonas, teniendo sin embargo buen cuidado de colocar ese dia entre los terminales y el regifugio; es decir, entre el 23 y el 24 de febrero, ó en medio del mes intercalar (1).

Á fin de entender bien á Macrobio, el cual nos suministra estos pormenores, debe tenerse presente que el año de Numa contenia al principio un dia mas que la revolucion trópica, pero que se habia quitado por medio de los ciclos. Pues bien, ese dia sobrante es el que los pontífices restablecieron, intercalándole en el año, de modo que, á pesar de los ciclos, este fué adelantado un dia, alterando así el órden establecido por Numa.

No cabe duda en que fué permitido á los pontífices el obrar conforme estamos diciendo. Hallamos en Tito Livio (2), que en el año 583 de Roma hubo un dia intercalado entre el 23 de febrero y las calendas intercalares; claro está que ese es el dia á que Macrobio hace referencia, dia que separaba de los terminales al mes intercalar, trás de los cuales solia venir dicho mes segun la regla ordinaria.

Cuando los pontífices añadian este dia al mes intercalar, ó le ponian inmediatamente antes de la intercalacion, no estaban obligados, segun han supuesto algunos, refiriéndose á Dion Casio, de quitarle al mismo tiempo de cualquiera otro mes del año, quedando así el año con el mismo número de dias que antes: el hecho á que se refiere Dion, pertenece al 713 de Roma, y dice que (3), en el consulado de L. Antonio y de P. Servilio, después de intercalar un dia para impedir, segun la usanza antigua, la coincidencia de las calendas de enero del siguiente año con el mercado, se quitó luego otro dia para que el tiempo no saliera del órden prescrito por Julio César. Pero un ejemplo del reinado de Augusto, posterior al órden fijo é inmutable que al año habia dado César, ¿puede acaso servir de prueba para los primeros tiempos de la república? El año romano en tiempo de los cónsules no era tan uniforme, ni tenia tanta regularidad como en el de los emperadores, y los pontífices tenian mas poder é independencia. Tito Livio, que menciona tambien la añadidura de ese dia, no dice que le quitasen. Segun Macrobio (4), los antiguos decian que en Roma, además de un mes intercalar habia tambien un dia intercalar. Ahora bien, un mes intercalar es un mes añadido, y un dia intercalar tambien es un dia añadido; por lo mismo los pontífices daban al año un dia mas del que tenia, y le prolongaban.

La concesion del derecho otorgado á los pontífices para sus intercalaciones, es muy antigua, ignorándose si proviene del reinado de Servio Tulio, que, al establecer los mercados, dió lugar á esas innovaciones; pero, como ese derecho llegó á tomar muchas creces cuando se mandó á los pontífices que procurasen apartar los mercados de los dias de nonas, y como la precaucion supone vivo odio á la monarquía, segun se ha visto, la innovacion no seria muy posterior al establecimiento de la república, y pensamos que seria obra de los cónsules primeros. Entónces todo fueron precauciones á favor de la libertad. Tanto se llegó á recelar, que el mismo cónsul Colatino se vió obligado á expatriarse, solo porque tenia el apellido de Tarquino (5). Entónces se decidió, el que el rey sacrificador huiria estrepitosamente de la plaza; y las medidas

(1) Ciceron, pro Murenæ, cap. 11. El mismo á Atico, libro VI, epist. 1. Plinio, lib. XXXIII, cap. 1. Valer. Máx., lib. II, cap. 5. n. 2.
(2) Livio, lib. IX, cap. 46.
(3) Idem, lib. X, cap. 6 y 9.

(1) Macrob. lib. I. Satur. cap. 13.
(2) Liv. lib. XLIII. cap. 11.
(3) Dion Casio, lib. LXVIII, pág. 377.
(4) Macrob. lug. cit.
(5) Livius, lib. II, cap. 7: nombre, dice, peligroso.

adoptadas para evitar un gran concurso de pueblo al objeto de solemnizar el aniversario de un buen rey, dimanan de iguales causas. Algunos años después no se hubiera mostrado tanta desconfianza, porque la república habria estado ya mas sólida, y á buen seguro no inspirara tantos temores la memoria de Servio Tulio.

VIII. No tardaron los pontífices en adquirir mayores derechos. Como la facultad que se les habia concedido de intercalar un dia mas, no era suficiente para impedir la coincidencia de las nonas de todo un año con los dias de mercado, sin duda el senado ensancharia sus atribuciones con este motivo, permitiéndoles añadir ó quitar, segun lo creyesen necesario, toda la intercalacion, y ya no fué de un dia, sino de un mes entero, que pudieran alargar el año ó acortarle.

Después de explicar Macrobio el derecho que tenian los pontífices de intercalar un dia, añade (1) que hubo un tiempo, en que, con motivo de la supersticion, se omitió la intercalacion por completo, que á veces los sacerdotes la daban ó la negaban por favor, segun querian hacer merced ó daño á los arrendatarios de los derechos de la república, para aumentar ó disminuir el número de dias de pago.

Dice Censorino (2) que así que, los pontífices quedaron encargados de los Fastos, casi todos, ora para abreviar el tiempo de las magistraturas, ora para prolongarle, y para favorecer ó perjudicar á los arrendatarios, segun se ha dicho, alteraron el calendario en vez de corregirle.

Hallamos en Suetonio (3), que cuando Julio César trató de reformar el calendario, provenian sus defectos de la facultad que tenian hacia tiempo los pontífices de intercalar á su antojo, siendo esta la causa de que ni el tiempo de la siega caia en verano, ni el de la vendimia en otoño. Dice tambien Solino (4) que los romanos intercalaban en lo antiguo como los griegos; pero que pronto quedó trastornado todo por la arbitrariedad de los pontífices, los cuales quitaban ó añadian dias para servir ó deservir á publicanos, motivando esto gran confusion en el órden de las estaciones. Amiano Marcelino (5) dice lo mismo; y con sobrada razon imputó Ciceron (6) á los pontífices toda la alteracion de las sabias instituciones de Roma con respecto á la regularidad del año romano.

Olvidada la fijeza de los ciclos de Numa, todo quedó efectivamente trastornado, y esa facultad de los pontífices que á primera vista parece tan extraña, fué sin embargo al principio una medida política; era un medio de tranquilizar al pueblo, pues se prolongaban los años que le parecian prósperos, y se acortaban los que tenia por funestos. Era un freno de que disponian el senado y los pontífices para tener debajo de su dependencia á los magistrados y empleados de todas clases. Siendo así, puede suponerse que un año calamitoso, ó uno en que estuvieran en el poder magistrados que no conviniesen, el año sufria reduccion, prolongándole en el caso contrario; y en este principio nos fundaremos para las intercalaciones en nuestra tabla cronológica, exceptuando de esta regla los últimos años de la república en que la facultad de intercalar estuvo en poder de banderías, sin ninguna relacion con el bien comun, y sí únicamente con el particular.

Por lo mismo, este derecho, fundado en principios de administracion civil y de interés público, es muy antiguo, y en el primer siglo de la república gozaban ya de él los pontífices. Se halla en Dionisio halicarnasense, que en el año 261 de Roma, los cónsules entraron en su ejercicio en las calendas de setiembre (1), y que esas calendas vinieron pasado el equinoccio de otoño (2); de modo que el dia 1.° de setiembre romano no pudo caer aquel año antes del 29 de setiembre juliano, correspondiendo el mes de agosto romano al de setiembre juliano, y coincidiendo con el equinoccio. Hallamos todavía en el mismo historiador (3) que en el año 278 de Roma los cónsules fueron nombrados en agosto, y que este mes caia hácia el solsticio de verano; de manera que el mes de agosto romano, que en el año 261 iba hasta el equinoccio, estuvo diez y siete años después retrasado de mas de dos meses y cercano al solsticio. Cualquiera que fuese el sistema que se siga, no puede explicarse este desórden sino por la supresion de intercalaciones. Si se quiere que los romanos procedieran en aquella sazon por el método regular de los ciclos, el año debia volver á su punto de partida, y el mes de agosto romano no debió adelantarse ni retrasarse: si por el abandono de los ciclos se admite una progresion cualquiera del año romano sobre el juliano, el mes de agosto romano, lejos de retroceder hácia el solsticio avanzaria aun mas, y habia de hallarse mucho mas allá del equinoccio. Pero, dando por sentado que los pontífices suprimieron intercalaciones, el mes de agosto debió retroceder, y después de estar en el año 261 hácia el equinoccio, pudo en el año 278 coincidir con el solsticio. Por consiguiente, no puede negarse que ya en aquella época se usaba el añadir ú omitir intercalaciones.

Nosotros creemos que fué dada esa facultad á los pontífices en el año 254 de Roma. Por los años de 253 y 254 hubo conspiraciones en Roma al objeto de restablecer á los Tarquinos (4). Seducido el ínfimo pueblo y tambien los esclavos con el oro y las promesas de los realistas, deseaban la restauracion de la monarquía; y el senado echaria de ver la importancia de conferir á los pontífices el derecho de alterar el órden del calendario para hacer que no se venerase la memoria de reyes por un pueblo numeroso. Vinieron luego las querellas del senado y de los tribunos. El cónsul Casio aspiró al supremo poder, y el senado afianzó á los pontífices en un derecho, que, establecido para contener al pueblo, podia servir igualmente contra los magistrados. Finalmente, no puede diferirse el uso de esa facultad de los pontífices, segun así lo han hecho algunos, hasta los últimos tiempos de la república. ¿Cómo hubiera permitido el pueblo romano que en el año 449 recibió los Fastos con entusiasmo, y que ya estaba enterado de la forma del calendario, de su utilidad y del curso de su año, que los pontífices se arrogasen el derecho de alterarle, de prolongarle y disminuirle, si ya no le hubieran poseido anteriormente?

IX. Bien que Numa prescribiera al principio el órden alternativo para todas las intercalaciones, le habia alterado con el establecimiento de los ciclos con respecto á los ocho años últimos, y ese órden solo se habia conservado relativamente á los diez y seis años

(1) Macrob. lib. I. Saturn. cap. 14.
(2) De die nat. cap. 20.
(3) Suetonio. Vida de Julio César, pág. 34.
(4) Solin, cap. 1.°, pág. 4.
(5) Lib. XXVI, cap. 1.°
(6) De legib. lib. II, cap. 12.

(1) Halicarn. lib. VI, pág. 378.
(2) Idem, lib. VII, pág. 417.
(3) Id. lib. IX, pág. 583.
(4) Dionis. lib. V, p. 317 y 319.

primeros de cada ciclo; pero cuando se abandonaron los ciclos, la primera institucion de Numa rigió otra vez sobre este punto, volviendo á la regla que fijaba indistintamente la intercalacion legal y ordinaria cada dos años.

Para proceder con exactitud en el cálculo de los años romanos, y distinguir entre las intercalaciones mencionadas en la historia las legales y ordinarias de las extraordinarias y arbitrariamente puestas por los pontífices, conviene saber á qué órden de años civiles, pares ó impares, correspondia la intercalacion regular; y como de dos años julianos impares uno es comun y bisextil otro, importa saber tambien á qué clase de años julianos correspondia el año civil que habia de recibir la intercalacion sencilla de veinte y dos dias, ó la doble de veinte y tres. En nuestra tabla cronológica se verá, que, segun esas diferentes suposiciones, los cálculos de la progresion del año romano dan tambien resultados diversos.

Para la aclaracion de todo esto, no basta el consultar autores y monumentos históricos que se limiten á enterarnos de que en tal año civil hubo intercalacion. Como estaba en manos de los pontífices el intercalar á su voluntad, el autor que no dijese sino que en tal año se intercaló, no prueba que el mismo fuese intercalar por regla; para esto se requiere que se presenten autoridades al objeto de demostrarnos que la intercalacion correspondia por derecho; pero, tambien un solo ejemplo de este género, con tal que sea bien circunstanciado, será suficiente para fijar la suerte de todos los años intercalares de derecho, pues, siendo alternativas todas las intercalaciones de esta naturaleza, ya fueren sencillas, ya dobles, tendremos, que, probando que un año impar ha sido intercalar por regla establecida, todos los años impares debieron serlo forzosamente; y si al mismo tiempo se probaba que ese año impar ha sido por derecho intercalar doble, y que corresponde á un año juliano no bisextil, es decir, comun, tendremos tambien que todas las intercalaciones dobles han correspondido á años julianos comunes, y todas las sencillas á años julianos bisextiles.

Pues bien, ese ejemplo le tenemos, y forma prueba completa; corresponde al año en que fué abolido el calendario de Numa, y para comprender bien su calendario, tenemos que hablar de su abolicion ó destruccion, desviándonos del órden de tiempos que hasta ahora hemos seguido.

La reforma del calendario romano hecha por Julio César cae en año impar. La hizo César en el año 707 de Roma (1). Suetonio dice (2) que este año era intercalar de derecho y segun el uso. Luego la intercalacion correspondia por regla á los años civiles impares.

Además, el año de 707 de derecho era intercalar doble. Censorino dice (3), que, además de los sesenta y siete dias que tuvo que añadir César á este año para arreglarle al curso del sol, colocándolos entre los meses de noviembre y diciembre, habia intercalado anteriormente veinte y tres dias en el mes de febrero. Si no hubiera sido dicho año intercalar doble, César se hubiera limitado á la intercalacion de veinte y dos dias para el mes de febrero, segun prescribia la regla, y poniendo entre noviembre y diciembre sesenta y ocho dias, en vez de los sesenta y siete que puso, habria hallado igualmente el número de dias que necesitaba para tener el año romano en el punto en que queria que empezara. Los veinte y tres dias intercalados por César en el mes de febrero, no fueron considerados como añadidos extraordinariamente en ese año, sino segun la regla acostumbrada; y bien que sea cosa cierta, que, contado todo, César le aumentó de noventa dias, sin embargo, dice Dion Casio (1), que no añadió mas que sesenta y siete, y que se equivocan los que han querido sentar que añadió mas. Este autor no hace entrar en la cuenta los veinte y tres dias intercalados en febrero, considerándolos como nó añadidos por César, y solo como pertenecientes de derecho á aquel año, resultando de esto que era intercalar doble en virtud del uso de la regla.

Ahora bien, el año civil de 707 corresponde á un año juliano comun y nó bisextil; luego las intercalaciones dobles coincidian con los años julianos comunes, desprendiéndose necesariamente de esto que las intercalaciones sencillas correspondian á los años julianos bisextiles.

X. Dueño César de Roma, y no necesitando ya el valimiento de los pontífices, quitó al colegio de los sacerdotes, bien que fuese él mismo gran pontífice, todos los derechos que con respecto al calendario tenian, dando al año una estabilidad que no pudiesen aquellos alterar de allí en adelante. Ya hemos dicho que César practicó su reforma en el año 707 de Roma, siendo cónsul por la vez tercera con M. Emilio Lépido (2).

El móvil principal de César fué hacer concordar el año romano con la revolucion trópica. En virtud de esta idea añadió diez dias al año, haciéndole de trescientos sesenta y cinco dias (3). Esta duracion prescribió al año comun; pero, faltando unas seis horas para equiparar á cada uno de esos años con el curso del sol, ordenó que á cada cuatro años cabales se añadiria el dia resultante de las veinte y cuatro horas de los cuatro, destinando para esa intercalacion el lugar señalado por Numa; conviene á saber, entre el 23 y el 24 de febrero. Este dia se llamó bisexto (ó bisiesto), por concordar con el 6 de las calendas de marzo, habiendo en cada período de cuatro años uno bisiesto, compuesto de trescientos sesenta y seis dias (4).

Los nuevos diez dias que añadió César fuéron agregados al final de los meses, á los cuales Numa no habia puesto mas que veinte y nueve.

El mes de febrero, bien que de todos el mas corto, no recibió mas añadidura que el bisiesto, porque Julio César no quiso dar mas dias á un mes consagrado á los dioses Manes.

Julio César, al operar esos cambios, procuró conservar íntegro el órden establecido hasta entónces en la religion romana. Las fiestas quedaron fijadas en los mismos dias señalados por Numa, y por lo mismo puso al fin de los meses los dias añadideros (5). Las palilias siguieron celebrándose en el 21 de abril; pero como este mes recibió un dia mas, el 21 de abril, que era el 10 de las calendas de mayo en el calendario de Numa, fué desde entónces el 11 de las mismas en el de César, observacion importante que á menudo habremos de tener presente. César no se propuso exclusivamente igualar el año romano con el solar; quiso tambien poner el 1.° de enero en el solsticio de invierno, considerado por los romanos desde Numa como punto de partida de un año bien regulado; y como el año romano se hallaba á la sazon tan desarreglado,

(1) 708, segun la comun opinion.
(2) Suetonio. Vida de César, cap. 31.
(3) Censorin. De die nat. cap. 20.

(1) Dion Casio. Histor. lib. LXIII, pag. 226 y 27.
(2) Censorin. de die nat. cap. 20.
(3) Ibid. Censorin. Macrob. lib. I. Saturnal, cap. 14.
(4) Censorino y Macrobio, ibid.
(5) Macrob. ibid.

para fijar el 10 de enero en el solsticio, César tuvo que añadir las intercalaciones de veinte y tres dias en el mes de febrero, y de sesenta y siete dias repartidos en dos meses entre noviembre y diciembre, segun se ha dicho antes; de suerte que el año de la reforma constó de cuatrocientos cuarenta y cinco dias distribuidos en quince meses, llamándole por este motivo el año de la confusion.

Esta fué la forma del nuevo calendario, que con pocas correcciones subsiste todavía. Los años de este calendario se llaman julianos por el nombre del reformador; y aunque solo lleguen al año 708 de Roma, se les agregan por computacion todos los años precedentes, pudiendo hacerlos concordar hasta con los años primitivos de la creacion del mundo. Las adiciones hechas por César al año de la confusion nos revelan varios puntos importantes. No teniendo esas adiciones mas objeto que el de poner otra vez el 1.º de enero en el octavo grado del solsticio de invierno, y subiendo todas á noventa dias, se sigue que las calendas del enero romano cayeron aquel año en el 13 de octubre juliano; y partiendo de esta fecha fija, es fácil hallar por cómputo la diferencia que entónces habia entre el año romano y el juliano, como igualmente su correspondencia respectiva. Finalmente, demuestran estas adiciones al mismo tiempo, que, con el año de confusion, César absorbió nó tan solo el resto del año juliano en que habia principiado el año de confusion, sino además todo el año juliano siguiente, no concordando el primer año de su calendario sino con el año juliano que siguió inmediatamente. Por el cuadro siguiente se verán probadas estas asersiones:

AÑOS CIVILES DE ROMA.	AÑOS ANTES DE J. C.	DIAS DE LOS MESES JULIANOS EN QUE PRINCIPIARON LOS MESES DE NUMA.	MESES DE NUMA Y DIAS DE QUÉ ESTOS MESES CONSTAN.	
		13 de octubre.. .	Enero.	29
		11 de noviembre.	Febrero.	23
	47	4 de diciembre.	Intercalar..	28
		1.º de enero. . .	Marzo.	31
		1.º de febrero..	Abril..	29
		2 de marzo. . .	Mayo.	31
		2 de abril. . . .	Junio.	29
707 (1)	46	1.º de mayo.. .	Quintil.	31
		1.º de junio. . .	Sextil.	29
		30 de junio. . . .	Setiembre..	29
		29 de julio. . . .	Octubre.	31
		29 de agosto. . .	Noviembre.	29
		27 de setiembre.	2 meses intercalares.	67
		3 de diciembre.	Diciembre..	27
			Suma total de los dias..	445
708 (2)	45	1.º de enero.	Calendario juliano.	

La reforma de Julio César no fué bien comprendida, ó á lo menos fielmente seguida por los pontífices; pues, en lugar de diferir hasta el fin del 4.º año la intercalacion del dia bisiesto, le añadieron al principio del mismo (3), resultando de ahí que en el espacio de treinta y seis años se pusieron doce dias bisiestos, siendo así que solo se hubieran debido añadir nueve. Notó Augusto la equivocacion en el año de Roma 745 (ó 746), en el año juliano 38.º desde la reforma de Julio César, siendo cónsules C. Asinio Galo y C. Marcio Censorino, y á fin de quitar los tres dias sobrantes, mandó Augusto que se dejasen transcurrir doce años enteros sin poner dia bisiesto; de suerte que, como los pontífices hicieron la última intercalacion defectuosa en el año 744 (ó 45) de Roma, la primera intercalacion dispuesta por Augusto cayó en el año 757 de Roma, en el año juliano 49.º y en el 4.º despues de Jesucristo; contándose desde esa época todos los años bisiestos, tanto por lo que hace á los tiempos anteriores como á los posteriores. Por lo demás, el mes llamado quintil por Rómulo y por Numa, se llamó julio por el nombre de César en el año de Roma 709 (ó 710), en el segundo año juliano, nombrándole así en virtud de una ley sugerida por el cónsul M. Antonio para ilustrar el natalicio de César que caia en el 12 de este mes (1), como al llamado sextil se le dió el nombre de Augusto en el año 745 (ó 46) de Roma por un senatus-consulto propuesto por los cónsules C. Asinio y C. Marcio (2). Más adelante, Calígula quiso dar al mes de setiembre el nombre de su padre Germánico, y Domiciano el suyo propio al mes de octubre; pero, muertos estos emperadores, fuéron abolidos sus decretos, y se borraron del bronce y del mármol los nuevos nombres que á estos meses habian impuesto, conservando todos los antiguos, no obstante las tentativas de algunos sucesores suyos (3). Lo hacemos presente porque puede ser conveniente para fijar fechas el saber en qué año principiaron á estar en uso los nombres de julio y agosto, á mas de que pudieran descubrirse monumentos que trajesen los nombres de Germánico y Domiciano para designar meses, porque bien hubieran podido dejar de ser borrados algunos de dichos nombres.

XI. Como en la historia romana se cuenta mas por años consulares que por años civiles, conviene fijar la correspondencia de los mismos, y determinar en qué dia y en qué mes civil tuvo principio cada consulado. Hechos acontecidos en el mes de mayo ó de junio, gobernando cónsules cuya magistratura comenzó el 1.º de julio, no pertenecen al año civil correspondiente al principio de su consulado, sino al año siguiente; y aun cuando en el órden de los meses civiles, los mismos hechos acontecidos en mayo ó en junio parecen anteriores á los que se refieren á octubre y noviembre, en el órden de los meses consulares son sin embargo hechos posteriores; de modo que no puede fijarse con certeza el año á que pertenecen los sucesos ni su fecha exacta, ni su encadenamiento regular, sin señalar exactamente el dia civil en que empezó cada consulado.

El año consular no estuvo fijado en ningun mes ni en ninguna estacion especiales; ya se le ve coincidir con el mes de mayo y aun con el solsticio de verano, ya con setiembre y la época de invierno. La historia indica las causas de estas variaciones; ella nos muestra los sucesos que trastornaron sucesivamente el órden y el cambio periódico de esta magistratura, y hasta señala algunas veces los dias en que empieza un consulado y su duracion, facilitándonos de este modo la inteligencia de las variaciones sobrevenidas; pero, no siempre se halla todo tan circunstanciado.

Bien que de ordinario cada consulado habia de durar un año civil entero, siendo esta la regla y la máxima del gobierno romano, por varios accidentes se alteraba esta regularidad, abreviándose ó prolongándose mas ó menos al año consular. Cuando por muerte ó abdicacion de los dos cónsules concluia su cargo mucho antes del dia prescrito, el año consular se atrasaba con respecto al civil, así es que, los tribunos militares elegidos el año 310, en setiembre, hubieran debido gobernar la república hasta el setiembre del 311; pero

(1) 708 y (2) 709, segun la opinion comun.
(3) Macrob., lib. 1, cap. 14. Solin. cap. 3. Sueton. Vida de Octavio. Plin, lib. XVIII, cap. 25.

(1) Censorin. cap. 22, y Macrob. cap. 12.
(2) Censorin. y Macrob. ibid.
(3) Censorin. y Macrob. ibid.

declarada nula su eleccion por los augures, por no haber observado debidamente los auspicios, se les obligó á abdicar al mes tercero de su magistratura (1) empezando el consulado siguiente en diciembre del mismo año 310 (2), por lo cual el año consular se atrasó de cerca de diez meses relativamente al civil.

Pero á veces, con motivo de las sustituciones de cónsules por muerte ó abdicacion, el año consular se adelantaba y sufria un cambio por prolongacion. Esto consistia en que, para crear un nuevo consulado era preciso que ambos cónsules, ó á lo menos uno de los dos, hubiesen ejercido el cargo por un año entero, de manera que si los dos cónsules habian sido sucesivamente subrogados, su año consular no podia contarse desde el dia en que habian entrado aquellos á quienes reemplazaban, sino que principiaba á correr desde el dia de la instalacion del primero que sustituia. El primer consulado sirve para esto de ejemplo. Habiendo Bruto y Colatino comenzado á desempeñar su cargo el 1.° de junio del año 245, su consulado habia de concluir el 1.° de junio del 246, pero; como Colatino abdicó á los primeros meses, le sustituyeron con Valerio, y como Bruto fué muerto la víspera de las calendas de marzo, nombraron en su lugar á Horacio, siguiéndose de esto que el consulado de Valerio y de Horacio no pudo terminar el 1.° de junio, debiendo continuar hasta que cumpliese el año cabal desde el dia en que entró Valerio. En efecto, es positivo que estos cónsules estaban todavía gobernando en los idus de setiembre romano del año 246, y que en ese dia el cónsul Horacio, teniendo por colega á Valerio, dedicó el templo á Júpiter Capitolino; y aunque el halicarnasense (3) refiere este hecho como perteneciente al primer consulado y al año mismo de la expulsion de los reyes, Tito Livio (4), y tambien Polibio que es el historiador mas antiguo (5), traen esta fecha; y á fin de evitar ambigüedades acerca del doble consulado de Valerio y Horacio, dice Polibio que la ceremonia religiosa de que venimos hablando tuvo efecto en el año en que fueron cónsules Bruto y Valerio, lo que solo puede aplicarse al primer consulado. Queda pues evidente que esos cónsules subrogados se hallaban todavía en sus cargos el 13 de setiembre romano, y aun tendiendo una mirada por los años siguientes, se echa de ver que no salieron hasta cerca de las calendas de octubre. Luego el año consular se habia prolongado, y por la abdicacion de un cónsul y la muerte del otro habia debido fijarse en el dia de la subrogacion mas antigua.

Del mismo modo, cuando después de la muerte ó de la abdicacion de un cónsul no se le sustituia, muriendo igualmente el otro cónsul ó abdicando en los últimos dias de su magistratura, el interegno necesario para proceder á la eleccion de sucesores se prolongaba á menudo mas allá del término prescrito para el consulado. En el año 291 de Roma, por ejemplo, el consulado se hallaba fijado en las calendas de agosto, pues que en ese dia romano L. Ebucio y P. Servilio entraron en el mando (6): pero como el primer cónsul murió de epidemia, no dando esta calamidad lugar á que pudiera procederse á la subrogacion, sucedió que Servilio murió tambien á fines del año consular, y que (7) los nuevos cónsules no se instalaron hasta el tercero de los idus de agosto romano (1), once dias después de haber terminado ya el consulado anterior.

Finalmente, siempre que acababa el consulado sin que estuviesen nombrados nuevos cónsules, quedaba el año consular desarreglado. Citaremos un ejemplo digno de atencion por sus consecuencias. En el año 333 de Roma, los cónsules habian entrado en ejercicio en los idus de diciembre romano (2). Por las disensiones entre los tribunos del pueblo y del senado no tuvieron lugar los comicios consulares, y hubo anarquía mezclada con algun interegno que duró casi todo el año siguiente (3); de suerte que los tribunos militares que sucedieron á los mismos cónsules, en vez de hallarse instalados el 13 de diciembre del 334, no entraron á desempeñar sus cargos hasta fines del 335 (4). Por iguales desavenencias entre patricios y plebeyos hubo otro interegno en el año 340 de Roma (5), y el año consular quedó mas rezagado todavía, resultando de todo esto que el consulado volvió al mismo dia de los idus de diciembre (6) del que se habia alejado desde el 333, y entónces siete años consulares equivalieron á un período de ocho años civiles, quedando absorvido el octavo año civil por los dos interegnos y por la anarquía.

Tales son, generalmente hablando, las varias causas que contribuian al desbarajuste del año consular; veamos ahora el medio de calcular sus efectos.

Durante los interegnos solian crearse funcionarios que llamaban «intereyes,» y cada interey gobernaba tan solo cinco dias (7), y por otra parte no era costumbre que el primer interey reuniese los comicios y mandase proceder á la eleccion de los cónsules (8); por manera, que así que habia un interegno mediaba siempre un retraso de seis dias á lo menos en el año consular, siendo á menudo mucho mayor el intervalo. Cuando los historiadores señalan exactamente su número, es fácil el calcular las variaciones del año consular teniendo presentes los cinco dias de cada interegno; pero, cuando no sucede así, entónces no puede fijarse su duracion sino por la continuacion de la historia, ó por la enunciacion precisa de la fecha en que principió el año consular en alguna época posterior. Suponiendo que el principio del consulado está fijado en las calendas de julio, y que algunos años después se halle en las de agosto, es evidente que en el intervalo ha habido siete interegnos, y si la historia trae menos, se calcularán los interegnos conocidos, y rebajándolos de la suma de dias de gobierno irregular, se llega á determinar el número de dias correspondientes á los interegnos desconocidos. En la tabla cronológica se entenderá todo esto con mucha mayor claridad.

Estos cálculos sobre el año consular sirven al mismo tiempo para hallar ciertas fechas que sin este medio quedarian enteramente desconocidas. Se descubren con la reciprocidad de los dos términos; es decir, del

(1) Livio, lib. IV, cap. 7.
(2) Dionis., lib. XI, pág. 737.
(3) Dionis., lib. V, pág. 104.
(4) Livio, lib. 2, cap. 8.
(5) Polib., lib. III, pág. 205.
(6) Liv., lib. III, cap. 6.
(7) Liv., ibid. cap. 7.

(1) Liv. lib. III, cap. 8.
(2) Liv., lib. IV, cap. 37; en el año 331.
(3) Liv., lib. IV, cap. 43.
(4) Liv. ibid.
(5) Liv., lib. IV, cap. 50.
(6) Liv., lib. V, cap. 9: Ante idus decembris solemnem inundis magistratibus diem.
Este pasaje hace referencia al año 332 de Roma; pero, como desde el 340 no habia sobrevenido causa ninguna de cambio ó alteracion, se sigue que por el interegno del año 340, el año consular volvió á fijarse en los idus de diciembre, del que tanto se habia separado con motivo del largo interregno del 333 y 34.
(7) Liv., lib. I, cap. 17.
(8) Asconio Pediano. Discurso «pro Milone,» cap. 5.

principio y del fin del año consular. Por ejemplo, si se alcanza á probar que Valerio en su primer consulado dejó el cargo en las calendas de octubre del 246, tendremos que habia entrado aquel mismo dia en el 245, y que la abdicacion de Colatino, que dió lugar á la subrogacion de Valerio, aconteció en el 245 á últimos de setiembre. Siguiéndose igualmente que como los cónsules que en el año 310 sucedieron á los tribunos militares entraron por los idus de diciembre, debieron estos abdicar á primeros de este mes, y sabiendo que abdicaron á los tres meses de magistratura, tendremos tambien que en efecto comenzaron á desempeñar sus cargos á últimos de setiembre. Por fin, como el año consular fijado antes en los idus de mayo no habia pasado hasta el mes de setiembre sino por la abdicacion á que se vieron obligados en 304 los decemviros, resulta que en setiembre se hizo esta abdicacion: y así sucede que, dado un término del año consular, nó solo se descubre la fecha del otro término, sino que se pueden hallar otras varias fechas.

Por lo demás, estas reglas solo son aplicables á los cinco primeros siglos de la república. En el año 600 de Roma se mudó el uso antiguo, y el principio del consulado se fijó invariablemente en el 1.° de enero romano (1); de manera que, desde aquella época, siempre corrió parejas el año consular con el civil. Desde entónces no se volvió á perturbar el órden regular, y aunque los cónsules no pudiesen entrar el dia 1.° de enero, debian salir en este dia al año siguiente. En el año 701 de Roma se halla un caso de estos: disensiones acerca del consulado impidieron el nombramiento de cónsules antes del mes de julio (2), y sin embargo habia concluido el año esa magistratura el 1.° de enero del 702 (3), no siendo posible el nombramiento de sucesores, y no habiéndolos reemplazado Pompeyo hasta el 5 de las calendas de marzo (4).

Pero, antes de dicha época, iba adelante ó detrás del año civil, segun los varios accidentes de que hemos hablado, y en nuestro resúmen cronológico todavía trataremos de desarrollar las causas de estas irregularidades, y de señalar sus efectos.

XII. Los autores antiguos no siguieron un método uniforme para ajustar las diferentes formas de años, y los cronólogos modernos han aumentado todavía la confusion. Sabemos ya que los romanos contaron de tres maneras: por el año civil, el de reinado ó consular, y el juliano.

Bien que el año civil comenzara siempre desde Numa en el 1.° de enero romano, y que el dia civil fuese fijo, con todo, por sus desigualdades y por las intercalaciones arbitrarias era su dia juliano hasta cierto punto movible, recorriendo el 1.° de enero civil todos los meses julianos, de modo que muchas veces un año civil correspondia á parte de dos años julianos. Por ejemplo, cuando el 1.° de enero romano correspondia al 1.° de setiembre juliano, los cuatro meses primeros de un año civil pertenecian á un año juliano, y los ocho últimos á otro. La observacion es aun mas necesaria con respecto al año de reinado ó consular, pues esos años ni estaban fijos en cuanto al dia juliano, ni tampoco en cuanto al romano. Por la época de la inauguracion de cada rey se regulaban los años de su reinado, como la instalacion de los cónsules fijaba el principio de su consulado, variando segun las circunstancias, como se ha visto en el capítulo anterior. Así es que, de ordinario, cada uno de estos años tenia meses en dos años julianos y tambien en dos años civiles. Por ejemplo, cuando el reinado ó el consulado principiaba en 1.° de junio romano, y que este 1.° de junio correspondia al 1.° de julio juliano, los siete meses primeros del año del reinado ó del consulado pertenecian á un año civil, y los cinco últimos á otro año civil; y al mismo tiempo los seis primeros meses de este año de reinado ó consulado caian en un año juliano, y en otro los seis últimos, resultando de ahí que, como los romanos han escrito su historia por años de reinado y años consulares, muchas veces se encuentran hechos que pertenecen, al parecer, á un año civil ó juliano, y pertenecen al siguiente.

Esto exige la mayor atencion para la exactitud histórica, y sin embargo, no faltan autores, hasta entre los antiguos, que no se han tomado tanta molestia, y al ver que un consulado principió en tal año civil, y que este año civil principió en tal año juliano, han escrito como si todos los acontecimientos del mismo consulado coincidiesen con ese año civil, y como si todo el año civil correspondiese al mismo año juliano. Pero, es indispensable conocer todo esto, pues sirve para conciliar autores que parecen opuestos, y para hallar las fechas exactas.

Igual divergencia se nota entre los autores sobre el modo de hacer concordar sus años con las épocas de que se sirven para sus cómputos, haciéndose mas patente su division en sus aplicaciones á la era de las olimpíadas y á la de la fundacion de Roma, que eran para ellos las mas célebres.

Censorino dice (1) que el año de las olimpíadas se cuenta desde el solsticio de verano; el año de la fundacion de Roma desde el 21 de abril, dia de las Palilias, y el juliano desde el 1.° de enero; y á fin de que no pueda caber equivocacion añade: « Noto el dia en que estos años comienzan para que no se crea que principian todos á 1.° de enero.» Síguese de esto primeramente, que, segun hemos observado antes, la era de las olimpíadas corresponde siempre á dos años julianos, y las mas veces á dos años civiles y á dos años de la fundacion; y luego, que el año de la fundacion corresponde tambien las mas veces á dos años de las olimpíadas y á dos años julianos, y siempre á dos años civiles. En efecto, principiando este año á 21 de abril romano, no concluye hasta el 20 de abril del año civil siguiente; de suerte que, segun la forma que tuvo el año civil antes ó despues de los decemviros, los nueve ó los ocho primeros meses con diez dias del año de la fundacion pertenecen á un año civil; y los dos ó los tres últimos meses con veinte dias caen en otro. Siendo esto así, los acaecimientos de los meses de enero y marzo del año 100 de la fundacion de Roma, pertenecen al año civil de 101. Tal es la regla exacta prescrita por Censorino; pero, no todos la han seguido, prefiriendo la via fácil.

Hemos demostrado en el capítulo primero que, no comenzando el año de la fundacion hasta poco mas de dos meses antes de principiar las olimpíadas, hay autores antiguos que las han confundido con motivo de su proximidad; de modo que, aunque el primer año de la fundacion de Roma cae en el año 3.° de la 6.° olimpíada, han contado como si cayese en el año 4.°.

Los cronólogos modernos se han apartado aun mas de la regla, aplicando al año juliano todo entero solo un año de las olimpíadas, como si los dos años comenzasen en el 1.° de enero. De manera que, aunque el año juliano 509 antes de Jesucristo corresponda por

(1) Ovid., lib. 1, fas. v. 81.
(2) Dio., lib. 40, pág. 141.
(3) Dio., ibid., pág. 142.
(4) Asconio Pediano (pro Milane,) cap. 1.°

(1) Censorin. de die nat., cap. 21.

los primeros seis meses al año 3.° de la sexagésima séptima olimpíada, y por los seis postreros al año 4.°, aplican á todo este año juliano el 4.° año de la misma olimpíada. Los antiguos solo se tomaron esta libertad por un intervalo de dos meses que se halla entre la fundacion y la olimpíada. Los modernos, só color de evitar confusiones, lo han hecho por seis meses, exponiéndose así á equivocaciones contínuas.

Algunos antiguos han confundido igualmente el año de la fundacion con el año civil, y bien que principió el uno á 21 de abril y á 1.° de enero el otro, como solo se hallaban á una distancia de dos ó tres meses, creyeron que les era permitido contar como si los dos tuviesen principio el 1.° de enero romano.

Finalmente, como el año juliano de los romanos llegó á ser con la reforma de César el año civil, no han faltado autores antiguos que, despues de esa reforma, han confundido con el año juliano el de la fundacion, contando los dos desde el 1.° de enero juliano.

Pero, lo repetimos, conviene en gran manera estar enterado de estos diferentes modos de proceder. Es el único medio para hallar las verdaderas fechas, cuando hay variedad en los autores. No pondremos ahora ejemplos para probar que han sido adoptados los diferentes métodos de que venimos hablando, porque esto nos llevaría harto lejos: y además, tendríamos que repetirlos en nuestro resúmen cronológico, en donde se hallarán con órden y brevedad, resultado del encadenamiento de los hechos. Por lo que toca á los autores que han seguido este ú otro precedimiento, no cabe hacer una distincion exacta, pues el cómputo de un mismo historiador suele ser diferente segun la antigüedad de los escritores que seguia, los cuales podian tener otra manera de contar. Por lo mismo los romanos, y particularmente Tito Livio, no tienen ningun sistema fijo de cronología.

Por lo demás, hablando con toda exactitud, la olimpíada no principiaba ni en el solsticio de verano, ni en ningun dia fijo: caia en el onceno dia de la luna nueva que seguia al solsticio; de suerte que era móvil, y variaba segun las revoluciones de la luna. Pero, á fin de evitar cálculos que para todos los años debieran repetirse, y que tratándose de pocos dias no serian de importancia, adoptamos el partido del mayor número de cronólogos modernos, principiando cada olimpíada en el 1.° de julio juliano.

XIII. Fabio Pictor pone la fundacion de Roma al fin del año primero de la 8.ª olimpíada, que corresponde al año 3967 del período juliano.

Polibio la pone al fin del año segundo de la 7.ª olimpíada, y en el año 3964.

Verrio Flaco, autor de los Fastos Capitolinos, al fin del año cuarto de la 6.ª olimpíada, y en el año 3962 del período juliano.

Caton, al fin del año primero en la 7.ª olimpíada, y en el año 3963.

Varron, al fin del año tercero de la 6.ª olimpíada, y en el año 3961.

Desde el año de Roma correspondiente al año primero y al segundo de la olimpíada 120.ª, hasta los tiempos de estos escritores, se encuentran iguales en todos los fastos los nombres de los cónsules, y magistrados anuales; pero no sucede lo mismo con respecto á tiempos mas lejanos. Varron, en el capítulo 9, cita cónsules ó magistrados anuales que omiten otros autores, desechando á otros que adoptan estos.

La diferencia que se encuentra entre Verrio Flaco y Varron proviene de que el primero da á Tarquino Prisco, treinta y siete años de reinado, y el segundo treinta y ocho.

Caton atribuye, como Varron, treinta y ocho años de reinado á Tarquino Prisco; pero, omite tres dictaduras de un año de duracion, puestas por Varron en los años de 430, 445 y 453. En este sistema, el número total de años, computados por Caton desde la fundacion de Roma, tendrá tres años menos que en el cómputo de Varron; pero este, solo da dos años de existencia á los decemviros, siendo así que Caton les da tres; de modo que la diferencia entre ambos cronólogos viene á ser de dos años.

Polibio omite el año 38 de Tarquino Prisco, con los tres años de dictadura que cita Varron, pero admite tres años de existencia para los decemviros, habiendo por consiguiente debido fijar su época en una fecha mas reciente de tres años que Varron.

Por fin, Fabio Pictor, además del año 38 del reinado de Tarquino, y de los tres años de dictadura que omite, suprime el año adoptado por Varron para la duracion de la anarquía, colocándole en el 383 de la fundacion de Roma, y otros dos años que se hallan en el catálogo del mismo Varron en el 447 y 448, cosa que pone en duda Tito Livio. Por consiguiente, la época que fija Fabio debe ser posterior de siete años á la de Varron (1).

Segun el cómputo de Verrio Flaco, de Polibio y de Fabio, la época de los primeros cónsules cae en el año 244 de Roma, y segun el de Varron y de Caton en el 245, bien que en el primero el año 245 coincida con el año tercero y cuarto de la olimpíada 67.ª, y en el otro con el primero y segundo de la 68.ª, encontrándose igual diferencia relativamente á los años consulares ajustados con los olímpicos. La época de la creacion de los decemviros que tuvo lugar en el año correspondiente al primero y segundo de la olimpíada 82.ª, cae en el 303 de Roma, segun Varron, y segun Caton en el 301. Y luego, por la omision del tercer año de gobierno de los decemviros, nó contado por Varron, ya la diferencia no es mas que de un año. En la cronología de Caton los cónsules vienen un año después que en la de Varron. Pero, con motivo de los tres años de dictadura, suprimidos por Caton, los cónsules, en el año 454, segun Caton, preceden de dos años á los de Varron; de manera que el año del consulado de M. Tulio Petino y de T. Manlio Torcuato, correspondiente al primero y segundo de la olimpíada 120.ª, es, segun Varron, el 455 de Roma, el 454 segun los Fastos capitolinos, y el 453 segun Caton.

Igual variedad se observa en los autores que han escrito después, y debe tenerse en consideracion para conciliarles á unos con otros, y aun á cada escritor con sí mismo. Tito Livio sigue casi siempre la época de Caton, bien que á veces se conforma con Fabio Pictor. Ciceron sigue la de Varron, admitida generalmente por Plinio.

Dionisio halicarnasense adopta siempre la catoniana: por lo mismo, pone el año primero de Roma y del reinado de Rómulo en el primero de la olimpíada séptima, fijando igualmente la época de los primeros cónsules en el año primero de la olimpíada sesenta y ocho, en cuyo tiempo Iságoras era arconte de Atenas, é Iscomaco de Crotona salió vencedor, siendo esta época precedente de dos años en el sistema varroniano.

La misma diversidad encontramos entre los cronólogos modernos. Algunos se adhieren al Halicarnasense, que en un pasaje dice, al parecer, que Roma fué fundada al fin del año primero de la séptima olim-

(1) Seis años, segun lo que hemos visto mas arriba.

píada, segun el cómputo de Caton: estos son, Cuspiniano, Pighi, Sigonio, etc. Pero, Bucher, Usserio, Petavio, Noris y Dodwel, siguen á Varron.

Se supone que el año civil de los romanos comienza en las calendas de enero, y el olímpico por el solsticio de verano; correspondiendo de esta suerte cada año civil á dos años olímpicos; es decir, al fin de un año, y al principio de otro.

Con la época de la fundacion de Roma bien determinada, es fácil conocer á qué año olímpico corresponde un año dado de Roma. Supongamos con Varron que el año primero de Roma coincide con el fin del año olímpico 23.°; añádanse 22 al año de que se trata, pártase la suma por 4, el cociente determinará el año olímpico. Por ejemplo, si se quiere ajustar el año de 245 con el cómputo de las olimpíadas, se añadirán 22 á 245; divídase luego el total de 277 por 4, y se tendrán 66 olimpíadas y 3 años mas; coincidiendo por consiguiente el año 245 de Roma con el fin del año tercero de la olimpíada 67.ª

Para mayor exactitud, los historiadores romanos hubieran debido comparar sus magistrados con el arconte que estuviese ya gobernando cuando la eleccion de los primeros; pero, muchas veces los hacen coincidir con el arconte que debe entrar en ejercicio, poco antes de dejar ellos el cargo. Esto se refiere á los tiempos que precedieron la reforma de Meton. Así es que Dionisio pone los primeros cónsules de Roma en el año primero de la olimpíada sesenta y ocho, y con el arconte Iságoras, como si hubiese entrado en funciones mucho después de esos magistrados romanos, mientras que entró en el mes de gamelion ó enero, anterior á la eleccion de los cónsules, y debiendo por lo mismo coincidir con el fin del año cuarto de la olimpíada precedente.

Desde el año primero de la olimpíada ochenta y siete, el año civil y arcóntico comienza en el mes hecatombeon, correspondiente al julio de los romanos.

Algunos escritores, como por ejemplo Diodoro y el Halicarnasense, ponen el arconte al principio del año olímpico, mas, la mayor parte le ponen al fin.

De ordinario, tambien la creacion de los cónsules romanos, corresponde en el texto de los autores, al año olímpico principiado ya (1).

XIV. Rómulo estableció en su nueva ciudad el año que seguian los pueblos circunvecinos, de los cuales descendia. Se componia de trescientos cuatro dias, repartidos en diez meses (Ovid. lib. I. Fast. v. 27. Solin. cap. 1, pág. 4. Censorino, « de die Natali, » cap. 20. Macrob. lib. I. Satur. cap. 12). Plutarco reconoce en la vida de Numa (pág. 73 y 74) que el año de Rómulo no tenia mas que diez meses; pero se equivoca al atribuir trescientos sesenta dias á ese año. Seis meses del año de Rómulo constaban de treinta dias cada uno, y se decian huecos ó « cavos » por tener número par; los otros cuatro eran impares: constaban de treinta y un dias, y les llamaban meses « plenos. » « Censorino, lugar citado. » Este ordenamiento era debido á la superstition, atribuyendo los antiguos una virtud especial al número impar, y creyéndole de buen agüero.

El mes de marzo ó de Marte era el primer mes del año de Rómulo (Ovid. lib. III de los Fast. v. 75. Pompeyo Justo, lib. XIII, pág. 224). Ese belicoso príncipe quiso consagrar al dios de la guerra el principio, y, por decirlo así, las primicias de la revolucion anual. Créese que abril tuvo este nombre por corresponder á la estacion en que la tierra se abre para dar sus frutos; que mayo fué dedicado á la vejez, « majoribus; » junio á la juventud, « juvenibus; » (Var. lib. III, página 35). Censorino en el capítulo 22, y Macrobio en el 12 añaden otras etimologías, segun las cuales estos meses se hubieran dedicado á Venus, Mayo, Juno, y aun á Junio Bruto. Los demás meses tuvieron el nombre que por su órden numérico les correspondia. Se ha visto ya en otro lugar que este órden era el siguiente:

Marzo.	31	Sextil.	30
Abril.	30	Setiembre.	30
Mayo	31	Octubre.	31
Junio.	30	Noviembre.	30
Quintil.	31	Diciembre.	30

Año tan irregular, y que ninguna relacion tenia con las revoluciones de la luna ni con el curso del sol, no hubiera podido servir para los pueblos que le adoptaron, si no idearan el añadir dias y meses, y como las adiciones se pregonaban á fin de enterar de ellas al pueblo, las llamaban « intercalaciones, » voz derivada del griego « caleo, » que en aquel idioma significa « llamar, convocar. » Dice Censorino (cap. 20), que todas las naciones se valian de este medio para reducir su año civil al año natural. Licinio Macer (Macrob. cap. 13) sienta que Rómulo fué el primero que ordenó las intercalaciones romanas. Segun Macrobio, (cap. 12) cuando el año estaba sobradamente desordenado, Rómulo dejaba transcurrir los dias que eran menester para acomodarle á las estaciones, sin ponerlos en ningun mes: y ahora vamos á demostrar que Rómulo empleó las intercalaciones.

La prueba de ello se halla en el eclipse del 7 de julio romano ó 26 de mayo juliano, que coincidió con el dia en que falleció dicho príncipe. Si Rómulo no hubiera intercalado, dejando los cortos años romanos sin correctivo, los treinta y ocho años menos tres meses de reinado que le atribuye la historia, reducidos á trescientos cuatro dias cada uno, no hubieran equivalido á treinta y dos años julianos; y elevado Rómulo al trono hácia el 1.° de octubre del 753 antes de la era cristiana, lejos de llegar hasta el 6 de mayo juliano del 715 antes de la misma era, habria muerto mas de siete años antes de esta época. Sin embargo, no cabe duda en que Rómulo vivió hasta el 715 antes de Jesucristo, época del eclipse que coincidió con su muerte; siendo por lo mismo indispensable ó dar á Rómulo cuarenta y cinco años romanos de reinado, ó reconocer que alargó esos años con adiciones de meses y dias.

Para sus intercalaciones Rómulo no se impuso ninguna regla fija; eran arbitrarias, desiguales, raras ó frecuentes segun las circunstancias. El único objeto que, en sentir de Macrobio, se proponia Rómulo, era el de hacer que correspondieran poco mas ó menos los meses con las estaciones.

Deseando Numa mayor conformidad en el año con curso de las astros, tomó por modelo el año de los griegos, sin que siguiera no obstante exactamente su forma. Los griegos, á fin de ajustar su año al curso

(1) Segun nuestros manuscritos en los cap. IX y X, el año llamado de confusion es el 707 de Roma, y el 708 coincide con el primer año juliano. Hemos recordado á los lectores que el año de confusion era el 708 de Roma, y el primer año juliano el 709, segun la opinion comun. Efectivamente, correspondiendo, segun Censorino, el año 991 de Roma, al 283 de la era juliana, es preciso que el 709 de Roma coincida con el año 1.° de Julio César. Aquí se trata del año civil que principiaba á 1.° de enero. Por lo que hace al año de la fundacion, Censorino, imitando á Varron, pone su principio en el 21 de abril. Bajo este punto de vista, el 1.° de enero del primer año juliano correspondia al 708 de la fundacion. Por esto en el capítulo 10, hemos puesto entre paréntesis 745 al lado de 744, luego 746 despues de 745, y 710 despues de 709, con objeto de indicar á los lectores la opinion mas comunmente admitida entre los cronólogos.

de la luna y sus doce revoluciones, le habian compuesto de trescientos cincuenta y cuatro dias, y repartido en doce meses. Numa adoptó las dos cosas; mas pareciéndole funesto el número par, añadió un dia al griego, y el romano tuvo trescientos cincuenta y cinco dias (Censorino, de die. Natal. cap. 20. Macrob. lib. 1, Satur. cap. 12. Solin. cap. 1).

Para repartirle en doce meses como el griego, quitó un dia de cada uno de los seis meses pares del año de Rómulo, y juntándolos con los cincuenta y un dias que le faltaban que añadir, los dividió en otros dos meses; el de enero, compuesto de veinte y nueve dias, y el de febrero de veinte y ocho. De este modo, nó tan solo el año, sino todos sus meses salieron impares y de feliz augurio, excepto el mes de febrero, destinado á las ceremonias lúgubres, y compuesto del número funesto (Censorino, ibid. Macrob. ibid. Plutarco. Vida de Numa, p. 72. Ovid. l. 1, Fast. v. 43).

El mes de enero dedicado á Jano, dios del tiempo, fué el primero del año, quedando desde entónces en el mismo lugar. El de febrero, destinado á las purificaciones, y consagrado á los dioses Manes, fué puesto por Numa al fin del año.

Pero, por conforme que estuviese ese año con las revoluciones de la luna, no podia seguir el curso del sol, ni el órden de las estaciones. Los griegos habian corregido el defecto (véase el discurso sobre la cronolog. roman. cap. 5, y tambien á Gémino, Elem. astron. cap. 6).

Tambien Numa echó de ver la necesidad de intercalar con órden y precision; pero, olvidando que habia dado un dia mas á su año que los griegos, intercaló sin embargo igual número de dias. Mandó que la intercalacion se hiciese cada dos años; es decir, que el primer año de su calendario fué un año comun de trescientos cincuenta y cinco dias, el segundo un año intercalar sencillo de trescientos setenta y siete dias, el tercero uno comun de trescientos cincuenta y cinco, el cuarto otro intercalar doble de trescientos setenta y ocho, y así sucesivamente. De este modo el año romano medio tenia un dia mas que el solar (Macrob. cap. 12. Censorin. cap. 20. Plutar. vida de Numa). Esto, segun se ha dicho en otro lugar, debia ocasionar por fin la mayor perturbacion.

Acabamos de decir que los años romanos eran alternativamente comunes é intercalares: el comun constaba de doce meses, y contenia trescientos cincuenta y cinco dias. El intercalar sencillo contenia veinte y dos dias mas, y el intercalar doble veinte y tres; por consiguiente, tenia otro mes, que era el décimo tercero, el llamado « intercalario » por los romanos, y por Plutarco el « merkedonio. »

Numa ordenó que la intercalacion se pusiese entre el 23 y el 24 de febrero; después de la fiesta de los « terminales, » y antes del « Regifugio » (Censorin. cap. 20, y Macrob. cap. 12); y cuando se intercalaba, se quitaban al mes de febrero los cinco dias últimos, añadiéndolos al intercalar (Var. lib. v, pág. 32; Macrob. ibid.). En este sentido se ha podido decir, que el mes intercalar constaba de veinte y ocho dias, conteniéndolos efectivamente cuando la intercalacion era doble. Dice Tito Livio (lib. 1. cap. 19), que ya al principio de su reinado hizo Numa sus instituciones políticas y religiosas, siendo la primera la reforma del calendario. Plutarco (Quæst. rom. pág. 268), y Ovidio (lib. 1. Fas. v. 160.), dicen que Numa, al reformar el calendario, puso el principio del año en el solsticio de invierno; y como los antiguos ponian los puntos de los solsticios y de los equinoccios en el octavo grado de los signos; y entrando el sol, en tiempo de Numa, en capricornio del 29 al 30 de diciembre juliano, síguese de ahí que el primer año del calendario de Numa, debe corresponder al 6 de enero juliano del año 41 de Roma, pero fué separándose poco á poco por adelantar el año romano medio, un dia al año trópico, hasta que Numa tomó nuevas medidas. Al notar este príncipe el defecto de su año, dividió los tiempos en períodos, y fijándolos en veinte y cuatro años, ordenó (Macrob. lib. 1, Satur. cap. 13) que en los últimos ocho años de cada período, en vez de intercalar noventa dias, solo se intercalaran sesenta y seis, creyendo corregir con este medio el defecto.

La época de este cambio en el órden de las intercalaciones corresponde al año 76 de Roma, 37 del reinado de Numa. En aquel año hubiera debido tener lugar una intercalacion de veinte y tres dias; pero, solo fué de veinte y dos, y el año 80, al que correspondia una de veinte y tres dias, tampoco tuvo intercalacion ninguna. De suerte que en los cuarenta años que mediaron desde el establecimiento de su calendario hasta el final del año 80 de Roma, no suprimió mas que veinte y cuatro dias, en vez de cuarenta que debia suprimir por el dia sobrante que tenia el año romano con respecto al solar. Por consiguiente, dejó diez y seis de mas, pues que en el año 81 de Roma, el 1.° de enero romano correspondió al 22 de enero juliano, en lugar de que Numa hubiera debido hacer que correspondiese al 6 de enero juliano; siendo el año 81 el primero de un ciclo. Pero, como el año 57 de Roma principió en 23 de enero juliano, en el mismo año 57 empieza el primer ciclo, siendo el punto de partida fijo de cada nuevo ciclo. Segun esta última disposicion del calendario de Numa, partiendo del año 57 de Roma, en que se halla el año 1.° del ciclo 1.°, los años 2.°, 6.°, 10.°, 14.°, 18.°, 20.° y 22.° habian de recibir una intercalacion de veinte y dos dias, debiendo añadirse la intercalacion de veinte y tres dias al año 4.°, 8.°, 12.°, y 16.° de cada ciclo.

Hemos visto en los preliminares sobre la cronología romana lo que hicieron los pontífices facultados para hacer las intercalaciones. Tal era el desórden en los postreros tiempos de la república, que los meses que debian caer en invierno coincidian con el otoño, lo que hubieran evitado los pontífices á haber seguido exactamente el último método prescrito por el establecimiento de los ciclos, pues no se hubieran debido quitar mas que veinte y cinco dias del año romano (1)

(1) Hé aquí la prueba: componiéndose cada ciclo de 8,766 dias (a) los 27 ciclos hacen 236,682 dias, perfectamente iguales á 648 años julianos; y como el primer ciclo empieza a 22 de enero juliano del 697 antes de Jesucristo (b), el 27 debe concluir á 21 de enero del 59 de la misma era; y debiendo contener los cuatro años siguientes, segun los principios de Numa, 1,465 dias, tendremos que concluiran en 25 de enero juliano del año 45. Queda pues evidente que los años romanos se hubieran anticipado de 25 dias al primer año juliano, segun acabamos de indicar.

(a) El cálculo se hace como sigue:

13 años comunes de 355 dias, son. . . .	4,615 dias.
7 años intercalares de 377 dias, son. . .	2,639 »
4 años intercalares de 378 dias, son. . .	1,512 »
24 años, ó sea el ciclo.	8,766 »

(b) Este resúmen es bastante conforme con lo emitido en el discurso sobre los principios de la cronología romana; pero, hay sin embargo una diferencia notable, y es que en el capítulo VI del discurso, se dice que el ciclo de Numa hubo de principiar el 30 de enero juliano, en el año 66 (ó mejor 65) de Roma, 689 años antes de Jesucristo. Creemos que es preferible la fecha del 22 de enero juliano, año 57 de Roma, ó 697 años antes de Jesucristo. Por lo demás, en este último sistema, el 1.° de enero romano cae en 30 de enero juliano, año 65 de Roma.

para ponerle en el punto en el cual queria Julio Cesar que principiase, habiendo tenido este que añadir hasta sesenta y siete dias, además de los veinte y tres que debian intercalarse en el año de la reforma, al 708 de la fundacion de Roma, llamado de la confusion, segun hemos visto, por constar de 445 dias, repartidos en quince meses.

CALENDARIO DE NUMA.

ENERO.	MARZO.	ABRIL.	MAYO.
1 Kal.	1 Kal.	1 Kal.	1 Kal.
2 IV	2 VI	2 IV	2 VI
3 III	3 V	3 III	3 V
4 Prid.	4 IV	4 Prid.	4 IV
5 Non.	5 III	5 Non.	5 III
6 VIII	6 Prid.	6 VIII	6 Prid.
7 VII	7 Non.	7 VII	7 Non.
8 VI	8 VIII	8 VI	8 VIII
9 V	9 VII	9 V	9 VII
10 IV	10 VI	10 IV	10 VI
11 III	11 V	11 III	11 V
12 Prid.	12 IV	12 Prid.	12 IV
13 Idus.	13 III	13 Idus.	13 III
14 XVII	14 Prid.	14 XVII	14 Prid.
15 XVI	15 Idus.	15 XVI	15 Idus.
16 XV	16 XVII	16 XV	16 XVII
17 XIV	17 XVI	17 XIV	17 XVI
18 XIII	18 XV	18 XIII	18 XV
19 XII	19 XIV	19 XII	19 XIV
20 XI	20 XIII	20 XI	20 XIII
21 X	21 XII	21 X	21 XII
22 IX	22 XI	22 IX	22 XI
23 VIII	23 X	23 VIII	23 X
24 VII	24 IX	24 VII	24 IX
25 VI	25 VIII	25 VI	25 VIII
26 V	26 VII	26 V	26 VII
27 IV	27 VI	27 IV	27 VI
28 III	28 V	28 III	28 V
29 Prid.	29 IV	29 Prid.	29 IV
	30 III		30 III
	31 Prid.		31 Prid.

JUNIO.	QUINTIL.	SEXTIL.	SETIEMBRE.
1 Kal.	1 Kal.	1 Kal.	1 Kal.
2 IV	2 VI	2 IV	2 IV
3 III	3 V	3 III	3 III
4 Prid.	4 IV	4 Prid.	4 Prid.
5 Non.	5 III	5 Non.	5 Non.
6 VIII	6 Prid.	6 VIII	6 VIII
7 VII	7 Non.	7 VII	7 VII
8 VI	8 VIII	8 VI	8 VI
9 V	9 VII	9 V	9 V
10 IV	10 VI	10 IV	10 IV
11 III	11 V	11 III	11 III
12 Prid.	12 IV	12 Prid.	12 Prid.
13 Idus.	13 III	13 Idus.	13 Idus.
14 XVII	14 Prid.	14 XVII	14 XVII
15 XVI	15 Idus.	15 XVI	15 XVI
16 XV	16 XVII	16 XV	16 XV
17 XIV	17 XVI	17 XIV	17 XIV
18 XIII	18 XV	18 XIII	18 XIII
19 XII	19 XIV	19 XII	19 XII
20 XI	20 XIII	20 XI	20 XI
21 X	21 XII	21 X	21 X
22 IX	22 XI	22 IX	22 IX
23 VIII	23 X	23 VIII	23 VIII
24 VII	24 IX	24 VII	24 VII
25 VI	25 VIII	25 VI	25 VI
26 V	26 VII	26 V	26 V
27 IV	27 VI	27 IV	27 IV
28 III	28 V	28 III	28 III
29 Prid.	29 IV	29 Prid.	29 Prid.
	30 III		
	31 Prid.		

OCTUBRE.	NOVIEMBRE.	DICIEMBRE.	FEBRERO.
1 Kal.	1 Kal.	1 Kal.	1 Kal.
2 VI	2 IV	2 IV	2 IV
3 V	3 III	3 III	3 III
4 IV	4 Prid.	4 Prid.	4 Prid.
5 III	5 Non.	5 Non.	5 Non.
6 Prid.	6 VIII	6 VIII	6 VIII
7 Non.	7 VII	7 VII	7 VII
8 VIII	8 VI	8 VI	8 VI
9 VII	9 V	9 V	9 V
10 VI	10 IV	10 IV	10 IV
11 V	11 III	11 III	11 III
12 IV	12 Prid.	12 Prid.	12 Prid.
13 III	13 Idus.	13 Idus.	13 Idus.
14 Prid.	14 XVII	14 XVII	14 XVI
15 Idus.	15 XVI	15 XVI	15 XV
16 XVII	16 XV	16 XV	16 XIV
17 XVI	17 XIV	17 XIV	17 XIII
18 XV	18 XIII	18 XIII	18 XII
19 XIV	19 XII	19 XII	19 XI
20 XIII	20 XI	20 XI	20 X
21 XII	21 X	21 X	21 IX
22 XI	22 IX	22 IX	22 VIII
23 X	23 VIII	23 VIII	23 VII
24 IX	24 VII	24 VII	24* VI
25 VIII	25 VI	25 VI	25 V
26 VII	26 V	26 V	26 IV
27 VI	27 IV	27 IV	27 III
28 V	28 III	28 III	28 Prid.
29 IV	29 Prid.	29 Prid.	
30 III			
31 Prid.			

La disposicion de los meses segun el órden que acabamos de presentar solo duró unos tres siglos. En el año 304 de Roma los decemviros trataron de dar otra colocacion al mes de febrero. Dionisio y Tito Livio dicen que los decemviros entraron á desempeñar sus cargos en los idus de mayo romano (el 15). Como se habian propuesto perpetuarse en el mando, con objeto de ir ganando tiempo, pusieron el mes de febrero inmediatamente después del de enero del año siguiente 305 (Ovid. lib II, Fast. v, 49), prolongando de un mes aquel año de decemvirato (1).

Segun Tuditano, á quien cita Macrobio lib. I. Satur. cap. 13, al segundo año de su magistratura dieron los decemviros una ley sobre intercalaciones; y es de suponer que, mudando de colocacion al mes de febrero, ordenaron que las intercalaciones que segun las leyes de Numa habian de hacerse al fin del año continuarian añadiéndose á ese mes, bien que el postrero pasara á ser el segundo. Instalados los decemviros con motivo de esa innovacion en el mes de mayo, el mes de febrero del año de su instalacion (304) se hallaba de derecho en el año de su decemvirato. Pero, empleando al año siguiente el mes de febrero antes de lo acostumbrado, daban á su administracion un año de catorce meses, contado el intercalar, pudiendo de este modo madurar mejor sus proyectos. No pueden darse motivos mas plausibles de la innovacion que las ambiciosas miras de los decemviros.

CALENDARIO DE NUMA, DESDE LOS DECEMVIROS.

Letras nundinales.	Dias fastos ó nefandos.	Dias modernos.	Dias romanos.	ENERO, BAJO LA PROTECCION DE LA DIOSA JUNO.
A	F	1	Kal	Sacrificio á Jano, á Júpiter y á Esculapio.
B	F	2	IV	« Dies Ater, » dia infausto.
C	C	3	III	
D	C	4	Prid.	
E	F	5	Non.	
F	F	6	VIII	
G	C	7	VII	
H	C	8	VI	Sacrificio á Jano.

(*) El asterisco en febrero indica el lugar de la intercalacion.

(1) Durante los seis primeros siglos de la república, el año consular coincidia siempre con dos años civiles: así es que siendo intercalar doble de derecho ese año segundo de decemvirato, y habiendo tenido dos meses de febrero, si se cuenta desde el 15 inclusive de mayo romano del año 304, hasta el 14 de mayo inclusive del 305, se hallarán 406 dias, tiempo que duró el segundo año de la magistratura de los decemviros.

A		9	V	Fiestas agonales (1).
B	E N	10	IV	
C	N P	11	III	Fiestas carmentales.
D	C	12	Prid.	Compitales.
E	N P	13	Idus.	
F	E N	14	XVII	[verta.
G		15	XVI.	A Carmenta, Porrina y Post-
H	C	16	XV	A la Concordia.
A	C	17	XIV	
B	C	18	XIII	
C	C	19	XII	
D	C	20	XI	
E	C	21	X	
F	C	22	IX	
G	C	23	VIII	Fiestas sementinas.
H	C	24	VII	
A	C	25	VI	
B	C	26	V	
C	C	27	IV	A Castor y Pólux.
D	C	28	III	
E	F	29	Prid.	A los dioses Penates. Fiestas equirias; las pacales; los tarquinos vencidos (2).

FEBRERO, BAJO LA PROTECCION DE NEPTUNO.

F	N	1	Kal.	A Juno Sóspita, á Júpiter, á
G	N	2	IV	Hércules, á Diana: fiestas
H	N	3	III	lucarias.
A	N	4	Prid.	
B		5	Non.	
C	N	6	VIII	
D	N	7	VII	
E	N	8	VI	
F	N	9	V	
G	N	10	IV	
H	N	11	III	
A	N	12	Prid.	[de los fabios.
B	N P	13	Idus.	A Jauno y á Júpiter. Derrota
C	C	14	XVI	
D	N P	15	XV	Lupercales
E	E N	16	XIV	
F	N P	17	XIII	Fiestas quirinales, las forna-
G	C	18	XII	cales; las ferales; á los dio-
H	C	19	XI	ses Manes.
A	C	20	X	[Los ferales.
B	F	21	IX	A la diosa Muta ó Larunda.
C	C	22	VIII	Las Caristias.
D	N P	23	VII	Terminales.
E	Q R C F	24	VI	El Regifugio.
F	C	25	V	
G	E N	26	IV	
H	N P	27	III	Fiestas equirias en el campo
A	C	28	Prid.	de Marte.

MARZO, BAJO LA PROTECCION DE MINERVA.

B	N P	1	Kal.	Matronales. A Marte. Fiesta de los Anciles, ó Ancilios.
C	F	2	VI	A Juno Lucina.
D	C	3	V	
E	C	4	IV	
F	C	5	III	
G	N P	6	Prid.	Las Vestalias.
H	F	7	Non.	A Vé Júpiter, en el bosque
A	F	8	VIII	del asilo.
B	C	9	VII	
C	C	10	VI	
D	C	11	V	
E	C	12	IV	
F	E N	13	III	Apertura del mar.
G	N P	14	Prid.	Fiestas equirias en el Tiber.
H	N P	15	Idus.	A Ana Perena.
A	C	16	XVII	Las liberales ó Bacanales; las
B	N P	17	XVI	Agonalias.
C	C	18	XV	
D	N	19	XIV	Quincuatrias de Minerva du-
E	C	20	XIII	rante cinco dias.
F	C	21	XII	
G	N	22	XI	
H	N P	23	X	El Tubilustrio.

(1) Las voces poco usadas se explican mas adelante en un glosario.

(2) Todos los modernos que han dado á luz calendarios romanos ponen la derrota de los Tarquinos en el 28 de febrero romano, tomándole por la víspera de las calendas de marzo, olvidando que en aquella época, y aun mucho después, el mes de febrero era el último del año; siendo entónces marzo el segundo mes, la víspera de sus calendas debe ser en el 29 de enero romano, pues que este no tenia á la sazon mas que 29 dias.

A	Q R C F	24	IX	El Regifugio.
B	C	25	VIII	Las Hilarias á la madre de los
C	C	26	VII	dioses.
D	N P	27	VI	
E	C	28	V	Juegos megalesios.
F	C	29	IV	
G	C	30	III	A Jano, á la Concordia, á Sa-
H	C	31	Prid.	lo, á la Paz. [tino.
				A Diana, en el monte Aven-

ABRIL, BAJO LA PROTECCION DE VENUS.

A	N	1	Kal.	A Venus; á la Fortuna viril:
B	C	2	IV	á Apolo, y á Diana.
C	C	3	III	
D	C	4	Prid.	Juegos magalesios á la madre
E		5	Non.	de los dioses durante 8 dias
F	N P	6	VIII	A la Fortuna pública.
G	N	7	VII	Nacimiento de Apolo y Diana.
H	N	8	VI	
A	N	9	V	
B	N	10	IV	Juegos del Circo.
C	N	11	III	
D	N	12	Prid.	Juegos en honra de Ceres du-
				rante ocho dias.
E	N P	13	Idus.	A Júpiter Vencedor, y á la
				libertad.
F	N	14	XVII	
G	N P	15	XVI	Las fordicidios, ó fordicales.
H	N	16	XV	
A	N	17	XIV	[mayor.
B	N	18	XIII	Fiestas equirias en el Circo
C	N	19	XII	Las Cereales.
D	N	20	XI	
E	N P	21	X	Palilias. Fundacion de Roma.
F	N	22	IX	Segundas fiestas agonales.
G	N P	23	VIII	Las Vinalias.
H	C	24	VII	
A	N P	25	VI	Las Robigales.
B	F	26	V	
C	C	27	IV	Las ferias latinas.
D	N P	28	III	Las floreales durante 6 dias.
E	C	29	Prid.	A Vesta Palatina. Las La-
				rentales.

MAYO, BAJO LA PROTECCION DE APOLO.

F	N	1	Kal.	A la buena diosa (1); á los Lares. Juegos florales.
G	F	2	VI	Compitales.
H	C	3	V	
A	C	4	IV	
B	C	5	III	
C	C	6	Prid.	
D	N	7	Non.	
E	F	8	VIII	
F	N	9	VII	Fiestas lemurianas noctur-
G	C	10	VI	nas, por tres dias consecutivos.
H	N	11	V	Dia infausto para casarse.
A	N P	12	IV	A Marte el vengador, en el Circo.
B	N	13	III	Fiestas lemurianas.
C	C	14	Prid.	A Mercurio.
D	N P	15	Idus.	A Júpiter, fiesta de los mercaderes. Nacimiento de Mercurio.
E	F	16	XVII	
F	C	17	XVI	
G	C	18	XV	
H	C	19	XIV	
A	C	20	XIII	
B	N P	21	XII	Agonales de Jano.
C	N	22	XI	A Vé Júpiter. [lustrio.
D	N P	23	X	Férias de Vulcano; el Tubi-
E	Q R C F	24	IX	El Regifugio.
F	C	25	VIII	Creacion de un templo á la fortuna pública.
G	C	26	VII	
H	C	27	VI	
A	C	28	V	
B	C	29	IV	
C	C	30	III	
D	C	31	Prid.	

JUNIO, BAJO LA PROTECCION DE MERCURIO.

E	N	1	Kal.	A Juno Moneta; á Tempesta. Expulsion de los reyes.
F	F	2	IV	A Marte; á la diosa Carna.
G	C	3	III	A Belona.
H	C	4	Prid.	A Hércules en el Circo.
A	N	5	Non.	A la fé; á Júpiter Esponsor, ó al dios Fidio.

(1) Fauna ó Fátua. HUGBY IN SAUL. SOTIS. LITT. PIR. 4.

B	N	6	VIII	A Vesta. Juegos piscatorios, en el campo de Marte.
C	N	7	VII	A Mens.
D		8	VI	Fiestas vestalias.
E	N	9	V	Matralias. A Júpiter Pistor.
F	N	10	IV	A la concordia; á Matuta.
G	N	11	III	
H	N	12	Prid.	
A	N	13	Idus.	A Júpiter invicto. Quincuatro menor.
B	N	14	XVII	
C	Q S T D F	15	XVI	Se limpia el templo de Vesta.
D	C	16	XV	
E	C	17	XIV	
F	C	18	XIII	[Aventino.
G	C	19	XII	A Minerva, en el monte
H	C	20	XI	A Sumano.
A	C	21	X	
B	C	22	XI	
C	C	23	VIII	
D	C	24	VII	A la buena fortuna.
E	C	25	VI	A Júpiter Estator.
F	C	26	V	
G	C	27	IV	A Júpiter Estator. Lararias.
H	C	28	III	A Quirino. [Populifugio.
A	F	29	Prid.	A Hércules y á las musas. El

QUINTIL, BAJO LA PROTECCION DE JÚPITER.

B	N	1	Kal.	Renovacion de inquilinatos.
C	N	2	VI	
D	N	3	V	Juegos apolinares durante
E	N P	4	IV	ocho dias (Vida de Ciceron, tomo VIII, pág. 487).
F	N	5	III	El Populifugio.
G	N	6	Prid.	A la fortuna femenina.
H	N	7	Non.	A Caprotina. Muerte de Rómulo.
A	N	8	VIII	La Vitulacion.
B	E N	9	VII	
C	C	10	VI	
D	C	11	V	
E	N P	12	IV	
F	C	13	III	
G	C	14	Prid.	Mercuriales durante 6 dias.
H	N P	15	Idus.	A Castor y Pólux. Solemne revista de los caballeros romanos.
A	F	16	XVII	
B	C	17	XVI	
C	C	18	XV	Jornada de Alia. DIES ATER.
D	N P	19	XIV	
E		20	XIII	
F	C	21	XII	Fiestas lucarias.
G	C	22	XI	
H		23	X	Juegos de Neptuno.
A	N	24	IX	[durante seis dias.
B	N P	25	VIII	Furinales. Juegos circenses.
C	C	26	VII	
D	C	27	VI	
E	C	28	V	
F	C	29	IV	
G	C	30	III	
H	C	31	Prid.	

SEXTIL, BAJO LA PROTECCION DE CERES.

A	N	1	Kal.	A Marte; á la Esperanza.
B	C	2	IV	
C	C	3	III	
D	C	4	Prid.	
E	F	5	Non.	A Salo.
F	F	6	VIII	A la Esperanza.
G	C	7	VII	
H	C	8	VI	Al Sol indígeta.
A	N P	9	V	
B	C	10	IV	A Ops y á Ceres.
C	C	11	III	A Hércules.
D	C	12	Prid.	Lionapesias.
E	N P	13	Idus.	A Diana; á Vertumno.
F	F	14	XVII	
G	C	15	XVI	
H	C	16	XV	
A	N P	17	XIV	Portumnales. A Jano.
B	C	18	XIII	
C	F P	19	XII	Segundas fiestas vinales.
D	C	20	XI	
E	N P	21	X	Consuales. Rapto de las sabinas. Vinalias rústicas.
F	E N	22	IX	Los grandes misterios.
G	N P	23	VIII	Vulcanales.
H	C	24	VII	Ferias de la luna.
A	N P	25	VI	A Opiconsiva en el Capitolio.
B	C	26	V	
C	N P	27	IV	Volturnales.
D	N P	28	III	A la Victoria «in Curia.»
E	F	29	Pridie.	Exposicion de las alhajas de Ceres. Segundas Vulcanales.

SETIEMBRE, BAJO LA PROTECCION DE VULCANO.

F	N	1	Kal.	Á Júpiter Mœmactes. Fiesta á Neptuno.
G	N	2	IV	
H	N P	3	III	Dionisiacas ó la Vendimia.
A	C	4	Prid.	Juegos romanos durante 8
B	F	5	Non.	dias.
C	F	6	VIII	Al Erebo, sacrificio de un
D	C	7	VII	carnero y de una oveja
E	C	8	VI	negra.
F	C	9	V	
G	C	10	IV	
H	C	11	III	
A	N	12	Prid.	
B	N P	13	Idus.	Dedicacion del Capitolio. Fijacion de un clavo por el pretor.
C	F	14	XVII	Juegos romanos durante 5
D		15	XVI	dias.
E	C	16	XV	
F	C	17	XIV	
G	C	18	XIII	
H	C	19	XII	A Thoth.
A	C	20	XI	Las de Merkatus ó merkales, durante cuatro dias. Nacimiento de Rómulo.
B	C	21	X	
C	C	22	IX	
D	N P	23	VIII	
E	C	24	VII	
F	C	25	VI	A Venus, á Saturno y á Mania.
G	C	26	V	
H	C	27	IV	
A	C	28	III	
B	F	29	Prid.	Meditrinales.

OCTUBRE, BAJO LA PROTECCION DE MARTE.

C	N	1	Kal.	Fiestas pianepsias.
D	F	2	VI	
E	C	3	V	
F	C	4	IV	
G	C	5	III	Se enseñan los ornamentos de Ceres.
H	C	6	Prid.	A los dioses Manes.
A	F	7	Non.	
B	F	8	VIII	A Apolo.
C	C	9	VII	
D	C	10	VI	Fiestas ramales.
E		11	V	Meditrinales.
F	N P	12	IV	
G	N P	13	III	Fontinales á Júpiter libertador. Juegos.
H	N P	14	Prid.	
A	N P	15	Idus.	A Mercurio. Fiesta de los mercaderes.
B	F	16	XVIII	Juegos plebeyos. Se inmola
C	C	17	XVI	un caballo á Marte.
D	C	18	XV	A Júpiter libertador. Juegos.
E	N P	19	XIV	El Armilustro.
F	C	20	XIII	
G	C	21	XII	Juegos durante cuatro dias.
H	C	22	XI	A Minerva.
A	C	23	X	Al padre Liber.
B	C	24	IX	
C	C	25	VIII	
D	C	26	VII	
E	C	27	VI	Juegos á la Victoria.
F	C	28	V	Los misterios menores.
G	C	29	IV	
H	C	30	III	Ferias de Vertumno.
A	C	31	Prid.	

NOVIEMBRE, BAJO LA PROTECCION DE DIANA.

B	N	1	Kal.	Banquete de Júpiter. Juegos en el Circo.
C	F	2	IV	
D	F	3	III	
E		4	Prid.	
F	F	5	Non.	Neptunales. Juegos durante ocho dias.
G	F	6	VIII	
H	C	7	VII	
A	C	8	VI	
B	C	9	V	A Baco.
C	C	10	IV	Se cierra la mar.
D	C	11	III	
E	C	12	Prid.	
F	N P	13	Idus.	Fiestas pitégias. El lectisternio.
G	F	14	XVII	
H	C	15	XVI	Juegos plebeyos durante tres dias.



MITOLOGÍA ROMANA: — LA DIOSA FLORA.

A	C	16	XV	Fin de la siembra del trigo.
B	C	17	XIV	
C	C	18	XIII	Fiestas merkales por espacio de tres dias.
D	C	19	XII	Cena de los pontífices en honra de Cibeles.
E	C	20	XI	
F	C	21	X	Fiestas liberales.
G	C	22	IX	A Plutou y á Proserpina.
H	C	23	VIII	
A		24	VII	Las brumales durante treinta dias.
B	C	25	VI	
F	C	26	V	
E	C	27	IV	Sacrificios mortuarios á los galos desenterrados y á á los griegos, «in foro boario.»
D	C	28	III	
C	C	29	Prid.	

DICIEMBRE, BAJO LA DROTECCION DE VESTA.

G	N	1	Kal.	A la Fortuna femenina.
H		2	IV	
A		3	III	
B		4	Prid.	A Minerva y á Neptuno. Los misterios de la buena diosa.
C	F	5	Non.	Fiestas faunales.
D	C	6	VIII	
E	C	7	VII	
F	C	8	VI	
G	C	9	V	A Juno yugal.
H	C	10	IV	
A	N P	11	III	Agonales. Los 14 dias alcionios.
B	E N	12	Prid.	
C	N P	13	Idus.	Fiestas equirias.
D	F	14	XVII	Fiestas brumales y ambrosianas.
E	N P	15	XVI	
F	C	16	XV	
G		17	XIV	Las saturnales por espacio de 5 dias. [Capitolio.
H	C	18	XIII	
A	N P	19	XII	Las Opalias. Hércules en el
B	C	20	XI	Las sigilares durante 2 dias.
C	N P	21	X	Angeronales; divales; á Hércules y á Venus.
D	C	22	IX	Compitales á los dioses Lares.
E	N P	23	VIII	Las laurentinales; las ferias de Júpiter.
F	C	24	VII	Fiestas juvenales. Juegos.
G	C	25	VI	Fin de las brumales.
H	C	26	V	
A	C	27	IV	A Febo tres dias de fiesta.
B	C	28	III	
C	F	29	Prid.	

Acabamos de presentar el antiguo calendario romano, y ahora vamos á explicarle. Contiene la primera coluna las letras nundinales; la segunda indica los dias «fastos, nefastos y comiciales;» presenta la tercera en guarismos arábigos los dias del mes segun nuestro modo de contarlos, la cuarta la distribucion del mes de los romanos, segun el uso, y la última señala sus fiestas principales.

Está formada la primera coluna de una série continuada de ocho letras A, B, C, D, E, F, G, H, que llaman «nundinales,» puestas sin interrupcion desde el primer dia hasta el último del año, á fin de que hubiese una que indicara los dias de las juntas ó mercados en Roma. Á esas juntas las llamaban los romanos «nundime,» y las habia cada nueve dias. Los ciudadanos que vivian en el campo iban á la ciudad para enterarse de lo concerniente á la religion y al gobierno; de modo que si el dia nundinal de un año caia en la letra A, la que se halla en el 1, en el 9, en el 17 y en el 25 de enero, etc., la letra del dia nundinal del año siguiente era la F, que se halla en el 6, en el 14 y en el 22 del mismo mes; pues, estando tambien la A en el 27 de diciembre, si desde este dia inclusive se cuentan nueve letras, se llega al 6 de enero del año siguiente, que tendrá la F por letra nundinal, dando por supuesto que el primero de esos años no ha recibido intercalacion, y que la letra A coincide siempre con las calendas de enero.

Para entender las letras de la segunda coluna debe tenerse presente que nó todos los dias se podia proceder en derecho entre los romanos, y que en los dias nefastos estaba vedado al pretor el pronunciar estas tres palabras solemnes: «do, dico, addico;» es decir, «doy, ordeno, atribuyo.» Daban el nombre de «fastos» á los dias en los cuales estuviese permitido á los tribunales el funcionar: «fastos quibus fas esset jure agere,» y «nefastos» aquellos en que nó: «quibus nefas esset.» Por esto dice Ovidio en sus Fastos:

> Ille nefastus erit per quem tria verba silentur.
> Fastus erit per quem jure licebit agi.

De suerte que, en los dias nefastos estaban cerrados los tribunales, y en los fastos nó.

Tambien habia ciertos dias llamados comiciales, en los cuales se juntaba el pueblo en el campo de Marte para la eleccion de magistrados, ó para otros negocios de la república. Esas juntas se llamaban COMITIA ó comicios. El rey sacrificador estaba obligado á asistir á esas juntas tres veces al año: el 24 de febrero, el 24 de marzo, y el 24 de mayo. Se ha visto que luego de ejercido su ministerio religioso tenia que huir precipitadamente de la plaza. Tambien debe observarse que el XVI de las calendas de quintil (15 de junio) estaba destinado para limpiar el templo de Vesta, cerrándose igualmente los tribunales para esta ceremonia.

Ahora ya será fácil entender lo demás; pues, siempre que en la segunda coluna se encontrare la letra N, significa «nefasto;» es decir, dia de vacacion para negocios de justicia, y la F. fasto. F P, ó «fastus prima» (parte diei), quiere decir que estaba permitido en la primera parte del dia y N P, al revés, que por la mañana no era lícito. E N, ó «endotercisus, seu intercisus,» vale tanto como entrecortado; es decir, que en ciertas horas se podia y en ciertas otras nó. C, ó comicial, significa que es dia de junta ó de comicios. Q R C F, ó «cuando rex (sacrificulus interfuit) comitiis fastus,» (1) significa que cesan las vacaciones luego de salir de los comicios el rey sacrificador. Por fin, Q S T D F, ó sea «quando stercus delatum fastus,» quiere decir que puede seguir su curso la justicia luego de quitada la basura del templo de Vesta. HUGBY IN SAUL. SOTIS. LITT. PIR.

Ya hemos dicho el contenido de la 3.ª y 5.ª coluna. La 4.ª contiene las calendas, nonas é idus, tres puntos fijos á que correspondian todos los demás dias que se contaban retrogradando, y tomando el nombre del punto hácia el cual se iba avanzando. Sirva de ejemplo el mes de enero. El dia 1.º, como el de todos los demás meses, se llamaba dia de las calendas. Pasado el primer dia, ya no se hablaba mas de las calendas de enero que se habian empezado á contar el 14 del anterior diciembre, y como desde ese dia hasta el 1.º de enero iban 17 dias, ese mismo dia, el 14, se indicaba así por los romanos: XVII «kal. jan;» ó 17 de las calendas de enero. Siendo el dia siguiente, el 15 segun nuestro modo de contar, el décimo sexto antes de las calendas de enero, los romanos decian XVI kalendas januarias, teniendo presente que debe suplirse «ante,» que es como si dijeran, 16 dias antes del 1.º de enero; y esto debe entenderse igualmente de las nonas y los idus. Siendo esto así, á medida que iban acercándose á las calendas, quitaban una unidad al número anterior hasta llegar á la víspera, que entónces decian: «Pridie kalendas januarias;» ó sea, el dia que precede á las calendas de enero.

Pasado el dia de las calendas, los dias siguientes correspondian á otro punto fijo; á las nonas, que eran

(1) Sin que pretendamos desvirtuar esta explicacion, recordaremos á nuestros lectores que estas letras se interpretan tambien como sigue: «quando rex (sacrificatus) comitiavit, fas.» (Véase la nota 6.ª en el cap. 3.º del discurso sobre la Cronología Romana).

de cuatro dias en todos los meses, hasta en el intercalar, excepto marzo, mayo, quintil y octubre que tenian seis. De manera que, el dia segundo de enero, segun el modo con que contamos nosotros, era el cuarto de las nonas de enero: IV «nonas januarias;» luego III antes de las nonas; despues, «pridie nonas januarias;» y por fin el dia mismo de las nonas decian: «nonis januariis,» ó en las nonas de enero.

Al dia siguiente de las nonas se contaban los idus, y en todos los meses habia ocho dias de idus: así en marzo, mayo, quintil y octubre los idus terminaban el 15, y en los demás meses el 13. Se contaban como las calendas y las nonas. Así es que el dia despues de las nonas es el octavo de los idus: VIII idus jan.. El otro dia el VII, y así sucesivamente hasta la víspera de los idus que decian: «Pridie idus jan..» El dia mismo de los idus que luego seguia era el último que llevaba el nombre del mes, pues al dia siguiente ya se comenzaba á contar por las calendas del mes que venia. Cayendo pues los idus de enero en el 13 del mes, el dia siguiente, que era el 14, segun nuestro calendario actual, era para los romanos el 17 de las calendas de marzo durante los tres primeros siglos de la república, y despues el 17 de las calendas de febrero: XVII «kalendas februarias;» conviene á saber, el dia décimo séptimo antes de las calendas de febrero, porque habia efectivamente 17 dias hasta el 1.° de febrero. Luego se seguia contando, como hemos dicho, para enero. Tambien debe observarse que á veces el dia despues de las calendas se decia «postpridie kalendas;» y lo mismo con las nonas é idus, «potspridie kalendas januar.,» valia tanto como dia cuarto de las nonas de enero. Expliquemos ahora las fiestas.

XV. Agonales ó Agonalias (las), eran las fiestas que se celebran á 9 de enero, 17 de marzo, 22 de abril, 21 de mayo y 11 de diciembre, en honor de Jano y de Agonio, dioses á quienes invocaban los romanos antes de emprender algo importante.

Alcionios (los 14 dias): principiaban á 11 de diciembre.

Alia ó Allia (jornada de), «dies ater,» el 18 de julio, segun Tito Livio.

Ambarvalia, procesion anual por el mes de mayo en derredor de las viñas y sembrados.

Ambrocianas (las), el 14 de diciembre.

Ancilias (la fiesta de los). Se creia en Roma que durante una calamidad pública habia caido del cielo un escudo en las manos de Numa, teniéndolo por una señal de la proteccion divina, asegurando aquel monarca que Roma gozaria de prosperidad mientras conservase prenda de tanta valía. Para que no fuese robado mandó fabricar once escudos mas, tan perfectamente parecidos al primero, que ya no fué posible el reconocerle. Esos escudos se llamaron «ancilia» porque, segun dice Varron, eran escotados por las dos partes. Fueron encargados de su custodia doce sacerdotes, vestidos de una túnica de varios colores, con un coselete de bronce sobre la túnica, y cubierta la cabeza con un casco. Llevaban espadas cortas, dando con ellas en los escudos que tenian en la mano izquierda. Todos los años hacian una procesion el dia primero de marzo, cantando versos compuestos para aquella ceremonia, y bailando al son de flautas; por lo cual les llamaron Salios.

Angeronales (las), 21 de diciembre, en honor de la diosa Angerona, á la que invocaban para librarse de pesadumbres y de anginas.

Ana Perenna, diosa reverenciada de los romanos. Suponen algunos autores que esta diosa no es mas que la hermana de Dido, la que huyendo de Cartago invadida por Yarbas, rey de los gétulos, fué á refugiarse al Lacio, y que, paseando por las riberas del rio Numico, cayó en él, y como habia de quedar siempre oculta en sus aguas, la llamaron «Perena ó Perenna.» Esto quiere decir Ovidio con estos versos:

..... Placidi sum nympha Numici:
Amne perenne Latens, Anna Perenna vocor.

Creen otros que esta diosa Ana era una vieja de Boviles, que trajo víveres al pueblo romano cuando su retirada al Monte Sacro, y que el pueblo agradecido, despues de hacer las paces con el senado, instituyó una fiesta en honra de Ana. Tambien esto puede inferirse de los siguientes versos de Ovidio:

Pace domi facta, signum posuere Perennæ,
Quod sibi defectis illa ferebat opes.

Celebrábanse sus fiestas el 15 de marzo, divirtiéndose entónces destempladamente las jóvenes romanas.

Armilustro (Armilustrium), lustracion de las armas: «ab armis lustrandis,» fiesta que los romanos celebraban armados, haciéndose el sacrificio á son de clarines. Caia en el 19 de octubre, lo que demuestra el error de los que se figuran que no era mas que la fiesta de los sabinos, pues que esta se celebraba el 2 de marzo. El armilustro era por consiguiente una fiesta especial celebrada por los soldados que bailaban armados, y tal vez debia el orígen al sepulcro de Tito Tacio, á quien Rómulo mandó enterrar en el sitio llamado «Armi-lustrum,» y en memoria del que, segun el Halicarnasense, se fundó un sacrificio anual: «Et civitas expensis públicis quólibet anno illi parentat.»

Bacanales (las), se celebraban el 17 de marzo, en honor de Baco, á imitacion de las orgías de los griegos.

Brumales (las), (Brumalia), fiesta instituida por Rómulo, viniéndole el nombre de «Bruma,» invierno, por celebrarse en esa estacion. Era en honor de Baco, y duraba treinta dias, principiando á 24 de noviembre.

Caprotina (Juno), habia una fiesta dedicada á esta diosa en las nonas de julio (7). Dábanla tambien el nombre de «Caprotina nona,» con motivo de una higuera silvestre, en la que se encaramó una criada llamada «Retana,» para dar aviso á los romanos de que los galos estaban sumergidos en el sueño de la embriaguez. En esa fiesta las criadas hacian regalos á sus señoras, en memoria del acontecimiento que habia dado lugar á su institucion.

Caristias ó Charistias (las), en 22 de febrero. Fiestas durante las cuales habia banquetes de familia y de intimidad. Los romanos las tomaron de los griegos que las celebraban en honor de las gracias.

Carmentales (las), 11 de enero. Se celebraban en honra de Nicostrata, madre de Evandro, llamada Carmenta porque solia pronunciar en verso sus oráculos.

Cereales (las), fiestas griegas que se celebraban en Roma el 10 de abril, y desde el 13 hasta el 19 del mismo mes, en feliz conmemoracion del hallazgo de Proserpina por su madre Ceres.

Compitales (las), 12 de enero, 2 de mayo y 22 de diciembre. Fiestas en honra de los dioses Lares, á quienes estaban consagrados los arrabales (cómpita).

Consuales (las), 21 de agosto. Celebrábanse principalmente con juegos en el circo en honor de Conso, dios del buen consejo. Durante esas fiestas no se hacia trabajar á los caballos ni á los asnos, y se les coronaba de flores.

Dies Ater, dia infausto ó de mala ventura, el 2 de enero.

Dies Atri, dias negros y funestos, á que tambien llamaban nefastos ó pósteros. Los señalaban con carbon, al revés de los dias afortunados que lo hacian con yeso, por lo cual los llamaban blancos, « Albi: creta an carbone notandi, » dice Horacio. Se dice que los romanos recibieron esa costumbre de los escitas, los cuales ponian al acostarse una piedra blanca en su aljaba si habian pasado un dia bonancible, y una negra si habian tenido alguna desgracia. El 11 de mayo era dia infausto para casarse.

Divalia ó Divales, fiestas de la diosa Angerona, que se han notado con el nombre de Angeronales: en 21 de diciembre.

Dionisíacas, ó de la vendimia. Fiesta del 3 de setiembre.

Equirias (las), en 29 de enero, 27 de febrero, 14 de marzo, 18 de abril y 13 de diciembre. Eran fiestas en honor de Marte. Celebrábanse principalmente con carreras de caballos en el campo de Marte.

Expulsion de los reyes, el 1.° de junio.

Fabios ó Fabianos (derrota de los), 13 de febrero.

Faunales (las), 5 de diciembre, en memoria de Fauno, á quien se inmolaba un cabrito con libaciones de vino.

Feralia (las ferales), ó fiesta de difuntos, á 18 de febrero, instituida para aplacar sus manes, y por esto ponian manjares sobre los sepulcros. « Feralia diis manibus sacrata festa, à ferendis epulis; vel feriendis pecudibus, » dice Festo. El origen de la fiesta se atribuye á Eneas, y de este sentir es Ovidio que la describe:

> Hunc morem Æneas pietatis idoneus auctor
> Attulit in terras, juste Latine, tuas.

Pero Numa reglamentó las ceremonias. La fiesta duraba once dias, creyendo los antiguos que durante ese tiempo las almas de los muertos estaban libres de los tormentos del infierno, y podian vagar en derredor de sus sepulcros, con la facultad de comer lo que sobre los mismos se ponia.

Ferias de Júpiter, 23 de diciembre.

Ferias latinas, se solemnizaban mucho por interesar á todos los pueblos del « Lacio. » Al principio solo duraban un dia (el 27 de abril); pero con el tiempo llegaron á durar hasta cuatro dias.

Ferias de la luna, el 24 de agosto.

Ferias de Vulcano, el 23 de mayo.

Florales. Fiestas en honor de Flora. Principiaban el 28 de abril y duraban seis dias, consistiendo en espectáculos inmorales.

Fontinales, en 13 de octubre, al dios de las fuentes.

Fordicidias ó Fordicales, fiestas que se celebraban en el 15 de abril; y se sacrificaban á Tellus vacas preñadas.

Fornacales (las), á 18 de febrero. Fiestas en honor de « Fornax, » diosa particularmente invocada por los romanos al amasar y cocer el pan, y sobre todo cuando hacian calentar al fuego, y aun tostar un poco el trigo antes de molerlo.

Furinales, en honra de la diosa Furina, á la cual ofrecian sacrificios llamados « Furinalia, » como dice Festo: « Furinalia sacra Furinæ, quam deam dicebant. » Se celebraba la fiesta el 25 de julio.

Hilarias, fiestas griegas y romanas en honra de Cibeles y de Pan, que en Roma se celebraban el 25 de marzo.

Juegos apolinares. — Después de la batalla de Canas, los romanos creyeron encontrar en unos malos versos del adivino Marcio las circunstancias de la jornada tan funesta para ellos. Entónces los versos de Marcio fueron tenidos por oraculares; y como estaba indicado en los mismos que si los romanos querian expulsar de su suelo á los enemigos habian de votar solemnemente juegos anuales en honor de Apolo, fueron instituidos los « juegos apolinares, » celebrándose siempre mas el 3 de julio, y durando ocho dias (véase Midleton, Vida de Ciceron, tomo III, pág. 487).

Juegos de Ceres; duraban 8 dias desde 12 de abril.

Juegos florales, el 1.° de mayo.

Juegos megalesios, á Cibeles; 8 dias.

Juegos de Neptuno, el 23 de julio.

Juegos piscatorios, el 6 de junio.

Juegos plebeyos, el 16 de octubre, y el 15 de noviembre, por espacio de tres dias.

Juegos romanos, ó los juegos mayores. Se celebraban desde el 4 de setiembre hasta el 10, y desde el 14 hasta el 18 inclusive del mismo, en honor de los dioses mayores; á saber, Júpiter, Juno y Minerva. En esos juegos, celebrados con objeto de que el cielo se mostrase propicio al pueblo, se hacian gastos que excedian todo límite, sucediendo lo mismo en todos los juegos mas solemnes. Los ediles prodigaban el dinero sacado de las provincias para ostentar esplendidez, y granjearse así popularidad para obtener cargos mas elevados.

Juvenales (Juvenalia), fiestas instituidas para los jóvenes, á fin de celebrar el dia en que se rasuraban por la vez primera. Era en el 24 de diciembre.

Larontales ó Laurentinales, el 23 de diciembre. Fiestas en honor de Acca Laurencia, á la que creian nodriza de Rómulo y de Remo.

Lectisternio. Una epidemia que hubo en Roma, por los años 355 de su fundacion, dió lugar á una nueva ceremonia religiosa, llamada « Lectisternio. » Viene esta palabra de « lectos sternere, » poner lechos. En los grandes peligros, igualmente que en los dias mas venturosos, era costumbre en Roma el dar banquetes solemnes á los dioses para implorar su auxilio, ó para darles públicamente gracias por los galardones recibidos. Habia unos funcionarios llamados « Epulones triumviri, » y después con el tiempo « septemviri, » porque llegaron á ser siete, que gozaban de mucha consideracion, y presidian en esos festines. Ponian la mesa en los templos, y luego en derredor de la misma, á la usanza de aquel tiempo, lechos cubiertos con ricos tapices y almohadones. En ellos colocaban las estátuas de los dioses y diosas que se habian convidado á comer, sirviéndose en la mesa como si en realidad fuese aquel un banquete de hombres vivos. Valerio Máximo nos dice que Júpiter se hallaba tendido en un lecho, y que Juno y Minerva estaban sentadas.

Esto se hizo en público, á nombre del estado, en la ocasion de que se trata, la primera en que se hace mencion de « lectisternio. » Los ciudadanos hicieron lo mismo en sus casas, convidándose mútuamente durante ocho dias que duraba la fiesta. Todas las puertas de las casas se abrieron en la ciudad, y en todas habia mesas puestas, admitiéndose en ellas á cuantos se presentaban, ya fueran conocidos, ya extraños. Durante estos dias todo era comun en materia de comer. Hubo reconciliacion por parte de los que eran enemigos, dando tregua á procesos y desavenencias. Habia paz completa, sin riñas ni altercados. Mientras duró la fiesta se soltaron los prisioneros, y temióse luego el encadenar otra vez á aquellos á quienes habian los dioses libertado. Es muy de notar que hasta los paganos hubieran creido que no celebraban dignamente sus fiestas, y que las deidades no se les habian de mostrar propicias, conservando en el corazon rencor y mala voluntad. Hugby in litt. pir. 4.

Lemurias ó Lemurianas, fiestas de los muertos ó de los desaparecidos, que principiaban á 9 de mayo, y duraban tres noches. Se celebraban para librarse de espectros. Tambien se celebraban el 13 de mayo.

Liberales (las fiestas) se celebraban el 17 de marzo y el 21 de noviembre, en honor de Baco, al que sacrificaban un macho cabrío. Tambien se le hacian libaciones de miel.

Lignapesias, de lignum, leño ó madera, fiesta romana, que tenia lugar el 12 de agosto.

Lucarias; eran unas fiestas en conmemoracion de la huída de los romanos á un gran bosque, cerca del rio Alia, en donde se guarecieron: «Festa quæ in luco celebrant romani..... pro eo quod victi á gallis, fugientes è prœlio, ibi se occultaverunt.» Habia lucarias en 18 y 21 de julio y en 1.° de febrero.

Lupercales, 15 febrero, fiesta en honor del dios Pan.

Lupercalia, fiesta en el mes de febrero, en honor de Luperca, ó de Pan-Liceo.

Matralias; fiestas en el 9 de junio, en honra de la diosa «Matuta.» Se excluia de ella á las criadas, menos una para darla de bofetones.

Matronales, fiestas que se celebraban el 1.° de marzo, para memoria de las damas que habian hecho cesar la discordia entre romanos y sabinos. Por lo mismo las celebraban muy particularmente las mujeres.

Majuma, fiesta de los nadadores muy celebrada el 1.° de mayo.

Medritinales, fiestas del 29 de setiembre y 11 de octubre, en honor de la diosa de la medicina.

Megalesios (juegos). Fiesta de Cibeles celebrada desde el 28 de marzo al 4 de abril. Se representaban muchas piezas dramáticas.

Mar (abertura de la), 13 de marzo, tiempo favorable ya para la navegacion, cerrándose el 18 de noviembre, por entrar en la estacion tormentosa.

Merkales, fiestas que se celebraban en 20 de setiembre, durante cuatro dias, y tres dias en 18 de noviembre. Viene el nombre de mercatus, mercados.

Misterios de la buena diosa (Bonæ Deæ), que tambien llamaban «Fauna ó Fátua.» Era mujer del dios Fauno, el cual, encontrándola un dia en estado de embriaguez, la azotó tan fuertemente, que la ocasionó la muerte. Por esto, en los sacrificios que ofrecian á la «buena diosa,» llamaban las mujeres leche al vino que llevaban en las jarras. Las fiestas á esa deidad se celebraban en lugar muy recóndito, llamado «opertorio.» Solo podian asistir mujeres, y se quitaban hasta los retratos de hombres, á fin de imitar la castidad de Fauna, la cual, desde que casó, jamás miró á otro hombre que á su marido. Así lo dice Séneca. Á pesar de estas precauciones, no dejaban de ocurrir escenas repugnantísimas en el opertorio. P. Clodio se atrevió á profanar esos misterios, entrando vestido de mujer para ver á Mucia, mujer de César, de la que estaba enamorado. Este crímen le echa en cara Ciceron, acusándole de haber profanado con su presencia misterios celebrados para la conservacion del pueblo, en casa del sumo pontífice, que era el mismo César. Habia una creencia popular, segun la cual habia de quedar ciego el hombre que asistiese á la celebracion de aquellos misterios. Á ella alude Ciceron en las palabras: «.... aut quod oculos, ut opinio illius religionis est, non perdidisti.» La fiesta caia en el 4 de diciembre. Los grandes mist. á 22 agosto; los menores á 28 oct.

Neptuno, en su honor, fiestas en 23 jul. y 5 nov.

Opalias, fiestas en honor de Ops, en 19 diciembre.

Pacales, 29 de enero, fiestas de la paz.

Palilios ó Palilias, fiestas en honor de Palas, celebradas con mucha solemnidad, por creer los romanos que, además de otros motivos religiosos, el 21 de abril en que caian, era el mismo dia de la fundacion de Roma.

Piscatorios (juegos), el 6 de junio, celebrado particularmente por los pescadores del Tíber, en el que cogian pececitos, que luego ofrecian en sacrificio á Vulcano.

Pitegias, fiestas en honor de Baco á 13 noviembre.

Populifugio, fiestas del 5 de enero y del 29 de junio, por haber huido de Roma los galos.

Portumnales ó Portumnates, 17 de agosto; fiesta de Portumno, dios de los puertos.

Pianepsias, así llamadas porque en estas fiestas se ofrecian á Apolo habas cocidas: el 2 de octubre.

Quinquatrias, ó mejor, Panatenæas, fiestas que se celebraba en Atenas en honra de Minerva. Habia las menores que cada año tenian lugar, y las mayores solo cada cuatro. Habia carreras de caballos, luchas gimnásticas, certámenes de música y de poesía, concluyendo todo con procesiones. Celebrábanse las quinquatrias mayores el 19 de marzo y los cuatro dias siguientes, las menores el 13 de junio: imitólas Roma.

Quirinales, fiestas en honor de Rómulo, apellidado «Quirino,» como tambien fueron llamados «quirites» los nobles romanos por la patria de Tacio, llamada Cares, capital de la parte del país sabino en que reinó Tacio.

Ramales, 10 de octubre, fiestas en honra de Baco y de Ariana. Llevábanse en las procesiones vides enteras con su fruto.

Regifugio, 24 de febrero, 24 de marzo, y 24 de mayo (Véase lo que dijimos en la cronología romana, y á Plutarco. Quest. rom., pág. 279).

Revista, de los caballeros: á 15 julio.

Robigales, fiesta del 25 de abril, en que se dirigian preces á la diosa «Robigo» para que conservase sanos los trigos.

Rómulo (muerte de), el 7 de julio.

Saturnales, fiestas que principiaban el 17 de diciembre, y duraban cinco dias. Eran en honor de Saturno. Todo era en ellas deleite, todo respiraba holganza y hasta desenfreno. Cesaban todos los trabajos, y no se permitia tratar de ningun asunto formal. Los habitantes de Roma salian de la ciudad á respirar el aire libre en el monte Aventino. Se permitia á los esclavos tratar con libertad á sus señores, y decirles cuanto les pasara por la imaginacion. Los amos les servian en la mesa para figurar la edad de oro en que todos los hombres eran iguales. Habia grandes luchas de gladiadores, creyendo honrar á Saturno, y obtener sus favores con sangre humana.

Sementinas, 24 de enero, fiestas que celebraban los labradores, pidiendo á Ceres y á Tellus una cosecha abundante. Debe observarse que el 16 de noviembre era el indicado para dia final de la siembra del trigo.

Sigilares ó Sigilarias, eran unas fiestas que se celebraban en los dos últimos dias de las saturnales; es decir, el 20 y 21 de diciembre. Tenian este nombre con motivo de los presentes que recíprocamente se hacian los romanos de estátuas de cobre, plata, oro, y tambien de barro. La calle en que se vendian en Roma esas figuritas se llamaba tambien «Sigilaria,» y dice Rufo que estaba en el cuartel séptimo de la ciudad.

Tarquino, su vencimiento, á 29 enero.

Terminales, del dios Término, á 23 de febrero.

Tubilustrio, purificacion con el agua lustral de las trompetas y otros instrumentos militares. La hacian

los sacerdotes públicamente en la plaza llamada de fos CORDONEROS. Lo mismo se practicaba cuando el ejército estaba en campaña. Esta ceremonia, asaz parecida á nuestra bendicion de banderas, tenia lugar dos veces al año, el 23 de marzo, último dia de la quincena de Minerva, a la que confundian los romanos con Palas, diosa de la guerra, y el 23 de mayo dia de la fiesta de Vulcano, dios de los obreros de hierro y fundidores. Era fiesta instituida por los antiguos griegos.

Vestalias, fiestas de Vesta, en las que celebraban las vestales sacrificios en el interior del templo. En aquellas fiestas llevaban por las calles de Roma asnos adornados de flores, con panes en el cuello, en forma de collares, en memoria de los servicios prestados á Vesta por uno de aquellos animales.

Vertumnalia, ferias el 30 octubre al dios Vertumno.

Vinalias, fiestas que se celebraban dos veces al año, por el 23 de abril, en honra de Venus, para probar los vinos nuevos, y por el 19 de agosto para pedir á Jupiter buen tiempo para la vendimia. Estas segundas «Vinalias» se llamaban Rústicas.

Vitulacion, el 8 julio á Vitula, diosa de la alegría.

Vulcano, ferias de, el 23 de mayo.

Vulcanales, fiestas de Vulcano que se celebraban dos veces al año en el circo de Flaminio el 23 y el 29 de agosto. Reunido el pueblo en el circo, encendia hogueras, arrojando animales dentro de ellas en holocausto á los dioses (Varron).

Vulturnales ó Volturnales, fiestas en honra de Volturno, el 27 de agosto. El sacerdote se llamaba «flamen volturnalis.»

XVI. En el reinado de Rómulo el año civil de los romanos principiaba el 1.º de marzo, y en el de Roma el 1.º de enero romano, en el que quedó fijado definitivamente.

Como Rómulo no siguió ninguna regla fija en sus intercalaciones, no es posible determinar el dia juliano en que tuvo principio cada año civil y cada año del reinado de este monarca, no hallándose una prueba sólida de la correspondencia del año romano con el juliano mientras duró el reinado de Rómulo, excepto en el año último, y así lo hemos consignado ya.

Principiando de ordinario el año olímpico el mes de julio juliano, va corriendo necesariamente por dos años julianos, y casi siempre por dos años civiles, como principiando el año de la fundacion de Roma en 21 de abril romano, corre igualmente por dos años civiles, y las mas veces por dos años julianos. Por lo mismo un acontecimiento del año 4.º de la 6.ª olimpíada, por ejemplo, cae en el año juliano de 733, si tuvo lugar en los seis primeros meses julianos. Del mismo modo un acontecimiento del primer año de la fundacion de Roma coincide con el primer año civil si se verificó después del 21 de abril romano, correspondiendo al segundo año civil si sucedió en un mes anterior al 21 de abril. Esto debe tenerse siempre muy presente. Como no ponemos mas que un año olímpico á cada año juliano, y uno juliano en cada año civil y en cada año de la fundacion de Roma, corre riesgo de equivocarse, muy á menudo, no teniendo cuidado con la correspondencia exacta de esos años. Por fin, el año del reinado y del consulado se extiende las mas veces por los años olímpicos, civiles y julianos, necesitándose la misma atencion para fijar exactamente cada acontecimiento en el año que le corresponde, segun la fecha del mes en que hubiere tenido lugar.

El calendario de Numa fué establecido en el año 40 de Roma, principiando á regir en el 41. El año civil empieza el 1.º de enero romano, que corresponde al 6 de enero juliano del 713 antes de Jesucristo. Sabemos que febrero era el último mes, y que los decemviros le pusieron luego trás de enero. Debe observarse que en nuestra tabla hay intermisiones en los años julianos de 712, 710 y 708, con motivo de que, en los años 713, 711 y 709, los años romanos principian en esos mismos años julianos, y de que recibiendo una intercalacion el segundo de esos años romanos, excede al año juliano siguiente. En los años 713, 711 y 709 se hallará que la intercalacion corresponde á años julianos impares, lo que parece contrario á lo dicho en el discurso preliminar, capítulo IX. Pero estos años empiezan en el 26, 28 y 30 de diciembre de los años impares, correspondiendo con pocos dias de diferencia á los siguientes años julianos que son pares, y á estos corresponde la intercalacion. El ciclo de Numa no empieza hasta el año 57 de Roma, el 17.º de su reinado; sin embargo, el efecto de ese ciclo se remonta á los diez y seis años antecedentes, época en que principió á regir su calendario.

El primer ejemplo del uso que hicieron los pontífices de las facultades que les fueron atribuidas ó que se arrogaron con respecto á las intercalaciones, es del año 257 de Roma; por consiguiente, se falta á las reglas del ciclo de Numa. Adviértase igualmente que las letras A. S. después del nombre del mes en la postrera coluna de la tabla significan «año siguiente,» en atencion á que, principiando el año romano en un mes juliano diferente del mes en que entraban los cónsules en el ejercicio de sus cargos, no puede encontrarse sino en el año juliano subsiguiente.

XVII. Tabla de la correspondencia del principio del año romano con el dia correlativo del año juliano, y fechas del principio del reinado de los reyes, y de las magistraturas de los cónsules:

La 1.ª coluna indica las olimpíadas; la 2.ª el año de las mismas; la 3.ª los años antes de Cristo; la 4.ª los dias julianos en que principia el año romano; la 5.ª los ciclos romanos; la 6.ª los años desde la fundacion de Roma, segun Varron; la 7.ª los años de cada reinado y del establecimiento del consulado; la 8.ª los dias romanos en que estos reinados comenzaron; y la 9.ª los dias julianos correspondientes á los del principio de cada reinado. La B en la 3.ª coluna indica el año bisextil. Un asterisco * en la 6.ª coluna indica la intercalacion de veinte y dos dias en aquel año; dos asteriscos ** en la misma indican la intercalacion de veinte y tres dias en el mismo. El principio de cada ciclo en la 5.ª coluna, está indicado con cifras romanas. En las columnas 3.ª, 5.ª, 6.ª y 7.ª, solo se ponen enteras las cifras del principio de cada decena: así en la 3.ª coluna después del 750 se pone 9, 8, 7, etc. en lugar de las cuales el lector, advertido, leerá 749, 748, 747, etc., en línea descendente. Así mismo, en las colunas 5.ª, 6.ª y 7.ª, después del número 10 se leerá 11, 12, 13, etc., en línea ascendente. Los meses se designan por estas letras: en. feb. mar. abr. may. jun. jul. ag. set. oct. nov. y dic. A. S. equivale á año siguiente:

								RÓMULO	
6	4	B	753	»	»	1	1	1.º oct.	»
	1		752			2	2		
7	2		751			3	3		
	3		750			4	4		
	4	B	.9			5	5		
	1		.8			6	6		
8	2		.7			7	7		
	3		.6			8	8		
	4	B	.5			9	9		
	1		.4			10	10		
9	2		.3			.1	.1		
	3		.2			.2	.2		

	4	B	1	»	»	3	3	»	»
	1		740			4	4		
	2		9			5	5		
10	3		8			6	6		
	4	B	7			7	7		
	1		6			8	8		
	2		5			9	9		
11	3		4			20	20		
	4	B	3			1	1		
	1		2			2	2		
	2		1			3	3		
12	3		730			4	4		
	4	B	9			5	5		
	1		8			6	6		
	2		7			7	7		
13	3		6			8	8		
	4	B	5			9	9		
	1		4			30	30		
	2		3			1	1		
14	3		2			2	2		
	4	B	1			3	3		
	1		720			4	4		
	2		9			5	5		
15	3		8			6	6		
	4	B	7			7	7		
	1		6			8	8		
	2		5	18 en.		9	Interegno en 7 jul.		26 may.
							NUMA.		
16	3		4	. . . . .		40	1	Despues	
	4	B	3	6 en.		1	2	del 7 jul.	
				26 dic.		2*	3		
	1		2	. . . . .					
	2		1	7 en.		3	4		
17				28 dic.		4**	5		
	3		710	. . . . .					
	4	B	9	10 en.		5			
				30 dic.		6	7		
	1		8	. . . . .					
18	2		7	11 en.		7	8		
	3		6	1 en.		8**	9		
	4	B	5	14 en.		9	10		
	1		4	3 en.		50*	1		
19	2		3	15 en.		1	2		
	3		2	5 en.		2**	3		
	4	B	1	18 en.		3	4		
	1		700	7 en.		4*	5		
20	2		9	19 en.		5	6		
	3		8	9 en.		6**	7		
	4	B	7	22 en.	I	7	8		
	1		6	11 en.	2	8*	9		
21	2		5	23 en.	3	9	20		
	3		4	13 en.	4	60**	1		
	4	B	3	26 en.	5	1	2		
	1		2	15 en.	6	2*	3		
22	2		1	27 en.	7	3	4		
	3		690	17 en.	8	4**	5		
	4	B	9	30 en.	9	5	6		
	1		8	19 en.	10	6*	7		
23	2		7	31 en.	1	7	8		
	3		6	21 en.	2	8*	9		
	4	B	5	3 feb.	3	9	30		
	1		4	23 en.	4	70*	1		
24	2		3	4 feb.	5	1	2		
	3		2	25 en.	6	2*	3		
	4	B	1	7 feb.	7	3	4		
	1		680	27 en.	8	4*	5		
25	2		9	8 feb.	9	5	6		
	3		8	29 en.	20	6*	7		
	4	B	7	10 feb.	1	7	8		
	1		6	30 en.	2	8*	9		
26	2		5	11 feb.	3	9	40		
	3		4	1 feb.	4	80	1		
	4	B	3	22 en.	II	1	2		
	1		2	11 en.	2	2*	3		
							TULO HOS-		
							TILIO.		
27	2		1	23 en.	3	3	1		
	3		670	13 en.	4	4*	2		
	4		9	26 en.	5	5	3		
	1	B	8	15 en.	6	6*	4		
28	2		7	27 en.	7	7	5		
	3		6	17 en.	8	8**	6		
	4	B	5	30 en.	9	9	7		
	1		4	19 en.	10	90*	8		
29	2		3	31 en.	1	1	9		
	3		2	21 en.	2	2**	10		
	4	B	1	3 feb.	3	3	1		
	1		660	23 en.	4	4*	2		
30	2		9	4 feb.	5	5	3		
	3		8	25 en.	6	6**	4		
	4	B	7	7 feb.	7	7	5		
	1		6	27 en.	8	8*	6		
	2		5	8 feb.	9	9	7	»	»
31	3		4	29 en.	20	100*	8		
	4	B	3	10 feb.	1	1	9		
	1		2	30 en.	2	2*	20		
	2		1	11 feb.	3	3	1		
32	3		650	1 feb.	4	4	2		
	4	B	9	22 en.	III	5	3		
	1		8	11 en.	2	6*	4		
	2		7	23 en.	3	7	5		
33	3		6	13 en.	4	8*	6		
	4	B	5	26 en.	5	9	7		
	1		4	15 en.	6	110*	8		
	2		3	27 en.	7	1	9		
34	3		2	17 en.	8	2**	30		
	4	B	1	30 en.	9	3	1		
	1		640	19 en.	10	4*	2		
							ANCO MAR-		
							CIO.		
35	2		9	31 en.	1	5	1	Por jul.	
	3		8	21 en.	2	6**	2		
	4	B	7	3 feb.	3	7	3		
	1		6	23 en.	4	8*	4		
36	2		5	4 feb.	5	9	5		
	3		4	25 en.	6	120**	6		
	4	B	3	7 feb.	7	1	7		
	1		2	27 en.	8	2*	8		
37	2		1	8 feb.	9	3	9		
	3		630	29 en.	20	4*	10		
	4	B	9	10 feb.	1	5	1		
	1		8	30 en.	2	6*	2		
38	2		7	11 feb.	3	7	3		
	3		6	1 feb.	4	8	4		
	4	B	5	22 en.	IV	9	5		
	1		4	11 en.	2	130*	6		
39	2		3	23 en.	3	1	7		
	3		2	13 en.	4	2**	8		
	4	B	1	26 en.	5	3	9		
	1		620	15 en.	6	4*	20		
40	2		9	27 en.	7	5	1		
	3		8	17 en.	8	6*	2		
	4	B	7	30 en.	9	7	3		
	1		6	19 en.	10	8*	4		
							TARQUINO		
41							PRISCO.		
	2		5	31 en.	1	9	1	Antes	
	3		4	21 en.	2	140**	2	de jul.	
	4	B	3	3 feb.	3	1	3		
	1		2	23 en.	4	2*	4		
42	2		1	4 feb.	5	3	5		
	3		610	25 en.	6	4**	6		
	4	B	9	7 feb.	7	5	7		
	1		8	27 en.	8	6*	8		
43	2		7	8 feb.	9	7	9		
	3		6	29 en.	20	8*	10		
	4	B	5	10 feb.	1	9	1		
	1		4	30 en.	2	150*	2		
44	2		3	11 feb.	3	1	3		
	3		2	1 feb.	4*	2	4		
	4	B	1	22 en.	V	3	5		
	1		600	11 en.	2	4*	6		
	2		9	23 en.	3	5	7		
45	3		8	13 en.	4	6**	8		
	4	B	7	26 en.	5	7	9		
	1		6	15 en.	6	8*	30		
	2		5	27 en.	7	9	1		
46	3		4	17 en.	8	160**	2		
	4	B	3	30 en.	9	1	3		
	1		2	19 en.	10	2*	4		
	2		1	31 en.	1	3	5		
47	3		590	21 en.	2	4*	6		
	4	B	9	3 feb.	3	5	7		
	1		8	23 en.	4	6*	8		
	2		7	4 feb.	5	7	9		
48	3		6	25 en.	6	8**	30		
	4	B	5	7 feb.	7	9	1		
	1		4	27 en.	8	170*	2		
	2		3	8 feb.	9	1	3		
49	3		2	29 en.	20	2*	4		
	4	B	1	10 feb.	1	3	5		
	1		580	30 en.	2	4*	6		
	2		9	11 feb.	3	5	7		
							SERVIO TU-		
50							LIO.		
	3		8	1 feb.	4	6	1	Antes	
	4	B	7	22 en.	VI	7	2	del	
	1		6	11 en.	2	8*	3	11 ag.	
51	2		5	23 en.	3	9	4		
	3		4	13 en.	4	180**	5		
	4	B	3	26 en.	5	1	6		
	1		2	15 en.	6	2*	7		
52	2		1	27 en.	7	3	8		
	3		570	17 en.	8	4**	9		
	4	B	9	30 en.	9	5	10		

	1		8	19 en.	10	6*	1					
53	2		7	31 en.	1	7	2					
	3		6	21 en.	2	8**	3					
	4	B	5	3 feb.	3	9	4					
	1		4	23 en.	4	190*	5					
54	2		3	4 feb.	5	1	6					
	3		2	25 en.	6	2*	7					
	4	B	1	7 feb.	7	3	8					
	1		560	27 en.	8	4*	9					
55	2		9	8 feb.	9	5	20					
	3		8	29 en.	20	6*	1					
	4	B	7	10 feb.	1	7	2					
	1		6	30 en.	2	8*	3					
56	2		5	11 feb.	3	9	4					
	3		4	1 feb.	4	200	5					
	4	B	3	22 en.	VII	1	6					
	1		2	11 en.	2	2*	7					
57	2		1	23 en.	3	3	8					
	3		550	13 en.	4	4**	9					
	4	B	9	26 en.	5	5	30					
	1		8	15 en.	6	6*	1					
58	2		7	27 en.	7	7	2					
	3		6	17 en.	8	8**	3					
	4	B	5	30 en.	9	9	4					
	1		4	19 en.	10	210*	5					
59	2		3	31 en.	1	1	6					
	3		2	21 en.	2	2*	7					
	4	B	1	3 feb.	3	3	8					
	1		540	23 en.	4	4*	9					
60	2		9	4 feb.	5	5	40					
	3		8	25 en.	6	6**	1					
	4	B	7	7 feb.	7	7	2					
	1		6	27 en.	8	8*	3					
	2		5	8 feb.	9	9	4					
								TARQUINO EL SOBERBIO.				
61												
	3		4	29 en.	20	220*	1	Antes				
	4	B	3	10 feb.	1	1	2	del				
	1		2	30 en.	2	2*	3	11 ag.				
	2		1	11 feb.	3	3	4					
62	3		530	1 feb.	4	4	5					
	4	B	9	22 en.	VIII	5	6					
	1		8	11 en.	2	6*	7					
	2		7	23 en.	3	7	8					
63	3		6	13 en.	4	8	9					
	4	B	5	26 en.	5	9	10					
	1		4	15 en.	6	230*	1					
	2		3	27 en.	7	1	2					
64	3		2	17 en.	8	2**	3					
	4	B	1	30 en.	9	3	4					
	1		520	19 en.	10	4*	5					
	2		9	31 en.	1	5	6					
65	3		8	21 en.	2	6**	7					
	4	B	7	3 feb.	3	7	8					
	1		6	23 en.	4	8*	9					
	2		5	4 feb.	5	9	20					
66	3		4	25 en.	6	240**	1					
	4	B	3	7 feb.	7	1	2					
	1		2	27 en.	8	2*	3					
	2		1	8 feb.	9	3	4					
67	3		510	29 en.	20	4*	5					
								ESTABLECIMIENTO DEL CONSULADO.				
	4	B	9	10 feb.	1	5	1	1 jun.	9 jun.			
	1		8	30 en.	2	6*	2	1 oct.	25 set.			
	2		7	11 feb.	3	7	3	1 oct.	7 oct.			
68	3		6	1 feb.	4	8	4	1 oct.	27 set.			
	4	B	5	22 en.	IX	9	5	1 oct.	16 set.			
	1		4	11 en.	2	250*	6	1 oct.	6 set.			
	2		3	23 en.	3	1	7	1 oct.	18 set.			
69	3		2	13 en.	4	2**	8	1 oct.	8 set.			
	4	B	1	26 en.	5	3	9	1 oct.	20 set.			
	1		500	15 en.	6	4*	10	1 oct.	10 set.			
	2		9	27 en.	7	5	1	1 oct.	22 set.			
70	3		8	17 en.	8	6**	2	1 oct.	12 set.			
	4	B	7	30 en.	9	7*	3	1 oct.	24 set.			
	1		6	10 feb.	10	8*	4	1 oct.	6 oct.			
	2		5	22 feb.	1	9*	5	1 oct.	18 oct.			
71	3		4	6 mar.	2	260**	6	1 oct.	30 oct.			
	4	B	3	18 mar.	3	1	7	1 set.	13 oct.			
	1		2	8 mar.	4	2	8	1 set.	3 oct.			
	2		1	26 feb.	5	3	9	1 set.	23 set.			
72	3		490	16 feb.	6	4	20	1 set.	13 set.			
	4	B	9	6 feb.	7	5	1	1 set.	2 set.			
	1		8	26 en.	8	6	2	1 set.	23 ag.			
	2		7	16 en.	9	7	3	1 set.	13 ag.			
73	3		6	6 en.	20	8*	4	1 set.	3 ag.			
	4	B	5	18 en.	1	9	5	1 set.	14 ag.			
	1		4	7 en.	2	270*	6	1 set.	4 ag.			
	2		3	19 en.	3	1	7	1 set.	16 ag.			
74	3		2	9 en.	4	2	8	11 set.	16 ag.			
				30 dic.	X	3	9	11 set.	5 ag.	A S.		
	4	B	1	19 dic.	2	4*	30	11 set.	26 jul.	A S.		

	1	480	31 dic.	3	5	1	1 ag.	29 jun.	A S.			
	2	9	21 dic.	4	6**	2	1 ag.	19 jun.	A S.			
75	3	8	. . . . .									
	4	B 7	3 en.	5	7	3	1 ag.	1 jul.				
			23 dic.	6	8*	4	1 ag.	21 jun.	A S.			
	1	6	. . . . .									
76	2	5	4 en.	7	9**	5	1 ag.	3 jul.				
	3	4	17 en.	8	280**	6	1 ag.	16 jul.				
	4	B 3	30 en.	9	1**	7	1 ag.	28 jul.				
	1	2	11 feb.	10	2*	8	1 ag.	10 ag.				
77	2	1	23 feb.	1	3	9	1 ag.	22 ag.				
	3	470	13 feb.	2	4**	40	1 ag.	12 ag.				
	4	B 9	26 feb.	3	5**	1	1 ag.	24 ag.				
	1	8	10 mar.	4	6*	2	1 ag.	6 set.				
78	2	7	22 mar.	5	7**	3	1 ag.	18 set.				
	3	6	4 abr.	6	8**	4	1 ag.	1 oct.				
	4	B 5	16 abr.	7	9	5	1 ag.	13 oct.				
	1	4	6 abr.	8	290*	6	1 ag.	3 oct.				
79	2	3	18 abr.	9	1	7	1 ag.	15 oct.				
	3	2	8 abr.	20	2*	8	11 ag.	15 oct.				
	4	B 1	19 abr.	1	3	9	11 ag.	26 oct.				
	1	460	9 abr.	2	4*	50	11 ag.	16 oct.				
80	2	9	21 abr.	3	5	1	11 ag.	28 oct.				
	3	8	11 abr.	4	6	2	11 ag.	18 oct.				
	4	B 7	31 mar.	XI	7	3	11 ag.	7 oct.				
	1	6	21 mar.	2	8*	4	11 ag.	27 set.				
81	2	5	2 abr.	3	9	5	11 ag.	9 oct.				
	3	4	23 mar.	4	300	6	11 ag.	29 set.				
	4	B 3	12 mar.	5	1	7	11 ag.	18 set.				
	1	2	2 mar.	6	2	8	11 ag.	8 set.				
82	2	1	20 feb.	7	3	9	15 may.	3 jun.				
	3	450	10 feb.	8	4**	60	15 may.	24 may.				
	4	B 9	23 feb.	9	5	1	15 may.	3 jul.				
							9 set.	25 oct.				
	1	8	12 feb.	10	6*	2	9 set.	6 nov.				
83	2	7	24 feb.	1	7	3	9 set.	27 oct.				
	3	6	14 feb.	2	8	4	9 set.	17 oct.				
	4	B 5	4 feb.	3	9	5	9 set.	6 oct.				
	1	4	24 en.	4	310	6	9 set.	18 oct.				
	2	3	5 feb.	5	1	7	13 dic.	19 en.	A S.			
84	3	2	26 en.	6	2**	8	13 dic.	9 en.	A S.			
	4	B 1	8 feb.	7	3	9	13 dic.	22 en.	A S.			
	1	440	28 en.	8	4*	70	13 dic.	11 en.	A S.			
85	2	9	9 feb.	9	5	1	13 dic.	23 en.	A S.			
	3	8	30 en.	20	6	2	13 dic.	13 en.	A S.			
	4	B 7	20 en.	1	7	3	13 dic.	3 en.	A S.			
	1	6	9 en.	2	8*	4	13 dic.	23 dic.				
	2	5	21 en.	3	9	5	13 dic.	4 en.	A S.			
86	3	4	11 en.	4	320	5	13 dic.	25 dic.				
	4	B 3	1 en.	XII	1	7	13 dic.	15 dic.				
			21 dic.	2	2	8	13 dic.	4 dic.				
	1	2	11 dic.	3	3	9	13 dic.	24 nov.	A S.			
87	2	1	1 dic.	4	4	80	13 dic.	14 nov.	A S.			
	3	430	21 nov.	5	5*	1	13 dic.	4 nov.	A S.			
	4	B 9	2 dic.	6	6*	2	13 dic.	15 nov.	A S.			
	1	8	14 dic.	7	7	3	13 dic.	27 nov.	A S.			
88	2	7	4 dic.	8	8**	4	13 dic.	17 nov.	A S.			
	3	6	17 dic.	9	9	5	13 dic.	30 nov.	A S.			
	4	B 5	6 dic.	10	330*	6	13 dic.	19 nov.	A S.			
	1	4	18 dic.	1	1	7	13 dic.	1 dic.	A S.			
89	2	3	8 dic.	2	2	8	13 dic.	21 nov.	A S.			
	3	2	28 nov.	3	3*	9	13 dic.	11 nov.	A S.			
	4	B 1	9 dic.	4	4*	90	13 dic.	22 nov.	A S.			
	1	420	21 dic.	5	5	1	13 oct.	Interegno.				
90	2	9	11 dic.	6	6	2	13 oct.	25 set.	A S.			
	3	8	1 dic.	7	7*	3	13 oct.	15 set.	A S.			
	4	B 7	12 dic.	8	8*	4	13 oct.	26 set.	A S.			
	1	6	24 dic.	9	9	5	13 oct.	8 oct.	A S.			
91	2	5	14 dic.	20	340*	6	13 oct.	28 set.	A S.			
	3	4	26 dic.	1	1*	7	13 oct.	10 oct.	A S.			
	4	B 3	. . . . .					21 oct.	A S.			
	1	2	6 en.	2	2*	8	13 dic.	1 en.	A S.			
92	2	1	18 en.	3	3*	9	13 dic.	13 en.	A S.			
	3	410	30 en.	4	4	100	13 dic.	3 en.	A S.			
	4	B 9	20 en.	XIII	5	1	13 dic.	23 dic.				
	1	8	9 en.	2	6*	2	13 dic.	4 en.	A S.			
93	2	7	21 en.	3	7	3	13 dic.	25 dic.				
	3	6	11 en.	4	8	4	13 dic.	15 dic.				
	4	B 5	1 en.	5	9	5	13 dic.	4 dic.				
			21 dic.	6	350*	6	13 dic.	16 dic.	A S.			
	1	4	. . . . .									
	2	3	2 en.	7	1	7	13 dic.	6 dic.				
94			23 dic.	8	2**	8	13 dic.	19 dic.	A S.			
	3	2	. . . . .									
	4	B 1	5 en.	9	3	9	13 dic.	8 dic.				
			25 dic.	10	4*	110	1 oct.	9 oct.	A S.			
	1	400	. . . . .									
95	2	9	6 en.	1	5	1	1 oct.	29 set.				
			27 dic.	2	6	2	1 oct.	19 set.	A S.			
	3	8	17 dic.	3	7	3	1 oct.	8 set.	A S.			
	4	7	6 dic.	4	8*	4	1 oct.	20 set.	A S.			

	1	6	18 dic.	5	9*	5	13 ag.	17 ag.	A S.	
96	2	5	30 dic.	6	360	6	13 ag.	7 ag.	A S.	
	3	4	20 dic.	7	1	7	13 ag.	27 jul.	A S.	
	4 B	3	9 dic.	8	2*	8	13 ag.	8 ag.	A S.	
	1	2	21 dic.	9	3	9	13 ag.	29 jul.	A S.	
	2	1	11 dic.	20	4*	120	1 jul.	28 jun.	A S.	
97	3	390	23 dic.	1	5	1	1 jul.	17 jun.	A S.	
	4 B	9	12 dic.	2	6*	2	16 jul.	14 jul.	A S.	
	1	8	24 dic.	3	7**	3	16 jul.	27 jul.	A S.	
	2	7	. . . . .							
98	3	6	6 en.	4	8**	4	31 jul.	24 ag.		
	4 B	5	19 en.	XIV	9**	5	31 jul.	5 set.		
	1	4	31 en.	2	370	6	31 jul.	17 set.		
99	2	3	12 feb.	3	1	7	31 jul.	7 set.		
	3	2	2 feb.	4	2**	8	31 jul.	20 set.		
	4 B	1	15 feb.	5	3	9	31 jul.	9 set.		
	1	380	4 feb.	6	4**	130	31 jul.	21 set.		
	2	9	16 feb.	7	5	1	31 jul.	11 set.		
100	3	8	6 feb.	8	6**	2	31 jul.	24 set.		
	4 B	7	19 feb	9	7	3	31 jul.	13 set.		
	1	6	8 feb.	10	8	4	31 jul.	3 set.		
	2	5	19 en.	1	9**	5				
101	3	4	11 feb.	2	380	6	Sin magistrados cu-			
	4 B	3	1 feb.	3	1	7	rules.			
	1	2	21 en.	4	2	8				
	2	1	11 en.	5	3	9				
102	3	370	1 en.	6	4	140	15 mar.	13 mar.		
			22 dic.	7	5**	1	15 mar.	25 mar.	A S.	
	4 B	9	. . . . .							
	1	8	3 en.	8	6	2	15 mar.	15 mar.		
			24 dic.	9	7	3	15 mar.	5 mar.	A S.	
103	2	7	14 dic.	20	8	4	15 mar.	23 feb.	A S.	
	3	6	4 dic.	1	9**	5	15 mar.	7 mar.	A S.	
	4 B	5	16 dic.	2	390	6	15 mar.	25 feb.	A S.	
	1	4	6 dic.	3	1	7	15 mar.	15 feb.	A S.	
	2	3	26 nov.	4	2	8	15 mar.	5 feb.	A S.	
104	3	2	16 noy.	XV	3**	9	15 mar.	18 feb.	A S.	
	4 B	1	28 nov.	2	4*	150	15 mar.	1 mar.	A S.	
	1	360	10 dic.	3	5	1	15 mar.	19 feb.	A S.	
	2	9	30 nov.	4	6**	2	15 mar.	4 mar.	A S.	
105	3	8	13 dic.	5	7**	3	15 mar.	16 mar.	A S.	
	4 B	7	25 dic.	6	8	4	15 mar.	6 mar.	A S.	
	1	6	15 dic.	7	9	5	23 abr.	4 abr.	A S.	
	2	5	5 dic.	8	400**	6	23 abr.	17 abr.	A S.	
106	3	4	18 dic.	9	1	7	23 abr.	6 abr.	A S.	
	4 B	3	7 dic.	10	2*	8	18 jun.	12 jun.	A S.	
	1	2	19 dic.	1	3**	9	28 jun.	5 jul.	A S.	
	2	1	. . . . .							
107	3	350	1 en.	2	4**	160	28 jun.	18 jul.		
	4 B	9	14 en.	3	5	1	28 jun.	7 jul.		
	1	8	3 en.	4	6*	2	28 jun.	19 jul.		
	2	7	15 en.	5	7	3	28 jun.	9 jul.		
108	3	6	5 en.	6	8**	4	28 jun.	22 jul.		
	4 B	5	18 en.	7	9	5	28 jun.	11 jul.		
	1	4	7 en.	8	410*	6	28 jun.	23 jul.		
	2	3	19 en.	9	1	7	9 jul.	23 jul.		
109	3	2	9 en.	20	2*	8	9 jul.	4 ag.		
	4 B	1	21 en.	1	3	9	9 jul.	24 jul.		
	1	340	10 en.	3	4*	170	30 may.	27 jun.		
	2	9	22 en.	2	5**	1	30 may.	10 jul.		
110	3	8	4 feb.	4	6	2	30 may.	30 jun.		
	4 B	7	25 en.	XVI	7**	3	30 may.	12 jul.		
	1	6	6 feb.	2	8	4	30 may.	2 jul.		
	2	5	27 en.	3	9	5	30 may.	22 jun.		
111	3	4	17 en.	4	420	6	6 jun.	12 jul.		
	4 B	3	30 en.	5	1	7	1 jul.	25 jul.		
	1	2	19 en.	6	2*	8	1 jul.	6 ag.		
	2	1	31 en.	7	3	9	1 jul.	27 jul.		
112	3	330	21 en.	8	4	180	1 jul.	17 jul.		
			11 en.	9	5	1	1 jul.	6 jul.		
	4 B	9	31 dic.	10	6*	2	1 jul.	18 jul.		
	1	8	. . . . .							
	2	7	12 en.	1	7	3	1 jul.	8 jul.		
113	3	6	2 en.	2	8	4	11 set.	6 set.		
			23 dic.	3	9	5	11 set.	26 ag.	A S.	
	4 B	5	12 dic.	4	430*	6	11 set.	7 set.	A S.	
	1	4	24 dic.	5	1	7	15 mar.	5 mar.	A S.	
	2	3	14 dic.	6	2**	8	15 mar.	18 mar.	A S.	
114	3	2	27 dic.	7	3	9	15 mar.	7 mar.	A S.	
	4 B	1	16 dic.	8	4	190	23 mar.	5 mar.	A S.	
	1	320	6 dic.	9	5	1	23 mar.	23 feb.	A S.	
	2	9	26 nov.	20	6	2	23 mar.	13 feb.	A S.	
115	3	8	16 nov.	1	7*	3	23 mar.	25 feb.	A S.	
	4 B	7	27 nov.	2	8	4	23 mar.	8 mar.	A S.	
	1	6	9 dic.	3	9	5	23 mar.	26 feb.	A S.	
	2	5	26 nov.	4	440	6	23 mar.	16 feb.	A S.	
116	3	4	19 nov.	XVII	1*	7	23 mar.	6 feb.	A S.	
	4 B	3	8 nov.	2	2	8	23 mar.	17 feb.	A S.	
	1	2	20 nov.	3	3	9	23 mar.	7 feb.	A S.	
	2	1	10 nov.	4	4**	200	23 mar.	20 feb.	A S.	
117	3	310	23 nov.	5	5	1	23 mar.	10 feb.	A S.	
	4 B	9	12 nov.	6	6*	2	15 mar.	13 feb.	A S.	

	1	8	24 nov.	7	7	3	1 jul.	26 may.	A S.	
118	2	7	14 nov.	8	8**	4	1 jul.	2 jun.	A S.	
	3	6	27 nov.	9	9*	5	1 nov.	11 oct.	A S.	
	4 B	5	8 dic.	10	450	6	1 nov.	23 oct.	A S.	
	1	4	20 dic.	1	1	7	1 nov.	13 oct.	A S.	
119	2	3	10 dic.	2	2	8	1 nov.	3 oct.	A S.	
	3	2	30 nov.	3	3	9	1 nov.	22 set.	A S.	
	4 B	1	19 nov.	4	4*	210	1 abr.	9 mar.	A S.	
	1	300	1 dic.	5	5	1	1 abr.	27 feb.	A S.	
120	2	9	21 nov.	6	6	2	11 abr.	27 feb.	A S.	
	3	8	11 nov.	7	7	3	11 abr.	17 feb.	A S.	
	4 B	7	31 oct.	8	8*	4	11 abr.	28 feb.	A S.	
	1	6	12 nov.	9	9	5	11 abr.	18 feb.	A S.	
121	2	5	2 nov.	20	460*	6	11 abr.	2 mar.	A S.	
	3	4	14 nov.	1	1**	7	11 abr.	14 mar.	A S.	
	4 B	3	26 nov.	2	2*	8	11 abr.	26 mar.	A S.	
	1	2	8 dic.	3	3	9	21 abr.	26 mar.	A S.	
122	2	1	28 nov.	4	4**	220	21 abr.	8 abr.	A S.	
	3	290	11 dic.	XVIII	5	1	21 abr.	28 mar.	A S.	
	4 B	9	30 nov.	2	6*	2	21 abr.	9 abr.	A S.	
	1	8	12 dic.	3	7	3	21 abr.	30 mar.	A S.	
123	2	7	2 dic.	4	8	4	21 abr.	20 mar.	A S.	
	3	6	22 nov.	5	9**	5	21 abr.	1 abr.	A S.	
	4 B	5	4 dic.	6	470*	6	21 abr.	13 abr.	A S.	
	1	4	16 dic.	7	1	7	21 abr.	3 abr.	A S.	
124	2	3	6 dic.	8	2	8	21 abr.	24 mar.	A S.	
	3	2	26 nov.	9	3**	9	21 abr.	5 abr.	A S.	
	4 B	1	8 dic.	10	4*	230	21 abr.	17 abr.	A S.	
	1	280	20 dic.	1	5	1	21 abr.	7 abr.	A S.	
125	2	9	10 dic.	2	6**	2	21 abr.	20 abr.	A S.	
	3	8	23 dic.	3	7	3	21 abr.	9 abr.	A S.	
	4 B	7	12 dic.	4	8*	4	21 abr.	21 abr.	A S.	
	1	6	24 dic.	5	9	5	21 abr.	11 abr.	A S.	
126	2	5	14 dic.	6	480**	6	21 abr.	24 abr.	A S.	
	3	4	27 dic.	7	1	7	21 abr.	13 abr.	A S.	
	4 B	3	16 dic.	8	2	8	21 abr.	3 abr.	A S.	
	1	2	6 dic.	9	3	9	21 abr.	24 mar.	A S.	
127	1	1	26 nov.	20	4*	240	21 abr.	5 abr.	A S.	
	3	270	8 dic.	1	5	1	21 abr.	25 mar.	A S.	
	4 B	9	27 nov.	2	6	2	21 abr.	15 mar.	A S.	
	1	8	17 nov.	3	7**	3	21 abr.	28 mar.	A S.	
128	2	7	30 nov.	4	8**	4	21 abr.	10 abr.	A S.	
	3	6	13 dic.	XIX	9	5	21 abr.	30 mar.	A S.	
	4 B	5	2 dic.	2	490*	6	21 abr.	11 abr.	A S.	
	1	4	14 dic.	3	1	7	21 abr.	1 abr.	A S.	
129	2	3	4 dic.	4	2	8	21 abr.	22 mar.	A S.	
	3	2	24 nov.	5	3	9	21 abr.	11 mar.	A S.	
	4 B	1	13 nov.	6	4*	250	21 abr.	23 mar.	A S.	
	1	260	25 nov.	7	5**	1	21 abr.	5 abr.	A S.	
130	2	9	8 dic.	8	6**	2	21 abr.	18 abr.	A S.	
	3	8	21 dic.	9	7	3	21 abr.	7 abr.	A S.	
	4 B	7	10 dic	10	8*	4	21 abr.	19 abr.	A S.	
	1	6	22 dic.	1	9*	5	21 abr.	1 may.	A S.	
131	2	5	. . . . .							
	3	4	3 en.	2	500**	6	21 abr.	14 may.		
	4 B	3	16 en.	3	1	7	21 abr.	3 may.		
	1	2	5 en.	4	2*	8	21 abr.	15 may.		
132	2	1	17 en.	5	3	9	21 abr.	5 may.		
	3	250	7 en.	6	4**	260	21 abr.	18 may.		
	4 B	9	20 en.	7	5	1	21 abr.	7 may.		
	1	8	9 en.	8	6*	2	21 abr.	19 may.		
133	2	7	21 en.	9	7**	3	21 abr.	1 jun.		
	3	6	3 feb.	20	8*	4	21 abr.	13 jun.		
	4 B	5	15 feb.	1	9**	5	21 abr.	25 jun.		
	1	4	27 feb.	2	510*	6	21 abr.	7 jul.		
134	2	3	11 mar.	3	1	8	21 abr.	27 jun.		
	3	2	1 mar.	4	2	7	21 abr.	17 jun.		
	4 B	1	19 feb.	XX	3**	9	21 abr.	29 jun.		
	1	240	3 mar.	2	4	270	21 abr.	19 jun.		
135	2	9	21 feb.	5	5	1	21 abr.	9 jun.		
	3	8	11 feb.	4	6**	2	21 abr.	22 jun.		
	4 B	7	24 feb.	5	7	3	21 abr.	11 jun.		
	1	6	13 feb.	6	8*	4	21 abr.	23 jun.		
136	2	5	25 feb.	7	9	5	21 abr.	13 jun.		
	3	4	15 feb.	8	520**	6	21 abr.	26 jun.		
	4 B	3	28 feb.	9	1	7	21 abr.	15 jun.		
	1	2	17 feb.	10	2*	8	21 abr.	27 jun.		
137	2	1	1 mar.	1	3	9	21 abr.	17 jun.		
	3	230	19 feb.	2	4	280	21 abr.	7 jun.		
	4 B	9	9 feb.	3	5	1	21 abr.	27 may.		
	1	8	29 en.	4	6*	2	21 abr.	8 jun.		
138	2	7	10 feb.	5	7	3	21 abr.	29 may.		
	3	6	31 en.	6	8**	4	21 abr.	11 jun.		
	4 B	5	13 feb.	7	9	5	21 abr.	31 may.		
	1	4	2 feb.	8	530*	6	21 abr.	12 jun.		
139	2	3	14 feb.	9	1	7	21 abr.	2 jun.		
	3	2	4 feb.	20	2	8	15 mar.	16 abr.		
	4 B	1	23 en.	1	3*	9	15 mar.	27 abr.		
	1	220	5 feb.	2	4	290	15 mar.	17 abr.		
140	2	9	26 en.	3	5	1	15 mar.	7 abr.		
	3	8	16 en.	4	6*	2	15 mar.	19 abr.		
	4 B	7	28 en.	XXI	7	3	15 mar.	8 abr.		

	1	6	17 en.	2	8*	4	25 mar.	30 abr.	
	2	5	29 en.	3	9**	5	15 mar.	3 may.	
141	3 B	4	11 feb.	4	540	6	15 mar.	23 abr.	
	4	3	1 feb.	5	1	7	15 mar.	12 abr.	
	1	2	21 en.	6	2	8	15 mar.	2 ab.	
142	2	1	11 en.	7	3	9	15 mar.	23 mar.	
	3	210	1 en.	8	4**	300	15 mar.	5 ab.	
	4 B	9	14 en.	9	5	1	15 mar.	25 mar.	
	1	8	3 en.	10	6	2	15 mar.	15 mar.	
			24 dic.	1	7	3	15 mar.	5 mar. A S.	
143	2	7	14 dic.	2	8	4	15 mar.	23 feb. A S.	
	3	6	4 dic.	3	9	5	15 mar.	13 feb. A S.	
	4 B	5	23 nov.	4	550*	6	15 mar.	24 feb. A S.	
	1	4	3 dic.	5	1	7	15 mar.	14 feb. A S.	
144	2	3	25 nov.	6	2	8	15 mar.	4 feb. A S.	
	3	2	13 nov.	7	3	9	15 mar.	1 mar. A S.	
	4 B	1	4 nov.	8	4*	310	15 mar.	5 feb. A S.	
	1	200	16 nov.	9	5	1	15 mar.	26 en. A S.	
	2	9	6 nov.	20	6	2	15 mar.	16 en. A S.	
145	3	8	27 oct.	1	7	3	15 mar.	6 en. A S.	
	4 B	7	16 oct.	2	8	4	15 mar.	26 dic.	
	1	6	6 oct.	3	9	5	15 mar.	16 dic.	
	2	5	26 set.	4	560	6	15 mar.	6 dic.	
146	3	4	16 set.	XXII	1	7	15 mar.	26 nov.	
	4 B	3	5 set.	2	2	8	15 mar.	15 nov.	
	1	2	26 ag.	3	3	9	15 mar.	5 nov.	
	2	1	16 ag.	4	4**	320	15 mar.	18 nov.	
147	3	190	29 ag.	5	5	1	15 mar.	8 nov.	
	4 B	9	18 ag.	6	6	2	15 mar.	19 nov.	
	1	8	30 ag.	7	7**	3	15 mar.	2 dic.	
	2	7	12 set.	8	8**	4	15 mar.	15 dic.	
148	3	6	25 set.	9	9**	5	15 mar.	28 dic.	
	4 B	5	7 oct.	10	570	6	15 mar.	17 dic.	
	1	4	27 set.	1	1**	7	15 mar.	30 dic.	
	2	3	10 oct.	2	2**	8	15 mar.	12 en. A S.	
149	3	2	23 oct.	3	3	9	15 mar.	2 en. A S.	
	4 B	1	12 oct.	4	4	330	15 mar.	22 dic.	
	1	180	2 oct.	5	5	1	15 mar.	12 dic.	
	2	9	22 set.	6	6**	2	15 mar.	25 dic.	
150	3	8	5 oct.	7	7	3	15 mar.	15 dic.	
	4 B	7	24 set.	8	8	4	15 mar.	4 dic.	
	1	6	14 set.	9	9	5	15 mar.	4 dic.	
	2	5	4 set.	20	580*	6	15 mar.	6 dic.	
151	3	4	16 set.	1	1	7	15 mar.	26 nov.	
	4 B	3	5 set.	2	2	8	15 mar.	15 nov.	
	1	2	26 ag.	3	3**	9	15 mar.	28 nov.	
	2	1	8 set.	4	4**	340	15 mar.	11 dic.	
152	3	170	21 set.	XXIII	5**	1	15 mar.	24 dic.	
	4 B	9	3 oct.	2	6*	2	15 mar.	4 en. A S.	
	1	8	15 oct.	3	7**	3	15 mar.	17 en. A S.	
	2	7	28 oct.	4	8**	4	15 mar.	30 en. A S.	
153	3	6	10 nov.	5	9*	5	15 mar.	11 feb. A S.	
	4 B	5	21 nov.	6	590*	6	15 mar.	22 feb. A S.	
	1	4	3 dic.	7	1	7	15 mar.	12 feb. A S.	
	2	3	23 nov.	8	2**	8	15 mar.	25 feb. A S.	
154	3	2	6 dic.	9	3*	9	15 mar.	8 mar.	
	4 B	1	17 dic.	10	4*	350	15 mar.	20 mar. AS.	
	1	160	29 dic.	1	5	1	15 mar.	10 mar. A S.	
155	2	9	19 dic.	2	6**	2	15 mar.	23 mar. A S.	
	3	8	. . . . .	. . . . .	. . . . .	. . . . .	. . . . .	. . . . .	
	4 B	7	1 en.	3	7*	3	15 mar.	3 abr.	
	1	6	12 en.	4	8*	4	15 mar	15 abr.	
156	2	5	24 en.	5	9	5	15 mar.	5 abr.	
	3	4	14 en.	6	600**	6	15 mar.	18 abr. (1).	
	4 B	3	27 en.	7	1	7	1 en.		
	1	2	16 en.	8	2*	8	1 en.		
	2	1	28 en.	9	3	9	1 en.		
157	3	150	18 en.	20	4	360	1 en.		
	4 B	9	8 en.	1	5	1	1 en.		
			28 dic.	2	6	2	1 en.		
	1	8	18 dic.	3	7	3	1 en.		
158	2	7	8 dic.	4	8	4	1 en.		
	3	6	28 dic.	XXIV	9	5	1 en.		
	4 B	5	17 nov.	2	610	6	1 en.		
	1	4	7 nov.	3	1	7	1 en.		
159	2	3	28 oct.	4	2	8	1 en.		
	3	2	18 oct.	5	3	9	1 en.		
	4 B	1	7 oct.	6	4	370	1 en.		
	1	140	27 set.	7	5	1	1 en.		
160	2	9	17 set.	8	6	2	1 en.		
	3	8	7 set	9	7	3	1 en.		
	4 B	7	27 ag.	10	8	4	1 en.		
	1	6	17 ag.	1	9	5	1 en.		
161	2	5	7 ag.	2	620**	6	1 en.		
	3	4	20 ag.	3	1	7	1 en.		
	4 B	3	9 ag.	4	2	8	1 en.		

(1) Desde el año 601 de la fundacion de Roma, el dia juliano correspondiente al primero del consulado es el mismo en que principia el año romano; y hacemos aquí esta advertencia para no tener que reproducir en la coluna 9.ª lo mismo de la 4.ª. (Bened. Venilchamali «de die jul.»).

	1	2	30 jul.	5	3 **	9	1 en.		
162	2	1	12 ag.	6	4	380	1 en.		
	3	130	2 ag.	7	5	1	1 en.		
	4 B	9	22 jul.	8	6	2	1 en.		
	1	8	12 jul.	9	7	3	1 en.		
163	2	7	2 jul.	20	8*	4	1 en.		
	3	6	14 jul.	1	9*	5	1 en.		
	4 B	5	25 jul.	2	630**	6	1 en.		
	1	4	7 ag.	3	1	7	1 en.		
164	2	3	28 jul.	4	2*	8	1 en.		
	3	2	9 ag.	XXV	3	9	1 en.		
	4 B	1	29 jul.	2	4**	390	1 en.		
	1	120	11 ag.	3	5*	1	1 en.		
165	2	9	23 ag.	4	6**	2	1 en.		
	3	8	5 set.	5	7	3	1 en.		
	4 B	7	25 ag.	6	8**	4	1 en.		
	1	6	7 set.	7	9	5	1 en.		
166	2	5	20 set.	8	640**	6	1 en.		
	3	4	3 oct.	9	1	7	1 en.		
	4 B	3	22 set.	10	2**	8	1 en.		
	1	2	5 oct.	1	3	9	1 en.		
167	2	1	23 set.	2	4**	400	1 en.		
	3	110	8 oct.	3	5	1	1 en.		
	4 B	9	27 set.	4	6**	2	1 en		
	1	8	10 oct.	5	7	3	1 en.		
168	2	7	30 set.	6	8**	4	1 en.		
	3	6	13 oct.	7	9	5	1 en.		
	4 B	5	2 oct.	8	650**	6	1 en.		
	1	4	15 oct.	9	1	7	1 en.		
169	2	3	5 oct.	20	2**	8	1 en.		
	3	2	18 oct.	1	3**	9	1 en.		
	4 B	1	30 oct.	2	4	410	1 en.		
	1	100	20 oct.	3	5**	1	1 en.		
170	2	9	2 nov.	4	6**	2	1 en.		
	3	8	15 nov.	XXVI	7	3	1 en.		
	4 B	7	4 nov.	1	8**	4	1 en.		
	1	6	17 nov.	2	9	5	1 en.		
171	2	5	7 nov	3	660**	6	1 en.		
	3	4	20 nov.	4	1	7	1 en.		
	4 B	3	9 nov.	5	2**	8	1 en.		
	1	2	22 nov.	6	3	9	1 en.		
172	2	1	12 nov.	7	4**	420	1 en.		
	3	90	25 nov.	8	5	1	1 en.		
	4 B	9	14 nov.	9	6**	2	1 en.		
	1	8	27 nov.	10	7	3	1 en.		
173	2	7	17 nov.	1	8**	4	1 en.		
	3	6	30 nov.	2	9	5	1 en.		
	4 B	5	19 nov.	3	670	6	1 en.		
	1	4	9 nov.	4	1	7	1 en.		
174	2	3	30 oct.	5	2	8	1 en.		
	3	2	20 oct.	6	3	9	1 en.		
	4 B	1	9 oct.	7	4	430	1 en.		
	1	80	29 set.	9	5	1	1 en.		
175	2	9	19 set.	20	6*	2	1 en.		
	3	8	1 oct.	1	7	3	1 en.		
	4 B	7	20 set.	2	8*	4	1 en.		
	1	6	2 oct.	3	9	5	1 en.		
176	2	5	22 set.	4	680*	6	1 en.		
	3	4	4 oct.	XXVII	1	7	1 en.		
	4 B	3	23 set.	2	2*	8	1 en.		
	1	2	5 oct.	3	3*	9	1 en.		
177	2	1	17 oct.	4	4*	440	1 en.		
	3	70	29 oct.	5	5	1	1 en.		
	4 B	9	18 oct.	6	6*	2	1 en.		
	1	8	30 oct.	7	7	3	1 en.		
178	2	7	20 oct.	8	8**	4	1 en.		
	3	6	1 nov.	9	9	5	1 en.		
	4 B	5	21 oct.	10	690*	6	1 en.		
	1	4	2 nov.	1	1	7	1 en.		
179	2	3	23 oct.	2	2*	8	1 en.		
	3	2	4 nov	3	3	9	1 en.		
	4 B	1	24 oct.	4	4*	450	1 en.		
	1	60	5 nov	5	5	1	1 en.		
180	2	9	26 oct..	6	6*	2	1 en.		
	3	8	7 nov.	7	7	3	1 en.		
	4 B	7	27 oct.	8	8*	4	1 en.		
	1	6	8 nov.	9	9	5	1 en.		
181	2	5	29 oct.	20	700*	6	1 en.		
	3	4	10 nov.	1	1	7	(1) (2)		
	4 B	3	30 oct.	2	2*	8			
	1	2	11 nov.	3	3	9			
182	2	1	1 nov.	4	4	460	1 en.		
	3	50	22 oct.	XXVIII	5	1	1 en.		
	4 B	9	11 oct.	2	6*	2	1 en.		

(1) Los cónsules no fuéron nombrados hasta el 1.º julio romano ó 5 mayo juliano, 53 años antes de Cristo (Ib.).

(2) Pompeyo entró en el consulado el 5 de las calendas del marzo romano, 13 de enero, el año 52 antes de Jesucristo (Véase Petrus á Rafart et Froxennet, in Numa).

1	8	23 oct.	3	7	3	1 en.	
2	7	13 oct.	4	8***	4	1 en.	
183	6		Era ju-				
3			liana.	9	5	1 en.	
4	B	45 1 en.	1				

Reinado de Rómulo (753 antes de Jesucristo).—Fundacion de Roma, el 21 de abril romano, dia de las fiestas palilias, año tercero de la 6.ª olimpiada, hácia los principios del año cuarto, cuya renovacion tuvo lugar por el mes de julio siguiente. Los juegos olímpicos empezaron en ese año el 2 de julio juliano, onceno de la luna (véase la tabla de los años olímpicos). Desde el 21 de abril, y nó desde el 1.º de enero, se cuentan los años de la fundacion, en buena cronología (Censorino. De die nat. cap. 21). El pueblo construyó, durante el resto de la primavera y durante el verano, murallas y fosos, con las casas mas necesarias, y en seguida Rómulo fué elegido rey hácia el 1.º de octubre romano, á los diez y ocho años de su edad (Discur. prelim.). Nace Numa en Cures, ciudad de los sabinos, el 21 de abril, en el mismo dia de la fundacion de Roma (Plutar. vida de Numa).

749. La colonia reunida bajo el mando de Rómulo se componia en gran parte de criminales y de insolventes atraidos por el asilo que les ofreciera el jefe, y por lo mismo se hallaba sin mujeres, ó con muy pocas; de modo que faltaba uno de los principales elementos sociales. Pero los pueblos circunvecinos no querian enlazarse con hombres sin honra, de mal vivir casi todos. No pudiendo obtener mujeres de buen grado, acudieron á la astucia y á la violencia. Rapto de las sabinas que habian ido á Roma á ver unos juegos. Este golpe fué dado el 21 de agosto romano, durante las fiestas que despues llamaron Consuales (Varron, de Ling. latin, lib. v, pág. 34) en el año cuarto del reinado de Rómulo (Dion. Halicar. lib. II, página 100), y por consiguiente el año quinto de la fundacion de Roma. Habiendo Rómulo comenzado á reinar hácia el 1.º de octubre, el 21 de agosto del año cuarto de su reinado corresponde al quinto de la fundacion de Roma. Plutarco, en la vida de Rómulo, pone este acontecimiento en el cuarto mes, y computando los meses segun el órden que tienen, nó en el año civil sino en el año de la fundacion, se hallan efectivamente cuatro meses plenos desde el 21 de abril, dia de la fundacion, hasta el 21 de agosto, en cuyo dia caen las fiestas Consuales. Junta de los pueblos sabinos al objeto de deliberar sobre la venganza que merecia el rapto de las sabinas. Rómulo les manda una diputacion para calmarlos. El gran consejo de la nacion tarda en resolverse, y solo algunos pueblos sabinos se preparan á la guerra para el año siguiente.

748. Los ceninios atacan solos á los romanos. Victoria de Rómulo, quien mata con su propia mano á su rey Acron, les toma la ciudad, derrotando igualmente á los antemnatos que se le habian declarado enemigos, y regresa victorioso á Roma. Primer triunfo de Rómulo contra los ceninios y antemnatos; primeros despojos ópimos de Acron, muerto por Rómulo (1). Ataca luego á los crustuminios, y los vence. Las ciudades de Cenino, Antemno, y Crustumería quedaron reducidas á colonias romanas, poblándolas Rómulo con gente suya, y obligando á la mayor parte de los vencidos á vivir en Roma. Las tierras fueron repartidas á los nuevos conquistadores, y así principió el poder romano (Dionis. Halicar. lib. II, pág. 101; Tit. Liv. l. I, pág. 10). Véase á Petavio «in Rómulo.»

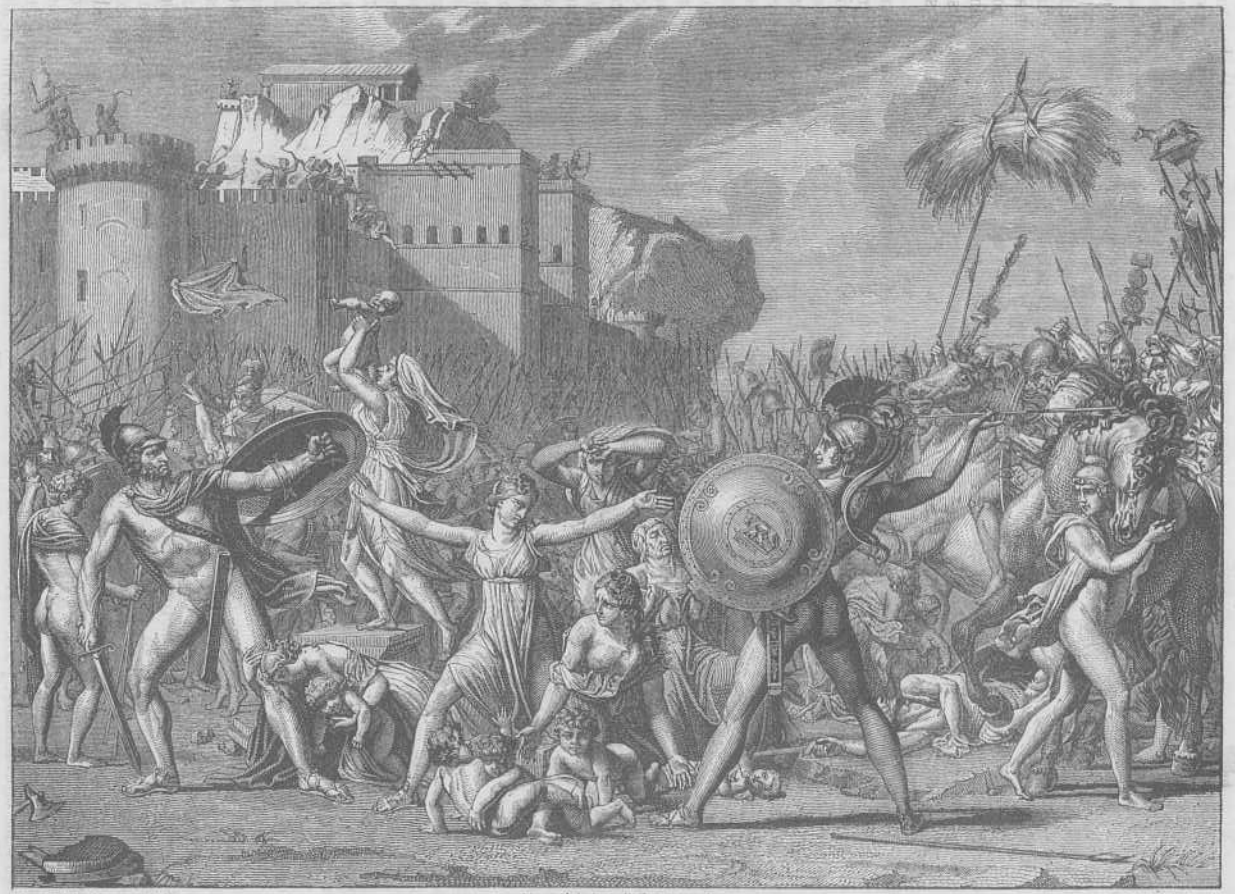
745. Al ver los triunfos de Rómulo, los otros pueblos sabinos se deciden por fin á guerrear con él. Embajada de esos pueblos á Roma, á principios de la primavera (Dion. Halicar. lib. II, pág. 104). Los romanos contaban la primavera desde el 8 de febrero; siendo así, la embajada de los sabinos corresponde al año juliano 745 antes de Jesucristo; pero, nó corresponde al año noveno de la fundacion de Roma, que no principió hasta el 21 de abril, ni al noveno del reinado de Rómulo, que comenzó hácia el 1.º de octubre. De modo, que cae en el año octavo del reinado y de la fundacion. Guerra de los sabinos bajo la direccion de T. Tacio, rey de Cures, contra los romanos. Despues de apoderarse Tacio del Capitolio por traicion de Tarpeya, hija del romano que mandaba en él, sigue la guerra, trabándose varios combates, sin que ninguno fuera decisivo (1). Los sabinos se portaron como héroes, dice Hugby.

744. Tratado de paz por mediacion de las sabinas casadas en Roma, que logran conciliar á ambos ejércitos encarados en batalla el 1.º de marzo romano, dia de las matronales (Glosar. de las fechas). El tratado es del año juliano 744; pero, habiendo tenido lugar en el 1.º de marzo, cae en el año noveno de Roma, y en el noveno del reinado de Rómulo. Los dos pueblos se unen, compartiendo el trono Rómulo y Tacio. Roma guarda su nombre, pero sus habitantes toman el nombre de «Quirites,» de Curio ó Cures, capital de los sabinos. Este hecho no puede pertenecer á otro año. Es positivo que Tacio murió lo mas tarde el año quince de Roma, segun veremos luego. Tacio habia coreinado con Rómulo cerca de seis años. Luego habia comenzado á reinar con Rómulo, á lo mas el año noveno de Roma. El mismo inconveniente habria en poner antes de este año el tratado de que venimos hablando. Cuando las sabinas lograron conciliar á los dos pueblos, el senado romano, al permitirles que fuéran al campo enemigo, para aplacar á sus padres, se opuso á que las que no tenian mas que un hijo, le llevasen consigo, y á que las que tenian mas, los llevasen todos (Dionis. l. II, pág. 110). Luego habia sabinas que tenian ya muchos hijos. Algunos de estos ya sabian hablar. Dice Ovidio (lib. III, Fast. v, 223), que sus madres les enseñaron á llamar á sus abuelos por sus nombres; pero, no hay mas que cuatro años y cinco meses desde el 21 de agosto del año quinto de Roma, que es la fecha del rapto de las sabinas, al 1.º de marzo del año que nos ocupa, y este tiempo es absolutamente necesario para que las sabinas pudiesen tener muchos hijos, y para que los primeros supiesen hablar. Habiendo invadido los camerios el territorio de Roma, fueron vencidos por Tacio y Rómulo, quedando reducida su ciudad á colonia romana (Dionis. lib. II, pág. 114. Rafart ib.).

739. Tacio fué muerto en Lavinia, segun el Halicarnasense (ibid.), el año sexto de su reinado, segun Plutarco (vida de Rómulo), y el quinto, si contamos por años transcurridos. Por tanto, siendo cierto que la muerte de Tacio no puede ser posterior al año quince de Roma, segun probaremos luego, debió comenzar á reinar el año noveno de la fundacion, lo

(1) Entró en Roma con una rama de encina al hombro, en la que habia colgado, á guisa de trofeo, las armas de Acron. Esos despojos que llamaron «ópimos» para indicar su valía, se custodiaron en un templo construido en el monte Saturnio, despues el Capitolio, consagrándole á Júpiter Feretrio.

(1) En uno de esos combates los romanos cejaron y echaron á correr. En esto le ocurrió á Rómulo exclamar: Júpiter manda que se detengan y que vuelvan á la pelea. Los soldados obedecieron como si hubieran oido la voz del mismo Dios. Con este motivo erigieron un templo á Júpiter «Estator,» en aquel sitio mismo, al pié del monte Palatino.



L. DAVID, PINX. — AL. GABASSON. D. — BREVIÈRE, S.

RÓMULO Y TACIO; HEROICIDAD DE LAS SABINAS.

(Lámina en bronce.)

mas tarde. Permanecieron en Roma los sabinos que se habian establecido en la misma, gobernando Rómulo solo á ellos y á los romanos. Es preciso confesar, como lo observa el padre Venilchamali (De Roma, ac de romanorum religione et legibus, lib. I, cap. 1, 11) que los romanos se nos presentan en la historia, desde sus principios, con unas circunstancias enteramente opuestas á las de los lacedemonios. Con efecto, estos tuvieron á poco en Licurgo un legislador que, en una sola vez, les dió casi todas las leyes que necesitaban. Al contrario en Roma, las leyes se fueron sancionando al azar, de manera que los sucesos las iban en cierto modo reclamando una por una. La diferencia que existe entre ambas legislaciones ha de ser por tanto muy notable, por ser la una previsora, debida al estudio profundo del corazon humano, y al conocimiento exacto de las necesidades de un cuerpo constituido en sociedad: he aquí porqué Esparta conservó sus leyes sin alterarlas y sin sufrir ninguna conmocion interior peligrosa por espacio de ochocientos años. No así en Roma, en donde veremos nacer cada dia y originarse graves conflictos y alteraciones solo porque habia necesidad de sancionar alguna nueva ley trascendental, y nó todos opinaban del mismo modo acerca de su redaccion y de sus tendencias. En esta parte es exactísima la observacion hecha por nuestro maestro el padre Froxennet, cuando, hablando de la fundacion de una ciudad, refiere el ejemplo de Alejandro Magno y Dinócrates: este, arquitecto, trataba de persuadir á aquel que fundase una ciudad sobre el monte Athos, por ser la posicion de este inexpugnable, y porque, siendo su basa de granito, hasta podria darse á la poblacion una forma humana; á lo que contestó Alejandro preguntando á Dinócrates que cómo vivirian y de dónde sacarian agua y víveres los habitantes; y como Dinócrates se encogiese de hombros, el rey se echó á reir. La comparacion no deja de ser muy justa, porque el fundador de una poblacion debe ante todo atender á las necesidades de la colonia que trata de establecer; y ninguna necesidad está tan marcada como la de vivir todos los colonos ó ciudadanos sujetos á una ley clara y terminante. Sin embargo de esto, no vacilaremos en afirmar con el padre Lavamequio (de Romæ fundatione, lib. I, cap. 1) que las pocas leyes que estableció Rómulo fueron tan dignas, y al mismo tiempo tan severas, que á ellas debe en gran parte Roma su grandeza, pues ni la fertilidad del país, ni la proximidad del mar, ni las victorias fueron bastantes á corromperla por espacio de muchos siglos, por haber aquellas acumulado en Roma un fondo de virtudes públicas que parecia inagotable. Por esto Numa, en vez de tener que enardecer el valor de los romanos, tuvo que acudir á la religion para suavizar el carácter fiero de sus súbditos. « Absque religione hærebat ei aqua, » se sintió débil sino acudia á la religion (P. à Rafart in Numa, lib. II, cap. 5). Y en efecto halló en ella el sosten mas necesario y mas sólido para la sociedad civil, la cual por su medio acabó de establecer sobre cimientos firmes. En efecto, pocas historias nos mencionan que el temor á los dioses haya sido tan poderoso como en la antigua Roma por espacio de tantos siglos (1). Sin duda este temor saludable facilitó las atrevidas empresas del senado y de los grandes hombres que de Roma salieron. Cuanto mas examinemos las acciones del pueblo romano en general, y las de muchos romanos en particular, tanto mas nos convenceremos de que los ciudadanos temian mas faltar á sus juramentos que á las mismas leyes, es decir, enemistarse con los dioses que con los hombres (1). Después de la fatal derrota de Canas, muchos romanos se habian reunido, y llenos de espanto iban á abandonar la Italia, y á buscar en la Sicilia un asilo. Escipion lo supo, acudió allá, los arengó, y les hizo jurar por los dioses, sobre su espada, que no abandonarian sus lares. Lucio Manlio, padre de Tito Manlio, que después fué llamado Torcuato, habia sido acusado por Marco Pomponio, tribuno del pueblo; pero, antes de abrirse el tribunal, Tito va en busca de Marco, y le hace jurar que se retractará de la acusacion que ha dirigido contra su padre. Y en ambos casos, el juramento tuvo bastante fuerza para hacer que los ciudadanos permaneciesen en sus hogares, á pesar de que ni el amor á la patria tenia ya vigor en su pecho, y para que un romano olvidase hasta la sed de venganza ante una promesa hecha á los dioses: efecto en verdad natural de los principios inculcados en la mente de los romanos. Los mismos principios (Benedictinus Lavamequio, ibidem, cap. 11), fueron utilísimos para el mando de los ejércitos, para reunir al pueblo, para sostenerle, para alentar á los buenos, y anonadar á los malos. Consecuencia de ellos fueron la disciplina y las virtudes militares, «sibi res in medullis et visceribus hærebat, » los tenian clavados en el corazon (Lubveana in Hæreo. Lat. pág. 375), y nadie los conculcaba impunemente. En las ocasiones graves los generales consultaban á los arúspices en medio del profundo silencio de sus soldados, y procuraban corresponder á sus respuestas, y en todo caso salvar siempre las formas. Appio Pluchério se atrevió una vez á burlarse de los arúspices, es decir, que quiso destruir en el ánimo de sus soldados el respeto, saludable para la causa pública, infundido por aquellos, y fué severamente castigado. Hallándose en Sicilia, cuando la última guerra púnica, le fué forzoso consultar los pollos sagrados antes de empeñarse en una batalla: «no quieren comer, » le respondieron los arúspices; « veamos, dijo, si querrán beber, » y los arrojó al mar. Impresionó tanto á sus soldados este sacrilegio, que fueron derrotados (2). No se portó así el cónsul Papirio antes de dar una batalla á los samnitas, en ocasion tan favorable para los romanos, que hubiera sido casi una traicion despreciarla. Consultados los arúspices, tampoco los pollos quisieron comer; pero, á pesar de esto, el jefe de los sacerdotes declaró al cónsul que los auspicios eran favorables. Papirio puso su ejército en órden de batalla. Hé aquí que se le presentan algunos dependientes de los sacerdotes, y declaran que los pollos no han querido comer. Papirio, lleno de dignidad, responde, que su deber le prescribe dar crédito al gran sacerdote, y que si este ha faltado, buen cuidado tendrán los dioses en castigarle. Con efecto, una flecha perdida mató al gran sacerdote; y Papirio (3) ganó una de las mas importantes victorias que alcanzó Roma sobre sus enemigos, victoria que humilló para siempre á los belicosos samnitas. Verdaderamente, pues, si en sus principios faltó en Roma un cuerpo de leyes completo como el de Esparta, debemos no obstante convenir en que Rómulo echó en ella unos cimientos tan fuertes, que bien pudieron sobre ellos, Numa y sus sucesores, levantar uno de los mas admirables edificios (4). Ya Rómulo reinaba solo.

738. Toma de Fidenes por Rómulo. Sus habitantes habian detenido víveres que iban á Roma por el Tíber.

(1) Jacobi «sobre la fé y el idealismo,» pág. 794.

(1) Juan de Muller, tomo IV, pág. 226.
(2) Frontin «Veteres de re militari scriptores» edit. Wesel 1670 in 8.°, pág. 606.
(3) Ibidem, en la misma obra y pág. de la misma edicion.
(4) Justinus «Historiarum totius mundi originum.»

Segun Dionisio, esta es la primera expedicion de Rómulo despues de muerto Tacio (Dion. lib. II, pág. 116). Rómulo estableció en la poblacion una colonia romana el dia de los idus de abril romano (13), á fines del año quince de la fundacion de Roma, no principiando el 16 hasta despues del 21 del mismo mes. Conquistada Fidenes, Rómulo atacó á los camerios que se habian sublevado y muerto á los colonos romanos. Victoria de Rómulo habida contra los camerios. Rómulo establece en Camería otra colonia mas numerosa que la primera. Dice Plutarco que esto último se verificó el dia de las calendas de agosto del año diez y sies, ó muy cerca de la fundacion de Roma, y perteneciendo este hecho, como la toma de Fidenes, á las expediciones de Rómulo, muerto ya Tacio, tenemos que la muerte de Tacio debió ocurrir, lo mas tarde, en el año anterior, ó sea quince de Roma.

737. Temiendo los veyos por su seguridad con motivo de la toma de Fidenes, despues de enviar diputados á Roma para pedir la libertad de aquella poblacion, la declaran la guerra: Rómulo los vence: era en la temporada en que vienen los rios mas crecidos, de suerte que los veyos que trataron de pasar á nado el Tíber, se ahogaron en él (Dion. lib. II, pág. 117).

736. Continúa la guerra de los veyos, los cuales levantan un ejército mas numeroso. Señalada victoria de Rómulo. Su tercer triunfo contra los veyos (Dion. ibid.). Triunfó el dia de los idus de octubre (15) (Plut. vida de Rómulo). Nada mas de él dice Petavio.

715. Interregno.—Muerte de Rómulo, el dia de las nonas caprotinas, en el 7 de julio romano (1). Eclipse de sol en el dia de la muerte de Rómulo. En el 26 de mayo juliano ponen las tablas astronómicas este eclipse, el cual, con fijar el dia juliano de esa muerte, nos da á conocer la correspondencia que entónces habia entre el año civil de Roma y el juliano. Prueba el eclipse que el 7 de julio romano coincidió con el 26 de mayo juliano, y por consiguiente, que el 1.° de marzo romano, el que en tiempo de Rómulo era el 1.° del año civil, correspondió al 18 de enero juliano, de suerte que mediaba entre uno y otro año una diferencia de diez y siete dias. Tito Livio, Solino, Sexto Rufo y Eutropio, dicen que Rómulo reinó treinta y siete años, Casiodoro y Eusebio que treinta y ocho, el Halicarnasense que murió coriendo el treinta y ocho de su reinado. Esto indica que reinó mas de treinta y siete años, y treinta y ocho nó bien cumplidos, y sin embargo, murió en el año 39 de Roma. Habiendo comenzado á reinar hácia el 1.° de octubre del año 1.° de Roma, y concluido en el 7 de julio del 39, no fué su duracion mas que de treinta y siete años, ocho meses con siete dias (véase el discurso preliminar). Interegno que duró un año entero (Dion. Halic. lib. II, Liv. lib. I, cap. 17). No podian romanos y sabinos avenirse acerca de la eleccion de monarca que ambos pueblos querian fuese de su nacion, y por esto duró tanto el interegno. De estos primeros años de Roma quitaban los autores romanos, que adoptaron la época de Caton, aquel año con que retrasaban la fundacion. Convenian con los secuaces de Varron en la época de la muerte de Rómulo; todos la ponian en este año señalado con el carácter de año segundo de la olimpíada 16.ª, y con el eclipse que coincidió con esa muerte. Dionisio, autor catoniano, fija la eleccion de Numa en el año tercero de la misma olimpíada. Plutarco, que es varroniano, pone en el mismo año la subida de Numa al trono; y no admitiendo entrambos mas que un año de interegno, claro es que hacen corresponder al segundo año de esta olimpíada la muerte de Rómulo. Por lo mismo, la diferencia entre unos y otros no está en la época de la muerte de ese rey. Pero, como no puede dudarse de que murió el 7 de julio, mientras iba corriendo el año treinta y ocho de su reinado, los catonianos, que hacian principiar la monarquía desde el dia de la fundacion de Roma, se veian forzados á retrasar de un año la misma fundacion, para no darle así treinta y ocho años cabales de reinado, y hacerle llegar á los treinta y nueve. Los varronianos, no creyéndose obligados á quitar ningun año de la fundacion, la hacian principiar un año antes que los catonianos, y era tal su sistema, que, no dando mas que treinta y ocho años nó completos al reinado de Rómulo, hacian llegar á este rey al año 39 de Roma, sistema que solo puede sostenerse separando de la fundacion el reinado del mismo, y no haciendo principiar su reinado hasta algunos meses despues del dia en que fué fundada la ciudad (véase el discurso preliminar). En resúmen, toda la division de los autores está en los años que transcurrieron entre la fundacion de Roma y la muerte de Rómulo, quitando los catonianos uno de estos años primeros, y retardando así la fundacion.

Numa Pompilio.—714. Numa Pompilio, natural de Cures, en el país de los sabinos, es elegido rey á los cuarenta años de su edad (Plut., vida de Numa). Muerto Rómulo el 7 de julio del año anterior, y no habiendo durado el interegno mas que un año cabal, poco despues del 7 de julio debió subir al trono. Corria ya el año tercero de la olimpíada 16.ª, y por consiguiente fué su elevacion en el mes de julio juliano, en el cual se renovaba la olimpíada. Establecimiento del calendario de Numa, que es lo primero en que, segun Tito Livio, se ocupó este rey, precediendo, en sentir del mismo historiador, la creacion de templos. Pues bien, en este mismo año Numa consagró un templo á Vesta, contando Roma cuarenta palilias, es decir, cuarenta años (Ovid. lib. VI, Fast. vers. 257). De modo que el calendario no puede ponerse mas tarde que en el año que decimos. Reforma de los «céleres,» que formaban como la guardia de Rómulo. Así lo expone y prueba el bened. Rafart.

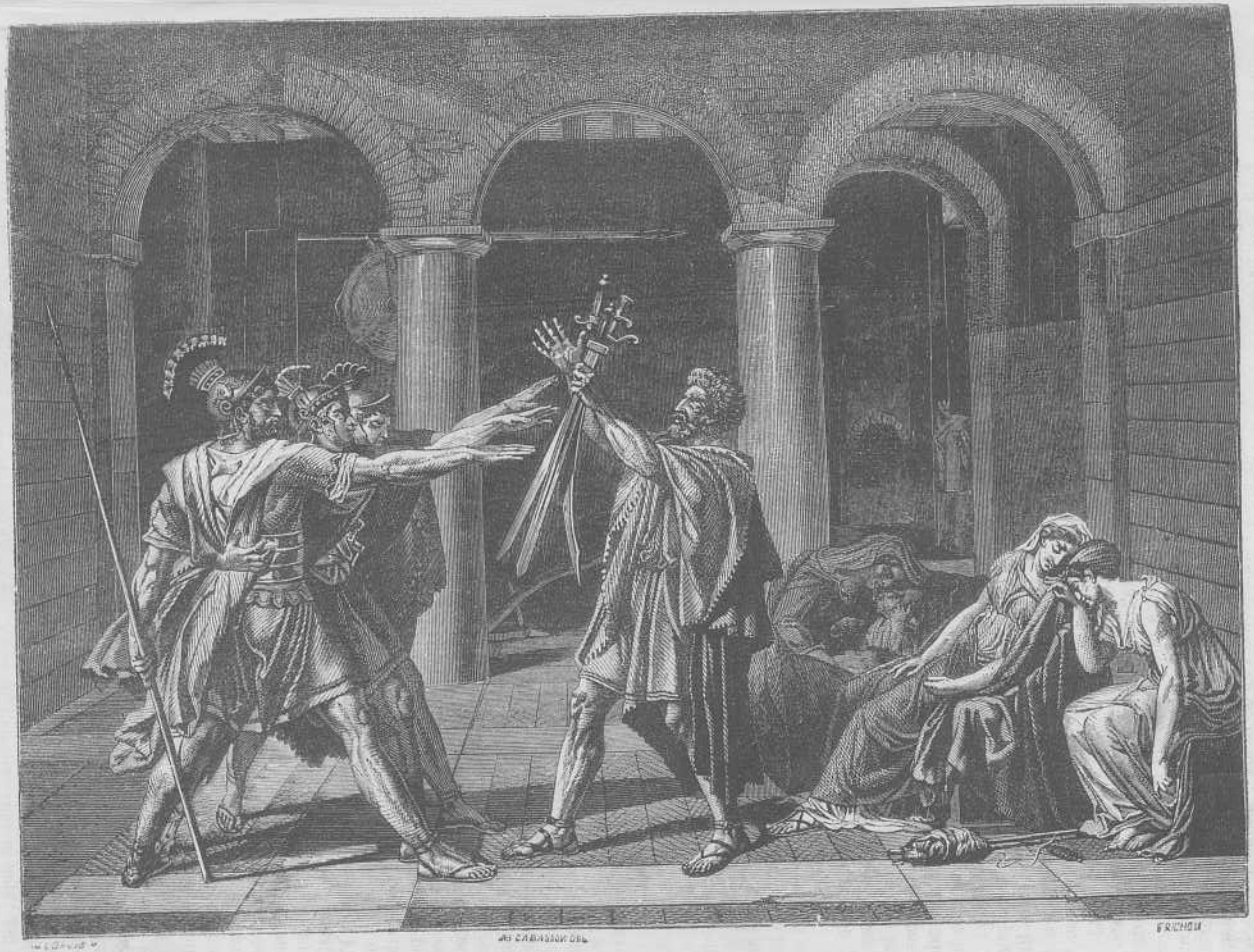
713. Año primero del calendario de Numa, el cual, establecido por el mismo en el año civil precedente, no puede tener uso antes del 1.° de enero de este año.

707-706. Numa establece los sacerdotes salios en el octavo año de su reinado (Disc. prelim., c. 5).

703-702. Institucion de las Robigales, fiestas dedicadas al dios Robigo para la conservacion del trigo en la espiga. Segun Plinio (lib. XVIII, cap. 29) fueron fundadas en el año onceno del reinado de Numa; pero, como la fiesta se celebraba en la primavera, y Numa no comenzó á reinar hasta el 7 de julio, las primeras Robigales que se celebraron deben ponerse en este año juliano de 703 antes de Jesucristo. Cuando se estableció el calendario juliano, las Robigales fueron fijadas en el 25 de abril juliano, tiempo en que los trigos, en el clima de Roma, están sujetos á ponerse mohosos, ó como orinientos. Plin. ibid. Linnæus in trit.

697-696. Primer ciclo de Numa: principia el 1.° de enero romano de este año. Prescribió Numa que se suprimirian ó se acortarian intercalaciones en cada ciclo en el año 76 de Roma, treinta y siete de su rei-

(1) Pereció á manos de unos descontentos, por haber dispuesto por su sola autoridad de una parte de tierras conquistadas. Solo que fué cosa tan secreta, que nunca llegó á saberse quién fué el autor de su muerte. A fin de consolar al pueblo y disipar sospechas què recaian sobre los senadores, se publicó que se le habia visto subir al cielo, y se le erigieron altares. Adoráronle con el nombre de Quirino ó «Curino,» segun así se escribia antes de usarse la letra Q.



LOS HORACIOS JURAN VENCER Ó MORIR POR ROMA.

(Lámina en bronce.)

nado. Por lo mismo el uso de quitar intercalaciones no empezó hasta el 76, pero el efecto producido por esta supresion sube á veinte años antes, y el primer ciclo principió desde el año 57.

678-679. Numa ordena los ciclos, y en este año se principió á reducir á menos las intercalaciones. Véase á Lavamequio ya citado.

Tulo Hostilio.—671. Muerte de Numa. Dionisio, Plutarco, Tito Livio, Solino, Sexto Rufo, y Zonaras, le dan cuarenta y tres años de reinado. Eutropio dice que murió durante el año cuarenta y tres de su reinado. Messala, que murió después de reinar los cuarenta y tres años. De suerte que no se sabe si estos años fueron completos ó incompletos. Dionisio pone la muerte de este rey en este año juliano, en que tuvo principio el año segundo de la olimpíada 27.ª, durante la cual, segun el mismo, ascendió al trono el sucesor de Numa. Interegno cuyos meses ó dias de duracion se ignoran. Tulo Hostilio es elegido rey.

667-666. Guerra contra los albanos que habian talado la campiña de Roma: muere, en esta guerra, Cluilio, dictador de Alba. Los albanos eligen en su lugar á Mecio Sufecio. Hallándose á la vista ambos ejércitos, saben que los veyos han tomado las armas con el objeto de atacar después de la batalla á unos y á otros. Tratado de paz entre Roma y Alba, con la condicion de que un desafío decidirá cuál de las dos ciudades ha de obtener el imperio. Combate entre Horacios y Curacios. Alba queda sometida á los romanos. Primer triunfo de Tulo contra los albanos. El Halicarnasense refiere pormenores que fijan la fecha de estos sucesos en el año 87 de Roma. Dice (lib. III, pág. 160), que corria el tercer año de la dictadura de Sufecio cuando fué Alba destruida. Pues bien, es cierto que esta destruccion corresponde al año 89 de Roma, como lo probaremos en su lugar, luego Sufecio habia sido nombrado dictador en el año 87 ú 86, pero en el 86 no puede ser, por una circunstancia referida por el mismo Halicarnasense. Este autor añade que Tulo no dejó pasar mas que un año cabal entre la dictadura de Sufecio, á quien se confirió el cargo al principio de esta guerra, y la lucha con los fidenates, la que ocasionó la destruccion de Alba, precediéndola de pocos dias. Si la dictadura de Sufecio y la primera guerra contra Alba fueron del año 86, habria dos años civiles completos entre estos acaecimientos y la destruccion de Alba en el 189; en vez de que, poniendo la primera guerra contra Alba en el 87, solo se encuentra un año civil intermedio, á saber, el 88; y sin embargo Sufecio podria haberse hallado en el tercer año de su dictadura. Basta para ello que la dictadura haya principiado en la primavera ó en verano del 87; y que la destruccion de Alba corresponda al verano ó al otoño del 89. Lo prueba Froxennet completamente.

665-664. Guerra contra los fidenates y los veyos, después de un año civil entero de preparativos por parte de Tulo. Á la órden de Tulo, Sufecio fué con las tropas de Alba á juntarse con el ejército romano. Batalla dada por Tulo cerca de Fidenas. Traicion de Sufecio, el cual se retira con los albanos á un punto elevado, quedándose de mero espectador del combate, con la intencion de embestir á los romanos si quedaban vencidos. Pero, Tulo ahuyenta á los enemigos. Suplicio de Mecio Sufecio. Destruccion de Alba, cuatrocientos ochenta y siete años segun el Halicarnasense, después de su fundacion (lib. 3). Ascanio la habia edificado treinta años después de Lavinia, y Lavinia lo habia sido dos años cabales después de la toma de Troya (ibid); de modo que la fundacion de Alba es posterior de treinta y dos años á la ruina de Troya, la cual, segun la opinion mas segura, fué tomada por el 1184 antes de Jesucristo. Alba fué pues fundada en el año 1152 antes de Jesucristo; y como fué destruida cuatrocientos ochenta y siete años después de su fundacion, fué destruida en el 665 antes de Jesucristo y el 89 de Roma. Frontin en los Escritores Militares.

664-663. Queriendo Tulo sujetar á los fidenates, comienza de nuevo la guerra en la primavera (Dionis. lib. III.) La expedicion debe ser del año 90 de Roma. Toma de Fidenas. Tulo la deja, sin embargo, como colonia romana. Segundo triunfo de Tulo sobre los fidenates. Fué celebrado con pompa, dice Frontin.

652-651. Guerra contra los sabinos que habian puesto presos á peregrinos y á mercaderes romanos que habian ido á una fiesta á las poblaciones sabinas. Se ignora la fecha precisa de esa guerra, sábese tan solo que duró dos años, y que fué anterior á la guerra contra los latinos, la que principió en el año 104 de Roma; y por tanto, debe ponerse en este año (Dion. Hal. lib. III) por mas que lo dude Lavamequio.

651-650. Continúa la guerra contra los sabinos, y concluye en este año. Victoria de los romanos. Tulo triunfó por tercera vez de los sabinos (Dionis. ibid).

650-649. Quince años después de la destrucion de Alba, dice el Halicarnasense (lib. III, pág. 175), y por consiguiente en el año 104 de Roma, Tulo manda decir á las colonias que habian estado bajo la dependencia de Alba, que reconozcan al rey de Roma por su jefe. Guerra contra los pueblos latinos de que se componian esas colonias: no hubo ninguna accion decisiva.

645-644. Tregua con los pueblos latinos. Cinco años dura la guerra con esos pueblos, segun Dionisio, y como empezó en el 104 de Roma, tuvo fin en este año, que es el 109. Tulo fué contra los sabinos, que talaron la tierra de Roma, mientras estaban los romanos luchando con los latinos. La segunda guerra con los sabinos pertenece pues al 109. Victoria de los romanos cerca del bosque llamado de los Maleficios.

Anco Marcio.—639-638. Muerte de Tulo Hostilio. Dionisio, Livio, Solino, Sexto Rufo, Eutropio, Casiodoro, Eusebio y Zonaras dicen que reinó treinta y dos años: Messala es el único que le da treinta y tres. Interegno, que fué muy corto, y Tito Livio solo menciona un interey, bien que á lo menos debió haber dos. Eleccion de Anco Marcio en el año 2.º de la olimpíada 35.ª, la que tuvo principio este año.

638-637. Teniendo los latinos á Marcio por mas apto para negocios de religion que para cosas de guerra, invaden el territorio de Roma. Marcio les sale al encuentro. Toma de Politoria por los romanos. Los habitantes son conducidos á Roma, é incorporados en las curias. Esta guerra no pudo tener lugar mas tarde que en el segundo año del reinado de Marcio; porque, apenas habia comenzado este á reinar, empezaron las hostilidades (Dion. Hal. lib. III, y William Hugby).

637-636. Entran otra vez los latinos en Politoria por hallar desierta la poblacion, pero Marcio vuelve á tomarla y la reduce á escombros (Id. ibid.).

636-635. Toma de Medulia por los latinos: toma de Telenas por Marcio, el que tambien traslada sus habitantes á Roma. William Hugby ya citado, é ibid.

633-632. Cuatro años después de haberse apoderado de Medulia los latinos, dice Dionisio, y transcurridos tres años completos desde que la habian tomado (en este año 121 de Roma), Marcio la recobró.

618-617. Guerra contra los veyos: son vencidos por Marcio cerca de Fidenas. Primer triunfo de Marcio sobre los veyos (Dion. lib. III). Se ignora la fecha exacta de esta guerra, pero, como precedió á la victoria de Marcio sobre los sabinos, y duró dos años (id. ibid.),

no puede ponerse mas tarde que en este año.

616-615. Ultima guerra de Marcio contra los sabinos, que fuéron derrotados por este rey, quitándoles el botin que habian hecho en el territorio de Roma (Ibid.). Segundo triunfo de Marcio sobre los sabinos. Los fastos consulares traen, en la coluna de los triunfos, inmediatamente antes del triunfo de Tarquino Prisco, estas últimas letras de una voz, NOIS, las cuales no pueden aplicarse á los veyos, de quienes triunfó Marcio, y sí á los sabinos, con los cuales tuvo este rey su postrera guerra. Se ignora la fecha de este triunfo; pero, como Marcio murió el año siguiente, no puede ponerse mas tarde. Así lo sienten Hugby y Frontin.

Tarquino Prisco.—615-614. Muerte de Anco Marcio. El Halicarnasense, Livio, Solino y Sexto Rufo, dicen que reinó veinte y cuatro años: Eutropio, Messala y Zonaras que murió durante el año 24 de su reinado: Casiodoro y Eusebio que reinó veinte y tres años. Esto indica que unos contaron por años corrientes, y otros por años completos. Murió antes del mes de julio, pues que su sucesor, segun Dionisio, fué instalado hácia la renovacion del año olímpico que principiaba en julio. Interegno, que no fué largo, porque Tarquino se dió buena prisa para que los intereyes procedieran á la eleccion, á fin de excluir á los hijos de Marcio que iban á ser mayores de edad (Dionis. lib. III. Tito Liv. lib. I, cap. 35). Eleccion de L. Tarquino Prisco hácia el año 2.° de la olimpíada 41.ª, segun el Halicarnasense, la que coincidió con este año.

613-612. Principio de la guerra contra los latinos, los cuales pretenden que, habiéndose sometido á Marcio personalmente, quedan libres con su muerte, y entran armados á talar la tierra de Roma. Tarquino gana dos batallas, asedia ciudades y las toma. No se sabe en qué año tuvo principio esta guerra; consta únicamente que fué en los primeros años del reinado de Tarquino, que duró mucho, y que concluyó en el 154 de Roma. Dionisio y mas aun el benedictino Hugby.

600-599. Las fechas de los acaecimientos que vamos á mencionar, dependen de la del triunfo de Tarquino sobre los sabinos, año 172 de Roma. Fijada esta fecha, las demás se comprueban por el enlace que entre sí tienen, segun veremos con respecto al mismo año de 172. Victoria sobre los latinos; estos se someten á los romanos. Primer triunfo de Tarquino Prisco sobre los latinos segun los Fastos capitolinos, pero, en los Fastos no se indica el año civil, ni el dia de este triunfo. Con todo, pertenece á este año 154 de Roma, precediendo solo un año á la guerra de Tarquino contra los sabinos, y es cierto que esta guerra empezó en el año siguiente de 155. Construccion del Circo en Roma, y celebracion de los juegos romanos con mayor solemnidad. Con el botin que procuró la victoria sobre los latinos construyó Tarquino el Circo, dentro del que se hicieron desde entónces los juegos, llamados por Livio, los juegos magnos, siendo así que antes se hacian en la plaza. Freret y Hugby contra Frontin.

599-598. Guerra de Tarquino contra los sabinos, un año después de su triunfo sobre los latinos (Dionis. lib. III). Tarquino trataba de castigar á los sabinos por haber estos auxiliado á los latinos. Dos campañas duró la guerra, y en la de este año no hubo ningun combate decisivo. Ambos ejércitos se separan para llegar á las manos en la próxima primavera.

598-597. En la segunda campaña vence Tarquino definitivamente, y concluye su primera guerra contra los sabinos, los cuales piden la paz, y se les otorgan seis años de tregua. Así pues, esta guerra tuvo dos campañas. Hostilidades de los etruscos, los cuales, como fueran auxiliares de los sabinos, indignados por la pérdida de la última batalla, y mas todavía por haberse denegado Tarquino á devolverles sus prisioneros, se apoderan de Fidenas, y la saquean é incendian antes que pudiesen socorrerla los romanos.

597-596. Principio de la guerra de los etruscos; Tarquino los ataca por la primavera (Dion.).

588-587. Señalada victoria de Tarquino sobre los etruscos. Estos se someten. Segundo triunfo de Tarquino sobre los etruscos (Fastos capitolinos). En este año terminó la guerra, que duró nueve años, segun Dionisio: y como principió en el año 157 de Roma, debió concluir en este año de 166. Añade Dionisio que esa guerra terminó un año antes de la segunda de los sabinos, y pronto probaremos que esta segunda guerra empezó el año siguiente siguiendo á Hugby.

587-586. Principio de la segunda guerra de los sabinos, la que duró cinco años segun Dionisio.

582-581. Victoria sobre los sabinos, los cuales doblan la cerviz. Fin de esta guerra, que terminó este año. Dice Dionisio que Tarquino no vivió ya mas que cuatro años, y consta que murió en el 176 de Roma. Luego la guerra concluyó en este año de 172. Tercer triunfo de Tarquino. Primera prueba de la exactitud de nuestra tabla, con respecto á la correspondencia entre el año civil de los romanos y el año juliano. En los Fastos capitolinos está fijada la fecha civil de este triunfo, poniéndole en los Idus de agosto (13), en Dionisio encontraremos la fecha juliana, pues dice que los sabinos se retiraron, y que Tarquino triunfó á fines de verano. El verano para los romanos concluia el 11 de agosto juliano. Ahora bien, computando, segun nuestra tabla, se halla que el 13 de agosto romano coincidió en el año 172 de Roma, con el 9 de agosto juliano del 582 antes de Jesucristo que cae justamente en el fin del verano, segun la manera que tenian los romanos de fijar las estaciones. La fecha del año de este triunfo, probada por su concordancia con el año de la muerte de Tarquino, fija las demás fechas que hemos dado. Como la segunda guerra con los sabinos concluyó en este año 172 de Roma, después de durar cinco años, hubo de principiar en el 167 de Roma. La guerra de los etruscos habia concluido un año antes de la segunda guerra de los sabinos, luego corresponde su conclusion al 166 de Roma; y como habia durado nueve años, remonta su principio al 157 de Roma. La primera guerra de los sabinos solo concluyó un año antes de la de los sabinos, luego pertenece su fin al 156, y como no duró mas que dos campañas, debió empezar en el 155. Por fin, el primer triunfo sobre los latinos fué solo anterior de un año á la guerra de los sabinos, y pertenece al 154 de Roma. Frontin, citado.

Servio Tulio.—578-577. Muerte de Tarquino Prisco. Los hijos de Anco Marcio le hacen quitar la vida. Solino, Sexto Rufo, Messala, Eusebio y Casiodoro, no le dan mas que treinta y siete años de reinado: Eutropio dice que fué muerto á los treinta y ocho, y Livio no cuenta mas que treinta y siete cumplidos, pues escribe que murió cerca los treinta y ocho años de reinar: « Duodecuadragesimo ferme anno ex quo regnare cæperat; » por consiguiente, no era cumplido el treinta y ocho. Dionisio es el único que le atribuye treinta y ocho años redondos, y nó solo esto, sino que como este autor pone su elevacion al trono hácia el segundo año de la olimpíada 41.ª, y por consiguiente antes de la misma, hace coincidir su muerte con el cuarto año de la olimpíada 50.ª, de lo que resultan treinta y ocho años cabales. Dionisio lo hace con el objeto de encontrar otra vez el año que quita al reinado de Rómulo. Como pone, segun se ha visto, el año de la fundacion, un año después que Varron, tiene

que obrar así. Sin embargo, saliéndose del camino que siguen los otros catonianos, quiere Dionisio que la monarquía haya durado en Roma doscientos cuarenta y cuatro años cabales; mientras que los demás secuaces de Caton, y hasta Livio, ponen tan solo doscientos cuarenta y cuatro principiados ó incompletos (véase á Solino, Eutropio, Sexto Ruf. Messala, Oros., Euseb. y los Fastos Capitol.). Tenemos pues que Dionisio prolonga de un año el reinado de Tarquino por haber quitado uno al de Rómulo. De aquí resulta, que este autor fija al principio de cada uno de los reinados siguientes, y luego de los consulados, un año olímpico, y por tanto, un año juliano mas tarde de lo que debieran contarse. Así es que, el reinado de Servio Tulio, que segun el cómputo catoniano, y tambien segun el varroniano, comienza en el año tercero de la olimpíada 51.ª, le pone Dionisio en el cuarto año, retardando igualmente de un año el reinado de Tarquino el soberbio, y luego los consulados. Es pues indispensable, tanto en uno como en otro sistema, catoniano y varroniano, el preferir á Dionisio el sentir unánime de los demás historiadores, y no dar á Tarquino Prisco mas que treinta y siete años completos. Tanaquilde, viuda de Tarquino, oculta por algunos dias la muerte de este príncipe, y á fin de que su yerno Servio Tulio tuviera tiempo para preparar los ánimos, manifiesta al pueblo que Tarquino está enfermo, y que entretanto nombra á Servio regente del reino. No fué larga la regencia, pues fué preciso sepultar á Tarquino. Servio sube al trono sin mediar eleccion, sin la participacion del senado, y con sola la tolerancia del pueblo. Comenzó á reinar antes del 11 de agosto romano, segun se probará por el año de su muerte.

576-575. Establecimiento del censo y del lustro, institucion, dice Tito Livio, muy conveniente para una nacion grande. Sacamos de Censorino la fecha de este establecimiento (De Die. nat. cap. 18), el cual nos dice que desde el primer lustro hecho por Servio Tulio, hasta el último que se hizo en el quinto consulado de Vespasiano, y en el tercero de Tito, correspondiente al año 827 de Roma, hay poco menos de seiscientos cincuenta años; luego en el 178 de Roma, á corta diferencia, seiscientos cuarenta y nueve años antes del lustro de Vespasiano, fué hecho el primer lustro por Servio. Este rey habia prescrito que el censo y la lustracion, ó los sacrificios expiatorios que despues del censo se hacian para purificar al pueblo, se habian de renovar cada cinco años; solo que se opusieron á ello las guerras y epidemias, ú otros contratiempos.

571-570. Guerra de los etruscos, los cuales no querian reconocer por rey á Servio. Fué muy larga. Primer triunfo de Servio sobre los etruscos el 6 de las calendas de diciembre (25 de noviembre romano) 16 de noviembre juliano del 571 antes de Jesucristo. Traen los Fastos Capitolinos la fecha de este triunfo, y la ponen en el 182 de Roma, solo que, como el autor de los Fastos pone la fundacion un año mas tarde que Varron, el año 182 del cómputo capitolino es el año 183 varroniano.

567-566. Segundo triunfo de Servio sobre los etruscos el 8 de las calendas de junio (25 de mayo) romano, 24 de mayo juliano del 567 antes de Jesucristo. Los Fastos Capitolinos ponen la fecha de este triunfo en el año 186 de Roma. Segun el cálculo de Varron, es el 187.

564-563. Tercer triunfo de Servio sobre los etruscos. Dionisio y Valerio Máximo dicen que Servio triunfó tres veces. En los Fastos Capitolinos se halla indicado este triunfo, pero está borrada la fecha y el año.

551-550. Conclusion de la guerra de los etruscos, que duró veinte años, segun Dionisio (lib. IV); y como habia principiado lo mas tarde en el año 183 de Roma, segun se desprende del triunfo de Servio en este año, debió de acabarse lo mas tarde en el 203 de Roma.

550-549. Segundo lustro. Se encuentra en Valerio Máximo que Servio hizo el lustro cuatro veces. Hízose el primero en el año 178 cuando se estableció el censo; y con motivo de la guerra de los etruscos que sobrevino en el año 183, transcurridos ya cinco años desde esta institucion, tuvo Servio que suspender los lustros siguientes, pero tuvieron otra vez lugar en este año, que fué el primero despues de la paz.

545-544. Tercer lustro, cinco años despues del segundo, hecho en el 204.

540-539. Cuarto lustro, cinco años despues del tercero. Es el último que hizo Servio. El quinto hubiera debido tener lugar en el 219 de Roma, pero se lo impidieron á Servio los obstáculos que le suscitó Tarquino.

539-538. Muerte de Aruns ó Arundo Tarquino, nieto de Tarquino Prisco, y marido de Tulia, hija segunda de Tulio. Los antiguos anales fijaban esta muerte, segun Dionisio (lib. IV), en el año 40 del reinado de Servio, que corresponde á este año 215 de Roma. La mujer de L. Tarquino, hermano mayor de Arundo, murió casi al mismo tiempo. Casa L. Tarquino con Tulia, viuda de Arundo. Funesto fué para Servio ese matrimonio, pues estimulado Tarquino por su mujer, ataca á Servio como á usurpador del trono, le echa en cara el establecimiento del censo ó padron como imaginado para patentizar el estado de las fortunas, y hacer odiosos á los ricos á los ojos de los pobres. Esto impidió en adelante á Servio hacer el censo y el lustro, y anduvo ocupado en defenderse contra Tarquino.

Tarquino el Soberbio.—534-533. Muere Servio Tulio á manos de emisarios de su yerno Tarquino. Livio, Diodoro de Sicilia (in excerpt. Vales). Sexto Rufo y Zonaras dicen que Servio reinó cuarenta y cuatro años; Entropio que fué muerto corriendo el año cuarenta y cinco de su reinado, y Dionisio que reinó cuarenta y cuatro años cabales. Tenemos pues que reinó cuarenta y cuatro años bien completos. Dionisio añade (lib. IV, pág. 240) que como el pueblo sostenia á Servio, le hizo quitar la vida cuando estaba ocupada la gente en su mayor parte en recoger los frutos. Luego fué asesinado durante la cosecha, y por tanto, entre el 25 de junio y el 11 de agosto julianos, temporada de la cosecha para los romanos. Síguese de ahí, que habiendo Servio reinado cuarenta y cuatro años completos, habia subido al trono lo mas tarde en el año 76 de Roma, antes del 11 de agosto juliano. Tarquino ascendió al trono sin forma ninguna de eleccion, reinando tiránicamente; y en vez de hacer que ricos y pobres contribuyeran, segun sus respectivos haberes, puso la misma carga á los segundos que á los primeros, y suprimió el censo de poblacion y riqueza (Dionis). A poco, quitó de en medio, con diversos pretextos, á la mayor parte de los senadores y ciudadanos ricos. Su orgullo y crueldad le valieron el nombre de «Soberbio.» Hizo construir un templo á Júpiter en una colina. Excavándose la tierra para los cimientos se encontró todavía teñida en sangre la cabeza de un tal Tolo, y de aquí provino el dar al templo el nombre de Capitolio, «Caput Toli.» Agotado ya el erario y tambien la paciencia del pueblo por los gastos de Tarquino, trató de acallar la murmuracion declarando la guerra á los rútulos. Estaba él sitiando á Ardea, cuando su hijo Sexto violentó á una señora romana

llamada Lucrecia, y esto exasperó á los romanos, los cuales echaron por tierra el trono, y cerraron las puertas de la ciudad, sin que Tarquino pudiese entrar ya mas en ella. Así quedó en Roma abolida la monarquía, después de durar doscientos cuarenta y cuatro años.

Establecimiento del consulado.—509-508. Cónsules: Lucio Junio Bruto, que fué muerto la víspera de las calendas de marzo del año 246, y Lucio Tarquino Colatino, que habia tenido que abdicar hácia el 1.° de octubre del 245: Publio Valerio Poplícola, reemplaza á Colatino: Sp. Lucrecio Tricipitino, es elegido para ocupar el lugar de Bruto. Muere Tricipitino, y le substituye M. Horacio Pulvilo.

Expulsion de los reyes el 1.° de junio romano (véase el disc. prelim.), que corresponde al 9 de junio juliano, hácia el principio del año olímpico, coincidiendo casi con este principio el 9 de julio juliano. Livio, Solino, Eutropio y Zonaras, dicen que Tarquino el Soberbio reinó veinte y cinco años: Dionisio y Sexto Rufo, que fué expulsado en el año veinte y cinco de su reinado; y siendo así, los veinte y cinco años no son redondos; lo hubieran sido algunos dias antes del 11 de agosto. Dionisio, que desde la muerte de Tarquino Prisco, retrasa de un año la muerte de los demás reyes, pone la expulsion de Tarquino el Soberbio y el nombramiento de los primeros cónsules hácia el año primero de la olimpíada 68.ª; el acontecimiento corresponde á un año antes; acaeció en el año cuarto de la olimpíada 67.ª Delante de Ardea, Tarquino habia tenido que limitarse á bloquearla, y hacia ya tiempo que duraba la campaña: estas circunstancias no pueden convenir al 23 de febrero, último mes del año, en el cual ponen algunos autores el regifugio. Bruto condena sus hijos á muerte, convictos de haber conspirado para abrir á Tarquino las puertas de Roma, y consagra á Marte el campo de Tarquino, en el cual habia trigo segado ya, parte trillado, y parte nó. De modo, que se estaba en medio de la cosecha, la que concluia en tierra de Roma hácia el 11 de agosto juliano (véase el disc. prelim.). Y derribado el gobierno de los reyes el dia 9 de julio juliano, tiempo muy inmediato á la cosecha, pudo Bruto encontrar algunos dias después trigo segado ya y consagrarle, lo que no hubiera sido posible si la expulsion hubiese tenido lugar el 23 de febrero, como sientan algunos autores.

Abdicacion del cónsul Colatino, que tambien se llamaba Tarquinio ó Tarquino, nombre odioso para el pueblo, y que además se oponia á la condenacion de los jóvenes aquilios, sobrinos suyos, cómplices de los hijos de Bruto. Reemplaza Poplícola á Colatino hácia el 1.° de octubre romano, 5 de octubre juliano. Bruto queda muerto en una batalla contra Tarquino y los etruscos, la víspera de las calendas de marzo romano del 246, correspondiente al 27 de febrero juliano del 508 antes de Jesucristo (disc. prelim., cap. III). Acababa de abrirse la campaña, y era la primera accion. Á pesar de esto, ganaron la batalla los romanos. Triunfo de Valerio Poplícola, y al dia siguiente (Dionis. lib. V), substitucion de Lucrecio Tricipitino á Bruto, y muriendo Tricipitino pocos dias después, es elegido en su lugar Horacio Pulvilo. Se entabla el primer tratado de alianza entre romanos y cartagineses, luego después de la expulsion de los reyes. Dedicacion del templo de Júpiter en el Capitolio por los primeros cónsules (Polib. lib. III, pág. 245). El templo fué dedicado por Horacio Pulvilo en los idus 13 de setiembre romano, del año 246 de la fundacion. Es otra de las pruebas que demuestran que el consulado de Valerio y de Horacio duró hasta el 1.° de octubre del 246 de Roma, puesto que Horacio era todavía cónsul por los idus de setiembre de este año; de donde resulta que Valerio debió reemplazar á Colatino hácia el 1.° de octubre del 245 de Roma. Como después de la abdicacion de Colatino y de la muerte de Bruto, Valerio se halló ser el cónsul mas antiguo, el dia en que él habia entrado en el consulado, debió ser el señalado para la renovacion consular, y por lo mismo se fijó hácia el 1.° de octubre.

Cónsules: P. Valerio Poplícola II, T. Lucrecio Tricipitino, entran á desempeñar sus cargos el 1.° de octubre romano, 25 de setiembre juliano del 508.

508-507. El censo interrumpido por Tarquino el Soberbio, es puesto de nuevo en uso para alivio de los pobres. Se hallan treinta mil ciudadanos de catorce años arriba. Celebróse el quinto lustro, bien que Dionisio y Tito Livio no hablan mas que del padron; pero, tuvo lugar la ceremonia lustral, segun lo probaremos en el año 280. Guerra de Lars-Porsena, rey de los etruscos. Tito Livio pone en este año consular todos los sucesos de la guerra, Dionisio en el año siguiente. Plutarco y Eutropio los ponen en los dos años, y nosotros seguiremos su narracion, como mas conforme al órden de los hechos. Embajada de Porsena á los romanos al fin del 246, pidiendo la restauracion del rey Tarquino. Porsena ataca á los romanos por la primavera del siguiente año 247, se apodera del monte Janículo, y avanza hácia Roma. Pierden los romanos la batalla. Horacio Cocles defiende el puente para dar tiempo á que pasara la hueste romana, y luego se arroja armado al Tíber, que atraviesa á nado, viéndose á punto de perecer ahogado. Porsena pone sitio á la ciudad, y hace talar las cercanías.

Cónsules: P. Valerio Poplícola III, y M. Horacio II, entran á gobernar el 1.° de octubre romano, 7 de octubre juliano del 507.

507-506. Porsena convierte el sitio en simple bloqueo, y pasa el invierno acampado en el Janículo. Escasean en Roma los víveres. Acto de Mucio Cordo durante el invierno. Para hacer ver á Porsena el ánimo romano, pone la mano en un brasero, y deja que se consuma sin exhalar una queja. Los romanos obtienen alguna ventaja en la primavera del año 248 de Roma, y Porsena se halla dispuesto á la paz, recibiendo en rehenes á algunas jóvenes romanas. Entre ellas se hallaba Clelia, la que pidió á los que las guardaban permiso para ir á bañarse al Tíber, junto con sus compañeras. Así que estuvieron dentro del rio, le atravesaron á nado, y se volvieron á Roma (Dionis. y Tito Livio). Por tanto, habia de ser en verano. Porsena se retira del Janículo, y Tarquino se establece en Túsculum, al año tercero de su expulsion, segun Eutropio.

Cónsules: Sp. Larcio Flavo y T. Arminio Aquilino, entran en el mando el 1.° de octubre romano, 27 de setiembre juliano del 506.

506-505. Este consulado no está en Tito Livio, pero es por falta de los escribientes, pues en el año 303 de Roma probaremos que Tito Livio le hace entrar en su computacion de los años transcurridos desde la fundacion de Roma; y nó solo trae este consulado Dionisio, sino que Casiodoro y el autor citado por Cuspinio, que al parecer copiaron á Tito Livio, tampoco le han omitido en sus Fastos, y en los años 254 y 259 veremos que Ciceron y Plinio le cuentan igualmente en sus cálculos sobre años consulares.

Cónsules: M. Valerio, y P. Postumio Tuberto, entran á ejercer sus cargos el 1.° de octubre romano, 16 de setiembre juliano del 505.





Bruto el inexorable.

505-504. Dionisio, en cuyo cómputo hay un año de retraso, pone este consulado en el año primero de la olimpiada 69, sin embargo de que corresponde al cuarto de la 68. Ya no repetiremos mas esta observacion, bien que en los consulados siguientes sucede lo mismo. Guerra de los sabinos. Figurándose estos que estarian muy debilitados con sus pérdidas en la guerra de los etruscos, van á talar las cercanías de Roma, pero quedan vencidos por el cónsul Valerio. Dionisio y Tito Livio solo hacen mencion de una batalla, pero Plinio (Hist. natur. lib. xxxvi, cap. 15), y Plutarco (vida de Poplícola) dicen que hubo dos, siendo la última victoria la mas señalada, siendo comun la gloria á Postumio y á su colega. Fué en verano ó en otoño del 250, pues todavía no habian crecido con las lluvias del invierno, segun Dionisio, las aguas del Anio, en cuyas orillas fué dada la accion. Triunfo de los dos cónsules sobre los sabinos, y está señalado en los Fastos Capitolinos, solo que está borrada la fecha. Para recompensar á Valerio sus servicios, el pueblo romano le hizo construir una casa.

Cónsules: P. Valerio Poplícola IV, y T. Lucrecio Tricipitino II, entran en el mando el 1.° de octubre romano, 6 de setiembre juliano del 504.

504-503. Continúa la guerra con los sabinos, los cuales pretenden restablecer en el trono á Tarquino. Fidenas y Cameria, colonias romanas, se separan de la metrópoli, y se adhieren á sus enemigos. Tambien los veyos envian socorro contra Roma. Pero, Valerio triunfa de los sabinos y veyos el dia de las nonas, 7 de mayo romano del siguiente año 251. (Fast. Capit.) 28 de abril juliano del 503 antes de Jesucristo. Nombrado cónsul Valerio el 1.° de octubre del 250 de Roma, el mes de mayo correspondiente á su consulado cae en el 251 de Roma. El sabino Atta Clauso, natural de Regillo, desaprueba la empresa de sus compatricios, y abandonando su tierra se establece en Roma con su familia y con los que eran de su mismo sentir. Tan numerosos eran, que de ellos se formó una tribu, siendo Clauso creado patricio, y fué tronco de la casa Claudia. Seis años casi cumplidos hacia ya, segun Suetonio en la vida de Tiberio, que se habia expulsado á los reyes, cuando Clauso se fué á vivir á Roma. Como los reyes fueron echados el 1.° de junio romano del 245 de la fundacion, el establecimiento de Clauso en Roma fué en los primeros meses del 251, durante este consulado y la guerra de los sabinos, la que no terminó hasta el triunfo de Valerio, en el 7 de mayo romano del mismo año. Valerio Poplícola muere tan pobre, que pagó el pueblo su funeral.

Cónsules: P. Postumio Tuberto II, y Agripa Menenio Lanato, entraron en el mando el 1.° de octubre romano, 18 de setiembre juliano del 503.

503-502. Otras colonias latinas se reunen á los sabinos contra Roma, y los dos cónsules alcanzan la victoria, concediendo honores de triunfo menor á Postumio, y de ahí el orígen de lo que se llamó « ovacion. » Postumio entra en Roma el 3 de abril romano del siguiente año 252, 16 de marzo juliano del 502 antes de Jesucristo, época en que cae el mes de abril romano correspondiente á este consulado que habia principiado el 1.° de octubre de este año. Triunfo de Menenio el 17 de marzo juliano del mismo año. Los Fastos Capitolinos que nos dan estas fechas, ponen el consulado de Postumio y de Menenio en el 250 de Roma. Pero como su autor siguió la época de Caton, corresponde para nosotros al 251. Tampoco repetiremos ya mas esta observacion, que valdrá para todas las fechas que pone el autor de los Fastos.

Cónsules: Sp. Casio Viscelino, y Ópiter Virginio Tricosto, entran en sus cargos el 1.° de octubre romano, 8 de setiembre juliano del 502.

502-501. La guerra de los sabinos concluye durante el cuarto consulado, contando desde el de M. Valerio y de P. Postumio (Dionis.), y por consiguiente en este año. Triunfo de Casio sobre los sabinos, estando borrada en los Fastos la fecha del dia de este triunfo.

Cónsules: Postumio Cominio Aurunco, y T. Larcio Flavo, entraron el 1.° de octubre romano, 20 de setiembre juliano del 501.

501-500. Juntanse delegados de los pueblos latinos, los cuales, por intrigas de Octavio Mamilio, yerno de Tarquino, resuelven ir contra los romanos para el restablecimiento de la monarquía, coaligándose hasta treinta pueblos para esta guerra. En esto, los esclavos forman una conspiracion, pero los cónsules la descubren. Los conjurados habian de apoderarse de los puntos fuertes, y luego prender fuego á la ciudad por varios puntos.

Cónsules: Servio Sulpicio Camerino, y Manio Tulio Longo, entraron el 1.° de octubre romano, 10 de setiembre juliano del año 500.

500-499. Ciceron (in Bruto, cap. 16) dice que Manio Tulio fué cónsul con Servio Sulpicio el año décimo de la expulsion de los reyes. Suprimiendo, como hacen algunos autores, el consulado de P. Larcio Flavo y T. Herminio, ú otro cualquiera de los consulados precedentes, el año consular de Servio Sulpicio y de Manio Tulio no fuera el décimo, pues desde la expulsion de los reyes no habia mas que nueve consulados y nueve años, y con esto se ve que no puede omitirse ningun consulado de los que preceden. Nueva junta de los pueblos latinos, después de la cual mandan embajadores á Roma pidiendo la restauracion de Tarquino y de sus partidarios que estaban desterrados. Hay en Roma una nueva conspiracion formada por esclavos y por insolventes. El partido de Tarquino habia seducido al pueblo ínfimo con dinero y ofertas, y á los esclavos con la promesa de darles libertad. Estos habian de matar á sus amos, mientras que los otros se apoderarian de los fuertes, y abririan las puertas de la ciudad á las fuerzas de Tarquino. Descubierta la conjuracion y severamente castigada, se ordenan sacrificios en la ciudad, como para expiar la muerte de mayor número de ciudadanos que hubieran podido perecer (Dionis.). Hasta parece que se añadieron dias á los juegos romanos, y que fueron celebrados con mayor esplendidez que antes. Muere el cónsul Manio Tulio de una caída de carro en el Circo, cuando estaba dirigiendo solemnemente los juegos llamados romanos, que se celebraban en 15 de setiembre. Murió el cónsul, segun Dionisio, á los tres dias, y por lo mismo, el 18 de setiembre romano. Añade el mismo autor que Tulio no fué substituido, quedando solo Servio Sulpicio, por estar ya á fines del año consular. Siendo así, el consulado concluia poco después del 18 de setiembre, dia de la muerte de Tulio; y esto prueba que hemos puesto muy fundadamente la renovacion de los cónsules en el 1.° de octubre.

Cónsules: P. Veturio ó Vetusio Gémino, y T. Ebucio Helva, entran el 1.° de octubre romano, 22 de setiembre juliano del 499.

499-498. Sitian los romanos á Fidenas, que no tomaron en este año, pero se apoderaron de Crustumería. Los prenestinos, que moraban en tierra del Lacio, se separan del partido latino, y pactan alianza con la república romana (Dionis. Liv.).

Cónsules: T. Larcio Flavo II, y Q. Clœlio Sículo, entran el 1.° de octubre romano, 12 de setiembre juliano del 498.

Primer dictador. T. Larcio Flavo. — 498-497. Toma de Fidenas por T. Larcio, al principio de su consulado. Los latinos resuelven atacar á Roma, y confieren el mando del ejército á Mamilio, yerno de Tarquino, y á Sexto Tarquinio su hijo. Todos los pueblos circunvecinos se niegan á auxiliar á los romanos. Ordenan los cónsules la formacion de un ejército capaz de resistir á los enemigos de la república. Estalla el primer descontento del pueblo relativo á las deudas. Irritados los plebeyos con motivo del derecho que tenian los acreedores para aprisionarlos, no quieren alistarse para el servicio de las armas, y se congregan al objeto de obtener la abolicion de las deudas. Salió un senatus consulto, con el cual, bien que favorable para ellos, no se apaciguaron, porque el senado diferia sobre esto la resolucion para después de la guerra. Persiste el mayor número de los plebeyos en no querer tomar las armas; y por el mes de marzo, tiempo oportuno ya para operaciones de guerra, no estaba todavía pronta la gente necesaria. Se nombra un dictador después del 1.° de abril romano, 30 de marzo juliano del siguiente año 257. La ley valeria, promulgada por P. Valerio Poplícola, habia establecido la apelacion al pueblo sobre todos los decretos de los cónsules, y órdenes de cualesquiera magistrados; de manera que, si el pueblo rehusara empuñar las armas, quedaba juez supremo él mismo acerca de este punto. Entónces se creyó necesaria la creacion de una magistratura sin apelacion que llamaron « dictadura. » La facultad de nombrar al dictador fué otorgado á los mismos cónsules, como para indemnizacion de la pérdida de la autoridad consular que con la dictadura quedaba suspensa; solo que, como era mas extenso el poder del dictador que el de los cónsules, la duracion de ese cargo se limitó á seis meses. Los cónsules T. Larcio y Q. Clelio, tienen que abdicar á instancia del senado. Clelio nombra dictador á su colega T. Larcio, el cual pone de jefe de la caballería á Sp. Casio, y este jefe servia en el ejército de lugarteniente al dictador. Clelio quedó sin magistratura, y Larcio venció en la batalla á los latinos, concediéndoles luego una tregua de un año. Añade Dionisio que Larcio mandó que se eligiesen nuevos cónsules, abdicando la dictadura antes de espirar el plazo de los seis meses; y como esos cónsules entraron el 1.° de octubre del 257, síguese de ahí que Larcio fué nombrado dictador después del 1.° de abril del mismo año. Á comenzar su dictadura antes de este dia civil, hubiera durado mas de seis meses. Sexto lustro. Dice Dionisio que Larcio hizo el padron, y que se hallaron ciento cincuenta mil y setecientos ciudadanos. Como el quinto lustro tuvo lugar en el año 246, este hubiera debido verificarse en el 251, pero no se hizo con motivo de la guerra con los latinos, y fué trasladado á este año, en que caian los cinco años siguientes.

Cónsules: A. Sempronio Atratino, y M. Minucio Augurino, entran el 1.° de octubre romano, 24 de setiembre juliano del 497.

497-496. Por la victoria de Larcio, y por el establecimiento de una nueva magistratura favorable al senado y á los patricios, sucesos que tuvieron ambos lugar en este año civil, le consideraron los pontífices como feliz, y le prolongaron añadiéndole la intercalacion. Dedicacion del templo de Saturno, é institucion de las fiestas saturnales (Dionis. Liv.) El templo fué consagrado el mismo dia de las saturnales, el 14 de las calendas de enero (17 dic.) romano de este año 257, 9 de diciembre juliano del 497 antes de Jesucristo. Segun Dionisio los autores antiguos ponian la dedicacion en el consulado anterior. Se halla en efecto en Macrobio, que, segun Varron, la hizo T. Larcio durante su dictadura. Pero, ó está alterado el texto de Macrobio por algun escribiente, ó no entendió bien este autor el sentido de Varron. Si Larcio hubiera hecho la dedicacion de ese templo, no habria sido como dictador, sino como cónsul; pues el dia de las saturnales, que fué el mismo de la dedicacion, no cayó durante la dictadura de Larcio, pues comenzó después del 1.° de abril, y tuvo fin antes del 1.° de octubre. Y por lo mismo debe ser preferida á la narracion de Macrobio la de Dionisio y Tito Livio.

Cónsules: A. Postunio Albo Regilense, y T. Virginio Tricosto Celimontano, entran el 1.° de octubre romano, 6 de octubre juliano del 496.

Segundo dictador. A. Postunio Albo Regilense. — 496-495. Durante el año de tregua que les fué otorgado, los pueblos latinos se prepararon otra vez para guerrear contra Roma. Los volscos les prometen auxilio, y A. Postunio es nombrado dictador por su colega Virginio, en atencion á que las circunstancias eran apremiantes. El dictador escoge por jefe de la caballería ó por lugarteniente, que era lo mismo, á T. Ebucio. La victoria se declara en favor de los romanos mandados por Postunio, junto al lago de Regillo, cuando ya iban á llegar al teatro de la lucha los volscos en ayuda de los latinos. La batalla fué el 15 de julio romano del siguiente año 259 (Dionis., lib. v, y Plutar. Vida de Coriolano), que corresponde al 4 de agosto juliano del año 495 antes de Jesucristo. Habiendo entrado estos cónsules el 1.° de octubre romano, no hay mas que el julio del año siguiente que coincidiese con su magistratura. El año y el dia de la fiesta del triunfo de Postunio se echan de menos en los Fastos. Piden los pueblos latinos la paz, y se renuevan los antiguos tratados, declarándolos luego el senado aliados del pueblo romano. Concluida la guerra, surge de nuevo el negocio de las deudas. Pide el pueblo su abolicion, y lejos de acceder á ella, el senado devuelve su actividad á los tribunales, cuyas sentencias contra los deudores habian quedado suspensas durante la guerra. Prevé Postunio los males que habia de ocasionar la inflexibilidad del senado y la obstinacion del pueblo, y se da prisa en abdicar la dictadura antes que llegara el plazo, disponiendo con su colega que se procediese á la eleccion de nuevos cónsules, y deseando una nueva guerra para unir las voluntades de los romanos (Dion. Tit. Liv.)

Cónsules: Ap. Claudio Sabino Regilense, y P. Servilio Prisco, entran el 1.° de octubre romano, 18 de octubre juliano del 495.

495-494. La victoria de Postunio, que tuvo lugar durante este año civil, indujo á los pontífices á añadirle la intercalacion. Plinio (Hist. nat. lib. xxxv, cap. 3), fija el año del consulado de Apio Claudio, diciendo que este romano fué cónsul con Servilio en el año 259 de Roma. Por lo mismo, no puede suprimirse ningun consulado precedente. Es preciso conservarlos todos para que pueda ser exacto lo que Plinio sienta en el lugar que indicamos. Al objeto de evitar los efectos de las discordias interiores, el senado declara la guerra á los volscos por haber socorrido á los latinos, pero el pueblo no quiere alistarse para salir á campaña. Con todo, Servilio, menos opuesto al pueblo que su colega, consigue reunir algunos voluntarios. Aparentan los volcos que se someten; pero, como querian ganar tiempo para prepararse debidamente, entran á poco en campaña. Ordénase en Roma un nuevo alistamiento. Un soldado viejo perece durante estas circunstancias en la plaza mayor cubierto de llagas, quejándo-

dose por el mal trato que acaba de darle un acreedor que le tenia aherrojado. El pueblo se conmueve, pero en esto llegan diputados de los pueblos latinos con la noticia de que los volscos han entrado ya en el Lacio. Toman las armas los patricios y los ricos, y los plebeyos persisten empeñados en no seguirlos. De parte del cónsul Servilio se publica que conceda un término para mientras dure la guerra á los que se agreguen al ejército. Inmediatamente reune la gente necesaria, parte, y derrota á los volscos, tomándoles el campamento. Apio manifiesta que Servilio es harto partidario del pueblo, por haber otorgado á los soldados deudores un plazo contrario á las miras del senado, y este se niega á conceder á Servilio los honores del triunfo, pero el vencedor se los confiere de propia autoridad. Entra pomposamente en la ciudad, vestido triunfalmente, y precedido de sus lictores. Es el primer triunfo, después de abolida la monarquía, que se hizo á pesar del senado; pero, como fué tenido por irregular, no se inscribió en los Fastos. Los sabinos hacen correrías por territorio de Roma, y sale Servilio y los destroza, marchando en seguida contra los auruncos, que amenazaban á los romanos con la guerra, y tambien queda vencedor. Durante las expediciones de Servilio, Apio restablece la aplicacion de las penas legales contra los deudores. De modo que Servilio no gustaba al senado, y Apio era odioso al pueblo. Entretanto cada cónsul ambicionaba para sí en particular el honor de presidir en la dedicacion que iba á hacerse del templo de Mercurio. No atreviéndose el senado á elegir entre los dos, lo deja al arbitrio del pueblo, quien, por no agriar demasiado al senado y á Apio, no nombra á Servilio, eligiendo á un simple centurion. La dedicacion del templo de Mercurio se hizo á los 15 de mayo romano del siguiente año 260, 17 de julio juliano del 494 antes de Jesucristo, pues tan solo el mes de mayo romano del mismo año coincidió con este consulado, que habia principiado el 1.° del precedente octubre. Tarquino el Soberbio fallece en lúnes, en casa del tirano Aristodemo, á los catorce años cabales de su expulsion. Mucho contribuyó el temor de su restauracion á la union del senado y del pueblo, y con su muerte se aumentó el encono y la discordia (Dionis. lib. VI, Tit. Liv. lib. II, Eutrop. lib. I).

Cónsules: A. Virginio Tricosto Celimontano, y T. Veturio Gémino Cicurino (vide Frontin) entran el 1.° de octubre romano, 30 de octubre juliano del 494.

Tercer dictador. Manio Valerio Máximo.—494-493. Guerra de los sabinos. Airado el pueblo con la obstinacion del senado y la dureza de Apio, no tan solo rehusa el servir, sino que los plebeyos acuden á la plaza, en donde estaban los cónsules, é impiden á los lictores el que pongan presos á los que querian llevar al tribunal. Preparándose estaban los sabinos para atacar los fuertes avanzados que protegian á Roma, cuando los ecuos y los volscos penetraron en el Lacio. Entónces fué conferida la dictadura á Manio Valerio, hijo de Voleso y hermano de Poplícola. Nombra por su lugarteniente á Q. Servilio, hermano del cónsul del año anterior, manda suspender los procedimientos contra los deudores, y ofrece además que, terminada la guerra, el senado tomará sobre esto una resolucion favorable al pueblo. Salen á campaña tres cuerpos de ejército: uno, á las órdenes del cónsul Veturio, destinado contra los ecuos; otro á los del cónsul Virginio, contra los volscos; y el tercero, acaudillado por el mismo dictador, sale para tierra de los sabinos, que era el foco de la guerra. Todos esos pueblos quedan vencidos, y el dictador obtiene los honores del triunfo, del que hacen mencion los Fastos Capitolinos, sin indicar la fecha. Abdica Valerio la dictadura, instando al mismo tiempo al senado para que cumpla su promesa al pueblo, sin que sean atendidas sus razones. Hace entrega de los tres cuerpos de ejército á los cónsules, y estos se encargan cada uno de una parte. Queriendo el senado tener fuera de Roma á los plebeyos que componian el ejército de los cónsules, á fin de debilitar con este medio el partido popular dentro de la ciudad, prohibe á los cónsules el licenciar las legiones, que estaban en sus respectivos campamentos. Primera retirada del pueblo. No atreviéndose el ejército á faltar al juramento que le tenia sujeto bajo las banderas hasta que le licenciaran los cónsules, toman los soldados sus enseñas, y van con ellas á un monte próximo á Roma que llamaron Monte Sacro, y no abandonaron sus estandartes, pero sí á los cónsules. Ciceron (pro Cornelio), su escoliador Asconio, y Eutropio (lib. I, cap. 13) dicen que esta retirada fué el año 16.° de la expulsion de los reyes, durante el consulado de Aulo Virginio Tricosto, y de L. Veturio Cicurino. Suprimiendo algun consulado de los que anteceden, no corresponderá la retirada del pueblo á ese año 16.° sino al 15.°. Por lo demás, Ciceron y demás autores no cuentan aquí por años civiles, sino por años consulares. Como el pueblo se retiró al Monte Sacro por agosto del siguiente año 261, segun veremos, corresponde su retirada al 17.° año civil desde la expulsion de los reyes, y este habia principiado el 1.° del precedente junio. Solo que como el primer consulado fué mas largo que el año civil, en el 16.° consulado, y en el 16.° año consular aconteció este suceso. Los plebeyos que habia en la ciudad van á toda prisa á reunirse con el ejército en el Monte Sacro. Empieza el senado á temer de veras una expatriacion general del pueblo, y hasta el que se junte con los enemigos. Por tanto, la primera corporacion de la república se decide á conseguir la vuelta del pueblo á todo trance; y como estaba el ejército descontento de los cónsules, porque, cumpliendo con las órdenes del senado, no le habia licenciado, el mismo senado les compelió á que dimitiesen su cargo, adelantando la eleccion de sus sucesores (Dion. Tit. Liv.).

Cónsules: Postumio Cominio Aurunco II, y Spurio Casio Viscelino II, entran el 1.° de setiembre romano, 13 de octubre juliano del 493.

493-492. Postumio Cominio y Sp. Casio entran en sus cargos el 1.° de octubre romano, un poco antes de lo acostumbrado, dice Dionisio (lib. VI). Luego en los años anteriores el consulado se renovaba poco tiempo después del 1.° de setiembre romano, nueva razon para poner la renovacion en el 1.° de octubre. Cuando fueron instalados los cónsules, el pueblo estaba todavía en el Monte Sacro, de donde se sigue que la retirada del pueblo tuvo lugar antes del 1.° de setiembre romano, y por lo mismo en agosto. Mediaron negociaciones entre el senado y el pueblo, dejándose este persuadir finalmente por un discurso de Menenio Agripa. Los comisarios nombrados por el senado para tratar con el pueblo, prometen darle tribunos para su defensa, ediles para ayuda de los tribunos, y leyes que aseguraran la inviolabilidad de sus defensores. Llamáronlas «leyes sacras,» proviniendo de aquí el nombre del monte á que se habia retirado el pueblo. Vuelto á Roma el pueblo, se publican estas leyes en los comicios, y el pueblo nombra tribunos. Segun Dionisio se eligieron cinco: sobre esto seguimos á Ciceron, á Asconio y Tito Livio que solo dicen dos; pero, con el tiempo hubo mas (1). Y aquí tenemos otro ejemplo de la correspondencia que en nuestra tabla fijamos entre

(1) Catruplo en la vida de Coriolano, tambien dice cinco.

el año civil romano y el juliano. Hallamos en Dionisio (lib. VII, pág. 417) que el pueblo se retiró al Monte Sacro pasado el equinoccio de otoño y á principios de la siembra, y como esta retirada fué antes del 1.° de setiembre romano, se sigue que el 1.° de octubre romano llegó aquel año después del equinoccio de otoño. Ahora bien, segun la tabla que dimos, el 1.° de setiembre romano coincidió aquel año con el 13 de octubre juliano, después del equinoccio de otoño, puesto por César en el 26 de setiembre juliano, y el cual, segun las tablas astronómicas fué en aquel año á 30 de setiembre juliano, sobre la una de la madrugada, al principio de la siembra, que para los romanos empezaba á primeros de octubre. Dionisio añade que el pueblo volvió á Roma poco antes del solsticio de invierno, y que nombró luego los primeros tribunos, que comenzaron su cargo el 4 de los idus, 10 de diciembre romano. Habiendo caido aquel año el solsticio de invierno, segun el cálculo astronómico, en el 28 de diciembre juliano, que por nuestra tabla corresponde al 17 de noviembre romano, tenemos que si nuestra tabla está redactada con exactitud, el pueblo debió estar de vuelta antes del 17 de noviembre romano. Y es preciso que esto fuera así para que pudiese el pueblo elegir sus tribunos el 10 de diciembre romano, dia en que lo fueron, segun Dionisio. En efecto, el pueblo no pudo elegirlos hasta después de publicada la ley que autorizaba el convenio hecho en el Monte Sacro, en virtud del cual podia nombrarse defensores. Pero ninguna ley podia publicarse en la asamblea del pueblo, sin haberse fijado durante tres dias de mercado; es decir, durante veinte y cinco dias. Por consiguiente, era necesario el transcurso de veinte y cinco dias entre la vuelta del pueblo y el nombramiento de los primeros tribunos, y hallamos que en nuestra tabla hay veinte y cinco dias desde el 15 de noviembre, dia de la vuelta del pueblo, segun nuestra tabla, al 10 de diciembre, fecha, segun Dionisio, del nombramiento de los tribunos. Y como, segun el mismo autor, el pueblo volvió á entrar en Roma antes del solsticio, y por consiguiente, antes del 17 de noviembre, hallamos exactamente los veinte y cinco dias necesarios para la promulgacion de las leyes sobre el tribunato y eleccion de los tribunos. Así se comprueban con nuestra tabla todas las fechas civiles y julianas relativas á este suceso. Pero, á fin de que la comprobacion salga exacta, es preciso dar por sentado, como lo hemos hecho, que los pontífices pusieron intercalaciones extraordinarias (véase los años 257 y 259). En efecto, si los ciclos establecidos por Numa hubiesen sido observados con regularidad, el 1.° de setiembre romano no hubiera caido después del equinoccio de otoño ni en el 10 de diciembre, y los veinte y cinco dias anteriores no hubieran llegado casi hasta la víspera del solsticio de invierno. De esto se desprende que, desde los primeros tiempos de la república, introdujeron los pontífices el uso de añadir ó quitar intercalaciones, haciendo lo mismo hasta los últimos dias. Habiendo sido el 10 de diciembre romano (19 de enero juliano del 491 antes de Jesucristo) el dia de la instalacion de los primeros tribunos, este dia civil fué el designado para la misma instalacion en los demás siglos de la república (Dionis. lib. VI). La vuelta del pueblo á Roma corresponde al año 17 de la expulsion de los reyes (véase disc. prelim.), y este cálculo es exacto, ya se cuente por años civiles, ya por consulares. Obtenidos los derechos que deseaba el pueblo, vuelve á unirse con los patricios, y se aviene á servir al mando de los cónsules. Postumio Cominio derrota á los volscos. El jóven Marcio se distingue por su extraordinario valor en la toma de Coriola, adquiriendo allí el renombre de Coriolano. Todos los hechos posteriores á la vuelta del pueblo á Roma pertenecen al siguiente año de 262. Séptimo lustro. Segun Dionisio, los cónsules hicieron el censo ó padron cinco años después del último que habia tenido lugar en el 256 de Roma. Se elevó hasta ciento diez mil ciudadanos. En el año 288 veremos que después del padron se celebró la lustracion.

Cónsules: T. Geganio Macerino, y P. Minucio Augurino, entran en el mando el 1.° de setiembre romano, 3 de octubre juliano del 492.

492-491. Como el pueblo se habia retirado al principio de la siembra, quedaron las tierras sin sembrar, y luego vino la carestía. Aquella calamidad pública obligó á los pontífices á disminuir el año, omitiendo la intercalacion. El senado envió comisionados á varios países, y hasta á Sicilia, para que comprasen cereales. Salieron de Roma antes del invierno, á fines de este año 262, y los de Sicilia estuvieron de vuelta en verano del 263. Aun no llegaron con ellos los trigos que habian comprado. El tribuno Icilio Ruga hace una arenga al pueblo, imputando al senado la falta de pan, para que el pueblo se viese obligado á renunciar al tribunado y demás derechos. Median disputas acerca del derecho de arengar al pueblo, que el senado negaba á los tribunos.

Cónsules: M. Minucio Augurino II, y A. Sempronio Atratino II, entran el 1.° de setiembre romano, 23 de setiembre juliano del 491.

491-490. El trigo de Sicilia llega á Roma, desempeñando ya sus cargos estos dos cónsules (Dionis. Liv.); por consiguiente, después del 1.° de setiembre romano, y pasada la necesidad. No cesaron las querellas con la abundancia. Marcio Coriolano, patricio y senador, es acusado ante el pueblo por los tribunos, quienes le acriminan el haberse opuesto en el senado á la disminucion que para el pueblo se pedia en el precio de los trigos venidos de Sicilia. No hubo negocio que mas de cerca interesara al senado. Era la vez primera que un patricio se veia acusado delante del pueblo, la vez primera en que un senador se veia atacado solemnemente por su opinion en el senado. Marcio fué condenado al destierro á fines de este año consular (264). Pocos dias después de la sentencia, dice Dionisio, llegó el tiempo de los comicios para la eleccion de cónsules. Se halla en el mismo autor (lib. VII), que, deliberando Apio Claudio en el senado tocante al negocio de Marcio, dijo que hacia diez y nueve años que la ley Valeria, dada por Poplícola en el año de la expulsion de los reyes, habia establecido la apelacion al pueblo. Otra razon para no quitar ningun consulado de los que ponemos.

Cónsules: Q. Sulpicio Camerino Cornuto, y Spurio Larcio Flavo II, entran el 1.° de setiembre romano, 13 de setiembre juliano del 490.

490-489. No tuvo lugar la intercalacion doble. No se hallan este consulado y el siguiente en la obra que ha quedado de Tito Livio, ni en los Fastos de Casiodoro, pero Tito Livio los habia continuado en su historia, pues los hace entrar en su cálculo cronológico, segun así lo probaremos en el año 297 de Roma. Marcio se refugia en el país de los volscos, al lado de Atio Tulo, á quien encuentra calentándose junto al hogar (Dionis. lib. VII). Luego era en invierno, á fines de este año 264 de Roma. Persuade á Tulo á que los volscos declaren la guerra á los romanos. Hubo pestilencia en Roma, y se vieron prodigios que espantaron al pueblo. Un plebeyo va á decir al senado que Júpiter se le habia aparecido en sueños, y que no

aceptaba los últimos juegos romanos que se le habian ofrecido, por haber sido contaminados con la presencia de un esclavo apaleado de órden de su amo. El senado decreta que, para calmar á los dioses, los juegos del año siguiente sean celebrados con mayor solemnidad.

Cónsules: Cayo Julio Julo, y P. Pinario Mamercino Rufo, entran el 1.° de setiembre romano del 265, 2 de setiembre juliano del 489.

489-488. Con motivo de haber dispuesto el senado la celebracion de los juegos con desusada grandiosidad, acuden á Roma muchos extranjeros; pero, los cónsules ordenan que salgan inmediatamente de la ciudad todos los volscos que habian ido á ella. Esta órden fué debida á un artificio de Attio Tulo. Él mismo hizo llegar un aviso secreto á los cónsules, dándoles á entender que los volscos habian ido en gran número á Roma para mover alguna sedicion durante la celebracion de los juegos. Al verse así expulsados los volscos, regresaron á su tierra llenos de coraje, y respirando venganza; y esto es lo que queria Attio Tulo, que ellos mismos pidieran la guerra. Los juegos se celebraron el 15 de setiembre romano. Dice Dionisio (lib. VIII) que no hacia mucho que los cónsules habian comenzado á ejercer sus cargos. Otro motivo para poner su consulado en el 1.° de setiembre romano. Los volscos envian una embajada á Roma pidiendo satisfaccion por el agravio que recibieron, pero se les niega la reparacion que pedian. Guerra de los volscos acaudillados por Coriolano en la primavera del siguiente año de 266. Tala Coriolano la campiña de Roma, respetando, para indisponer mas entre sí á plebeyos y patricios, las tierras de estos últimos, y regresan en seguida al país de los volscos con el ejército cargado de botin. El pueblo acusa al senado de connivencia con Coriolano; de suerte que los romanos no se defienden por causa de sus divisiones y recelos. Hasta muy tarde no se preparan seriamente para la guerra. Aun no estaba organizado el ejército cuando los cónsules salieron del mando (Dionis. Liv.)

Cónsules: Sp. Naucio Rutilo, y Sex. Furio Medulino Fuso, entran el 1.° de octubre romano del 266, 23 de agosto juliano del 488.

488-487. Era año de intercalacion simple. Marcio Coriolano se apodera de las poblaciones latinas que le resisten. Muchos aliados de Roma se juntan con Coriolano, por temor de sus armas, ó por esperanza de recobrar la independencia. El vengativo héroe pone sitió á Lavinia, y avanza hasta los fosos Cuilios, á ocho millas de Roma (cuarenta estadios). Sale una comision del senado para tratar de la paz. Marcio pide que se devuelvan á los ecuos las ciudades que les tomaron los romanos, fijando un plazo de treinta dias para que el senado resuelva. Entretanto, todavía se apodera de siete poblaciones latinas, y llega hasta seis millas de Roma. Se le envian varias comisiones de los senadores principales, de pontífices y sacerdotes, y hasta de vestales, todo inútilmente. Van por fin las matronas romanas con Veturia, madre de Marcio, á la cabeza, y además su mujer Volumnia. Salen por la madrugada con antorchas (Dion. lib. VIII); de suerte que era en estacion en que los dias son muy cortos. Veturia obtiene la paz, y Marcio se retira el 1.° de diciembre romano de este año 266 (Dionis.). Este dia, segun nuestra tabla, corresponde al 20 de noviembre juliano, y los dias son ya entónces efectivamente muy cortos. Ordena el senado que se levante un templo á la Fortuna de las mujeres. Pasados algunos dias salen de Roma los cónsules al frente de un ejército, al objeto de rechazar el de los volscos y de los ecuos que devastaban el territorio romano. No acertando las fuerzas de los dos pueblos enemigos á nombrar un general en jefe, se acaloran y lidian unos contra otros, y como lejos de aprovechar los cónsules aquella division se volvieron á Roma sin atacarlos, fueron recibidos con indignacion. Las desgracias de aquella guerra y la poca pericia de los cónsules indujeron á los pontífices á omitir la intercalacion. Quisieron hacer mas corta la magistratura de estos cónsules, á quienes ya no les fué confiado ningun otro ejército (Dionis.).

Cónsules: C. Aquilio Tusco, y T. Sicinio Sabino, entran el 1.° de setiembre romano del 267, 13 de agosto juliano del 487.

487-486. Primer sacrificio á la deidad que llamaron Fortuna de las mujeres, aun antes de acabar el templo que se la erigia. Este sacrificio se pone en el 1.° de setiembre romano, aniversario de la retirada de Marcio (Dionis.). Guerra contra los volscos á fin de castigarlos por sus devastaciones en el año anterior. Tambien atacaron á los hernicos, porque habian ayudado á los volscos. Triunfo del cónsul Licinio, vencedor de los volscos, que eran los mas temibles para los romanos. Ovacion de Aquilio (Dionis.). Estos triunfos no se hallan en los fragmentos que han quedado de los Fastos Capitolinos.

Cónsules: Sp. Casio Viscelino III, y Próculo Virginio Tricosto, entran el 1.° de setiembre romano del 268, 3 de agosto juliano del 486.

486-485. Virginio corre la tierra de los ecuos, que no se atreven á salir de sus fortalezas. Los volscos piden á Casio la paz. Los hernicos se quedan solos, y tambien la desean. Casio recibe de ellos contribuciones, y envia las proposiciones de paz al senado para que resuelva, y este deja al arbitrio de Casio el arreglo de las bases. Se concede el triunfo á Casio, porque, á pesar de no haber vencido definitivamente á ningun pueblo, habia concluido la guerra de un modo ventajoso para el pueblo romano. Su triunfo tuvo lugar en el mes de junio romano del siguiente año 269, á fines de su consulado (Fast. Capit. Jun.). Antes que saliera del mando, se sospechó que queria atentar contra la libertad, y que aspiraba al trono. Para disponer en su favor á los hernicos, en el tratado de paz les habia concedido el derecho de ciudadanos romanos. Casio propuso la primera ley agraria, ley, dice Tito Livio, que tantas agitaciones causaba siempre. Halagaba al pueblo, porque le daba las tierras de la república á repartir entre los ciudadanos; pero, como para ganar las voluntades de los latinos, y además las de los hernicos, admitia á estos pueblos á la reparticion de las tierras por un artículo especial de la ley, el pueblo romano desecha una merced de que habian de participar los extranjeros. En vano añadió Casio á su ley, para granjearse nuevamente el favor popular, la distribucion á los plebeyos del dinero que produjo la venta de los trigos de Sicilia: cuantas mas dádivas ofrece, mas las considera el pueblo como un cebo que le habia de costar su libertad. El senado ordena que se nombren decemviros para que hagan la limitacion de las tierras de la república, y señalen la parte que podrá repartirse entre los del pueblo, quedando rechazada la ley de Casio (Dionis. Liv.).

Cónsules: Q. Fabio Vibulano, y Ser. Cornelio Maluginense Coso entran el 1.° de setiembre romano del 269, 14 de agosto juliano del 495.

485-484. Ceso Fabio, hermano del cónsul, y L. Valerio, sobrino de Poplícola, cuestores de este año, acusan á Casio del crímen de felonía. El pueblo le condena á muerte, pero luego se arrepiente de haberse ensañado contra el autor de la ley agraria, y con-

tra un patricio, amigo de los plebeyos. Lejos de calmar el senado el arrepentimiento del pueblo, le hace subir mas de punto, no nombrando á los decemviros para la reparticion de las tierras; y el pueblo creyó que los patricios le estaban engañando. Todo fué luego conspirar, y encenderse los ánimos. Á fin de aplicar un remedio, los cónsules salen á campaña con el ejército, talando Cornelio la tierra de los veyos, y apoderándose Fabio del campamento de los volscos. Pero, como Fabio, en vez de repartir el botin, le hace vender en provecho del estado, exaspera á los soldados. Los cónsules no volvieron con el ejercito á Roma, hasta que hubo de procederse á la eleccion de sus sucesores (Dionis. Tit. Liv.).

Cónsules: L. Emilio Mamercino, y Ceso Fabio Vibulano, entran el 1.° de setiembre romano del 270, 4 de agosto juliano del 484.

484-483. Nuevas disensiones entre el senado y el pueblo, tratando los volscos de valerse de la coyuntura para atacar á Roma y sus aliados. Pero, la guerra une á los romanos. Emilio sufre una pérdida en Ancio, ciudad de los volscos, y tiene que abandonar el campamento. Acude Fabio con socorro de tropas, y los dos cónsules alcanzan la victoria. Entónces se hizo la dedicacion del templo de Castor y Pólux, construido en cumplimiento de un voto hecho por el dictador Postumio, en la batalla que ganó á los latinos junto al lago de Regillo. Como los cónsules se hallaban todavia fuera al frente del ejército, nombraron decemviro para la ceremonia de la dedicacion al hijo de Postumio. Los cónsules se llevan los trigos de los campos del enemigo; y como, añade Dionisio, se acercaba el tiempo de la eleccion de sus sucesores, se quedó Emilio en el campamento, porque habia tenido la desgracia que hemos dicho. Deja Fabio sus legiones, y se va á Roma á presidir los comicios. Tenemos, pues, que la eleccion consular se hacia poco despues de la cosecha del trigo. Segun nuestra tabla, el 1.° de setiembre romano, dia de la instalacion de los nuevos cónsules, corresponde en este año de 271 al 16 de agosto juliano.

Cónsules: M. Fabio Vibulano, y L. Valerio Publícola Potito, entran el 1.° de setiembre romano del 271, 16 agosto juliano del 483.

483-482. Consiguen los patricios que salgan elegidos cónsules de su partido. M. Fabio era hermano de Ceso, acusador de Casio, y tambien le habia acusado L. Valerio, colega de Ceso en la cuestura. Sigue la guerra de los volscos. El tribuno Menio sostiene al pueblo en la negativa de salir á campaña los plebeyos, si primero no nombraba el senado los decemviros para la reparticion de las tierras. El senado halló un pretexto para eludir la oposicion de los tribunos. Las leyes sacras habian limitado la potestad tribunicia al recinto de la ciudad. Los cónsules trasladan su tribunal extramuros; y convocan allí á los ciudadanos, multando á los que rehusaban el ir á prometer el servicio, y mandando ejecutar sentencias sobre los bienes rurales; y consiguen reunir el número de tropas suficiente. Varios encuentros tuvieron los romanos con los volscos, y en el verano hubo una batalla indecisa. El calor y la sed, dice Dionisio, habian enervado á los soldados. Mientras que el ejército estaba en campaña, pareció que se observaban algunas cosas maravillosas en la ciudad. En esto, se descubrió el crímen de una vestal, que fué condenada á muerte. Pero, como estas desgracias sucedieron en el año 272, no pudieron dar lugar á que se quitase la intercalacion, pues no correspondia á este año, por ser el 24 del ciclo. El pueblo y los patricios no estaban conformes, ni acerca de la eleccion de los cónsules, ni acerca del derecho de presidencia en los comicios consulares. Cada cual queria cónsules de su partido; y como el derecho de presidencia daba mucho influjo en la eleccion, cuando los cónsules querian hacerlo todo, los tribunos impedian al pueblo que se presentase á votar, y cuando los tribunos querian ser preponderantes, los cónsules les disputaban el derecho para ello. Con motivo de estas disidencias no tuvieron lugar las elecciones antes de que espirase el año consular, y hubo interegno (Dion. Tit. Liv.).

Cónsules: C. Julio Julo, y Q. Fabio Vibulano II, entran el 11 de setiembre romano del 272, 16 de agosto juliano del 482.

482 (1). Irregularidad del año consular. Dice Dionisio que hubo dos intereyes, A. Sempronio Atratino, y Sp. Larcio; y que este procedió á la eleccion de cónsules. Como cada interey tenia derecho de gobernar cinco dias, el año consular sufrió una alteracion de diez dias; y del 1.° de setiembre en que se habia fijado, pasó al 11 del mismo. Pudieron llegar á conciliarse sobre esto, eligiendo á un cónsul de cada partido. Julio parecia popular, y Fabio era del senado. Los ecuos y veyos invaden el territorio romano; los cónsules salieron al frente del ejército, y despues de talar la tierra de los veyos, volvieron á entrar en Roma. No hubo triunfo, ni ovacion siquiera, ni hubo trofeos. La batalla que menciona aquí Frontin (Veteres de re militari scriptores), no pudo ser mas que un encuentro, y nó una accion de mucha trascendencia; es posible que en él lidiasen los ecuos, pero, es mas probable que solo se opusieron á esa incursion de los romanos, los veyos, contra quienes (Medulio Veyorum action.) iba dirigida. Es verdad que segun el testimonio de Jacobi (De Q. Fabii Vibulani factis), puede creerse que fué una verdadera campaña la de este año; pero debe tenerse en cuenta la vaguedad del testimonio citado, y deducir que todo ello no fué mas que una diversion ideada por los cónsules para hacer cesar las animosidades en Roma.

Cónsules: Ceso Fabio Vibulano II, y Sp. Furio Medulino Fuso, entran el 11 de setiembre romano del 273, 5 agosto juliano del 481.

482-481. No bien estuvieron instalados los cónsules, los veyos, auxiliados por los etruscos, tratan de ir á sitiar á Roma. Vienen diputados de los pueblos latinos, con la noticia de haber ya invadido los ecuos á Ortona, y piden socorro. El peligro une á los romanos, á pesar del tribuno Icilio, el cual decia al pueblo que aquella era la ocasion en que, con negar el servicio, podia lograr el nombramiento de decemviros para la reparticion de las tierras. Pero, los demás tribunos se oponen á Icilio, y secundan á los cónsules para la formacion de legiones. Siendo cada tribuno igualmente inviolable, su division destruia su fuerza, dejando así toda su actividad al poder consular. Todo salió á Furio á medida de sus deseos. Contuvo á los ecuos, taló sus tierras, y volvió á Roma cargado de botin. Pero, el nombre del otro cónsul, Ceso Fabio, acusador de Casio, era odioso á los soldados; y su ejército consiente en libertar á Roma del peligro, mas no quiere honores de la victoria. Despues de ahuyentar á los veyos, lejos de irles al alcance, vuelve el soldado á entrar en sus reales, tan triste como si hubiera quedado vencido, y obliga al cónsul á ir camino de Roma (Dionis. Tit. Liv.).

Cónsules: N. Marlio Vulso ó Cincinato, y M. Fabio

(1) Solo se señala aquí un año antes de Jesucristo, porque el año civil de Roma 272 entró todo entero en el año juliano.

Vibulano II, entran el 11 de setiembre romano del 274, 26 de julio juliano del 480.

481-480. Cuanto mas odioso era al pueblo el nombre de Fabio, tanto mas procuraba el senado sostener á la familia en el consulado. Envalentonados los veyos y los demás pueblos etruscos con las divisiones de los romanos, y con no haber querido el ejército perseguirlos, confiaban en el vencimiento. El tribuno Pontificio, imitando el ejemplo de Icilio, trata de impedir la formacion del ejército; pero, tampoco sale con la suya. El senado supo oponerle á los demás tribunos, y las legiones pudieron salir como el año anterior. Solo que de quien mas temian los cónsules, era de sus propios soldados. Acampados á vista del enemigo, provocados al combate con injurias, veian los soldados que no los dejaban salir á la lid, y creyeron que se dudaba de su valor. Los cónsules no les permitieron entrar en batalla hasta que hubieron jurado que alcanzarian la victoria. Suya fué efectivamente, bien que les costó muy cara. Esta batalla tuvo lugar en el año 275 de Roma. El cónsul Neyo Manlio, y Q. Fabio, hermano del otro cónsul, mueren en ella, quedando gravemente herido el cónsul M. Fabio, bien que este se apoderó del real enemigo, y condujo su ejército á Roma, rechazando el triunfo por no querer mezclar su gloria personal con el duelo de su misma familia. Su moderacion le hizo mas honor, que le hubiera hecho el mismo triunfo. Se repartieron los heridos entre las familias que se hallaban en mejor estado para cuidarlos. Los Fabios cuidaron de gran número, y ninguna familia les dió mejor trato, granjeándola su humanidad en esta ocasion el afecto del pueblo que tanto la odiaba. Como la herida de M. Fabio no le permitia desempeñar bien su cargo, y habia quedado solo después de muerto Manlio, abdicó; y los patricios nombraron intereyes (Dionis. Liv.).

Cónsules: Cæso Fabio Vibulano III, y T. Virginio Tricosto Rutilo, entran el 1.° de agosto romano del 275, 29 de julio juliano del 479.

480-479. Otra irregularidad en el año consular con motivo de la muerte de Manlio y la abdicacion de Fabio antes de concluir el consulado anterior. En el año 291 de Roma probaremos, que en este año el principio del consulado se fijó en el 1.° de agosto romano. Habiendo el segundo interey procedido á la eleccion de los sucesores de Fabio, segun Dionisio, y componiendo dos interegnos un intervalo de diez dias, tenemos que Fabio habia abdicado el 21 de julio romano; y como habia sido instalado el 11 de setiembre, tuvo lugar su abdicacion dos meses menos diez dias antes del fin regular de su consulado. De suerte que, al escribir Dionisio que abdicó dos meses antes del plazo, quiere decir, dos meses incompletos. Cæso Fabio tiene encerrados á los ecuos en sus ciudades y tala sus campos, pero Virginio es derrotado por los veyos, y acampando luego en una altura, síguenle los veyos victoriosos, y allí le tienen sitiado. Aquí pereciera, si Fabio no hubiese volado en su socorro. Como el enemigo no podia ya lograr su objeto, se retiró. Los cónsules vuelven á Roma (á fines del 275) y licencian sus soldados. Vienen de nuevo los veyos, llegando hasta el Tiber y el Janículo, y talan la campiña de Roma. El senado resuelve establecer una guarnicion en la frontera de los veyos para impedir sus correrías. No tenia el estado fondos suficientes para la construccion de una fortaleza, en la que habia de ponerse dicha guarnicion, y una sola familia la lleva á cabo. Salen trescientos seis patricios, todos de la casa de los Fabios, y seguidos de cuatrocientos clientes ú hombres que dependian de ellos, construyen un fuerte sobre el rio Crimesio, guerrillean con los veyos, y estos no salen de su país. Dice Ovidio (lib. II, Fast. vers. 205), que por el Crimesio corrian ya las turbias aguas del invierno, cuando los Fabios se establecieron á orillas del mismo, y segun Dionisio, luchando rechazaron á los veyos durante todo el invierno. Vemos, pues, que los Fabios se situaron allí á principios del invierno, y hácia el fin del 275.

Cónsules: L. Emilio Mamercino, C. Servilio Estructo Ahala, el cual muere en el consulado, y C. Cornelio Léntulo Esquilino, puesto en reemplazo de Servilio, entran el 1.° de agosto romano del 276, 19 julio juliano del 478. El año civil 276 de Roma coincide con tres años julianos. Hugby citado.

479-477. Todos los demás pueblos etruscos ayudan á los veyos á fin de destruir el fuerte del Crimesio, preparándose igualmente ecuos y volscos para la guerra. De suerte que Roma tuvo en este año tres enemigos encima. Entonces nombróse el primer procónsul. Como habian de salir tres ejércitos diferentes, el tercero fué puesto á las órdenes de Furio, con el nombre de procónsul, que vale tanto como vice-cónsul. Fué contra los ecuos, los derrotó y devastó su país. Cupo al cónsul Emilio el ir contra los veyos, y entrando su real á la fuerza, hizo gran botin que repartió entre los soldados, otorgando luego la paz al pueblo vencido. Por no haber consultado antes acerca de las condiciones de esta paz con el senado, que las tiene por desfavorables á la república, este niega á Emilio el honor del triunfo. No fué tan afortunado Servilio, encargado de la guerra de los volscos. Atacó con sobrada precipitacion, perdió los mejores soldados, y obligado á encerrarse en su campamento, quedó bloqueado por el enemigo. Creia el senado que incumbia á Emilio el ir al socorro de su colega; pero, agriado Emilio por haberle negado el triunfo, en vez de marchar allá, da licencia á sus legiones; y á las del procónsul Furio, diciendo además que el senado no habia desaprobado la paz que dió á los veyos, sino por eludir las instancias del pueblo relativas á la repartícion de tierras; dando así lugar á los tribunos para renovar su demanda. Falto Servilio de todo socorro, es probable que pereció en la guerra de los volscos. En los fragmentos de los Fastos Capitolinos concernientes á este año, solo hay unas palabras que indican que un cónsul llamado por sobrenombre Esquilino, reemplazó á Servilio Estructo Ahala; y como Diodoro de Sicilia trae por colega de Emilio á C. Cornelio Léntulo, se cree que el cónsul puesto en lugar de Servilio se llamaba C. Cornelio Léntulo Esquilino.

Cónsules: C. Horacio Pulvilo, y T. Menenio Lanato, entran el 1.° de agosto romano del 277, 1.° de julio juliano del 477.

477. Sigue la guerra de los volscos y de los veyos. Habiéndose confederado contra los romanos once pueblos etruscos, obligan á los veyos á quebrantar la paz acordada el año anterior, pretextando que los romanos no habian evacuado el fuerte construido por los Fabios. Atacaron inútilmente este fuerte. El cónsul Horacio sale á campaña contra los volscos. Mientras que su colega Menecio, destinado á socorrer á los Fabios que guarnecian el fuerte, caminaba con lentitud, los etruscos dispersaron algunas reses por el campo con la idea de atraer á los Fabios para llevárselas al fuerte, armándoles al mismo tiempo una celada. Envueltos los Fabios por todas partes, pelearon con valor, pero, fueron destrozados, prefiriendo morir á caer prisioneros. Solo uno escapó. Esta derrota fué á 13 de febrero romano (Ovid. l. II, Fast. v. 193.). Se sospechó

que el cónsul no socorrió á los Fabios, por envidia que tenia de su gloria. Animados los etruscos con aquel suceso, marchan contra Menenio, le vencen y se apoderan de su campamento, avanzando al dia siguiente hasta el monte Janículo, á dos millas de Roma; y van talando los campos. Allí pasan el invierno (Dion. l. IX.). Esto indica que la derrota de los Fabios fué á principios de invierno, y segun nuestra tabla, el 13 de febrero romano, dia de esta accion, corresponde al 7 de diciembre juliano. Llega á Roma el cónsul Horacio con sus tropas, y tranquiliza al pueblo asaz alarmado por tener tan cerca al enemigo. Sintióse en Roma la pérdida de los Fabios como una calamidad pública, y el dia en que sucedió fué declarado nefasto (Dion. Liv.).

Cónsules: A. Virginio Tricosto Rutilo, y Sp. Servilio Estructo, entran el 1.° de agosto romano del 278, 21 de junio juliano del 476.

477-476-475. Dice Dionisio que estos cónsules entraron en agosto romano, y probaremos en el año 291, segun hemos indicado, que fué el 1.° del mes. Otro ejemplo de la exactitud de nuestra tabla. Dionisio añade que el dia del mes de agosto en el que fueron instalados los cónsules, se hallaba en ese año hácia el solsticio de verano; y segun nuestra tabla, el 1.° de agosto romano del mismo año coincidió con el 21 de julio juliano, algunos dias antes del solsticio de verano, puesto por César en el 26 de junio juliano, y el cual, segun el cálculo astronómico, llegó este año en el meridiano de Roma sobre el 27 de junio, á las cuatro de la madrugada. Síguese de ahí, que desde el año 261 de Roma, el año romano se atrasó mucho relativamente al juliano. En el año 261, el dia 1.° de setiembre romano, que en la correspondencia exacta con el año juliano debia preceder de veinte y cuatro dias el equinoccio de otoño, se hallaba en aquel año después del equinoccio (véase el año 261), en vez de que este año de 278, el 1.° de agosto romano, que debió venir treinta y seis dias después del solsticio de verano, se halla hácia el mismo solsticio, y esto tan solo trás el transcurso de diez y siete años. Si el año romano hubiera seguido las leyes prescritas por Numa para sus ciclos, el 1.° de agosto romano, siguiendo la progresion que tenia el año en el de 261, hubiera correspondido en este año de 278 con el 27 de agosto juliano, y se hubiera hallado muy lejos del solsticio de verano; por consiguiente, solo omitiendo intercalaciones ha podido el año romano retrasarse tanto. Quitando dos intercalaciones sencillas y una extraordinaria, quedó atrasado de sesenta y siete dias, y el 1.° de agosto romano pasó del 27 de agosto juliano en que se hubiera hallado, al 21 de junio. Síguese tambien de esto, que así como la correspondencia que el año 261 de Roma tenia con el juliano, es una prueba de que los pontífices, libres de la autoridad de los reyes, tardaron poco en arrogarse el derecho de añadir intercalaciones (véase el 261), del mismo modo en el de 278, por la correspondencia de entrambos años se ve que se arrogaron igualmente el de quitarlas cuando les parecia conveniente á sus miras ó á los intereses de la república. Las correrías de los etruscos durante el invierno del año anterior, habian obligado á huir á los habitantes de la campiña de Roma, y como casi no se habia sembrado, faltó gran parte de la cosecha, y esta carestía los tribunos la imputaron al senado. Toma Roma la ofensiva. Atraidos los etruscos á la llanura con el aliciente de la presa que á propósito se puso allí, son vencidos por los romanos con el mismo ardid con que ellos acabaron con los Fabios, y los etruscos se parapetan en su campamento del Janículo. El cónsul Servilio, que les fué al alcance, avanzó demasiado, pero fué en su socorro su colega Virginio. Los soldados de Servilio recobran aliento, se renueva el combate, y alcanzan la victoria. Bien que con pérdida de muchos, Servilio se apodera del Janículo, obligando al enemigo á abandonarle. Roma no hizo demostraciones de alegría ni de tristeza; y no quiso que una victoria comprada con tanta sangre se celebrase con un triunfo. Las disensiones volvieron con la abundancia. Los tribunos acusan á Menenio, cónsul en el año anterior, de traicion en lo de la pérdida de los Fabios. Con encausar á Menenio, tratan los tribunos de intimidar á los patricios haciéndoles ver que ellos están mas altos que los cónsules. A pesar de sus esfuerzos no pudo el senado impedir que fuese condenado (en 279) á una multa de dos mil ases. Menenio no pudo sobrevivir á su ignominia, y el mismo pueblo que le habia juzgado, le echó de menos cuando vió que habia muerto de pesadumbre (Dionis. Liv.).

Cónsules: Publio Valerio Publícola, y C. Naucio Rutilo ó Rufo, entran el 1.° de agosto romano del 279, 3 de julio juliano del 475.

475-474. Procurando los cónsules confirmar el uso de hacer juzgar por el pueblo á los que han tenido el gobierno superior acusan á Servilio de imprudencia en la batalla del Janículo. Preséntase Servilio en los comicios, pero se defiende con nobleza y valentía. Para que quedara justificado, su colega Virgilio le cede todo el honor de la victoria, disminuyendo su propia gloria para acrecentar la de Servilio. El pueblo le absuelve. Esto sucedió á principios del consulado y antes del mes de febrero, que era á la sazon el último del año, y los patricios le tuvieron por un año afortunado, por lo cual le añadieron los pontífices una intercalacion extraordinaria. Veyos y sabinos emprenden la guerra, confiando en que, como los etruscos, podrian acampar casi á las puertas de Roma. Sale á toda prisa Valerio al encuentro de los sabinos, y entra su campamento á la fuerza, luego hace lo mismo con los veyos, y vuelve victorioso á Roma. El triunfo de Valerio Publícola sobre sabinos y veyos fué celebrado á 1.° de mayo romano del siguiente año 280 (Fast. Capit.), que corresponde al 16 de abril juliano del 474 antes de Jesucristo. Terminada de esta suerte la guerra de Etruria, el cónsul Naucio, que mandaba un ejército de observacion para proteger el país de los latinos y de los hernicos, arroja fuera de él á los ecuos y volscos que le habian invadido, y los persigue hasta su misma tierra, incendiando sus mieses ya casi en sazon, y volviendo á entrar en Roma á fines del año consular (Dionis. lib. IX). Así pues, el año consular concluia poco después del tiempo en que sazonan las mieses en el suelo de Roma: principiaba el 1.° de agosto romano, correspondiente, segun nuestra tabla, al 16 de julio juliano.

Cónsules: A. Manlio Vulso, y L. Furio Medulino Fuso, entran el 1.° de agosto romano del 280, 16 de julio juliano del 474.

474-473. Manlio va á sitiar á Veyes. Apremiados los veyos por el hambre y abandonados de sus aliados, piden la paz á los romanos, y Manlio les otorga cuarenta años de tregua. Triunfo menor, ó sea ovacion de Manlio á 15 de marzo romano del siguiente año 281, 13 de marzo juliano del 473 antes de Jesucristo. Agitaciones con motivo de la ley agraria. No arredra á los cónsules la condenacion de Menenio ni tampoco el peligro que corrió Servilio resistiendo á los tribunos. En este consulado hubo padron y lustro en Roma, pero fué en el año de 281. Los Fastos Ca-

pitolinos señalan este lustro como el octavo, y por lo mismo los demás que hemos mencionado tuvieron efectivamente lugar. El lustro 7.° se habia hecho en el 261. La guerra ú otros males habian impedido su celebracion regular. Hugby contra Froilard.

Cónsules: L. Emilio Mamercino III, y Vopisco Julio Julo, entran el 1.° de agosto romano del 281, 28 de julio juliano del 473.

473-472. Luego de concluido el consulado de Manlio y de Furio, fueron estos acusados por el tribuno Genucio de haber quebrantado los fueros del pueblo, por no haber puesto en ejecucion el senatus-consulto que ordenaba fuesen nombrados los decemviros para el reparto de tierras. El pueblo les señala el dia en que habrán de comparecer ante él para ser juzgados. La víspera de su comparecencia Genucio fué encontrado muerto en su misma cama. Esta muerte anima á los patricios y desalienta á los tribunos, y creemos que esto dió lugar á los pontífices á añadir una intercalacion extraordinaria. Se da órden para la formacion de legiones. No contentos los cónsules con multar á los plebeyos que se niegan á obedecer, los condenan además á ser apaleados. Los tribunos no se atreven á resistir, pues en vez de poder amparar al pueblo, necesitaban amparo ellos mismos. P. Volero, que era oficial en las legiones, llamado por los cónsules para servir de soldado raso, no quiere perder su grado, é invoca en vano el auxilio de los tribunos. Entónces apela al pueblo; pero, prescinden los cónsules de la ley de apelacion promulgada por sus predecesores, y mandan á los lictores que preparen los palos y desnuden á Volero. Exacerbado el pueblo, se reune en tropel, arranca á Volero de manos de los lictores, hace pedazos sus insignias, y se dirige hácia los cónsules, que se vieron obligados á salir del foro, sin que durante todo su consulado se procediera ya á la formacion de nuevo ejército.

Cónsules: L. Pinario Mamercino Rufo, y P. Furio Medulino Fuso, entran el 1.° de agosto romano del 282, 10 de agosto juliano del 472.

472-471. Tribunado de Volero, el cual propone una ley para que los tribunos del pueblo, nombrados hasta entónces por curias en los comicios, lo sean en adelante por tribus. En los comicios por curias no podia pasar ninguna proposicion que no tuviese la previa aprobacion del senado; y como á mas de esto, lo decidido en esos mismos comicios no tenia fuerza de ley hasta estar confirmado por los auspicios, de los cuales disponian los patricios solos, tendia la ley de Volero á quitarles su principal influencia en las elecciones, pues en la eleccion de tribunos por tribus, el senado y los patricios no tenian ninguno de estos derechos. Lo mas que pudo hacer el senado contra la ley fué conseguir que se suspendiese su aprobacion. Este fué año intercalar segun las leyes de los ciclos. Pestilencia y abortos en Roma. Sufre la última pena una vestal por haber faltado á su principal deber. Estos desgraciados sucesos tuvieron lugar durante este consulado, ó mas bien en el siguiente año de 283 y despues de la intercalacion que hicieron los pontífices en febrero de este año.

Cónsules: T. Quincio Barbato Capitolino, y Ap. Claudio Sabino Regilense, entran el 1.° de agosto rom. del 283, 22 agosto jul. del 471.

471-470. Siguió Volero en el tribunado, apoyándole Letorio, colega suyo, animoso y emprendedor. Volero volvió á proponer su ley, añadiendo á la misma la eleccion, tambien por tribus, de los ediles plebeyos. Por la moderacion con que supo hablar contra la ley el cónsul Quincio habian perdido terreno los amigos de la misma; pero, imbuido Apio Claudio en los mismos principios que su padre, pronunció un discurso injurioso para los tribunos, para su institucion, y hasta para el mismo pueblo; de modo que Letorio le intimó que saliese de la asamblea. En la plaza misma vinieron luego á las manos patricios y plebeyos. Á fin de calmar al pueblo, el senado hubo de consentir en la ley de Volero. El pueblo, para manifestar la satisfaccion que por aquel triunfo le cabia, se nombró cinco tribunos en los comicios inmediatos, en lugar de los dos con que solia contentarse. Animados los volscos y ecuos con tamañas disensiones, invaden las tierras de los aliados de Roma. Quincio salió contra los ecuos, á quienes encerró en sus ciudades talándoles la tierra. Pero, el ejército de Apio, destinado contra los volscos, tan terco se mostró y tan insubordinado, que no sirvió la entereza del cónsul, ni valieron reconvenciones y castigos. Los soldados se empeñaron en merecer la nota de vencidos. Al verse el ejército en frente del enemigo, volvió precipitadamente al campamento sin combate. Perseguido por los volscos en su retirada hácia Roma, todo fué dispersion é indisciplina. Apio, siempre inflexible, quita la vida á los soldados que entran sin armas en Roma ó sin enseñas, y diezma á los restantes, haciéndose aun mas odioso.

Cónsules: L. Valerio Publícola Potito II, y Tib. Emilio Mamercino, entran el 1.° de agosto rom. del 284, 12 de agosto jul. del 470.

470-469. Empéñase el pueblo, con mayor ahinco todavía, en que se lleve á efecto lo dispuesto por el senatus-consulto acerca de la repartícion de tierras; oponiéndose á ello Apio con toda la soberbia propia de su carácter. Los tribunos Duilio y Sicinio acusan á Apio, imputándole la emision en el senado de dictámenes contrarios al pueblo, la violacion de los fueros tribunicios, así como tambien el haber ocasionado un motin en el foro, y acaudillado un ejército que volvió cubierto de oprobio. Nunca hubo reo mas aborrecido del pueblo, ni tampoco mas altivo y mas indómito. Todo lo posible hizo el senado para justificarlo ó salvarle; pero Apio no quiso someterse á lo de costumbre en los juicios criminales, ni permitir que nadie en su nombre diese el menor paso. Tanto admiró su inflexibilidad á los mismos tribunos y al pueblo, que se le dejó que señalase él mismo el dia en que se le habia de juzgar; pero, antes que llegára ese dia, se dió la muerte. Pidió su hijo que se leyese, segun era costumbre, su oracion fúnebre. Los tribunos se oponian á ello; mas justo el pueblo, no quiso que se privase de este honor á un romano de tan alto temple. Nueva guerra con los ecuos y volscos. No permitieron los auspicios al cónsul Valerio que tuviese sitiados á los ecuos en el fuerte en que se habian guarecido. Tuvo Emilio con los sabinos, que salieron de sus ciudades incendiadas, un combate que no fué decisivo.

Cónsules: A. Virginio Tricosto Celimontano, y T. Numicio Prisco, entran el 1.° de agosto rom. del 285, 24 de agosto jul. del 469.

469-468. Habian ido los volscos hasta los campos de Roma, pero fuéron rechazados por Numicio, yendo luego este á correrles la tierra, y apoderándose de una ciudad suya. Los ecuos, que se habian parapetado en un bosque con objeto de sorprender á los romanos, quedan vencidos. Durante estas expediciones los sabinos llegaron hasta las puertas de Roma, mas, á poco, se reunieron ambos cónsules, é invadiendo su territorio, les hicieron mas daño que el causado por ellos á los romanos. En todo este año no hubo alteraciones promovidas por la discordia entre patricios y plebeyos. Por lo mismo pensamos que los pontífices

prolongaron, por medio de una interlacacion doble, un año de prosperidad en lo exterior é interior.

Cónsules: Quincio Barbato Capitolino II, y Q. Servilio Prisco Estructo, entran el 1.° de agosto rom. del 286, 6 de set. jul. del 468.

468-467. Servilio devasta el país de los sabinos que habian vuelto otra vez á talar los campos de Roma. Quincio gana una batalla á los volscos, se dirige hácia Amio y la toma, obteniendo luego el honor del triunfo sobre los volscos y anciatos. Dionis. y Fast. Capitolinos, en los cuales se hallan algunas indicaciones aplicables únicamente á este triunfo.

Cónsules: Tib. Emilio Mamercino II, y Q. Fabio Vibulano entran el 1.° de agosto rom. del 287, 18 de setiembre jul. del 467.

467-466. Conciliánse pueblo y patricios acerca de la ley agraria; proponiendo el cónsul Fabio la repartícion á los plebeyos de las tierras recien conquistadas á los anciatos. Aprobó el senado la medida, y el pueblo se dió por satisfecho. Para proceder á la reparticion, nombraron otro de los decemviros á T. Quincio Capitolino, vencedor de Ancio. Reconocido este año como fausto por el restablecimiento de la concordia entre las dos clases de ciudadanos, le prolongaron, en nuestra opinion, con una intercalacion doble, añadida por extraordinario. No fuéron muchos los plebeyos que accedieron en marchar á Ancio; preferian estar en Roma pidiendo tierras, que poseerlas en otra parte. La colonia hubo de completarse con latinos y hernicos, á quienes crearon ciudadanos. Nueva guerra contra ecuos y sabinos. Fabio dá la paz á los ecuos con la condicion de estar sometidos á Roma, y servir en la guerra como auxiliares. Emilio hace correrías por tierra de sabinos.

Cónsules: Sp. Postumio Albo Regilense, y Q. Servilio Prisco Estructo II, entran el 1.° de agosto rom. del 288, 1.° de octubre jul. del 466.

466-465. Quebrantan los ecuos la paz, protegiendo á los refugiados de Ancio que habian preferido expatriarse antes que ser dependientes de los colonos romanos, haciendo luego, junto con los ecuos, correrías por tierra de latinos, y aun de los mismos romanos. Estos se quejaron, pidiendo que les fuesen entregados los anciatos aventureros, y cómo los ecuos se negaron á ello, les declararon la guerra, encargándose Servilio del mando del ejército. Así que estuvieron los romanos en el país enemigo, no pudieron pelear, ni siquiera salir del campamento por causa de enfermedades. Dedicacion del templo del dios Fidio ó de la buena fé (Hércules). El cónsul Postumio presidió la ceremonia á 5 de junio rom. del siguiente año 289, 18 de agosto jul. del año 465 antes de Jesucristo, cuyo mes de junio caia en este consulado.

Cónsules: Q. Fabio Vibulano II, y T. Quincio Barbato Capitolino III, entran el 1.° de agosto rom. del 289, 13 de octubre jul. del 465.

465-464. Continúa la guerra de los ecuos, y Fabio que los habia vencido va otra vez á atacarlos. Quincio mandaba un ejército de observacion. Fabio gana junto á Algida una batalla, sin que por esto concluya la guerra. Prefiriendo los ecuos las correrías de guerrilleros á las batallas campales, dejan una guarnicion en su real, y corren á cercar á Roma, cuyos tribunales se cerraron en esta ocasion. Llaman á Quincio para que acuda en socorro de la ciudad, y este rechaza á los ecuos, á quienes sale al encuentro Fabio, y los derrota, quitándoles el botin que llevaban. Vuelve Quincio á Roma y los tribunales se abren de nuevo, despues de haber estado cerrados cuatro dias (Dionis. Liv.). Fabio prende fuego á las poblaciones de los ecuos, haciendo prisioneros á muchos, llevándose sus ganados y el trigo que se hallaba ya en sazon (Dionis. lib. IX); y como, añade el mismo autor, se acercaba el fin de su magistratura, Fabio se vuelve á Roma con su ejército. De modo que el año consular acababa en el 290, en época en que Fabio podia llevarse á Roma el trigo nuevo, circunstancia que se adapta al 3 de octubre juliano, dia de la renovacion del mismo año, segun nuestra tabla. Padron en Roma, y lustro noveno, hecho por el cónsul Quincio (Liv.), después de la invasion de los ecuos, y por consiguiente en el año de 290. Este padron y este lustro fuéron anticipados de un año, pues no correspondian hasta el año 291.

Cónsules: A Postumio Albo Regilense, y Sp. Furio Medulino Fuso, entran el 1.° de agosto rom. del 290, 3 de octubre jul. del 464.

464-463. Los ecuos, con el auxilio de los volscos y otros pueblos vecinos, invaden el país de los hernicos, aliados de Roma. La colonia romana de Ancio, seducida por los antiguos moradores de aquella ciudad, trata de abandonar la república, y coaligarse con sus enemigos. El senado envia á Ancio mas fuerza para guarnecerla, confiando un ejército á Furio para proteger á los hernicos. Furio pierde una batalla y luego se halla sitiado en su campamento, llegando unos hernicos á Roma con la noticia, al mismo tiempo que se presentan en vista de Roma destacamentos enemigos. Viendo el senado cuán críticas eran las circunstancias, prescribe á Postumio que atienda á la salvacion del estado. Furio quiso hacer una salida, y perdió á su hermano con la gente que capitaneaba. El mismo cónsul quedó herido en la refriega. Al dia siguiente llegó con una division al campamento, T. Quincio, nombrado procónsul para ir á salvar á Furio, y obligó á los ecuos á levantar el sitio; pero estos vuelven hácia Roma, creyendo que la hallarán desguarnecida. Sin embargo, el cónsul Postumio que se habia quedado para defenderla, les salió al encuentro, y ganó la batalla.

Cónsules: P. Servilio Prisco, y L. Ebucio Elva, entran el 1.° de agosto romano del 291, 15 de octubre juliano del 463.

463-462. L. Ebucio y P. Servilio fueron instalados, dice Tito Livio (lib. III, cap. 6) el 1.° de agosto, en el que, añade este autor, principiaba entónces el año consular; y como desde el año 275 de Roma no hubo ningun acontecimiento que hiciera avanzar ó retrasar el consulado, desde el mismo año debió fijarse en el 1.° de agosto con motivo de la muerte de uno de los cónsules del año anterior, y la abdicacion del otro. Epidemia en Roma, de la cual muere la cuarta parte del senado, la mayor parte de los tribunos, y los dos cónsules. Servio murió el postrero, y hubo interregno. Ecuos y volscos reunidos tratan de apoderarse de Roma, pero la misma epidemia que imposibilitaba á los romanos para defenderse, los salvó, ahuyentando á los enemigos.

Cónsules: L. Lucrecio Tricipitino, y T. Valerio Gémino Cicurino, entran el 11 de agosto romano del 292, 15 de octubre juliano.

462-461 Variacion en el año consular. Al cesar el contagio, dice Tito Livio, y después del interegno P. Valerio, al dia tercero de ser interey, crea cónsules á L. Lucrecio Tricipitino, y á T. Veturio Gémino. Fueron instalados, añade, á 11 de agosto. De modo que el consulado quedó retrasado de diez dias. Acabada la pestilencia, Sex. Ticio, tribuno del pueblo, renovó las acusaciones á propósito de la ley agraria. Siendo así, Ticio debió ser nombrado tribuno el 10 de di-

ciembre del año anterior, pues lo era en agosto de este. El pueblo prefirió vengarse del enemigo que le atacó durante la epidemia, á dar oidos al tribuno. Veturio venció á ecuos y á volscos en una batalla, bien que luego se encaminaron hácia Roma, pensando que la hallarian indefensa. La activa vigilancia de Fabio, prefecto ó sea gobernador de la ciudad, les obligó á retirarse. Victoria completa de Lucrecio que, encargado de proteger á los hernicos, habia cortado la retirada al enemigo. Triunfo de Lucrecio y ovacion de Veturio (Dionis. Liv.). Nuevas disensiones con motivo de un código general. Roma no tenia casi ninguna ley escrita. Reducidas las leyes reales á un corto número de disposiciones, habian sido derogadas por el pueblo que, desterrando á los reyes, proscribió igualmente cuanto de ellos emanaba. Las máximas de estas leyes solo se respetaban en lo concerniente á las funciones religiosas, y en lo civil solo se consideraban como meramente consuetudinarias, de suerte que en Roma mas se regian por usos que por leyes. Esto daba lugar á una incertidumbre muy beneficiosa para los patricios, pero perniciosa para el pueblo. Como tan solo los patricios podian entrar en el consulado, única magistratura encargada de la administracion de la justicia, la facultad de juzgar arbitrariamente aumentaba su poder, teniendo sujetos á los plebeyos con el temor de las sentencias. El tribuno Terentilo Arsa atacó esta arbitrariedad, proponiendo que se nombrasen decemviros para redactar un cuerpo de leyes, haciendo los patricios los mayores esfuerzos para conservar sus privilegios. El tribuno salió con su proposicion en ocasion poco favorable, pues el ejército estaba á la sazon en campaña, y el pueblo no pensaba mas que en la guerra, en la venganza y en la gloria. Á ruegos de los patricios consiguen los colegas de Terentilo que difiera el promulgar su ley hasta la vuelta del ejército, y luego los cónsules le tuvieron por esto mismo fuera de Roma hasta fin del año consular. Así lo opina Prisco «in consuetud.»

Cónsules: P. Volumnio Amintino Galo, y Ser. Sulpicio Camerino, entran el 11 de agosto romano del 293, 26 de octubre juliano del 461.

461-460. Acuerdo unánime de todos los tribunos sobre la presentacion de la ley Terentila. Terremotos en Roma, y prodigios espantosos. Tratando el senado de aprovechar la credulidad y el terror del pueblo para contener á los tribunos, resuelve que se consultarán los libros sibilinos, y luego se publica que, segun el contenido de dichos libros, Roma se verá expuesta á una invasion extranjera, y que solo podrá ser rechazada guardándose de divisiones intestinas. Toman los tribunos la prediccion por un ardid patricio para que no se publique el código, y entónces se dan mas prisa en que se redacte. El senado declara la guerra á ecuos y volscos, por haber estos entrado, segun decia, en tierra de los hernicos. Opónense los tribunos á todo alistamiento de tropas, mirando esta declaracion de guerra como una nueva estratagema contra el código. Motin en la plaza mayor (foro) entre los tribunos apoyados por el pueblo, y los patricios con sus clientes. Comicios para deliberar sobre la ley Terentila. Los patricios jóvenes, animados por los mas viejos, envuelven al pueblo en los comicios, impidiéndole con amenazas el que se divida en tribus, y hasta echándole de la plaza. El tribuno A. Virginio acusa á Cœso Quincio. Entre la juventud patricia era el que mas firmeza y osadia habia mostrado sobre el asunto de la ley. El noble y moderado discurso de su padre Cincinato, que por única recompensa de sus servicios pedia la absolucion de su hijo, iba á salvar Cœso, cuando, para evitar Virginio una derrota, y excitar de nuevo las pasiones populares, le acusa de otro crímen. M. Volscio, que habia sido tribuno (Tit. Liv. lib. III, cap. 13), á quien Virginio tenia ya preparado de antemano, acusa á Cœso Quincio de haber asesinado á su hermano durante la epidemia pasada, declarando que él es testigo del crímen. Indignado el pueblo no suelta á Cœso sino bajo fianza. Cuando fué otra vez citado no compareció, vendiendo su padre Cincinato cuanto poseia para indemnizar á los fiadores. Reducido este padre á empuñar la esteva, y á cultivar con sus propias manos el único campo que le quedaba, le veremos dejar el arado para subir en el carro de triunfo. La calumnia intentada contra Cœso aumentó todavía el ardor de los patricios, y la ley de Terentilo no fué sancionada. Con todo, los mismos tribunos siguieron en sus cargos.

Cónsules: C. Claudio Sabino Regilense, y P. Valerio Publícola II, muerto durante su consulado, entran el 11 de agosto romano del 294, 16 de octubre juliano del 460; L. Quincio Cincinato es substituido á Valerio en el mes de diciembre romano.

460-459. Denuncian los tribunos una conspiracion, dirigida por Cœso Quincio, que se habia refugiado en tierra de etruscos. Entraban en ella muchos patricios jóvenes, y era su objeto derrocar la potestad tribunicia. Virginio no presenta mas prueba que una carta anónima, pidiendo que se proceda en juicio ante los tribunos. Temió el senado por la seguridad de los patricios enemigos de los tribunos, y se quedó con la instruccion del proceso. Apio Herdonio llega del país sabino, é invade el Capitolio con una fuerza compuesta de desterrados, de esclavos y paniaguados. Vino de noche por el Tíber, y luego de haberse apoderado del fuerte, ofrece la libertad á todos los esclavos que se le agregaren. El pueblo toma la gente de Herdonio por la de los conspiradores patricios denunciados por los tribunos, y empuñando con repugnancia las armas, las deja luego despechado, pidiendo la ley para la formacion de un código. Promete Valerio secundar sus deseos luego que Roma esté libre de enemigos, y junta una fuerza. Valerio perece en el ataque del Capitolio, bien que los romanos le toman otra vez. Heredero el cónsul Claudio del odio de su familia para con los tribunos, á fin de eludir sus instancias tocante á la promesa de Valerio, declara que no se deliberará sobre las leyes, mientras no haya mas que un cónsul, por tener uno solo poca influencia en las asambleas. Por el mes de diciembre, dice Tito Livio, es elevado á la dignidad de cónsul el padre de Cœso, L. Quincio Cincinato, cuya candidatura fué favorecida con empeño por el senado. El padre de Cœso no empleó su autoridad sino en mantener el órden público. Sube á la tribuna, recuerda á las legiones, compuestas de los mas atrevidos, el juramento que le tienen prestado de seguir á los cónsules, y declara que va á salir con ellos á campaña hasta el fin del año consular. El pueblo desoye la voz de los tribunos que decian haberse hecho el juramento á Valerio, y que con su muerte dejaba de ser obligatorio. Entónces las legiones piden por favor á Quincio que no las moleste inútilmente, y vino en ello, mediante promesa que le hicieron los tribunos de no promover disensiones acerca de la ley durante su consulado. Como el pueblo, que tanto la deseaba, habia continuado los mismos tribunos para otro año, ofrecian los patricios á Quincio el continuarle tambien en el consulado; mas él lo rehusó, y se fué otra vez á su arado, no queriendo autorizar con su ejemplo una conducta que no merecia su aprobacion. Padron en Roma, que no se concluyó. No permitió la religion que se celebrase el lustro en año en

que la república habia perdido un cónsul, y en que habia sido tomado el Capitolio.

Cónsules: Q. Fabio Vibulano III, y L. Cornelio Maluginense Coso, entran el 11 de agosto romano del 295, 28 octubre juliano del 459.

459-458. Los ecuos se apoderan de Túsculo. Triunfo del cónsul Fabio sobre ellos á 7 de mayo romano del siguiente año 296, ó 15 de julio juliano del 458 antes de Jesucristo. Triunfo del cónsul Cornelio sobre volscos y anciatos á 12 de mayo romano, 20 de julio juliano del mismo año. Fast. Capit. y Dionis. Los cuestores A. Cornelio y Q. Servilio acusan á Volscio de haber testificado falsamente contra Cœso Quincio. Los tribunos hicieron de modo que no recayese sentencia sobre tal negocio en este año. Lustro décimo. Segun Tito Livio, fué el que terminó el año consular, y por consiguiente se hizo en el siguiente año civil, al cual correspondia para la regularidad de los cinco años. El lustro celebrado en el 290 de Roma, lo fué prematuramente, correspondiendo al 291.

Cónsules: C. Naucio Rutilo II, y L. Minucio Augurino. Este tuvo que abdicar, substituyéndole Q. Fabio Vibulano. Entran el 11 de agosto romano del 296, 18 de octubre juliano del 458.

Cuarto dictador. L. Quincio Cincinato.—458-457. C. Naucio sale para el país de los sabinos, que habian llegado hasta delante de Roma, y contiene al pueblo. Pero, L. Minucio, que fué contra los ecuos porque estaban asolando el país de Túsculo y otras tierras latinas, se colocó en una posicion desventajosa, y se halló sitiado en su campamento. Nombran dictador á L. Quincio Cincinato, y este toma por lugarteniente á L. Tarquicio Flaco. Cuando los enviados del senado fuéron á notificar á Cincinato su nombramiento, le hallaron que estaba arando. Pone Dionisio esta particularidad para el consulado de Cincinato, pero casi todos los demás autores principales la aplican á su elevacion á la dictadura de este año 296, diciendo positivamente que, nombrado Quincio dictador, le hizo dejar el arado la diputacion que el senado le envió. Victoria de Quincio, quien rechaza á los ecuos, y luego los hace prisioneros, haciéndoles pasar bajo el yugo, y dejándolos marchar en seguida, bien que guardó á su general Claudio Graco, para llevarle á Roma prisionero. Obliga á Minucio á que abdique el consulado, y vuelve á la ciudad con su ejército. Triunfo de Cincinato á 13 de setiembre romano de este año 296 (Fast. Capit.), ó 18 de noviembre juliano del 458 antes de Jesucristo. Quincio no quiso abdicar hasta que terminase el asunto de Volscio, el que declaró contra su hijo Cœso. (Tit. Liv. lib. III, c. 29). Volscio es condenado al destierro, y Cœso vuelve á su patria (Ciceron, Pro-Domo, III cap. 20). Q. Fabio, gobernador de la ciudad, reemplaza al cónsul Minucio. Entónces abdicó Cincinato la dictadura. Pero, no habia sido dictador mas que diez y seis dias. Otro ejemplo de la exactitud de nuestra tabla. Es positivo que se confirió á Quincio la dictadura en medio de la siembra (Liv. lib. V, cap. 26. Floro, lib. I, cap. 2). La siembra principiaba, segun Varron (de Re rust. cap. 34 y 35) en el equinoccio de otoño, á 25 de setiembre juliano, segun Columela (lib. II, cap. 8, y lib. XI, cap. 2) á últimos de setiembre, y segun Palladio (lib. II, tit. 1, y lib. XII, tit. 1) por el mes de octubre para ciertas tierras, y por el de noviembre para ciertas otras. Plinio (lib. XVIII, cap. 24 y 25) trae todos estos pareceres, aprobándolos segun los climas y terrenos. Convienen igualmente los mismos autores en que la siembra concluia allá por el 7 de diciembre juliano, quince dias antes del solsticio de invierno. De modo que el tiempo medio para la siembra corresponde á los primeros dias del noviembre juliano, época en que Cincinato fué nombrado dictador, siguiéndose de ahí, que el 13 de setiembre romano que, segun los Fastos Capitolinos, fué el dia del triunfo de Quincio en una dictadura que no duró mas que diez y seis dias, ha de caer en el noviembre juliano. Ahora bien, el 13 de setiembre romano corresponde, en nuestra tabla, al 18 de noviembre juliano, luego es exacta la correspondencia entre esta fecha civil y la juliana. Desprendese igualmente de aquí, que los pontífices añadieron muchas intercalaciones extraordinarias á los años transcurridos desde el año 278 de Roma hasta el que nos ocupa: y en efecto, en el año 278, el 1.° de agosto romano correspondia casi al solsticio de verano, que por entónces caia en el 27 de junio juliano. Si los años romanos no hubiesen sido prolongados por intercalaciones extraordinarias, y hubiesen seguido las reglas ordinarias de los ciclos, el 13 de setiembre romano de este año civil de 296 habria caido en el mes de agosto juliano. Pero, reconociendo que los pontífices añadieron cuatro intercalaciones dobles, se le encontrará puesto en el 18 de noviembre juliano, hácia donde debe estar para que la fecha civil consignada en los Fastos se ajuste con la fecha juliana consignada en la historia.

Cónsules: C. Horacio Pulvilio y Q. Minucio Augurino, entran el 11 de agosto romano del 297, 7 de octubre juliano del 457.

457-456. Los ecuos se habian armado de nuevo, y apoderádose de la ciudad de Corbion, que cedieron á Cincinato, degollando á los romanos que la guarnecian. A pesar de este suceso, los tribunos se oponian á la formacion de un ejército. Pero, atreviéndose en esto los sabinos á ir á talar la campiña romana, los tribunos hubieron de transigir con el senado. Fué concedido al pueblo que en vez de los cinco tribunos que se elegian todos los años, podrian elegirse diez, pero con la condicion de no poderse reelegir para el año siguiente las mismas personas, debiendo mediar á lo menos un año para la reelecion. Habian transcurrido treinta y seis años, dice Tito Livio, desde los primeros tribunos, cuando el pueblo comenzó á nombrar diez. Esto prueba que Tito Livio no habia omitido en su historia los consulados de Q. Sulpicio y de Sp. Larcio, ni el de C. Julio y C. Pinario, que caen en los años varronianos de 264 y 265 en que los hemos puesto. En efecto, treinta y seis años justos hay desde el 261 de Roma, en que se constituyó el primer tribunado, hasta este año de 297. Luego, si faltan en la obra de Tito Livio, solo es por equivocacion de amanuenses. Minucio hace retirar á los sabinos, y tomada otra vez Corbion por Horacio, la arrasó y se volvió á Roma.

Cónsules: M. Valerio Máximo Lactucino, y Sp. Virginio Tricosto Celimontano, entran el 11 de agosto romano del 298, y 27 de setiembre juliano del 456.

456-455. El tribuno Icilio presenta una ley para la reparticion del monte Aventino al pueblo. No conviniendo á los cónsules el acostumbrarle á recibir mercedes de los tribunos, diferian ocupar en ella al senado cuya deliberacion era necesaria para que pudiese ser luego propuesta en los comicios. Los tribunos envian dependientes suyos á los cónsules intimándoles que reunan el senado para la discusion de la ley, derecho que ningun predecesor suyo se habia arrogado. El senado aprobó la ley, y fué autorizado por el pueblo en los comicios (Dionis. Liv.).

Cónsules: T. Romilio Roco Vaticano, y C. Veturio Cicurino, entran el 11 de agosto romano del 299, 9 de octubre juliano del 455.

455-454. Tumulto, con motivo de la ley agraria y de la ley Terentila. Los ecuos invaden el Lacio. Se oponen los tribunos al alistamiento de soldados, y hasta envian ediles para prender á los cónsules. Se lucha en la plaza, y comenzando á cejar el partido popular, le excita de nuevo un discurso de L. Siccio ó Sicinio Dentato. Este plebeyo era soldado viejo, de valor extraordinario, y exclamó con voz terrible: Hé asistido á ciento veinte batallas, cuarenta y cinco veces he sido herido, y ni la menor parte me ha cabido de las tierras á cuya conquista he contribuido con mi sangre. El pueblo iba á autorizar la ley agraria. Los cónsules dejan sus puestos, y se retiran junto con los patricios y su bando. Sigueles Sicinio al frente de una buena fuerza compuesta de veteranos. Después le emplearon en el ejército, probablemente con la idea de que perdiera la vida, á lo menos así se creyó, para una comision arriesgada que parecia exponerle á una muerte segura. Cumple Sicinio con la órden que se le dió; se apodera del campo enemigo, y al estar otra vez en Roma, se queja al pueblo de la alevosía de los cónsules. El senado negó el triunfo á los cónsules, y en las elecciones inmediatas, el pueblo nombró tribuno á Sicinio.

Cónsules: Sp. Tarpeyo Montano Capitolino, y A. Eternio ó Aterio Fontinal, entran el 11 de agosto romano del 300, 29 de setiembre juliano del 454.

454-453. Romilio y Veturio, cónsules del año anterior, son acusados por Sicinio, segun Dionisio, ó segun Tito Livio, por Claudio Cícero, igualmente tribuno del pueblo como Sicinio, y por L. Alieno, que acababa de salir del tribunado, y le habian nombrado edil plebeyo. Los cargos consistian en que habian empleado la violencia contra los tribunos durante su consulado, y comprometido malamente la vida de Sicinio, y á una division del ejército romano. Dice Dionisio, que la acusacion se formuló el mismo dia en que fueron instalados los tribunos, á 10 de diciembre romano. Es de presumir que, anunciándose este tribunado como tempestuoso y contrario á los patricios, para hacerle mas corto, omitieron los pontífices la intercalacion que hubieran debido añadir al mes de febrero siguiente. Romilio fué condenado á una multa de diez mil ases, y Valerio de quince mil. Aviénense tribunos, cónsules y pueblo, en no insistir tocante á la ley agraria, la mas perjudicial para los patricios, que eran los poseedores de las tierras, mediante la satisfaccion que se les dió sobre la redaccion de un código. Sale el senatus consulto, confirmado por el pueblo, en el cual se ordena que la república enviara una diputacion á Atenas y otras ciudades de Grecia, para copiar sus leyes y traerlas. Los comisionados fueron los patricios Sp. Postumio Albo, A. Manlio, y Sulpicio Camerino.

Cónsules: P. Horacio Tergemino, y Sex. Quintilio Varo, y muriendo este durante su consulado, le reemplaza Sp. Furio Medulino Fusó II; entrando el 11 de ag. romano del 301, 18 de setiembre juliano del 453.

453-452. Epidemia en Roma: perece casi la mitad de sus habitantes. Mueren cuatro tribunos y el cónsul Quintilio, reemplazado por Sp. Furio. Extendióse el contagio al país de los volscos, ecuos y sabinos, y por lo mismo nada pudieron intentar contra Roma. La pestilencia trajo la carestía por no haber podido los romanos ni siquiera sembrar sus campos.

Cónsules: P. Sestio Capitolino, y T. Menenio Lanato, entran el 11 de agosto romano del 302, 8 de setiembre juliano del 452.

452-451. Acabada la epidemia, duró la carestía que habia ocasionado hasta el principio de la primavera del siguiente año 303 de Roma, época en que, por restablecerse las comunicaciones y el comercio, pudieron ir de otros países trigos á Roma (Dionis.). De suerte que, continuando la escasez en Roma por febrero de este año, omitirian los pontífices, segun su costumbre, la intercalacion que este mes debia recibir en virtud de las leyes del ciclo. Regresan de Grecia los diputados con colecciones de leyes, é instan los tribunos por su redaccion. Tratando de eludirla los cónsules, pretenden que, atendida la gravedad del negocio, les quedaba poco tiempo para ocuparse en él, y así que lo dejen para el otro consulado. Entónces se nombran inmediatamente nuevos cónsules, quedando elegidos antes del plazo acostumbrado Apio Claudio y T. Genucio (Dionis.). Senatus consulto en el que se prescribe que para la redaccion del código se nombrarán diez varones con autoridad suprema y sin apelacion, cesando en su consecuencia las demás magistraturas. Abdican los nuevos cónsules, y en la eleccion de los redactores del código, el pueblo los incluye en el decemvirato como para indemnizarlos. Hasta los tribunos plebeyos cesaron en sus cargos.

Decemviros: Apio Claudio Crasino, T. Genucio Augurino, Sp. Veturio Craso Cicurino, C. Julio Julo, A. Manlio Vulso, Sp. Postumio Albo Regilense, S. Sulpicio Camerino Cornuto, T. Romilio Roco Vaticano, P. Horacio Tergemino, y P. Sestio Capitolino, entran el 15 de mayo romano del 303, 3 de junio juliano del 451.

451-450. Variacion en el año consular. La abdicacion de los cónsules antes de espirar el plazo que no concluia hasta 11 de agosto, dió lugar al nombramiento inmediato de decemviros, que entraron el 15 de mayo del 303, ó 3 de julio juliano (véanse los dos años que siguen). Aulogelio (lib. xx, cap. 1), y Orosio ponen los primeros decemviros en el año 300 de Roma; Messala Corvino en el de 301. El autor de los Fastos Capitolinos, Tito Livio, Solino y Eutropio, autores catonianos, y que merecen se les prefiera á los otros, ponen su instalacion en el de 302. Por consiguiente, insiguiendo la época de Varron, debemos ponerlos en el año 303 de Roma. Los decemviros presentan diez tablas de leyes que aprueban el senado y el pueblo, anunciándose al mismo tiempo que faltan dos tablas para que el código esté acabado. El pueblo nombra decemviros para completar la obra.

Decemviros: Apio Claudio Crasino II, Q. Fabio Vibulano, M. Cornelio Maluginense, M. Sergio, L. Minucio Augurino, Q. Petilio Libo, Antonio Merenda, Cœso Duilio, Sp. Oppio Cornicen, y Manio Rabuleyo, entran el 15 de mayo romano del 304, 24 de mayo juliano del 450.

450-449. Dicen Dionisio y Tito Livio que estos decemviros entraron el 15 de mayo romano, y, como la prematura abdicacion de los cónsules del año 302 es el único suceso que pudo alterar el órden del año consular, desde el año anterior principió el decemvirato en este dia civil. Cae entónces la máscara con que hasta allí se encubriera Apio Claudio, y el decemviro pone de manifiesto sus designios, que consistian en perpetuarse en la magistratura. Los decemviros pusieron inmediatamente después de enero del año siguiente el mes de febrero que, en el órden establecido por Numa, era el postrero del año (Ovid. lib. II, Fast. v, 49). Los decemviros de este segundo año fueron los que hicieron esta variacion; ellos, segun Tuditano, citado por Macrobio (lib. I, Saturn. cap. 13), con los que dan una ley sobre intercalaciones; y es de suponer que, quitando de su lugar el mes de febrero, hubieron de ordenar que las intercalaciones hacederas,

segun las prescripciones de Numa, al fin del año, continuarian poniéndose en este mes, aunque cesase de ser el último del año romano, pasando á ser el segundo. Con esta innovacion prolongaban los decemviros su magistratura, pues, instalados en mayo, el febrero del año de su instalacion se hallaba de derecho en el año de su decemvirato. Pero, yendo á buscar el febrero del año siguiente, para ponerle despues de enero, daban trece meses al año de su administracion, ó cuatrocientos seis dias contado todo, á fin de ir ganando tiempo para el éxito de sus planes. Solo esto pudo inducirlos á la variacion que nos ocupa. Los decemviros comienzan á tiranizar descaradamente, oprimiendo y enervando al pueblo, á fin de que no tuviera fuerza para protestar contra sus proyectos. Cada dia se van haciendo mas invisibles, administrándose la justicia sin mas norte que el favor, y pronunciándose pena capital, sin que pudiera apelarse, contra los ciudadanos mas sospechosos de firmeza y de patriotismo. Hasta habia acusadores agentes suyos, á quienes daban los bienes de los acusados. Para nada se convoca al senado ni al pueblo, y tampoco hay ya comicios. Redaccion de las dos últimas tablas de las leyes. Los decemviros no las sujetan á la autorizacion del pueblo, continuando por su propia autoridad, y sin eleccion, en su magistratura.

Decemviros: Entran el 15 de mayo romano del 305, 3 de julio juliano del 449.

449-448. Los mismos decemviros del año anterior; mas, luego se ven obligados á dejar sus cargos, nombrándose cónsules en su lugar:

Cónsules: L. Valerio Publícola Potito, y M. Horacio Barbato, entran el 9 de setiembre romano del 305, 25 de octubre juliano del 449.

449-448. Llegaron los idus de mayo, dice Tito Livio, sin reemplazar á los decemviros con ningun magistrado. Luego en los idus de mayo se renovaban los magistrados. Correrías de los sabinos por las cercanías de Roma, y de los ecuos por las de Túsculo. Siendo forzoso defenderse, los decemviros convocan al senado, que, teniéndose por ilegalmente congregado por personas que desde el 15 de mayo no tenian ya carácter de magistrados, declara que es improcedente toda deliberacion, y que no puede expedirse ningun senatus consulto. Formacion de un ejército sin consentimiento del senado ni del pueblo, por la sola fuerza del poder, sin apelacion, anexo al decemvirato. Tanto los sabinos, como los ecuos, derrotaron á los decemviros. Á fin de que no tuvieran estos la gloria del vencimiento, los soldados romanos prefieren ceder el campo. Los decemviros envian á Sicinio á una comision fuera del campamento, y le mandan asesinar en el camino por la misma escolta que le dieron. Crímen de Apio Claudio, el cual, no pudiendo corromper á Virginia, doncella plebeya y virtuosa, hija de un oficial del ejército, encarga á un paniaguado suyo, llamado M. Claudio, por haber tomado el nombre de la familia de los Claudios, que la reclame como esclava suya, y Apio se la adjudica en juicio como interinamente. Al ver Virginio, que habia venido en socorro de su hija, que se la llevaban de órden del que habia de entregarla á merced de Apio, la mata á puñaladas. El cadáver quedó expuesto á vista del pueblo, y esto promovió una insurreccion. El pueblo abandonó Roma por segunda vez. Los ejercitos dejan igualmente á los decemviros, se dirigen hácia el Monte Aventino, y desde allí al Monte Sacro. Los decemviros se ven forzados á dejar sus cargos. Se restablece el tribunado, el consulado y la apelacion al pueblo, siendo elegidos cónsules L. Valerio y M. Horacio, que se habian distinguido por su firmeza contra los decemviros. Cambio en el año consular. Habian sido instalados los decemviros el 15 de mayo romano, pero, abdicando algunos meses después, fué restablecido el consulado el 9 de setiembre romano (véase el año 310 de Roma). Virginio, padre de Virginia, que acababa de ser nombrado tribuno del pueblo, acusa á Apio Claudio; y el tribuno Numitorio, tio materno de Virginia, acusa tambien á Oppio, colega de Apio y cómplice en sus injusticias. Á ambos encausados se les encontró muertos en la cárcel. Sus demás colegas fueron desterrados, y confiscados sus bienes en beneficio del estado. Apio Claudio, que tuvo la osadía de reclamar como esclava suya á la jóven Virginia, acusado por el tribuno Icilio, futuro esposo de la víctima, es condenado tambien al destierro. Restablecido el sosiego en la ciudad, salieron los cónsules á campaña con sus tropas. Triunfo de Valerio sobre los ecuos, á 13 de agosto romano del siguiente año 306, 12 de octubre juliano del 448 antes de Jesucristo. Triunfo de M. Horacio sobre los sabinos, á 24 de agosto romano, 23 de octubre juliano del mismo año.

Cónsules: Lar. Herminio Exquilino, y T. Virginio Tricosto Celimontano, entran el 9 de setiembre romano del 306, 6 de noviembre juliano del 448.

448-447. No habiendo salido elegidos para el tribunado todos los que por derecho correspondian al pueblo, usaron los nombrados de la facultad que en ese caso tenian de llenar los vacantes; y, por complacer al senado, toman por colegas á dos patricios consulares, Sp. Tarpeyo, y A. Aterio, ó Eternio. Paz interior y exterior.

Cónsules: M. Geganio Macerino, y C. Julio Julo, entran el 9 de setiembre romano del 307, 27 de octubre juliano del 447.

447-446. La juventud patricia, dada á injuriar al pueblo, y á emplear muy feas violencias contra él, provocaba ya por parte de los tribunos medidas para contrarestarlos; pero, intervinieron con moderacion y firmeza los cónsules, disponiendo luego la formacion de un ejército contra ecuos y volscos, y consiguiendo mantener así el órden público.

Cónsules: F. Quincio Capitolino Barbato IV, y Agripa Furio Medulino Fuso, entran el 9 de setiembre romano del 308, 17 de setiembre juliano del 446.

446-445. La energía de que dieron prueba los tribunos en el año que antecede contra la juventud patricia, indujo á los pontífices á acortarle, omitiendo la intercalacion en el mes de febrero de este año. Sin embargo, no pudieron impedir que los tribunos, siguiendo las huellas de sus predecesores inmediatos, ejecutasen los planes que habian proyectado. Los tribunos acusan á los patricios jóvenes de haber atropellado los fueros del pueblo. Promovieron tumulto los patricios en la asamblea popular, impidiendo así el que se oyese la voz de los tribunos, y se procediese á sentenciar á los acusados. Invaden el territorio romano los ecuos y volscos, validos de esas disensiones. Los plebeyos se negaban á alistarse para el servicio, pero el viril y severo lenguaje del cónsul Quincio vence la obstinacion del pueblo. Victoria de los dos cónsules, y no piden el triunfo. Los habitantes de Aricia y de Ardea nombran por árbitro, sobre unas diferencias á propósito de un terreno limítrofe, que ambas pretendian suyo, al pueblo romano, y este se deshonra adjudicándoselo á sí propio en su sentencia.

Cónsules: M. Genucio Augurino, y C. Curcio Filo, entran el 9 de setiembre romano del 309, 6 de octubre juliano del 445.

445-444. C. Canuleyo, tribuno del pueblo, propone

una ley para que se permitan los matrimonios entre las familias plebeyas y patricias, contra lo establecido ó confirmado por la ley de las doce tablas. En seguida todos los individuos del tribunado proponen otra ley para que puedan los plebeyos entrar en el consulado, y tenga el pueblo derecho á elegirlos para este cargo. Los tribunos atacaban así los dos resortes principales de la preeminencia patricia. El senado se opuso á las dos leyes. Irritados los de Ardea con la inícua sentencia pronunciada el año anterior por el pueblo romano, dejan de ser aliados suyos. Los veyos repiten sus correrías, y se arman ecuos y volscos. En esto, se oponen los tribunos al levantamiento de tropas, declarando que insistirán en la oposicion hasta que el senado permita al pueblo el autorizar sus dos leyes. El senado consiente en la de los matrimonios, la menos nociva para la nobleza. Pensaba poderse captar la benevolencia del pueblo, halagando su amor propio con la idea de la posibilidad de mezclar su sangre con la patricia; pero el pueblo insistió mas enérgicamente todavía en obtener el consulado. Conciliáronse por fin senadores y tribunos quedando el consulado para los patricios, pero tambien fué comunicada á los plebeyos la dignidad consular, paliándola con otro nombre, Se instituyó que se permitiria al pueblo el nombrar todos los años, en vez de cónsules, cuyo nombre quedaba abolido, hasta seis tribunos militares, y que se conferiria esta dignidad á igual número de patricios y plebeyos. Satisfecho el pueblo con verse admitido en la primera magistratura, no usó de su derecho, y solo nombró á tres patricios.

444-443. Tribunos militares: A. Sempronio Atratino, L. Atilio Longo, y F. Clelio, entran el 9 de setiembre romano del 310, 18 de octubre juliano del 444.

Tuvieron que abdicar, restableciéndose el consulado, y quedando elegidos,

Cónsules: L. Papirio Mugilano, y L. Sempronio Atratino, entran el 13 de diciembre romano del 311, 19 de enero juliano del 443.

Los primeros tribunos militares, segun hemos visto, tuvieron que abdicar, por haber decidido los pontífices que su eleccion era ilegal, pues no se habian observado todas las ceremonias religiosas prescritas para consultar los auspicios. Interegno que duró muchos dias, por no avenirse el pueblo y el senado acerca de la eleccion de cónsules ó tribunos militares. Cedió por fin el pueblo, y se nombraron cónsules otra vez (Liv. lib. IV, cap. 7). Variacion en el año consular, pues estos cónsules entraron el 13 de diciembre romano (véase el año siguiente). Síguese de esto, que los cónsules que substituyeron á los decemviros en el 305 de Roma, entrarian sobre el 9 de setiembre. En efecto, dice Tito Livio, que los tribunos militares de ese año abdicaron al mes tercero de su magistratura. Siguiendo á Dionisio, que cuenta con mas exactitud, esos magistrados tuvieron sus cargos setenta y tres dias. De manera que, instalados los cónsules que los reemplazaron en 13 de diciembre romano, caeria su entrada en el tribunado militar á 29 de setiembre romano, si no hubiera mediado ningun intervalo entre su abdicacion y el nombramiento de sus sucesores, pero hubo interegno; y como este fué muy largo, segun Tito Livio, pues no era fácil la conciliacion entre el senado y el pueblo, el cual no accedia de muy buena gana á que otra vez se nombrasen cónsules en lugar de tribunos militares, no pudieron mediar menos de veinte dias y de cuatro intereyes, término que pone la entrada de los tribunos militares de ese año en el 9 de setiembre romano. No habiendo ocurrido desde la abdicacion de los decemviros en el año 305 ningun suceso que pudiese causar adelanto ó retraso en el año consular, desde el mismo 305 hubo de quedar fijada la entrada en el consulado á 9 de setiembre romano. Se renueva la alianza con los de Ardea, que abandonan sus pretensiones tocante al terreno usurpado por los romanos en sentencia arbitral, mediante la promesa hecha por el senado de que se les indemnizará luego que se presente ocasion. Los cónsules de este año firmaron el tratado (Dionis. Liv.).

Cónsules: M. Geganio Macerino II, y T. Quincio Capitolino Barbato V, entran el 13 de diciembre romano del 312, 9 de enero juliano del 442.

443-442. Dionisio dice que estos cónsules entraron el 13 de diciembre romano. Solo pudo ocasionar esta irregularidad la abdicacion forzosa de los tribunos militares del año anterior. Por consiguiente, solo desde el año anterior quedó fijado el consulado en 13 de diciembre romano. Se establece la censura en Roma, y esta magistratura llegó á ser muy poderosa, contribuyendo mucho al sosten de la república. Fueron nombrados censores los dos cónsules que acababan de salir de su cargo, L. Papirio Mugilano, y L. Sempronio Atratino. La censura habia de durar cinco años, y ser patricios los nombrados para ejercerla. Los romanos socorren á los ardeatos. Extendiéndose á todo el pueblo la division de dos familias, hubo un bando que llamó á los volscos; pero, saliendo contra ellos el cónsul Geganio, los encierra en su campamento; y, obligándoles el hambre á salir, fueron vencidos. Triunfo de Geganio en Roma á 5 de setiembre romano del año 312 (Fast. Capit.), que es el 16 de octubre juliano del 442 antes de Jesucristo. Iba delante del carro triunfal Equo Cluilio, jefe de los volscos, que habia caído prisionero. Lustro undécimo. El décimo le habian hecho, en el año 296 de Roma, los cónsules nombrados el año anterior. Así pués, el lustro correspondiente á los años 301 y 306, y que fué diferido, caía en este año de 311; probándonos los lustros siguientes, que en este año se celebró uno.

Cónsules: M. Fabio Vibulano, y Post. Ebucio Elva Cornicense, entran el 13 de diciembre romano del 313, 22 de enero juliano del 441.

442-441. Reducida á pocos habitantes la ciudad de Ardea, por sus divisiones intestinas, ordenó el senado que fuése una colonia romana para volverla á poblar. El senado encarga á los triunviros, destinados á repartir la tierra á los colonos, que prefieran á los ciudadanos romanos los habitantes de Ardea, volviendo á entrar de este modo en posesion del territorio, con el que tan injustamente se habia quedado la república. Habne, History.

Cónsules: C. Furio Pacilo Fuso, y Man. Papirio Craso, entran el 13 de diciembre romano del 314, 11 de enero juliano del 440.

441-440. Petilio, que fué continuado en el tribunado, quiere obligar á los cónsules á que hagan deliberar en el senado sobre el negocio de la ley agraria; pero no sale con la suya.

Cónsules: Proc. Geganio Macerino, y L. Menenio Lanato, entran el 13 de diciembre romano del 315, 23 de enero juliano del 439.

440-439. Gran carestía en Roma, y L. Minucio Augurino es nombrado prefecto de los víveres, y magistrado encargado de lo concerniente á subsistencias. Como la carestía fué durante este consulado, y por lo mismo, después del 13 de diciembre romano, no podia dar lugar á que los pontífices suprimieran la intercalacion que de derecho pertenecia á este año civil, y correspondia al mes de febrero precedente. Sp. Melio, engreido con sus cuantiosas riquezas, trata

de emplearlas para llegar á ser rey. Este caballero romano compra mucho trigo extranjero, y le distribuye gratis al pueblo. Faltóle tiempo para llevar á cabo su designio, y no pudo impedir la eleccion de nuevos cónsules.

Cónsules: T. Quincio Capitolino Barbato VI, y Agripa Menenio Lanato, entran el 13 de diciembre romano del 316, 13 de enero juliano del 438.

Quinto dictador. L. Quincio Cincinato II.—439-438. Continuando Sp. Melio en repartir dádivas al pueblo, para seducirle, y hasta teniendo ocultas armas en su casa y reuniones sospechosas, L. Minucio, que seguia de prefecto de víveres, le denunció al senado. L. Quincio Cincinato es nombrado dictador para que disipe la sedicion, y nombra por su lugarteniente á C. Servilio Estructo Ahala. El dictador ordena á Servilio que haga comparecer en su tribunal á Melio, y este invoca al auxilio del pueblo, acudiendo efectivamente en su socorro multitud de gente que rechaza al lictor que le tenia preso; pero, Servilio busca á Melio, y allí mismo le quita la vida. El dictador manda arrasar la casa de este sedicioso, y se erige una estátua á Minucio. Los tribunos se quejan por la muerte de Melio, mirándole el pueblo como víctima de su generosidad, y creyendo que el senado no se encarnizó tanto contra él, sino para que con este ejemplo escarmentara el que tratase de socorrer á los pobres, aun en sus mayores apuros. Iba en aumento el furor popular contra Minucio y Servilio. El primero se libra de la tempestad, renunciando á su distincion de patricio, y declarándose plebeyo para de allí en adelante. Tan bien le salió este paso, que los tribunos de este año le agregaron al tribunado (Plin. lib. xviii, c. 3). Tito Livio no admite esta antigua tradicion, fundándose en razones poco sólidas. Servilio fué condenado al destierro (Val. Max. lib. v, c. 3); pero, poco después pudo volver á la patria (Cic. pro Domo, c. 32). Así es que, á la sazon, el pueblo pudo mas que el senado en la eleccion de los próximos magistrados. Otra vez se decidió que se nombrarian tribunos militares. Pero el pueblo tampoco eligió mas que á patricios, y hasta nombró á L. Quincio Cincinato, hijo del dictador, cuya administracion habia promovido sin embargo tantas quejas.

Tribunos militares: Mam. Emilio Mamercino, L. Quincio Cincinato, y L. Julio Julo, entran el 13 de diciembre romano del 317, 3 de enero juliano del 437.

438-437. La energía de los tribunos del año anterior, en cuyo tribunado cayó el mes de febrero de este año, su habilidad en apasionar al pueblo sobre la muerte de Melio, movieron á los pontífices á hacer mas corta la administracion de esos tribunos, omitiendo la intercalacion en el mes de febrero de este año civil. La colonia romana de Fidenas se pasa á los veyos, dándose á su rey Lars ó Larsio Tolumnio. Esta colonia quiere privarse por medio de un crímen toda esperanza de reconciliacion con la metrópoli, asesinando de órden de Tolumnio en Fidenas á cuatro mensageros enviados por la república para enterarse de los motivos de su defeccion. El senado les hace levantar estátuas en el foro, y se prepara á la guerra, sin manifestarse oposicion para el nombramiento de cónsules.

Cónsules: M. Geganio Macerino III, y L. Sergio Fidenas, entran el 13 de diciembre romano del 318, 23 de diciembre juliano del 437.

Sexto dictador: Mam. Emilio Mamercino.—437-436. Sangrienta batalla entre el cónsul Sergio y Tolumnio. Alcanzaron la victoria los romanos, pero tan cara costó, que el senado creyó conveniente nombrar un magistrado supremo. Dictadura de Mam. Emilio Mamercino, el cual nombra por su lugarteniente á L. Quincio, hijo del célebre Cincinato, y tribuno militar el año anterior. Victoria de Emilio. A. Cornelio Coso, tribuno de una legion, lleva los segundos despojos ópimos, por haber dado muerte en la refriega á Tolumnio, rey de los veyos. Rómulo habia ganado los primeros matando tambien con su propia mano á Acron, rey de los ceninios. Pasando después de la batalla Cornelio Coso el Tíber con la caballería, fué á talar la tierra de los veyos, volviendo luego á Roma, y asistiendo al triunfo del dictador (Tito Livio). De suerte que la batalla y el triunfo fueron en verano ó en otoño, pues Coso no hubiera podido pasar en invierno el Tíber con la caballería, porque en esta estacion venia harto caudaloso, segun dice Plinio (lib. iii, cap. 5). Triunfo de Mam. Emilio Mamercino sobre los veyos á 13 de setiembre romano del siguiente año 318, 7 de octubre juliano del 436 antes de Jesucristo, y por consiguiente, antes de las lluvias abundantes y de la crecida del rio (Fast. Capit. y el comentario de Habne).

Cónsules: M. Cornelio Maluginense, y L. Papirio Craso, entran el 13 de setiembre romano del 319, 4 de enero juliano del 435.

435-436. Guerra con veyos y faliscos que se encierran en sus ciudades. No pudiendo los romanos sitiarlos por las enfermedades que contrae el ejército, se limitan á correr la tierra. Queria el tribuno Sp. Melio servirse del nombre que tenia para renovar la acusacion de calumnia contra Minucio, y pedir la confiscacion de bienes de Servilio, matador de Melio. El pueblo no hizo caso. Se vieron prodigios espantosos; hubo terremotos, siguieron las enfermedades, y se hicieron plegarias públicas.

Cónsules: C. Julio Julo II, y L. Virginio Tricosto, entran el 13 de diciembre rom. del 320, 25 de diciembre jul. del 435.

Séptimo dictador. Q. Servilio Prisco Fidenas.—435-434. Siguiendo el azote de la pestilencia, para aplacar la cólera de los dioses, los romanos envian á buscar á Etruria histriones que bailaban á son de flauta. En esta época principiaron en Roma los juegos escénicos. Unidos los veyos con los fidenatos (ó fidenates) pasan el Anio, y van á acampar debajo los muros de Roma. Dictadura de Q. Servilio Prisco que nombra por su lugar teniente á Post. Ebulio Elva Corcense. Salen todos los romanos aptos para las armas. El dictador fuerza á los enemigos á que se retiren y se encierren en Fidenas, sitiando la ciudad. Y, aunque esta estuviese muy fortificada y provista de víveres, por medio de la mina y ataques falsos pudo penetrar en el fuerte y tomar la plaza. Se comenzó en Roma un padron que no fué concluido, siendo el primero que no se hizo al aire libre. Los censores C. Turio Pacilo y M. Geganio Macerino, acababan de inspeccionar el local construido en el campo de Marte á expensas de la república para el empadronamiento de los ciudadanos.

Cónsules: C. Julio Julo III, y L. Virginio Tricosto II, entran el 13 de diciembre rom. del 321, 15 de diciembre jul. del 434.

Octavo dictador. Mam. Emilio Mamercino II.—434. Liga de los pueblos etruscos, provocada por los veyos y faliscos, que, temiendo por su independencia, al ver dueños de Fidenas á los romanos, procuran reunirlos á todos con el objeto de apoderarse otra vez de la misma ciudad. Los romanos eligen dictador á Mam. Emilio Mamercino, y este nombra lugarteniente suyo á A. Postumio Tuberto. Pero, no teniendo por conveniente la junta de los etruscos el guerrear con los romanos, pudo el dictador dedicarse á los ne-

gocios civiles. Da Emilio una ley para la reduccion de la censura á diez y ocho meses, cargo que duraba cinco años, y el pueblo recibió la ley con entusiasmo. Solo la llevaron á mal los censores C. Furio y M. Geganio. En el empadronamiento que estaban terminando cuando abdicó Emilio la dictadura, le reconvienen por haber amenguado la dignidad de una magistratura romana, y en su consecuencia le mudan de tribu, le quitan el derecho de votar en los comicios, é imponen además sobre sus bienes una contribucion ocho veces mayor de lo que correspondia (Tit. Liv. lib. IV, c. 24 y lib. IX, c. 34). Tanto irritó al pueblo la conducta de estos censores, que apenas pudo contenerle toda la autoridad del mismo Emilio. Persistiendo los tribunos del pueblo en su oposicion á elecciones consulares, obtienen por fin del senado que se nombren tribunos militares. Pero, el pueblo eligió tambien patricios para estos cargos. Lustro duodécimo, siendo los que se celebraron mas adelante una prueba de que en este año se hizo el que consignamos. Morny in Acad. Trime.

Tribunos militares: M. Fabio Vibulano, M. Foslio Flaccinator, y L. Sergio Fidenas, entran el 13 de diciembre rom. del 322, 4 de diciembre jul. del 433.

433. Enfermedades contagiosas en Roma, y como impiden el trabajo agrícola, ocasionan carestía. Se vota un templo á Apolo, dios de la salud. Consultados los libros sibilinos, los decemviros ordenan varias ceremonias religiosas. Como la epidemia continuó todo el año, el senado no pudo ocuparse en el restablecimiento del consulado, y se nombraron tribunos militares.

Tribunos militares: L. Pinario Mamercino Rufo, L. Furio Medulino Fuso, y Sp., Postumio Albo Regilense, entran el 13 de diciembre rom. del 323, 24 de noviembre jul. del 432.

433-432. Solo durante este tribunado militar cesó la pestilencia (Tit. Liv.). De suerte, que aun seguia el azote por el mes de febrero de este año civil, correspondiente al tribunado anterior. Debe suponerse que ese año tan infausto los pontífices omitieron la intercacion. Júntanse los pueblos etruscos para tratar de guerra; y bien que los diputados veyos insistieron sobre el peligro que todos corrian, se quedó en que, hasta transcurrido un año no se volveria á deliberar acerca de este negocio. Quéjanse los tribunos de la preferencia que sabian conseguir siempre los patricios para el tribunado militar, aun cuando aspiraran á esta dignidad los plebeyos mas celosos por el bien del pueblo. Proponen los tribunos del pueblo una ley prohibiendo que los aspirantes al tribunado militar llevasen harto blanco el vestido para darse á conocer en los comicios. Á pesar de la oposicion del senado que la tenia por contraria á los intereses patricios, la ley quedó autorizada. Temeroso el senado de que con motivo de la efervescencia promovida por esa ley podrian salir elegidos plebeyos por el pueblo, dió un senatus-consulto en que se prevenia que en las elecciones del año próximo se nombrarian cónsules á fin de oponerse mejor á ecuos y volscos, que iban á hacerles la guerra, segun así decian los latinos y hernicos.

Cónsules: T. Quincio Peno Cincinato, y C. Julio Mento, entran el 13 de diciembre rom. del 324, 14 de noviembre jul. del 431.

Noveno dictador. A. Postumio Tuberto.—430 y 431. Ecuos y volscos acampan en tierra de Algida. Fué de admirar su disciplina y el ingenio con que sabian fortificar sus campamentos; de suerte que, á fuerza de pelear con los romanos, habian aprendido el arte de la guerra. Por los temores que inspiran y la pública desavenencia entre los cónsules, declara el senado que urge nombrar un dictador. Divididos los cónsules en lo concerniente á la administracion, pero unidos para conservar su autoridad, se resisten al voto del senado con tal obstinacion, que, atendidos los progresos del enemigo, hubo un senador que invocó el auxilio de los tribunos del pueblo. Estos manifiestan que si los cónsules no acceden á lo que les pide el senado, ellos los mandarán poner presos. Por suerte hubo de decidirse cuál de los dos cónsules nombraria al dictador; pues tampoco en esto pudieron avenirse. T. Quincio nombra á Postumio Tuberto, y el dictador hace lugarteniente suyo á L. Julio Julo. El dictador alcanza una señalada victoria á 18 de junio romano del siguiente año 324 (Ovid. lib. VI Fast. v. 723 y sig.) 15 de mayo jul. del 430 antes de Jesucristo. Triunfo y abdicacion de Postumio, el cual habia condenado durante la campaña á su hijo, bien que este fuera vencedor, por haber salido de su posicion y acometido á los enemigos antes de recibir la órden para ello (Val. Max. lib. II, c. 7; Aulogelio, lib. I, c. 13 y lib. XVII, c. 21). Tito Livio pone en duda sin fundamento esta sentencia de Postumio.

Cónsules: L. Papirio Craso, y L. Julio Julo, entran el 13 de diciembre rom. del 325, 4 de noviembre jul. del 430.

430-429. Vistas las disensiones entre los cónsules del año anterior, y su resistencia al senado, los pontífices no habian puesto la intercalacion en el mes de febrero del año civil correspondiente á su consulado, para que fuese mas corto el tiempo de su gobierno. Se otorgan á los ecuos ocho años de tregua, para ofrecer la sumision; dividiéronse entre sí los volscos por haber querido unos la guerra y la paz otros. Los cónsules dan una ley para que se paguen en dinero las multas que hasta entónces se pagaban en ganado. Estaban preparándola los tribunos, y al saberlo los cónsules, la dieron ellos primero, seguros de que el pueblo la habia de recibir con mucho gusto. Siempre quitaban así prestigio á los tribunos.

Cónsules: L. Sergio Fidenas II, y Hosto Lucrecio Tricipitino, entran el 13 de diciembre romano del 326, 15 de noviembre juliano del 429.

429-428. Por la paz de que gozaba Roma, y la consideracion que supieron grangearse los cónsules con su habilidad, prolongaron los pontífices su magistratura, añadiendo una intercalacion al febrero de este año civil, que cayó en su consulado, durante el cual nada mas ocurrió que sea de notar.

Cónsules: A. Cornelio Coso, y T. Quinc. Peno Cincinato II, entran el 13 de diciembre romano del 327, 27 de noviembre juliano del 428.

428-427. Invaden los veyos el territorio romano, y los fidenatos sufren la pena por haberse sospechado que los habian ayudado. Seguía extraordinaria y contagio. El senado encarga á los ediles la mayor vigilancia para que no se introduzcan cultos extranjeros. El año civil siguiente, con el que coincidió este consulado, no era intercalar; así es que no hubo para qué quitarle intercalacion.

Cónsules: C. Servilio Estructo Ahala, y L. Papirio Mugilano II, entran el 13 de diciembre romano del 328, 17 de noviembre juliano del 427.

427-426. Guerra al objeto de castigar á los veyos. Anuncian los tribunos que si el senado solo declara la guerra, se opondrán al alistamiento de soldados, consiguiendo que se atienda para ello al voto del pueblo, que opta unánimemente por la guerra. Pero decidió al mismo tiempo el pueblo que la direccion de la guerra se encargase á tribunos, y que en vez de cónsules habria el año siguiente tribunos militares.

Tribunos militares: T. Quincio Peno Cincinato, C. Furio Fuso Pacilo, M. Postumio Albo Regilense, y A. Cornelio Coso, entran el 13 de diciembre romano del 329, 30 de noviembre juliano del 426.

Décimo dictador. Mam. Emilio Mamercino III. — 426-425. Queda A. Cornelio Coso para guardar á Roma, y los otros tres tribunos militares salen para mandar el ejército contra los veyos. Como todos eran generales independientes, no supieron estar unidos, teniéndose envidia unos á otros, de suerte que las órdenes eran contradictorias y se neutralizaban entre sí. Vencen los veyos, participando á los demás pueblos que han derrotado á tres generales romanos. Los fidenatos se sublevan, matan á los colonos romanos, y parten para el ejército de los veyos. No estaba Roma acostumbrada á derrotas, y desea un dictador. Nacen dudas sobre si la religion permite á los tribunos militares el nombrarle, pero los augures declaran que no les está vedado. Mam. Emilio Mamercino es elegido dictador por tercera vez. El haberle querido afear los censores, no impidió el que de nuevo fuese elevado al cargo supremo. Nombró por lugarteniente á A. Cornelio Coso, el mismo que le habia proclamado dictador. Fidenas es el teatro de la guerra; y creyendo la ínfima plebe de esta ciudad que asustaria á los romanos, sale durante la batalla, y se precipita por entre las legiones con teas encendidas. Pero, vence el dictador: se apodera del campamento enemigo y de la ciudad que reduce á escombros, yendo á Roma á celebrar el triunfo, y abdicando la dictadura diez y seis dias después de haberla recibido.

Tribunos militares: A. Sempronio Atratino. L. Quinc. Cincinato II, L. Furio Medulino Fuso II, y L. Horacio Barbato, entran el 13 de diciembre romano del 330, 19 de noviembre juliano del 425.

425-424. Se concede á los veyos tregua por veinte años y por tres á los ecuos, bien que estos la pidiesen mas larga.

Tribunos militates: Ap. Claudio Crasino Regilense, Sp. Naucio Rutilo, L. Sergio Fidenas II, Sex. Julio Julo, entran el 13 de diciembre romano del 331, 1.° de diciembre juliano del 424.

424-423. Los tribunos del pueblo pronuncian arengas á fin de moverle á elegir plebeyos para el tribunado militar. Le dicen que solo el vivo deseo de su bien puede animarles á que así se expongan á la venganza de los patricios, prontos siempre á ensañarse contra los defensores del pueblo. Aplaudia el pueblo los discursos de sus tribunos, presentándose ya por candidatos al tribunato militar plebeyos muy distinguidos, anunciando leyes agrarias, establecimiento de colonias y salario para los soldados pagado por medio de una contribucion sobre las fincas. El senado aprovechó el momento en que el pueblo y los tribunos estaban fuera de la ciudad, para expedir un senatusconsulto que ordenaba á los tribunos militares que marchasen inmediatamente, por si era cierta la noticia que acababan de traer de que habian entrado los volscos en el territorio de los hernicos, y que entretanto se nombrarian cónsules en las próximas elecciones. Al saber á su vuelta á la ciudad los tribunos el secreto del senado, no se opusieron á él por creer que era ya tarde. Los samnitas, después de haberlos albergado unos etruscos en Capua, en la que se habian establecido, degüellan á sus huéspedes en la cama, y se apoderan de la ciudad. Celébrase el lustro décimo tercero, mandando ya los cónsules, y bien que no le menciona Tito Livio, los siguientes indican que tuvo lugar.

Cónsules: C. Sempronio Atratino, y Q. Fabio Vibulano, entran el 13 de diciembre romano del 332, 21 de noviembre juliano del 423.

423-422. Vemos en Tito Livio que estos cónsules tomaron posesion de sus cargos á 13 de diciembre romano. Por consiguiente el año consular, desde el 311, que fué cuando se fijó en este dia civil, segun Dionisio, no sufrió variacion. Guerra de los volscos. Mucho mas cautos estos que antes, procuran no ceder á los romanos en disciplina y constancia; mas el cónsul C. Sempronio, encargado de la direccion de esta guerra, fia en la fortuna de Roma, y deja que se aflojen los resortes de la subordinacion. Iba á quedar Sempronio derrotado, cuando el plebeyo Sex. Tempanio, mandó á la caballería, sin embargo de no tener mas que el grado de decurion, que echase pié á tierra, y restableció el combate. Hasta la noche duró la batalla, y quedó indecisa, abandonando ambos ejércitos sus campamentos, por figurarse los dos á un tiempo que habian sido vencidos. Pero, Tempanio pasó la noche en el campo de batalla, y no hallando á nadie al dia siguiente en el real del cónsul, se fué camino de Roma. La encontró tan consternada, que todo estaba lleno de guardias. Validos de la explosion de ira general manifestada contra Sempronio, los tribunos del pueblo, que habian acusado á M. Postumio y á T. Quincio de haber ocasionado con sus divisiones, en su tribunado militar del año 329, la derrota del ejército, renuevan su acusacion, alegando que Sempronio hubiera andado con mas prudencia sin la impunidad de los dos tribunos militares. Un tribuno llamado C. Junio, pregunta á Tempanio, que se hallaba en los comicios, si cree que Sempronio haya hecho su deber. Tempanio respondió modestamente que no parecia bien en un soldado el juzgar las operaciones del general, y que como ciudadano tampoco le sentaria mejor el dudar de su talento, reconocido por el pueblo, pues que le eligió para el mando. Sus palabras salvaron á Sempronio. Todo cargó sobre Postumio, á quien condenaron á una multa de diez mil ases. Quincio fué absuelto por consideracion á sus hazañas contra los volscos, estando á las órdenes del dictador Postumio Tuberto, á su valor en la batalla de Fidenas, siendo dictador Emilio Mamercino, y además, por respeto á la memoria de su padre Cincinato. Solo que por lo general que era el descontento contra los cónsules de este año, no propuso el senado otros para el siguiente, nombrándose tribunos militares.

Tribunos militares: L. Manlio Vulso Capitolino, Q. Antonio Merenda, L. Papilio Mugilano, y L. Servilio Estructo, entran el 13 de diciembre romano del 333, 11 de noviembre juliano del 422.

422-421. La desgracia de Sempronio, y el terror que causó el mal éxito de su campaña, movió á los pontífices á hacer mas corto el año de su consulado, omitiendo la intercalacion del febrero de este año civil. Eligen tribuno del pueblo á Tempanio; eligiendo igualmente por colegas suyos á los otros tres romanos nombrados capitanes por la caballería en el trance mismo de la batalla, y á propuesta de Tempanio. L. Hortensio, quinto tribuno, acusa á Sempronio, luego de salir del consulado. Sus cuatro colegas, de quienes acabamos de hablar, le ruegan les evite la pena de ver á su general así encausado. Como no se avenia en lo que le pedian sus compañeros de mando, y como por otra parte no querian emplear su autoridad y prestigio en impedir un fallo del pueblo romano, le manifestaron que tambien se presentarian los cuatro ante el pueblo como acusados, mientras el que habia sido su jefe en la guerra, estuviese bajo el peso de una acusacion criminal. Hortensio cedió, y desistió de la acu-

sacion (Liv. lib. IV, cap. 42; Valer. Max. lib. VI, capítulo 5).

Cónsules: T. Quincio Capitolino Barbato, y Num. Fabio Vibulano, entran el 13 de diciembre romano del 334, 22 de noviembre juliano del 421.

421-420. Por lo bien que se habian portado los tribunos del pueblo tocante á la cuestion de Sempronio, haciendo que no quedase menoscabada la dignidad consular, añadirian los pontífices una intercalacion al mes de febrero de este año civil. Se encarga de la guerra contra los ecuos el cónsul Num. Fabio, por haberse estos envalentonado con el éxito de la postrera batalla de los volscos, aunque fuera tan dudoso. Huyeron los ecuos antes de trabarse la lid, no mereciendo por esto la victoria de Fabio los honores del triunfo: con todo, para borrar la mancha de la campaña de Sempronio, se le concedió la ovacion. Desavenencias entre el senado y los tribunos del pueblo. Habian propuesto los cónsules una ley á fin de que fuera doble el número de cuestores, añadiendo á los dos de la ciudad otros dos que estuviesen encargados, bajo la dependencia de los cónsules, de la administracion de caudales durante la guerra, y piden los tribunos que estos empleos se hayan de repartir entre plebeyos y patricios, pues hasta entónces solo para estos era la cuestura. Por mas que hizo el senado, bien que ofreciera dejar al arbitrio del pueblo la eleccion de patricios ó de plebeyos para cuestores como sucedia con la eleccion de tribunos militares, no pudo vencer la oposicion del tribunado. Los cónsules abandonan su ley; pero, los tribunos la toman entónces como cosa suya, añadiendo la demanda de las leyes agrarias. Como esto hacia desear mas vivamente al senado que el año siguiente hubiera cónsules, por lo mismo los tribunos trataban con mas ahinco de que hubiese tribunado militar; y no transigiendo ninguno de los dos partidos, como la oposicion tribunicia ponia su voto á todo senatus-consulto, el año consular feneció sin que se procediese á nombrar ni cónsules ni tribunos militares, y hubo interegno.

Interegno: comienza el 13 de diciembre romano del 335, 4 de diciembre juliano del 420.

420-419. Refiere Tito Livio que los tribunos del pueblo impedian á los patricios hasta el reunirse para nombrar interey, y que cuando llegaban á nombrarle, se oponian á que el jefe interino solicitase del senado ninguna disposicion concerniente á elecciones de cónsules; pasando así casi gran parte del año siguiente en mútuas reconvenciones y esfuerzos, hasta que nombrado interey L. Papirio Mugilano, á fuerza de echar en cara á senadores y á tribunos su obstinacion, tuvo la suerte de conciliarlos. Accedió el senado al nombramiento de tribunos militares en lugar de cónsules, y los tribunos por su lado abandonaron la idea de tener siempre en la cuestura á dos plebeyos sobre cuatro cuestores, bien que se resolvió que el pueblo podria elegir indistintamente, y con entera libertad, á individuos de ambas clases. Tenemos pues que este año civil, el 334 de Roma, no corresponde á ningun consulado ni tribunado militar. En efecto, los cónsules del año anterior fueron instalados, segun el mismo Tito Livio, á 13 de diciembre romano (véase el año 331); luego terminó su administracion en 12 de diciembre romano de este año, y por lo mismo, no quedaban ya mas que diez y siete dias de este año civil cuando acabó su consulado. Pero, el interegno, cual le describe Tito Livio, duró á buen seguro mas que diez y siete dias; hasta duró muchos meses (véase el año que sigue). Es pues evidente que en este año civil no hubo nombramiento de cónsules ni de tribunos militares; que los cónsules que anteceden son pertenecientes al 333 de Roma, y al 335 los tribunos militares siguientes, y que por consiguiente este año de 334 no puede designarse, segun Tito Livio, con ningun consulado ó tribunado militar, debiendo estar señalado únicamente con un interegno. Se infiere de otros pasajes de Tito Livio, único autor que ha llegado hasta nosotros relativamente á la historia de los años que nos ocupan, que con motivo de este interegno cuenta un año de mas en la cronología de Roma, y esta manera de compulsar se halla confirmada por otros monumentos (véase los años 348 y 363) sin que un solo autor la contradiga; de suerte que es extraño que ningun cronólogo moderno se haya parado en esto, resultando de aquí dificultades insolubles para hacer concordar los años consulares de Roma con los civiles.

Tribunos militares: T. Quincio Peno Cincinato II, M. Manlio Vulso Capitolo, L. Furio Medulino III, y A. Sempronio Atratino II, entran el 13 de octubre romano del 336, 25 de setiembre juliano del siguiente año 419.

419-418. Acabamos de decir que el interegno se prolongó mucho mas allá de los diez y siete dias que faltaban del año que precede. No cabe duda en que tambien en este duró á lo menos hasta la estacion propia para entrar en campaña; pues, entre las reconvenciones dirigidas por el interey Papirio Mugilano á senadores y tribunos del pueblo, leemos en Tito Livio lo que sigue: «vuestras querellas comprometen la república, que ya no se sostiene sino porque los veyos tienen á bien el no faltar á la tregua, y porque los ecuos andan harto irresolutos.» Luego era Papirio de parecer que no impedia la estacion á veyos y ecuos el guerrear contra los romanos, y que podia salir á campaña antes que se hubiesen nombrado todavía los que habian de ponerse á la cabeza del ejército. Aun mas; hablando Tito Livio de las disensiones del año anterior entre tribunos y patricios, y del interegno que ocasionaron, dice expresamente, que se pasó en estas disputas la mayor parte del siguiente: «pars major insequentis anni.» Si duró la mayor parte del año, hubo de prolongarse mas allá de los seis meses primeros del que nos ocupa, y solo después de los mismos pudo tener lugar el nombramiento é instalacion de los tribunos militares. Fijamos esa instalacion á 13 de octubre, y al hablar del año 343 diremos y expondremos las razones en que nos fundamos. Elecciones de cuestores, en las que se presentan candidatos el hijo de L. Antistio, y el hermano de Sex. Pompilio, tribunos del pueblo. El pueblo no eligió á los dos plebeyos, y viéndose desairados sus tribunos, echan en cara al tribuno militar A. Sempronio, bajo cuya presidencia se habian hecho las elecciones, maniobras de mala ley. Como su elevacion le hacia por entónces muy fuerte, hubo de recaer la indignacion sobre C. Sempronio, que era su tio paterno. Acusaron á este ex-cónsul los dos tribunos, junto con su colega M. Canuleyo, de haber causado la derrota de los romanos en la guerra de los volscos. Como C. Sempronio se habia mostrado constantemente tenaz enemigo de las leyes agrarias, los tribunos presentaron de nuevo dichas leyes á la deliberacion del senado, con la idea de desprestigiarle en el alto cuerpo si opinaba á favor, y de hacerle mas odioso al pueblo, si seguia contrario á ellas en momentos en que iba á ser juzgado por el mismo. C. Sempronio prefirió la consecuencia política á los intereses de su defensa. Opúsose con el mismo ardor á la reparticion de tierras, y el pueblo le condenó á una multa de quince mil ases. Fue

acusada una vestal, y no hubo pruebas suficientes para condenarla; pero, se recomendó al sumo pontífice que la recordase sus deberes, á fin de que fuese reservada en sus modales, y tan decente en el vestir como correspondia á personas consagradas al culto de los dioses. Los campanios toman á los griegos la ciudad de Cumas.

Tribunos militares: Agripa Menenio Lanato, Sp. Naucio Rutilo, P. Lucrecio Tricipitino, y C. Servilio Axila, entran el 13 de octubre romano del 337, 15 de setiembre juliano de 418.

418-417. La impetuosidad de carácter de los últimos tribunos del pueblo, indispuestos con los tribunos militares y con el senado, la condenacion de un antiguo cónsul, el proceso de una vestal, que sin ser condenada á muerte fué no obstante reconvenida por su poca rigidez de costumbres, darian motivo á los pontífices para omitir la intercalacion que correspondia al febrero de este año civil que coincidió con el tribunado anterior. Conspiracion de esclavos para prender fuego á Roma y apoderarse del Capitolio. Fué descubierta y castigada. Los esclavos que la denunciaron fueron recompensados con la libertad y una suma de diez mil ases, cantidad muy crecida en aquella época, dice Tito Livio. Agitaciones de los ecuos para la guerra, disponiéndose al parecer los lavicanos por la vez primera á aliarse con ellos contra Roma. Los tusculanos fueron encargados de vigilar á estos últimos, con motivo de haber contestado ambiguamente á unos mensajeros enviados por el senado á fin de penetrar sus intenciones.

Tribunos militares: M. Papirio Mugilano, C. Servilio Axila II, y L. Sergio Fidenas III, entran el 13 de octubre romano del 338, 26 de setiembre juliano del 417.

Undécimo dictador. Q. Servilio Prisco, Fidenas II. — 417-416. Por haberse en el tribunado anterior descubierto la conjuracion de los esclavos, lo que, segun Tito Livio, atribuyeron los romanos á la proteccion de los dioses, considerarian los pontífices que aquel año civil era fausto, y añadieron una intercalacion al mes de febrero, correspondiente al tribunado militar que antecede. Llegan mensageros tusculanos con la noticia de que los ecuos, aunados con los lavicanos se hallan cerca de Algida. Sale un senatusconsulto, previniendo que dos tribunos militares se pongan á la cabeza del ejército, y que se quede el otro para atender á la defensa de Roma. Como todos ambicionaban el mando del ejército, surgen desavenencias entre los tribunos, pero Q. Servilio dice á su hijo C. Servilio que ceda á sus colegas, y se contente con el gobierno de la ciudad. Los dos tribunos no supieron entenderse entre sí en campaña, llegando al extremo de tener que intervenir los jefes de las legiones, y hacer que mandasen un dia cada uno, y así alternativamente. L. Sergio da la batalla un dia en que le tocaba el mando; es derrotado y abandona el campamento. Los restos del ejército se refugian en Túsculo, y de allí se van á Roma. Aterrados los romanos, nombran dictador á Q. Servilio Prisco, el vencedor de Fidenas, y este toma por lugarteniente, ó por general de la caballería, que era lo mismo, á su hijo C. Servilio Axila. Vence Servilio, apoderándose del campamento enemigo, y dejando que los soldados se repartiesen el botin. Toma por asalto la ciudad de los lavicanos, en la cual se habian refugiado los vencidos. Vuelve Servilio á Roma, y abdica después de tener la dictadura solo ocho dias. Sale un senatusconsulto ordenando el establecimiento de una colonia de lavicanos, para contrarestar á los tribunos que pedian leyes agrarias. Á mil quinientos ciudadanos subió el número de los que fueron por allá, y á cada uno se dieron dos yugadas de tierra. Lustro décimo cuarto. Los Fastos Capitolinos señalan en este lustro, que hubiera debido celebrarse en el año anterior de 336, el nombre del censor L. Papirio, ignorándose quién era colega suyo.

Tribunos militares: P. Lucrecio Tricipitino II, L. Servilio Estructo II, Agripa Menenio Lanato II, y Sp. Veturio Craso Cicurino, entran en 13 de octubre romano del 339, 8 de octubre juliano del 416.

416-415. Los tribunos del pueblo renuevan las antiguas discordias sobre leyes agrarias.

Tribunos militares: A. Sempronio Atratino III, M. Papinio Mugilano II, Q. Fabio Vibulano, y Sp. Naucio Rutilo II, entran el 13 de octubre romano del 340, 28 de setiembre juliano del 415.

416-415. Sp. Mecilio, tribuno del pueblo, por cuarta vez, segun T. Livio, y Sp. Metilio, por tercera, lo que indica que habia comenzado su cargo en el año 336 de Roma, propusieron una ley al objeto de que todas las tierras que se habian conquistado á los enemigos fuesen repartidas á los ciudadanos. Por consejo de Apio Claudio, nieto del célebre decemviro, consiguió el senado con halagos y manejos el separar á seis tribunos del partido que queria la ley, convirtiéndolos de partidarios de la misma, en opositores.

Tribunos militares: P. Cornelio Coso, Q. Quincio Cincinato, C. Valerio Potito Voluso, y N. Fabio Vibulano, entran el 13 de octubre rom. del 341, 10 de oct. jul. del 414.

414-412. Los romanos toman á Volas, ciudad que dependia de los ecuos, porque sus habitantes perjudicaban con sus correrías en el territorio de Lávicos á la colonia romana recien establecida en ese punto. El tribuno L. Sextio propone una ley con objeto de poner en Volas una colonia romana como en Lávicos. Seducidos sus compañeros de tribunado por el partido de la nobleza, declaran que se opondrán á toda ley ó plebiscito que no tuviere la autorizacion del senado.

Tribunos militares: Q. Fabio Vibulano II, N. Cornelio Coso, P. Postumio Albo Regilense, y L. Valerio Potito, entran el 13 de oct. rom. del 342, 21 de oct. jul. del 413.

412-411. Al ver los pontífices que la mayoría de los tribunos de la plebe se oponia á las miras de su colega L. Sextio, prolongaron su tribunado, añadiendo la intercalacion en el febrero de este año civil. Los ecuos vuelven á tomar á Volas, y ponen en ella una colonia suya. Guerra con los ecuos, dirigida por P. Postumio, general severo, y de carácter inflexible. Postumio toma á Volas mal defendida por los ecuos; y después de haber prometido el botin á los soldados, falta á su palabra; por lo cual murmuró altamente la tropa. Llamado á Roma, á fin de resistir con sus colegas á L. Sextio, empeñado en el negocio de las leyes agrarias, se hizo aun mas odioso al pueblo. Como dijera su tio en una arenga que los que habian conquistado á Volas, eran dignos de poseer sus tierras, se levanta Postumio y le responde: « ¡Ay de mis soldados, si llegaren á chistar! » Alborótase el ejército al saber estas palabras. De regreso al campamento cree Postumio remediarlo todo con castigos; pero, P. Sextio, su cuestor militar, fué acometido por los soldados y mal herido, muriendo Postumio á pedradas en su mismo tribunal. Sus colegas del tribunado militar quisieron desde luego vengar judicialmente esa muerte: se oponen á ello los tribunos del pueblo, y aun el senado, temeroso de las consecuencias de un proceso en que estaba complicado todo el ejército.

y para no concitar mas la ira popular que iba subiendo de punto con la severidad del gobierno patricio, hizo sobresecer en el negocio, procurando por todos los medios que se eligiesen cónsules. Resueltos los tribunos del pueblo á aprovechar la coyuntura para poner á los plebeyos en posicion de los cargos curules, se oponian al nombramiento de cónsules, y siguiendo todavía las desavenencias fenecido el año consular, hubo interegno.

Cónsules: M. Cornelio Coso, y L. Furio Medulino, entran el 13 de diciembre romano del 343, 1.° de enero juliano del 411.

411-410. El interegno hizo que se retrasara el año consular; y como T. Livio dice (lib. v, cap. 9 y 11) que en el año 353 de Roma comenzaba á 13 de diciembre romano, hubo de fijarse en el mismo dia (13 de diciembre) por el interegno de este año, pues entre los años 442 y 353 nada ocurrió que pudiera hacerle sufrir variacion. Así pues, el año consular se anticipó un año entero con motivo de los dos interegnos del 334 y 341. El interegno del 334, que, segun T. Livio, absorvió la mayor parte del año, fué, á no dudarlo, mas largo que este, y es fuerza poner el principio del consulado del 335 de Roma en los últimos meses del año civil, á fin de que con este segundo interegno, bien que mas corto, pudiera el año consular llegar á 13 de diciembre, en cuyo dia debe ponerse. Esto mismo nos ha inducido á poner el consulado del 335 en 13 de octubre romano (véase los años 334 y 335). Por fin, consiguió el senado que se eligieran cónsules. Así que estuvieron en sus cargos, manda el senado proceder á la instruccion relativa á la muerte de Postumio, viéndose la causa ante las personas á quienes quisiera encargarla el pueblo reunido por sus tribunos. El pueblo delega á los cónsules su potestad judicial, y portándose estos con moderacion, solo encausan á muy pocos individuos, y aun los mas de ellos se anticipan á la sentencia con el suicidio. Murmura el pueblo al comparar la lentitud patricia en el exámen y ejecucion de las leyes favorables para él, con su prontitud en emitir fallos que le son contrarios. Guerra de los volscos que asolaban el país de los hernicos. No encontrando el cónsul L. Furio al enemigo, se apodera de Ferentino, cuyas tierras da á los hernicos. Lustro décimo quinto, que debe consignarse para la regularidad de los siguientes. Como el postrero se habia celebrado el 337 de Roma, hubiera debido serlo este en el año anterior de 342, segun la regla del quinquenio.

Cónsules: Q. Fabio Ambusto, y C. Furio Pacilio, entran el 13 de diciembre romano del 343, 13 de enero juliano del 410.

411-410. Con motivo de haber salido el senado con la suya para el nombramiento de cónsules, de haber quedado vengada la muerte de un patricio que era tribuno militar, y con motivo además de la moderacion de los tribunos del pueblo, modestia tribunorum, como dice T. Livio, prolongaron los pontífices el año civil de 343, que correspondió á la administracion de los cónsules y tribunos que preceden. Nuevas agitaciones tocante á leyes agrarias promovidas por el tribuno L. Icilio, que considera como un deber de familia el interesarse por estas leyes, sostenidas con la mayor entereza por Sp. Icilio, tribuno en el 273. Epidemia en Roma. Icilio no salió con la suya.

Cónsules: M. Papirio Mugilano, y C. Naucio Rutilo, entran el 13 de diciembre romano del 344, 3 de enero juliano del 409.

410-409. Carestía en Roma á consecuencia de la pestilencia del año anterior. Se envian comisionados á varios países para comprar trigo. En Cápua y en Cúmes no pueden hacer ningun acopio, por oponerse los samnitas, dueños de estas ciudades; pero, los tiranos que gobernaban la Sicilia permitieron las compras.

Cónsules: M. Emilio Mamercino, y C. Valerio Potito Voluso, entran el 13 de diciembre romano del 345, 23 de diciembre juliano del 409.

409-408. Trastornos interiores y guerra exterior después del hambre. Ecuos y volscos entran en tierra de latinos y hernicos. El tribuno plebeyo M. Menio se opone á la formacion del ejército á fin de lograr la sancion de las leyes agrarias. Los enemigos toman un fuerte de los romanos. Comprados las colegas de Menio por el senado, le imputan la pérdida del fuerte, declarando que ayudarán á los cónsules para que salga el ejército á campaña. Se niegan no obstante los plebeyos á alistarse, y Valerio tiene que emplear la fuerza y el castigo. El ejército romano toma otra vez el fuerte de que se habian apoderado los enemigos. Dice Valerio que no merecen botin soldados que no salieron de buen grado, aumentando de esta suerte el odio que estos le tenian. Ovacion de Valerio, yendo detrás de él soldados y pueblo, cantando alabanzas al tribuno Menio, y mofándose del cónsul. Contaba Menio que seria elevado al tribunado militar el año siguiente; pero, pudo lograr el senado que se eligieran otra vez cónsules.

Cónsules: N. Cornelio Coso, y L. Furio Medulino II, entran el 13 de diciembre romano del 346, 4 de enero juliano del 407.

408-407. Primeros cuestores plebeyos. De los cuatro nombrados solo uno era noble. Tres individuos de la familia de los Icilios habia en el tribunado del pueblo, y este se vengó en las elecciones cuestorias de haber querido á todo trance los senadores que se nombrasen cónsules y nó tribunos militares. Los Icilios tratan de elevar á las primeras dignidades de la república á los plebeyos. Los ecuos y volscos invaden otra vez el territorio de los hernicos y latinos. Se oponen los tribunos á que se formen las legiones, si primero no queda decretado que para el año próximo se nombrarán tribunos militares. Llega á Roma la noticia de haber entrado otra vez á la fuerza los enemigos el fuerte de que se ha hecho mencion en el año anterior. Pero, no por esto desisten de su idea el pueblo y sus tribunos. Tiene el senado que ceder, y consiente en la eleccion de tribunos militares. Con todo, puso por condicion el senado que no podria ser elegido tribuno militar ninguno de los que en este año eran tribunos del pueblo, queriendo impedir con esto la nobleza los efectos de la popularidad de los Icilios. Los romanos sitian el fuerte que les habian vuelto á tomar los enemigos, y tienen que levantar el sitio, pero toman á los volscos otro fuerte llamado «Verrugo,» y hacen correrías por tierra enemiga.

Tribunos militares: C. Julio Julo, P. Cornelio Coso, y C. Servilio Ahala, entran el 13 de diciembre romano del 347, 25 de diciembre juliano del 407.

Duodécimo dictador. P. Cornelio Rutilo Coso.—407-406. El pueblo no trataba de abusar de sus prerogativas, solo queria que no le fuesen contestadas; así es, que burló las esperanzas de los plebeyos que aspiraban á los primeros cargos eligiendo tambien á patricios. Verdad es que el senado se valió en esta ocasion de un ardid, y fué el propagar candidaturas de plebeyos bajos y deshonrados, las cuales circulaban junto con las de los dignos y bien reputados, y confuso el pueblo dió el voto á los patricios. Ecuos y volscos, movidos por los anciatos, hacen preparativos extraordinarios para la guerra. Ordena el senado que se nombre un dictador; y como C. Julio y P. Cornelio se creen muy

fuertes para sostener la guerra, se oponen á la dictadura. Entónces el senado invoca el auxilio de los tribunos del pueblo, los que contestan con amarga ironía que ellos no son mas que unos pobres plebeyos, apenas tenidos como ciudadanos por la nobleza, indignos de los primeros cargos, y que no son hombres para dar socorro á una corporacion tan alta como el senado, cuya autoridad y cuyo prestigio deben bastar para todo. C. Servilio terminó la disputa. Despues de mostrar por algun tiempo bastante condescendencia para con sus colegas, declara que si el senado insiste en que se elija un dictador, él le nombrará la noche próxima. Dictadura de P. Cornelio Rutilo Coso, que tomó por lugarteniente á C. Servilio Ahala, el mismo que le habia elegido. Bastaron dos ligeros combates para aventar al ejército enemigo. El dictador tala sus tierras, toma un castillo situado sobre el lago Fucino, hace prisionera la guarnicion que tenia de tres mil hombres, y terminada la guerra con poca sangre, se vuelve á Roma y abdica. Resentidos los tribunos militares de que el senado hubiese desconfiado de su aptitud nombrando un dictador, se dan prisa en proceder á la eleccion de otros tribunos militares, á fin de que el senado no consiga el nombramiento de cónsules.

Tribunos militares: C. Valerio Potito Voluso II, C. Servilio Ahala II, L. Furio Medulino, y N. Fabio Vibulano II, entran el 13 de diciembre romano del 348, 15 de diciembre juliano del 406.

406. La resistencia de los tribunos militares á las órdenes del senado, y la negativa de los del pueblo en auxiliarle, fueron causa de que los pontífices omitiesen la intercalacion en el mes de febrero de este año civil de 348 correspondiente á su tribunado. El senado estimuló á los patricios mas ilustres á que se presentasen por candidatos al tribunado militar, volviendo el pueblo á elegir patricios por consideracion al mérito reconocido de los aspirantes, que casi todos habian estado ya en el tribunado. Concluye la tregua concedida á los veyos (Tito Livio). El senado les envia mensajeros para que devuelvan á los romanos las tierras que les tenian. Pero, al participarle los embajadores veyos que ardia entre los veyos la discordia, suspendió el senado la declaracion de guerra, porque no se dijese que se valia de las divisiones de sus vecinos para vencerlos. Otra prueba del interegno puesto en el 334 de Roma. La tregua á los veyos fué por veinte años, y bien que solo autorizada definitivamente por el senado en 329, se remontaba su principio hasta 328, inmediatamente despues de la victoria del dictador Emilio sobre ese pueblo, y de la destruccion de Fidenas. Concluyendo pues los veinte años de treguas en este tribunado militar, segun Tito Livio, es decir, en el de C. Valerio y sus colegas, tenemos que el tribunado militar fué en el 348; y suprimiendo el interegno del 334, este tribunado militar caeria en el 347 de Roma, y por consiguiente no habria fenecido la tregua. Los autores que no han echado de ver ese año de interegno, han creido salvar la dificultad, y restablecer el cómputo de Tito Livio, con decir que la tregua no estaba enteramente acabada, sino que estaba á punto de acabarse. Esto es diametralmente opuesto á Tito Livio, pues bien claro dice: «tempus inducirum cum Veienti populo exierat.» Y ademas, el senado envió feciales á los veyos, que eran heraldos, sacerdotales, ú órganos de la guerra, cuya declaracion solo fué diferida á ruegos de los veyos. Luego el plazo de los veinte años habia espirado, y por lo mismo debe contarse el año de interegno del 334. Los volscos se apoderan otra vez del fuerte de Verrugo, degollando á la guarnicion romana. El senado confió demasiado en el valor de aquella guarnicion, y cuando llegó el ejército, ya habia perecido.

Tribunos militares: P. Cornelio Rutilo Coso, L. Valerio Potito II, N. Cornelio Coso, y N. Fabio Ambusto, entran el 13 de setiembre romano del 349, 4 de diciembre juliano de 405.

405. Á los embajadores romanos que reclaman tierras á los veyos responde el senado de este pueblo que si no salen pronto de su territorio se hará con ellos lo que hizo con otros Lars Tolumnio (véase el año 315). El senado expide una órden para que el pueblo se reuna con sus tribunos á fin de determinar si se declarará la guerra á los volscos. Extenuado el pueblo con tanto guerrear de contínuo, se queja de la nobleza, y no aprueba la medida. Sin embargo, marchan contra los volscos tres tribunos militares. Los dos van talando su tierra, é impiden el que se reunan, y el otro tribuno militar, Fabio Ambusto, pone sitio á Anxur, llamada mas adelante Terracina. Ataque simulado de Fabio por la parte de las lagunas, mientras que C. Servilio Ahala está encargado de tomar una altura y sorprender la ciudad, la que fué tomada por asalto. Fabio hizo cesar la carnicería, mandando salvar la vida á los que se rindiesen. El botin de la ciudad se repartió entre las tres divisiones de los tribunos, pues teniendo ocupado las otras dos al enemigo para que no la socorriera, habian contribuido igualmente al éxito de la empresa. La liberalidad de los tribunos militares comenzó á reconciliar al pueblo con los patricios. El senado alegró aun mas al pueblo decretando espontáneamente que la infantería romana recibiria en adelante sueldo de la república, habiendo tenido que servir hasta entónces á sus expensas, arruinándose no pocas veces con los préstamos que habia de tomar, y hasta dejando incultas sus tierras para ir á derramar su sangre por la patria. Grande fué el júbilo del pueblo. Se crea una contribucion para atender al pago de la tropa. No miran con buenos ojos los tribunos del pueblo la reconciliacion, y se oponen al impuesto. Dan los senadores el ejemplo, enviando cada cual al erario la parte que segun sus bienes les correspondia. Esto arrastró á todos, y al mismo pueblo, quedando así paralizada la oposicion tribunicia. Antes de que se diera sueldo, se reducia la guerra á correrías, pero en adelante las guerras de los romanos son mas largas y mas trascendentales.

Tribunos militares: C. Julio Julo II, M. Emilio Mamercino, T. Quincio Capitolino Barb., L Furio Medulino II, Q. Quincio Cincinato, y A. Manlio Vulso Capitolino, entran el 13 de diciembre romano del 350, 6 de diciembre juliano del 403.

403. El sitio de la capital de los veyos, que se emprendió con actividad, no puede seguir con la misma energía, por haber destacado buena parte de los sitiadores contra los volscos, á quienes ganan una batalla los romanos. Estos asedian á Artena, rechazando una salida de los volscos guarecidos en ella. Un esclavo traidor enseña á los romanos un punto, por el cual trepan, y la ciudad es tomada y arrasada: volviendo otra vez todas las tropas al sitio de la capital de los veyos. El esclavo fué galardoneado con la libertad, y además con los bienes que habian pertenecido á dos buenas familias de Artena.

Tribunos militares: M. Emilio Mamercino II, M. Furio Fuso, Ap. Claudio Crasino, L. Julio Julo, M. Quintilio Varo, y L. Valerio Potito III, entran el 13 de diciembre romano del 352, 19 de diciembre juliano del 402.

403-402-401. Cansados los veyos del régimen republicano, eligen un rey. Los demás pueblos etruscos, enemigos de la monarquía, se niegan á socorrer

á los veyos, mientras estuvieron bajo la dominacion de uno solo. Con todo, atendida la importancia de su capital, no cuentan con entrarla á fuerza, pero confian en la continuacion del bloqueo. Los generales dispusieron que los soldados estarian en todas las estaciones, bajo de tiendas de campaña, en derredor de la ciudad. Es la primera vez que los romanos pasan todo el invierno en el campamento. Los tribunos del pueblo pronuncian discursos contra la nobleza, diciendo que esta habia acordado asalariar al ejército para tener á los plebeyos fuera de Roma, condenados como esclavos á un trabajo contínuo, apartados de los negocios públicos, y que el recibir sueldo de ese modo, es vender la libertad. El tribuno militar Apio Claudio contiene al pueblo manifestándole que sus tribunos reprueban todo beneficio que no les viniese de ellos mismos, y habla de la conveniencia de la guerra, de la necesidad de la continuacion de un bloqueo para que produjese buenos resultados contra un pueblo indómito, y se extiende además sobre la disciplina militar. Los veyos prenden fuego en una salida á las máquinas de batir, y quitan la vida á muchos romanos, ocasionando esta desgracia la preponderancia de Apio sobre los tribunos. Ciudadanos bastante ricos para entrar en el órden ecuestre, pero á quienes los censores no habian señalado todavía caballo mantenido á expensas de la república, para servir en la guerra, ofrecen procurárselo de su cuenta, y salir á campaña á costa suya. Los demás plebeyos ofrecen noblemente cualquier servicio extraordinario, con la promesa de permanecer en el sitio todo el tiempo que fuere necesario. Agradecido el senado, ordena que aquel servicio voluntario se contará como si fuese regular y obligatorio. Formóse así un nuevo ejército, que fué conducido al sitio, restableciendo con prontitud las obras que habian sido destruidas (T. Livio, Plutar. Floro). Los Fastos Capitolinos consignan el lustro décimosexto, y por lo mismo son necesarios los que hemos ido mencionando. Fué celebrado en el año civil de 353, en el cual caía este tribunado militar. En el fragmento de los Fastos, tan solo se halla el nombre de un censor, el de M. Postumio Albino Regilense, pero consta que Camilo era colega suyo (Val. Máx. lib. II, c. 9). Instituciones notables de estos censores. Impusieron multas ó una contribucion mas crecida á los solteros de cierta edad, haciendo contribuir igualmente á los huérfanos, libres de impuesto hasta entónces (Plutar. vida de Camilo). La primera disposicion tendia al aumento de poblacion, y la segunda al del tesoro de la república.

Tribunos militares: C. Servilio Ahala III, Q. Sulp. Camerino Cornuto, Q. Servilio Prisco Fidenas, A. Manlio Vulso Capitolino II, L. Virginio Tricosto Celimontano, y M. Sergio Fidenas II, entran el 13 de diciembre romano del 355, 8 de diciembre juliano del 401.

401. Los volscos sorprenden el fuerte de Terracina, mal guardado con motivo de la guerra contra los veyos. Combate delante los muros de la capital de los veyos, desventajoso para los romanos por desavenencias entre los tribunos militares que los acaudillaban. Previendo los capenacios y faliscos, dos pueblos de Etruria, vecinos de los veyos, que sojuzgados estos no tardarán en sufrir ellos la misma suerte, se reunen y juramentan, atacando en seguida las líneas de los sitiadores por el punto en que mandaba M. Sergio. Al mismo tiempo los sitiados hacen una salida impetuosa. No queriendo Sergio pedir socorro á Virginio, su enemigo declarado, y esperando este que se lo pidiera, Sergio tiene que abandonar sus posiciones, y se vuelve á Roma. Virginio es citado para responder á los cargos de Sergio. El senado da inmediatamente órden, sin aguardar la época ordinaria de los comicios, de proceder á la eleccion de nuevos tribunos militares, que han de tomar posesion el 1.° de octubre. Considerando Sergio y Virginio esa medida como una afrenta personal, son los únicos que se oponen á la disposicion del senado, negándose á dejar sus cargos antes de los ídus de diciembre, que entónces era el dia señalado para la abdicacion de los nuevos magistrados (T. Livio). Deseosos los tribunos del pueblo de aprovechar las ocasiones en que pudieran mostrar su autoridad, amenazan con la prision á Sergio y á Virginio, sin que reclamase el senado su intervencion. El tribuno militar, Servilio Ahala, les dice que no hay necesidad de acudir á su autoridad, y que si sus colegas no abdican, él nombrará un dictador. Todos abdicaron.

Tribunos militares: L. Valerio Potito IV, L. Julio Julo, M. Furio Camilo, M. Emilio Mamercino III, N. Cornelio Coso II, y K. Fabio Ambusto II, entran el 1.° de octubre romano del 354, 9 de octubre juliano del 400.

401-400-399. La abdicacion antes del tiempo ordinario hizo variar el año consular. T. Livio dice (lib. v, cap. 9 y 11), que á la sazon estaba fijado en los ídus de diciembre (véase el año 342) y que á los tribunos militares de este año se les instaló en el dia 1.° de octubre; de modo que en este dia civil quedó fijado el año consular. Continuacion del sitio de la ciudad de los veyos. Nuevas guerras contra los romanos, por los capenatos, faliscos y volscos. Estos habian vuelto á apoderarse de Terracina, y para resistir á tantos enemigos juntos se necesitaban muchas tropas, y se habian de aumentar los impuestos. Los jóvenes salen á campaña, y los viejos guardan á Roma. El pueblo se queja de tanta carga, creyendo á sus tribunos, los cuales le decian que una guerra de tres años contínuos, de intento mal dirigida, no era mas que un medio ideado por los patricios para extenuar al pueblo. Cesaron estos clamores con motivo de una nueva querella. Ocupado el pueblo en negocios de mayor monta, no habia tenido tiempo de entenderse anticipadamente acerca del nombramiento de sus tribunos, y no habian quedado elegidos todos los que acostumbraba tener. Los patricios trataron de llenar los vacantes con individuos de su clase; pero no pudiendo conseguirlo, intrigaron para que saliesen elegidos C. Lacerio y M. Acusio, dos plebeyos de su partido, dándose los nobles la satisfaccion de infringir la ley Trebonia, autorizada en otra ocasion por el pueblo, á fin de poner coto á las artimañas de los grandes. Prescribia esta ley que solo el pueblo nombraria á sus tribunos, y que todos habian de quedar elegidos á un mismo tiempo (véase el año 306 de Roma). Entre los de este año habia C. Trebonio, que tomó como negocio de honra personal la defensa de una ley presentada por uno de sus mayores. Manifestó que el violar la ley Trebonia, y tolerar esas agregaciones ilegales debidas al valimiento de los patricios, era poner en su mano el tribunado del pueblo, única salvaguardia de su libertad, y destruir las leyes sacras. Tres colegas suyos, P. Curiacio, M. Metilio, y M. Minucio, que habian accedido á la admision de los que eran hechuras de los patricios, por temor de la indignacion pública, trataron de captarse otra vez el favor popular. Encausan á Sergio y á Virginio, acusándoles de haber dado lugar con sus disensiones á que los veyos derrotasen á los romanos. El pueblo condenó á cada uno á una multa de diez mil ases. Agradecidos los tribunos al pueblo por el plebiscito que acababa de

dar, proponen nuevamente las leyes agrarias, y se oponen á la recaudacion del impuesto. Entretanto, los ejércitos romanos, sin hacer grandes progresos, sostenian su reputacion por todas partes. El sitio contra los veyos seguia con actividad; no salia en ningun punto el enemigo, y los romanos tenian bloqueada á Terracina, cuya situacion impedia el entrarla á la fuerza. Pero, no pagándose la contribucion, faltó la paga á los soldados, y se principió á temer una sublevacion en el ejército. Aprovechando dentro de Roma los tribunos del pueblo el encono contra los patricios, dicen en sus discursos que ha llegado la época de arrebatarles el tribunado militar, y que bien se hallarán plebeyos mas dignos que los Sergios y los Virginios.

Tribunos militares: L. Licinio Calvo, P. Melio Capitolino, P. Menio, Sp. Furio Medulino, L. Ticinio, y L. Publilio Filo Volsco, entran el 1.° de octubre romano del 355, 29 de setiembre juliano del 399.

399. Primeros tribunos militares elegidos entre los plebeyos, siendo Sp. Furio Medulino el único patricio que salió nombrado en este año. Satisfechos los tribunos del pueblo con estas elecciones, dejan ya que se recauden los impuestos. Toma de Terracina casi por sorpresa en un dia de fiesta, en que habia poca vigilancia. El invierno fué tan crudo, que los hielos impiden la navegacion del Tiber. Cuando en el año 385 de Roma, que veremos en su lugar, dijeron los tribunos del pueblo que no bastaba la libertad de elegir plebeyos para el tribunado militar, y que era menester señalarles un lugar en esta magistratura, añadieron segun T. Livio (lib. VI, c. 37), que, á pesar de la facultad que tenia el pueblo para ello, no habia salido elegido sin embargo ningun plebeyo para aquella dignidad por espacio de cuarenta y cuatro años. Ahora bien, creado el primer tribunado militar en el año varroniano de 310, y no habiendo ascendido plebeyos á esa magistratura hasta el de 355, año varroniano que nos ocupa, tenemos que en vez de los cuarenta y cuatro años que dice T. Livio, transcurrieron cuarenta y cinco; de lo cual infieren algunos que no debe admitirse el año de interegno que hemos puesto en el año 334, y que solo así se concilia la exactitud de este historiador. Pero, nosotros creemos que esto en nada atenúa la veracidad de T. Livio. El objeto de T. Livio y de los tribunos consistia en consignar cuánto se habia tardado en usar de la facultad concedida por la ley á los plebeyos de ascender al tribunado militar. Pues bien, durante el año de interegno no hubo elecciones, luego no habia lugar á decir que entónces hubiese habido exclusiones ó preferencias. Como en ese período de cuarenta y cinco años solo hubo cuarenta y cuatro elecciones y nó cuarenta y cinco, debe quitarse un año de la cuenta de T. Livio, por no tener relacion con el objeto que se proponia el autor. De todos modos, la prueba clara y terminante de la tregua de los veyos, tomada del mismo T. Livio, ha de prevalecer sobre una induccion del pasaje, á toda luz equívoco, del mismo historiador.

Tribunos militares: C. Duilio, L. Atinio Longo, N. Genusio Aventinense, M. Veturio Craso Cicurino, M. Pomponio, y Volero Publilio Filo, entran en 1.° de octubre del 356, 19 de setiembre juliano de 398.

399-398. El tribunado militar, al decir de los patricios, fué por vez primera prostituido á plebeyos; y esto, añadido al rigor de un invierno que no permitió la navegacion del Tiber por causa de helarse sus aguas, movió á los pontífices á tener por infausto el año, y á acortar el año civil y el tribunado militar, omitiendo la intercalacion en febrero. Con todo, el moderado comportamiento de los plebeyos elevados al anterior tribunado militar aumentó la satisfaccion del pueblo, disminuyendo el resentimiento del senado, y salieron elegidos otros plebeyos en este año para el mismo cargo, no contándose entre los nombrados mas que un patricio, que era M. Veturio. Epidemia en Roma. Se da un festin á los dioses en sus templos para aplacarlos, despues de consultar los libros sibilinos. Es la primera vez que se celebró esta ceremonia ó fiesta, llamada «Lectisternio.» Combate delante de Veya, capital de los veyos. Capenatos y faliscos habian acudido en socorro de los veyos, acometiendo á los sitiadores, y haciendo al mismo tiempo los sitiados una salida. El recuerdo del castigo pecuniario impuesto á Sergio y á Virginio mantiene la union entre los generales. Los enemigos fueron rechazados con pérdida. Los senadores manifiestan recelos acerca de las próximas elecciones. Nó solo entraba el pueblo en las principales dignidades, sino que casi se excluia de ellos á la nobleza. El senado, que despues de instar á los patricios mas ilustres á presentarse por candidatos, habla de la crudeza excesiva del invierno pasado y de la pestilencia del presente, atribuyéndolo á la cólera celeste, dice que debia calmarse con nuevas fiestas, segun los libros sibilinos; añadiendo que la ira de los dioses provenia sin duda de la irreligion que iba cundiendo hasta tal extremo, que las primeras dignidades estaban prostituidas, y se trastornaba el órden establecido entre las familias por los mismos dioses. En consideracion á estas razones religiosas, y al mérito personal de los candidatos, el pueblo solo nombró patricios para el tribunado militar.

Tribunos militares: L. Valerio Potito V, L. Furio Medulino III, M. Valerio Máximo, M. Furio Camilo II, Q. Servilio Prisco Fidenas II, y Q. Sulpicio Camerino Cornuto II, entran el 1.° de octubre romano del 357, 8 de setiembre juliano del 397.

398-397. Tala Valerio Potito la tierra de los faliscos, y Camilo la de los capenatos, mientras que otros tribunos militares activan el sitio. El lago de Alba creció repentinamente en medio del verano durante una gran sequía, llamando particularmente la atencion de los romanos este fenómeno que miran como un prodigio. Un veyo, tenido por adivino, en una de las pláticas que suelen mediar entre sitiados y sitiadores, habia dicho que los romanos no tomarian la plaza sin desaguar el lago. Un romano jóven le induce á salir de la ciudad, hace que se aparte un buen trecho, y como era de mas fuerzas que el veyo, le coge y le presenta al general, quien le manda conducir á Roma. Insiste en su supuesta profecía, bien que manifestándose pesaroso por haber comprometido con sus indiscretas palabras la suerte de su patria. En vista de eso, el senado envió mensajeros á consultar el oráculo de Delfos (T. Livio, Plutar. Cic. de divinat. c. 34).

Tribunos militares: L. Julio Julo II, L. Furio Medulino IV, L. Sergio Fidenas, A. Post. Albino Regilense, A. Manlio Vulso Capitolino III, y P. Cornelio Maluginense II, entran el 1.° de octubre romano del 358, 20 de setiembre juliano del 396.

397-396. Los tarquinenses, que vivian en la Etruria, se figuraron que todos los romanos estaban ocupados en sus guerras, y fuéron á correr las cercanías de Roma. Despechados los tribunos del pueblo por el desprecio que en las dos elecciones últimas se habia hecho de los plebeyos, haciendo que ninguno entrase en el tribunado militar, se oponen al alistamiento de gente. Los tribunos militares, L. Julio y A. Postumio, salen con los voluntarios que pudieron reunir, vencen á los tarquinenses, les quitan el botin que luego de-

vuelven á sus dueños, repartiendo á los soldados lo que no pertenecia á los romanos. Principiábase á dudar del buen éxito del sitio contra los veyos, y ya no se confiaba casi mas que en la proteccion especial de de los dioses. Los enviados á Delfos vuelven con la respuesta del oráculo, asaz conforme con la del adivino veyo. Decia el oráculo que tenian los romanos que desaguar el lago, pero sin que las aguas llegaran al mar directamente, sino que las habian de encaminar por arroyos y tierras; y que si luego atacaban vigorosamente la ciudad, la victoria seria suya. Prescribia además, que, después de tomada la plaza, le ofreciesen un presente en su templo, é hiciesen las sagradas ceremonias en que no se habia tenido el cuidado que era menester. Buscando los pontífices la interpretacion de estas últimas palabras, creyeron que se habia faltado en algo en la eleccion de los tribunos militares; y que por lo mismo eran defectuosas las férias latinas y las ceremonias practicadas debajo los auspicios de estos tribunos, resolviendo que en expiacion habian de abdicar. Interegno. Como viera el pueblo que por motivos religiosos se le habia inducido á nombrar patricios para el tribunado militar, y que sin embargo los dioses no habian aprobado la medida, creyó que podia elegir á plebeyos. Elegido por consentimiento universal P. Licinio, este pide, antes que se publicase su nombramiento, permiso para hablar al pueblo. Manifiesta que se hallaba ya en edad harto avanzada, que eran muy pocas sus fuerzas, y débil su vista y su memoria, y por consiguiente que le fuese substituido su hijo que tenia de la mano.

Tribunos militares: P. Licinio Calvo, L. Ticinio II, L. Atinio Longo II, P. Menio II, P. Melio Capitolino II, y N. Genusio Aventinense II, entran el 13 de agosto rom. del 359, 17 de agosto jul. del 395.

Décimo tercero dictador. M. Furio Camilo.—396-395. La favorable respuesta del oráculo de Delfos hizo tener por fausto este año civil de 359, á principios del cual regresaron á Roma los enviados, prolongándole por lo mismo los pontífices con una intercalacion en febrero. Variacion en el año consular, retrasándole la abdicacion de los tribunos anteriores. Dice T. Livio que en el año 364 de Roma la instalacion de estos magistrados fué á 1.° de julio romano. Dos interegnos fueron causa de que retrogadase hasta ese dia civil, teniendo uno lugar el año pasado de 358, y el otro el de 364, en cuyo año los cónsules se vieron obligados á dimitir sus cargos, y como se ignora cuál de los interegnos fué mas duradero, constando únicamente que los dos juntos motivaron un retroceso de tres meses, debe dividirse ese tiempo entre los dos años consulares que fueron abreviados, y poner el principio del que nos ocupa en el 13 de agosto romano. Véase el año 364. Derrota de Ticinio y de Genucio que habian atacado á los capenatos y faliscos con mas valor que prudencia, pereciendo Genucio en la refriega. Bien que fuese mayor la deshonra que la pérdida en sí, este suceso causó mucho terror en Roma, haciéndose plegarias públicas para conjurar el peligro que se juzgaba inminente. Nombran dictador á M. Furio Camilo, que toma por lugarteniente á P. Cornelio Escipion. Vence Camilo á los capenatos y faliscos, y se apodera de su campamento, guardando para el tesoro de la república casi todo el botin, y distribuyendo muy poca cosa al soldado. El dictador vuelve al sitio de la ciudad de los veyos con el ejército victorioso, y activa el trabajo de la mina. El mismo pide al senado su parecer tocante al botin que se hallase en la ciudad cuando se hubiese tomado. Senatus consulto emitido por consejo del anciano Licinio, en virtud del cual se concede el botin á todo el pueblo romano, atendiendo á que todos habian ido sirviendo en aquel sitio y contribuido á los gastos del mismo; declarándose en el senatus consulto que cuantos fueren al campamento podrán tener parte en la reparticion. Casi todo el mundo fué allá. Camilo manda dar el asalto. El dictador vota un templo á Juno Regina, diosa que se veneraba en la ciudad sitiada, con culto especial, prometiendo al mismo tiempo la décima parte del botin á Apolo Pitio, en cuyo oráculo tenia confianza. Toma de la ciudad á los diez años de sitio (Véase el año 350). Una fuerza compuesta de gente escogida penetra por una mina en la ciudadela, mientras el ejército ataca la plaza por todos los puntos á la vez, obligando á los sitiados á estar en las murallas. Camilo hizo cesar la matanza, dando órden de salvar la vida á los que se encontrasen desarmados. Los prisioneros fuéron vendidos en beneficio del tesoro; es lo único que no fué para el ejército; y con todo, este se quejó bastante de Camilo por este proceder. La estátua de Juno se traslada á Roma. Triunfo del dictador, de cuyo carro tiraban caballos blancos, y como se creian que eran blancos los caballos de Júpiter y del sol, el pueblo desaprobó el orgullo de Camilo, el cual abdica, después de dar sus disposiciones para la construccion del templo de Juno Regina en el monte Aventino. Entónces habló Camilo del voto que hizo de consagrar á Apolo la décima parte del botin. Estaba ya repartido, pero declaran los pontífices que no por esto debia cumplirse menos, y que cada cual debia valorar escrupulosamente su parte, y dar luego la décima para que pudiera enviarse á Apolo un presente de oro macizo, digno del dios y del pueblo romano. Camilo acabó de enagenarse la voluntad del pueblo, obligado con esto á devolver parte de lo que cada cual miraba como suyo. Se otorga la paz á ecuos y á volscos, por consideracion al pueblo cansado de tanto guerrear (T. Liv. Plutarc. Aurel. Vict.).

Tribunos militares: P. Cornelio Coso, P. Cornelio Escipion, M. Valerio Máximo II, K. Fabio Ambusto III, L. Furio Medulino V, y Q. Servilio Prisco Fidenas III, entran el 13 de agosto rom. del 360, 7 de agosto jul. del 394.

395-394. Con motivo de la derrota de los dos tribunos militares, y del espanto que causó en Roma lo que aconteció al principio de este año civil, no pusieron los pontífices la intercalacion en febrero, pues aun no habia reparado Camilo la desgracia con sus victorias. Los capenatos piden la paz, no pudiendo sobrellevar el peso del poder romano, y continúa la guerra contra los faliscos. Para contentar al pueblo que se estaba quejando, ordena el senado el envio al país de los volscos de una colonia de tres mil ciudadanos, señalando los triunviros á cada uno mas de tres yugadas y media de tierra. No acuden á esta decision los ciudadanos que esperaban mayor fortuna. El tribuno del pueblo T. Ticinio propone una ley al objeto de trasladar á Veya, ex-capital de los veyos, cuyo territorio estaba mas cercano á Roma y era mas fértil y dilatado, la mitad del senado y del pueblo, haciendo como una sola ciudad de Roma y de Veya. El senado se opone y tambien Camilo. Entre los tribunos del pueblo adoptaron algunos el dictámen del senado. Camilo propone al senado que se declare si el voto que hizo sobre la décima parte debe aplicarse igualmente á la ciudad y á sus tierras. Resuelven los pontífices que se ha de consagrar á Apolo la décima parte de cuanto poseian los veyos, mueble é inmueble. Á consecuencia de esto, manda el senado que se proceda al evalúo de Veya y de su territorio, y que se tome

del tesoro la cantidad á que asciende la décima parte del valor, encargando á los tribunos militares la compra del oro para aumentar la ofrenda á Apolo. No encontrándose oro, ofrecen las damas romanas sus alhajas, recompensándose su desprendimiento con la concesion del derecho de poder ir á los sacrificios y á los juegos en carros cubiertos, y pasear en los demás dias por la ciudad en carros descubiertos, permitiendo igualmente que podria hacerse su panegírico en los funerales (Plutar. Vida de Camilo). Con ese oro se hizo una gran copa para llevarla á Delfos. Se reproducen las alteraciones civiles, luego de cumplidos los deberes religiosos que tenian absorvida la atencion de los romanos. Con proponer de nuevo los tribunos la traslacion á Veya de parte del senado y del pueblo, enconan á este contra los patricios mas ilustres, y principalmente contra Camilo. Le acriminan de haber privado al pueblo, con un voto, tal vez simulado, del fruto legítimo de su conquista. Tenaces ambos partidos en su propósito, trató el pueblo de reelegir á los tribunos favorables á la ley, procurando lo mismo el senado para los que eran contrarios; y así casi quedaron en sus puestos todos los individuos del tribunado de la plebe.

Tribunos militares: M. Furio Camilo III, L. Furio Medulino VI, L. Emilio Mamercino, L. Valerio Publícola Potito, Sp. Postumio Albino Regilense, y P. Cornelio Escipion II, entran el 13 de agosto romano del 361, 27 de julio juliano del 393.

394-393. Pretextando el senado que debia oponerse un general experimentado á los faliscos, no sojuzgados todavía á pesar de una guerra prolongada, consiguió que el pueblo nombrase á Camilo para el tribunado militar. Vence Camilo á los faliscos, y se apodera de su campamento, vendiendo el botin en beneficio del tesoro, con lo cual subió de punto el despecho de los soldados. Sitio de Falerio, debiéndose la toma de esta ciudad, antes á la virtud civil de Camilo, que á la pericia militar. El maestro de la escuela pública habia ido al campo de los romanos, á entregarles traidoramente los niños de los principales ciudadanos de la ciudad sitiada. Afea Camilo su alevosía al maestro, y le hace volver á Falerio. Admiran los sitiados la virtud del romano, y resuelven entregarse á los romanos. Mandan una diputacion á Camilo y luego al senado, siendo aceptada la sumision de los faliscos, mediante un tributo para pagar al ejército el sueldo de este año, y descargar así al pueblo. Vuelve Camilo á Roma con su ejército. Salen comisionados para Delfos con la ofrenda á Apolo, y segun Plutarco (Vida de Camilo) fuéron en invierno. Emilio y Postumio pelean con ventaja contra los ecuos. Reunidos al principio, derrotaron al enemigo; pero encargándose luego Emilio de guardar el fuerte de Verrugo, Postumio va talando los campos y sufre bastante pérdida. Reconvenido el ejército por el general pide otra vez el combate, y Postumio alcanza la victoria. La guarnicion de Verrugo estaba oyendo la gritería de los combatientes y se figuró que el campamento romano habia sido entrado á la fuerza. Sin atender á la voz de Emilio, echaron á correr sus soldados hácia Túsculo, llegando de allí la falsa noticia á Roma de la derrota de Postumio, casi al mismo tiempo en que el mismo general enviaba por escrito el parte de su victoria. Por el ascendiente de Camilo los tribunos del pueblo no consiguieron que se adoptase una ley, pero el pueblo los continuó en sus puestos á pesar de cuanto hizo el senado para impedir su reeleccion. Vengóse el senado expidiendo un senatus consulto para que se nombrasen cónsules.

Cónsules: L. Lucrecio Flavo, y Ser. Sulpicio Camerino, entran el 13 de agosto romano del 362, 17 de julio juliano del 392.

393-392. Despues de transcurridos quince años, dice T. Livio, sin haberse elegido cónsules, fué restablecido el consulado, entrando en él Lucrecio y Sulpicio (véanse los años 346 y 347 de Roma). Los tribunos vuelven á proponer la ley relativa á la division del gobierno entre Roma y Veya. Los ecuos toman á Vitelia, colonia romana, y son vencidos por Lucrecio, el que tiene luego que ir á Roma para resistir á otra clase de enemigos. Los tribunos del pueblo acusan á A. Virginio y á Q. Pomponio, colegas suyos en los dos años anteriores, por haber secundado á los senadores en la oposicion á la ley mencionada. Todo el valimiento del senado se estrelló ante el resentimiento del pueblo, que condenó á los acusados á la multa de diez mil ases. Por fin, se presenta á la deliberacion del pueblo la ley que diera lugar á esa condenacion. Sigue Camilo en su oposicion, excitando á todos los senadores á comparecer en el foro el dia de los comicios, para defender á Roma, á sus dioses, templos y hogares. Como se valieron principalmente de súplicas y de razones fundadas en consideraciones religiosas, muy poderosas en el ánimo del pueblo, este se dejó persuadir, y hubo un tribuno de mas para rechazar la ley que para adoptarla. Al dia siguiente dió el senado un decreto, que á fin de inclinar á los plebeyos al matrimonio, segun decia, y principalmente para calmarlos, concede siete yugadas de tierra de Veya, nó solo á todos los ciudadanos cabezas de familia, sino hasta á cada uno de sus hijos. Satisfecho el pueblo conviene en la eleccion de nuevos cónsules.

Cónsules: L. Valerio Potito, y M. Manlio Capitolino, entran el 13 de agosto romano del 363, 29 de julio juliano del 391.

392-391. Con el restablecimiento del consulado, y la terminacion del peligro que corrió la prepotencia de la ciudad de Roma amenazada por los tribunos, tuvieron motivo los pontífices para prolongar el año civil, poniendo una intercalacion al febrero correspondiente al consulado anterior. Dice Dionisio que en los registros de los censores, conservados como un depósito venerando en los archivos de sus familias, se encuentran las siguientes palabras: «Censo, ó padron, hecho en el consulado de L. Valerio Potito, y de M. Manlio Capitolino, año 119 de la expulsion de los reyes.» De modo que consta, segun un documento público de la mayor autenticidad, que este consulado cae en el año 119 de la expulsion de los reyes. Ahora bien, quitando el año de interegno que hemos puesto en el 334, desde el destierro de los reyes hasta este consulado no habria mas que 118 años. Es pues indispensable el conservar el año de interegno. Celebracion de los juegos mayores votados por Camilo durante el sitio de Veya. Se dedica á Juno el templo en el monte Aventino, votado en la misma ocasion. Guerra de los ecuos, que son vencidos por los dos cónsules. Triunfo de Valerio, y ovacion de Manlio. Pestilencia y escasez en Roma, causadas por la sequía del verano. Validos los volsinios y salpinatos de estas calamidades, hacen correrías por tierra de Roma. Empadronamiento que, segun Plinio (lib. xxxiii, cap. 1), sube á ciento cincuenta y dos mil quinientos ochenta ciudadanos. Lustro décimo séptimo, segun se infiere de los siguientes. Los cónsules no pueden ocuparse en negocios públicos por hallarse enfermos. El senado les obliga á dejar sus cargos, y hubo interegno: Por temor de que se inhabilitasen otra vez dos cónsules solos, atendida la epidemia, se nombran entónces tribunos militares.

Tribunos militares: L. Lucrecio Flavo, Serv. Sulpicio Camerino, M. Emilio Mamercino, L. Furio Medulino VII, Agrip. Furio Medulino Fuso, y C. Emilio Mamercino II, entran el 1.° de julio romano del 364, 28 de junio juliano del 390.

391-390. Nueva irregularidad del año consular á consecuencia de la abdicacion de los cónsules del año que antecede. Los tribunos entran en posesion el 1.° de julio romano (T. Livio); y como en el 354 de Roma estaba el año consular fijado, segun el mismo autor, en el 1.° de octubre, tenemos que en diez años se anticipó de tres meses, cambio que solo pudo provenir de las dos abdicaciones de los años 358 y 363 (véase el año 359). Muere el censor C. Julio, cuya muerte pone T. Livio en el consulado que precede; mas, si murió, segun dice Plutarco, por el mes de julio romano, no pudo morir durante el anterior consulado, pues habiendo principiado á 13 de agosto romano del año pasado, y concluido á 29 de junio de este, no tuvo ningun mes de julio. La muerte de ese censor hubo de acontecer en julio del año civil que nos ocupa, y por consiguiente durante este tribunado militar. L. Papirio Cursor, colega de Julio, por no salir de la censura, que á la sazon duraba cinco años, hizo nombrar otro en lugar de Julio, y el agraciado fué M. Cornelio Maluginense. Como Roma fué tomada por los galos en el lustro en que se hizo esta institucion, se obligó luego al colega del censor difunto á que dimitiese el cargo (Tito Livio libro v, 31 y ix 34). Declaracion de guerra á volsinios y salpinatos. L. Lucrecio y M. Emilio vencen á los volsinios, teniendo que rendirse ocho mil enemigos, cortados por la caballería romana. En vista de esa derrota, los salpinatos no se atreven á entrar en batalla; y unos y otros ven taladas sus tierras. Los volsinios piden la paz, obligándoles el senado á devolver el valor del botin que se habian llevado de tierra romana el año anterior, y á pagar el sueldo del ejército para todo este año, concediéndoles veinte años de treguas. Corren rumores de que se va aproximando un ejército de galos: pero, no se hace caso, privándose además del hombre que pudiera salvar á Roma en tan crítica situacion. L. Apuleyo, tribuno del pueblo, acusa á Camilo, sin atender á los servicios de este general, ni al sentimiento del varon ilustre que acababa de perder á uno de sus hijos. Le imputa el haberse quedado con parte del botin de Veya, haciendo con él una puerta de bronce en su casa (Plutar.). En expiacion de su fortaleza y de su economía en la administracion, se destierra voluntariamente, yéndose á la ciudad de Ardea. No obstante su ausencia, el pueblo le condenó á quince mil ases de multa. Los clusinios piden socorro á los romanos, por haber penetrado ya los galos en su país. El senado rehusa enviarles fuerzas, pero envia una embajada de paz á los galos, compuesta de los tres hijos de M. Fabio Ambusto. El jefe de los galos, llamado Breno, pidió á los embajadores, por condicion de la paz, que los clusinios les cediesen parte de sus tierras de las que dejaban incultas por tener de sobra. Como los hermanos Fabios contestasen que el no tenia ningun derecho á las tierras de Etruria, Breno les dice que todo pertenece á los mas fuertes; y para que pudiesen cerciorarse de su valor, desde luego manda formar en batalla. Olvidando los embajadores romanos el pacífico carácter de su mision, se ponen á la cabeza de los clusinios. Sale Q. Fabio contra un galo distinguido de los que iban mas adelante, y le quita la vida, conociéndole los galos así que estaba despojando al muerto. Inmediatamente tocan á hacer alto, y quieren ir hácia Roma. Prevaleció con todo en el consejo de los galos el dictámen de enviar antes mensajeros á los romanos, para enterarles de lo sucedido con sus embajadores. Como los patricios tenian mucho valimiento, el senado defirió el negocio al pueblo, el cual, lejos de castigar á los Fabios, los elevó al tribunado militar en las próximas elecciones, confiando la direccion de la guerra á los que la habian provocado.

Tribunos militares: Q. Fabio Ambusto, K. Fabio Ambusto, C. Fabio Ambusto, G. Sulpicio Longo, Q. Servilio Prisco Fidenas IV, y Serv. Cornelio Maluginense, entran en el 1.° de julio romano del 365, 17 de junio juliano del 389.

Décimo cuarto dictador. M. Furio Camilo II. — 390-389. Van los galos á Roma, y los tribunos militares levantan un ejército á toda prisa. Salen de Roma á 16 de julio romano (Plutar. Quest. Rom.) ó sea á 2 de julio juliano, bien que la inspeccion de las víctimas ofrecidas aquel mismo dia á los dioses por Sulpicio, hubiese sido muy poco satisfactoria. Batalla de Alia á once millas de Roma, cerca del punto de confluencia de ese rio con el Tíber. Los romanos quedan vencidos. El ala izquierda de su ejército tira las armas, y pasando el Tíber corre á refugiarse en Veya, huyendo la derecha hácia Roma, dando los soldados la noticia de que solo ellos han escapado con la vida, y consternando de esta suerte á todo el vecindario de la capital. Otro ejemplo de la exactitud de nuestra tabla relativamente á la correspondencia entre el año civil de los romanos y el año juliano. El dia romano de la batalla de Alia fué á 18 de julio romano, segun se ve en Tito Livio y en Tácito. Plutarco (vida de Camilo) trae el dia juliano; dice que fué la batalla en el dia de la luna llena, la mas próxima al solsticio de verano: « in plenilunio circa solstitium æstivale. » Pues bien, el plenilunio mas cercano al solsticio de verano cayó el año que nos ocupa en 4 de julio juliano. De suerte que el 18 de julio romano debe haber coincidido con el 4 de julio juliano, que es precisamente la misma correspondencia que se halla entre esos dos dias siguiendo nuestra tabla. De esto se sigue, que desde el año 296 de Roma hasta el presente de 365, hubo por parte de los pontífices mas intercalaciones añadidas que suprimidas. En efecto, en el año 296, el 13 de setiembre romano correspondia al 18 de noviembre juliano (véase el año 296), y por lo mismo el año civil se retrasaba de mas de dos meses con respecto al juliano, en vez de que en este año de 365, el año civil se anticipa de catorce dias al juliano. Prolongaron pues los pontífices los años civiles, haciendo intercalaciones arbitrarias. Mientras los galos pierden el tiempo en recoger despojos y armas en el campo de los vencidos, ó mientras, segun Polibio, iban persiguiendo á los fugitivos, el senado manda llevar lo mas precioso al Capitolio, guarneciéndole con lo mas florido de la juventud romana y los senadores aptos para las armas, pues la ciudad no podia ya defenderse con el corto número de soldados que habian vuelto de la batalla. Los ancianos, y sobre todo los patricios, no tienen mas esperanza que la muerte. El resto del pueblo que la ciudadela no hubiera podido contener, y que no servia para las armas, se dirige hácia el Janículo, yéndose luego cada cual por su lado en busca de asilo. Tambien procuró el senado salvar los objetos sagrados, dando órden á los sacerdotes y vestales de sacarlos de la ciudad. Caminaban esas vírgenes á pié hácia el Janículo, cuando un plebeyo, llamado L. Albino, que traia en un carro á su mujer é hijos con los muebles mas necesarios, cedió espontáneamente el carro á las vestales, prevaleciendo su espíritu religioso sobre los afectos terrenos. Las

sacerdotisas pudieron llegar así á Cere, término de su viaje. Entrada de los galos en Roma á 21 de julio romano, 7 de julio juliano. Matanza de los que se habian quedado en sus casas dentro de la ciudad. Sentado estaba Papirio en su silla curúl, con el vestido de púrpura, y puesto como en los dias triunfantes, aguardando al enemigo y á la muerte á la entrada de su casa. Viene un galo que le pone la mano por debajo de la barba, é indignado el viejo romano con ese acto de familiaridad, le da con un palo en la cabeza. Mátale el galo, y aquello fué como la señal de la carnicería. Roma fué dada á saco é incendiada. Confiando Breno en que se rendirian los del Capitolio por temor á la destruccion de sus casas, iba prendiendo fuego á Roma paulatinamente y por calles. Pero, vista la firmeza de los del Capitolio, acudió por fin á la fuerza. Primer ataque de los galos. Dejan los romanos que suban hasta la mitad de la falda de la colina, y luego los rechazan en una salida. Pareciendo inexpugnable la ciudadela, se contentan los galos con tenerla bloqueada. No habian cuidado de quedarse con el trigo que habia en las casas antes del incendio, y el de las cercanías se lo habian llevado sus dueños á Veya. El ejército galo se divide en dos mitades, quedando una parte al pié del Capitolio, y otra saliendo en busca de víveres. Esta fué derrotada por Camilo. Habian ido los galos hácia Ardea, y animando Camilo á sus moradores, le toman por jefe, y encontrando á los galos en su campamento mal guardado, los acuchilla de noche, mientras estaban durmiendo el sueño de la borrachera. Los romanos refugiados en Veya derrotan á los etruscos. Bien que estos hubiesen invocado el auxilio de los romanos contra los galos, al ver su triste estado, talaban el territorio de Veya, postrer asilo de los que habian escapado con vida de la batalla de Alia. Cargados ya los etruscos de botin, acampan frente á Veya en ademan de sitiarla, pero quedan vencidos en una salida de los romanos; y sabiendo estos por algunos prisioneros que habia á poca distancia otro cuerpo de etruscos, salen hácia ellos, y tambien los escarmientan. Acto de valor y de religiosidad por parte de C. Fabio Dorso. No queriendo que dejase de celebrarse un sacrificio propio de su casa, que habia de hacerse en el monte ó colina quirinal, el dia señalado baja del Capitolio, vestido de ceremonial, con los objetos sagrados en la mano, atravesando la guardia enemiga, sin que le arredraran gritos ni amenazas. Llegado que hubo al quirinal, hace el sacrificio, y luego por el mismo camino, y con la misma entereza, se vuelve al Capitolio. Con la victoria de Camilo y las ventajas obtenidas por los de Veya, los romanos recobran aliento. Ya les parecia que podian tratar de libertar á Roma de enemigos, solo que les faltaba un jefe. Envian una comision á Camilo para que accepte el mando. Camilo no quiere acceptarle, sin tener antes consentimiento de los defensores del Capitolio, que entónces representaban al senado y al pueblo romano. Animosa hazaña de un plebeyo llamado Poncio Cominio. Sobre unos corchos fué bajando por el Tíber, y pasando por la puerta Carmental, que era el punto mas silencioso, trepa sin ser visto al Capitolio por la parte mas escarpada, y por lo mismo la menos guardada. Dice á los de la fortaleza que en Veya hay una division que intenta socorrer á Roma, y que ha nombrado por general á Camilo. Dentro del Capitolio se promulga una ley, emitida por los ciudadanos reunidos en curias, levantando el destierro á Camilo y nombrándole dictador. Sale otra vez Cominio con la misma suerte, y lleva el decreto á Veya. Dictadura de Camilo. Va á Veya á ponerse al frente del ejército, que llegaba á veinte mil hombres, tomando por lugarteniente á L. Valerio Potito, y luego se dirige otra vez á Ardea á reunir mas gente. Los galos atacan otra vez el Capitolio. Habiendo reparado en las huellas que habian quedado del paso de Poncio (Diod. Sículo, lib. XIV), pensaron en sorprenderle de noche por aquel mismo punto. La gritería de unos patos los descubrió, pues ningun centinela los habia visto. M. Manlio, que habia sido cónsul tres años antes, despierta con el ruído de aquellos animales, y dando la voz de alarma, corre á la muralla, corta con su segur la mano del galo que iba á pasarle con su espada, precipita abajo á otro que estaba ya en las almenas, y ocasiona con su caida la de los que subian detrás de él. Llegan los romanos y acaban de derrumbarlos. Este ataque sucedió al sexto mes del asedio (Floro, lib. I. cap. 14) y por tanto, en el mes de enero romano del siguiente año civil de 366; y como provino el ataque de haberse descubierto la huella reciente que dejó Cominio, y que fué por lo mismo casi inmediatamente después de la elevacion de Camilo á la dictadura, se sigue de aquí que la dictadura de Camilo comenzó en el mes de enero romano, ó á últimos del antecedente diciembre. Al dia siguiente del asalto Manlio fué recompensado con víveres que dieron jefes y soldados. Instruida sumaria contra los centinelas culpables, el ejército hizo recaer la falta sobre uno solo, que fué condenado á muerte. Desaliento de los galos, diciendo T. Livio y Plutarco que estaban fastidiados por falta de víveres, y por correr ya el séptimo mes de sitio. Camilo no les dejaba correr la tierra para buscar provisiones, y estaban además en un país caluroso y harto seco (allí pasaron el estío y el otoño) para hombres acostumbrados como ellos á un clima mucho mas fresco. Polibio, que es el historiador mas antiguo, dice que deseaban volver á su patria á fin de rechazar una invasion de venetas, nacion cercana á la suya. Los dos pueblos entran en negociaciones para la paz. El hambre era ya extrema en el Capitolio. Los sitiados no hacian ya mas que mirar si les venia socorro por el camino de Veya. Servio. Sulpicio, con poderes del senado y del pueblo, concluye un tratado, en virtud del cual los romanos se libertan mediante el peso de mil libras de oro. Camilo parte para Roma. Los galos llevan pesos falsos para pesar el oro. Como se quejara por ello Serv. Sulpicio, la respuesta de Breno fué poner aun su espada en la balanza para aumentar el peso, diciendo: ¡Ay de los vencidos! «ve victis.» Llega Camilo y declara nulo el tratado, por haberse hecho durante su dictadura sin autorizacion suya. Manda á los romanos que lleven otra vez el oro, diciendo á los galos que se retiren, porque los romanos tienen que rescatarse con acero. Polibio y Diodoro de Sicilia no hacen mencion de este hecho de Camilo, ni de los combates de que vamos á hablar. Estos autores dan á entender que los galos exigieron de los romanos el rescate que les plugo, y que se llevaron el oro, retirándose tranquilamente sin que nadie les fuera al alcance. Primera batalla: Camilo y Breno dentro de Roma mismo, formados ambos ejércitos sobre montones de escombros. Breno queda vencido. Parten los galos la noche misma del dia de la refriega, á 13 de febrero romano del siguiente año 366, 22 de enero juliano del 388 antes de Jesucristo (Plut. Vida de Camilo). Principiado el asedio pocos dias después de los idus de julio, habia durado siete meses casi cumplidos (Plut. ibid.). Persigue Camilo al ejército galo, y tiene lugar una nueva batalla á ocho millas de Roma, en la via Gabina, donde fueron acuchillados todos los galos, sin quedar siquiera uno pa-

ra ir á noticiar la derrota. Eutropio dice que, solo allí recobró Camilo el oro dado por los romanos al ejército de Breno. Suetonio en la vida de Tiberio, dice que siendo muchos siglos después Livio Druso propretor en las Galias, encontró ese oro y le volvió á Roma; de suerte que todo es discordancia en los autores que se han apartado del texto de Polibio. Segundo triunfo de Camilo. Los soldados le llaman Rómulo, y padre de la patria. Á inspiracion de Camilo, el senado expide un decreto ordenando que se purifiquen los templos, que entre Roma y Cere, por haber sido la segunda el refugio de los ministros de la religion y de las cosas sagradas, se establezca el derecho de hospitalidad, concediéndose á sus habitantes la ciudadanía romana, bien que sin derecho de votar. Añadíase en el decreto, que, en agradecimiento á Júpiter por la proteccion especial que habia dispensado al Capitolio, su augusta morada, se instituirian juegos que tendrian el nombre de Capitolinos. Trastornos promovidos por los tribunos del pueblo, que quieren se traslade á Veya el gobierno central, alegando que Roma no era ya mas que una vasta ruina, y teniendo por enemigos del pueblo á aquellos que trás de tantos trabajos, aun quisieren condenarle á edificar de nuevo la ciudad de Roma. Esto movió al senado á persuadir á Camilo que guardase la dictadura que iba ya á abdicar, y duró todo lo que faltaba del año consular. En efecto, nombrado dictador Camilo al sexto mes del sitio del Capitolio, y principiado el sitio al primer mes del tribunado militar, los seis meses de su dictadura no concluyeron hasta el duodécimo mes del mismo tribunado; de suerte, que, suponiendo con Plutarco que la dictadura se prolongó mas allá de los seis meses señalados para la misma, de pocos dias pudo prorogarse. Este es el sentido de las palabras de T. Livio, cuando dice que no se permitió á Camilo el abdicar antes que concluyese el año. T. Livio no pudo referirse al año de la dictadura, pues esta no duraba mas que seis meses; luego no puede entenderse mas que del año consular. Opónese Camilo á la ley presentada por los tribunos del pueblo, y es rechazada. Principia la reedificacion de Roma, contribuyendo la república para la compra de materiales. Se retrasan las elecciones consulares (véase el año siguiente). Interegno. Apenas hubo salido Fabio de tribuno militar, el tribuno del pueblo C. Marcio le acusó de haber violado el derecho de gentes batiéndose contra los galos, á quienes habia ido de embajador. Antes de que fuese pronunciada la sentencia murió, creyéndose que por suicidio.

Tribunos militares: L. Valerio Potito Publícola II, C. Virginio Tricosto, P. Cornelio Coso, A. Manlio Capitolino, L. Emilio Mamercino, y L. Post. Albino Regilense, entran el 16 de julio romano del 366, 14 de julio juliano del 388.

Décimoquinto dictador. M. Furio Camilo III. — 389-388. El interegno hizo variar el año consular. Segun T. Livio, P. Cornelio Escipion fué interey una vez, y dos veces Camilo, lo que compone un período de quince dias, de modo que el año consular que estaba fijado en el 1.° de julio, principió entónces á 16 del mismo. Libertada Roma á 13 de febrero de este año civil, ya no hubo motivo para que los pontífices dejaran de poner la intercalacion que legalmente correspondia pasado el 23 del mismo mes; creemos por consiguiente que pasado el peligro ya no la omitieron. Después de desechar algunos cronólogos modernos el año de interegno del 334, han sido de opinion que podian reemplazarle, suponiendo que la dictadura conferida á Camilo durante el asedio del Capitolio duró un año entero, y colocando la misma dictadura entre este tribunado militar y el que precede. Pero, el texto de T. Livio no permite esta suposicion. Dice este autor (lib. VI, cap. 1), que, no teniendo por conveniente que las elecciones consulares fuesen presididas por magistrados durante cuya administracion habia acontecido el saqueo é incendio de Roma, se precedió al nombramiento de intereyes. Si Camilo hubiese permanecido en la dictadura acabado el tiempo de los tribunos militares, ¿qué necesidad habia de intereyes? Establecido el dictador para la direccion de todos los negocios públicos, revestido de la suprema autoridad, hubiera tenido derecho para reunir los comicios, y presidir la eleccion de magistrados. Al mencionar T. Livio lo acaecido á fines del tribunado militar del 366, añade que con los socorros (cap. 4) dados por el Estado á los que iban á construir de nuevo, que con la vigilancia y actividad de los ediles para lo concerniente á la reedificacion, y la necesidad de albergue que tenian todos, se adelantaron de tal suerte la obras, que el caserío de Roma fué nuevamente levantado en el espacio de un año. Ahora bien, separando este tribunado militar del precedente con la intercalacion de una dictadura de un año, tendriamos que pasaron dos años en lo que T. Livio dice que solo se pasó uno. Se buscan las leyes y demás escritos públicos que se habian salvado de las llamas. Las leyes civiles se publicaron, mas nó así las religiosas, continuando los pontífices en guardarlas secretas por el interés que tenian en que el pueblo las ignorase. El dia en que tuvo lugar la batalla de Alia fué declarado nefasto; y como los sacrificios ofrecidos por Serv. Sulpicio al dia siguiente de los idus no habian conciliado la proteccion de los dioses, se prohibió sacrificar en adelante el dia después de los idus, extendiéndose la prohibicion como por analogía á los dias posteriores á las calendas y á las nonas. Guerra de los volscos. Figurándose que con su ciudad habia caido para siempre el poder de los romanos, sus antiguos enemigos, y aun sus aliados y sus mismos colonos, aspiraban á recobrar la independencia, tratando de acabar hasta con el nombre romano. Llegan nuevas de un próximo levantamiento en toda la Etruria. Sublévanse los latinos y los hernios, amigos constantes de los romanos hacia ya cerca de cien años, dice T. Livio (hacia ciento ocho. Véase el año 258 de Roma). Nueva dictadura de Camilo, que nombra por lugarteniente á C. Servilio Ahala. Camilo vence á los volscos, quemándoles el campamento, y dejando el botin para los soldados. Persiguió á los fugitivos y asoló su país, obligándoles, segun T. Livio, á someterse por fin trás de una guerra de setenta años. T. Livio cuenta desde el 295, bien que no sea este el año en que principió la guerra, sino el en que se encendió de nuevo. Marcha en seguida el dictador contra los ecuos, derrotándolos cerca de Bolo, y tomándoles real y ciudad. Vencedor de los ecuos, se dirige contra los etruscos, figurándose que los hallaria sitiando á Sutri, ciudad aliada del pueblo romano. Los sutrinos se habian rendido el mismo dia en que llegó Camilo. Pensó el dictador que, embriagados los etruscos con el buen éxito de su empresa tendrian poca vigilancia, llega á las puertas de Sutri: atacarla y tomarla, todo fué uno, devolviéndola á los sutrinos el mismo dia de su pérdida. Triunfo de Camilo, vencedor en tres guerras diferentes. Á los romanos que por no construir casa se habian retirado á Veya, se les manda que vuelvan á Roma, obligándoles con pena de la vida á obedecer. Se otorga el derecho de ciudadanos romanos á los veyos, capenatos y faliscos que en la última guerra se habian puesto al lado de los romanos, y además se les reparten tierras. Los pontífices pre-

tendieron que habian encontrado en el patio de Marte, en palacio, debajo de escombros y pavesas, la vara encorvada de que Rómulo se servia para consultar el porvenir. Creyeron los romanos que esto les presagiaba la eternidad de su capital (Plut. Vida de Camilo).

TRIBUNOS MILITARES: T. Quincio Cincinato, Q. Servilio Prisco Fidenas V, L. Julio Julo, L. Aquilio Corvo, L. Lucrecio Tricipitino II, y Serv. Sulpicio Rufo, entran el 16 de julio romano del 367, 27 de julio juliano del 387.

388-387-386. El año del hallazgo de la vara augural de Rómulo, de la reedificacion de la ciudad, y de la desaparicion del peligro que amenazó á los romanos con una ruina total, debió ser mirado por los pontífices como fausto, y no dudamos de que le prolongaron con una intercalacion. Talan los romanos la tierra de los ecuos, y toman dos ciudades de los tarquinienses, gente de Etruria. Agitaciones tribunicias para las leyes agrarias. Proponíase la reparticion de las tierras del campo Pomtino, cuya posesion no cabia ya disputar á los romanos desde la reciente victoria de Camilo sobre los volscos. Ocupado el pueblo en construirse casas, no hizo gran caso de las arengas de sus tribunos. El Capitolio fué reconstruido con piedra de sillería, obra que admiramos aun en nuestro siglo, dice T. Livio (en el siglo de Augusto). Las desgracias de la república habian hecho mas escrupuloso al senado tocante á prescripciones religiosas; y por si habia habido alguna informalidad en la eleccion de los que debian presidir los nuevos comicios, se resolvió que, para renovar los auspicios, no presidieran las elecciones de sus sucesores los actuales tribunos militares, suspendiéndolas hasta que hubiesen salido del mando. Interegno.

TRIBUNOS MILITARES: L. Papirio Cursor, C. Sergio Fidenas, L. Emilio Mamercino II, M. Menenio Lanato, L. Valerio Publícola III, y C. Cornelio Coso, entran el 31 de julio romano del 368, 24 de agosto juliano del 386.

386-385. Hubo tres intereyes (T. Liv. lib. VI, c. 5). Con esto el año consular del 16 de julio pasó al 31 del mismo mes. La reedificacion del Capitolio, baluarte de la religion y del imperio y morada de Júpiter Óptimo Máximo, el cual, segun los romanos, la habia defendido contra los galos, debió inducir á los pontífices á presentar la obra como una señal permanente de su reconciliacion con los dioses. Dedicacion del templo de Marte votado durante la ocupacion de los galos. Se forman cuatro tribus nuevas, compuestas de los ciudadanos que habian acudido á Roma, y obtenido el derecho de ciudadanía en el año 366; de modo que, las tribus llegaron entónces al número de veinte y cinco. El pueblo recibe con mas calor que el año precedente el proyecto de ley sobre la reparticion de las tierras pomptinas, pero no llegó á sancionarse. Lustro décimo octavo: se habia hecho otro en el año 363, cinco años antes de este. Acabamos de ver que los romanos habian formado cuatro tribus nuevas, y el aumento de tribus no se efectuaba sino en tiempo de censo y de lustracion.

TRIBUNOS MILITARES: M. Furio Camilo IV, Serv. Cornelio Maluginense II, Q. Servilio Prisco Fidenas VI, L. Quincio Cincinato, L. Horacio Pulvilo, y P. Valerio Potito Publícola, entran el 31 de julio romano del 369, 5 de setiembre juliano del 385.

385-384. La dedicacion del templo de Marte, dios tutelar de los romanos, y el establecimiento de cuatro nuevas tribus, que aumentaban el poder de la república, dieron motivo á los pontífices para prolongar este año civil con una intercalacion. Guerra con los volscos y anciatos, sostenidos por los latinos y hernicos, que permitieron á sus jóvenes el ir como voluntarios á ayudarlos. Los romanos mandados por Camilo iban á alcanzar la victoria, cuando un huracan separó á ambos ejércitos. Abandonaron los latinos y hernicos á los volscos, la noche misma despues de la batalla, y al ver estos la desercion, fueron á refugiarse en Satrico. Camilo toma esta ciudad por asalto, y luego se va á Roma para consultar al senado sobre el proyecto que habia formado de sitiar á Ancio, capital de los volscos. El senado prefiere enviarle á Nepete y á Sutri. Eran ciudades aliadas de Roma, y la servian de barrera por la parte de Toscana; pero, sitiadas por los etruscos, pidieron socorro, que no llegó á tiempo. Camilo las recobró. Quéjase el senado á los latinos y hernicos por el apoyo dado á los volscos, y su poca diligencia en aprontar el cuerpo auxiliar á que estaban obligados. No contentó al senado su respuesta, mas, atacada Roma por otros enemigos, difirió la guerra para mejor ocasion.

TRIBUNOS MILITARES: A. Manlio Capitolino II, P. Cornelio Coso II, T. Quincio Capitolino, L. Papirio Cursor II, y C. Sergio Fidenas II, entran el 31 de julio romano del 370, 17 de setiembre juliano del 384.

DÉCIMO SEXTO DICTADOR: A. Cornelio Coso.—384-383. Continúa la guerra de los volscos que no parece sino que renazcan despues de tantas derrotas. Los latinos y hernicos se levantan ya abiertamente para ayudar á los etruscos. Se dice que M. Manlio, el salvador del Capitolio, denominado el Capitolino, despues de su proeza, aspira al trono. Era patricio, pero envidioso por la preferencia dada á Camilo en el gobierno de la república, creyendo merecerla él, abandona el partido del senado y de la nobleza, halagando á los plebeyos cuyas deudas se habian aumentado con la reconstruccion de sus casas. Manlio paga por los ciudadanos á quienes por su insolvencia entregaba la ley á disposicion de los acreedores. Mas que la guerra de los volscos, la ambicion de Manlio movió al senado á pensar en un dictador. Sale nombrado A. Cornelio Coso, tomando por lugarteniente á T. Quincio Capitolino. Pensó el dictador que antes de habérselas con Manlio habia de robustecer algo mas su autoridad con alguna victoria: sale contra los volscos, y los vence, tomando su real y repartiendo la presa á los soldados. Proponíase el dictador marchar contra los pueblos coaligados con los volscos, pero el senado le llama á Roma, pues cada dia iba en aumento el temor que inspiraba Manlio, quien tenia reuniones clandestinas con jefes del pueblo. Vendió su mejor hacienda, y dijo que destinaba su precio á la redencion de los deudores que gemian debajo la opresion de sus acreedores, y de la tiranía de los patricios. Hasta añadió que el senado guardaba escondido el oro que se habia dado á los galos, y que si se llegaba á descubrir, bastaria para pagar todas las deudas. Cornelio manda encarcelar á Manlio. El pueblo entero se viste de luto, pero era tan temido el supremo poder de un dictador, que no se atreve á quitar á los lictores que le llevaban preso al que tenian por su libertador. Triunfa el dictador, y luego abdica. Entónces comienza el pueblo á manifestar sus simpatías por Manlio y á agitarse, permaneciendo rodeada de noche y de dia por el pueblo la prision en que se hallaba. El senado le pone en libertad, pero no quedó apaciguado con esto el tumulto, pues tomaron los sediciosos un jefe, y entónces el senado expidió un decreto al objeto de enviar una colonia á Satrico, repartiendo tierra á los colonos. El pueblo rechazó la merced, por parecerle el precio del sacrificio de Manlio á la venganza de la nobleza.

Tribunos militares: Ser. Cornelio Maluginense III, P. Valerio Potito Publícola II, M. Furio Camilo V, Serv. Cornelio Rufo II, C. Papirio Craso, y T. Quincio Cincinato II, entran el 31 de julio romano del 371, 7 de setiembre juliano del 383.

383-382. Se establece una colonia en Sutri, al séptimo año de la toma é incendio de Roma, y por consiguiente, en este año 371 de la fundacion de la misma (Vell. Paterc. lib. I, cap. 14). Proceso de Manlio á los siete años de libertada Roma con la retirada de los galos (Aulogel. lib. XVII, cap. 21). Siendo así, Manlio fué juzgado durante este tribunado militar, bien que pasado el 13 de febrero del siguiente año civil, en que principiaba el año séptimo, contadero desde la retirada de los galos. Agriado Manlio con la afrenta que le habian hecho aprisionándole, no cesaba de tener conciliábulos, excitando al pueblo á servirse de su fuerza, y, ofreciéndose por su general y protector, añadia que si el pueblo queria dar á su jefe un título mas noble y mas elevado, tendria así mas pujanza para devolverle sus derechos. Estas últimas palabras dieron márgen á creer que Manlio aspiraba al trono. Mientras se limitaba al papel de protector del pueblo oprimido, no era posible atacarle abiertamente, pero para hacer juez al pueblo se procuró separar sus intereses de los del acusado. Los mismos tribunos del pueblo sugirieron el medio al senado. Como la monarquía hubiera anulado su poder, por interés personal se unieron en aquella ocasion con los patricios. Los mismos tribunos del pueblo formularon la acusacion. Congregado el pueblo en el campo de Marte, desde el cual se veia el Capitolio, no podia resolverse á condenar al varon que le habia salvado. Aplazóse el fallo para otro dia, trasladando la asamblea á otro punto desde el cual no pudiera verse el Capitolio, y Manlio fué condenado por atentador contra la libertad pública á ser despeñado desde lo alto de la roca Tarpeya. De modo que el teatro mismo de su gloria fue el de su suplicio. Muerto Manlio, el pueblo le echó de menos, arrepintiéndose de su ingratitud. Epidemia en Roma, atribuida por el pueblo á la cólera de los dioses por la muerte de Manlio, ajusticiado en el Capitolio, en donde estaban sus templos preservados por él de su ruina. Como la epidemia fué posterior á la ejecucion de Manlio, y por tanto, después del 23 de febrero del siguiente año civil, no impidió á los pontífices el poner la intercalacion correspondiente.

Nace Aristóteles en el año mismo en que murió Manlio (Aulogel. ibid).

Tribunos militares: P. Valerio Potito Publícola IV, A. Manlio Capitolino III, Serv. Sulpicio Rufo III, L. Lucrecio Tricipitino III, L. Emilio Mamercino III, y M. Trebonio Crispo Flavo, entran el 31 de julio romano del 372, 20 de setiembre juliano del 382.

382-381. Trás de la epidemia vino el hambre, y aprovecharon la ocasion para la guerra los pueblos que hacia tiempo esperaban oportunidad para levantarse. Creyó el senado que la impunidad de los colonos de Velitra, que eran ciudadanos romanos, habia animado para la sublevacion á los aliados de la república, y decretó la guerra contra esa colonia. Á fin de que el pueblo acudiera de buen grado á las banderas, el senado nombró al mismo tiempo comisarios para la reparticion de las tierras pontinas, y para la conduccion de una colonia á Nepete. Se establece una colonia en Secia un año después de la de Sutri (Vell. Paterc. lib. I, cap. 4). Sin embargo, no fué enviada en este año la colonia á Nepete (véase el año 374 de Roma). El pueblo quiso la guerra contra la colonia de Velitra á pesar de la oposicion de sus tribunos, solo que no pudo salir el ejército por causa de la epidemia.

Tribunos militares: Sp. Papirio Craso, L. Papirio Craso, Serv. Cornelio Maluginense IV, Q. Servilio Prisco Fidenas, C. Sulspicio Petino (1), y L. Emilio Mamercino IV, entran el 31 de julio romano del 373, 9 de setiembre juliano del 381.

381-380. Los romanos vencen á los colonos de Velitra sostenidos por los prenestinos. Estos se hacen luego aliados de los volscos, y reuniendo juntos sus fuerzas contra la colonia romana de Satrico, se apoderan de la poblacion despues de una resistencia vigorosa, tratando cruelmente á los prisioneros. El pueblo romano declara la guerra á los prenestinos, atacando después á los volscos, que eran aliados de los primeros.

Tribunos militares: M. Furio Camilo VI, A. Post. Albino Regilense, L. Post. Albino Regilense, L. Furio Medulino, L. Lucrecio Tricipitino III, y M. Fabio Ambusto, entran el 31 de julio romano del 374, 21 de setiembre juliano del 380.

380-379. Guerra de los volscos. Nombran á Camilo general en jefe del ejército. La suerte le dió por colega á L. Furio, el que contra el dictámen de Camilo dió una batalla, que perdió. Al ver el descalabro Camilo, que estaba situado en una altura, se pone á la cabeza de la reserva, vuelve á formar el grueso del ejército, y alcanza la victoria, apoderándose del campo enemigo. Sabedor de que los etruscos habian tomado á Sutri, vuela allá con lo mejor de su gente, y la recobra (Plutar. Vida de Camilo). Entre los prisioneros conocieron los romanos á muchos tusculanos, que, presentados ante el senado, confesaron que habian tomado las armas de órden de su gobierno, en defensa de los volscos. Guerra contra la ciudad de Túsculo, bajo la direccion de Camilo, autorizándole á tomar entre sus colegas al que mejor le pareciese. Elige á L. Furio, el mismo que habia trabado la batalla contra su parecer, y habia podido reconocer su yerro. En Túsculo no vieron los romanos la menor señal de guerra. Sus habitantes estaban ocupados en sus quehaceres, y el senado les otorgó la paz, y poco después el derecho de ciudadanía. Se envia una colonia á Nepete, á los nueve años de la entrada en Roma por los galos. Solo así debe entenderse á Velleyo Paterculo (véase su lib. I, c. 14).

Tribunos militares: L. Valerio Publícola V, P. Valerio Potito Publícola III, L. Menenio Lanato II, L. Sergio Fidenas III, Sp. Papirio Cursor, y Serv. Cornelio Maluginense V, entran el 31 de julio romano del 375, 11 de setiembre juliano del 379.

Décimo séptimo dictador. T. Quincio Cincinato. — 379-378. Deseaba el pueblo, hacia tiempo, que se fijasen por medio de la renovacion del censo las deudas de cada ciudadano, á fin de ver si habia lugar á su extincion, y si entretanto podia el pueblo sobrellevar los servicios y contribuciones que se le exigian. Ocurrió la muerte del censor Sp. Postumio Regilense, mientras estaba trabajando en el censo ó padron con su colega C. Sulpicio Camerino, y temiendo por consideraciones religiosas substituir con otro censor al difunto, C. Sulpicio dimitió el cargo y se nombraron otros; pero, declarada defectuosa su eleccion, el senado aparentó creer que los dioses se oponian ese año á elecciones de censores, y así no se terminó el padron comenzado. Se renuevan las agitaciones con motivo de las deudas. Los prenestinos habian entrado en el territorio de Gabio. El senado ordena la salida de

(2) Otros escriben: Serv. Sulpicio Pretextato. Véase mas adelante los años 376, 370, 368.

tropas, oponiéndose á ello los tribunos del pueblo. Los prenestinos llegan hasta las murallas de Roma. Es nombrado dictador T. Quincio Cincinato, tomando por general de la caballería á A. Sempronio Atratino. Van los enemigos á acampar á orillas del Alia, figurándose que otra vez serian fatales á los romanos. Victoria completa del dictador. Ocho poblaciones tomó Quincio en ocho dias, siéndolo por asalto el noveno Velitra, y ocupando el décimo á Preneste, vuelve á triunfar en Roma, abdicando á los veinte dias de dictadura (Festo, en la voz Triens. T. Liv. lib. VI).

TRIBUNOS MILITARES: P. Manlio Capitolino, C. Manlio Capitolino II, L. Julio Fulo III, C. Sextilio, M. Albinio, y L. Antistio, entran el 31 de julio romano del 376, 24 de setiembre juliano del 378.

378-377. Los volscos ganan una batalla á P. y á C. Manlio. Se atribuyó la derrota á impericia de los generales, que no supieron prever una emboscada. Rebélanse de nuevo los prenestinos á fines de este año consular, excitando á los pueblos latinos á unirse con ellos. Se aumenta la colonia establecida en Secia en el año 372, pues los mismos colonos dirigen una representacion al senado, exponiendo que son pocos. Sosiego interior en Roma, dimanado de lo satisfecho que estaban el pueblo y sus tribunos al ver á tres plebeyos compartiendo con tres nobles el tribunado militar.

TRIBUNOS MILITARES: Sp. Furio Medulino, Q. Servilio Prisco Fidenas II, C. Licinio Calvo, P. Clelio Sículo, M. Horacio Pulcelo, y L. Geganio Macerino, entran el 31 de julio romano del 377, 13 de setiembre juliano del 377.

377-376. Siguen con mayor calor que antes las reclamaciones acerca de las deudas, «seditione ingenti,» dice T. Livio (lib. VI). Se procede á la eleccion de censores al objeto de saber el estado de las deudas y fortuna de cada ciudadano. Salen elegidos Sp. Servilio Prisco, y Q. Clelio Sículo. Pero, por haber salido de Roma las legiones para ir contra los volscos, suspendieron los censores el padron, y el tumulto fué todavía en aumento. Ni las correrías de los volscos por la misma campiña de Roma, ni el temor de que entrasen la ciudad á la fuerza, bastaron para que consintiesen los tribunos en la salida del ejército, y el pueblo en el alistamiento voluntario. Tuvo el senado que pasar por las condiciones impuestas por los tribunos, exigiendo estos, nó tan solo la suspension durante la guerra de todo enjuiciamiento contra los deudores, sino hasta la suspension del cobro de contribuciones. Solo así se permitió la salida á campaña de las legiones. Pero, rechazados los volscos y asolada su tierra por los romanos, estos regresaron á su ciudad cargados de botin, y no necesitando ya el senado á los tribunos del pueblo, no tuvo ya mas consideraciones. Aplicáronse de nuevo las leyes contra los deudores, y se recaudaron los impuestos. Y aun se creó una nueva contribucion para reconstruir las murallas de la ciudad con piedra de sillería, empresa que acababan de ordenar los censores, de suerte que al ver el pueblo que no le valia ningun esfuerzo para procurarse algun alivio, comenzó á desesperarse, siendo tan intenso su abatimiento como grande habia sido su valentía.

TRIBUNOS MILITARES: L. Emilio Mamercino V, Serv. Sulpicio Pretextato II, P. Valerio Potito Publícola IV, L. Quincio Cincinato II, C. Veturio Craso Cicurino, y C. Quincio Cincinato, entran el 31 de julio romano del 378, 3 de setiembre juliano del 376.

376-375. El ardor de los tribunos en el año que antecede, la superioridad que sobre el senado se arrogaron con la imposicion de condiciones asaz duras; y sobre todo, la novedad que introdujeron de suspender la recaudacion de contribuciones que siempre habian estado en manos del senado, movieron á los pontífices á hacer mas corto el año de la administracion de esos tribunos, suprimiendo la intercalacion que por derecho correspodia despues del 23 de febrero de este año civil de 378 de Roma, y por consiguiente, antes de prevalecer otra vez el senado sobre el partido popular. Para todas las plazas del tribunado militar salieron nombrados patricios; ni siquiera osó presentarse ningun candidato plebeyo; y no encontrando los tribunos militares resistencia para la formacion del ejército, P. Valerio y su colega L. Emilio, pudieron ir en breve á contener á latinos y volscos reunidos en Satrico. Las dos hijas de M. Fabio Ambusto se deshermanan estrepitosamente, por tener envidia la que estaba casada con el plebeyo C. Licinio Estolo, de los honores de que gozaba la otra con su marido el patricio Serv. Sulpicio Pretextato. M. Fabio, á fin de calmar á la primera, la asegura que no tardará en participar de iguales distinciones que su hermana. Conciértase al efecto con su yerno Licinio, y con L. Sextio, otro plebeyo de mérito extraordinario, á quien solo faltaba el haber salido de noble cuna para ascender á las supremas dignidades. Creyó M. Fabio que la miseria y opresion del pueblo podian dar lugar á la realizacion de su plan, exponiendo al pueblo que solo eligiendo á hombres sacados de su mismo seno para elevarlos á los primeros cargos, podria adquirir la suficiente fuerza para salir de su lamentable estado. Entretanto, quedó convenido que en las próximas elecciones del tribunado popular, se presentarian candidatos Licinio y Sextio, y que desde esa posicion, les seria fácil subir á las demás. En efecto, fueron elegidos. De modo que el tribunado plebeyo de los dos romanos que se acaban de nombrar, pertenece á este año de 378, obteniéndole en el año del tribunado militar de Serv. Sulpicio. Y hasta con motivo de hallarse Serv. Sulpicio en el mismo tribunado, se afanó tanto M. Fabio, deseoso de consolar á su hija descontenta. Luego no puede ponerse en el año siguiente su entrada en el tribunado del pueblo (véase mas adelante el año 385, y al hablar de la cronología de T. Livio acerca de ese tribunado, demostraremos que pone su principio en el mismo 378). Entretanto, el ejército romano, acaudillado por P. Valerio y L. Emilio, ataca á los latinos y volscos. Vencidos estos pueblos, se retiran á Satrico, y desde allí se van aquella misma noche á refugiarse á Ancio. No pudiendo á la sazon aquella tropa emprender un sitio, se contenta con correr la tierra. Sométense á Roma los volscos de Ancio ó anciatos, poniéndose con su ciudad á disposicion de los romanos. Los latinos tuvieron que salir de Ancio, y como no quisieron pedir la paz, fueron de nuevo contra Satrico, y la quemaron; corriendo luego hácia Túsculo, que no habia querido ligarse con la demás gente latina, apoderáronse de ella por sorpresa. Retiráronse sus moradores á la ciudadela, pidiendo inmediatamente socorro á Roma. L. Quincio y Serv. Sulpicio fuéron á libertar á Túsculo, volviéndose luego á Roma con su hueste. Después de estos hechos de guerra, L. Sextio y C. Licinio propusieron tres leyes. La primera, relativa á las deudas, prescribia que se rebajaria del capital lo que se hubiese pagado en interés, y que se concederia al deudor un plazo de tres años para pagar cada año la tercera parte de lo que faltara. La segunda ley tendia á restablecer la igualdad, impidiendo la acumulacion de vastas posesiones territoriales, pues, prohibia el que ningun ciudadano pudiese tener mas de quinientas yugadas de tierra.

La tercera abolia el tribunado militar, restableciendo para siempre el nombramiento de cónsules, pero con la condicion terminante de que uno de los dos habia de ser plebeyo. Así se atacaban á un mismo tiempo todos los resortes del poder de la nobleza: dinero, tierras y honores. Alarmados los senadores por la incontrastable firmeza é incorruptibilidad de Sextio y de Licinio, acudieron al medio que tantas veces les habia valido, y comprados por el senado sus mismos colegas, se opusieron á que las leyes se presentasen á la sancion del pueblo. Al verse así detenido Sextio, dice que se servirá de las mismas armas contra los patricios. Acercábase el fin del tribunado militar, y oponiéndose á la convocacion de comicios, no pudo haber elecciones.

Primer año de anarquía, sin magistrados curules, 31 de julio romano del 379, 16 de setiembre juliano del 375.

375-374. La preponderancia del senado sobre el pueblo, la fácilidad con que los tribunos militares, patricios todos, constituyeron el ejército, y las victorias de sus generales, hicieron que se mirase como muy fausto el año del tribunado que precede, por lo cual quisieron los pontífices prolongarle con una intercalacion de febrero en este año civil, antes que Sextio y Licinio hubiesen presentado sus leyes y proyectos. Teniendo que salir de sus puestos los tribunos militares á 30 de julio de este año, no fuéron reemplazados por seguir Sextio y Licinio oponiéndose á que hubiese elecciones curules, no permitiendo comicios sino para nombrar tribunos del pueblo y ediles. Tan visiblemente interesado estaba el pueblo en las leyes presentadas por Sextio y Licinio, que los continuó en el tribunado nó solo en 10 de diciembre de este año, sino en los años anteriores. De suerte que, nombrando el pueblo á sus mismos tribunos, y siguiendo estos en su oposicion á las elecciones para el tribunado militar, estuvo Roma sin primeros magistrados, y como sin gobierno. Esta anarquía, ó como dice T. Livio, esta «soledad,» duró por espacio de cinco años (Véase mas adelante el año 384). Hubo no obstante algunos intereyes (Vopisco, en la Vida de Tácito), que los patricios nombraban cuando podian reunirse. La anarquía no pudo principiar mas tarde que en este año. Plinio (lib. XVI, c. 44) dice que Roma se halló sin magistrados en el año 379 de su fundacion. Se equivoca por consiguiente Dodwell (Disert. sobre los ciclos romanos sec. 82) y tambien Crevier, al ponerla en el 380 (Véase tambien el 388). Solo se apoyan en Diodoro de Sicilia y como este autor, inmediatamente después del tribunado militar de L. Emilio, Ser. Sulpicio Pretextato y demás colegas del 378, pone otro tribunado militar que dice compuesto de L. Papirio, L. Menenio, Serv. Cornelio y Serv. Sulpicio, que correspondia á este año varroniano de 379, creyeron estos autores que podian añadirle á sus Fastos haciéndole llenar el vacío que en ellos quedaba con la omision del interegno del 334, no admitido por los mismos. Por otra parte, el plan cronológico de Diodoro de Sicilia no permite que se tome por guia á este historiador en cuanto á adicion ó supresion de años consulares. Tanto los Fastos catonianos como los varronianos sufririan perturbacion. Este autor ha seguido, segun parece, á Q. Fabio Pictor, que retardaba la fundacion de Roma hasta fines del año primero de la octava olimpiada, de suerte que media una diferencia de seis años entre la época de Fabio y la de Varron. Así es que el consulado de Sp. Casio Vicelino, y de Proc. Virginio Tricosto, en el cual empieza lo que nos queda de historia romana en la obra de Diodoro, consulado correspondiente, en la época de Varron, al año 3.° de la olimpíada 73ª, está puesto por Diodoro en el año 1.° de la olimpíada 75ª. De manera que este autor para ponerse conforme con los consulados varronianos no hubiera debido suprimir de sus Fastos mas que seis años consulares. Con todo, quita por un lado 17 y por otro pone 11. Los años que Diodoro omite son: los dos consulados de C. Julio con Q. Fabio del año varroniano 272, y de C. Julio III con L. Virginio II del año 320: cinco años entre los tres tribunados militares, interegno y consulado pertenecientes á los años varronianos 332, 333, 334, 335 y 336, y cuatro años de anarquía correspondientes á los años varronianos de 380, 381, 382 y 383 (Diodoro solo admite un año de anarquía). Omite igualmente el tribunado militar de A. Cornelio, L. Victurio, y sus colegas del año varroniano de 387, los tres consulados de L. Furio con Apio Claudio del año varroniano 405, de Papirio Cursor, con C. Petilio Libo del año 422, y de L. Emilio con C. Plaucio del 425, las dos dictaduras de Papirio Cursor, una del año 430, y otra del 445. Tenemos pues diez y siete años suprimidos por Diodoro, sin embargo de que pertenecen á los Fastos varronianos igualmente que á los catonianos. Pero añade en sus Fastos un consulado que pone en el año 1.° de la olimpíada 82.ª, colocándole entre el consulado de C. Naucio, con L. Minucio del año varroniano 296, y el de C. Horacio con Q. Minucio del 297. Como hay un vacío en la historia de Diodoro, cabalmente en este mismo año olímpico, no se puede saber cuáles eran las personas de que componia ese consulado, pero es lo cierto que le añadia. Pone el consulado de C. Naucio y de L. Minucio en el año 4.° de la olimpíada 81 y el de C. Horacio con Q. Minucio en el año 2.° de la olimpíada 82. Luego llenaba el primer año de la olimpíada 82.ª con una magistratura que separaba estos dos consulados que Varron y Caton ponen sin embargo á continuacion y seguidos; por consiguiente, añaden un año á los Fastos varronianos. Después del consulado de C. Horacio y de Q. Minucio, puesto en el año varroniano de 297, y del que acabamos de hablar, añade Diodoro un consulado que forma con L. Quincio y con Fabio, dictador el primero, y el otro cónsul substituido á Minucio en el año 296. Después del consulado de C. Julio II y de L. Virginio, del año varroniano 319 trae Diodoro un tribunado militar que compone con M. Marlio, Q. Sulpicio y L. Servilio. Después del tribunado militar de los tres hermanos Fabios Ambustos en el año varroniano de 365, añade cinco años consulares; á saber: un tribunado militar que supone formado de M. Furio, de un C. ó Cayo sin apellido, y de un Emilio, dos consulados y un tribunado militar, compuestos de los cónsules y tribunos que se expresan en los Fastos varronianos, en los años de 362, 363 y 364 (magistraturas consignadas ya por Diodoro en los años fabianos 358, 359 y 360, y que luego pone por segunda vez) y luego un tribunado militar que compone con J. Sulpicio, P. Valerio, Sex. Anio, junto con un Cayo y un Mario sin apellidos. Después del tribunado militar de L. Emilio Mamercino, de Serv. Sulpicio Pretextato, y de sus colegas del año varroniano de 378 pone el tribunado militar de L. Papirio, de L. Menenio y de sus colegas, con el cual quiere Dodwell y los que le siguen aumentar los Fastos de Varron, lo que ha dado lugar á esta discusion. Después del consulado de M. Popilio Lenas y de L. Cornelio Escipion, perteneciente al año varroniano de 401, añade el mismo Diodoro un consulado que compone con M. Emilio y T. Quincio. Por fin, después del consulado de L. Cornelio Léntulo y de Q. Publilio Filo, á quien llama

Q. Popilio, repite el mismo consulado, poniendo L. Cornelio II, Léntulo II y Q. Publilio. Por tanto, siendo de once años las adiciones de Diodoro, y de diez y siete las supresiones, llegó á no omitir en realidad mas que seis años, concordando después sus Fastos con los de Varron. Desde el año varroniano de 445 y 439 fabiano, en el cual hace este autor su postrera innovacion con omitir la segunda dictadura anual de Papirio Cursor, ya concuerdan sus Fastos con los varronianos. En el consulado de P. Decio Mus y de Q. Fabio Ruliano del año varroniano de 446, el año 440 fabiano cae, segun Diodoro, y tambien segun Varron, en el año 1.° de la olimpíada 118, continuando esta perfecta correspondencia en todo lo que nos queda de la obra de Diodoro que solo llega hasta el año varroniano de 432, y 426 fabiano. Despréndese de lo dicho que, por haber Diodoro adoptado un modo de calcular diferente del de Varron y de Caton, ya añadiendo, ya quitando á los Fastos aquellos años que no pueden cuadrar con el cómputo de ninguno de ellos, no es regular el fundarse en este autor para poner en los Fastos que actualmente siguen los sabios unos años que no se hallan en ningun otro autor varroniano ni catoniano. Tampoco puede seguírsele á medias aceptando unos años y dejando otros; es preciso seguirle ó dejarle por entero, en todo lo que no estuviese reconocido por los antiguos que prefirieron Varron ó Caton á Q. Fabio. Por fin, T. Livio rechaza ese supuesto tribunado militar. Hemos visto en el año que antecede que el primer tribunado de Sextio y de Licinio cae en el año 378 de Roma, y admitiendo el tribunado militar de Diodoro, la anarquía no hubiera principiado en el primer tribunado plebeyo de Sextio y de Licinio, sino en el segundo, y hubiera de principiarlo nó el 379, sino en el 380. Pero, T. Livio dice que los dos plebeyos propusieron sus leyes en su primer tribunado: en su primer tribunado se opusieron á los comicios, y por su celo en favor del pueblo fuéron continuados en sus puestos, y es además inverosímil que estuviesen inactivos todo un año sin presentar los proyectos que hacia tiempo tenian preparados. De suerte que la anarquía vino inmediatamente después del primer tribunado plebeyo de Sextio y de Licinio, sin que mediase tribunado militar.

Segundo año de añarquía, sin magistrados curules, el 31 de julio romano del 380, 6 de setiembre juliano del 374.

374-373. Por muy infaustos tuvieron los pontífices unos años en que la república no tenia primeros magistrados, y solo un senado sin fuerza, y un pueblo sin mas guia que sus tribunos, y opinamos que omitieron la intercalacion que correspondia en este año civil entre el 23 y 24 de febrero.

373-372. Tercer año de anarquía, sin magistrados curules, el 31 de julio romano del 381, 26 de agosto juliano del 373.

Cuarto año de anarquía, sin magistrados curules, 31 de julio romano del 382, 16 de agosto juliano del 372.

372-371. Los pontífices suprimen la intercalacion que de derecho correspondia al febrero de este año civil.

371. Quinto año de anarquía, sin magistrados curules, 31 de julio romano del 383, 6 de agosto juliano del 371.

Tribunos militares: L. Furio Medulino II, P. Valerio Potito Publícola V, A. Manlio Capitolino IV, Serv. Sulpicio Rufo Pretextato III, C. Valerio Potito Voluso, y Ser. Cornelio Maluginense VI, entran el 15 de marzo romano del 384, 13 de marzo juliano del 370.

370. Roma tuvo la suerte de que nadie la ataeó durante su anarquía. Solo hicieron algunas correrías los colonos de Velitra, y animados estos con la impunidad que se prometian con motivo de la discordia entre romanos, habian ido á sitiar á Túsculo, siempre aliada del pueblo romano, y recien gratificada con el derecho de ciudadanía para sus habitantes. Los tusculanos pidieron socorro. No pudo consentir el pueblo ni sus tribunos que unos ciudadanos romanos fuesen así oprimidos; Sextio y Licinio permitieron la convocacion de comicios, y dice T. Livio que el interey hizo proceder á la eleccion de tribunos militares, con lo cual cesó la anarquía. Alistado el ejército, no sin repugnancia de algunos, salió para Túsculo, que libertó batiendo al enemigo, yendo luego á sitiar á Velitra, en la que se encerraron los colonos rebeldes. El sitio no concluyó en este año. Bien mirado todo, la instalacion de los tribunos militares que terminaron la anarquía, debe coincidir con el sitio de Túsculo y ser puesta en 15 de marzo romano. Los de Velitra habian comenzado la guerra contra los tusculanos; luego era al principio de la campaña la que se abrió en febrero. No habiendo las magistraturas sido restablecidas hasta marzo, omitieron los pontífices la intercalacion que correspondia entre el 23 y 24 de febrero, por estar todavía Roma sin magistrados curules. Bien que manifiestan los antiguos incertidumbre acerca del tiempo que duró la anarquía, ello es que acabó en este año. Vopisco en la vida de Tácito, Eutropio (lib. II, c. 3), Rufo Festo, Casiodoro con Zonaras (lib. VII, cap. 4), dicen que duró cuatro años, y T. Livio que siguió por espacio de cinco años. Esto indica que duró cuatro años cumplidos y cinco principiados, siguiéndose de ahí que habiendo empezado á 30 de julio romano del 379, debió concluir antes del 31 de julio de este año, y así se verifica colocando, como lo hacemos nosotros, la toma de posesion de los tribunos militares que la dieron fin en el 15 de marzo romano de este año 384. Solo que debemos reconocer que T. Livio daba á la anarquía un período mas largo. Vió en los antiguos autores que consultaba que habia durado cinco años, y creyó que eran cumplidos; y como echaba de ver ya por la historia, ya por el eslabonamiento de los años consulares entre sí, que el año en que acabó la anarquía comenzaba en el mes de marzo romano, sobre el tiempo poco mas ó menos en que se abria la campaña militar, se vió obligado, á fin de hacer los cinco años cabales, á hacerla durar hasta marzo del siguiente año 385, prolongándola casi un año mas, y es ya el segundo que T. Livio pone de mas en sus Fastos (véase el año que sigue y mas adelante el de 399).

Tribunos militares. Q. Servilio Prisco Fidenas III, M. Cornelio Maluginense, C. Veturio Craso Cicurino II, Q. Quincio Cincinato Capitolino, A. Cornelio Coso, y M. Fabio Ambusto II, entran el 15 de marzo romano del 385, 25 de marzo juliano del 369.

370-369-368. Restablecido el tribunado militar, y elegidos tan solo patricios, pusieron los pontífices la intercalacion en febrero de este año civil 385 de Roma. Sigue el sitio de Velitra, que iba muy lentamente por estar los ánimos ocupados en otra cosa. Sextio y Licinio arengan al pueblo, apoyados con el influjo de Fabio, suegro de Licinio, el cual habia entrado este año en el tribunado militar, adquiriendo así mas autoridad para sostener los proyectos de ley en que habia trabajado él mismo. Sextio y Licinio presentan una nueva ley al objeto de nombrar, en vez de dos individuos para guardar los libros sibilinos, diez que serian la mitad nobles y la mitad plebeyos. De modo

que trataban de hacer partícipes á los del pueblo de todos los cargos públicos. Los mismos colegas de Sextio y Licinio les impiden el poner sus leyes á votacion, con decir que, estando mucha parte del pueblo en el sitio de Velitra, debe aguardarse á que vuelva para reunir comicios. Sextio y Licinio hubieron de ceder; pero ocupó el ejército todo el año en el sitio, y el asunto de las famosas leyes pasó á los tribunos militares del año siguiente. T. Livio dice de Sextio y Licinio, hablando de sus discursos al pueblo, que se hallaban ya en su octavo tribunado: «jam octavum tribunos plebis refectos.» Ahora bien, sus discursos datan del sitio de Velitra, pues que del mismo se valieron los demás tribunos del pueblo para oponerse á Sextio y á Licinio. Por consiguiente, estos tribunos arengaban al pueblo durante la primavera, verano y otoño del año en que se estaba sitiando á Velitra, y hallándose en su octavo tribunado. Luego T. Livio ha añadido á sus Fastos un año entre el 378 y este que nos ocupa, el 385. Suponiendo, como lo hacemos nosotros, que este tribunado militar cae en el 385 de Roma, creados Sextio y Licinio tribunos por vez primera en 10 de diciembre de 378, solo se hallarian en su séptimo tribunado cuando arengaban al pueblo durante el sitio de Velitra, pues que no habrian entrado en el octavo tribunado hasta el 10 de diciembre del 385. Es por tanto, necesario, para completar el cálculo de T. Livio, y dar á los dos tribunos el octavo tribunado en la época de sus arengas, admitir que el año en que las pronunciaron es para T. Livio mismo el 386 de Roma, conviniendo en que puso un año de mas entre el 378 y el 385. Y como hemos probado mas arriba que el año añadido por T. Livio, no puede ser el tribunado militar añadido por Diodoro, y puesto por Dodwell en el 379, es preciso que T. Livio diese un año mas á la anarquía.

Tribunos militares: L. Quincio Cincinato Capitolino, Sp. Servilio Estructo, Serv. Cornelio Maluginense VII, L. Papirio Craso, Serv. Sulpicio Pretextato IV, y L. Veturio Craso Cicurino, entran el 15 de marzo romano del 386, 15 de marzo juliano del 368.

Décimo octavo dictador: M. Furio Camilio IV. Abdicacion del mismo.

Décimo nono dictador: P. Manlio Capitolino. — 368. Por la preponderancia que iban adquiriendo los tribunos del pueblo, y por su empeño en no cejar ante los patricios, los pontífices omitieron la intercalacion. Se renuevan las disensiones desde el principio del año consular. Prescindiendo ya Sextio y Licinio de sus colegas, convocaban al pueblo. El senado acude á lo que solia en sus apuros, á la dictadura; y hace nombrar á Camilo, y que tome por lugarteniente á L. Emilio Mamercino. Pero, Camilo no puede contener á los tribunos, y despues de decir al pueblo que haria entrar en las filas del ejército á todos los mozos de Roma, y se los llevaria luego fuera de la ciudad, viendo que no producian efecto sus amenazas, abdicó, fuese que en su edad no se sintiese ya brioso para luchar con tan enérgicos tribunos, y que se acordase de su destierro, ó por que se le amenazó, segun Plutarco, con una multa de quinientos mil ases, ó fuese que reconociera que habia habido alguna informalidad en su nombramiento de dictador. El senado queria de todos modos á un patricio con el poder supremo. Dictadura de P. Manlio Capitolino, durante cuyo mando obtuvo el pueblo ventajas. El dictador tomó por lugarteniente ó general de caballería á C. Licinio Calvo, siendo este el primer plebeyo á quien cupo tal honor, bien que habia sido ya tribuno militar, y nó conforme con las miras de Licinio Estolo, el tribuno del pueblo. Preocupado el pueblo exclusivamente con las leyes sobre deudas y reparticion de tierras, oía indiferente, y hasta desaprobaba la ley que tenia por objeto la entrada de los plebeyos en el consulado. Los tribunos en sus arengas dicen que se hallan en el año noveno de su tribunado (T. Liv. lib. VI), declarando á las tribus que si no votan y aprueban todas sus leyes juntas, pueden dejar de continuarlos en el tribunado, porque no adoptándolas todas, no presentarán ninguna. Apio Claudio pronuncia un discurso contra los tribunos, que templó bastante la audacia de los plebeyos. Solo consiguieron la autorizacion de la ley que creaba decemviros para la guardia de los libros sibilinos, poniendo cinco nobles y cinco plebeyos. La deliberacion sobre las demás leyes se difirió para el año siguiente. Como T. Livio dice que en el intervalo que medió entre la abdicacion de Camilo y la dictadura de Manlio, siguieron los tribunos congregando al pueblo como si hubiese habido interegno, algunos han creido que efectivamente le habia habido y que los tribunos militares habian concluido el año de su magistratura cuando Manlio fué nombrado, y aun cuando abdicó Camilo, infiriendo de aquí los autores de que se trata que estas dos dictaduras deben ponerse entre el tribunado militar precedente y el otro que sigue, y que forman en los fastos un año separado. Pero, el modo con que se expresa T. Livio no sufre la suposicion. Dice que los tribunos del pueblo obraron como si hubiera habido interegno, «velut per interegnum,» luego en realidad no le habia. T. Livio quiere decir, que, no temiendo ya los tribunos del pueblo la supremacia del dictador Camilo, siguieron convocando á la plebe, á lo cual se habia opuesto Camilo. Esto solo quiere decir que los tribunos militares no tenian tanta autoridad como un dictador para contener al pueblo y sus tribunos. Añaden los mismos autores que en los Fastos Capitolinos hay dos principios de línea ó dos señales que separan las dictaduras de Camilo y de Manlio del tribunado militar que las precede, y del que las sigue. Estas señales no están en el plano figurado de los Fastos de Gruter; solo se hallan en la copia de Panvini: de todos modos, el autor de estos Fastos expresa, nó con señales sino con palabras formales, las dictaduras que han formado años separadamente. «En este año, dice, el dictador y el general de caballería estuvieron sin cónsules.» (Véase el año 445). Ni esta fórmula se halla en los Fastos Capitolinos, en las dictaduras de Camilo y de Manlio, ni hay espacio en que pudiera haberse escrito.

Tribunos militares: A. Cornelio Coso II, L. Veturio Craso Cicurino II, M. Cornelio Maluginense II, P. Valerio Publícola VI, M. Geganio Macerino, y P. Manlio Capitolino II, entran el 15 de marzo romano del 387, 5 de marzo juliano del 367.

Vigésimo dictador: M. Furio Camilo V. — 368-367. Los galos avanzan hácia Roma. Cesaron las disensiones por temor de un desastre general. Camilo es nombrado dictador por quinta vez, tomando por su lugarteniente á T. Quincio Cincinato Capitolino. Los romanos llegan a las manos con los galos á orillas del Anio, segun dice Plutarco, opinando T. Livio que fué en territorio de Albo. Camilo vence á la edad de cerca de ochenta años, veinte y tres años despues de tomada Roma (así debe leerse, y nó trece años después como Plutarco). De modo que la batalla tuvo lugar pasado el 18 de julio romano de este año de 387, en el cual cumplió el año 22 y principió el 23 desde la entrada de los galos en Roma, que aconteció á 18 de julio del año 365. Polibio, al hablar de las guerras de los galos con los romanos (lib. II), pasa por alto esta guerra y

esta victoria. Triunfo de Camilo. Vencidos los galos, Velitra se entrega á los romanos. Décimo tribunado de Licinio y de Sextio; principiando, segun nuestro cálculo, el 10 de diciembre de este año 387. Como T. Livio añade un año al tiempo de la anarquía, hace principiar el año décimo del tribunado de estos plebeyos en el año anterior, durante el tribunado militar de L. Quincio, Sp. Servilio y sus colegas (T. Liv. libro VI). Nueva efervescencia popular que Camilo no puede contener. Queriendo el dictador impedir una votacion del pueblo, sus tribunos mandan á un lictor que salga á ponerle preso (Plutar.). Sale Camilo del foro, y se dirige con los senadores hácia el Capitolio, haciendo luego voto de erigir un templo á la Concordia. Reconciliacion del pueblo y del senado. El senado aprueba por fin las leyes tribunicias, con la condicion de que para descargar á los cónsules, harto ocupados en lo gobernativo, se nombraria anualmente un pretor ó juez para la administracion de la justicia, y que este seria patricio. Al dia siguiente, el pueblo sanciona las leyes de sus tribunos, ratificando el voto de Camilo para la construccion del templo. El dictador preside los comicios para el nombramiento de cónsules (Plutarco). Se añade un dia á los juegos mayores, que en adelante duraron cuatro dias. Obligados los dos ediles plebeyos á dar esos juegos, se negaban á sobrellevar el exceso de gastos, ofreciendo pagarle la juventud patricia. Se da una ley para la creacion de dos ediles curules, elegidos entre la nobleza.

Cónsules: L. Emilio Mamercino y L. Sextio Sextino Laterano, entran el 15 de marzo romano del 388, 23 de febrero juliano de 366.

367-366. Como antes del 23 de febrero de este año civil no estaba apaciguado el tumulto en Roma, y todavía no se habian elegido cónsules, los pontífices omitieron la intercalacion. L. Sextio es el primer plebeyo elevado á la dignidad de cónsul. Es indudable que subió al consulado siendo tribuno del pueblo y tambien Licinio. Si no hubiesen permanecido en el tribunado, no hubieran tenido tanto poder para dirigir y excitar al pueblo. Si ellos mismos no hubiesen seguido defendiendo sus leyes, ¿las habria aprobado el senado, en caso de haber podido tener fuerza bastante para derribar á los dos tribunos, como así lo procuraba por todos los medios? Hubiera sido preciso que nuevos tribunos hubiesen tomado á pecho la cuestion de esas leyes, con la misma constancia é intrepidez que Sextio y Licinio, y la historia solo habla de estos dos, atribuyendo únicamente á ellos la victoria sobre el senado, el que hubo de consentir en que compartiesen los patricios con los plebeyos el honor de las primeras dignidades. Por consiguiente, Sextio fué nombrado cónsul siendo tribuno. Esto acaba de manifestar que el año de mas dado á la anarquía por T. Livio no puede admitirse. La historia enseña que Sextio y Licinio no fueron continuados en el tribunado mas que diez veces, y con el año añadido por T. Livio á la anarquía, el principio de su tribunado se remontaria al 10 de diciembre romano del año varroniano 386, cuando eran tribunos militares L. Geniscio, Sp. Servilio y colegas; y en efecto, en este año que decimos, y en este tribunado militar, pone T. Livio el décimo tribunado plebeyo de Sextio y de Licinio. Pero, este año décimo hubiera debido concluir en 10 de diciembre de 387, y por consiguiente, Sextio, que no fué nombrado cónsul hasta el 15 de marzo de 388, lo hubiera sido cuando habia descendido ya del tribunado; es decir, que hubiera podido ordenar á un lictor que prendiese á Camilo, y hacer que sucumbiese el senado ante la voluntad del pueblo, cuando habia perdido ya su autoridad, y hubieran tenido los patricios que pasar por las leyes que tanto detestaban despues de apear del mando á sus autores. No admitiendo el año que añade T. Livio, el décimo tribunado de Sextio principia el 10 de diciembre romano del año varroniano 387, y estando por lo mismo este plebeyo en plena autoridad tribunicia, entónces puede animar al pueblo, amenazar al dictador Camilo, y vencer al senado. A. Postumio Albo Regilense, y C. Sulpicio Pético, fueron elegidos censores (Fast. Capit).

Cónsules: L. Genucio Aventinense, y Q. Servilio Ahala, entran el 15 de marzo romano del 389, 7 de marzo juliano del 365.

366-365. Después de tantas agitaciones, el restablecimiento de la paz fué considerado como un suceso de los mas prósperos; y la creccion de un templo á la Concordia, el aumento de un dia en los juegos, la creacion de un pretor y dos ediles curules sacados de la nobleza, todo movió á los pontífices á añadir una intercalacion extraordinaria al febrero de este año civil. Se propaga una epidemia en Roma, y mueren el censor A. Postumio Albo, un edil de los dos curules, y tres tribunos del pueblo. Dimite el otro censor su cargo, y el año siguiente le veremos cónsul. Muere Camilo mas que octogenario, y sin embargo, su fin pareció prematuro. Segun T. Livio, sobrevivió veinte y cinco años, á la gloria de haber salvado á Roma. Esta es otra prueba de que T. Livio añadió el año que se ha dicho. Libertada Roma á 13 de febrero romano del 366, la muerte de Camilo en este año de 389 cae á los veinte y cuatro años nó cumplidos de la salida de Roma de los galos. De modo que solo añadiendo un año puede decir T. Livio veinte y cinco años.

Cónsules: C. Sulpicio Pético, y C. Licinio Calvo Estolo, entran el 15 de marzo romano del 390, 25 de febrero juliano del 364.

365-364. Con motivo del contagio suprimen los pontífices la intercalacion. No cesando el mal á pesar de instituir la fiesta del «lectisternio,» se establecieron juegos escénicos. Hasta entónces los romanos, como gente guerrera, no habian tenido otros espectáculos que los del Circo.

Cónsules: L. Emilio Mamercino II, y N. Genucio Aventinense, entran el 15 de marzo romano del 391, 15 de febrero juliano de 363.

Dictador vigesimo primero. L. Manlio Capitolino Imperioso. — 364-363. Como nada valia para disipar la epidemia se creyó que clavando un clavo en el templo de Júpiter en el Capitolio se calmaria la cólera celeste. L. Manlio es nombrado dictador para desempeñar ese acto religioso, y toma por lugarteniente á L. Pinario Nata. Prescribia la ley que el clavo habia de ponerle á 13 de setiembre romano el primer magistrado de la república. Siendo así, Manlio le clavó á 12 de agosto juliano del 363 antes de Jesucristo. Aprovechando el dictador la ocasion que le ofrecia la guerra de los hernicos de cuya fidelidad dudaban los romanos, quiere salirse de los límites de un poder confiado esclusivamente para una ceremonia religiosa. Emprende, pues, de su sola autoridad hacer la guerra, hasta proroga en algunos dias su dictadura (Cic. de Offic. y Val. Max. lib. v.), y levanta gente, multando y además castigando corporalmente á los que se niegan á ingresar en las filas; de modo que provocó un movimiento general, obligándole á ceder un mando que ya habia caducado. Celebran el vigésimo lustro los censores M. Fabio Ambusto, y L. Furio Medulino, y como está consignado en los Fastos Capitolinos, prueba irrecusablemente que tambien se celebraron los que hemos ido mencionando.

Cónsules: Q. Servilio Ahala II, y L. Genucio Aventinense II, entran el 15 de marzo romano del 392, 5 de febrero juliano del 362.

Dictador vigésimo segundo. Apio Claudio Craso Sabino Regilense. — 363-362. M. Pomponio, tribuno del pueblo, acusa á L. Manlio de violacion de la ley de la dictadura, de crueldad para con el pueblo en el alistamiento militar, y de dureza con su mismo hijo T. Manlio, á quien solo por ser tartamudo tenia lejos de la ciudad, obligándole á faenas rústicas como un esclavo. Al saber el hijo que sonaba de aquel modo en la acusacion de su padre, sale por la madrugada de la granja en que se hallaba como confinado, se va directamente á casa del tribuno, y pidiéndole una entrevista particular, saca un puñal, y obliga á Pomponio á que jure desistir de la acusacion de su padre. El tribuno no faltó al juramento, y T. Manlio se granjeó con esa accion el favor del pueblo. Ábrese una sima en el foro, y consagrándose M. Curcio á los dioses manes, se arroja al profundo armado y á caballo. Pretenden los patricios que la sima es una señal evidente de la ira del Olimpo, por haberse prostituido el consulado y los auspicios. Se nombra dictador al patricio que con mas ardor se habia opuesto á la ley Licinia, á Apio Claudio, que toma por segundo á L. Cornelio Escipion. El dictador vence á los hernicos, triunfando en el mes de noviembre romano (Fastos Capit.), que coincidió este año con los meses de setiembre y octubre julianos.

Cónsules: L. Licinio Calvo Estolo II, y C. Sulpicio Pético II, entran el 15 de marzo romano del 393, 18 de febrero juliano del 361.

Dictador vigésimo tercero: T. Quincio Peno Capitolino.— 362-361. En este año hubo intercalacion, por haber dado los dioses, segun se creyó, señales de su cólera, dejando derrotar á un cónsul plebeyo, y dando la victoria á jefes patricios. Sigue la guerra de los hernicos, confiándose su direccion á los cónsules C. Sulpicio, y L. Licinio. Los galos llegan á tres millas de Roma á orillas del Anio, y es nombrado dictador para oponérseles T. Quincio Peno. Este tomó por segundo á Serv. Cornelio Maluginense. Los cónsules Licinio y Sulpicio vencen á los hernicos, y toman á Terentino. Como al volver de esa campaña los tiburcios no dejaron pasar por su ciudad á los romanos, estos resolvieron moverles guerra. Estando á la vista las huestes gala y romana se desafiaron á luchar solos entre los dos campos un galo de graduacion y T. Manlio, el mismo jóven que habia librado á su padre de la acusacion del tribuno. Manlio mata al romano. Llevaba el galo un collar que el romano le quitó inmediatamente poniéndoselo en su cuello, y dándole desde entónces el ejército el nombre de «Torquatus.» Esto decidió la retirada de los galos sin pelear, dirigiéndose hácia la tierra de los tiburcios, con los cuales hicieron un tratado, y se fuéron á Campania. Triunfo de Sulpicio sobre los hernicos (Fast. Capit. segun Pighi) á 17 de febrero romano del siguiente año de 394, 12 de enero juliano del 360 antes de Jesucristo. Tambien triunfa de los galos el dictador T. Quincio, á fines de febrero, ó por el mes de marzo romano (Fast. Capit.), últimos dias de enero juliano del mismo año. Polibio tampoco habla de esta guerra de los galos, quienes segun algunos autores salieron maltratados. El año que sigue veremos cómo se presentan nuevamente (1).

Cónsules: M. Fabio Ambusto, y C. Petilio Libo Visolo, entran el 15 de marzo romano del 394, 1.° de marzo juliano del 360.

Dictador vigésimo cuarto: Q. Servilio Ahala. — 361-360. La guerra de los hernicos, no terminada todavía, se encarga al cónsul Fabio; y á su colega Petilio la nueva guerra contra los tiburcios. Vienen los galos de la Campania para ayudar á los tiburcios, corriendo al efecto las tierras de Lavici, Túsculo y Alba, sucediendo esto, segun Polibio, á los treinta años de tomada Roma (Pol. lib. II). Así es que la vuelta de los galos es posterior al 18 de julio romano, 2 de julio juliano de este año en que cumplió el año 29 y comenzó el 30 de la toma é incendio de Roma. Q. Servilio Ahala es nombrado dictador para rechazar á los galos, y toma por general de su caballería á T. Quincio Peno Capitolino, dictador del año antecedente. Vence Fabio á los hernicos, concediéndosele la ovacion á 5 de setiembre romano (Fast. Capit.), 18 de agosto juliano de este año. T. Livio dice que el dictador ganó la batalla á los galos junto á los muros de Roma, cerca de la puerta Colina, y que estos se retiraron á Tibur ó Tívoli. Polibio dice que, como los romanos no tuvieron el auxilio que les ofrecieran sus aliados, los pueblos latinos no se atrevieron á salir contra los galos, y en los Fastos no se ve que concediesen el triunfo al dictador. Persigue el cónsul Petilio á los galos hasta Tibur, y habiéndoselas igualmente con los habitantes de esta ciudad, se le concede luego el triunfo sobre unos y otros á últimos de febrero, ó á primeros de marzo romano del siguiente año 393 (F. Capit.), febrero juliano del 359 antes de Jesucristo.

Cónsules: M. Popilio Lenas y Neyo Manlio Capitolino Imperioso, entran el 15 de marzo romano del 395, 19 de febrero juliano del 359.

360-359. Los de Tibur fuéron de noche hasta las murallas de Roma, y fueron rechazados. Invaden los tarquinenses el territorio de Roma.

Cónsules: C. Fabio Ambusto y C. Plaucio Próculo, entran el 15 de marzo romano del 396, 4 de marzo juliano del 358.

Dictador vigésimo quinto: C. Sulpicio Pético. — 359-358. Guerra contra los tarquinenses. Toca por suerte el mando del ejército al cónsul C. Fabio. Sigue todavía la lucha con los hernicos, y sale contra ellos C. Plaucio. Los galos parecen otra vez por la parte de Preneste y de Pedum. Se nombra dictador á C. Sulpicio Pético, que toma por lugarteniente á L. Valerio Publícola. Los romanos obtienen de los latinos tropas auxiliares. El dictador se vé obligado á dar la batalla, por murmurar el ejército, teniéndose por deshonrado con la inaccion, y sale vencedor, venciendo tambien el cónsul Plaucio á los hernicos. Triunfo del dictador Sulpicio á 7 de mayo romano de este año de 396, 25 de abril juliano del 358 antes de Jesucristo. Tampoco habla Polibio de esta victoria de los romanos contra los galos. C. Plaucio celebra su triunfo á 15 de mayo romano, 3 de mayo juliano del mismo año. Los tarquinenses derrotan á Fabio. Durante la refriega la pérdida no fué considerable, pero fué dolorosa para los romanos, por haber inmolado los vencedores á sus dioses trescientos siete prisioneros. Se establecen dos tribus nuevas, una llamada Pomptina, y Publilia la otra, y así fueron las tribus veinte y siete. Se celebran los juegos votados por Camilo cuando se conciliaron el senado y el pueblo. Presentacion de una ley por el tribuno C. Petilio con el fin de impedir las intrigas electorales de los candidatos. Lustro vigésimo-primero. Siempre que se añadia alguna tribu, debia hacerse el padron de la misma, y de ordinario trás de

(1) Los Fastos Capitolinos, segun Onofrio, ponen el triunfo del dictador en las fiestas Quirinales, y el del cónsul en otra fecha.

esto venia la lustracion. El órden de los demás lustros exige que pongamos á este en el presente año, pues el vigésimo fué celebrado en el año 391.

Cónsules: C. Marcio Rutilo, y Neyo Manlio Capitolino Imperioso II, entran el 15 de marzo romano del 397, 16 de marzo juliano del 357.

358-357. Los pontífices pusieron intercalacion doble con motivo del establecimiento de dos tribus nuevas, y de la celebracion de los juegos de Camilo. Los tribunos M. Decilio y L. Menio proponen una ley para reducir á uno por ciento al año el interés del dinero. Todo lo que tuvo esa ley de odioso para los patricios, acostumbrados á enriquecerse y á dominar con el dinero, tuvo de beneficioso para el pueblo, que la recibió con entusiasmo. Sigue la guerra de los tarquinenses, atacados ya igualmente á los faliscos. Marcio gana una batalla á los privernatos, y les toma su ciudad. Celebra C. Marcio su triunfo á 1.° de junio romano de este año 397 Fast. Capit., 1.° de junio juliano del 357 antes de Jesucristo. No hubo cosa notable en la campaña del cónsul Manlio contra los tarquinenses y faliscos. Este cónsul da una ley en el campamento mismo, cerca de Satrico, para establecer en provecho de la república la vigésima parte del precio de los esclavos que se libertasen. El impuesto mereció la aprobacion del senado; pero, tuvieron los tribunos el ejemplo por peligroso, y presentaron una ley prohibiendo con pena capital el hacer deliberar al pueblo fuera de la ciudad, y de los sitios destinados para los comicios. M. Popilio Lenas acusa á C. Licinio Calvo Estolo, autor de la ley que prohibia á cada ciudadano la posesion de mas de quinientas yugadas de tierra, de haberla querido quebrantar, emancipando á su hijo, y dándole la mitad de sus tierras; y fué á condenado á pagar diez mil ases, multa señalada por la ley (Val. Max., lib. VIII, c. 6).

Cónsules: M. Fabio Ambusto II, y M. Popilio Lenas II, entran el 15 de marzo romano del 398, 6 de marzo juliano del 356.

Dictador vigésimo sexto: C. Marcio Rutilo, primer dictador plebeyo. — 357-356. Los pontífices no tenian por bueno un año en que los tribunos disminuian con una ley el interés del dinero, y suprimieron la intercalacion. El cónsul M. Popilio obliga á los tiburcios á encerrarse en sus poblaciones, y tala su país. M. Fabio pelea contra los tarquinenses y faliscos; y espantados los romanos con motivo de las antorchas, y una especie de víboras que traian los sacerdotes faliscos, ceden el terreno y echan á correr; pero, después vuelven al combate, y se apoderan del campamento enemigo. Guerra de todos los pueblos etruscos, que se reunen en socorro de los tarquinenses, llegando hasta las salinas de Roma. Confiérese la dictadura á C. Marcio Rutilo, cónsul del año anterior, siendo él el primer plebeyo que tuvo la dictadura. Nombra general de caballería á C. Plaucio, plebeyo como él. Después de vencer Marcio á los etruscos, triunfa en Roma á 6 de mayo romano del presente año de 398 (Fast. Capit.), 26 de abril juliano del 356 antes de Jesucristo. Como Fabio permaneció siempre ocupado contra los tarquinenses, y no queria el senado que el dictador convocase los comicios consulares, ni acababa la dictadura el cónsul Popilio, por ser plebeyos los dos, se pasó el año sin elecciones, y hubo interregno. Apartándose el pueblo de la ley Licinia nombraba cónsules á dos patricios; pero los tribunos se oponian á la violacion de la ley. Unos bandidos, casi todos esclavos fugitivos, invaden parte de la Lucania, y se establecen en ella, dándola su nombre. En este año nace Alejandro, hijo de Filipo, rey de Macedonia, á 6 del mes hecatombeon (Plutar.), 7 (1) de julio juliano del 356. Alejandro subió al trono luego de muerto su padre así que iban á salir á campaña, y por consiguiente, en la primavera del año 1.° de la olimpíada 111.ª, durante el arcontado de Pitodoro, llamado tambien Pitodemo, corriendo el 418 de Roma (Diod. Sícul. lib. XVI). Segun Arriano (lib. I), este príncipe tenia á la sazon veinte años, luego habia nacido en el año primero de la olimpíada 106.ª, año 398 de Roma, diez y ocho años y ocho ó nueve meses antes de la muerte de Filipo. Al poner Cornelio Nepote, citado por Solino (cap. 1.°), el nacimiento de Alejandro en el 395 de Roma, y en el consulado de M. Fabio Ambusto con T. Quincio Capitolino, nó por esto pretende señalar un año olímpico diferente del que acabamos de indicar. Como el mencionado historiador ponia, segun el mismo Solino, la fundacion de Roma en el año segundo de la olimpíada 7.ª, habiendo por lo mismo tres años de diferencia entre la época de Cornelio Nepote, y la de Varron, el año corneliano de 395 coincide con el varroniano de 398. Solo hay una equivocacion en Cornelio Nepote, y es que en vez de poner por colega de Fabio á M. Popilio pone á T. Quincio, el que no tuvo el consulado junto con Fabio hasta el 400 de Roma; de suerte que, al parecer, el año corneliano 395 corresponde al varroniano 400. Proviene el error de la variedad que sobre esto habia en los anales antiguos. T. Livio (lib. VII, c. 18), dice á propósito del año 4, que ha visto escritos históricos en los cuales á Fabio se le pone por colega á M. Popilio en vez de T. Quincio; de modo, que estaban traspuestos los dos consulados, y Cornelio siguió la trasposicion. Aulogelio (lib. XVII, cap. 21), solo da en cuanto al nacimiento de Alejandro una fecha aproximativa, poniéndole sobre el año 400 de Roma.

Cónsules: C. Sulpicio Pético III, y M. Valerio Publícola, entran el 23 de abril romano del 399, 4 de abril juliano de 355.

356-355. Variacion en el año consular. Dice T. Livio que hubo ocho intereyes; de suerte que el consulado hubiera debido comenzar á los cuarenta y un dias de concluido el precedente. Pero, como segun el mismo autor, se ordenó que los cónsules tomarian posesion en el misma dia de su nombramiento, lo mas tarde fueron instalados á los cuarenta dias, y el año consular que comenzaba en marzo se puso á 23 de abril. Otra prueba de la adicion de un año al cómputo de T. Livio. Este historiador dice que cuatrocientos años después de la fundacion de Roma, á los treinta y cinco de haber sido libertada de los galos, y á los once años de haber obtenido el pueblo el consulado, quedó despojado de este derecho con el nombramiento de dos cónsules patricios, C. Sulpicio Pético, y M. Valerio Publícola. Ahora bien, siendo este año el 399 de Roma, y el 34 de la retirada de los galos, sobra un año á la cuenta de T. Livio, añadido por este autor entre el año 366 en el que salieron los galos de Roma, y el 388 en que el pueblo obtuvo el consulado. Se toma Empulio á los tiburcios. Grandes disidencias entre cónsules y tribunos, sostenidos estos por el pueblo que se oponia á los esfuerzos hechos por aquellos para reservar á la nobleza todo el consulado. Después de mucha agitacion, llegaron los cónsules á cansar al pueblo, y amenazó este con abandonar la ciudad, dejando á los patricios dueños de la eleccion.

Cónsules: M. Fabio Ambusto III, y T. Quincio Peno Capitolino Crispino, entran el 23 de abril romano del año 400, 17 de abril juliano del 354.

(1) 28 segun M. Champollion; 21 de junio segun Petav; 22 de julio, segun Dodwell; 6 de agosto, segun Calvisio etc.

355-354. Los tiburcios tienen que someterse, porque todas sus poblaciones iban á sufrir la suerte de Sásula que acaba de rendirse. El cónsul Fabio celebra su triunfo sobre los tiburcios á 3 de junio romano de este año de 400 (Fast. Capit.), 27 de mayo juliano del 354 antes de Jesucristo. Los romanos ganan una batalla á los tarquinenses, conduciendo á Roma á trescientos cincuenta vencidos, que muricron en el foro en represalias de los prisioneros romanos que los tarquinenses habian sacrificado. Los samnitas entran en alianza con los romanos. El pueblo veia aumentar su miseria, pues los capitalistas reclamaban el reintegro de las cantidades que acreditaban, habiendo quedado tan reducido el interés del dinero, que los que no podian aprontarlas perdian su libertad. Tan apurado se veia el pueblo, que ya casi no pensó en elecciones, y quedó el consulado para los patricios.

Cónsules: C. Sulpicio Pético IV, y M. Valerio Publícola II, entran el 23 de abril romano del 401, 6 de abril juliano del 353 antes de Jesucristo.

Dictador vigesimo séptimo: T. Manlio Imperioso Torcuato. — 354-353. Sigue la guerra con los tarquinenses, ayudados por los de Cere, sus aliados antiguos. Los volscos amenazan con un ejército á los latinos. El cónsul Sulpicio, ocupado contra los tarquinenses, da parte de que han entrado en territorio romano, y que han dejado el botin en Cere, agregándoseles mozos ceritas y faliscos. Se nombra dictador á T. Manlio para ir contra Cere, y toma por lugarteniente á A. Cornelio Coso Arvina. Los ceritas no se resisten; y como se habian portado bien con Roma cuando la primera invasion de los galos, concedióles el senado cien años de tregua. Los faliscos no pueden hacer frente en el campo, y ven taladas sus tierras. Vueltas á Roma las legiones, lo demás del año le pasan todos los ciudadanos en reparar las murallas de la ciudad. Dedicacion del templo de Apolo. Renacen los desórdenes á fines del año consular relativamente á la ley Licinia. Mientras se niegan los tribunos á que se convoque el pueblo si ha de menoscabarse la ley, y el dictador está empeñado en que no ha de haber cónsules ó han de ser patricios los dos, espira el tiempo de la dictadura y hay interegno. El pueblo no ocultaba su odio á los nobles, y tanto se enconaba la situacion, que dispuso el senado se cumpliese la ley Licinia. Correspondia á este año padron y lustro, pero no se hizo, probablemente porque el pueblo no hallase en el padron mayores pruebas contra los ricos.

Cónsules: P. Valerio Potito Publícola, y C. Marcio Rutilo II, entran el 18 de junio romano del 402, 12 de junio juliano de 352 antes de Jesucristo.

Dictador vigesimo octavo: C. Julio Julo. — 353-352. Variacion en el año consular. Segun T. Livio hubo once intereyes, y eso equivale á cincuenta y cinco dias; de suerte que el año consular que antes principiaba á 23 de abril romano, pasó á 18 de junio. Se crean quinqueviros, ó sea una comision de cinco individuos encargados de proponer medios para que el pueblo pueda pagar sus deudas. Establecen un banco nacional para prestar dinero del Estado á los que puedan presentar hipoteca; y por lo que hace á los demás deudores, adjudican sus bienes á los acusadores, obligándolos á tomarlos segun valoracion. Corren rumores de haberse coaligado doce pueblos etruscos, y nombran dictador á C. Julio Julo, tomando este por lugarteniente á L. Emilio Mamercino. Como la guerra no llegó á efectuarse, quiere el dictador emplear su autoridad en dar el consulado á los patricios, pero deja la dictadura sin salir con la suya. Durante el interegno, el pueblo consintió en lo que habia negado al dictador, por agradecimiento al alivio que habia tenido con respecto á las deudas.

Cónsules: C. Sulpicio Pético V, y T. Quincio Peno Cincinato, entran el 28 de junio romano del 403, 5 de julio juliano del 351.

Dictador vigesimo nono. M. Fabio Ambusto. — 352-351. Como tantas agitaciones ocasionaba el negocio de las deudas, su conclusion dió lugar á los pontífices á poner intercalacion en este año. T. Livio dice que hubo dos intereyes; de suerte que el principio del año consular pasó del 18 de junio al 28 del mismo. Los dos cónsules toman á su cargo el guerrear con tarquinenses y faliscos, talando cada cual por su lado las tierras de estos pueblos, y obligándolos á someterse. El senado les concede cuarenta años de paz. Concluido lo de las deudas, y hallándose por lo mismo en otras manos muchos bienes inmuebles, se trató de hacer el padron. En la eleccion de censores, el plebeyo C. Marcio, el primero que habia hecho participar al pueblo de la dignidad dictatorial, intentó lo mismo para la censura, y se presentó candidato. Á pesar de la resistencia de los cónsules, patricios los dos, el pueblo le nombra censor junto con Neyo Manlio. Á este año corresponde el lustro 22.°. Al objeto de conservar el consulado á los patricios solos, nombran un dictador, M. Fabio Ambusto, que toma por lugarteniente á Q. Servilio Ahala. No tuvo el dictador mejor éxito en los comicios consulares que los cónsules en la eleccion de censores, pues el pueblo nombró á un patricio y á un plebeyo.

Cónsules: M. Popilio Lenas III, y L. Cornelio Escipion, entran el 28 de junio romano del 404, 18 de julio juliano del 350.

Trigesimo dictador: L. Furio Camilo. — 350-349. Correrías de los galos por tierra de latinos. El cónsul plebeyo M. Popilio queda encargado exclusivamente del mando del ejército, por estar enfermo el otro cónsul L. Cornelio, que era patricio. Popilio vence á los galos, y aunque herido, los dispersa; obligándoles luego á refugiarse en la ciudadela de Alba, punto que les pareció el mas seguro por ser el mas elevado. Toma Popilio el campamento enemigo, y, repartiendo la presa á los soldados, volvió á Roma. Polibio no menciona esta batalla, poniendo en el año siguiente la llegada de los galos á Alba. Aprovecha el senado la enfermedad de Escipion y la herida de Popilio para nombrar un dictador, á fin de hacerle dirigir los comicios consulares de manera que no saliese nombrado ningun plebeyo. El dictador es L. Furio Camilo, que toma por lugarteniente á P. Cornelio Escipion, dando las elecciones el resultado que deseaban los senadores. El mismo dictador fué uno de los elegidos. Entretanto convaleció Popilio antes que terminase el año consular, y celebró su triunfo, solo diferido con motivo de su herida, por las fiestas Quirinales (Fast. Capit.), 17 de febrero romano del año siguiente 405, 28 de febrero juliano del 349 antes de Jesucristo.

Cónsules: L. Furio Camilo, y Apio Claudio Craso, entran el 28 de junio romano del 405, 7 de julio juliano del 349.

Dictador trigesimo primero: T. Manlio Imperioso Torcuato II. — 349-348. Cubriéndose de nieve los montes de Alba, los galos bajan al llano. Unos piratas griegos infestan las costas de Ancio y de Laurencia, cerrando la embocadura del Tíber. Pidiendo los romanos las tropas auxiliares que habian de aprontar los latinos, estos contestan que bien pueden abstenerse de querer dominar un país, cuyo socorro necesitan; y que de todos modos, prefieren pelear por su libertad, que por el engrandecimiento de un pueblo extranjero.

Muere Apio Claudio; y el senado se empeñó en dejar el mando exclusivo del ejército al hijo del gran Camilo, sin acudir por entónces á la dictadura, y enviando al pretor L. Pinario á defender las costas contra los piratas. Desafío de M. Valerio, tribuno legionario (capitan) con un galo, que, saliendo á la vista de ambos ejércitos, reta á cualquiera romano que quisiera habérselas con él. Cuentan que un cuervo fué á ponerse sobre el yelmo de Valerio, y que dando con pico y garras en los ojos del galo, mucho contribuyó á su muerte, tomando luego Valerio el sobrenombre de Cuervo (Corvus). Mientras despoja al galo avanzan los amigos de este para impedírselo, y se empeña el combate, saliendo vencedor L. Furio Camilo, bien que no se halla que le diesen los honores del triunfo. Los galos se retiran á la tierra de los volscos y á Falerno, dirigiéndose despues á la Pulia. La guerra de que se trata pertenece á este año, segun así se desprende de Polibio (lib. II). Solo que este historiador no habla del lance de Valerio ni de la victoria de Camilo, y se limita á decir, que, extrañando los galos la firme actitud de los romanos, no supieron avenirse acerca de sus operaciones, y se retiraron precipitadamente de noche para volverse á su país. Aulogelio reconoce el combate de Valerio, y dice (lib. IX, c. 11), que fué en el 405 de Roma, durante el consulado de L. Furio y de Apio Claudio; de suerte que pertenece este consulado realmente al año 405 de Roma. Fuera que estuvieron los galos, Furio fué á reunirse con el pretor de las costas, en donde permaneció todo el año, porque no tenia buques para atacar á los piratas, y estos se guardaban bien de salir para combatir por tierra. Por esto no pudo Furio presidir los comicios consulares, y al objeto fué nombrado dictador T. Manlio Torcuato, que tomó por lugarteniente á A. Cornelio Coso Arvina, haciendo que fuese elegido cónsul M. Valerio, vencedor como él en combate singular con un galo. Con todo, el pueblo consiguió dar á Valerio un colega plebeyo. Este año tuvo lugar el viaje de Platon á Tarento, en Italia, siendo cónsules L. Furio y Apio Claudio (Cicer. De senect. cap. 12).

Cónsules: M. Popilio Lenas IV, y M. Valerio Corvo, entran el 28 de junio romano del 406, 19 de julio juliano del 348.

Dictador trigesimo segundo: C. Claudio Crasino Regilense. — 348-347. Los piratas tienen que retirarse por no atreverse á saltar en tierra ni para hacer aguada. Aparecen enfermedades contagiosas, y se consultan los libros sibilinos. Se creyó que estos aconsejaban en este caso la ceremonia del lectisternio. Los volscos anciatos envian una colonia á Satrico, restableciendo esta ciudad que los latinos habian destruido. Segundo tratado concluido en Roma, entre romanos y cartagineses, parecido casi en un todo al primero del año 245 (Polib. lib. III). Los Fastos Capitolinos indican en este año un dictador para presidir los comicios consulares; pero, no se conserva su nombre, ni el de su lugarteniente. Dice Suetonio (vida de Tiberio), que la casa de los Claudios habia tenido cinco dictaduras, y una lugartenencia la de los Livios, y como solo en este año puede ponerse esa quinta dictadura, se infiere que el dictador de que se trata fué C. Claudio Crasino, y que su lugarteniente fué C. Livio Denter.

Cónsules: C. Plaucio Hipsio, y T. Manlio Imper. Torcuato, entran el 28 de junio romano del 407, 9 de julio juliano del 347 antes de Jesucristo.

347-346. El interés del dinero se reduce á medio por ciento, concediéndose un plazo de tres años á los deudores para pagar cada nueve meses la cuarta parte de la deuda. Como no fué cosa determinada por los tribunos del pueblo, sino por los quinqueviros aprobados por el senado, habiendo entre ellos dos patricios, la nobleza pasó por la medida (T. Livio, lib. VII, cap. 27).

Cónsules: M. Valerio Corvo II, y C. Cetilio Libo Visolo, entran el 28 de junio romano del 408, 22 de julio juliano del 346.

346-345. Segundo consulado de Valerio Corvo, tres años despues del restablecimiento de Satrico, segun dice T. Livio. Movimiento de los volscos anciatos, que excitan á todos los latinos á la guerra. Valerio se pone á la cabeza de un ejército y los dispersa, sitiando luego á Satrico que se le rinde, dando la presa al soldado, y quemándola en seguida. Celebra Valerio el triunfo el 1.° de febrero romano del siguiente año 409 (Fast. Capit.) 16 de febrero juliano del 345 antes de Jesucristo.

Cónsules: M. Fabio Dorso, y Serv. Sulpicio Camerino, entran el 28 de junio romano del 409, 11 de julio juliano del 345 antes de Jesucristo.

Dictador trigesimo tercero: L. Furio Camilo. — 345-344. Invasion de los auruncos; y como se teme que estén avenidos con los demás pueblos latinos, nómbrase dictador á L. Furio Camilo, que toma por lugarteniente á Neyo Manlio Capitolino Imperioso. Camilo no encontró por enemigos mas que unos bandoleros que al primer choque se disiparon, y abdicó la dictadura. Los cónsules conducen el ejército contra los volscos, tomándoles por sorpresa la ciudad de Sora. T. Livio pone equivocadamente en este año el voto hecho por Camilo de erigir un templo á Juno «Moneta,» y en el año siguiente el eclipse coincidió con la dedicacion del mismo, igualmente que la dictadura de Valerio, establecida con motivo del eclipse (véase los años 416 y 417).

Cónsules: C. Marcio Rutilo III, y T. Manlio Imperioso Torcuato II, entran el 28 de junio romano del 410, 23 de julio juliano del 344.

344-343. Condenaciones severas contra algunos individuos acusados por los ediles de exigir un interés mas crecido que el permitido por la ley. Hubo interregno, seguido de la elevacion de dos patricios al consulado, de modo que á la nobleza deben atribuirse las causas del interegno.

Cónsules: M. Valerio Corvo III, y A. Cornelio Coso Arvina, entran el 9 de julio romano del 411, 23 de julio juliano del 343.

343-342. Sufre variacion el año consular. No dice T. Livio cuántos interegnos hubo; pero, como para las elecciones se necesitaban á lo menos dos, del 28 de junio el año hubo de pasar al 9 de julio. Los campanios, establecidos en Capua y sus cercanías, habian querido socorrer á los sidicinos, pero, atacados luego por los samnitas, aquellos habian tenido que implorar la proteccion de Roma. Los romanos se niegan á ayudarlos por ser los samnitas aliados y amigos. Entónces los embajadores campanios declaran, en virtud de sus poderes, que se dan al pueblo romano en personas y bienes. Roma envia mensageros á los samnitas, para pedirles en nombre de su amistad, que no molestasen ya un país que era propio de la república. Los jefes de los samnitas, oida la embajada, ordenan inmediatamente á los caudillos del ejército, delante de los mismos enviados de Roma, que vayan á Campania, y que hagan el daño que pudieren. Principia la guerra de los samnitas. Valerio es enviado á Capua para protegerla, acampando cerca del monte Gauro, y pasando algunos dias en escaramuzas insignificantes, hasta que presenta batalla formal, y vence completamente al enemigo. Por la noche los samnitas

se retiran abandonando el campamento á los romanos. Al mismo tiempo Cornelio fué enviado al país de los samnitas, venciéndolos en un primer encuentro. Salió luego de Saticulo con su gente, entrando por un desfiladero de cuyas alturas se habia apoderado el enemigo, pudiendo echársele encima fácilmente; pero, le salvó la inteligencia y bizarría de un tribuno de legion llamado Decio. Este indica al general una eminencia que aun dominaba las posiciones del enemigo, y recibido que hubo el permiso, sale con alguno fuerza á ocuparla, con asombro de los samnitas. Entretanto los romanos pudieron ponerse en salvo, pues el enemigo trató principalmente de cercar en su eminencia á la gente de Decio; pero, este se escapó por la noche, yendo á aconsejar á Cornelio que comenzase el ataque, quedando la victoria para los romanos. Por su parte Valerio se habia encontrado otra vez con los samnitas cerca de Suésula, y volvió á vencerlos con bastante fácilidad, apoderándose del campamento. Valerio celebró el triunfo á 21 de setiembre romano de este año 411 (Fast. Capit.), 3 de octubre juliano del 343 antes de Jesucristo: Cornelio celebró el suyo dos dias después á 23 de setiembre romano (Fast. Capit.), 5 de octubre juliano del mismo año. Estas victorias hacen mas respetable el nombre romano, y envia Cartago una embajada para dar el parabien á Roma, ofreciendo además una corona de oro al templo de Júpiter en el Capitolio. Se ponen guarniciones en Capua y Suésula para librarlas de las correrías de los samnitas. Las delicias de Capua corrompen la guarnicion. Todos los soldados entran en el plan de abandonar á Roma en la que no tienen mas que deudas, y de establecerse en Capua definitivamente, quitándola á los campanios.

Cónsules: C. Marcio Rutilo IV, y Q. Servilio Ahala, entran el 9 de julio romano del 412, 4 de agosto juliano del 342.

Dictador trigesimo cuarto: M. Valerio Corvo.—342-341. C. Marcio, á quien tocaba la administracion de la Campania, supo la conjuracion de la tropa, y aparentando que la ignoraba, hace correr primeramente la voz que el año siguiente las guarniciones volverán á sus mismos puntos, y haciéndolas salir entretanto á campaña, aleja luego con varios pretextos á los jefes de la conspiracion, y aun á compañías enteras. Echan de ver los soldados que está descubierta la trama, y se amotinan, yéndose á buscar á T. Quincio á una casa de campo, á la que se habia retirado por sus heridas, y, forzándole bajo pena de la vida á capitanearlos, se dirigieron á Roma. Nombrado Valerio Corvo dictador, que tomó por lugarteniente á M. Emilio Mamercino, encuentra á los rebeldes en la via Apia, á ocho millas de Roma. Los dos ejércitos se confunden sin batirse, y el dictador expide una ordenanza prohibiendo encausar á ningun ciudadano con motivo de aquella sublevacion, y vedando al mismo tiempo el licenciar en adelante á los soldados contra su voluntad. En sentir de algunos autores, el peso de las deudas dió orígen á la sedicion, y para aplacarla, se hubo de acudir al tribuno Genucio, quien propuso una ley, prohibiendo todo préstamo á interés (T. Livio lib. VII, cap. 42; y Aurel. Victor en M. Valerio Corvino). Envalentonados algunos pueblos latinos con esas turbulencias interiores de Roma, los privernatos corren las tierras de Norba y de Secia, y entran los volscos y los anciatos en el territorio de Satrico, que era colonia romana.

Cónsules: C. Plaucio Hipseo II, y L. Emilio Mamercino, entran el 9 de julio romano del 413, 24 de julio juliano del 341 antes de Jesucristo.

341-340. Guerra contra los privernatos y volscos de Ancio, cuya direccion se confia á Plaucio que derrota á ambos pueblos. Sigue la guerra de los samnitas, pero Emilio tiene que contentarse con talar la tierra, porque no le salen enemigos al encuentro, sometiéndose por fin los samnitas, que obtienen una paz decorosa, con el permiso de guerrear contra los sidicinos. Estos se ofrecieron á la república, que no los quiso, y entónces se dieron á los latinos. Los samnitas se quejan á los romanos de la ayuda que reciben los sidicinos, pidiendo que no se metan en aquella guerra latinos ni campanios. No queriendo reconocer el senado que los pueblos del Lacio desconocian su autoridad, dijo que, en cuanto á los campanios, que se habian dado á Roma, bien sabria contenerlos, pero que no habia ningun capítulo en el tratado de paz con los latinos que les quitara el derecho de hacer la guerra libremente. Llevan á mal los campanios la respuesta, la que les da á conocer su esclavitud, aumentando con esto el brio de los latinos, que se preparan con los campanios para la guerra. Ordena el senado á los cónsules que dimitan sus cargos, para que se nombren pronto los sucesores que han de llevar el peso de la guerra. Luego pareció mal el que presidiesen los comicios unos cónsules cuya autoridad se habia menoscabado de antemano, y se exigió su abdicacion antes de la eleccion de nuevos cónsules, lo que dió lugar á un interegno.

Cónsules: T. Manlio Imper. Torcuato III, y P. Decio Mus, entran el 30 de mayo romano del 414, 27 de junio juliano del 340 antes de Jesucristo.

Ditador trigesimo quinto: L. Papirio Craso.—340-339. Con la abdicacion de los cónsules que anteceden cambió el año consular. Por fechas históricas se ve que entónces se fijó entre el 18 de mayo y el 1.° de junio romano; nosotros le ponemos en 30 de mayo. Se dice que Manlio celebró su triunfo á 18 de mayo de este año; pero, no es posible. Demostraremos en el año 421 que no puede retrasarse su consulado hasta el extremo de darle tiempo para vencer y triunfar luego á 18 de mayo del año en que fué nombrado cónsul. Por consiguiente, su triunfo debe ponerse en 18 de mayo del año siguiente, no concluyendo su año consular hasta despues del expresado dia romano. Prueban otras fechas que concluian antes del 1.° de junio (véase mas adelante los años 421 y 425). Esto prueba que antes de la abdicacion principiaba el año consular en alguno de los meses que se hallan en medio de la campaña militar. Si la renovacion del consulado hubiese coincidido con el fin de la campaña, no habia necesidad de hacer abdicar á los cónsules para que sus sucesores pudiesen encargarse antes de la guerra, pues que la campaña hubiera terminado ya al tomar ellos posesion. El senado quiso adelantar el nombramiento de sucesores, porque, en el estado en que se hallaba el año consular, hubiera tenido que procederse al cambio de cónsules, ó sea de generales, en medio de la campaña. Ahora bien, poniendo el principio del año consular, antes de esa abdicacion, en primeros de julio, hallamos que terminaba en medio de la campaña militar, y que con la abdicacion se adelantó de treinta dias la instalacion de sucesores. Luego, estaba antes el principio del año consular en primeros de julio, de lo cual se sigue además que en el año 384, cuando la conclusion de la anarquía, debió ponerse sobre el 15 de marzo. Dos jefes de los pueblos latinos, que eran pretores en su país, llamado el uno L. Anio, natural de Secia, y L. Numicio el otro de Circeya, que era colonia romana. Anio toma la palabra á nombre de aquellos pueblos, y pide que se elija un cónsul y la mitad del senado entre los latinos,

y que así romanos y latinos no formen mas que una sola república. El senado se indigna al oir el discurso de Anio, conjurando contra los latinos á los dioses tutelares de los tratados, porque querian violarlos. Al bajar del Capitolio, en donde habia sido recibido por el senado, Anio cayó, dando de cabeza en una piedra tan fuertemente, que perdió el sentido, y aun dicen algunos, que la vida. Los romanos tuvieron la caida por un presagio favorable. Guerra contra latinos y campanios. Los dos cónsules salen con el ejército para Capua. Como habian sido aliados y auxiliares por tanto tiempo de los romanos, sabian como estos el arte de la guerra, y los cónsules mandaron la extricta observancia de la disciplina bajo las penas mas severas. El cónsul Manlio condena á muerte á su mismo hijo por haberse separado de las filas y batídose en duelo con un jefe latino que le habia desafiado, pereciendo en la lid el retador. Terrible fué la leccion, cruelísima sobre todo para un juez padre, pero saludable al Estado. Trábase la batalla con los pueblos latinos. La izquierda, mandada por el cónsul Decio, comenzaba á cejar. Ofrécese Decio á los dioses Manes, y se arroja con su caballo por entre las filas de los enemigos que extrañan ese acto desesperado. Al mismo tiempo, reanimados los romanos, comienzan de nuevo el ataque. Decio pierde la vida, pero sus contrarios quedan derrotados, retirándose á Minturna y á Vescia. Vuelven á reunirse después de recibir nuevos socorros, y quedan vencidos otra vez. Sométense latinos y campanios, quitándoseles parte de sus tierras que se reparten á ciudadanos romanos. Corren los volscos anciatos las tierras de Ostia, de Solonio y Ardea. No permitiendo á Manlio su estado de salud el ir al encuentro de los volscos, nombra dictador á L. Papirio Craso, pretor á la sazon, que toma por lugarteniente á Papirio Cursor. Algunos meses permaneció el dictador en tierra de Ancio sin dar ninguna accion decisiva. Triunfa Manlio en Roma á 18 de mayo romano del siguiente año de 415 (Fast. Capit.), 28 de junio juliano del 339 antes de Jesucristo. Ciceron (lib. IX, epíst. 21) pone la dictadura de L. Papirio Cursor en el año 415 de Roma. Es porque Ciceron, al dar dos años al tribunado militar y al consulado del 310 de Roma, puso un año de mas en la cuenta (véase los años 310 y 311). Lustro 22.°. Dice Eusebio que se hizo padron en Roma por la olimpíada 110.ª, que comenzó pasado el solsticio de verano de este año. Por el órden de los lustros siguientes se echa de ver que lo hubo en el año que nos ocupa.

Cónsules: Tib. Emilio Mamercino, y Q. Publilio Filo, entran el 30 de mayo romano del 415, 10 de julio juliano del 339 antes de la era vulgar.

Dictador trigesimo sexto. Q. Publilio Filo.—339-338. Por la caída de Anio, considerada como de buen agüero, y por el sacrificio que de su vida hizo Decio en bien del ejército, pusieron los pontífices una intercalacion extraordinaria. Agítanse los latinos por habérseles privado de parte de sus tierras. Salen contra ellos los dos cónsules, y los vencen, apoderándose de su campamento. Mientras que Q. Publilio, que dirigió la batalla, recibia la sumision de los vencidos, salió en colega Emilio contra los pedanios, que, sostenidos por los de Tibur, de Preneste, de Velitra y Lanuvia, ciudades del Lacio, y ayudados además por los anciatos, persistian en rechazar el yugo. Forzados á la retirada por Emilio, cercó este la ciudad de Pedun. Triunfo de Q. Publilio á 13 de enero romano del siguiente año de 416 (Fast. Capit.) 16 de febrero juliano del 338 antes de Jesucristo. Después del triunfo de Publilio, dejó Emilio el sitio para ir á Roma á pedir igual honor, negándoselo el senado. Sostenido este cónsul por su colega plebeyo, procura vengarse de los senadores, los cuales ordenan el nombramiento de un dictador pretextando la rebelion de los latinos, pero en realidad para deshacerse de los cónsules. Tocó á Emilio la eleccion, y nombró á su colega, el cual tomó por lugarteniente á Decio Junio Bruto. El dictador dió leyes favorables al pueblo, y en verdad que se arrepintió el senado de haber pensado por entónces en la dictadura.

Cónsules: L. Furio Camilo, y C. Menio, entran el 30 de mayo romano del 416, 30 de junio juliano del 338.

338-337. Se ordena á los dos cónsules que comiencen de nuevo el sitio de Pedum, abandonado por Emilio. Los aliados de los pedanios van á socorrerlos, llegando á su ciudad los tiburcios y prenestinos, pero los de Aricia, Lanuvia y Velitra, que se reunian con los volscos anciatos para hacer lo mismo, son destrozados por C. Menio á orillas del Astura. Trábase la batalla debajo los muros de Pedun entre L. Furio y el ejército de los tiburcios. No se decidió tan pronto la victoria como en el combate que dió Menio. En medio de la accion los sitiados hicieron una salida, cogiendo por el flanco á los romanos; de suerte que Furio tuvo que hacer frente á dos cuerpos de ejército diferentes. El cónsul vota un templo á Juno Moneta, pues en este año, y á propósito de esta batalla, tuvo lugar este voto (véase el año que sigue). Furio rechaza á los tiburcios, obligando á los sitiados á entrar otra vez en la ciudad, que luego ataca impetuosamente, tomándola al asalto el mismo dia. Ambos cónsules recorren el Lacio, rindiendo las ciudades á la fuerza ó por convenio. Los pueblos latinos se someten. L. Furio Camilo triunfa en Roma á 27 de setiembre romano de este mismo año de 416 (Fast. Capit.) 25 de octubre juliano del 338 antes de Jesucristo. Dos dias después fué el triunfo de Menio (Fast. Capit.). Se erigen estátuas ecuestres á los dos cónsules en el foro de Roma. Consultado el senado por Furio acerca del gobierno que se estableceria en el Lacio, decide que solo se tenga entendido por regla general que cada pueblo será tratado segun sus antiguos servicios y sus merecimientos futuros. Se concedió entretanto ó se confirmó el derecho de ciudadanía á los de varias poblaciones latinas, á pedanios, numentanos, lanuvinos y tambien á los aricinios, cuarenta y dos años, segun Velleyo Patérculo (lib. I, c. XIV) después del establecimiento la colonia de Nepet ó Nepí, que fué en el año 374, y correspondiendo por consiguiente estos sucesos á este año de 416. En el texto de Patérculo se lee 32 por 42, pero es falta de amanuense (Véase el año 374.). Se deja á Lanuvia la facultad de celebrar ciertas ceremonias religiosas particulares; pero, con la condicion de que el pueblo romano tendrá parte en el templo y bosque sagrado de Juno «Sóspita.» Se prohibe la navegacion á los de Ancio; y después de quitarles Menio sus barcos, puso los tajamares para adorno de la tribuna del foro, la que por esto se llamó «Rostra.») Plinio dice (lib. XXXIV, c. V) que se erigió una coluna á Menio por haber vencido á los latinos, y que en el consulado del 416 clavó en la tribuna los tajamares que hemos dicho. Luego esta guerra y este consulado de Menio pertenecen efectivamente al año 416 como decimos. Aun cuando T. Livio reunió para evitar confusion ó repeticiones las decisiones del senado tocante á la suerte de los pueblos vencidos, vemos en Velleyo Patérculo que no pertenecen á un mismo año.

Cónsules: C. Sulpicio Longo, y P. Elio Peto, entran el 30 de mayo romano del 417, 12 de julio juliano del 337.

Dictador trigésimo septimo: P. Valerio Publícola.— Dictador trigésimo octavo: C. Claudio Crasino Regilense.— 337-336. Los pontífices pusieron intercalacion en este año por redundar en bien de la religion el nuevo culto á Juno Moneta, y por el derecho que acababa de adquirir en Lanuvia el pueblo romano sobre el templo y bosque sagrado de Juno Sóspita, llegando hasta tal punto la veneracion que inspiraba, que Roma obligaba á todos sus cónsules á ir á sacrificar á ese templo (Cic. pro Murena). Dedicacion del templo de Juno Moneta, construido en el Capitolio en el mismo solar en que estuvo la casa de M. Manlio, condenado á muerte por el pueblo (T. Liv. lib. VII). La dedicacion pudo hacerse, segun T. Livio, un año despues del voto de Camilo, «anno postquam vota erat.» Granizada y eclipse de sol luego de consagrado el templo. Esto indujo á los romanos á consultar los libros sibilinos, resolviéndose por fin el nombrar un dictador para dirigir los auspicios de las Férias latinas; y este fué P. Valerio Publícola, que tomó por lugarteniente á M. Fabio Ambusto. No solo las tribus de Roma, pero hasta los pueblos comarcanos (T. Liv.) reciben órden de asistir á las Férias para hacer sus rogativas. Sexto ejemplo de la exactitud con que señala nuestra tabla la correspondencia del año romano con el juliano. La dedicacion del templo de Juno Moneta, se hizo, segun Macrobio (lib. I, Saturn c. 12) á 1.° de junio romano, y en el mismo dia le pone Ovidio (Fast. lib. VI, v. 183). Las tablas astronómicas ponen el eclipse de sol á 14 de julio juliano sobre la tarde de este año 337 antes de Jesucristo. Pues bien, el 1.° de junio romano del mismo año, corresponde, segun nuestra tabla, al mismo 14 de julio juliano; de modo que el eclipse tuvo efectivamente lugar el mismo dia despues de la dedicacion del templo. Como T. Livio dice que L. Furio Camilo hizo el voto en el año 409, poniendo por lo mismo la dedicacion en el 410, el eclipse que, segun el mismo historiador, coincidió con esa dedicacion, puesta por él en el año 410 con motivo de una primera equivocacion, ha confundido á todos los cronólogos modernos. El autor de la nueva cronología, citada por el padre Petavio (lib. XII, c. 37 y 38, 34 y 35) se figuró que por medio de este eclipse se probaba que no tenia Roma la antigüedad que se le atribuye, y que ya que el eclipse del año juliano 337 antes de Jesucristo coincidió con la dedicacion de un templo en el año 410 de Roma, es preciso hacer coincidir ese mismo 410 romano con el 337 juliano, mientras que ahora se hace coincidir el año 410 de la fundacion con el 344 juliano. Al refutar Petavio al autor de que se trata, y cuya opinion tiende á trastornar toda la cronología, acallando el testimonio unánime de la historia y de los antiguos monumentos, no halla otro medio para resolver la dificultad que el negar que T. Livio haya hablado de eclipse en ese pasaje, suponiendo que solo quiso consignar la obscuridad que producen densas nubes. Pero esta interpretacion no es posible. T. Livio dice que llovieron piedras, y que en medio del dia apareció la noche: «namque lapidibus pluit, et nox interdiu visa intendi.» Cabalmente es la misma locucion que suele emplear cuando habla de los eclipses solares. En el año juliano 190 antes de Jesucristo (564 de Roma) hubo eclipse, y así habla (lib. XXXVII, c. 4) de él T. Livio: «Estando serena la admósfera faltó (se oscureció) la luz en medio del dia, «cœlo sereno interdiu obscurata lux est». Otro eclipse hubo en el 188 antes de Jesucristo, 566 de Roma, y dice (lib. XXXVIII, capítulo 36), entre tres y cuatro las tinieblas, cubrieron la luz, «luce... tenebræ obortæ». Vemos como T. Livio señalaba los eclipses; pero, por otra parte, ¿cómo por una mera granizada, ó una nube obscura, se hubieran consultado los libros sibilinos y ordenado rogativas generales? Lo que hicieron demuestra que sucedió un eclipse verdadero que tanto asustaba á los pueblos que, como los romanos, no sabian de astronomía. El voto de Camilo y la dedicacion del templo en el año subsiguiente, deben por tanto ponerse en el 416 y 417 de Roma. Como T. Livio vió en la historia que Camilo, vencedor de los latinos, habia votado el templo, confundió, cosa fácil y muy comun en los mismos autores romanos, las dos magistraturas de este patricio, poniendo en la dictadura de Camilo una cosa que correspondia á su consulado. Todo lo demás se adapta mejor al consulado que á la dictadura del mismo. ¿Hubiera Camilo hecho un voto durante su dictadura para el buen éxito de un combate en el que no corrió el menor riesgo, pues los latinos cejaron al primer choque? Por esto no tuvo el honor del triunfo. Pero, la batalla del consulado fué reñida: «Cum tiburtibus maxime valido exercitu, majore mole, quamquam æque próspero eventu pugnat.» En esta triunfó, y esa guerra valió una estátua á cada cónsul. Por fin, en el año 410 no hubieran ordenado los romanos á los de los pueblos comarcanos el acudir á las rogativas públicas durante las Férias latinas, ocupando cada cual el lugar que le correspondiera. Esos pueblos comarcanos ó vecinos son los latinos, y en el año 410 estos desconocian la autoridad de Roma (véase los años 405 y 413). Solo despues de vencidos los latinos pudo pensar el senado en el restablecimiento de las Férias latinas, de las cuales el espíritu de independencia habia alejado hacia tiempo á esos pueblos. El senado ordena á los cónsules que socorran á los auruncos atacados por los sedicinos. Mientras estaban los cónsules temporizando, los auruncos tienen que abandonar su ciudad y retirarse á Sinuesa, que despues se llamó Aurunca, arrasando los sidicinos sus primitivos hogares. El senado se queja de los cónsules, y manda que se nombre un dictador. Fué escogido C. Claudio Crasino, que tomó por lugarteniente á C. Claudio Hortator. Los augures declaran que el nombramiento de entrambos es defectuoso, y el dictador abdica. La vestal Minucia es condenada á ser enterrada viva, que era el suplicio ordinario de las vestales. El pueblo elige pretor á Q. Publilio Filo, y es el primer plebeyo elevado á esa magistratura. Como el senado habia sucumbido en su lucha con los plebeyos en lo tocante á los primeros cargos del Estado, tuvo ya menos fuerza para disputarles la pretura.

Cónsules: L. Papirio Craso, y K. Duilio, entran el 30 de mayo romano del 418, 2 de julio juliano del 336.

336-335. Con motivo del eclipse, de la condenacion de una vestal, y la entrada de un plebeyo en la pretura, los pontífices suprimieron la intercalacion. Dice Ciceron (lib. IX, epist. 21), que Papirio Craso, cuatro años despues de su dictadura (en el 414) fué nombrado cónsul con Duilio. Luego corresponde su consulado á este año. Guerra contra los habitantes de Cales, llamados ausones, que habian ido en socorro de los sidicinos. En un mismo combate quedaron vencidos los dos pueblos, retirándose cada cual á su ciudad. Advenimiento de Alejandro Magno al trono en el año 1.° de la olimpíada 111.ª correspondiente á este año 418 de Roma (véase el 398).

Cónsules: M. Valerio Corvo IV, y M. Atilio Régulo, entran el 30 de mayo romano del 419, 22 de junio juliano del 335 antes de Jesucristo.

Dictador trigésimo nono. M. Emilio Mamercino

Privernas. — 335-334. El cónsul M. Valerio cerca á Cales, y la toma, obteniendo el triunfo á 15 de marzo romano del siguiente año 420 (Fast. Capit.), 21 de abril juliano del 334 antes de Jesucristo. Queriendo procurar el senado al cónsul Atilio, al que habia hecho permanecer en Roma, una ocasion para distinguirse, manda á los cónsules que vayan á guerrear contra los sidicinos, prescribiéndoles no obstante que nombren antes de partir un dictador para presidir las nuevas elecciones consulares. Proclaman dictador á L. Emilio, que toma por general de caballería á G. Publilio Filo. El senado expide un decreto para el establecimiento de una colonia en Cales, habiéndolo hecho á instancia de los cónsules que quisieron anticiparse á las exigencias del pueblo. Dice Polibio (lib. I.), que, después de la última irrupcion (en el 405), los galos permanecieron tranquilos por espacio de trece años, y que entónces hicieron un tratado con los romanos. Por consiguiente esa paz fué negociada en este año varroniano de 419.

Cónsules: T. Veturio Calvino, y Sp. Postumio Albino, entran el 6 de junio romano del 420, 12 de julio juliano del 334 antes de Jesucristo.

Dictador cuadragésimo. P. Cornelio Rufino. — 334-333. Variacion en el año consular. En el año 417 de Roma hemos visto que principiaba antes de 1.° de junio, pues que el eclipse acaecido antes del 1.° de junio romano, coincidió con el consulado de Sulpicio Longo y de Elio Peto correspondiente al mencionado año: y sin embargo, lo vemos ya en 6 de junio antes de 421 (véase este año). Pues bien, solo pudo hacerle avanzar de este modo la dictadura de M. Emilio, el cual, nombrando dictador en el año que antecede para presidir los comicios consulares, pudo muy bien hallar algun obstáculo y no haber procedido á su debido tiempo al nombramiento de otros cónsules. Síguese igualmente de esto que el año consular, el cual, segun hemos visto, en el año 417 se renovaba antes de 1.° de junio romano, debia sin embargo renovarse mas allá del 18 de mayo romano, y por lo mismo se ve que hemos hecho bien en poner el principio ó renovacion en el 30 del mismo mes. En efecto, no habia sufrido variacion el año consular desde la abdicacion de los cónsules del año 413; de suerte que en el 414 estuvo ya en el punto en que se halló en el 417. Ahora bien, Manlio, que era cónsul en el 414, celebró su triunfo á 18 de mayo romano; y poniendo el principio del año consular antes de este dia (18 de mayo) hay que retrasarle de muchos meses, y ponerle á lo menos á fines de marzo, para dar á Manlio el tiempo de dar cima á sus hechos civiles y militares, y ganar la batalla que le valió el triunfo. Aun admitiendo esto, faltará probar cómo una dictadura, destinada exclusivamente para proceder á la eleccion de cónsules en época de sosiego, podia hacer adelantar este año consular hasta el 6 de junio, en que quedó positivamente fijado el año siguiente. De manera, que en el 414 de Roma, su principio se puso entre el 18 de mayo romano, dia del triunfo de Manlio, y el 1.° de junio que es la fecha del eclipse. Los dos cónsules devastan el territorio de los sidicinos. Como parecia que los samnitas se agitaban, se nombró dictador á P. Cornelio Rufino, que tomó por lugarteniente á M. Antonio. Tenido por defectuoso el nombramiento, el dictador deja el mando. Se establece la colonia de Cales, con la concesion del derecho de ciudadanía, sin sufragio en los comicios, á los campanios y á algunas gentes samnitas durante el consulado de Sp. Postumio y Veturio Calvino (Vel. Cat. lib. I, c. 14), y por lo mismo en este año. Debemos consignar una equivocacion de Velleyo Patérculo causada por la semejanza, y aun identidad de nombres. Postumio y Veturio fueron dos veces cónsules juntos; á saber, en este año, y en el de 433. La continuacion de la historia y la correlacion de unas fechas con otras dadas por el mismo Velleyo, dan bien á entender que, poniendo este autor el establecimiento de la colonia de Cales en el consulado de Postumio y de Veturio, se refirió evidentemente al de este año y nó al de mas adelante. Nos dice no obstante que han transcurrido 350 años desde el establecimiento de la colonia de Cales hasta el consulado de M. Vinucio, á quien dedica su obra. Pero, como Vinucio fué cónsul en el año varroniano de 783, hay 363 años desde este consulado al suyo, siendo así que no hay en efecto mas que 350 desde el segundo consulado de Postumio y de Veturio en el año 433 hasta el consulado que decimos de Vinucio. Estas equivocaciones se hallan á menudo en los historiadores, aun en los mas antiguos, y es á veces fácil que un autor tome, como Velleyo, un consulado por otro. Expedicion á Asia de Alejandro Magno en el año 3.° de la 3.ª olimpíada, correspondiente á este año de Roma de 420. Aparecen enfermedades contagiosas, y como siendo el año infausto se creyó que los auspicios no serian gratos á los dioses, hubo interegno.

Cónsules: A. Cornelio Coso Arvina II, y Nevo Domicio Calvino, entran el 1.° de julio romano del 421, 25 de julio juliano del 333 antes de Jesucristo.

Dictador cuadragesimo primero. M. Papirio Craso. — 333-332. Cambio en el año consular con motivo del interegno. Dice T. Livio que hubo cinco intereyes; siendo así, el año consular adelantó veinte y cinco dias. Veremos en el año 425 que este interegno le hizo pasar al 1.° de julio. Luego en el año anterior habia de principiar á 6 de junio. Corren rumores de la llegada de los galos, y se nombra dictador á M. Papirio Craso, que toma por lugarteniente á P. Valerio Publícola. Se despacharon exploradores hácia el país en que se hallaban los galos, y regresaron con la noticia de que permanecian tranquilos. Dos años hacia que en el Samnio se notaba alguna fermentacion, y para contener á sus moradores ordena el senado que el ejército no salga de tierra de los sidicinos, en cuyo país se hallaba. Alejandro, rey de Epiro, hermano de Olimpias, madre de Alejandro Magno, desembarca en Pesto, en Italia. Queriendo el tio ganar laureles como los ganaba ya en Asia su sobrino, fué gustoso en socorro de los tarentinos contra los lucanios, soñando en la conquista del occidente, mientras su sobrino dominaria el oriente (Orosio, lib. III, c. 18). Esto prueba que, no habiendo partido Alejandro Magno para el Asia hasta el año anterior, el desembarco en Italia del tio, puesto por T. Livio en el año varroniano 414, está harto anticipado. Llamaron los lucanios en su ayuda á los samnitas, y, para ir á oponerse al rey de Epiro, difieren la guerra con los romanos. El rey vence á ambos pueblos; pero, queriendo dividir á las naciones de Italia para vencerlas mejor una trás de otra, desea ante todo la neutralidad de los romanos, y hasta hace alianza con ellos. En el año posterior al consulado de Postumio y de Veturio, dice Velleyo (lib. I, c. 14), y por lo mismo en este año, se concedió el derecho de ciudadanía, sin voto en comicios, á los acerranos (moradores de Acerra). Los censores Q. Publilio Filo y Sp. Postumio establecen otras dos tribus, que llamaron Mecia y Escapcia, llegando así el número de tribus á veinte y nueve. Se celebra el lustro vigésimo cuarto. Dice T. Livio que los censores mencionados hicieron el padron general; pero, aumen-

tando el número de tribus, celebraron igualmente el lustro.

Cónsules: L. Papirio Cursor, y C. Petilio Libo Visolo, entran el 1.° de julio romano del 422 de Roma, 6 de agosto juliano del 332 antes de Jesucristo.

332-331. Los Fastos Capitolinos manifiestan que T. Livio omite un año entre el 419 de Roma y el 425. Los mismos Fastos, después de poner el cuarto consulado y el triunfo de M. Valerio Corvo en el año capitolino de 418, y varroniano 419, ponen los cónsulados y los triunfos de L. Emilio y de C. Plaucio en el año capitolino de 424, ó 423 varroniano. Siendo así, mediaron cinco años consulares entre el consulado de Valerio y el de Emilio y de Plaucio, bien que T. Livio no consigne mas que cuatro. Solino trae el consulado omitido por Tito Livio. Solino dice (cap. 32) que Alejandría de Egipto fué fundada en la olimpíada 112.ª, durante el consulado de L. Papirio Cursor, y de C. Petilio Libo Visolo. Hubo, pues, un año consular ocupado por Papirio y Petilio en la olimpíada 112.ª, que principió en este año de 422. Además, á Papirio Cursor los Fastos, y el mismo T. Livio, le ponen cónsul por segunda vez en el año varroniano de 434, luego lo habia sido ya otra, que ha de ser necesariamente cuando dice Solino. El error de T. Livio y de los analistas que siguió, solo proviene tambien de la semejanza de nombres de cónsules diferentes. Petilio Libo fué dos veces cónsul con un Papirio, á saber, en este año de 422 con L. Papirio Cursor, y en el 428 con L. Papirio Mugilano, segun se verá en ese año. Pues bien, algunos analistas habian confundido los dos consulados, segun puede verse en el mismo T. Livio, que, al llegar al consulado del 428, dice (lib. VIII, c. 23) que en algunos anales, en vez de Mugilano se pone á Cursor por colega de Petilio; y á consecuencia de esta equivocacion, pone (c. 24) la fundacion de Alejandría en el consulado del año 428. Siendo así, T. Livio, y los autores á quienes seguia, por semejanza de nombres, reunieron dos consulados diferentes en una sola magistratura, retrasando de este modo en seis años la fundacion de Alejandría, y suprimiendo además un año consular. Como Solino dice que este consulado pertenece á la olimpíada 112.ª, sin designar el año de la misma, algunos cronólogos modernos, fundados en Diodoro de Sicilia, ponen la fundacion de Alejandría en el año 2.° de esta olimpíada, y han puesto en este año 2.° el consulado durante el cual se fundó la ciudad, y por lo mismo le fijan en el siguiente año de 423. Pero, Diodoro pone en el mismo año olímpico todos los hechos acaecidos durante la misma campaña militar; de suerte que lo sucedido en la primavera lo consigna este autor en el año griego siguiente, que no principiaba hasta pasado el solsticio de verano. Arriano, en su obra de la Expedicion de Alejandro (lib. III), es mas preciso y ordenado en su narracion. Dice que al llegar Alejandro á Egipto, fundó á Alejandría, que queriendo en seguida visitar el templo de Júpiter Ammon, después de seguir las orillas del mar por espacio de muchos dias, entró con todo su ejército por los desiertos y ardientes arenales de la Libia, y que trás de esto volvió á Egipto, arreglando el gobierno de toda la provincia. Entónces, añade Arriano, Alejandro fué á pasar el Éufrates en Thapsaca, ciudad de la Siria, en el mes de «hecatombeon,» siendo Aristófanes arconte. Es decir, que Alejandría estaba fundada antes del arcontado de Aristófanes y el mes de hecatombeon (julio juliano) en que principiaba el año 2.° de esa olimpíada 112.ª, perteneciendo por consiguiente su fundacion á fines del año 1.°: y como el consulado principiaba en Roma á la sazon en el mes de julio, solo poniendo el consulado de Papirio Cursor y de Petilio en el 422 de Roma, puede hacerse coincidir su magistratura con la fundacion de Alejandría, hecha antes del mes de julio romano del siguiente año 423. Eclipse de luna el mismo año de la fundacion de Alejandría, once dias antes de la batalla de Arbelas contra Dario (Plut. vida de Alejandro). Este eclipse fué á 20 de setiembre del año juliano 331, 25 de agosto romano del 423; de modo que se dió la batalla el 1.° de octubre. La fecha del eclipse prueba igualmente que la fundacion de Alejandría fué anterior al mes de julio, en que tuvo principio el año 2.° de la olimpíada 112.ª ¿Cómo en tres meses hubiera podido Alejandro fundar una ciudad, hacer con el ejército un viaje largo y difícil, volver otra vez á Egipto á organizar la administracion, sojuzgar (segun Plutarco) toda la parte de Asia que se halla mas acá del Éufrates, pasar ese rio, é ir á buscar á Dario en el centro de sus estados? Los romanos otorgan el derecho de ciudadanos á los de Fundi y de Formio, corriendo ya el tercer año civil y nó consular, contando desde el consulado de Postumio y de Veturio, en el mismo año en que se fundó Alejandría. (Vell. Pat. lib. I, c. 14). Como Alejandría se fundó á fines del consulado del año 422, y por lo mismo entrado ya el año civil de 423, si contamos desde el consulado de Postumio y de Veturio perteneciente al 420 de Roma, hallaremos que su fundacion cae en el tercer año civil.

Cónsules; M. Claudio Marcelo, y C. Valerio Potito Flaco, entran el 1.° de julio romano del 423, 27 de julio juliano del 331 antes de Jesucristo.

Dictador cuadragesimo segundo: Nevo Quintilio Varo. — 331-330. Enfermedades en Roma. Quedan convictas del crímen de envenenadoras ciento setenta matronas romanas, que fueron castigadas. Para aplacar á los dioses, se nombra dictador á N. Quintilio Varo, el cual después de tomar por lugarteniente á L. Valerio Potito, no hizo mas que poner el clavo en el templo de Júpiter Capitolino y abdicar.

Cónsules: L. Papirio Craso II, y L. Plaucio Veno, entran el 1.° de julio romano del 424, 17 de julio juliano del 330.

330-329. El eclipse de luna del año juliano 331 (véase el año de Roma 422), junto con las enfermedades y envenenamientos, indujeron á los pontífices á suprimir la intercalacion. Los samnitas obedecen al senado, menos por amor de la paz que por falta de preparativos para la guerra, que les prohibe atacar á los de Falvaterra y de Polusco. Guerra con los privernatos, sostenidos por Vitrubio Flaco, hombre poderoso, natural de Fundi, en donde tenia muchos partidarios. El cónsul Papirio vence á Vitrubio y á los suyos que se retiran á Privernas, cercándola luego los dos cónsules.

Cónsules: L. Emilio Mamercino Privernas II, y C. Plaucio Deciano, entran el 1.° de julio romano del 425, 6 de julio juliano del 329.

329. No concluido todavía el sitio de Privernas, cundió la falsa noticia de que se acercaban los galos, y dice T. Livio que los cónsules recibieron la órden en el mismo dia 1.° de julio, en que entraron en sus cargos, de señalarse inmediatamente los respectivos distritos de su mando, para ocurrir cada cual al suyo. El año consular principiaba por consiguiente, segun dice T. Livio, en el 1.° de julio, y como el haber pasado á ese dia solo fué efecto del interegno del año 420, resulta que pasó á ese dia civil en el 421 (véase los años 420 y 421). Toma de Privernas, cayendo prisionero Vitrubio Flaco. En sentir de T. Livio, Plau-

cio llevó él solo el sitio á cabo, pero es preciso admitir que Emilio volvió á juntarse con su colega después de haber salido contra los galos, y sabido, á poco de recorrer el país, que no habian de parecer. Los dos cónsules triunfan á 1.° de marzo romano del siguiente año 426 (Fast. Capit.), 20 de marzo juliano del 328 antes de Jesucristo. Vitrubio sufre la pena de muerte, y le arrasan la casa que tenia en Roma en el monte Palatino. Á fin de grangearse la voluntad de los privernatos, lo que convenia por ser estos vecinos de los samnitas, castigados ya los principales, se les da el derecho de ciudadanos. Se envia una colonia á Terracina (T. Livio), tres años después de haberse concedido (en el 422) la ciudadanía á Fundi y á Formio (Vell. Pat. lib. I, cap. 14).

Cónsules: C. Plaucio Próculo, y P. Cornelio Scápula, entran el 1.° de julio romano del 426, 18 de julio juliano del 328 antes de la era vulgar.

329-328-327. Se envia una colonia á Fregelas. M. Flavio distribuye carne al pueblo por vez primera, liberalidad que con el tiempo llegó á ser muy frecuente. Fabio aprovechó la ocasion que le ofrecia el funeral de su madre para hacer ese acto, menos por amor filial, segun se creyó, que por mostrar su gratitud al pueblo que le habia absuelto de la acusacion intentada contra él por los ediles, sobre seduccion de una matrona. Esto debió necesariamente desagradar en alto grado á los hombres de gobierno que deseaban la pureza de costumbres. Aparecen enfermedades contagiosas. Los habitantes de Palepolis, situada muy cerca de Nápoles, se ligan con los de esta ciudad, y juntos hacen correrías por tierra de Capua y Falermo, confiando en el auxilio de los samnitas, y probablemente en la epidemia que habia en Roma.

Cónsules: L. Cornelio Léntulo, y Q. Publilio Filon II, entran el 1.° de julio romano del 427, 8 de julio juliano del 327 antes de Jesucristo.

Dictador cuadragesimo tercero: M. Claudio Marcelo. — 327-326. La liberalidad de M. Flavio que quiso probablemente pagar al pueblo su sentencia absolutoria, elevó á este plebeyo, siendo así que hubiera debido alejarle de los cargos públicos. Fué elegido tribuno é instalado á 10 de diciembre romano de este año 427. Guerra contra la gente griega que vivia en Palépolis y Nápoles. El cónsul Q. Publilio toma posicion entre las dos ciudades, para impedir la reunion, mientras que L. Cornelio entra con otro cuerpo de ejército en tierra de los samnitas para contener á ese pueblo impaciente. Sitio de Palépolis que dura todavía al concluir el año consular. No pudiendo abandonar los cónsules el ejército, por no permitirlo el estado de las operaciones, los tribunos, con anuencia del senado, dieron una ley prorogando el mando militar de Publilio, en calidad de procónsul, hasta la terminacion de la guerra de los griegos, y ordenando además el nombramiento de un dictador para proceder á las elecciones consulares. L. Cornelio, en virtud de la órden escrita que, estando en el Samnio, recibe del senado, proclama dictador al plebeyo M. Claudio Marcelo, que toma por lugarteniente á Sp. Postumio Albino. Pretendieron los augures que el nombramiento del dictador debia declararse nulo por no haberse observado las formalidades debidas. Respondian los tribunos que, verificado el nombramiento lejos de Roma y en tierra de los samnitas, mal podian saber los augures, desde la ciudad, si se habia faltado á lo prescrito en tales casos. La verdad consistia en que Marcelo era plebeyo, esta era la informalidad para los augures, que salieron sin embargo con la suya, teniendo que abdicar el dictador. Después de él hubo interegno.

Cónsules: C. Petilio Libo Visolo II, y L. Papirio Mugilano, entran el 11 de setiembre romano del 428, 6 de setiembre juliano del 326.

326. Dice T. Livio que hubo catorce intereyes, de manera que el año consular que se renovaba el 1.° de julio romano, pasó al 11 de setiembre. El peligroso ejemplo que acababa de dar el pueblo, eligiendo tribuno á Flavio sin otro motivo que su acto de liberalidad, lo que era contrario á la rigidez de costumbres que florecia á la sazon en Roma, hubo de inclinar al senado y á los pontífices á abreviar la magistratura de este plebeyo, suprimiendo la intercalacion. Á mas de que, parece que por otra parte el año se tuvo por infausto. T. Livio dice que se ordenó la celebracion del lectisnernio, y aunque no dice este historiador el motivo, sabido es que los romanos no acudian á esa ceremonia sino para calmar la ira de los dioses (placandis divis), segun dice el mismo escritor romano. Se declara la guerra á los samnitas, contra quienes ofrecieron socorro lucanios y apulios, por lo cual entraron en el número de los aliados de Roma. Los dos cónsules devastan el país de los samnitas, apoderándose de Alifa, Califa y Rufio. El procónsul Q. Publilio Filon, toma á Palépolis, pues cansados sus habitantes de la guarnicion de samnitas que tenian, prefirieron rendirse á los romanos y echar fuera á los samnitas. Tratado de alianza con los napolitanos. Triunfo de Publilio á 1.° de mayo romano del siguiente año 429 (Fast. Capit.), 18 de abril juliano del 325 antes de Jesucristo. Es el primer triunfo de un procónsul, bien que comenzó la campaña siendo cónsul. Los tarentinos empiezan á temer por su seguridad. La alianza de los lucanios con los romanos no deja ya barrera entre ellos y los últimos, siendo ya de temer las armas del pueblo romano, y tratan de sembrar la division entre los pueblos que se acababan de unir. Compraron esos griegos á unos jóvenes lucanios, y dejándose estos apalear para que quedasen señales en sus cuerpos, van á decir luego á sus paisanos que han sido maltratados de aquel modo por los romanos á cuyo campamento habian ido por mera curiosidad. En vista de esto, el consejo general de su nacion renunció á la amistad romana, aliándose con los samnitas. Se da una ley prohibiendo el prender por deudas á un ciudadano. La odiosa violencia de un acreedor para con el hijo de un deudor que se habia puesto en su poder en lugar de su padre, dió lugar á esta ley, infringida á poco, y por fin casi olvidada, cuando volvió á promulgarse cuarenta años mas adelante después de un alzamiento popular.

Cónsules: L. Furio Camilo II, y Decio Junio Bruto Sceva, entran el 11 de setiembre romano del 429, 26 de agosto juliano del 325 antes de Jesucristo.

Dictador cuadragesimo cuarto: L. Papirio Cursor. — 326-325. Se declara la guerra á los samnitas secundados por los vestinos. A Bruto le toca por suerte el ir contra los segundos, y á Furio contra los primeros. Sale cada cual con su ejército, y Bruto vence en una batalla á los vestinos, tala sus campos, y toma dos ciudades. Furio cae enfermo, y tiene que dejar el mando. Se declara dictador á L. Papirio Cursor, que toma por lugarteniente á Q. Fabio Máximo Ruliano. Prohibe el dictador á Fabio el que dé ningun combate durante su ausencia. Sin embargo Fabio se empeña en una batalla, y sale vencedor. Papirio vuelve inmediatamente al país samnita, reune la tropa, y subiendo á su tribunal condena á muerte al general de caballería. Protégenle en el campo los soldados, y tambien el senado en Roma, á donde va á refugiarse; pero síguele el dictador, y Fabio hubiera sido ajusticiado á no intervenir su anciano padre, que, sin embargo de

no poder aplacar al dictador, hizo apelacion al pueblo reunido en comicios. El pueblo no quiso ser juez; pero, pidió el perdon de Fabio al mismo dictador. Salvada la disciplina y la autoridad de la dictadura con la peticion misma del pueblo, Papirio perdona á Fabio, quitándole únicamente la lugartenencia, que da á L. Papirio Craso.

DICTADURA SIN CÓNSULES: desde el 11 de setiembre romano del 430, 7 de setiembre juliano del 324 antes de la era vulgar.

L. PAPIRIO CURSOR, DICTADOR: L. Papirio Craso, lugarteniente.—325-324. Primer ejemplo de una dictadura prorogada por mas de seis meses, y ocupando en los Fastos un año consular. Los Fastos Capitolinos ponen el consulado y el triunfo de C. Plaucio Deciano en el año 424 (425 varroniano), y los mismos Fastos ponen el consulado en que triunfó L. Fulvio Curvo en el año capitolino 431, 432 varroniano. Luego hubo seis años consulares entre el consulado de Plaucio y el de Fulvio, no contando el 425 ni el 432, y sin embargo, no se hallan mas que cinco en T. Livio y demás analistas. La dictadura prorogada de Papirio Cursor valió pues por un consulado. El triunfo concedido este año á Papirio está consignado por los mismos Fastos Capitolinos á una dictadura conferida en el año capitolino 429, 430 de Varron. En ellos se lee como sigue: L. Papirio Cursor, dictador en el año 429, triunfa; luego ese triunfo no pertenece á la dictadura conferida á Papirio en el año capitolino 428 por los precedentes cónsules L. Furio y D. Junio, y hubo por tanto una segunda dictadura dada ó confirmada á Papirio despues del consulado del 428, la que se adapta al año capitolino 429. Los Fastos Idacios, dados por el padre Labbe no dejan sobre esto la menor duda. Este año varroniano de 430 está indicado como sigue: sin cónsules: entónces fué nombrado dictador Papirio Cursor, y general de caballería Druso (léase Craso). Igual es el sentido de los Fastos Cuspinianos del cardenal Noris. Este autor, en el año varroniano de 430 no trae cónsules, pero dice: «hoc anno dictatores non fuerunt,» estando con mala puntuacion, pues debe leerse: «hoc anno dictatores; non fuerunt cónsules,» y esta última voz debe suplirse. Así está claro el texto: «En este año hubo dictadores ó dictadura sin cónsules.» El mismo T. Livio admite este año de la dictadura de Papirio, segun veremos luego. Papirio vuelve á donde está el ejército, dejando de gobernador en Roma á Papirio Craso (T. Liv.). Si hubiera habido cónsules, ¿qué necesidad tenia de hacer el dictador gobernador de Roma á su lugarteniente? Luego la dictadura de Papirio Cursor con la lugartenencia de Papirio Craso es posterior al consulado que antecede. Los soldados llevaron á mal que el dictador concediese el perdon á Fabio á peticion del pueblo, no habiéndolo conseguido ellos. Papirio da una batalla á los samnitas quedando indecisa la victoria. Tratando el dictador de grangearse el afecto de la tropa, visita los heridos, hace que les cuiden bien, y luego de reanimado el ejército, da otra batalla, en que sale vencedor, corriendo luego la tierra de los samnitas, sembrando la desolacion en ella, y dejando la presa para el soldado. Piden los samnitas la paz, y exige el dictador una contribucion. Luego los remite al senado, acompañándole á Roma diputados samnitas. Papirio triunfa á 5 de marzo romano del siguiente año 431 (Fast. Capit.), 23 de febrero juliano del 323 antes de Jesucristo. Dice T. Livio que, queriendo el dictador abdicar despues de su triunfo, hizo el senado que procediese primero á las elecciones consulares. Este pasaje prueba igualmente que la dictadura se prolongó mas allá del consulado. Á haber habido cónsules, ¿era tan indispensable la presencia del dictador para las elecciones? Por otra parte, ¿en caso de haber cónsules, no hubieran estos concluido el consulado antes del 11 de setiembre, dia en que principiaba entónces el año consular, segun hemos visto ya, y cómo desde el 5 de marzo, fecha del triunfo del dictador, se le habria prescrito el nombrar sucesores á unos cónsules que no habrian debido dejar sus cargos hasta el 11 del siguiente setiembre? Á la sazon no habia cónsules, y por lo mismo Roma se hallaba sin consulado desde el 11 de setiembre del año anterior. Desprendese tambien de este pasaje de T. Livio, que, aun cuando este historiador, que tiene por costumbre el no consignar mas que los años señalados por consulados, omitiere este al parecer, no le perdió con todo de vista. No tan solo indica que no habia cónsules al consignar la precaucion de Papirio en dejar de gobernador en Roma á su lugarteniente, y al hablar de la prescripcion del senado al dictador para que este procediese á las elecciones consulares, sino que, no admitiendo el año de esta dictadura, trastornaria todo el órden de sus años consulares, pondria en este lugar el principio de los mismos en marzo, siendo así que le pone en setiembre, é incurriria en contradiccion.

CÓNSULES: C. Sulpicio Longo II, y Q. Aulio Cerretano, entran el 15 de marzo romano del 431, 5 de marzo juliano del 323.

324-323. La prolongacion de la dictadura de Papirio hizo variar el año consular. La órden dada al dictador después de su triunfo de que antes de su abdicacion hiciese que se eligiesen cónsules, prueba que los nuevos fuéron nombrados poco despues del 5 de marzo, fecha del triunfo. Ponemos su entrada en el mando á 15 de marzo romano. De aquí resulta que, como los cónsules del año varroniano 429 salieron de sus puestos á 10 de setiembre de 430, la dictadura de Papirio no se extendió mas que unos seis meses mas allá del consulado; y sin embargo, como esta dictadura, establecida en el año 430, se prolongó hasta marzo del 431, pasando por consiguiente á otro año civil, ha ocupado en los Fastos el lugar de un año, y se ha contado por un año. El senado niega la paz que deseaban los samnitas, no dándoles mas que un año de tregua, la que aun violaron, coaligándose con los apulios. Sulpicio corre la tierra samnita, y Aulio Cerretano va talando la Apulia. El tribuno M. Flavio propone una ley al objeto de castigar á los tusculanos que habian excitado contra Roma á los de Velitra y de Privernas; pero, la ley no fué aceptada. Se envia una colonia romana á Luceria, pasados cuatro años, y corriendo ya el quinto desde el establecimiento de la colonia de Terracina, en el año 425, pero, á fines ya del consulado (Vell. Pat. lib. 1, cap. 14).

CÓNSULES: Q. Fabio Máximo Ruliano, y L. Fulvio Curvo, entran el 15 de marzo romano del 432, 18 de marzo juliano del 322 antes de Jesucristo.

DICTADOR CUADRAGESIMO QUINTO. A. Cornelio Coso Arvina.—323-322. Los dos cónsules vencen á los samnitas, matándoles al general. Luego pasa Fabio á la Apulia, y la somete. Creyendo los samnitas que los dioses estaban airados porque habian faltado á la tregua, resuelven, á fin de aplacarlos, entregar á los romanos á Brútulo Papio con todos los bienes que tenia, por haber promovido el levantamiento. Papio evitó la ignominia con el suicidio. Su cuerpo fué llevado á Roma con el haber del difunto, y además los prisioneros romanos que los samnitas tenian, pero solo fuéron aceptados los prisioneros, y se les negó la paz. Fué nombrado dictador A. Cornelio Coso Arvina, para que presidiese los juegos romanos, con motivo de estar

ocupados los cónsules en la guerra, y estar además enfermo el pretor Plaucio Veno. El dictador tomó por lugarteniente á M. Fabio Ambusto. El cónsul L. Fulvio celebra su triunfo sobre los samnitas en las fiestas quirinales, á 17 de febrero romano del siguiente año 433, 10 de febrero juliano del 321 antes de Jesucristo. El cónsul Q. Fabio celebra el suyo sobre samnitas y apulios al dia siguiente. Estos triunfos, que se hallan consignados en los Fastos Capitolinos, nos prueban que la guerra de los samnitas no fué dirigida en este año por el dictador Cornelio, como pensó T. Livio, sino por los cónsules. Segun Aurelio Víctor (Vida de varones ilustres, en la de Fabio Máximo), este cónsul no triunfó en este año de los samnitas, sino de los apulios y lucerinos; pero es opinion contraria á los Fastos Capitolinos cuya autoridad ha de prevalecer sobre la de Aurelio Víctor.

Cónsules: T. Veturio Calvino II, y Sp. Postumio Regilense Albino II, entran el 15 de marzo romano del 433, 7 de marzo juliano del 321.

Dictador cuadragésimo sexto: Q. Fabio Ambusto: abdica. — Dictador cuadragésimo séptimo: M. Emilio Papo. — 322-321. Acampados los dos cónsules en el Samnio, cerca de Calacia (Cajazzo ó Gazazzo sobre el Volturno), los samnitas, acaudillados por C. Poncio, se se pusieron en acecho en un bosque cercano á la ciudad de Caudio, haciendo participar á los romanos la falsa noticia de que Luceria estaba sitiada. Vuelan los cónsules en su socorro, tomando el camino mas corto. Entrada de las huestes consulares en el paso de las horcas caudinas, encontrando luego obstruida la salida con una empalizada sostenida por un cuerpo de samnitas. Aparecen inmediatamente cubiertas de enemigos las alturas. Retroceden las legiones hácia el desfiladero por el cual habian entrado, y ven ya al enemigo parapetado tambien en él. Imposibilitados los romanos para abrirse paso ó procurarse víveres, aceptan todas las condiciones que se les dictan. Prometen á la nacion samnita la independencia, entregan las armas, dan seiscientos caballeros en rehenes, á fin de que el senado y el pueblo ratificaran luego un tratado firmado por los cónsules y jefes principales del ejército, y pasan só el yugo. Vuelve á Roma el ejército así humillado. Esto hubo de suceder antes del 10 de diciembre romano de este año, 26 de noviembre juliano del 321 antes de Jesucristo, pues en este dia entraron en Roma en posesion del cargo de tribunos del pueblo L. Livio, Q. Melio y T. Numicio, que estuvieron en las horcas caudinas, y firmaron el tratado ó capitulacion como oficiales militares. Los cónsules no parecen en ninguna parte, y viven retirados en sus casas, limitándose á nombrar, á fines del año, un dictador para que cuidase de las elecciones consulares. Sale proclamado Q. Fabio Ambusto, que toma por lugar teniente á L. Elio Peto. Se dijo que su nombramiento adolecia de informalidad, y abdicó, substituyéndole M. Emilio Papo, que nombró lugarteniente á L. Valerio Flaco. Tambien quedó sin efecto esta segunda dictadura. El pueblo no quiso confiar la direccion de los comicios consulares á ningun magistrado que estuviera nombrado en este año fatal. De modo, que el dictador no hizo las elecciones, y hubo interregno.

Cónsules: L. Papirio Cursor II, y Q. Publilio Filon III, entran el 23 de marzo romano del 434, 5 de marzo juliano del 320.

Dictador cuadragesimo octavo: C. Mainio.—Dictador cuadragésimo nono: L. Cornelio Léntulo.—Dictador quincuagésimo: T. Manlio Imperioso Torcuato III. —321-320. Los pontífices omiten la intercalacion sencilla, con motivo de la ignominia de las legiones en Claudio. Dice T. Livio que hubo dos intereyes; y como, segun el mismo, ordenó el senado á los cónsules que tomasen posesion el mismo dia en que fueron elegidos, en vez de diferirse su instalacion hasta el 25 de marzo romano, se hizo algo antes. Nosotros la ponemos en el 23 del mismo. Sp. Postumio, cónsul del año pasado, propone la entrega á los samnitas de todos los firmantes del tratado de las horcas caudinas, por haberlo hecho sin autorizacion del senado, el cual accepta la proposicion de Sp. Postumio, firmante tambien del tratado. Así podia el senado hacer otra vez la guerra á los samnitas. L. Livio, Q. Melio y T. Numicio se oponen á ello, alegando que no habian de ser entregados á los samnitas, con motivo de la inviolabilidad que comunicaba á sus personas la dignidad tribunicia (habian sido nombrados á 10 de diciembre del año que precede); pero, como su oposicion no fué aprobada, lo dejaron luego al arbitrio del senado. Todos los garantes del tratado de Claudio, hasta los tribunos, que previamente dimitieron sus cargos, son conducidos por oficiales al ejército samnita, entregándolos desnudos y atados á C. Poncio, que se niega á recibirlos. La mayor parte de los pueblos sometidos á los romanos se sublevan, aprovechando la deshonra que habia sufrido su ejército. Reuniéndose los colonos de Satrico con un cuerpo de samnitas, se apoderan de la colonia de Fregelas. Luceria, que era otra colonia, pasa á manos de los enemigos, encerrando en ella á los seiscientos caballeros que guardaba en rehenes. Conspiraciones secretas en Capua, y otros puntos de la Campania. El cónsul Publilio se estaciona en el Samnio, con un ejército de observacion. Papirio se dirige hácia la Apulia, para libertar á los rehenes de Luceria. Publilio gana una batalla á los samnitas, que van á juntarse de nuevo cerca de Luceria. Publilio los sigue, y vence de nuevo, tomándoles el campamento. Papirio, que habia tenido que dar un gran rodeo, llega delante de Luceria, comienza el ataque, y la ciudad se rinde, quedando así libertados los seiscientos romanos. Los siete mil samnitas que guarnecian á Luceria, y, segun algunos anales antiguos, hasta el mismo C. Poncio, pasaron debajo el yugo. Se proclama dictador á C. Mainio para reprimir á los conspiradores de la Campania, y escoge por general de la caballería á M. Foslio Flaccinator. Concluido su oficio de juez en la Campania, en donde muchos se anticiparon á la muerte judicial con el suicidio, Mainio trata de castigar á los que con intrigas y fraudes aspiraban á los cargos públicos, considerándolos como conspiradores contra la república. Como ese era principalmente el delito de los mas ricos y poderosos, procuraron estos desacreditar al dictador, atribuyendo á reprobados manejos el haberse elevado, junto con su lugarteniente, á dignidades de las cuales los excluia su cuna. Mainio no quiso valerse de su dictadura para vengarse, y abdicó para justificarse, pidiendo que se le juzgase inmediatamente, y quedando absuelto junto con su lugarteniente. T. Livio pone la dictadura, funciones judiciales y abdicacion de Mainio en el 440 de Roma; es decir, seis años después. Pero, en un fragmento de los Fastos Capitolinos se ve que Mainio fué dictador dos veces, en este año de 434, y en 440, y que en las dos dictaduras tuvo por lugarteniente á M. Foslio Flaccinator. Pero, la dictadura del 440 no fué por temor de conspiraciones; solo tuvo por objeto, segun los mismos Fastos, los negocios administrativos de la república. Por consiguiente, únicamente esta del 434 tuvo por objeto lo que se ha dicho. El mismo T. Livio nos da la prueba

de la fecha positiva de esta primera dictadura. En la arenga del tribuno del pueblo P. Sempronio, contra el censor Ap. Claudio, en el año 444, dice: « Hará sobre unos diez años (nuper intra decem annos), la justa severidad del dictador Mainio hacia retemblar á algunos poderosos, y estos hicieron recaer sobre él sospechas que tendian á atribuirle el mismo delito que él estaba persiguiendo; y entónces abdicó mucho antes de espirar la dictadura, para que le juzgasen como á un ciudadano cualquiera. » Si esta dictadura hubiese pertenecido, como dice T. Livio, al año 440, no hubiera precedido sino de cuatro años la arenga de Sempronio; mientras que poniéndola, como está en los Fastos Capitolinos, en el 434, se hallan los diez años justos. Se nombra dictador á L. Cornelio Léntulo para dirigir los negocios de la república, y toma por lugarteniente á L. Papirio Cursor, hijo del cónsul. Ocupados ambos cónsules en la guerra del Samnio y de la Apulia, creyó prudente el senado que debia haber un dictador dentro de Roma, para defenderla contra las tentativas de vecinos sospechosos, y fué nombrado T. Manlio Imperioso Torcuato para presidir los comicios consulares, tomando por lugarteniente á Papirio Craso. En los Fastos Capitolinos, estas dos dictaduras siguen inmediatamente despues de la de Mainio.

Cónsules: L. Papirio Cursor III, y Q. Aulio Cerretano II, entran el 23 de marzo romano del 435, 23 de febrero juliano del 319 antes de Jesucristo.

320-319. Q. Aulio gana una batalla á los ferentinos, que moraban en la Apulia, y se habian coaligado, junto con los demás apulios, con los samnitas. Aulio se apodera de su ciudad, y L. Papirio toma á Satrico. El tribuno M. Antistio propone una ley que autoriza al senado á dictar las penas que merecieren los colonos romanos de Satrico. Papirio hace cortar la cabeza á los fautores de la rebelion. Celebra Papirio Cursor su triunfo á 21 de agosto romano de este año de 435 (Fast. Capit.), 22 de julio juliano del 319 antes de Jesucristo. Los censores no hicieron el lustro; como están designados en los Fastos, sin duda impidió su celebracion la muerte de uno de ellos, la que obligaba al otro á dimitir el cargo. Se ve en los mismos Fastos, que los censores del año siguiente hicieron la lustracion que no debia hacerse mas que cada cinco años. Se envia una colonia romana á Suesa de los aurunco s y á Saticula, cuatro años despues del establecimiento de la de Luceria, pues fué en 431 (Vell. Pat. lib. 1, cap. 14). T. Livio y Sexto Festo Pompeyo ponen el establecimiento de dicha colonia en el año 441 de Roma, durante el quinto consulado de Papirio Cursor; pero segun Velleyo pertenece al consulado tercero del mismo Papirio.

Cónsules: L. Plaucio Venon, y M. Foslio Flaccinator, entran el 23 de marzo romano del 436, 13 de febrero juliano del 318 antes de Jesucristo.

319-318. Como la muerte de un censor se tenia por suceso infausto desde el saqueo de Roma, omitieron los pontífices la intercalacion. Los dos cónsules de este año son de sangre plebeya. Varios pueblos samnitas envian una diputacion pidiendo la paz, y el senado los remite al pueblo, que solo les da dos años de tregua. Los teanenses y canusinos (de Canosa) gentes de la Apulia, cansados de tanto pelear, se dan al cónsul Plaucio, entregándole rehenes. Los capuanos piden leyes al senado y un gobernador romano, á fin de que administre la justicia con la imparcialidad que no era posible esperar de un natural de Capua, dividida en diferentes banderías. El pretor de Roma L. Furio Camilo, fué el encargado de redactar las leyes. Esta es la gobernaduría ó prefectura romana mas antigua, y solo duró hasta el restablecimiento de la concordia entre los capuanos. Los censores L. Papirio Craso y C. Mainio, añaden dos tribus mas: la « ufentina, » compuesta de gente que vivia cerca de un rio en tierra de volscos, y la «falerina,» de los habitantes de Falerno, llegando con estas á treinta y una las tribus. Los censores celebran el lustro 25.° (Fast. Capit.). En aquel siglo el número de empadronados ascendia ya á doscientos cincuenta mil ciudadanos (T. Livio, lib. IX, cap. 19).

Cónsules: Q. Emilio Bárbula, y C. Junio Bubulco Bruto entran el 23 de marzo romano del 437, 25 de febrero juliano del 317 antes de Jesucristo.

318-317. Se añade la intercalacion simple con motivo de las dos tribus nuevas. Otro pueblo de Apulia, llamado por T. Livio « Teates, » que segun se cree es Chieti, pide el ser aliado de Roma; concediéndole la desigual alianza que le hacia súbdito de la república. Junio Bruto toma á Forento, en la Apulia, y Q. Emilio se apodera de Neralo, en la Lucania. Los anciatos pidieron leyes fijas y magistrados, y así, nó tan solo las armas sino las leyes de Roma iban prosperando y extendiéndose á lo lejos. Se envia una colonia á Interamna, dos años despues de haber enviado la de Suesa y de Saticula en 434 (Vell. Pat. ibid.). Segun T. Livio, la colonia fué debida á un senatus-consulto expedido en el mismo año en que se envió la de Suesa en 441, durante el segundo consulado de C. Junio Bubulco, mientras que, en sentir de Velleyo, pertenece al primer consulado de Junio, y nó al segundo.

Cónsules: Sp. Naucio Rutilo, y M. Popilio Lenas, entran el 23 de marzo romano de 438, 8 de marzo juliano de 316.

Dictador quincuagesimo primero: L. Emilio Mamercino Privernas. — 317-316. Los cónsules del año precedente, dice T. Livio, no hacen entrega de las legiones á los de este año, sino al dictador L. Emilio, que, junto con su lugarteniente L. Fulvio Curvo, va al campamento á encargarse del mando. El dictador pone cerco á Saticula, cuyos antiguos habitantes se habrian sin duda rebelado por no sufrir á los colonos romanos. Como los de Saticula eran amigos de los samnitas, tratan de ayudarlos, y, después de una batalla en el campo mismo de la poblacion sitiada, en que venció el dictador á los de dentro que hicieron una salida y á los samnitas, estos emprenden de noche la retirada, y van á atacar á Plistia, aliada de los romanos.

Cónsules: L. Papirio Cursor IV, y Q. Publilio Filon IV, entran el 23 de marzo romano del 439, 26 de febrero juliano del 315 antes de Jesucristo.

Dictador quincuagesimo segundo: Q. Fabio Máximo Ruliano. — 316-315. Un año duró la dictadura de Emilio. Dice T. Livio que los nuevos cónsules, igualmente que los anteriores, se quedaron en Roma, y que el dictador Q. Fabio recibió las legiones de que le hizo entrega Emilio. Este las habia recibido á principios del año anterior de manos de Q. Emilio y de C. Junio, cónsules en 437, y como no soltó el mando hasta este año de 439, tenemos que su dictadura duró todo el año de 438. De manera que el prorogar el senado dictaduras mas allá de seis meses, no era cosa enteramente nueva. Pero, como la dictadura de Emilio siguió en concomitancia de los consulados, no formó en los Fastos año independiente y separado, y quedó designado con el nombre de los cónsules, segun costumbre. El dictador Fabio continúa el sitio de Saticula, y, para socorrerla, los samnitas levantan el cerco de Plistia. Batalla indecisa entre romanos y samnitas, en la que perecen el general samnita, y el lugarteniente del dictador Fabio, Q. Aulio Cerretano. Sin embargo,

los samnitas se dirigen otra vez á Plistia. Los romanos toman á Satícula, y los samnitas á Plistia. Sora, poblacion de la Campania, se subleva contra los colonos romanos, y vuela allá el dictador. Síguenle los samnitas, pasando de esta suerte el teatro de la guerra del Samnio y la Apulia á la Campania. Vence Fabio á los samnitas y les toma el campamento, emprendiendo en seguida el sitio de Sora.

Cónsules: M. Petelio Libo, y C. Sulpicio Longo III, entran el 23 de marzo romano del 440, 16 de febrero juliano del 314.

Dictador quincuagesimo tercero: C. Mainio. — 315-314. Otra dictadura anual. Los nuevos cónsules, dice T. Livio, reciben las legiones del dictador Fabio, que las habia recibido del dictador Emilio á principios del año anterior. Por consiguiente, la dictadura de Fabio duró un año entero. Sora es tomada por traicion de un desertor, que, enseñando á los romanos un sendero desconocido, los conduce de noche á la ciudadela. Añade T. Livio que los cónsules trajeron prisioneros á Roma á los principales autores de la rebelion y de la matanza de los colonos romanos, para que presenciase su muerte el pueblo, muy interesado en cerciorarse de que se procuraba por su seguridad en las colonias á que se le enviaba. Por consiguiente, los cónsules vuelven á Roma después de tomada Sora. El cónsul C. Sulpicio Longo celebra su triunfo sobre los samnitas y habitantes de Sora el 1.° de julio romano de este año 440 (Fast. Capit.), 25 de mayo juliano del 314 antes de Jesucristo. Así que hubieron salido de Sora, supieron los cónsules que los ausonios simpatizaban demasiado con los samnitas; y van á moverles guerra. Luego el triunfo del cónsul Sulpicio no fué al fin del año consular, y debió ser á mediados de la campaña. Ausona, Minturna y Vescia caen en poder de los romanos, vendidas como Sora, por traidores. Luceria vuelve á rebelarse, dándose á los samnitas y entregándoles la guarnicion romana. Se envia á Luceria una nueva colonia de dos mil quinientos ciudadanos. La mayor parte de los pueblos sometidos á Roma inspiran temores. Los principales de Capua tienen conciliábulos para concertarse sobre la manera de insurreccionarse con buen éxito. Entretanto los samnitas se van á Claudio, y dejan la Apulia, acercándose á Capua, al objeto de aprovechar la primera ocasion que se les depare para entrar en ella. Los cónsules van en pos de ellos. Se nombra dictador á C. Mainio, con M. Foslio Flaccinator por lugarteniente, para la administracion de la república (Fats. Cap. Diod. de Sicil. lib. XIX). Como ambos cónsules estaban ocupados en Claudio contra los samnitas, pensó el senado en el nombramiento de un dictador por si llegaran los campanios á hacerse mas temibles. Los romanos, sin empeñar ningun combate decisivo, fatigan á los samnitas con escaramuzas contínuas al rededor de Claudio. Por fin, los samnitas presentan ellos mismos la batalla. Vencen los dos cónsules, perdiendo el enemigo entre muertos y heridos treinta mil hombres. Después de tan importante victoria, los cónsules parten con sus legiones á Boviano, en tierra de samnitas, y cercan la ciudad.

Cónsules: L. Papirio Cursor V, y C. Junio Bubulco Bruto II, entran el 23 de marzo romano del 441, 6 de febrero juliano del 313.

Dictador quincuagesimo cuarto: C. Petelio Libo Visolo. — 314-313. Dice T. Livio que los cónsules del año que antecede invernaron en Boviano, permaneciendo en ese punto hasta que C. Petelio, nombrado dictador por los nuevos cónsules, fué en compañía de su lugarteniente Fosio (M. Petelio Libo, segun los Fastos Capitolinos), á ponerse al frente de las legiones. Aquí vemos que la renovacion del año consular era pasado el invierno, y el mes de marzo en que la hemos puesto. Tambien de esto se sigue, que el fin de marzo y principio de abril, tiempo en que el dictador Petelio, nombrado al principio de este consulado, fué á tomar el mando de las legiones, coincidia con la estacion en que las tropas salian de sus cuarteles de invierno. Ahora bien, los romanos acababan el invierno á 7 de febrero juliano, y el 23 de marzo romano, dia en que principiaba el año consular, el que precedió de muy pocos dias al nombramiento de Petelio, y su llegada al cuartel general, coincidia, segun nuestra tabla, con el 6 del mismo mes juliano. Los samnitas toman á Fregelas. Alza el dictador el sitio de Boviano, y se dirige hácia Fregelas, que los enemigos evacuan. En seguida Petelio va á Nola, que tambien habian tomado los samnitas, quema los afueras, y Nola cae otra vez en poder del dictador, y segun otros analistas, dice T. Livio, en poder del cónsul Junio. Los que atribuyen á Junio el honor de este suceso, añaden, segun el mismo historiador, que Atina y Calacia hubieron la misma suerte, y que Petelio solo fué nombrado dictador para clavar el clavo en el templo de Júpiter, pues habia pestilencia en Roma. Se envia una colonia á Poncia, en país de volscos, y sale un decreto del senado para conducir otra á Casino, en la Campania. Pero esta no se estableció hasta el año siguiente (T. Liv.). El mismo autor pone en este año el establecimiento de las colonias de Suesa é Interamna. Como habia visto en los anales antiguos que estas colonias se enviaron después de la de Luceria, siéndolo la una en el consulado de Papirio Cursor, y la otra en el de Junio Bubulco, puso su establecimiento después de la segunda colonia que se envió á Luceria, en vez de ponerle después de la primera, como hizo Velleyo. Creyó igualmente que debia ponerle en el año en que Cursor y Bubulco fueron cónsules, y le consignó en el que nos ocupa. Hemos seguido á Velleyo, que es mas circunstanciado acerca de estos establecimientos, distinguiendo los mas antiguos de los que vinieron mas tarde, é indicando el tiempo que medió entre unos y otros (véase mas atrás los años 435 y 437).

Cónsules: M. Valerio Máximo, y C. Decio Mus, entran el 23 de marzo romano del 442, 17 de febrero juliano del 312.

Dictador quincuagesimo quinto. C. Sulpicio Longo. — 313-312. Como T. Livio no habla de la pestilencia de un modo positivo, no admitiéndola los Fastos Capitolinos, segun los cuales, nó para clavar el clavo, sino para la administracion pública fué nombrado Petelio dictador, no es el contagio suficiente fundamento para dejar sentado que los pontífices omitieron la intercalacion en este año de 442. Guerra de los etruscos. Ocupado el cónsul Valerio en el Samnio, su colega Decio enferma en Roma, y nombra dictador á C. Sulpicio Longo, el que escoge por general de caballería á C. Junio Bubulco Bruto. Pero, limitándose los etruscos á la defensiva, el ejército del dictador no entró en campaña, bien que estaba pronto para ello. Rebélase la ciudad de Sora, sostenida por los samnitas. El cónsul Sulpicio la habia tomado en el año 440; y en este, Valerio la somete de nuevo. Triunfo de Valerio sobre los habitantes de Sora y samnitas á 13 de agosto romano de este año 442 (Fast. Capit.) 8 de julio juliano del 312 antes de Jesucristo. Como era poco numeroso el ejército que oponian los samnitas á este cónsul, pudo volver á Roma para su triunfo antes de acabarse el tiempo de la campaña. En este año fueron censores Apio y C. Plaucio, celebrados por las

construcciones públicas que hicieron, pero odiosos por su parcialidad, llegando á quitar á senadores sin tacha, para poner en su lugar á hijos de libertos. Fontino (de Aquæduct) pone estos censores en el año 30, contando desde el principio de la guerra de los samnitas en 411, de modo que hasta el 442 suprime dos años consulares. Estos censores celebran el lustro 26.° (Fast. Capit.). Como el postrero se habia celebrado en 436, este hubiera debido serlo en el 441, á no haberlo impedido la guerra.

Cónsules: C. Junio Bubulco Bruto III, y Q. Emilio Bárbula II, entran el 23 de marzo romano del 443, 7 de febrero juliano del 311 antes de Jesucristo.

312-311. Sin atender los cónsules á los cambios hechos en el senado por los censores, leen la lista de la corporacion cual se hallaba antes de su censura. C. Junio Bubulco, que tambien fué cónsul durante la guerra de los samnitas, hace voto de erigir un templo á la salud de Roma. Como la fiesta de ese voto cae en 28 de marzo romano (Ovid. lib. III, Fast.), es muy probable que el voto de este cónsul, hecho al principio de su consulado (T. Liv. lib. IX, c. 43), fué anterior á las victorias que hubo de los samnitas. Junio toma á Cluvia en el mismo dia en que fué atacada, y luego á Boviano, dejando la presa á los soldados. Este cónsul ganó una batalla en que los samnitas perdieron veinte mil hombres. Los etruscos rompen las hostilidades sitiando á Sutri, aliada de Roma, y su barrera principal por el lado de la Etruria. El cónsul Emilio gana una batalla al dia siguiente de llegar á Sutri. Triunfo del cónsul C. Junio á 5 de agosto romano de este año 443 (Fast. Capit.), 20 de junio juliano del 311 antes de Jesucristo. Q. Emilio celebra el suyo sobre los etruscos ocho dias después. Refiere T. Livio que, habiéndose quedado los etruscos solo con la tropa indispensable para guardar el campamento, y muriendo muchos heridos de los romanos, no hubo ya delante de Sutri cosa digna de memoria en lo demás del año. Luego la batalla de Sutri tuvo lugar antes de que concluyese el año consular, y como el triunfo y la victoria de Junio acontecieron antes de la victoria y triunfo de Emilio, se refiere que Junio venció á los samnitas en Boviano mucho antes de que terminara el año consular. Los tribunos del pueblo L. Atilio y C. Marcio obtienen un plebiscito en virtud del cual pudo nombrar el pueblo mas tribunos de legiones que antes. Otro plebiscito á solicitud del tribuno M. Decio para la creacion de decemviros encargados de cuidar la marina romana. Agriados los que tocaban la flauta en los sacrificios por haberles prohibido los censores el comer dentro del templo de Júpiter, se habian ido á Tibur, pero volvieron á Roma (1) á 13 de junio romano (Ovid. lib. VI, Fast. v. 651), instituyéndose en esta ocasion la fiesta anual llamada «quincuatros menores.» El censor Plaucio dimite su cargo pasados los diez y ocho meses á cuyo período habia reducido la duracion de la censura una ley del dictador L. Emilio Mamercino. Su colega Apio Claudio no quiso imitarle, y se empeñó en quedarse solo de censor.

Cónsules: Q. Fabio Máximo Ruliano II, y C. Marcio Rutilo, entran el 23 de marzo romano del 444, 20 de febrero juliano del 310 antes de Jesucristo.

311-310. El tribuno de la plebe P. Sempronio quiere obligar á Apio á salirse de censor, y, no queriendo esto, á abdicar. Sempronio da por fin órden de prenderle, mas hubo otros tres tribunos que se opusieron á la prision, y siguió en la censura. Q. Fabio gana una batalla en Sutri á los etruscos, que habian reunido durante el invierno un nuevo ejército. Los enemigos se guarecen en el bosque Ciminio, mas espantoso, segun dice T. Livio, que los montes mas bravos de Alemania antes de Julio César. Fabio penetra en el bosque Ciminio, y al saberse en Roma, todos temblaban por tamaña osadía. Fabio alcanza otra victoria. Varios pueblos de Umbría, cercanos al monte Ciminio, á quienes habian los romanos talado la tierra, se reunen con los etruscos en Sutri. Trábase tercera batalla, en la que pierden los enemigos, entre prisioneros y muertos, sesenta mil hombres; dice T. Livio, que, tratando Fabio de sorprender al enemigo, dispuso atacarle poco antes del amanecer, hora en que, añade el mismo autor, el sueño es mas profundo en las noches de estío. Es decir, que la batalla se dió en esa estacion. Esto sucedia en Etruria, prosigue T. Livio, y al mismo tiempo el cónsul Marcio entraba á la fuerza la ciudad de Alifas, tomando además muchos castillos. La escuadra romana, al mando de P. Cornelio, sufre alguna pérdida en Pompeya, ciudad de la Campania, por haber querido desembarcar y saquear la tierra. Otra batalla sangrienta entre el cónsul Marcio y los samnitas. Como perecieron en ella muchos caballeros, un lugarteniente general y nó pocos oficiales, quedando el mismo cónsul herido, no pudo decirse que los romanos hubiesen llevado la mayor parte, y Roma quedó consternada. Manda el senado que se nombre un dictador, rogando que este sea L. Papirio Cursor, reputado por el mejor general de la república. No pudiendo llegar esta órden al Samnio por tener guardados los samnitas todos los caminos, se envió á Fabio, al mismo á quien Papirio habia condenado á muerte en su primera dictadura; pero, Fabio le nombra dictador, y Papirio toma por lugarteniente á C. Junio Bubulco Bruto.

Sin cónsules desde el 23 de marzo romano del 445, 10 de febrero juliano del 309.

Dictador quincuagesimo sexto. L. Papirio Cursor II, y C. Junio Bubulco Bruto II, su lugarteniente, ó general de caballería.—310-309. Segunda dictadura que equivale á un año consular. No tan solo es necesario este año para conservar el órden cronológico, y la correspondencia de las fechas de los triunfos con los años en que se hallan estos consignados, sino que está además señalado expresamente por varios autores. Á continuacion de esta dictadura se lee en los Fastos Capitolinos: «en este año hubo un dictador y un general de caballería, sin cónsules.» Los Fastos Idacios dicen: «sin cónsules; fué Cursor creado dictador, y Bubulco general de caballería.» En los Fastos Noricios se emplea la fórmula acostumbrada: «en este año, dictadores; no hubo cónsules.» Y sin embargo, T. Livio no admite esta dictadura anual (véase el año siguiente.) El dictador Papirio sale para el Samnio. Q. Fabio sirve como procónsul en Etruria (Fast. Capit.), y en una batalla que da á los pueblos de Umbría, estos se dispersan al primer encuentro. El mismo procónsul gana una batalla á los etruscos junto al lago de Vadimon. Papirio vence á los samnitas, y el dictador celebra su triunfo el 15 de octubre romano de este año 445 (Fast. Capit.) 29 de agosto juliano del 309 antes de Jesucristo. La fecha de este triunfo prueba que duró mas de seis meses la dictadura de Papirio. Nombrado dictador durante el consulado de Fabio y de Marcio, y por lo mismo antes del 23 de marzo

(1) No deja de ser curioso el medio imaginado para hacer volver á Roma á esos músicos. Les convidaron á un banquete en Tibur, y cuando estuvieron ébrios, fueron atados y echados en unos carros sin despertar de su báquico sueño hasta que estuvieron en Roma, recibiéndolos el censor Plaucio.

romano, en cuyo dia concluia el mismo consulado, los seis primeros meses de su dictadura habian concluido necesariamente por el 24 de setiembre del mismo año; y no obstante, Papirio celebra su triunfo, siendo todavía dictador, en el 15 de octubre romano. Luego hubo de prorogársele la dictadura. El procónsul Fabio gana otra batalla en Etruria delante de Perusia. Piden los etruscos la paz, y Fabio los remite al senado. El procónsul celebra su triunfo á 13 de noviembre romano (Fast. Capit.) 27 de setiembre juliano de este mismo año.

Cónsules: P. Decio Mus II, Q. Fabio Máx. y Ruliano III, entran el 15 de marzo romano del 446, 13 de febrero juliano del 308 antes de Jesucristo.

309-308. La dictadura hizo variar el año consular. Hemos probado que duró mas de seis meses. Y hasta hubo de continuar algun tiempo después de la celebracion del triunfo, durando todo sobre un año. Si no hubiese llegado esta dictadura mas allá del 1.° de enero de este año 446, no ocuparia el espacio de un año consular, y el órden cronológico de los Fastos citados mas arriba quedaria trastornado. Pero, las dictaduras, aun siendo anuales, no por eso dejan de causar variacion en el año consular. Como las dictaduras tienen que principiar antes del fin del consulado que precede, concluyen igualmente antes del dia en que se habia de renovar el consulado. De manera que, Papirio, nombrado dictador por el cónsul Fabio antes del 23 de marzo del 445, dia en que concluia á la sazon el consulado, hubo de concluir la dictadura antes del 23 de marzo del 446, y causar alteracion en el año consular. Creemos nosotros que esa dictadura acabó y que el consulado de este año comenzó por el 15 de marzo, fecha que concuerda con la continuacion de la historia. Dice T. Livio que por la gloria que adquirió Fabio en la Etruria se le continuó en el consulado. De modo que este autor no admite ningun año intermedio entre el segundo consulado de Fabio del año 444, y el tercero que tuvo en el 446. Los supone continuos; y, por consiguiente, no admite el año de la dictadura de Papirio que los separa sin embargo. Encargado Fabio de la guerra del Samnio, toma á Luceria, venciendo luego él mismo á samnitas, marsos y pelignos reunidos. En Etruria, Decio obliga á los etruscos á quebrantar la tregua. El senado escribe á Fabio que vaya con sus tropas á la Umbría, si se lo permite el estado de cosas en el Samnio. Fabio fué en efecto, venciendo tan completamente á los umbros, que rinden las armas en el mismo campo de batalla. Luego se vuelve al Samnio. Presentándose Apio Claudio por candidato al consulado, el tribuno del pueblo L. Furio se opone á su eleccion hasta que abdique la censura (T. Liv. lib. IX).

Cónsules: Apio Claudio Ceco, y L. Volumnio Flamma Violens, entran el 1.° de julio romano del 447, 20 de mayo juliano del 307.

308-307. Variacion en el año consular que T. Livio no menciona expresamente; pero resulta de la narracion del mismo, igualmente que de la de otros historiadores, y de los principios mismos del gobierno romano. Dice T. Livio que, segun algunos anales, la oposicion del tribuno L. Furio suspendió los comicios para la eleccion de Apio. Este no podia ser nombrado cónsul siendo todavía censor, y reunir las dos magistraturas. De suerte que no fué elegido cónsul hasta terminado el tiempo de la censura ó hasta su abdicacion. Pero, Apio no abdicó. Dice Aurelio Victor, en la biografía de Apio, que permaneció de censor cinco años cabales (omni quinquenio). Ahora bien, le habian nombrado censor durante el consulado de M. Valerio Máximo y de P. Decio Mus en 442 (véase ese año). Pero, no le habian elegido censor al mismo tiempo que habian elegido á los cónsules. Vemos en T. Livio (lib. XIV, c. 10) y en Ciceron (lib. IV, Epíst. 2.ª á Atico) que los cónsules presidian la eleccion de censores, de suerte que, elevado Apio á la censura en el consulado de Valerio y de Decio, estos cónsules hubieron de presidir la eleccion censorial de Apio, y no pudo ser sino después del 23 de marzo, dia en que principiapaba su consulado. Por consiguiente, no pudo cesar en la censura y ser nombrado cónsul sino pasado el 23 de marzo este año 447. Pero el consulado anterior comenzaba á 15 de marzo, luego hubo alteracion en el año consular. Á Apio no le nombrarian censor en 442 y cónsul en 447 hasta primeros de julio. En el año que sigue probaremos que este año consular hubo de comenzar efectivamente al principio del mes que decimos. El año en que está el consulado prueba igualmente que debe admitirse en los Fastos la dictadura ánua de Papirio del 445. Si se prescindiera de ella, no se hallarian los cinco años entre el nombramiento de Apio para censor en 442, y su elevacion al consulado en 447. Guerra con los salentinos, encargándose de ella L. Volumnio. Se concede todavía el proconsulado á Q. Fabio para mandar el ejército en el Samnio. Apio se queda en Roma. Fabio gana una batalla á los samnitas, haciéndolos pasar por debajo el yugo. Á los hernicos que servian en el ejército enemigo se les guarda prisioneros. Se envian colonias á Sora, en la Campania, y á Alba en tierra de los marsos, diez años después de establecida la de Interamna en 437 (Vell. Pat.). Como T. Livio puso el establecimiento de la colonia de Interamna en 441, pone el de las de Sora y Alba en 451, dejando igualmente diez años de intervalo entre unos y otros. Lustro 27.° celebrado por los censores M. Valerio Máximo y L. Junio Bubulco Bruto (Fast. Cap.) cinco años después del que se hizo en 442.

Cónsules: Q. Marcio Trémulo, y P. Cornelio Arvina, entran el 1.° de julio romano del 448, 2 de junio juliano del 306 antes de Jesucristo.

Dictador quincuagesimo septimo. P. Cornelio Escipion Barbato.—307-306. No ha habido conformidad entre los autores romanos acerca de este consulado y el que precede, mirándolos muchos como años dudosos ó supuestos. Se ve en T. Livio (lib. IX, c. 41) que Calpurnio Pison, historiador antiguo, no los consignaba en sus anales, y se ignora, añade T. Livio, si los omitió á sabiendas ó por descuido. Otros autores los suprimian ó los ponian en otro lugar mas adelante. Pero, guiados por el autor de los Fastos Capitolinos y por T. Livio reunidos, nos parecen superiores á cualquiera otra autoridad histórica, y hemos creido que debiamos admitir estos consulados, y ponerlos en este lugar, que es el que les señalan los expresados autores. Se levantan los hernicos y principalmente los de Anagni. Los samnitas se apoderan de Calacia y de Sora, y, ocupando todos los caminos y desfiladeros, cortan las comunicaciones entre el ejército de Marcio opuesto á los hernicos, y el de Cornelio que estaba en Samnio. En pocos dias Marcio gana tres batallas á los hernicos; apoderándose cada vez del campamento enemigo, y además toma á Anagni. Pero Cornelio se halla muy comprometido en el país samnita. Viendo que estaban cerrados los pasos en un país quebrado, queria arriesgarse á trance de batalla, pues le iban faltando los víveres, pero los samnitas no aceptaban el combate. Afortunadamente pudo ir Marcio, después de vencidos los hernicos, á sacarle de apuros. Quisieron los samnitas ir al encuentro de Mar-

cio, y los siguió Cornelio, y los samnitas fuéron vencidos por los dos cónsules reunidos. Entónces dice T. Livio, Marcio dejó á Cornelio en el Samnio, y fué á triunfar á Roma á 29 de junio romano del siguiente año 449, 12 de julio juliano del 305 antes de Jesucristo. Se erige una estátua ecuestre á Marcio delante del templo de Castor por haber vencido á los enemigos y libertado al pueblo de la contribucion de catorce meses de sueldo que se debia al ejército, y que hizo pagar á los samnitas y hernicos. Refiere T. Livio que, no pudiendo ausentarse del ejército ningun cónsul, se nombró dictador á P. Cornelio Escipion y lugarteniente á P. Decio Mus, para las elecciones consulares. Esto nos manifiesta que principiaba entónces el año consular á principios de julio. Si hubiese mediado un intervalo mas largo entre su renovacion y el 29 de junio, dia de la llegada de Marcio á Roma para su triunfo, hubiera vuelto Marcio del ejército para presidir los comicios consulares, y no habia ya necesidad de nombrar para ello un dictador. Ahora bien, el consulado que estaba fijado antes en marzo no pudo pasar á julio sino por la oposicion que se hizo á la eleccion de Apio, retrasando esto los comicios consulares. De modo que el año consular se puso en el principio de julio desde el año anterior de 447. En este año se negoció el tercer tratado de los romanos con los cartagineses (T. Liv.). Polibio pone este tratado por los tiempos en que Pirro desembarcó en Italia, antes de la primera guerra púnica; de modo que viene á caer en el segundo consulado de Marcio y de Cornelio, en el año varroniano de 466. En este mismo año fué construido el templo á la Salud de órden del censor Junio Bubulco, que le votó siendo cónsul. Este censor, junto con su colega M. Valerio, hizo abrir caminos por cuenta del Estado (T. Liv.).

Cónsules: L. Postumio Mecelo, y T. Minucio Augurino, muerto en la guerra, substituyéndole M. Fulvio Curvo Cetino, entran el 1.° de noviembre romano del 449, 11 de octubre juliano del 305 antes de Jesucristo.

306-305. La construccion de un nuevo templo y de carreteras dió lugar á los pontífices para tener el año por fausto y poner la intercalacion, pues gustó tanto la administracion de Valerio y de Bubulco, como fué odiosa á senado y pueblo la del censor Apio. Cambio en el año consular; y sin que T. Livio haya designado expresamente el cambio y causa del mismo, se infiere de fechas y sucesos que el año consular se puso en el principio del noviembre romano (véase el año que sigue). Solo pudo provenir la variacion de haberse prolongado la dictadura de Cornelio en el año anterior. Este dictador, bien que nombrado á fines de junio, para presidir las elecciones consulares en ausencia de los cónsules que no podian dejar el ejército, debió encontrar algun obstáculo, de que no nos habla T. Livio, porque pasó muy ligero por esos años, á fin de llegar antes á la guerra púnica. El obstáculo que decimos debió seguir aun después de la vuelta de Marcio, y suspender por muchos meses las elecciones. Postumio gana una batalla en Tiferno, en el Samnio; y después de dejar bien provisto y muy guarnecido su campamento, fué á reunirse con Minucio en Boviano (Livio dice Bola). Los cónsules ganan otra batalla, á pesar de que perece en ella Minucio. Á este sucede Fulvio que toma á Boviano. Varias ciudades se rinden á los romanos. M. Fulvio celebra el triunfo á 5 de octubre romano del siguiente año 450. (Fast. Capit.) 26 de setiembre juliano del 304 antes de Jesucristo. Ese triunfo, precedido de dos batallas, de una larga campaña, de la subrogacion de un cónsul, y de la toma de varias ciudades, debe pertenecer al fin del año consular; y su fecha de 5 de octubre romano indica que el consulado principiaba á primeros de noviembre. Se coloca en el Capitolio una estátua colosal de Hércules, y á 19 de diciembre romano se celebraba su fiesta, en cuyo dia se erigió probablemente la estátua. Se envia una colonia á Carséolis, ciudad de los ecuos, dos años después de establecidas las colonias de Sora y de Alba (Vel. Patér. lib. I, cap. 14).

Cónsules: P. Sempronio Sofo, y P. Sulpicio Saverrion, entran el 1.° de noviembre romano del 450, 23 de octubre juliano del 304 antes de Jesucristo.

305-304. Dice T. Livio que en el consulado de P. Sulpicio Saverrion y de P. Sempronio, enviaron los samnitas embajadores á Roma pidiendo la paz, y que el senado les respondió que iria allá un cónsul con el ejército, á fin de examinar el estado de los ánimos, y que cuando volviese á Roma á enterar al senado, entónces podrian seguirle, y sabrian lo que se resolvia. Sabido lo cual, otros enviados samnitas llegaron á Roma durante el invierno, antes que se abriera la campaña, y antes que saliese ningun cónsul; y como este fué, segun la narracion de T. Livio, el primer acontecimiento de este consulado, esto indica que el consulado principió por la entrada del invierno, y que el año consular, que antes se renovaba en julio, hubo de pasar al principio de noviembre. Confirman los romanos el antiguo tratado á los samnitas, por participar el cónsul que habia encontrado su tierra tranquila y sin preparativos de guerra (T. Liv.). Segun los Fastos Capitolinos siguió la guerra con los samnitas, venciéndoles P. Sulpicio, y triunfando luego en Roma. Acabada la guerra de los samnitas, comienza la de los ecuos. Tranquilo ya el senado por la parte del Samnio, envia oficiales á los ecuos, pidiendo lo que en otro tiempo quitaran á los romanos. Los ecuos se encierran en sus poblaciones. En cincuenta dias les toman cuarenta y un castillos. P. Sempronio celebra su triunfo á 24 de setiembre romano (Fast. Cap.), 10 de octubre juliano del mismo año. Se publica el formulario de la práctica forense, que llamaban derecho civil, y tambien publica los Fastos ó calendario romano Neyo Flavio, edil curul. Como los patricios le tenian muy oculto, Flavio sacó una copia durante la edilidad de Apio Claudio, de quien fué secretario, eligiéndole el pueblo en recompensa edil curul, y aun elevándole al tribunado (Plin. lib. XXXIII, cap. 1). Tan resentido se mostró el senado por la elevacion de Flavio, que todos los magnates se quitaron la sortija, que era señal de distincion entre los romanos, por haber adquirido Flavio con su nueva dignidad el derecho de llevarla. Como este consulado, durante el cual Flavio hizo públicos los Fastos, principió el 1.° de noviembre romano, y Flavio no fué tribuno hasta el 10 de diciembre, su promulgacion corresponde al año siguiente de 451. Hasta entónces todo era misterio en el calendario romano, haciendo los pontífices el año mas largo ó mas corto, segun sus intereses ó los del senado. Dice Macrobio (lib. I, cap. 13) que, después de esta publicacion, los pontífices cesaron de anunciar al pueblo, enterado ya con aquella, la forma del año, y el dia el mes en que caian las nonas y los idus, segun lo hicieron hasta entónces (véase el disc. prelim.). N. Flavio dedica un templo á la Concordia (T. Liv. libro IX, cap. 46). Dice Plinio (lib. XXXIII, cap. 1) que esa dedicacion la hizo Flavio en el consulado de P. Sempronio y de P. Sulpicio, doscientos cuatro años (así se ha de leer y nó ciento cuatro) después de la dedicacion del templo de Júpiter en el Capitolio, segun así se veia por una tabla monumental de cobre en que Flavio habia hecho

grabar la fecha, de lo que se deduce, añade Plinio, que ese templo fué consagrado en el 448 de Roma. De suerte que Plinio pone el consulado de Sempronio y Sulpicio en el 448 de Roma, quitando así de los Fastos dos años consulares que vuelve á poner sin embargo veinte y cuatro años mas adelante, segun en su lugar veremos; y nosotros creemos que los dos consulados que ha suprimido son los de Apio y Volumnio y el de Marcio y Cornelio en los años 447 y 448. Bien que el templo de la Concordia se consagrase doscientos cuatro años después del templo del Capitolio, y aunque perteneciese la consagracion de este último al consulado 1.° del 245, corresponde sin embargo la del de la Concordia al consulado del 450. No se hizo corriendo el año 204, sino doscientos cuatro años después, segun la inscripcion de Flavio: « inciditque in tabella ærea eam ædem 204 annis post Capitolinan dedicatam. » Esto significa que los doscientos cuatro años eran cumplidos, y por consiguiente se ha de omitir un año de los dos que sirven de termino, y no contar los dos años terminales como hizo Plinio. Ahora bien, habiéndose hecho la dedicacion del templo de Júpiter al fin del primer consulado, cae en 246 de Roma, y corresponde al 13 de setiembre del mismo año. Dejando uno de los términos, esta fecha conduce ya los doscientos cuatro años al consulado de 450. El tribuno Papirio hace adoptar una ley para que sea prohibida la dedicacion de un templo sin la expresa autorizacion del senado, ó de la mayoría de los tribunos del pueblo. Los sucesores Q. Fabio Ruliano y P. Decio Mus, celebran el lustro 28.° (Fast. Cap. T. Liv.). Haciéndose el lustro cada cinco años, y siendo de 447 el último, parece que en este año de 450 no debia tener lugar. Pero como para principiar el año consular de 447 en 1.° de julio, pudo hacerse el lustro en este mismo mes ó en el de agosto, y para no principiar el consulado de 450 hasta el 1.° de noviembre, pudo el lustro hacerse después del agosto del siguiente año de 451, pudieron transcurrir cuatro años cumplidos entre los dos lustros, y el último pudo celebrarse corriendo ya el quinto año, segun la regla.

Cónsules: Serv. Cornelio Léntulo, y L. Genucio Aventinense, entran el 1.° de noviembre romano del 451, 13 de octubre juliano del 303 antes de Jesucristo.

304-303. Se hace una expedicion á Umbría contra unos bandidos que la estaban asolando.

Cónsules: M. Livio Denter, y Emilio Paulo, entran el 1.° de noviembre romano del 452, 3 de octubre juliano del 302 antes de Jesucristo.

Dictador quincuagésimo octavo: C. Junio Bubulco Bruto (1). — Dictador quincuagésimo nono: Q. Fabio Máximo Ruliano II. — 303-302. Los pontífices suprimieron la intercalacion teniendo ellos por muy infausto un año en que con la publicacion del calendario en 451 se habia dado tan rudo golpe á su autoridad y prestigio. Los ecuos se rebelan para echar á los colonos de Carséolis, que pertenecia á su país. Se nombra dictador para esta guerra á C. Junio Bubulco, que toma por lugarteniente á C. Ticinio, y, sometidos los ecuos, vuelve victorioso á los ocho dias de su dictadura (Tito Livio). Triunfo del dictador á 30 de julio romano de este año de 452 (Fast. Cap.), 4 de julio juliano del 302 antes de Jesucristo. El dictador hace la dedicacion del templo de la Salud, inmediatamente después de su triunfo. C. Fabio Pictor, pinta dicho templo hecha la dedicacion (Val. Máx. lib. VIII, cap. 14), y Plinio dice no obstante (lib. XXXV, cap. 4), que Fabio pintó el templo en 450. Resulta de esto, que Plinio quitó efectivamente dos consulados de los Fastos. Se levantan los marsos por haberse establecido en su territorio la colonia de Alba, nombrándose dictador á Q. Fabio Máximo para ir contra ellos. Omite T. Livio esta dictadura, limitándose á decir que, segun algunos analistas, Q. Fabio fué lugarteniente de M. Valerio, dictador el año siguiente, lo cual no le parece verosímil atendida la edad de Fabio y la gloria que tenia. Los Fastos Capitolinos consignan la dictadura de Fabio, y ponen por su lugarteniente á M. Emilio Paulo. Los marsos cejaron al primer encuentro, y después de tomarles algunos fuertes, Fabio les concede la paz. El lacedemonio Cleonimo desembarca en Italia, obligándole el cónsul Emilio á salir del país; y después de arrojarle los vientos hácia el golfo Adriático, fué rechazado, volviendo á su patria solo con la quinta parte de su escuadra (T. Liv.). Diodoro de Sicilia pone esta expedicion en el año 2.° de la olimpíada 119.ª en el anterior consulado.

Sin cónsules desde el 1.° de noviembre romano de 453, 22 de setiembre juliano de 301 antes de Jesucristo.

Sexagésimo dictador: M. Valerio Corvo II, y P. Sempronio Sofo, su segundo. — 302-301. Es la tercera dictadura que ocupa en los Fastos un año consular. Las fechas de los consulados y de los triunfos que traen los Fastos Capitolinos, prueban que les falta un año consular. Esta dictadura le suple, y en un fragmento de los mismos Fastos se ven restos de la fórmula acostumbrada. En este año hubo un dictador y un lugarteniente sin cónsules. En los Fastos de Idacio se hallan tambien, sin cónsules, Corvino, dictador seis meses, y Emilio (segun los Fastos Capitolinos, Sempronio), su lugarteniente. Parece que el autor de los Fastos publicados por el cardenal Noris, da un año consular á esta dictadura. Escribe así: Corvo II, y Ruliano II; mas, como luego pone el segundo consulado de Corvo en 454 y el quinto de Fabio en 457, es evidente que, poniéndolos en este año, no quiere referirse á su segundo consulado, sino á su segunda dictadura. Levántanse los etruscos movidos por los de Arezzo. Para esta guerra fué nombrado Valerio dictador. Sempronio Sofo, lugarteniente del dictador, experimenta alguna perdida, y Neyo Fulvio, que mandaba una division separada, se ve acometido por una fuerza que se habia puesto en acecho. Acude allá el dictador, y avanzando ya en esto todo el ejército enemigo, el combate pasó á ser general. Los etruscos piden la paz: y el senado solo les otorga dos años de tregua. El dictador M. Valerio Corvo celebra su triunfo á 21 de noviembre romano de este año (Fast. Capit.), 22 de octubre juliano del 457 antes de Jesucristo. Al salir de la dictadura, dice T. Tivio, Valerio es nombrado cónsul. Este autor no pone este año en sus Fastos (véase 457). Como T. Livio no reconoce la dictadura de Fabio, no haciendo mas que una de esta y de la de Valerio, pone la de Valerio en 452, en vez de poner en ese año la de Fabio.

Cónsules: Q. Apuleyo Pansa, y M. Valerio Corvo V, entran el 1.° de abril romano del 454, 9 de marzo juliano del 300 antes de Jesucristo.

301-300. Otra variacion en el año consular. Habiendo durado la dictadura de Valerio mas que el consulado durante el cual le nombraron, la renovacion del año consular pasó á otro mes. Dice el autor de los Fastos de Idacio que este dictador y su segundo estuvieron sin cónsules por espacio de seis meses: « Sine consúlibus... mensibus VI deinde fuerunt. » De suerte que, habiendo concluido el consulado anterior en 31

(1) Hubo de comenzar su dictadura sobre el 23 de julio romano de este año 452 de Roma.

de octubre romano, debió la dictadura de Valerio seguir hasta el fin de marzo de este año 454; y añadiendo á los cinco meses de que consta este intervalo, el mes intercalar que por la regla del ciclo caia en este año, se hallan los seis meses que ha durado sin cónsules la dictadura de Valerio. Ponemos el principio del consulado en el 1.° de abril romano, fecha que concuerda con todos los hechos de los años siguientes, siendo estos una prueba de que la renovacion del consulado, que se hacia á 1.° de noviembre, antes del invierno (véase 430), se hizo después hácia la primavera (véase 439 y 460). El cónsul M. Valerio sale contra los ecuos, terminando la guerra en poco tiempo. Su colega C. Apuleyo, pone cerco á Nequino, en Umbría, cuyo lugar ocupa Narni mas adelante. Los tribunos Q. y N. Ogulocio, proponen una ley que es aceptada para que puedan entrar plebeyos en el sacerdocio. El número de augures se aumentó de cinco, y de cuatro el de los pontífices, y sus plazas se destinaron á plebeyos. Antes los pontífices no eran mas que cuatro, y cuatro tambien los augures; de suerte que el neutralizar de una vez la prepotencia pontificia y destruir la augural, hubo de ocasionar forzosamente un cambio en los principios y miras que se habian seguido hasta entónces para las intercalaciones, cesando la prolongacion ó abreviacion de los años por la única mira de servir á la clase noble.

Cónsules: M. Fulvio Petino, y T. Manlio Torcuato que muere, substituyéndole M. Valerio Corvo VI, entran el 1.° de de abril romano del 455, 27 de febrero juliano del 299 antes de Jesucristo.

300-299. El cónsul Fulvio toma á Nequino. Por contener á los umbrios, se establece la colonia de Narni, ó Narniense. Los etruscos se rebelan antes de espirar la tregua otorgada en 453. Los galos de mas allá de los Alpes penetran en la Galia cisalpina. Los cisalpinos los acompañan hasta Etruria, y los etruscos tratan de halagarlos para que los auxilien contra los romanos. Polibio dice (lib. II), que esta irrupcion fué treinta años después del último tratado de los romanos (del año varroniano 419) de modo que segun el cálculo de este historiador, cae en 450. Por consiguiente Polibio ha quitado de los Fastos cinco años entre el año varroniano de 419 y este de 455. Nosotros creemos que suprimió las tres dictaduras y los dos consulados omitidos por Calpurnio Pison, y pertenecientes á los años varronianos 447 y 448. Así que tuvieron los galos el dinero que les prometieron los etruscos, se marcharon por no querer estos darles tierras. Muere el cónsul T. Manlio de una caída de caballo, en una revista de caballería, y se elige en su lugar á M. Valerio Corvo, que era cónsul por la sexta vez. Valerio corre las tierras de los etruscos. Fulvio gana una batalla en el Samnio (Front. Stratagem., lib. I, cap. 2). Fulvio celebra su triunfo sobre los samnitas y nequinatos á 24 de setiembre romano de este año 455 (Fast. Capit.), 18 de agosto juliano del 299 antes de Jesucristo. Hubo una carestía que hubiera llegado á ser desastrosa sin la prevision y desvelos de los ediles. Los censores P. Sempronio Sofo y P. Sulpicio Saverrion, celebran el lustro 29.°. Como el último se hizo á fines del 451, este no se verificó hasta el principio del siguiente año de 456, en este consulado, cumplidos cuatro años y corriendo el quinto desde el lustro anterior. Estos censores establecen dos nuevas tribus, la Aniense y la Tarentina, y hubo 33 tribus. Viene un interegno del cual, dice T. Livio, que se ignora la causa. Este sexto consulado de M. Valerio Corvo, ha servido de base para sus cómputos á muchos autores romanos; pero, segun el órden que daban á los Fastos, ponian este mismo consulado en años diferentes. Plutarco (vida de Mario), dice que habian transcurrido cuarenta y cinco años entre el primer consulado de Valerio Corvo (del año varroniano 406) y su sexto consulado de este año 455. Ciceron (de Senect. capítulo 17, y Plinio lib. VII, cap. 48), dicen que transcurrieron cuarenta y seis años: Valerio Máximo (libro VIII, cap. 13), que entre los dos consulados mediaron 47 años. Sin embargo, el intervalo es de cuarenta y ocho, no contando, segun corresponde, uno y otro año terminal. Por esto Plutarco, con los autores á quienes seguia, entre los dos consulados de Valerio quitaba tres años de los Fastos. Ciceron y Plinio suprimian dos, y Valerio Máximo uno.

Cónsules: L. Cornelio Escipion, y N. Fulvio Máx. Centumalo, entran el 11 de abril romano del 456, 27 de febrero juliano del 298 antes de Jesucristo.

299-298. Variacion en el año consular. Segun Tito Livio hubo dos intereyes, y por lo mismo la renovacion del consulado pasó del 1.° de abril al 11 del mismo mes. Por la carestía se tuvo este año por infausto, y á pesar del establecimiento de las dos tribus, creemos que preponderó la idea de aquella calamidad en el ánimo de los pontífices y omitieron la intercalacion. Los lucanios se hacen aliados del pueblo romano. El cónsul N. Fulvio alcanza una victoria en Boviano, en el Samnio, y luego pasa á Etruria. El cónsul Cornelio Escipion se bate con los etruscos en Volaterra, y queda indecisa la victoria. Sin embargo, los etruscos se retiraron por la noche, dejando los bagajes en su campo. Los Fastos Capitolinos atribuyen al colega de Cornelio todo el honor de la victoria. Ñeyo Fulvio celebra su triunfo sobre samnitas y etruscos, á 13 de noviembre romano de este año 456 (Fast. Cap.), 26 de setiembre juliano del 298 antes de Jesucristo.

Cónsules: Q. Fabio Máx. Rul. IV, y P. Decio Mus III, entran el 11 de abril romano del 457, 17 de febrero juliano del 297 antes de Jesucristo.

298-297. Al ver Q. Fabio, dice T. Livio, que lo querian nombrar cónsul, se opuso á ello, fundándose en una ley que prohibia la nueva elevacion de una misma persona al consulado, sin que mediase un período de diez años; pero cedió finalmente al deseo unánime del pueblo. De manera que T. Livio da con esto á entender que no transcurrieron diez años entre el consulado de Fabio del 446, y este del 457, bien que hubiese un intervalo de diez años cumplidos. Luego rechaza este autor uno de los años indicados en los Fastos, y como T. Livio consigna expresamente los nueve consulados que hemos ido recorriendo, viene á quedar en claro que suprimió la dictadura ánua de Valerio, del 453. Por haber dicho los embajadores etruscos al senado, que estaba reuniéndose su nacion para tratar de la paz, el principal teatro de la guerra volvió á ser el Samnio. Fabio gana una batalla á los samnitas cerca de Tiferno. Decio detiene á los apulios que querian reunirse con los samnitas en Malevento (Benevento). Por espacio de cinco meses estuvieron los cónsules corriendo la tierra samnita.

Cónsules: Apio Claudio Ceco II, y L. Volumnio Flama Violens II, entran el 11 de abril romano del 458, 28 de febrero juliano del 296 antes de Jesucristo.

297-296. Ciceron (de Senect. cap. 6) dice que pasaron dos años entre el consulado primero y segundo de Apio Claudio, que habia sido censor. Luego admite Ciceron, nó tan solo el primer consulado de Apio, igualmente que el de Marcio con Cornelio, consulados omitidos por Calpurnio Pison, sino además la dictadura anual de Valerio del 453. Con la supresion de esa dictadura ó del consulado de Marcio con Cornelio,

no quedarian mas que nueve años entre el primer consulado de Apio del 447, y el segundo de este año del 458. Y con todo, no cabe duda en que Ciceron suprimió los años consulares entre el año varroniano 406 y el 455. De suerte que los años que omitió no pueden ser otros que los dos dictatoriales de Papirio en 430 y 445. Fabio, á quien iban á continuar en el consulado, no quiso acceder de ningun modo, diciendo al pueblo que no así debian violarse las leyes, y que cuanto mayor era su poder legislativo, mayor debia ser tambien su cuidado en velar por la santidad de las leyes, conviniendo por fin todos en que eran muy justas las elevadas y patrióticas razones del esclarecido varon. Con todo, se confiere por seis meses el proconsulado al mismo Q. Fabio que presidia las elecciones consulares, y á su colega P. Decio que se habia quedado en el Samnio. No pudiendo resistir los samnitas el peso del ejército romano, se retiran á Etruria, y allí excitan á aquellos pueblos á tomar las armas. Decio toma muchas poblaciones samnitas. Volumnio va con otro ejército al Samnio. Tambien Fabio se dirige allá con sus legiones, y luego pasa á apagar la rebelion de los lucanios. En Etruria sufre reveses Apio Claudio. Llamado allí Volumnio por una carta que creyó escrita por Apio, y que este no reconoció luego por suya, parte del Samnio dejando allí á los dos procónsules, y llega con sus tropas á Etruria. Mal recibido por su colega, iba á partir otra vez, y le detienen las súplicas de ambos ejércitos romanos, que vencen luego unidos á samnitas y etruscos, votando Apio en el mismo campo de batalla un templo á Belona. Ovidio pone ese voto á 3 de junio (lib. VI de los Fast., vers. 200). De suerte que corresponde la batalla al 21 de abril juliano del 296 antes de Jesucristo. Otra division de samnitas pasó por el país de los vescinios, entrando en Campania y tierra de Falerno, asolándolo todo al paso. Volumnio vuelve al Samnio con sus tropas, porque iba á concluir, dice T. Livio, el proconsulado de Fabio y de Decio. Como la autoridad proconsular se les habia conferido por seis meses, contaderos desde el 1.° de abril romano, dia en que espiró su consulado, la salida de Volumnio para el Samnio fué en setiembre romano, que en este año correspondió al agosto juliano. Sabe Volumnio durante la marcha la incursion de los samnitas, y hallándolos cargados de botin cerca del Vulturno, los vence completamente, cayendo en sus manos su general Estayo Minacio. El senado ordena el establecimiento de dos colonias, una en Minturno y otra en Sinuesa, pero la guerra de Etruria, añade T. Livio, impidió al senado el ocuparse por entónces de esas colonias (véase el año siguiente). Viéronse en Roma prodigios tan espantosos, que se hicieron rogativas públicas á fin de destruir sus efectos. Tamaño indicio de la cólera celeste dió lugar á que ni por el voto del templo de Belona, ni por otros actos religiosos de que vamos á hablar, quisieron los pontífices prolongar el consulado con una intercalacion extraordinaria en el año siguiente. Con motivo de las procesiones que se hicieron á propósito de los prodigios, mediaron contestaciones entre las matronas romanas y Virginia, mujer del cónsul L. Volumnio, negándose á dejarla entrar en el templo de la castidad patricia por haberse rebajado casando con un plebeyo. Virginia erige en su propia casa un altar á la castidad plebeya. Con las multas que exigen judicialmente los ediles á los usureros, se adornan templos, se dan juegos al pueblo, y se construye una carretera.

Cónsules: Q. Fabio Máximo Ruliano V, y P. Decio Mus IV, entran el 11 de abril romano del 459, 18 de febrero juliano del 295 antes de Jesucristo.

296-295. En este año consigna T. Livio otra reclamacion de Fabio contra su eleccion ilegal, perteneciendo en realidad á este año su oposicion, y nó al de 457 (véase ese año). Pero, como los autores antiguos pusieron unos esa oposicion en los años de 457 ó 458, y en 459 otros, segun la época que acerca de la fundacion de Roma habian adoptado, y segun el diferente órden con que ponian los consulados en los Fastos, creyó T. Livio que se habia repetido mas de una vez. Se confiere el proconsulado por un año á Volumnio, cónsul del año antecedente, que habia permanecido en el Samnio. Júntanse los galos con los samnitas, y los umbrios con los etruscos, en el año cuarto, segun Polibio (lib. II), de la última irrupcion de los galos unidos con los etruscos en territorio romano. Como es cierto que la liga de galos y samnitas pertenece á este consulado de Fabio con Decio, en el año 459, esto sirve para confirmar que en el cómputo de Polibio, la última irrupcion de los galos es del año varroniano 455, y que por consiguiente este autor quitó cinco años á los Fastos (véase el 455). Los enemigos se reunen cerca de Clusio en el Apenino, en los confines de Umbría y de Etruria, formando sin embargo dos campamentos separados. Sale Fabio al principio de su consulado para la guerra de Etruria, confiándosela el pueblo y el senado juntamente. Al dia siguiente de llegar, dice T. Livio, Fabio dispuso que el ejército romano no tendria campamento fijo, por creer que no convenia una larga permanencia del soldado en un mismo punto. Las marchas eran cortas sin embargo, añade T. Livio, pues tampoco lo permitia el invierno que no habia concluido todavía, particularidad que cuadra con nuestra tabla, en que se pone el principio del consulado en 18 de febrero juliano, en cuyo dia no habia concluido enteramente el invierno en el Apenino. Tenemos pues que el principio del consulado de Fabio coincidia con el fin del invierno. El año consular, que antes estaba en 1.° de noviembre y en el principio de invierno (véase los años 449 y 450), solo pudo pasar al fin de la misma estacion por la dictadura de Valerio, en 453 (véase el año 454). Vuelve Fabio á Roma, por la primavera, para consultar al senado acerca de las operaciones militares, dejando en Clusio una legion á las órdenes de L. Cornelio Escipion, que fué derrotada por los galos. Terror en Roma. Los dos cónsules Fabio y Decio salen con nuevas tropas para Etruria, acantonando además dos cuerpos de observacion, uno en Falerias, y otro mas próximo á Roma, en el campo Vaticano, á las órdenes de N. Fulvio y de L. Postumio Megelo. El procónsul L. Volumnio se queda con sus legiones en el Samnio, para contener el país. Pasado el Apenino, los dos cónsules hacen alto en Sentinas, por estar cercano el enemigo. Fulvio y Postumio parten de Falerias y del Vaticano para Clusio, talando la tierra por donde pasaban. Esto obliga á los umbrios y á muchos etruscos á dejar á los galos y samnitas para correr en defensa de su país. Batalla de Sentinas dada por ambos cónsules. Sabiendo Fabio, segun T. Livio, que con el calor y alguna fatiga los galos pierden su brio, se limita á contener al enemigo, esperando la caida del dia para entrar verdaderamente en accion. Luego la batalla ocurrió en estacion calurosa. El cónsul Decio se sacrifica como su padre, precipitándose por entre las filas enemigas para que con su muerte, buscada deliberadamente, y que en efecto encontró muy pronto, creciese la energía de los suyos. Fabio vota un templo á Júpiter victorioso. Los enemigos perdieron el campamento, veinte y cinco mil muertos y ocho mil prisioneros. Fabio celebra su triunfo sobre samni-

tas, etruscos y galos á 4 de setiembre romano de este año 459 (Fast. Cap.), 10 de julio juliano del 295 antes de la era vulgar, y por consiguiente en dia de verano. Al retirarse precipitadamente los samnitas por la tierra de los pelignos, estos les causan nuevas pérdidas. Al mismo tiempo que los ejércitos consulares detienen al enemigo en Sentinas, N. Fulvio (per eosdem dies, dice T. Livio), tala sus tierras, batiendo además á una division de perunios y clusinios; y en el Samnio, L. Volumnio encierra y vence en los montes de Tiferno al ejército samnita, bien que la guerra fué siguiendo. Después de todas estas victorias y del triunfo de Fabio, los etruscos se levantan nuevamente. Los samnitas hacen correrías por los campos Vescino y Formio, hácia el Adriático, y tambien hácia Roma en el territorio de Esernia. Fabio marcha con sus legiones. Luego su triunfo no corresponde al fin, y si sobre la mitad de la campaña. Fabio vence á los perusinos. El pretor Apio Claudio, encargado del mando del ejército de Decio, le conduce á Etruria, á orillas del Vulturno, contra los samnitas; mientras que L. Volumnio los persigue en el Samnio. Obligadas las dos divisiones de samnitas á retroceder, se reunen en Estelatas. El procónsul y el pretor ganan una batalla, en que hubo mas de diez y seis mil samnitas muertos, y cerca de tres mil prisioneros. Se establecen las colonias de Sinuesa y de Minturno, en el quinto consulado de Fabio y el cuarto de Decio (Vel. Pat. lib. I, c. 14). El edil curul Q. Fabio Gurges erige en el circo un templo á Venus, con el dinero de las multas á que fueron condenadas varias matronas romanas por violacion de la fidelidad conyugal y del público decoro. Contagio en Roma, y prodigios espantosos. Varios soldados del ejército de Apio caen heridos del rayo. Con todo, el voto para la construccion de un templo, y sobre todo el haberse sacrificado un cónsul por el bien público, y las repetidas victorias del ejército, compensaron el desastre de la epidemia, y el mal efecto de los prodigios, siendo nosotros de parecer que los pontífices dejaron que se pusiese la intercalacion que de derecho correspondia en este año. Á mas de que, los prodigios fueron favorablemente interpretados por un adivino etrusco, quien aseguró que eran señales de victoria, justificando el resultado esa prediccion (Zonaras). Dice T. Livio que este año es el 46.° desde el consulado de M. Valerio Corvo, y de A. Cornelio Arvina del 411 en que se comenzó la guerra samnita, pero es el 49.° segun nuestros Fastos; de suerte que, entre el 411 y el 459, T. Livio suprimió tres años consulares.

Cónsules: L. Postumio Megelo II, y M. Atilio Régulo, entran el 11 de abril romano del 460, 2 de marzo juliano del 294 antes de Jesucristo.

295-294. Continúa el cónsul Atilio la guerra de los samnitas, permaneciendo Postumio en Roma por indisposicion. Los samnitas son rechazados en su ataque al campamento de Atilio. Luego de restablecido Postumio sale para el ejército. Al reunirse con Atilio se retiran los enemigos, que van á sitiar á Luceria. Postumio se queda en el Samnio, y toma varias ciudades. Atilio va á Luceria, da la batalla, y, aunque indecisa, desalentó á los romanos. Al dia siguiente dió otra accion, en que entraron los romanos con repugnancia, cejando al primer choque. El cónsul erige un templo á Júpiter Estátor. Segun Ovidio celebraban su fiesta (lib. VI, Fast. vers. 793) á 25 de junio romano. Atilio mata en una batalla cerca de cinco mil samnitas, y hace prisioneros siete mil, que pasan debajo el yugo. No parecia sino, dice T. Livio, que el cielo protegia á los romanos. Atilio volvia de Luceria victorioso, y encontró en Interamna otro cuerpo samnita, que, después de una tentativa inútil contra esa colonia, iba asolando el pais: el cónsul le derrotó. Postumio habia pasado á Etruria con su gente por ser ya inútil en el Samnio, y vence á los volsinios. Tres poblaciones de las mas importantes de Etruria, Volsinio, Perusia y Arecio piden la paz; se les concede una tregua de cuarenta años mediante una contribucion. Llamado Atilio á Roma, para los comicios consulares, el senado no le concede el triunfo, por haber costado harta sangre su victoria, contentándose con hacer pasar á los prisioneros bajo del yugo, y dejándolos libres sin rescate. Llega Postumio, y como el senado le negara tambien el triunfo, pide al pueblo que se lo conceda, igualmente que á su colega Atilio. Triunfo de Postumio sobre samnitas y etruscos á 27 de marzo romano del siguiente año 461 (Fast. Capit.), 28 de febrero juliano del 293 antes de Jesucristo. Triunfo de Atilio sobre volsinios y samnitas al dia siguiente. Las fechas de estos triunfos nos indican cuándo se renovaba á la sazon el año consular. Como Atilio no triunfó hasta despues de haberle llamado á Roma para los comicios consulares, y por lo mismo al fin de su consulado; y como aun tuvo que esperar la llegada de su colega Postumio y el permiso del pueblo después de negárselo el senado, pasando así largo espacio entre su vuelta y su triunfo, se sigue, que celebrado el triunfo sobre el fin de marzo, en ese tiempo acababa el consulado (véase el año 454). Lustro 30.° hecho por los censores P. Cornelio Arvina, y C. Marcio Rutilo. En los Fastos Capitolinos está puesto en este año de 460; y T. Livio le pone (lib. x, cap. 47) en 461. Consiste en que esos censores, nombrados durante este consulado de 460, no hicieron el lustro hasta el 461 á cuyo año pertenecia, pues el anterior se habia hecho en 456. T. Livio añade que Cornelio y Marcio son los censores vigésimo sextos, y que ese lustro que, segun los Fastos Capitolinos, es el vigésimo, solo es el décimo nono. En este cálculo no tiene en consideracion el autor romano los lustros que celebraron, antes de establecerse la censura, los reyes y cónsules, suprimiendo hasta uno que se hizo ya después de establecida.

Cónsules: L. Papirio Cursor, y Sp. Carvilio Máximo, entran el 11 de abril romano del 461, 14 de marzo juliano del 293 antes de Jesucristo.

294-293. Los pontífices pusieron intercalacion doble con motivo del voto de un templo á Júpiter Estátor, y de la opinion que fué arraigándose de que un número tutelar habia amparado al ejército. Levantamiento general en todo el Samnio del modo antiguo y sagrado que allí se acostumbraba, inmolando á los dioses al que se negase á servir, ó huyese en la pelea. Toma la ciudad de Aviterno el cónsul Carvilio, que manda las legiones que tenia Atilio en Interamna; y el cónsul Papirio, con otras legiones, la ciudad de Duronia. Carvilio acampa en Cominio y Papirio en Aquilonia, en la que habia cuarenta mil samnitas. Este escribe á Carvilio que ataque á Cominio, para que el otro cuerpo enemigo que allí estaba no enviase refuerzo al de Aquilonia. El que guardaba los pollos sagrados anuncia á Papirio un favorable agüero, bien que no hubiesen tenido gana para comer, que era indicio de mala ventura. Los samnitas envian á Cominio veinte cohortes. Papirio da parte de ello á su colega, destaca hácia allá á Sp. Naucio con algunas tropas aliadas, junto con las caballerías de carga que tenia el ejército, dándole órden de estacionarse al pié de una colina próxima al teatro de la lucha, para aparecer de repente en la altura en medio de la refriega. Dicen á

Papirio que los augures están disputándose por haber uno de ellos faltado á la verdad de los auspicios, pero el cónsul tiene por valedera la declaracion que se le ha hecho, y empeña la accion. Á poco se presenta en la altura Sp. Naucio, y los samnitas se desbandan, olvidando sacrificios y juramentos, y se les toma el campamento. Perdieron mas de treinta mil hombres, y cerca de tres mil ochocientos prisioneros. Su caballería se retiró á Boviano, la infantería á Aquilonia. Es la victoria mas completa de esta guerra despues de la de L. Papirio Cursor, padre del que nos ocupa. Carvilio toma á Cominio. El refuerzo que los samnitas de Aquilonia enviaron á Cominio, enviado á llamar otra vez, hubo de volver atrás, y así no estuvo ni en una batalla ni en otra, refugiándose en Boviano. En Roma se tributaron gracias á los dioses por esas victorias durante cuatro dias. Proyectan los dos cónsules continuar la guerra atacando plazas, á fin de dejar á sus sucesores sometido el Samnio. Alzamiento de los etruscos, y tambien de los faliscos, aun mas cercanos á Roma. Carvilio toma á Volana, Palumbino y Herculáneo. Los cónsules reciben la órden de echar suertes entre sí para ver quién irá á Etruria. Tocó á Carvilio, cuyos soldados no lo llevaron á mal, pues segun T. Livio, comenzaban á sentir el frio en el Samnio. Carvilio pasa por Roma con las legiones, celebrando su triunfo sobre los samnitas, á 13 de enero romano del siguiente año 462 (Fast. Capit.) 8 de diciembre juliano del 292 antes de Jesucristo. Papirio toma á Sepino. El país estaba ya cubierto de nieve, dice tambien T. Livio, y no se podia salir de las casas; así es que saliendo del Samnio con el ejército, se fué á Roma, celebrando su triunfo á 13 de febrero romano del mismo año (Fast. Capit.) 6 de enero juliano del 292 antes de Jesucristo, y aquí tenemos un nuevo ejemplo de la exactitud de nuestra tabla. El triunfo de Carvilio del 13 de enero romano, debe coincidir, segun T. Livio con el tiempo en que comenzaba á arreciar el frio, hasta en Italia, y el triunfo de Papirio, del 13 de febrero, con el tiempo de las fuertes nevadas. El primer triunfo corresponde, por nuestra tabla, al 8 de diciembre juliano, y el segundo al 6 de enero tambien juliano. Papirio hace la dedicacion del templo de Quirino, votado á ese dios por su padre durante su dictadura. Se adornó con los despojos que figuraron en su triunfo. Esta fiesta la celebraban, segun Ovidio (lib. III, Fast. vers. 475) el 17 de febrero romano. Papirio pone en el frontispicio del templo el primer reloj solar que hubo en Roma. Se ignora de dónde le trajo (Plin. lib. VII). Sp. Carvilio hace construir un templo á la Fortuna Fuerte, junto al mismo que Servio la habia erigido, colocando en él la estátua colosal de Júpiter, y haciendo con el metal sobrante otra estátua de Carvilio que ponen á los piés del padre de los dioses (Plin. lib. XXXIV, cap. 7). La dedicacion del templo que erigió Servio caia, segun dice Ovidio (lib. VII, Fast. vers. 771) en 24 de junio romano. El tribuno del pueblo M. Escancio acusa de un delito que no consta cuál fuese á Postumio, cónsul del año pasado, y lugarteniente de Carvilio en este. Salvóle la proteccion de Carvilio. Los ediles dieron juegos, en los cuales los espectadores llevaron por vez primera coronadas las cabezas con motivo del júbilo que habian causado aquellas victorias. Epidemia en Roma. Se halla en los libros sibilinos que convenia ir á buscar á Epidauro al dios Esculapio; solo que, como los dos cónsules estaban ocupados en campaña, no pudieron presentar el informe al senado, y hasta el año siguiente no llegó ese dios á Roma. Con todo, en este misma año se destinó un dia en que el pueblo le dirigió sus preces contra las enfermedades reinantes. Compensado el contagio con las victorias, triunfos y dos templos nuevos, pensamos que los pontífices no dejaron de poner la intercalacion en el año siguiente.

Cónsules: Q. Fabio Máximo Gurges, y D. Junio Bruto Esceva, entran en 11 de abril romano del 462, 26 de marzo juliano del 292 antes de Jesucristo.

293-292. Postrer esfuerzo de los samnitas para continuar la guerra. Q. Fabio es vencido por este pueblo y el senado le manda ir á Roma para que diese cuenta de su conducta. Airado el pueblo de ver vencido al ejército por esos samnitas á quienes creia haber domeñado, iba á quitar el mando á Fabio, pero salvóle de la vergüenza su ilustre padre Fabio Máximo, que ofreció al pueblo ir á servir de lugarteniente y consejero á su hijo. Al otro cónsul tambien le dió el pueblo otro segundo, que fué Sp. Caretilio. Q. Fabio Gurges da la batalla á los samnitas. El general enemigo C. Poncio Herennio envolvia al cónsul, y los romanos comenzaban á cejar. Al ver Fabio Máximo el peligro arranca á galope hácia el centro del enemigo reanimando así el valor de los romanos, y siguiéndole la caballería que entra á la carga con ímpetu irresistible. Victoria de Fabio Gurges. El general samnita Poncio cae tambien prisionero con cuatro mil de los suyos, pereciendo en la lucha hasta veinte mil (Orosio, lib. VIII, c. 22). El cónsul Junio Bruto derrota á los faliscos, talando lo demás de la Etruria. Interegno. Los dos cónsules estaban ocupados en la guerra, y no podian ir á Roma para las elecciones consulares. Nómbrase cónsules á C. Junio Bubulco y á L. Postumio Megelo, presidiendo los comicios como interey (T. Livio, lib. XXII, c. 6). Siguen las enfermedades; pero no pudo haber lugar á que se omitiese la intercalacion en el año siguiente, pues que no era intercalar.

Cónsules: L. Postumio Megelo III, y C. Junio Bruto Bubulco, entran el 21 de abril romano del 463, 26 de marzo juliano del 291 antes de Jesucristo.

292-291. Nueva alteracion del año consular. El interegno le puso diez dias mas allá, pasando del 11 de abril al 21 del mismo. Se confiere por un año el proconsulado á Q. Fabio Gurges para continuar la guerra del Samnio. Los romanos envian comisionados á Epidauro para que trajeran al dios Esculapio, corriendo el tercer año de epidemia, dice Valerio Máximo (lib. I, c. 8). Habia principiado en 461. Vuelven á Roma con una gran serpiente, y cesan las enfermedades (Ovid. Metam. Tito Livio lib. XI, Aur. Víctor, lib. XXII). Se erige un templo á Esculapio á la orilla del Tíber. Desavenencia entre los cónsules. Despreciando Postumio por plebeyo á Junio Bruto, pretende que merecia ser preferido, sin echar suertes, como solia hacerse, para mandar en el Samnio, y mientras se resolvia este negocio, hace trabajar en sus tierras á dos mil legionarios que estaban á sus órdenes. Estas disensiones retrasaban las operaciones y eran contrarias al bien público. Junio cede, dejando el Samnio á su colega. Postumio escribe á Q. Fabio Gurges que salga del Samnio, diciéndole que solo él debia mandar allí. Opone Fabio el decreto del senado, y responde Postumio que mientras él sea cónsul no permitirá que el senado se extralimite, que este habia de obedecerle; y en esto sale para Cominio que Fabio estaba sitiando. El procónsul se vuelve á Roma. Q. Fabio Gurges celebra su triunfo á 1.° de agosto romano de 463, 4 de julio juliano del 291 antes de Jesucristo. En el triunfo iba Poncio Herennio, el jefe de los samnitas. Toma Postumio á Cominio, Venusia y otros lugares fuertes. Colonia enviada á Venusia, en el Samnio, á los cuatro años, dice Velleyo, de establecidas las de Sinuesa y

de Minturno en el 458 (véase igualmente á T. Liv. y á Dionisio).

Cónsules: P. Cornelio Rufino, y M. Curio Dentato, entran el 21 de abril romano del 464, 8 de abril juliano del 290 antes de Jesucristo.

291-290. Los pontífices pusieron intercalacion, ya porque habia en Roma una nueva deidad con cuyo patrocinio creyeron haberse libertado del contagio, ya porque se habia construido un nuevo templo. Acusado Postumio por dos tribunos del pueblo de haber abusado de la autoridad consular, empleando para sus tierras particulares á unos ciudadanos que solo á la patria habian de servir, es condenado á una multa de cincuenta mil ases. Los dos cónsules obligan á los samnitas á pedir la paz. Concluye la guerra de los samnitas á los cincuenta y cuatro años de haber comenzado (en 411). Segun Eutropio y Orosio, la guerra no duró mas que cuarenta y nueve años, quitando así cinco años á los Fastos Consulares entre 411 y 464 de Varron. La dominacion de la república romana se extiende hasta el mar Adriático. Triunfo sobre los samnitas por M. Curion Dentato (T. Liv. lib. xi, y Aur. Víctor; vida de Curion). Rebelion de los sabinos, sujetados por M. Curion. Otro triunfo de Curion. Obtienen los sabinos el derecho de ciudadanos sin voto en comicios, durante el consulado, dice Velleyo (lib. i, t. 14), de Curion y de Cornelio Rufino, á los dos años de establecida la colonia de Venusia, sobre trescientos veinte años antes del consulado de Vinicio, en 783, tomado por este autor por época de sus cómputos. Pues bien, desde el 464 al 784 median trescientos diez y nueve años. Sin embargo, la colonia de Venusia no pudo establecerse antes del 463, en que la tomaron los romanos por primera vez. Poniendo Velleyo dos años entre el establecimiento de esa colonia y la concesion á los sabinos de la ciudadanía, sacamos en consecuencia que no cuenta por años consulares sino civiles: segun este autor, la colonia iria á Venusia á fines de 464, y á los sabinos se les daria el derecho que decimos al principio del 464, en este consulado que no acabó hasta el 20 de abril romano de 465.

Cónsules: M. Valerio Máximo Corvino, y Q. Cedicio Noctua, entran el 21 de abril romano del 465, 28 de marzo juliano del 289 antes de Jesucristo.

290-289. Se establecen colonias, segun se ve en el epítome de T. Livio (lib. xi), en Castro, Adria y Sena; V. Patérculo pone el establecimiento mas tarde. El tribuno del pueblo L. Papirio hace aceptar un plebiscito en virtud del cual el pretor de Roma presidirá los comicios en que todos los años se elegirán triunviros encargados de prender á los criminales, juzgarlos, salva apelacion al pueblo, y cuidar de la ejecucion de las sentencias (Festo en la voz «sacramentum»). No fuera extraño que la negligencia del pretor y de los ediles en cobrar la multa impuesta el año anterior á Postumio fuese la causa de esta ley.

Cónsules: Q. Marcio Trémulo II, y P. Cornelio Arvina II, entran el 21 de abril romano del 466, 9 de abril juliano del 288 antes de Jesucristo.

289-288. Roma, victoriosa de todos sus enemigos, está sin guerra exterior. Disensiones de los romanos acerca de las deudas (Epít. de T. Liv. lib. xi, Zonaras). Lustro 31.° (T. Liv.). Como se hizo el último en en 461, á este año de 466 correspondia el otro. Créese que los censores encargados del mismo fuéron M. Curio Dentato, y L. Papirio Cursor. Frontino dice que M. Curio, el mismo que fué censor con L. Papirio, destinó á la construccion de un acueducto, para conducir á Roma las aguas del Taveron, el producto de lo que habia quitado en batalla al rey Pirro; lo que no pudo acontecer hasta que Curio hubo vencido á este rey, que fué en 479. Mas, no por esto deja de probar el pasaje de Frontino que M. Curio habia sido censor con Papirio. Solo que en los Fastos Capitolinos se hallan todos los censores desde el 479 hasta la muerte de Curio, y no se halla que fuese censor con Papirio; y por lo mismo puede ponerse su censura en este año cuyos censores no constan.

Cónsules: M. Claudio Marcelo y C. Naucio Rutilo, entran el 21 de abril romano del 467, 30 de marzo juliano del 287 antes de Jesucristo.

Dictador sexagesimo primero: Apio Claudio Ceco.—288-287. Sigue la discordia con motivo de las deudas enconada todavía con la horrible depravacion de un acreedor, parecida á la de 428. T. Veturio, hijo del cónsul que habia ido á entregarse á los samnitas despues de lo de las horcas caudinas, no podia devolver á C. Plaucio el dinero que este le habia prestado para los funerales de su padre, y queda en poder del acreedor, segun lo prescrito por la antigua ley tantas veces anatematizada, y sin embargo vigente. Plaucio llegó á emplear la violencia hasta tal punto, que hizo apalear á Veturio. Este consigue evadirse de la prision, se presenta ante el tribunal de los cónsules, y delante del pueblo reunido enseña el cuerpo lleno de cardenales. El senado, oido el informe de los cónsules, manda poner preso á Plaucio; pero, esto solo no satisface al pueblo, y pide la abolicion de deudas (Dionis. Valerio Máx.). Los tribunos del pueblo proponen una nueva ley para abolir las deudas, prohibiendo que en adelante fuesen los deudores insolventes entregados á sus acreedores (Zonaras). Los ricos se oponen á la ley. Dictadura de Apio Claudio Ceco, sin duda para impedir la autorizacion de la ley por el pueblo. Se ignora á quién tomó por segundo. Una inscripcion que se encontró en un mármol de Florencia prueba que Apio Claudio fué dictador (Panvini), y solo pudo ser en este año. Enojado el pueblo se retiró al monte Janículo (Epít. de T. Liv. lib. xi; Plin. lib. xvi, c. 10; san Agust. «de civit. dei.» lib. iii, c. 17).

Cónsules: M. Valerio Máximo Potito y C. Elio Peto, entran el 21 de abril romano del 468, 20 de marzo juliano del 286 antes de Jesucristo.

Dictador sexagesimo segundo: Q. Hortensio.—Dictador sexagésimo tercero: Q. Fabio Máximo Ruliano III.—287-286. Con motivo de la retirada del pueblo, los pontífices no intercalaron. Dictadura de Q. Hortensio para aplacar la sedicion (T. Liv. Plin. S. Agust. lugares citados). Con la discordia de los romanos, sus antiguos enemigos se levantan. Los lucanios atacan á Turias, aliada de la república. Los volsinios, de Etruria, toman las armas. El peligro comun une á los romanos (Zonaras). Se toman medidas para satisfacer al pueblo, y hacer que entrase otra vez en Roma. Pretendíase que la ley dada en el consulado de C. Petilio Libo y de L. Papirio Mugilano, de 428, que prohibió al acreedor apoderarse corporalmente del deudor insolvente, adolecia de dos defectos, primero que no siendo mas que un plebiscito no era obligatorio para los patricios, y luego que, no habiéndole autorizado el senado, ni siquiera obligaba á los plebeyos. El primer efecto no parecia bastante subsanado con la ley dada por los cónsules P. Valerio y M. Horacio después de la revocacion de los decemviros en 306, en la que se ordenaba que para el pueblo los plebiscitos serian obligatorios, pues á esto los patricios decian que la voz pueblo no los comprendia. El segundo defecto provenia del antiguo derecho romano, en virtud del cual ninguna deliberacion del pueblo era válida hasta que el senado la hubiese autorizado (T. Liv. lib. i,

Cicer. pro Plan., c. 8). Se trató de enmendar ambos defectos. El dictador Hortensio da una ley, mandando que lo resuelto en el congreso del pueblo obligará á todos los romanos, nombre general que comprende á patricios y plebeyos (Plin. lib. XVI, c. 10, Aulo Gel. lib. XV, c. 27). El tribuno Menio da una ley, ordenando que, antes de los comicios, el senado daria su previa aprobacion á cuanto pudiera disponer el pueblo (Cic. «in Bruto,» cap. 14). Nonio Marcelo, c. 2. «verb. Sugillare.» T. Livio pone equivocadamente estas dos leyes en la dictadura de Q. Publilio Filon, en 415. Aun se dieron otras dos leyes durante la dictadura de Hortensio; una, la mas importante, emanada de los tribunos del pueblo, para que fuesen puestos en libertad los ciudadanos que se hallasen en poder de sus acreedores (Dionis. «in excerpt. Vales.») y del mismo Hortensio la otra, contando los dias de mercados como dias fastos, para que los campesinos que acudiesen al mercado, pudiesen ocuparse al mismo tiempo en sus negocios, perdiendo así menos tiempo, y evitando gastos que luego eran tan fatales, pues ocasionaban deudas (Macrob. lib. I, Saturnal. c. 16). Esto sosegó al pueblo y se calmaron los disturbios. Hortensio conduce el pueblo á Roma y luego muere. Es el primer dictador que muere en el ejercicio de su magistratura. El tribuno del pueblo C. Elio da una ley para enviar socorro á los turios contra los lucanios, y los primeros le erigen una estátua (Plin. lib. XXXIV, c. 6). Se cree que con motivo de la guerra entre lucanios y volsinios se nombró otro dictador luego de muerto Hortensio. Un fragmento de mármol, que parece de los Fastos Capitolinos, y que se encontró en Roma, trae á Q. Fabio Máximo Ruliano, dictador por la vez tercera, con L. Volumnio Flamma Violens por segundo; y solo en este año cabe esa dictadura (véase á Pighio). Hasta se desprende de ese fragmento que el dictador y su lugarteniente estuvieron por algun tiempo sin cónsules; bien que sobre eso no está bastante claro.

Cónsules: C. Claudio Canina, y M. Emilio Lépido, entran el 21 de abril romano de 469, 1.° de abril juliano del 285 antes de Jesucristo.

286-285. Los pontífices pusieron una intercalacion extraordinaria con motivo de la vuelta del pueblo. M. Curio Dentato continúa la guerra de Lucania, probablemente como pretor. Se halla en Aurelio Víctor (Vida de Curio) que se concedió á Manio Curio la ovacion ó triunfo menor sobre los lucanios. Es el tercer triunfo de Manio, y este es necesario para completar los cuatro triunfos de ese varon, hallándose consignado el cuarto, habido sobre los samnitas y el rey Pirro, en los Fastos Capitolinos, en el año 479 (de Varron).

Cónsules: C. Servilio Tuca, y L. Cecilio Metelo, entran el 21 de abril romano del 470, 13 de abril juliano del 284 antes de Jesucristo.

285-284. Declarados los galos en favor de los volsinios y etruscos, les ceden tropas para sitiar á Arecio, aliada de Roma, transcurridos apenas diez años, dice Polibio (lib. II) desde la derrota que les hizo sufrir Fabio, en 459.

Cónsules: P. Cornelio Dolabela Máximo, y N. Domicio Calvino, entran el 21 de abril romano del 471, 3 de abril juliano del 283 antes de Jesucristo.

284-283. Embajada de los romanos á los galos, á fin de inducirlos á que no hiciesen daño á los de Arecio. Los embajadores romanos recorren los diferentes distritos en que se hallan establecidos los galos, y mueren á manos de una partida capitaneada por Britomaris, que era de sangre real, haciéndolo para vengar á su padre, muerto en una accion con los romanos, cuando iba á socorrer á los etruscos (Appian. Epít. de T. Liv. lib. XII, Orosio lib. III, c. 22). El cónsul Dolabela sale de Etruria, y tala toda la tierra de los galos, continuando su colega Domicio la guerra con los lucanios. Por haber salido de Etruria las legiones de Dolabela, se confia ese país al pretor L. Cecilio Metelo, el cual presenta una batalla, perdiendo en ella la vida con trece mil de los suyos. Sucédele en la pretura y comandancia de armas M. Curio (Polibio, lib. II, y otros autor.). Cornelio Dolabela vence á los galos senoneses, sucumbiendo la mayor parte en la batalla, y refugiándose los demás en tierra de los galos boyenses. Dolabela se apodera de la tierra de los vencidos. Se envia una colonia á Siena (Polib.). Dolabela gana otra batalla junto al lago de Vadimon contra los boyenses y refugiados senoneses reunidos con los etruscos. Acaban de perecer los restos de los senoneses (Polib. Floro, lib. I, c. 14. Eutrop. lib. II, cap. 10). Sin embargo, los galos toman de nuevo las armas. Parte N. Domicio de Lucania, les sale al encuentro y los vence tambien. Los galos piden la paz, y se les concede. Esa guerra, dice Polibio, fué tres años antes de que Pirro fuése á Italia (en el 474 de Varron), y cinco años antes de la derrota de los galos en Delfos (durante el arcontado de Démades, 476 varroniano). Las mismas fechas pone Dionisio, bien que su texto pudiera parecer á primera vista diferente.

Cónsules: C. Fabricio Lucino, y Q. Emilio Papo, entran el 21 de abril romano del 472, 24 de marzo juliano del 282 antes de Jesucristo.

283-282. Por el asesinato de los embajadores romanos, y la muerte de un pretor que mandaba un ejército, no se puso la intercalacion. Los lucanios se coaligan con brucios y samnitas contra los romanos. No osando declararse abiertamente los griegos que moraban en Tarento, ayudan por debajo mano á los enemigos de la república (Zonaras). A Q. Emilio Papo le toca la guerra de Etruria, y la dirige. C. Fabricio Luscino sale contra los lucanios, brucios y samnitas, que estaban sitiando á Turias. C. Fabricio los vence en batalla: se creyó que el dios Marte habia alentado á los romanos, y que él personalmente habia asaltado el primero el campamento enemigo (Val. Max. lib. I, c. 8. Amm. Marcel. lib. XXIV, c. 15). Queda Turias libertada. El cónsul ordena que el ejército consagre un dia al dios Marte en accion de gracias por su proteccion. Fabricio celebra su triunfo sobre samnitas, lucanios y brucios á 5 de marzo romano del siguiente año 473 (Fast. Cap.) 18 de febrero juliano del 281 antes de Jesucristo. Los habitantes de Turias erigen una estátua á Fabricio su libertador (Plin. lib. XXXIV, c. 6). La escuadra romana, al mando de L. Valerio, fué al puerto de Tarento, y temiendo los tarentinos que iba para vengarse de su secreta inteligencia con los enemigos de Roma, de la que no tenian noticia los de la escuadra, la atacan de improviso, y echan á pique cinco buques romanos, salvándose otros cinco. Embajada de los romanos á Tarento, quejándose del insulto. Postumio era el embajador principal, y le reciben con sus compañeros en el teatro. El pueblo los escarnece, y hasta ensucia sus vestidos, echándolos ignominosamente. Como esa villanía dió lugar á la guerra de los tarentinos y de Pirro con los romanos, algunos ponen el principio de la misma en este año 472. Plinio y Aulogelio dicen que comenzó en 470. Pero, fuese que Plinio suprimió los dos consulados de los años de 447 y 448, fuese que tomase la fecha como Aulogelio (lib. XVII, c. 1) de Cornelio Nepote, el cual retrasaba de dos años la fundacion de Roma, el 470 que traen estos autores cor-

responde al 472 de Varron. No cabe duda en que Plinio fijó el principio de esa guerra en 472, en el libro VII, cap. 60, dice que once años antes de la guerra de Pirro puso Papirio Cursor el reloj solar en el templo de Quirino, consagrado en 461. Por consiguiente, el principio de esta guerra pertenece, segun el mismo autor á este año de 472.

CÓNSULES: L. Emilio Bárbula, y Q. Marcio Filipo, entran el 21 de abril romano del 473, 5 de abril juliano del 281 antes de Jesucristo.

282-281. Con la creencia de haber acudido el dios Marte en ayuda de los romanos, los pontífices pusieron una intercalacion extraordinaria. Regresan los embajadores enviados á Tarento, siendo ya cónsul Emilio Bárbula, y por lo mismo en 473 (Dionis.). Se declara la guerra á los tarentinos, y es el encargado de ella el cónsul Emilio, continuando Marcio la de Etruria. Embajada de los tarentinos á Pirro, rey de Epiro, implorando su auxilio. Emilio les tala la tierra y los vence en una batalla, obligándoles á encerrarse en Tarento, venciendo al mismo tiempo su colega Marcio á los etruscos. Llegada de Cineas enviado por Pirro para animar á los tarentinos, y poco después la de Milon con tropas epirotas. Milon pone guarnicion en la ciudadela de Tarento. Emilio se traslada á Lucania para pasar allí el invierno. Llegada de Pirro con su ejército, después de sufrir una gran tormenta, así que concluia este año consular, y principiaba el año romano 474, en la olimpíada 124.ª, como dice Polibio (lib. II, c. 41). Pues bien, los seis meses primeros del siguiente año 474 corresponden á los seis últimos del año 4.° de esa olimpíada, un año antes, segun el mismo autor (lib. I, c. 6), de la invasion de los galos en Grecia (la invasion fue en 475, y su desastre en Delfos en 476; véase el 471). Dice Zonaras que el rey se habia embarcado antes de la primavera, y que traia elefantes para la guerra. Los romanos envian á sus aliados refuerzos para guarnecer las plazas, y particularmente la de Régio, cuyos habitantes pidieron auxilio á Roma, temiendo por una parte á Pirro y por otra á los cartagineses, cuyas escuadras pasaban á menudo por sus costas. Se les envió una legion mandada por Decio Jubelio; y como se habia reclutado en las colonias de Campania, fué llamada la legion campaniense. Marcio celebra su triunfo sobre los etruscos el 1.° de abril romano (Fast. Capit.) del 474, 88 de marzo juliano del 280 antes de Jesucristo.

281-280. Al organizar Pirro el gobierno de Tarento, alejaba á los ciudadanos que pudieran infundir sospecha, y por consiguiente, habia llegado ya cuando el cónsul Valerio Levino fué allá con su ejército (Zonaras). Segun este autor, Levino volvió á partir luego que le nombraron cónsul. De manera que habia llegado Pirro al principio de la primavera; la eleccion de Levino para el consulado corresponde á mediados de la misma estacion, como efectivamente está en nuestra tabla. Su colega Tib. Coruncanio toma á su cargo la guerra etrusca, confiriendo el proconsulado á L. Emilio para contener la Lucania y pueblos comarcanos. Coruncanio pelea con ventaja con varios pueblos de Etruria, que le piden la paz. El cónsul viene en reanudar la antigua alianza, y concluye la guerra etrusca. Combate de Heraclea, en Campania, entre Valerio Levino y el rey Pirro. Asustados los romanos al ver á los elefantes, se desbandan: dice Plinio (lib. VIII, c. 6), que se vieron por vez primera elefantes en Italia el año 472 de Roma en la guerra de Pirro (es el año 474 de Varron). Es decir, que los autores de quienes tomó Plinio la fecha habian suprimido dos consulados, ó bien retrasaban de dos años la fundacion de Roma. Levino se retira á la Apulia, matándole un rayo treinta y cuatro soldados que habian ido por forraje (Oros., lib. IV, c. 1). Túvose esa desgracia por una señal de cólera celeste; pero, como el año siguiente no era intercalar, no pudieron los pontífices hacer mas corto el consulado de Levino. Se envia á este cónsul un refuerzo de dos legiones. Trató Pirro de apoderarse de Capua y de Nápoles, y Levino se le anticipó saliendo á marchas dobles. Entónces el rey se dirige hácia Roma. El procónsul Emilio va á tranquilizar la ciudad, y celebra su triunfo sobre tarentinos, samnitas y salentinos á 10 de julio romano de este año 474 (Fast. Capit.) 4 de julio juliano del 280 antes de Jesucristo. Terminada la guerra de Etruria por Coruncanio, este va en busca de Pirro, le halla en Preneste, á veinte millas de Roma, y le detiene. Viéndose Pirro entre dos ejércitos consulares, se retira á Campania. Embajada de los romanos á Pirro, proponiéndole el rescate ó el cange de prisioneros. Fabricio es el enviado principal. Como Pirro trataba de complacer á los romanos, pues deseaba ya la paz, da libertad definitiva sin rescate á doscientos prisioneros, y permitió á todos los demás que fuésen á Roma á ver á sus familias, prometiendo Fabricio que si el senado desechaba la paz, volverian á ponerse en sus manos pasada la fiesta de los saturnales, que caia en 17 de diciembre romano, 7 de diciembre juliano del mismo año. De manera que la embajada fué enviada á Pirro á fines de este año. Dice Dionisio (excerp. legat.) que Fabricio fué de embajador á Pirro corriendo el tercer año después de su consulado (en 472), y por lo mismo, en este año 474. Triunfo del cónsul Coruncanio sobre volsinios y volscios, pueblos etruscos, en 1.° de febrero romano del siguiente 473 (Fast. Capit.) 18 de enero juliano del 279 antes de Jesucristo. La guarnicion campaniense de Regio pasa á cuchillo á todos sus habitantes, y dueña de la ciudad se coaliga con los mamertinos, tambien oriundos de Campania, que habian ido á servir á Sicilia, gobernando Agatocles, y, recibidos en Mesina como auxiliares, se habian apoderado de la ciudad validos de la misma perfidia. Hubieron de diferir los romanos el castigo de la legion de Regio hasta la terminacion de la guerra de Pirro (Polib. Diodor. Dionis. Cas.).

CÓNSULES: P. Sulpicio Saverrion, y P. Decio Mus. entran el 21 de abril romano del 475, 7 de abril juliano del 279 antes de Jesucristo.

280-279. Embajada de Pirro á los romanos proponiendo la paz. Apio Claudio, ciego hacia ya muchos años, se hace acompañar al senado, y dice que no se oiga ninguna propuesta de ese príncipe mientras estuviese en tierra de Italia. En sentir de Zonaras, el discurso de Apio en el senado es del año anterior 474, en el consulado de Levino y Coruncanio; pero, como la embajada de Pirro fué posterior á la de los romanos, que se la habian enviado al concluir el 474; y como, al decir de Ciceron (de Senect. cap. 6,) Apio pronunció el discurso diez y siete años después de su último consulado del 458, luego hubo de hablar en el senado al principio del 475. Pirro participa á su ejército que la familia de los Decios solia sacrificarse por la gloria de las legiones romanas, previniendo así la impresion que hubiera podido hacer á sus soldados la abnegacion de Decio, en el caso de que imitara á sus ascendientes. Batalla de Asculo en Apulia: Pirro fué herido ligeramente, y quedó indecisa la victoria. Floro (lib. II, cap. 18) pone esta batalla en el consulado de Fabricio y Curio (no fué Curio su colega sino Emilio) en

476. Cuarto tratado de alianza entre cartagineses y romanos. (Epít. de T. Liv. lib. XIII). Las dos repúblicas se comprometen á reservarse la facultad de socorrerse mútuamente en el caso de ser atacada una de las dos por ese rey, cualquiera que fuese el tratado que hiciera con Pirro alguna de las partes (Polib. lib. III, cap. 25). Lustro 32.°: es el primero que vemos hecho por un censor plebeyo, que fué N. Domicio (Epít. de T. Liv. lib. XIII). El último lustro se habia celebrado en 466, y este hubiera debido celebrarse en 471, pero se omitió por haberse tenido por infausto el año en que fueron asesinados los embajadores romanos, y en que murió un pretor en batalla, no teniendo lugar hasta el 475. Es probable que al hacer delante de Cineas, embajador de Pirro, la numeracion de los ciudadanos que llegaron á doscientos setenta y ocho mil doscientos veinte y dos, segun el Epítome de T. Livio, los romanos quisieron hacer alarde de las fuerzas de la república. De manera que este censo y este lustro han de haber sido al principio de este año consular (segun los Fast. Capit. pertenecen al año consular que antecede).

Cónsules: C. Fabricio Luscino II, y Q. Emilio Papo II, entran el 21 de abril romano del 476, 20 de abril juliano del 278 antes de Jesucristo.

279-278. Ciceron (Lelio, cap. 11) dice que Luscino fué dos veces cónsul con Emilio Papo; luego admite ambos consulados. El médico de Pirro habia escrito á los cónsules que se encargaria de envenenarle mediante una buena cantidad, y la respuesta fué participarlo á Pirro. Este rey pasa á Sicilia, después de haber estado en Italia dos años y cuatro meses, segun Diodoro (lib. XXII, cap. 11). Como habia llegado á Italia al principio del verano en 474, salió por consiguiente á mediados de verano del 476. Los sicilianos pedian socorro á Pirro, por no poder ellos contrarestar la fuerza cartaginesa. Emilio contiene á los etruscos, mientras que Fabricio guerrea en el Samnio, el Brucio, y la Lucania. Triunfo de Fabricio sobre esos pueblos reunidos á 13 de diciembre romano de este año 476 (Fast. Cap.) 6 de diciembre juliano del 278 antes de Jesucristo.

Cónsules: P. Cornelio Rufino II y C. Junio Bubulco Bruto II, entran el 21 de abril romano del 477, 9 de abril juliano del 277 antes de Jesucristo.

278-277. Descalabro de ambos cónsules en los montes del Samnio; y atribuyendo cada cual al otro la derrota, separan sus respectivos cuerpos. Cornelio Rufino toma á Crotona al extremo de la Italia. Junio corre por el Samnio, la Lucania y el Brucio. Su triunfo á 5 de enero romano del 478 (Fast. Cap.) 16 de diciembre juliano de 277 antes de Jesucristo.

Cónsules: Q. Fabio Máximo Gurges II, y C. Génucio Clepsina entran el 21 de abril romano del 478, 21 de abril juliano del 276 antes de Jesucristo.

Dictador sexagesimo cuarto. P. Cornelio Rufino.— 277-276. Q. Fabio pelea ventajosamente contra los enemigos de Roma. Epidemia en la ciudad (Oros. lib. IV, cap. 2; San Agust. «de civit. dei, libro III, cap. 17): cae un rayo sobre la estátua de Júpiter en el Capitolio, estropeando la cabeza. Se nombra dictador á Cornelio Rufino para clavar el clavo en el templo. Léese en Valerio Máximo y en Aulogelio que Cornelio habia sido elevado á la dictadura, y solo en este año puede ponerse, por hacerla necesaria para la ceremonia del clavo el azote de la peste. Diputacion de los tarentinos y de sus aliados á Pirro, participándole que no pueden resistir por mas tiempo á los romanos. Llamado Pirro por sus aliados de Italia y odiado por los sicilianos con motivo de sus crueldades, vuelve á Tarento á los tres años, dice Appian. Alejandrino, de haber salido de la misma. De manera que, habiendo pasado este rey desde Tarento á Sicilia en 476 á mediados de verano, hubo de volver al concluir este año 478, ó principiar el 479, en este consulado. Combate naval de los cartagineses contra Pirro. Queda destruida la flota del rey, quedando reducidos á doce los cien buques que tenia. Emboscada de los campanienses de Regio contra Pirro que pasaba cerca de su ciudad para ir á Tarento: Pirro pierde allí mucha gente y dos elefantes (Plutarc. Vida de Pirro). Triunfo de Q. Fabio el dia de las fiestas quirinales (17 de febrero romano) del 479 (Fast. Cap.) 7 de febrero juliano del 275 antes de Jesucristo.

Cónsules: M. Curio Dentato II, L. Cornelio Léntulo, entran el 21 de abril romano del 479, 11 de abril juliano del 275 antes de Jesucristo.

276-275. Curio Dentato manda en el Samnio; Cornelio Léntulo en Lucania. Batalla entre Curio y Pirro, cerca de Benevento. Curio hizo tirar flechas encendidas á los elefantes, y á las torres que estos llevaban, causando esto gran desórden en las filas enemigas, pues los elefantes se arrojaban contra las tropas mismas de Pirro, quedando este príncipe vencido. Curio toma su campamento, que en adelante sirvió de modelo á los romanos. L. Cornelio pelea con ventaja. Después de vencer á los lucanios, Curio le llama al Samnio (Plutar. Vida de Pirro), y toma varias plazas (Plin. lib. XXXIII, cap. 2). Triunfo de Curio Dentato sobre los samnitas y Pirro, por el mes de febrero romano del año 480 (Fast. Capit. El dia del triunfo está borrado) enero ó febrero juliano del 274 antes de Jesucristo. Es el 4.° triunfo de Curio, contando la ovacion de 479. En él se vieron los elefantes que Curio quitó al rey. Triunfo de L. Cornelio Léntulo sobre samnitas y lucanios á 1.° de marzo romano de 480 (Fast. Capit.) 4 de marzo juliano del 274 antes de Jesucristo. Pirro se vuelve á Epiro por la olimpíada 126.ª (Plin. lib. XI, cap. 37) cuyo año segundo comenzó en julio de este año 479. Deja guarnicion en Tarento, á las órdenes de Milon, uno de sus oficiales. Segun T. Livio, Pirro partió de Italia á los dos años de haber vuelto de Sicilia. Este autor, en una arenga de los samnitas (lib. XXIII, cap. 42) hace decir á sus diputados, que por espacio de dos años Pirro los ha defendido mas bien con las tropas de ellos que con las suyas, lo que solo puede aplicarse á la guerra que tuvo lugar al regreso de Sicilia, cuando hubo perdido casi toda su flota. Pero, Pirro habia vuelto de la isla al principio del siguiente año 480; de manera que, siendo casi cumplidos los dos años de permanencia, por eso dicen Orosio y Zonaras que Pirro salió de Italia al 5.° año de su entrada en ella. En efecto, no hay mas que cinco años desde el año varroniano de 474 al 479 en que se marchó otra vez. Segun Plutarco, la guerra duró seis años; y es porque Pirro llegó á Italia al principio de 474, y no volvió á su patria hasta fines de 479, ó principios de 480. Es decir, que Orosio y Zonaras cuentan por años cabales y Plutarco por años que van corriendo. Pero Plinio (lib. VIII, cap. 6) dice que hubo elefantes en Roma en el triunfo de Curio, siete años despues de haberse visto en Italia en la guerra de Pirro, en 472. Los autores, de los cuales sacó Plinio esas fechas y esos datos, ponian el principio de la guerra de Pirro en 462, cuando el insulto hecho por los tarentinos á la escuadra de Roma y á sus embajadores. De suerte que Plinio no quiso decir que en 472 se viesen elefantes en Italia, sino que no vinieron elefantes á esta parte de Europa hasta que fué Pirro en 474: dice si Plinio que se vieron en la guerra de Pirro, que los autores

en quienes se fundaba, suponian habia comenzado en 472, desde cuya fecha, al triunfo de Curio de este año 479, median exactamente siete años. Lustro 33.° hecho por los censores C. Fabricio Lascino y Q. Emilio Papo. Celebrado el último lustro en el principio del 475, durante la permanencia en Roma de los embajadores de Pirro, corresponde este al fin del 479, comenzado el año 3.° desde el último lustro. Esta censura fué celebrada por la vigilancia de los censores en conservar las buenas costumbres. Aunque P. Cornelio Rufino hubiese sido dos veces cónsul y dictador, le excluyeron del senado, porque su vajilla de plata pasaba un poco de diez libras de peso (Valer. Máx. lib. II, cap. 9. Plutar. «Vida de Sila.» Aulogelio, lib. IV, cap. 8, y Zonaras lib. XVII, cap. 21).

Cónsules: M. Curio Dentato III, y Serv. Cornelio Merenda, entran el 21 de abril romano de 480, 24 de abril juliano del 274 antes de Jesucristo.

275-274. Prosigue la guerra contra los lucanios, brucios y samnitas.

Cónsules: C. Fabio Dorso Licino, y C. Claudio Canina, entran el 21 de abril romano del 481, 13 de abril juliano del 273 antes de Jesucristo.

274-273. Embajada de Tolomeo Filadelfo, rey de Egipto, felicitando á los romanos por haber vencido á Pirro, y pidiéndoles su amistad (Eutrop. lib. II, capítulo 15). Salen para Egipto embajadores romanos. La vestal Sextilia muere de aquel castigo á que eran condenadas las que faltaban á sus juramentos (Epít. de T. Liv. lib. XIV. Orosio lib. IV, cap. 2). El cónsul Claudio combate prósperamente en el pais de los samnitas, lucanios y brucios. Establecimiento de colonias romanas en Cosa, en tierra de volscos, y en Pesta ó Pesidonia, en el consulado de Fabio Dorso y Claudio Canina, unos trescientos años antes del 783, época que para sus computaciones tomó Velleyo. Triunfo de Claudio Canina á 17 de febrero romano del siguiente año 482 (Fast. Cap.) 30 de enero juliano del 272 antes de Jesucristo.

Cónsules: L. Papirio Cursor II, y Sp. Carvilio Máximo II, entran el 21 de abril romano del 482, 3 de abril juliano del 272 antes de Jesucristo.

273-272. Por el crímen de la vestal se omitió la intercalacion. Regreso de los embajadores que fuéron á Egipto. Ponen en el erario de la república los presentes que no habian podido menos de acceptar de Tolomeo. El senado les da las gracias por haber hecho formar buen concepto de las costumbres romanas á naciones extrañas, ordenando que volviesen á sacar del tesoro los presentes depositados, y se quedasen con ellos, confirmando el pueblo la órden (Val. Máx. lib. IV, cap. 3. Tácit. Anal. lib. II, cap. 57). Muerte de Pirro en Argos de una teja que le tiró á la cabeza una mujer. No pudiendo los samnitas resistir con sus propias fuerzas, y no siendo ya posible el socorro que prometió Pirro al marcharse, acatan el poder de Roma. Fin de la guerra del Samnio. Dice T. Livio (libro XXXI), que duró unos setenta años. Principiada en 411, siguió con muy pocas interrupciones; pero, como Tito Livio quitó de los Fastos tres años, no la hace durar mas que sesenta y nueve años. Tarento, que se hallaba bloqueada por una escuadra cartaginesa, á la que habia llamado en socorro para libertarse de la guarnicion de Pirro, y sitiada por los romanos por la parte de tierra, sigue el parecer de Milon, comandante de la fuerza epirota, y se entrega á L. Papirio Cursor, que, en un tratado secreto con el mismo comandante, le habia concedido el retirarse con su gente á Epiro, y facilitado buenas condiciones para los tarentinos (Frontin. Stratag. lib. III, cap. 3). Triunfo de ambos cónsules sobre lucanios, brucios, tarentinos y samnitas (Fast. Cap. Falta el dia). En el consulado de Sp. Carvilio y de L. Papirio, cuarenta años despues de haber conducido Apio Claudio á Roma las aguas claudianas (en su censura de 442) M. Curio, que habia sido censor en 466 con L. Papirio Cursor (el mismo cónsul de este año 482), propone al senado el emplear el dinero que provenia del botin tomado á Pirro para la conduccion á Roma de las aguas del Teveron. Frontin pone al parecer este consulado en el 489 de Roma, en vez del 482; pero es falta de escribientes.

Cónsules: C. Quincio Claudio, y L. Genucio Cleptina, entran el 21 de abril romano del 483, 24 de marzo juliano del 271 antes de Jesucristo.

272-271. Concluida la guerra de Pirro y sus aliados, pensó el senado en reducir la legion campaniense que se habia apoderado de Regio. Toma de esta ciudad por el cónsul Genucio. Socorridos los rebeldes por los mamertinos, culpables del mismo crímen en Mesina, Hieron, que mandaba en Siracusa, y no era amigo de los mamertinos, envia tropa y provisiones al cónsul (Zonaras). La legion de Regio es conducida á Roma, y condenados á muerte los soldados, á los diez años, segun T. Livio, de haberse apoderado de la ciudad, al principio del consulado de 474. Tan grande pareció á los romanos el atentado de esa legion, que, no obstante la oposicion del tribuno del pueblo M. Fulvio Flaco, que invocaba la ley que prohibia atentar contra la libertad ó la vida de un ciudadano antes de ser juzgado por el pueblo, los legionarios sufrieron la pena por la sola órden del cónsul (Valer. Máx. lib. II, c. 7).

Cónsules: C. Genucio Clepsina II, y N. Cornelio Blasio, entran el 21 de abril romano del 484, 5 de abril juliano del 270 antes de Jesucristo.

271-270. Guerras con los sasinates, gentes de Umbría en el Apenino, y fuéron vencidos. Triunfo del cónsul N. Cornelio Blasio sobre ese pueblo (Fast. Capit. El dia está borrado). Invierno muy crudo en Roma, se hiela el Tíber, y perecen muchísimos animales (Zonar. lib. II: San Agust. de civit. dei, lib. III, cap. 17). Lustro 34.° Como el último fué á fines del 479, este hubo de celebrarse en este año 484. Se cree que los censores eran Tib. Coruncanio, y C. Claudio Canina. El decir Velleyo (lib. II, cap. 128), que Coruncanio tuvo todas las dignidades, indica que fué censor, y una censura de Claudio es necesaria para completar los siete censores que, segun Suetonio (vida de Tiberio), habia tenido la casa de los Claudios; y la censura de que se trata solo á este año puede corresponder.

Cónsules: Q. Ogulnio Gallo, y C. Fabio Pictor, entran el 21 de abril romano del 485, 25 de marzo juliano del 269.

270-269. Prodigios en Roma. Cae un rayo en el templo de la Salud. Entran de noche tres lobos en la ciudad con un cadáver ya devorado, y le dejan en medio de la plaza. Cunde la noticia de haber causado tambien el rayo bastante daño en los muros de Formio, y que en el campo de Cales ha aparecido súbitamente un volcan, cubriendo de cenizas cinco yugadas de tierra. Orosio (lib. IV, cap. 4), dice que todo esto sucedió en 477 de Roma, en el año anterior al consulado de Sempronio. Como este fué cónsul en el siguiente año de 486, estos prodigios pertenecen por consiguiente al 485, y aquí Orosio va retrasado de ocho años respectivamente á la época de Varron. Primera moneda de plata acuñada en Roma en 485, segun Plinio (lib. XXXIII, cap. 3), siendo cónsul Fabio, á los cinco años de la primera guerra púnica, añade el mismo. Los dos cónsules van á prender á Lolio, jefe de

los samnitas que habia de permanecer en Roma, pues su nacion le habia dado en rehenes; y sin embargo, habia ido á apoderarse de un castillo, desde el cual hacia correrías por el territorio romano, excitando á sus paisanos á la insurreccion. Entrando de noche las tropas consulares en el pueblo fortificado en que se hallaba Lolio, nada adelantaron con motivo de la nieve que impedia las operaciones, apoderándose de la plaza luego que cesó de nevar (Zonar. lib. II). Es decir, que esta accion fué en invierno. Se declara la guerra á los pueblos del Piceno (Eutrop. lib. II, cap. 16).

Cónsules: C. Sempronio Sofo, y Ap. Claudio Craso, entran el 21 de abril romano del 486, 15 de marzo juliano del 268 antes de Jesucristo.

269-268. Con motivo de los prodigios del consulado anterior, no se puso intercalacion. Los dos cónsules están en la guerra del Piceno. Asustados los romanos por sobrevenir un terremoto así que iban á llegar á las manos, Sempronio los anima de nuevo con un discurso, y sobre todo con un voto de erigir un templo á la Tierra. En seguida sale contra el enemigo, y alcanza la victoria (Frontin, Floro y Orosio). Ásculo, capital del Piceno, cae en poder del vencedor, y se someten todas esas gentes. Se encuentran en ella trescientos sesenta mil habitantes (1). Bien que la conquista costara mucha sangre, la creyeron digna del triunfo, y de ser grabada en monedas de plata cuya fabricacion era muy reciente todavía (Pighius). Apio Claudio toma á Camerino, en Umbría. Este cónsul hizo vender los prisioneros de la plaza, pero vió el senado que con aquella venta se violaba la capitulacion, y procuró su libertad, estableciéndolos en el monte Aventino (Valer. Máx. lib. VI, cap. 3). Triunfo de los dos cónsules sobre los pueblos del Piceno (Fast. Cap. Está borrada la fecha). Establecimiento de colonias en Arimino (Rímini), ciudad de los galos senoneses, en el Piceno, en Malevento, en el Samnio (hoy Benevento), y concesion del derecho de sufragio á los sabinos los cuales tenian ya el de ciudadanía. Todos estos establecimientos se hicieron, segun Velleyo (lib. I, capítulo 14) en el consulado de Sempronio y de Apio Claudio (en este año 486) cinco años después, añade, del consulado de Fabio Dorso y de Claudio Canina (en 481).

Cónsules: M. Atilio Régulo, y L. Julio Libo, entran el 21 de abril romano del 487, 28 de marzo juliano del 267 antes de Jesucristo.

268-267. Los pontífices pusieron intercalacion extraordinaria por el voto de un nuevo templo y la victoria que se atribuyó á esa inspiracion religiosa. Se declara la guerra á los salentinos, establecidos en la costa oriental, nó lejos de Tarento. Echóseles en cara el haber admitido en sus puertos á Pirro, pero el verdadero motivo fué el deseo de apoderarse del puerto de Brundusio (Brindes), muy conveniente para navegar hácia la Grecia y la Iliria (Zonar. lib. II, c. 80). Vencen los dos cónsules á esos pueblos, atribuyendo el éxito á la diosa Palas, pidiendo ella misma que en señal de gratitud se la erija un templo en Roma (Floro, lib. I, c. 20). Toma de Brundusio por el cónsul Atilio (Floro y Eutropio). Triunfo de ambos cónsules en un mismo dia, 23 de enero romano del siguiente año 488 (Fast. Cap.), 22 de diciembre juliano del 267 antes de Jesucristo.

Cónsules: Num. Fabio Pictor, y D. Junio Pera, entran el 21 de abril romano del 488, 10 de abril juliano del 260 antes de Jesucristo.

267-266. Se añadió intercalacion porque se creyó en la proteccion especial de Palas. Los sasinates (gentes de Umbría), son vencidos por los cónsules. Triunfo de D. Junio á 26 de setiembre romano de este año 488 (Fast. Cap.), 11 de setiembre juliano del 266 antes de Jesucristo. El triunfo de N. Fabio fué á 5 de octubre romano, 19 de setiembre juliano del mismo año. Los cónsules van á someter á los mesapienses y salentinos, que se habian mancomunado contra Roma. Triunfo de N. Fabio sobre esos pueblos reunidos á 1.° de febrero romano del siguiente año 489 (Fast. Cap.), 11 de enero juliano del 265 antes de Jesucristo. D. Junio celebra el suyo á 5 de febrero romano (Fast. Cap.), 15 de enero juliano del mismo año. Toda la Italia queda sometida desde el Pó hasta el mar de Sicilia. Prodigios terribles en Roma: sale como sangre de la tierra, infectando las fuentes; y viene del cielo una lluvia funesta (Orosio, lib. IV, c. 5). Este autor pone esos fenómenos en 480 de Roma, que para él equivale aquí al 488 varroniano. Embajada de la ciudad de Apolonia, situada entre los pueblos de Iliria y Macedonia, contra quienes no podia mantener su independencia. El senado la promete la amistad y la proteccion del pueblo romano. En el calor de una disputa, los ediles Q. Fabio y N. Apronio llegaron á maltratar á los embajadores, y el senado mandó conducir á los dos romanos á Apolonia, para que sus habitantes hiciesen de ellos lo que les pareciese. Los de Apolonia los acompañaron otra vez á Roma (Epist. de T. Liv. Valer. Máx. Dion Casio, Zonaras).

Cónsules: Q. Fabio Máximo Gurges III, y L. Mamilio Vítulo, entran el 21 de abril romano del 489, 30 de marzo juliano del 265 antes de Jesucristo.

266-265. Los volsinios, gente de Etruria, imploran la proteccion de los romanos contra sus esclavos y libertos que habian echado del gobierno á los hombres libres, apoderándose de honores y bienes, y hasta de las mujeres de los ciudadanos. Sale para dar el socorro Q. Fabio Gurges, y perece de una herida en el sitio de Volsinia (Zonaras, lib. VIII. Valer. Máx. lib. IX, c. 1. Floro, lib. I, c. 21). Habia de ser á fines del año consular, pues que Fabio no fué substituido. Hicieron los sitiados una salida, muerto ya el cónsul, pero los rechazó P. Decio, que mandaba como lugarteniente (Aur. Víctor). Se aumenta hasta ocho el número de cuestores, no habiendo antes mas que cuatro, dos para la ciudad, y dos para el ejército. Embajada de los mamertinos de Mesina, ofreciendo su ciudad á los romanos, para que los libertasen de la guarnicion cartaginesa que habia en la ciudadela, y estaba en ella con el pretexto de defenderlos contra Hieron, no queriendo retirarse á pesar de haber abandonado este su empresa contra Mesina. Esa embajada pertenece á este año consular 489. Lustro 35.° hecho por los censores N. Cornelio Blasio y C. Marcio Rutilo Censorino, á fines de este consulado, á los cinco años de haberse hecho el otro lustro, que fué en 484. En este año 489 le ponen los Fastos Capitolinos. En el Epítome de T. Livio y en Eutropio se halla en 490; y es porque el censo empezó al fin de 489, acabándose á principios del 490.

Cónsules: Apio Claudio Caudex, y M. Fulvio Flaco, entran el 21 de abril romano del 490, 11 de abril juliano del 264 antes de Jesucristo.

265-264. Á pesar de ser tan perjudicial para los romanos la conquista que iban haciendo de Sicilia los cartagineses, el senado no tuvo por justo el socorrer á los mamertinos, que se hallaban en el mismo caso que los legionarios rebeldes de Regio que se acababan de castigar; pero el pueblo no pensó como el senado, y ordenó que se auxiliase á los de Mesina contra los cartagineses. Primera guerra púnica. Dionisio pone

(1) Este número pone Plinio en el lib. III, cap. 13.

su principio en el año tercero de la olimpíada 128.ª, la que concluye al principio de julio del año anterior 489 de Varron, y de Caton 488. En este T. Livio hace comenzar esa guerra. Dionisio, que á los Fastos Catonianos habia añadido un año (véase los años 249 y siguientes), quitó por consiguiente dos, y T. Livio suprimió uno, que luego hubieron de restablecer estos autores para la debida correspondencia con los años posteriores. Polibio (lib. I, c. 5), pone esa guerra en la olimpíada 129.ª, que no principió hasta julio de 490 varroniano. Y es porque Polibio no contaba el principio de la guerra desde el instante en que la declararon los romanos, sino desde el embarque del cónsul Claudio para Sicilia, que no fué hasta pasado el julio de este año. Plinio y Aulogelio fijan el principio de la guerra, siguiendo el cómputo varroniano, en este año de Roma 490. Apio envia á Mesina á C. Claudio, tribuno de una legion, para concertarse con los mamertinos. El temor que inspiraban á los mamertinos los cartagineses, impide el que los primeros se atrevan á seguir el dictámen de Claudio (Zonar. lib. VIII). Disension en Mesina, queriendo unos que se rechazase en un todo el auxilio romano, y otros que se adoptase cualquier medio que produjese la expulsion de los cartagineses. Segundo viaje de C. Claudio á Mesina; y cómo logra persuadir á los dos partidos que los romanos no llevan otra idea que la de libertarlos de su opresion: reune así los pareceres. Hieron, rey de Siracusa, se concierta con los cartagineses al objeto de arrojar de Sicilia á los mamertinos. Las tropas reunidas del rey y de Cartago se dirigen á Mesina (Polib. lib. I, c. 11). C. Claudio sale de Regio con algunas fuerzas, y una tempestad, junto con la flota cartaginesa, le obligan á volver allá. Claudio prueba otra vez el pasar hasta Mesina, y pidiendo una entrevista en el puerto á Hanon, jefe de la guarnicion de la ciudadela, este se aviene á ella, y luego Claudio le guarda prisionero, obligándole á retirar la guarnicion, y Mesina quedó libertada (Polib. Zonaras). Los cartagineses, junto con Hieron, emprenden el sitio de la ciudad. El cónsul Apio Claudio pasa á Sicilia con sus legiones, no pudiendo esto tener lugar hasta pasado el 1.° de julio de este año en la olimpíada 129.ª Batalla ganada por el cónsul Apio contra las tropas de Hieron, retirándose este por la noche á Siracusa. Al dia siguiente son vencidos los cartagineses, dispersándose por los varios puntos de Sicilia que tenian dominados. Mesina se entrega á Apio. El cónsul tala las tierras de siracusanos y cartagineses (Polib. Zonar.). Conclusion de la guerra de los volsinios, que iba á cargo de Fulvio. Los libertos y esclavos rebeldes sufren pena de muerte, ó son devueltos á sus amos. Volsinia queda arrasada, y transportados sus moradores libres á otros puntos (Zonaras). Establecimiento de las colonias de Firmo y de Castro al principio de la primera guerra púnica (Vel. Pat. lib. I, c. 14). Es verosímil que parte de los nuevos colonos fueron volsinios. Triunfo de M. Fulvio sobre los volsinios á 1.° de noviembre romano de este año 490 (Fast. Cap.), 17 de octubre juliano del 264 antes de Jesucristo. Pestilencia en Roma, que duró mas de dos años. Orosio pone esta calamidad en 484 romano, que, segun el modo de contar de este autor, correspondia al 489 varroniano. Pero, como Orosio pone la epidemia en el año inmediatamente posterior al en que los volsinios pidieron proteccion contra sus esclavos á los romanos, y como la peticion pertenece incontestablemente al consulado de Q. Fabio Gurges del año precedente, no pudo comenzar en Roma la pestilencia sino en este año 490. Crímen de la vestal Caparonia: con el suicidio se libra del suplicio. Fué castigado el corruptor con sus cómplices (Orosio). No siendo intercalar el siguiente año 491, no le hicieron mas corto los pontífices, á pesar de los funestos acontecimientos que hubo. Primer combate en Roma de gladiadores, dando su espectáculo M. y D. Junio Bruto en el funeral de su padre (Epist. de T. Liv. lib. XVI. Val. Máx. lib. II, c. 4).

Cónsules: M. Valerio Máximo Mesala, y M. Otacilio Craso, entran el 21 de abril romano del 491, 1.° de abril juliano del 263 antes de Jesucristo.

Dictador sexagésimo quinto: N. Fulvio Máximo Centumalo.—264-263. Salen ambos cónsules para Sicilia, sometiéndoseles muchas ciudades, ó entrándolas á la fuerza. Los romanos ponen sitio á Siracusa. Hieron pide la paz. Tratado con este príncipe, el cual da los prisioneros que tenia, y cien talentos, confirmándole en esto los cónsules en la posesion del reino de Siracusa y de sus dependencias. Decreto del senado que autoriza el tratado; y en una inscripcion que se encontró en Mesina, y que mencionan Cuspiniano y Pighio, está la fecha como sigue: pasado el año 490 de la fundacion de Roma, durante la guerra púnica: « post urbem conditam anno CDXC, rempublicam bello punico turbante. » De manera que esta fecha corresponde al año 491, que viene el primero despues del 490. Sigue la pestilencia, decidiéndose el nombramiento de un dictador para clavar el clavo en el templo de Júpiter. Eligen para esa ceremonia á N. Fulvio Centumalo, que toma por segundo á Marcio Filipo (Fast. Capit.). Fulvio puso el clavo á 13 de setiembre romano de este año 491, 20 de agosto juliano del 263 antes de Jesucristo. De suerte que la pestilencia continuaba todavía. Triunfo de M. Valerio Máximo sobre los cartagineses y el rey Hieron á 17 de marzo romano del 492 (Fast. Capit.). 15 de febrero juliano del 262 antes de Jesucristo. Primer reloj solar puesto en la plaza mayor de Roma. Trájole de Catana Valerio, poniéndole, segun Varron, en un pedestal en la plaza, diciendo Plinio (lib. VII, cap. 60) que fué en el año 491 de Roma, treinta años despues de haber puesto Papirio otro reloj solar en el templo de Quirino (en 461) noventa y nueve años antes del que se hizo con mayor perfeccion por órden de Q. Marcio Filipo, censor en compañía de L. Emilio Paulo (en 590). Luego Plinio reconoce, siguiendo á Varron, que este consulado de M. Valerio, vencedor de Catana en Sicilia, cae en el año varroniano de 491. Con todo, el mismo Plinio en otra parte no cuenta este año sino como el 490 de Roma, segun veremos. Primer cuadro de una victoria expuesto públicamente en Roma. Dice Plinio que le puso de manifiesto Valerio. El cuadro figuraba la batalla que habia ganado á los cartagineses y á Hieron en el año de Roma 490, segun dice Plinio (lib. XXXV, cap. 4). Vemos pues que Plinio pone en años diferentes el consulado de Valerio, segun lo hacian los autores que extractaban la época de Varron ó de Caton. Como el reloj traido de Catana era para el meridiano de Sicilia, y nó para el de Roma, no señalaba las horas con regularidad (Plin. lib. VII, capítulo 60. Censorino, de die nat., cap. 23). Esto prueba que los romanos nada sabian aun de astronomía, y no debe extrañarse el gran desarreglo de su año en aquellos tiempos. Se establece la colonia de Esernia, un año despues de establecidas las de Firmo y Castro. El dinero que se sacó del botin cogido á Pirro y á los samnitas por Curio Dentato, se emplea por fin en la conduccion á Roma de las aguas del Teveron, obra que se habia descuidado. Á instancia del pretor Minucio, el senado nombró al mismo Curio y á Fulvio Flaco comisionados para la construccion del acueducto,

nueve años después de propuesta la obra (en 491); pero, como Curio no sobrevivió mas que nueve dias á su nombramiento, quedó para Fulvio solo el honor de ese trabajo (Frontino de aqueduc.).

Cónsules: L. Postumio Megelo, y Q. Mamilio Vítulo, entran en 21 de abril romano del 492, 22 de marzo juliano del 262 antes de Jesucristo.

263-262. Los pontífices no pusieron la intercalacion porque seguia la pestilencia. Como, segun Orosio, duró mas de dos años, y como, en sentir de san Agustin, el segundo año del contagio fué aun mas desastroso que el primero, la epidemia que habia principiado en el consulado del 490, duraba todavía en febrero del 492, cuando suprimieron los pontífices la intercalacion. Se consultan los libros sibilinos: descúbrese en ellos que los dioses enviaron el azote para vengarse de la profanacion de los templos, destinados algunos para cosas agenas al culto. Se pone remedio á la profanacion, y cesa la peste. Sitio de Agrigento por ambos cónsules por el tiempo de la siega (Polib. lib. I, cap. 17) la que se empieza en Sicilia en junio juliano. Agrigento era el cuartel general de los cartagineses. Los soldados romanos se habian apartado del campamento para segar trigo, y Aníbal (el antiguo) comandante de la ciudad, hizo una salida; pero tuvo que retirarse con mucha pérdida. Llega Hanon con otro ejército cartaginés en socorro de Aníbal, en el quinto mes de sitio (Polib. lib. I, cap. 18) y por consiguiente en octubre juliano. Situado Hanon en Heraclea, y dueño de Erbeso, en la que estaban los depósitos de los romanos, y cuyas puertas habian abierto á los cartagineses, estrecha en su campamento á los dos cónsules, que se hubieran visto en los mayores apuros, si Hieron no se hubiese ingeniado para dejar que les llegasen algunas provisiones. Agrigento comienza á sentir el hambre. Hanon trata de hacer levantar el sitio, y da una batalla que ganan los romanos. Aprovechando Aníbal el júbilo y negligencia de los vencedores, sale de noche de Agrigento, entrando al dia siguiente en ella los cónsules, que vendieron á sus habitantes. Dice Polibio que la batalla del dia antes de la ocupacion de Agrigento se dió á los dos meses de haber llegado Hanon, y por consiguiente al séptimo mes de sitio. Diodoro de Sicilia (1), dice que el sitio habia durado seis meses. Es decir, que no habia cumplido el séptimo. Como el sitio principió por la siega en junio juliano, concluyó sobre el fin de diciembre juliano de este año 262 antes de Jesucristo que corresponde al principio de febrero romano del siguiente 493. Dueño de Agrigento, los cónsules fueron á invernar á Mesina; y efectivamente, habia llegado ya la estacion para ello, aun en Sicilia.

Cónsules: L. Valerio Flaco, y T. Otacilio Craso, entran el 21 de abril romano del 493, 11 de marzo juliano del 261 antes de Jesucristo.

262-261. Querian los galos, que estaban de mercenarios con los cartagineses, pasarse á los romanos por el atraso de su pagas, y Hanon consigue acallar sus quejas con la promesa de darles el botin de alguna ciudad. Dice en seguida al tesorero del ejército cartaginés que aparente desertar y se presente al cónsul Otacilio, diciéndole que los galos habian recibido la órden de asaltar á Entela la noche siguiente. Los romanos preparan una emboscada, y los galos perecieron en ella, y como sin embargo, no cayeron sin pelear, alcanzó Hanon la doble ventaja de deshacerse de acreedores importunos, y tambien de bastantes romanos (Front. Stratag. lib. III, cap. 16. Zonaras). Hanon es relevado, enviando Cartago en su lugar á Amilcar, al que no se ha de confundir con el padre de Aníbal. Una flota cartaginesa amenaza la Italia, estableciendo los cónsules cuerpos de guardia por las costas. Las ciudades marítimas de Sicilia quedan para los cartagineses, que por mar tienen mayor fuerza; las de tierra adentro están por los romanos. De órden del senado se prepara una flota.

Cónsules: N. Cornelio Escipion Asina, y C. Duilio, entran el 21 de abril romano del 494, 23 de marzo juliano del 260 antes de Jesucristo.

261-260. En sesenta dias se construye y equipa una flota de ciento sesenta velas (Flor. lib. II, cap. 2. Plin. lib. XVI, cap. 39). Tocó el mando de la misma al cónsul Cornelio. C. Duilio habia pasado á Sicilia para capitanear el ejército de tierra. El cónsul Cornelio se habia adelantado con diez y siete embarcaciones, engañado por unos lipareos, que, pretextando iban á hacerle dueño de la isla de Lipari, cuando estuvo cerca de sus costas, le dejaron envuelto por Aníbal y hecho prisionero. Combate entre la flota romana que seguia á Cornelio, y la de Aníbal. Queda vencido el cartaginés. La flota victoriosa envió á decir á Duilio cuál habia sido la suerte de su colega, y fué luego á tomar el mando de la armada. Como los buques cartagineses eran mas veleros y sus tripulaciones entendian mejor la maniobra que las de los romanos, les quita Duilio la superioridad por medio de gruesos maderos llamados « cuervos, » que, armados en un extremo con puntas de hierro, y levantados por medio de poleas, se dejaban caer luego desde lo alto, agarrando á las naves enemigas, y facilitando así el abordaje. Combate naval entre Duilio y Aníbal: este queda vencido. Apresáronsele treinta y un buques, y otros catorce fueron á pique, con perdida de tres mil muertos y siete mil prisioneros, salvándose él apenas en una lancha. Duilio deja la mar, y se pone otra vez á la cabeza de su ejército de Sicilia. Los cartagineses tienen que levantar el sitio de Segesto, plaza reducida ya á los mayores apuros. El cónsul toma á Macela. Alborozo extraordinario de los romanos, creyendo que son ya invencibles por mar y tierra (Eutropio y Floro). Duilio vuelve á Roma, cuando ya la estacion no le permitió guerrear mas. Su triunfo, el dia 1.º del mes intercalar del siguiente 495 (Fast. Capit.) 16 de enero juliano del 259 antes de Jesucristo, es el primer triunfo naval de los romanos. Coluna rostral de mármol blanco erigida en el foro en honor de Duilio (Plin.) con una inscripcion para perpetuar el recuerdo de la victoria. Todavía subsiste la coluna y su inscripcion (Pighio in Fast. Gruter.). Los romanos toleraron que Duilio, á fin de hacer mas memorable aquella expedicion, anduviese precedido, cuando salia de la mesa acabada la cena, de una antorcha y de un músico, privilegio que solo se concedia á los triunfadores en el dia del triunfo (1). Roma atribuye tan señalada victoria á la proteccion especial de Jano, dios del tiempo y de las ocasiones favorables, y á la de Neptuno, dios del mar. Se acuñaron monedas de cobre con la doble cara de Jano y el nombre de C. Duilio, y tambien otras monedas de plata, en las cuales estaba Roma representada con un casco, y Neptuno con su tridente en el carro triunfal (Pighio). Duilio erigió un templo á Jano en Roma (Tácit. Anal. lib. II, cap. 49).

Cónsules: L. Cornelio Escipion, y C. Aquilio Floro, entran el 21 de abril romano del 495, 5 de abril juliano del 259 antes de Jesucristo.

(1) In Eclog. lib. XXIII, cap. 9.

(1) Ciceron, de Senect. c. 13. Silio Itálico, lib. VI, v. 66. Floro, lib. II, cap. 2. Epit. de T. Livio libro XVII. Val. Máx. libro III, cap. 6.

260-259. Con traer los Fastos Capitolinos el triunfo de Duilio en las calendas intercalares de su consulado, manifiestan que en este año de 495 hubo una intercalacion. Una victoria tan singular, la construccion de un nuevo templo, la alegría universal del pueblo, todo hubo de inclinar á los pontífices á la prolongacion del consulado de Duilio. De manera que, los principios que hemos sentado tocante á las reglas de los pontífices para añadir ó quitar dias intercalares, concuerdan perfectamente con los monumentos antiguos que han quedado. Primera expedicion de los romanos á Cerdeña y á Córcega, sometidas por los cartagineses, retirándose sus moradores á lugares inaccesibles. El cónsul Cornelio Escipion toma á Aleria, en Córcega. Las demás poblaciones se rinden. Navegando en seguida Cornelio hácia Cerdeña, encuentra la flota cartaginesa y la dispersa. Defendida Obia con su puerto á donde se dirigia, por fuerzas superiores, vuelve á á Roma para aumentar sus fuerzas. Sale otra vez para Cerdeña y derrota al general cartaginés Hanon que pierde la vida en la batalla. Obia se rinde, imitándole la mayor parte de las demás ciudades. Amilcar pelea con buen éxito en Sicilia: se apodera á traicion de Camarina y Anna, y fortifica el puerto de Drépani. El cónsul Aquilio trata de oponerse á los progresos del enemigo, y permanece en Sicilia durante el invierno. Pone sitio á Mitistrato. Conspiracion en Roma de tres mil esclavos y cuatro mil libertos samnitas casi todos, que se destinan al remo. Era su intento incendiar la ciudad, y escapar luego en medio del desórden. La conspiracion fué descubierta antes de estallar, y severamente castigada. Triunfo de L. Cornelio Escipion á 12 de marzo romano del 496 siguiente (Fast. Capit.) 9 de marzo juliano del 258 antes de Jesucristo.

259-258. Se confiere el proconsulado á C. Aquilio Floro, cónsul del año anterior, para que continúe la guerra en Sicilia. Atilio Calatino toma á Mitistrato cuyo sitio habia comenzado Aquilio. Los habitantes se rindieron, y no obstante fuéron pasados á cuchillo (Diodoro, lib. XXIII, Zonaras). Este cónsul iba á sitiar á Camarina, y se halló muy comprometido en un valle dominado por una altura que tenian los enemigos, sacándole del peligro el tribuno de legion Calpurnio Flama (Q. Cedicio). Pide permiso para ir á ocupar con trescientos hombres escogidos la sola altura de que no estaban posesionados los enemigos, y sosteniendo el choque contra todas las fuerzas cartaginesas que los atacan, dan así tiempo al ejército romano para retirarse. Todos los compañeros de Calpurnio murieron; solo él se salvó, sacándole medio muerto de entre los demás. Diéronle en recompensa una simple corona de césped (Aulogelio. Epít. de T. Liv. Floro. Plinio. Frontino). El mismo cónsul toma á Camarina, Enna y otros puntos importantes. Sitio de Lipari. Amilcar habia podido entrar secretamente en la ciudad, y dirigió luego una salida, que fué muy sangrienta para los romanos. Q. Sulpicio Patérculo guerrea con ventaja en Cerdeña. Este cónsul navega desde allí para el África, y Aníbal le sigue. Un temporal separa las dos flotas que estaban á la vista, arrojándolas otra vez á las costas de Cerdeña. Sulpicio se da de nuevo á la vela, dando parte de su nueva salida para el África al general cartaginés, á quien aguarda y derrota. Sus mismos soldados crucifican á Aníbal, suplicio ordinario de los cartagineses. Los romanos tienen una pérdida en Cerdeña yendo por forraje. Lustro 36.° hecho por los censores C. Duilio y L. Cornelio Escipion (Fast. Cap.) á los cinco años de haberse hecho el anterior, que fué en 490, ó al fin de 489. Triunfo del procónsul C. Aquilio Floro sobre los cartagineses, á 4 de octubre romano de este año 496 (Fast. Cap.) 26 de setiembre juliano del 258 antes de Jesucristo. Triunfo del cónsul Q. Sulpicio Patérculo sobre cartagineses y gentes de Cerdeña al dia siguiente al triunfo de Aquilio (Fastos Capitolinos).

CÓNSULES: C. Atilio Régulo Serrano y N. Cornelio Blasio II, entran el 21 de abril romano del 497, 7 de abril juliano del 257 antes de Jesucristo.

DICTADOR SEXAGESIMO SEXTO: Q. Ogulnio Gallo.— 258-257. La diputacion del senado encuentra á C. Atilio Régulo ocupado en sembrar su tierra, y en el campo le manifestaron que le habian nombrado cónsul (Ciceron «pro Roscio,» c. 18. Val. Máx. lib. IV, c. 3; Plinio lib. XIII, c. 3). Era por la siembra de verano, que, segun dice Plinio, se hacia antes de la aparicion helíaca de las pleyades, que el mismo Plinio y Columela ponen á 10 de mayo juliano, y Varron á 6 del mismo, cuarenta y cuatro dias después del equinoccio. Pero Columela distingue las varias clases de cereales, y es mas claro que Plinio. Dice (lib. II, c. 9 y 2) que los trigos de marzo se sembraban del 5 al 13 de febrero juliano. En cuanto al maíz, y otros granos de menor importancia, se sembraban, segun el mismo autor, (lib. II, c. 2) por los idus de abril juliano. Tenemos pues que Régulo estaba ocupado en la siembra de esto último cuando fuéron á su casa los enviados del senado. Por consiguiente, el principio de su consulado debe estar sobre los idus de abril juliano, tiempo de la siembra que decimos. Pues bien, en nuestra tabla se ve que el 21 de abril romano, dia inicial del consulado de Atilio, coincidia este año con el 7 de abril juliano. Se confiere el proconsulado á A. Atilio Calatino, cónsul del año anterior. Prodigios en Roma. En vez del granizo ordinario caen piedras en el monte Albano, y en otros puntos y hasta dentro de la misma Roma (Zonaras). Manda el senado que se renueven las férias latinas, y que se nombre un dictador para esta ceremonia. Salió electo Q. Ogulnio Gallo, que tomó por segundo á M. Letorio Planciano (Fast. Capit.) C. Atilio aporta á Tindaride, en Sicilia, frente de Lipari; sale en seguida con diez buques para atacar la escuadra cartaginesa, y manda á los demás que le vayan siguiendo. Sus naves fuéron apresadas, excepto la del cónsul. Llega la flota romana, derrota la de Aníbal, le apresa diez naves, le echa á pique ocho, retirándose las demás á las islas de Lipari (Polib. lib. I, cap. 25, 2 mar. lib. VIII). El cónsul tala las tierras de Lipari y hasta las de Malta (Orosio lib. IV, cap. 8). Triunfo del procónsul A. Atilio Calatino sobre los cartagineses en Sicilia á 17 de enero romano del siguiente año 498, 26 de diciembre juliano del 257 antes de Jesucristo. Triunfo naval del cónsul C. Atilio Régulo sobre los cartagineses, segun se cree á 23 de enero romano del mismo año, pues el mes está borrado en los Fastos, ó sea 1.° de enero juliano del 256 antes de Jesucristo. Con motivo de estas victorias, creemos que los pontífices no omitieron la intercalacion que correspondia al año siguiente.

CÓNSULES: L. Manlio Vulso Longo, Q. Cedicio (muere en el consulado) y M. Atilio Régulo (substituido á Cedicio) entran el 21 de abril romano del 498, 19 de abril juliano del 256 antes de Jesucristo.

257-256. Muere Q. Cedicio al principio de su consulado, substituyéndole con M. Atilio Régulo (Fast. Capit.) En este año tratan los romanos de ir á África. Como hicieron salir su flota en verano (Polibio, lib. I, cap. 25) pasado el 11, y aun el 15 de mayo juliano, dia en el que, segun Vegecio, se abria la navegacion para la marina militar, encuentran á los cartagineses en Ecnomo en las costas de Sicilia, á donde iban á to-

mar mas tropa. Batalla naval: quedan vencidos Amilcar y Hanon (Polib. y Eutrop.). Con la idea de impedir á los romanos el desembarco en África, Hanon propone la paz, á que se niegan. Estos van al África, segun Velleyo (lib. XI, cap. 38) en el año noveno de la primera guerra púnica, comenzada en 490. Los romanos toman á Clipea y algunas otras ciudades. Los cónsules consultan al senado que llama á Roma á Manlio con parte de las legiones y de la flota. Créese que entre los prisioneros romanos que libertó en África este cónsul, se hallaba Neyo Cornelio Asino, preso por los cartagineses en 494 y que volvió á ser cónsul en el año 500. Triunfo naval de L. Manlio Vulso Longo sobre los cartagineses (Fast. Capit. El mes del triunfo está borrado). Régulo sigue tomando ciudades en África. Sitio de Adis. Acuden los cartagineses en socorro de la plaza y quedan vencidos por haber mal situado su caballería y elefantes. Apróximase Régulo á Túnez, á 15 millas de Cartago, y la toma (Polib. c. 30, y Eutrop.). Abandonan á Cartago la mayor parte de los pueblos que la estaban sometidos. Los númidas se rebelan. Piden los cartagineses la paz. Régulo les dicta condiciones muy duras. Llega Xantipo, buen capitan, á la cabeza de un cuerpo de lacedemonios. Alentado el senado de Cartago con ese refuerzo, rechaza las condiciones de Régulo. Dice Polibio (lib. I, cap. 31) que Régulo procuró que los cartagineses le pidiesen la paz, para que no le quitase el honor de terminar la guerra el cónsul que le habia de suceder. Veremos en el año siguiente que Régulo, después de su consulado, bien que continuando en mandar el ejército de África, como procónsul, lejos de temer la llegada de un sucesor, la deseaba vivamente. Luego las proposiciones de paz no pertenecen al proconsulado de Régulo del año siguiente; se hicieron en su consulado, siguiéndose de ahí que, cómo los cartagineses no pedian la paz sino por el mal éxito de la batalla de Adis y por la toma de Túnez, estos sucesos pertenecen al consulado de Régulo, poniéndolos sin razon algunos modernos en su proconsulado. Régulo llega victorioso hasta las márgenes del rio Bagrada; allí encuentra una gran serpiente mas temida de sus soldados que los enemigos, y la mata (Oros. lib. IV, cap. 8). Hasta máquinas de guerra hubo que emplear contra el formidable reptil. Dice Floro que era un mónstruo, y Valerio Máximo que era animal maravilloso. Su piel, que tenia ciento veinte piés romanos, se puso en un templo de Roma, dedicándola así en algun modo á los dioses. Dice Aulogelio, siguiendo á Tuveron, que Régulo mató la serpiente durante su consulado; y por tanto, el hecho pertenece á este año.

Cónsules: Serv. Fulvio Petino Nobilior, y M. Emilio Paulo, entran el 21 de abril romano del 499, 1.° de mayo juliano del 255 antes de Jesucristo.

256-255-254. Las victorias de los cónsules, la muerte de un mónstruo, que los romanos tuvieron por milagrosa, dió lugar á los pontífices para hacer la intercalacion. Nombrado procónsul Régulo para seguir en el mando de África, pide que se le releve del cargo. Hace presente al senado que un criado ha huido de su casa con los instrumentos de labranza que tenia para cultivar el único campo que poseia, y que ha de ir á Roma para atender á la subsistencia de su familia. Dispone el senado que el campo de Régulo se cultive, que sea mantenida su familia á costa de la república, pero que quede Régulo de procónsul (Val. Máx. Frontin. Dion. Cas.). Luego no temia Régulo que se le diese sucesor durante el proconsulado de este año, y por lo mismo las proposiciones de paz se hicieron el año anterior, cuando habia en efecto motivo para temer que le privasen del honor de concluir la guerra. Los cartagineses dan el mando del ejército á Xantipo. Batalla dirigida por este lacedemonio. Colocóse Régulo en un llano en que podia operar la caballería numida y los elefantes de los cartagineses, y quedó vencido y prisionero. Solo dos mil romanos consiguieron salvarse en Clipea (Polib. Flor. Front. Eutr.). Los cartagineses ponen sitio á Clipea. El senado ordena á los cónsules que atiendan á la seguridad de las costas de Italia, y que se prepare una nueva flota para ir á África. La expedicion se dió á la vela á principios de verano (Pol. Zonar.). Aunque para los romanos comenzaba el verano á 11 de mayo juliano, no se abrió la navegacion para sus escuadras, segun Vegecio, hasta despues del 15 de este mes. De modo que no salió la flota hasta fines de mayo juliano. Arrojada por una tempestad á las costas de la isla de Cosura, perteneciente á los cartagineses, los romanos la toman, y la dejan guarnecida (Zonaras), y prosiguen su rumbo. Batalla naval en el promontorio de Hermeo. Quedan vencidos los cartagineses. Los cónsules van á Clipea á libertar á los refugiados, se los llevan, y obligados por falta de víveres á volverse hácia Sicilia (Eutropio), se hacen á la vela contra el parecer de los pilotos, entre el solsticio de verano y principios de agosto, temporada borrascosa en aquellas aguas. Era en el mes de julio juliano. Naufraga la flota romana cerca de Camarina, en las costas de Sicilia (Polib.). Sitio y toma de Agrigento por los cartagineses. Construccion de una nueva flota romana á fines del año. En tres meses estuvo corriente (Polib. Zonar.).

Cónsules: Neyo Cornelio Escipion Asina II, y A. Atilio Calatino II, entran el 21 de abril romano del 500, 13 de mayo juliano del 253 antes de Jesucristo.

254-253. Segun dice Zonaras, poco después del naufragio de la flota romana, tomaron otra vez los cartagineses la isla de Cosura. Y añade, siguiendo el cómputo varroniano, que fué en el año 500 de Roma. Se confiere el proconsulado á los cónsules del año precedente, y los nuevos cónsules se embarcan inmediatamente (Polib. Zonar.) á fines de mayo juliano, cuando principiaba el buen tiempo para la navegacion, unos quince dias después de tomar posesion de sus cargos. Los cónsules toman á Cefaledia. Se levanta el sitio de Trápani socorrida por Cartalon, pero se toma á Palermo, emporio de los cartagineses en Sicilia (Polib. lib. I, cap. 38, y Diod. Sícul. lib. XXIII). Triunfo naval del procónsul Ser. Fulvio sobre los habitantes de Cosura y los cartagineses el 2 de febrero juliano del 253 antes de Jesucristo (Fast. Capit.). Triunfo del procónsul M. Emilio Paulo sobre los mismos enemigos al dia siguiente. (Ibid.) M. Emilio erige una coluna rostral (T. Liv. lib. LII, cap. 20).

Cónsules: Neyo Servilio Cepion, y C. Sempronio Bleso, entran el 21 de abril romano del 501, 3 de mayo juliano del 253 antes de Jesucristo.

253-252. Neyo Cornelio, cónsul del año anterior, es nombrado procónsul, y encargado de la guerra de Sicilia. Los cónsules fueron ambos destinados al África, partiendo al principio del verano (Polib. lib. I, cap. XLIX), sobre fines de mayo juliano: C. Sempronio Bleso toma algunas plazas en la costa de África (Eutrop. Oros.). Un temporal arrojó la flota á la isla de los lotófagos, llamada Meninx, y al dejar el reflujo los buques casi en seco, los romanos se creyeron perdidos, y echaron al mar gran parte del botin, pero los salvó luego el flujo (Polib.). Los romanos no eran aun muy expertos navegantes. Naufragio de la flota romana en el cabo de Polinuro. El senado y el

pueblo renuncian á la guerra por mar, quedando con solos sesenta buques para la conservacion de las costas de Italia, y transporte á Sicilia de tropas y municiones. Triunfo del procónsul Neyo Cornelio Escipion Asina sobre los cartagineses á 16 de abril juliano del 252 antes de Jesucristo (23 de marzo romano del 502, Fast. Capit.). Triunfo del cónsul C. Sempronio Bleso sobre los cartagineses el 1.° de abril romano (28 de abril juliano del mismo año). Por muerte del censor L. Postumio Megelo, abdicó su colega D. Junio Pera, y el lustro correspondiente á este año (el último se habia hecho en 496), fué trasladado al año siguiente.

Cónsules: C. Aurelio Cota, y P. Servil. Quisino, entran el 21 de abril romano del 502, 15 de mayo juliano del 252 antes de Jesucristo.

252-251. Aunque omita Polibio el nombre de estos cónsules inscritos en los Fastos Capitolinos, no por esto pasa por alto el consulado en su cuenta. Dice (cap. 39), que los romanos estuvieron sin flota por espacio de dos años enteros. Añade en el mismo capítulo que cesaron de tener flota á fines del precedente consulado; es decir, del 501, y que volvieron á organizarla á fines del siguiente consulado de L. Cecilio y de C. Furio perteneciente al 503. Si Polibio hubiese suprimido este consulado del 502, no hubiera hallado mas que un año entre la decision de renunciar á la flota, y el proyecto de la creacion de otra nueva. Todavía dice Polibio (cap. 41), que los primeros meses del consulado de Atilio y de Manlio en 504 pertenecen al año décimo cuarto de esta guerra. Como, segun el mismo Polibio, habia comenzado pasado el 1.° de julio juliano del 490, los primeros meses del consulado de Atilio y de Manlio no pueden corresponder al año 14.° de la guerra sino conservando este consulado del 502. Esto indica que Polibio únicamente saltó por encima de este consulado para pasar á otros años mas importantes ó de mayor interés en esa guerra. Los romanos toman á Himera, en Sicilia (Diod. Sícul. Zonar.) sitio y toma de Lipari, capital de la isla de este nombre (Zonar). Triunfo del cónsul C. Aurelio Cota sobre cartagineses y sicilianos el 13 de abril romano del siguiente año 503 (Fast. Capit.) 27 de abril juliano del 251 antes de Jesucristo. Eligen por sumo pontífice á T. Coruncanio, y es el primer plebeyo que asciende á esa dignidad. (Epít. de T. Liv. lib. xviii). Lustro 37.°, celebrado por los censores M. Valerio Máximo Mesala, y P. Sempronio Sofo (Fast. Capit. Valer. Máx. Frontin.).

Cónsules: L. Cecilio Metelo y C. Furio Pacilo, entran el 21 de abril romano del 503, 5 de mayo juliano del 251 antes de Jesucristo.

251-250. Con motivo de la superioridad marítima de los cartagineses, y del temor que á los romanos causaban los elefantes por tierra, nada importante se hizo en esta campaña; pero, sintió el senado la necesidad de una nueva flota, y la mandó restablecer (Polib. cap. 39). Furio vuelve á Roma para las elecciones consulares (Polib.).

Cónsules: C. Atilio Régulo II y L. Manlio Vulso II, entran el 21 de abril romano del 504, 18 de mayo juliano del 250.

250-249. Cecilio Metelo que permanecia en Sicilia de procónsul (Polib. lib. i, cap. 40, Fast. Capit.) se presenta ante los muros de Palermo, á fin de proteger las mieses, que estaban ya casi en sazon (Polib. ibid.). Batalla de Palermo. Asdrúbal es vencido por Cecilio (Polib. Diod. etc.). La marcha de Cecilio y esta victoria fuéron los primeros actos de su proconsulado, después de haberse ido ya Furio, segun Polibio, y nombrados ya sus succesores. De esto resulta que la batalla y el principio del proconsulado pertenecen casi á la época de la siega, y segun nuestros cálculos el proconsulado de Cecilio se halla en 18 de mayo juliano, tiempo muy próximo á la siega en esa isla. Reanimados, dice Polibio, los romanos con esas ventajas, parten los nuevos cónsules con la flota para Sicilia, al año cuatuordécimo, añade dicho autor (lib. i, c. 41) de esta guerra. De modo que la partida tuvo lugar en junio juliano, y antes del julio de este año 504 en que comenzaba el año décimoquinto de la guerra (véase el año 490), y como la salida de los cónsules fué á poco de la victoria de Cecilio, esta hubo de suceder á fines de mayo, ó principio de junio juliano. Los cónsules emprenden el sitio de Lilibeo (Polib.). Combate delante los muros de esta plaza. Reciben los cartagineses un refuerzo de África; tratan de destruir la maquinaria de sitio, y no lo consiguen (Polib. c. 45). Aníbal muda el plan de campaña. Ve que la caballería es inútil en Lilibeo, y la dispersa en los pasos y desfiladeros. Carestía en el campamento romano que les obliga á retirar la mitad de la fuerza sitiadora (Zonar.). El procónsul L. Cecilio Metelo vuelve á Roma. Triunfo del cónsul sobre los cartagineses el 7 de setiembre romano del 504 (Fast. Capit.) 30 de setiembre juliano del 250 antes de Jesucristo. Dice Plinio (lib. viii, c. 6) que el triunfo se celebró en el año 502, pero copiaria la fecha de autores que seguian la cuenta de Cornelio Nepote. Un huracan desmonta las máquinas del sitio puesto por los romanos á Lilibeo, y los cartagineses aprovechan la ocasion para incendiarlas (Polib. c. 48). Pero los romanos siguen en su empresa, y convierten el sitio en bloqueo. Los cartagineses mandan embajadores á Roma á pedir la paz, y proponer el cange de prisioneros. Nombrado tambien embajador Régulo por la misma república, aconseja al senado que rechaze la paz, y hasta el cange, á pesar de hallarse prisionero de los cartagineses, quienes le enviaron, fiados en la promesa de que se constituiria otra vez prisionero en caso de no firmarse la paz. El senado sigue su parecer (Cic. de Offic. lib. iii, c. 26 y 27. Epít. de T. Liv. lib. xviii, Aul. Gel. lib. vi, c. 4. Val. Máx. lib. ix, c. 2 Eutrop. Oros, etc.).

Cónsules: P. Claudio Pulcro, y L. Junio Pulo entran el 21 de abril romano del 505, 7 de mayo juliano del 249 antes de Jesucristo.

Dictador sexagesimo septimo: M. Claudio Glicia.—Dictador sexagésimo octavo: A. Atilio Calatino.—249-248. Dice Plinio, siguiendo el cálculo varroniano (lib. xv, c. 1) que este consulado corresponde al 505 de Roma. Llega P. Claudio á Sicilia y le dice el encargado de los auspicios que los pollos sagrados no quieren comer ni salir de su jaula. Claudio dice que esto consiste en que tienen sed, los hace arrojar al mar para que beban y da la batalla (Cic. «De Nat. Deor.» lib. ii, c. 3. Val. Máx. lib. i, c. 4, Epít. de T. Liv. lib. xix, Sueton. Eutrop.) Componíase la flota de ciento veinte buques, y la vence Adherbal con solos noventa, quedando únicamente á los romanos treinta y con ellos va el resto de su tropa al sitio de Lilibeo. Dice Floro que Claudio fué vencido por los dioses por haber despreciado los auspicios. Parte el cónsul Junio de Roma con víveres y municiones para los sitiadores de Lilibeo. Tampoco consulta el cónsul los auspicios, y destaca parte de la flota á las órdenes de sus cuestores. Cartalon se coloca entre Junio y los cuestores cerca del cabo Pachino. Presienten los cartagineses un temporal, y se alejan del cabo. La flota romana naufraga, sin que quede una tabla útil, me-

nos dos buques, con los cuales va Junio con muy pocos soldados á refugiarse entre los sitiadores de Lilibeo (Polib. Diod. Oros.). Llama á Roma el senado á Claudio y le manda que nombre un dictador. El cónsul elige á Glicia, que habia sido su escribano (Fast. Capit. Epít. de T. Liv. lib. XIX, Suet. «Vida de Tiber.). El senado obliga á Glicia á que abdique, y entra dictador A. Atilio Calatino, que toma por lugarteniente á L. Cecilio Metelo (Fast. Capit. Zonar.). El cónsul Junio entró á la fuerza en Erix, y posesionado de una aldea llamada Equitalo, al pié del monte, se ve atacado allí por Cartalon, quien le hace prisionero con su guarnicion (Zonar.). Parte A. Atilio Calatino para Sicilia. Es el primer dictador que salió de Italia: y nada hizo notable. Como ambos cónsules habian sido vencidos habiendo despreciado los auspicios, no lo llevaron á mal los pontífices; así es que por esto no omitieron la intercalacion del año 506 de Roma.

Cónsules: C. Aurelio Cota II, y P. Serv. Gémino II, entran el 21 de abril romano del 506, 19 de mayo juliano del 248 antes de Jesucristo.

248-247. Enjuiciamiento de P. Claudio, cónsul del año anterior. Absuelto en los comicios por centurias, fué condenado en los comicios por tribus (Val. Máx. lib. I, c. 4. Cic. «De Natur. Deor.» lib. II, c. 3). Su colega Junio, prisionero en Cartago, se suicida por no incurrir en la misma condenacion (Val. Máx.). El senado renuncia otra vez á la guerra por mar (Polib.). Vieron los cartagineses que con la gente que tenian los cónsules en Sicilia no podian hacer gran cosa, y fuéron á cruzar ante las costas de Italia, pero el pretor romano fué á custodiarlas, y tuvieron que irse otra vez á Sicilia (Zonar.). Sedicion de las tropas extranjeras que servian á Cartago (Zonar.).

Cónsules: C. Cecilio Metelo II, y N. Fabio Buteo, entran el 21 de abril romano del 507, 1.° de junio juliano del 247 antes de Jesucristo.

247-246. Vengados los dioses con la condenacion de Claudio y la muerte de Junio, tuvieron los pontífices por bueno para la religion este año, y creemos que le prolongaron con una intercalacion extraordinaria. Amilcar Barca, padre de Aníbal, toma el mando de la tropa cartaginesa de Sicilia. Amilcar desembarca en Italia, y tala la tierra de los locrios y de los brucios. Vuelve á Sicilia, y acampa en el monte entre Erix y Panormo, en medio de los romanos. Era, dice Polibio (lib. I, c. 56) el 18.° año de la guerra, y por lo mismo, en este año consular, comenzaba dicho año 18.° en julio juliano. Continúa el sitio de Lilibeo el cónsul L. Cecilio Metelo y su colega Fabio va á sitiar á Trápani. Cange de prisioneros de los ejércitos de Sicilia entre cartagineses y romanos (Epít. de T. Liv. lib. XIX, Zonar.). Establecimiento de las colonias de Ésulo y de Alcio, en Etruria y Umbría, veinte y dos años después, dice Velleyo Patérculo (lib. I, c. 14) después del de las de Ariminio y Benevento, en el consulado de Sempronio Sofo y Apio Claudio, del año 486. El año 22 cae en este año de 507. Lustro 38.°, hecho por los censores A. Atilio Calatino, y A. Manlio Torcuato Ático (Fast. Cap.) cinco años después del censo del 502.

Cónsules: M. Otacilio Craso II, y M. Fabio Licino, entran el 21 de abril romano del 508, 13 de julio juliano del 246 antes de Jesucristo.

Dictador sexagesimo nono: Tib. Coruncanio. — 246-245. Los cónsules no tenian fuerzas suficientes para desalojar á Amilcar del monte en que se habia colocado, y no hubo accion alguna importante en Sicilia, pero siguieron los dos sitios empezados por sus predecesores. Proceso de Claudia, hermana de P. Claudio Pulcro. Habia exclamado un dia en medio del pueblo: «¡Ojalá volviera al mundo mi hermano, y tuviese el mando de una flota!» Acusáronla los ediles del haber deseado la muerte de los ciudadanos, y el pueblo la condenó á una multa de veinte y cinco mil ases (Aul. Gel. Val. Máx. Sueton.). Con el dinero de la multa de Claudia, el edil Sempronio Graso hizo construir en el monte Aventino un templo á la libertad. Nacimiento de Aníbal antes de espirar este año de 508 (véanse los años 516 y 532). Aquellos sitios obligaron á los cónsules á permanecer en Sicilia. Dictadura de Tib. Coruncanio para las elecciones consulares. Tomó por lugarteniente á M. Fulvio Flaco (Fast. Capitolinos).

Cónsules: M. Fabio Buteo, y C. Atilio Bulvo, entran el 21 de abril romano del 509, 25 de junio juliano del 245 antes de Jesucristo.

245-244. La condenacion de Claudia, que deseó un cónsul violador de la religion y despreciador de los auspicios, inclinó á los pontífices, mucho mas que la creacion de un templo á la libertad, á añadir una intercalacion extraordinaria. Los romanos ganaron una batalla á los cartagineses cerca de Egimuro, pero luego la escuadra vencedora naufragó (Floro, lib. II, capítulo 2). Se establece la colonia de Fregelas (Epít. de T. Liv. lib. XIX), dos años después, dice Velleyo (lib. I, c. 14) de establecidas las de Ésulo y Alcio en el año 507.

Cónsules: A. Manlio Torcuato Ático y C. Sempronio Bleso II, entran el 21 abril romano del 510, 7 de julio juliano del 244 antes de Jesucristo.

244-243. Toma de Erix, por Amilcar (Polib. Diodoro), unos tres años, dice Polibio, después de haberse colocado en el monte entre Erix y Panormo. Dueño de Erix, Amilcar asedia á los romanos que habian quedado en el templo de Venus Ericina, en la cumbre del monte, pero luego se vió sitiado él por una fuerza romana acampada al pié de la colina. Ambos partidos permanecieron en esta posicion por espacio de dos años, añade Polibio, hasta la paz. Como está se concluyó á principios del 513, Amilcar debió tomar á Erix á fines de este año. Se envia una colonia á Brindis, durante el consulado, segun Velleyo (lib. I, capítulo 14) de Torcuato y Sempronio, un año después de establecida la de Fregelas.

Cónsules: C. Fundanio Fúndulo, y C. Sulpicio Galo, entran el 21 de abril romano del 511, 27 de junio juliano del 243 antes de Jesucristo.

243-242. Los galos que servian con los cartagineses no pudieron entregar á los romanos á Erix que guarnecian, pero se pasaron á los cónsules, que los admitieron en servicio de Roma (Polib. Zonar.). Fuéron los primeros bárbaros que militaron como auxiliares con las tropas romanas (Zonar.). Vacante el sumo pontificado por muerte de Tib. Coruncanio, fué conferido á L. Cecilio Metelo, al 4.° año, segun Ciceron (de Senect. c. 9), del segundo consulado de Metelo, del año 507. Volvió á conocer el senado que sin marina eran inútiles los esfuerzos de la república, y resolvió organizar otra flota, á los cinco años, dice Polibio (c. 59), de haber renunciado á la guerra marítima (en el 506) (Zonar.). Se construye la flota.

Cónsules: L. Lutacio Cátulo, y A. Postumio Albino, entran el 21 de abril romano del 512, 17 de junio juliano del 242 antes de Jesucristo.

242-241. El gran pontífice L. Cecilio Metelo prohibe al cónsul A. Postumio, sacerdote de Marte, el ausentarse de Roma á fin de que cumpliese con los deberes de su sagrado ministerio. De modo que el cónsul no puede ir á Sicilia (T. Liv. Tácit. Val. Máx.). El senado

prohibe al cónsul C. Lutacio, que queria consultar acerca del éxito de la guerra al oráculo de Prenesto, el acudir á adivinacion extranjera (Val. Máx. lib. I, cap. 3). Parte Lutacio con la nueva flota para Sicilia, á principios de verano (Polib. c. 59). Como el primer período de esta estacion se extiende desde el 11 de mayo juliano hasta el solsticio, Lutacio salió á los primeros dias de su consulado, á fines de junio juliano. Confiado el enemigo en el abandono de la guerra marítima por parte de los romanos, tenia sus escuadras en Cartago, y el cónsul pudo arribar sin obstáculo á Trápani y á Lilibeo. Siguen los sitios de ambas plazas, y entretanto Lutacio adiestra á sus marinos (Polib. cap. 60). Temerosos los cartagineses por la suerte de Amilcar en Erix, equipan una nueva flota en su socorro. Lutacio asalta á Trápani; y queda herido. Abandonan los soldados el asalto, y le llevan al campamento (Oros. Zonar.). Detenido uno de los cónsules en Roma por el gran pontífice, é imposibilitado el otro de operar en Sicilia con motivo de su herida, se nombra un segundo pretor para ayudar á Lutacio: fué la vez primera que hubo dos pretores (Epít. de T. Livio lib. XIX). Salió elegido Q. Valerio Falto (Zonar.). La flota cartaginesa, mandada por Hanon, se da prisa en acercarse á las costas de Sicilia. Y, aunque no bien restablecido todavía, sale Lutacio con rumbo á Egusa, una de las islas Egatas, previendo que allí volveria Hanon para tomar un refuerzo de gente: llega á tiempo, y da la batalla así que avista al enemigo (Polib. T. Liv.). Esta batalla naval se dió delante de las islas Egatas á 10 de marzo romano del siguiente año 513 (Eutrop. lib. II, cap. 27), 18 de mayo juliano del 241 antes de Jesucristo. El combate no pudo efectuarse antes de la estacion propia para la navegacion de las flotas, que se abria á 15 de mayo, segun Vegecio (libro V, cap. 9). El 10 de marzo romano, fecha del combate, por mucha prisa que se dieran los generales, no puede colocarse antes de terminar el mes de mayo juliano, con el cual coincide segun nuestra tabla. Este año romano estaba muy desordenado pues que se anticipaba de dos meses al juliano, y que por consiguiente los pontífices habian puesto muchas intercalaciones, segun en la tabla consignamos. Hallábase en esta accion el pretor Q. Valerio Falto, como lugarteniente del cónsul (Val. Máx.). Los cartagineses fuéron vencidos y perdieron la flota y trasportes (Flor. Polib.). Hanon se escapa hácia África (Polib. Oros.). No podia el senado de Cartago enviar nuevos socorros, y otorga poderes á Amilcar para negociar la paz (Polib.). Este general prueba primero la fortuna de las armas delante de Erix, y queda tambien vencido. Propone la paz á Lutacio (Polib.). Posteriores estas proposiciones á la batalla de las islas Egatas, dada en 10 de marzo romano, se sigue que la paz, segun dice Zonaras, no fué entablada hasta fines del consulado de Lutacio, cuyo cargo espiró á 20 de abril. Por no dejar Lutacio á su sucesor, dice aun Zonaras, el honor de terminar la guerra, prestó oidos á Amilcar, bien que envió los cartagineses á Roma para el tratado definitivo (Polib. lib. I, cap. 62). Concluyen las hostilidades al año 23.° de la guerra púnica (Eutrop. lib. III, cap. 1). Habia comenzado en 490.

CÓNSULES: A. Manlio Torcuato Ático II, y Q. Lutacio Cerco, entran el 21 de abril romano del 513, 29 de junio juliano del 241 antes de Jesucristo.

241-240. La prohibicion de acudir á religiones extranjeras, el buen éxito de la autoridad del gran pontífice ejercida sobre un sacerdote, aun cuando elevado á la dignidad consular, eran cosas favorables á la religion romana, y hubo intercalacion. Convenio entre el procónsul C. Lutacio Cátulo y Amilcar. Los cartagineses acceden en no ofender al rey Hieron, ni á ningun aliado del pueblo romano; en pagar dos mil doscientos talentos en veinte años, y en devolver todos los prisioneros y desertores. Antes de ratificar el tratado, el pueblo romano exigió la cesion de todas las islas situadas entre Sicilia é Italia, y el aumento del tributo á que los cartagineses se habian obligado (Polib.). Conclusion definitiva de la paz segun las condiciones exigidas por el pueblo romano, en el consulado de Q. Lutacio y de A. Manlio (T. Liv. libro XXX, cap. 44) al año décimo del sitio de Lilibeo (Diodor.), y 24.° de la guerra (Polib. Diodor. T. Liv. Zonar.). Sin embargo, confundiendo algunos autores las proposiciones de paz hechas por Amilcar el año anterior, con el tratado concluido este año, ponen la paz en el 23.° de la guerra (véase Orosio lib. IV, cap. 11). El procónsul C. Lutacio Cátulo redujo la Sicilia á provincia, menos lo perteneciente á Hieron, y desarmó á los sicilianos (Zonar.). El procónsul Lutacio disputaba el triunfo al propretor Q. Valerio Falto (Val. Máx.) pero el pueblo le concedió este honor. Triunfo naval del procónsul C. Lutacio Cátulo sobre los cartagineses el 4 de octubre romano de este año 513 (Fast. Capit.) 7 de diciembre juliano del 241 antes de Jesucristo. Q. Valerio celebró el suyo el 6 de octubre romano, 9 de diciembre juliano. Se establece una colonia en Umbría (Epít. de T. Liv. lib. XX), tres años, dice Valerio (lib. I, cap. 14) después de establecida la de Brindis, y por tanto, en este año de 513. Los ediles plebeyos emplearon el dinero que provenia de multas, impuestas por haberse apacentado ganado de particulares en pastos de tierras de la república, en juegos florales instituidos para obtener de Flora flor en abundancia en árboles y plantas: fué el mismo año, dice tambien Velleyo, (lib. I, cap. 14) en que se fundó la colonia de Espoleto, y por lo mismo en este año. En la mayor parte de los manuscritos de Plinio (lib. XVIII, cap. 29) se lee que esos juegos se celebraron en el año 516, pero es equivocacion de copistas. En el calendario juliano se hallan dichos juegos en 28 de abril, en tiempo muy inseguro (Calen. antig. Plinio). Los mismos ediles L. y M. Publicio Malcolo erigen un templo á Flora (Tacit. Anal. lib. II, cap. 49) y abren un camino en declive para carruajes desde Velia al monte Aventino, llamado el camino Publicio (Ovid. Fast. lib. V, ver 283. Festo. Varron). El pueblo estableció dos nuevas tribus, la Melina y la Quirina (Epít. de T. Liv. lib. XIX), llegando así á treinta y cinco, de cuyo número no pasaron. Lustro 39.° hecho por los censores C. Aurelio Cota, y M. Fabio Buteo (Fast. Capit. Pighio). Celebrado el postrero en 507, este correspondia al año anterior; es probable que se prefirió esperar la conclusion de la guerra, y la vuelta de los ejércitos. Rebelion de los faliscos: guerra contra ellos hecha á fines de febrero romano del siguiente año 514, pues solo duró seis dias (T. Liv. Eutrop.). Los triunfos á que dió lugar se hicieron á principios de marzo. Triunfo del cónsul Q. Lutacio Cerco sobre los faliscos el 1.° de marzo romano del siguiente año de 514 (Fast. Capit.) 29 de abril juliano del 240 antes de Jesucristo. Triunfo sobre el mismo pueblo de A. Manlio Torcuato el 4 de marzo romano del mismo año (Fast. Capit.) 2 de mayo juliano. En ese consulado ocurrieron dos grandes desgracias. El Tiber se llevó todas las casas construidas sobre sus orillas (Oros. lib. IV, cap. 11. S Agust. «de civit dei,» lib. III, cap. 18). Luego hubo en Roma un gran incendio, que llegó hasta la plaza mayor y redujo á cenizas el templo de Vesta, en que estaba el fuego sagrado. El gran pontífice L. Cecilio Metelo se pre-

cipita en medio de las llamas, salva el Paladion y demás objetos venerados, pero pierde la vista, y queda con el brazo quemado (T. Liv. Val. Máx. y otros). El pueblo le permite ir en adelante al senado en carro, distincion á nadie concedida hasta entónces (Plin. lib. VII, cap. 43). Se le erigió una estátua en el Capitolio con una inscripcion honorífica, que traen Grevio y Pighio (Dionis. Halicarn. lib. II).

CÓNSULES: C. Claudio Centho, y M. Sempronio Tuditano, entran el 21 de abril romano del 514, 19 de junio juliano del 240 antes de Jesucristo.

240-239. Con la inundacion y el incendio del templo se omitió la intercalacion. Primera representacion de comedias y tragedias en Roma por Livio Andrónico, en el consulado de C. Claudio y M. S. Tuditano, año 514 de Roma (Cic. Brut. cap. 18. Tuscul. lib. I, de Senect. cap. 14. Aul. Gel. lib. XVII, cap. 21. Casiodor.). Las piezas se representaron durante los juegos romanos (Casiod.). Estos juegos principiaban el 4 de setiembre romano que este año correspondia al 29 de octubre juliano.

CÓNSULES: C. Mamilio Turino, y Q. Valerio Falto, entran el 21 de abril romano del 515, 9 de junio juliano del 239 antes de Jesucristo.

239-238. Nace el poeta Enio en el consulado de Q. Valerio y de C. Mamilio (Aul. Gel. refiriéndose á Varron, lib. XVII, cap. 21). El año subsiguiente á la primera representacion de obras dramáticas, es tambien el año posterior al consulado de Claudio y de Tuditano (Aul. Gel. Cic. Túscul. lib. I, cap. 1).

CÓNSULES: Tib. Sempronio Graco, y P. Valerio Falto, entran el 21 de abril romano del 516, 22 de junio juliano del 238 antes de Jesucristo.

238-237. Guerra contra los ligures y galos. Enviado el cónsul Sempronio á Liguria, vence á esos pueblos, y, por parecer sometidos, se le destina á otras expediciones. Sempronio va á efectuar un desembarco en Cerdeña y en Córcega (Festo, en la voz «Sardi venales.» Epít. de T. Liv. lib. XX), casi al mismo tiempo, dice Polibio, en que concluia la guerra de los cartagineses contra sus tropas mercenarias que se habian rebelado en África. Además, dice Polibio (lib. I, cap. 65) que esta guerra de los cartagineses contra sus mercenarios habia comenzado luego de concluida la paz al principio del año consular de 513 entre Roma y Cartago; y como dicha guerra, segun el mismo autor (cap. 88), duró tres años y cuatro meses, tenemos que concluyó en este año, y que en el mismo se efectuó la ida de Sempronio á Cerdeña y á Córcega. En cuanto á los galos, el cónsul Q. Valerio fué encargado de luchar con ellos, y perdió tres mil hombres en un primer combate; pero, sabedor de que le enviaban de Roma un refuerzo que él no habia pedido, da otra batalla, y los derrota. Con todo, con motivo de su primer descalabro no le concedieron el triunfo (Oros. Zonar.). Los galos habian vivido en paz con los romanos durante cuarenta y cinco años; su última guerra fué en 471 (Polib. lib. II, cap. 21). En este año de 516 volvieron pues los galos á hostilizar. Se establece la colonia de Valencia, dos años despues de la de Espoleto, en 514 (Vetey. cap. 14). Pasa Amilcar á España, terminada la guerra de Cartago con los mercenarios (Polib. lib. II, cap. 1. Corn. Nep. «Vid. de Amil.»), á fines de este año consular. Su hijo Aníbal le sigue en España, teniendo entónces nada mas que nueve años principiados. De modo que habia nacido antes de concluir el año 508 (véase este año y el 532).

CÓNSULES: C. Cornelio Céntulo Caudino, y Q. Fulvio Flaco, entran el 21 de abril romano del 517, 11 de junio juliano del 237 antes de Jesucristo.

237-236. Nuevo tratado entre cartagineses y romanos. Los primeros reclamaban la Cerdeña y la Córcega. Se les ceden estas islas mediante un aumento de tributo de mil doscientos talentos (Polib.). Eutropio pone este tratado (lib. III, cap. 2) en este año, Zonaras en el anterior. Sigue la guerra con los galos. Por haber ido á Liguria, que se habia vuelto á rebelar, el cónsul C. Cornelio, los galos atacan impetuosamente el campamento de Q. Fulvio, pero son rechazados. Los galos piden socorro á los de su nacion que moraban mas allá de los Alpes (Zonar.). Victoria de C. Cornelio en Liguria (Eutrop.). Su triunfo el 13 del mes intercalar del siguiente año 518 (Fast. Capit.) 18 de abril juliano del 236 antes de Jesucristo. Embajada de los romanos á Tolomeo, rey de Egipto, ofreciéndole socorro contra Antíoco, rey de Siria. Este no le necesitó, porque en el entretanto ambos príncipes concertaron la paz (Eutrop.). Llega á Roma Hieron rey de Siracusa en los primeros meses del siguiente año 518, durante este consulado, para ver los juegos (Eutrop.) Se cree que eran los juegos seculares, que se celebraban sobre el tiempo de la riega (Fast. Cap. Censonis).

CÓNSULES: C. Cornelio Léntulo Caudino, y C. Licinio Varo, entran el 21 de abril romano del 518, 23 de junio juliano del 236 antes de Jesucristo.

236-235. Animados los galos boyos con el refuerzo recibido de los galos transalpinos, piden á los romanos que les devuelvan la ciudad de Arimino. Aproximanse los galos auxiliares á esa poblacion antes que recibieran los boyos la respuesta del senado, y figurándose estos que los romanos la cederian á los primeros, se arman contra los transalpinos, y dan muerte á sus jefes Atis y Galato. El ejército auxiliar se retira otra vez á la Galia, y los boyos piden la paz, que se les otorga mediante la cesion de parte de sus tierras (Polib. II, cap. 21. Zonar.). El tumulto de los galos fué al principio del año que nos ocupa (véase el 522). Nueva rebelacion de Córcega y de Cerdeña. M. Claudio Glicia pasa con la vanguardia del ejército á Córcega, y sin esperar al cónsul C. Licinio Varo, negocia con los corsos un tratado desfavorable á la república. Los romanos no le ratifican, y entregan á Glicio á los corsos. Estos no le recibieron, y tuvo que expatriarse (Dion.). Dice Valerio Máximo (lib. VI, cap. 3) que murió en prisiones. Licinio Varo derrota á los corsos (Zonar.). Los romanos imputan á los de Cartago la rebelion de las islas, y los amenazan con una nueva guerra. Embajada de Cartago á Roma. Al negarse el senado á la continuacion de la paz, le dice Hanon, el embajador mas jóven, que en este caso debian los romanos devolver las islas con las cuales la habian pagado (Dion. Cas.). Luego estaban ya cedidas cuando la rebelion, y antes de esa embajada. Por esto hemos puesto su cesion en el año que precede. Acceden los romanos en que quede en su vigor el tratado de paz, exigiendo de los cartagineses una cantidad de dinero. Orosio (lib. IV, cap. 12) pone este suceso en el siguiente consulado, pero Zonaras le pone en este. L. Léntulo Caudino y Q. Lutacio Cerco eran censores; pero, por muerte del segundo Léntulo abdicó, y no hubo lustro (Fast. Cap.), bien que correspondiera á este año, pues el último se hizo en 513.

CÓNSULES: T. Manlio Torcuato, y C. Atilio Bulbo II, entran el 21 de abril romano del 519, 13 de junio juliano del 235.

235-234. El cónsul T. Manlio somete la Cerdeña. Su triunfo el 10 de marzo romano del siguiente año de 520 (Fast. Capit.) 15 de mayo juliano del 234 antes de Jesucristo. En paz los romanos con todos los pueblos, cierran el templo de Jano, lo que no habia

sucedido mas que una vez en tiempo de Numa. Tampoco se hizo el lustro en este año, probablemente por no pasar revista á los ciudadanos armados, segun debia hacerse, cerrado el templo de Jano, el cual se abrió sin embargo en este mismo consulado (Varron. Plutar. Oros. T. Liv. etc.).

Cónsules: L. Postumio Albino, y Sp. Carvilio Máximo, entran el 21 de abril romano del 520, 26 de junio juliano del 234 antes de Jesucristo.

234-233. El cónsul Postumio va á Liguria, y el otro á Córcega. En Cerdeña se da el mando al pretor P. Cornelio (Zonar.) Muerto este pretor de una enfermedad contagiosa á la que sucumbió la mayor parte de su gente, pasa el cónsul Carvilio á la isla, y la avasalla (Zonar.). Triunfo de este cónsul sobre los sardos el 1.° de abril romano del siguiente año de 521, 26 de mayo juliano del 233. El poeta Neyo Nevio, que habia servido en la guerra púnica, presentó en el teatro su primera produccion en el año catoniano de 519 (Aul. Gel. lib. xvii, cap. 21), ó sea en este año varroniano de 520, quince años completos antes de la segunda guerra púnica, que comenzó en 536. Nace Caton el Censor, seis años despues de la representacion de la primera obra dramática de Livio Andrónico. Caton tenia sesenta y cinco años, cuando en el consulado de Cepio y de Filipo, en 585, hizo adoptar la ley Boconia (Cic. de Senat. cap. 5). Tenia ochenta y cinco en el consulado de T. Quincio y de M. Acilio, ó en el de Censorino y de Manilio, en los años 604 y 605, cuando en uno de estos años hizo una arenga contra Servio Galba, acusado por el tribuno Escribonio Libo (Cic. Val. Máx. Quintel.) Caton opinó para que se emprendiese la tercera guerra púnica (Plutarc. Vid. de Cat.). Luego su muerte es posterior al principio de esta guerra que es del año 604, y debe fijarse en 605. Ciceron (Brut. cap. 5) dice que murió á los ochenta y cinco años. Todas estas fechas fijan su nacimiento en este año de 520. Por tanto, se equivoca Cornelio Nepote al decir que tenia diez y siete años cuando servia en el consulado de Marcelo y de Q. Fabio, en 540; entónces tenia diez y nueve, pues como, segun Plutarco, entró á servir á los diez y siete años, su campaña con Fabio y Marcelo no era la primera. Nace Escipion, al que apellidaron «Africano,» (véase los años 536 y 548). La vestal Tuccia se dejó seducir por un esclavo, y con el suicidio se libró del suplicio á que la condenaron. Lustro 40.° hecho por los censores C. Atilio Bulbo, y A. Postumio Albino (Fast. Capit.) á principios del año consular (véase el año 524).

Cónsules: Q. Fabio Máximo Verrucoso, y M. Pomponio Matho, entran el 21 de abril romano del 521, 15 de junio juliano del 233 antes de Jesucristo.

233-232. Embajada á los cartagineses, quejándose de la nueva rebelion de Liguria, Cerdeña y Córcega, á cuyas instigaciones la imputaban los romanos. Presentan los embajadores al senado de Cartago un dardo y un caduceo, y les dicen que escojan. Contestan los cartagineses que opten ellos mismos (Zonar.). Mas, no hubo rompimiento entre ambas naciones. Triunfo del cónsul Q. Fabio sobre los ligures el 1.° de febrero romano del 522 (Fast. Capit.) 18 de marzo juliano del 232 antes de Jesucristo. Triunfo de M. Pomponio sobre los sardos el 15 de marzo romano, 21 de mayo juliano del mismo año. Dedicacion del templo del honor por Q. Fabio al volver de la guerra de Liguria (Cic. De Nat. Deor. lib. ii, cap. 23).

Cónsules: M. Emilio Lépido, y M. Publilio Maléolo, entran el 21 de abril romano del 522, 27 de junio juliano del 232 antes de Jesucristo.

Tribuno del pueblo: C. Flaminio (Cic. y Val. Máx.). — 232-231. Devastaron ambos cónsules la Cerdeña, pero en Córcega perdieron todo el botin (Zonar.). El tribuno del pueblo, C. Flaminio, propone una ley para la reparticion á ciudadanos romanos de tierras tomadas á los galos senoneses en las guerras anteriores. La ley de Flaminio, dice Polibio (lib. ii, c. 21), fué presentada en el consulado de M. Lépido, al año quinto, añade, del tumulto que hubo entre los galos, de suerte que corresponde este al principio del 518. Ciceron (de Senect. c. 4), pone equivocadamente esta ley cuatro años mas tarde, en el segundo consulado de Q. Fabio Máximo con Carvilio en 526 (véase el año 529). No quiso Flaminio acceder á las razones del senado ni de su padre, que desaprobaban su ley. Armaron una fuerza contra el, y no cesó en su propósito: su padre se abalanza á la tribuna en los comicios, y saca de ella á su hijo que le sigue (Val. Máx. Cic.); pero, la ley agraria fué promulgada, por haber insistido en la misma algun otro tribuno (Polib. Cic.). Esa ley fué la causa principal de la guerra de los galos en 529 (Polib.).

Cónsules: M. Pomponio Matho, y C. Papirio Mason, entran el 21 de abril romano del 523, 17 de junio juliano del 231.

Dictador septuagesimo: C. Duilio. — 231-230. T. Manlio Torcuato y Q. Fulvio Flaco salieron elegidos censores, y declarado vicioso su nombramiento, tuvieron que abdicar (Fast. Cap.). Primer divorcio que hubo en Roma. Antes de renunciar sus cargos obligan los cencores á Carvilio Ruga á repudiar á su mujer, porque era estéril, y no daba hijos á la república. Dice Dionisio (lib. ii), que este divorcio ocurrió en la olimpíada 137.ª, en el consulado de M. Pomponio y de C. Papirio, y por tanto, en este año varroniano de 523. En el mismo año le pone Aulogelio, solo que se equivoca al decir que era en el consulado de M. Atilio y P. Valerio, que cae en el 527 de Roma. Tambien dice Aulogelio (lib. xvii, c. 21), que el divorcio de Carvilio fué en 519, pero consiste en que copiaria algun autor, que seguiria una época diferente acerca de la fundacion de Roma. Dionisio y Valerio Máximo dicen que por espacio de quinientos veinte años no hubo ningun divorcio en Roma, esto solo quiere decir que el primer divorcio es posterior al año 520. Plutarco ora pone este suceso en el año 230 (vida de Rómulo), ora en el 230 (vida de Numa). Esto prueba que el texto ha sufrido alteracion. Debe seguirse á Dionisio, quien fija el hecho con olimpíada y consulado. Bien que Carvilio tuviese que repudiar á su mujer á la fuerza, el pueblo llevó muy á mal su poca entereza (Dionis. Val. Máx.). El pueblo veia que los censores trataban de arrogarse el derecho de obligar al divorcio á los ciudadanos que no tuviesen hijos, y lo miraba como una opresion. Segun las leyes de Rómulo, solo era permitido el divorcio en caso de adulterio por parte de la mujer, ó de envenenamiento y suposicion de hijos (Plut. vida de Rómul.), y aun en estos casos el marido podia nó usar de su derecho. Al establecer los censores un cuarto caso de divorcio, le hacian forzoso. La innovacion desagradaria tambien á los pontífices. Siguiendo la ley de Rómulo, el marido que repudiase en otros casos que los mencionados por la misma, estaba obligado á dar la mitad de sus bienes á su mujer, y consagrar la otra mitad á Ceres (Plutar.). El marido, obligado al repudio por los censores, no podia incurrir en esa pena, y á los templos no les resultaba ninguna ventaja. Á esto creemos debe atribuirse el que los pontífices tratasen de anular el nombramiento de sus censores. El cónsul Papirio Mason avasalla á los corsos, despues de una enérgica resis-

tencia. Como perdió mucha gente, el senado le negó el triunfo, pero Papirio dió el funesto ejemplo de celebrar el triunfo fuera de la ciudad, á pesar del senado, y con solo el beneplácito del ejército (Val. Máx. Plin. Festo en la voz Myrtea). Primer triunfo en el monte Albano de Capirio, el 5 de marzo romano del siguiente año 524 (Fast. Cap.), 21 de abril juliano del 230. El cónsul Pomponio somete tambien la Cerdeña, y permanece en la isla. Dictadura de C. Duilio para los comicios consulares. Nombra lugarteniente á C. Aurelio Cota (Fast. Cap.). Papirio hubiera podido presidir las elecciones, pero el senado quiso vengarse de él por haber hecho el triunfo contra sus órdenes.

Cónsules: M. Emilio Bárbula, y M. Junio Pera, entran el 21 de abril romano del 524, 7 de junio juliano del 230.

230-229. Dos malos ejemplos, un primer divorcio y un triunfo á pesar del senado, dieron lugar á que se omitiese la intercalacion. Los cónsules, de órden del senado, emprendieron la guerra contra los ligures, y entran en la Galia cisalpina (Polib.). La hallan de paz, y se dirigen á la Liguria (Zonar.). Embajada de los romanos á Iliria, compuesta de los hermanos C. y L. Coruncanio, y de C. Junio, para quejarse de las tropelías que los corsarios ilirios cometian contra mercaderes romanos, y decir al mismo tiempo que la república habia tomado bajo de su proteccion á la ciudad de Isa, atacada por los ilirios. En aquel reino gobernaba la reina Teuta, viuda del rey Agron, y regia durante la menor edad de Pineo, hijo del mismo. Respondió la reina á los embajadores, que los soberanos de Iliria solian permitir á sus súbditos armar en corso por convenir así á sus intereses, y el embajador mas jóven, L. Coruncanio, repuso que los romanos la obligarian á reformar esa costumbre. Luego Teuta apostó emisarios en el camino, que asesinaron á L. Coruncanio y á C. Junio prendiendo á los demás embajadores (Polib. Zonar.). En Roma se erigen estátuas á L. Coruncanio y á C. Junio (Plin. lib. xxxiv, c. 6). Se declara la guerra á los ilirios. Corcira y Dirraquio son sitiadas al principio de la primavera por la reina Teuta (Polib.); esto es en el siguiente año de 525 en este mismo consulado. Muerte de Amilcar, padre de Aníbal, en España (Casiodor.). Polibio dice (lib. II, c. 1), que habia mandado en España casi durante nueve años, Cornelio Nepote, que murió al año noveno de estar en la península: de modo, que los nueve años no eran cumplidos. Amilcar habia ido á España en 516, y si se pone su muerte en los primeros meses del 525, gobernando estos cónsules, se halla que habia comenzado el año noveno cuando murió. Orosio pone equivocadamente su muerte en el 517 de Roma. Lustro 41.° hecho por los censores Q. Fabio Máximo Verrucoso, y M. Sempronio Tuditano (Fast. Cap.). Como el último se hizo al principio del año consular del 520, este cayó en los meses primeros del 525, á fines de este consulado.

Cónsules: C. Postumio Albino II, y N. Fulvio Centumalo, entran el 21 de abril romano del 525, 27 de mayo juliano del 229 antes de Jesucristo.

229-228. Teuta toma á Corcira, y continúa el sitio de Dirraquio, emprendiendo además el de Isa (Polib.). Los cónsules van á Iliria con una flota y un ejército, casi en la misma época, dice Polibio, en que los cartagineses confieren á Asdrúbal, yerno de Amilcar, el mando de España, vacante por muerte del último. De modo que la muerte de Amilcar fué á fines del precedente consulado. Demetrio de Faros era gobernador por Teuta en Corcira, y entregó la plaza á los romanos. La isla entera se somete. Los cónsules hacen levantar á los ilirios los cercos de Dirraquio y de Isa, y estas dos plazas se entregan á los romanos. Los cónsules conquistan las plazas que los ilirios tenian en las costas del Adriático. Teuta se refugia á un fuerte en medio del país, y los cónsules ceden parte de la tierra á Demetrio. Vuelve Postumio á Roma con sus legiones y la flota. Fulvio se queda en Iliria con cuarenta buques, y organiza un ejército de tierra en los pueblos que se aliaron con Roma (Polib.) Tratado de paz con Teuta al principio de la primavera del siguiente 526, en este consulado. Esta reina tiene que ceder á los romanos una parte de los estados de Pineo, y por la otra pagar un tributo. En virtud del tratado queda prohibida á los ilirios toda navegacion mas allá de Liso, que pase de dos buques, y aun desarmados (Polib.). Tambien renunció la regencia, que los romanos hicieron dar á Demetrio (Zonar.).

Cónsules: Sp. Carvilio Máximo II, y Q. Fabio Máximo Verrucoso II, entran el 21 de abril romano del 526, 8 de junio juliano del 228.

228-227. El procónsul Fulvio participa á los aqueos y etolios el tratado con los ilirios que libertaba la Grecia de sus correrías piráticas (Polib.). El senado envia una embajada á Corinto y á Atenas. Los corintios confieren á los romanos con un decreto solemne el privilegio especial de los griegos, de asistir á los juegos ístmicos, y los atenienses el derecho de ciudadanos de Atenas, lo que les facultaba para hacerse iniciar en los grandes misterios (Polib. Zonar.). Triunfo naval del procónsul N. Fulvio Centumalo sobre los ilirios el 21 jun. romano de este año 526 (Fast. Cap.) 7 de agosto juliano del 28 antes de Jesucristo. Tratado de los romanos con Asdrúbal, general cartaginés en España, luego de asentada la paz de Iliria (Polib. lib. II, cap. 13) y por lo mismo en este año. En él se estipuló que los cartagineses no podrian guerrear allende el Ebro (Polib.).

Cónsules: P. Valerio Flaco, y M. Atilio Régulo, entran el 21 de abril romano del 527, 29 de marzo juliano del 227.

227-226. No habia mas que dos pretores, y se crearon otros dos para la Sicilia y la Cerdeña convertidas en provincias romanas. M. Valerio fué el primer pretor de Cerdeña, y C. Flaminio de Sicilia (Solin. capítulo 2).

Cónsules: M. Valerio Mesala, y L. Apustio Fulo, entran el 21 de abril romano del 528, 11 de junio juliano del 226.

226-225. Al año tercero del consulado de Postumio y de Fulvio, en 525 (Oros.) y por lo mismo en este año, encontraron los romanos en los libros sibilinos, que los griegos y galos se posesionarian de Roma; y para dar en cierto modo cumplimiento al oráculo, hunden vivos en tierra á dos griegos y á dos galos de ambos sexos (Plutarc. vid. de Marcel. Zonar.)

Cónsules: L. Emilio Papo, y C. Atilio Régulo, entran el 21 de abril romano del 529, 21 de mayo juliano del 225.

225-224. Guerra de la Galia cisalpina en este consulado, corriendo el octavo año de la ley del tribuno Flaminio en 522, que ordenaba la reparticion de tierras de los galos (Polib.). Cansada la Cerdeña con la presencia contínua de un pretor, se rebeló, y el cónsul Atilio la sojuzgó muy pronto. Acuden los galos transalpinos, acaudillados por sus reyes Concolitano y Aneroesto, en socorro de los pueblos confederados contra Roma, y marchan hácia la capital. Primer choque en Fésculas, en Etruria, con el pretor romano enviado para contener á los galos. El pretor tiene que retirarse, pero se coloca en un punto ventajoso, y los galos aguardan al dia siguiente para desalojarle; pero

llega de noche el cónsul Emilio, y los galos se retiran con el intento de ir á dejar el botin á su patria, para volver luego á continuar la guerra. Emilio los sigue. En esto, el cónsul C. Atilio vuelve de Cerdeña, arriba á Pisa, y allí sabe que su colega persigue á los galos. Atilio sitúa sus legiones en el camino, y la caballería en una colina á un costado. Batalla de Telamon. El ataque comenzó por el punto en que estaba la caballería. Atilio perdió la vida, pero el enemigo fué rechazado. Los galos, colocados espalda contra espalda, para hacer frente á dos ejércitos romanos que los tenian en medio, mientras que la caballería los acometia por el flanco, fueron hechos trizas. El rey Concolitano quedó prisionero. Aneroesto se suicidó (Polib.). Triunfo del cónsul Emilio Papo sobre los galos el 5 de marzo romano del siguiente año de 530 (Fast. Capit.) 26 de abril juliano del 224. Como Polibio (lib. II, cap. 31) dice que Emilio volvió á Roma con todas sus legiones, pocos dias después de la victoria, la batalla hubo de tener lugar en abril juliano, pocos dias antes de su triunfo en Roma. Segun Fabio Pictor, cuyo historiador habia servido en esta guerra, en este año tenian los romanos ochocientos mil hombres sobre las armas (Polib. Plin. Oros. Eutrop.). Lustro 42.º por los censores C. Claudio Cento y M. Junio Pera (Fast. Capit.) cinco años después del último lustro, hecho en 524.

Cónsules: T. Manlio Torcuato II, y Q. Fulvio Flaco II, entran el 21 de abril romano del 530, 12 de junio juliano del 224.

Dictador septuagésimo primero: L. Cecilio Metelo.—224-223. Resuelven los romanos el sojuzgar á los galos cisalpinos debilitados por su derrota el año anterior. Los cónsules invaden el país de los boyos, y estos se someten. El mal tiempo y las enfermedades impiden á los romanos domeñar á las demás tribus galas (Polib.). Con todo, los cónsules permanecen en país enemigo. Dictadura de L. Cecilio Metelo para los comicios consulares, y nombra lugarteniente á N. Fabio Buteo (Fast. Capit.)

Cónsules: C. Flaminio Nepote, y P. Furio Filo, entran el 21 de abril romano del 531, 2 de junio juliano del 223.

223-222. Los romanos pasan el Pó cerca de la embocadura del Adda. Las pérdidas que sufren les obligan á asentar una tregua de algunos dias con los insubrios, y tienen que pasar otra vez el rio y retirarse (Polib.). Prodigios espantosos. Se ve correr sangre en un rio, y el cielo como lleno de fuego en Etruria. En Arimino se distinguen tres lunas á un mismo tiempo. Un gavilan permanece durante muchos dias en la plaza mayor de Roma (Plin. Plutarc. Zonar. Oros.) Los pontífices declaran que no es bien legal la eleccion de los cónsules. El senado y los pontífices veian de mal grado cónsul á C. Flaminio, que durante su tribunado habia presentado, en 522, una ley agraria, y buscaban un pretexto para quitarle su autoridad. El senado escribe á los cónsules que regresen á Roma, y les prohibe entretanto aventurar ningun choque con el enemigo (Plut. Zonar.). Flaminio induce á Furio á no abrir las cartas hasta después de atacar á los galos. Victoria de los cónsules. Entónces se abrieron las cartas del senado. Furio opinó por la obediencia. Flaminio creyó que la victoria era indicio suficiente de la regularidad de su eleccion, y dijo que queria guardar el consulado, y curar á los romanos de sus preocupaciones tocante á los augurios (Plut. Zonar.). El mismo Furio, instado por el ejército de su colega, accede en quedarse en Liguria, pero, como persona privada, sin ejercer la autoridad consular. Flaminio continúa la guerra, toma una ciudad y varios fuertes, cede el botin al ejército para conciliárselo mejor contra el senado, y después vuelve á Roma con Furio. El senado no salió á recibirle, y le negó el triunfo. Flaminio obtuvo este honor para sí mismo y para su colega por medio de un decreto del pueblo, cuyo favor se habia granjeado, ya siendo tribuno, ya con su liberalidad en la guerra. Triunfa C. Flaminio sobre los galos el 10 de marzo romano del siguiente año 532 (Fast. Capit.) 11 de abril juliano del 222. Triunfo de Furio sobre galos y ligures el 12 de marzo romano del mismo año, 13 de abril juliano. El senado obliga á los cónsules á abdicar inmediatamente después de sus triunfos (Plut. Zonar.). Plutarco se equivocó al decir que los sucesores de Flaminio y de Furio fueron nombrados por intereyes; en los Fastos Capitolinos se ve que Flaminio y Furio estaban aun en el consulado el 10 y el 12 de marzo romano, dias de sus triunfos. Sus sucesores entraron el 15 del mismo mes romano (véase el año que sigue y el 537). Tres dias no eran suficientes para que los intereyes procediesen á las elecciones consulares, así es que los comicios hubieron de ser presididos por los cónsules que habia. Triunfando Flaminio en Roma el 10 de marzo, pudo reunir los comicios al dia siguiente, para que se votase el 13 y el 14, y abdicar luego con Furio.

Cónsules: N. Cornelio Escipion Calvo, y M. Claudio Marcelo, entran el 15 de marzo romano del 532, 16 de abril juliano del 222.

222-221. Alteracion del año consular. La abdicacion forzosa de los cónsules precedentes del 12 de marzo romano, puso la renovacion del consulado en el 15 del mismo mes (véase el año 537). Se omitió la intercalacion con motivo de los terribles prodigios del año anterior, y del poco caso de los cónsules para con la decision de los pontífices y órdenes del senado. Así se tranquilizaba al pueblo, y se abreviaba la magistratura de cónsules odiosos á los primeros cuerpos del Estado. El cónsul Marcelo hace rechazar por el pueblo las proposiciones de paz que presentaban los galos. Salida de las legiones para la Galia, á principios de la primavera (Polib.). Aquí comienza este autor á contar las estaciones á usanza de los griegos, y habla de la primavera astronómica, cuya primera parte se prolonga desde el equinoccio hasta el 11 de mayo. De modo, que, emprendiendo las legiones la marcha á fines de abril ó principios de mayo juliano, salieron al comenzar la primavera. Los insubrios aprontan un numeroso ejército reforzado con treinta mil galos, ó mercenarios compuestos de galos del Ródano (Polib.) y de germanos de allende el Rin (Propercio). Acaudillábalos el rey Viridomaro ó Britomaro. Los cónsules ponen sitio á Acerras, perteneciente á los galos, entre el Pó y los Alpes. Cerrados por los romanos todos los caminos que conducian á la plaza, Viridomaro pasa el Pó con diez mil hombres, penetra en país sometido á romanos, y asedia á Clastideo. Deja Marcelo á su colega en el sitio de Acerras, va á Clastideo con la tercera parte de su caballería y seiscientos infantes escogidos, y hace voto de consagrar á los dioses las mejores armas de los enemigos (Plut.). Duelo entre Viridomaro y Marcelo provocado por el primero, en presencia de ambos ejércitos. El cónsul romano mata á su contrario, le quita las armas, y las ofrece á Júpiter Feretrio (Plut. Val.-Máx. Virgil. etc.). Entónces comenzó la batalla. Marcelo vota un templo al Honor y á la Virtud. Victoria de los romanos en Clastideo. Los restos del ejército enemigo se retiran á Milan, capital de los insubrios (Polib.). Toma de Acerras por N. Cornelio; sitio de Milan por el mismo cónsul. Allí

se le reune Marcelo, y sabedores los gesatos, que no habian estado con Viridomaro desde la muerte de su rey, se retiran. Toma de Milan y otras plazas de los insubrios. Sumision de este pueblo (Polib. Plut.). Se les concede la paz mediante una contribucion en dinero, y la pérdida de parte de sus tierras (Zonar.). Los romanos someten toda la Italia, excepto algunos desfiladeros de los Alpes, que quedan para los galos. Triunfo de M. Claudio Marcelo sobre los galos, insubrios y germanos, el 1.° de marzo romano del siguiente año 533 (Fast. Capit.), 13 de abril juliano del 221. Los despojos que Marcelo hubo de Viridomaro fueron los terceros despojos ópimos alcanzados del enemigo. Los primeros los tuvo Rómulo del rey Acron, los segundos A. Cornelio Coso de Larcio Tolumnio, rey de los veyos, en el año 317, y estos fueron los últimos (Virg. T. Liv., lib. I, cap. 10). En memoria del vencimiento de Marcelo, el senado envió una copa de oro al templo de Apolo en Delfos. Muere Asdrúbal en España, después de mandar, segun Polibio (lib. II, cap. 36) ocho años, ó como dice T. Livio, casi ocho años (lib. XXI, cap. 2); de suerte que no eran cabales. Como este general empezó á mandar en España al principio del 525, ha de corresponder su muerte al 524. Sucédele Aníbal. Dice Cornelio Nepote que este no tenia todavía veinte y cinco años cumplidos, de modo que Aníbal hubo de nacer á fines del 508.

CÓNSULES: C. Cornelio Escipion Asina, y M. Minucio Rufo, entran el 15 de marzo romano del 533, 27 de abril juliano del 221.

221-220. Con motivo de los despojos ópimos de Marcelo, y del voto de un templo, los pontífices pusieron una intercalacion extraordinaria. Los pueblos de la Istria, que vivian de piratear, toman unos buques mercantes de los romanos: los cónsules les hacen la guerra, y los someten (Eutrop. Oros.). La campaña costó mucha gente á los romanos. Q. Fabio Máximo, antiguo censor, quita la vida á su hijo Fabio Buteo, convicto de robo (Oros. lib. IV, cap. 13). Aníbal ataca en España á los olcadas, pone cerco á Altea, su capital, y la toma, volviéndose á invernar á Cartagena (Polib. lib. III, cap. 13. T. Liv. lib. XXI, cap. 5). Es la primera campaña de este general, y cae en este año 536.

CÓNSULES: L. Veturio Filon, y C. Lutacio Cátulo, entran el 15 de marzo romano del 534, 17 de abril juliano del 220.

220-219. Por la pérdida de muchos ciudadanos en la guerra con los piratas, y el robo cometido por un patricio, se omitió la intercalacion. Como T. Livio (lib. XXIII, c. 30. lib. XXIX, c. 11, y lib. XXX, c. 23), dice que M. Emilio Lépido y M. Valerio Levino fueron dos veces cónsules, Sigonio, Panvini, Pighio y Almeloveen, por no saber en donde colocar el segundo consulado de estos romanos, le ponen en este año, y pretenden que substituyeron á Veturio y á Lutacio, únicos que aparecen cónsules en la mayor parte de los antiguos Fastos de Roma. Suponen dichos autores que el senado haria abdicar á los cónsules ordinarios, y que Lépido y Levino quedarian nombrados en su lugar. Esta opinion, fundada en meras suposiciones, y que no se halla en ningun autor antiguo, no se aviene con los principios seguidos á la sazon por los romanos en cuanto al consulado. Si Veturio y Lutacio hubiesen tenido que abdicar, se habria alterado el año consular. Todavía no se habia establecido el fijar para la renovacion un dia determinado, pues esto no se hizo hasta el 538, cuando por temor de Aníbal, victorioso en Italia, se apartaron los romanos de la antigua regla (véanse los años 538 y 553). Sin embargo, consta que en el consulado de Veturio y de Lutacio no sufrió alteracion el año consular, fijado en 15 de marzo romano, por la abdicacion de los cónsules del 531, segun puede verse en T. Livio (véase el año 537). Por consiguiente, no puede suponerse que hubiese abdicacion de estos cónsules. Por una equivocacion en que incurrió á menudo T. Livio, pudo poner en sus Fastos á Emilio Lépido, que fué cónsul por la vez primera en 522, en lugar de M. Emilio Bárbula, cónsul en 524, y á M. Valerio Levino, á quien veremos cónsul en 544, en lugar de M. Valerio Mesala, que lo fué en 528; y, en virtud de ese error, atribuir dos consulados á cada uno de los mismos. Este autor pudo igualmente, siguiendo anales diferentes de los Fastos Capitolinos, reemplazar con este consulado algun año anteriormente suprimido, segun en parte lo hizo el autor de los Fastos Norisios, quien en lugar de Veturio y de Lutacio pone en este año á Levino y á Scévola; todo lo cual indica que no hay necesidad de suponer aqui ninguna abdicacion de los cónsules ordinarios. Los cónsules aplacan los movimientos de las Galias (Zonar.). Desavenencia entre los romanos y Demetrio de Faros. Olvidando ese tutor de Pineo, rey de Iliria, que debia su regencia á los romanos, y previendo un próximo rompimiento de estos con Cartago, se atreve á talar en Iliria las tierras de la república. Los romanos le declaran la guerra á fines de este año. Segunda campaña de Aníbal en España, al principio de la primavera, segun Polibio y T. Livio. Marcha Aníbal contra los vacceos, sorprende á Salamanca, y trás de un largo cerco, entra á la fuerza en Arbucala. Acometido este general en su retirada por cien mil iberios, estos quedan vencidos. Todos los pueblos de allende el Ebro, y aun muchos de aquende el mismo rio, se someten á los cartagineses. Al prever los saguntinos, aliados de Roma, los designios de Aníbal, la piden socorro. Embajada de los romanos á Aníbal, para quejarse de sus hostilidades mas allá del Ebro, en contravencion al último tratado del año anterior al consulado de L. Emilio Paulo, esto es del año 535 (Polib. lib. III, c. 15 y 16), estando Aníbal en sus cuarteles de invierno en Cartagena; y por consiguiente, á fines de este año consular. Se equivoca T. Liv. (lib. XXI, capítulo 6), al poner esta embajada en el consulado de P. Cornelio Escipion con Sempronio Longo, en el año 536. El mismo autor manifestó su equivocacion (c. 15). Al recibir los embajadores una respuesta poco favorable, pasan el mar, al tenor de sus instrucciones, y van á Cartago, sin obtenerla mas satisfactoria. Lustro 43.° por los censores L. Emilio Papo y C. Flaminio, que hicieron igualmente el Circo y el camino Flaminio (Festo en la voz Flaminius); y como se sabe por Casiodoro que el camino y el Circo se construyeron en este consulado, se sigue que estos censores y el lustro pertenecen al mismo.

CÓNSULES: M. Livio Salinator, y L. Emilio Paulo, entran el 15 de marzo romano del 535, 7 de abril juliano del 219.

219-218. Salen los cónsules para Iliria á principios de la primavera (astronómica) del año 1.° de la olimpiada 140.ª (Polib. lib. III, c. 16), que concluia en julio de este año 219. Sitio de Dimalo, plaza fuerte de Demetria. Emilio entra en la ciudad á los siete dias de sitio. Cerco de Faros, en donde vivia Demetrio: el mismo cónsul la toma y destruye, rindiéndose las demás plazas á los romanos. Demetrio se refugia en la corte de Filipo, rey de Macedonia, en verano, y á fines del primer año de la olimpiada 140.°, y por consiguiente, á fines de junio, ó primeros de

julio juliano de este año. Dice Polibio (c. 18), que Filipo se proponia pasar el resto del verano en Larisa. Dejan los romanos el reino á Pineo, y le imponen un tributo. Triunfo del cónsul Emilio Paulo á fines de verano de este año (Polib. lib. III, c. 19 y lib. IV, c. 66). Tercera campaña de Aníbal en España. Sitia á Sagunto á principios de la primavera (Polib.), y la toma al octavo mes de sitio (á principios de noviembre juliano), regresando á invernar á Cartagena (Polib. T. Liv. Oros.). Segunda embajada de los romanos á Cartago (en invierno) pidiendo la desaprobacion de la toma de Sagunto, y la entrega de Aníbal que habia violado los tratados (Polib. T. Liv.). Los romanos se habian propuesto enviar dos colonias á Cremona y Plasencia, en tierra de galos, y Aníbal trata de captarse su amistad contra los romanos. El tribuno del pueblo Q. Claudio propone una ley para prohibir á los senadores el que tuviesen buques de mas de ocho toneladas, prescribiendo además que solo pudiesen servir para el transporte de frutos de sus haciendas: C. Flaminio fué el único senador que aprobó la ley (T. Liv. lib. XXI, c. 63). Llegada del médico Arcagato del Peloponeso á Roma, en el consulado, dice Plinio (lib. XXIX, c. 1), de L. Emilio y de M. Livio, en el 535 de Roma, segun el cómputo varroniano. Fué el primer médico recibido por los romanos, y obtuvo derecho de ciudadanía, con emolumentos de la república; mas adelante le echaron (Plin.). Senatus-consulto para la demolicion de los oratorios de Isis y Serapis, deidades extranjeras. El mismo cónsul Emilio los echó abajo (Val. Máx. lib. I, c. 3).

CÓNSULES: C. Cornelio Escipion, y Tib. Sempronio Longo, entran el 18 de marzo romano del 536, 19 de abril juliano del 218.

218-217. Por haberse derribado oratorios dedicados á dioses extranjeros, los pontífices prolongaron con una intercalacion el año consular. Principio de la segunda guerra púnica, en el consulado, segun T. Livio (lib. XXX, c. 44) de P. Cornelio y de T. Sempronio, veinte y tres años despues de la paz que dió fin á la primera (en 513); á los quince años, dice Aulogelio, del primer divorcio de Carvilio Ruga, á principios del 523. Eutropio (lib. III, c. 7), pone en el precedente consulado el primer año de esta guerra, en el cual se decidió efectivamente, y en el cual se tomó á Sagunto, y se envió inútilmente una embajada á Cartago. Mientras están ocupados los cónsules en organizar el ejército para la guerra, el senado hace establecer las dos colonias en Cremona y Plasencia (Polib. Vell. Patérc.). Atacan estas colonias á algunos pueblos galos, que obligan á los colonos á retirarse á Módena, á la que ponen sitio. El pretor Manlio, que iba en socorro de Módena, fué batido por los galos, y envian de Roma á C. Atilio con una legion de refuerzo. M. Emilio, pretor de Sicilia, fué mas afortunado. Presentóse en las costas de la misma una flota cartaginesa con objeto de sublevar á los sardos, sus antiguos aliados, y el pretor la venció cerca de Lilibeo (T. Liv.). Tres años despues de haber empezado á guerrear con los españoles, Aníbal sale de Cartagena para Italia, á principios del verano, despues de la salida de las pléyadas (cabrillas) salida que Varron y Plinio ponen del 10 al 12 de mayo. Partió el dia 15 de junio juliano. Sabedor el senado de que Aníbal habia pasado el Ebro, manda á los cónsules que salgan con un ejército de mar y otro de tierra. Tib. Sempronio se dirige á Sicilia, con órden de ir á África si lo permiten las circunstancias. Á su colega Escipion se le encarga que vaya á España á impedir el paso á Aníbal en los Pirineos. Despues de decir Polibio que salieron de Roma al comenzar la primavera (lib. III, c. 41), dice (lib. V, c. 1) que fueron á sus respectivos destinos despues de esparecidas las pléyadas (12 de mayo). Nombrado ya por los aqueos, añade, su pretor, á quien elegian, segun él mismo (lib. IV, c. 37) al salir esta constelacion, esta última fecha es la mas exacta. Los cónsules no pudieron salir á la mar antes del 15 de mayo juliano, en que se abria la navegacion para la marina militar. Como no partieron hasta que se supo en Roma la noticia del paso del Ebro, por Aníbal; y como este no salió de Cartagena hasta el 15 de junio, no pudieron marchar antes de julio ó agosto; y luego veremos que no lo verificaron hasta setiembre. T. Sempronio toma á Malta, haciendo prisionera la guarnicion cartaginesa con su comandante Giscon (T. Liv.), y vuelve al puerto de Lilibeo, en donde se prepara para ir á África (Polib.). En cuanto á Escipion, mientras descansa con su tropa en Marsella, á la que arribó en cinco dias de navegacion, sabe que Aníbal, á quien aun se suponia en los Pirineos, adelanta hácia el Ródano (Polib. T. Liv.). Como Aníbal no llegó á orillas de este rio hasta el 14 de octubre juliano, tenemos que Escipion, el cual durante su permanencia en Marsella supo que Aníbal caminaba hácia el Ródano, no pudo embarcarse antes del mes de setiembre. Creido el cónsul romano de que el cartaginés no se atreveria á pasar los Alpes por entre tantos pueblos bárbaros (Polib.), determina aguardar á Aníbal en las márgenes del Ródano, figurándose que allí será el teatro de la guerra. Aníbal pasa el Ródano la quinta noche de haber llegado; es decir, el 18 de octubre juliano (Polib. c. 43). Y la noche siguiente acampó en la otra orilla, el 19 de octubre (Polib. c. 44). Al dia siguiente, 20 de octubre, pelean con ventaja para los romanos dos divisiones enemigas, enviadas por una y otra parte para reconocer el país. Mueve Aníbal el campo, y sale el 21 de octubre hácia los Alpes (Polib. 45). Al tercer dia de haber salido los cartagineses, el 23 de octubre, llega Escipion con sus legiones al campamento que ocuparon los primeros á orillas del Ródano, y extrañando que se hubiesen dirigido hácia los Alpes, destaca á su hermano para España, en donde quedaba un ejército enemigo á las órdenes de Asdrúbal. Luego regresa con sus legiones á Marsella, para pasar con su flota á Etruria, ir desde allí á impedir la bajada de Aníbal á Italia (Polib. T. Liv.). Llega Aníbal al pié de los altos montes, á los diez dias de haber salido de las márgenes del Ródano, en el 31 de octubre (Polib. c. 50), sube á la cumbre en nueve dias, el 9 de noviembre, y allí descansa dos dias, el 10 y el 11 (Polib. LIII, T. Liv. 35). Era en el tiempo, dicen Polibio y T. Livio, en que desaparecen las pléyadas, desaparicion que Varron y Plinio ponen en el 10 y 11 de noviembre juliano, cuya fecha astronómica fija todas las fechas intermedias que hemos consignado, y prueba que Aníbal habia llegado á orillas del Ródano en el 14 de octubre juliano. Baja Aníbal los Alpes con prontitud, y llega á los llanos de los insubrios, en Italia, á los quince dias de haber entrado en esos montes por la parte de la Galia; es decir, el 15 de noviembre (Polib. c. 56. T. Liv. c. 38). Era á los cinco meses de haber salido de Cartagena, luego habia partido sobre el 15 de junio. Al saber el senado que Aníbal baja á Italia, manda al cónsul Sempronio, á primeros de noviembre, que venga de Sicilia, á juntarse con su colega (Polib. T. Liv.). Sempronio embarca inmediatamente su ejército. Aníbal toma á Turin en tres dias, y caminando Escipion á marchas dobles desde Pisa en donde habia desembarcado, llega al Pó y le pasa (Polib. T. Liv.).

Batalla del Tesino, en donde se encuentran Aníbal y Escipion. Los romanos quedan vencidos. Herido Escipion y rodeado de enemigos, se ve salvado por su hijo, que, segun Polibio, tenia diez y siete años. Siendo así, Escipion, al que despues apellidaron Africano, nació en el 520 (véase este año). Los romanos pasan otra vez el Pó en retirada, y se dirigen hácia el Trebia. En el Trebia se junta con el de Escipion el ejército de Sempronio, despues de una marcha de cuarenta dias, dice Polibio (c. 68), desde Lilibeo hasta Rímini, y por tanto, á mediados de diciembre juliano. Batalla del Trebia en la estacion de la escarcha, en el solsticio de invierno, en un dia en que estaba nevando (Polib. T. Liv. Flor.). Pierde Sempronio, y se retiran á Plasencia los restos de su ejército. Dice Polibio que Escipion queria pasar el invierno adiestrando á su tropa. Sempronio fué de opinion contraria, porque, añade, se acercaban las elecciones consulares. En efecto, su consulado concluia, segun nuestra tabla, en 7 de abril juliano, pocos dias despues del invierno astronómico, de modo que, pasando el invierno en la inaccion, Sempronio no hubiera podido combatir ya mas. Habíase propuesto Aníbal seguir peleando, mas se lo impidió el invierno (Polib. c. 74). El senado toma medidas para continuar la guerra con energía, prepara tropas y buques para la próxima campaña, y manda proceder á la eleccion de nuevos cónsules (Colib. Tit. Liv.). Sempronio va á Roma para los comicios durante el invierno. Combate entre Aníbal, que salió herido, y la caballería romana. La accion quedó indecisa. Mueve Aníbal el campo á los primeros indicios de buen tiempo, á fines de febrero juliano (T. Liv.), y sube el Apenino con objeto de provocar la rebelion de los pueblos de Etruria, ó sojuzgarlos. El mal tiempo le obliga á retroceder á Plasencia. Sempronio, añade T. Liv. (59) habia vuelto ya de Roma. Choque entre Aníbal y Sempronio ante los muros de Plasencia. Bien que no hubo ventaja sensible por una ni otra parte, Aníbal vuelve hácia los Alpes, y se retira á Etruria, coaligada con él contra Roma (T. Liv.). Estos hechos pertenecientes al consulado de Sempronio, prueban que este año consular se prolongaba hasta los meses julianos febrero y marzo, y no fenecia hasta el abril. Los galos ligures no ven de buena gana á Aníbal en su tierra, y le preparan asechanzas que evita disfrazándose. Nuevo movimiento del campo de Aníbal á principios de la primavera astronómica, á fines de marzo juliano. En España N. Cornelio Escipion, hermano del cónsul, desembarca en Empurias, somete las poblaciones de la costa hasta el Ebro, y caminando tierra adentro, vence á Hanon, jefe cartaginés, le hace prisionero, y luego inverna en Tarragona (Polib. c. 76. T. Liv. lib. XXI, c. 60 y 61). El pretor L. Manlio vota un templo á la Concordia á principios de este año consular, con motivo de una sedicion de su tropa en la Galia cisalpina. El pretor C. Atilio Serrano hace un voto al dios Marte, para obtener de él la conservacion de la república por espacio de diez años (T. Liv.). En Roma se vieron cosas terribles; consultáronse los libros sibilinos, y, atendidos los prodigios, los pontífices no añadieron intercalacion extraordinaria al año siguiente, á pesar de los votos mencionados.

CÓNSULES: C. Flaminio II, muerto en la guerra, N. Servilio Gémino, y M. Atilio Régulo II, entran el 15 de marzo romano del 537, 8 de abril juliano del 217 antes de Jesucristo.

DICTADOR SEPTUAGESIMO SEGUNDO: Q. Fabio Máximo Verrucoso II. — Dictador septuagésimo tercero: L. Veturio Filon. — Tribunos del pueblo: M. Metilio, y Q. Bebio Herenio (T. Liv. Plut.). — 217-216. Año 2.° de la segunda guerra púnica. Los cónsules, dice T. Livio, entran en posesion el 15 de marzo. Servilio lo hace en Roma, y Flaminio en Rímini, á cuyo punto habia escrito á Sempronio que condujese el ejército; de suerte que la renovacion del consulado estaba fijado en 15 de marzo romano; y como esto solo pudo ser por la abdicacion de los cónsules del 531, se sigue que esta era la fecha regular desde el 532. Sale Aníbal de la Liguria atravesando los pantanos á lo largo del Arno en el mes de abril juliano, obliga con el incendio y devastacion á Flaminio á que le siga, y por gargantas le pone entre un lago y unos montes. (Polib. T. Liv.). Batalla del lago de Trasímeno. El ejército romano queda hecho trizas, y Flaminio pierde la vida. Ovidio dice (Fast. lib. VI, v. 765), que la batalla fué á 22 de junio romano, y segun Polib. (lib. V, c. 105) era en el año 3.° de la olimpiada 140.ª, que concluyó en este año juliano, en 19 de julio. Polibio añade (c. 101) que el rey de Macedonia Filipo, que seguia con mucho cuidado los acontecimientos de esa guerra, por convenir así á sus planes, recibió el correo que le trajo la noticia de la batalla, cuando estaba asistiendo á los juegos nemeos, y como estos se celebraban cerca del 4.° año de cada olimpíada, en el dia 12 del mes corintio «panemo,» correspondiente al mes ático «hecatombeon,» cuyo dia cayó en ese año juliano en 21 de julio, el 22 de junio romamano debió caer en este año pocos dias antes del 21 de julio juliano, dia en que le llegó á Filipo la noticia. Si el 22 de junio romano hubiese correspondido al 22 de julio juliano, hubiera transcurrido un mes entre la batalla y el dia en que Filipo recibió la noticia en Grecia, y esto supone sobrada lentitud. Nuestra tabla hace corresponder el 22 de junio romano al 15 de julio juliano, cuya fecha deja la batalla en el tercer año olímpico en que la pone Polibio, y que, no separada mas que de seis dias del 21 de julio, conviene con la prontitud con que habia de recibir Filipo la noticia. Mas adelante daremos otra prueba de la exactitud de esta concordancia. Consternacion en Roma. El pueblo nombra dictador á Q. Fabio Máximo (á fines de julio juliano) y este tiene por jefe de caballería á M. Minucio Rufo. Aníbal atraviesa la Umbría, y el Piceno, y se detiene en la Apulia, donde le alcanza el dictador. Luego va al Samnio, entra en Campania, y acampa cerca de Falerno sobre el Vulturno (Polib. T. Liv.). Esto era en agosto juliano. Dice Silio Itálico (lib. VII, Punic.) que cuando entró Aníbal en la Campania, se prendia fuego al rastrojo de los campos, operacion agrícola que los calendarios ponen en agosto. Aníbal tala la Campania. Disensiones entre Fabio y Minucio, el cual se queja de la lentitud del dictador, y escribe sobre eso á Roma; pero Fabio persiste en su plan de aguijonear al enemigo sin empeñar ninguna accion general. Así fué pasando, dice T. Livio, todo el verano, y añade con Polibio que Aníbal trataba ya de buscar para cuartel de invierno un punto mas abundante y á propósito que la Campania y Falerno. Luego T. Livio no se refiere al verano romano sino al astronómico, y por lo mismo era ya á fines de setiembre juliano. Zonaras dice que se acercaba el invierno. Encerrado Aníbal por Fabio entre gargantas de montes, se abrió paso con la estratagema de los bueyes, y pasó á la Apulia, país fértil, bueno para invernar. Una division cartaginesa trata de recoger las provisiones de los campos (Polib. T. Liv. Plut.), sin duda se trata aquí del maiz y otros granos de otoño, que se principiaban á cosechar en setiembre hasta fines de octubre (Columela, lib. XI, c. 2. Paladio, lib. X, c. 12).

Obtuvo Minucio una ligera ventaja sobre la division de Aníbal que iba al merodeo, y fué en ausencia de Fabio que habia ido á Roma para ceremonias de religion. Esto indujo al tribuno del pueblo M. Metilio á proponer una ley para la repartición del mando militar entre el dictador y el jefe de la caballería. Después de presidir Fabio los comicios consulares, en que se eligio á M. Atilio Régulo en reemplazo de Flaminio, parte otra vez para el cuartel general, y en el camino recibe el decreto que hacia igual á él en mando á Minucio. Este se halla envuelto por un grueso de cartagineses y numidas por haber querido aventurar un combate; Fabio le salvó, y agradecido Minucio le confió de nuevo la supremacía. Fabio entrega el ejército á los cónsules Servilio y Atilio á últimos de otoño, segun T. Livio (c. 32), después de guardar la dictadura, añade, casi seis meses. Como le habia sido conferida á fines de julio juliano, la tuvo cinco meses enteros. Los cónsules incomodan á Aníbal durante el invierno, siempre que envia gente para recoger provisiones. N. Escipion es afortunado en España. Su hermano, el procónsul P. Cornelio, parte para la península antes de la llegada á la Apulia del dictador Fabio (Sil. Itál.); de modo que partió antes de concluir el mes de julio juliano. Ley dada en Roma muerto Flaminio, en el consulado de Servilio, y antes de su substitucion, para prescindir de la ley, mientras durase la guerra de Italia, que impedia el nombramiento de una misma persona para cónsul sin que transcurriesen diez años (T. Liv.). El senado ordena que en lugar del voto hecho á Marte el año anterior, que no se halló conforme con el rito sacro, se votasen á Júpiter los juegos magnos, con un templo á Venus Ericina y á la Prudencia, y se construyese inmediatamente el templo de la Concordia, votado por Manlio en la Galia dos años antes, y que se hiciese de nuevo el voto de la primavera sacra, con tal que se sostuviese en esta guerra la república en el estado en que se hallaba antes de comenzar (T. Liv.). En virtud de este voto se consagra á Júpiter todo animal que naciere en la primavera. Para los pontífices, estos votos compensaban la pérdida de Flaminio, y los prodigios del tiempo en que Servilio tomó posesion del cargo en 15 de marzo, y por lo mismo al principio del año consular, particularmente el prodigio de un eclipse de luna observado en Cerdeña y Arpi, puesto por las tablas astronómicas en 11 de febrero juliano. Á mas de que, al entrar Flaminio de cónsul en Rimini, lejos del Capitolio y de los dioses, y queriendo aventurar batalla á pesar de los presagios, fué como si hubiese merecido su suerte (T. Liv. Plut. Flor.). Los pontífices no abreviaron un año en que un profanador de la religion habia sido castigado, y creemos que se puso intercalacion en el siguiente año de 538, como lo probaremos mejor en el 539. Con todo, el eclipse es una prueba de que el consulado en que se vió corresponde á este año juliano. Los dos cónsules se hallaban frente de Aníbal desde la abdicacion de Fabio, y por no ausentarse del ejército en tan críticos momentos, nombraron dictador, para la presidencia de los comicios consulares, á L. Veturio Filon, que tuvo que abdicar con su lugarteniente M. Pomponio Atho, á los catorce dias de su magistratura, por haberse descubierto un vicio en su eleccion, y entónces hubo interegno (T. Liv. l. XXII, c. 33).

Cónsules: C. Terencio Varron, y L. Emilio Paulo II, entran el 25 de marzo romano del 538, 30 de abril juliano de 216.

Dictador septuagesimo cuarto: M. Junio Pera.—Dictador septuagésimo quinto: M. Fabio Buteo.—Tribunos del pueblo: Q. Bebio Herenio, M. Minucio y L. Escribonio Libon (T. Liv. l. XXII, c. 32, y lib. XXIII, c. 21).

216-215. Año 3.° de la guerra (T. Liv. l. XXIII, c. 30 en la olimpíada 140.° Polib. l. III, c. 119); era él cuarto año de dicha olimpíada, que concluyó en julio juliano. Alteracion en el año consular con motivo del interegno del año anterior. Como hubo dos interreyes segun T. Livio (l. XXII, c. 34) la renovacion del consulado pasó del 15 de marzo romano al 25 del mismo. Siguieron los precedentes cónsules á la cabeza del ejército con el título de procónsules, permaneciendo en el mismo campamento, segun Polibio (lib. III c. 107 y 8) todo el invierno y primavera. Mas, bien que se acercara la siega, la falta de víveres obligó á Aníbal á ir á la parte de Apulia, en donde nacia mas pronto el trigo, apoderándose de Canas hácia el tiempo de la siega, en junio juliano. Segun Polibio, á quien seguimos, allí se juntaron los cónsules con el ejército, suponiendo T. Livio (c. 40 y siguientes) que ya lo habian hecho antes. Varron queria pelear, aumentando su temerario arrojo una ligera ventaja que habia alcanzado contra una division de Aníbal (Pol. c. 3, T. Liv. c. 41 y 44). Batalla de Canas el 2 de agosto romano (Aul. Gel. l. V, c. 17; Macrob. lib. I, c. 16), 5 de setiembre juliano. T. Livio, Apiano, Plutarco, Floro y Zonaras, dicen que los romanos, con motivo de la posicion que Aníbal habia tomado, tenian el sol de cara, que á la sazon calentaba mucho, y que además les molestaba el viento que soplaba, echándoles arena y polvo á los ojos, todo lo cual les impedia el ver bien al enemigo. Añade Silio Itálico (lib. IX, verso 491, y lib. X, v. 206) que aquel aire arrojaba á los romanos arena ardiente. Esto cuadra perfectamente con la fecha del 5 de setiembre juliano, época muy calurosa en Italia. Completa fué la victoria de Aníbal. Murieron el cónsul Emilio y el procónsul Servilio; Varron pudo escaparse á Venusia con solos setenta caballos. Tanta fué la pérdida, que, como prohibia la religion asistir de luto á la fiesta de Ceres que se celebraba el 19 de agosto romano (Varron de L. L. l. V. y Festo en la voz «Rústica», diez y siete dias después de la batalla, no hubo matronas para ofrecer el sacrificio y fué necesario aplazar la fiesta (T. Liv. lib. V, Val. Máx. lib. I, c. 1. Plutarco, Vida de Fabio). El pretor Claudio Marcelo estaba destinado á Sicilia; pero en el puerto de Ostia recibe órden de enviar parte de su gente á Roma para defenderla, y de ir con el resto á Canosa mientras Varron iba á Roma para nombrar un dictador. Al regreso del cónsul pasa á Casilino y de allí á Nola en donde pelea ventajosamente con Aníbal que habia ido á atacar esta ciudad. Los romanos creyeron que iba á serles otra vez próspera la fortuna (T. Liv. Plut.). En esto se nombró dictador á M. Junio Pera, y lugarteniente á Tib. Sempronio Graco, que alistaron los jóvenes que quedaban, los esclavos vigorosos, y hasta los presos por deudas y otros motivos mas graves. Aníbal va de Nola á Casilino, una corta guarnicion le detiene mucho tiempo, dejando en el sitio parte de sus tropas durante el invierno, y marchándose á pasar este á Capua, en donde se le enervó la tropa con la molicie y la disolucion. El invierno comenzaba á ser menos riguroso, dice T. Livio (cap. 19); vuelve Aníbal al sitio de Casilino, y rinde la plaza por hambre en este consulado. Luego no concluia en invierno el año consular, prolongándose hasta la época propia para las operaciones militares. Nuestra tabla pone la renovacion en 3 de mayo juliano. Á fines de este año consular se supo en Roma que Postumio Albino, pretor de la Galia y designado

cónsul para el año siguiente, habia muerto á manos de los galos, y sido destrozado su ejército (Polib. T. Liv.). Es decir, que se sostenia la campaña hasta en los Alpes, al fin del año consular y nombrados ya los nuevos cónsules. En España, Asdrúbal tenia órden de pasar á Italia, y vencido por los Escipiones, pierde la esperanza de reunirse con su hermano Aníbal, y hasta de sostenerse en España. En Roma, el senado cuidó ante todo de animar al pueblo, empleando todos los resortes de la política y de la religion. Se redujo á un mes el luto, hasta el de las viudas, y se prohibieron las demostraciones públicas de tristeza (T. L. Plut.). Los prisioneros romanos envian, con acuerdo de Aníbal, diputados al senado para tratar del rescate, y se les contesta que ninguna falta hacen á la república ciudadanos que se dejan prender con las armas en la mano (Cic. T. Liv. Aul. Gel.). Aníbal habia hecho partir á Cartalon con los enviados para tratar del rescate y proponer la paz. Pero el senado le mandó un heraldo que le intimara el salir la noche misma de las tierras de la república (T. Liv. c. 58) Llega Varron á Roma para nombrar un dictador. El senado le sale en peso al encuentro, y le da las gracias por no haber desesperado de la república (T. Liv. Plut. Vida de Fabio). Como desde la censura de L. Emilio y de C. Flaminio en 534 no se habia proveido ninguna vacante, y muchos senadores habian muerto en la última batalla, faltaban muchos en la corporacion. No aguarda el senado que haya nuevos censores para reemplazar á los senadores que faltaban, sino que hace nombrar dictador á Fabio Buteo, sin lugarteniente, y el dictador completa el senado y abdica (T. Liv. l. XXIII, c. 22), y todo parece ya restablecido en el Estado. Antes que salieran los cónsules para el ejército, se habian ordenado sacrificios para neutralizar la influencia de los prodigios que entónces se conocian. Pero, despues de la batalla, se descubrió el crímen de dos vestales, Opimia y Floronia, y no solo fueron condenadas á muerte, sino que se multiplicaron los sacrificios y se hizo otra vez la bárbara ceremonia de enterrar vivos á dos individuos de ambos sexos, griegos y galos; y al parecer, dice T. Livio (l. XXIII, c. 22) quedaron los dioses suficientemente aplacados. Se hizo la dedicacion del templo de la Concordia, construido el año anterior, y el senado, á instancia de Fabio, cuidó de la dedicacion del que se habia votado á Venus Ericina. Se hizo creer al pueblo que la derrota de Canas solo dimanaba del odio personal que Juno tenia á Varron, por haberla enojado, cuando era edil, al presentar á Júpiter, durante los juegos que dió, un objeto insufrible para esta diosa (Val. Máx. l. I, c. 1). Por fin, se envia á Delfos á Q. Fabio Píctor para consultar el oráculo, y trae la promesa de que vencerán los romanos, mediante sacrificios y presentes á los dioses, lo que se hizo al instante (T. Liv. Plut. Appian.). El senado trató de que este año no pasase por infausto, sino por el último de los años desgraciados. Esta idea seguirian los pontífices, á pesar de los prodigios, de las derrotas y del crímen de las vestales, para reanimar al pueblo: tendrian en mayor consideracion la dedicacion de los templos y la respuesta favorable de los dioses, y anunciarian con una intercalacion extraordinaria el fin de los dias aciagos para la patria. En el año siguiente probaremos que en efecto fué añadida la intercalacion.

CÓNSULES: L. Postumio Albino III, muerto antes de tomar posesion, Tib. Sempronio Graco, y M. Claudio Marcelo, sustituido á Postumio, renunció el cargo, y se nombró en su lugar á Q. Fabio Máximo Verrucoso III, entrando los dos en 15 de marzo romano del 539, 3 de mayo juliano del 215.

215-214. Año 4.° de guerra, pues estaba cumplido el tercero (T. Liv. lib. XXIII, cap. 30). Los pontífices añaden una intercalacion extraordinaria. Se fija el año consular en 15 de marzo romano. Despues de decir T. Livio que el consulado del 537 comenzó el 15 de marzo, y que antes del consulado del 538 hubo interregno, añade que Tib. Sempronio, cónsul en este año de 539, entró en posesion el 15 de marzo. Alterado por consiguiente el año consular por el interregno del año precedente, volvió al 15 de marzo en que antes se hallaba ya. El volver así al 15 de ese mes, no puede atribuirse á la muerte, ni á la abdicacion de los cónsules, ni á otro suceso importante, y solo puede explicarse por un decreto del senado, á fin de que no hubiese movilidad en el año consular durante aquella guerra, en perjuicio de la regularidad de los planes y operaciones militares, pues conviene que los generales puedan contar con un tiempo dado para la seguridad de sus empresas. El senado fijó los idus de marzo (véase el año 554). Es la primera innovacion hecha por los romanos tocante á las reglas establecidas para el año consular. Se declaró viciosa la eleccion de Marcelo, elegido en lugar de Postumio, que murió en la Galia Cisalpina, y le substituyeron con Q. Fabio. Este, despues de consultar al senado, dió un edicto mandando que se transportase todo el trigo de las casas de campo y lugares nó fortificados á las plazas que lo estuviesen, antes del 1.° de junio romano (19 de julio juliano), conminando á los contraventores con la destruccion de las granjas. Es el octavo ejemplo de la notable concordancia establecida por nuestra tabla entre el año romano y el juliano. Con esto queria Fabio salvar las mieses de manos del enemigo, y hubo de tomar por término penal la época en que concluia la cosecha del trigo, pues antes el castigo fuera absurdo. Luego el fin de la siega debió ser el tiempo fijado por Fabio. La siega, segun Varron, principiaba en el solsticio de verano, concluyendo al entrar la canícula, cuya entrada pone Plinio (lib. II, cap. 47), en 18 de julio juliano y Paladio en el 19 (lib. VII, cap. 9), dia correspondiente, segun nuestra tabla, al 1.° de junio romano, que es el término prescrito por el edicto de Fabio. De allí se sigue que en el 537, el 22 de junio romano, fecha de la batalla de Trasimeno, debió caer en 15 de julio juliano: con solo ese dia por medio de una intercalacion sencilla, ya saldria del año 3.° de la olimpíada 140.ª en que la pone Polibio, y se hallaria en el 4.° año olímpico. Si se retrasase, aun cuando no fuera mas que suprimiendo una intercalacion, tampoco seria posible, por medio de las intercalaciones de los años 538 y 539, poner el 1.° de junio romano de este año en el 19 de julio juliano, con el cual le hace corresponder el edicto de Fabio (véase el año 537). Síguese además que debieron intercalar en el 538 y en el 539. Á no ser así, poniendo con Polibio el 22 de junio romano del 537 en el año 3.° de la olimpíada, no podria ir el 1.° de junio de este año 539 hasta el 19 de julio juliano (véanse los años 537 y 538). Aníbal corre varias provincias de Italia, y en todas partes le ponen obstáculo las tropas romanas. Victoria del procónsul Marcelo sobre el general cartaginés en Nola. Retírase Aníbal á la Apulia, en donde se propone pasar el invierno (T. Liv. lib. XXIII. Plut. Vida de Marcelo). Entra entónces Fabio en la Campania que Aníbal abandonaba, y Sempronio sigue á los cartagineses á la Apulia, en la que estuvo todo el invierno adiestrando á sus tropas (T. Liv.). Luego el año consular no fenecia en todo el invierno. La Cer-

deña, sostenida en su rebeldía por una armada cartaginesa al mando de Asdrúbal el Calvo, es sojuzgada por T. Manlio. En Sicilia, Hierónimo, sucesor y nieto de Hieron en el reino de Siracusa, seducido por las victorias de Aníbal, se alia con Cartago, en el año 50, dice T. Livio, del tratado de alianza de Hieron con los romanos. Como este tratado es del 491, solo poniéndole al principio del 491, y el de Hierónimo con Cartago á fines del 539, pueden hallarse los cincuenta años comenzados entre la alianza de Siracusa con Roma y su defeccion. Hierónimo fué asesinado por sus súbditos, y esto suspendió la guerra sin restablecer la paz. El pretor A. Claudio Pulcro, fortifica mejor y guarnece las plazas que Roma tenia fronterizas al reino de Siracusa. Tratado de Filipo, rey de Macedonia, con Aníbal. En el se estipulaba que el rey y la república de Cartago juntarian sus fuerzas para la conquista de Italia y Grecia, y que cada parte se quedaria con uno de estos países. El buque en que iban los plenipotenciarios de Filipo y los que le enviaba Aníbal, fué apresado por los romanos, y Filipo no pudo recibir á tiempo el tratado del que eran portadores los del buque. Pasó el verano, dice T. Livio, antes que el rey hiciese ningun movimiento. Los cartagineses fuéron derrotados dos veces en España por los Escipiones, á pesar del refuerzo acaudillado por Magon, otro hermano de Aníbal, que mandó Cartago (T. Liv. lib. XXIII). El tribuno C. Opio, presenta una ley á fin de moderar el lujo de las mujeres, en el consulado, segun T. Livio de Q. Fabio y de Sempronio. T. Ofacilio Craso hace la dedicacion del templo de la Prudencia en el Capitolio. Prodigios tremendos: en Lanuvia se vió salir sangre de la estátua de Juno, y cayó granizo cerca de su templo. Hubo dos grandes inundaciones que tambien causaron daño á Roma. El Tíber se llevó casas, y muchos perecieron en sus aguas (T. Liv.). Reanimado el pueblo, los pontífices siguen de nuevo sus reglas tocante á las intercalaciones, y sin tener por suficiente la dedicacion de un templo para neutralizar el siniestro efecto que á los prodigios atribuian, las inundaciones y la muerte de muchos ciudadanos indicaban harto visiblemente la cólera celeste para no omitir la intercalacion.

Cónsules: Q. Fabio Máximo Verrucoso IV, y M. Claudio Marcelo III, entran el 15 de marzo romano del 540, 23 de abril juliano del 214.

Tribuno del pueblo: L. Cecilio Metelo (T. Livio, libro XXIV, cap. 18 y 43).—214-213. Año 5.° de la guerra (T. Liv. lib. XXIV, cap. 9). No hubo intercalacion. Batalla en Benavento entre el procónsul Sempronio Graco y Hanon, cuando el cónsul Q. Fabio cercaba á Casilino, y Aníbal iba á atacar á Marcelo en Nola. Sempronio promete la libertad á los esclavos que compró la república para el ejército, y obtiene una victoria completa. Vencido Aníbal por Marcelo en Nola, se va á Tarento en donde habia una faccion que le queria entregar la ciudad. Marcelo se junta con Fabio, y las dos toman á Casilino (T. Liv.). Con motivo de una enfermedad, Marcelo tuvo que permanecer inactivo en Nola. Despues de pasar Aníbal algunos dias en vano delante de Tarento, se retira á Salapia, transcurrida ya la mitad del verano, dice T. Livio; y teniendo la plaza por cómoda para cuartel de invierno, hace transportar á aquel punto los cereales de las cercanías. De modo que la retirada de Aníbal á Salapia, poco despues de su tentativa sobre Tarento, y la batalla con Marcelo en Nola, acontecieron pasado el 19 de julio juliano en cuya época concluia ya la siega, y tuvieron lugar sobre el 11 de agosto, en medio del verano astronómico. Despues de esto, Marcelo pasa á Sicilia, y debió ser á fines de julio juliano, y aun mas tarde. Sitio de Siracusa. Apio Claudio, propertor, la ataca por tierra, y Marcelo por mar. Arquimedes con su maquinaria rechaza los ataques de los romanos (Pol. T. Liv. Plut.). Marcelo no podia apoderarse de la ciudad, y resuelve el ir con la tercera parte de sus tropas á someter las otras plazas de Sicilia, convirtiendo Apio el sitio en bloqueo, con intento de reducir por hambre á Siracusa. Así acabó esta campaña de Sicilia. Aunque T. Livio pone las expediciones de Marcelo á las plazas de Sicilia en este año, corresponden al siguiente. Como Marcelo no tomó á Siracusa hasta el 542, el bloqueo de la misma hubo de continuar en 541: de suerte que dicho autor reunió en un mismo año todo lo sucedido en la isla durante el sitio y el bloqueo, bien que perteneciente á dos años diferentes. Dice Polibio (lib. VIII, cap. 8), que Marcelo, antes de levantar el sitio, é ir al ataque de las demás plazas, permaneció ocho meses con Apio delante de Siracusa, y como no pudo llegar ante la plaza antes de principios de agosto juliano, hubo de marcharse á primeros de abril del año siguiente, en los últimos dias de su consulado, que concluia en 12 de abril juliano, siguiéndose de ahí que la campaña de Marcelo, después de levantado el sitio y durante el bloqueo de Siracusa, corresponde al siguiente año de 541. En dicho año daremos de ello otra prueba. En Grecia, M. Valerio Levino, toma otra vez á Orico de que Filipo se habia apoderado, salva á Apolonia sitiada por el mismo rey, y vuelve á invernar en Orico (T. Liv.). Los Escipiones ganan en España tres batallas á Asdrúbal, matando en la última á dos reyes galos que habian ido en socorro de los cartagineses. Se devuelve Sagunto á sus habitantes primitivos (T. Liv.). En Roma fuéron nombrados censores C. Furio Filo y M. Atilio Régulo, pero por la muerte del primero, hubo de renunciar Régulo su cargo. Como se habló de muchos prodigios (T. Liv.), y nada aconteció favorable en este año para la religion, no hubo intercalacion extraordinaria en el siguiente.

Cónsules: Q. Fabio Máximo, y Tib. Sempronio Graco II, entran el 15 de marzo romano del 541, 12 de abril juliano del 213.

Dictador septuagesimo sexto. M. Claudio Centho.—213-212. Mientras que el cónsul Q. Fabio, con quien se reune su padre Q. Fabio Máximo, somete otra vez las ciudades que habian salido de la obediencia romana, haciendo lo mismo en Lucania su colega Sempronio, Aníbal, segun T. Livio, pierde todo el verano delante de Tarento. Sigue el bloqueo de Siracusa. Dos escuadras cartaginesas, con tropas de desembarco, al mando de Imilcon y de Bomilcar, no alcanzan á socorrer la plaza, pero reaniman á las ciudades tomadas por Marcelo, el cual tiene que volver á principios de invierno al bloqueo de Siracusa (T. Liv. lib. XXIV), dando licencia á Apio Claudio. Para ir á Roma á pedir el consulado. Como Apio fué cónsul el año siguiente, en 542, se sigue que su salida para presentarse candidato pertenece al invierno del 541, y que la continuacion del bloqueo de Siracusa por Apio, con la campaña de Marcelo durante el mismo, corresponden tambien á este año. Tratado de Escipion en España con Sifax, rey de una parte de Numidia, y esta alianza decide á Gala, otro príncipe numida, y padre de Masinisa, á entrar en el partido cartaginés (T. Liv.). En Roma, P. Cornelio Escipion, apellidado mas tarde el Africano, á los veinte y un años (véase el 520), es electo edil curul. Polibio dice que era muy jóven, y T. Livio que aun no tenia la edad legal para esta magistratura, que requeria, segun Polibio (lib. VI, cap. 17) vein-

te y siete años. Los dos cónsules tenian que permanecer entre sus tropas, y C. Claudio Centho fué nombrado dictador para los comicios consulares. Este toma por lugarteniente á Q. Fulvio Flaco, y hecha la eleccion abdicó (T. Liv. lib. xxv). Como muchos ciudadanos seguian en sus plegarias un rito diferente del prescrito por la religion establecida, el pretor Atilio Régulo, encargado del exámen de todos los libros que trataban de ceremonias religiosas, manda que se los presenten antes del 1.° de abril romano del 542, 19 de abril juliano del 212 (T. Liv.), dia en que acababa el año pretoriano, el que principiaba algunos dias después de la instalacion de los cónsules, encargados de la eleccion de pretores, y concluyó igualmente pocos dias después de fenecido el año consular. El celo del senado y del pretor contra cultos extranjeros, habia de inducir á los pontífices á poner la intercalacion que correspondia al siguiente año de 542; pero, por el anuncio de muchos prodigios al principio de este año consular (T. Livio), por la muerte del gran pontífice y otros individuos del colegio pontificio, por la condenacion al destierro de matronas romanas acusadas de crímenes, por un terrible incendio que redujo á cenizas barrios enteros de Roma, y hasta tres templos, creemos que se abstuvieron de poner la mencionada intercalacion.

Cónsules: Q. Fulvio Flaco III, Apio Claudio Pulcro, entran el 15 de marzo romano del 542, 2 de abril juliano del 212.

Tribunos del pueblo: Sp. Carvilio Máximo, L. Carvilio Máximo, y Servilio Casca (T. Livio lib. xxv).

212-211. Año 7.° de la guerra. Con motivo del incendio no hubo intercalacion en el año que precede. M. Postumio Pirgense, proveedor de víveres y municiones para el ejército de España, es condenado por contumaz al destierro con motivo de dilapidaciones, á no ser que comparezca antes del 1.° de mayo romano, 18 de mayo juliano. Los cónsules no pueden hacer las ferias latinas antes del 26 de abril romano, 15 de mayo juliano. Toma de Tarento por Aníbal, conseguida por traicion de algunos habitantes (Pol. T. Liv.). Mientras se apodera Aníbal de los parapetos entre la plaza y su ciudadela, guarnecida por romanos, da órden á Hanon de ir á la Campania, para hacer transportar á Capua los cereales que, segun T. Livio, se habian cosechado en ese verano; de modo que ese acopio en Cápua y la toma de Tarento que le precedió, no pudieron tener lugar sino después de la cosecha, que terminaba en junio juliano. El cónsul Fulvio gana una batalla á los cartagineses cerca de Benavento. El procónsul Sempronio Graco, encargado de guardar Benavento, cae en una emboscada preparada por Hanon, y en ella pierde la vida. Los cónsules cercan á Capua. Ya estaba el trigo en los cuarteles de invierno, segun T. Livio, y por lo mismo el cerco se emprendió á fines de verano ó principios de otoño. Añade T. Livio que se comenzó tres años después de perdida la ciudad. Como Capua se entregó á los cartagineses á fines del 538, después de la batalla de Canas, habian cumplido los tres años. Aníbal fué desde Tarento en socorro de Capua, y moviendo el campo los cónsules después de pelear con él con éxito indeciso, el cartagines sigue á Apio, le pierde de vista, bate en Lucania el cuerpo que mandaba Centenio Pénula, derrota al pretor N. Fulvio, y mientras los cónsules se empeñan de nuevo en otoño en el sitio de Capua, Aníbal vuelve á Tarento, esperando rendir la ciudadela (T. Liv. Appian. Oros.). Aníbal hace transportar sobre ruedas, y luego bota al mar, los buques de los tarentinos, estacionados en un golfo del cual no podian salir sin costear la ciudadela, y exponerse á los tiros de la fuerza romana que la guarnecia: y Aníbal, segun Polibio (lib. viii, cap. 29), entra al tercer dia en su cuartel de invierno. De suerte que Aníbal regresó á Tarento sobre la entrada del invierno. Mientras circunvalan los cónsules á Capua, hacen pregonar un senatus consulto llegado de Roma, que ofrecia la libertad y los bienes á los habitantes de Cápua que salieran de la misma antes del 15 de marzo romano, 23 de marzo juliano del siguiente año de 543. Marcelo emprende otra vez el sitio formal de Siracusa, al principio de la primavera (T. Liv.). Se toma la plaza en otoño, adoleciendo, segun T. Livio, sitiados y sitiadores de enfermedades contagiosas ocasionadas por la estacion, al mismo tiempo que los cónsules estaban haciendo la circunvalacion de Capua. Añade T. Livio que Siracusa fué tomada al tercer año de sitio, de lo que se sigue que, empezado el sitio por Marcelo, pasado julio ó agosto del 540, el cerco, entre sitio y bloqueo, hubo de continuar durante el 541, aunque en dicho año no lo menciona expresamente T. Livio. Muerte de Arquimedes á manos de un soldado romano, mientras estaba absorto en una operacion geométrica (T. Liv. Plut. Val. Máx). Reúnense cartagineses y siracusanos contra Marcelo, pero este los derrota en Agrigento, á fines, segun T. Livio, de este año consular, al principio y antes del 22 de marzo juliano que era el último dia de este consulado. Muerte de los dos Escipiones en España: perecen peleando con Asdrúbal, hijo de Amilcar, con Magon y Masinisa venidos de África en socorro del ejército cartaginés. Dice T. Livio que N. Escipion murió veinte y nueve dias después de su hermano, al año 7.°, añade, de mandar en España. Como habia ido á la península en octubre juliano del 536, hubo de acaecer su muerte pasado el mismo mes de este año, en el cual concluia el año 6.° de su mando, y comenzaba el 7.°. Muertos los Escipiones, reunió L. Marcio los restos del ejército romano, y este le confirió el mando en jefe. Marcio rechaza á los cartagineses, los sorprende, y entra á viva fuerza en sus campamentos, volviendo las cosas romanas á buen estado en España. En Roma se ordena la reconstruccion de los templos incendiados el año anterior. Primeros juegos apolinares, con motivo de una prediccion que se encontró en el libro de un antiguo adivino llamado Marcio, la que decia que, haciendo sacrificios y juegos en honor de Apolo, los romanos arrojarian de su suelo al extranjero (T. Liv. Macrob. Fest.). Con la nueva creacion de los templos, la institucion de los juegos y la toma de Siracusa, hubieran puesto los pontífices una intercalacion extraordinaria, pero lo impidió la caída del rayo en otros templos, y hasta en el Capitolio, además de otros prodigios, y de la muerte de los dos Escipiones á la cabeza del ejército, sin contar la de Sempronio, las derrotas de Centenio Pénula, del procónsul Fulvio, y la toma de Tarento.

Cónsules: P. Sulpicio Galba Máximo, y N. Fulvio Centumalo, entran el 15 de marzo romano del 543, 23 de marzo juliano del 211 antes de Jesucristo.

Tribunos del pueblo: C. Sempronio Bleso (T. Liv. lib. xxvi).

211-210. Año 8.° de la guerra. Los cónsules, dice T. Livio, toman posesion en 15 de marzo (lib. xxvi). De modo que la renovacion del consulado se hallaba en el dia en que le fija nuestra tabla. Segundo año del sitio de Capua. Rechazado Aníbal por los procónsules Apio y Fulvio en el ataque de los atrincheramientos y de las líneas del sitio de Capua, se va en derechura hácia Roma, al quinto dia de haber llegado á Capua (Polib. lib. ix) presentándose ante la capital durante la celebracion de los juegos apolinares (Fes. Serv.).

Como á la sazon no tenian estos juegos dia fijo, pues no se regularizaron hasta el 546, esta circunstancia no puede servir de base para designar fechas. Dos veces estuvieron cartagineses y romanos para venir á las manos ante los muros de Roma; pero lo impidió el pedrisco y las tempestades; los romanos, y hasta los cartagineses, atribuyeron la alteracion admósferica á la proteccion especial dispensada á Roma por los dioses. Retírase Aníbal, picándole los romanos la retaguardia, abandona á Capua y se refugia en Brucio. Apio y Fulvio toman á Capua en verano, segun T. Livio. C. Claudio Neron fué enviado con dos legiones á España despues de tomada Capua, y teniendo á Asdrúbal en medio de desfiladeros, le deja escapar engañado por los ardides del cartaginés. Tomada Capua en verano, y habiendo salido Neron despues de rendida la plaza, el escaparse así Asdrúbal no pudo suceder antes de fines de verano. Júntase el pueblo en Roma para nombrar un procónsul para el mando del ejército en España. Es elegido Escipion, que fué despues el Africano, á los veinte y cuatro años de su edad (T. Liv. Appian. Aurelio Víctor, Oros. Eutrop. Zonar.) y por consiguiente Escipion habia nacido en 520. Sin embargo, Polibio le da veinte y siete años cuando tomó á Cartagena en 544, y esto pondria su nacimiento al principio del 518. Parte Escipion para España. Aunque indica T. Livio al parecer que fué allá á fines de verano, no llegaria hasta mediados de otoño, pues no salió elegido procónsul hasta despues de sabida en Roma la estratagema de Asdrúbal á fines de verano. Llegado Escipion á España, pasa revista á las tropas que estaban ya en sus cuarteles de invierno, y como el enemigo estaba tambien en los puntos en que habia de invernar, acuartela igualmente, para pasar la estacion rigurosa, las fuerzas que trae consigo de Roma (T. Liv.). De modo que Escipion llegó efectivamente á España á poco de concluir el tiempo de campaña, á mediados de otoño. Marcelo vuelve de Sicilia á fines de verano (T. Liv.). Su triunfo en el monte Albano, y ovacion en Roma. Traia las preciosidades de pintura y escultura que adornaban á Siracusa. Esta fué la primera causa del lujo de los romanos (Pol. T. Liv. Plut.) Tratado del propretor M. Valerio Levino, que vigilaba los pasos de Filipo, con los pueblos de la Etolia, en virtud del cual las plazas que se conquistaran pertenecerian á esos pueblos, y el botin á los romanos. Como T. Livio dice que Filipo tuvo la noticia de la defeccion de la Etolia mientras invernaba en Pella, el tratado pudo hacerse antes de concluir el otoño; y no obstante, hubo de firmarse poco antes de los dias rigurosos de invierno. Añade T. Livio que Filipo partió inmediatamente para contener á los pueblos con los cuales se hallaba en guerra y animar á sus aliados, y que Levino tomó ciudades y volvió con su escuádra al puerto de Corcira. Al comenzar la primavera (T. Livio), en marzo juliano, entra Levino de nuevo en campaña, cerca, junto con los etolios, á Auticira, la ataca al tercer dia, dice T. Livio, tomándola pocos dias despues. Allí recibe la noticia de su eleccion al consulado para el próximo año, cuyo consulado habia de comenzar el 15 de marzo romano, 5 de abril juliano (T. Liv.). Prodigios en Roma. Cae un rayo en uno de sus templos, en murallas y puertas de otras dos ciudades; hubo tempestades; murieron varios pontífices; el sacerdote de Júpiter no presentó como debia las entrañas de las víctimas y fué degradado (T. Liv.). Pero, como el senado votó anual y perpétuamente los juegos apolinares, y se supuso que los dioses habian libertado á Roma, dejaron los pontífices para el año siguiente la intercalacion que le correspondia.

Cónsules: M. Valerio Levino y M. Claudio Marcelo IV, entran el 15 de marzo romano del 541, 5 de abril juliano del 210.

Dictador septuagesimo septimo: Q. Fulvio Flaco.—Tribunos del pueblo: L. Atilio Régulo, M. Lucrecio, C. Arenio y L. Arenio (T. Liv. lib. xxvi y xxvii).

210-209. Año noveno de la guerra. Dice T. Livio que Marcelo tomó posesion en el 15 de marzo, nueva prueba de que estaba fijado el consulado en este dia romano. El pretor N. Fulvio Centumalo es vencido por Aníbal en Herdonea, y además pierde la vida, dos años despues, segun T. Livio, de la derrota de N. Fulvio Flaco en 542 de Roma. Despues de tomar Marcelo algunas plazas en el Samnio, va á la Lucania, ataca al ejército de Aníbal, y bien que fuese indeciso el combate, persigue al cartaginés en su retirada. El otro cónsul Valerio Levino, al volver de la Grecia á Roma, sabe en Capua que los campesinos habian prendido fuego á Roma la víspera de las quinquatrias, que se celebraban el 19 de marzo romano, y que en este año corresponden al 9 de abril juliano. Luego no se hallaba Levino en Roma á primeros de abril: aun llegó mas tarde por haber enfermado en Grecia (T. Liv. lib. xxvi). Por no hallar bastantes marineros para la escuadra que habia de mandar en Sicilia, y para la que habia en Grecia, tuvo que estar mas tiempo en la capital. Sale Levino para Sicilia, expirado ya el año en su mayor parte (T. Liv.), por lo cual no pudo haber salido hasta despues de julio juliano. Este cónsul toma á Agrigento. Evacuada toda la Sicilia por los cartagineses, M. Valerio Mesala, pretor de la isla, va á atacar en África el campo de Utica, y aporta otra vez á Lilibeo á los trece dias de haber salido del mismo punto (T. Livio, lib. xxvii) En España, Escipion habia reunido sus legiones y escuadra en el Ebro, á principios de la primavera (T. Liv., lib. xxvi). Bien que Polibio diga (l. x) que este procónsul lo habia preparado todo durante el invierno para el sitio de Cartagena, como T. Livio trae su arenga al ejército á orillas del Ebro, y en ella le habla de la toma de Agrigento, que fué en verano del año que nos ocupa, no pudo haber salido para Cartagena antes de fines de verano, pues que llegó en siete dias de marcha (Polib. T. Liv.). Escipion toma la plaza al séptimo dia de llegar (Appian. «De bello hispan.»). Al comenzar el ataque, aprovechó la ocasion en que estaban bajas las aguas para dirigirse contra la parte mas flaca y peor defendida de la ciudad. Habia asegurado á sus soldados la proteccion de Neptuno, y esta circunstancia los animó mas para la lucha. El jefe de la escuadra, C. Lelio, solo estuvo con Escipion el tiempo indispensable para atender á los prisioneros, rehenes, y botin, saliendo luego de Tarragona en un solo buque, para ir á Roma á llevar la noticia (T. Liv. lib. xxvi) llegando allá en treinta y cuatro dias, dice T. Livio, y por lo mismo, añade, á fines de este año. Luego la toma de Cartagena no corresponde á la primavera de este año, sino á fines de verano, o principios de otoño. Este acontecimiento, que la mayor parte de los autores ponen en este año, corresponde, segun T. Livio y algun otro, al siguiente. Esta divergencia proviene del error cometido por los autores romanos en cuanto á la correspondencia de los años romanos con los olímpicos. Como este consulado que principia en 15 de marzo, cae en el año 3.° de la olimpiada 141.ª, y la toma de Cartagena pertenece al año 4.°, las autores griegos pusieron el consulado en el primero de esos años olímpicos, y en el segundo la toma de Cartagena, siguiéndose de esto que aquellos autores romanos que, copiando á los historiadores, encontraron en los mismos los aconteci-

mientos distribuidos en dos años griegos, los colocaron igualmente, sin meditarlo bien, en dos años romanos, poniendo así la toma de Cartagena en el año posterior al consulado que nos ocupa. Esto es muy frecuente en los escritores romanos y particularmente en T. Livio, (véase el año que sigue). Dictadura de Q. Fulvio Flaco, con P. Licinio Craso por lugarteniente, para los comicios consulares (T. Liv. lib. XXVII). Nombrados cónsules P. Veturio Filon y P. Licinio Craso, el segundo hubo de abdicar por muerte del primero. Con motivo de un incendio que penetró hasta en el templo de Vesta, de varias señales de espanto en algunas ciudades, de la muerte de pontífices, del rey de los sacrificadores, del gran curion y de la de Fulvio, á la cabeza de su ejército, no se tuvo en cuenta el celo religioso de los ediles plebeyos que hicieron, con el producto de multas, estátuas para el templo de Ceres, ni aun la fortuna de Escipion, bien que se atribuyera á la proteccion de Neptuno, y no hubo intercalácion en el siguiente año.

CÓNSULES: Q. Fabio Máximo Verrucoso V, y Q. Fulvio Flaco IV, entran el 15 de marzo romano del 545, 25 de marzo juliano del 209.

TRIBUNOS DEL PUEBLO: C. Publicio Bíbulo T. Liv. lib. XXVII, Plut. «Vida de Marcelo».

209-208. Año décimo de la guerra, y octavo de la batalla de Canas, en 538. Año 5.° después del 4.° consulado de Fabio del 540 (Cic. de Senec.). Estos cónsules, dice T. Livio, entraron el 15 de marzo romano. Encargado Q. Fabio del sitio de Tarento, trató el procónsul Marcelo de contener á Aníbal, y le alcanzó en Canusio así que comenzaron á tener heno los campos (T. Liv.), en abril juliano. Síguele por desfiladeros, y se traba batalla por tres dias consecutivos. El primer dia el éxito fué igual para ambos generales, el segundo Aníbal batió á los romanos, y el tercero Marcelo obtuvo una gran victoria (T. Liv. Plut. Oros.). Marcelo tenia muchos heridos, y hubo de dejar al enemigo, y conducir su tropa á Venusia, en medio del verano, dice T. Livio, dándose por lo mismo esas tres batallas sobre el 11 de agosto juliano. Fabio toma á Tarento. Caton se hallaba en el sitio (Cic.). Aníbal acudia desde Caulonia en socorro de Tarento, y sabe que está ya tomada. Como Aníbal iba á socorrer á Tarento después de las batallas con Marcelo, tenemos que la toma de dicha plaza fué á fines del verano. Triunfo de Fabio sobre los tarentinos (Plut.). Inscripcion consignada por Pighio en el año catoniano de 532. En Grecia, Filipo ganó dos batallas á los etolios, y les obligó á tratar de paz. Luego supo en Argos, mientras se estaba ocupando en los preparativos de los juegos nemeos, que el procónsul Sulpicio estaba talando la tierra de sus aliados. Corre á rechazar á los romanos, les quita el botin, y entra otra vez en Argos antes que concluyesen los juegos (T. Liv.). Como los juegos nemeos, que se celebraban al fin del año 3.° y sobre el año 4.° de cada olimpiada, principiaban el 12 del mes de hecatombeon, correspondiente en el año que nos ocupa al 22 de julio juliano, la expedicion de Sulpicio contra los aliados de Filipo pertenece á principios de verano, y las batallas, junto con las negociaciones para la paz entre los etolios y el rey, pertenecen á la primavera precedente. Vencido después Filipo por Sulpicio en Elis, adonde habia ido desde Argos, habia vuelto á Macedonia para contener á sus vecinos. El rey Atalo y Sulpicio se reunen en Egina, y allí permanecen todo el invierno. Bien que T. Livio pone estos hechos en el año que sigue, pertenecen á este. Tuvieron lugar en un año en que hubo juegos nemeos: fijados estos en invierno del segundo año y en verano del 4.° de cada olimpíada, no pudieron verificarse en el siguiente que era un primer año olímpico, y cayeron en verano de este; de suerte que T. Livio retrasó de un año lo acontecido en Grecia. En el año que sigue daremos de ello otra prueba, pues cometió la misma equivocacion. Si T. Livio hubiera reflexionado mejor, habria visto que, aun cuando los anales ponian este consulado en el tercer año olímpico, solo correspondieron á este tercer año cuatro meses, y que los ocho restantes correspondieron al cuarto. En España Escipion entró en campaña á principios de la primavera, peleó con Asdrúbal, y le venció. Entónces Asdrúbal resuelve ir á la Galia á formar nuevo ejército, y en su retirada, camina á lo largo del Tajo, acercándose al Pirineo (Polib. T. Liv.). Escipion, dice T. Livio, pasa el resto del verano en recibir á los pueblos sometidos, y se acuartela durante el invierno en Tarragona. M. Cornelio Cétego y P. Sempronio Tuditano son nombrados censores en este año, (T. Liv.). Prodigios en Roma. Cae un rayo en templos, muros y puertos, y hasta en la estátua de Júpiter en el monte Albano: nace un niño con cabeza de elefante, otro niño nace hermafrodita. Á pesar de haberse votado la continuacion en este año de los juegos apolinares, todo esto hubo de inducir á los pontífices á suprimir la intercalacion del año siguiente.

CÓNSULES: M. Claudio Marcelo V, y T. Quincio Crispino, entran el 15 de marzo romano del 546, 15 de marzo juliano del 208. DICT. 78.° T Manlio Torcuato.

208. Año undécimo de la guerra (T. Liv. lib. XXVII). No hubo intercalacion por los motivos que hemos visto. Muerte de Marcelo que habia ido con su colega Quincio á reconocer un bosquecillo en una altura en medio de los dos campamentos, y cayó en una celada. Quincio salió tambien herido de gravedad, retirándose con el ejército á un monte cercano. Aníbal va á Locres, á hacer levantar el sitio abandonado una vez por el procónsul Q. Fulvio Flaco, y emprendido de nuevo por el propretor L. Cincio Alimento (T. Liv.) T. Manlio sale para Grecia, con la mision que recibió á principios del año consular de ver lo que allí ocurria, y de ir, si era posible, á los juegos olímpicos, que, segun T. Livio habian de celebrarse en este año, á fin de anunciar á sicilianos y tarentinos, expatriados con motivo de la guerra, que podian volver á sus hogares, y que el pueblo romano les devolvia los bienes. Informado Filipo de que los etolios iban á celebrar una junta con Atalo en Heraclea para tratar de la guerra, parte para esa ciudad, llega cuando se habia separado ya la junta, y tala las mieses, que estaban ya casi en sazon (Polib. lib. X, T. Liv. 28). Esto era sobre el 16 de mayo juliano, al salir la última cabrilla, cuando segun Hesiodo (lib. XI), comenzaba en Grecia la siega. Dirigiéndose luego el rey contra las ciudades enemigas suyas, esparce en todas partes el terror, é iba á rechazar al tirano de Lacedemonia Macánidas, que intentaba atacar á los eleos, ocupados, segun T. Livio, en los preparativos de los juegos olímpicos; pero este se retiró al saber que el rey marchaba contra él. Los juegos debian celebrarse en este año el 11 de julio juliano. Después de emplear Sulpicio y Atalo toda la campaña en saquear algunas ciudades, el procónsul vuelve á Egina y el rey á sus estados, atacados por Prusias, rey de Bitinia. Filipo se vuelve tambien á Macedonia (T. Liv.). En este año incurre T. Livio en la misma equivocacion que en el año que precede; y pone en el consulado siguiente el envio á Grecia de T. Manlio, y toda esta campaña de Filipo contra Sulpicio, Atalo y Macánidas.

Los juegos olímpicos, á los cuales habia de asistir Manlio, no tuvieron lugar el año que sigue por ser segundo año olímpico, sino que se celebraron en verano de este año 546 de Roma equivalente al 1.° de la olimpíada 143.ª, por consiguiente, el viaje de Manlio y las expediciones militares que decimos ocurrieron en el año que nos ocupa. Síguese tambien, que como segun T. Livio, hicieron Sulpicio y el rey Filipo dos campañas seguidas, y que como, segun el mismo autor, esta era la segunda, coincide con los juegos olímpicos y con este año, correspondiendo la primera al año anterior. Así es que T. Livio retrasó de un año ambas campañas proviniendo esto del poco cuidado en fijarse sobre la correspondencia exacta de los años romanos con las olimpíadas. Asdrúbal recluta mucha gente en la Galia, y quiere pasar á Italia. Al llegar al pié de los Alpes, próximo ya el invierno, ve la dificultad de pasarlos. Lustro 44.°, hecho por los censores M. Cornelio Cétego y P. Sempronio Tuditano, electos el año anterior. Como Quincio Crispino no se hallaba en estado de ir á Roma, este cónsul nombra dictador para los comicios consulares á T. Manlio Torcuato, y muere de su herida á fines de este año (T. Liv.). Manlio nombra lugarteniente á N. Servilio, procede á la eleccion de cónsules y da los grandes juegos: el pretor M. Emilio habia votado en el consulado de Flaminio y de Servilio en 537, juegos que debian celebrarse al cabo de cinco años, haciendo además votos para el lustro siguiente, de suerte que el voto de Emilio no se habia cumplido en el término prefijado. Prodigios en Roma, caen rayos en templos, sepulcros, muros y puertas de ciudades, se vió un lago lleno de sangre, y hubo enfermedades epidémicas en Roma y sus cercanías. El pretor P. Licinio Varo propone una ley al pueblo para la celebracion anual de los juegos apolinares, y segun T. Livio, se fijaron en 5 de julio romano. El antiguo calendario los pone en el 6. No se puso intercalacion al año siguiente con motivo del contagio, de los prodigios y la muerte de ambos cónsules, á pesar del nuevo voto de los juegos, de la creacion del templo de la virtud, y de las estátuas puestas por los ediles en el templo de Ceres.

Cónsules: C. Claudio Neron, y M. Livio Salinator II, entran el 15 de marzo romano del 547, 5 de marzo juliano del 207.

Dictador septuagesimo nono: M. Livio Salinator. — 208-207, Año duodécimo de la guerra (T. Liv. libro xxvii). La muerte de los cónsules del año que antecede no alteró el año consular: en el año 552 se verá que continuó fijo en 15 de marzo romano. Así es que T. Manlio, nombrado dictador hácia el fin del año, tuvo la dictadura hasta 15 de marzo: y suponiendo que los cónsules de este año no tomasen posesion hasta despues del 15 de marzo, salieron no obstante de su cargo en este dia romano del año siguiente, segun el órden establecido en 538 (veánse los años 539 y 551). Despues de pasar Asdrúbal los Alpes antes de lo que pensara, pierde mucho tiempo en sitiar á Plasencia, cuyo sitio tiene que levantar, señalando á su hermano Aníbal el camino que debia seguir para juntarse con él. Los númidas que llevaban la carta erraron el camino y cayeron en poder de los romanos. El cónsul Neron parte inmediatamente de Canusio, punto en que detenia victoriosamente á Aníbal, camina á marchas dobles, y llega de noche al campamento de su colega Livio ante los muros de Siena. Al dia siguiente, presentan los romanos la batalla. Barruntó Asdrúbal la reunion de los cónsules, y movió el real por la noche. Los romanos le alcanzan al dia siguiente. Batalla á orillas del Metauro, en la que Asdrúbal queda completamente derrotado. Fué la jornada tan funesta para los cartagineses como para los romanos la de Canas. Como T. Livio dice que, rendidos los galos de sed y de calor, se dejaban acuchillar sin resistencia, la accion debió verificarse en verano. La noche misma de la accion sale Néron para Canusio, y llega en seis dias, sin que supiese Aníbal ni su marcha ni su regreso. Al ver la cabeza de su hermano Asdrúbal, muerto en la batalla, y hecha arrojar por Neron á las avanzadas cartaginesas, mueve el campo, recoge las fuerzas diseminadas, y se retira al Brucio. Triunfo de C. Claudio Neron y de Livio Salinator (T. Liv. Val. Máx. Aur. Vict.). Junio Silano gana una batalla en Celtiberia, España, bajo los auspicios de Escipion, contra Magon y Hanon. Hanon queda prisionero (T. Liv. lib. xxviii). Huyen los cartagineses á la Bética, retirándose el hijo de Giscon, llamado Asdrúbal, hasta Cádiz. Escipion se retira á sus cuarteles de invierno, despues de tomar su hermano L. Escipion una ciudad. Dictadura de Livio Salinator para los comicios consulares, y toma por lugarteniente á Q. Cecilio Metelo (Fast. Cap. T. Liv.). Prodigios de este año: caen rayos en lugares sagrados, se ve un arroyo manando sangre y entrar lobos hambrientos en ciudades. Nace un hermafrodita. Se llama á los arúspices etruscos, los mas expertos de Italia, y dicen estos que el último prodigio es el mas espantoso, decidiendo que el niño ha de encerrarse en una caja y echarle al mar. Ordenan los pontífices una procesion durante la cual habian de cantar un poema veinte y siete doncellas romanas, y mientras se estaban estas ensayando en el templo de Júpiter Estátor, cae un rayo en el de Juno Regina. Declaran los arúspices que esto era una amenaza para las matronas romanas. Se mandan celebrar nuevos sacrificios, y se hacen regalos á los dioses. A pesar de la victoria de los cónsules, el terror hubo de impedir á los pontífices el poner la intercalacion que al año siguiente correspondia.

Cónsules: Q. Cecilio Metelo, y L. Veturio Filon, entran el 15 de marzo romano del 548, 23 de febrero juliano del 206.

207-206. Año décimo tercero de la guerra (T. Liv. libro xxviii). Se suprime la intercalacion. Dadas por los cónsules las disposiciones para que volviesen á su trabajo las gentes del campo, parten para el ejército, dice T. Livio, al comenzar la primavera. Luego tomaban posesion antes de esa estacion, y nuestra tabla la pone en 23 de febrero juliano. No hubo combate ninguno con Aníbal. En España, Escipion gana dos batallas al hijo de Giscon, que habia reunido en un solo cuerpo las fuerzas de Magon y de Masinisa. Polibio (lib. II) y T. Livio dicen que á la segunda batalla el gran calor del mediodía postró á los cartagineses, quienes se hallaban mal colocados. Añade el segundo que por una fuerte tempestad, ocasionada por el calor del sol, no tomaron los romanos el real enemigo: de suerte que la segunda batalla fué en el estío. Con solos seis mil hombres se refugia Asdrúbal en Cádiz, envia la escuadra á Magon para que se le reuna en el puerto de dicha ciudad, y sale para el Africa. Toda la España queda sometida, al año quinto de mandar en ella Escipion. Como este llegó á la península en 543, á mediados de otoño, tenemos que la segunda batalla de que se trata, hubo de tener lugar en verano ó á principios de otoño. Asegurado Escipion en cuanto á España, va al África con dos galeras, y concluye un tratado de alianza con Sifax, preparándose para altos designios (T. Liv.). Vuelto á Cartagena, adoleció, y Mardonio é Indíbilis, jefes españoles, se sublevan por haber corrido la nueva de su

muerte. Tambien se amotinaron los romanos en el campamento de Sucron. Luego de restablecido, castiga á los soldados sediciosos, vence á los españoles y se aproxima á Cádiz, parlamentando con Masinisa, dispuesto á tratar con los romanos. Ya no podia Magon sostenerse en Cádiz, y recibió de Cartago órden de pasar á Italia al socorro de su hermano Aníbal, y á fines de otoño, segun T. Livio, navega hácia las Baleares, inverna en Menorca, y Cádiz se entrega á los romanos. Vuelve Escipion á Roma. Como hubo muchas señales, y se apagó el fuego en el templo de Vesta por descuido de una vestal, no se añadiria la intercalacion extraordinaria al año siguiente, á pesar de las ventajas que obtuvo Escipion.

Cónsules: P. Cornelio Escipion, y L. Licinio Craso, entran el 15 de mar. rom. del 549, 13 de feb. j. del 205.

Octogésimo dictador: Q. Cecilio Metelo. — 206-205. Décimo cuarto año de la guerra (T. Liv. lib. xxviii), al segundo año de la derrota de Asdrúbal del 547. Por enfermedades epidémicas hubieron de permanecer inactivos Aníbal y Licinio. En Sicilia Escipion suspende su embarque para África, y, vuelto ya Celio á quien mandó con una flota á correr las cercanías de Cartago, envia fuerzas á Locres á fin de apoderarse de las dos fortalezas. Magon va de Menorca á Génova, y se apodera de ella. Como acudian muchos galos á engrosar su ejército, se mandaron tropas para contenerle. Los procónsules L. Cornelio Léntulo y C. Manlio Acidino, luchan con los pueblos españoles, que tienen que entregarles á los autores del alzamiento (T. Liv. lib. xxix). El procónsul P. Sempronio Tuditano halló en Grecia ajustada la paz entre los etolios y Filipo, y por mediacion de los epirotas, trató con este rey. Sempronio augura para Roma algunas plazas en Grecia, y accede á que Filipo conserve tambien algunas, dado que el senado lo consienta. Filipo comprende en el tratado á Prusias, rey de Bitinia, á los aqueos, beocios y algunos otros pueblos. El procónsul hace entrar por su parte en el convenio á Atalo, rey de Pérgamo, al rey de Tracia Pleurato, y á Nabis, tirano de Lacedemonia, y sucesor de Macánidas (T. Liv. lib. xxix). Negociado el tratado, sale Sempronio, segun T. Livio, para Roma á pedir el consulado. De modo que el tratado pertenece á fines del año consular. El cónsul Licinio estaba enfermo en el ejército, y nombra dictador para los comicios consulares á Q. Cecilio Metelo, que toma por lugarteniente á L. Veturo Filon (Fast. Capit. T. Liv.). El senado envió una diputacion al templo de Delfos con parte del botin cogido á Asdrúbal, y el oráculo anuncia á los romanos otra victoria mas grande aun que aquella por la que le daban gracias. Hállase al mismo tiempo en los libros sibilinos, que, para vencer y echar al enemigo de Italia, se debia ir á Frigia, y traer de Pesinonto á Roma la madre Idea, llamada tambien Ops, Rhea, y madre de los dioses (T. Livio Appian). Se manda una embajada al rey de Pérgamo. Este acompaña á Pesinonto á los enviados, y les entrega una piedra llamada por los habitantes madre de los dioses. M. Claudio Marcelo hace la dedicacion del templo de la Virtud, diez y siete años después, segun T. Livio, del voto hecho por su padre en Clastidio (en 532). Á pesar de las frecuentes granizadas de este año, se añadió la intercalacion correspondiente al año que sigue, pues el interés pontificio daba aun mayor peso para la intercalacion á las promesas de la Sibila y del oráculo de Delfos, y á la dedicacion de un templo, y era que uno de los cónsules de este año, Licinio Craso, era gran pontífice. Suprimiendo la intercalacion, el colegio de los pontífices hubiera hecho mas corto el año de su consulado.

Cónsules: M. Cornelio Cétego, y P. Sempronio Tuditano, entran el 15 de marzo romano del 550, 24 de febrero juliano del 204.

Tribunos del pueblo: M. Claudio Marcelo, M. Cincio Alimento, y N. Rebio (T. Liv. lib. xxix, Val. Máx. libro vii). — 205-204. Décimo quinto año de la guerra. Sexto año desde el quinto consulado de Fabio en 545. Supo el senado por sus mensageros que el ejército y escuadron de Escipion se hallaban en Sicilia en muy buen estado, y permitió este procónsul que fuése á África. En esto, llegan á Siracusa embajadores de Sifax, para decir á Escipion que este príncipe renunciaba á su alianza por haber entrado en la de Cartago con motivo de su enlace con Sofonisba, hija de Asdrúbal, y que si atacaban los romanos el África, combatiria por su patria y la de su mujer. Escipion dice sin embargo á su ejército, por no desanimarle, que Sifax se queja de su lentitud en ir allá. Parte Escipion, desembarca en un promontorio, y conduce sus legiones á Utica, ordenando á su escuadra que se dirija á las costas de la misma ciudad. Al dia siguiente pelean las avanzadas de Escipion con la caballería enemiga que queda rechazada. Echado Masinisa de sus estados, llega al dia siguiente al campo de Escipion con doscientos caballos. Hanon, hijo de Amilcar, con cuatro mil caballos, se encierra en Saleca, y dice T. Livio que era en verano. Llegó Masinisa hasta las puertas de Saleca, y batiéndose luego en retirada, hace que le sigan los cartagineses hasta unas colinas en que Escipion habia ocultado su caballería. Hanon pierde la vida con la mayor parte de los suyos. Escipion pone cerco á Utica á principios de otoño: cuarenta dias habia estado delante de la plaza, dice T. Livio, cuando tuvo que suspender el sitio por la llegada de Giscon, hijo de Asdrúbal. Añade el mismo autor que iba acercándose el invierno. Escipion se fortifica en su campamento para pasar esa estacion, y no hubo mas hasta el fin de otoño. Tenemos que el sitio de Utica duró cuarenta dias, que fué levantado antes de concluir el otoño, habiendo comenzado al principio del mismo. Vencido Aníbal en Italia por el cónsul Sempronio Tuditano y el procónsul P. Licinio, se retira á Crotona. Al comenzar la batalla, Sempronio votó un templo á la Fortuna Primigenia (T. Liv.). Su colega Cétego contiene la Etruria, castigando á los que querian entregarla á Magon. El senado ordena que el préstamo hecho á la república en 544, se reembolsará en tres pagos, uno que harán los cónsules este mismo año, y los otros dos los cónsules del tercero y quinto años siguientes. La madre de los dioses llega á Roma el 4 de abril romano (Ovid. Fast. lib iv, v. 179. Antiguo calendario), 16 de marzo juliano del 204. Créese que hay una equivocacion en T. Livio, en cuyo texto se pone la llegada de la diosa en el 13 de abril. Cuestura de Caton en este año (Cic. in Brut.) el mismo en que llegó la madre Idea, cuatro años cumplidos después de la toma de Tarento por Fabio en el verano ú otoño del 545 (Cic. de Senect. c. 4, segun la correccion de este pasaje por Pighio). Siendo Caton cuestor, acompaña desde Cerdeña á Roma al poeta Ennio (Corn. Nep. Vida de Caton; Euseb.). Muerte del poeta Nevio en este consulado, segun Ciceron (Brut.), quien añade que Varron la ponia mas tarde. San Jerónimo la pone en el año que sigue. La ley Cincia, presentada por el tribuno M. Cincio Alimento, prohibe á los patronos y abogados el admitir dádivas. Lustro 45.° hecho por los censores M. Livio Salinator y C. Claudio Neron (Fast. Capit. T. Liv. Val. Máx.). No faltaron prodigios: granizadas en los campos, rayos sobre muros y puertas de ciudades; á un mismo tiempo dos

soles en el horizonte, un ruido tremebundo en el templo de Juno en Lanuvia. Y como además los enviados de Locres anunciaron al senado que la guarnicion romana de esa ciudad habia robado los sagrados tesoros del templo de Proserpina (T. Liv.), no obstante la llegada de una deidad y la dedicacion de un templo, no hubo intercalacion para el año siguiente.

Cónsules: N. Servilio Cepio, y C. Servilio Gémino, entran el 15 de marzo romano del 551, 14 de febrero juliano del 203.

Dictador octogésimo primero: P. Sulpicio Galba Máximo.—204-203. Año 16.° de la guerra (T. Liv. libro xxx. Appian.). Tercer año contadero desde la dictadura de Q. Cecilio Metelo en 549. Quinto año desde el voto que hizo el dictador Manlio de celebrar por segunda vez los grandes juegos para la prosperidad de la república (T. Liv.). Habia entablado Escipion negociaciones de paz con Sifax, y las rompe á principios de la primavera siguiente (T. Liv.). Polibio asegura que fué poco antes de principiar dicha estacion (l. xiv, cap. 2), incendiando la noche siguiente los reales de los numidas y de los cartagineses. Por lo que indica Polibio, esto debe ponerse al principio de marzo juliano. Asdrúbal y Sifax se ponen en salvo con dos mil quinientos hombres, ponen en pié nuevas tropas, y pocos dias despues vuelven á reunirse (T. Livio). Polibio dice que los dos acamparon en un llano que llamaban los campos grandes, á los treinta dias, y por lo mismo, al comenzar el abril juliano. En cinco dias llega Escipion á ese llano (Polib.), y da la batalla cuatro dias despues. Este pone la batalla sobre mediados de abril. Escipion la gana, poniéndose en fuga Asdrúbal y Sifax. Lelio y Masinisa les van al alcance al dia siguiente con gente escogida, llegan á la Numidia despues de unos quince dias de marcha (Tito Livio), y por lo mismo á principios de mayo juliano. Mientras se agrupan los antiguos súbditos de Masinisa en torno del príncipe vencedor y le ponen otra vez en posesion del reino, Sifax, reducido á sus primeros estados, levanta en ellos nuevas tropas, y entra de nuevo en campaña. Cae prisionero Sifax en una batalla. Ovidio (Fast. lib. vi), pone esa derrota de Sifax en 23 de junio romano dia puesto en nuestra tabla en 24 de mayo juliano. Antes de la última victoria, habia ya enviado el senado de Cartago mensageros á Aníbal y á Magon para que volviesen á África. Perdido Sifax, van comisionados cartagineses á pedir la paz á Escipion, quien les otorga una tregua, y les envia á Roma al senado. Como Aníbal y Escipion partian para el África, creyó el senado que los cartagineses solo hablaban de paz para tener tiempo de reunir sus fuerzas, y envió otra vez los mensageros de Cartago á Escipion (T. Liv.). Muerte de Magon; herido en una batalla en que le vencieron el pretor P. Quintilio Varo y el procónsul M. Cornelio Cétego, murió por mar navegando hácia su país. Aníbal arriba á Leptis. Se envian á Filipo mensageros, á fines de este año consular (Tito Livio), para quejarse de las correrías del rey por tierra de aliados de Roma, y de los socorros en gente y dinero prestados á Cartago. Muere Q. Fabio Máximo en muy avanzada edad. Hacia sesenta y dos años cumplidos que era augur, y corria ya el sesenta y tres (Val. Máx. Plin.). Dictadura de P. Sulpicio Galba para los comicios consulares, con M. Servilio Pulex Gémino por lugarteniente (Fast. Cap.). T. Livio supone otro objeto á esta dictadura. Señales tremendas: falta la parte superior del hígado á la primera víctima que inmola un cónsul; nacen animales con cinco pies, la langosta destruye las mieses, ábrese de súbito un grande abismo; hubo metéoros, una aurora boreal, y eclipse de sol (T. Liv. lib. xxx). Ese eclipse, que ponen las tablas astronómicas en 6 de mayo juliano de este año, fija de un modo invariable este consulado. Como hubo además en Roma un gran incendio é inundaciones, y fué reducido á cenizas todo el barrio llamado de la Colina Publicia, ni las victorias de Escipion, ni la salida de Aníbal hicieron que se pusiera intercalacion al año siguiente.

Cónsules: Tib. Claudio Neron, y M. Servilio Pulex Gémino, entran el 15 de marzo romano del 552, 4 de febrero juliano del 202.

Dictador octuagésimo segundo: C. Servilio Gémino.—203-202. Año 17.° de la guerra (Polib. lib. xv, c. 11). No hubo intercalacion por lo que se ha dicho. Los cónsules de este año dejan sus puestos, dice Tito Livio (lib. xxx), el 14 de marzo romano, lo que indica que habian entrado el 15 del mismo mes, y como ningun acontecimiento alteró el año consular desde la muerte de los dos cónsules en 546, el consulado del 547 debe ponerse en el mismo dia romano (véase el año 547). Violada la tregua por los cartagineses, reanimados con la llegada de Aníbal, este pide caballería, de que escaseaba, á los pueblos numidas, y así que la tuvo, iba contemporizando como si estuviera indeciso, hasta que apremiado por el senado de Cartago que sentia amargamente las devastaciones de los romanos, se pone en marcha y llega á Zama. Sin embargo, al ver la solidez y el órden del ejército enemigo, y al ver la confianza de Escipion, promete á este que tendrán una entrevista para tratar de la paz. No se avinieron, y los dos generales se prepararon para el combate. La noticia del nuevo rompimiento de hostilidades llegó á Roma (T. Liv.), casi al mismo tiempo en que se recibió la de un eclipse de sol, observado en Pumes, en la Campania. Como este eclipse, puesto por las tablas astronómicas en 19 de octubre juliano, no pudo anunciarse en Roma mas allá de fines del mismo octubre, el nuevo rompimiento de hostilidades despues de la conferencia de Aníbal y Escipion ha de pertenecer á mediados del mismo mes. Batalla al dia siguiente de la entrevista (Polib. T. Liv.). Aníbal pierde casi todo su ejército. Desde luego Escipion parte por mar para Cartago, y se encuentra con embajadores de esa cuidad que iban á pedirle la paz. Vuelve á Utica, de donde habia salido, se dirige á Túnez, y durante la marcha sabe que Vermina, hijo de Sifax, se aproxima con un ejército. Es derrotado Vermina por un cuerpo escogido, enviado por Escipion, el dia primero de la fiesta de los saturnales, 17 de diciembre romano, 2 de noviembre juliano, segun nuestra tabla, cuya fecha concuerda con la del eclipse, y con la prontitud de la expedicion del general romano. Temeroso Escipion (T. Liv.), de que un sucesor no le quitara la gloria de concertar la paz, la concede en Túnez á los embajadores cartagineses que le habian seguido hasta dicha ciudad. De suerte que, el proyecto de tratado que negoció Escipion, despues de la derrota de Vermina, del 2 de noviembre juliano, pertenece á fines de este año consular, que, concluia en 24 de enero siguiente. Dirigiéndose Aníbal á una junta popular, en Cartago, decia que le dispensasen si ignoraba los usos de una ciudad libre, pues habia salido de su patria á los nueve años de su edad, y volvia despues de treinta y seis de ausencia (Polib. T. Liv.). Luego habia salido de Cartago en 516, y habia nacido en 508. Dictadura de C. Servilio Gémino con P. Elio Peto por lugarteniente, para los comicios consulares (Fast. Capit. T. Liv.). Convocados los comicios repetidas veces por el dictador, siempre impidieron el resultado los truenos y tempestades, de suerte que, no habiéndose

verificado la eleccion la víspera de los ídus, 14 de marzo romano (T. Liv.), dia en que, añade el mismo autor, dejaban sus cargos los cónsules de este año, quedó la república sin magistrados curules. El dictador no abdicó (T. Liv.): le autorizó un senatus consulto para que diese con su lugarteniente los juegos consagrados á Ceres, que principiaban el 12 de abril romano, y duraban hasta el 19 del mismo (Antiguo calendario, y una inscripcion que trae Siccama, sobre los Fast.). Es decir, que los nuevos cónsules todavía no habian tomado posesion en 19 de abril romano; pues de nó, no se habria dejado funcionar á un magistrado, nombrado tan solo para proceder á su eleccion, valiéndose del mismo para dar los juegos de Ceres que hubieran dado los cónsules. Á mas de los truenos, tempestades y eclipse mencionados, se abrió un abismo en Velitres, y hubo grandes inundaciones. Las aguas del Tíber subieron (T. Liv.) hasta el circo mayor, sobre el 6 de julio romano, 26 de mayo juliano, dia en que habian de empezar los juegos apolinares; de suerte que, para la celebracion de los mismos, se arregló una plaza situada mas allá de la puerta Colina. Esto hizo que no hubiese intercalacion en el año siguiente, no obstante las victorias de Escipion.

Cónsules: N. Cornelio Léntulo, y P. Elio Ceto, entran el 20 de abril romano del 553, 1.° de marzo juliano del 201.

202-201. Año 18.° de la guerra, segun T. Livio el 17.° (lib. xxx); pero estaba ya cumplido, y comenzaba el 18.° Los cónsules no pudieron entrar en sus cargos antes del 20 de abril romano, el dia siguiente de los juegos de Ceres, dados por el dictador sin cónsules, y que concluyeron el 20 del mismo mes. Tratado de paz con los cartagineses en este consulado (T. Liv.) sesenta y tres años (T. Liv.) después del principio de la primera guerra púnica, en 490; cuarenta años, añade el mismo autor, después de la paz que dió fin á dicha primera guerra en el consulado de Lutacio y de Cátulo, en 513; después de diez y siete años de guerra, dice Eutropio, y por consiguiente, corriendo el año 18.° Como el humillante tratado que los cartagineses aceptaron confirmaba la derrota de Aníbal, Plinio dice (lib. xviii, cap. 18) que en este año fué vencido este general. Escipion redujo á los cartagineses á sus posesiones en África, con prohibicion de ir á guerrear á otra parte de la tierra, y aun en la misma África, sin el beneplácito del pueblo romano. Tuvieron que quemar casi todas sus naves, y entregar la mayor parte de los elefantes, sin que en adelante pudiesen adiestrar ninguno, devolver todos los prisioneros y desertores, y pagar á Roma diez mil talentos (Polib. T. Liv.). Dictadas estas condiciones por Escipion, junto con diez comisionados que mandó el senado, envió á Roma á los plenipotenciarios cartagineses, y el pueblo confirmó el tratado á fines de este año consular, pocos meses antes de la guerra de Filipo (T. Liv. lib. xxxi) resuelta á principios del consulado siguiente. Triunfo del procónsul Escipion el Africano sobre los cartagineses, sobre Aníbal y Sífax, rey de los numidas (Polib. T. Liv.). Seguia Filipo atacando á los aliados de Roma, y el senado, á fines de este año, envió una flota mandada por el propretor Valerio Levino para contener al rey, diez años despues del principio de la guerra (T. Liv.) que se le hizo á consecuencia del tratado de los romanos con los etolios en 543, tres años, añade T. Livio, después de terminada dicha guerra por los tratados de etolios y romanos con Filipo en 549. Como en este no hubo prodigios, se puso la intercalacion que correspondia al año siguiente, con motivo, sobre todo, de la gloriosa paz que acababa de asentar la república.

Cónsules: P. Sulpicio Galba Máximo II, y C. Aurelio Cota, entran el 15 de marzo romano del 554, 5 de febrero juliano del 200.

Tribunos del pueblo: Q. Bebio, y T. Sempronio Longo (T. Liv. lib. xxxi, cap. 6 y 20).

201-200. Año 1.° de la guerra con Filipo (Fast. Capit.) en 550 de Roma segun T. Livio, pero se cree que hay equivocacion en el texto, pues segun la cuenta de este autor catoniano, era este año el 553, tres años cabales después de la pretura de M. Pomponio en 550 (T. Liv.), corriendo el año 3.° desde el senatus consulto del 550 que ordenaba la devolucion en tres plazos del préstamo que tomó la república, cayendo por consiguiente el último en este consulado, que empezaba el 15 de marzo romano (T. Liv. lib. xxxi), bien que los cónsules del año anterior no tomaron posesion hasta después de ese dia. T. Livio dice que los de este año entraron en este dia romano, de modo que á pesar de la alteracion el año consular volvia al punto de partida que antes tenia (véase el año 539). La guerra contra Filipo la resolvió el senado á principios de este año consular (T. Liv.). No obstante, no pudo salir Sulpicio de Roma para Macedonia hasta bastante tarde (T. Liv. Plut., vid. de Quincio). T. Livio dice que llegó á fines de otoño; y hasta el cónsul enfermó en su campamento, entre Apolonia y Dirraquio, de modo que todo tuvo lugar entre sus lugartenientes y Filipo. C. Claudio Centho, el rey Atalo y los rodios frustran los planes de Filipo sobre Atenas y Eleusis. Después de causar daño en tierras de Macedonia, la escuadra romana mandada por L. Apustio, pelea con alguna ventaja con un general de Filipo, y vuelve á reunirse con el cónsul Sulpicio, por aproximarse el invierno, dice Zonaras. Todas las tropas entran en sus cuarteles de invierno. Filipo se retira á su Macedonia. La escuadra de Atalo va á unirse en Egina, y en Corcira la romana (T. Liv.). Todo esto se hizo desde la llegada de Sulpicio á Macedonia á fines del otoño, que en Grecia es muy templado. Durante el invierno, Pleurato, rey de una parte de Iliria, Aminandre, rey de los atamanes, y Batan, jefe de los dardanios, ofrecen socorrer al cónsul. Es cuanto pasó en Grecia durante este año consular. La campaña que se abrió en la primavera siguiente la pone T. Livio en el consulado de Sulpicio, mas pertenece al proconsulado del mismo en el año que sigue. El cónsul Sulpicio, segun el mismo T. Livio, no llegó á Macedonia hasta fines de otoño, y en el año siguiente probaremos que su consulado, fijado en 15 de marzo romano, comenzó y acabó en invierno. Luego al entrar otra vez en campaña en la próxima primavera habia concluido su año consular. Aun daremos otras pruebas en los años 555, 556 y 558. Así es que, copiando T. Livio á los autores griegos que ponian en el mismo año todos los sucesos acaecidos desde el verano de este consulado hasta el verano del consulado siguiente, en que da fin el año olímpico, reunió sin advertirlo la campaña de la primavera siguiente con la del otoño de este año. Y esta equivocacion le apartó de la exactitud mas que á los autores griegos. Como sentó que el consulado de Sulpicio habia comenzado el 15 de marzo antes de la primavera, admitido que hubo que este consulado habia comprendido la primavera siguiente, le atribuyó igualmente el verano del mismo año, poniendo en él toda la campaña siguiente. Rebelion de los insubrios, boyos, y algunos otros pueblos galos, movidos por Amilcar. Este, á quien habian desterrado los cartagineses por quejas de los romanos, se pone á la cabeza de los sublevados. Su ejército habia saqueado ya y quemado

en parte la colonia de Plasencia, dirigiéndose en seguida contra la de Cremonia (T. Liv.). L. Furio Purpúreo, pretor de la Galia cisalpina, conducia á Rímini el ejército del cónsul Aurelio Cota, á quien no le dejaban los negocios salir aun de Roma, y vence á estos pueblos en una batalla en que muere Amilcar. El pretor vota durante la lucha un templo á Júpiter. Triunfo del mismo (T. Liv.). Ovacion del procónsul L. Cornelio Léntulo sobre la España citerior. Se vieron meteoros extraños, y se oyó un ruído aterrador en el templo de Juno; nacen animales monstruosos y un niño hermafrodita, descubriéndose otro hermafrodita de diez y seis años: los decemviros ordenan que sean arrojados al mar como se hizo en 547, y lo prescribian las mismas ceremonias y oraciones (T. Liv.). Es robado por segunda vez el tesoro de Proserpina en el templo de Locres. De suerte que, ni por los juegos que dió Escipion en este año y que votó en África, ni por el votar un templo y salir victorioso Furio Purpúreo, pusieron los pontífices intercalacion en este año, que tampoco era intercalar, segun regla.

Cónsules: L. Cornelio Léntulo, y P. Vilio Tápulo, entran el 15 de marzo romano del 555, 26 de enero juliano del 199.

Tribunos del pueblo: M. Porcio Leca, M. Fulvio Nobilior, y M. Curio Dentato, (T. Liv. lib. xxxii. Plutar. Vid. de Quincio).

200-199. Año 2.° de la guerra de Filipo. Los cónsules entran en 15 de marzo romano (T. Liv.); de modo que este continuaba siendo el dia de la renovacion del consulado. Los etolios tuvieron en invierno una junta general, y Sulpicio, procónsul en Macedonia, los atenienses y Filipo enviaron diputados á la misma, á fin de inducir á aquellos pueblos á que tomasen parte en la guerra. Como L. Furio Purpúreo fué el enviado de Sulpicio á la junta mencionada (T. Liv.) se sigue que aun cuando la ponga T. Livio en el año consular que precede, tuvo en realidad lugar en este. En el anterior Furio Purpúreo era pretor de la Galia cisalpina, venció al enemigo y obtuvo el triunfo. Con motivo de la pretura hubo de estarse todo el año en Italia, y no pudo ir á Grecia á servir á las órdenes del cónsul, y representarle en la junta de los etolios. Á mas de esto, aunque T. Livio ponga las expediciones que hubo después de esa junta en el consulado de Sulpicio del año anterior, corresponden á su proconsulado de este año: otra de las pruebas que hemos dicho antes tocante á la equivocacion de T. Livio. Ábrese la campaña de Sulpicio y Filipo á principios de la primavera (Zonar.). Dice T. Livio que con el trigo cogido en los graneros de los dasaretas, pueblos de la Macedonia, tenia bastante Sulpicio para sus tropas, economizando así el trigo acopiado durante el invierno, y que seguia siempre con el ejército. Luego la correría de Sulpicio en Macedonia fué pasado el invierno. Después de varios combates, Filipo se retira. Al perseguir al rey, Sulpicio se lleva (T. Liv.) todos los cereales del llano de la Pelagonia: luego era en tiempo de la siega. Las empresas de los ilirios, dardanios, atamanes y etolios, obligan á Filipo á alejarse del ejército romano, para salir al encuentro de los nuevos enemigos. Después de correr Sulpicio el país y tomar varias plazas, regresa con sus legiones á la ciudad de Apolonia (T. Liv., lib. xxxi, cap. 28, 34 y 40). Durante la misma campaña, la flota combinada de L. Apustio y del rey Atalo, se da á la vela á principios de verano y entra en el Pireo, dice T. Livio, allá por el equinoccio de otoño, y de allí Apustio vuelve á Corcira, mientras que Atalo, queriendo asistir á los misterios de Ceres, llamados «iniciaciones,» no se vuelve á Asia hasta después de celebrada dicha fiesta. Los misterios se celebraban en el mes boedromion (Plutarc. Vid. de Demetrio, de Focion y de Alejandro), mes que concluyó en este año el 18 de setiembre juliano, pocos dias antes del equinoccio. P. Vilio va á Macedonia, pero fué demasiado tarde. Dice T. Livio que Filipo estaba sitiando á la sazon á los taumacos, y como se acercaba el invierno, añade, se vuelve á invernar con sus tropas á Macedonia: por consiguiente, Vilio llegó á fines de otoño. Los insubrios derrotan á Bebio Tamfilo, pretor de la Galia cisalpina; casi perdió todo el ejército (T. Liv.). Lustro 46.°, hecho por los censores P. Cornelio Escipion el Africano y P. Elio Peto (Fast. Capit. T. Liv.) cinco años después del lustro del 550. Caen rayos en puertas de ciudades y en cuatro templos. Nace una cabra en el templo de Hércules, y animales monstruosos en el Brucio. Notan los pontífices un vacío en las ferias latinas que se acababan de hacer, y consistia en que los ardeates, pueblo latino, no habian asistido al banquete (T. Liv., lib. xxxii). Mueren pontífices. Bien que dijera Sulpicio que un laurel se habia implantado en la popa de un buque de transporte (T. Liv.), y por mas que pareciese esto de buen agüero para la república, creemos que las otras señales siniestras, con la derrota de Bebio, predominaron para suprimir la intercalacion del año siguiente.

Cónsules: T. Quincio Flaminio, y Sextó Elio Peto Caton, entran el 15 de marzo romano del 556, 16 de enero juliano del 198.

199-198. Año 3.° de la guerra de Filipo (T. Liv.). Al comenzar la primavera, dice T. Livio, puesto otra vez Filipo en campaña, y habiendo salido Vilio de Corcira y entrado en el continente para atacarle, sabe Vilio que el nuevo cónsul T. Quincio ha llegado ya á Corcira, y le hace entrega del ejército sin haber emprendido ninguna operacion: esto prueba que el consulado de Vilio, fijado en 15 de marzo romano, habia concluido, y que por lo mismo habia principiado en invierno, en cuya estacion le pone nuestra tabla. Vilio era cónsul cuando las tropas entraron en Grecia en sus cuarteles de invierno, á fines de otoño del año anterior. Habia dejado de serlo al comenzar la primavera de este año, cuando Quincio llegó á Corcira. Luego su consulado concluyó y comenzó en invierno, habiendo sucedido lo mismo con el de su predecesor Sulpicio, y como Sulpicio no llegó á Macedonia hasta fines de otoño de su consulado, tenemos tambien que sus expediciones de la primavera y verano, posteriores á su llegada, no pueden pertenecer á su consulado, sino al proconsulado. Es la segunda prueba de la equivocacion de T. Livio, anunciada en el año 554. Quincio, nombrado cónsul antes de los treinta años (Plut.), sale para Macedonia, mas pronto de lo que habian salido los cónsules precedentes, dice T. Livio, y se está inactivo delante de Filipo por espacio de cuarenta dias. Batalla á orillas del Aoo. Filipo se retira vencido á Tesalia, y de allí á Macedonia (T. Liv. Plut. Zonar.). Los etolios envian guarnicion á una plaza de Tesalia, con el intento, segun T. Livio, de sostener las tropas que destacaban para recoger trigos; indicando esto que se acercaba la siega cuando la retirada de Filipo. El cónsul Quincio, después de atravesar el Epiro sin hostilizarle, entra en la Tesalia, y como T. Livio y Plutarco dicen que, por haber respetado los campos de los epirotas escaseaban los víveres en el ejército, y que envió destacamentos á recoger trigo, síguese que el cónsul caminaba por el Epiro y la Tesalia en época de la siega. Esto pone la batalla de Aoo, que precedió de pocos dias á la marcha de los etolios y del cónsul, sobre la época de la siega en Grecia. Después de em-

prender el cónsul y levantar el sitio de Atrax, ataca á Anticira, en la Fócida, punto mas cómodo para cuartel de invieno (T. Liv.): sin embargo, no habia concluido el verano (véase mas abajo). Rendida la ciudad, envia á su hermano L. Quincio, comandante de la escuadra, á la junta de los aqueos, quienes, se coaligan con Roma. La escuadra romana, la de Atalo, y la de los rodios, que ayudaban á los romanos para el sitio de Corinto, que hubo de levantarse, se retira á los puertos. Como las escuadras, segun Vegecio, navegaban hasta el equinoccio de otoño, no se retiraron hasta despues de la junta de los aqueos, y del sitio de Corinto, hechos posteriores al sitio de Anticira; este sitio, bien que formado con la idea de procurar á los romanos mejor invernadero, comenzó antes del equinoccio de otoño. Pretura de Caton; cúpole la Cerdeña (T. Liv.). Como se anunciaron en Roma muchos prodigios, no pusieron los pontífices intercalacion al año siguiente, que tampoco era intercalar segun la regla.

Cónsules: C. Cornelio Cétego, y Q. Minucio Rufo, entran el 15 de marzo romano del 557, 6 de enero juliano del 197.

Tribunos del pueblo: L. Oppio, Q. Fulvio, C. Acilio, C. Atinio, y C. Ursanio (T. Liv. lib. xxxii, c. 28 y 29, y lib. xxxiii, c. 22). Año 4.° de la guerra de Filipo (T. Liv.); año 5.° desde la terminacion de la segunda guerra púnica, en 553. Quincio concede al rey una entrevista para tratar de la paz, y se aviene á que mande embajadores á Roma: dos circunstancias prueban que la negociacion fué á principios de este consulado, la primera á la que Quincio accedió para que no terminase la guerra uno de los nuevos cónsules (T. Livio lib. xxxii), y la otra que los embajadores de Filipo llegaron á Roma antes de nombrarse el general que habia de continuar en este año la guerra de Macedonia (Polib. lib. xvii, c. 11). No obstante, esto fué lo primero en que se ocupó el senado, luego de tomar los cónsules posesion de sus cargos (T. Liv). Esta negociacion se hizo en invierno, dos meses antes de que espirase dicha estacion. Dice T. Livio que cuando Filipo pidió la entrevista, Quincio se hallaba en su cuartel de invierno, y que en esta estacion tuvo lugar. Además, los aliados de los romanos, que se hallaban en la conferencia entre Quincio y Filipo, se oponian á la demanda del rey, y Quincio les dijo que si la estacion fuese propia para la guerra, el aplazarla pudiera ser perjudicial, mas que bien podia darse á Filipo un plazo en invierno para mandar plenipotenciarios á Roma, y, atendido esto, se le dieron dos meses de tregua. Esta se estipuló, pues, dos meses antes de concluir el invierno, y como fué concertada al principio de este consulado, se sigue que el 15 de marzo romano, dia de la renovacion del consulado, llegó dos meses antes de que feneciese el invierno, y correspondió al enero juliano, en el cual le pone nuestra tabla. Regresaron á Roma los embajadores de Filipo á principios de la primavera, sin obtener la paz (T. Liv.). Filipo y Quincio, á quien nombraron procónsul, entran en campaña hácia el equinoccio (T. Liv.). La primera expedicion de Quincio fué á Tebas de Beocia, y tuvo lugar antes del 9 ó 10 de mayo juliano. Arísteno, nombrado pretor de los aqueos en el año anterior (T. Liv.) se hallaba todavía en ese cargo anual: en el consejo de los beocios, habla en favor de Quincio y de los romanos, siempre como pretor de su república (T. Liv.). Como la pretura de los aqueos comenzaba y terminaba sobre la salida de la última cabrilla (Polib. l. iv, c. 37,) Quincio estaria en Tebas antes del 9 ó 10 de mayo juliano, época en que ponian los antiguos la salida de esta constelacion. El procónsul y Filipo se dirigen, como de consuno, hácia los campos de Escotusa. Dicen Polibio y T. Livio que Quincio iba hácia allá para quitar las mieses á Filipo, y que este iba para llevárselas. Luego esto sucedia en tiempo de la siega, que, segun Hesíodo, principiaba sobre fines de mayo. Batalla de las cinoscéfalas el dia tercero de esa marcha (Polib. T. Liv.). Ella dió fin á la guerra. Filipo se retira á Macedonia, y envia desde allí mensageros al procónsul, á pedir una suspension de hostilidades para enterrar los muertos, y sondear su intencion acerca de la paz. Quincio se abstiene durante quince dias de toda hostilidad, abre en el entretanto un congreso de sus aliados y de Filipo, concediendo al rey cuatro meses de tregua para que enviase plenipotenciarios á Roma (Polib. T. Liv.). Á fines de este año consular, dice T. Livio, ó al principio del siguiente (Polib.), llegaron á Roma las cartas de Quincio y los plenipotenciarios del rey. Triunfo en el monte Albano del cónsul Q. Minucio Rufo sobre ligurios y boyos. Muerte de Atalo, rey de Pérgamo (T. Liv.). Créanse dos nuevos pretores; de modo, que hubo seis. Se creyeron necesarios para las dos provincias de España (T. L. l. iii, c. 27). Como hubo señales siniestras, caídas de rayos en templos, y en los muros y puertas de Fregelas, una aurora boreal, nacimientos de monstruos, y entradas de lobos en ciudades, hasta en Roma, llegando hasta el mismo Capitolio T. Liv. lib. xxxii, c. 29, no se puso la intercalacion que correspondia al año siguiente.

Cónsules: L. Furio Purpúreo, y M. Claudino Marcelo, entran el 15 de marzo romano del 558, 26 de diciembre juliano del 197.

Tribunos del pueblo: Q. Marcio Rex, C. Licinio Lúculo, y M. Porcio Leca (T. Liv. lib. xxxiii cap. 25 y 42).

197-196. Concede el pueblo romano la paz á Filipo, luego de haber tomado posesion los nuevos cónsules, en invierno, dice T. Livio (lib. xxxiii): por consiguiente en invierno se renovaba el consulado. Quincio se hallaba todavía en su cuartel de invierno, cuando aplacó un motin en Beocia, promovido entre partidarios de Filipo y amigos de los romanos. Pocos dias despues, dice T. Livio, y por lo mismo, al principiar la primavera, llegan los diez comisarios enviados por el senado para entenderse con Quincio acerca de las condiciones de la paz otorgadora á Filipo. Este se obliga en el tratado á evacuar, antes de los juegos ístmicos, todas las ciudades de la Grecia. Á estos devuelven los romanos su libertad é independencia: prohiben á Filipo el tener mas de quinientos hombres y mas de cinco buques y el guerrear fuera de Macedonia sin consentimiento del senado. Tiene que entregar los prisioneros y desertores, pagar un tributo, y dar rehenes, y entre estos á su hijo Demetrio (Polib. T. Liv.).

El decreto que devuelve la libertad á las ciudades griegas le hace publicar Quincio en la asamblea de los juegos ístmicos. Estos se celebraban en el ístmo de Corinto, á fines del año 4.° de cada olimpíada, tres dias antes de comenzar la olimpíada siguiente, en 12 del mes corintio llamado panemo, correspondiente al mes ático hecatombeon, en el mismo dia en que se daban los juegos nemeos, pero en años diferentes: ese dia coincidió en este año 59 del ciclo 2.° de Calipo con el 29 de julio juliano. Aquí se halla otra prueba de la equivocacion de T. Livio tocante al consulado de Sulpicio. Si el año consular de Sulpicio, fijado en 15 de marzo, no hubiese comenzado sino en otoño del 554, y terminado en otoño del 555, segun al parecer supone T. Livio, no seria posible, ni aun haciendo retroceder el año romano con la supresion de toda intercalacion, que el consulado de este año de 558

puesto en el mismo 15 de marzo, hubiese principiado antes del 29 de julio juliano; y por lo mismo, el tratado de paz con Filipo, puesto por todos los autores en este consulado, no hubiera podido aun estar negociado cuando se celebraron los juegos ístmicos, ni publicarse durante los mismos (véase el año 554). Quincio y los diez comisarios manifiestan á los mensageros de Antíoco, rey de Siria, que este ha de abandonar todas las ciudades libres, evacuar las que habia tomado en Asia, y renunciar á la idea de atacar cualquier punto de Europa (Polib. T. Liv.). Recorria N. Cornelio, como los demás comisarios, la tierra de Grecia para ir poniéndo en libertad á las ciudades, y llegó á Thermes, en Etolia, mientras los etolios estaban reunidos en junta general (Pol. T. Liv.). Polibio dice que en esta ciudad se reunia la nacion para elegir á sus magistrados; y como las elecciones concluian, segun el mismo autor (lib. IV, cap. 37), pocos dias despues del equinoccio de otoño, se sigue que durante el otoño iban libertando los comisarios romanos las ciudades griegas. N. Cornelio Léntulo, que fué enviado á España de procónsul, en 556, vuelve á Roma en invierno de este año (T. Liv.) y por lo mismo, en los primeros dias de este consulado. Ovacion de este procónsul, en invierno, sobre la España citerior (T. Liv.). Batalla ganada por el cónsul Marcelo en la Galia cisalpina. Su triunfo en 4 de marzo romano del siguiente año 559 (Fast. Cap.) 5 de diciembre juliano del 196 antes de Jesucristo. Nuevo sacerdocio establecido en Roma para cuidar de los banquetes públicos que se daban en honor de los dioses. Los ediles plebeyos, con el dinero de multas, erigen un oratorio al dios Fauno, en la isla del Tíber; pero hubo prodigios, y murieron muchos pontífices (T. Liv.). Enciéndese un conflicto muy vivo entre el colegio pontificio y los cuestores. Estos, con motivo del pago del tercer plazo del préstamo que hemos visto, quisieron sujetar á las contribuciones á los pontífices como á los demás ciudadanos, y hasta les pidieron los atrasos de las mismas desde el principio de la primera guerra púnica. Invocado en vano por los pontífices el apoyo de los tribunos del pueblo, perdieron su inmunidad (T. Liv.). Esto hizo que los pontífices suprimieran toda intercalacion por espacio de muchos años (véase el año 563), amenazando á los magistrados con hacer mas cortos los años de su administracion, hasta que se desagraviase al colegio pontificio. Esperaban que podria hallarse algun consulado flexible, y al mismo tiempo se daba á entender á un pueblo supersticioso que todos los años serian infaustos mientras no se tuviese el mayor respeto á los príncipes de la religion.

Cónsules: M. Porcio Caton, y L. Valerio Flaco entran el 14 de marzo romano del 559, 16 de diciembre juliano del 196 antes de Jesucristo.

Tribunos del pueblo: M. Fundanio, L. Valerio, M. Junio Bruto, y P. Junio Bruto (T. Liv. lib. XXXIV).

196-195 Año undécimo (pues habia cumplido ya el décimo, segun T. Livio. lib. XXXIV) desde el abandono de España por los cartagineses en 549; veinte años despues (T. Liv.) del consulado de Q. Fabio y de Sempronio en 539, durante el cual se habia dado la ley Oppia contra el lujo de las mujeres; veinte y un años cumplidos, añade el mismo autor (lib. XXXIII) después de hecho el voto de la primavera Sacra, en el consulado de N. Servilio y de C. Flaminio en 537. Antes de salir para sus provincias, los cónsules cumplen el voto de la primavera sacra, dice T. Livio. Caton se opone á la derogacion de la ley Oppia, que pedian unos tribunos. Dice T. Livio que luego de recibir el pueblo la disposicion de los tribunos, que derogaba la ley Oppia, salió Caton de Roma para el puerto de Cuna, y reunida allí su hueste, se dió á la vela. Arriba al puerto de los Pirineos, luego á Rosas (Rhoda), cuyo fuerte toma, y desembarca en Ampurias. Pocos dias despues del desembarco, añade T. Livio, llega el tiempo en que estaba el trigo en las eras en esa parte de España: era en tiempo de la siega, que en la España citerior llega á fines de junio juliano. Lo demás del año, los españoles guardaban su trigo en cuevas ó en graneros elevados (Varron, de R. R. cap. 1). Es decir, que Caton llegó á España sobre mediados de junio juliano, y su salida de Roma para ir á Luna, atendiendo á que habia de preparar el embarque, luego llegar á España, y entrar en varios puertos, no pudo ser antes de primeros de mayo juliano. Como Caton no salió de Roma sino cumplido ya el voto de la primavera sacra, se sigue que tuvo lugar en este año en los meses de marzo y abril julianos, y por lo mismo en la primevera astronómica. Estos meses julianos corresponden en este año á diciembre, enero, y parte de febrero romanos. Somete Caton los pueblos de la España citerior (T. Liv.). Ovacion de M. Helvio Blasio sobre los pueblos de la España citerior, á donde fué enviado de pretor en 557. Á los dos meses de volver Helvio, se celebra el triunfo de su sucesor Q. Minucio sobre la misma provincia de España (T. Liv.). En Grecia, el senado autorizó á Quincio para guerrear contra Nabis, tirano de Esparta, para obligarle á evacuar á Argos, de la que le habia hecho entrega Filipo: y el procónsul, después de comenzado el sitio de Argos, hace cortar aquellas mieses de las cercanías de la plaza que estaban en sazon, destruye lo que no se hallaba á punto para segarse, y parte para ir á acometer al tirano en la misma Esparta (T. Liv.). De suerte que se dirigió á Esparta en tiempo de la siega, que en Grecia principiaba por el mes de mayo juliano. El sitio de Esparta dió lugar á los ciudadanos de Argos á echar de su ciudad á la guarnicion lacedemonia y recobrar su libertad. Los males de la guerra (T. Liv.) habian impedido á la ciudad de Argos el celebrar los juegos nemeos en el dia designado; y en medio del júbilo que causó el restablecimiento de la libertad, se mandó que se celebrarian, añade T. Livio, aplazándose para el dia en que Quincio volviese á Argos con su tropa, y pudiese asistir á la fiesta. Hasta se nombró á Quincio para que los presidiese, y entónces fué proclamada la independencia de Argos. Los juegos nemeos se celebraban cada dos años (Stacio, Thebaid, lib. IV, v. 722, y lib. VII, v. 94; y el escoliador de Píndaro, argum. 2 y 5). Por esto dice el emperador Juliano que de esos juegos los habia de dos clases (Epist. pro Argirio). Unos se celebraban en verano, al fin del 3.° y sobre el 4.° año de cada olimpiada, segun se ha visto en el año 537. Los otros se daban en invierno (Pausanias, eliac. 2, cap. 16, y Corinth. cap. 15), diez y ocho meses despues de los primeros, en medio del primer año olímpico. De suerte que hubieran debido celebrarse en el invierno de este año, que era el primero de la olimpiada 146; pero lo impedia la esclavitud en que Argos se hallaba, la que duró hasta el sitio de Lacedemonia, que no comenzó hasta el tiempo de la siega. Pasados los juegos, Quincio se fué de Argos á pasar el invierno á Elacia (T. Liv.), lo que confirma la celebracion extraordinaria en este año de los juegos nemeos, cerca del tiempo en que entra la tropa en cuarteles de invierno. Bien que no hubo señales extraordinarias en este año, como seguian los pontífices en sus quejas con motivo de la contribucion, no pusieron intercalacion al año siguiente, que por regla no era intercalar.

Cónsules: P. Cornelio Escipion Africano II, y T. Sem-

pronio Longo entran el 15 de marzo romano del 560, 6 de diciembre juliano del 195 antes de Jesucristo.

195-194. Año 14.° desde el consulado de C. Cornelio Cétego, en 557 (T. Liv. lib. XXXIV), año 7.° desde la paz ajustada con los cartagineses, en 553 (Asconius in Cornel.). Dos años después de haber sido ediles plebeyos N. Domicio Enobarbo y C. Escribonio, en 558; seis años después de la pretura de L. Furio Purpúreo, en 554; diez años después del consulado de P. Sempronio Tuditano, en 550 (T. Liv.). Echa de ver el gran pontífice que hubo en el año anterior un vicio en la ejecucion del voto de la primavera sacra, y el senado ordena que se dé otra vez cumplimiento al voto segun prescribieren los pontífices, los cuales declaran (T. Liv.) que la primavera sacra comprende en este año y consulado, el ganado que hubiere nacido desde el dia 1.° de marzo romano hasta el postrero de abril. Creidos algunos modernos de que el voto de la primavera sacra correspondia necesariamente á la primavera astronómica, han dicho que el vicio reconocido en el cumplimiento del voto del año anterior, consistia en que no se habia celebrado durante la primavera astronómica; que, habiéndole puesto los pontífices en este consulado en los dos meses romanos de marzo y abril, estos deben haber coincidido en este año con la primavera, y que por lo mismo este año romano ha de haber correspondido exactamente al juliano. Fácil será demostrar su error. Primeramente, el voto se habia cumplido el año anterior en la primavera astronómica; luego el vicio que notaron los pontífices no pudo consistir en esto, y por lo mismo no pudo darse otra vez cumplimiento al voto para fijarle en esa estacion. Además, el eclipse del 564, y del que hablaremos en su lugar, establece que el 1.° de marzo romano coincidió con el 4 de noviembre juliano, y no es posible que este mismo dia 1.° de marzo romano correspondiera en este año de 560 al 1.° de marzo juliano; sean cuales fueren las alteraciones hechas en el calendario por los pontífices desde 560 á 564, suponiendo hasta la supresion de todas las intercalaciones, en cuatro años no puede haberse hecho retrasar ese dia romano de cuatro meses enteros. De suerte que el eclipse del 564 demuestra que marzo y abril de este año romano de 560 no concordaron con los mismos meses del año juliano, y en el año próximo daremos de ello otra prueba. Por otra parte, de las cuatro especies de ganado comprendidas en el voto de la primavera sacra, la menos preciosa, la de los cabritos, era la única que naciese en el curso de la primavera astronómica (Varron, Columela, Plinio). Los corderos nacian en otoño, en octubre, noviembre y diciembre; los que nacen mas tarde, añaden Varron y Plinio, son muy débiles. Los terneros nacian igualmente en otoño, en octubre y noviembre (Varron c. 1. Plin. lib. VIII, c. 50). Algunos, dice Plinio, que venian en el estío, y bien que Columela (lib. VI, capítulo 23) señala para ello el mes de abril, no sucedia así en tiempo de la república, y cuando se cumplió este voto, pues otra cosa se veia en tiempo de Varron. En cuanto á los lechones, nacian en verano, junio y julio (Varron, lib. II, c. 41, Columela lib. VII, c. 9, Plin. lib. VIII, c. 41). Las cuatro especies comprendidas en el voto de la primavera sacra se reproducian en estaciones diferentes, y el voto no podia fijarse por esto en una estacion determinada; las habia de recorrer todas, á fin de que las cuatro especies pudieran quedar comprendidas todas. Era el único medio de dejar al voto toda la extension que le daba su fórmula. Los pontífices hallaron el medio en la misma irregularidad de su calendario. Como marzo y abril romanos designaban, por la primitiva institucion de Numa, la primavera astronómica, y en ella hubieran estado siempre, á haber quedado el calendario en la regularidad que le dió Numa, echó de ver el colegio pontificio que, al tomar los dos meses romanos por término del cumplimiento del voto, le haria coincidir con cualquiera estacion; en vez de que, fijándola en la primavera astronómica, habria dos estaciones fecundas, el verano y el otoño, que quedarian excluidas para siempre. En esto consistia, en nuestra opinion, el vicio descubierto en el cumplimiento del voto del año anterior. Se le habia puesto en la primavera independientemente de los meses del calendario, y los pontífices le arreglaron en este año á los meses del calendario, sin atender de ningun modo á la primavera astronómica. Batalla ganada en Italia por el procónsul L. Valerio Flaco sobre insubrios y boyos. El cónsul Sempronio Longo llega á esta provincia después de la batalla. Se otorga la paz á Nabis, tirano de Lacedemonia. Triunfo de T. Quincio sobre Macedonia y su rey. Duró tres dias. Triunfo de Caton sobre la España citerior. En este año se representaron por primera vez composiciones dramáticas en los juegos megalesios (T. Liv.). Celebrábanse estos en 4 de abril romano (Calend. antig. Ovid. Fast. l. IV, v. 187) dia correspondiente en este año al 26 de diciembre juliano. El senado estuvo en ellos separado del pueblo. Echábase en cara á Escipion el Africano, el haber hecho ó consentido semejante innovacion en su consulado (Cicer. «De arusp. resp. y pro Cornel.»). Como el uso de señalar para el senado asientos separados empezó en este año varroniano de 560 y catoniano 558, dicen con verdad T. Livio y Valerio Máximo que el senado habia asistido mezclado con el pueblo por espacio de quinientos cincuenta y ocho años. Se establecen colonias en Pozoli, Volturno, Literno, Salerno, Buxento, Siponto, Tempsa y Crotona. Velleyo Pat. pone tres de estas colonias mucho mas tarde, y añade que no concordaban los antiguos tocante á la fecha en que se establecieron (lib. I, c. 15). Lustro 47.° por los censores Sex. Elio Peto y C. Cornelio Cétego (Fast. Capit.) cinco años después del que se hizo en 555. T. Livio (lib. XXXIV y XXXV) pone el nombramiento de dichos censores en el año que nos ocupa, y en el siguiente el lustro. Bien que se dedicaran en este año cuatro templos, á Juno Sóspita, á Fauno, á la Fortuna Primigenia y á Júpiter, y bien que se diese solemne cumplimiento al voto de la primavera sacra, como se anunciaron varios prodigios, como el llover tierra y sangre en el foro y el capitolio, nacer niños sin ojos, sin narices, sin piés ó sin manos, persistieron los pontífices en hacer siempre cortos los años de magistratura, hasta que se les devolviese la inmunidad de que gozaron, y no pusieron intercalacion al año siguiente, que no era intercalar.

Cónsules: L. Cornelio Mérula y Q. Minucio Thermo entran en 15 de marzo romano del 561, 26 de noviembre juliano del 194 antes de Jesucristo.—Tribunos del pueblo: M. Sempronio, M. Titinio y C. Titinio (T. Liv. lib. XXXV).

194-193. Año 2.° desde el consulado de Caton, del 559. Año décimo desde la concentracion de las miradas romanas en Escipion (en 551). Batalla ganada por el cónsul Cornelio Mérula á los boyos: como T. Livio advierte que el calor del sol hizo que estuvieran flojos los galos, la batalla se trabó á lo mas en otoño. Sin embargo, no estaba lejana la renovacion del consulado. T. Livio añade que el senado recibió casi al mismo tiempo la nueva de la victoria de Mérula, y una carta de su colega Q. Minucio Thermo, encargado de

presidir los comicios consulares, el cual decia que el estado de la guerra en Liguria no le permitia ir á Roma para las elecciones, suplicando al senado que viese de encargarlas á Mérula, y de nó, que habia de haber interegno. Luego la victoria de Mérula fué á fines del año consular. Dice tambien T. Livio, que, acusado Mérula, por cartas de jefes del ejército, de haber dejado escapar la ocasion de destruir por completo al ejército enemigo, dejó el senado para otro dia el deliberar sobre este negocio; era mas urgente para el senado, añade T. Livio, ocuparse de la usura, mandando que los aliados que prestasen dinero á ciudadanos romanos, pasadas las Ferales, que entónces estaban próximas, estarian obligados á declararlo. Así pues, la fiesta de las Ferales que Ovidio pone en 18 de febrero romano, y el antiguo calendario en 21 del mismo mes, no estaba apartada del dia en que el senado deliberó sobre la usura, y sobre la conducta de Mérula relativamente á los boyos, ni del dia en que recibió la noticia de esa batalla; y por consiguiente esta hubo de darse á fines del año consular, que concluia en 14 de marzo romano. El mismo autor añade además, que el cónsul Minucio Thermo, después de escribir al senado que no le era posible ir á presidir los comicios, fué acometido por el enemigo á últimos de año; luego el fin del año consular coincidia con estacion propia todavía para operaciones militares. En España concluye igualmente la campaña al fin del año consular. Dice T. Livio que se acercaban los comicios, cuando Fulvio, pretor de la España ulterior, venció á varios pueblos, y en la citerior tomó una ciudad el pretor C. Flaminio, después de lo cual, añade Flaminio, se retiró á su cuartel de invierno. Todo esto demuestra que el fin del año consular coincidia con la estacion del otoño, propia aun para la guerra, pero próxima ya á la de reposo; de lo que se sigue que, el 15 de marzo romano no pudo en este año, ni en el siguiente, corresponder á la primavera astronómica. La comision encargada de oir á los embajadores enviados á Roma por el rey Antíoco, responde que este rey debe renunciar del todo á la Europa, y hasta á todas las ciudades griegas de Asia (T. Liv.). Descontentos los etolios por las condiciones del último tratado de paz, mandan emisarios á Antíoco, Filipo y Nabis, á fin de inducirlos á levantarse contra griegos y romanos. Nabis emprende inmediatamente el cerco de Gitio. Por lo que hace á Antíoco, salió una embajada romana para Siria, y no llegó hasta el año que sigue, bien que T. Livio ponga en este año la negociacion con el ministro de Antíoco. Se establece una colonia en Turino. Prodigios tremebundos: hubo tan frecuentes tormentas, que, con tanto hacer rogativas, ni se reunia el senado ni se despachaban los negocios, y los cónsules hubieron de poner restricciones á los anuncios de terremotos y otras calamidades parecidas. Las inundaciones del Tíber fuéron considerables, y muchas casas fueron derribadas. Hubo granizo, y cayeron rayos en una puerta y murallas de Roma (T. Liv.). De suerte que ni la dedicacion que hizo Caton del templo de la Victoria Vírgen, ni el celo desplegado por los ediles curules, que pusieron escudos dorados en lo alto del templo de Júpiter, bastaron á decidir á los pontífices, que seguian descontentos, á poner la intercalacion que correspondia al año siguiente.

Cónsules: L. Quincio Flaminino, y N. Domicio Enobarlo, entran el 15 de marzo rom. del 562, 15 de noviembre jul. del 193.

193-192. Los embajadores romanos, al ir á la corte de Antíoco, pasan á Elea y se detienen en Pérgamo, capital del rey Eumenes. Era á principios de la primavera, dice T. Livio (lib. xxxv). Este viaje no puede ponerse en la primavera del año que precede: al regreso de los embajadores, Nabis seguia sitiando á Gitio, y el fin de este sitio coincidió con la pretura aquea de Filopemen correspondiente á este año; luego era en la primavera de este año cuando los embajadores caminaban para Siria; de lo que se desprende que su llegada á la corte de Antíoco, no puede ponerse en el año consular que precede, segun lo hace T. Livio. La equivocacion de este autor dimana de la misma causa que ya hemos mencionado: como los autores griegos ponian en el mismo año todo lo acontecido desde el verano anterior al verano siguiente en que se renovaba el año olímpico, T. Livio siguió inadvertidamente el mismo proceder, bien que inconciliable con el año consular de los romanos. Los embajadores en nada quisieron atenuar las primeras condiciones exigidas de Antíoco por el senado, y el rey se decidió por la guerra en un consejo secreto. Regresan á Roma los embajadores sin que supiesen la intencion de Antíoco. Nabis bate por mar á Filopemen, pretor de los aqueos. Esa batalla no pudo darse antes del 10 ú 11 de mayo juliano, al salir la última cabrilla, que era, segun Polibio, cuando se renovaba el año pretoriano de los aqueos, y cuando por consiguiente comenzó la pretura de Filopemen, ni antes del 16 del mismo mes, en cuyo dia, segun Vegecio (lib. v, c. 9) se abria la navegacion militar: de manera que dicha batalla no pudo tener lugar antes de fines de mayo juliano. Filopemen no tardó en desquitarse por tierra. Incendió el real de Nabis, y obligó á los lacedemonios á retirarse en desórden al campamento que tenian delante de Gitio, cuya plaza seguia sitiada (Tito Livio). Convocados los aqueos y sus aliados en junta general, se decide el marchar directamente á Lacedemonia. Trábanse allí varios combates con ventaja para Filopemen, y el tirano vencido se encierra en su capital. Como Filopemen, segun T. Livio, no volvió á la Acaya hasta haber devastado por espacio de treinta dias las tierras de la Laconia, su regreso á la Acaya no pudo efectuarse antes de mediados de verano. Los etolios forman al mismo tiempo el empeño de tomar á Demetríada, Calcis y Lacedemonia. Salen con la suya en Demetríada, pero nó en Calcis; y en cuanto á Lacedemonia, era su plan hacer asesinar á Nabis por las tropas que le enviarian só color de auxiliarle. Dice T. Livio que á la sazon el tirano estaba encerrado en Lacedemonia, amenazado por los aqueos. Luego la expedicion de los etolios contra Demetríada, Calcis y Lacedemonia, coincide con la de Filopemen, y corresponde á mediados de verano. La toma de Demetríada por los etolios decidió á Antíoco, entónces detenido en el Helesponto, á pasar á Europa (T. Liv.). De esto se deduce que este rey no pasó antes de fines del verano; y además prueba otra circunstancia que no entró en el mar hasta fines de setiembre juliano. Tratando Antíoco de disculparse ante la junta general de los etolios por haber llegado con menos gente de la que esperaban sus aliados, dice que salió en época poco favorable para la navegacion, y que á la vuelta de mejor estacion mandará venir mas fuerza (T. Liv.). El tiempo de la navegacion, militar, segun Vegecio, no concluia hasta el 14 de setiembre juliano. Calcis abrió las puertas á Antíoco, y este se hizo dueño de toda la Eubea, estableciendo en Calcis su cuartel de invierno (T. Liv. lib. xxxv y xxxvi). En Italia, el procónsul Q. Minucio Termo gana una batalla á los ligurios. Luego van los cónsules á la Galia Cisalpina. Prosperidad de los romanos en España

(T. Liv.). Como hubo muchos prodigios entre los cuales se creyó que habia hablado un buey del cónsul Enobarlo, diciendo de Roma que debia estar alerta, y se desgajó una roca del monte Capitolino, matando á muchos, y hubo incendios, inundaciones y terremotos, los pontífices, que seguian descontentos, no añadieron intercalacion al año siguiente, que tampoco era intercalar de derecho, no obstante el establecimiento de una colonia en Yibo (T. Liv.), la dedicacion de dos oratorios á Júpiter en el Capitolio, y el celo de los ediles curules que invirtieron las multas exigidas de los usureros en el ornato del templo de Júpiter.

Cónsules: M. Acilio Glabrio, y P. Cornelio Escipion Nasica, entran el 15 de marzo romano del 563, 5 de noviembre juliano del 192.—Tribunos del pueblo: P. Sempronio Bleso T. Liv. lib. xxxvi, c. 39).

192-191. Año 1.° de la guerra de Antíoco (Fast. Capit.); año 3.° desde el consulado de Minucio, en 561, (T. Liv.) dos años después de la pretura en España de M. Fulvio Nobilior, en 561; cuatro años después del consulado de Caton, en 559 (Cic. de Senect. c. 10); pasados trece años desde el consulado de M. Livio Salinator, en 547. El cónsul M. Acilio sale el 5 de mayo romano 28 de diciembre juliano para Brundicio (Brindis), en donde habia de reunirse su ejército el 15 del mismo mes, 4 de enero juliano. El cónsul no se embarcó para la Grecia hasta muchos meses después. Mientras que el senado, luego de haber tomado posesion los cónsules, declara la guerra á Antíoco y hace los preparativos necesarios, Antíoco, dicen Polibio y T. Livio, que estaba invernando en Calcis, negocia con varios pueblos griegos, y luego en la misma ciudad y durante el invierno, añade T. Livio, tiene consejo con todos sus aliados al objeto de ver qué se hará con los tesalios. Habiendo emprendido Antíoco el sitio de Larisa, en la Tesalia, añade el mismo autor, el rey Filipo escribe al propretor M. Bebio que salga del cuartel de invierno; mas, como Antíoco, pretextando lo riguroso de la estacion, se retira por la via de Demetríada á Calcis, Bebio y Filipo vuelven á sus cuarteles de invierno. Por fin, Antíoco contrae matrimonio en Calcis y este rey, segun T. Livio y Apiano, pasa el resto del invierno en placeres, haciendo lo mismo su tropa, esparcida en varios cuarteles de invierno, y relajándose la disciplina. Como todos estos hechos, ocurridos al principio, mediados y fin del invierno, van remontando hasta los primeros dias del consulado, resulta que este comenzó pocos dias antes del invierno, á fines de otoño, y que por lo mismo el 15 de marzo romano, en cuyo dia comenzaba el consulado, correspondió á los primeros dias de noviembre juliano en que le pone nuestra tabla, y que el 15 de mayo romano, dia de la reunion del ejército de Acilio en Brundicio, correspondió á los primeros dias de enero juliano, en donde le hemos puesto. Al comenzar la primavera, Antíoco, Bebio y Filipo entran de nuevo en campaña (T. Liv.) después de algunas expediciones por una y otra parte. Antíoco pidió á Tirio, ciudad de la Acarnania, que se aliase con él, y N. Octavio, destacado por el procónsul L. Quincio al objeto de animar á los acarnanios contra Antíoco, hace circular la falsa noticia de que el cónsul Acilio ha pasado el mar y se halla en la Tesalia, siendo verosímil la noticia, dice T. Livio, por haber llegado ya el tiempo de navegar. Luego Acilio no habia llegado todavía en mayo juliano, en cuyo mes se abria la navegacion militar; y por tanto, no partió de Brundicio luego de pasado el 15 de mayo romano, 4 de enero juliano, en cuyo dia reunió su tropa. Llega poco después este cónsul á Grecia (T. Liv.). Batalla de las Termópilas, que no pudo trabarse mas allá de primeros de julio juliano. El cónsul vota durante la misma un templo á la Piedad (T. Liv. lib. xl, c. 34. Val. Máx. lib. ii, c. 5). Vencido Antíoco se vuelve á Asia. El cónsul pone sitio á Heraclea, y este duró á lo menos veinte y cuatro dias (T. Liv.). Tomada Heraclea, se comienza el sitio de Naupacto que duró dos meses, y lo mas tarde que concluyó fué sobre el equinoccio de otoño. T. Livio dice que Quincio, el libertador de la Grecia, quiso inclinar á Acilio á conceder tregua á los etolios encerrados en Neupacto, y que hizo presente al cónsul que iba á llegar el fin de su año consular, y que en el ataque de dos plazas se le pasaria lo que faltaba de tiempo. Acilio se la otorgó por noventa dias, y alzó el sitio: dice además T. Livio (lib. xxxvii, c. 1), que al entrar los nuevos cónsules estaba la tregua á punto de acabarse. Como el consulado siguiente comenzó el 18 de noviembre juliano, resulta que la tregua de tres meses otorgada á los etolios y el fin del sitio de Naupacto no pueden ponerse antes de últimos de setiembre juliano; si se pusieran mas tarde, á mediados de octubre ó á fines del mismo, en vez de corresponder la tregua hácia fines del año consular, este hubiera durado todavía mas de dos meses; siguiéndose tambien de ahí, que, habiendo transcurrido á lo menos dos meses y veinte y cuatro dias para el sitio de Heraclea y el de Naupacto, período de tiempo que media entre las batallas de las Termópilas y el fin del sitio de Naupacto, esa batalla no pudo tener lugar mas allá de primeros de julio juliano. Duraba todavía el sitio de Naupacto, dice T. Livio, cuando el pretor T. Livio, comandante de la escuadra romana, detenido hasta entónces por vientos contrarios, alcanza la de Antíoco, y gana una batalla naval. Persiguió Livio por algun tiempo al enemigo, y se retiró después á los puertos, por aproximarse el invierno (T. Liv.) de modo que esta batalla ocurrió sobre el equinoccio de otoño, y por lo mismo, el sitio de Naupacto no terminó mucho antes de ese equinoccio. Ovacion del propretor M. Fulvio Nobilior sobre la España ulterior (T. Liv.). Triunfo del cónsul P. Cornelio Escipion Násica sobre los boyos (T. Liv.). Cuando este cónsul volvió á Roma con el ejército y pidió el triunfo, el tribuno Sempronio Bleso hizo presente al senado, segun T. Livio, que Nasica habia de ir con sus legiones á Liguria en socorro del procónsul Minucio, y que luego de vencidos aquellos pueblos, podria volver á Roma y triunfar como procónsul, espirado ya el año de su consulado. Luego Nasica habia ido á Roma para el triunfo, pocos meses antes de concluir su consulado, bien que sin embargo en tiempo propio para operaciones militares. Esta circunstancia conviene perfectamente á la correspondencia establecida por nuestra tabla entre el año romano y el juliano, pues, segun la misma, el 14 de marzo romano, dia en que acabó el consulado de Nasica, coincide con el 17 de noviembre juliano. Los meses precedentemente mas inmediatos á este, son de actividad y de campaña militar, pero no seria lo mismo si se tomase, como han hecho algunos modernos, el marzo juliano en vez del romano. T. Livio dice que, luego de haber entrado los cónsules, se inmolaron víctimas en los templos principales, pidiendo el favor de los dioses para la guerra que iba á emprenderse, y que los auspicios fueron muy favorables, prometiendo los arúspices grandes ventajas y el engrandecimiento del Estado. En nuestro sentir, el cónsul Manio Acilio aprovechó la coyuntura para dar acerca de la intercalacion la ley de que habla Macrobio, y regularizó

algo el calendario que siempre estaban alterando los pontífices. Escribe Macrobio (lib. I, Saturn. c. 14), refiriéndose á Fulvio Nobilior, autor de los Fastos romanos, que en el año capitolino 562 (correspondiente á este año varroniano de 563), antes de partir Manio para la guerra de Etolia, y por lo mismo á principios de su consulado, presentó una ley al pueblo para que este tuviese á bien ordenar que se intercalase, y esto significan en Macrobio y en Fulvio las siguientes palabras: « de intercalando pópulum rogase. » Nada hacia Acilio con el senado ni con el pueblo para la inmunidad de los pontífices relativa á contribuciones, y podia temer que su año consular quedase mas corto suprimiéndose la intercalacion en febrero del año siguiente que era sin embargo intercalar. Los satisfactorios anuncios de los arúspices le autorizaban para pretender que su año no debia hacerse mas corto, y esto explica cómo podia esperar fundadamente una ley sobre este asunto, de suerte que entónces se principió á poner coto á la rencorosa terquedad de los pontífices en cuanto á intercalacion. Como en este año no hubo mas que granizo, algun rayo sobre lugares sagrados y embarcaciones, y la subida de los bueyes á lo alto de una casa (T. Liv.) bastaba la dedicacion que se hizo en este consulado de los templos de la Madre de los dioses y de la juventud para compensar esas señales, aun cuando no hubieran los dioses ofrecido solemnemente á los romanos proteccion y fortuna.

Cónsules: L. Cornelio Escipion, y C. Lelio, entran el 15 de marzo romano del 564, 18 de noviembre juliano del 191 antes de Jesucristo.

191-190. Año 2.° de la guerra de Antíoco. El cónsul Escipion ordena á sus legiones que estén reunidas en Brindis el 15 de julio romano (T. Liv. lib. xxxvii, c. 4), 18 de marzo juliano. Al tiempo mismo en que el cónsul sale de Roma para Brindis, durante los juegos apolinares, hay un eclipse de sol á 11 de julio romano, dice T. Livio (c. 14). Las tablas astronómicas le ponen en 14 de marzo juliano; y esta es otra prueba de la exactitud de nuestra tabla, segun la cual el 11 de julio romano coincidió con el 14 de marzo juliano. Este eclipse demuestra que el 1.° de enero romano de este año 564 concordaba con el 16 de agosto del precedente año juliano 191 antes de Jesucristo, y que por lo mismo, el año romano se retrasaba de ciento treinta y ocho dias; de lo que se sigue, que, puesto que en el último ejemplo que hemos presentado en el año 539 acerca de la exactitud de nuestra tabla, el año romano no se retrasaba mas que de veinte y ocho dias, los pontífices hubieron de omitir muchas intercalaciones desde el 539. No queria el procónsul M. Acilio pasar el verano en la inaccion, dice T. Livio, y emprendió el sitio de Amfisa; luego el sitio de esta plaza no comenzó antes del 11 de mayo juliano, que era el principio del verano, segun el órden de estaciones establecida por los romanos. Abiertos están ya en varios puntos los muros de Amfisa (T. Liv.) cuando sabe el procónsul que el cónsul L. C. Escipion ha aportado á Apolonia, y viene á reunírsele pasando por el Epiro y la Tesalia. Siendo así, el cónsul no pudo desembarcar en Grecia antes de que concluyese el mayo juliano, bien que el senado hubiese negado la paz á los embajadores etolios enviados con motivo de la tregua otorgada por Acilio (T. Liv.). El cónsul L. Escipion, por dictámen de su hermano el Africano, que le servia de lugarteniente en el ejército (Cic. Philipp. II, c. 7, Valer. Max. lib. v, c. 3. T. Liv.), á fin de salir mas pronto de la guerra de Etolia, y poder atacar mas desembarazadamente á Antíoco, da á aquellos pueblos otra tregua de seis meses; y parte para el Asia. Seleuco, hijo de Antíoco, estaba sitiando á Pérgamo, capital del reino de Eumenes. Antíoco se aproxima á la plaza, y sabedor de que el cónsul Escipion se hallaba ya en Macedonia preparándose para pasar el Helesponto, propone la paz al pretor Emilio Regio, jefe de la escuadra romana. Los rodios, auxiliares de los romanos, estaban por la aceptacion de la paz, y Eumenes se opuso á ella, alegando, segun Polibio y T. Livio, que, como para la confirmacion de la misma se requeria el consentimiento del cónsul, la aprobacion del senado y ratificacion del pueblo, Emilio tendria que perder entre tanto todo el tiempo de la campaña, pasar el invierno en Asia, y, segun lo que se resolviese en Roma, comenzar de nuevo la guerra; siendo así que, prosiguiéndola desde luego con vigor, podia terminarse antes del invierno. Lo de Eumenes no prueba que estuviese el invierno cerca, sino que antes de saberse la resolucion de Roma se pasaria el tiempo de la campaña. Levantado por Seleuco el sitio de Pérgamo, los rodios van en busca de la flota de Antíoco. Como era en medio del estío, dice T. Livio, tuvieron los rodios enfermedades epidémicas, ordinarias en esa estacion y en ese clima. La flota de Antíoco, añade T. Livio, se habia retrasado con motivo de los vientos alisios; estos son los que soplan todos los años en el Mediterráneo pasado el solsticio de verano (Gémino, Aristót. Sénec.) y segun Plinio y Columela se levantan pocos dias despues de la canícula, es decir, el 20 de julio, y acaban el 28 ó el 30 de agosto juliano. En la costa de Pamfilia vencen los rodios la flota de Antíoco. El sitio de Pérgamo, comenzado y levantado antes de las enfermedades de la escuadra de los rodios en medio del estío, y el retraso de la de Antíoco, corresponden por consiguiente á muchos meses antes del invierno; de modo que la batalla entre rodios y sirios no pudo tener lugar antes de fines de agosto ó principios de setiembre, despues de los vientos alisios. La flota de Antíoco, nuevamente organizada, fué vencida todavía cerca de Mioneso, en la Jonia, por Emilio Regilo, y desalentado el rey abandona Lisimaquia, plaza importante del Quersoneso, que, segun dice T. Livio, hubiera podido resistir todo el invierno á los enemigos, y habiendo tomado el pretor Emilio á Focea, decidió estacionarse en el puerto de la misma porque se acercaba el invierno, segun T. Livio. Síguese de esto que la batalla de Mioneso ocurrió por el equinoccio de otoño, poco antes de la estacion en que cesaba la navegacion militar, y cuando un sitio puede por su prolongacion detener á un ejército por todo un invierno. Al dirigirse el cónsul Escipion al Asía, supo, antes de entrar en el Quersoneso, la victoria de los romanos en Mioneso. Pasó el Helesponto en donde tuvo que pararse por la fiesta de los anciles (ó ancilios), durante la cual no podia viajar ningun romano (Tacit. Suet. Polib. T. Liv.). Esta fiesta que Dionisio de Halicarnaso y Plutarco ponen en marzo romano, principiaba, segun Ovidio (Fast. lib. III, v. 259) el 1.° de este mes y duraba hasta el 14 del mismo, como se echa de ver en Tácito (Hist. lib. I, cap. 90), cuyos dias, segun nuestra tabla, correspondian al 19 de octubre y 7 de noviembre julianos de este año 190 antes de Jesucristo. Antíoco mandó un embajador para pedir la paz al cónsul, y le halló exclusivamente ocupado en la celebracion de dicha fiesta. Escipion el Africano, á quien iba dirigido el embajador, ni siquiera estaba con el ejército, pues, como era sacerdote saliense, estando obligado á celebrar dicha fiesta aun con mayor recogimiento, y se habia quedado mas allá del Helesponto, lejos del tumulto y de los negocios (Polib. T. Liv.). Aquí da fin

este año consular. Como la fiesta de los ancilios duraba desde el 1.° al 14 de marzo romano, y concluia el año consular el 15 del mismo, los sucesos que acontecieron despues de la inaccion que la seguia, pertenecen al procónsulado de Escipion del año siguiente, y nó al consulado de este año como dice T. Livio. Se niega el triunfo á M. Minucio Termo, procónsul en Liguria (T. Liv.). Caton pronunció acalorados discursos contra Minucio (Aul. Gel. lib. x, y xiii). Triunfo del procónsul M. Acilio Glabrio sobre Antíoco y los etolios (T. Liv.). Se aumentan las colonias de Plasencia y de Cremona. Senatus consulto para establecer dos colonias en las tierras prometidas á los boyos. Bien que desde sus relaciones comerciales y sus guerras con los griegos comenzasen los romanos á conocer que los eclipses estaban en el órden natural, como el eclipse de este año fué acompañado de otros prodigios, entre ellos la fecundidad de una mula, no añadieron los pontífices intercalacion al año siguiente, que no era de derecho intercalar.

Cónsules: N. Manlio Vulso, y M. Fulvio Nobilier, entran el 15 de marzo romano del 565, 8 de noviembre juliano del 190 antes de Jesucristo. — Tribunos del pueblo: P. Sempronio Graco, C. Sempronio Rutilo, y Q. Terencio Culeo (T. Liv. lib. xxxvii, c. 57. Plutar. Vida de Quincio).

190-189. Año 3.° de la guerra de Antíoco, doscientos años despues de la batalla de Alia en 365 (T. Livio lib. xxxviii, c. 17). Reunido otra vez al ejército Escipion el Africano (pasado el 14 de marzo romano, 7 de noviembre juliano) y rechazadas las proposiciones del embajador de Antíoco, su hermano el procónsul L. Escipion emprende la marcha, y despues de detenerse en Ilion, cuna de los romanos, va en seis dias al punto en que nace el rio Caico, llegando en cinco jornadas á las márgenes del Frigio ó Hylo, muy cerca de Antíoco. Pasa el rio, y á los cinco dias presenta la batalla. No se atreve Antíoco á aceptarla, y el procónsul L. Escipion hace que en un consejo de guerra se resuelva el atacarle en su propio real si no hay otro medio de obligarle al combate. Tres dias despues, dice T. Livio, que se dió la batalla. Del texto de T. Livio se deduce que apenas transcurrió un mes cabal entre la vuelta al ejército de Escipion el Africano y la batalla del monte Sipilo, y por lo mismo que la batalla fué sobre el 21 de abril romano, 15 de diciembre juliano. Se decidió forzar á Antíoco en su real, añade T. Livio, porque se acercaba el invierno, y hubiera tenido el ejército romano que diferir la lucha para otra estacion. Luego se dió la batalla antes del invierno, pero cerca de sus primeros rigores, hasta en la Lidia y Meonia, teatro de la guerra, estando muy en su lugar en diciembre juliano, en el que le pone nuestra tabla. Vencido Antíoco, huye hácia Siria, y Escipion se acuartela para el invierno; rindiéndosele las ciudades mas cercanas (Polib. T. Liv.). Sin embargo de tener lugar esta accion antes del invierno, no fué durante el año consular de Escipion, como sienta T. Livio, sino durante el procónsulado del mismo. Dice Plinio (lib. iii, cap. 3), que Antíoco fué vencido en Asia en 565 de Roma, y por tanto en este año. El mismo T. Livio suministra de ello otras pruebas; dice que á principios de este consulado corrió la voz en Roma, segun Valerio Ancias, de haber Antíoco puesto presos en una entrevista á los dos Escipiones, y de haber luego acometido de repente el campamento romano, y causado graves daños. Dice además T. Livio, que no se anunció en Roma la victoria sobre Antíoco, hasta que estuvo hecha la repartícion de provincias entre los nuevos cónsules, despues de haberse terminado por el pueblo unas diferencias entre el gran pontífice y un pretor, y hasta que estuvo hecho el alistamiento de las nuevas tropas que habian de reforzar el ejército de los nuevos cónsules. Por fin, Polibio (Legat. c. 26) y T. Livio (lib. xxxviii, cap. 3), añaden que los etolios, aliados de Antíoco, no supieron la derrota del rey hasta que sus embajadores regresaron de Roma, en donde estaban al principio de este año consular, no obteniendo audiencia del senado sino gobernando estos cónsules, á quienes dió quince dias para salir de Italia, negándoles la paz (T. Livio). Si se hubiera dado la batalla del monte Sipilo durante el consulado que precede, ¿nó se hubiera sabido antes de suceder todo lo que dejamos dicho? Aconteció en este año consular, siendo procónsul L. Escipion. El cónsul N. Manlio Vulso llega á Efeso á principios de la primavera (T. Liv. libro xxxviii), se pone al frente del ejército de Escipion, y se dirige contra los galo-griegos por haber auxiliado estos á Antíoco (Polib.). Vencidos en dos batallas, piden la paz, y el cónsul, con motivo del frio del monte Tauro, hace entrar su tropa en cuartel de invierno en medio del otoño (T. Liv.) Sitio de Ambracio por el cónsul M. Fulvio en verano (Polib.). Rendida la ciudad, los etolios piden la paz, y obtienen del cónsul que vayan nuevos enviados á Roma. Tratado de paz con los etolios, quienes se obligan á obedecer á los romanos, y á tener los mismos amigos y enemigos (Polib. T. Liv.). Libre ya Fulvio por parte de los etolios, sale para reducir la isla de Cefalonia, y pasa al Peloponeso con ánimo de apagar una discordia promovida entre los aqueos y lacedemonios. Solo el invierno, dice T. Livio, fué obstáculo para que ella diese lugar á una guerra. Sometida á Fulvio la decision de las deferencias, al salir el cónsul del consejo celebrado para la discusion de ese negocio, marchó á Roma, añade el mismo autor, por estar á fines del año consular, con objeto de las nuevas elecciones de cónsules. Síguese de ahí, que la renovacion del consulado del año siguiente, puesta por nosotros en 19 de noviembre juliano, coincidia en realidad con el invierno. Hecha la eleccion consular, volvió Fulvio al ejército de Etolia (T. Liv.). Establecimiento de la colonia de Bolonia, durante este consulado (Vel. Pat. lib. xv, capítulo 15) en 16 de agosto juliano del 189. Lustro 48.° por los censores T. Quincio Flaminino y M. Claudio Marcelo (Fast. Cap.), á los cinco años de haberse verificado el lustro de 560. En este año pone T. Livio el nombramiento de estos censores (lib. xxxvii), solo que el mismo autor fija el lustro (lib. xxxviii) al año siguiente. Cuando los dos Escipiones y Emilio Regilo, dice Polibio (Legat cap. 25), vencedores de Antíoco por mar y tierra, arribaron á Brindis, salió una diputacion del senado para el Asia con los embajadores mandados por Antíoco, al objeto de obtener la paz. Era antes del 16 de setiembre juliano, en cuyo dia tuvo lugar el triunfo de Emilio, segun veremos luego, habiendo por lo mismo llegado ya este propretor de Brindis á Roma. Triunfo naval del propretor L. Emilio Regilo sobre Antíoco, á 16 de setiembre juliano del 189 antes de Jesucristo (T. Liv. lib. xxxvii). Triunfo del procónsul L. Cornelio Escipion sobre el mismo rey, en el mes interlacar, dice T. Livio, en 4 de noviembre juliano, transcurrido casi un año, añade el mismo, desde que salió del consulado. Plinio (lib. xxiii, capítulo 11) tambien pone este triunfo en este año consular de 565 de Roma. Escipion triunfó durante el mes intercalar, y por lo mismo los pontífices no suprimieron la intercalacion del año romano siguiente, que era intercalar de derecho, bien que en este año ocurrieran avenidas del Tiber que hicieron mucho daño

(T. Liv. lib. xxxvm). La confirmacion del derecho otorgado á la autoridad pontificia de impedir á los sacerdotes de salir de Roma, hasta para el desempeño de magistraturas (T. Liv. lib. xxxvii), las palabras de los sacerdotes de la madre de los dioses, prometiendo á los romanos la victoria y el imperio (T. L. l. xxxvm), y los donativos que á los templos de Roma fueron presentados, indujeron á los pontífices á dejar subsistir la intercalacion del año siguiente.

Cónsules: T. Livio Salinator, y M. Valerio Mesala, entran el 15 de marzo romano del 566, 19 de noviembre juliano del 189 antes de Jesucristo. Tribuno del pueblo: C. Valerio Tapo. (T. Liv. lib. 38).

189-188. El principio de este consulado concurrió, segun Polibio, con el año 4.° de la olimpíada 147.ª. T. Livio dice que estos cónsules entraron el 15 de marzo romano. Durante el invierno, todas las ciudades de mas acá del Tauro enviaron diputados á Manlio, primeramente cónsul y luego procónsul, hallándose en Asia. Luego el consulado de Manlio concluyó en invierno, comenzando en 15 de marzo romano su proconsulado, de lo que se infiere que en este año dicho dia correspondió al principio del invierno. Manlio mueve sus tropas por la primavera, llega en ocho dias á Apamea, sale de allí el cuarto dia, en tres dias va á Pamfilia, y da el plazo de un mes al comandante de Perga para que pudiese recibir la competente órden de Antíoco de entregar la plaza, segun así se habia estipulado en los preliminares de la paz. Hecha entrega de Perga, sabedor el procónsul, dice Polibio, de que habia llegado á Éfeso la diputacion del senado, al principio del estío, se avista con ella en Apamea. Así pues, bien que los diputados salieran de Roma para Brindis en setiembre romano del año anterior, no llegaron al Asia hasta la primavera de este. Tratado de paz con Antíoco. Este prometió no venir jamás á Europa, y renunció á cuanto poseía en Asia aquende el Tauro. Tuvo que entregar todos sus elefantes, prisioneros, desertores, y Aníbal, con dos griegos que le excitaron á la guerra. De toda la flota no le quedaron mas que diez buques de transporte, y aun no podian navegar sino entre determinados promontorios. Se le impuso una contribucion en dinero y cereales, y se le exigieron rehenes (Pol. T. Liv.). Como Ariarates, rey de Capadocia, habia socorrido á Antíoco, los romanos le otorgaron paces mediante un tributo. Tratado de paz con los reyes de los galo-griegos. Estos fuéron á ver al procónsul en el Helesponto, les dictó lo que habian de hacer con respecto á Eumenes, aliado de los romanos, y les prohibió el salir de su país en cuerpo de ejército (T. Liv.). Regreso del procónsul Manlio á Europa por Tracia; y, vencido dos veces en desfiladeros, pasa por la Macedonia, Tesalia y Epiro, llegando por fin al puerto de Apolonia, en el que permanece. Todavía se temia entónces mucho al mar, dice T. Livio, para pasarle en invierno, lo que indica que Manlio llegó á Apolonia en otoño, á fines de su año consular. Eclipse de sol, que T. Livio y Julio Obsecuente ponen entre la tercera y cuarta hora del dia; hallándose en las tablas astronómicas en el 17 de julio de este año juliano, entre siete y ocho de la mañana. Prueba el eclipse que este año romano de 566 correspondió al 188 antes de Jesucristo, y como T. Livio añade que tuvo lugar antes de que saliesen los cónsules para sus provincias, síguese que salieron tarde de Roma. Livio fué enviado á la Galia Cisalpina, y á la Liguria Valerio. Este nada hizo en Liguria por tener que presidir las elecciones de nuevos cónsules. Segun T. Livio, volvió muy tarde de Liguria, y no hubo comicios consulares hasta el 12 de las calendas de marzo romano, cuyo dia correspondia en el siguiente año, al 7 de noviembre juliano, en cuya época se acababa en los Alpes la campaña militar. Á pesar del eclipse y una granizada en el monte Aventino, con motivo de la gloriosa paz con Antíoco, Ariarates y los galo-griegos, la cual, segun habia prometido la madre de los dioses, extendia el imperio de los romanos, hubieran puesto los pontífices una intercalacion extraordinaria; pero, además de esto, nos parece que tuvieron otro motivo para hacerlo. Entónces se introdujo probablemente el abuso de que habla Censorino, que consistió en la prolongacion de los años de magistratura por solo el interes de los magistrados, prescindiendo de los intereses del Estado. T. Livio Salinator, cónsul en este año, era igualmente pontífice; el censor M. Claudio Marcelo lo era tambien (T. Liv. lib. xxxvm); y aun, segun T. Livio, le tocó por suerte el derecho de hacer el lustro. Somos de parecer que los pontífices, para halagar á dos colegas suyos, quisieron hacer mas largo el año. En el año 572 se verá que es preciso admitir esa intercalacion extraordinaria.

Cónsules: M. Emilio Lépido, y C. Flaminio, entran el 15 de marzo romano del 567, 2 de diciembre juliano del 188 antes de Jesucristo.—Tribunos del pueblo: Q. Petilio Espurino, M. Nevio Crispo, N. Minucio Augurino, L. Mumio, Q. Mumio, C. Fanio Estrabon, Tib. Sempronio Graco, y M. Aburio Gémino (T. Liv. lib. xxxvm y xxxix. Plutarc. Aul. Gel. Val. Máx).

188-187. Año 2.° desde el consulado de N. Manlio y M. Fulvio del 565 (T. Liv. lib. xxxvm). Los dos Escipiones, el Africano y el Asiático, fuéron acusados por tribunos del pueblo de haber recibido dinero de Antíoco con motivo del tratado de paz. T. Sempronio Graco, colega de los acusadores, se opone á un enjuiciamiento criminal del vencedor de Cartago, y en cuanto á su hermano el Asiático, accede á ello, con tal que el acusado permanezca libre durante la instruccion del proceso, y en caso de ser condenado á multas ó restituciones, no se le pueda prender tampoco para obligarle al pago. Caton sostuvo á los acusadores, y habló contra Escipion el Asiático, y este salió condenado. El Africano se retiró á Literno. Ventajas de ambos cónsules en Liguria. Los procónsules Manlio y Fulvio vuelven á Roma, uno desde el puerto de Apolonia, y de Etolia el otro. Triunfo del procónsul M. Fulvio Nobilior en 21 de diciembre romano del 567, 3 de setiembre juliano de 187 antes de Jesucristo. Triunfo del procónsul Manlio Vulso sobre los galos asiáticos en 5 de marzo romano, 5 de diciembre juliano. Plinio (lib. xxxiv) pone el triunfo de Manlio en este año consular de 567. T. Livio dice que Fulvio trataba de aguardar al mes de enero para entrar triunfalmente en Roma; pero, que al saber que el cónsul M. Emilio Lépido, antiguo enemigo suyo, venia á marchas dobles de Liguria con objeto de oponerse al decreto que le concedia el triunfo, se habia dado buena prisa, y le habia celebrado antes. El 21 de diciembre romano, fecha del triunfo de Fulvio y del viaje de Emilio á Roma, concurrió por consiguiente en estacion propia para la campaña, que Emilio interrumpió para impedir el triunfo, prueba de que no era en invierno. En nuestra tabla corresponde al 3 de setiembre juliano. Por lo que hace á Manlio, añade T. Livio, que si diferia de celebrar su triunfo hasta el fin del año consular, fué por temor de que le acusasen de peculado como lo fué Escipion el Asiático, no queriendo entrar en Roma hasta concluida la pretura de Q. Terencio Culeo, cuya severidad habia experimentado Escipion. Crece el lujo y corrupcion entre los romanos, con motivo de las riquezas que de Asia trae el ejército (T. Liv. Plin.). En

este año hubo enfermedades contagiosas. Durante los juegos romanos cayó un pilar del circo, y dió en tierra con la estátua de la diosa Polencia. Pero, el cónsul Emilio Lépido era pontífice. En dos batallas que se dieron á los ligures, este cónsul votó dos templos, uno á Diana y otro á Juno Regina. Salió vencedor. Esto pareció suficiente á los pontífices para contrabalancear los siniestros presagios, y dejaron la intercalacion que correspondia al año siguiente.

Cónsules: Sp. Postumio Albino, y Q. Marcio Filipo, entran el 15 de marzo romano del 568, 15 de diciembre juliano de 187.

187-186. Segundo año desde la pretura de C. Atinio en la España ulterior, del año 566 (T. Liv.). Introdújose en Roma una nueva secta con el nombre de bacanales. Para ser admitido habia que iniciarse en ciertos misterios. Se juntaban de noche, mezclándose ambos sexos. Habia sacerdotes y sacerdotisas; se ofrecian sacrificios segun un rito extranjero: el deber principal del iniciado consistia en entregarse á licencias de toda clase, y los que se negaban á ello, se veian arrebatados por máquinas, como figurando la mano de los dioses indignados por la resistencia, y arrojados á abismos en donde perecian. Mas de siete mil individuos contaba ya la secta, cuando el cónsul Postumio descubrió sus reuniones, y las denunció al senado. Senatus consulto prohibiendo las bacanales en Roma y en toda la Italia, dado en 7 de octubre romano (inscripcion consignada por Gronovio en la edicion de Ciceron, impresa en Leyde en 1692, y T. Liv. cap. 18), 4 de julio juliano. Cuando salió el senatus consulto, todavía no habia marchado de Roma el cónsul Marcio para su provincia que era la Liguria (Tito Livio) en donde hizo la campaña, y fué vencido; siguiéndose que el 7 de octubre romano, fecha del senatus consulto, no cayó este año en octubre juliano, y al fin de la estacion favorable á las operaciones militares hácia los Alpes. Todavía no habia pasado el tiempo (el 4 de julio juliano en que pone esta fecha nuestra tabla) para ir á Liguria á abrir la campaña. Ventajas de los propretores en España (T. Liv.). Este año hubo pedrisco en el Piceno, hirió el fuego del cielo á muchas personas; en el templo de la diosa Ops cayó un rayo; se descubrió un hermafrodita, y fué muerto de órden de los arúspices en Umbría (Tito Livio. Julio Obsecuentes). Pero todo esto fué compensado por sucesos favorables. Renovóse en este año una antigua ceremonia religiosa, la de los juegos tauriles ó torales, que instituyó Tarquino el Soberbio (T. Liv. Festo en la voz Tauri). Los juegos votados por L. Escipion en la guerra de Asia, y los que prometió Fulvio en el sitio de Ambracia, se celebraron en este año con gran pompa. En los de Escipion se tiró dinero al pueblo por vez primera (T. Liv. Plin.). Los de Fulvio fueron los primeros, y hubo combates de leones, de panteras, y de gladiadores á la usanza griega. Fulvio trajo de Grecia hombres tan diestros que asombraron á los romanos. Á mas de esto, con motivo del celo del senado en prohibir las bacanales, los pontífices habian de tener por bueno el año, y añadir por lo mismo una intercalacion al año siguiente, bien que no correspondiese de derecho.

Cónsules: Ap. Claudio Pulcro, y M. Sempronio Tuditano, entran el 15 de marzo romano del 569, 28 de diciembre juliano del 186 antes de Jesucristo.

186-185. Año 9.° desde el consulado de Caton, en 559. Ciceron no toma por término el principio, sino el fin del consulado de Caton, y por consiguiente no cuenta sino como noveno este año de 569, que en rigor seria el décimo, contando desde el dia en que Caton entró cónsul. El senado envia comisarios á Grecia, para enterarse de las quejas de muchos pueblos contra Filipo de Macedonia. Descontento este por su último tratado con los romanos, y además por la paz de Antíoco y de los etolios, agrióse aun mas por el comportamiento de esos comisarios. Esto dió orígen á la guerra, resuelta desde entónces por Filipo, y sostenida despues de muerto él por su hijo Perseo (Polib. Legat. c. 40. T. Liv. lib. xxxix). Ventajas en España. Batidos los romanos al principio de la campaña, quedan después vencedores. En este año muere Escipion el Africano (Cic. de Senec. c. 6), á fines del consulado, y después del 10 de diciembre romano (T. Liv.) Polibio pone su muerte en 571, dos años después (T. Liv.). Ovacion del pretor L. Manlio Acidino sobre la España citerior. Dice tambien T. Livio que M. Nevio, cuyo tribunado está puesto en la lista de los magistrados, en el consulado de P. Claudio y L. Porcio, del siguiente año 570, habia tomado posesion, segun el uso, en 10 de diciembre romano, y que fué tribuno tres meses, gobernando los cónsules de este año 569, que salieron de sus cargos en 15 de marzo siguiente. De esto se sigue que la intercalacion debida al año siguiente de 570 fué suprimida por los pontífices. Si se hubiese añadido el mes intercalar, el tribunado de Nevio hubiera concurrido con el consulado de este año, nó por espacio de tres meses, sino de cuatro. La rebelion de Apulio pudo inducir á los pontífices á suprimir la intercalacion.

Cónsules: P. Claudio Pulcro, y L. Porcio Licino, entran el 15 de marzo romano del 570, 17 de diciembre juliano del 185 antes de Jesucristo.

Tribunos del pueblo: M. Nevio (T. Liv. l. xxxix). 185-184. El principio de este año consular, en el que los comisarios romanos enviados á Grecia fueron recibidos en la asamblea de los aqueos, correspondió, segun Polibio (Legat. c. 43), con la olimpíada 148.ª, la que no espiró hasta el 10 del siguiente julio, veinte años después del consulado de M. Cornelio Cétego y P. Sempronio Tuditano, en 550 (Cic. Brutus, c. 15); 10 años después del consulado de Caton en 559, contando desde fines del consulado (Plut. vida de Caton); siete años después de concluido el consulado de L. Quincio en 562 (Cic. de Senect.); cuatro años después de concluir el consulado de N. Manlio Vulso y Fulvio Nobilior, en 565 (Velleyo, lib. I, c. 15). Dice T. Livio que los cónsules de este año entraron en los idus (15) de marzo romano: á ambos cupo por provincia la Liguria, sin haber nada notable (T. Liv. lib. xxxix). Triunfo del propertor C. Calpurnio Pison sobre los lusitanos y celtíberos. Triunfo del propretor L. Quincio Crispino sobre los mismos pueblos. Muerte de Plauto (Cic. Brut.). Establecimiento de las colonias de Polencia, en el Piceno, y de Pisaura en la Galia Cisalpina, á los cuatro años de establecida la de Bolonia, que lo fué en 565 (Vel. lib. I, c. 15). Lustro 49.° por los censores L. Valerio Flaco y M. Porcio Caton, cinco años después del que se hizo en 565 (Fast. Capit. y T. Liv.). Esa censura fué muy severa: por el celo religioso del propretor L. Postumio y de Caton el censor, pues uno acabó del todo con los restos de la secta de las bacanales en la provicia de Tarento (T. Liv.), y el otro borró de la clase de caballeros á L. Veturio, solo por no haber hecho un sacrificio deméstico en un dia dado (Fest. en la voz Stata sacrificia), hubieran ya los pontífices tenido ocasion de poner una intercalacion extraordinaria en el siguiente año; pero tuvieron además otro motivo, el de ser pontífice L. Valerio Flaco, que era censor con Caton (T. Liv. lib. xxxviii y xl).

Cónsules: Q. Fabio Labeo, y M. Claudio Marcelo,

entran el 15 de marzo romano del 571, 30 de diciembre juliano del 184.

184-183. Los primeros meses de este consulado, durante los cuales, antes de salir los cónsules para sus provincias, dió el senado audiencia á los diputados de Grecia, quejosa de Filipo y de su hijo Demetrio (Tito Livio, lib. XXXIX), correspondieron, segun Polibio (Legat. 46) al año primero de la olimpíada 149.ª, que no concluyó hasta el 4 de julio siguiente: es el quinto año desde el consulado de M. Emilio Lépido del 567 (T. Liv.) en 15 de marzo romano. Á ambos cónsules cabe el mandar en la Liguria. Nada hace digno de mencion Fabio Labeo. Su colega Marcelo obliga á los galos, que viniendo de allende los Alpes se habian establecido en una region inculta, á salir otra vez de Italia, y permitiéndole luego el senado que fuése á guerrear á Istria, tuvo que volver de allí para presidir las elecciones consulares (T. L.). Se establecen colonias en Parma, Módena y Saturnia, dándose además órden de establecer otra en Aquilea (T. L.). Dicen que llovió sangre en el átrio de los templos de Vulcano y de la Concordia: en las costas de la Sicilia apareció una isla: puestas las mesas en la plaza para que comiese el pueblo con motivo de los funerales del gran pontífice P. Licinio Craso, movióse una tempestad, y hubo que poner tiendas de campaña para los asistentes; pero otros sucesos favorables compensaron esos malos agüeros. El senado se mostró celoso de las prerogativas pontificias. C. Valerio, sacerdote de Júpiter, fué nombrado pretor, y se le señaló á Roma por punto de jurisdiccion, de suerte que así pudo seguir en el ejercicio de su sagrado ministerio. Habian anunciado los adivinos que convenia á Roma y á sus destinos el que hubiese en la plaza mayor tiendas de campaña, y así se tuvo por de buen agüero la tempestad que obligó á ponerlas. Los pontífices no tuvieron ya motivo para suprimir la intercalacion que pertenecia al año siguiente; pues los romanos, dice T. Livio, creyeron haber cumplido con los dioses.

Cónsules: L. Emilio Paulo, y N. Bebio Tamfilo, entran el 15 de marzo romano del 572, 12 de enero juliano del 182 antes de Jesucristo.

183-182. El principio de este consulado, en que el senado dió audiencia á los mensageros de Eumenes, de Filipo, de Farnaces, rey del Ponto, de los aqueos y lacedemonios, corresponde, segun Polibio, al segundo año de la olimpíada 149.ª, que no concluyó hasta el 23 de julio juliano. La primavera de este año, dice T. Livio (lib. XL), fué tempestuosa: la víspera de los palilios, en 20 de abril romano, sobre el medio dia, levantóse un muy recio huracan. Síguese de ahí que el 20 de abril romano cayó en este año en la primavera, que para los romanos comenzaba en 7 ú 8 de febrero juliano. Nuestra tabla pone ese dia en 17 de febrero juliano, haciéndole corresponder á la primavera. Despréndese además, que desde el 564, en cuyo año, segun la correspondencia por el eclipse establecida, concurrió el 20 de abril romano con el 24 de diciembre juliano, los pontífices hubieron de hacer intercalaciones extraordinarias; pues, á no ser así, el 20 de abril romano de este año corresponderia al 1.º de enero juliano; y por lo mismo, en vez de coincidir con la primavera, caeria en medio del invierno romano, al principio del astronómico. Luego los pontífices añadieron intercalaciones desde el año 564 (véase los años 567, 569, y 571 en nuestra tabla). Ventajas de los cónsules en Liguria, y del pretor Fulvio Flaco en la España citerior. Ovacion del propretor A. Terencio Varron sobre España (T. Liv.). Muerte voluntaria de Aníbal en la corte de Prusias, donde se habia refugiado, cuando vió á Antíoco dispuesto á entregarle á los romanos. En este consulado murió, segun Polibio, á quien cita Cornelio Nepote (vida de Aníbal). Túvose por mal presagio, dice T. Livio, que el huracan del 20 de abril derribase estátuas y columnas del Capitolio y del Circo, que arrebatase la puerta del oratorio de la Luna, elevándola con la violencia sobre la pared del templo de Ceres, y que causase muchos daños en la techumbre de los templos. Súpose además que en Rieta habia nacido un mulo con tres piés, en Farmias y Gaeta habia caido un rayo en los templos de Apolo (T. Liv. Julio Obsecuente). Hubo en Roma é Italia enfermedades epidémicas, segun se ve en T. Livio, el cual, con decir que el 574 era el año tercero de esa epidemia, indica que empezó en 572. Bien que fuese augur el cónsul L. Emilio Paulo (Plutarc.), no se atrevieron los pontífices á prolongar año de tan malos auspicios, y que tampoco era intercalar de derecho.

Cónsules: P. Cornelio Cétego, y M. Bebio Tamfilo, entran el 15 de marzo romano del 573, 2 de enero juliano del 181.— Tribuno del pueblo: C. Orchio (Macrob. lib. II, cap. 13, Satur.).

182-181. Este año consular es posterior de tres años al establecimiento de las colonias de Polencia y de Pisaura, en 570 (Vel. lib. I, cap. 15), y tambien es posterior de tres años á la censura de Catón, de 570 (Macrob. lib. II, Saturn. cap. 13). El procónsul L. Emilio Paulo, en Liguria, y el propretor Q. Fulvio Flaco, en la España citerior, comienzan, segun T. Livio, la campaña en la primavera, y vencen á los enemigos. Victoria de Flaco en España por la olimpíada 150.ª, segun Apiano (de bello hispan.). Esta olimpíada principió en 2 de julio juliano del año siguiente; de suerte, que, con entrar Flaco en campaña en la primavera, y dar la batalla antes del siguiente julio, pudo vencer antes de la olimpíada 150.ª En este consulado se encontró el sepulcro de Numa, junto con los libros religiosos y filosóficos que habia compuesto (T. Liv. Val.-Máx. Plutarc. Varron); por los años de 535, dice Plinio (lib. XIII, cap. 13) contando desde el reinado de ese príncipe. Síguese de esto, que, como Numa subió en el trono á mediados del año 40 de Roma, hubo de encontrarse su sepulcro á fines de este año consular, cumplido ya el 534 desde su advenimiento al trono, y comenzado el 535. El tribuno C. Orchio presenta una ley contra el lujo de la mesa (Macrob.). Se establecen las colonias de Aquilea y Gravisca (T. Liv. Vel.). Triunfo del procónsul Emilio Paulo sobre los ligures ingaunos (T. Liv.). Hubo prodigios y calamidades: llovió sangre en los templos de Vulcano y de la Concordia, moviéndose por sí mismos los dardos que en ellos estaban colgados. En Lanuvia se vieron lágrimas en los ojos de Juno Sóspita: la epidemia era tan mortífera en la ciudad y en el campo, que apenas podian enterrarse los cuerpos, y no hubo medio de formar nuevo ejército (T. Liv. Julio Obsec.). Seis meses de sequía completa, y por lo mismo gran carestía. Hasta se consideró de mal agüero el hallazgo de los libros de Numa. Como ese rey daba en ellos los motivos que le indujeron á la institucion de las ceremonias religiosas, temió el senado que al conocer el pueblo tamañas causales, caducaria la fé en los misterios; así es que mandó quemar públicamente dichos libros (Varron, citado por san Agustin: T. Liv. Val.-Máx. Plut. Plin.). De modo, que ni por la dedicacion de los templos, uno á Venus Ericina, y otro á la Piedad, á consecuencia de los votos del cónsul L. Porcio en Liguria, ni por el cónsul M. Ecilio en la jornada de las Termópilas (T. Liv), ni por el celo del senado tocante á

la completa extirpacion de la secta de los bacanales en la Apulia, pusieron los pontífices intercalacion en el año siguiente.

Cónsules: A. Postumio Albino, y C. Calpurnio Pison; este fallece; y Q. Flavio Flaco, subrogado, entran el 15 de marzo romano del 564, 22 de diciembre juliano del 181.—Tribuno del pueblo: L. Vilio Tápulo (T. Liv. lib. XL).

181-180. Estos cónsules, segun T. Livio, entran en los idus (15) de marzo romano. Añade que fué al año tercero de la terrible epidemia, de la que murió C. Calpurnio Pison y el pretor Tib. Minucio. Esto indica que la epidemia comenzó en 572. Los cónsules no habian podido ir á Liguria por falta de ejército, y aun retrasó mas la partida á dicho país la eleccion del sucesor de Calpurnio. La Liguria siguió bajo el mando de los precedentes cónsules Cornelio y Bebio, quedando de procónsules. Durante el consulado nada hicieron digno de memoria; y al entrar luego en campaña al principio de la primavera, contra los ligures apuanos, reciben sin disparar un tiro la sumision de esos pueblos, obligándoles á ir al Samnio, permitiendo el senado que allí se les den tierras. En seguida los dos cónsules Postumio y Flaco, van á someter á otros ligures (T. Liv. Flor.). En España el propretor Q. Fulvio Flaco, primo del cónsul, vence á los celtíberos antes que llegare Sempronio Graco. Triunfo de los procónsules Cornelio Cétego y Bebio Tamfilo sobre los ligures. Son los primeros, dice T. Livio, que triunfaron sin combatir. Triunfo del propretor Q. Fulvio Flaco sobre los celtíberos. Segun el mismo autor, mientras estaba esperando Q. Fulvio el triunfo á las puertas de Roma, fué nombrado cónsul para el año siguiente; de suerte que triunfó á fines de este consulado, y despues de los comicios consulares. Muchas personas ilustres murieron de la epidemia, sin que dejase de diezmar el colegio de los pontífices (T. Liv.). Tan frecuentes se habian hecho ya los envenenamientos, aun en las familas principales, que Guarta Hostilia, viuda de Calpurnio Pison, quedó convicta de este crímen, por facilitar con la muerte de su marido la elevacion al consulado de su hijo Q. Fulvio Flaco. El pretor C. Menio, que conocia del mismo crímen fuera de Roma, pues en la ciudad tenia ese cargo C. Claudio, escribió al senado que llevaba ya condenados tres mil (T. Liv.); todo lo cual impidió á los pontífices añadir intercalacion extraordinaria al año siguiente, que tampoco era intercalar.

Cónsules: L. Manlio Acidino Fulviano, y Q. Fulvio Flaco, entran el 15 de marzo romano del 573, 12 de diciembre juliano del 180 antes de Jesucristo.

180-179. Estos dos cónsules eran hermanos (Fast. Cap.). Acidino habia entrado por adopcion en la casa Manlia (Vel. Patérc. lib. II, cap. 8). Plinio (lib. XXXV) pone su consulado en el año 575 de Roma. T. Livio (lib. XL) dice que es el octavo desde el consulado de Emilio Lépido, en 567, el undécimo desde la batalla que ganó L. Emilio Regilo en Mioneso, en 564. Victoria de Q. Fulvio Flaco contra los ligures, y de Sempronio Graco contra los celtíberos: este les tomó ciento tres poblaciones, segun T. Liv.; segun Floro (l. II) 150: y segun Polibio citado por Estrabon (lib. III) 300. Lustro 50.° por los censores L. Emilio Lépido y M. Fulvio Nobilior, cinco años despues del de 570 (Fast. Cap. T. Liv.). Los dos censores eran muy enemigos, y sin embargo llegaron á reconciliarse, aviniéndose en un todo durante su censura. Muerte de Filipo, rey de Macedonia. Sucédele su hijo Perseo. Triunfo del cónsul Q. Fulvio Flaco sobre los ligures (T. Liv.). Lo mas digno de notarse en ese triunfo, fué que Fulvio le celebró en el mismo dia en que el año anterior habia triunfado siendo pretor. Añade T. Livio que luego hizo Fulvio las elecciones consulares, y en seguida las pretorianas. Estas se suspendieron con motivo de una tempestad, y se hicieron al dia siguiente, á 12 de marzo romano, 22 de diciembre juliano, tres dias antes que espirase su consulado; de manera que ese triunfo, como el del precedente año, fué al fin del año consular. En este año hubo muchos prodigios: murieron los árboles á consecuencia de un invierno riguroso: un recio huracan hizo suspender las ferias latinas, y derribó estátuas en el Capitolio; cayó un rayo en templos de Terracina, de Capua, y en los muros de Roma; un terremoto hizo volver la cabeza á las estátuas de los dioses colocados en sus lechos para un banquete, cayendo el velo que cubria la imágen de Júpiter, y hasta llegando ratones á comer las aceitunas puestas sobre la mesa en dicho banquete (T. Liv. Jul. Obsec.); no cesaban los envenenamientos; pero, todo esto fué compensado por otros sucesos favorables á la religion. En este año se cumplió el voto hecho por Q. Fulvio Flaco en una batalla contra los celtíberos, de dar juegos públicos en honor de Júpiter. El censor M. Emilio Lépido hizo la dedicacion de tres templos, uno á Juno Regina, otro á Diana, y otro á los dioses tutelares del mar. Habíanse algunos apoderado de oratorios, y los censores les obligaron á dejarlos otra vez para el público. El censor M. Emilio Lépido era gran pontífice, y en este mismo año tuvo la honra de que le nombrasen príncipe del senado (T. Liv.). Todo esto movió á los pontífices á poner la intercalacion que correspondia al año siguiente.

Cónsules: M. Junio Bruto, y A. Manlio Vulso, entran el 15 de marzo romano del 576, 25 de diciembre juliano del 179. — Tribunos del pueblo: A. Licinio Nerva, C. Papirio Curdo, y Q. Elio (T. Liv. lib. XLI).

179-178. El cónsul A. Manlio, enviado á la Galia Cisalpina, fué á guerrear á Istria sin anuencia del senado, y se dejó sorprender por el enemigo. Tuvieron los romanos que abandonar su campamento, pero volvieron á tomarle. Los propretores Sempronio Graco y Postumio Albino obtienen grandes ventajas en España. Triunfo de Postumio Albino sobre lusitanos y vacceos. Dice T. Livio que á fines de este consulado, dados ya los procónsulados del año siguiente á los cónsules de este, los tribunos del pueblo dieron una ley contra la continuacion de Manlio en el mando, previniendo qué cesase en él, aun como procónsul, en los idus de marzo. Luego habia entrado efectivamente de cónsul el 15 de marzo romano. Hubo señales funestas: un incendio en Roma que redujo á pavesas el templo de Venus con muchos edificios al rededor del foro: una vestal dejó apagar el fuego sagrado, y no se añadió intercalacion al año siguiente, que tampoco era intercalar de derecho.

Cónsules: C. Claudio Pulcro, y Tib. Sempronio Graco, entran el 15 de marzo romano del 577, 15 de diciembre juliano del 178.

178-177. Dice T. Livio (lib. XLI), que estos cónsules tomaron posesion en 15 de marzo romano. Junio Bruto y Manlio Vulso (consintiendo por fin los tribunos en que quedase el segundo de procónsul) pasaron el invierno en Aquilea. Al principio de la primavera entran en Istria, y ganan una batalla. Esto precipitó la partida del cónsul Claudio, pues era Istria la provincia que le habia cabido. Sale de Roma sin pronunciar en el Capitolio los votos para la prosperidad de la república, sin lictores, y sin el aparato propio de su dignidad. Las legiones de Istria se niegan á reconocerle, y regresa inmediatamente á Roma; cumple

con las formalidades de costumbre, y al tercer dia sale otra vez precipitadamente. Encuentra ocupados á los procónsules en sitiar una plaza, que Claudio toma por asalto. En seguida somete otras dos ciudades, y los demas pueblos se rinden y dan rehenes (T. Livio. Flor.). Pasa luego este cónsul á la Liguria, vence á los ligures insurreccionados, y les obliga á dejar el real. Ventajas de su colega Sempronio en Cerdeña. Triunfo del cónsul C. Claudio Pulcro sobre los pueblos de Istria y Liguria (T. Liv.). Mientras estaba celebrando su triunfo, los ligures toman la colonia de Módena, y el senado ordena á Claudio que proceda á los comicios consulares y salga otra vez para Liguria. Luego triunfó á fines del año consular. Establecimiento de la colonia de Luca (T. Liv.) cuatro años despues del de la de Aquilea y de Gravisca en 573 (Vel). En este año, dice Polibio (Legat. c. 60) á fines del verano, y despues de haber salido ya los cónsules para Istria y Cerdeña, el senado dió audiencia á los enviados licios, quejosos de los rodios. Este dispuso que los últimos respetasen la libertad de la Licia. T. Livio pone esta embajada y el consiguiente decreto en el año que antecede. Algunos meses antes de ese negocio, antes de salir los cónsules para sus respectivas provincias, terminó el senado otra queja de los pueblos latinos, aliados de Roma. Hacian presente que muchos compatricios suyos se iban á Roma sin dejar hijos en su patria, y que así les seria imposible aprontar el contingente para la milicia auxiliar, y el senado resolvió, prévio informe del cónsul Claudio, que todos los que estuviesen empadronados en las poblaciones regidas por los censores M. Claudio y T. Quincio, desde el 565 en adelante, volviesen á ellas antes del 1.º de noviembre romano (T. Liv.) 28 de julio juliano. Siniestros fueron los prodigios de este año: en Crustumio, cayó en el lago de Marte una piedra del cielo; un niño nació mutilado; en Capua cayeron rayos, y tambien en Púzoli, quemando dos naves en la segunda ciudad; atravesó un lobo la ciudad de Roma; una ave consagrada al dios Sanco, y llamada por esto «sanqualе» (Festo) cortó con el pico una piedra venerada; en la Campania habló un buey, y en Siracusa un toro quiso ayuntarse con una vaca de bronce (T. Liv.); y por esto se suprimió la intercalacion que correspondia al año siguiente.

Cónsules: N. Cornelio Escipion Hispalo (muere en el consulado). Q. Petilio Espurino que muere tambien despues de elegido C. Valerio Levino en reemplazo de Cornelio Escipion, entran el 15 de marzo romano del 578, 4 de diciembre juliano del 177.

177-176. En los sacrificios, que segun el uso ofrecieron estos cónsules, hubo malos presagios. Mandó el senado que volviesen á empezar los sacrificios hasta aplacar á los dioses, y el cónsul Petilio, bien que inmoló muchas víctimas, no alcanzó ablandar á la diosa de la salud. (T. Liv. lib. li, Jul. Obsec.). Faltó alguna formalidad en las plegarias de las ferias latinas, en 5 de mayo romano, 23 de enero juliano del 176 antes de Jesucristo. Volvia de la fiesta N. Cornelio, cuando tuvo un ataque de apoplegía, muriendo en las aguas de Cumes. Este cónsul era al mismo tiempo pontífice. Petilio señala para elegir otro cónsul el 3 de agosto romano (T. Liv.) 22 de abril juliano de 176, fijando para la renovacion de las férias latinas el 11 de agosto romano, correspondiente al 30 de abril. Entretanto, dice T. Livio, el procónsul C. Claudio volvió á tomar á Módena al tercer dia de sitio, y en Cerdeña el procónsul Sempronio sometió á los rebeldes. C. Valerio Levino, que reemplazó á Cornelio en el consulado, parte á 13 de agosto romano (T. Liv.) 2 de mayo juliano. Siguele algunos dias despues su colega Petilio. Echan suertes para repartirse las provincias de su mando, y Petilio no observa todas las prescripciones para consultar los auspicios. En la alocucion que dirige al ejército antes de acometer al enemigo acampado en un monte llamado «Petum,» dice que en aquel dia recibirá el «Petum,» voz que significa muerte. Al empezar la accion, tambien toma los auspicios con irregularidad; el que guardaba los sagrados pollos se lo advierte, y no obstante da la batalla, en la que pierde la vida. El cónsul C. Valerio venga la muerte de su colega con una señalada victoria. Triunfo de C. Valerio sobre los ligures (Fragmento de los Fast. Capit., y medalla citada por Pighio.) dice T. Livio que los varones versados en el derecho sacro de Roma decidieron, que, muerto un cónsul de enfermedad natural y otro cónsul en la guerra, el subrogado no podia legalmente presidir los comicios consulares. Esto prueba que los romanos no permitieron que el cónsul Valerio procediera á la eleccion de sus sucesores. Si se hubiera nombrado al objeto algun dictador, los Fastos Capitolinos, intactos en los consulados y dictaduras de esos años, harian de él mencion: luego hubo interegno. La cólera de los dioses manifestada por tan malos agüeros en los sacrificios, por la muerte de dos cónsules, y rayos que cayeron en templos, fué un obstáculo para poner intercalacion al año siguiente, que no era intercalar.

Cónsules: P. Mucio Scévola y M. Emilio Lépido II. entran el 25 de marzo romano del 579, 4 de diciembre juliano del 176.

176-175. Alteracion del año consular con motivo del interegno del año que antecede; y como á lo menos fué de diez dias, no pudo comenzar otra vez el consulado antes del 25 de marzo romano. Emilio y Mucio rinden á los pueblos galos y ligures, los desarman y trasladan á otras tierras (T. Liv. lib. xli). Triunfo del procónsul Sempronio Graco sobre los sardos. Triunfo de Emilio Lépido y Mucio Scévola sobre los ligures (Fragm. de los Fast. Cap.). En este año no hubo malas señales, y á pesar de que Julio Obsecuente consigna en él una epidemia, solo fué una epizootia, segun vemos en T. Livio, pues añade este autor que el contagio que en este año principio á invadir á los animales, no se comunicó á las personas hasta el siguiente. El cónsul Emilio Lépido era además gran pontífice, y fueran menester muy poderosos motivos para que fuese suprimida la intercalacion que correspondia al año siguiente, y nada ocurrió que pudiese hacer restringir á los pontífices el consulado del jefe de su colegio.

Cónsules: Sp. Postumio Albino Paululo y Q. Mucio Scévola, entran el 15 de marzo romano del 580, 6 de diciembre juliano del 175 antes de Jesucristo.

175-174. El año consular volvió á fijarse en el 15 de marzo romano. T. Livio dice (l. xlii) que los cónsules del 583 entraron en 15 de marzo, y como desde el año que nos ocupa hasta el 583 nada ocurrió que pudiese alterar el órden regular, es preciso que esto se restableciese en el 580 de Roma: nueva prueba en confirmacion del uso establecido, desde la segunda guerra púnica, de poner el consulado en dia fijo. Este es el segundo año desde la pretura de M. Cornelio Maluginense en España, en 578 (T. Liv.). Los embajadores que el senado envió el año anterior á África, regresan el 5 de junio romano (T. Liv. l. xli), 25 de febrero juliano del 174 antes de Jesucristo, y dicen que entre Perseo y los cartagineses hay un convenio secreto contra Roma. Victoria en España contra los celtíberos, por el propretor Ap. Claudio. Entrado el

campamento enemigo, se retira este á sus ciudades, y deja las armas. Triunfo de Ap. Claudio Centho sobre los celtíberos (Fast. Capit.) a fines del año consular (T. Liv.). Lustro 51.° por los censores Q. Fulvio Flaco y A. Postumio Albino, habiéndose hecho el último en 575 (Fast. Cap.). En este año pone T. Livio el nombramiento de dichos censores, y el lustro en el siguiente. Plinio le pone al parecer (lib. VII, c. 58) en el año capitolino de 579. Estos censores fuéron los primeros que hicieron empedrar las calles de Roma, y poner la parte firme en las carreteras. La censura fué severa, y sufrieron castigo en ella algunos ciudanos ilustres, entre otros N. Fulvio, hermano del censor. En este año, segun T. Livio, invadió á los hombres la enfermedad contagiosa que habian sufrido los animales en el anterior, fué muy mortífera, y muchos cadáveres quedaban insepultos, pero no obstante no se vieron buitres, lo que se tuvo por cosa de prodigio. Votáronse dos dias de fiestas y de oraciones para calmar á los dioses. En la campiña de Veya nació un niño con dos cabezas, en Sinuesa otro con una sola mano: vióse sobre el templo de Satúrno un arco iris, estando muy claro el dia. Hubo doble parelio, y parecia que hubiera tres soles; viéronse otros meteóros en Lanuvia; en Cere se encontró un dragon, y en la Campania se dijo que un buey habia hablado. Hubo un gran terremoto en tierra de sabinos. Aunque hubiera sido intercalar el año siguiente, esto bastara para no poner intercalacion.

Cónsules: L. Postumio Albino y M. Popilio Lenas, entran el 15 de marzo romano del 581, 26 de noviembre juliano del 174.

174-173. Este año cae seis después del voto que hizo Q. Fulvio Flaco, en la batalla que dió en España en 575 de erigir un templo á la Fortuna Ecuestre T. Liv. lib. XLIX. C. Cicereyo, pretor de Cerdeña, fué á Córcega y avasalló á los rebeldes del país. Victoria de M. Popilio sobre los ligures, quienes se rindieron á discrecion, después de su derrota, y fuéron vendidos en subasta por Popilio, quien arrasó además su capital. Temeroso el senado de que este ejemplo haria mas obstinados en la guerra á los pueblos, y que no fiarian ya en la generosidad romana, ordenó á Popilio que rescatase á los ligures, les devolviese los bienes nó enagenados todavía, y regresase á Roma con el ejército. Furioso el cónsul por esta órden, acuartela para el invierno sus legiones en Pisa, vuelve á Roma solo para que se revocase la órden, y como no lo alcanza, sale otra vez para su provincia. En este año cesó la epidemia, y fué cumplido el voto hecho en el anterior por el restablecimiento de la salud pública T. Liv. En este consulado se decretó que quedasen fijos y perpétuos los juegos florales instituidos en 514 de Roma solo para ocasiones de inclemencia del aire y de estaciones Ovid. Fast. l. v, ver. 329. El rey de Siria, Antíoco, hizo á los templos romanos preciosos regalos. El censor Q. Fulvio hizo la dedicacion del templo de la Fortuna Ecuestre; pero hubo malos agüeros; en Lanuvia se vió una gran armada en el cielo; en Privernas pareció como que naciese tierra de una lana negra; en la Galia salieron peces de los campos, hubo granizo, langosta en el Pontino, devastando la Apulia á fines del año. T. Liv. Pero, dos acontecimientos impidieron sobre todo añadir intercalacion al año siguiente. Q. Fulvio Flaco, censor y pontífice, acababa de cometer un sacrilegio público. Para el templo de la Fortuna Ecuestre habia hecho quitar del de Juno en Lanuvia las losas de mármol que tenia; mandó el senado colocarlas otra vez en Lanuvia, y nadie supo hacerlo. M. Popilio estaba desobedeciendo abiertamente las órdenes del senado; por consiguiente, exigia el bien público que no se prolongara el año.

Cónsules: M. Popilio Lenas y P. Elio Ligo, entran el 15 de marzo romano del 582, 15 de noviembre juliano del 173. — Tribunos del pueblo: M. Lucrecio, M. Marcio Sermo y Q. Marcio Sila. T. Liv. l. XLII.

173-172. Este es el primer consulado ocupado por dos plebeyos. Fast. Cap. El senado encargó á P. Elio que propusiera lo conveniente tocante á la desobediencia de Popilio, en la Liguria; pero se dejó seducir por su colega, que era hermano del acusado. Irritado el senado contra ambos cónsules se opone al alistamiento del ejército; de modo que, no pudiendo partir estos para la Liguria, prolongan el mando á M. Popilio. Este gana otra batalla á los ligures, matando hasta diez mil. Como esa guerra injusta exaspera á los ligures, levantándose entónces todos en peso, el pueblo romano, á instigacion de sus tribunos, decreta que, si los lugares reducidos por Popilio á la esclavitud no quedaban puestos en libertad antes del 1.° de agosto romano 1.° de abril juliano, del 172 antes de Jesucristo, nombraria el senado un pretor para instruir el negocio y formular la acusacion. Triunfo en el monte Albino de C. Cicereyo sobre los corsos el 1.° de octubre romano (Fast. Capit.) 29 de mayo juliano. Hasta después de este triunfo, dice T. Livio, y por consiguiente, después del 1.° de octubre romano, no salen los cónsules con sus ejércitos para la Liguria. Sin mando ya M. Popilio, no iba sin embargo á responder á los cargos que se le hacian, y los tribunos dieron otra ley, previniendo que si no comparecia antes del 13 de noviembre romano, 11 de julio juliano, el pretor C. Licinio procediese contra él en rebeldía. Entonces se presentó, y no fué sentenciado. Los cónsules, dice T. Livio, reemplazado que hubieron á Popilio en la Liguria, prefirieron el calmar sus moradores á operar militarmente; siguiéndose de ahí que, aun cuando partieran de Roma pasado el 1.° de octubre romano, llegaron á tiempo de hacer la campaña: luego el 1.° de octubre romano no caia en este año á fines de la estacion propia para la guerra; nuestra tabla le pone en 29 de mayo juliano. Eumenes, rey de Pérgamo, que fué á Roma para descubrir el comportamiento de Perseo y sus preparativos contra los romanos, se ve acometido al regreso por asesinos apostados por Perseo. Primera embajada de los romanos á Perseo, para renunciar á su alianza. El senado envia alguna fuerza á Grecia, debiendo esta estar reunida en Brindis el 13 de febrero romano, 6 de octubre juliano. El pretor N. Sicinio, encargado de conducirla, marcha antes que espirase la pretura, y por lo mismo, en este año consular. El cónsul C. Popilio regresó á Roma mas tarde de lo que se esperaba, reuniendo los comicios consulares el 12 de las calendas de marzo romano, y por consiguiente en el mes intercalar, en 3 de noviembre juliano. Bien que en este año lloviera sangre y tierra, segun se creyó, y naciesen cuadrúpedos con tres piés, quedó esto compensado con la muerte del censor Fulvio en este año. Se le perturbó la razon después de su censura; encontráronle muerto en su casa, y se atribuyó su desastrado fin y su demencia á la cólera de Juno Lacinia (T. Liv. Val. Max.); creyéndose que ya quedaba libre Roma de la cólera celeste, por haber esta recaido sobre el autor del sacrilegio. Mientras se estaba esperando una nueva guerra, otro prodigio, dice T. Livio, llamó la atencion de los romanos. La coluna rostral, erigida por M. Emilio y Serv. Fulvio durante la primera guerra púnica, vino al suelo derribada por un huracan: consultados

sobre esto los arúspices, respondieron que, proviniendo los espolones que adornaban la coluna de naves de enemigos, presagiaba su caída la de estos y la prosperidad de la república. La respuesta reanimó al pueblo, y los pontífices añadieron intercalacion al año siguiente, que no era intercalar de derecho.

Cónsules: P. Licinio Craso, y C. Casio Longino, entran el 15 de marzo romano del 583, 28 de noviembre juliano del 172 antes de Jesucristo.—Tribunos del pueblo: M. Fulvio Nobilior, y M. Claudio Marcelo (T. Liv. lib xlii).

172-171. Como estos cónsules entraron en 15 de marzo romano (T. Liv.), el año consular cuya regularidad se habia alterado con el interegno del 579, volvió á fijarse en 580 en su dia acostumbrado (véase el año 580). Año primero de la guerra contra Perseo (Fast. Cap.). 26.° desde la paz ajustada con su padre Filipo en 558 (T. Liv.); tres años despues del consulado de Sp. Postumio y Mucio, en 480 (T. Liv. lib. xliii); dos años despues del de L. Postumio y M. Popilio, en 581. Segunda embajada de los romanos á Grecia, al principio de este año consular, pero antes del invierno. Dice T. Livio que algunos de esos embajadores se encargaron de recorrer el Peloponeso, y visitar la costa occidental del mar antes del invierno; y añade que, considerando Marcio, el gefe principal de la embajada, á quien pidió Perseo una entrevista, que los romanos no tenian preparado todavía el grande ejército, ni estaba aun resuelto cual era el cónsul que se encargaria de mandarle, siendo así que Perseo estaba ya pronto para la guerra, otorgó al rey treguas hasta el invierno. Dice finalmente, que Marcio con Atilio, otro embajador, regresaron á Roma á principios del invierno. Esto prueba que el 15 de marzo romano, en cuyo dia se renovó este año consular, y despues del cual salieron los embajadores para Grecia, cayó este año antes del invierno astronómico: nuestra tabla le pone en 28 de noviembre juliano. Á fin de facilitar mas pronto la partida de los magistrados para sus provincias, dice T. Livio que se hicieron las férias latinas el 1.° de junio romano; siguiéndose tambien de esto que el año romano corria mucho mas adelantado que el juliano; pues, á no ser así, marchando los magistrados pasado el 1.° de junio juliano, no hubieran comenzado pronto la campaña, mientras que siendo la marcha despues del 13 de febrero juliano, en cuyo dia pone nuestra tabla el 1.° de junio romano, era en época conveniente. El cónsul P. Licinio, encargado de la guerra de Macedonia, llegó á Grecia. Despues de algunas marchas y tentativas del cónsul y de Perseo, el rey llegó hasta Sicurio, llevándose todos los granos que encontraba en las poblaciones circunvecinas. Vencido Licinio en un combate de caballería á orillas del Peneo, tuvo que retroceder á la otra parte del rio, y desde allí enviaba partidas á recoger los trigos segados ya por las cercanías. Añade T. Livio, que al saber Perseo que los romanos iban cortando las espigas delante de sus tiendas de campaña, y dejando la paja por el campamento, trató de prenderla fuego. Rechazado por los romanos, estos se van sin embargo á acampar á Cranona, siegan las mieses, y pasan al campo de Falanea, atacando allí tambien Perseo á los segadores romanos (T. Liv.). Esto demuestra que las operaciones militares ocurrieron antes y despues de la siega, la que, segun Hesíodo, principiaba en Grecia á fines de mayo juliano. Tras de algunas ventajas y desventajas en Falanea, vuelve otra vez Perseo á Macédonia, y acuartela sus tropas para el invierno (T. Liv.). No estaba sin embargo concluida la temporada militar de Macedonia, Perseo se dirige á la Tracia, para defender al rey Cotis, aliado suyo, atacado por un príncipe vecino y por Eumenes, rey de Pérgamo (T. Liv. Epítome lib. xliii). Su escuadra gana una batalla al pretor C. Lucrecio (Plut. «Vida de Paulo Emilio»), y el cónsul Licinio toma algunas ciudades en Grecia (T. Liv.). Habia y. Casio, colega de Licinio, dejado su provincia de la Galia para ir á Macedonia con su ejército, pasando por la Iliria, y el senado le prohibe seguir adelante. En este año hubo un gran prodigio; una niña fué transformada en varon, y relegada á una isla desierta (Plin. lib. vii, Aul-Gel. lib. ix). Pero, como declararon los arúspices que todas las víctimas que en este año inmolaban los cónsules presagiaban grandes victorias (T. Liv.) añadieron los pontífices intercalacion extraordinaria al año siguiente.

Cónsules: A. Hostilio Mancino, y A. Atilio Serrano, entran el 15 de marzo romano del 584, 11 de diciembre juliano del 171.—Tribunos del pueblo: M. Juvencio Talna, y N. Aufidio (T Liv. lib. xliii).

171-170. Año 2.° de la guerra de Perseo. Ni el cónsul Atilio en Liguria, en la que no encontró enemigos, ni Hostilio en Macedonia, alcanzaron victorias; y aun este sufrió quebrantos, pues por dar licencias á sus soldados y dejar que se relajase la disciplina, fué vencido por Perseo en Tesalia, y tuvo que fugarse. Perseo fué á correr la Dardania, sometiendo varias ciudades griegas. Como la Liguria permanecia pacífica, Atilio da la licencia á sus legiones á los sesenta dias de haber entrado en esa provincia, y acuartela para el invierno las fuerzas aliadas. Manda el senado mensageros á Macedonia á examinar el estado de los negocios, enviando por su conducto á Hostilio que convocase los comicios consulares para el mes de enero. Reuniéronse en 26 del mismo, y segun el T. Livio corregido por Pighio, en 16 de octubre juliano del 170 antes de Jesucristo. Añade T. Livio que fueron nombrados los pretores al tercer dia de serlo los cónsules, en 28 de enero romano, 18 de octubre juliano. Los enviados del senado vuelven de Macedonia en febrero romano, el que concluye en 16 de noviembre juliano. Tambien dice T. Livio, que las calendas intercalares que hubieran debido ser al dia siguiente de las fiestas terminales, fueron en este año dos dias despues. Síguese de esto, que los pontífices añadieron una intercalacion extraordinaria al año siguiente, que no era intercalar de derecho; que, retrasadas las calendas intercalares hasta dos dias despues de las fiestas terminales, usaron los pontífices del derecho que, segun Macrobio, tenian, de traspasar el dia sobrante del año de Numa, quitándole de cualquiera mes del año, y poniéndole en febrero, entre las terminales y el regifugio, ó entre las terminales y el mes intercalar (véase la disertacion preliminar). Pero, la trasposicion no hacia el año mas corto ni mas largo, y no debe tenerse en consideracion para el cómputo general. Aun cuando se prefiriera la opinion de los que creen en la facultad de los pontífices para añadir un dia al año, y se conviniera en que en este año usaron de la misma, podrá reducirse el año siguiente al número de dias que le damos. No habria mas que substituir á la doble intercalacion de veinte y tres dias que ponemos en la tabla la sencilla de veinte y dos, y así tendríamos, con el dia añadido por los pontífices, los mismos veinte y tres dias, en los cuales fué prolongado, segun nuestros cálculos, el año siguiente. La ciudad de Alabanda, en Asia, envia una comision al senado, para anunciar que habia erigido un templo en honor de la ciudad de Roma, é instituido juegos anuales en obsequio de la misma. El haberse erigido Roma en dei-

dad en medio del Asia, hubo de hacer que los pontífices añadieran intercalacion extraordinaria al año siguiente.

Cónsules: Q. Marcio Filipo II, y N. Servilio Cepio, entran el 15 de marzo romano del 585, 24 de diciembre juliano del 170. — Tribunos del pueblo: P. Rutilio, y Q. Voconio Saxa (T. Liv. 43. Cic. de Senect. c. 5).

170-169. Año 3.° de la guerra con Perseo (T. Liv. lib. LXIV). Habia comenzado ya este consulado cuando entró Perseo en Iliria, emprendiendo la expedicion, segun T. Livio (lib. LXIII) en el solsticio de invierno, y cubiertos de nieve los montes de la Tesalia; de modo que el 15 de marzo romano hubo de caer en este año por el solsticio de invierno; nuestra tabla le pone en 24 de diciembre juliano. Perseo siguió operando todo el invierno, habiendo tomado ya posesion Marcio y Servilio. Los de Uscana, sitiados por el rey, confiaban en que la crudeza del invierno le obligaria á levantar el sitio. Dueño de muchas plazas, Perseo envia á Gencio, rey de Iliria, embajadores pidiendo su alianza, y manifestándole las ventajas que acababa de alcanzar durante el invierno (T. Liv.). El rey de Macedonia resuelve ir á atacar la ciudad de Estrato, y pasa con mucho trabajo el monte Cicio, lleno de nieve. Defendida por los romanos la plaza, los jefes del ejército macedonio aconsejan á su rey, que, en vista de los rigores de la estacion, desista de su empeño, y el rey accede en retirarse. En esto, estaba todavía en Roma el cónsul Q. Marcio por la dificultad que encontraban ambos cónsules en levantar tropas, y no habia marchado todavía á Macedonia. El senado encarga á dos pretores el alistar la tropa, y en once dias desempeñaron su cometido. Marcio sale en seguida, y sin embargo, no se verifica la marcha hasta principios deverano (T. Liv. lib. LXIV); de modo que en organizar el ejército se pasó casi todo el invierno. Á los diez dias de tomar Marcio el mando de las tropas del procónsul Hostilio, se dirige á la Macedonia. Tenia que pasar tierra escabrosa, y dos veces tuvo consejo durante la marcha para deliberar sobre el camino que seguiria, no pudiendo adelantar sino con grandes dificultades. Marcio sostuvo varios encuentros con partidas de Perseo, y así que llegaban los romanos á la cumbre de algun monte, se veian muy apurados para bajar junto con sus elefantes. Llegan no obstante cerca de Dio, y avistan el ejército de Perseo. Extraña este la osadía de los romanos, abandona á Dio, pero luego vuelve y se fortifica en ella, confiando, dice T. Livio, en que en ese paso entretendria á los romanos durante el resto del verano. Luego el cónsul habia pasado la primavera sin poder llegar hasta Dio. Se abre Marcio otro camino por Heraclea, toma esta plaza, y, preparados para la tropa los cuarteles de invierno, escribe á Roma que se halla en Macedonia. Á fines de este año, y nombrados los cónsules para el siguiente, envia el senado comisionados á dicha provincia para ver el estado de las cosas (T. Liv.). Muerte del poeta Ennio (Cic. Brut. c. 20), á los setenta años de su edad. Habia nacido en 515. Ley voconia, presentada por el tribuno Q. Voconio Saxa y apoyada por Caton, prohibiendo á cualquiera ciudadano romano el instituir ninguna mujer por heredera principal. T. Livio ponia esta ley cinco años antes, segun se ve por el «Epítome» (lib. XI); pero Ciceron (de Senect. c. 5) la pone en este consulado. Los censores Claudio Pulcro y Sempronio Graco, acusados por el tribuno Rutilio de haber atentado contra los fueros tribunicios, quedan absueltos en comicios que se reunieron el 23 y 24 de setiembre romano (T. Liv. lib. XLIII), 28 y 29 de junio juliano del 169 antes de Jesucristo. Lustro 52.° por esos censores (Fast. Capit.) T. Livio ponia el lustro en el año que sigue (Epít. del lib. XV). En este año se vieron meteoros luminosos en Anagni y Minturno, y una vaca, que se supuso habia hablado, estaba mantenida á expensas públicas; vióse llorar en Cumes, por espacio de tres dias con sus noches, á Apolo; en Roma llovió sangre en el templo de la Fortuna Primigenia, encontrándose en un oratorio de la misma diosa una gran serpiente (T. Liv. lib. XLIII y XLIV). Pero, como al mismo tiempo nació una palmera, símbolo de victoria, en el atrio del templo de la Fortuna Primigenia (T. Liv. lib. XLIII, y Plin. lib. XVII, c. 25), como unos enviados de Pamfilia, en el Asia menor, trajeron una corona de oro al templo de Júpiter Capitolino, ofreciendo sacrificios, y además era pontífice el cónsul Q. Marcio (T. Liv. lib. XL), se dejó subsistir la intercalacion que correspondia al año siguiente.

Cónsules: L. Emilio Paulo II, y C. Licinio Craso, entran el 15 de marzo romano del 586, 4 de enero juliano del 168 antes de Jesucristo. — Tribunos del pueblo: N. Tremelio, L. Postumio, y P. Décimo (T. Liv. lib. XLV, y Diarium urbis Romæ, en Pighio).

169-168. Año 4.° de la guerra de Perseo, á los cinco años de haber votado el pretor C. Cicereyo un templo á Juno Moneta; once años después del consulado de L. Manlio, y Q. Fulvio, en 575; catorce después del primer consulado de Paulo Emilio, en 572 (T. Liv. lib. XLIV, cap. 17, en donde se ha alterado el texto de T. Livio en cuanto á los guarismos). Dice T. Livio que este año consular comenzó en los idus (15) de marzo romano. Los comisionados que el senado envió á Macedonia á fines del año que antecede, están en Roma de regreso al quinto dia de la fiesta de las Quincuatrias, 23 de marzo romano, y 12 de enero juliano del 168. Las ferias latinas fuéron en 31 de marzo romano (T. Liv. y el fragmento del diario de Roma que trae Pighio) 20 de enero juliano. El cónsul Emilio y tambien el pretor N. Octavio salieron de Roma, para mandar la flota, al dia siguiente, 1.° de abril romano, 21 de enero juliano. Á los tres dias partieron de embajadores C. Popilio Lenas, C. Décimo y C. Hostilio al rey Antíoco, para intimarle que saliera de Egipto. La concordancia de todas estas fechas julianas con las romanas se halla establecida por el eclipse que vamos á mencionar, y el cual demuestra que el fin de marzo y el principio de abril romano coincidieron este año con enero juliano. Hay otra circunstancia que no deja duda de que marzo romano cayó en invierno. Dice T. Livio que los enviados del senado, anunciaron, al regresar de Macedonia, que por lo riguroso que era el invierno, el ejército romano tenia que permanecer inactivo. Luego el 23 de marzo romano, en cuyo dia estuvieron otra vez en Roma los enviados, cayó este año en invierno. Paulo Emilio, que hubo de esperar á C. Licinio con los refuerzos que trajera de Roma, no llegó á Macedonia hasta principios de la próxima primavera, y entónces entró luego en campaña (T. Liv.). Suspendió el cónsul las operaciones militares, ocupándose en proveerse de agua, que escaseaba, y en restablecer la disciplina (Plut. T. Liv.). Segun T. Livio, tuvo entónces que sufrir el ejército los calores del estío. Luego la inaccion duró hasta el estío romano, el cual comenzaba en 11 de mayo juliano. En esto recibió la noticia de la derrota del aliado de Perseo el rey de Iliria Gencio, hecho prisionero por el pretor L. Anicio. Bien que Anicio llegara á Iliria al mismo tiempo en que llegó Paulo Emilio á Macedonia, á principios de la primavera, no pudo emprender las ope-

raciones, hasta fines de abril juliano. La guerra que hizo á Gencio, segun Eutropio (lib. IV, cap. 6), duró treinta dias. La noticia de su victoria no la supo Emilio hasta primeros de junio juliano; luego fué la victoria á fines de mayo, y por lo mismo las operaciones militares de Anicio no pudieron empezar sino á fines de abril. Casi al tiempo de saber Paulo Emilio el próspero suceso de Anicio, recibió en su campo una embajada de los rodios que le pedian otorgase paz á Perseo, y el cónsul les dió por respuesta que dentro de quince dias sabrian su determinacion sobre esto (T. Liv.). Son cabalmente los quince dias durante los cuales terminó Paulo Emilio la guerra de Perseo (T. Liv. Plut.). Como estaba ya decidido á negar la paz y atacar al enemigo, contaba con dar por respuesta definitiva á los rodios la victoria que esperaba alcanzar. De suerte que, entre dicha embajada y la victoria del cónsul, no mediaron mas que quince dias. Eclipse de luna en 3 de setiembre romano (T. Liv. lib. XLIV), que ponen las tablas astronómicas en 21 de junio juliano del 168 antes de Jesucristo. Este es otro ejemplo de la exactitud de nuestra tabla, segun la cual el dia romano del eclipse corresponde efectivamente á ese dia juliano. Batalla al dia siguiente, 4 de setiembre romano. Perseo queda derrotado y emprende la fuga. Se equivocan T. Livio y Plutarco, al decir uno que habia pasado ya el solsticio de verano, y el otro que era á fines del mismo. El 22 de junio juliano, dia de la rota de Perseo, el solsticio iba á entrar, y ni siquiera habia pasado la mitad del estío romano. Dada la batalla quince dias despues de la embajada de los rodios, estos debieron ser recibidos por Paulo Emilio sobre el 7 de junio juliano; y como coincidió casi su su llegada con la noticia de la victoria de Anicio, infiérese que dicha noticia la supo Emilio á primeros del mismo mes. En dos dias se rindió al vencedor toda la Macedonia. Al cuarto dia de la batalla (T. Liv.), el 7 de setiembre romano, 25 de julio juliano, en los juegos del Circo se esparció en Roma la nueva de la victoria de Paulo Emilio. Estos juegos del Circo tenian lugar, segun el antiguo calendario, desde el 4 hasta el 12 de setiembre. Al dia 13.° despues de la batalla, 2.° de los juegos romanos, en 16 de setiembre romano, añade T. Livio, llega el correo que anuncia la victoria de Emilio, y entrega la carta al cónsul Licinio. Los juegos romanos, segun el calendario, empezaban el 14 de setiembre, durando hasta el 18 del mismo. Esto demuestra la equivocacion de algunos modernos, quienes para ajustar los hechos á su sistema, pretenden que el 3 de setiembre romano no es la fecha verdadera del eclipse ocurrido un dia antes de la batalla contra Perseo, y, suponiendo alterado el texto de T. Livio, ponen el eclipse en 3 de agosto, en cuyo mes no habia juegos del circo ni juenos romanos. En p3 de setiembre romano, dice tambien T. Livio, los comisionados que Emilio enviaba al senado entraron en Roma, dando mas pormenores acerca de lo ocurrido. El senado dió órden de que por cinco dias seguidos hubiese acciones de gracias á los dioses, que principiaron el 11 de octubre romano, 28 de julio juliano. Las acciones de gracias por las ventajas de Anicio en Iliria duraron tres dias, el 10, 11 y 12 de noviembre romano, 27, 28 y 29 de agosto juliano. Abandonado Perseo de los suyos, ríndese á N. Octavio, jefe de la escuadra romana, quien le remite á Emilio. Mientras estaba acabando Anicio de someter la Iliria, y mientras pasaba al Epiro á continuar sus conquistas, Emilio devasta las ciudades que habian seguido á Perseo. Dice T. Livio que esto era ya casi en otoño, y que como el cónsul tenia intencion de visitar las principales ciudades de Grecia á principios de esa estacion, confió el mando á su lugarteniente C. Sulpicio Galo, y emprendió su viaje. Añade T. Livio que aun estaba viajando Emilio, cuando Anicio acuarteló sus tropas para el invierno en las ciudades de Epiro, y Sulpicio las suyas cerca de Amfípolis. Estos últimos hechos los pone T. Livio en el año siguiente, bien que pertenecen á este. Ni Anicio ni Emilio pasaron en Macedonia ó en Grecia el otoño ó invierno de 587, pues, segun veremos, estaban ya otra vez en Roma en setiembre juliano. Segun T. Livio, los censores nombrados en el año anterior, Claudio y Sempronio, só color de que necesitaban mas tiempo para examinar si se habia tenido el suficiente cuidado con los edificios públicos, y para comenzar otras obras en proyecto, pidieron que se prorogase su censura, pero no lo alcanzaron. Como T. Livio dice: «Ut anni et bimensis tempus prorogaretur,» algunos modernos han creido que pedian próroga de un año y dos meses; es decir, que, no teniendo por suficiente la próroga de un año, pedian aun dos meses mas; y es que se necesitaban los dos meses para hacer concordar el año romano con el juliano: de aquí infieren los modernos que decimos que este año romano solo se anticipaba de dos meses al juliano, y por consiguiente que no se habian suprimido mas que dos intercalaciones en los años que preceden. Pero, el eclipse de este año prueba que el 3 de setiembre romano correspondió al 21 de junio juliano, y esto se opone á que solo se reduzcan á dos las intercalalaciones de los años anteriores. Además, el derecho de regular el calendario no correspondia á los censores, y la próroga que pedian ninguna relacion podia tener con la prolongacion ó abreviacion del año, cosa que competia exclusivamente á los pontífices. Y luego, suponiendo que la peticion de los censores tuviera alguna relacion con la irregularidad del calendario, no por esto se seguiria que solo se necesitasen dos meses para enmendarle, sino mas bien que para la concordancia exacta entre el calendario romano y juliano se necesitaban un año y dos meses. Bien que solo se nombraban censores cada cinco años, el ejercicio de este cargo no duraba mas que diez y ocho meses. Estos censores deseaban que se prorogase dicho plazo por un tiempo cualquiera. Los autores modernos han incurrido en error por la palabra «bimensis» que ahora se halla en el texto de T. Livio. Como este, al señalar con cifras el número de meses, pondria «anni et VI menses,» un amanuense transformaria en letras las cifras romanas y escribiria «vi ó bimensis.» Esta voz «bimensis» no es latina, ningun autor antiguo la usa, y no se halla mas que en ese solo pasaje de T. Livio. Aunque cayó en este año un rayo en un roble del monte Velio, y hubo un incendio en el monte Celio (diario de Roma), como hizo Cicereyo la dedicacion del templo que votó en Córcega, y Emilio, el vencedor de Perseo, era augur (Plutarco), se añadió una intercalacion extraordinaria al año siguiente.

CÓNSULES: Q. Elio Peto, y M. Junio Peno, entran el 15 de marzo romano del 587, 17 de enero juliano del 167.—Tribunos del pueblo: M. Antonio, M. Pomponio, y Tib. Sempronio (T. Liv. lib. XLV).

168-167. Lo primero que hizo el senado, luego de tomar posesion los cónsules, fué enviar comisarios á Grecia, para entenderse con Emilio y Anicio sobre los asuntos de Macedonia é Iliria, dándoles otra forma de gobierno. Llegado que hubieron los comisarios al pueblo de Apolonia, concluye Emilio su viaje en Grecia para ir á verlos, y al llegar después al campamente de Amfípolis, desaprueba la conducta de su

lugarteniente por haber permitido que los soldados quitasen las tejas de las casas de la poblacion para cubrir con ellas sus tiendas en el cuartel de invierno. Los comisarios llegaron por consiguiente en invierno, y no puede caber duda en que el año consular comenzaba en esta estacion. Los generales envian á Roma á Perseo y á Gencio. Emilio, y tambien Anicio, junto con los comisarios, dan leyes á Macedonia é Iliria. Triunfo del procónsul Emilio Paulo sobre los macedonios y el rey Perseo, que duró el 4, el 3, y la víspera de las calendas de diciembre romano del 587 (Fast. Capit. T. Liv.) ó sea 26, 27 y 28 de setiembre juliano del 167 antes de Jesucristo. La fecha juliana de este triunfo, restablecida por el eclipse del año precedente, demuestra que Emilio estaba en Roma en el otoño de este consulado, y por lo mismo, que su viaje en Grecia no pudo ser este año, sino en el anterior. Tantas riquezas trajo Emilio para el tesoro de la república, que, desde este año al del consulado de Hircio y de Pansa, en 711 de Roma, no hubo necesidad de cobrar contribucion para el sueldo del ejército. Triunfo naval del propretor N. Octavio sobre los macedonios y su rey Perseo, el 1.º de diciembre romano (Fast. Capit. T. Liv.) 29 de setiembre juliano. Triunfo del propretor Anicio Galo sobre el rey Gencio y los ilirios el 17 de febrero romano del siguiente año 588, 12 de diciembre juliano del 167 antes de Jesucristo. Dice T. Livio que en este año se intercaló, y que, segun regla, las calendas intercalares fueron al dia siguiente de las fiestas Terminales, lo cual demuestra que los pontífices no tocaron el dia sobrante, como en 585 (véase el año 584). Hubo algunos prodigios, pero por las riquezas que entraron en Roma, y el valimiento del cónsul Elio Peto, que era augur (T. Liv. lib. XLI), pusieron los pontífices la intercalacion regular del año siguiente.

CÓNSULES: C. Sulpicio Galo, y M. Claudio Marcelo, entran el 15 de marzo romano del 588, 30 de enero juliano del 166 antes de Jesucristo.

167-166. Claudio Marcelo guerrea victoriosamente contra los galos, y C. Sulpicio contra los ligures (Epít. de T. Liv. lib. 46. Julio Obsecuente cap. 71). Se representa por vez primera Andria, comedia de Terencio, durante los juegos megalesios, que principiaron el 4 de abril romano, 19 de febrero juliano del 166 antes de Jesucristo. Triunfo de Claudio Marcelo sobre los galos en el mes intercalar (Fast. Cap.) del año siguiente, cuyo mes empezó en 1.º de enero juliano. Triunfo de C. Sulpicio Galo sobre los ligures, el 19 del mismo mes intercalar, 19 de enero juliano. Esto prueba que hubo intercalacion en este año consular, y que hubo de ser en febrero del año siguiente, pues el consulado comenzó en 15 de marzo. No faltaron prodigios; pero, como Claudio Marcelo era pontífice, prolongóse su consulado con una intercalacion extraordinaria.

CÓNSULES: T. Manlio Torcuato, y N. Octavio, entran el 15 de marzo romano del 589, 11 de febrero juliano del 165.

166-165. Por la vez primera se representa en los juegos megalesios, Hecira, otra comedia de Terencio (Titul. Hecyræ Terent.). Los juegos empezaron el 4 de abril romano, 2 de marzo juliano del 165 antes de Jesucristo. Malos agüeros: hubo enfermedades y carestía (Jul. Obsec.); pero T. Manlio era pontífice (T. Liv. lib. XLIII), y el otro cónsul, N. Octavio, decemviro para la custodia de los sagrados libros (T. Liv. lib. XLIV). Esto hizo que se dejase la intercalacion al año siguiente, que era intercalar.

CÓNSULES: A. Manlio Torcuato, y Q. Casio Longino, entran el 15 de marzo romano del 590, 22 de febrero juliano del 164.

165-164. Cae este año noventa y nueve años después del consulado de Man. Valerio Mesala, vencedor de Mesina, en Sicilia (Plin. lib. VII). Lustro 53.º por los censores L. Emilio Paulo, y Q. Marcio Filipo (Fast. Cap.). Como el reloj que trajo M. Valerio de Sicilia, en 491, no estaba regulado para el meridiano de Roma, el censor Q. Marcio mandó poner en este año otro mas exacto. Habiéndose servido tanto tiempo del reloj solar de Catania, solo por estos tiempos adquirieron nociones exactas de astronomía por sus relaciones con los griegos. Ya Sulpicio Galo habia calculado y anunciado al ejército de Paulo Emilio el eclipse de luna del 586 (T. Liv. lib. XLIV.) El mismo censor Marcio hace erigir en la plaza de Roma la estátua de la Concordia (Cic. pro domo, cap. 50). En esta censura apareció en Roma una nueva enfermedad epidémica, que trajeron de Provenza los romanos (Plin. lib. XXVI). Muerte del cónsul Q. Casio Longino. Mencionan su muerte los Fastos Capitolinos, y no indican que fuese reemplazado; de suerte que falleceria á fines del consulado. El año siguiente no era intercalar, y no habian de prolongarle los pontífices con la aparicion de una nueva enfermedad y la muerte de un cónsul.

CÓNSULES: Tib. Sempronio Graco II, y Man. Juvencio Talna, entran el 15 de marzo romano del 591, 12 de febrero juliano del 163 antes de Jesucristo.

162-163. Este consulado corresponde al año capitolino 590 de Roma. (Titul. heautontimorumenos Terent.). La comedia de Terencio que tiene este título se representó por vez primera en los juegos megalesios de este año, que empezaron el 4 de abril romano, 4 de marzo juliano del 163. El senado manda de embajadores á Siria á Octavio, Lucrecio y Aurelio, á fin de poner en paz á Filipo nombrado tutor de Antíoco Eupator por Antíoco Epífanes, y á Lisias ayo del mismo, que se habia alzado con el gobierno. Iba además con instrucciones para que el rey de Siria redujese el número de buques y elefantes que tenia á lo prescito en el tratado de Antíoco con los romanos (Polib. Apian.). Pero los embajadores tenian que visitar antes la Macedonia, pues allí se levantaban facciones, y conciliar á Ariarates, rey de Capadocia, con los galo-griegos (Polib. cap. 107). Detuviéronse en la corte de Ariarates, de modo que hasta fines de año no llegarian á Siria. El cónsul Sempronio Graco avasalla á los pueblos galos, y Juvencio Talma sale victorioso de los córsos (Val.-Máx. Plin.). En los comicios consulares que convocó Sempronio, murió él el primero inmediatamente despues de emitir el voto, y, consultados los arúspices, contestaron que el presidente habria incurrido en alguna informalidad, pero replicó el cónsul Sempronio que no era de bárbaros etruscos, como ellos, el sospechar de su aptitud y el acusarle de negligencia, que él tambien era augur, y sabia de auspicios. Hasta les echó de la junta, y, por de pronto, el senado confirmó la validez de aquellas elecciones (Cic. de Natur. deor. lib. II, cap. 4). No faltaron prodigios: pero, Sempronio era augur y pontífice además, y se puso intercalacion al año siguiente, ya intercalar de derecho; pero, podia temerse que se suprimiera, si se hubiese descubierto alguna informalidad en los auspicios. Añadida la intercalacion, y fuera ya de cónsul, dijo que en efecto se habia cometido una falta.

CÓNSULES: P. Cornelio Escipion Nasica, y C. Marcio Fígulo, que abdican; P. Cornelio Léntulo, y N. Domicio Enobarbo, en reemplazo de los primeros, entran el 15 de marzo romano del 592, 25 de febrero juliano del 162 antes de Jesucristo.

163-162. El procónsul Juvencio Talna estaba ofreciendo sacrificios en Córcega, cuando, al recibir cartas de que en Roma el senado habia mandado dar gracias á los dioses por sus ventajas en la isla, cayó muerto de repente. Plinio y Valerio Máximo, hablando de la muerte repentina de Talna, le califican de cónsul (véase Plin. lib. VII, c. 53, y Val. Máx. lib. IX, c. 12). Esto indicaria que su muerte debe ponerse en el año que antecede; pero los Fastos Capitolinos, que señalan exactamente la muerte de todos los cónsules ocurrida durante su magistratura, no mencionan la de Talna, y es probable que tuvo lugar en este año al principio de su proconsulado. El procónsul Tib. Sempronio Graco fué enviado á Cerdeña, y escribió desde allí al colegio de los augures, que, leyendo los sagrados libros, habia echado de ver que faltó á alguna regla en los auspicios para las elecciones consulares del año que precede. Hecha la declaracion por los augures, tuvo el senado por viciosa la eleccion, llamó á Escipion y á Marcio, que estaban en Córcega el uno, y otro en la Galia, y los hizo abdicar (Cic. Val. Máx. Plut.). P. Cornelio Léntulo y N. Domicio Enobarbo los reemplazan (Fast. Cap.). N. Octavio, embajador en Siria, habia mandado quemar los buques del rey, y matar sus elefantes, y le matan á él en Laodicea. Los romanos le erigen una estátua en el foro, junto á la tribuna. Demetrio, que se hallaba en Roma como rehenes de los reyes de Siria, y pretendiente al reino por ser el mayor de los hijos de Seleuco Filopator, hermano de Antíoco Epífanes, y tio de Antíoco Eupator á la sazon reinante, se escapa de Roma y va á Siria. No faltaron en este año prodigios; pero, como el cónsul Domicio Enobarbo era pontífice (T. Liv. lib. XLII), á pesar de esto y de la muerte de Octavio, decemviro de los sagrados libros, se prolongó el año por una intercalacion extraordinaria.

Cónsules: M. Valerio Mesala, y C. Fanio Estrabon, entran el 15 de mar. rom. del 593, 8 de mar. j. del 161.

162-161. Bien que, alterado el órden del año consular con la abdicacion de los cónsules del año anterior, los que les substituyeron dejaron el gobierno el 14 de marzo, para que la renovacion del año consular estuviese fija en el 15. Representóse la comedia de Terencio, intitulada «Eunuco,» en los juegos megalesios, que empezaron el 15 de setiembre romano, 28 de marzo juliano del 161 antes de Jesucristo. Tambien fué representada otra obra del mismo poeta, con el título de «Formion,» en los juegos romanos. El primer dia de estos últimos juegos caia en el 15 de setiembre romano, 4 de setiembre juliano. Demetrio se apodera del reino de Siria. Senatus consulto contra el lujo de la mesa (Aulogel. lib. II, c. 24). Á consecuencia de este decreto del senado se dió en el mismo consulado la ley Fania (Macrob. Saturn. lib. II, cap. 13), veinte años despues de la ley Orchia en 573, cuyo año, añade Macrobio, era el 588 de Roma, segun Gelio, historiador romano; pero, Pighio pretende que debe leerse 592, y en efecto, la equivocacion nada tendria de extraño. Esta seria la fecha de la era Capitolina. Esas leyes se diferencian en que la ley Orchia determina el número de convidados que podian reunirse, y la ley Fania fija el gasto que era lícito hacer en un banquete (Macrob.). El lujo iba corrompiendo las costumbres. Senatus consulto permitiendo al pretor el que extrañase de Roma á sofistas y filósofos (Sueton. «de claris retoribus;» Aulogel. lib. XV, cap. 11). No parece que fuese año de malos agüeros, y como Valerio Mesala era de los diez de los sagrados libros, se dejó subsistir la intercalacion que correspondia al año siguiente.

Cónsules: L. Anicio Galo, y M. Cornelio Cétego, entran el 15 de marzo romano del 594, 20 de marzo juliano del 160.

161-160. Muerte de Paulo Emilio en este consulado se ignora el dia. Se representa por vez primera la comedia «Adelfos» en los juegos fúnebres que tuvieron lugar por la muerte de Emilio. Tambien se habia principiado á representar «Hecira,» estrenada cinco años antes; pero se habia anunciado un combate de gladiadores, y el pueblo impaciente no quiso esperar el fin de la representacion (Tit. et prolog. Heciræ). Con todo, volvióse á representar en los juegos romanos. El cónsul Cornelio Cétego hizo trabajar en la desecacion de las lagunas pontinas ó «pomptinas» (Epít. de Tit. Liv. lib. XLVI).

Cónsules: N. Cornelio Dolabela, y M. Fulvio Nobilior, entran el 15 de marzo romano del 595, 10 de marzo juliano del 159 antes de Jesucristo.— Tribunos del pueblo: N. Tremelio (Epítome de Tit. Liv. libro XLVII).

160-159. Este año es el 595 varroniano de Roma (Plin. lib. VII, cap. 60). El cónsul Fulvio vence á los ligures eleatos. Lustro 54.° por los censores P. Cornelio Escipion Nasica y M. Popilio Lenas (Fast. Capit.) El censor Nasica hace poner en Roma un reloj de agua, parecido á uno de arena, porque el que habia solo señalaba las horas de dia. El mismo mandó hacer pórticos en el Capitolio. En este año no hubo señales extraordinarias, y como el cónsul Dolabela era sacerdote de Júpiter (T. Liv. lib. XLI), y el tribuno del pueblo Tremelio fué multado por haber injuriado al gran pontífice Emilio Lépido, indicando el castigo cuán respetable era la suprema dignidad religiosa, se puso la intercalacion que correspondia al año siguiente.

Cónsules: M. Emilio Lépido, y C. Popilio Lenas II. entran el 15 de marzo romano del 596, 23 de marzo juliano del 158.

159-158. En este año establece la república un impuesto sobre las minas de Macedonia (Casiodoro). Al objeto de disminuir las intrigas para los altos cargos, Escipion Nasica y Popilio hacen derribar las estátuas de los antiguos magistrados, menos las que se habian erigido por órden del pueblo ó del senado (Plin. lib. XXXIV, cap. 6. Aurelio Víctor, vida de Nasica). Triunfo del procónsul M. Fulvio Nobilior sobre los ligures eleatos en 19 de marzo romano (Fast. Capit.), 25 de agosto juliano del 158 antes de Jesucristo. No hubo prodigios; y además, el cónsul Emilio Lépido era hijo del gran pontífice, así es que se prolongó el consulado poniendo intercalacion al año siguiente, que no era intercalar.

Cónsules: Sex. Julio César, y L. Aurelio Orestes, entran el 15 de marzo romano del 597, 3 de abril juliano del 157 antes de Jesucristo.

157-156. Antes del verano, y al acabar de tomar posesion los cónsules, dice Polibio (Legat. cap. 126), llega á Roma Ariarates, rey de Capadocia: luego comenzó el consulado algo antes de entrar en el estío romano que principiaba en 11 de mayo juliano; y nuestra tabla pone la renovacion de este consulado en 3 de abril juliano. Destronado Ariarates por Orofernes, aliado de Demetrio, rey de Siria, obtiene del senado que se reparta el reino entre él y el usurpador. Se envia á C. Fanio á los dalmacios, á fin de que dejaran de hostilizar á los ilirios (Polib.). Se pasa inventario del oro y plata del erario de Roma (Plin. lib. XXXIII, cap. 3). Se establece la colonia de Auxino en el Piceno, tres años despues de la censura de C. Casio, en el año 600, sobre ciento ochenta y siete años antes que Velleyo escribiese su historia, que fué en 783, siendo cónsul

M. Vinicio. No hubo prodigios, y se dejó la intercalacion que correspondia al año siguiente.

Cónsules: L. Cornelio Léntulo Lupo y C. Marcio Fígulo II, entran el 15 de marzo romano del 598, 15 de abril juliano del 156 antes de Jesucristo.

156-155. Después de oir el senado á C. Fanio, que regresaba de su embajada á los Dalmacios, les declara la guerra, á los doce años de terminada la de Perseo, segun Polibio (Legat. cap. 125). Como Emilio la terminó con su victoria de 22 de junio juliano del 586, no estaba cumplido el año 12.° al dar Fanio razon de su embajada, lo que se verificó en los primeros meses de este consulado comenzado en 15 de abril juliano. Rechazan los dalmacios y persiguen á los romanos acaudillados por Marcio; pero, al entrar luego los primeros en sus cuarteles de invierno, el cónsul pone sitio á Delminio, que era su capital, y la reduce á cenizas. Sumision de esos pueblos (Appiano, Floro). Hubo prodigios y ningun suceso favorable para la religion, de suerte que no se puso intercalacion al año siguiente, que tampoco era intercalar.

Cónsules: L. Cornelio Escipion Nasica II, y M. Claudio Marcelo II, entran el 15 de marzo romano del 599, 5 de abril juliano del 155 antes de Jesucristo.

155-154. El cónsul Escipion sale contra los dalmacios reunidos en Delminio, y Marcelo va á la Liguria. Los dos pelean con buen éxito. Envian los atenienses á tres célebres filósofos á fin de obtener del senado que se revocase la sentencia que los habia condenado; opina Caton que habian de despedirse luego de oidos, para que con su falsa elocuencia no extraviasen á la juventud de Roma. Triunfo del cónsul Marcelo sobre los ligures, y de Cornelio Escipion sobre los dalmacios (Fast. Capit.). No hubo prodigios, y ambos cónsules eran pontífices. Ya se ha dicho en el año 588 que Marcelo lo era; y en cuanto á Escipion, su elevacion al sumo pontificado (véase el año 602), cuya dignidad solo á pontífices se conferia (Tit. Liv. lib. xxxix y xxxii), es una prueba de que antes era ya tambien del colegio pontificio; de manera que no dejó de ponerse la intercalacion que al año siguiente correspondia.

Cónsules: Q. Opimio, L. Postumio Albino, que muere, y Manio Acilio Glabrio, que le reemplaza, entran el 15 de marzo romano del 600, 18 de abril juliano del 154 antes de Jesucristo.

154-153. El compendiador de T. Liv. dice (l. xlvii) que este es el año 598 de Roma, bien que sea en realidad el año 599 catoniano; pero, como T. Livio siempre contaba los años de Roma desde el 21 de abril romano, dia de la fundacion de la ciudad, y como estos cónsules tomaron posesion el 15 de marzo romano, ó un mes y diez dias antes de cumplir el año catoniano de 598, contando desde la fecha de la fundacion, T. Livio puso este consulado en el año catoniano de 598, en el cual habia comenzado, segun su modo de contar. Las víctimas ofrecidas por el cónsul L. Postumio antes de ir al ejército, presagiaron malos sucesos: no obstante, marchó á su provincia. Á los siete dias de camino cayó enfermo, y murió en Roma á donde se hizo trasladar (Jul. Obsec. cap. 76). Eligieron en su lugar á Acilio Glabrio (Fast. Capit.) Mientras iba el cónsul Opimio á la Liguria, dice Polibio (Legat. cap. 132), y por consiguiente, al principio del consulado, el jóven Tolomeo llega á Roma, para quejarse ante el senado de su hermano Filometor que le habia echado de los estados cedidos antes por él mismo. Se mandan á Egipto embajadores romanos al objeto de reconciliar á los hermanos (Polib.). Gana Opimio dos batallas á los ligures, y pasa el invierno en la Liguria, siendo todavía cónsul. De modo que el año consular se acababa realmente en invierno. Renuévase la guerra en las dos provincias de España. En la Lusitania, el pretor L. Calpurnio Pison, enviado contra los insurrectos que entraban en tierra de aliados de Roma, queda vencido con pérdida de seis mil hombres. Entre los muertos se halla su cuestor Terencio Varron (Appian. De bello hispan. Epítome de T. Liv. lib. xlvii. Jul. Obsec.). Fortifican los celtíberos á Segeda, plaza de las principales, hácia el fin del año consular, y prefiriendo estos la continuacion de la guerra á la suspension de sus trabajos de defensa, que el senado exigia, la pueblan con muchos habitantes. Lustro 55.° por los censores Valerio, Mesala y Casio Longino (Fast. Capit.). El censor Casio quita de la plaza la estátua de la concordia, trasladándola al palacio del senado (Cic. pro Domo, cap. 50). Además emprende con su colega la construccion de otro teatro con palcos (Val.-Máx. lib. ii, cap. 4). Abdicacion de los cónsules el 29 de diciembre romano, último dia del año (véase el año que sigue). Con motivo de los prodigios, de la muerte de Postumio, cónsul y sacerdote de Marte (Tit. Liv. lib. xlv) de la pérdida de la palmera nacida en el Capitolio en 585, y destruida este año por un huracan (Plin. lib. xvii, cap. 25), no se añadió intercalacion al año siguiente, que tampoco era intercalar.

Cónsules: Q. Fulvio Nobilior, y T. Anio Lusco, entran el 1.° de enero romano del 601, 27 de enero juliano del 153 antes de Jesucristo.

153-152. Cambio en el año consular. Los trastornos inesperados en la Celtiberia, dicen el compendiador de T. Livio lib. xlvii, y Casiodoro in Chron., movieron al senado á adelantarle, poniendo su principio, en vez del 15 de marzo, en el 1.° de enero, en cuyo dia quedó en adelante. Siendo asi, los cónsules del año anterior hubieron de abdicar en 29 de diciembre romano. Si el 15 de marzo romano de este año hubiese caído en invierno, no hubiera tenido lugar ese cambio, verificado para que los actuales cónsules tuviesen el tiempo necesario para hacer las ceremonias y sacrificios de costumbre, y levantar un ejército antes que principiara la primavera para abrir la campaña en la Celtiberia. Pero, como el 15 de marzo romano coincidia en este año con el 7 de abril juliano, y como, por lo mismo, los cónsules no hubieran podido salir de Roma hasta mayo ó junio, á fin de no dejar tiempo á los insurrectos para organizarse y hacer mayores progresos, se tuvo que adelantar el año consular. Siguese de esto, que, desde el 586, en cuyo año ocurrió el eclipse del 3 de setiembre romano, 21 de junio juliano, debieron de añadirse muchas intercalaciones. Á seguir desde esta fecha el calendario romano con regularidad, sin intercalaciones extraordinarias, el 15 de marzo romano de este año 601 hubiera correspondido al 9 de enero juliano, y hubiera caído en una estacion muy lejana de la campaña militar para que los cónsules hubiesen tenido tiempo de hacer los preparativos en Roma, antes de ir á la Celtiberia. La prontitud con que marcha el cónsul Fulvio, impide á los de Segeda el continuar la fortificacion, y se retiran á tierra de los celtíberos arvacos, quienes les dan socorros. Fulvio pelea con ellos el dia de las Vulcanales (Apian.), 23 de agosto romano, 13 de setiembre juliano del 153 antes de Jesucristo. La accion quedó indecisa. En el 13 de setiembre juliano gana Fulvio la segunda batallla. Luego emprende el cónsul el sitio de una plaza, y tiene que levantarle, y acuartelarse para el invierno. En la Lusitania, el pretor L. Muncio pierde una primera batalla, gana la segunda, y como seguian las correrías de los lusitanos, los vence de nuevo completa-

mente. Embajada de Roma á Cartago, siendo Caton el principal embajador. Al parecer no iban sino como mediadores entre los cartagineses y el rey Masinisa, que disputaban sobre una porcion de país, pero llevaban mision secreta de enterarse del estado de la república y de sus fuerzas.

Cónsules: M. Claudio Marcelo III, y L. Valerio Flaco, que muere durante el consulado, entran el 1.° de enero romano del 602, 16 de enero juliano del 152 antes de Jesucristo.

152-151. Como el cónsul Claudio Marcelo era pontífice, sus colegas añadieron la intercalacion al mes de febrero de este año. Masinisa cedia á los cartagineses el terreno que era objeto de sus diferencias, consintiendo el senado de Cartago en la paz, cuando Giscon, hijo de Amilcar, hace levantar con sus discursos al pueblo. Desterróse á todos los partidarios de Masinisa, con juramento de no admitirlos mas en la patria. Los embajadores romanos tienen que salir á prisa de Cartago, y al llegar á Roma dicen que dicha república estaba haciendo grandes preparativos por mar y tierra. Caton aconsejaba la guerra; temia Escipion Nasica que la destruccion de Cartago, rival de Roma, redundaria en menoscabo de la disciplina y rigidez de costumbres en Roma. Ocupado el senado á la sazon en la guerra de España, esperaba que pudiese reunir mayores fuerzas contra Cartago (Apian.). El cónsul Claudio Marcelo, sucesor de Q. Fulvio en la guerra contra los celtíberos, les toma una ciudad, y con la clemencia que mostró el vencedor, un pueblo vecino pidió la paz. Exige Marcelo que se someta la nacion toda, y, deseoso de dar fin á la guerra en su consulado, dice Apiano, á todos aquellos pueblos da treguas para que pudieran mandar embajadores á Roma. Luego esa embajada de los celtíberos fué á fines del consulado de Marcelo. Entretanto, este cónsul vá á la Lusitania, rinde allí una ciudad, y entra en sus cuarteles de invierno (Polib. Legat. c. 141). Es decir que el consulado de Marcelo acababa en invierno. El senado contesta á los diputados celtíberos que Marcelo les comunicará sus intenciones, y al mismo tiempo envia al cónsul comisionados con órden de que continue la guerra. Luego la respuesta del senado fué siendo todavia cónsul Marcelo. Triunfo del propretor L. Mumio sobre los lusitanos (Apian.). Ventajas en Lusitania del pretor M. Atilio, sucesor de Mumio. Todos estos pueblos se someten, y al entrar Atilio en cuartel de invierno, se levantan de nuevo. Publicia y Licinia se ven acusadas ante el pretor de haber envenenado á sus maridos Claudio Aselo y L. Postumio Albino, y pasado el negocio por el magistrado al tribunal de sus familias, son condenadas á muerte (Epítome de T. Liv. l. XLVIII Val Máx. l. VI, c. 8). Muere el gran pontífice M. Emilio Lépido, á quien sucede Cornelio Escipion Nasica. Muerte del pretor M. Porcio Caton, hijo de Caton. Muerte del cónsul P. Valerio Flaco (Fast. Cap.). No indicando los Fastos que Valerio fuese reemplazado, falleceria á fines del año consular. Un huracan hizo venir al suelo una coluna que habia delante del templo de Júpiter en el campo de Marte, y, consultados por el senado los arúspices, dicen que aquello presagiaba la muerte de los magistrados; en su consecuencia abdican todos (Jul. Obsec. c. 77). Tenemos pues que hubo interegno, que muy probablemente concluyó en 1.° de enero romano, dia fijado en aquella época para la renovacion del año consular. Ni prodigios ni otras desgracias podian influir sobre el año siguiente que ninguna relacion tenia con el corriente, ni como año romano ni como año consular, y esto no hubiera impedido el añadir una intercalacion extraordinaria al consulado siguiente, si otras consideraciones dimanadas de los próximos cónsules ó de la naturaleza misma de los sucesos que acontecieron en los primeros meses de su magistratura, no hubiesen movido á ello á los pontífices.

Cónsules: C. Cicinio Lúculo y A. Postumio Albino, entran el 1.° de enero romano del 603, 28 de enero juliano del 151 antes de Jesucristo.

151-150. Los nuevos cónsules encuentran los mayores obstáculos para el alistamiento de tropas. Tan desastrosa era la guerra de España, que nadie queria ir de buen grado. Los tribunos del pueblo pedian exenciones para sus protegidos: y los cónsules, por negarse á complacerles, fuéron presos y encarcelados; «in carcerem conjecti sunt» (Epít. de Liv. l. XLVIII) Coincidiendo esto con el principio del año consular, no pusieron los pontífices en el mes de febrero de este año la intercalacion con que hubieran podido favorecer al cónsul A. Postumio Albino, decemviro de los sagrados libros. Para la guerra de España ningun ciudadano queria aceptar el grado de tribuno militar, ni el de lugarteniente del cónsul; entónces se levanta en el senado el jóven Escipion Emiliano, ofreciendo servir con la graduacion que quisieran los cónsules. Su patriotismo movió á los otros, y se completó el ejército (Polib. Legat. c. 141, Epít. de T. Liv. 48 Oros. lib. IV). Tenemos que el cónsul Luculo, encargado de esa guerra, hubo de salir tarde para España. Entre tanto, el cónsul Marcelo, decidido, segun Apiano, á probarlo todo para terminar la guerra antes que llegase su sucesor, advierte á los celtíberos cuán peligrosa es su situacion, y les concede la paz, mediante rehenes y un tributo. Pero Lúculo trataba de enriquecerse con la guerra y la renovó. Después de negociar la paz con una ciudad de los vaccéos, pasa á cuchillo á sus moradores (Apiano y Floro). En seguida se va á sitiar á Intercacia y la toma; después á Palancia, en la España tarragonesa, pero tiene que retirarse por falta de víveres y entra en cuartel de invierno. El pretor Serv. Sulpicio Galba, sucesor de Atilio en la Lusitania, fué vencido en una batalla muy sangrienta, pasando en la inaccion el resto de la campaña. Durante el invierno, mientras adelanta Luculo hasta Cádiz, y de allí á Lusitania, conteniendo los pueblos, propone Galba á otros insurrectos un reparto de tierras, y después de pedirles las armas los hace pasar á cuchillo. En este año comienza en África la guerra entre Cartago y el rey Masinisa, pues presenció la batalla trabada entre ambas partes el jóven Escipion, á quien desde España habia enviado Lúculo para pedir elefantes á Masinisa. Los romanos tenian ya intencion de declararse, pero los contuvo todavía Escipion Nasica, á la sazon gran pontífice, el cual, valido de su dignidad, hizo presente que podia pervertir las costumbres el teatro con palcos de que se ha hecho mencion. El senado hizo derribar la parte que estaba ya construida, y prohibió levantar otros iguales en la ciudad y á distancia de una legua.

Cónsules: T. Quincio Flaminino, y M. Acilio Balbo, entran el 1.° de enero romano del 604, 18 de enero juliano del 150.

150-149. Este es el año 19.° desde la muerte del poeta Enio, en 585. Segun el compendiador de T. Livio (lib. XLIX) es el 602 de Roma: en este año, añade el mismo autor, comenzó la tercera guerra púnica. Este consulado corresponde al año varroniano de 604, 603 catoniano; y sin embargo, el compendiador de T. Livio le pone en el catoniano de 602, porque, habiendo principiado el consulado en 1.° de enero romano, el año 602, contadero desde la fundacion de

Roma, no estaba todavía cumplido, y el 603 no habia empezado aun al tomar los cónsules posesion de sus cargos. Añade este autor que dicha guerra acabó al año 5.° y como la misma terminó á fines del año varroniano 608 con la ruina de Cartago, tenemos que el compendiador pone su principio en este año varroniano de 604. Tambien dicen Eutropio (lib. IV, c. 10) y Orosio (lib. IV, c. 22) que esa guerra comenzó en 602, y no obstante hasta el año siguiente no la traen principiada; sin que sean los únicos autores que ponen su principio en este año, en el que ocurrieron realmente las primeras hostilidades. Con motivo de haber perdido los cartagineses la batalla con Masinisa, el senado quiso por fin romper la guerra con los primeros (App. Pun. Zonaras). La resolucion del senado, fundada en la pérdida de una batalla del año anterior, no pudo tener lugar mas tarde que en este año. Creemos que, aunque el cónsul Quincio fuese augur, como el gran pontífice Escipion Nasica seguia oponiéndose á la guerra, se suprimió la intercalacion. Dos embajadas cartaginesas en este año, y el senado insiste en su propósito, sin atender á ninguna razon, dando aviso á los aliados de que estuviesen prontos para la guerra. El cónsul M. Acilio dedica un templo á la piedad. (Festo en la voz «Pietati» Plin. lib. VII).

Cónsules: L. Marcio Censorino, y Man. Manlio, entran el 1.° de enero romano del 605, 8 de enero juliano del 149. —Tribunos del pueblo: L. Escribonio Libon, y L. Calpurnio Pison (Cic. in Brut. c. 23 y 25 Epít. de T. Liv. lib. XLIX).

149. Año 1.° de la tercera guerra púnica en este consulado (Fast. Cap. Flor. lib. II. Appian. Zonar. Oros. Eutrop.) en el año catoniano de 604 (Solin. c. 1). En este comenzaron las hostilidades. Utica envia una diputacion á Roma para entregarse á los romanos. Cartago envia dos embajadas, una al senado, y otra á los cónsules que estaban en Lilibeo, declarando que la república cartaginesa se da tambien á Roma. Todavía prevaleció el parecer de Caton sobre el de Nasica, y despues de obligar los romanos á los cartagineses á dar rehenes, ó entregar armamento y escuadra, pídese aun la destruccion de la ciudad de Cartago, forzándoles á la guerra. Sitio de Cartago. Los cartagineses queman casi toda la flota del cónsul Marcio. Ocupado Marcio en Roma en los comicios consulares, Manlio es rechazado entretanto por los enemigos. El jóven Escipion Emiliano, tribuno de los soldados en este año, se distingue por su bizarría. Caton tributa elogios en Roma al valeroso jóven. Viriato se pone á la cabeza de diez mil españoles que se libraron de la matanza de Galba, y derrota al pretor C. Vetilio Galba. Este es acusado por el tribuno del pueblo L. Escribonio, y Caton peroró contra el reo, pero Galba supo aplacar al pueblo, y quedó absuelto. Muerte de Caton en este consulado. El tribuno L. Calpurnio propone una ley contra el crímen de dilapidacion. Andrisco subleva la Macedonia y la Tracia, suponiéndose hijo de Perseo.

Cónsules: Sp. Postumio Albino Magno, y L. Calpurnio Pison Cesonio, entran el 1.° de enero romano del 606, 28 de diciembre juliano del 149.

149-148. Año 2.° de la tercera guerra púnica. La continuacion de una guerra que el gran pontífice tenia por contraria á la religion y á las costumbres, y la funesta muerte del pontífice Claudio Marcelo, que al ir de embajador á Masinisa, naufragó al principio de este año consular, hicieron omitir la intercalacion. Al llegar los embajadores, Masinisa habia muerto ya. Despues de este suceso, Escipion, junto con su hijo Gulusa, llega con refuerzos para los romanos, decidiendo á Himilcon Fameas á entrar en su servicio; y luego que se supo que Calpurnio Pison, que llegó, segun Apiano, al comenzar la primavera, iba á ponerse en marcha, Escipion salió otra vez para Roma. La muerte de Masinisa y la de Marcelo, anteriores á esa marcha de Escipion, acontecieron por lo mismo en invierno, y á principios de este año consular. Calpurnio toma algunas ciudades. Vencimiento y muerte del pretor P. Juvencio Talna por el supuesto príncipe en Tesalia. Los tracios contraen alianza con el vencedor, que decia llamarse Filipo. Viriato vence en la Lusitania al pretor Plaucio, sucesor de Vetilio. Prodigios en Roma. Pidiendo Escipion Emiliano el ser edil, le elígen cónsul antes de la edad legal.

Cónsules: P. Cornelio Escipion Africano Emiliano, y C. Livio Druso, entran el 1.° de enero romano del 607, 18 de diciembre juliano del 148.

148-147. Año 3.° de la 3.ª guerra púnica. Escipion fué cónsul, dice Velleyo, dos años despues de comenzada la guerra, y por tanto al año 3.° de la misma. Escipion toma la ciudad de Cartago, llamada propiamente Megara, refugiándose los cartagineses en la ciudadela que llamaban Birsa (Apian. Zonar.). Circunvalacion de Cartago, rodeada de fosos por Escipion en veinte y cuatro horas. Combate naval en que perece la escuadra cartaginesa. Durante el invierno, Escipion toma algunas plazas. Vencido el falso Filipo en Macedonia por el pretor Cecilio Metelo, va á la Tracia, y el rey, en cuya corte se refugió, le entrega á Metelo Otro impostor, llamado Alejandro, que se suponia tambien hijo de Perseo, es arrojado de Macedonia por Metelo, y se fuga á la Dardania (Zonar.). El senado envia á Grecia una embajada, siendo el que mas figuraba en ella Aurelio Orestes, para declarar á los aqueos que Lacedemonia y Corinto no dependerian ya mas de la confederacion aquea (Pausan. lib. VII, cap. 14; Justino, lib. XXXIV, cap. 1. Epít. de T. Liv.). El pueblo insultó á Orestes, y fué otra embajada á pedir en desagravio que se entregasen á los romanos los autores del atentado. Dice Polibio que, como Cartago no estaba todavía destruida, y tenia ocupada á la mayor parte del ejército romano, creyeron los aqueos que no se les atacaria, y no dieron ninguna respuesta positiva á los embajadores. Tenemos pues que la embajada es anterior á la destruccion de Cartago, que fué al año siguiente. Añade Polibio, que, durante el invierno posterior al regreso á Roma de los embajadores, el pretor de los aqueos, Critolao, uno de los principales fautores de los desórdenes ocurridos, recorrió todas las ciudades aqueas, incitándolas á declarar la guerra á los romanos. Es decir que la embajada fué á fines del año consular. El pretor Claudio Unimano es vencido por Viriato. Lustro 56.° por los censores L. Cornelio Léntulo Lupo, y L. Marcio Censorino (Fast. Cap.) al 2.° año de la olimpíada 158 (Euseb.). Prodigios en Roma (Jul. Obsec.).

Cónsules: N. Cornelio Léntulo, y L. Mumio, entran el 1.° de enero romano del 608, 8 de diciembre juliano del 147.

147-146. Año 4.° de la tercera guerra púnica, tres años despues del principio del sitio de Cartago, en 605; año varroniano 608 de Roma; año 3.° de la olimpíada 158.ª. Así debe leerse el último pasaje de Plinio, cuyas cifras se alteraron (Plin. l. XXXIII y XXXIV). Escipion toma á Néferis despues de un sitio de veinte y dos dias á fines de invierno y principio de la primavera (Apian.). Por este mismo tiempo ataca Escipion la ciudadela de Cartago, y el fuerte llamado Cothon por los cartagineses. Seis dias con sus noches duró el combate. Al séptimo se rinde la ciudadela. Asdrúbal se entrega á Escipion, despues de defenderse por algun

tiempo en el templo de Esculapio. Así se tomó Cartago, á los 700 años, segun T. Livio (lib. LI, y Oros. libro IV), de su fundacion. Dice Velleyo que no habia subsistido mas que 667 años, lo que pondria su fundacion en el año 813 antes de Jesucristo. Manda el senado comisarios para entenderse con Escipion sobre la ciudad conquistada, con órden de reducirla á escombros (Apian.). En Macedonia, el propretor Cecilio Metelo envia comisionados á la asamblea de los aqueos en Corinto, y sale para la Tesalia. Metelo da una batalla. El pretor Critolao queda vencido, trata de escaparse, y muere. Dice Pausanias que Metelo envió comisionados á Corinto, por saber que Muncio llegaba con fuerzas, y deseaba concluir la guerra antes que pareciera su sucesor. Añade Polibio que Metelo adoptó ese partido, por ver si podia impedir el efecto de los malos consejos que dió Critolao durante el invierno á las ciudades aqueas. Luego esta batalla, posterior al envio de los comisionados, tuvo lugar pasado el invierno, y en este año consular de Muncio. Muerto Critolao, Dieo, que habia sido pretor en el año antecedente, toma el mando (Polib. de virt. et vit.) hasta los próximos comicios. Como el año de la pretura de los aqueos comenzaba, segun el mismo Polibio, por la salida de las pléyadas (el 10 de mayo juliano), al comenzar el verano, se sigue que la batalla, trás de la cual murió Critolao, tuvo lugar antes del mes de mayo juliano. Elegido Dieo pretor de los aqueos para el año siguiente, Metelo le hizo proponer la paz que nó aceptó (Polib.), y se apodera de Tebas (Pausan. lib. VII). El cónsul Muncio, que á su llegada se encargó de la guerra de Acaya, no estaba por consiguiente todavía en Grecia por mayo juliano, en cuyo mes se confió á Dieo la nueva pretura. Llegada de Muncio. Lo primero que hizo, segun Pausanias, fué mandar otra vez á Metelo á Macedonia. Batalla ganada por ese cónsul en el istmo de Corinto. Dieo huye y se suicida. Incendio y destruccion de Corinto, abandonada de sus habitantes. Polibio asistia á la ruina de esta ciudad (Estrab. lib. VIII), y por consiguiente, fué posterior á la de Cartago, que tambien habia presenciado Polibio (Apian. Oros.). Llegan á Grecia comisarios del senado por setiembre juliano de este año, para arreglar con Muncio la provincia de Acaya. Es decir que las conquistas de Muncio hubieron de tener lugar antes del setiembre juliano. Triunfo del propretor Q. Cecilio Metelo Macedónico. Triunfo del procónsul P. Cornelio Escipion Africano Emiliano sobre los cartagineses. Dice Apiano que Escipion y Metelo celebraron el triunfo á un mismo tiempo. En Lusitania, Viriato gana una batalla al pretor C. Nigedio (Aurelio Víctor, Vida de Viriato).

CÓNSULES: Q. Fabio Máximo Emiliano, y L. Hostilio Mancino, entran el 1.° de enero romano del 609, 28 de noviembre juliano del 146 antes de Jesucristo. — Tribuno del pueblo: C. Licinio Craso (Cic. De amicit. cap. 25, Varron. De R. R. lib. I, cap. 2).

146-145. Dice Polibio que los comisarios que mandó el senado á Acaya estuvieron allí seis meses, volviendo á Italia al principio de la primavera. Luego habian llegado á Grecia á principios de otoño, por setiembre juliano del año anterior. Triunfo del procónsul L. Mumio Acaico (Virg. Eneid. lib. VI, v. 836; Eutrop. lib. VI, cap. 14). Mientras estaba Fabio Emiliano en Cádiz ofreciendo sacrificios á Hércules, destroza Viriato á los que iban por forraje. Pretura de C. Lelio, cinco años antes de su consulado, en 614. Este obtuvo alguna ventaja durante la campaña contra Viriato (Cic. De offic. lib, II, cap. 11; in Brut. c. 12). Presenta el tribuno Licinio Craso una ley para dar al pueblo el nombramiento de las vacantes en el sacerdocio, facultad que hasta entónces competia á los pontífices (Cic. De amicit. cap. 25). Lelio se opone á la ley, y consigue que no se adopte, corriendo, segun Varron (De Re rust. lib. I, cap. 2), el año 365 de la expulsion de Tarquino, cuyo año comenzó el 1.° de junio romano, 24 de abril juliano de este consulado. De modo que Lelio salió tarde para España.

CÓNSULES: Sev. Sulpicio Galba, y L. Aurelio Cota, entran el 1.° de marzo romano del 610, 17 de noviembre juliano del 145.

145-144. Frontino pone el consulado correspondiente al año catoniano de 609 en el 608, contando desde el 21 de abril romano, dia de la fundacion de Roma. Como no habia llegado aun ese dia al tomar los cónsules posesion en 1.° de enero, todavía no era cumplido el año 608. Ninguno de los actuales cónsules podia agradar al senado ni á los pontífices: Galba acababa de ser acusado de asesinato y de alevosía, librándose del castigo solo por indulgencia del pueblo (véase el ano 605), y Cota habia abusado de su poder, siendo tribuno, por no pagar sus deudas; de manera que el colegio de tribunos hubo de dar un decreto ofreciendo proteccion á los acreedores de Cota (Val.-Máx. lib. VI). Hablando Escipion en el senado de estos cónsules, dijo que el uno nada tenia, y que el otro nunca tenia bastante. Por esto creemos que se suprimió la intercalacion á fin de que el consulado durara menos. Q. Fabio Emiliano resiste á Viriato. El senado encarga al pretor M. Ticio que repare los acueductos de Roma, y que cuide de que haya mas agua que antes.

CÓNSULES: Ap. Claudio Pulcro, y Q. Cecilio Metelo Macedónico, entran el 1.° de enero romano del 611, 7 de noviembre juliano del 144. Tribuno del pueblo: T. Didio (Macrob. Saturnal. lib. II, cap. 13).

144-143. Después de sublevar Viriato en Celtiberia á varios pueblos, Cecilio Metelo fué allá, y tomó á los arvacos la ciudad de Contrebia. Pero, en Lusitania, el pretor Quincio, que sucedió al procónsul Fabio Emiliano, quedó vencido. Mientras que en medio del otoño se refugiaba en su cuartel de invierno, se apodera Viriato de muchas ciudades aliadas de los romanos, y tala sus tierras. El cónsul Claudio fué á tierra de los galos salacios para transigir diferencias que estos tenian con pueblos vecinos, y luego pelea conta los primeros (Dion. apud Vales). Vencido el cónsul en el primer combate, sale vencedor en el segundo. Triunfo del cónsul Claudio Pulcro sobre los galos salacios. Como no obtuvo permiso para el triunfo, ni del senado ni del pueblo, un tribuno subió al carro para obligarle á bajar, pero el triunfador tenia una hija vestal, é interponiéndose entre el tribuno y su padre, evitó la violencia. En este consulado declararon los decemviros, que, consultando los libros sibilinos, habian encontrado que habia de ser agua del Anio la que fuese al Capitolio, y nó la que hacia ir Ticio. El senado siguió sin embargo dando su aprobacion al proyecto de Ticio. Ley suntuaria contra el lujo de la mesa, que dió el tribuno Didio, diez y ocho años después de la ley Fania (Macrob.).

CÓNSULES: L. Cecilio Metelo Calvo, y Q. Fabio Máximo Serviliano, entran el 1.° de enero romano del 612, 28 de octubre juliano del 143.

143-142. El poco caso que hizo el senado del dictámen acerca de los libros sibilinos, y además la carestía y epidemia en Roma, movieron á los pontífices á suprimir la intercalacion. El cónsul Q. Fabio peleó con alguna ventaja en España, así que Viriato se hubo retirado á Portugal. Varias ciudades celtíberas se en-

tregan al cónsul Metelo. Derrota de otro supuesto Filipo en Macedonia. Lustro 57.° por los censores P. Cornelio Escipion Emiliano, y L. Mumio Acaio (Fast. Capit.).

Cónsules: N. Servilio Cepion, y Q. Pompeyo Rufo, entran el 1.° de enero romano del 613, 18 de octubre juliano del 142. Tribuno del pueblo: P. Mucio Scévola (Cicer. Ad. Attic. lib. XII, epíst. 5, de Finib. lib. II, cap. 16).

142-141. Pasado el invierno, dice Apiano que entregó Metelo á Pompeyo su ejército de Celtiberia. Encerrado el procónsul Fabio Serviliano en la Lusitania, y en mala posicion ajusta con Viriato un tratado de paz que ratificó el senado, y en virtud del cual conservaba cada parte las posesiones que á la sazon respectivamente tenia. L. Hostilio Tubulo, que en el año que antecede fué pretor en Roma, fué acusado por Mucio Scévola de mal juez, y L. Hostilio se desterró voluntariamente; pero, como fuéron á buscarle en su destierro, se envenenó en la cárcel (Asconio Pediano, in orat. pro Scauro, frag. 5).

Cónsules: C. Lelio Sapiente, y Q. Servilio Cepio, entran el 1.° de enero romano del 614, 7 de octubre juliano del 141 antes de Jesucristo.

141-140. Seguian las reclamaciones con motivo de haberse despreciado el parecer de los decemviros acerca del agua del Capitolio, y M. Ticio prevaleció todavía sobre estos. Creemos que los pontífices quisieron dar á entender al senado que harian mas cortos todos los años, y que no intercalarian hasta que se devolviese á los libros sibilinos la debida autoridad. Hubo prodigios, y principalmente una erupcion del Etna (Jul. Obsec.). Pero, como se ignora si fueron á principios del año consular, no se puede decir si influyeron sobre la intercalacion, que habia de resolverse antes del 23 de febrero romano. Autorizado el cónsul Cepio por el senado para quebrantar la paz ajustada el año anterior con Viriato, seduce á los mas allegados de este y le hace asesinar, corriendo, segun Justino (lib. XLIV) el año décimo de su nombramiento de jefe superior contra los romanos en 605; el año 14.° segun el compendiador de T. Livio (libro XLIV), Eutropio (lib. 4) y Orosio (lib. 5), de la guerra de Celtiberia desde 601. Al decir Apiano que Viriato habia guerreado ocho años cabales, no cuenta este en que nada hizo contra los romanos por no faltar al tratado. En Celtiberia, el procónsul Pompeyo Rufo recibió refuerzos de Roma, y trató de hacer la guerra durante todo el invierno, lo que indica que ya llegó antes de dicha estacion, ó principios de la misma; y como las nuevas tropas eran alistadas y enviadas al comenzar el año consular, tenemos que el consulado, que se hallaba fijado en 1.° de enero romano, se renovaba en otoño. Tratado de paz del procónsul Pompeyo con los numantinos, antes que llegara su sucesor (Apian. Flor. Eutrop. Veleyo).

Cónsules: N. Calpurnio Pison, y M. Popilio Lenas, entran el 1.° de marzo romano del 615, 27 de setiembre juliano del 140.—Tribuno del pueblo: A. Gabinio (Cic. de Legib. lib. III, cap. 15, de amicit, c. 12, y in Brut. cap. 25).

140-139. Anulacion en Roma del tratado del año anterior entre el cónsul Pompeyo y los celtíberos. Nombra otro general el ejército de Viriato, y es vencido por el procónsul Servilio Cepio, rindiéndose con la condicion de que se les daria una region determinada para cultivarla. El pretor Cornelio Hispalo ordena á los caldeos y astrólogos que salgan de Roma y de Italia dentro del término de diez dias. Esto edicto, favorable para la religion, hubiera podido mover á los pontífices á poner la intercalacion, si se hubiese dado antes del 23 de febrero romano, dia señalado para la misma. El tribuno del pueblo A. Galbinio presenta una ley para que en la eleccion de magistrados se procediese por votacion secreta, dos años, segun Ciceron, antes de la ley Casia, y por consiguiente en este (véase el año 617).

Cónsules: P. Cornelio Escipion Nasica Serapio, y Décimo Junio Bruto, entran el 1.° de enero romano del 616, 17 de setiembre juliano del 139.—Tribuno del pueblo: L. Curacio. (Cic. De Leg. lib. III, cap. 9. Val.-Máx. lib. III, cap. 7).

139-138. Estos cónsules, uno de los cuales era hijo del gran pontífice Escipion Nasica, fueron encarcelados por los tribunos, porque se oponian á exenciones de ciudadanos para el servicio militar. Esto fué á principios del consulado. Como fué año de carestía y de violencias tribunicias, se suprimió la intercalacion para no prolongar un año infausto. El cónsul D. Junio Bruto funda en España la ciudad de Valencia, para establecer en ella á los soldados de Viriato, á quienes su predecesor Cepio prometió nueva tierra. (Epít. de T. Liv. lib. XLV). Ventajas de Bruto en la Lusitania. Los celtíberos derrotan al procónsul Popilio Lenas. Principio de la guerra llamada Servil en Sicilia. Fórmase un ejército de esclavos, harto maltratados por sus señores, á las órdenes de un esclavo sirio llamado Euno, y aclamado rey, fuerza al pretor Aquilio á abandonar el campamento. Q. Pompeyo queda absuelto del crímen de dilapidacion en su mando en España. Como el acusado, junto con Servilio Cepio que declaró contra él, estaban en España el año anterior, la sentencia hubo de ser en este año.

Cónsules: M. Emilio Lépido, y C. Hostilio Mancino, entran el 1.° de enero romano del 617, 7 de setiembre juliano del 138.—Tribunos del pueblo: L. Casio, y M. Ancio Biso (Cic. in Brut. cap. 25).

138-137. Siniestros fueron los auspicios que tomó el cónsul Mancino, coincidiendo con su partida á Celtiberia muchos prodigios. Estrechado este cónsul entre gargantas sin salida, pidió, junto con su cuestor Tiberio Graco, la paz á los numantinos, dándosela con condiciones humillantes (Floro, Epít. de Tit. Livio, Velleyo, Ciceron de Arusp. Resp., Orosio, san Agustin, Aurelio Víctor, Eutropio, Apiano, Plutarco). Llama el senado á Mancino para residenciarle, enviando en su lugar á Emilio Lépido. Este pelea contra los vacceos. Ventajas del procónsul Junio Bruto en Lusitania. Los esclavos de Sicilia fuerzan el campamento del pretor Léntulo. Ley del tribuno Casio Longino estableciendo la votacion secreta para los juicios como habia hecho la ley Gabinia para las elecciones.

Cónsules: P. Furio Filo, y Sex. Atilio Serrano, entran el 1.° de enero romano del 618, 27 de agosto juliano del 137 antes de Jesucristo.—Tribuno del pueblo: P. Rutilio ó Rupilio (Cic. de Orat. lib. I, cap. 40).

137-136. El senado ordena á los cónsules que presenten una ley al pueblo para la entrega de Mancino á los numantinos, y la anulacion de lo tratado con ellos. En su consecuencia, el cónsul Furio conduce á España á Mancino, y le presenta á los numantinos, que se niegan á recibirle (Ciceron, Velleyo, Floro, Diodoro etc.). Como Mancino fué juzgado á principios del año consular, somos de parecer que hubo de tenerse por infausto un año en que un ex-cónsul iba á ser entregado á los enemigos de la república, y que se suprimió la intercalacion. Derrota en Celtiberia del procónsul Emilio, antes que llegara Furio. En Lusitania, el procónsul Bruto sigue peleando prósperamente, valiéndole sus combates contra los de Galicia el renombre de Ga-

láico. Los esclavos de Sicilia vencen al pretor Calpurnio Pison. Embajada del senado á los ardeos ó vardeos, gentes de Iliria, porque molestaban á aliados suyos, llegando hasta la misma Italia. Prodigios en Roma. Lustro 58.° por los censores Ap. Claudio Pulcro, y Fabio Nobilior (Fast. Cap. y Dion).

Cónsules: Serv. Fulv. Flaco, y Q. Calpurnio Pison, entran el 1.° de enero romano del 619, 17 de agosto juliano del 136.

136-135. Señales extraordinarias. El cónsul Fulvio somete á los ardeos, trasladándolos tierra adentro desde las orillas del mar. El pretor M. Asconio vence á los escordiscos (Epít. de T. Liv. lib. LVI); pero el pretor Hipseo es vencido en Sicilia, y el cónsul Calpurnio Pison en Numancia (Apian.). Para concluir con la guerra de España, el pueblo nombra cónsul á Escipion Emiliano.

Cónsules: P. Cornelio Escipion Africano Emiliano II, y C. Fulvio Flaco, entran el 1.° de enero romano del 620, 7 de agosto juliano del 135.

135-134. Á pesar de que en este año hubo muchos prodigios, como se ignora si fueron antes del 23 de febrero romano, y como el nombramiento de Escipion se tuvo por buen presagio para la caída de Numancia, creemos que se dejaria subsistir la intercalacion. Marcha desde luego Escipion á España, aun sin esperar el refuerzo de tropas que habian de acompañarle; y como entró cónsul en 7 de agosto juliano, su partida no hubo de ser mas allá del siguiente setiembre. Lo primero restableció la disciplina, haciendo segar á los soldados los granos de otoño, y ejercitándolos sin cesar. Dice Orosio (lib. v, cap. 7), que así pasó Escipion parte del verano y todo el invierno, sin exponerse á trance de batalla. Luego tenemos que llegó á España en verano, y que su consulado comenzó en la misma estacion. En la primavera, cercó á Numancia, proponiéndose Escipion tomarla por hambre. No pudiendo ningun pretor dar cima á la guerra de Sicilia, el senado manda al cónsul Fulvio (Epít. de T. Liv. cap. 5).

Cónsules: P. Mucio Scévola, y L. Calpurnio Pison, entran el 1.° de enero romano del 621, 20 de agosto juliano del 134. Tribunos del pueblo: Lib. Sempronio Graco, M. Octavio, Q. Mucio, L. Rubrio, y P. Saturnino (Apian. Plut. Vel. Flor., etc.).

134-133. El sitio de Numancia fué largo (Oros. lib. v). Hambreaba la ciudad, y un numantino se atreve á pasar las líneas romanas para ir á pedir auxilio á los arvacos. Era durante una noche de obscuridad y de escarcha, dice Apiano; y esto indica que era ya á fines de otoño ó principios de invierno. Los arvacos no envian socorro, y sucumbió la ciudad. Destruida Numancia, segun Velleyo (lib. II, cap. 4), un año y tres meses después de la llegada de Escipion á España, á donde llegó en setiembre juliano del año anterior, debe de ser su ruína del diciembre juliano del 134 antes de Jesucristo, que comenzó en 16 de abril romano. Escipion restablece la tranquilidad en la Celtiberia. El cónsul Calpurnio principia á contrarestar los progresos de los esclavos sicilianos, y les toma Mesina. Comunicada á Italia la insurreccion de los esclavos de Sicilia, la reprimen Cecilio Metelo y N. Servilio. Ley agraria presentada en este consulado, correspondiente al año catoniano de 620, por el tribuno Sempronio Graco. M. Octavio, otro tribuno del pueblo, se opone á esa ley contraria á los hacendados, y Tib. Graco propone otra ley, que el pueblo sancionó, para separar del tribunado á Octavio. Promúlgase la ley agraria (Apian. Plut.). Los ricos pronuncian discursos contra Graco, conminándole con un proceso cuando saliese de tribuno. Entónces este pide el tribunado para el año siguiente. Dice Apiano que esto era ya en verano, y que se aproximaba la eleccion de los tribunos. Añade que, para granjearse mas adeptos, invitaba á los plebeyos de afuera á comparecer en los comicios; pero, que los campesinos no podian dejar sus faenas veraniegas; y que, como las elecciones no podian diferirse, hubo de acudir á los de la ciudad. Luego las elecciones de tribunos, cuyos magistrados entraban el 10 de diciembre romano, segun se echa de ver por Dionisio Halicarnasense (lib. VII), y por T. Livio (lib. XXXIX), cayeron este año á principios de verano, en lo mas urgente de los trabajos agrícolas, y por consiguiente, el año romano corria retrasado de seis meses con respecto al juliano. Nuevo ejemplo de la exactitud de nuestra tabla, pues pone el 10 de diciembre romano en 20 de julio juliano. Para los romanos principiaba la cosecha en el solsticio de verano, y lo dicho basta para explicar como no podian diferirse ya las elecciones tribunicias. Síguese de esto tambien que desde el 601, en cuyo año el 1.° de enero romano cayó en invierno, concordando casi el año romano con el juliano, debieron los pontífices suprimir muchas intercalaciones. Muerte de Tib. Graco, durante las elecciones de tribunos, en una sedicion promovida por los ricos, y dirigida principalmente por el gran pontífice Escipion Nasica. Dicen Apiano y Plutarco que Graco murió á manos de los partidarios de Nasica. Diodoro Sículo sienta, y Valerio Máximo da á entender, que el mismo Nasica le mató. Los romanos atribuyeron su muerte al gran pontífice, segun resulta de todos los autores. Insepulto quedó su cuerpo, junto con el de todos los suyos que perecieron en esa matanza, arrojándolos al Tíber (Plut. Aurelio Víctor).

Cónsules: P. Popilio Lenas, y P. Rupilio, entran el 1.° de enero romano del 622, 9 de agosto juliano del 133 antes de Jesucristo.

133-132. Este es el año 622 varroniano de Roma, el 37 desde el triunfo de Escipion el Asiático, en 565 (Plin. lib. XXXIII, cap. 11). Por varios motivos se suprimió la intercalacion. Antes de marchar el cónsul Rupilio á su provincia, que era la Sicilia, y por consiguiente, al principio de este año consular, les ordenó el senado que castigasen á los del partido de Graco, y los mataban sin oirlos. El pueblo odiaba al gran pontífice Nasica, y le insultaba públicamente, y los demás pontífices tampoco podian ver impasibles la conducta de su superior, á quien estaba prohibido mirar cadáveres, y dejarlos sin sepultura. Se tenia por impiedad, de parte del mismo, el asistir á procesos en que se sentenciase á pena capital, y mucho mas el ser cómplice ó perpetrador de una muerte, principalmente de la de Graco, que era augur, y además pariente suyo. Á fin de sustraerle al odio público, el senado dió á Nasica una comision para el Asia, y esta era otra violacion de las sagradas leyes. El gran pontífice no podia salir de Italia, ni abandonar los públicos sacrificios. Los decemviros declararon, refiriéndose á los libros sibilinos, que, con motivo de la asonada de Graco, se habian de ofrecer sacrificios á la Ceres mas antigua, la del Enna de Sicilia, y como esta ciudad se hallaba en poder de los esclavos, no habia medio de reconciliarse con los dioses. De modo que los asesinatos, la violacion del sagrado derecho, la imposibilidad de aplacar á la deidad ultrajada, todo conspiraba á que se suprimiese la intercalacion. Rupilio tomó en Sicilia á Tauromenio y á Enna, y pudieron ofrecerse á la diosa los sacrificios expiatorios. Triunfo de Escipion Emiliano sobre los numantinos, catorce años des-

pués de la destruccion de Cartago (T. Liv. Pomp. libro XLIX, y Eutrop. lib. IV), en 608, y por consiguiente en este año de 622. Triunfo del procónsul Junio Bruto Galáico sobre lusitanos y gallegos. Muerte del gran pontífice Nasica en Pérgamo; sucédele en el sumo pontificado P. Licinio Craso Muciano.

CÓNSULES: P. Licinio Craso Muciano, y L. Valerio Flaco, entran el 1.° de enero romano del 623, 30 de julio juliano del 132. — Tribunos del pueblo: C. Papirio Carbo (Epít. de T. Liv. lib. LIX; Val.-Máx. libro VI; Cic. de Leg. lib. III).

132-131. Como el cónsul P. Licinio era gran pontífice, y su colega Valerio, sacerdote de Marte, ni el violar este año el pueblo los sagrados derechos, ni el nombramiento de un tribuno sedicioso, impidieron á los pontífices el prolongar el año consular con una intercalacion. Valido Licinio de su autoridad pontificia, prohibió á su colega Valerio, que era sacerdote de Marte, el que aceptara el mando del ejército de Asia, lo que le hubiera alejado del culto, y el pueblo ordenó á Valerio que obedeciese; pero, hubo dos tribus que, apoyadas igualmente en sagrados usos, rehusaron á Licinio el cargo que prohibian á Valerio, nombrando para el mismo á Escipion Emiliano. Las demás tribus prescindieron de esos usos, que el senado fué el primero en quebrantar, y nombraron al gran pontífice. Tumultuoso tribunado de C. Papirio Carbo. Era este del partido de Graco, y habiendo mandado comparecer ante sí á Escipion para preguntarle qué opinaba acerca de la muerte de Graco, levantóse en los comicios un motin que no sofocó el tribuno. Da este un plebiscito para que en las deliberaciones sobre la presentacion de las leyes, la votacion del pueblo sea secreta. Otra ley propuso Carbo, no aceptada por el pueblo, para la continuacion en sus cargos de los tribunos por espacio de muchos años (Cic. de amicit. c. 25. Epít. de T. Liv. l. LIX). El cónsul Licinio vá á Asia. Es el primer gran pontífice que fué á mandar un ejército fuera de Italia; segun dice el compendiador de T. Livio (l. LIX) iba contra Aristónico, quien, dándose por hijo de Eumenes, usurpaba el reino de Pérgamo, legado al pueblo romano por el rey Atalo (Epít. de T. Liv. l. LVIII. Plut. Vida de Tiberio Graco, Aurelio Víctor, Orosio, lib. V, c. 8). Fin de la guerra servil en Sicilia. El procónsul Rupilio hace prisionero á Enno, electo rey de los esclavos (T. Liv. l. XIX, y Diodoro, lib. XXXIV, Eulog. 2). Rupilio da leyes á la provincia (Cic. Verrin. 2, c. 11 y Asconio). Ovacion de este procónsul sobre los esclavos (Floro, lib. III, c. 19, donde en vez de leerse Perperna, ha de decir Rupilio). Lustro 59.° por los censores Q. Cecilio Metelo Macedónico y Q. Pompeyo. Es la primera censura en que ambos fuéron plebeyos (Fast. Cap. Epít. de T. Livio l. LIX).

CÓNSULES: C. Claudio Pulcro y M. Perperna, entran el 1.° de enero romano del 624, 12 de agosto juliano del 131 antes de Jesucristo.—Tribunos del pueblo: C. Atinio Labeo (Epít. de T. Liv. l. LIX).

131-130. Muerte del gran pontífice P. Licinio Craso á manos de una division de Aristónico, al salir ya de su provincia para volver á Roma (Vell. l. II, c. 4) y por tanto en este año de su proconsulado, al concluir ya, segun Justino (lib. XXXVI, c. 4). De modo que murió á fines del precedente año consular, ó á principios de este. Naturalmente los pontífices suprimieron la intercalacion por la funesta muerte del principal del colegio. Vemos en Julio Obsecuente que no habian faltado prodigios (c. 87). Sucédele en el gran pontificado C. Mucio Scévola (Cic. pro Dom. c. 53 de nat. deor. l. III, ad Attic. l. XXII, epíst. 5). Al saber en Roma el cónsul Perpena la muerte de Licinio Craso, sale muy pronto para el Asia (Oros. l. V). Vence á Aristónico, y le hace prisionero en Estratónice, muriendo despues de órden del senado (Estrab. Flor. Val. Máx.). El tribuno del pueblo C. Atinio Labeo, á quien habia borrado de la lista de senadores Cecilio Metelo, espera á este censor así que volvia del campo á mediodía, y le lleva á la fuerza hasta el monte Tarpeyo, desde cuya altura le hubiera despeñado á no intervenir otro tribuno que se lo impidió (Epít. de T. Liv. 59. Plin. l. VII, c. 44). Atilio presentó una ley al pueblo al objeto de asegurar á todo tribuno del pueblo la dignidad de senador (Aulogel. l. XIV, c. 8).

CÓNSULES: C. Sempronio Tuditano y Man. Aquilio, entran el 1.° de enero romano del 625, 2 de agosto juliano del 130.

130-129. Aquilio marcha al Asia (Justino, l. XXXVI, c. 4) y acaba de domeñar las ciudades rebeldes (Flor. l. II, c. 20). Muerte en Pérgamo del procónsul Perperna (Estrab. l. XIV; Oros. l. V, Eutrop. l. IV). Luego este procónsul no celebró triunfo en Roma, segun aseguran Valerio Máximo (l. III, c. 4), y Velleyo (libro II, c. 4). Trastornos en Roma con motivo de la ley agraria de Tib. Graco. Escipion pide al senado que impida el que los triunviros den cumplimiento á dicha ley (Appian. De bell. civil. l. I, y Epís. de T. Liv.). Quedando la ley sin cumplir, fué Escipion objeto del odio público. Victoria en los Alpes del cónsul Sempronio Tuditano contra los de Jápidos. Muerte de Escipion. Se creyó que habia sido ahogado en su propia cama (Cic. ad Q. fratr. l. III, epíst. 3 Vel. l. II, c. 4; Oros. l. V; y Aurelio Víctor en la Vida de Escipion Emiliano). De varias personas se sospechó, y hasta de su mujer, hermana de los Gracos. Triunfo del cónsul Sempronio Tuditano sobre los jápidos el 1.° de octubre romano del 625 (Fast. Cap.), 24 de abril juliano del 129 antes de Jesucristo. La muerte de Escipion quedó impune (Epít. de T. Liv. l. LIX. Plut. Vida de C. Graco. Val. Máx. l. V, c. 3; Cic. pro Milone, c. 7).

CÓNSULES: N. Octavio y T. Anio Lusco Rufo, entran el 1.° de enero romano del 626, 22 de julio juliano del 129.

129-128. Este es el 626 varroniano de Roma (Plinio 33). Tanto mas impresionó la muerte de Escipion á los hombres honrados (Cic. pro Milon, y de Amicit c. 3), cuanto que el pueblo se negó á que se abriese instruccion para descubrir á los culpables, lo que induciria á los pontífices á no poner intercalacion. El procónsul Aquilio tiene que marchar contra las ciudades que habian favorecido á Aristónico. El senado perdona á la de Focea, por recomendacion de los de Marsella, oriundos de aquella ciudad griega (Just. lib. XXXVII, c. 1.)

CÓNSULES: L. Casio Longino y L. Cornelio Cinna, entran el 1.° de enero romano del 627, 12 de julio julio juliano del 128 antes de Jesucristo.

128-127. El procónsul M. Aquilio continúa la guerra en Asia.

CÓNSULES: M. Emilio Lépido y L. Aurelio Orestes, entran el 1.° de enero romano del 628, 2 de julio juliano del 127.—Tribuno del pueblo: M. Junio Peno. Cuestor: Cayo Graco (Cic. in Brut. c. 28).

127-126. Hubo prodigios. La erupcion del Etna, de que hablan Julio Obsecuente y Orosio, fué, segun Estrabon (lib. VI), por el solsticio de verano, y por lo mismo, en el primer mes de este año consular; pero, como el cónsul Emilio era augur (Vel. l. II), dejaron subsistir la intercalacion. En este consulado se dieron los juegos seculares Censorino, de die Natal. c. 17.



IRRUPCION DE LOS CARTAGINESES EN ESPAÑA.

Lo que pasó en España hasta esta época: — El terreno de España parece de los mas proporcionados para influir en las ciencias, pues habiendo sojuzgado los romanos el mundo conocido entónces, de ninguna parte salieron tantos oradores y poetas célebres como de la nacion española; y los árabes, que la conquistaron después, y en su país eran verdaderamente bárbaros, se afinaron en ella de tal modo, que llevaron las artes, las humanidades, la medicina, la agricultura, y las ciencias exactas hasta un grado que les hará honor perpétuamente. Contentos con su suerte los primeros españoles, vivieron largo tiempo reducidos á la esfera de un país tan apacible. Libres y gobernados por sus leyes propias y patricias, ni gemian bajo la dura opresion del yugo extraño, ni experimentaban aquel diluvio de calamidades que siguen comunmente á las irrupciones de los bárbaros, cuando impelidos de la codicia, salen á inundar las naciones extranjeras. Aquellos primeros conquistadores que la fábula conduce á las Españas, ó no fueron mas que conquistadores fabulosos, ó se contentaron con ser tempestades pasajeras, que infestaban ya esta, ya aquella costa. Si tal vez llegaban á dominar en alguna parte, era á modo de aquellos árboles menos robustos que á un golpe de viento se humillan ó se agobian, y pasada la ráfaga, vuelven á erguir su copa levantada. No sucedió así con la dominacion de los cartagineses y de los romanos. Era Cartago una ciudad sita en la costa de África, muy inmediata á Túnez, en aquel mismo sitio que hoy, con el nombre de Berzac, conserva algunas reliquias de Cartago. Habíanle dado los fenicios poblacion, el comercio riquezas, y las riquezas valor é independencia para erigirse en república. Extendíase su imperio á lo largo de África hasta las costas de Italia. Cubrian sus flotas el mar Mediterráneo, y era en él la potencia dominante. Cada dia salian de sus puertos escuadras enteras de navíos mercantes que, recogiendo las riquezas de las ciudades marítimas, las que habian salido escuadras, volvian á ellos flotas. Llegó á Cartago la noticia de España, y luego fué España el objeto de la ambicion y de la avaricia de Cartago. Después de algunas tentativas poco dichosas, conocieron los cartagineses que no era fácil apoderarse con violencia de un país tan bien defendido, ni establecerse en él por la via de las armas; recurrieron pues, como á medio mas oportuno, al artificio, á la insinuacion y á la estratagema. Dejáronse ver en las costas de Cádiz con una flota cargada de géneros de levante y de mediodía, fingiéndose aliados y compañeros de los fenicios que comerciaban libremente en aquella costa. Quien oyese hablar á los tales engañosos héspedes, creeria sin dificultad que abordaban como amigos y como buenos vecinos, sin otro fin que traer á España lo útil, lo dulce y deleitable, para sacar de ella lo supérfluo. El atractivo de un comercio, al parecer tan ventajoso y tan dulce, engañó el corazon de los incautos españoles, cuya sinceridad nativa estaba poco acostumbrada, y menos prevenida, contra los artificios púnicos. Nunca se contenta el hombre con lo que tiene, y siempre aspira á lo que no posee: mira con hastío el bien doméstico, y solo excitaria su apetito si fuese forastero, ó mas distante ó menos comun. Perdido el gusto á lo que es comun á todos, hace reputacion ó grandeza de gozar lo que poseen pocos. Esta vanidad abrió primero el corazon de los españoles, y después la puerta de las Españas á los cartagineses. Comenzaron estos ganando á los principales del país con dádivas y presentes; pasaron después á pedir que se les permitiese edificar en la costa algunas casas para la comodidad de sus personas, algunos almacenes para la seguridad de sus mercaderías, y algunos templos para el culto de sus dioses. Todo pareció á la sinceridad de los españoles que era muy puesto en razon; y todo se otorgó como se pedia. Esto fué caer en el lazo que les armaban, porque, con nombre de casas, de almacenes y de templos, edificaron fortalezas por lo largo de la costa Bética, que hoy llamamos Andalucía y Granada. Multiplicáronse en estos puertos por las numerosas colonias que sucesivamente les enviaban desde el África. El senado de Cartago nombró por su primer gobernador á Saphon. Siete años después aportaron Himilcon y Hanon á las islas Baleares, conocidas hoy por los nombres de Mallorca, Menorca é Ibiza, antiguamente Pytiusa ó Ebusa. Allí, con beneplácito de los naturales, levantaron un fuerte, que llamaron «Jama,» y después tomó el nombre de «Ciudadela,» y quizá fué la primera de donde se derivó á las que hoy son conocidas por el mismo nombre. Desde estas islas levantaron velas, y dirigieron la proa hácia Cádiz, ante cuyo puerto se presentaron con una escuadra de sesenta navíos, y con treinta mil hombres de desembarco, que echaron á tierra en diferentes puertos de Andalucía. Ya no hablaban en tono de comerciantes, que pedian licencia con modestia para traficar en España. Depuesta la máscara, aparecieron en traje de fieros conquistadores que levantaban la voz, daban la ley, afectaban soberanía, y se apoderaban del país, que se les rendia sin resistencia. Atónitos los españoles al ver la rapidez de sus conquistas, abrieron los ojos finalmente; mas ya no veian en los fingidos amigos de Cartago sino unos verdaderos enemigos de su libertad, unos amigos codiciosos de sus riquezas, y unos mercaderes convertidos en soberanos que habian traidoramente abusado de la sinceridad española. Era ya muy tarde cuando descubrieron el engaño. En vano se armaron los pueblos de Andalucía y Granada en defensa de su patria; desarmólos Amilcar, padre del grande Aníbal, y los redujo á la obediencia de Cartago. Hallándose sin fuerzas para defenderse contra dos poderosos ejércitos, uno de tierra y otro de mar, rindieron la cerviz al yugo del vencedor, y se acostumbraron á sufrir unas cadenas que no podian romper. Al año siguiente extendió Amilcar sus conquistas á los reinos de Murcia, Valencia y Cataluña, fundando ó ensanchando la famosa Barcelona, á quien dió el nombre de «Barcino,» que era el peculiar de su familia. Presentóse delante de Sagunto, ciudad sita en el reino de Valencia, donde al presente está Murviedro. Los saguntinos despreciaron igualmente las amenazas y las fuerzas del general cartaginés, induciendo á los pueblos comarcanos á que tomasen las armas en defensa de la libertad. Avanzóse Amilcar contra los saguntinos: presentóles la batalla: aceptáronla, y perdió con la batalla la vida en un campo inmediato al sitio donde se edificó después la ciudad de Zaragoza. Sucedió Asdrúbal á Amilcar, y volvió por el honor de las armas de Cartago. Edificó el nuevo general la ciudad y el magnífico puerto de Cartagena de Murcia, cuya capacidad, seguridad y conveniencia eran asilo á las flotas de Cartago, y abrian puerta franca á lo interior del país. Luego que los cartagineses se vieron dueños de la mayor y mas rica parte de España, solo pensaron en aprovecharse de sus despojos. Ocultaba España inmensos tesoros en su seno: ricas minas de plata, oro y piedras preciosas: no lo ignoraban los naturales; pero ignoraban su valor, y no sabian aprovecharse de lo que tomaban. Hacíales gran ruído en la admiracion ver á los cartagineses tan codiciosos de lo que ellos miraban, ó con poca estimacion, ó con mucha indiferencia; y no acababan de comprender

porqué cambiaban los géneros mas esquisitos y las mercaderías mas preciosas por un metal bruto, ó por unas piedras toscas y sin lustre. No eran los africanos tan bisoños en el comercio como los españoles. Aprovecháronse bien de su inocente simplicidad; y haciéndose dueños de sus tesoros, cada año despachaban á Cartago numerosas flotas cargadas con las riquezas de España. La república en cambio enviaba á España ejércitos numerosos, reclutados y mantenidos con lo que robaba á España misma, para asegurar las conquistas, y adelantar el comercio. No se contentaba con esto la avaricia cartaginesa, y quiso que entrase la violencia á la parte de la negociacion. Tributos intolerables, exacciones enormes, saqueos y latrocinios, todo se ponia en planta para ayuda del comercio. El gobernador, el oficial, el soldado, el mercader, todos cuidaban de cargar en el libro de caja la partida de los robos á la cuenta de las ganancias. Estas violencias cansaron la tolerancia, irritaron el sufrimiento, y encendieron la indignacion de los españoles, disponiendo los ánimos á sacudir la opresion de tan injustos tiranos. La soberanía mas confiada, y la autoridad mas seguramente establecida debe mirar con sobresalto y con susto cualquiera descontento general de los súbditos ó de los vasallos. Inclinados siempre, y siempre prontos á desembarazar la cerviz del yugo que los oprime con exceso, nunca les faltan medios para conseguirlo, ó en sus propias fuerzas, ó en los recursos de la desesperacion, valiéndoles siempre los de los príncipes confinantes, dispuestos generalmente á no malograr las ocasiones ni las inquietudes que observan en la casa del vecino. Esto experimentaron los cartagineses por parte de los romanos. Era ya Roma una república que hacia mucho ruído en el mundo, y émula de Cartago. Instruida de las riquezas que esta disfrutaba en España, y enterada de la buena disposicion en que estaban los españoles para libertarse de la opresion de los cartagineses, pensó seriamente en entrar tambien á la parte, y aun en alzarse, si pudiese, con el todo, persuadida á que, manteniéndose Cartago en la pacífica posesion de una porcion tan rica y tan dilatada de la Europa, estaba poco segura su dominacion, y debia temer las consecuencias mas fatales de esta superioridad. Conservábanse á la sazon en paz las dos repúblicas, y era menester algun pretexto para que la romana inquietase á su competidora, y se introdujese con alguna apariencia de justicia á disputarle el terreno. Los celos de estado y la ambicion nunca tardan en hallarle. Porque no faltase á Roma ninguna razon aparente para mezclarse en los negocios de España, despachó sus embajadores á los pueblos que conservaban todavía su libertad, así para negociar tratados de alianza con ellos, como para sondear el corazon y los ánimos de los malcontentos. Costó poco á estos ministros el feliz suceso de su negociacion. Los primeros que firmaron la alianza que se les proponia fueron los indígenas, pueblos que habitaban el espacio que hay entre las faldas de los Pirineos y las márgenes del rio Ter. Siguiéronse los saguntinos, todo el reino de Valencia, y diferentes pueblos situados hácia el oriente del Ebro, accediendo todos con gusto á la confederacion, unos por libertarse de la tiránica dominacion de los cartagineses, y otros para no caer en ella. Animada la república de Roma con el feliz suceso de este primer paso, despachó el senado una solemne embajada á Asdrúbal, gobernador y capitan general de todas las provincias de España, que obedecian á Cartago. La proposicion de los embajadores se reducia á suplicarle al gobernador que ciñese sus conquistas á las márgenes del Ebro, sin inquietar á los saguntinos, ni extenderlas á los pueblos que habitaban entre el Ebro y los montes Pirineos, y absteniéndose de turbar á los otros aliados y amigos de los romanos. Súplicas hay que son amenazas en traje de ruegos: la del senado romano solo tenia el nombre de súplica, y era en la realidad declaracion de guerra en caso de repulsa. Bien lo comprendió la perspicacia de Asdrúbal, y se llenó de una indignacion oculta á vista de un proceder tan injusto, que parecia desempeño de la amistad, y era artificio de la ambicion. Disimuló sin embargo su resentimiento, y dió á los embajadores muchas y buenas palabras, con ánimo de no cumplir ninguna. Mientras burlaba Asdrúbal un artificio con otro, engañando cautelosamente á Roma, se armaba poderosamente en España, para dar fin á la conquista de todo el reino, antes que la Italia pudiese socorrer á sus confederados. En dos años estaban ya concluidas todas las prevenciones militares. Iba á abrir la campaña por el sitio de Sagunto, cuando fué alevosamente asesinado por un esclavo, á cuyo dueño habia mandado quitar la vida. Un enemigo personal y oculto siempre es formidable; el menor es capaz de la mayor alevosía. Á Asdrúbal sucedió en el gobierno el grande Aníbal, en cuyo tiempo hicieron grandes progresos los intereses de la república. Excedia mucho en manejo y en conducta á su predecesor: su genio era mas animoso ó menos detenido, su comprension mas capaz y su inclinacion mas guerrera y mas marcial. Su oposicion con los romanos era tan genial ó tan nativa, que desde niño habia jurado á los dioses inmortales, que jamás haria con ellos paz ni tregua. Encontró, cuando se encargó del gobierno, inquietos y desazonados á los pueblos, y los corazones de los españoles mas desviados de los cartagineses que lo estaba España de Cartago. Aplicóse á hacerse dueño de ellos con la apacibilidad de su semblante, con la humildad de su trato, con las alianzas y conexiones que solicitó con las primeras familias de la nacion, con rebajar considerablemente las contribuciones, y sobre todo con poner fin á las vejaciones y á las violencias. Con esto conquistó los corazones de aquellos á quienes sus predecesores solo habian conquistado las tierras. El español acariciado, agasajado, atendido y tratado con estimacion, se dejó encantar de Aníbal, y, olvidando sus pérdidas, sus miserias, sus trabajos, sus alianzas, y hasta su misma oposicion natural, se convirtió en cartaginés. Maravillosa transformacion, que hace visibles los milagros de que es capaz un buen ministro cuando sabe gobernar. Encontró Aníbal vacía la caja militar, y halló el secreto de llenarla sin gravámen de los pueblos. Noticioso de las muchas y ricas minas de oro y plata que enriquecian á España, hizo abrir las entrañas á los montes, y sacó de ellas otros montes de oro, conservándose aun el dia de hoy aquellas concavidades con el nombre de «los pozos de Aníbal.» Luego que tuvo dinero, tuvo soldados, y halló quien le sirvió con firmeza: penetró á lo interior del país, y conquistó los reinos de Toledo y de Castilla. Desde allí dobló contra Sagunto, resuelto á formar el sitio de aquella ciudad rebelde. Los embajadores que el senado romano tenia en ella, salieron á protestarle que no podia sitiar á una ciudad amiga y confederada de Roma sin declarar la guerra á esta república. Tenia Aníbal muy previsto y premeditado este lance, y así les respondió que los cartagineses no eran de peor condicion que los romanos, y que si estos habian vengado con las armas en los aliados de Cartago los insultos que habian hecho á los saguntinos; ¿por qué no podian ellos tomar satisfaccion en los saguntinos de los agravios hechos á los confederados de Car-

tago, usando de represalias, que permitia á todos el derecho de las gentes? Luego que despidió con esta seca y desabrida respuesta á los embajadores, fué á embestir sin perder tiempo á Sagunto con un ejército de ciento y cincuenta mil hombres. Para quitar á la plaza toda esperanza de ser socorrida con víveres y vituallas, se apoderó de todos los lugares de su jurisdiccion, y arrasó la campiña en cinco ó seis leguas al contorno. El ataque fué de los mas vivos: la defensa de las mas vigorosas: el sitio de los mas largos: los asaltos de los mas frecuentes, y aun al mismo tiempo tentados por muchas partes. Fué Aníbal herido peligrosamente: fué siempre valerosamente recibido: fué siempre ignominiosamente rechazado; y no pocas veces hasta las trincheras de su mismo campo. Hubiera levantado el sitio, si hubiera resistencia capaz de acobardar el ardimiento de Aníbal. Mas al fin debió á las violencias del hambre lo que nunca acabarian los esfuerzos de su valor. Sitiaba el hambre á la ciudad por adentro, mientras los cartagineses la atacaban por afuera; pero, tan obstinados los defensores en sufrir las violencias de este segundo sitio, como valientes para rechazar los ataques del primero, las toleraron hasta dejar en proverbio á la admiracion y á los siglos «el hambre de Sagunto.» Mas al fin, consumidos todos los recursos y perdidas todas las esperanzas de tener víveres para defenderse de un enemigo tan pérfido y tan terrible, trataron de capitular, y consintieron en rendirse con honradas y decentes condiciones. Asegurado Aníbal de la presa, negó los oidos á toda composicion, obstinándose en que se rindiese Sagunto á discrecion; y á lo sumo se adelantó á conceder que saliese libre la guarnicion con los vecinos, sin llevar consigo mas que los vestidos necesarios para el abrigo y para la decencia. Bramaron los valerosos sitiados al oir esta respuesta: y, sin hacerse cargo de que en la infeliz situacion en que se hallaban, todas las cosas pendian del arbitrio del vencedor; que la razon y la necesidad les obligaban á dejarse en manos de su albedrío y voluntad; y en fin, que no les hacia poca gracia en concederles las vidas y los vestidos el que podia desnudarlos de estos, y despojarlos de aquella: convirtieron el valor y el ardimiento en furiosa desesperacion. Resueltos á morir con libertad, amontonan de concierto en medio de la plaza materiales combustibles para una crecida hoguera; aplícanles fuego por todas partes: entregan á las llamas sus mas preciosas alhajas; y ellos mismos se precipitan en ellas, porfiando cada cual por abalanzarse el primero á ser mísero despojo del incendio. No bastaba aquella hoguera á contentar la desesperacion y la impaciencia de todos; y, haciendo otra hoguera general de las casas y de los edificios, se arrojaron en competencia en manos de la voracidad. Dieron noticia las llamas á los sitiadores de una ejecucion tan horrible, que fué menester palparla para creerla; así como fué preciso negar los oidos á los gritos de la razon y de la naturaleza para ejetutarla. Entraron en la ciudad por las brechas que quedaron sin defensa; pasaron á cuchillo los pocos que encontraron, porque les faltó tiempo y hoguera para ser ceniza; y solo perdonaron á tal cual que pedia de gracia la muerte, juzgándola mas tolerable que la esclavitud. Así pereció después de ocho meses de sitio la célebre Sagunto, dejando al vencedor por despojo un monton de ceniza y un espantoso cadáver ó esqueleto de ciudad. El jóven animoso conquistador, á quien nada hacia resistencia después de esta expedicion, lleno de gloria y de ardimiento, resolvió llevar la guerra hasta los muros de Roma para quitar á los romanos el trabajo y la gana de buscar en España al enemigo teniéndole dentro de su casa. Encendidos en cólera los romanos para vengar el desaire de sus embajadores, y por despicar á sus confederados, habian declarado la guerra á los cartagineses, y enviado poderosos socorros á Sagunto, que ya no existia. Aníbal por su parte, alentado con aquellos felices progresos que abrian tan dilatado como dichoso campo á sus ideas, pasó los Pirineos al frente de noventa mil hombres de tropas escogidas, la mayor parte españolas. Atravesó la Galia meridional, destacándola sobre la marcha de la dominacion de los romanos. Ábrese el camino por los Alpes, y, encontrando junto al Tesino al primer ejército que Roma opone á sus conquistas, le ataca, le destroza, y pone en libertad los pueblos de la alta Italia, por no dejar enemigos á la espalda. Sálele al encuentro otro segundo ejército romano con intento, al parecer, de disputarle el paso del rio Trevia: acométele, y derrótale. El tercer ejército que se le opuso cerca del lago Trasimeno tuvo la misma suerte que los dos antecedentes. Abatido al orgullo de la soberbia romana con estas tres derrotas consecutivas, comenzó á temer ya por sí misma. Senadores, caballeros, ciudadanos y esclavos, todos toman las armas, y todos se arriesgan para salvarse todos. El héroe africano, semejante á un leon hambriento, cuando ve delante de sí un rebaño de corderos asustados con su vista, cae de improviso sobre este cuarto ejército, mas brillante que animoso, le atropella, le despedaza, le devora; y, harto ya de sangre y de carnicería, grita fatigado á sus soldados: «hijos, dad cuartel á los rendidos.» Mató ó hizo prisioneros de guerra cuantos quiso. Llevaban los caballeros romanos un anillo de oro en el dedo por señal de la dignidad ecuestre; y, haciendo recoger Aníbal todos los anillos de los caballeros muertos en el campo de batalla, envió á Cartago tres modios y medio de ellos, que son mas de media fanega de las nuestras, para dar á la ciudad una idea de su victoria. Fué tan completa, y Roma quedó tan consternada, que solo con ponerse á la vista de esta capital del mundo se hubiera hecho dueño de ella; pero quiso mas salvar á Roma, que concluir la guerra en que interesaba tanto su autoridad y su reputacion: pareciéndole mejor dominar en Italia, como rey, que vivir como particular en Cartago. Así sucede no pocas veces que los mayores generales perdonan al enemigo por hacer mas duradera su autoridad; y, reconociéndose necesarios á su patria, dan mejor lugar á los dictámenes de la ambicion que á los respetos del bien comun. Penetró Roma la política de Aníbal, y comenzó á respirar; y dejándole que como conquistador recorriese lo que le faltaba de Italia, ó como vencedor y sin enemigos se entregase á las delicias de Capua, ó, adormecido entre el arrullo de los rendimientos, quedase embelesado con las aclamaciones: tuvo, pues, tiempo el senado romano para recobrar sus fuerzas, y para levantar dos ejércitos, uno para entretener á Aníbal en Italia, y otro para pasar á España con una poderosa armada. Penetraba muy bien aquel despejadísimo senado, domicilio de la prudencia y del juicio, que no podria arrancar del corazon de Italia á los cartagineses, mientras estos pudiesen conducir de España hombres y dinero; que, en las desgracias de la república, Aníbal solo ponia el brazo, pero que España daba vigor al movimiento: y por eso determinó aplicar todas sus fuerzas á debilitar el orígen del impulso. Envió á España á Cneo y Publio Escipion, dos grandes capitanes. Desembarcaron en Ampurias al pié de los Pirineos, y á la parte oriental de Cataluña. En la primera campaña quitaron á Cartago todo el país marítimo, que se ex-

tiende hasta Tarragona. Son desgraciados los pueblos cuyo imperio es disputado por dos poderosos competidores. Necesariamente han de servir de infeliz despojo á la ambicion de uno y de otro, y muchas veces de entrambos, segun el flujo y reflujo de los sucesos de la guerra. Fué España sangriento teatro de ella, haciendo ella misma casi toda la costa desde que los romanos adquirieron una porcion de su terreno. Si los españoles hubieran sido prudentes, y, contentándose con mirar desde la talanquera una guerra que no se entendia directamente con ellos, hubieran dejado recíprocamente consumirse á las dos potencias competidoras, sin mezclarse en los intereses de la una ni de la otra, quizá hubieran recobrado su perdida libertad; pero estos dictámenes de la indiferencia no son practicables cuando se introduce en las provincias la parcialidad. De los mismos españoles, unos estaban por Roma, otros por Cartago, y poquísimos por España, sino que fuese algun puñado de gente retirada en los rincones ó montañas septentrionales del reino. Los demás querian hacer papel en aquellos sangrientos teatros de la mortandad ó de la esclavitud, afanándose ellos mismos por fabricarse las cadenas para recibirlas ó de Cartago ó de Roma, segun la devocion que profesaba cada uno. No se descuidaban ni se divertian los dos competidores, mirando cada cual la suerte de España como el punto decisivo de su república. Cada uno se distinguia y señalaba por alguna gran batalla, seguida de la conquista y de la ruina de las provincias vecinas. Los dos Escipiones ganáron cinco, y perdieron la sexta y séptima con la vida. La primera que ganaron fué contra Hanon, general cartaginés, cerca de Lérida en el año de 537 de la fundacion de Roma. La segunda fué naval contra Amilcar en el año siguiente. La tercera en Iberia á las márgenes del Ebro contra Asdrúbal en el año de 539. La cuarta junto á Tortosa contra Magon en el año de 540. La quinta á poco sobre el Segura contra los dos hermanos Magon y Asdrúbal en el mismo año de 540: perdieron una en Albarracin de Andalucía, sobre el rio Segura, y otra junto á Ilorcis. Esta pérdida seria irreparable para Roma si no tuviera otro Escipion, capaz de llenar el hueco de los dos antecedentes. Este fué aquel grande hombre y aquel gran capitan Publio Cornelio Escipion, que hasta ahora dejó indecisa en la historia y en la crítica aquella famosa cuestion de cuál fuese en él lo mayor, si lo soldado ó lo hombre. Sus virtudes morales pudieron llenar de vanidad al paganismo, y fueron la honra de nuestra naturaleza. Tan desinteresado, que jamás tocó á los bienes de sus aliados, ni enriqueció su caja militar con el despojo de los enemigos. Tan justo que en su tribunal no habia distincion entre el español ni el romano, entre el aliado ni el enemigo, y entre el doméstico ni el extraño. Vivia segun la ley, y hablaba como ella. Cuanto usurpaban sus soldados al país neutral ó amigo, tanto era al punto restituido, pero siempre duplicado. Tan sobrio y tan templado en su comida que, ciñéndose puramente á lo preciso, se levantaba de la mesa con la misma agilidad de miembros, y con el mismo despejo de la razon con que se habia sentado. Tan continente, y tan casto, que se podia dudar si tenia á todas las mujeres por madres ó por hermanas suyas, segun el decoro con que trataba, y el respeto que profesaba á todas las de ese sexo. Su primera conquista sobre los cartagineses fué la importante ciudad de Cartagena. Después de la toma de esta plaza le presentaron una princesa jóven, dama de singular hermosura. Inclinóle ella las rodillas, y, cubierto el rostro de aquella modesta púrpura que dibuja el color de la vergüenza, le dijo: «Señor, imploro vuestra clemencia, y me contemplo segura en el sagrado de vuestros piés.» Levantóla Publio Escipion blandamente, y la respondió: «Estad sin susto, señora, que los romanos sabemos respetar el nacimiento, la belleza y la virtud;» con cuyas palabras le concedió su proteccion. Rasgo de continencia admirable, que él solo basta á dar á conocer la elevacion de una grande alma. En cuanto á capitan era tan circunspecto en el consejo y tan prolijo en las medidas, con tanta prevencion de los lances que podian ocurrir en sus empresas, que solo fiaba á la contingencia lo que no dependia del general: en la accion tan animoso y tan intrépido, que solo negaba el ardimiento aquellos esfuerzos que eran imposibles al valor. De esta manera ganó todas las batallas que dió, y contó el número de las plazas conquistadas por los sitios que puso. Tenia á la sazon Cartago tropas bien disciplinadas, y abundancia de grandes capitanes; pero no eran tan grandes como Escipion. Ganó consecutivamente tres grandes victorias á los Asdrúbales: la primera cerca de Úbeda el año de 543: la segunda junto á Cádiz en el de 546; y la tercera tambien en la misma Andalucía dos años adelante; haciéndoles perder terreno, y retirándolos hasta su último puesto. Exhausta la república de tropas y dinero, no quedaba otro recurso á su esperanza, que el escogido y numeroso ejército, que Asdrúbal el barcinonense conducia á Italia para reforzar el de su hermano Aníbal, y para sitiar á Roma: la cual hubiera perecido si los dos ejércitos llegaran á juntarse. Pero ya se iba acercando el auxiliar, cuando fué atacado y hecho trizas por Claudio Neron sobre el Metauro, rio de poco nombre, que hoy se llama el «Metro,» y corre por el ducado de Urbino. Debilitadas ó del todo consumidas las fuerzas de Cartago con golpes tan violentos, tan repetidos y tan inmediatos, tomó el partido de ceder á Escipion el campo y el terreno; y, recogiendo en sus navíos las reliquias de la gente que habia quedado en España, dejó con su retirada á los romanos en quieta y pacífica posesion de todo el país conquistado, catorce años después de la famosa toma de Sagunto. La afabilidad, la cortesanía, la prudencia, la equidad y el desinterés del grande Escipion tenian tan hechizados á los españoles, que se reputában por dichosos en ser esclavos de los romanos, y respetaban como al redentor de su libertad al que verdaderamente se la tiranizaba. No se hubieran equivocado tanto en su pensamiento, si Escipion hubiera podido gobernar siempre en España; ó si fueran Escipiones todos los gobernadores que Roma enviaba á ella. Gran documento á los príncipes de lo mucho que les importa, para asegurarse la fidelidad y el amor de los pueblos, confiar siempre su gobierno á personas de conocida bondad y de rectitud acreditada. Pero Cartago podia pensar en recobrar su reputacion y sus conquistas volviendo á entrar en España: y, para atajarle este pensamiento, y quitarle el tiempo de poder ejecutarle, resolvió el general romano meter la guerra dentro de la misma África. Hízolo el año siguiente pareciéndole que, viendo Aníbal amenazada la capital de su república, evacuaria la Italia para volar á socorrerla; y no le engañó su conjetura, porque Cartago llamó á Aníbal para oponerle á Escipion. Mucho tiempo estuvieron estos dos grandes héroes, coronados de laureles, á vista el uno del otro, observándose, tanteándose, meditándose y temiéndose, sin perdonar á extratagema, medio ú artificio, ni á cuanto les habia enseñado el arte y su consumada prudencia militar para sorprenderse. Como recíprocamente se conocian y se estimaban, mútuamente se temian, recelando cada cual



Anibal y Escipion.



empeñarse en una accion decisiva. Deseosos de verse antes de arrojarse al peligro de una batalla, concertaron una conferencia, en la cual nada concluyeron. Y como en ella preguntase amistosamente el capitan romano al cartaginés, « cuáles eran en su dictámen los tres mayores capitanes del mundo; » Aníbal le respondió: « Alejandro, Pirro, y yó. » Replicóle Escipion; » ¿Y sí acaso yo te venciese? » Entónces dijo el cartaginés: « Te contaré á tí el primero. » No esperaba Aníbal el suceso que inmediatamente se siguió. Vinieron á las manos los dos ejércitos: el combate fué largo, vivo, sangriento, y por mucho tiempo muy dudoso; pero al fin tocó á Aníbal el honor de la batalla, y á Escipion el de la victoria, de la cual dependia la suerte de Cartago. Ganada la batalla, fué al punto sitiada esta capital; fué tomada, y no quedó en estado de pensar mas en España. Desde aquel tiempo gozó Roma de esta conquista en plena seguridad. Envió á ella regularmente sus gobernadores, y acabó de agotar sus minas de plata y oro. No estaban dichos gobernadores vaciados en el molde de Escipion. Su avaricia y sus extorsiones sublevaron repetidas veces las provincias, pero sin otro fruto que agravar mas el yugo de su esclavitud; hasta que el año 582 comenzaron las famosas guerras de Viriato, de Numancia y de Sertorio. Despues que los romanos entraron en España, y despues del primer establecimiento que hicieron en ella el año de 537 hasta el de 582, solo pensaron en cimentar bien su conquista. Hallábase á la sazon en el mas alto grado de reputacion la prudencia y la equidad del senado romano. No salian de su seno mas que decretos favorables, honoríficos y útiles á los pueblos que obedecian las leyes; mas nó siempre correspondia la ejecucion á la generosidad y á la intencion del senado. Los príncipes que gobiernan el mundo tienen el brazo largo, y la vista corta. Extiéndese su poder hasta los límites de la dominacion mas dilatada; pero sus ojos no alcanzan mas que á lo que tienen delante, y á los que están cerca de sus personas. De aquí nacen tantas injusticias y tantas vejaciones como se cometen, particularmente en las provincias retiradas de la corte, aun cuando dominen los mejores soberanos, porque la distancia las desvía de su noticia, á la cual solo llegan aquellas especies á que dan entrada la política, la adulacion ó el interés de los ministros que los rodean. Los gobernadores que Roma enviaba á España, por punto general, solo miraban en la patente de su comision un poder abierto, ó una carta blanca para enriquecerse. Eran sanguijuelas de los pueblos, que les chupaban su sangre, y los ponian en términos de amotinarse con sus tiránicos latrocinios. Insensibles á los gemidos de aquellos infelices, solo aplicaban la atencion á cerrar el camino para que no llegasen á Roma los ecos de sus clamores. La Lusitania, hoy Portugal, sintió mas vivamente estas violencias, ó porque fué menos sufrida, ó porque se vió mas ultrajada. Ardian en fuego de venganza los corazones, y estaban impacientes por reventar las llamas de la indignacion. Á un pueblo tan bravo y tan celoso de su libertad, solo le faltaba una cabeza valerosa, intrépida y bien instruida en el arte de la guerra. Todo lo encontró en la persona de Viriato. Hizo á Viriato el nacimiento portugués, la profesion pastor, bandolero la desesperacion, y el valor y la destreza capitan de bandoleros; pero fiel siempre, y siempre amante de su patria, respetaba religiosamente hasta al mas humilde labriego. Todos los golpes de su destreza y de su atrevimiento los descargaba sobre los romanos, complaciéndose en robarles de una vez lo que ellos habian hurtado poco á poco, siendo ladron en grueso de los que eran ladrones en menudo. En este género de guerra vergonzosa y deslucida se habia instruido en disciplinar una tropa, en conducirla, en formar proyectos, y en ejecutarlos con tanta prudencia, como resolucion. No hay condicion tan humilde, ni empleo tan abatido, que no produzca genios elevados, que, para darse á conocer, solo echan menos quien los distinga, y quien los emplee en teatro correspondiente. Á los que mandan y á los que gobiernan toca hacer este utilísimo discernimiento. Pareció Viriato lo que era luego que se le vió en la elevacion que le correspondia, y su conducta acreditó honrosamente la eleccion acertada de su patria. Su primer ensayo fué atraer diestramente á los romanos, cerca de Tarifa, á un desfiladero en que tenia prevenida una emboscada; dieron en ella incautamente, y fuéron hechos pedazos. En la campaña siguiente los sorprendió; púsolos en confusion, y les mató cuatro mil hombres de sus mejores tropas. Avergonzados los romanos de verse vencidos por una tropa de vagabundos (así llamaban al ejército de Viriato) juntaron sus legiones, y recogiendo las tropas mas veteranas, presentaron la batalla con fuerzas muy superiores. Aceptóla Viriato, y, recibiendo con valor la primera descarga, revolvió sobre el enemigo, rompió las líneas, desbarató los escuadrones, y cubrió el campo de batalla con las legiones romanas. Estas tres victorias llevaron el terror de su nombre hasta las murallas de Roma. Fuéron seguidas de otras tres, tan completas, que hicieron desmayar el ánimo de los romanos, cayéndoseles las armas de las manos. Aquella famosa Roma, tan fecunda en valerosos guerreros, ya no encontraba oficiales ni soldados que quisieran marchar contra Viriato. Encargóse Metelo de conducir un nuevo ejército á España; pero en realidad mas como embajador que venia á pedir la paz, que como general destinado á continuar la guerra. Fué concluida la paz con las condiciones de que los lusitanos quedarian libres, y serian reconocidos por dueños absolutos de todo el país conquistado, y por amigos y confederados del pueblo romano. Firmado el tratado de paz por una y otra parte, se envió á Roma para que el senado le ratificase. Hacia vanidad Metelo de haber concluido tan felizmente una guerra que habia costado tanta sangre y tanto dinero; pero los padres conscriptos estaban muy distantes de aprobar la conducta, y mucho menos de acompañar en el contento á su inadvertido pretor. Reconocian aquellos prudentísimos senadores que la ratificacion del tratado seria de mal ejemplo á las demás provincias de España, para que imitasen á la Lusitania, con esperanza del mismo feliz suceso; y que los mismos lusitanos, orgullosos con sus victorias, se valdrian de la primera ocasion para tomar las armas en favor de sus paisanos; de manera que, sacrificándoles una parte de aquella conquista, esponian á peligro de perderse las restantes. La conclusion fué desaprobar la conducta de su general, declarar nulo el tratado, y votar la continuacion de la guerra, hasta sujetar enteramente á aquellos rebeldes. Á este efecto llamaron á Metelo, y substituyeron en su lugar á Quinto Pompeyo, uno de los mas hábiles capitanes que tenia la república; pero sin embargo, no se atrevió Pompeyo á medir sus armas con las de Viriato. Y, para cortar los vuelos á la guerra, resolvió concluir por el artificio y por la ruindad lo que no tuvo aliento para fiar del valor, echando mano del medio mas cobarde y mas indigno del nombre romano. Sobornó á los tres primeros oficiales del ejército enemigo, para que se deshiciesen de su general, y aquellos tres pérfidos asesinos sacrificaron su jefe en ob-

sequio de Pompeyo, desembarazando á Roma de un enemigo, que no habia podido vencer con las armas en la mano. Faltó á la Lusitania, con la muerte de aquel héroe, al principio una cabeza, y después todos los brazos. Volvió á entrar en la dominacion de los romanos aquella noble porcion de España casi cuando tocaba ya con las manos la perfecta restauracion de su perdida libertad. Si las demás provincias, en vez de estarse observando ociosamente el suceso de aquella guerra, hubieran ayudado los generosos esfuerzos del valiente Viriato, hubieran sacudido para siempre el yugo romano de las cervices españolas. Puédese discurrir lo que ejecutaria el aliento español unido por lo que hizo separado. No fué Viriato el único soldado que enseñó á los romanos que el valor de España no conocia ventajas al de Roma. La célebre Numancia les hizo reconocer que encerraba dentro de su recinto casi tantos Viriatos como ciudadanos. Ya desde el año 582 se habia hecho formidable á la república esta invencible ciudad; y, desengañada Roma de que eran inconquistables los numantinos, tomó el partido de admitir por aliados á los que no podia sujetar como enemigos. Religiosamente fieles á la amistad y alianza contraida, no habian dado socorro á Viriato; pero habian recibido dentro de su ciudad á los segedanos que, habiendo seguido las banderas de este general, despues de su muerte, se habian retirado de la Lusitania. Calificó Pompeyo esta accion de la generosidad numantina por infraccion del tratado; y, declarando la guerra á la ciudad, vino con su ejército á embestirla. Era Numancia una populosa ciudad, situada hácia el nacimiento del Duero, como á dos mil pasos de distancia de la que hoy se llama Soria, abierta por todas partes. Sus ciudadanos, por una idea verdaderamente original, no habian querido fortificarse. Era máxima suya que una ciudad no debia tener mas murallas que los pechos de sus habitadores, ni mas defensa que sus espadas; que el poner pared en medio entre el defensor y el enemigo era invencion de la cobardía; porque los que tenian ganas de pelear no se ocultaban. Este modo de defender una plaza era poco regular; pero el suceso acreditó que no era impracticable. Habíase imaginado Pompeyo que lo mismo seria presentar sus estandartes delante de una ciudad abierta, que tomarla; pero engañóse mucho, porque no tenia bien conocido el valor de los numantinos. Las bocas-calles estaban cuidadosamente guardadas. Cada dia salian de Numancia gruesos batallones, que echándose furiosamente sobre los sitiadores con espada en mano, los iban retirando á cuchilladas hasta las trincheras de su campo, haciendo en ellos cruel carnicería. Mas parecia que los numantinos tenian sitiados á los romanos que los romanos á los numantinos. Un año de esta valerosa maniobra bastó para arruinar el ejército de Pompeyo, y para conseguir á Numancia un nuevo tratado, por el cual fué solemnemente reconocida pueblo libre, amigo y aliado del pueblo romano. El senado de Roma, que pocos años antes habia anulado otro tratado semejante, concluido en la Lusitania, desaprobó por las mismas razones el de Numancia, y llamó á Roma á Pompeyo. Al año siguiente el nuevo pretor Popilio volvió á emprender el sitio y tomar las armas contra los numantinos; y, disponiendo estos con su acostumbrada valerosa intrepidez una salida general en órden de batalla, acometieron á las legiones romanas con tanta bravura y ferocidad que las llenaban de terror; y atropellándolas, confundiéndolas y despedazándolas, las metieron á cuchilladas en su campo. Otras dos batallas que les dieron, igualmente sangrientas, y nó menos ventajosas, desarmaron á Popilio, y le obligaron á ratificar el tratado de Pompeyo. Inmóvil siempre el senado romano en su primer dictámen, desaprobó segunda vez este tratado, y mandó pasar á España á Decio Bruto, con órden de continuar el sitio de Numancia hasta rendir la ciudad. La fama y la reputacion de Bruto empeñó á la juventud de la nobleza romana á seguir sus estandartes. Apareció con un ejército descansado y formidable á cualquiera otro valor que al de los numantinos. Acometiéronle estos con su ordinaria ferocidad; sin que el número superior les hiciese ruido ni en la admiracion ni en el cuidado. Estaban en el mayor ardor de la batalla, cuando dos destacamentos, que salieron muy oportunamente de Numancia, cogieron en flaco las dos alas del ejército enemigo, y le pusieron en desórden. El combate se redujo á una horrible carnicería de los romanos. Llega á Roma la noticia de esta derrota, y se llena la ciudad de una general consternacion. No habia familia que no arrastrase luto, y donde no se llorase la perdida ó del marido, ó del hijo ó del hermano. Nadie osaba apenas poner en boca el nombre de Numancia. Aun en pleno senado solo se la conocia, y solamente se apellidaba «Terror Imperii;» dos palabras solas que valen para Numancia un tomo entero de elogios. Mientras tanto se murmuraba alta y descubiertamente en Roma de la conducta del senado; tratábase de ciega obstinacion á su constancia; acusábase á los ministros del consejo de haber negado fuera de tiempo, y sin razon, la ratificacion de los tratados concluidos por los pretores; y se les preguntaba sin rebozo si pretendian hacer morir á todos los romanos por ganar una ciudad. Pero el prudentísimo senado, despreciando generosamente estos clamores que esforzaban el vulgo, la ligereza y el dolor, haciéndole menos fuerza la pérdida de la gente que el menoscabo de la reputacion, y desatendiendo á la queja del erario para atender á las voces de la honra, se mantuvo inflexible en la resolucion de domar en todo caso el orgullo de Numancia. Decretó que pasase á España el cuarto ejército bajo la conducta de Emiliano Escipion, llamado después el «numantino» y el «africano». Este Publio Emiliano Escipion, hijo de Paulo Emiliano, no fué de la familia de los Escipiones. Adoptóle por hijo Escipion el grande, con cuya nieta habia casado. Llamóse después el «numantino» y el «africano» por haber destruido á Numancia y á Cartago. Fueron convidadas todas las legiones á servir en esta guerra; pero ninguna se ofreció. Mandóse que se sorteasen, y á las que cupo la suerte les fué preciso marchar. Tomó Emiliano otras medidas muy distintas de las de sus antecesores. Viendo á los numantinos en posesion de derrotar los ejércitos de los romanos, juzgó que no seria prudencia el venir á las manos con ellos, y que seria mas seguro quitarles las fuerzas para pelear, sitiándolos por hambre. Con esta idea mandó arrasar todo el país á seis leguas al contorno de la ciudad. Hizo levantar líneas de circunvalacion y de contravalacion bien fortificadas, y se apostó en un campo bien atrincherado, de donde pudiese acudir con pronto y fácil socorro á los puestos que fuesen atacados por los numantinos. En esta disposicion esperó con paciencia y con sosiego que el tiempo y el hambre le pusiesen en la mano una victoria que no podia esperar de la fuerza ni de las armas. Su ejército era muy numeroso y la historia solo concede á los numantinos, á lo mas, ocho mil hombres. Luego que aquellos esforzados corazones se vieron encerrados, reconocieron que los querian rendir con las armas de la necesidad. Redoblaron sus esfuerzos y ejecutaron prodigios de valor. Muchas veces forzaron las líneas de los sitiadores;

muchas se pusieron en órden de batalla, y no siendo mas que un puñado de gente, desafiaban á todo el ejército romano. Pero Escipion, firme siempre en su dictámen, negaba los oídos á las murmuraciones del pundonor, por concedérselos á las persuasiones de la seguridad y de la prudencia; y, contentándose con defender sus trincheras, sin desampararlas, oponia diez sitiadores á cada uno de los sitiados. Esta prudente constancia desconcertó á los numantinos, y, apretados por el hambre, se rindieron á capitular; pero se les respondió, que era menester, ó rendirse á discrecion ó perecer. Escogieron lo segundo, y solo pensaron en vender caras sus vidas, en caso de no poder salvarlas, abriéndose paso con las armas en la mano por en medio del enemigo. Encontraron en la desesperacion las fuerzas que habian perdido con el hambre. Rompen las primeras y las segundas líneas; vencen las trincheras y penetran hasta lo interior del campo, haciendo pedázos cuanto se les ponia delante. Allí perecieron los mas en el glorioso lecho del honor; los pocos que restaron volvieron á entrar en la ciudad, donde por algun tiempo se alimentaron de carne humana, sirviendo los cadáveres á sustentar el valor como alimento, cuando ya no podian sostenerle como defensa. Pero al fin, arrebatados de la desesperacion y prefiriendo la muerte á la esclavitud, á ejemplo de los saguntinos, pusieron fuego á las habitaciones, y todos se entregaron á las llamas. Tal fué la trágica catástrofe de la famosa Numancia, después de quince meses de bloqueo. Jamás vió el mundo plaza defendida con mayor valor, que consumiese tantos ejércitos, ni que ganase tantas victorias. Enmudeció profundamente España con su caída, y toda ella sujetó la cervíz al yugo romano, excepto las provincias mas septentrionales que ó en su pobreza encontraron mas dilatado abrigo contra la avaricia, ó en su valor hallaron mas larga defensa contra la ambicion de los conquistadores. La valerosa resistencia de estos pueblos fué siempre la postrera en recibir el yugo extranjero, y la primera en sacudirle. Y nó son españoles solamente los que hablan así de la gloria adquirida por Viriato y por los numantinos: son los mismos escritores romanos mas acreditados. Véase sino cómo uno de ellos, para muestra de lo que dicen los demás, se expresa al pintar las guerras sostenidas en España por los romanos. «Después de Corinto, llególe su turno á Numancia, como después de Cartago le habia llegado el suyo á Corinto; y nada quedó desde entónces libre de nuestras armas, porque trás los dos famosos incendios de aquellas ciudades, se propagó simultánea y universalmente la guerra, como si las pavesas esparcidas por el viento hubiesen comunicado el fuego á todo el orbe. España, sin embargo, no quiso nunca levantarse en masa contra nosotros, midiendo las suyas con nuestras fuerzas, para sacudir nuestra dominacion ó defender paladinamente su libertad; porque si lo hubiese intentado, su misma situacion habria hecho imposible hasta el invadirla, defendida como está por el mar y por el baluarte que le forman los Pirineos. Vióse atacada por los romanos antes de que ella misma conociese á dónde llegaban sus fuerzas, y fué entre todas la única provincia que hasta después de vencida no supo lo que valia. La lucha que en ella se sostuvo, aunque interrumpida á veces, segun lo requerian los tiempos, duró cerca de doscientos años, desde los primeros Escipiones hasta el César Augusto; pero estuvo empeñada al principio, mas que con los españoles, con los cartagineses que ocupaban España, y que fueron el orígen y la primitiva causa de tan larga série de guerras. Publio y Neyo Escipion fueron los primeros que con las enseñas romanas atravesaron el Pirineo, derrotaron en señalados combates á Hanon y á Asdrúbal, hermano de Aníbal, y se hubieran apoderado seguidamente de toda España, si, vencedores por mar y por tierra aquellos esforzadísimos varones, no hubiesen sido víctimas de la mala fé cartaginesa. Para vengar al padre y al tio, la invadió de nuevo aquel otro Escipion llamado mas adelante el Africano, quien, después de haberse apoderado de Cartagena y de otras ciudades, nó contento con haber expelido á los cartagineses, la hizo provincia tributaria nuestra, sometióla toda aquende y allende el Ebro, y fue el primer caudillo romano que llegó vencedor hasta Cádiz y á las orillas del Océano. Es, con todo, mas fácil conquistar una provincia que conservarla; y así fué luego necesario enviar generales á diferentes distritos, para que enseñasen la sumision á aquellos pueblos feroces que habian conservado hasta entónces su libertad y rechazaban nuestro yugo; lo que no pudieron conseguir sin mucho trabajo y solo después de sangrientos combates. Caton, el censor, domó peleando á los celtíberos, que eran el núcleo de los españoles: Graco, el padre de los Gracos, castigó á los mismos pueblos con la ruína de ciento y cincuenta ciudades: el gran Metelo, que así como se apellidó el Macedónico hubiera merecido llamarse el Celtibérico, añadió á la gloria de haberse apoderado de Contrebia, castigándola ejemplarmente, la de haber perdonado á Nertobriga: Lúculo sometió á los túrdulos y á los vacceos, de quienes obtuvo tambien ópimos despojos Escipion el Jóven, después de haber provocado y vencido á su rey en singular combate; y por último Décimo Bruto se adelantó hasta sojuzgar á los celtas, á los lusitanos y á todos los pueblos de Galicia, haciendo pasar á sus soldados el para ellos tan formidable rio del Olvido, recorriendo vencedor las orillas del Océano, y no dando la vuelta hasta haber presenciado cómo el sol se hundia en el mar apagando sus fuegos en las aguas, aunque temeroso y casi horrorizado de haber cometido con ello un sacrilegio. De todos esos pueblos, los lusitanos y los numantinos fueron los que sostuvieron mas empeñada la lucha; porque ellos fueron los únicos que tuvieron generales que los mandasen: y sin duda la hubieran sostenido tambien los celtíberos, á no haber sucumbido al principio de la guerra su caudillo Salóndico, hombre industrioso y audaz, que, blandiendo su lanza de plata como recibida del cielo, parecia inspirado y se habia atraido todas las voluntades. Con temerario arrojo quiso una noche penetrar en el campamento del cónsul, y junto á la misma tienda le alcanzó un dardo del centinela. Viriato fué quien infundió aliento á los lusitanos. Dotado de inteligencia y valor, convertido de cazador en bandolero, y de bandolero en caudillo y general de ejército, hubiera sido el Rómulo español, á haberle protegido la fortuna. Nó contento con defender la libertad de los suyos, llevólo todo á sangre y fuego por espacio de catorce años, aquende y allende el Ebro y el Tajo; atacó hasta los atrincheramientos de los pretores; derrotó á Claudio Ummano, exterminando casi completamente su ejército; y levantó por insigne trofeo en sus montañas las trábeas y fasces que habian caido en su poder. El cónsul Fabio Máximo logró al cabo contrarestarle con ventaja; pero su sucesor Servilio mancilló la victoria, porque con el ansia exagerada de poner fin á aquella guerra, cuando aquel caudillo estaba ya reducido á la extremidad y á punto de rendirse, no tuvo reparo en valerse del fraude y de la traicion, haciéndole asesinar por sus propios servidores. Así dió al enemigo la glo-

ria de que pareciese que no habia podido ser vencido de otra manera. Pasemos á hablar de Numancia. Aunque inferior en riquezas á Cartago, Capua y Corinto, Numancia las igualó á todas por su fama y su valor, siendo la que por sus guerreros dió mayor lustre y gloria á España, pues sin murallas, sin torres, situada en una humilde colina junto al Duero, con solos cuatro mil celtíberos resistió durante catorce años á un ejército de cuarenta mil hombres, y no solamente resistió, sino que hizo sufrir á sus sitiadores repetidas y considerables derrotas, imponiéndoles pactos vergonzosos, hasta que, reputada ya invencible, se dió el encargo de someterla al que habia destruido á Cartago. Á la verdad, no ha habido nunca ninguna guerra que tuviese una causa mas injusta. Habian los numantinos dado asilo á sus parientes y aliados, los segedanos, escapados de la opresion de los romanos: intercedieron luego por ellos, aunque en vano, y, á pesar de haberse mantenido siempre neutrales, intimóseles la órden de deponer las armas, si querian conservar nuestra alianza. Para aquellos bárbaros, tanto valiera mandar que se les cortaran las manos: así lo consideraron ellos, y, tomando luego por jefe á Megara, hombre dotado de singular valor, empuñaron las armas y se dirigieron contra Pompeyo, con quien capitularon, á pesar de que les hubiera sido muy fácil derrotarle. Atacaron en seguida á Hostilio Mancino; y con repetidos combates le estrecharon de manera que ya ningun romano podia, sin estremecerse, sufrir la mirada ó escuchar la voz de un numantino. Sin embargo, le concedieron tambien capitular, contentándose con que el ejército hiciese entrega de sus armas, cuando estaba en sus manos el exterminarle. Avergonzado entónces el pueblo romano de aquella capitulacion, que reputaba tan ignominiosa como la otra de Caudium, pensó de pronto lavar su afrenta con la entrega de Mancino á los numantinos; y quiso luego vengarse, enviando por general á Escipion, quien con el incendio de Cartago se habia amaestrado en destruir ciudades. Al principio tuvo este que luchar mas en su campamento que en el campo de batalla, y antes por sus propios soldados que con los de Numancia; pues para disciplinarlos, los ocupaba sin descanso en faenas rudas y serviles, haciendo traer estacas para la empalizada á los que no habian sabido empuñar las armas, y embadurnarse de lodo á los que habian tenido miedo de tiznarse con la sangre del enemigo. Despidió tambien del campamento la turba de mujeres perdidas y criados; no permitió mas equipaje que el absolutamente necesario; y habiendo acreditado con su porte cuán cierto es que el general hace el ejército, reformado así el soldado, pudo entrar luego en batalla, y se vió entónces por primera vez lo que todos creian imposible, que los numantinos volviesen la espalda. Por fin hubieran estos tratado de rendirse, si se les hubiesen impuesto condiciones aceptables; pero Escipion quiso lograr cumplida la victoria, y los estrechó de manera que no tuviesen mas recurso que morir peleando. Resolvieron, pues, prepararse para el último combate con un funeral banquete, saciándose de carne medio cruda y embriagándose de celia, nombre que daban á una bebida extraida del trigo; mas entendió su resolucion el general romano, y queriendo negarles hasta este último consuelo de morir en el campo de batalla, los circunvaló con foso y empalizada y con cuatro campamentos, para que los exterminase el hambre. Pidieron entónces por favor el combate; negóselo Escipion; y probaron por último una infructuosa salida, en la que murieron muchísimos, cuyos cadáveres sirvieron de alimento á los que quedaron con vida. Cuando trataron luego de salvarse con la fuga, se lo impidieron sus mujeres, que llevadas de un amor criminal, por lo excesivo, cortaron las cinchas de los caballos. Perdida por último toda esperanza, determinaron acabar, como lo hicieron, con el hierro y el veneno, y pegando fuego á la ciudad, quedar todos sepultados en sus ruínas, ellos, sus caudillos y su patria. Gloria á tí, ciudad esforzada, y para mí la mas venturosa en medio de tus mismas desventuras. Tú amparaste fielmente á tus aliados; tú resististe sola por largos años al pueblo que tenia en su mano las fuerzas todas del universo; y cuando caiste al cabo vencida por el mas grande de los generales, no le dejaste ni un trofeo siquiera en que pudiera gozarse; ninguno de tus hijos hubo de arrastrar las cadenas del cautiverio; como pobre que eras no pudieron cebarse en tu botin los enemigos, porque hasta tus armas fueron presa de las llamas: triunfaron, nó de tí, sino solamente de tu nombre. Hablemos ya de la administracion romana en España. Dos eran los magistrados ordinarios, á quienes se conferia el cargo de las provincias, por casi toda la duracion de la república romana, y otros dos los extraordinarios. Aquellos eran los de cónsul y pretor; y estos el de procónsul y propretor. El primero de todos, aunque destinado para el superior gobierno de la república, no por esto se excusaba de administrar las cosas de la guerra; antes bien por el contrario siempre que la habia, y esta era de alguna consideracion, les eran señaladas á los cónsules las provincias á donde debian ir con ejército, llamándose por esto entónces provincias consulares. Del mismo modo que España, estaba reducida, como otras muchas comarcas, á provincia la isla de Sicilia al fin de la primera guerra pénica, y poco despues la de Cerdeña, y pareció preciso nombrar magistrado anual que las gobernase, y para ello se determinó acrecentar á los dos pretores que en Roma juzgaban las causas, y eran llamados urbano y peregrino por la especie de ellas en que cada uno entendia, otros dos para las dos islas recien conquistadas, de modo que en todos fuesen cuatro. Luego pues que se celebraban los comicios ó juntas del pueblo, y que quedaban nombrados los cónsules y pretores para el año siguiente, se daba cuenta por el cónsul al senado para la reparticion de las provincias, bajo de cuyo nombre para este caso se entendian tanto las que ya lo eran y estaban reducidas á la obediencia, cuanto aquellas en que se debia hacer la guerra, y el senado determinaba cuáles habian de ser consulares, y cuáles pretoriales, lo cual ejecutado, ó los cónsules se convenian entre sí sobre la eleccion, ó las sorteaban, y aun, cuando el asunto lo pedia, el mismo senado y á veces el pueblo se las determinaba, practicándose lo mismo con los pretores. Así, cuando las provincias se mantenian en paz, ó la guerra que en ellas habia no era de gran consideracion, se enviaban los pretores, que venian á ser magistrados especialmente creados para su gobierno; pero si por el contrario acaecia alguna grave guerra, revolucion ó levantamiento, como que esto merecia ya mayor cuidado á la república, y necesitaba magistrado de mas carácter, autoridad y poder, se destinaba uno de los cónsules, declarándose por aquel año provincia consular. Los procónsules y propretores no eran todos de una misma condicion y naturaleza; antes bien, segun lo advierten los autores que han escrito de antigüedades romanas, fueron cuatro las especies de procónsules, de que se encuentra mencion en su historia; conviene á saber, aquellos á quienes se les prorogaba el consulado á mas tiempo del que legítimamente

debian obtenerle, por alguna urgencia ó especial acontecimiento, y de esto son muy pocos los ejemplares. La segunda especie mas comun es de aquellos á quienes sin haber ejercido antes el consulado se les encomendaba alguna guerra ó provincia con imperio proconsular, ó como si fueran cónsules. La tercera de los que acabado el consulado iban á gobernar la provincia, ó se mantenian en ella continuando su administracion. Y la última de aquellos magistrados que desde el tiempo de Augusto se enviaban á las provincias que quedaron reservadas al senado en la distribucion que entre él y el emperador se hizo de las que cada uno debia gobernar. Del mismo modo otras tantas fueron las especies de propretores, con solo la diferencia de ser estos en lugar de los pretores ordinarias, y gozar de sus facultades, como aquellos lo eran en el de cónsules. España es cosa sin duda haber sido á los principios administrada por magistrados extraordinarios, que regularmente fueron procónsules, unos porque acabado el consulado se les prorogó en ella el imperio, como sucedió á P. Cornelio Escipion al principio de la segunda guerra púnica, y otros porque se les dió el mando como si fuesen cónsules, que es lo que se nota con mas regularidad: no obstante, á C. Claudio Neron y á M. Junio Silano, que vinieron después de la muerte de los dos Escipiones, les da Livio el título de propretores, con cuyo cargo parece que vendrian. Así duró el gobierno hasta el año 557 de Roma, consular de C. Cornelio Cétego y Q. Minucio Rufo, que como, acabada ya cuatro años antes la segunda guerra púnica conviniese dar estable forma á las nuevas provincias, se ordenó añadir otros dos pretores á los cuatro antecedentes, para que cada uno de ellos gobernase una de las dos partes ó provincias en que entónces quedó España dividida, esto es, la citerior y ulterior. Desde aquel año se empezaron á nombrar, y fueron los primeros pretores Cayo Sempronio Tuditano, á quien tocó en suerte la España citerior y M. Elvio que obtuvo la ulterior. De este modo continuaron estos magistrados ordinarios viniendo cada año á ejercer sus respectivos cargos, á excepcion de cuando sobrevenian los accidentes de guerra que quedan enunciados, y que obligaban á que alguna de las dos provincias se declarase consular, en cuyo caso venia tambien uno de los cónsules, como sucedió el año 559 de Roma, en que por la guerra de los celtíberos vino á la España citerior el cónsul M. Caton, lo que igualmente se nota sucedido en otros muchos años. Por el contrario cuando los pretores ordinarios eran destinados á otra parte con motivo de necesitarlos allá la república, solia prorogar el imperio á los del año antecedente, quedándose entónces propretores, como se verificó el año 562 de Roma, en que por durar la guerra con Filipo, rey de Macedonia, destinó el senado para ella á los pretores M. Bebio Tanfilo, que habia sorteado la citerior, y á Aulo Atilio Serrano, á quien tocó la ulterior, mandando quedasen en España propretores C. Flaminio y M. Fulvio Nobilior, que lo habian sido el año antecedente. De esta suerte permaneció el gobierno de las provincias romanas hasta el año 605 de Roma, consular de L. Marcio Censorino y M. Manlio, en el cual á impulso de L. Calpurnio Pison, tribuno de la plebe, se hizo ley para que uno de los pretores tuviese á su cargo el conocimiento é inquisicion de las causas de cohechos cometidos por los jueces y gobernadores en la administracion de justicia y cosas públicas. Agregándose después á esta otras inquisiciones de delitos semejantes, para las cuales se destinaron diferentes pretores, fué preciso que, no aumentándose el número de estos, hubiesen de quedar todos los que se elegian en Roma el año de sus preturas, los dos con las jurisdicciones urbana y peregrina, y los cuatro restantes con las cuatro ó mas inquisiciones de delitos. De aquí provino que, no pudiendo estos ir el mismo año á gobernar las provincias, se estableciese el que lo ejecutasen en el inmediato siguiente con el título de propretores, sorteándolas al acabarse el año de las preturas. Y, aunque después de este año se notan en los autores algunos de los magistrados que gobernaron en España con el nombre de pretores, se deberá entender que lo habian sido y continuaban con las mismas facultades que correspondian á aquel cargo. Poco después, con el motivo de haber el pueblo concedido y señalado fuera del órden regular y sin sorteo á Escipion Emiliano las dos provincias de África y España para las guerras tercera púnica y numantina, y prorogádoselas por sí y sin intervencion del senado á quien esto tocaba, para precaver en lo venidero otra igual novedad, se hizo á ruego de C. Sempronio Graco, tribuno de la plebe, la ley que de su nombre se llamó Sempronia, en que se dispuso que las provincias se determinasen por el senado á los cónsules, para que estos las administrasen en el año de sus magistraturas. De esta ley hacen mencion Salustio y Ciceron, y su promulgacion fué en el año 631 de Roma, consular de Q. Cecilio Metelo Baleárico y T. Quincio Flaminio, en que obtuvo el tribunado Cayo Graco. Así puede sobre este principio asegurarse, que, por aquellos tiempos, en caso de declararse las provincias consulares, irian á ellas los cónsules ordinarios el mismo año que lo eran, y con efecto se nota haber venido á España Q. Cecilio Metelo á hacer la guerra en las islas Baleares el mismo año de la promulgacion de esta ley; L. Calpurnio Pison, se sabe que en el año 642 gobernó la España ulterior, y Servilio Sulpicio Galba en el 646 la citerior, y así otros, en muchos de los cuales, por no determinar los autores el año de su magistratura, será preciso valernos de esta conjetura, y colocarlos segun ella en el año de sus consulados, mientras no aparezcan fundamentos de que hubiesen anticipádose á ellos viniendo con el cargo de propretores. Sucedieron los turbulentos tiempos de las guerras entre Mario y Sila, en que, quedando este último superior, tuvo alteracion en muchas cosas el antecedente gobierno. Entre ellas fué la mas principal el disminuir la autoridad de los tribunos de la plebe, privándoles de que pudiesen tratar legítimamente con el pueblo, ó convocarle para hacer los plebiscitos ó leyes de que antes tenian facultad; y como la prorogacion del imperio á los magistrados para que continuasen mas del año pertenecia al pueblo, y este se hallase impedido entónces de ejecutarlo, se promulgó la ley Cornelia, estableciendo no fuese precisa la expresa prorogacion, sino que una vez idos á las provincias los magistrados con imperio, le mantuviesen hasta tanto que llegase el sucesor. De modo que, unas veces porque el pueblo prorogaba, y otras en virtud de esta ley, se encuentran frecuentemente muchos magistrados que obtuvieron el cargo algunos años. Así el cónsul T. Didio que lo fué el año 656 de Roma, y vino á la citerior, segun lo afirma Apiano, y P. Licinio Craso, que lo fué el siguiente de 657 obteniendo el cargo de la ulterior, se mantuvieron hasta el año 661 de Roma, en el cual triunfaron ambos, el primero á 9 de junio de los celtíberos, y el segundo de los lusitanos á 12 del mismo, segun se reconoce de las tablas capitolinas que asignan estos triunfos al año 660, por el año de diferencia que llevan respecto de la cuenta de Varron. El cónsul Q. Ce-

cilio Metelo, y Cneo Pompeyo, procónsul, permanecieron haciendo la guerra á Sertorio algunos años hasta haberla concluido, y lo mismo se nota sucedido á otros. En el año 684 de Roma, consular de Cneo Pompeyo y M. Licinio Craso, fué restablecida á su antiguo estado la potestad tribunicia, recobrando el pueblo los derechos de que se le habia despojado, y con este motivo se empezaron á dar las provincias extraordinariamente, ó fuera del órden regular, unas veces á personas privadas, como en la guerra contra los piratas á Pompeyo por la ley Gabinia, y en la de Mitridates al mismo por la ley Manilia; otras á los magistrados, pero con mas amplia facultad, ó ya en el tiempo, ó ya en el modo; concediéndolas por mas del año que antes era regular, y permitiendo el poder administrarlas sin ir á ellas, enviando sus legados que lo ejecutasen. En esta conformidad el año 699 de Roma, en que fueron segunda vez cónsules los mismos Cneo Pompeyo y M. Licinio Craso, les fueron concedidas en virtud de la ley Trebonia las provincias de España y Siria por el tiempo de cinco años; y habiéndole tocado en suerte á Pompeyo la nuestra, envió para su gobierno los tres legados L. Afranio para la citerior ó tarraconense, Petreyo para la Bética, y M. Varron que cuidase de la Lusitania, segun lo especifica César en sus Comentarios de la guerra civil; y de aquí se puede creer tuvo orígen la division en estas tres provincias, que, ratificada después por Augusto, permaneció sin notable alteracion mucho tiempo. En el año 702 de Roma, consular de Cneo Pompeyo III, se estableció por un senatus consulto que ningun consular ó pretorio pudiese ir á su provincia hasta después de cinco años de haber ejercido el magistrado, y por el mismo se ordenó que todos los que hubiesen obtenido el consulado ó la pretura fuésen con precision á gobernar las provincias que les tocasen por suerte, siendo uno de los comprendidos en esta providencia M. Tulio Ciceron, que sorteó la Cilicia, manteniéndose en ella, aunque con repugnancia, hasta el año 705 de Roma, en que tuvo principio la guerra entre César y Pompeyo. Con las turbulencias de esta fué consiguiente el alterarse todo el órden antecedente, y que la distribucion y gobierno de las provincias se practicase de modo que cada uno de los dos competidores las pudiese mantener á su devocion, para lo cual destinaban personas de su confianza, ó ya de las privadas, ó ya de los mismos magistrados. Y aunque después de haber quedado César superior en el mando, y obtenido la dictadura, promulgó ley para que ninguno pudiese retener provincia pretoria mas tiempo de un año, ni consular mas de dos, él mismo no cuidó de su observancia, como ni de lo demás que en aquella agitada constitucion se dispuso. Inmediatamente después de la muerte de este dictador se promulgó ley á instancia de los tribunos de la plebe para que las provincias consulares se retuviesen por espacio de seis años, tomándose otras varias resoluciones, que todas eran señales del estado violento en que se hallaba aquella vacilante república. Sobrevino luego el triunvirato formado en el año 711 de Roma, y entónces se dividieron entre los triunviros las provincias, tocándole la España á M. Lépido; bien que el año siguiente por nuevos conciertos le quedó á C. César Octaviano para haberla de administrar por sus legados. Este, vencido M. Antonio, y quedando dueño del imperio, hizo nueva distribucion con el senado, dándole las provincias mas pacíficas, ó en que no habia recelo de guerra, y tomando para sí las restantes, en que se temian movimientos, ó actualmente se guerreaba. En esta division, que, al referir de Dion, fué en el año 726 de Roma, consular de C. César Octaviano VI y M. Vipsanio Agrippa II, tocó al senado la Bética, quedando Augusto con la tarraconense y Lusitania. Hecha esta reparticion se varió tambien en cuanto á los supremos magistrados que habian de gobernar las provincias, advirtiendo el mismo Dion haberse entónces dispuesto que los gobiernos de aquellas que tocaban al senado durasen un año solo, y se diesen á los cónsules y pretores acabada en Roma su magistratura, ó á aquellos á quienes el senado juzgase por conveniente, dándoles el título de procónsules, con condicion de que ni llevasen ceñida espada, ni fuesen en hábito militar, atento á que sus provincias eran de aquellas en las cuales no habia necesidad del ejercicio de la milicia; previniéndose tambien que no pudiesen obtener las provincias hasta pasados cinco años de su magistratura. Por el contrario aquellos que se enviaban por el emperador á las provincias de su cargo eran llamados propretores en Italia, y fuera de ella prefectos; á los cuales no se les limitaba el tiempo del gobierno, sino que quedaba á arbitrio del emperador. Estos llevaban el hábito ó vestido militar, usaban de espada, ejercian autoridad é imperio sobre los soldados, y se servian de las insignias correspondientes á los antiguos pretores y propretores, esto es, de las seis haces y segures. En España, segun lo que se deduce de Estrabon, á las dos provincias reservadas al emperador, la tarraconense y Lusitania, venian legados suyos, nombre que tambien les competia; y de estos el de la España tarraconense debia ser consular, y el de la Lusitania pretorio. Cada uno de estos tenia bajo de su mando otros que les eran subordinados, conviene á saber, el de la España tarraconense tres legados; el uno para gobernar la Galicia con dos cohortes de soldados, las Asturias y Cantabria; el segundo gobernaba todo el otro país de montaña de los Pirineos y su inmediacion con una cohorte; y el tercero la Celtiberia con los pueblos que estaban á las riberas del Ebro hasta su desembocadura al mar. El legado del césar ó propretor tenia su regular residencia en Tarragona ó Cartagena los inviernos, saliendo en el buen tiempo á recorrer la provincia, y á dar en ella las disposiciones de lo que convenia hacer ó remediar. El propretor de la Lusitania tenia consigo un solo legado, y el procónsul de la Bética un legado y un cuestor; y aunque Estrabon da al supremo magistrado de la Bética el nombre correspondiente al de pretor ó capitan, se deberá corregir ó entender por la autoridad de Dion, que mas bien lo especifica. En las dos primeras provincias habia tambien procuradores del césar, que eran del órden ecuestre, y equivalian á los antiguos cuestores, teniendo á su cargo la recaudacion y distribucion de los caudales del público. Cuánto tiempo duraria esta providencia, ó si en ella habria algunas alteraciones en los subsiguientes imperios, no consta con bastante individualidad, sabiéndose solo que permutaron á veces sus provincias con el senado, ó tomaron para sí las que á este habian quedado reservadas á proporcion que crecia su poder disminuyéndose la autoridad de aquel congreso, y que á veces las restituyeron aquellos emperadores que usaron de moderacion. No obstante, hay algunas conjeturas para creer que se conservaron los nombres de los magistrados, aunque acaso en su eleccion y nombramiento sucediese variacion, y en España hay pruebas de haber sucedido así, pues en la Bética se encuentra por mucho tiempo la mencion de sus procónsules, que era el nombre que correspondia á sus supremos magistrados. Así lo afirman Tácito, Plinio y Ulpiano con otros autores.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO SEGUNDO.

Pág.

HISTORIA de los antiguos reyes de Siria. 3
— de los reyes seleucidas de la Siria. . . . 6
— de los reyes de Babilonia, Asiria, Media y Persia. 18
— del reino de Media. 27
— del reino de Persia. 30
— de los reyes de los Partos. 41
— de los reyes de Armenia. 45
— de la Media Atropatena. 50
— de la Bactria y de Emesa. 51
— de los reyes de Edesa y de Albania. . . . 52
— de los reyes de la Colchida y de Iberia. . . 53
— de los reyes de Adiabena 54
— de los reyes de Capadocia. 55
— de los reyes del Ponto. 58
— de los reyes del Bósforo Cimmeriano. . . 67
— de los reyes de Bitinia. 71
— de los reyes de Pérgamo. 73
— de los reyes de la Lidia. 77
— de los reyes de la Caria. 80
— de los reyes y república de Rodas. . . . 81
— de los reyes del Epiro. 84
— de los reyes de la Tracia ú Odrisos. . . . 89
— de la Grecia. Preliminares. Atenas. Macedonia. Marmoles de Paros. 97

VIDA Y ACCIONES DE ALEJANDRO MAGNO. Curcio. . 127

LIBRO PRIMERO. — I. Nacimiento de Alejandro, y prodigios que le precedieron y sucedieron. — II. Su educacion: los ejercicios de su juventud y la disposicion de su cuerpo. — III. Su inclinacion á las ciencias: crédito de Aristóteles su maestro. — IV. La estimacion que Alejandro hizo de Homero, etc. — V. Déjale su padre en su ausencia el gobierno de Macedonia: lo que hace en este tiempo, etc. — VI. Oracion de Piton, enviado por Filipo á la junta de los beocios — VII. Oracion de Demóstenes enviado por los atenienses, recitada en la misma junta. — VIII. Los tebanos se declaran contra Filipo, y se unen con los atenienses, etc. — IX. Discordias en la casa de Filipo: resuelve este dar muerte á Alejandro, el cual se halla precisado á retirarse con su madre Olimpias: muerte de Filipo: sospechas y crueldades de Olimpias. — X. Alteraciones en el ingreso de Alejandro á la corona: su valor y resolucion, etc. — XI. Entra en Tesalia: redúcela á su obediencia: nómbranle los griegos por su general, cuya junta hace se tenga en Corinto, etc. — XII. Su viaje á las Getas: recibe embajadores de Alemania: excusa hacerles guerra, y los príncipes de Italia se sublevan contra él, etc. — XIII. Alteranse los griegos con la falsa noticia de su muerte: diligencias de Demóstenes contra Alejandro: toma y destruccion de la ciudad de Tebas. — XIV. Presagios de la ruina de Tebas, etc. . . . . Id.

LIBRO SEGUNDO. — I. Noticia del dominio de los persas hasta el tiempo de Alejandro: despreciánle estos y después le temen, etc. — II. Manifiesta Alejandro que es preciso hacer guerra á los persas. — III. Pasa á Persia con su ejército y deja á Antipatro por gobernador de Macedonia, etc. — IV. Honra el sepulcro de Aquiles: su marcha al Asia: toma muchas ciudades: consejo de los satrapas y orgullo de Darío. — V. Ardid de Alejandro para ganar á Memnon, etc. — VI. Da gracias Alejandro á la diosa Minerva: recibe muchos pueblos debajo de su obediencia sin imponerles tributo: entrégasele la ciudad de Sardis: descubre las solicitudes de Demóstenes contra su persona: procura ganar á Focion, y toma á Efeso, etcétera. — VII. Ordénasele en sueños que edifique una ciudad á los esmirnos: intenta cortar el istmo que está entre Clasomene y Teos: junta á Clasomene con la Tierra-Firme: sitia y toma á Mileto, y concede libertad á los habitantes, etc. — VIII. Obliga Alejandro á los bajeles enemigos á que se retiren: licencia su armada, y las razones que tiene para ello: entra en Caria donde toma muchas ciudades, etc. — IX. Pone sitio á Halicarnaso: intenta en vano apoderarse de la ciudad de Minda: salida de los de Halicarnaso para estorbar los trabajos, etc. — X. Otra salida de los de Halicarnaso y son rechazados. — XI. Honra Alejandro una estátua de Teodoto y manda castigar á Lincestes que conspira contra él, etc. — XII. Destruye á los bárbaros y resuelve Memnon pasar la guerra á Macedonia, etc. 146

pág.

LIBRO TERCERO. — I. Apodérase Alejandro de la ciudad de Celene, etc. — II. Pasa revista al ejército de los persas, etc. — III. Pompa de los reyes de Persia cuando salen á campaña, etc. — IV. Apodérase Alejandro del paso de Cilicia, que habia abandonado Arsanes, capitan de Darío. — V. Sobrevino á Alejandro una enfermedad de cuidado, por haberse bañado fuera de tiempo en el rio Cidno. — VI. Recupera su salud por medio de Filipo su médico, á quien todo el ejército da gracias. — VII. Viéndose Alejandro sano, resuelve acometer á Darío, etc. — VIII. Consejo y resolucion de Darío antes de la batalla, etc. — IX. Fuerzas, y comparacion de uno y otro ejército. — X. Oracion de Alejandro á sus soldados. — XI. Batalla sangrienta en que mueren de parte de los persas cien mil infantes, y diez mil caballos, etc. — XII. Consuela con regia generosidad á la madre y mujer de Darío, y á las demás princesas, de la pérdida del rey, á quien creian muerto. — XIII. Entrega el gobernador de Damasco á Parmenion los tesoros de Darío. 164

LIBRO CUARTO. — I. Responde Alejandro con real magnanimidad á las orgullosas cartas de Darío; da el reino de los sidonios á Abdolomino, descendiente de reyes, y, aunque sumamente pobre, de magnánimo corazon, etc. — II. Pone Alejandro sitio á los tirios, por no haberle querido admitir. — III. Hacen célebre y famoso el sitio de Tiro los dudosos acontecimientos de la guerra. — IV. Apodérase por último Alejandro de Tiro, donde hace considerable estrago su ejército. — V. Escribe Darío á Alejandro con mas urbanos términos sobre la paz, cuyas condiciones desprecia, etc. — VI. Mientras Darío se dispone para la guerra, toma Alejandro la ciudad de Gaza y castiga gravemente á Batis, su gobernador. — VII. Pasa Alejandro á visitar el templo de Júpiter Hamnon, á cuyo oráculo hace varias preguntas. — VIII. Fundacion de Alejandría en Egipto, y diversas expediciones de Alejandro. — IX. Llega Darío á Arbela, y bien á pesar suyo pasa Alejandro el Eufrates y el Tigris. — X. Amedrenta á los soldados de Alejandro un eclipse de luna: pero él los asegura y esfuerza por medio de adivinos de Egipto, etc. — XI. Pide Darío tercera vez la paz sin fruto, y niégasela tambien Alejandro, persuadiéndole á que se rinda ó haga la guerra. — XII. Atemorízanse los macedonios viendo en batalla el ejército de los persas, etc. — XIII. Opónese Alejandro al voto de Parmenion y de Polipercon, que era de que se combatiese de noche, y, después de haberse entregado por algun rato al reposo, anima á los suyos al combate. — XIV. Oracion de Alejandro á los griegos y de Darío á los persas. — XV. Descripcion de la sangrienta batalla que se dieron los dos ejércitos cerca de Arbela, etc. — XVI. Vese Alejandro en peligro y líbrale de él su gran valor, etc. 174

LIBRO QUINTO. — I. Habiendo entrado Darío en la Media, se apodera Alejandro de Arbela y de Babilonia, cuya grandeza, situacion, vicios y costumbres de sus habitantes se describen. — II. Propone premios á los soldados para obligarlos á huir la ociosidad, etc. — III. Después de haber vencido Alejandro la region de los Uxiores, concede libertad á Madates, su gobernador, y á todos los rendidos y prisioneros, eximiéndolos de todo género de tributos, etc. — IV. Muéstrale un prisionero un camino desconocido, por medio del cual llegó á combate con los persas: en el que deja derrotado su ejército y muerto á Ariobarzanes. — V. Pasando Alejandro á Persépolis, pone en libertad cuatro mil prisioneros griegos. — VI. Después de haber saqueado á Persépolis, ciudad rica, llega á la Persia, y sujeta á los mardos. — VII. Hace Alejandro quemar el palacio de los reyes de Persia á persuasion de Tais, y de los cortesanos que seguian el ejército, y resuelve seguir á Darío. — VIII. Oracion de Darío á los suyos exhortándoles á la batalla. — IX. Varios pareceres de los grandes, etc. — X. Cruel determinacion de Beso y Nabarzanes, sobre entregar á Darío ó darle muerte, etc. — XI. Descubre Darío los intentos de los traidores, etc. — XII. Apodérase Beso de Darío, después de haberle engañado con fingidas lágrimas, y habiéndole aprisionado con cadenas de oro, le hace poner en un carro, tan indigno de la magestad de su persona, como si hubiese olvidado iba en él tan gran príncipe. — XIII. Sabien-

pág.

do Alejandro la infelicidad á que se hallaba reducido Darío, marcha contra el ejército de los persas; pero Beso, y los demás parricidas, temiendo sus armas, dejan á Darío cargado de muchas heridas, y se entregan á la fuga. 193

LIBRO SEXTO.—I. Descripcion de la batalla entre lacedemonios y atenienses, etc.—II. Invencible Alejandro en la guerra, se deja vencer en la ociosidad de las delicias, etc.—III. Oracion de Alejandro á sus soldados, exhortándoles á concluir la guerra comenzada en Asia.—IV. Descripcion de Zioberis, admirable rio, etc.—V. Habiendo recibido Alejandro á Artabazo con grandes muestras de afecto, perdona á los griegos que habian socorrido á Darío, y después de haber vencido á los mardos, condesciende con el ruego de la reina y de las amazonas.—VI. Oféndense los macedonios del modo de vivir de Alejandro; el cual, para evitar algun motin, se dispone á hacer la guerra contra Beso, etc.—VII. Dimno descubre á Nicomacho la conspiracion que se disponia contra Alejandro, por medio de Cebelino su hermano lo cual es causa de que Dimno se dé muerte por sus mismas manos.—VIII. Filotas, hijo de Parmenion, á quien se tenia por autor de esta conspiracion, ó por gran parte de ella, es preso á instancias de los favorecidos de Alejandro y llevado al palacio cubierta la cabeza.—IX. Oracion de Alejandro á sus soldados, en que se queja de la conspiracion de Filotas, quien habiéndole llevado delante de todos se dispone á su defensa.—X. Defensa de Filotas, en la cual niega enteramente la acusacion contra él.—XI. La junta, animada por cierto Beleno, se irrita contra Filotas; el cual poco despues, para librarse de los tormentos, declara las circunstancias de una fingida conspiracion, y muere apedreado con todos los demás que acusa. 206

LIBRO SÉPTIMO.—I. Manda Alejandro dar muerte á Lincestes, convencido del delito de magestad ofendida, etcétera.—II. Vuelven á la gracia del rey, Amintas y sus hermanos, etc.—III. Sujeta Alejandro muchos pueblos, y pasa en diez y seis dias el Caucaso con su ejército.—IV. Procura Beso disponer un festin, en el cual se resuelve la guerra contra Alejandro, y no puede ganar el prudente dictámen de Cobaris, etc.—V. Pasa el ejército de Alejandro con extraña industria el rio Oxo, etc.—VI. Recibe Alejandro debajo de su obediencia muchas ciudades, por medio del afecto de los bárbaros y de los macedonios, etc.—VII. No bien convalecido Alejandro de cierta herida, tiene consejo sobre pasar la guerra á los escitas, etc.—VIII. Mientras se dispone el ejército para la guerra, llegan embajadores de los escitas, los cuales hacen una admirable oracion á Alejandro sobre la paz.—IX. Habiendo despedido el rey á los embajadores para el Tanais, hace guerra á los escitas, y trata benignamente á los vencidos.—X. Valor invencible de los nobles sogdianos, etc.—XI. Obliga Alejandro á la ciudad de Petra á que se rinda. . . 219

LIBRO OCTAVO.—I. Habiendo sujetado Alejandro á los daños y á los sogdianos, le ofrecen los escitas en matrimonio á la hija de su rey, etc.—II. Arrepiéntese Alejandro de haber muerto á Clito: sus expediciones contra Sysimethres, y los transfugas bactrianos: muerte de Filipo, etc.—III. Manda Alejandro á la mujer de Espitamenes, que le llevó la cabeza de su marido, á quien habia muerto, que salga fuera del campo, etc.—IV. Vese en riesgo de perderse todo el ejército de Alejandro por el rigor del frio, caminando á Gabaza, etc.—V. Mientras ocupa sus pensamientos solo en la expedicion de la India, se ensoberbece por la malicia de los lisongeros, y quiere se le reconozca por hijo de Júpiter, etc.—VI. Conspiracion contra Alejandro, ocasionada de un agravio hecho á Hermolao, etc.—VII. Hermolao hace una invectiva contra Alejandro, y prueba que Calistenes esta inocente.—VIII. Respuesta de Alejandro á la invectiva de Hermolao, etc.—IX. Hermosa descripcion del rio Indo, del Ganges, del Diardene, de la India, de sus habitantes, de sus reyes, y de sus sabios.—X. Sujeta Alejandro con admirable felicidad diversos pueblos de la India, etc.—XI. Pone sitio Alejandro á Aorno, peña y fortaleza inaccesible, y tomala habiéndola abandonado los de dentro.—XII. Omfis, príncipe poderoso, se rinde á Alejandro con su reino; pero consérvale en él, etc.—XIII. Hace Alejandro la guerra al rey Poro, á persuasion de Omfis, etc.—XIV. Combate sangriento entre los indios y los macedonios, etc. 232

Pág.

LIBRO NOVENO.—I. Pasa Alejandro á la India, después de haber vencido á Poro, y reducido á su obediencia muchos pueblos, cuyas costumbres y estilos se describen.—II. Hallándose Alejandro pronto á acometer á los gangaridas y farrosios, exhorta con largo razonamiento á sus soldados á la perseverancia, reconociéndolos fatigados, y que rehusaban continuar la guerra.—III. Responde Ceno por todos á Alejandro, y muere poco despues de enfermedad.—IV. Habiendo reducido Alejandro á su obediencia á los sobios, y á otros pueblos, entra en la region de los oxidracas y de los mallos; pone en fuga á los bárbaros, y sitia la ciudad, sin acordarse de la prediccion de Demofoonte, adivino.—V. Queda herido en la ciudad de Oxidracas, donde se arrojó de un brinco, y después de haber perdido algunos de sus mejores capitanes, y tomado la ciudad, le hallaron los suyos casi muerto, y desamparado de todo socorro.—VI. Pídenle sus amigos que mire por su salud, y por la pública; pero respóndeles con gran generosidad, perseverando en el intento de conquistar todo el mundo.—VII. Sosiégase la rebelion de los griegos en las tierras de los bactrianos, etc.—VIII. Habiendo recibido Alejandro presentes de los embajadores indios, doma á los sabrazas, musicanos, prestos y otros pueblos, etc.—IX. Desea Alejandro sumamente ver el oceano, y lógralo, nó sin gran peligro, por la corta experiencia de los marineros y pilotos.—X. Vuelve del océano á los términos de los arabitas, gedrosioros, y de los indios, donde pelea su ejército con el hambre y peste, pero da providencia para su remedio, etc. 248

LIBRO DÉCIMO.—I. Quedan perdonados los delitos de Cleandro, y de algunos capitanes, y castigados los de otros, aunque mas ligeros, etc.—II. Mientras discurre en sosegar las revoluciones de la Grecia, y en licenciar algunos soldados, á quienes habia pagado, y en quedarse con otros, se levanta una sedicion en el campo, la cual sosiega con un severo razonamiento.—III. Desbarata los malos intentos de su ejército con el castigo de algunos sediciosos, y da la guardia de su persona á los persas.—IV. Palabras de cierto soldado macedonio aprisionado, etc.—V. Lo que hizo, y lo que dijo antes de su muerte, etc.—VI. Consejo y parecer de los grandes para declarar sucesor de Alejandro.—VII. Saludan por rey algunos á Arideo, hijo de Filipo, á solicitud de Meleagro, de que se origina una guerra civil.—VIII. Oponense los principales capitanes á los artificios de Meleagro, etcétera.—IX. Pierde Perdicas á Meleagro por cierta astucia que usó y casi trescientos hombres que le habian seguido.—X. Divídese en muchas partes el imperio de Alejandro, etc. 259

HISTORIA de los gobernadores ó vireyes y después reyes de Macedonia 269
— de Lacedemonia. 275
— de la Sicilia. 288
— de Cartago. 308
— de la Mauritania 321
— de la Numidia 322
— de la Arabia. 327
— de la China 329

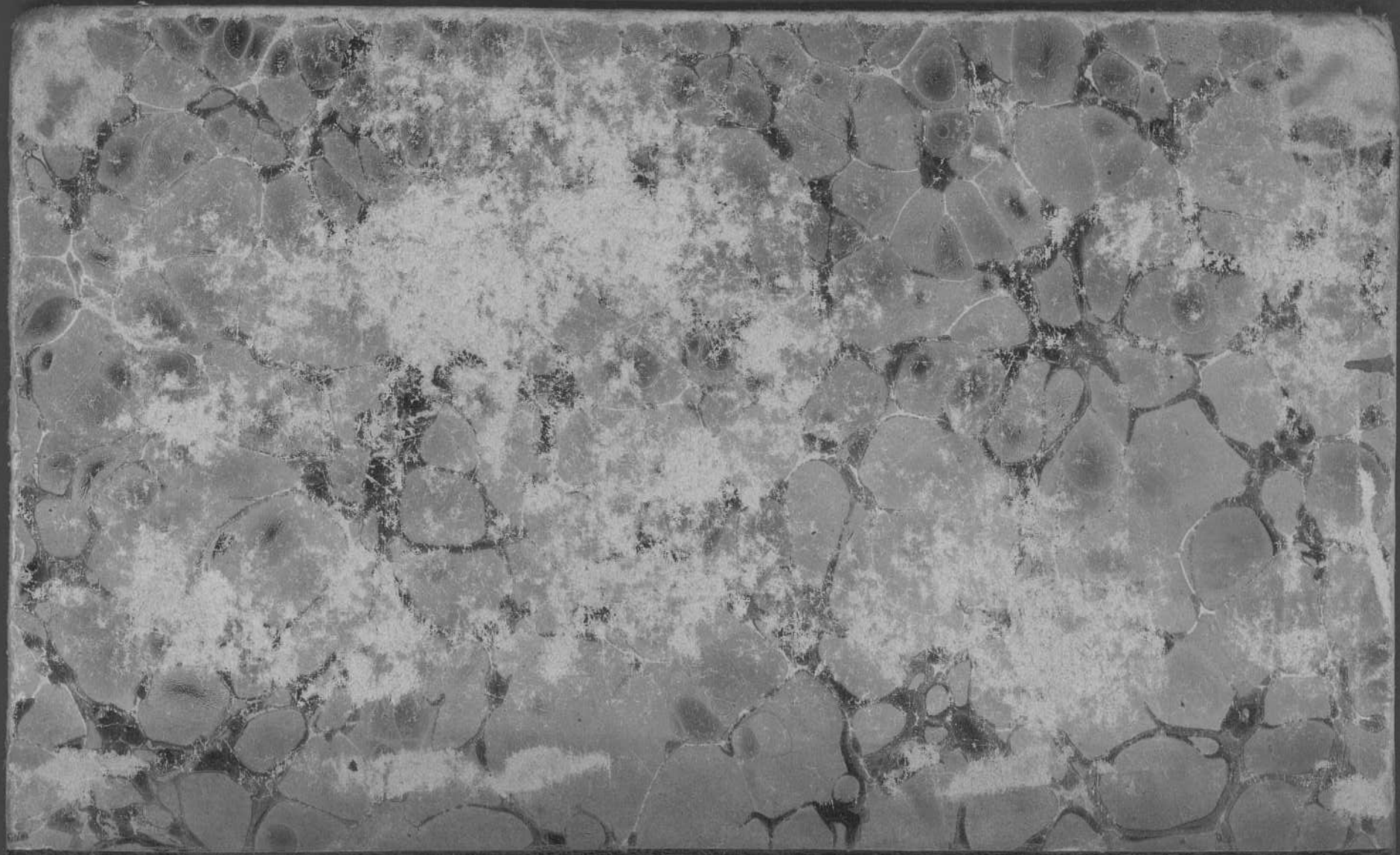
HISTORIA DE ROMA.—Preliminares: Su argumento.—I. Epoca de la fundacion de Roma.—II. Epoca del establecimiento de la monarquía.—III. Epoca de la expulsion de los reyes.—IV. Año de Rómulo.—V. Año de Numa.—VI. Ciclos de Numa.—VII. Poder dado á los pontífices para añadir un dia intercalar: primer embate dado á los ciclos de Numa.—VIII. Poder de los pontífices de quitar ó añadir intercalaciones: los ciclos de Numa abandonados.—IX. Las intercalaciones regulares tocan á los años civiles impares, y las dobles á los pares correlativos con los años julianos comunes y nó bisextiles.—X. Reforma de Julio César, y correccion de Augusto.—XI. Año consular.—XII. Varios modos de llevar la cuenta de los diferentes años, ya entre ellos, ya con las épocas adecuadas para los cálculos.—XIII. Opiniones sobre la fecha de la fundacion de Roma.—XIV. Calendarios usados entre los romanos antes del establecimiento del de Julio César.—XV. Lista de los nombres usados por los historiadores romanos.—XVI. Observaciones sobre la tabla de los años romanos.—XVII. Tabla de la correlacion del año romano. . . 342

Sigue la historia cronológica de Roma.

LO QUE PASÓ EN ESPAÑA HASTA ESTA ÉPOCA. 493

FIN DEL INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

ADVERTENCIA. El índice y pauta para la colocacion de las láminas de este tomo segundo se darán al fin del tomo octavo.



HEROES

Y GRANDE

DE LA TIER

2

7125